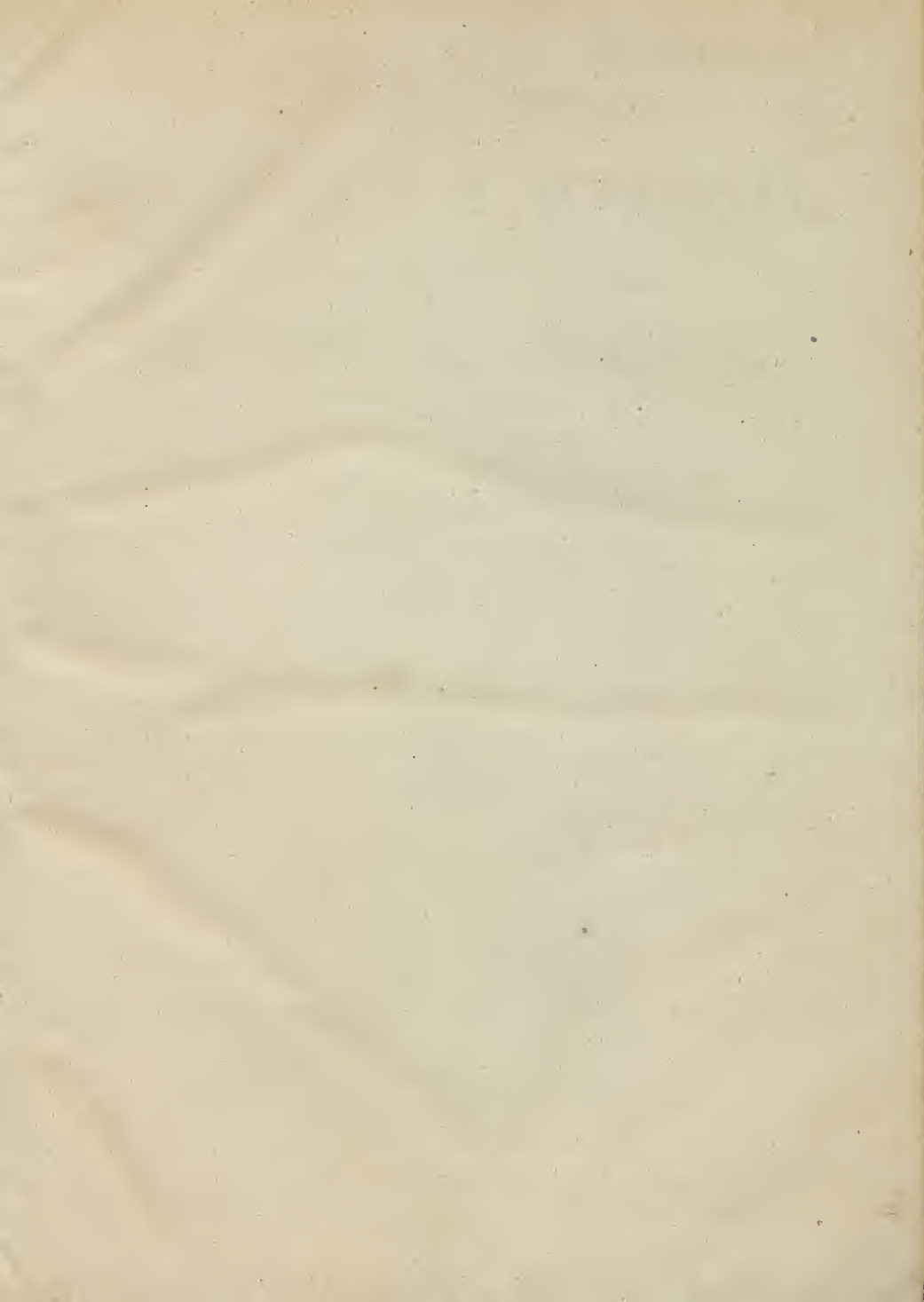




~~3/23~~  
~~7/27~~

AW/411







9 (44)

BIBLIOTECA UNIVERSAL

INSTITUTO DE HISTORIA

DE LA CIUDAD







R. E. 184.

LORENZO DOMÍNGUEZ PASQUAL  
DONATIVO

**EDICIONES POPULARES**

LOS LIBROS ANTIGOS Y MODERNOS MAS LEIDOS EN EUROPA, ENRIQUECIDAS CON PROFUSION DE GRABADOS.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA  
SEVILLA

# BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

de Don Angel Fernandez de los Rios.

## HISTORIA DE FRANCIA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

POR L. P. ANQUETIL,

CONTINUADA DESDE LA REVOLUCION DE 1789 HASTA NUESTROS DIAS

por

GERMAN SARRUT.

**TOMO I.**



**MADRID.**

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION  
A CARGO DE DON G. ALHAMBRA.

1851.

LBS 751722





## HISTORIA DE FRANCIA

POR L. P. ANQUETIL,

continuada desde la revolucion de 1789 hasta nuestros días,

POR GERMAN SARRUT.

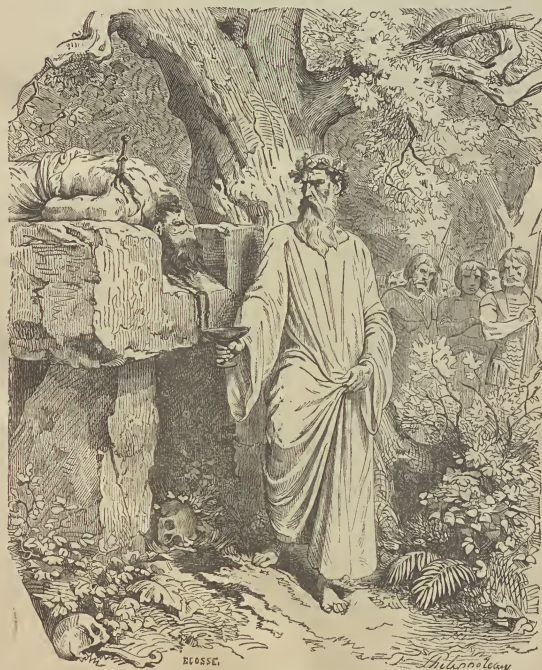
I.

De los Galos en general y de sus costumbres.

LÍMASE Gália al país que tiene al Norte el Océano británico; al Oriente el Rhin, la Gran Germania y una parte de los Alpes con la Italia; al Mediodía el mar Mediterráneo, los Pirineos y España, y al Occidente el Grande Océano.

Los francos, que se incorporaron á los galos, ocuparon mayor ó menor espacio en esta estension, según las épocas y las circunstancias, y hicieron tomar á su imperio el nombre de FRANCIA.

Los autores que han escrito sobre los siglos remotos nos representan aquel país, como todos los que salen del estado salvaje de la naturaleza, vestido de bosques, inundado de aguas estancadas, atravesado por rios, cuyo curso estaba interrumpido por rocas caídas de las montañas y por árboles arrancados de sus orillas, surcado por torrentes y cañadas profundas, cubierto de nieblas espesas, y ciudades inmediatas se ligaron para la defensa ó ensanche de sus



Sacrificios de los Druidas. Pág. 2.

sembrado de trigo en trocho de cabañas mezcladas con guaridas de fieras que disputaban tenazmente á los hombres la destruccion y posesion de los animales tímidos que les servian á unos y otros de alimento.

La industria, provocada por las necesidades, aclaró los bosques, abrió al aire una circulación libre que desecó los pantanos y produjo la salubridad, suspendió las viñas en la pendiente de las colinas, hizo ondear las espigas en las llanuras, ahuecó un tronco de árbol que llevó al hombre cerca de otro hombre, al través del rio que los separaba, y reunió familias que formaron colonias.

El estímulo de un sitio cómodo para la importacion y cambio de los efectos, para la seguridad contra la codicia emprendedora, para la comunicacion de las luces y de las ventajas constantes de la sociedad, atrajo habitantes y los hizo multiplicarse. Se construyeron las ciudades y se las rodeó de

distritos. Esta historia de todos los pueblos fue también la de los galos; pero pronto tomó un carácter particular por los numerosos enjambres de guerreros que salían del seno de aquella nación, y que llevaron durante muchos siglos la reputación de los galos al territorio de todos los pueblos conocidos. Los acontecimientos que acompañaron á estas invasiones, y los que obligaron después á los galos á pasar por la dominación sucesiva de los romanos y de los francos merecen ser referidos, aunque sea someramente, y servir de preliminar á la historia de los franceses.

Si hubo habitantes indígenas en las Galias, lo cual no puede nadie negar ni afirmar, no ha quedado vestigio alguno de ellos. Los historiadores hacen á los galos originarios de la Germania, poblada por los celtas, hijos de un nieto de Noé, llamado Gomer, que desde el Oriente estendió su posteridad al Norte.

Estos germanos se infiltraron por decirlo así, en las Galias, como arroyuelos que se desprenden de una gran masa de agua á manera de cordoncillos plateados; después viene la corriente que lo inunda todo. Se les vé ya erigidos en conquistadores, por consiguiente en cuerpo de nación, desde el cuarto siglo antes de nuestra era común, próximamente hácia el tiempo en que Roma salía apenas de la clase de pueblo insignificante.

Su lengua ó idioma, conservada, según dicen, en la baja Bretaña y en el país de Gales, era la céltica, que pasa por ser la madre de las que se han hablado y se hablan aun en Europa; su religion, el politeísmo acompañado de prácticas supersticiosas y bárbaras, de las que los druidas sus sacerdotes eran depositarios y propagadores, si es que no eran los inventores interesados.

Los eruditos han trabajado mucho con el objeto de hacer de los druidas un órden religioso. A fuerza de investigaciones, reuniendo indicaciones esparcidas y haciéndolas concordar con sus comentarios, han hallado que tenían una gerarquía en la que se distinguían particularmente los druidas propiamente dichos, los *ebages* y los bardos, es decir, los sacerdotes, los adivinos y los poetas. Han hallado además que estaban sujetos á una policía, á una subordinación graduada, á una enseñanza mútua, y que habia escuelas para la instruccion de los pueblos. Chartres, Autun, Marsella y Tolosa eran sus colegios principales. Estos mismos eruditos los hacen venir de Inglaterra, pero sin poder fijar con certeza la época y ocasion de su llegada.

Bajo los nombres de *Thor ó Tharamis*, de *Tentatés*, de *Belenos* y de *Hesus*, que esponian los druidas á la veneracion de los pueblos, adoraban los galos á los mismos dioses que reverenciaban los romanos bajo los nombres de *Jupiter* dominador soberano del mundo; *Mercurio*, quia de los viajeros; *Apolo*, padre de la medicina; y *Marte*, dios de las batallas; pero solo cuando los vencedores adquirieron aquel imperio en las Galias, fué cuando levantaron templos á sus dioses, adoptando los nombres y atributos de las divinidades romanas. Hasta entonces habian sido los bosques sus únicos santuarios, y *Marte ó Hesus* recibia sus homenajes bajo la figura de una espada. Sin duda habia recibido de los persas, por sus comunicaciones con el Asia, el dios *Mitra*, emblema del sol. Le adornaban con los distintivos de los dos sexos, quizás para asociarle la luna. El Egipto les habia hecho conocer también á *Isis*, al cual representaban cubierto de pechos, á imitacion de las estatuas de *Ceres*, madre de la fecundidad.

*Ogmio* ó el Hércules Galo es célebre. Su fuerza era muy distinta de la del Hércules griego; esta era enteramente física, aquella completamente moral. Era un hombre poco robusto, al que se conocia al instante sin embargo como Hércules, por su piel de león y su maza. Estaba rodeado de pueblos á quienes figuraba hallarse arengando. Salían de su boca cadenas que alcanzaban á cada uno de los oyentes, sujetándolos y arastrándolos, sin que pareciera haber repugnancia ni resistencia por parte de ellos; emblema expresivo del poder de la elocuencia.

Superior á todos estos dioses, colocaban los druidas un espíritu soberano, que se esparcia por todo el Universo; pero no ponian esta doctrina por escrito, temiendo que la profanaran. Creían tambien en la inmortalidad del alma y en la metempsicosis; y muy persuadidos de la existencia de otra vida, les sucedia algunas veces prestar por un interés muy módico, á condicion de que devolvieran después de su resurreccion, cantidades que podian reclamar legítimamente en esta vida.

El culto, que podria llamarse teología del pueblo, era cuidado escrupulosamente por los druidas. Habitantes originarios de los bosques, mostraban y promovian mucha veneracion al roble; ponian una atencion religiosa en elegir el mas hermoso de los que les rodeaban, para hacer de él el objeto ó el instrumento de su culto. Ataban á sus ramas los nombres de los dioses principales, y construían alrededor de su tronco un altar ante el cual se prosternaban: de aquí ha provenido la opinion de que adoraban al roble.

La busca del *gui*, planta parásita que crece en los árboles, era una fiesta nacional. Los sacerdotes y el pueblo se esparcian por el bosque para buscarla; cuando la hallaban, prorumpian en gritos de alegría y entonaban cánticos. El jefe de los druidas, personaje importante en la nacion, se aproximaba respetuosamente al árbol, cor-

taba el *gui* con una hoz de oro, y le dejaba caer en un paño nuevo de hilo que no servia ya para ningun otro uso. La planta, después de seca, se pulverizaba y se distribuía á los devotos como un antidoto seguro contra las enfermedades y maledicfos. La ceremonia se anunciaba por medio de esta fórmula: ¡*Al qui el año nuevo!* que se pregona-ba con toda solemnidad; lo cual induce á creer que la fiesta estaba destinada á anunciar el principio del año, época que ha promovido siempre la alegría de todos los pueblos. Los druidas recogian tambien, con los pies descalzos y arastrándose, ciertas yerbas, á la que atribujan propiedades sobrenaturales, y las que era preciso arancar y no cortar.

No carecia su religion de sacrificios: inmolaban toros y aun hombres. Con su sangre, que recogian en copas, regaban las rúmas de los árboles, y entregaban sus troncos; de modo que causaba horror figurarse siquiera aquellas enramadas tenebrosas, á las que no podia llegarse sino por senderos tortuosos. Allí se veían huesos amontonados y cádáveres esparcidos entre los árboles teñidos de sangre. El silencio espantoso de aquellos santuarios de la barbarie, no era interrumpido mas que por los graznidos de los cuervos ó los gemidos de las victimas. El druida, cual si fuera impasible, sin que le distrajeran los gritos agudos del dolor, contemplaba tranquilamente al desgraciado á quien acababa de herir, le dejaba espirar lentamente, observaba con atencion su caída, sus movimientos, sus palpitaciones precursoras de la muerte, y la manera de correr la sangre, con el objeto de inferir conjeturas para adivinar el porvenir.

Les achacan tambien á los druidas una crueldad que podia tener por principio una baja adulacion. Cuando un grande se hallaba peligrosamente enfermo, levantaban estatuas de mimbres colosales, cuyos miembros estaban rellenos de esclavos ó de criminales á quienes quemaban vivos. Durante aquella ejecucion horrorosa, los druidas imploraban el socorro de los dioses en favor del enfermo, persuadidos de que aquellos holocaustos eran muy gratos á la divinidad. No se sabe si presistian las matanzas de hombres que acompañaban á los funerales de los grandes. César dice que no hacia mucho tiempo que habia cesado aquella barbarie espantosa cuando fué á la Galia. Los druidas estaban investidos aun del poder judicial. No solo sentenciaban los pleitos entre particulares, sino aun las cuestiones entre ciudades. Su tribunal estaba establecido en el país de Chartres, donde celebraban todos los años una asamblea. Si los individuos á quienes condenaban no se sometían á la sentencia, eran declarados impíos, especie de escumacion que les esponia al desprecio y á la indignacion general, de modo que hasta huían todos su presencia.

Los druidas no eran extraños á los negocios del Estado; asistian á los consejos de guerra y daban su opinion sobre el gobierno, la cual era respetada generalmente. Se observa que vivian en buena inteligencia con los ricos y poderosos, á los que servian de mucha utilidad instruyéndolos á sus hijos. Las druidas, sociedad de mujeres que se consagraban á la virginidad, educaban sus hijas. Se suponian hadas, y como tales, dotadas del talento de adivinar el porvenir, y aun del poder de obrar prodigios y excitar las tempestades. De este modo el órden de los druidas, si es que lo era, tenia á los dos sexos bajo su dominio, y los mandaba por medio de la religion, que es la palanca mas poderosa que puede mover á los hombres. Contando desde aquel momento en que se les ve en todo su esplendor, 600 años próximamente antes de J.-C., hasta la época á que prolongaron su existencia, á pesar de la sentencia de destruccion pronunciada por el emperador Claudio en la mitad del primer siglo, parecen haber durado mas de 800 años. La conquista de los romanos conmovió su poder. Comenzó á ser atacado por los decretos dados por Augusto, Tiberio, Claudio y aun Nerón, para la abolicion de los sacrificios humanos. Tuviéron aquellos muy poco éxito, puesto que se hallan todavía vestigios de esta costumbre cruel y odiosa en tiempo de Severo, Aurelio y Diocleciano. Solo la introduccion del cristianismo en las Galias fué capaz de destruir este culto bárbaro, y hacer caer en el olvido á los ministros de estos ritos sanguiarios. Si se ha de creer á algunos autores, los druidas continuaron hasta el tiempo de Carlomagno; pero entonces se limitaban sus pretensiones á la profesion de bardos ó inspirados.

Si se puede deducir de algunos rasgos particulares el carácter general de una nacion, diremos que los Galos eran vivos, impetuosos, audaces, coléricos, prontos siempre á herir, sobre todo en presencia de sus mujeres, que se mezclaban gustosas en sus cuestiones, y arrostraban los combates lo mismo que sus esposos. Hacian alarde de franqueza y generosidad, y castigaban la mentira y las raterías. Eran muy avidos de noticias, y esperaban á los viajeros en las plazas y caminos para pedirselas. Su mucha curiosidad les hacia ser excesivamente crédulos.

Amos sexos se adornaban con cadenas, collares, brazaletes, sortijas y cinturonos de oro. Ellos mismos fabricaban estos adornos, así como telas de hilo y lana, recamadas de oro y plata, que les servian de vestiduras: los hombres las llevaban cortas, las mujeres usábanlas largas. Las jóvenes elegian libremente sus esposos en un banquete al que convidaban los padres á los jóvenes que podian aspirar á su

alianza. Demostraban su inclinación al que habían elegido, presentándole el agua para que se lavara las manos; exultaba, cuando era esto conciliable, que los novios llevasen partes iguales de riqueza al contraer el matrimonio, y el producto de los bienes comunes era en su totalidad para el que sobrevivía.

Los hombres tenían derecho de vida y muerte sobre sus mujeres ó hijos. Estos no acompañaban á su padre en público hasta que se hallaban en estado de manejar las armas. Cuando un esposo quería adquirir la certeza de la fidelidad de su mujer, ponía al niño que acababa esta de parir en una redeta que abandonaba á la corriente de un río. Las aguas debían sepultar al bastardo; por el contrario, llevar blandamente el hijo legítimo á su madre que le esperaba mas abajo.

El gobierno era federal. Una infinidad de estados pequeños é independientes, en los que prevalecía la aristocracia, se reunían anualmente con el objeto de elegir un magistrado supremo para la policía interior, y un general para conducirlos á la guerra. La historia ha conservado los nombres de algunos de estos jefes que guiaban los galos á la victoria. Conocidas son también las ciudades principales de que salieron aquellas falanges temibles que hicieron temblar mas de una vez á los romanos, y obligaron á muchos pueblos, separados por larguísima distancia, á ser testigos y tributarios de su valor. Cuéntanse entre ellas los secuaneses, los beaunoisenses, los remenses, los artesianos, los bretones ó armoricanos, los parisienses, los berruyeros, los auverniosos y otros muchos. Todos estos pueblos estaban comprendidos en tres grandes divisiones: los belgas, al Norte del Marne; los aquitanios, al Sur del Garona; los celtas ó galos propiamente dichos, en el centro de la Galia, entre estos dos rios. Difícil sería fijar cuál era el gobierno interior de cada una de estas ciudades. Unas llevaban el nombre de *republicas*, regidas por el pueblo ó bien por cierto número de ciudadanos, que solian ser los mejores ó los mas ricos; otras tenían príncipes, algunas reyes. Estas ciudades, compuestas de hombres turbulentos, tenían frecuentemente con sus vecinos cuestiones que degeneraban en guerras, de suerte que la Galia entera estaba siempre sobre las armas; esto explica el como aquellas cohortes valerosas, acostumbradas ya á los combates, lanzadas fuera de su país, hacían progresos tan rápidos y sorprendentes. Los ciudadanos de un distrito no se mezclaban con los de otro ni aun en los ejércitos. Permanecían bajo las órdenes de sus jefes respectivos; pero en las grandes expediciones, elegían un general, al que prestaban toda obediencia.

El magistrado supremo, mientras duraba el ejercicio de sus funciones, no debía salir de la ciudad sino para los negocios concernientes al Estado. Dos personas de una misma familia no podían ser senadores á un mismo tiempo. No se permitía ocuparse de los negocios del Estado mas que en el consejo. Los hombres asistian á él armados y prontos á combatir. Las mujeres eran admitidas tambien y emitian su opinion. El presidente hacia que le cortáran un pedazo del manto al que llegaba demasiado tarde.

La caza era su diversion principal: ya se sabe que esta es la imagen mas fiel de la guerra; sobre todo cuando tiene por objeto el exterminio de los animales feroces. Debieron ser muy comunes las cacerías en las Galias hasta el tiempo en que la cultura destruyó las guardias de las fieras. Entonces se acrecentó la poblacion; entonces tambien empezaron las emigraciones armadas. Las primeras escursiones se hicieron á los paises meridionales, que estaban enriquecidos con todo el lujo de las artes. El botin con que regresaron los guerreros á sus comarcas produjo y perpetuó el gusto á las expediciones militares.

Todo galo nacia soldado. Ni edad ni condicion alguna eximía de ir á la guerra; é inutilizarse por medio de mutilaciones voluntarias, como lo hicieron algunos romanos, hubiera sido un deshonor y una infamia punible. Al toque del tambor, al sonido del clarin, los guerreros jóvenes abandonaban las humides moradas de sus padres y los campos que empezaban á cultivar, para ir á fundar colonias en los paises que se les representaban como mas favorecidos por la naturaleza, y cuyas delicias les exajeraba su propia imaginacion, exaltada por relatos y descripciones insidiosas.

Se batian á pié, y lo hacian sobre todo perfectamente á caballo, y en carros, armados de hoces. Su órden de batalla era confuso, y su táctica poco sabia; pero todo lo suplía su valor. Habia entre ellos una alianza militar semejante á la que se refiere del batallon sagrado de Tebas. Compañeros de armas, poseidos de una especie de entusiasmo, se juraban mutuamente compartir los males y los bienes de la vida, y no abandonarles nunca. Cada uno pensaba mas en defender la vida de su amigo que la suya propia, y no hay ejemplo alguno, dice César, de que un amigo hubiera querido sobrevivir á otro del que le hubiera separado una muerte gloriosa.

Sus armas eran el hacha, la espada y la flecha. Tenían caballería pesada y caballería ligera. En la primera, cubierto el ginete de hierro, era escoltado por dos peones que le ayudaban á levantarse si era desmontado. Cortaba la cabeza del enemigo vencido y la colgaba de la crin de su caballo. De vuelta ya en su hogar, la embalsamaba y

la guardaba cuidadosamente, como un trofeo precioso de su victoria. Levantaban tambien monumentos públicos, en los que colocaban las armas y demas despojos de sus enemigos. Una idea errónea de valor les impedia fortificar sus campamentos, como si esta precaucion hubiera sido un indicio de miedo. Llevaban su estraña preocupacion hasta el estremo de no querer desocupar una casa que amenazaba ruina, para no pasar por tímidos.

Juraban sobre sus estandartes: no defenderlos ó abandonar á sus jefes era una infamia que sin duda no dejarían impune. Las penas eran muy severas, segun la opinion de César: refiere que Vercingetorix, proclamado rey por los auverniosos y declarado general por todas las Galias, hacia cortar una oreja ó sacar un ojo por las faltas mas leves, y castigaba las graves por medio del fuego.

Salieron de las Galias en diferentes épocas, ejércitos de 100 y 200,000 hombres. Unos formaron colonias permanentes; otros desaparecieron como torrentes que se pierden en los precipicios que ellos mismos se han abierto. Estas irrupciones se dirigieron lo mismo al Norte que al Mediodia. Hay que observar una cosa en las que fueron hacia el Norte, y es que los galos que las realizaban eran originariamente germanos, segun dijimos antes, y por consiguiente regresaban en rigor á su país natal, con la única diferencia de que habian salido de él pacífica y casi furivamente, y regresaban hostiles y con turbulencia.

Algunos geógrafos han hallado mas allá del Rhin en Helvecia, y hasta en Bohemia, ciudades y distritos que tienen los mismos nombres que algunas poblaciones de las Galias. Este descubrimiento autoriza á dudar si los germanos, cuando se introdujeron en las Galias, dieron á los sitios que iban á ocupar, nombres conocidos ya en su primera patria, ó si de regreso ya en la Germania, llamaron á los sitios que invadían lo mismo que á los que abandonaban en las Galias, con el objeto de conservar en la patria primitiva á que volvian, el recuerdo precioso de los lugares que tan gastos les fueran en la patria adoptiva que dejaban: de aqui resulta que la época de estos lujos y reflujos de la Germania á la Galia, y de la Galia á la Germania, si es que los hubo, es muy incierta. Dejando, pues, á los eruditos de profesion el cuidado de levantar el velo tenebroso que cubre estos datos, vamos á pasar á expediciones mas verdicas.

## II.

Historia de las Galias desde las primeras emigraciones galasas conocidas con cierta exactitud, hasta la conclusion de la conquista del país por Julio César.

Ateniéndose á las sabias investigaciones de un historiador muy profundo, se encuentran desde el año 1580, antes de J.-C., y al mismo tiempo de la fundacion de Atenas por el egipcio Cécrops, nociones mas ó menos exactas sobre los habitantes de la Galia. En aquella época, segun él dice, vivia Ogmio, el hércules galo, cuyas hazañas llevaron colonias célticas ó galas á una parte allende los Pirineos, donde el nombre de Celtiberos parece comprobarlo, y á un punto mas allá de los Alpes. Independientemente de los galos que dejó en estas últimas montañas, y que tomaron de ellas el sobrenombre de Inalpinos, y de los iberos que condujo de España á Italia, y que costeadando siempre las orillas del mar, ganaron insensiblemente la Etruria, el Lacio, la Campania y la Oenotria (la Calabria), de donde pasaron á Sicilia, en la que se establecieron. Ogmio, segun el referido autor, estableció tambien los insubrianos al norte del Pó; los ombrianos al Mediodia del mismo rio; los venetos al fondo del golfo Adriático; los aborigenes, en las campiñas que riega el Tiber; los siculas, en el territorio en que fué edificada despues Roma; los volcos ó volcosos, en la orilla derecha del Liris (el Garollano), y otros, en fin, hasta en las comarcas meridionales, que recibieron despues el nombre de Gran Grecia. Sea como quiera, el nombre de Puerto de Hércules que llevó por mucho tiempo la ciudad de Monaco, situada en el límite de las Gálias, y de la Italia, fué para toda la antigüedad una prueba irrecusable de esta tradicion.

Debemos á Tito Livio, y á Justino el habernos transmitido la memoria de expediciones célticas mas ciertas, pero tambien menos remotas. En tiempo de Tarquino Prisco, Ambigat, rey de los bitturrijos (los berruyeros), estendia su dominio sobre toda la Céltica. Agobiado por su avanzada edad, y no pudiendo atender sino difícilmente á los múltiples cuidados que exigía de él un pueblo numeroso y turbulento, buscó los medios de reducirle en número por medio del establecimiento de algunas colonias remotas. Con este objeto reunió, bajo el mando de sus sobrinos Sigovieso y Bellovesio, una multitud de hombres activos y aventureros, y formó con ellos dos ejércitos numerosos. La suerte llevó á Sigovieso á la Germania, hacia el bosque Herciniano (la Selva Negra), que unido entonces á otros bosques entre el Rhin y la Bohemia, ofrecia á la sazón una estension de 60 jornadas de largo, y 9 de ancho. A

la cabeza de los tectósagos (los tolosanos), y de los Boyanos del Garona (del país de Buch), Sigoveso se atrevió á internarse en su espesura, y ganando algunas batallas, consiguió establecerse en Bohemia, cuyo nombre significa *morada de los Boyanos*. Sus descendientes, arrojados en tiempo de Augusto por Marobodu, rey de los Marcomanos, pueblo que habitaba al Norte del nacimiento del Danubio, y que iba huyendo á su vez de la peligrosa proximidad de los romanos, se retiraron entre el Oenus y el Isara (el Rin y el Isar) y dieron también su nombre al país de los Boyarinos ó Bárvaros, donde tenían ya establecimientos, y en donde se lijaron.

En cuanto á Belovesio, augurios más favorables le dirijieron hácia las risuñosas y fértiles campiñas de Italia. Llevaba consigo toda la gente que había podido recoger entre los berruyeros, los arvernos (auvernianos), los edunenses (autoneses), los ambarrenses (habitantes del Charolais) los atuleros braconovios (del Maconense) y los carnutos (del país de Chartres). A la cabeza de este ejército se aproximó á los Alpes, que fué costeando hasta el mar, con el objeto de buscar algún paso, y se determinó á atravesar aquellas alturas por los Alpes llamados despues Cotianos, y en el día el monte Ginebra. A la bajada de las montañas avanzó en la Insubria, comarca al norte del Pó, donde corren el Tesino y el Adda, y cuyo nombre era tambien el de un distrito de la Galia, limítrofe de los Eduenses. Belovesio se fijó en él y fundó á Milan entre los dos ríos. Despues ayudó á Elitovio, gefe de una colonia de cenomanos (de Maubeaux) á formar un poco más al Este un establecimiento, al cual debieron su origen Brescia y Verona. Algún tiempo despues, otros pueblos célticos, de los que solo se conoce el nombre, los Lévos y los Auarnanos, se establecieron al Mediodía del Pó, y en fin, los língones (los de Langres unidos á algunos boyanos, pueblos inmediatos á la Helvecia, pero cuya posición es incierta, penetraron al Norte por los Alpes Apeninos (el gran S. Bernardo), y hallando ocupado todo el territorio, tanto á un lado como al otro del Pó, fueron á lijarse á la derecha de su embocadura, hácia los confines de la Umbria. Desde entonces se distinguieron dos clases de Galias, con relación á Roma; la Transalpina y la Cisalpina, y esta última fué llamada tambien *Cispadana* ó *Transpadana*, según la situación de sus diferentes partes con respecto al Pó.

Tito-Livio hace remontar á la época misma de la primera escursion de los Galos en Italia, la fundacion de Marsella por algunos habitantes de la Focida, ciudad marítima de la Ionia, á poca distancia de Smirna. Refiere que los Galos, llegados al pié de los Alpes y á la orilla del mar, encontrando á aquellos extranjeros que venian desde tan lejos á buscar una nueva patria, sorprendidos al ver la conformidad de su situación con la suya propia, se decidieron por simpatía á ayudarles en su establecimiento en el país de los Saliesens. Según Solin, historiador del primer siglo de nuestra era, esta fundacion de Marsella es del primer año de la 45.<sup>a</sup> olimpíada, es decir, del año 599 antes de Jesucristo. Por consiguiente, es unos 60 años anterior á la ruina de Focida por Harpago, general de Ciro, cuando la expedicion de este sátrapá contra las colonias griegas del Asia, durante el intervalo que transcurrió entre la derrota de Creso, rey de Lidia, por Ciro, y la toma de Babilonia por el mismo conquistador. Negándose entonces los Pocienses á sufrir el yugo de los Medos, abandonaron su ciudad y fueron á refugiarse primeramente á la isla de Cyrna ó de Córcega, en donde habían fundado 20 años antes la ciudad de Alafia, y despues á la Oenotria (la Calabria), donde fundaron á Hyele. Esta doble expedicion de los fenecenses ha sido un motivo de error para varios escritores, que han tomado la época misma de la ruina de Focid por la de la fundacion de Marsella. Por lo demás, si se hace mención aquí de esta equivocacion, no es tanto por corregir un error bastante indiferente, como para dar una fecha histórica á la primera nocion segura que tenemos de nuestros antecesores. Efectivamente, el nombre de Ciro, que se encuentra en esta fecha, y los 60 años de anterioridad de la fundacion de Marsella, nos llevan naturalmente al tiempo de Nabucodonosor, al último rey de Judá, á la ruina del primer templo de Jerusalem, á las leyes que daba Solon á Atenas; y unidos estos nombres ilustres al de Tarquino Prisco, que fundaba entonces el Capitolio, ofrecen á la imaginacion una idea clara y suficientemente exacta de la faz política de la tierra en la época en que empezamos nuestra historia.

Dos siglos habían transcurrido en las primeras expediciones de los galos, ó en consolidar los establecimientos que se habían realizado á consecuencia de ellas, cuando tuvo lugar la de los senoneses, mandados por Brenno, expedicion que, por los peligros que hizo correr á la fortuna romana, es la más nombrada de todas las que intentaron los diferentes pueblos de la Galia. Atraidos por la fama de los viros y otras producciones del país, del que un toscano llamado Aruns les había procurado muestras por los regalos que les hizo, pero llegados demasiado tarde para hallar sitio en la Cisalpina, habían pasado el Rubicon y ostacionándose entre este río, el de Esis (el Esino, un poco más acá de Ancona), el Apenino y el mar. Ya sea que, hallándose harto estrechados en aquella posicion reducida, pretendieran formar un establecimiento en Etruria, ó que hubieran ido allí para secundar los proyectos vengativos de Aruns que los había llamado en su auxi-

lio contra sus propios conciudadanos, atravesaron el Apenino y estaban sitiando á Clusio (Chiusi), la antigua capital de la dominacion de Porsena, cuando llamados los romanos por los habitantes de aquella ciudad, se dirijieron á ella como mediadores. Tres enviados de Roma se presentaron en el campo de los galos; eran de aquella noble familia de los Fabios, que cerca de un siglo antes había levantado por sí sola un pequeño ejército contra Veies, y que en la Cremera se había sacrificado por Roma casi al mismo tiempo, en el propio número y del mismo modo que Leónidas y sus 300 espartanos se sacrificaron por la Grecia en las Termópilas. «Con qué derecho, les preguntaron á los galos, aspirais á la posesion de las tierras de los clusianos?—Con el derecho de los valientes, á quienes todo pertenece,» respondieron auzadamente los galos. Al oír esta respuesta, en lugar de llevarla á los que les habían dado esta mision, los embajadores, y de árbitros que eran antes, se declararon auxiliares: se pusieron á la cabeza de los toscanos, batieron á los galos, y uno de ellos mató por su mano á uno de los gefes senoneses, y le despojó.

Irritado por esta violacion del derecho de gentes, pero dominándose sin embargo más de lo que se pudiera esperar de un jefe semi-bárbaro imbuido en las preocupaciones de su nacion, Brenno, antes de pensar en hacerse justicia por sí mismo, se la pidió al senado contra sus enviados. Pero el pueblo se opone, y lejos de escuchar las justas quejas de los galos, pone en el número de sus majistrados á los tres Fabios, autores del acto de violencia que le denuncian. Indignado Brenno, abandona al momento el sitio de Clusio y parte sin detencion sobre Roma. A su marcha y á la orilla del Allia dispós, casi sin dar un golpe, un ejército levantado apresuradamente y helado de espanto al ver la repentina resolucion del enemigo, y llegó de improviso ante Roma, cuyas puertas estaban abiertas. Brenno entra al punto con desconfianza, pero habiendo conocido luego que había sido abandonada la ciudad, la incendia, despues de haber pasado á cuchillo los ancianos, las mujeres y los niños que no habían tenido tiempo para evacuarla.

Todos los que podian oponer alguna resistencia se habían encerrado en el capitolio y detuvieron mucho tiempo los progresos de los galos. Pero seis meses de un sitio que había cortado toda comunicacion exterior á los defensores, ocasionó el hambre entre estos, y los redujo á capitular. Le estaban pesando á Breno el oro de su rescate, y el vencedor insultando á su desgracia arrojando su cinturón en el platillo de las pasas, respondia á sus inútiles reclamaciones con este adagio tan repetido despues: *¡Maldición á los venecios!* Cuando les llegó á los sitiados un socorro inesperado que obligó á los sitiadores á alejarse. Traido era este socorro por Camilo (M. Furio), que se vengaba así de la ingratitude de sus conciudadanos que le habían desterrado. Su olvido generoso y particularmente su buen éxito, le valieron el título de *nuevo Rómulo* y de segundo fundador de Roma. Unos suponen que los galos fueron destruidos por él en una batalla que siguió á esta retirada, y otros que se volvieron pacíficamente á sus límites. Justino asegura que ofrecieron entonces sus servicios á Dionisio el anciano, tirano de Siracusa, que los empleó contra las colonias griegas del extremo de la Italia. Hizo pasar tambien una parte de ellos á Grecia, en auxilio de Agésilas, para el que su valor y su modo de batirse, desconocido por los griegos, no fué inútil en la guerra que tuvo que sostener Esparta, despues de la paz de Antalcide contra la liga de los tebanos. La expedicion de los senoneses contra Roma dejó en los romanos una impresion profunda de terror. La sola noticia del descontento de los galos espantaba á la alarma en la ciudad. Todos los habitantes, hasta los sacerdotes, estaban obligados á tomar las armas, y aun enganaban á los esclavos prometiendoles libertad. Ambas naciones lucharon cerca de dos siglos con éxito variable, mezclado ademas con suspensiones frecuentes; pero que no duraban más que el tiempo necesario para tomar aliento.

El cuadro muy reducido de esta lucha nos ofrece, desde el vigésimo tercio año despues de la tentativa azarosa de los senoneses en el capitolio, un nuevo acto de temeridad de estos mismos galos, el cual fué seguido de otro desastre cerca de Alba (Albano). Debiéronse este tambien á aquel mismo Camilo, que había destruido igualmente sus primeras esperanzas, y que á la edad de 85 años, y dictador por quinta vez, concluyó con esta hazaña una carrera dilatada de virtud y gloria. Seis años despues, aliados con los hernicos y los tiburtinos (los de Anagni y los de Tivoli), y acampados en las orillas del Anio (del Tevere), á tres millas solo de Roma, se retiraron por el pronostico desgraciado de un combate singular, en que el jóven Tito Manlio, tan célebre por su valor como por su severidad, mató á uno de los campeones más robustos de su ejército, y recibió el nombre de *Turcato*, por haberle despojado de un collar de oro con que estaba adornado. Pero poco despues no pudieron librarse de su destino, y el dictador C. Sulpicio les hizo sufrir un revés comparable á los que habían experimentado con Camilo. Su invencible obstinacion se conmovió algùn tanto, y solo diez años despues fué preciso oponerles el hijo de aquel mismo Camilo, con el que se encontraron en las lagunas Pontinas. Un nuevo combate singular fué favorable tambien á los romanos: le valió al jóven M. Valerio, que solo tenía 23 años de edad, y

el consulado, que únicamente se concedía á los 40, y el sobrenombre de *Corvino*, porque un cuervo posado, según dicen, sobre su casco, había favorecido los esfuerzos contra su adversario. La batalla general que siguió á este combate parcial, fué funesta tambien para los galos, que efectuaron su retirada á la Apulia (la Pulla). Una tregua de 30 años, estipulada diez dias después entre ellos y los romanos, debió á conocer mejor que ninguna lazaria militar, hasta qué punto eran temibles los galos, á pesar de sus roveses.

Hacia el término de esta tregua, una nueva colonia galesa, recibida en Etruria, abrazó los intereses de sus compatriotas adoptivos contra los romanos; pero tardaron muy poco en convertirse en frecuentes desgracias algunas ventajas insignificantes. Los galos de la Gran Grecia, aliándose con los toscanos, y sobre todo con los samnitas (los habitantes del Abruzzo), tan temibles ya por sí solos para los romanos, opusieron una resistencia mas larga y vigorosa; en el curso de esta guerra encarnizada, cuyo teatro era la Umbría, fué cuando se vió en las llanuras de Sentino, entre el Metauro y el Esino, al cónsul P. Decio Mus, repetir el espectáculo dado 45 años antes por su padre, consagrarse á los dioses infernales para la salvacion del ejército, y precipitándose solo en lo mas espeso de los batallones enemigos, reanimar el valor de los soldados, procurarles así como á su colega Q. Fabio Máximo una victoria brillante, y cansar en fin por algun tiempo la pertinacia de los galos. Pero incapaces estos de desanimarse por los pobres resultados, y estando al acecho siempre de las ocasiones favorables para reparar sus pérdidas, se apoderó de ellos otra vez una inquietud guerrera en la época de las cuestiones de Tarento con los romanos. Tambien fué entonces para desgracia suya, y esta empresa belicosa no hizo mas que preparar nuevos triunfos á los generales de Roma: á Curio Dentato, á aquel vencedor modesto de los samnitas y los epirotos, al cónsul Domicio Calvino, y sobre todo á su colega Corn. Dolabella. Los senoneses y los vovanos sitiaban á Aretio (Arezzo), ciudad aliada de los romanos. Al tener noticia del movimiento de estos últimos para socorrerla, los galos adoptaron la resolucion mas valerosa que prudente, de levantar el sitio, según lo habían hecho un siglo antes sus antecesores delante de Clusio, y de marchar como ellos en derelchura sobre Roma, con el intento de hacerle temblar por sus hogares. Pero las conjeturas no eran ya iguales. Dolabella los esperaba tranquilamente á las orillas del Tiber cerca del lago de Vadimone (Bassanello), en Etruria. Allí fué donde entre el furor y la desesperacion de una parte, y la energia y la ciencia militar de la otra, no permaneció dudoso mucho tiempo el éxito. El choque fué tan desastroso para los senoneses que, según dicen algunos, la raza de los incendiarios de Roma quedó estinguida completamente, y segu otros, los tristes restos que quedaron eran tan reducidos, que no pudieron menos en lo sucesivo de entregarse á una servidumbre harto positiva, bajo el nombre disfrazado de alianza.

Los esfuerzos de los galos, comprimidos cada dia por el poder siempre creciente de los romanos, se dirijieron entonces hácia otros lugares que les ofrecian menos resistencia. En esta misma época es cuando se citan las expediciones de Belgio y del segundo Brenno á la Macedonia y la Grecia. Los galos en tiempo de Brenno, tenían establecimientos en las cercanías de estas comarcas, y sus diputados enviados para cumplimentarle, fueron los que le dieron aquella respuesta singular de que *no temian nada* mas que *la caída del cielo*. Después de la muerte de este príncipe, Antigono el Ciclope habia tomado como asalarados á los que se habían adelantado en la Iliria y hasta el monte Hemus (el Balkan), en las fronteras de la Tracia. Contribuyó mucho su valor para obtener las ventajas que consiguió sobre Eumenes, y en fin á la victoria decisiva que consiguió sobre él en 316. Entonces fué tambien cuando empezaron los galos á desparramarse en el Asia.

Veinte años próximamente después de la batalla memorable de Ipsi, en que fué muerto Antigono, decidiendo terminantemente la sucesion de Alejandro, y en la época misma de la guerra de Pirro con los romanos, Belgio, después de haber atravesado la Panonia y la Iliria (la Hungría y la Dalmacia), y ayudado por los scordiscos, pueblo de origen galo que habitaba aquellas comarcas, se habia arrojado sobre la Macedonia. Tolomeo Cerauno, hermano del rey de Egipto Tolomeo Filadelfo, y después de él Sosthene, habian perecido antes en los inútiles esfuerzos que hicieron para resistirle; pero esta inmensa, agena ademas de todo plan, no habia tenido por resultado mas que destrozos y pillage, y debia venir á parar en las derrotas sangrientas que sufrieron los galos por parte de Antigono Gonatas, nieto de Antigono. En cuanto á Brenno, después de haber tomado parte en los primeros acontecimientos de la Macedonia, habia atravesado las Termópilas, á pesar del ateniense Calipo, y paseado sus estragos por toda la Grecia. Poco después, no pudiendo hallar mas botin en las campiñas aisladas, formó un estenso y último proyecto de espolicion. No intentaba nada meros que apoderarse de las incalculables riquezas que desde tan tantos siglos acumulaba diariamente la supersticion de los pueblos en el templo de Delos. Pero el haber tomado mal sus medidas, á consecuencia de una confianza harto ciega en la infalibilidad de su buen éxito, dió tiempo suficiente á los habitantes de Delos para reponerse de su primer terror; y su valor, exaltado

entonces por el entusiasmo de la religion, hizo hallar, á tan solo 4,000 griegos, recursos y fuerzas suficientes para resistir á 60,000 bárbaros que á la verdad sin disciplina y hartos de vino, hicieron inútiles tentativas para preparar por la roca, objeto fatal de su avaricia. Durante la accion una granizada espantosa y un frío intenso, perjudicados á la vez para las operaciones y los heridos, y que fueron considerados como una venganza inmediata y milagrosa de la divinidad ultrajada, completaron la derrota y les obligaron á renunciar á su empresa.

Los tristes restos de tantas tropas, hostigados continuamente por los puels los cuyo territorio atravesaron, se dirijieron con pérdidas inmensas sobre el Helesponto, de cuyas orillas, sin embargo, supieron hacerse dueños. De allí fué de donde, bajo las órdenes de Lotario y de Lomnoriux fueron llamados por Nicomedes I, rey de Bithynia, cuyos dominios habian sido invadidos por los generales sucesores de Alejandro, y que á la muerte de Lysimaco, trataba de conquistar sus estados. El auxilio de los galos le restableció en su reino, y este monarca, en prueba de su gratitud, les facilitó en el centro del Asia-Menor un establecimiento, cuyas ca itales fueron Acreia y Selinunte, tomando el nombre de *Galacia* ó de *Galo-Grecia*, con motivo de la mezcla de los galos y los griegos. Zela, sucesor de Nicomedes, no heredó de su padre los buenos sentimientos que profesaba con respecto á ellos, y proyectó degollar á sus gefes en un festin; pero avisados á tiempo, se libraron de él, dándole la muerte. La venganza de Prusias I, hijo de Zela, se limitó á inútiles devastaciones en Galacia, y no disminuyó en nada la dominacion de los galos en el Asia. Hacia este mismo tiempo se acrecentó su territorio con varias concesiones de Atalo I, rey de Pérgamo, al que habian servido de mucha utilidad en la guerra fcliz que sostuvo este príncipe contra Antíoco el Grande, rey de Siria. Veintiocho años después, auxiliares de este mismo Antíoco en la batalla de Magnesia, que libró el gloria de Escopion el asiático, hermano del africano, escitaron el descontento de Roma y se atrevieron á arrostrarle; pero una doble derrota que sufrieron les obligó á pedir la paz. Los tres pueblos que formaron este pequeño estado conservaron sus nombres primitivos, de galos de Teosotagos, Trocmas y Tolistobagos, que eran los de algunas poblaciones cercanas de Tolosa. Cada uno de ellos tenia varios gefes que, probablemente por su número, llevaban el nombre de tetrarcas. Poco á poco se redujo este número, y en tiempo de César obedecian á un solo gefe, el rey Dejótaro, célebre por la defensa de Ciceron para disculparse de haber atentado á la vida de un dictador. No tuvo mas que un sucesor llamado Amyntas, que habia sido secretario suyo, y al que Antonio procuró su dignidad. A la muerte de Amyntas, ocurrida en el año 26 antes de J. C., Augusto redujo la Galacia á provincia romana. Roma, después de una guerra de 24 años contra los cartagineses, por seguida vez después de cinco siglos, y por primera después de Numa, acababa de cerrar el templo de Jano. Nuevas cuestiones con los cisalpinos, la hicieron volver á abrir sus puertas, que no se cerraron ya hasta el tiempo de Augusto.

Hacia algunos años que el pueblo de Roma se habia hecho adjudicar las tierras poseídas por los galos en los distritos conquistados por los ejércitos romanos. Habian demostrado los cisalpinos, al ver esta medida, un descontento bastante vehemente para que Roma se alarmara. Preparóse pronto bastante volapente para que Roma se predecian que los galos habian de tomar posesion de Roma, los magistrados, por una supersticion bárbara, creyeron contrarrestar este presagio funesto, y satisfacer, sin embargo, al oráculo, haciendo enterrar vivos en una plaza de Roma á un galo y una gata. Para castigar estas injurias, 70,000 galos, penetrando primero en Etruria, marcharon en derelchura sobre Roma. Pero ya la política romana habia tenido la astucia de dividirlos y de captarse la adhesion de los cenomanos y los venetos, que desde el último estremo de la Armórica (la Bretaña), habian ido á poblar el fondo del golfo Adriático. Para llenar el vacío que dejaba aquella desercion en sus filas, llamaron los galos en su ayuda á los gesatos, habitantes de las montañas que los separaban de la Germania. Al pronto fueron afortunados, y vencieron á un pretor romano. Cargados de botin, quisieron ponerle en sitio seguro; y en lugar de seguir su primer plan, empezaron una retirada, á la que parecia no deber oponerse obstáculo alguno. Pero por una circunstancia completamente imprevista, y mientras los seguia el consul Emilio Papo, el otro consul Atilio Régulo, que regresaba de una expedición á la Cerdeña, desembarcó en Pisa cuando llevaban los galos á esta ciudad. Halláronse así entre dos ejércitos, y el resultado de esta peligrosa situacion fué conforme al fatal augurio que de ella podian inferir los galos. Su valor aumentó su desgracia, y su encarrizamiento les hizo dejar 40,000 hombres en el campo de batalla. Esta victoria allanó las dificultades para el paso del Pó, que intentaron efectuar los romanos en los años siguientes, y para los triunfos mas decisivos de Marcelo, que produjo con sus primeros lazarías. Las que verificó después para devolver á los ejércitos romanos la fortuna de que pareció habia despojado Anibal por algun tiempo. Al principio de un combate, mató por su mano á Viridomano, rey de los gesatos, y por esta accion brillante enfrío de tal modo el valor del enemigo, que con un puñado de hombres que le acompañaba á la sazón,

des hizo un ejército entero. Desde allí, volando en auxilio de Corn. Escipión, su colega, que acababa de entrar en Cremona y que sitiaba á Milán, tomó esta ciudad, y sucesivamente todas las de la Cisalpina, que acabó de someter y reducir á provincia en el año 222. Para consolidar su dominio, Roma, independientemente de las plazas y fuerzas que sostenía en ella, estableció además dos colonias, una en Cremona, aliendo del Pó, y otra en Placencia, á la orilla opuesta del mismo río.

Estas precauciones eran necesarias, pero no fueron suficientes para contener enteramente á pueblos soberbios é impacientados con un yugo á que no estaban acostumbrados. Fue necesario cerca de medio siglo para habituarlos á él, y sofocar en este intervalo numerosos levantamientos: el primero fué motivado por el establecimiento mismo de las nuevas colonias. Las tierras de que hubo que despojar á los galos para dotar á los recién venidos, hicieron revivir las antiguas disensiones. Los odios añejos se reanimaron y se exaltaron con la circunstancia de la marcha de Anibal, que se encaminaba entonces de España á Italia. Apoyados en sus promesas los boyanos levantaron el estandarte de la rebelión, se arrojaron de improvisto sobre los comisarios romanos encargados del reparto de las tierras, rechazaron hasta Módena los habitantes destinados á formar las dos colonias, batiéron al pretor que había quedado para la custodia de la provincia, y agárndolos en sus límites al general cartaginés.

Habia pasado los Pirineos sin ningún obstáculo, pero cuando llegó á Illiberis (á Elne), tuvo que disipar los rocesos de los galos, que estaban inquietos por saber el uso que podría hacer de su temible ejército. Anibal consiguió tranquilizarlos, manifestándoles que marchaba contra un enemigo común, y que no tenía intención de sacar la espada hasta que entrara en Italia. En vista de estas seguridades se le concedió el paso. Sin embargo, al llegar al país de los volcos, en las orillas del Ródano, halló resistencia: aquellos pueblos habían sido escitados por los romanos que, aliados de Marsella, acababan de desembarcar en aquel puerto al mando de P. Corn. Escipión, hermano del colega de Marcelo, y padre del ilustre africano. Anibal se asustó poco con este obstáculo. Por órden suya, y á favor de los bosques y de la oscuridad de la noche, una parte del ejército cartaginés subió el río sin ser vista, le atravesó en balsas, y bajando por la orilla opuesta, dispersó á los volcos atacados por la espalda, mientras que Anibal lo batía de frente, pasando el río á la vista misma de su campamento. A instancia de los diputados boyanos, y siguiendo sus consejos, evitó entonces el encuentro del cónsul, remontó rápidamente el Ródano hasta su confluencia con el Saona, y desde allí se internó en los Alpes, guiado por un rey de los allobrojes (los delphinés y los saboyanos), á quien auxilió á su paso por sus estados. Todavía es un problema entre los sabios el designar la parte de los Alpes que atravesó Anibal para penetrar en Italia. Lo cierto es que sólo después de quince días de trabajos, de fatigas extraordinarias y de pérdidas considerables, consiguió por fin bajar á la Insuaria, cuyos pueblos se apresuraron á correr á su encuentro. Su número aumentó considerablemente después de sus primeras victorias sobre Escipión, que desesperando alcanzarle en las Galias, se había embarcado, y atravesando la Liguria, había ido á esperarle al lado opuesto de los Alpes, en las orillas del Tésino. El paso del Pó y la victoria de la Trevia acabaron de emancipar la Cisalpina, pero la fortuna de estos pueblos, ligada ya á la de Anibal, se desvaneció con esta y con la paz que dictó Escipión el africano en Cartago, la cual terminó la segunda guerra púnica.

Sin embargo, en el año que siguió á esta paz, y cuando parecían carecer los galos de toda apariencia de buen éxito, los insubrios, los cenomanos y los boyanos, habitantes de las cercanías de Milán, Mantua y Bolonia, osaron hacer nuevas escursiones en el territorio romano, se apoderaron de Placencia, cuya ciudad incendiaron y amenazaron á Cremona. Habiales incitado á esto un cartaginés llamado Amilcar, á quien acogieron después del desastre común á llamas naciones acateado sobre el Metauro en Umbria, cuando la derrota completa del socorro que llevaba Asdrubal á su hermano Anibal. Un descendiente de Camilo, el pretor Furio, fué el primero que contuvo sus destrozos. Nueve años consecutivos de reveses parecieron abatirlos, obligándolos á suscribir un tratado humillante que les privó de sus armas y jefes. Pero en el siguiente año, la vergüenza y la dureza de estas condiciones les impulsó á arrostrar de nuevo la suerte de los combates que no varió para ellos; llegaron á ser auxiliados de tal modo esta vez en una batalla sangrienta, que no tuvieron mas recurso que someterse de nuevo al mismo yugo, sin esperanzas de libertarse de él en lo sucesivo. Su vencedor en este encuentro fué Escipión Násica, hijo de Cneo, y primo hermano del Africano y del Asiático; este Násica, reconocido por un decreto del senado como el hombre mas probe entre todos los romanos, era padre del que apellidaron *las delicias de Roma*, y abuelo del que mató al sedicioso tribuno Graco, primo suyo.

Diez años después de este triunfo importante, Pablo-Emilio, hijo del cónsul muerto en la batalla de Canas, y cuñado, por su hermana del gran Escipión, preluendiendo la gloria que había de adquirir

algún día batiéndose con el último rey de Macedonia, redujo á los ligurios á solicitar la paz y renunciar á sus prerogativas. Solo entonces fué cuando pudo considerarse la Galia Cisalpina como verdaderamente sometida.

La misma suerte amenazaba á la Galia Transalpina ó Galia verodadera, que era la que habían salido aquellas tribus numerosas que los romanos tenían la suerte de encontrar siempre á su frente en cualquier lado á que dirijieran sus armas. Marsella fué el motivo ó mas bien el pretexto. Esta ciudad, cuyos fundadores estaban instruidos en todas las artes de la Grecia, alcanzaba rápidamente un alto grado de prosperidad: había plantado la viña, cultivado el olivo, y, por medio de sus relaciones, llevado la civilización á las Galias. Sus edificios recordaban los de las ciudades mas opulentas de la Grecia, y sus escuelas rivalizaban con las de Rodas y Atenas; pero lo que mas había contribuido á que adquiriera su prosperidad fué el comercio. Rival, en este concepto, de Tiro y Cartago, había aprovechado los desastres de estas dos ciudades para extender sus relaciones comerciales con sus ciudadanos, no contentos con las factorías y colonias que habían sembrado por todas partes en el Mediterráneo, se habían aventurado á abrirse un nuevo camino mas allá del estrecho, y á aventurarse en el gran Océano. Pytheas, el astrónomo mas hábil que nació 351 años antes de la era vulgar, determinó exactamente la latitud de su patria, surcó el Océano hasta el círculo polar, y descubrió la existencia del mar Báltico, mientras que Estabimeno, compatriota suyo, descubrió al Mediodía la embocadura del Senegal.

Tanta prosperidad promovió la envidia de sus vecinos. El año 600 de Roma se vieron atacados por los ligurios transalpinos (los provenzales y delphinés meridionales), que sitiaron á Niza y Antibes, ciudades dependientes de Marsella. Esta, desde el año 340 de Roma, había adquirido bastante importancia para que no desearan los romanos su alianza. Marsella permaneció fiel al pacto y dió pruebas repetidas de ello. Creyó, yes, poder reclamar de los romanos un acto de reciprocidad. Guiados estos por un sentimiento de justa gratitud, y anhelando siempre mezclarse en los negocios ajenos, en los que su política interesada no dejaba nunca de hallar alguna ocasión de engrandecimiento, se dieron prisa á enviar embajadores, para impedir que prosiguieran las hostilidades; pero los ligurios se opusieron á su desembarque; y aun salió herido uno de los enviados. Roma se resistió por este ultraje, y tanto para vengarse, como para socorrer á sus aliados, comisionó al cónsul Q. Opinio para que penetrara en las Galias. Habiendo reunido el cónsul sus tropas en Placencia, emprendió su marcha costeando el Apenino, y llegó al territorio de los oxibianos (los habitantes de Frejus). Estos y los decates de sus vecinos, pueblos marítimos que habían cometido la ofensa, no esperando obtener clemencia, aceptaron el combate y fueron vencidos. Opinio los despojó de sus tierras, dándoselas á Marsella, é hizo marchar á Roma á los motores de este atentado para ser castigados con la pena de muerte. Tal fué el éxito de la expedición primera de los romanos allende los Alpes.

Venticinco años después, inspirando nuevos temores á los masilienses, (marselleses), los pueblos en cuyo centro estaban establecidos, acudieron nuevamente á solicitar el apoyo de Roma. Hacia poco tiempo que por recomendacion suya había perdonado Roma á la Foclia, que había incurrido en su desagrado é indignación. El auxilio que pedían fué concedido al momento. Lévesle el cónsul Fulvio, amigo y cómplice del último Graco. Fulvio derrotó á los ligurios, mas no pudo establecer en su país la dominación romana. Reservada estaba á sus sucesores esta empresa.

El primero que fué á ocupar su lugar fué Sexto Calvino. La fundación de la ciudad de Aix, que lleva aun su nombre (Aqua-Sextæ), demuestra palpablemente los progresos que hizo en aquella provincia. Edificóla en el sitio mismo en que consiguió una victoria decisiva sobre los pueblos del país, haciéndolos pasar la dominación de los romanos, y estableció allí una colonia romana para precaver la inconstancia de un pueblo voluble, al que quizás no hubiera cautivado suficientemente su generoso proceder. Esta fué la primera colonia que enviaron los romanos al lado opuesto de los Alpes, y la consideraron muy pronto como un punto de partida para proceder á otras conquistas.

Efectivamente, transcurridos dos años, Domitio Enobarbo se creyó autorizado para atacar á los Allobroges (los delphinés setentrionales), por haber favorecido la retirada del rey de los ligurios. Político tan hábil como buen guerrero, Domitio con el objeto de evitar que llegaran los socorros que hubiera podido darles el hijo de evitar de los arvernos (de los auvernatos), moniara poderoso que ocupaba las orillas occidentales del Ródano, le suscitó por enemigos á los eduenenses (los habitantes de Autun), vecinos suyos, y solicitó la alianza de estos, cuya estremada fidelidad fué después sumamente útil á los romanos en la conquista de la Galia. Funesta fué esta división para los allobroges, en la acción de Vindalia (Vedène), aldea situada cerca de Avignon, en la confluencia del Ródano y la Sorgue. Solo cuando era inútil ya todo socorro, pudo acudir Bituito á auxiliárlas. Descontos mil hombres pasaron inútilmente el Ródano bajo sus órdenes



para atacar á los romanos en la embocadura del Isère. Esta multitud de hombres, por la carnicería que de ellos hicieron, sirvió tan solo para dar mayor realce á la gloria del nieto de Pablo-Emilio, el cónsul Fábio, que acababa de reemplazar á Domitio. Efectuando Bituito su retiro, acudió á una conferencia á que le citaron, y por una traición indigna fué cogido y llevado á Roma, en cuyo senado hizo resonar inútilmente sus amargas quejas. Una existencia soportable, en alguna ciudad pequeña de Italia, fué lo único que creyó deberle conceder la política degradada de Roma. Llegó el Senado hasta el estremo de dar la órden de prender á su hijo Congenatio, niño aun. Este príncipe se educó en Roma, pero repuesto despues en el trono de su padre, fué uno de los aliados más fieles de los romanos.

El cónsul Q. Marcio Rex perpetuó tambien por medio de una fundacion, el recuerdo de sus vastísimas empresas en las Galias. Proyectó nada menos que el asegurar á los ejércitos romanos, un paso aspidio desde los Alpes á los Pirineos, y por allí de Italia á las Españas. Felices fueron estas expediciones contra los pueblos intermedios, á pesar de haber tropezado en su marcha con montañeses bastante alivos é feroces para entregarse á la muerte con sus mujeres é hijos, prefiriendo esto á sobrevivir á la pérdida de su adorada libertad. Aseguró la duracion de sus conquistas por medio de una nueva colonia, situada cerca del mar, en el pais de los Volcos Tectosagos, y equidistante sobre muy corta diferencia, de la primera colonia y de los Pirineos. El sitio que eligió fué Narbo (Narbona), que se convirtió poco despues en capital de los estados romanos situados en el medioma de la Galia; y uniendo su nombre al de su fundador, fué conocida mucho tiempo con la designacion de *Narbo Marcio*.

Emilio Scauro al que su talento y algunas virtudes aparentes habian hecho ascender desde una situación oscura á la dignidad de cónsul y de príncipe del Senado, triunfó despues de los gáuticos, pueblos desconocidos que se supone fueran los habitantes del Bearne. Concluyó su campaña con trabajos más pacíficos, que cimentaron la dependencia de los galos. Cuando tenían estos por la Italia, habíales opuesto Roma la dificultad de las marchas; pero en cuanto ofrecieron sus colonias un dirque que contrarestará sus esfuerzos, conoció la utilidad de estensos caminos para el transporte de los ejércitos, y Scauro empleó sus tropas en trazarlos en la Galia Cisalpina. Ilustrado entonces el Senado por la ambicion, conoció la utilidad de tanta empresa, y no le agradeció menos al cónsul sus trabajos que sus victorias.

La parte meridional de las Galias conquistada por las armas romanas, permaneció pacífica desde entonces, con el nombre de *Provincia Romana*, de donde proviene el de *Provenza* que aun lleva en la actualidad. Y aunque se alteró poco tiempo despues la tranquilidad, no lo motivaron sus intereses, sino que se convirtió aquel pais en teatro de una lucha terrible entre los romanos y un pueblo bárbaro venido del Norte, como para presagiar las calamidades que debían derramar algún día las naciones septentrionales sobre el pueblo romano que estaban destinadas á aniquilar. Era este pueblo el de los cimbrios, habitantes de la península, conocida despues con el nombre de *Julandia*. Abandonóronla entonces, partiendo en busca de un pais y una patria más favorecidas por la naturaleza. En la direccion que tomaron hacia el medioma, se les asociaron los teutones, inmediatos como ellos al mar Báltico, y se dirijieron unidos hacia Baviera; pero amenazada con hallar una resistencia enérgica por parte de los galos boyanos que la habitaban, aquella multitud recargada de mujeres y niños, y que por esta misma razon se inclinaba con preferencia á las conquistas fáciles, cayó sobre los scordiscos, habitantes de las orillas de Saxe y del Danubio, y les hizo sufrir pérdidas considerables, que facilitaron despues á los romanos los medios de reaclazar á estos pueblos al oqueto lado del Danubio.

Al estenderse los cimbrios hacia la Norica (Austria), se hallaron muy próximos al consul Papirio Cabon, enviado á Aquilea, en la última frontera de la Italia, para observar sus pasos. Con el objeto de alejarlos, les participó que el pais que invadian era aliado de los romanos; y fundado en esto les intimó que lo evacuaran. A pesar de resentirse el orgullo de los cimbrios con un proceder tan alivo, no se negaron á entrar en negociaciones, y como no habian fijado aun resolucion ninguna sobre su direccion, accedieron fácilmente á los deseos del cónsul. Este pérdida preparaba una traicion: habiendo rompido á sus guias, hizo que los dirijieran á una emboscada que les tenía preparada, y en donde los atacó mientras se entregaban al desconfianza con la mayor confianza; pero poseidos de indignacion los cimbrios al conocer la clase de enemigos con quienes tenían que libárselas, duplicó aquella sus fuerzas, y compensando la desventaja del sitio y del momento, fueron vencidos los romanos en todas partes, y pronto tuvieron que deber su salvacion al último recurso de la fuga. Al ver la consternacion que en Italia produjo la noticia de este descalabro terrible, difícil sería decir lo que acaeciera si los bárbaros hubieran pasado los Alpes; pero por una resolucion que solo puede esplicarse reconociendo á los sábios decretos de la Providencia, se dirijieron hacia la Helvecia, reclutaron á los tigurinos (zurikeses), atravesaron la Galia devastándola, cruzaron los Pirinios, y continua-

ron sus estragos en España, anunciando además su pronto regreso á Italia, donde nada parecia oponerse á que volvieran.

Roma aprovechó el momento de respiro que la concedian. Mandó al consul Silano que pasara á las Galias con el objeto de proteger los establecimientos recientes, y oponer un obstáculo al regreso de los cimbrios. Segun lo habian prometido, tardaron estos poco en reaparecer en las Galias, é hicieron esplicita petición al consul, de un establecimiento en Italia. A consecuencia de la necesaria negativa del magistrado, recurrieron ambas partes á las armas, y tambien se decidió esta vez la victoria en favor de los bárbaros. Al primer encuentro fueron derrotados los romanos, y por consecuencia, quedaron entregadas las Galias á un nuevo pillaje, del que solo se libraron las ciudades. Los cónsules Aurelio Scauro y Cassio Longino, que sucedieron á Silano, no fueron más felices; y aun el último pereció en una emboscada que le habian armado los tigurinos, y su lugar-teniente, hombre sin valor y sin talento, creyendo las circunstancias más peligrosas de lo que en realidad lo eran, manció la dignidad del nombre romano, dejando que se reprodujera la escena deshonrosa de las *horcas caudinas*. Desesperado parecia ser el estado de los negocios, cuando el consul Cepion recibió el ascendiente, batió á los cimbrios, y poniéndose en inteligencia con los habitantes de Tolosa, les quitó esta ciudad á los bárbaros, que se habian apoderado de ella por sorpresa. Aunque los habitantes habian entregado voluntariamente la ciudad á los romanos, no por tal motivo dejaron estos de creerse autorizados para saquearla. Inmenso fué el botín que hicieron, por la espoliacion de los templos. Tachado fué Cepion de haber usurpado la parte de los cómplices de su avaricia, dejando que atacaran en su marcha á una porcion de espoliadores, á quienes habia encargado el transporte de la mezquina parte que destinaba á la república. Nadie les tuvo compasion. Este acontecimiento se calificó como una venganza de los dioses y un justo castigo de la impiedad de los profanadores; y desde entonces pasó como proverbio en las Galias, para designar un miserable á quien sus robos no le habian aprovechado, que habia robado el oro de *Tolosa*. Esta campaña está marcada por una época interesante; la del nacimiento de Pompeyo y de Ciceron.

Sin embargo, no quedaron tan comprimidos los cimbrios que dejara de ser necesario enviar prontos auxilios á Cepion. Los mismos galos, sublevados contra él por la violacion de sus templos, acudian de todas partes, y reparaban las pérdidas de los cimbrios. En este intermedio fué cuando llegó á las Galias el Cónsul Manlio. Era este el reverso de Cepion por su nacimiento y su talento. El uno afectó desprestigio y el otro superioridad. Produjose desde entonces la mala inteligencia entre ambos generales: cesó entre ellos toda comunicacion, reinó mútua desconfianza entre sus ejércitos, y dominó cada uno el deseo reciproco de quitarse la gloria de los hechos. Cepion llevó su envidia en este punto hasta el estremo de atravesar por entre los enemigos que ignoraban á la sazón la discordia que reinaba entre los dos generales, pero que en cuanto tuvieron noticia de ella, supieron aprovecharla. Atacados separadamente. Manlio por los galos, y Cepion por los cimbrios, fueron batidos ambos, y con una pérdida tal que recordó la accion de Canas, más de 100,000 romanos ó aliados quedaron en el campo de batalla. Los generales pudieron escapar milagrosamente con muy pocos soldados, entre los cuales se hallaba el joven Sertorio, que dió en esta ocasion precoces testimonios de vigor y de intrepidez. Los vencedores no dieron cuartel á nadie: todos los prisioneros que cogieron fueron ahorcados como sacrilegos, y en cuanto al botín que les quitaron, por espíritu de religion, no quisieron aprovecharse de él; hasta los caballos fueron ahogados. Esta accion funesta fué equiparada por el senado á la de Alia en que los Galos hicieron temblar á Roma más de cerca. Cepion, por una resolucion inaudita y nunca practicada hasta entonces, fué depuesto, y confiscados sus bienes: poca quepa espacion, sin duda alguna, para el hombre cuya avaricia y orgullo habian comprometido de un modo tan fatal los destinos de su patria, pero que fué perfectamente adaptada á la naturaleza de su doble crimen.

Hicieronse con estremo rigor levas, que se destinaron á reparar los desastres ocasionados por la derrota de los generales. Faltaba solo hallar un gefe que pudiera inspirar entera confianza. Fijáronse todos los ojos en Mario, que acababa de terminar con gloria la guerra de Numidia contra Jugurtha. En razon á la gravedad de las circunstancias, fué elegido consul á pesar de hallarse ausente, y de faltar aun mucho tiempo para haber transcurrido 40 años desde su primer consulado. Circunstancias ambas que segun las leyes se oponian á su promocion á la dignidad consular. Halagado con tan honrosa eleccion se apresuró á trasladarse con su ejército á las Galias: pero ya no halló enemigos. Incapaces de seguir plan alguno, y aun nada libiles para aprovechar las ventajas que reportaran de su última victoria y de la consternacion que por segunda vez difundieran en Italia, cometieron los cimbrios la grave falta de alejarse de los Alpes, y regresar á España, para concluir de arruinar la Celtiberia. Los pueblos que guerraban antes con los romanos, acababan de reunirse á ellos contra el enemigo común; pero los socorros que obtenían eran insignificantes. Obligada Roma á trasladar á otros

puntos la mayor parte de sus fuerzas, no pudo dejar en España mas que una legión. Sin embargo, no fué inútil la ayuda que prestó á los naturales del país, menos por los socorros efectivos que les dió, que por los principios de táctica que les trasmirió. Instruidos por sus lecciones y guiados por sus consejos, la guerra estratégica que sostuvieron contra los bárbaros, cansó muy pronto la inesperienza de estos, y los obligó por fin á abandonar una comarca en que además nada hallaban ya que saquear.

Mario había limitado sus disposiciones á procurar los medios de recibir á los bárbaros á su regreso, y entretanto adoptaba todas las medidas que pudieran asegurarle en aquel caso la victoria, dedicándose muy particularmente á acostumbrar su ejército visón á todo el rigor de la disciplina. Era tan severo como si el enemigo se hallara á las mismas puertas del campamento; y el consul la lincia aparecer aun mas aterradora por la dureza de su mando: todos temblaban á sus órdenes y obedecían con una puntualidad en alto grado provechosa. Transcurrió el año en este ejercicio, sin que se oyera hablar del enemigo: sin embargo, estabábase siempre con respecto á él en continua expectativa, y continuando las mismas circunstancias, fué



Prueba que usaban los galos para averiguar la legitimidad de sus hijos.  
Pág. 3.<sup>a</sup>

Mario por tercera vez nombrado cónsul. Lo fue tambien al año siguiente, por cuarta vez; pero en esta ocasión hubo menos unanimidad, necesitándose su presencia y las intrigas de sus partidarios para obtener buen éxito. Aquel poder supremo que parecia tender á la perpetuidad, depositado en manos de un plebeyo duro y faccioso, que tomaba por empeño el hacer pesar su autoridad sobre los nobles, tenia sensibles y manifiestos inconvenientes que no podían ser ocultos aun, ni por los transportes vehementes que escitarían triunfos cuya ocasión no se presentaba, ni por el sentimiento de un peligro inminente, que se olvidaba á medida que parecia retrasarse.

Cuando el estado de devastación de la Celtiberia, unido á la resistencia de los pueblos, despojó de objeto determinado á la guerra que hacían los bárbaros, acordáronse de Italia, y se dispusieron por fin á penetrar en ella. Habían descuidado los momentos favorables. Para remediar esta falta en cuanto las circunstancias lo permitieran, separáronse en dos bandos. Los cimbríos emprendieron nuevamente el camino por el cual habían penetrado en las Galias, costando siempre los Alpes, llegaron á la Helvecia, la Thracia y la Norica, proponiéndose atravesar las montañas á aquella altura, mientras que los teutones intentaban la misma empresa por la parte de Occidente. Mario impedía el paso á estos, al mismo tiempo que su colega Lutacio

Catulo, enviado á la galia Cisalpina, debía oponerse á la bajada de los cimbríos. Este último no tenia mas que dos legiones; pero Sylla, que se habia separado de Mario, era su lugar-teniente.

Sin embargo, los teutones avanzaban por la Galia narbonense, con la seguridad que les inspiraban la conciencia de su valor y de su número, y el recuerdo de sus antiguos triunfos. Mario por el contrario, era muy circunspecto y precavido; se atrinchera y parecia temer. General tan prudente como hábil, queria dominar los acontecimientos, y no esponer nada á fortuna. Retirado tras el Ródano, habia elijido, cerca de su embocadura, una posición que hubiera reunido todas las ventajas imaginables, si las atenas de que estaba lleno el rio no le hubiesen privado de una comunicacion con el mar, que era harto necesaria para sus acopios. No tardó él mucho en crearse este recurso, haciendo abrir por sus soldados un canal, que no solo le prestó este servicio importante, sino que cual un nuevo Delta, le cubrió por todas partes. Aquel sitio, conocido en la antigüedad bajo el nombre de *Caii Marii agger* (los atrinchamientos ó el campo de Mario), le conserva aun en el dia con la desfigurada denominación de la *Cainar-gue*. Encerrado en aquella especie de fuerte, dejó que pasara el impetuoso ardor del enemigo, cuyos continuados insultos aprovechó para familiarizar de tal suerte á sus tropas con el porte y los gritos de los bárbaros, que cesaron de hacer la mas mínima impresion en ellas, y muy pronto pidieron con vehemencia que los llevaran al combate. Pero el prudente Mario no lo permitió aun; queria cansar á los cimbríos con su misma inacción y con la escasez de víveres que hizo reinar entre ellos, por medio de las partidas que enviaba á rodear en la campiña. Este expediente tuvo un éxito que superó á sus deseos, porque no pudiendo los bárbaros permanecer mas tiempo ante su campamento, y conociendo por otra parte la imposibilidad de ocuparle por la fuerza, adoptaron el partido de marcharse á los Alpes, dejando á Mario á su retaguardia, sin tener en cuenta lo que pudiera acontecerles. Sais dias estuvieron desfilando por delante del campamento, y preguntaban por via de prueba á los romanos si querían mandar algunas noticias á Roma, á sus esposas. Mario los siguió de cerca, y no sin experimentar algun sentimiento, por tener que abandonar su insuperable posición.

Los dos ejércitos habían llegado á las inmediaciones de Aix y se hallaban muy cerca de las montañas, cuando los ambrones, pueblo que formaba parte del ejército de los teutones, pero que estaba acampado separadamente, atacaron una partida de romanos, que iba á buscar agua de que carecían en su campo. Los legionarios corrieron en auxilio suyo, y de aqui resultó un encuentro parcial, al que Mario estaba preparado, aunque el acontecimiento fuera imprevisto. Hacía ya algun tiempo efectivamente que, seguro de sus tropas y de la precisión con que se ejecutaban sus órdenes, solo esperaba un momento favorable. La impetuosidad de los ambrones les dió al pronto algunas ventajas, pero fueron arrollados en seguida en el rio de Arcos que habían pasado con intrepidez. Inútil fué que acudieran en su auxilio sus esposas con una resolución superior á su sexo. Este movimiento de heroísmo no tuvo feliz éxito, y sus consecuencias fueron aun mas funestas. Reducidas á capitulación, propusieron, con el objeto de salvar su honra, dedicarse á ser vestales. El cruel Mario rechazó su propuesta. Entonces, con una ferocidad sublime, y cuya culpa y censura recaen en el vencedor, aquellas heroínas de la castidad conyugal, defraudando las esperanzas de un soldado licencioso, se estrangularon en la noche siguiente.

Por muy completa que fuera la ventaja del combate para los romanos, apenas se atrevían á regocijarse en su campo; no estaba concluida la batalla, y los teutones se hallaban aun cercanos, pero por una fatalidad que parecia adherirse á sus operaciones, no aparecieron hasta dos dias después, y dejaron al ejército romano el tiempo suficiente para fortificarle y preparar holgadamente todas las disposiciones propias á asegurarse el éxito favorable de la batalla. aprovecháronse los romanos para armar una emboscada que debia cojer á los teutones entre dos cuerpos de ejército, y en esta tan desventajosa situación se colocaron estos cuando se mostraron por fin á la vista del ejército romano, el cual ocupaba una colina, que era una ventaja mas para su posición. A fin de conservarla hizo bajar Mario su caballería á la llanura, con orden de retirarse sobre los flancos en cuanto se empeñara el combate. El éxito mas completo coronó esta maniobra: llegados los teutones al pié de la colina, tuvieron á menos detenerse, y atacaron con fiereza; pero por la naturaleza misma del terreno les bastaba á los romanos el broquel para defenderse y derribar al enemigo. Apesar de esta desventaja, los teutones no cejaron y continuaron su ataque con un ardor digno de mejor suerte. Hasta la mitad del dia permaneció dudoso el éxito; pero cargando entonces las tropas emboscadas sobre los teutones, les infundieron tal pavor y desaliento, que ya no hubo combate, sino una derrota absoluta, en la que los romanos destruyeron sin peligro todo el ejército enemigo. Esta fué la terrible revancha de Cépion. Cien mil teutones perecieron en ella, segun los edictos mas moderados, y algunos autores duplican y aun triplican esta pérdida. Agradecida Roma remuneró esta importantísima victoria, honrando al vencedor con un quin-

to consulado. Su colega continuó también en el mando, pero con el título de prócónsul.

Sin embargo, los cimbrios bajaban sin obstáculo los Alpes noroccidentales. Catulo, creyéndose harto débil para defender las gargantas y desfiladeros, había preferido, por consejo de Syla, recibir á los bárbaros en campo raso, y los esperaba sobre el Adige, cuyas dos orillas tenía ocupadas. Los cimbrios, para forzar su posición, trataron de cortar la comunicación entre ambas orillas, valiéndose de la corriente para arrojar troncos de carpulentos árboles contra los estribos del puente que las unía. Esta maniobra causó tal terror en el reducido ejército de Catulo, que abandonando sus puestos todos los guerreros, á pesar de las amenazas y exhortaciones del prócónsul, se pusieron

sol y del polvo, que podían ser provechosas para sus tropas, y perjudiciales para las del enemigo; pero es interesante observar que supo reportar también la ventaja del orden sobre el desorden, haciendocomer á sus tropas muy temprano, y formándolas al instante en batalla; lo cual obligó á los bárbaros, cojidos de improviso, á presentarse al combate en ayunas y en las mas estraordinaria confusión. Para remediar en parte este inconveniente, recurrieron á un medio singular, propio de la ciencia militar que hasta entonces ostentaron, y que contribuyó no poco á su derrota, fué el atarse unos con otros por medio de cuerdas enlazadas en sus cinturones. Su valor, contrariado por tantas medidas perjudiciales, por los torbellinos de polvo que los cegaban, y por un calor insufrible al que no estaban acostumbrados, no pudo resistir al valor prudente y medurado de los romanos. Ciento veinte mil bárbaros quedaron tendidos en el campo de batalla, y 60,000 fueron hechos prisioneros y reducidos á la esclavitud. Sus mujeres, que habían permanecido en el campo, renortaron la espantosa escena de las esposas de los ambrones en las Galias. Los romanos no perdieron mas que 300 hombres, desproporcion que nada tiene de exajerada, considerando la naturaleza de una derrota en que desapareció todo el peligro para el vencedor. Así acabó aquella incursión precoz de los pueblos del Norte, de que fueron teatro, y por consiguiente víctimas, las dos Galias. Se debe observar en esta guerra, que fué una de las causas bastante inmediata de la ruina del gobierno republicano. Los cuatro consulados sucesivos que acumuló en Mario, le inspiraron la audacia de solicitar el quinto, cuando los intereses públicos no podían ser ya un pretexto plausible para la infracción de la ley, y prepararon así los romanos á las dictaduras perpetuas de Syla y de César, y finalmente á la de Octavio, que varió para siempre la forma de gobierno.



Los tres Fabios delante de los Galos.—Pag. 4.<sup>a</sup>

vergonzosamente en fuga. Catulo solo pudo situarse á la cabeza de los fugitivos para retardar su marcha y darla por lo menos la apariencia de una retirada. Algunos valientes que permanecieron custodiando el campamento al lado opuesto del Adige, fueron los únicos que demostraron bastante resolución para contener á los cimbrios, y obtener de ellos una capitulación honrosa que les permitió incorporarse al grueso del ejército mas allá del Pó. Catulo había tenido la astucia de atravesarle á la vista misma del enemigo, fingiendo al propio tiempo acampar en una altura allende el rio, y aprovechando hábilmente el momento en que los cimbrios, engañados por esta apariencia, se ocupaban efectivamente en acampar. Estos, en lugar de intentar también el paso del rio y marchar sobre Roma, que hubieran hallado entonces indefensa, se dejaron seducir por lo benigno del clima, y no pensaron ya mas que en saborear los gozes, aguardando á los leutones, de los cuales ningún auxilio podían ya esperar. Tantos y tan sucesivamente repetidos retrasos y errores debían ocasionar su ruina. Llamado Mario á la defensa de Roma, tuvo el tiempo suficiente para reparar los Alpes y unirse á las tropas de Catulo. Solo entonces fué cuando supieron los cimbrios la derrota de sus compañeros de armas; solo entonces, también, fué cuando se les ocurrió batirse, y cuando por una nueva impericia, digna de la conducta que hasta entonces observaron, pidieron á Mario que fijara el día y hora de una batalla en que pusieran decidir definitivamente su suerte. Gozoso aceptó Mario una proposición que debía ser provechosa para su país y para su gloria, y los citó para tres dias despues en la llanura de Verceil, que no tenía mas extensión que la necesaria para contener cómodamente al ejército romano, y en la que los bárbaros necesitaban amontonarse de mala manera.

Inútil es hacer notar con relacion á un general tan hábil como Mario, que no descuidó ninguna de las circunstancias del viento, del



Las mujeres de los Ambrones suicidándose para librarse de la deshonra.— Pag. 8.<sup>a</sup>

A esta tormenta inesperada sucedió para la Galia una tranquilidad de cerca de 40 años, debida quizás á la distracción poderosa que reanaron durante este tiempo las armas del famoso Mithridates, rey de Ponto, y también á los desórdenes interiores que agitaron la República bajo las opuestas banderas de Mario y Syla. La conspiración de Catilina debía ser la causa que hiciera caer de nuevo á la Galia en las calamidades de la guerra, y poco despues en las de la dependencia. En aquella época tenían los allobroges diputados en Roma, para solicitar una reducción en los exorbitantes tributos que se les habían exijido. Difiera el senado de dia en dia bajo especiosos pretextos contestar á su pretension, y estas dilaciones habían escitado en aquellos un descontento profundo, que no trataban de disimular. Los jefes de los con-

jurados, dejados en Roma por Catilina cuando salió para ponerse á la cabeza del ejército que habia reunido, pensaron en aprovechar estas disposiciones. Carecían de caballería que hubieran podido hallar entre los galos, y una correría por parte de estos pueblos debía ser muy favorable á su causa. No vacilaron, pues, en franquearse con aquellos pueblos y descubrir sus proyectos, prometiendo hacerles pronta justicia si consentían en secundarlos. Parecidos aceptable á los galos la oferta; pero era bastante delicado el asunto para no comprometerse sino despues de maduras reflexiones. Así las cosas, conliron las proposiciones que les habian sido hechas, al senador Fabio Sanga, que era en Roma el protector de los allobroges. Sanga, ciudadano honrado y amigo de Ciceron, consúl entonces, les manifestó lo horroroso de semejante complot, y les probó que sus intereses estaban mucho mas seguros con la proteccion de Roma que con la que podían esperar de una turba de sediciosos destinados á no tener mas que un momento de existencia; llegó hasta el estremo de persuadirles de que dieran parte al consúl, el cual se valió de esta incidente los medios de procurarse la couvencion legal de una trama cudo hilo tenia ya en su poder por las revelaciones de Fulvia y de Curo, su amante.

Seguendo sus consejos, fijieron los diputados adherirse á las proposiciones de los conjurados, y pidieron firmas para poderlas exhibir á sus mandatarios. Obtuvieron cuanto se les antojara, fijaron su salida para cierta época, se encargaron de llevar algunas cartas á Catilina, al que debían ver al paso, y en fin, recibieron guías para llegar con seguridad hasta el paraje en que este se hallaba. Prevenido el consúl por ellos y de comun acuerdo, habia situado una emboscada en el camino; fueron detenidos con los individuos que componian su escolta, y se apoderaron particular y escrupulosamente de sus papeles, puesto que contenian la prueba escrita de la conjuración, con las firmas de los cuatro jefes principales que, á consecuencia de esto, fueron muertos y ejecutados poco despues.

Sin embargo, Catilina, contra el cual habian enviado al segundo consúl Antonio, espiala el momento favorable para secundar el furor de los conjurados, entrando en Roma en la época convenida de los saturnales. Para conseguirlo, evitaba el combate, y por medio de marchas y contramarchas, procuraba defraudar la vigilancia del consúl. Cuando supo la defeccion de su partido en la capital, varió de conducta. Aunque vendido por los diputados allobroges, alimentó esperanzas de ser favorecido por la nacion misma, si conseguia aproximarse á ella, y formó la resolucion de trasladarse á la Galia Cisalpina; pero obligado á observar mil precauciones contra los ataques del enemigo, su marcha tenia que ser muy leuda, de modo que se le anticipó fácilmente Metelo Celser, que adivinó su intento, y fué á apostarse cerca de las montañas. Catilina, por poco que hubiera retrocedido, hallárase cojido entre dos ejércitos; juzgó, pues, ser mas provechoso comba-rtirlos separadamente, y se vió en la precision de atacar á Antonio, que habia aparentado hasta entonces tener con él ciertas consideraciones, y que, en el día mismo de la batalla, se asentó prestando una indisposicion cierta ó fingida, y dejó el mando á su lugar-teniente Petreio. Los soldados de ambos ejércitos demostraron igual valor; pero habiendo sido muertos en la refriega los jefes que mandaban las dos alas del ejército rebelde, y hallándose Catilina en la imposibilidad de dirijir solo toda la batalla, perdió la esperanza de conseguir la victoria, y no pensó ya mas que en vender muy cara su vida, la cual perdió efectivamente despues de haber roto varias veces las filas del enemigo. Privado su ejército de jefes, no tardó en ser derrotado. Petreio detuvo la carnicería y prohibió que se licieran prisioneros. Prudente y humano á la vez, creyó que estando destruida la causa de la sedicion, toda la sangre romana que dejara de correr, podria derramarse despues en beneficio de la patria.

No se habia engañado Catilina en sus cálculos sobre las disposiciones de los allobroges; volvieron á moverse en efecto, y fué preciso que marchara contra ellos el pretor de la Galia Narbonense. Los auxilios que le prestara un reyezuelo, vecino suyo, les facilitaron los medios de vencer al pretor, y hubo que mandar un nuevo ejército para contener los progresos que hacian ya. Esta vez fueron ellos los vencidos; pero estáble reservado á César someterlos definitivamente.

César entraba entonces en la carrera de las grandes dignidades. Pretor, y revestido últimamente del sumo sacerdocio, habia sido enviado á España, en donde mandaba en jefe por primera vez, y su ambicion promovió motivos de guerra para hallar ocasiones de hacer conquistas. En menos de un año conquistó la obra bosquejada por los Escipiones. Somotida fué la España entera, y dió leyes sábidas que hicieron soportables sus hazañas. Sintióse su marcha cuando se trasladó á Roma con el objeto de solicitar el triunfo y el consulado; fué preciso optar para obtenerlo. Los postulantes del triunfo debían vivir fuera de la ciudad, y los candidatos al consulado, por el contrario, habian de hallarse en su recinto. Viéndose en la imposibilidad de destruir una ú otra ley, prefirió sacrificar los gozes de la vanidad á los de la ambicion, y entró en la ciudad para apoyar su candidatura.

Pompeyo y Craso eran á la sazón los personajes mas influyentes; Pompeyo por el brillo de sus victorias en las tres partes del mundo;

Craso por el de sus riquezas, unido á cierto mérito militar de que habia dado pruebas en las guerras contra Espartaco. Estas ventajas recíprocas habian suscitado naturalmente entre ellos la rivalidad. Si César, por conseguir sus deseos se unia á uno de ellos, era atrasearse la mala voluntad del otro; si halagaba á ambos, podían sospechar á un tiempo que fuera ficticia su adhesion. Esta perplexidad le inspiró miras de mas transcendencia: fueron estos reconciando á aquellos dos hombres, y apoyarse en la union de su poder repartiéndole. Esta obra maestra de intriga y de política fué el origen del primer *triunvirato*, aquella asociacion famosa por la cual debían ayudarse mutuamente en sus empresas, no formar ninguna sino de comun acuerdo, ni ejecutarlas contra la opinion de uno de ellos.

César recibió al pronto el fruto de aquella liga secreta, encubierta bajo las apariencias de un convenio de concordia. Todos los partidos le elevaron al consulado; sin embargo no pudo impedir que el senado, á fuerza de actividad y de derramar dinero, le diera un cólega dispuesto á estorbarle en los actos de su gobierno; era este Calpurnio Bibulo, que desgraciadamente no tenia mas mérito que el de la pureza de sus intenciones. César le dominó muy pronto con su ascendente y sus maneos, llegando al estremo de obligarle á que permaneciera en su casa en los últimos ocho meses de su administracion; de modo que fué casi el único magistrado supremo en aquel año. Mantúvase en aquella administracion captdándose el general benéfico y aprobacion, y halagando separadamente á todas las clases del Estado: al senado, con miramientos esterioros, en los momentos mismos en que le arrancaba un consentimiento forzado; á los caballeros encargados de la recaudacion de los fondos públicos, reduciendo sus distritos; al pueblo, por concesiones de fondos públicos; á los ciudadanos pobres, especie de vil agraria, pero tan habilmente mitigada, que aunque el senado penetraba fácilmente las intenciones del consúl, no se atrevia á obstinarse mucho tiempo en negar su adhesion á ella; á Pompeyo, en fin, con muchas deferencias, y dándole en matrimonio á su hija Julia, por medio de la cual gobernó.

El resultado de una política tan refinada, fué obtener, al terminar su consulado, el gobierno de la Iliria y de la Galia Cisalpina, que le fué concedido por el pueblo, y el de la Galia Transalpina por el senado que, temiendo que se dirijiera al pueblo para obtenerle, se apresuró á contraer así un mérito para con él; todos por cinco años, y con el mando de cuatro legiones. Prestóle el triunvirato en estas pretensiones el auxilio de su influencia, y con este paso imprudente, proporcionó los medios que habian de destruirle.

En el mismo año del consulado de César, el Helvecio Orjetorix habia escitado á sus compatriotas á la conquista de la Galia Céltica, que, limitada al norte por el Sena y el Marne, y al Mediodia por el Garona, confinaba con los establecimientos romanos. Pero habiendo sospechado casi inmediatamente que solo concibiera aquel proyecto para procurarse un medio de elevarse al poder supremo, le predujeron sus conciudadanos, y él se envenenó. Mas continuó subsistiendo el movimiento que habia impreso en todos los ánimos, y para hacer que fuera irrevocable, quemaron los helvecios sus propias poblaciones y aldeas, y se citaron en las orillas del Ródano para los primeros dias del siguiente año. Deবাদo César por la envidia que excitaba en su mente el recuerdo de los triunfos de Pompeyo, y bien persuadido de que para llegar á igualarle en un todo, tenia que oponer trofeos á trofeos, experimentó incomparable placer, no solo por aquellas apariencias de guerra, sino tambien por la época que para su reunion habian elegido los helvecios, la cual, dejando á su ambicion el tiempo necesario para saciarse en Roma durante todo el año de su magistratura, le permitia preparar los medios que al aspirar este plazo debían procurarle la posesion del departamento de ambas Galias.

Fielos á su emplazamiento los helvecios en número de cerca de unas 360,000 almas, entre las cuales habia 92,000 guerreros, tratando de evitar los angostos y peligrosos desfiladeros del Jura, marchaban ya entre esta montaña y el Ródano, y se disponian á atravesar la provincia romana para penetrar en la Céltica, cuando César, instruido de su movimiento, fué en ocho dias desde Roma á Ginebra. Manda cortar inmediatamente el puente de esta ciudad sobre el río, y con el auxilio de una sola legion que halla en la provincia y tropas del pais, cierra en quince el espacio abierto-entre el lago y el Jura con un atrincheramiento de 19,000 pasos, y una muralla de 16 pies de altura. Confiado en esta defensa, se niega completamente á recibir á los diputados helvecios que solicitan les deje pasar, y rechaza á los diferentes destacamentos que lo intentan por las voces del Ródano.

Reducidos los helvecios á emprender el camino de los desfiladeros, se captan los simpatías de los seguanenses (habitantes del Franco-Condado) y de los edunenses (los de Autun), vecinos suyos, á quienes prometen una parte de sus conquistas. Pero apenas se hallaron fuera de las montañas, cuando olvidando sus promesas y compromisos, saquean las posesiones de sus aliados cual lo hubiesen hecho con las de los enemigos. Tal fué el incidente al que se puede atribuir la conquista de las Galias por César. Los cantones oprimidos solicitaron su auxilio, y él se apresuró á prometersele. Con el objeto de cumplirlo, se trasladó con la mayor celeridad á la Cisalpina, sacó

tres legiones de tropas veteranas, y otras dos formadas con nuevas levás, con las cuales volvió á pasar al instante los montes. Tal fué la velocidad de su marcha, que á pesar de haber hallado alguna oposición, alcanzó á los helvecios en las orillas del Saona: las tres cuartas partes del ejército habían pasado ya este río. César cayó de improviso sobre el resto, le dispó en un momento, y pasó en un solo día aquel río que la multitud de los helvecios no había podido atravesar sino en 20 días. Maravillados con tal celeridad, le mandaron un mensaje, pidiéndole ser admitidos como aliados del pueblo romano, y reclamando un establecimiento en la Galia. César rechazó todas estas proposiciones, y se negó á todo lo que no fuera la evacuación del territorio de los aliados de Roma y su inmediato regreso á la Helvecia. Ofendidos con esta respuesta tan imperiosa, se retiraron los aliados, pero no sin recordar á César su igual alianza, que eran ellos todavía aquellos mismos pueblos que 60 años antes, de acuerdo con los ambroses, habían subyugado millares de romanos. Continuaron pues su marcha los helvecios, y aun consiguieron algunas pequeñas ventajas y triunfos sobre varias avanzadas de los romanos.

Envaucidos con este éxito insignificante, y con algunos indicios engañosos de temor que creyeron observar en César, se atrevieron á atacarle pocos días después, á pesar de hallarse aquel en una posición for. idable; pero sus rodeles que se habían aproximado y enlazado unas á otras para que les sirvieran de defensa, fueron atravesadas de tal modo por los dardos y flechas de los romanos que se quedaron sujetas entre sí, y no pudiendo hácer uso de ellas los helvecios, tuvieron que abandonarlas y combatir á cuerpo descubierto. Esta desventaja les obligó á retroceder, pero efectuóse con tal órden este movimiento, que permitió á su reserva atacar por el flanco á los romanos, y desde entonces fué dudoso el éxito del combate. Solo á declinar el día se declaró la victoria en favor de los romanos, pero fué completa, y de aquel pueblo inmenso, únicamente 30,000 hombres pudieron llegar al camino de Langres. Ya había mandado César una órden á todos los sitios por donde habían de pasar para que se les negara toda clase de víveres y auxilios, so pena de participar de la suerte que él les preparaba, y tres días después salió en su persecución aquel jefe eminente. Reducidos los helvecios por esta disposición á la última estrechez, mandóronle de nuevo embajadores para someterse. César los recibió, y ofreció admitir sus proposiciones si se prestaban á entregar sus armas, dejar en su poder rehenes, y regresar á su país á reedificar sus poblaciones que constituían la seguridad de las Galias contra las incursiones de los germanos. Consintieron por fin en ello los helvecios, y así terminó esta guerra.

Todos los jefes de la Galia se apresuraron á felicitar á César por un triunfo, cuyos beneficios frutos debían ellos recojer, y aumentándose su espasiva confianza con este testimonio de generosidad, aventuraron á él un paso que le autorizó para mezclarse activamente en lo sucesivo en todos sus negocios; efectivamente, le pidieron nada menos que apoyara con su autoridad la reunion que iban á celebrar los estados de la Galia, y las misteriosas resoluciones que segun se preveía iban á adoptarse en ellos. No dejó César de acceder á una pretension que secundaba maravillosamente las pretensiones ambiciosas que tenía la república de proteger á todos los pueblos, para dominarlos después. Celebráronse bajo sus auspicios las sesiones de los estados, y el resultado de la deliberación, que impedía el temor fuera divulgado no sólo, le fué comunicado secretamente por el Edeense Divitiaco, que ya poseía toda su confianza, tanto por los servicios personales que le hacía en sus ejércitos, como por la influencia que ejercía en las Galias.

Por él supo pues que los pueblos de la Céltica estaban divididos hacia tiempo en dos facciones, hallándose á la cabeza de ellas, por una parte los eduneses, y por otra los arvernes (los auvernios); que despreciados estos por sus rivales, se habían unido á los secuanienses y pedido socorros á Ariovisto, rey de los suevos; que éste, habiendo entrado primero en las Galias con 45,000 hombres tan solo, introdujo sucesivamente hasta 120,000; que con estas fuerzas numerosas había arruinado el poder de los eduneses, y obligádoles á entregar rehenes en garantía de su servidumbre y del juramento que había exigido de ellos de no socorrer nunca á los romanos; que los secuanienses que le habían llamado en su auxilio, no tuvieron motivos para felicitarle de ello, puesto que Ariovisto se apropió la tercera parte de su territorio y exijía á la sazón otra tercera parte para entredársela á los aliados; y que el resto, subyugado por su presencia, había caído en una esclavitud peor que la de los eduneses; en fin, que el terror que ocasionaba el nombre de Ariovisto en toda la Galia, por el peligro en que se hallaban sus rehenes, era tal, que nadie tenía la suficiente audacia para quejarse, y que si él mismo narrara tenía mas osadía, era porque había sustraído á su poder todo lo que mas quería, renunciando á las ventajas que hubiera podido prometerse en su patria.

César aprovechó ávidamente estas quejas como una garantía preciosa que le prometía nuevos triunfos. Aseguró á los diputados que tomaba el asunto como suyo propio, y despachó al momento un mensajero para invitar á Ariovisto á celebrar con él una conferencia.

«Si tiene que hablarme, contestó el orgulloso germano, puede venir á buscarme.» Al recibir esta negativa de avistarse con él, César le anunció que segun los deberes de su cargo, se veía en la precisión de exijirle que cesara de dar entrada á los germanos en las Galias, y restituyera á los eduneses sus rehenes; que satisfaciendo estas pretensiones, continuaría viendo en él al amigo y aliado del pueblo romano, cuyo tratado había extendido él mismo durante su consulado; y que, en el caso contrario, encargado como lo estaba por el senado, de proteger á los amigos de Roma, no sufriría que se continuara haciéndoles mas injurias. Ariovisto contestó á este mensaje que las leyes de la guerra daban á los vencedores el derecho de tratar á su aliojo á los vencidos; que los romanos no se guiaban en sus conquistas por la voluntad de otro; sino por la suya propia; que lo mismo le sucedía á él; que había vencido á los eduneses, y fundado en esto les había impuesto un justo tributo; que por consiguiente no les devolvería los rehenes, y si se le ocurría á César quererle obligar á hacerlo por la fuerza, sabría á su propia costa de qué esfuerzos era capaz una nacion de guerreros, que en el espacio de 14 años no habían dormido bejo teclado.

Con esta respuesta, recibió César la noticia de que estaba reunido en las orillas del Rhin un refuerzo de germanos. Adapta al momento su partido, avienta en celeridad á Ariovisto, se apodera de Besanzon, ciudad circundada por el río Doubs, excepto por un solo lado que se apoya en una montaña que le sirve de ciudadela, reanima sus tropas á las que algunas relaciones exajeradas sobre la fuerza y el valor de los germanos habían llenado de temor, marcha al encuentro de éstos, y descubre por fin su ejército. En vano ofrece el combate durante varios días sucesivos á aquellos guerreros tan intrépidos; se obstinan en rehusarle. No lo hacían estos, sin embargo, por falta de valor, sino porque las madres de familia, que eran entre ellos las que decidían de la oportunidad de las batallas, declaraban que sería funesto el resultado si atacaban antes de la luna nueva. Al saber César, cuyos víveres se iban consumiendo en la inacción, esta particularidad estraña, tomó la resolución de atacar inmediatamente su campamento. El cuidado de su propia defensa les obligó á salir de él al momento, y se empeñó la acción. No hicieron los germanos la defensa que de su valor esperarse debiera; tardaron muy poco en emprender la fuga, y no se detuvieron hasta las orillas del Rhin, en cuyas aguas se ahogó la mayor parte de ellos. Ariovisto tuvo la felicidad de escapar en una barca. Tal fué el glorioso resultado de la primera campaña de César en las Galias. Las dos expediciones que se realizaron en ella concluyeron con bastante presteza para que entráran las tropas en sus cuarteles de invierno mas pronto que de costumbre. César las situó en la Sequania (el Franco-Condado), y aprovechándose de su ociosidad, fué á su gobierno de la Cisalpinia, con el objeto de vijilar mas de cerca durante el invierno, los movimientos de la capital.

Hasta entonces no se habían empleado las armas romanas sino en beneficio de los intereses de la Galia. Aq. el año, sospechas bien ó mal fundadas hicieronlas variar de direccion. Aquellos cuarteles que César tomara en la Secunia, tardaron muy poco en infundir alarmas, y los belgas, situados mas al Norte, aprovecharon la distancia prolongada á que se hallaban, para disponer medios de ataque cuando volviera la primavera. A la primera noticia que de esto tuvo César, abandonó la lusbria, y con dos legiones de la última leva, se apresuró á unirse á sus tropas. Habiendo obtenido de los eduneses y los senoneses, que eran de su partido, los datos que necesitaba, los mandó que contuviesen á los bellavacos (á los del distrito Beauvais), y con sus legiones entró de improviso en el territorio de Reims. Esta marcha inesperada, no solo evitó la parte que pudieran haber tomado aquellos pueblos en la confederación de los belgas, sino que le proporcionó además los aliados mas fieles que hubo en las Galias.

Sin embargo, las fuerzas de la liga, compuestas de los bellavacos (los del distrito de Beauvais), los suseonenses (los de Soissons), los nerienses (los de Hainaut), los atrebatos (los del Artois), los ambienenses (de la Picardia), los morinenses (los flamencos), los menapienses (los del Brabant), los atúaticos (los de Namur), los eburones (los de Lieja), los galetos (los del país de Caux), los vellocases (los del Vexin) y los veromanduneses (los de Vermand), formando un total de 250,000 guerreros, se habían reunido bajo el mando del soisonense Galba, y se acercaban insensiblemente á los romanos. En el camino atacaron á una poblacion pequeña de los remenses. Limitábase su táctica, al sitiar una plaza, á rodearla, á despejar las murallas arrojando una multitud de flechas, y dar en seguida el asalto. Suficiente hubiera sido para apoderarse muy pronto de una poblacion pequeña, cuya ciencia no había hecho muchos mas adelantos que la de los sitiadores; pero, habiendo César mandado introducir en la ciudad algunos onderos de Cretenses, Baleares y Numidas, prolongó la defensa, y causó á los sitiadores, que abandonaron su empresa para marchar contra aquel general.

Encontráronse en las orillas del Aisne ambos ejércitos. César se apresuró á trasladar su campo al lado opuesto del río, que cubría las ciudades de los remenses en que se abastecía, y dejó tan solo algunas cohortes para la defensa del puente que había hecho construir. Un

pantano que separaba á los dos ejércitos, debía producir inmensa desventaja al que le atravesara para atacar á su contrario. Esta circunstancia ocasionó una inacción prolongada. Los belgas fueron los primeros en salir de ella, tratando de vadear el río para apoderarse del puente y cortar de este modo los víveres á los romanos. Pero habiéndoles sorprendido la caballería romana en la embarazosa operación del nado, los obligó á retroceder, causándoles una pérdida considerable. Esta tentativa frustrada de los belgas, y la escasez de víveres que empezaban á sufrir, les persuadieron de que sería mas ventajoso defender sus hogares, y decidieron volverse cada uno á los suyos; pero su separación, que se hizo con todo el desórden de una verdadera derrota, fué un completo infortunio, y los romanos los destruyeron á todo su placer durante un día entero sin correr siquiera el mas mínimo peligro.

Disipada así la masa de la confederación, atacó César separadamente á los diferentes miembros de ella: siguiendo el curso del Aisne, se dirigió primeramente sobre Noviodunum (Soissons), cuyos habitantes, en cuanto vieron el desconocido aparato de las máquinas de guerra de los romanos, se rindieron á discreción. Sin embargo, obtuvieron un arreglo mas favorable, merced á los ruegos de los rehenes, con los cuales tenían una confraternidad particular. Condióse de igual modo César con respecto á los bellovacos, á quienes una alianza semejante unia con los edenses. Los nervenses (los pueblos del Himant), cuyas austeras costumbres é indomable valor se negaban á toda especie de sumisión, le opusieron mas resistencia. Esperaban á los romanos en las márgenes del Sambre, en un país fragoso, interrumpido por bosques y enramadas, en donde no solo no podía maniobrar la caballería, sino que tampoco los peones podían verse unos á otros. Llegado á la orilla del río con solas dos lejonas (las otras dos custodiaban los bagajes), estableció César su campo sobre una colina opuesta á una eminencia semejante que se veía al otro lado, y en la que no se percibían, sino algunos destacamentos de caballería. Mientras trabajaban sus tropas en las trincheras, y hacia al mismo tiempo á sus caballos que pasaran el río para inquietar á los del enemigo, los nervenses, ocultos en un bosque, salen repentinamente de su posición, rechazan la caballería romana, la persiguen hasta el río, que atraviesan con ella, y atacan á las lejonas que estaban trabajando todavía. Hízose esto con tal rapidez, que no halló César momento para dar ni una sola orden, ni para adoptar la menor disposición. La refriega se generalizó, sin que la mayor parte de los soldados romanos tuviesen casco ni rodela, y cada uno se vió obligado á combatir en el sitio en que se hallaba, sin poder siquiera adivinarlo que cerca de él ocurría: Este desórden varió los acontecimientos.

En la izquierda, la novena lejon, y particularmente la décima, que era en la que mas confianza tenía César, obtuvieron algunas ventajas sobre los atrebatos (los artesianos), que consiguieron rechazar hasta el otro lado del río, pasaronlos con ellos, y acabaron de derrotarlos, y siguieron hasta su campo, el que saquearon completamente. En el centro, la octava y la undécima, aunque separadas, obtuvieron próximamente las mismas ventajas sobre los veromandunenses; pero en la derecha, la séptima y la duodécima lejon que se hallaban asimismo separadas, estaban ceñidas en el frente y en su flanco por los nervenses, que tenían fuerzas muy superiores para poder atacar su campamento. Así fué que llegó á su colmo el desórden: las banderas estaban todas juntas, y los soldados de tal manera oprimidos, que no podían hacer uso de sus armas: todos los centuriones de una cohorte se hallaban muertos ó fuera de combate: el porta estandarte había caído y su enseña caído en poder del enemigo: desanimados los guerreros, salíanse de la pelea, é imitando su ejemplo la caballería trevirense auxiliar de los romanos, había abandonado la acción que creía perdida, y publicaba en su retirada la derrota del ejército. Tal era el estado del combate, cuando César, que acababa de separarse de la décima lejon, llegó al ala derecha. Siguiendo su primer arrebato, arrancó la rodela á un simple soldado, se puso á la cabeza de los suyos, los reanimó con su voz, y con la circunstancia de que iban á pelear á la inmediata vista de su jeneral, hizo ensanchar las filas, aproximó las dos lejonas, y puso de este modo sus soldados en estado de contrarrestar aun en algún tiempo los esfuerzos del enemigo. Sin embargo, la décima lejon, desde la altura en que estaba el campo de los nervenses, conoció el peligro inminente de su jeneral y volvió en su auxilio, llegando tambien en este intermedio las dos lejonas que habían quedado custodiando los bagajes. Entonces varió el aspecto de la batalla, los nervenses manifestaron aun mas resolución y encarnizamiento, y este escaso de valor fué una desgracia para aquella raza guerrera, que quedó así completamente destruida, puesto que de 60,000 combatientes, apenas se salvaron 500.

Los atinátics (los de Namur) que acudían á socorrerlos, se retiraron al saber su derrota. Eran un resto de aquellos Cimbricos que habían inundado la Gália y la Italia, y que á su regreso se establecieron en aquella comarca. Se encerraron en una ciudad que habían fortificado con todo el arte que poseían. Pero al ver el movimiento de las enormes máquinas de guerra de los romanos, creyeronlos protegidos por alguna divinidad, y solicitaron entrar en ne-

gociaciones, exigiendo conservar sin embargo, las armas para su propia defensa contra los ataques de sus vecinos. Mas habiéndoles prometido César protegerlos contra toda agresión, arrojáralos á los fosos, que se llenaron con ellas, aunque habían ocultado una gran parte. Abrieron entonces las puertas de la ciudad; pero César no quiso ocuparla hasta el día siguiente, con el objeto de evitar los insultos á que hubieran podido verse expuestos los habitantes en la primera embriaguez de la victoria. Ignorando estos tan generoso motivo, aprovecharon este retraso fatal para atacar el campo romano que suponían mal custodiado, pero en el que con gran detrimento suyo hallaron una resistencia inesperada. Al día siguiente, echando abajo las puertas de la ciudad sin oposición, hizo venter César sus habitantes en pública subasta, y pasó su número de 50,000.

En el curso de esta campaña, el jóven Craso, hijo del Triunviro, destacado por César con una sola legión lúcia las comarcas marítimas de la Céltica, sometió todos los pueblos que entre el Sena y el Loire componían la Armórica (la Bretaña). La sumisión de esta provincia la destrucción de los belgas, y la alianza de los edenses y rehenes, pusieron la Gália, casi en su totalidad, bajo la dependencia de los romanos. El senado, en vista de la relacion que le envió César, ordenó quince días de rogativas públicas, testimonio de favor y consideración que no había dado aun á ningún otro general.

Sin embargo, era difícil que la rapidez de estas expediciones, al mismo tiempo que aterraban á los diferentes pueblos de la Gália, pudieran desarraigarse rápidamente entre ellos el gusto y los hábitos de la independencia. Este sentimiento existía en todos los corazones, y la Gália, aunque abatida por las armas, no estaba subyugada mas que en apariencia. En algunos parajes era completa y abierta la rebelion; en otros, se esperaba ocasion oportuna para que estallase, y todos los esfuerzos y cuidados de César tuvieron para que estallase, durante el curso de su tercera campaña sofocarla en todas partes. Los nantuatos y los veragros (los Balaisenses) dieron la señal. La duodécima legión, enviada á aquella comarca para formar sus cuarteles de invierno y proteger el paso de los Alpes, se había visto atacada y rodeada inesperadamente en Octodure (Martínach) por 30,000 montañeses, á pesar de hallarse en completa paz. En el momento de ser ya batida, Sergio Galba, que la mandaba, recobró la ventaja por medio de una salida desesperada que hizo, espandiendo la sorpresa y el terror entre los bárbaros; les mató las dos terceras partes de su gente, dispersó el resto, y creyó prudente, sin embargo, por su propia seguridad, ir á concluir sus cuarteles al territorio de los Alobrogos (los Delinenses y Saboyanos) que estaban acostumbrados hacia ya tiempo al yugo.

En el estremo opuesto de la Gália, y en las mismas costas del Océano que creía Craso haber ya sometido, se preparaba una tormenta mas considerable. La suerte de los rehenes que se habían visto obligados los pueblos á entregar á los romanos, era lo único que contenía la explosion de su resentimiento; una circunstancia que les facilitó garantizar su suerte, fué para ellos ocasion muy oportuna de sublecion. Con el objeto de asegurar la subsistencia de su cuerpo de ejército, había enviado Craso algunos de sus oficiales á diferentes ciudades del país, y entre estas á la de Yannes, que era la mas considerable de todas por los puertos que tenía en la costa, y el comercio que sostenía con la Bretaña (la Inglaterra). En el momento en que mas confiados se hallaban los comisionados romanos, ordenaron su arresto los magistrados de Yannes, y siguieron su ejemplo las ciudades inmediatas. Formose al mismo tiempo una liga, no solo entre todos los pueblos de la comarca, sino tambien de todos los que habitaban las costas mas al Norte, obteniendo ademas algunos socorros de la Bretaña. La mayor parte de las ciudades armóricas, edificadas sobre lenguas de tierra que avanzaban en el mar, estaban defendidas por la parte de tierra por la marea que, inundando cada 12 horas el terreno circuncinco, impedía que se aproximara nadie á ella, y por la parte del mar, por la misma marea que, abandonando cada 12 horas tambien la playa, imposibilitaba la aproximación de las embarcaciones. A estas dificultades naturales, y á las que provenían del número de los enemigos, uníase ademas para los Romanos el tormento de la escasez en un país saqueado. Craso puso en conocimiento de César esta situación peligrosa, y aguardó sus órdenes para obrar con arreglo á ellas.

Lejos de dejarse abatir por tan tristes noticias, creyóse César en estado no solo de remediar el peligró, sino de intentar tambien nuevas conquistas. Ordenó á Craso que pasara á Aquitania con solas 12 cohortes, cierta cantidad de caballería, y algunos refuerzos que había de tomar, tanto entre los naturales de la Gália Romana ó Narbonense, como en los pueblos que iba á invadir, y en los cuales habían sabido procurarse ya los romanos algunos aliados, observando fielmente las reglas de su habitual política. En cuanto á él, después de haber acudido por medio de sus subalternos á mantener la fidelidad de los aliados, y á contrarrestar la malevolencia de los venetos, se reservó dirigir por sí mismo la expedicion contra los venetos y demas pueblos de la Armórica.

A la privilejiada situacion de sus ciudades opuso César los esfuer-

zos del arte y de un trabajo obstinado, construyendo diques que limitaron las inundaciones de la marea, y permitieron aproximarse á aquellos. Pero cuando despues de tantos trabajos se hallaba una ciudad próxima á ser tomada, los habitantes la evacuaban fácilmente, refugiándose á otra por medio de sus embarcaciones. Continuóse esta maniobra durante toda la campaña, y probóse á César que solo por medio de una flota podía obtener un resultado decisivo. Desde el principio de la estacion habia hecho construir ya algunas embarcaciones en el Loire; las unió á las que obtuvo de los santones y los pictones (pueblos de la Saintonge y de Poitou), y dió el mando de ellas al jóven Décimo Bruto, que fué despues uno de sus asesinos. Atacó este al enemigo con doscientos buques, á la vista del ejército de tierra; pero los buques romanos, de construcción muy frágil, profundos de cala, y bajos de bordo, nada podian contra los bajecillos galos, que eran macizos, elevados, y sin embargo bastante chatos para meterse sin peligro en los bajíos. Para triunfar de estos obstáculos imaginó Bruto atrá guadañas al estrómo de perlas largas, con el objeto de enganchar y cortar los aparejos de los buques enemigos; inutilizados por esta operación, quedaron los buques galos inmóviles, y rodeados inmediatamente por las ligeras embarcaciones de los romanos, fueron tomados al abordaje. La mayor parte de la flota gala fué aniquilada de este modo, y el resto, sorprendido en su huida por una calma completa, quedó asimismo en poder de los romanos. Esta acción terminó la guerra, destruyendo la flota que la perpetuaba, y la Armórica fué sometida otra vez. Creyó César que debía ser cruel para vengar la violación del derecho de gentes que se habia cometido en las personas de los comisarios, y mandó dar la muerte á todos los del senado de Vannes.

Al mismo tiempo que se obtenia este triunfo contra los Venetos, obténale igual Titurio Sabino sobre los Lexovienses, cuya confianza animara por medio de un temor fingido. Una salida repentina é imprevista bastó para vencerlos, y la consternación que difundió su derrota en todo el país, ocasionó su sumisión. «Porque si los galos, dice César, estan prontos siempre á echar mano á las armas, se desaniman con la misma facilidad cuando encuentran resistencia é los acótece alguna desgracia.»

Craso, por su parte habia entrado en Aquitania, en la que pocos años antes habian sido destruidos dos ejércitos romanos, exultándose con esta circunstancia el valor de los pueblos. A pesar de la estremada prudencia con que efectuaba su marcha para evitar la suerte de sus predecesores, cayó á su llegada en una emboscada que le habian preparado los Sotiatos. Solo pudo sacarle de ella el extraordinario valor de sus soldados, que anhelaban dar brillo á su jóven general, en ausencia de su jefe. Libre ya de este peligro, apresórese á poner sitio á la capital de aquellos pueblos, la cual se defendió, no solo con valor, sino con una ciencia militar que no habian hallado aun los romanos en los galos; sin embargo, vióse reducida á capitular. Los romanos estaban ocupados en hacer ejecutar la cláusula importante de la rendición de las armas, cuando, despreciando el convenio que acababa de estipularse, aventuró el gobernador de la ciudad una salida, al frente de 600 *asalaritados*: dábase este nombre á algunos valientes que se consagraban en vida y muerte á la fortuna de su jefe; si sucumbia este, perecían con él ó se daban la muerte. Contra soldados tan decididos no podía menos de ser muy ruído el combate. Fueron rechazados, sin embargo á la ciudad, mas no por esto agravó Craso la infausta suerte de los venetos.

La impresion de terror que debió producir la toma de una ciudad tan fuerte, y la gratitud que debiera escitar la generosidad del vencedor, fueron inútiles para los pueblos vecinos: se alaron con algunas colonias de España, y sacaron de ellas varios oficiales que habian militado bajo las órdenes de Sertorio. Craso no tardó en percibirse de ello por la conducta militar que observaron ante él, y por el talento con que se obsinaron en destruir sus medios de subsistencia: pronto conoció que no le quedaba mas recurso que el de una batalla para salir del estado de penuria á que le habian reducido; por esto se le presentaba diariamente, pero no la aceptaban. Para obligarlo á batirse, fué preciso atacarlos con notable desventaja, y quizás lo hubiera intentado Craso inútilmente, si durante la acción no hubiese descubierto, por una casualidad feliz, un sitio débil, por el cual penetró en el campo. Este ataque imprevisto espació la turbación entre los galos; para huir, se arrojaron por encima de los atrinchamientos, y en este desorden, de 50,000 que eran, fueron acuchillados las tres cuartas partes. Tan brillante victoria produjo la sumisión de los pueblos de la Aquitania, que se apresuraron á enviar sus rehenes; sin embargo, los mas lejanos, fundándose en la distancia á que se hallaban y en lo avanzado de la estacion, creyeron poderse dispensar de este tributo.

César concluyó la campaña con los morinenses y los menapios (los flamencos y brabantinos), que ocultos en sus bosques, no aparecian sino cuando los romanos se aventuraban imprudentemente en la espesura. A este género particular de guerra, opuso tambien César un nuevo género de ataque, que fué el de echar abajo los bosques. Con estas lizas inmensas se formó una muralla impenetrable á las agresiones y sorpresas del enemigo, é hizo de este modo una especie de

conquista en su país; pero sobrevino la estacion lluviosa, y tuvo que renunciar á completarla; entonces, y despues de hacer algunos destrozos, mandó formar César los cuarteles de invierno.

En los dos años siguientes, creyóse César suficientemente establecido para atreverse á emplear aquellos mismos galos á quienes habia vencido, en extender sus conquistas mas allá de las fronteras. Siguiéronle como auxiliares en una primera expedición que intentó sobre el Rhin, para rechazar al lado opuesto del río á los usipios y los tencheros (los de Guldres y de Zutphen), que arrojados de su territorio por los suevos, trataban necesariamente de formar un establecimiento en las Gálias; y en una segunda expedición que formó contra los Sicambros (los westfalenses), por haber dado asilo á los desgraciados restos de los tencheros, y en fin, en la tercera contra los suevos que amenazaban á los belices (los de Colonia), que fueron los primeros germanos que solicitaron la alianza de los romanos. Mejor aconsejados por la prudencia que por el valor, al aproximarse César, retrocedieron lo lejos en la espesura de sus bosques, y volvieron á ocupar sus posiciones cuando, imposibilitado César de alcanzarlos, causado de inútiles destrozos, satisfecho con haberles infundido temor, y presuroso ademas de establecer la gloria de las legiones hasta en el corazón de la Bretaña, volvió á pasar el Rhin á los 18 días tan solo de haberle atravesado. La invasion de la Bretaña no pudo tener mucha mas duración, y apesar de algunas ventajas obtenidas sobre diferentes pueblos pequenos ligados entre sí, pero mal unidos, César se vió precisado á regresar al continente antes de la mala estacion; de modo que esta expedición, así como la precedente, tuvo mas brillo que utilidad. Como, rey de los atreabos (los artesianos), que tenia íntimas relaciones en la Bretaña, sirvió útilmente á los romanos en sus negociaciones.

El ócio de los cuarteles de invierno no fué perdido para César; pasó su duración en Luca, donde tuvo una especie de cóite formada por la afluencia de los personajes mas importantes de Roma que se apresuraron á irle á visitar. El mismo Pompeyo y Craso fueron tambien para tratar con él de los intereses comunes. César les procuró el apoyo de sus amigos y los sufragos de muchos de sus soldados, para elevarlos ambos al consulado en el año siguiente, y procuráries despues por cinco años, á Pompeyo el gobierno de la España y de Africa, y á Craso el de Oriente, con la condicion de que el suyo, que espírala en el término de dos años, sería prolongado tambien por otros cinco. De este modo se repartieron aquellos tres hombres casi toda la dominación romana; pero hizo cada uno muy diferente uso de su poder. Pompeyo, creyendo que no le restaba ya nada que desear en el concepto de la gloria, y tomando la adulación por el poder, permaneció en Roma para saborearla, é hizo la guerra en España por medio de sus lugares-tenientes; Craso, en una expedición tan injusta como mal concertada contra los partos, fué á buscar en sus arenales el término de su vida, y á espírar su avaricia y sus rapines; solo César, tan poco escrupuloso como ellos, pero mas hábil, seguía sus tendencias sin desviarse ni un ápice, promoviendo diariamente nuevas ocasiones de acumular laureles en su cabeza, y aniquilar así paulatinamente el antiguo ascendiente de sus cólegas.

La campaña anterior en la Bretaña fué una escursión y no una conquista; César hizo en aquel año los preparativos para efectuarla. Habia empleado sus soldados durante el invierno en construir ó reunir 600 embarcaciones de transporte y 28 galeras, para cuya reunión se habia designado el puerto de Iccio (de Bolonia); tres legiones debian ocupar una parte de aquellos buques: los demas estaban destinados á transportar las 4,000 hombres, y particularmente su caballería, que ascendía á 4,000. Craso, que era el duense, mandaba una parte de ella; hacia mucho tiempo que le daba motivo de sospecha á César, el cual disimulaba por consideración á Divitiaco su hermano, cuya adhesión á los romanos fué siempre tan constante como útil. En cuanto á Dumoirix, cansado del yugo de Roma, no solo le sobrellevaba con disgusto, sino que aprovechaba tambien las ocasiones de propagar su descontento; manifestaba á los jefes reunidos para el embarque de las tropas, que el objeto de César era despojar á las Gálias de todo apoyo, y que hallando difícil desahucarse de ellos en su propio país, buscaba ocasión de destruirlos en una expedición lejana y agena del todo á sus intereses. Instruido César de estos manejos peridos, trató de destruir su efecto, pero guardando siempre los miramientos que creia necesarios. Halagábase con la idea de haberlo conseguido, y siendo favorable ya el viento, habia dado sus órdenes para el embarque, cuando á favor de los movimientos tumultuosos del ejército, abandonó Dumoirix secretamente el campo, llevándose consigo la caballería eduense. En cuanto llegó este á oídos de César, dispuso suspender toda operación ulterior, y mandó la mayor parte de su caballería en perseguimiento de Dumoirix, con el encargo de intimarle la órden de que regresara inmediatamente, y recurrir á la fuerza en caso de negarse. En cuanto aparecieron los romanos, se puso Dumoirix en defensa, exclamando, con el objeto de entusiasmar mas á los suyos, que habia nacido libre y pertenecía á una nacion libre tambien; pero correspondieron mal sus guerreros á esta excitación, de modo que con su resistencia personal solo consi-

guió asegurar su perdición. La muerte del jefe concluyó de decidir la obediencia de los soldados, que regresaron al campo sin oponer la menor dificultad.

A pesar de los rotos preparativos que hiciera César; á pesar de la habilidad con que fomentó las disensiones entre los pueblos de la Bretaña y se aprovechó de ellas; á pesar de las frecuentes victorias que sobre ellos consiguió, y de la estrechez, en fin, á que redujo á Casivellauno, jefe de la confederación británica, no se creyeron los romanos bastante fuertes ni numerosos para formar todavía un establecimiento en aquel país. Contentóse César con sacar de él numerosos rehenes que pudieran garantizarle su dependencia, y así como lo había hecho en el precedente año, cruzó de nuevo el continente con sus tropas, antes de que llegara la mala estación. En aquella época perdió á su hija Julia, esposa de Pompeyo, y se rompió el único, aunque poderoso lazo, que contenía la rivalidad funesta de aquellos dos hombres; entonces se promovieron también en la Golia nuevas escenas de horror y mortandad, que no cesaron sino con su completa ocupación, la que debía costarle aun á César tres de sus campañas mas trabajosas.

El año había sido muy seco y la cosecha muy escasa: esta circunstancia obligó á César á diseminar sus tropas en diferentes provincias; una legión mandada por Fabio, fué situada en el territorio de los morinos (hacia Terouann); otra, á las órdenes de Quinto Ciceron, hermano del orador del mismo nombre, en el de los nervienses (en el Hainaut); la tercera al mando de Roscio, en el de los estenses (los de Séez) la cuarta, bajo el de Labieno, entre los Renenses, en los confines de Treves; la quinta y la sexta en la Bélgica, mandadas por Craso y Trebonio; la séptima en Autricum (en el país de Chartres), á las órdenes de Planco; la octava, en fin, con cinco cohortes, bajo las órdenes de Titurio Sabino y Arunculeyo Cotta fué acantonada entre el Rin y el Mosa, en el país de los eburones (los Liegienses), que tenían por jefe á Ambiorix. Este le debía gratitud á César, por haberle libertado de un tributo que pagaba á los Atutícos, y por haber recobrado su hijo y otros rehenes que se viera obligado á entregarles; pero el noble sentimiento de la gratitud no había podido sofocar en él la indignación profunda que les causaba á todos los galos la esclavitud, y se espiaba como ellos la ocasión mas favorable para acudir el yugo.

Escasamente habrían transcurrido quince días desde que se establecieron los cuarteles cuando Ambiorix, escitado ademas por el Treveriano Induciomaro, á quien había desposeído César en su patria del poder soberano para darle la investidura de él á un rival suyo, atacó inopinadamente el campo de Sabino y Cotta. Tanto menos debían estos esperar, cuanto que á su llegada á los cuarteles de invierno habían sido comados de agasajos por Ambiorix, que se había apresurado á ofrecerles víveres. Los romanos, á pesar de su sorpresa, rechazaron al enemigo; este, al mismo tiempo que huía, indicaba que quería hacer proposiciones que pudieran arreglar las dificultades suscitadas entre ambas naciones. En vista de tal anuncio, y con el objeto de averiguar la causa de un ataque tan imprevisto, enviaron los dos generales una diputación á Ambiorix. Espuso este á los enviados, con todas las apariencias de la franqueza, que no había olvidado ni los beneficios de César, ni su propia debilidad, que no le hubiera permitido siquiera la idea de arriesgar un combate contra los romanos; pero que siendo galo, no había podido negarse á los deseos de toda la Golia, cansada de sufrir el yugo de los extranjeros, y que aquel día mismo los atacaba en toda la estension de su territorio. Que por lo demas, deseoso de conciliar todos los deberes, y después de haber satisfecho á su patria con el asalto que dió al campo romano, creía de su deber, y en obsequio de la amistad que profesaba á Titurio, darle conocimiento de aquella conjuración general, así como de la próxima entrada de los germanos para secundar á los galos, y aconsejarle por consiguiente que se replagara antes de la unión, ya sobre los cuarteles de Ciceron, ya sobre los de Labieno, prometiendo en prueba de gratitud por las bondades de César, no inquietar á los romanos en su retirada.

Transmitidas al consejo estas palabras, suscitaron grande ansiedad y vivas contestaciones. Cotta declaró que no se fiaba en las palabras de un enemigo, y que aunque todos los germanos se presentaran á las puertas del campamento, le creía bastante bien fortificado y á sus soldados con el valor suficiente para sostenerse hasta la llegada de las órdenes de César. Sabino replicó que no se sabía á punto fijo si César estaba en las Galias ó en Italia; que la debilidad personal de Ambiorix era una garantía palpable de su sinceridad; que cuando los germanos hubieran atravesado el Rin, que solo distaba muy poco, sería tarde para pensar en la retirada; y que en un campamento que iba á hallarse rodeado por todas partes, la menor desgracia que entonces pudiera acontecerles seria sucumbir por falta de víveres. Cotta no se convenció con estas razones; Sabino llegó hasta el extremo de declarar ante toda la legión, que á su colega sería á quien se tendrían que imputar todas las desgracias, consecuencia funesta de su obstinación. Uno y otro jefe seguían inmutables en su opinión respectiva, y procuraban inútilmente conciliarlos y hacerlos con-

venir en una resolución unánime, que, cualquiera que fuese, podría solo salvarles. Sin embargo, próximo á la media noche, vencido Cotta por las reiteradas instancias de la multitud, accedió á los deseos de Sabino, quien dispuso inmediatamente la marcha para el amanecer.

Sin embargo, los enemigos estaban en acecho, observando cuidadosamente cual sería el éxito de sus engañosas astucias, porque no había ni el mas mínimo asomo de certeza en los motivos de alarma que le habían dado á Sabino. Por el movimiento que notaron en el campo, concocieron que habían conseguido su objeto. Para aprovecharse de ello, colocaron una emboscada á dos millas del campo, á orillas de un valle estrecho por el cual tenían que desfilar los romanos, y en el que se vieron atacados estos por todas partes, en cuanto hubieron entrado. Sabino, en el terror de su sorpresa, dió algunas órdenes para la defensa, pero tales cuales podía dictarlas un hombre penetrado de vergüenza y consternación. Cotta; menos sorprendido, por la razón muy obvia de que había sido mas desconfiado, se halló mejor preparado para el peligro, y acudia con tanto valor como sangre fría á remediar las necesidades del momento. Habiendo notado que la custodia de los bagajes privaba al ejército de una parte de sus recursos, ordenó que los abandonaran; pero esta disposición tan bien adecuada á las circunstancias, se convirtió por la variación acaudada en un nuevo motivo de confusión y desorden: para considerar la inminencia del peligro, desertaron la mayor parte del combate, y corrieron á los bagajes con el objeto de salvar lo mas precioso que tenían. Los líderes, mas hábiles y prudentes, continuaron conservando sus filas, reservándose la distribución del botín para cuando hubieran conseguido la victoria.

Sin embargo, á pesar de lo desventajosa que era la posición por las multiplicadas faltas de jefes y soldados, y de la táctica hábil de Ambiorix, que cansaba al enemigo con retiradas fingidas, para destruir á los cuerpos imprudentes que se destacaban en su persecución, había recorrido ya el sol la mitad de su carrera, cuando aun sostenían con vigor los romanos un combate que se había empezado al amanecer. Pero hallábase ya casi todos los oficiales muertos, heridos ó fuera de combate; Sabino mandó una diputación á Ambiorix, á quien vió á los lejos animando á los suyos, y le suplicó que evitara mayor efusión de sangre romana. Ambiorix demostró vivos deseos de tratar con humanidad á los vencidos, é invitó á sus jefes á que fueran á conferenciar con él. Sabino, plenamente confiado en el crédito que creía tener entre los liegienses, participó esta proposición á su colega y le escribió á que acudiera á la entrevista, de la que esperaba reportar grandes ventajas para la comun salvación; pero presutando Cotta que no se entregaria nunca en manos de un enemigo armado, y culpable para con ellos de una pérdida reciente, Sabino, acompañado de sus principales oficiales, fué á avistarse con Ambiorix. Este, por vía de preliminar, les mandó que entregaran las armas, prolongó despues la conferencia, y mientras aparentaba discutir con ellos de buena fe, los rodearon y fueron cobardemente asesinados. Los galos, gritando victoria, cayeron de nuevo entonces sobre los romanos. Herido Cotta mortalmente, pereció con la mayor parte de los suyos; y el resto trató de volver al campamento que había abandonado por la mañana. Próximos ya á entrar en él, fué rodeado el porta-estandarte por los galos. Arrojó entonces con fuerza el águila por encima de los atrinchamientos, salvó aquel emblema venerado del culto militar, y murió despues con resignación. Como que consiguieron penetrar en el campamento, se defendieron hasta la noche, y en su desesperacion solo aprovecharon la oscuridad para matarse unos á otros. Muy pocos tuvieron la suerte de escaparse á los bosques, y marchar desde allí al campo de Labieno, á quien refirieron tan desastroso suceso.

Hábil en aprovechar la victoria, el activo Ambiorix pasó al país de los atutícos y los nervienses (los de Namur y del Hainaut), y les persuadió de que debían atacar á Ciceron por medio de los mismos enemigos, antes de que llegara á noticia de César. Marcharon efectivamente con tal celeridad, que sorprendiendo á los legionarios forrageando, atacaron el campo desprovisto de una gran parte de sus defensores. Fueron rechazados sin embargo, así como lo habían sido en el primer asalto dado contra Sabino. Perdida la esperanza que habían fundado en la superioridad numérica y en la sorpresa, no se desanimaron, y procuraron engañar á Ciceron por los mismos medios que tan buen éxito habían producido con Sabino, cuya muerte le participaron; pero en un cuerpo valedurario, hallaron una alma fuerte y enérgica, á la que no era tan fácil amedrentar. A sus proposiciones contestó que no era costumbre entre los romanos tratar con enemigos armados; que depusieran las armas, y que entonces los escucharia gustoso, y aun intercederia en favor de ellos con César, para reconciliarlos con él. Al mismo tiempo despachaba correos para informarle de su posición, pero fueron detenidos todos en una circunvalacion de quince millas (cinco leguas), formada por fosos de 15 pies de profundidad y por una muralla de 14 pies de elevacion. Como los bárbaros, á falta de otros instrumentos, construyeron con sus espadas, y que sin embargo se concluyó en tres horas: circunstancia increíble, refo-



rida sin embargo por César, y que puede servir para dar al menos una idea de lo numerosos que eran los bárbaros.

Reducidos á recurrir á la única vía de la fuerza, los galos multiplicaron sin cesar sus ataques, y con un arte que habían adquirido tanto en sus frecuentes comunicaciones con los romanos, como por medio de algunos prisioneros que les hicieran. Iban ya ocho días que Ciceron contrataba todos sus esfuerzos con un valor tanto mas superior á sus fuerzas, cuanto se había perdido casi la esperanza de comunicarse con César, cuando se encontró en su campo un esclavo gallo á quien decidió á introducir el paso, y que, mas á propósito para no infundir sospechas, por razon de su idioma y sus hábitos, tuvo la suerte, efectivamente, de atravesar la circunvalacion.

Segun las vagas conjeturas que se pueden inferir de ciertas indicaciones, César estaba á 20 millas (siete leguas próximamente) mas allá de Samarobris (Amiens), cuando llegó á su noticia, por la tarde, el peligro en que se hallaba su legion. Dió orden inmediatamente á Craso, que se hallaba á veinte millas de distancia en el territorio de los bellocacos, de que se pusiera en marcha por la noche y fuera á Amiens; y á Fábio, de que le esperara con su legion en el pais de los atrebatos. Mandó igual aviso á Labieno, pero éste inquietado desde la muerte de Sabino por los trevirenses, á quienes auxiliaba Luduciomaro, no pudo obedecer los preceptos de su general, y solo con dos legiones, disminuidas por la guardia necesaria para los bagajes, se puso en marcha César para librar á Ciceron. Dió aviso á este por medio de un ginete que, no pudiendo penetrar en el campamento, lanzó dentro el mensaje clavado en un dardo.

Sin embargo, informados tambien los galos por medio de sus espías de la llegada del socorro, abandonaron el sitio con la esperanza de sorprender á César; pero Ciceron, libre ya por este movimiento, le dió aviso inmediatamente al general de lo que intentaban. Hacía tan solo breves instantes que había recibido al mensajero, cuando se encontraron los dos ejércitos, y César con solo 7,000 hombres se halló al frente de 60,000. Un valle en que corría un arroyo, separaba á ambos ejércitos, y no sin peligro podía aventurarse uno de ellos á pasarle en presencia del contrario. César, que había conseguido ya su objeto, se guardó muy bien de intentarlo, y apuró todos los recursos de su arte militar para obligar al enemigo á que pasara el valle. Con este intento se atrincheró en su campo, estrechando todo lo posible su ejército, para hacer creer que tenía mucha menos gente de la que en realidad le acompañaba. Fingiendo un excesivo temor de que forzaran las trincheras, hizo tapar todas las puertas, pero con una pared delgada de césped que podía derribarse con la mayor facilidad, y ordenó finalmente á los trabajadores que fingieran temor y confusion. Dejóse engañar el enemigo por estas apariencias falsas: bajó al valle, se aproximó al campamento, y se preparó á llenar los fosos y escalar las murallas. Este era el momento que César aguardaba: de repente se franquean las puertas, salen en tropel los romanos, y cambiando de actitud, atacan con vigorosa resolucion á los que les creían helados de terror y espanto. Vencidos como siempre por la sorpresa, corren á sus esfuerzos los galos, arrojan las armas, y emprenden la mas desordenada fuga. Una cantidad enorme pereció en la derrota; los romanos, por el contrario, no perdieron ni un solo hombre. En el mismo dia llegaron al campo de Ciceron, á quien este auxilio le fué muy oportuno, pues no tenía ya mas que una décima parte de sus soldados completamente sanos. En nueve horas recibió Labieno esta noticia, aunque se hallaba á mas de 50 millas, y bastó para hacer que se retirara Induciomaro, que se había propuesto atacarle al dia siguiente.

La fermentacion que la derrota de Sabino escitara, subsistía aun, y por todas partes se cruzaban correos para formar una nueva liga. Para destruir el efecto de estas medidas, mandó llamar César á los jefes principales de cada nacion, y hizo creer que estaba instruido de todos sus manejos, y empleando alternativamente los halagos y las amenazas, consiguió contenerlos ó por lo menos á la mayor parte, pero no con todos logró su objeto. Los senonenses se habían negado rotundamente á obedecer el orden que había intimado á su senado de avistarse con él para justificar el destierro en que tenían á Cavarino, al cual les había dado por rey; los nervenses y los atuticos estaban armados todavia; en fin, Labieno no cesaba de ser atacado por los trevirenses. Induciomaro había solicitado socorros inútilmente de los germanos y los tencheros, á quienes contenía el recuerdo harto reciente de la derrota de Ariovisto, pero en su defecto comovió á toda la Galia, cuya confianza se había granjeado por su audacia, y trataba de completarla por la ruina de Labieno. Cada dia le insultaba en su campamento, y sus arrojados le arrojaban dardos impunemente. Labieno sobrelevaba con paciencia sus ultrajes, no porque careciera de fuerzas suficientes para rechazarlos, sino porque queria aumentar su seguridad hasta el estremo de que olvidaran toda clase de precauciones. Se había procurado caballería entre los pueblos comarcanos, y tuvo la desreza de introducirla una noche en su campamento con tal sigilo, que ningun indicio había llegado á oídos del enemigo. Al siguiente dia apareció Induciomaro delante del campo como acostumbraba, y sus soldados no dejaron de repetir sus habi-

tuales fanfarronadas. Igual fué por parte de los romanos la reserva que en los dias precedentes, de suerte que, al aproximarse la noche, se retiró el enemigo sin observar precaucion alguna, y se dispersó á la ventura. Aprovechó Labieno este momento para hacer salir su caballería, dió orden á su infantería para que si se lo tuviese, y á todos en general que se dedicaran á apresar á Induciomaro, por cuya cabeza prometió una recompensa considerable. Dejaron pues huir al enemigo á quien la sorpresa puso en completa derrota, é Induciomaro fué entonces el único blanco de todos los esfuerzos. No pudo sustraerse á esta especie de conjuracion, y se cubrió. Una vez derribada aquella cabeza, á la que parecían estar ligados á la sazón los destinos de la Galia, todo volvió á entrar en orden próximamente, pero sin poder esterminar en los corazones la esperanza de aprovecharse mejor de alguna ocasion oportuna. El despecho del mal éxito que había tenido Ambiorix, y por por parte de César el deseo de la venganza, contribuyeron igualmente á promoverla.

Despues de la muerte de Induciomaro, sus sucesores, mas afortunados que él con los germanos, supieron atraer á la causa de los trevirenses algunas de las naciones apartadas de las orillas del Rhin. Ambiorix, llamado á formar parte de esta nueva liga, fué el alma de ella. Los nervenses, los atuticos y los menapienses (los habitantes del Bravante y de Guedres), aun no sometidos y adictos siempre á la causa de la independencia, se apresuraron á acceder: en fin, los senonenses y los carnutos, al Norte de la Galia Céltica, se dieron prisa asimismo á unirse. Para hacer frente á la tormenta y reponerse de las pérdidas de la última campaña, recurrió César á Pompeyo. Estaban aun aun á la sazón en buena inteligencia: la existencia de Craso se debía terminar su carrera en aquella campaña, impedia que se considerasen ya como rivales. Obtuvo de Pompeyo dos legiones que había levantado en la Cisalpina, provincia de César; y otra que levantó este mismo en ella, hizo subir el total de sus tropas á diez legiones, sin contar la esceleste caballería que sacaba del pais. Con este aumento de fuerzas se puso en campaña con cuatro legiones, antes de la época habitual de levantar los cuarteles de invierno, y cayendo de improvisto sobre los nervenses, que no le esperaban tan pronto, les obligó á someterse y entregar rehenes. Con la misma celeridad sorprendió á los senonenses y los carnutos que no habían parecido en la asamblea de los estados de la Galia que acababa de convocar en Lutecia (París), y cuya ausencia interpretó como un principio de hostilidades. A ruego de los eduenos y los remenses, accedió á recibir sus rehenes, y volvió sus armas contra los menapienses, que no hubieron mayor resistencia. Creyéndose suficientemente protegidos por sus pantanos y sus bosques, no habían hecho preparativo alguno de defensa; se retiraron al aproximarse los romanos, y abandonaron á merced de estos sus albergues y ganados. Pero prevaleciendo en ellos el sentimiento de sus pérdidas sobre los demas, los atrajo á la sumision, y fué recibida bajo la promesa de no dar asilo á Ambiorix. Anhelando apoderarse de él y vengarse, tanto de la pérdida de su legion, como de la conjuracion que sostenia en la Galia contra los romanos, daba César una importancia singular al cuidado de privarle de sus guardias.

Durante esta expedicion, los trevirenses estaban en marcha contra Labieno que había pasado el invierno en sus confines con una sola legion; pero hacia muy poco tiempo que le había mandado César otras dos. Al recibir esta noticia, se detuvieron los trevirenses, y adoptaron la resolucion de esperar á los germanos. Labieno, con el objeto de privarles de este recurso, se aproximó á ellos hasta el estremo de no dejar entre ambos ejércitos mas que un rio, cuyas escarpadas orillas no podían subirse sin dar grandes ventajas á los contrarios. Poco despues finje un profundo temor de que se realice la union de los romanos, dice en alta voz que quiere ponerse al abrigo de los funestos resultados de ella, verificando una pronta retirada, y da en fin la orden de marcha. Todo esto fué referido, al enemigo, segun sus deseos, por los jinetes galos, desertores de su ejército, y arrastrados siempre por la inclinacion á su patria, aun cuando combatían bajo los estandartes de Roma. Los trevirenses, convencidos además por sus propios ojos, no piensan ya mas que en aprovecharse de una retirada que, por el desorden aparente que ofrecia, parecía una fuga de las mas precipitadas. Pasan, pues, el rio fatal, con toda la confusion que debía producir naturalmente este obstáculo. Volvió Labieno entonces sobre los trevirenses, y vencidos estos por el solo efecto de su posicion, no sostuvieron siquiera el primer choque. Pocos dias despues había entrado ya todo el pais en negociaciones, y los nuevos que supieron en el camino el éxito de esta expedicion, regresaron á sus hogares.

Parece que César no formaba empeño alguno en irles á buscar en ellos; pero sin tener en cuenta la satisfaccion de vengar el nombre romano, ofendido por la sola pretension de castigar, el atrevimiento de poner un dique á sus armas, esperaba hallar la ventaja mas positiva para él de privar de este asilo mas á Ambiorix. Pasó, pues, por segunda vez el Rhin, pero ya habían llegado los sucesos al estremo de su territorio, y guardecíose tras el bosque de Baveno (de Marte), limite impenetrable que los separaba de los cheruetos (los hanoveria-

nos), y que era entonces harto poco conocido de los mismos germanos, para cometer la grande imprudencia de internarse en él. No lo intentó César, se contentó con saquear la parte descubierta del país, volvió atrás, y no pensó ya mas que en la ejecución de sus proyectos de venganza sobre Ambiorix y los eburones. Únicamente, con el objeto de contener á los suevos y evitar que verificaran nuevas irrupciones, destruyó una parte del puente que habia hecho construir sobre el Rhin, y protejió el resto con una torre que hizo edificar en la inmediación de la Gália.

Para llegar hasta donde se hallaba Ambiorix, tomó César el camino de los Ardenes, que era el mas estenso de todos los de la Gália, y que se prolongaba desde las fronteras de Tréves hasta el país de los nervienses (hasta el Hainaut). Su marcha fué tan oculta y se practicó con tanto sigilo, que la caballería que iba á vanguardia sorprendió á Ambiorix en su vuelta. Una resistencia muy leve por parte de sus guerreros, y el esporer de los bosques que le rodeaban fueron suficientes para frustrar el deseo de los romanos, protejiendo la evasión de aquel. Con efecto, los bosques, los pantanos y las cuevas eran los medios de defensa de aquellos pueblos que no tenían ni fuertes, ni ciudades, ni tropas. Pero si con motivo de esta falta total de recursos no podían perjudicar á sus enemigos mientras se encontraban reunidos en masa, hallábanse en estado de ocasionarle pérdidas notables, cuando la afición al pillaje estraviaba á los soldados romanos, y dispersados estos en pelotones, se aventuraban en los senderos enmarañados y apenas abiertos de sus bosques. César, antes de adoptar una resolución sobre el género de ataque aplicable á las localidades, resolvió hacer por sí mismo un reconocimiento, y habiendo situado sus bagajes en Ataca (Tongres), bajo la custodia de Cicero, á quien dejó una legión de las organizadas recientemente, penetró en el interior del país, prometiéndole hallarse de regreso antes de siete dias para presenciar la distribución de trigo que se iba á hacer á los soldados. El conocimiento exacto del terreno que adquirió le sugirió la idea de una venganza fácil que no ofreciera ningún peligro para los suyos: fué la de hacer un llamamiento á la codicia de los pueblos circunvecinos, cediéndoles el saqueo de los eburones. Obtuvo esta idea todo el éxito que esperaba César; pero contra sus cálculos, faltó muy poco para que los costara bien caro á los romanos. Los sicambros del lado opuesto del Rhin (los wesfalia-

nuevo ardor para el pillaje, haciéndoles observar que demostraban muy poco talento al entretenerse en los miserables despojos de un pueblo pobre, pudiendo hacerse dueños de todas las riquezas de los romanos, de cuyo depósito no distaban sino muy pocas horas, y del que era tanto mas fácil apoderarse, cuanto que estaba muy mal custodiado, y César se hallaba lejos.



Ginete lanzando con su dardo un mensaje de Julio César al campo de Cicero.—Pág. 15.



Julio César, ordenando sus tropas en un combate contra los Nervienses.—Pág. 12.

nos), anhelando corresponder á la invitación que les fué dirigida, pasaron el río en número de 2,000 caballos. Habían reunido ya un botín considerable, particularmente en ganados, cuando uno de los desgraciados prisioneros que se llevaban consigo suscitó en ellos un

En este intervalo, Cicero comenzó á dudar de que César pudiera hallarse de regreso en el plazo prefijado, y que se creyó obligado á proveer por sí mismo á la subsistencia de su tropa, acababa de hacer salir del campamento mas de la mitad de su legión para segar trigo en las inmediaciones. Entonces fué cuando se presentaron los germanos, que atacando las puertas á la voz, esparcieron por todas partes el terror. Acrecentábase este con mil circunstancias funestas que se referían mutuamente los soldados: uno decía que César habia sido derrotado; otro que le habian muerto; otros, que á consecuencia de la victoria obtenida por los bárbaros, habian decidido atacar el campo; otros llegaban hasta el estremo de asegurar que los atrinchamientos eran forzados; y todos estaban poseídos de superstitiosos temores que aumentaban el peligro real, y que eran producidos por el recuerdo del desastre de Sabino, acaecido el año anterior en el mismo sitio. En esta crisis inminente, experimentó el campamento cierto cambio por la imprudente determinación de los germanos, que variaron su ataque para dirigirse esclusivamente al fuerte en que estaban depositadas las riquezas que codiciaban. La resistencia que experimentaban empezaba á ceder, cuando los forrajeros se aproximaron al campo é hicieron una oportuna variación. Algunos soldados jóvenes de la última leva y poco experimentados todavía, creyeron que lo mejor que podían hacer era buscar un paraje ventajoso para defenderse; pero fueron arrollados y acuchillados sin piedad. Los veteranos, con mas ciencia y resolución, se reunieron para atravesar las filas del enemigo, y lo consiguieron sin perder ni un hombre. Salvóse entonces el campamento, y los bárbaros, no habiendo logrado el objeto de su intención, se apresuraron á volver al Rhin, no sin haber esparcido entre los romanos una consternación que solo el regreso de César pudo disipar. El resultado de su espeluznante batalla sido un destroz tan terrible en el territorio de los eburones, que si algun habitante pudo librarse de él ocultándose, deliéndose por ser de hambre y de miseria; pero Ambiorix, el tan codiciado objeto de su persecución, habia perdido el talento suficiente para escaparse de Acron, y el instigador de los desórdenes de los senonenses, y pasó de allí á la Cisalpina para reunir igualmente los estados.

En Roma, los desórdenes excitados por las facciones iban siempre en aumento. Los pretendientes no se contentaban ya como en otro tiempo con dar cabo á la codicia del pueblo, sino que lo solicitaban á mano armada. Clodio, partidario de César después de haber sido enemigo suyo, y aspirando entonces á la pretura, acababa de ser asesinado por Milon, que pretendía el consulado. En tal desorden, parecía de primera necesidad la eleccion de un dictador; pero el recuerdo de Sila espantaba á los romanos. Para conciliar todas las necesidades, decidieron por consejo de Caton, nombrar un solo cónsul, que á la autoridad lejitima de que se hallára revestido, uniera el ascendiente de una consideracion personal é imponente. Fué elegido Pompeyo; pero César obtuvo algunos votos, y en la tormenta interior que agitaba á su patria, podía creerse que juzgaría necesaria su presencia en la capital.

Esta opinion espardida generalmente en las Galias, y el sentimiento siempre inquieto de la independencia, excitaron pronto los ánimos á la rebelion, y promovieron la campaña más importante y decisiva de César; aunque no fuera la última. Los carnutos, (habitantes del pais de Chartres), mas emprendedores que los demas, en consejos celebrados en las espesuras de sus bosques, se ofrecieron á ser los primeros que se declarasen, si se les daba la seguridad de ser sostenidos; aplaudieron su resolucion, y á falta de rehenes que podrian dar á conocer sus proyectos, fué prestado el juramento que exijian sobre los estandartes, como los objetos mas sagrados para los galos. En seguida se pronunciaron los carnutos, y dirijiéndose sobre Genabum (Orleans), ciudad de su dependencia, asesinaron á todos los ciudadanos romanos que encontraron y que se hallaban allí atraidos por el comercio; despues, por gritos repetidos de avanzada en avanzada, hicieron llegar esta noticia en el mismo dia hasta el centro de la Auvernia.

Vercingetorix, jóven magnate del pais, se apresuró á corresponder á este llamamiento. Impulsó á sus compatriotas, fué proclamado rey por ellos, y en pocos dias su ardiente actividad reunió bajo sus estandartes á los senoneses del Norte, á los caducros (los de Quercy) del mediodia, y á casi todos los pueblos de la parte occidental de la Céltica y de la Aquitania. Todos estos movimientos se hacian en invierno, y con tanta mas facilidad cuanto que las legiones romanas, inmóviles en sus cuarteles, no podian salir sin órden espresa de César.

La importancia de las conjeturas y el temor de ver desvanecer en un dia el fruto de tantos años, no permitian á César que retrasara ni un momento su regreso á la Gália; pero todos los pasos que podian conducirlo á donde se hallaban sus tropas, estaban, ó interceptados por el enemigo, ó ocupados por pueblos cuya sospechosa fidelidad hubiera podido abusar de su confianza, para hacerse de ello un mérito con respecto á sus compatriotas. En semejante apuro, se dedicó ante todo á procurar la seguridad de la provincia romana, y particularmente la de la ciudad de Narbona, que estaba amenazada por los pueblos de las inmediaciones; despues, con algunas levas que hizo

en la misma provincia, se dirijió hácia los Cevennes, y á pesar de hallarse cubiertos con 6 pies de nieve, abriendo un paso en parajes por los que nunca habia pasado ejército alguno en igual época, cayó repentinamente sobre la Auvernia, y con sus destrozos la hizo pagar muy cara su defeccion.

Vercingetorix que estaba muy lejos de esperarle en aquella estacion, se hallaba entonces en el pais de los biturjenses (los berruyeros). Los desastres de sus conciudadanos le llamaron á su patria; pero ya habia salido César de ella. Pasó este las montañas y se trasladó á Viena, en cuyo punto habia fijado la reunion de la caballeria que habia levantado en la provincia romana. Con aquella escolta imponente ya, atravesó el pais de los eduenses y llegó al de los lingones (los de Langres), en donde invernarán dos de sus legiones; desde allí comunicó sus órdenes á las demás reunió las 10 antes de que

Vercingetorix pudiera sospechar ni el menor de sus movimientos, y le puso en la triste necesidad de levantar el campo cuando llegó á saberlo. Viéndose este en la imposibilidad de vengarse de los romanos en su patria, trató de hacerlo sobre una ciudad que era aliada suya: Gergovia de los Goyanos (Moulin en el Borbonesado), llamada así porque pasar se la habia pedido generosamente á aquellos pueblos, despues de la derrota de los Helvecios cuya suerte habian seguido imprudentemente. Esta resolucion embrazó á César: era difícil, en el rigor del invierno, reunir por mucho tiempo en un solo punto los víveres y forrajes necesarios para sus legiones y sus auxiliares; por otra parte, abandonando á sus aliados sin recursos, era una medida poco generosa y muy crítica; en un momento en que la fidelidad de los pueblos estaba vacilante por tantos motivos.

Esta consideracion fué la que dominó. Confiado en los eduenses para que le suministraran víveres, y dejando sus bagajes en Agendicum (Sens) volvió sobre Genabum (Orleans), con el objeto de pasar el Loire, y se apoderó en el camino de Vellaunoduno,

(llamado despues Chateau-London ó Beauce en Gatinos). Tomada Genabum en el primer ataque, fué saqueada y quemada en represalias de la matanza de romanos que habian hecho en aquella ciudad; y sus desgraciados habitantes, vivamente perseguidos por las lejitimas, no pudieron aprovecharse siquiera de su puente para pasar al lado opuesto del Loire y sustraerse á su suerte.

Al saber Vercingetorix esta noticia, levantó el sitio de Gergovia y corrió al encuentro de César. Un combate de caballeria que se empeñó entre los dos ejércitos, fué desfavorable para los galos, que se vieron obligados á pronunciarse en retirada. Debíó César este triunfo á 600 jinetes germanos que se habia atraído desde el principio de la guerra, tanto por el entusiasmo que sabia inspirar con su persona, como por medio de una política hábil que le impulsó á buscar siempre entre los pueblos que se proponia someter, los instrumentos mismos destinados á ejecutarlo. Sitió entonces á Avarico (Bourges), capital de los biturjenses, cuya posesion debia hacerle dueño de todo el pais.



CRISTIANO  
Cristianos espuestos á las fieras en el anfiteatro de Lyon.—Pág. 29.

Con arreglo á la táctica hábil de los romanos, Vercingetorix habia conocido oportunamente que la única guerra que podria hacerles con algun éxito, era la de cortarles los viveres, y opinó en el consejo que los mismos galos debían saquear su propio país, incendiar sus ciudades y destruir sus cosechas. Al mismo tiempo que convino en lo cruel que era esta medida, probó que era la única que pudiera librarles de las grandes calamidades reservadas á los vencidos. A consecuencia de esta opinion que tuvo la habilidad de hacer predominar, fueron incendiadas en un solo día 20 ciudades del Berry. Propinbase extender hasta la capital este nuevo género de proscricion, pero habiendo representado los habitantes que su ciudad, una de las mas bellas de la Gália, era de fácil defensa, accedieron á sus imprudentes ruegos, y se ocuparon de proveerla con una guarnicion erocida. En cuanto á Vercingetorix, se estableció á cierta distancia de ella, con el objeto de llevar á debido efecto el plan de guerra que se habia propuesto seguir, y lo consiguió hasta el extremo de producir tal escasez en el ejército romano, que estuvo algunos dias sin pan, pero sin que demostrara por esto menos valor y constancia. Uno y otra estaban diestramente sostenidos por la habilidad del general, que ofreciendo sacrificar su gloria al bienestar de sus soldados, proponia á las lecciones levantar el sitio, y no hacia así mas que escitar en ellas la noble emulacion de no cederle en generosidad.

Si la ciudad se hallaba sitiada con todas las reglas del arte militar, tampoco estaba defendida con menos talento, sobre todo por medio de minas que sepultaban los trabajos y las máquinas destinadas á abrir brecha en las murallas. Construidas estas, ademas, con vigas ligadas y unidas con mampostería, estaban casi al abrigo de los derribamientos. Apesar de esta resistencia, los romanos habian conseguido levantar un terraplen enorme que tocaba casi á la ciudad, y que la amenazaba con una próxima caída, cuando una noche notaron que salian de ella torbellinos de humo. El enemigo la habia incendiado por medio de conductos subterráneos. Mientras que los romanos multiplicaban sus esfuerzos para apagar las llamas, hicieron los galos una salida, y provistos de materias combustibles, aceleraron los progresos del incendio que procuraban extender hasta las torres y máquinas de guerra: pero fracasó su proyecto, y los romanos á fuerza de valor y trabajo, obtuvieron la doble ventaja de rechazar al enemigo y salvar el terraplen. Preveyendo desde entonces la rendicion de la ciudad, dió Vercingetorix la orden de evacuarla. Ya se ponía en movimiento la guarnicion, á pesar de las tiernas súplicas y reconvencciones de las mujeres, que se quejaban de ser abandonadas, cuando estas prorrumieron ex-profeso en gritos penetrantes que alarmaron á los romanos, é hicieron imposible la fuga. Quizás produjo esta contrariedad en la guarnicion el mas completo desaliento, pues desde entonces fueron muy mal guardados los puestos. César lo advirtió, y habiendo dado la señal del asalto, lejaron muy pronto los romanos á la cima de las murallas. Arrojadlos los galos al interior de la ciudad, sostuvieron en él un combate mortífero que tuvo por conclusion su ruina, la de sus mujeres, sus niños y sus ancianos, porque los soldados, exasperados con sus sufrimientos que habian experimentado en el sitio, é irritados sobre todo con la matanza de Orleans, se dejaron arrastrar á los últimos excesos para vengarse. De 40,000 habitantes que contenia la ciudad, solo 800 se libraron del furor de los soldados, porque habian tomado la delantera, y se habian reunido con Vercingetorix.

Este resultado funesto, lejos de perjudicar á la reputacion del general galo, aumentó su crédito, puesto que fué contra su opinion el dejar de incendiar la ciudad. Nuevos auxilios vinieron á reparar estas pérdidas; llegó á obtener una autoridad absoluta, y la aprovechó para acostumbrar los galos á atrincherarse á imitacion de los romanos, medida que su pereza ó su confianza les habia hecho descuidar imprudentemente hasta entonces.

Terminaba el invierno, y César se proponia perseguir al enemigo á la entrada de la primavera, cuando una diputacion de los eduzenses se presentó á reclamar su mediacion. Trataba de concluir las divisiones suscitadas entre ellos por la ambicion de Osta y Convictalitano, dos de sus gefes que se disputaban el poder. César necesitaba mas que nunca de los socorros de los eduzenses, los cuales debian paralizarse si continuaban agitando á esta nacion las disensiones domésticas. Creyó no poder descuidar este negocio y deber ocuparse de él con preferencia. Marchó á aquella comarca y despues de enterarse de los derechos que alegaban ambos competidores, se decidió á favor de Convictalitano. Trató por todos los medios posibles de conciliar los ánimos, y contó en la gratitud de su protejido para apresurar la concesion de un auxilio de diez mil peones que pidió á los eduzenses independientemente de su caballería: pero Convictalitano abrigaba otro pensamiento. Los romanos, segun su opinion, no existían en las Gálias mas que por los auxilios que habian sacado siempre de los eduzenses; de tal modo, que la libertad general de la Gália y la suya propia consistía en la falta de estos socorros. Convenido de esta idea, el gefe de los eduzenses ofreció que su país era debido á César, y no cuidó sino de los medios de que se habian de valer para procurar un rompimiento de cuya necesidad persuadiría á su nacion.

César habia dado cuatro lejonas á Labieno para un simulacro al lado de Sens y Lutecia: con el resto de sus tropas se dirigió á la Auvernia con el objeto de sitiar su capital Gergovia (hoy Clermont ó un punto próximo), y de continuar sus victorias contra Vercingetorix. Este rompió todos los puentes del Allier, y trató de poner siempre este rio entre César y él. César por su parte subió y bajaba continuamente el rio buscando cuidadosamente ya un vado, ya un punto que no fuese objeto de la observacion del enemigo. Se detuvo por último enfrente de las ruinas de un puente que Vercingetorix habia mandado destruir; y desde el siguiente día dió orden de levantar el campo; pero habia quedado oculto en los bosques próximos con dos lejonas, y cuando Vercingetorix dispuso á seguir los movimientos de su ejército se alejó, restableció el puente, pasó el Allier y llegó en breve delante de Gergovia. Esta plaza situada en lo alto de una montaña estaba muy fortificada y Vercingetorix se habia colocado al plé con su ejército. César trasladó al otro lado su campamento, y antes de pensar en trazar una circunvalacion, reflexionó sobre los medios de proveer á sus tropas de los viveres que les habian.

Entre tanto Convictalitano hacia marchar el contingente de los eduzenses precedido ya de su caballería: pero habia concertado con Litavio, su jefe, los medios de burlar á César y de fortificar por el contrario la confederacion de los galos. Los eduzenses se hallaban á treinta millas del campo romano, cuando Litavio finjó haber recibido la noticia de que bajo pretexto de traicion y de inteligencia con los arvernes, César acababa de hacer perecer á Eporodrix y Viridumaro, que mandaban sus caballería, y que indolentemente reservaba la misma suerte al resto de los eduzenses. Apoderóse la indignacion de sus tropas: se aprovechó de ella para hacer imposible el regreso, haciendo matar cruelmente á muchos romanos conductores de un convoy que escoltaban, y ayudado por el mismo ardor, sublevó los distritos inmediatos. Eporodrix y Viridumaro eran sabedores de esta intriga: cierta especie de rivalidad produjo entre ellos tal descontento, que indujo al primero á revelar todo á César. El alhogar en su nacimiento el germen de tal descontento era para el último un asunto del mayor interés. Dejando solamente dos lejonas en la guardia del campo, marchó inmediatamente con las otras cuatro al encuentro de los eduzenses. Colocó á Eporodrix en primera línea, le mandó conferenciar con sus compatriotas, y no tardó en desengañarles. Confusos por su error así como por su crimen, arrojaron las armas é imploraron perdón. César no se atrevió á negárselo, los trató bien, é hizo presente su conducta á los magistrados con la esperanza de que este acto de clemencia seria para ellos nuevo motivo de adhesion y fidelidad: pero los correos de Litavio habian precedido á los suyos, y la consternacion cundia ya por todas partes. Se habia enviado un tribuno á Cabillos (Chalons-sur-Saone), que volvia á incorporarse con su lejon: los comerciantes habian sido arrojados igualmente y despues saqueados: por último, la sublevacion era general cuando se recibieron los despachos de César. Los magistrados no escasearon excusas y enviaron una diputacion al pro-consul. Mas juzgando con sobrada razon que despues de tal sedicion y de los actos que la habian acompañado era imposible que renaciara la confianza, tomaron secretamente disposiciones para unirse á la liga y multiplicar los enemigos de los romanos. César que penetraba estas maquinaciones afectaba no comprenderlas, y solo buscaba un pretexto para abandonar á Gergovia con el fin de ocupar una posicion que le colocase en estado de hacerse temible á los intrigantes.

Llegó en buena ocasion á su campamento, porque Vercingetorix lo habia atacado durante su ausencia. La estension que las dos lejonas tenian que defender las habia debilitado mucho, y era dudoso que hubieran podido resistir al segundo ataque preparado para el siguiente día. No obstante, el deseo de retirarse que inquietaba á César, el de sostener su reputacion por la toma de Gergovia, de la que no perdió la esperanza, fué causa de que diffiriera su marcha y se apoderase de una colina cuya posicion debió proporcionarle el quitar á la ciudad el recurso del agua y forraje. Con este objeto, los muchos ataques que dirigió contra la plaza y campo de los galos, solo tuvieron lugar para ocultar el verdadero que dirigió él mismo y en el que obtuvo un éxito completo. Pero en los otros el ardor de los lejonarios, que no pudo contenerse, los hizo sordos á los sonidos del clarín que tocaba retirada y les impelió á hacer mas que lo que se exigía de ellos. Un centurion y algunos soldados escalaron las murallas, otro derribó una de las puertas; ya la alarma se habia apoderado de la ciudad cuando socorros prontos y multiplicados dieron la ventaja á los sitiados sobre sus tropas mal colocadas y nada sostenidas. Se vieron precisados á huir con una pérdida de setecientos hombres y cuarenta y seis centuriones. César consoló á sus soldados de este descalabro, alabando el valor y la resolution de que habian dado prueba en una posicion tan desventajosa; pero vituperándoles tambien la persuasion de pretender juzgar mejor que él acerca de lo que podia decidir la victoria, y los recomendó para lo sucesivo una moderacion igual á su valor. En cuanto á él, reconociendo mas que nunca la necesidad de levantar el campo, pero queriendo al menos hacerlo con honor, presentó la batalla muchos dias consecutivos á Vercingetorix, quien fué á su sis-

tema, la relusó constantemente, obteniendo por esta conducta prudente, mas bien que por su valor, la gloria poco comun de haber contenido, esta vez al menos, planes del primer capitán del mundo.

Obligado á abandonar á su adversario la gloria de esta pequeña victoria, César se aproximó al Aliir y lo atravesó sin verse molesto por el puente que habia reconstruido. A la orilla opuesta la caballería eduense le pidió el favor de adelantarse para prevenir de este modo los siniestros desígnios de los mal intencionados de su país. César sospechaba en ellos este mismo intento: pero la esperanza de atraérselos manifestádosles confianza, le indujo á disimular todavía: los recorrió tan solo la amistad particular con que habian sido honrados en todos tiempos por los romanos, y los beneficios que de ellos recibían, y con los que habian aumentado tanto su poder y consideración en las Galias: les encargó lo recordaran á sus conciudadanos, y los despidió.

Marcharon, pues, y tomaron en seguida el camino de Noviodunum sobre el Loire (Nevers), ciudad del territorio de los eduenses, en la que César habia establecido un depósito, y colocado todos los rehenes de la Galia, los bagajes de su ejército, sus caballos, sus tesoros y víveres. Apenas llegaron á Noviodunum, cuando Eporodix y Visdumaro pasaron á cuchillo á todos los empleados romanos, se apoderaron de los rehenes, repartieron los fondos, quitaron bagajes y víveres, arrojaron al Loire lo que no pudieron llevarse, incendiaron la ciudad que temieron no poder defender, rompieron los puentes y colocaron cuerpos de guardia á lo largo del rio, aunque las aguas aumentadas por el deshielo de las nieves eran un obstáculo mas que suficiente para impedir que fuera vadeado. Los eduanos concluyeron por declararse contra César, arrastrando á los pueblos cuyos rehenes habian cojido, y solicitaron el mando general de la liga, cuyas fuerzas y consistencia habian acrecentado tan poderosamente. Se lisonjearon con la esperanza de obtenerlo por fuerza, y no vieron conservarlo á Vercingetorix, su ehar de menos las deferencias que les habian acostumbrado sus relaciones con los romanos. Ofreciósele en una asamblea general convocada en Bibract (Autun) capital de los aduenses, y á donde acudieron todos los pueblos de la Galia á escepcion de los lingones y remenses que permanecieron fieles á su antigua alianza. Confiado en su dignidad el generalísimo, estableció el contingente de los diferentes pueblos que formaron de este modo un cuerpo de 13,000 caballos. Didió poca infantería, porque no la necesitaba, con arreglo al plan que se habia trazado de evitar batallas, de acosar solamente al enemigo, interceptarle los víveres, y quitarle todos los recursos, quemándolo todo en las inmediaciones.

César, al tener noticia de tan contrarios sucesos, desprovisto de caballería, y no pudiendo esperar refuerzos, ni de Italia, en donde las guerras civiles lo embargaban todo, ni de la provincia romana, que no tenia otra defensa mas que 22 cohortes, levantadas en su seno, vació algun tiempo respecto del partido que habia de tomar. Se fijó por último en el de dirigirse á las fronteras de la Germania, de donde esperaba sacar caballería y tropas ligeras, y desde luego se dispuso á atravesar el Loire. Contra la expectativa de sus enemigos, halló un vado, por el que sus soldados no tuvieron mas agua que hasta debajo de los brazos. Las pocas tropas que habian quedado en la otra orilla para conservar ó impedir el paso, se fugaron á su aproximación, y César reservó una parte de sus pérdidas por la presa de ganados que hizo. Sabino, que al saber la noticia de su peligro, habia dejado los alrededores de Lutecia, donde practicaba una escursión fútil, se incorporó á él, y César consiguió llegar entonces á las fronteras comunes de los eduenses, de los sacuanenses y lingones. En esta posición observaba á los primeros, protegia á los últimos, vigilaba en la provincia romana, y se aseguraba las comunicaciones con los germanos aliados. Estos no tardaron en enviarle el socorro que esperaba de ellos; pero sus ginetes estaban tan mal montados, que César se vió en la precision á darlos los caballos de sus oficiales.

Habiendo recibido tambien refuerzos Vercingetorix, se acercó á César, á quien empezaba á temer menos, y con tanta mas razon, cuanto que éste, dirigiéndose á las fronteras de la Galia, parecia pensar en abandonarla enteramente. Bien pronto les condujo su excesiva confianza hasta el estremo de temer que la huida le quitase esta presa, y que una retirada sin obstáculos le proporcionase algun día á César los medios de hacer temblar de nuevo por su libertad á esta Galia que parecia libre á la sazón de su esclavitud. Con arreglo á estas nuevas miras, creyó deber buscar en adelante á César, con el mismo cuidado que habia puesto hasta entonces en evitarle. Y se persuadió de que podía efectuarlo con tanta mas esperanza de triunfo, cuanto que era infinitamente superior en caballería al enemigo, y decidió no esperar nunca mas que combates de caballería. Habiendo dividido la suya en tres cuerpos, fué á atacar bruscamente á los romanos en una de sus marchas. Una division se presentó á la cabeza de sus columnas para detenerlas, mientras que las otras dos inquietaron sus flancos. Precisado, para asistir, á formar tambien su caballería en tres divisiones, César suplió el número haciéndola sostener por la infantería. Esta disposicion, dando á los suyos la confianza que podia quitarles la inferioridad numérica, los mantuvo en la igualdad hasta el momento en que los germanos, rompiendo y dispersando todo lo que se les oponia,

hacia inclinar mas y mas la balanza en favor de César. Vercingetorix, consternado con esta pérdida que estaba muy lejos de esperar, levantó el campo muy pronto y se retiró á Aliso, ciudad considerable de los Mandubianos, que era considerada como la mas fuerte de toda la Galia. César le siguió sin dilacion, llegó casi al mismo tiempo que él y principió el sitio.

Alisa, cuyo nombre subsiste todavía hoy en una pequeña aldea de San Auxois, continua á Saint-Reine y algunas leguas al Este de Semur, estaba situada sobre una montañita muy elevada, al pié de la cual corrían dos rios insignificantes que dejaban entre sí una llanura bastante estensa. Vercingetorix cerró esta llanura con un foso y una muralla, y con los restos de su ejército se situó bajo los muros de la ciudad. La actividad de los romanos en los trabajos de la circunvalacion que tenia once mil pasos, le obligó á entrar de nuevo en los azarres de una refriega para retardar el instante que le quitara toda comunicacion con la parte exterior. Pero tan desgraciado como en las tentativas precedentes, renunció á estos ensayos infructuosos y aprovechando la oscuridad de la noche mientras que los pasos no estaban todavía interceptados, despidió su caballería, y dispuso que los confederados apresurasen el envio de socorros, en atencion á que retirado en la ciudad con ochenta mil hombres no tenia víveres mas que para un mes. Despues de su partida, acabó César su recinto y lo fortificó por medio de gigantescos trabajos. Triples filas de innumerables abrojos (1) muchas de troncos de árboles y fosos cubiertos, le ponian al abrigo de las salidas de la ciudad, y otra linea de circunvalacion de catorce mil pasos, provista de fuertes, situados á ochenta de distancia unos de otros, se defendió igualmente contra los ataques exteriores. Atrinchurado de este modo y provisto de víveres para treinta dias, esperó tranquilamente á los galos que se ponian en movimiento por toda la Galia, y que con una celeridad inconcebible reunieron en un mes en las fronteras de los eduenses doscientos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos á las órdenes de cuatro jefes principales, Comio de Arras, Viridumaro y Eporodix, Eduenses; y Vergasillaun, natural de la Auvernia y pariente de Vercingetorix. Como era el mismo que tan fútil habia sido á César en su expedicion á Bretaña, y el que á su vuelta fué colmado de beneficios; pero cedió al entusiasmo general que excitara la esperanza de recobrar la independencia.

Sin embargo, los víveres disminuian en Alisa, y la opinion del consejo no era unánime sobre lo que debia hacerse en tales circunstancias. Los unos no esperando socorros hablaban de entregarse; los otros querian que se intentase forzar los atrincherramientos antes que el abatimiento total de sus fuerzas liciese imposible este último recurso. Crigotano, uno de los principales señores arvernos, encontró debilidad en ambos partidos: pretendia que era preciso contar con un socorro que las precauciones estremadas de los romanos anunciaban suficientemente, y en su consecuencia aplazar el combate para el tiempo en que ellos debiesen secundar los esfuerzos exteriores de sus compatriotas; y en cuanto á los medios para sostener hasta entonces, no temblaba ante la proposicion horrible de subsistir sus fuerzas por medio de la carne de los desgraciados, que, inútiles para la defensa, eran un obstáculo para ella. «Este ejemplo, añadió, nos ha sido dado por nuestros ascendientes en la época en que la invasion de los Cimbrios y de los Teutones les amenazó con una devastacion pasajera, y cuando nuestra misma libertad está hoy en peligro, nos convendría ser los primeros en darlo, aun cuando no le hubiésemos recibido.» Esta opinion fanática, sin prevalecer en el consejo, dió lugar á la espulsion de muchos hombres inútiles. Estas tristes victimas de los romanos, á los que pedían en vano pan y esclavitud, perecieron bien pronto de hambre y miseria entre el campo y la ciudad.

A consecuencia de estas resoluciones desesperadas, de lo alto de la montaña percibieron al fin los sitiados el socorro por el que suspiraban con impaciencia. Apresurándose á cooperar á los esfuerzos de los que llegaban, salieron en tropel de la ciudad, llenaron los fosos de fajinas ó los encubrieron de zarzones, y secundaron el ataque exterior que los galos confiando en su muchedumbre habian empeñado en medio del día. Ya el sol se ponía y la fortuna no se habia declarado por ningun partido: estaba reservada á los germanos el fijarla. El último esfuerzo de estos obligó á los galos de afuera á retirarse, y los de dentro, no siendo ya secundados, se vieron precisados á hacer lo mismo. Dos dias despues intentaron los galos un asalto nocturno, por si les era mas favorable. Provistos de zarzones, de escalas y de garfios, se aproximaron á la circunvalacion, y con sus gritos avisaron á Vercingetorix que operara por su parte, pero la oscuridad de la noche contribuyó á aumentar el peligro de las trampas y cepos que cubrian el atrincherramiento: el día apareció sin que hubiesen sido desordenadas, y los galos para prevenir las consecuencias del desorden en que se encontraban, se vieron obligados á retirarse otra vez.

Casi desesperados de la ineficacia de estos dos asaltos, determinaron sin embargo hacer el último esfuerzo despues de haberse procurado en las fortificaciones del campo todos los datos y noticias que

(1) Instrumento de hierro parecido al abrojo natural.

les eran necesarios. Por la parte del Norte la circunvalación pasaba por el pié de una montaña que no había podido comprenderse en ella á causa de su estension, y que dominaba completamente el cuartel defendido por las dos legiones. El plan de los galos era apoderarse de esta posición, y bajando ventajosamente de ella, caer sobre los atrincheramientos y forzarlos. Vergasillauno á la cabeza de 50,000 hombres escocidos se encargó de esta empresa. Marchó por la tarde, llegó al amanecer á espaldas de la montaña, dió descanso á sus tropas, y esperó al mediodía para principiar el ataque. Vercinjetorix, que le vio desde lo alto de Alisa, bajó con los pretrechos necesarios para romper los atrincheramientos, y al mismo tiempo un asalto general contra todos los cuarteles romanos, les obligó á diseminarse sus tropas, y acudir aunque difícilmente, á las necesidades de la parte mas débil. Por ambos bandos se hicieron esfuerzos inauditos: los galos desconfiaban de su libertad si aquel mismo día no eran forzados los atrincheramientos romanos, y los romanos se hallaban persuadidos de que el término de los largos trabajos de la conquista había llegado si les era dado fijar en este día la victoria.

Vergasillauno y Vercinjetorix dominando á los romanos cada uno por su parte, despejaban los atrincheramientos á fuerza de dardos, llenaban de tierra los fosos y los barrancos que les protejan, y hasta intentaban subir al asalto. En vista de este peligro, mandó César á Labieno con seis cohortes para socorrer dos de las legiones, con la órden de hacer una salida si los atrincheramientos llegaba á ser forzados. Fábilo y el joven Bruto, cada uno con igual número de tropas, fueron opuestos por él á Vercinjetorix, y al mismo fué á este sitio en el que restableció el combate. Reunióse entonces á Labieno, quien próximo á verse cortado se disponía á verificar la salida que debía intentar en último extremo con treinta y nueve cohortes de distintos cuarteles que había reunido. En este momento fué reconocido César de los enemigos por su vestidura. La esperanza de llegar á estripar en su persona las raices de la guerra y de la esclavitud, les hizo prorumpir en gritos de coraje, y la refriega se encarnizó mas y mas. Pero mientras se combatía por una y otra parte con enconada furia, la caballería romana que había salido fuera de línea por órden de César atacó bruscamente por retaguardia á los galos, que venidos siempre por la sorpresa, sucumbieron tambien esta vez. Pronunciáronse súbitamente en completa fuga, y en un instante se hizo general la derrota. Vergasillauno cayó prisionero, y le fueron entregadas setenta y cuatro banderas á César. Una parte muy reducida de los galos tuvo la felicidad de volverse á su campo, pero lo abandonaron aquella misma noche para retirarse á sus casas.

Los de la ciudad, sujetos á los acacimientos esteriotes entraban consernados dentro de sus muros. Al siguiente día Vercinjetorix convocó el consejo. Tan grande era en la desgracia como lo había sido en la prosperidad, despues de esponer lo irrealizable que era todo esperanza ulterior y la precision de ceder á la necesidad, se ofreció generosamente en holocausto por la salvacion de un pueblo cuya libertad había querido garantizar, y se propuso á sí mismo para ser entregado al vencedor. Gefes, armas y rehenes fueron las unicas condiciones que impuso César á los sitiados. Dió á cada soldado un prisionero como parte de su botin, pero exceptuó de este rigor á los edenses y arvernos, á quienes esperó atraer con este acto de clemencia, y reservó para su triunfo á Vercinjetorix. El senado mandó que se hicieran festejos religiosos durante veinte dias por aquella campaña importante, reputada como la mas arriesgada mas crítica y brillante de todas las de César en la Galia. Sin embargo, no quedó aun esta comarca completamente sometida; y para lograr este resultado costóle á César una nueva y última campaña.

Atribuyendo los galos el mal éxito de la precedente á un mal plan de operaciones, quisieron probar si los romanos, atacados por fracciones y por distintos flancos á la vez, serian tan invencibles como cuando se hallaban reunidos en grandes masas, y podian agotar todos los recursos de su táctica. Pero César en sus cuarteles de invierno lo veía todo. Informado de estos proyectos, trató por todos los medios posibles de desconcertarlos. Con este objeto salió de Autum el último día de diciembre, cayó de improvizo sobre los biturjios (herruyeros), cuya abundancia de recursos les hacia ser turbulentos y guerreros, pero no habiendo verificado todavia ningun preparativo, se vieron aniquilados súbitamente, sin que les quedara otro medio que la fuga al territorio de sus vecinos. César aprovechó esta ocasion para atacarlos, y sorprendidos todos tan de repente se rindieron á discrecion. Esta campaña comprendida en medio del invierno fué corta. A los cuarenta dias volvió César á Autum. Pero apenas hubo llegado, cuando estos mismos biturjios á quienes acababa de combatir, reclamaban su auxilio contra los carnutos, ardientes promovedores de todas las disposiciones hostiles contra los romanos. César se puso en campaña con las tropas que tenía á su mando y dos legiones que sacó de los cuarteles próximos; incapaces los carnutos de resistirle, desbandáronse y abandonaron un pais arruinado por las expediciones preceptivas. Limitadas las hazañas de César á la adquisicion del botin, dejó una guarnicion en Jenabum, y marchó á prestar auxilio á los fieles rehenes contra los bellocacos, que mandados por Correo, gefe tan hábil

como intrépido, y por Comio de Arras, y acompañados de algunos pueblos vecinos, se preparaban á atacarles. César con cuatro legiones marchó precipitadamente al Beauvoisis, cuyo pais encontró devastado y sin enemigos, y no supo hasta pasados algunos dias, que los bellocacos, atrincherados formidablemente en una montaña circundada de pantanos, les esperaban á pié firme, resueltos á combatirle era escaso el número de sus tropas, y á inquietarle si este era mayor. Sabido esto por César procuró una refriega que creyó ventajosa, no dejando aparecer sino tres legiones, y haciendo seguir lentamente la cuarta que escoltaba los bagages. Pero ya fuese que los bellocacos trasluciesen el ardor, ó que no se conceplausen bastante fuertes, permanecieron inmóviles en su posicion que era casi inespugnable. César la concepió tal, y mandó al resto de sus tropas que se uniera á él. Entretanto hizo trazar por el otro flanco del pantano un campo formidable por sus atrincheramientos, sus fuertes y demas defensas. Uno y otro ejército continuaron observándose. Los encuentros no se verificaban mas que entre las partidas que iban en busca de forraje, y estos eran generalmente desfavorables á los romanos, que obligados á estraviarse para buscar víveres, se encontraban aislados, y las emboscadas en gran funestas. Teniendo sin embargo los galos verse encerrados sin víveres como en Alisa, determinaron despedir á los que ningun servicio les hacian; pero les descubrió la luz del día en sus preparativos de marcha. Para turbar mas aun César esta retirada se atrevió á pasar el pantano sobre el cual hizo echar puentes, y acampó al pié de la montaña sin atreverse á empeñar un combate que el enemigo fuerte en su posicion no hubiera temido.

Pensando solamente en el instante de la separacion, la espía para atacar entonces; pero penetrando los bellocacos sus designios, pasaron de mano en mano á la cabeza del campo laces de paja y fajiñas, en las que tenían costume de sentarse esperando el combate, y habiéndolos incendiado por todas partes á una señal convenida, levantaron una llama y un humo que oscurecieron sus movimientos: esto fué un obstáculo invencible para la caballería, no solo porque el temor de la llama espantaba á los caballos, sino tambien porque los jinetes temian las emboscadas. Correo en aquella sazon les preparaba una, de la que se prometia el mejor éxito: pero vendido por un prisionero, le sorprendieron y sucumbió en este encuentro despues de haber dado mil pruebas de valor, y haber recusado con obstinacion homicida el cuartel que le había ofrecido muchas veces por consideracion á su valor. Su muerte acarrió la ruina de los bellocacos, los que mandaron diputados para someterse, y aprovecharon esta circunstancia para acriminar á Correo y á un populacho ignorante y dominador por las resoluciones que le arrojaron á esta guerra. César les mandó por las resoluciones que le arrojaron el año anterior en la que armara toda la Galia, habían tardado mucho en seguir el ejemplo de sumision de los otros pueblos: añadió ademas que atribuan á los muertos sus propias faltas, y que pretendian equivocadamente hacerle creer que las intrigas de un ambicioso y los caprichos del populacho pudiesen prevalecer sobre la voluntad de los hombres honrados y la de los majistrados: que por lo demas se daría por satisfecho del daño que ellos mismos se habían causado, y que admitia sus rehenes. Exceptuado Comio de esta transacion, se fué y se dirigió á las fronteras de la Galia, desconfiando de los romanos muy fundadamente desde que por una insigne traicion, el pretexto de una entrevista que le había pedido Labieno, dió margen á un asesinato del que se libró milagrosamente. Al transijir César con los bellocacos los trató con una severidad aparente; pero desde esta época creyó que sin comprometer la reputacion de clemencia que se había adquirido, debía aplicar al fin á medidas de rigor, si pretendia someter efectivamente toda la Galia. El primero de sus actos, con arreglo á este principio, fué contra Ambiorix, cuyos estados llevó de nuevo á fuego y sangre, y con el desseo vehemente de hacer caer sobre su cabeza toda la odiosidad de una devastacion de la que su perfidia era la causa: confió á Labieno el castigo de los trevirois, y habiendo pacificado el Norte, marchó al Mediodía, donde necesitaban de su auxilio.

Una porcion de descontentos se formó bajo los muros de Limona (Poitiers), y tenia por jefe al Andien (el Anjevino) Dumaco, el que sitiaba esta ciudad que permanecía fiel á los romanos. Caninio, lugar-teniente de César, vino en su auxilio, y fué atacado sin éxito por Dumaco; pero era tal la igualdad de fuerzas de ambas partes, que se habiera prolongado largo tiempo aquel estado de indecision, si Fábilo, lugar-teniente tambien de César, no hubiese socorrido á Caninio. Las fuerzas reunidas dispersaron muy pronto á los insurrectos: Fábilo marchó entonces contra los carnutos, venció su obstinacion, y les obligó á que diesen rehenes, á cuya medida se habían sustraído hasta entonces. Estendió sus progresos hasta las comarcas armónicas, las que redujo á la obediencia. Caninio por su parte persiguió entre los carducos (en el Querey) á Luterio, uno de sus jefes, que con el seponeense Duprés reunió los fujitivos propionándose inquietar la provincia romana. Pero las disposiciones de Caninio le retiraron en su provincia y obligóronle á guarecerse en Uxellodunum (Cabo de Noe), ciudad situada sobre una roca de difícil acceso, aun cuando no hubiese presentado ninguna resistencia.

Reconoció por Caninio la imposibilidad de tomar la plaza por asalto, colocó sus tropas en tres alturas próximas y dió principio á la circunvalación. El recuerdo de Alisa alarmó á los sitiados. Luterio que se encontraba allí á la sazón, opinó por hacer salir una parte de las tropas para proporcionar víveres á la ciudad, y mareló á la noche siguiente con Drapés, dejando solamente en la plaza dos mil hombres de guarnición. Reunieron una cantidad considerable de trigo, pero habiendo intentado Luterio introducir parte de él, le sorprendieron y toda su gente fué muerta ó dispersa. Drapés atacado en su campo antes que pudiese tener noticia de ello, fué mas desgraciado, pues quedó prisionero. Caninio volvió desde entonces á situarse delante de la plaza, en donde se le unió Fabio; pero la situación de la ciudad necesitaba una gran concentración de fuerzas, y fué preciso que César marelase á ella en persona. Dirijiéndose á ella por el país de los carnutos, creyó deber á la política cruel que se había propuesto el mandar azotar á Gutturato, autor principal de las sublevaciones de los carnutos, y luego decapítarle: este fué el preludio de otra especie de barbarie que ejercía con los Uxelodunum. Estos, por el soborno carecían de agua, y solo podían sacarla de una fuente situada al pie de sus muros. Pero era peligroso llegar á ella si los romanos lograbán colocarse ventajosamente en los alrededores. Tal fué el objeto de los inmensos trabajos que estos concluyeron, no obstante la fuerte oposición de los sitiados. Las molestias y agitación que sufrieron los últimos, les sujió la idea de incendiar estas construcciones por medio de toneles llenos de materias combustibles que hicieron rodar sobre las obras, después de prenderles fuego. El deseo de aumentar el incendio por una parte, y el de oponerse á él por la otra, dió lugar á un combate que favorecia los progresos del incendio; cuando César determinó dar un asalto jeneral; esto no era mas que una estratagemá, pero los sitiados que se vieron engañados por ella, corrieron á sus murallas, y dejaron á los sitiadores dueños del incendio. Los sitiados insistieron con todo en seguir haciendo uso de la fuente, aunque raras veces y con grande esposicion. Pero habiendo conseguido los romanos destruirla completamente por medio de una mina, les fué preciso someterse al vencedor. Bárbaro por política, mandó César cortar la mano á los valientes que sostenian una independencia legítima que no podía él menos de apreciar. Pero su ambición encañalaba su jenerosidad, y temió que esta sirviese de estímulo á la resistencia á los pueblos mal sumisos, ora por la certidumbre de la impunidad, ó ora tambien por la esperanza del éxito, por lo que pudiesen aguardar al fin de una administración que tocaba á su término. Drapés, á quien los enemigos calabazaban de burlado por haber sido siempre uno de los partidarios que habían molestado con mas éxito á los ejércitos romanos, temiendo una suerte mas funesta que sus compañeros de armas, se dejó morir de hambre.

César dió fin á la campaña con la surmision de la Aquitania, y pasó el invierno en Nematoce (Arras), en donde supo la reduccion de Comio. Antonio encargado de perseguirle, destacó contra él á Voluseno, el mismo de quien Labieno se había valido para asesinarle, y cuyo odio se había aumentado con la deshonra y la inutilidad de su crimen. Cierto día que llevado de su rencor perseguía incansablemente á Comio, vuelve este las riendas, aeomete á Voluseno, le hiere mortalmente en el muslo, y se retira en seguida con toda la velocidad de su caballo; y después satisfecho en apariencia por su venganza, ó imposibilitado quizás de resistir por mas tiempo, se dirijió á Antonio, se sometió á todo lo que resolviese acerca de su persona, rogándole tan solo que le eximiera de la vergüenza y espanto de comparecer en adelante ante un romano. Compadecido Antonio de sus desgracias, y apreciando los motivos de su peticion, se le concedió sin dificultad y recibió sus rehenes. Su surmision finalizó la de la Galia y terminó la conquista después de ocho bretones y germanos. Esta época, importante en la historia de la Galia, no lo es menos en la de Roma, por cuanto fué la señal de aquella famosa guerra civil que debía derivar su gobierno y avasallar á César y sus sucesores.

### III.

Historia de las Galias desde la conclusion de la conquista del país por Julio César hasta las primeras incursiones intentadas en él por los francos.

El dominio de César en las Galias en su noveno y último año fué el mas tranquilo; porque lo empleó en conciliar los pueblos sometidos, tanto para conservar íntegras la gloria y consideracion que esta conquista le produjera, cuanto para prepararse en caso necesario recursos que le condujera al fin de su ambicion: con esta mira se limitó, segun dice Suetonio, á imponer á las Galias el módico tributo de cuarenta millones de sestercios (32 millones de reales), y con las inmensas riquezas que acumuló por todas partes en el transcurso

de sus campañas, se atrajo prosélitos, dentro y fuera: tiempo era ya de que los tuviese. Su gobierno estaba próximo á espirar, y para no encontrarse reducido á la vida privada bajo Pompeyo, que sin magistratura, reinaba realmente en Roma, se proponia pedir el consulado por medio de procurador. Habian hecho autorizar al efecto el año mismo del consulado de Pompeyo, el que en un principio se opuso á ello, pero que muy pronto desistió por temor de los obstáculos que le interpondria César en la prosecucion que meditaba de la próroga de su gobierno de las Españas que debía espirar un año antes que el de César en las Galias. Pero habiendo conseguido su objeto, se arrependió de su condescendencia, y presintiendo las miras ambiciosas de su rival, intentó suscitarle obstáculos. Habia trabajado en esto desde el año anterior, y por conducto del cónsul M. Claudio Marcelo propuso al senado destituir á César, así como destruir tambien el privilegio inaudito que el pueblo le concediera. Esta peticion ilegal é intempestiva en medio de la relacion de las hazasias con que César no cesaba de hacer resonar el senado, no tuvo resultado alguno. Pompeyo renovó aquel año sus esfuerzos, disponia de los nuevos cónsules enemigos declarados de César, y sobre todo del tribuno Curion, otro antagonista del próroga que se había encargado de presentar por segunda vez la proposicion de Marcelo. César destruyó todos estos planes comprando la adhesion de Curion y el silencio de los cónsules. El primero, su hechura, buscó mil prestos para eludir la ejecucion de su compromiso con Pompeyo: y cuando instigado por las instancias de los partidos no tuvo medio de retroceder, salió con destreza del negocio, esponiendo al senado que era preciso, ó prolongar en sus gobiernos á ambos rivales ú obligarles á abdicar, pero sobre todo evitar por la salvacion de la república, que cualquiera de los dos permaneciese armado con exclusion del otro. Esta opinion, bajo una apariencia de imparcialidad y hasta de desconfianza republicana, favorecia en todo á César, porque Pompeyo que hizo se prorogase tambien su gobierno y que debía gozar mas tiempo que César del de las Galias, se prestaria dilatamente á abdicar. Sin embargo, escribia desde el campamento al senado, que aun cuando se le ofreciese sin que le pretendiera, su tereer consulado y la prorogacion de su autoridad preconsular, estaba pronto, si el senado lo exigia, á sacrificar la última al interés del estado. Empero no era este su verdadero designio; y el senado que lo sospechaba y veia en él su protector, se vió lleno de incertidumbre. Curion se aprovechó de su perplexidad para prohibir en nombre del pueblo que se hablase de la dimision del uno ó del otro de los rivales, y necesitándose de tropas en Siria, dispuso que cada uno de ellos contribuyera con una legion. Pompeyo pidió entonces á César una de las que él le había dado otras veces, de suerte que este fué efectivamente el último que suministró las dos legiones; pero llenó fácilmente este vacío con sus propios y alistamientos hechos en la Galia y Germania, y con la ayuda de germanos que él mismo dispuso, dobó sus fuerzas, duplicando la paga de sus soldados; provisto de estos recursos escribió al senado pidiendo que se consultase al pueblo sobre la revocacion de los beneficios que de él había recibido, ó si debía quedar privado de ellos, que cupiese la misma suerte á los otros gobernadores de las provincias. Prometase de este paso quedar próconsul en las Galias, ó poder quejarse con algun aparencia de justicia y sacar partido por medio de la fuerza. Leida en el senado su carta, el cónsul C. Marcelo, primo hermano del cónsul del mismo nombre del año anterior, puso á votacion si César permaneciera en su gobierno habiendo transcurrido el término, y casi por unanimidad se decidió que tal prorogacion era contraria á las leyes. Preguntó auto seguido al senado si pensaba privar á Pompeyo de sus gobiernos por el tiempo que tenia que disfrutar de ellos y decidirse ya que era una injusticia; cuando Curion preguntó á su vez si convenia á la república que Pompeyo permaneciese armado cuando César no lo estaba. Esta consideracion dió lugar á un nuevo decreto, y por una mayoría de 370 votos contra 22, se decidió que ambos competidores se desarmasen á la par. Sed pues esclavos de César, exclamó furioso el cónsul, y salió desesperado. Por lo demas, el decreto no tuvo efecto; y por los rumores que circulaban de que César pasaba los Alpes, Marcelo hizo decretar que se diesen á Pompeyo para la defensa de la Italia las dos legiones que se le habían retirado. Esta parcialidad irritó á César, y quiz á la inculpacion del cónsul le hiciese alimentar la idea de realizarla.

En efecto, pasó los Alpes, pero yendo solo en un principio, y se volvió á Ravena, última ciudad de su gobierno de la Cisalpina; desde este punto siguió mas fácilmente las intrigas con la capital: negociaba, hacia nuevas proposiciones y eircunscribió sus peticiones á la conservacion de sus gobiernos de la Cisalpina y de la Iliria, hasta ser provisto de nuevo al consulado. Ciceron opinó por la conservacion de la Iliria con una sola legion, y atrajo á Pompeyo á este parecer. Pero la intempestiva austeridad de Caton y el odioiego de los nuevos cónsules Lúcio Cornelio, Lentulo y C. Claudio Marcelo, hermano de Marcelo, elejidos ambos por la influencia de Pompeyo y á despecho de la faccion de César, hicieron abortar esta medida que hubiera podido salvar la república. No bien entraron á ejercer sus funciones, convocaron el senado para deliberar sobre la dimision que exigirian á César,

y sobre su decreto que tendió á declararle rebelde si no se desarmaba en el día preñado; opinion general, y por decirlo así, convenida con tal que Pompeyo se desarmase tambien. Pero aprobado el primer punto no pasaron á deliberar acerca de Pompeyo. Marco Antonio lográ-teniente de César y á la sazón tribuno del pueblo, protestó contra esta mala fe y contra el decreto que era su resultado: de modo que no pudiesen pasar adelante; pero habiendo los cónsules hecho aproximar algunas tropas, espulsaron violentamente á los tribunos de la oposicion que se refugiaron al lado de César, y díctose entonces el decreto fatal que debía cambiar la forma de gobierno (que los cónsules de aquel año y los procónsules con cargo Pompeyo y Cicéron, velarían por la seguridad pública.)

Noticioso César de esta resolusion adoptó tambien su partido. No tenía bajo sus órdenes sino una legion, y esta escasez de fuerzas contribuía á la seguridad de sus enemigos; pero de todas maneras supo compensar las ventajas de sus adversarios, merced á la celeridad con que previno sus desguisos. Sin perder un instante reunió su legion, arengó á sus soldados, escitó su resentimiento presentándoles el cuadro de las injusticias cometidas con él y el espectáculo de la majestad del pueblo violada en la persona de sus tribunos, los incitó á la venganza, y vió con alegría que respondieron á su llamamiento.

Destacó al punto un oficial de su confianza con algunas tropas, el que marchando sobre Arimanium (Rimini) primera ciudad de Italia, mas allá de los límites de la Cisalpina, entró de improviso y sin aparentar que deseaba apoderarse de ella, y allí se estableció de manera que se hizo fuerte. César lo siguió de cerca con el resto de su legion, vadó con alguna zozobra el pequeño rio Rubicon que separa la Italia de la Cisalpina, y declaró la guerra á los cónsules. Para evitar el descrédito que la rebeldia podía ocasionar á su partido, aparentó las mayores deferencias hácia los tribunos que se acojieron á él, y que como representantes del pueblo hacian al parecer de la causa de César la causa misma de la república. Dado este primer paso, llamó á sus legiones de la Galia, y contando con el efecto de la sorpresa, continuó su marcha con las tropas que tenía á su mando.

De Arimanium pasó sucesivamente á Aretium (Arezzo), Pisaura Pesaro, Janum (Jano), Ancona, Auscumum (Osimo) y Asculum (Ascoli). El terror cundía por todas partes, las guarniciones débiles intimidadas ó seducidas, huían ó lo se entregaban, y durante este tiempo, llegaban sus refuerzos, de los que se aprovechó para sitiar á Corfinium en donde mandaba L. Domitio Aenobarbo, designado por el senado para sucederle en la Transalpina. El deslance de este sitio, tuvo algo de novelesco: la guarnicion entregó á su jefe, y este para no depender de su rival, se envenenó. César que lo ignoraba le concedió, no solo la vida, sino tambien la libertad de reunirse con Pompeyo, pero esto hizo nacer pesares muy amargos en el corazon de Aenobarbo, cuando el esclavo á quien esta habia encargado le preparase el veneno vino á devolverle á la vida, confesándole que no habia podido resolverse á seguir puntualmente sus órdenes, y que la póeima que le habia administrado no era sino una hebelia soporifera.

Resultado tan rápido por una parte, y la dificultad de los alistamientos por otra, precisaron á Pompeyo á abandonar precipitadamente la capital. Retiróse primero á Cápuá, después á Brindis, desde donde con la ayuda de los buques de la república hizo pasar su ejército á Macedonia, lisonjándose con la esperanza de establecer allí con buen éxito el teatro de la guerra. Vana esperanza que compensaba á su modo de ver la pérdida del tesoro público de Roma y de la Italia cutera que en menos de dos meses habian caido en poder de César. Este, hábil siempre en aprovechar todos los momentos, hizo pasar á la Sicilia y la Cerdeña fuerzas suficientes para espulsar á los partidarios de Pompeyo y asegurar la subsistencia de la capital. Hubiera querido seguir á Pompeyo hasta Grecia, pero no disponiendo aun de un número suficiente de bagajes y esperando poder crear una marina, dirigió sus miras hácia el Occidente. Para hacerse dueño de él, no le quedaba por conquistar mas que la España. Afranio y Petalio, dos lugartenientes de Pompeyo, hombres de reputacion conocida, mandaban en ella á su nombre. César resolvió conducir personalmente esta expedicion. Pasó de nuevo los Alpes, y cuando los bajó se sorprendió al encontrar encimigos que no esperaba; eran estos los marselleses, que habian determinado cerrarle sus puertas. Mandó llamar á sus magistrados, los que respondieron á sus instancias que eran amigos constantes de la república; pero que inhábiles para pronunciarse entre Pompeyo y él, y ambos igualmente bienhechores de su ciudad, servirían á uno y otro mientras los vieran unidos entre sí, y que por el contrario, escluirían á ambos en tanto que permaneciesen divididos. Esto era falso, y César supo que Domitio el mismo á quien diera libertad en Corfinium sacrificando el reconocimiento á lo que creía en apariencia un deber, habia inducido á los marselleses, á quienes habia llevado refuerzos, á que le nombraban su jefe y se declarasen contra César. Para vengar tambien afrentada, este puso sitio á la ciudad y confió su direccion á Trebonio, su lugarteniente, mientras que con el resto de sus tropas marchaba á España. Le encargó muy especialmente evitase un asalto, cuyas consecuencias podian ser funestas á una ciudad con la que por

muchos motivos queria tener consideraciones. Con estas deferencias, necesitó Trebonio algun tiempo para obligar á los habitantes poderosamente ayudados por sus riquezas, talentos y valor, para entrar en transacciones; pero dos combates marítimos en lo que dos galeras que César acababa de hacer construir en Arlés, vencieron á los buques de la ciudad, decidieron á los marselleses á entrar en negociaciones. Suplicaron á Trebonio aguardase las órdenes de César acerca de las condiciones con las que entregarían la plaza. Trebonio creyó cumplir fielmente sus instrucciones accediendo á esta peticion, y la hostilidades cesaron por ambas partes; pero mientras los romano descansaban en la confianza de la tregua, y las apariencias pacíficas de los sitiados, estos abusando de la buena fe y moderacion del jefe, hicieron una salida inesperada, y quemaron y destruyeron las máquinas de guerra que mas estragos les habia ocasionado. Necesitó pues Trebonio principiar pensosamente un nuevo sitio. A fuerza de arte, paciencia y trabajos redujo de nuevo á los sitiados á hacer proposiciones, pero mas precavido esta vez, se posesionó de la ciudad. Tan indulgente como se habia mostrado al principio, se abstuvo de fallar sobre la suerte de sus habitantes hasta la vuelta de César. Domitio pudo fugarse en un buque antes de su entrada, burlando la vigilancia de D. Bruto que bloqueaba el puerto, y se reunió á Pompeyo en Farsalia, donde pereció.

César no tardó en volver á presentarse victorioso del partido que en España se decidiera por Pompeyo. A pesar de los grandes talentos y concertó entre ellos, Afranio y Petreyo, se vieron obligados en un intervalo de cuarenta dias á deponer las armas en la España Giterior; y quedaron reducidos á este extremo, mas bien por la táctica hábil de su adversario, que por su espada. La admiracion que produjo esta campaña tan bien combinada, unida á los demas títulos de César á la gloria, le atrajo sin combate el resto de las legiones de Pompeyo, situadas al otro lado del Elbro: volvió á pasar con ellas á las Galias donde se proponia licenciarnos en las márgenes del Var; y con aparato tan triunfante hizo su entrada en Marsella. Tenia que castigar en esta ciudad la acogida hecha á un enemigo, su resistencia y su traicion, pero desarmado siempre por el buen éxito, perdonó á sus habitantes, despojándoles de una parte de sus riquezas y de todos los medios de defensa.

De Marsella volvió á Roma; y allí, tanto por amor al poder cuanto para imponer mas facilmente al vulgo por medio de las insignias legítimas del poder, se hizo revestir de la autoridad consular, política hábil que no tuvieron sus enemigos, y de la que César no tardó en cojer el fruto en mas de una ocasion, en que le bastó este título imponente para prevenir ó reprimir mas de una resistencia. No es nuestro objeto seguir en una expedicion que en nada se refiere á la Galia; pero no será tal vez superfluo hacer notar como época cronológica, bastante naturalmente ligada con la historia de esta, que en la campaña que sucedió á la sumision completa de la Galia, merced á la toma de Marsella se dió aquella famosa batalla de Karalia, seguida de cerca por la muerte de Pompeyo, y que dió el imperio del mundo á su rival.

Al alzarse César de la Galia, habia previsto los medios de asegurar de su fidelidad. La flor de su nobleza, y de sus valientes constitua la fuerza de sus ejércitos, y con el ardor de asociarlos á sus trabajos desvaneció toda sospecha de que no pudiesen ser otra cosa sino meros rehenes. Victorioso de todos sus enemigos, recompensó los servicios de los galos por medio de los favores conciliables con la dominacion. Procuró darles un yugo ligero, y la módica imposicion que estableció para el sosten de ocho legiones encargadas de la custodia del pais, era menor que las sumas inmensas prodigadas y perdidas por ellos en sus disenciones civiles.

A la muerte de César, que ocurrió cinco meses después de la frivola pompa de sus triunfos en las tres partes del mundo, Munacio Plancio era gobernador de la Galia Transalpina, donde fundó la ciudad de Lyon; y Decimo Bruto lo era de la Cisalpina. Ambos, lugartenientes de César, habian recibido de él sus gobiernos, y especialmente el último privado suyo, y á quien habia instituido su heredero á falta de Octavio, parecia deber serle muy adicto, pues mediaban todos los lazos del reconocimiento: sin embargo, fué uno de los principales motores de la conspiracion fraguada contra él por Marco Bruto y Casio Antonio, cuyo consulado esperaba, y cuya ambicion despertaron y favorecieron las circunstancias; desechó el gobierno de Decimo como mas propio para establecer su autoridad en la capital, en razon de la proximidad á que se encontraba de ella; pero al ver que el senado, que penetraba sus miras, se oponia á ellas, recurrió al pueblo al cual hizo ver la inconveniencia de dejar un testimonio de la munificencia de César en manos del menos excusable de sus asesinos; apoyado en el plebiscito que sobre el particular obtuvo, marchó contra Decimo á quien sitió en Mólena. El senado, que después de una especie de reconciliacion entre los amigos y los enemigos de César, habia ratificado la distribucion de los gobiernos y entre ellos, viólo muy menospreciada su autoridad por la conducta de Antonio, le declaró enemigo de la patria á propuesta de Cicéron, que publico, entonces sus elocuentes y funestas filípicas. Los dos cónsules Hirrio y Pansa fueron enviados en su persecucion y tambien las tropas que levantó Octavio hijo



adoptivo de César y nieto de su hermana, el cual, á pesar de su temprana edad, disponía hábilmente los cimientos de su futura grandeza. Antonio fué derrotado cerca de Módena; pero los dos cónsules pagaron su victoria con la vida.

El senado, siempre suspicaz, quitó entonces á Octavio el mando del ejército que parecía corresponderle por la muerte de los dos generales, y encargó á Décimo, libre ya, la persecucion de Antonio en los Alpes. Este que no tenia mas asilo que las Galias, hizo sondear á Planeo que mandaba en ellas tres legiones, y á Lépido, uno de los amigos y mas ardientes partidarios de César, nombrado para el gobierno de España, pero que se hallaba aun en las Galias, donde disponia de siete legiones. Ambos vacilaban sobre el partido que adoptarían. Inspirado entonces Antonio, tanto por su valor cuanto por su situación, marchó directamente con Lépido, situó su campo indefenso al lado de éste, entabló con él una negociacion en que le representó el peligro comun de los amigos de César si no reunian sus fuerzas; y en el curso de las conferencias sedujo tan completamente su ejército, que abandonó á su general y proclamó á Antonio. Planeo y Pollion se unieron á él, y este fugitivo, que pocos dias antes parecia hallarse próximo á su pérdida y quizás al suplicio, se veia entonces al frente de diez y siete legiones, y casi en estado de imponer leyes. Octavio no esperó este momento para proponerle una reunion cuyo motivo principal era vengar á César. El talento que habia desplegado con la ayuda de su pequeño ejército y el prestigio de Ciceron de hacerse nombrar cónsul á los diez y ocho años, en reemplazo de Pansa, y de disponer con este titulo de las fuerzas de la república, le ponía al menos en igualdad de poder respecto de Antonio. Ambos encontraban ventajosa esta reunion, pero en la desconfianza que no podían menos de abrigar recíprocamente despues de las diferencias que los dividieron en su principio, juzgaron oportuno admitir un árbitro, que sin inspirar recelos por sus medios, los tuviese no obstante suficientes para prevenir cualquier aspiracion. Eliecieron á Lépido, y de esta intriga nació en una isla del Puerto cerca de Módena el segundo triunvirato, mas célebre aun por sus proserpciones que por la ruina total del gobierno de la república y la usurpacion de las provincias del imperio que estos tres ambiciosos dividieron entre sí.

Las Galias tocaron en suerte á Antonio, pero despues de la batalla de Filipos, en la que Bruto y Casio, últimos tenientes de la república, fueron derrotados por Octavio y Antonio; habiéndose arrojado estos últimos sobre las provincias del Oriente, dieron lugar con su ausencia á Octavio para apoderarse de las Galias y no ser ya despojado de ellas. Con motivo de una sublevacion de la Aquitania y de una irrupcion de los suevos, hizo marchar á M. Vipsanio Agripa, uno de sus lugartenientes mas aventajado, el que sometió á unos y otros, y mejoró la Galia con muchos caminos romanos que partian desde Lyon donde él residió. Volvió á llamar al cabo de dos años; primero para oponerle á Sesto Pompeyo, que dueño de las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, pirateaba en el Mediterráneo, y despues á Antonio cuando ambos se malquistaron completamente. Agripa procuró á Octavio la victoria de la célebre batalla de Acci, quizá la mas importante de todas las que se dieron hasta entonces. La ausencia de este héroe general reanimó el valor de los morinos (los flamencos), que secundaron una nueva tentativa de los suevos sobre la Galia, pero fueron igualmente reprimidos por Carinas prefecto de la Bélgica, y la victoria que consiguió sobre ellos fué bastante brillante para que Octavio le dispensara el honor de triunfar con él.

El año siguiente fué de paz para todo el imperio, y el templo de Jano se cerró segunda vez por Octavio. La primera vez despues de la batalla de Accio.

Entonces estableció la guardia pretoriana, compuesta de diez cohortes de á mil hombres, y recibió del senado el sobrenombre de Augusto, título que pasó á sus sucesores como el de César al heredero presunto del imperio. Pasado algun tiempo se hizo conceder además el poder soberano bajo las modestas apariencias de la inviolabilidad tribunicia. Decretada en un principio por cinco años, y despues por diez, cuidó de renovar esta dignidad cada vez que espiraban estos períodos. En el mismo año, yendo Augusto á someter los asturianos y cántabros, se aprovechó de esta circunstancia para asegurar el dominio de la Galia, cuyo yugo principiaba entonces á ser muy pesado.

En los estados que obtuvo en Narbona en aquellas circunstancias, aumentó el tributo impuesto por César, y casi en el mismo tiempo prescribió la formacion de su censo ó padron de la poblacion, que se compuso en lo sucesivo de tres órdenes: uno de senadores ó anti-burgueses nobles, que eran los únicos que tenían derecho á las grandes dignidades de las ciudades; otro de curiales casi esclusivamente en posesion de los empleos municipales, así llamados por estar inscritos en el registro de las curias, como poseedores de un destino decoroso, y ser de origen honrado, y por último de injenuos ó poseedores, denominacion bajo la cual se comprendian los habitantes del campo y artesanos de las ciudades, que quedaban escluidos, aunque libres de toda funcion politica, por su ignorancia ó falta de educacion. Sometió á los unos y á los otros á la jurisprudencia romana, cuya autoridad se la perpetuó en gran parte hasta nuestros dias, y que ade-

mas ha servido de base á nuestras nuevas instituciones jurídicas.

Augusto estableció tambien en las Galias una nueva gerarquia de poderes administrativos. Conservó las cuatro grandes divisiones conocidas con los nombres de Narbonesa, Aquitana, Céltica y Bélgica, pero repartió con mas igualdad entre ellas los cien pueblos que las formaban próximamente. Esta operacion se verificó uniendo á la Aquitania y á la Bélgica algunas de las ciudades y poblaciones de la Céltica que perdió entonces su nombre para tomar el de Leonesa. Limitadas de este modo, formaron cuatro de los veintiseis departamentos ó diócesis en que dividió Augusto todo su imperio, y que eran gobernados doce por consules, nombrados por el senado y el pueblo, y catorce por presidentes elejidos por el emperador. Las últimas provincias, ordinariamente fronterizas, estaban guarnecidas por tropas mandadas por los agentes del príncipe y magistrados de toga y espada, mientras que los consules por estar siempre en paz no usaban mas distintivo que la toga. El político emperador, al repartir de esta suerte las provincias, anunciaba querer abandonar al senado todo el honor, y solo reservarse los trabajos; pero perfectamente satisfecho con su objeto fué abrogarse efectivamente todo el poder.

De las cuatro diócesis de la Gália, sola la Narbonesa era consular.

Agripa, que llegó á ser yerno de Augusto despues de la muerte de Marcelo, recibió de él segunda vez el gobierno de las Galias. Durante la permanencia que entones hizo en ellas, ó en la precedente, contrajo con los ubienos, que habian pasado el Rhin, la primera alianza que hicieron estos pueblos con los romanos. Su ciudad vino nacer á Agripina su nieta y madre de Neron, y habiendo estado en lo sucesivo hecho pasar á ella una colonia de veteranos, tomó la ciudad el nombre de colonia Agripina, que ha retenido hasta nuestros dias con el de colonia; Agripa fué reemplazada un año despues por Tiberio, primogénito de Livia, mujer de Augusto y de Tiberio Claudio Neron, su primer marido. No tardó el emperador en volver á las Galias con el motivo de la sublevacion de los sicambros que habian asesinado á los exatores romano y para vijilar en general los movimientos de los germanos entre el Rhin y el Elba, pueblos que tienen derecho á nuestro particular interés, puesto que son los verdaderos antepasados de los francos. La Gália misma necesitaba se la contuviera. Saqueada impunemente por un tal Licinio, manumitido por César, á quien Augusto habia enviado á ella antes de Agripa; el descontento se habia acrecentado con el famoso padre que mandara hacer en todo el imperio; y que Druso, segundo hijo de Livia, hizo ejetucar en las Galias con excesivo rigor. Esta disposicion hirió el orgullo de los galos que creyeron que tal medida los reducia á la condicion de viles rebanos. La presencia del emperador sofocó estos gémenes de revolucion, y convocados los magnates de la Galia en Lyon, votaron en honor de Augusto un templo magnifico, á cuya construcion contribuyeron sesenta pueblos; y al mismo tiempo la lisonja elevaba otros altares en Narbona, Beziers, Nimes y Bonn. Augusto señalaba su permanencia en las Galias por la ereccion de diferentes monumentos y la fundacion de muchas ciudades á las que dió su nombre ó el de su padre adoptivo, así como á otras muchas que ya existían. Tales fueron Augusta Treverinorum (Saint-Paul-Trois-Châteaux), Apta Julia (Apt), Forum Julii (Fréjus), Albugusta (Albi), Augustoritum (Limoges), Augusta Ausciorum (Auch), Aquæ Augustæ Tarbellicæ (Dax), Vicus Julii (Aire), Augustodunum (Autun), Julibona (Lillebonne), Juliomagus (Angers), Casus Dunum (Tours) Augustobona (Troyes) Augusta Treborum (Trebis) Casaromagus (Beauvais), Augustumagus (Senlis), Augusta Suessionum (Soissons), Augusta Veromandunorum (Saint-Quentin), Augusta Rauracorum (Augst cerca de Basilea).

La calma que restableció en los Vosgos permitió á Druso pasar á la Germania; este joven príncipe habia plantado sus estandartes y elevado sus trofeos en las orillas del Elba, cuando una caída de caballo le arrebató á sus triunfos á la edad de treinta años. Drusenheim, cerca de Strasburgo atestigua su paso por estas comarcas. Tiberio su hermano mayor le sucedió en el gobierno, y marchando siempre á pie, y sin conceder nada á la casualidad, hizo la guerra con sabiduria y buen éxito. Obligó á los sicambros á recibir la ley y á trasladarse mas alla del Rhin. Terminada esta expedicion el año seso antes de nuestra era, cerró Augusto por tercera vez el templo de Jano, y el universo respiró durante doce años.

Al principio de este período pacífico nació Jesucristo, el príncipe de la paz, pero una paz muy diferente de la que dá el mundo; de la paz que reconcilia la tierra con el cielo, procurando al hombre degradado por el crimen recursos suficientes para reconstruir su inocencia. Solo entonces se realizaron las ficciones del paganismo que hacen habitar la divinidad con los hombres y conversar familiarmente con ellos. Desde esta época el conocimiento de un Dios único, conocimiento hasta entonces oculto en un rincón de la Siria, se esparció con rapidéz por todos los ángulos de la tierra, sirviendo unos pobres pescadores de instrumentos de aquella santa revolucion. Faltos de medios naturales, pero poderosos con un testimonio que arrostraba la muerte, proclamaron é hicieron triunfar, á pesar del menoscabo de todos los pueblos, una doctrina nueva, tan sorprendente por su pureza como por su perpetuidad. ¡Projidoj irrecusable que atestigua la divinidad del

primer predicador! ¡Prodigio imposible si no hubiera sido mas que un hombre y un apostol de impostura!

Tiberio estaba entonces en Rodas donde vivía como un simple particular, bien fuese porque lo desterrara una intriga cortesana, bien porque se retirase él mismo para alejarse de Julia, con la que Augusto le obligó á casarse despues de la muerte de Agripa, y á quien no se atrevía á acusar ni á repudiar. Sabedor Augusto de la conducta de su hija, la desterró, y poco despues, con motivo de algunas insurrecciones de los germanos, mandó á Tiberio pasar á la Germania, y se volvió á las Galias para sostenerle en caso de necesidad. Este principe, que por las sugestiones de la diestra y ambiciosa Livia le habia hecho ya su yerno, pagó anticipadamente sus servicios, adoptándole juntamente con Agripa. Tiberio justificó su eleccion por el buen éxito que alcanzó en la Germania, y por los que obtuvo algunos años despues en Panonia y Dalmacia.



Volsuno herido mortalmente por Comio.—Pág. 21.

Sin embargo, Quintilio Varo que le reemplazó en la Germania, se dejó sorprender sobre el Weser por los germanos sublevados, y dirigiéndose por Herman ó Arminio, reputado despues como el héroe de la Germania. Diez años antes, este principe Cherusco (Brunswickense) habia sido hecho ciudadano romano por Augusto, y elevado además á la dignidad de caballero. Destruyó tres leñones enteras; Varo y sus oficiales se suicidaron para no caer en manos de los vencedores y sus traerse á los suplicios que hicieron efectivamente sufrir á sus prisioneros. Esta noticia aflijó mucho á Augusto; creyó ver á los germanos á las puertas de Roma, y para oponerse á los proyectos que les era posible realizar, mandó hacer numerosos alistamientos: pero sea que el terror hubiese paralizado el valor, ó sea por cualquier otro motivo desconocido, nadie se apresuró á alistarse. En vano Augusto declaró infames á muchos ciudadanos que se retrajeran á su llamamiento y les privó de sus bienes; en vano entregó á muchos de ellos al verdugo; quedó reducido á componer su nuevo ejército de algunos veteranos en pequeño número, y de libertos levantados apresuradamente y tomados de todas partes. Tiberio se puso á la cabeza de estas tropas con Germanico su sobrino, hijo de Druso y de Antonia, sobrina de Augusto, que el emperador le habia hecho adoptar despues de la muerte de los dos hijos de Agripa. Tiberio permaneció tres años en las Galias para asegurar este pais contra las invasiones de los germanos, y penetró por último en la Germania, donde se preparó á provocar á Arminio sin combatir. Estaba reservada á Germanico la gloria de vencerle. Por lo que toca á Tiberio, enviado á Siria por Augusto, regresó aceleradamente, á consecuencia del aviso que le dió su madre de la declinación de la salud de este principe, y en Nola recibió su último suspiro el año del consulado de Pompeyo, y Apuleyo le sucedió en el imperio.

Las Galias saqueadas durante la administracion de Augusto, fueron entregadas á los últimos excesos bajo el gobierno duro é indolente de Tiberio. Los particulares y las ciudades que habian conservado sus rentas, se vieron agobiados de impuestos, deudas y usuras. El descotenido llegaba á su colmo, y la mas minúscula chispa bastaba para promover el incendio. Foro en la Bélgica y Sacrovir con los edueses concibieron la idea de aprovecharse de estas disposiciones para devolver á su país su antigua independencia. Sus emisarios diseminados por toda la Galia, prorrumpieron en gritos sediciosos, representaron lo gravoso de los impuestos, la inmensidad de las deudas, el orgullo é inhumanidad de los gobernadores, el desconcierto que reinaba entre las tropas despues de la muerte trágica de Germanico, la riqueza natural de su país y la pobreza de la Italia; y por último, la debilidad de los ejércitos romanos cuando se vieron privados de la asistencia que recibían del extranjero, y sobre todo, de la suya propia.

Pero para dar cima feliz á tamaña empresa, no bastaba sublevar los pueblos: era necesario dar mas unidad á sus movimientos, lo cual les faltó en aquella ocasion. Habiéndose declarado prematuramente los angevinos y turongenses, se vieron agobiados por los mismos galos que dirigian algunas cohortes romanas. Sacrovir combatió en esta ocasion en las lias de los romanos con la cabeza descubierta en prueba de su completa adhesión; pero era mas bien para ser reconocido de sus compatriotas y alejar de él el peligro. Floro cortado por un enemigo personal que dividió sus fuerzas y se unió también á los romanos contra él, no pudo llevar á cabo sino una sublevacion parcial. El pequeño número de sus tropas poco aguerridas, penetraba en los ardenes, y en su encuentro con el enemigo quedó derrotado al primer choque. En vano se sustrajo al desastre de los suyos: cercado despues y siéndole imposible la fuga, se suicidó. Igual suerte esperaba á Sacrovir, aunque habia llegado á reunir 30,000 combatientes. Pero compuesta la mayor parte de su ejército de juventud noble de la Galia que se dedicaba al estudio de las bellas letras en la capital de los edueses, poseía mas confianza y ardor que pericia militar, y no tardó en ceder á los esfuerzos y táctica de los romanos. Aislado Sacrovir, se refugió al principio en Autun; y despues, temiendo ser cogido, abandonó esta ciudad y se retiró con sus mas fieles amigos á una aldea inmediata. Siendo mas inminente allí el peligro, se suicidaron despues de haberla entregado á las llamas, con el fin de sustraer sus cuerpos á los ultrajes de sus enemigos. Los lugar-tenientes de Tiberio fueron menos felices en la Germania. Sufrieron de parte de los frisones un descabro que disimuló el emperador. Encenagado en los pluceres de la isla de Caprea, indiferente en lo sucesivo á la gloria, y entregado á todos los tormentos de una alma, no celosa, sino recelosa, temia que algun general que restableciera los negocios en Germania, adquiriese el crédito suficiente para usurparle el imperio.

El año diez y nueve de su reinado espiaba Jesucristo en Judea sobre la cruz los crímenes del género humano; y por una vida nueva de la que solo el pudo dar preceptos y ejemplo, llamaba á todos los hombres para que hiciesen aplicacion de sus sufrimientos. Cuatro años despues el débil Pilatos que le habia condenado fué llamado á Roma por malversador. No llegó á ella sino despues de la muerte del emperador Caligula, que sucedió á Tiberio, y le desterró á Viena Herodes Antipas, ante el cual habia comparecido Jesús, debía hallar tambien un destierro en las Galias, y le fué asignado Lyon por Caligula. Mucho tiempo antes, en el sexto año de la era vulgar, Herodes Arquelao, su hermano mayor, hijo también de Herodes el Grande é infantilicia, y sucesor inmediato de éste en el trono de Judea, fué tambien desterrado á Viena por Augusto.

Cayo Caligula sucedió á Tiberio como hijo de Germanico y de la virtuosa Agripina, nieta de Augusto, pero ninguna de las virtudes de sus antepasados adornaban á este monstruo. Estravagante á la par que cruel, no reconociendo el ejercicio del poder supremo mas que en la facultad de dañar impunemente, no hubo género alguno de locura y crueldad á que no se entregara durante los tres años que abrumó al género humano. La seguridad personal era desconocida en su reinado; además, no habia precaucion alguna que pudiera poner al abrigo de los caprichos de un tirano sanguinario, que encontraba iguales motivos de castigo en el crimen y en la virtud, en la pobreza y en la riqueza, en el silencio y en la indiscrecion, en la modestia y en la ostentacion; ó que por mejor decir, no necesitaba motivo alguno para entregar á la muerte á todo el que tenia la desgracia de despertar, no su odio, sino siquiera su atencion. Investido apenas del poder soberano, anheló ser conquistador y distinguirse por una expedicion á la Germania. No llegó mas que á la frontera, no vió ni un enemigo, y su correa, tanto en las Galias como en las orillas del Rin fué una pura comedia. Sin embargo, descansó de sus fatigas en Lyon, donde pasó el invierno, y su estancia fué funesta á la Galia. No contento con seguir abrumándola á impuestos, por no bastar estas vejaciones á satisfacer su codicia, prescribió los ricos para confiscar sus bienes, y se felicitaba de ello sin pudor, como de un juego lucrativo que le reportaba millones en pocos instantes. Por la primavera manifestó querer pasar á la

Bretaña. Esta expedición fué semejante á la de Germania. Apenas habian abandonado la costa, cuando dió el orden de volver al puerto, y regresó á Roma á triunfar de los germanos y bretones. Antes de dejar la Galia, la enriqueció sin embargo con su foro, cerca de Gesoriac ó Bolonia. Este monumento restaurado por Carlo-Magno y conocido por el nombre de Torre de Orden se hundió al adelantamiento al trono de Luis XIV. Fundó ademas en Lyon cátedras de elocuencia que pretendia conocer, pero por una estravagancia en que resaltaba la ferocidad de su carácter, los oradores vencidos debian borrar con la lengua sus composiciones ó recibir palmetazos, ó ser suetergidos en el Ródano. Chereas, uno de los tribunos de su guar-



Gatruvato es azotado y decapitado por orden de César.—Pág. 21.

dia, para sustraerse á los efectos de las sospechas del tirano con respecto á él, libró de este azote á la humanidad, asesinandole.

Un imbécil sucedió á un frenético. Claudio, hermano de Germánico, no habia obtenido hasta entonces ningun cargo público, por razon de su ineptitud. En la incertidumbre general, un capricho de los soldados le llevó al trono. Nacido en Lyon, la Galia no se engrió de él, pero tuvo motivos para celebrar este suceso. Casó sucesivamente con la infame Mesalina, á quien mandó dar muerte, y con la ambiciosa Agripina sobrina suya, que se deslizo de él. Bajo este principe débil, no dejó el imperio de recibir lustre de los generales que nombró ó que le eran ya. Vespasiano, Galos y Corbulon licieron prosperar las armas romanas, en el primero en la Bretaña, y el último en la Germania. Durante su reinado se consiguió someter verdaderamente la Bretaña, á donde fué para recibir el homenaje despues que sus generales la conquistaron, y la dejó para ir á triunfar á Roma.

Hasta el octavo año de su reinado las relaciones personales de Claudio con la Galia se habian limitado al viaje en que la habia atravesado para ir á la Bretaña. Pero queriendo en esta época dar al pais que le viera nacer una prueba de su afecto, concedió el derecho de ciudad romana á la provincia Narbonense y la eximió de todo impuesto. Estendió sus gracias hasta la Galia Cabelluda, y á consecuencia de un discurso que pronunció en el senado, y que grabado en dos planchas de cobre conservadas en Lyon ha llegado así hasta nosotros, hizo dar un decreto por el que los nobles de la Galia, y especialmente los eduenses, eran admitidos á ocupar las plazas vacantes entonces en el senado. Por último, prosiguió la entera destruccion de los druidas, proscritos ya por Augusto y Tiberio por sus odiosos sacrificios. La mayor parte se refugió en la Bretaña. Algunos burlaron las pesquisas y perpetuaron su institucion hasta el siglo quinto.

Pocos años despues fué cuando Agripina, muy diferente de su virtuosa madre, llevó al trono por medio de un crimen al hijo que tuvo de Domicio Enobarbo, biznieto del que hemos visto competir con César en el gobierno de las Galias. Era este aquel Neron, cuyo nombre se ha hecho proverbial para calificar al mas odioso tirano, y el que adoptado por Claudio, del que llegó á ser yerno, le heredó con notable perjuicio de Británico su hijo. Durante los catorce años que el imperio jimió bajo el cetro ferreo del nuevo emperador, la Galia par-

ticipó de la suerte comun, pero de su seno salió el primero de los golpes que debieran derivarle. Neron no obstante, tenia afecto á las Galias, y particularmente al Narbonense. El quinto año de su reinado contribuyó con liberalidad á la reconstruccion de la ciudad de Lyon, destruida por las llamas cien años despues de haber sido fundada, y seis años del incendio á que se le acusó haber condenado á Roma. Cualesquiera que fuesen por lo demas, sus favores, nunca se extendieron hasta la disminucion de impuestos, y por el contrario los aumentó de un modo tan exorbitante, que hizo prevalecer el descontento sobre la gratitud.

Julio Vindex, propretor y natural de las Galias, se aprovechó de estas disposiciones para sublevar á los pueblos. Cómplice su autoridad de sus designios, contribuyó á favorecerlos. Las legiones romanas, estacionadas casi en su totalidad en las fronteras, para observar los movimientos de los germanos, no pudieron oponerse á sus intrigas en el interior, donde los mil doscientos hombres que habia, cuidaban mas bien de la policia que de la custodia del pais. Vindex reunió entonces los jefes de los diferentes pueblos, los sedujo patentizándoles las desgracias del imperio é infamias del tirano, formó un ejército con su cooperacion, levantó desde entonces el estandarte de la rebeldia, y escribió á Galba, que se hallaba en España, ya quien su nacimiento, su edad y talento, habian dado gran consideracion, escitándole á ponerse á la cabeza de un levantamiento que tenia por objeto vengar al jénero humano.

Objeto de las sospechas de Neron, Galba aprovechó áridamente un medio en que veia su propia conservacion, y sin pérdida de tiempo marchó directamente sobre Roma. Al rumor solo de esta noticia cudió la alarma en palacio, y se disolvió la guardia. Neron abandonado tomó la fuga, y el senado envilecido saliendo de su abyeccion, le declaró enemigo de la patria, enviando ademas un simple destacamento de caballeria para prenderle. Viéndose aislado y próximo á caer en sus manos, el temor del suplicio le intimó y le indujo á suicidarse.



Sabino y Eponina.—Pág. 28

Durante su reinado Lucio Veto jefe de las legiones de la Germania superior (la Alsacia) concibió el útil proyecto de emplear sus ocios en unir el Saona y el Mosela, cuyos manantiales están próximos, y por este medio abrir comunicacion entre los dos mares. Gracilis lugarteniente de la Bélgica esterilizó este fecundo pensamiento, oponiendo á Veto la falta de su autoridad en provincias que no le estaban especialmente sometidas, y por el brillo mismo de esta operacion que tendiendo á captarse la benevolencia de la Galia podria despertar los celos ó sospechas de su señor. Para un principe como Neron, tales consideraciones eran preponderantes, y fué abandonado el proyecto.

Sin embargo, Vindex tentó la fidelidad de las legiones de las dos Germanias. Sus gefes se inclinaron á secundarle, pero sus soldados, colmados de dones por el tirano, le eran muy odiosos. Lejos de hacer causa comun con él, Virginio Rufo, uno de estos gefes, se vió obligado á marchar para combatirle, y le sitió en Besanzon. Vindex corrió al socorro de esta plaza; ambos generales se vieron y parecieron ponerse de acuerdo; pero los soldados, sea por desvío ó por equivocacion, se trataron como enemigos, con gran desventaja para el ejército de Vindex, quien mal informado del suceso, y creyendo su causa perdida se dió la muerte. Rufo, al recibir noticia de la de Nerón, fué proclamado emperador por sus soldados, pero sea virtud, sea prudencia, rehusó esta dignidad. Galba no por ello dejó de destituirle, y envió á Vitelio para reemplazarle.

Galba no correspondió á las esperanzas que hiciera concebir, no porque careciese de los talentos necesarios para gobernar; pero sucesor de los Césares, le faltaba aquel prestigio de consideracion que dá el nacimiento, derecho incontestable que se concilia el respeto y la obediencia, aun prescindiendo de la conducta. Galba, severo y avaro, reprimiendo la insolencia del soldado como lo hubiese hecho un príncipe legítimo, y desdendiéndose de comprarlo por las liberalidades que habian sido prometidas, no por él, sino en su nombre; bastante injusto como él al imperio, y cada ejército con prerogativas iguales para dar un gefe al estado. De aquí procedió que casi al mismo tiempo, Vitelio en las Germanias y Othon en Roma, fueron proclamados emperadores por una soldadesca indisciplinada que especulaba con avidez sobre las recompensas que esperaba de ellos, no curándose de los males que el imperio debía temer de estos hombres licenciosos y desenfrenados que habian tomado parte en todas las orgías de Nerón.

Asesinado Galba por los pretorianos á los nueve meses de su reinado, le sucedió inmediatamente, Othon que los habia sublevado y que los colmó de mercedes. Por otra parte los soldados de Vitelio diligentes en conseguir el imperio para su general, se adelantaron hácia Italia bajo el mando de Valens y Cecina, sus lugar-tenientes, que tuvieron que atravesar la Galia. Su pasada rebeldia contra Nerón y su sumision presente á Galba eran dos agravios, merced á los cuales les fué fácil autorizarse para vivir del merodeo y del pillaje en su marcha. Metz, á pesar de haberles hecho una recepcion honrosa, sufrió la suerte de una ciudad tomada por asalto; cuatro mil de sus habitantes fueron asesinados sin motivo; exigieron rescate á los eduenses y les obligaron á abastecerlos de víveres sin retribucion. Viena no se preservó sino por las mas humildes sumisiones y por una gratificacion de trescientos sestercios (doscientos euarenta reales) á cada soldado. Los helvecios en fin, que anunciaron resistirse, fueron derrotados y sometidos á los tratamientos mas duros. Despues de estas proezas gloriosas, fué cuando bajaron los dos generales á Italia, y cerca de Cremona ganaron á las tropas de Othon una batalla sangrienta que costó á ambos partidos euarenta mil hombres. Sabedor Othon del desastre, rehusó buscar la fortuna á espensas de la sangre de los valientes que querian morir por él, y prefirió suicidarse, como lo verificó despues de haber hecho presentes á sus soldados las causas de su resolucion, y de haberles invitado á solicitar el perdon del vencedor.

Vitelio desde entonces se dirigió á Roma sin obstáculo á recoger el fruto de los lugar-tenientes. Pero careciendo de todo sentimiento noble no hizo sino manifestar mas y mas en el trono los vicios de que estaba infestado, y especialmente la gula que le hizo adquirir una reputacion poco envidiable cuando solo era un simple particular. Tan vil conducta le atrajo el menosprecio público, y le preparó un fin mas trájico aun que el de Othon.

Segun refiere Tácito (Hist. lib. V. c. XIII) era entonces opinion generalmente esparsida en toda la Judea que el Oriente prevaleceria, y que de la Judea misma debian salir fuerzas para hacerse dueños del universo. Esta especie de oráculo que tan patentemente se cumplió en los poseedores que debian conquistar el universo con la doctrina de la verdad, fué comprendida por los romanos de distinto modo, aplicándolo á Tito y Vespasiano, y por los judios que veian en ello el anuncio infalible de un próximo esplendor. Alimentados de tal modo esta esperanza y enardecieron tanto su valor, que agrados ademas por las vejaciones y el desprecio de los romanos, tuvieron la temeridad de recurrir á las armas para sacudir su yugo. Para sostenerlo habia enviado Nerón á Judea á Vespasiano, célebre ya por su expedicion á la Bretaña. Muerto el tirano prestó Vespasiano juramento de obediencia sucesivamente á Galba, á Othon y á Vitelio. Sin embargo, sus cualidades personales y los triunfos que habia obtenido en Judea, donde se hizo dueño del pais, á escepcion de Jerusalem, eran causa de que sus soldados le juzgaran mas digno de ocupar el trono que los tiranos sanguinarios que reciprocamente se despojaban de él. De tal modo se apoderó de ellos esta idea, que cuando Vespasiano les leyó la fórmula del juramento que habian de prestar á Vitelio, enmudeció

todo el ejército. Predicciones verdaderas ó falsas, pero hábilmente esparsidas relativas á la grandeza futura de Vespasiano y las intrigas de sus amigos que le hicieron saludar emperador por hombres vulgares, empezaron á ocasionar diferencias con Vitelio. Las lecciones de Siria y Egipto, se apresuraron ó correspondieron á los deseos de los de Judea. Poco despues se le unieron las de Mesia y Dalmacia, escitados particularmente por dos legiones de Panonia que habian sostenido á Othon, y que fueron como relegadas á este pais despues de su derrota en Bedriac cerca de Cremona. Hallándose estas legiones mas próximas al teatro de la tiranía, abandonaron con prontitud la Liria, y á las órdenes de Antonio Primo, mas estimado como militar que como ciudadano, se apresuraron á pasar la Italia. Por una singularidad del destino, al pasar por los mismos campos de Bedriac repararon la vergüenza de la derrota que parte de ellos sufrieron en aquel sitio aün algunos meses antes, pero manillaron su victoria con mil atrocidades en el pillaje é incendio de Cremona que les habia abierto sus puertas. Tal era la desgracia de estos tiempos, que los gefes no podian contener la codicia ni la indisciplinia del soldado, y que un ejército no obtenia mas ventaja sobre otro, sino porque existia un poco menos de insubordinacion que en las filas del ejército enemigo.

Alejándose Antonio de este teatro de ruinas y carnicería llevó su campo á las puertas de Roma. El indolente Vitelio, despues de haber descurado la salvacion del imperio y la sua propia cuando saliera era tiempo, fluctuaba á la sazón entre diversos partidos que le obligaban á abanzar. El resultado de tantas irresoluciones, fué adherirse á la abdicacion propuesta por Antonio bajo la reserva de la opulencia y la seguridad por el resto de sus dias. Pero los germanos que habian decidido y sostenido su fortuna hasta entonces, se opusieron á lo que llamaban su humillacion. Desde entonces se convirtió Roma en un campo de batalla. El capitolio á donde se retiró el hermano de Vespasiano fué atacado y hecho cenizas por los germanos, los que sucumbieron tambien á los esfuerzos de los soldados de Antonio. Reducido el desgraciado Vitelio á ocultarse en el palacio que le obligaron á ocupar de nuevo, fué descuberto por un tribuno de Antonio, y sirvió de juguete á la soldadesca, que despues de ultrajarlo y cubrirlo de heridas, abandonó su cuerpo á los Gemonios, lugar en el que se esponian en Roma los cuerpos de los criminales despues de la ejecucion, no habiendo reinado sino ocho meses despues de la muerte de Othon. El ejército victorioso se abandonó á todos los excesos que lo deshonraron en Cremona, y cincuenta mil habitantes que miraron con indiferencia los opuestos esfuerzos de los combatientes, y que aplaudieron á la vez al partido mas fuerte, fueron víctimas de la avaricia y crueldad de los vencedores. La presencia de Vespasiano bastó para restablecer en Roma el órden y la seguridad. Entró triunfante con su hijo Tito que acababa de tomar á Jerusalem y arruinarla completamente.

Mientras esto pasaba en Roma, una parte de la Gália se hallaba consternada con los movimientos revolucionarios que amenazaban invadirla por entero. Los báttavos en la estremidad mas retirada de su territorio y encerrados en una isla circunscrita por el Oceano por una parte, y por la otra por el Rhin, formaron el núcleo de la rebelion. No estado del todo sometidos á los romanos, no le pagaron mas impuesto que el de una juventud militar que constituia la fuerza de su caballería. Esta especie de sujecion aunq ue ligera y honrosa, humillaba su orgullo. Civilis, escitó sus concuadanos, concibió el proyecto de aprovecharse de las circunstancias para librar á su pais de ella y arrancar á los Romanos la Germania y la Gália, y formarse á sí mismo un imperio. Descendiente de la sangre de los reyes de su pais, la nobleza de su origen pudo inspirarle estos grandes pensamientos, y el resentimiento se unió á estos consejos. Por recompensa de veinticinco años de servicio en los ejércitos romanos se vió cargado de cadenas por sospecha y enviado á Nerón. Absuelto despues por Galba fué inquietado de nuevo por Vitelio.

Entretanto Antonio que trataba de poner obstáculo á Vitelio por todas partes, escitó á Civilis á la rebelion. Este se aprovechó de ocasion tan favorable á su desigüno, y autorizó su nombre con el de Vespasiano trabajando en realidad por sí mismo. Sublevó en seguida á los báttavos, á los que una ley rigurosa tenia descontentos á la vez; formó al mismo tiempo una liga con los frisones y caninefatos de sus vecinos, y se procuró en fin fáciles inteligencias en el ejército romano y en la flota, llenas ambas de báttavos. Al primer encuentro que tuvo con los romanos, estos, privados repentinamente de aquellos apoyos sobre que descansaban, fueron báttavos sin poder prevenir esta desgracia, y perdieron todos sus báttaves. En un segundo combate el mismo género de defeccion proporcionó iguales ventajas á Civilis, pero no pudo impedir á los romanos que licieran una retirada en buen órden al campo de Vetera (Sauten, un poco mas abajo de Visser), posicion importante sobre el Rhin, que Augusto fortificó en otra ocasion para sujetar á los germanos.

Al mismo tiempo un destacamento de báttavos veteranos, que por órden de Vitelio volvió á Italia, retrocedió con el aviso de Civilis, que se vió á la cabeza de un verdadero ejército. No muy seguro todavia del resultado, creyó prudente y político á la vez

hacer reconocer á Vespasiano á sus soldados, y mandó despatchar al campo de Vetera para obligar á los romanos refugiados allí á que se le unieran con los mismos juramentos. La soberbia de los romanos se resentió con la pretension de un bárbaro al aconsejarle su eleccion, el campo respondió con alternera que era fiel á Vitelio, y que el desertor Balavo que se atrevió á hacerle una proposicion tan bochornosa, no tenia que intervenir en los negocios de Roma, sino que debía atender solo á la justa pena nacida de su perfidia.

Ofendido Civilis de este desprecio marchó con un refuerzo de germanos sobre Vetera, donde cinco mil legionarios mas provistos de víveres defendían un campo trazado por dos legiones. Pero en vano las diversas naciones de que estaba compuesto su ejército compitieron en valor: careciendo sus ataques de todo arte, fueron fácilmente rechazados por unos soldados experimentados ocultos de tras de sus atrinchamientos, y Civilis se vió obligado á convertir el sitio en bloqueo.

Hordennis Flaco, jefe entonces de los ejércitos romanos de aquella comarca, se dispuso socorrer á Vetera. Pero anciano y valetudinario, no podía desplegar grande actividad. El soldado lo acriminó y atribuyó á su complicitad los triunfos de Civilis. El descontento circuló sordamente por las tiendas, y esperó ocasion para convertirse en una insurreccion declarada. En este interin llegó al campo un correo de Vespasiano que obligó á Flaco á abrazar su partido. Por toda respuesta hizo ser este débil general la invitacion en público, declaró que su correspondencia con lo sucesivo se remitiria al abanderado, y sería comunicada á los soldados: hizo cargar de cadenas el correo para enviarlo á Vitelio, y en recompensa de sus actos de complacencia creyó poder asegurarse sin peligro de uno de los amotinados que atizaba el fuego de la revolucion, y hacer con él un ejemplar. Pero éste para vengarse se atrevió á finirse agente secreto de las inteligencias que mediaron entre Flaco y Civilis, y se quedó de que se tratara de perder á un desgraciado sin importancia para borrar la huella del crimen y la traicion. La cólera del soldado se inflamó con estas reflexiones, y la sublevacion aumentaba con rapidez, cuando Vocula, lugar teniente de una legion, subió al tribunal, se apoderó del impostor, le envió al suplicio, y por este acto de firmeza sofocó en el campo la sedicion. Le valió el mando del ejército que el voto general le conferia, y del que el indolente Flaco se apresuró á desprenderse. Pero no obstante haber dado el nuevo comandante pruebas de su inflexibilidad, no pudo prevenir algunos actos de insubordinacion, que faltó poco para que costaran la vida á su lugar-teniente, y no pudo dejar de castigarlos, porque hasta el momento en que fué su victima, no desmintió un solo instante su carácter. Vocula creyó deber ejercitar desde luego unos ejércitos inoportunos, antes de aproximarse á Vetera, y formó un campo en Gulduba, sobre el Rin, cerca de Novera (de Neuss), á treinta y seis millas del de Vetera. Sabedor Civilis de la próxima llegada de este socorro, se dispuso á prevenir su efecto por medio de un nuevo ataque sobre el campo que tenia bloqueado. Le empeñó de dia sin ningun éxito, y le continuó de noche con mas esperanzas, pero con el mismo resultado. Reducido á la necesidad de emprender de nuevo el bloqueo, trató de tentar la fidelidad de los sitiados con promesas, y haciendo llegar á su noticia las nuevas desastrosas de la batalla de Bedriac y del incendio de Cremona, noticias cuya influencia se conoció, no solo en las Galias que se resistieron á los alistamientos, sino en los ejércitos que se dividían, y en donde generalmente los soldados se inclinaban á Vitelio y los oficiales á Vespasiano. Civilis no permaneció sin embargo reducido á una nulidad absoluta. Concibió el atrevido proyecto de atacar de improviso el campo de Gulduba, y hubiera logrado sorprenderle si la casualidad no hubiese conducido á los romanos durante la accion un refuerzo que no habia sido pedido, que sorprendió igualmente á los dos partidos, y que por esta misma razon dió la ventaja al que se encontró auxiliado.

Civilis solo reportó de su expedicion algunos estandartes y cautivos en pequeño número, con los que formó un trofeo delante de Vetera, para persuadirles de que habia alcanzado una brillante victoria. Pero uno de los prisioneros le desengañó y pagó con su vida esta generosa indiscrecion. Vocula no tardó en confirmar su relacion, y plantó sus estandartes á vista del campo sitiado. Mandó trazar uno para él, pero acostumbrado el soldado á que prevalecieran sus caprichos, irritó el combate, y lo empeñó desordenadamente, á pesar de la prohibicion terminante de su general. Civilis estaba preparado á él, y parecia que debía recoger el fruto de su prevision. Ya los sediciosos declamadores, que habian afectado tanto arrojo, coaban y hubieran quedado destruido el ejército romano, si algunos valientes, que mantuvieron sus filas, no hubiesen recurrido á los de Vetera secundar sus esfuerzos. Herido Civilis en la refriega, cayó del caballo, y este incidente dió la victoria á los romanos, que no supieron aprovecharse de ella. Entretuvieronse en reparar el campamento de Vetera, que Civilis no podia ya inquietar, y dieron á éste el tiempo necesario, para curar sus heridas y rehabilitar sus negocios. El descanso en que le dejaron lo empleó en cortar los convoyes á los romanos, teniendo tan buen éxito, que Vocula creyó necesario tomar por sí mismo el cuidado de protegerlos, y esto produjo nueva discordia en su ejército. Unos

por temor al hambre ó á la traicion quisieron acompañarle: otros por las mismas causas quisieron obligarle á quedarse. De aquí resultó un doble sedicion, y durante la inaccion forzada que produjo, Civilis tomó á Gulduba, y consiguió además una ventaja de caballeria. La indisciplina de los soldados se aumentó con estos revases que no cesaban de atribuir á sus jefes, y reclamó de Flaco una gratificacion, cuyos fondos habian sido formados por Vitelio. Este la distribuyó en nombre de Vespasiano, y la rebelion adquirió nuevas fuerzas. En su furor, aumentado con todos los desórdenes del libertinaje y de la embriaguez, los soldados corrieron á la tienda del anciano general, le arrancaron violentamente de su lecho, le asesinaron, y Vocula por no sufrir igual suerte, apeló á la fuga. El ejército sin jefes fué mas débil ante Civilis, y nuevos descalabros suscitaron en él nuevas divisiones. Una parte siempre adicta á Vitelio, restableció sus estatuas á pesar de su muerte; la otra llamó á Vocula y prestó juramento á Vespasiano.

Una vez reconocido este príncipe, Civilis no pudo finjar por mas tiempo: arrojó la máscara del disimulo, y este paso, lejos de dañar á su causa, llevó sus designios mas allá de sus esperanzas. La fuerte adhesion de los legionarios á Vitelio, ó mas bien á su memoria, le atrajo una parte de aquellos mismos soldados que le combatian, y que prefirieron prestar juramento al imperio de la Galia, á seguir las banderas de Vespasiano, y los demás, asustados por su pequeño número, sobre todo despues de la desercion de los treviro y lingones, que abrazaron abiertamente el partido de Civilis, no tardaron en entrar en negociaciones con estos mismos desertores, y sacrificaron al vil incentivo del oro su fe, estandartes, jefes y patria. Vocula hubiera podido escapar á estos traidores, pero mirando con indiferencia su propia suerte, solo le conmovió la afrenta de su ejército. Intentó llamar de nuevo á sus soldados al honor, hizo resonar en sus oidos la voz de la patria, les descubrió los medios de seguridad de que estaban en posesion, les espuso con calor el oprobio de su fé violada y su sujecion á unos bárbaros formados para obedecerles. Algunos se conmovieron, pero el mayor número no se aconsejó mas que del furor y la codicia. Un malvado se levantó de entre ellos para herir á su general, y ni un solo brazo se alzó para defenderle.

El Treviro Clásico entró entonces en el campo con todo su aparato imperial. Los soldados juraron en sus manos fidelidad al imperio de las Galias, mataron á los oficiales superiores, y enviaron una diputacion al campo de Vetera, invitando á los valientes que aun le defendían á seguir el ejemplo que les daba el ejército, ofrecieron una injuriosa clemencia á la sumision, y amenazaron con suplicios la resistencia. Reducidos por el hambre al último extremo estos generosos guerreros no debían recoger el fruto que se habian prometido de su constancia. Todo lo que pudo servirles para prolongar su vida fué agotado. La impetuosa necesidad del hambre les obligó á sacrificar su honor, y para obtener tan reconocido el imperio de las Galias. Despojados de sus armas y privados de todos sus bagajes les obligaron á abandonar el recinto que defendieron con tanta gloria, y les dieron para su seguridad una escolta de germanos; pero á cinco millas del campo la escolta misma cayó sobre aquellos desgraciados ó hizo en ellos una horrorosa matanza. Un lugar-teniente que se sustrajo á esta fué puesto del número de las ofrendas reservadas á Velleda, hado'yo profetisa de los bructeros, la que pasaba por haber predicho estos sucesos. Otras dos legiones fueron trasladadas con mas lealtad desde Novera á Trèves, pero no sin perpétuas alarmas por parte de los soldados, á quienes asustaba la suerte que cupo á los de Vetera. Abatidos sus estandartes, despojados de adornos sus banderas en medio de los pendones brillantes de los galos, una marcha silenciosa, como larga hilera de soldados cal para una pompa fúnebre, por último un jefe bárbaro dando órdenes á los romanos, presentaban á todos los pueblos del tránsito un espectáculo nuevo, cuya impresion no simulaban. Solo un ala de caballeria se atrevió á manifestar su indignacion, y despues de haber asesinado al matador de Vocula que encontraron á su paso, se separó con denuedo de la tropa, meprescindiendo las amenazas del comandante galo.

Civilis, que apoyaba la liga, pero que pretendia no trabajar sino por cuenta propia, aumentaba sus fuerzas con las de sus vecinos, de las que formaba reclutas despues de su sumision. En una de estas expediciones guerreras al par que políticas, fué cuando arrojándose con imponente osadía en medio de la refriega, exclamó: «Tongres, nosotros no queremos procurar el imperio de las naciones á los batavos ni á los treviro; ¡lejos de nosotros la arrogancia! Sed nuestros aliados y de vuestro arbitrio queda entonces ser yo vuestro jefe ó el último de vuestros soldados.» A tan inesperado espectáculo de temeridad y confianza, caen las armas de todas las manos, y una voz unánime le aclamó general. Mas próximo ya al centro de la Galia, Sabino que se encargó de descender de César por una debilidad criminal de sus abuelos, habia tambien unido los lazos de la dependencia con Langerto, y se habia hecho proclamar emperador. Pero falta de la prevision y firmeza necesarias en un jefe de partido, se le habia ocurrido atacar sin los preparativos suficientes á los secuanes que permanecian fieles á sus deberes. Derrotado por ellos, se creyó sin recursos, y en vez de solicitar un perdon que hubiera obtenido con las armas en la

mano, no cuidó mas que en procurar le olvidaran. Con este designio volvió á su casa, incendió su habitación para hacer creer habia sido víctima de las llamas, se encerró en subterráneos que solo él conocia, en donde, por los cuidados de Eponina, su esposa, que le dió dos hijos en esta especie de tumba, se libró durante nueve años de todas las pesquias. Ya sea que se creyera entonces suficientemente borrada de la memoria de sus enemigos, ó que confiara en que un intervalo de tiempo tan considerable habria amortiguado las impresiones de su rebelion, se aventuró á salir. Pero habiendo sido reconocido y presentado á Vespasiano, quien olvidando para con él su clemencia, y manifestándose igualmente insensible al prematuro y prolongado suplicio de Sabino en su subterráneo, á la generosa abnegacion de la virtuosa Eponina y á la inocencia de sus hijos, los condenó á todos á la muerte. No se vió en este reinado, dice Plutarco, acontecimiento mas deplorable ni que horrorizase mas á los hombres y á los dioses.

El descalabró de Sabino entró el celo de independencia entre los galos. Convocados los diputados por los remenses discutieron sobre la oportunidad de conservar la paz que aun disfrutaban, ó seguir la conquista de la libertad, que aunque dudosa, era probable. Pero en caso de revolucion, ¿qué pueblo les daría un jefe que dirigiera sus operaciones? Y en caso de buen éxito, ¿qué ciudad recibiría el honor de ser su metrópoli? De aquí y de otras muchas incertidumbres semejantes debían surgir mil motivos de envidia que solo podían ser prevenidos por la conservacion de la paz; y tal fue tambien el resultado de las opiniones. Los lingones y los arvaricos, escitados por Valentin uno de sus oradores, perorador mas hábil que sabio general, se negaron al voto unánime y se entregaron á su fortuna.

Se pensaba en Roma en proveer á las necesidades de la Galia. Ya Muciano, el mas ardiente promotor de la fortuna de Vespasiano, que le precedió en la capital, hizo pasar á ellas á Cesalio, que se habia distinguido en la toma de Roma, y se dispuso á marchar con Domiciano hijo segundo del emperador. Atravesaron los Alpes cuatro legiones enviadas de Italia, dos de ellas de España y otra de la Bretaña. Viéndose Cerialis á la cabeza de siete legiones retiró las de la Galia que creyó inútiles y poco adictas; y con una actividad que le hacía descuidar algunas veces las precauciones, marchó aceleradamente al encuentro de los enemigos. Por fortuna, estos no eran mas previsores, y habian dejado libres los caminos que conducian hasta ellos, no oponiendo de esta suerte á los romanos mas que nuevas tropas sacadas de los pueblos mal asegurados todavía en su insurreccion; y aquellas legiones infieles que habian sobornado al acerse el ejército romano se apresuraron á reparar con una desercion virtuosa el crimen de la primera. Aprovechándose el general romano de esta primera ventaja, sin dar tiempo al enemigo para reconocerse, marchó directamente á Tréves defendida por Valentin: le estrechó en un campo atrincherado que cubria la ciudad, le hizo prisionero, y entró en Treveris sin experimentar resistencia alguna. Los soldados reservaban á esta desgraciada ciudad la misma suerte que á Cremona, creyendo tener para ello mas justos motivos. Cerialis tuvo bastante imperio sobre sus legiones para salvarla. Hizo todavía mas: convocó los diputados de los Tréveris y lingoneses; y después de haberlos espuesto con militar franqueza el perjuicio que á sí mismos se habian causado con su defeccion y vanas esperanzas, procuró hacerles ver que el yugo moderado que se les imponía era tan ventajoso á su seguridad como conforme á sus verdaderos intereses; y que por consiguiente era muy oportuno someterse á él sin repugnancia. Un lenguaje tan conciliador cuando esperaba castigos severos, sófocó todo género de revolucion, y decidió á los vencidos á someterse lealmente.

Con el fin de contener tan rápidos progresos, Civilis y Clasio tentaron á Cerialis con el celo del imperio de las Galias para él, ofreciendo desistir en su favor y limitarse solamente sus pretensiones á los confines de su propio territorio. El romano despreció un artificio que descubria en el enemigo la desconfianza de sus recursos; pero cometió el error de creerse tan seguro que descuidó hasta la fortificación de su campo. Sin embargo, estaba cercado por tropas que llegaron por todas partes, y que marcharon con tal cautela que ya estaban en Tréves, y la mitad de la ciudad se hallaba en su poder, cuando todavía no habian encontrado la menor oposicion. Cerialis estaba en la cama cuando recibió la noticia que rehusó creer.

Felizmente para él, poseia en los momentos críticos el talento de saber tomar al punto su partido y fijarse siempre en el mejor. Casi desnudo corrió al puente que separaba las dos mitades de la ciudad, se apoderó de esta posicion, ayudado por algunos valientes que alli se dejara, y cortó de este modo los progresos del enemigo por aquella parte. Marchó desde alli á su campo, donde los batavos tuvieron el mismo buen éxito que en la ciudad. La mitad de los legionarios se fugaron; los otros embarzados por las faldas, carecian de espacio para formarse; Civilis y Clasio alentaban el valor de los soldados con sus exhortaciones, con su ejemplo, y sobre todo con la perspectiva del pillaje, el que ya principiaban á entregarse. Entre tanto llegó Cerialis, y su primera mirada se fijó en las dos lejonas que habia perdonado y que se pronunciaban en retirada. «Cobardes, ¿teméis, á dónde correis? ¿pensais tratarme como á Flaco y á Vocula? ¿estais algún mo-

livo de queja contra mí para entregarme al enemigo? ¡Ah! Si tenéis algunos de que acusarme, no será el haber respondido imprudentemente de vosotros y haber olvidado vuestros culpables compromisos con los galos.» A estas palabras la vengrúza detuvo sus pasos, y secundando sus esfuerzos por otra lejon, sostuvo en el principio el choque del enemigo, luego consiguieron derrotarle, y por último le arrebataron la victoria, que parecia pertenecerle con seguridad; y oprimiéndole á su vez continuamente y sin tregua, se apoderaron de su campo. Con la noticia de esta ventaja, Muciano juzgó conveniente retener á Domiciano en Lyon. Le manifestó que lo poco que quedaba que practicar para la pacificación de la Galia era inferior á la gloria que debia obtenerse al hijo de un emperador; pero su verdadera causa fué el temor de los abusos del poder en hombre tan sospechoso como parecia serlo ya Domiciano.

Civilis después de su derrota en Tréves, se retiró á Vetera. Esta posicion le convenia por mas de un concepto, pues recordaba á los batavos sus proezas y á los romanos sus desastres. Muchos pantanos conocidos y una inundacion artificial por medio de un dique construido por él en el Rhin, le proporcionaron una nueva ventaja. Asi, en el primer combate empeñado por los romanos á su legada, quedó la victoria por los batavos. Cerialis no era hombre que se dejaba abatir por un contratiempo, y desde el día siguiente probó de nuevo fortuna, pero segun las primeras apariencias, esta le hubiera sido tan desfavorable como la víspera, sin la infidelidad de algunos tránsugas que por los vados que les eran conocidos, guiaron dos alas de caballería romana á retaguardia de Civilis. Este incidente le arrebató la victoria: se retiró con orden y ganó en su última retirada la isla de los batavos. Las defensas naturales de este sitio, y las fuerzas que reunió en él, reanimaron su valor lo suficiente para atreverse á arrostrar todavía á los romanos.

En los distintos puntos en que los atacó, variaron las ventajas que obtuvo, y faltó poco para que fuesen decisivas en su sitio si que personalmente combatia. Cerialis se trasladó al lugar del peligro, é hizo variar el aspecto del combate. Reconoció el jefe batavo en la refriega, fué el blanco de todos los tiros, y para librarse de ellos se vió obligado á echar pie á tierra y dirigirse de nuevo á su isla á nado; pero no permaneció en ella inactivo mucho tiempo, porque tan ejecutivo como Cerialis, y espando todas las faltas de este negligente general, trató de espulsarle algunos días despues. Habiendo visitado los caarteles de Noves y Bonn, que las tropas debian ocupar en el invierno siguiente, Cerialis con su impresion habitual, bajaba el Rhin sin desconfianza y sin precauciones, cuando en medio de la mas profunda oscuridad de la noche el campo y la flota fueron atacados á la vez; el campo fué forzado, y la Tiricme (1) pretoriana aprehendida. Cerialis no se encontró allí felizmente en aquel momento, y esta falta grave que debió perderle, fué la que le salvó. La galera ofrecida á Velleda, le fué conducida por el río Lippe.

Llegó el otoño: las frecuentes lluvias produjeron avenidas que convirtieron en una vasta laguna las negociaciones. La tregua forzada que siguió dió lugar á las negociaciones. Los ajentes de Cerialis prometian una amnistia á Civilis y una paz honrosa á los batavos. Estos principiaron á preguntarse por qué causa se petaba. A favor de Vespasiano? Vespasiano era emperador. ¿Por la libertad? Pero los batavos, honrosamente distinguidos entre los vasallos del imperio, no pagaban mas tributo que el de su valor, dignamente apreciado y empleado por los romanos. En consecuencia, únicamente al resentimiento de Civilis se sacrificaban la tranquilidad, los bienes y la vida de sus conciudadanos, y aun sin esperanza de satisfacerlos, puesto que no habia ninguna paridad entre las limitadas fuerzas de los batavos y el colosal poderío del imperio.

Conociendo Civilis cuan importante le era que estas reflexiones no ajetasen mucho tiempo los ánimos, se apresuró á prevenir sus consecuencias, pidiendo una entrevista al general romano. Tuvo esta lugar en un puente del Wahal, cuyo arco medio habia sido cortado. Civilis espuso que una justa desconfianza contra Vitelio le hizo tomar las armas; que habia hecho en su patria en favor de Vespasiano lo que otros gobernadores habian hecho por él en otros lugares; que las injurias sospechas de que habia sido objeto, perpetuaron sus armamentos, y que en el discurso de sus victorias, debia la vida á su generosidad un ejército romano que cayó en sus manos. Cerialis no se entretuvo en refutar las inexactitudes en que pudiera haber incurrido Civilis; pero aprovechándose de la predisposicion general de los espíritus á la paz, declaróles muy sinceramente, que puesto que los batavos volvían de buena fé á Roma, en consideracion de sus antiguos servicios les devolvía tambien su antigua amistad. Civilis no esperó mas desgracia que la de vivir en adelante sin empleo, y volvió de nuevo á la oscuridad de que le hiciera salir una guerra que solo produjo desastres.

Escepto el nombramiento de Agricola, sugero del historiador Tácito, para el gobierno de la Aquitania, en el que durante tres años dió á conocer la integridad y benevolencia de su carácter, las Galias

(1) La galera de los antiguos de tres órdenes de remos.

no ofrecieron ningún acontecimiento notable bajo los reinados de Vespasiano y sus emperadores Tito y Domiciano. Puede decirse casi lo mismo de los cinco emperadores que le siguieron, y que son conocidos en la historia bajo la feliz denominación de los *cinco buenos emperadores*: Coceyo Nerva, anciano venerable á quien se creyó capaz de cicatrizar las llagas del imperio, y que correspondió á la esperanza general en tanto por lo menos, cuanto le permitió su avanzada edad; Ulpio Trajano, nacido en Sevilla, su hijo adoptivo y su coadyutor, el más ilustre de los cinco, no solo por la estension de sus conquistas que llevaron la dominación romana mas allá del Danubio y del Eufrates, es decir, á su mayor grado de elevación, sino tambien por la nobleza de su carácter, aunque no carceraria de ciertos lunares; Adriano, menos apreciable que Trajano, primo de este y su hijo adoptivo; el virtuoso Antonino llamado el *Pío*, el mas irreprensible de todos, natural de Nimes, y adoptado por Adriano como adoptó él á Marco Aurelio el filósofo, al que hizo su yerno. Los siglos afortunados son ingratos para la historia, que solo vive por decirlo así, de revoluciones; y la Galia participando de la felicidad comun, hubiera visto limitados sus males á detallar los cuidados que tomaron estos diferentes príncipes para embellecerla con diversos monumentos, si los destinos de la religion cristiana que se habia introducido en ella y debia tener allí sus ejemplos y sus mártires, no hubiesen prohibido á los cristianos que la habitaban, los gozes de un siglo de felicidad que aquellos dueños del mundo crueles tan solo para con ellos, procuraran al resto de la tierra.

Nimes, enriquecida ya con una basilica soberbia erijida en honor de los Césares Cayo y Lucio, hijo de Agripa y nieto de Augusto, edificio conocido todavía hoy bajo el nombre de la *Casa cuadrada*, y que hasta nuestros dias se creyera un monumento de la gratitud de Adriano, hacia Plotina, mujer de Trajano, que habia contribuido á su adopcion, debió á este príncipe el puente de Gard, sobre el Gardon, tres leguas al norte de la misma ciudad. Es este un acueducto famoso compuesto de tres órdenes de arcos, destinado á conducir á Nimes las aguas de la fuente de Euro, que tiene á ciento sesenta pies de elevación sobre el valle en que corre. Antonino no tuvo menos solicitud por la Galia, pero sus trabajos, mas recomendables por su utilidad que por su magnificencia, no se presentan á la posteridad con esos caracteres de solidez y grandeza que los hacen ser duraderos y producen el asombro. La restauracion de Narbona que acababa de ser destruida por un incendio, los cuarteles de invierno para las tropas, los refuerzos para proteger las fronteras, los puentes y caminos públicos para la comodidad y utilidad generales, prueban mas su sabiduría que el esplendor de su administracion. Se ha inferido de la naturaleza de estas obras que el *itinerario* que lleva el nombre de aquel emperador habia sido compuesto por su órden; pero esta especie de guia de postas del imperio romano, de grande utilidad para los geógrafos, tuvo por autor otro Antonino que no fué este príncipe, sin que se sepa por lo demas quien fue.

La religion cristiana, fuerte por la pureza de su moral, del celo y virtudes de sus ministros, progresaba entonces con serenidad al través de las persecuciones del paganism y las amarguras de la pobreza. Hacia un siglo que habia enarbolado el estandarte de la cruz y fijado su asiento principal en la misma capital del imperio; y desde allí algunos hombres que habian aprendido su doctrina de los apóstoles ó de sus discípulos inmediatos, la esparcian por toda la tierra. Desde esta época vemos establecida una gerarquía bien ordenada: obispos en las metrópolis, sacerdotes en las principales ciudades y en las campiñas, diaconos para recoger ó distribuir los donativos de los fieles, y diaconisas encargadas de ejercer con las mujeres las funciones que los hombres no podian llenar. De este modo se establecian naturalmente en el estado eclesiástico los grados de honores y jurisdiccion que los romanos establecieron en el órden civil.

Era difícil que las numerosas relaciones de la Galia con la cabeza del imperio, no la hicieran participar pronto del conocimiento del cristianismo. Pudiera sacarse la prueba de las pretensiones de varias iglesias que hacen ascender su fundación á los enviados de San Pedro ó de sus primeros sucesores; pero la falta de monumentos auténticos oscurece los pormenores respecto de esto, y obliga á entrar en materia sobre esta revolucion en el culto, por un hecho mas patentizado, pero tambien mas próximo que nos ha sido conservado por Eusebio, que supone ya ademas cierta duracion de la predicacion del evangelio en las Galias. De aquí las persecuciones suscitadas á las iglesias de Lyon y Viena, bajo el reinado de Marco-Aurelio, porque á escepcion de Nerva y Antonino, fué destino de los mejores emperadores el perseguir á los cristianos.

Cuarenta y ocho de entre ellos fueron espuestos al público en el anfiteatro de Lyon, y sometidos alternativamente á los suplicios del potro, de los plomos, de sillan de hierro candente y de laceraciones por los animales feroces. Potino, obispo de aquella ciudad, anciano nonajenario sucumbiendo ya bajo el peso de sus años, pereció el primero en las prisiones á consecuencia de los malos tratamientos que sufriera del populacho despues de su interrogatorio. Atalio y Blandina fueron despues de él los mártires sobre los cuales se encanizó mas el furor popular. El primero le habia ya cansado mucho tiempo

por su constancia; pero era ciudadano romano, y bajo este título no se atrevian á abandonarse contra él á los últimos extremos sin haber consultado antes al emperador. La respuesta de Marco-Aurelio fué que todos aquellos que confesasen la fé de Jesucristo debian morir; pero que se eximiera á los que se retractasen. Tal era la templanza con que un emperador, cuyo carácter y escritos le adquirieron la reputacion de sabio, creyó todavía poder contraer un mérito para con los cristianos. Atalio fué condenado, y á muerte; pero en vez de ser simplemente decapitado como los otros ciudadanos romanos, se hizo una escepcion con él; fué espuesto al público sobre una silla de hierro candente. En medio de los dolores de su suplicio, y cuando el olor nauseabundo de sus carnes consumidas infestaba el anfiteatro, exclamó: «Pueblo, no es á nosotros á quienes se debe imputar el crimen de comer hombres; es mas bien á vosotros á quienes se puede vituperar justamente el hacerlos asar.» En cuanto á Blandina era una pobre esclava á quien se habia sometido ya en vano á diferentes clases de tormento. Nuevos refinamientos de crueldad ejecutados con ella no pudieron saciar el furor del pueblo fanático, acostumbrado ademas á espectáculos de sangre. Asustado su constancia mas no le entorpeció. No pertenece al plan de esta obra entrar en mas detalles acerca de esta tragedia sangrienta, pues toca hacerlo á la historia eclesiástica. Se encuentran en una carta patética que los fieles de las dos iglesias perseguidas dirijieron á sus hermanos de Asia y Frigia, y que Eusebio ha consignado en el libro quinto de su historia.

La sucesion natural de Commodo, hijo de Marco Aurelio, al dominio de su padre, terminó estas adopciones deliberadas que constituyeron durante un siglo la felicidad y gloria del imperio. Commodo renovó las escenas de desenfrenos y crueldades que dieran la mayor parte de los Césares; y el siglo que sucedió á su muerte fué el de la anarquía mas completa, á consecuencia de la pretension de los pretorianos en Roma, y de las legiones en las provincias, para nombrar los emperadores. El capricho, la intriga, el oro hicieron y deshicieron entonces los príncipes: la virtud raras veces sirvió de título para llegar al trono, y si muchas para bajar de él. Pero la calamidad mayor consistía en aquella muchedumbre de competidores que las elecciones diversas de las legiones arribaban los unos contra los otros, y que dividian igualmente las diferentes partes del imperio. Solo la victoria declaraba lejítimos á los emperadores, y los vencidos habian sido siempre tiranos. De Commodo á Constantino, y en solo el intervalo de un siglo, se contaron sucesivamente veinticuatro emperadores, y en tiempo de Galieno hubo treinta á la vez.

Despues de Commodo, el senado y los pretorianos se convinieron, pero confirmaron ofrecer el trono á Pertinax que era digno de él por sus virtudes. Pero el sistema de reforma en que montaba toda la administracion desagrado muy pronto á soldados acostumbrados á vivir en la licencia, y se deshicieron de él antes del tercer mes de su dominacion. Cuatro competidores se presentaron para sucederle. Juliano en Roma, Albio en las Galias, Nigeros en Siria, y Septimo Severo en Iliria. Este último en el transcurso de tres años logró destruir á todos sus rivales. La Galia fué el teatro de sus combates con Albino, cuya derrota tuvo lugar cerca de Lyon. Esta ciudad fué saqueada y quemada por el vencedor ciento treinta y nueve años despues del incendio cuyos estragos reparara Neron. Una expedicion contra los Partos alzó á Severo de las Galias, volvió á ellas pasado tres años, embelleció á Narbona y sus alrededores, y fué á morir en York, en la Bretaña. Acabó de concluir una nueva muralla, constituida á setenta y cinco millas mas al norte, que la que habia hecho ya levantar Adriano, para separar las conquistas romanas de la Galedonia no sometida, y prevenir las incursiones de sus habitantes.

La persecucion que sufrieron los cristianos bajo el reinado de Severo estendió sus estragos á las Galias, y privó tambien á la iglesia de Lyon de su jefe, segun habia sucedido en tiempo de Marco-Aurelio. Este fué Irineo, tan célebre por sus escritos como por sus virtudes; habia sido discípulo de San Policarpo, que lo fué por su parte del evangelista San Juan. Si entraba en los designios de Severo que sus dos hijos Caracalla y Geta reinasen juntos despues de él, fué una política errónea para conservarlos unidos. Caracalla, que era el mayor, lo remedió por medio de un crimen: su reinado recordó los de Tiberio y Neron. Llevando la desolacion á su alrededor una estacion de cuatro meses que hizo á la Galia, fué una calamidad para este pais. Le abandonó como su padre, para verificar una expedicion contra los Partos, y batió en su marcha á los germanos al norte, y mas al mediocidad de los alemanes, citado por primera vez, en la historia bajo este nombre. Se supone que esta dominacion, que significa *todo hombre*, en e idioma del pais, procede de que su territorio, ocupado antes por los suevos, que fueron espulsados de él por los romanos, habia sido habitado despues por nuevos colonos venidos de todas partes.

Las crueldades de Caracalla alarmaban la seguridad de todos los que le rodeaban. Macrino, prefecto del Pretorio, llamado por un oráculo á sucederle segun una creencia vulgar, se creyó mas obligado que ningun otro á prevenir las malvadas intenciones del emperador contra él, y le hizo asesinar cerca de Carres en Mesopotamia. Este crimen permaneció bastante oculto para que los soldados le invistie-

ran del poder soberano, al cual asoció á su hijo Diadumeno. Pero habiéndole enagado las voluntades del ejército un revés con los Partos, eligió aquel á otro emperador. Recayó la elección en Avito, sobrino en segundo grado de Severo llamado Eliogábalo, porque habia sido sacerdote del sol en Siria: bajo sus auspicios mas bien que bajo su mando, porque no tenia sino diez y seis años, marcharon contra Macrino, que fué derrotado, y pereció con su hijo Digno de Caracalla, del que pasaba por ser hijo. Eliogábalo escodió en abominaciones á este monstruo. Trató de colmarla con la muerte de Alejandro, primo carnal suyo, á quien se arrepiñó de haber adoptado. Este último esceso sublevó las tropas, que le asesinaron juntamente con su madre, y proclamaron á Alejandro. La virtud subió con él al trono, pero para aquellos siglos infestados de crímenes era este fruto intempestivo, al que no podrian acomodarse, y aquellos mismos soldados que se habian desembarazado de Eliogábalo por sus crímenes, derribaron á Alejandro por sus virtudes. Fué asesinado cerca de Maguncia por las intrigas de Maximino de origen godo, el que habiendo llegado desde el último grado de la milicia á los cargos mas elevados del imperio fué ascendido por este asesinado hasta la dignidad suprema.

Cuartino en Oriente, y los dos Gordianos padre é hijo en Africa, fueron proclamados en vano emperadores por sus tropas ó por el senado. Maximino se desembarazó de ellos, ó por medio de la traición ó con la ayuda de sus lugartenientes. Menos feliz contra Papieno y Salbino, eledidos por el senado para reemplazarlo, fué asesinado por sus soldados al marchar contra estos últimos, que perecieron á su vez del mismo modo. Gordiano el joven, nieto por parte de madre de Gordiano el padre, ocupó su sitio, y por temor se asoció al hermano Filipo, su prefecto del pretorio, quien se desizo despues de su bienhechor, y para afirmar el poder supremo en su casa, declaró á Filipo su hijo, Augusto así como él. El senado y las provincias le opusieron, aunque sin éxito, á Hostiliano, Marino y Jotapieno. Pero Decio, uno de sus lugartenientes nacido en Buda de Panonia, y enviado por él contra los rebeldes, se puso por el contrario á la cabeza de ellos, y mas feliz que los otros pretendientes, llegó á hacer morir al padre y al hijo, y establecerse en lugar suyo. Al año siguiente pereció él tambien con dos de sus hijos en una batalla contra los godos, dada cerca de Nicopolis, y perdida segun se cree, por la traicion de un oficial superior llamado Galo, que formó de esto un escalon para subir al trono.

Por corto que fuera el reinado de Decio, le ha valido en la historia un renombre de execración, por una de las persecuciones mas sangrientas que se suscitaron contra los cristianos. La tranquilidad que después de la persecucion de Sever habia disfrutado la Galia por espacio de 50 años próximamente, habia permitido á la religion que esdierza en ella sus progresos; fueron favorecidos ademas hácia el tiempo mismo de la persecucion de Decio, por una mision célebre de la silla apostólica que algunos hacen remontar hasta el Papa San Clemente, que segun dice Tertuliano habia sido dispuesta por S. Pedro. Como quiera que sea, Saturnino fué enviado á predicar la fé á Tolosa; Trofimo á Arles; Pablo á Narbona; Austrimono á Clermont; Marcial á Limoges; Gaciano á Tours; Peregrin á Auverre; Sabiniano á Sens y Dionisio á París: La mayor parte sellaron con su sangre el testimonio que rindieron á las verdades que anunciaban, y sirvieron de ejemplo á otros mártires ilustres, victimas de la persecucion de Decio y de las de Valeriano y Arsciano.

Solicitó en disfrutar de los enanos del poder, y de disfrutar de ellos pacíficamente, dió Galo la púrpura ó Hostiliano, hijo de Decio, y alojó á los godos de las fronteras por medio de un tributo vergonzoso que los contuvo poco tiempo en sus limites. Emiliano, general Galo, los deslizo en una batalla sangrienta, y la gloria que adquirió, eclipsando la dignidad de su señor, le condujo al imperio, que arrebató en la vida á Galo y Volusiano su hijo. Sin embargo, Valeriano, otro general que habia mandado Galo en su ayuda, vengó al emperador á quien ya no podia socorrer, y triunfó de Emiliano en beneficio propio. Sus talentos militares y su probidad le hicieron ser generalmente clamado; pero para la administracion de un grande imperio, hay un espíritu de órden, y un don de discernimiento mas necesarios todavía que las cualidades que acompañaron á Valeriano al trono, y que parecieron faltarle absolutamente. Se reservó la direccion de los negocios del Oriente, y confió los del Occidente á Galieno su hijo, á quien asoció á su poder y al que, con motivo de su estremada juventud dió por consejeros y apoyo á Póstumo, Aureliano y Probo, que todos tres lezaron mas tardé al imperio. En cuanto á él, victima poco despues de la mala fé de Sapor, rey de Persia, que le habia propuesto una conferencia, fué arrebatado en ella, y despues de haber sufrido durante tres años las humillaciones mas vergonzosas, hasta el estremo de servir de estribo al monarca persa para montar á caballo, fué condenado por este príncipe á ser desollado vivo. El voluptuoso Galieno fué acusado de haber vivido con indiferencia la desgracia de su padre; pero este príncipe debió poder pensar en vengarlo, cuando él mismo estaba como agoviado bajo el peso de las circunstancias criticas que se acumulaban en derredor suyo? Pretensiones al poder soberano estallaban por todas partes, y

el número de los pretendientes que se levantaron entonces no eran menos de treinta, que son conocidos bajo el nombre de los treinta tiranos. Esta época importante en la historia de Roma lo es tambien en la de la Galia, que vió entonces las primeras incursiones de aquellos francos que debieron apropiarse su territorio y establecerse en él definitivamente.

#### IV.

Historia de las Galias desde las primeras incursiones de los francos en aquel pais, hasta el establecimiento definitivo que formaron en él bajo Pharamundo su primer rey.

Sin que fuera necesario siquiera el desmembramiento de las diferentes partes del imperio que se pronunciaba por tantos jefes distintos, hubiera bastado con las mutaciones tan frecuentes de emperadores que se han podido observar, con la depravacion moral que daba lugar á ellas, con los desórdenes, con las guerras y vejaciones de todo género que eran consiguientes, para hacer que la situacion del imperio fuera todo lo deplorable posible. Sin embargo, otros azotes aumentaban todavía aquella desolacion habitual. El menor de todos, atendiendo á su índole transitoria, fué una peste general que por este tiempo arrebató en distintos lugares la mitad de la poblacion, y que en ciertos parajes convirtió en espantosas soledades muchas comarcas antes pobladas con esceso. El mas funesto, por una razon contraria, y porque no cesó durante dos siglos de inquietar el imperio que al fin debió derribar, fué un ataque general de todas las fronteras por innumerables enjambres de bárbaros septentrionales que parecian estimular las disensiones civiles del estado. Casi desconocidos hasta entonces, introdujeron en la historia de aquellos tiempos, nombres absolutamente nuevos, tales como los de alemanes, francos borgoñones, vándalos, sarmatas, hunos, alanos, godos, gepidos y otros semejantes. Para el objeto que especialmente nos ocupa, solo los francos llaman nuestra atencion, puesto que llegaron á ser nuestros antepasados por su naturalizacion en las Galias, despues que se hicieron dueños de ellas. El origen de este pueblo desconocido ha ejercitado la sagacidad de los sábios: entre muchas opiniones diverjentes que han emitido, la mas verosímil es la que designa con el nombre de franco, no á un pueblo particular, sino á la liga ó asociacion que tuvo lugar hácia este tiempo de los pueblos de la Germania situados entre el Rhin, el Mein, el Weser y el mar, y conocidos bajo el nombre de frisones, salienos, brueteros, chamavos, angvigravinos, tenclteros, sicémbrios y otros. Condenados hasta entonces á la impotencia por sus continuas divisiones, fueron presa de los romanos por espacio de dos siglos. Habiéndose hecho mas sábios por las lecciones de la esperiencia, y aprovechándose por otra parte de las circunstancias que se les presentaron, encontraron en su union medios de resistencia en un principio, y bien pronto la fuerza necesaria para traer á la Galia los desastros de la guerra, y aun para arrebatarse este país á sus opresores. Con respecto al nombre de franco, que significa originariamente libre, y que adoptaron como emblema del fin que se proponian alcanzar, se hizo despues el síngnimo de bueno, sincero, leal y afectuoso como carácter distintivo de la nacion.

Se cree que esta liga de los francos data desde una veintena de años antes del reinado de Galieno. Sumido en la molcicie, vió casi con indiferencia sus incursiones atrevidas en las Galias y hasta en España, así como la de los godos en la Macedonia, de los sarmatas en la Panonia y la Dacia, y por último, la de los persas en la Siria. Un peligro, en verdad, mas próximo le obligó á oponerse con preferencia á todos aquellos que le disputaban, no solo algunas de sus provincias, sino su autoridad misma.

En el número de estos peligrosos pretendientes, contábase aquel Póstumo que su padre le dió por su consejero. Galo de nacimiento, gefe de la caballería gala, y que acababa de reprimir una incursion devastadora de los francos en la Galia, y previsor respecto de los medios de prevenir en ella la reproduccion de esta calamidad, Póstumo se habia adquirido una consideracion que se aumentaba diariamente por el menoscupo merecido que inspiraba la conducta de Galieno. Un lijero descontento causado á los soldados de las Galias por aquel á quien se confió la educacion del hijo del emperador, bastóles para atentar contra la vida del maestro y del discípulo; y en la embriaguez del crimen proclamaron á Póstumo emperador de las Galias. La tranquilidad que Galieno se vió obligado á concederles, le permitió en un principio afianzar su poder por las nuevas victorias obtenidas sobre los germanos, lo que le hizo tomar en sus medallas los titulos de Germanico y restaurador de la Galia. Al cabo de algun tiempo de posesion, Galieno pudo en fin reclamar sus derechos contra él. Póstumo no fué siempre feliz: reducido muchas veces al último estremo, se sostuvo siempre por su energia; y despues de una lucha mezclada de victorias y reverses, obligó á Galieno, oprimido por otra



parte á abandonarla. Por recomendables cualidades de que estuviere entonces adornado un jefe era difícil que resistiese largo tiempo á la prueba de los caprichos de un soldado susceptible, entregado por inclinación y por hábito á una indisciplina que consideraba por decirlo así, un derecho. Póstumo debió á estas disposiciones su elevación y su caída. Tuvo el fin que aguardaba á todos aquellos á quienes halagaba el poder soberano, y fué asesinado con su hijo por sus propios soldados por haberles prohibido el saqueo de Magüncia. Victorino, que se había asociado á Loliano, y Marió que pretendieron sucederle, sufrieron igual suerte; y Tétrico temiéndolo todo, no tuvo el valor de negarse á los votos entusiastas de las inconstantes legiones que le proclamaron. Sin embargo, el desgraciado Galieno en quien el amor á los deleites no había agotado enteramente el valor, asediado á la vez por los bárbaros, los ambiciosos y los traidores, se presentaba sucesivamente en todos los puntos que se veían amenazados. Sitió en Milan Aureola á uno de sus lugar-tenientes, el que después de haberle servido fielmente contra Póstumo y contra otros, se dejó halagar por el atractivo del poder. Galieno estaba á punto de ganar la ciudad y de coger al rebelde, cuando fué asesinado por algunos de sus oficiales.

Aurelio Claudio reunió entonces todos los sufragios del senado y del ejército. Los bárbaros en número de 300,000 y con la ayuda de barcos asolaban por este tiempo la Iliria y la Grecia. Claudio marchó directamente contra ellos, los batió muchas veces y los dispersó; por esto recibió el nombre de Godo. Se preparaba á continuar sus victorias, cuando succumbió á la violencia de una calentura epidémica, llevando consigo el dolor del pueblo romano que fundaba grandes esperanzas de felicidad en las virtudes guerreras y civiles de este príncipe. Otro de sus títulos dignos de nuestra atención, es que Claudia, hija de Crispo su hermano, casó con Eutrope, señor de la Servia, y que de esta alianza nació Constancio-Cloro, bienhechor de la Galia, y padre de Constantino el Grande.

Aureliano, designado por el mismo Claudio, aun cuando tenía un hermano más digno de sucederle, obtuvo los sufragios del ejército y luego los del senado. Treinta años antes, y no sufriendo todavía más que tribuno, batió, según refiere Bopisco, cerca de Magüncia, á los francos designados por primacía con este nombre en la historia. Como emperador sostuvo su reputación continuando contra los godos las victorias de su predecesor. Rechazó después una incursión de marcomanos, de vándalos y de juthonges que habían llegado hasta Milan, venció á vez prisionera á la célebre Cenobia, reina de Palmira y jueña del Egipto; y por último, volvió sus armas contra la Galia, á donde el mismo Tétrico le llamaba. Obligado á sentarse en un trono vaciante que le había ofrecido una soldadesca que tal vez le hubiera sido peligroso recusar, no aspiraba más que á descender de él. La aproximación de Aureliano le proporcionó los medios de conseguirlo: se rindió á él con una parte de los suyos, y abandonó los más sediciosos á su discreción. Solo los persas se agitaban y alborotaban todavía, y Aureliano se dispuso á llevar la guerra á su país para vengar los ultrajes impudicos de Valerio, cuando uno de sus secretarios, intimidado con algunas amenazas que se escaparon á este príncipe, conocido por sanguinario é inexorable, le asesinó.

Con su muerte quedó el imperio seis meses sin dueño por la deferencia mútua del senado y del ejército en cederse la elección. Este honor correspondió al senado, el que eligió á Claudio Tétrico, uno de sus miembros, el cual se gloriaba de contar entre sus abuelos al historiador de este nombre. Seis meses de reinado no le permitieron procurar el bien que se esperaba de él. Murió como todos los emperadores de aquel tiempo, eso es, asesinado por sus tropas. Florianus su hermano que marchó á sucederle, sufrió la misma suerte á los dos meses, y Próbo que había encontrado muchos votos contrarios se encontró sin competidor.

En esta época cuatro naciones germánicas, los legiones, francos, borgoñones y vándalos, se introdujeron de nuevo en las Galias y formaron una liga con setenta ciudades de las que se apoderaron. Pareciendo no haber entre ellos mucho acuerdo, Próbo se aprovechó de esto para atacarlos separadamente. Desembarazado de los francos, á los que hizo algunas concesiones, triunfó fácilmente de los otros, purgó de ellos la Galia y los persiguió hasta la Germania, en donde cazándolos como fieras, y pagando un escudo de oro por cada cabeza que se le entregaba, los arrojó á la otra parte del Elba. Vencido sin embargo por la humilde súplica de uno de los príncipes de aquel territorio, puso fin á tan dura persecución, se contentó con llevarse la mayor parte de los otros habitantes en diferentes comarcas del imperio, con la esperanza de interesarlos en su prosperidad. Pero este medio debió ser insuficiente para desarraigar entre ellos el espíritu nacional, si se juzgaba de él por la asombrosa epidemia de un puñado de francos que tuvo lugar en esta época. Desterrados á causa de la revolución á las costas del Ponto-Euxino, se apoderaron de algunos buques, pasaron del Euxino al Helesponto, y al mar Egeo, asolando á su paso las costas de la Grecia y del Asia, aboradaran Sicilia, atacaron y saquearon á Siracusa, desembarca-

ron en Africa, cayeron sobre Cartago, y encontrando allí demasiada resistencia, se reembarcaron en sus buques, pasaron el Estrecho, costearon la España y la Galia, y casi sin pérdida regresaron á su tierra nativa.

Algunos movimientos de revolución tuvieron lugar en este tiempo en las Galias, excitados por un tal Prócuro de origen franco, el que, contando ligeramente con el socorro de los germanos, se había hecho proclamar emperador en Colonia. Perdidas sus esperanzas, succumbió ante la fortuna de Próbo. Todo había terminado, y el imperio gozaba en su poder de los frutos de una administración sabia, cuyos ejemplos se habían perdido hacia ya un siglo. Solo las fronteras de la Persia permanecían aun turbulentas. Próbo se dispuso por medio de nuevas victorias á hacerse participar de la felicidad general, cuando cerca de Siriano, lugar de su nacimiento, cansados sus soldados de los trabajos en que consideraba como un principio ocupar sus ócios, lo asesinaron en un momento de ira, de lo que luego se arrepintieron. La muerte de este último príncipe rompió el último dique opuesto á los esfuerzos interrumpidos de los bárbaros; y con este título, como con el de la sabiduría y bondad que manifestó, ha dejado una reputación que le distingue con brillo de aquel tropel de emperadores efímeros, crueles é ineptos que ocuparon el trono en estos tiempos desastrosos. Permitted á los galos volver á plantar de nuevo sus viñas que el suspicaz Domiciano había hecho arrancar como un motivo de revueltas y sedición.

La Galia le debía otros servicios más importantes, pues había puesto un término á las crueles proscripciones dirigidas por Décio, Valeriano y Aureliano, contra los cristianos, y no siendo en el año 262 sino un simple general, contuvo los estragos del vándalo Croco, cuyo furor se encarnizó particularmente en los monumentos del cristianismo y en sus ministros. Nicéso en Reims, y Privato en Menda habían sido del número de sus víctimas, y se le atribuye ademas el asesinato de Ursula y sus compañeras que se la hecho ascender mucho tiempo al número de once mil, por haber leído equivocadamente once mil vírgenes en la abreviatura de once vírgenes martires (XIV). Nada hay bueno auténtico por lo demás que la historia de estas santas, y de aquí resultan las variaciones sobre la época en que perecieron. Unos las colocan en el reinado de aquel Croco, hacia el año 262; otros ciento veinte años después bajo Valentiniano segundo y Maximo, y otros, por último, en la época de la grande emigración de los bárbaros en 407.

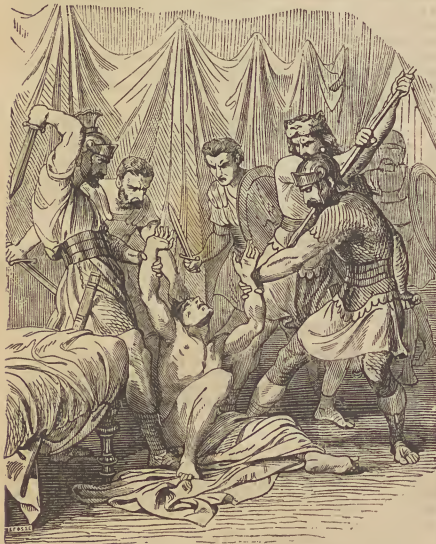
Caro, nacido en Narbona, y prefecto del pretorio, fué proclamado emperador después de Próbo. Habiéndose unido á sus dos hijos Carino y Numeriano, hizo pasar al primerónto á las Galias para oponerlos á los germanos, y él marchó con el segundo al otro confín del imperio para hacer frente á los persas. Muerto por un rayo cerca de Clisifon fueron seguidos sus proyectos por Numeriano su hijo, que al otro lado del Tigris se apoderó de la ciudad de Seleucia, llamada tambien Babilonia, porque edificada á poca distancia de esta, la hizo ulivado poco á poco y tan completamente, que su posición se ha convertido en problema para los geógrafos. Poco después de esta conquista, este príncipe fué asesinado por el prefecto del pretorio Apercon, con cuya lija se había casado.

Diocleciano, oficial superior del ejército, había denunciado á Apex como autor del asesinato de Numeriano, y atravesándolo con su espada, fué saludado emperador por el ejército. Después de dos años de combate en las Galias contra Carino, fué asesinado este último por sus soldados alborotados por exceso de su intemperancia, y Diocleciano fué generalmente reconocido como lejítimo poseedor de todo el imperio. De 29 de agosto del año 284, época de su advenimiento al imperio, data la era que lleva su nombre, y que las numerosas víctimas que hizo veinte años después han hecho designarla por el nombre más general de era de los mártires.

Dos años tan solo hacia que Diocleciano estaba revestido de la dignidad suprema, cuando viéndolo el estado de agitación en que se encontraba la causa pública, los reiterados ataques de los bárbaros y persas, y creyéndose inepto para llevar solo el peso del gobierno se asoció un colega. Reservóse solamente una ligera preeminencia sobre su hechura, y por ella se justificó quizá de una política que parece anómala, y que sin embargo fué muy limitada. Olvidando to la consideración de nacimiento y parentesco, se decidió en favor de un antiguo amigo, de origen tan oscuro como el suyo, de una educación tosca, pero de una capacidad militar que le recomandaba para las necesidades del momento. En el año anterior le había hecho César y le había asignado su departamento en las Gálias, que se hallaban atormentadas entonces, no por solo las incursiones de los germanos, sino por una insurrección general de los paisanos llamada *bagaudes*.

Vejados estos por el gobierno, y excitados ademas por Acliano y Amado, dos oficiales romanos de poca capacidad que habían sido revestirse de la púrpura, se habían entregado sin reflexión y sin medios á este acto de desesperación que habían señalado por sus excesos. Habiendo llegado al pie de los Alpes, hizo Maximiliano prestar juramento á su ejército; pero una lejon llamada *Tibea*, porque habia sido levantada en Egipto, se negó como cristiana por las prácticas

idelatras que acompañaban á este acto. Mauricio era su jefe, Candario, Exupero y Victor, sus principales oficiales. Dispuestos á derramar su sangre por sus señores, no se negaban sino á jurar por vanos simulacros. Pero Maximiano, prevenido contra los cristianos, interpretando mal sus scrúpulos, mandó que fuesen dizimados. Esta ejecución cruel fué repetida por segunda vez, sin variar en lo mas mínimo la inalterable resolución de los legionarios, y murciedo por su perseverancia, y teniendo además que la semejanza de opinion en materia de fé les indujese á secundar á los bagaudes, que casi todos eran cristianos. Maximiano no temió privarse de sus servicios, y mandó que toda la lejion fuese asesinada. Lejos de hacer la menor resistencia, estos jenerosos guerreros rindieron sus armas, y sin otra oposicion que una súplica tan firme como respetuosa que quedó sin efecto, se d-jaron degollar sin abandonarse á murmuracion alguna. Bajo tales auspicios hizo Maximiano su entrada en las Gálias, donde la intelijencia de su celo debía encontrar materia en que ejercitarse.



Flaco asesinado por sus mismos soldados.—Pág. 27.

En cuanto á los desgraciados bagaudes, sin plazas, sin jefes, sin armas y sin otros consejos que los del resentimiento y la venganza, no tardaron en ser destruidos y en satisfacer el odio de Maximiano con la matanza casi general que hizo de ellos. El mayor destroz tuvo lugar cerca de Paris, hácia la confluencia del Marne y del Sena, en el sitio en que estuvo despues la abadía de Sain Maur des Fossés, así llamada, segun dicen, por los fosos ó atrincheramientos de los bagaudes. Terminada aquella expedicion, Maximiano volvió sus fuerzas contra los borgoñones y los alemanes que batió, y á quienes obligó á pedir la paz. Con el fin de observar mas de cerca el movimiento, estableció su residencia en Tréves, que por sus cuidados y los de sus sucesores vino á ser una segunda Roma, tanto por los monumentos que la embellecieron, cuanto por los establecimientos políticos que en ella formaron.

Si los escosos de los bagaudes fueron vengados por otros escosos, lo fueron menos en castigo de su rebelion que por odio á su creencia. La misma causa produjo en las Galias millares de mártires, contándose entre los mas célebres al obispo Fermín en Amieus; Quintin, cerca de la ciudad que lleva su nombre; Crispin y Crispiniano en Soissons, donde bajo las apariencias de simples artesanos se ocultaron estos celosos apóstoles de la verdad; el tribuno Ferreolo en Viena; Victor en Marsella; en Arlés, el escribano Denés, que se negó á inscribir en sus registros la órden de persecucion. Por último, Donacion en Nantes con Rogaciano su hermano, que turbado por no ser mas que catecúmeno, hialó en su propia sangre el bautismo al que aspiraba. Una porcion de otros mártires en todas las partes de la Galia se hicieron ilustres por un valor superior á todos los refinamientos de la

crueldad. Pero en Tréveris fué sobre todo donde se manifestó la barbarie en toda su ferocidad. Secundando con alinco los furros de Maximiano, el prefecto Riccioario, el enemigo mas sediento de la sangre cristiana, despues de haber recorrido diversas comarcas de la Galia para esterminarlos, llevó al colmo sus atrocidades, por las que reservaba á la capital del imperio aquellas provincias. No le bastó haber llenado el anfiteatro de multitud de confesores que entezaba en número considerable á la muerte, y haber inmolado en el Campo de Marte tres cohortes de la lejion tibia que se encontraron separadas de sus cuerpos, y haber ensangrentado los cadalsos con el suplicio de un cónsul y diez senadores de Tréveris, sino que se le v descendieron sus satélites contra los cristianos en masa, y enrojeco el Mosela con su sangre. La ciudad de Tréveris celebra hoy su memoria bajo el nombre de los *innumerables*. El ánimo rehusa creer hechos tan espantosos, pero desgraciadamente el hombre es capaz de ellos, y prescindiendo de los numerosos ejemplos con que la historia puede confundir nuestra incredulidad, nos basta nuestra propia experiencia para no poder negar su verosimilitud.

Sin embargo los sajones, los yutios, los vrnas y los anglos, bárbaros todos de las costas del Báltico, secundando la desolacion de los que habian penetrado mas en las tierras, salían de aquel mar con la ayuda de sus embarcaciones, é iban á infestar las costas de la Bélgica. El Menapiano Carausio mandó en Bolonia una flota destinada á contener sus correrías; pero este hombre convirtió su cargo en un objeto de especulacion, y en vez de dedicarse á prevenir sus estragos nunca atacaba á los bárbaros sino á la vuelta de sus expediciones, y cuando habian causado bastantes males para regresar cargados de una rica presa. Solo entonces trató de sorprenderlos. Nunca se enriqueció el tesoro público con el botin que hiciera, ni con los prisioneros que debio hacer. Maximiano se proponia poner coto á tan culpable manejo; pero Carausio avisado á tiempo, se apoderó de la flota, del puerto, y y hasta de la Bretaña. Pasó á ella despues de haberse hecho proclamar emperador en Bolonia, y acabó de asegurarse por medio de un ardil con los francos, á quienes abandonó las islas Batávicas.



Croco hace degollar á Úrsula y sus compañeras —Pág. 31.

La rebelion no estaba solo en la Bretaña, sino que fermentaba en todo el imperio. Para hacer frente á la tormenta, creyeron los dos emperadores deber unirse los dcs Césares, herederos presuntos de su poder. El primero en quien fijaron su eleccion fué Galero, hijo de un pastor de nacion Dacia, que habia adquirido una reputacion militar, pero que era por otra parte ambicioso, disoluto y supersticioso hasta la crueldad. El otro César, provisto tambien de talentos igualmente distinguidos para la guerra, pero de un carácter entera-

mente opuesto al de Galerio, era Constancio-Cloro, sobrino en segundo grado de Claudio el godo; obligaron á entrambos Césares á repudiando á sus esposas para aliarse con ambos emperadores: Galerio se casó con Valeria, hija de Diocleciano, y Constancio con Teodora, hija de Maximiano.

En la distribución que se hizo entre los emperadores y los Césares de las diversas provincias del imperio, las Galias, la España y la Bretaña, tocaron á Constancio, quien apenas se hubo instalado en su dignidad, se trasladó á Bolonia. Faltó Maximiano de bajeles, no creyó poder apoderarse de aquella ciudad. Hallándose Constancio en la misma imposibilidad de bloquear el puerto, lo cerró por medio de un dique, que privó á la ciudad de recibir socorro por mar. Concluida esta obra, los ataques y las amenazas y el ofrecimiento del perdón sobre todo, terminaron la conquista que fué consolidada por la clemencia. Constancio arrojó después á los francos de las islas del Escalda y del Rin, habiendo perecido en aquella expedición un gran número de ellos. Maximiano estableció el resto entre los nervenses, y

los trevenses con objeto de laborear las tierras que se habían hecho incultas por sus estragos. Había regresado á la Galia para observar las orillas del Rin, mientras que una flota preparada por los cuidados de Constancio, pasaba á la Bretaña, con objeto de atacar á Abeto, quien después de haber asesinado á Carausio, del que era lugar-teniente, le sucedió. Un número considerable de francos que había atraído el nuevo tirano á su isla, constituía la fuerza de su ejército, pero mal secundado por las otras tropas, no pudieron resistir á los romanos, y su arrojo no hizo más que aumentar su desastre. El que se libró de la muerte fué desterrado; y Amiens, Beauvais, Langres y Autun, despoblados por las vejaciones de sus exactores, recibieron colonias en sus territorios. Pero ningún contratiempo podía retraer á estos pueblos, que hablaban en lo oscuro de su número recursos inagotables. Los alemanes atacaron á Langres de improviso, y estuvieron en poco que no se llevaran á Constancio, que se había separado de sus tropas, y que pudo librarse solo, acudiendo á los muros por medio de cuerdas. Pero habiendo aparecido pocas horas después su ejército los mató sesenta mil hombres, y al poco tiempo los derrotó de nuevo en Windonissá, (Windsich), en la Helvecia, en la confluencia del Ar y del Reins. No por esto se desalentaron, y al invierno siguiente se aprovecharon de los hielos para atravesar el Rin y situarse de nuevo en la isla de los Batavos. Habiendo sobrevenido el deshielo, fueron cercados por la flota romana, lo cual les desconcertó de tal manera, que se rindieron sin combate.

El imperio que parecía hallarse á la sazón pacífico, estaba corrido en el interior por la plaga mas cruel, cuales eran los edictos sanguinarios de los dos emperadores contra los cristianos. La tranquilidad procurada por Probo no duró mas que su reinado, y sus sucesores no tardaron en abrir la dura contra los generosos atletas de Jesu-Cristo. Ninguna de las persecuciones de que triunfó la religion cristiana fué tan violenta, duradera y estensa como esta que se la

cuenta por la décima, y que fué tambien la última hasta el momento en que el cristianismo se estableció definitivamente en el trono. Este fué tambien el último acto de autoridad de ambos emperadores. El cruel y ambicioso Galerio, á quien se debían principalmente estas medidas sanguinarias, cansado de obrar como subalterno, y orgulloso de una victoria que acababa de alcanzar de los persas, hizo uso del ascendiente que había cobrado sobre ellos, y que podía sostener por la adhesion de sus soldados, para intimidar á Diocleciano, al que una fiebre lenta debilitaba física y moralmente; y para persuadirle asi como á su colega Maximiano á que abdicaran por su propio reposo, fué preciso obedecer á esta imperiosa invitacion, y aun dar á despojo las formas de una resignacion voluntaria. Por un acuerdo mútuo abdicaron ambos emperadores en un mismo día, uno en Nicomedia, y el otro en Milan. Diocleciano revistió á Galerio con la púrpura, y Maximiano hizo otro tanto respecto de Constancio. Nombraron tambien dos nuevos Césares, Maximiano á Doxa, sobrino de Galerio, y Severo que lo era de Maximiano. El imperioso Galerio que temia el espíritu turbulento de Majencio, hijo de Maximiano, y los escelentes cualidades que anunciaba Constantino, hijo de Constancio, lo había hecho escuchar á uno y á otro.

Constancio, que por estas nuevas disposiciones se había hecho mas independiente, se aprovechó de su poder para aliviar á las provincias que componian su gobierno, lo que hasta entonces no había podido hacer. Bajo su administracion interior, la Galia estuvo tan tranquila como podía estarlo en aquellos tiempos desastrosos. Los cristianos hacía los cuales tuvo una secreta inclinacion, habían estado mas bien sujetos que perseguidos. Los protegió entonces abiertamente, les dejó reconstruir los templos que había hecho derribar á su pesar, y llamó en derredor suyo, como hombres de una fidelidad á toda prueba, á los mismos individuos que Galerio persiguiera tan encarnizadamente como enemigos de toda ley y autoridad. Su gobierno hubiera sido demasiado corto para aquellas comarcas, sino hubiesen hallado en su hijo Constantino un heredero digno de la benevolencia del padre.

Este principe joven permanecia al lado de Galerio, que bajo la apariencia espiciosa de no poder separarse de él, le tenia verdaderamente en rehenes, y aun le esponia, so pretexto de honrarle, á mil peligros inútiles, de los que el principe salió siempre con tanta gloria como felicidad. Constancio, sin embargo, pedía con instancias su hijo, que manifestaba igual deseo de volver á ver á su padre. Galerio lo difirió por mucho tiempo; hospedado por las sollicitaciones, y temiendo á la vez el acceder y rehusar, concedió en fin su peticion á Constantino, mandó se le espidiera pasaporte, y sin embargo le aplazó al siguiente día para que fuera á recibir sus últimas órdenes. Al otro día no se dejó ver sino muy tarde. Crécese que empleó la mañana en dar órdenes para preparar emboscadas en el camino que había de llevar el joven principe. Pero penetrando sus designios, había marchado Constantino la vispera, y había hecho matar todos los caballos de relevo que dejaba tras de sí. Engañado Galerio con su propio artificio, no supo su fuga sino muy tarde; y al recibir la noticia se dejó



Genevieve tranquiliza al pueblo de Paris.—Pág. 45.

mente en rehenes, y aun le esponia, so pretexto de honrarle, á mil peligros inútiles, de los que el principe salió siempre con tanta gloria como felicidad. Constancio, sin embargo, pedía con instancias su hijo, que manifestaba igual deseo de volver á ver á su padre. Galerio lo difirió por mucho tiempo; hospedado por las sollicitaciones, y temiendo á la vez el acceder y rehusar, concedió en fin su peticion á Constantino, mandó se le espidiera pasaporte, y sin embargo le aplazó al siguiente día para que fuera á recibir sus últimas órdenes. Al otro día no se dejó ver sino muy tarde. Crécese que empleó la mañana en dar órdenes para preparar emboscadas en el camino que había de llevar el joven principe. Pero penetrando sus designios, había marchado Constantino la vispera, y había hecho matar todos los caballos de relevo que dejaba tras de sí. Engañado Galerio con su propio artificio, no supo su fuga sino muy tarde; y al recibir la noticia se dejó

llevar de todos los arrebatos del furor mas violento. Quiso mandar correr tras del fugitivo, pero esto le hizo reacer en un nuevo acceso de rabia cuando supo la inutilidad de esta medida. Constantino continuó apresurando su fuga de una tierra enemiga, atravesó la Italia donde mandaba Severo, que no habia podido ser prevenido de la fuga, llegó felizmente á los Alpes, y se reunió por último con su padre, en el momento en que este se embarcaba en Boloña para una expedición contra los pictos (los escoceses septentrionales), cuyas correrías asolaban la Bretaña. Esta debia ser la última proeza de Constantino, y su hijo parecia no haber ido á su lado sino para recoger su último suspiro. Constantino en sus disposiciones testamentarias redujo á la condicion privada los hijos que habia tenido de Teodora. Solo Constantino al que habia tenido antes de su esposa Elena, fue instituido su heredero y declarado por él implícitamente César, por medio de la recomendacion particular que de su persona hizo á sus soldados.

Sus deseos fueron cumplidos, y Constantino el día mismo de la muerte de su padre se vio revestido de la púrpura por el ejército, y en su consecuencia envió á Galerio sus retratos, cuya aceptacion debia ser el reconocimiento de sus derechos. Poco faltó para que los antiguos rencores del emperador le no se los hicieran recaer. Sin embargo, cuando hubo reflexionado maduramente sobre las consecuencias de semejanza negativa, la union de las Galias, de la Bretaña y de la España, que habian reconocido á Constantino, la fuerza de los ejércitos que le habian proclamado, y el talento del jefe que las mandara, se entregó á determinaciones mas moderadas, y disimulando un resentimiento profundo que se reservaba manifestar en ocasion mas oportuna, se decidió á esponer al público los retratos enviados. Sacando de las circunstancias todo el partido posible, envió él mismo la púrpura á Constantino, como un signo de la superioridad que afectaba tener sobre él; le declaró únicamente César, fijó su rango despues del de Maximiano, y reconoció á Severo por Augusto. El jóven principe nada contentó, contentándose por el momento con ser el dueño de sus provincias, y dejando igualmente para otra ocasion hacer valer mas ó menos sus derechos ó sus pretensiones.

Dos rizeyuelos francos, Ascarico y Ragasio habian cometido destrozos en la Galia, á pesar de los compromisos formales con Constantino, que habia aplazado castigarlos para cuando regresara de su expedicion contra los Pictos. Constantino siguió los proyectos de su padre; despues de haber pacificado la Bretaña, volvió á las Galias, y cayendo de improviso sobre los francos, les hizo una porcion de prisioneros, y entre ellos los dos desgraciados principes, de quienes tenia motivos de queja. Ya fue dureza de carácter, política, ó venganza de la fe violada, creyó deber esponerlos á los animales feroces, con una multitud de prisioneros, en el anfiteatro de Tréveris. Pero lejos de comprimir á los jermanos con sus crueldades, no hizo sino irritarlos mas; y tres ó cuatro años despues una liga formidable llevó 150,000 hombres al lado opuesto del Rin. Divididos en escuadras pelotonas ocupaban una linea considerable, que hacia poco decisivas las victorias y reveses, y tenían de este modo á eternizar la guerra. Créese que en esta ocasion tuvo Constantino la temeridad de ir á espolpear por sí mismo sus campamentos, de penetrar en ellos, conversar con los jermanos, y persuadirles á que reunieran sus fuerzas para atacar á los romanos, cuyo jefe estaba ausente á la sazón. Fuera quien quisiese el emisario, cayeron en el lazo; reunieron sus tropas esparsidas, descuidaron las medidas de vijilancia, que suponian inútiles para un ejército que no necesitaba defenderse, y en el momento en que creian sorprender á los romanos, fueron sorprendidos ellos mismos por un ataque imprevisto, y por la presencia de Constantino que afectó darse á reconocer entonces. Esta circunstancia aun mas inesperada, consumó su derrota y les obligó á pasar de nuevo el rio.

Una nueva resolusion habia cambiado entonces la faz de las cosas en el imperio. Maxencio, hijo de Maximiano vivia como un simple particular á algunas millas de Roma, pero con un secreto despecho de verse reducido á esta condicion, mientras que Constantino rechazó al pronto como él, veia erigido por fin su imagen en Roma. El odio que tenia á Galerio, le hizo concebir la posibilidad de salir tambien de su oscuridad. Algunas conferencias con los gefes mas influyentes de las cohortes, le entregaron efectivamente la capital, donde se hizo proclamar Augusto, con inmensa satisfaccion de su pueblo contento con mudar de dueño, y que esperaba de Maxencio una felicidad que sus vicios é ineptitud no le permitian realizar. Galerio admirado de un paso tan atrevido por parte de un hombre que no inspiraba mas que desprecio, se inquietó muy poco con esto, y creyó que la presencia de Severo, ayudada de algunas tropas, bastaria para restablecer el orden. Pero Maxencio habia llamado en su ayuda á Maximiano su padre, y le habia hecho tomar de nuevo las insignias del poder de que con tanto sentimiento se habia despojado.

Sin embargo, Severo habia llegado delante de Roma, y cercaba esta ciudad de la que Maxencio no habia salido, y donde principiaba á tener el ser reforzado antes que su padre hubiese podido levantar las fuerzas suficientes para librarle. Viéndose en este conflicto, negoció con algunos oficiales del ejército que le tenia encerrado: muchas de las legiones que le componian habian servido en otro tiempos

á las órdenes de Maximiano. Este recuerdo, el oro que hicieron brillar á su vista y cierta compasion hacia la primera ciudad del imperio, destinada quizá á convertirse en teatro de ruinas y carnicería, les hizo cambiar repentinamente de disposiciones y plan, de tal modo que Severo, con los débiles restos de su ejército, se vió estrechado por Maximiano y obligado á encerrarse á su vez en Rávena. La plaza era fuerte y estaba bien provista; pero el temor de una nueva defeccion que pudiera entregarle á sus enemigos, indujo á Severo á transigir con unos hombres que parecian no querer atacar sino su poder, y que le ofrecieron en cambio todas las dulzuras de una vida privada. El ejemplo de Diocleciano y el mismo de sus adversarios le persuadieron de que estas condiciones eran aceptables; se abandonó á su fe; y por los períodos, creyéndose bastante fuertes para violarla, cuando tuvieron en sus manos á Severo, no le dejaron mas eleccion que la de su muerte.

Galerio conoció entonces la necesidad de trasladarse personalmente al teatro de la rebelion, y Maximiano por su parte, pasó á las Galias para tratar de adquirir el apoyo de Constantino. La dignidad de Augusto segun el derecho que regia entonces, no podia ser adquirida sino por el nombramiento de un principe que estuviese revestido de este título. Por este incentivo tentó á Constantino, al que ofreció la púrpura imperial, y á su hija Fausta en matrimonio. No exigió reciprocidad alguna, pero esperaba sin duda lugar de hecho á su yerno á sus intereses. Constantino que conoció fácilmente la consecuencia de tales ofertas, creyó deber prestarse á ellas, y repudió á Minervina de la que tuvo á Crispo, para casarse con Fausta, aunque algunos suponien que Minervina no existia ya entonces.

Durante este tiempo avanzaba Galerio; pero confiando demasiado en su talento, y harto persuadido de la impericia de Maxencio no se habia hecho acompañar, sino por un puñado de soldados, insuficiente para formar una circunvalacion al rededor de Roma. Maxencio ensayó con este ejército los mismos medios que tan feliz éxito le habian producido con el de Severo, habiendo succedido igualmente en esta ocasion; y Galerio fue harto feliz al poder retirarse apresuradamente á Iliiria con las pocas tropas que le permanecieron fieles. Maximiano, excitado por sus antiguos resentimientos contra él, creyó haber hallado la ocasion de perderle para siempre, y marchó presturoso á las Galias, con el fin de solicitar de Constantino auxilios que le permitieran satisfacer sus miras. Pero Constantino que creia tener tantos motivos para temer á Maximiano poderoso, como tuviera para temer á Galerio, eludió sus proposiciones, y Maximiano para disfrutar de alguna utilidad, se vió reducido á ir á participar de la de su hijo. Muy pronto se cansó de esta participacion limitada, y sin haber tomado otras medidas que las de asegurarse de la adhesion de algunos veteranos que habian servido á sus órdenes, un día de ostentacion solemnemente que estaba sentado en el trono con Maxencio, tuvo la osadia de precipitarle de él. Creyó que este rasgo de audacia impondría á la multitud, pero como en un principio, y despues la indignacion, sublevaron todos los ánimos contra un ingrato que debia á su hijo el haber recobrado la púrpura. Hubiérase debido erogar feliz con no ser obligado mas que á aljarse de Roma; pero un tratamiento tan moderado le pareció un ultraje; y para vengarse de su hijo, recurrió á su yerno que se negó otra vez á vengarle, y no creyó deber comprometer la tranquilidad de sus pueblos por la venganza de una injuria supuesta que era menester imputar menos á la ingratitud del hijo, que á la ambicion del padre. Habiendo perdido Maximiano la esperanza de satisfacer por almedio su resentimiento, para alcanzarlo, marchó á donde se hallaba Galerio, su enemigo mortal; y su peligrosa confianza no fué defraudada, no porque Galerio se manifestara mas favorable á sus designios, sino porque no abusó de su imprudencia, ni le hizo sufrir mas mortificacion que la de obligarle á presenciar los honores supremos conferidos á Licinio, á quien declaró Augusto. Diocleciano habia sido invitado á la misma solemnidad. El inquieto Maximiano se aprovechó de esta ocasion para escribirle á que volviera á tomar la púrpura juntamente con él; pero Diocleciano por toda respuesta, le ponderó las hermosas lecciones de su jardín de Salona; quizá tambien apreciaba mejor las circunstancias.

Sin embargo, el sobrino de Galerio, Maximino Daza, resentido por la preferencia que habian dado en perjuicio suyo á Licinio, reclamó de su tio el mismo título de Augusto; y rehusado que fue, hizo que se le ofrecieran sus tropas. Galerio accedió entonces, y aparentó concedérselo voluntariamente. Trató, sin embargo, de disminuir el precio de aquel favor, concediendo el mismo título á Constantino, á quien se le habia rehusado hasta esta época. De este modo tuvo entonces el imperio cuatro dueños iguales en dignidad, sin serlo emparrado en poder. En cuanto á Maximiano, constituido en la necesidad de renunciar al mando y de despojarse de la púrpura, fué á vivir como simple particular al palacio de Constantino, donde por el prestigio de su hijo continuó disfrutando de grande consideracion. Pero como para su carácter inquieto era esto una compensacion insignificante de sus pérdidas, en un momento en que su yerno se hallaba empeñado en una expedicion contra los francos, que él mismo habia aconsejado con dañada intencion, salió del palacio, se fué á Arles, cuya

guarnición sedujo, y volvió á tomar allí la púrpura imperial. Constantino le persiguió, le obligó á huir á Marsella, se hizo en ella dueño de su persona, y le redujo de nuevo á la condición que antes se hallara á su lado. El incorreible Maximiano, á quien este comportamiento no convinió, no viendo mas camino que el del crimen para volver á posesionarse del poder, del que estaba siempre sediento, se decidió furioso á adoptar este partido tan desesperado, y auxiliado por un individuo á quien sedujera, se introdujo por la noche en la cámara de Constantino con el designio de matarle á puñaladas en su cama. Pero fue vendido, y la persona con cuyo auxilio creyó poder contar, no era sino un lazo que le tendieron para sorprenderle en la ejecución de su horroroso atentado. Después de tal esceso, creyó Constantino poder olvidar los lazos que le unían á él, y no le dejó mas elección que la de su muerte. Galerio le siguió al poco tiempo. Perseguido como Antíoco, murió como él, de una enfermedad igualmente espantosa, y con un arremetimiento inútil de sus crueldades contra los cristianos. Les permitió entonces volver á edificar sus templos, y hasta reclamó, según refieren Lactancio y Eusebio, su intercesión para con su Dios. Dejó el imperio dividido entre Licinio, Maximino Iuza, Constantino y Maxencio.

Constantino aprovechó el tiempo que le proporcionara un instante de tranquilidad, en recorrer sus provincias, conocer las necesidades de los pueblos, amblidar las ciudades; Treveris y Autun debieron mucho á sus cuidados. Maxencio empleaba el mismo tiempo en engrandecerse, haciendo por medio de sus generales la conquista de África; y habiéndose aumentado su ambición por este buen éxito, miró con envidia la posición de Constantino, y se preparó á atacarle bajo el especioso pretexto de vengar á su padre. Constantino, después de haber procurado inútilmente atraerle á disposiciones pacíficas, tomó medidas para contenerle. Obligado á permanecer en un estado perpétuo de defensa contra los bárbaros, no podía disponer sino de la mitad de sus tropas. Suplió esta falta por medio de una alianza con Licinio, al que casó con su hermana Constancia. Pero otra alianza de Maxencio con Maximino le privó del fruto de la suya por el estado de observación á que este tratado sujetara á Licinio. En este conflicto vino el cielo en su auxilio. Deseando interesar á la divinidad en su causa, la imploraba sin conocerla, cuando, según refiere Eusebio, quien declara saber estos hechos por el mismo Constantino, este príncipe, admirado ya de una señal brillante que observara en el cielo, y que estaba formada por las dos primeras letras griegas del nombre de Cristo, acompañadas de estas palabras, *Por este signo vencerás*, recibió un su sueño le ordenó que formara un estandarte con arreglo á aquel modelo, adornado de pedrería y decorado con las imágenes de los príncipes: este fue el famoso Labaro. Constantino mandó hacer otras banderas de la misma forma para sustituir á las águilas de sus legiones, y gravar cruces en sus rodadas. Todas estas variaciones se hicieron sin la menor resistencia, y esta particularidad da importancia á la visión que las motivó. Eusebio, de quien tomamos estos pormenores, descuido el fijar el sitio donde había tenido lugar este suceso, pero se infiere del tiempo necesario para efectuar estas transformaciones, que debió ser en las Gálias, y antes de ponerse en marcha Constantino para Italia.

Fiel á su celeridad habitual, había pasado los Alpes y estaba ya delante de Suza, cuando se le creía aun ocupado en efectuar sus preparativos en las Gálias. La insubria fue la primera que cayó en su poder, y una victoria que alcanzó allí sobre un lugar-teniente de Maxencio le permitió llegar sin obstáculo hasta las puertas de Roma. La superstición retenida encerrado en ella; Maxencio con su ejército, tres veces mas numeroso que el de su adversario. Esta circunstancia que hiciera el sitio imposible, amenazaba á Constantino con dilaciones perjudiciales á sus proyectos, cuando la confianza del enemigo en su muchedumbre desvaneció el terror de Maxencio, y le hizo arriesgarse á campar bajo los muros de la ciudad. Este paso volvió á Constantino la esperanza de terminar en un día aquella grande contienda. Maxencio dispuso sus fuerzas con la torpeza suficiente para paralizar los movimientos de una parte de sus tropas. Constantino no incurrió quizá en faltas de menos trascendencia; pero el cielo que quería vencer por medio de su brazo, hizo que redujeran en favor suyo. Un valor imprudente que le arastró al rededor del pérgo no fue funesto sino á Maxencio, en cuyo ejército introdujo el desorden, y que se vió reducido á apelar á la fuga. Volviendo á pasar un puente, que dispusiera con arte sobre el Tiber, para sepulturar á Constantino cuando se aventurara á atravesarle, le sintió hundirse bajo su peso y pereció así víctima de su propia estratagemas. Este suceso finalizó la guerra, pues todas las provincias de Maxencio reconocieron la autoridad de Constantino que la consolidó con su moderación. Exceptuando algunos pretorianos facciosos, á quienes degradó, todos conservaron las dignidades que estaban investidos. Entró triunfante en Roma; pero con gran dolor de los paganos no fué á ofrecer el homenaje de la victoria al Dios del Capitolio. Selló aquella especie de abjuración de la idolatría, publicando, de concierto con Licinio, un edicto que, independientemente de la libertad de conciencia concedida en un principio á todos los vasallos del imperio, contenía la órden

especial de volver á los cristianos las iglesias y fondos comunes de que se les despojara. Ambos emperadores se encargaron de indemnizar á los que hubieran adquirido estos bienes ó recibidos de la munificencia imperial.

Maximino no accedió sino en parte á estas medidas; necesitó la prueba de la desgracia para convencerse enteramente. Vencido en las desavenencias suscitadas entre él y Licinio, atribuyó sus desastres á sus sacerdotes, y tan cruel con estos como lo fuera con los cristianos, mandó asesinar un número considerable de ellos. Entonces restableció á los cristianos en los derechos de que les había privado, pero este arremetimiento tardó no le salvó. Perseguido de posición en posición por Licinio, se encerró en Tarso, donde cercado por mar y tierra, y sin esperando nada de la clemencia de su enemigo, se envenenó él mismo, y concluyó en las angustias mas espantosas una vida que mancillara con todos los excesos de la crueldad. Bioclecano, que había ensañado el primero su furor, le siguió de cerca, y tuvo un fin casi tan deplorable.

Causas de rivalidad surgieron bien pronto, como no podía menos, entre Licinio y Constantino, que quedaron solos de tantos dueños como se dividían el imperio. Algunos tratados mal observados dieron treguas de tiempo en tiempo á sus disensiones, las que terminaron al cabo de diez años por abdicación de Licinio, que fué trasladado á Thesalonica. Algunas tentativas soridas arrojadas por él para apoderarse de nuevo del poder, le condujeron á la muerte. Fué estrangulado á los ochenta años de edad, y Constantino tiene cuarenta y nueve cuando se vió dueño esclusivo del imperio.

Los frances, á pesar de sus reveses, no cesaron de aproximarse á las fronteras de la Galia. Inmediatamente después de la derrota de Maxencio se vió precisado Constantino á volver á pasar los Alpes para repunir una de sus incursiones. En el año 320, y en medio de sus desavenencias con Licinio, les opuso á su hijo Crispo, que se engrandeció por medio de triunfos parecidos á los de su padre. Este jóven príncipe, educado por Lactancio, el Ciceron cristiano, correspondió á los cuidados de este maestro ilustre. Una calumnia de Fausta, madrastra suya, que le denunció (como habiendo querido atentar á su honor, privó á Constantino y al imperio en un hijo y un héroe que debiera ser su apoyo. Constantino tenia en su carácter cierto grado de ferocidad que las semillas tardías de la religión no pudieron desarraigar de su corazón, y al mismo tiempo una violencia que no le permitía ninguna dilación entre las impresiones que recibía, y las medidas que estas le hacían adoptar. A consecuencia de su natural impetuoso, mandó matar á su hijo sin examinar nada, y cuando conoció su error, no supo hallar otro remedio sino el de mandar ahogar á Fausta en un baño. Esta última ejecución, la de Maximiano su suocro, las de Licinio y Basiano sus cuidados, y muchos otros rigores de esta clase, por justos que pudieran ser, han arrojado sobre Constantino una mancha tanto mas desfavorable, cuanto que no debían esperarse de un príncipe que se gloriaba de enarbolar los estandartes de la mas dulces de las religiones.

Poseedor esclusivo del imperio, se entregó con igual celo á los negocios de la religión y á los del Estado. La iglesia debió á sus cuidados la convocación del primer concilio general, el de Nicea en Bithinia, celebrado en el año 325, contra Arrio y sus doctrinas. Mejoró la forma de gobierno, por medio de nuevas instituciones, que dividiendo los poderes subalternos, concentraron el ejecutivo, y le dieron la suficiente energía para vigilar y contener todas las partes de un cuerpo tan vasto, amenazado incessantemente por rebeliones interiores y ataques exteriores. El éxito correspondió á estos medios; y durante los doce años que reinó solo, la estabilidad de su administracion mantuvo la paz en el interior, y fijó la victoria en el exterior, á pesar de que el cambio de todas las costumbres, la adopción del cristianismo, y el derribo de los templos y del culto de los ídolos, debieron alimentar mil causas diferentes de descontento. Pero en vez de perpetuar instituciones tan saludables, y hasta tan necesarias para la prosperidad del Estado, el mismo las debilitó con la division que hizo del imperio entre sus tres hijos; division impolitica, cuyo menor defecto fué escalar la mútua ambicion de estos príncipes, y mantener en el interior del imperio un estado permanente de disensiones, que mirara sus recursos contra los bárbaros. Constantino, que había reinado solo, y sin que sus hermanos hubieran partícipes de su poder, debió dejar, en su ejemplo á la posteridad. Aquella situacion feliz de Constantinopla, que edificó sobre los cimientos de Bizancio, y de la cual como de un punto céntrico observaba todos los movimientos que se suscitaban á su alrededor, perdió esta ventaja bajo sus sucesores; y á consecuencia de la division aquella ciudad se convirtió, por decirlo así, en una plaza fronteriza, expuesta á la vez á los insultos de los bárbaros y á la codicia de los dueños del Occidente, que se acercaron á ella poco á poco extendiendo su territorio á Iliria.

En la division de la inmensa herencia de Constantino, el mayor de sus hijos, Constantino, llamado el jóven, tuvo las Gálias, la Bretaña y la España; á Constancio, el segundo, le tocaron la Tracia, el Asia y el Egipto; y Constante, el tercero, obtuvo la Italia, la Iliria y el Africa. Mas apenas se hallaron en posesion de sus porciones,

cuando ya se pusieron en guerra para despojarse de ellas. Constantino fué muerto al año cuarto de su reinado en Aquilea, en una batalla entre Constante y él, y su herencia fué presa del vencedor, que hizo fuera generalmente llorado su hermano en las Galias. Los francos habian entrado en ellas durante la lucha de los dos hermanos; y una serie de buenos y malos éxitos les habia permitido formar en aquel territorio sus cuarteles de invierno. Constante compró su retirada y aun su alianza: el descanso que se procuró por medio de este tráfico, le perdió. Libre para entregarse á sus pasiones, suscitó mil descontentos en contra suya; formóse una conjuración, y mientras estaba de caza, Magnencio, de origen franco, y jefe de dos legiones, se hizo proclamar en Autun, en un banquete dado bajo pretexto. Constante, obligado á huir, fué asesinado en Elna, al pié de los Pirineos, despues de un reinado de trece años desde la muerte de su padre. Constantio, el último de los tres hermanos, tomó entonces medidas para hacer valer sus derechos á la herencia de Constantino. Magnencio le ahorró la mitad del camino, y su ejército, reforzado con un cuerpo de francos y sajones que se habian entregado á él con motivo de su común origen, encontró á Constantio en las márgenes del Drava, en Murcia, en Panonia (hoy Essak en Hungría). Magnencio fué vencido allí; pero su resistencia fué tan obstinada, que el campo de batalla quedó cubierto con mas de 60,000 muertos. Fué para el imperio un día de luto y de ruina de que nunca pudo reponeerse, y que redundó completamente en beneficio de los bárbaros. Constantio, cuya pérdida habia sido igual á la de los vencidos, debilitado por su misma victoria, no pudo perseguir entonces á Magnencio, que volvió á pasar los Alpes, y se fortificó hácia Aquilea. Forzado en esta posicion al año siguiente, retrocedió hasta las Gálias, y habiendo defendido mal los desfiladeros de las montañas, no tardó en verse cercado en Lion. Frustrada la esperanza del socorro que esperaba, y teniendo ser entregado por sus soldados, que principiaban á creer inoportuno el sostener su causa, asesinó en su desesperacion á todos los parientes que estaban encerrados con él en la plaza, se suicidó en seguida, y dió de este modo la última prueba de la ferocidad habitual de su carácter; por lo cual fué muy poco sentida su muerte.

Durante estas últimas campañas, Constantio se procuró el apoyo de aquellos mismos francos que le combatiéron en un principio, y que despues con una correría por el norte de Italia, habian paralizado el socorro que con tanta Magnencio. Se inclinaron por medio de sus estragos, y facilitaron nuevas incursiones á sus compatriotas. Constantio que los habia llamado se vio precisado á marchar contra ellos; pero bien pronto un tratado que le hizo aliarse con los romanos, previno las consecuencias de las hostilidades.

Desde el tiempo de Constantino, los ejércitos romanos recludaban oficiales y soldados tomados en sus pueblos. Silvano, uno de ellos, desertor del partido de Magnencio, habia contribuido en mucho á las victorias de Constantio; fué recompensado con el cargo de jefe de la caballería de las Galias, donde estaba comisionado para vijilar los movimientos de sus propios compatriotas, y lo desempeñaba con talento y fidelidad, cuando los cortesanos y los enunucos que eran omnipotentes en la corte de Constantio, hicieron que se sospechara de su lealtad. Enterado de sus maquinaciones, y asustado de los peligros que podía correr, Silvano no vió su salvacion sino en la rebeldia misma de que era falsamente acusado, y en hacerse proclamar Augusto, mientras que Constantio, no menos alarmado por esta defeccion, no halló otro medio que el asesinato para contener sus consecuencias. Ursicino, compatriota de Silvano, que como él habia sido jefe de la caballería, y que por semejantes sospechas de rebelion, estaba preso por órden de Constantio, fué puesto secretamente en libertad. Se dirigió á Colonia sigilosamente, y se presentó á Silvano, como un oprimido que acababa de escaparse de la tiranía, y que le ofrecia su resentimiento y su brazo. Silvano poco desconfiado, le acció como compatriota desgraciado, y cinco dias despues pagó con su vida el exceso de su confianza. Indignados por tal traicion lo amigos de Silvano, llamaron á los bárbaros para vengar su muerte. Estos cercaron á Colonia, que se rindió despues de diez meses de sitio, y á favor de sus usurpaciones se vieron bien pronto poseedores, en las márgenes del Rhin, de un territorio de veinte leguas de longitud. Oprimidos los pueblos por los magistrados romanos, lejos de alarmarse con sus progresos, encontraron una perspectiva de libertad en la de su dominacion, y enviáron la suerte de las comarcas que se hallaban ya sometidas.

La situacion de las Galias era crítica; pedian un jefe, que al par del poder tuviera la consciencia de un nacimiento ilustre. Pero Constantio no tenia hijos varones, y la familia de Constantino estaba próxima á extinguirse. El mismo emperador habia contribuido á ello con la intancia que habia mandado ó permitido hacer de sus tíos ó de sus primos, cuando él y el ejército quisieron asegurar el imperio á solos los hijos de Constantino. Galo y Juliano, hijo de Julio Constantio, hermano de Cloro, fueron los únicos que se libraron, y que la religion ocultó algun tiempo en el secreto de su santuario. Despues, Galo que llegó á ser cuñado de Constantio, no por eso dejó de perecer por sus órdenes, por aspirar á la independencia, y Ju-

liano habia pensado hallarse envuelto en su infortunio, pero no sufrió mas que un destierro. A pesar del ódio que le tenia el emperador, fué llamado por él en esta ocurrencia, y creyóese necesario para restablecer la autoridad del imperio en las Galias que Constantio no podia visitar. En su defecto envió allá á Juliano, á quien creó César, y al que casó con su hermana Elena. No le confió sino una autoridad bastante precaria, y que estuvo subordinada á los jefes en quienes mas confiaba. Lo que puede escusar á Constantio, y hasta justificar su reserva en tal proceder, fué que Juliano salia, por decirlo así, de la escuela, y que no tenia ninguna idea del arte militar cuando marchó á su destino. El mismo César pasó el invierno en Viena, mientras que sus tropas recorrían la parte de Reims, y aprovechó este tiempo en estudiar su profesion en los libros, como hiciera antes Luculo, y con el mismo buen éxito. En la primavera marchó á Autun, que acababa de sufrir un ataque inesperado de los germanos, y que no debió su salvacion sino á la resistencia de algunos veteranos, que no participaron del espanto general esparcido en toda la ciudad. De Autun, pasando por Auxerre y por Troyes, marchó á Reims, tomando siempre el camino mas corto, aun cuando estaba infestado de partidas enemigas, con las que le fué preciso escaramuzar de vez en cuando.

Estas imprudencias de un guerrero novicio, le fueron útiles para familiarizarse con el peligro, pero no tuvo que poner á prueba su valor en la primera campaña. Sus fuerzas impusieron de tal modo á los enemigos, que en todas partes se retiraban ante él, habiendo regresado sin tropiezo á Colonia, cuyas fortificaciones se apresuró á reparar.

Juliano estableció sus cuarteles de invierno en Sens, habiéndose alejado de las fronteras con objeto de preparar con mas tranquilidad su plan de campaña, y proveer con mayor facilidad á la subsistencia de las tropas, que podía tener dispersadas con mas seguridad. Pero esto era una falta ante un enemigo activo y vijilante, muy á propósito para un golpe de mano. En el momento en que Juliano lo sospechaba menos, vióse cercado de repente en la ciudad por un ejército de bárbaros que burlaron su vijilancia. Mandó llamar al instante á Marcelo, que mandaba la caballería, y se hallaba á poca distancia de Cl. Pero Marcelo en virtud de instrucciones secretas de Constantio, que interpretó quizá como disposiciones odiosas de este príncipe para con Juliano, permaneció tranquilo. Condenado así á sucumbir, y contando con tan poca jente, que no podía intentar el salir, no pudo Juliano hacer mas que rechazar los asaltos, auxiliado por los habitantes, á quienes animó con su valor. Su constancia triunfó de la intrudería de los sitiadores, que se retiraron al cabo de un mes. La destitucion de Marcelo fué la única satisfaccion que pudo obtener de la especie de traicion, de que estuvo espuesto á ser víctima.

Hallábase obligado siempre Juliano á depender de la buena voluntad de jenerales que no recibían sus órdenes, con cuya ausencia tenia que contar, y que hacían mérito de desobedecerle siempre; y bajo estos malos auspicios se vió precisado á emprender una nueva campaña. Barbacon, que llegaba de Italia, debía, de acuerdo con él, oprimir á los germanos entre los dos ejércitos; pero habiendo llegado á las inmediaciones de Basilea, atacó solo, con la esperanza de obtener solo tambien la gloria del buen éxito; no recibió mas que la vergüenza de una derrota, y su despecho puso en juego quanto fué posible para hacer sufrir á Juliano la misma suerte. En vez de seguir el plan de operaciones adoptado para envolver al enemigo, no avanzó, permaneció inmóvil, dejó pasar una y dos veces á los bárbaros sin permitir que se les atacara, destituyó á los oficiales que pretendieron intentarlo, y entre otros al tribuno Valentiniano, que fué despues emperador.

Juliano necesitaba bareas para desalojar á los bárbaros de algunas islas del Rhin; Barbacon mandó incendiar las suyas para evitar el dárselas. El resultado de tantos manejos fué colocar á Juliano en la situacion de verse atacado cerca de Argenterote (de Strasburgo) por todas las fuerzas de los germanos, tres veces mas numerosas que las suyas. Pero aquella inferioridad fué compensada por parte de Juliano con la ventaja de mandar solo, y por la confianza que sus tropas tenían en él, que la habia adquirido por medio de su trato sencillo y amable, y por una vida dura que le hacia participar de todas las incomodidades del soldado. Clodomoro, jefe de los príncipes coaligados, envejecido con sus antiguos triunfos, cuando fueron reclamados sus socorros por Constantio contra Decencio, hermano de Magnencio, se adelantaba con una seguridad que no le hacia disminuir nada las medidas de precaucion que exijia la prudencia. En el primer choque cejó la caballería romana; Juliano se presentó al momento delante de los fugitivos, y su persona fué un obstáculo que no osaron atropellar. Volvieron atrás; la infantería, apoyada por ellos, rodaron sus esfuerzos, rompió las filas del enemigo á su vez, y estrechándole mas y mas, hizo inclinar por fin la balanza al lado de los germanos. Clodomoro fué hecho prisionero, y los bárbaros, precisados á volver á pasar el Rhin, fueron rechazados todavia á la otra parte del mismo. Juliano hizo redificar allí una fortaleza que habiéndola construido antes por Trajano, á intimidido de tal modo á los germanos con esta barrera, por medio de la cual los tenia sujetos como con un freno, que pidieron

la paz; pero una tregua de diez meses fué el único favor que creyó á propósito concederles.

A su regreso fué cuando encontró una partida de seiscientos francos, que creyéndole ocupado por mucho tiempo en Germania, se habían arriesgado á penetrar en las comarcas queiega el Mosá, donde habían saqueado varias aldeas. Al aproximarse Juliano, se atrinchero á ríon, rodeado de dos castillos, sobre el río, raron lo mejor que pudieron en las ruitas de los estilos, y permanecieron allí dos meses, que fuese deshonrar entre ellos randise, y que segen Libanio, no hubo ejemplo de ello, creyeron poder ceder esta vez sin vergüenza á un general de tanta reputación como Juliano. Esta prueba de aprecio lisonjeó mucho el amor propio del jóven César: lizo llevar honrosamente sus prisioneros á Constancio, y este se apresuró á diseminarlos en sus legiones, juzgando, añade Libanio, que eran otras tantas torres que intercalaba entre sus soldados. Tantas victorias no fueron suficientes para poner en favor á Juliano. Los cortesanos, halagando la aversión de su señor, deprimieron los lauros del jóven príncipe, y no le llamaban mas que Victorino (el vencedor pequeño, aludiendo á un general de este nombre, que en tiempo de Galieno obtuvo algunas ventajas en la Galia contra los mismos enemigos, y que hasta había sido investido de la púrpura por algunos momentos. Juliano acabó el invierno en Lutecia (París), á cuya ciudad parecía tener afecto. Créese que el palacio de las Thermas, fuera de la ciudad propiamente dicha, y situado hacia el sitio de la calle de Mathurin, fué su casa.

En la campaña siguiente atacó los diferentes pueblos de la confederación de los francos, los cuales, por estar poco unidos entre sí, fueron presa sucesivamente del vencedor; pero generoso en la victoria, se la hizo llevadera fácilmente. Adquirió además auxiliáre entre los vencidos, y formó en su ejército dos cuerpos de salienos, que eran los mas afamados entre los francos. Pero en su última campaña fué donde adquirió particularmente la gloria mas pura, cuidando de reparar los estragos de los bárbaros, y poblando de nuevo las ciudades y comarcas que habían asolado. Estas virtudes pacíficas en medio de lo embrazoso de la guerra, la sabiduría de su administración, su firmeza en reprobá la recaudación de impuestos fuera de lo necesario, y por último, la protección que concedió á los obispos ortodoxos, perseguidos por Constancio, que favorecía el arrianismo, escitaron á favor suyo en las Gálias, un entusiasmo tan general como merecido.

Sin embargo, ya fuese envidia ó una necesidad real, Constancio, que meditaba una expedición contra los persas, pidió varias legiones á Juliano. Este obedeció sin murmurar; pero no sucedió lo mismo con los soldados. El pesar de dejar un general, al que profesaban afecto, la opinión generalmente esparcida de que no se le debilitaba sino para abandonarle á merced de los bárbaros, la repugnancia, en fin, de dejar su propio suelo para ir á combatir bajo una temperatura á la que no estaban acostumbrados, todos estos motivos y otros ademas sublevaron poco á poco los ánimos, y los hicieron pasar muy pronto á una rebelión declarada contra la autoridad de Constancio. En su efervescencia se dirigieron las tropas al palacio de Juliano, y elevándose sobre un broquel, le proclamaron Augusto. Juliano resistió en vano: le ofrecieron la corona con amenaza; y vióse obligado á ceñir su cabeza para sustraer esta del furor que empezaba á apitar á los soldados. Su consentimiento y una gratificación que lizo distribuir, acabaron de restablecer la tranquilidad. Juliano se apresuró á hacer sabedor á Constancio de este suceso, y de la imposibilidad en que se había visto de impedirlo. Constituidos ambos en la necesidad de someterse á las circunstancias, le pidió que autorizara con su consentimiento la dignidad de que se hallaba investido. Constancio, ciego de cólera le envió un oficial encargado de reconvenirle por su ingratitud, de intimarle la órden de despojarse de las insignias de una autoridad ilegítima, y de destruir á los agentes que habían favorecido aquella revolución. Pero Juliano contestó que si cuando huerauo debió algun reconocimiento al emperador por los cuidados que había tenido con él en su infancia, le era impropio á Constancio acusarle cuando á este tambien debía imputar las desgracias que le habían privado de sus padres. En cuanto á su nueva dignidad declaró que se despojaria gustoso de ella, si el ejército lo consentía. Pero al oír sus soldados estas palabras, renovaron su elección con entusiastas aclamaciones, y el enviado de Constancio hubiera sido hecho pedazos sin la protección de Juliano. Creyendo la animadversión por ambas partes, y no disimulando Constancio el proyecto de reducir á Juliano por la fuerza, tomó este último las convenientes medidas para asegurar sus nuevas pretensiones. Se trasladó aceleradamente á Siria, y disponiéndose para marchar sobre Constantinopla, cuando Constancio interrumpiendo su expedición contra los persas para salir á su encuentro, fué atacado en el camino de una fiebre de que murió, no dejando mas que una hija, que casó despues con Graciano.

A las zozobras que los cuidados del gobierno y las revoluciones del imperio habían producido á Constancio en el transcurso de su reinado, se unieron todas las que se procuró espontáneamente por su celo en favor del arrianismo. Aquella heregía condenada en Nicea había adquirido nuevas fuerzas con la muerte de Constancio. Aun en vida de este príncipe, Atanasio, patriarca de Alejandría, y el defensor mas acérrimo de la creencia católica, había sido desterrado á Treveris. La iglesia de las Galias, preservada del vusno del error, recibió con placer en su seno á este generoso confesor de la fé de la Trinidad. Sin embargo, en el concilio de Arlés, celebrado en el año 353, muchos de sus obispos, á fuerza de vejaciones, tuvieron la debilidad de anatematizarle. Engañados tambien en 358 en el de Rimini, con todos los otros obispos de Occidente por las espresiones ambiguas del astuto Valente, dieron á la heregía el triunfo de aprobar el formulario capcioso que les fue presentado, y que firmaron por amor á la paz: triunfo efímero por cierto, porque aquella fórmula equívoca no era herética en el sentido que la tomaron los padres, sino en el que la interpretaron los arrianos; y porque estos mismos padres retractaron en su mayor parte una adhesión arrancada por sorpresa á su buena fé. Tan pronto como reconoció que se pretendía hacerles hablar de un modo distinto al que ellos pensaban, Hilario de Poitiers, desterrado en Frigia, por haber resistido dos años antes en el concilio de Beziers, las innovaciones que se pretendía introducir en la fé, y enviado de nuevo á su patria después del concilio de Seleucia habido en Oriente al mismo tiempo y con el mismo fin que el de Rimini, pero con menos éxito en favor de los arrianos, contribuyó en gran manera con su celo á alentar el valor de sus cólegas, y hacer restablecer en las confesiones de la fé, la palabra *consustancial* que cerraba la puerta á todos los que aparentaban falsamente separarse del error.

Los obispos de la Galia estaban poseídos hacia mucho tiempo, de este tan laudable celo para sofocar los cismas y heregias, y conciliar los ánimos. Desde el tiempo de Montán, desvarios célebres por la caída de Tertuliano, habíaseles visto escribir á las iglesias, que aquella nueva doctrina dividiera, y entrometirse para restablecer la paz en ellas. Ireneo simple sacerdote aun de la iglesia de Lyon, que debía gobernar mas tarde, fué portador de estas cartas, y veinte años despues hacia el 197, se empleó todavía, aunque con menos éxito, en hacer convenir á la iglesia de Oriente y Occidente, en la época de la celebración de la pascua. Pero en lo que mas gloria alcanzó, fué en haber logrado á sostener la union entre ellos no obstante, aquella diversidad de las medidas violentas del papa Victor, que separaba de su comunión á los que no se adheririan á su dictamen. Victor murió al año siguiente, y sus sucesores no creyendo oportuna la observancia de su decreto, cada iglesia hasta el concilio de Nicea, pudo conservar respecto á esto, sus usos particulares. En el año 258, los obispos de la Galia concurren todavía para mantener la unidad de la iglesia en su primera silla, pronunciándose contra los secretarios de Novacion, primer antipapa. Por eso la estimacion que se habían adquirido, era tal que en el primer concilio de Arlés, celebrado en el año 314, Constantino sometió á su juicio la confirmación del concilio de Roma contra los donatistas, y el concilio general de Nicea, adoptó las decisiones del mismo concilio respecto á la celebración de la pascua y bautismo de los herejes.

Juliano, exento de todo motivo de inquietud por la muerte de Constancio, continuó tranquilamente su marcha, y fué recibido en Constantinopla con generales aclamaciones. Su corta administración no ofrece ya nada de particular en la Galia todos sus desvelos se con sagraron al restablecimiento del paganismo, y á una nueva expedición contra los persas, en la que encontró la muerte.

El ejército constituido en la necesidad de nombrarse un jefe para salir de la posicion embrozosa en que Juliano le dejara en medio de los desiertos de la Mesopotamia, eligió á un cepto cristiano llamado Joviano, á quien Juliano, á pesar de sus preocupaciones, había sabido conservar á su lado. Este oficial, tan distinguido por sus talentos como por sus principios, despues de haber sacrificado algunas provincias á lo crítico y difícil de las circunstancias, volvía tranquilo á Constantinopla donde era deseado, cuando le asfixió el tufo del carbon, imprudentemente encendido en la cámara en que se había acostado. Algunos años antes, Juliano durante su estancia en Lutecia, estuvo á punto de perecer de igual accidente. La brevedad del reinado de Joviano no le permitió dar á la Galia otras muestras de benevolencia, que el nombramiento de algunos oficiales encargados de velar por su defensa.

Valentiniano, tribuno militar, le sucedió por los sufragios del ejército, que le pidió nombrarse un cólega, con el fin de prevenir el conflicto en que se había hallado la causa pública á la muerte de Juliano. Fijó entonces su vista en Valente su hermano, y lo estableció en Oriente, donde este príncipe trató de hacer prevalecer el arrianismo. Reservóse para sí el Occidente, y conservó allí los principios de la Ortodoxia. Desde esta época data la division del imperio, en imperio de Occidente é imperio de Oriente.

En esta misma época tambien se volvió á experimentar con nueva violencia el desbordamiento de los bárbaros. Entre los generales que

les el opuso Valentiniano, se cuenta el conde Teodosio, padre de Teodosio el grande. Encargado de rechazar á los francos, habia obtenido algunas ventajas sobre ellos, cuando fué enviado á la Bretaña. Joviano su sucesor, gran maestre de la caballería en las Galias, prosiguió estos primeros progresos, y dió tan ruidosos golpes á los germanos, que les obligó á dejar las Galias en paz, por espacio de algunos años.

Estas fueron el teatro en que Valentiniano, para socorrer las intenciones de los que habian pensado en darle un sucesor, con motivo de una enfermedad que tuvo en Amiens, elevó al poder imperial á Graciano su hijo, de edad de doce años. Tanto para adiestrarle en el arte de la guerra, cuanto para que el soldado le cobrara afecto, le tuvo casi siempre á su lado en sus expediciones militares, y particularmente en la que emprendió para contener á los francos, que alternativamente sumisos y amenazadores, no cesaban de inquietar el imperio. Su expedición fué como todas las precedentes; la ciencia militar venció el valor, pero sin poderle abatir: los vencidos se retiraron á sus bosques, esperando volver á tomar la ofensiva. Convenido Valentiniano de la inutilidad de sus esfuerzos, cambió de táctica: les opuso al principio una línea de fuertes y atrinchamientos, desde la Rhecía hasta el Océano, y concluyó de asegurarse por medio de la alianza que contrajo con los unos, y las divisiones que fomentó entre los otros.

Estas medidas les permitieron volver sus fuerzas contra los quados (los moravos), que trataban entonces de vengar una traicion, de la que su rey habia sido víctima. El franco Merobodo mandaba el ejército romano; batió á los quados que, reducidos á rendirse, enviaron diputados á Valentiniano. Pero sea que á este emperador le chocase su traje grosero que estimó como un insulto, sea que estuviese poco satisfecho de sus excusas, se encolerizó tanto contra ellos, que la sangre le salió por la boca, y le sofocó.

Graciano se habia quedado en las Galias para vigilar las fronteras. El ejército victorioso, hallándose á igual distancia de él que de Valente, nombró por jefe y proclamó emperador á Valentiniano, de edad de cuatro á cinco años, hijo que fué el último emperador de Justina, su segunda mujer, viuda de Magnencio, y que se hablaba á la sazón con su madre cerca del campamento. Graciano se ofendió al pronto, y concluyó por aprobar la eleccion; lo que hizo con sinceridad, y no cesó de tratar á su hermano con el cariño y los sentimientos de un padre. Le cedió la Italia, la liria y el Africa, bajo la tutela de su madre y uno de sus tíos, á los que asoció los dos francos Merobodo y Baudon.

Cuatro años despues de la muerte de Valentiniano, Valente su hermano sucumbió á los esfuerzos de los godos. Los hunos y Alanos, pueblos tartaros, que tres siglos antes fueron rechazados del Este de la Asia hacia el Oeste por los soberanos de la China, habitantes limítrofes entonces de la Laguna Meotides (el mar de Azof), que los separaba de la Europa, quedaron tan circunscritos en sus límites, que creyeron imposible romperlos. El azar de una caza les dió á conocer que estos pantanos no eran impracticables; bien pronto la inquietud natural de estos pueblos sin adhesión al territorio que les viera nacer, les indujo á arriesgarse en ellos. Encontraron mas allá los godos, que hubieron delante de ellos por la orilla izquierda del Danubio, y que solicitaron de Valente por medio de Ufilias, su obispo, el permiso para atravesar el río y ponerse al abrigo. Valente se apresuró á acceder á una proposición que le proporcionó una multitud de súbditos para poblar de nuevo las comarcas desoladas de la Tracia. Pero sea que tuviese error de arrepentirse, aunque tarde, de tal concesion, sea que fuese error de sus ministros y generales, aquellos pueblos no tardaron en ser tratados como enemigos por la sustraccion de viveres que se les hizo sufrir. Desesperados por el hambre se armaron contra sus pretendidos bienhechores, batieron á los generales de Valente, inundaron la Tracia, y estendieron sus correrías hasta los arrabales de Constantinopla. Valente que estaba en Asia, corrió á la defensa de sus provincias, y solicitó al mismo tiempo el auxilio de su sobrino. Graciano se apresuraba á mandarles dos legiones y hasta se disponia á seguirlos, cuando los germanos, siempre al acecho de las circunstancias, pasaron el Rin por encima del hielo en los alrededores de Argentorate (de Strasburgo), y le precisaron á pensar en su propia defensa. Se vió obligado á llamar sus dos legiones; pero habiéndose unido con las tropas que le llevaba Merobodo, á quien habia confiado el gobierno del estado durante su ausencia, atacó á los guerreros, y los derrotó en una batalla mas sangrienta que la que veinte años antes empeñó Juliano en el mismo sitio, la cual proporcionó un prolongado reposo á la Galia. Libre entonces para volver á emprender sus primeros designios, marchó Graciano con presteza hacia el teatro de la guerra, que habia entre godos y romanos, y estaba próximo á llegar á él cuando Valente, que confiaba ya mas en sus fuerzas, teniendo que una dilacion en el ataque le privara del honor de la victoria, buscó con ahinco á los godos, que fingian tener por su posición entre dos ejércitos, les hacia aspirar al combate. El encuentro tuvo lugar cerca de Andrinópolis, y fué tan funesto á los romanos, que esta jornada, como la de Meursia, ha sido puesta en el número de las causas que precipitaron ja ruina del imperio. Valente pereció en ella, quemado por los bárba-

ros, aunque ignorándolo estos, en una cabaña donde se habia ocultado. Graciano no llegó sino para recoger los restos del ejército, y puso á su cabeza á Teodosio, que habia mandado ya en Mesia, pero que se retiró á España, su patria, despues de la desgracia y el suplicio del conde Teodosio su padre. Este, víctima de las intrigas de la viuda de Valentiniano y del odio del susceitor Valente que aprovechó en la prediccion de un pretendido oráculo temia tenerle por sucesor: habia sido denunciado por él á Graciano como su traidor, y Graciano, débil ó engañado, se dejó privar de dos apoyos importantes. Enmendó entonces su falta todo lo que le fué posible, y los talentos del nuevo jefe no tardaron en atraer de nuevo la victoria las insignias de los romanos. En poco tiempo limpió el pais de bárbaros, y les obligó á volver á pasar el Danubio.

Graciano experimentaba, sin embargo, toda la dificultad de gobernar el Occidente y el Oriente, con la débil asistencia que pudiera tener de sus lugar-tenientes; y habia creído reconocer, que además de las dotes mas distinguidas, era preciso tener un interés personal en la gloria y la prosperidad del imperio para atender á los múltiples cuidados que exija en aquellos tiempos tan desastrosos. Las últimas proezas de Teodosio le indicaron el colega que necesitaba elegir, y una aclamacion general del ejército acotjó su eleccion cuando la propuso. Le designó por departamento el Oriente, y poco despues le envió auxilios al mando de los condes Baulor y Arbogasto, ambos francos, con cuya ayuda acabó Teodosio de expulsar á los bárbaros de todo el pais que habian invadido, ó consiguió convertirlos en súbditos.

Graciano, que para la salvacion del imperio, acababa de revalidar á Teodosio de la púrpura imperial, habia satisfecho, al principio del mismo año, la expresion de su reconocimiento, invistiendo con la púrpura consular al poeta Ausonio, de Burdeos, que habia sido su preceptor. Procuró, cuando le fué dable, por hallarse en Treveris en la época de la renovacion de las magistraturas, con el objeto de instalarle él mismo en sus funciones, y dar con este acto relevante de favor una prueba felicitante de su amor y proteccion á las bellas letras.

El imperio separaba especialmente en Occidente, pero aquella tranquilidad engañosa y aparente, adormeciendo al príncipe en la molificie, dió margen á su ruina. Abandonadas las riendas de la administracion, producian motivo de descontento y daban á las facciones la facilidad de estallar contra él, mismo mas cuando los provocó aun con varias inconsecuencias, entre las cuales hay que contar las preferencias harto marcadas en favor de los extranjeros. Los francos eran especialmente el objeto de su predileccion, y fueron honrados con los mas altos destinos de la corte. Pudo este capricho tan mortificador ya para sus súbditos, fué hasta un cierto punto á ser vió prodigar sus favores aun á los Alanos, y olvidar las leyes del decoro hasta el punto de usar su traje.

La primera chispa de la rebelion salió de la Bretaña; Máximo, que mandaba allí, compatriota de Teodosio y su compañero de armas, envidioso de una posicion de que se consideraba igualmente digno, descontento de Graciano por no haber recompensado el mérito que creia tener, provocó la infidelidad de sus legiones, ó segun algunos autores que le son favorables, se vió precisado á ceder á sus instancias. Satisfecho en un principio de su nueva condicion, se habia contentado con disfrutar pacíficamente de ella en el sitio de su gobierno; pero habiéndose aumentado su ambicion por el buen éxito de sus maquinaciones, pasó al continente y se robusteció con las lecciones sacadas de las dos Germanias. Al rumor de esta defeccion, abandonó Graciano apresuradamente á Treveris y se refugió en Lutecia, á donde dió órden de acudir á las tropas que le habian permanecido fieles. Máximo le persiguió hasta dicho punto: por espacio de algunos días, algunos encuentros aislados parecian anunciar una refriega general. Pero ocultaban una negociacion secreta que hizo pasar todo el ejército de Graciano al campo del enemigo. Este principio no tuvo otro resultado que la fuga, marchó acompañado tan solo por trescientos guinetes fieles, entre los que se encontraban los dos francos, Merobodo, cónsul entonces por segunda vez, y Baudon, condecorado con las insignias triunfales. Ya legaban cerca de Lion, cuando detenidos por una astucia de Andragatio que los perseguía, cayeron en sus manos y fueron muertos. De este modo pereció Graciano, de edad tan solo de 28 años. Gracianopolis (Grenoble) le debe su origen. Valentiniano, demasiado jóven todavía para tener una voluntad firme, y estrechado además por una incursion de bárbaros, suscitada por Máximo, no pudo socorrer á su hermano, y la necesidad de las circunstancias le obligó á estipular la paz. San Ambrosio fué en aquella ocasion el negociador de Valentiniano.

Máximo fué á disfrutar en Tréveris el fruto de su usurpacion, y señaló en ella su gobierno por la estirpacion de la heresia de los priscilianistas que acababa de nacer en España, y que debia hallar su fin en las Galias de una manera desastrosa, porque fué sangrienta y provocada por dos ministros del altar, Prisciliano y sus secretarios profesaban casi los mismos errores que Manes sobre el origen del bien y del mal. Unian á esto los absurdos de la astrología judiciaria, predichaban un rigorismo desmedido, condenaban el matrimonio, y sin embargo, si se ha de dar crédito á sus acusadores, se en-



tregaban á mil prácticas impuras. Descubiertos y denunciados por los obispos Idacio e Itacio, fueron condenados el año 380 en un concilio habido en Zaragoza; pero resistieron el fallo del concilio, y llevaron la rebelión hasta consagrar á Prisciliano obispo de Avila. Sin embargo, la intervención del brazo secular reclamada por Idacio, los obligó á evacuar sus iglesias, así como las ciudades y provincias que ocupaban. Despedidos por san Ambrosio, cuyo apelo reclamaron, y por el papa Dámaso que les prohibió la entrada en Roma, fueron mas felices con Graciano, cuyo favor conquistaron auxiliados por uno de sus principales oficiales á quien sobornaron, y por su crédito fueron restablecidos en sus iglesias. Siendo tan culpables como eran, habían obtenido mas de lo que podían esperar. Pero á consecuencia de la insaciable codicia a. eja á la flaqueza humana, la satisfacción que lo granaron, les pareció insuficiente hasta tanto que no rinesen la de la venganza. Perseguidor á Idacio á su vez, y lo precisaron á refugiarse á Treveris. Allí estaba cuando Máximo, y vecedor de Graciano, fué á ocupar la capital de las Galias. Impulsado por un resentimiento culpable ó quizá sin ningun otro destino que el de obtener una justa reparación, habiendo presentado al usurpador una demanda contra sus adversarios, fué señalada la celebración de un concilio en Burdeos el año 384 para juzgar esta cuestión, y Prisciliano fué condenado en él por unanimidad. Pero fuera que este pretendiese sacudir desde entonces el yugo de la autoridad religiosa, ó que temiera que la apelación á otro poder eclesiástico le condensase de nuevo, apeló al tribunal de Máximo, y su recurso fué admitido como lo habia sido la reclamación de Idacio. Jueces civiles fueron encargados de examinar de nuevo aquella causa, y por lo mismo, Idacio se vió en la necesidad de presentarse como acusador ante un tribunal inusitado. La naturaleza de las circunstancias hubiera permitido quizá escusarle del ministerio odioso que se vió obligado á desempeñar, sin el encono que manifestó en su prosecución. Este procedimiento conmovió á la Iglesia, é hizo recabar sobre el mismo concilio de Burdeos algun vituperio, por no haber protestado contra la ilegalidad de una apelación hecha para ante una autoridad incompetente. Pero consideró sin duda la inutilidad probable de su reclamación, y á mió quizá tambien aparecer parcial recusando á los jueces elegidos fuera del seno del clero. Despues de muchas sesiones, el tribunal confirmó la condenación de Prisciliano y sus sectarios, y pronunció sentencia de muerte contra ellos. Idacio no asistió á esta última sesión, y nombraron de oficio un suplente.

Esta fué la vez primera que se vió con no menos admiración que aspeanto, espiarse el crimen de herejia con la efusión de sangre: sobre lo que es de observar, que este escándalo fué dado por la intervención irregular del poder civil, llamado, no á hacer ejecutar una decisión eclesiástica, sino á pronunciar una sentencia que fué imprudentemente provocada por la herejia misma; y que la Iglesia, lejos de favorecer procedimientos tan contrarios al orden como á la caridad, manifestó un justo horror por la conducta de Idacio. Algunos obispos le declararon fuera de su comunión, y san Martin se cuenta en este número. Habia ido este santo á Treveris para pedir á Máximo el perdón de algunos oficiales á los que su adhesión á Graciano hiciera culpables á los ojos del usurpador, así como para tratar de contener el efecto de las últimas severidades que se proponian estender á España sobre los sospechosos de Priscilianismo. Todo le fué concedido bajo la condicion espresa de comunicarse con los idacianos; pero á tal precio rehusó las gracias que se le ofrecian. Sin embargo la orden dada de tratar cruelmente á los culpables alteró su resolución, y consintió por último en asistir con los obispos idacianos á la ordenación de Felix, obispo de Tréveris, ordenación que luego rehusó ratificar con su firma. Así al instante se arrojó de su concendencia que tuvo por debilidad, y se marchó á Hloraria en su retiro, de donde no quiso salir para asistir á ningún concilio.

Esto retiró era el famoso monasterio de Marmoutiers, edificado por el abate de Tours el año 374, y uno de los primeros que la Galia vió elevarse en su seno. De aquella especie de seminarios en donde la piedad y la instrucción era igualmente cultivadas, y del de la isla de Lerins, fundado despues por Honorato, obispo de Arlés, salieron como de un plantel una multitud de obispos doctos y santos memorables, que sostuvieron la gloria que adquiria la iglesia de las Galias por la constancia de sus mártires, la santidad de sus obispos y la ciencia de sus doctores. Entre sus mas ilustres pastores se distinguen Maximino de Treveris, Hilario de Poitiers, Martin de Tours, llamado el segundo apóstol de las Galias, German de Auxerre, Loup de Troyes, Victoreo de Ruan, Exupero de Tolosa, Ursicino de Sens, Euverto y Agnan de Orleans, Renato de Angers, Sidoño de Clermont, Manerto de Viena, que instituyó las rogativas, y Nicasio de Bigne, el único de los obispos de la Galia que se encontró en el concilio de Nicea. Por último, entre los doctores y escritores eclesiásticos de la misma iglesia, se cuenta en este tiempo á Ireneo y Eucler de Lion, Victorino é Hilario de Poitiers, Phebado de Agen, Paulino, despues obispo de Nola, el monje Casiano, fundador de innumerables monasterios en las Galias, y Sulpicio Severo, autor de un compendio de la historia sagrada y de la vida de san Martin. Algunos cuentan tambien á san Ambrosio,

arzobispo de Milan, que nació en Tréveris, donde su padre era prefecto del pretorio. Las innumerables escuelas esparcidas en las Galias, alimentando el fuego sagrado de las bellas letras, favorecieron los trabajos de estos escritores. Destruyendo desgraciadamente las incursiones de los bárbaros todos los monumentos literarios, cubrieron de nuevo con las tinieblas de la ignorancia este hermoso pais, al que Marsella y Roma habian hecho partícipes de todos sus conocimientos. Se debe á los eclesiásticos, y particularmente á los monjes, el beneficio de haber conservado algunos restos de ellos, que con el tiempo han devuelto á la Europa dejenada las luces que las destrucciones le arrebataron.

La tendencia de la ambicion es acrecentarse con los buenos éxitos. Máximo, dueño de las Breñana, aspiró á la España y á la Galia; poseedor de estas comarcas, codició la Italia. Sorrido á los consejos y predicciones de san Martin, no obstante la paz jurada y las nuevas convenciones, por las cuales volvió san Ambrosio á las Galias, pasó los Alpes de improviso y faltó loco para sorprender á Valentiano en Milan. Este príncipe tuvo la felicidad de escaparse con Gala su hermana, y de volver al lado de Teodosio. Escitado á la vez por el reconocimiento y por los cantos de Gala cuyo rano sollicitó, Teodosio abrazó con entusiasmo la causa de su cuñado. Una doble victoria los Alpes en Panonia sobre Máximo, obligó á éste á volver á pasar los Alpes y encerrarse en Aquilea. Pero acometido muy pronto en esta plaza, fué entregado al enemigo por sus propias tropas. Se cree que Teodosio quiso salvarle la vida, pero que la ferocidad de los soldados se anticipó á los efectos de su clemencia. Argobasto, que mandaba los auxiliares del ejército victorioso, enviado á las Galias para apoderarse del hijo de Máximo, á quien su padre habia creado César, desempeñó tambien su comision é hizo perecer á este jóven. Ultimamente, Andragathio, que habia sido el homicida de Graciano, no esperando perdón, y hallándose cerca del mar se precipitó armado para librarse del suplicio. Despues de estas ejecuciones, un indulto general atrajo al partido de Valentiano los que le combatian antes, porque Teodosio, renunciando los derechos de la victoria, nada se reservó de lo que perteneciera á su bienhechor.

Pero necesitábanse entonces cualidades nada vulgares para sostenerse en el trono mas elevado, y el aumento de poder con que el despojo de Máximo enriqueció al jóven Valentiano, no pudo librarse de sufrir la misma suerte que su hermano. Argobasto, que durante sus desgracias le habia servido con fidelidad, se constituyó en ministro suyo y fué verdaderamente su dueño. Militar consumado, sus solas ansias habian bastado para obligar á Marcemiro y Sunnon, jefes de los francos, á entregar las insignias y despojos que durante las refriegas de Valentiano y Máximo habian arrebatado á los romanos despues de una derrota comparable con la de Varus. Político hábil, se prevaleió de su experiencia para atreverse á contrarrestar las órdenes del mismo príncipe. Cansado de tanta alize resolvió éste alejarse de su persona, y en una ceremonia solemne le mandó un escrito, por el que le destituía de todos sus empleos. El auzd ministro, lejos de desconcertarse por el aparato que le rodeaba, conociéndose con bastante prestigio entre el ejército, se valió de esta ocasion para romper con descaro el freno de la obediencia. Pisotó el escrito, y declaró al mismo emperador que no habiendo recibido nada de él, de nada tenia que destituirle. Indignado con tal insolencia Valentiano, echó mano á la espada de uno de sus guardias, y presagrándole el soldado qué iba hacer con ella respondió: «atravesarme el pecho, porque es lo único que resta hacer á un príncipe que no es obedecido.» Semjante escena no podia terminar sino por una catástrofe próxima y funesta al príncipe ó al ministro. Pero el último poseyó el poder: empezó por aislar al monarca de sus servidores, y los reemplazó con una guardia de francos, simulacro vano de honor que no estaba destinado sino á asegurar su victima. Bien pronto fué el príncipe confinado á Viena, y poco despues le hallaron estrangulado en su lecho. No tenia mas que veinte años y algunos meses.

Argobasto, no habiendo nacido ciudadano romano, no podia, sin oponerse abiertamente á mil preocupaciones azarosas, sentarse todavía en el trono romano. Reducido á no ocupar sino el segundo escalon, tuvo la politica de contentarse con este, disponiendo por lo demas de modo las cosas, que quedaba efectivamente como dueño. Con esta mira se habia asegurado, y no sin alguna dificultad, de un tal Eugenio antiguo preceptor de retórica, provisto despues de un alto destino en la corte, pero de una nulidad absoluta, como hombre de guerra. Revestido Eugenio por él de las insignias imperiales, participó su advenimiento á Teodosio. Sus embajadores fueron honrosamente recibidos, volviéronse con presentes, pero sin respuesta decisiva relativa al reconocimiento que estaban encargados de solicitar. Lejos de esto, Teodosio se preparaba para la guerra, y con tanto mas ardor, cuanto que el celo de la religión vino á unirse con los intereses de la politica.

En efecto, Eugenio entonces, á petición de Argobasto, restableció en Roma el culto idolátrico que habia poco que Teodosio y Valentiano proscribieron enteramente. Teodosio creia defender la obra de Dios y la suya propia, queria castigar la usur-

pación, y pretendía vengar á su cuñado. Eugenio y Argobasto por su parte no descuidaban los medios de hacer prevalecer su proyecto. Independientemente de los paganos que atraían á su causa, se procuraron otros auxilios, presentándose á la cabeza de un ejército en las fronteras de los alemanes y francos, no ya para atacarles en su territorio como otras veces, sino para conquistar su alianza por un medio mas seguro que simples solicitudes; unieron ademas la condescendencia. Argobasto descendió de su antigua altivez, y con un trato mas afectuoso logró conquistar la alianza de aquellos valientes. Apoyados con refuerzo tan importante Eugenio y Argobasto, bajaron á Italia, y fué reconquistada la Alpe juliana por donde Teodosio podría llegar hasta ellos, y al pie de estas mismas montañas bajo los muros de Aquilea, esperaron con tanta menos inquietud, cuanto que la naturaleza y el arte concurrían igualmente á hacer que aquellas barreras fueran insuperables. Pero contra su esperanza, las franqueó Teodosio, y al bajar á las llanuras de Italia, descubrió á su frente todas las fuerzas de Eugenio.

Las legiones romanas constituían en ambos ejércitos el menor número, destinadas por una y otra parte á secundar los esfuerzos ó reparar los descabalos; no formaban sino la reserva; y con este objeto estaban situadas por ambos lados en la pendiente de las colinas. Los francos y los alemanes de la parte de Eugenio, los godos, vándalos y otros bárbaros de la de Teodosio, constituían la verdadera fuerza de sus ejércitos. Las del último estaban mandadas por Estilicon príncipe vándalo, esposo de Serena, sobrina del emperador, por Gaimas oficial godo, de gran mérito, y por Alarico, jóven príncipe de la casa de los Baltos la cual daba gefes á los godos del Oeste ó visigodos, como la de los Amalos á los godos del Este ó ostrogodos. Promovido á esta dignidad despues de Fritigerno que tan funesto le



Campo de Mario en tiempo de Clodoveo.—Pág. 46.

había sido á Valente, debía serlo éi casi tan fatal á los hijos de este Teodosio, bajo cuyos pendones hacia entonces su aprendizaje en el arte de vencer y hacer temblar á los romanos. Eugenio y Argobasto habían enarbolado de nuevo las insignias del paganismo. Hércules y Júpiter aparecían de nuevo en sus estandartes. Teodosio por oposición, hizo enarbolarse la cruz en los suyos, y cifró su confianza en este signo y en la protección del cielo, cuya causa abrazaba.

Los francos situados por Argobasto en la vanguardia, habiendo recibido la órden, acometieron á los godos con su impetuosidad habitual y los desordenaron en todas partes; diez mil quedaron en el campo, y la noche salvó el resto del ejército de Teodosio, el cual quedó de tal manera debilitado, que los principales oficiales aconsejaban volver á pasar los Alpes y aplazar un nuevo ataque para el tiempo en que pudieran hacerse nuevos alistamientos. Este partido era el

que parecia mas conveniente, y el que se esperaba en ambos ejércitos. Por eso fué grande la sorpresa, cuando al día siguiente vieron á Teodosio formar de nuevo sus tropas en la llanura. Habíase indignado con los consejos tímidos de la vispera, y había considerado como una impiedad, el dejar huir las insignias de J. C. ante las de Júpiter. Lleno de confianza en un sueño profético que habia tenido la noche anterior, contaba con la victoria, y habia inspirado la misma confianza á sus soldados. Terminaba sus disposiciones, cuando recibió comunicaciones de algunos oficiales de Eugenio, los que se ofrecían á pasarse á su partido si les conservaba sus grados. Teodosio lo prometió, y recogió casi al momento el fruto de aquella sabia política, porque caía en una emboscada, cuando el oficial que la mandaba hizo rendir las armas, y se unió á él. A pesar de estas defecciones parciales, el talento de Argobasto y el valor y fuerza numérica de sus tropas mantenían la fortuna en su favor, cuando un viento puestó al ejército de Eugenio se levantó de improviso: torbellinos de polvo cegaron á sus soldados, rechazaron sus flechas, debilitaron sus golpes, y proporciónaron á los de Teodosio todas las ventajas contrarias. Este acacimiento, mirado por Teodosio como milagroso y citado como tal por todos los autores contemporáneos, decidió la victoria. Los oficiales de Eugenio pidieron cuartel y le obtuvieron, pero la condicion de entregar á su gefe. Perdió este en una nube de polvo, no habia podido juzgar del éxito de la batalla, pero presumiendo un resultado satisfactorio, preguntó á los suyos que vió correr hacía él apresuradamente, si no le llevaban á Teodosio. Por toda respuesta fué rodeado y conducido á los pies de aquel mismo Teodosio, por cuya órden fué decapitado. Desconfiando Argobasto de librarse de igual suerte, se suicidó con su espada.

Teodosio por esta victoria decisiva se vió dueño único del Oriente y Occidente; pero apenas disfrutó de este aumento de poder, pues murió tres meses despues de su triunfo, y confirmó de nuevo la division del imperio, por la que de él hizo entre sus dos hijos; Honorio el mas jóven de edad de once años, tuvo el Occidente bajo la tutela de Estilicon; y Arcadio al principío, de edad de diez y ocho años, reinó en el Oriente bajo la direccion de Rufino, que nacido cerca de Burdeos habia llegado á la dignidad de prefecto del pretorio del Oriente, y á participar con Estilicon del valor y confianza de Teodosio. Estos dos ministros, que tenían todo el talento necesario para sostener el poder del imperio, precipitaron su caída por la ambicion que quizá tuvieron de hacerse dueños de él.

El primer acto de administracion de Honorio, ó mas bien de Estilicon su ministro, fué una correría rápida por las orillas del Rin, en toda la longitud de este rio, para renovar las antiguas alianzas con los bárbaros. La reputacion de Estilicon convirtió este viage en una especie de triunfo. Todos los reyezuelos de la otra parte del Rin se apresuraron á acceder á sus invitaciones: los tratados hechos con ellos fueron confirmados, y proporciónaron á la Gália siete ó ocho años de tranquilidad, que Estilicon aprovechó para llevar sus armas al Oriente.

Rufino, á pesar de la edad de su pupilo, mandaba allí casi con el mismo imperio que Estilicon en Occidente. Sin embargo, sus miras eran mas elevadas; habia formado el proyecto de hacerse asociar al trono, y por el pronto el de acercarse á él por medio del matrimonio de su hija con Arcadio. Pero durante un viage que hizo á Antioquia para satisfacer una venganza particular, su intriga fué desvanecida por el eunuco Eutropio, que facilitó al emperador el conocimiento de Eudoxia, hija del conde Franco Bundon, y que le decidió á casarse con ella sin dilacion. Esta fué aquella imperiosa é irascible emperatriz que persiguió á San Juan Crisóstomo con tan tenaz perseverancia.

Desesperado Rufino de conseguir su objeto por los medios que imaginara en un principio, no renunció á sus primeros proyectos, y suponiendo que los desastres del imperio, haciéndole ser mas necesario podrian conducirle al mismo fin, no vació, segun dice, no obstante los males que debia acarrear á los pueblos, en llamar secretamente á Alarico y á los godos para la devastacion de la Macedonia, de la Grecia y del Peloponeso. Estas provincias estaban indefensas, y el estrecho de las Termópilas, el istmo de Corinto y la mayor parte de las ciudades fuertes estaban confiadas á traidores que tenían la órden de entregarlo todo. Con la noticia de esta invasion creyóse Estilicon llamado á la defensa del Oriente. La salvacion del imperio fué su pretexto; su ambicion y su envidia contra Rufino fueron sus móviles. Desembarcó en el Peloponeso, y á su aproximacion apresuráronse los bárbaros á retirarse. El resto de su conducta es un problema. Pero ora sea que las voluntades lo hubiesen envenenado, como lo supone Zozimo, ó que hubiese obedecido las órdenes de Arcadio que por consejo de Rufino le mandó que regresara á su Occidente y le enviara tan solamente las tropas que retenia desde la muerte de Teodosio, ora en fin, que por sus propios intereses hubiese tratado tambien con Alarico, haciéndose indiferente de improviso al espectáculo que tenia ante sus ojos, y perdiendo súbitamente de vista el objeto de sus expediciones dejó escapar á los godos sin intentar siquiera arrebatárselos despojos que dificultaban su marcha. Sus soldados por el contrario saquearon lo poco que la compasion de los bárbaros habia dejado á sus desgraciadas victimas, y él mismo se retiró, cuando no teniendo enemigos á quienes combatir, y encontrándose á la cabeza de las tro-

pas mas lucidas del Oriente, nada á lo que parece podia impedir que entrára en Constantinopla y derribára la fortuna de su émulo. A su regreso á Italia volvió á renovar los proyectos de su odio, y los puso en ejecucion por la mas insigne de las traiciones. Envió á Arcadio una parte de las fuerzas que este príncipe le habia pedido, pero puso á su cabeza al godo Gainas que estaba enterado de sus designios. Habiendo llegado aquella tropa á las puertas de Constantinopla, excitada por su jefe, manifestó el deseo de ver al emperador para rendirle su homenaje fuera de la ciudad. Sale el emperador con Rufino que se crea en el término de sus deseos, y que en aquel mismo momento no esperaba sino una palabra de Arcadio para ser declarado su cólega. El soldado hizo alarde de su alegría á vista del príncipe; después, á una señal convenida, se arrojó sobre Rufino y le hizo pedazos. Catástrofe horrible, pero digua recompensa de un ministro perverso á quien no habia asustado la perspectiva de tantas devastaciones, destinadas únicamente á abrirle un camino que le condujera al trono.



Clotilde.—Pág. 46.

Eutropo que le sucedió en el favoritismo del príncipe y que gobernó poco mas ó menos como él, no tardó en haliar una suerte tan deplorabile. Gainas hizo pedir su cabeza por sus soldados amotinados, y el débil emperador no supo otro medio de contenerlos que ceder á sus furios. Vestido de la autoridad de Rufino y de la de Eutropo, no temió Gainas seguir sus ejemplos. Escitó tambien la codicia de los bárbaros, y con fuerzas suficientes para reprimir sus fueros, los vió como espectador tranquilo asolar á su vista las provincias confiadas á su proteccion. Mas atento á su peligro que á los de los ciudadanos del imperio, les mandaba secretamente socorros, á mas de los subsidios tan vergonzosos como inútiles que les hizo conceder para obtener de ellos treguas pasajeras. Fué preciso que el mal llegase á su colmo para abrir los ojos de Arcadio á la luz de la verdad, é inspirarle la resolucion de apelar á un rasgo de energia contra un traidor que, poseedor ya de todo su poder, aspiraba aun á despojarle del vano título que le quedaba. Gainas, frustrado en el proyecto de incendiar á Constantinopla y hacerse proclamar á favor del tumulto, fué declarado enemigo del Estado y hubo todavía un jefe y soldados fieles que se le opusieron. Bien pronto, oprimido á la vez por el ejército romano y por el de los Hunos, con los que Arcadio habia hecho alianza, atacó á estos últimos y halló en el combate la muerte honrosa que no merecia.

Sin embargo, Alarico forzado por la oposicion que habia encontrado en Grecia al trasladarse á Iliria, permanecia tranquilo en ella bajo el título de comandante de esta provincia por el emperador Arcadio. Estilicon, al que se atribuyen las mismas miras y la misma política que á Rufino y á Gainas, contemporizaba con él, con la intencion

aparente de hacer pasar algun dia por su mediacion esta provincia á manos de Honorio, y con el designio irrevocable de crearse su apoyo para elevar á su hijo Euclerio al trono. Con este fin remuneraba al bárbaro para obtener de él su accion ó su reposo, segun que las circunstancias lo exigiesen. Pero sea que el tributo no fuese pagado exactamente, ó que las pretensiones de los visogodos se aumentaran y rehusase satisfacerlos, Alarico abandonó repentinamente su retiro, y atravesando la Panonia y los Alpes Julianos, se acercó á Ravena, donde el emperador tenia su residencia, porque esta ciudad, rodeada de agua por todas partes y encerrando un puerto, ofrecia en los peligros, cada dia mas frecuentes, dificultades de ataque y medios de fuga que Roma no poseía. Antes de empeñar las hostilidades, pidió Alarico treguas, y accedió á la proposicion que le hizo Honorio de fundar un establecimiento en las Galias. Pero Estilicon, á cuyas miras contrariaban aparentemente aquellas medidas, le siguió con presteza, le alcanzó en Polencia en la confluencia del Tánaro y del Stura, y le presentó una batalla sangrienta, que fué casi igual en la pérdida, pero que obligó á Alarico á retroceder. Una segunda refriega cerca de Verona fué mas decisiva, y precisó á Alarico á desalojar completamente la Italia. Pero, alcanzado esto, no fué inquietado ya, y hasta su retirada fué favorecida por la necesidad que indudablemente pulieran tener de él en lo sucesivo.

Llegamos al año 406, tan célebre en los fastos de la decadencia romana por la incursion mas formidable de los bárbaros, que pesara sobre el imperio. Si se ha de dar crédito á diversos escritores de aquel tiempo, aquella calamidad fué obra de Estilicon, que después de haber cercado el trono por todas partes con el matrimonio sucesivo de sus dos hijas con Honorio, pensó en usurparlo completamente para su hijo Euclerio, á favor de las turbaciones que intentaba suscitar, habiendo por consiguiente á una señal suya forzado las fronteras del imperio aquella nube de guerreros ávidos de pillage. Sea como quiera, el último dia del año 406, segun la crónica de san Próspero, una multitud de godos y gepidas establecidos en las riberas del Danubio, en la Dacia y la Panonia, y de vándalos, herulos, suevos, borgoñones, sajones, anglos y juthos, habitantes de las costas del Báltico, en las comarcas concias después bajo los nombres de Prusia, Pomerania, Meklemburgo, Holstein y Jutlandia, pasaron el Rhin por la parte de Maguncia. Los francos, que ha-



Bautismo de Clodoveo.—Pág. 49.

cia 450 años pugnaban con distinto éxito por situarse en las Galias, y que en parte por fuerza y en parte por concesion de los emperadores, habian llegado á formarse un pequeño establecimiento licita Colonia entre el Rhin y el Mosa, fueron los primeros que espermentaron los efectos funestos de semejante invasion. Una resistencia desigual

les preparó una derrota desastrosa, después de la que los bárbaros invadieron sin obstáculos las dos Germanias y la Bélgica.

Durante este tiempo las operaciones de los sajones que parecían amenazar á la Bretaña, ocasionaron una revolución en este país. Las tropas romanas, entregadas á sus propios recursos por la imposibilidad de obtener socorros de Honorio, eligieron y derivaron sucesivamente dos emperadores. Su elección se fijó por último en un soldado llamado Constantino, cuyo nombre le pareció de muy buen augurio. En vez de permanecer á la defensiva en su isla, previno el ataque pasando al continente, y la generosidad con que se mostró protector de la Gália, abandonada por su dueño á la desolación de los bárbaros, le adquirió soldados. Á su cabeza, y con la ayuda de los francos que se aliaron á él, marchó contra los vándalos y los batió cerca de Cambrá. Pero cuando hubiera podido destruirlos enteramente impidiéndoles que se reunieran, incapaz de aprovecharse de su victoria, se apresuró á llegar á Trier, por el fútil y vano placer de investirse de la púrpura en la Gália, y destituir César á su hijo Constante. Haciéndose entonces mas emprendor y secundado siempre por los francos, principió á menazar la Italia.

Estilicon dirigió hacia esta parte las fuerzas de Honorio, y el godo Saro envió á las Gálias batió á los lugartenientes de Constantino, y le situó á él en Viena; pero los socorros sacados de la Bretaña por Gerónico, otro de sus lugartenientes, hicieron levantar el sitio y obligaron á Saro á pasar de nuevo los Alpes. Desembarazado de este modo, Constantino acabó de proporcionar la tranquilidad por este medio, Constantino acabó de proporcionar la tranquilidad por este modo de concesiones que hizo entonces á los bárbaros de diferentes territorios de la Galia en las Germanias y en la Bélgica. Trasladóla capital del imperio á Arlés, á fin de estar menos expuestos á sus incursiones, y mas al alcance aun de vigilar la Italia, y asegurar de la España, á dónde había hecho pasar á Gerónico su libertador.

No bastaban á Honorio los penosos cuidados que llevaba consigo un tronco socavado por todas partes, necesitó que se le fuera el tormento de las sospechas, contra el único hombre que podía salvarle. Fundada ó infundada, una llamada Olimpio hizo hizo nacer en él, y preparó los medios de castigar á aquel que presentó como traidor. Sorprende por un hombre casi desconocido suplanrar tan fácilmente á un ministro reputado por tan hábil, y que debiera haber tenido un crecido número de partidarios si efectivamente hubiese dirigido sus miras al objeto que suponían que tendia; pero se deduce del suceso mismo, que no había cuidado siquiera de atraerse á los soldados, y esta circunstancia depone en favor suyo. Una sola guardia de hunos parecia formar la seguridad de Estilicon. El godo Saro, heclura suya, elegido para privarle de este recurso, correspondió á la indigna confianza que depositaron en él, y asesinó aquella guardia que sorprendió porque estaba sin desconfianza alguna. Estilicon tuvo la suerte de escapar y llegar á Ravena donde se refugió en una iglesia. Bien pronto llegó la orden á la guarnición para apoderarse de él, y obedeció contra su general. Algunos amigos y criados fueron los únicos que manifestaron querer resistirse: pero fuera que Estilicon se creyera convencido de su inocencia, ó que lo tuviese como último recurso de su política, prohibió la defensa y se entregó él mismo en manos de los soldados. Pero estos, tan poco afectados con su generosidad como con su confianza, violando la presentación de una nueva orden de Honorio la promesa que hicieron á Estilicon para obligarle á dejar su asilo, lo asesinaron al instante. Eucherio su hijo, el motivo verdadero ó supuesto de sus miras ambiciosas, fué igualmente detenido y muerto, precisamente cuando salía de Roma para refugiarse al lado de Alarico, con cuyo apoyo parecia contar.

En efecto, Alarico, ya fuese por vengar á Estilicon y una multitud de compatriotas suyos que habían sido asesinados en Roma después de la muerte de su protector, ya fuera para ocasionar un pretexto de guerra, renovó entonces sus peticiones acostumbradas, y añadió la de algunos rehenes, por los que ofrecia otro en cambio. Olimpio hizo desear estas proposiciones como humillantes; pero no había prevenido los medios de apoyar esta resolución, puesto que Alarico poniéndose al punto en marcha, llegó sin obstáculo á las puertas de Roma, y la redujo bien pronto á la escasez mas espantosa. Los habitantes le enviaron una diputación para pedirle la paz y suplicarle al mismo tiempo salvara á la capital de los horrores de un saqueo, cuyos desastres no podían calcularse. «Pues bien», respondió Alarico, que me horroriza ese trabajo entre tanto que he de ir á plaza que ella encierra:» Erijó además una suma considerable, para la que concedió plazos, y reclamó rehenes. «¿Ahí qué deareis entonces, á los habitantes?» preguntaron los enviados. «La vida» contestó secamente. Fué preciso pasar por estas duras condiciones, y el mismo Honorio se vió obligado á ratificarlas. El vencedor se retiró á Etruria, pero al cabo de algun tiempo, no habiendo pagado todavía las sumas prometidas ni entregado los rehenes, apareció de nuevo delante de Roma. Al mismo tiempo llegaron á Honorio enviados de Constantino, que solicitaron el reconocimiento de su señor, y que le obtuvieron haciendo esperar socorros contra Alarico.

Este sin embargo parecia sentir el entregar la capital del mundo

á la destrucción. Para evitar esta desgracia propuso á los habitantes un rompimiento con Honorio, hacer causa comun con él y recibir un emperador de su mano. La necesidad obligó á condescender con la voluntad del vencedor, que les dió por dueño á Atalio, enviado recentemente á Roma por Honorio en calidad de prefecto ó de gobernador. Alarico volvió entonces sus armas hacia Viena. Asustado Honorio pensaba ya en embarcarse, y proponia asociarse á Atalio, que rehusaba con insolencia dividir el poder con su dueño, cuando 4000 hombres que le llegaron y aseguraron la defensa de la plaza, le alentarón algun tanto. Las inconsecuencias de Atalio vinieron en su auxilio, porque Alarico, cansado de sus imprudencias y de una presunción que contrariaba todas sus medidas, le despojó de la púrpura del mismo modo que le había investido de ella, y envió las insignias imperiales á Honorio, con quien manifestó quererse reconciliar. Mediaban entre los dos príncipes reconciliaciones disimuladas que prometían á la Italia recuperar la tranquilidad, cuando una equivocación, de Saro, ó quizás la mala fe de este general, que cayó sobre algunas fuerzas de Alarico, enfureció de nuevo á este príncipe. Abandonó al instante á Ravena, volvió delante de Roma, y sin compasión despues de haber hecho sufrir á esta desgraciada ciudad las angustias del hambre, la entregó á todos los horrores del asalto, del incendio y del pillaje. Placidia, hija de Teodosio y de Gala, y hermana de Arcadio y Honorio, estaba á la sazón en Roma. Fué presa del vencedor, pero este la trató con las consideraciones debidas á su clase. Esta fué la última hazaña de Alarico: murió aquel mismo año en Cosenza, en la Calabria, á donde había ido para una expedición que meditaba contra el Africa. Para preservar los soldados su cuerpo de las profanaciones, variaron el curso del Vesanto para cabar una sepultura, en la que le depositaron con inmensas riquezas, y volvieron á su primitivo cauce las aguas del río. Elijieron en seguida por rey á Ataúlfo, hermano de la mujer de Alarico. Gerónico obtenia algunos triunfos en España, cuando el hijo de Constantino vino á ella, acompañado de otro general, en el que depositaba toda su confianza. Gerónico vió esta elección con alguna envidia, y esta tardó poco en conducirse á la infidelidad. Por instigación suya los bárbaros se levantaron de nuevo, y se sublevaron los Armóricos ó provincias marítimas de la Bretaña se sublevaron, y la Galia entera, especialmente hacia el Mediodía, se sumerjó en todas las calamidades de la guerra. Para poner coto á las escenas de carnicería que se reproducian en su seno, fué necesario hacer nuevas concesiones á los bárbaros, y Constantino que les había cedido ya las Germanias y la Belgica en el Norte, les cedió en el Mediodía la segunda Aquitania y la Novempopulana (la Guiena y la Gascuña). Se le propuina indemnizar en Italia á expensas de Honorio de todos los sacrificios que era obligado á hacer en las Gálias, y ya había pasado los Alpes con la esperanza de recojer el fruto de una intriga que dirigía en el palacio mismo del emperador, cuando habiendo sido descubierta la traicion, se vió precisado á tomar de nuevo el camino de Arlés.

La indignacion de Honorio se despertó con esta perfidia, y le sugirió las medidas mas rigurosas contra el usurpador. Hizo pasar á las Gálias á Constancio, hombre de nacimiento oscuro, pero de un mérito poco comun. Nacido en Naiss, en Dardania (Servia) como el grande Constantino, poseía muchas de sus eminentes cualidades; Gerónico por otra parte, despues de haber hecho proclamar en España un fantasma por emperador, llamado Máximo, avanzaba tambien contra Constantino. Habia ya batido á Constante su hijo, y despues de haberle obligado á refugiarse en Viena, le sitió, cogió y le hizo dar la muerte. Su ejército y el de Constancio se encontraron frente á frente bajo los muros de Arlés. Constantino debió felicitarse en un principio del encuentro que hacia llegar á las manos á sus enemigos; pero su alegría fué poco duradera. Constancio destruyó no solo el ejército de Gerónico, sino tambien otro ejército de francos que venia en auxilio de Constantino, el cual se halló desprovisto de todo recurso. En esta tan aflicta situación hizo que le confriesen las órdenes del sacerdocio, confiando en que la santidad de su nuevo carácter y la prueba que daba así de que renunciaba á todas las grandezas le salvarian la vida. Constancio se lo había prometido cuando se apoderó de él, y le envió al emperador; pero Honorio, sin respeto á aquella consideracion ni á la promesa de su general, ó mas bien, respetando hipócritamente una y otra, no se atrevió á condenarle judicialmente, pero mandó asesinarle en el camino.

La muerte de Constantino no entregó todavía las Gálias á Honorio. Mientras el usurpador sucumbia, levantábase otro llamado Avitiano, quien sostenido por los francos, borgoñones y los demás bárbaros, se hacía proclamar en las provincias del Norte. Por otra parte, Ataúlfo se paseaba como vencedor por toda la Italia; pero contemporizaba con Honorio, porque enamorado de su hermana, que era aun prisionera de los godos, aspiraba á su mano, que la alivia Placidia persistia en rehusar. Sus pasos, inspirados alternativamente por el deseo de hacerse amar ó temer para llegar al mismo fin, eran vacilantes y equivocos. De este modo pasó á las Gálias en la incertidumbre de si debía combatir en favor ó en contra del imperio. Constancio, igualmente enamorado de los atractivos de Placidia oponia ésb-

táculos á todo proyecto de reconciliación que pudiera frustrarle las esperanzas que osaba concebir. De aquí una guerra en la que los intereses variaban á cada instante. En un principio Ataulfo y Jovino estuvieron á punto de destruir al general de Honorio. Placidia astutada por su hermano, y segura de alcanzarlo todo de Ataulfo, rompió la alianza de este con Jovino, y aun los constituyó en estado de hostilidad. Jovino debilitado por la retirada de los vándalos sus aliados, que batidos por los francos y los armorios, habian venido á buscar á España un país más fácil de conquistar, fué precisado á huir y á encerrarse en Valencia. Ataulfo le persiguió hasta allí, y habiéndole hecho prisionero se le envió á Honorio, quien le mandó decapitar.

A pesar de aquel eminente servicio, el rey godo no estaba en paz con el emperador, que le ofrecía la Aquitania, pero que pedía la restitución de Placidia, á lo que el príncipe no quería acceder. Durante estas negociaciones Ataulfo adelantaba cada vez mas con la continuación de las hostilidades. Sin embargo, se estrelló delante de Marsella, pero tomó á Narbona, y en esta ciudad triunfó por último de las obstinadas negativas de Placidia, acontecimiento que debía producir la paz; pero el despecho y los celos de Constancio lo impidieron, produciendo dificultades que devolvieron á la guerra la violencia que habia perdido. La segunda Aquitania fué el teatro de ella, y cayó en un principio bajo el yugo de Ataulfo; pero al siguiente año recibió Constancio su ascendente, y obligó á Ataulfo á desalojar á Narbona y retirarse á España, donde formó un establecimiento del que Barcelona fué la capital. Satisfecha así su ambición, predisponiendo todo á la paz, y á consentir reunirse con los romanos para expulsar de España á los vándalos que la desolaban, cuando fué asesinado por Sigerico, hermano de Soro, que se habia lisongeado con ocupar su sitio; pero Sigerico no disfrutó mas que siete días del fruto de su crimen. Los godos le hicieron perecer y eligieron á Wallia. El nuevo rey, prometiendo emplear sus armas contra los alanos y los vándalos, y restituyendo á Placidia que era un obstáculo para la consecución de la paz, obtuvo fácilmente condiciones ventajosas que legitimaron y aseguraron su dominación.

La Galia cayó así de nuevo en poder de Honorio. Constancio consolidó en ella este poder, por el órden que procuró establecer en todos los ramos de la administración, especialmente en la recaudación de impuestos, y calmó la guerra inquietud de los armorios y francos con la confirmación de los territorios que les habian sido reconocidos ó concedidos por el último Constantino. Segun las conjeturas que autorizan los monumentos oscuros de aquellos tiempos, los francos tenían entonces por límites de su establecimiento en las Gálias el Rhin, el Mosá y el Mosela, de donde tomaron el nombre de ripuarios ó riberenos, en oposición á los pueblos situados sobre el Océano, que recibieron el de armorios ó marítimos.

La España entraba tambien de nuevo en el yugo de los romanos, y Wallia reducía al efecto y con sus mismas fuerzas á los alanos, suevos y vándalos. Sus servicios fueron recompensados con un aumento de territorio que le fué dado en las Gálias. Constancio á quien Honorio habia concedido la mano de su hermana, y le asoció despues al imperio, encargado de tratar con el príncipe godo, le concedió la segunda Aquitania (la Guiena, el Saintonge y el Poitou), y muchas grandes ciudades en las provincias limítrofes, entre otras Tolosa que fué la capital de los godos. Si la política de Constancio en esta transacción fué procurar al imperio en las Gálias un poder que mantuviera á los bárbaros en respeto, mucho se equivocó. Estos pretendidos protectores se engrandecieron bien pronto á espensas del territorio confiado á su vigilancia, y bajo los sucesores casi inmediatos de Wallia, eran dueños ya de las tres Aquitanias y de las dos Narbonesas, esto es, de casi todo el territorio comprendido entre el Océano, el Ródano, los Pirineos y el Loira.

Tal era la situación de las Gálias cuando los francos eligieron un jefe único, que diese en lo sucesivo mas ensanche á sus operaciones y así allanaran el camino á la dominación completa del país.

## PRIMERA RAZA

LLAMADA

### DE LOS MEROVINGIOS,

comprendiendo 21 reyes en 331 años de existencia.

420.—752.

La poca importancia de la mayor parte de los reyes de la primera raza, los mismos nombres, y nombres bárbaros que se apellidaban muchos de ellos, y especialmente las perpetuas divisiones de sus estados entre sus hijos, introducen en su historia una confusión inevitable que cansa tanto la inteligencia como la memoria. Para desembrollar este caos, preciso es mirar el cuadro de estos reyes bajo unos grupos mas considerables que los que pueden ofrecer reinados aislados, que no tienen siempre colores bastante vivos ó pronunciados para distinguirse sensiblemente unos de otros. Al efecto, dividi-

remos la historia de esta raza en seis periodos muy distintos, que formarán otros tantos capítulos, y que servirán para clasificar mas fácilmente los hechos en la memoria del lector. Estos seis periodos son:

I, desde el año 420 hasta el 484.—Los cuatro primeros reyes franceses: progreso de los francos en el Norte de la Galia: caída del imperio de Occidente. Periodo de 64 años.

II, desde el año 484 hasta el 514.—Clovis ó Clodoveo, primer rey cristiano, estension de los francos en el Mediodia de las Gálias; su conversion: leyes de Clodoveo. Periodo de 30 años.

III, desde el año 514 hasta el 562.—Los cuatro hijos de Clodoveo sus divisiones y sus crímenes. Periodo de 54 años.

IV, desde el año 562 hasta el 628.—Los cuatro hijos y los nietos de Clotario I, hijo de Clodoveo: rivalidad funesta entre Fredegunda y Brunegilde. Periodo de 66 años.

V, desde el año 628 hasta el 694.—El principio del poder de los gobernadores de palacio bajo Dagoberto I, hijo de Clotario, bajo su hijo y bajo sus nietos. Periodo de 66 años.

VI, desde el año 694 hasta el 752.—Por último, poder absoluto de los tres gobernadores de palacio, Pepino de Herstal, Carlos Martel su hijo, y Pepino el Breve su nieto, bajo el último de los reyes *indolentes*. Con este nombre fueron designados los jóvenes y desgraciados príncipes, sucesores de Dagoberto I; son diez. Este periodo es de 64 años.

## I.

Los cuatro primeros reyes franceses: progreso de los francos en el Norte de la Galia: caída del imperio de Occidente. Periodo de 64 años.

### FARAMUNDO.

Faramundo, elegido hácia el año 420, fué el primer rey que dominó sobre todos los pueblos que componian la liga ó asociación de francos. Si ha sido en verdad rey, si ha existido siquiera, porque se duda de ello, permaneció tranquilo dentro de los limites fijados á su nacion. Créese que reinó ocho años.

Durante este reinado desconocido, Constancio habia muerto, despues de haber disfrutado tan solo seis ó siete meses de su asociación al imperio. Diferencias suscitadas entre el emperador de Occidente Honorio, y Placidia su hermana viuda de Constancio, habian obligado á esta á refugiarse en Constantinopla para pedir proteccion á su soberano el emperador Teodosio el joven. La muerte de Honorio sofocó las semillas de discordia, y llevó al trón á Valentiano III, hijo de Constancio y de Placidia, y con este título heredero de Honorio, que no habia dejado hijos. El jóven príncipe tenia de cinco á seis años. Juan, secretario de estado, sostenido por Acio, y por los Hunos, creyó propia la ocasion para apropiarse el imperio, pero solo halló en él la muerte. En cuanto á Acio, obtuvo perdón y las dignidades. Este Acio fué el último romano que manifestó grandes talentos; pero hizo uso de ellos con la política egoísta y cruel de los Rufinos y Estilicónes. Despues de haber fatigado á su dueño, como lo hicieron ellos bajo el yugo de la dependencia mas humillante, como ellos tambien debia hallar el mismo fin y recibir la digna recompensa de sus manejos é insolencias.

### CLODION.

Clodion, llamado el *Cabelludo*, sucedió á Faramundo por derecho de sucesion ó por derecho de eleccion. Al principio de su reinado ó al fin del de su predecesor, habiendo vuelto Acio las armas del imperio contra los francos, los habia obligado á pasar de nuevo al Rhin. Tres años despues de su advenimiento al trón, creyó Clodion propio de la dignidad de que estaba investido el que volverian á entrar sus pueblos en las concesiones confirmadas solemnemente por Constancio. Halló en contra al activo Acio, que le obligó otra vez á retroceder, pero que no pudo arrancar de su corazón ni el sentimiento de sus derechos, ni la esperanza consoladora de hacerlos valer con mas éxito algun dia. En efecto, al cabo de seis años hizo una nueva tentativa que le produjo mejor resultado. Cubierto por los bosques, penetró hasta la segunda Bélgica, en donde se apoderó de las ciudades de Cambrai y Baval, y en los años siguientes, se estendió hasta el Somme, y erigió á Amiens en capital de sus estados, no obstante algunos descalabros que Mayoriano y Acio le hicieron sufrir. Obligado este á resistir á la vez á los galos, que se sublevaban por todas partes; á los visigodos, que amenazaban á Narbona; á los borgoñones que de la Germania superior (la Alsacia), donde se habian fijado en un principio, se establecian á la sazón en la Sequanense, (el Franco-Condado) y la Vienense (el Delinado y parte de la Provenza); por último, á los francos que ningun revés podia desalentar ni apartar de sus antiguos y constantes proyectos, no habia podido á pesar de las frecuentes victorias oponerse eficazmente al progreso de estos últimos.

### MEROVEO.

La dominacion de Roma se debilitaba dia en dia en las Gálias; la gran Bretaña caía bajo la de los Anglo-Sajones, los suevos se estendian mas y mas por España; Genserico á la cabeza de los Vándalos se

acababa de hacer dueño del África; el imperio, en fin, se hundió por todas partes, cuando Meroveo, á quien se cree hijo de Clodion, su cedió. Un reinado bastante corto, pero engrandecido por un suceso notable en el que tuvo una parte honrosa, mereció á este príncipe el privilegio glorioso de dar su nombre á la primera raza de los reyes franceses que desde él fueron llamados *Movingios*. Este gran acacimiento fué la derrota de los Hunos. Habiendo salido estos bárbaros por segunda vez del centro de la Tartaria bajo el mando de Atila y de Bleda su hermano, acababan de hacer temblar á Teodosio en su trono de Constantinopla. Este príncipe había conjurado en parte la tempestad; puso término por medio del oro á las hazañas devastadoras de estas hordas feroces, y se libró de sus rapiñas. Ya fuera entonces *motu proprio*, ya impelió por las vengativas sugestiones de Honoria, hermana de Valentiniano, la que arrojada del palacio de su hermano por su conducta licenciosa, se había refugiado en Constantinopla, Atila volvió hacia el Occidente, y se dirigió en un principio á la Galia. Avanzó hacia el Rhin á la cabeza de 500,000 hombres, destruyó los Borgoñones, que opusieron á su paso una vana resistencia, lo llevó todo á fuego y sangre en las provincias del Norte, y marchó directamente á París como objeto de atravesar el Sena. Sus habitantes se prepararon ya á desalojar sus muros; pero fueron disuadidos de ellos por las proféticas seguridades de una simple pastora de Nanterre, Genoveva, que fué después la patrona de la capital, y recomendando entonces á la verdad, por una gran reputación de santidad, por el velo religioso de que estaba revestida, y finalmente por la singular consideración de los principales obispos de su tiempo. En efecto, no hizo Atila sino aproximarse á la ciudad; cambiando repentinamente de proyecto, pasó el río por otro punto, y fué á sitiar á Orleans.

El peligro común había reunido los diversos partidos que se disputaban la Galia. Formóse un ejército numeroso de romanos mandado por Aecio, de franceses dirigidos por Meroveo, de visigodos por Teodorico, y de borgoñones por Gondicario. Sus primeros esfuerzos salvaron á Orleans, cuyas puertas acababa de forzar Atila, y cuyas calles fueron sembradas en el mismo instante de cadáveres de los bárbaros. En vano se encendió el furor de Atila al primer descalabro que experimentó; fué preciso ceder, sufrir la vengenza de una retirada, y reducirse á estudiar con inquietud los movimientos de un enemigo que se presentaba igualmente formidable. Después de muchos días de marcha se vió obligado á combatir, y los dos ejércitos vinieron á las manos en las llanuras Catalánicas que se encuentran entre Chalons y Troyes. El choque fué terrible; perecieron 180,000 hombres, según refieren los autores menos exagerados de aquella época. Teodorico fué muerto en él, pero Atila fué vencido y obligado á huir hacia Panonia (Hungría), de donde había salido. Aecio por consideración á sus antiguas relaciones con los Hunos, y por lo que pudiera adquirir todavía con ellos, dícese que los persiguió blandamente. De este modo Aecio se puso al año siguiente en estado de volver á tomar la ofensiva. Pero esta vez atacó al corazón del imperio. Pasó los Alpes Julianos que no estaban guardados, tomó á Águila que arruinó completamente, hizo sufrir la misma suerte á todas las ciudades del lado opuesto del Pó, y por último se determinó á pasar el río, y marchar sobre Roma. Valentiniano no tuvo mas recursos que las súplicas. Una diputación célebre, presidida por el papa san Leon, fué encargada de llevarlas á los íes del conquistador. La magestad del pontífice, el renombre de sus virtudes, y la persuasión de su elocuencia, conmovieron aquel corazón feroz que desistió de sus primeros designios. Satisfecho con el pago de un tributo anual, tomó otra vez el camino del Danubio, y murió algún tiempo después en Panonia, en medio de la fiesta que daba á su ejército en celebridad del nuevo himeneo que acababa de contraer.

El terror espaldado por Atila en todo el norte de la Italia, accionando á los pueblos asustados hacía las islas y lacunas de la Venecia, dió nacimiento á la ciudad de Venecia y á aquella famosa república, que sus instituciones y su prudencia mantuvieron por tanto tiempo en el rango de las potencias preponderantes de la Europa, y que un solo momento de terror y de anarquía debía hacer desaparecer en nuestros días, y en un instante, de la escena política del mundo después de 1350 años de existencia.

Valentiniano no tenía hijos varones; Aecio concibió por esa razón la esperanza de llevar su familia al trono. Propuso al príncipe el matrimonio de su hijo con una de sus hijas. Valentiniano se creyó insultado por semejante proposición, no obstante de ser hecha por el único hombre capaz de sostener su autoridad vacilante. Solo él ignoraba esta verdad, y costóle cara su ignorancia. Petronio Máximo, uno de los oficiales de su corte, y cuya mujer había sido el objeto de las violencias de este príncipe desenfrenado, había comprendido muy bien que no podía satisfacer la vengenza de semejante atentado, sino quitándole por de pronto al príncipe su verdadero apoyo. Para conseguirlo disminuyó su resentimiento; captóse la voluntad del emperador, y se aprovechó de todas las ocasiones para hacerse sospechoso á un poderoso vasallo que por su elevada posición por una parte, y la prevención del emperador por otra, acusaban ya harto eficazmente; deteníósele por último como jefe de una conspiración de la que

urgia cojer al autor, y sin dilacion, si queria prevenir el emperador el golpe del que estaba amenazado. Asustado Valentiniano del peligro que creyó correr, mandó llamar al instante á Aecio, que sin desconfianza se apresuró á recibir sus órdenes, y fué muerto por mano del emperador. Algunos dias después Valentiniano fué asesinado por dos guardias de Aecio, y la mano páfida que los dirigió, ocultó su propio crimen bajo el oficioso velo de su adhesión y de su venganza.

Proclamado Máximo al siguiente día de la muerte de Valentiniano, ofreció el trono á la emperatriz Eudoxia, que en la ignorancia en que yacia aceptó su ofrecimiento y le cedió su mano; pero habiendo tenido después el imprudente la indiscrecion de descubrirle su trama odiosa, y de bionarse de esto ante ella, indignada la princesa, espidió mensajero á Genserico, para pedirle que fuera á vengarla. El Vándalo salió al instante de Africa. Máximo huyó á su proximacion, y esta cobardía hizo que fuera apreado por el pueblo. Genserico, secundado por Eudoxia entró en Roma sin obstáculo; pero libertador interesado, consideró aquella gran ciudad como una conquista cuyo despojo era suyo de derecho, de suerte que fué preciso tratar con él acerca del modo de hacer la espoliacion. San Leon que tanto obtuviera de Atila, no pudo alcanzar de Genserico sino la promesa de abstenerse del homicidio y del incendio. Durante quince dias la ciudad estuvo entregada á todos los demas géneros de devastacion, y todas las riquezas de la capital del mundo fueron presa de los vándalos. Genserico, que hubiera podido retener el trono, lo desprecó y volvió á Africa, llevando consigo una multitud de cautivos, en cuyo número se contaba la misma emperatriz Eudoxia y sus dos hijas. La mayor casó con Huneric hijo del Vándalo, y la segunda con Olybrio que antes de la caida del imperio de Occidente debía figurar por un momento en el trono.

Sin embargo, Avito, nacido en Clermont, que había sido prefecto de las Galias y se había distinguido bajo Aecio contra Gondicario, primer rey de los borgoñones, y Teodorico rey de los visigodos, acababa de ser proclamado emperador por las tropas de la Galia. Habia sido reconocido en Constantinopla por el emperador Marciano, al que la ilustre Pulqueria, hermana, preceptora y consejera de Teodosio, había creído político tomar por esposo, cuando á la muerte de su hermano que no había dejado hijos, se aprovechó del título de Augusta, que llevaba desde su juventud, para tomar, aunque mujer, las riendas del gobierno; cosa inaudita hasta entonces en los fastos del imperio. Pero aunque por largo tiempo el reconocimiento, no pudo contrabalancear el efecto de una revolución suscitada por el conde Ricimer, hijo de un príncipe Svevo, y nieto de Aecio por una de sus hijas y el cual se había dedicado hacia mucho tiempo al servicio del imperio. Avito, circunscrito á probar la suerte de las armas, fué batido cerca de Plaseucia, y obligado á resignar la púrpora en el decimo quinto mes de su reinado. Antes de renunciarla, Teodorico á instancia suya había pasado á España para contener en ella los progresos de los suevos. Los bató, á su rey y lo despojó de una parte de sus conquistas en el imperio; después, infringiendo de las circunstancias que podía aprovecharse sin peligro, conservó la propiedad de ella, entendió así su dominio por ambos lados de los Pirineos, y se hizo así en España el fundador de aquel poder de los godos, que debía aumentarse poco á poco, invadirla enteramente, defenderla contra los sarracenos, reconquistarla de ellos, y conservar, en fin el dominio de ella hasta el momento en que la suerte de las alianzas le dió por dueño á Carlos V.

Sin embargo, Ricimer, después de un interregno de un año, durante el cual parecia gobernar el emperador de Oriente, hizo elegir á Mayoriano, á quien esperaba dirigir. La elevacion de este jóven príncipe al imperio data de la misma época que la de Childerico, hijo de Meroveo al trono de sus padres. Meroveo fué asesinado y su hijo se había estendido considerablemente en la primera Germania (Alsacia) la segunda Bélgica (la Picardía, el Artois y la Flandes) y la segunda Leonesa (la Normandía); y en este estado de acrecentamiento dejó la corona á su hijo

#### CHILDERICO.

El primer año de Childerico en el trono fué el de un libertino audaz que ridiculizando con igual insolencia, no solo el honor del sexo, sino el descontento de los grandes, sublevó contra sí la indignacion general, que le arrojó del trono. Obligado á ceder á la aborrecida, se refugió en Thuringia, pero con esperanza de volver. Un criado fiel, llamado Guinomano, debía disponerle los medios y hacerle sabedor del intento favorable para aparecer, mandándole la mitad de un anillo rojo, del que Childerico llevaba la otra mitad. Su reino era ofrecido, no á un franco, sino á un romano, á Egipto, jefe de las milicias romanas en las Galias. Guinomano había contribuido poderosamente á tan singular eleccion. Tenia sus miras, y se bionseaba con razon de que repugnase mas facilmente á sus concluidanos el nombramiento de un extranjero que el de un príncipe nacido y elegido de entre ellos. A favor del pretendido, servicio que hizo á este monarca captóse facilmente su voluntad, allagó en él una codicia

indiscreta que le hizo recargar á los pueblos de impuestos; y por último, le alentó á tratar con rigor á los pertinaces, los mismos que se habían sublevado contra Chludérico. Igualmente hólíl para captarse la confianza de los desconcertados, fué depositario de sus quejas, y bien pronto el alma de sus consuejos. Entonces fué cuando les propuso y llegó á persuadirlos de que lamasen á un príncipe ensuciado por la desgracia y dotado de virtudes guerreras, de las que diariamente había dado nuevas pruebas durante su destierro.

Chludérico, después de ocho años de ausencia recibió la segunda mitad del anillo, y se apresuró á regresar á la Gala. Un cuarteto de francos salió á su encuentro y le proclamó de nuevo con solemnidad. Aprovechese de su entusiasmo para atacar á su rival, le tomó en un principio á Metz, Tréveris y Colonia, y poco después á Beauvais, París y otras ciudades sobre el Sena y el Gise. Egidio, auxiliado por los sajones, que se opuso últimamente á los ataques incessantes de los visigodos y los francos, no pudo hacer sino sostenerse en Soissons y algunos otros cantones al Norte del Loira, tales como los territorios de Reims, de Châlons, de Sens y de Troyes. Al mediodía de este río, Teodorico, hijo del que pereció en la batalla contra Atla, y el mismo que hemos visto estallar sus conquistas mas allá de los Pirineos, había reducido también las posesiones romanas á la Auvernia, y al Berri, Egidio, al morir, dejó á su hijo Syagrio la difícil empresa de defender aquellos déhiles restos de la dominación romana; y á la caída del imperio considerando Syagrio este depósito como un patrimonio lo defendió mucho tiempo con la tenacidad de un propietario, pero se vió obligado al fin á abandonar á Clodoveo.

Los débiles emperadores de entonces abrían ellos mismos paso á estas reducciones progresivas de su territorio, esperando de esta política crearse hecluras que les ayudasen á conservar el resto. Así fué que Narbona, la segunda adquisición de los romanos en la Gala, fue cedida por Vibio Severo á Teodorico, con el fin de oponerlo á Egidio, que amenazaba pasar á Italia para derribar este simulacro de emperador, y especialmente al atrevido Ricimero, bajo cuya autoridad reinaba. Ya hemos visto que Ricimero, después de haber obligado á Avito á abdicar, había hecho elegir á Mayoriano, al que creía dirigir á su antojo. Pero el mismo emperador había dado tales pruebas de talento y actividad, sea en Italia donde desconcertó los proyectos de invasión de Genserico, sea en España donde se había propuesto embarcar para llevar el peso de la guerra á los estados del vándalo, á quien estos preparativos obligaron á hucar la paz, sea por último en las Galias donde había batido á Teodorico, que Ricimero, viendo que se había engañado en el juicio que había formado de él, no halló otro medio para justificar su error y recobrar el poder, que hacerlo asesinar. Vibio Severo, proclamado en su lugar, justificó mejor por su absoluta nulidad el discernimiento de Ricimero. Murió después de cinco ó seis años de reinado, sin que la historia se haya dignado apenas nombrarle.

Entonces tuvo lugar un nuevo intereño que Ricimero no pudo prolongar mas de diez y ocho meses. No atreviéndose por ser extranjero á sentarse aun en el trono, y cediendo á la vez á los deseos de los pueblos y á las insinuaciones del emperador de Constantinopla, Leon de Thracia que había sucedido á Marciano y á la distinguida familia del gran Teodosio, recibió de su mano á Anthemio, nieto de un ministro del mismo nombre, cuya subditaria había secundado los cuidados de Pulqueria durante lá crítica minoría de su hermano. Ricimero se mostró ser uno de los mas afectos al nuevo dueño: en recompensa obtuvo en matrimonio la hija de Anthemio. Por esta alianza política, aumentando sus esperanzas y su altivez, dió márgen á mil motivos de discordia entre el suegro y el yerno, y á una serie de rompimientos y reconciliaciones que pusieron obstáculos á todo género de reformas que tenían derecho á esperar del talento y virtudes de aquel príncipe. Había estendido particularmente sus desvelos á la Gala y buscaba en ella los prefectos delinquentes, cuando nuevos disturbios arrojaron próximamente el poder de los romanos. Evarico ó Eurico, sucesor de Teodorico se aparebaba entonces del Berri y poco después de la Auvernia. Por otra parte los francos, ayudados por los sajones que estaban antes en favor de los romanos, acabaron de apoyarse sobre la derecha del Loira; estos mismos sajones en fin, pensando en formarse también un establecimiento á espensas de los romanos, y habiendo recibido á algunos britones recientemente llegados á las costas de la Armorica propiamente dicha, se fijaron en esta provincia marítima, que fué conocida después bajo el nombre de Bretaña por el de sus nuevos habitantes.

A favor de los contrastes que ocasionaron tantas calamidades, Ricimero se arrancó la máscara, y marchó sobre Roma con el decidido objeto de hacerse dueño de ella. Olybrio, que había casado con la segunda hija de Eudoxia, fué enviado á Constantinopla á la cabeza de un ejército, para tratar aun de reconciliar al suegro y al yerno. Pero esposo de la hija de Valentimano, el mediador se creyó con la autoridad de derechos mas legitimos que los contendientes, y favoreció el partido de Ricimero, por ser el que con mas eficacia podría favorecer sus miras ambiciosas. En efecto, Ricimero lo hizo proclamar, pero sin dejar de ejercer sobre él su habitual tiranía, de mismo modo que

lo había hecho con sus cuatro predecesores. Olybrio, al entrar en Roma, entregó parte de ella al saqueo, y Anthemio pereció en el desorden. La muerte natural de Ricimero libró muy pronto al nuevo emperador de su tirano; pero el mismo murió quince días después, y no disfrutó ni de su libertad ni de su elevación. No reinó sino cuatro meses. Los sufragios de los soldados colocaron á Glicerio en su lugar.

Sin embargo, el emperador de Constantinopla, que había nombrado á Anthemio y que no conocia á ninguno de sus sucesores, creyéndose con derechos para disponer del trono de Occidente, ó aprovechando la ocasión de producirlos, declaró emperador á Julio Nepos, sobrino de su mujer, y le dió un ejército para sostener su título. Glicerio, harto débil para resistirle, renunció el imperio, haciendo consagrar obispo de Salona.

Nepos fué quien no habiendo podido defender la Auvernia contra Eurico, rey de los visigodos, le hizo cesar de ella. Sin embargo, ya sea que se arrepintiera, ó que quisiera proteger mas eficazmente el resto de las posesiones romanas en las Galias, encargó al patricio Orestes que reuniera tropas con tal objeto. Pero viéndose Orestes á la cabeza de un ejército, lo volvió contra el mismo Nepos, que huyó y renunció de este modo su dignidad.

Orestes entonces hizo proclamar en Ravena á Rómulo Augusto su hijo, llamado después Agustúlo por irrisión, y quizás tambien por razon de su edad, porque no tenía sino doce años. Bajo su nombre gobernó Orestes como tirano. Entre los numerosos descontentos que produjo, se hallaban los mercenarios bárbaros que el imperio mantenía á su sueldo, y que por algun ejemplo que tuvo lugar hacia las fronteras del imperio reclamaron una gratificación territorial de la tercera parte de la Italia. Al ver la negativa de Orestes, se sublevaron y pusieron á su cabeza á Odoacro, jefe de los Herulos y uno de los oficiales de esta milicia. Sin perder tiempo marchó contra Orestes que se había encerrado en Pavia, tomó la plaza, se apoderó del patricio, al cual hizo cortar la cabeza, encerró á su hijo en un castillo, y después desechando los títulos é insignias del imperio, se hizo proclamar sencillamente rey de Italia.

De este modo se desvaneció en el año de 476, mil doscientos treinta años después de la fundación de Roma y bajo el reinado de Chludérico, el coloso de poder que había conmovido el mundo. Aquel imperio, antes tan vasto, estaba reducido entonces á la Italia, y á la Dalmacia y algunas comarcas esparcidas en la Gala; las cuales no teniendo ya punto de contacto con las de las posesiones romanas, debían caer muy pronto necesariamente en manos de los francos; pero esta conquista está reservada á Clodoveo.

Los últimos años de Chludérico, su padre, pasaron en expediciones contra los alemanes. Murió al regreso de una de estas empresas militares, y después de un reinado de 24 á 25 años. Dejó un hijo de quince años, Clodoveo, al que con sus conquistas y sus leyes hacen mirar comunmente como el verdadero fundador de la monarquía francesa, y tres hijas, una de las cuales casó con Teodorico, rey de los ostrogodos de Thracia, y después rey tambien de Italia, luego que hubo vencido y hecho perecer á Odoacro. Chludérico había tenido dos hijos de Basina, mujer del rey de Thuringia, á cuyo reino se había retirado durante su destierro. Refiérese que cuando Chludérico regresaba á sus estados dejó Basina los suyos para ir á buscarle, y que no pudiendo el monarca francés abstenerse de manifestarla alguna sorpresa por semejante conducta, le respondió: «Príncipe, lo mucho que aprecio vuestro valor, vuestro mérito y vuestras bondades, me ha decidido á dar el paso que os sorprende; y si hubiese querido hallar, aunque fuera mas allá de los mares, un príncipe mas generoso, valiente y cumplido que vos, le hubiera ido á buscar.» Sensible Chludérico á una declaración tan singular, y no contentiéndole como pagano ningun escrúpulo de religión, no vació en darla su mano aunque su marido existia aun; y en el año siguiente, Clodoveo fué el primer fruto de esta union.

En el año 464 se descubrió la tumba de Chludérico cerca de Tournay. Entre las diversas curiosidades que encerraba, se notaban abejas de oro, armas, un globo de cristal y un anillo de oro con el nombre y la efligie de este monarca. Estas preciosas antigüedades habían sido dadas por el emperador Leopoldo al elector de Marzucia, que en el año 1664 se complació á ofrecerlas Luis XIV. al cual debía favores. Véase todavía en el gabinete de las medallas, en donde el rey mandó fuesen depositadas.

Pudése vituperar en Chludérico una falta en política, que sus sucesores imitaron demasiado; ya fuese por una reconciliación forzada con los rebeldes, ó para recomensar á los que le sirvieron á su regreso, cedió á unos y á otros algunas partes de su reino, de las que se formaron soberanías hereditarias. Por lo tanto debe considerársele como el autor voluntario ó forzado del abuso que habiendo principiado en el siglo quinto fraccionó el reino, le debilitó, causó la extinción de la primera raza, y turvó con frecuencia á los sucesores.

## II.

Clodoveo, primer rey cristiano.—Propagacion de los francos por el mediado de la Galia, su conversion, leyes de Clodoveo.—Período de 30 años.

## CLODOVEO I.

De edad de 16 años.

Si Clodoveo fue educado e instruido por su madre la reina Basina, y siendo esta entusiasta como lo era de la gloria, hay derecho para creer que fuese ella la que le inspiró el amor á la gloria. ¡Feliz si hubiera podido transmitirle tambien la humanidad é indulgencia hasta para con los culpables, virtudes que caracterizaron á Childerico su padre!

La primera accion de Clodoveo anunció á sus vasallos un monarca que sabia hacerse obedecer. Un soldado, quizá jefe de una partida, poseia entre las prendas de su botín un vaso de oro que habia tomado de una iglesia. El joven rey se lo pidió para devolverlo. «Quiero la parte que me pertenece», respondió el soldado, y dió con el hacha al vaso para dividirlo. Clodoveo disimuló en aquel momento; pero un año despues, en una revista general, arrojando negligencia en el continente del soldado, lo desarmó y arrojó su hacha al suelo. Este quiso recogerla y se inclinó; el príncipe le rompió la cabeza con la suya: «Así, dijo, rompiste el vaso en Soissons.» Clodoveo no tenia sino veinte años, y esta accion hecha á presencia de todo el ejército, reveló una audacia poco comun en su edad. No es necesario muchas veces mas que un rasgo semejante para decidir la reputacion y fortuna de un príncipe.

Soissons, donde habia ocurrido lo referido del vaso, habia pertenecido á Syagrius, hijo de Egidio ó Gillon. Se habia retirado allí despues de la muerte de su padre, habiéndose formado un estado reducido de muchas ciudades en el corazon de la Francia: Reims, Provins, Sens, Troyes, Chalons, Auxerre y su territorio. Clodoveo, no solo le arrojó de él, sino que le persiguió hasta Thuringia á donde se habia retirado; se le pidió al rey bastante imperiosamente para que se le negase, le obtuvo y le mandó matar. Primer ejemplo de la política que siguió despues, de no dejar subsistir á nadie que pudiera inquietarle.

Este carácter sanguinario hubiera podido ser mitigado por las tiernas insinuaciones de una mujer dulce y sensible; pero no parece que Clotilde con quien se casó tuviera este carácter. Era hija de Childerico rey de una parte de la Borgoña. Gondebaud su hermano, que poseía otra, le mandó asesinar para reunir el reino entero bajo su cetro. La sobrina guardó un vivo resentimiento de esta barbarie. No pudo ser sofocado por la condescendencia que tuvo su tío de concederla á Clodoveo, aunque aprobando este matrimonio debiese tener no solo la ambicion del príncipe, sino el carácter venajivo de su sobrina. Estas consideraciones que le fueron espuestas por su ministro, le decidieron á despachar algunos emisarios para hacer retroceder á la princesa, despues de haberla permitido marchar. Esta, segura ya felizmente en los estados de su esposo, mandó que se incendiasen las ciudades mas próximas de la frontera de Borgoña, enviando, por decirlo así, los torbellinos de llamas que se elevaban de estos incendios como mensajeros de la venganza que meditaba. Esta princesa ejerció muy pronto, y conservó siempre un grande dominio en el ánimo de su marido. Tuvo mucha parte en su conversion. Educada Clotilde en la religion cristiana, inspiró á Clodoveo su aprecio á ella. Hacia mucho tiempo que le instigaba á que la abrazase, cuando le decidió una circunstancia imprevista.

Hacia la guerra á los alemanes al otro lado del Rin; los ejércitos se encontraron en un sitio llamado Tolbiac, hoy Zulpich, cerca de Colonia. Combatian con obstinacion; en medio del choque cedieron los francos, y todos los esfuerzos del rey no pudieron contenerlos. En este estremo exclamó: «Dios de Clotilde, hago voto, si me concedes la victoria, de no tener otra religion que la suya.» La suerte de las armas cambió de repente; y los alemanes huyeron, y la derrota fué completa.

Fiel á su promesa eligió Clodoveo la ciudad de Reims para cumplir-la. Indujo á muchos de sus soldados á que le imitasen. Instruido por san Benigno, se encargó de dar á sus soldados las instrucciones que habia recibido del obispo, y se unió al clero para categorizarlos. Hara vez un rey que exorta deja de sacar partido. Hiciose subir á tres mil entre hombres y mujeres, el número de los que del ejército y de la corte de Clodoveo recibieron el bautismo juntamente con él. Algunos escritores han ensayado esta ceremonia con un milagro. Dicen que no encontrándose el aceite preparado para la uncion, donde habia sido colocado, un ángel llevó otro en una botellita, que de la palabra latina se ha llamado *ampolla*, pero los historiadores nada hablan de este hecho. La ventaja de atraer al clero que tanto prestigio tenia entre el pueblo, ha hecho deducir malignamente por un racionista harto vulgar, que en la conversion de Clodoveo hubo mas política que convicción.

La vida de este príncipe fué toda de combates; pocos reverses, muchos triunfos. Sus conquistas manifiestan lo que era su reino en su advenimiento, y lo que fué despues en sus manos. Reunió, bien por

tratados bien á viva fuerza, la Turena, el Maine, el Anjou y la Breña. Un sitio le hizo dueño de Verduin y de las comarcas adyacentes que forman la Lorena. Subyugó la Aquitania, compuesta de los Albigeois, del Rouergue, del Quercy y de la Auvernia. La aumentó con la Sautonge, el Poitou, el Bordelais y el pais de Tolosa. Esta última conquista fue el fruto de una victoria ganada en Vouglé ó Vouillé, cerca de Poitiers de Alarico II. rey de los visigodos, que pereció en ella la vida. Alargadas de sus capitales quedaron en el mediado de la Francia, en donde fundaron reinos que mas tarde se dividieron en pequeños principados, los cuales no fueron reunidos á la monarquía sino mil años despues.

Clodoveo, antes de esta expedicion habia llevado sus armas contra la Borgoña. Gondebodo y Godegisilo se disputaban los despojos de Childerico su hermano, padre de Clotilde, que Gondebodo habia hecho asesinar. Clodoveo los ayudó alternativamente y debilitó á ambos. Godegisilo fué muerto queriéndose escapar despues de una batalla dada por Gondebodo; y éste, oprimido por el marido de su sobrina, se vió obligado á pagarle un tributo, que por lo demas no tuvo mucha duracion. Clodoveo lo esperaba quizá; pero el interés de la ambicion sobrepuso en él al de la satisfaccion de una venganza que no le era personal. Veia con envidia los progresos de los visigodos y se propuso oponerles obstáculos. Con este objeto estuvo condescendiente con Gondebodo, y aun se hizo de él un aliado, que participó de los peligros y los despojos. Gondebodo es el autor del código bergonio, llamado *Ley Combelle*, en el que el desalio es permitido á los que no quieren atenerse al juramento. Dejó dos hijos; Sigismundo y Gondemaro, con los cuales los hijos de Clodoveo prosiguieron los proyectos de venganza aplazados por su padre.

Notóse que Clodoveo antes de marchar contra los visigodos, pidió el consentimiento de la nacion, que convocó en el mes de marzo en medio del campo. Estas reuniones imitadas por sus sucesores, y cuya costumbre databa quizá de sus predecesores, han sido llamadas Asambleas del Campo de Marzo, y Asambleas del Campo de Mayo, cuando cambiaron de mes. Aparecian armados y dispuestos á combatir; los soldados juraban sobre sus banderas, á las cuales tenian una veneracion religiosa. En la asamblea de que hablamos juraron no quitarse la barba hasta tanto que no hubieran vencido á los jefes de Alarico.

Esta guerra contra los visigodos fué una especie de conspiracion de todos los habitantes de la Galia. Los romanos que poseian aun algunas partes de ella y que conservaban tropas, se unieron á los franceses. Anastasio, emperador de Oriente, que tomaba siempre el título de emperador romano aunque residia en Constantinopla, envió á Clodoveo nombramientos de cónsul y hasta de Augusto é emperador, con las insignias de esta dignidad. Este príncipe se movió con ellas en la iglesia de san Martin de Tours. Cifó tambien su frente con la diadema, y acompañaron á esta ceremonia grandes liberalidades distribuidas al pueblo. Desde este día fué llamado cónsul y Augusto. Regaló al papa Simaco la corona que le habia enviado Anastasio, y esta fué la primera de las tias ó triples coronas de los soberanos pontifices. La segunda fué añadida por el papa Bonifacio VIII, y la tercera por Juan XXI.

Los triunfos de Clodoveo no carecieron de cierta mezclade reverses: estos procedieron de parte de su cuñado Teodorico, rey de los Ostrogodos y de Italia, que como abuelo y tutor de Amalarico, hijo de Alarico abrazó la defensa de este joven príncipe. Habiendo pasado sus tropas los montes, batieron cerca de Arlés á los franceses mandados por Thierry, primogénito de Clodoveo, y tomaron posesion de todo el pais que hay entre los Alpes y el Ródano. Es sensible que Clodoveo hubiera deshonrado sus grandes victorias con asesinatos de sus aliados y parientes, ó cometidos por su propia mano. Temia alrededor de sus estados muchos reynezuelos cuya vecindad le inquietaba, y cuya existencia pendia de él. Era uno de estos Sigiberto, rey de Colonia, á quien hizo matar por medio de Clodovico su hijo; despues envió asesinos que mataron tambien á Cloderico, y se apoderó del reino y sus tesoros; otro era un tal Cararico que reinaba en Bélgica, que de la que Arras era la capital, y á quien trató al principio con menos crueldad. Bajo pretextos especiosos le declaró la guerra, le obligó á rendirse, así como á su hijo, y cuando los tuvo en su poder los precisó á abrazar el sacerdocio y cortarse los cabellos, lo que les inhabilitaba para ocupar el trono. Hicieron al padre sacerdote y al hijo diácono; pero como se le escapase á este último decir, que no estando cortado el tronco las hojas volverían á brotar, mandó matar á ambos.

Eran parientes suyos, así como los tres hermanos Ragnacairo, Reignero y Rigornero. Este último residió en la ciudad de Mans, y llevaba en ella el título de rey; Clodoveo le arrojó de ella, y le mandó asesinar. Los otros dos reinaban en Cambrai: Clodoveo que les tenia mala voluntad porque vituperaban su cambio de religion, dispuso de sus bienes entregados por traidores, que los condujeron atados de pies y manos. Viéndolos á sus pies, dijo á Ragnacairo: «¿Por qué has deshonrado nuestra raza dejándote atar como un esclavo?» á Reignero: «¿Por qué no has defendido á tu hermano, y has permiti-



tido que le maniatasen<sup>70</sup> y le jendó el mismo la cabeza con su hacha. Había ganado por medio de promesas y presentes á los traidores que le habían entregado sus parientes; cuando hubieron recibido el precio de la sangre, reconocieron que los brazaletes, cinturones bordados y otras joyas eran de cobre en vez de oro que ellos esperaban. Quejáronse de la supercheria; pero Clodoveo les respondió: «Es todavía demasiado para vosotros que merecáis la horca por la traición que habeis hecho á vuestros reyes.» ¿Pudo pronunciar tal sentencia sin que le acosasen los remordimientos?

Si la ambición por desgracia ha escusado algunas veces los crímenes, la indulgencia no puede estenderse á tan malas maldades en las cuales la mas negra perfidia se encuentra unida á la crueldad; pero detestable es el modo que condujera á la Francia. Hizo de ella un reino formidable; fijó su residencia en París que desde entonces ha sido la capital. Bajó su dominio regularizaron los franceses, si usarse puede esta palabra, sus conquistas. Tomaron á los galos la cuarta parte de las tierras, la que dividió Clodoveo entre sus soldados; parece que los eximió de impuestos, y solo les cargó el servicio personal. Su gobierno fué militar, y por consiguiente despótica: lo que no puede menos de suceder al plantear una administración. Vióse que dió leyes y que trató de dictarlas tan arregladas á justicia cuanto era posible atendida la dificultad de conciliar las pretensiones altaneras de los vencedores con la protección debida á los vencidos.

Clodoveo edificó iglesias, y las dotó con ostentación. A verle prodigar las tierras, se creería que tenían entonces poco valor. Hincó una escritura que Clodoveo hizo donacion en el Remois á la iglesia de «Reims de tanta tierra como san Remigio pudiera recorrer á caballo, mientras que este rey dormia su siesta... La escritura de fundacion de Reoms manifiesta que este mismo rey hizo donacion de todas las tierras á que san Juan fundador de este monasterio pudiera «dar vuelta en un día, montado en su jumento.»

Clodoveo concedió ó conservó á los tiempos cristianos el derecho de asilo, que en un país sin policía era quizá necesario para sustraer al primer furor y someter de nuevo al poder de los tribunales los desgraciados inocentes ó culpables, perseguidos por venganzas personales. Este principio se inclinaba mucho á los consejos y decisiones de los obispos, y manifestaba gran respeto hacia sus personas. El arrianismo se había esparcido bastante en su tiempo. Clodoveo fué casi el único de los monarcas de aquel siglo que no se infatuó de esta heresia, lo que le mereció el nombre de cristianísimo que ha trasmitido á sus sucesores.

Las costumbres de los franceses no eran ya las que habian sido en otros tiempos, cuando bajo el nombre de francos erraban por los bosques de la Germania. La mezcla de conquistadores agrestes y salvajes con los galos y romanos ya civilizados y acostumbrados al órden, habia producido leyes, pero estas conservaron mucho tiempo una tintura de uno y otro caracter: lo que hace que algunas de ellas nos parezcan extravagantes, pero son el verdadero cuadro de las costumbres de aquel tiempo, porque dictadas para prevenir ó reprimir, denotan cuales eran las afecciones y los hábitos.

El castigo de los crímenes se redimía por dinero, cuyo acto se llamaba *compensacion*. Era esta mas ó menos efectiva, segun la calidad del culpable y de la persona perjudicada. Era menor el precio cuando se golpeaba, heria ó mataba á un esclavo, que cuando se usaba de la misma violencia respecto de un romano; menos por un romano que por un franco; menos por un franco plebeyo que por un conde, duque, príncipe, y especialmente obispo. Los delitos con respecto al sexo, estaban valuados y apreciados desde la indecencia hasta el crimen; el adulterio era castigado severamente. Alógabáse en el lodo á la muger que faltaba á su marido. En la compensacion, que era una verdadera multa, se reservaba siempre una parte para el fisco.

La venganza era una de las afecciones mas gratas para los franceses; transmitían de padres á hijos. Despues de la guerra, su pasion dominante era la caza. Armados siempre los francos, estaban acostumbrados á terminar sus contiendas por medio de combates. En vez de proscribirlos, la autoridad no pudo sino regularizarlos. Sustituyese tambien algunas veces las pruebas judiciales del agua y el fuego y los juramentos. Generalmente en todas las leyes de policía civil é interior, se nota menos la proporcion entre los delitos y las penas, que los esfuerzos de un pueblo que investiga el modo de salir del caos de la anarquía introducida por el trastorno de religiosidad que quedaba felizmente en los ánimos un fondo de religiosidad que los francos no destruyeron, á pesar de haber sido gobernados antes de Clodoveo por príncipes idólatras. Respecto á él, tuvo el talento de conocer que no conseguia sustituir la justicia á la violencia, y el órden á la confusion, sino aprovechándose de las instituciones establecidas con anterioridad para la instruccion de los pueblos. Las favoreció: la instruccion estaba ya organizada: la doctrina pasaba de los obispos á los sacerdotes, de estos á las ciudades y campos; la union entre las diócesis era estrechada por los concilios. Dicese que Clodoveo convocó el de Orleans, reunido en su tiempo, y fijó las materias que debian ser tratadas en él. El reconocimiento hecho en el quinto cano-

de que todas las iglesias deben al rey los fondos de que están dotadas, es segun algunos autores el verdadero fundamento del derecho de realia, ó de la costumbre en que estuvieron los reyes de Francia desde tiempos los mas remotos, y en la que se mantuvieron con exclusion de todos los demás príncipes, de disfrutar durante la vacante de las sedes episcopales, de la renta de los obispos de su dominio, y de nombrar para todos los beneficios vacantes que dependian de ellas, excepto los curatos.

Las ceremonias magestuosas del culto hablaban á los sentidos, mientras que los terrores del temo y las insinuaciones de la esperanza para el porvenir llenaban los corazones de emociones útiles á las buenas costumbres. Si se hubiera de juzgar por las prohibiciones insertas en las leyes, habria derecho para pensar que los franceses, nuevos cristianos, mezclaban con la religion de Jesu-Cristo muchas de sus antiguas prácticas supersticiosas; creian en los adivinos y hechiceros, y demasiado en los demas milagros que adoptaron mucho tiempo sin exámen. Estas tinieblas hubieran podido disiparse bajo un gobierno tranquilo, propio para ayudar á la razon y facilitar las reformas; pero no hicieron sino aumentarse durante el reinado tumultuoso de Clodoveo y de sus hijos, hasta el fin de su raza.

Dejó cuatro hijos, Thierry I, nacido de una mujer cuyo matrimonio no esta averiguado todavía; Clodomiro, Childeberto y Clotario, á quienes tuvo de Clotilde su esposa. En el lecho de muerte dividió sus estados entre los cuatro. Thierry I tuvo bajo el nombre de Austrasia ó país de Oriente todas las tierras mas allá del Rhin, y una estensa comarca al lado de acá, entre este rio y el Mosá. Fijó su residencia en Metz. En la parte occidental, que se llamó Neustria, tuvo Clodomiro la Soñía, la Beance, el Blesois, el Gatinois, el Anjou y el Maine, y eligió á Orleans por capital. Tocaron á Childeberto los condados de París, de Melun, de Chartres, el Perche, la Normandía y la Bretaña, y residia en París; y Clotario, al que fueron concedidos la Picardía, el Artois, y todos los países en que pudiera extenderse en los pantanos de Flandes hasta el Océano, se estableció en Soissons. Las provincias del otro lado del Loira bajo el nombre de Aquitania, fueron divididas, pero no repartidas realmente, porque no estaban enteramente libres del yugo de los visigodos. Prevaleció estos príncipes eran independientes é iguales reyes. Prevaleció la costumbre de que el poseedor de París llevase el nombre de rey de Francia. Esta es la razon porque en los cuadros históricos está siempre colocado á la cabeza de los demas, y designado como jefe de la dinastía reinante, aun cuando no la haya sido siempre.

### III.

Los cuatro hijos de Clodoveo.—Sus divisiones y sus crímenes.—Período de 84 años.

#### CHILDEBERTO I.

De edad de 13 años.

Cuando Clodoveo murió á la edad de cuarenta y cinco años, despues de treinta de reinado, Thierry tenia veinte y ocho y un hijo llamado Theodeberto; Clodomiro, rey de Orleans, tenía diez y siete años; Childeberto, rey de París, trece; y Clotario, rey de Soissons, doce. El primogénito se retiró á su Austrasia. Los tres hermanos, hijos de Clotilde, quedaron en la Neustria.

Despues de algunos años en que su estremada juventud les hizo estar tranquilos, atacaron á Sigismundo, rey de Borgoña, hijo de Gondobodo, su tío en segundo grado, como detentador injusto de los bienes de su madre. Clodomiro fué de los hermanos el que tuvo mas parte en esta guerra: cogió á Sigismundo, y le hizo morir con su muger é hijos. Gondemaro, hermano de Sigismundo, subió al trono de Borgoña, y lo defendió contra Clodomiro, que fué muerto en la batalla de Voiron, ganada por sus soldados. Clotario y Childeberto, viniendo entonces con fuerzas contra Gondemaro, aniquilado ya, le hicieron prisionero y encerraron en una torre, en donde murió, ignorándose su género de muerte, y reunieron la Borgoña á sus estados.

El reino de la Borgoña, que habia principiado en las Galias hacia el año 413, concluyó así despues de 120 años de duracion, y precisamente en la misma época que concluyó tambien en Africa el de los vándalos, venidos como ellos de las costas del Báltico, y con los cuales habian pasado el Rhin. Este reino comprendió lo que hoy se llama el ducado de Borgoña, el Franco-Condado, la Provenza, el Delphinado, el Leonesado, la Suiza y la Savoya.

La equidad exijia que se dejase al menos una parte á los hijos de Clodomiro, cuyos primeros esfuerzos habian preparado el buen éxito de sus dos hermanos. Pero estos no contentos con privar de esta conquista á sus sobrinos que eran tres, resolvieron arrebatársela hasta la hereucia de su padre. Dos medios habia para ello: dedicarlos al estado religioso, lo que se verificaba cortándoles los cabellos, ó matarlos. Los dos usurpadores sometieron la decision de la suerte de estos desgraciados, á Clotilde su madre, á la cual habian robado, por

derirlo así, sus nietos so pretexto de quererlos poner en posesion del reino de su padre.

La enviaron unas tijeras y un puñal; ella comprendió lo que significaba aquel emblema, y en el primer ímpetu de indignacion esclamó: «quiero mas bien verlos muertos que rapados.» Los tios tomaron aquella exclamacion irreflexiva por una decision. Clotario cogió al primojénito que tenia diez años, lo arrojó al suelo, y lo atravesó con su espada; el segundo, asustado se precipitó á los pies de Childeberto, se los abrazó y le pidió la vida. El tío parecia conmovido; Clotario le vituperó su emocioin, le arrancó el niño, y lo asesinó sobre el cuerpo de su hermano. El tercero, llamado Clodoaldo, se salvó. Vivió cerca de París en una hermita en donde se santificó, y la que de su nombre desfigurado ha tomado el de Saint-Cloud. Obsérvese que Clotario habia casado con una viuda de Clodomiro su hermano; si era madre de los tres desgraciados, agrava todavia mas esta circunstancia el crimen de su bárbaro esposo.



Los hijos de Clodoveo asesinados por sus tios Clotario y Childeberto. —Pág. 48.

Tierry no tuvo parte en este horrible asesinato. Sin embargo, pidió la porcion que le pertenecia, y obtuvo el Anjou. Sin estar en guerra abierta, tuvo disidencias con sus hermanos. Todos tres se armaban mutuamente lazos. Tierry, el mas franco de los tres, estuvo á punto algunas veces de caer en ellos, pero las mas los dejó que solos controvertiesen sus disidencias. Su atencion la absorvia principalmente la Alemania; se estendió por su interior, y llevó sus armas hasta los sajones á quienes venció, pero sin poder sujetarlos completamente.

Al mismo tiempo Teodeberto, su hijo, hacia la guerra en Aquitania, aquella parte de la Francia, dejada proindiviso en la particion hecha despues de la muerte de Clodoveo, como conquista que debia hacerse de consuno con los visigodos. El jóven principe encontró en ella á la célebre Deuteria, señora de Cabriere, que le cedió su fortaleza y su honor, detuvo sus progresos.

Ocupábase en Aubernia de sus amores, cuando supo la muerte bastante precipitada de Tierry, su padre, y que sus tios trabajaban para aprovecharse de este suceso, y apoderarse de las partes del reino de Metz en beneficio suyo. Volvió prontamente y frustró sus ambiciosos proyectos.

Uno de los primeros actos de su reinado fué repudiar á Visigarda, su mujer, y casarse con Deuteria, de la que habia tenido un hijo en vida de su marido. Cuando la conoció era ya madre de una hija que llegó á ser bastante hermosa para hacerla temer que llegara á suplantarla en el corazon de su esposo. Este temor la hizo tomar la resolucion de desembarazarse de su hija. En un carro preparado para dar un paseo, hizo enganchar dos toros que habian tenido sin beber mu-

chos dias, y se les dirigió de órden suya hácia el lado del río. En el momento que estos animales olfatearon el agua, corrieron á ella, se precipitaron en el rio, y sumergieron con ellos á la desgraciada princesa.

Asi como el padre de Teodeberto habia tenido algunas contiendas con sus hermanos, el sobrino las tuvo con sus tios, unas veces reunidos, otra separados. Cuando tenian guerra entre sí, se unia á aquel que le presentaba mas ventajas. Asi es que se lo vió aliado con Clotario rey de Soissons, y á sus tropas unidas á las de este principe, dispuestas á combatir contra Childeberto rey de Paris. El choque fué suspendido por una tempestad, que se atribuyó á la intercesion de Clotilde. Esta princesa pasó los últimos años de su vida en Tours, en el retiro, presa sin duda de ideas muy amargas, si recordaba sus propios furoros contra las fronteras de Borgoña los de Clodoveo, su marido, y los de sus hijos, contra este desgraciado reino, sus contiendas sangrientas, sus costumbres depravadas, y sus asesinos. La resignacion que manifestó en sus aflicciones, fué quizá la que le hizo adquirir el título de santa.

Los reyes de Soissons y de Paris llevaron la guerra á España contra los visigodos, despues de haberlos arrojado de la Aquitania, donde Teodeberto antes de ser rey de Metz los habia derrotado. El mismo hizo una incursion á Italia. El ejército que llevó á ella sufrió mucho: volvió con muy pocos soldados; pero como su padre, tuvo un éxito feliz en Alemania contra los sajones. De este modo los franceses de aquel tiempo, formidables para con sus vecinos, no conocian otras fronteras que las que se fijaban á sí mismos.

Sin embargo, no estaban al abrigo de las invasiones. En el reinado de Tierry, un principe dinamarqués llamado Cochiliaco verificó un desembarque en las costas de la Austria, aunque se ignora en qué punto. Teodeberto, enviado contra él por su padre, lo batió, le obligó á reembarcarse apresuradamente, y lo persiguió con una flota que dispersó y destruyó la de los dinamarqueses, cuyo rey fué muerto. Primeros esfuerzos de los normandos contra los franceses, y prueba de que estos tenian ya una marina. Teodeberto, rey de Metz, murió á los cuarenta y tres años, y dejó el reino de Australia á Teodebaldo, que habia tenido de Deuteria. Teodeberto y Tierry, su padre, tuvieron una reputacion equívoca. Hase dicho de Tierry, que era gran rey y hombre malvado; Teodeberto era capaz de cometer faltas, pero tambien



Clotario hace prender fuego á la cabana en donde se habia refugiado su hijo Cresno. —Pág. 49.

de arrepentirse de ellas; puesto que dejó á Deuteria, y volvió á unirse con su mujer Visigarda. Prestó dinero á sus vasallos en una época de calamidad, viéndoles luego prosperar, y escútdndose á que le volviera á tomar, hizo donacion de él: por esta razon produjo su muerte un sentimiento sincero. El fué quien reunió al dominio de

los francos Marsella, Arlés y todo lo que los ostrogodos poseían aun en las Galias. Vitiges, rey de Italia, le hizo cesion de todo hacia el año 556 en gratitud de los auxilios que le habia prestado contra Belisario, general de Justiniano; y este mismo emperador confirmó despues aquella concesion.

Theodebaldo no tuvo euasi mas guerras que algunos choques con sus tios, en segundo grado, quienes querian apropiarse sus estados, mas nada pudieron conseguir. Theodeberto, su padre, era de complexion débil, pero de ánimo fuerte, y gobernó bien. Cuidadoso de las rentas del Estado, sabia castigar á los exacteros del modo mas eficaz, que es la restitucion. Dirigió un dia este apólogo á uno de ellos, á quien retenia preso hasta que pagase. «Habiéndome desilizado una culebra en una botella de vino, bebí tanto que no podia salir de ella por mas esfuerzos que hizo; golo-sa, la dije su amo, arroja lo que has tomado con esceso, y saldrás de ella.»

Theodebaldo no vino bastante para llenar á efecto los proyectos útiles que meditaba, y de los que habia dado pruebas á sus pueblos por su generosidad y amor á la justicia. Murió jóven y no dejó sucesion. Clotario, su tio en segundo grado, rey de Soissons, casó con su viuda. Con este título creyó poder apoderarse de la herencia de Thierry, su hermano, rey de Metz, sin dividirla con Childoberto I, su otro hermano, rey de Paris. Este principe no tenia sino dos hijos: el rey de Soissons, por el contrario, tenia cinco hijos en el ejército, á quienes necesitaba dotar.

El logro del reino de Austria era una hermosa perspectiva para estos principes. Sus esperanzas se aumentaron con la muerte de su tio Childoberto. Dejaba dos hijas: Clotario se apoderó del reino de Paris, en virtud, segun dicen, de la ley sálica, que excluía á las hembras del trono; pero nació que no tuvo bastante confianza en este derecho, para creer supérfluo apoyarlo con la fuerza, puesto que cederó á sus sobrinas y su madre en una cárcel, donde murieron.

### CLOTARIO I, REY UNICO.

*De edad entonces de 59 años.*

De este modo Clotario I fué el único monarca del imperio franco, como lo habia sido Clodoveo, su padre. Apenas lo fué tres años, y aun estos transcurrieron en medio de hondos pesares, justo castigo de las dolorosas angustias que habia hecho sufrir á los demás.

Tenia un hijo llamado Chramno, á quien se creia nacido de una concubina, y era el primogénito. Se sublevó muchas veces; vencido y despues perdonado, volvía aun á tomar las armas. En la última rebelion, su padre, que hasta entonces no habia opuesto al culpable sino sus hermanos, creyó oportuno marchar el mismo. La batalla se empuñó en Bretaña á la orilla del mar. Chramno fué bati-

IMP. DE D. J. M. ALONSO.

do; hubiera podido refugiarse en los buques que tenia en la rada; pero quiso salvar á su mujer é hijo, y fué cogido con ellos.

Esperó un escarmiento de un hombre tan cruel como Clotario; pero no tal como el suplicio que hizo sufrir á esta desgraciada familia. El culpable fué atado á un haneo de orden suya en una cabana donde se habia refugiado con los suyos, azotado y estrangulado. Despues incendióse la cabana, donde fueron consumidos todos.

La satisfaccion de la venganza cedió su lugar á los remordimientos. Clotario apareció errante por los campos, yendo de ciudad en ciudad, visitando los hombres célebres por su doctrina ó por su piedad, llamándolos á su lado, para obtener de este modo algun consuelo, sin poder sustrarse nunca á su dolor. Le acompañó hasta la tumba: oprímolo por el recuerdo de los homicidios que pesaban sobre su conciencia, al morir manifestaba por medio de las mas espantosas exclamaciones el terror que le inspiraba el juicio que iba á sufrir.



Suplicio de Brunequilde.—Pag. 53.

Edificó muchas iglesias, y esta fué toda su piedad; en vez que Childoberto, su hermano, rey de Paris, ademas de una porcion de monasterios y hospitales fundados por su liberalidad, habia publicado una carta en todo su reino para derribar los idolos y las figuras dedicadas al demonio. La religion suavizó, sin duda, en el último el carácter feroz transmitido por la sangre á los hijos de Clodoveo; por esto fué llorado por el clero al que protegió, por la nobleza á la que trataba con amabilidad, y por el pueblo que gobernaba con moderacion y sabiduría, mientras que Clotario, temido de todos, no era amado de nadie; suerte destinada á los hombres, que demasiado acostumbrados á ser obedecidos, quieren que, justa é injustamente cedan todos á su imperio.

## IV.

Los cuatro hijos y los nietos de Clotario I. hijo de Clodoveo. — Rivalidad funesta entre Fredegunda y Brunehilde. — Período de 95 años.

## CARIBERTO.

*De edad de 40 años.*

Después de la muerte de Clirramo quedaban cuatro hijos á Clotario, Cariberto, de edad de cuarenta años, Gontran, Sigiberto y Chilperico, todos mayores de edad. De estos cuatro príncipes, tres pueden ser citados como habiendo dado el ejemplo del menosprecio de todo decoro en sus amores y en sus matrimonios. Cariberto el mayor al subir al trono tenia una mujer de su edad, y de la que se hastió, porque sus gracias habian desaparecido con su juventud. La repudió y tomó sucesivamente, ó quitázas á la vez, á dos heruanas, Maroflela y Marcovelda, hija de un artesano: la segunda era religiosa. La impiedad, unida al incesto, enardeció el celo de san German, obispo de Paris: después de algunas amonestaciones inútiles, lanzó contra el culpable el rayo de la excomunión. Cariberto no hizo mérito de ella, y solo la muerte de su concubina fué lo que hizo cesar el escándalo. Este príncipe, poco delicado siempre en sus elecciones, caso en el borte de la tumba con la hija de un pastor, llamada Theodechisida, hija de un artesano: la segunda era religiosa. La impiedad, unida al incesto, enardeció el celo de san German, obispo de Paris: después de algunas amonestaciones inútiles, lanzó contra el culpable el rayo de la excomunión. Cariberto no hizo mérito de ella, y solo la muerte de su concubina fué lo que hizo cesar el escándalo. Este príncipe, poco delicado siempre en sus elecciones, caso en el borte de la tumba con la hija de un pastor, llamada Theodechisida, hija de un artesano: la segunda era religiosa.

Gontran, el segundo, á una concubina sacada de la mas baja esfera, hizo suceder una mujer legítima á quien repudió luego, y otras dos, cuya condiclon y fin son inciertos.

Chilperico, el cuarto, mantuvo á la vez muchas mujeres, de condiclon servil. Entre ellas distinguió algun tiempo á Audovera, quien le dió tres hijos; prendose después de una de las doncellas de la favorita, llamada Fredegunda, hija de un simple aldeano.

Sigiberto, el tercero de los hermanos, príncipe sábio y morigerado, que habia casado con Brunehilde, hija de Atanagildo, rey de los visigodos, y que vivia housosamente con ella, vituperó á su hermano Chilperico sus desórdenes, y le instó para que pidiera en matrimonio á Galsvinda, hermana de su esposa. Así lo hizo, la elevó á princesa; pero Fredegunda consiguió, por medio de sus artificios, que la mandaran restituirse á su país, y aun cuentan algunos, que fué estrangulada en su lecho por orden de su rival. Fredegunda no perdonó á Brunehilde el haber querido introducir á otra mujer en el lecho y trono de su marido, ni Brunehilde á Fredegunda la desgracia ó asesinato de su hermana Galsvinda. Esto basta para explicar el odio encarnizado de estas dos princesas y las funestas consecuencias que tuvo.

Chilperico estaba con su padre cuando este murió. No bien hubo espirado, cuando se apoderó de sus tesoros. Formó un ejército con este socorro y se hizo dueño de Paris; pero sus tres hermanos reunidos le obligaron muy pronto á hacer la division. Cariberto, el mayor, tuvo á Paris, y la parte de la Neustria, que se estendié á lo largo del Sena hasta el Loira. Gontran tuvo la Borgona, y lijó su residencia, unas veces en Chalon-sur-Saone y otras en Orleans. La Austrasia, compuesta de los países contenidos entre el Mosela, el Rhin, y al lado opuesto de este, tocó á Sigiberto, que hizo á Metz su capital; y la ambicion de Chilperico fué obligada á contentarse con la Bélgica, aproximándose sin embargo á Soissons, que fué el título de su señorio, bajo el nombre de Neustria; por lo cual Chilperico no tardó en encontrarse muy reducido en su dominio, y se arrojó sobre las tierras de Sigiberto para engrandecerse. El austrasiano, con las hordas que reunió en estos países aun salvajes y mas allá del Rhin, le hizo arreprentar, muy pronto de su coalicla. Asociando y saqueando, llegó hasta Soissons; de la que se apoderó. Hizo allí prisionero á Theodeberto, hijo de Chilperico; pero le trató con humanidad, y después de un año de cautiverio que no fué duro, soltó á su sobrino, haciéndole jurar que no tomaria nunca las armas en contra suya.

El deseo de aumentar sus estados, que habia hecho emprender á Chilperico aquella guerra tan imprudente, quedó algun tanto satisfecho con la muerte de Cariberto, rey de Paris. No dejaba mas que hijas. Su herencia ensancho los reinos de sus hermanos, sin que las princesas tuviesen parte alguna en ella. Citase este hecho como el segundo ejemplo de la ejecución de la ley sálica que excluye las hembras del trono. Las particiones no se hicieron facilmente entre príncipes igualmente codiciosos. Después de las disputas, á las que siguieron las provocaciones y los combates, convinieron en sus limites; pero no pudieron ponerse de acuerdo sobre la posesion de Paris, que todos la desaban eschisivamente. No queriendo cederse uno á otro esta ciudad, que parecia dar la superioridad al que la poseyera, se comprometeron bajo juramento, á no disfrutar de ella sino en comun, con la condiclon expresa que el que entrase sin permiso de los otros, no solo perderia todo derecho á la soberanía de Paris, sino tambien toda la parte de herencia que le perteneciera en el reino de Cariberto.

Los lombardos en la época de la muerte de este príncipe se

establecieron en Italia. La Panonia y las orillas del Danubio eran tambien las que habian arrojado á estos bárbaros. El eunuco Narsés, general de Justiniano, acababa de arrebatrar la Italia entera á los ostrogodos, y la gobernaba con sabiduría. Justiniano II. sobrino de Justiniano y su sucesor, no se limitó á querer despojar á Narsés de su gobierno, y dejó que le insultase la emperatriz Sofia, la que se atrevió á enviárle una rucsa. Vé á decir á tu señora, respondió Narsés al envió de la emperatriz, que voy á hilarla una husada que no conseguirá desenredar nunca; y llamó en el momento á los lombardos que habian servido antes á sus órdenes, y les entregó aquella misma Italia que le habian ayudado á conquistar. Los débiles esfuerzos de los emperadores no pudieron conservar en el centro de la Italia mas que los territorios de Rávena y Roma, que continuaron gobernados todavía cerca de doscientos años por medio de vicarios ó exarcas. Al cabo de este tiempo, y en la época misma en que cesaba de reinar la raza merovingia en Francia, el exarcado cayó bajo el poder de los lombardos, así como el resto de la Italia; pero no debían poseerla mas que tres años, y su destino era sucumbir veinte después de su conquista, bajo los mismos príncipes que habian heredado el trono de los merovingios.

No es quizá inútil observar que la muerte de Narsés, á la edad de noventa y cinco años, fué un año anterior á la invasion de los lombardos, y que esta circunstancia ha hecho tratar de fábula á algunos autores la parte que tuviera en ella este general y las causas que la motivaron.

## CHILPERICO I.

*De edad entonces de 30 á 35 años.*

Un tratado arrancado por la necesidad no tiene larga duracion. Cada uno de los hermanos de Cariberto se creia perjudicado. La contienda principió entre Gontran de Orleans y Sigiberto de Metz por la posiclon de algunas ciudades de Provenza, y entre otras de Marsella. Los marselleses se aprovecharon de su division para no recibir ni á uno ni á otro y mantenerse dueños de su ciudad.

Durante esta lucha de sus dos hermanos, Chilperico, menos envidioso de Gontran que de Sigiberto que creia haber sido mas favorecido en la division del reino de Cariberto, se arrojó sobre la Austrasia. Este ataque dió truenos á Gontran, y le propouicó el medio de constituirse en mediador, inclinandose sin embargo á Chilperico á quien creia menos fuerte.

Este habia llegado hasta inspirarle el tumor bastante fundado del emalioso poder del Austrasiano. Reunieron sus fuerzas contra él. Chilperico hizo servir en su ejército á Theodebert, su hijo, que habia prometido no empuñar nunca las armas contra su tío. El sobrino las tomó á su pesar, pero no por eso sufrió menos el castigo de su perjurio. Venicido y perseguido, pereció en su fuga asesinado, sin que se sepa si fué ó no por orden de Sigiberto. La derrota de los dos aliados fué completa. El rey de Borgona se refugió en Tours, y el de Neustria en Tournai con Fredegunda su mujer.

El Austrasiano dejó ir á Gontran como el menos peligroso, pero persiguió encarnizadamente á Chilperico. Este iba á caer en manos de su hermano, quien irritado de sus continuas reincidencias no le hubiera perdonado. Fredegunda entonces, para librar á su marido, sedujo á dos malvados é hizo asesinar á Sigiberto en su tienda.

La faz de los negocios varió al instante. Desconcertados los austrasianos volvieron en desórden á su país. Chilperico empenado con ellos por un tratado ó aconsejado por su politica, no impidió su retirada. Marchó directamente á Paris. Brunehilde habia ido allí, y esperaba á su marido para participar de su triunfo en la capital. Habia llevado consigo á Childeberto, su hijo, de edad de cinco años. Tuvo la astucia de hacer que le salvaran, lo que se ejecutó bajando al niño en un canasto de lo alto de las murallas, y le condujeron á la Austrasia. Ella se debia ir al asilo de la iglesia catedral.

La vida que debia mirar como muy puesta en las manos de Fredegunda, le fué concedida. Chilperico la envió á Rouen. Durante la estancia que hizo en esta ciudad Meroveo, hijo del rey y de Audovera, su primera mujer, se enamoró de la prisionera, quien no teniendo sino veinte y ocho años, le sedujo tanto con sus atractivos como con su talento. El jóven príncipe, en un viaje hacia la Bretana para un negocio de que su padre le habia encargado, se desvió de su camino y pasó por Rouen, y volvió á ver allí á la reina de Austrasia. Si el proyecto de casarse no estaba formado de antemano, se resolvió entonces á ejecutarlo. Pretestado, obispo de Rouen, prestó quizá imprudentemente su ministerio á este matrimonio. Tan pronto como Chilperico supo la noticia, marchó para sorprender á los esposos; pero tuvieron tiempo para refugiarse en un asilo. El rey por medio de promesas seductoras, sacó á su hijo; pero cuando le tuvo en su poder, le hizo afear la cabeza y lo confinó á un convento. Brunehilde fué pedida por los austrasianos para vigilar la educacion de su hijo.

Chilperico lo concedió, y quizá les hizo un mal servicio, pues-

to que de su vuelta á la Austria dataron los desórdenes que agitaron este reino, y que refulyeron sobre los demas.

Bueno será dar una idea de las autoridades que existían entonces en Francia, á fin de conocer que de lo establecido para el afianzamiento de los gobiernos, han emanado algunas veces los choques que los han destruido.

Tales eran, salvo las variaciones introducidas por el transcurso del tiempo y las circunstancias, los oficiales superiores de la corona y sus funciones.

Los duques eran gobernadores de las provincias, y tenían generalmente doce condes á sus órdenes.

Los condes, instalados por los duques, mandaban en las ciudades y su territorio, hacían los alistamientos de tropas, las conducían á la guerra, y administraban justicia por sí mismos. En tiempo de paz tenían suplenes, llamados lugartenientes, que la administraban en ausencia suya. Se les llamaba vicarios ó vegueros.

El conde del palacio ó palatino tenía el cargo de la justicia en el palacio, el mando y la superintendencia de todos los oficiales de boca. Estaban á sus órdenes, el panetero mayor, el copero mayor, el cocinero mayor encargado de la cocina y del servicio.

El conde del establo ó comestable, tenía la inspección de las caballerizas y de todos los oficiales que dependían de ellas. Bajo su mando estaban tambien los reyes, heraldos y comitiva de armas.

El referendario guardaba el anillo y sello del rey, sellaba las cartas y velaba por la conservación de los registros y actas del gobierno.

El canarero levantaba y acostaba al rey, cuidaba de la cámara, y residía en todo lo concerniente al servicio personal del príncipe.

Por último, el gobernador, mayordomo de palacio, tenía poder sobre los demas oficiales en general y particular, disponía de todo dentro y fuera, y parece haber sido muchas veces, como de derecho, tutor de los reyes menores de edad. Los mayordomos, diferenciándose de los demas oficiales superiores que eran de nombramiento del rey y de su consejo, algunas veces y principalmente al fin de la raza merovingia, fueron elegidos por el pueblo ó por la grandeza, ó por ambos á la vez; lo que dió á estos oficiales el poder que los elevó á los primeros cargos.

En esta enumeración no se hallan oficiales encargados del tesoro: entonces los impuestos eran poco considerables; el servicio de la guerra era personal; cada señor, juntamente con las tropas que dirigía, llevaba sus provisiones, y los reyes hacían lo mismo. Sus rentas consistían en el producto de sus tierras y alquerías, y en los dones y presentes que los señores y el clero les hacían voluntariamente. De esto se deduce, que el administrador de cada una de estas partes las recolectaba y pasaba á manos del canarero, para el servicio de la casa del rey.

Para contentar á todos estos agentes del gobierno en los límites de sus atribuciones, hubiera bastado un monarca absoluto ó estado de hacer respetar sus disposiciones; ¿pero qué, podían en Austria un niño de cinco años y una española sin alianza y sin otro apoyo que el brillo de su dignidad? Quizá Brunsequilde, volviendo á su reino, hubiese perdido de su consideración por su matrimonio precipitado con su sobrino; pero su carácter altanero y la manía de gobernar la hacían el blanco de todos los señores poseídos de la misma pasión. Juzguese de la precaria situación de una mujer aislada, espuesta á todos los intrigantes, siendo juguete é instrumento de las ambiciones y de los odios particulares, descausado entregada á los partidos violentos, inspirada ademas por la cólera de otros; engañada, contrariada con sus afecciones y deseos, creyéndose autorizada para emplear las armas de los débiles; la perfidia, el veneno y el asesinato. Este cuadro de las perplejidades de Brunsequilde, no es presentado para excusar sus crímenes, sino para que se reflexione que sin las circunstancias difíciles en que se halló, indubitablemente no habría tenido que recurrirse á sí misma tantas veces á los crímenes.

Respecto á Fredegunda, rival de Brunsequilde, no tiene siquiera el efímero consuelo de atribuir sus males al imperio de las circunstancias. Siguió á su esposo á Paris, despues del asesinato de su cuñado, Chilperico entró en la ciudad, haciéndose protector de imágenes de santos, como si fuera detras de una procesion, con el objeto de no aparecer violador del juramento que habia hecho, de no entrar en ella sin el consentimiento de sus hermanos; pero Gontran, rey de Borgona, existía, y el rey de Neustria, aunque se habia hecho muy poderoso por la muerte de Sigiberto, creía todavía deber guardar atenciones con el hermano existente.

El espantoso servicio que Fredegunda habia prestado á su marido cerca de Tournai, la habia granjeado grande imperio sobre su ánimo. Sirvióse de él para satisfacer su odio y sus venganzas. Meroveo, el esposo imprudente de Brunsequilde, se habia escapado de su convento. Creía encontrar un asilo al lado de su esposa, pero los austrasianos, amenazados con la guerra por Chilperico, recusaron recibirlo. Anduvo errante por el reino de Borgona, unas veces fugitivo, otras armado y resistiéndose, pero siempre perseguido. Por último, cayó en poder de las tropas de Chilperico, y despues de haberse rendido

fué asesinado casi á la vista de su padre, que no manifestó el menor asomo de sensibilidad.

Dos hijos muy pequeños de Fredegunda fueron arrebatados por una enfermedad bastante comun en los de tal edad, Clodoveo, hermano del desgraciado Meroveo, viéndose por estos incidentes unico sucesor de su padre, dejó escapar palabras que anunciaban disposiciones poco favorables para con su suegra, cuando llegará á ser dueno del reino. La madrestra fué á avistarse con el débil Chilperico, le insinuó y le persuadió, que sus hijos no habian perecido sino por los maleficios de que Clodoveo fué el instigador ó autor. Oultuvo que el príncipe le fuese entregado con sus cómplices, con el fin de arrancarles la verdad por medio del tormento. Estos espiraron en él, y Clodoveo fué hallado muerto en su cama, atravesado con un puñal que se dejó cerca de él, para hacer creer que se habia matado él mismo por temor al suplicio.

Chilperico muy impasible aun este crimen. No fué mas sensible á la muerte de Audivera, á quien Fredegunda hizo ahorcar, aunque le habia dejado el trono libre retirándose á un convento. Esta atrocidad fué acompañada de otras mas horribles aun. Audivera tenía una hija llamada Basina; Fredegunda, antes de encerrarla en un convento á la vida deshonorar por sus secuestrs, á fin de que no pudiese hallar un marido de una categoria que la causase inquietudes. Hizo degradar y destituir á Prestato, obispo de Rouen, que habia casado á Meroveo. En general, todos los que contrariaban ó no se adherían á sus caprichos, no escaparon á sus venganzas y precauciones sanguiarias.

A pesar de sus crímenes, segura de su impunidad por la ezequidad de su esposo, vivía tranquila en una corte sumisa, mientras que Brunsequilde, como un bñque en un mar borrascoso, se veía incasablemente agitada y espuesta al peligro por las tempestades de las faeiciones. Ignórase qué especie de méritos la unian con Loup, duque de Ghampania, su ministro; pero bajo cualquier título que fuese, desagrado á la nobleza austrasiana. Despojaron á la reina de la tutela de su hijo, y arrojaron á su favorito; apeló á medios estremos para retenerlo; vencida, descendió á las súplicas. Todos sus esfuerzos fueron inútiles; Loup fué obligado á huir, y se retiró al lado de Gontran, rey de Borgona.

Este príncipe ofreció en su conducta innumerables variaciones, de las que unas fueron atribuidas á debilidad de carácter, y otras á política, porque con objeto de equilibrar los partidos, se aliaba comunmente con el mas débil de sus hermanos y despues con sus sobrinos, cuando sucedieron á su padre. Tras de la muerte de Sigiberto se habia declarado protector de Childeberto, su hijo, y le habia proclamado solemnemente rey de Austrasia. En una ceremonia pública que pasa por adopcion, lo hizo sentar á su lado en el trono, «Scamos, le dijo, cubiertos por un mismo broquel, y que una misma lanza nos defendan». Esta alianza, mirada como sagrada, no impidió que este hijo adoptivo ó que los magnates austrasianos, sus tutores, declarasen la guerra al rey de Borgona, por las pretensiones infundadas que Chilperico habia sugerido, y que apoyaba con su sobrino contra su hermano. Esta guerra no fué ni muy activa ni obstinada. Gontran se libró de ella por medio de algunas cesiones poco importantes; pero á su vez volvió contra su hermano Chilperico, rey de Neustria, y con el rey de Austrasia Childeberto, su sobrino, puso en gran peligro á su enemigo comun. Childeberto habia llegado ya hasta Meaux y amenazaba á Paris, cuando un golpe tan imprevisto como el que desconcertó á los austrasianos delante de Tournai, un golpe dado por la misma mano los aljó igualmente de la capital de la Francia.

Fredegunda, á quien no se puede ver aparecer en la escena sin esperar un acontecimiento siniestro, habitaba con Chilperico el palacio de Chelles, donde disfrutaba del placer de la caza. Volviendo por la tarde despues de haber pasado un dia en este ejercicio, al bajar Chilperico del caballo, le dieron de puntaladas, cayó y espiró. Los asesinos huyeron gritando: «Cogerlos! Traicion! Son satélites de Childeberto». Nadie los persiguió y desaparecieron.

El grito de los asesinos para atribuir el crimen á Childeberto ó á Brunsequilde su madre, á nadie convenció. La opinion se pronunció muy pronto contra los verdaderos culpables, y no tardó en reunir los datos que confirmaron las primeras sospechas.

Supóse que Chilperico, habiendo entrado alegre por la mañana en la cámara de su mujer, estando de marehar á la caza, habia salido de ella triste y taciturno. Poco despues la reina hizo llamar á Landry, jóven amable que se sabia era su favorito.

Hé aquí todo lo que el pùblico supo entonces; pero las investigaciones produjeron otros descubrimientos. Era la segunda vez que el rey dejaba á la reina, cuando salió tan desconcertado de su cámara. La primera vez se habia despedido de ella creyendo marchar en el momento á la caeeria, pero no estando los caballos preparados, volvió á la cámara de su mujer. Estaba en su tocador; se aproximó lentamente y le dió con familiaridad un su tocador: el hombre con su látigo. Fredegunda ocupada de su favorito, á quien esperaba, y no sospechando que esta familiaridad la usase su ma-

rido que acababa de dejarla, le dijo sin volverse: «Muy bien Landry, á lo cual añadí algunas palabras demasadas libres. Apenas las hubo pronunciado, reconoció á su marido; salió este sin decir nada, pero con demostraciones que no pasaron desapercibidas para su esposa. Mandó llamar en el instante á Landry, le refirió su imprudencia, le convenció de las consecuencias funestas que podría tener para ambos, y Chilperico fué asesinado.

El golpe había sido tan pronto que Fredegunda no habia podido prevenir ni prepararse nada. Todo estaba consternado en derredor suyo; los criados evitaban su encuentro, el pueblo murmuraba y empezaba á amenazar. La hez de este se introducia ya en el palacio y tomaba á su vista lo que encontraba de mas precioso. Para colmo de desgracias, Childelberto, hijo de Brunequilde, su mortal enemiga, se encontraba con fuerzas á seis leguas de París; y Clotario, de edad de seis meses, único hijo que quedaba á Fredegunda, y cuya presencia, á pesar de su juventud, hubiera debido servir de salvaguardia, era criado en un castillo lejos de la corte por orden de su padre, que temia maquinaciones contra este único heredero de su corona. En tal extremo Fredegunda se refugió al asilo de la catedral de París que habia protegido en otro tiempo á Brunequilde, y le sirvió como de muralla contra el furor de Childelberto que marchaba sobre París. Desde allí escribió á Gontran. Felizmente llegó este principe antes que Childelberto. Este se presentó en las puertas, que se negaron á abrirle. Pidió que se le entregase á Fredegunda para castigarla por el asesinato de su tío. Gontran sometió el negocio al exámen de los estados que habia convocado. Así como habia hecho reconocer á Childelberto por rey de Austrasia, para librar sus dominios de la rapacidad de Chilperico, hizo proclamar al niño Clotario rey de Neustria; por temor de acrecentar con la herencia de Chilperico, el poder harto formidable ya del austrasiano.

#### CLOTARIO II.

*De edad de 5 á 6 meses.*

Sería presumir demasiado de la bondad natural de Gontran creer que por las consideraciones que tuvo con su cuñada mientras permaneció á su lado, se dejase subyugar por esta encandorada. Puede creerse únicamente, vista la indulgencia de este principe y su indiferencia para con sus hermanos, que ella consiguió persuadirle de su inocencia, especialmente habiendo tenido la astucia de manifiestarle un culpable. Fué este un gentil-hombre de su marido, á quien habia detestado siempre, y que encontró medio de deslucarse arrojando sobre él su propio crimen. Hizo víctimas de la misma columna á todos aquellos, tanto criados como otros, que la habian abandonado en su posicion difícil en el momento del asesinato de su esposo.

Aterrado Gontran del número de muertos que caian en derredor suyo, imaginó un preservativo singular. Asistía á misa en un día de solemnidad. En el momento en que el diácono imponia silencio para fijar la atencion en los santos misterios, se levantó el rey y volviéndose hácia el pueblo, dijo: «Os suplico y exhorto, en nombre de Dios, á que no me asesineis como á mis hermanos. Dejadme únicamente tres ó cuatro años de vida para educar á mis dos pupilos, á fin de que uno de ellos al menos sea capaz para gobernar la Francia.»

Pero, para garantir su vida, tomó una precaucion mas segura que esta suplica tan lamentable. Fué aquella alejar á Fredegunda. La confinó á un castillo situado en la confluencia del Eure y el Sena. Pero no estuvo tan encerrada y desprovista de medios que no llevase á cabo el deslucarse de Pretestato, obispo de Rouen. Gontran habia restablecido; Fredegunda apostó dos emisarios para que les diesen de puntaladas al pie del altar. Tuvo despues el bárbaro placer de visitarle como convivió de su desgracia, y hasta la avilantez de ofrecerle sus cirujanos para curarle. El obispo rehusó tan peligroso auxilio y la colmó de vituperios; pero ella se consoló á la muerte del prelado.

Un rasgo mas para concluir la descripcion de Fredegunda y manifestar la poca estima en que tenia generalmente la vida de los demás. Durante su permanencia en Tonnai, se suscitó una contienda entre dos familias muy consideradas, contienda de la que participaba toda la ciudad y causaba una guerra civil. Despues de esfuerzos vanos para apaciguarla, Fredegunda convidó á una comida á los principales gajes, sobrepuesto de reconciliacion. Asistieron estos en número de tres. Los hizo sentarse á la mesa en una misma linea: tres hombres, teniendo cada uno una hacha de armas, se situaron detras de ellos, y enarbolándolas á un mismo tiempo les hendieron la cabeza á los tres. No se dice olvidar que Fredegunda se deslucó con frecuencia de los cómplices y ejecutores de sus negros proyectos por medio del veneno ó otros medios ocultos, y que sucedió abandonarlos al tormento y entregarlos al suplicio para hacer creer que no tenia parte alguna en sus crímenes.

Hé aqui ya á Fredegunda enemiga implacable, atrevida en sus venganzas, pródiga de sangre. Veráscela ahora inquieta para con

Gontran, al que era deudora de tan singulares beneficios. Se recordará que la habia socorrido poderosamente en el estado tan desesperado en que se encontraba despues del asesinato de su marido. Si su hijo estaba en el trono de París; si ella misma reinaba bajo su nombre y tuvo el poder absoluto en los estados de su pueblo, le debia á la proteccion de su cuñado. Pero este principe no se habia prestado á todos sus caprichos mientras estuvo á su lado; habia restablecido á Pretestato en Rouen, la habia manifestado á ella misma sospechas acerca de su conducta y la habia confinado á un castillo que era una especie de prison. Aún mas, disponia, segun decia, casi como dueño de los estados de su hijo; aun quizá se tomó Gontran la libertad de hacerla amonestaciones respecto de Landry, á quien habia hecho mayordomo de palacio. Resolvió pues ella empuñarse en una guerra á fin de que la dejase tranquila.

Habia aparecido en Austrasia, bajo Sigiberto, un jóven llamado Gondebodo. Decíase hijo de Clotario I, y podia serlo, porque este principe tuvo muchas mujeres y concubinas. El principe, verdadero ó supuesto, encontró partidarios, y fué tratado algun tiempo como hijo de rey; pero los progresos que hacia en el aprecio público inquietaron á los magnates austrasianos que gobernaban en el reinado de Sigiberto, mandaron prender al pretendiente y le encerraron en una fortaleza; escapóse de ella y anduvo errante y fue incógnito por los estados de Borgoña, donde adquirió amigos; viajó mas públicamente por Alemania á Italia, y hasta llegó á Constantinopla, siendo muy bien recibido en todas partes porque era amable, pero en ninguna ayuntamiento no se acordó.

Las turbaciones que el envidioso celo de la autoridad promovieron en Austrasia entre los grandes del reino y la reina Brunequilde renovaron las esperanzas de Gondebodo; se apareció en él, y encontró medio de formar un ejército cuyos hechos no correspondian á sus esfuerzos. Fredegunda, que aunque no fuera sino con el objeto de inquietar á Brunequilde, le socorrió secretamente, le aconsejó llevara sus armas á Borgoña, donde sus antiguas relaciones le proporcionarian mas facilidad. Creyóla, y se arrojó sobre los estados de Gontran, quien ocupado de si mismo, no cuidó mas de ella.

Pero este cambio de operaciones lejos de ser útil á Gondebodo le fué muy funesto. Atrajo sobre si las fuerzas de los dos reinos. La victoria voló á colocarse de parte de los batallones mas numerosos. Gondebodo, perseguido despues de una gran derrota, fué muerto cuando se preparaba á luchar de nuevo con sus vencedores, llevando al menos á la tumba la gloria de haber succumbido noblemente.

Los manejos de Fredegunda y sus inteligencias con Gondebodo no habian pasado desapercibidas para Gontran. Vengose de ellas estrechando mas y mas sus relaciones con Childelberto, su sobrino é hijo adoptivo, á quien declaró su heredero. Parece que dió algun valor á los sinistros rumores que corrieron acerca de la legitimidad del jóven Clotario. Fredegunda fué obligada á hacerla constar. La probó por la deposicion de tres obispos y cien testigos, quienes juraron que *Clotario habia nacido de legitimo matrimonio*. Esta especie de legitimacion no pudo dar á la madre la presencia de ánimo suficiente para asistir al bautizo de su hijo, aun cuando la instaran para ello repetidas veces. La ceremonia se hizo en París con grande solemnidad. Gontran fué el padrino de su sobrino, no obstante las instancias de Childelberto, que temia que este acto de complacencia de su tío pasando por un reconocimiento de los derechos de su primo, perjudicase á los que él mismo pretendia tener sobre porción considerable de la Neustria.

Esté fué el último acto de Gontran, reputado por el menos malo de los cuatro hermanos. Alguna bondad natural, atencion para con sus vasallos, dulce familiaridad en su corte, consideraciones para con el clero, fundaciones piasasas, un gran respeto hácia la religion, todo esto reunido, á pesar de las ejecuciones crueles demasiado comunes y toleradas en aquel tiempo, le adquirió la nombradía de Bueno. Llámasele el buen rey Gontran; algunas leyendas hasta le dispensaron el título de Santo.

Esta muerte no acrecentó mucho el reino del hijo de Fredegunda, porque el rey de Austrasia, demasiado poderoso para que se pudiese luchar con él, se apoderó de la mayor parte de la herencia; pero Childelberto no disfrutó de ella mucho tiempo. Una muerte súbita le arrebató á la edad de veinticinco años, juntamente con la reina, su mujer, en el intervalo de pocas horas. Esta muerte repentina se atribuyó á Fredegunda y Brunequilde por la mala reputacion de que gozaban ambas rivales: á la primera, porque temia el acrecimiento de poder en este principe, su sobrino, que se habia declarado siempre enemigo suyo; á la segunda, porque esperaba gobernar después de él, bajo el reinado de sus dos nietos. El uno, llamado Theodeberto II, tuvo la Austrasia, el otro, Thierry II, la Borgoña.

Pero si esta fué el crimen de Fredegunda, la ventaja que reportaba de él á su hijo no fué para ella de larga duracion. Murio dos años despues en su lecho y de muerte natural, con tranquilidad, si esta es posible, cuando se tienen tantos motivos de remordimientos. En este corto espacio de dos años habia puesto á Clotario

en estado de defender su reino contra sus enemigos y envidiosos, y hasta de atacar, si era necesario.

De este modo se encontró toda la Francia en manos de tres menores: Clotario, de edad de trece años; Theodeberto de diez, y Thierry, de nueve. En esta época pudiera fijarse el principio del poder absoluto de los mayordomos ó gobernadores de palacio. Tenían ya, como se ha visto, superioridad sobre los demas oficiales de la corona: adquirieron un imperio extraordinario bajo la minoría de los tres príncipes que gobernaron entonces la Francia, autorizados unas veces por los grandes para limitar el despotismo de los reyes, sostenidos otras por los reyes para reprimir los atentados de los grandes. Durante las minorías turbulentas que siguieron, comenzaron á ser elegidos por el pueblo y los grandes: principio de autoridad que los constituyó independientes de los reyes.

Estos tan débiles monarcas no podían negarse á confirmarlos: hubólos pues en los tres reinos: Landry, como se ha visto, en Neustria; Heroldo ó Heroldo en Austrasia, que incorporó á su magistratura la Borgoña, aunque estos dos reinos tuvieron cada uno su rey bajo la tutela de Brunquilde, su abuela. Los gobernadores de París y de Metz eran enemigos personales. Su antipatía hizo obstinada y sangrienta la guerra que se suscitó entre las monarquías que gobernaban. El interés de los gobernadores, mas bien que el de los reyes, fué muchas veces, como se verá, el que armó unos reinos contra otros, causando por último la destrucción total de la raza merovingia.

Cuando los reyes nietos de Brunquilde principiaron á dirigirse por sí mismos, cada reino quiso tener su gobernador. Brunquilde permaneció al lado de Theodeberto en Austrasia. Entonces fué cuando lo tacharon públicamente de llevar una vida licenciosa; acusábase de haber hecho perecer, bajo especies sagradas, á varios señores ricos, á quienes seguía fama, confundía sus bienes para regalarlos, según decían, á sus amantes; le vituperaron, por último, porque corrompía las costumbres de su nieto Theodeberto con el objeto de atraerlo y gobernar enteramente solo. Estas imputaciones, verdaderas ó falsas, le hicieron tan odiosa y despreciable, que los austrasianos le arrojaron ignominiosamente. Se retiró á la corte de Borgoña, propia de Thierry II, su otro nieto, jurando al austrasiano, que no la había protegido, un odio mortal, cuyos efectos fueron terribles para este jóven príncipe.

Desde la corte de Borgoña lijaba una atención rencorosa en la de Austrasia. Supo con despecho que Theodeberto se había casado sin consultarla. Había contraido matrimonio con una jóven bella y virtuosa, pero de baja esfera. Este casamiento desigual dió margen á cartas alteras y amenazas de parte de la suegra para con la nuera. Esta misma responsabilidad al mismo lenguaje. Fueron precisas negociaciones muy formales para que cesáran. La estancia de Brunquilde en Borgoña fué marcada por hechos que influyeron en toda la familia real. Supóse que empleó respecto de la seducción de Thierry, su nieto, el mismo género de vil complacencia que usara con Theodeberto. El imperio que adquirió, á consecuencia de esto, le proporcionó al principio el placer de hacer emprender al rey de Borgoña una guerra contra Clotario, el hijo odioso de Fredegunda, en cuya guerra tuvo la astucia de asociarse con el rey de Austrasia. Los dos hermanos vencieron á su primo, y se apropiaron una parte de su reino. En esta expedición fué cogido un hijo de Clotario, de edad de seis meses, y asesinado desapiadadamente.

He aquí otro placer muy digno de Brunquilde, si efectivamente fué tan culpable como se la acusa: fué á su odio y á la venganza que se prometía contra el austrasiano, armó al borgoñés contra su hermano, y le inspiró una aversión solo terminable con la muerte de uno de ellos, persuadiendo á Thierry de que Theodeberto era un hijo supuesto, y por consiguiente que no era su hermano. Desde entonces se declararon guerra á muerte. Theodeberto fué vencido y cogido. Thierry, preocupado de que nada le ligaba á él, hizo que le despojáran de las vestiduras reales y le encerráran en una prison. Iban algunos autores que lo entregó á Brunquilde, quien le hizo afeitar primero, y asesinar algunos días después. Dos niños habían quedado hechos prisioneros con su padre. Un soldado enviado por su bisabuela, la privó de uno de ellos, dándole de puñaladas, y del otro cogiéndolo por un pie y estrellándolo contra la pared.

El espíritu turbulento é imperioso de Brunquilde no le permitía permanecer mucho tiempo sin contiendas. Anojósele censurar las relaciones culpables de Thierry, su nieto, y hacerle con este motivo amonestaciones algun tanto enérgicas. Thierry se irritó y echó en cara que sus defectos procedían de ella, de sus consejos y de sus ejemplos. Llegó hasta manifestar arrepentimiento de haberse dejado arrastrar por sus insinaciones púdicas ó sus crímenes atreídos contra su desgraciado hermano y contra su familia. En el archabo de su cólera, sacó su espada y la hubiera atravesado si los concurrentes no se hubiesen puesto entre ellos. Brunquilde cayó y se retiró: dos días después Thierry fué atacado de una enfermedad aguda

que calificaron de disenteria, y murió á los veinte y seis años, dejando cuatro hijos de muy corta edad.

Apresurémonos á hacer desaparecer esta furia infernal de la tierra que ha mancellado tanto tiempo. Encontrábase tutora de su cuatro biznietos, herederos del reino de Borgoña, patrimonio de su padre, y del de Austrasia, que se encontraba sin príncipe. No deseñaba de incorporar el de Clotario, á quien no conceptuaba capaz de defender su pequeño reino contra las fuerzas que reunía. Una vez victoriosa, se vería en estado de dejar con sus posesiones y conquistas un patrimonio pingüe á los cuatro huérfanos sus pupilos, bajo cuyo nombre reinaria como soberana.

Para principiar la ejecución de este plan, atacó á Clotario, del que juzgaba triunfar en poco tiempo. Este príncipe hábil observaba en silencio la conducta de su tía. Veía que por su mal comportamiento se perdía sin saberlo. La opinion del pueblo la era absolutamente contraria. Los grandes se separaron de ella; Clotario mantenía inteligencia con algunos de entre ellos, y fomentaba su descontento.

La anciana reina, temiendo alguna trama secreta, depositaba su confianza en los ministros, y la retiraba como una persona que no sabe con quien contar. No habia podido prescindir de dar el mando del ejército contra Clotario á Varnachair, gobernador de Borgoña, aunque la era sospechoso; pero sostenía á su lado confidentes que la inspiraban seguridad en efecto, fué una casualidad muy singular la que hizo redundar en contra suya un proyecto homicida que habia formado contra este general.

Brunquilde, cuando tenía á alguno, tenia siempre á mano el arma de los Hélois: el asesinado. Sospechó que Varnachair podia serla infiel. En el momento escribió á Alodino, uno de sus confidentes, para que le desembrasase de él. Leyó la carta, la rompió y arrojó desuadadamente sus pedazos. Un criado, quizá un espía de Varnachair, los recogió, llegó á unirlos, descúriolos así el contenido de la carta y lo participó al general.

Se puede creer, por lo que sucedió, que se concertó con Clotario para castigar aquella maldad. Los ejércitos que se hallaban al frente y que ardían en deseos de combatir, se alejaron á la vez; los borgoñones y austrasianos se retiraron tranquilamente. Clotario los siguió sin atacarlos. Esta maniobra desengañó á la anciana reina. Copió que la habían vendido. Con objeto de reconciliarse con Clotario, le envió los cuatro hijos de Thierry, creyendo que haciéndole dueño de los únicos obstáculos que podían impedirle reunir toda la Francia bajo su único cetro, sería hacerle un gran servicio. El que la recompensaría. Recibió á los desgraciados huérfanos é hizo asesinar á dos de ellos; el mayor se había escapado, ignorase que fué de él. Clotario perdonó la vida al cuarto, que era su ahijado, con condicion de que se le afeitara la cabeza; pero era á su abuela en persona á quien quería. No cesó de perseguirla, y por último hizo que se la entregasen.

Si no se pueden recordar sin horror los crímenes de Brunquilde, aterra tambien el espectáculo de esta última catástrofe de su vida, y de la conducta ator de Clotario, su sobrino, tan desapiadado como ella. Sentóse en el tribunal; rodeábanle los gefes de sus tropas y los principales magnates de los reinos; hizo compracer á la hija, á la esposa, á la madre de tantos reyes de edad, de setenta años. Adelantóse esta vestida del manto real, y ceñidas sus sienas con la corona, manifestando el furor del odio sus ojos. El asesino de los dos hijos de Thierry, á quienes acababa de matar, tuvo la audacia de mirar á su tía entre sus dentas crímenes la muerte de aquellos inocentes. Ignórase lo que esta respondió, pero tenia al menos derecho á recriminaciones justas; fué condenada por unanimidad.

Si ignoráramos como en los tiempos de turbulencias y facciones, se sublevó la multitud contra lo que estaba acostumbrado á respetar, quecleramos admirados al ver la hez del ejército, colmar de injurias y ultrages á una reina poco antes tan poderosa; fué paseada por el campamento atada á un camello, cubierta con un vestido andrajoso y con las insignias mas degradantes é ignominiosas. Este suplicio se renovó por tres días consecutivos. Algunos autores insinúan que hubo tambien tormento. Por último, fué atada por los cabellos y una pierna á la cola de un caballo salvaje, el que de una coza la abrió el cráneo, y arrastró su cuerpo por las piedras y escabrosidades, donde fué hecha pedazos. Justicia divina! Y puede caber todavía alguna duda de un porvenir repavinal, cuando se compara la muerte espantosa de Brunquilde con la muerte tan pacible y tranquila de Fredegunda, y se observa mezclando los mismos crímenes una conducta tan distinta de parte de la Providencia?

Háase intentado frecuentemente comparaciones entre estas dos furias. Es preciso confesar, que son á propósito para formar un parangón, tanto mas, cuanto que la historia no presenta dos heroínas semejantes en crímenes, colocadas en posicion de cometer igual número de maldades. Sin embargo, si convenimos en que se asemejaron en su vida, diremos que existe alguna diferencia en su

reputación. Después de la muerte de Fredegunda, no quedó más que la memoria de sus crímenes. El nombre de Brunquilde, por el contrario, recuerda fundaciones célebres y establecimientos útiles, tales como los caminos con que enriqueció á la Francia y que se llaman todavía calzadas de Brunquilde; pero reconociendo que estos monumentos dignos de elogio, dieron á la reina de Austrasia alguna preferencia en la opinión sobre su rival, confesamos que la historia no ofrece entre los personajes famosos por sus maldades premeditadas dos hombres inicos, tan célebres en crímenes, como estas dos protervas mujeres.

Clotario, huérfano á la edad de seis meses, hijo de una madre cansada y mal justificada de la muerte de su esposo, poseedor inmerecido del mas pequeño reino de Francia, envidiado y atacado siempre por sus rivales mas próximos, fue rey único por la imprudencia reprensible de su tia, y reunió bajo su cetro la monarquía entera. No reinó con grandes aciertos en los tres reinos. Los austrasianos y borgoñones quisieron continuar siendo gobernados por sus reyes y oficiales; que sus países conservasen respectivamente sus títulos y oficios; por manera que puede decirse que Clotario no fue realmente rey mas que de la Neustria, su primera posesion. Aseguróse sin embargo la preponderancia en el gobierno de los otros dos reinos, manteniendo á su lado los principales magnates de la Austrasia y Borgona como sus consejeros íntimos en lo concerniente á los asuntos de su país respectivo. Notaráse que entre los nobles austrasianos retenidos en la corte de Neustria se encontraba un Pepino, llamado Pepino de Landen ó el Viejo, muy apreciado de Clotario, y poseedor de innumerables tierras entre el Mosa y el Hainaut.

Clotario conservó á Varnachaire que le habia entregado á Brunquilde la dignidad de gobernador de Borgona. Dicese que en el tratado que se hizo entonces entre ellos, le habia prometido el rey no desleírle nunca. Establécíase en Austrasia un llamado Radon. Estos dos gobernadores eran como una especie de vireyes. Nombró tambien en Neustria un gobernador llamado Gondolon. Este sin duda estando á la vista del monarca no tuvo tanto poder como el otro.

Esta época y las circunstancias que la acompañaron deben fijar la atención de cualquiera que desee reconocer de lejos las causas que preparan las revoluciones. Hasta entonces los gobernadores de palacio habian sido anovibles como los otros oficiales de la Corona. Clotario que tenia que obrar con contemperizaciones, creyó que para obtener de ellos en sus tres reinos una adhesion mas completa, podia sin muchos inconvenientes prescindir con respecto á ellos del derecho de destituirlos á su arbitrio, derecho de una importancia mayor y que neutralizaba hasta cierto punto la influencia peligrosa de sus ministros, en cuyas atribuciones se comprendia hacia poco tiempo el mando de los ejércitos. Bien pronto perdieron los reyes hasta el nombramiento de los gobernadores. Los nobles le reclamaron, y los reyes dispuestos siempre á comprar una sumision mas asequible, creyeron deber acceder á su pretension. El gobernador entonces no fué ya el hombre del rey sino del reino. El último paso que dieron estos oficiales poderosos hacia el poder soberano fué hacerse hereditarios, y de allí al trono les fue el camino tanto mas fácil, cuanto que la Providencia hizo concurrir por una parte una serie de gobernadores dotados de las mas excelentes calidades, y por otra una serie de príncipes jóvenes que no tuvieron ni pudieron tener jamás sino las apariencias de la autoridad: nuevo ejemplo que debemos añadir á otros tantos cálculos falsos de la ambicion. Clotario, usurpando dos tronos, no hizo mas que preparar la caída de su propia familia.

Clotario tenia dos hijos; Dagoberto, muy jóven, y Arriberto ó Cariberto, niño todavía. Cuando el primogénito llegó á la edad en que la razon se desenvuelve, los austrasianos cansados de no tener rey propio, lo pidieron á su padre. En efecto, este reino que se extendia mucho por Alemania, poblado de naciones casi salvajes y espuesto á las incursiones de los vecinos emprendedores, necesitaba un monarca. Clotario les mandó á su hijo: no se crea que esto se realizó lisa y llanamente, porque al designar lo perteneciente á Dagoberto retuvo y agregó á la Neustria y á la Borgona provincias limítrofes que hasta entonces habian pertenecido al Austrasia.

Sin embargo, reunió poco tiempo después á la corona de su hijo este honor que habia arrancado de ella; pero no fué voluntario este sacrificio: fueron necesarias para decidirlo instancias de parte de los nobles austrasianos que le injunieron con algunas dificultades á satisfacer su deseo. Entregándoles su hijo poco hábil todavía para reinar, lo recomendó para que dirigiese su conducta á Arnolfo, obispo de Metz, y para el gobierno, á Pepino de Landen, á quien hizo mayordomo ó gobernador; hombres los dos de rara probidad y de capacidad reconocida.

El advenimiento de Dagoberto al trono de la Austrasia pareció á Bertoldo, duque de los sajones, una ocasion favorable para sustraerse al yugo de la dependencia; hizo público que habiendo Clotario dimittido, los sajones estaban dispensados de la fidelidad que le habian jurado y del impuesto que le pagaban, y que nada debían á su hijo. Dagoberto, irritado de esta distincion, marchó contra

ellos. Dió una batalla: Dagoberto fué herido en ella, y envió á su padre un mechon de sus cabellos ensangrentados, en prueba del peligro que habia corrido.

Clotario marchó en el momento, bien escollado, y llegó á los márgenes del Weser, cuya opuesta orilla ocupaban los sajones. Se pasó por la orilla, quitóse su casco y descubrió su larga y blanca cabellera para ser reconocido. Bertoldo, loco de someterse, insultó al rey con demostros y le provocó á la lid. Clotario irritado metió espuelas á su caballo, se arrojó al rio, seguido de sus valientes, y lo pasó á nado. El insolente huýo lleno de pavor. El monarca le persiguió, le alcanzó, le derribó la cabeza de un solo golpe, y la hizo llevar en la punta de una pica. La derrota fué completa. Clotario sabia cómo era necesario conducir á los franceses. Aunque se vituperan justamente en este principio el asesinato de sus primos, otras ejecuciones sangrientas no menos criminales y la ferocidad de su carácter, se le ha llamado sin embargo Clotario el Grande. Era hábil en el arte de gobernar, popular, afable y liberal. Tenia su inteligencia bastante cultivada relativamente á su tiempo; amaba las ciencias y presunía de cortés y galante. Vituperásele su demasiada pasion por la caza. Murió á los cuarenta y cinco años. Promulgó un código, sancionado en lo que desde entonces se llamaba *parlamento*, compuesto de treinta y tres obispos y treinta y cuatro duques reunidos por sus órdenes. Tal coleccion legal le dá un lugar distinguido entre los legisladores.

Una revolucion, que debia influir extraordinariamente en nuestro hemisferio, estalló en Oriente durante el reinado de Clotario II. El árabe Mahoma habia concebido el proyecto de dar á su patria nuevos dogmas y nuevo gobierno. Su doctrina, mezcláase confusa de errores groseros y de verdades sublimes, su elocuencia y su prestigio le hicieron en poco tiempo un partido, que se aumentó con la persecucion. De Medina donde le obligaron á refugiarse, volvió á salir muy pronto con los numerosos discípulos que habia adquirido, sitió la Meca, donde habia estado proscrito, se hizo duque de ella, y vino en la diáspora ocho años después de la época de su fuga; época célebre en los fastos de sus sectarios, y desde la cual cuentan los años de sus anales. Esta es la era tan conocida bajo el nombre de *egira* ó de la *huida*. Los sucesores de Mahoma, aprovechándose del fanatismo de sus soldados, extendieron rápidamente sus conquistas por Asia, Africa y Europa. Diez años después de la muerte de su profeta, eran ya dueños de la Siria, de la Fenicia, de la Mesopotamia, de la Persia, del Egipto, de la Libia, de la Numidia y del Monte Atlas; y no contaban todavía un siglo de existencia, cuando llamados por la venganza y la traicion, penetraron hasta en España y se apoderaron de ella. Últimamente, la Europa entera hubiere sido su presa, como las otras partes del mundo, sin el valor de los franceses y el genio de Carlos Martel.

## V.

Principio del poder de los mayordomos de palacio bajo Dagoberto I, hijo de Clotario II, bajo su hijo y sus nietos.—Período de 55 años.

### DAGOBERTO I.

De edad de 25 á 26 años.

Dagoberto, hijo de Clotario II, adquirió el mismo honor que su padre, haciendo revisar con su intervencion las leyes antiguas. Esta obra fué el fruto de la madurez de su juicio. En su juventud respetó poco los costumbres que después recomendó. Ningun rey tuvo tantas mujeres legítimas é ilegítimas. Era espléndido y pródigo. Algunas artes, entre otras la cinceladura en plata, progresaron bajo su reinado. El oro y la plata abundaban. Ponderose la riqueza y magnificencia de su corte, pero se notó que el pueblo estaba abrumado por este lujo. Dagoberto se complacía en administrar justicia personalmente en las audiencias públicas.

Después de algunos debates con su hermano Cariberto, le cedió las provincias del Mediodia de la Francia. Este principio hizo á Tolosa su capital, pero murió algun tiempo después, no dejando sino un hijo en la cuna, que vivió poco. Según la antigua costumbre de no querer ver por lo regular una muerte natural en la de las personas de elevada categoria ó que pueden llegar á tenerla, sospechóse de que Dagoberto habia envenenado á su sobrino. Recobró la parte del reino que le habia cedido, y se encontró como su padre único rey de los franceses. Sin embargo, al cabo de algunos años erigió la Aquitania en título de ducado hereditario y bajo la condicion de fé y homenaje á favor de sus sobrinos Boggis y Beltran, hijos tambien de su hermano Cariberto. Esta fundacion data del año 657.

Las mismas razones que influyeron en los austrasianos, bajo Clotario, para anhelar la presencia de un rey, aparecieron igualmente imperiosas en el reinado de Dagoberto; quiso ser solicitado respecto de su hijo, como su padre lo habia sido respecto de él, y por último concedió, á instancias de los nobles austrasianos, á su hijo Si-



giberto II, apenas salido de la niñez. Al mismo tiempo destinó la Neustria y la Borgoña a Clodoveo II, otro hijo que acababa de nacer.

Observó la misma política de su padre, de retener á su lado algunos de los principales señores austrasianos, como para que le sirviesen de consejeros, pero en realidad como rehenes. Nótese también que en este número se contaba á Pepino, aun cuando era gobernador de la Austrasia.

Dagoberto murió á los treinta y cinco años, y con él desapareció la gloria de los merovingios. Por espacio de mas de un siglo la Francia, destruida por las guerras civiles, no fué ya después de este príncipe sino en caos, consecuencia de la anarquía. Se corrompieron las costumbres, la religion se degradó, las leyes fueron olvidadas, las luces se extinguieron, y debemos darnos por satisfechos de que en tan completo trastorno nos hubiera quedado algun resplandor, con cuya ayuda pueda saberse cuáles fueron el gobierno, las instituciones, las costumbres de los franceses en el espacio de tanto tiempo como, desde Clodoveo II hasta los simulaeros de reyes que sucedieron á Dagoberto I.

Los reyes se elegían en las razas reinantes, de la sucesion legítima ó ilegítima, sin distincion; el pueblo y los nobles parece que tomaban parte en la eleccion, al menos para la aprobacion respecto de aquel á quien el nacimiento y la voluntad paterna indicaban. La proclamacion se hacia levantando al monarca sobre el pavés ó colodándolo en el trono revestido de una túnica de púrpura, ceñida la frente con una diadema inrustada de perlas y diamantes, colocada sobre largos cabellos trenzados. Los grandes juraban fidelidad, puesta la mano sobre el altar, y eran llamados á la administracion. La paz podia tratarse sin ellos, pero nunca la guerra. La una y la otra eran proclamadas en las asambleas del Campo de Marte, compuestas de los señores, de las magnates, de la milicia y del alto clero. Estas asambleas recibieron tambien el nombre de parlamentos; en ellas se nombraba al general de las tropas, que hasta Dagoberto I inclusive era el rey. La alteracion de esta costumbre causó la ruina de la familia merovingia. La renta de estos monarcas consistia en el producto de sus dominios, los donativos de la nobleza y clero en tiempos difíciles, y los impuestos exigidos de los galos y sus descendientes; los francos pagaban con su persona, y en tiempos de guerra los reyes iban rodeados de una tropa de valientes, llamados barones.

No habia una clase de hombres separados, encargados de administrar justicia, es decir, juriscónsultos. Los duques, y á sus órdenes los condes, y los señores en sus tierras, fallaban las causas, y se apelaba de unos á otros gradualmente, hasta el rey; todos los delitos eran oportunamente apreciados. Así pues, maltratando de palabra, matando ó hiriendo á un esclavo ó un siervo dependiente del suelo, á un ingenuo ó libre hombre, á un sacerdote ó á un obispo, insultando á una mujer esclava ó libre, soltera ó casada, el culpable sabia lo que debia pagar por el rescate de su falta, ó la pena corporal que debia sufrir por falta de rescate; en este último caso, el criminal era entregado á la familia del ofendido. De esta suerte, la justicia era pronta y espedita, pues solo se ofrecian obstáculos para las pruebas en ciertos casos oscuros; la ley entonces autorizaba á presentar personas en número determinado, segun la gravedad del delito, que juraban en pro ó en contra del acusado. Mandábase tambien la prueba por el agua, por el fuego, el desafío entre los mismos litigantes ó los campeones que estos elegían. Todo esto iba acompañado de oraciones y de gran aparato de religion, para inspirar temor, haciendo intervenir á la divinidad en las medidas que se tomaban para distinguir á los culpables.

Los cánones hechos en los concilios de aquella época relativamente á la disciplina del clero, y confirmados por los reyes, demuestran cuanta importancia daban estos príncipes á que la religion apareciese respetable al pueblo, mediante la buena conducta de aquellos que estaban encargados de enseñarla. ¡El ejemplo es tan eficaz cuando se da especialmente por aquellos que son superiores á los demas! Vemos, por la enumeracion de las familias mas distinguidas; eran ademas llamados á los consejos de los reyes y consultados en todos los negocios árduos. Tal vez estas brillantes ocupaciones les distraian algunas veces de las importantes funciones de su ministerio. Su nacimiento, que les llamaba á la corte, los llamaba á los empleos de los legos, los asociaba á sus placeres y festines, al lujo, á la caza y á las armas; pero tambien muchos de ellos investidos de las altas dignidades del reino y poderosos por sus virtudes, hicieron grandes servicios á la Iglesia y al Estado. Por medio de los mismos cánones represivos se juzgaban los desórdenes, pues parece los habia muy represivos en el clero inferior, esparsido en los campos.

A principios del siglo VII, tiempo en que concluyó, despues de la muerte de Dagoberto I, el poder de los reyes merovingios, contábanse treinta y cinco monasterios de hombres muy ricos, de los que algunos podian y han podido hasta nuestros dias levantar ejércitos, todos fundados por reyes y príncipes de su sangre. Las reinas

y las reinas no mostraron menos emulacion en este género, y algunas se encerraron en ellos en su vejez ó en épocas adversas.

La inmensidad de tierras concedidas para estas fundaciones asombra en el dia, porque no nos trasladamos á los tiempos en que se hicieron tales liberalidades. La Francia estaba entonces cubierta de bosques, y la guerra habia esterilizado dilatadas comarcas; ¡Qué podian hacer para fecundizar estas tierras incultas, algunos habitantes desmenuados en los desiertos? Eran precisas grandes asociaciones de hombres, que dirigidos por gefes industriosos y absolutos trabajasen de acuerdo y con bastante actividad, orden y constancia para no dejar crecer de nuevo los bosques recientemente desmontados, desbordar las aguas que acababan de dirigir, y renovar las lagunas que acababan de desaguar. El celo de la religion previó á todas estas necesidades, pues reunió hacia la disciplina monástica á los hombres que desmontaron, desearon sembrar, plantaron y construyeron. Los reyes y los príncipes, testigos del éxito feliz de sus trabajos, los abandonaban tantas tierras cuantas querian cultivar. Esto no era entonces darles riquezas, si no cargarlos de trabajos penosos, trabajos que han convertido las soledades silvestres en los agradables países de que ahora disfrutamos.

Memos creido tanto mas conveniente consignar estos hechos en la historia, cuanto que la destruccion de los monasterios en toda la Francia, borraría pronto de la memoria hasta el recuerdo de los servicios prestados por sus antiguos pobladores. Alrededor de los monasterios se han edificado ciudades que llevan todavía el nombre de los santos á quienes habian sido dedicadas sus iglesias. Sus festividades atraian gran concurrencia, lo que en muchos puntos fué el origen de las ferias tan útiles al comercio en aquellos tiempos de revueltas, y en los que por falta de comunicaciones libres y diarias, necesitaban de puntos de apoyo.

Los establecimientos de los monasterios ofrecieron ademas otro género de utilidad que los fundadores no previeron. Entre los hombres dedicados á trabajos corporales, desarrollaron algunos inclinacion por caracter al estudio é idóneos para las ciencias; estos copiaron libros, conservaron los autores antiguos, escribieron los hechos contemporáneos, y sus compendios llegaron á ser los fastos nacionales. Así pues, los monasterios han sido útiles á los progresos del espíritu y á la propagacion de las letras. Las que entonces desuntuaban, aunque solo eran un pávido episcopado, impelían á los príncipes y aun á los reyes á enviar sus hijos para que en ellos fuesen educados é instruidos. Los monasterios del otro sexo prestaban á las jóvenes los mismos servicios, recibiendo en sus recintos.

Así, durante la parte del reinado de los Merovingios, que concluyó en Dagoberto I, habia un gobierno, una policia y cierta alicion á la ciencia; pero bajo la dominacion de los reyes que les sucedieron y á quienes se apellidó *indolentes*, solo reinaron la anarquía, la licencia y la ignorancia, hasta la estincion de la raza merovingia. Como no nos quedan para esta época sino hechos en bruto, por decirlo así, casi sin esplanacion alguna, daremos á esta parte de la historia la forma de anales, para que comprenda mejor la nacion y la serie de estos infortunados monarcas. Infortunados! porque con injusticia se les ha aplicado el nombre de *indolentes*, puesto que ascendidos al trono casi todos al salir de la cuna, desaparecieron los mas adelantados en edad, al terminar la adolescencia.

#### CLODOVEO II.

*De edad de 4 años; el primero de los reyes indolentes.*

Clodoveo II, que á la muerte de Dagoberto su padre, heredó la Neustria y la Borgoña, solo tenia 4 años. Sigiberto, que reinaba ya en Austrasia, tenia nueve. Pepino, librado por la muerte de Dagoberto de la especie de cautiverio en que estaba retenido, vá á desempeñar las funciones de gobernador de Austrasia, cuyo título llevaba. Murió con la reputacion de un hombre puro, dotado de las apacibles virtudes que derrama la felicidad sobre el hombre virtuoso y sobre los que le rodean. Grimoaldo, su hijo, le reemplazó, y este es el primer ejemplo de sucesion en este puesto, que llegó á ser hereditario.

Clodoveo II tenia por gobernador á Ega, cuya generosidad, valor y afabilidad hacen amable el gobierno de su pupilo: murió florido generalmente, y su puesto fue ocupado por Erchinoaldo, pariente del jóven rey. La reina Nantilde, madre de los dos tiempos monarcas, recomendable por sus virtudes y talentos, era el vinculo entre los gobernadores de estos dos niños. La Borgoña, que bajo el cetro de Clodoveo II, constituía, no obstante, un reino separado, quiso tambien tener su gobernador particular, independiente del de Neustria. Nantilde recomendó al efecto á los señores reunidos en Flavent, uno de ellos á quien estimaba, y fue elegido. Esta princesa dejó de existir demasiado pronto para sus hijos, cuya autoridad procuraba sostener y formar sus costumbres. Privado de sus saludables consejos, Clodoveo se abandonó á desórdenes que hicieron sospechar habia perdido el juicio.

Sigiberto II, rey de Austrasia, murió dejando un hijo, llamado Dagoberto II, de edad á lo mas de 2 años. El gobernador Grimoaldo, sucesor de Pepino el Viejo, su padre, sustituye al hijo de Sigiberto el suyo, llamado Childoberto, como adoptado por el rey difunto. No tuvo, sin embargo, la crueldad de hacer morir al jóven príncipe, pero le hizo tonsurar y encerrar secretamente en un monasterio de Irlanda. Los señores austrasianos no toleraron mucho tiempo esta usurpacion; prendieron á Grimoaldo, y le enviaron con su hijo á Clodoveo, quien conlento al padre á muerte; ignórase la suerte del hijo. Clodoveo fue mirado entonces como único rey de toda la Francia. No nombró en Austrasia otro gobernador en reemplazo de Grimoaldo, ni tampoco en Borgoña despues de Flavent, que habia muerto; de manera que Grimoaldo, gobernador del palacio de Neustria, lo fue de los tres reinos, así como Clodoveo era el rey de ellos.

Este príncipe murió á los 21 años; se habia casado con Batilde, dotada de singular hermosura; unos piratas la habian robado de la costa de Inglaterra, y llevada luego á Francia la vendieron



Fredegunda hace asesinar á Childerico.—Pág. 51.

al monarca. Espárciese el rumor de que era una princesa sajona. «Cuando la fortuna nos ensalza, dice Mezeray, podemos elegir á nuestro capricho la raza de que nos please descender.» Esclava ó princesa, Batilde unió á la belleza, atractivo, afabilidad y una conducta intachable, y dió tres hijos á su esposo: Clotario, Childerico y Thierry.

### CLOTARIO III.

De edad de 4 á 5 años.

Los tres hijos de Clodoveo II se hallaban en la cuna al morir su padre, mas á no por eso dejó de ser reconocido Clotario III como rey de Neustria, y Childerico II como rey de Austrasia; Thierry, el tercero, no tuvo parte alguna. Todo esto se verificó con el beneplácito de los señores, del pueblo, y bajo la influencia de Batilde.

Esta tuvo la imprudencia de permitir, ó no pudo impedir que fuese nombrado gobernador del palacio de Neustria Ebroino, hombre activo y apto para el gobierno, pero incapaz de sufrir que otro participase con él de la autoridad. Suscitó tales inconvenientes y dificultades á la virtuosa Batilde, que esta princesa, amiga de la tranquilidad, se retiró á la abadía de Chelles, en la que elevó, sinó religiosa, al menos en las prácticas mas austeras de la religion, lo que la valió el título de santa.

Las intrigas y el carácter dominante de Ebroino agitaron profundamente el reinado de Clotario III. Este gobernador se sostuvo

contra los descontentos con el apoyo del nombre de Clotario, pero este apoyo le faltó por la muerte del príncipe á la edad de catorce años. Los pocos que vivió, anuncian bastante que fué personalmente extraño á la generosidad con que fué acogido en su corte Pertharít, rey de los Lombardos, despojado de sus dominios por Grimoaldo, duque de Benevento, y á los socorros, aunque inútiles, que le fueron prologados para reinstalarle en su trono.

### CHILDERICO II.

Entonces de 1 año de edad.

Uno de los mayores enemigos de Ebroino era Léger, obispo de Autun, á quien la reina Batilde habia deseado mucho hacer gobernador del palacio de Neustria; cuando se concedió la preferencia á Ebroino, mediaba pues gran rivalidad entre estos dos hombres. A la muerte de Clotario, Ebroino sentó en el trono á Thierry III, el jóven príncipe que habia quedado sin herencia á la muerte de su padre Clodoveo II. Esta prouocion se llevó á cabo sin consultar á los señores: por lo cual Léger no tuvo trabajo alguno en sublevarlos contra aquella eleccion, haciéndoles ver que Ebroino habia obrado de aquella suerte para reinar despóticamente sobre el jóven rey, y para que este le debiese exclusivamente su corona. Para desconcertar estos proyectos les propuso ofrecer el trono á Childerico que reinaba ya en Austrasia, y que aceptó el ofrecimiento que se le hizo. De esto se originó una guerra civil encarnizada, cuyo resultado fué envolver en la misma desgracia al gobernador á su tierno rey. Ebroino, amanzado en su vida, se vio precisado á huir, estremo desesperado para un ambicioso, y se retiró al monasterio de Luxeuil. Los vencedores cortaron tambien los caballos al niño Thierry, sin orden de Childerico II, su hermano, que le manifestó mucha compasion y le ofreció indemnizaciones. «Nada quiero, respondió Thierry con nobleza; he sido destronado injustamente, y el cielo se encargará de vengarme.» Encerróse en la abadía de San Dionisio, no para hacerse monje, sino para dejar crecer sus cabellos.

Fué un verdadero servicio para Childerico, rey de Austrasia, el habersele proporcionado, merced á la exclusion de su hermano, la pacífica posesion del trono de Neustria; pero, bien sea que este servicio liciese tomar al obispo Léger un aire de autoridad que disgustó al monarca, bien que los desórdenes llegasen á un esceso que el celo del prelado no pudo sufrir, Childerico se irritó de su tono ó sus reconvencciones. En un arranque de cólera intentó matarlo; proporcionóse medios de evasion al obispo, que se retiró á la abadía de Luxeuil, donde tomó el hábito monástico. Allí encontró á Ebroino. Debemos lamentar que no hubiese algún monje observador que nos hubiera referido con qué ojos se miraron, cómo vivieron reunidos, y si se reconciliaron, ó por lo menos si lo aparentaron. Las crónicas refieren únicamente, que observaron la conducta de buenos religiosos, lo que es harto difícil de creer, porque la verdad es que abandonaron el claustro tan pronto como pudieron. Léger, vuelto en apariencia al favor, regresó á la corte de Childerico; pero esta privanza duró poco tiempo, y en desgracia otra vez iba á perder la vida, cuando el jóven monarca cayó bajo el punal de Bodillon, á quien habia inflamado, haciéndole apalar para castigarle por algunas fundadas observaciones que se habia atrevido á hacerle. Bichilla, su esposa, que estaba en cinta, fué asesinada con él, así como un hijo todavia muy jóven. Otro hijo, llamado Daniel, se libró de la proscripcion, pero fué confinado á un claustro, del cual saldrá un día para reinar con alguna gloria bajo el nombre de Childerico II.

### THIERRY III.

De edad de 22 años.

El lector espera ver á Ebroino haciendo reaparecer en la escena á Thierry, á quien en otro tiempo habia sentado en el trono; pero no sucedió así, puesto que proclamó á un Clodoveo, á quien supuso hijo de Clotario III, que dejó de existir apenas adolescente, y por el contrario, Léger se adhirió á Thierry, á quien antes rechazara.

Y una otra parcialidad eran muy poderosas auxiliadas respectivamente por muchos obispos, de manera que pudiera denominarse esta guerra una guerra eclesiástica, y cada partido estaba animado de ese celo ardiente que aleja todo sentimiento de humanidad. Léger fué víctima de ese celo fatal. Perseguido con encono despues de algunas derrotas, situado en su ciudad episcopal y forzado á rendirse, los partidarios de Ebroino le arrojaron los ojos. Pero á pesar de su ceguera, todavia pareció temible á su enemigo, y apoderado éste de su persona, lo hizo deponer en un concilio formado por sus parciales, y por último le dió la muerte. La facion contraria le honró con el doble título de santo y de mártir.

Parece que la muerte de Léger terminó las discordias. Ebroino hizo desaparecer su fantasma de rey de Clodoveo y reconoció á Thierry III, de cuyo palacio fué nombrado gobernador. Como era soberano en el reinado de este príncipe, se le debe atribuir la justicia que él

rey hizo á Dagoberto, hijo de Sigiberto, rey de Austrasia, á quien Grimoaldo habia desterrado á Escocia. Thierry no se opuso á su regreso y le concedió espontáneamente una parte de la Austrasia, sobre la que reinó; pero Dagoberto fué asesinado en un tumulto promovido por los señores descontentos. Ebroino fué tambien asesinado en Neustria: digno fin de un hombre cuyo genio turbulento sembraba en su derredor la guerra.

Privados de Dagoberto, los contrarios relusaron someterse á Thierry, ó mas bien á los gobernadores que funcionaron en su nombre. No obstante, para no caer en la anarquía eligiéronse dos gefes, á quienes dieron el nombre de príncipes y duques de los

Thierry murió en esta merca y dejó dos hijos, Clodoveo III y Childeberto III, y aun, segun algunos autores, otro llamado Clotario, del que procedió un príncipe del mismo nombre, que mas adelante Cárlos Martel creyó oportuno designar por rey á los austrasianos.

## VI.

Poder absoluto de los tres gobernadores de palacio. Pepino de Heristal, Cárlos Martel, su hijo, y Pepino el Breve, su nieto, en tiempo de los últimos reyes indolentes de esta raza.—Período de 60 años.

## CLODOVEO III.

De edad de 40 á 41 años.

Pepino coloca al primero de los hijos de Thierry sobre el trono de Neustria, y continúa siendo su gobernador durante la vida de este príncipe que muere de resultas de una enfermedad á los quince años.

Esta edad hace conocer que solo tuvo la parte de representación en una asamblea de señores neustrianos, celebrada en Valenciennes bajo la presidencia del gobernador de palacio. En ella se arregló la forma de la convocación de los ejércitos, la manera de proveer á su subsistencia y las categorías de los que los componian. El principal



Predegranda la co asesinar á Plectestato, obispo de Rouen.—Pag. 52.

franceses, Martín y Pepino, llamado el *Grueso* ó de Heristal. Eran primos hermanos, y el último, nieto de San Arnolfo, obispo de Metz, por Ansegiso su padre, y de Pepino el Viejo ó de Landen por Doda ó Bogga, su madre. Este arreglo no se efectuó sin contradicción; los descontentos levantaron tropas, y ambos príncipes les salieron al encuentro, empeñaron una batalla en las fronteras de Neustria y la perdieron. Martín fué asesinado alevosamente en Laon, á donde se habia refugiado. Pepino se retiró á Austrasia; con los restos de su ejército, engrosados por los auxilios que le suministraron los señores austrasianos, formó otro mas considerable y dió sobre los descontentos, que se habian apoyado en Thierry. En vano Pepino intentó un arreglo, pues fué preciso pelear: está batalla fué tan desastrosa para el rey, que se vió enteramente derrotado. Pepino le persiguió hasta París, y se apoderó de la ciudad y de su persona.

La manera con que se condujeron el vencedor y el vencido, nos revela que debió celebrarse algun convenio entre ellos. Thierry se encerró en su palacio y no salía de él sino con los atributos del poder real, el manto de púrpura, la diadema y el cetro, y conducido lentamente por bueyes en un carro, que era el coche señalado á las mujeres; daba audiencia, recibía los homenajes y gozaba de todos los honores propios de la soberanía, de la cual Pepino tenia toda la autoridad bajo el título de gobernador del palacio de Neustria. Por lo que toea á la Austrasia, Pepino gobernaba en ella, no como gobernador de palacio sino bajo el título de príncipe ó duque; es decir, que no creyó necesario hacerse autorizar para el desempeño del poder real con el nombre de un rey de quien se habia declarado gobernador.



El papa Esteban III corona á Pepino.—Pag. 61.

estandarte era la capa de San Martín, especie de bandera en que estaba pintada la imagen del Santo. Se iba á tomarla con gran pompa sobre su sepulcro, como si hubiese sido recibida de sus manos; y en el ejército se ensortijaba bajo una tienda con muchas precauciones, como se hubiese hecho con la misma persona del Santo.

## CHILDEBERTO III.

De edad de 41 á 42 años.

Childeberto III sucedió á la edad de 41 años á Clodoveo III, su hermano. Pepino colocó á su lado como gobernador de palacio á Grimoaldo, su hijo, tan joven como el rey, no tanto para gobernar, como se infiere de su edad, cuanto para asegurar por sucesión este puesto en su familia. Por lo que respecta á él, continuó desempeñando su autoridad en Neustria y gobernando en Austrasia sin rey, como duque y príncipe de los franceses. Dió muchas de política que hizo conservar, mandó los ejércitos, rechazó á los enemigos esteriore, convocó á los señores y presidió realmente sus

asambleas, aunque hacia aparecer al rey. Sin embargo, no halló siempre la sumisión que se deseaba; pero, a ray de los descontentos que se atravesaron a resistir con la fuerza! Él los hizo entrar en lo que llamaba el deber con una firmeza de imperio, que e han hecho calificar de duro.

Durante este tiempo Childeberto vivió encerrado en su palacio; ocupóse especialmente en los ejercicios de la religión, y fundó monasterios. «El sig o VII, dice Mezeray, fue el del gran entusiasmo por la vida monástica. El historiador presenta un catálogo de estas fundaciones. Preciso es, no obstante, que el rey se ocupara algunas veces en los litigios de sus súbditos, y que lo hiciera con buen criterio, cuando se le ha dado el nombre de *Justo*. No inspirando recelo al gobernador estas pacíficas ocupaciones, el monarca las desempeñaba sin obstáculo alguno. Es un rasgo digno de elogio en la vida de Childeberto el haber aprovechado esta libertad en bien de sus súbditos. Dejó al morir un hijo llamado Dagoberto, de edad de 11 años, a la misma que él tenía al subir al trono.

#### DAGOBERTO III.

*De edad de 11 años.*

Un rey que solo tenía 11 años convenia mucho á Pepino. «Le instala pues en el trono de Neustria con el consentimiento de los asamblea. Despues que el niño fue presentado como presidente á la asamblea, y recibió los dones ó estrenas de los franceses, se le hizo tartamudear una protesta general ante los asistentes de defender á la Iglesia, de cuidar de las viudas y de los pupilos, y se publicaron ante él las prohibiciones ordinarias y el estado del ejercicio, y Pepino le hizo conducir á una casa real, para ser en ella mantenido y tratado con abundancia y respeto, pero sin ningún poder ni atribución.» Tal es en efecto toda la historia de Dagoberto III.

Solo se descubre un hecho notable hajo su reinado y que tuvo trascendentales consecuencias: este sucesos es la muerte de Pepino, hábil general, buen político y sobre todo, muy favorecido de las circunstancias. Los escritores antiguos se muestran tan oscuros en una de las épocas principales de la vida de Pepino, que los modernos no se atreven á asegurar si Alpaída, madre de Carlos, uno de sus hijos, era esposa legítima, y por consiguiente si este hijo, que tanta celebridad adquirió, era tambien legítimo. Pepino tuvo además de otra mujer, cuyo nombre y estado se ignoran, otro hijo llamado Childebrando, á quien algunos suponen tatarabuelo de Roberto el Fuerte, y tronco por lo tanto de la tercera rama de los reyes de Francia; pero de Plectrudes, muy conocida por verdadera esposa, tuvo á Drogon y á Grimoaldo: el primero murió de enfermedad; el segundo fue asesinado y dejó cuatro hijos: Teodobaldo, Hugo, Arnolfo y Godofredo, á quien su abuela Plectrudes educaba cuando murió su esposo Pepino. El primogénito, aunque niño todavía, fue investido, como su padre, con el cargo de gobernador de palacio, y Plectrudes reinaba en su nombre.

El primer cuidado de Plectrudes fue asegurarse de Carlos, que tenía 24 años y descalabraba pretensiones alarmantes; le encerró en una fortaleza; pero los franceses, cansados ó avergonzados de obedecer á una mujer y á un niño, se sublevaron en Neustria, obligaron á huir á la una y al otro, eligieron á Rainfroy por gobernador y libraron á Carlos, que fue proclamado duque y príncipe en Austrasia. Entre tanto el nombre de Dagoberto faltó á Carlos y á Rainfroy; este príncipe murió á los 17 años, dejando un hijo de un año, que se llamó Thierry IV de Chelles, porque fué criado en esta abadía.

#### CHILPERICO II.

*De edad de unos 11 años.*

Parece que Carlos debía aprovecharse de la impotencia de un niño en la cuna para escalar el poder; pero sin duda las circunstancias no eran favorables. Prefirió presentar un rey á los austrasianos, y eligió un Clotario, descendiente de la sangre real por Thierry III, el cual le fuera deudor de la corona.

Por esta razon, Rainfroy, despreciando tambien al tierno Thierry, sacó á Daniel, hijo de Chilperico II, del monasterio en que habia sido encerrado despues de la muerte de su padre, y le hizo tomar con el otro el nombre de Chilperico II. Entonces tuvo que ventilarse la cuestion entre los dos verdaderos soberanos, Rainfroy, gobernador de Neustria, y Carlos, soberano de Austrasia.

Acercáronse rodeados respectivamente de un ejército. Rainfroy habia engrosado el suyo con las tropas de Eudes, duque de Aquitania. A pesar de este refuerzo fué vencido en una batalla sangrienta, y obligado á huir con Chilperico, que asistía á la pelea. El rey se retiró á Aquitania, y Rainfroy anduvo fugitivo por la Neustria. «Accontenimiento prispiero para Carlos! Su rey Clotario dejó de existir; entro pues en tratos con Chilperico, que prefirió un trono sin poder á la triste condicion de un refugiado; este príncipe abandonó pues la Aquitania. El duque de los franceses le recibió

honoríficamente, y se constituyó á su lado gobernador de Neustria. Arreglóse asimismo con Rainfroy á quien cedió el Anjou, aceptando á su hijo en rehenes; este señor pasó allí tranquilamente el resto de su vida. Finalmente, Carlos se entendió tambien con Plectrudes que recibió de él tierras en Austrasia, donde pasó dias felices en el descanso que á su edad convenia, y le entregó sus cuatro nietos, de los cuales tres fueron promovidos á las altas dignidades eclesiásticas; el cuarto, que pasaba por el mas turbulento, apareció muerto inesperadamente, sin que los historiadores hablen de violencia alguna, ni acusen por ello á Carlos, su tío.

Estas conciliaciones políticas se verificaron en diferentes tiempos, en la vida y despues de la muerte de Chilperico II. Puede tambien contarse entre las medidas que Carlos tomó para asegurar su poder, las liberalidades que hizo á sus tropas á expensas del clero, con el cual al parecer no se mostró muy deferente. Dio á unos los bienes de los obispos, y á otros los de los monasterios, algunas veces sin título, y otras con el título de abades; de manera que se vé en los catálogos de los superiores de abadías algunas hijas de los generales y capitanes. Los soldados raras dotaban á sus hijas con las rentas de las parroquias, que sin duda consistian en diezmos. Créese que de aquí procedieron los diezmos feudales percibidos por los legos.

Chilperico murió en Noyon, en su corte, que habia llegado á ser, segun sus deseos, inaccesible al movimiento de las intrigas y al estruendo de la guerra. Velly dice que no debe ser contado en el número de los reyes holgazanes; Mezeray le trata de imbécil. Pudiera decirse, adoptando un justo medio, que tranquilo y dóbil por carácter, hubiera podido ser muy recomendable en la vida privada, y que fué un rey muy oscuro. No dejó hijos. Sin duda no era tiempo oportuno de colocarse en el trono de Neustria, puesto que Carlos sentó en él á Thierry de Chelles en la edad de siete años.

#### TIERRY IV.

*De edad de 7 años.*

Aquí empieza la série no interrumpida de hechos guerreros que valieron á Carlos el nombre de Martel, porque tenia siempre empuñada la espada para batir á sus enemigos, como el martillo bate el hierro sobre el yunque. En tiempo de Chilperico, los sajones probaron el valor del duque de los franceses, y en el reinado de Thierry les hizo sentir con mas fuerza aun sus efectos. De grado ó por fuerza habian traido consigo contra la Francia á muchos pueblos alemanes, sus vecinos. Esta coalicion solo sirvió para hacer triunfar el denuedo y pericia militar de Carlos Martel, quien no solo los rechazó á su país, sino que les impuso un tributo.

Pero volvieron mas impetuosos y obstinados; de nuevo los derrotó, los ategó á larga distancia, y reportó de sus escursiones grandes riquezas. En el botín se halló una jóven de extraordinaria belleza, llamada Senquilda, oriunda, segun se creyó, de una de las mas distinguidas familias de la Baviera. Carlos se casó con ella, y tuvo un hijo llamado Grifon.

Mientras las hordas alemanas inquietaban el norte de la Francia, los sarracenos devastaban el mediodia, país que ya en otro tiempo habian alarmado y aun llegado á establecerse en la Galia Narbonesa; pero nunca se presentaron en sus expediciones en número tan considerable como á la sazón. Precipitáronse sobre la Francia con muchos cuerpos de ejército á las órdenes de Abderraman, uno de sus mas célebres generales. Eudes, duque de Aquitania é hijo de Boggis, no pudo resistir la impetuosidad de la columna mandada por este caudillo, que taló todo el Languedoc y las provincias limítrofes; tomó la ciudad de Ayl, la cercó á Borgoña, se apoderó de Narbona levantándose á la esposa de Eudes, á quien hizo esclavo, y la envió al serrallo del califa. Otra columna devastó la Turéna, el Anjou, el Orleansado y dejando por todas partes montones de cráneos y arroyos de sangre, se adelantó hasta Reims, cuya ciudad atacó, aunque sin éxito, merced al arrojido del arsobispo.

Carlos Martel viendo que aquel torrente, si no se le ponía un dique poderoso, inundaría y arruinaría toda la Francia, olvidó que tenia motivos de resentimiento contra el duque Eudes, y voló á su socorro. Los dos ejércitos reunidos esperaron en las llanuras de Poitiers á Abderraman, que habia reunido todas sus tropas y volvia cargado con un inmenso botín; despues de haberse observado durante muchos dias, los franceses y los sarracenos vinieron á las manos. No hay noticia de batalla tan sangrienta y mortífera, si es cierto que los paganos, como dicen los historiadores, perdieron trescientos setenta y cinco mil hombres. Mezeray hace observar que los que improvisan sobre el papel tan prodigiosos ejércitos, no han visto en toda su vida trescientos mil hombres formados en batalla. Hubiera podido tambien hacer otra reflexion sobre la pérdida de mil quinientos hombres, á que los mismos historiadores reducen la de los aquitanos y tropas de Martel reunidas. Sea lo que quiera de estas exageraciones, contra las cuales protesta el buen

sentido, lo cierto es que la derrota de Abderraman fué completa, que murió en la refriega, y que los restos de su ejército ganaron con mucho el trabajo el río de los Pirineos, donde acamparon. Este hecho pertenece al año 752. Carlos batió además á los sarraecinos en las inmediaciones de Narbona en 753; pero estaba reservado á Pepino, su hijo, el espulsarlos de la Septimania ó Linguadoc meridional, y hacerles evacuar para siempre el territorio francés, que siete veces habían invadido con mas ó menos fortuna. Carlos le hubiera sin duda arrebatado esta gloria, si no se hubiese visto precisado á dirigirse á la vez á muchos puntos.

Los sajones continuaban sus escursiones; Carlos marchó á su encuentro, y los arrojó á su país. Entretanto se manifestaron en Borgona algunos movimientos sediciosos; pero el calor á soneto á los descontentos. Los frisones instaron los rios y talan el país llano; Carlos Martel les ataca por tierra y por mar, penetra entre ellos, destruye sus templos y sus idolos, da muerte á considerable número, y lleva consigo oportunos rehenes para asegurarse de la fidelidad de los que quedan.

Tantas proezas hubieran debido hacer temer á Eudes, duque de Aquitania, tan eficazmente protegido, atrase el odio de tan poderoso enemigo y esponearse á su resentimiento; pero sean cuales fueren las razones que á ello le impulsaron, continuó la imprudencia de provocar á Carlos y medir sus fuerzas con las de este. Una batalla ganada puso su país á merced del príncipe de los franceses, quien lo hizo teatro de todos los horrores de las guerras de aquel tiempo, y de que los nuestros no están enteramente exentos. Eudes murió de pesar, aunque otros dicen que en su desprecio se hizo monge. Su hijo Hunaldo que le sucedió, volvió á consagrar á su padre, sacó á Carlos de su prisión, juramento de fidelidad á este y á sus hijos y vivió tranquilo. El príncipe de los franceses voló de nuevo á Borgona, donde se presentaban algunos indicios de sedición, lo pacificó todo y volvió contra los sajones que amenazaban. En un mismo año, el Rhin y el Garona le vieron en sus márgenes al frente de sus ejércitos; Childerando, su hermano, le secundaba en sus operaciones militares. Carlos Martel fué un príncipe muy sensato, y según parece vivió muy bien con su hermano. Su posteridad que fué numerosa, ha sido el tronco de muchas casas ilustres, que con otros señores poseedores tambien de vastos territorios, contribuyeron á dividir la Francia en feudos.

Tierry de Chelles murió á la edad de veinte y tres años, uno décimo séptimo de su reinado imaginario. Créese que fué casado, y que tuvo un hijo, pero el César, que fué un simulacro de poder real, no juzgó conveniente colocarle sobre el trono, de suerte que hubo interregno durante el resto de su vida.

#### INTERREGNO.

Gastado por las fatigas, Carlos arrastraba una existencia achacosa aunque solo tenia cincuenta años, y su estado valotudinario le hacia mostrarse indiferente á las operaciones militares. Los papas, despues de haberse emancipado en tiempo de Gregorio II de la dominación de los exarcas de Rávena, luchaban entonces contra los reyes de los lombardos para lograr la dominación de Roma. Gregorio III, á imitación de sus últimos predecesores, queria asegurarse la posesion de esta ciudad; Luitprando la reivindicaba como una parte de su reino. El Pontífice no era el mas fuerte, y por el contrario se veia estrechado por las armas del monarca. Aunque la conducta de Carlos, respecto del clero de Francia, no le daba lugar á esperar mucho del príncipe francés, calculó que la politica podría determinarle á no permitir el engrandecimiento de su vecino, y le pidió enviase un ejército á Italia, si no podia ir en persona; pero Carlos era aliado de Luitprando, y tenia ademas hartó que hacer en un reino que queria acostumbrar á lo que le reconociese como único dueño. Contentose pues con instar al lombardo que no molestase al papa, y envió ricos presentes á los sepulchros de los apóstoles. Por otra parte obraba al fin con mucha moderacion con el clero, y debe advertirse que si en sus penurias no usó siempre con templanza de los bienes de la Iglesia, al menos tuvo la prudencia de no agotar este recurso que andando el tiempo fué útil al reino.

Carlos Martel murió tranquilamente en su lecho, á la edad de cincuenta y cuatro años. La vida de los guerreros mas ilustres no está mas llena de combates célebres y hechos heroicos que la suya. Era natural que un hombre que tanto debía á la guerra, crease una orden de caballería para honrar y distinguir á los valientes que habian combatido con él. Carlos Martel fundó la de la *Gineta*, cuyos adornos eran tan sencillos como la leyenda: *Exaltat humiles* (ensalza los humildes). Divisa muy adecuada á los hombres, á quienes el arroyo militar saea de un estado oscuro y presenta cubiertos de gloria á los ojos de la nacion.

Paréceme que Carlos Martel se ocupó los últimos dias de su vida en consolidar su poder, de manera que sus hijos pudiesen gozar de él sin obstáculos de ningún género. Dejó tres: Carloman y Pepino, de Rolanda austrasiana, y Grifon de Senquilda, la Bávvara. Dividió en

dos partes la monarquía, dando la Austrasia á Carloman y la Neustria á Pepino. A Grifon cuple solo una esesa herencia, lo que hace dudar de su legitimidad.

#### CHILDERICO III.

De edad de 11 á 12 años.

Despues de cinco años de interregno desde la muerte de Thierry de Chelles, los dos hijos de Pepino que reinaban con los nombres de duques y príncipes franceses, quisieron ocupar el trono. Tal vez fueron impulsados á ello por las murmuraciones de los señores que se habían hecho en extremo poderosos á favor de las revueltas. Estos colocaron un Childerico III, llamado el Inconato, príncipe sin duda de la sangre, pero cuya filiacion es incierta. La opinion mas probable le supone hijo de Thierry, el último rey, y le da de 11 á 12 años. Carloman y Pepino continuaron las proezas de su padre contra los sajones, los bávaros y los sarraecinos que todavía poseian algunas plazas del Mediodía, y por último contra los aquitanos sublevados contra el duque Hunaldo.

En medio de estas victorias en que Carloman no tenia menos parte que su hermano, tomó la resolution de hacerse monge; tenia dos hijos, uno de los cuales se llamaba Dreux ó Dregon; ignorase el nombre del otro, y tambien si los recomendó á Pepino; pero es cierto que no dió ni á ellos ni á Grifon, su último hermano, parte alguna de sus estados. Carloman marchó á Roma magníficamente escoltado, depuso sus dignidades en manos del papa que le cortó el cabello, y se retiró á un monasterio bastante aislado. No obstante, hallándose todavía importunado por las visitas de los señores franceses que iban á Roma, se encerró en la abadía del monte Casino, cuya austera regla le parecia un muro mas sólido que la misma sociedad contra las tentaciones seductoras del siglo.

El proyecto que Pepino meditaba sin duda de renmir en su persona la integridad del poder soberano, solo podía hallar obstáculos en su hermano Grifon. De los señores que habian estado en los dominios de Carloman, muchos manifestaban inclinacion á aquel jóven príncipe, y esta circunstancia inducia á Pepino á retenerle bien custodiado en la corte, pero logró evadirse y entrar en Alemania donde formó un partido poderoso, compuesto de bávaros y de sajones, con los señores de la dominación de Carloman á quienes se unió el papa, que hizo gestiones en favor de Grifon para obtenerle una herencia.

Pepino no dejó á esta especie de conspiracion el tiempo de adquirir las fuerzas necesarias. Acérrase á los descontentos, amenazó y negoció; y uniendo el oro y la intriga al hierro y al terror, ganó á unos por medio de gratificaciones en tierras y dinero, sometió por la fuerza á los mas obstinados y satisfizo los deseos del Papa, haciéndole espléndidos regalos. Respecto de Grifon, le formó con Maine y el Anjou que erigió en ducado, un patrimonio con que esperaba que su hermano se daria por contento, y volvió con nuevo ardor á su proyecto de hacerse conferir el título de rey, cuyo poder ejercia en toda su plenitud.

A pesar de las usurpaciones de Carlos Martel sobre los bienes del clero, este gozaba todavía de gran prestigio en el ánimo de los pueblos. Carloman y Pepino, al suceder á su padre, trataron por medio de muchas deferencias y liberalidades, de borrar las procepciones desfavorables que las desmembraciones de Carlos Martel, calificadas de rapiñas, habian suscitado contra su familia; pero la conducta de ambos hermanos, el uno mostrando gran respeto á la religion, y el otro llevando su abnegacion hasta abrazar el estado monástico, calmó todos los resentimientos; así pues, en un parlamento que Pepino convocó y en donde se hallaban reunidos muchos obispos, si algunos de estos no eran favorables al deseo de Pepino, al menos parece que no halló adversarios, puesto que ninguno reclamó en favor del desgraciado Childerico.

No obstante, los deseos de Pepino no se realizaron en esta primera asamblea; el negocio era trascendental. Childerico tenia en su favor el orden de la sucesion no interrumpida en la linea masculina de los merovingios, y solo tenia en contra su juventud, y una incapacidad calificada de imbecilidad, que podría desaparecer á proporcion que adelantase en edad. Por otra parte, algunos autores aseguran que tenia esposa é hijos, pero los franceses estaban cansados de la especie de anarquía en que vivian; habiendo salido de un interregno para caer bajo la dominación de un rey desprestijado, y no pudiendo ponerse de acuerdo entre sí, los señores que componian el parlamento resolvieron acudir al Papa.

Llamábase este Zacarias, y hallándose como sus antecesoros, ya en simple discordia, ya en guerra abierta con el rey de los Lombardos para alanzar la posesion ó la dominación de Roma, era natural que pudiese contar con el apoyo de Pepino, en el caso que este príncipe le tuviese que deber la corona. La cuestion se formuló en los términos siguientes: ¿Quién es mas digno de reinar, el que trabaja últimamente en defensa del Estado, y desempeña todas las atribuciones del poder real, sin tener el título de rey, ó aquel que lleva este título y

no es capaz de hacer uso alguno de él? No había otro medio entre ambos extremos que, ó dar una respuesta satisfactoria al deseo del que interrogaba por conducto de la asamblea, ó declararse incompetente en este negocio. El interés de la Santa Sede no permitía esta especie de desvío. El Papa optó pues por el gobernador que obraba, desechando al rey inútil. Esta decisión, aun cuando fuese justa, dice Mezeray, daría margen á muchos comentarios, pero sea cual fuere los franceses la respetaron. Una sentencia declaró destronado á Childerico, mandó que se le cortase el cabello, se le vistiese el hábito de monge y se le encerrase en un monasterio de Alemania. Los historiadores que le reconocen una esposa, dicen que tambien se obligó á ésta á tomar el velo, confinándola á un monasterio de Francia, lo mismo que á su hijo llamado Tierry, de quien nadie volvió á hablar.

Así concluyó la primera raza de los reyes de Francia, llamados merovingios. En un espacio de trescientos treinta y dos años, dió veinte y un reyes, si limitamos este número á los de París, y treinta y siete si contamos los que llevaron este último título, así en Orleans, como en Metz, Soissons, Tolosa y otras partes.

## SEGUNDA RAZA

LLAMADA

# DE LOS CARLOVINGIOS,

que comprende 15 reyes en 325 años de existencia.

752—987.

Las usurpaciones que ocurrieron hácia el fin de la segunda raza, ocasionan en su historia casi tanta confusion como en la primera. Para disiparla emplearemos el medio de que ya hemos hecho uso: esto es, repartir este período en otros muchos de menor estension, y muy diferentes entre sí por los caracteres que les son propios, y que formarán otros tantos capítulos. Contaremos tres.

Primer período, desde 752 hasta 877. Esplendor de los carlovingios durante la sucesion directa y no interrumpida de sus cuatro primeros reyes; Pepino, denominado el *Breue*; Carlos I el *Grande*, ó *Carlomagno*; Luis el *Bonadoso* y *Cárlos el Calvo*. Este período comprende 126 años.

Segundo, desde 877 hasta 956. Empieza la decadencia de los carlovingios y la interrupcion de la sucesion directa en tiempo de Luis II, llamado el *Tartamudo*, hijo de *Cárlos el Calvo*, y sus tres hijos Luis III, *Carloman* y *Cárlos III* denominado el *Simple*. Cuatro usurpadores reinan sucesivamente en perjuicio del último, y en competencia con él, á saber: el emperador *Cárlos el Grueso*, su pariente; y Endes, hijo de *Roberto el Fuerte*, duque de Francia; *Roberto*, hermano de *Eudes*, verno del mismo *Roberto*, y *Raoul* que sobrevivió á *Cárlos* algunos años. Este período abraza 59 años.

Tercero, desde 956 hasta 987. Vuelta de la sucesion directa de los carlovingios y caída de esta familia en los reinados de Luis IV de *Ultramar*, hijo de *Cárlos el Simple*, *Lotario* su hijo y *Luis V* llamado el *Holgazan* su nieto; los cuales no reinan sino bajo la influencia y tutela de *Hugo el Grande*, hijo del rey *Roberto*, y de *Hugo Capeto*, hijo de *Hugo el Grande*. Período de 51 años.

## I.

Esplendor de los carlovingios durante la sucesion directa y no interrumpida de sus cuatro primeros reyes, *Pepino*, llamado el *Breue*; *Cárlos I* el *Grande* ó *Carlomagno*, *Luis el Bonadoso* y *Cárlos el Calvo*.—Período de 126 años.

### PEPINO, LLAMADO EL BREVE.

De edad de 37 á 52 años.

*Pepino*, llamado el *Enano*, el *Pequeño* ó el *Breue*, fué denominado así por su pequeña estatura, pero era fuerte y vigoroso, como lo patentiza lo que sucedió el primero ó segundo año de su reinado en la batalla de *Ferriere* en *Gatinais*, donde habia establecido su corte. Colocabáse entonces entre las principales diversiones, los combates entre bestias feroces. *Pepino* que asistía á uno de estos pasatiempos, vió á un leon enorme encarruzado contra un toro al que ahogaba por momentos. «¿Quién de vosotros, dijo á los señores que le rodeaban, se atreve á sosegar á ese toro? Todos se miraron atónitos, pero nadie contestó. Entonces *Pepino* saltó á la arena con el sable desnudo, y cortó de un solo golpe la cabeza del leon, é hirió ademas el pescuezo del toro. «¿Soy digno, preguntó entonces con aire satisfecho, colocándose en medio de los cortesanos, de ser vuestro rey?»

En efecto, en aquellos tiempos en que la fuerza corporal constituia gran parte del mérito militar, semejante accion podia ser un gran título para mandar y reinar: por el nuevo monarca, *Pepino*, tenia otros muchos mas preferibles, pues estaba dotado de prudencia, de espíritu conciliador, de prevision, de astucia para aprovechar las circunstancias y del talento de gobierno.

Bajo la autoridad absoluta aunque precaria de los gobernadores de palacio, los magnates se habian repartido el reino y formado de sus respectivas porciones estados mas ó menos independientes, sometidos no obstante al pago de censos mas ó menos onerosos y á reconocimientos honoríficos hácia la corona. Tal es el origen de los feudos en Francia. Los señores, al recibirla investidura del feudo, prometian fé y fidelidad á sus superiores, de categoria en categoria, desde el último feudatario hasta el conde y el duque que prestaban homenaje al rey. No es posible asegurar si en aquellos tiempos se cumplian en este acto de submission las ceremonias que se usaron en los sucesivos. El vasallo se arrodillaba delante del señor, y uniendo sus manos que este estrechaba con las suyas, le juraba fidelidad. En la fórmula del acto del juramento, estaban compendiados los deberes del vasallo, que consistian en ayudar á su señor en la guerra, ó con dinero ó con tropas, ó con su propia persona; en rescatarle, á él y á su hijo, si caian en poder de los enemigos, y en otras obligaciones á veces extrañas, pero á las que se comprometia el vasallo, bajo pena de perder su feudo, y de sufrir un castigo corporal y aun la muerte.

Aunque *Pepino*, como rey, pensaba tal vez de muy distinto modo que *Pepino* como gobernador del palacio, y le hubiera sido grato retirar á los señores la soberanía que su propio interés y el de los gobernadores sus predecesores habian identificado con sus feudos, dejó las cosas en el mismo estado en que las encontró, no obstante la enorme brecha que los grandes feudos abrian en su autoridad. Y aun parece que arrastrado por las circunstancias, ó contentemporizando demasiado con sus parientes, dió el ejemplo, en mal hora imitado por sus sucesores, de repartir toda la monarquía en feudos. Algunos autores laboriosos han seguido la historia de estos feudos otorgados por *Pepino*, y en ellos han hallado el origen de esas desmembraciones que habiendo llegado á ser hereditarias á la estension de esta raza, han formado esos grandes vasallos bajo el título de condes y duques, iguales en poder á los reyes de la segunda raza, y á los de la tercera hasta *Luis XI*.

Así *Pepino* se atrajo, por medio del interés, el mas poderoso de los lazos, á los señores que le habian obligado. No vemos que durante su reinado, ninguno de los mas distinguidos de ellos hubiere faltado á la especie de sujecion que exigia el vasallaje, exceptuando *Gaifre* ó *Waifre*, hijo de *Ilunado*, duque de *Aquitania*. El padre habia contrariado siempre á *Cárlos Martel*, gobernador de palacio, que se acercaba por momentos al trono, y el hijo no se mostró menos opuesto á *Pepino*, que se esforzaba por estender la autoridad real. Para juzgar con acierto á estos duques, y decidir si merecian el nombre de rebeldes que los dan casi todos los escritores contemporáneos, seria preciso conocer cuál era la autoridad no disputada de los monarcas sobre los grandes vasallos, y los derechos represivos de estos concedidos por las leyes. Pero estas solo se forman por los ejemplos, es decir, que habiendo un rey que era el mas fuerte, castigado con la confiscacion del feudo, con la prision ó con la muerte, á un gran vasallo que le resistiera á mano armada, este mismo rey ó sus sucesores establecieron luego este castigo en prueba del derecho de hacerlo sufrir, en el mismo caso á otros. Las formas protectoras no se han establecido sino sucesiva y lentamente.

Dos enemigos hostilizaban la Francia: los sarracenos ó moros por la parte de España, y los sajones por la de Alemania. Los primeros habian conquistado á *Narbona*, desde la cual podian invadir el *Languedoc* y devastar los paises regados por el *Loira*. *Pepino* los bloqueó en esta ciudad, y nada mejor podia hacer á la sazón, por que fué preciso recluir á los sajones, envas numerosas hordas se adelantaban hácia el *Rhin*; vióse tambien obligado á contener en sus limites á los bretones que inquietaban la *Nestria*, y que aspiraban á su independencia.

Otro enemigo mas poderoso, si hubiera sido mas prudente, atormentaba á *Pepino*. Hemos visto que este príncipe habia dado á su hermano *Grifon* un patrimonio con que un hombre menos revoltoso hubiera debido contentarse. Despues de haber intentado apoderarse de la *Baviera*, donde su hermana, madre del duque *Tassillon*, le habia dado hospitalidad, *Grifon* permaneció poco en su herencia compuesta de doce condados situados en el corazón de la Francia, y pasó á *Aquitania* á la corte de *Gaifre*, que sabia era hostil á *Pepino*. Pero sus mercedadas atenciones á la duquesa, inspiraron celos á su esposa, y *Grifon* se vió precisado á abandonar la *Aquitania*. Dirigióse entonces á *Italia*, y como marchaba á la cabeza de sus tropas á reunirse con *Astouffe*, rey de los lombardos, fué detenido á la entrada del valle d' *Maurienne*, por las que *Pepino* habia destinado á la custodia de los Alpes. Trabajó allí un tenido combate, en el que *Grifon* perdió la vida.

La Italia fué para Pepino un objeto de atención y preferencia, por el interés que las peticiones de los papas le hicieron tomar en los negocios de este país. De los estados que en él poseyeron en otro tiempo los emperadores de Occidente, solo quedaba a los emperadores griegos sus sucesores, al Mediodía, la Apulia y la Calabria; al Norte, el exarcado de Rávena y la Pentápolis, llamada también ducado de Roma. Los monarcas de Constantinopla conservaron todavía alguna autoridad en estas provincias confiadas á un gobernador llamado Exarca, pero con muy pocas fuerzas para defenderse de los lombardos. Estos se coligaron con los papas para invadir los estados de los griegos en Italia, y luego se disputaron tenazmente sus despojos.

Solo el Norte fué invadido; las provincias meridionales permanecieron todavía cerca de trescientos años bajo la dominación de los emperadores griegos, que tuvieron en ellas gobernadores conocidos con el nombre de catapanes. En 972, fueron cedidas en dote á Teofania, hija de Juan Zimiskes y esposa del emperador Otón II; pero habiendo los griegos rehusado desasirse de ellas y llamado ademas en su auxilio á los sarracenos, resultaron hostilidades que solo aprovecharon á estos por los numerosos establecimientos que formaron en esta parte de Italia. Para despojarse de ellos, fué preciso el extraordinario valor de los hijos de Tancredo de Hauteville, noble normando, los que habiendo llegado á Italia á título de auxiliares á principios del siglo XI, se hicieron dueños, no solo de la Apulia y la Calabria, sino tambien de la Sicilia, cuando apenas habia trasecurido medio siglo.

Homos visto que Carlos Martel aseguró al papa Zacarías la posesión de Roma. Astolfo, rey de Lombardia, veia con disgusto la antigua capital del mundo en poder de los Sumos Pontífices; aunque habia recibido de Esteban II, sucesor de Zacarías, socorros para apoderarse de los estados sometidos á los griegos, no solo se negaba á dar al Papa una parte de sus conquistas, como sin duda le habia prometido, sino que pretendió abrogarse toda la autoridad de Roma, y movido por este deseo sitió al Papa. Esteban III, sucesor de Esteban II, siguió el ejemplo de su predecesor, que habia recurrido á Carlos Martel; el nuevo Pontífice halló medios de elevar sus quejas á Pepino. Los embajadores del rey de Francia llegaron á la corte de Astolfo, de quien lograron, primero que levantase el sitio, y después que no pusiera obstáculos al deseo que el papa mostraba de pasar á Francia. Con estrema repugnancia accedió el monarca lombardo á este viaje, del que preveia consecuencias desagradables.

Después de haber sido levantado sobre el pavés, á imitación de sus predecesores, Pepino quiso hacer intervenir, por decirlo así, á la divinidad en su inauguración. Habíase hecho ya coronar solemnemente en la catedral de Soissons por Bonifacio, arzobispo de Maguncia, provisto de una autorización especial del Papa; pero deseoso sin duda de herir mas la imaginación de los pueblos, teniendo en Francia á Esteban III, resolvió hacer reiterar la misma ceremonia por el Soberano Pontífice y admitir á ella consigo, á sus dos hijos, Carlos y Carloman.

Muchos señores franceses se prestaron con repugnancia al deseo del rey; le eligieron para que renase, es cierto, pero sin deseo de hacer estensivo este privilegio á su raza. Algunos pidieron una parte para los hijos de Carloman, á quien la renuncia de su padre no podía privar de todo derecho á la corona; sobre esto se ocasionaron disturbios, que al fin produgeron combates. El Papa no se dio prisa á terminarlos, hasta que hubo obtenido seguridades para la ejecución de sus proyectos en Italia.

Estos encontrados intereses se conciliaron al fin. Esteban III dió la corona y la union sagrada á Pepino, á Berta, su esposa, y á sus dos hijos mayores, Carlos y Carloman. En esta accion solemne, conjuró á los franceses á que jamás eligiesen rey sino en la posteridad de estos principes, y declaró escouglados y malditos á todos los que escogiesen en otra sangre. Ignórase el lugar y el dia en que tuvo lugar esta ceremonia; la opinion mas recibida la coloca en la iglesia de san Dionisio. Esteban dió entonces al rey el título de fiel y de defensor de la iglesia romana, y á sus hijos el de patrios romanos. Complaciase sin duda en mirar la concesion de estos títulos como un derecho de exigir el auxilio de estos principes en caso necesario, y la aceptacion por parte de los principes como un compromiso contrado de proteger á la Santa Sede y ayudarla con sus fuerzas.

En efecto, muy poco despues de la coronacion, el rey de Francia se preparó á procurar una satisfacion al Papa. Por su parte, Astolfo, rey de los lombardos, instruido de los proyectos de Esteban, y temiendo hiciese declarar á los franceses contra su persona, hizo marchar al principe Carloman, que vivia como religioso en un monasterio de sus estados, y le encargó sondase los proyectos de su hermano en la asamblea de los grandes, que segun la costumbre debía decidir la guerra ó la paz; esta asamblea se celebró en Grecia, y en ella Carloman se expresó con energia en favor del rey de los lombardos. Créese que mostró tambien algun deseo de procurar un establecimiento á sus dos hijos, que habia confiado á su hermano al

tomar el hábito monástico. La asamblea acordó que no debía marcharse contra el rey de la Lombardia, como el Papa deseaba, sino que se enviase embajadores á este principe para tratar de un arreglo. Cuando la asamblea terminó y los señores se separaron, el Papa, en virtud de la autoridad que los votos monásticos le daban sobre Carloman, le mandó retirarse á un monasterio de Alemania, donde murió poco despues; sus hijos fueron trasladados á otro, donde se les afectó la cabeza, y no se ha vuelto á hablar de ellos.

Los embajadores ballaron á Astolfo dispuesto á no inquietar al Papa en la posesión de Roma; pero queria conservar el exarcado y la Pentápolis, alegando le pertenecian por derecho de conquista. Pepino, viendo esta contestacion, tenia preparado su ejército. Sin perder tiempo pasó los Alpes é invadió la Lombardia; pero Astolfo, que no esperaba este brusco ataque, abandonó sus posiciones y se retiró á Pavia. Próximo á verse asediado en esta ciudad, accedió á entregar la Pentápolis y parte del Exarcado; lo que de este retuvo, lo debió á los presentes de que colmó al rey de Francia y á los señores de su séquito. El Papa á pesar de tales servicios manifestó gran descontento; pero Pepino, que creia haber hecho bastante en favor del Pontífice, repasó los montes y regreso á Francia.

Astolfo murió, y aprovechando esta coyuntura el Papa, se entrometió en los negocios de los lombardos, haciendo recatar la corona en Didier, general del rey difunto, en perjuicio del hermano de este principe; eroyó asegurar sus nuevas adquisiciones por medio de este servicio; pero mucho se engañó, porque dueño Didier del trono, resucitó las pretensiones de su antecesor. Reconquistó el Exarcado y la Pentápolis y sitió á Roma, y persuadido de que si llegaba á apoderarse del Papa, alenarria facilmente lo que deseaba, ofreció á los romanos levantar el sitio si le entregaban al Pontífice.

En tan larga estremada, Esteban apeló al rey de Francia, su habitual recurso; le envió correos tras correos, y le intimo cumpliese el voto que habia hecho de defender la Iglesia romana, haciéndole ver que si faltaba á este deber, se hacia criminal para con el mismo apóstol N. Pedro; que no esperaba en manera alguna la salvacion si le abandonaba, y por el contrario, si marehaba á su socorro, le ofrecia la fe del cielo eterna, y le daba por fianza al principe de los apóstoles. Escribió cartas aun mas apremiantes á los dos hijos, á la reina Berta, á los obispos, abades, monjes, á toda la nacion colectivamente, y por último, otra carta, complemento de todas las demas, en la cual valiéndose de una prosopopeya muy permitida y que ha sido tachada de supercheria, hacia hablar al mismo S. Pedro con un estilo, unas veces afectado y otras amenazador, que podia causar mucha impresion en aquellos tiempos.

En vista de esto, Pepino resolvió de nuevo pasar á Italia, para dar al poder papal una solidez que le pusiese al abrigo de toda variacion. Condujo á los franceses por el monte Genis, cubierto aun de nieve, y penetrando en la Lombardia que devastaron á su paso, se dirigieron á Roma. Didier levantó el sitio y se refugió á Pavia, como su antecesor, y como él accedió á todo lo que el papa deseaba; pero ademas se obligó á pagar un tributo á la corona de Francia. Pepino vencedor cedió como dueño por conquista, al papa Esteban y á sus sucesores, el exarcado y la Pentápolis del ducado de Roma, que constituyen el principal patrimonio de la iglesia.

El mismo año que el monarca hizo de su conquista un presente tan generoso al papa, convocó en su palacio de Vernou un concilio, al que fueron llamados los señores para que sancionasen diferentes reglamentos, concernientes no solo al clero sino tambien á los legos. Estableció en ellos que los obispos sin diócesis no ejercieran función alguna, sin el consentimiento del obispo diocesano. Los estatutos de Vernou sometian todos los delitos de que se hacian reos así los legos como los eclesiásticos, á la escomunión, cuyas formas y poder están marcados en estas palabras: «No es permitido beber ni comer en compañía de un escouglado, ni recibir de él presente alguno, ni besarle, ni siquiera saludarle, y el que trate con él, incurra en la misma escomunión». Obsérvese que entonces todos los crímenes, sin exceptuar el asesinato, se rescataban con una indemnizacion pecuniaria; era por lo tanto una excelente medida política dar á la escomunión un poder que debía alarmar á los ricos y á los poderosos, á quienes el temor de una pena pecuniaria no habria contenido, y que no estaban sujetos á castigos corporales. En dichos estatutos se recomienda la mas estricta imparcialidad á los jueces legos y eclesiásticos, pero sus atribuciones no están deslinadas en ellos; solo se les manda que despachen con preferencia á todas las demas, las causas de las viudas, de los huérfanos y de los dependientes de la Iglesia; y se les prohibe expresamente que tomen cantidad alguna de las partes, «tanto mas cuanto que los presentes alayentan la justicia, á todos los lugares en que se les recile».

Los reyes daban entonces audiencias solemnes en las Pascuas de Navidad y Resurreccion; en ellas, los monarcas se presentaban con la corona, y magníficamente vestidos; recibian con gran ostension á los grandes señores, cuyos gastos sufragaban espléndidamente, y á los que entregaban ricos vestidos, de lo que ha procedido la palabra

libra (1). Créese que en tiempo de Pepino fué cuando las asambleas del campo de Marzo se trasladaran á Mayo, como tiempo mas adecuado por su benigna temperatura; los vasallos hacian entonces homenaje de sus feudos, y las naciones vencidas presentaban el tributo que les habia sido impuesto. Asi pues, los sajones pagaron á Pepino en una de estas asambleas la deuda de trescientos caballos, que se habian obligado á entregarle todos los años en esta época. Este principe recibió entonces tambien el homenaje de Tassillon duque de Baviera, su sobrino, hijo de su hermana, que acompañado de muchos señores bávaros, prometió en manos de su tío rendirle vasallaje; pero fiándose poco de la ligereza del jóven, Pepino le retuvo en su corte. Viéronse igualmente allí los embajadores de Constantino Copronimo, emperador de Constantinopla, quienes alcasmas de los aromas, telas y alhajas preciosas, le llevaron un órgano, el primero que apareció en Francia. El rey le hizo colocar en la iglesia de S. Cornelio de Compiègne, ciudad de su habitual residencia. El objeto de estos presentes era obligar al rey de Francia, á que no se opusiera á los esfuerzos que el emperador hacia de tiempo en tiempo para conservarse algunas posesiones en Italia.

Las guerras esteriores inquietaban á Pepino menos que la promovida por Gaire, duque de Aquitania, hijo de Hunaldo, que habia en otro tiempo molestado á Carlos Martel por sus relaciones con los descontentos; parece que siguió el mismo plan que su padre; le hemos visto conceder asilo á Gaire, y conservaba secretas inteligencias con Didier, rey de los Lombardos, y relaciones con los sarracenos ó moros de España, poseedores de Narbona, ciudad que Pepino en persona habia sitiado inútilmente, y tenia bloqueada.

Este principe resolvió prevenir los efectos de tales coaliciones peligrosas atacando al que parecia ser su jefe. Puede juzgarse por las exigencias de Pepino respecto de Gaire cuales eran muchos de los derechos pretendidos por los señores sobre sus vasallos, por mas que fuesen ellos soberanos. Exigia que entregase los bienes que la Iglesia de Francia poseia en Aquitania, y de que se habia apoderado; que respetando las inmunidades de los eclesiásticos cesase de enviar jueces y conisionados á sus tierras; que entregase los desertores que habia acogido en sus Estados, y pagase la cantidad estipulada por las leyes como precio de la sangre de muchos hombres del rey muertos en Aquitania. Esta especie de manifiesto fué la señal de una guerra que duró siete años.

El rey de Francia la abrió con su habitual impetuosidad. Penetró en Aquitania á sangre y fuego, y causó tantos estragos, que el duque que no esperaba tan cruda irrupcion, se vió precisado desde luego á recurrir á las negociaciones y á los ruegos. Concediósele la paz bajo la promesa que hizo de dar al monarca una cumplida satisfaccion, promesa que garantizó entregando en rehenes dos de sus mas inmediatos parientes y dos de sus principales condes.

Pero cuando se hubo asi procurado el tiempo necesario de concertar mejor sus medidas, en lugar de los actos de sumision á que se comprometiera, mandó al rey enviados que lejos de calmarle le irritaron con su aspecto altanero é inconsideradas pretensiones. Este uso imprudente renovó la guerra. Pepino, mientras esta duró, usó la politica á las operaciones militares. Privó á su enemigo de los recursos de los sarracenos, espulsando á estos para siempre de la Francia con la toma de Nabona, que tenia únicamente bloqueada, y aun obtuvo á pesar de estas hostilidades un tratado de alianza con el califa, su soberano. Previno y apaciguó los movimientos sediciosos que se preparaban en Bretaña, y por último privó al duque, atrayéndolos á su partido, á muchos de sus vasallos y parientes, entre otros á Remistan, su tío, á quien cedió la mitad del Berri, arrebatado al sobrino, pero que no permaneció largo tiempo fiel á su bienhechor.

En aquel tiempo la guerra se hacia con el mas atroz encarnizamiento. Todas las ciudades que Pepino tomaba, ó las destruia completamente ó las desmantelaba. Gaire por su parte arrebataba sus propias fortalezas, para evitar que su enemigo se estableciese en ellas; la Auvernia, la Saintonge, el Quierci, el Berry y el Perigord solo presentaban montes de escombros y restos de horribles incendios. El rey estaba próximo á reducir á su adversario, cuando su sobrino Tassillon huyó de su corte y se retiró á Baviera, á donde le llamaban los grandes de sus Estados. Fué entonces preciso negociar para que este principe no se reuniese con Gaire, á quien hubiera podido procurar el auxilio de Didier, rey de los Lombardos, con cuya hija se habia enlazado.

Cuando Pepino se aseguró por este lado, emprendió con mas actividad la guerra de Aquitania, que no habia sido interrumpida. Remistad, viendo el terrible apuro á que estaba reducido su sobrino, no tardó en arrepentirse de su desercion, pero le alcanzó la suerte que de ordinario está reservada á los hombres que flotan entre los partidos. Gogido con las armas en la mano fue ahogado por fomen-

tido. El vencedor se apoderó de Bourges, considerada como la capital del duque, construyó en ella fortificaciones y edificó un palacio con el desigño aparente de fijarse en él.

Le desgraciado Gaire luchaba á la desesperada, y algunas veces obtenia ventajas. Por último, á la séptima campaña, se encontró cercado en un rincón del Perigord, y perdió la vida en un combate contra los soldados del rey, ó bien asesinado por traicion por sus mismos vasallos, que no veian otro medio que su muerte para poner fin á la desolacion de su pais. La conquista de toda la Aquitania fué la inmediata consecuencia de la catástrofe de este principe. Los analistas y romanceros de aquel tiempo le pintan como un traidor y un pérfido; reputacion que deben esperar los que son vencidos en épocas de revueltas, pero reputacion que la posteridad rectifica algunas veces.

Este fué el último triunfo de las armas y de la politica de Pepino, el que murió de hidropesia á la edad de cincuenta y tres años. Esta enfermedad le dió el tiempo necesario para disponer de sus Estados, que repartió entre sus dos hijos, Carlos y Carlomagno, ya coronados; otro, llamado Gilles, fué enviado á un monasterio para ser educado en él, y se hizo religioso. Cupieron á Carlos la Austria y países dependientes, con una parte de la Neustria hasta el Sena, y á Carlomagno el resto de la Neustria, el reino de Borgoña, la Alsacia, y á cada uno de ellos una parte de las conquistas que su padre habia hecho en Aquitania. Pepino tuvo tambien tres hijas, de las que dos murieron jóvenes y la otra fué abadesa de Chelles.

Todos estos hijos fueron habidos de Berta, la del gran pié, llamada asi porque tenia una mayor que otro; era hija de un conde de Laon, y los historiadores la suponen dotada de un carácter dulce y afable. Seguía á su esposo en sus viajes y expediciones, y á menudo le servia de consejera. Celebrase su talento en tener una corte espléndida, á la que atraía á los grandes y los inclinaba al partido del nuevo rey, serviendo mas útil del que algunos creen en los principios de su reinado. Algunos autores dicen que Pepino tuvo otras hijas, y entre ellas á Berta, casada con Milon, conde de Angers, padre del invulnerable Roldan, y á Chiltrudis, esposa de René, conde de Gónova, madre de Ogier el danés, personaje de gran nombradía en las novelas caballerescas, y que puede figurar dignamente al lado de su primo Roldan.

En la preocupacion general de admirar mas bien que de vituperar las expediciones militares, por onerosas que sean al pueblo, no condenaremos la de Pepino contra un vasallo, culpable quizá únicamente de haber sido demasiado poderoso. Nos abstendremos tambien de discutir si el asentimiento de la nacion y la deposicion del último rey merovingio fueron voluntarias; si esta deposicion fué necesaria, merced á la mala administracion de los últimos reyes, y no provocada por medios fraudulentos y razones de bien público capaces de imponer á la muchedumbre. Nos limitaremos á decir que Pepino reinó y que reinó con gloria, y que, aunque hijo de Carlos Martel y padre de Carlomagno, su nombre, colocado entre estos dos hombres célebres, brilla todavía en la historia.

#### CARLOMAGNO.

De edad de 24 á 25 años.

Cuarenta y siete años de un reinado glorioso, de victorias multiplicadas, los bárbaros rechazados de las fronteras y subyugados, estinguidas las facciones, asegurada la paz interior, promulgadas y puestas en vigor muchas leyes sábias, protegida la religion y resucitadas las ciencias: hé aqui lo que funda la reputacion de Carlos I, conocido por Carlomagno ó el Grande. Esta reputacion ha sido exagerada hasta la admiracion por los historiadores. Al escribir la vida de este monarca nos encerraremos en los límites de una justa imparcialidad; pero aun cuando algunas sombras oscurezcan el brillo de sus hechos, no por ello será menos cierto que Carlomagno ocupa un lugar distinguido entre los mas eminentes príncipes que han ocupado tronos.

La distribucion que Pepino habia hecho de sus estados entre sus dos hijos con el asentimiento de los grandes del reino, con el beneplácito de estos mismos grandes experimentó variaciones de que se dieron por satisfechos, á parecer, ambos hermanos. Carlos, de edad de veinte y cuatro á veinte y cinco años, fué coronado en Noyon, rey de Borgoña y Neustria, y Carlomagno, de diez y ocho, lo fué en Soissons como rey de Austria, de la que dependia gran parte de la Alemania.

Pero desde el principio mostraron poca conformidad en un negocio que les era comun. Pepino les habia dejado la Aquitania *pro indiviso*, previendo sin duda que podrian suscitarse por la posesion absoluta de esta provincia dificultades que solo se vencerian con la reunion y el concurso de sus fuerzas. En efecto, Hunaldo, de quien ya hemos hablado, padre del desgraciado Gaire, al ver difunto á su hijo, salió de su monasterio, y ampuñó de nuevo las armas auxiliado por algunos de sus vasallos, Carlos, amenazado mas de cerca, se puso el primero en defensa contra el anciano duque, á

(1) Esta palabra derivada del verbo francés *livrer*, que significa *entregar*, nada absolutamente significa bajo el aspecto etimológico, en el idioma español. (N. del T.)



quien privó por medio de negociaciones, del apoyo de sus aliados, y cayendo luego sobre él con todas sus fuerzas, le persiguió de bosque en bosque y de caverna en caverna, hasta que le fueron presentados el infeliz Humaldo y su esposa, con quien al parecer se había casado al abandonar el monasterio. Pero el prisionero mal guardado, huyó y halló un asilo en la corte de Didier, rey de los lombardos. La Aquitania fué enteramente sometida. Cárlos había llamado á Carloman á esta expedición, pero no hizo su dejó ver en ella, se retiró. No tenemos otras noticias mas circunstanciales de las desavenencias de los dos hermanos; sábese únicamente que existieron, y que la reina Berta, su madre, evitó con mucho trabajo que viniesen á las manos.

Esta princesa tenía otro objeto de atención relativamente á su hijo mayor. Cárlos vivía con una mujer llamada Hiltrudis, de quien tenía un hijo llamado Pepino. Hubiera ó no matrimonio, ignórase por qué motivo obtuvo Berta del rey el divorcio ó la separación, y le llevó personalmente de Italia á Hlringgarda, hermana de Didier; pero esta unión duró poco. Cárlos se divorció, mandó la princesa á su hermano, y contrajo matrimonio con Hildegarda, princesa alemana. Carloman, por el contrario, fiel á sus primeros juramentos, solo tuvo una esposa llamada Gréberga, que le dió dos hijos. Este príncipe murió en el año de su edad, en el cuarto año de su reinado. No era dudoso que la corona pertenecía á sus hijos; pero los señores austríacos, según se dice, la entregaron al rey de Neustria sin que la solicitara, el cual se hizo de esta suerte el único monarca de toda la Francia.

Los escritores de aquella época, que son en número escaso, pasan tan ligeramente sobre un hecho tan grave, como lo es a desheredación de estos dos huérfanos, que puede verse en su silencio el temor que inspira el poder de un usurpador. Si es tal vez duro manillar con esta calificación á un príncipe como Carlomagno, debe extrañarse al menos de que este nada hubiese ofrecido capaz de acallar las inquietudes de su cuñada. La joven viuda se creyó obligada á retirarse con sus dos jóvenes hijos al lugar de Tassillon, duque de Baviera, primo de su esposo, y luego á la corte de Didier, cuya hermana había sido repudiada por Carlomagno; persuadida de que el resentimiento de que debía hallarse anunciado el rey de los lombardos por la afrenta de Hlringgarda, le procuraría un asilo mas seguro en su reino; pero acaso de la protección que Tassillon y Didier le dispensaron, procedieron las calumnias que hicieron pasar, como veremos, los estados de estos príncipes á poder de Carlomagno.

Su nombradía empezó, como la de todos los héroes de la fábula y de la historia, por proezas guerreras. Los sajones fueron durante la mayor parte de su reinado el blanco de sus armas, y Carlomagno los venció. Debe entenderse bajo la denominación general de sus victorias. Debe entenderse que ocupaban el centro de la Germania, mas sajones, los pueblos que ocupaban con frecuencia aquellos que habitaban las costas del mar Báltico, y las orillas de los caudalosos rios que desembocan en el Océano, y por último todas las naciones que se extienden desde la parte meridional por la Bohemia hasta los lielos de la Noruega. Estas hordas, restos de los antiguos escitas, poco permanentes en las regiones que ocupaban, avanzaban, retrocedían, expulsaban á sus vecinos ó se unían á ellos, y eran para los franceses como una tempestad amenazadora, suspendida constantemente sobre sus fronteras, pronta siempre á arrojarse los rayos de la guerra con todos los desastres que la acompañan.

Los reyes de la primera raza habiábanse contentado con grandes trabajos. Cárlos Martel y su hijo Pepino dieron el ejemplo de penetrar en sus tierras y de anticiparse á sus furioses, y Carlomagno los imitó. Al subir al trono destruyó una gran especie de tregua que habían alcanzado las victorias de Pepino. Instruido por sus preparativos que se arrestaban á romperla, Cárlos invadió inopinadamente para ellos su territorio, ganó una batalla decisiva en las orillas del Weser, se apoderó de una de sus principales fortalezas, donde estaba el templo de sus falsos dioses, lo destruyó completamente, rompió los ídolos, y no se retiró sino con los rehenes que le respondían de la smisión de los que quedaban; pero para mayor seguridad, estableció guarniciones en muchos fuertes, unos construidos al efecto y otros conquistados al enemigo, que servían de puntos avanzados para atacarle con rapidez si amenazaba de nuevo.

Desde el centro de la Alemania Cárlos se trasladó á Italia, á donde le llamaban los intereses de la Iglesia romana. Debe recordarse que, merced á la protección de Pepino, el Estado eclesiástico se había aumentado con muchos países arrebatados al imperio griego y ambicionados por los pontífices, Adriano I había sucedido á Esteban III, y no menos atorgado que este papa del desseo de conservar y adquirir, y tan contrario como él por el rey de los lombardos, recurrió á ejemplo de sus antecesores al rey de Francia, y le suplicó fuese á Italia á conciliar las respectivas pretensiones.

Ignórase si la irrupción del monarca francés fué precedida de es-

placaciones, de quejas ó de manifestos; pero la historia nos le representa atravesando rápidamente los Alpes, y penetrando en la Lombardia á la cabeza de un ejército tan formidable que fácilmente se adivinaba que no era su esclusivo objeto el terminar una mezquina discordia de reinos. En vano Didier le opuso algunas tropas acorraladamente reunidas, porque sus soldados le abandonaron, unos poseídos de espanto y otros seducidos por el papa. Reducido á su corte y á un corto número de vasallos leales, Didier se encerró en Pavia, mientras Adalgisio su hijo se refugió en Verona. Uno y otro fueron sitiados; Adalgisio en su apuro se salvó en Constantinopla, por que había acogido en Verona á la viuda de Carloman con sus dos hijos, los que eyaron en poder de Carlomagno. Ignórase qué suerte reservó á su cuñada, pero envió sus sobrinos á Francia, y la historia no vuelve á mencionarlos.

Mientras el ejército francés asediaba á Pavia, el rey fue á Roma á visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, y en esta ciudad fue recibido con la mayor solemnidad, como lo presentasen la donación de Pepino, y la ratificó. He vuelta á su campamento de Pavia, supo que durante el bloqueo todos los males se habían reunido en la ciudad, donde la miseria era estremada, y la peste y el hambre espantaban la desolacion mas cruel, al paso que el pueblo, reducido á la desesperacion, no concia freno ni ley. Supo tambien que Humaldo, el anciano duque de Aquitania, que se había refugiado en la corte del rey lombardo y le había seguido á Pavia, había sido asesinado por las mujeres en un tumulto popular, como causa de las desgracias que sufrían. El furor del populacho llegó á un estremo que hizo temer á Didier un fin idéntico.

En tales conflictos se rindió sin condiciones. Si al abandonarse de esta suerte á su enemigo, contó con su generosidad, se engañó lastimosamente, porque el vencedor le llevó á Francia, y le encerró en un monasterio; cortado el cabello, y cubierto con el capisayo ó como un simple prisionero. Didier murió poco tiempo despues. ¿Hubiera cabido suerte peor si se hubiese defendido, hasta el último trance?

La necesidad de arreglar el gobierno de Roma llamó á esta capital á Carlomagno. Digan lo que quieran sobre el particular los escritores ultramontanos, parece que este príncipe conservó la soberanía de ella, toda vez que estableció jueces en su nombre y gobernadores en las ciudades, que hacia dependientes de la Santa Sede. Reservóse tambien el derecho de confirmar la eleccion del papa y de dar la investidura á los obispos. Relativamente á la utilidad, la dejó al Sumo pontífice, y en recompensa Adriano le confirmó el título de patrio, que Esteban le había conferido cuando lo consagró con Pepino, su padre. Dicese que los romanos desaprobaron que el rey de Francia pudiese ejercer autoridad; pero, ¿cómo lo hubieran impudido? Por lo que respecta al papa, muy satisfecho debía estar del patrio á quien halló siempre tan dispuesto á otorgar, como él lo estaba á pedir. Terminados estos negocios, Carlomagno regresó á Francia: al pasar por Milan recibió la corona de hierro que se ceñia á los reyes de la Lombardia, y cambiando el título de este reino le hizo denominar reino de Italia.

Mientras se hallaba al otro lado de los montes, los ejércitos sajones creyeron podrian insultar impunemente sus fronteras; pero fueron rechazados por sus generales; con frecuencia volvieron á la carga á las órdenes de Witikindo, uno de sus principales caudillos, á quien no se dá el título de rey, pero á quien su valor hizo célebre. Los sajones no se entendieron con las hostilidades sino cuando supieron que Carlomagno en persona marchaba contra ellos; entonces salieron las armas, fueron en tropel á postrarse á sus pies con sus mujeres é hijos, y pidieron á voces el bautismo, pues sabían que nada podia ser mas agradable á su vencedor. Para robustecer el buen efecto que manifestaban, unió algunos misioneros á los soldados que dejó entre ellos, y edificó en muchos lugares monasterios donde habia escuelas en que se enseñaban el dogma y la moral del Evangelio. En una asamblea que convocó en Paderborn, recibió su juramento de fidelidad prestado por los diputados que le enviaron, y les significó que si lo violaban debian resignarse á perder sus tierras y su libertad. Witikindo no tomó parte en estas actos de smision y se retiró á Diamarea.

En esta misma asamblea se presentaron tambien los diputados sarracenos, enemigos menos peligrosos, porque no reinaba entre ellos la misma armonía que entre los sajones. El objeto de su mision era impulsar la protección de Carlomagno contra Abderraman, primer rey moro de Córdoba, á quien una revolucion que hundiera el poder de los califas en España, acababa de colocar en el trono.

A Mahomet, á los generales que le habían servido tan útilmente, Abulcre, Omar y Othman, á su yerno Ali y al hijo de Ali, Assan, que se había visto obligado á abdicar, sucedieron en el Oriente en la dignidad suprema del califado los descendientes de Hommas, tio de Mahomet. Estos califas, conocidos con el nombre de Hommades, conservaron la autoridad soberana desde el año 661 hasta el 750. Los Alidas se apoderaron de nuevo del poder en la

persona de Aboul-Abas, que empezó la dinastía de los Abasides, y que persiguió á los Homiades con el mayor rigor. Abderraman, uno de estos últimos príncipes, eludió las pesquisas de que eran objeto, y se refugió en la Mauritania, donde se ocultó por algún tiempo, y desde allí pasó á España, donde el antiguo respeto á la sangre de Homiades le atrajo en breve un numeroso partido. Proclamado rey en Sevilla en 756, tomó el título de emir Al-Moumniñi ó de Miramamolín, esto es, señor de los creyentes, y fijó su residencia en Córdoba, donde se mantuvo su descendencia por espacio de cerca de trescientos años. Al cabo de este tiempo y después de una anarquía de cuarenta años, que preparó su ruina, se extinguió en 1036 con la muerte funesta de Motamed-Allah, último vástago de los Homiades, que fué asesinado por sus propios vasallos. Entonces ocurrió un desmembramiento general de la monarquía árabe en España, y se fraccionó en multitud de reducidos reinos, cuya respectiva debilidad debía acarrear la caída, y cuyas rivalidades la aceleraron.



Carlomagno.—Pág. 62.

La primera revolución, la que dió el trono á Abderraman, no se efectuó sin contrariar la ambición de la mayor parte de los grandes, que se habían honrado con la idea de su independencia; vengáronse, pues promoviendo disturbios, que ocuparon todo el reinado del nuevo monarca, pero que no le impidieron prevalecer. Contentos ó despojados, víéronse en la necesidad de ceder, no sin haber antes empleado todos los medios de resistencia de que disponían, y uno de estos fué la intervención que reclamaron de Carlomagno. Hostigado éste por las solicitudes de sus diputados y las de diferentes señores, así moros como cristianos, que se disputaban la Navarra, y cuyos intereses mezclados y confundidos mantenían al país en un estado de guerra perpétua, se determinó á pasar á España para restablecer en ella el orden. Pero después de haberse apoderado de Pamplona, se detuvo en la carrera de sus conquistas, concilió las opuestas pretensiones de los príncipes, fijó sus límites, formó alianzas entre ellos sin distinción de religión, y mediante la unión que en todas partes estableció, satisfizo también la política, procurando á sus Estados un valladar contra las hostilidades de los moros del mediodía. En 801 estableció esta barrera del uno al otro mar, con la conquista de Cataluña, que Luis su hijo arrebató al poder de los sarracenos. Carlomagno estableció en ella con el nombre de condes de Barcelona ó de condes de la Marca ó de la frontera de España, unos gobernadores, que en virtud de las concesiones de Carlos el Calvo fueron después hereditarios, permaneciendo sin embargo vasallos de la corona. Empero este lazo se relajó paulatinamente,

y al fin se rompió definitivamente en 4137 por la reunion de Cataluña y Aragon, en virtud del enlace contraído por el último conde Ramon Berenguer IV, llamado el Viejo, con Petronila, de edad de dos años, hija y heredera de Don Ramiro el Monge, rey de Aragon.

Al volver Carlomagno triunfante de su expedición de Navarra, y al parecer con algún desuelo, su retaguardia fué acometida y destrozada por los vascones, que habitaban los Pirineos. Roldán, su sobrino, hijo de su hermana, pereció en la refriega con muchos paladines que le acompañaban. Dícese que todavía se ven en Roncesvalles algunos sepulcros de dimensiones colosales, en que yacen aquellos heroes, mucho mas célebres por nuestras antiguas novelas que por su historia.

Mas conoció por el contrario en la historia que en las novelas, Witikindo reinó desde la Dinamarca, á donde se había refugiado, el valor de sus compatriotas, les proporcionó auxilios, y avanzó á su frente hasta Maguncia. Carlomagno le rechazó hasta el Lippe y obtuvo de él una victoria, que hizo caer en sus manos otro ídolo muy reverenciado, que destruyó con su templo. Witikindo luyó de nuevo á Dinamarca.

Parece que el monarca hubiera querido someter á los sajones por medio de las leyes mas que por medio de la fuerza. Promulgó una, de la que se prometía un gran resultado, y que produjo un efecto contrario, aunque el aliciente de un beneficio se unía en ella á la severidad del castigo. Esta ley disponía que el derecho de herencia solo tuviese efecto del padre á los hijos y de los hermanos á los hermanos. El príncipe, en los grados remotos, era el único que debía recoger la herencia, y podía agradecer con ella á quien mejor le pareciese, ya fuesen parientes, ya otras personas. Así descurria el legislador: los colaterales, para no verse privados de la herencia, y los otros, para alcanzarla, se conformaron con los usos prescritos por el gobierno, y cambiarán sus costumbres silvestres por otras mas dulces. Pero los altivos sajones no pensaban de esta suerte, mas ofendidos por el derecho usurpado sobre sus propieda-



Pepino hijo de Carlomagno conspira contra su padre.—Pág. 67.

des, que halagados por la idea de la restitución. «Se nos venderán, decían, como liberalidades, nuestros propios despojos, y ¡seremos tan cobardes, que recibamos herencias robadas á nuestros padres, ronzal con sus propios vecinos y á nuestros amigos! Así se forma al caballo un convenio tácito entre ellos, de no recibir ninguno de estos vergonzosos presentes, mientras circulese en sus venas una gota de la generosa sangre sajona.

Tranquilo no obstante con aquella medida que creyó muy prudente, Carlos se alejó de la Sajonia y corrió á Italia, donde se formaban contra su poder intrigas de que el papa le dió oportuno aviso. Adalgiso, el hijo del desgraçado Didier, jefe de esta conspiración, habia hecho tomar parte en ella á muchos señores de este pais, donde su padre habia reinado y cuyo trono habia á su vez compartido. Secundábale tambien el emperador de Constantinopla, que no perdía la esperanza de conservarse algun apoyo en Italia, pero la sola presencia de Carlomagno desconcertó estos proyectos; parece que intimidó mas que castigó, y para poner coto á todas las facciones, mostrándole que estaba resuelto á retener la Italia, cindó la corona de este pais á Pepino, su segundo hijo, de edad de siete á ocho años. Fue consagrado en Roma en presencia de su padre, quien en la misma ocasion hizo coronar á su tercer hijo Luis, de edad de tres años,

como rey de Aquitania; hijo la residencia del primero en Milan, y la del segundo en Tolosa, nombrando tutores al uno y al otro, y gobernadores para sus estados. Tenia ademas otro hijo mayor llamado Carlos, al que no señaló patrimonio, porque le llevaba consigo en sus escursiones militares y le admitía en sus consejos, como destinado á heredar su trono. Estos tres hijos lo eran tambien de Hildegarda, que le dió otros cuatro mas y murió por este tiempo generalmente llorada.

No hay medio á que no apellase Carlomagno para seducir á los sajones. Celebraba entre ellos asambleas generales y daba audiencias en que desplegaba toda la magnificencia del trono. Esforzabase asimismo en atraerlos á la religion con las ceremonias en los dias solemnes. El pueblo acedia presuroso, miraba con curiosidad y admiraba, pero en su interior conservaba mas resentimiento por la destruccion de sus idolos y de sus templos, por los malos tratamientos de que habian sido objeto sus sacerdotes y por su dispersion, que inclinacion á un culto que contrariaba sus pasiones.

Witikingo, conociendo á fondo estas disposiciones, estaba seguro de que no le faltarian soldados cuando presentase á los sajones el medio de destruir el yugo que detestaban. El monarca habia dejado en la frontera un ejército numeroso; pero Witikingo reunió uno mas formidable, compuesto no solo de sajones sino tambien de eslavos, de suavos y de otros pueblos que habitaban mas allá del Elba y del Báltico: arrojóse á su cabeza contra los franceses, en quienes hizo una horrible carnicería. En esta matanza perecieron los sacerdotes y monges que cayeron en poder de sus tropas.

Irritado con tan espantosa carnicería, Carlos volvió resuelto á destruirle y á poner un desierto entre él y aquellos terribles guerreros. De nuevo pidieron estos perdon y lo obtuvieron, pero con la bárbara condicion de que le entregasen cuatro mil de los mas turbulentos. Carlos les hizo cortar la cabeza en su presencia!..

Imp. DE D. J. M. ALONSO.

Exceptuando la deplorable represalia de estos cuatro mil infelices degollados, cuyo número puede ser inexacto, es permitido no mirar como bien evidenciado él de las victimas de esta horrosa guerra, aunque atestiguado por los escritores contemporáneos, á saber: seis mil muertos en un combate, y de nuevo á treinta mil en una especie de batalla que practicó el príncipe Carlos, hijo de Carlomagno, atravesando todo el pais de Oriente á Occidente y del Mediodia al Norte, incendiando, saqueando y persiguiendo á los desgraçados habitantes en sus bosques, pantanos, cavernas y mas inaccesibles guaridas. Witikingo, lleno de terror con estas sangrientas expediciones, y en la imposibilidad de oponerse á ellas, adoptó el partido de ceder á la fuerza. Despues de haber conferenciado con el lugarteniente de Carlos, fué á buscar á este al palacio de Attigui, le juró fidelidad, prestó homenaje por las tierras que el rey le dió en

Francia, y abrazó la religion cristiana en la que persistió. Queremos creer que su conversion fué sincera, y no una mera garantia que quiso dar de su sumision.

Heimos visto que el año 752, los brotones encerrados en la Armórica, especie de península, de fácil defensa contra un invasor, se consideraban independientes. Carlomagno les disputó este privilegio, les obligó por medio de sus lugartenientes á renunciar á él, y recibió en la asamblea de Worms, el juramento, en cuya virtud se confesaban vasallos de la corona.

Esta misma asamblea vió á los pies del monarca á los señores que habian conspirado no solo contra su poder, sino tambien contra su vida; confesaron su crimen, solicitaron perdon y lo obtuvieron, con la única condicion de que hiciesen un viaje á los sepulcros de diferentes santos, que fueron indicados á cada uno de ellos. El castigo era ligero, pero á su regreso fueron reducidos á prision y aun algunos privados de la vida. Estos nuevos rigores, ¿ fueron una violacion del perdon que se les habia otorgado, ó el resultado de nuevas maquinaciones? Esto es lo que se ignora.

La inflexible severidad de Carlomagno habria debido contener á los descontentos y envidiosos de su poder; no obstante, despues de la destruccion del reino de los lombardos, un Aregiso ó Arigiso, yerno de Didier y duque de Benevento, elevó sus exigencias hasta pretender hacerse un reino de su ducado. Un corto viaje del monarca á Italia dispuso esta humareda de vanidad. Del silencio de la historia acerca del tratamiento dado al duque, puede inferirse que no fué riguroso; pero debe atribuirse esta indulgencia, menos á la bondad de Carlos que á su sistema constante de no tener nunca dos enemigos á la vez, lo que le hacia tramar siempre. En el proyecto formado por Aregiso para hacerse rey, se hallaba mezclado Tassillon, duque de Baviera y primo de Carlomagno; era esposo de la hija de Didier, la que deseaba vengar á su hermana repudiada vergonzosamente por Carlomagno, á su padre destronado y á Adalgi-



Sitio de Paris por los normandos.—Pág. 78.

so, errante y desposeído de sus derechos á la corona de la Lombardía.

El rey de Francia habia hecho advertir á su primo por medio del papa, que viviese precavido contra las sugestiones de su esposa; no obstante, hallábase siempre mezclado en todas las conjuraciones contra Carlomagno. Cuando esta hubo roto los hilos de la intriga de Ansgiso, marchó prontamente contra Tassillon y ocupó la Baviera con tres ejércitos. Los bávaros hartos convencidos, en vista de la suerte que habia cabido á los sajones, de la que les amenazaba, suplicaron á su duque conjurase la tempestad por medio de su smision; el duque accedió á sus ruegos, prometió á su primo mantenerse tranquilo en lo sucesivo, y le abandonó en rehenes á su hijo Theodon.

Mas no bien se habia alejado Carlomagno, cuando Tassillon cediendo á las apremiantes instancias de su esposa, tomó nuevas medidas para empezar otra vez la guerra. Gran diversidad de pareceres reinaba entre los señores de Baviera acerca de la conducta de su duque, y entre ellos mediaban ademas facciones no desconocidas á Carlomagno. Ya fuese por medio de la astucia, ora por medio de la fuerza, Tassillon fué atraído á la asamblea de Ingelheim, que aquí presidia, y á la cual asistían otros grandes vasallos de la corona. Los mismos súbditos del duque, los que se habian declarado contra la guerra, le aconsejaban delante de aquel tribunal, de *traicion y felonía*. Quedó convicto de ello, no solo por los testigos sino tambien por su propia confesion, y fué condenado por sus pares á perder la vida; pero atendiendo á que era un pariente cercano, el rey conmutó la pena en reclusion perpétua en un convento, donde fué encerrado con su hijo Theodon, afeitados ambos y vestidos con el hábito monacal. El título de duque de Baviera fué suprimido, y dividido en muchos condados no hereditarios; este país cansó menos inquietudes á Carlomagno, que cuando obedecía á un solo gefe. La fortuna que acompañaba á sus armas, puso en manos de sus generales, despues de una victoria sangrienta, á Adalgiso á quien hicieron muerte; así pues, Didier el protector de la vida y de los hijos de Carloman, y Tassillon su aliado, fueron castigados con la pérdida de sus estados y de su libertad, por los servicios que prestarán á estos desgraciados.

Á la guerra, á la política y á los cuidados inherentes al gobierno, Carlomagno unió el amor á las letras, que hizo renacer y cultivó. Conviene fijar el estado en que se hallaban en aquella época, para conocer mejor la rapidez ó lentitud de sus progresos en los siglos siguientes.

Muchos escritores recomendables de la antigüedad habian sido conservados por las copias que los monjes habian sacado de sus obras en sus tranquilos retiros. Carlomagno concedió una atencion particular á este género de trabajo, y lo introdujo hasta en su palacio, y de él se ocuparon las princesas sus hijas, y tambien las monjas. De esta manera, los libros se multiplicaron merced á sus desvelos. Empleose en esto el hermoso carácter romano de que todavía quedan vestigios en los manuscritos contemporáneos.

Nadie duda que se debió á Carlomagno la afición al estudio, y el deseo de aprender que se manifestó en su retnado. ¿Cuánta debia ser la emulacion cuando se le veia recorrer las escuelas! «Estudid, decia, aplicaos, hacedos hábiles. Yo os daré obispos, ricas abadías, y no pasará un momento en que no os manifieste mi aprecio.» Presidia personalmente los exámenes. Descontento cierto día de los escasos progresos de los estudiantes que reunia en su palacio, les dijo: «Porque sois ricos é hijos de los magnates de mi reino, creéis que vuestro nacimiento y riquezas os bastan, y que no habeis menester de esos estudios que tanto os honrarán; os complacéis en vuestra vida delicada y muelle; solo pensais en vuestro adorno, en el juego y los placeres; pero os juro que en nada tengo esa nobleza y esas riquezas que os atraen la consideracion pública; y si no reparais lo mas pronto posible, por medio de un asiduo estudio, el tiempo que habeis perdido en frivolidades, nunca, nunca obtendreis merced alguna de Carlos.

Pablo, diácono de Aquila, historiador lombardo, habia escrito en favor de su soberano, y ademas se hallaba involucrado en una conspiracion contra Carlomagno. Báhanse á este principe consejos violentos contra el diácono, que tendian nada menos que á hacerle dictar una sentencia de muerte. ¿Y quien nos desquitará, respondió, de la pérdida de un hombre, al mismo tiempo tan buen poeta y buen historiador? Y se contentó con mandar se le encerrasese. Esta moderacion es recomendable en principe tan severo.

Empleaba con frecuencia para los negocios de Estado á los que se distinguian en las ciencias; una biblioteca formada por sus cuidados adornaba su palacio, y mientras comia, se hacia leer obras estimadas ó conversaba con los sábios; durante la noche se levantaba para estudiar el curso de los astros. Carlomagno hablabá muchos idiomas, y conservábase de él algunos versos latinos, bastante buenos para aquel tiempo; habia formado ademas una academia, que se reunia en su palacio, y cada uno de sus miembros habia adoptado un nombre ilustre de la antigüedad. Carlomagno habia

tomado el de David; otro se llamaba Homero; Alcino, Horacio.

Era Alcino un portento de ciencia para el tiempo en que vivió; de él existen algunos tratados sobre la gramática, la geometría, el canto que era la música del siglo, versos, comentarios sobre la Sagrada Escritura, discursos y muchas cartas en que contesta á las preguntas que de todas partes le dirigian. Por lo regular descubre mas erudicion que buen gusto; y cómo esperarlo de un hombre que advertía á sus discípulos evitasen corromperse imitando á Virgilio? *Non egelis lucuriosa Virgitiis vos pallii facundia*, les decia. Alcino no era aficionado á las sutilezas y á las dificultades, y queria pasar por inventor. Descríbese tambien en sus cartas, que no llevaba á bien que se le contradigiese, y puede ser colocado al frente de esos sábios que tienen el defecto de querer dominar las sociedades literarias.

Recomendaba mucho el estudio de la gramática; en efecto, ésta impidió que la lengua latina acabara de corromperse por la mezcla del tudesco ó romance rústico que á la sazón se hablaba. La gramática ha contribuido tambien á adelantar la depuracion de estos dos idiomas, que andando el tiempo no han constituido sino una, de la que se ha formado el actual francés. Carlomagno habia compuesto el mismo una gramática tuduesa, y traducido en esta lengua los términos de las artes y de las ciencias, á fin de que el pueblo pudiese entenderlas.

La teología, el estudio de las Escrituras Santas y de los Padres, constituia la ocupacion principal de los que se entregaban á las ciencias. La disputa suscitada sobre el género de honor que se debia á las imágenes, disputa que agitó al Oriente y Occidente, produjo los libros intitulados *Carolingos*, porque Carlomagno los envió bajo su nombre á la Iglesia de Oriente. En ellos se nota un fondo de sano raciocinio y el germen de la crítica. Generalmente hablando, los escritos de aquel tiempo son mas instructivos que elegantes; la elocuencia de los discursos pronunciados carece de calor; el estilo es difuso y la latinidad incorrecta; las crónicas están recargadas de fábulas que desnaturalizan los hechos, y no preside á ellas la cronología. No obstante, debemos distinguir la historia de los lombardos, escrita por Pablo de Aquila, llamado Wamfrido, y la de Carlomagno por Eginardo, su secretario, y que se crece fué su yerno. La primera merece elogios por su exactitud, y la segunda reúne á esta cualidad las gracias de la diccion.

No habia sólo alguno, sobre todo entre los académicos, que no cifrase su vanidad en hacer versos; así es que todas las obras en prosa están interpoladas de ellos, y han quedado poesias particulares sobre cada clase de asuntos en considerable número. Pero sea mi parecer, se trataba mas de hacer muchos versos, que de hacerlos buenos. La rima empezaba entonces á introducirse; la afición á los acrósticos era estremada, y los poetas se creaban dificultades para tener el placer de vencerlas. El papa Adriano envió á Carlomagno una poesia, en la que todas las palabras empezaban con la letra C, primera del nombre del principe. Por lo demas, tales poetas se hacian tanto fácil el arte de la versificación, que se creaban las ciencias que se tomaban, pues ademas de formar las sílabas largas ó breves segun la necesidad, no escrupulizaban dividir las palabras en dos mitades y alzarlas para hallar la medida métrica. Muy difícil seria entonar esto sin ejemplos; hé aquí dos conservados por Balucio. El primero es de Alcino, á sus amigos.

*Te cupinus AREL peregrinis LARE canemis.*

El otro es el epitalio de Carlomagno.

*FEBRU migravit quinto ANI ex orbe kalendas.*

No nos han quedado cánciones en lengua vulgar, y no obstante habia muchas. Sin duda en ellas se celebraban los acontecimientos contemporáneos, y la pérdida de estas poesias fugitivas es lamentable para la historia.

Entusiasmado con sus bellas invenciones, Alcino esclamaba: *Ecce Athenas nova conficiuntur nobis* (una nueva Atenas ha aparecido entre nosotros); esto debe servirnos de advertencia para que desconfiemos del entusiasmo de aquel tiempo. Las controversias que se promovieron acerca del día fiijo en que debia celebrarse la Pasena, indugieron á algunos á estudiar las fases de la luna y á observar sus movimientos. El estado del cielo era ya conocido, puesto que hacia ya mucho se calculaban los eclipses; pero entonces se mandó á los clérigos que supiesen el cómputo eclesiástico para arreglar las fiestas y las solemnidades; muchos llegaron mas allá de lo que estaba prescrito, y vieron la luz tratados aritméticos, que á pesar de su imperfeccion sirvieron de base á la invencion y resolucion de importantes problemas. Como pocas veces nos detenemos dentro de los justos limites, algunos sábios de acalorada imaginacion pretendieron predecir lo futuro por el aspecto de los astros y la combinacion de los números.

Hé aquí una ligera idea de los sistemas astronómicos de aquel tiempo.

«La luna alumbrá, porque reberbera la luz del sol; es como un

• espejo que refleja la luz sin reflejar el calor; los demás planetas brillan con esplendor propio; las estrellas reciben su luz del sol; • este es alimento de agua, y es mayor que la luna, y ésta es mayor que la tierra. Cada planeta tiene un color particular, que la gran distancia impide distinguir. El cielo está compuesto de un fuego sutil, y es redondo y cóncavo; la tierra, única inmóvil, es su centro, y de sus cinco zonas solo están habitadas las dos templadas.

Desde entonces se construyeron esferas celestes.

Las opiniones variaban relativamente á la figura de la tierra, pues mientras unos la suponían redonda, otros la imaginaban cuadrada; pero todos convenían en dividirla en solo tres partes: la Europa, el África y las Indias. Respecto de la geografía particular, han llegado á nosotros pocas noticias. No obstante, es difícil que Carlomagno hubiese recorrido tantos países sin hacer sus descripciones; pero debían ser muy imperfectas y poco útiles en la práctica, porque se ignoraba el arte de las divisiones y la relación de las escalas.

La geometría no se ignoraba absolutamente, puesto que aquel príncipe empezó un canal para unir el Rin al Danubio, empresa que abortó, no por falta de conocimientos geométricos, tales como la nivelación de las tierras y la conducción de las aguas, sino porque se carecía de los medios mecánicos inventados posteriormente, tanto para los desagües y excavaciones, como contra los hundimientos que con frecuencia oponen tantos obstáculos á esta clase de trabajos.

Los médicos se llamaban y se llamaron mucho tiempo después físicos. Carlomagno se valía poco de ellos, pero tenía su estimación la ciencia. Estableció en Salerno una escuela que llegó á ser famosa, y sostenía un boticario en su palacio; la medicina consistía en recetas de medicamentos; no se advertía que fuesen conocidas las operaciones quirúrgicas, sin duda porque se ignoraba la anatomía.

La pintura, la escultura, el arte de la platería, no se hallaban ejercidas por hombres que hiciesen de ellas una profesión peculiar; por lo que se limitaron á ensayos más ó menos felices, según el gusto de los artistas; conocían ya los procedimientos del arte de fundir metales. Carlomagno no pudo construir palacios, fortalezas, puentes y hasta ciudades sin el auxilio de la arquitectura. Si se juzga del estado de la ciencia por los vestigios de los monumentos que restan, se proponía por objeto la solidez más bien que la elegancia.

El canto de la Iglesia mereció á Carlomagno especial atención. El oficio divino entraba por mucho, y aun pudiera decirse que casi absolutamente en los placeres de palacio; asistiese á él durante el día, y bajo ningún concepto se presenció de él durante la noche. Los reyes de Francia tenían por objeto arreglado en su palacio, y cantores de capilla. Eran uno de los viajes de Carlomagno á Roma, en un especie de retiro entre sus cantores y los del papa; el rey decidió en favor de los italianos, y mandó que este canto, llamado gregoriano, fuese profetizado en todo el reino; estableciéronse escuelas de él en las catedrales, y los discípulos se distribuían por las demás iglesias; enviábanse recíprocamente hombres instruidos que enseñaban de memoria, porque todavía no habían sido inventadas las notas. Este es el origen de la música de las iglesias, que ha sido muy útil para propagar la verdadera música, supuesto que los legos podían aprenderla á poca costa de los maestros ó profesores estendidos. Venios por esta sucinta resena del estado de las ciencias en tiempo de Carlomagno, que los esfuerzos que á su propagación se dedicaban eran mayores que los resultados, pero que estas tentativas no han sido inútiles, bñla vez que salvaron á las ciencias del olvido en que estaban sepultadas, y que estas espacionen en la nación el gusto que se ha perpetuado en género de gloria que ha contribuido á hacer célebre el nombre de Carlomagno, más bien que sus hechos guerreros.

La reunión de la Baviera á la Francia causó zozobras á las colonias de Hunos que poblaban la Bohemia, el Austria y otros países más distantes. Teniendo sufrir la suerte de los sajones, se coligaron contra el vencedor de sus vecinos y experimentaron igual suerte. Ignórase si rompieron las hostilidades, ó si Carlomagno las previno; debe advertirse únicamente, que al marchar contra los idólatras, creyó debia encardecir á su ejército de un celo religioso. Hicieronse en el campamento procesiones por espacio de tres días á pie descalzo; mandó practicar rogativas y sobre todo la abstención del vino; pero los que no podían ó no querían prescindir de él, se resarcían por medio de la limosna. Sabemos estos pormenores por el mismo Carlomagno que los escribió á su esposa Fastrada.

Esta reina había sucedido á Hildegarde, pero no la imitaba en la dulzura y afabilidad que la atraían los corazones. Su carácter orgulloso y dominante disgustó á algunos señores austrasianos y exasperó á Pepino, el hijo de Hildegarde, á quien Carlomagno no colocó en el número de sus hijos legítimos, puesto que ninguna herencia le había dado; era Pepino jorobado, pero de hermoso rostro y tenía mucho talento. La circunstancia de verse tan desagrabiado distinguió de sus hermanos, unida á la de ser despreciado por su madrastra, le hizo tomar parte en una trama

contra su padre. Los conjurados se reunían durante la noche en una iglesia, pero un clérigo que por casualidad se hallaba allí escuchó sus propósitos; los conspiradores le descubrieron á su vez, y determinaron asegurar su secreto dándole muerte, pero se abstuvieron de verificarlo, mediante la oferta que les hizo de guardar silencio; empero no bien se vió en libertad, el clérigo descalz se apresuró á revelarlo todo, y como es de suponer, presos los culpables y condeudados ante un tribunal, fueron condenados á diferentes suplicios. A instancias de su consejo, Carlomagno concedió la vida á Pepino, desterrándole como de costumbre á un monasterio. Fastrada sobrevivió poco á este acontecimiento, y solo dejó hijas; al punto fue reemplazada por Lutgarda, que solo vivió seis años y no dejó hijos.

En estos seis años Carlomagno construyó el palacio, alrededor del cual se formó la ciudad de Aquisgran, y en él hizo su principal residencia, sin renunciar por ello á los otros palacios, que tenía siempre en disposición de recibirle en diferentes provincias. Solo el temor de su resentimiento hizo entrar en su deber á los señores brtones, que sufrían con impaciencia el yugo del feudalismo y procuraban sacudirlo; llevaron á una asamblea general sus armas y escudos, y los presentaron al monarca en señal de sumisión. No se sabe si fué una nueva rebelión de los sajones lo que obligó á Carlomagno á debilitarlos, dividiéndolos; hizo trasladar muchas familias á las costas marítimas de Flandes, poco poblada todavía; pero los sajones trasladados no perdieron por ello su amor á la libertad, y por el contrario lo inspiraron á las naciones á que se incorporaban. Híase pretendido también que por esta mezcla, los flamencos, de dóciles que eran, se hicieron turbulentos y levantados, lo que ha hecho decir que Carlomagno, en lugar de un diablo, había formado dos.

Nuevos disturbios le llamaron á Italia; el papa Adriano, su amigo, había muerto, y la elección de su sucesor esponeñtó grandes contradicciones. Leon, sacerdote de la iglesia romana, triunfó de sus competidores, pero este triunfo le espuso á malos tratamientos; lo que le determinó á refugiarse á Francia, donde fué recibido con la mayor solimidad. No obstante, como sus enemigos eran los parientes de Adriano, á quien Carlomagno había protegido constantemente, no quiso condeñarlos sin oírlos y partió á Italia.

Sin expresar con claridad cuales eran las culpas de que se acriminaba al papa, los historiadores nos dicen que fué cruelmente maltratado y sepultado en un calabozo, y que llevaba en su rostro las señales de los esfuerzos que sus enemigos habían hecho para arrancarle los ojos.

Al regresar á Roma, el monarca francés convocó un concilio, donde Leon defendió su causa, y cuando se trató de fallar, los obispos declararon que no se creían competentes para juzgar al que tenía el derecho de regir á todo el mundo, sin poder ser juzgado por persona alguna. Si le dispensó el juramento, y entonces sube al pulpito en la iglesia de San Pedro, y allí en presencia de los obispos, del monarca y de todo el pueblo reunido, juró que era inocente de los crímenes que se le imputaban. Por resultado de esta justificación, sus calumnias fueron condeñadas á muerte, pero alcanzaron su perdón y la ceremonia concluyó con una procesion solemne para dar gracias á Dios del próspero desenlace de aquel negocio. No podemos dejar de observar que supuesto que el papa se creía tan seguro de su inocencia y tan limpio de toda mancha, hubiera convenido á su honor ser juzgado solemnemente, y que vindicase como merecía.

La justificación de Leon fué seguida de otra ceremonia que puede atribuirse tanto á la política como al agradecimiento. El papa acababa de experimentar como sus predecesores los felices efectos de la benevolencia del monarca francés, pero no podía esperarse las mismas ventajas del emperador de Constantinopla, que conservaba todavía una sombra de autoridad en Roma. Leon resolvió hacerla desaparecer enteramente, y entregarla por entero á Carlomagno. Sus predecesores habían nombrado patrios, y él se creyó obligado á hacer un emperador.

El día de San Pedro, mientras este príncipe se hallaba en oración delante del sepulcro de los Santos Apóstoles, Leon se acercó á él, acompañado de los señores romanos, le puso sobre los hombros el manto de púrpura, una corona de oro enriquecida de diamantes, y le proclamó emperador de Occidente. Todo el pueblo aplaudió, y Carlomagno sorprendido, según se dice, se prestó no obstante al desco general. Irene, asesina de Constantino su hijo, reinaba en Constantinopla, y no pudiendo impedir la creación de este nuevo imperio ofreció unir el de Oriente al de Occidente, dando su mano á Carlomagno. Como se hallaba viudo á la sazón, dice que se mostró inclinado á aceptar la propuesta, pero Irene fué destronada y murió en un destierro; con su sucesor Niceforo Logoteta estableció Carlomagno los límites de los imperios de Oriente y de Occidente. La Liburnia situada en el fondo del golfo de Venecia, la Istria, la Dalmacia, la Croacia, la Bosnia, la Esclavonia ó Panonia, entre el Drave y el Save, fueron sometidas á Carlomagno. En

estas provincias solo quedaron al imperio de Oriente las ciudades marítimas y las islas contiguas á la Dalmeacia, lo que fué bastante sin embargo para conservar á los griegos el dominio del mar Adriático, que los venecianos no estaban aun en estado de disputarles.

Aquí termina la vida militar de Carlomagno, pues las guerras que todavía sostuvo fueron dirigidas por sus generales, y la victoria no por esto abandonó sus banderas. Hizose mas permanente en sus palacios, se aplicó con mas asiduidad al gobierno de sus vastos estados, y dictó esas leyes que le han adquirido una gloria mas sólida que la de las armas.

A juzgar de los franceses por las leyes de Carlomagno para prevenir ó reprimir los desórdenes, las costumbres eran todavía salvajes y la civilización estaba muy poco adelantada. Hizo revivir la ley Sálica, la reformó, armoñizó las de los ripuarios, alemanes y bávaros, formuló de todas ellas un código apropiado á las diferentes naciones que componian su imperio, y le añadió sucesivamente varios reglamentos, segun el tiempo y las necesidades; háseles denominado Capitulares, porque estaban ordenadas por capítulos. Advirtiéndose en las contemperorizaciones del legislador, que con frecuencia se vió obligado á conservar y autorizar ciertos usos que no aprobaba, como los de los duenos privados y judiciales; el rescate por medio del dinero del castigo impuesto á los criminales, en lugar del antiguo personal; y las variaciones con motivo del divorcio y del linierazgo entre personas libres, que en un lugar prohibe, y que en otros se contenta con someter á reglamentos. Fijaba su principal atencion en el clero, pues esta clase es la que debe dar los buenos ejemplos; así es que prescribe á los eclesiásticos la obediencia recíproca, su propia instruccion, la de los pueblos, la reforma de los abusos y de la supersticion, que es preciso distinguir mucho, dice, de la religion. Asegura su subsistencia por medio de los diezmos, para que no dependiendo del pueblo sean mas enérgicos en sus amonestaciones y en la represion de los vicios. Con este motivo les recomienda, no el alejamiento de la sociedad, sino la discrecion en la participacion de las costumbres y placeres de los legos.

La misma reserva se impone á los jueces y á todos aquellos que son admitidos á la magistratura, que es una especie de sacerdocio; seguirán sus leyes; juzgarán con equidad sin excepcion de personas, y sobre todo, no recibirán presentes, ni excepcion de personas, los presentes huye la justicia. No hay estado alguno que no encuentre sus deberes en las Capitulares. La solemnidad con que se confeccionaban y promulgaban las leyes, las hacia mas respetables al pueblo, y por consiguiente mas eficaces.

El emperador usaba en esto de gran aparato; se presentaba en su trono con la corona y el cetro de la justicia, rodeado de los obispos, de los principes, señores y grandes dignatarios de la corona. Hacía leer las Capitulares delante del pueblo reunido, acompañando la proclamacion con un discurso paternal; recomendaba su ejecucion, exortándola además á hombres de confianza que cubriaba á todas las partes del reino, ya en secreto ya investidos de un carácter público, y ordinariamente en virtud de los informes que de ellos recibia, se reformaban ó confirmaban las leyes, ó bien se hacian otras nuevas.

Al regresar á los lugares sometidos á su autoridad, los principes, los gobernadores y otras personas constituidas en dignidad, dictaban al pueblo con la misma pompa los decretos emanados del trono. Los obispos les imprimian por medio de su sancion un carácter augusto y sagrado. Acostumbrados á respetar estos órganos de la ley, los pueblos se hallaban dispuestos á la obediencia por su confianza en la probidad y luces de los que les presentaban.

En el colmo de la gloria y del poder, Carlomagno se vió espuesto de nuevo á los ataques de los sajones que fué preciso reprimir; trasladó pues á considerable número á las montañas de la Helvecia, y ellos son, segun se dice, los que han propagado en este pais el amor á la libertad, tan querida á los habitantes de estos cantones. Vióse tambien amenazado por los normandos, pueblos del Norte, que no contentos con ejercer la piratería en el mar, infestaban las costas, penetraban por los rios, saqueaban, devastaban y se retiraban velozmente cargados de botín. Testigo el mismo un dia de su audacia, exclamó como cediendo á cierto presentimiento: «¿Cómo! ¿y mi vista!... ¡en el alto punto de gloria á que he llegado el poder de los franceses! Ah! ¡Qué sucederá aun si la Francia se debilita! ¡Cuántas calamidades no la harán sufrir!» Sin embargo, Carlomagno no carecia de luzes, pues los tenia desde la embocadura del Tiber hasta la Germania; habia concedido particular atencion á su marina, de la cual Bolona era el principal establecimiento, y en esta ciudad hizo reconstruir el faro de Caligula, llamado después Torre del Orden. Hablase tambien de combates navales empeñados contra los griegos, en los cuales los franceses alcanzaron la victoria.

Mientras que numerosas bandas de normandos inquietaban las costas, otros bajo el nombre de daneses, unidos á los restos de los sajones, penetraban en las tierras. Uno de estos principes da-

neses hizo una irrupcion en Francia. Es cierto que fué rechazado, pero el emperador no se puso al abrigo de nuevas hostilidades sino por medio de un tratado, al que sin duda no hubiera recurrido en el vigor de su edad; pero además que los años le debilitaban, perdió en esta ocasion á su primogénito Carlos, el compañero de sus victorias, á quien reservaba el imperio, y que murió de una enfermedad.

El mismo género de muerte abrió el sepulcro á Pepino, rey de Italia, su segundo hijo, que dejó uno llamado Bernardo y cinco hijas; pero ninguno de estos hijos era habido en legítimo matrimonio. Si se exceptúa á Luis ó Ludovico Pio, los hijos de Carlomagno no tuvieron en general una conducta. morigerada Algunos han querido hallar la causa de esto en la indulgencia que su padre habia usado bajo este punto de vista; pero esta imputacion calumniosa, fundada en el gran número de sus mujeres y en el de las concubinas contado entre ellas, ha sido destruida con la observacion de que las últimas eran entonces mujeres de segundo órden, cuya sociedad, aunque no producía efectos políticos, no era menos legítima, como que era de la misma naturaleza que la que posteriormente se ha llamado matrimonio de conciencia ó de mano izquierda.

No quedaba á Carlomagno sino Luis, rey de Aquitania. Este principe observó desde luego en el trono una conducta no exenta de justas reanimaciones, por lo que llegaron á su padre muchas quejas. Las represiones del emperador y las medidas que adoptó produjeron tal resultado, que en lo sucesivo recedió acerca de su hijo tantos informes favorables cuantos eran los desventajas que habian llegado á su noticia, por lo que el buen padre exclamó: «¡Demos gracias á Dios de que este jóven principe será mejor que nos.» No se equivocó respecto de las costumbres, pero sí respecto de los talentos. Deseando garantizar la seguridad de sus Estados, asoció al imperio á este hijo, de quien habia concebido tan honrosas esperanzas; dió la corona de Italia á Bernardo, su nieto, y envió á cada uno á su reino.

Carlomagno sobrevivió poco á estas últimas disposiciones; murió en Aquisgran á los setenta y dos años de edad y á los cuarenta y ocho de reinado. Se vió por su testamento, que trataba á su reino como á una gran familia, pues en él hace legados á personas de todas condiciones, legas y eclesiásticas, libres y esclavas, y gran número de catedrales y monasterios esperimentaron tambien los efectos de su munificencia. Los bienes de los reyes consistian en domínios que arrendaban ó eran cuidados por administradores. Las rentas se pagaban en especie. Carlomagno conocia á todos los suyos y descendía á los pormenores de sus atribuciones. Parece por su testamento, que no miraba como indigno de su alta categoría el enlazar los cuidados domésticos con los deberes del poder real. Fué enterrado en la iglesia de Aquisgran que habia mandado edificar. Sus hechos le pintan con bastante claridad. Nosotros no hacemos de el otro elogio que el que se encierra en este lacónico epitafio: «Ha engrandecido noblemente y gobernado felizmente la Francia.»

#### LUIS I Ó LUDOVICO PIO.

De edad de 56 años.

Luis I, único hijo que quedaba á Carlomagno, ha sido llamado el Pio, nombre que significa una virtud, pero cuyo esceso y una impropiedad conluzca, constituyeron en él un defecto. En sus viajes, bastante frecuentes á la corte de su padre, no habia tenido descontento á sus hermanas y á las mujeres que los rodeaban, censurando tal vez con sobrada acrimonia la vida poco regular que hacian en presencia, y por decirlo así, con el permiso tácito del anciano emperador. Sin duda llegaron á su noticia las intrigas que se fraguaban para escluirle del trono y llamar á él á Bernardo, rey de Italia, hijo natural de Pepino, su hermano. Apresuró pues á abandonar la Aquitania, donde reinaba. Su llegada á Aquisgran fué señalada con la desgracia de sus hermanas, á quienes encerró en las abadías de que eran titulares, y las mujeres que poblaban la corte fueron despedidas, é hizo castigar atenuas con la pena capital á dos jóvenes señores que pasados por amantes de las princesas. Tal vez eran autores de los complotes de la trama formada ó proyectada para hacer pasar la corona á Bernardo, cuyas consecuencias fueron tan funestas al jóven rey de Italia.

Ludovico Pio se hacia notar entre sus vasallos por su alta estatura y su habilidad en todos los ejercicios; sus miradas eran apacibles y benévolas, hablaba bien el latin y el francés, y entendia el griego; habiasele hecho aprender en su juventud el idioma tudesco, pero lo descuidó. Luis era aficionado á la música y á las diversiones; era sóbrio, frugal, casto, religioso, mas aplicado á la teología de lo que á un rey convenia, y muy limosnero, complaciéndose de repartir personalmente las limosnas; pero no mostraba la misma afeccion que su padre al trato de los sabios; sin embargo, los sufría sin repugnancia á su lado. Hásele censurado ágramente porque le gustaba la sociedad de gentes de baja y servil condicion, y les repartía con

harta largueza tierras y dignidades. Su conducta en todo su reinado prueba que su previsión era escasa, que combinaba mal sus proyectos y ejecutaba con una precipitación poco calculada. De aquí provinieron todos los pasos en falso que le ocasionaron tan crueles sinsabores y produjeron en su reino tantos turbulencias.

Este príncipe subió al trono en un momento y bajo unos auspicios los más favorables. La fama del poder de la Francia se extendió á los países mas lejanos, y no solo los emperadores griegos, sino tambien los potentados del Asia buscaban su alianza; muchos de ellos habian enviado presentes á Carlomagno, testimonio de una profunda estimación, de que su hijo debió aprovecharse. Todo le sonreía. Después de los ligeros movimientos de la facción que el joven monarca reprimió con severidad, todo quedó en calma en su derredor; los grandes vasallos se apresuraron á tributarle sus homenajes. Bernardo su sobrino, rey de Italia, le juró fidelidad, y únicamente los normandos turbaron por un momento aquella paz general, dejándose ver en las costas de la Bélgica y de la Neustria. Luis les salió al encuentro, y aunque no se atrevieron á desembarcar, la arrogancia con que verificaron su retirada indicaba proyectos para tiempos mas favorables.

El nuevo rey se captó el amor de los pueblos por la atención que tuvo de mandar á las provincias muchos comisarios encargados de examinar la conducta de sus gobernadores y jueces, y de remediar los males causados por su indolencia ó su corrupción. Esta sabia institución, obra de Carlomagno é interrumpida por largo tiempo, fué renovada por su hijo. Dió tambien una prueba de bondad, que fué muy aplaudida, enviando á su patria gran parte de los desgraciados sajones desterrados por su padre.

Como el ejemplo del clero ejercía entonces inmensa influencia en las costumbres de los pueblos, Luis se aplicó á corregir lo que habia de irregular en la conducta de los clérigos. El brillo de las dignidades eclesiásticas y las riquezas inherentes á ellas, las hacian ser buscadas por todo género de medios, de modo que la simonía era frecuente. Los obispos y los abades se presentaban á la cabeza de sus tropas, y aun hubo abadesas que llevaron su contingente al ejército; de lo que resultaba el fausto y un lujo escesivos, la vida disipada y por lo regular licenciosa de los campamentos que los preladós introducían en sus palacios, y los abades y abadesas en sus monasterios. El monarca reunió en Aquisgran un concilio que lanzó cánones muy severos contra todos estos desórdenes. Los que se disgustaron de esta reforma, se quejaron de ella al reformador, y de este acto de autoridad data el rencor que muchos individuos de aquel poderoso cuerpo concibieron contra el príncipe: en las desgracias que le persiguieron durante su reinado, halló en el clero muchos mas enemigos que partidarios. Hacía un año que llevaba el título de emperador; su padre le habia mandado que por sí mismo la corona del alto imperio en presencia de los obispos reunidos, como si hubiese querido dar á entender con este acto que la recibia de Dios solo. Sea por exceso de devoción, sea por condescendencia á la opinion entonces dominante, Luis quiso no obstante recibir la corona de manos del papa Esteban IV, que habia ido á Francia á confirmar su elección, que se le disputaba. El rey hizo al mismo tiempo colocar la corona sobre las sienes de su esposa Ermengarda.

Esta princesa le habia dado tres hijos. Por una imprudencia que fué la causa de todas sus apururas, les habia repartido en su niñez todos sus estados, no reservándose nada que dar en el caso probable de que tuviese mas hijos, ya de esta misma reina, ya de otra si la princesa fallecía. Asoció á Lotario, su hijo mayor al imperio y lo aseguró la Neustria, la Francia propiamente dicha; dió á Pepino su segundo hijo, la Aquitania, y á Baviera á su tercer hijo Luis.

Estos reinos que se extendían hasta la Germania y España, componían todo el imperio de Carlomagno. á escepcion de la Italia que habia dado á Bernardo, su sobrino, cuando la muerte arrebató á Pepino, padre de este príncipe. Este joven rey, olvidando el vicio de su nacimiento, pretendía, como hijo del hermano mayor de Luis, que debia heredar á su abuelo; no obstante, se sometió al homenaje exigido por su tio; pero inclinado á proyectos temerarios, como es posible serlo á los diez y nueve años, formó el de destruir á su tio, ó quitarle al menos el título de emperador. Luis, advertido oportunamente, pasó los montes y sorprendió al imprudente joven, á quien su ejército abandnó. En tal apuro tomó el partido de ir á arrojarse á los pies de su tio, y se entregó á sí en condición ninguna. Luis le hizo comparecer ante su tribunal, como tambien á aquellos de sus cómplices que á imitación suya se habian rendido. Los legos fueron condenados á muerte, los obispos á ser degradados y encerrados en diferentes monasterios, y el joven príncipe á la vista; defendiéndose denodadamente contra los verdugos enviados para ejecutar la sentencia, pues asiéndolo la espada de uno mató á cinco, y solo sucumbió al mayor número, muriendo de las heridas á los tres dias. Cuando se presenta esta cruel ejecución á la memoria, nos impide compadecér á Luis por los disgustos que sus hijos le causaron.

Arrepentido luego de su crueldad, y toda su vida se vió ator-

mentado por negros remordimientos, que en vano procuró acallar imponiéndose una penitencia pública. Viósele en un concilio, celebrado en Thionville, postrarse delante de los obispos y en presencia del pueblo confesar su culpa y solicitar la absolución; perdonó á los legos que sobrevivían y llamó á los obispos y á otros eclesiásticos depuestos, entre otros al famoso Vala, abad de Corbia, hombres dignos y emendados, que tomó una parte muy activa en las comociones de este reinado, y que debia maltratarle influir en el por sus talentos, por su repulción y mas aun por su fama, porque era primo hermano natural de Carlomagno, como hijo de Bernardo, bastardo de Carlos Martel. Luis hubiera manifestado mejor su arrepentimiento si hubiese dado la corona á su hijo llamado Pepino, que Bernardo dejaba. Pero la dió á Lotario, su propio hijo; nueva imprudencia, por la cual se privó de la ventaja ofrecida por este acontecimiento, de reservarse un reino para darlo á otro hijo, si le nacia, sin desmembrar los estados dados á los tres hermanos. Al fin sucedió lo que debió haber sido previsto. Ermengarda murió, y Luis se casó con Judit, hija de un señor bavaro. En la solemnidad de su matrimonio confirmó é hizo jurar por los señores que se hallaban presentes, que mantendrían la repartición hecha entre sus tres hijos; y para que la ratificación fuese mas segura, envió á los jóvenes reyes á sus respectivos reinos, bajo la inmediata vigilancia de los gobernadores encargados de su conducta. Esta disposición no debió agradar á la nueva esposa, que podía temer que la virtud de ella vier á sus hijos, si los tuviera, reducidos á una miserable herencia. Este temor, si lo tuvo, se realizó, porque dio la vida á un hijo, llamado Carlos.

Los años trascurridos desde la catástrofe de Bernardo habian sido fecundos en sucesos que bastará indicar. Los bretones, turbulentos siempre, tomaron de nuevo las armas, y se nombraron un duque, que algunos autores llaman rey. El emperador marchó personalmente contra ellos, y muerto su gefe se sometieron; el vencedor destituyó á los señores que le eran sospechosos y los sustituyó con otros. Con este motivo recorrió algunas otras provincias, cambió algunos gobernadores; fortificó sus fronteras, se hizo dar cuenta de cómo se administraba la justicia, y se resultó. Esta distribución las contribuciones. Vemos por sus capitulares que todas las leyes sábias respecto de todos los ramos de la administración, y cuya ejecución recomendaba eficazmente.

Muchas guerras importantes y movimientos sediciosos siguieron á estos años pacíficos. Los sarracenos de España atacaron á los franceses que vigilaban las fronteras en los Pirineos. Hostigados por los moros y precisados á retirarse á Francia se internaron á las montañas, cuyos habitantes les habian prometido guiarles; pero los condujeron á unos desfiladeros en que, emboscados los sarracenos, los destrozaron completamente. El emperador envió tropas para vengar esta felonía, pero fueron tambien derrotadas. Vióse pues precisado á abandonar las montañas, y á acercarse sus fronteras al centro de su reino. Los habitantes de estas montañas abandonadas se removieron y formaron el reino de Navarra, cuya corona dieron á uno de sus gefes. Los bulgaros asediaron tambien la Francia por la parte de Panonia y del Frioul, hacia donde avanzaron. Por último, los normandos desembarcaron en las costas del Poitou, saquearon, talaron y se apoderaron en la desembocadura del Loira, de la isla de Noirmoutier, así denominada por los restos de un monasterio emnegreido por el fuego que le pusieron. Por aquí empezó la desmembración de los vastos estados de Carlomagno.

Ademas, la conducta sabia y prudente que este príncipe habia observado respecto de su hijo, era mal imitada por Luis respecto de los suyos. Carlomagno le habia, es cierto, enviado muy joven todavia á su reino de Aquitania para acostumbrarle al gobierno, pero le hacia ir de tiempo en tiempo á su corte para darle consejos. Informábase tambien de su conducta de los que volvian de este pais, y procuraba de esta suerte hacer beneficios a su autoridad.

Pero Luis no vigiló á sus hijos ni de cerca ni de lejos; ora por debilidad, ora por indolencia, les dejó tomar en los reinos que les habia confiado un ascendente, que le hizo quedar olvidado. Lotario, á quien habia asociado al imperio, no contento con el título y el poder que le eran inherentes, se hizo coronar por el Papa, porque sabia hasta que punto esta ceremonia aumentaba la autoridad del príncipe y la sumisión de los pueblos. El padre dejó traslucir algun descontento, pero se aplacó, porque quería obtener de su hijo cierta condescendencia en favor de Carlos, hijo de Judit.

Esta princesa veia con dolor á su hijo sin patrimonio, mientras que sus hermanos estaban tan ventajosamente dotados. A pesar de la sancion solemne dada á su herencia, no desesperó de lograr una para el joven Carlos. Nada ó muy poco habia que tomar de la Bavaria y la Aquitania, que tenían muy escasa estension; halagó pues tan bien á Lotario á le intimó de tal suerte, que abandonó estas algunas comarcas de Alemania sobre el Alto Rin, una parte de la Borgoña, los suizos y los grisones, de lo que formó un estado que se llamó el reino de Recia.

Estas variaciones agitan los ánimos, porque nada es mas apropiado para formar facciones, que la incertidumbre acerca de la duración del crédito, de las dignidades y del poder que se posee; y este peligro es mucho mas inminente, cuando la corte está compuesta, como lo estaba la de Luis, de desterrados vueltos a llamar, mas ofendidos de su antigua desgracia, que halagados por su nuevo favor; de señores que habian permanecido fieles, y en su concepto poco recompensados; y por último, de envidiosos, de ambiciosos y de intrigantes, bajos y oscuros unos, y los otros condecorados y capaces de dar importancia y consideración a una trama.

Como los conjurados necesitan, por decirlo así, un punto de mira, que al principio no puede ser algunas veces el príncipe mismo, las maquinaciones se encaminaron contra Bernardo, conde de Barcelona, á quien el emperador habia confiado la dirección de los negocios, y á quien la emperatriz habia atraído la confianza de su esposo, haciéndole colmar de honores y altos puestos. Entre estos últimos la malignidad distinguió al de gentil hombre, que daba á este señor gallardo y galante un fácil acceso á su lado. Tantos favores concedidos por su recomendación, hicieron decir que ella habia hechizado á su marido, como si una esposa joven hubiera menester de otros sortilegios que sus propios atractivos para cautivar á un esposo viejo.

Los descontentos se animaban mutuamente para labrar la desgracia del ministro que les hacia sombra, y persuadían al pueblo, siempre inclinado á acoger las sospechas y las imputaciones maldicidas, que todo se dirigía á merced de la pasión de una mujer, que el reino se aniquilaba, que eran necesarias muchas reformas, y que estas debían empezar por el jefe. Los conjurados llamaron en su apoyo á Pepino, rey de Aquitania, hombre superficial, y le insinuaron que á él le incumbía de preferencia el honor de esta reforma, porque era el mas inmediato y mas idóneo que sus hermanos, y que se cubriría de gloria abriendo los ojos de su padre y arrancándole á la seducción de una mujer que le deshonraba.

Llega Pepino y sorprende á su padre, que huye del palacio de Verberie; permite á Bernardo, el ministro amenazado, que se oculte en algun monasterio, y envia á Lotario á un monasterio, y él se retira á Compiègne. Los conjurados se apoderaron de Heriberto, hermano de Bernardo, y le arruicaron los ojos; prendieron á la emperatriz, y solo la perdonaron la vida á condición de que tomara el velo y obligará á su esposo á vestir el hábito monástico y á abdicar. Para que pudiese resolverse á este sacrificio, se le concedió una entrevista con su esposo, en la que acordaron que ella tomaría el velo sin hacerse rapar, y que él pediría un plazo antes de determinarse.

Tal vez contaba con el apoyo de Lotario, su primogénito, que al saber estos extraños acontecimientos, acudia desde Italia al frente de su ejército. Por lo que respecta á Luis, rey de Baviera, permaneció tranquilo en sus estados durante estas turbulencias. Lotario no reparó en desapropiar la empresa de su hermano, puesto que la resolución de éste debía hacerle dueño esclusivo del imperio, del que ya tenía el título. Por esto desplegó en su conducta mas firmeza que Pepino: confinó á su madrastra á un monasterio de Poitiers, donde era severamente guardada, y encerró á su padre en la abadía de San Medardo de Soissons, bajo la dirección de algunos monjes, á quienes encargó que le inspirasen afición á su estado.

Pepino á despeño de haber dado los primeros golpes contra su padre, se retiró y le abandonó á su hermano mayor, sin que se sepa el motivo de semejante conducta. Pudiera creerse la hija de los remordimientos si hubiera espontáneamente contribuido luego á la libertad de su padre; pero el despecho mas bien que los remordimientos le impulsaron á ella, y la política sacó de su inercia á Luis, rey de Baviera.

A pesar de las intenciones y de las órdenes de su hijo, el emperador no estaba tan encerrado que no fuese accesible á los señores que iban á visitarle, y que por lo regular se alejaban de él con el corazón lastimado de dolor y lleno de indignación contra sus desnaturalizados hijos. Su paciencia y la dulzura de su carácter le habian adquirido muchos partidarios entre los monjes que se le habian señalado por carceleros; así pues, lejos de insinuarle la inclinación á su estado, como les habia sido prevenido, la mayor parte se esforzaban en alentar su ánimo é inspirarle denuedo.

Uno de ellos, llamado Gondebodo, concibió el proyecto de librarle de su cautiverio y reinstalarlo en el trono; con este designio fué á buscar al rey de Aquitania, y le hizo ver que en todo aquel negocio no era otra cosa que el odioso instrumento su hermano, que solo trabajaba por su personal provecho y olvida sin dignarse siquiera consultarle, con una altanería de que debía estar exasperado; y que ademas de esto, debía prever que si Lotario lograba hacerse dueño de los estados de su padre, llegaría á ser tan poderoso que nada podría resistirle, y en tal caso ¿qué tanto no debería temer de un despota ambicioso? Estas reflexiones convencen y afectan á Pepino, y presentadas con la misma energía á Luis

de Baviera, le sacan de su letargo; así pues, ambos hermanos se resuelven á devolver la corona á su padre. Seguro por este lado, el monje negociador se dirije á Lotario, le participa las disposiciones de sus hermanos, le insinua que tratan de arreglo con su padre, que la opinion cambia, que los grandes del reino titubean, y que si se no brinda á una transacción, correrá el peligro de quedar espuesto aisladamente al enojo de un padre tan justamente irritado.

La observación del monje era exacta: efectivamente, en tres meses la opinion habia cambiado de tal manera, que Luis desde el fondo de su cláustro se hallaba entonces casi en estado de dictar la ley, y accedió á una conferencia con sus tres hijos. Lotario deseaba que esta conferencia se celebrase en Neustria; á ella fueron convocados los principales señores de los tres reinos, y se les dió la órden de que se presentasen con escaso acompañamiento; pero como el entusiasmo cuando resucita suele ser mas ardiente cuanto mas se habla enfriado, llegaron en número tan considerable y con tanto aparato, que aunque cada uno solo traía una escasa comitiva, reunidas éstas formaban un ejército que hizo temblar á Lotario. Este pidió á su padre una entrevista particular; en esta conferencia Luis le concedió el perdón, pero á condición de que le entregase á los señores que le habian aconsejado, y que podían ser considerados como gefes de la conspiración.

Estos habian previsto la suerte que les esperaba, y hecho por consiguiente todos los esfuerzos imaginables para impedir la conferencia; y no pudiendo conseguirlo trataron de interrumpirla, amenazaron y corrieron á las armas; pero la súbita presencia del emperador, que apareció en la mas completa armonía con Lotario y sus otros dos hijos, apaciguó el tumulto. Los culpables fueron presos, juzgados y condenados á muerte por unánime asentimiento de los tres reyes, pero el emperador les concedió la vida, contentándose con hacer cortar el pelo á los legos y encerrar á los obispos en diferentes monasterios.

Uno de los primeros cuidados de Luis fué llamar á su esposa. Ignorábase que delitos le habian sido imputados; pues el emperador, antes de admitirla á su lado, exigió que se vindicase de las acusaciones que contra ella pesaban con un juramento público. Vale el adversario, fué confinado á un castillo, concedido tambien á Bernardo, conde de Barcelona, que habia sido el primer prestado de estos movimientos, y que estaba á la sazón oculto en las cavernas de los Pirineos, licuía para su regreso. El conde solicitó el combate para vindicarse de las acusaciones de que habia sido blanco; comparció pues en la arena, pero no se presentó campeón contra un hombre á quien se veía rodeado de nuevo del prestigio del favor. El emperador envió á Lotario á Italia y á Luis á Baviera. Por lo que toca á Pepino, primer autor de todas estas sediciones, y cuya superficialidad é imprudencia tenía al parecer, le retuvo en su corte con espresa prohibición de salir de ella sin su permiso, pero el príncipe se fugó algun tiempo despues.

No llevó ciertamente á Aquitania disposiciones pacíficas, pues ademas de las humillaciones de haberse hallado retenido como prisionero, le habian sido cercenadas, lo mismo que á su hermano, algunas partes de sus estados para formar uno al joven Carlos, hijo de Judit; pero esta, poco satisfecha sin no procuraba á su hijo una corona mas brillante que la de Recca, ideó atormentar por medio de sordas instigaciones á Pepino, príncipe vivo é impaciente, á fin de lanzarlo á una nueva insurrección que proporcionase motivos para destruirle, y hacer pasar su cetro á manos de Carlos. Dicese que esta pérdida política le fué aconsejada por el monje Gondebodo, que á título de libertador de Luis gozaba de gran privanza en la corte.

Alarmado el emperador con los rumores de conspiración que llegaban á sus oídos y por las sospechas que le inspiraban, marchó á la Aquitania, reunió los estados, y en ellos Pepino se justificó lo mejor que pudo. Segun parece, el rigor del castigo recayó sobre Bernardo, conde de Barcelona, ex-ministro de Luis y favorito de Judit, y á quien vemos con asombro entre los señores contrarios del emperador; fué pues privado de sus empleos y honores. Pepino quedó otra vez prisionero en su propio reino, pero de nuevo se evadió y empuñó las armas. Volvió su padre, le privó de la corona en una asamblea solemne y la dió á Carlos.

Esta disposición en favor de Carlos inspiró á los dos hermanos de Pepino serias alarmas sobre lo que debían temer de la condescendencia de su padre, débil anciano á quien veían dominado por su joven esposa; por lo que se dieron una cita entre Estraburgo y Basilea, en una llanura llamada despues el campo de la Mentira, y se llegaron allí con tropas numerosas. El emperador por su parte habia reunido un ejército, en el que se hallaban como en el campo opuesto, muchos señores que se conocían casi todos, pues eran compañeros de armas, parientes y amigos.

Entre personas de este carácter, era natural que se estableciesen entrevistas y conversaciones. Lotario, dueño de Italia, llevó consigo á Gregorio IV, quien se bisonaba con la idea de ser el mediador entre el padre y los hijos; pero al parecer mostró alguna



parcialidad, porque habiéndole enviado Lotario, que como primerogénito y adorado ya con el título de emperador, desempeñaba el principal papel en este negocio, á presentar proposiciones á su padre, este le recibió al frente de sus tropas con aliteria y orgullo, sin ninguno de los honores ordinariamente tributados en Francia á los Papas. Estas conferencias fueron desventajadas al anciano emperador. Ya sea que los obispos y señores que le eran adictos no fuesen tan astutos como los de sus hijos, ya sea que la intriga fuese demasiado poderosa, muchos vasallos leales se dejaron seducir por los rebeldes; los desertores atrajeron á otros, é insensiblemente desaparecieron en términos que en menos de tres dias el emperador se halló casi solo en Compiègne. Para un príncipe á quien sus faltas hubieran debido aleccionar, era demasiado dejarse engañar dos veces de la misma manera.

No obstante tomó algunas precauciones, y la principal fué la de salvar á aquellos que le habían mostrado fidelidad y que podían ser por ella cruelmente castigados, especialmente á Brognon, su hermano, obispo de Metz, y otros prelados y señores en corto número. Tranquilo por este lado, Luis se entregó á sus hijos para no esponerse á la brutalidad de la soldadesca, y les entregó además á Judit, su esposa y á su hijo Carlos, bajo la única condición de no perder ni la vida ni los miembros. Al punto los señores se reunieron tumultuosamente, declararon á Luis destronado del imperio, y profetizaron la muerte de los dos coronas: pero él lo clamaron á Lotario único poseedor de las dos coronas; pero él lo rechazó: instóle y le amenazaron diciéndole elegirlo otro, y en ambos aceptó como violentado. La emperatriz fué desterrada á un monasterio de la Lombardia, y consintieron que Carlos permaneciera al lado de su padre. Despues de estas operaciones, Pepino y Luis partieron á sus respectivos reinos, encargando á Lotario el cuidado de confinar lo que acababa de praticarse, y lo que habia sido estipulado entre ellos para lo sucesivo.

El principal negocio de Lotario era alcanzar del emperador una abdicación que apareciendo voluntaria honestase las irregularidades de su pretendida elección. Sin duda alguna empleó todos los medios de persuasión y dulzura en los diferentes viajes que realizo llevando á su padre consigo, rodeado de emisarios encargados de hacerle consentir en una renuncia, aunque solo fuese aparente. Convencido al fin por la tenacidad de la resistencia de su padre, de la inutilidad de este género de tentativas, apeló á medidas más severas.

La primera persecución que empleó contra su padre fué privarle de su querido hijo Carlos y enviarle al monasterio de Prum, sin hacerle cortar el cabello, ceremonia que le hubiera incapacitado para desempeñar cualquier funcion civil durante el resto de su vida. Otra ceremonia habia consignada en las leyes eclesiásticas que operaba el mismo efecto: tal era el condenar á un hombre á una penitencia pública, despues de haberle hecho confesar auténticamente sus faltas y de r-vestirle el hábito de penitente de que ya no podia despojarse.

Determinado á emplear este medio, Lotario reunió en Compiègne un concilio de obispos que le eran enteramente adictos, presidido por Elbon, arzobispo de Reims, hermano de leche de Luis, y que no obstante habia sido siempre su más implacable enemigo; reunidos pues en este conciliábulo de iniquidad, compusieron una confesion cargada de todas las declaraciones que juzgaban mas capaces de hacerle criminal á los ojos del pueblo. « Soy, le hacian decir, culpable de homicidio y de sacrilegio. He violado mis juramentos, consentido en la muerte de mi sobriño, violentado á mis parientes, emprendido guerras innecesarias y en alto grado funestas á mi reino. No he escuchado las reflexiones que las personas amantes del bien público me hacian en procho de mis vasallos, y por el contrario las he mandado prender, despojar de sus bienes y sentenciar al destierro. He condenado á muerte á los ausentes y violentado á los jueces para compelirlos á pronunciar fallos injustos. He infringido el pacto hecho con mis hijos en el obsequio de la paz, forzado á mis vasallos á perjurar obligándolos á nuevos juramentos, y he armado á unos contra otros para que se destruyesen recíprocamente. Finalmente, he hecho sin necesidad alguna una expedición militar en el tiempo santo de la Cuaresma, y pensado reunir una asamblea general en los confines de mis estados el Jueves Santo, cuando los cristianos solo deben ocuparse en disponerse á celebrar dignamente el santo día de la Pasca. »

Tratabase nada menos que de hacer leer en público al penitente esta confesion. Hay fundados motivos para creer que además de los ruegos é instancias empleadas para vencer su repugnancia, los emisarios de su hijo apelaron á las amenzas de malos tratamientos, dirigidos, si no contra él, al menos contra su esposa y su hijo ú otras personas queridas á su corazón. La verdad es que se presentó en el templo, lleno de espectadores, mas bien con el aire consternado de un hombre abalido por el temor que con la compuncion propia de un penitente.

Habiase extendido una alfombra al pie del altar, delante del cual se arrodilló el anciano, y allí escuchó la exhortacion que se le hizo

de confesar sus pecados y de aceptar la penitencia. Tomó luego la cedula fatal y la leyó en voz inteligible, aunque entrecortada por suspiros y sollozos, desinóse la espada y la arrojó al pie del altar en señal de abdicación. Aeto continuo se le despojó de la mímra imperial y de todos los ornamentos reales en ceremonia, Lotario que no penitente. Despues de esta humillante ceremonia, Lotario que no queria perder de vista á su padre, teniendo una retractacion le llevó consigo y le encerró en el palacio de Aquigran, residencia en otro tiempo de su grandeza y á la sazón teatro de su ignominia y opprobrio.

Cuando se divulgó por Francia la nueva de esta extraordinaria ceremonia, la indignacion fué general. Los dos hijos de Luis ó Ludovico, Pepino de Aquitania y Luis de Baviera, ora enterados en favor desu padre, ora avergonzados de haber contribuido á su infornio, intinan á Lotario que le devuelva la libertad; trató este intento de entretenir á sus hermanos con promesas que ellos despreciaron, y arrojándose cada uno por su lado se reunieron á la vista de Paris, donde el hijo culpable habia conducido al desgraciado autor de sus dias. Viéndose los al fu estrechado por sus hermanos y obligado á huir á sus estados sin una escandalosa violencia le abandonó en la abadía de San Dionisio, sus centinelas, y dueño de sí mismo.

Sus dos hijos le recogieron; el primer uso que el ultrajado monarca hizo de su libertad fué presentarse en la iglesia á protestar de su inocencia y de la coeccion á que habia cedido. No quiso sin embargo volver á tomar las vestiduras imperiales, sin que se le hubiese absuelto y dispensado de la penitencia pública. Recibió luego la corona y el cetro, y enóse de nuevo la espada con la deliberacion y el consejo del pueblo francés.

Lotario, aunque fugitivo, no renunció á su empresa, puesto que cuando sus hermanos se hubieron alzado volvió contra su padre y alcanzó triunfos que les hicieron temer que este sucumbiese otra vez; tomaron pues á su socorro y concertaron tan oportunamente sus medidas, que envolvieron á su hermano cerca de Blois; el emperador se hallaba con ellos. Lotario se isongó con la idea de seducir á las tropas de su padre, y lo intentó aunque en vano, pues lejos de esto se vió abandonado por las suyas. Luis presenció entonces casi la represalia de la humillacion de Compiègne, con la diferencia de que es menos vergonzoso para un hijo humillarse delante de su padre, que doloroso para éste verse públicamente ultrajado por su hijo.

El orgullo de este hijo desnaturalizado debió sufrir terriblemente cuando no teniendo ya medio alguno de retirarse del peliyo que se le habia metido, se vió precisado á pedir perdón á su padre en presencia de todos los vicicatos. El emperador se presentó en su trono en su tienda de campaña, abierta por todas partes. Lotario se aproximó, se inclinó de rodillas y escuchó con aparente sumision las justas y amargas reconvenções de su padre, que al fin le tendió los brazos. Permiótele volver á Italia, y le mandó por todo castigo é hizo lo prometiese con todo solemnidad, que jamás volvería á Francia sin ser llamado. De sus cómplices, solo Elbon sufrió un castigo harto ligero, puesto que solo perdió el arzobispado de Reims, sin sufrir la degradacion, y se le concedió además permiso para que se retirase á Italia con Lotario.

Nadie en verdad sospecharia que la especie de destierro de este príncipe en su reino, al opuesto lado de los montes, no fuese abreviada por Judit su madrastra, á quien tanto habia querido para haecr interés del momento es por lo regular un medio poderoso para haecr olvidar los pasados agravios. Aunque á causa de las turbulencias, la parte del joven Carlos en el imperio de su padre habia aumentado mucho en las posesiones que le habian sido cercenadas á los hijos rebeldes, la emperatriz no estaba satisfecha y aguijoneaba á su esposo para que la ensanchase mas todavia. El débil Ludovico cedió á estas importunidades, é hizo mas tal vez que lo ella esperaba, porque agregó á este hijo de su vez el reino de Neustria que se habia reservado, y que veinte años antes habia dado á Lotario. Pero la rebelion que habia puesto á este en manos de su padre facilitó este arreglo, y la armonia que reinó en lo sucesivo entre Judit y él, es una prueba de que habia accedido á él. Carlos tomó pues el título de rey de Neustria, y dejó de adornarse con el de rey de Recia. Esto ocurria en el palacio de Crei, donde el emperador habia reunido la asamblea de los grandes vasallos, que aprobaron esta variacion y todos los cambios de territorio que eran su consecuencia. Pepino, rey de Aquitania, que allí se hallaba, citó la espada y la corona á su joven hermano. Este principé, el primero de los hijos de Luis que habia levantado el estandarte de la rebelion contra él, murió á su llegada á Aquitania, con el consuelo al menos de dar fin á sus dias con un acto de complacencia hacia su padre. Dejó dos hijos, Pepino y Carlos.

Esta reparticion de Crei no pareció suficientemente garantida á Judit, si no contaba con la aprobacion de Lotario, y por lo tanto le invitó á que fuese á la corte de su padre, á lo que el dió accer-

der porque temia algun lazo. Al monje Gondebodo cupo de nuevo el honor de realizar esta negociacion. Lotario se determinó al fin á aventurar este paso; pero hallándose dispuesto á partir, fué acometido de una enfermedad que era una especie de epidemia, que habia invadido su córte. Restablecióse, lo mismo que otros muchos, porque la muerte solo arrebató á los señores que le habian aconsejado y auxiliado en sus insurrecciones; circunstancia que fué considerada como un castigo de la divina justicia, que castigaba á aquellos á quienes habia perdonado la humana.

Restablecido enteramente de su enfermedad y hallándose ya al lado de su padre, su madrastra le propuso una nueva reparticion, á saber: dividir en dos los estados que habian compuesto el imperio en tiempo de Carlomagno y que aún lo componian, exceptuando la Baviera y la Aquitania. Hicieronse pues dos mitades, de las que cupo la eleccion á Lotario, quien tomó todo lo que habia pertenecido al reino de Recia, cuyo nombre habia desaparecido en Creci; se reservó la Italia y el título de emperador; á Carlos cupo en suerte la Neustria, es decir la Francia, tal con corta diferencia como existe actualmente. Lotario juró servir de tutor á su jóven hermano y protegerle contra todas las tentativas encaminadas á atacar la integri-



Jóven príncipe defendiéndose de sus verdugos.—Pág. 69.

dad de sus dominios. Esta especie de amenaza solo podia aludir á Luis, que habia sido olvidado ó despreciado en la nueva reparticion, y que habia quedado reducido á su Baviera; miserable contrapeso en el equilibrio que hubiera debido reinar entre estos hermanos.

La Aquitania habia sido reservada; en derecho pertenecía á Pepino, primogénito del rey de este nombre que acababa de morir. Este último príncipe, á la verdad habia sido destronado por su padre, por haber empuñado las armas contra él; pero habianse celebrado con posterioridad tantos tratados, y entre otros el de Creci en el que habia figurado como rey de Aquitania, que se le debia imaginar rehabilitado y reintegrado en la posesion de su reino. Luis no obstante lo dio á su predilecto Carlos, con perjuicio del jóven Pepino. Este, bajo pretexto de cuidar de su educacion, fué retenido en la córte, de la que se fué. Respecto del otro hermano, Carlos, muy jóven todavía para inspirar recelos, su abuelo lo dejó al lado de su madre.

Empero toda vez que Ludovico no temia cometer una injusticia, debia hacerla ceder en beneficio de la paz y de la armonia entre los hermanos, dando al rey de Baviera alguna parte del magnífico regalo que hacia al Neustria. Sin duda esta condescendencia hubiera evitado que su hijo se levantara contra la predefinicion demasiado marcada de su padre. Luis empezó haciendo reflexiones que

en breve degeneraron en quejas amargas y por último en abiertas hostilidades; pero en el primer calor de su resentimiento no midió con exactitud sus fuerzas, por lo que las del emperador le aniquilaron y le compellieron á implorar la paz que le fué concedida.

Pero esta peticion solo era una estratagemá, empleada con harta frecuencia para ganar tiempo y asegurarse mejor la ejecucion de sus proyectos. En efecto, el bávaro se asoció á los sajones, á los turingios y á otros pueblos de la Alemania central, con los que hasta entonces se habia hallado en guerra; reclutó y armó en ellos numerosas tropas, y avanzó hácia los estados de su padre, en los que se cree se habia proporcionado vastas confidencias. El anciano emperador no solo se puso á la defensiva, si no que salió al encuentro de su hijo que avanzaba por el Rhin.

Nunca cupió las armas con tanta pesadumbre y repugnancia, pues habia tiempo que su salud estaba quebrantada; la estacion era ya cruda aunque poco adelantada. Un catarro de que se hallaba atacado, degeneró en una afeccion pectoral; su enfermedad duró cuarenta dias, y en todo este tiempo dió muestras de una piedad ardiente. Su hijo, que estaba poco distante, deseaba verle y pedirle su bendicion. «¡Y! exclamó el moribundo monarca, le perdono; pero recuerde que hace bajar mi vejez al sepulcro con dolor, y que Dios castiga severamente á los hijos rebeldes.» Dejó de existir á los sesenta y dos años en una isla del Rhin, donde habia hecho acampar su ejército. Judit solo le sobrevivió tres años.

Al recapitular la vida de este emperador, la primera reflexion que ocurre es que no habia nacido para el trono. Otros príncipes se han visto atormentados por turbulencias y rebeliones, producto de las circunstancias; pero Luis parece haberlas provocado por su descuido en el manejo de los negocios; sin un sistema fijo de gobierno; sin ministros esertos, ó mudándolos cuando los tenia al capricho de una esposa dominante, sus improvisaciones, sus perplejidades y sus inconsecuencias, hubieran podido, no obstante su amor al pueblo, sus miras benéficas, y sus deseos del bien público, conducirle á calamidades peores que la abdicacion, si hubiera tenido otros enemigos que sus propios hijos.

Ahora podemos apreciar su título de *Pío*. Sabido es que hasta algunas veces un momento de entusiasmo para dar á un príncipe un dictado honorífico que la posteridad le conserva sin exámen. Luis debe á no dudarlo, este sobrenombre á su indulgencia demasiado reiterada con sus hijos rebeldes; pero el exceso del bien, sobre todo cuando este bien ocasiona males positivos como las guerras y sus desastrosas consecuencias, ¿puede acaso ser una virtud? Ludovico por lo demás merece elogios por la atencion que dedicaba á la administracion de la justicia, á la represion de los desórdenes y arreglo de las costumbres, á la instruccion de los pueblos y á todas las ocupaciones dignas de un gran rey y patentizadas en sus Capitulares, que son el resultado de las asambleas generales que con este objeto convocaba; en ellas se advierte tambien el amor á la ciencia que habia heredado de su padre y que las calamidades de la época impidieron desarrollar. En el interior de su palacio era un declamo de cordura y de beneficencia. Casó á sus hijos en edad oportuna, y alleccionado con las fatales consecuencias que habia producido la negligencia de su padre en el particular, tuvo cuidado de casar á sus tres hijas.

Enorgullecidos y envalentonados por las ocupaciones que los disturbios interiores suscitaban al emperador, los normandos no se limitaron al saqueo de las costas, sino que desembarcaron, penetraron en Francia y causaron grandes estragos. Sus victorias fueron favorecidas por las divisiones de los reinos, de los que cada parte llegó á ser muy débil para rehazar á unos soldados feroces y obstinados, que arráidos por el celo del botin se sucedian sin interrupcion. El fin de estos hechos que duraron tanto tiempo cubriendo la Francia de ruinas, es debido en gran parte á la discordia entre el padre y los hijos. Luis les dejó por principal herencia el gérmen de guerras sangrientas, perpetuadas sin tregua en los siguientes reinados, hasta el momento en que precipitaron el trono á sus descendientes é hicieron desaparecer su raza.

En tiempo de Ludovico *Pío* concluyó la Heptarquía inglesa, que databa desde la evacuacion de la Inglaterra por los romanos, es decir, desde 450. Egherto, que llegó á ser rey de Wessex en 800, en la misma época en que Carlomagno era coronado emperador, reunió veinte y ocho años después los siete reinos en uno solo, bajo el nombre de reino de Inglaterra, cuyo trono fué ocupado sucesivamente por quince reyes en el transcurso de dos siglos, y hasta el momento en que la raza sajona fué destronada por breve tiempo en 1017 por Canuto el Grande, rey de Dinamarca, y por dos de sus hijos. Volvió dicha raza á ocupar el trono en 1042 en la persona de Eduardo el *Confesor*, hermano del último rey sajón; pero habiendo muerto este príncipe sin posteridad, el derecho de conquista entregó de nuevo el cetro á manos extranjeras: esta vez fueron los normandos los que de él se apoderaron, acudidos por Guillermo el Bastardo, su duque, que despues fué denominado el Conquistador. Este último suceso pertenece al año 1066.

CARLOS II LLAMADO EL CALVO.

De edad de 17 años.

El emperador Ludovico Pio, cometiendo una falta tras otra, habia acreado las dificultades que ocasionaron sus desgracias y las de sus pueblos. Vamos á ver como el emperador Lotario, revoltoso de profesion, se abismó en un caos de intrigas en que se perdió lastimosamente, ceniendo un dia el caso y vistiendo otro el capisuyo monástico, mientras mas astuto que el su hermano Carlos, llamalo el Calvo, le envolvió en sus propias redes: y Luis de Ba-



COSSÉ

Matanza de franceses por los sarracenos.—Pág. 69.

viera, á quien en lo sucesivo apellidaremos Luis el Germánico, no abandonaba la tranquilidad á que era aficionado si no compelido por las provocaciones de sus hermanos. Estos son los soberanos que despues de la muerte de Ludovico Pio se disputaron tenazmente los restos de su imperio. Es preciso añadir á este número al jóven Pepino, hijo de Pepino, rey de Aquitania, que reclamaba á su vez la herencia de su padre dada á su tio Carlos el Calvo.

Armado de un doble derecho, del que el primogénito se abroga algunas veces sobre su familia, y de su título de emperador, Lotario se aprestó á imponer la ley á sus hermanos. Empezó por Carlos, el mas jóven, y envió á su reino comisarios que lo recorriesen y exigiesen en nombre del emperador juramentos de fidelidad. Carlos hizo ver á su hermano por medio de embajadores toda la iniquidad de su conducta, le recordó la promesa que habia hecho en presencia de su padre de defenderle contra todo género de ataques y de servirle de tutor. «No debes alarmarte, le contestó Lotario, porque obro de esta manera por tu seguridad, y para que tus vasallos viendo el interés que tomo en todo lo que te concierne, te sean mas sumisos.» Esta contestacion no acalló los temores de Carlos, y por lo tanto se puso en estado de defensa contra su hermano, que se dirigia desde Italia con un ejército para apoyar el celo de que se decia animado por los intereses de su pupilo. Sin duda por efecto del mismo celo se declaró protector del jóven Pepino, el cual se preparaba á protestar contra la donacion que Ludovico Pio habia hecho á su predilecto Carlos con notable perjuicio de sus derechos.

Lotario apeló á las mismas tentativas feudales contra Luis el Germánico, pero éste, sólidamente establecido en su reino, en lugar de homenajes le presentó un ejército dispuesto á batallar, demostracion que hizo mas reservado al emperador; aplazó pues para tiempos mas propios sus esplicaciones con su hermano, y

dirigió todos sus esfuerzos contra Carlos, sobre el cual le daban mas ventajas las dificultades inseparables de su nuevo gobierno. Anádase á esto que el jóven rey de Neustria estaba ya empeñado en una guerra contra los bretones que se negaban á reconocerle; que el digno tutor se habia asegurado de muchos señores del reino de su pupilo á quienes habia seducido, y que se prometia grandes auxilios de la escursion á la Aquitania, sublevada casi toda en favor de Pepino.

Carlos consiguió algunas victorias; fué llamado por las noticias que recibió de los proyectos de su hermano. En efecto, avistándose cerca de Orleans. Lotario ya muy fuerte estaba próximo á recibir el refuerzo de las tropas que Pepino le traía de Aquitania. Tenia en su ejército muchos señores neustrianos halagados por sus promesas; y lejos de hallarse seguro de los que le acompañaban, el jóven rey de Neustria estaba reducido á desconfiar de sus propios súbditos. En esta estreñida tomó un partido decisivo; reunió los chefes de su ejército, les espuso con energía su situacion, sus temores, el inminente peligro que les amenazaba, y concluyó diciéndoles: «¿Qué debemos hacer?» Estas lacónicas palabras acompañadas de una mirada esertadora que leia sus pensamientos, aímó á los vasallos fieles, reanimó á los dudosos, y sonrojó á los que se disponian á desertar; así fué que todos esclamaron unánimes: «Estamos prontos á arrostrarlo todo por vos, y si debemos peceer aniquilados por el mayor número, al menos moriremos leales.» Y la batalla quedó resuelta.

Pero la intencion de Lotario era que sus victorias no le costasen sangre, porque preferia comprarlas por medio de mercedes y promesas, y por lo general se complacia mas en la lentitud de las negociaciones que en la brusa decision de los combates. En las conferencias que abrió repartió con profusion el oro en el campamento de su hermano, propiniéndose con sus liberalidades comprar todo su reino, pero solo obtuvo una parte de él. El tratado que medió conservó á Carlos la mayor parte de sus provincias, y Lotario permitió que en este número fuese comprendida la Aquita-



Penitencia de Ludovico Pio.—Pág. 71.

nia, patrimonio de su auxiliar. Los dos hermanos firmaron este convenio en Orleans, aunque solo fué provisional, hasta la reunion de una asamblea que debia celebrarse en Attigny, y cuyo dia quedó prefijado. Entre tanto Carlos regresó á Bretona.

El tratado de Orleans no alejó del emperador el proyecto y la esperanza de apropiarse todos los estados de su hermano. Viciadole ocupado en Bretona, se dedicó á retenerle en esta provincia y á cerrarle todas las salidas hácia el centro de su reino, de donde hubiera podido sacar fuerzas: de manera que cuando el rey de

Neustria abandonó la Bretaña después de una pacificación que aceleró, enconró los caminos obstruidos, rotos los puentes, y tropas que le hostigaban para que retardase su marcha. Pero Carlos peleó con éxito: por esturude hacia llevar á la cabeza de sus batallones la cruz sobre que habia sido jurado el tratado de Orleans; á esta vista los imperiales huyeron: así engañó la vigilancia de sus gefes, pasó el Sena que le disputaban, como algunas tropas en París y avanzó hasta Troyes, donde debia recibir los refuerzos que le llevaba su madre Judith: llegó á esta ciudad fatigado, rendido, sin vestidos y sin equipajes. Era la víspera de Navidad. Afortunadamente le llevaron su capilla, su cetro y las vestiduras régias. Si se hubiera presentado en la iglesia sin este aparato durante la festividad, el pueblo habria creído que Dios le habia privado del poder real.

Luis é Germánico no veía sin inquietud las perseverantes tentativas de su hermano mayor para despojar al menor. Su seguridad personal exigió que no le permitiese anouadar al joven Carlos, por lo que levantó tropas y se puso no solo en estado de defenderse sino tambien de atacar. Lotario al ver tales aprestos, dejó al neustriano y corrió en busca del Germánico. En vez de probar la suerte de las armas, empleó respecto de él los mismos medios que le dieran felices resultados respecto de Carlos: contemporió, negoció, prometió, y se condujo con tal acierto, que Luis se vió abandonado por sus principales vasallos. Pero como no entra en el carácter de los hombres demasiado astutos y negociadores perpetuos dirigir sus tiros con celeridad, le dejó escapar mediante un tratado.

El ánimo se asombra al ver esas frecuentes defecciones que á veces trasladan rápidamente las tropas á banderas opuestas, y debilitan y refuerzan alternativamente las partes beligerantes; tales defecciones eran la inevitable consecuencia de la mala administración de Ludovico Pio. Carlomagno habia como él cometido la falta de dividir su imperio, pero auvanto constantemente sus primeras disposiciones; al paso que su sucesor hizo, deshizo y volvió á hacer muchas veces las herencias de sus hijos, y siempre con el juramento que prestaban él y los suyos de mantenerlas. De este modo enseñó á sus vasallos á mirar con indiferencia los juramentos que se les obligaba á violar á cada instante, y á no atenerse sino muy débilmente á una fidelidad que habia llegado á ser tan mudable; así los señores se hallaban siempre dispuestos, segun las condiciones mas ó menos ventajosas que se les presentaban, á cambiar de soberano, tomar, dejar y volver á unirse á los reyes sin el mas ligero escrúpulo. Estas condiciones eran la concesion de nuevos feudos, el aumento de los antiguos, el favor de hacer hereditarios los gobiernos, la profusion de los bienes de la Iglesia, las tierras y los diezmos. Reinaba entre los principes la emulacion de excederse en prodigalidades para acrecer el número de sus partidarios; prodigalidades que como se vé nada ó muy poco les costaban, pero cuyos efectos han sido cruelmente funestos á los reyes, que fueron los primeros en apelar á ellas, y tambien á sus sucesores, porque agotaron el manantial de sus riquezas y aumentaron el poderio de sus vasallos que llegaron á acumular feudos equivalentes á reinos, y adictar la ley á sus mismos soberanos.

Lotario no fué á Attigny, segun el compromiso que habia aceptado de ir á este punto para arreglar una reparticion definitiva menos desventajosa á Carlos el Calvo que la acordada en Orleans; debia ademas tratarse con Luis el Germánico acerca de las pretensiones señoriales, que el emperador no abandonaba un momento. Los dos hermanos, risueltos á terminar estas enojosas disidencias renovadas sin cesar por Lotario, despues de haber intimado en vano á este que gnarse en palabra, avanzaron, seguidos de un poderoso ejército, que le obligó á ello. Lotario les salió al encuentro no victorioso como se esperaba; pero al fin, por la superioridad numérica que ejercia á los dos hermanos, quienes hallaron á su rival cerca de Auxerre, en la llanura de Fontenay. Este esperaba un refuerzo que Pepino le enviaba de Aquitania, y por consiguiente hizo, segun su costumbre, proposiciones conciliadoras para entretener á sus hermanos; pero no bien hubo recibido los socorros que le daban á su vez la ventaja numérica, anunció sus pretensiones con mas altanería que nunca, y no aceptó otra alternativa que la de someterse sin condicion á su voluntad, ó pelar.

Los opuestos bandos llegaron á las manos; el combate fué obstinado, y parecia que el furor de los dos hermanos habia pasado al corazón de los soldados. La victoria se inclinó al principio á Lotario; pero una fuerte division de provenzanos y tolosanos, que llegó oportunamente al campo de batalla, le dio declarararse en favor de los espantos; dióse derrotado Lotario fué completa, y la carnicería que siguió destruyó tendidos mas de cien mil hombres; Provincias enteras perdieron su nobleza; los vencedores cuidaron con igual esmero á todos los heridos, dieron la misma sepultura á todos los muertos, y libertad sin rescate á todos los prisioneros; de tal modo quedaron aterrados en presencia de aquella horrosa

matanza, que procuraron acallar las inmurraciones de los pueblos y tranquilizar sus propios escrúpulos, disculpándose todo lo posible. Formaron para una especie de tribunal, compuesto de obispos, ante el cual espusieron los pasos que habian dado en obsequio de la paz, y los motivos que les impusieron á la guerra. Examinado el asunto, los jueces pronunciaron: «Que era preciso creer que la carnicería se habia verificado por los designios de Dios; que los principes y sus ministros eran inocentes, y no habian pecado por aquella efusion de sangre.»

Despues de su horrosa derrota, Lotario se retiró á Aquisgran, y Pepino á Aquitania. Carlos, tan injusto con su sobrino cuya corona deseaba apropiarse, como Lotario lo habia sido respecto de él, al privarle de un parte de sus estados, emprendió la persecucion de Pepino. El emperador, viendo atacado á su auxiliar voló á su socorro, y el azote de la guerra que aquella terrible batalla debió suspender continuó á los dos hermanos que mientras Lotario poseyese un palmo de tierra en Francia, se verian continuamente expuestos á sus hostilidades, alzaron todos sus esfuerzos para arrojario á Italia. Acosaronle, batiéronle, persiguieronle y obligáronle por último á traspasar los montes; conseguido esto, dividieron entre sí los estados que poseía hacia este lado, pero quisieron ademas que esta reparticion fuese acompañada de formalidades, que juzgaron contribuir á hacerla sagrada é irrevocable.

En Aquisgran, en aquel palacio, teatro en otro tiempo de la lumillacion de su padre y del insolente triunfo de Lotario, reunieron á muchos obispos, que sin duda despues de informes y procedimientos cuyos pormenores se ignoran, pronunciaron que la tenaz rebeldia de Lotario contra su padre, sus crueldades, sus devastaciones y todas las calamidades que habia traído sobre la Francia, le hacian indigno de morar en ella; y que por lo tanto quedaba privado de los dominios que poseia en su suelo. Despues, dirigiéndose á los dos hermanos, los prelados les preguntaron: «Os proponemos gobernar estos estados segun la ley de Dios?—Sí, respondieron.—Y nosotros, añadieron los obispos, por la autoridad divina, os pedimos los aceptéis y gobernéis segun su voluntad.» Los principes hallaban al parecer su ventaja en colegar, por decirlo así, sus derechos inseguros en manos del clero, y los prelados hubieran necesitado de una moderacion sobrehumana para rehalzar un poder tan honorífico, y cuyo ejercicio era reclamado como benéfico á la tranquilidad de los pueblos.

El emperador debió ciertamente resentirse en extremo, no solo del despojo, sino de la publicidad y de los motivos oprobiosos, aunque por desgracia sobrado ciertos, en que aquel se habia fundado: sin embargo, no por ello se mostró menos dispuesto á conferenciar con sus hermanos, que así le deshonraban, y estos con el hermano cuya mala fe habian proclamado con tanta solemnidad. Avistáronse en Metz para llegar á un arreglo definitivo; pero apenas hicieron mas que indicar la materia, conviniendo tal vez, é algunos puntos principales, y remitieron la conclusion á un congreso que se celebró en Coblenza; pero los comisionados que á esta ciudad enviaron no se juzgaron competentemente autorizados. Finalmente, se reunieron por última vez en Thionville, á donde se dirigió gran número de señores de los tres reinos, que apoyaron con sus votos la decision adoptada. Á Carlos cupo en suerte lo que se llama la Francia, á Luis la Gerutania, y á Lotario la Italia con la Provenza, el título de emperador, y lo que mas adelante se llamó *Lotharingia* (Lorena), del nombre de Lotario, segundo hijo de este principe.

Nada se habló de Pepino ni de Carlos, hijos de Pepino el rey de Aquitania, destronado por su padre Ludovico Pio. Sustituyéronse en la posesion de su herencia en todo ó en parte, mientras Lotario les protegió; pero por el convenio de Thionville, la Aquitania fué comprendida en la herencia de Carlos el Calvo. No obstante, los jóvenes principes se mantuvieron por espacio de cinco años contra los esfuerzos intrasores de su tio, y apelaron á toda clase de medios, hasta el de implantar el auxilio de los normandos que talaban la Francia y renuncia á ellos. Esta repugnante alianza los hizo odiosos y aceleró su ruina. Carlos, el menor, fué el primero que sucumbió, pues sorprendido en una emboscada y presentado á su tio, fué condenado en una asamblea de señores legos y eclesiásticos, convocada en Chartres, á ser rapado y á encierro en el monasterio de Corbie. Pepino no tardó en sufrir la misma suerte, pues fué entregado al rey de Francia por los principales vasallos de su reino, vestido con el hábito monacal como su hermano, y confinado á la alabida de S. Medardo de Soissons. Dieciséis años injusto, arbitrario, ebrio, disoluto y juguete de todos los vicios. Así le pintaban los que le habian sido traidores y los que dela traición se aprovechaban; y los historiadores los han copiado sin especificar ninguno de sus vicios. Los desgraciados son siempre culpables. Carlos fué, andando el tiempo, prisionero del arzobispo de Maguncia por Luis el Germánico, pero Pepino murió en su cautiverio.

Los normandos, auxiliares de los principes aquitanos, que se habian mostrado á larga distancia en tiempo de Carlomagno y

mas de cerca en el de Ludovico Pio, envalentonados y favorecidos por las discordias de sus hijos y por la absoluta impotencia á que las reducian las guerras civiles, pensaron en el interior de la Francia, que recorrieron y devastaron en todas direcciones. Uno de sus gefes, llamado Huchery, capitán de una flota de ciento cincuenta buques, incendió á Rouen y la abadía de Jumiéges, y llevó el hierro y el fuego á la Bretaña, en Anjou y hasta la Aquitania. Otro gefe, guiado por los bretones insurrectos, tomó por asalto á Nantes y la redujo á cenizas con los monasterios inmediatos. Otro cuerpo, mucho mas numeroso, conducido por gefes hábiles, subió el Sena hasta Paris, incendió la abadía de S. Pedro y S. Pablo, despues la de Santa Geneoveva y la de S. Germain de los Prados, que estaba estramuros de la ciudad. S. Dionisio hubiera sufrido la misma suerte, si Carlos el Calvo no se hubiera apresurado á defenderlo. Aquellas hordas devastaron la Picardía, Flandes y la Champana, arrojando á los clérigos y los monjes que huían cargados de reliquias. Como los reliqueros eran de oro y plata, y por lo regular adornados de piedras preciosas, esta rica presa estimulaba la codicia de los bárbaros; por lo que perseguían con alinño á los que las llevaban y les daban muerte, no en odio de la religion cristiana, como dicen falsamente los anales de los monasterios, sino para apoderarse de sus riquezas; sus devastaciones se estendieron hasta la Gasconia; tomaron y saquearon á Burdeos y muchas ciudades de aquellas comarcas. Lotario fué el primero que dió el ejemplo de concelebrar establecimientos fijos; pues no pudiendo espulsar á un caudillo llamado Heroldo, le dejó en Anjou, bajo la condicion de que se opondría á las correrías de los demás piratas de su nacion. Carlos el Calvo imitó este ejemplo, y colocó con la misma condicion en el Gótenin á otro gefe llamado Golofredo. Esta política no puede ser vituperada, puesto que dió á las provincias en que habia muchos valles, habitantes interesados en darles valor y en defenderlos. Pero no puede decirse lo mismo de la imprudencia instantáneamente censurada á Carlos el Calvo, de haber proligado á aquellas hordas los tesoros de la Francia para obligarlas á que se retirasen con su botin; de lo que procedía que si no los mismos, otros muchos compatriotas suyos, tentados por el deseo de las riquezas que veían llevar al Norte, salian de él para enriquecerse á su vez.

Sucedió con los normandos en Francia, lo que habia sucedido con los francos en las Galias; al principio se dejaron ver en pequeñas bandas, vagaban á la aventura y volvían á embarcarse con prontitud. A semejanza de los francos, mientras se vieron precisados á sustraerse á las persecuciones, sólo se les consideró como á mos vagabundos y saltadores despreciables; pero, cuando como ellos, se hicieron bastante fuertes para apoderarse de las ciudades próximas y de comarcas enteras, la fortuna cambió á su placer los nombres y se hicieron señores. Sus caudillos, de gefes de piratas bres, les dió el de conquisadores, que trataban con los reyes, les ofrecían condiciones, y exigían tributos y territorios; y así como los francos se habian sustituido á los señores galos, los normandos se sustituyeron á la nobleza francesa en las provincias en que habia perecido por la continuación de las guerras. Así se suceden las clases distinguidas; las familias ignoradas reemplazan á las que las revoluciones habian sacado anteriormente de la misma obscuridad, y aparecen de improviso en el horizonte político, sumjantes á esos fugaces meteoros que llenan de asombro á los contemporáneos, y brillan hasta que se pierden á su vez en la opaca noche de los siglos.

No eran los normandos los únicos que molestaban al rey de Neustria. Es muy posible que el carácter sombrío de este principe, poco expansivo con los grandes de su reino, más temido que amado en su propia familia, á desconfianza de él y pusilánime aun con los mismos á quienes temia, fuese una de las causas principales de las agitaciones de que vivió rodeado. Pero debió tambien conocerse que la anarquía que por el poder de los grandes vasallos se habia introducido en Francia, gobernada en otro tiempo con tanta firmeza, contribuyó poderosamente á dar nacimiento á las facciones y á los desórdenes que son su obligada consecuencia. No habia provincia ni ciudad que no tuviese marqueses, condes, duques, gobernadores hereditarios, que ejerciesen sobre sus vasallos la autoridad soberana, que no querían ejerciese el monarca sobre ellos. Es cierto que prestaban homenaje de sus feudos á la corona; pero una vez tributado, se consideraban independientes y dueños de hacerse la guerra mutuamente, ó de formar ligas y asociaciones que inquietaban al soberano, y le obligaban á contentarlos ó á reducirlos á la obediencia por la via de las armas.

Los bretones se mostraban los más indóciles, pues la mayor parte querían un rey; la diversidad de opiniones ocasionó una guerra civil. Carlos, como soberano, intervino, no para concelebrar, sino para imponerles un yugo más pesado que el que no habian podido hacerles sobrelevar su nación y su albedio. Pero halló una pertinaz resistencia, y al fin se vio obligado á darse por satisfecho con el homenaje del pretendiente que habia venido á los demás.

La reclusion y cautiverio de Pepino y de Carlos no habian merecido la aprobacion de todos los señores de Aquitania: muchos

de ellos, descontentos al ver su reino incorporado á la Neustria, deseaban tener un rey particular, y no pudiendo prometerse reinstalar en el trono al que se habian de menos, llamaron con objeto de que lo ocupase, á Luis el Germánico. Este principe les ofreció su hijo, y se creyó en el deber de asegurarse tan sobrio regalo; pero Carlos más ejecutivo llevó allá uno de sus hijos, á quien bizo coronar en Bourges, aunque todavía tierno infante. Este simulacro de poder real satisfizo á los aquitanos, y se sonietieron al cetro francés.

Poco despues que Carlos hubo enriquecido su familia con una nueva corona, el repartido Lotario, su hermano mayor, depuso todas las suyas; las reparó entre sus hijos y se retiró á la abadía de Prüm, en donde murió ses meses despues. La ceremonia de su abdicacion fué muy tierna. Llamó á su lado á sus tres hijos y les dirigió un discurso patético en el cual no temió hacer, para mejor instruirlos, la humillante confesion de sus propias faltas. Recomendóles sobre todo el respeto á la religion. Toda política, les dijo, que no está conformada con los consejos de la religion es falsa, perjudicial y arriesga á los principes que la practican de abismo en abismo. Es una necesidad, añadió, el creer que el poder de un soberano deba medirse por la extension de sus dominios. No os equivoqueis en este punto como yo me he equivocado; ese poder se mide con la vara de la justicia y la sabiduria; y no lo dudeis, sin estas dos virtudes las grandes dominaciones no salen de la esfera de grandes latrocinios. El poder soberano, hijos míos, es una cosa enteramente santa y divina. Ah! no creais que pueda ser sostenida por la impiedad, la perfidia, la violencia y la opresion; que el reina mas por amor de si mismo que de los pueblos, no cumple las órdenes de Dios. Acto continuo les distribuyó sus estados; dió el imperio y la Italia á Luis el primogénito; la Lorena á Lotario, y á Carlos la Provenza y Borgoña, ós le distribuyó mis tierras, prosiguió, para que las gobiernos con menos trabajo, pero no ha sido mi ánimo dividir la corona, pues esta debe ser siempre indivisible y vosotros solo debéis tener entre todos una cabeza y un corazon; os llevo en el mio á los tres. Ah! no desgarréis las entrañas de vuestro padre; no os desuavis en tiempo alguno entre vosotros ni principalmente con Dios. Guardad entre vosotros la fé de los tratados y tambien con todo el mundo, que de otro modo nadie se juzgará obligado á guardarlos. Dichas estas palabras, abrazó tiernamente á sus hijos, los estrechó sobre su corazon, bajó del trono y fué á sepultarse en un claustro. Es muy digno de atencion que seleccitos anos despues de esta angusta y tierna ceremonia, debiese reproducirse en la abdicacion igualmente libre y solemne del emperador Carlos V en favor de su hermano y de su hijo.

El ejemplo de Lotario, reconociendo despues de una larga experiencia los errores de la ambicion, y tan penetrado al morir de la nada de las grandezas humanas, causó poca impresion en sus hermanos. Luis el Germánico, el más prudente hasta entonces de los hijos de Ludovico Pio, no resistió la tentacion de despojar á Carlos el Calvo de sus estados. Llamado por una faccion de señores descontentos, penetró rápidamente en Neustria, se apoderó de las ciudades y recibió los homenajes de los grandes. Carlos aunque sorprendido, logró reunir algunas tropas y salió al encuentro de su hermano; pero envuelto en las mismas estratagemas que con frecuencia habia usado contra los demás, su ejército le abandonó y casi en su totalidad se pasó á las banderas del Germánico, y solo quedaron á Carlos los soldados que necesitaba para huir con alguna seguridad á las mas distantes comarcas. En ellas levantó otro ejército. Luis habia enviado á Alemania una parte del suyo fiando en la fidelidad de los neustrianos; pero desosos de hacer la paz con su antiguo rey, tramaron la intriga de entregarle á su hermano, y poco faltó para que la traicion se llegase á verificarse. Lotario, el nuevo rey de Lorena, se encargó de restablecer la paz entre sus dos hijos, y en efecto los reconcilió. Víoseles ni mutuamente á sus respectivas córtes, dars espléndidas fiestas y durante algun tiempo vivir en bastante buena inteligencia. Carlos empleó este tiempo de descanso en ganarse á los señores y en asegurarse de su fidelidad, distribuyéndoles feudos ó aumentando los que ya poseían. Habia entre ellos algunos á quienes hubiera sido difícil despojar, y no pudiendo privarles de sus prerogativas feudales, prefirió verlos gozar de ellas bajo su autoridad y como un don de su munificencia: todo eran feudos, mandos militares, cargos de justicia, dignidades legas ó clericales y empleos domésticos al lado de los magnates. Los más humildes dependientes de los palacios y tribunales, como conserjes, notarios, agüeros y otros, tenían sus oficios en feudos y subleudados y hacían homenaje de ellos por orden general de ciertos censos, ora pecuniarios, ora de servicio corporal. Algunos de estos censos eran muy onerosos en ciertos casos; en otros, segun el capricho del donante muy ridiculos, y aun algunos ofensivos al decoro y á la moral.

No decimos que los feudos no existiesen ya en tiempo de los predecesores de Carlos el Calvo; pero este monarca introdujo, por decirlo así, la moda que llegó á ser una mania entre los franceses,

En su reinado se confirmaron y aumentaron los grandes feudos ya demasiado poderosos: los ducados de Gascuña, Aquitania y Bretaña; los condados de Flandes, de Holanda, de Campaña y de Borgoña, cuyos poseedores han luchado muchas veces con ventaja contra los reyes. Distingúese entre ellos en aquel tiempo Roberto el Fuerte, descendiente de Childebrando, hermano de Cárlos Martel, y por lo tanto pariente bastante inmediato de Cárlos el Calvo. Este príncipe, tanto por tal consideración cuanto por el aprecio que hacia de su valor, le hizo marqués, es decir, gobernador de las Marcas ó fronteras de la Neustria, para que las defendiese contra los bretones y normandos: empleo que desempeñó con tanto acierto, que el rey le concedió el ducado de Francia, que consistía en el país comprendido entre el Marne y el Loira, y cuya capital era París.

Roberto correspondió á este beneficio uniéndose sinceramente al rey; presentóse una ocasión de probar su fidelidad en circunstancias bastante espinosas. El primogénito de Luis, llamado Cárlos el Tartanudo, pretendía que ya era tiempo de que su padre le diese una herencia y una corona, según la costumbre de aquel tiempo y como el mismo Cárlos la habia recibido: tal solicitud disgustó al padre, y la rotunda negativa de este disgustó mucho más al hijo que se retiró á Bretaña, donde hizo un alistamiento de tropas que engrasó con un refuerzo de normandos, y cayendo sobre el Anjou lo saqueó. Pero al regresar cargado de botín, el duque de Francia le atacó y dispersó sus tropas, contribuyendo luego á reconciliar al padre con el hijo que obtuvo condados y abadías sin que se le permitiese ni prohibiese tomar el título de rey.

Roberto no fué tan feliz en otra expedición. Acababa de alcanzar una victoria sobre los normandos, acudidos por un general llamado Hasting; habíalos acometido con denuedo y se prometía hacerlos prisioneros, cuando ellos, encontrando un momento favorable, dieron sobre los franceses para fugarse. Roberto acudió sin tomarse el tiempo necesario para vestir su armadura, y los rechazó; pero mientras los perseguía con demasiado ardo, fué herido por un venablo y espiró en el campo de batalla. Dejó de Adelaida, que muchos creen hija de Ludovico Pio, dos hijos, Eudes y Roberto muy niños todavía.

De los tres hijos del emperador Lotario solo quedaban dos; Luis II, emperador y rey de Italia, y Lotario, rey de Lorena. Cárlos rey de Provenza habia fallecido, y sus hermanos distribuyeron su reino. El rey de Lorena habia sentido su primera inclinación amorosa hacia una jóven cuyo nombre era Valdrada, criada al lado de Ermengarda su parienta, madre del jóven príncipe. Quiso Lotario dárle la mano; pero Cárlos el Calvo practicó tales diligencias cerca de su sobrino, que el jóven príncipe prefirió á Tietberga que le fué presentada por su tío, porque sus parientes le permanecieron constantemente fieles.

No bien habia transcurrido un año, cuando los primeros impulsos del príncipe, de que sin duda era feliz partícipe Valdrada, se encendieron de nuevo; para vivir en compañía de esta con mayor libertad, hizo anular su matrimonio con Tietberga, á la que acusó de adulterio delante de dos obispos, uno de ellos imbécil é ignorante y el otro ambicioso, á quien el rey habia seducido tisonjándole con la esperanza de casarse con su sobrino.

Los parientes de la reina apelaron al Papa, que lo era á la razón Nicolás I, hombre firme y absoluto, que después de anular la sentencia de los dos obispos, los depuso y mandó á Lotario que se uniese de nuevo á su esposa y se separase de Valdrada, á quien escolmangó. Además encargó á Cárlos el Calvo hiciese ejecutar la sentencia, empuzando por apelar á los mellos de dulzura y de persuasión para atraer á su deber á aquel jóven ofuscado por la pasión; pero en el caso de no conseguirlo, el Pontífice insinuaba que recurriría á la fuerza. Esto era proporcionar á Cárlos una coyuntura favorable para satisfacer en los estados de su sobrino la ambición de engrandecimiento que sin cesar le atosigaba. Lotario lo conocía, y titubeaba entre el deseo de no alejarse de su querida y el temor de perder su reino. Luis el Germánico, atento por su propio interés, á no consentir el engrandecimiento de su hermano, persuadió á su sobrino que dejase á Valdrada y se reniesse á Tietberga. Lotario la tomó de nuevo, pero la trató tan mal, que la desgraciada reina pidió la separación á la que se opuso el Papa.

La excomunion de Valdrada ponía un freno, sino á la pasión de Lotario, al menos á las pruebas públicas de amor que hubiera querido dárle, reconociéndola por su esposa. Fué pues á Roma esperando inclinarse á su favor al Papa que no era ya Nicolás sino Adriano II, pero le halló tan inexorable como á su predecesor. Lejos de dejarse ganar, el Pontífice exigió de este príncipe, admitiéndole á la sagrada mesa, que jurase habia dejado sinceramente á Valdrada y que nunca volvería á unirse á ella. Adriano escribió el mismo juramento á los señores que le acompañaban, y afectando un tono profético les anunció que si juraban contra su conciencia, morirían aquel año y en efecto murieron; quizá este acontecimiento dió margen á que el vulgo supusiese la profecía. Lotario no tuvo hijos de Tietberga, pero de Valdrada que la sobrevivió, dejó dos hijas y

un hijo natural llamado Hugo. En lo sucesivo, Cárlos el Grueso le concedió algunas provincias del reino de su padre; pero viendo que el jóven príncipe aumentaba sus pretensiones y se ponía en estado de hacerlas valer, le hizo arrancar los ojos y le encerró en la abadía de Prum, donde murió.

El emperador Luis II reclamó el reino de su hermano Lotario; pero como se hallaba á la sazón ocupado en Italia y empeñado en una guerra contra los sarrazenos, y por consiguiente en la imposibilidad de sostener su derecho, Cárlos el Calvo se apoderó desde luego de todo el reino; después solicitado y aun amenazado por Luis el Germánico, accedió á transacciones, y ambos hermanos se repartieron la Lorena, despreciando las reclamaciones del emperador Luis su sobrino.

Memos visto que Cárlos se vio obligado en cierto modo á dejar llevar á Luis el Tartanudo el título de rey. Otro hijo, llamado Carloman, estimulado al parecer por la fortuna de su hermano, pidió también una herencia, y habiéndosele negado su padre conspiró contra él. El monarca, deseando ponerle en el caso de que no le fuese posible continuar su insurrección, le hizo ordenar de diácono muy á su despecho y le encerró en un monasterio, el que salió á ruego de los legados que el Papa habia enviado para tratar de otros negocios. Viéndose pues en libertad, reanudó sus intrigas y hasta sostuvo su rebelion por medio de las armas. Los obispos de la provincia de Sens, á cuya jurisdicción estaba sujeto como diácono de la iglesia de Meaux, fulminaron contra él una excomunion de la cual no hizo caso alguno; pero habiéndosele dejado prender de nuevo, fué degradado en un concilio de Sens, y entregado luego á jueces seculares que le condenaron á muerte. Su padre commutó este castigo en el de privación de la vista, para que tenga tiempo, dice la sentencia, de hacer penitencia. ¡Siingular compasión! El infeliz sufrió su terrible condena. Luis el Germánico su tío, mas humano que su padre, le sacó de la prisión y le dió una abadía para que pasase en ella con la mayor tranquilidad sus dias de dolor, que no fueron largos. El bárbaro castigo de arrancar los ojos, que por mucho espacio de tiempo ha sido practicado en Francia, procedía del Oriente, donde todavía se impone á los príncipes.

Después de la adquisición de una parte de la Lorena, que tanto ensanchaba los estados de Cárlos el Calvo, un nuevo suceso vino á colmar los deseos de este ambicioso. El emperador Luis murió sin descendencia masculina; los magnates italianos desearon hacer recaer las coronas imperial y real sobre alguno de ellos; pero el Papa, á quien parecia mucho mas ventajoso á su poder que fuese dueño de los países que le rodeaban un príncipe extranjero que no un emperador residente á su inmediación, se mostró dispuesto á preferir al rey de Francia, el que por otra parte, con Luis el Germánico era el heredero natural de su sobrino. Cárlos apoyó esta resolución del Papa, llevando aceteralmente al otro lado de los montes un ejército numeroso, que se anticipó á los dos hijos de Luis el Germánico, que iban á reclamar el derecho de su padre. Como Cárlos era el mas fuerte, el Papa le coronó emperador y rey de Italia con solenne pompa el día de Navidad. De esta suerte Cárlos, casi desheredado á su nacimiento, se halló al fin el mas poderoso de los tres hermanos.

Empero su próspera suerte en Italia no destruyó las pretensiones de Luis el Germánico, que se proponia hacer sentir al novel emperador las consecuencias de su resentimiento, atacando sus estados de este lado de los montes, cuando la muerte se opuso á la ejecución de sus proyectos. Dejó tres hijos, entre quienes habia repartido en vida sus estados, meliando la aprobación de su hermano Cárlos. A Carloman tocó la Baviera, con el título harto aventurado de rey de Italia; á Luis, la Francia oriental ó la Germania; y á Cárlos llamado el Grueso, la Frisia, la Alsacia, los Grisones, y además la Suiza y la Lorena *pro indiviso* con Luis.

Hé aquí otra nueva ocasión para que Cárlos aumentase sus vastos estados. Antes de que sus sobrinos hubiesen tomado sus medidas y se hallasen bien establecidos en sus troncos, atacó á Luis que reinaba en la Germania. El jóven príncipe invocó en su apoyo el tratado de repartición entre sus hermanos, ratificado por su tío, y ofreció probar, siguiendo la costumbre establecida, por medio de treinta testigos, que no habia infringido aquel tratado; como Cárlos le acusaba, con el albe pretesto de invadir sus estados; de estos testigos diez debían sufrir la prueba del agua fria; diez la del agua caliente, y diez la del hierro ardiendo.

La prueba del agua fria consistía en meter al que á ella se sometía, bien atado en una cuba llena de agua; si se hundía, era culpable; mas si por dicha suya sobrenadaba, era inocente, pues creíase que Dios preferiría hacer un milagro á dejar perecer al que lo fuese. La segunda prueba era mas temible, puesto que era indispensable nada menos que salir íntegro de una cuba llena de agua hirviendo, donde era preciso permanecer durante un tiempo determinado. Por último, el insensato que se esponía á la prueba del hierro ardiendo, debía caminar pauladamente sobre unas barras resientes, ó introducir y dejar su mano en una manopla recién sa-

cada del horno, sin que quedase indicio alguno de quemadura. Hacíase además la prueba de la cruz, que consistía en mantener los brazos estirados todo el tiempo posible; el desdichado que los dejaba caer primero, perdía su causa. Estas pruebas y algunas otras menos comunes, pero no menos destinadas y ofensivas al buen sentido, se verificaban en la iglesia hacia la inmediata inspección de los clérigos, y se las acompañaba de oraciones y ceremonias que les imprimían un carácter sagrado.

Los treinta campeones de Luis sufrieron sin escepción sus rudas pruebas con éxito feliz, no sin causar en los espectadores un profundo asombro. Carlos pareció quedar convencido; consintió en que los derechos que se atribuían fuesen discutidos, y prometió suspender las hostilidades mientras llegaba la decisión definitiva. Retróse en efecto, pero perdido como siempre volvió bruscamente sobre este país, creyendo sorprender á su sobrino, el que preparado para tal evento aceptó la batalla y obtuvo una victoria completa, que dió el tiempo necesario para que los tres príncipes, hijos de Luis el Germánico, se asegurasen en sus respectivos países.

Carloman, que hallaba en el suyo el título de rey de Italia, se propuso hacerlo efectivo, posesionándose de esta region, que su tío el emperador se ocupaba de defender contra los sarraecos. Confeccionó entonces en Verceil con el Papa y otros señores de Italia, acerca de los medios de alejar á sus enemigos. El rey de Baviera aprovechó este momento en que todos los ánimos estaban fijos esclusivamente en los sarraecos, pero sin haberse aprestado todavía los preparativos necesarios para rechazarlos; entró pues inesperadamente en Italia, y avanzó con rapidez hasta el lugar de estas conferencias. A la noticia de su próxima llegada, la asamblea se disolvió, el Papa se salvó huyendo á Roma, los señores se desahallaron, y el emperador se retiró hácia los Alpes; pero el sorprendente caso consiste en que el joven bávaro á quien así halagaba la suerte, se detuvo de repente como poseído de un terror pánico, y retrocedió hácia Alemania.

Cárlos imaginó que esta brusca retirada tenía por objeto penetrar en Francia mientras él se hallaba en Italia, por lo que hizo tomar apresuradamente el camino á su mujer y á sus tesoros; seguialos de cerca, cuando cayó enfermo en una aldea situada al pie de los Alpes, y murió envenenado, según se dice, por su médico, judío de nacion, llamado Seledias. La historia no anuncia que sobre este crimen se hiciese ninguna indagacion alguna, ni aun que sea un hecho probado; ignoramos, tambien, á los motivos que lo aconsejaron, pero pueden hallarse en el ódio general y justo que abrumaba á Cárlos.

El pueblo le aborrecia, porque le creia causa de los males que sufría por parte de los normandos á quienes no rechazaba, y de las horrosas calamidades, consecuencia de las guerras interminables á que su desatentada ambicion le impelia. Los señores por su parte no le agradecian las tierras, condados, marquesados y ducados que distribuía con profusion, porque estaban persuadidos en vista de su conducta, de que si hacia con frecuencia poderosos á algunos, era únicamente con el detestable objeto de oponerlos á sus rivales, y destruir á unos por medio de otros. En efecto, su reinado fué una série no interrumpida de intrigas torpes y desastrosas revueltas. En su familia combatia tantos enemigos como hijos, hermanos y parientes; la misma Richilda, que habia sido su dama en vida de su esposa y con quien se casó despues de la muerte de Hermentrulis, no está libre de las sospechas de envenenamiento atribuidas al médico judío, y aun se cree que por esta causa, ni aun se practicaron pesquisas, ni se impuso castigo alguno. Tuvo de Richilda cuatro hijos que murieron en tierra eñad, y de Hermentrulis quedóle á su muerte un hijo llamado Luis, titulado el *Tartamudo*.

Ningun rey, sin escepcion el mismo Carlomagno, conuvo con tanta frecuencia á los señores y obispos de su reino; ninguno entabló tantas negociaciones, ni conchuyó tantos tratados; pero ninguno fué menos celoso del cumplimiento de su palabra. Señor de vastisimos estados, nunca emperador alguno fué menos poderoso en cada una de sus partes, y por desgracia transmitió á sus descendientes esta impotencia, merced á su falta de dignidad y á su codicia.

Muy poco antes de su último viaje á Italia, habia celebrado en Quierci ó Carisi del Oise un parlamento que tenía por objeto el asegurar la tranquilidad del reino durante su ausencia. Desconfiado en virtud de la rapacidad que tanto hacia acriminarle, se creyó obligado á prodigar las mercedes; avia, concebido muchas que al parecer nada le quitaron, pero que debian costar sobrado caras á su posteridad. Ya fuese para recompensar los servicios recibidos, ya para captarse voluntades sospechosas, sus predecesores, desde Cárlos Martel, habian dado de tiempo en tiempo el ejemplo de hacer hereditarios algunos feudos. Indiscreto imitador de una política que podía ser meos peligrosa escaseando sus aplicaciones, Cárlos en un reglamento famoso que propuso en aquella asamblea, hizo estensivo este privilegio á todos los feudos cuyos poseedores muriesen durante su ausencia, ó que por el dolor que pudiera causarles su propia muerte, renunciasen despues de él en favor de sus hijos; motivo caprichoso de la concesion mas imprudente

que se hiciera en tiempo alguno; concesion que abrió la puerta á otras mil, y que fué mucho mas funesta al Estado que la de Clotario II, acerca de la inamovilidad de los gobernadores. Es muy digno de advertirse, que estos dos príncipes que tuvieron con corta diferencia la misma fortuna, conietieron tambien con corta diferencia la misma falta. Pero si la del primero fué dejar escapar el centro de las manos que lo empuñaban, la del segundo rompió el centro mismo y entregó la Francia á todas las desgracias inseparables de un estado de guerra perpétuo, resultado inevitable de las rivalidades nunca estinguídas de aquella multitud de pequeños señores, hijos de la anarquía feudal. En cada uno de estos dos épocas fué necesario no obstante más de un siglo para consumir la desorganizacion total; tan estable y sólido es aun con sus imperfecciones el edificio siempre admirabile de un gobierno cualquiera!

Antes de ir mas lejos debemos dedicar por un momento nuestra atencion á la importancia de un acontecimiento que ocurría en Constantinopla en tiempo de Cárlos el Calvo, y que agravó mucho la llaga inmensa que ya sufría la Iglesia por el proselitismo de los sarraecos. Ignacio, patriarca de Constantinopla, gobernaba su Iglesia con una firmeza que ofendía á una corte voluptuosa, y que le hizo sospechoso al joven emperador Miguel III, quien destruyó al patriarca, proporcionando la intriga un sucesor mas complaciente. Este era Focio, lego de ilustre cuna, de un saber inmenso, del que nos quedan testimonios, y que habia ejercido los cargos mas eminentes del Estado; en seis dias se le hizo pasar por todos los grados del sacerdocio, y no bien fué consagrado patriarca cuando reunió un concilio, donde pronunció la destitucion de Ignacio. El papa Nicolás I sabedor de estos hechos por el mismo Focio, le declaró intruso. Focio, tanto mas irritado cuanto que habia prometido atraerse el voto del Papa, le atacó entonces proponiéndose deponerle; acusó á los latinos de errores insignificantes, y herido al fin en su orgullo por el yugo de una jurisdiccion superior á la suya, intentó romperlo, insinuando que desde la traslacion de la silla del papa á Constantinopla, la supremacia religiosa habia pasado tambien á la Iglesia de esta capital; como si la gerarquía necesaria al gobierno de la Iglesia no hubiese sido fijada desde su origen, y como si hubiera podido variarse por disposiciones subsiguientes, estranas á su esencia y emanadas de una autoridad establecida para otro objeto. La muerte de Miguel puso fin al triunfo del usurpador, pues Basilio llamó de nuevo á Ignacio, y Focio fué depuesto en 869, en el octavo concilio general celebrado en Constantinopla; pero á la muerte de Ignacio el mismo Basilio, seducido por los halagos de Focio, le reinstaló en la silla que habia ocupado. Como la circunstancia de intrusion habia dejado de existir, Juan VIII en obsequio de la paz le admitió desde luego á la comunión de la Iglesia, y le concedió despues por los manejos á que se entregaba con el fin de anular las decisiones del último concilio, así como por las inculpaciones indirectas de herejía que dirigía á la Iglesia romana con motivo de la procesion del Espíritu Santo. El emperador Leon VI que sucedió á Basilio, mandó ejecutar esta sentencia destruyendo á Focio, de quien no ha vuelto á hablarse. Pero las semillas de independencia é insurreccion contra la Iglesia romana no desaparecieron con él, pues germinaron extraordinariamente en lo sucesivo y acrecentaron al fin un rompimiento declarado que arrebató á la Iglesia la mitad de sus hijos. Esto fué obra de Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, cuya obstinacion en reproducir los errores de Focio y en persistir en ellos consumó el cisma hácia 1056, en la época del advenimiento de Isaac, el primero de los Comenos, al imperio griego, del desgraciado Enrique IV al imperio de Alemania, y del primer Felipe al trono de Francia.

## II.

Principio de la decadencia de los Carolingios é interrupcion de la sucesion directa bajo Luis II, llamado el Tartamudo, hijo de Cárlos el Calvo, y bajo sus tres hijos Luis III, Carloman y Cárlos III llamado el Simple. Cuatro usurpadores reinan en perjuicio de este último sucesivamente y en competencia con él, á saber: el emperador Cárlos el Gueso, su parente; Eudes, hijo de Roberto el Fuerte, duque de Francia; Raño, hermano de Eudes, yerno del rey Roberto, que sobrevivió á Cárlos algunos años.—Período de 39 años.

### LUIS II, LLAMADO EL TARTAMUDO.

*De edad de 55 años.*

No sin graves dificultades logró Luis suceder á su padre, porque los grandes se creyeron revestidos de la facultad de dar la corona, fundándose en que no habiéndola recibido en vida de su padre, el príncipe no tenia un derecho inmediato. Ora fuese desprecio á la persona de aquel, ora deseo de aprovechar la debilidad en que la autoridad real habia caído por el poder excesivo de los grandes vasallos, deliberaron si coilocarian en el trono á cualquier otro prin-

cipe de la familia de Carlomagno, ó bien á uno de ellos mismos Richilda su maldrastra tenia en su poder los tesoros de su esposo y las vestiduras régias, y era ademas depositaria de las últimas voluntades de Carlos. Esta princesa podia, suprimiendo el testamento del rey si era favorable á su hijastro y entregando los tesoros y los ornamentos cuya posesion constituia entonces una especie de título, hacer muy poderoso al partido de aquel á quien preferiera. Luis (desde el principio de Luis el Tartamudo, se dejó seducir, le entregó el testamento de su padre que le declaraba heredero, y le entregó la parte que le plugo de los tesoros y ornamentos de que Luis se sirvió para hacerse consagrar en Reims. Otorgó despues de esta ceremonia gracias y dignidades, y distribuyó á imitación de su padre feudos, abacias y hasta sus dominios. Los principes (asi se empezaba á denominar á los grandes señores) se ofendieron de que diese por su propia voluntad y por sí solo, lo que no podia dar si no por consentimiento de ellos y en las asambleas generales. Así pues para un escaso número de descontentos á quienes satisfizo, se creó muchísimos otros.

Las discordias que por aquel entonces conmovian la Italia, obligaron al papa Juan VIII á trasladarse á Francia, donde coronó de nuevo á Luis el Tartamudo, pero no aparece que le diese el título de emperador, ni que este principe lo hubiese llevado en tiempo alguno. Su delicada complexion no le permitia arrojar á grandes empresas, por lo cual se llamó *Indolente*. Parece sin embargo, que no carecia de los talentos que reclama la ciencia del gobierno, y aun empezaba á hacerse temer de los señores turbulentos de su reino. La mala disposicion de los ánimos indujo á sospechar que fué envenenado.

Luis el Tartamudo en su juventud y cuando solo tenia diez y nueve años, cediendo en la eleccion de esposa mas al impulso de su corazon que á las consideraciones propias de su categoria, se habia apasionado de Ausgarda, hija del conde Hartuino su favorito, y habiase unido á ella mediante un matrimonio secreto. La falta de consentimiento por parte de Carlos el Calvo bastó á este para obligar á su hijo sin otra forma, á repudiar á Ausgarda, y á recibir de su mano otra esposa llamada Alix ó Adelaide. De la primera tuvo dos hijos, Luis III y Carloman; la segunda estaba en cinta cuando ocurrio su muerte: dió á luz por lo tanto un hijo póstumo llamado Carlos el Simple. Las opiniones se dividieron acerca de la legitimidad de estos principes; unos la hallaban en los hijos del primer tálamo, porque la union de su padre habia sido resuelta sin recurrir á las formas eclesiásticas; y otros en el del segundo, atendiendo al respeto debido á la autoridad paterna y á las leyes del reino que la consagraban. Esta diversidad de opiniones perjudicaba á todos igualmente. Fué muy fácil pasar de la duda respecto de sus derechos á desconfiarlos completamente; y los señores poderosos á quienes habia enriquecido la debilidad ó la munificencia de sus padres, empezaron á mirar con codicia el trono de sus hijos. Luis el Tartamudo que en el lecho de la muerte podia presentar estas disposiciones, recomendó sus hijos á los señores que le rodeaban, y les eligió por tutor á Hugo, abad de san Dionisio, hijastro de Roberto el Fuerte, que se habia casado con su madre, y hermano de Eudes, conde de Paris, y de Roberto su hermano, los cuales dos debian sentarse en el trono.

### LUIS III Y CARLOMAN.

Entramos en un nuevo caos semejante á aquel de que nacieron los carlovingios, ceos reproducido por el desórden y la confusion que en cayó esta raza, y del que salieron á su vez los Capetos. Para no estraviarse en él, es preciso no perder de vista en la serie de los acontecimientos, la posteridad de Childerico, hermano de Carlos Martel y tio de Pepino, padre de Carlomagno. Childerico dió fué visaluno de Roberto, gobernador del palacio de Pepino I, rey de Aquitania, hijo de Ludovico Pio; y Roberto, fué padre de Roberto el Fuerte, de quien hemos hablado ya, y que pereció en un combate contra los normandos. Esta genealogía sin embargo no es incontestable, puesto que algunos autores, fundándose en diversas autoridades y especialmente en la de Aimoino, que escribia á principios del siglo XI, suponen á Roberto el Fuerte oriundo de raza sajona, y aun hijo ó nieto de Witikindo.

Las dificultades que experimentó la eleccion de la última voluntad de Luis el Tartamudo en favor de sus hijos, estallaron en una asamblea que los señores á quienes este principe habia recomendado sus hijos, convocaron en Meaux. En ella se manifestaron muchos descontentos del último reinado, que pretendieron que en la situacion en que se encontraba la Francia, sin cesar amenazada por los normandos, se necesitaba no de débiles niños, si no de un gefe de edad madura y poderoso por sí mismo. Nombrraban á Luis de Germania, llamado de Baviera y el Joven, hijo de Luis el Germánico. Su faccion era tan fuerte, que para deshacerse de ella cedióse á este competidor la parte de la Lorena, que Carlos el Calvo y Luis el Tartamudo habian poseido. Allanados estos obstáculos,

Luis y Carloman fueron coronados en la abadía de Ferriere en Gatinis. Dividieron los estados de su padre: á Luis tocó la Neustria, es decir toda la parte de Francia comprendida entre el Loira y el Mosa, inclusa la Flandes hasta el mar, y á Carloman cupo la Aquitania y la Borgoña.

Los dos hermanos tuvieron desde luego que defenderse contra Luis su tio, que renovó sus pretensiones; mas no fueron estas de larga duracion, porque una irrupcion furiosa de los normandos le obligó mas bien que á continuar atormentando á sus primos, á llamarlos tambien en auxilio suyo á Carlos, llamado el Grueso ó Craso, hermano del hávaro. Habiendo tomado éste la corona de Lombardía, hallábase ocupado en Italia en sostener los derechos que le habia legado su padre Luis el Germánico. Sin embargo, acudió á socorrer á sus primos. Los cuatro reyes reunieron sus ejércitos y presentaron á los normandos combates muy sangrientos, pero que no fueron decisivos.

Los normandos continuaron ocupando muchas comarcas, y se fijaron en ellas con tanta mayor facilidad, cuanto que se vieron libres en poco tiempo de tres de sus principales adversarios: Luis el Germánico murió el primero de todos, á consecuencia de una enfermedad; Luis III le siguió poco despues; éste se quebrantó los riñones en una puerta bavia, adonde le llevó su caballo al tiempo de perseguir á una jóven que huía de los arranques de su impura pasión. No bien entró Carloman en la posesion de sus derechos, cuando fué muerto en una cacería por un javali. Estos tres principes fallecieron sin sucesion.

### CARLOS EL GRUESO.

*De edad de unos 54 años.*

Carlos el Grueso ostia, como ya hemos dicho, la corona de Lombardía, y habiase hecho dar ademas la de emperador de Italia. Los estados de su hermano Luis, la Baviera, la Lorena, la Suavia y gran parte de la Alemania, le tocaron por derecho de herencia, y fué reconocido en estos países. En fin, la corona de Francia le fué tambien concedida con visible perjuicio del jóven Carlos su sobrino, hijo póstumo de Luis el Tartamudo. Se pretende en verdad que esto fué á título de regencia, lo cual explica por qué no se le halla en el órden número de los reyes de Francia del nombre de Carlos. Como quiera que sea, reunió bajo su cetro casi todos los estados de Carlomagno.

Pero ¡que hombre para sentarse en el trono de este monarca! Carlos era pequeño, tenia las piernas torcidas y una obesidad excesiva, que le originó el sobrenombre de grueso; esta gordura le hacia ser lento y poro á propósito para las operaciones militares; su inteligencia era limitada, y su carácter suspicaz y desconfiado. Atormentable una jaqueca habitual que degeneró al fin en una denuncia que tuvo frecuentes accesos. Con tales imperfecciones y enfermedades, y con todas las consecuencias de semejante estado, ¿deberá sorprendernos que se viese generalmente abandonado cuando llegó el momento del infortunio?

El único ensayo que hicieron los franceses de la capacidad de Carlos á quien una prevencion favorable habia hecho preferirle á su primo, no fué feliz. Habia tratados existentes con los normandos. El nuevo rey, bajo pretexto de confirmarlos atrajo á uno de los principales gefes á una p: boscada, y le hizo asesinar con los señores que le acompañaban. Esta perfidia no solamente sublevó á los normandos que estaban en Francia, sino que su indignacion llamó á ejércitos enteros que acudieron de todas partes deseosos de vengar á sus compatriotas.

Á las órdenes de Rollon su gefe, subieron desde Rouen á Paris en un número tan crecido, que el Sena estaba cubierta por sus bagales en una estension de dos leguas. El sitio de esta ciudad es memorable por la obstinacion de los sitiadores y la vigorosa defensa de los sitiados. Duró cuatro años no sencillos sino por intervalos; todo lo que entonces se empleaba para el ataque y defensa de las plazas, fué puesto allí en práctica; escaladas, minas, asaltos, máquinas para arrojar lejos piedras y dardos, arietes para derribar las murallas, torres ambulantes para aproximarse á ellas, pez de tritona y agua hirviendo derramadas desde lo alto de los muros sobre los sitiadores. Despues de muchos ataques infructuosos se retiraron los normandos á las torres que habian construido alrededor de la ciudad, la que se encerraba toda entera en la isla que se llama actualmente la Cité. Durante la suspension de hostilidades devastaban los campos á una gran distancia. Algunas de sus partidas penetraron hasta la Borgoña por medio de sus embarcaciones, que trasladaron por tierra al Sena mas arriba de Paris. Intentaron escalar á Sens, pero fueron rechazados. Paris estaba defendida por el obispo Goslin, prelado que según se dice fué tan valeroso como prudente, por Eudes y Roberto, hijo de Roberto el Fuerte, y por gran número de guerreros que acudieron al socorro de esta ciudad, que continuaba siendo mirada como capital de la Francia.



El emperador que se hallaba en Italia envió contra los normandos á Enrique, duque de Sajonia, que los batió y alejó; pero volvieron á acercarse. El sajon acudió de nuevo, entró en la ciudad, arriesgó una salida enjuemero desigual y fué muerto. Por último, cediendo á las reiteradas instancias de los parisienses, Carlos se presentó, y desplegó á vista de los sitiados un ejército formidable en el monte de Marte, llamado Montmartre; y cuando se creía que dejándose caer sobre aquellos saltadores ocupados en el sitio y cargados de botín, los aniquilaría con la sola masa de aquel ejército, no solo no los atacó, sino que entró en transacciones con ellos y les prometió setecientas libras de plata pagaderas en un tiempo señalado. Esperando este tiempo les entregó, por decirlo así, las provincias que les convenían para que las saliesen.

Al divulgarse tan ignominiosa capitulación, levantóse por todas partes el grito de la Francia indignada; el desprecio que semejante hecho inspiró hacia el emperador se esparció por el resto de sus estados, y su ejército lo abandonó en masa. Franceses, beroneses, havaros, germanos é italianos renunciaron como de común acuerdo á su obediencia; y lo que sería difícil de creer si todos los historiadores no lo atestiguan, hallóse solo, absolutamente abandonado, sin un criado que le sirviese, sin una peseta para vivir, de modo que hubiese perecido de miseria si Lutperto, arzobispo de Maguncia, no le hubiese librado de tal conflicto y conferido, según se cuenta, una canonjía para su subsistencia. Arrolló su sobrino, hijo bastardo de Carloman, rey de Baviera, uno de sus hermanos, le restituyó en sus estados de Germania y le dió tres ó cuatro pequeños feudos de que no disfrutó mucho tiempo. Murió en una aldea de la Suavia, según unos de p sadumbre, y según otros envenenado. No dejó sucesión.

#### Eudes u Odon.

De edad de 30 años.

Era esta una favorable ocasión de dar la corona á Carlos, el hijo póstumo de Luis el Tartamudo, pero solo tenía diez años.

El abad Hugo, tutor de Carlos, había sido reemplazado por Eudes, su hermano uterino, hijo de Roberto el Fuerte, conde de Paris; para tratar de este asunto se reunió en Compiègne una asamblea. A pesar de las buenas cualidades de Odon, á pesar de su valor y sabiduría incuestionables, una estirpa aventajada, una afabilidad que le atría la estimación de la nobleza y el amor de los pueblos, y por último, á pesar de la necesidad ostensible de tener un rey que pudiese gobernar y combatir por sí mismo, hubiese, mientras se reconocía en lehdad forma el derecho del joven príncipe, si se restableciera un sustituto coronado de un depositario del cetro, para entregarlo á Carlos cuando tuviese edad y las circunstancias para empuñarlo. Sucedió entonces lo que por lo regular ocurre en esta clase de asambleas donde nadie se atreve á expresarse con ingenuidad; adoptóse un término medio: declaróse rey á Odon con cláusulas ambiguas que no decidían con claridad si abdicaría en cierta época ó en ciertas circunstancias en favor de su pupilo, ó si gozaría del título y de la autoridad regia hasta su muerte.

Odon señaló el primer año de su reinado con victorias sobre los normandos, á quienes alejó de las inmediaciones de Paris: fué en su busca hasta el Cotentin y la Bretaña, donde les hizo experimentar descabidos de consideración. Por otra parte proveyó á la integridad de su reino, impidiendo que un conde de Auvernia y de Tolosa que había llegado á ser muy poderoso en Aquitania se hiciese declarar rey. Pero mientras retenía con una mano prodigaba con la otra, y distribuía con profusión dominios, feudos y abadías á los señores cuya amistad creía podía serle útil en lo sucesivo.

#### ODON Y CARLOS III, LLAMADO EL SIMPLE.

Carlos de edad de 14 á 15 años.

Llegó el momento en que Eudes recogiese los frutos de su generosidad. Carlos avanzaba en años, y los señores adictos á la sangre de Carlomagno empezaron á insinuar al tutor que era tiempo de entregar á su pupilo el cetro que solo le había sido confiado como un depósito. No complació tal insinuación á Odon, y de las negociaciones se vino á parar en las armas; la suerte no fué favorable á Carlos, pues experimentó un descabrido decisivo que le obligó á retirarse al lado de Arnoldo, emperador de Germania. Este príncipe le dió algunas tropas para que de nuevo entrase en su reino; pero cansado sin duda de una guerra que duraba hacia muchos años, de acuerdo con los señores alejó á los dos rivales á que repartiesen el reino. Tocó á Eudes el país comprendido entre el Sena y los Pirineos, y Carlos reconoció como soberano en la parte misma que el otro abandonaba, reinó desde el Sena hasta el Mosa, inclusa la Flandes hasta el mar; pero hallóse en breve dueño de toda la Francia por la muerte de Odon. Este príncipe no dejó sino un hijo que vivió poco, pero tenía un hermano llamado Roberto que se había distinguido en el sitio de Paris.

#### CARLOS EL SIMPLE.

De edad de 20 años.

En todo lo que hasta aquí hemos visto nada se encuentra sobre que pueda fundarse el sobrenombre de Simple que la historia da á Carlos, y aun trascurrirían muchos años desde su cabal restablecimiento, sin ninguno de esos hechos que imprimen sobre sus autores el sello de la debilidad. Al contrario, se descubre en él mucha firmeza en sostener la dignidad de su trono, pues reivindicó la Lorena y las partes de la Aquitania desmembradas del reino, se puso á la cabeza de los ejércitos y combatió personalmente. Puede decirse que gobernó con prudencia, puesto que en una época tan borrascosa la historia no menciona ni disturbios ni facciones; y no se le puede negar miras sábias y una sana política en el tratado que hizo con los normandos.

Estos pueblos se habían multiplicado extraordinariamente en Francia. Rollon sostenía en las costas un ejército que los perpétuos alistamientos procedentes del Norte y la incorporación de todos los vagabundos á quienes atrae el pillaje, hacían formidable. Había fijado en Rouen su residencia habitual. Sin entregarse allí á la molición, acostumbraba á sus capitanes á gozar de los dulzuras de una vida pacífica. El reposo y los halagos de una corte tranquila les hacían mitigar la ferocidad de sus costumbres. Refiérese que el trato de los obispos de aquella comarca, sus instrucciones y exhortaciones contribuyeron mucho á este cambio feliz, al que no fué ajeno el mismo Rollon. Concedióse á este príncipe un amor ardiente á la justicia, y una firmeza inflexible para hacerla ejecutar. Unos braceletes de oro permanecieron sus pendientes durante muchos meses de un árbol caído á la vista de sus soldados, incapaces en otro tiempo de refrenar su codicia, sin que ninguno se atreviese á tocarlos. Invocar á Rollon con esta exclamación: *Ah, Roll!* (que equivalía á favor á la justicia) era buscar una protección segura contra los malos tratamientos y el pillaje.

Persuadido Carlos de que en vano intentaría expulsar á un príncipe bien establecido, que civilizaba sus pueblos y fundaba su imperio sobre las bases de la justicia, prefirió transigir con él. Dióle en fondo todas las tierras comprendidas desde la embocadura del Epta en el Sena hasta el mar, que posteriormente ha sido denominado el ducado de Normandía, con un derecho de homenaje sobre la Bretaña, y le concedió en matrimonio á una de sus hijas a condición que abrazase la religión cristiana. Rollon para indemnizar los estragos causados por sus tropas, hizo liberalidades inmensas á las iglesias de los prelados que le habían cortado. Al mismo tiempo hizo mejorar las tierras del ducado, despojó de ellas á los propietarios y las dió á los capitanes y soldados que le habían ayudado en su conquista. *Vae victis!* ¡ay de los vencidos!

Los señores franceses, lejos de ver en el tratado de Carlos con Rollon una precaución prudente, una muralla para sus posesiones contra nuevas invasiones por parte de los normandos, á quienes sus amigos compatriotas que ya se habían establecido ventajosamente en el país no dejaron de rechazar, hallaron en tal acto una imprudencia y un inconveniente: imprudencia, en colmar de riquezas á unos piratas y saltadores que podrían atraer á otros muchos; inconveniente, porque tal vez Carlos no había tratado con tanta generosidad á los normandos, ni se había coligado personalmente con su caudillo, sino con el intento de disponer de sus fuerzas para subyugarlos cuando mejor le pareciese. Creyeron ver la próxima realización de este proyecto en la plena confianza que el rey dispensaba á Hugon, su ministro, hombre hábil que había colocado al frente de los negocios. Su nacimiento era oscuro, y por lo tanto sospechoso á los magnates, los que decían públicamente que tanto que ministro era favorito, nombre inventado para hacer odiosos á los que lo llevan. Entre los envidiosos, descontentos ó maliciosos su desigualdad á Roberto, hermano del rey Eudes, y quien á sus empleos titulos y vastos dominios reunía un mérito personal que le daba gran crédito.

Aquí empiezan los acontecimientos que al parecer han valido á Carlos el epíteto de Simple. Permanencia tranquilo mientras todo se movía en su derredor; sabía ó debía saber que había muchos descontentos, que se acriminaba su conducta, que su ministro era envidiado, que se vituperaba el ascendiente que le debía tomar en el gobierno, que los grandes tenían que abrigase proyectos contra las tentativas que sin cejar hacían sobre la autoridad real, que se buscaban, conferenciaban y se excitaban recíprocamente, y por último, que había entre ellos un hombre ambicioso, ambicioso, temible y muy á propósito para reunir estos combustibles y ocasionar un terrible incendio. Carlos, repetimos, sabía todo esto ó debía saberlo, y en tal crítica circunstancias sus precauciones ni tropas que le defendiesen de un golpe de mano, tuvo la simplicidad de convocar como de costumbre la asamblea del Campo de mayo en Soissons, para arreglar con los señores los negocios del reino. Subitamente vióse acomido de descontentos ó de hombres que aparan-

taban estarlo. El uno le acriminó su indolencia y ciega confianza en su favorito; el otro su alianza con los normandos, sus prodigalidades y la disipación del patrimonio real: estas inculpaciones se le dirigieron frente á frente sin miramientos ni respeto; todos declararon que no querían tenerle por rey; destruyeron y arrojaron al suelo los haces de paja que tenían en sus manos, especie de significación de que rompían con él; y sin mas le dejaron solo en el campo, altamente sorprendido de este inesperado aluvion de improprios.



Incendio de un monasterio por los Bretones amotinados — Pág. 75.

#### CARLOS EL SIMPLE Y ROBERTO.

No obstante Hervé, arzobispo de Reims y algunos otros señores, se llamaron á la parte en estos negocios y alzaron que se obedeciese á Carlos por espacio de un año. Hervé le retiró á uno de sus palacios. Durante este año de prueba Carlos negoció, volvió á atrase á muchos de los disidentes y se juzgó bastante fuerte para empuñar de nuevo el cetro; pero cometió la imprudencia de llamar otra vez á llaganon, á quien había destituido. Esta reposición, que violaba tal vez las condiciones impuestas al concedérsele un año de prueba, sirvió á Herberto de pretexto para tomar las armas; hizo proclamar rey y fué consagrado en Reims.

Carlos, demasiado débil contra esta sublevación casi general, se retiró á Aquitania, donde halló señores mas adictos que en el centro de sus estados. Aprovechando tan felices disposiciones levantó un ejército y salió á buscar á su rival. Halláronse cerca de Soissons, y allí se empuñó un combate obstinado y sangriento; ambos competidores pagaron con sus personas. Roberto fué asesinado; algunos historiadores dicen que el asesino fué Carlos, quien no por esto ganó la victoria. Hugo el Grande, hijo de Roberto, sostuvo el combate y se hizo dueño del campo de batalla.

Conviénesse generalmente en que quedó al arbitrio de este Hugo el tomar ó no la corona, pero lo dejó, segun se dice, á disposicion de Emma, su hermana, que se habia casado con Raulo ó Rodolfo, duque de Borgona. Envio á preguntarle si preferia por rey á él ó á su esposo, y ella respondió, aludiendo á una de las ceremonias del homenaje, que preferia mas besar la rodilla de su esposo que la de su hermano. Raulo fué pues coronado, y Hugo fué en lo sucesivo su principal apoyo.

#### CARLOS EL SIMPLE Y RAULO.

Carlos no abandonó la partida, pero se vió precisado á continuar la guerra mas como un aventurero que como un rey; recibiendo en un palacio y espulsado de otro, hoy dueño de una plaza fuerte y mañana desposeido, valiéndose de toda clase de medios y

de gentes, sin exceptuar á los mismos normandos, lo que le hacia odioso á los franceses, que tenían todavía muy reciente la memoria de los estragos que les habian causado estos pueblos.

El desgraciado rey tuvo sin embargo un vislumbre de esperanza bastante bien fundada. El emperador de Alemania su pariente, cuya proteccion reclamó, manifestó interés hácia este maltratado príncipe. Los preparativos que hacia alarmaron á Hugo y sus confederados, entre quienes habia un conde de Vermandois, llamado Herberto ó Herberto, que en estas turbulencias se mantenía en una linea de conducta ambigua; biznieto del desgraciado Bernardo, rey de Italia y yerno del rey Roberto, veíasele alternativamente adicto á Hugo, su cuñado, ó á Carlos su pariente, segun las esperanzas ó temores que de ellos concebía. Al parecer halló mas ventajas en servir á un príncipe que tenía el apoyo de la nacion y tropas numerosas á su lado, que al que se veía abandonado del mayor número y solo contaba con recursos lejanos. Figió interésarse por Carlos y le pidió una conferencia; el rey tuvo la debilidad de farse en un hombre veleidoso y tal vez mercenario. Carlos cayó prisionero, y á esta nueva, Ogina su esposa huyó á Inglaterra, su pais natal, llevando consigo á Luis su hijo único, de edad de tres años.

En los que trascurrieron desde la traicion de Herberto hasta la muerte de Carlos, el conde de Vermandois se valió de su prisionero para alcanzar lo que deseaba ó para alejar lo que temia. Raulo le negaba los dominios que pedía, le mostraba á su rival y amenazaba diciendo volvería á sentarlo en el trono. Por medio de este ardid se hizo entregar la ciudad de Laon, que habia sido la única fortaleza del príncipe destronado. Los normandos le hacian temer una irrupcion, ya para ensanchar sus límites, ya para acudir al socorro de un príncipe su bienhechor. Herberto le amenazaba en la frontera, le hacia árbitro entre él y ellos y obtenía lo que deseaba. Parecía que trataba á su prisionero con humanidad, y tal vez Carlos fué menos desgraciado en el cautiverio que lo fuera en el trono. Murió en el castillo de Perona á la edad de cincuenta años.



Llegada de Luis IV á Inglaterra.—Pág. 82.

#### RAULO solo.

Raulo su rival vivió envuelto en guerras periclitables, unas veces contra Herberto que no se cansaba de pedir tierras, abadías, ciudades, obispos y todo lo que le complacía; otras, contra los normandos, siempre turbulentos é invasores; con frecuencia contra los señores, sus antiguos pares, que aspiraban á hacerse recomendar por medio de mercedes, franquicias y de toda clase de pri-

vilegios, por la complacencia que habian tenido al concederle el reino. Sostuvo tambien una guerra bastante obstinada contra el emperador de Germania con ocasion de la Lorena, respecto de que los dos hermanos Luis y Carloman se habian visto precisados á transigir con Luis el Joven y á abandonarle la mayor parte de ella. Por último acuerdo Raulo recobró lo que se le llamado la alta Lorena. Despues de esta especie de conquista, este principe recomendable por su valor y generosidad, podia prometerse dias prósperos, pero la muerte cortó su hilo cuando estaba en todo el vigor de la edad; no dejó hijos, y esta casualidad devolvió la corona á la descendencia de Carlos el Simple.

En el reinado de este principe su ventura se estinguió en Alemania en 911 y en la persona de Luis IV, hijo de Arnulfo el Bastardo, la posteridad masculina de Luis el Germánico, y por consi-

guiente de Carlomagno. Los estados de Luis IV debian volver por derecho á la rama de Carlos el Calvo, única que todavía subsistia de las cuatro que habian formado los hijos de Ludovico Pio; pero Carlos, ya privado una vez de tal sucesion á causa de la debilidad de su edad cuando ocurrió la deposicion de Carlos el Grueso, vió que tambien se le arrebataban ahora á excepcion de la Lorena, á consecuencia del desprecio que habian inspirado su carácter y sus meritos. Olvidada quedó la justicia de sus derechos porque era incapaz de hacerlos valer, y desde aquella época los alemanes no sacaron sino de su misma nacion los gefes que les dirigieron.

Verificada la primera eleccion, las sucesivas solo fueron una declaracion pública de asentimiento á los derechos de sangre y herencia de renuncion á las finitas voluntades de los emperadores; y estas mismas consideraciones y motivos de alianza y parentesco fueron las que á la estincion de las primeras razas lucieron llamar á su remplazo á las siguientes. Tal era el estado de los animos, que Enrique IV, hijo de Federico Barbaroja, persuadió á los principes que en su tiempo elegian emperador, á que renunciases su derecho en favor de la herencia, como mas favorable á la tranquilidad pública. El duque de Sajonia Bernardo de Ascau, á quien la bondad del padre de Enrique habia concedido este ducado, cuando ocurrió el desierzo de Enrique el Leon, fué el único que opuso obstáculos, y que por esta oposicion mantuvo la antigua forma. El derecho electivo se robusteció despues de las diferentes pretensiones que los Papas no dejaron de favorecer con notable perjuicio de la casa de Suavia, y fué una verdadera desgracia para la Alemania el que desde la muerte de Enrique IV, acaecida en 1177, hasta la eleccion de Rodolfo de Ausburgo en 1275, se diese entregada por esta causa á todas las calamidades de las guerras civiles y acosada además en lo exterior.

Imp. de D. J. M. Arósio.

El derecho electivo, inherente á la cualidad de vasallo inmediato del imperio, suministró gran multitud de electores. La emancipacion de las diferentes provincias ó su enagenacion, la reunion de muchos principados bajo un mismo régimen, la estincion de algunas familias, y por último la política de los principes mas poderosos, redujeron insensiblemente tan considerable número. En 1152, en la eleccion de Federico Barbaroja contábase todavía cincuenta y dos; cien años despues, en la de Ricardo de Cornouailles, solo tres prelados se habian mantenido en posesion de este derecho; y entre los legos, solo las casas de Bohemia, Baviera, Sajonia y Brandeburgo lo disfrutaban esclusivamente y con la particularidad de que muchos principes de cada una de estas casas aspiraban igualmente al derecho del sufragio. De aqui resultaba en lo relativo al número de electores una variacion que au-

mentaba las muchas causas de disturbios y de cisma que trabajaban al imperio al verificarse cada nueva eleccion. La de Carlos IV, rey de Bohemia, mas renida que otra alguna, hizo conocer á este principe la necesidad de un reglamento definitivo, y en consecuencia se publicó en 1356 la famosa ley conocida bajo el nombre de *Bula de Oro*, la cual, reduciendo á un voto único los multiplicados sufragios de cuatro casas electorales, limitó invariablemente á siete el número de los electores: tres eclesiásticos, los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia; y cuatro legos, el rey de Bohemia, el conde Palatino del Rhin, príncipio de la casa de Baviera, el duque de Sajonia y el marqués de Brandeburgo.

La primera casa en que recayó la eleccion de los alemanes fué la de Sajonia. En el espacio de ciento doce años que ocupó el trono, elevó la fortuna germanica al mas alto grado de esplendor; adquirió los reinos de las dos Borgoñas, que se habian formado en aquel tiempo con los restos del imperio de Carlomagno, y todo el

norte y centro de la Italia, donde los emperadores dominaron entouces como duenos absolutos.

La casa de Franconia que sucedió á la de Sajonia en 1024, en tiempo de Roberto, hijo de Hugo Capeto, á cuyo hijo habíase ofrecido la corona imperial, no sostuvo estas ventajas. La envidia de los Papas, excitada por la falsa idea que acerca de la naturaleza de su poder se habian formado, suscitó á los nuevos emperadores largas y famosas discordias, llamadas *del sacerdocio y del imperio*, cuyo desenlace fué la emancipacion de la Italia, que empezó á adoptar la misma forma política que con corta diferencia ha conservado hasta nuestros dias.

La pérdida de la Italia y el aniquilamiento del poder imperial en el mismo seno de su dominacion, se consumaron en tiempo de la casa de Suavia, que ascendió al trono imperial en 1157, al mis-



Predicacion de la Cruzada por Pedro el Ermitaño y Urbano II.—Pág. 80.

tiempo que Luis el Joven al de Francia. La funesta muerte del joven Coradino, la distribución de sus estados entre mil dineros y la prolongada anarquía que preparó y siguió á esta catástrofe, hicieron pulular multitud de pequeños soberanos, que hasta nuestras días se repartían la Alemania, y que ha mucho tiempo hubiesen sido sepultados en el caos de que salieron, sino hubiesen apuntalado su mequinto poder con una autoridad tutelar que tuvieron la prudencia de establecer sobre la suya.

Emporó si la necesidad nos recomendaba la elección de un gefe hábil, una política desconfiaba quería que este gefe fuese poco poderoso en sí mismo. Un noble suizo, Rodolfo de Aunsburgo, que ha sido el tronco de la segunda casa de Austria, reñia estas dos cualidades y fué elegido el año 1275, tres años despues de la muerte de Carlos de Suabia. Desde esta época y con la interrupción de un espacio de cerca de cien años, en que la silla imperial fué ocupada por diferentes príncipes de las casas del Luxemburgo y Baviera, los descendientes de Rodolfo han continuado ocupando el trono germánico hasta nuestros días y hasta el momento en que el establecimiento de la confederación del Rin en 1806 ha hecho cesar su existencia.

### III.

Reinstalación de la familia y sucesión directa de los Carolingios, y su caída en los reinados de Luis IV de Ultramar, hijo de Carlos el Simple; Lotario su hijo y Luis llamado el Indolente su nieto, que solo reinó con el beneplácito y bajo la tutela de Hugo el Grande, hijo del rey Roberto, y de Hugo Capeto hijo de Hugo el Grande. Período de 5 años.

#### LUIS IV, LLAMADO DE ULTRAMAR.

*De edad de unos 20 años.*

La muerte de Raulo era una segunda ocasión para Hugo el Grande de sentarse en el trono, pero ó la desprecia ó la juzgó prematura. Adelstán, nieto del grande Alfredo, el Carlomagno de Inglaterra, acogió tíernamente á Ogina su hermana, y á Luis hijo de esta princesa. Plugo entonces á los señores franceses acordarse del joven príncipe, víctima de su ólio ó de su prevención, y le pidieron á su protector; pero el tío no le abandonó sin precaución, por lo cual se hizo entregar rehén, y retuvo á algunos de los señores que habían sido á buscar á su sobrino á Ultramar, de donde Luis recibió su denominación: los demas le esperaban en la playa. Todos le prestaron juramento de fidelidad al desembargar y lo llevaron á Laon, donde fué consagrado por el arzobispo de Rouen.

Entre ellos y sin duda á su cabeza se hallaba Hugo el Grande. Probablemente un peso tan trascendental no habria podido darse sin el consentimiento del conde de Paris, duque de Francia, poseedor no solo de sus bienes sino tambien de las rentas de las abadías de San Dionisio, San German y San Martin de Tours, y que gozaba entre los grandes vasallos sus pares de un crédito inmenso, justamente merecido por su generosidad, su valor, su saliduría y otras recomendables cualidades personales. Así pues Luis, que no tenía aun veinte años, le concedió el puesto de primer ministro, que tal vez no estaba seguro de poder negar e.

Que Hugo lo esperase ó no, lo cierto es que cuando lo obtuvo, pretendió no abandonar este cargo y condicirse en el como árbitro. Sin embargo, no aparentaba una dominación absoluta, y aparecia por lo regular como mediador entre el rey que se esforzaba en reconquistar la autoridad que usurpaban los grandes vasallos, y aquellos que formaban entre sí asociaciones para sostenerse; la balanza debia pues inclinarse naturalmente al lado á que propendiese Hugo.

Cada bando tenía sus propios recursos y todos muy ruinosos para la Francia. Los señores llamaban al conado de Luis, Othon I, emperador de Germania, pronto siempre á invadir el reino con sus soldados para lograr la parte de Lorena que deseaba. Luis habia recurrido á los Normandos y aun á los Búlgaros, especie de salvajes que habian penetrado en Francia; así este desgraciado reino se veia infestado sin interrupción de tropas, de saltadores, de bandoleros y de incendiarios que regaban de sangre su suelo y le cubrian de ruinas.

La misma imprudente confianza que habia costado la libertad á Carlos el Simple, redujo á la esclavitud á su hijo. El duque de Normandia, Guillermo, hijo de Rollon, habia muerto dejando un hijo de tierna edad llamado Ricardo, y el rey con la intención, segun decia, de cuidar de su educación, le vino venir á su corte. Pero dejóse conocer fácilmente que abrigaba pérdidos designios sobre los estados y acaso sobre la persona del joven duque. Un vasallo leal le salvó escapolto en un haz de yerba, y lo entregó á Bernardo conde de Senlis, su tío materno. Los proyectos de Luis no tardaron en revelarse, pero como no se conceptuaba bastante fuerte para apoderarse por sí solo de la Normandia se asoció á Hugo, y ambos convinieron en conquistarla y repartírsela en commun. Bernardo que era astuto, creyó

que no habia otro medio de salvar los estados de susobrino que el de consentir á los asociados; propuso pues al rey que obligara á su sobrino á que le reconociese como á único señor y prometió abandonarle las plazas que á sus miras conviniere. Esta oferta que satisfacía en gran parte los deseos de Luis, fué aceptada; mas el asentimiento que el rey le dió causó gran estraña al príncipe Hugo que se mostró muy exasperado. Privado de la parte que se habia prometido, no quiso que su asociado conservase la que retenia. Haciendo alarde de una fingida generosidad se opuso á la desmembración de los estados del joven duque, y se declaró su protector. Agriollo, gefe danés, que se habia establecido en el Cotentin, tomó con mucha mas eficacia la defensa del duque Ricardo: se opuso con un ejército á los progresos del rey en la Normandia, y en una conferencia, en que lejos de entenderse para el logro de la paz se llegó á las vias de hecho, le hizo prisionero, á lo que parece con los consejos y concivencia de Hugo.

No hizo Gerberga, esposa de Luis, tuvo noticia de este suceso, apelo á todos los medios posibles para procurar la libertad; dirigióse á los señores franceses y rogó al emperador Othon su hermano. Estériles esfuerzos! fué preciso apelar á la mediación de Hugo, á quien no sin fundamento se juzgaba ser el verdadero retonedor de su rey. Mostrábase indiferente á este negocio y no tomar en él el mas pequeño interés; fué preciso suplicarle que interviene en él, y cuando vino en ello solo fué bajo condición de que todos los señores franceses le rogasen por medio de un escrito que pusieron en sus manos. Infiriere que no le costó mucho trabajo alcanzar la libertad de Luis; las estipulaciones del tratado no fueron onerosas para el rey, y establecieron las cosas sobre la antigua base. El monarca se obligó á restituir al joven duque todos sus estados, y el duque se comprometió á hacerle homenaje de ellos, entregando á uno de sus hijos y á dos obispos en prenda de la sinceridad de su palabra. Luis fué puesto en libertad por los normandos, pero no por esto se vió mas libre. Hugo bajo frívolos pretextos le retuvo prisionero, y no le dejó en plena libertad hasta despues de un año, recibiendo la ciudad de Laon que le arrebató.

Herberto, conde de Vermandois que la poseía cuando Hugo prisionero á Carlos el Simpl., habia muerto pronunciando durante su agonía estas palabras de desesperación y de amargo arrepentimiento. «Granos doce los que venimos al rey Carlos! Pero estos recordamientos de los que muoran, afectan pocas veces á los vivos que prosperan. Acabamos de ver que Hugo, culpable de la traicion cometida contra el padre, y sabedor sin duda de los remordimientos de su complice, no dejó sin embargo de atentar á la libertad de su hijo. Ambos rivales no obstante, Luis y Hugo de Francia, se reconciliaron, y Hugo fué padrino de bautismo de una hija de Luis, lo que constitua entonces un vínculo sagrado. El rey le confirmó el título de duque de Francia, y le reconoció por duque de Borgona.

Estos magníficos presentes revelan menos sin du la generosidad del rey, que su estremada estrechez. En efecto, este monarca estaba reducido á la triste necesidad de distraer sus inquietudes y sus pesares en las cortes de sus grandes vasallos en Anjou, Saintonge, Aquitania y otros lugares; á implorar su benevolencia y captarse la de los señores alemanes; y por último á conciliarse la amistad de los obispos, del clero y de los monges, muy poderosos en aquella época. De todas estas humillantes gestiones nació una conjuración general en favor del infeliz monarca.

Sus escursiones por las provincias no siempre eran pacíficas, y muchas veces se veía en necesidad de desahucarse armado, ya para hacerse respetar, ya para evitar las calumnias de la Francia; por consiguiente vivia por lo regular en una continuada guerra. Solo Hugo hubiera sido bastante poderoso para hacerla cesar, reconciliándose sinceramente con Luis; pero érale necesarias las revueltas para tener siempre en pie numerosas tropas. Las quejas, los lamentos de los desgraciados franceses y de una parte de los germanos, igualmente atormentados, hicieron recurrir, á falta de otros medios, á un expediente que en mas de un caso habia producido felices resultados. Las escousiones, estos rayos tan impotentes en la actualidad, eran entonces muy temidas por los mas poderosos señores, y las únicas capaces de reñonar sus violencias é irritantes injusticias. De todas partes se reclamó este expediente, y el papa Agapito II, vivamente instado, envió á Francia un legado con la autorización de convocar un concilio general de la Galia y la Germania, que examinará las respectivas pretensiones, las arreglase y obligase á las partes contendientes por medio de la escoumion, á respetar la sentencia que recayese.

Este concilio se celebró en Ingelheim; reunióronse en él muchos señores, y solamente treinta y un obispos. Una relación dice que Hugo asistió á él con el rey Luis, ambos sentados en el mismo banco. Pero es mas probable que el conde de Paris, llamado tambien duque de Francia, no asistiese. Despues de la lectura de un escrito que contenia los agravios del rey, este se levantó, espuso con claridad las intrigas de su rival, descubrió sus ambiciosos proyectos, insistió con calor sobre la injusticia de haberle retenido prisionero

por espacio de un año, y esforzando su voz añadió: «Si alguno me acrimina por las turbulencias y las calamidades del reino, si cree que son hijas de faltas mías, que se presente aquí pronto estoy á justificarle de la manera que el concilio estime conveniente, hasta por la prueba de mi cuerpo en el campo de batalla.» El concilio eseribió á Hugo, le amenazó, como también á sus parciales, con la escomunion, si no se cenían al cumplimiento de sus deberes respecto de su soberano. Formuláronse además reglamentos, que cada cual observó bien ó mal al tenor de las circunstancias.

Desde este tiempo reinó una especie de tranquilidad, que no era una verdadera paz; porque los señores continuaron peleando recíprocamente, apoyados unas veces por Luis, otras por Hugo, como auxiliares. Una disensión que se suscitó directamente entre los dos rivales fué apagada por Gerberga esposa de Luis, y por Eduviga esposa de Hugo, que eran hermanas; ambas princesas se avistaron y formaron un tratado, cuyos frutos no recogió Luis, quien persiguiendo á un lobo cerca de Reims dió un terrible golpe á consecuencia de un tropezón de su caballo; levantáronse moribundos los que le seguían, y espiró antes de los 40 años. Fué este príncipe muy recomendable por su valor y la pureza de sus costumbres; hubiese dejado á la posteridad un nombre célebre, si hubiera vivido en tiempos mas bonancibles. Había tenido cinco hijos de la reina Gerberga, de los que dos le sobrevivieron: Lotario, de edad de 15 años, poco mas ó menos, y Carlos, de 15 ó 16 meses.

#### LOTARIO.

*De edad de unos 15 años.*

Por tercera vez pudo Hugo sentarse en el trono, pero tampoco quiso ó no se resolvió á ello. Es cierto que Luis le había asociado á su hijo Lotario tres años antes; pero siendo Hugo tan poderoso é hijo de un padre que había ostentado la corona, no le hubiera sido difícil colocarla en sus hombros, si tal hubiera sido su voluntad. Gerberga su esposa lo sintió, y persuadida de que sería mucho mas venturoso á su hijo que pareciese quería deber el trono á la generosidad de su tío que á su propio derecho, corrió á buscar á su cuñado, lo isongó y puso en sus manos la suerte del jóven huérfano. Hugo, conmovido al ver esta deferencia, tomó bajo su protección á su sobrino, y él mismo le llevó á Reims para que fuese consagrado.

Si no se desea privar al tío del mérito de su accion, no debemos añadir que los infortunios de Luis, su cuñado, habían despertado un sentimiento de afecto en favor de su familia, y que todos manifestaban adhesion ó pasion hácia su hijo, que tal vez no creia seguro el mostrar intenciones de despojarle, y que aquellos momentos no parecieron oportunos á Hugo. Pero si este no se apropió todo el reino, agregó al mismo algunas partes á las que ya poseía. Hizo que el título de duque de Borgoña acompañara al de Francia, y que se declarase que pasarían hereditariamente á sus hijos. Estos títulos no daban las tierras, pero conferían el mando general de los ejércitos, el derecho de administrar justicia, de establecer impuestos bajo la aparente autoridad de los reyes, que podían destituir á los titulares; lo que no se atrevían á hacer cuando estos titulares contaban con grandes alianzas y con fortalezas y tropas como Hugo el Grande.

Crecese que este dejaba á su jóven sobrino toda la brillante esterioridad del poder real, por la cual le presentó con fastuoso aparato en Paris, capital que la posteridad de Carlomagno había mirado con hartó desdicho. Guillermo, *Cabeza de estopa*, conde de Poitiers, había desobedecido las órdenes superiores del duque de Francia, y fué calificado de rebelde. El duque llevó á Lotario al ejército, para que pareciese que solo conquistaba bajo los auspicios del rey el condado en que se hizo remunerar.

Esta fué la última proeza de Hugo, que murió de enfermedad en el vigor de su existencia, después de haber reinado en realidad por espacio de veinte y siete años sin haber empuñado el cetro. Se había casado en primeras nupcias con una hermana de Luis el Tartamudo: era cuñado de Othon, rey de Germania; de Eduardo, rey de Inglaterra; de Luis de Ultramar, rey de Suabia; de Ricardo, duque de Normandía, á quien había dado en matrimonio una de sus hijas. Dejó de Avida ó Heduviga, última de sus esposas, cuatro hijas y dos hijos. Denominóse Hugo el Grande atendiendo á sus cualidades ó á su estatura; Blanco, por la blancura de su cutis; y Abad, porque poseía muchas pinguis abadías. Un autor refiere que llevaba también el sobrenombre de *Capitón ó Capeto*, lo que podía interpretarse como *hombre de cabeza*, sobrenombre que pasó á Hugo su primogénito, y por éste á su posteridad.

Othon I, rey y emperador de Germania, hermano de Gerberga y de Avida, tío de Lotario y de Hugo Capeto, adquirió gran crédito en Francia y lo sostuvo por la mediacion de Bruno, arzobispo de Colonia, su hermano, á quien envió allá con frecuencia La envidiosa emulacion entre los dos jóvenes primos tardó algun

tiempo en despertar ó por lo menos permaneció reprimida por sus madres que eran hermanas, y este tiempo fué un intervalo de tranquilidad para la Francia. Algunas llamaradas de discordia brillaron entre ellos con motivo de una tentativa de Lotario contra Ricardo, duque de Normandía, pues intentó hacerlo prisionero, tal vez para apoderarse luego de su ducado; pero esta traicion que debía consumarse en una conferencia, no produjo resultado alguno. Ricardo llamó á su socioero á Hugo Capeto, con cuya hermana estaba casado, y bastó la demostracion que ambos euñados hicieron de sostenerse mutuamente para intimidar á Lotario.

El hermano de este príncipe, llamado Carlos, se acercaba á los veinte y cuatro años, y le inquietaba no poco el verse sin herencia á tal edad. Desde el reinado de Carlos el Calvo los reyes de Alemania y Francia se disputaban la Lorena. No era esta entonces el reducido país á que actualmente aplicamos tal nombre, sino un hermoso y vasto reino que penetraba en Francia y se extendía bastante por Alemania. En virtud de los diferentes tratados que siguieron á las guerras, la Lorena habia permanecido aneja á la Alemania, pero en aquella época fué dividida en dos partes: la Moselana ó Alta Lorena (la actual) que fué concedida por el emperador Othon á Federico, conde de Bar, y la Baja Lorena ó el Brabante, concedida por el mismo á Godofredo. En 976, habiendo muerto sin sucesion el hijo de Godofredo, Othon II asediado sin duda por las vivas instancias de Carlos, su primo y hermano de Lotario, le abandonó el ducado de la Baja Lorena y tambien una parte de la Alta. Disgustado Lotario de esta generosidad, ya fuese porque temia que inspirase á su hermano una ambiciosa pretension, ya porque la considerase una usurpacion de los derechos de soberanía á que aspiraba como descendiente de Carlomagno sobre toda la Lorena, reclamó en su propio nombre la totalidad de esta provincia; adoptó sus disposiciones, penetró súbitamente en el Brabante y se apoderó de él, así como de Metz, donde se hizo tributar homenaje por los loresenes, y desde este punto avanzó con tanta rapidez sobre Luisigrama, donde Othon tenía una corte alegre y tranquila con la mayor seguridad, que le sorprendió sentado á la mesa. El emperador solo tuvo tiempo para montar á caballo y fugarse, dejando á discrecion del vencedor manjares, vinos, muebles y alhajas, y á la rapacidad de sus soldados todas las inmediaciones que devastaron con furor.

En adelante, Othon reunió un ejército numeroso, y entrando por los Ardenes taló la Champaña y fué á acampar á Montmirail. «Quiero, decía, hacer cantar aquí un aluelva que suene en Nuestra Señora de Paris.» Pero Lotario habia regresado ya á la capital auxiliado por Hugo Capeto, habiéndose presentado con tal continente que el emperador no se atrevió á atacarlos, y cuando este hubo levantado el campo, reuniendo ambos primos sus tropas, persiguieron á su pariente hasta la frontera, acabando de talar el pais que el alemán habia arrasado.

Juzguese ahora cual seria la indignacion que estalló contra Carlos, á quien se miraba como la causa de tan espantosa devastacion. Este fué el principio del odio que los franceses le profesaron, y del que recogió frutos tan amargos. No obstante, estas contiendas con motivo de la Lorena no fueron absolutamente inátiles á Carlos, porque por el tratado concluido en Reims entre Othon II y Lotario, todo quedó en el ser y estado en que se hallaba antes de la guerra. Lotario fué reconocido señor de toda la Lorena, Othon propietario de la Alta y Carlos de la Baja. Pero la falta enorme que cometió este mismo Carlos, ya para ponerse á cubierto de las reclamaciones que pudiera hacer Othon, ya mas bien, como lo insistia Mezeray, para proporcionarse un apoyo contra la animosidad de su padre que suponía le habia concedido el Brabante por fuerza, resolvió, infringiendo las terminantes disposiciones del tratado y olvidando su propia dignidad, reconocer á Othon por su señor y tributarle homenaje. Esta vil sumision de un príncipe francés á otro extranjero, escitó un disgusto general; fué calificada de bajeza y cubrió al príncipe de un desprecio que nada alcanzó á borrar. Al parecer Carlos era muy imprudente ó cedia á torpes consejos, porque se sublevó contra su hermano, intentando nada menos que destruirle; pero este proyecto no tuvo el menor éxito. Para esta tentativa se apoyó tambien en los alemanes, lo que contribuyó á hacer mas profunda el odio de que ya era blanco.

Lotario era un príncipe sábio, intrépido, belicoso cuando las circunstancias le exigían, pero habitualmente pacífico, amado de su pueblo y apreciado por los austríacos. Aunque trató bastante mal á los alemanes, adviértese que no por ello dejaba de poseer su confianza, toda vez que estaban dispuestos á conferirle la tutela de Othon III, su primo hermano de tierra adentro. Cuando murió rayaba en los cuarenta y cinco años. Dieese fué envenenado por Emma su esposa, hija de Lotario rey de Italia y de Santa Adelaida de Borgoña, que mas tarde casó con el emperador Othon I, y que fué tan recomendable por sus talentos como por sus virtudes. Dejó un hijo llamado Luis, de edad de diez y nueve años.

## LUIS V EL INDOLENTE.

De edad de 19 años.

Lotario había tenido la precaución de hacer coronar á su hijo antes de su muerte; habíale hecho contraer matrimonio con Blanca, hija de un señor de Aquitania, princesa resuelta é inclinada á obsequios, y cuya union con un hombre tan débil de cuerpo como de espíritu no podía dejar de ser malaventurada. Ya una vez había abandonado á su esposo; y su suegro se vió obligado á ir á buscar á Aquitania para devolverla á aquel de grado ó por fuerza.

A fines del anterior reinado y en el discurso de este, que fué muy corto, puesto que solo duró quince meses, hubo sin duda intrigas bastante notables, pues por un lado aparece Emma acusada de haber envenenado á su marido, y por otro sobre Blanca recae la misma sospecha respecto al hijo. El delito de la suegra parece apoyado por la opinion de su hijo, quien así lo indicaba al tratarla públicamente de criminal y retenerla en una especie de encierro, privada de sus amigos y erialos, hasta hallarse dispuesto á hacerla comparecer á juicio cuando murió. No militan las mismas sospechas contra Blanca; pero es muy triste para la suegra y la nuera el haber sido igualmente conceptuadas capaces de semejante delito. Luis fué apellidado *el Indolente*; pero las crónicas no dicen que hubiese omitido ó despreciado alguna cosa que hubiera podido ó debido hacer, única acriminación á propósito para fundar la imputacion de indolencia. Es probable se advirtiese en él cierta propension á esta, y se le habrá juzgado mas por su carácter que por sus hechos.

## TERCERA RAZA

LLAMADA

## DE LOS CAPETOS,

que comprendo 33 reyes en 805 años de existencia.

987.—1793.

La série de los reyes Capetos se divide naturalmente en tres grandes secciones: los Capetos directos, los Valois y los Borbones.

Desde 987 hasta 1528.—Los Capetos directos cuentan quince reyes en 541 años.

Desde 1528 hasta 1569.—La rama de los Valois cuenta trece reyes en 261 años.

Desde 1569 hasta 1793.—La rama de los Borbones cuenta cinco reyes en 206 años.

Si la distancia á que nos hallamos de los hechos de que se compone la historia de los Capetos, y la escasa importancia aparente de la mayor parte de estos hechos, les prestan para nosotros un interés mucho menor que el que pueden ofrecer los sucesos mas trascendentales é inmediatos á nuestros días, tal vez reclaman mas la atención del filósofo. En efecto, ¿qué espectáculo mas interesante para él que la série y el desarrollo de los esfuerzos constantes y de los progresos insensibles del poder real, apoyo el mas seguro de la felicidad de los pueblos; el que casi nulo al advenimiento de los primeros Capetos al trono, es reconquistado paulatinamente por ellos del feudalismo, y transmitido con la mayor parte del territorio francés á la rama que debe sucederles! Por circumspecta que haya sido por otra parte la política de los Capetos para no despertar demasiado la envidia, por pacíficos que hayan sido sus medios ordinarios de engrandecimiento, la legislación, las emancipaciones y las alianzas, y la fuerza que algunas veces se vieron precisados á desplegar contra vasallos poderosos y poco sumisos, como los duques de Normandía y de Aquitania que habían legado á ser reyes de Inglaterra, no dejan de proyectar bastante brillo en su historia. Este brillo se aumenta á la par del interés, cuando estos mismos Capetos toman parte en las Cruzadas, que se encuentran comprendidas en su totalidad en el periodo que ocupan; guerras piadosas, impolíticas sin duda, hijas tal vez de un celo mas generoso que ilustrado, pero cuyos resultados fueron provechosos á la sociedad, porque el carácter turbulento y sedicioso de los grandes encontró en ellas un pábulo que en lo sucesivo les hizo emplear en lo exterior aquella inquieta actividad que á todos perjudicaba en lo interior; porque la necesidad en que se hallaban de fondos disponibles, les hizo engranar y repartir sus vastos dominios; porque la misma necesidad proporcionó numerosas emancipaciones, cuyo ejemplo dado una vez debia traer rápidas imitaciones; y finalmente, porque estas circunstancias y otras mil además, nacidas de la misma causa, secundaron naturalmente los esfuerzos de los reyes para reconquistar su poder, que se encontró consolidado cuando la causa que habia favorecido esta revolucion dejó de existir.

La rama de los Valois nos presenta con un interés mas sostenido otros resultados que no deben ser menos útiles. Ciento veinte años de guerras contra la Inglaterra con una alternativa de victorias y derrotas, que espusieron muchas veces á la Francia á su completa perdición, y que colocaron además al extranjero sobre el trono; la restauracion prodigiosa de la cosa pública en el momento mas crítico, y la total espulsion del territorio francés de aquellos que parecian poseerlo para siempre; otras guerras en Italia tan honoríficas al valor francés, como poco provechosas y aun funestas al Estado; la rivalidad de las casas de Francia y Austria, sostenida por hombres del temple de Francisco I y Carlos V; las guerras civiles, y la última originada por el fanatismo religioso, y acompañada de todos los furores que este monstruo es capaz de producir; los caracteres mas opuestos y mejor pronunciados; unas costumbres tan notables como singulares, mezcla confusa de generosidad, de valor, de galantería, de ignorancia y aun de barbarie; unos hombres gigantescos, esforzados caballeros que parecen superiores á nuestra naturaleza actual, y que introducidos en la escena de los acontecimientos dan un matiz necesariamente novelesco á la historia; y por último, en el por ser tan extraño al entusiasmo; político profundo que calentura, que sabe por lo regular aprovecharse de ellas, y que hace nacer, que sabe por lo regular aprovecharse de ellas, y que acaba por poner á los reyes en posesion de su independencia: tal es el espectáculo verdaderamente dramático que nos presenta esta parte de nuestra historia.

Empero la Francia debe su mas pura ilustracion á la rama de los Borbones. Bajo el dominio de estos reyes las conquistas del genio humano caminan á la par de las proezas militares; bajo su administracion la sabiduría de las leyes, la suavidad de las costumbres y la perfeccion de las artes, llevan la civilizacion á un grado de altura, que parece el término prefijado á las combinaciones del saber humano, y desde el cual no puede si no declinar. Este momento llega, merced á los ensayos imprudentes de una filosofía orgullosa, que se envanecía anticipadamente de la aplicacion de sus principios al gobierno del Estado, y cuyo contacto impuro marchitó súbitamente el germen de tantas prosperidades sumiendo á la Francia en la anarquía y en un caos de ruinas de todo género, donde hubiese permanecido abandonada, si la Providencia no hubiera enviado un hombre extraordinario á quien por un concurso de sucesos inesperados restituyó entonces de un poder y de un prestigio iguales á la energía de su carácter, y el que elevándose con ánimo resuelto sobre las preocupaciones que hasta allí prevalecieron, y atreviéndose á proclamar en alta voz lo que nadie había tenido la confianza de aconsejar en secreto, restableció la sociedad sobre las bases antiguas de la religion y la esperiencia, dando así á la Francia una fuerza y un esplendor que nunca había conocido ni aun en los mas hermosos días de su pasada existencia.

Tales son los hechos generales que van á ser desenvueltos en la continuation de esta historia.

## CAPETOS DIRECTOS.

Quince reyes en 541 años.

987.—1328.

HUGO CAPETO.

De edad de unos 15 años.

El principe Carlos no se hallaba al lado de su sobrino cuando dejó de existir. Es cierto que si hubiera habido un orden de sucesion bien establecido el trono debia pertenecerle y hubierálo ocupado desde luego como hijo de Luis de Ultramar; pero habia habido ya interrupciones en la sucesion directa, y estas interrupciones, todas en favor de los parientes y amigos de Hugo Capeto, le autorizaban al parecer á reclamar la corona, sobre todo contra un principe ausente y culpable de faltas ó de imprudencias que engranaran la estimacion de los grandes y el respeto de los pueblos. Hugo Capeto, rodeado de antecedentes favorables á sus antepasados, gozaba de una merecida fama de sabiduría y valor, y como conde de Paris y duque de Francia no tuvo que hacer sino presentarse en una asamblea de señores que se celebró en Nonjon para que le proclamaran rey.

Algunos dicen que la eleccion fué unánime y voluntaria; otros que el candidato habia rodeado la asamblea de tropas que le aseguraron la mayoría de los votos. De cualquier modo que se verificase esta eleccion, él se dió por satisfecho, y despreciando algunas reclamaciones impotentes, desde Nonjon fué á Reims á hacerse coronar.

Hé aquí estinguidas dos razas que consideradas juntamente duraron quinientos sesenta y siete años. Dos veces se vió el reino es-

puesto á una disolución total, y en una y otra se halló un hombre que reunió las partes que se segregaban, y formó de ellas un todo mejor cimentado que antes. Estos los hombres fueron Pepino el Breve, jefe de la segunda raza, y Hugo Capeto de la tercera.

Las dos primeras, la Merovingia y la Carlovíngia, además de las causas de disolución peculiares á cada una, á saber: el poder de los gobernadores de palacio en tiempo de la primera, y la erección de grandes señores en tiempo de la segunda, tuvieron además un principio comun de ruina, esto es, la repartición del reino por los monarcas entre sus hijos. La raza de los Capetos no encerró el mismo gérmen de destrucción, porque sus príncipes fueron bastante cautos para no dividir el reino entre los hermanos; pero cometieron tambien la imprudencia de conceder por lo regular partes considerable de él á los menores, lo que á veces les hizo temibles á los primogénitos y retardó mucho la reunion de los miembros al cuerpo.

La historia va á hacernos ver de qué manera estos principes de la tercera raza han evitado la desmembración que amenazaba al reino; por qué medios devolvieron á su corona los hermosos florones que le habian sido arrancados, y dieron á la monarquía una solidez, un brillo y una fuerza que hubieran debido hacerla indestructible; empero cuando todo se doblegaba ante la autoridad de nuestros monarcas, y después de muchos siglos del poder mas absoluto por su parte, del seno mismo de la obediencia mas cumplida de los pueblos se descoló súbitamente un gérmen de fección é independencia que hacia mucho tiempo abrigaban en silencio cabezas evidencias, y vanas é irrelevantes, y que á la manera de un huracan ha arrebatado todas las grandezas, y derribándolas, dispersándolas, aniquilándolas y envolviendo en la misma destrucción al clero, á la nobleza y al poder real.

En tiempo de Hugo Capeto, la Francia comprendía el espacio marcado por el mar de Gascuña, la Mancha, el Rhin, la Suiza, los Alpes y el Mediterráneo; pero en esta vasta estension, y tantos señores habia denominados grandes vasallos, y que verdaderos soberanos no reconocían en el poder regio sino un titulo concedido por un mero homenaje que se oponia muy poco á su independencia.

En el Norte, los condes ó duques de Flandes tenían casi bajo su dominación lo que mas adelante formó los Países Bajos y la Holanda. En el mismo país los condes de Vermandois eran dueños de Borgoña y la Flandes que se extendían por Alsacia á lo largo del Rhin; en el Mediodía los duques de Gascuña y de Aquitania imponían en la Auvernia, la Guéna, el Poitou y la Saintonge; y por último, en el Occidente, los duques de Bretaña y de Normandía que se adelantaban mas ó menos por el interior hacia el centro: de manera que en realidad no le quedaba á Hugo Capeto al subir al trono, en plena é íntegra soberanía sino el ducado de Francia, cuya capital era Paris; el Orleanesado, algunos ducados bastante estensos en la Champaña y en Picardía, y algunas fortalezas en otras provincias en donde los reyes intentaban incesantemente adquirir ventajosas posiciones y de las que los grandes vasallos los rechazaban siempre. Su poder se realizaba, en verdad, con un derecho de soberanía sobre los numerosos homenajes de la corona; por este derecho era mas ó menos reconocido, mas ó menos disputado segun las circunstancias; y su restablecimiento en Francia ó la consumación de su total ruina dependía esclusivamente del talento de hacer valer este último recurso que quedaba á la autoridad real.

Los grandes vasallos de la monarquía el servicio militar: es decir, un contingente de tropas cuando les era reclamado, y las mantenían y conducían en persona al ejército. En el ducado de la corona, tenían á su vez feudatarios ó vasallos obligados respectivamente á las mismas obligaciones que ellos contraían mediante juramento con el monarca; es decir, fidelidad, auxilio y socorros; no permitir que se causas estorsion alguna á su señor en su fortuna y persona; defenderle, pagar su rescate si caía prisionero; contribuir, mediante ciertas retribuciones, tributos y presentes al esplendor de su corte y al establecimiento de sus hijos. Estos feudatarios son á lo que parece, el origen de la nobleza; esta formaba alrededor del soberano una especie de familia, pero no pudo formar un cuerpo en el reino, porque á medida que los grandes vasallos se destruyeron mutuamente, los de una provincia no pudieron reunirse á los de otra, por no haber ningun vinculo comun entre ellos.

No sucedía lo mismo con el clero. Había entre los clérigos muchos poseedores de grandes feudos y subfeudos como entre los legos, pero no los unia el lazo feudal. Una gerarquía bien graduada, una comunidad de deberes, de funciones, de leyes, de privilegios é intereses, habia el traje que les distinguía de los legos, lo lo concurría á hacer del clero un cuerpo muy poderoso en el Estado. Por esto lo era ya en las Galias antes de Clodoveo, bajo la dominación romana. Pero en la época á que nos referimos, su autoridad procedía especialmente del respeto á la religion de que sus individuos eran ministros, grandes y pequeños, todos á paria les colmaban de bienes. Su crédito en el pueblo se componía entonces de las riquezas, y de la influencia que las leyes de costumbres publicadas en las asam-

bleas generales y sancionadas por los reyes, daban á los clérigos sobre todas las acciones de la vida, sin exceptuar las mas secretas. Los mismos monarcas se doblegaron algunas veces ante estas leyes, ya por temor real de los rayos que les amenazaban, ya cediendo á miras políticas, y con el objeto de mover á los pueblos con su ejemplo á que temiesen las penas eternas si se abandonaban en esta vida á pasiones injustas, desenfundadas é feroces. Así pues los reyes de la tercera raza, que empuñaban su cetro por elección, medio que podia hacerlo pasar á manos de los grandes vasallos secundados por el pueblo, tenían un inmenso interés en atraer á su causa al clero, clase que podia ser considerada como la reguladora de la voluntad general.

Hugo Capeto conoció esta necesidad de contar con el apoyo del clero, cuando Carlos creyó debia reclamar la corona que le habia sido usurpada. El lorénes se dirigió á Adalberto, arzobispo de Reims, y le pidió consejos acerca de las medidas que debria adoptar para asegurarse la sucesión de su sobrino. Quizá deseara comprometer al prelado á consagrarle, ceremonia que hacia entonces un gran peso á la opinion pública. Aunque adicto á la familia de Lotario, á lo que debia su arzobispado, el prelado que acababa de coronar á Hugo Capeto, respondió á Carlos estas palabras tomadas de una de sus cartas: «Recordad lo que os dije cuando me consultistis; entonces hubiera sido preciso atraerse el favor de los grandes del reino, porque ¿podia yo por mi solo haceros rey? Este es un negocio público y que no depende de un particular. Me acusais de enemigo de la sangre real; atestiguo por mi Redentor que no os aborrezco. Me preguntais lo que debeis hacer; lo ignoro, y aun cuando lo supiese no me atreveria á decirlo.»

El negocio estaba decidido: Hugo Capeto habia ganado la delantera no solo para sí mismo, sino que tambien se apresuró á tomar la misma precaucion para su hijo Roberto, de edad de quince años. Seis meses despues de haber sido reconocido como rey, obtuvo de los prelados y señores reunidos en Orleans, que este joven principe le fuese asociado, y le hizo coronar en esta ciudad.

No puede dudarse que la fórmula empleada entonces no era lo que se ha perpetuado hasta nuestros dias. Si no expresa una elección formal, significa al menos un consentimiento, del que al parecer derivaba el derecho del principe y su poder sobre los vasallos, que se sometían voluntariamente á su autoridad. El arzobispo le presentaba á los grandes y al pueblo reunidos en la iglesia, y les preguntaba: «Le quereis por vuestro rey? *Vultis hunc regem?*» La asamblea respondia por aclamación: «Le queremos, nos place que sea nuestro rey! *Laudamus, volumus fiat!*»

Era harto difícil que una autoridad tan dependiente en su principio, pudiese regularizar su ejercicio: por esta causa trascurrió mucho tiempo, antes que los reyes de la tercera raza olvidasen de sus vasallos una completa obediencia. En el reinado de Hugo Capeto, un Auilberto, vizconde de Perigord, dió el ejemplo de la resistencia. Sitiaba la ciudad de Tours contra la voluntad de los dos reyes, padre é hijo, y en las cartas que estos escribieron para obligarle á que lo levantase, acriminaron su conducta y le calificaron de ingrato. «¿Quién os ha hecho conde? le decian. — ¿Y á vosotros, replicóles con altivez Audilberto, quién os ha hecho reyes? El principe Carlos hubiera podido utilizar en propio provecho esta propension á la rebeldía tan audaz; nunca faltan en los cambios de reinado ó de administración. Además de muchos señores poderosos adictos á la familia de Carlomagno por costumbre y por agradecimiento, habia no pocos que descendían de este principe en líneas colaterales masculina y femenina, mucho mas inclinados todos á un vástago de este emperador, que á un nieto de Roberto el Fuerte, y á quien algunos habian visto su igual. Por estas razones el duque de Aquitania tomó las armas en favor de Carlos; pero este principe no auxilió á su partidario ni con bastante presteza ni con bastante energía, y dejó á su rival el tiempo necesario para obligar al duque á rendirse.

Despues de largas dilaciones, el mismo Carlos penetró en Francia con un ejército de alemanes, á quienes se conocía con el nombre de loréneses, y tomó á Laou que era entonces una fortaleza importante; se apoderó tambien de la ciudad de Reims, pero no consiguió determinar al arzobispo, temeroso de las consecuencias que tal paso pudiera atraerle, á que le consagrara. Presentó una batalla á Hugo; alcanzó una gran victoria, y cuando ya tal vez solo necesitaba un poco de actividad para sentarse en el trono, heredero de la molicie de los últimos reyes sin antepasados, permaneció en Laou para disipar en la oscuridad el fruto de sus saqueos. A su vez se vió atado y cayó prisionero, al fin, á consecuencia de la traición del obispo Ascelino, y fué encerrado bajo la vigilancia mas estrecha en un torre de Orleans. La opinion mas probable es que vivió en ella lo bastante para que le naciesen dos hijos, que espiraron casi al nacer. Antes de su prision, habia tenido un hijo, llamado Othon. Este último vástago directo de Carlomagno, reinó despues de su padre en su ducado de la Baja Lorena ó de Brabante, no dejó traslucir pretension alguna sobre la Francia, y murió sin dejar posteridad.

La muerte de Carlos aseguró el cetro en manos de Hugo Capeto, el que gobernó con extraordinaria prudencia. Rodeado de grandes señores que se miraban con recíproca aversión, algunas veces se erigía árbitro entre ellos, captaba su aprecio y amistad por sus acertadas decisiones, y conciliaba á la dignidad régia la consideración que un lenguaje imperativo no le hubiera conquistado. Algunas veces también se mostraba ajeno á sus discordias y las dejaba batirse; debilitábanse de esta suerte, y en proporcion ganaba la autoridad real. Hugo Capeto era político habitualmente, y esforzado guerrero en los casos en que la espada debía resolver las cuestiones. Reinó nueve años, murió á los cincuenta y cinco de su edad, y dejó su reino tan tranquilo como si hubiera gobernado una larga serie de ellos. Fijó su residencia en París, que los reyes de la segunda raza habían desatendido, y fué enterrado en la iglesia de S. Denisio, que es desde entonces el lugar preferente de la sepultura de nuestros monarcas.

#### ROBERTO.

*De edad de unos 26 años.*

Roberto sucedió á su padre Hugo á la edad de veinte y seis años. Su reinado, aunque largo, parece uno de los mas estériles en acontecimientos por la escasez de datos históricos. Entre los hechos que pueden fijar la atención se nos presenta el espectáculo de un rey santo, ó al menos reconocido como tal en las leyendas, y sobre este santo recayó una excomunión habia sido esposo de Bertha, hija de Conrado rey de las dos Borgonas y viuda de Eudes, conde de Champagne. Por desgracia halláronse dos causas de nulidad en este matrimonio. Bertha era parienta de su esposo en cuarto grado, y en aquella época los impedimentos llegaban hasta el sétimo. Además de esto, el rey habia sido padrino de bautizo de un hijo de la condesa, y la afinidad contrahida por esta ceremonia era un nuevo obstáculo que se necesitaba allanar por medio de dispensas, que en aquella época se conseguían con mucha dificultad.

Muchos obispos de Francia á quienes se habia consultado sobre el particular, opinaron que el bienestar del Estado permitía prescindir de entrambas dificultades, pero el papa Gregorio V no participó de este dictamen. Mandó pues á los esposos que se separasen, y habiéndoselos ellos negado, los excomulgó y puso al reino en entredicho. Segun una ley publicada por Pepino en el concilio de Verberie en 755: «Un excomulgado no puede entrar en la iglesia, ni comer ni beber con los otros cristianos. Sabed, dicen los padres de los que el rey no es en este caso sino un órgano, que nadie puede ni beber ni comer con él, ni recibir á sus parientes, ni darle el ósculo de paz, ni unirse á él en la oración, ni saludarle, y si alguno se comunica con él á sabiendas sepa que tambien queda excomulgado.» Mientras duraba el entredicho estaba prohibido celebrar los divinos oficios, administrar los sacramentos á los adultos, dar sepultura sagrada; enmudecían las campanas; cubríanse los cuadros en las iglesias; bajábase las esfiges de los santos, se les velaba de negro y se les tendía sobre ceniza y espinas; todo en fin tomaba un aspecto lugubre. Parece que esta fué la vez primera que se vicieron en Francia cosas de esta especie. El pueblo consternado accedió tan humildemente á las órdenes del Papa, que el rey se vió generalmente abandonado de sus cortosanos y dependientes de su palacio. Desea que solo le quedaron dos servidores que pasaban por el fuego los platos que quitaban de su mesa y arrojaban las sobras á los perros.

Roberto luchó tres años contra los anatemas, pero cedió al fin; se le declaró absoluto de la excomunión y casó con Constanza, hija de Guillermo Taillefer, conde de Tolosa; era muy bella, pero altanera, caprichosa y tan tonaz que el desgraciado marido no gozó un momento de reposo mientras duró su matrimonio. Quiso gobernar y gobernó, á pesar de los esfuerzos que hizo Roberto para sustraerse á su dominación.

Este monarca era naturalmente pacífico; sin embargo no temia la guerra cuando el interés de su reino lo exigía. El conde de Champagne, hijo de Bertha, la esposa de quien habia tenido que separarse, muy poderoso ya por sus dominios y sus alianzas, pretendió engrandecerse mas; pero Roberto le contuvo dentro de sus limites. La vacante del ducado de Borgona le proporcionó otra ocasión de guerra; este ducado le correspondía como heredero natural de Enrique el Grande su tío, que habia muerto sin hijos. Su derecho le fué disputado por Ott-Guillermo, primer conde propietario de Borgona (de Franco-Condado) hijo de Adalberto, rey de Italia é hijastro de Enrique que lo habia adoptado. Las hostilidades entre ellos duraron doce años, y terminaron por un tratado que adjudicó á Roberto el ducado y á Guillermo el condado de Bijon judicialmente. Roberto en lugar de robustecer su autoridad con la adquisición de tan rica provincia, no bien se hubo puesto en posesion de ella, cuando lá plizo herencia de Enrique, su segundo hijo.

El monarca fué apoyado en esta conquista por Ricardo el Due-

no, duque de Normandía, su primo hermano; recibió además los auxilios del normando en una guerra que ciertos derechos de soberanía respecto de Flandes hicieron haer entre él y el emperador Enrique II. Estos príncipes, reconocidos ambos por santos en las leyendas, se hicieron mutuamente la guerra, llamados por vasallos que movidos de su interés tributaron homenaje al uno con perjuicio del otro. Esta ceremonia era entonces importante por la obligación ya mencionada que contraía el vasallo armado respecto á su señor feudal, de correr á su socorro cuando á ello fuese requerido, de pagar su rescate y el de su hijo si caían prisioneros, y por último no sufrir que se le causase dano alguno en su honor y fortuna. Todo esto se juraba so pena de perder el feudo. Además de la gran ventaja de privar al emperador de este interesante vasallaje, Roberto hallaba una ocasión de satisfacer su bondad natural tratando de asegurar el Brabante á dos princesas hijas del desgraciado Carlos de Lorena, á quienes el emperador habia quitado esta herencia para concederla á Godofredo, ya conde de Boulion, de Verdun y de los Ardenes. El rey de Francia logró que se iniciase alguna justicia á estas princesas, las que habiéndose dado por satisfechas con algunas tierras que les fueron adjudicadas, Roberto se mostró accesible respecto de las demás condiciones y se ratificó la paz entre los dos soberanos.

Observemos aunque de paso, que este Godofredo de que acabamos de hablar tuvo por sobrina en segundo grado á Ida de Boulion, madre del famoso Godofredo, jefe de la primera cruzada, y que habiendo llegado á ser rey de Jerusalen y renunciado al Brabante que le habia sido conferido por Enrique IV, este ducado fué conferido por Enrique V á la casa de Lovaina, tronco de la actual de Hesse, por Enrique de Brabante, llamado el Niño, que fué el primer landgrave en 1265.

A ejemplo de Hugo Capeto su padre, Roberto resolvió haer reconocer y consagrar en vida suya á Hugo, su primogénito, de edad de doce años. Parece que esta precaucion es un secreto de familia que los Capetos se transmitieron. Esta fué para Constanza una ocasion de dar á conocer su carácter intrigante é imperioso; sin duda alguna no habia esperado este momento para mostrarse á su marido tal cual era, y haecrse temer de él. Obsérvese que este no se atrevia á conceder gracias ó mercedes sin su beneplácito, y que cuando las concedía sin él, nunca dejaba de decir á los favorecidos: «Sobre todo, nada digais á la reina.» Esta tuvo la osadía de haer asesinar á presencia de su esposo á Hugo de Beaumont, á quien el rey habia elevado sin consultarla á la dignidad de conde del palacio.

Esta conducta haec creíble lo que se refiere respecto del padre y de sus hijos; gozosa de que su marido al coronar á Hugo se hubiese creado su rival á quien ella podría haer obrar si el padre resistia su voluntad, comprendió la tarea de aleccionar al joven monarca, incitándole á que atrajese hacia sí el poder de que pensaba aprovecharse; pero no hallando en él la docilidad que esperaba, le atormentó y le obligó á fuerza de malos tratamientos á abandonar la corte y aun á tomar las armas. En lugar de enojarse contra su hijo, el padre que conocia la causa de su rebelión; fué á buscarle, le trajo consigo, y le trató tan bien que le convirtió en amigo suyo y en apoyo de su gobierno.

Por desgracia murió Hugo, y esto dió margen á nuevas pretensiones por parte de la madre, quien queria que la corona recayese no en Enrique sino en Roberto su hijo menor, porque se prometia doblegarle mas fácilmente á sus ideas; pero el padre se mantuvo firme é hizo consagrar al otro, y Constanza intriga desde luego para enemistar á Roberto con su hermano. No obstante lo logró malgastarlos. Desconcertados sus planes, concibió un ódio mortal contra uno y otro, y de tal manera los molestó con sus enredos que los obligó á alejarse como lo habia verificado su primogénito. Otra vez el padre fué á buscarlos, los trajo consigo y lo pacificó todo hasta donde era posible con semejanza mujer. Sin duda por el continuo ejercicio de la paciencia, virtud de que Roberto puede ser presentado como un modelo á los consortes mal avenidos, ha sido santificado este príncipe. Así es que todavía se dice de un marido muy complaciente: *Es un verdadero Roberto!*

Este príncipe era muy exacto en el cumplimiento de todos los ejercicios piadosos; asistía con puntualidad á los oficios divinos, tomaba parte en el canto religioso, no como Carlomagno por lo bajo, sino en voz alta. Compuso motetes é himnos que todavía se cantan. Al ver su compostura en la iglesia, se le podía juzgar penetrado de un verdadero sentimiento religioso, pero pueden acriminarse á sus devociones algunos excesos y abusos que consisten tambien en la crasa ignorancia y groseras preocupaciones de la época.

Para no esponer á los litigantes á un juramento falso, haec retirar las reliquias de las urnas sobre que debían jurar, como si precaucion tan pueril pudiera asegurar la conciencia. Algunos malos vasallos habian atentado contra su vida é iban á ser condenados á



muerto. Roberto les hizo preparar, según se dice, á la comunión que recibieron, y envió á decir á los jueces que se ocupaban en sentenciarios, que no podía resolverse á vengarse de aquellos á quienes su Señor había admitido á su mesa, y por consiguiente él los admitía á la suya. Mas, ¿cómo compaginamos estos excesos de intuligencia con la condescendencia horrorosa, aborto de un falso celo, de asistir con la reina y toda su corte al suplicio de multitud de maniqués, miserables fanáticos que se negaron hasta la hoguera á reconocer sus errores? Cuando sucedieron la acción del fuego, cupero ya no era tiempo! Los infelices fueron consumidos por las llamas, y solo dejaron á los aterrados espectadores el triste recuerdo de una atrocidad sin nombre.

Las peregrinaciones estaban entonces muy en boga. No bien una costumbre cualquiera parecía relacionarse con la religión, era difícil que Roberto no la adoptase; así pues fué á Roma á visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, trataba á los obispos con gran respeto y manifestaba mucha consideración á los que se conducían bien, y no escaseaba las autoantestaciones y las amenazas á aquellos cuyas costumbres ofendían la dignidad de su estado. Obligado á ceder en los primeros años de su reinado á las órdenes absolutas de Gregorio V, adviértese que no mantuvo relaciones estrechas con sus sucesores. Uno de estos vino á Francia, donde fué recibido con decoro pero sin aparato. Otro mostró deseos de hacer el mismo viaje y el rey tuvo la astucia de disuadirle de su proyecto. Venos pues con su piedad no le alucinaba en punto á los graves peligros que el poder eclesiástico hizo poco refrenado, podía acarrear al suyo.

El rey Roberto murió á los 60 años, generalmente sentido. Hemos perdido á nuestro padre, esclamaban gemiendo los que asistieron á sus funerales, nos gobernaba en paz, y en su reinado nuestros bienes estaban seguros, y lo que decían los que se hallaban presentes, la nación toda lo repetía. Nunca príncipe alguno la sido más universalmente alabado.

No podemos menos de observar algunas analogías entre el rey Roberto y el emperador Carlomagno. Uno y otro eran hijos del jefe de sus respectivas dinastías, y ambos reinaron mucho tiempo. Carlomagno recogió los restos de la literatura romana en las Galias, y Roberto remió los de la literatura de Carlomagno, dispersos y casi destruidos por las crueles guerras civiles de la segunda raza. El ejemplo de Roberto y el estímulo que prestó abrieron los cimientos del grandioso edificio de los conocimientos humanos, de que en la actualidad nos aprovechamos; y si los sábios debían su admiración á Carlomagno, no pueden negar á Roberto su estimación y gratitud. No fué emperador, pero rehmsó esta dignidad que se ofrecía á su hijo. Finalmente protegió las letras y las ciencias, no con la magnificencia de Carlomagno, sino en proporción de sus rentas, que eran muy escasas, pero que no obstante le dejaron los medios suficientes para edificar monasterios y hacer liberalidades á las iglesias; parece que la habilidad de los artistas se empleaba entonces en embellecer los objetos consagrados al culto divino y las armas de los guerreros. En una entrevista con el emperador de Alemania, el rey de Francia le regaló un libro de Evangelios y otros de la iglesia, cuya encuadernación estaba delicadamente trabajada de oro, plata y marfil; algunos relicarios, mas preciosos por el trabajo artístico que por la materia, y por último varias armaduras perfectamente encaizadas y grabadas. El emperador le entregó como muestra de su reconocimiento una barra de oro puro que pesaba cinco libras. No pudiendo hacer un presente de adorno, le hizo de sólida riqueza, y lo acompañó con un largo y soberbio convite á usanza de Alemania.

Roberto dejó tres hijos: Enrique, Roberto y Eudes.

#### ENRIQUE I.

*De edad de unos 27 años.*

Enrique I tenía cerca de 37 años cuando sucedió á Roberto. Aunque había sido coronado en vida de su padre, le costó no obstante bastante trabajo el alzarse en el trono. Constanza, su madre, no había agotado toda su maldad en su esposo, y aun le quedaba mucha para emplearla contra su hijo mayor. Como no esperaba que este se dejase gobernar, consintió con él á Roberto, su segundo hijo. La facción era tan poderosa, que Enrique se vio precisado á huir de París. Dirigióse á Fecamp, donde el duque de Normandía tenía su corte. Este duque recibió á su soberano con gran pompa y le dió un ejército, á cuyo frente Enrique entró en su reino. Apoyado en él, obligó á los rebeldes á que entrasen en capitulaciones, á lo que Constanza se opuso cuanto pudo; pero no logró impedirlo, y aun se vió en la necesidad de dejarse comprender en el tratado. No teniendo después de esto ningún negocio que amargarle, dejó de existir y fué enterrado en la iglesia de San Dionisio al lado del rey su esposo, cuya tumba quedaba alterado continuamente.

El sello de la reconciliación entre ambos hermanos fué el du-

cado de Borgoña, que Enrique había recibido de su padre y que trasmitió generosamente á Roberto. Pero esta especie de reconciliación de la rebelión estimuló á Eudes, el tercer hermano, á tratar de procurarse otra igual por medios tambien iguales; pidió una herencia y recurrió á las armas para hacerse la dar. Dicese que le llevaba sus miras mas lejos que Roberto, y que se proponía destruir á su hermano y sucederle; y en este proyecto le ayudó el conde de Champagne. Enrique halló otra vez apoyo en el fidelidad del nuevo duque de Normandía, Guillermo, denominado despues el Conquistador, el que se armó en favor suyo.

Era entonces en verdad harto poco temible un monarca francés que veia por un lado asediada su capital por los condes de Champagne, quienes por sí mismos ó por medio de sus aliados ocupaban desde Flainles hasta Senlis, y una parte de la Brie hasta Melun; y por otra los normandos llegaban hasta Pontoise. Los duques de Borgoña se extendían hasta mas acá de Sens y de Auxerre, de suerte que despues de las cercanías de Paris el verdadero y único dominio de los reyes consistía en el Orleansés. El pais de Chartres, la Lorena y el Anjou tenían sus ducados y condados, que se miraban como independientes, y mas allá del Loira el rey era conocido solo por el nombre.

¿Cómo hallar en tan reducido espacio una herencia para Eudes? Enrique defendía sus pequeños dominos contra él y sus partidarios, le venció, le hizo prisionero y le envió á la torre de Orleans para que en ella se aplacara su loca ambición. Allí permaneció dos años que se ignora por qué razon le devolvió su hermano la libertad. Coudiéndose entonces como una bestia feroz desenfrenada; recorrió las provincias al frente de una gavilla de saltadores viviendo únicamente del pillage y saqueo. Un antiguo autor ha recogido algunas circunstancias sobre su muerte, que nosotros reproducimos en los mismos términos del historiador Velly. «En una de las correrías del príncipe Eudes hizo la desgracia que despojara á algunos congregantes de San Benito. Volviase ya cargado con un rico botín, cuando la noche le sorprendió en una aldea que estaba tambien bajo la protección del santo patriarca; el cementerio rodeado de una sólida pared le pareció un parage seguro, y en él hizo acampar su pequeño ejército, disponiendo un alegre banquete con lo que había robado á los escogidos de Dios. Los proteros sin embargo carecían de cera para alumbrarse; el príncipe mandó le abriesen la iglesia, y á pesar de las reflexiones de los sacerdotes se destinó el erio pascual para alumbrar á las personas sensatas de la iglesia, y á pesar de las reflexiones de su sacrilego festin. La vejez de tamaño descaó fue pronto. No bien el temerario se habia acostado en su lecho, cuando se vio acometido de una enfermedad que en breve le arrebató la vida. Tan cierto es que nadie, sea cual fuere su condicion, plebeyo, noble ó príncipe, puede atacar impunemente á los bienes de San Benito!»

Es muy posible que semejantes historietas esparcidas entre el vulgo hayan servido algunas veces de atemorál á las riquezas monásticas contra la codicia de hombres crédulos; pero la mejor salvaguardia era la reputación de buenas costumbres de que los monjes gozaban entonces con preferencia á los eclesiásticos; porque á estos se les acusaba de simonía y un libertinaje doméstico que los concilios y los Papas anatematizaban en vano, y que no pudo refrenarse sino autorizando á los señores á que vendiesen como esclavos los hijos de estas uniones ilícitas; los monjes por el contrario tenían bienes en comun y se sentían poco tentados, excepto para procurar dignidades, á emplear las manos en las monjas de la simonía. La vida comun y la reciproca inspeccion que facilita, eran una salvaguardia contra el libertinaje; por lo que en los reglamentos de disciplina que nos quedan hallamos muchos mas que concierne á los eclesiásticos que á los monjes, cuyos desórdenes si los habia, permanecían mas ocultos é ignorados.

En tiempo de Enrique I y sin duda por su mediación se estableció una especie de método para la guerra; se le denominó *«la trezuga del Señor*, monumento de la debilidad del gobierno y de la calamidad de aquellos tiempos. Cada señor pretendía el derecho de hacerse justicia á mano armada, y como se habían multiplicado hasta el infinito, las violencias y los robos sembraban por todas partes la desolación. Buseose largo tiempo un remedio á un mal tan contrario á la religion y á la sociedad, y se empezó decretando que despues de la hora de Nona del sábado hasta la de Prima del lunes, nadie atacase á su enemigo, monje ó clérigo, mercader, artesano ó labrador. Posteriormente se estableció que desde el miércoles por la noche hasta el lunes por la mañana nada pudiese tomarse por fuerza, ni obtenerse venganza de una injuria ni exigir la seguridad de una fianza. El concilio de Clermont, en el que se publicó la primera cruzada, confirmó estas disposiciones y además las hizo extensivas á las visperas y festividades de la Virgen y de los santos apóstoles. Declaró así mismo que desde el miércoles que precede al primer domingo de advento hasta la octava de la Epifanía, y desde la Septuagésima hasta el día despues de la Trinidad, no se permitiese ni atacar, ni herir, ni matar, ni robar á otro bajo pena de anatema y excomunion.

Como cada uno tiene su modo de juzgar las cosas, un obispo de Cambrai, llamado Gerardo, se declaró contra este estatuto por dos razones: la primera porque se exigía juramento, lo que espantaba al perjurio, y en efecto casi todos los que juraron esta paz violaron la promesa. La segunda razón de Gerardo era que la mezcla de las autoridades eclesiástica y civil en esta prohibición, era algo contraria al derecho del soberano, á quien incumbía exclusivamente reprimir las violencias por medio de la fuerza, terminando las guerras y hacer la paz.

Muchos señores eran del parecer de Gerardo, pero en diferente sentido, porque no querían unas disposiciones que los desarmaban en tiempos ó intervalos determinados. Los normandos especialmente mostraron la mayor repugnancia, y no se prestaron á obedecer aquella benévola ley sino cuando creyeron que era imposible sustraerse á su cumplimiento. Acometidos por la enfermedad del fuego de San Anton, especie de peste que después de haber assolado la Francia los invadió á su vez, llegaron en su sumisión mas allá que los otros y establecieron entre sí una asociación apellidada la *Cofradía de Dios*. Señores y prelados, ricos y pobres, todos indistintamente eran admitidos en ella, y para conocerse adoptaron como distintivo un pequeño capuchon blanco y una medalla de la Virgen pendiente del pecho. Hacíase jurar á los que se inscribían que perseguirían sin descanso á los que turbasen la paz de la Iglesia y del Estado.



Los criados del rey Roberto.—Pág. 86.

Entre estos señores atormentados del deseo de combates, uno de los mas temibles al rey de Francia era Guillermo, duque de Normandía, que empezaba á causarle serias inquietudes. En verdad, este príncipe habia hecho un gran servicio á Enrique ayudándole á afirmarse en su trono; pero el monarca lo habia remunerado con largueza, declarándose en su favor contra una liga de señores que apoyados en la legitimidad de su nacimiento querían anular el testamento que Roberto el Diablo ó el Magnífico, su padre, habia hecho en su favor. Enrique habia combatido personalmente en su favor, y era una ocasión fué derribado de una lanzada habiendo corrido su vida inminente peligro.

Ora sea que la fuerza con que contaba le hiciese jactancioso y exigente, ora la debilidad de Enrique escitase en este nec los mas ó menos fundados, es lo cierto que se introdujo alguna indiferencia entre ambos amigos; y mas tarde algunas pretensiones sobre ciertas fortalezas y ciudades fronterizas, espuestas con altivez y rebeldades con indignación, los esperaron. Enrique no era hombre que toleraba con paciencia un ataque á sus derechos; en una ocasión en que el emperador Enrique III quiso proteger contra él un vasallo rebelde,

el rey le ofreció dirimir la contienda en un combate singular cuerpo á cuerpo. Los altercados con Guillermo duraron todo el reinado de Enrique, y alternaron con guerras, reconciliaciones y nuevos rompimientos.

Enrique I, deseoso de evitar los inconvenientes que siguieron al primer matrimonio de su padre, hizo buscar en Rusia, después de la muerte de su primera mujer, una princesa de la que no hubiera que temer ni parentesco, ni alianza espiritual. Ana, hija de Jaroslavo duque de este país, le dió tres hijos, Felipe, Roberto y Hugo. Hallándose discordes con el duque de Normandía, poco seguro de la fidelidad de los demas grandes vasallos, resolvió conforme á la política de su familia, hacer coronar en vida suya á Felipe, su primogénito, que solo tenía siete años. Necesitó una negociación y muchos ruegos para alcanzar el consentimiento de los señores franceses, y que estos quisiesen prestarle juramento de fidelidad.

Verifícase esta ceremonia en tiempo oportuno, porque Enrique murió al siguiente año á la edad de cincuenta años, á consecuencia de una medicina intempestivamente propinada. Tuvo el tiempo necesario de arreglar sus negocios, y llamó á la tutela de sus hijos y á la regencia de su reino á Balduino V, conde de Flandes, su cuñado. La reina Ana, aislada y sin apoyo en una corte extranjera, no pareció sin duda á su marido capaz de sostener una tutela que podía ser borrasca; ella por su parte no se dió por ofendida por la preferencia concedida á su cuñado, ó bien se consoló con las dulzuras de un segundo consorcio, pues se casó con Raulo, conde de Crepy y de Valois, conservando siempre el título de reina; pero Raulo era pariente de Enrique, y esto fué una causa de disolución y de escomunicación, porque rehusaba separarse de la reina. Ignórase si este consorcio duró mucho tiempo; pero cuando se hubo terminado, fué voluntariamente, y por muerte de Raulo, Ana, según se opina, fué á Rusia á dar fin á sus días.

Enrique I era belicoso, valiente, áfable, humano y recto; no se refiere de su reinado perdicia ó crueldad alguna; respetaba la religión, acogía á los prelados con decoro y á los hombres doctos con benevolencia y afabilidad.

#### FELIPE I.

De edad de 8 años.

Pródigo con Felipe I habíase mostrado la naturaleza; su estatura era magestosa, una fisonomía espresiva, ojos animados y mucha aptitud para los ejercicios corporales, y ademas estaba dotado de talento y valor. Balduino cultivó con éxito disposiciones tan felices, pero parece no logró inspirar la aquella afición al estudio ni aquel amor al trabajo tan indispensables á un rey.

Al subir al trono á los ocho años de edad y ya coronado, tuvo la desgracia de verse adulado y alabado desde el principio, y esta fatal circunstancia le acostumbró á abandonarse á sus pasiones, sin respetar casi nunca ni las leyes ni la decencia. El juicio menos desfavorable que los autores han formado de este príncipe, es que fué un egoísta en el trono, pues contemplaba en derredor de él los acontecimientos mas trascendentales, sin tomar en ellos una parte activa, hasta que le impelia á ello la corriente de los sucesos. Tal es con corta diferencia el punto general de vista de su reinado, que fué uno de los mas largos de la monarquía.

Los primeros años de la regencia de Balduino fueron agitados por la repugnancia de muchos señores á reconocer su autoridad, y por los esfuerzos que practicaron para sustraerse de ella. Los mas tenaces en su independencia fueron los gascones, como los mas distantes del centro. El regente levantó sin dilación un ejército bajo pretexto de ir á socorrer á los cristianos de España contra los moros; mas cuando se vió en medio del país insurrecto, cayó de improviso sobre sus ciudades, tomó sus fortalezas, batió sus tropas y les obligó á tributar el homenaje que negaban. Balduino adoptó al tenor de las circunstancias otras medidas para asegurar la tranquilidad y dilatar los reducidos estados de su pupilo; tomó parte en las disensiones de sus vasaos, hasta donde le era posible hacerlo sin su-citar contra sí guerras muy importantes; y unas veces á título de auxiliar y otras de árbitro, obtuvo castillos, ciudades y aun provincias enteras; testigo de ello fué el condado de Chateaulandon, que se hizo ceder en recompensa de que, de los dos hermanos que se disputaban el condado de Anjou, se obligó á dejar en tranquila posesion de él al menor, Fulquier de Reims, quien por disfatada habia asesinado á su hermano mayor ó le tenia encerrado.

Balduino hizo muy bien en aprovecharlo en beneficio de su pupilo, con tanta mayor razón cuanto que el asesinato no hubiera podido ser castigado sin atormentar á los pueblos que no eran culpables.

En tiempo de esta regencia ocurrió la e-nquista de Inglaterra por Guillermo, duque de Normandía. Este príncipe solo tenía á su favor el testamento, verdadero ó falso, de Eduardo el Santo que habia muerto sin hijos. Presentábase contra él un Haroldo, hijo de Godwin, ministro de inmenso poderio en los últimos reinados. Cada uno tenia sus partidarios. Guillermo carecía de dinero, y cuando se decidía á acometer la empresa, el duque de Bretaña le declaró la

guerra, pues tenía sobre la Normandía, por su madre, hija de Roberto el Diablo, mas derecho que el bastardo de este último duque. Los señores normandos no miraban con buenos ojos el proyecto de conquistar la Inglaterra. Guillermo les pedía recursos: si se desgraciaba tenían que dejar despojados y empobrecidos; si triunfaba, su país podía convertirse en una provincia de Inglaterra. Negáronseles por lo tanto en un congreso general por él convocado.

El astuto Guillermo no se desalentó; llamó á cada uno aparte, le hizo que invocó su apoyo. El señor que nada habría dado

llero para sentarse en el trono, y la Inglaterra conquistada por los franceses se declaró su mas enemizada enemiga.

Los auxilios que proporcionó Balduino para el triunfo de un vecino tan peligroso, fué considerado como una accion impolitica por parte suya; mas él no vió las consecuencias. Su muerte, que ocurrió un año despues de la conquista, dejó á Felipe duque de sí mismo y del gobierno de su reino, á los 15 años de su edad, y se ignora si nombró otro regente. La primera guerra de este joven monarca tuvo lugar con motivo de la familia de su titor. Al principio defendió á Richilda, viuda de Balduino y madre de dos hijos, contra Roberto, conde de Frisa, su cuñado, que intentaba despojar á la viuda de su tutela, tal vez para invadir despues con mas facilidad los estados de sus sobrinos. Acaecieron en esta guerra singulares atentados. Felipe fué muchas veces vencido y vencedor, la viuda y su cuñado cayeron prisioneros á pocos dias uno de otro; habiendo recobrado su libertad, se disponian á empezar de nuevo las hostilidades, cuando el joven rey se dejó seducir por Roberto, quien le ofreció tierras en el Orleansado y la mano de Bertha, hija de la mujer con quien se habia casado, viuda de Floris ó Florente I, conde de Holanda. Richilda, privada de uno de sus hijos por la suerte de la guerra, sucumbió con el otro á la fuerza de las circunstancias; cedió la Flandes al tio, y solo retuvo el Hainaut.

A medida que la experiencia adelantaba en Felipe, conoció con mas viveza la falta cometida por su titor al proporcionar tantas fuerzas al duque de Normandía. Así pues á pesar de su afición al descanso no pudo negarse á las ocasiones de suscitarse dificultades á su vecino, ó aumentar, cuando le fuera posible, las ya existentes; Guillermo tenía tres hijos; al regresar á Inglaterra, de donde habia hecho un viaje á Normandía, creyó oportuno dar esta provincia á Roberto su hijo mayor, pero sin desprenderse de ella. El joven príncipe solicitó su plena posesion; pero su padre le respondió, «que no acostumbraba desunirse antes de acostarse». Esta contestacion suscitó una gran contienda entre el padre y el hijo; este amenazó, y esperando que llegara la ocasión de obrar pidió un auxilio



Guillermo el Conquistador derribado por su hijo.—Pag. 89.

viéndose apoyado por otros, solo y cara á cara con un príncipe que podía acordarse de su negativa algun dia, abria su bolsillo, vendia sus muebles, empeñaba sus tierras, levantaba tropas en su favor y construía bajeles. Y no se atuvo únicamente á los normandos, si no que tomaba recursos de todos lados y á crecidos reditos, para los que hipotecaba los bienes que se proponía dar á sus prestamistas cuando se hubiese apoderado de Inglaterra.

Muchos medios adoptaba para conseguir su objeto; si con algunos comerciaba, con otros guardaba una conducta noble y de interés. Por ejemplo, á Balduino, regente de Francia, conde de Flandes y su cercano pariente, le envió su firma en blanco rogándole inscribiese sobre ella la cantidad y el interés que mejor le pareciese. Dícese que el flamenco se adjudicó una renta de trescientos marcos de plata, cuyos fondos fueron suministrados en buques, municiones y soldados, que levantó mas tal vez en Francia que en Flandes.

Mientras se verificaban estos preparativos, el duque de Bretaña que inquietaba al normando, murió tan á tiempo que se creyó habia sido envenenado.

La expedicion de Guillermo fué la convocacion de los valientes, y todos corrieron á ella; los condes de Anjou, de Poitou, de Pontibien, de Borgoña, vasallos todos de la Francia, llevaban á ella sus caballeros y tropas. Los mismos hijos del último duque de Bretaña querían participar del honor de pertenecer á ella. El político Guillermo ganó al Papa, que escomulgó desde luego á todos los que se opusiesen á ella. Diose la señal de la partida: llenáronse los bajeles, y todas las embarcaciones fueron embargadas con este objeto. Sopló favorable el viento, y ningún obstáculo se opuso al desembarco; pero Haroldo se adelantaba al frente de su ejército.

Guillermo quemó sus bajeles, y de esta suerte colocó á los suyos en la dura alternativa de la muerte ó la victoria. Chocaron ambos rivales y el inglés quedó muerto en la refriega. Un mes bastó á Gui-



Felipe I arrebatando á Bertrada de Monfort.—Pag. 90.

al rey de Francia. Felipe le recibió con los brazos abiertos, y le señaló para su retiro á Gusherio, castillo inexpugnable de la Picardia. No queriendo Guillermo dar lugar al rebelde á que se fortificase, fué sin pérdida de tiempo á sitiarte y le estrechó vivamente. En una salida el padre y el hijo se encontraron en la refriega, y pelearon cuerpo á cuerpo sin conocerse; el padre fué derribado del caha-

llo y quedó herido. Al grito que dió, su hijo le conooció, y arrojándose a sus pies, le montó en su propio caballo y le llevó a su campo. Mucho trabajo costó al padre concederle el perdón, no tanto precisamente por la culpa, cuanto por la vergüenza de haber sido vencido por su hijo; no obstante, cedió á los ruegos de su esposa, mujer muy digna de aprecio, quien se esforzó mucho y sin fruto por poner de akenedo á sus tres hijos cuando murió su marido.

Guillermo se hallaba por lo menos en frías relaciones con Felipe cuando dejó de vivir, y su despecho con el rey de Francia aceleró el fin de sus días. Guillermo estaba escosamente grueso, y esta obesidad era en él una especie de enfermedad que exigía remedios. Mientras se hacía entrar en Rouen, la guarnición de Mantes, ciudad dependiente de la Normandía, verificó algunas correrías en las inmediaciones y aun en las tierras de los vasallos de Guillermo, quienes no recibiendo auxilios de su señor se dirigieron al rey de Francia, obligando como soberano á hacer que los señores dispensasen justicia á sus súbditos. Felipe les respondió que no tenía socorros que enviarles. «Mucho me alligis, añadió irónicamente; pero, ¿por qué vuestro señor tarda tanto en parir? Guillermo hubiera debido despreciar esta necia bufonada; pero se ofendió tanto de ella, que mandó á decir á Felipe — que se proponía ir á oír la misa de parida á París con diez mil lanzas á manera de cirios. En efecto, se arrojó frenético sobre el territorio francés causando en él terribles estragos, y para castigar á los manteses que le habían atraído aquella especie de insulto, incendió la ciudad que fué reducida á cenizas. Tal era su ira, que él mismo llevó, á guisa se dice, mucha lena para aumentar el incendio, y tanto se sofocó y fatigó en este ejercicio, que se apoderó de él una intensa calentura; pocos días después murió, dejando la fama de gran capitán, hábil político, y un ejemplo de que en las empresas arriesgadas es necesario conceder algo á la fortuna.

Fácilmente se creería que el nido inspirado por tan temible vecino, era para Felipe un motivo de circospección; pero sin freno alguno, luego que pudo satisfacer sus religiosos sus pasiones, se abandonó á ellas como un hombre que nada respete. Hasta allí había vivido en buena armonía con Bertha, su esposa, aunque ocho años de matrimonio sin hijos le hicieron temer que esta era estéril. Por último, al cabo de este término le dió un hijo llamado Luis, y un año después una hija. Esta fecundidad casi inesperada hubiera debido asegurar la unión de ambos cónyuges, y precisamente en este tiempo fué cuando Felipe repudió á su esposa, sin que se sepa la verdadera causa de tan extraño proceder; los cronistas contemporáneos aseguran no fué otra que el disgusto.

El rey encontró un obispo bastante complaciente para sancionar el divorcio, fundado en el parentesco de los esposos, pretexto que no era difícil hallar, á menos que no hubiesen nacido en las dos estremidades de Europa, como Enrique I. y Ana de Rusia, padres de Felipe. La desgraciada esposa fué desterrada á Montreuil del mar. Sin duda la tenacidad con que se opuso al divorcio, le atrajo molestias y privaciones en su destierro; pero conservó siempre el título de reina hasta su muerte acaecida en 1095.

Creólo muy pronto la noticia de que un rey de treinta y tres años, hermoso, bien formado y que pasaba por galante, estaba en disposición de casarse. Un conde de Sicilia, llamado Rogerio, y muy rico, propuso á su hija, á cuya juventud añadían mayor realce y belleza los inmensos tesoros que constituían su dote. Felipe, como es de suponer, aceptó el partido. El conde siciliano envió su hija á su futuro esposo con un tren magnífico y acompañada de una crecida cantidad de metalico. Pero cuando llegó, ya una nueva inclinación había cambiado la primera resolución del conde; enviaba pues á su padre, pero despojada, según se dice, del oro y de las alhajas que consigo llevaba. lo que es difícil de creer.

El conde de Moulfort tenía una hija llamada Bertrada, que pasaba por la más hermosa de Francia. Atraído de esta fama, Fouques, conde de Anjon, á quien su mal genio hizo denominar el Rochino, la pidió en matrimonio y la obtuvo. Bertrada habíase prestado á su pesar á este enlace y por consideraciones de mero interés. Viendo por tercera vez, valedudario y de edad proyecta, nada veía en su marido que pudiese complacerla. Al saber que Felipe se había separado de Bertha, el amante de una corona, y tal vez alguna inclinación hacia un príncipe amable, sedujo á la bella esposa del viejo Rochino, codiciando pues á esta proposición, entabló relaciones secretas con el rey de Francia. Este fué á hacer al conde una visita de cortesía y amistad, siendo muy bien recibido de él, pero al volverse le arrebató su esposa.

Había empero que vencer dos dificultades para vivir tranquilamente con Bertha: era la primera hacer ratificar por la Iglesia su caprichoso divorcio con Bertha, y la segunda, anular el matrimonio de aquella con Rochino. Habiéndose reunido muchos obispos para discutir estos puntos, y habiendo considerado los inconvenientes que podrían sobrevenir si condenaban el divorcio pronunciado por su compañero, no dudaron ratificarlo. El Angevino por su parte accedió sin mucho esfuerzo á separarse de una mujer injul, y volvió á verla

en lo sucesivo sin dejar entrever enojo alguno. Pero el Papa se negó á aprobar el divorcio, y enviólo en la misma escocion á Felipe, á Bertrada, á los ángeles obispos que aprobarán el matrimonio, y al que había bendecido la nueva union. Este negocio duró muchos años, en cuyo transcurso los franceses se hicieron célebres en Europa y Asia.

Enrique, nieto de Roberto I, duque de Borgona, nieto á su vez de Hugo Capeto, y Roberto Giscard, noble caballero normando, ayudados por la nobleza francesa, conquistaba á la sazón vastos estados; el primero, el reino de Portugal, y el segundo la Apulia y la Sicilia, sin que el rey de Francia tomase parte alguna en sus proezas. En este reinado tuvieron principio las cruzadas.

El deseo de visitar los lugares consagrados por los principales misterios del cristianismo, había hecho muy comunes las peregrinaciones á la Palestina. Esta region se hallaba en poder de los malhechores á quienes los historiadores de aquel tiempo denominan sarracenos, de los turcos, de otros infieles y hasta de los paganos. Testigos del celo de los cristianos, y de la importancia que habian al pensamiento de llenar en aquellos santos lugares los deberes piadosos que se habian impuesto, les hacian comprar á alto precio la facultad de ir á satisfacer su devoción en ellos; los sometían á rescates, los robaban en el camino, y les hacian sufrir toda clase de vejámenes tanto por coeicia enauro por odio á su religion. Al volver á su patria, los peregrinos narraban minuciosamente los trabajos que habian arrojado, y pintaban con todo el calor del celo religioso el triste estado de los santos lugares, y el de los cristianos á quienes la devoción llamaba ó detenia allí. Estas dolorosas relaciones conmovian los ánimos, escitaban la indignación contra los opresores y estimulaban el deseo de vengar á los perseguidos; pero se limitaban aun á votos estériles.

Un noble pícaro, llamado Pedro el Ermitaño, al mismo tiempo que llenó los deberes del santo viaje, se aplicó á reconocer el país que recorría. Examinó los caminos, averiguó cuales eran los mas seguros y cómodos, así como tambien los puertos en que se podía desembarcar en unos montes dilatados. Convencido de la inesperienza de aquellos bárbaros y sobre todo de su seguridad, que prometía una fácil victoria si se intentaba únicamente afrontar un ataque. Provisto de estas observaciones, el Ermitaño de nombre ó de profesion, fué á avistarse con el Papa, y le presentó una carta del patriarca de Jerusalem, en que se pintaba con sombríos colores el lamentable estado de los cristianos de Tierra Santa y se pedía un pronto auxilio. Este papa era Urbano II, pontífice de elevado ingenio y propósito para imaginar y dirigir grandes empresas; recibió al peregrino con marcadas señales de estimación, y el Ermitaño, mientras se realizaban las esperanzas que ellas le hicieron concebir, visitó casi todas las ordes de Europa. Por la recomendación del Papa, y por sí mismo, como caballero esforzado y valiente, era en todas benévolaente acogido. Por medio de las vivas y sentidas relaciones que hacía de los males que sufrían los cristianos, males que tambien él había experimentado, encendía en los corazones el celo de que estaba inflamado el suyo; y todos esperaban con impaciencia la adopción de los medios de ir á librar á sus hermanos oprimidos, cosa que se les anunciaba como próxima.

Al efecto, Urbano señaló un concilio en Clermont en la Auvernia. Como de antemano se sabia que en él habria de tratarse de los socorros que necesitaba la Tierra Santa, concurrió á su celebración un número prodigioso de príncipes, de señores y nobles de todas las gerarquías; los obispos ascendieron á trescientos diez. Allí se formularon reglamentos de disciplina de que solo quedan algunos extractos; pero no debe olvidarse que la escocion del rey por su inmorl casamiento con Bertrada, fué enlunada en este concilio. Una vez arreglados los negocios eclesiásticos, el Papa tomo la palabra y describiendo los males que agramaban á los cristianos de la Palestina, se espresó con tan patética uncion que hizo verter copiosas lágrimas y prorumpir en sollozos. Adoptado entonces un lenguaje vehementemente que parecia dictado por la inspiración: «¡Alistas, dijo á aquellos ardientes guerreros, sedientos siempre de combates, alistas! A las banderas de Dios; pasad, espada en mano, como verdaderos hijos de Israel á la tierra de promisión; aconetad valerosamente abriendoos un camino á través de los batallones de los infieles y los montones de sus cadáveres, y no dudeis que la Cruz vencerá á la media luna. Haced dueños de aquellas hermosas provincias quehan usurpado; estirad en ellas el error y la impiedad; procurad en una palabra que espas solo produzca para vosotros palmas; y con sus despojos alzad magníficos trofeos á la gloria de la religion y de la uncion francesa.»

Preciso seria no conocer á esta uncion, para suponer que halagada y estimulada con la mágen de la gloria que se le hacia entrever, permaneciera indiferente. En todas partes se levantó el grito entusiasta de *Dios lo quiere!* ¡el pue, y puso el pontífice, id, valientes caballeros de descurrido, id á vengar su causa, y puesto que mánumes habeis esclamado, *Dios lo quiere!* estas palabras inspiradas por Dios sean el grito que simbolice vuestra empresa! La

divisa fué una cruz de tela roja que se llevaba en el hombro derecho; y de ella ha procedido el nombre de *cruzada*.

Los príncipes y grandes señores se apresuraron á recibir esta cruz de manos del Papa; el pueblo presentóse también en inmensa muchedumbre; los cardenales y obispos la distribuyeron á todos los que se presentaron, y ellos la tomaron también. Esta señal era como un voto de hacer el santo viaje. Vuelto á sus hogares, los cruzados inspiraron el mismo entusiasmo á sus parientes y amigos; las mujeres hicieron de esta cruz un adorno y la pusieron á los niños. Todos empezaron á hacer sus preparativos de viaje; pero como nada puede llevarse á cabo sin dinero, vendiéronse tierras, señoríos, derechos, muebles, casas, como si ya no hubiera de necesitarse en lo sucesivo de todo esto. Los judíos se aprovecharon mucho de esta emulación ruinoso; pero también en algunas comarcas, después de haberse enriquecido, fueron saqueados y asesinados. Tal es la costumbre de estos hombres en las comuociones del Estado: hinchase á manera de esponjas con las fortunas de los cristianos y poco después son víctimas de su codicia.

Los principales gefes de la Cruzada fueron: Hugo el Grande, conde de Vermandois, hermano del rey; Roberto, duque de Normandía; Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, y sus dos hermanos Eustaquio y Balduino; Roberto, conde de Flandes; Esteban, conde de Blois; Botron, conde de Perche; el anciano Raimundo de San Gilles, conde de Tolosa, el primer príncipe que se alistó bajo el estandarte de la cruz; Boemundo, príncipe de Tarento, hijo de Roberto Guiscard, duque de la Apulia y la Calabria; y Tancredo, su primo, sobrino en segundo grado del mismo Guiscard. Calculando el número de cruzados que salieron de Francia, Alemania é Italia, se presume que ascendió aproximadamente á cinco millones. ¿Cuál fué la suerte de esta asombrosa muchedumbre de hombres? Los primeros alistados en Francia bajo la dirección de Pedro el Ermitaño, no pudo resistirse al deslumbrador placer de ser general en jefe, perecieron antes de llegar á la Palestina; y otros muchos audaces capitanes por oscuras aventuras, tanto más audaces cuanto que nada tenían que perder, en el año de 1096, esperimentaron la misma suerte. Al fin dejóse ver el gran ejército, el de los señores franceses y alemanes. El punto natural de reunión eran los estados del emperador en Constantinopla. Masu Comnenos, el que no vivió sin inquietud que tan considerable multitud de latinos mudase su imperio, y procuró prudentemente los medios de hacerse de ellos. Los halagó, los obsequió y se apresuró á proporcionarles los medios de atravesar lo más pronto posible el estrecho, y ofrecióles además socorros cuyo efecto neutralizó. Al llegar á Bitinia, los cruzados eligieron por su principal caudillo á Godofredo de Bouillon.

No obstante, Kilidge-Arslan, primer sultán turco señor de Iconia, llamado también Seliman, del nombre de su valor, aguardaba con ánimo resuelto á los cruzados. Ya en su valor y habilidad había destruido dos ejércitos de cristianos, pero en vano desplegó entoncez sus grandes cualidades, porque tenía que habérselas con hombres dealtos estados. Estos se apoderaron de Nicea, y derrotaron poco después al sultán en una batalla campal, la que les hizo dueños de todas las plazas fuertes del Asia Menor. Antioquia contuvo algún tiempo su poder eufórico, pero al cabo de siete meses esta ciudad cayó en su poder como las demás. Desde esta plaza salieron al encuentro del ejército para reconquistarla enviaba el califa de Bagdad, ó por mejor decir, el sultán seljucida Barkiarok, en cuyos manos se hallaba depositada toda la autoridad; los cruzados le mataron, según se dice, cinco mil hombres. Esta victoria sirvió á los califas fatimitas de Egipto por ocasión para apoderarse de Jerusalén contra los turcos ortodoxos, que hacía poco tiempo la habían arrebatado á los persas, hallándose estos á la sazón en una completa imposibilidad de conservarla ó defenderla. Pero los egipcios no disfrutaron mucho tiempo de su conquista, porque habiendo el ejército cristiano puesto sitio al poco tiempo á dicha ciudad, se posesionó de ella después de seis semanas, el 18 de julio de 1099. El ataque y defensa habían sido igualmente obstinados y brillantes; pero por desgracia los sitiadores oscurecieron el brillo de su victoria con todos los excesos de la barbarie y de un brutal libidinaje, excesos de que una guerra de aquella naturaleza hubiera debido mantenerles muy distantes.

Los señores que tenían feudos asegurados en su patria regresaron á ella, y les reemplazaron sus hermanos. Pero en lugar de establecer mediante la concentración de la autoridad un gobierno fuerte y capaz de proteger eficazmente la conquista, dominados por su pueril vanidad, y mas aun tal vez por las groseras preocupaciones de aquel tiempo en que no se conocía otra forma de gobierno, la dividieron como á porfia, y se formaron multitud de pequeños estados que decoraron fastuosamente como á los de Europa con los nombres de ducados, condados y baronías, con las mismas cargas y las mismas ventajas. De aquí surgieron los príncipes de Antioquia, los condes de Trípoli, de Edesa, de Jaffa y Ascalon, los marqueses de Tiro, los señores de Ramlah, de Krak, de Sidon, de Berito y otros, todos mas ó menos independen-

dientes, pero sobre todo los dos primeros, cuyo poder era igual al de los reyes de Jerusalem, y cuyas perpétuas discordias aceleraron la ruina comun.

No puede negarse que la despoblacion fué entoncez inmensa; pero es cierto también que se mezclaron con los cruzados muchos haraganes, malhechores, foragidos y hombres entregados á la mas vil dispacion, que se cruzaron á sí mismos, y cuya marcha lejos de ser una calamidad fué un conculco para las comarcas que abandonaron. Los que juzgan á los Cruzados bajo el punto de vista político dicen que dieron á los reyes los medios de aumentar su poder, porque los grandes vasallos desmembraron sus feudos y los vendieron á los pecheros, por cuya causa devolvieron la libertad á muchos de sus siervos, resultando así una disminución en la masa de sus fuerzas cuando atacados por los monarcas en sus derechos ó pretensiones quisieron resistirles. La emancipacion de los siervos facilitó las adquisiciones y dió origen á leyes mas precisas que las antiguas acerca de las herencias, la seguridad personal y la distribución de las propiedades. Por último, la comuicacion con el Oriente acostumbró á los franceses á ir á buscar por sí mismos las hermosas telas de la India y los géneros de especiería que anteriormente recibían de los venecianos y genoveses.

En aquel tiempo empezaron á vulgarizarse los escudos de armas. Los que regresaban de la Cruzada blasonaban no poco del honor de esta expedicion, y para perpetuar su memoria colocaban las banderas á cuya sombra habían combatido, en los parajes preferentes de sus palacios, como monumentos de gloria. Las familias al calzarse se comunicaban estas señas de distincion, y mezclaban unas con otras. Las damas las bordaban sobre los muelles, en sus trajes y en los de sus esposos, y las jóvenes solteras en los de los caballeros; los guerreros las hacían pintar en sus escudos, pero como no era posible abrazar todas las insignias en reducidos espacios, abreviábase por decirlo así la representacion de los altos hechos que debían traer á la memoria. En lugar del puente que el caballero habia defendido, se pintaba un arco; en lugar de la torre una almena, y un yelmo en lugar de la armadura completa que habia arrebatado á un enemigo. El fondo del escudo era por lo regular del color de la primitiva bandera, y los dependientes de la casa se mostraban engalanados con ellos en las grandes ceremonias. Así pues puede decirse que el blason fué en su origen una especie de idioma que daba á conocer á la publica estimacion los derechos y las alianzas.

Debense también á los viajes de Ultramar los emblemas y los distintivos heráldicos; casi no se conserva ninguno de aquella época que no anda á las costumbres, á los animales y á las plantas de aquellos países. Por último, se encuentran en Francia, que nosotros ocupamos los primeros ensayos de la poesía francesa. Los cruzados que regresaban de la Palestina traían en sus castillos para llevar á ellos noticias de los que habían dejado en el Oriente; referían las proezas de que habían sido testigos, aumentándolas con anécdotas maravillosas, como acostumbraban hacerlo los forjadores de cuentos, y á falta de hechos reales apelaban á su fantasia. Llamábase *trouvaîtres* á los que ponían en verso, ó por mejor decir en prosa rimada, las heroicas acciones, y les daban cierta modificacion; y *cantores y ministros* á los que los acompañaban con instrumentos. No debe confundirseles con los *juglares*, que paseaban por los pueblos á muchos animales extraños, y por retribucion pecuniaria hacían ejercicios de fuerza ó de agilidad que habían aprendido en el Oriente. Estos escitaban la risa ó el asombro, pero no interesaban la imaginacion y eran mirados con desprecio.

Adviértese en fin como una singularidad del reinado de Felipe I, el nacimiento de las órdenes militares mas célebres que desde Francia se esparcieron por toda Europa: los Hospitalarios de San Juan y los Templarios, fundados los primeros por Raimundo Dupuy, noble delinés, y los segundos por nueve nobles reunidos, todos franceses. Dedicáronse á la recepcion, al servicio y defensa de los peregrinos de la Tierra Santa, y de religiosos soldados que eran al principio llegaron á ser monarcas. Por último, los Anqueanos fundados por un noble del Delinado, llamado Gaston, que consagró su persona y sus bienes al alivio de los que eran acometidos de una especie de peste llamada *fuego sacro* ó de *San Anton*.

Después de estas órdenes que deben su origen á la caridad cristiana y al desseo de ser útil á sus semejantes, nacieron otras, hijas de una emulacion de piedad y del anhelo de santificarse en los ejercicios de una vida mas austera que la del resto de los cristianos: los Cartujos, instituidos por San Bruno, canónigo de Reims; los Gramontinos por el noble Esteban; los Premostratenses por San Norberto, y los monjes del Cister por Roberto, abad de Molesmo, franceses todos que buscaron en su patria las soledades mas desiertas, los terrenos mas inculcos, que fertilizaron merced á un trabajo asiduo, y que llegaron á ser en sus manos una fuente de grandes riquezas, mucho tiempo codiciadas aunque legitimamente adquiridas.

Los que no desprecian las lecturas un poco tristes en que algunos veces se hallan descritas las costumbres de nuestros antepasados, advertirán que las reglas de estas órdenes son duras, severas y formadas para quebrantar la voluntad y doblar la cerviz á un yugo despótico. ¿Sería por contraste y con la intención de hacer el cetro de la autoridad menos pesado para los religiosos, por lo que Roberto de Abriss! lo puso en manos de mujeres? Este hombre había nacido en la diócesis de Reunens. Urbano II le dió una misión particular para que predicase á los pueblos; su elocuencia le atrajo muchas personas de ambos sexos al Poitou y al Anjou donde ejercitaba su talento. Al llegar á los confines de estas provincias juzgó que una soledad llamada Fontevrault, en donde se hallaba, era á propósito para fijar á los marciales de sus prosélitos. En ella construyó desde luego cabanas que pronto se convirtieron en dos monasterios, uno de ellos destinado para mujeres que debían ejercer toda la autoridad, y el otro para hombres á quienes sometió al dominio absoluto de aquellas. El mismo se sujetó á la abadesa que acababa de establecer, á ejemplo, decía, de San Juan, que desde que Jesucristo le había dado por madre á la Virgen Santísima, había permanecido constantemente sumiso á su voluntad.

Pero si por una parte la Francia edificaba estos piadosos establecimientos, por otra permanecía siempre escandalizada con la escumación de su rey. Es cierto que Felipe hacia de tiempo en tiempo tentativas para conseguir le fuesen levantadas las censuras, pero no le lograba porque se negaba siempre á separarse de Bertrada, al contrario, además de que la escumación había sido solemnemente pronunciada por Urbano II en el concilio de Clermont, fué agravada en otros muchos concilios celebrados por los obispos de Francia, y parece que no se le perdonó ninguna de las humillaciones ajenas á este castigo; hallábase pues aislado en su corte; sus criados le dispensaban únicamente los servicios mas necesarios, y aun esto con el aspecto del temor y del disgusto; sus vasallos llenaban apenas respecto de él los deberes del decoro. El oficio divino no se decía en su presencia sino en voz baja, y él no se atrevía á concurrir á su celebración con la corona caída.

El desprecio de los pueblos que se manifestaba algunas veces esplicitamente, y sus murmuraciones hicieron tener al rey que estallasen disturbios y acaso una revolución. Estas circunstancias le decidieron á partir el trono con Luis, su hijo, y á hacerlo consagrar, aunque todavía no había cumplido veinte años: ya se había distinguido y continuó distinguiéndose contra los vasallos que pretendían hacerse independientes. Entonces empezaron á conocerse los efectos de las Cruzadas. La ausencia de los que estaban en el Oriente privó á los que quedaban de los socorros que en casos semejantes se prestaban recíprocamente los vasallos contra el soberano; la disminución de hombres aptos para las armas que casi todos se habían cruzado, espantó á los ataques del joven príncipe á los señores sometidos, los duques, condes, castellanos de Montmorency, de Luzarche, de Monthlery, de Marle y Couci, y los señores de las Mareas, de Champagne y de Berry, refractarios tanto mas temibles cuanto que estaban mas próximos. La actividad que el joven rey desplegó en esta guerra le hizo denominar el *Batalador*.

La corona no le puso al abrigo de los disgustos que esperimentó en la corte de su padre; quizá los ocasionó la envidia que inspiró á Bertrada, madre de dos hijos que educaba con la esperanza del trono ó por lo menos de una rica herencia. Como la firmeza de carácter de Luis no le permitía mucha esperanza, causóle Bertrada tantos sinsabores que al fin se retiró á la corte del rey de Inglaterra Enrique I. No bien hubo llegado á ella cuando este monarca recibió una carta sellada de Felipe en la que se le rogaba diese muerte á su huesped ó por lo menos le retuviese prisionero. Enrique poco escrupuloso tambien, puesto que acababa de hacer arrancar los ojos á su hermano mayor para usurparle la corona, mostró la carta á Luis. Este príncipe partió bramando de cólera y al avistar á su padre le dijo: «Entregó en vuestras manos un hijo á quien habeis condenado sin escucharle.» Felipe ignoraba esta intriga, y mostró sorpresa é indignación. Sin duda no fué mas que aparente la paz que formó entre su hijo y su dama, pues se dice que Luis fué envenenado, que solo se salvó merced á los conocimientos de un médico que no era el de cámara, y que llevó siempre impreso en su semblante, cubierto de una livida palidez, la prueba del crimen de que había sido objeto. Felipe dió á su hijo el Vestino francés y la ciudad de Pontoise para residir en ella al abrigo de las asechanzas con que le amenazaba la corte.

Pero como todo tiene un término, nuevas circunstancias establecieron una paz sólida en esta corte agitada. Bertrada, viendo que todos sus esfuerzos para hacerse declarar esposa legítima habian sido inútiles, pensó á lo menos procurar una suerte segura á sus hijos, para lo cual érale indispensable el apoyo de Luis. Astuta é insinuante, supo halagarle tan bien que accedió á que sus herma-

nos adúlteros tomasen el nombre de príncipes y que fuesen reconocidos como herederos del trono, si él ó su posteridad masculina llegaran á faltar. La escumación de Felipe y Bertrada fué levantada al fin por el papa Pascual II, porque prometieron separarse. No obstante, Bertrada permaneció en la corte, mas no se sabe que tomase el título de reina.

Felipe falleció á los sesenta años, y sus restos mortales fueron trasladados á San Benito del Loira. De Bertha no dejó mas hijos que Luis que fué su sucesor, y una hija llamada Constanza, esposa de Hugo conde de Troyes, y después de Boemundo, príncipe de Antiojia. De Bertrada tuvo dos hijos que murieron sin posteridad y una hija cuyo nombre era Cecilia, esposa de Tancredo primo de Boemundo, y después de Pons de Tolosa, conde de Tripoli.

Como generalmente se reconocen en Felipe I talento y valor; como su gobierno fué suave y sin duda era justo, puesto que no le atormentaron disturbios ni facciones, no obstante la especie de desprecio que sobre su persona atrajo la escumación por espacio de veinte años, ¿no podríamos aventurar acerca de él un juicio algo diferente de la opinión común y aun del que, según los historiadores mas acreditados, hemos espuesto al principio de su reinado? Los entusiastas de todo género de gloria han vituperado que un rey de Francia no desclase al frente de los caballeros franceses y no recogiese los laureles de la Palestina; pero necesitó tal vez de un arroyo mucho mayor para no participar de aquella empresa que el que le hubiera sido preciso para ejecutarla. Por lo demás, la historia no dice que se negase en tiempo alguno á ningún proyecto útil. Felipe no fué pues, como se ha creído demasiado, un indolente en el trono sino un rey templado, prudente, que no tuvo la manía de provocar los acontecimientos, pero que no rebujó las ocasiones de aprovecharse de ellos; menos atento al esplendor de la corona que á disminuir y embotar sus espigas, amaba mucho al parecer la tranquilidad. ¡Dichoso él si hubiese logrado domar una pasión que fué el tormento de su vida privada y le atrajo la indiferencia y el desprecio de sus pueblos!

#### LUIS VI LLAMADO EL GORDO.

*De edad de 23 años.*

Luis el Gordo estaba ya acostumbrado al trono cuando lo ocupó solo; tenía á la sazón veinte y ocho años. Aunque estaba ya consagrado, se hizo coronar de nuevo cinco años después de la muerte de su padre en la iglesia de Orleans, porque reinaba el cisma en la de Reims. Juzgó oportuno renovar y acelerarla ceremonia, para revestirse mediante el prestigio con que era mirada, de mas fuerza contra las facciones que le rodeaban.

Antes que el rey de Inglaterra que le había acogido cuando huía de la corte de su padre, se declaró, cuando Luis cupunó el trono, su mas implacable enemigo; hizoce el centro de las facciones, el apoyo de los vasallos inquietos, turbulentos y atormentados del deseo de independencia, que rodeaban el reducido dominio del rey de Francia. Guentáne entre ellos á los señores de Corbeil, de Grece, de Puiset, de Monthlery y otros, cuya proximidad hace ver lo que constantemente debía temer de unos vasallos siempre armados, un rey establecido en Paris.

El primero que le suscitó dificultades fué Guido de Rochefort, señor de Gournai. Luis antes de ceñir la corona se había casado con su hija que todavía no era nula, y se había separado de ella antes de la consumación del matrimonio por un divorcio cuyo motivo se ignora. Esta separación dejó algunos intereses que ventilar entre el suegro y el antiguo yerno; pero aunque no mediase otro motivo que el resentimiento de la afrenta hecha á la hija de uno de sus vasallos, bastaba para atraer á Luis multitud de enemigos. El rey de Inglaterra era el alma de esta liga, y la hizo ser muy peligrosa dándole un gefe notable: este era Felipe, hijo de Bertrada, á quien se había prometido la corona si Luis no tenía hijos. El inglés le hizo entrever la posibilidad de colocarle en el trono desde entonces, y Bertrada, como es de suponer, no dejó de apoyar con su talento para la intriga las pretensiones de su hijo. Esta guerra interpolada con negociaciones, duró cinco ó seis años. En este intervalo murió Guido, y sus hijos menos ardientes vengadores de su hermana, se prestaron á transacciones. Bertrada murió tambien y dejó á su hijo Felipe en disposición de provecharse de la indulgencia de su hermano, que dueño dos veces de imponerle duras condiciones, dos veces se las concedió muy favorables. Felipe se retiró á las tierras que Luis le dió, donde vivió tranquilo y murió sin posteridad masculina.

De esta manera se dispuso aquella facción llamada la liga de Monthlery, del nombre del castillo de uno de los principales señores que tomaron parte en ella; pero si el rey obtuvo su fin merced á las favorables circunstancias, debió á su actividad y valor las victorias que le pusieron en estado de resistir tanto tiempo á tan temible reunión. Debemos representarnos á este príncipe, á pesar de su gordura que le ha hecho apellidarse Luis el Gordo, obrando incessantemente, pasando con rapidéz de un combate á un sitio, de este á una



sen por justos motivos ni servir personalmente ni suministrar los hombres á que su feudo estaba obligado, presentaban diuero de que el señor feudal se servía para hacer alistamientos á su voluntad; y los reyes preferían este medio que les hacía dueños de sus ejércitos, y hé aquí el origen del sueldo de las tropas. Los poseedores de feudos, con especialidad los eclesiásticos, agenos por su estado al servicio militar, se ajustaron para eximirse de él, y el abono que de esto resultó fué uno de los manantiales de los diezmos del clero.

Vísiábrase el principio de estos establecimientos en el reinado de Luis el Gordo, pero tambien se descubre con mas claridad otro que insensiblemente ha cambiado la forma del gobierno. Las guerras habían reunido á los habitantes en las ciudades, pues en estos asilos estaban al abrigo de las irrupciones repentinamente de una soldadesca desenfrenada, pero por lo regular hallaron en ellas calamidades de otro género. Cada una tenía un señor, y no era cosa estraña verlo ejercer sobre los refugiados que se ponían bajo su protección derechos tiránicos; imponer tributos siempre en aumento; exigir servidumbres personales, poner trabas al comercio, obligar á que se comprasen ciertos privilegios, exagerar las multas, y administrar lo que él apellidaba la justicia arbitrariamente y sin reglas fijas. Es cierto que este señor tenía un tribunal al cual los vecinos podían dirigirse en las diferencias que entre ellos se suscitaban; pero como los jueces eran nombrados por él y dependían de su capricho, era harto difícil que los ciudadanos alcanzasen justicia en los asuntos en que se hallasen comprometidos los intereses del señor. Vejados de esta suerte apelaron al rey como señor supremo, para que hiciese reformar los juicios que les eran desfavorables. El rey recibió de muy buen grado estas apelaciones, y para facilitarlas estableció en las ciudades unos jueces á quienes acudían los vecinos en caso de necesidad.

En las ciudades dependientes de los grandes vasallos eclesiásticos, como menos capaces de oponerse á esta innovacion, fué donde primero se instalaron estos tribunales reales, que despues se extendieron á los feudos seculares. De este modo los habitantes de las ciudades se acostumbraron á oír hablar de un rey y á reconocer otro dueño que su propio señor. En los negocios concernientes á la generalidad de los vecinos, como la repartición de contribuciones, el servicio militar y otras diferencias suscitadas entre ellos, presentaban demandas y quejas en *comun*, por lo que estas asambleas han recibido el nombre de *comunes*, y á medida que el tiempo formaron insensiblemente un poder capaz de contrabalancear el de los señores, y los reyes se sirvieron de él útilmente.

Luis el Gordo, muy atento siempre al ejercicio de la justicia á pesar de las distracciones que le causaban sus perdurables guerras, enviaba á las provincias que le estaban inmediatamente sometidas, personas de conocida probidad é ilustracion, encargadas de examinar si los jueces cumplían con su deber, de proveer á lo mas urgente y de estender detallados informes sobre lo restante. Tenia por ministros y tambien por generales de sus ejércitos á cuatro hermanos llamados Garlandos, honrados con su confianza y con las principales dignidades de su corte, sin que pudiese aplicárseles el nombre de favoritos, si creemos á Luis que decía: «que un rey no debe tener otro favorito que su pueblo.» Consultaba tambien al célebre Suger, abad de San Dionisio, á quien había conocido en su juventud, cuando se educaba en esta abadía, y nunca dejó de llamarlo á sus consejos.

Luis el Gordo debió á la educacion que recibió en este monasterio, una piedad sólida de que daba ejemplo á su corte sin afectacion. Respetaba á los obispos, y mostraba aprecio y aun veneracion á los que cumplían bien sus deberes, pero no escaseaba las amonestaciones y los castigos á los que se alejaban de ellos. Celoso de la conservacion de los bienes y privilegios eclesiásticos, pero con prudencia, reprimía severamente las tentativas de los legos contra los derechos del clero. Vemos en su reinado muchas guerras originadas de esta causa. No obstante, San Bernardo que empezaba á darse á conocer, vituperó la moderacion que algunas veces le hacía suspender las hostilidades. El arzobispo de Sens y el obispo de Paris, no creyéndole bastante activo, le escomulgaron, pero el Papa bien informado le levantó la excomunion.

Nadie negará que en este celo protector del clero podia mezclarse un interés personal, esto es, el de impedir que los señores legos despojantes, harto poderosos ya, llegasen á serlo todavía mas con los despojos arrancados á los eclesiásticos. No fué otro el motivo de las guerras emprendidas ó sostenidas por Luis el Gordo. Sin embargo debemos añadir en honor suyo, que con frecuencia empleó sus armas en el castigo de los grandes crímenes. Hizo prisionero despues de una pertinaz resistencia en la ciudad de Laon, al señor de Conci, que había asesinado á su obispo porque le había escomulgado por sus desórdenes. El culpable murió de sus heridas en un encierro. Un Hugo de Creci se había apoderado de la persona del señor de Monthlery su pariente, movido de la esperanza de obtener del prisionero la donacion de sus bienes, y con esta mira pasó al desgraciado de castillo en castillo atado y amarrado; mas viendo que estos malos tratamientos no bastaban á arrancarle el consenti-

miento apetecido, lo hizo ahogar y arrojar por una ventana, para que se creyese generalmente que se había precipitado él mismo; pero el crimen fué descubierto. El rey atacó al malvado, confiscó todos sus dominios y le persiguió de retiro en retiro. Luego no salvó su vida sino haciéndose monje. Luis vengó tambien la muerte de Carlos el Bueno, conde de Flandes, asesinado por algunos monopolizadores, porque les obligaba á abrir sus graneros en tiempo de escasez. Luis hizo morir á los asesinos en los suplicios; uno de ellos fué ligado á un poste, y ataron á su cabeza un perro al que apaleaban sin cesar para que en su rabia le despedazase el rostro. Consignaremos aquí como un ejemplo de las crueldades que se cometían en aquel tiempo este hecho de Amari de Monfort, general del ejército del rey en la Auvernia. Habiendo hecho un centenar de prisioneros en una salida de los defensores de Clermont, sitiada por él, les hizo cortar la mano derecha y llevarla en la izquierda para enseñarla á sus compañeros. Esta horrenda barbarie les costó hasta tal punto que en el acto entregaron la ciudad. Luis el Gordo se espuso sin consideracion alguna en un asalto que daba á la fortaleza de un vasallo rebelde, y recibió en el muslo una herida de que se resintió toda su vida.

Como había sido coronado en vida de su padre, hizo tambien consagrar á Felipe su hijo mayor. Este principe murió aquel año de un accidente. Luis el Gordo, despues de haber llorado justamente la pérdida del jóven rey cuyas bellas cualidades habían inspirado grandes esperanzas, hizo coronar á Luis su segundo hijo, denominado el *Jóven*, para distinguirlo de su padre. Esta ceremonia se celebró en Reims por el papa Inocencio II que se hallaba á la sazón en Francia. Creese que entonces fué cuando se fijó en doce el número de los Pares de Francia que debían asistir á ella, seis eclesiásticos y seis legos; de esta manera lo que anteriormente no era sino una denominacion que solo indicaba la igualdad entre muchos señores que disfrutaban de un mismo poder, que eran iguales, fué erigido en dignidad. Aquellos á quienes fue concedida fueron, entre los eclesiásticos el arzobispo de Reims y los obispos de Langrés, de Laon, de Beauvais, de Chalons del Marne y de Noyon, los tres primeros con el título de duques y los tres restantes con el de condes; y entre los legos los tres duques de Borgonya, de Normandia y de Guena, y los tres condes de Champana, Flandes y Tolosa.

Algunos años despues de la consagracion de su hijo, tuvo Luis una favorable ocasion de satisfacer uno de sus mas vehementes deseos, es decir, el aumentar sus rinos sin apelar á las armas por medio de un enlace. Guillermo IX, duque de Aquitania, poseedor de este ducado, que comprendía gran parte del Mediodía de la Francia, movido á arrepentimiento de las crueldades que había cometido con sus vasallos y sus vecinos, hizo voto de emprender una peregrinacion á Santiago de Compostela. Antes de partir reconoció en su testamento á su hija Leonor por su heredera y la recomendó al rey de Francia, quien creyó que de ninguna manera correspondería mejor á las intenciones de su amigo el duque, que casándola con su hijo que participaba ya del trono que en breve había de ocupar solo. Este matrimonio estaba bien concertado en lo tocante á las elades y á los bienes de fortuna, pero no respecto de los caracteres. Leonor llevó en dote la Guena, el Puitou, la Gascuña, la Vizcaya y otros muchos dominios situados al otro lado del Loira hasta los Pirineos. Merced á la agregacion de estas hermosas provincias, Luis el Jóven se hizo mas poderoso que todos aquellos grandes vasallos que anteriormente luchaban, y por lo regular con ventaja, contra el rey su señor supremo.

Luis el Gordo disfrutó poco del placer de haber procurado tan soberbia fortuna á su hijo. Mucho tiempo hacia que se sentía acometido de una estruendosa postracion, resultado natural de sus fatigas, la que le llevó al sepulchro á la edad de sesenta años. Dejó á su esposa Alelaida de Saboya bastante jóven, para que despues de haberle dado seis príncipes y una princesa, tuviese además una hija de Mateo de Montmorency, con el cual contrajo segundas nupcias. Luis dió al morir esta leccion á su sucesor: «Recuerda, hijo mio, que el poder real es una carga de que uno día darás estrecha cuenta á aquel que dispone á su arbitrio de los cetros y las coronas.»

El reinado de Luis el Gordo forma época en nuestra historia, pues en él se halla, como hemos dicho, el principio de algunas costumbres que han sido el germen de grandes mejoras en el gobierno; la creacion de tribunales reales que dieron lugar á los comunes, cuna del tercer estado; generalizáronse las reparticiones de los feudos, estimuláronse las emancipaciones, acreditóse un nuevo sistema de alistamientos militares y estableciéronse las pagas de estos servicios; innovaciones todas cuya trascendencia no se conoció entonces, pero que han sido el origen de la grandeza y poder á que llegaron los reyes de Francia.

Existían antes de Luis el Gordo leyes civiles y eclesiásticas; pero estos reglamentos no estaban metodizados en el orden que entonces los convirtió en una ciencia. La teología participó de las mis-



mas ventajas, con la ayuda de las colecciones de los pasajes de la Escritura y de los Santos Padres que se hicieron comunes. Paulatinamente el latín quedó relegado á las escuelas y al foro, y la lengua vulgar se enriqueció y perfeccionó con el uso; la poesía ó la manía de la versificación se hizo común, y la lucha que exigía contra las palabras rebeldes á la rima ó á la medida métrica, depuró en el trascurso del tiempo el idioma. Al mismo tiempo las sutilezas escolásticas, origen de innumerables errores, y el furor de las disputas, vicio dominante del siglo XII, acostumbraron no obstante á introducir mas precisión y claridad en el raciocinio.

No nos atrevemos á decir que hubiese propiamente hablando poesía, música ni astronomía; ni que la pintura, la escultura y la arquitectura fuesen verdaderas artes y no ejercicios meramente rutinarios y sin reglas; ni por último que la medicina fuese una ciencia; pero empezábase á sentir los inconvenientes de la ignorancia, y á procurar remediarla por la imitación de los antiguos, cuyas obras se prestaban ó transmitían como unos preciosos regalos. Este eremismo que más adelante se convirtió en un día refrigante y luminoso, desputaba entonces en las escuelas del clero y de los monjes; la de San Dionisio era muy célebre. Luis el Joven había sido educado en ella como su padre, y ambos por consiguiente miraban con gran respeto este monasterio bajo dos conceptos, como depósito de las ciencias y como santuario del primer patron del reino. Su bandera, bajo la cual combatían los vasallos de la abadía, llegó á ser el estandarte de la Francia. Luis el Gordó y sus sucesores iban á tomarla con la mayor devoción del altar, cuando emprendían alguna expedición, y la traían con pompa al fin de la guerra. Llamábase *oriflama*, porque el asta estaba cubierta de oro, y el borde inferior de la tela recortado á manera de llama.

#### LUIS VII LLAMADO EL JOVEN.

*De edad de 43 años.*

No bien traható Luis los últimos deberes á su padre, fué á buscar á su esposa Leonor á Guítano, donde tenía su corte, en ella desde que se había casado. La llegada de una reina joven, y la magnificencia de las fiestas que la acompañaron, hicieron desaparecer en breve el luto de que estaba cubierta la Francia. Hubo algunos movimientos populares casi sediciosos en este cambio de monarcas, y parece también que algunos señores quisieron someter á prueba al rey, que solo tenía diez y ocho años. Uno de los que se mostraron más turbulentos era el castellano de Montgeat. Luis latió sus tropas, le cogió y le hizo rapar, conservando no obstante la torre de su palacio. Obsérvase que en sus mas encarnizadas enemistades, los señores respetaban recíprocamente este tipo de su dominio. En él recibían la fé y el homenaje de sus vasallos y guardaban sus títulos. De la torre del Louvre destruida bajo los últimos Valois, dependían los grandes vasallos de la corona.

Estos movimientos fueron al parecer poco alarmantes, puesto que el rey no ereyó oportuno tomar como sus antepasados, la precaución de hacerse consagrar de nuevo. Manifestó muéltatemplanza en una discordia á que dieron márgen las pretensiones de la reina Leonor sobre el condado de Tolosa, como nieta de Filipina, despojada de la herencia de su padre por la venta que este había hecho de su ducado á Raimundo de San Gilles, su hermano, tan famoso en la primera cruzada. Luis hubiera podido abrumar con el peso de su poder al nieto de Raimundo, que disfrutaba de él en perjuicio de su esposa; pero tuvo la consciencia de ceder al deseo de muchos magnates de su corte, que intercedían por el poseedor, y se contentó con el homenaje.

Otro negocio en el que entró también por consideraciones á Leonor, le causó un amargo arrepentimiento. Raulo, conde de Vermandois, primo del rey, hubiese divorciado, según la muy frecuente costumbre de aquellos tiempos de bárbarie, y Luis aprobó que se casase con la princesa Petroulla, hermana segunda de su mujer. Teobaldo II, conde de Champagne y tío de la esposa repudiada, apeló de la sentencia al Papa, pues la conceptaba infundada. Llegó pues un legado que la anuló; reprenió ágramente á los obispos que la habían pronunciado, y amenazó con la excomunion á Raulo y á la conada del rey, si no abandonaba á su marido, é indicó á Luis que pondría en endredicho al reino, si continuaba protegiendo á los culpables.

La amenaza produjo su efecto, porque el rey se mantuvo firme. En venganza de las turbulencias que el endredicho causaba en sus estados, el monarca entró con fuerzas considerables en las tierras del conde de Champagne y las devastó cruelmente. El conde, de体质 débil, pidió favor y lo obtuvo bajo la condicion de que trabajaría con el Papa para que levantara la excomunion; y donó á su ejército con esta esperanza; pero no bien se había disuelto este, cuando el Papa fulminó de nuevo sus rayos. Al ver todo esto, el rey sospechó que el conde de Champagne procedía con dolo; de nuevo penetró en sus tierras armado con la espada y la

tea, y llevó á sangre y fuego á este maldonado país, sitió la ciudad de Vitry en Perthois. La tomó por asalto, y en el exceso de la cólera que le causaba una prolongada resistencia, mandó entregar á las llamas la iglesia donde se habían refugiado tres mil quinientos habitantes, que en su totalidad perecieron. Pasado el momento de tan frenético furor, Luis naturalmente bueno vio toda la enormidad de su erimen, y fué grande su dolor. Según se dice, desde aquel momento se prohibió á sí mismo todas las diversiones y placeres; añábase que en los primeros días que siguieron á tan alta catástrofe olvidaba los negocios, y que muchas veces se le sorprendía derramando lágrimas al recuerdo de las espantosas consecuencias de un momento de impetuosidad no reprimida.

En tal disposición de ánimo, no fué difícil alejar del monarca el asentimiento á todas las medidas que podían contribuir á terminar aquel funesto asunto del divorcio, cuyo desenlace se ignoraba. Fácil fué también persuadirle que en reparación de tan espantosa abluo de la fuerza, necesitábase una acción de grande importancia y muy útil á la religion. Las Cruzadas, de que entonces se ocupaban mucho todos los animos, reunían al parecer estos dos caracteres: los Papas no habían cesado de mantener vivo este fervor por medio de predicadores esparcidos por toda Europa. Su principal organo en Francia era San Bernardo, reformador de la Orden de Cluni, fundador y abad de Claraval; su nacimiento y la austeridad de sus costumbres le daban gran crédito en la corte, en la que sus parientes ocupaban elevados puestos. Su elocuencia era á la vez convincente é insinuante, y la dulce persuasión destilaba de sus labios.

Además de los motivos religiosos que licieran emprender la primera cruzada, militaban en favor de esta otras razones que no se pesan con la debida madurez, cuando se la vitópera. La primera había formado en Asia reinos y principados: los poseedores y titulares de estos estados eran parientes bastante cercanos de los señores franceses, y casi todos hijos segundos de ilustres familias. En concepto de tales, poco favorecidos de la fortuna habían ido á formar en Asia los establecimientos de que carecían en su país. Rodeados de árabes, llamados sarracenos, antiguos propietarios, los nuevos se hallaban en un estado de perpetua guerra. Acosados por horlas, sin cesar reñidos, debilitados además por sus mismas victorias, estudiaban sus uanos suplicantes hacia Europa; demandando ayuda y proteccion, rogaban y solicitaban. Acababan de perder el condado de Edeza, merced á la indolencia de un tal Courtenay, cobarde sucesor de Joscelino, que indignado de la pusilanimidad de su hijo en los primeros ataques de Noradino, se había hecho conducir moribundo al campo de batalla, y cuyas postreras miradas habían visto huir á los sarracenos. De desear era sin duda que los principes europeos no hubiesen provocado y favorecido desde el principio estos alhechamientos asiáticos; pero la falta estaba cometida. ¿Convenia dejar perecer sin prestar socorro alguno á los denodados guerreros, con los cuales mediaban vinculos de sangre, de profesion, de una misma religion, los mas caros intereses que determinan la conducta de los hombres?

No puede dudarse que estas consideraciones hubieran en la resolucio que tomaron los señores franceses de asistir á la asamblea que el rey convocó para Vezeley en la Borgoña, á fin de discutir en ella este negocio. Esta es la primera que tomó el nombre de *Parlamento*. Allí se encontraron con sus principales vasallos en tan considerable número que no pudiendo contenerlos la Iglesia, erigiose en el campo una especie de teatro. San Bernardo se presentó á la derecha del rey, y pronunció un discurso patético que arrancó abundantes lágrimas. A los suspiros y gemidos se mezcló el voto enérgicamente expresado de ir á socorrer á los cristianos oprimidos por los infieles.

Luis se presentó el primero y recibió de rodillas la cruz de manos del abad de Claraval, y todos los señores le imitaron. Las mismas mujeres con la reina á su cabeza arrastradas por igual entusiasmo, se comprometieron á hacer la santa peregrinacion y recibieron también la cruz. En tal momento de nna efusion no dirigida por el raciocinio, ofreciose á San Bernardo el mando en jefe del ejército que iba á formarse, pero el santo lo rehusó. Difirióse pues la deliberacion acerca del particular para una asamblea que fué señalada en Elampes y que se celebró el año siguiente. En ella se decidió que el viaje se hiciese por tierra, y los cruzados dieron por aclamacion el mando supremo al rey.

Dos cosas deben observarse en esta expedición: la conducta militar y la conducta moral. El ejército ascendió según unos á doscientos mil hombres, y según otros solo á ochenta mil; contradiccion que puede conmiellarse suponiendo que no había sino ochenta mil combatientes efectivos, pero que el total podía ascender al primer número, porque se incorporaban al ejército personas de todos estados, muchas esposas de los cruzados con sus familias, prelados, clérigos, monjes, abades, abadesas, religiosas; y como la marcha se verificaba por tierra, no es extraño que á la retaguardia del cuerpo principal se reuniesen muchos haraganes y vagabundos, y un populocho soez procedente de las ciudades, á quienes hubiera repellido la posibilidad de

hallar bastantes bajelos, si se hubiesen decidido á emprender por mar el viaje.

Esta heterogénea muchedumbre salió de Francia en el mes de agosto, atravesó la Alemania, la Bohemia y la Hungría, sin que se nos diga si había almacenes preparados, descansos fijos, una policía metódica, medidas adoptadas de antemano para pasar los ríos y otras precauciones propias para prevenir ó superar las dificultades de tan largo viaje; pero lo que sabemos es que reinó en aquel llamado ejército un completo desorden. Los viveres faltaron, los cruzados que tenían algún dinero se los procuraban á elevado precio y los otros robaban á sus patrones en las ciudades, y arrebataban sin consideración alguna todo lo que podían en los campos, cuyos habitantes

boca, ni medios que facilitasen el transporte de los bagajes; atravesaban únicamente á países de suyo estériles ó talados por los alemanes. Después de una gran derrota estos retrocedieron, y Conrado llevó los desventurados restos de un ejército de cuarenta mil hombres al del rey de Francia que recibió á él y á los suyos con decoro y cordialidad. El emperador se decidió á terminar su peregrinación como un simple particular, y volvió á Constantinopla, en donde se embarcó para la Palestina, mientras los franceses avanzaban con intrepidez al través de los obstáculos y peligros de todo género.

Después de muchas penosas marchas, fatigados y abiertos de harapos llegaron á las orillas del Meandro, cuya opuesta margen estaba defendida por un ejército de sarracenos dispuestos á impedirles el paso. Los franceses no malgastaron el tiempo en deliraciones y preparativos, y arrojándose parte de ellos al río lo pasaron á nado con el rey á su cabeza; la otra halló un vado y llegando todos juntos á la orilla, hirieron, derribaron, y después de una corta pero viva resistencia, el ejército enemigo se pronunció en dispersión.

La necesidad del descanso y la deliciosa frescura del valle que riega el Meandro detuvieron algunos días á los vencedores en las orillas de este río; érales preciso atravesar en seguida un país montuoso, y los sarracenos les observaban ocultos en los desfiladeros. El ejército francés estaba dividido en dos partes, la vanguardia y la retaguardia; el rey ordenó al que mandaba la primera, que esperase á la segunda en la cima de una montaña bastante escarpada que era necesario subir. Al llegar á su vértice, no encontrando el general ni agua ni forrages, y atraído por otra parte por el risueño aspecto de un valle que se dilataba á sus pies, bajó á él reposadamente. Al punto los sarracenos desampararon sus guardias, se apoderaron del punto que aquel imprudente había abandonado, cayeron impetuosamente sobre la retaguardia que subía y derribaron á los soldados unos sobre otros.



Luis el Gorlo en la batalla de Blenheim.— Pág. 95.

les perseguían como á unos ladrones y foragidos, los maltrataban y degollaban, de modo que el ejército había experimentado bajas enormes para cuando llegó á Constantinopla.

Reinaba á la sazón el emperador Manuel Comeno, que había sufrido ya otra irrupción de cruzados alemanes, mandados por Conrado III y se había librado de ellos haciéndole trasladar lo mas pronto posible al Asia; dióles, según se dice, guías infieles los que les hicieron vagar, bajo un sol abrasador por dilatadas soledades desprovistas de viveres y de agua, y los espusieron en situaciones desventajosas á los incansables ataques de los sarracenos que dieron muerte á considerable número de ellos.

La política del emperador griego se propuso, como lo había hecho respecto de los alemanes, alejar lo mas pronto posible á los franceses de sus dominios; pero halló á estos mas exigentes que los primeros, pues querían viveres, vestuarios, municiones, y en una palabra, la restauración completa de su ejército. Cuando se cansaban de pedir, se apropiaban lo que no se quería darles; y para no verse precisados á insistir muchas veces en sus demandas, algunos propusieron apoderarse de Constantinopla. Con huéspedes de tal clase, no eran posibles las tergiversaciones. Manuel les concedió todo lo que en aquellos momentos podía otorgarles y les prodigó las promesas de enviarles viveres y auxilios de toda especie cuando hubiesen pasado al Asia.

Empero cuando se hallaban al otro lado del Bósforo, las plazas fuertes se cerraron delante de ellos; bajáronseles en costos desde las murallas los viveres en pequeñas cantidades y á subidos precios. Los campesinos huían y no dejaban tras sí ni municiones de



Pelipe Augusto el joven estraviado en el bosque de Compiègne.— Pág. 99.

En tan horrorosa confusión, el rey quedó separado de los suyos y fue perseguido por un grupo enemigo que le acosaba muy de cerca. En tal conflicto apoyose en un árbol que recibió la descarga de sus flechas, que ningún daño le causaron merced al buen temple de su armadura. En un momento de descanso halló la facilidad de subir á este árbol, desde donde como desde un castillo rechazaba con su broquel á todos los que intentaban escalarlo, y hace volar á los gol-

pes de su emittarra las manos, los brazos y las cabezas mas próximas. Cansados de su resistencia y no enoaciéndole, sus sitiadores le abandonaron. Bajó entonces del árbol, encontró un caballo sin dueño, y apoderándose de él vagó toda la noche por los contornos de la montaña, y se incorporó al fin al rayar el día á su ejército que ya se había reunido.

Después de muchas marchas y contramarchas, cuyos errores se atribuyen á la traición de los guías que los griegos les daban, los franceses llegaron á la Panfilia, no lejos de una pequeña ciudad marítima, perteneciente al emperador Manuel. El gobernador aconsejó al rey que finalizase su viaje por mar, y al efecto le ofreció los indispensables bájeles, pero cuando fué preciso embarcarse, estos escasearon. Luis se vió precisado á dejar una parte de sus tropas que se le retornaron por tierra, y llegaron cubiertas de andrajos y diezmadas á Antioquia. El ejército acampó fuera de la ciudad.

El príncipe á la sazón reinante en ella se llamaba Raimundo de Poitiers, y era tío de la reina Leonor; su aspecto era gallardo, sentimental, y no pasaba aun de la edad en que es tolerante la galantería. El recibimiento fué brillante y acompañado de las mas lisonjeras demostraciones de aprecio y gratitud, tales cuales las merecía un monarca que iba desde tan lejos á visitar los hijos, los hermanos, los parientes y aliados de los antiguos vasallos de su corona.

Pudiera hallarse un argumento de novedad en lo poco que sabemos de lo que ocurrió en Antioquia durante algunos meses de permanencia en ella; la reina Leonor sería la heroína, porque según se dice, entabló relaciones amorosas con un joven sarraceno llamado Saladino, y se la acusa ademas de que correspondía á la pasión que le profesaba su tío Raimundo. Las pruebas de esta pasión fueron tan poco disimuladas, que el marido concibió algunas que merecían sospechas. El príncipe de Antioquia había esperado de la llegada del monarca y de las tropas que le acompañaban, eficaces auxilios contra sus vecinos los musulmanes con quienes estaba en perpétua guerra, y se disgustaba obtener por este medio un aumento en sus pequeños estados. Con este motivo gestionaba con ahinco cerca del monarca, apoyado por Leonor; estas múltiples instancias inspiraron á Luis sospecha de la infidelidad de su mujer, por lo que resolvió romper estrepito la trama urdida contra su honor. Hizola salir clandestinamente de Antioquia durante la noche, retiróse con ella á su campamento y la llevó á Jerusalem, donde llenaron á la par los deberes de la peregrinación. El emperador Conrado había vuelto desde Constantinopla á aquella ciudad, y Luis tuvo la condescendencia de coligarse con él en un plan de ataque contra el Imperio, que ningún resultado produjo. El rey dejó entonces la Palestina, corrió algunos peligros en el mar, y entró al fin en su reino con la escasa gloria

que pudo adquirirse en tan desdichada expedición: tal fué en ella su conducta militar.

Por lo que acabamos de esponer puede colegirse cual sería la conducta moral. Las relaciones contemporáneas nos demuestran que muy pocos cruzados abrigaron intenciones puramente religiosas, ó que si las tuvieron, las perdieron del todo en el camino. No hay género de crímenes, de atrocidades y de acciones oprobiosas de que no se le acuse. San Bernardo, que había profetizado grandes victorias, se apoyó en los testimonios de aquel libertinismo demasiado público para discurrirse de los descalabros sufridos, y aun tomó ocasión de esto mismo para exhortar á los pueblos á que se hiciesen dignos de otra cruzada por la reforma de las costumbres.

Luis encontró su reino en buen estado gracias á los desvelos de Suger, abad de San Dionisio. Créese que el hábil dirigido la educa-

ción del rey en este monasterio; conservó siempre una reputación merecida, y se opuso con todas sus fuerzas á la cruzada, ó por lo menos á que el rey tomase personalmente parte en ella; pero las tendencias á la sazón dominantes, el desgarrador recuerdo de la matanza de Vitry y la elocuencia de San Bernardo le impulsaron á obrar como hemos visto.

Habia entonces dos hombres que de sus discípulos hubieran podido formar un ejército: San Bernardo y Abelardo. El primero, ademas de los doseientos monjes reunidos en los desiertos de Clairvaux, podía poner en pie de guerra todos los pobladores de ciento sesenta monasterios diseminados en Francia y Alemania, los que se levantaron á su vista. Abelardo contó en París hasta dos mil discípulos, y por lo regular se veía acompañado de una multitud poco menos numerosa en los demás lugares á donde le condujeron sus desgracias. Enseñaba la dialéctica con sutilezas y argucias que pareció atacar la pureza de los dogmas religiosos. Varios concilios le condenaron por denuncia de San Bernardo. Por fortuna estos dos

hombres que hubieran podido armar tantos brazos, se limitaron á combatir con argumentos. Todos conocen los desgraciados amores de Abelardo y Eloisa, que se retiró como él á un monasterio. Abelardo murió de edad avanzada, y su cuerpo fué trasladado al Paraceto, del que Eloisa era abadesa; la misma losa fúnebre cubrió á entranbos amantes.

Luis había disimulado en Asia su enojo por la conducta de su esposa Leonor; pero al regresar á su reino se proponía romper sin contempORIZACIONES. Suger suspendió los efectos de su resentimiento haciéndole ver las peligrosas consecuencias del divorcio, que le constituiría en la obligación de devolver á la soberana de El Guena los hermosos estados que le había aportado en dote. Este hábil consejero reconcilió á los esposos bastante bien para que les naciera una hija, fruto segundo de su consorcio. Pero Suger mu-



Muerte de San Luis en Tunz.—Pág. 120.

rió; y ora sea apego á su primera resolución, ora sean nuevos disgustos domésticos, el rey proyectó otra vez su divorcio.

No fué difícil llevarlo á cabo, porque el papa, con pretexto ordinario ligeramente discutido, en una asamblea de obispos convocada con este objeto, fué el fundamento del fallo que pronunciaron: la reina lo deseaba, y así se cree que había adoptado sus medidas para un nuevo enlace. «Luis, decía hablando de su marido, es mas bien un monje que un rey.» «No fué poca su suerte, anada Mezeray, refiriéndose á la reina, porque si no hubiera sido algun tanto monje, la hubiera castigado de otra manera, y no hubiera sido tan concienzudo que le devolviese la Guiena y el Poitou.» Leonor entrega á estos países seis semanas despues de su divorcio á Enrique Plantageneta, conde de Anjou, ya duque de Normandía y designado conde rey de Inglaterra, con quien se casó, no reservando cosa alguna á las dos princesas que había tenido del rey de Francia, y que dejó á éste.

Luis por su parte casó de nuevo dos años despues con Constanza, hija de Alfonso, rey de Castilla. Este enlace proporcionó al piadoso monarca la ocasión de una peregrinación á Santiago de Compostela; pero se cree tambien que fué á España movido por razones políticas y por varios negocios que tenía que ventilar con su suegro. Constanza hizo experimentar las dulzuras de la paz doméstica, pero no le dió una hija.

El monarca no tardó en experimentar las desagradables consecuencias de su divorcio. Antes de suceder en el trono de Inglaterra, Enrique II, duque de Normandía, fué respecto del rey de Francia un vasallo respetuoso y sumiso; mas no bien ciñó sus sienes con la corona, hizose caprichoso, pendenciero, obstinado y forjador de pretensiones interminables. Repugnábale, al parecer, reconocerse como vasallo de un monarca apenas tan poderoso como él; de manera que no podía menos de advertirse que entre ambos reyes fermentaba una levadura de acritud y de envidia, y que Leonor fomentaba por cuantos medios podía, pues conservaba hacia su primer marido un odio que comunicaba al segundo. Pocas veces perdonamos al que nos ha ofendido; pero Luis pudo consolarse de los sacrificios que había hecho al separarse de ella cuando la vio convertirse en azote de su segundo esposo, armar á sus hijos contra su padre, y llenar la Inglaterra de disturbios y confusión.

Luis no podía prever áun los recursos que la discordia en la corte de Inglaterra le ofrecía para oponerse á sus empresas; pero el excesivo poder de su vasallo le inspiraba necesariamente vivas inquietudes, y le hizo adoptar una prudente precaución contra las hostilidades que se veía anuzando. Las guerras que los señores franceses acostumbraban hacerse mutuamente por los mas livianos motivos, ocupaban sus fuerzas ó impedían que el rey reportase de ellos en las grandes ocasiones los auxilios de que había menester. Luis proyectó oportunamente á esta dificultad en una asamblea, todavía llamada *concilio*, y que celebró en Soissons. Cuéntase entre los magnates que en ella se hallaron al duque de Borgoña, á los condes de Flandes y de Champaña, á muchos marqueses, barones, castellanos, todos ellos soberanos de sus respectivas tierras, y casi siempre en recíproca guerra. El rey era anado por su piedad y buena fe; hízoles pues entender cuán funesto era para los pueblos y cuán ruinoso para ellos mismos aquel modo de sostener sus derechos y de hacerse justicia. Indígulos á que se obligáran, si se suscitaban algunas desavenencias entre ellos, á dirimir las amistosamente y por medio de árbitros; en consecuencia de esto, juraron una tregua de diez años, y esta tregua procuró al menos algun descanso á la Francia, que hemos visto atormentada casi siempre por guerras civiles ó extranjeras. Estalló entonces un cisma, ocasionado por dos pretendientes que se disputaban la tiara, y cuyos derechos fueron vivamente discutidos por el clero y en las escuelas, pero sin causar conmociones en el reino.

La reina Constanza murió, y quinze dias despues Luis casó con Alix, hija de Teobaldo el Grande, conde de Champaña. Si se vitupera la precipitación de este matrimonio, debe al menos reconocerse su conveniencia. Dos hermanos de Alix habían casado con las dos princesas, hijas del rey y de Leonor; y tal vez tuvo justas razones para consolidar sin demora por medio de unas nuevas uiepas la alianza con una casa tan inmediata, tan poderosa y tan faciosa hasta el día.

Entonces tuvieron principio las guerras con Inglaterra, que duraron treientos años; guerras que los ingleses, como veremos mas adelante, hicieron contra la Francia con las fuerzas de la misma, bastante espertos desde esta época para anmar el continente en provecho de sus intereses. Enrique II cohonestó estas primeras hostilidades con una esteroidad de respetuosa deferencia; stambia á Tolosa, que pretendía pertenecer á su esposa Leonor, como tambien lo había pretendido Luis á principios de su reinado. Pero Luis había transigido con el poseedor de entonces, Raimundo, que había casado con su hermana. A este título abrazó su defensa, y penetró en la ciudad al través del ejército enemigo ó hizo salidas vigorosas. Enrique desconcertado levantó el sitio, haciendo decir al rey que

el respeto que profesaba á su señor le prohibía continuar el ataque contra una ciudad que defendía personalmente; pero mientras usaba este lenguaje, arrojó desde la Normandía á donde se había retirado, sobre la Picardía y el Beauvois, que tal vez implaceablemente. La guerra iba á exasperarse y generalizarse, cuando un legado enviado por Alejandro III reconcilió á entrambos príncipes, les hizo firmar la paz, y la emitió en el matrimonio que él mismo arregló del jóven Enrique llamado Court-Mantel, primogénito del rey de Inglaterra y de siete á ocho años de edad, con Margarita, hija de Luis y Constanza, su segunda esposa, y de dos años menos que el príncipe.

El nacimiento de un hijo era el vehemente desho del rey y de la Francia entera; pidióse al cielo por medio de rogativas y otros actos de devoción á que asistieron con ejemplo piedad el rey y la reina. Al fin nació ese príncipe al que se denominó Felipe *Dios-dado*, pues se le consideró como un presente del cielo, y recibió despues el sobrenombre de Augusto. Su cuna fué adornada con las palmas de la victoria y con la oliva de la paz. Tales alternativas se debieron á las tropas de Inglaterra, que se sucedieron por espacio de muchos años.

Estos dias por resultado del celebre tratado de Montmirail en el Maine; á su celebración asistió el rey de Inglaterra, acompañado de sus dos hijos, Enrique y Ricardo. Esto tuvo lugar el día de la Epifanía. Al acercarse al rey de Francia, le dijo: «Señor, en este dia en que tres reyes ofrecieron ricos presentes al rey de los reyes, me oloco bajo vuestra protección con mis hijos y mis estados.» Despues de este prémbulo, renovó su homenaje por la Normandía. Enrique, su hijo mayor, hizo lo mismo por el Anjou, el Maine y la Bretaña, como feudo dependiente, y Ricardo por la Aquitania, de la cual se había desprendido Leonor en favor suyo. Sin duda se llevó á cabo entonces el casamiento de Enrique el jóven con Margarita, hija de Luis y de Constanza, y se resolvió además desposar á Alix de edad de dos ó tres años, hija de la reina reinante de Francia, y del mismo nombre que su madre, con Ricardo, el segundo príncipe inglés, de edad de once ó doce. La tierna edad de la princesa ha hecho dudar á algunos que hubiese entonces otra cosa que meras proposiciones, y les ha inducido á referir los desposorios seis años despues, en la plaza de Amboise, en 1174. Por lo demas, en esta célebre asamblea, los dos reyes se hicieron cargo de todas sus pretensiones, arreglaron sus derechos, y fijaron sus dominios. Estipulóse asimismo que los grandes vasallos que habían tomado parte en las últimas guerras serían perdonados por ambos reyes, que se devolverían respectivamente los prisioneros y las tierras, castillos y ciudades de que unos se habían apoderado sobre los otros. En esta ocasión, Enrique el jóven sirvió á la mesa al rey, como gran senescal de Francia, cargo inherente al condado de Anjou de que acababa de prestar homenaje. Nada se habló en Montmirail acerca de una nueva cruzada, pero tratóse de esto en una entrevista que tuvo lugar el año siguiente en Nonancourt entre los dos reyes. Estos no parecieron muy entusiasmados ni el uno ni el otro, y fué fundamento para creer que al mostrar alguna concendencia hacia esta empresa, cedían menos á su inclinación natural, que á las apremiantes instancias del papa, el que sin embargo no obtuvo otra cosa que vagas promesas.

Si la influencia de la corte de Roma fué útil al rey de Inglaterra en todas las circunstancias, el poder que se arrogaba le suscitó muchas dificultades con motivo de Tomás Becket, arzobispo de Cantorbéry. Este prelado que había sido canciller y consejero de Enrique, y agraciado por este con el arzobispado, incurrió en su desgracia por su firmeza en sostener los privilegios eclesiásticos, y se retiró á Francia, cuyo rey le recibió con respeto y afecto. El mismo legado que acababa de establecer la paz entre los dos reinos, reconcilió tambien á Tomás con Enrique. El primero volvió á Inglaterra en pleno goce de su silla y de sus derechos, y continuó haciéndolos valer exageradamente contra lo que el rey pretendía; llegaban á este diariamente sentidas quejas á la Normandía, su habitual residencia, contra el rigor con que el prelado hacia ejecutar sus propios mandatos, valiéndose de las censuras y de la excomunion. Enrique fatigado con estas denuncias importunas, exclamó en un momento de impaciencia: «No habrá alguno que me libre de ese céltigo? Al punto cuatro hombres, ofreciendo prestar un obsequio al rey, partieron de horror se levantó en toda Inglaterra, y el crimen fué imputado á Enrique. En vano para su justificación abandonó este á los enfables, y permitió se les persiguiese para castigarlos; pretendió que unas palabras proferidas en la cólera, fueron una orden ó un consentimiento, ó por lo menos que el mismo sufriese un castigo que sirviese de ejemplo. Fué amenazado con la excomunion, y su reino fué puesto en entredicho. Sometióse, y con los pies desnudos y en camisa se entregó á todas las humillaciones de la penitencia pública, delante del sepulcro del prelado, calificado de mártir y célebre ya por una reputación de milagros. «¿Cómo ha olvidado, decía Luis, el consejo del profeta: *Trascimini et nolite peccare*: en-

colerizaos, pero no pequeis? Y no obstante, el mismo Luis olvidaba el espantoso incendio de Vitry! Estos dos ejemplos son una advertencia que los príncipes no deben perder de vista para medir sus palabras, porque están constantemente rodeados de viles adúladores, prontos siempre á secundar sus deseos y aun á anticiparse á ellos, por bochorinosos y atroces que puedan ser.

De regreso á Inglaterra, Enrique, cediendo á motivos políticos de que no tardó en arrepentirse, asoció á su trono á su primogénito Enrique, llamado el Joveu para distinguirlo de su padre, y que solo tenía á la sazón quince años. En edad tan tierna, en medio del brillo de que estaba rodeado, y colmado de los testimonios mas delicados del cariño de su padre, todo parecia deber excitar en él con vehemencia el noble sentimiento de la gratitud, pero solo dejó traslucir los del orgullo y la independencia, de que no tardó en dar las pruebas mas palmarias. Margarita no fué coronada con él, y de ello se quejó amargamente Luis. Enrique tuvo la condescendencia de comprometerse á repetir la ceremonia, y poco tiempo despues en efecto los dos esposos fueron coronados en Winchester por el arzobispo de Rouen, y pasaron en seguida á la corte de Francia, donde eran ardientemente deseados. Luis inspiró, segun se dice, á su yerno la pretension ó bien de gozar de la Inglaterra de que estaba coronado rey, ó de pedir la Normandia, dejando la eleccion á su padre. Por otra parte, Ricardo reclamaba la Guiena, que Leonor le habia otorgado, y la madre apoyaba la demanda de los dos hijos, ya fuese que esperaba mas autoridad aumentando la de sus hijos, ya en desprecio de los galanteos de su esposo que le devolvía con usura las inquietudes con que ella habia pagado la ternura de su primer esposo. Poco despues estalló una revolucion general.

La guerra fué muy tenaz entre el padre por una parte, y la madre y los dos hijos por la otra; á estos se habian unido los reyes de Francia y de Escocia. Los señores se dividieron entre si, lo que contrabalancó tambien las victorias y los descalabros, y prolongó las hostilidades, cuyo principal teatro era Inglaterra. En ella esperaba el anciano Enrique la resistencia mas tenaz. Para deshacerse de una vez de aquellos pequeños ejércitos que se le oponian sin cesar, recogió en Normandia todos los salteadores, bandidos y gentes sin profesion que le fué posible hallar, y que estaban acostumbrados al pillaje en las guerras entrecruzadas. Díeseles el nombre de acuchilladores (*colerizeaux*), ó porque iban armados de grandes cuchillos, ó porque se reunian en corrillos (*céleries*); y *rampoleros* del latin *rumpendo*, porque rompian y destruaban. Con esta tropa que hacia la guerra sin contemplacion alguna el rey de Inglaterra, sembrando el asombro y el error, obtuvo hien pronto la victoria. Al cabo de diez y ocho meses, fatigado de esta guerra inhumana y avergonzado de figurar en ella, Luis hizo proposiciones de paz que fueron fácilmente aceptadas. El tratado se concluyó en Amboise, y entonces fué entregada al anciano Enrique, para ser educada en Inglaterra, Alix, de edad de siete á ocho años, destinada á ser esposa de Ricardo, que tenía á la sazón de diez y seis á diez y siete.

No hacia sino tres años que la princesa habia abandonado á Francia, y solo tenia entonces once de edad, cuando Enrique reclamó su dote, y sobre todo la ciudad de Bourges, que formaba parte de él. Luis no se negaba á ello, pero queria que el matrimonio se celebrase antes de este abandono; y porque Enrique, que no juzgaba todavía á propósito pasar á la celebracion, propendia no obstante á la ocupacion de la ciudad, preparáronse por una y otra parte á la guerra. Luis hizo intervenir al Papa, que amenazó á Enrique haciéndole saber que pondria en entredicho su reino, si se negaba por mas tiempo á dar una satisfaccion al rey de Francia; de aqui surgieron nuevas discorsias, largas negociaciones, y por último una entrevista en Nonancourt. Al parecer se olvidó en ella el principal objeto de la desavenencia, para ocuparse únicamente de una nueva cruzada, en la que entrambos reyes se comprometieron á tomar parte, á instancias del legado del Papa. Respecto á sus diferencias particulares, se limitaron á nombrar árbitros ó hicieron un tratado cuyas palabras son notables: «Tal es, dicen los dos reyes, y tal será en lo sucesivo nuestra amistad, que cada uno de nosotros le dará la vida del otro, sus miembros, su dignidad y sus bienes. Yo, Enrique, auxiliaré con todas mis fuerzas á Luis, rey de Francia; y yo, rey de Francia, protegeré con todo mi poder al rey de Inglaterra, hombre y vasallo mio. Este acuerdo que tranquilizaba al rey de Inglaterra, favorecia el desseo que abrigaba de ir á pasar algun tiempo á su reino; y para no verse perturbado por ninguna inquietud, obtuvo de Luis antes de su partida una salvaguardia para su ducado de Normandia y demas estados de Francia. Luis, por su parte tuvo la permision de este emplear contra él todas sus fuerzas. El vasallo era entonces mas poderoso que el soberano; acababa de conquistar la Irlanda, y á los estados que poseia en Francia, tanto por sí mismo quanto por su esposa, habia agregado la Bretaña, haciendo casar á Godofredo su tercer

hijo con la heredera del último duque. Finalmente, habiase proporcionado una excursion de alemanes en caso de necesidad contra la Franeia, por el matrimonio de una de sus hijas, Matilde, con un duque de Sajonia y Baviera, el famoso Enrique el Leon, cuyo despojo forma época en la historia de Alemania, y que fué padre del emperador Othou IV, cuya derrota en Bouvines es una de las páginas brillantes del reinado de Felipe Augusto.

Nuevas dificultades militares hubieran sido tanto mas enojosas para Luis, cuanto que empezaba á experimentar achaques. El decaimiento de su salud le inspiró la resolucion de asociar á su hijo Felipe á las tareas del gobierno y hacerle consagrar. Mientras se ocupaba de estos proyectos, un accidente amenazó arrebatarle este hijo querido, que se habia estraviado cazando en el bosque de Compiègne. Llegaba la noche, y vagando al azar, gritaba de tiempo en tiempo pidiendo socorro. En medio de las tinieblas mas densas se le presentó un hombre alto y negro, con una hacha al hombro soplando al carbon que llevaba en una vasija que en la mano tenia. A tal aparicion el jóven príncipe sintió un repentino horror, pero no se desconcertó y mandó á aquel espectro que le guiara; el hombre sin embargo no era otra cosa que un misero carbonero. Al llegar al palacio, Felipe se vio acometido de una fuerte calentura que puso sus dias en grave peligro. No se hablaba entonces sino de los milagros de Santo Tomás de Cantorbry; Luis el jóven que habia tratado al prelado con mucho respeto durante su residencia en Francia, lleno de confianza en su intercesion partió á Inglaterra, cubrió su sepultura de presentes magníficos, y regresando presurosamente á su reino, recibió al desembarcar la agradable noticia de la curacion de su hijo.

No bien su convalecencia quedó confirmada, el rey concibió de nuevo el designio de hacerle coronar; esta cerimonia se verificó en Reims, cuyo arzobispo era hermano de la reina. Entonces fué segun se dice, cuando quedó anexo á esta ciudad el privilegio esclusivo de ser el lugar de la consagracion de los reyes, y esta fué la mas brillante que hasta allí se habia visto. El número de los doce pares, seis eclesiásticos y seis laicos, se halló completo ó personalmente ó por representantes. Enrique el Joveu sostenia la corona como duque de Normandia; el conde de Flandes llevaba el estandarte real; y sin duda las funciones que llenaron entonces los demás pares, han regulado los atributos de sus respectivas patrias; á uno tocó el derecho de presentar el cetro, al otro la mano de justicia, á otro el calzar las espuelas, y desempeñar en fin diferentes servicios, asi en la cerimonia como en el banquete que le seguia.

Luis no asistió á este acto por una enfermedad, consecuencia de sus fatigas, y tenia postrado en cama. Tampoco asistió á la cerimonia del casamiento de Felipe, al que dió por esposa á Isabel, hija de Balduino V, conde de Hainaut. Advertiáse que esta princesa descendia en linea recta de Ermengarda hija del desgraciado Carlos de Lorena, que habia sido despojado del trono despues de la muerte de Luis V su sobrino, último rey de la raza carolingia. Los franceses vieron con placer la reunion de las dos casas reales, aunque esto sucediese despues de doscientos años, y á un vástago de Carlomagno brillar de nuevo en el trono.

La enfermedad del monarca, siempre en aumento, dejó al jóven Felipe casi en totalidad los afanes del gobierno; pues se encuentran edictos, leyes y reglamentos firmados solo por él, aun en vida de su padre. Este príncipe estaba acometido de una apoplejia que le hizo perder sucesivamente el uso de sus miembros; murió á los sesenta años de edad y á los cuarenta de su reinado y fué enterrado en la abadía de Barbeaux, cerca de Melun, fundada y ricamente dotada por él.

Luis VII es considerado como un príncipe de los mas piadosos que han reinado en Francia. Dotado de las cualidades de un gran rey, prudente, valor, generosidad, poscia tambien las de un hombre honrado, franqueza, bondad y fidelidad á su palabra. No se le acrimina sino aquel fatal exceso de viveza que le hizo cruel en Vitry, y del que conservó remordimientos que le arrancaban frecuentes suspiros. Ningun rey desde que reinaba su familia sostuvo mejor los derechos de su corona. Si dejó perder por su divorcio algunas partes preciosas de su reino, agregó á él otras, ó por lo menos se proporcionó alianzas útiles por los enlaces de sus hijas y por el suyo propio con Alix de Champaña.

#### FELIPE II LLAMADO AGUSTO.

De edad de 15 años.

Despues de haber visto á Felipe ejercer la autoridad real en vida de su padre, se espera tanto menos que será entregada á otras manos, cuanto que el nuevo rey tenia quince años: no obstante, Luis nombró un regente que fué Felipe de Alascia, conde de Flandes, hombre estimado y honrado en todo tiempo con la confianza del último monarca, padrino del jóven, y su tio por el matrimonio de Isabel de Hainaut su sobrina con el rey. Alix de Champaña, disgustada de esta disposicion testamentaria, alejóse de la corte y

se retiró á Normandía, donde fué recibida por el rey de Inglaterra con honores que indicaban, dice un historiador, mas bien un deseo de aprovecharse de los disturbios, que estimación y respeto á una gran princesa. Este deseo si ha existido, aunque casi siempre puede suponerse en los ingleses, cuando se mezclan en los negocios de la Francia, no produjo entonces resultado alguno porque los partidos transigieron. La reina desempeñó el cargo de la tutela de su hijo, y el conde de Flandes la regencia del reino.

El regente se habia aprovechado de su favor en el reinado de Luis para retener el condado de Vermandois, que su mujer le habia dejado en usufructo con perjuicio de Leonor su hermana y de los derechos del rey, heredero el mas inmediato despues de ella. La envidia que habia dormitado durante la vida del bienhechor del conde de Flandes se despertó á la muerte de Luis. Vió levantarse contra él cuatro hermanos de la viuda Alix de Champana, poderosos todos en tierras y dignidades, y á ellos se reunieron otros muchos señores igualmente que acreditados en el reino. Ora fuese dificultad en sostenerse, ora disgusto hacia una corte donde era mal querido, Felipe se retiró á sus estados de Flandes.

Los confederados sin embargo no confirieron la regencia á la reina, sino que la entregaron á Clemente de Metz, mero noble que habia sido ayo del jóven monarca. De Metz solo vivió un año; su hermano, tan estimado como él, le reemplazó y murió tambien poco tiempo despues. Entonces el rey que tenia diez y ocho años, empujó las riendas del gobierno, haciéndose auxiliar por Guillermo de Champana, arzobispo de Reims, hombre de extraordinario mérito, hermano de su madre, y que dió gran autoridad á los otros hermanos, sobre todos los cuales recaen sospechas de haber promovido las intrigas que disgustaron al tutor flamenco.

Paris atrajo las preferentes atenciones de Felipe. La estension de esta capital desde que estralimitáta las orillas de su isla llamada la Cité, puede conocerse por los aumentos que se dejaron fuera del recinto que este principe le trazara. Estos aumentos fueron por la parte del Norte el Louvre, San Honorato, San Martin, el Temple y su circuito, y una parte del Bourg l'Abbé; por la parte del Mediodia y del Poniente, los arrabales de San Eloy, de San Victor, de San Marcelo y San German de los Prados. Todo lo que quedaba por el lado del Norte, hacia la parte de acá de los parques citados, es decir, desde el Pequeno Chatelet con corta diferencia hasta San Germain y rodeando á la Greve, fué circunvalado de una alta muralla, flanqueada por robustos torreses; la parte del Mediodia no exigia las mismas precauciones, porque como el reino se extendia por ella á larga distancia, la capital no se hallaba espuesta á repentinas agresiones como por la parte del Norte, por la que estaba asediada por los señores de Champana y por los de Flandes, que llegaban hasta Beauvais y Dammartin. El rey hizo ademas empedrar las calles, y dió órden para que se limpiasen y desembarazasen de las inmundicias que se amontonaban é inofendian la atmósfera. La lepra, enfermedad muy comun en aquellos tiempos, necesitaba leprerías, que no hallándose ni cerradas ni vigiladas, dejaron cundir y propagar esta horrorosa enfermedad; el rey las hizo rodear de tapias, y estableció en ellas una prudente policia. Finalmente, para prevenir, si era posible, todo género de corrupcion, dictó leyes severas contra las prostitutas. Un ejemplar sacerdote llamado Pedro de Roissi, habia convertido á algunas, y el jóven monarca hizo edificar el monasterio de San Antonio, para recoger á las que quisiesen abandonar sus malas costumbres. Los claros que quedaban entre las manzanas de casas situadas fuera del nuevo recinto, en los espacios cultivados que se llamaron Pequenos-Campos ó Champeaux, se llenaron insensiblemente de lugares de recreo á donde los vecinos iban á solazarse, y de vendeleros atraídos por la concurrencia. De esta suerte se enlazaron estos grupos de serrados.

Rareo que alli se retiraron los judíos, hábiles siempre en elegir los parages y medios adecuados para procurarse un crecido lucro, sea de la clase que aquita. Felipe los destrerró de su reino, aunque los grandes señores con quienes distribuían sus ganancias los defendieron hasta donde les fué posible; el rey no obstante fué inexorable y sostuvo su edicto, no concediéndoles sino tres meses para salir de sus dominios. Sus créditos fueron declarados ilegítimos, y los franceses exentos de las obligaciones contraídas con ellos, pagando al tesoro real la quinta parte de las deudas, y reserva fiscal que hizo algo odioso el edicto. Decíase en favor de los destrerrados que lo habian sido sin prévio exámen de los crímenes que se les imputaba, tales como la herejía á la religion cristiana y el asesinato de niños cristianos crucificados por ellos, en odio á esta misma religion. Sus partidarios decían ademas que tal emigracion causaria un perjuicio incalculable al comercio, sostenido únicamente por los judíos, mientras que el rey y su consejo opinaban por el contrario, que su destierro impulsaría á los franceses á aplicarse al comercio invadido por aquellos usureros. Fuéles concedido vender sus inmuebles y llevar consigo sus muebles, pero en plazo tan breve, que el permiso fué illusorio.

Por este tiempo el jóven Enrique se sublevó de nuevo contra su

padre, pero solo experimentó reveses, y el dolor que por ello sintió le condujo al sepulcro. La cuestion de la viudedad de su mujer y especialmente de Gisors amenazó renovar las hostilidades entre la Francia y la Inglaterra, pero la conjuraron felices negociaciones. Transigióse en cuanto á la viudedad mediante una suma, y por lo que respecta á Gisors, se convino en que esta ciudad formaria parte del dote de Alix, que á la sazón tenia diez y siete años, y que no obstante el viejo Enrique dilataba siempre dar á su hijo Ricardo, con el cual estaba comprometida hacia quince años.

Sin embargo, Felipe de Flandes, al hacer el sacrificio de la regencia, no habia abandonado el Vermandois que Luis VII le habia cedido, al menos por algun tiempo. El nuevo rey, aunque sobrino del conde, fué ménos complaciente que su padre, y reclamó el Vermandois, así en su nombre como en el de Leonor que le habia cedido sus derechos. El tio creyendo intimidar á su antiguo pupilo, se arrojó sobre la Picardia, donde causó horrosos estragos. Llegó hasta Dammartin, de cuyo castillo se apoderó. El rey salió al punto á campaña, y tan bien acompañado que el agresor temió y pidió un arreglo. Un legado del Papa que entonces se hallaba en Francia, intervino en el asunto, y consiguió que el flamenco guardase las ciudades de Perona y Sau Quintin vitaliciamente, pero restituyó el pais de Amiens con los demas dependientes del Vermandois. El jóven monarca cayó luego sobre el duque de Borgoña, que en esta discordia habia apoyado al conde de Flandes; tomó dos de sus mejores castillos, y los retuvo como garantias de la fidelidad que se hizo jurar.

Estas guerras, acompañadas siempre de bárbaros saqueos, causaban la ruina de muchos desgraciados. Los habitantes á quienes la devastacion y el incendio arrojaban de sus cabanas, erraban por los caminos y campos, y al fin se hacían tambien salteadores. Acosados por las mismas calamidades, formaban cuadrillas de ladrones y bandoleros. Denominábaseles *pastoreaux*, es decir, *pastorcillos* (*petits bergers*) porque los hombres de esta profesion constituían la fuerza principal de aquellas cuadrillas; y llegaron á hacerse tan formidables, que el mismo rey se vió precisado á salir á batirlos; defendiéronse con encarnizamiento, pero al fin fueron dispersados despues de grandes matanzas.

Los señores no podían desconocer que sus nefandas y eternas guerras eran la causa única de todas estas catástrofes, y buscaron un medio de evitarlas. En el Mediodia de la Francia, donde estos desórdenes eran mas frecuentes, convinieron bajo la fé del juramento prestado en manos de los obispos, y sometidos á la escumacion en caso de infraccion, abstenerse de guerrear durante cuatro dias de la semana; estos dias eran, el jueves, en recuerdo de la institucion de la Eucaristia; el viernes, en conmemoracion de la muerte de Jesucristo; el sábado, á causa de su descanso en el sepulcro, y el domingo, para celebrar su resurreccion. Este convenio fué llamado *la paz de Dios*.

Una efervescencia religiosa vino en apoyo de esta institucion. Un carpintero del Puy en Velay, llamado Durando, hombre sencillo, segun la vulgar creencia, pero que como veremos, no olvidaba sus intereses, publicó que Dios le habia hablado y mandado predicar la paz, y para prueba de su mision llevaba una pequeña imagen de la Virgen, que decia haberla hallado por revelacion en el tronco de un árbol de donde la habia tomado. Sobre este modelo fabricó muchas imágenes que vendia, reportando de este tráfico un lucro bastante considerable, pues la devocion de llevarlas se hizo casi general, despues de una asamblea de nobles, señores y obispos que se celebró en el Puy el día de la Asuncion. En ella se establecieron las bases de esta cofradia, cuyo objeto era procurar una paz permanente, y se señaló tambien el traje de los cofrades, que debían llevar pendiente del pecho esta imagen, y en la cabeza una gran capucha de tela blanca. El carpintero Durando vendia tambien estas capuchas.

Provisos de tales insignias, un hombre se hallaba no solo en seguridad, sino que era respetado entre sus mismos enemigos. Poco tardaron los holgazanes y los malhechores, perseguidos por sus maldades, en reunirse bajo la égida sagrada; mendigos al principio, convirtiéronse en ladrones. Su asociacion se aumentó con multitud de paisanos crédulos, de gentes sin oficio conocido y de toda clase de mujeres y torpes prostitutas. Fácil es conocer qué desórdenes se cometerian en esta hermandad, formada por gentes brutales sin freno ni subordinacion. Los predicadores tronaron contra el libertinaje de sus cofrades, y los señores los alejaban á viva fuerza de sus castillos. Los cofrades á su vez acriminaron al clero, y condenaron con dureza su lujo y su opulencia, y aun atacaron los dogmas; cada uno de ellos suprimia de la religion lo que le disgustaba; estos la confesion, aquellos el Purgatorio. Respetaban no obstante las apariencias; y marchaban bajo las banderas en que estaban representados Jesucristo, la Virgen y los Santos. Por lo que respecta á los señores, ¿con qué derecho, decían los cofrades, invaden los bienes que deben ser comunes á todos, como los prados, los bosques, la caza que recorre los campos y selvas, los peces que pueblan los rios y estanques, dones que la naturaleza concede igualmente á todos sus hijos? Apoyados en tales principios, no habia

género de depredación á que los asociados no se entregasen. Toda la nobleza corrió á las armas, y los persiguió cual si fuesen fieras; no se les concedía perdon cuando eran capturados, y ellos á su vez se permitían crueles represalias. Destruían los castillos, y llevaban por donde quiera el incendio y la desolación; acéusase de haber exagerado la ferocidad hasta el punto de asar los niños á la vista de sus madres. Por ambas partes se despedazaban con los tormentos de sus suplicios mas bárbaros que es posible imaginar. De este modo, una cofradía establecida para la consolidación de la paz, se convirtió en causa desastrosa de una guerra de esterminio. Los clérigos y los monges, los monasterios y las iglesias experimentaron la misma suerte que los nobles y los palacios. Despues de haber hacinado ruinas y escombros, y de haber corrido torrentes de sangre, aquellas hordas se dispersaron; pero los gérmenes de rencor contra el clero y la nobleza se mantuvieron vivos en el Mediodia de la Francia, y fueron mucho tiempo despues de estas calamidades el origen de nuevas turbulencias.

En Inglaterra reinaba todavía Enrique el Viejo, bastante atormentado por su mujer, Leonor de Guiena y sus cuatro hijos, casi todos en abierta pugna con él. El rey de Francia se mezclaba en las discordias del padre con los hijos, cuando así convenia á sus intereses, lo que acontecia de tiempo en tiempo. La demarcacion de las fronteras fué un motivo de desavenencias entre ellos, y de las contestaciones pasaron como de costumbre á las hostilidades.

El rey de Francia atacó al inglés desembarcando en Inglaterra. El éxito de esta operacion fué feliz; avanzaba en la isla y prometíase ya victorias decisivas, cuando un legado del Papa, instado por los obispos ingleses y normandos, obtuvo que las partes beligerantes entraran en negociaciones. El legado mostró en las conferencias tanta parcialidad, que Felipe no pudo menos de decir: que su conducta oía á florines ingleses. De esta manera, ya con florines, ya con guineas, estos isleños están hace mucho tiempo en posesion de servirse ventajosamente de estas armas contra los franceses.

La buena inteligencia renació al parecer entre ambos reyes con motivo de la cruzada que los cristianos de Oriente solicitaban al mismo. Todo estaba en confusion en la Palestina. El trono de Jerusalem, sucesivamente ocupado por mujeres, niños y hombres, á quienes la delicada salud ó la imbecilidad incapacitaba para gobernar, conmovido por las facciones de señores ambiciosos, que se disputaban la autoridad, atacado en fin en todas estas circunstancias por todas las fuerzas de los sarraecinos, reunidas bajo el mando del célebre Saladin, vino á tierra con manos del desgraciado Guido de Lusignan. La ciudad de Jerusalem fué tomada. Muerian ocurrían estos desastres, los principes europeos venían todos los dias llegar á sus córtes embajadores suplicantes, cargados de estensas peticiones, que contenían pinturas enérgicas de las atrocidades cometidas por los iníeles, y relaciones lastimosas de los padecimientos de los cristianos.

Conmovidos ó cansados por estos lamentos, los reyes de Francia y de Inglaterra se avistaron y convinieron en formar otra cruzada dirigida por los dos en persona. Al punto que este proyecto fué conocido, los señores, los habitantes de los pueblos y campos y los hombres de toda condicion y estado se apresuraron á tomar la cruz. Felipe se aprovechó sagazmente de este acceso de fervor religioso para establecer un impuesto que á pesar de ser muy gravoso no escitó, atendida la causa, ni quejas ni murmuraciones; denominóse el diezmo *solatino*, y consistía en hacer pagar á todos aquellos que no se alistasen, ya fuesen eclesiásticos ó seglares, ya plebeyos ó nobles, exceptuando algunos religiosos y los hospitales, la décima parte de sus rentas mientras durase la expedición. Los que se preparaban á partir se hallaban autorizados á empeñar por tres años los productos de sus patrimonios ó beneficios, y la ley ponía á los prestamistas al abrigo de toda oposicion ó repeticion.

Los medios establecidos por Ricardo denominado *Corazon de Leon*, entonces rey de Inglaterra, quien empleándose eficazmente en la Guiena y otros estados que poseía en Francia, vióse en breve al frente de tan respetable ejército, que se sintió tentada su amficion. Existían siempre entre ambos reyes graves motivos de discordia relativamente á las fronteras, y entre otros no ajeo respecto del condado de Tolosa. Sin quejas previas, Ricardo llevó sus cruzados contra las tropas que el rey de Francia mantenía en sus límites para defenderlos. Felipe, aunque sorprendido, sostuvo tan bien el ataque, que después de algunos descalabros acometió y venció; estas alternativas produjeron negociaciones y después la paz y medidas comunes entre los dos principes para efectuar la cruzada. Esta resolucion fué adoptada por sugestion de un santo sacerdote llamado Foulques, y porocio de Neully, que en esta cruzada desempeñó casi el mismo papel que Pedro el Ermitano en la primera.

Lo que acababa de ocurrir hizo comprometerse á los dos reyes á no atacar bajo ningún pretexto sus respectivos estados mientras durase la expedición. Confeccionaron luego reunidos las leyes de buen régimen que debían observarse en ambos ejércitos. Prohibióse lle-

var mujeres exceptuando las lavanderas; al que diese muerte á otro debía ser segun el lugar del delito, ó arrojado al mar ó enterrado vivo, atado con el difunto; al que hiriese se le cortaría la mano; al que maltratase á otro se le sumergiria tres veces en el mar; al culpable de hurto se le cubriría la cabeza de pez caliente, se le empujaria y dejaría abandonado en la primera orilla.

Los dos reyes se embarcaron á mediados del verano, Felipe en Génova y Ricardo en Mars-Illa, con terminante promesa de vivir juntos en cordial armonía, es decir, con aquella cordial armonía que puede reinar entre dos competidores que ya han medido sus fuerzas, y á quienes á pesar de la estimacion reciproca queda todavía mas evitada que benevolencia. Felipe habia hecho su testamento que contenía acertadas disposiciones que debían observarse durante su ausencia y en caso de muerte ó de prision. Dejaba, es cierto, su reino tranquilo bajo la regencia de Alix de Champaña, su madre, y de Guillermo, arzobispo de Reims, su tío; pero sin otro sosten en caso de eventualidades criticas que un solo principe todavía en la cuna, habido de Isabel, hija de Balduino, conde de Flandes, princesa jóven, dotada de gracias y virtudes, que murió á los veinte y un años. Esta habia experimentado algunos disgustos á causa de Felipe el antiguo regente, su tío, cuyo partido abrazaba con calor. Su desgracia duró poco, y cuando la muerte la arrebató se hallaba enteramente reconciliada con su esposo, cuya amargura unida á la de todo el reino la acompañó al sepulcro.

Terribles temporales arrojaron á los dos reyes á la Sicilia, y los arrojaron de nuevo cuando quisieron alejarse de sus costas, de manera que pasaron en esta isla el resto del verano y todo el invierno. Sus tropas se hallaron allí desocupadas y reducidas á causa de su considerable número á una escasa subsistencia, doble motivo para hacer temible á los sicilianos la permanencia de tales huéspedes. Suscitáronse discordias entre los ingleses y los habitantes de Mesina, porque sospechando los primeros que en la ciudad habia muchos vives, los pillieron en excesivo número en concepto de los mesineses, que temiendo al hambre se negaron á darles la cantidad pedida. Los ingleses sitiaron la ciudad, la asaltaron y saquearon, y esta fué la primera causa de desavenencia entre los reyes de Francia y de Inglaterra. Ricardo hizo enarbolar sus estandartes sobre las murallas que acababa de conquistar, y Felipe conceptuó un desacato que su vasallo se tomase tales libertades en su presencia. El negocio se arregló repartiéndose los honores, aunque los franceses indiferentes á la cuestion no habian participado de los peligros. Las sospechas que asaltaron al rey de Francia aumentaron la frialdad entre ambos monarcas. El de Inglaterra, enemistado completamente desde el principio con Tancredo que reinaba en Sicilia, y que estaba personalmente ofendido de sus modales atlaneros é imperiosos, se reconcilió súbitamente con él, y entre ellos se estableció la mas cordial inteligencia celebrando frecuentes conferencias en que ninguna parte daba á Felipe, quien no podía hallarse sin desconfianza y temor entre dos principes que se mostraban bastante mal intencionados, y cuyas fuerzas reunidas, si caían sobre él bajo cualquier especioso pretexto, estaban en posicion de hacerle correr los mayores peligros.

Todos se daban sin embargo reciprocas muestras de consideraciones y miramientos; pero al fin rompió Ricardo. Hemos visto que Enrique no cesó de suscitar obstáculos á la conclusion del matrimonio de su hijo con Alix. Sospechóse que esta tenaz oposicion era motivada por una pasion vituperable del anciano monarca á su futura nuera; algunos la atribuyeron á causas políticas, es decir, al deseo de mortificar y contener á Leonor, haciéndola entrever que podia repudiarla y casarse con Alix. Sea de esto lo que quiera, el año mismo de la muerte de este principe, y teniendo entonces veinte y tres años, habiendo Ricardo rotó con su padre con tal motivo, obligó apoyado por el rey de Francia, á recibir la ley, á desprenderse de la princesa y entregarla en manos de terceros. Esta fué una de las condiciones del tratado de Azai ó de Conlommiers, concluido en 1193. Pero esta violencia hecha al viejo monarca, los contratiempos que le obligaron á descender de ella, y sobre todo el nombre de su hijo Juan á quien amaba mas que á los otros y á quien halló en la lista de sus enemigos, fueron otras tantas puñaladas que causaron y aceleraron su muerte, que tuvo lugar á los dos dias de la ratificación del tratado.

Nadie de allí en adelante impedia á Ricardo llenar los compromisos cuya ejecucion habia proseguido con tanto calor, pues que su cumplimiento solo dependia ya de su voluntad. Su conducta posterior y el olvido en que dejó á la princesa prueban que un celo faccioso habia dirigido su conducta. Por otra parte, estaba hostigado por su madre Leonor á quien siempre mostró mucho cariño y deferencia. Naturalmente indisputada por efecto de sus celos contra una princesa que habia pasado por su rival, apoyaba eficazmente los rumores desfavorables que habian circulado en menuda de Alix; hizo mas todavía: aprovechóse de abusando de la confianza que le manifestaba su hijo, se encaminó á Navarra para buscarle una esposa, y le hizo saber que la llevaba consigo.

Al recibir esta noticia, Ricardo declaró á Felipe que ya no quería á su hermana, y esperaba otra esposa, y que si se oponía á su matrimonio renunciaría á la cruzada y se volvería á Inglaterra, Felipe, ofendido de la afrenta inferida á su hermana y de la amenaza de realizarla á su vista, consideró sin embargo que si dejaba regresar al inglés á sus estados, este podría aprovecharse de su ausencia para excitar disturbios en los suyos. En consecuencia determinó, aunque con gran pesar hacer el sacrificio de su hermana, bajo condición de que Ricardo por su parte devolvería el dinero y las ciudades del Vexino, que habían sido dadas por su dote. Pero penetrado de su propia importancia, y cifrando por otra parte su gloria pueril en ostentar las pretensiones mas exageradas, ó hacer prevalecer sus caprichos mas irreflexivos, Ricardo, siempre altivo, orgulloso y decidido, se negó rotundamente á devolverlas; y Felipe, movido por las mismas consideraciones que le habían ya obligado á disimular, se vio tambien esta vez en la necesidad de pasar por la voluntad de su imperioso aliado y de contentarse por salvar al menos su honor, con una apariencia de indemnización en dinero y con la entrega de Issoudun y Grassay, y de algunos otros dominios que reclamaba en Auvernia. Cuando este arreglo quedó concluido, el inglés, sea por capricho, sea por amor á la paz, no quiso ya salir de Sicilia, y fué preciso que sus propias tropas que deseaban vivamente acabar su peregrinacion le impeliesen á ello. Hízose en fin á la vela para la Palestina, pero una tempestad le condujo á la isla de Chipre. La primera division de su flota se estrelló en las costas. Un tal Isaac Comneno reinaba en la isla, y por sus órdenes los desgraciados naufragos fueron encerrados en lóbregos calabozos. Ricardo, al abordar con la segunda division tuvo noticias de esta bárbara conducta, arrojóse al punto en sus lanchas, saltó el primero á tierra destruyó las tropas que el tirano le opuso, le hizo prisionero y despojó de todas sus posesiones. Ricardo durante su permanencia en Palestina vendió ó dió este reino á Guido de Lusignan, para indemnizarle de la pérdida del Jerusalem, y su familia lo poseyó cerca de trescientos años. Al cabo de este tiempo pasó á los venecianos, y de estos á los turcos que se hicieron dueños de ella en 1571. Ricardo se proyectó en dicha isla de abundantes vivas, sacó fuertes contribuciones y llegó á Palestina en un estado brillante, á la cabeza de tropas frescas y descansadas, mientras que los franceses que arribaron á aquellas apartadas comarcas, habían sentido ya la influencia de su clima ardiente, y se veían atacados de enfermedades que arrebataban considerable número.

Á los dos reyes reunidos se agregaron los cristianos del pais con sus enemistades y sus ambiciones. Un marqués de Montferrat se habia hecho declarar rey de Jerusalem. Lusignan reivindicaba este vano título, y Ricardo le apoyaba, al paso que Felipe se habia declarado por el marqués. Es cierto que las animosidades desaparecieron cuando se trataba de combatir, pero lo es tambien que estallaban en las deliberaciones é impelían con frecuencia que se adoptase el partido mas ventajoso para las operaciones militares. El desacuerdo ó la rivalidad entre ambos reyes era tan ostensible, que el amigo del uno era por el mismo el enemigo del otro: Leopoldo, marqués de Austria, se habia unido con los alemanes al rey de Francia, lo que bastó para que el de Inglaterra procurase molestarle. Los apoderadores del ejército habían señalado un alojamiento para el marqués, y segun la establecida costumbre sus criados habían colocado sobre la puerta sus insignias. Ricardo las hizo arrancar y arrastrar por el barro, accion de que tuvo que arrepentirse en lo sucesivo.

Ricardo se permitia esta conducta imperiosa y altanera respecto de todos indistintamente, de lo que Felipe tuvo ocasion de quejarse con frecuencia. Cansado de estas contrariedades, disgustado con las pocas ventajas que procuraban á la causa comun algunos triunfos parciales y no prometiéndose muchos para lo sucesivo, vista la discordia profunda que se aumentaba visiblemente entre todos los gefes cruzados, y debilitado por otra parte por una enfermedad que le hizo perder los cabellos y las uñas, despues de haberse apoderado de San Juan de Acre, conquistó bastante honrosa para conoherstar una retirada, Felipe tomó el partido de regresar á su reino y declaró sin ambages su proyecto. Ricardo se quejó agríamente é invocó la promesa que se habian hecho de no abandonar la Palestina, si no despues de terminada la expedicion. Felipe permaneció firme en su resolucion, pero dejó al rey de Inglaterra diez mil de sus mejores infantes y quinientos ginetes, á las órdenes del duque de Borgona, que se retiró poco al rey de Inglaterra, y el mouare francés partió sin tardanza.

Algunos meses despues Ricardo imitó su ejemplo, á pesar de sus victorias contra Saladino, á quien derrotó en una sangrienta batalla y arrebató muchas plazas fuertes. Pero la defeccion del duque de Borgona y la retirada de Leopoldo, marqués de Austria, le obligaron á verificar tambien la suya. Despues de un tratado con Saladino, cuyas cláusulas se ignoran, pero cuyos efectos son conocidos, y de haber hecho reconocer por rey de Jerusalem á Enrique, conde de Champana, yerno del rey Amatury de Anjou, que habia muerto veinte años antes, se embarcó con direccion á Europa. Las tem-

pestales le acogieron á su regreso como á su salida, y esta vez le condujeron á Aquilea en el fondo del golfo Adriático. Ricardo intentó atravesar la Alemania disfrazado de templario, pero conocido en las tierras del marqués de Austria, á quien habia ofendido en Palestina, fué preso y entregado por él al emperador Enrique VI, otro enemigo de Ricardo á causa de sus relaciones con Tancred, rey de Sicilia, usurpador de este reino en perjuicio de Constanza, esposa del emperador. Ricardo expió los delirios de su vanidad con una detencion de catorce meses.

Felipe encontró su reino en buen estado, por lo que juzgó ser aquella ocasion oportuna para romper el injusto tratado que le habia arrancado en Sicilia el imperioso Ricardo, con motivo del dote y de la viudedad de su hermana, y al cual solo se habia sometido para evitar el regreso con que le amenazaba este príncipe, regreso que parecia deber ser tan funesto á la expedicion de la Tierra Santa, cuanto peligroso para la Francia en ausencia de su rey. Felipe entró pues en el Vexino, púsose de nuevo en posesion de las ciudades que habia cedido, y aun de algunos dominios normandos que decia ser dependientes de las ciudades reconquistadas, y esta dió ocasion á los ingleses para acusarle de que habia violado la palabra que se dieron recíprocamente de respetar sus respectivas propiedades durante todo el tiempo pronto en otros mas importantes. Respecto de estos intereses secundarios se absorcieron pronto en otros mas importantes.

El anciano Enrique habia tenido cuatro hijos: Enrique, el primogénito, á quien el padre asedió al trono, y murió antes de él sin hijos; Ricardo, Corazon de Leon, agraciado con el dote de Aquitania en vida de su padre, pero no con la corona de Inglaterra, la heredó lo mismo que la de Normandia, y las unió á su ducado. Enrique casó á su tercer hijo Godofredo con la heredera de Bretaña. Este príncipe murió jóven, y solo dejó un hijo llamado Artus ó Arturo. Respecto del cuarto llamado Juan, su padre ni su madre pensaron en darle estados, por lo que fué denominado Juan Sin Tierra. Al partir para la Tierra Santa, parece que Ricardo por falta de confianza en su hermano Juan, no le dejó autoridad alguna ni en Inglaterra ni en Normandia. Todo lo mas puede conjeturarse que le abandonó como una especie de obsequio el condado de Mortaigne, y de que el príncipe tomó el título.

La ausencia de Ricardo pareció á Juan una ocasion oportuna para salir del estado de nulidad en que se hallaba. Pretendió tener derecho para introducir algunos cambios en la administracion decretada por Ricardo para sus estados, destituyó á varios jueces y gobernadores, y los trasladó de un lugar á otro. Los regentes nombrados por Ricardo no tardaron en oponerse á sus empresas y le obligaron á alejarse de Inglaterra, para lo que se reunió á los señores de la Normandia donde residia, y al efecto solicitó al rey de Francia, su señor. Este no se negó á prestarle su apoyo, y Felipe y Juan entablaron muy cordiales relaciones.

Mucho se dudó por algun tiempo del paradero de Ricardo, pero se supo al fin que se hallaba prisionero en poder del emperador de Alemania. Su madre Leonora fué á buscar á Enrique VI para tratar del rescate de su hijo, y sostienen algunos autores que las principales dificultades con que tropezó procedieron de parte de Felipe Augusto y del conde de Mortain, animados entrambos de un interés igual en perpetuar el cautiverio de Ricardo. Á medida que la reina hacia ofrecimientos pecuniarios, ellos los neutralizaban ofreciendo cantidades mucho mayores al emperador, hombre escesivamente avaro. No obstante, Ricardo obtuvo su libertad tan á tiempo, que si no hubiera abandonado la Alemania con la mayor celeridad, el emperador que deslumbrado por nuevas ofertas habia enviado tropas para prenderle, le hubiera cargado de grillos.

Fácil es conocer que volvió lleno de justo resentimiento contra el rey de Francia y el conde de Mortain. Felipe para poner al conde al abrigo de la cólera de su hermano, le dió plazas fuertes en que pudiese guarecerse, provistas de respetables guarniciones que dejó á sus órdenes. Juan, á quien conocemos mejor en lo sucesivo, abusó cruelmente de esta confianza. Nada mas natural que los desee de congraciarse de nuevo con su hermano, pero lo consiguió por medio de la mas horrorosa traicion. Hallándose en Evreux, una de sus plazas de seguridad, convidó á comer á los oficiales de la guarnicion en número de trescientos, casi todos nobles; les hizo assinar al final del banquete, y entregó la ciudad á su hermano, que recibió de sus manos ensangrentadas este fruto atroz de la mas negra perfidia.

Felipe se vengó incendiando la ciudad de Evreux. Hallábase á la sazón ocupado en un negocio que le causó muchos conflictos é inquietudes. Tres años hacia que la reina Isabel habia dejado de existir, y el rey trató de poner fin á su viudez, algo larga ya para un príncipe de veinte y cinco años. Ignórase porqué fué á buscar una hermana de Canuto, rey de Dinamarca, y porqué se separó de ella al dia siguiente de su casamiento. Unos dicen que la halló algun defecto secreto, y otros disculpan por las necias preocupaciones de aquel tiempo, aseguran que fué á causa de un malficio. Lamábase Ingelburga, no tenia si no diez y siete años, y reunia á la hermosura las



gracias inocentes de su edad. Felipe no obstante pidió el divorcio, y reunió en Compiègne á varios obispos para que lo sancionasen. Los trámites del procedimiento se extendieron en francés, idioma que la jóven dinamarquesa ignoraba. Cuando se le leyó y explicó el fallo, ategóse en lágrimas exclamando: «Maldita Francia! Maldita Francia! Roma! Roma!» dando á entender con estas palabras que apelaba al Papa. Desahala la corte que regresase á Dinamarca, á lo que ella accedió al pronto y se puso en camino; pero atendiendo á las reflexiones que se la hicieron de que el aljarse de Francia era abandonar su causa y conlamerse á sí misma, retrocedió y entró en un convento. Creyéndose suficientemente autorizado por él fallo del divorcio, Felipe fué de nuevo á buscar á una extranjera, y casó con suponia desraña, hija de un duque de Misnia, princesa á quien se suponía descendiente de Carlomagno, y que como Ingeburg era á la vez jóven y hermosa.

Però los esfuerzos del rey de Dinamarca y del de Inglaterra que le secundaba, obtuvieron del Papa la revision del proceso, la cual tuvo lugar en un concilio celebrado en París á la vista del rey. Su presencia no pudo conseguir sino dilaciones y una irresolución de que no se le dejó disfrutar mucho tiempo. Estos procedimientos ocurrieron en el pontificado de Celestino III, menos activo, menos emprendedor que su sucesor Inocencio III. Este, sospechando que el caso en cuestion no habia sido tratado en los concilios de Compiègne ó de Paris con el discernimiento ó la equidad necesarias, convocó un tercero en Lion, ciudad libre y que se consideraba independiente de la Francia. La sentencia fué diametralmente contraria á los deseos del rey, pues condenábase en ella á que se separase de Inés y se reuniese á Ingeburga, bajo pena de excomunion y del entredicho de su reino. Pronunciáronse igualmente penas canónicas contra los obispos, juzgados en ambos concilios como culpables de negligencia ó de soborno.

El rey creyó conjuntar tales dificultades por medio de una apelacion y otros dilatorios; pero el Papa nada escusó, y al espirar los plazos prescrito leminó la excomunion y el entredicho. Enarraz las iglesias se cerraron en sus funciones, y se negaron á administrar los sacramentos excepto el del Bautismo. Sacáronse de sus urnas las reliquias de los santos y estendiéronlas sobre la ceniza y el cilicio, cubriendo al mismo tiempo sus imágenes y cuadros; dejó de escucharse el tañido de las campanas, y todo presentaba un aspecto lúgubre que llenaba de tristeza al pueblo. El rey prohibió estas demostraciones que miraba como otras tantas bostijadas; maltrató á los sacerdotes que las predicaban y observaban; los señores y los pueblos que se prestaban á ellas sufrieron grandes vejámenes, y exasperándose primero sublevarónse después, de lo jámenes, y exasperándose primero sublevarónse después, de lo que surgieron desórdenes de tal naturaleza que equivalieron á una guerra civil. La desgraciada Ingeburga fué encerrada en el castillo de Etampes y puesta á malos tratamientos, hasta verse privada de lo mas indispensable. Dos legados enviados por el Papa fueron á exhortar al monarca á quien el rigor habia exasperado, á que lichese cesar tamaño escándalo; apellaron para reducirle á la suavidad, y obtuvieron de él que se reuniese á su esposa, pero solo la tuvo á su lado cuarenta dias y la rechazó de nuevo.

Era ya mucho el haber dominado aquel carácter impetuoso, aunque solo fuese por algun tiempo. Este primer triunfo inspiró algunas esperanzas, y en efecto, el rey dió señales de que quería entrar en arreglos; solicitó una nueva revision y le fué concedida; los obispos encargados de verificarla se reunieron en Soissons. Felipe asistió á ella seguido de una comitiva de jurisconsultos y canónicos, á guisa de hombre resuelto á defenderse á todo trance. Fue á en el momento en que mas acalorada estaba la discusion, fué á buscar á su esposa que se hallaba en un convento, volvió á Padua, la abrazó, la montó en las ancas de su caballo, voló á Paris y envió á decir á los obispos estupefactos que podian retirarse, puesto que nada habia ya en ella en completa armonia; pero segun algunos historiadores, vivió con ella en completa armonia; pero segun otros, la princesa solo reconvino el confín. Por lo que respecta á Inés, obligada á renunciar á la union que creia contraria segun las leyes, murió de pesarumbre, dejando dos hijos que fueron declarados legítimos á causa de la buena fé de su madre, pero le sobreviviéron poco tiempo. Debemos celebrar en Felipe Augusto el haber sabido sobreponerse á la mal entendida vergüenza que perpetua algunas veces las faltas, y el haber tenido el valor de condenar á sí mismo delante de sus vasallos á quienes tanto habia escandalizado.

Como á pesar de estos desvíos era estimado generalmente, hallóse en estado de sostener la guerra contra el rey de Inglaterra con mas igualdad de recursos que lo que habia podido mientras duraron estas turbulencias. Esta guerra habia empezado desde que Ricardo se vió libre de su prision, y continuó con sobrada claridad evidencias y sucesos de toda clase que revelaban con sobrada claridad el mútuo rencor de estos principes. No habia agravios que no pro-

curasen hacerse, y por lo regular se buscaban en lo mas recio de las batallas para combatir cuerpo á cuerpo. Era entonces costumbrado que nuestros reyes llevasen consigo en sus marchas, los libros de guerra, sus tesoros, su capilla, los adornos reales, los libros de las contribuciones, los títulos de propiedad y otros documentos importantes. Ricardo sorprendió entre Trevelay y Blois la retaguardia donde estaba este depósito, y no quiso devolverlo, al licuarse los documentos, por grandes que fueron las ofertas que se le hicieron; así pues, conservárase todavía en la torre de Londres. Algunos testigos oculares dicen que solo quedaban de ellos las listas de impuestos y que esto es todo lo que fué cogido.

Entre los rasgos notables de valor que distinguieron por ambas partes esta guerra sangrienta, no debemos olvidar un encuentro muy peligroso del que Felipe se libró por su arrojo. Con motivo de sucesiones y reparticiones, habiase suscitado entre los señores flamencos serias desavenencias fomentadas por Ricardo. El rey de Francia su señor fué á conciliarlos y sometió con las armas á los mas obstinados. Al volver acompañado únicamente de doscientos sesenta caballeros y poco mas de un doble número de infantes, encontró en la márgen opuesta de un rio no muy caudaloso que le era necesario pasar, un ejército de ingleses formado en batalla. Segun las reglas de la prudencia, él se retiró para retroceder ó fortificarse en la orilla esperando auxilios, pero qué afortuna hubiera sido para el rey de Francia la ir de delante de los ingleses ó dejar traslucir el tenor Arrojase al frente de su escolta sobre aquellos numerosos batallones, por un puñetillo que habian dejado en el intento de atraerle, los ahuyentó y derrotó, entrando luego vencedor en Gisors donde se puso en seguridad.

Cinco años de guerras fueron á menudo interrumpidos por algunas treguas, pero ambos principes solo se las concedían á lo que parece para reponerse. Hallábase en uno de estos armisticios cuando Ricardo murió á la vista del pequeño castillo de Chalus en Poitou. Habíase divulgado el rumor de que el señor de este lugar habia encontrado un tesoro considerable; Ricardo como conde de Poitou pidió su parte, pero habiéndole sido denegada, sitió el castillo, se espuso temerariamente y atravesado por una flecha espiró en tan pequeño lance. Atribuyese su muerte no tanto á la gravedad de su herida cuanto á los escosos á que se entregó durante la curacion; era muy inclinado á los placeres de la vida licenciosa; no lo ocultaba, y lejos de ello convertía en objetos de chistes sus inclinaciones á la disipacion. Fontques de Neully, aquel respetable sacerdote, apóstol de la última cruzada, á quien su virtud autorizaba al parecer para hablar con alguna libertad, le dijo cierto dia: «Señor, desahacese pronto de las tres peccadas que os arruinan: su remedio: la soberbia, la avaricia y la injuria.» Pues bien, respondió el monarca, doy mi soberbia á los templos, mi avaricia á los monges y mi injuria á los prelados.

Después de Ricardo que no dejó hijos, la Inglaterra y sus adyacencias en el continente debian pertenecer á Arturo, hijo de Godofredo que habia casado con la heredera de Bretaña y que habia muerto siendo primogénito de Juan Sin Tierra; pero este se apoderó de todo; Arturo reclamó sus derechos y la proteccion del rey de Francia. Felipe le concedió auxilios, pero calculados de tal manera que la guerra de los ingleses que era la paz de los franceses, no terminada demasiado pronto, sino que duró cinco años con igual animosidad entre ellos; por esta causa duró cinco años con igual animosidad entre ellos; por esta causa duró cinco años con igual animosidad entre ellos; por esta causa duró cinco años con igual animosidad entre ellos. Hallábase próximo á espulsar á Juan Sin Tierra de la Normandia cuando se dejó sorprender en una emboscada. Una vez en poder de su tio, este le pidió por rescate la cesion absoluta de sus derechos, á lo que no quiso acelerar Arturo, Juan le condujo de prision en prision añadiendo al cautiverio malos tratamientos. Finalmente, se lo hizo llevar á Rouen donde él residia, lo encerró en una torre en medio del Sena, y trasladándose á ella durante la noche renovó sus instancias y amenazas, pero el principe permaneció inflexible. Juan mandó entonces al capitán de la guardia que le librase de aquel pertinaz; pero el capitán se negó á prestarse á violencia alguna. El inhumano tio desvaneció entonces sus espaldas, le mandó en el cuerpo de su sobrino, le tendió á sus pies, ó inclinándose sobre el cuerpo espirante, le ató una enorme piedra y arrojó al rio. Esta es la relacion mas probable de aquella horrosa catástrofe, cuya escena trasladan otros historiadores á Cherburgo ó orillas del mar.

Aunque perpetrado en las tinieblas, este crimen espantoso se divulgó al punto, excitando una indignacion general. Los bretones, que amaban tiernamente á Arturo, único descendiente de sus principes, corrieron á la venganza y se arrojaron sobre la Normandia, provincia la mas próxima á ellos de todos los estados de Juan Sin Tierra. Muchos señores normandos, ya para no ser victimas del saqueo, ya por horror á crimen tan bárbaro se unieron á los bretones, y todos unánimes pidieron el castigo al rey de Francia su señor. Felipe, que tal vez no era ageno á aquella general conmocion, reunió el tribunal de pares y citó á él á su vasallo para que respondiese sobre aquel crimen y sobre otros motivos de acusacion, en-

tre los cuales , además del infidencia , figuraban perfidias semejantes al asesinato de los oficiales de la guarnición de Breux.

El rey de Inglaterra no declinó la jurisdicción , y pidió un salvoconducto ; Felipe le ofreció uno para la ida , pero declaró que la seguridad para la vuelta dependería de las condiciones de la sentencia que se dictase. Juan no se atrevió á esponerse al rigor del tribunal ; no compareció , á nadie envió en su lugar , y como contumaz fué sentenciado á muerte. Por la misma sentencia , todas sus tierras en Francia fueron confiscadas , adquiridas por el rey é incorporadas á la corona. De este modo la Normandía se agregó á la Francia doscientos noventa y dos años después de su desmembración. Empero la sentencia que despojaba á Juan no fué tan fácil de ejecutar como de pronunciar. Es cierto que Felipe se apoderó de partes considerables , pero la totalidad no fué devuelta á la Francia sino después de doscientos cincuenta años de guerras desastrosas.

No les bastaban á los franceses las guerras que á todas horas hallaban en su país , sino que fueron á buscarlas al Asia. Hasta en medio de los placeres se hablaba de cruzadas. Foulques de Neuilly , que había conseguido formar la tercera en tiempo de Felipe y de Ricardo , se empenó en provocar la cuarta , pero no pudo comprometer á los reyes ; mas sabiendo que Teobaldo el Grande , conde de



Felipe Augusto conduciendo á su esposa.—Pag. 105.

Champaña , el príncipe mas opulento y espléndido de aquel tiempo , había señalado en Corbia un terreno á donde debían ir los grandes señores y los nobles mas distinguidos de las tierras y de los estados comarcanos , corrió á dicho punto y empleó allí tan títilmente su locuacidad y celo , que en medio de los festines , de las justas y los galantes episodios que estas diversiones ocasionaban , todos tomaron la cruz y se obligaron al santo viaje.

Diputaron á Venecia á seis de ellos encargados de hacer un contrato con su república para trasladar las tropas á la Palestina. Aquellos mercaderes mas astutos que una nobleza ocupada exclusivamente de combates y gloria , fijaron tan altos los precios del transporte que parte de los cruzados se disgustaron ; unos regresaron á su país y los mas celosos buscaron otros caminos ; pero los venecianos los ajustaron consentiendo en que á falta de dinero se les pague con servicios , y estos consistían por parte de los cruzados en reconquistar en provecho de la república la ciudad de Zara en Dalmacia , que el rey de Hungría les había arrebatado. Bajo esta condi-

ción los republicanos prometieron renmir á los cruzados un cuerpo de tropas cruzadas tambien y obligadas por voto á la expedición.

Firmóse el tratado con reciproca satisfacción , y los guerreros llegaron en tropel á Venecia. Zarpan al fin y Zara es reconquistada. Mientras todos se disponían á trasladarse á la Palestina , llegó un príncipe griego llamado Alejo , hijo de Isaac Angelo , emperador de Constantinopla , destronado , privado de la vista y aprisionado por Alejo , su propio hermano , á quien en otro tiempo habia rescatado del cautiverio. El jóven Alejo fué enérgicamente recomendado á los cruzados por el emperador Felipe , que se habia casado con su hermana Irene. El alemán prometía y juraba ayudar con todo su poder á los cruzados para la conquista de la Tierra Santa , sus auxilios á su cuñado , y les instalaba á que emperasen restableciéndole. Por su parte el jóven príncipe no escaseaba pomposas promesas , diciendo daria para los fondos de la cruzada dos mil marcos de plata , y vivieres en abundancia por espacio de un año , tiempo suficiente para reinstalar á su padre en el trono ; que luego enviaria á la Palestina con los cruzados diez mil hombres á sus espaldas , y por último ofrecía (esto debía ser en sumo grado halagüeno al Papa , cuyos legados se hallaban presentes y disfrutaban de gran autoridad) someter la Iglesia griega á la latina. Los venecianos se inclinaron tambien á los griegos , porque se lisonjearon con la idea de que en una guerra que se hiciese á sus puertas podrían apoderarse de algunas ciudades á su capricho y aumentar sus estados de tierra firme. «Constantinopla Constantinopla!» esclaman todos los cruzados. Aparejan , bogan alegremente , y hé aquí á cinco ó seis mil franceses y á trece ó catorce mil hombres á sueldo de los venecianos delante de una ciudad rodeada de fuertes torres , de buenas murallas , provista de municiones , con una poblacion de cuatrocientos mil hombres aptos para manejar las armas , mandados por un emperador bastante consolidado en su trono , aunque usurpador. Dicese que á la vista de aquellas formidables murallas , los cruzados no obstante su intrepidez se intimidaron un poco en su empresa. Pero el guante estaba arrojado y era preciso vencer ó regresar cubiertos de oprobio. Atacaron pues con ciega ímpetu y escalaron ; pero rechazados primero , vuelven á la carga y se precipitan en la ciudad. El usurpador atemorizado reúne sus tesoros y huye. Los vencedores reinstalan á Isaac el ciego en el trono , y ayudan al hijo á reducir á los rebeldes que todavía resistían.

Crecían que les bastaba abrir la mano y que iba á caer en ella el fruto de su victoria ; en efecto , Alejo para remunerarles impuso fuertes contribuciones y se apoderó de la plata de las iglesias : esta conducta disgustó á sus vasallos. El clero le conservaba un secreto rencor por la promesa que habia hecho de someterle á la Iglesia de Roma. Como por otra parte no llegaba el dinero ni con prontitud ni con abundancia , los cruzados murmuraban y creyeron ver en tales dilaciones el proyecto de desconcentrarlos , para que cansados de tan eternas dilaciones tomasen al fin el partido de volverse á su país ó encaminarse á la Palestina. Estas sospechas enfriaron notablemente las relaciones de los señores cruzados y Alejo , de suerte que este no halló apoyo alguno en ellos en el momento de estallar una conjuración que se tramaba contra él. El caudillo de la facción se llamaba tambien Alejo , llamado Murzullo por sus gruesas cejas , que halló poca dificultad en deshaerse del jóven príncipe , odiado del pueblo y del clero y abandonado por sus protectores. El hijo del ciego fué muerto en una prision , y su padre Isaac murió de pesar.

Murzullo hizo gestiones cerca de los cruzados para atraérselos y sostenerse con su apoyo en el trono , pero ellos se negaron á asociarse al asesino de su antiguo amigo. Acampaban fuera de la ciudad y desde su campamento veían los trabajos que el nuevo emperador hacia para su defensa ; los preparativos eran alarmantes. En efecto , el primer asalto ningun buen resultado dió á los cruzados , pero en el segundo se apoderaron de la ciudad. Todos los historiadores nos presentan un cuadro horroroso de las violencias cometidas por una soldadesca desenfrenada ; el saqueo fué tan general como inhumano , sin consideracion alguna á las mujeres , sin el menor respeto á las iglesias. Solo la parte que cupo á los franceses fué evaluada en cuatrocientos mil marcos de plata. Murzullo huyó con todas las riquezas que pudo extraer de palacio.

El trono quedó vacante , y no volvió á tratarse ya entre los vencedores de hacerlo ocupar por los griegos. Convinieron en que el emperador fuese francés , y el patriarca veneciano. La corona recayó en Balduino , conde de Flandes. Bonifacio , marqués de Montferrat , habia servido en las filas del ejército ; pero los venecianos le desecharon , temiendo que si se suscitaba alguna diferencia con él , se viese apoyado contra ellos por los príncipes de Italia , aliados ó parientes suyos en su mayor parte. Bonifacio se desquitó con el reino de Tesalia , que adquirió casándose con la viuda del emperador Isaac. Un tal Lascaris , señor griego , se apoderó de la Anatolia , y bajo el título de emperador estableció su residencia en Nicea. Alejo Comeno , nieto de Andronico I , se retiró á Trebisonda , en las costas del Ponto Euxino hacia la Colchida , y allí fundó un reducido

estado, que engalanó con el magnífico nombre de imperio de Trebisonda. Otros muchos, así griegos como franceses, se formaron principados. Los venecianos se tomaron la isla de Creta ó Candia, con la libertad de que usaron ampliamente de agregar á sus estados todo lo que les convenía. Así se desmembró el imperio griego, al que no quedó sino un territorio muy limitado, espuesto á ser invadido por el primer agresor que se presentará, lo que no hubiera sucedi-

bitado entonces por muchos pequeños señores, retirados á sus montañas erizadas de castillos, muy adecuados para ocultar á los ladrones y sus hurtos. Procuróse atraerlos á la nueva secta por medio de la dulzura y la persuasión; pero los obispos emplearon todos sus desvelos para evitarlo, y pusieron en su clero varios predicadores que al principio obtuvieron resultados; el Papa nombró legados, encargados de apoyar sus esfuerzos con los rayos de la Iglesia ó con la indulgencia, según las circunstancias.

Quizá aquellos sectarios se hubieran dispersado, si no hubiesen hallado un apoyo en Raimundo VI, conde de Tolosa. Este príncipe, hombre de fe dudosa, desoso de rehabilitar su reputación bajo este concepto, llamó á su lado á Pedro de Castillo-Nuevo, uno de los legatos. La conferencia habida entre ellos no fué pacífica, pues Raimundo despidió al legado bajo amenaza de castigarle por las acriminaciones que sin duda le había dirigido. Pedro fué asesinado en el camino por algunos malhechores, apostados, según se creyó, por el conde de Tolosa. El Papa le escogió y puso sus estados en entredicho, y los obispos de Languedoc fueron á pedir al rey que amparase la Iglesia y apoyase las armas espirituales con las temporales.

No obstante, Juan Sin Tierra no olvidaba la sentencia infamatoria fulminada contra él en el tribunal de los jueces y la confiscación de la Normandía, que había sido su resultado, por lo que trabajaba sordamente en suscitar enemigos á la Francia. La alianza que existía entre él y el emperador Othon IV, hijo de su hermana Matilde, le dió esperanzas de una venganza segura; á Felipe, por el contrario, temores de una agresión peligrosa, y esto le movió á responder á los obispos de Languedoc, que en la dudosa situación en que se hallaba no podía, sin cometer una imprudencia, alejarse del centro de su reino; pero confiscó las tierras del conde de Tolosa, sobre las que el Papa había lanzado el entredicho, las abandonó al primer ocupante, exhortó á los barones á que contribuyesen á la defensa de la Iglesia, armó con este objeto á cuatro mil hombres, que prometió sostener, y permitió que se predicase contra



Felipe Augusto antes de la batalla de Bouvines.—Pág. 107.

do, si la política de los venecianos no hubiera impedido colocar á su cabeza un emperador que hubiese podido contar con los buenos oficios de sus vecinos.

El emperador Balduino sucumbió al primer ataque de los búlgaros, quienes le retuvieron prisionero diez y seis meses, y le hicieron morir en crueles suplicios. Tuvo cinco sucesores, que entre todos reinaron cincuenta y seis años. Los franceses perdieron á Constantinopla bajo un emperador llamado Balduino, como el primero, pero de otra casa, de la de Courtenay, que subió al trono por su alianza con la de Flandes. Esta ciudad cayó entonces en manos de los Paleólogos, que la dominaron por espacio de ciento noventa y tres años, y terminado este plazo fueron despojados por los turcos.

Hasta entonces no se habían publicado en Francia sino cruzadas contra los infieles. El principio del siglo XIII vió surgir una contra los cristianos, título sin embargo con que no debe honrarse á los albigenses, si en efecto son culpables de los errores y vicios de que los historiadores contemporáneos les acusan. No había punto de religión que no atacasen; los sacramentos, los misterios, y hasta la divinidad de Jesucristo. El cielo y el infierno eran para la mayor parte de ellos dogmas ridículos; y el purgatorio sobre todo una invención de los clérigos para obtener fundaciones y sufragios pecuniarios en abundancia. Harto sabido es cuántos desórdenes puede engendrar la irreligión en el pueblo, y cuántos trastornos en todos los principios, sin exceptuar los civiles; cuánta corrupción en las costumbres la emancipación de todo temor para lo futuro entre hombres groseros, y hasta qué punto les hace á propósito para levantar el estandarte de la rebelión y para violar todas las leyes. No debemos pues sorprendernos de las abominaciones de todo género que los historiadores refieren de los albigenses. Recibieron este nombre porque formaron sus primeras reuniones y se celebró el primer concilio contra ellos en el cantón de Alby, ciudad del Languedoc. Desde allí se esparcieron por el resto del Languedoc, el Tolosado y la Provenza hasta los Pirineos, país ha-



S. Luis administrando justicia bajo una haya.—Pág. 112.

los albigenses una cruzada en todo el reino. Los eclesiásticos se mostraron muy entusiasmados en su predicación, y los legos, nobles y plebeyos tomaron á porfía la cruz; llevaban esta en el pecho para diferenciarse de los cruzados de Tierra Santa, que la llevaban sobre el hombro. Su servicio debía durar cuarenta días; dícese que su primer ejército ascendió á quinientos mil combatientes.

Raimundo, intimidado por aquella masa que iba á caer sobre él,

para anonadarse, se humilló al legado, que accedió á perdonarle bajo condición de que se sometiese á los rigores de la penitencia pública. En consecuencia, el conde de Tolosa se dejó ver en camisa á la puerta de la iglesia, y allí abjuró los errores contenidos en una fórmula que repitió. Hecho esto, el prelado le puso su estola al cuello; levantándole una mano y dándole con la otra con una varita, le condujo al pie del altar, donde pronunció obediencia á la iglesia romana; levantóse su escumion, tomó la cruz, y se puso á combatir á los mismos á quienes poco antes protegía.

De esta suerte se puso el conde al abrigo de los esfuerzos de los cruzados. Estos cayeron sobre considerable número de pueblos y castillos desde Tolosa hasta Navarra, donde los albigenses se habían establecido, los arrojaron de ellos y se fortificaron á su vez. Estas adquisiciones formaron una considerable extensión de país, en que se hallaban muchas ciudades importantes, como Beziers, Carcasona y mas de cien castillos. El consejo de los cruzados, que tenía á su frente además de los legados, un abad I Cister, hombre violento y dominante, considerando estas conquistas como legítimas posesiones de la Iglesia, resolvió nombrar para ellas un gobernador, y propuso el mando á diferentes señores que lo recusaron. El abad del Cister valiéndose del poder que le daba su reputación de celo y capacidad, mandó á Simon, conde de Monfort de Armauy, que lo tomase al punto, y Simon le aceptó. Este hombre se había distinguido mucho en la Palestina, se le conceptuaba probo, y se manifestaba muy celoso por la causa de la Iglesia. Pero siendo dueño de muchas plazas fuertes y habiéndose á la cabeza de un numeroso ejército, su celo se cambió insensiblemente en un vivo deseo de reinar; de modo que se apoderaba no solo de las plazas ocupadas por los albigenses, sino de todas las que allagaban sus caprichos, y usurpaba no solo los dominios del conde de Tolosa con quien se había enemistado, sino tambien los estados pertenecientes á los condes de Foix, de Comminges y de Bearne, que no eran acusados de herejía.

El conde de Tolosa, incapaz ni aun con el auxilio de sus aliados, de detener este torrente, fué á Roma y dirigió al Papa una tan sentida perorata, que conmovido este escribió al legado diciéndole que suspendiese las hostilidades contra Raimundo, puesto que el delito de herejía de que se le acusaba, así como su connivencia en el asesinato del legado, Pedro de Castillo-Nuevo, no le parecían suficientemente probados; que era preciso proceder con mucha circunspección en este asunto, consultar los prelados y barones de Francia, y por último declarar desde luego la paz ó una tregua, y no atormentar por mas tiempo este desgraciado país. En efecto, la guerra se hacía con una ferocidad espantosa; las narraciones que han llegado á nosotros de los excesos cometidos por una y otra parte horrozan al hombre mas susceptible. El furor de los herejes se cebaba especialmente en los clérigos y los monges, á quienes miraban como á sus mas implacables enemigos. No solo destruían iglesias y monasterios, sino que daban muerte sin piedad á todos los que caían en sus manos, y por lo regular los hacían espirar en los tormentos. Reinaba la rabia en ambos bandos; una rabia ciega, una sel igualmente frenética de sangre. Guillermo IV, príncipe de Orange, que cayó en poder de los albigenses, fué desollado vivo y descuartizado. Algunas veces se hallaban en las ciudades atacadas por los cruzados, los católicos mezclados con los albigenses; por esta causa, próximos á asaltar á Beziers, los que debían dar el asalto fueron á preguntar al abad del Cister cómo podían distinguir á los católicos para salvarlos. «Deggall á todos indistintamente, respondió aquel bárbaro; Dios co-ocae á los que le pertenecen.»

Raimundo á su vuelta de Roma se unió otra vez á los cruzados; pero no alcanzando de ellos justicia alguna, los abandonó, volvióse de nuevo contra ellos, y empezó la guerra para recobrar lo que le habían usurpado. Animado de este intento, pidió auxilios á su pariente el emperador Othon. El rey de Francia estaba en desacuerdo con el alemán por intereses políticos, y se ofreció no poco al ver que uno de sus vasallos acudia á un príncipe enemigo suyo. No solo pues abandonó al conde de Tolosa, sino que se mostró adicto á Montfort, á quien hasta entonces había favorecido poco. Raimundo no logró grandes ventajas de la impudencia que había cometido solicitando el apoyo del emperador, pero lo halló muy eficaz en Pedro, rey de Aragón.

Este príncipe tenía un vivo interés en que terminase aquella guerra que infestaba los países limítrofes de sus estados hasta la Navarra inclusive. Además de la devastación que sufrían sus pueblos, esta cruzada se oponía á los efectos de otra que el Papa le había permitido contra los sarracenos. Determinado por estos motivos, Pedro acudió al auxilio del conde de Tolosa, á quien creía injustamente perseguido; y se condujo con tanto arrojo, que no preservándole su persona, pereció en una batalla; el conde de Montfort fué tambien muerto en un asalto, y su fallecimiento mitigó desde luego la guerra, que poco después terminó por sí misma.

Esta cruzada contra los albigenses era una especie de calentura

que tenía sus intermitencias. Se retiró el compromiso de los cruzados sino por cuarenta días, y sin intentar al aspirar este plazo. Es cierto que otros se alistaban; pero en el intervalo del engauche los albigenses se reforzaron y algunas veces reconquistaron puntos importantes. Mientras vivió Montfort, los nuevos alistados hallaban un ejército al que se incorporaban, recobraban las conquistas perdidas y aun hacían otras nuevas. La muerte de Montfort hizo cesar estas alternativas; los señores sus auxiliares se retiraron á sus castillos, donde se acantonaron, y sus vasallos católicos y hereges, cansados de la guerra mas asoladora de que tenemos noticia, se acostumbraron á tolerarse. Felipe Augusto, cuando empezó á disolverse esta especie de liga, envió con tropas y el imponente aparato de la soberanía á su hijo Luis, á este llamó á su lado á los magnates poco acostumbrados á la obediencia, y les obligó á que rindiesen homenaje y prestasen juramento de fidelidad al rey su padre. Raimundo, conde de Tolosa, recibió una parte de sus estados; Simon, conde de Montfort, fué condecorado con el título de santo, solo porque había muerto peleando contra los hereges, y Felipe logró en esta guerra en que tomó muy escasa parte, hacer respetar los derechos de su corona en países que los desconocían desde Carlomagno. No obstante, quedó en aquellos países un germen de insubordinación pronto siempre á desarrollarse.

Juan Sin Tierra, manchado con la sangre de su sobrino Arturo, cubierto con la ignominia de una vida licenciosa que le hacía despreciable, unia á estos desmanes sus violencias contra el clero. Esto sobre todo le atrajo al principio severas reconvenciones que el papa Inocencio III le dirigió por conducto de los legados que al efecto envió; después del mandato espreso de devolver al clero los bienes que le había arrebatado, y por último la escumion y la declaración de su desmoronamiento. Esta ceremonia se formulaba exhortando á los vasallos á que renunciasen á su juramento de fidelidad. Ignórase si fué en esta ocasion, cuando amando el sarcasmo á la crueldad, no queriendo Juan, según dijo, manchar sus manos con la sangre de un prelado, hijo revestir al arzobispo de Cantorbery con una túnica de plomo, bajo la cual murió.

Después de la promulgación de la sentencia de escumion que empezó á commover la Inglaterra, los legados pasaron á Francia y propusieron la corona al príncipe Luis, hijo de Felipe Augusto y sobrino del monarca inglés, como esposo de Blanca de Castilla, hija de Leonor, hermana de Juan. El rey accediendo á los deseos de su hijo y creyendo propicia aquella ocasion, sin detenerse á atacar al de Inglaterra en sus posesiones del Continente, se dispuso á llevar la guerra á su isla. Reuniéronse en la desembocadura del Sena noventa y tres embarcaciones cargadas de tropas, prontas á darse á la vela. Juan para conjurar la invasión, recurrió al mismo poder que la había provocado; ofreció al Papa hacerse vasallo y tributario de la Santa Sede; reconocer que debía su corona al nuevo Pontífice, y pagarle de todos los años mil marcos esterlinos el día de San Miguel. Bajo tales condiciones Juan se hizo el hijo devoto de la Iglesia, un príncipe modesto y un rey benigno; y en la misma bulla en que el Papa le concedió tan pomposos títulos, prohibe á Luis que atacase el feudo de la Iglesia. Felipe suspendió los preparativos que le habían costado grandes sumas; pero para no perder todo el fruto de ellos volvió sus armas contra Fernando, conde de Flandes, y después de haber mandado á su flota saquear las costas de los dominios de este magnate, le acometió personalmente por tierra.

Fernando era hijo de Sancho I, rey de Portugal, y viznieto de aquel Enrique hijo menor de Borgoña, á quien hemos visto establecerse en Portugal en la primera cruzada, y que debía su condado á la protección del rey de Francia, que había favorecido su matrimonio con Juana, condesa de Namur, primogénita de Balduino, primer emperador latino de Constantinopla y heredero del condado de Flandes. Pero el rey por precio de sus favores había retenido en su poder las ciudades de Aire y San Omer. Fernando, mas ofendido de esta retención que reconocido á los beneficios, las reclamó, sufrió estas negativas y descontentado de haberlas restituir con sus fuerzas aisladas, recurrió al emperador Othon que sabia era enemigo de Felipe. La guerra del flamenco fué una alternativa de triunfos y descalabros; el rey hizo conquistas bastante importantes, pero perdió la mayor parte de su flota, que fué sorprendida é incendiada.

La expedición contra Fernando tuvo al parecer por principal objeto desconcertar los primeros esfuerzos de una liga formada contra la Francia, y de la que era gran jefe Juan Sin Tierra y Othon; un odio común los unia, y este odio estaba cimentado en el parentesco. Habían llamado ó admitido á esta union á muchos señores del Norte y del Oeste de la Francia, entre los cuales contábase además de Fernando, á Reinoldo conde de Bolona, uno de los principales fautores de la empresa. Los confederados celebraron en Valenciennes una asamblea, en la que se distribuyeron la Francia. Fernando debía tener la isla de Francia y á Paris, Reinoldo el Vermandois, el rey de Inglaterra los países situados al otro lado del Loira, y el emperador todo lo demás. Los castillos alemanes debían, según este arreglo, recibir por recompensa los feudos y las ricas posesiones de la Igle-



Francia por el asesinato de Arturo y otros crimenes, y que no podia dar á la Iglesia un reino de que habia sido destronado. Apoyado en estos argumentos Luis continuó sus preparativos; su padre aparentaba no tomar parte alguna en ellos temiendo malquistarse con el Papa. Dejó pues marchar á su hijo, pero no tuvo la precaucion de retener al legado, lo que hubiera podido hacerse bajo cualquier pretexto. Galon siguió al príncipe y al llegar á Inglaterra le escolmó; pero sus rayos no produjeron entonces gran efecto. Luis habia pasado con un respetable ejército, embarcado segun se dice en setecientos bajeles. Los ingleses le recibieron con aclamaciones y entró en Londres decorado con el título de libertador del pueblo; allí fué coronado y ofreció de este modo un espectáculo, cuyo contraste debia verificarse en Francia doscientos años despues.

En el momento en que se creía segun en el trono, por efecto del odio que toda la Inglaterra profesaba á Juan, este rey murió, segun unos de una indigestion, segun otros de la pesadumbre que le causó la pérdida de sus tesoros al paso de un rio, y por último segun otros, por un crimen que revela el rencor con que todos le miraban. Dicese que un monge de una abadía cuyos bienes habia arrebatado, le presentó un vaso de vino envenenado, y habiendo él bebido primero para que no abrigase la menor desconfianza, murió como Juan en medio de violentas convulsiones.

Esta muerte cambió la faz de los negocios. Juan dejó tres hijos de tierna edad, y pareció á los ingleses harlo injusto hacer sufrir las consecuencias de las faltas de su padre á estos inocentes niños; proclamaron pues rey al mayor de ellos Enrique III. Entonces, los rayos de la escomunion adquirieron validez contra Luis, que defendió demodadamente el derecho que se le habia dado, y obtuvo algunas victorias; pero como su ejército se amigalaba por resultado de ellas, pasó á Francia en busca de auxilios. Su madre no quiso verle entonces sino en secreto; y hasta tal punto le habia temido el recuerdo de los males que habia sufrido por su escomunion, y la posibilidad de esponerse de nuevo á ella, comunicando con su hijo escomulgado.

Pero no muy los franceses eran tan pusilánimes como su rey. El príncipe llevó consigo un cuerpo de ejército bastante considerable, reclutado especialmente en la nobleza. Blanca de Castilla su esposa, que empezaba entonces á hacer presagiar lo que habria llevar á cabo en épocas difíciles, le envió tambien un poderoso refuerzo. Con estos eficaces auxilios sostuvo por algun tiempo la campaña, pero al fin se vió rechazado y sitiado en Londres. Por la parte de Francia le faltaba todo socorro; el pueblo inglés le miraba con aversion, y los señores que le habian dado la corona, le abandonaban. Luis acaeció pues á abdicar, pero sin ninguna demostracion humillante; concediósele la libertad de llevar consigo á todos los guerreros que se habian consagrado á su servicio, y entregósele ademas una suma de quince mil marcos de plata por el rescate de los rehenes que habia exigido cuando le fué ofrecido el trono. Por lo que toca á la escomunion, fué levantada para el príncipe y sus parientes, bajo condicion de que los legos que le habian acompañado á Inglaterra, pagasen por espacio de dos años á la Iglesia las rentas de sus respectivas fortunas; y al príncipe se le señaló el diezmo de las suyas. Los eclesiásticos que le habian ayudado, debian ir en peregrinacion á Roma para recibir en esta ciudad la penitencia que los fuese impuesta, y cumplirla allí mismo ó en la catedral de su país, presentándose en ella un día de solemne festividad á confesar públicamente su falta; dando despues la vuelta al coro llevando en su mano las varas con que debian ser vapuleados por el cantor. Tan terrible era el rigor de la penitencia canónica, al que ciertamente, dice Mezeray, nadie se pre-teraría en la actualidad.

Esta expedicion duró ocho meses. Se acusa á Felipe Augusto por su timidez en esta ocasion, y por una debilidad que fueron las causas del mal éxito de la empresa. En efecto, si el monarca hubiese mostrado menos temor de verse envuelto en el anatema de su hijo, es probable que los señores franceses le hubiesen auxiliado con mas resolucion. Atribuyense tambien los desastres de esta empresa á la petulancia francesa, que disgustó en extremo á los ingleses, y alejó de Luis á los mismos que habian sido sus mas ardientes partidarios; pero la verdadera causa del desastre fué la muerte de Juan Sin Tierra.

Felipe Augusto, libre ya de este príncipe, á quien miraba como á un enemigo personal, ocupó el resto de su vida en hacer reinar la justicia y la paz en su reino que habia ensanchado prodigiosamente, pues conquistó la Normandia, el Maine, el Anjou, la Turená y el Poitou, al rey de Inglaterra; la Picardía á Felipe de Alsacia, conde de Flandes y regente de Francia á principios de su reinado; la Auvernia y Châtelleraut á los condes sus poseedores; y reunió ademas á la corona el Artois, por su matrimonio con Isabel de Hainaut, á la que su hijo Felipe de Alsacia le habia casado, así como tambien otras muchas ciudades y castillos en Berry y en otras muchas provincias, por medio de diferentes compras. Afróse á pelear y aliviar á las desgraiciadas comarcas levantadas durante la guerra de los abigüenses. Hemos visto que los cruzados le ofrecieron sus con-

quistas: el Papa le instaba á que las aceptase; pero movido por los ruegos del jóven conde de Tolosa, despues de la muerte de su padre Raimundo VI, dió al hijo el condado y la mayor parte de sus estados. Igualmente generoso respecto de otros señores de este país, se contentó con el homenaje que los incorporaba al reino, de que se habian separado por la debilidad é indolencia de los monarcas sus predecesores.

Las adquisiciones fueron tanto obra de su politica, cuanto de su valor. Hay pocas vidas que hayan sido tan activas como la suya; siempre estuvo ocupado de guerras, tratados, reglamentos, de leyes relativas á la propiedad, á los feudos, á los derechos de los señores y á los deberes de los vasallos. Fué el primero de los monarcas franceses que introdujo un órden constante en esta materia, abandonada hasta entonces á los caprichos de la arbitrariedad. Las costumbres fueron tambien objeto de su atencion, á pesar de que aun prescindiendo de su divorcio, se le puede acusar de no escaso número de estravios; se le reconocen un hijo y una hija ilegítimos. El hijo llegó á ser obispo de Noyon, segun la costumbre de aquel tiempo, que destinaba estos hijos desde su nacimiento al estado eclesiástico.

Rec nócese en Felipe Augusto mucho ingenio para los sitios, y afición á las máquinas, á cuyos inventores recompensaba con largueza. Parece asimismo que la tacia hizo progresos en su reinado, y que no se combatia ya en tropel como antes. Era mas dueño de sus soldados porque los pagaba; y para esta inversion ó bajo este pretexto estableció los primeros impuestos permanentes. Hicieronse tambien en su reinado tres armamentos marítimos muy considerables: fortificaba sus plazas, y reparaba al punto las ciudades que tomaba; de esta suerte atandia á todos los ramos del arte militar.

Era aficionado á la arquitectura, pues hemos visto que circunvaló á Paris de murallas, construyó mercados y rodeó de claustros el cementerio de los Inocentes, para procurar un abrigo á los que iban allí á llorar sus parientes y amigos. Este rey dió á la capital un preboste encargado de la policia urbana, edificó un palacio al refoleador de la gruesa torre del Louvre, contribuyó á la edificacion de la catedral ya empezada, y al aumento de la universidad. Denominóse así una sociedad de hombres aplicados al estudio de todas las ciencias, que se formó insensiblemente, y á la cual Felipe concedió grandes privilegios. A pesar de las lices que procuró difundir, practicábanse en su tiempo los ritos estúpidos, conocidos con los nombres de *fiesta del Asno* y *fiesta de los Locos*. En la primera, cada antífona ó oracion terminaba con la imitacion estrepitosa del rebuzno del citado animal; y en la segunda los ministros inferiores de la Iglesia, cantores y niños de coro, se entregaban á bailes y canciones obscenas hasta en el santuario, y remedaban grotescamente sobre el mismo altar las ceremonias unas santas, sin intento alguno de profanarlas; iban á no rayaba la ruda sencillez de las costumbres en aquella época.

Las circunstancias favorecieron el establecimiento de muchas órdenes religiosas; la Orden de la Fe de Jesucristo, enteramente militar, instituida para combatir á los abigüenses y que desapareció con ellos; la Orden de la Trinidad, que se obligaba á rescatar los prisioneros hechos por los indiles en las guerras santas y reducidos al cautiverio; la Orden del Espíritu Santo, hospitalarios cuyo instituto era aliviar á los pobres y á los enfermos; su principal establecimiento se hallaba en Montpellier, y por último, la Orden de los hermanos Predicadores, denominados tambien Dominicos, por llamarse Domingo su fundador, y Jacobinos, del nombre de una de sus casas en la calle de San Jacobo, destinados especialmente á la conversion de los hereges. Este órden representó gran papel en las guerras de los abigüenses, y se acusa á sus individuos de haber exagerado en esta guerra su celo, que fué, segun se dice, el origen de la Inquisicion.

Esta órden y la de los Franciscanos (*Cordeleros*), que apareció algun tiempo despues, no eran ricas, y formaban un extraño contraste con los monjes de Cluni y del Cister, que nadaban en la opulencia; por lo cual eran estos muy respetados de los magnates. Sus monasterios espaciosos y magníficos para aquel tiempo, servian de puntos de reunion á la nobleza; y los abates, admitidos á la corte, se mezclaban en los negocios públicos. Así hemos visto figurar con una celebridad harlo funesta á un abad del Cister en la guerra asoladora de los abigüenses. La pobreza de que los nuevos religiosos hacian profesion los igualaba al pueblo; y por esto gozaban él gran prestigio en esta clase, cuyas limosnas bastaban á su subsistencia. Ayudaban á los clérigos en las funciones de su ministerio, y no pocas veces se ostentaban sus rivales.

La historia, que nos ha trasmitido estos hechos, no refiere casi ninguno á propósito para hacernos conocer las costumbres de los franceses en este reinado. La corte de este príncipe debió ser espléndida, brillante, y tan magnífica cual convenia á un gran monarca. No obstante, se ignora si dió alguna de esas fiestas deslumbradoras que acarrear cuantiosos dispendios; así es que se le acusa de una economía, calificada de avaricia por algunos historiadores.



fruto de su cruzada que el castigo de Avignon que se había atrevido a resistirle. Cegó los fosos de esta ciudad, demolió sus murallas y trescientas casas de las mas altas; las de los vecinos mas distinguidos estaban entonces rodeadas de torres.

Luis no impuso castigos personales á los habitantes, pues era benigno y humano. El escaso tiempo que reinó no le permitió hacer brillar en el trono estas bellas cualidades; pero la armonía que empujó entre él y Felipe Augusto; la confianza que este le dispensaba al conferirle el mando de sus ejércitos y llamándole á sus consejos, hacen su elogio. Murió á los tres años de su reinado y á los cuarenta de edad. De once hijos que le había dado Blanca de Castilla su esposa, quedaron cuatro á quienes dotó en su testamento. Hecho de antemano dejó la corona á Luis su primogénito; á Roberto el segundo, el Artés; á Alfonso el tercero, el Poitou y la Auvernia; y á Carlos el cuarto, el Poitou y el Maine. Decía el testamento además, que si le nacían otros entrarían en el estado eclesiástico. De sus hijas, una murió joven, y la otra, llamada Isabel, finó el monasterio de Longchamps, donde murió santamente. Dejó la tutela y la regencia á su esposa Blanca.

Tres años despues del fallecimiento de Luis VIII murió tambien aquel famoso Genghis-Kan, que de jefe que era de una pequena tribu tártara al Norte de la China, la de los Mongoles, llegó á sentarse en el trono de Asia, region que conquistó en su totalidad. Los tártaros, bajo el mando de Oetai su hijo, estendieron sus estragos por Europa y devastaron con extraordinaria crueldad la Rusia, la Polonia y la Ilungria. Houlagou, sobrino de Oetai, tomó á Bagdad en 1258 y puso fin al imperio de los califas. San Luis envió á Rubricio á Mangou Kan, su hermano para alcanzar la libertad de predicar el cristianismo en sus estados. Mangou lo había admitido, lo por con todas las restricciones y prácticas que la ignorancia y la barbarie podían unir á él. Dos poderes quedaron entonces en pié en el Oriente; é los de Genghis-Kanides, que durante aquel tiempo obligó al de los turcos á permanecer en la oscuridad, y el de los sultanes de Egipto que no solo resistieron á los tártaros, sino que tambien les arrebataron las conquistas que habían hecho en Siria.

#### LUIS IX Q SAN LUIS.

*De edad de 12 años.*

Luis IX, á quien llamamos el Santo, solo tenia doce años cuando subió al trono. Su padre, como acabamos de decir, había nombrado regenta á su esposa Blanca de Castilla. Muchos señores no aprobaron esta disposicion, y resolvieron confiar este puesto á Felipe, conde de Bolona, tio paterno del joven monarca. Blanca se condujo en esta ocasion con una firmeza y una sagacidad que la hicieron triunfar.

No conviene, decian los descontentos, que el reino sea gobernado por una mujer, y menos por una mujer extranjera; pero el verdadero motivo de esta oposicion era que esta mujer gobernaba demasiado bien. Unos se habían isonegado con la idea de ser llamados á participar de la autoridad; otros con la de adquirir dominios que les conviniessen, y por el contrario veian á Blanca dispuesta á obrar sin consultarlos. Lejos de poder esperar que estas estabandias abandonara los feudos de que ya se habían apoderado, advertian en su conducta el deseo de recuperarlos. En una asamblea celebrada por ellos decidieron atacarla; ¿qué resistencia podían oponerles una mujer y un niño? Concertaron sus planes, se dieron mutuas palabras, lo previnieron todo, y todo falló en el momento oportuno, como de ordinario acontece en esta clase de coaliciones. El conde de Tolosa, el mas ardiente de ellos, arnado todavía porque los desastres del difunto monarca habían dejado intactas sus fuerzas, fué el primero que atacó sin duda demasiado pronto, puesto que no fué auxiliado por sus confederados, que al parecer no estaban todavía preparados. Por el contrario la regente que esperaba una agresion, tenia un considerable ejército en pié de guerra y pronto á maniobrar; lató pues al conde, le persiguió sin darle un punto de reposo, y le obligó á aceptar una paz tan vergonzosa para él como favorable á ella.

Raimundo VII tenia una hija, única heredera de sus estados; decidióse que se casara con Alfonso, hijo tercero de Luis VIII; que el padre de la princesa disfrutara vitaliciamente de su condado, que despues de su muerte pasaria á Alfonso, y que si estos esposos morian sin sucesion, el condado volveria á la corona. Pero no era esta la parte mas desagradable del tratado, pues el conde debia reintegrar al rey cinco mil marcos de plata invertidos en los gastos de la guerra, obligarse al pago de un censo anual que se preferia, abandonar sus tierras situadas mas allá del Ródano y permitir que sus principales ciudades fuesen desmanteladas. En garantía de estas condiciones, Blanca exigió que la joven condesa fuese llevada á la corte de Francia para ser educada á su vista, sin que tal garantia evitase que el conde permaneciese prisionero en la torre del Louvre hasta el entero cumplimiento de la parte del tratado, relativa á las restituciones y á otras cláusulas onerosas. No debemos

olvidar que como protector de los albigenses y herege á su vez, fué condenado á las humillantes ceremonias de la penitencia pública, y que la sufrió como su padre.

Este duro tratamiento advirtió á los conjurados todo lo que debian temer, por cuya causa tomaron las medidas que creyeron mas seguras que las primeras, y se dieron un jefe que fué Eguerrando de Gouci, y hasta se dice que proyectaban hacerle rey. Los principales caudillos eran Felipe, conde de Bolona, tio del joven monarca, despojado ya de la regencia, y Teobaldo conde de Champaña. La reina solo necesitó astucia contra estos dos confederados. El conde de Bolona fué el primero que se adelantó á ganar, puesto que sus amigos habían puesto á su frente al conde de Gouci, y que por consiguiente seria muy impolitico por su parte tratar contra su sobrino en provecho de los demas sin ventaja propia. Respecto de Teobaldo, este había profesado siempre á Blanca una passion que no ocultaba; conservábase todavía algunos versos suyos tan tiernos como galantes en obsequio de la reina. Esta se complacia en su lectura en vida de su esposo, y le miraba con ciertas consideraciones con que él se daba entonces por satisfecho; pero al ver que no obtenia de la viuda mas que de la esposa, creóse que el despecho de un amor no correspondido fué lo que le arrojó al partido de los descontentos. ¿Ingenio asaz débil para Blanca! Una carta afectuosa bastó para atraerle á sus pies, y no solo abandonó sus amigos, sino que descubrió sus planes á la señora de sus pensamientos, bella frase de que se valian entonces los euamorados caballeros. La reina se atrajo otros muchos por medio de presentes ó promesas.

Negócio por otra parte con las armas en la mano, y sacó de la torre del Louvre para conferirle el mando de sus ejércitos á aquel Fernando que había servido de diversion á los parisienses, despues de la batalla de Bouvines. Fernando, soldado valiente y capitán experto, justificó la confianza de su generosa libertadora. La regente había conocido por experiencia la urgencia de estas medidas de seguridad. Poco antes el rey se había visto expuesto á caer prisionero al dirigirse á Vendome, donde estaban convocados los descontentos para esponerle sus motivos de queja; siendo de advertir, que le habían preparado una emboscada en el camino. Blanca fué advertida de ello por el conde de Champaña, á quien el amor obligaba á vender su partido. La reina solo tuvo el tiempo preciso de trasladarse con su hijo á Montherly, y hacer saber á los parisienses el peligro que corría el rey. Al divulgarse esta nueva, todos salieron atropelladamente para volar á su socorro, y le llevaron en triunfo á la ciudad.

La guerra varió entonces de aspecto; adoptáronse para continuarla nuevos prtestos. Los sediciosos publicaron que se habían armado, no para atacar al rey sino para obligar á Teobaldo á que devolviese á Alix, reina de Chipre el condado de Champaña que, según decian, le había usurpado. Alix había nacido en el Oriente, de Enrique II conde de Champaña y rey de Jerusalem, hermano mayor de Teobaldo III, padre de Teobaldo; y por consiguiente, el condado debia pertenecerla despues de la muerte de su padre, pero Alix había sido despojada en virtud de la ley sálica. La contienda que los descontentos suscitaron al conde con motivo de su parenta, no era otra cosa que un protesto inventado para castigar con alguna apariencia de justicia á su infiel confidente. La regente tomó su defensa, y envió á su hijo á esgrimir contra ellos sus armas por vez primera. El rey presentó batalla á los conjurados, los que no la aceptaron por respeto, según dijeron, á su soberano, y esta deferencia proporcionó negociaciones.

Concedióse á Luis, aunque solo tenia quince años, el honor de ventilar por sí mismo los derechos reciprocos; pero si tomó parte en este negocio, no cabe duda que fué bajo la inspeccion de su madre. Parece que esta se ocupó mas de los intereses de su hijo que de los del amartelado Teobaldo, al que se garantizó la posesion de su condado, condenándole no obstante á asegurar una renta de diez mil libras á su prima, y á darla en el acto cuarenta mil para los gastos de su viaje de Asia á Europa. ¿Cuarenta mil libras en el acto! El desdichado Teobaldo no tenia esta cantidad, y ciertamente no halláramos gran correspondencia de tiernos sentimientos en la manera con que Blanca le sacó de tal conflicto. Teobaldo poseia los condados de Blois, de Sancerre, de Chartre y de Chateaudun, y la reina le ofreció comprárselos entregándole el precio de ellos, que serviria para cumplir con Alix; negóse á ello el conde, y la reina le sacó á que aceptase el partido. En fin, dice Mezeray, este noble principe rindió otra vez sus armas al amor, y despues de un profundo suspiro dijo á Blanca: Señora, mi corazón, mi cuerpo y todas mis fuerzas están á vuestra disposicion. Despues de este sacrificio se retiró cabizbajo y pensativo, llevando en su corazón en cambio de las hermosas tierras de que se había despojado, el dulce recuerdo de su señora; recordó que se trocaba en honda melancolia, cuando recapitaba que era tan honesta y virtuosa, que no debia prometerse sino rigores.

La liga no se había disuelto enteramente, pues tenia todavía en





Taillebourg. Los ingleses eran dueños del castillo y del puente que este dominaba. Luis hubiera podido contentarse con cerrarles el paso para impedirles la entrada en Francia, y tal vez no se hubieran atrevido á intentarlo en su presencia; de esta suerte le hubiera sido fácil tenerles mucho tiempo en movimiento; pero le urgía dar pronto fin á aquella guerra, y esto de una manera estrepitosa, porque se veía amenazado por otros vasallos, restos de la liga formada durante la regencia, y á quienes la menor tardanza ó una ligera apariencia de temor podía impulsar á sublevarse de nuevo.

Hallábase en la misma situación que Felipe Augusto cerca de Gisors: debía atravesar un puente, y á la opuesta márgen le espera-



El monje Jacob predicando á los pastorillos.—Pág. 116.

ba un ejército entero; además, un castillo provisto de máquinas, que arrojaban dardos y piedras al puente y hasta la orilla francesa, donde los soldados de Luis se reunían con trabajo. El joven monarca escogió para que le siguiera un peloton de hombres animosos, y precipitándose sobre el puente destruyó las barricadas; estos valientes cayeron en su mayor parte heridos ó muertos á su lado; á pesar de esto continuó avanzando, y llegó con ocho ginetes á la cabeza del puente; al ver su arrojó, los soldados se abalanzan en tropel para seguirle. Como el puente era muy estrecho, su mismo número servía de obstáculo á su ardor, y muy pocos lograron reunirse á él. Entonces el rey se vió rodeado; sus ocho ginetes le formaron una muralla con sus cuerpos, pero fueron derribados ó muertos, y Luis quedó al descubierto; las picas, los dardos y las espadas se rompían en su acerada armadura; deféndese desesperadamente li riendo, repeliendo, derribando; un momento mas de lucha personal, y hubiera muerto ó caído prisionero. Por fortuna los soldados del puente logran desasirse de la muchedumbre y llegar á la fila, mientras que otros, desafiando la lluvia de dardos que sobre el puente caía, llegaron en barcas. Luis quedó desbarazado del tropel que le asediaba, y á ejemplo de su abuelo cae sobre los ingleses y alcanza una completa victoria. El rey de Inglaterra se reembarcó; la orgullosa Isabel, su marido y sus dos hijos se vieron precisados á arrojarse á los pies del rey, á rendir á su hermano, el conde de Tolosa, el homenaje que le negaban, y Lusignan perdió por la confiscacion parte de sus estados.

Esta victoria debida al arrojó de Luis, y otra no menos gloriosa para él, obtenida al día siguiente cerca de Saintes, hicieron circunspectos á aquellos grandes vasallos que hubieran podido arbrigar el designio de luchar con el joven guerrero. Su prudencia

le granjeó al mismo tiempo el aprecio de los extranjeros; no tomó parte en la discordia de los Guelfos y Gibelinos, que era muy animada á la sazón. Si no se opuso á los anatemas de Inocencio II, al menos no consintió en el concilio de Lion al emperador Federico II, al que el Papa le ofrecía; tenía no obstante un motivo legítimo de venganza contra Federico, que había intentado sorprenderle por medio de una emboscada en Vancouteurs, en ocasion de una entrevista que le había pedido so pretexto de tratar personalmente de sus respectivos intereses.

Ni Roberto ni los otros dos hermanos de Luis necesitaban conquistar estados. El mismo Carlos, el menor de todos, dueno ya del Anjou y del Maine, había obtenido la seguridad de llegar á serlo de la Provenza con la mano de Beatriz, heredera de este condado. Este enlace experimentó muchas dificultades; pero el rey logró ahuyentar á los rivales tanto por la fuerza cuanto por la persuasion. Entraba en sus planes políticos, inspirados sin duda por su madre, si no podía espulsar de Francia á los ingleses, impedirles al menos que penetrasen mas, cerrando las avenidas que pudiesen darles entrada en ella. Al hacer á sus hermanos, mediante estos enlaces, señores del Anjou, del Maine, del Tolosado y de la Provenza, rodeaba á Flandes, á la Bretaña, la Guyena y los estados intermedios, que abrian las comunicaciones interiores, útiles á los proyectos de los extranjeros. Así, en los años que forman el tiempo medio de su reinado disfrutó de una paz que solo él interrumpió.

Esta tranquilidad era muy benéfica á sus pueblos por la libertad que daba al rey de ejercer su vigilancia en toda la estension del reino, y de administrar justicia por sí mismo en los lugares mas próximos á los que por lo regular habitaba. Es grato representarse al virtuoso Luis, sentado en el bosque de Vincennes, al pie de una haya, rodeado de sus cortesanos, que aprendian de él á socorrer al pobre y á consolar á los desgraciados. Llamaba á este tribunal campestre y paternal á la viuda, al huérfano, al oprimido, al mendigo, y todos volvian socorridos y consolados. Su tiempo le distri-



Matanza de franceses en Sicilia.—Pág. 122.

buía entre los ejercicios piadosos, la sociedad de su familia, la conversacion de los sabios de su época, religiosos y otros doctores en teología, única ciencia cultivada y estimada entonces. Algunos escritores relíen con desprecio las prácticas austeras de religion que se imponía, como las privaciones, los ayunos y las maceraciones, que califican de excesos; pero, ¿puede saberse cuánto freno necesitaba para domar sus pasiones? ¿Y puede acaso ser vituperado lo que

en el santuario de la conciencia nos acerca á Dios, cuando los deberes de nuestro estado no sufren por ello menoscabo alguno?

No se dice que sus hermanos le imitasen en todo; pero al menos tampoco se ve que se entregasen á los otros vicios comunes en las cortes. Tres principes jóvenes, cada uno con su esposa jóven tambien. Tres principes jóvenes sin crividades reciprocas, á la vista y bajo la vigilancia algunas veces severa de su madre Blanca. Dicese que esta pretendia metodizar hasta los placeres que el matrimonio les permitia, y que Margarita se quejó amargamente un dia de estas restricciones, diciéndole: «No me dejares ver á mi esposo y señor ni en la vida ni en la muerte?» Anádes que la conducta de Blanca se fundaba en el temor que abrigaba de que su nuera adquiriese mas ascendente que ella en el corazon de su esposo, y que se atrevió hasta no permitirle la entrada en su aposento en una enfermedad que acometió á este. Pero esta circunstancia puede probar que alameda con las instancias demasiado vivas de su hijo cumplió, menos por celos que por prudencia y ternura, este medio que autorizaba la confianza respetuosa del príncipe.

Todo cuanto se relacionaba con la religion afectaba vivamente al piadoso monarca. Teobaldo IV, conde de Champaña, y rey de Navarra por herencia, habia hecho publicar una cruzada en un momento de fervor, y se habia obligado á formar parte de ella con muchos señores, sus vasallos. Como no hallaron bajelos, hicieron el viaje por tierra, sufriendo el hambre y la sed, y experimentando traiciones por donde pasaron de manera que su número habia disminuido notablemente cuando llegaron en Palestina á vista de Jafa, la antigua Joppe, que fué su única conquista y aun se vieron obligados á abandonarla con presesa. Teobaldo regresó únicamente con los principales caudillos de su ejército, que en su totalidad habia perecido.

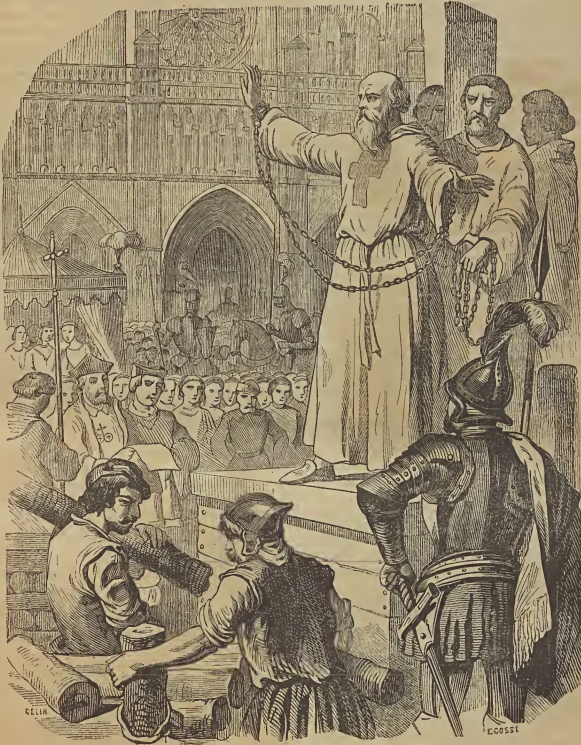
Nadie observó que este trágico acontecimiento hiciese en el ánimo de Luis la impresión que todos esperaban. Contentose con lamentar la desastrosa suerte de tantos desgraciados, pero se prometió en su interior dejarlos complacientemente vengados. En apoyo de este deseo le sobrevino una enfermedad que le puso al borde del sepulcro. En los momentos mas criticos de su dolencia, hizo un voto solemne delante de toda su corte de tomar la cruz, si recobrava su salud. Esta le fué devuelta, y cuando se vió plenamente ejercido, trató de cumplir su voto. No le era difícil levantar un ejército, y cito bastante numeroso para reanimar el ardor de los cristianos. Y cito bastante numeroso para abrigar de los malos tratamientos ponerlos durante cierto tiempo al abrigo de los esfuerzos mas poderosos de los infidels; pero hubiera que rido un esfuerzo mas poderoso, es decir, «excitar un entusiasmo general, y arrojar, por decirlo así, la Europa en masa sobre el Asia. Sus tentativas cerca de otros

principes fueron estériles, por lo que reducido á sus propias fuerzas convocó un parlamento, donde hizo aprobar su resolución. Sus tres hermanos, Alfonso de Tolosa, Roberto de Artois y Carlos de Anjou se cruzaron. La reina Margarita tomó tambien la cruz, y á su ejemplo Juana su cañada, esposa de Alfonso, y otras muchas damas de elevada gerarquía, así como los obispos, abades y casi todos los señores.

Habia no obstante, aun entre los cortesanos, muchos que se negaban á alistarse en esta arriesgada y lejana espedicion. Luis en las grandes festividades asistia á los oficios divinos con toda su corte. Los monaques franceses acostumbraban aun repartir en estos dias solennes lo que se denominaba *libres*, es decir, una especie de capas uniformes que se llevaban sobre el traje habitual. El rey hizo bordar cruces en estos casacones para la misa de Noche Buena, y procuró que hubiese escasa luz en el paraje donde debian entregarse. Todos se cubrieron con el casacon que se le habia repartido, sin sospechar el ardid; pero al primer rayo de luz, cada cual vió en el hombro del que tenia delante, la señal que él mismo presentaba al que le seguia. Todos adoptaron alegremente el partido de mirarla como un verdadero compromiso; dieron al rey el nombre de *pescaador de hombres*, y fueron á felicitarle en tropel por el buen resultado de su pesca. A pesar de este aparente regocijo, muchos representaron que no tenian dinero para verificar tan largo viaje; pero el rey se lo proporcionó, parte como empréstito, parte como donativo. Se les escitó á que vendiesen sus tierras y castillos; el clero y los monjes adquirieron muchos de estos dominios. Los habitantes de las poblaciones, enriquecidos por el comercio, reducidos anteriormente á no poder adquirir sino tierras cargadas de onerosos censos hacia la nobleza, empezaron á emanciparse. El rey mismo compró el dominio útil de varios señores á quienes queria poner en estado de hacer el viaje, y se

observa que hizo esto principalmente respecto de aquellos que podian promover disturbios en su ausencia; de lo que se ha inferido que esta empresa fué tanto obra de la política como de la devocion. Hizo prestar juramento de fidelidad á sus hijos por los señores que quedaban, nombró regente á su madre Blanca, con los poderes mas amplos, y salió de Agoras-Muertas en el mes de junio. Su flota constaba de cierto veinte buques de alto bordo y mas de quinientos pequeños.

El rey habia señalado para primer punto de reunion la isla de Chipre, donde reinaba Enrique, nieto de Anauy de Lusignan, y cuyo sobrino en segundo grado de Guido, á quien Ricardo habia hecho rey de Chipre despues de la toma de Jerusalem por Saladino. Con el beneplácito de Enrique, Luis habia dispuesto inmensos almacenes de viveres; de modo que el ejército se vió rodeado de la abundan-



Suplicio de los Templarios.

cia durante todo el tiempo que en dicha isla permaneció, lo que se dilató mucho más del que se había previsto. Pudo precisarse esperar la retardación, que sufrió los efectos de los vientos contrarios, y después adquirir conocimientos acerca del estado del país para formar el plan de ataque. El rey proyectaba examinarse directamente a la Palestina y conquistar á Jerusalem; pero se le hizo presente que esta empresa estaba enteramente devastada, que todas sus ciudades se hallaban desmanteladas, y que ciertamente sería difícil apoderarse de ellas; pero que no teniendo ni el tiempo ni los medios de fortificarse en su recinto, sucedería que no lian los cruzados parteses, los cristianos perderían de nuevo sus fortalezas con la misma facilidad con que se conquistaron; que en tal caso quedarían como antes expuestos á los ultrajes de todo género de los infieles, y que esta empresa sería interminable.

«Id más bien al Egipto» decían al monarca sus consejeros; el sultán ó soberano de este país es el verdadero señor de la Palestina, y al punto que os retiréis, se posesionará de ella otra vez. Por él debemos empezar, si queréis dar solidez al trono de Jerusalem, que os propones restablecer. Pero este sultán era un príncipe muy poderoso, y además sobrino en segundo grado de Saladino, y se llamaba Malik-Sala; tenía bajo su imperio con la Palestina y el Egipto, las ciudades y el país de Damasco. Era buen general, se hizo práctico en la guerra que hacía continuamente á los árabes, y siempre al frente de un ejército de mamelucos, milicia turca del Kapsehak ó de la Cirenia, que había organizado y que estaba destinada á destrozarse la familia de Saladino.

Habiendo prevalecido las últimas razones, á pesar de las dificultades que había que superar, resolvieron invadir el Egipto, y se hizo rumbo hacia Damietta. Al divisarse las torres de esta ciudad, toda la flota se reunió en derredor de la galera real, y los gótes subieron á su bordo para recibir las últimas órdenes. «El rey se mostró con un continente propio para inspirar valor á los más cobardes. Os aseguro, dice Joinville, historiador de esta cruzada, que jamás se había visto tan gallardo guerrero. Descollaba sobre todos desde los hombros arriba. Aunque Luis estaba dotado de una complejion delicada, su valor le hacía parecer capaz de los mayores trabajos; sus cabellos eran rubios, y reñía todos los atractivos que por lo regular acompañan á este color. Advertíase en toda su persona tan magestuosa dulzura, que al verle, todos se sentían penetrados del amor más tierno y del más profundo respeto. La sencillez de sus armas, sencillez que no excluía el aso, le daba un aspecto más marcial de lo que hubiera podido dársele la riqueza que despreciaba.»

Su alocución fué corta, porque hablaba á hombres decodados que no necesitaban de estímulos para combatir con entusiasmo; limitóse pues á despertar en ellos los sentimientos cristianos que debían ser los móviles de su empresa. Teniendo que el cuidado de atender á la conservación de su persona les hiciese demasiado circunspectos en la refriega, les dijo: «No me miréis como á un príncipe en quien reside la salvación del Estado y de la Iglesia; no veáis en mí sino á un hombre, cuya vida, como la de otro cualquiera, no es sino un soplo que el Eterno puede disipar cuando le plazca. Marchemos con confianza; si venemos, conquistaremos al nombre cristiano una gloria que llenará el universo; si sucumbimos, alcanzaremos la corona del martirio.»

Dielas estas palabras el rey dio la señal; la falua que llevaba la oriflama precedía á las demas; como si tuviera vergüenza de verse anticipado entró en el mar con el agua hasta los hombros, el escudo pendiente del cuello y con la espada en alto. Un ejército enemigo se extendía por la playa y una flota defendía el puerto. Bajoles y soldados fueron simultáneamente acometidos por los franceses, y aunque todavía no había llegado su retardación, retardada por los vientos contrarios, la defensa duró dos días, dos días equivalentes á los batallas. Por último, la obstinación de los sarracenos cedió al arrojo francés, y abandonaron á Damietta sin pensar en su defensa; los franceses se apoderaron de la ciudad, la abastecieron, la fortificaron, é hicieron de ella un punto de apoyo para el resto de la expedición.

Llegó al fin la retardación; decidióse entonces ir al Cairo y se hicieron preparativos para pasar el Nilo. La posesion de Damietta daba la de una de las orillas de este río; y el ejército se hizo capaz con la idea de pasar á la otra con tanta mayor facilidad cuanto que se sabía la muerte de Malek-Sala, á quien acababa de arrebatar una enfermedad en Massoura, al volver aceleradamente de la Mesopotamia para oponerse á los cruzados. Mientras llegaba Almoadin, su hijo, á quien había dejado en la Mesopotamia, los sarracenos cayeron por su gete á Pacardino, uno de sus caudillos.

Entonces empezaron los grandes reveses de los cruzados. Estos pasaron el Tamas que tenían á la vista, por un vadó que algunos tráfugas les indicaron. Roberto, conde de Artois y hermano mayor del rey, solicitó por el primero y con la vanguardia. Luis que tenía los arranques de valor de su hermano, no accedió á ello sino bajo la condicion de que no atacaría hasta que él se hallase en

situacion de auxiliarle. El conde prometió hacerlo así; pero no bien hubo pasado el río cayó sobre los enemigos, cuya formacion le pareció insegura, y los dispersó persiguiéndoles hasta las inmediaciones de su campamento. En vano el gran maestre de los templarios y otros generales que sospechaban un ardid en aquélla tan precipitada fuga, intentaron moderar el ardor del príncipe, quien solo respondió con insolencias á sus prudentes observaciones, y conti nuó avanzando. Llenos de indignacion, pero no atreviéndose sin embargo á abandonar, le siguieron en el ataque del campamento que fué sorprendido. Hacerlo porción en la pelea, y su ejército de sesenta mil combatientes se desbandó perdiendo á la vez su general, sus máquinas y sus posiciones. Nunca una loca temeridad fué coronada con éxito tan brillante; pero el conde se había propuesto al parecer causar á la fortuna, no le bastó dispersar al enemigo; pretendió aniquilarlo por sí solo y sin esperar á su hermano, con el puñado de hombres y caballos que á sus órdenes tenía, y desoyendo las nuevas reflexiones de sus generales, á quienes se creía cada vez más autorizado á despreciar, siguió á los fugitivos, entró confundido con ellos en la ciudad de Massoura; arrastrado siempre por su arrojo, pasó más allá de la ciudad sin pensar siquiera en asegurársela por medio de un destacamento, y no se detuvo hasta que se vió imposibilitado para perseguir á los fugitivos. Mientras tan imprudentemente se obstinaba en esta persecucion, un musulmán llamado Bodoelhar, simple mameluco, pero hombre de perseguido, que presentaba su gran fortuna, reconoció que solo era perseguido por un puñado de hombres aislados; hace advertir á sus compañeros esta circunstancia, y reunió á muchos, y se posesiona de ella. Da muerte á los pocos cristianos que allí encuentran, y después á los que iban á reunirse á ellos seculares en no hallar un solo enemigo en esta ciudad. Todos los generales cayeron bajo la espada del valiente mameluco y con ellos el mismo conde de Artois. Bodoelhar hace publicar en el acto que el rey ha sido muerto, y reanima de esta suerte el valor de los musulmanes, que arden desde aquel momento en deseos de vengar la afrenta de su sorpresa.

No obstante, Luis había pasado el río, pero nadie había ya á quien prestar apoyo. Al recibir la noticia de tamaña catástrofe, el terror pasó de unas llamas á otras, y se necesitó toda la intrepidez del rey para resistir la ciega impetuosidad de los sarracenos. Los franceses no fueron batidos, y aun obligaron al enemigo á retirarse á su campamento con una pérdida considerable; pero por mucha que fuese, el resultado de la batalla fué no nos fuésto á los sarracenos, que podían hacer grandes levas, que á Luis que perdió en ella la mitad de su ejército.

Muy sucesivos en número los sarracenos cambiaron de estrategia, y dejaron á los cruzados bastante tranquilos en su campamento teniendo irritar á tan temibles enemigos. En este campamento donde unos lloraban á sus amigos y se lamentaban por sí mismos atormentados por los dolores de las heridas, cuya gravedad aumentaba el ardor del clima, los otros se entregaban al juego y á las comilonas hasta donde su situacion les permitia, porque los bastimentos faltaron muy pronto. Llegaban estos de Damietta en barcas; pero los tiradores enemigos diseminados en la opuesta márgen del Nilo mataban á flechazos á los marineros y se apoderaban de los cargamentos; así pues los remedios y socorros de toda especie para los enfermos, llegaron á escasear tanto como los víveres; y como si todo esto no bastara, una epidemia puso el sello á tantas calamidades.

Como la mayor parte de los gótes habían perecido, como casi todos los demás el mayor el rey estaba debilitado y postrado por una especie de estupor, apenas se expedían órdenes. Inútil pues es decir que la disciplina desapareció del todo; los cadáveres permanecieron insensibles alrededor del campamento, á donde eran arrojados sin precavicion, y un considerable número quedó amontonado cerca de un puente que Luis había mandado edificar sobre el Tamas. La putrefaccion de unos y otros infundió la atmósfera y las aguas, y los diminutos peces que los soldados sacaban de ellas, corrompidos tambien, eran más bien un veneno que un alimento. Tan deplorable situacion hizo que se pensara en la retirada; pero esta retirada de enfermos, de heridos, de hombres estenuados por la falta de sustento y bajo un sol abrasador, debía verificarse á la vista de un ejército sano, activo y numeroso. Aglomeróse el mayor número posible de heridos y enfermos en barcas dispuestas al efecto, el rey fué montado con mucho trabajo en un caballo. Distribuyéronse los puestos, y los menos débiles se encargaron de proteger la marcha.

Fácil es adivinar que no bien se puso en movimiento aquella triste y desolada falange, los enemigos la acometieron en todas direcciones, de coma, de lejos, por la espalda, por el frente, con sus flechas, con sus espadas y con sus mazas. Luis en este momento supremo recobró su vigor, y daba cargas terribles con los caballos que le rodeaban. Durante la fuga de los enemigos los fran-

ceses trataban de ganar terreno, pero estos volvian siempre mas numerosos. Al fin, las fuerzas abandonaron al monarca, y sucumbia ya é iba á ser muerto ó á caer prisionero. Un caballero llamado Godofredo de Sardines le sacó del tumulto de la refriega, recibiendo los golpes que iban dirigidos á él, y le hizo pasar al otro lado del puente. Gauthier de Chatillon sostuvo por largo tiempo solo sobre este puente los embates de los enemigos; pero cayó al fin, y pasando estos rápidamente sobre su cadáver erizado de flechas, atravesado y cárdeno, llegaron á una casa donde yacia casi moribundo el monarca, á quien defendian aun algunos caballeros. Un fuerte grito, sin que nadie se lo encargara, que el rey mandaba que todos se rindiesen, y que si no lo hacian, esponian su regia persona. Las armas cayeron de las manos, y los que las empuñaban viéronse al punto cargados de cadenas.

El rey, sus hermanos y los señores prisioneros con ellos tuvieron que sufrir mucho de la insolente soldadesca, hasta el momento en que Luis pudo avistarse con Almoadin. Este y el monarca franceses hicieron un tratado bastante ventajoso para unos vencidos reducidos á tan estremada miseria; pero la catástrofe acaecida al sultan les sumió otra vez en nuevos desastres. Algunos emires, descontentos ó envidiosos, inspiraron á sus tropas instintos sediciosos esparciendo la voz de que Almoadin queria guardar para sí y para sus favoritos el rescate del rey, sin darles parte alguna, y que proyectaba además servirse de los prisioneros franceses despues de darles libertad, para deshacerse de todos aquellos que le eran sospechosos, entre otros de los mamelucos, que constituian entonces un cuerpo poderoso en el ejército. Tales calumnias sublevaron á estos hombres suspicaces y atacaron de improviso al sultan de la guisa del Ni- lo; los sediciosos la incendiaron, y Almoadin se echó á nado, pero sueñó acerbillado á flechazos antes de llegar á la márg n opuesta.

El rey sufrió como todos los demas prisioneros los fatales efectos de la anarquia punitiva por esta rebelion. Los amotinados se apoderaron de su persona. Unos iban á pedirle con insolencia la parte que les correspondia de su rescate, y hasta llegaron á amenazarle diciéndole darian muerte á su vista á todos sus compañeros de infortunio y que le soueterian al tormento, mientras otros, testigos de su arrojo en la batalla, admirando su firmeza en la esclavitud y conmovidos al ver su paciencia y dulzura, le ofrecieron su apoyo. Llegó á ser en cierto modo árbitro entre los emires y los reconcilió. Volvióse á hablar del tratado cuya ejecución habia sido suspendida por los disturbios, y se cumplió sin variacion alguna. El y devolvió á Damieta por su rescate personal, no habiéndosele accedido bajo ningún concepto á ser justipreciado por dimitiendo respecto de sus hermanos y los demás prisioneros se le obligó á entregar una suma de ochocientos mil besantes de oro (moneda de Bizancio ó de Constantinopla, del valor de la octava parte del marco de plata, y por lo tanto equivalente á seis ó siete francos de los actuales) cuya tercera parte debia ser pagada en el acto, y se estipuló ademas una tregua de diez años. Luis dejó en rehén á su hermano Alfonso y á cierto número de caballeros y partió á Damieta, desde donde envió la primera cuota que libertó á estos prisioneros. El tesoro se sacó delante de Luis de haber ganado por medio de una astucia alguna cosa en el peso de las especies de que los sarraenos no tenian conocimiento, pero el escrupuloso monarca mandó que esta ganancia ilegítima fuese restituida. Este primer pago, demasiado crecido para lo que quedaba en las cajas reales, fué formado con las contribuciones voluntarias de los desgraciados que habian escapado por tierra y por agua al furor de los sarraenos y que se habian refugiado en Damieta, y además con todos los muebles y alhajas que la reina Margarita, su cañala Juana y las damas de su comitiva pudieron sustraer á sus necesidades y vendieron á los judíos.

El rey entregó á Damieta á los sarraenos y se dirigió á San Juan de Acre, á donde le habia precedido ya la reina. Difícil seria pintar el desconcielo de esta princesa cuando supo el cautiverio de su marido. La idea española que se habia formado tal vez con razon de la hubriedad de la milicia asiática, la causaba convulsiones de desesperacion. Imaginábase orle siempre á las puertas de su habitacion, y por la noche la acompañaba en su alcoba un anciano caballero para tranquilizarla. En uno de sus momentos de terror se arrojó á los pies de este digno anciano: «Jurdame, caballero, que harás todo lo que os pida.» El caballero así lo prometió. «Es, abailó la reina, que si los sarraenos se apoderan de esta ciudad, me cortarás la cabeza antes de que puedan cogerme.» Así pensaba hacerlo, respondió el caballero.

Los príncipes y su comitiva abandonaron lo mas pronto que les fué posible aquellas playas funestas, pero á pesar de sus instancias, el rey permaneció en Palestina. Tenia en ello una doble intencion: era la primera no dejar sin esperanza á los cristianos de este pais, á quienes habia ido á socorrer, y no perder todo el fruto de sus trabajos; y la segunda obligar á los infieles á que llenasen

respecto de los prisioneros las condiciones de la capitulacion. En la embriaguez de su triunfo, al tomar á Damieta, aquellos habian asesinado á los cristianos sanos ó enfermos que encontraron. En lugar de retener á aquellos cuyo rescate acordaban, los enviaban á puntos lejanos del desierto para que los trabajos á que los sujetaban hiciesen aumentar el precio del rescate, y tuvieron demas la mala fe de retener bajo mil pretextos la presencia del monarca, la estimacion de que gozaba y el temor que todavia inspiraba en su desgracia, podian poner limites á tales desmanes. El rey consiguió reunir en derredor suyo á muchos soldados y caballeros á quienes su partida habria reducido á un eterno cautiverio. Levantó de nuevo las fortificaciones de muchas ciudades, y puso de acuerdo entre sí á los príncipes cristianos de la Palestina. Los que le dieron mas disgustos fueron los caballeros de San Juan y los del Temple, cuyas pretensiones y privilegios chocaban de frente. Los puso en estado, si hubiesen permanecido unidos, de sostenerse contra los infieles mientras llegaban los socorros que no desconfiaba enviarles. Esto fué obra de cuatro años de permanencia, en los cuales se ocupó de las mismas acciones de justicia y de beneficencia que en su reino ejercia.

Luis reinaba verdaderamente por su virtud, y esta fué la que le salvó del puñal del príncipe de los asesinos, llamado el Viejo de la montaña, temido en todo el Oriente. Este soberano de una pequeña comarca, cuya posesion exacta se ignora, y que algunos colocan en las montañas de la Siria ó en las de la Persia, ponía á contribucion los reyes. Habia hecho construir un palacio delicioso en el cual encerró á muchos jóvenes cuya imaginacion fascinaba con el goce de todos los placeres; inculcábalas la persuasion de que gozarian durante toda la eternidad en el paraiso eclesite de las delicias con que los embriagaba en el terrestre; que gozarian de ellas si obedecian sus órdenes, fuesen estas cuales fuesen, aun á riesgo de su propia vida. Estos fanáticos enviados á una corte pedian presentes en nombre de su príncipe. Si el rey se los rehusaba, érale preciso rodearse de muchas precauciones para eludir su celo sanguinario; porque ¿quién no puede un hombre que se le ha consagrado á la muerte?

Llegaron dos cerca del monarca francés, y admitidos en su presencia le preguntaron: «Conoces á nuestro señor?». El rey respondió con frialdad: «Nunca he oido hablar de él.» «¿Cómo replicaron los enviados; ¿por eso el aprecio que se le tiene por quien depende tu vida? Todos los otros se humillan delante de él, y si tú vives, es por su permiso. Si uno de ellos muere, el sultan de Egipto, todos los príncipes de una y otra ley le han tributado el debido respeto, y tú, á pesar de que hace tanto tiempo que estás en Oriente, no le has enviado ni tus presentes ni tus respetos. Apreprárate á pagarle el usufructo de tu vida, que no será larga si no te sometes á sus órdenes.» Luis le aplazó para otro instante para darles su respuesta, y cuando volvieron encontraron á los grandes maestros de los dos órdenes y á otros señores que les dijeron: «Que no se hablaba á un rey de Francia de la manera que ellos lo habian hecho; que, sin el respeto debido al derecho de gentes, se les habia arrojado al mar, y que se presentasen de nuevo en el término de quince dias con otro cometido de su señor para dar una satisfaccion de sus imprudentes amenazas.» No habian transcurrido quince dias cuando otros embajadores llevaron al rey la camisa y el anillo de su príncipe; la camisa que toca al cuerpo y el anillo, que es el signo del matrimonio, anunciaban la disposicion del Viejo de la montaña á contraer una union estrecha con el rey de los franceses. Esta aventura conmovió enviándose recíprocos presentes. El temor se habia apoderado tal vez del viejo príncipe, que todo lo era menos el inflexible, y cinco años despues los tártaros de los caballeros de la Palestina, y cinco años despues los tártaros en una de sus escursiones destruyeron el Paraiso y dispersaron los adeptos y las buris.

El rey hubiera podido aprovecharse de la deferencia que todos le profesaban para visitar los Santos Lugares y acabar su peregrinacion, pues ciertamente hubiera sido recibido con respeto en Jerusalem, aunque esta ciudad estaba en poder de los infieles; pero se le hizo observar que era impropio de la dignidad de un gran monarca entrar como por favor en una ciudad cuya conquista se habia prometido, y por la cual habia hecho tan considerables esfuerzos. Renunció pues á este proyecto, y desde este momento volvió sus ojos hacia la Francia. Blanca, su madre y regente, habia muerto hacia mas de un año, y esto era una razon perentoria para no demorar mas su regreso.

Embarcóse con la reina y los individuos que restaban de su corte, é aumentada con un hijo que Margarita habia parido en Damieta, tres dias despues de haber recibido la noticia de la caudidad de su esposo: lamósele Tristán porque habia nacido en las tristes circunstancias de esta desastrosa empresa. Mientras navegaban á toda vela hacia Chipre, una violenta sacudida conmovió rudamente la embarcacion á la vista de una pequeña isla desierta; todos creyeron

que había encañado, y un examen evidenció el peligro de continuar la navegación en tal buque, construido con el objeto de contener una numerosa tripulación. Pero es el caso que no había otro. Propósele al rey que desembarque, se niega á ello, y todos le instan vivamente. «¿A qué fin, dice, tantas instancias?—Porque la conservación de algunos infelices marineros, le responderon, importa poco al universo; pero nada puede igualar al precio de una vida como la de vuestra magestad.»—Pues bien: salud, repuso el generoso monarca, que no hay aquí un solo hombre que no ame su existencia tanto como yo puedo amar la mía. Si yo desembarco, todos desembarcarán también, y al embarcarme en cualquiera otro bajel menor que este, me veré precisado á dejar á la mayor parte en la tierra estrangera, tal vez privados para siempre de la esperanza de volver á ver su país. Prefero poner mi vida en manos de Dios, la de la reina y la de nuestros tres hijos, que esponer á tantas personas á tal deplorable suerte.» Las averías fueron reparadas y él acabó felizmente su travesía, mientras que en efecto los que abandonaron el bajel permanecieron mas de dos años sin hallar medio alguno de regresar á Francia. Es extraño que un rey, un príncipe, cualquier hombre distinguido por su nacimiento ó por sus dignidades, se coloque de este modo al nivel de los demás hombres. Esta humildad procedía en Luis de lo persuadido que se hallaba de la nada absoluta de las grandezas humanas en presencia del Ser Supremo. «Sensal, decía á Joinville, después de una horrosa tormenta que amenazó abismarnos; mirad como Dios ha manifestado su omnipotencia, cuando por uno solo de los cuatro vientos, el rey, la reina, sus hijos y tantos otros personajes han tenido desaparecer para siempre. Estos peligros, advertencias y amenazas son de aquel que puede decir: ¿veis como no hubiéramos negado sin escepcion, si tal hubiese sido mi voluntad? Mucho sorprendería al piadoso monarca que los marineros salvados de la muerte por una frágil tabla, pensasen tan poco en ella. Estableció una severa policía en su embarcación; impuso un castigo á los juramentos y prohibió el juego. Las oraciones se recitaban á horas determinadas, cuando el tiempo lo permitía dábanse instrucciones cristianas á los marineros, sobre todo á los jóvenes, y el monarca no creía indigno de sí el animar con su presencia estos ejercicios.

Joinville que nos ha conservado estos pormenores, trataba al rey con bastante familiaridad para permitirle algunas observaciones que pueden considerarse como auténticas. El rey desembarcó en un pequeño puerto de la Provenza, donde nadie le esperaba. Allí no había caballos ni comodidades propias para el transporte de tantas personas y de sus equipajes; por fortuna el abad de Cluni que se hallaba en aquellas inmediaciones, le trajo dos caballos, y el rey le dió con este motivo una audiencia que pareció larga... «No es verdad, señor, dijo Joinville al monarca, que el presente del buen monge ha contribuido no poco á hacer que le escuchárais tanto tiempo?—Algo ha contribuido, respondió el rey.—¿Juzgad pues, señor, añadió el leal caballero, lo que harán vuestros consejos si vuestra magestad no les prohibe recibir remuneraciones de aquellos que tienen negocios pendientes de su resolución, porque como veis se escuchan siempre con mas benevolencia.» El rey se sonrió, conoció toda la oportunidad de la advertencia y, añadió el sensal, no la olvidé en lo sucesivo.

Halló su reino en buen estado, pues durante su ausencia solo había sido agitado por los desórdenes de los *pastorcillos*. Díose esta denominación á unos hombres poseídos de un entusiasmo fanático que se apoderó especialmente de las gentes sencillas del campo, cultivadores y sobre todo pastores. Su asociación tuvo principio en las exhortaciones vehementes de un tal Jacob, natural de Hungría, que se había fugado de los claustros del Cister. Este hombre predicaba la cruzada, no, según decía, á los nobles y ricos cuyo orgullo rechazaba Dios, sino á los pobres y humildes, á quienes el Señor había reservado el honor de libertar al rey y los Santos Lugares, y añadía que la Santísima Virgen y los ángeles se le habían aparecido y mandado reunir á los fieles para la santa expedición.

Muy pronto el *maestro de Hungría* (asi se le apellidaba), se vió rodeado de discípulos pertenecientes á todos los estados, mujeres y niños, cuyo número se hace subir á cien mil. El impostor les enseñó muchas banderas en que se hallaban borrajadas sus pretendidas visiones, y les dió gefes, todos predicadores como él. El objeto de sus discursos cambió á medida que se reforzaban. Después de haber hablado únicamente de piedad y devoción se desataron en invectivas contra los monges, los canónigos, los obispos y la corte de Roma. Estralimitábase hasta el punto de desempañar, aunque legos, las funciones del culto, confesaban, anulaban los matrimonios, los rechazaban, acomodaban la moral cristiana á sus ideas é intereses, y estos intereses eran un libertinaje horroroso que se introdujo en aquella multitud de hombres groseros, ignorantes y ociosos. Cuando Jacob predicaba estaba rodeado de satélites prontos á lanzarse sobre los que se atreviesen á contradecirle. Un clérigo tuvo este atrevimiento en Orleans y decidióse á contradecir al maes-

tro, pero uno de los discípulos del ex-monge le hendió la cabeza de un hachazo.

La regente toleró al principio estas reuniones de cruzados, porque solo veía en ellas la intención de preparar auxilios á su hijo. Jacob al frente de los suyos fué recibido en Auxis. Ejerciendo las funciones sacerdotales se condecoró con los ornamentos pontifical's en la iglesia de San Estauquo, donde predicó con su habitual insolencia; y como estaba apoyado por el pueblo, los miembros de la universidad, mas sabios que guerreros, dice Mezeray, é intimidados además por el asesinato de algunos clérigos, é víctimas de aquellos frenéticos, se guardaron en sus colegios, debiendo tan solo á esta prudente conducta su salvacion.

Iguales escenas ocurrían en Orleans, Burdeos y otras ciudades donde los tenientes de Jacob, tan bien acompañados como su general, ejercían á la vez su misión. Tamaños escesos intimidaron á la regente, que se arrepintió de no haberlos refrenado al principio, y adoptó medidas adecuadas, lo menos rigurosas sin embargo que fué posible, contra aquellos fanáticos, mas bien seducidos que perversos. Blanca mandó que se dejase pasar, y aun que se ayudase, á los que quisiesen embarcarse ó abandonar de cualquier modo el reino; los gefes fueron capturados, pero se hicieron en ellos pocos ejemplares sangrientos para no exasperar en vez de corregir á los perseguidos. La falta de gefes, la escasez de víveres, el disgusto y el fastidio que ya les causaba una vida aventurera, fueron parte para que muchos de ellos regresasen á sus hogares campesinos, donde se dedicaron de nuevo á su acostumbrado trabajo. Así pasó este terrible porque se abrió un cauce, y Luis á su vuelta solo halló ligeros vestigios de lo sucedido.

La universidad le suscitó algunas dificultades. Debemos recordar que los dominicos y los franciscanos, recibidos en su seno bajo la condición de que no enseñaran públicamente, abrieron sus escuelas cuando la universidad cerró las suyas con motivo de la escomunicaion de Felipe Augusto. La prohibición de la enseñanza, que reducia á la osiosidad á multitud de estudiantes y hacia fermentar el descontento en aquellas imaginações juveniles, era para una corporación que enseñaba, un medio eficaz de sostener sus privilegios, ó de obtenerlos del gobierno á quien esta suspension alarmaba. Si en aquellos tiempos de crisis los religiosos continuaban dando sus lecciones, la universidad nada debía esperar ya de aquella interrupción que tan útil le había sido algunas veces. Mandó pues que nadie fuese recibido en su seno si no se obligaba por juramento á obedecer sus estatutos sobre el particular; los frailes mencionados se negaron á obligarse por este medio. Después de muchos debates, el negocio fué sometido al fallo del Papa, cuyo tribunal estaba ocupado á la sazón de otro mas importante, por lo que se relacionaba con la disciplina de la Iglesia galicana.

Los asuntos que los religiosos melancólicas le dirigan se conocen por una bula de Inocencio IV, escrita antes de las últimas discordias de la universidad. «Para conservar á cada uno sus derechos, dice el Papa, y con especialidad á los obispos y párrocos, que son la verdadera gerarquía eclesiástica, los regulares no pueden ir en los dias festivos admitir á los seglares al Oficio divino ni á la confesion sin previo permiso del ordinario. No predicarán sermones en sus conventos, mientras se celebre el Oficio divino en los dias festivos en las parroquias, ni en otras iglesias, sin orden de los obispos y de los párrocos de los respectivos lugares. Tal ha sido siempre la disciplina de la Iglesia de Francia, y la historia no debe dejarla ignorada. En un proceso relativo á la disciplina se encuentra con frecuencia mezclada la universidad, porque si los frailes en general se someten al Ordinario, aquellos que eran admitidos al doctorado pretendían hallarse por este título exentos del examen y de la jurisdiccion episcopal cuando querian enseñar y predicar. Espidériense acerca de estas materias durante seis pontificados mas de cuarenta bulas modificativas, confirmatorias y aclaratorias, casi todas contradictorias. Esta guerra de pluma fué muy animada.

Los adversarios esparcieron con profusion las erísticas, las sátiras y las personalidades mortales y punzantes. El rey no se mezcló en lides contenciosas sino para aplacar los ánimos, que sin duda se hubiesen exasperado lo mas, si hubiese tenido que obrar la autoridad. No concluyeron lo mas, si hubiese amoniguadas.

Los quince años que trascurrieron desde el regreso del rey ofrecen pocas acontecimientos importantes para la posteridad, pero los contemporáneos debieron juzgarse felices en vivir en un período que suministraba escasos materiales á la historia. El silencio de esta es algunas veces una señal inequívoca de felicidad. Encuentranse no obstante en este tiempo algunos hechos que merecen ser consignados. El primero es una reconciliacion entre los hijos de Margarita, condesa de Flandes, hija de Balduino, primer emperador de Constantinopla y viuda de Bouchard de Avesne y de Guillermo de Dampierre. Margarita quiso repartir en vida suya sus estados á los hijos de dos mipezas. Juan de Avesne, agraciado con el Hainaut, creyó advertir en su madre cierta predileccion hacia su hermano

Guido de Dampierre que obtuvo á Flandes. Quejóse amargamente de esto y se desató en injurias contra su madre. El rey Luis, indignado en esta contienda que la suerte de las armas sostenía un problema, orilló las dificultades á satisfacción de Margarita, y mandó que el grifo que de Auvesne llevaban en sus armas, fuese pintado en lo sucesivo sin lengua ni uñas. Es un don en un príncipe el saber proporcionar la pena á la falta, y lo es también el saber atender las reconciliaciones.

Una mujer de elevada alcurnia, vicia y muy ataviada, le pidió una audiencia secreta. El rey le hizo entrar en su gabinete, donde no había mas personas que su confesor, y la escuchó todo el tiempo que ella quiso. «Señora, la dijo el monarca, atenderé vuestro negocio, si por vuestra parte atendeis á vuestra salvación. Dicese que habeis sido hermosa, pero ese tiempo ha pasado, no lo ignorais; la hermosa corporal pasa como el flor de los campos, y en vano se trabaja para reproducirla. Es preciso pensar en la belleza del alma que nunca se marchita. Cuidad de vuestra alma, señora, y yo cuidaré de vuestro negocio.» El historiador que refiere este hecho imagina que la vetusta coqueta se corrigió desde entonces.

Los jueces del conde de Anjou habían fallado en favor de este un pleito, en el cual uno de sus vasallos reclamaba un castillo que aseguraba le pertenecía. El conde mandó al rey. El conde, indignado de esta osadía, le hizo encarcelar, pero las quejas del orfondo llegaron hasta el monarca, quien mandó le fuese devuelta la libertad. Mas el litigante no tenía dinero para proseguir su proceso; el temor de disgustar al hermano del rey cerraba todos los bolsillos y al mismo tiempo le privaba de abogados. Luis le nombró uno, le adelantó dinero, y disintendiendo el negocio concienzudamente, el conde fué condenado y el litigante reintegrado en su castillo.

Un motivo muy análogo suscitó un proceso ante el consejo del rey contra este mismo, que se hallaba presente. El poseedor de la tierra en litigio presentaba como documento de prueba una carta revestida de todas las formas y hasta del sello, pero este estaba roto y borrado en parte, y en vista de tal defecto los consejeros estaban próximos á desecilar la carta; Luis hizo le fuesen presentados otros documentos de la misma época, confrontó los sellos con el que se le presentaba, observó en estos restos algunos vestigios que le daban una autenticidad probable y se condenó á sí mismo.

Conocida era su inflexible severidad en la administración de justicia; por esta razón toda la corte temblaba por la vida de Enguerrand, baron de Couci, culpable de asesinatos horrosos, pues había mandado ahorcar como cazadores furtivos á dos jóvenes de elevada cuna, que se ejercitaban en el manejo del arco en uno de sus bosques. A pesar de los privilegios que alegaba, el rey le hizo encerrar en la torre del Louvre y comparecer ante un tribunal. Couci, concluido á la presencia del monarca, exigió que se le permitiese, conforme á la costumbre practicada con los barones, llamar cerca de sí á sus parientes para tomar consejo de ellos. Todos los que se acercaban al lado del rey se levantaron y unieron al acusado como parientes. Luis que lo era también, quedó casi solo en su tribunal, al que asistían pocos jueces por tantas personas distinguidas, y condenó al culpable por los ruegos de dos capillas, donde debía celebrarse el Oficio divino por el reposo de las almas de los difuntos, y permitió que según las leyes de las compensaciones, que no estaban enteramente fuera de uso, el criminal rescatase su vida mediante una cantidad de diez mil libras, que se invirtieron en la construcción del hospital de Pontoise.

Este Enguerrand era hijo mayor y heredero de Raulo de Couci, mortalmente herido en la batalla de Massoura, y el héroe de una aventura trágica que puso en juego la vena de nuestros poetas. Debemos recordar que cada caballero tenía una *señora de sus pensamientos*, á la que tributaba respetuosos desvelos; pero la honestidad de los caballeros, tan decantada, no era siempre de tal naturaleza, que no pudiera mas de una vez aparecer harto sospechosa. Raulo de Couci se había consagrado á Gabriela de Vergy, esposa del señor de Fayel, que experimentó por ello vivos celos. Raulo sintiendo próxima su muerte llamó á sus esposos, le dió una cartita y le mandó la llevara con su corazón encerrado en un vaso y á la mujer de Fayel. El escudero, al volver de la Tierra Santa, rotundando el castillo para realizar su cometido, fué hallado por el marido que le arrancó carta y vaso, y entregando el corazón á su cocinero, para que liciese con él un guisado que sabia gustaba á su mujer, vió poco despues con satánica alegría como esta se deleitaba con aquel horroroso manjar, concluido el cual le enseñó la carta y el vaso. Mientras Gabriela leía, su semblante se cubrió de una sombría tristeza, con todos los indicios de una desesperación reconcentrada, y sin prorumpir en vaas quejas y acriminaciones, dijo: «Puesto que he comido tan noble manjar, y mi estómago es el sepulcro de tan precioso alimento; no mezclaré con

el otro alguno.» Encerróse en seguida en su aposento, y dejóse morir en él de hambre.

Hay pocos rémotos en que la paz con la Inglaterra se haya sostenido tanto tiempo como durante el de Luis IX, pero puede sospecharse que compró algo cara. Contra el parecer del consejo, que nunca vez segun se dice que se alojó de él, dió á Enrique III, rey de Inglaterra, el Limosin, el Quercy y el Perigord, que habían sido confiscados á Juan Sin Tierra. Añadió á esto la promesa del Agenois y del Saintonge, si Alfonso su hermano moría sin hijos. Es cierto que Enrique, en reconocimiento sin duda de tan ricos donativos, dió al homenaje que ofreció al rey de Francia un esplendor al que el vasallo no se prestaba espontáneamente en ceremonia de este género. Arrodióse ante el trono de Luis con sus hijos, se declaró su feudatario, le prestó juramento de fidelidad, se puso bajo su protección, y habiendo muerto uno de los hijos del rey le ayudó como los demás príncipes á llevar su cuerpo á la sepultura. Se ha vituperado esta generosidad de Luis, de la que dió mas adelante razones bastante usas en política, como el escríptulo de retener unos bienes cuya confiscación le parecia injusta, y el deseo de procurarse por este medio una paz constante con Inglaterra; pero tal conducta fué una injuria para el tribunal de los pares que había dictado aquella confiscación, despues de maduras deliberaciones en el reinado de Felipe Augusto; y era también un mal medio de evitar la guerra, el aumentar el territorio y por lo tanto las fuerzas de un enemigo ya tan temible.

No hay género alguno de servicios que Luis, siempre generoso hacia Enrique, no se apresurase á prestarle. Este había establecido gobernador en sus provincias situadas en Francia, y con todos los poderes de virey, á Simon de Montfort, conde de Leicester por su madre, cuñado de Enrique, con cuya hermana se había casado, y el mas joven de los hijos del famoso Simon que había mandado la cruzada contra los albigenses. Leicester se condujo en su gobierno de tal manera, que sublevó los señores mas poderosos del país. A consecuencia de las quejas de estos, el conde pasó á Inglaterra para justificarse con Enrique; pero lo hizo con tal altanería y arrogancia, que hubiera ofendido á su señor, aun cuando hubiese sido inocente. De aqui se suscitó entre ellos un rencor del que se dieron reciprocas pruebas en todas las ocasiones que se presentaron. El odio de Leicester fué favorecido por las circunstancias. La Inglaterra estaba entonces en todo el ardor de una guerra civil entre el príncipe y los barones, con motivo de diferentes cartas de libertad concedidas y revocadas alternativamente por el débil monarca. El conde fomentó el descontento, consiguió producir una sublevación, y levantando tropas con que atacó las de su soberano, las desbandó y logró apoderarse de la persona de Enrique y de la de su hijo Eduardo. En estas desgraciadas ocurrencias, el arbitraje de Luis fué reclamado mas de una vez por el príncipe y por los barones. El rey se dedicó con celo á reconciliarlos, pero no pudo lograrlo, y de cuanto intento en su tiempo sino el testimonio tan honroso á su persona de haber sido juzgado por todos los partidos bastante justo é imparcial para reconciliarlos.

Luis empleó el mismo espíritu de conciliación en las discordias de los condes de Chalons y de Borgoña; de estos y Tohaldo V, conde de Champana y rey de Navarra, y de los condes de Bar y de Luxemburgo. Los políticos de su consejo le vituperaban por su empeño en pacificarlo todo. «¿No valdría mas, decian, dejar que peleasen entre sí para aprovecharse luego de su debilidad?»—«Si yo me guisase por vuestros pareceres, les respondió el rey, me vería privado de la gracia de Dios que me manda conciliar las discordias entre los príncipes cristianos, y perderia la estimación de mis vecinos, quienes advirtiendome mi malicia se coaligarían para atacarme, y encontrándome abandonado de Dios, me vencerían con su facilidad.»

De esta suerte, Dios, el deseo de agradarle y el temor de ofenderle, estaban continuamente en sus labios y en su corazón. Esta disposición habitual no podía existir sin actos de devoción que parecerían muy estranos en nuestro siglo, puesto que aun en el siglo lo parecerían. Tuvo el deseo de hacerse monge. No fué esto una simple veleidad, sino una resolución tan deliberada, que la reina, sus hijos y su mismo confesor tuvieron mucho trabajo en disuadirle de tal idea. No obstante, este mismo hombre que creia deber sacrificar hasta su libertad á la religion, se mantenia firme contra los abusos que se pretendia autorizar por las leyes de la Iglesia. Las escoumunionen eran entonces muy frecuentes y tan habituales, que las personas sobre quienes recaían los rayos d'ella no se tomaban ya el trabajo de hacerse absolver, ni por consiguiente el de reparar las culpas por las cuales habían incurrido en las censuras eclesiásticas. Los obispos se quejaron al rey de esta negligencia, y le suplicaron obligase á los escoumulgados á hacerse absolver en el discurso del año. Luis se obligó á ello, pero bajo condición de que sus jueces examinarían si la escoumunion había sido pronunciada en justicia. Este arreglo no agradó á los obispos. El monarca les dijo entonces: «Ved ahí al duque de Bretaña que había sido escoumulgado

por el obispo de Nantes; y siete años después se declaró en Roma, que esta excomunión había sido indebidamente fulminada. Si yo hubiese obligado al duque á buelvarle enano en el término del año, le hubiera comprometido injustamente á dar satisfacciones que no debía. Nada pudieron oponer á esto los obispos, y retiraron sus exigencias. Nunca permitió San Luis que la jurisdicción eclesiástica se sobrepusiese á la real, y tuvo siempre gran cuidado en contener á la primera en sus justos límites.

Obsérvese bien esta atencion en su código titulado: *Establecimientos de San Luis*. No se publicó sino un año antes de su muerte, pero es la obra de todos los años pacíficos de su reinado, el fruto del trabajo de personajes de ciencia y probidad reconocidas, encargados de vigilar la conducta de los jueces y del ejercicio de la policía, cuidado que tomaba sobre sí mismo. Encuéntrense en estas instituciones algunas leyes para el comercio, á que los viajes al Asia habían dado cierta actividad. San Luis se aplicó sobre todo á desembrollar en este código el caos de las leyes feudales, y á asegurar las propiedades; fijó en él los resortes de las jurisdicciones, las causas ó delitos cuyo conocimiento les incumbía; el derecho de apelación desde el señor castellano hasta el soberano; por este medio preparó la emancipación de los habitantes de las ciudades, y dió lugar á la formación de lo que se llamó mas tarde el *tercer estado*. Prohibió severamente la vagancia y se organizaron patrullas regimentadas en los campos y en los caminos, y los habitantes de los lugares donde se cometiera un delito quedaban responsables de él.

Como los asilos eran sagrados y se creía que su inviolabilidad derivaba de la religion, Luis no los abolió; prohibió por el contrario que los criminales fuesen cogidos en la iglesia; pero mandó que el clero los espulsase, y que si no los arrojaba, los dependientes de la justicia podrian ir á prenderles hasta el pie mismo de los altares. Los portazgos tan frecuentes y que impedían la comunicacion, fueron ó dismuitados ó suprimidos. Prohibió que los jueces comprasen bienes en la estension de su jurisdicción; se proscribió la pena del Talián sin distincion de estados y personas. El rey dió mas fuerza y actividad á las leyes ya promulgadas para suspender las guerras particulares durante algunos dias de la semana; y adquirió ademas bastante imperio sobre la costumbre, para hacer que cesasen las semanas enteras que se llamaban las semanas del rey.

Si no pudo abolir los duelos jurídicos, hizo al menos observar las leyes rigurosas de estos combates: leyes muy eficaces para hacerlos menos frecuentes, introduciendo de antemano el terror y el espanto en el ánimo de los campeones. Antes que les fuesen permitido combatir, sufrían un interrogatorio severo acompañado de exhortaciones y juramentos. Recitábase solemnemente sobre ellos el oficio de difuntos, como si debieran morir, y se les advertía que el vencido seria estraido del lugar de la liza arrastrado por los pies y ahorcado. Mientras duraban estas pavorosas ceremonias, la reflexion podia producir el arrepentimiento ó el desistimiento. Si los campeones persistían en su bárbaro propósito, los jueces del campo daban la señal después de haberles repetido la funesta sentencia de ser arrastrados por los pies y ahorcados; sentencia que debia ser ejecutada en el muerto y el moribundo, porque podia suceder que el vencido solo quedase herido. Los que se biseaban para esta clase de combates, sufrían irremisiblemente la suerte destinada á los que les habían buscado. Habíase ordenado de este modo, temiendo que la seguridad de eximirse de la pena capital les dispusiese á no emplear todos sus esfuerzos contra el adversario, con quien se hubiesen entendido de antemano. Esta clase de combates se prescribió juridicamente, no solo para vengar afrentas ó violencias personales, sino tambien para lograr tierras, señorías ú otras propiedades cuya posesion daba origen á frecuentes discordias.

Las *semanas del Rey* fueron muy útiles á Carlos de Anjou, hermano de Luis, para la conquista de Nápoles y Sicilia. Hacía ya mucho tiempo que los emperadores y los papas no cesaban de alizar el fuego de una guerra encarnizada, cuyo término anunciaba ser el estermio de unos ú otros. Los principes de la casa de Suavia, que ocupaban el trono imperial, habían incitado ademas la cólera de los papas con una alianza, que al darles á Nápoles y Sicilia, había aumentado considerablemente su poder en Italia. Federico II, uno de los principes mas ilustres que la Alemania ha tenido á su frente, había sido por esta misma razon el preferente blanco, ya de las tenebrosas intrigas, ya de las agresiones desenmascaradas de los papas. Federico había sostenido sus ataques con vigor, pero si saltó de ellos con gloria, las fatigas que inevitablemente tuvo abreviarlos mucho su carrera. Conrado IV, su hijo, digno por su enérgia de reemplazar á tal padre, tuvo una existencia aun mucho mas corta. No bien subió al trono, cuando por el crimen de Manfred, su hermano natural, el veneno cortó el curso de sus dias. Dejó por heredero de sus estados y peligros á un hijo todavia en la cuna, llamado Conrado.

El papa Urbano IV, como señor feudal del reino de Nápoles, se declaró tutor de este niño, y bajo este título se apoderó de sus es-

tautos. Manfred tomó el mismo título y se autorizó con él para arrojar el ejército del Papa, que hizo predicar sin éxito alguno una cruzada contra él, pues Manfred derrotó á los cruzados que le salieron al encuentro, y vencedor en todas partes, arrancóse una máscara que ya no necesitaba, y se hizo elegir la corona. Urbano no pudiendo conservar el patrimonio de su pupilo, escogiendo los medios oportunos para privar al menos de él al usurpador, se creyó autorizado para disponer de un reino de que era señor, y en consecuencia lo ofreció á Carlos, hermano de San Luis, conde de Anjou por sí mismo y de Provenza por su esposa. Sorido á los consejos sanos y concienzudos de su hermano, Carlos aceptó el ofrecimiento en 1265, pasó á Italia, fué coronado en Roma, después entró en la Apulia á la cabeza de un nuevo ejército de cruzados, y encontrando á Manfred cerca de Benevento le presentó batalla y le derrotó. El mismo Manfred pereció en la refriega, y dejó una hija llamada Constanza, á quien debemos mencionar, porque casada con Pedro el Grande, rey de Aragon, le llevó derechos que venimos realizados muy pronto de una manera harto trágica para los franceses.

Carlos de Anjou coronado ya rey de Sicilia por la muerte de Manfred, tardó poco en tener otro enemigo á quien combatir. Conrado á la cabeza de un ejército de alemanes que se había asociado á su fortuna, mereció á su hermosura, á su juventud y sus desgracias, fué á reconquistar la herencia de su padre. Pero ¿qué podia una esperiencia de diez años contra un príncipe consuado en el arte de la guerra? Ambos ejércitos se avistaron en Aquila, en el Abruzzo. El de Conrado, vencedor en el primer encuentro, se desbandó para saquear el campamento de Carlos; pero fué acometido por una numerosa falange de picardos, que le derrotó completamente. Conrado se sustrajo á este desastre, y estaba próximo á embarcarse y eludir todas las pesquisas, cuando fué preso y entregado á Carlos, que sometió á un tribunal compuesto de jefes de todas las partes del reino la suerte de este príncipe. Pero este aparato de justicia é imparcialidad solo habia sido imaginado para salvar unas apariencias demasiado odiosas. Este jóven príncipe, cuyo único delito habia sido pensarse á los azares de la guerra para reclamar los derechos mas legítimos, fué juzgado digno de muerte, y esta inicua sentencia fué ejecutada públicamente en Nápoles: la mano del verdugo estinguó en 1268 la ilustre casa de Hohenstauffen ó de Suavia, que habia dado á la Alemania seis de los célebres emperadores que la han gobernado.

Algunos historiadores pretenden disculpar al rey de Nápoles, diciendo que la vida de Conrado hubiera sido la muerte de Carlos. ¡Ejercerle política aquella que castiga con un suplicio el delito que quizá no se hubiera cometido! Carlos se mostró en el trono suspicaz, duro, tirano, sombrío, y odiado de los mismos que le habían colocado en él. Muchos de estos regresaron á Francia, y otros se establecieron en los dominios conquistados, y esta fué la segunda vez que los franceses dieron señores á esta parte de Italia; doscientos veinte años antes la habían sometido conducidos por los hijos de Tancredo de Hauteville, conocidos con el nombre de *reyes normandos*.

Vemos por todo esto que el francés solo necesita ser guiado para dar cima á las empresas mas árduas; y al mismo tiempo, tranquilo en sus hogares, desplega una afición igual á las ciencias y á las artes cuando tiene á la vista el ejemplo de un príncipe que los ama y protege; tal fué Luis IX. Los sabios, como ya hemos dicho, le habían en él una acogida favorable, distinciones honrosas, estímulos y recompensas. Ademas de sus beneficios, la universidad de París creó otra en Bourges, aumentó la de Tolosa, hizo donativos importantes á la Sorbona y la constituyó depositaria de libros muy estimados en aquella época, y que sirvieron de base á su biblioteca. Es de advertir que los primeros de nuestros poetas é historiadores que han escrito en francés, como Guillermo de Lorris y Villehardouin, vivían en su tiempo. Creese que fué él quien empenó á Vicente de Beauvais, célebre dominico, á que escribiese el *Espejo historial*, que todavia poseemos. A las fundaciones literarias reunió las piadosas; la Capilla Santa, diferentes hospitales, y entre otros el de los Trecentos, y algunos conventos de dominicos, franciscanos y carmelitas. Sus favores recaían con profusion sobre todas las órden religiosas; hizo gastos considerables en urnas, alhajas y ornamentos para los monasterios de San Dionisio y otras iglesias. Luis no ignoraba que se le censuraban agriamente estas prodigalidades, pero respondia: «Si emplease mi dinero en objetos de lujo y disipacion, los que critican ahora me alabarian entonces.»

No debe enumerarse entre las generosidades reprobables lo que gastaba para el brillo del trono y la solemnidad de las fiestas que él hacía nacionales. El pueblo mostró la parte que tomaba en la satisfaccion del soberano, con los festejos que tuvieron lugar cuando casó á su hija Isabel con Teobaldo II, rey de Navarra, y á Felipe, su hijo mayor, con Isabel de Aragon. Cuando hizo caballeros á este mismo Felipe y á Roberto su sobrino, hijo de su hermano Roberto, muerto en Massoura, toda París se cubrió de tapices y sus habi-





acometido de un vómito de sangre y de unas calenturas que le posaron en cama.

Vió la proximidad de la muerte con la confianza de un cristiano y la serenidad de un sabio. Llamó a su lado á los principales caudillos de su ejército: «Amigos míos, les dijo, le finalizo mi carrera; no me lloréis, porque es natural que como jefe vuestro marche primero; todos debéis seguirme, por lo que debéis estar preparados al viaje.» Acto continuo les dirigió una ex-



Felipe el Hermoso perseguido por el pueblo se refugia entre los Templarios.

hortación relativa á los deberes de los guerreros defensores de la religion, adoradores de la cruz que llevaban y debían evitar á todo trance no deshonrar con una vida licenciosa. Trató igualmente de robustecer su valor con la esperanza del próximo socorro que su hermano Carlos les llevaba. Despues, alargando la mano á su hijo y estrechándola tiernamente le dijo: «Ama á Dios con todo tu corazón. Sé átable y compasivo con los pobres, y sordorélos hasta donde te sea dado. No impongas á tus pueblos sino los tributos y contribuciones menos onerosas que sea posible, y solo por motivos muy apremiantes. Busca la sociedad de las personas prudentes y huye la de los perversos. No toleres que la murmuración y la impiedad se ostenten á tu vista; haz justicia, hijo mio, á tí y á los demás, y nunca quebrantes tu palabra. Si posees los bienes ajenos, devuélvelos al punto; sé celoso de la conservación de la paz, y si te ves obligado á hacer la guerra atenua sus efectos en bien del desgraciado pueblo, al cual debes amar, querido hijo; y por último, vigila la conducta de los jueces é infírmate con frecuencia del modo con que administran justicia.» Y concluyó rogándole le ayudasen con oraciones, misas, rogativas y limosnas por todo el reino. «Te doy la mas tierna bendición que padre alguno ha podido dar á su hijo, rogando á Dios te guarde de todo género de males y sobre todo de morir en pecado mortal. Recibí en seguida con la mayor devoción los santos sacramentos, y se hizo estender sobre encaja, tomó la cruz, la colocó sobre su pecho, cerró los ojos y entregó su alma sin esfuerzo, pronunciando estas palabras del salmo V: «Entraré en vuesra casa y adoraré en vuestro santo templo.»

Al exhalar su postrimer aliento, el mar se cubrió de buques empaquetados, adornados de vistosas banlerolas y de los cuales salían los alegres ecos de una música sonora y numerosos gritos de alegría. El ejército de Sicilia llegaba al fin. Carlos almorzó al ver que sus

compatriotas no respondían á sus demostraciones de regocijo, y alarado á no mirar en su orilla sino señales de desconsuelo, se lanzó á un esfuerso, llegó, se dirigió á la tienda real y vió difunto á su hermano, cuyo semblante respiraba todavía la dulzura y la bondad. Precipitose sobre aquellos restos inanimados con todo el abandono del carino mas sincero, los estrechó entre sus brazos y los bañó con sus lágrimas. En todo el campamento resonaban hondos suspiros y sollozos, porque la perdida era comun. Principes, señores, caballeros y soldados, confundidos mutuamente, lloraban á la par un buen rey, y un animoso guerrero que les era arribatado en tierra estraña en el momento crítico de los mayores peligros. La veneración general dió á Luis IX el título de *Santo* que la Iglesia le ha confirmado.

El presidente Hainault observa dos hombres en San Luis, el hombre público y el hombre privado. «Este principe, dice, dotado de un valor á prueba, solo era valiente cuando se trataba de grandes intereses. Era preciso que objetos tan poderosos como la justicia ó el amor á su pueblo escitasen su alma, que fuera de estos casos aparecia débil, limitada y pusilánime. Esto es lo que hacia que se le viese dar ejemplos del mayor arrojo cuando combatía á los rebeldes, á los enemigos de su estado ó á los infieles; esto es lo que hacia que á pesar de su piedad supiese resistir las exigencias de los Papas y de los obispos, cuando podia temer que promoviesen disturbios en su reino; esto es en fin, lo que hacia que en lo tocante á la administracion de justicia, su exactitud fuese admirable. Pero cuando se entregaba á sí mismo; cuando solo era un particular, entonces sus criados eran sus amigos, su madre le manejaba á su placer, y las prácticas de la devoción mas sencilla ocupaban sus dias. Es cierto que todas estas prácticas se ennoblecian con las sólidas virtudes que jamás se desmintieron y que formaron su carácter.»

Murió el dia 25 de agosto, á los cincuenta y cinco años de edad, y cuarenta y cuatro de su reinado. Su esposa Margarita le sobrevivió quince años, y su clogio puede compendarse en esta observacion: hizo feliz á aquel que hubiese querido no reinar sino para la felicidad de los demas. Si pueden censurarse en San Luis faltas y debilidades, preciso es reconocer que tuvo todas las virtudes y ningún vicio: elogio que no conviene á casi ninguno de los personajes que la historia propone á la estimacion y veneracion pública.

### FELIPE III, LLAMADO EL ATREVIDO.

*De edad de dos años.*

Despues de algunos dias de dolor, asombro y desaliento, dias en que si los moros hubiesen atacado el ejército habrían podido destruirle, se pensó en las mediás que aconsejaban tan difíciles circunstancias. El nuevo rey envió á Francia esta triste noticia á los regentes, á quienes confirmó en sus puestos, y se hizo prestar el juramento de fidelidad por todos los que se hallaban presentes. El rey Carlos tomó el maño con el unánime asentimiento; era buen general y gran politico, dos cualidades preciosas en un gefe en aquellos momentos azarosos.

Tratabase de concluir lo mas pronto posible y sin grandes sacrificios aquella maldhada expedicion; pero importa mucho que el enemigo no penetrase este deseo. Provoésele, fué vencido, y su derrota le obligó á entrar en la via de las negociaciones. Omar tenia un vivo interés en librarse de aquellos molestos huéspedes, cuyo arrojo podia al fin ser funesto á Tunez, que siempre seguia sitiada. Por esta razon se brindó á condiciones mucho mas favorables de lo que habia derecho á esperar. No se establecia en ellas la paz, pero sí una tregua de diez años; asunto poco importante para el rey de Tunez, que nunca miraba con indiferencia lo que podia acontecer al cabo de tanto tiempo. Créese tambien que los cruzados prefirieron la tregua á la paz, porque San Luis les habia encargado espresamente en su última exhortacion que no liciesen en las paz con los infieles. Los cruzados fueron initados en esto por los caballeros de Malta, que solo hacian treguas con el imperio otomano, pero tan próximas entre sí, que al fin llegaron á ser una paz perpétua, que los hizo inútiles para el objeto de su institucion.

Se convino en que el puerto de Tunez sería declarado franco, y las mercancías que á él se llevasen, quedarían exentas del pago de aduanas; que los habitantes franceses de Tunez, cargados de cadenas á la llegada de sus compatriotas, quedarían en libertad; que podrian fundar iglesias, que no se prohibiría á los musulmanes el hacerse cristianos, que el rey de Tunez pagaria anualmente un tributo que Carlos pretendia serle debido, siendo este uno de los motivos de la guerra; que por los gastos de los señores franceses se les pagarian doscientos mil onzas de oro, en una mitad debia ser satisfecha en el acto, y el resto dos años mas tarde.

Este dinero debia ser repartido entre los soldados, y no lo fué; faltóles además el saqueo de Tunez, que se les habia ofrecido; y de

modo que partieron bastante descontentos; pero la mayor parte no llevó hasta Francia sus quejas y murmuraciones. La flota hizo rumbo para Sicilia; una tempestad la sorprendió en la rala de Trípani cuando se disponía á abordar. Diez y ocho buques de alto bordo y gran número de pequeños, cargados con los equipages del ejército, zozobraron á la vista del puerto, y aproximadamente cuatro mil personas de todas las condiciones. Felizmente para sí, los tres reyes de Francia, Navarra y Sicilia, los principales señores y su comitiva tuvieron tiempo para desembarcar.

Felipe se detuvo en Sicilia por no hallarse aun enteramente restablecido de la enfermedad contraída en Túnez, y por la mas grave



Margarita de Borja ahorcada en el castillo de Gaillard.

de Teobaldo, rey de Navarra, su cuñado, que murió quince días despues de su desembarco, y su mujer le sobrevivió poco. Isabel de Aragon, esposa de Felipe, atravesando á caballo un riachuelo en la Calabria, dió una caída que le ocasionó un aborto, de cuyas resultas falleció. Alfonso, hermano de San Luis, conde de Tolosa, y su esposa Juana murieron tambien al regresar de aquella funesta expedicion; de este modo el nuevo rey entró en Francia con los despojos mortales de su padre, de su esposa la reina Isabel, de su hermano Tristan, del rey de Navarra su cuñado, de su tío Alfonso y de su tía Juana, condesa de Tolosa. Su reinado empezó, pues, con numerosos funerales. Los de San Luis escalaron la ternura. Felipe llevó con los señores de su séquito los restos de su padre, encerrados en un cofre desde París hasta San Dionisio. Era entonces costumbre que los amigos y los parientes tributasen estos últimos deberes en persona á aquellos cuya pérdida lloraban. Este respeto á los difuntos hace honor á las costumbres de aquel siglo.

Las lúgubres impresiones de tantas y tan crueles calamidades se suspendieron, pero no se borrorou, por la consagracion de Felipe, que se efectuó en Reims. Habia pocas familias que no llorasen la muerte de padres ó parientes muy próximos. Cada cual se ocupó de sus propias pérdidas y del cuidado de repararlas. Tal vez á esta especie de postracion general y á la atencion esclusiva que todos consagraron á sus intereses inmediatos y personales, se debió la paz durante los quince años que reinó Felipe el *Atrévado*. Espariciones por las fronteras algunos rumores de guerra, pero sin grandes resultados.

Estos rumores habian sido ocasionados por las usurpaciones de

los dos cuñados, Gerardo, conde de Armañac, y Rogerio Bernardo, conde de Foix, contra Casanhon, señor de Sompy. El infeliz despojo reclamó el auxilio de Felipe, y hasta le cedió su señorío. Los detentadores de Sompy no hicieron caso alguno del cambio de poseedor. Felipe indignado se propuso castigar á los rebeldes, de manera que á nadie le ocurriese la tentacion de imitarlos. A este efecto hizo un llamamiento á la nobleza y señores de los vasallos de la corona, y les señaló á Tours como punto de reunion; los que no acudieron á este llamamiento, fueron condenados al pago de multas, que sirvieron para costear el viaje de los demás. Al aproximarse aquel formidable aparato de fuerzas, Gerardo adoptó el partido de la sumision; por lo que respecta á Rogerio, confiado en sus montañas y en su castillo de Foix, construido sobre inaccesibles penascos, se atrevió á desafiar el poder del rey al pie de sus murallas. El orgullo del vasallo escribió la tenacidad del soberano, quien mandó una multitud de trabajadores á que cortasen el peñasco. Hoscigados y sostenidos alternativamente por la impaciencia del rey y por sus recompensas, adelantaron los trabajos con una celeridad, que al fin atrcó al conde, que pidió una conferencia; pero el monarca quiso que se rindiése á discrecion. Rogerio, pues, se vió precisado á pasar por este extremo. Una prision de un año fué el castigo impuesto á su felonía, y al cabo de este tiempo el rey le admitió de nuevo á su gracia.

Es notable que veinte años despues el hijo de Felipe se condujo como mediador entre él y la casa de Armañac, enemistada con su antiguo aliado á consecuencia de la sucesion de Bearn. El último vizconde de este titulo solo habia dejado hijas; Rogerio se habia casado con la mayor, declarada heredera por el testamento de su padre, y Gerardo era esposo de la menor. Bernardo, hijo de este, sostenia que el testamento era falso, y de aqui se suscitaron entre las dos casas nuevas hostilidades, que duraron ochenta años. El parlamento de Tolosa, que tenia conocimiento de este negocio desde su origen, decretó el duelo entre el tío y el sobrino. Este



Ciñtos de Valois tira de la espada en presencia del rey.

duelo se verificó en Gisors en presencia de Felipe el Hermoso, que separó á ambos combatientes y procuró en vano reconciliarlos, señalando á cada uno una parte de la herencia; la que en último resultado quedó á la casa de Foix, de la que pasó á la de Albrét y despues á la de Borbon.

Otra guerra en España tuvo lugar poco después de la de Foix, y fué mas fundada en acontecimientos militares. El motivo fué dado por Alfonso X, rey de Castilla, llamado el Sabio y el Astrónomo, á qui en los alemanes ofrecieron el trono imperial en los tiempos de anarquía que siguieron á la muerte de Conrado, padre del joven Con-Adino. Era hijo de San Fernando y nieto de Berenguela, hermana de Blanca, madre de San Luis. Es dudoso si Berenguela era ó no de mas edad que Blanca; habia casado con Alfonso, rey de Leon, primo hermano de su padre. El Papa habia negado la dispensa y aun obligado al cabo de algunos años á los dos esposos á separarse, y solo habia legitimado á sus hijos. De estos hechos resultó que á la muerte de Enrique, rey de Castilla, hermano de Blanca y de Berenguela, el trono pertenecía á San Luis, como hijo de la hermana mayor, si Blanca lo era en efecto, ó en el caso contrario, despojando jurídicamente á los hijos de una unión declarada nula. Luis no creyó oportuno hacer valer sus derechos, y renunció después formalmente á ellos en favor de la alianza de Blanca, una de sus hijas, con Fernando de la Cerda, hijo mayor de Alfonso, y bajo condición de que los hijos de la Cerda heredarían á Castilla, y aun cuando su padre faltase antes que su abuelo. Este caso ocurrió en efecto. Sancho, segundo hijo de Alfonso, se distinguió entonces contra los moros, y su padre por inclinación hacia él preguntó á los estados de Castilla sobre la suerte de su sucesión. Los estados decidieron que Sancho era el heredero del trono, conforme á las costumbres de los godos, entre los que los derechos de la proximidad consanguinea prevalecian sobre los de la representación, costumbre que al parecer corroboraba la misma cláusula del tratado relativo á los hijos de la Cerda, que hubiera sido inútil si el uso contrario no hubiera sido constante.

Como quiera que sea, Felipe se creyó obligado en vista de esta declaración á sostener los derechos de sus sobrinos, y los suyos, para lo cual hizo preparativos inmensos. Pero las hostilidades apenas empezaron, por decirlo así. Alfonso hizo proposiciones de paz y la obtuvo sin el menor sacrificio, por la astucia con que dejó entrever á Sancho y que en adelante se adaptasen contra él. Los peligros que podían correr el Estado y el monarca de una inteligencia mantenida en el mismo seno del consejo, parecieron de mayor entidad que los motivos que habian encendido la guerra y los hicieron olvidar. Consideróse aun como un deber el mostrar agradecimiento á Alfonso, y el descubrimiento del traidor fué el objeto único de los desvelos del gobierno francés. Las sospechas se fijaron en el gentil-hombre La Brosse, y agravaron los desafueros que poco después determinaron su pérdida. Por lo demas, Alfonso se vio mal correspondido por el celo que habia manifestado á su hijo Sancho; casi despojado por éste, el rey le maldijo al morir, y llamó de nuevo á los Cerdas á su sucesión; pero era demasiado tarde, y su antiguo protector ocupado entonces en Aragón, no pudo correr á su auxilio.

Felipe se aprovechó de las ventajas que su abuela Blanca habia proporcionado al reino, al casar á su hijo Alfonso con la heredera de Tolosa, bajo condición de que todos sus estados volviesen á la corona, en el caso de que los esposos muriesen sin hijos. Cuando el rey se vio libre de los cuidados mas urgentes, se dedicó á recoger aquella sucesion con que le brindaba la muerte de su tío y tia, accediendo como dejamos dicho en Italia, á su regreso de Tínez. El rey de Sicilia promovió algunas pretensiones acerca de la herencia de su hermano, pero quedaron destruidas por un acuerdo terminante del parlamento y con arreglo al principio de que á falta de herederos, los dominios concedidos á título de heredamiento, volvian de derecho á la corona. En consecuencia de esto, Felipe reunió solemnemente el Poitou, la Auvernia, una parte de la Saintonge y del pais de Anis, y el condado de Tolosa, que comprendia ademas de la provincia de este nombre, partes considerables del Rouergue, del Quercy y del Agenois. Esta agregacion se realizó despues de la consagracion.

El rey solo tenia veinte y seis años cuando perdió á Isabel de Aragón, que en cinco de matrimonio le dió cuatro hijos, de los que le quedaban tres; el mayor se llamaba Luis; el segundo, Felipe como su padre, y el tercero Carlos de Valois. Despues de tres años de viudez, pensó en contraer segundas nupcias y casó con Maria, hermana del duque de Brabante, que fué llevada por su hermano y recibida con magnificencia en medio del concurso de los grandes del reino, á quienes el rey habia mandado asistir á la ceremonia de la coronacion de la princesa, que se celebró en la Capilla Santa de Paris. Maria era bella y hablábale dotada de clara inteligencia. Educada en la corte de Brabante, donde las letras eran tenidas en alta estima, llevó al trono su afición á ellas. Y aun se dice que ayudaba con sus consejos á un célebre poeta contemporáneo llamado Adenez le Roi, que le debió una parte de su reputacion.

Sus talentos y atractivos físicos le alcanzaron mucho crédito en el ánimo de su marido. Este principe, desde su viudez se habia dejado avasallar por un hombre de baja extraccion llamado La Brosse, que habia sido barbero ó cirujano de su padre, y lo honró con el cargo de primer gentil-hombre, confiándole la direccion de sus mas im-

portantes negocios. Es bastante difícil desenredar la trama de la intriga que ocasionó su ruina. Nadie se tomaria este trabajo y se habria acriada del particular en breves palabras, diciendo que fué un hombre á quien el favor sacó de la nada, y á quien la indignacion pública suplió de nuevo en ella, cosa harto frecuente por desgracia en las cortes; pero mediaron en este asunto circunstancias que merecen ser referidas. He aqui como podemos representárnoslas.

La Brosse, acostumbrado á gozar esclusivamente de la confianza del rey, y á decidir todas las cuestiones á su placer, no llevó á bien que la reina obtuviese favores sin dignarse hacerlos pasar por su conducto. Temió que le suplantase en el ánimo del rey, y trabajó tenebrosamente para destruir la legitima influencia de Maria. No bien se hubo sospechado este proyecto, como los aduladores del ministro y todos los que esperaban de él las dignidades y las riquezas de que hasta allí habia sido único dispensador y las riquezas de la reina, se apresuraron á difamarla á porfia. Hicieron sospechar á la reina conducta ligera de sus esposos, tan distante de la gravedad de la corte de San Luis su padre; hizocele entender que Maria estaba indignada de que los hijos de la primera mujer sucediesen en el trono con perjuicio de los que ella pudiera tener, y que se quejaba publicamente de esta ley como de una injusticia.

Entretanto el joven Luis se vió acometido de unas calenturas malignas, acompañadas de convulsiones, de cuyas resultas falleció. Muchas lividas se presentaron en su piel, y al ser reconocido su cadáver se manifestaron algunas en las entrañas. Ha sido envenenado! exclama el vulgo; la reina, añade los asalariados de La Brosse, ha cometido el crimen! Maria por el contrario dirigió la misma acriminacion á La Brosse, y sostuvo que este era el delincuente, á fin de hacer recaer sobre él el atentado y perderle; la reina ademas hizo notar que todos los que habian rodeado al principe y servidole durante su enfermedad eran hechuras de La Brosse, y pidió fuesen interrogados, y aun sometidos al tormento si era menester; y por último, que se aclarase aquel horroroso misterio.

El rey se veia muy perplejo entre un hombre en quien tenia depositada entera confianza, y una esposa querida. Las cosas llegaron á tal punto, que á falta de pruebas se decidió el combate. El duque Juan, hermano de Maria, que la habia llevado con tanta magnificencia á su esposo, llegó para defender en palenque carente la inocencia de su hermana, y servirle de campeón si se presentaba un acusador. Por consiguiente, si el campeón de la reina hubiese sucumbido, según la bárbara ley entonces vigente, hubiera sido quemada viva como envenenadora.

Parece que esta oferta de combate solo era una bravata para causar una fuerte impresion en el ánimo del rey; porque zen donde hubiera hallado La Brosse, hombre oscuro, sin apoyo ni alianzas, un campeón contra el hermano de la reina y los principales señores del reino declarados en favor de esta? El rey inclinábale no obstante á sus sospechas como siempre, y ellas le inducian á procurarse datos por todos los medios posibles; al efecto empleó promesas y amenazas, y recurrió á las personas más adosas, á quienes consultaba capaces de alcanzar del cielo la verdad. Ignórase quien le indicó una especie de religiosa de Nivelles, en el Brabante, mujer célebre en el pais por sus revelaciones. No deseaba ciertamente La Brosse un oráculo escogido en los estados de su enemigo, y que se hallaba bajo el poder del hermano de la reina, su parte contraria; pero si no pudo evitar que el rey le consultase, hizo al menos nombrar para recibir su secreto al obispo de Evreux su pariente, y á un abad de menguada capacidad.

Se deja entrever oscuramente que hubo negociaciones con la religiosa, y que ella se negaba á mezclarse en este negocio, pero que al fin accedió á esponerse con el obispo, pero solo en confesion, y nada dijo al abad. «¿Qué nuevas me traices?» preguntó el rey al prelado cuando le vió entrar. El obispo respondió que no habia podido obtener de ella sino una confesion. «No os habia enviado, le replicó el rey, para que la confesara». Su obispo, envió á la monja otro obispo y un caballero templario. Su declaracion fué favorable á la reina, pero aun usó otra del todo decisiva.

En tales circunstancias, un hombre cuyo nombre y clase se ignoran, cayó enfermo en un convento de Melun; tampoco se sabe de donde vino, pero era portador de una carta que confió á un fraile, encargándole no la entregase sino al mismo rey; este hombre murió, y el fraile desempeñó su cometido. Felipe comunicó la carta á su consejo; no se dice cuál fuese su contenido, pero únicamente en el sello se reconoció ser de La Brosse. Este fué condenado como convicto de traicion, de inteligencia con los enemigos de la Francia, de robo, de perjurado; porque, ¿de qué crímenes no puede ser capaz un desgraciado? Fué sentenciado á ser ahorcado, y el duque de Borgona, el de Brabante, el conde de Artois y muchos señores asistieron á la ejecucion. Un historiador observa con motivo de la creencia que se concedió á la monja de Nivelles: «que en la corte, donde los palaeios se jactan de ser superiores á preocupaciones vulgares, es precisamente donde se halla mas credulidad sobre lo que se llama astrologia, arte adivinatoria y nigromancia.» Esta credulidad pro-

cede de la importancia que los magnates dan á su existencia, muy diferentes de san Luis, que como hemos visto no se juzgaba mas que otro hombre.

La muerte de La Brosse fué la salvacion de la reina; nadie volvió á hablar del veneno, pues esto no habia sido por una y otra parte sino un subterfugio. La verdadera causa de la lucha era la envidia de ascendente y autoridad, y en tal lucha, la reina, jóven y hermosa, debia triunfar.

Los acontecimientos interiores fueron poco importantes en el reinado de Felipe el Atrévado; pero las *Vísperas sicilianas*, aquella horrosa matanza cometida fuera del territorio francés, no deben ser omitidas en su historia. El lector recordará que los franceses conquistaron los reinos de Nápoles y Sicilia en tiempo de Carlos de Anjou. Su gefe no se hizo amar, y demasiado aceptos á las mujeres, los conquistadores se hicieron temibles á los hombres; burlábanse de los celos de unos, abusaban de la complacencia de los otros, y ridiculizaban no tanto la religion como sus misterios que les molestaban. Así los pintan los escritores italianos que pretenden justificar de esta suerte la horrible venganza llevada á cabo contra ellos. El lunes de Pascua, el tañido de las campanas que llamaban á los fieles á vísperas, fué el toque de rebato que dió la señal de la muerte de todos los franceses. No obstante, esta matanza no fué promediada, y si mero efecto de la casualidad. Es cierto que estaba preparada y organizada hacia mucho tiempo una sublevacion por Juan de Procida, caballero siciliano, que habia adoptado todas las medidas para concitar á los príncipes y á los pueblos contra los franceses; pero el momento del estallido no habia sido prefijado aun, cuando los gritos del pudor ultrajado en mitad de la calle y en la persona de una doncella que iba á vísperas, fueron la señal que armó todos los brazos contra ellos. Los sicilianos les asaltaron por todas partes, en las iglesias, y en las calles y en las casas. Las alianzas contraidas no fueron sino un medio mas para hallarlos y deshaerse de ellos, y se les asesinaba en brazos de sus esposas. Los padres abrian el vientre de sus hijas y arrancaban de él los frutos de sus matrimonios con los franceses, y los estrellaban contra las paredes. El número de los que perecieron se hace subir desde doce hasta veintienno mil. Un solo hombre, llamado Guillermo de Poincelet, noble provenzal, fué perdonado, merced á su nobleza y probidad. La firmeza de los franceses en Sicilia los llevó de igual criminalidad, pero se vieron precisados á evacuar la isla.

Después de la matanza, el pueblo, como de ordinario acontece, se asombró del exceso de su furor; pidió gracia, y envió á Roma algunos encargados de rogar al Papa que solicitase su perdón de Carlos. Este, al recibir la noticia de tales asesinatos, salió de Italia enoñado en cólera, y puso sitio á Mesina. Las tropas, poco numerosas al principio, se reforzaron sucesivamente con la llegada de las que su sobrino Felipe le enviaba, y con los auxilios que le prestaron los condes de Artois, de Borgoña, de Balona, de Damurint y de Joigni, los señores de Montmorency y otros afamados caballeros, que de todas partes acudieron á castigar los asesinatos de sus compatriotas.

Los meseses estaban próximos á rendirse, sin otro recurso que la piedad de Carlos, el menos compasivo de los hombres, cuando vieron llegar al frente de fuerzas considerables á D. Pedro, rey de Aragón, que pretendia tener derechos á la Sicilia, como vengador y heredero del desgraciado Conrado, primo hermano de Constanza su esposa, hija de Manfred. La presencia de su ejército obligó á los franceses á levantar el sitio; pero aunque recibió refuerzos de muchos príncipes de Italia, que participaban del resentimiento de los sicilianos contra los franceses; aun que los otros refuerzos del emperador de Constantinopla, á quien Carlos habia arrebatado el que quedaba á los griegos en el Ravenado y la Calabria; el monarca aragonés se vió muy pronto inferior en número á Carlos, á quien apoyaban todas las fuerzas de la Francia y protegía el Papa, que escolnó á D. Pedro como invasor de un feudo de la iglesia. Perstudado de que para obtener un plazo de que necesitaba, bastaba escitar el honor de su antagonista, D. Pedro bajo el pretexto de no convertir la Sicilia en un campo de carnicería, propuso á Carlos un combate de cien caballeros contra otros ciento, de los cuales ambos reyes serian los caudillos. El reto fué enviado en términos sobrado altancos para no ser admitido; el campo y el lugar se señalaron en Burdeos, y el término se fijó en el plazo de seis meses. Las hostilidades quedaron suspndidas con gran desventaja de Carlos; ambas adversarios se encaminaron á Burdeos; uno de ellos compareció en la mañana y el otro en la tarde del día prefijado. Así pues no temieron encontrarse, pero lo desaban? Carlos murió aquel año; la guerra volvió á eneandarse, y la Sicilia, que durante tanto tiempo habia sido el sangriento palenque de los romanos y cartagineses, fué tambien el de los españoles y franceses por espacio de dos siglos.

En el curso de las hostilidades que se prolongaron, el jóven rey de Navarra, que habia corrido al auxilio de Carlos, murió en la Apulia. Dejó una princesa jóven, única heredera de sus estados, que por su situacion topográfica convenian mucho al rey de Aragón, pero por una razon idéntica no convenian menos al de Francia. Los dos

por lo tanto, mostraron la mayor solieitud hacia la heredera, enya mano daría la corona al que la obtuviese. Felipe se la arrebató á don Pedro, que la creía ya segura para uno de sus hijos, y llevó á cabo el matrimonio de la jóven reina con Felipe, su hijo mayor, á quien hizo tomar el titulo y la corona de Navarra, en union con su esposa.

La discordia entre ambos reyes no se detuvo aquí. En la escomunion en que el papa Martín IV pretendia privar á D. Pedro del reino de Sicilia, se habia declarado vacante el trono de Aragón, y el citado Papa ofreció la corona al rey de Francia, quien la aceptó para Carlos su segundo hijo, y se puso en estado de ir á darle la posesion de él. Mientras concluía una parte de su ejército por tierra, embarcó la otra en sus propias galeras y en bajadas pisanas y genoveses que al efecto habia tomado.

Los auspicios de la expedicion fueron brillantes, pues Felipe entró victorioso en muchas ciudades de Aragón, donde hizo reconocer á su hijo. Creyendo entonces seguro su triunfo, ya fuese por economía, ya por otros motivos, despidió los bajeles tomados; los suyos, aislados en el puerto de Rosas, fueron atacados por el almirante aragonés, que apresó y destruyó algunos; los mismos franceses se vieron obligados á quemar quince galeras, desconfiando salvarlas. Pasadas las primeras victorias, el ejército de tierra desprovisto de los recursos de todo género que solo el mar podia proporcionarle, se desanimó y se desbandó insensiblemente. El rey pensó en retirarse, y ora apesadumbrado, ora rendido de fatiga, ó tal vez por ambas causas, cayó enfermo y murió en Perpignan el 6 de octubre. Tal fué el desenlace de la única guerra importante que Felipe sostuvo en su reinado. La historia no refiere de él ningún rasgo particular de osadía que debiese grangearle con fundamento el sobrenombre de *Atrévado*. Constatárase que le previno de su conducta en la expedicion de Africa, y del valor y firmeza que desplegó en la posicion arriesgada en que se halló después de la muerte de su padre; pero si realmente fué atrévado en los combates, el negocio de La Hesse se prueba que era pusilánime é irresoluto en el negocio de La Hesse se mirárase su pueril confianza en las revelaciones de una monja, si esta credulidad le hubiese sido peculiar, pero era el vicio de su tiempo.

En el reinado de Felipe el *Atrévado* tuvieron principio las mercedes de nobleza, que es preciso distinguir de las emancipaciones. Se salia de la clase de siervo por medio de la posesion de una propiedad. La posicion en que se habian visto los cruzados de vender alguna parte de sus dominios para hacer su viaje, habia hecho comunes estas adquisiciones; pero el feudo no daba nobleza hasta la tercera generacion. Felipe hizo extensivo este privilegio á aquellos que se distinguieron en las artes; un célebre platero, llamado Raulo, fué el primero que gozó de él. Esta concesion hace honor al buen criterio de Felipe, y tambien tal vez á su política, puesto que la mezcla de clases que se introdujo en la nobleza disminuyó mucho la consideracion de que disfrutaba en el pueblo, y la hizo menos temible al poder real.

Por otra parte, Felipe aseguró la integridad de la monarquía, perjudicada por la antigua costumbre que hacia pasar los heredamientos de los príncipes á los colaterales á falta de hijos. Mandó que á falta de herederos directos, estos heredamientos quedasen unidos á la corona; pero concedió el derecho de heredar á las hijas, que los llevaban luego mediante el matrimonio á otras familias. Su sucesor remedió este abuso, limitando tal derecho á los hijos varones y mandando que después de estinguida su posteridad masculina los heredamientos volviesen á la corona. De este modo los reyes de la tercera raza que habian favorecido la creacion de los grandes feudos, para hacerse ayudar por sus poseedores á subir al trono, se sirvieron de los pequeños para disminuir la autoridad de los grandes vasallos dividiéndola, y para lograr restituir al reino, como en efecto lo hicieron, su antigua estension.

Dicese que en tiempo de Felipe el *Atrévado* se celebró en Montpellier una asamblea solemne, compuesta de muchos príncipes cristianos y embajadores de los ausentes, y que en ella estipularon que los dominios de sus coronas serian inalienables. No tenemos las cláusulas del tratado celebrado entre ellos, y se ignora si esto fué una garantia recíproca de sus estados. Tampoco es seguro que tal convenio haya existido. Felipe III falleció á los cuarenta años, después de haber reinado quince. Dejó dos hijos y una hija de Isabel de Aragón, su primera esposa, y un hijo, y dos hijas de Maria de Brabante, la segunda. Esta vivió treinta y seis años después de la muerte de su marido, muy respetada en la corte de su hijastro y en la de sus sucesores.

#### FELIPE IV, LLAMADO EL HERMOSO.

*De edad de 17 años.*

Felipe IV, apellidado el *Hermoso*, se hallaba en Perpignan al lado de su padre cuando murió este. El monarca, de edad de diez y siete años, fué á hacerse consagrar en Reims, y citó la corona de Fran-

cia en union de Juana, su esposa, hija y heredera de Enrique el Gordo, conde de Champaña y rey de Navarra.

Felipe el Atrévulo, al morir, dejó á su hijo tres grandes cuestiones sin terminar, y tres coronas que asegurar en su familia: 1.ª la de Aragón, que el Papa le había ofrecido en represalias de la usurpación de la Sicilia por Pedro el Grande, después de las *Vísperas sicilianas*, y que Felipe había aceptado para Carlos de Valois, su segundo hijo; 2.ª La de Castilla, que era preciso quitar á Don Sancho IV, que la poseía con perjuicio de los dos hijos de Fernando de la Cerda, su hermano mayor, esposo de Blanca, hija de San Luis, que había quedado viuda antes de la muerte de su suegro Alfonso X, rey de Castilla; 3.ª La de Nápoles y Sicilia, que era preciso asegurar en las sienas de Carlos el Cojo, su sobrino, hijo y heredero de Carlos de Anjou, conquistador de ambos reinos.

Estas tres pretensiones no fueron abandonadas ni sostenidas con mucha actividad; Felipe obró como si hubiese contado menos con los esfuerzos que podía hacer que sobre el beneficio de las circunstancias futuras, que al fin se presentaron bastante oportunas para un arreglo general. Alfonso II, después de la muerte de Pedro, rey de Aragón y su padre, retuvo su corona, abandonó á su hermano Don Jaime II la de Sicilia, y dió la libertad á Carlos el Cojo, rey de Nápoles, á quien su padre había hecho prisionero bajo la condición de que Carlos á su vez le librase de los presos que hizo Carlos al duque de Calabro, lo que se obtuvo por la concesión que hizo Carlos al duque de Calabro, en cuanto á los derechos de los Cordas, los reyes de Francia y de Aragón, en una conferencia celebrada en Bavona, convinieron en que se diesen á estos principes treinta y dos puertos y el ducado de Medinaceli, cuyos descendientes los disfrutaban todavía. Así pues, de las tres coronas, la casa de Francia no conservó sino la de Nápoles, y se vio privada otra vez de la de Sicilia, su mas hermosa flor.

El rey de Inglaterra, Eduardo I, contribuyó á estos arreglos como aliado de todas las partes y aun pariente de muchas. Vivió al principio en buena inteligencia con Felipe el Hermoso, y fué recibido en París con gran ostentación cuando fué á tributarle homenaje de las tierras que tenía en Francia. Entonces cedió el Quercy con el censo de tres mil libras torquesas, que el rey de Francia le aseguró.

Estas demostraciones amistosas ocultaban intenciones hostiles, y podía conoerse que los reyes se procuraban poderosas alianzas para atacar ó defenderse. Felipe ahagaba á Guilo de Dampierre, conde de Flandes, provincia por la cual podían los ingleses verificar la irrupción mas súbita en Francia. Desaba hacerse dueño de su hija para casarla con Luis su hijo, cuando el uno y la otra se casaron. Eduardo había formado las mismas pretensiones respecto de su hijo mayor, llamado también Eduardo, y el conde le había aprobado sin esperar el beneplácito del rey, indispensable en tal caso según las leyes feudales, á los vasallos inmediatos de la corona. Esta causa de mutua rivalidad, unida á otras muchas, hizo prever fácilmente al rey de Inglaterra, la infalibilidad de la guerra, y se dedicó desde luego á suscitar enemigos á la Francia. Con este objeto prestó cien mil francos á Adolfo de Nassau, emperador de Alemania, bajo la condición de que entrase en Francia con un ejército cuando á ello fuese requerido. Apelando á lisonjas y presentes, se atrajo además á Amedeo, conde de Saboya, muy accesible á este género de seducción. Dió también una de sus hijas á Enrique, conde de Bar, y otra á Juan, duque de Brabante; por este medio acometía á la Francia en lo exterior, y en lo interior mantenía relaciones con los descontentos, cuya consigna era rebelarse en el instante del rompimiento.

La guerra empezó por una reyerta entre dos marineros, uno inglés, nombrando el otro. Habían entablado un desafío á puñaladas en el puente de Bayona. Segun una narración, el normando resbaló y cayó por desgracia sobre un cuchillo que le atravesó el corazón; según otra, el inglés, irritado al ver la superioridad de su contrario, sacó un cuchillo y le mató alevosamente; esta última versión fué por lo visto la que prevaleció en el ánimo de los marineros normandos, los que pidieron el castigo del culpable. No lograron embargo la deseada reparación por parte de los ingleses á quienes pertenecía Bayona, y se tomaron por sí mismos la venganza; pues habiendo apresado muchos buques ingleses, ahorcaron á sus marineros; los ingleses usaron de represalias, y se perseguían con encarnizamiento. Tanman violentas exigieron una verdadera intervención de los dos reyes, y mediaron conferencias sobre el particuilar. No fué posible la avenencia, y Felipe citó á su vasallo Eduardo al parlamento de Navidad para que respondiera de los perjuicios causados por sus súbditos en las costas de Francia. Como no compareció á la cita, el rey envió al condestable de Nests para que se apoderara de todos los dominios, que los ingleses poseían en Francia. Esta comision se llevó á cabo con facilidad, porque las ciudades de aquellas provincias se entregaron espontáneamente.

En el parlamento que se celebró en la Pascua se citó de nuevo á Eduardo, y de nuevo se negó este á presentarse, por lo que fué

declarado rebelde contumaz, y despojado de todas las tierras que poseía en Francia. Irritado el monarca inglés de tales procedimientos, envió á Guicena un ejército que arrojó á los franceses de las ciudades que guardaban en seuestro. Estas plazas fuertes fueron vueltas á tomar por Carlos de Valois, hermano de Felipe, á quien sucedió su primo Roberto, conde de Artois, que batió de tal modo á los ingleses, que no pudieron sostener por mas tiempo la campaña en aquellos paises. Por entonces verificaron los franceses un desembarco en Inglaterra, que solo dió por resultado algunos saques, cruel calamidad que aflige á los pueblos y nada decide. Enrique, conde de Bar, yerno de Eduardo, hizo una escursión á Francia; pero la reina Juana de Navarra, esposa de Felipe, salió á su encuentro á las fronteras de Champaña, le obligó á humillarse ante ella y le llevó prisionero.

El emperador Adolfo, á consecuencia de sus compromisos con el rey de Inglaterra, amagó también entrar en Francia, y escribió una carta altanera á Felipe, quien, según se dice, solo contestó estas palabras: *Nimis germanice*, eso es denudado alemán.

Felipe el Hermoso se ocupaba entonces de los preparativos de la guerra de Flandes, sucesó el mas importante de su reinado. Este principe, encolado enteramente en el proyecto de sustraer la hija de Guilo de Dampierre, conde de Flandes, al hijo del rey de Inglaterra, atrajo á su corte á la hija y al padre, y retuvo á este prisionero en la torre del Louvre. Después de haber permanecido en ella algun tiempo, el conde recobró la libertad de regresar á sus estados, pero la princesa fué retenida en rehenes de la fidelidad de su padre; esta desgraciada jóven murió de pesadumbre, al ver que su encierro la privaba de su próximo matrimonio con el heredero de Inglaterra.

Al volver á Flandes, irritado por el ultraje que había recibido, Guilo declaró la guerra al rey y le desafió por medio de un heraldo; esta ceremonia de vasallo á señor era considerada como un grave insulto; y para castigarlo, Felipe pasó personalmente á Flandes á la cabeza de sesenta mil hombres. Sus generales, al frente de otras divisiones que al mismo tiempo penetraron por diferentes puntos, ganaron dos batallas. Roberto II, conde de Artois, hijo del que sucumbió en Massoura, mandaba la de Furnes, y perdió en ella á su hijo Felipe. Este acontecimiento, atendiendo á que el derecho de representación no tenía lugar en Artois, dio ocasión mas adelante á Mahaud, hermana de Felipe, para despojar jurídicamente á Roberto II, su sobrino, aunque no sin una tenaz oposición de este. Este fué el objeto de un proceso muy famoso en tiempo de Felipe de Valois, proceso cuyo éxito desfavorable al conde causó su derrota, y por consecuencia lentos desastres á la Francia. No obstante, el rey por su parte se apoderaba en persona de las ciudades mas fuertes de Flandes. Garantido de este modo, concibió al finameo, primero una tregua de dos meses y después otra de dos años, fundada en la esperanza de una paz definitiva que proponia el rey de Inglaterra por la mediación del Papa.

El que á la sazón ocupaba el trono pontificio era Benito Cayetano, conocido con el nombre de Bonifacio VIII, prelado imperioso, altanero é íntimamente persuadido de la preeminencia de su autoridad sobre todos los poderes de la tierra; había tenido ya una diferencia con Felipe, con motivo de una contribución pecuniaria que el monarca queria imponer al clero. El Pontífice prohibió á los eclesiásticos que pagaran bajo pena de excomunion *ipso facto*. El rey no esperó su permiso; continuó imponiendo contribuciones, y la bula no tuvo efecto alguno, pero por ambas partes quedaron disposiciones poco amistosas.

No obstante, á pesar de sus preveniciones, el rey de Francia aceptó la mediación. Felipe creyó que el trabajo del Papa no seria sino una discusion que dilucidara los puntos en litigio, y que nada se decidiria sin haber antes llamado á los puntos en litigio, y que nada por consiguiente fué su sorpresa cuando el obispo de Durham, ministro de Eduardo, vino á presentarle la bula que el juzgaba conciliatoria, pero que era un fallo absoluto y definitivo.

Bonifacio lo había pronunciado en consistorio público en el salon mas espacioso de su palacio, delante de todo el sacro colegio. Aquel documento decia: «la Guicena será devuelta al monarca inglés, quien la conservará en homenaje como anteriormente; quedan reservadas á Nos como á juez, las contestaciones que puedan originarse con motivo de la jurisdicción. Las plazas tomadas por ambos reyes quedarán secuestradas en nuestro poder hasta la entera ejecucion de la sentencia; pertenecerá también á Nos la decision acerca de la restitucion de las mercancías arrebatadas ó las compensaciones que deben exigirse. El monarca francés entregará al conde de Flandes las ciudades conquistadas. Para seguridad de la paz entre los dos reyes, el de Inglaterra, viudo por la muerte de Leonor de Castilla, su primera esposa, se enlazará con Margarita, hermana de Felipe; y el principe Eduardo, su hijo, se casará con Isabel, hija del rey de Francia.» Por lo demas, el Papa se reservaba emplear, para la ejecución del tratado, toda la autoridad que le daba su cualidad de mediador y vicario de Jesucristo.

Esta bula fué presentada al rey en su consejo, al que asistian los principales señores del reino, y leído por el obispo inglés. Roberto, conde de Artois, primo del rey, principe vivo é impetuoso, tuvo mucho trabajo en dejar concluir la lectura, y faltó muy poco para que maltratase al prelado. Abstúvose de ello, pero le arrancó la bula, la hizo pedazos y arrojó estos al fuego. El rey hizo condenar la insolente bula por el parlamento, y protestó contra los principios de la soberanía papal que establecía.

La guerra volvió á encenderse, anunciando ser mas viva que nunca, cuando un conjunto de felices circunstancias dieron por resultado la paz mas pronto de lo que se esperaba. Eduardo I se hallaba empeñado en una guerra contra los escoceses; al mismo tiempo se esforzaba en someter el principado de Gales, que agregó á su corona. Para proseguir estas operaciones, érale precisa la tranquilidad por la parte de Francia. Empezó por casarse con Margarita, esta princesa, hecha reina de Inglaterra, y Juana su cuñada, reina de Francia, se propusieron un arreglo entre los dos reinos. El joven Eduardo, que deseaba la mano de Isabel, se mezcló en la negociación. Concluyóse un tratado, que aceptado al pronto por el rey, no lo ratificó despues. Los ingleses, á quienes esta tardanza ocasionaba grandes pérdidas en Guicna, acusaron á Felipe de mala fe, pero él se justificó diciendo que las dos princesas se habían dejado sorprender por proposiciones insidiosas. No obstante, estas diligencias pacíficas, como si hubiesen sido meros preliminares, trajeron un tratado definitivo en 1305.

Convino relativamente á la Guicna en adoptar un expediente que conciliase las pretensiones del soberano y del vasallo. Eduardo I dió á su hijo esta provincia, como pertenencia suya á pesar de la confiscación; y Felipe por su parte, le dió en dote á su hija, bajo condición de fe y homaje por parte del marido, y de reversión á la corona de Francia á falta de sucesion masculina. El resto de las diferencias con los ingleses se concilió sin muchas dificultades: en este tratado no se hizo mencion del conde de Flandes, y Eduardo no necesitándole ya, le abandonó al resentimiento de Felipe.

El desventurado Guido reclamó la intervencion del Papa, que se habia mostrado en su sentencia arbitral dispuesto á favorecerle. Pero esta era una recomendacion poco eficaz para el rey; este y Bonifacio se miraban con una antipatia que causó no escasos sinsabores á uno y otro. Habianse enemistado, como hemos visto, con motivo del diezmo exigido al clero, y la sentencia arbitral de que hemos hablado, lejos de reconciliarlos aumentó su resentimiento. En este mismo tiempo, irritado el iracundo Bonifacio contra los Colonnas, familia poderosa de Roma, habia jurado su exterminio, porque los acriminaba discursos y libelos difamatorios contra su elección; efectivamente, habia conseguido esta engañando á Celestino V su bienhechor, y sugiriéndole la idea de vengarse, él de hacer pasar á Bonifacio nua á los Colonnas á los Cayetanos sus parientes. Habia en aquella época de los Colonnas cinco cardenales, y Santiago y Pedro, tío y sobrino. El Papa los citó á su tribunal, y los degradó porque no se atrevieron á comparecer; los condenó como cismáticos, hereges, blasfemos y rebeldes á la Santa Sele; los excomulgó para siempre de todas las prelaturas; y como si esto no bastase, las personas que los recibiesen debían quedar excomulgadas como ellos, y los lugares donde se retirasen sujetos al entredicho. Sus parientes fueron envueltos en esta feroz proscripción, y declarados incapaces hasta la cuarta generacion, de poseer niun cargo público, eclesiástico ó secular. La violencia de esta sentencia dió á conocer la implacable animosidad del Pontífice, y la distribucion que hizo de los bienes de los sentenciados, sobre todo entre los Cayetanos, sus parientes, reveló qué especie de interés le movia á obrar, además del deseo de venganza. Los Colonnas se dispersaron y ocultaron donde pudieron. El cardenal Pedro prefirió permanecer tres años desconocido remando en una galera, á esposarse á caer en manos del Papa, y halló al fin como su tío, un asilo en Génova. Estaban Colonna su pariente, que habia levantado tropas para defenderlos, buscó un refugio en Francia, donde fué bien recibido. Esta benevola acogida á un enemigo del pontífice, no debia hacer esperar gran deferencia por parte de Felipe á la intervencion de Bonifacio en favor del conde de Flandes.

El desgraciado Guido, reducido á sus propias fuerzas, no resistió mucho tiempo á las tropas del rey de Francia, al mando de Carlos, conde de Valois, su hermano; batido en muchos encuentros, quedó encerrado en la ciudad de Gante, donde no estaba muy seguro, porque los ganeses, asustados por la idea de las molestias y peligros de un sitio, no parecian muy dispuestos á favorecer á su principe, y aun habia motivo para sospechar que muchos abrigaban el proyecto de entregarle. Noticioso de su desesperada situacion, Valois le aconseja recurrir á la bondad del rey, que vaya á arrojarse á sus brazos, y le prometió que si no lograba entablar la paz en el espacio de un año, se le permitira regresar á Flandes. El conde fué á postrarse á los pies del monarca con dos de sus hi-

jos y cuatro señores flamencos. El rey los recibió con mucha frialdad, les dijo que su hermano habia estralimitado sus poderes, y retuvo prisioneros á todos. El padre fué enviado al castillo de Compiègne; Roberto, llamado de Bethune, el mayor de sus hijos, al de Ghino; Guillermo, el segundo, á una fortaleza de la Atúrnica, y los señores á diferentes prisiones. Felipe hizo declarar al mismo tiempo por el Parlamento que el feudatario habia merecido la confiscacion por su felonía, y en virtud de esta declaracion agregó el territorio de Flandes á su corona. Valois llevó muy á mal estos actos de rigor, tan contrarios á la palabra que habia empeñado, y los atribuyó á Enguerrando de Marigny, primer ministro del rey, y juró tomar venganza. Esperando una ocasion favorable, retiróse á Italia, donde por medio de su matrimonio con Catalina, nieta de Balduino de Courtenay, último emperador de Constantinopla, adquirió derechos á este imperio. El Papa los confirmó y le declaró su vicario en Italia. A este título procuró aplacar las facciones de los Guelfos y Gibelinos ó de negros y blancos que desolaban á Florencia. El Dante, desterrado por Valois con este motivo, se vengó de él en su magnifico poema intitulado *El Infierno*, donde le hace figurar esforzándose en manciillar su memoria.

Felipe fué á visitar sus nuevos estados seguido de una fastuosa comitiva y llevo consigo á su esposa Juana, que se mostró muy sorprendida al llegar á Brujas, del lujo de las damas. «Creia, dijo, que sola yo pareciera aqui reina, pero encuentro á mas de seis-cientos mujeres que pudieran disputarme esta cualidad por las riquezas de sus trajes. Esta ostentacion era un cabo seductor para los hacendados que acompañaban al rey. Estos estaban encargados de señalar y levantar contribuciones bajo la direccion de Pedro Flote, administrador fiscal y hábil en la materia. Santiago de Châtillon, conde de San Pablo y tío de la reina, fué nombrado gobernador general. Questa trabajo creer que su proteccion á los exco-tadores laya sido gratuita; como quiera que sea, los secundaba eficazmente. Ellos por su parte partian del principio de que nunca podia exigirse demasiado á aquellos opulentos ciudadanos, y el rey, persuadido al presenciar tanto fausto de que la cadena por pesada que fuese era inferior á sus fuerzas, desechara sus quejas cuando llegaban hasta él.

El pueblo flamenco, acostumbrado á ser tratado por sus principes con moderacion, se desató en murmuraciones, y el gobernador empezó á construir ciudadelas para contenerle, y se aplicó á crearse un partido, favoreciendo en la reparticion de impuestos á los nobles, y especialmente á aquellos que se mostraban adictos á los franceses.

Los gastos de la ciudad de Brujas para el recibimiento del rey y de su corte habian sido considerables. El pueblo, cuando se trató de sufragar estos dispendios, quejóse, no de lo que se le hacia pagar, sino de que los protegidos del gobierno, á quienes se em-pesaba ya á denunciar la *faccion del lis*, eran mirados con consideracion en perjuicio suyo. Un tejedor llamado Pedro le Roi, an-ciano acreditado entre los artesanos, habló con energía acerca del particular. Los magistrados le encerraron en un calabozo con otros veinte y cinco tan poco sufridos como él.

Acto continuo los artesanos se sublevaron, y corriendo á la prision derribaron las puertas y dieron libertad á los presos. Châtillon, llauado por los magistrados, les llevó socorros; de acuerdo con estos, debia entrar bruscamente al tañido de una campana que acostumbraba hacerse oír á una hora determinada para alguna operacion de policia urbana. Al oír la misma señal, la *faccion del lis*, advertida de antemano, debia ocupar los puntos principales, y todos unidos caer sobre los sediciosos. Estos por costumbre ya prevenidos por secretas confluencias, habian adoptado la misma señal para atacar. Ambos bandos se encontraron y vinieron á las manos; la de los artesanos fué secundada por las mujeres y los niños que desde las ventanas y tejados hicieron llover una granizada de piedras, tejas y lústa metidos sobre las tropas del gobernador, que fueron dispersadas y persiguidas tenazmente, y sufrieron una terrible carnicería.

No obstante, apoyado en su ciudadela, Châtillon conservó la fuerza suficiente para conseguir que Pedro le Roi y cinco mil trabajadores abandonaran la ciudad y fuesen á establecerse en otra parte. Entonces el gobernador, libre de recelos merced á esta proscripción, agravó su venganza tanto en impuestos como en malos tratamientos sobre los que quedaron. Levados los habitantes al último extremo de la desesperacion, llaman á los desterrados que todavía no se habian alejado mucho, y unidos todos cayeron con furor sobre el partido del *lis*. Uchos desgarraban con sus dientes las victimas de su encono, les abrian el vientre y los arrastraban por las calles; otros llevaban clavadas cabezas de que hacian escarnio, lavaban sus manos en la sangre, se untaban con ella las manos y el rostro, y los que mas manelados se mostraban eran acogidos con aplausos.

No era posible que en tal desórden no hubiese flamencos mezclados con los franceses, y que el pueblo no les persiguiese igual-







Bethuné quedaron en poder de la Francia. Ajustóse una tregua de diez años, y se señaló una suma de cien mil francos, que debía ser pagada al rey por los gastos de la guerra, en plazos determinados. Este convenio suspendió las hostilidades, pero de ningún modo el rencor que continuó reinando entre ambos pueblos.

A Bonifacio VIII sucedió Benedicto XI, Papa afile, prudente y dotado de gran virtud, que restableció la paz en la iglesia de Francia, interpretando, modificando ó anulando las diferentes disposiciones de las bulas de su antecesor. Reconoció personalmente á Felipe el Hermoso con la Santa Sede, dejando no obstante algo que de-



Enguerrando de Marigny marchando al suplicio.

sear para la plenitud de la absolución, tanto del rey como de sus agentes, y meditando escrupulosamente las palabras de sus bulas para no ofender ni manchar la reputación de Bonifacio; pero esta mancha y esta ofensa era precisamente lo que deseaba Felipe el Hermoso, y las pedía con aflicción. El Papa contemporizaba y estudiaba, cuando la muerte vino á sacarlo de estos apuros.

Había entonces dos bandos en el cónclave; la primera de los Cayetanos ó italianos, y la segunda de los Ursinos ó franceses. Eran iguales en poder, y se hicieron la guerra nueve meses. Por último, Nicolás di Prato, obispo de Ostia, les propuso un medio, que al parecer debía conciliar todos los intereses; este medio fué que los italianos propusiesen tres personas que no fueran de su país, y que los franceses eligiesen uno de ellos dentro de cuarenta días. Habiéndose aceptado este convenio, Nicolás, que estaba ocultamente ligado á la Francia, envió un correo al rey con el nombre de los tres candidatos, para que indicase al bando frances el que debía elegir.

Entre los tres se hallaba Bertran de Got, arzobispo de Burdeos, que había tenido serios altercados con Felipe el Hermoso, y á quien los italianos creían su enemigo irconciliable, y por esta razón lo habían puesto entre los elegibles, persuadidos de que si la elección recaía en él, tendrían un Papa enteramente favorable á sus planes. Pero nada resistió al aliciente de una corona. El rey, después de haber examinado lo que debería tener ó esperar de los tres candidatos, se decidió por Bertran, á quien escribió se trasladase con toda prontitud y sigilo para tratar de un asunto que le interesaba, á una alabía situada en medio de un bosque, cerca de San Juan de Angely; é se trasladó también al mismo punto con iguales precauciones. Al acercarse al arzobispo le dijo: «¿Queréis ser Papa?» El prelado

se deshizo en protestas de sumisión y condescendencia á todos los deseos del monarca si le revestía de tan alta dignidad. Felipe le espuso los medios de que disponía para conseguirlo, pero con estas cinco condiciones: «Es la primera, le dijo, que me reconciliareis completamente con la Iglesia; la segunda, que revocareis todas las censuras lanzadas contra mi persona, mis ministros, vasallos y aliados; la tercera, que me concederéis por espacio de cinco años los diezmos de mi reino; la cuarta, que condeciareis auténticamente la memoria de Bonifacio; respecto de la quinta, me la reservo, y os la declararé en tiempo y lugar oportunos.»

El débil prelado le prometió todo; el rey escribió á Roma, y Bertran fué elegido. Su coronación se verificó en Lion con gran aparato, y el rey asistió á ella. El nuevo Papa tomó el nombre de Clemente V, y decretó que fijaba su Sede en Avignon, lo cual disgustó y apesadumbró no poco á los cardenales italianos.

Véase ahora cómo tuvieron efecto los cuatro artículos mencionados: 1.º El rey personalmente fué rehabilitado por entero, descargado de todas las censuras y anatemas, reconocido como buen católico y como rey cristianísimo. 2.º Todos aquellos que habían escrito, obrado, trabajado de cualquier modo en este negocio, recibieron la absolución sin ninguna condición onerosa ni humillante, excepto Nogaret que fué condenado á servir con las armas en la Tierra Santa, si había otra cruzada, y entretanto hacer las principales peregrinaciones entonces frecuentadas; el rey toleró que se impusiese este castigo á uno de sus mas leales servidores, que había obrado por sus órdenes. 3.º Concedióse los diezmos, y á fin de que fuesen pagados con exactitud y sin dificultades, una bula arrojó y fijó el valor de las monedas, que variaban incesantemente. Esta inestabilidad era un verdadero vejamen. Para librar de ella al reino, el clero había ofrecido dos ventenas de las rentas de todos sus beneficios; pero el rey ganaba mucho en la acuñación de la moneda, y tanto mas, cuanto que la primera materia le costaba poco, porque obligó á toda clase de gentes, excepto á los prelados y barones, llevasen á la casa de Moneda la mitad de su vajilla de plata. Cargó también



Felipe VI tomando la oriflama en San Dionisio.

de impuestos á los judíos, á quienes destrerró de Francia por medio de un chicto sujeto á interpretaciones; de manera que sacó crecidas cantidades, tanto de los despojos de los que partieron, cuanto de los sacrificios de aquellos que quisieron permanecer.

La cuarta condición que Clemente V había aceptado, le rodea-

ba de mas dificultades que las tres primeras; era esta el instruir proceso á la memoria de Bonifacio. Felipe el Hermoso instaba, y el Papa difería. Por último, escogió este expediente: «labeis apelado, dijo al rey, al futuro concilio; yo convocaré uno, en el que se presentará esta causa.» Y en efecto, lo convocó para ser celebrado en Viena del Belfinado. Nunca se ha sabido positivamente cual era la quinta condición de su reciproco tratado; pero todos los historiadores han congeturado, tal vez por los hechos que siguieron, que era la destrucción de la orden de los Templarios.

Estos frailes poseían cuantiosos bienes, objeto de codicia. La orden se componía exclusivamente de nobles, y podía en ciertos casos dominar al resto de la nobleza del reino. Era un estado en el Estado, una causa permanente de temores é inquietudes para un rey que no podía ignorar que el aumento de los impuestos le enagenaba el cariño de su pueblo. Felipe habia esperimentado la mala voluntad de aquellos religiosos, cuando le abandonaron á los ultrajes del populacho, en los momentos en que se refugiaba á su ciudadela del Temple implorando su protección. Intentar reformar un cuerpo armado y advertirle por medio de acriminaciones públicas, hubiera sido prevenirle que adoptase medidas que podían acarrear peligrosas consecuencias á la tranquilidad pública y á la seguridad personal del rey. La política aconsejaba sorprenderle, e intentar reformar un cuerpo armado y advertirle por medio de acriminaciones públicas, hubiera sido prevenirle que adoptase medidas que podían acarrear peligrosas consecuencias á la tranquilidad pública y á la seguridad personal del rey. La política aconsejaba sorprenderle, e intentar reformar un cuerpo armado y advertirle por medio de acriminaciones públicas, hubiera sido prevenirle que adoptase medidas que podían acarrear peligrosas consecuencias á la tranquilidad pública y á la seguridad personal del rey.

Lo que se divulgó entre el público para justificar esta brusca agresion, fué una acusacion mas que sospechosa de crímenes horrosos, casi increíbles, aun respecto de algunos individuos, y mucho mas respecto de una corporacion religiosa. Dos malvados, próximos á sufrir la pena capital, uno de ellos apostata de la orden de los Templarios, y el otro vecino de Beziers, se confesaron reprocamente en la cárcel á falta de confesores, porque se negaba el auxilio de estos á los criminales condenados á muerte. El vecino, depositario de los secretos del apóstata, declaró tenia que hacer importantes revelaciones, y pidió se le permitiera hacerlas al mismo rey. Uno y otro fueron conducidos á presencia de éste, que les escuchó. Ignoráse si imputaron á la orden todos los crímenes que motivaron después su destrucción, ó si se limitaron á los mas graves; estos eran mas que suficientes, caso de ser ciertos, para atraer sobre aquella sociedad los rayos del cielo y los castigos de la justicia humana. La pluma se niega á reproducir semejantes abominaciones. Abjuracion de la fé, orgias, libertinage, ceremonias infames acompañadas de infanticidios, y por último todas las supersticiones insen-

satas y repugnantes; los ritos estraños, los excesos de la disolucion mas desenfadada que se acusa á los antiguos hereges; ninguno de estos horrores dejó de ser imputado á los Templarios.

Siendo estos religiosos, hirzales desde luego comparecer ante los tribunales eclesiásticos, en los que fueron interrogados y creados con severidad. Unos confesaron ó negaron todo; otros solo se defendieron de una parte de las acusaciones, persistieron en sus declaraciones ó se desdijeron. Estos últimos se quejaron de que, por la fuerza de los tormentos y prometiéndoles su perdon, se les hubiesen arrancado confesiones que los difamaban. Un concilio reunido en Paris examinó solemnemente la causa de los presos; el fallo definitivo absolvió á muchos á quienes no se probó delito alguno; dió libertad á algunos que se habian confesado culpables pero que daban señales de arrepentimiento, y solo fueron castigados con una simple penitencia; por lo que respecta á los que se retractaron despues de haber confesado los crímenes que se les imputaban, por una jurisprudencia hárrto singular fueron declarados relapsos; y en concepto de tales, cincuenta y nueve fueron condenados á la hoguera, habiendo sufrido su condena en un campo inmediato á la abadía de San Antonio, á pesar de las protestas que hicieron de su inocencia. Otro concilio de Senlis condenó á nueve á la misma pena, y ninguno de ellos confesó los delitos de que se les acusaba. En el mismo tiempo un concilio celebrado en Salamanca, declaró inocentes á todos. El rey de Inglaterra acogía á los que se refugiaban á sus estados, y muchos principes de Alemania, contentándose con apoderarse de sus bienes, dejaban huir á los acusados; de manera que esta diversidad de opiniones y de conducta respecto de ellos, imprimen á su inocencia ó á sus crímenes el sello de la incertidumbre.

Estas terribles ejecuciones destruan únicamente á los individuos, pero se necesitaba una sentencia formal y solemne para abolir la orden. Deberecordarse que Clemente V, hostigado despues de su eleccion, para que condenase á Bonifacio VIII, habia respondido con astucia, que puesto que el rey habia consentido en referirse á un concilio acerca del particular, él convocaría uno donde se presentaría esta causa. Clemente señaló á Viena al efecto, y lo abrió con un discurso en que espuso los motivos y el objeto de la reunion; esto es, la reforma de las costumbres, la estrupacion de algunas heregias contemporáneas, la reconquista de la Tierra Santa, la estincion de la orden de los Templarios y el juicio que debía formularse relativamente á Bonifacio VIII. Como si este negocio no pudiera sufrir sin peligro la menor demora desde la primera sesion, sin discusion ni exámen, y sin esperar al rey que debía asistir á ella, Clemente decidió que Benito Cayetano habia sido legítimo pastor de la Iglesia, que



La reina de Inglaterra pidiendo perdón para los habitantes de Calais.

despues de su eleccion, para que condenase á Bonifacio VIII, habia respondido con astucia, que puesto que el rey habia consentido en referirse á un concilio acerca del particular, él convocaría uno donde se presentaría esta causa.

Clemente señaló á Viena al efecto, y lo abrió con un discurso en que espuso los motivos y el objeto de la reunion; esto es, la reforma de las costumbres, la estrupacion de algunas heregias contemporáneas, la reconquista de la Tierra Santa, la estincion de la orden de los Templarios y el juicio que debía formularse relativamente á Bonifacio VIII. Como si este negocio no pudiera sufrir sin peligro la menor demora desde la primera sesion, sin discusion ni exámen, y sin esperar al rey que debía asistir á ella, Clemente decidió que Benito Cayetano habia sido legítimo pastor de la Iglesia, que

había muerto católico, que nunca había sido herege, y que las pruebas alegadas contra él para ofenderle con estas acusaciones, no eran suficientes.

No esperaba por cierto Felipe el Hermoso este desenlace precipitado. Concurrió á la segunda sesión, acompañado de los príncipes y señores de la corte, y tuvo el disgusto de ver adoptado unánimemente por los pares reunidos el decreto de la primera; además, tres doctores célebres, el primero en teología, el segundo en derecho canónico, y el tercero en derecho civil, pronunciaron sucesivamente una peroración apologetica de la declaración. Por último, se presentaron en la sala dos caballeros catalanes, armados de punta en blanco, para sostener la decisión por medio del combate. Desafiaron en presencia del rey y de su corte á todos los que se atreviesen á atacarla, y arrojaron el guante como prenda de batalla; nadie lo alzó y el negocio quedó definitivamente juzgado.

El de los templarios no tuvo la ventaja de renair esta unanimidad de pareceres. Cuando el Papa propuso la abolición de una orden compuesta de la principal nobleza de los estados cristianos, que habían prestado á la Iglesia tan señalados servicios en las guerras santas, muchos obispos se declararon contra semejante proyecto, diciendo que el negocio no había sido bastante examinado, que al parecer había dominado mucho la parcialidad á los jueces, que las pruebas decididas de las confesiones arruinasadas por los tormentos eran insuficientes, y que estaban muy gravados por los retractos de algunos de los desgraciados, pronunciadas en los suplicios hasta la muerte. Los prelados eran de parecer que se volviese á empezar el examen de este asunto desde su principio.

Esta disposición disgustó mucho al Papa y al rey. Clemente respondió con desabrimiento, que si por la falta de formalidades no podía fallar jurídicamente contra los templarios, «la plenitud del poder pontifical supliría á todo, que los condenaría gubernativamente antes que descontentar á su querido hijo el rey de Francia». En efecto, pronunció en un consistorio secreto la sentencia que abolía, suprimía y anulaba la orden militar del Temple, y la repitió en una sesión pública en presencia del rey y de toda su corte, en estos términos: «Aunque no hemos dictado la sentencia con arreglo á las formas de derecho, suprimimos la orden por provision y por la autoridad apostólica, reservando á nos y á la santa iglesia romana, la disposición de las personas y bienes de los templarios.» Este juicio, aunque provisional, tuvo toda la fuerza de un fallo definitivo, y la orden quedó abolida y proscriba para siempre. Los bienes se repartieron entre muchas manos. Los caballeros de San Juan de Jerusalén recibieron la mayor parte. Felipe solo retuvo una parte de los muebles y del dinero, para pagar los enormes gastos de aquel gran proceso; y lo cual se ha conjeturado que tan rigurosas persecuciones contra aquellos desgraciados, fueron menos el resultado de la codicia, que el de la política y venganza. El concilio de Viena se terminó con una exhortación á la cruzada, y con algunos reglamentos para la reforma de las costumbres.

De todos los infelices caballeros encerrados en los calabozos en el primer momento de su proscripción, solo quedaban cuatro en Francia: Santiago de Molay, gran maestro de la orden, que había sido padrino de uno de los hijos del rey; Guido, gran prior de Normandía, hermano del Delfín de Auvernia; Ilugo de Peraldo, gran visitador de Francia; y el gran prior de Aquitania, que había sido director de las rentas del Estado. El Papa se había reservado el derecho de pronunciar sobre su suerte, y se proponía concederles algunos consuelos; pero por honor de su sentencia contra la orden y para justificarla, queria que liesen en público y á la vista del pueblo las confesiones que habían hecho ante los tribunales, y envió á dos cardenales para que presenciarian este acto solemne.

Los cuatro principales personajes de la orden del Temple fueron presentados al pueblo sobre un tablado en el atrio de la catedral de París; á un lado, los verdugos construian una pira para advertirles de la muerte que les esperaba si no llenaban las condiciones que les habían sido impuestas. Leyéronse en alta voz las confesiones que habían hecho muchas veces de las abominaciones de su orden. Uno de los ministros de Roma pronunció un largo discurso sobre el particular, y les intimó confesarse en público los delitos que habían cometido en secreto ante los jueces. Entonces el gran maestro, anciano venerable, se adelantó al márgen del cadalso, sacudiendo las cadenas que le abrumbaban, y mirando con desprecio la hoguera, dijo: «El espantoso espectáculo que á mi vista se presenta no es capaz de obligarme á confirmar la primera mentira con otra mentira. He hecho traición á mi conciencia, y tiempo es ya de que haga triunfar la verdad. Juro pues á la faz del cielo y de la tierra que todo lo que acaba de leerse relativamente á los crímenes y á la impiedad de los templarios, es una horrible calumnia. Esta orden es santa, justa, ortodoxa; yo merezco la muerte por haberla acusado á instancias del Papa y del rey. Oh! que no pueda yo expiar mi crimen en un suplicio más cruel todavía que el del fuego! Solo tengo este único medio de merecer la compasion de los hombres y la misericordia de Dios!» Guido, gran prior de la orden en

Normandía, se expresó en los mismos términos; los otros dos persistieron en su confesion.

La sorpresa de los jueces, de los delegados del Papa y sus dependientes, fué extraordinaria. Los dos refractarios fueron encarcelados de nuevo. El rey reunió precipitadamente su consejo, y sin ser oidos otra vez fueron condenados como hereges y relapsos al suplicio del fuego, y esta sentencia se ejecutó al día siguiente en la sala del palacio. En medio de las llamas y hasta exhalair el postrer suspiro, protestaron de su inocencia, y citaron al rey y al Papa ante el tribunal de Dios, á Clemente en el plazo de enarenta dias, y al rey en el de un año. El pueblo, testigo de la firmeza de aquellos dos desgraciados, tribuló abundantes lágrimas á su fin trágico, y creyó que morian inocentes. Despues se confirmó en esta nueva opinion, al ver que la muerte de los dos autores de aquella terrible catástrofe ocurrió en los plazos prefijados por sus victimas.

Es difícil creer que toda la orden, especialmente sus individuos ancianos, fuesen reos de las impiedades tan insensatas como ridiculas que se les imputaban; pero tal vez la juventud de ella, enlazada en su mayor parte con la corte por su nacimiento, participaba de la disolucion que en esta reinaba. Felipe el Hermoso tenia tres hijos, notables como él por su hermosura. Luis había casado con Margarita, hija de Roberto II, duque de Borbonya, y de Inés, hija de san Luis Felipe, con Juana, condesa de Borgonya ó del Franco-Condado y Carlos con Blanca, hermana de esta última. Margarita y Blanca, convictas de infidelidad, fueron encerradas por acuerdo del parlamento, presidido por el rey, en la fortaleza de Chateau Gaillard en la Normandía, en donde la primera fué estrangulada, y de donde la segunda no salió sino para hacerse religiosa. Sus cómplices, Felipe y Gualtero de Arnaay, hermanos, caballeros normandos, muy inferiores en apostura á sus esposos, fueron arrastrados á la cola de un caballo por una pradera recientemente segada, mutilados y atados á una horca. Los autores de la intriga sufrieron el destierro, la prison ó muerte. Juana comparció tambien ante el parlamento, y fué declarada inocente. Hacía un año que estaba relegada en el castillo de Bourdan, y volvió á tomarla su marido Felipe. «En esto», dice Mezeray, fué mas feliz y sabio que sus hermanos.»

Este parlamento, por el que fueron juzgadas las meras de Felipe el Hermoso, era muy diferente de las grandes asambleas que algunas veces han recibido el nombre de *parlamentos* durante las dos razas anteriores á la tercera. Bajo la primera, solo se componian de grandes señores, sucesores de los compañeros de Clovis, y se llamaron *Campo de Marte*. Bajo la segunda, se reunieron á esta nobleza guerrera todos los prelados poseedores de extensas tierras, colidas al clero ora por donativos de los legos, ora por concesiones de los obispos, elegidos en su mayor parte en la alta nobleza, y quienes aplicaban á sus respectivas iglesias porciones considerables de las herencias de sus padres, que salian de esta suerte de sus familias para no volver á ellas, porque los bienes del clero eran una propiedad que no podia enagenarse. Estos dos parlamentos, que los reyes presidian en todos los casos, declaraban la paz y la guerra, fijaban los impuestos, establecian las alianzas, juzgaban á sus pares, aprobaban las decisiones del monarca, y algunas veces las restringian. Esto era el fruto de algunas sesiones que se celebraban en tiempos indeterminados segun las necesidades del reino y lo que aconsejaban las circunstancias.

Nunca los primeros parlamentos concieron de los negocios de los particular-rey, y los segundos se ocuparon de ellos muy pocas veces; pero la mala administración de justicia, entregada á bailes, y otros jueces mercenarios, dependientes de la voluntad de los señores, era causa de que muchas veces los vasallos recurriesen al rey para sustraerlos á grandes vejaciones. Los monarcas admitian gustosos estas apelaciones, que acostumbaban á reconocerse al pueblo á reconocer á los reyes como superiores á los señores, por muy poderosos que estos fuesen. El tribunal que los reyes abrian á los querrelantes era su propio consejo, que les seguia á todas partes. Como por la naturaleza de una parte de sus funciones, tal como el régimen interior, el consejo representaba los antiguos parlamentos, el pueblo se acostumbró á darles este nombre. Hasta Felipe el Hermoso había sido ambulante, pero este rey lo fijó en París en su palacio, y mandó que se reniesse dos veces al año, en la octava de Pascua y el día de Todos los Santos, y que cada sesión durase dos meses. Hizo extensivo el mismo reglamento al *Echiquier*, antiguo tribunal de justicia de los duques de Normandía; á los *dias solemnes* de Troyes, justicia de los condes de Champagne, y por último, estableció un parlamento en Tolosa para las provincias meridionales. Estas disposiciones datan del año 1502.

El parlamento que se estableció en París se compuso al principio de antiguos barones y prelados, que el rey señalaba para cada sesión. Empero la permanencia establecida por el nuevo reglamento, y los conocimientos positivos que en breve exigió la introduccion de las leyes romanas en la jurisprudencia francesa, despues del descubrimiento de las *Pandectas* de Justiniano, que se había hecho

en 1157 en Amalfi, se avenían mal con las costumbres y las prácticas rutineras de aquellos señores no letrados, que solo respiraban guerras y proezas militares. Fué pues preciso darles agregados escogidos en las clases inferiores de la sociedad; y estos agregados, merced á la retirada absoluta de los barones, se encontraron paulatina y naturalmente investidos del derecho esclusivo de juzgar á los pleuados. Tal era el estado de las cosas, cuando Felipe de Valois dió en 1344 una nueva organizacion á este tribunal, que recibió entonces casi la misma forma que conservó despues hasta su estincion. Mandó que se compusiese de treinta jueces, la mitad clérigos y la otra mitad legos en la cámara llamada del Informe (*Plaidoyer*), y mas tarde la *Gran Cámara*; de cuarenta, la de las *Pruebas* (*Enquêtes*), donde se juzgaban los procesos por escrito, y de ocho, la de los *Pedimentos* (*Requêtes*), encargada de recibir primero los que presentaban las partes, y despues, de juzgar los negocios de menor cuantía, que no ofrecian un interés bastante grave para ser presentados al parlamento. El tribunal tomó el nombre de corte, el lugar de las sesiones, era el palacio, porque en aquella época se celebraban efectivamente en la corte y palacio del rey. Su forma no ha variado despues sino por el número de los magistrados y el de las cámaras que ha sido su consecuencia. A la estincion del parlamento, estas eran cinco: la *Gran Cámara*, que tenía diez presidentes y cuarenta y siete consejeros, de los que doce eran clérigos; tres *Cámaras de las Pruebas*, cada una con dos presidentes y veintitres consejeros; y una de los *Pedimentos*, compuesta de dos presidentes y catorce consejeros, cuya suma total ascendía á ciento treinta y ocho, sin contar los príncipes de la sangre y los duques y pares, cuyo número ascendía próximamente á sesenta, todos con derecho de entrada en el parlamento, pero que en realidad no juzgaban.

También en tiempo de Felipe el Hermoso se hizo fija la residencia de la cámara de los Condes, y esto aun antes de que se fijase la del parlamento. Destinada esclusivamente en su origen á oír á los condes del rey, fué investida en lo sucesivo de otras muchas atribuciones.

Felipe el Hermoso es considerado ademas como el fundador de los Estados generales. En sus disonancias con Bonifacio VIII se apoyó en efecto en los votos de los magistrados, de las universidades, de los acaudalados y principales vecinos de las ciudades; pero si muchos personajes que no eran prelados ni nobles, asistieron á las asambleas que entonces se celebraron, y emitieron en ellas sus votos, acaso no lo hicieron como diputados de las órdenes de que eran miembros, sino como hombres instruidos en la jurisprudencia del reino y en el derecho canónico.

Debe referirse á esta época la adquisicion que hizo la Francia de la segunda ciudad del reino. Lyon, segregada de su dominio en tiempo de Lotario para formar de ella el dote de Matilde, su hermana, esposa de Conrado, rey de Arlés, habia pasado con este reino á los emperadores de Alemania por el testamento de Raulo ó Rodolfo, hijo de Conrado. El emperador Federico Barbaroja la habia cedido despues á los arzobispos. Los reyes de Francia trataron entonces de recuperar insensiblemente su antigua soberanía, y sus progresos fueron rápidos. San Luis estableció un tribunal en esta ciudad; Felipe el Atrevido se hizo prestar juramento por su arzobispo; Felipe el Hermoso tuvo en ella un dependiente bajo el nombre de guardian (*gardiateur*), y con objeto de atraerse al exilido le hizo aquella famosa concesion que, erigiendo en todos sus bienes en condados, fué causa de que los cardenales tomasen el título de condes de Lyon. Sin embargo, todas esas atribuciones no estaban de tal modo reconocidas, que Pedro de Saboya, nuevo arzobispo, no se creyese autorizado á negar su juramento al rey, atrayendo á su causa á los habitantes, los que se entregaron á excesos, que los hicieron culpables. Felipe aprovechó este pretexto para obrar á su vez como enemigo descubierta; mas al mero alarde de sus fuerzas todos se sometieron y un tratado formal reconoció por soberano al rey de Francia.

Con harta despecho y obligados por la necesidad habian sufrido los flamencos la ley de una tregua que desmembraba su provincia, y que ademas los sujetaba á un impuesto pagadero á plazos para los gastos de la guerra. Cada venimiento de estos plazos aumentaba su descontento, y de aqui se originaban demoras en los pagos, y no pocas veces terminantes negativas. Felipe, muy delicado en materias de este género, mostró su descontento y su cólera, amenazando á los indóciles flamencos con una guerra de exterminio, publicó que la haría en persona, y armó caballerías á sus tres hijos y á muchos señores jóvenes que debían seguirle. En el nacimiento, en el matrimonio de los hijos de los grandes, y cuando los hacían caballeros y en otras ocasiones solemnes, los vasallos acostumbraban hacer presentes á su señor. En esta ocasion Felipe el Hermoso cambió el presente en impuesto; aumentó también el canon para atenuar á los gastos de la guerra que iba á emprenderse, y cuando estas sumas hubieron ingresado en sus arcas hizo algunas demostraciones hostiles, enviando despues á Enguerrando de Marigny, su mi-

nistro, que negoció con los flamencos y sacó de ellos cuanto pudo. No hubo guerra, y el dinero de los parisenses quedó en poder del rey, recibiendo este ademas mucho placer con las fiestas brillantes que le dieron en honor de los nuevos caballeros.

Estas fiestas duraron cuatro dias. Nunca, si damos asenso á los autores, se vió tal magnificencia, lo que hace juzgar ventajosamente del buen gozar de aquellos benévolo vasallos. «Bíronse, según la antigua costumbre, vestidos nuevos á todos los grandes; estos mudaban tres veces al dia de adornos ó de trajes á cual mas soberbios; lujo desconocido hasta allí. Todos los gremios se presentaron engalanados á porfia, cada uno con los distintivos y alornos peculiares á su arte. Construyéronse en muchos parajes teatros adornados de magníficos telones, y se representaron muchas farsas de magia. Allí se vió á Dios comer manzanas, reirse alegremente con su madre, rezar sentado *patet auster* con sus apóstoles, resucitar y juzgar á los muertos; víose también á los bienaventurados cantar «cu el paraíso en coro con los ángeles; á los condenados llorar en un infierno negro y pavoroso, y á los diablos reirse de su desdicha.» Representáronse tambien varios asintos tomados de la Sagrada Escritura y de la historia: Adán y Eva antes y despues de su pecado; la degollacion de los Inocentes, el martirio de San Juan Bautista, Caifás sentado en su tribunal y Pilatos lavándose las manos.

«Allí se vió tambien adiestro Zorro, primero humilde clérigo, que cantaba una epistola, despues obispo, mas tarde arzobispo, y por último Papa, devorando sin tregua pollos y gallinas (truenaca «alusion á Bonifacio VIII): á un tropel de salvajes y reyes de farsa meter un ruido infernal; á mucha gente de la vida airada en camisa «traer con sus festivos armacaos y zalamerías; á los animales de toda especie marchar en procesion; y á los niños de diez años lidiar en un torneo; á las pulcras Ganas brincar y hacer piruetas. Las fuentes manaban vino; la gran guardia hacia el servicio con vistosos uniformes; toda la ciudad, en lin, bailaba, danzaba y se disfrabaa «de mil sorprendentes maneras.» De esta suerte, desde aquella época las farsas burlescas y las mascaradas eran el esparcimiento del pueblo.

En rey, Luis su primogénito, rey de Navarra despues de la muerte de Juana, su madre, y Eduardo II rey de Inglaterra, que habia sido llamado á la corte á causa de algunas maldades, obséquiarlo cada uno en su respectivo día de la corte y la ciudad. El banquete se celebró debajo de tiendas de campana. Los convidados fueron servidos á caballo, y el lugar del festin estaba alumbreado con infinitud de hachas aunque el sol brillaba en toda su fuerza. Para concluir, los vecinos partieron de la iglesia de Nuestra Señora, bien armados, equipados á la ligera, y fueron á césilar en número de veinte mil caballos y de treinta mil infantes por delante del Louvre, á cuyas ventanas estaba asomado el rey. Desde allí se trasladaron á la llanura de San German de los Prados á colocarse en órden de batalla y á hacer el ejercicio. Los ingleses estaban admirados al ver que de una sola ciudad pudiese salir tanta gente apta y pronta á combatir.

«El fastuoso lujo que acabamos de describir contrastaba de un modo notable con las lres y suntuarías que Felipe el Hermoso dió al principio de su reinado. Entre ellas habia algunas concernientes á las comidas y trajes. «Nadie, dice una, tendrá en la cena sino dos clases de manjares y una sopa con lardo y en la comida «un manjar y un principio. Los dias de ayuno habrá dos sopas «con areques, y dos clases de manjares, ó bien un potage y tres clases de manjares. En estos dias solo se hará una comida, y no se pondrá en cada escudilla sino una sola clase de carne ó pescado. El queso no es manjar si no está en pasta ó cocido con agua.» Los reyes de Francia habian dado hasta entonces el ejemplo de esta frugalidad. Nunca se servian en su mesa sino tres platos; su bebida preferente era el vino de Orleans. Enrique II se hacia llevar una buena provision de él cuando iba á la guerra, persuadido de que «eseitaba á emprender grandes rasgos de valor.» y Luis el jóven lo enviaba como presente. El agua de rosa aromatizada las bebidas, entraba en todos los guisos, y hacia las delicias de la mesa. Si Felipe el Hermoso se cibió al principio de su reinado á esta sobriedad prescrita por el mismo, puede juzgarse que despues se alejó mucho de ella, puesto que ha sido el mas derrochador de los reyes de Francia.

Lo mismo puede decirse de sus leyes relativas á los trajes. Háse visto que en la ceremonia de los caballeros, hombres y mujeres los mudaban tres veces al dia. Sin embargo, solo se permitian á los duques y á los condes mas ricos cuatro al año, igual número á sus mujeres, dos á los caballeros, uno solo á los muchachos y lo mismo á la señora ó escorrita si no era castellana. El traje de los hombres era una sotana ó larga túnica, y encima un manto que se ataba al hombro derecho para que estando abierto por este lado se pudiese gozar de completa libertad en el brazo derecho. El traje corto, excepto en el ejército, solo estaba destinado á los criados; el bonete era lo que cubria la cabeza de los clérigos y graduados, y se llamaba mortero (*mortier*) cuando era de terciopelo. Se le ribetea-

ha con galones, se variaban sus colores y adornos, lo mismo que los capones ó especie de capuchones con que el pueblo se cubría. Los militares llevaban un capacete de hierro, diminutivo del yelmo y del casco, incómodos por su escasa pesadumbre.

Entonces estaban muy en moda los zapatos llamados *la poulaine*. Este calzado terminaba en punta, mas ó menos prolongada según la calidad de la persona, desde medio pie hasta dos pies. Esta punta se levantaba, y los elegantes les ponían cascabeles, y á fuerza de querer sobresalir en la ridiculez, se llegó hasta colocar en ellas figuras indecentes. Un historiador califica esta moda de ultraje hecho al Criador, y faltó muy poco para que los que la siguieron fuesen tratados de hereges. Pero cuando los hombres se cansaron de este calzado puntiagudo, dice un escritor contemporáneo, hicieron chinelas tan anchas por delante, que escapaban anchura la medida de un buen pie, y no sabían los hombres, añádele, como podían disfrazarse. Las mujeres sin duda, no eran menos inventoras ni volubles en sus modas; respecto de esto la ley se contenta con marcar los bordados, forros y diamantes de que podían usar, pero no prescribe la forma.

Una disposición mas importante y digna de la política y de la prevision de Felipe el Hermoso, fué la que erigió en ley con motivo de los heredamientos que formó á sus dos últimos hijos. Desde Hugo Capeto hasta Felipe Augusto, los heredamientos habian sido dados en plena propiedad y sin ninguna condicion de reintegro, de manera que no podían volver á la corona sino por medio de alianzas ó por adquisicion; desde Luis VIII hasta Felipe el Hermoso, se habia estipulado el reintegro, pero únicamente á falta de herederos; Felipe el Hermoso restringió la transmision de los heredamientos á los herederos varones, y conforme al espíritu de la ley sálica, estableció que á falta de estos, los heredamientos que se concedían en lo sucesivo volvieran por derecho á la corona.

Felipe pasó el último año de su vida en una languidez que le condujo al sepulcro á la edad de noventa y ocho años y á los veinte y nueve de su reinado. Unos atribuyen su enfermedad á una caída del caballo que dió en una caeceria, y otros á la pesadumbre producida por sombrías reflexiones que le sumergieron en una melancolía habitual.

En efecto, el pasado y el presente debían atormentarle no menos que el porvenir. Con tres hijos tolos mayores de edad, pudo prever la estacion de su raza. Le era imposible ocultarse que el excesivo aumento de los impuestos habia hecho odioso su gobierno, y que la variacion de la moneda, afrentoso agiotaje, imprimía un sello indeleble de ignominia sobre su reputacion. Cuando recordaba su conducta respecto de los Templarios, en vano procuraba tranquilizar su conciencia con las pruebas legales de sus desórdenes, porque sus retractaciones y su noble firmeza en los suplicios no podían dejar de escitar por lo menos en su ánimo dudas y remordimientos terribles, así como los torrentes de sangre derramada en la guerra de Flandes, cuyos motivos presentaban una equívoca justicia; por último, la deshonra de su familia: tres nueras acusadas á la vez de mala conducta; dos de ellas condenadas, y solo una librada de la acusacion, mas no de las sospechas; sus seductores castigados públicamente como para divulgar el oprobio de las princesas y sus esposos: veían anagarras reflexiones no debían despertar en el tanto siniestros recuerdos! No debemos pues estranar que sus contemporáneos creyesen, como acabamos de decir, que murió de pesadumbre. Encargó á su hijo disminuirse los impuestos y aliviar al pueblo, exhortacion tan frecuente en los moribundos cuanto olvidada de sus sucesores.

Bernardo de Saisset, aquel obispo de Pamiers, tan altamente declarado contra Felipe el Hermoso, dice de este principe: «Este hombre es un fantasma, una hermosa indaga que nada sabe hacer sino mirar al mundo y hacerse mirar». Aunque estas palabras son el sarcasmo de un escrito público, si no hubiese tenido al menos algun fundamento para las acriminaciones; y nos incluíamos tanto mas á creerlo así, cuanto que todos saben que es harto frecuente en los *hermosos* el complacerse en su persona y exigir en cierto modo la admiracion de los demás por medio de una afectacion y melindres apenas censurables en el otro sexo.

Prescindiendo de esta ridiculez, Felipe poseía las cualidades propias para atraerse la estimacion. Mostró mucho celo en que se hiciese justicia, aunque en lo que le concernía personalmente, se separó muchas veces de los preceptos de esta. Manifestaba capacidad para los negocios, y su política por lo regular fué acertada. Se le acusa de escasa firmeza, á no ser que el interés significase sus venganzas; por otra parte, era valiente, generoso, magnífico y ávido de gloria, pero mucho mas aun de oro para derrocharlo hasta la prodigalidad. Preveía, según se dice, el fatal estado en que caería el reino despues de su muerte, y este triste vaticinio fué considerado como una de las causas de la pesadumbre que dió fin á sus dias.

El reinado de Felipe el Hermoso forma época en la historia de la monarquía, porque fija la demarcacion entre los antiguos parla-

mentos y el nuevo. Si no ha sido el autor de ella, al menos ha dado con sus frecuentes convocatorias la idea de los Estados generales, que unas veces han consolidado, otras minado, y por último derribado el trono. Felipe hizo mas escasos los ducados jurídicos, y agregó á la Francia partes considerables de Flandes y del Lionesado, la Champana y el condado de Angulema. En su tiempo cesaron las cruzadas, aunque él tomó también la cruz con sus hijos, muchos señores y el rey de Inglaterra; pero parece que estos principes no miraban aquella accion sino como una ceremonia propia para granjearles en la opinion de los pueblos el concepto de celo y valor. La brújula, ó la propiedad del iman de dirigirse al Norte, conocida tal vez antes del reinado de Felipe, no se aplicó hasta su tiempo á la marina. Sus disensiones con Bonifacio dilucidaron los puntos de disciplina controvertidos entre los Papas y los reyes, y dieron nacimiento á lo que se llaman libertades de la Iglesia galicana, que no son en realidad otra cosa que una barrera contra las exigencias de la Santa Sede.

La corte romana se procuró un grande apoyo en las órdenes religiosas mendicantes, que pulularon desde mediados del siglo XIII y durante todo el XIV. Hallábase á la sazón en todo el fervor de la práctica del voto de pobreza, de modo que la mayor parte desechaba los bienes que les ofrecía la admiracion con que los fieles veían la austeridad de su vida. Deseoso de desvanecer el escrúpulo de los mas timorados de estos frailes, el papa Nicolás III, que habia sido franciscano, declaró que los bienes raíces que se diesen á los mendicantes pertenecían al Papa, y que los frailes solo tendrían su usufructo. La exageracion en lo tocante á la renuncia de los bienes temporales, llegó entre algunos devotos de ellos hasta el punto de defender que los alimentos de que hacían diario uso, pertenecían al Papa y no á ellos. El clero secular se abandonó también á exageraciones de otro género: hallábase demasiado persuadido de su preeminencia, y se mostraba inexorable en lo relativo á sus privilegios. Pedro de Jumeau, preboste de París, habia hecho ahorcar á un estudiante por un delito que merecía la muerte. La Universidad se quejó vivamente de este ataque á los derechos que ejercía sobre sus dependientes, y no satisfaciéndole las respuestas del rey, cerró sus aulas y cesó en sus funciones. El tribunal eclesiástico fulminó excomunion contra el magistrado, y el clero hizo causa comun con la Universidad. De todas las parroquias de París salieron procesiones seguidas de un pueblo numeroso, y se dirigieron á la casa del infractor de las inmunidades. Todos arrojaban piedras á ella gritando: «Retrate, maldito Satanás! reconoce tu iniquidad, y honra á nuestra santa Madre la Iglesia, que has ultrajado atentando á sus inmunidades!» si así no lo haces, que tu muerte sea la de Dathan y Abiron, á quienes el infierno tragó vivos!»

El preboste fué sentenciado á dar una reparacion á la Universidad, con mandato expreso de ir á Roma para obtener su absolucion. El rey fundó dos capillas donde debían decirse misas perpetuamente por el descanso del alma del estudiante, y que quedarían á disposicion de la Universidad. Cuando ocurrió aquella escena escandalosa que hoy escita la risa, Felipe acababa de salir de sus discordias con Bonifacio, y sin duda no quiso malquistarse con el clero que le habia servido bien en ellas. Esto sucedía al mismo tiempo que el pueblo abrumado de impuestos y disgustado por la variacion de la moneda, tomaba en todas partes una actitud amenazadora, y se creyó se le alegraría contemporizando con sus preocupaciones. De este modo, el abuso del poder obliga muchas veces á transigir con ciertas exigencias vituperables y compromete deplorablemente la autoridad.

El reinado de Felipe el Hermoso y de la época de la prision de los Templarios, data la Confederacion Helvética, que debe su nacimiento á las medidas tiránicas del emperador Alberto, hijo del famoso Rodolfo de Habsburgo, para formar un principado en Suiza á uno de sus hijos. Movido de este deseo, propuso á los estados del imperio que formaban los cantones de Schwitz, Uri y Unterwalden, la idea de agregarlos á las tierras de la casa de Habsburgo; al saber su negativa, mandó á los comisionados que enviaba nombre del imperio, que los viesen por todos los medios posibles. Su objeto era inducirlos á la rebelion, que le presentaría un pretexto plausible para hacerles la guerra y subyugarlos. Los tres estados, resueltos á rechazar la tiranía y á defender su independencia, se confederaron entonces merced á los desvelos de tres hombres célebres en su patria: Werner Stoufficher, natural de Schwitz; Gualtero Furtz, de Uri; y Arnoldo de Melchtal, de Unterwalden. Estos, despues de haberse asociado á muchos de sus amigos, y entre ellos al héroe Guillermo Tell, se apoderaron de las ciudadelas que Alberto habia construído para avasallarlos, las demolicieron, espulsaron á los comisionados, y aun dieron muerte á algunos. Informado el emperador de estos desórdenes promovidos por su ambicion, se dispuso á aprovecharse de ellos, y estaba ya próximo á las fronteras, cuando fué asesinado por uno de sus sobrinos que le reclamaba su herencia. Despues de Alberto, diferentes principes de la casa de Austria hicieron repetidas tentativas contra los suizos, pero sus esfuerzos fue-

ron nuevos estériles, y la Confederacion se aumentó en diversas épocas con nuevos territorios que la elevaron sucesivamente al punto á que llegó mas tarde.

### LUIS X, LLAMADO HUTIN.

De edad de 25 años.

En el espacio de trece años, tres hermanos, hijos de Felipe el Hermoso, ocuparon el trono. El reinado de Luis X, el mayor de ellos, que subió á él á los veinte y tres años de edad, solo duró diez y ocho meses, y es notable por tres acontecimientos infastos: un homicidio, un asesinato jurídico y una expedición desgraciada.

Debe recordarse que su esposa, Margarita de Borgoña, acusada de adulterio, estaba presa en Castillo Gaillard. Ignorase si fué condenada á la reclusion por sentencia de algun tribunal, despues de los trámites mareados por la ley, ó bien si juzgada como culpable por conjeturas muy verosímiles, fué encerrada sin forma de proceso y sin fallo jurídico. En este último caso, el marido tenía de él el derecho de dejarla padecer en su encierro si no queria someterse á él á juicio legal; pero al subir al trono, deseó sentar en él una compañera. Muchas y muy graves consideraciones se oponian á que llamase á Margarita, de la que le quedaba no obstante una hija llamada Juana. Carlos Martel, rey de Hungría, y la obtuvo. La llegada de la futura esposa, fué el decreto de muerte de la esposa antigua. Su marido la hizo estrangular en el encierro despues de dos años de dura prision, y fué en seguida á hacerse consagrar en Reims con la nueva reina.

Esta ceremonia habia sido aplazada por las pretensiones y discordias de los señores de la corte, á quienes fué preciso reconciliar; por los motivos que los impuestos escitaban en las provincias, y que fué preciso apaciguar; y por último, porque el Erario estaba exhausto. Durante todo el reinado de Felipe el Hermoso, Enguerrando de Marigny habia tenido las llaves del tesoro en calidad de superintendente de Hacienda, y gozaba del mayor prestigio en tiempo del citado monarca, cuya omnimoda confianza poseía. Felipe el Hermoso le habia hecho castellano del Louvre, le dió el condado de Longueville y otros dilatados territorios. El poder del superintendente era tan grande, que las crónicas de aquel tiempo le llaman *conditior en el gobierno del reino*. Tal elevación no podia dejar de ser odiada por envidiosos enemigos. Á él atribuyeron, como á consejero intimo del rey, las negativas que experimentaban aquellos que no conseguian de éste todo lo que deseaban, y sobre él, como sucede siempre respecto de los primeros ministros, recaía el general descontento.

Carlos, conde de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, experimentó un profundo disgusto, cuando habiendo tomado á su cargo la primera guerra de Flandes al ofrecer la paz á Guido de Dampierre, si éste iba en persona á solicitarla del rey, y la seguridad para su regreso, si no la alcanzaba, vió que su hermano, sin miramiento alguno al compromiso aceptado por él, retenia al flamenco. El conde concibió desde entonces un odio mortal á Enguerrando, á quien creyó inspirador de aquella medida, y juró tomar venganza.

No podia escoger mejor ocasion para satisfacerla, que el principio del reinado de un príncipe jóven, débil, inexperto, y sobre el cual le daba gran dominio su calidad de tío; no desperdició pues la ocasion de vengarse. En consejo en que se trataba de los apuros rentísticos, Luis sorprendido de la escasez de dinero que sufría, preguntó: «¿Qué se ha hecho de los diezmos impuestos al clero, y de las cuantiosas riquezas que han debido producir las alteraciones del sistema monetario y las contribuciones con que se ha abrumado al pueblo?» El superintendente dijo Valois, que ha manejado los recursos públicos, debe dar cuenta de ellos.—La dará, dijo el superintendente, cuando el rey tenga á bien mandarlo.—Que sea ahora mismo, replicó Valois con aspereza.—Accedo á ello, repuso el ministro con igual desabrimiento: os he dado sobre cuenta una gran parte de esos recursos, y el resto se ha invertido en cubrir las atenciones del Estado.—Mentis, gritó enfurecido el conde de Valois.—Vos sois quien mente, señor conde, respondió el superintendente. Carlos, ciego de cólera echó mano á su espada; Enguerrando se preparó á la defensa y habria ocurrido un combate á muerte á la presencia del rey, si los concurrentes no hubiesen separado á entrambos enemigos.

El tío del rey obtuvo fácilmente que aquel que le habia faltado al respeto tan audazmente fuese preso. Encerrosóle primero en la torre del Louvre, su gobierno, y despues en el Temple, prision funesta. Las opiniones en respecto del ministro fueron unánimes: habia sido omnipotente en su influencia, era rico, habia manejado los tesoros del reino; durante su administracion se habian establecido muchos impuestos, y por lo tanto no podia dejar de ser culpable. Sus amigos, sus protegidos, los hombres á quienes habia curriqueado con sus larguezas, se escondieron y solo halló defensores en su familia; pero se atribuyeron sus dilapidaciones á sus parientes

y se les suscitaron acusaciones para alejarlos y reducirlos á la imposibilidad de solicitar gracia. Sabiose que era muy amigo suyo un célebre abogado llamado Raúl de Presle, que hubiera podido tomar su defensa y abogar victoriosamente por su causa, pero fué preso, abrumado con una acusacion calumniosa y despojado de sus bienes, como no le fueron devueltos cuando se le declaró inocente. Como á pesar de las vivas diligencias que se hacian para multiplicar y agravar los desmanes de que se acusaba al superintendente, solo se presentaban inculpaciones vagas y mal probadas, se espació con profusion una especie de proclama que invitaba á los ricos y á los pobres y á todos aquellos á quienes Enguerrando hubiese perjudicado, á que se presentasen en la corte del rey para presentar sus quejas, pues se le administraría justicia rigurosa. Nadie se presentó, pero á fuerza de aglomerar acriminaciones sobre acriminaciones sin pruebas ni verosimilitud, se consiguió formar un acta de acusacion.

Enguerrando fué trasladado al castillo de Vincennes, para comparecer ante una asamblea presidida por el rey, á quien acompañaban muchos señores y proclamos. Un abogado llamado Juan Banniere tomó la palabra por orden del conde de Valois. Segun la práctica de aquel tiempo empezó por un texto tomado de la Sagrada Escritura. Despues de varias citas del Viejo Testamento, que procuró adaptar á su asunto, aludió los ejemplos de las serpientes que devastaban la tierra en el Poitou en tiempo de San Hilario, y comparó estas serpientes á Enguerrando, á sus parientes, amigos y aliados, y de aquí descendió á enumerar los casos y los delitos; habló de la alteracion de la moneda, de los impuestos con que se habia agobiado al pueblo; de las sediciones que de esto habian resultado; de los donativos inmensos obtenidos del rey difunto por medio de villanos arduos; de los robos de sumas destinadas al Papa y á sus parientes; y de las cartas en blanco selladas, y arrebatadas por sorpresa al canceller, que debia presumirse habian sido cubiertas con cuentas falsas, á no ser que el acusado justificase la inversion de las cantidades citadas; del desmonte de los bosques; de muchos negocios utilizados en beneficio propio á espensas de los particulares; de las órdenes espeditas sin mandato espreso del rey, de la correspondencia oculta mantenida con los flamencos; del oro obtenido de estos para hacer estéril la última expedición; y para no omitir carta alguna, Juan Banniere arremió la insolencia de hacer colocar su estatua en la escalera del palacio que habia reconstruido por orden del monarca.

Marigny pidió que se le dejara responder, y en verdad hubiera podido hacerlo victoriosamente respecto de muchos cargos, é insistió en que se probasen los desacuerdos que lesea lecausaba, pero se le negó todo, y despues de aquella esena humillante á la cual habia sido llamado para que apurase la copa de la amargura que sus enemigos le presentaban, fué de nuevo conducido al Temple, sugatado con gruesas cadenas de hierro y custodiado con la mayor vigilancia.

El jóven monarca estimaba justas las peticiones del acusado, y advirtiéndole ademas que las acusaciones eran vagas y destituidas de fundamento, deseaba devolverle la libertad y absolverlo, pero temia á su tío. Pidió á este que el superintendente fuese destrerrado y vigilado en la isla de Chipre, de donde se le llamaria cuando pareciese oportuno volver á tratar este asunto con mas calma. Pero no era esto lo que pretendia el poderoso enemigo de Marigny; deseaba su muerte, y aquella respuesta enérgica del superintendente cuando el conde le preguntaba qué habia hecho de los caudales públicos: «Os he dado una gran parte, me induce á sospechar que Valois temia la luz que podia arrojar un proceso en debida forma. Sin embargo, como conocia la debilidad y la inesperecia de su sobrino, no desconfiaba á nadie con las armas de la supersticion, de hacer atropellar el juicio.

Creíase á la sazón en la existencia de hechiceros, que por arte mágica podian poner en tan intimo contacto las figuras de cera que hacian y las personas á quienes aquellas representaban, que estas sufririan en su cuerpo los tormentos que el mago queria al parecer aplicar á las figuras; de manera que cuando pinchara esta ó aquella parte de la imagen, la persona representada experimentara el dolor en la misma parte; y por último, un pinchazo dado con la aguja en el corazón de la figura, matare al paciente despues de muchos dolores. Espareció pues de repente el rumor de que la mujer de Enguerrando y su hermana recurrían á los sortilejos para salvarle, y que habian hechizado al rey, al señor conde Carlos y á otros barones, de manera que si no se aplicaba el remedio lo mas pronto posible, el rey, el conde y los barones se desmejorarían, se secarían y morirían en breve de mala manera.

Para dar á estos rumores populares un barniz de verdad á los ojos del jóven monarca y del público, se presentó á un hechicero, á su mujer y á su criado, y se mostraron al rey algunas figuras agueradas y sanguinolentas, halladas, segun se decía, en su casa. Aquel desgraciado se ahorcó en la prision ó lo fué secretamente, y este acto de desesperacion, presentado al rey como una confesion del cri-

men, así como el proceso instruido á la mujer y al eriado, quemada aquella y ahoreado este, produjeron en el apocado monarca una plena convicción. Declaró que *retiraba su protección de Marigny*, y le abandonó el conde de Valois.

Entonces el príncipe convocó en el castillo de Vincennes algunos barones y caballeros, hizo leer ante ellos y el acusado las mismas acriminaciones contenidas en el primer informe, y á ellas se agregó la de maldicido y sortilegio. Marigny protestó lleno de horror contra esta acusación, y pidió ser oído respecto de las otras; pero nadie le escuchó, y sin ninguno de los trámites legales empleados en las causas criminales, y á pesar de su calidad de caballero, de conde de Longueville y de las altas dignidades con que se hallaba investido, fué condenado al suplicio infame de la horca, ejecutado, y su cadáver suspendido en el patíbulo de Montfaucon que había mandado construir. Caminó á la muerte con tranquilidad y firmeza, diciendo al pueblo: Buena gente, venga por mí. Aquel pueblo á quien su grandeza había ofendido, se mostró sensible á su dolor tanto; y el mismo encargo de sus enemigos espiró con él, y dejaron declarar inocentes á su mujer y su hermana, acusadas de hechicerías; y sus hermanos, el arzobispo de Sens y el otro obispo de Beauvais, fueron absueltos del crimen de haber envenenado á Felipe el Hermoso, crimen que se les había imputado para que fuese imposible pedir gracia en favor de su hermano. Muchos de los amigos del superintendente recobraron el crédito de que gozaban en la corte, pero no sus bienes, que quedaron en poder de los que habían obtenido la confiscación.

Si el suplicio del infortunado Marigny fué acompañado de todas las circunstancias propias para manchar su memoria, tampoco en tiempo alguno se dió mas brillante reparación. Desde luego el rey, que se había dejado arrastrar por las pérfidas insinuaciones de sus enemigos, manifestó muchas veces gran pesadumbre, y en su testamento legó una suma considerable á la familia de Marigny, en consideración, dijo, del inmenso infortunio que le había sucedido; pero no hay ejemplo en la historia del aparato con que el conde de Valois señaló su arrepentimiento. Acometido de una cruel enfermedad, cuya causa no alcanzaba el médico, reconoció humildemente que la mano de Dios pesaba sobre él, en castigo del proceso instruido al señor Enguerrando. Hizo concluir con pompa su cuerpo á la iglesia de Eocotis, en la cual el superintendente había mandado construir una capilla. Valois hizo en ella varias fundaciones, y como la enfermedad aumentaba con los mas agudos dolores, mandó distribuir una limosna general en París, mandando á sus dependientes que digesen á cada pobre: Rogad á Dios por el señor Enguerrando de Marigny y por monseñor Carlos de Valois.

No consideramos del todo inocente á Enguerrando. ¿Quién es el hombre que revestido de un poder absoluto y con una grande administración no comete faltas? Pero su verdadero crimen, el que la posteridad le ha inculcado, de acuerdo con sus contemporáneos, es el haber favorecido la pasión de Felipe el Hermoso por el fausto y despilfarró, inventando y empleando toda clase de medios para abrumar con impuestos al pueblo. Sin estos ministros, torpemente aduladores y colardamente dóciles, pocas veces había monarcas opresores.

La muerte de Marigny no libró á la Francia de la carga de los impuestos; parece que los que le sucedieron en el manejo de los fondos públicos fueron tan fecundos como él en punto á inventar gabelas. Los flamencos creyeron que el principio de un reinado era un momento favorable para eximirse de pagar las cantidades que se les obligaran á entregar en tiempo de Felipe el Hermoso. Luis se decidió á compeleros al pago por medio de las armas, pero el Erario estaba exhausto, y para llevarlo se apió á una fórmula decrepita: por decirlo así, á un medio de insinuación, en lugar del tono imperativo de los edictos pecuniaros usado hasta entonces. El rey convocó la nobleza y el pueblo, á cada uno en las capitales de las senescalías, y les hizo exhortar por medio de comisarios que envió para que le suministrasen subsidios extraordinarios con promesa de reintegrárselos con las rentas del patrimonio real. Concedió el derecho de vecindad á los mercaderes italianos, y obtuvo dinero de ellos por la libertad de comerciar. El clero, estenuado á pagar un diezmo, accedió á ello. Luis se apoderó de los fondos que se habían recaudado para pasar á la Tierra Santa, y se hallaban depositados en Lyon, bajo la condición de devolverlos, lo que ejecutó su sucesor. Los judíos no fueron olvidados en estos planes rentísticos. Luis los llamó y les hizo pagar harto caro su regreso. Envio á las provincias algunos comisarios para que examinasen la conducta de los jueces, y obtuvo de los prevaricadores multas proporcionadas á los delitos y á sus facultades. Vendió tambien algunos empleos de judicatura, y propuso cartas de emancipación á los siervos de la corona; pero como los que estaban encargados de tales negocios daban á este privilegio un valor escaseo, pocos siervos quisieron comprarlo. Esto solo fué al principio un ofrecimiento, pero cuando los traficantes vieron que la mercancía no alhaba obtuvieron el permiso de obligar á comprarla, y una parte del

moviliario de los siervos, única especie de propiedad que hasta entonces se les permitió poseer, fué el precio de su libertad. Así pues durante el reinado de Luis Hutin, tuvieron lugar tres innovaciones que en el sucesivo ejercieron una inmensa influencia en la constitución del reino: la asamblea de la nobleza y del pueblo por senescalías, origen de los Estados generales, la venta de los cargos públicos y la disminución de la esclavitud.

Las pesquias severas contra otros empleados, las multas y las confiscaciones formaron una suma que puso á Luis en estado de levantar un brillante ejército que condujo contra los flamencos, pero el cielo peleó á favor de estos. Las lluvias continuas del otoño y del invierno habían empapado la tierra y convertido á Flandes en una laguna cenagosa. Los franceses se adelantaron hasta Courtray y sitiaron esta ciudad, pero además de que el agua brotaba donde quiera que se emprendían trabajos, ni aun se podía hallar un terreno sólido para fijar las tiendas de campaña. Los hombres estaban sepultados en el fango hasta las rodillas, y los caballos se hundían en él hasta las caderas. Quanto mas se avanzaba, mas imposible se hacia el traer vivacimientos al campamento, y el ejército francés llegó á carecer de ellos absolutamente, así como en el fango carros, arneses y equipajes, y á volver á Francia con sus batallones derrotados, tristes restos de un ejército tan floreciente dos meses antes.

Luis sobrevivió poco á tamaño desastre, y murió en el mes de junio, por haberse sofocado excesivamente, según dicen algunos, jugando á la pelota en las horas mas calurosas del dia, y habiéndose luego retirado á una gruta, cuya grata frescura le produjo una fiebre que le condujo al sepulcro. Otros opinan que fué envenenado, sin que se sepa por qué ni por quién. Las crónicas contemporáneas dicen «que era energético, pero poco entendido en materias de gobierno»; es decir, que desaba el bien pero que no lo hacia. No obstante debe observarse que habiendo muerto á los veinte y tres ó veinte y cuatro años, hizo en diez y ocho meses reglamentos que aseguraban la libertad de las iglesias, las prerogativas de la nobleza y la felicidad de los pueblos; asimismo dió estabilidad al valor de las monedas por medio de sabias providencias que fijaban el título y cuño de las especies señoriales, bajo la pena de que los que se separasen de ellos perdiesen su derecho de acuñación: Existe todavía un edicto suyo muy notable, en el que se prohibía, bajo cualquier pretexto que fuese, turbar á los labradores en sus trabajos, apoderarse de sus bienes, de sus personas, de sus aperos, de los bueyes y de todo lo que sirve á la agricultura. Mediante esta ley y la de las emancipaciones, por el principio de la venta de los destinos públicos, y por el embrion, digámoslo así, de los Estados generales, su reinado así como el de su padre, hace época en la historia de Francia.

Hásele llamado Hutin, como si dijéramos turbulento, batallador. A semejanza de su padre y hermanos, era gallardo y apuesto, alegre hasta rayar en bullicioso, afable y afectuoso. Dotado de estas cualidades, ¿cómo no halló preferencia en el corazón de Margarita? Sin duda pasó días mas felices con Clemencia, á quien dejó embarazada de tres meses.

#### INTERREGNO.

Felipe, conde de Poitiers, hermano del difunto monarca, se hizo cargo de la regencia esperando el nacimiento del hijo póstumo de Clemencia. Su primer acto fué convocar en el Louvre los grandes señores y los pares. Tambien se dió á esta reunion el nombre de parlamento. Decidiese en ella que si Clemencia paria un príncipe, Felipe desempeñaría la regencia y la tutela por espacio de diez y ocho años, y que seria rey si nacía una princesa. La asamblea concedió al regente los derechos de regalía en toda su plenitud, y Felipe usó de ellos como soberano.

Durante su regencia se presentó un asunto importante en si mismo y mas aun por sus consecuencias, puesto que fué una de las causas principales de la guerra que estalló entre la Francia y la Inglaterra, y duró ciento veinte años.

El condado de Artois habia pasado á la casa de Francia por el matrimonio de Isabel de Hainaut con Felipe Augusto. San Luis lo habia dado en heredad á su hermano Roberto, muerto en la batalla de Moursour, en Egipto. Su hijo Roberto II tuvo dos, Felipe y Mahaud, esposa de Othon, conde de Borgoña; Felipe falleció cuatro años antes que Roberto II su padre, y dejó un hijo llamado Roberto III en edad muy tierna. Cuando Roberto II murió, su hija Mahaud se apoderó del condado de Artois, como directa y única heredera, y en virtud de la costumbre de Artois, en donde la representación no tenia lugar, y en donde por consiguiente el nieto no podia representar á su padre, que habia muerto antes de la declaración de la sucesión. No obstante el sobrino de Mahaud lo reivindicó de esta. El proceso se instruyó ante el tribunal de los pares de Francia, los que decidieron con arreglo á la costumbre, que el condado pertenecía á la tia. Esto ocurrió en tiempo de Luis Hutin. Durante la regencia, el sobrino renovó sus



pretensiones y empezó las hostilidades que causaron grandes disturbios en el país, cuyas opiniones se repartían entre la tía y el sobrino. El regente apeló á las armas y obligó al joven Roberto á ceder y á constituirse prisionero mientras se instruía de nuevo el proceso ante el Parlamento. Después de un examen de dos años, este tribunal pronunció un fallo conforme al de los pares y frustró las esperanzas del joven príncipe. No obstante, para indemnizarle, se obligó á Maland á que señalase pensiones sobre el condado, tanto para el como para su madre y una hermana que tenía, y para consolarle se le dió por esposa á la princesa Juana, hija mayor del conde de Valois, el enemigo de Marginy, y se erigió en parira el condado de Beaumont-le-Roeller, que Luis Hutin le había dado como reparación, cuando había perdido su pleito en primera instancia. La segunda fué ratificada por la firma ó sello no solo de las partes interesadas, sino también de todos los príncipes, parientes y amigos con el regente á su cabeza, y el negocio se consideró como definitivamente orillado, pero en rigor solo era aplazado.

#### JUAN I, LLAMADO EL POSTUMO.

La reina dió á luz un niño llamado Juan, que solo vivió ocho días. «Sin motivo alguno, dice el P. Daniel, algunos autores no le colocan en el número de los reyes de Francia. Adquirió este título al nacer, y le lleva en algunos documentos del tesoro de las cartas. El conde de Poitiers, regente, le mandó hacer exequias reales, y tomó el cetro.

#### FELIPE V, LLAMADO EL LARGO.

*De edad de 25 años.*

Felipe el Largo, llamado así por su estatura alta y delgada, solo tenía veinte y tres años cuando subió al trono. Era uno de los tres hermanos que había recibido de nuevo á su esposa, confundida con sus cuñadas en una acusación de adulterio, y vivió en buena armonía con ella.

Es difícil dar interés á un reinado sin guerras y sin intrigas; no obstante, el de Felipe el Largo, aunque desnudo de estos apoyos de la historia, puede atraer la atención del lector.

Después de mas de ocho siglos que existía la monarquía, la corona, con tres escepciones en 357, en 509 y 870) que no habían sido bastante marcadas, había pasado siempre de varón en varón, y no se había presentado una ocasión de desistir solemnemente si podía adornar las sienes de las mujeres. La opinion contraria á la pretension que estas hubieran podido tener, prevaleció en los ánimos, y se fundaba en una antigua ley llamada la *ley salica*, cuya feclia y razon filosofica se ignoran. Puele suponerse que los capitanes conquistadores, que en el reinado de Clodoveo se formaron grandes señorios, establecieron como costumbre que estos serian poseidos esclusivamente por el sexo guerrero, capaz de defender su integridad; y por lo mismo, el cetro, tipo del principal señorio, no debía ser empuñado sino por una mano robusta y propia para manejar las armas.

Este punto de derecho acababa de decidirse como hemos dicho, en una asamblea celebrada en el momento de la muerte de Luis Hutin. Parecia que la ejecucion no debía experimentar dificultad alguna; pero algunos señores de los mas ilustres, el mismo hermano de Felipe, Carlos conde de la Marca, y otros príncipes de sangre, trataron al parecer de oponerse á la decision. Prohibieron á los obispos convocados en Reims para la consagracion, que precediese á ella, y protestaron contra todo lo que en el particular se hiciese. No obstante, su consagracion se verificó, pero con precauciones que indicaban que se temia un golpe de mano y alguna sorpresa por parte de la faccion de los descontentos. Felipe hizo rodar la ciudad de tropas, y las puertas de la iglesia se cerraron durante la ceremonia. Todo se realizó con orden y tranquilidad, y los pares ausentes fueron suplidos por los señores que al efecto se nombraron. Todos, segun la antigua usanza, sostuvieron la corona sobre la cabeza del monarca y sobre la de Juana de Borgoña, su esposa, que fué consagrada con él.

A su regreso de Reims á Paris, Felipe convocó en esta capital una asamblea de prelados, de nobles y de vecinos de ella. Además de hacerse reconocer rey y prestar juramento de fidelidad, formuló una ley que esclmá á las princesas del trono, y se decretó que en el reino de Francia, las hembras no heredaran el cetro. En esta asamblea en que se encontraron convocados legalmente y en un mismo lugar el clero, la nobleza y la clase media, debemos reconocer los primeros estados generales.

Los mas temibles de los descontentos y el jefe de su faccion era Odon IV, duque de Borgoña, hermano de Margarita, la esposa infiel de Luis Hutin, y madre de la princesa Juana que se hallaba tolvia casi en la cuna. No obstante la mala conducta de su esposa, Luis había reconocido á su hija como legitima. A esta, por consiguiente,

pertenecha, si no la corona de Francia, porque las hembras no podian llevarla, al menos la de Navarra y el condado de Champana, que su padre habia heredado de Juana, esposa de Felipe el Hermoso, y abuela de la tierna Juana. Odon su tio, reclamaba el reino de Navarra para su sobrina, y no tenia otra intencion, segun decia, que la de hacer arrojarse este punto, cuando se opuso á la consagracion de Felipe. Pero se trasladó su verdadero móvil cuando vió la luz pública un tratado entre el rey y el borgoñon, en el cual este, como tutor de Juana, cedia á Felipe los mas preciosos derechos de su pupila, á saber: el reino de Navarra, con los condados de Champana y de Brice, «que debian no obstante volver á la princesa, si el rey moria sin posteridad masculina.» En indemnizacion de sus estados, Odon aceptó en nombre de su sobrina unas rentas que debia tomar de los condes de Angulema y de Mortain, y una suma considerable para comprar tierras. Aunque la princesa solo tenia seis años, se estipuló su enlace con Felipe hijo de Luis, conde de Erreux, hijo á su vez de Felipe el Arrendido, príncipe poco rico, á quien se hizo prometer que antes de la consumacion de su matrimonio no exigiria cosa alguna para su esposa, sino unicamente lo que en aquel tratado se mencionaba; y mientras llegaba la edad oportuna, fué confiada á Inés, y abuela de San Luis, viuda de Roberto II, duque de Borgoña, y hija materna de la tierna princesa. Desde aquel momento, el monarca agregó al título de rey de Francia el de rey de Navarra.

Por lo que respecta al género de carño que Odon profesaba á su sobrina, y á la decision que casi le habia hecho tomar las armas en su favor, ya otra pudieran ser justamente apreciados cuando se vio recibir la mano de Felipe el hijo de Luis, con el dote el condado de Borgoña, cuyo ducado poseia ya. Estas dos partes reunidas formaron aquel poderoso estado que hizo á sus sucesores formidables á la Francia. En cuanto á Carlos, conde de la Marca, la idea que habia abrigado de hacerse aumentar su hereditamiento, le habia afluido en el partido de los descontentos, y desistió de ella cuando la muerte del tierno hijo de Felipe le dió la esperanza de cenirse la corona de Francia, si acaso que la debil salud de su hermano le hacia mirar como próximo. El rey se atrajo á los demas descontentos concediéndoles tierras y dignidades que aplacaron su codicia ó su ambicion.

No obstante Roberto, á quien no debemos perder de vista, titulándose siempre conde de Artois, á pesar del decreto que le destituyó, continuaba sus tentativas contra la posesion de su tia Maland. Sus esfuerzos prometian tanto peor resultado, cuanto que se precisó dirigirlas contra el mismo rey de Francia, porque este habia casado con la hija de Maland, y era natural que apoyase á su suegra, puesto que sus hijas, nacidas de Juana de Borgoña, debian heredarla. Además los naturales de Artois se hallaban poco dispuestos en favor del pretendiente. Los diputados que envió á los habitantes de Saint-Omer para inducirlos á que le abriesen sus puertas, solo recibieron esta respuesta: «¿Lo manda el rey?—¡Lo ignoramos! respondieron los diputados.—En ese caso, replicaron los vecinos, no seremos cómplices del conde de Artois; pero si el rey lo mandase, le admitiriamos como á otro cualquiera.» Después de esta declaracion, Roberto desistió de sus tentativas.

Felipe obtuvo también de los flamencos lo que deseaba en una conferencia que tuvo con su duque. Este decia que no emprendia la guerra sino para eximir á sus vasallos de las contribuciones atrasadas que el rey exigia; y pero ellos prefirieron pagar una deuda á que se hubian comprometido en su último tratado con Felipe el Hermoso, y obligaron á su duque á respetar la paz, que fué firmada en 1520, y puso término á las hostilidades que duraban hacia veinte años próximamente. Parece que la complacencia, un poco forzada, que habia unido Felipe el Largo de reunir los estados, y admitir en cierto modo en el gobierno al pueblo, que hasta entonces nada absolutamente habia significado, le concilió la confianza de sus vecinos los indeciles flamencos.

Su reinado hubiera transcurrido en las dulzuras de una completa tranquilidad, si no hubiese sido turbado por las devastaciones que causaron fanaticos ignorantes, tan crueles como disolutos. Los franceses no estaban curados todavía de la mania de las cruzadas; los confesores les imponian como una obligacion á sus penitentes, y los jueces á los criminales: los príncipes, los magnates, los abades y hasta las abadesas se las imponian, ora por un exceso de devocion, ora como descargo de sus pecados. Luis Hutin habia ofrecido el *Santo viaje*, y sorprendido por la muerte legó una gruesa cantidad para que se invirtiese en él. Felipe el Largo tomó la cruz, así como tambien su esposa Juana, y muchos señores que reunió con este objeto. Solo desistió del proyecto de marchar en vista de las reflexiones de papa Juan XXII, que le hizo conocer el peligro de abandonar su reino en un tiempo en que los manojos y la intriga hacian tan necesaria en él su presencia. Pero el rey puso al menos en reserva una suma destinada á la deseada expedicion para cuando las circunstancias lo permitiesen. Con tales ejemplos, podia el pueblo menos de creer este acto muy

provechoso á su salvacion? ¿Podia dejar de pretender aplicarse su mérito?

Los campesinos especialmente se ocupaban mucho de esta materia, se selucian entre sí, y con la mayor candidez se ercian llamados á librar la Tierra Santa. Faseñados con esta idea, abandonaron sus tierras, formaron numerosas bandas, y se llamaron *pastorcillos*, como los que habian asolado la Francia en tiempo de San Luis, Iban, según decian, á Jerusalem. Al principio marchaban armados y mendigaban, pero como la caridad cristiana no les suministraba lo que ellos sin duda ercian necesario, pronto



Felipe de Valois despues de la batalla de Crecy.

se decidieron á robar y saquear cuanto á su paso hallaban. Dignos émulos de sus antecesores, tenían tambien á su cabeza un proserip-to del clero y un fraile apóstata.

Su furor se dirigia con especialidad contra los judios, á quienes no dejaban otra eleccion que el bautismo ó la muerte. Estos desventurados luitan á bandadas al aproximarse los *pastorcillos*; según se refiere, eua treceientos ó quinientos se habian refugiado á una torre, pero aquellos fanáticos les atacaron, los judios se defendieron á pedradas, á palos y con cuanto hallaban á mano, hasta que faltos de todo medio de defensa, arrojaron en su cólera sus propios hijos á la cabeza de sus bárbaros sitiadores. Por último, para no caer vivos en las garras de estos feroces, que por lo regular hacian preceder los tormentos á la muerte, los infelices sitiados eligieron al mas jóven y vigoroso de ellos y le dieron el horroroso encargo de que degollase á todos. Cuando este hombre se halló solo vivo con algunos niños que habia conservado, se presentó á los sitiadores, á quienes horrorizó tanto su accion que le despedazaron pero perdonaron á los niños.

No siempre se mostraban tan compasivos, pues por lo regular no respetaban ni á la edad ni al sexo, y tan lejos llevaron sus excesos contra los judios, que el gobierno se vio precisado á tomarles bajo su proteccion, prohibiendo bajo pena de muerte que se les causase la menor estorcion. Muchos hombres animados de un falso celo se escandalizaron con esta prohibicion, ¿No es odioso, decian, maltratar á los cristianos por salvar á unos infelices? Pero tales cris-

tianos eran unos fanáticos y harto temibles por su ciego furor y su número. Los *pastorcillos* marcharon sobre Paris, tomaron á viva fuerza el Pequeño-Chatelet, que les cerraba sus puertas, atravesaron la ciudad sin desórden, y fueron á formar en batalla como para desafiar las tropas que se aprestaban contra ellos. Parece no obstante que imitando la conducta de Blanca respecto de los *pastorcillos* de su tiempo, Felipe el Largo dejó que estos se dispuseras por sí mismos, á la manera de un torrente que se pierde sin causar estragos cuando no se le oponen obstáculos. Una turba que se aproximó á Arifon, herida con los rayos de la Iglesia, á los que se reunieron las armas temporales, se desvaneci6 como el humo, según dicen los historiadores.

Estos movimientos de los *pastorcillos* despertaron serios recelos entre los mahometanos. El rey de Granada, teniendo que este celo entusiasta penetrase en España, proyect6, según se dice, para disminuir el número de los enemigos que pudieran caer sobre él, duplicar la Francia evenenando las aguas. Esta comision fué confiada á los judios, quienes debian acoger con gran satisfaccion tal medio de dañar á los cristianos que tan duramente los maltrataban. El rey moro les envió venenos, que arrojados en los pozos, las fuentes y aun en las aguas corrientes, debian inficionarlas; pero como los judios sabian que se les acechaba celeramente, no se atrevieron á desempeñar por sí mismos tan arriesgado encargo y lo confiaron á los leprosos, cuyo número era considerable en Francia despues de las cruzadas. Merece al temor del contagio que la comunicacion con ellos podia causar, los leprosos estaban confinados en un espacio de alberges ó cuarteles, distantes de sus parientes y amigos. Persuadidos que la accion de aquellos venenos en las aguas haria peores como ellos á todos los que las bebiesen, y que se aumentaria tanto su número que seria preciso restituirlos la sociedad. Estos venenos eran cabezas de elefantes, patas de sapos, cabellos de mujeres, sangre humana, orines mezclados con un liquido negro y pestilente.

Precisamente en el tiempo que se esparsieron estas odiosas imputaciones, se desarrolló en el Mediodia de la Francia una epidemia que causaba terribles estragos. Tal vez esta misma enfermedad, cuya causa ignoraban los médicos, fué la que motivó la acusacion. Pero como el pueblo es mucho mas susceptible de un error súbito que de reflexion, se arrojó sobre los judios con un encarnizamiento satánico, y en poco tiempo dió muerte á gran número de ellos. El gobierno salió de nuevo al socorro de estos desgraciados, les tomó bajo su salvaguardia y prohibió, imponiendo la última pena, que se les hiciese daño alguno. Emperó es de advertir que los mas protegidos fueron los mas ricos, y los historiadores de aquel tiempo indican canclorosamente el motivo de esta preferencia, diciendo que se deseaba saber la naturaleza y la cantidad de sus bienes. Los inquisidores reportaron de sus pesquisas cinco eincuenta mil libras, suma entonces muy considerable.

Otra mania, pero que solo era perjudicial á los que la padecian, atormentó no poco á los enamorados de aquel siglo. Formóse una sociedad de hombres y mujeres con la denominacion de galleses y gallesas, cuyo objeto era probarse el esceso de su amor, por medio de una obstinacion invencible en arrostrar el rigor de las estaciones. Galanes y damas debian vestirse muy ligeramente durante los frios mas escesivos, y cargarse de ropa en los mas insufribles calores. En esta estacion eneniudan grandes hogueras en sus aposentos y se aproximaban á ellas hasta quemarse, y en el invierno andian témpanos de hielo á los frios mas penetrantes. Esta vida y estos amorios duraron largo tiempo, hasta que la mayor parte de los amantes murieron de frio. Si pudiese pronunarse algun juicio definitivo sobre el origen de tal locura, podria creerse que esta se fundaba en la de aquellos devotos exagerados que juzgan no es posible alcanzar el cielo sino á fuerza de las mas penosas y crueles mortificaciones; del mismo modo los amantes apasionados creyeron sin duda que no lograrian los favores del amor, que era un paraíso, sino por medio de aquellos tormentos.

Perpetúese en aquel tiempo un crimen horroroso. El preboste de Paris, Enrique Chapel6 ó Chappeler, hizo ahorcar á un inocente pobre á quien tenia preso, en lugar de un rico culpable á quien libr6 de la horca por medio del oro. El juez inicu, condenado á la misma pena, expió su crimen en el mismo patibulo, y sus bienes fueron cedidos á la familia del desgraciado. La horrorosa prevaricacion del primer magistrado redobló el celo del principe por el bien público, y le hizo espidir muchas sabias ordenanzas, útiles para dar á conocer las costumbres de aquella época y la escrupulosa atencion de Felipe en todo lo relativo á la justicia. La conviccion íntima de la santidad de este deber brilla en el prómbulo de una de sus ordenanzas, concebida en los términos siguientes: «Dios que tiene en su mano los destinos de todos los reyes, los ha establecido en la tierra, para que morigerados en primer lugar respecto de sí mismos, gobiernen despues en justicia, y morigeren á su reino y á sus vasallos.» Felipe eleeoa aquí el ejemplo antes que la ley. «Quiere que la ordenanza sea guardada por nos, dice, y por las personas que

nos rodean. Declaramos, prosigue, que todos los días, antes de empezar á ocuparse de los negocios terrenos, queremos oír misa, y prohibimos á todos que nos presenten demandas mientras dure el santo sacrificio, y que nos dirijan la palabra.

Y para prevenir toda sorpresa, el prudente monarca prohíbe *aprobar ó aconsejar* medida alguna contraria á los antiguos reglamentos. El canciller es declarado prevaricador, si se atrevió á sellar aquello

Longchamp. Juana sobrevivió ocho años á su esposo, estimada y respetada.

Nombró por albacea al papa Juan XXII, en quien tenía mucha confianza. Este pontífice era gran político, duro, severo, absoluto, y no obstante digno de elogio por haber dado el ejemplo de la retractación en una explicación que tuvo con la universidad de París, relativamente á la *visión beatífica*, es decir, relativa á la manera con que los bienaventurados ven á Dios en la gloria.

Juan XXII erigió á Tolosa en arzobispado en 1317; pero cercenó una parte del territorio ó de las rentas de esta iglesia, para fundar cuatro nuevos obispados que estableció en Montauban, San Papoul, Rieux y Lombés. Dividió alemanas otras muchas diócesis. En la de Narbona erigió dos obispados, Aléth y San Pons; Castres en el de Alby; y en la provincia de Burdeos á Condom, Sarlat, San Flour, Luçon y Maillezais, llamado después La Rochela. Se tomaron rentas de las abadías de la orden de San Benito, para dotar la mayor parte de estos establecimientos.

Velly forma de Luis el Largo este juicio, que parece conforme á la verdad: «Fué un príncipe de gran mérito, devoto sin preocupacion, observador religioso de su palabra, vigilante, hábil, prudente, osado, de costumbres suaves, sin aspereza, sin caprichos, de un talento cultivado, perspicaz y sólido.» Estimó á los sabios, los atrajo á su palacio, y les concedió á su lado distinciones honrosas y lucrativas.

CARLOS IV, LLAMADO EL HERMOSO.

De edad de 23 años.

Cárlos, llamado el *Hermoso*, conde de la Marca, habia sido como se ha visto, partidario de la faccion que al parecer intentaba es-



Prision de Cárlos de Navarra por el rey Juan.

en que se encuentre esta cláusula: *no obstante las antiguas ordenanzas*. Felipe fué el primero que confectionó leyes acerca de las rentas perpétuas y vitalicias; proscribió las mercedes dispendiosas que en los reinados anteriores habian reducido tanto el dominio de la corona; declaró enemigo del Estado á cualquiera que solicitase uno de estos donativos por *herencia*, y revocó muchos de estos donativos. De estas leyes se formó el código que declaró inalienable el dominio de los reyes de Francia. Este príncipe hizo en su casa grandes reformas, todas dirigidas á producir la economía sin disminuir el esplendor del trono. Intentó establecer la igualdad de los pesos y medidas en todo el reino; pero la multitud y el poder de los señores eran demasiado grandes para que lo consiguiese. Escogió un medio oportuno para limitar esta autoridad, sobre todo en las ciudades dependientes de la jurisdiccion eclesiástica, estableciendo en ellas un capitán de armas, cuya eleccion dejó á los habitantes: podia él tener armaduras, y gente de á pie y de á caballo para rechazar la violencia. Concebóse que las ciudades dotadas de este privilegio, encontraron constantemente en él un escudo contra los vejámenes que les causaban sus señores. Esta eleccion no podia verificarse sin haber asambleas, y estas asambleas dieron bríos al pueblo, como hemos dicho, para tratar en comun de sus intereses.

Felipe V murió á la edad de treinta años, despues de seis meses de enfermedad.

No dejó de decirse, como de costumbre, que habia sido envenenado, pero no existe ni probabilidad ni aun prueba indirecta de este crimen. Cuatro hijas y un hijo que murió en la cuna, son una prueba de la buena inteligencia que reinó entre él y Juana de Borgona su esposa, cuando esta recobró su cariño. Tres de estas princesas fueron casadas; la última tomó el velo en la abadía de



El rey Juan y su lijo en la batalla de Poitiers.

chuir del trono á Felipe el Largo, despues de la muerte de su hermano Luis Hutin, para sentar en él á Juana de Navarra, hija de este. Debíó sin duda alegrarse de que los planes de la intriga fracasasen, puesto que despues de la muerte de Felipe el Largo su hermano, subió sin obstáculo alguno al trono, y fué coronado en Reims con gran pompa y general asentimiento. Conservó el título de

rey de Navarra, como tutor de su sobrina, según dicen algunos historiadores; pero como no lo transmitió a la princesa, hay dudas acerca de su pretensión.

Su reinado de seis años, no presenta mas acontecimientos que el anterior, que duró el mismo tiempo. Cuando Carlos empuñó el cetro, Blanca de Borgoña, su esposa, estaba encerrada en aquel castillo Gaillard en donde Luis Hutin había hecho dar á Margarita tan trágica muerte. Blanca podía tener un fin igualmente funesto en los momentos que se presentaban; pero se escogió al efecto un medio menos cruel que el practicado por Luis. Á fuerza de pesquisas y sutilezas se hallaron nulidades en el matrimonio. Descubriéronse pueras, parentesco, alianza y afinidades, para cuya dispensa no se habían pedido en tiempo oportuno las licencias necesarias. Estos impedimentos no estaban científicamente probados, pero se los tuvo por legales. No existiendo matrimonio, no podía existir adulterio. Blanca salió de su encierro y tomó el velo en la abadía de Maubuisson, donde vivió entregada á la piedad. Carlos casó con Maria de Luxemburgo, hija del emperador Enrique VII, la que en el primer año de su matrimonio murió á consecuencia de un aborto en Montargis donde fué enterrada. El rey volvió á casarse con Juana, hija de Luis, conde de Evreux, hijo de Felipe el Afortunado.

Uno de los primeros cuidados del nuevo rey fué llenar sus arcas que continuaban exhaustas, y para ello adoptó los mismos medios que sus dos antecesores; es decir, mandó se procediese al rigoroso exámen de la conducta de los jueces laicos y provinciales, y se impusiesen multas á los prevaricadores, no en beneficio de los perjudicados sino en provecho del fisco; mandó asimismo se practicasen pesquisas rigurosas contra los empleados y exactores, los que en su mayor parte eran italianos y lombardos. Sus bienes fueron confiscados, y casi todos ellos enviados á su país tan pobres como habían salido de él. La recaudación de las rentas de la corona había sido confiada en tiempo de Felipe el Largo á Gerardo Laguelle, hombre de bajo nacimiento, y por consiguiente sin apoyo. No se dice qué clase de procedimiento se empleó contra él, y solo se ve claramente que se hacia la guerra á sus riquezas. Sus oficinas fueron destruidas, sus dependientes dispersados, y se le dió tormento para que declarase donde había ocultado los tesoros. Gerardo insistió en su negativa de que tuviese reservas, y murió en los tormentos. Su cuerpo como el de Marigny fué atado á la horca de Montfaucon, que tambien había hecho reparar. Estas violencias contra los encargados del manejo de los caudales públicos, sin que de ellas resultase ventaja alguna al Estado, revelan mas codicia en la administración que celo en favor de la justicia.

Carlos el Hermoso dió en otro género un ejemplo de severidad muy escaso en aquel tiempo, y que debió ser elástico excepto por los grandes señores á quienes humillaba el castigo de uno de sus iguales. Un noble de Gascuña, llamado Jordan de Ysle, se entregaba á las mas horrosas maldades en todo aquel distrito. Su castillo era el asilo de todos los vagabundos, ladrones y criminales que lograban eludir el rigor de la justicia, los cuales capitales que lograban los campos, imponían rescates á los transeúntes, asesinaban, incendaban y sembraban por do quiera la desolación y la muerte. El rey había advertido y amenazado ya al gascón; pero este, envalentonado con sus fuerzas y con la protección que le dispensaba el papa Juan XXII, de quien era pariente por su mujer, continuó ejerciendo sus violencias. El monarca le envió un alguacil para intimidarle que compareciese ante el parlamento; pero Jordan tuvo la osadía de maltratar al portador de la orden del rey, y aun de darle muerte, según dicen algunos. Sin embargo se presentó, conociendo que no podía mantenerse en su desobediencia, ó confiando en el crédito de los principales señores del país, sus parientes ó aliados que llevó consigo. Pero Carlos no se dejó commover ni ablandar; y ordenó se instruyese al culpable en un proceso en toda regla; é inexorablemente se le sentenció que le condenaba á horca, mandó se ejecutase con un pequeño asombro de todos aquellos tiranuelos, á quienes sorprendió menos la muerte violenta de un señor castellano, su compañero de armas, que la ignominia de su suplicio. Este acto de justicia ha valido á Carlos el Hermoso el título de *severo justiciero, guardador del derecho de cada uno*.

Los únicos movimientos hostiles de este reinado fueron dirigidos contra la Guena, con motivo de las usurpaciones de los gobernadores ingleses en el territorio francés. La Guena era hacia ya ciento setenta años una manzana de discordia arrojada entre la Francia y la Inglaterra, desde que Leonor, al divorciarse de Luis el Joven, la había aportado á Enrique II su nuevo esposo. El homenaje que se exigía á un vasallo tan poderoso como el mismo soberano, era una causa pereune de disensión, que se mezclaba á todas las demás. Este homenaje fué exigido por Carlos el Hermoso al subir al trono de Francia, á Eduardo II que ocupaba el de Inglaterra, y era esposa de Isabel, hermana del monarca francés.

Eduardo II y su esposa aparecen igualmente difamados en la

historia; así por haber dispensado á sus favoritos un afecto reprobado, y aquel por haber apelado contra su esposa á las mas crueles represalias. Hizo mas; le destronó y llevó su furor hasta hacerle perecer con una muerte bárbara.

El desgraciado Eduardo se hallaba envuelto en los apuros de la guerra civil, cuando su cunado le exigió fuese á rendir homenaje de la Guena y del Ponthieu. Era peligroso para aquel principe el abandonar su reino; no obstante, Carlos apremiaba y exigía el homenaje personal como el mas solemne; el rey de Inglaterra tomó entonces el partido de abandonar sus estados de Francia á su hijo mayor, de edad de trece años, que despues fué célebre bajo el nombre de Eduardo III. Este principe fué á Francia con su madre, que hizo entablar un tratado á ambos reyes; presentó su homenaje y tomó posesion de la Guena y del Ponthieu. Cuando subió al trono de Inglaterra, despues de la muerte cruel de su padre, asedió la Francia por sus costas, y era dueño de gran estension de estas que le abrian una fácil entrada en el reino.

Háse vituperado á Carlos el Hermoso el no haber aprovechado las discordias civiles de Inglaterra para reunir estas provincias inglesas á su corona, con lo que hubiera evitado las guerras funestas de que la Francia fué teatro por espacio de mas de un siglo. Esta política hubiera sido ventajosa; pero hubiese sido justa? Parece que Carlos el Hermoso, representado por el presidente Henault como un principe débil, era un monarca virtuoso, lleno de buena fé, amante de la equidad, castigador del vicio sin acepción de personas y rigido observador de todos los deberes; por esta razon no quiso prestar socorro alguno á su hermana contra su marido aunque le hubiese sido útil producir y mantener estas discordias domésticas. Hallándose todavía en la edad de los placeres, puesto que murió á los treinta y cuatro años, despreciaba la ostentacion y era poco gastador, por lo cual decian sus cortesanos que era mas filósofo que rey.

Hasta este siglo solo se supo en Francia lo que se ensuñaba en las universidades: una teología escolástica erizada de sutilezas, y una dialéctica embrollada y pedantesca; no porque algunas personas no se aplicasen en particular al estudio de ciencias menos tenebrosas, sino porque faltaban cuerpos literarios que se ocupasen de conocimientos agradables. Siete filosofos, habiéndose de esta grave monotonia, se reunieron algunas veces para dar expansion á su jovialidad. Sus sesiones se celebraban en un jardín, á las puertas de Tolosa, á la sombra de frondosos follages. Ocurriéronles la idea de invitar á sus compatriotas, vecinos y distantes, por medio de una circular escrita en versos provenzales y firmada: *La alegre sociedad de los siete travadores*, y prometían una violeta de oro al poeta cuya composicion fuese juzgada mejor en la sesion que indicaban. La primera se celebró el 5 de mayo de 1524. Arnoldo Vidal, natural de Castelnaudary, alcanzó el premio y recibió el título de *doctor en la gaja ciencia*.

A medida que esta sociedad se aumentó se formaron estatutos que se llamaron *leyes de amor*, y la sociedad recibió el nombre de *juego de amor*, y estableció grados para los que desearan ingresar en ella, lo mismo que en las universidades. El que obtenía un premio era declarado *bachelier*, pero despues de un exámen, siendo indispensable sufrir otro para ser *doctor y maestro en el bello saber*. Era preciso tambien comprometerse á asistir á la asamblea donde se adjudicaba la *principal alegría*. Desde los jardines destruidos por la guerra, el *juego de amor* pasó á las Casas Consistoriales de Tolosa y tomó el nombre de *Colegio de la alegría*. Los premios se multiplicaron; á la violeta de oro se agregó la rosa, la zarza rosa y otras flores. Glorificaba Isaura, hija de Tolosana, se hizo célebre señalando en su testamento algunas sumas para sufragar los gastos de los premios y de las sesiones. Solo se admitían al certamen composiciones latinas, odas, elegias, himnos y poesías de este género, cuyo asunto debían ser las alabanzas á Dios, á la Virgen y á los santos; singulares materias para unos doctores en la *gaja ciencia*! De este modo, la caballería entre nuestros buenos antepasados prescribía el *amor de Dios y de las damas*. Muchos establecimientos de este género se formaron en otras poblaciones principales, y han subsistido hasta nuestros dias. Los *juegos florales* de Tolosa deben ser considerados como el origen de las sociedades literarias, que á ejemplo de las universidades, pero distintas de estas, han cultivado las ciencias, y han sido denominadas mas adelante *Academias*. Asi, tomando por época los *juegos florales*, nuestras reuniones académicas se hallan separadas por quinientos años de las de Carlomagno.

Felipe el Hermoso había tenido tres hijos, los hombres mas gallardos de su corte, y que prometían una numerosa sucesion; pero los tres desaparecieron en menos de quince años. Carlos el Hermoso, el último de ellos, dejó en cinta á Juana de Ervaux, su tercera esposa. Atacado de una enfermedad que le condujo al sepulcro á la edad de treinta y cuatro años, llamó á su lecho de muerte á los señores que se hallaban en la corte, y les dijo: «Si la reina pare un hijo, no dudó le reconocerais por vuestro rey; y si da á luz una

hija, á los grandes de Francia inclumbe el adjudicar la corona á quien pertenecía. Entretanto, declaró regente del reino á Felipe de Valois.

Mientras la raza directa se extinguía, la rama de los Borbones empezaba á asomar en el horizonte de la Francia, porque en tiempo de Carlos el Hermoso y en 1527 la baronía de Borbon fue erigida en ducado para en favor de Luis I, hijo mayor de Roberto, conde de Clermont en Beauvoisis, sexto hijo de San Luis. Para apreciar este honor es preciso observar que no había entonces mas duques que los de Borgoña, Guéna y Bretaña; que esto no lo era sino desde treinta años atras, y que no había otros pares leales de nueva creación que los mismos duques de Bretaña y los condes de Artois y de Evreux. En las cartas de creación se leen los términos siguientes, que segun el presidente Henault parece presagian la fortuna de la línea de Roberto: «Espero que los descendientes del nuevo duque contribuirán con su valor á sostener la dignidad de la corona.»

## RAMA DE LOS VALOIS.

PELIFE VI, LLAMADO DE VALOIS.

De edad de 54 años.

«La monarquía, dice Mezeray, ensanchada en el reinado de Carlosnagno, poseía las dos terceras partes de Europa. En tiempo de Lotario y de Luis el Indolente, solo tenía á Laon y algunos castillos. Desde Felipe Augusto hasta este reinado se había elevado poderosamente, pero pronto empezó á decaer. Las batallas de Crécy y de Poitiers, las peligrosas intrigas del navarro, el desarrago de Carlos VI y las discordias sangrientas de las casas de Borgoña y de Orleans, la llevaron á su mayor abatimiento, é hicieron que lá Inglaterra gozase de dias felices por espacio de algun tiempo.»

«He aquí lo que tenemos que describir durante cinco reinados, que formaron ciento treinta y tres años: traiciones, asesinatos, guerras encarnizadas, derrotas vergonzosas, un rey prisionero, otro demente, el reino presa de todo el furor de las facciones, una madrastra perversa que se contenta con perder el cetro y la corona con tal que los arranque á su hijo; la Iglesia tan agitada como el Estado, y en medio de esta espantosa confusión, acciones heroicas, prodigios de valor y de fidelidad, que parecen milagros; leyes sabias nacidas del seno del desorden, y en el gobierno una resolución favorable á los pueblos. Tal es el bosquejo de los acontecimientos que enlazan los reinados de Felipe de Valois, de Juan II, de Carlos V y de Carlos VI y Carlos VII, y que podrian formar un drama, cuyo argumento serían las pasiones de los príncipes.»

Durante el embarazo de la reina Juana, Felipe, hijo de Carlos de Valois, tio de los tres últimos reyes, y primo de estos príncipes, tomó la regencia, en cumplimiento de lo mandado por Carlos el Hermoso al morir Isabel, reina de Inglaterra, hermana de los tres últimos monarcas, se presentó para obtenerla, pues decía que su sexo no debía privarle de este honor, toda vez que la historia ofrecía muchos ejemplos en Francia de regencias confididas á princesas. Pero las postreras disposiciones de Carlos el Hermoso su hermano, prevalecieron, y Valois fué reconocido como regente en una asamblea de los principales señores del reino.

Gobernó mientras duró la preñez de su prima con la circunspección propia de un hombre que todavia no es absoluto dueño. Presentáronse muchos negocios importantes, y entre otros el litigio de Roberto, que reclamaba sin cesar el condado de Artois contra su tia Mahaud, condesa de Borgoña. En lugar de una resolución definitiva, Felipe negoció entre las partes contrarias una transacción que dejaba esperanzas al príncipe, cuya amistad y talentos le habían sido útiles é iban á serle necesarios. Este momento llegó cuando la reina Juana, cuyo alumbramiento esperaba el rey con impaciencia, dió á luz una hija.

Entonces aparecieron nuevas pretensiones, no de Isabel, sino de Eduardo III, su hijo, rey de Inglaterra, quien envió embajadores para reclamar la corona de Francia. Fueron estos oídos en París en una gran asamblea que tomó el nombre de *Estados generales*. Los enviados ingleses reconocían que en virtud de la ley sáfica, Isabel estaba esclusida del trono, pero sostenían que la esclusión de las mujeres consignada en esta ley, no se extendía á su posteridad masculina; que en rigor la madre de Eduardo no tenía personalmente derecho alguno á la corona, pero que daba á su hijo el derecho de proximidad que le hacia hábil para suceder en calidad de varón, y contrario sobrino de los tres últimos reyes, de los cuales Felipe de Valois solo era primo, y que por esta razon la corona le pertenecía como mas próximo heredero masculino. Su defensa fué larga y sabia

con relacion á aquel tiempo, y tan ingeniosa como puede juzgarse por esta frase que la termina. «Elegid un príncipe que os deba la dignidad que le confiais, y procurad elegirle generoso y liberal, -que recuerde que le habeis hecho y no reebido, y que divida con vosotros sin ingratitude ni orgullo el poder que le concedais.»

Estas lisonjas y promesas hicieron en efecto impresion en algunos espiritus; pero Roberto de Artois que se había distinguido ya en esta liza cuando Isabel pidió la regencia, rechazó con orgullo aquellas insinuaciones aduladoras. Era entonces hues francés. No necesitados recompensas, dió á los embajadores que prodigaban el oro y la plata, no se necesitan recompensas para cumplir con nuestro deber. Vuestros presentes y ofrecimientos solo sirven para hacernos conocer vuestros malos derechos. Los franceses no tienen el alma mercenaria, y si como se les aconseja se vendiesen á sí mismos, labrarían su propia esclavitud. Por esta causa, aunque solo esperamos de Felipe una sabia y recta administración, le reconocemos unánimes por rey de Francia, y verdadero y legítimo heredero del difunto rey Carlos, de feliz recordación; le prestamos juramento de fidelidad y obediencia; ofrecemos á su servicio nuestra sangre y nuestros bienes, y estamos prontos á acompañarle, cuando así le cumpla, á la iglesia de Reims, donde nuestros reyes son ungiados con el óleo sagrado, y á llevar allí nuestros votos y oraciones para que su reinado sea venturoso.»

Roberto ventilió tambien á fondo el punto de derecho. Observó que no representando Eduardo sino á una mujer, no podía derivar de ella un derecho que no tenía ni podia tener, y que la proximidad de parentesco que le hacia valer tanto, no podía dejar de tener sabor y olor de *zaza femenina*, y por consiguiente era incompatible con el trono. Esta peroración, enartró todos los votos, y Felipe fué reconocido por aclamación general. Pocos dias despues marchó á Reims, donde la consagración se celebró con la mayor suntuosidad, y las fiestas con este motivo duraron quince dias. El monarca recibió el nombre de *Afortunado*, porque, nacido del segundo hijo de Felipe el *Atrevido*, subió al trono por falta de posteridad masculina de los tres reyes descendientes del primogénito, Eduardo, invitado á ella la coronación, como duque y par de Guéna, no asistió á ella. Este príncipe, aunque jóven, sintió la negativa que acababa de experimentar, y conservó profundamente su recuerdo. Descubriase ya en él el germen de los talentos militares y políticos que tan funesto le hicieron á la Francia.

Felipe de Valois tenía treinta y cuatro años de edad, y un hijo llamado Juan, que tenía diez y ocho. Sus tres predecesores llevaban el título de reyes de Navarra: Luis IIutin de derecho, porque era hijo de Juana, mujer de Felipe el Hermoso, heredero de este reino antes de su matrimonio. Juana, hija de Luis IIutin, quedó en tierna edad bajo la custodia de sus dos tíos Felipe el Largo, y Carlos el Hermoso. Uno y otro llevaron igualmente el título de reyes de Navarra, como herederos masculinos de su madre, y autorizados por otra parte por los convenios que celebraron con el tutor de la jóven princesa con motivo de las indemnizaciones que le concedieron por los derechos que podía tener á la herencia de su padre. El nuevo monarca no tenía iguales títulos á esta herencia, por lo cual entregó el cetro á su jóven prima, y la remitió á Felipe conde de Evreux su esposo, y nieto como él de Felipe el *Atrevido*, á que se le hiciese reconocer por los estados de Bearne reunidos en Pau. Eduardo presentó protestas genealógicas, pero no dieron mejor resultado que las de Paris. El rey de Francia retuvo de la sucesion de los abuelos de Juana los condados de Champana y de Brie, como feudos masculinos, que a falta de herederos varones volvan de derecho á su corona. Sin embargo, dió á los dos esposos, ó como presente ó como indemnización, los condados de Angulema y de Mortain, una cantidad pagada una vez y censos sobre sus dominios.

Los flamencos volvieron á verse á principios de este reinado afligidos como de costumbre por discordias que llevaron contra ellos las armas de la Francia. No anaban á Luis, llamado de Nevers y de Crecy, su conde, y se declararon en gran número contra él en un litigio con sus tíos, que le disputaban sus estados y hasta le habían reducido á prision. El rey le hizo restituir la libertad, y apeló de la causa de su vasallo para ante el parlamento de Paris; este tribunal adjudicó el ducado al sobrino; quedaba pues en el contrato de los impuestos un germen de animosidad que estallo con motivo de los impuestos que concepcionaron excesivos y exigidos con solvada dureza; al fin se revolucionaron. El ducado imploró el apoyo del rey, pero los caballeros franceses, duques, condes, barones, los hombres de armas, todos en calidad de nobles se resistían á esta guerra, porque juzgaban inferior á ellos ir á combatir un puñado de artesanos, de oscuros mercaderes, de pescadores del populacho de las ciudades, y de los vagabundos de los campos. No veían en la victoria ni gloria ni ventajas materiales. Felipe por el contrario consideraba muy importante el castigo de la rebelion, pues tenía que sus propios vasallos alentados por el ejemplo contrajesen tambien la costumbre de insurreccionarse. En un gran conse-

jo presidido por él, hizo que se resolviese la guerra y dió á los preparativos un aparato extraordinario. Fué á tomar con toda pompa la oriflama á San Dionisio, y partió á fines de agosto, no obstante las reflexiones de sus mas entendidos generales, que conceptuaban la estacion demasiado adelantada para llevar la guerra á un país que por la frescura del último período del verano y las lluvias del otoño, iba á hacerse impracticable, especialmente á la caballería, que constituía entonces la fuerza de los ejércitos.

Lejos de inspirar el menor recelo á los flamencos la llegada de los franceses, se apoderó de ellos una especie de entusiasmo, y corrieron en inmensa multitud á alistarse bajo las banderas populares, que creían ser las de la libertad. Parece que la nobleza de Flandres tomó escasa parte en esta guerra, porque los impuestos no gravaban sobre ella. Su orgullo dejó que las tropas de simples ciudadanos se defendieran como pulviscos contra los franceses. El pueblo, poco dispuesto á la moderación, desafiaba con canciones y epigramas insultantes al brillante ejército de Felipe. Cuando este llegó á Cassel, vió tremolar en las torres un estandarte donde estaba pintado un gallo, y esta inscripción en caracteres enormes:

Quando cante este gallo  
Entrará en Cassel el gallo.

El ejército flamenco, compuesto en su totalidad de infantería, estaba atrincherao en una altura inmediata á la ciudad, y no obstante el primer entusiasmo popular, era muy inferior en número y fuerza á los franceses. Además de los muchos batallones sacados de los diferentes dstritos de la Picardía, la Normandía y la Champana, el monarca contaba bajo sus banderas diez y siete mil guerreros, y se cree que en su totalidad el ejército francés tenía dos terceras partes mas de hombres que el de los flamencos. A pesar de su notable desproporcion, renunciando estos á las ventajas de sus posiciones, pidieron la batalla en campo raso; pero esto era una estratagemata para sorprender á los franceses. La batalla fué concedida y aplazada para dentro de dos dias. Era costumbre establecida que en estos intervalos mutuamente convenidos se suspendiese toda hostilidad, y ambas partes contendientes vivian en una especie de seguridad que hacia poco severa la disciplina. Uno de los gefes de los flamencos, llamado Zemequin, vendedor de pescados, habia advertido este descuido yendo á vender su mercancia al campamento francés. En estas ocasiones vió que allí se daban grandes comidas, que las tardes sobre todo y una parte de la noche, trascurrían entre bailes y conciertos; y vió tambien que en cambio casi todo el ejército enemigo dormia profundamente á las doce del dia. Zemequin calculó que la seguridad producida por la tregua aumentaria esta negligencia, y en consecuencia concibió el atrevido plan de coger al rey y á toda su comitiva.

El dia de San Bartolomé dividió su ejército en tres cuerpos; mandó al uno que *marchase pousadamente sin causar el menor ruido*, en direccion recta al cuartel del rey de Bohemia, situado en la vanguardia; al otro mando avanzar con el mismo sigilo contra la linea de batalla á las órdenes del conde de Hainaut; y Zemequin en persona marchó al frente del tercer cuerpo, entró en el campamento á las dos de la tarde sin dar la voz de alarma, y penetró en el cuartel real. Los que le vieron pasar le tomaron por un refuerzo procedente de las cercanías, y en esta persuasion, un caballero llamado Heinaldo de Lari, le reconvino amistosamente porque iban á turbar el descanso de sus camaradas; un sazeajo que le tendió cadáver, fué toda la respuesta que recibió. Acto continuo empezó la matanza en las tiendas y en todos los que de ellas salían, y la espantosa gritería que en aquel campo de muerte se dejaba oír, llegó hasta el pabellon del rey. Un dominico, su confesor, fué el primero que le advirtió del peligro. El monarca creyó que el miedo embargaba la imaginacion del buen fraile, y se burló de su pusilanimidad; pero los avisos se multiplicaron, el enemigo lo furzó todo, y se presentó al rey. Este quiso hacerse armar, pero á nadie encontró que supiera prestarle tal servicio; los clérigos de su capilla lo desampararon como mejor pudieron, y el rey montó al fin á caballo; dispúsose á cargar al enemigo, y Miles de Noyers, encargado de la oriflama, le detuvo en el momento en que iba á verse envuelto si hubiese avanzado, cayendo indubitablemente muerto ó prisionero. Este caballero levantó el estandarte real y lo agitó al aire en señal de guerra apuro; el ejército vió esta señal, y la caballería acudió al auxilio del príncipe. Entonces cambió la escena: los flamencos fueron destruidos y pateados por los caballos, haciéndose ascender á trece ó catorce mil hombres el número de los que quedaron en el campo de batalla.

Cassel fué tomado, arrasado y reducido á ceniza con las demas ciudades de alguna importancia; sacáronse de ellas rehenes para la seguridad del pago de los impuestos, y el país llano fué talado. Derribáronse en todas partes las fortificaciones que los franceses podían guarecerse en otra rebelion. Mas de diez mil insurrectos fueron condenados á muerte por órden del conde, y ejecutados

en el espacio de tres meses, la mayor parte atormentados con horrorosos suplicios. Despues de esto, Felipe en presencia de los principales señores, dió al duque: «Querido primo, he venido aquí porque así me lo habeis pedido. Tal vez habeis promovido la sedición por vuestra negligencia en administrar la justicia que debiais á vuestros pueblos, pero no quiero examinar esto ahora. Me habeis ocasionado grandes gastos, y tengo por consiguiente derecho á exigir indemnizaciones, pero os absuelvo de todo. Os dejo vuestros estados pacíficos y sumisos; guardaos de hacernos volver otra vez con igual motivo; si vuestra mala administracion me obligase á regresar, esto se verificaria entonces menos en obsequio de vuestros intereses que de los míos.» Valois regresó á Francia cubierto de gloria, segun dicen los historiadores. Tan felices auspicios reanimaron la natural altivez del rey. Entonces empezó entre él y Eduardo la lucha del orgullo que tantas calamidades causó á la Francia.

Eduardo no habia asistido á la consagracion de Felipe, aunque fué invitado á este acto, ni habia rendido homenaje por la Guiena, y aplazaba indefinidamente esta ceremonia que le repugnaba tanto mas, cuanto que le obligaba á humillarse ante un trono que habia pretendido ocupar. No obstante, las demoras que hacia suceder unas á otras bajo incesantes pretestos, espiraron al fin. Valois amenazó diciendo ocuparia todas las tierras que el inglés poseia en Francia, si no se determinaba á cumplir este deber, y fijó al electo tiempo y lugar, que debía ser la ciudad de Amiens. Eduardo compareció, pero á su llegada se suscitó la controversia de si el homenaje debía ser simple ó ligo, esto es, con servicio de bienes y persona. Este ligaba personalmente el vasallo al soberano, y le sometía á todas las penas de infidencia, que eran la confiscacion y la muerte, si se arrojaba á algun acto de rebeldia contra su señor. Es sorprendente que esta trascendental cuestion no hubiese sido resuelta antes de la ceremonia.

El monarca inglés se presentó en la catedral, donde le esperaba el rey de Francia sentado en su trono, magníficamente vestido, ceñida la corona y rodeado de una corte fastuosa, en la cual se contaban tres reyes: los de Bohemia, Navarra y Mallorca; los duques de Borbon, de Borgona, de Lorena y los deus príncipes de la sangre real; las dos reinas viudas de Felipe el Largo y de Carlos el Hermoso, con las princesas y su brillante comitiva, los ministros y los principales señores, todos en pie al derredor del monarca. Cuando el de Inglaterra se aproximó, el primer gentilhombre le mandó se quitase la corona y la espada, se descalzase las espuelas, y se arrodillase sobre un cojin preparado al efecto. Esta órden pareció llenarle de sorpresa, pero como se habia adelantado bastante para retroceder, obedeció, mas se descubrió en su semblante el despecho interior que le causaba tamaná humillacion ante tantos lustres testigos. Cuando se hubo arrodillado, el canceller pronunció la fórmula siguiente: «Señor, ¿os habeis, como duque de Guiena, feudatario ligo del rey mi señor, y le prometis fe y lealtad?» Eduardo se negó á responder *Voire* (si en verdad), segun se acostumbraba, y sostuvo que no debía tributar el homenaje ligo. Disputose mucho, y por último atendiendo á la promesa que hizo el inglés de consultar sus archivos al regresar á sus estados, para saber con exactitud á lo que estaba obligado, y de que enviaria además cartas selladas con su gran sello que explicarian qué género de homenaje debia, se accedió á que tributase el homenaje en términos generales. El canceller substituyó á la fórmula rechazada, otra prevenida tal vez de antemano para el caso de que se suscitasen dificultades: «Señor, os habeis feudatario del rey de Francia mi señor; reconocéis recibir de él la Guiena y sus dependencias como par de Francia, segun la forma de la paz estipulada entre sus antecesores y los vuestros; segun vos y vuestros antepasados habeis hecho respecto del mismo ducado á sus predecesores reyes de Francia? Eduardo respondió: *Voire*.» Si es así, repuso el canceller, el rey nuestro señor os recibe, salvo sus protestas y reservas.» El monarca francés dió á su vez *Voire*, y dió un beso en los labios del rey de Inglaterra, cuyas manos estrechaba entre las suyas.

Así terminó aquella santuosa ceremonia que llenó de cólera el ánimo del inglés, y le hizo jurar un odio eterno al príncipe que le trataba con tan desusada altanería. Al volver á sus estados, mandó las cartas selladas con su gran sello como lo habia prometido, en confirmacion de su homenaje, que era efectivamente el homenaje ligo. Los dos príncipes no revelaron todavía el mutuo y secreto rencor que les animaba; muy al contrario, Eduardo, deseando poner término á algunas dificultades con Felipe relativamente á la Guiena, pasó á Francia con confianza, y fué recibido con las demostraciones de una franca cordialidad. Los dos monarcas convinieron además en un matrimonio entre el príncipe de Gales, todavía en la cuna, y una princesa de Flandes, Valois se aplicó al gobierno;

Despues de las guerras de Flandes, Valois se aplicó al gobierno; celoso de todo lo que podia contribuir á la felicidad del pueblo, estableció el orden en los tribunales, previniendo los crímenes por medio de leyes acertadas, y fomentando el mismo con el ejemplo las virtudes. Habiale nacido un segundo hijo, y su educacion fué

para su padre un objeto importante; resolvió confiarla á Bernardo de Mareuil, mariscal de Francia, y tanto mas digno de este honorífico empleo cuanto menos lo ambicionaba. Para eximirse de él alegó la necesidad en que se hallaría si lo aceptaba, de abandonar el cargo de mariscal de Francia, cuyas funciones se consideraban entonces incompatibles con los deberes que debían llenarse al lado del príncipe. Y en efecto parece que para llenar las funciones de ayudo del príncipe, Bernardo se vio precisado á dejar su empleo de mariscal.

La moneda, desde que se desavenencia entre el monarca y los vasallos. Felipe fijó su peso y su ley de una manera que hacía esperar mas solidez para lo sucesivo. Había incesantes conflictos de jurisdicción, y á menudo contestaciones muy acres entre el clero y la nobleza, y el rey se propuso terminarlas; al efecto indicó una asamblea en su palacio, á la que concurrirían veinte y cinco arzobispos y obispos, muchos abades y considerable número de señores legos con la previa advertencia de que llevasen sus respectivos títulos.

El monarca se presentó en su throne rodeado de los príncipes de la sangre, de los pares y barones del reino y de sus ministros. Pedro de Cuiqueres, caballero y consejero del rey, desempeñó las funciones de abogado general y tomó la palabra. Su discurso versó en totalidad sobre las pretensiones del clero; le acusó ágrámente de que pretendía atraer todos los negocios á su jurisdicción, bajo pretexto de que no existiendo acto jurídico sin juramento, no existía por consiguiente uno solo que no se sujetase á la religión, y del cual no debiera conocer la jurisdicción eclesiástica. Esta era en efecto la doctrina del clero, emanada de los principios dominantes en la corte de Roma. Como esta se intitulaba juez de los reyes, no había tribunal alguno eclesiástico que á imitación suya no se considerase superior al de los señores y no llamase á sí todos los negocios.

Pedro Roger, arzobispo de Sens, que había sido guarda-sellos, y que después fué papa con el nombre de Clemente VI, y Pedro Brandi, obispo de Autun, oradores del clero, no negaron que tal fuese su doctrina; pero sostuvieron que lo que constituía la solidez de los contratos matrimoniales, de los testamentos y de otros muchos actos concernientes á los intereses privados, era el juramento prestado bajo la autoridad de la Iglesia; que la ejecución de estos actos era tan solo accesoria á la obligación religiosa, y que debiendo lo accesorio seguir á lo principal, la discusión y el fallo de estas causas incumbían no á los tribunales legos sino á los eclesiásticos. Este era en realidad el fondo de la disputa. Los abogados, siguiendo su eterna costumbre, involucraron con alta mil especies ajenas del asunto en cuestión. El informe de Cuiqueres fué incisivo y virulento; la parte de su discurso que podía llamarse dogmática estaba en latín, pero cuando descendió á la enumeración de los agravios, continuó en francés para ser mejor entendido de los señores legos, y nada omitió de cuanto podía zaherir y mortificar al clero. Tal vez hizo arrepentir á este por haber dado tanta publicidad al negocio; tal vez el monarca creyó oportuno abstenerse de pronunciar un fallo decisivo, temiendo que los sarcasmos de Cuiqueres contra los ministros de la religión lastimase la religión misma. Por esta razon el excesivo celo en los defensores de una justa causa la perjudicó en muchas ocasiones. Felipe hizo decir á los prelados: «Si corregis lo que debe ser corregido, el rey tiene á bien esperar hasta las próximas Navidades; pero si no lo verificais en este plazo, aplicará el remedio mas acepto á Dios y al pueblo.» Pero todo este estrépito se desvaneció á la manera del humo, y no volvió á hablarse de este negocio. Unicamente resultó de tanto aparato que la *apelacion contra abusos*, que se practicaba ya, llegó á ser una parte esencial de la jurisprudencia francesa.

Otra sesion regia no menos solemne pero si meos interesante al pueblo, escitó por odiosas circunstancias la atención pública. Los historiadores se estienden mucho acerca del proceso de Roberto de Artois, porque su resultado se enlaza con las desgracias de la Francia. Este príncipe, aunque el condado había sido adjudicado á su tia Mahaud, continuaba llevando el título, y no cesaba de mirar con codicia aquella rica herencia, que sostenía le había sido injustamente arrebatada. Roberto era hombre de gran mérito, pues se distinguia por sus talentos militares y políticos. Hemos visto que había contribuido mucho á lograr se obtuviese en pro de Felipe de Valois la preferencia sobre Eduardo para la corona de Francia. Por esta causa el rey con cuya hermana se había casado, le estimaba en mucho, y se debía guiar por sus consejos, de modo que era considerado como su primer ministro. Pero todos estos favores y el condado de Beaumont que había recibido en cambio del de Artois, no borraban en su ánimo el deseo de hacerse restituir. Hablaba de este asunto al rey hasta el punto de mostrarse importuno, y le instaba sin cesar para que mandase revisar el proceso. Felipe le hacía ver la dificultad y hasta la inconveniencia de llevar de nuevo á los tribunales un negocio juzgado ya dos veces contradictoriamente. Si

al menos, le decía, tuviérais nuevos títulos que exhibir, se podrían entablar nuevos procedimientos. Este medio que el rey proponia sin duda como un mero subterfugio, hirió la imaginación de Roberto, aprovechó el indicacion y se decidió á buscar títulos, en que no había pensado hasta allí.

Su abuelo Roberto, conde de Artois, muerto en la batalla de Courtray, había tenido por su confidente á Enrique de Irechon, obispo de Arras. Una señorita de Bettume, llamada Jana de Divion, que vivía con el prelado, había recibido de este, según decía, próximo á espirar, un escrito concerniente á la cuestion del condado, y que debía entregar al nieto no bien el abuelo hubiese dejado de existir. La intrigante Divion ofreció primero á la condesa Mahaud entregarle este escrito, como documento que podía perjudicarle en su litigio si era descubierta. Desdenada por Mahaud, hizo la misma proposicion á la condesa de Artois, esposa de Roberto. La princesa se negó á recibirlo, pero su marido, acosado por su mania, quiso ver el escrito, que era una carta del obispo de Arras, dirigida á Roberto, nieto del anciano conde Roberto. Esta carta empezaba por las disculpas que daba el prelado por haber ocultado durante su vida los derechos del príncipe al condado de Artois, pediale perdón por su negligencia, y se confesaba depositario de escrituras hechas entonces «cuyos duplicados», decía, archivados en el tribunal, fueron arrojados al fuego por uno de nuestros grandes señores, y después de esto fué destruido el archivo del tribunal. Estas escrituras, de que la Divion decía haber sido instruida de viva voz por el obispo, eran, según ella: primero, el contrato de matrimonio de Felipe, padre de nuestro Roberto, en el cual el anciano Roberto daba á sus hijos y herederos la propiedad del condado de Artois con perjuicio de Mahaud, su hija; segundo, la ratificacion de esta cesion despues del matrimonio, y tercero, las cartas patentes de Felipe el Atrevido que confirmaban las escrituras anteriores.

Desde luego se advierte cuán mal forjada estaba esta fábula: la confianza de un obispo con un joven cuya fama no era la mejor; aquellos títulos arrebatados por un gran señor, cuyo nombre se calla; y por último, los archivos rotos ó tachados, sin que quede indicio alguno de tal violencia son cosas harto improbables. No había pues otro recurso que la suplantacion de las escrituras para cohonestar la inverosimilitud. Desde este momento empezó el conde á hacerse culpable. Se comprometió, ó bien la Divion se ofreció á fabricar documentos apócrifos. Asocióse este con un falsificador hábil, valiéndose además de su criada y otros indignos de tan bastante bien atraídos por el cebo del lucro, y el conde se ofreció á proporcionar el obediencia que los presentaba la falsificacion de los sellos. En la imposibilidad de contrahecerlos, los arrancaron de otros diplomas, y los pegaron á sus papeles. Roberto anunció entonces al rey con aire de triunfo que tenia ya nuevos títulos; pero el monarca, sospechando la supercheria, mandó comparecer á la Divion, la que despues de haber tergiversado cuanto pudo los hechos, confesó toda la trama. El conde dijo que tal confesion había sido arrancada por el temor y que apoyaría sus títulos con las armas contra cualquiera que le atacase. El rey, considerando este reto como dirigido á su persona, replicó con mas firmeza diciendo á su conde, que los nuevos títulos eran falsos y que haria castigar á los falsificadores; esta amenaza suscitó un rencor mortal entre los dos amigos.

Roberto, avergonzado de retroceder, pidió que el negocio siguiese adelante. El tribunal de los pares fué convocado, y para que estuviese completo, el rey emancipó y declaró por á juez á su hijo mayor, duque de Normandia. Los documentos por él presentados, y fueron minuciosamente examinados, siendo el resultado de este exámen que, sentado el rey en sus sentadas por el conde de Artois, conde de Beaumont, eran falsas, y se mandó que fuesen «canceladas y rasgadas.» El procurador general preguntó entonces al conde que se hallaba presente, si pretendia todavía usar aquellos instrumentos. Retrosó, consultó su consejo, volvió á entrar, y declaró que renunciaba sus títulos. Acto continuo el fallo se ejecutó en su presencia.

Esto es lo único que ofendió al conde, porque para no comprometerlo, no se habló de la Divion ni de sus cómplices; pero estos miramientos no fueron bastante eficaces para arrancar del corazón del d'sgraciado conde la hiel que rebosaba. Desatóse en amargas quejas contra lo que llamaba ingratitude de su conde, y hasta parece que trató de promover una conspiracion en la corte puesto que el rey se creyó en la necesidad de exigir de muchos señores un nuevo juramento de fidelidad. Felipe, esperando que el conde cederia al fin á la razon, y por consideracion á su antigua amistad, disimuló por espacio de cinco meses sus reprochados manejos; pero al espirar este plazo, creyó que era tiempo de vengar la magestad del soberano y la autoridad de las leyes, igualmente ultrajadas. Dejó por consiguiente de detener el curso de la justicia, y mandó proseguirse el proceso de la Divion y sus cómplices.

Interrogados estos, imputaron al conde como autor é instigador

del delito. Después de un severo procedimiento, la intrigante y su criada fueron contenidas á ser quemadas vivas y ejecutadas; el falsificador que se debía poner el castigo de las mujeres en proporción, no de la naturaleza del delito, sino de su trascendencia. Aparecieron muchas personas comprometidas, testigos falsos, mensajeros y corredores de mala ley y falsantes de toda clase, solícitos, ya por vanidad, ya por interés, en mezclarse en los negocios de los poderosos. Todos sufrieron diferentes castigos; los legos penas infamatorias y castigos corporales, y los clérigos fueron privados de sus beneficios y condenados á un encierro perpetuo; por estos castigos no se ejentaron sino después del de Roberto de Artois.

Cuando este supo que sus cómplices habian caído en poder de la justicia, se ocultó y anduvo errante de provincia en provincia, y se fugó por fin á Bruselas. Citado á comparecer ante el tribunal de los pares, pidió próroga; pero á pesar de los pasaportes ó cartas de seguridad que se hicieron llegar á sus manos, la próroga espiró y el conde no compareció. Después de un informe del procurador general que recordaba todos los incidentes del proceso, este magistrado concluyó que Roberto de Artois, conde de Beaumont, fuese condenado en su persona y bienes; esto es, la persona condenada á pena capital y los bienes confiscados á favor del rey, y que atendida su ausencia, fuera destrerrado del reino de Francia. Con arreglo á este dictámen, el rey pronunció el decreto de destierro y confiscación.

El despecho y la ira que causó al conde verse declarado criminal é infame á la faz de la nación, trastornaron su mente y le inspiraron las mas desesperadas resoluciones. Ocurriéronse atentar contra la vida del rey, y asalaró á algunos asesinos que se pusieron en camino para realizar su crimen, pero que astudados de su enormidad, retrocedieron por sí mismos. A falta de hombres, Roberto invoeó en su frenesí á los infernos, y se propuso hebrizar al rey de la manera que dejamos después referido. Felipe empleaba medios mas seguros para castigar á este criminal incorregible, perseguiale de asilo en asilo, impedía á los principes comarcanos que le recibiesen, y amenazaba con la guerra á los que le acogiesen. El duque de Brabante, en cuyos estados se habia refugiado el conde, queria continuarle su hospitalidad, á pesar de la cólera del rey, que desahó hasta esponerse á la guerra. Pero Roberto no permitió tal cosa, y después de una despedida mezclada de ternura y amenazas, encaminóse á un miserable puerto, donde se embarcó para arrojarse en brazos del rey de Inglaterra.

Eduardo que habia experimentado lo que valia el conde de Artois cuando con su eloquencia le arrebatára la corona de Francia, y cuando mas tarde al frente de las tropas francesas, espulsára de la Navarra á los ingleses que la habian invadido, vió con gran placer privado á Felipe de este apoyo. Recibió afectuosamente al proscribo, y le dió el condado de Richemond en cambio de las posesiones que abandonaba. Esto era un manifiesto desquite de la benévola acogida que Felipe concedia en Francia á David Bruce, á quien el monarca inglés acababa de precipitar de su trono de Escocia. Así, estos dos reyes no desperdiciaban ocasión alguna de hacer alarde de su mutua ojeriza. Nadie ignoraba estas hostiles disposiciones, y no habia principio de tererero ó cuarto orden si no se procurase hacerse dar garantías para el momento en que estos principes viniesen á las manos. Solo el papa Juan XXII, hábil político, habia procurado, ó aplicar aquel ardor guerrero que se inflamaba en secreto, ó dirigir á distantes regiones el fuego que amenazaba poner en combustión la Europa entera. Propuso, pues, una cruzada: Felipe la aceptó é hizo preparativos al efecto. Eduardo por su parte no se negó á ella y levantó tambien numerosas tropas. El rey de Francia ofreció partir si el de Inglaterra queria acompañarle; pero sabia que ocupado este en hacer su tributaria á la Escocia, no abandonaría una ventaja inmediata para buscar victorias inciertas y lejanas. Eduardo propuso á su vez embarcarse desde luego y hacer rumbo hácia el Asia, cuando ya veia claramente que el erioico estado de la Francia, donde el conde de Artois y sus partidarios azitaban el fuego de la discordia, no permitía á Felipe alejarse de ella. Empero uno y otro monarca cobraron exactamente los diezmos concedidos para la cruzada, de que no volvieron á acordarse cuando vieron llenas sus areas, cuyo oro les sirvió, así como las tropas, para las empresas que proyectaban.

El rey de Inglaterra empezó el asalto; porque asalto debe ser denominada la lucha de estos dos principes, que mas de una vez se condujeron como oscuras espas de espas, moviéndonos y desafiándose entre sí. Eduardo sostenia que al recibir su homenaje por la Guiena y el Ponthieu, se habia prometido devolverle algunas partes desmembradas de aquellas provincias; hizo además otras peticiones relativas á algunas ciudades y castillos aislados. «Pelig de una vez la corona, le dijo segun se cree, Roberto de Artois. Este es el medio de comprometer á los principes cuya alianza os habeis procurado, á que no escaseen los esfuerzos que les exijais, y les será pre-

ciso sostener la causa que tan abiertamente han abrazado. Y yo, que he dado la corona á Felipe, seré el mas á propósito, al saludaros rey de Francia, para hacarla caer de sus sienes y colocarla sobre las vuestras.

Eduardo recibia con avidez estas lisonjeras esperanzas; temia no obstante aventurar demasiado sirviendo con mas precipitación de lo que convenia, á la ciega pasión del conde. Debja madurar sus antiguas alianzas, y trabajaba en procurarse otras nuevas; sobre todo deseaba atraerse á los flamencos, cuyo pais le abria la entrada en Francia, y le ofrecia un paso para su retirada á Inglaterra, si ocurrian sucesos adversos. El duque de Flandes, poco dócil á las amonestaciones del rey de Francia, cuando este le entregó sus vasallos sometidos, los exasperó con nuevas exacciones. La ciudad de Gante, capital del pais, se insurreccionó por sugerencias de un cervereo llamado Santiago Artevelle ó de Artevelle. El conde, en lugar de resistir á este adversario poco temible al principio, se fugó á Francia. El cervereo se hizo dueño de aquella ciudad y de las demas, merced al terror que supo inspirar, y la próroga escollato por una turba de criminales resueltos. Si hablaba á alguno cuya opinion le era contraria, á una señal convenida tres ó cuatro de sus sicarios incitaban á una penelencia con aquel hombre, y le asesinaban en el acto, ó sublevaban al pueblo que daba muerte al sospechoso. Bastaba haber proferido una palabra contra él para recibir la muerte. Todas las personas adictas al duque huian sin saber donde hallar un asilo. Fácilmente se deslumbra á un rebelde cuando se le muestran fuerzas prontas á sostenerle; hé aqui porque Artevelle prestó oído á la proposición que le hizo Eduardo de auxiliarle. Entregóse enteraente al rey de Inglaterra, y le ofreció dejarle espedito el paso por Flandes cuando le acomodase penetrar en Francia.

Esta alianza, en cuya virtud la Normandia se veia amenazada de una guerra vecina que podia estender sus estragos por todo el ducado, alarmó á los señores normandos, los que trataron de precaver este azote por medio de un desembarco en Inglaterra. Sus antepasados, decian, habian podido conquistar el reino bajo el duque Guillermo; ¿por qué pues, no se prometerian el mismo favorable éxito bajo Juan, hijo mayor de Felipe, nombrado para su ducado por su padre? Se obligaban á sostener á sus expensas por espacio de tres meses á cuatro mil hombres, que continuarían manejando las armas aun después del plazo de su engagement, con tal que el rey se obligase á pagarles. Los normandos presentaron estas proposiciones por medio de una diputación que fue recibida con toda solemnidad en Vincennes. Tal vez habia sido solicitada en secreto por el duque Juan, que se hubiera puesto con mucho placer sin duda alguna á la cabeza de tan brillante expedición, la que no produjo otro resultado que algunos desembarcos sin importancia, que los normandos hicieron en las costas de Inglaterra.

Pero Eduardo no se limitó á ligeras hostilidades, siempre mas funestas á los pueblos que decisivas. En el gran litigio que sostenia con Felipe, habiendo tomado desde lejos sus medidas con gran acierto, rompió al fin y envió al obispo de Lincoln á pedir la restitución de la corona de Francia y á declarar la guerra; al mismo tiempo sus generales atearon y tomaron algunas plazas fuertes en Guiena y Saintonge, mientras él en persona atravesó la Flandes y el Hainaut, y fué á sitiar á Cambry. Su ejército reforzado con las tropas de una multitud de aliados, especialmente de alemanes, ascendia á ciento veinte mil combatientes. La ciudad estaba bien fortificada provista de vivres y defendida por una respetable guarnición, y dió tiempo al rey de Francia para reunir sus tropas. No eran estas tan numerosas como las del monarca inglés, pues los franceses solo contaban en sesenta mil infantes y cuarenta y cinco mil hombres de armas, todos bien equipados y aguerridos, cuando llevaba consigo á Roberto de Artois. Este principe entró en la Batalla precedido del hierro y del fuego, taló la Thierache, el Parnado, y hasta las fronteras de la Guapaña, tanto para saquear su eneogo con el espectáculo de las atrocidades que habia prometido al despedirse del duque de Brabante, cuanto para atraer á su ayuda á una batalla, en la que tal vez hallaria la anhelada ocasión de pelar con el cuerpo á cuerpo y tenderte cadáver á sus pies.

Poco faltó efectivamente para que la batalla se verificase. Eduardo, desconfiando tomar á Cambry, tan bien defendido, levantó el sitio, y avanzó hácia Felipe. Ambos ejércitos se avistaron cerca de la Capelle, en un lugar llamado Vironfosse, y solo se hallaban separados por un pequeño desfiladero. Uno y otro competidor se hallaban frente á frente y en la posición que con tanto ardor deseaban. Eduardo mandó á pedir la batalla; Felipe señaló al efecto el viernes inmediato. Pero, ¿convenia derramar sangre cristiana el día en que el Salvador del mundo vertió la suya por la redención de los hombres? Este espérulo afectó igualmente á entrambos reyes, y detuvo las espadas y lanzas próximas á ensangrentarse. Es muy posible que esta consideración que ciertamente no detendria hoy el choque de dos ejércitos, fuese decisiva en aquel siglo. Los historiadores ingleses dicen que Felipe no se atrevió á





los que estaban encargados de la custodia del campo enemigo lo habían abandonado, ó por mera curiosidad ó para unirse á los que daban el asalto. Elige entonces trescientos caballeros, se pone á su cabeza, sale por una puerta opuesta al punto asaltado, cae sobre el campamento y dirigiendo cuanto le sale al paso, lo incendia todo. Los clamores de los sorprendidos, su precipitada fuga y las



Jacobo y Simon Maillar burlan la traición de Marcelo y le matan.

llamas que se levantan por todas partes, atraen á las tropas del asalto y lo hacen suspender. Conseguido este triunfo toma de nuevo el camino de la ciudad, pero se vió cortada por fuerzas superiores. Sin desconcertarse por ello, mandó á los suyos que se desbandaran, y señaló como punto de reunion una ciudad vecina. Algunos dias despues se presentó con sus compañeros de armas y otros que se le reunieron delante de las trincheras de los sitiadores, las forzó y fué recibida en triunfo en Hennebond.

El refuerzo que traía y su presencia reanimaron el ardor de los sitiados, pero tambien fueron atacados con mas furia. Nuevas máquinas mas poderosas que las empleadas hasta allí, estremecen las murallas que amenazan próxima ruina; las brechas se dilatan, los habitantes se intimidan, y cediendo al temor de ver tomada su ciudad por asalto piden capitulación. La condesa de Montfort espone en vano que espera refuerzos de un momento á otro; el pueblo solo ve el peligro presente. Los sitiadores concedian condiciones ventajosas, que iban á ser firmadas. Juana, presa de la mas viva inquietud, temia, esperaba y contaba los momentos. En su impaciencia subió á la torre mas alta, miró y descubrió hajeles á lo lejos, bajó aceleradamente gritando: ¡Sté aquí los auxilios, hijos míos, nos hemos salvado. Corrió en seguida al puerto, recibió á los ingleses, hizo una salida con ellos, destruyó los trabajos de los sitiadores y quemó sus máquinas de guerra; los sitiadores acometidos con tal furia se retiraron en completo desorden y Hennebond se salvó.

Empero el valor y el ingenio de la condesa no evitaban el empeoramiento de sus negocios. El conde de Blois su competidor, estaba sostenido por todas las fuerzas de la Francia, mientras que Eduardo ocupado en la Escocia, solo le enviaba escasos refuerzos. Juana fué

á conferenciar con él, y mediante su beneplácito se procuró un pequeño cuerpo de caballeros escogidos que celebraban la ocasion de pelear bajo sus órdenes, y nombró general de estos al conde de Artois, cuyo rencor al rey de Francia no permitía dudar que emplearía en perjudicarle todo el valor y toda la capacidad de que le habían dotado la naturaleza y la experiencia.

La condesa se embarcó en la flota que traía este refuerzo, y que era esperada en las costas de Francia por una escuadra menos numerosa, pero compuesta de hajeles de mejor calidad. Tratóse un rudo combate, en el que Juana pereció como los mas valientes caballeros. Una tempestad separó ambas flotas y dejó indecisa la victoria. No obstante, parece que esta favoreció á los ingleses, puesto que desembarcaron. El conde de Artois no se mantuvo ocioso mucho tiempo; fué á sitiar á Vannes y lo tomó por asalto. Cuatro caballeros de la guarnicion que se libraron de la carnicería, reunieron un reducido cuerpo de ejército y fueron á atacar la ciudad, cuyas brechas no estaban todavia reparadas, y penetraron en ella á pesar de los esfuerzos del conde que defendió con ardor su conquista. Herido gravemente, y no teniendo confianza en los cirujanos franceses, se hizo trasladar á Inglaterra en donde murió. Dícese que exhortó á Eduardo á que no desistiese de sus pretensiones á la corona de Francia, y que le indicó los medios de hacerlas valer. El rey de Inglaterra lloró su muerte; perdia en Roberto un hombre á quien no podia estimar por su felonía, pero cuyos servicios le eran muy útiles. Los ingleses que le miraban como á un inocente perseguido, le concedieron las consideraciones debidas al infortunio. Por esta razon le era grato habitar entre ellos.



La hermana de Clauquin defendiendo la fortaleza de Pentorsen contra los ingleses.

La condesa de Montfort no perdió mucho con la muerte de Roberto de Artois, porque Eduardo le substituyó y trajo poderosos auxilios; la guerra continuó con nuevo ardor entre él y Juan, duque de Normandia, á quien su padre Felipe habia puesto á la cabeza de sus tropas. Así pues, la desventurada Bretaña continuó siendo saqueada por ambos partidos, cuyos fueros se suspendieron al fin por una tregua que otra vez procuraron los legados del Papa. Esta

tregua debía dar por resultado una paz que se celebraría en presencia del pontífice en un tiempo determinado. Con arreglo á las condiciones de la tregua, el conde de Montfort debió ser puesto en libertad y restituido á su esposa, renunciando sus derechos á la Bretaña; pero habiéndose negado á admitir esta cláusula, continuó en su prisión. Dos años después halló medio de evadirse disfrazado de mercader, pero murió aquel mismo año dejando un hijo llamado el rey, á quien su madre envió á Inglaterra bajo la protección del rey.

El de Francia, algun tiempo antes de la tregua, habia hecho una adquisición que no costó sangre como otras muchas, y fué un aumento de territorio muy importante para el reino. Humberto II, poseedor del Delfinado, no tenia sino un hijo que pereció accidentalmente. El horroroso estado á que se hallaba reducida la Bretaña por las pretensiones de los herederos colaterales, le hizo temer que el Delfinado experimentaría la misma aciaga suerte, y creyó que el medio mas eficaz de preservar á su pueblo de semejantes calamidades era unirlo á un estado poderoso, en el cual no hubiese que temer frecuentes variaciones, y eligió á su vecina la Francia. Con algunas pensiones y otras estipulaciones útiles durante su vida, Humberto solo exigió que el hijo del rey, sucesor inmediato de la corona, llevase en lo sucesivo el título de Delfin. En 1349 Felipe de Valois adquirió tambien por compra el condado de Montpellier á don Jaime II, rey de Mallorca, nieto de Pedro III, rey de Aragón, á quien las *Vísperas Sicilianas* habian hecho dueño de la Sicilia. D. Jaime, despojado por Pedro IV, su cuñado, biznieto de Pedro III, destinó los fondos que recibió á la reconquista de su reino, pero su expedición fué desastrosa y halló en ella la muerte.

En este tiempo se estableció la *gabela*, palabra sajona que significa *tributo*. Habianse ya percibido en diferentes épocas algunas cantidades sobre la sal, pero Felipe de Valois fué el primero de los reyes de Francia que regularizó este impuesto obligando al pueblo á ir á tomar la sal á los graneros, y dando por consiguiente á este presente de la naturaleza el precio que le parecia mas á propósito señalarle. Por esta razon el rey de Inglaterra le llamaba burlescamente «el autor de la ley salica» lo cual era una alusion bastante chistosa á las ventajas que Valois habia reportado de la verdadera ley Salica en virtud de la cual reinaba. Felipe se vio sin duda escitado á este monopolio por las necesidades de la guerra, y tal vez por las adquisiciones de Delfinado, del condado de Montpellier y algunas otras que costaron mucho dinero. Pero estas adquisiciones aunque útiles, ¿no hubieran podido ser aplazadas para tiempos menos horrosacos? Parece que Valois llevó á cabo el sistema, harto seguido despues, de no proporcionar los gastos á los ingresos, sino

IMP. DE D. J. M. ALOXSO.

de exigir los ingresos con arreglo á los gastos, sistema que solo es razonable cuando los gastos son indispensables. Pero su reinado, á pesar de las calamidades de que se vio lleno, de las guerras perdurables, pestes, hambre y azotes de todo genero, fué un reinado de lujo y magnificencia. El matrimonio de Felipe de Francia, hijo segundo del rey, es célebre por las fiestas con que se solemnizó y por su catástrofe.

Los principes y grandes señores de Francia y de los países extranjeros llamados al torneo, asistieron en gran número, y asimismo concurren los caballeros bretones de mas nombrada por su valor y nacimiento. Eduardo, contra el temor espreso de una de las condiciones de la tregua, habia sobornado una parte de ellos, y especialmente á Oliverio de Clissou, padre del que fué mas adelante condestable de Francia, atrayéndolos secretamente del partido

de Carlos de Blois al de la condesa de Montfort. El rey fué advertido de estos manejos, y aun se le indicaron los medios de asegurarse de su correspondencia. En vista de estos documentos, Felipe los hizo prender con algunos señores normandos del mismo partido, y sin que se les instruyese proceso alguno, al menos en publico, puesto que ningun vestigio queda de él, fueron conducidos en número de doce á los mercados, expuestos á la verguenza, decapitados, sus cuerpos atados á la horca y sus cabezas enviadas á Bretaña para ser clavadas á las puertas de las ciudades principales.

Los historiadores han investigado los motivos de una ejecucion tan brutal, y privada de todas las formalidades que las leyes reclaman en favor de los ciudadanos; algunos creen haberlos hallado en el secreto debido á la delatoría de los planes de estos señores, y dicen que Felipe de Hainaut, reina de Inglaterra, parienta bastante cercana de Felipe de Valois, ofendida por la preferencia que su esposo Eduardo concedía á la famosa condesa de Salisbury, reveló para mortificarle y vengarse, al rey de Francia las maquinaciones

verdaderas ó supuestas de estos señores, y que Felipe, no queriendo comprometer á la reina, pero seguro del crimen de aquellos desgraciados, se creyó autorizado á apresurar su castigo, prescindiendo de todo trámite jurídico. Otros atribuyen los informes que llegaron al rey al mismo conde de Salisbury, deseo de vengarse de las galanterías de Eduardo. Sea de esto lo que quiera, Felipe se atrajo con tal conducta la merecida reputación de un déspota suspicaz y cruel. Eduardo miró estos asesinatos como una injuria personal que le habia sido inferida en odio á la amistad que aquellos señores le profesaban, y conservó un profundo resentimiento. En el primer impulso de su cólera se creyó autorizado á usar de represalias contra los prisioneros franceses que tenia en su poder, y sin dula hubiérase arrojado á satisfacer en ellos su venganza á no



Muerte de Chaupa.

mediar las vivas y apremiantes instancias de Enrique de Lancaster, su primo. Dióse al menos por satisfecho quebrantando la tregua.

Obsérvase que en esta época Felipe de Valois se tornó triste, sombrío y gáviloso, bien sea que la mudanza de su carácter hasta entonces jovial y franco fuese una consecuencia de los remordimientos que despertó en él aquella bárbara ejecución; bien sea que las confesiones obtenidas de los condenados le hiciesen conocer que había en una gran parte del reino y aun en su misma córte descontentos de quienes debía desconfiar; bien sea finalmente que la obstinación de Eduardo en titularse rey de Francia, fuese como una especie de fantasma que seguía sus pasos y le aterraba sin cesar.

Muy ventajoso hubiera sido para el inglés disfrutar en Flandes de mayor poder del que le habían proporcionado las intrigas de Artevelle. El duque, espulsa-lo por el cerverezo de Gante, continuaba refugiado en Francia. Eduardo concibió el proyecto de sustituirle con su hijo mayor príncipe de Gales, y Artevelle se dispuso á secundarle, pues se fisonajaba creyendo tener bastante ascendente entre los flamencos para arrastrarlos al último grado de rebelion contra su soberano. Bajo pretexto de saludar al monarca que llegaba de Inglaterra, obtuvo de las principales ciudades le enviasen diputados al conde de Ecluse, donde aquel príncipe había desembarcado. Eduardo los recibió con las demostraciones mas afectuosas, á que ellos quedaron al parecer muy reconocidos. El cerverezo creyó llegado el momento favorable para el anuncio de su pérdida compatriota fueron inútiles, y le respondieron constantemente: «No debemos desheredar á nuestro duque.» Retiráronse, y cada uno fué á comunicar á su ciudad su indignacion contra el autor é instigador de su rebelion. Su crédito empezó á disminuir por todas partes. El cerverezo permaneció al lado de Eduardo para adoptar con este medidas rigurosas á falta de los medios conciliadores que tan mal resultado habían producido. Creyó debía empezar por Gante, donde se apoyaba todo su poder, e introdujo en la ciudad quinientos ingleses.

Pero su prestigio había disminuido considerablemente, y debió conocer tambien en las miradas de sus conciudadanos cuando regresó á Brujas, que habían vuelto de la prevencion favorable con que hasta allí le atendieron. El pueblo agrupado á su paso, murmuraba en alta voz, y con bastante trabajo consiguió llegar á su casa á través de la multitud, cuyo aspecto y conversaciones nada bueno anunciaban. Al entrar en ella hizo rodear de barricadas las puertas y las ventanas bajas, pero su habitacion se vió en un momento atacada por un populacho furioso. El cerverezo se presentó en el balcon y empezó á hablar, cuando le gritaron: «¡Bajad! no prediques á tanta altura.» Intentó entonces fingirse, pero todas las salidas estaban tomadas, y al fin fué preso, y cruelmente despedido por aquel mismo pueblo cuyo ídolo era pocos dias antes. «Leccion terrible, dice un historiador, para todo el mundo, porque los flamencos no rompieron por ella su alianza con el rey de Inglaterra, á quien ofrecieron ayudar en la guerra, y no hacer las paces con su conde hasta que su hijo se enlazase con alguna de las princesas de Inglaterra.

Esta guerra que todos miraban como inevitable al mismo tiempo que se hacian treguas que debian, segun se decia, conducir á la paz, estalló en breve, pero mas general, mas horrorosa que hasta entonces, y no se limitó ya á la Bretaña que fué no obstante el pretexto de ella. Eduardo publicó que la empremta tan solo para vengar á los señores bretones decapitados en Paris, á donde habían sido atraidos por traicion, y condenados á muerte contra el testo del tratado, que estipulaba una seguridad general mientras durase el armisticio. A esta causa unió públicamente su pretension á la corona de Francia, usurpada por su injusto competidor, á quien apellidaba á veces Felipe de Valois. Este es el único título que le dió en el reto que le envio para declarar la guerra.

El principal teatro de esta fué al principio la Guiena. Juan, hijo mayor del rey y duque de Normandía, mandaba en ella con fuerzas superiores á las de los ingleses, y atacó á Angulema, defendida por un valiente capitán llamado Norwich, á quien habia reducido á la última estreñidad. Este comandante se presentó solo sobre las almenas, la víspera de la festividad de la Purificación, y pidió hablar al general francés. El duque llegó al pie de la muralla. Por lo que veo, tratais de rendiros, dijo á Norwich. No por cierto, replicó este, pero sabiendo que tenéis tanta devocion como yo á la Virgen Santísima, he creído debía pedirnos una suspension de hostilidades, únicamente para celebrar la festividad de mañana, y para que no se permita á vuestros soldados ni á los míos desvenavar la espada durante este santo día. Acedo gustoso, respondió el príncipe, y ambos se retiraron. Al día siguiente muy temprano, Norwich salió de la ciudad á la cabeza de su guarnicion con armas y bagages, pero detenido por las avanzadas, pidió permiso para hablar al comandante del puerto: No he venido, le dijo

para batirme; pero durante este día de fiesta, que el señor duque de Normandía me ha concedido, me complazco en pasearme fuera de la plaza, donde hace tanto tiempo que mis soldados y yo estamos encerrados. Este lance llegó á noticia del duque, quien respondió sonriéndose: «Dejadlos pasar, y contentémonos con la ciudad.» Este es el único rasgo de humanidad que puede referirse de aquella guerra que se hacia por ambas partes con inaudita ferocidad. Ademas del saqueo y del incendio de los campos, los degradados habitantes de las ciudades, que algunas veces habían defendido á su pesar sus murallas, eran pasados á cuchillo, ó arruinados completamente por el incendio de sus casas.

Los progresos del príncipe Juan en Guiena alarmaron á Eduardo; levantó pues un nuevo ejército con objeto de ir á socorrer esta provincia, pero en lugar de desembarcar en Bayona como se proponia, vióntos contrarios causaron retrasos á su espedicion, le hicieron cambiar de plan y aconsejaron retratos á su espedicion, le hicieron abandonar en Normandía que empezó á devastar desde Hareourt, desembarcó en Guiena que habia debido mantenerse próximo á todas las costas para contener á un enemigo tan activo, no tenia á sus inmediatas órdenes sino alguna caballeria que envió á la defensa de Caen, bajo el mando del conde de Et., condestable de Francia. Prometiase que esta ciudad se defenderia bastante tiempo para que él pudiese reunir un ejército, pero fué tomada al primer ataque por la ineptitud ó por la traicion del condestable. El saqueo se verificó metódicamente por espacio de tres dias consecutivos, y se cargó con el botin á muchos buques que llevaron á Londres estos rios despojos.

habiendo Eduardo dividido su ejército en dos cuerpos, para la mas fácil ejecución, uno de ellos continuó talando la Normandía, y llegó hasta el pais de Chartres, mientras el otro, á cuyo frente se hallaba el príncipe, al salir de Caen devastó todo el pais comprendido entre el Orna y el Sena, quemó á Louvier y Poul-de-F-Arche, y desembarcó en Poissy, donde se le reunieron los saqueadores del pais de Chartres, los que á su paso incendiaron á San Germain, Nanterre, Ruel, Saint Cloud y Neuilly, y cuyas pavesas caian sobre Paris. No obstante, Felipe llamó á la nobleza de la Picardía, la Champagne y Borgoña; reunió los distritos de estas provincias, y logró al fin formar un ejército. Su primer cuidado fué poner la ciudad de Rouen á cubierto de los ataques que Eduardo proyectaba. Privados de este paso los ingleses, á pesar de sus triunfos y de la reunion de todas sus fuerzas, se encontraban en el centro del reino en un estado que cada día era mas crítico. Para salir de él, buscaron á lo largo del Sena algun otro paso por donde abrirse luego un camino hacia el Pontieuf ó Flandes, para regresar de estos países á su isla, si á ello se veian precisados; pero Felipe habia mandado romper todos los puentes, y los pcos vados que habia estaban bien custodiados. Ademas de esto, observaba al enemigo en la orilla derecha, y seguia todas sus marchas. Estrechado de esta suerte, el saque Eduardo hizo llegar á Felipe el falso aviso de que estaba resuelto á intentar el paso por cerca de Paris, y entonces Felipe se corrió á la orilla izquierda estableciéndose en Antony; pero mientras bien atrincherado en esta posicion esperaba al rey de Inglaterra, este avanzó rápidamente hacia Poissy, restableció el puente, destruyó las tropas sacadas de la Picardía que se resistian, conquistó el Beauvoisis, siempre talando é incendiando, y consiguió dos dias de ventaja para cuando el rey se vió en estado de perseguirle.

Pero no le bastaba haber pasado el Sena, puesto que era preciso atravesar el Soma, cuyas margenes estaban guarnecidas de soldados, y todos los puentes en poder del rey. Eduardo intentó sucesivamente forzar dos, pero fué en vano, y entonces se halló en un peligro inminente entre un rio profundo y cenagoso en que no se conocia vado alguno, y un ejército numeroso que el suyo, contra el cual iba á verse obligado á sostener ruidos ataques con tropas fatigadas á consecuencia de una larga marcha, y embarazadas con el botin y los prisioneros. Sospechábase no obstante, la existencia de un vado; Eduardo hizo anunciar en su ejército que se entregaría una crecida recompensa al que lo descubriese. Un natural del pais lo indicó mas abajo de Abbeville, en un lugar llamado Blanquetaque, lugar poco frecuentado porque la mar lo cubria durante el flujo. Los ingleses se presentaron en él en la baja marea, y pasaron el rio á la vista de diez mil hombres que los esperaban en la margen opuesta. Segun algunos historiadores, Godemard de Foix, que los acudillaba, hizo alguna resistencia, pero abandonado por sus soldados que eran visosos, hubo de retirarse. Segun otros, Godemard era un traidor, que entregó vilmente el paso del rio. Felipe llegó cuando lo cruzaban los últimos ingleses, y aun cogió algunos prisioneros, pero no pudo penetrar en el vado porque la pleamar lo hacia ya impracticable.

Sin embargo, Eduardo estaba muy lejos de hallarse seguro. El paso de Blanquetaque le habia proporcionado la ventaja de no peccer ahogado con los suyos en las aguas del Soma en el caso de una derrotá; pero en aquellos momentos no teniendo ya ningun rio á su espalda, podía esperar si era batido, salvarse con algunos res-

los de su ejército; mas el combate parecía inevitable, porque los franceses solo distaban tres leguas y no había que esperar transacciones de un enemigo tan numeroso y exasperado; por esta razón los ingleses solo se proponían y deseaban vender caras sus vidas, eligiendo posiciones ventajosas. Con este designio situó su campamento en una altura que dominaba la aldea de Creedy, que dió su nombre á esta batalla.

Es de advertir que ambos monarcas se prepararon á la pelea por medio de los actos más sagrados de la religion. Eduardo en su campamento y Felipe en Abbeville. Este rey hizo salir sus tropas al amanecer del sábado 25 de agosto, pues debían caminar tres leguas para avistarse con el enemigo. Los caballeros esparmentados á quienes el rey envió á explorar las posiciones ocupadas por los ingleses las juzgaron formidables y no pudieron dejar de manifestarlo. Aunque veían el vehemente deseo del rey de empeñar la batalla, le aconsejaron esperase al día siguiente. «No espougais, le dijeron, á vuestras tropas fatigadas por una marcha de tres leguas bajo un sol abrasador, al encuentro de soldados descansados, tranquilos y perfectamente atrinchados.—Pero el enemigo se escapará!» respondió Felipe.—No, replicaron los exploradores, y le indicaron el medio de retenerlo en sus posiciones molestándole con terribles escaramuzas. Convencido por estas razones, mandó hacer alto á la vanguardia que ya marchaba.

La lluvia que rodea á Creedy estaba cubierta de soldados bisoños, reclusos en todos los distritos, que llegaban persuadidos de que los ingleses no podían defenderse, y que tola su tarea se reduciría á matar sin resistencia y saquear su campamento. Blandían sus armas con aire de triunfo y llenaban el espacio con los gritos de «¡la muerte, no haya cuartel!» Todos los señores querían mandar y ninguno obedecer, cada uno se prometía para sí solo los honores y utilidades de la victoria que tan segura creían. La primera batalla (asi se llamaba la vanguardia) hizo alto al recibir orden al efecto. El conde de Alençon, hermano del rey, que mandaba la segunda, quiso aprovecharse de la inmovilidad de la retaguardia para colocarse á la cabeza y alcanzar la gloria del primer ataque; con esta mira mandó avanzar á sus batallones. Un cuerpo de genoveses que abría su frente, ora por temor, ora por cansancio, se negó á marchar. «¡Atad esa canalla que os obstruye el camino!» gritó colérico el conde de Alençon, y su caballería se arrojó entonces sobre estos infantes, los maltrató. Los genoveses atropellados tan brutalmente, se asturaron á las patas de los caballos, derribarón á los ginetes y los degollaron con los cuchillos que llevaban pendientes de la cintura.

En tal desorden, los franceses empujándose unos á otros, llegaron sin poder deteners: hasta donde se hallaba el principe de Gales, joven de quince años que acababa de ser armado caballero. Solo en su derredor hubo verdadero combate, y como se encontrase en grave peligro, los señores que le rodeaban enviaron á decir al rey su padre que volase en su auxilio. «¿Está en tierra ó herido?»—No:—volvéd pues, y dejad al niño que gana sus espuelas. Nadie me requiera mientras esté vivo, sean cuales fueren los lances que le acontezcan. Quiero que la jornada sea suya, que le pertenezca toda la gloria de ella, como tambien á aquellos á quienes le he confiado.»

El rey de Francia, en lugar de mantenerse firme en la tercera batalla ó retaguardia, para recoger al menos á los fugitivos y asegurarse la retirada, se dejó arrastrar por su ardor y se arrojó en lo mas recio de la refriega; su caballo cayó muerto, y el conde de Hainaut levantó á Felipe, el cual, aunque herido en la garganta y en un muslo, no quería retirarse del combate. El conde tomó entonces la brida de su caballo y le sacó á su pesar del campo de batalla. Solo había á su derredor cinco caballeros, y unidos todos llegaron á media noche á Brose, castillo situado cerca de Abbville. «¿Cuán vivez? gritó el centinela.»—«Abrió, respondió el rey, es la fortuna de la Francia.» Descansó allí algunos instantes y marchó á Amiens, no creyéndose seguro sino cuando hubo llegado. Al día siguiente reinó una densa neblia; los contingentes de diferentes distritos que iban á incorporarse al ejército francés, ignorando el terrible descalabro del día anterior, tropezaron con los batallones ingleses y fueron pasados á cuchillo. Un escritor contemporáneo dice que perecieron en la batalla y en la fatal sorpresa del día siguiente treinta mil franceses, entre los que se contaban mil doscientos diez y seis, así señores como caballeros, y once principes. A este número pertenecieron el conde de Alençon, principal autor de tamaño desastre, el conde de Flandes, el duque de Lorena, y Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, unido á Felipe por una doble alianza: Carlos, su hijo, que fué emperador andando el tiempo, habia casado con la hermana del rey de Francia, y Bona su hija, con Juan duque de Normandia, hijo del mismo principe. El rey de Bohemia era ciego, y quiso á pesar de este achaque ser colocado entre los combatientes; cinco caballeros cedieron á sus imperiosas instancias, y ataron las bridas de sus caballos á las del suyo y le llevaron á lo mas reñido del encuentro donde peleaba su hijo; allí repartía tajos y mandobles, como suele decirse, á diestro y siniestro.

Al día siguiente se le encontró cadáver en el campo de batalla con sus caballeros, y á sus caballos todavía atados unos á otros por las bridas. «Quiero, habia dicho á sus caballeros, tirar otra estocada; no se diga que he venido aqui para no hacer cosa de provecho. ¿Me negareis el obsequio de acompañarme? ¿Qué idea se habrían formado del valor del viejo pertinaz sus neciamente dóciles caballeros? El rey de Inglaterra concedió tres días para reconocer y enterrar los cadáveres, y asistió vestido de rigoroso luto en compañía de su hijo á las poeposas exequias que mandó hacer por las víctimas. Muchas de estas eran parientes suyos. Dicese que las trincheras de los ingleses estaban defendidas por cañones, y que los disparos de estas nuevas máquinas contribuyeron mucho á la cruel derrota de los franceses.

Después de tan brillante victoria, Eduardo no intentó penetrar en Francia. Adifencos dos razones para explicar esta conducta; la primera es que, ignorando los triunfos de Felipe de Hainaut su esposa, que hacia la guerra en Escocia, no quiso arriesgarse á ver perecer un Francia, á consecuencia de sus mismas victorias, un ejército que podia en breve serle muy necesario en su propia isla; la segunda razon es, que el duque Juan acudia desde Guena al socorro de su padre; y que los restos del ejército de Creedy unidos al victorioso que mandaba el hijo de Felipe, podían envolverle en los mismos peligros de que acababa de salir con tanta felicidad. En las circunstancias que le rodeaban creyo más prudente procurarse una entrada libre en Francia, que lanzarse á nuevas conquistas. La posesion de Calais era muy á propósito para llenar sus miras, porque situada en uno de los trayectos más cortos que median entre Francia é Inglaterra, esta ciudad habia causado repetidas veces serias inquietudes á los ingleses por la facilidad que ofrecia para su pronto paso. El vencedor llevó pues sus tropas á la vista de Calais; pero como estaba defendida por un valiente caballero llamado Juan de Viena, cuyas órdenes obedecía un brillante guarnicion, Eduardo, despues de haber intentado inútilmente la rendicion al gobernador, prefirió á los ataques que le costarian mucha gente, tal vez sin el menor éxito, apoderarse de la ciudad por hambre. Pero esta hoguea podia prolongarse demasiado; para cerrar pues la entrada á todos los auxilios, hizo circunvalar el lado por donde estos hubieran podido entrar, con otra ciudad de madera, cubierta de balago, para alojar sus tropas durante el invierno.

Valois despues de su derrota proyectó otra accion con los restos formidables aun de un ejército tan numeroso; pero cuando lo propuso á sus tropas, solo halló en ellas frialdad y desaliento: vióse por consiguiente precisado, como el persicaz Eduardo lo habia previsto, á hacer volver de la Guena á su hijo Juan, que guerreaba con ventajas en esta provincia. No bien partió este principe, cuando los ingleses reconquistaron todas las ciudades y castillos de que él se habia apoderado. Una compensacion igualmente alternativa de triunfos y reverses tenia lugar en la Bretaña, donde los dos partidos triunfaban sucesivamente: el de la condesa de Montfort, la heroína de Hainembom, despues de haber obtenido algunas ventajas, sorprendió un punto interesante llamado la Roche-de-Rien. Carlos de Blois corrió á tomarlo de nuevo, lo que ocasiono un combate sangriento en que Carlos fué herido, hecho prisionero y llevado á Inglaterra. Empero la plaza cayó en poder de Juana la Coja su esposa, que á imitacion de su émulá Juana la Flamenca, tampoco rehuyó los combates. De esta manera, por efecto de la muerte de Montfort y la prision del conde de Blois, todo el pie de la guerra fué sobrelevado gloriosamente por dos mujeres, mientras que otra, Felipe de Hainaut, reina de Inglaterra, representando un papel más brillante todavia que las otras dos, condujo á los pies de su esposo á David Bruce, rey de Escocia, hecho prisionero en una batalla ganada por ella.

Esta reina acababa de llegar al campamento, cuando los habitantes de Calais acosados de un hambre horrosa, pidieron capitulacion. Habia motivo para esperar un tratamiento humano, porque Eduardo al establecer el sitio, habia permitido saliesen todas las personas inútiles, mujeres, niños y ancianos en número de mil setecientos, y hasta habia mandado se les diese dinero para dirigirse adonde mejor les pareciese; pero la obstinacion de los sitiados habia mudado su caracter. Hacía poco tiempo que habia negado este mismo favor á milientos desgraciados que lo pidieron, y á quienes los sitiados y sitiadores dejaron igualmente perecer de hambre y miseria entre el campamento y la ciudad. Eduardo en aquellos momentos se negaba á toda proposicion. El gobernador veía con gusto esta negativa, porque esperaba reforzarse de un día á otro. En efecto, Felipe habia reunido un ejército que, segun se dice, ascendia á sesenta mil hombres, con los cuales llegó hasta los atrinchamientos de los ingleses, é hizo reconocer estos, que se juzgaron inexpugnables. Segun la costumbre de la época, envió á pedir la batalla al rey de Inglaterra. A esto respondió Eduardo: «Yo estoy aqui para tomar á Calais; si Felipe de Valois quiere combatir, á él pertenece buscar los medios de obligarme á aceptar el combate.» A despecho de la opinion de sus generales, Felipe se obstinaba en aventurar la

batalla, habiendo sido necesarios dos días de reflexiones y ruegos para decidirse á retirarse. Cedió al fin lleno de cólera, y los habitantes de Calais vieron desde sus torres con las convulsiones de la desesperación alejarse y desaparecer los auxilios que durante tanto tiempo habían esparido.

Vivamente instado por aquellos, Juan de Viena subió á las almenas é hizo señas con la mano; Guallero de Manny nombrado por el rey de Inglaterra para confederar, se acerca entonces. Solo pido, dijo el gobernador, que se nos permita marchar á todos como ahora nos encontramos. Juan, respondiendo Manny, nos es conocida una parte de la intención del rey nuestro señor, no es su intención dejarnos marchar de una suerte, sino que os sometáis todos á su bondad, ó para conceder resentido á aquellos que crea oportuno, ó para darles la muerte. Viena contestó que se defendería hasta derramar la última gota de su sangre antes que rendirse á discreción. Manny fué á repetir al rey estas palabras, y le suplicó cediese un poco de sus pretensiones, pero le fué inexorable. «Quizá os equivocáis, le dijo resueltamente Manny, porque doís un mal ejemplo. Aludía en esto al derecho de represalias que la inflexibilidad podía autorizar en otros encuentros. Los señores presentes comprendieron la alusión y unieron sus súplicas á las instancias de Manny. «Pues bien, dijo el monarca; salgan de la ciudad seis vecinos de los mas notables, descalzos, con el cordel al cuello y con las llaves del castillo y la ciudad. De estos dispondré á mi voluntad, y á los restantes daré cuartel; he aquí toda la gracia que puedo dispensaros.»

Los habitantes de Calais esperaban su sentencia en la plaza mayor. Debían escoger seis víctimas entre sus padres, hermanos, parientes y amigos; ¡espantosa merced! A un sombrío silencio de estúpido, sucedieron gritos agudos mezclados de sollozos y gemidos. Eustaquio de San Pedro, uno de los principales vecinos, mandó guardar silencio y dijo: Grande iniquidad sería dejar morir á un pueblo tan heroico por la mano ó por cualquier otro género de muerte; el que consiga salvarle hallará mucha gracia delante de Nuestro Señor, yo espero ser perdonado por Jesucristo, si me puto por salvar este pueblo generoso, y quiero ser el primero de todos. «Esta noble abnegación fué imitada por Juan de Acre su primo. Dos de sus parientes, Santiago y Pedro Wisants, se unieron á ellos, y otros dos cuyos nombres por desgracia no la ha conservado la historia, completaron el número de seis.»

El gobernador los entregó á Manny, rogándole les recomendase á la piedad del rey. Un silencio de terror reinaba en la asamblea, y solo era interrumpido por el murmullo de admiración que causaba la magnanimidad de aquellos desgraciados. Eduardo les dirigió una mirada sinistra: «¡Que venga el verdugo!» clamó. Las instancias de sus generales para salvar aquellas generosas víctimas, y las mismas súplicas de su hijo eran infructuosas, cuando la reina que acababa de ser advertida del caso, se arrojó á los pies de su esposo. Mientras ella pedía gracia, Eduardo se reconcentró en sí mismo, y después de unos instantes de silencio, dijo: «¡Ah, señoras! mucho hubiera deseado que os hallaseis muy lejos de aquí. Me rogaís con tanta humanidad, que no puedo desatender vuestras instancias. Perdonad pues á los seis.» La reina los llevó al punto consigo, les hizo vestir, mandó que se les diese de comer, y los envió con una escolta para su resguardo. Calais debieron de estar fuerte la vida á la abnegación de sus compatriotas, pero perdieron todo lo demás. Eduardo los espulsó de su ciudad y la hizo poblar únicamente por ingleses. Aquellos desgraciados fueron acogidos con muestras de estimación en las ciudades vecinas, y Felipe les hizo personalmente todo el bien que las difíciles circunstancias en que se encontraba le permitieron. Entre otras disposiciones mandó que todos los oficios que quedasen vacantes en sus tierras les fuesen dados esclavamente hasta que todos se hallasen provistos. La guarnición quedó tan solo prisionera de guerra.

Los dos últimos años del reinado de Felipe de Valois fueron los mas desgraciados de su vida. A instancias del Papa y después de muchas treguas cortas con Inglaterra, obtuvo una más larga que se dilató hasta 1555, y que le dejó respirar, aunque abandonando á su subdito todos los honores y las ventajas de la victoria. Calais quedó en poder de los ingleses con un estenso territorio, cuyas cortaduras y fortificaciones naturales hacían la ciudad casi inaccesible, y muy propia por su puerto para el destino que Eduardo se había propuesto darle; esto es, el de proporcionarse por este punto una entrada fácil en Francia siempre que la creyese oportuno.

La ignominia de la derrota de Crécy, el abatimiento de la nación que parecia llevar impresa en su frente el sello de la humillación de su monarca, y el peso de los impuestos, tanto mas abrumadores y odiosos cuanto que solo habían servido para producir catástrofes sin cuento, fomentar las intrigas cortesanas y las discordias civiles, daban á Felipe un semblante receloso, efecto necesario de las muchas inquietudes que le devoraban. A la sazón la Francia espionaba todavía los desastres de la peste horrosa que recorrió el universo á mediados del siglo XIV. Solo en la ciudad de Pa-

ris, muy reducida todavía, refieren los historiadores contemporáneos que se enterraron diariamente durante muchos suanas quinientos cadáveres. Los campos estaban despopulados; de la miseria de los cultivadores nació el hambre. Acensose, como de costumbre, á los judíos de esta espantosa mortandad, pues se decía habían envenenado las frutas para que perecieran los cristianos. No fué preciso mas, para que aquellos fuesen asesinados en muchos lugares.

Debe advertirse que tan destructores azotes no impedían el fausto, el lujo, la pasión desenfrenada del juego, y todas las costumbres depravadas que acerca el libertinage favorecido por un gobierno débil y cadavérico. A estos desórdenes puede agregarse la secta de los *Flagelantes*, compuesta de turbas de hombres y mujeres que se disciplinaban y azotaban públicamente en expiación de sus pecados. Estos fanáticos recorrian desnudos hasta la cintura las ciudades y los campos, acompañando los latigazos con que se rasgaban las carnes con los cánticos que entonaban. El desenfreno cundió fácilmente entre unas gentes, cuya desmezde vivaba las pasiones mas de lo que las amortiguaba el dolor. Este esta especie de penitencia se relacionaba con la religión, el rey no quiso proscribir la sin haber consultado la facultad de teología, con cuyo dictamen prohibió bajo penas severas aquellas prácticas supersticiosas que se renovaron después algunas veces.

Poco faltó para que el rey de Inglaterra perdiese su conquista algunos meses después de haberla conseguido: habia nombrado gobernador de Calais á un italiano llamado Aimery de Parva, que se dejó sobornar por Godofredo de Charni, gobernador por el rey en Saint-Omer. En cierto día y á una señal convenida y por una cantidad estipulada, Aimery debía recibir en la plaza un destacamento de franceses. Eduardo descubrió el plan y prometió el perdón al italiano bajo la condición de que merced á una doble traición, atrajese á Godofredo al lazo que se le tendía. Con esta certidumbre el monarca partió en secreto acompañado de su hijo el príncipe de Gales y de tropas escogidas, y desembarcó en Calais con la misma precaución. Godofredo, á la hora señalada, envió la suma pactada por medio de cien guerreros. El villano gobernador los recibió en el castillo como para entregárselo y quedaron prisioneros en él. Al punto cargó Eduardo sobre Charni que se adelantaba con el resto de sus fuerzas, pero aunque sorprendido, se defendió con denuedo. El rey, combatiendo como un simple caballero bajo la bandera de Maimy su general, se dirigió durante la refriega á un caballero francés llamado Eustaquio de Ribamont y le desafió. Este, que ignoraba por qué era provocado, hirió sin consideración alguna. El combate se verificó á pie firme, y dos veces el monarca cayó al suelo, y hubiera perecido si no hubiese protegido poderosamente la bondad de sus armas. Este hecho se prolongó mucho tiempo, y entretanto los franceses fueron derrotados y dispersos. Ribamont, viéndose solo, retrocedió algunos pasos, presentó su espada á su adversario, y se entregó prisionero al rey, á quien conoció entonces. Después de haber batallado como un aventurero, Eduardo representó el papel de monarca y de esforzado caballero. Admitió á los prisioneros á su mesa, conversó familiarmente con ellos, dirigió á Charni una ligera reconvencción que participaba mas de sarcasmo que de una reprensión, y ensalzó el valor de todos los demás. El noble príncipe de Gales le sirvió el primer plato. Al segundo, los convidados franceses se retiraron por prudencia, y fueron á acabar el convite á otra mesa en la misma sala. Felipe desaprobó la conducta del gobernador de Saint-Omer, y aquella tentativa que pudo renovar la guerra no tuvo ulteriores resultados.

La reina Juana de Borgoña, recomendable por todas las virtudes civiles y cristianas, murió de la peste que la sorprendió en ejercicios de piedad en beneficio de los pobres acometidos del contagio. La duquesa de Normandía su nuera, le sobrevivió poco. Felipe quiso volver á casar á su hijo y le destinó á Blanca de Navarra, princesa de diez y ocho años y de cumplida belleza, pero al verla se apasionó el mismo Felipe de ella y la hizo su esposa, siendo él de edad de cincuenta y seis años. En consecuencia casó á su hijo Juan con Juana, condesa de Borgoña, joven viuda, madre de Felipe de Rouvres, último duque de la primera rama de Borgoña, y á Juana de Borbon con su nieto Carlos, que era el Duflin.

Felipe de Valois murió de enfermedad el primer año de su matrimonio á la edad de cincuenta y siete, dejando encinta á su esposa Blanca. Dejando á espirar, llamó cerca de sí á cuatro granjeros, y les repitió las razones que habían determinado en su tiempo los votos en su favor. Mandó á sus dos hijos Juan y Felipe, duque de Orleans, que nada concediese bajo ningún concepto al rey de Inglaterra, que parecia dispuesto como siempre á sostener sus pretensiones. Valois habia ambicionado la corona, y ciertamente sufrió todas sus espinas; pero al morir le quedó la esperanza de que su trono se robustecería bajo el cetro de un sucesor de cuarenta años de edad, célebre por sus proezas y que tenia además un hijo ya en la edad viril, y cuya prudencia, virtud no obstante apreciada entonces que la fogueidad del valor, fué no obstante mas útil al reino.

Los historiadores no están conformes en lo relativo al carácter

de Felipe de Valois. A juzgar de él por el castigo de los émulos del conde de Artois; por su severidad respecto del mismo conde; por el castigo de los flamencos partidario de Inglaterra, y la manzanza de las señores bretones adictos al conde de Montfort, es preciso inclinarse á creer que fué duro, inflexible, vengativo é inexorable. No obstante algunos rasgos hacen creer que no carecía de la virtud de la indulgencia; pero no tenía ni la dulzura ni la afabilidad de los reyes sus predecesores. Las adquisiciones con que ensanchó el territorio francés honran su política; luchó con fuerzas bastante iguales con su competidor en el arte de hacer treguas y tratados de paz cuando necesitaban de ellos, y de romperlos cuando les eran inútiles. No se le debe imputar la pérdida de la batalla de Crecy, porque fué efecto de una baladronada caballeresca preferida en aquella época á la disciplina; pero si hubiera tenido los talentos propios de un general hubiera sabido combinar una oportuna retirada. No era entonces un desdoro de la dignidad real ir á visitar los hospitales, ir dar con su propia mano la limosna á los pobres. Felipe tenía estos actos de beneficencia á los ejercicios propios de la religión, y si no manifestó por medio de brillantes fundaciones su amor á las Ciencias, honró con su aprecio y protección á los que las profesaban. Habiendo sido mal educado, quiso que sus hijos no se vieran privados de la enseñanza que le había faltado, y les eligió sabios maestros. Este principio dió pruebas de elocuencia en muchas asambleas, y si al parecer fué muy aficionado á la representación, esto consistió tal vez en que la juzgó necesaria en un cambio de dinastía, que exige una demostración de dignidad para atraer el respeto y la adhesión de los pueblos.

Mezeray termina el cuadro de este reinado con los siguientes rasgos: «Las desgracias de la naci6n no le corrigieron; el fausto, el juego y los torneos no tenían fin. Los franceses ballaban por decirlo así, sobre los cadáveres de sus parientes; parecía serles muy agrahable el incendio de sus castillos y casas y la muerte de sus amigos. Mientras unos eran bárbaramente degollados en los campos, otros jugaban en las ciudades. Los ecos alegres de las orquestas eran interrumpidos tan solo por los de las trompetas, y escuchábanse al mismo tiempo las voces de los que cantaban en los saos y los gemidos lastimeros de los que caían entre las llamas ó al filo de la cuchilla mortífera.»

## JUAN II, LLAMADO EL BUENO.

*De edad de 40 años.*

Juan se llama el *primero* si no se cuenta en el número de los reyes de Francia á Juan, hijo póstumo de Luis Hutin, que solo vivió ocho días, y se llama Juan II si se cuenta este tierno príncipe; pero como después de él ninguno de nuestros reyes ha llevado este nombre, no le daremos un título numérico sino el de *Bueno*, que le fué aplicado por cierto fondo de bondad, notable especialmente en sus adversidades.

Un príncipe que empuñaba el cetro á los cuarenta años con una reputación merecida de pericia en el arte de la guerra y de esperiencia en los consejos, ofreció grandes esperanzas á sus vasallos; por desgracia fueron burladas, y el reinado de Juan es uno de los mas calamitosos que menciona la historia.

La tregua entre los franceses y los ingleses no suspendía las hostilidades en la Bretaña. Ambas naciones, bajo el título de auxiliares, continuaban desplegando todos los torres de su mutuo enojo en combates sangrientos. Tal fué el que se ha denominado *Combate de los Treinta*, porque este era el número de los combatientes por una y otra parte. En el momento de la accion y en el campo de batalla, el gefe inglés Bembo pidió, alegando cualquier pretexto, que la pelea se aplazase para otro día. Beaumanoir, gefe de los bretones, contestó: «No regresaremos sin medir nuestras fuerzas y sin saber quién tiene mas hermosa amiga.» Este era el lenguaje de la caballería; pero se combatió á pic, costumbre que empezaba á introducirse, como se ha visto en la contrasorpesa de Calais. En lo mas recio de la refriega, Beaumanoir, herido y acasado por la sed, pidió le llevasen de beber. «Bebe tu sangre, le gritó uno de sus camaradas, y se apacuará tu sed.» Casi todos los ingleses quedaron tendidos en el campo de batalla, y los que no, fueron degollados ó muertos por los vencedores.

Advirtiéndose por lo regular en las guerras de aquella época, aun entre los caballeros, una ferocidad muy distante de la cortesanía de sus antecesores. Entonces había un convenio entre los enemigos mas encarnizados de perdonar á las mujeres, los niños, los ancianos y todas las personas indencensas; pero en la rivalidad de Felipe de Valois y Eduardo III, parece que los vasallos se penetraron del rencor de sus príncipes. Nada hubo sagrado para ellos, ni conocieron ya la piedad ni consideraciones de ningún género en las ejecuciones militares, lo que convirtió á la Francia en un campo de muerte y una funesta hoguera.

El lector recordará que Felipe de Valois deshonró el fin de su

reinado con el suplicio de muchos señores bretones sin trámite alguno de justicia; Juan inauguró el suyo con una ejecucion igualmente vituperable en su forma. El conde de Eu, Raulo de Nesle, condestable de Francia y al mismo tiempo conde de Guines, que mandaba en Caen cuando el rey de Inglaterra se apoderó de esta ciudad en 1466, había aparecido como sospechoso de traicion á favor del inglés, quien no obstante le llevó prisionero; pero el modo con que fué tratado en Londres agravo las prevenciones que contra él pesaban, pues vivía allí con plena libertad, era admitido en la corte y tratado mas bien como favorito que como prisionero. El permiso de ir á Francia nunca le habia sido denegado, é iba á ella con frecuencia durante el reinado de Felipe de Valois, tanto para recoger, segun decia, el dinero preciso para su rescato, cuanto para arreglar sus demas negocios. Al primer viaje que verificó en el reinado de Juan fué preso, y en cinco dias interrogado, conlucado y decapitado delante de su palacio de Nesle, sin que el público tuviese noticia de ninguno de los requisitos legales usados en casos de esta naturaleza. Todo quedó reducido á divulgar que iba á Francia en calidad de emisario del rey de Inglaterra para tramitar intrigas contra la tranquilidad del reino, y que habia confesado sus crímenes. Sin dula con el desigmo de dar un colorido de verdad á la acusacion, los duques de Borgoña y Armañac, de Montfort, de Atenes y otros muchos señores asistieron á la ejecucion. Lo que parece probable, aunque no está probado, es que el de Nesle estaba en tratos con Eduardo para cederle como precio de su rescate su condado de Guines, que habria aumentado extraordinariamente las posesiones de Eduardo cerca de Calais, con gran perjuicio de la Francia. El rey confirió el cargo de condestable á Carlos de España, uno de los La-Cerdas refugiados en Francia y nieto de aquel Fernando La Cerda vno de San Luis, cuyos hijos reclamaron en vano la corona de Castilla. Dió tambien el condado de Eu á Juan Sin Tierra, hijo del famoso Roberto de Artois, é incorporó á la corona el condado de Guines; pero no lo conservó mucho tiempo. Dos años después el italiano Aincry, el mismo que habia vendido la ciudad de Calais á Charni, y que la habia retenido por una doble traicion, se apoderó de Guines por sorpresa, y llevó sus miras hasta Saint-Oner, donde mandaba Charni, libre ya de su prision en Inglaterra. El italiano fué cogido en su propios lazos, y Charni, tan generosamente perdonado en Calais, hizo arrastrar por cuatro caballos á su antiguo cómplice de traicion. Juan envió á pedir una esplicacion á Eduardo por la sorpresa de Guines durante la tregua, á lo que el monarca inglés contestó sarcásticamente, que las sorpresas de plazas no estaban prohibidas por los tratados, y que harto probaba esto la sorpresa de Calais, con la única diferencia de que la una habia tenido buen éxito y la otra no. Greiase ademas Eduardo suficientemente autorizado para retener el condado de Guines como indemnizacion del rescate del condestable, de que el rey le habia privado dando á este la muerte.

En tal estado, no es de extrañar que el rey de Inglaterra no se trasladase á Reims para la consagracion de Juan, á la cual debia asistir como par de Francia por su ducado de Guena. Aquella ceremonia fué magnífica, y el regreso á Paris acompañado de festejos públicos que duraron ocho dias. El nuevo rey reunió un parlamento y armó á sus dos hijos caballeros. Creó en seguida en el castillo de Saint-Omer, cerca de Paris, la caballería de *Nuestra Señora de la Casa noble*, que se denominó la *Orden de la Estrella*, porque la señal honorífica era una estrella dorada que se llevaba en el broche de la capa. La primera promocion fué de quinientos caballeros. Esta Orden sucedió, aunque no inmediatamente, á la de la *Gineta* que Carlos Martel habia fundado á mediados del siglo VIII, y habia sido abolida por falta de uso durante las guerras civiles de las dos primeras razas. La multitud de caballeros y el abinco en adornarse con la Estrella, contribuyeron á que esta Orden dejase de ser una distincion honrosa, y fué abandonada á los caballeros de la ronda de Paris. De esta suerte la Gineta concluyó porque fué despreciada, y la Estrella se desvirtuó porque la obtuvieron demasiadas personas.

Roberto de Artois, hombre de talento, denodado, elocuente, amigo y consejero de Felipe de Valois, con cuya hermana se habia casado, después de muchos importantes servicios dispensados al monarca, se hizo como mehos visto, su mas irreconciliable enemigo, y fué una de las principales causas de los desastres de la Francia. Del mismo modo Carlos de Evreux, hijo de Felipe de Evreux, primo hermano del último rey y de Juana de Francia, hija de Luis Hutin, que subió al trono de Navarra á los diez y ocho años, cuando acaeció la muerte de su madre, dotado de talentos que hubieran podido ser útiles al reino, se hizo su terrible azote. Mezeray dibuja en tres líneas su caracter: «Tenia, dice, todas las buenas cualidades que un alma perversa hace precisas: el ingenio, la elocuencia, la astucia, el atrevimiento y la liberalidad.» Era ademas taimado, pérfido, cruel y vengativo, lo que le ha merecido el sobrenombre de *Malo* con que es conocido en la historia. El rey le dió en matrimonio á Juana, su hija mayor, y le colmó de muestras de afec-

to y de presentes, pero no bastantes para saciar su codicia y ambición y para aplacar su envidia á Carlos España de La Cerda, á quien creía superior á él en el favor de su suegro, y le envidiaba el empleo de condestable, despojo del desgraciado Raulo de Nesle. «En efecto, dice Villeni, historiador contemporáneo, el rey profesaba á aquel señor un afecto tan entrañable, que prefería sus consejos á todos los de los demás.»

Empero otra causa fomentaba ademas la antipatía del condestable y del rey de Navarra. Cuando Felipe de Valois devolvió á la madre de este la herencia de Juana de Navarra su abuela, retuvo el condado de Champaña, como feudo masculino devuelto á la corona; y ya sea á título de indemnización, ya un acto de mera benevolencia, cedió á esta princesa diferentes dominios en la Normandía y el condado de Angulema. La princesa de quien hablabamos, habia hecho al espirar un cambio de este condado con Felipe, mediante las tierras de Pontoise, de Asniere y de Beaumont del Oise. Pero el tratado no habia reeidoado aun su ejecución, cuando Juan al subir al trono, sin gran prisa en entregar el equivalente, se puso provisionalmente en posesion del condado y le dió en dote á su favorito, á quien hizo casar con Margarita de Blois, dama de la Agula y su sobrina en segundo grado.

Los dos Carlos de Navarra y de España se hallaban casi en una misma edad, é igualmente adornados con los dotes del alma y del cuerpo, eran tambien rivales en punto á favor y pretensiones. Mediaron entre ellos altercados bastante acaecidos, en los que no se valieron de palabras templadas, y que al fin degeneraron en una declaracion de reñor. El español, que conocia sin duda todo lo que el navarro era capaz de emprender, tomó contra su aminorasid precauciones que se hicieron sentir en Paris. El navarro no logró realizar su designio de hacer asesinar á su enemigo, y por cierto que no ocultaba este vil propósito. Uno de sus partidarios, á quien se habia espontaneamente, le preguntó: «¿Le habéis desafiado?» Este era en aquellos tiempos el modo de terminar una diferencia entre los valientes. A esta pregunta respondió bruscamente: «Ya está desafiado;» y en efecto, no se detuvo en esta formalidad, sino que sabiendo que el español iba á la Agula sin escolta á ver á su esposa, le hizo acometer bruscamente, y nos foragados apostados en el camino le asearon en su lecho, con circunstancias bárbaras que le arañaron las narinas cuando oyó la relacion de ellas.

Este era su primer crimen; pero tranquilizado en breve, hizo parecer ante su presencia á sus cómplices, los elogió, les dió palabras, les prometió su apoyo, y que nunca aceptaría cartas de dote sin no eran incluidos en ellas. Llevó ademas su audacia hasta punto de escribir á muchas ciudades del reino y á la mayor parte de los señores y príncipes, para justificar su conducta, sosteniendo que no habia hecho sino prevenir los malos proyectos del condestable, y que se habia visto obligado á obrar así por su seguridad. El duque de Lancaster, que se hallaba á la sazón en Flandes, al recibir la noticia de este suceso, ofreció desde luego al asesino el auxilio del rey de Inglaterra si el de Francia le perseguía. Medió ademas un tratado, en el cual se estipulaba el número de ingleses que debían ser recibidos en las fortalezas de la Normandía pertenecientes al navarro, que se puso á fortificarlas.

Cuando el rey tuvo conocimiento del asesinato perpetrado en la persona del primer funcionario de la corona, su aliado y favorito, se abandonó á un dolor tan exagerado, que dejó pasar cuatro días sin querer hablar á nadie. Muchos cortesanos, con especialidad á aquellos que aspiraban al favor, no experimentaron tan vehemente alicion. Despues de las primeras demostaciones de tristeza, se empezó á inculpar al que habia sido muerto, y se decía que se habia atraído su desgracia por su orgullo é insolentes provocaciones. El rey de Navarra, al saber esta disposición de los ánimos, estimuló á sus parientes y amigos, que rodearon al rey, le acosaron y le importunaron con mil súplicas. En este número se contaban tres princesas: Juana de Breux, tia del asesino y de Carlos el Hermoso, Blanca de Evreux, su hermana, viuda de Felipe de Valois, y Juana de Francia, su esposa, hija del rey. El mismo Papa envió á un cardenal para que intercediese por un príncipe tan jóven y que prometía corregirse. Al mismo tiempo, un negociador que el navarro hizo marchar á la corte, agregó á todas estas instancias algunas consideraciones políticas. Hizo pues ver al monarca el peligro de reducir á la desesperacion un príncipe que poseía en Normandía, y especialmente en las costas, ciudades y fortalezas en que podía recibir á los ingleses. El negocio del conde de Artois no estaba tan lejano que no se debiese recordarlo. Tantas súplicas y razones empleadas á la par, determinaron al monarca á conceder el perdon que, atendidas las circunstancias del momento, no podía negar, y nombró al cardenal de Bolonia y al duque de Borbon para arreglar las condiciones con el criminal. Estas fueron de tal naturaleza, que se las juzgó suficientes para salvar en apariencia la ignominia de un perdon forzoso.

Seguro de obtenerlo, Carlos se dirigió á Paris y se presentó al rey, que presidia el tribunal. No solo se confesó autor del

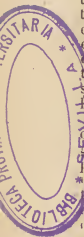
asesinato del condestable, sino que dijo habia tenido buenas razones para mandarlo. Despues de esta insulsa diseniela, «el nuevo condestable Santiago de Borbon, puso la mano al rey de Navarra por mandato del rey,» es decir, que lo detuvo y condujo á una habitacion inmediata. Las princesas se arrojaron entonces á los pies del monarca implorando su clemencia. Despues de alguna resistencia fugida, esto mandó que se hiciese entrar al rey; ambas reinas fueron á buscarle, y se presentó conducido por ellas. No se lea que hiciese el menor acto de humillacion ni una mera súplica, y únicamente se vió obligado á escuchar una perorata del cardenal de Bolonia, que desempeñaba las funciones de cauciller, que apenas hizo mención del asesinato, y le escribió á que se condujera mejor en lo sucesivo. Primera impunidad concedida al rey de Navarra, que le envalentonó para cometer otros crímenes, porque no bien obtuvo el perdon de este se hizo culpable de otro.

Al recibir la noticia de que los ingleses habian alanzado algunos triunfos en la Bretaña, se puso á agitar todas las provincias, sin que se supiese á punto lijo cual era su objeto. De Normandía iba á Bearne, de aquí á Navarra, y luego regresaba á Normandía. Causó con esta conducta tales iniquidades, que el rey mandó opear sus feudos de esta provincia, y poco faltó para que se empezasen las hostilidades. Al parecer, el momento no era todavía favorable al rey de Navarra para realizar sus planes, pues se negoció, imploró perdon, recuperó el favor y volvió á la corte.

Aprovechóse de este favor para combinar una empresa cuyo éxito bastaba para trastornar el reino. Carlos, hijo mayor del rey, solo tenia diez y seis ó diez y siete años. A consecuencia de algunos disgustos ó negativas que experimentó, fué fácil á su cuñado, el mas astuto de los hombres, exasperarlo y arrojárselo á cometer graves imprudencias. Aconsejóle que se retirase cerca del emperador Carlos IV su tio, y le ofreció cien hombres armados para que le condujesen á este asilo. La escolta estaba pronta y esperaba al jóven príncipe en Saint-Cloud. Al mismo tiempo, una tropa situada en el camino de la abadía de Gran Pré en la Normandía, esperaba al rey que debia trasladarse á ella para tener en las fuentes bautismales á un hijo del conde de En. Prestímese, mas bien que se sab: de positivo, lo que podía suceder cuando el navarro hubiese tenido en sus manos á los dos primeros personajes del Estado. El proyecto fué descubierta y por consiguiente fracasó. El rey se contentó con hacer ver á su hijo todo el exceso de su imprudencia al entregarse ligeramente al mayor enemigo del Estado; y para quitarle toda ocasion de disgusto, le dió el ducado de Normandía, y le permitió retirarse y fijar su residencia en Rouen. Existen todavía cartas de perdon en las que se expresa la intencion del Delfin de salir del reino y de trasladarse cerca del emperador. El rey dice en ellas: «que tiene á su mencionado hijo y á cada uno de los que debian acompañarle, por escasos solamente de todo lo que se le ha referido contra ellos.» Preténdese que el Delfin quiso ser nombrado en estas cartas; pero el navarro creyó que bastaba para su seguridad no ser nominalmente inculcado, y Juan creyó no debia exasperar á su yerno en las difíciles circunstancias en que el mismo se hallaba.

No obstante la tregua con Inglaterra estaba próxima á espirar, y no era dudoso que Eduardo meditaba alguna empresa importante para cuando llegase este caso. Para poner en relacion la defensa con el ataque, era preciso reunir dinero, y con este objeto el rey Juan convocó los Estados del reino. Los historiadores dicen que estos son los primeros que deben llamarse los *Estados generales*, porque son los primeros en que aparecen mencionados los *tres brazos*. Los mismos historiadores advierten que el poder reconocido en el *tercer Estado* por los otros dos, esto es, el clero y la nobleza, únicas clases consultadas hasta entonces en los negocios públicos, procede de que siendo hacia mas de un siglo el principal objeto de estas asambleas, procurar los fondos indispensables para el sostenimiento de la guerra, era indispensable, para asegurar el cobro de los impuestos, obtener el beneplácito del tercer Estado que sobrellevaba el mayor peso de ellos. Finalmente, como estos estados reunidos en Paris fueron los que sacaron al pueblo de la completa abyeccion á que estaba condenado, conviene dar á conocer, por los reglamentos que de ellos emanaron, el sistema de economia política que presidió á sus acuerdos.

Los Estados decidieron que se opusiese á los enemigos un ejército de treinta mil hombres, á los que debian reunirse los comuneros del reino, todos compuestos de infantería que sería mas numerosa que la caballería. Para los fondos necesarios al levantamiento y sosten de estas tropas, evaluados en cincuenta mil libras diarias, se estableció una gabela sobre la sal y un impuesto general sobre comestibles y demas objetos que se vendiesen, excepto los fondos de herencias. Estas es el origen del impuesto indirecto. Nadie, ni rey, ni reina, ni infantes de Francia, ni príncipe de la sangre sería exceptuado de él. Los Estados se reservaron la eleccion de los que serian comisionados para el percibo de este impuesto. El rey, á pesar de las reclamaciones interesadas de los cortesanos y ministros, aprobó esta reserva de los Estados relativa á la eleccion de los empleados





para la recaudación del impuesto, é hizo justicia á las reflexiones que le fueron presentadas acerca de muchas partes de la administración. No deben pasar desapercibidas las precauciones severas tomadas respecto de los perceptores y del empleo del impuesto. Estas sumas debían consignarse exclusivamente á los gastos de la guerra, y ni el rey ni sus agentes podían recurrir á ellas. El monarca quedaba obligado á no invertirlos en otros usos, y en el caso que manifestase lo contrario, lo encargados de la recaudación quedaban obligados también, bajo la fé de su juramento, á desobedecer y resistir á todas las violencias, y los procedimientos concernientes á este objeto debían ser de la incumbencia del Parlamento, con esclusión del rey, que solo ejercería su inspección en lo tocante á la exactitud de las cuentas. Si el impuesto no alcanzaba á cubrir los gastos del ejército, volverían á reunirse los Estados al espirar el año para votar nuevos subsidios.

Al aceptar el impuesto, el rey había previsto que no bastaría para sufragar los gastos. Los Estados que se reunieron á principios del año siguiente, lo reconocieron y cubrieron el déficit mediante un censo general, á cuyo pago fueron obligados los príncipes de la sangre, el clero y la nobleza.

Estableciéronse entonces tropas asalariadas, lo cual fué una gran ventaja para el rey, por poder contar con un ejército dependiente de su voluntad en lugar de los antiguos efímeros ó provisionales, cuya permanencia y subordinación no tenían otra regla que la buena voluntad, harto incierta muchas veces, de los señores que los suministraban. Pero no faltaba aun el elemento de un ejército interior, cuyas intrigas podían causar inquietudes muy alarmantes mientras combatía al extranjero. Aquel Carlos, rey de Navarra, no había renunciado á sus reprobadas artes á pesar de sus promesas, y ocupábase en ellas en Normandía, donde había fijado su residencia, cerca del Delfín, duque de Normandía. Ignorase qué nuevas empresas proyectaba; pero lo cierto es que tenía una suntuosa corte en Evreux, que atraía á ella á los señores sonriendo y se captaba su voluntad por medio de un afectuoso tratamiento. Los audaces, que profesaban un odio detestable al rey y á su gobierno, eran los favorecidos con su íntima confianza. La facilidad con que ya se había insinuado en el ánimo de su joven cuñado le hacía esperar el mismo buen éxito cuando lo necesitase. Las dos cortes vecinas se daban mutuamente fiestas; no puede dudarse que el rey autorizó esta reciprocidad, y aun que escribió á ella á su hijo buscando un medio de burlar la perfidia de su terno.

En una de estas fiestas dadas en Rouen por el Delfín, en el momento de la mayor alegría del festín, abrióse de repente la puerta; el rey, que había sido introducido secretamente en el castillo, se presentó acompañado de su segundo hijo, de su hermano, de los principales señores de su corte y de fuerza armada y exclamó: «Nuestros señores, bajo el pretexto de muerte, y se dirigió al rey de Navarra á quien asió con su propia mano. El conde de Harcourt y otros tres señores sus principales confidentes, fueron presos en el acto y cargados de cadenas. El rey se sentó tranquilamente á la mesa y después de comer montó á caballo. Los presos, excepto el rey de Navarra, fueron colocados en un carro. El monarca les escoltó personalmente al través de la ciudad con toda su comitiva, y saliendo fuera de sus murallas los hizo decapitar á su presencia. El varrro fué trasladado á un castillo de la Picardía.

El año anterior, no bien hubo espirado la tregua, Eduardo, rey de Inglaterra, desembarcó en Calais al frente de un ejército, mientras que su hijo, el príncipe de Gales, apuntaba en Burdeos. Había talado el Bolonesado y el Artois y avanzado hasta las fronteras de la Picardía; pero no se internó mas porque los triunfos de los escoceses con quienes estaba en guerra le llamaron á su isla. Este año envió en su reemplazo al duque de Lancaster, príncipe de su sangre, para que auxiliara á los partidarios del rey de Navarra, aquellos señores á quienes Juan había dejado huir en Rouen, y que levantaron en la Normandía el estandarte en favor del preso. Por su parte el príncipe de Gales, á quien se llamaba el príncipe Negro por el color de sus armas, no desmintió la gloria que adquirió en la batalla de Greay; asoló todo el Languedoc, que adhirió en la batalla de Normandía. Para oponerse á estos progresos alarmantes, el rey de Francia marchó personalmente contra él con aquel ejército floreciente que los estados acababan de darle.

Muy distante estaba el príncipe de Gales de hallarse en estado de luchar ventajosamente contra Juan; su ejército se componía, como ha sucedido siempre, de isleños y de soldados que el aliciente del oro les procuraba en el país donde fijaban el teatro de la guerra. Aquí sus auxiliares eran los gascones reclutados en la Guiena, los cuales con los ingleses constituían escasa y escasa, según dicen los historiadores mejor informados, ocho mil combatientes. El príncipe de Gales, y noticioso de que el rey marchaba contra él, dudó entre dos pareceres: esto es, si le convenía regresar á Burdeos y al Garona por la Turena y el Poitou y reincorporarse en caso de necesidad, ó si debía acelerar su marcha para

reunirse á los normandos cruzando el Anjou y el Maine. Acaso hubiera adoptado este segundo partido; pero Juan no le dió tiempo para verificarlo, pues le envió con su ejército como con una estensa red, y de posición en posición le llevó hasta un lugar llamado Mauportuis, á dos leguas de Poitiers, fatigado, sin víveres y sin armas recalcó que una posición bastante ventajosa, en un montecillo cercado de viñedos, donde pudo esperar contentor el primer choque para reunirse bajo condiciones menos desfavorables.

Cuando las armas se tocaban y en el momento en que los franceses esperaban la señal de ataque, llegó de Poitiers el cardenal Perizorg, negociador célebre, encargado de proposiciones por el inglés. Juan no quiso escucharlas al principio, pero el cardenal pudo conseguirlo á fuerza de ruegos y súplicas. El príncipe inglés ofreció devolver las ciudades y castillos que había conquistado, la libertad á los prisioneros y no empujar las armas contra la Francia por espacio de siete años; pero Juan exigió que el príncipe de Gales y ciento de sus primeros oficiales se entregasen prisioneros. «Solo me cogerá prisionero en el campo de batalla, respondió el príncipe.—He jurado, dijo el rey, combatirle y hacerle sentir los horrores que acaba de cometer con mis vasallos.» Estos altercados dieron un día y una noche de respiro á los ingleses, lo cual era para ellos una ventaja; con otro plazo igual se hubieran visto precisados por falta de víveres á deponer las armas y rendirse á discreción. La imprudente fogosidad de Juan los sacó en un momento de aquella crítica situación.

El lunes 17 de setiembre penetró á la cabeza de sus tropas por un camino estrecho entre unos viñedos rodeados de cercas. Su división de seis mil caballeros era seguida de otras dos compuestas de igual número de combatientes escalonados. Los arqueros ingleses parapetados detrás de las cercas, dispararon á boca de jarro á aquella multitud apiñada en el camino, y que no podía estenderse en los viñedos llenos de fosos y erizados de estacas. Los caballos y los hombres heridos se revolcaron unos sobre otros. Mientras esto sucedía, la segunda división que corría al socorro de la primera obstruyó la retirada, y el desorden cundió por todas partes. Juan Chándos, capitán inglés cuyo nombre es célebre, examinaba desde una colina al lado del príncipe de Gales el rumbo que tomaba el combate. Distinguiendo al rey por su corta esmaltada de flores de lis de oro, y enseñándole al príncipe cuando le vio dentro del desfiladero, le dijo: «Vamos, señor, la victoria es nuestra; carguemos al batallón que manda el rey. Por no faltar al valor no huirá; así, con la ayuda de Dios y de san Jorge caerá en nuestro poder.» Dichas estas palabras, arrojóse como un rayo sobre aquel batallón, el rey se defendió con desesperado denuedo, y armado con una hacha aterraba á todos los que se atrevían á acercarse. Felipe, su tercer hijo, niño aun, peleaba con igual denuedo. Salía al encuentro de los golpes que se asestaban contra su padre, y cayó herido á su lado. Este hecho le granjeó el renombre de Felipe el Atrevido. El rey recibió también dos heridas en el rostro, porque había perdido su casco en lo mas rudo de la refriega.

Sin embargo, el ayó de los hijos del rey y Felipe duque de Orleans su hermano, juzgándolo prudente retiraron á los jóvenes príncipes del combate, que les pareció demasiado reñido, y arastraron en pos de sí la mayor parte de las tropas. El rey, á quien su valor imprudente había comprometido de una manera terrible, se vió abandonado y sin esperanza alguna de socorro. Por todas partes le gritaban que se rindiese, pero temía caer en manos de una soldadesca que le había maltratado. En semejante punto preguntó por el príncipe de Gales, á quien los diferentes choques del combate habían llevado á otro punto. Entonces, un noble francés llamado Dionisio de Morbec, que servía á los ingleses se aproximó con gran respeto, y se dió á conocer. El rey le alargó su guante y se entregó prisionero. Morbec tuvo mucho trabajo para protegerle contra los soldados que se disputaban el honor de su captura y deseaban tener su parte en su rescate. Dos señores ingleses que llegaron á la sazón, le libraron de las manos de aquellos furiosos, así como á su hijo y á otros capitanes cogidos con ellos, y lo llevaron á la presencia de su príncipe.

El joven Eduardo recibió al monarca y á su hijo con la mayor consideración, sin aire de triunfo y disimulando la alegría que la victoria le inspiraba. Por la noche se negó con urbanidad y modestia á sentarse á la mesa «de tan gran príncipe y de un hombre tan valiente.» Le consoló, le hizo esperar un tratamiento decoroso por parte de su padre, y empleó, al hablarle de su desgracia, las atenciones delicadas que podían mitigar su amargura. Los vencedores solo hicieron prisioneros de elevada categoría, y el príncipe llevo á Burdeos al rey, cuya prision consternó á todo el reino: pero una tregua de dos años alcanzada por la mediación del Papa, mantuvo felizmente en la inacción á los ingleses y salvó á la Francia.

Los que estaban encargados de la custodia del Delfín Carlos y de su hermano Luis, habían tenido cuidado, como se ha visto, de retirarlos de la pelea y los condujeron á París á largas jornadas. Como todos estaban muy lejos de prever semejante catástrofe, no se pudo

tomar ninguna medida para evitarla, y un joven de diez y seis años se halló á la cabeza del reino, sin el menor conocimiento de los negocios públicos. Convocó los Estados generales para el mes de octubre; resolvió desacertada de que no tardó en arrepentirse. Por la necesidad de las circunstancias se celebraron Estados en el Norte y Mediodía del reino. Los de la parte meridional de la Francia llamada *Langue-d'oc*, porque la palabra *oui* se pronunciaba allí *oc*, se reunieron en Tolosa bajo la presidencia del conde de Armañac, gobernador de la provincia, y con toda la prontitud possible votaron un alistamiento y una contribucion proporcionales á sus medios.

No sucedió lo mismo respecto de los diputados de la parte sep-

los miras é intereses particulares de los que se proponian labrar su fortuna en las innovaciones que anhelaban introducir. Para lograr esto trabajaban con mucha sagacidad Marcelo, Le Coq y sus parciales.

El probo de los mercaderes hizo ver que en una asamblea tan numerosa, era casi imposible discutir los trascendentales negocios que debian ocuparla, si estos no eran clasificados de antemano de tal manera que se cortase toda confusion en las respectivas deliberaciones. Muy conveniente seria, dijo, que los Estados obtuviesen del Delfin el permiso de nombrar una comision que desempeñase este trabajo, y que fuese elegida de los tres brazos. El lazo que con esto se tendia á los Estados, consistia en que siendo desentidas de antemano las diferentes materias, solo ofrecerian resultados que soneter, no ya á la deliberacion inútil de cada uno de los brazos, puesto que sus elegidos habrian cooperado al trabajo, sino á la aceptacion pura y sencilla ó á la repulsa de la asamblea general de los Estados, en la que los sediciosos se prometian prevalecer por medio de la seduccion y de la fuerza numérica. Juguete de este ardido, la asamblea aprobó aquella proposicion, la cual fué presentada al Delfin, y este accedió á la eleccion de los individuos de la comision en número de cincuenta. Un partido que se forma en el seno de una asamblea, obtiene por lo regular el triunfo sobre la mayoría, aunque al principio se encuentre en minoría, porque esta disemina indiferente sus votos, mientras aquella impulsada por un interés comun, reune los suyos. Con arreglo á esta táctica, los cincuenta individuos de la comision, aunque elegidos en los tres brazos, se mostraron casi todos partidarios de Marcelo. El Delfin conoció el peligro que ofrecia esta junta, puesto que no la permitió sino bajo la condicion de que los individuos del consejo asistiesen á las sesiones.

Encontrar recursos penuniaros, y adoptar medidas para conseguir la libertad del monarca, era todo el objeto de la convocacion de los Estados; pero Marcelo indicó que se debia tratar de ellos de la reforma del reino, é hizo que se empezase por tal asunto. Los individuos del consejo quisieron oponerse á este giro de la deliberacion, por lo cual fueron escludidos de ella; y los jefes de la intriga no teniendo ya en su comision sino hombres seducidos é ilusos, consiguiéron de esta el dictámen de que veinte y dos personas que habian gozado de la confianza del rey en la magistratura, fueran destituidas de sus empleos; que se encansara á algunos de los deputados como prevaricadores, agiotistas y promovedores de desórdenes; que los bienes de los sentenciados, cualquiera que fuese su castigo, fueran confiscados y vendidos para obtener con su producto la libertad del rey; y por último, que veinte y ocho miembros del cuerpo de los Estados compusieran el consejo del príncipe.

Roberto Le Coq, como órgano de la comision, presentó estas proposiciones á la asamblea general. El Delfin se sorprendió mucho al tener conocimiento de ellas, y tanta mayor fué su estraneza, cuanto que muchos diputados, seducidos por la vaga esperanza de reemplazar á los proscritos, se mostraban dispuestos á apoyar con sus votos el dictámen de la comision. «¿Y qué dais en recompensa de semejante sacrificio?» preguntó asombrado el príncipe.—Un ejército de treinta mil hombres, respondió el prelado, y el dinero necesario para su manutencion. Pero para fijar y establecer las respectivas cuotas y la clase del impuesto, pidió que la asamblea de los Estados continuase desde el mes de octubre que á la sazón corria hasta las próximas Pascuas, persuadido de que en este intervalo él y los suyos no carecerian de algun pretexto para prolongar los Estados mas allá de este término, y que tal vez mediante una serie de dilaciones conseguirian hacerlos permanentes.

El Delfin se retiró sin resolver cosa alguna, diciendo que comunicaria á su consejo; en este se dividieron los pareceres. Los que salian en su reputacion estaba limpia de todo cargo accedian á la destitucion de los denas, y los que temian ser proscritos se oponian á ella. Parece que se debió á la sagacidad prematura del jóven príncipe el partido que adoptó. Presentase en el palacio de San Pablo donde vivia, una diputacion de los Estados; declaró que habia escrito á su padre; que esperaba sus órdenes sin las cuales nada podia resolver, y mandó que mientras él habia estas quedase suspendida toda clase de deliberaciones. Muchos diputados se retiraron, y cuando el príncipe vivió bastante disminuido su número, mandó á los denas que regresasen á sus provincias, y los Estados se disolvieron con mucho disgusto de Marcelo y sus secuaces.

Gran paso fue haber desconcertado con tanta oportunidad los primeros esfuerzos de la faccion; pero hubiera sido preciso ademas sostener aquella resolucion con una conducta enérgica é indulgente á la par, que hubiese lisonageado á los parisienses, sin dejar de imponerles respeto. Pero el Delfin, en lugar de permanecer entre ellos se trasladó á Metz á consultar, segun decia, al emperador Carlos IV su tío; y el probo de los mercaderes que al contrario, permaneció en Paris donde continuó arraigando en los habitantes la persuasion de que tenian en él una proteccion segura contra el monopolio de los impuestos.



Clapin recibiendo la espada de condestable de manos del rey.

trientonal de la Francia, llamada *Langue-d'oil*, porque la palabra *oui* se pronunciaba allí *oil*. Llegaron á Paris en número de ochocientos. Estaban Marcelo, probo de los mercaderes, que se habia hecho célebre en los Estados del mes de marzo, como presidente del tercer estado, no adquirió menos autoridad en estos bajo el mismo título. Desde luego se halló investido con la confianza de la mayor parte de los diputados de dicho estado, por la opinion que repetidas veces habia hecho al gobierno al tratarse de establecer impuestos. Su mucho prestigio le atrajo la voluntad de Roberto Le Coq, obispo de Laon, hombre de talento que habia alcanzado la prelación merced á sus intrigas. Los que se parecian á ellos, se declararon en favor de estos dos hombres y formaron un grupo de ambiciosos dispuestos á todo.

No se puede dudar que al verse con una gran autoridad en la asamblea depositaria de los destinos del reino, los caudillos y sus principales aliados concibieron el proyecto de apoderarse de los puestos mas elevados del gobierno. Hubiera sido difícil llegar á este fin, atendido á la forma ordinaria de deliberar, en que los tres estados estaban separados, y en que la oposicion de uno solo de los primeros brazos hubiera anulado los esfuerzos de los facciosos que seadulaban el tercero. Era pues preciso apelando á algun medio viable, destruir el efecto de esta separacion, que por la dificultad de obtener la unanimidad de votos, mantenía las leyes en una estabilidad tan favorable á la causa pública, cuanto era contraria á

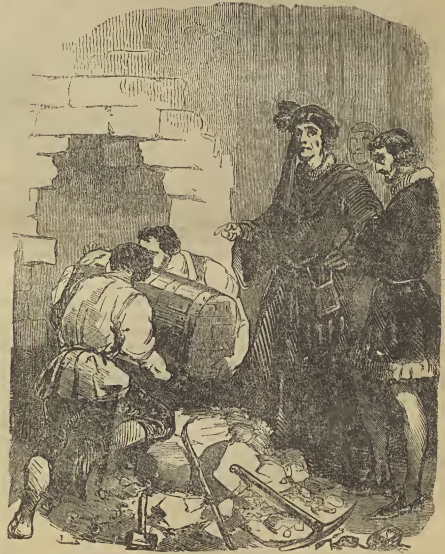
Antes de su partida, el Delfín que había tomado el título de lugarteniente general del reino, mandó una nueva fundición de monedas. Esta operación podía ser ventajosa hasta el punto de sustituir á cualquier otro subsidio y dispensar tal vez al príncipe de la necesidad de convocar de nuevo los Estados generales; pero era perjudicial á las miras de Marcelo, quien esperaba sospechosamente de la moneda que empezaba á sustituir á la antigua, y muchas personas convenidas se negaron á recibirla como falta de peso y de

crearse una fuerza militar. Esta fuerza se organizó autorizando á cada diputado á tener cuatro hombres armados para su seguridad. Esta distinción que honzaba la vanidad de los diputados, produjo un cuerpo de cuatro mil hombres que, mandados por oficiales nombrados por la facción, eran á propósito para emprenderlo todo al primer mandato. Por lo que respecta al dinero, se presentó un medio de tenerlo en abundancia para el pago diario de los afiliados, estableciendo un impuesto destinado á procurar la libertad del rey. Los Estados lo votaron, y Marcelo consiguió que cuidasen de tales fondos personas dependientes de él. Para acabar de destruir la autoridad del príncipe y negarle el título de regente hasta que llegase á los veinte años, obtuvo que su consejo se formase de treinta y seis personas, sacadas en número igual de los tres brazos de los Estados, y que se colocase á su cabeza al obispo de Laon. Por último, para que sus proyectos no pudiesen ser contrariados por el Parlamento, por la cámara de los condes, ó por cualquiera otra corporación, logró también que sus poderes fuesen suspendidos mientras durasen los Estados. No obstante, como era preciso un régimen y una apariencia siquiera de gobierno, la pandilla dominante hizo crear tribunales que llenó de adictos.

Mientras esto ocurría, un accidente inesperado debía al parecer desconcertar las maquinaciones de la facción. Llegó de Burdeos una carta del monarca prisionero en la que prohibía realizar el impuesto, porque estaba próximo á concluir un tratado que le devol-



Matanza de ingleses en la Rochela por Olivier Clisson.



El duque de Anjou arrabattando los tesoros del rey.

ley. Estas negativas ocasionaron algunos tumultos. Bajo pretexto de evitar el incremento de los desórdenes, el magistrado del pueblo prohibió el curso de las nuevas especies, y se dirigió al palacio de San Pablo al frente de una turba de selicosos, á hacer confirmar su prohibición por el príncipe Luis, segundo hijo de Francia, á quien su hermano mayor había encargado las riendas del gobierno durante su ausencia.

A su vuelta de Metz, el lugarteniente general del reino envió á Simon de Bassi, primer presidente y otras personas de distinción á negociar con el preboste de los mercaderes. Marcelo los recibió en medio de su consejo compuesto de los miembros de la municipalidad de París. Durante la conferencia, un tropel de furiosos del populacho situada en la puerta de la sala, hacían resonar el aire con gritos é imprecaciones contra los negociadores del Delfín. Sus proposiciones no gustaron á aquel jefe audaz, que sintiéndose con fuerza al salir de la conferencia, mandó cesar los trabajos, cerrar las tiendas y tomar las armas, lo cual era procurarse en un momento un ejército de entusiastas frenéticos, dispuestos á cualquier intenciona. El consejo del Delfín se reunió aceleradamente y fué de parecer de que se cediese á las circunstancias. El príncipe suprimió la nueva moneda, y accedió á cuanto Marcelo deseaba. Entoncez el Delfín no pudo menos de convocar de nuevo los Estados. La facción que aspiraba á dominar en ellos, y convertirlos en instrumento de sus planes, se propuso desde luego dos objetos: procurarse dinero, y

veria la libertad. Pero Marcelo sin turbarse, respondió resueltamente: «Ese dinero no será para el rey, puesto que ya no lo necesita; pero como ha llegado á mi noticia que el Delfín reúne tropas que intenta hacer entrar en París para enseñorearse de los bienes y las vidas de sus habitantes, el impuesto que se recaude nos será muy oportuno para oponernos á tan perjudiciales proyectos.» Sin otro estímulo que este mero aviso, los parisenses se obstinaron en pagar la contribución, se impusieron el servicio militar, hicieron obstruir con cadenas las calles y encerrajadas, miraron con sangre fría de-

moler sus casas en los arrabales para emplear el terreno en fortificaciones, y contribuyeron con sus propias manos á este género de demolicion, que diez años antes, cuando el rey de Inglaterra acababa en Poissy habia casi escitado una revolucion.

La prosperidad descendió á los facciosos, que no pasieron ya límites á sus exigencias: el preboste de los mercaderes y sus cómplices mandaban con insolente autoridad. No habia régimen interior en la ciudad ni miramiento alguno sino con el pueblo bajo; los excesos de este eran tolerados ó sugeridos. La muchedumbre de los empleados en el percibo del impuesto absorbía la mayor parte de él, y el resto entraba en el tesoro de la faccion y servia para fomentarla. Marcelo se habia agregado diez ó doce vecinos llamados *corregidores*, que formaban una especie de consejo independiente de los Estados. No habia uno solo de los sebioicos que no se creyese muy superior á los diputados: los Estados se hallaban como cazavos en medio de ellos, y solo los miembros del tercer brazo gozaban de consideraciones. Los del clero y la nobleza contentábanse con no dejarse arrastrar por el torrente, persuadidos de que aquel poder usurpado se aniquilaria por sí mismo á consecuencia de sus triunfos.

En efecto, aquella especie de inercia fué mas útil al Delfín que una oposicion violenta. El pueblo, dejando de ser puesto en movimiento porque no habia ya grandes golpes que dar, cesó de interesarse por la faccion. El crédito de los intrigantes decayó de tal manera, que despues de haber dominado sus agentes por espacio de dos ó tres meses, el Delfín se halló en el caso de hablarles como un señor. Mandó al Louvre á Marcelo y á sus corregidores, los reconvino por sus manjnos y sus osadías, les prohibió que fomasen parte en los sucesos, los despidió confundidos, y salió sin demora de Paris como abandonándola á su desastrosa suerte.

Si el lugarteniente general del reino se hubiese establecido en otra ciudad, y llamado á ella al parlamento y á todos los empleados en la pública administracion y en la corte, ¿qué hubiera sido Paris privada de todas estas ventajas? Los parisienses experimentaron las consecuencias de este abandono; mandaron una diputacion al Delfín, le suplicaron regresase, le prometieron una completa sumision y los recursos que sus necesidades reclamasen. El Delfín se dejó persuadir, y volvió imprudentemente á ponerse en poder de los facciosos. Los Estados, que miraban con disgusto el ascendeinte de los corregidores, se habian disuelto por sí mismos, y el príncipe creyó á propósito convocarlos de nuevo para el mes de noviembre. Espidó pues cartas convocatorias. El consejo municipal, resuelto á figurar aunque poco en los negocios del Estado, agregó á las cartas convocatorias del príncipe sus invitaciones á las ciudades mas considerables: esto era proporcionarse comunicaciones de que sabia aprovecharse una faccion sagaz.

La asamblea de los Estados generales era tanto mas necesaria, cuanto que la esperanza de la libertad del rey parecia desvanecerse, ora sea porque el tratado de que Juan habia dado aviso al Delfín, su hijo, no hubiese tenido otro objeto que distraer al monarca en su encierro, ora porque el rey de Inglaterra quisiese formularlo personalmente, ora para dar á su nacion el espectáculo de un rey de Francia cautivo: por estos motivos ó por otros Eduardo mandó se le llevase al prisionero.

El príncipe Negro estaba casi seguro de que los caballeros gascones que mas habian contribuido á la victoria alcanzada en Poitiers, no sufririan sin oposicion que se les arrebatase la prenda de su triunfo. Engañados pues acerca del tiempo y lugar de la partida, y el mismo condujo su prisionero á Londres. La distancia, que no permitia al Delfín recibir diariamente las órdenes de su padre, como cuando este se hallaba en Burdeos, le hizo tomar el título de regente, y que le revestia de mas autoridad que el de lugarteniente general.

Mientras el rey de Francia veia remachar sus cadenas, el de Navarra quebrantaba las suyas. Hallábase encerrado hacia veinte meses en un castillo fronterizo de la Picardía. No es dudoso que un cortejano tan incansable como debia ser el preboste de los mercaderes, cuando la corte era el camino de los favores, se presentara al navarro y llamara la atencion de este á dos hombres de su temple no se avistan ínfimamente. En todo lo que hasta entonces habia ocurrido, Marcelo tuvo frecuentes ocasiones de conocer que le era necesario un hombre audaz, poderoso por sus posesiones, de alta categoria y fuertes alianzas, para oponerle al Delfín. Por lo tanto, nadie le conveenia mas que el rey de Navarra, yerno de su rey, dotado de las mas brillantes cualidades, poseedor de muchas provincias, pronto para prestar el auxilio de las armas al partido aviado al crimen. Sin duda alguna habia relaciones entre ellos por viaz ocultas, cuando el preboste de los mercaderes se anticipó á interesar los Estados en su libertad. Pero esta diligencia no fué necesaria, porque muchos señores de la Normandía, parientes y amigos de los que habian sido decapitados en Rouen, atacaron el castillo donde el príncipe estaba preso, y le libertaron.

Pero esta evasion no era un desenlace tal, cual le hubiera sido indispensable para mostrarse y obrar con entera libertad. Pidió pues un salvo-conducto al regente, para ir á justificarle, segun decia. El príncipe dudó mucho tiempo en concedérselo; pero consiguiendo al cabo los desos de los parisienses, enigmáticamente mandados y presentados por Marcelo y el obispo Le Coq, que habian vuelto á empunñar el timon del gobierno, y por Perceigny, que habia puesto en libertad al príncipe. Carlos el Malo, apenas se vió en el goce de ella, no reparó en justificar cada vez mas el triste sobrevenido que con tanta razon habia ya merecido.

En todas la ciudades por donde pasó, hizo poner en libertad á todos los presos, cuyas bendiciones precedieron á su libertador en Paris, á donde llegó rodeado de aquella noble escolta que se reforzó en la capital. Apenas hubo entrado en ella, convocó para el día siguiente una asamblea. Sentado en el trono desde donde los reyes acostumbraban presenciar las justas y las diversiones populares, dirigió á la muchedumbre un discurso que empezaba con un elogio lisonjero de la ciudad de Paris, que la llamó la metrópoli del mundo, invencible y capaz de dar la ley á todo el universo. «Os doy gracias, dijo á los parisienses, á quienes llamó sus salvadores, por el celo que habeis mostrado en libertarme, y con este motivo pintó su prision con las mas negras colores. Insinué que se si trataba de reivindicar la corona, le sería muy fácil probar como nieto de Luis IIltimo, que sus derechos eran mas incontestables que los de otro cualquiera; que á pesar de esto no la reclamaba, porque la tranquilidad del pueblo le era mas cara y preciosa que un trono. Pero al oíenos, añadió, es ayudará con todas mis fuerzas á esterminar el usurero devorador del despilfarrar. Oponed vuestros generosos esfuerzos á la esclavitud que amaga oprimidos; sed los libertadores y salvadores de la patria; yo por mi parte, no reservaré ni mis bienes, ni mis amigos, ni mi persona, para auxiliars en tan noble empresa. ¡Jamás, exclamó rotundamente á vuestra fortuna, y los tormentos del encierro que ya he sufrido por vuestra defensa, han aumentado la resolucion de morir si es preciso en servicio vuestro.»

Este discurso pronunciado en presencia del Delfín, fué recibido con estrepitosos aplausos. Las muestras de persuasion que el navarro advirtió en el pueblo, le inspiraron el atrevimiento necesario para presentar sus proposiciones al regente. Ademas de la abolicion mas honorífica, pidió le fuesen restituidas sus ciudades y feudos de Normandía, que se le pagasen los gastos de la guerra, y que se rehabilitase la memoria de los señores ejecutados en Rouen. El regente respondió que esto sería insultar á su padre y al consejo, é imprimir por medio de una retractacion solemne un sello que leshonra sobre lo que habian hecho. Por lo respectivo á las ciudades y feudos de Normandía, dijo que estas posesiones habian sido incorporadas á la corona y que formaban parte; que devolverlas sería violar la integridad del reino, y que no podía ni debia resolverse á esto. Negose pues á tales exigencias, pero el preboste de los mercaderes fué á decirle: «Monsieur, contentale amigablemente, porque así conviene.» Todo fué concedido, y para que nada faltase al óprobio del tratado, y á la palmaria evidencia del rey que lo habia sugerido, fué preciso ademas dar orden al preboste de Paris para que diese libertad á todos los presos, ladrones y malhechores de todas clases, cuya infame lista no se avergonzó el navarro de escribir por sí mismo.

No bien hubo arrancado el consentimiento, marchó á Rouen, donde desató personalmente con gran ceremonia los cadáveres de los ajusticiados que aun pendian de la horca, les hizo magníficas exequias y pronunció delante de una numerosa asamblea su oracion fúnebre, en la que no fué olvidada la calificación de mártires por su amor al pueblo y por la proteccion que le daban contra un tirano. Respecto de las fortalezas de Normandía, donde esperaba entrar sin dificultad, apenas se presentase ante ellas, los gobernadores le cerraron sus puertas. Fueron derrotados diferentes cuerpos de tropas reclutadas por Godofredo de Harcourt, su decidido partidario, quien quedó tambien en el campo de batalla.

Este Godofredo de Harcourt habia figurado de mucho tiempo atras entre los rebeldes; precisado á alejarse de la Francia á consecuencia de un duelo, se habia refugiado al lado de Eduardo, para quien habia adquirido el fustoso honor de reemplazar á Roberto de Artois. Gediendo á sus consejos, y á favor de los dominios que posecia en el Continente, el príncipe inglés penetró en Francia antes de la jornada de Crécy; pero devorado por los remordimientos á la vista del campo de batalla y del cadáver de Juan IV, conte de Harcourt, su hermano, abandonó el partido del vencedor para ir á arrojarse á los pies del vencido é implorar el perdón que le fué concedido. Reintegrado en todos sus derechos, vivia tranquilo en su patria, cuando Juan V su sobrino que se habia dejado seducir por Carlos el Malo, fué preso con él en Rouen y decapitado sin forma de proceso. Al recibir la noticia de la trágica muerte del gefe de su casa, Godofredo se creyó libre de sus juramentos. Desnudo en adelante de todo remordimiento, juntó sus resentimientos á los de

Eduardo, concitó la guerra contra su patria, y preparó las nuevas calamidades de que la Francia había de ser presa, y de que él también veía víctima.

Mal acogido en Normandía el rey de Navarra, volvió á las inmediaciones de París y alojó sus tropas en las aldeas cercanas. No puede dudarse que proyectaba apoderarse del gobierno con perjuicio del regente, y tal vez mas tarde de la corona si las circunstancias se le mostraban propicias. No quedaba á Marcelo otro partido sino secundarle, porque ya volviera al rey Juan, ya reinase su hijo el Delfín Carlos, si lograba dudar su ventajosa, no debía prometerse la debiese una fortuna que podía llegar á ser un trono. El navarro había dejado traslucir este desseo, cuando en su citado discurso soltó algunas palabras relativas á sus derechos á la corona, diciendo que se abstenia de hacerlos valer para no escitar disturbios; pero contaba que sus partidarios y sobre todo el preboste de los mercaderes no serian tan templados y no se equivocó. Marcelo creyó que era preciso aventurarlo toda para asegurar á su protegido la predileccion de la capital, persuadido de que su ejemplo seria seguido en el resto del reino. Habia en París dos partidos; el del regente, que era el mas poderoso por la honradez de sus aliados, y el del navarro, que era mas temible por el número. No pudiendo atraerse al primero, Marcelo resolvió reducirle á la impotencia por medio del terror, por lo cual dió á sus partidarios una señal para que se reconociesen mutuamente. Por órden suya se pusieron chambergos, que eran la cubierta ordinaria de la cabeza, mitad de color blanco que era el de Francia, y mitad de color rojo que era el de Navarra. Los que no llevaban tal sombrero fueron insultados al principio, y en breve corrieron graves peligros en su vida. La primera víctima del populacho fué Juan Baillet, tesorero de Francia, sobre quien recian sospechas de que habia sido el autor del impuesto. El regente tuvo bastante autoridad todavía para hacer prender y ahorcar al asesino; este castigo solo contribuyó á dar nuevo ímpetu á la sedicion. Pedro de Arce, abogado general, que procuraba calmarla, fué también asesinado en el patio del palacio; y Marcelo declaróse en favor del miserable que penaba de la horca, se puso al frente de una turba de los mas frenéticos, penetró en la cámara del regente, aseguró á Juan de Couflans, mariscal de Champagne y á Roberto de Clermont, mariscal de Normandía, que habian preso y llevado al suplicio al asesino de Juan Baillet, y los hizo á travesar á puñaladas al lado mismo del regente, salpicado con el sangre de ambos mariscales. «Venís á tentar contra mi vida», les preguntó el principe.—No, respondió Marcelo, y para tranquilizarle le puso en la cabeza su chamberg de dos colores, y se engalanó con el del regente como con un trofeo durante aquel día. Para completar el horror de tales desmanes se obligó al principe y á los Estados á reconocer que todo lo que se habia hecho habia sido por el bien del reino.

El principe falto de recursos, en una ciudad cuyos habitantes no despreciaban la menor energía, huyó á Compiegne y convocó los Estados. Algunos miembros incorruptibles le siguieron; los otros se quejaron, desistiendo de prestigio y consideracion, bajo el haccha de los sediciosos, á los cuales no eran del todo ajenos algunos de ellos. Carlos el Malo habia permanecido en Mantz mientras se verificaron estos asesinatos para no aparecer cómplice en ellos, pero como le convenia mostrarse siempre partidario de la sedicion y del descontento hacia el regente, le dirigió una provocacion á Compiegne. El caballero Juan de Peepuigny fué á esta ciudad con insolente aparato á pedir al Delfín de parte de su cuñado sus plazas y feudos en Normandía y cuarenta mil escudos por las sortijas y alhajas que se le habian arrebatado al prenderle en Rouen.

No desconfiaba aun el regente reconquerir la capital por medio de la dulzura y condiciones razonables. Por otra parte, érale muy urgente no abandonarla definitivamente al navarro. Regresó, pues, llamado sin duda por los habitantes mas sensatos y escuchó proposiciones; pero Marcelo estaba allí, y el principe continuo asediado por un consejo tiránico. Desde entonces solo pensó en sustraerse para siempre á la esclavitud y tuvo la felicidad de hallar ocasion al efecto. La aprovechó para abandonar otra vez á París con el firme propósito de no volver sino como dueño. Carlos el Malo que vivió libre la ciudad, entró en ella despues de ajustar un tratado con el rey de Inglaterra. Aunque este vio con disgusto las pretensiones que el navarro habia dejado traslucir en su citado discurso, las cuales menoscababan las suyas, creyó no obstante debia aprovechar la ocasion de fomentar la discordia que devoraba á la Francia. Dió tropas á su rival que las situó en París como guarnicion de confianza, tanto para contener la poblacion, cuanto para rechaazar los ataques durante el sitio de que la misma ciudad se veia amenazada.

Marcelo tenia tambien su guarnicion de cuatro mil hombres empleados en remover la tierra al rededor de la ciudad, y que pagaba no tanto por los trabajos que ejecentaban, cuanto por tenerlos siempre á su disposicion en caso de necesidad. Como su número era considerable y trabajaron casi por espacio de un año, practicaron un foso

profundo y levantaron una muralla empezando desde el río, mas abajo del lugar donde se erigió la Bastilla y concluyendo donde se construyó la puerta de San Honorato; de manera que el Teuple y el Louvre, dos fortalezas que amenazaban la ciudad, quedaron dentro de dicha muralla. Estas medidas se adoptaban contra el regente, que habia encontrado en los Estados particulares de las provincias los auxilios que pedía en vano á los Estados generales, y que al frente de las tropas que de ellas habia sacado se adelantaba hacia París.

La primera expedicion del regente fué la toma de Clarenton, lo que impidió que las mercancías llegasen por agua á la capital. Muchos destacamentos estacionados en los caminos detinían tambien los vivieres. El rey de Navarra hizo algunas salidas y aun llegó bastante lejos para despejar los caminos, pero siempre fué batido. Los parisienses empezaron á temer el hambre, y su protector los bruscos ataques de un pueblo descontento. Dejó á sus ingleses en París como mas á propósito que el vecindario para sobrelevar las fatigas de un sitio, y se retiró á San Dionisio, desde donde sostuvo el entusiasmo de los parisienses con la esperanza de un pronto auxilio que debia llegarle de las provincias. Como lo que les inspiraba mayor miedo era el desenfreno de un saqueo, propuso á los mas ricos le enviasen su dinero y muchos mas preciosos, ofreciendo bajo su palabra de honor devolvérselos cuando el peligro se desvaneciese.

Mientras Carlos se enriquecia de esta suerte á espensas de los parisienses, negociaba con el regente en provecho propio y de sus satélites el levantamiento del sitio. Ignorábase las condiciones que obtuvo su favor del preboste y sus compañeros, pero es lo cierto que no los abandonó puesto que le permanecieron adictos. Por lo que respecta al sitio, el regente consintió en levantarlo mediante trescientos mil escudos que los parisienses debían pagar por la libertad del rey. Esta condicion les disgustó mucho y les pareció muy mal que su pretendido protector dispusiese con tanta liberalidad de su dinero. «Para ser adicto al pueblo, dice Mezeray, es preciso no tocar un bolsillo sino para llenarlo.» Este propósito es harto raro, y ciertamente: nadie lo abrigó menos que el navarro, que se incomodó de que los parisienses murmurasen y manifestasen tan escaso agradecimiento á lo que el apelidaba su beneficio. Retró pues á los ingratos su proteccion y la guarnicion inglesa, lo que equivalía á entregar la ciudad indelensá á la discrecion del regente. El populacho insultó á los ingleses que salian y dió muerte á muchos. Marcelo hizo prender á algunos para salvarlos y les dió libertad algunas horas despues.

Una vez fuera de la ciudad, estos extranjeros talaron la campiña y veugaron en los parisienses de estranuos los malos tratamientos que habian recibido de los de dentro. Los mas valientes de los parisienses, indignados al ver asesinar á sus compatriotas, devastar sus campos, rubar é incendiar sus riantes, quisieron salir contra aquellos mercedarios asesinos. El preboste de los mercaderes, que era todavia dueño del gobierno, accedió á ello, y en consecuencia formaron un cuerpo de mil doscientos hombres bien armados. En esta tropa se hallaban casi todos aquellos cuyo odio á su persona y manejos y fidelidad al regente tomia Marcelo. Dió pues sus disposiciones para no tener que temer cosa alguna de ellos; dividió la columna en dos y tomando el mando de una recorrió el campo y buscó á los ingleses advertidos de antemano, en los parages donde no habia de encontrarlos. La otra por el contrario, engañada por falsas confidencias y creyendo sorprender al enemigo, se vió sorprendida, cayó en una emboscada cerca del bosque de Bolona y fué completamente destruzada. La primera regresó por la noche á París rendida de cansancio. Con mucha dificultad volvió á sus hogares la cuarta parte de la segunda, siendo mas los heridos que los sanos; y al dia siguiente, cuando los restos de aquella segunda division fueron á recoger los cadáveres de sus parientes y amigos, encontraron otra vez muertos desencantados y dejaron entre los otros ciento cincuenta enemigos mas.

Esta desastrosa jornada cubrió de luto á las principales familias. El preboste de los mercaderes, por el contrario, se felicitaba por el éxito feliz de su abominable traicion que le dejaba pocos enemigos á quienes combatir cuando representase el último acto de la tragedia que meditaba. El rey de Navarra habia abandonado la capital porque no se creia en estado de vencer al partido opuesto, pero vagaba al rededor de ella no perdiendo de vista la presa que acababa de devorar. Advertido por Marcelo de la desmembracion que acababa de sufrir, se acercó con una columna de ingleses, pero especialmente con algunas hordas de aquellos bandoleros que desde el principio habia admitido á su servicio.

El objeto del preboste de los mercaderes no es conocido en todos sus pormenores, pero es indudable que se disponia á recibir en París al rey de Navarra en la noche del 31 de julio; que se proponia degollar á todos los del partido contrario; hombres, mujeres, niños, ninguno hubiera sido perdonado; y en medio de los horrores

de esta carnicería se hubiera proclamado al navarro rey de Francia. Las órdenes al efecto estaban espelidas; las puertas custodiadas por los rebeldes que debían recibir las tropas de afuera, de las ventanas de las casas que se quería respetar, debía pender un lienzo blanco, y los conjurados habían recibido la consigna de llevar la misma señal para conocerse entre sí.

Pero había una contramano ó ignorada por Marcelo, ó por cuyo conocimiento juzgando que estaba perdido irremisiblemente, se determinó á los medios desesperados que acabamos de detallar. No hubiera sido prudente recibir al regente irritado con todo su ejército, sin asegurar antes la suerte de los menos culpables. El legado del Papa, el arzobispo de París y la reina Juana se encargaron de esta negociación, y el regente accedió á conceder una amnistía general, de la que solo exceptuó á doce delinquentes, cuyos nombres no ha conservado la historia.

A las doce de la noche del 30 al 31 de julio, salió Marcelo de su casa, pero sus pasos eran accechados. Simon Maillard y el caballero Pepino de Essarts le siguieron hasta la muralla, al dirigirse á abrir al navarro la puerta de San Antonio. Ambos le insultaron de palabra, la disputa se acaloró, y Maillard, que era su pariente, le abrió la cabeza de un lachazo. Acto continuo él y su compañero desplegaron la bandera real y dieron el grito de alarma. Los habitantes despertaron con el ruido y acudieron en tropel. Maillard mandó á los que primero llegaron que se apoderasen de los cómplices del preboste, que ya habían llegado á la puerta, y destacó otros para que prendiesen á los que se adelantaban hacía la misma, para dar segura entrada á los ingleses. El terror se apoderó de los conjurados y huyeron sin oponer defensa alguna. Los cogidos fueron encerrados en las cárceles ó en las casas bajo la más rígida vigilancia. Aquella misma mañana Maillard reunió al pueblo en los mercados y le refirió las iniquidades de Marcelo, le demostró cuán peligroso hubiera sido no desahucarse de él en el acto; pero respecto de los cómplices de aquel malvado hizo adoptar una especie de transacción judicial, y organizó un tribunal de vecinos de irreprochable conducta, con cuyo parecer condenó á muerte los presos y mandó se les ejecutase sin la menor dilación. Al punto salió una diputación para Charenton, donde se hallaba el regente, y le suplicó entrase en la ciudad. Antes de la noche todo estaba tranquilo, y pocos días después la corte se estableció pacíficamente en el Louvre.

Las provincias se resentían poco de la continua inquietud de la capital; no obstante, algunas sufrieron también terribles azotes. En una reducida aldea inmediata á Beauvais, se manifestó un frenesí maníaco que á semejanza de una enfermedad contagiosa inficionó rápidamente la Picardía, la Champaña y la Isla de Francia, en las que no se logró destruir el furor sino destruyendo á los furiosos, á quienes por ser labradores sirvieron de armas los trillos, las hoces, las horquillas y todos los aperos de labranza. Dicese que en poco tiempo se reunieron hasta cien mil hombres; diórase un jefe que tomó el nombre de Santiago Buenhombre, apodó burlesco con que la nobleza designaba al labrador. Una vez reunidos en grandes masas, otras divididos en pelotones, recorrían el país, talaban é incendiaban. En el distrito de las mencionadas tres provincias se destruyeron mas de cien castillos. Registraron los bosques en que podían refugiarse los nobles, y les dieron caza como á bestias dañinas. Estos conseguían algunas veces reunirse, y forrajados de sus armaduras de hierro y cabalgando en sus enormes caballos de batalla, caían sobre los batallones de aquellos gañanes casi desnudos, los aplastaban y hacían en ellos atrocidad, ahorcando sin misericordia en el primer árbol que encontraban á todos los que cogían rezagados de sus respectivas masas.

Una de estas avanzó hasta Meaux, y sabiendo el populacho de París, compuesto de mendigos y gente aventurera de que abundan siempre las capitales, que se trataba de robar, corrió á incorporarse á ellos. La ciudad de Meaux encerraba una parte de la corte de los príncipes, las mujeres é hijas de los principales señores, en número, según se dice, de cuatrocientas, tan aterradas y temerosas cual es fácil conocer al aproximarse aquellos desalmados. Afortunadamente, Juan de Grailli, caudillo ó jefe de Buch, y el conde de Foix, pasaban cerca de Meaux de regreso de una expedición lejana. A fuer de cumplidos caballeros se apresuraron á ofrecer á las damas sus servicios, que como se deja conocer fueron aceptados con gran placer. Su escudador, admitido por una puerta, salió al punto por la otra. Solo el brillo de sus armas destumbó é intimidó á aquella camalla, dice Mezeray, y retrocedió cayendo unos sobre otros. Derribados á montones, los aplastaron y desgollaron cual si fueran fieras, de tal manera que aquel día perecieron mas de siete mil, tanto muertos como ahogados. En otra ocasión, el regente que se había puesto al frente de su persecución mató mas de veinte mil, y el señor de Coucy hizo tal carnicería en sus tierras situadas en la Picardía y el Artois, que en poco tiempo la Francia se vio libre de aquellos frenéticos. Hasta el mismo rey de Navarra contribuyó á su esterminio, á pesar de la

utilidad que parece debía reportar de ellos en favor de su causa; pero aquellos hombres habían cometido la torpeza de no perdonar en sus matanzas á algunos señores que eran sus más fieles agentes, y á quienes quisiera vengar. Cuando se preguntaba á aquellos desgraciados por qué se entregaban á tales excesos, respondían que se sentían animados de un especie de desco sobrenatural de exterminar á los nobles. Pero nada es menos sobrenatural en el pueblo que el deseso de derribar todo lo que le es superior. Los que le manejan conocen á fondo esta verdad, y los resultados dependen tan solo de la fortuna de hallar un pretexto cualquiera.

Tal había sido la táctica de Marcelo, cuya muerte dejó al regente tiempo y libertad para ocuparse con más asiduidad de otros negocios del Estado. El rey, trasladado á Inglaterra, fué recibido con grandes muestras de consideración. Eduardo le salió al encuentro, todos los magnates le rindieron homenaje, y se le recibió públicamente en Londres. Pero la conducta ulterior no correspondió á las muestras de afecto dadas al principio. Cuando se trató del arreglo de los negocios, Eduardo propuso como primera condición de la libertad del monarca, que al prisionero se prestase homenaje de su reino. Como ya lo había obtenido del rey de Escocia, se le sonajaba que el de Francia no se negaría á ello; pero Juan indignado exclamó: «Primeramente la muerte que volver deshonrado á mi reino.» La negociación continuó sin embargo, pero con las alternativas de concesiones y negativas, cuyos portadores escribía Juan á su hijo. Este se vio obligado con frecuencia á reservar las proposiciones que se discutían, y acerca de las cuales hubiera sido necesario consultar. Su consejo no estaba aun del todo libre de los individuos perversos ó sospechosos que la facción le había dado.

Además de este inconveniente, el regente se veía constantemente atormentado por su cuñado el navarro, quien conservaba en la corte partidarios que le escusaban y sostenían. Después de haber errado su golpe contra París, en lugar de prestarse á las proposiciones oficiosas del regente, que en las circunstancias de la tragua que iba á espirar con la Inglaterra deseaba atravesar á este peligroso príncipe, concluyó un tratado con Eduardo, y merced á los socorros clandestinos de este encarnizado enemigo, se puso á talar todos los países limítrofes de las provincias que poseía. El estado en que se hallaba la Francia presenta uno de los cuadros más desconsoladores. Guillermo de Nangis, autor contemporáneo, para dar una idea de él, hace esta pintura de la miseria del clero, esplicándose en estos términos: «No se veía en París y en las demás grandes ciudades sino abades y abadesas, clérigos y religiosos, ocupados en buscar los medios de proveer á su subsistencia. Los prelados y otros grades prebendados que en otro tiempo se hubieran avergonzado de pasear en público sin un fastuoso séquito de escuderos, caballos y criados, veíanse entonces en la humillante necesidad de ir á pie, seguidos únicamente de un fralde ó de un criado, y de limitarse al alimento más frugal.»

En el resto del reino no había sino facciones en las ciudades, divisiones en las familias y latrocinios en los campos. Los caudillos de los diferentes partidos arrancaban á los labradores de sus tierras, alistaban á los ciudadanos pacíficos y los obligaban á militar bajo sus banderas ó eximirse del servicio por medio de dinero, y pasaban alternativamente del partido del regente al del rey de Navarra, según la mayor ó menor cantidad que se les ofrecía. Entre ellos figuraban tambien los mercedarios ingleses que parecían anunciar la guerra que iba á estallar de nuevo.

El desgraciado Juan veía desde su encierro los preparativos formidables que Eduardo hacía para atacar la Francia, y creyó prudente en tan apurado trance entregar una parte para salvar el todo. Concluyó pues, salvo el asentimiento de los Estados, un tratado en cuya virtud cedía al rey de Inglaterra en plena soberanía Normandía, el Maine, el Anjou, la Turena, el Poitou, la Guena, el Saintouge, Calais con todo su territorio, los condados de Montreuil, de Ponthieu, de Boloña, de Guines y el vizcondado de Nanteuil. En este tratado el monarca inglés solo llamaba á Juan *Rex francus*, rey de los franceses, distinción ridícula con la que se proponía al parecer crearse un título para apropiarse la corona.

El regente convocó á París los Estados, que se compusieron de los principales individuos de la nobleza, del clero y los diputados de las grandes poblaciones. El tratado fué leído, discutido y rechazado por unanimidad. Dicese que Juan fué sorprendido al saber esto en su prisión, y que creyó que tal negativa procedía del ascendiente que el rey de Navarra ejercía sobre su hijo. Lo que despertaba en su ánimo esta sospecha era que electivamente entrambos cuñados empezaban á vivir en bastante buena armonía. El rey de Inglaterra conservaba un vivo resentimiento de que el navarro hubiese dado en su memorado discurso la preferencia á su derecho como nieto de Luis II, sobre el del inglés, que distaba un grado mas de la corona, como nieto de Felipe el Hermoso y sobrino únicamente de Luis

Hutín, su hijo. En consecuencia daba á este competidor los auxilios que necesitaba para no ser vencido, pero no los indispensables para vencer. El navarro conocía esta política, y creyó que su tía no le permitía entregar la mitad del reino á un príncipe, que antes de poseerlo le mostraba ya mas animosidad que benevolencia. Esta causa le había inducido á hacer algunos meses á concluir la paz con el regente; paz, por otra parte, que no se efectuó en Francia porque los saqueadores que seguían sus banderas continuaron atormentándola bajo las insignias de Felipe, su hermano, y de los ingleses; y porque factor incesante de disturbios, no hizo sino escogerse, por decirlo así, un pretexto mas ventajoso para perpetrar sus iniquidades. De acuerdo entonces con todos los buenos franceses, rechazó el tratado y exhortó á los diputados á que lo desechasen con muestras inequívocas de indignación. Ofreció todos sus medios, sus tropas y su dinero, y obligó al clero, á la nobleza y á las ciudades á comprometerse según sus recursos y preferir la guerra á una paz tan oprobiosa.

Eduardo manifestó mucha pesadumbre al ver así burladas sus esperanzas, y bien fuese por despecho ó por temor, como lo indicó, de que se le arrebatará su prisionero por un golpe de mano, como en efecto lo intentaron su adriano algunos caballeros franceses, que se apoderaron de Vincennes é incendiaron esta ciudad, encerró á Juan en el torre de Londres, mientras él desembarcaba en Francia con un ejército que se hace subir á cien mil hombres. Entonces empezó por parte de los franceses un nuevo género de guerra, que la falsa idea que tenían del valor les había hecho mirar hasta allí con desprecio. El Delfín puso en las principales ciudades fuertes guarniciones y abundantes provisiones de toda clase; mandó que los habitantes de los países amenazados se retirasen á los castillos y fortalezas con todo lo que pudiesen llevar consigo; prohibió particularmente á sus generales que aventuraran batallas ó cualquiera acción que pudiera ser decisiva, y abandonó el campo al enemigo.

Eduardo pasó la Francia sin hallar obstáculo alguno, aunque su ejército era observado en su marcha, estrechado y oprímido por partidas que le acosaban, y se retiraban cuando intentaba atacarlas. Entró en el Acorís, tomó algunos lugares y castillos, impuso contribuciones en el país llano y fué á sitiar á Reims. Era su intento, según se cree, hacer consagrar en esta ciudad, persuadido de que esta ceremonia allanaría las dificultades que pudiera oponerse á que se le declarara rey de Francia. Con el objeto de no irritar demasiado los habitantes contra él, tuvo consideraciones con la ciudad y se contentó con bloquearla; pero llegó el invierno y se vió obligado á levantar el sitio. Interesó en la Champana, molestó las fronteras de la Borgoña, llegó por la Brie delante de Paris y acampó en Bourg-la-Reine, mandando desde allí un mensaje al regente, que se hallaba á la sazón en Loujumeau, ofreciéndole la batalla. El príncipe contestó, como lo había hecho el inglés delante de Calais, que estaba allí para defender á Paris y que la tomara si podía.

Sin embargo, el Delfín Carlos estaba en un momento de alarmante crisis. Su suñado, que solo se había reconciliado hasta que hallara ocasión de causar mal, no veía sin un deseo maligno la situación de la Francia, que le ofrecía la posibilidad, ó de apoderarse de la corona, ó de despojarla en provecho propio de algunas porciones considerables. La vida del regente era un obstáculo para su mal designio. Desde que el navarro se había declarado tan abiertamente contrario al desmembramiento del reino, el Delfín le admitía en sus consejos, le consultaba y vivía con él en una especie de intimidad, hasta el extremo de darse recíprocos banquetes. Dícese que en uno de estos fué cuando le oyeron á su suñado. La dosis no fué bastante fuerte para matar en el acto al convidado; pero le ocasionó una enfermedad que hizo se le cayera todo el pelo y las uñas, y le afligió con una languidez que abrevió su vida. Hacen algunos remontar este atentado á la época en que Carlos el Malo fué sacado de su prisión.

El crimen del envenenamiento no está completamente probado; pero hace que se le considere como muy probable otro, semejante en un todo, cometido algunos años después, y sobre el cual no dejan los historiadores ningun género de duda. Estaba el rey de Navarra contratando tropas asalaradas con un aventurero gascón llamado Séguin de Baderol, á quien deseaba atraer á su servicio. Ofreciéndole el efecto á algunas tierras en Normandía; Séguin las quería en Gascuña, y en mayor cantidad que las que el príncipe consentía en darle, obstinándose tenazmente en su pretensión. «El gascón es harto caro», dijo Carlos á sus agentes; puesto que tanto quiere hacerse valer, destagámonos de él. Le convidó á comer, y Baderol, después de haber probado algunos manjares, cayó presa de horribles convulsiones. Carlos le miró sin inmutarse, le hizo trasportar á su casa, donde murió á los pocos instantes, y el navarro continuó comiendo tranquilamente.

Si es incierto que atentara á la vida de su suñado por medio del veneno, no lo es en manera alguna que intentara el mismo crimen por medio del homicidio. Los asesinos debían ser tres amigos de

Marcelo. Dos de ellos revelaron la trama y tuvieron orden del regente para seguir comunicando con el navarro, á fin de poderse enterar mejor de sus intenciones y destruirlas. Fueron apreados sus agentes y desde la misma confesión acusaron al rey de Navarra. El mismo se confesó criminal, huyendo cuando supo que sus cómplices habían sido presos; pero así que estos sufrieron la última pena, y dejó de temer sus declaraciones, cobró nueva osadía y envió con la mayor insolencia un cartel de desafío al regente, suponiendo que por animosidad le había imputado un crimen de que estaba inocente. Unió además á su desafío una declaración de guerra; la empezó en la Normandía, y borró con esta acción todo el mérito de su conducta al desear el asesinato tratado propuesto por el rey de Inglaterra.

Este monarca permaneció una parte del invierno de 1350 y toda la primavera de 1350 en los alrededores de Paris, en los que se ocupaba en saquear é incendiar las casas de campo de los habitantes, y en cogelos los víveres para obligarlos á que se revolucionasen contra el regente. Este necesitó, á pesar de ser muy jóven, toda la salubridad y firmeza que mas tarde caracterizaron su reinado, para precaver á los parisenses contra las promesas y amenazas del inglés, contra su impudencia por los males que sufrían, y contra las pífidas insinuaciones de los emisarios de su suñado, que le ensaban de indifferente á sus intereses y de que no quería librarlos, como podía, aventurando una batalla.

Eduardo, que no podía atraer al regente á una acción, ni subsistir por mas tiempo en un país devastado, entró en Beaune, desde donde se proponía pasar á Bretaña para rehacer su ejército durante el verano y volver de nuevo sobre Paris, pues se le aconsejaba que las medidas defensivas que el regente había adoptado serian precisamente la causa de su perdición; y en verdad que sus cálculos no carecían de fundamento.

El monarca inglés había juzgado bien la enfermedad por sus síntomas, y este conocimiento le hacia despreciar las proposiciones que el Papa le enviaba por medio de sus legados. Esperaba que las dilaciones empeararían el mal, pero muchos de sus consejeros, menos entusiastas que él de un proyecto de volver en Franco y de sus esfuerzos por unirlo, el duque de Lancaster, cuya sabiduría y conocimientos apreciaba, no le escaseaba niñerías.

Lo que Lancaster espuso á Eduardo acerca de los accidentes que podían destruir en un momento su ejército, le fué demostrado por uno de los fenómenos mas aterradores de la naturaleza. Hallábase á la vista d. Chartres, se desencadenó sobre su campamento una tempestad espantosa. La lluvia caía impetuosamente y el granizo, de prodigiosa magnitud, derribaba hombres y caballos. Las tiendas arrancadas por los torbellinos del huracán desaparecieron en los torrentes que formaba aquel horroroso diluvio. Mil hombres y seis mil caballos perecieron arrastrados y sumergidos en las aguas. Dícese que Eduardo se encaminó aterrado á la iglesia de Chartres y ofreció á la Virgen ajustar la paz. Al efecto nombró el rey de Inglaterra comisarios que se reunieron en Breigny, punto inmediato á Chartres, con los que el regente envió. Como todos procedían de buena fé, el tratado se concluyó en ocho dias y fué redactado en nombre de los dos hijos de ambos reyes, el regente y el príncipe de Gales.

El tratado de Breigny fué firmado el 8 de mayo. Compúese de cuarenta artículos bajo cuatro capítulos principales, esto es, las concesiones, las restituciones recíprocas, las respectivas renuncias y el rescate del rey. Primero, se concedió al rey de Inglaterra todo lo que el de Francia poseía en soberanía y dominio en el Poitou, Saintonge, Agenois, Perigord, Quercy, Lemosin, Angoumois, Rouergue y Bigorre; además, se le cedia á Calais, las tierras de Oye, el condado de Guines y los territorios adyacentes, como tambien los derechos de soberanía sobre los condados de Foix, de Arnançá y otros cuyas tierras estaban enclavadas en las provincias; segundo, el rey de Inglaterra y el príncipe su hijo restituyeron todo lo que tenían ó podían pretender en la Normandía, la Turenna, el Maine, el Anjou, la Bretaña y Flandes; tercero, estos dos príncipes renunciaban los derechos que alegaban á la corona de Francia y á las porciones del reino diferentes de las concedidas por el primer artículo; cuarto, por el rescate del rey Juan debían pagarse tres millones de escudos, á saber: seiscientos mil en Calais en el plazo de cuatro meses, y el restante entregando anualmente seiscientos mil escudos en Londres; y para mayor garantía del pago debían ser entregados cuarenta rehenes.

Los demas artículos se referían á ciertos intereses particulares, como los de los duques de Bretaña y Flandes. Firmaron el tratado los príncipales de los dos reyes y el regente en Paris en presencia de los comisionados ingleses y el príncipe de Gales en Louviers en presencia de los comisionados franceses. No se hizo mención en el tratado de Carlos el Malo, sino de su hermano el príncipe Felipe, que se había dejado arrastrar por él á la guerra. Sus tierras y las de su esposa le fueron devueltas con plena amnistía; igual merced fué des,

pues concedida al navarro por la mediación del rey de Inglaterra, al regresar el de Francia á sus estados.

Ambos desembarcaron en Calais en el mes de octubre. Juan, después de cuatro años de prision en Inglaterra, permaneció todavía preso cuatro meses en esta ciudad, mientras se ventilaban de nuevo algunos artículos del tratado de Bretigny. El regente iba algunas veces á conferenciar con su padre, y en estas ocasiones se le entregaban como garantías de su libre regreso á dos hijos del rey Eduardo. Parece que no se conformaron acerca del artículo de las renuncias. Después de algunos debates bastante acalorados, convinió en que en el plazo de diez meses que debían espirar el día de San Andrés de 1561, los dos monarcas publicarían sus cartas patentes y las enviarían á Brujas, pero que no obstante el rey de Francia continuaría usando de sus derechos de soberanía en las tierras que cedia. Conjetárase que esta fórmula dilatoria fué adoptada porque no se pudo convenir en la de la renuncia de Eduardo á la corona de Francia. Los dos monarcas en su última entrevista se trataron con la mayor cortesanía; juraron la paz sobre los Santos Evangelios y sobre una hostia consagrada, y se abrazaron con muestras verdaderas de amistad. Al dar libertad á su prisionero, Eduardo recibió en garantía del rescate cuarenta rehenes, escogidos entre los príncipes de la sangre y los señores de las familias más ilustres, entre los cuales se contaban tres hijos del rey y su hermano. En el acto de la separación de estos dos príncipes, y con arreglo á las convenciones anteriores, diez de estos rehenes fueron devueltos al rey Juan, entre ellos Felipe, el más joven de sus hijos, que había caído prisionero con él en Poitiers.

Al volver Juan á su reino, mareólo á pie á Bolonia, para cumplir el voto de una peregrinación que había ofrecido á la Virgen de esta ciudad. Por primer acto de su autoridad arregló su casa, distribuyó los empleos de ella, decretó la reunion del parlamento dispersado por los disturbios, y devolvió su favor al rey de Navarra. Este príncipe, que había sido comprendido en el tratado de Bretigny, fué á arrodillarse á los pies de su suegro, y prometió con su habitual hipocresía, que en adelante sería bueno, leal, y fiel vasallo é hijo. Los parisienses recibieron al rey con una magnificencia y unas demostraciones de júbilo que conmovieron su sensible corazón.

Eduardo no tardó en enviar comisiones en demanda de las provincias, ciudades y castillos que le habían sido cedidos en el tratado. Juan no titubeó en cumplir sus promesas. Casi todos los poseedores de feudos, como los gobernadores y vecinos de las ciudades, indignados al ver que se disponía de sus personas y bienes sin haberlos consultado, y de que se les desmembrase de la Francia á cuyo territorio pertenecían, se habían fortificado, y defendidos por respetables guarniciones, se negaron á recibir á los ingleses. El rey empleó con ellos los ruegos y las súplicas, y les hizo ver que de su sumisión dependía el reposo del reino. Froissard, historiador adicto á la Inglaterra, dice que «obedecieron aunque con harto pesar». Citase también la respuesta de los diputados que los vecinos de la Rochela enviaron al rey suplicándole las dispensas de recibir á los ingleses: «Señor, toda vez que para atestiguar que somos buenos franceses, quereis obligarnos á que no lo seamos, reconocemos al inglés solo con los labios; pero está seguro de que nuestros corazones os serán siempre fieles.»

El Delfín y el consejo deseaban que el rey aprovechase aquella repugnancia casi general para sustraerse á las condiciones más onerosas del tratado de Bretigny. En esta ocasión fué cuando Juan pronunció estas palabras que han llegado á ser una máxima por desgracia casi nunca practicada: «Si la justicia y la buena fe quedasen desterradas del resto del mundo, habrían de hallarse en los labios y en el corazón de los reyes.»

Las guarniciones que salían descontentas y mal pagadas de las fortalezas entregadas á los ingleses, los extranjeros y sobre todo los alemanes que Eduardo había llamado á su servicio y á quienes licenciaba por no ser ya necesarios, formaron lo que se llamó *Las grandes compañías* compuestas en su totalidad de bandoleros y ladrones que se dedicaron á devastar la Francia, capitaneados por caudillos atrevidos y experimentados que ellos mismos se elegían. El rey envió contra una de estas hordas algunas tropas regulares á las órdenes de Santiago de Borbon, conde de Marca y conestable de Francia, hijo segundo de Luis, primer duque de Borbon, pero sufrió una completa derrota en Brignais, cerca de Lion, y murió en esta ciudad de las heridas.

El gafe de estos vencedores se hacía *amar amigo de Dios y enemigo de todo el mundo*, asociación ridícula de dos cualidades incompatibles. Dirigiéronse luego contra Aviñón, residencia del Papa, que publicó una cruzada contra ellos. Pero esta cruzada lejos de serles perjudicial, aumentó sus fuerzas, porque los hombres de armas llamados por el Pontífice á su servicio, viendo que este les pagaba en moneda de infulgencias, se incorporaban á las bandas. Nosotros nos apoderaremos, decían, según refiere Froissard, del oro de los prelados, ó de lo contrario no lo pasarán muy bien. Sembradas amenazas eran en alto grado alarmantes para la corte de Avig-

non. El Papa llamó en su auxilio al marqués de Moutferrat, capitán de gran nombradía en Italia. Llegó á Francia y juzgan lo sería muy poco prudente medir sus fuerzas con las de aquellos aventureros que nada tenían que perder, creyo más oportuno sobornarlos y trabajó eficazmente para conseguirlo. A fuerza de exagerarles el botín que les esperaba en Italia, el marqués los determinó á que se siguiesen á este país, después de haberles entregado una respetable cantidad, que al parecer le suministró el sacro colegio. Aquellos hombres ayudaron al marqués á alcanzar victorias lucrativas contra los milaneses.

Otra turba penetró en la Bretaña, donde la guerra no había cesado jamás, atraídos por la reputación de Caquín, noble breton, audaz y emprendedor hasta el punto necesario para acallarlar á tales aventureros. El valor era el patrimonio de su familia, sin distinción de sexo ni edades. Una religiosa llamada Juliana, hermana de Claquín, á quien las devastaciones de la guerra habían obligado á abandonar su convento, se había retirado á Pontorsou al lado de la esposa de su hermano. Los ingleses se propusieron posesionarse de esta fortaleza; al efecto arriaron las escalas y ya muchos subían por ellas. La religiosa salió de la casa en que estaba acostada al lado de su cunata, se viste la cota de malla de su hermano, corre á la muralla, derriba las escalas y á los hombres próximos á llegar al parapeto, reúne la guarnición y persigue á los fugitivos, que se hallaron sorprendidos entre ella y su hermano que volvía de una expedición de que los ingleses habían recibido aviso, circunstancia que les había hecho intentar la sorpresa de Pontorsou. Pero Juliana le recompuló y batió con él á los que se habían escapado de la escalada, cuyo galeo cayó prisionero. El valor, la inteligencia, la confianza del soldado y la estimación del rey, elevaron más tarde á Beltran Claquín, si nple caballero, á la dignidad de conestable de Francia.

El rey no desplega en el gobierno la actividad de que había dado muestras en su prision. El Delfín conservó siempre mucho poder, y puede decirse en elogio del padre y del hijo, que no se traslució ningún germen de mala inteligencia entre el príncipe que había reinado verdaderamente, y el monarca que hubiera podido mostrar alguna envileja por la autoridad que aun quedaba al antiguo regente. Este disfrutó siempre del ducado de Normandía que su padre le había dado. Juan admitió aquel año el ducado de Borgoña por muerte de Felipe de Rouvres, que murió á la edad de diez y seis años sin dejar posteridad, y que fué duodécimo y último duque de la primera casa de Borgoña, derivada del rey Roberto.

De este ducado hizo merced á Felipe, su cuarto hijo, quien habiendo sido herido en la batalla de Poitiers al lado suyo, fué su compañero de cautiverio y llegó á ser después tronco de la segunda casa de Borgoña; declaróse además par de Francia. Luis, hijo segundo del rey, estaba previsto ya con el ducado de Anjou; de él salió la segunda casa de los reyes de Nápoles, que llevaron el nombre de Anjou. Juan, hijo tercero del rey, era duque de Berry. En aquella misma época fueron incorporados jurídicamente á la corona, y para no volver á segregarse, los condados de Tolosa y de Champana.

Estos condados por el establecimiento de los hijos de Francia precedieron á un viaje que hizo el rey á Aviñón, y cuyo motivo se ignoró entonces. El papa Inocencio VI, hospedado por el rey de Inglaterra, le había concedido una dispensa general, por la que le permitía casar á Edmundo, conde de Cambridge y después duque de York, su cuarto hijo, con aquella de sus parientas que le pluguiera elegir. El inglés se había propuesto un fin de mucha importancia al formular tan misteriosa pretension; era aquel hacer que se casara el príncipe con la princesa Margarita, viuda de Felipe de Rouvres é hija heredera de Luis de Male, conde de Flandes, cuyo enlace le daba derechos no solo sobre su país, sino también al Avois y al condado de Borgoña, lo cual le proporcionaría la facilidad de estrechar la Francia por el Norte, según lo hacía ya por el Mediodía. Acababa de suceder á la sazón Urbano V á Inocencio VI, y obtuvo el rey de aquel la revocación de tan dispensa general, y particularmente una prohibición expresa á Edmundo de que se casara con Margarita, parienta suya en tercer grado. Vencido Eduardo por esta parte, para procurar al menos una alianza útil al príncipe de Gales, á quien acababa de declarar soberano de la Guiana, casó á Edmundo con Isabel, hija segunda de don Pedro, rey de Castilla, conocido con el nombre de don Pedro el Cruel. Juan hizo al instante un tratado con Enrique de Trastámara, hermano natural de don Pedro y que le disputaba la corona. Enrique se comprometió á sacar de Francia y tomar á su servicio las grandes compañías que tan onerosas eran para el reino. En retribucion prometía el rey al pretendiente de Castilla la donación de unas tierras de 10,000 libras de renta si no salía bien con su empresa y el mal estado de sus negocios le obligaba á refugiarse en Francia.

Mientras que Juan se hallaba en Aviñón, llegó Pedro de Lusitán, rey de Ginepra, que estaba en guerra perpetua con los sarrazenos de Egipto. Vuelto á pedir socorros contra ellos; Urbano se inflamó de entusiasta celo y exhortó al rey de Francia á que tomara la cruz. Juan recordó muy oportunamente que Felipe de Valois, su padre, había prometido hacer el santo viaje. Como sorprendido por la muerte



no pudo cumplir su voto, eomprometi6se el hijo á cumplirle, tom6 la cruz é hizo la tomar tambien á todos los magnates que le acompañaban. Insinuan algunos historiadores que no tanto le escitaba el celo religioso como la esperanza de borrar, por medio de hechos brillantes de armas, la vergüenza de la derrota de Poitiers.

Pero este acontecimiento funesto dejaba en su mente otros mil disgustos que se renovaban sin cesar. Los rehenes llevados á Inglaterra empezaban á cansarse de su prolongado destierro. Eduardo aprovechaba estas disposiciones para despojar al uno de una tierra, al otro de algunos castillos y á los que no tenian posesiones, é ciertas cantidades á cuenta de su rescate. Todos aquellos á quienes despojava, debian hacer lo posible para obtener del rey de Francia que perdonara los reintegros que debia el de Inglaterra, en virtud de los diferentes convenios que se negaba siempre á cumplir. Estos reintegros eran inmensos.

Entabláronse negociaciones con este objeto, y se celebró un tratado, cuyas cláusulas no se conocen; pero probablemente Eduardo no quiso que se hablase en él de abonos, aunque la obligacion que pretendia imponer á los prisioneros de solicitar el deseargo, prueba que reconocia la deuda. Bueno al fin de las tierras que algunos de los rehenes le habian cedido provisionalmente por sus rescates, exigió que si las restituciones que debian serle hechas no se realizaban en los plazos prefijados, volviesen á entregarse prisioneros, y que las tierras y señorios que le hubiesen sido cedidos en sus reciprocas transacciones, le perteneciesen en propiedad. Para hacer mas exigentes á estos presos, el astuto monarca les proporecionó una afecion anticipada á la libertad, trasladándolos á Gaias, de donde les era permitido alejarse en sus pasos hasta cierta distancia.

Este tratado concluido en Lóndres fué llevado á Avinion, desde donde el rey le envió al Duque de Borjona, á pesar de su inclinacion por unanimidad. El rey Juan, á pesar de su inclinacion á conceder demasiado por evitar un rompimiento, convino en que tales exigencias merecian una absoluta negativa. El duque de Anjou que así lo previa, se fugó de Calais, fuése á Paris y no obstante las instancias de Juan, que se bisonaba al parecer con la idea de negociar con mas ventaja personalmente, volvió á Inglaterra.

Dicese que dió este paso con objeto de ver á una mujer á quien amaba; tal es al menos la ridicula esplicacion que se dá á estas dos palabras del fraile continuador de Nangis, *causa joti*. Algunos historiadores han añadido que esta sirena era la famosa condesa de Salisbury. Según esta version, Juan en su undécimo lustro habia abandonado sus hijos, su corte y su reino, por amor á una estrangera, mancha de su rival. A todo lector sensato parecerá mas probable que el honor, la generosidad y la franqueza impulsaron á Juan á hacer este viaje. Tema se le imputase la evasion del duque de Anjou su hijo, que se le acusase de haber faltado á las condiciones del tratado de Bretigny, y violado la fé de su palabra. Partió pues, y Eduardo le recibió con grandes honores, y se ignora si entabló conferencias acerca de sus negocios. Juan cayó enfermo casi al llegar, y murió cuatro meses despues, llorado por los ingleses que no habian cesado de admirar su mansedumbre, su afabilidad, su cortesia y la paciencia con que sufría sus desgracias. Eduardo sintió y aun lloró, segun se dice, por la muerte al rival, á quien no habia podido dejar de estimar ni en el calor de sus mas renidas discordias. Asistió á los funerales suntuosos que se le hicieron en la catedral de Lóndres, y mandó que le hiciesen iguales en todas las iglesias de su reino y acompañó el cadáver hasta el bajel que le condujo á Francia. Fué sepultado en San Dionisio, y sus exequias se celebraron con magnificencia: los cuatro principes sus hijos asistieron á ellas. Pudo acreditarse la muerte de los señores ejecutados en Rouen, y su arrebatado imprudente en Poitiers. La adversidad le dió dulzura y circunspeccion, frutos tardios de su infortunio. Juan hizo dar á sus hijos una buena educacion, habiéndole nacido los equivo de Bona de Luxemburgo, hermana del emperador Carlos IV, y antes de subir al trono. Ocupó este catóico años, y vivió cincuenta y seis.

### CARLOS V, LLAMADO EL SABIO.

De edad de 27 años.

Un reino gobernado por un sabio es un espectáculo poco frecuente en la historia. El reinado de Carlos V nos ofrece tal espectáculo. Este principe conocia todo el peso del cetro, puesto que lo habia soportado casi solo desde la prision de su padre; tenia veinte y siete años cuando subió al trono, y su consagracion que se verificó en Reims con mucha solemnidad, fué señalada con un suceso de feliz presagio.

La paz entre los franceses é ingleses no se habia roto, pero ambas naciones se aprovechaban de la ambigüedad del tratado de Bretigny en la parte relativa á la conducta que debia observarse respecto de los aliados. El rey de Navarra, á pesar de las promesas de fidelidad que habia hecho al de Francia, continuaba en inteligencia

con el de Inglaterra, y aun se habia aprovechado de la última ausencia de Juan para romper las hostilidades. Debe recordarse que poseia muchas plazas importantes en Normandia, Amantes, Meulan, y el castillo de Roulbosc pertenecia á este número. Situadas entre Paris y Rouen, interceptaban el comercio de ambas ciudades; los habitantes de la última seccionaban de ellas. El principe Luis de Navarra, hermano de Carlos el Malo, habia sido dejado en Normandia para defender sus posesiones. Conociendo la debilidad de sus fuerzas, llamó á los ingleses, que llegaron acudillados por el famoso capitán Juan de Grailli, que se halló frente á frente con el no menos célebre Beltran Clauquin.

Los franceses empezaron en esta ocasion á no estar únicamente con su valor, pues su general se valió de arduos y ánieua para hacer dejar á los ingleses la posicion ventajosa de una montaña inmediata á Cocherel, ciudad situada á tres leguas de Evreux, y atraerlos á una llanura. Cuando los vió en ella, dijo regocijado á un caballero. «La red está bien tendida; los pájaros caerán en ella.» Despues dirigiéndose á los soldados, les dijo: «Recordad que tenemos nuevo rey; ¡ que su corona sea ostrenada hoy por vosotros! En efecto, la noticia de la victoria llegó á Reims el día siguiente de la consagracion. Esta victoria fué completa y tanto mas ventajosa cuanto que reanimó la confianza de los franceses, desalentados desde mucho tiempo atrás por sus atagias derrotas. Grailli cayó prisionero con otros muchos señores ingleses; el rey mandó fuesen tratados con toda inocuidad; pero en un viaje que hizo poco despues á la Normandia, entró á la justicia á muchos franceses cogidos en aquel encuentro, y fueron condenados á muerte como traidores y rebeldes. El monarca dió á Clauquin el condado de Longueville; presente que atormentó no poco al rey de Navarra, porque este condado habia pertenecido á Felipe, otro de sus hermanos, que acababa de morir, y á quien se prometia heredar.

Vióse tambien burlado en las pretensiones que habia formado relativamente al ducado de Borgoña. Cuando el rey Juan le cedió á su hijo Felipe el Atrevido, el navarro se presentó como heredero del último conde; pero Felipe fué puesto en posesion, y el negocio se remitió al arbitrio del Papa. Como el navarro no accedió á este expediente, hubo siempre hostilidades entre ambos pretendientes. Las correrias que con este motivo hizo el nuevo duque de Borgoña por Normandia, ayudaron á Clauquin á someter la mayor parte de las ciudades que en ella poseía Carlos el Malo, y Influnera conquistado todas, si la percutividad de los negocios no le hubiese obligado á trasladarse á la Bretaña.

Carlos de Blois y Juan V de Montfort, pretendientes del ducado, combatian entre ellos con armas bastante iguales; pero el equilibrio se rompió porque algunos ingleses fugados de Cocherel, se apresuraron á retirarse á Bretaña, á las órdenes de Juan Chandos. Clauquin corrió en su busca, y los dos ejércitos mandados por capitanes, á la vista de los principes por quienes combatian, se encontraron en las Landas de Beaumont, cerca de Becherel. Formados en orden de batalla solo esperaban la señal, cuando á fuerza de instancias por parte de los legados del Papa y otros prelados que seguian á entrambos rivales, se abrieron conferencias, cuyo resultado fué un arreglo conocido bajo el nombre de *Tratado de las Landas*, y cuyas condiciones no pueden ser mas sencillas, puesto que en su virtud el ducado quedaba dividido en dos mitades: cada uno de los contendientes debia llevar el título de duque y tener su respectiva capital, siendo Rennes la del uno y Nantes la del otro. Separáronse bajo la promesa de renunciar en un lugar señalado para ponerse de acuerdo en lo tocante á los arreglos que la particion exigia, y para recibir la ratificacion de la duquesa Juana la Coja, esposa de Carlos de Blois.

Por ella poseia este el ducado de Bretaña. Su ratificacion era necesaria, pero difícil de obtener. Cuando habia leído el tratado que su marido le envió, dijo al portador: «Muy á su placer dispono de lo que no le pertenece; no debiera por cierto poner en arbitrio mi patrimonio.» Y en su contestacion escrita le decía: Haréis lo que os acomode, puesto que soy mujer y no puedo mas; pero perderé la vida y dos si las tuviese, antes que acelerar á cláusula que tanto deshonra á los mios. Esta carta estaba empapada en sus lágrimas. El esposo quedó conmovido, y mas aun cuando al alejarse de Juana, á quien habia ido á ver, esta le dijo: «Conservadme vuestro corazon, por que conservad tambien mi ducado, y suceda lo que quiera, haced que mi soberanía permanezca íntegra.» Carlos lo prometió así, *bey á su dama y partió*.

Encontró á Montfort delante de la ciudad de Auray, que sitiaba esperando á su rival. Carlos no disimuló el pesar que le causaba no ratificar el tratado; pero expuso demasiado débil, guardó la palabra empeñada á su mujer. Cuando los ejércitos estuvieron formados frente á frente en batalla, Montfort hizo leer el tratado en alta voz delante de sus tropas, y pidió á los señores que le rodeaban diesen su fallo acerca de sus pretensiones, ofreciendo renunciarlo todo si le condenaban. Una aclamacion general confirmó sus derechos y le aseguró el amor de sus soldados. Díoles gracias, arrojólosse, le-

vantó las manos al cielo, protestó de la pureza de sus intenciones é hizo á Carlos de Blois responsable de toda la sangre que iba á derramarse. Quiso además intentar un arreglo, pero Chandos se opuso.

En el momento de dar la señal del combate, llegó un correo del rey de Francia. El monarca mandaba á Montfort que levantara el sitio de Auray; á Carlos que entregase la ciudad á Oliverio de Clisson y á Carlos de Beaumont, caballero del partido opuesto, y



Hugo Aubriot sacado de la cárcel por los merceros.

que entramos marchasen á París pues hallarian justicia y satisfaccion. Montfort accedió, pero Carlos se negó y arrastrado por una impetuosidad que Clauquin no pudo contener, avanzó é introdujo el desorden en el ejército enemigo; mas por la imprudencia de esta medida tardó poco en verse envuelto. El combate fué terrible é encarnizado por una y otra parte. Carlos de Blois cayó al fin sobre la espada de un inglés, y al espirar dijo: «He pelearo mucho tiempo contra mi conciencia.» No obstante tan desgraciado accidente, Clauquin sostenia el combate. Cubierto de heridas y desfallecido por la pérdida de su sangre, intimidaba todavía á los enemigos que le asediaban, y hacia morir el polvo á los mas osados. Chandos llegó, se dió á conocer, y le hizo ver la imposibilidad de escapar. El héroe breton cedió entonces á la adversa fortuna. No obstante, Montfort se habia hecho conducir al lugar donde yacía el desgraciado Carlos en medio de sus valientes defensores tendidos en su derredor. «Ah, querido primo, exclamó, vuestra obstinacion ha causado grandes males en Bretaña. Dios os lo perdone! harlo me allige que hayais venido á parar á este lastimoso fin.» Chandos le arrancó de aquel triste lugar, y le dijo: «No podiais tener el ducado con la vida de vuestro primo. Dad gracias á Dios y á vuestros amigos.»

La pertinacia le hizo perder á Juana en un momento su marido y sus estados. Tenia dos hijos, pero estaban prisioneros en Inglaterra y no le quedaba otro recurso que su yerno el duque de Anjou. Este principe practico todos los esfuerzos posibles para cemperar á su hermano el rey á que se declarara decidido protector de

la viuda, é hiciese la guerra en su nombre, como señor feudal, af nuevo duque. Este negocio fué examinado en muchos consejos; pero se observó en ellos que la Francia estaba exhausta, que nada habia que no adoleciese de algun vicio, que los impuestos eran abrumadores, que la administracion rentística era pésima y que era excesivo el número de gente armada de que el suelo francés estaba inundado. No formaba ya aquella como anteriormente, meras turbas de vagabundos y ladrones, que erraran sin gefes ni disciplina, sino tropas de excelentes soldados que se llamaban como queda dicho *Las grandes compañías* dirigidas por hábiles capitanes, que habiendo perdido todo en las pasadas guerras, se ofrecieron al principe que pudiese pagarlos. El rey no estaba en estado de comprar sus servicios, y el de Inglaterra espabala desde Douvres donde se hallaba, la ocasion de atraerlos á sus banderas, para renovar sus devastaciones en Francia. Atendida la conducta que se trazó el nuevo duque de Bretaña despues de su victoria, podia juzgarse que el rompimiento no seria un suceso pasajero. sino una guerra prolongada y sangrienta; al efecto cautivaba á los señores dispensándoles una favorable acogida, y ganaba las ciudades por medio de promesas; casi todas le abrian sus puertas. Era pues preciso conquistarlas una tras otra. Por otra parte, poco importaba á Francia que fuese duque de Bretaña un descendiente de blois ó un Montfort, con tal que se sometiese á los deberes del homenaje tributado por sus predecesores; de esto se deducia que no habia otro partido sino el de negociar y procurar á la viuda, cediendo el ducado, todas las ventajas posibles.



El duque de Anjou haciendo arrojar paisienses al Sena.

Con este designio se concluyó el tratado de Guernando entre las dos casas contendientes, bajo la mediacion del rey de Francia, como señor feudal. La viuda del conde de Blois renunció sus derechos al ducado, que fué cedido al conde de Montfort y á sus descendientes en linea masculina; sin embargo conservaba el título, que no debia transmitirse á sus hijos. Se le aseguraron rentas vitalicias que ascendian á diez mil libras, el condado de Limoges y el ducado de

Penthièvre, que fué mas tarde apellido de su familia. Por la estincion de la línea masculina en la casa de Montfort, la de Penthièvre heredaría de derecho el ducado de Bretaña. El nuevo duque debía procurar la libertad de los hijos del conde de Blois, dando cien mil escudos para el rescate de Juan, el mayor de ellos, y además á su hermana en matrimonio. Pero lo que se refería á este principio no se realizó, aunque el rey de Inglaterra se constituyó fiador del tratado. Así concluyó una guerra de veinte y tres años, guerra de familia por las alianzas y próximo parentesco de los señores bretones que tomaron parte en ella, y por esta misma razon guerra perfida y cruel. Montfort hizo homenaje del ducado al rey de Francia, pero sin renunciar á sus relaciones con la Inglaterra, y estas se estrecharon mas con dos matrimonios sucesivos que contra con princesas inglesas, siendo la primera hija de Eduardo.

El monarca francés y el duque se dieron recíprocamente las mas expresivas muestras de afecto y amistad. Pero todas estas señales de buena armonía no engañaban ni al uno ni al otro, dice el historiador de Bretaña.

Esta observacion acerca de la superficial reconciliacion de Carlos V con Montfort, puede aplicarse tambien á la del mismo monarca con el rey de Navarra. El carácter pérfido de este príncipe, exigía continuas precauciones contra su persona. El rey de Francia, además de la guerra que le hacia en Normandía, contra en el Mediodía con los señores gascones, como el conde de Foix, el señor de Albret y otros, diferentes alianzas que inquietaban á Carlos el Malo por lo que amenazaban á su Berne y Navarra. Dió pasos encaminados á la paz, y la consiguió merced á las súplicas de Juana y de Blanca, viuda la primera de Carlos el Hermoso, y la segunda de Felipe de Valois, sus habituales interesoras. En lugar de las ciudades de Mantes, de Meulan y del condado de Longueville, se le dió el señorío de Mompeller y se le devolvieron las otras ciudades que le pertenecian en Normandía. Renovó sus propias renunciaciones y las de su padre y madre á la posesion de la Champana y de la Brie, y sus pretensiones á la Borgona fueron remitidas como anteriormente al arbitrio del Papa. Por otra parte rindió todos los homenajes y jramentos de fidelidad que le fueron exigidos, y obtuvo una amnistía general para los complicados de todas sus rebeliones.

Fué muy avallado en su negociacion por Juan de Grailli, cogido en Cocherel. El rey de Francia no le trataba como á prisionero, y no solamente le devolvíó la libertad sin rescate, sino que le concedió además el señorío de Nemours para atraerlo á su partido. Grailli prestó su homenaje, y se hizo de esta suerte vasallo de Francia, relinjiéndose así sus vínculos con el príncipe Negro, duque de Guicena, de quien antes dependía. Carlos V se atrajo tambien

12p. de D. J. M. ATOSSA.

después de la paz de Breña por medio de mercedes y promesas, á muchos señores de este pais. Entre ellos, además de Beltran Clauquin, se vé á Oliverio de Clisson y á Tannegui del Castillo, guerreros justamente celebres.

El rey empezaba á descansar en la paz, pero faltaban todavia dos cosas á su tranquilidad: una administracion mas firme y acertada en los ramos principales del gobierno, y la desaparicion de las Grandes Compañías que devastaban la Francia. La atencion de Carlos V no pudo dedicarse á la hacienda en los dos primeros años de su reinado. Este ramo se hallaba en el mayor desorden, y los cobradores, comisionados é interventores se habian multiplicado hasta lo infinito. El rey empezó por suprimir gran número de estos funcionarios. La diversidad de las monedas ocasionada por las fundiciones muy frecuentes en los últimos reinados, y por la introduccion de piezas extranjeras que la guerra habia puesto en circulación, causaba dificultades y equivocaciones en el comercio. El rey adoptó sobre el particular oportunas mejoras, y no solo disminuyó los impuestos, sino que los hizo menos onerosos. Los dominios reales que formaban entonces una gran parte de las riquezas del monarca, estaban muy descuidados, y á los tornó á producir. Sus desvelos se extendieron á la agricultura en general, y la hizo florecer aligerando todo lo posible el yugo opresor de los señores sobre sus vasallos campesinos. El trabajo tranquilo de los labradores hizo renacer la abundancia, y con esta, la alegría peculiar del carácter nacional.

Quedaba, no obstante, otro azote formidable; las Grandes Compañías, especie de nubes borrascosas suspendidas sobre la Francia, y cuyos rayos tan súbitos como esterminadores tenia cada provincia. El rey tuvo la buena suerte de dirigir su espolion hacia otras comarcas, y de convertir en utilidad lo que podia ser causa de ruina, alcanzando además una justa satisfaccion de Pedro el Cruel, que habia hecho envenenar á su mujer la virtuosa



Asesinato d. l duque de Orleans en París.

Blanca de Borbon, hermana de Juana de Borbon, esposa de Carlos V. El modo de librarse de las Grandes Compañías habia sido ya objeto de estudio en tiempo del rey Juan. Enrique de Trastámara, que disputaba la corona de Castilla á su hermano Pedro el Cruel, habia creído que las Grandes Compañías que tanto afligian á la Francia después de la paz de Bretigny, le serian muy útiles si lograba trasladarlas á España. Grefes y soldados eran naturales de Francia, y allí tenían sus familias, estaban hechos á sus costumbres, conocian el pais, y mas que todo esto les halagaba la esperanza de nuevos y mas productivos saqueos. En vano otros príncipes las habian pedido para emplearlas en sus guerras, pues siempre se habian negado á las demandas. En esta ocasion en que el rey deseaba agendar á un príncipe de quien esperaba ventajas, adoptó el proyecto

de Enrique. Conferenciando sobre las medidas que debían tomarse para determinar á aquellas destructoras falanges á espariarse, se conoció que solo Clauquin podía lograrlo, pues había peleado bajo las mismas banderas en Bretaña y se había hecho muy estimado á aquellos aventureros; pero desde la batalla de Aurai estaba prisionero en poder de Juan Ghandos. El inglés le dió libertad por cien mil francos. El rey dió cuarenta mil libras, y el Papa y el Castellano entregaron el resto.

Fué pues Clauquin á buscar las Compañías cerca de Chalou del Saona, donde se habían reunido después de haber recorrido y devastado la Champana, el Barrois, la Lorena y penetrado en la Alsacia hasta las fronteras de Alemania. Acampaban en número de treinta mil combatientes, todos soldados intrépidos, mercedadores decididos, á las órdenes de caudillos espertos y ansiosos de riquezas, arruinados por las guerras ó la disipación. «Canarralos, les dijo Clauquin al acercarse á ellos; todos hemos hecho bastante, así vosotros como yo, para que los demouios lleven nuestras almas, y aun vosotros podéis alabaros de haber hecho mas que yo. Tribútemos ya honor á Dios y dejémos al diablo.» A este singular exhorto sucedió la esposicion de los motivos; les dijo que nada podía hacerse ya en Francia, pais completamente devastado; que los tesoros de Castilla, enriquecida por la paz y el comercio, estaban á su disposicion; que ademas el rey de Francia les daba en dinero contante mas de doscientos mil francos para su viaje, por último que pasarían por Avinion á salido magníficamente el que debía en gran parte su libertad al papa. «¿Qué delicioso cibo! Es necesario observar para justificacion de Clauquin, que el Papa habia contraido para apoyar esta expedicion empeños pecuniarios que no se daba prisa á satisfacer, y que el general creyó que el paso por Avinion era un medio tan licito como infalible, aunque algo violento, de recular las cantidades ofrecidas. Y en efecto, creyó que habia ofendido tan poco al Papa, que en su segunda cautividad contaba todavía con él para su rescate.

El ejército de aventureros se puso en marcha, tomando el camino de la Provenza, que no era el mas natural. El Papa tan espantado como sorprendido, envió con profusion indulgencias y perdones. Apresuróse á levantar las antiguas excomunioncs fulminadas contra los *malandrines*, que así se llamaban los soldados de las Grandes Compañías; ellos le dieron las gracias por tantas deferencias y avanzaron. Entonces el Papa les amenazó con nuevos anatemas y los lanzó, pero los *malandrines* lejos de intimidarse, llegaron á Avinion. Un cardenal se presentó en las avanzadas para negociar, pero un capitán inglés que las mandaba, le dijo: «Seais lo que vudierdes; traed dinero!» Estó preguntó si se podía. El Papa pagó del bolsillo del pueblo, pero los *malandrines* dijeron: «No, el dinero debe de ser de la bolsa de los prebados.» En consecuencia, hicieron devolver á los vecinos de Avinion las sumas que les habian sido exigidas, y el sacro colegio se vió precisado á satisfacerlas.

La tempestad alzada de la Francia estallo sobre Castilla. Pedro el Cruel fué destronado y se refugió á Burdeos al lado de Eduardo, príncipe de Gales, de quien era aliado por el casamiento de una de sus hijas con Edmundo, duque de York, hermano del príncipe Negro, y le pidió con instancia auxilios contra Trastámara protegido por la Francia. Eduardo le escuchó y le acompañó personalmente á Castilla á la cabeza de un soberbio ejército. Encontró los restos de las compañías que habian arrebatado la corona á Pedro, los tomó á su sueldo, le hizo combatir contra Trastámara á quien habian elevado al trono, precipitáronle de él y coronaron de nuevo á Pedro. Clauquin, que después del brillante éxito de su expedicion habia regresado á Francia, corrió seguida vez á Castilla con un refuerzo considerable. Los ejércitos de entrambos hermanos se encontraron cerca de Navarrete; el de Pedro necesitaba un combate, porque empezaba á carecer de víveres, pero el de Enrique podía esperar. Este era el parecer de Clauquin, pero la ojeriza y el ardor castellano le arrastraron. «¡Osea maravillosa es, le dijo don Tello, hermano de Trastámara, que no habiendo aquí sino una decena de franceses, creais valer mas que tantos miles de españoles, y que queráis dictar la ley para prolongar la guerra y arruinar nuestro pais. Desconfiáis de nuestro valor? ¿Sabéis que os escudemos en mucho, y si tenéis miedo, no nos vengais con escusas.» Clauquin no era hombre que sufría con paciencia tales demuestras, y respondió con palabras aun mas destempladas, y hubiera recurrido á vias de hecho si el rey no hubiese impuesto silencio; pero viendo el mayor número de votos pronunciado contra él, el francés accedió á empuñar el combate.

Estó fué sangriento. Tello cayó con sus escuadron, de manera que el grueso de los enemigos huyó sobre las cruzadas que acaudillaban Clauquin y Trastámara. Tres veces reunió este príncipe á los suyos, pero á la cuarta se dispersaron. Clauquin le tomó por el brazo y le dijo: «Señor, alejaos de aquí, y puesto que vuestro honro está ileso, salvad vuestra fortuna; otra vez combatirémos con mejor estrella.» El príncipe se alzó, mientras Clauquin sostenía la lucha; ce-

dió al fin, pero no quiso renrirse sino al príncipe de Gales, Pedro fué reinstalado en su trono, pero su protector no encontró en él la debida gratitud.

El príncipe de Gales habia contraido empréstitos considerables bajo la palabra de D. Pedro, que al implorar su proteccion se decia poseedor de tesoros inmensos ocultos en una fortaleza de su pais. Pero cuando fué preciso pagar á las tropas, y especialmente á los mercenarios *malandrines*, dijo que no tenia dinero, y no lo dió. El príncipe de Gales al regresar descontento á sus estados, estableció un impuesto sobre todas las tierras dependientes de su soberanía. El Poitou, Limosin, Saintonge y Rouvargé se le sometieron despues de una débil resistencia; pero los señores de Armañac, Albret, Comminges, Perigord y toda la nobleza de Gasconia le desobedecieron y presentaron á Carlos V sus quejas. El sabio monarca respondió que estaba determinado á conservar la jurisdiccion de la corona de Francia, pero, añadió, hemos jurado algunos artículos que examinaremos. Por lo demas, acogió á los señores con la mayor urbanidad, les prometió emplear su mediacion para con el príncipe de Gales, y trató con las mayores consideraciones á los que permanecieron á su lado, para ganar su afecto y acelerar la conclusion de su negocio; primer germen de las connocciones que facilitaron la reunion de la Guiena á la Francia.

Una tercera revolucion se preparaba en Castilla. Trastámara, despues de la derrota de su ejército se habia retirado á Francia, donde se granjeó muchos amigos, sobre todo entre los caballeros que tenían bajo sus banderas tropas ya de vasallos, ya de aventureros. El Mediodia de la Francia estaba cubierto de sus castillos que eran otros tantos asilos de hombres feroces, ocupados únicamente en hechos de armas. Enrique de Trastámara adquirió partidarios entre ellos, y con su auxilio levó á cabo contra su antiguo rey algunas expediciones que le dieron felices resultados. Estas victorias unidas á la reputacion de sus virtudes y al horror con que miraba las crueldades y vicios de su hermano Pedro, le atrajeron gefes y soldados con los que formó un ejército. Mucho deseaba dar el mando á Clauquin que permanecia prisionero desde la batalla de Navarrete. La princesa de Gales prometió veinte mil francos para su rescate, y aunque su esposo supo que Clauquin deseaba la libertad para destronar al mismo que los ingleses habian colocado en el sôlo, estaba tan descontento de D. Pedro, que aprobó públicamente la generosidad de su esposa. Al dar gracias Clauquin á esta, dijo con jovialidad. Señora, creia ser el caballero mas feo del mundo, pero veo que no soy así.

Con la misma rapidez que Don Pedro habia sido restablecido en el trono, cayó de él. Una sola batalla, dada cerca de Montliel, decidió su suerte; le perdió, y despues murió á manos de su mismo hermano Enrique. Estó fué proclamado rey de Castilla, y todos los caudillos que habian cooperado á su triunfo fueron generosamente recompensados. Clauquin recibió la dignidad de condestable, cinco señorios considerables y cien mil florines de oro. El nuevo rey se mantuvo fielmente adicto á Carlos V, y le dispuso grandes servicios. De los treinta mil hombres que formaban las Grandes Compañías en la primera expedicion, solo quedaron despues de esta seis mil que pasaron á los ejércitos de Inglaterra y Francia.

Los franceses sobre todo abrieron sus filas á los valientes que se presentaban. El rey los atraia con alinico, deseando aprovecharse del descontento de los señores gascones para hacer revivir los derechos de la corona respecto de la Guiena y demas paises cedidos á los ingleses. Aquellos señores que se hallaban siempre en la corte, pedían con insistencia al rey que reprimiese las vejaciones del príncipe de Gales. El monarca, aunque tambien lo deseaba, se habia de rogar; al fin concedió el permiso que solicitaban los suplicantes de presentar al Parlamento una queja contra el príncipe. Esta queja fué admitida y los agravios aducidos en ella se conocieron de tal importancia, que debían ser presentados ante el tribunal de los pares. El rey envió una intinacion al príncipe para que compareciese. «¿Iré, respondió este, con el capote en la cabeza y al frente de sesenta mil hombres.» Tal era su duda su proyecto, pero le consumia una languidez crónica desde su regreso de Castilla. Por otra parte, el despecho que escitó en él semejante intinacion le hizo detener por espacio de un año los enviados del rey, y aumentó sus dolencias. Sin embargo, reunió sus tropas, pero no ya con su actividad habitual, pues dejó que los señores descontentos rompiesen las hostilidades y no acertó á detenerlos.

Carlos V tenia agentes secretos que fomentaban los disturbios, no solo en el Mediodia de la Francia, sino en los demas paises sometidos á los ingleses. Los habitantes de Pontieuc mostraban con especialidad mucho alinico en sacudir el yugo de la Inglaterra, á cuyo efecto se les suministraron algunas de las compañías aisladas que al parecer no tenían otro objeto que el botín. En poco tiempo conquistaron todo el Ponthieu, y le sometieron al rey de Francia, sin que pareciese que este se mezclaba en tal negocio.

Esta brusca acomoda y las quejas que el príncipe de Gales dirigió á su padre con motivo de la intinacion, ofendieron vivamen-

te al monarca inglés que tenía á su lado embajadores franceses para discutir las dificultades que de cuando en cuando presentaban algunos artículos del tratado de Bretigny. Eduardo los llamó á su presencia, los trató con dureza, y los mandó escribirse á su rey que se encerrase únicamente en los límites del tratado que había violado con la protección concedida á los rebeldes de la Gasconia y del Ponthieu, que enviase sus cartas de renuncia de la soberanía de las provincias cedeles por el tratado de Bretigny, y que entonces él haría por su parte las renunciadas que se había obligado.

Esto es lo que esperaba el rey de Francia, y en consecuencia reunió el parlamento donde se leyó la imperiosa intimación hecha por Eduardo á los embajadores franceses. Revisóse artículo por artículo el tratado de Bretigny, y se examinaron de nuevo los agravios alegados por los señores gascones. Allí se probó, como no podía dejar de suceder, que Eduardo y su hijo se habían desviado de la justicia en todos los puntos y se resolvió la guerra. El rey envió á declararla á un simple ayuda de cámara, á consecuencia de la detención que habían sufrido los heraldos portadores de la intimación al príncipe de Gales; Por fortuna, los embajadores regresaban á Francia en el momento en que llegaba el ayuda de cámara, á quien hallaron en la playa. Carlos envió también la declaración de guerra y el relato de sus motivos al Papa, al emperador, á otros príncipes aliados ó neutrales, y á las principales ciudades de Inglaterra.

Eduardo se sorprendió mas no se desconcertó, aunque la defección repentina del Ponthieu le hizo temer otras iguales en las demás provincias en que estaban moviéndose sediciosos. Levantó con toda prontitud dos cuerpos de ejército, de los que envió uno al príncipe de Gales, é hizo entrar el segundo en Francia por Calais, á las órdenes del duque de Lancastre, uno de sus hijos. Carlos los opuso sus hermanos: al primero, los duques de Anjou y de Berry, acompañados de Clauquin á quien llamó de Castilla, y cuyos consejos debían seguir los jóvenes príncipes; y al segundo su último hermano, bajo su propia vigilancia. Para ejercerla con mas facilidad estableció su residencia en Rouen. Este joven general era Felipe el Atrevido, ya poseedor del ducado de Borgoña. El rey le hizo el mas rico y poderoso de los príncipes no coronados, casándolo con la heredera de Flandes, aquella princesa cuya mano anhelaba Eduardo para el duque de York, uno de sus hijos.

Esta primera campaña se redujo á marchas, contramarchas, tomas de castillos, escaramuzas y devastaciones que arruinaban al misero pueblo, sin producir ningun resultado decisivo. El rey la terminó reuniendo los Estados generales, porque su objeto era obtener recursos pecunarios. El país se hallaba tan persuadido de sus rectas intenciones, de la justicia de sus miras y de su economía, que le concedió espontáneamente todo lo que pidió.

No nos detendremos á discutir los motivos alegados por los escritores franceses é ingleses para hacer recaer la odiosidad de esta guerra sobre aquel de los dos príncipes á quien quisieron constituir responsable de ella. Todos se apoyan en el tratado de Bretigny, y acusan recíprocamente á entrambos monarcas por haberlo violado con actos contrarios á las condiciones, ó al menos de haberlas eludido con infracción manifiesta de sus palabras. Empero, bien calculado todo, puede decirse que si Carlos V fué el agresor á mano armada, Eduardo fué el provocador por su tenacidad en no renunciar á ninguna de sus ventajas, por su empeño constante en dar á las cláusulas dudosas la interpretación mas conveniente á sus intereses, y por su obstinacion en no cumplir las que le disgustaban, como lo relativo á la corona de Francia que había prometido y no cumplió.

En estas circunstancias, Carlos el Malo se condujo segun su costumbre, como un revoltoso ignorante. Durante las expediciones á Castilla se atrajo el desagrado del rey de Francia y del príncipe de Gales, entorpeciendo la marcha de sus tropas que hacian pasar amistosamente por su territorio y las inmediaciones. Para castigarle, Carlos V se apoderó de su señorio de Mompeller. Al punto, el navarro se trasladó á Inglaterra, y firmó con Eduardo un tratado por el cual se obligaba á atacar la Francia al mismo tiempo que el inglés. Volvió luego á Bretaña y comprometió á Monfort á entrar en este tratado, que ni el uno ni el otro se atrevieron á poner por obra; al contrario, teniendo un castigo mas severo que la pérdida del señorio de Mompeller, el navarro pidió gracia, y obtuvo si no el olvido, al menos el perdón de sus reprobados manejos.

Lo que determinó al rey de Navarra á esta pronta sumision, fué tal vez la repentina invasion de la Guiena. Carlos V mientras desataba la confiscación, tenia preparadas numerosas tropas que se embarcaron al punto por esta provincia. El ataque fué tan brusco, que el príncipe de Gales se vio precisado á retirarse de ciudad en ciudad, á medida que los franceses avanzaban; pero repuesto de su primer desconcierto, reunió todos los soldados que pudo y se puso á su frente. La estenuacion que le aquejaba y que ya habia degenerado en hidrocefalia, no le permitia montar á caballo, y asi se hacia conducir en un carruaje. En tal estado fué á sitiár la

ciudad de Limoges que se habia entregado espontáneamente á las tropas del rey. Multiplicó los asaltos, los mandó personalmente, entró por la brecha, hizo pasar á cuchillo á todos los habitantes sin distincion de sexos ni edades, é incendiar la ciudad á su presencia.

Eduardo no dejó mucho tiempo en tales apuros á su hijo; envió á Francia un ejército poderoso por el número y la calidad de las tropas al mando de Roberto Knolles, su mejor general. Este desembarcó en Calais, atravesó el Artois y el Vermandois, pasó por delante de Soissons, Reims, y Troyes que no se resolvió á atacar, pero quemó las aldeas y los pueblos pequeños; por último acampó delante de Paris y envió á ofrecer la batalla al rey. Este príncipe habia adoptado el mismo sistema de guerra que precediera al tratado de Bretigny, esto es, fortificar oportunamente las ciudades principales, retirar los habitantes del campo con sus muebles y ganados á las fortalezas capaces de resistir un golpe de mano, molestar á los enemigos con cuerpos aislados esparcidos en su derredor, y cortarles los viveres. Merced á esta táctica, precisó á los ingleses á buscar cuarteles de invierno, sin haber hecho cosa de importancia.

Esejeron estos cuarteles en el Maine y el Anjou, provincias vecinas á la Bretaña, alonde Knolles se proponia retirar sus tropas en caso de desgracia, pero Clauquin no le dió el tiempo necesario. Este guerrero acababa de recibir la espada de condestable en presencia de toda la corte que aplaudió la elección del rey, y todos los valientes se apresuraron á servir á las órdenes del zelo de los señores franceses. Aprovechando este entusiasmo, formó una columna de guerreros animados, se precipitó á su cabeza sobre los cuarteles enemigos, y sorprendiéndolos unos despues de otros, los destruyó. El ejército formidable desapareció, y Knolles casi solo, fué á ocultar su orobio á la Bretaña, en el asilo que se habia preparado.

Estos reveses atormentaron no poco al rey de Inglaterra, que no estaba acostumbrado á ellos. La prosperidad, amiga de la juventud, le abandonaba. Ademas de esto, perdió á su esposa Felipa de Hainaut, princesa digna de estimacion, cuya ternura y virtudes habian constituido la felicidad de su vida. Padre afligido, fué á recibir á la playa al príncipe de Gales su hijo querido, que se veia precisado por su enfermedad á abandonar la Aquitania, donde tan necesarios eran su valor y sus talentos. Su hermano el príncipe de Lancastre fué enviado en su reemplazo.

Pero como se veia escaso de recursos, Eduardo hizo partir una flota cargada de tropas y bastimentos á las órdenes de Juan Hastings, conde de Pembroke, su yerno. Esta flota debia desembarcar en la Rochela, cuyos habitantes aunque subyugados por una guarnicion inglesa, corraron su puerto, porque tenían que Eduardo, poco seguro de ellos, los expulsaba y volaba su ciudad de ingleses, puesto que así habia procedido en Calais. La politica antigua y constante de estos insulares es proporcionarse puntos de apoyo en las costas del Continente, ya para la dominacion de los mares, ya para el comercio. Pembroke se irritó tanto mas al saber la hostilidad de los rochelleses, cuanto que era acuchado muy de cerca por una flota de bajeles de mas alto bordo que los suyos, flota que Enrique de Trastamara, reconocido á los servicios que la Francia le habia hecho, enviara en su auxilio. Los castellanos tenían en sus naves máquinas desconocidas á los ingleses, por medio de las cuales arrojaban piedras, masas de plomo y dardos enormes que sepultaban y taladraban las frágiles embarcaciones inglesas, que no eran sino barcas de transporte. No se dice que entre estas máquinas hubiese cañones, porque no habian sido todavia aplicados á la marina. Pembroke, asaz malparado, emprendió cobardemente la fuga, y los castellanos alcanzaron una completa victoria.

No solo en lo relativo á la guerra se mostraba Carlos el Sabio superior al de Inglaterra, sino que le aventajaba tambien en los negocios de gabinete. El inglés reconocia esta superioridad: «No ha habido rey, decía, que se haya armado tan poco y que me haya dado tanto que hacer». Eduardo hizo los mayores esfuerzos para desviar al castellano del francés, y al efecto acumuló promesas y presentes, sin poder lograr disminuir el afecto que unía á entrambos príncipes. Al contrario, Carlos V politico sagaz, consiguió que el rey de Escocia rompiese la tregua con el de Inglaterra, aunque era ventajosa al primero. Por último, privó por entonces á Eduardo del recurso de las pérdidas ordinarias del rey de Navarra.

No se prometia el hábil monarca fijar aquel carácter inquieto, siempre fluctuante entre partidos opuestos; pero creía que aparentando ignorar sus intrigas secretas, le impediría que se declarase ostensiblemente en favor de su enemigo. Accedió pues á ratificar el perdón que en su estado no se habia atrevido á ir á implorar personalmente, y le admitió á su presencia; pero como atormentaban tanto al navarro los remordimientos de su conciencia, tuvo que enviarle el rey sabio diez y nueve rehenes, prelados, caballeros y vecinos. La entrevista tuvo lugar en Vernon. El navarro ofreció las tierras que poseía en Normandía, y se arrojó allí el rey que se apresuró á levantarse. Al dia siguiente, hizo homenaje de sus vasallajes, lo que todavia no habia verificado. Despues de esto vivió

en la corte, obsequiado y atendido, pero al mismo tiempo envió al rey de Inglaterra un agente secreto encargado de cesarle por su sumisión al rey de Francia y de renovar sus tratados con el inglés. Desde París, donde había tributado su homenaje, volvió á Normandía y á Bretaña. Al encaminarse hacía el duque, fué bien recibido por Olivero, y que le acompañó á la corte. En recompensaba de tan benévola acogida, Carlos el Malo le indujo con el duque, á quien inspiró unos celos frondosos contra Clisson, acusándole de galantear á la duquesa. Clisson estuvo dispuesto á ser asesinado por orden del duque, y el navarro tuvo la satisfacción de enemistarse á aquellos dos hombres.

Por este tiempo, con la diferencia de algunos meses, nacieron dos príncipes destinados á una triste celebridad: Juan, hijo de Felipe duque de Borgoña, y Luis duque de Orleans, segundo hijo del rey.

Después de la dispersión de los ingleses, que habían establecido sus cuarteles en el Maine y el Anjou, el condestable continuó sus proezas en el Poitou y tomó la capital. Uno de sus capitanes capturó á Juan de Grailli, siendo sorprendente ver á este caballero gascón á quien el rey había dispensado muchos favores, militando bajo las banderas inglesas. Pero durante una tregua había ido á ver al príncipe de Gales, su primer general, que le reconocía por su defección, le halagó y volvió á ganar su afecto. Grailli remitió al rey los títulos de su señorio de Nemours, retractó su homenaje y combatió resultantemente en favor del inglés, pero tuvo la desgracia de caer prisionero. En vano ofreció un crecido rescate, y en vano le reclamó con instancia el rey de Inglaterra; inútilmente también intercedieron por él muchos franceses, porque el rey no quiso devolvérle la libertad. Grailli murió de todo en la torre del Temple, cinco años después de su captura.

Un ardor bastante ingenioso restituyó la Rochela á la Francia. Esta ciudad tenía por conregio á uno llamado Juan Condorier, que vivía familiarmente con Felipe Mancel, gobernador de la ciudadela por los ingleses, *que no era muy malicioso*. El corregidor convidó al gobernador á un festín, durante el cual hizo llegar un fugido mensajero del rey de Inglaterra, portador de una carta para Mancel. Habíase tenido mucho cuidado de falsificar los sellos y demás señales estóricas que podían dar á la misiva un aspecto de autenticidad. El gobernador no sabía leer, ni por lo visto ninguno de los suyos. Examinó los sellos, le parecieron verdaderos y dió la carta á Condorier para que se la leyese. El corregidor leyó una orden del rey al gobernador para que al día siguiente saliese de la ciudadela con toda la guarnición, que sería revistada por los oficiales que al efecto enviara. Mientras las tropas salían, los soldados de Condorier ocultos detras de una muralla, avanzaron y se colocaron entre los ingleses y la fortaleza, y otros se presentaron de frente. La guarnición, rodeada de esta suerte, se vió precisada á rendir las armas, y los rocheleses se apoderaron de la ciudadela sin apelar á la violencia.

Sabedor de esta noticia un inglés llamado David Olegane, gobernador de un castillo poco distante, conocido con el nombre de Benon, hizo cortar la nariz y las orejas á los rocheleses que se hallaban en dicho castillo. Los rocheleses por su parte aborrecieron á todos los ingleses que encontraron, atearon á Benon y obligaron á sus defensores á rendirse á discreción. Olivero de Clisson era uno de los gefes que daban el asalto, y exclamó: «Dejadme disponer á mi albedrío de esos belacos». Colocóse á la puerta del castillo, y á medida que los ingleses salían, les tendía la cabeza con su hacha. De este modo mató á quinientos, lo que le valió el apodo de *carnicero*.

Paréceme que Claiquin se había formado un plan de campaña mejor concebido que el de sus predecesores, que entraban en una provincia á sangre y fuego, tomaban algunas ciudades, y creían haberla sometido cuando la habían arruinado. El condestable avanzaba metódicamente, no dejando obstáculos á su espalda, y empujaba á todos los que le resistían. Por este medio reunió los señorios del Poitou, Anjou, Sainonge y otros posesidos por los ingleses, á quienes obligó á encerrarse en Thouars. El sitio de esta ciudad es famoso, tanto por la calidad y número de sus defensores, cuanto por la impetuosidad de los ataques. Claiquin hizo construir grandes máquinas de guerra en la Rochela y en Poitiers, y con ellas derribó las murallas, obligando á los sitiados á capitular por temor de ser venidos por asalto. Prometieron entregarse y entregar sus señorios al rey de Francia, si no eran socorridos en un tiempo determinado.

El rey de Inglaterra instruido de estas condiciones, se embarcó con tres mil hombres de armas y dos mil arqueros. A haber llegado á tiempo, hubiérase empeñado una batalla sangrienta, pero el condestable le esperaba bajo las murallas de su propia conquista al frente de un ejército que de día en día se engruescía con la nobleza francesa, que acudía de todas partes animada de la esperanza de un combate. Los temporales rechazaron constantemente á la flota inglesa de las costas de Francia, y Eduardo, viendo que el término

fijado por la capitulación habría espirado antes que se presentase, volvió á sus puertos. Thouars se rindió y provincias enteras se reunieron á la Francia con esta ciudad. Todavía quedaban algunas tropas inglesas en estos distritos, y el condestable, que las acababa sin cesar, les obligó á aceptar una batalla. Dióse esta cerca de Ghivrai, castillo de Poitou, y fué fatal á los ingleses. «Ninguno escapó», dice la crónica; todos perecieron ó eyaron prisioneros.» La ciudad de Niort fué el precio de la victoria.

La destrucción de la flota inglesa por los castellanos cerca de la Rochela hizo conocer de nuevo á Eduardo cuán ventajoso le sería atraer á su partido al rey de Castilla, ó al menos determinarle á la neutralidad. Casó á su hijo el duque de Lancaster con Constanza, hija mayor de D. Pedro el Cruel. Fallecido este, hizo tomar á aquel el título de rey de Castilla, y como se hallaba entonces en el apogeo de su fortuna despreciaba á Trastámara. Después del revés de la Rochela, le busé y ofreció que su hijo abandonaría el título de rey y todas sus pretensiones respecto de Castilla, si él renunciaba á su alianza con Francia. El encañado de esta negociación fué el rey de Navarra, que hizo un viaje á Burgos solo con este objeto. Trastámara rechazó con noble indignación esta propuesta, y vituperó con acritud al negociador príncipe francés y condeado del rey, por su conducta en alto grado indecorosa. Carlos el Malo sufrió la reconvencción sin remordimientos, aunque no sin alguna vergüenza, que fué á esconderla en Navarra.

Si el rey de Inglaterra quedó desairado en Castilla, fué más feliz en Bretaña. Montfort le debía en gran parte su ducado, y por lo tanto le mostraba una inclinación que contrariaba los sentimientos de la principal nobleza bretona, atraída desde la paz de Guernando por los afectuosos obsequios de Carlos el Sabio. El vizconde de Rohan y el señor de Laval, intérpretes sin duda de los sentimientos de la mayoría, tuvieron el atrevimiento de decir al duque: «Querido señor, al punto que observemos que haeies causa común con el rey de Inglaterra, os abandonaremos y expulsaremos de Bretaña.» Eduardo exigió de su antiguo protegido que se armasse contra Francia. La inclinación de Montfort era obrar así; pero el homenaje que le ligaba á la Francia le desviaba de este propósito; por lo cual dudó algún tiempo, hasta que por último el deber del agradecimiento alzó el del vasallaje y se decidió por la Inglaterra. Gran número de señores se coligaron contra él; Claiquin entró en Bretaña, tomó á viva fuerza las ciudades que no quisieron rendirse, y acogió como compatriotas y esolmo de favores y privilegios su nombre del rey de Francia á los habitantes de aquellas que se sometieron.

Carlos V había hecho preceer estas hostilidades por una intimación al duque de Bretaña para que no recibiese á los ingleses en su ducado, y que su uniese á él para repeler al común enemigo. Montfort respondió que alegraría á los ingleses de sus ciudades y fortalezas hasta donde le fuese posible, pero que respecto del mandato de unirse á los franceses para hacer la guerra á aquellos, se refería al tratado de Bretigny que le dejaba el derecho de permanecer neutral. Este tratado, con tanta frecuencia despreciado ó infringido, era un documento evasivo en que cada cual hallaba lo que quería. Carlos V ó no lo consultó, ó vio en que era permitido al mas fuerte obligar á los neutrales á abrazar su causa, y el condestable por orden suya continuó sus proezas.

El tono y el lenguaje de la seguridad sirven en la guerra tanto como el mismo valor. Claiquin los empleó con ventaja delante de Hennebont; trasladóse al pie de los muros de esta ciudad, llamó á los habitantes y cuando los vió reunidos sobre las murallas les dijo: «Vecinos de Hennebont! No dudeis que hoy os conquistaremos á todos y enarmentamos en vuestra ciudad, pero si alguno de vosotros nos hostiliza, y queda herido el mas humilde de los que me siguen, os juro por Dios vivo que haré cortar la cabeza á todos.» Los habitantes intimidados se retiraron, y la guarnición inglesa, abandonada á si misma no pudo sostenerse y fué pasada á cuchillo.

No se concedía cuartel en aquella guerra, acompañada de todos los horrores de una civil. El capitán Knolles, gefe dos años antes de aquel ejército derrotado en el Maine, y que se había refugiado en la Bretaña, se hallaba asediado en el castillo de Derval que le pertenecía. Antes de encerrarse en él, un oficial subalterno había prometido rendirse en día determinado si no era socorrido, y había dado rehenes. El día señalado, Knolles se negó á entregar la plaza, bajo pretexto de que sus dependientes no podían tratar sin su permiso. Respondiósele que si no se entregaba en el acto, se daría muerte á los rehenes, y Knolles amenazó diciendo usaria de represalias con los caballeros que tenía en su poder. «Confíadme este negocio, dijo Clisson, enemigo irreconciliable de los ingleses y del duque de Bretaña, al de Anjou que mandaba el ejército francés.—Señor Olivero, respondió el duque, haced lo que os plazca.» Y sin decir más, el *carnicero* de Benon liae conducir los rehenes al foso de la plaza y manda decapitarlos. Clisson fué herido en el asalto que siguió á esto, pero la fortaleza no fué tomada.

El rey de Inglaterra tenía cerca del duque de Bretaña un agente llamado Milborne. Desoso este de librarse á su amo del pago de las cantidades que habia prometido al duque para que se pronunciase contra Francia, y sin cuidarse de lo que podría suceder á Montfort si seguía su consejo, le persuadió que impusiese una contribucion extraordinaria. Los señores bretones apelaron al rey de este vejamen, y elevaron una queja al Parlamento. El pueblo se negó á pagar, y el duque se obtuvo en que se realizase el pago, y condenó á muerte á algunos contumaces. Entonces la sublevacion tomó un carácter alarmante, y Montfort se embarcó para Inglaterra con el doble objeto de sustraerse al furor de los insurrectos y de acelerar con su presencia los socorros que se le habian prometido y que no llegaban.

El rey Eduardo organizó un ejército que hizo desembarcar en Calais y las órdenes del duque de Lancaster. El de Bretaña se prometia mandarlo á la par, pero esperiméntó lo que debe prevenir un príncipe que se coloca en la necesidad de pedir. El de Lancaster se negó con dureza á su deseo, y atravesó con su ejército una parte de la Francia, con la intencion de dirigirse, no á la Bretaña como Montfort esperaba, sino de reconquistar la Guiena, de la cual solo quedaba á los ingleses la capitál. Carlos V mandó á Claugin que no le dejase pasar sin presentarles batalla; que se hubiese á acosarlos sin cesar, y procurase cortar los víveres y disminuir el ejército enemigo con continuas escaramuzas. Los lluvias y los frios rigorosos del invierno hicieron lo demás, de manera que aquel ejército que al desembarcar constaba de treinta mil hombres, solo era de seis mil en Burdeos.

El duque de Lancaster, al dejar el resto de sus tropas en Guiana, convino en un armisticio con el de Anjou. Carlos V se negó á ratificarlo porque descubrió que si el inglés seguía su guerra contra la Francia, era con el objeto de llevarla á Castilla, cuya corona ambicionaba como yerno de D. Pedro. Por esta razon el rey de Francia rechazó una tregua peligrosa á su fiel aliado, y solo consintió que los embajadores que nombró se trasladasen á Brujas para tratar de la paz.

El duque de Lancaster, al regresar á Londres, fué bastante mal recibido, tanto por el deplorable éxito de su expedicion, cuanto por su conducta orgullosa é insultante respecto del duque de Bretaña. Eduardo se apresuró á reparar los desastros de su hijo para con su aliado, que era ya su yerno, y á quien ofreció reemplazar sus perdidas posesiones. En garantía de su promesa, le dió dos mil hombres de armas y tres mil arqueros. Con esta tropa, algunos ingleses rezagados en la Bretaña y países contiguos, y los bretones que le eran fieles, Montfort tomó con rapidez y éxito algunas importantes, y tuvo la satisfaccion de ver huir á muchos señores sus enemigos, entre los que figuraba Oliverio Clisson, á quien obligó, despues de derrotarle, á encerrarse en Quimperlé donde le redujo á la última estreñidad. En vano Oliverio pidió capitulacion, porque el duque queria que se rindiese á discrecion, y atendido el odio que le profesaba, le preparaba sin duda una muerte cruel. Pero llegaron al campo de Montfort algunos señores enviados de Carlos V, que le notificaron haberse estipulado una tregua en Brujas. Como la Bretaña estaba incluida en ella, el duque levantó el sitio y Clisson se salvó.

Los negociadores de Brujas solo obtuvieron un armisticio de nueve meses, pero dieron palabra de remirse antes de finalizar este plazo. En efecto, volvieron á los seis meses, muy dispuestos á decidir la paz, mas los intereses eran muy complicados y las pretensiones diametralmente opuestas. Solo quedaba á los ingleses de sus conquistas en tiempo de Felipe Valois y Juan, la ciudad de Calais. Sin querer entregarla, pedian la restitucion de la Guiena y sus dependencias, patrimonio de Eduardo como descendiente de la célebre Leonor. Carlos por su parte exigia á Calais, ó por lo menos la demolicion de sus fortificaciones, y ademas una cantidad de cuatrocientas mil libras entregada indebidamente por el rescate de su padre, puesto que este príncipe habia muerto en prison. En cambio cedia la Guiena, aunque bajo la condicion de que el inglés solo la posesese como feudo, é hiciese homenaje de ella. Eduardo y su hijo que habian poseído todos los derechos de soberania, sin dependencia alguna, se negaron á esta condicion. Todo quedó pues en el mismo estado, es decir, cada uno con sus posesiones y sus exigencias, y se fijó una tregua de dos años.

Esta tregua aceptada por Carlos V admiró á todos, pues sus negocios se hallaban en prosperidad, pero tal proceder fué el fruto de una profunda sabiduria. La Francia necesitaba reposo y el rey el tiempo necesario para organizar la administracion en todos sus ramos, que examinó y sometió á leyes más acertadas. Fijó la mayoría de los reyes á los catorce años, y erigió para la minoria de su hijo un consejo de regencia, separándolo de la tutela que confió á Juana de Borbon, princesa de gran mérito. El patrimonio de los hijos, la dote de las hijas, los cargos y dignidades de la casa real, funciones y sueldos, todo fué arreglado con nobleza y economia. Mandó se le diese cuenta de las disputas interminables entre las ju-

risdicciones eclesiásticas y profana. Con este motivo estableció para los dependientes subalternos de los tribunales, reglamentos repressivos de la ostentación y del aumento de las costas. Por lo que respecta á las jurisdicciones, señaló á cada una los límites que las circunstancias permitian. No realizó todo lo que deseaba en lo relativo á la disciplina militar, pero hizo menos penosos los alistamientos, y aseguró el sueldo y la existencia de un ejército permanente. A pesar de la guerra disminuyó los impuestos. Es cierto que hizo esto por medio de una medida poco generosa y acaso vituperable, es decir, la de hacer pagar á los judíos el derecho de ser sus vasallos y de prolongar en Francia una permanencia que nunca se les habia concedido definitivamente. Las circunstancias difíciles y las preocupaciones de su época le disculpan algun tanto.

Concedió á los habitantes de Paris el derecho de comprar fundos, y les otorgó franquicias que hacian mas ventajosas estas adquisiciones. Empezó la Bastilla, baluarte contra los enemigos exteriores, freno para los interiores, objeto de espanto para el crimen, y por desgracia algunas veces odioso instrumento de la injusticia y venganza. Construyó tambien el castillo de Montargis y el de Croil, cusahoché el Louvre, y se formó en las orillas del Sena una morada de recreo, llamada el palacio de San Pablo, cuyos jardines tenían por objeto la utilidad mas bien que el lujo, y mejoró mucho sus dominios, muy descuidados anteriormente. Protegió sabiamente el comercio y estimuló á todas las clases artesanos y negociantes renovadores y acumuladores sus privilegios. Los castellanos, los portugueses y especialmente los Italianos, dueños entonces del comercio marítimo mas estenso, fueron invitados á frecuentar nuestros puertos por medio de las exenciones y la libertad que el rey les concedió.

Tales fueron las ocupaciones del monarca durante esta tregua y en otros momentos de descanso. Un periodo de dos años le hacia prever sucesos ventajosos. La enfermedad del príncipe de Gales progresaba y le llevó al sepulcro en 1376, á la edad de cuarenta y seis años. Carlos, que habia estado siempre su denuedo y lealtad, mandó se le hiciesen exequias solemnes en Paris. Parece que la energia del padre desapareció con el hijo, pues Eduardo, en su decrepitud, mostró las mayores debilidades. El pueblo inglés, cuyo odio habia sido, no solo dejó de amarle, sino que alguna vez pasó desde la compasion á su desprecio. Con su gloria eclipsáronse su autoridad y su prestigio.

Hubiera Carlos pasado tranquilo dichos dos años en el dulce seno de la paz, sin el maquiavelismo de su cuñado. Juana de Francia, esposa de Carlos el Malo, habia muerto de repente; sospechoso que este la habia envenenado. La misma sospecha se esparió con motivo de la muerte de Guido de Arvernia, llamado el carlento de Bolonia, consejero de este príncipe. De ella se disculpó con el papa Gregorio XI, pero en casos tales es harto infamante la necesidad de justificarse. Ademas de estas iniquidades cometidas en su familia, el navarro procuró molestar al rey así en su corte como respecto de sus enemigos, habiéndose suscitado una cuestion de interés entre la rama segunda de Valois y la primera, cuyo jefe era el rey, el navarro intrigó, tomó parte en la contienda, oscuració los derechos y exasperó los ánimos. Se esforzó en romper la tregua y para lograrlo, mandó un emisario á Inglaterra á celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva; pero el bajel que llevaba al emisario y los documentos, naufragó en la travesía.

Durante la tregua se continuaba negociando la paz. Segun se dice, los poleres conferidos por Carlos V á sus plenipotenciarios, contenian el abandono de mil cuatrocientas poblaciones cerradas y de tres mil fortalezas solo en la Aquitania, si querian los ingleses terminarla. Este sacrificio tan increíble como enorme, lo pareció tan poco á los embajadores ingleses que de nuevo se habian trasladado á Brujas, que digeron no podian decirlo cosa alguna sin previa consulta. Al llegar á Londres encontraron difunto á Eduardo y al mismo tiempo espiraba la tregua.

Carlos ansiaba estas dos circunstancias. Al punto zarparon de los puertos de Normandía muchos buques cargados de tropas, que desembarcando en Inglaterra, talaron los campos, saquearon é incendiaron las ciudades. El rey habia mandado construir durante la tregua embarcaciones de remos y velas, llamadas galeras, adecuadas para la guerra. En esta expedicion los castellanos auxiliaron á los franceses, pues Trastámara les envió una flota. Las tropas castellanias unidas á las francesas, hicieron temblar á la orgullosa Inglaterra, llegando el terror hasta la misma Londres. Carlos atacó al mismo tiempo la Guiena, la Bretaña y el Artois y venció en todas partes. En el sitio de Ardes se emplearon cuarenta bombardas, lo que indica un rápido progreso en esta arma.

Mientras los generales de Carlos V tomaban ciudades y sometian provincias, recibia en Paris al emperador Carlos IV, su tio, y á Wenceslao, su primo, electo rey de los romanos. El padre iba á cumplir una peregrinacion á San Mauro y fué recibido con todos los festejos y honores que podian tributarse en aquella época. Se procuró sin embargo que no entrase en Paris montado en un

caballo blanco, distinción que solo pertenecía al rey, y se arrojó su marcha desde las fronteras hasta dicha ciudad, de modo que no llegase hasta pasada Navidad, para que no asistiese a los oficios divinos de Noche-Buena, vestido con el traje imperial, y cantase la última lección de matines, derecho de los emperadores de Occidente en su imperio, porque podría hacer aparecer á la Francia como parte integrante de este. El rey invitó á su tío á una sesión de su consejo, donde explicó los motivos de su rompimiento con la Inglaterra, como desecho de obtener su voto.

A esta alegría del rey sucedió el dolor profundo que le causó la muerte de su esposa Juana de Borbon, que falleció de sobrepardo, horada de su esposo y de toda la Francia. La reina había dado á luz una princesa.

Tramábase por este tiempo una conspiración, cuyo autor, cuando se trata de traiciones y perdidas, no necesita ser nombrado. Las prosperidades del rey causaban á Carlos el Malo una envidia que rayaba en despecho, y así proyectó los crímenes que constan en el proceso que se instruyó entonces.

El veneno era su arma favorita, por lo cual había atraído á su corte un médico judío llamado Angel, á quien dijo: «Vuestra profesión os facilitará el medio de acercaros al rey de Francia que acoge diamante á los sabios, y os escuchará con placer, porque habláis bien el latín y sois muy argumentador.» Angel no aceptó tal comisión y conociendo el peligro á que le esponía semejante confianza, huyó de la corte del navarro, pero no llevó más lejos el funesto secreto de este. Algun tiempo después Carlos el Malo dijo á uno de sus confidentes: «el físico de Chipre ha sido tragado por el mar.»

No habiendo podido conseguir nada del médico, el navarro recurrió á uno de sus criados que tenía un pariente cocinero del rey. Le dijo marcharse á Paris y que entrando con su pariente en la real cocina, echase á los platos un veneno que mandó preparar en su presencia á un judío. Había en la corte un agente del navarro llamado Duruc, que inspiraba desconfianza. El rey le hizo prender y registrar sus papeles, en los que se encontraba la prueba de tan odioso proyecto, y Duruc lo confesó. Otro hombre, secretario del rey de Navarra, llamado Pedro Duterte, fué sorprendido tambien, y aunque sus papeles no hablaban del veneno, hallóse en ellos el motivo y plan de la conspiración. Después de la súbita muerte del monarca, los conjurados, aprovechando el desorden que este imprevisto suceso causaría, se apoderarían del Delin y del gobierno. El rey de Navarra contaba con los descontentos y con los ingleses, con los cuales había celebrado un tratado en que se obligaba á entregarles, en pago de las tropas que le enviarían, sus ciudades de Normandía y á casar una de sus hijas con el joven rey Ricardo.

El conde de Beaumont, uno de los hijos del navarro, había sido enviado á la corte del rey de Francia bajo pretexto de orillar algunos negocios, pero en realidad para disipar toda sospecha, mientras el padre proyectaba sus maldades. El joven príncipe ignoraba tan infernales tramas, pues haciendo un viaje por la Normandía cuando los agentes de su progenitor fueron presos, pidió al rey con la mayor buena fe les diese libertad. El conde llevaba consigo una escolta de honor compuesta de muchos gobernadores de las principales fortalezas; el rey le descubrió toda la conjuración, y Beaumont se conternó en tales términos, que se brindó á todo lo que se le exigiese.

Desearo de destruir los efectos de la conspiración, Carlos se abstuvo de sus antiguas contemperezaciones, y publicó los crímenes y la ignominia de su cuñado, mandando comparecer á Duruc y á Duterte ante el parlamento, al que asistieron los príncipes, pares, prelados y los mas distinguidos señores del reino. Allí se leyeron las declaraciones de los culpables y estos las confirmaron plenamente habiendo sido condenados á muerte, arrastrados y ejecutados. No se halló signo contra la persona del rey de Navarra, tal vez por consideración á sus hijos; pero los gobernadores de Normandía recibieron en presencia del conde de Beaumont, la orden de entregar sus plazas á las tropas que el rey enviara.

El conde acompañó al ejército destinado á esta expedición, que no fué larga ni peligrosa. En una de aquellas ciudades se halló á Juan de Mortain, príncipe de la corte del rey de Navarra, y á su hermana la princesa, á quienes trató el monarca con todo afecto. Encontráronse en una fortaleza los tesoros del culpable, para quien tal pérdida fué mas sensible que la de sus hijos. El duque de Anjou se apoderó de Montpellier y todas las tierras que el navarro poseía sin que nadie le pidiese auxilio, Enrique de Trastámara cayó sobre Navarra para favorecer á su amigo Carlos V, si lo necesitaba. Despedido de esta suerte Carlos el Malo huyó á Inglaterra, pero los ingleses, sus aliados, viéndole ya inútil para todo, no le hicieron gran caso. No obstante le prometieron auxilios, por los cuales recibieron á Clerburgo, donde pusieron una guarnición, y habiéndole entregado el duque de Bretaña á Brest en pago de los socorros

que les pedía, se hallaron dueños de cuatro principales puestos de la Francia: Burdeos, Brest, Calais y Clerburgo.

Otro negocio interesante llamaba la atención del rey. El papa Clemente V, deudor de la tiara á la Francia, había fijado su residencia en Aviñón. Esta corte pontificia y el sacro colegio se hallaban establecidos en la ciudad hacia mas de cincuenta años, cuando movido por razones políticas y religiosas, Urbano V resolvió trasladar á Roma la Santa Sede, pues había llegado á su noticia que cansados los romanos de la ausencia de los papas sucesores de Clemente, estaban dispuestos, si Urbano no volvía, á elegir otro. Por otra parte, este pontífice, sabio y piadoso, miraba con escrúpulo lo que no residir en su diócesis. Así á pesar de las intenciones de Carlos V se trasladó á Roma; pero recibió disgustos de parte de un pueblo indolente, acostumbrado á la anarquía, y al cabo de tres años regresó á Aviñón. La muerte le sorprendió en medio del plausible deseo de trabajar por sí mismo en reconciliar la Francia y la Inglaterra. Su sucesor Gregorio XI, elegido en Aviñón, se impuso, por decirlo así, la obligación de volver á Roma, publicando una bula que mandaba las residencias á los obispos bajo penas severas. Además de esto le hostigaba el mismo temor que había determinado á su antecesor, es decir, el temor de que los romanos eligiesen otro papa. Partió, pues, llevando consigo el sacro colegio, exceptuando seis cardenales que dejó en Aviñón.

A su muerte, los cardenales que había en Roma ascendían á diez y seis, de los cuales once eran franceses. Cuando entraron en el conclave, el pueblo les gritaba: «Queremos un papa romano; dadnos, señores, un papa romano, porque de lo contrario os pondremos las cabezas tan rojas como vuestros birretes.» Esta amenaza los intimidó y después de haber titubeado algunos días, viéndose acosados por el pueblo, adoptaron un partido medio que fué elegir á Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, italiano que no pertenecía al sacro colegio. Los cardenales dijeron después que le habían obligado á prestar juramento de que abdicaría cuando ellos se hallasen en seguridad, y que se habían reservado el derecho de protestar contra esta elección como arrancada al temor. Los romanos se dieron por satisfechos con un Papa italiano, que tomó el nombre de Urbano VI, hombre altanero, arrebatado, duro, vengativo y cuya severidad se confundía muchas veces con la crueldad.

No tardaron en darse á conocer estas odiosas enalidades. Asustados los cardenales por los malos tratamientos de que algunos habían sido víctima, huyeron uno tras otro de su corte y se retiraron á Anagni, pequeña población de la campiña de Roma, donde protestaron por primera vez contra la elección como fruto de la violencia. Urbano levantó tropas y ellos las levantaron tambien, pero viéndose próximos á ser asediados en aquella reducida población, se trasladaron á Fondi, cerca de Nápoles, donde la reina Juana les dió asilo. Procedieron á segunda elección de la que resultó Papa el cardenal Roberto, hijo del conde de Ginebra, de quien se prometían protección y auxilios. El nuevo elegido tomó el nombre de Clemente VII.

Los electores enviaron á todas las cortes un manifiesto en que solo hablaban de la coacción que les había hecho el pueblo, y que juzgaban causa bastante á que fuera ilegítima y nula la elección de Urbano; pero no hablaban del juramento de este sobre abdicar cuando á ello fuese requerido. Urbano por su parte envió á las mismas cortes diputados que hiciesen reconocer la validez de su elección, y para recomendar á los cardenales que le habían abandonado, creó veinte y seis. Entonces entrambos partidos empezaron á fulminarse recíprocas excomuniones y á prodigarlas antesmas, al paso que sus partidarios tomaban los nombres de *Urbanistas* y *Clementinos*.

Carlos V vivió con zozobra los amigos de un mismo y previó sus funestas consecuencias. En un país como la Francia donde la religión y sus ministros ejercían una influencia inmensa, donde había órdenes religiosos muy numerosas enemistadas por varias causas, universidades y corporaciones literarias muy aficionadas á las controversias, hubiera sido muy peligroso dejar á cada uno la libertad de proclamar públicamente su opinion individual. Hizo pues examinar en una asamblea compuesta de seis arzobispos, treinta obispos, muchos abades y doctores, la cuestion que empezaba á agitar al mundo cristiano, esto es, á cual de los dos papas debía obedecerse. Aunque este negocio ocupó muchas sesiones, nada pudo decidirse. El rey envió á Italia comisionados á nuevas investigaciones, cuyo resultado fué leido en otra asamblea á la que asistieron muchos doctores y lo mas eminente del clero y la nobleza. El monarca les exhortó á seguir la voz de su conciencia en el fallo que iban á pronunciar, les hizo además prestar juramento y él juró tambien. La mayoría se decidió en favor de Clemente. Cuando se notificó este juicio á la universidad, esta pidió por unanimidad, pues muchos de sus individuos opinaron que no debía reconocerse á ninguno de los dos papas, y que debía esperarse á que sus derechos fuesen diseados y declarados en un concilio general. No obstante, los cuerpos dedicados á la enseñanza, los predicadores y los tribunales se sometieron á la orden que se espidió para que no se reconociese como papa sino á Clemen-



to VII. Pero la Inglaterra y el mayor número de Estados se decidieron por Urbano. Parece que la causa que determinó al rey de Francia fué la violencia bastante probada que se habia hecho al conclave.

Durante estos disturbios religiosos, las dos naciones se hacían la guerra con varia fortuna. Sus campos de batalla eran las dos estremidades de la Francia, la Navarra y la Bretaña. El lector recordará que para desconcertar los planes de Carlos el Malo, Trastámara habia penetrado en Navarra, donde habia hecho rápidos progresos. Los ingleses de la Guena entraron en ella á su vez, y á pesar de las tropas que Carlos V envi6 allí, arrojaron al castellano de su conquista y le persiguieron hasta su reino, menos sin duda para proteger al navarro, que para favorecer el proyecto que el duque de Lancaster abrigaba de apoderarse de la corona de Castilla, arrebatada á Pedro el Cruel de quien era yerno. Aquella expedición fué brillante pero estéril. La Bretaña, cuyas principales ciudades estaban guarnecidas por franceses, fué atacada desde luego. Una flota desembarcó en sus costas inglesas, con cuyo auxilio el duque se atrevió á desafiar al rey de Francia, su señor. Tanafía ósadia determinó á este á dar á Montfort un golpe que hubiera sido mortal, á haber hallado en los señores la correspondencia que esperaba.

En una sesion del Parlamento, donde numeró los desmanes del duque, pidió se proecliese contra él, á quien se le manó comprender. Habiéndose negado Montfort, el monarca decretó la confiscación de su persona y bienes. Llamó á París á cuatro de los principales señores bretones que consideraba mas adictos á la Francia, á saber: el condestable Clauquin, Oliverio de Clisson y los señores de Rohan y de Laval, á todos los que dió á conocer la sentencia; se esforzó en probarles la justicia que le asistía, y les dijo que no dudando de su lealtad esperaba recibirán sus tropas en sus plazas para que las defendieran de los ingleses.

Esta proposición descubrió la oculta intencion del rey, y no dudaron que abrigaba el proyecto de incorporar la Bretaña á la corona y formar de ella una provincia francesa. Esta conducta hizo en los señores bretones su celo en favor de la Francia; respondieron, pues, firmemente al rey que harían siempre lo que pudieran en su servicio, y que respecto de sus fortalezas nada temiese, pues sabrían defenderlas por sí mismos de los ingleses.

La duquesa de Penthièvre reivindicó en favor de sus hijos el beneficio de la confiscación, segun la cláusula del tratado de Guernando que determinaba, que ocurriendo la estincion de la familia de Montfort, el ducado perteneciera de derecho á la suya. El crimen de infidencia y la sentencia de confiscación incapacitaban á Montfort y á su posteridad para poseer el ducado. El de Anjou, su yerno, apoyaba su pretension, (esperando ver un dia el hermoso ducado de Bretaña poseído por sus hijos).

Los cuatro señores bretones, al regresar á su pais, refirieron á sus parientes y amigos lo que habia pasado en París. Reunieron en secreto, pesaron las ventajas y los inconvenientes de lo que se les pedia, y el resultado de sus deliberaciones fué que era preferible un duque á un rey, «porque un rey manda siempre y un duque pide casi siempre.» De este principio nació una confederación de la nobleza y la resolucian de llamar á Montfort. La diputacion marchó á Londres, y el duque la recibió con sorpresa y regocijo; sin embargo, no atreviéndose á liarse sin examen en la propuesta que le habia diputacion le hizo de regresar en su compañía, le dijo que debia volver con la seguridad de que él se reuniria á la nobleza cuando recibiese los auxilios que le preparaba la regencia de Inglaterra.

Como si el rey se hubiese propuesto trabajar en pró de su enemigo, decretó un impuesto sobre la Bretaña. Si el desigmo de hacerse dueño sublevó á la nobleza, el impuesto insurreccionó al pueblo. Partió á Londres una nueva diputacion y el duque no temió regresar con ella, pues los ingleses le suministraron tropas y municiones. Cuando se anunció su regreso, se juntó un inmenso gentío en la plaza de Saint-Malo, donde debia desembarcar; al descubrir sus brujas, aquel pueblo que le habia espulsado, lleno de alegría, alzaba hacia él sus manos con vivas aclamaciones de arrepentimiento y ternura.

En poco tiempo, Montfort al frente de un ejército respetable, reconquistó su ducado; los señores le salian al encuentro y las ciudades le abrían sus puertas. Los franceses se encerraron en las mas importantes poblaciones que poseian. Carlos V no hizo grandes esfuerzos; parecia que esta guerra pesaba sobre su conciencia. Montfort, despues de haber sustraído en gran parte la Bretaña al yugo de Francia, la libró tambien de la guerra, llevando esta á Normandía. El duque de Anjou, enviado para defender esta provincia, le salió al encuentro. Cuando ambos ejércitos se avistaron, los dos duques convinieron sin grandes preliminares en una suspension de hostilidades, cuyas condiciones parecen chocantes. La tregua debia durar un mes, y en este tiempo los negocios del duque de Bretaña, es decir, la confiscación de su persona y ducado, debia remitirse al arbitrio del mismo duque de Anjou, del conde de Flandes y de cuarenta señores bretones de los dos partidos. La duquesa de Penthièvre

intervino en esta especie de transaccion, y el duque de Anjou prometió hacer aceptar al rey lo que los árbitros decidiesen.

Clauquin, llamado por el rey á tomar parte en este asunto, no pedía, como breton, mostrarse indiferente á él. Nada habia respondido á la proposicion hecha por el rey á los señores de entregarle sus plazas, y se habia retirado como los demas á la Bretaña; pero no tomó parte alguna al menos ostensible en el regreso de Montfort. Hallábase en Saint-Malo cuando este desembarcó, y desde las murallas vio la habi manobra de un capitán inglés llamado Kalverli, que con un solo buque mantuvo en aque á toda la flota enviada para impedir la vuelta del duque. El condestable no pudo dejar de aplaudir y le hizo en términos capaces de disgustar al rey, si llegaron á su noticia.

El silencio de Clauquin en la audiencia de los cuatro bretones era una censura indirecta que el monarca sintió mucho y de esto resultó una reciproca frialdad que sin duda aligó á los dos. El desvio llegó hasta el punto de decirse el general á devolver su espada de condestable al rey por algunas reconociones estampadas en una carta de este. Clauquin desaba retirarse á Castilla donde Enrique de Trastámara le hubiera acogido honoríficamente; pero el corazon habló al monarca en favor de su antiguo amigo, y le envió los duques de Anjou y de Borbon, los que le digeron de parte del rey que era cierto haberse dejado persuadir que el condestable le abandonaba, y abrazaba el partido de Montfort, pero que ya estaba desengañado, y añadió: «Ved aqui la espada de honor de vuestro yso; tomadla de nuevo, porque el rey así lo quiere, y venid con nosotros.» Clauquin se resistió al pronto pero al fin accedió. Al llegar á la corte, el rey le encargó espulsarla del Mediolano de la Francia á los ingleses que le devataban. El guerrero breton agradeció la delicadeza del monarca que al confiarle tal encargo le evitaba el disgusto de obrar contra sus compatriotas. Despidióse afectuosamente del rey á quien dijo le hallaria dispuesto siempre contra los ingleses, é insistió mucho en estas palabras: «Ignoro si volveré, porque soy viejo, pero no estoy cansado. Os pido humildemente hagais las paces con el duque de Bretaña, si se somete á sus deberes, porque los guerreros de este pais os han auxiliado en todas vuestras conquistas y pueden auxiliarnos todavía si os place recurrir á sus servicios.»

No tardó en realizarse el presentimiento del condestable acerca de su próximo fin. Despues de muchas proezas cayó enfermo delante de una plaza del Gevaudan, llamada Randon, cuya guarnicion habia prometido entregarse si no era socorrida en dia determinado. Este dia llegó, pero el vencedor no existia ya; murió en su tienda rodeado de los compañeros de sus victorias. Ademas de las advertencias que hizo á cada uno en particular, exhortó á todos en general que perdonasen en la guerra á los labradores, mujeres, niños, viejos, y á todos aquellos que por su debilidad son inofensivos. Entregó la espada de condestable á Clisson su compañero de armas, para que la devolviera al rey, y añadió mirándole de hito en hito: «Carlos V sabrá darla al mas digno.» El dia prefijado, los ingleses de Randon entregaron las llaves de su fortaleza y las colocaron sobre el féretro de Clauquin, mezclando sus lágrimas con las de los franceses.

Los ingleses hicieron un esfuerzo y desembarcaron en Calais un ejército formidable. No se saben de fijo el objeto y destino de tantas fuerzas mandadas por el duque de Buckingham, tio del jóven Ricardo. Penetró en Francia, como su hermano, el duque de Lancaster, recorrió la Picardía, entró en la Champaña y dió vista á Troyes, desde donde intentó el duque de Anjou que habia reunido allí un ejército, que le señalase dia para la batalla. Si el rey habia creído conveniente cuando la irrupcion del de Lencastre refrenar el arroyo de Clauquin, con mayor motivo juzgó ahora que debia poner freno al valor de los generales que mandaban los cuerpos de observacion con que habia cercado á sus enemigos. «Dejad á los ingleses que adelanten, les decia, ellos se aniquilarán por sí mismos.»

Cuando el duque de Buckingham hizo bastantes destrozos en Champaña para atraer á los franceses á una batalla, vadeó el Sena y el Yonne, taló el gatinais, atravesó las llanuras de Beauce, el Vendomois y llegó á las orillas del Sarthe que cruza el Maine, siempre seguido por el duque de Anjou, cuyo ejército reforzado con la nobleza de Anjou, de Normandía, del Maine y del Vendomois pedía gritos la batalla. Los ingleses se hallaban rodeados de desfiladeros y lagunas de que les era imposible salir sin pelear. A esto se preparaban unos y otros, cuando un correo anunció la enfermedad del rey, que se sabia no seria larga, porque el médico que le hizo un cauterio despues de cuando cesase el efecto de la laga, no viviria mas de quince dias, y así sucedió en efecto. Esta triste noticia introdujo un terrible desorden en el campo francés; principes, caballeros y nobles se ocuparon en sus negocios particulares; la mayor parte del ejército se desbandó, y los ingleses se libraron retirándose furtivamente á Bretaña.

Seguro de su muerte, Carlos V la vio llegar con la resignacion de un cristiano y dió sus últimas disposiciones con la calma de un

sabio. Deseaba no confiar la regencia, los destinos de sus hijos y los de la Francia al duque de Anjou su hermano, porque su anterior conducta le inspiraba sospechas y temores; pero el duque era el mayor, y hubiera sido una imprudencia darle motivos de quejas, de que hubieran surgido graves trastornos. Carlos pues le dejó la regencia, y se contentó con dar á sus otros dos hermanos, á su cuñado el duque de Borbon y demas señores á quienes favoreció con su confianza, consejos á propósito para desconcertar los pro-



Asesinato de Clisson por Pedro de Craon.

yectos peligrosos del de Anjou si los abrigaba. Como los ingleses sacaban de Alemania gran parte de sus fuerzas terrestres, cuando hacían la guerra en el continente, el rey encargó que se diese por esposa á su hijo cuando llegase á la edad adecuada, una princesa alemana, para contrabalancear en lo posible las alianzas que la Inglaterra mantenía en aquel país, y que procuraba aumentar por el mismo medio de un matrimonio para su joven rey Ricardo, y Vanidad de la prevision humana! Esta misma precaucion colocó en el trono una princesa de que los ingleses se sirvieron para adquirir en Francia el poder mas estenso que han tenido en tiempo alguno. El duque de Anjou recibió orden de permanecer en su ducado, para vigilar mas de cerca á los ingleses refugiados en Bretaña; pero noticioso de las conferencias del moribundo monarca con sus hermanos, y temiendo se adoptasen resoluciones contrarias á sus intereses, partió aceleradamente cuando supo que aquel se hallaba al borde del sepulcro, y llegó cuando exhalaba el postrer aliento.

Carlos V decía que los reyes solo le parecían felices porque podían hacer bien. Este sentimiento bastaría á su elogio como monarca. Era bueno, afable y amigo tierno. No hay ejemplo de que hubiese tratado con modales ásperos á ningún señor de su corte, á pesar de que era severo acerca del decoro y las costumbres, hasta echar de su presencia á un hombre notable que delante de él profirió palabras algo licenciosas. Creía sobre todo que en tal materia debía haber con los hijos de los principes mas cuidado que con los demas. Lo primero, decía, es enseñarles la virtud para que se dis-

tingan en las costumbres los que han de distinguirse en honores. Deseaba pues por este principio, que desollasen los eclesiásticos con su buena conducta, la cual consideraba esencialísima para la prosperidad de la Francia. Carlos V era amante del saber, y había tenido un digno maestro, llamado Oresmo, á quien hizo obispo, valiéndose de este y otras personas doctas para la traduccion de buenos autores paganos y cristianos, como las obras de Ciceron y San Agustín. La biblioteca de su padre Juan no era mas que de veinte volúmenes: él los aumentó hasta noventaos, cosa sorprendente para entonces, en que no había mas que manuscritos que, por decirlo así, se vendían á peso de oro. Esta biblioteca fué el origen de la inmensa coleccion de que se envaneció la Francia. Sus gastos, los de una guerra continua y la disminucion de los impuestos, no le impidieron que al morir dejara en su tesoro 17,000,000, suma prodigiosa para aquel tiempo, y que le ocasionó el título de Rico. Este título es menos conocido que el de Sabio, que tan bien mereció: sin embargo, es menester decir, que parece se olvidó de su ordinaria prudencia en el asunto de Bretaña, dejándose llevar de un desmedido deseo de humillar á un principe que le resistía, y acaso tambien de los consejos de la ambicion. Falleció á los cuarenta y dos años, y dejó dos hijos y una hija.

#### CARLOS VI.

De edad de 12 años.

Con la muerte de Carlos V, sus tres hermanos, Luis de Anjou, tronco de los duques de este nombre, Juan duque de Berry y Felipe el Atevido, fundador de la última casa de Borgoña, consideraron la Francia como una presa abandonada á su rapacidad, y arrojáronse sobre ella á guisa de buitres hambrientos. Su rivalidad acerca del gobierno, llenó la corte de cábalas y disensiones: el duque de Anjou quería por entero la autoridad y regencia, y sus hermanos pretendían limitar su poder con un consejo, cuyos miembros principales serían ellos con el duque de Borbon, Luis II llamado el Baco, tío materno del rey y nieto del primer duque de Borbon. Para sostener su derecho, ambas partes hacían levas, y llenábanse las cercanías de París de tropas.

Todo amenazaba con una guerra civil, cuando Juan Desmarest elevado por su capacidad al cargo de abogado del rey en tiempo de un monarca apreciado del mérito, propuso y logró que los rivales se sometiesen á árbitros en la discordia. Estos decidieron verbalmente que el rey menor fuera mayor ó emancipado al consagrarse, cuya ceremonia debía celebrarse muy pronto; que entonces tomaría la administración del reino, que sería gobernado en su nombre por sus tíos, y que la regencia del duque de Anjou terminaría en la misma época. El duque accedió á todo, y la sentencia arbitrada fué confirmada solemnemente á los quince días del fallecimiento de Carlos V.

Creése que el duque de Anjou no se conformó con tal decision, que tan corto término fijaba al fin de su regencia, sino porque se le prometió no incomodarle en la posesion de una gran cantidad de alhajas, muebles preciosos y plata labrada del difunto rey, de que se había apoderado. Por otro lado, dicho espacio de tiempo señalado á su regencia le bastaba para otra espoliacion mas importante que meditaba.

Carlos el Sabio había reunido para un caso de apuro un tesoro, que, según hemos dicho, se hacía ascender á diez y siete millones, que existían en el castillo de Melun. Interir la corte se encaminaba á Reims, dirigiéndose al duque de Anjou, llevando consigo á Felipe de Savoisi, gentil-hombre y confidente del finado rey. Llegados al castillo, le ordena que le muestre el lugar del depósito. Savoisi niega saberlo; el regente hace entrar verdugos con los instrumentos de la tortura; Savoisi amedrentado in líca una pared gruesa en que estaba escondido el tesoro; el duque hace demolerla, carga el tesoro en carros al efecto dispuestos, los envía á un lugar dependiente únicamente de él, y parte para Reims. Este hecho fué el último de su regencia, la cual cesó con la coronacion del rey.

Celebróse esta ceremonia con mucha magnificencia, y en ella el duque de Anjou experimentó un desaire. Como el mayor de los tíos del rey, y además como regente del reino, pretendía el primer puesto al lado del monarca: el duque de Borgoña, aunque menor, pretendía lo mismo en calidad de primer par de Francia. En resumen, este se puso bruscamente entre el rey y su hermano, y se apoderó de la derecha. Los asistentes se admiraron de que el de Anjou, que se sabía no ser sufrido, tolerara tal insulto; y se supuso que así como el temor de ser forzado á restituir el primer hurto le había inducido á que se abreviase su regencia, así tambien le había hecho devorar tal afrenta el temor de ser reconvenido por el segundo.

De vuelta de Reims, tratóse de un plan fijo de gobierno para reemplazar el provisional que cesaba. En pos de discusiones bastante vivas, acordóse que los cuatro principes decidirían entre sí y á plu-

ralidad de votos, de los negocios mas graves; que los mismos nombrarían doce personas para componer el consejo del rey; que los funcionarios de toda clase, sobre todo los de rentas, serían nombrados por los príncipes con dictamen del consejo; que para las enagenaciones sería indispensable el consentimiento unánime del consejo; que la guarda de la persona del rey, de Luis, su hermano, llamado monseñor de Valois, después duque de Turenna, y en fin, de Orleans, sería confiada á los de Borgona y Borbon, y que se forma-



Carlos VI en el bosque de Mans.

ria inventario en secreto por los cuatro príncipes, de las rentas y alhajas del rey, quien no podría disponer de ellas hasta su mayoría. Esta cláusula, en secreto, parece ser una condescendencia más para con el duque de Anjou, cuyos rapacidades se harían demasiado patentes con un inventario público.

Mas tales precauciones no impedían que fueran conocidos sus la-trocinios, y que la opinión pública le acusara del vicio que se encontraba en el tesoro. Dirigieron contra él, como regente, las quejas de los pueblos, las que desde antes de la consagración degeneraron en sediciones en algunas provincias, y fueron apaciguadas con promesas; y aun después de la coronación, él, como jefe del consejo ó como principal depredador, fué el primer espuesto á los excesos que el espíritu de facción inspiró á los parisienses en todo el reinado de Carlos VI. Los historiadores trazan así su marcha.

Las turbulencias comenzaron por los gritos de una verdulera, al exigirle el recaudador de impuestos una cuota por su puesto. Ella se negó. Se quiso forzarla: sus voces amotinaron á los vecinos, y en seguida á todo el mercado. Este suceso dió margen á conversaciones en las calles y enreuejadas entre los artesanos y trabajadores divididos en grupos, y además á reuniones en que se permitían razonamientos y murmuraciones contra el gobierno. Juan Cullodé, preboste de los tratantes, inquieto por el aumento que tomaba el descontento, convocó los notables al lugar en que solían juntarse para sus asuntos; pero encaminase á él en tropel el pueblo sin haber sido llamado. Un oscuro artesano, que se supone zapatero remendon, to-

ma la palabra; en un discurso de estilo trivial, pero lleno de calor, deplora su miseria y la de sus compañeros de infortunio, reducidos al último apuro por lo excesivo de los impuestos: pinta el lujo insultante de los ricos, el fausto y las depredaciones de los señores y príncipes, que nombra sin rodeos: hasta apostrofa á los notables vecinos ante quienes hablaba, los reconviene por su negligencia y cobardía, y cita el ejemplo de los ganeses, que á la sazón tenían las armas en la mano contra su duque, para libertarse de los tributos.

Esta especie de provocación infunde un entusiasmo general: los mas resueltos rodean al preboste, y le obligan á conducirlos al palacio: llaman á gritos al duque de Anjou: aparece el príncipe, acompañado del canciller, y sube, para hacerse ver, á una mesa de mármol que había en medio del patio. A la pintura de la miseria del pueblo agrega Cullodé en su discurso lo mas respetuamente que pudo, la declaración de la firme resolución que animaba á los que le acompañaban, de arriesgarlo todo á tra-que de la supresion de los tributos. No menos diestramente se explica el duque de Anjou, penetrado de lástima por el pobre pueblo, al que invita á retirarse hasta el día siguiente. En la mañana inmediata apareció un edicto del rey, aboliendo todos los subsidios creados en Francia desde Felipe el Hermoso.

Habia muchos juicios entre los cobradores de contribuciones. Después que Carlos V les otorgó por dinero una veintidava limitada, se habían dedicado á tal oficio. Al mismo precio el duque de Anjou, du-



Cárlas VI y Odetta en el palacio de San Pablo.

rante su regencia, prorogó este permiso que espiraba. Los revoltosos celaban en ellos su sana, hiriendo y matando á muchos, y persiguiendo hasta en los calabozos del Chatelet á los infelices que allí se habían refugiado como á un asilo. Por una compasión mal entendida arrancaban á las madres sus hijos para llevarlos á bautizar, y fueron necesarios castigos ejemplares para reprimir los trasportes de aquella rabia fanática.

Mostrándose siempre intratable el pueblo sobre el artículo de los impuestos, los príncipes esperaron hacerle mas dócil, apoyándose

en los Estados generales que convocaron para París. Acudieron pocos diputados de las provincias, por hallarse todavía poco dispuestos a satisfacer á la corte. Todos se manifestaron convencidos de que si no se hubiera dilapidado el tesoro del rey difunto con los denas repuestos, habría bastado para las necesidades presentes. No ovedo hablar de restitución por tales malversaciones, persuadiéronse que el dinero que dieran se disiparía tambien en dispendios de fausto y en profusiones á los señores y favoritos de los príncipes: así, lejos de otorgar nada, restringieron los impuestos, según lo podía el pueblo, á los únicos subsidios que existían antes de Felipe el Hermoso, y exigieron además que se confirmasen todas las concesiones hechas desde este reinado.

Carlos V había descendido á la tumba con el pesar de haber atraído á los ingleses á Francia con su conducta demasiado impetuosa contra Montfort. Su muerte preservó á aquellos isletos de una total derrota en unos pantanos entre el Sarthe y el Mayena, donde se habían metido, y los proporcionó facilidad para retirarse á Bretaña. No bien habían llegado estos enojosos huéspedes, cuando desagradaron á los señores bretones, quienes manifestaron vivamente su descontento al duque. Aun este mismo sospechó en ellos motivos de invasión mas bien que de socorro, como vino á dirigir sus fuerzas contra las ciudades marítimas, que sin duda sería difícil arrancárselas si se hacían dueños de ellas. Dependencia por dependencia, Montfort creyó mas prudente someterse á la Francia. Dirigió secretamente proposiciones de paz, las que fueron acogidas, habiéndose ajustado al instante el tratado sin noticia de los ingleses. El duque de Bretaña se comprometió por él á pagar doscientos mil francos por los gastos de la guerra, y á asistir al rey contra todos, en especial contra los reyes de Inglaterra y Navarra. Cuando Buckingham lo supo, hizo al duque vivas reconcenaciones. Este se escusó con la necesidad; se obligó por escrito á no declararse jamás por la Francia contra la Inglaterra, y presentó á los ingleses una protesta secreta estendida por el cauteloso breton ante escribano, contra todo lo que se viera en la precisión de cancelar en oposición á sus compromisos con Inglaterra, como arrastrado y por el temor de la muerte y de la pérdida de sus Estados. Buckingham se retiró mas indignado del convenio realizado con el monarca francés, que halazado de la reserva secreta del breton en su favor. Montfort marchó á la corte de Francia á jurar sumisión y fidelidad con la misma buena fe que hubiera llevado tales juramentos á Inglaterra.

Luis, duque de Anjou, había contribuido mucho á esta paz, porque ella le facilitaba los preparativos para la expedición de Nápoles, que meditaba. La reina Juana ocupaba á la sazón el trono, habiendo sucedido inmediatamente en 1545, á la edad de diez y siete años, á su abuelo, Roberto el Bueno, nieto del famoso Carlos de Anjou, hermano de San Luis, que había usurpado este reino al jóven Conrado. Roberto el Bueno no era mas que segundo hijo de Carlos el Cojo. Carlos Martel, rey de Hungría, su primogénito, tenía por los mismos derechos mas legítimos al reino de Nápoles; pero una decisión del papa Clemente V. Beltran de Got, le había adjudicado á Roberto, quien gozaba de él pacíficamente. Por lo demás, á fin de conciliar todos los derechos, Andrés, el segundo de los nietos de Carlos Martel, había estado desposado desde la infancia con Juana, nieta de Roberto; pero esta unión política no había encontrado corazonces proporcionados. Aun así hacia dos años que reinaban juntos, cuando Andrés, al salir de los aposentos de su mujer, fué ahorcado, y estuvo colgado dos días de las rejas de una ventana del castillo de Aversa. El desengaño de la reina en buscar los autores de tal crimen le hizo sospechar de haberlo mandado. El papa Clemente VI, Pedro Roger, que había sido guardasellos de Francia, fué obligado como señor soberano, á ordenar diligencias, que terminaron con el suplicio de cinco ó seis, cuyas declaraciones no son conocidas. Durante estas inútiles pesquisas, Juana contraía nuevos vínculos, y se enlazaba con Luis de Tarento, primo carnal de su padre.

Empero Luis el Grande, rey de Hungría y hermano de Andrés, se había dispuesto á vengarle, y entró en Italia al frente de un ejército que dispuso cuantos obstáculos le opusó Luis de Tarento. Juana obligada á huir se retiró á Aviñón, que pertenecía á su condado de Provenza, y era entonces residencia de los papas. Compareció ante el Consistorio, á fin de justificarse del asesinato de su marido; pero apenas se estableció en la Provenza, la peste forzó al rey de Hungría á evacuar la Italia, donde no dejó mas que guarniciones para asegurar su conquista. Juana fué llamada por sus súbditos, y para reaparecer con fuerzas capaces de disipar las de su enemigo, volvió al Papa en 1548 su condado de Avignon por la suma de ochenta mil florines de oro (setecientos veinte mil francos de hoy). Sus triunfos tuvieron vicisitudes; pero en 1552, habiéndose interpuesto el papa Inocencio VI como mediador entre ella y su adversario, asignó á la misma VI su marido la libre y tranquila posesión de su reino. Habiendo perdido diez años despues á Luis de Tarento, casó sucesivamente con Jaime de Aragón y Othon de Brunswick; pero careciendo de hijos de estos diversos príncipes, llamó á su

sucesion á Carlos de Duras ó Durazzo, biznieto de Carlos el Cojo, enlazándole con Margarita de Duras, su prima carnal, heredera presunta del reino.

Entonces ocurría el eisma de Occidente. Urbano VI descontento de Juana, que había favorecido la elección de Clemente su competidor, despojó á la reina del trono, y llamó de Hungría á aquel mismo Carlos de Duras para ejecutar la sentencia. Cansado este príncipe de aguardar el disfrute de los estados que se le ofrecían en perspectiva, aprovechó de una ocasión que abreviaba el plazo y entró en Italia para despojar á su bienhechora. Ofendida Juana con tal ingratitud, varió sus disposiciones, y tratando de oponer á Carlos su enemigo poderoso, adoptó á Luis de Anjou, tronco de la segunda casa de este nombre, declarándole su heredero universal por su testamento de 15 de junio de 1530. Tal es el primer origen y fundamento de los derechos de la segunda casa de Anjou al reino de Nápoles, derechos legítimamente del orden de la sucesion y los derechos del nacimiento. Fuerte con estos, Carlos de Duras entró al siguiente año en la capital, á pesar de la resistencia de Othon de Brunswick, á quien venció é hizo prisionero. En seguida cereó á la reina en el Castillo Nuevo, y apoderándose de su persona la encerró en una dura prision, doide al rumor de los movimientos del duque de Anjou la hizo ahorcar el 22 de mayo de 1532, en la época misma en que Luis ponía los pies en Italia para sucocerla.

Esta empresa que no podía realizarse sino á expensas de la Francia, no agradaba á Carlos el Sabio, quien por tal razon en parte había dudado dejar la regencia á este hermano, mayor que los otros dos, hasta que fué forzado por consideraciones de decoro á concedérsela, procuró al menos restringir su autoridad, á fin de que no fuera libre como regente de agotar al reino de hombres y dinero por su interés particular. Esta traba puesta á su ambicio había sido destruida en el mismo momento de la muerte del rey. Se ha visto que el duque de Anjou se apoderó de los tesoros de su hermano; el oro de la Francia, adquirido por sus rapacidades y vejaciones, pasó á mares á sus areas, y no salió de estas sino en arroyos, cuyo riego le producía soldados.

Esta conquista ocupaba sin cesar el ánimo del duque de Anjou; era el móvil y blanco de todas sus acciones y fué el vínculo de una estrecha union con Clemente VII, papa de Aviñón. Muy interesado el Pontífice en contar entre los príncipes de su devocion al jefe del consejo de Francia, le prometía que cuando estuviere en Italia muchas provincias de la Iglesia, que poseería con el título de *reino adriático*. Además distribuía generosamente el Pontífice indulgencias y perdones á los que abrazaran su partido, y por el contrario escuolaba y cargaba de anatemas á todos los adictos á Carlos de Duras, como fautores de un eisma que seguía la obediencia de Urbano. Hasta concedía Clemente á su protegido el permiso de sacar diezmos en provecho suyo.

En reconocimiento de tales beneficios sostenía el duque de Anjou en Francia el partido de Clemente contra las reclamaciones provocadas por los abusos de la corte de Aviñón. El sacro colegio se componía de treinta y tres cardenales; para sostener sus estados con algun esplendor, el Papa exigía en Francia la mitad de la renta de los beneficios ocupados, y vendía las vacantes al mejor postor: cauonjias, prioratos, capellanías, oficios claustrales, aun los curatos, nada se exceptuaba de tal monopolio, conocido con el nombre de *gracias expectativas*; y en su consecuencia el Papa prevenía la nominacion de los coladores ordinarios, y enviaba con la posesion á los expectantes en virtud de bulas tasadas según el valor del beneficio. Al ver diariamente la Universidad á sus miembros privados por semejante manobra de las recompensas á que les daban derecho sus trabajos, quejéase altamente, habiendo tenido los descuentos reuniones secretas en que se deliberó sobre los medios de sustraerse de tales vejámenes. No se encontró otro mejor que el de renunciar á la obediencia del papa de Aviñón y aun del de Roma, y provocar la celebracion de un concilio general para dar á la Iglesia un jefe que purgara la corte pontifical de tamaños abusos. Justificó el duque de Anjou de tal proyecto, hizo prender algunos doctores de los mas exaltados; ni aun el mismo rector burló la prision sino con la fiza.

Puede creerse que por borrar la impresion de este golpe de autoridad y recuperar las simpatías del cuerpo académico, fué por lo que el de Anjou sacrificó á la venganza de la Universidad á Hugo Aubriot, corregidor de París. Esta autoridad ejercía una policia severa. Era á menudo turbada la tranquilidad pública por los estudiantes de la Universidad, que á la sazón casi todos pasaban de la adolescencia, y concurrían á las escuelas de París no solo de las provincias de Francia, sino hasta de países extranjeros; y el corregidor castigaba con cárcel á los escolares que delinquían. Esta pronta justicia no agradaba á la Universidad, que se creia con derecho esclusivo de inspeccion y correccion sobre sus afiliados. Formóse en la universidad una conspiracion contra Aubriot, y escudriñó su vida privada. El se cuidaba poco de las averiguaciones, pensando

que sería sostenido por la corte; pero la malignidad halló bastantes causas para que se le denunciara al tribunal eclesiástico, se le instruyera proceso y pusiera en prisión.

Por deposición de testigos, *tales cuales*, dice la crónica, se le probó ser mal católico, relajado, sostenedor de mujeres de mala vida, en especial judías, de ser en fin judío él mismo y herege, crítica y menos ambos que se escluidan uno ó otro. Habría sido condenado al fuego sin las apremiantes instancias de la corte, la cual sin embargo le abandonó al rigor de una sentencia, en cuya ejecución resalta el carácter de un triunfo concedido á la Universidad. El corregidor fué llevado en una carreta al airio de el Aubriot en actitud humillante; allí se postuló de huias, pidió perdón y prometió sufrir la penitencia que se le impusiera. Estaba presente el rector con los regentes, escolares y muchelumbre de pueblo. Púsosele en la cabeza una corzoja, predicóle el obispo vestido de pontifical, y condenósele á terminar su vida en las mazmorras del prelado, con pan y agua por todo alimento.

Sería cosa de sorprenderse el que los ingleses no se aprovecharan de tales disturbios del nuevo reinado para revolver la Francia, si no se su supiera que ellos se hallaban en igual situación. Allá y acá dos reyes jóvenes y dos tios dueños del gobierno: Luis de Anjou aspiraba á la corona de Nápoles; Juan de Gante, duque de Lancastre, tercer hijo de Eduardo y yerno de D. Pedro, á la de Castilla. Uno y otro arribaban al reino que gobernaban para conquistarse otro: ambos en fin aumentaban los impuestos y los exigían con rigor, en términos que Londres y Paris se suleváron al mismo tiempo. A la rebelión de la última capital precedió la de Rouen, donde el obisplacho nombró rey á un tendero, llamado el Gordó á causa de su obesidad. Demandóse la supresion de los impuestos, y el monarca le ordenó gravemente: los sediciosos agravaron sus demasías con el pillage y la muerte de los recaudadores. Carlos acompañado de sus tios y de una fuerza sulcietue, se rncaminó á Rouen; hizo derribar un lienzo de muralla, entró por la brecha, desarmó á los vecinos, mandó prender los cabeceñas de la revuelta y restableció las contribuciones.

Para hacerlas recibir en Paris, el duque de Anjou empleó una antipederhaja y digna de risa, y que causó grandes desgracias. Hallábase establecido que jamás se percibirían los impuestos que no fueran anunciados. Este aviso era peligroso, pero un portero se brindó á realizarlo. Montó en un buen caballo, marchó á los mercados, reunió mucha gente, gritó que se habia robado la vaguilla del rey, y prometió una buena recompensa á quienes descubriesen á los ladrones. Interin comentaba la muchedumbre tal suceso, dijo: «Pero tengo otra cosa importante que anunciar, y es que mañana se comenzará á sacar subsidios de los géneros de consumo.» Despues de estas palabras, metió espuelas y se salvó á escape.

En efecto, al siguiente dia presentáronse los comisionados, lijándose de ser apoyados por los principales vecinos, porque el duque de Anjou habia tenido la precaucion de poner las administraciones á subasta y de interesarlos en ellas. Para animar á los comisionados aparecieron algunos soldados; pero su presencia lejos de intimidar, enardeció mas al pueblo, el cual corrió á las carolinas consistoriales, donde se conservaban mazos de plomo fabricados para defenderse de los ingleses cuando amenazaban á Paris. No contentos los sediciosos con arrear en las calles con tales armas que les hicieron llamar mazcos, derribaron las puertas de las casas que les designó la codicia, y destruyeron los muebles y esculos de que se juntaron con ellos, pero carecían de caudillo. En la dificultad de encontrar quien se prestase á mandarlos, acordáronse de llugo Aubriot, y le sacaron de su calabozo, muy persuadidos de que no malograria tan hermosa ocasion de vengarse. A todo esto llega la noche. El tes dia las gracias, los despide diciéndoles que volverán al siguiente dia, y que le hallarian pronto á ponerse á un ebezajo. Reaparecieron en efecto, le buscaron; pero él se habia evadido durante la noche, y pasó el resto de su vida en un retiro campestre.

Permanciendo todavía el rey en Rouen, la corte y el consejo abandonaron una ciudad en que no reinaba mas que confusion y anarquía. Casi solo se mantuvo allí el abogado general Desmarets, el cual se habia encañecido en los empleos bajo cuatro reinados, y gozaba de gran reputacion. Hallándose hecho intermediario entre la corte y el pueblo, salieron tan bien sus negociaciones que decidió á los amotinados á pedir perdón y amnistía, y el rey á otorgar uno y otra y la abolicion de los impuestos; pero cuando el duque de Anjou se fué dueño de la ciudad con las tropas que fueron acudiendo á ella, procedióse á la busca de los principales delinquentes. Estos fueron ajusticiados al instante públicamente; mas como el pueblo tornaba á murmurar y se mostraba amenazador, metióse á los condenados en sacos que se arrojaban de noche al río. No obstante insensiblemente se refrió el calor de los ánimos. Los parisenses pidieron como prenda de una paz sincera, que regresaran á Paris el rey, su corte y el consejo; á lo cual se accedió con

la condicion de que no habian de ir á la presencia de él con armas. Su entrada fué brillante, acompañada de aclamaciones y otras demostraciones de regocijo. En señal de verdadero arrepentimiento le hicieron un presente de cien mil francos, que todavía pudo apropiarse el duque de Anjou; pero ellos se obstinaron siempre en no tolerar contribuciones.

Semejante tenacidad apesarábal al duque, quien á trueque de obviarla y aumentar sus tesoros no habia medio que no imaginara. No tuvo empacho en pedir que se le diera la poca vaguilla y allajas que se habian salvado de su primer hurto; rogaba á los particulares á quienes suponía con altorros, que se los prestaran, prometiéndolo pagar fielmente los intereses: no permitía que pasase el dinero en poder de los cobradores, sobre todo de los judíos, y lo arrebatava sin demora bajo la promesa de dar buena cuenta de él algun dia. Todos estos medios pagaseros no equivalían á los impuestos fijos, los donativos, las gabelas y aduanas, que hubieran dado un producto invariable, del cual habria podido sacar el sueldo de las tropas que levantaba. El se prometia conseguir su intento y hacer nacional una guerra emprendida por su interés particular; pero el del duque de Borgonya su hermano vino á desconcertar tal proyecto, y empleó ademas todas las fuerzas del reino.

Este príncipe estaba casado con la hija y única heredera de Luis de Male conde de Flandes, el cual parecía ser un déspota cruel. Táchasele de haber hecho sacar los ojos á unos mercaderes de Gante que navegaban por el Escalda, en desprecio de no haberse podido disolver una asociacion de vecinos de esta ciudad, formada para mantener sus franquicias. Semejante barbarie atoroló á los flamencos, y sus principales poblaciones hicieron contra el tirano una liga cuya capital era Gante. Antes de venir á esta atacó Luis de Male á Brujas é Ipres, habiéndose apoderado de ambas y hecho decapitar quinientos habitantes de la primera y setecientos de la segunda. Presentáronse los ganteses al socorro de las dos ciudades, pero fueron batidos. Atribuyeron su derrota unos á incapacidad y otros á traicion de un tal Juan Boule su general, á quien hicieron pedazos al fugarse, gloriándose muchos de llevar algun resto de su cuerpo á Gante adonde se retiraron.

No tarló el conde en sitiar esta ciudad, que era reputada por la plaza mas fuerte de Europa, y podia armar ochenta mil combatientes. Para embestirla eran menester doscientos mil hombres, y al ejército del conde faltaban mas de tres cuartas partes para aquel número. Dejó por lo tanto puntos libres por donde los sitiados recibian víveres y practicaban correrías á las poblaciones inmediatas. Un vecino llamado Pedro Dubois dirigia el consejo, pero faltaba un capitán general apto para mandar las expediciones militares. Dubois presentó á Felipe de Artevelle, hijo de Santiago el cervencero, tan célebre en los antiguos disturbios. No bien se pronunció un nombre tan querido de los flamencos, cuando el pueblo corrió en tropel á la casa de Felipe, le llevó en triunfo á la plaza, le proclamó comandante general y le prestó juramento de entera obediencia. Por primer acto de su autoridad hizo ajustar en su presencia á doce de los principales culpados de la muerte de su padre, y se declaró inexorable para con todos los que parecían de dudosa fidelidad. En esto seguía el consejo de Pedro Dubois y la máxima ordinaria de casi todos los gefes de rebelion. «Sed cruel y altivo, le dijo; así quieren ser tratados los flamencos. Entre ellos no debe mirarse á la vida de los hombres, ni tenerles mas compasion que á las goldonrinas ó alondras que se cogen para comer.»

Durante el cerco andaban las operaciones militares mezcladas con negociaciones. Los abades y señores, cuyos monasterios y castillos eran saqueados por los revoltosos, conjuraban al conde que les otorgara condiciones favorables; pero él se obstinaba en que los habitantes de Gante, desde quince á sesenta años de edad, se le presentasen descalzos, en camisa y con un cordel al cuello, para disponer de ellos á su propia voluntad y perdonarlos ó castigarlos. ¿Qué responder á tal proposicion? dijo Artevelle en una reunion general. ¡Jremos á la presencia de nuestro tirano y nos pondremos á su discrecion, nos encerraremos en nuestras casas é iglesias para aguardar snmir la llegada del vencedor á degollarnos, ó combatiremos? «Combatir» gritó la asamblea. Aprovechando Artevelle este momento de entusiasmo, escogió cinco mil hombres para una expedicion secreta. Al conducirlos á la puerta de la ciudad, los demás ganteses dijeron á aquellos valientes: «No esperéis volver aqui sino vencedores. Tan pronto como sepamos que habeis sido muertos y destrozados, pregaremos fuego á la ciudad y nos destruiremos á nosotros mismos.»

La expedicion que Artevelle se proponia era contra Brujas, donde el conde tenía su corte. El cervencero contaba sorprenderle á favor de una feria, cuyo bullicio facilitaria su empresa. Presentáanse los cinco mil hombres; sale el conde al frente de cuarenta mil; los ganteses, que no podian aguardar misericordia, se precipitan sobre ellos como desesperados; los dispersan y matan, y entran en la ciudad con los fugitivos. El conde se queda reducido á un solo criado, de quien también se aleja por temor de que se le conozca

por tal compañía: entra en la casa de mas humilde apariencia, como el mas seguro asilo, en la cual vivía una pobre vieja. «Me conoces? díjola el conde.—Sí, respondió ella: he ido muchas veces á vuestra puerta por limosna.» Omitió, y procuró que se escaparan de noche y salvase en Lilla. Artevella alzó el pillaje: los forjantes fueron protegidos y nada sufrieron. Descargóse la cólera del vencedor sobre los de la ciudad, artesanos, vecinos, nobles y otros partidarios del conde, degollando dosientos de ellos á sangre fria en la plaza pública, y enriqueciéndose sus soldados con los despojos de los vencidos, que fueron considerables. Flandes rebosaba riquezas, fruto de sus manufacturas y de su comercio y de una paz de treinta años que habia tenido la fortuna de gozar durante las dimensiones de Francia é Inglaterra.

Entonces fué de urgente necesidad para el conde el socorro de los franceses. Ya lo habia pedido, pero el duque de Anjou se habia opuesto á darlo por destinar todas las fuerzas de Francia á su expedición de Italia. El de Borgona espuso que la de Flandes no sería mas que una especie de viaje muy corto, que no retardaría la incursión contra Nápoles, cuyos preparativos requerían algun tiempo, y logró para su suegro un ejército que el rey mandaría en persona. Esto era para el jóven monarca un alborozo que rayaba en delirio por marchar al frente de la nobleza de su reino, y un incentivo seductor para los franceses, atraídos por la esperanza de un rico botin.

Tras un corto combate en el puente de Commines del Lys, entraron en Flandes derramando por su territorio, que asolaron inhumanamente. Los ganteses no pudieron tolerar tal desolacion, que prescibian en gran parte desde lo alto de sus murallas, y á cuya lúgubre descripción les llevaban los fugitivos. Esto sucedió, y á principios del otoño. Un poco de paciencia, el frio y la humedad de aquellas comarcas hubieran podido acerrar dificultades á los franceses; pero viéndose los flamencos en número de cerca de cien mil hombres, aunque pisanos, iban orgullosos bajo la enseña de sus oficios. Parece que Artevella no abrigaba una confianza ilimitada, pues al hallarse cerca de los franceses quiso detener sus guerreros y marchar él mismo á Gante en busca de un cuerpo de seis mil hombres escogidos que estaban prontos á salir; pero el ejército rebuso permitir tal viaje temiendo que no volvería. Al punto de combatir dijo por toda arenga á sus guerreros: «Quiero que mateis á todos, menos al rey de Francia, porque no es mas que un niño; debe perdonársele, pues no sabe lo que se hace y va alonde le llevan. Le traeremos á Gante á apreñer el flamenco.»

Situáronse ventajosamente hácia Courtrai, cerca del lugar de Rosbec, cuyo nombre lleva esta batalla, entre un barranco profundo y un bosque defendido por una zanja cubierta de una trinchera. Esta posición fué abandonada por el delfino de apoderarse de una colina, desde donde podria caer mas impetuosamente sobre los franceses. El condestable de Francia aprovechó prontamente de tal falta, y echó por rotaguardia un cuerpo de caballería que acometió por la espalda á los flamencos, mientras él atacaba de frente. Vidáronse cercados al instante sin poderse revolver: la carnicería fué espantosa y la derrota completa. No duró la batalla mas que media hora, y en este espacio de tiempo perecieron los flamencos cuarenta mil hombres, y los franceses quinientos soldados solamente: exageracion por ambas partes. Artevella fué encontrado sin ninguna herida, sofocado bajo un monton de cadáveres. Si se hubiera marchado en derechura á Gante, en medio de la consternacion que dominaba en esta ciudad, es probable que se hubiese rendido sin gran resistencia; pero los vencedores volvieron hácia Courtrai, donde se alojó el rey con los principales señores de la corte, y fué saqueada y quemada cuando la dejó este príncipe. Desde allí se envió á tantear á los ganteses; mas estos habian tenido tiempo para serenarse, y profesaban tal aversion á Luis de Male, que antes que tornar á su obediencia ofrecieron ponerse bajo la de Francia, si queria unirse su ciudad á los dominios de la corona. Esta proposición no agradó al duque de Borgona, que aceptándola habria visto separar de Flandes la ciudad principal del conde, á quien debia heredar. Descobiose pues por res-peto á él semejante oferta, y como se acercaba el invierno, no se creyó oportuno emprender el sitio. Por otra parte, asuntos mas urgentes llamaban al rey á Paris.

No se habia apagado el espíritu de sedición, y habiendo ocurrido nuevo alzamiento durante la ausencia del rey, pareció organizarse la rebelion con el designio de propagarse por todo el reino. El consejo de Paris, como centro, mantenia correspondencia con los de las principales ciudades, y hasta con los flamencos, según hay motivo de suponerlo por el parecer que dió Nicolás Flamand, hombre ya notado en los fastos de las maquinaciones, por haber participado del asesinato de dos mariscales de Francia bajo el rey Juan. Viendo á los revoltosos á punto de dar el grito, les dijo el rey: «Aguardad: si como es de esperar triunfan los de Gante, entonces será mejor darlo. No emprendamos una cosa de que tengamos que arrepentirnos.» Fué por lo tanto la batalla de Rosbec un golpe decisivo

para la tranquilidad de la Francia. Hizola anunciar el rey con pompa á los parisenses, que ninguna muestra de alegría dieron por ella.

Carlos regresaba de Flandes con un ejército floreciente, pero no sabía el consejo de qué manera obrar con los parisenses, que ni sumisos ni rebeldes se manifestaban. Para sondear los ánimos, el condestable y otros señores enviaron á preparar sus habitaciones y designar el alojamiento de las tropas. No se hallaba ya el rey mas que á dos leguas, y los parisenses se prepararon prontamente á recibirle, como si no hubieran sabido hasta entonces que se aproximaba. Veinte mil vecinos armados de pies á cabeza salieron á encontrarle, y formaron en batalla en la llanura de San Dionisio, pero se ignoraba si esto era para luchar ó solo hacer alarde de sus fuerzas. En medio de la incertidumbre de si habria ó no que llegar á las manos, el condestable, el almirante, los señores de Albret, de Couci y La Tremouille enviaron á pedir salvo-conduto para confederación. «Salvo-conduto, respondieron los parisenses; que vengan sin reelo bajo nuestra palabra, pues serán bien recibidos. No estamos aquí con las armas sino para atender al rey las fuerzas de la ciudad de Paris, á fin de que pueda servir de ellas en caso de necesidad, dispuestos como estamos á obedecerle.» Puestos los señores en medio de ellos, partieron de esta protesta de obediencia para ordenarlos de parte del rey que le dejaran el paso libre. Retiróse inmediatamente la multitud, y el jóven monarca entró al frente de su ejército, habiendo salido diputados á cumplimentarle en la puerta. Pasó adelante sin escualoras, marchó en derechura á la catedral en la que cantó el *Te Deum*, y desde allí al palacio. Distribuyese el ejército entre los barrios sin ningun desorden, y bajo pena de muerte vedóse á los soldados cometer ninguna violencia. Recibieronlos sin resistencia los vecinos, y no hubo que castigar mas que á dos habitantes que se permitieron públicamente palabras sediciosas, habiendo sido ahorcados en sus ventanas.

Los duques de Berri y de Borbon ocurrieron al siguiente día la ciudad con sus hombres de armas, apresaron á trescientas personas, quitaron las cadenas de las esquinas de las calles y las hicieron conducir á Vincennes. Mandóse por un bando á los habitantes llevar sus armas al Louvre, de las que se encontró para cien mil hombres, y entonces comenzaron las ejecuciones. La universidad marchó en cuerpo á prosternarse al pie del trono para pedir gracia: la allocucion fué patética; conmovióse el monarca, enterneciéndose tambien la juventud, pero el duque de Berri que estaba presente y la mayoría de los consejeros le hicieron inexorable. Fueron sacados de las cárceles doce infelices, que ahorrados en un carro iban á la muerte á presencia de un pueblo inmenso contenido por gente armada, significándose la consternacion con un lúgubre silencio.

Entre ellos notábase á Nicolás Flamand, aquel diestro forjador y autor de alborotos, harlo digno de la suerte que le aguardaba. Mas por un extraño contraste, veíase tambien allí sobre una tabla mas alta al abazado del rey Juan Desmares, quien era acusado de haberse inclinado á los intereses del pueblo antes que á los de la corte, con haber permanecido en Paris cuando los lemas magistrados la abandonaron en el penúltimo motin, y de haber con sus manejos forzado al consejo á una paz que se reputaba humillante, y aunó á la plebe á la revuelta presente. Pero creíase que su vereldad era el haber imaginado las condiciones de los primeros dias de este reinado. No le perdonó el duque, quien sin embargo deseaba al parecer una confesion de Desmares para justificar su condena-ción é indultarle. Cuando llegó al caldoso preguntóle el que presidia la ejecución: «Maestro Juan; implorad merced al rey á fin de que os perdone.» El respondió: «Yo he servido al rey Felipe, su bisabuelo, á los reyes Juan y Carlos su padre, bien y lealmente; jamás tuvieron estos tres reyes nada que echarme en cara; lo mismo haria el actual si tuviera etal y conocimiento de los hombres. Solo á Dios imploro misericordia.» En el camino, viéndose llevado con malvados llenos de crímenes, como sucede en las revoluciones, pronunciaba con fervor estas palabras del Salmista: *Judica me Deus, et discerne causam meam de gente non sancta.* «Juzgame, Señor, y aparta mi causa de la de una nacion perversa.» Su negativa á comprar la vida por una confesion repugnante á su conciencia, honra su memoria.

A las ejecuciones sucedió la amnistia, á la que se dió toda la pompa capaz de preocupar y contener al pueblo. Apareció el rey en un trono levantado en lo alto de la escalera de palacio, y el pueblo, que habia sido convocado, llenaba el patio en medio de soldados de aspecto severo y en actitud amenazadora. El temor helaba todos los corazones. El canceller Pedro de Orsemont tomó la palabra, discurreó sobre la enormidad de las faltas pasadas, y recordó las ejecuciones. «Todavía no se ha acabado, esclamó con voz atronadora; quedan muchos reos por castigar. ¡Me esplico según vuestras intenciones, señor? dió dirigiéndose al rey. Sí, respondió el monarca. A tan temible afirmacion échase á sus pies sus tios, y la s

damas desgraciadas y desataviadas tienden hacia él las manos suplicantes, las lágrimas corren y se oyen sollozos: los hombres preocupados demandan gracia y misericordia. El rey la concede y declara que conmuta la pena criminal en civil, esto es, el castigo corporal en pecuniario. De estas conmutaciones sacóse más de cuatrocientos mil libras, que no entraron en el tesoro público sino en cantidad muy corta. El rey abolió el cargo de preboste de mercaderes y cuanto podía conservar á los parisienses el derecho á la pretension de gobernarse por sí mismos, habiéndolos puesto bajo la autoridad de un corregidor, con fuerza armada á sus órdenes. Reestablecieron sin ninguna oposicion todos los impuestos, y entonces sintió el pueblo los males, resultados inevitables de las rebeliones. Los motines que habian tallado en Rouen, en las poblaciones del Languedoc, la Auvernia y el Poitou, en correspondencia con el de París, fueron castigados como este, con el suplicio de algunos gues y sobre todo con fuertes multas, habiéndose restablecido tambien los impuestos.

Los ingleses, que aunque habian sido llamados por los ganeses no parecieron por Flandes interin estuvo allí el rey, presentáronse así que se retiró este. Al pronto no fué mas que una incursion, la cual tuvo de particular que llevaba el nombre de cruzada, y la mandaba el obispo de Norwich, autorizado por el papa Urbano para hacer la guerra á los franceses *clenentinos* y *cismáticos*. En apoyo de los progresos del prelado acudieron escuadrones ingleses mas considerables, y el rey envió contra ellos un ejército que los rechazó, pero no se recordaron hasta despues de coger un rico botín á sus amigos los flamencos, talando sus campos y pechando sus ciudades. Vuelto Luis de Male á sus estados, no habia opuesto mas que una débil resistencia; vencido en un encuentro, retiróse al Artois y murió á los pocos meses. Los condados de Flandes, Artois, Rethel, Nevers y Borgoña pasaron por su fallecimiento á su yerno Felipe el Atrevido, quien reuniéndolos al ducado de Borgoña que poseía á título de patrimonio, tornóse el principe mas poderoso de los no coronados de Europa.

Se ha visto que el duque de Anjou su hermano, inquieto siempre por su expedicion de Italia, no se creia jamás con bastante dinero para emprenderla: como autoridad habia tomado los cien mil francos dados por los parisienses en pos de la primera comocion, los habia prestados en la distribucion de las últimas exacciones. Necesita préstamos sin tasa, hacia fabricar inmensa cantidad de piezas de oro y plata, y no se acucia sino para el moneda. Cuando consideró provisto su tesoro, aunque no según sus deseos, siguióse su genio inventivo la idea de pedir dictamen al consejo del rey sobre su expedicion. Advinióse fácilmente el objeto de tal consulta, que era hacer en caso de aprobacion del consejo, guerra de la nacion, una guerra que le era personal. Respondióse que nada categórico podia decidirse acerca del asunto, pero que se le ayudaria en cualquier partido que abrazase. Esta respuesta vaga no le satisfacía; y como parecia vacilar entre la resolucio de marchar ó no moverse, el consejo del rey que deseaba verle bien lejos, sirvióse de una astucia para decidirle. Juana reina de Nápoles, que acababa de adoptarle y transmitirle su reino, como heredera de la casa de Anjou poseía tambien la Provenza. Hízosele entender al duque, que si abandonaba á su madre adoptiva, ningún derecho tendria á esta provincia; que en consecuencia seria interesante al reino el apoderarse de ella y reunirla á la corona. Hasta se enviaron comisionados á Avinion para inducir al Papa á favorecer tal reunion. Este proyecto alarmó al duque, quien escribió al soberano pontífice para que no interviniese en ningun tratado sobre la Provenza, sino á favor de él, y se decidió á comenzar su empresa. A fines de mayo de 1392 se encaminó á Provenza, donde se recibió reconocio como heredero de la reina Juana. Clemente le recibió solemnemente en Consistorio, púsole en la cabeza la corona de Nápoles, y firmóse escuniones contra su competidor Carlos de Duras. Hallábase ya este en posesion, coronado tambien en Roma por Urbano, y como su rival cargado de anatemas y escuniones. Luis de Anjou partió de Avinion, llevándose trescientos mulos y multitud de carromatos con oro, plata y toda clase de municiones. Su ejército se componia de sesenta mil hombres, viéndose brillar en él toda la magnificencia que podia desplegar el hijo guerrero. Atravesó los Alpes, entró en Lombardia, cruzó rápidamente todo el pais hasta el reino que iba á conquistar. Llegado á la frontera, envió un reto á Carlos de Duras, previniéndole que le señalase el lugar y el día de la batalla.

En efecto habia ya gran necesidad de una accion decisiva. Los bagages del ejército habian sido en gran parte arrebatados por los montañeses al pasar el Apenino, y para reparar tales pérdidas y conservar en sus banderas á los guerreros ligados á su fortuna, fuele preciso franquear abundantemente sus tesoros, habiéndose agotado con rapidez el oro. Su mujer que se quedó en Francia reclutada para él, y remitió un refuerzo considerable que dirigió por Venecia. El principe encargó al baron de Craon que fuera á recibirlo. El joven favorito creyó deber honrar en esta ciudad al mo-

narca que le enviaba, dando fiestas brillantes, en las que consumió gran parte del tesoro en juegos y francachelas y guardó el resto. En el interin vendia el desgraciado Luis su vajilla, equipages y hasta la corona. Carlos conocia la angustiosa situacion d l principe francés, y cuanto mas deseaba este una batalla, tanto mas procuraba el otro evitarla; quien solo se mantenía á la defensiva, y aruinaba al ejército enemigo con las marchas á que le obligaba continuamente.

Un día creyó el duque de Anjou llegado el momento de luchar. Carlos se habia encamado en Barleta. Luis hizo alarde al rededor de la poblacion, y juzgó haberle atraido al combate, cuando le vió salir á la cabeza de su ejército. En efecto, le puso en batalla á presencia de los franceses, y en el instante en que no se aguardaba mas que la señal, le hizo volver dentro de los muros. En la imposibilidad de atacar la ciudad, retiróse el de Anjou lleno de despecho. Encuentra cerca de allí un cuerpo ventajosamente apostado: le embiste á la desesperada, es herido y muere en el primer año de su reinado, mas bien de pesar que de las heridas. El ejército se dispuso sin ser perseguido. Veíase por los caminos de Italia la mayor parte de los señores y caballeros sin armas, casi desnudos, pidiendo limosna para regresar á su patria. Esta desventurada expedicion dejó en Francia largos y tristes recuerdos. El baron de Craon tuvo la audacia de reaparecer en la corte con un boat magnífico; los enormes despensos que hizo en ella le proporcionó protectores contra los intentos de la viuda del duque de Anjou y sus hijos. Fué sin embargo condenado á una restitucion de cien mil francos: débil mensacabo de las riquezas que le quedaron.

Carlos V rayaba en la edad de diez y seis años, y era alto, fuerte y diestro en todos los ejercicios corporales. Las bodas del duque de Nevers, hijo del de Borgoña, y mas jóven que él, le inspiraron el pensamiento y el desecho del matrimonio. Buscósele una esposa en Alemania, como su padre lo habia recomendado, habiendo recido la eleccion de los enviados en Isabel, hija del duque de Baviera-Ingolstadt y bizneta del emperador Luis V. Por el temor de que presentada como futura esposa y no logrando agradar, experimentara una negativa mortificante, se la hizo venir á Francia so pretexto de una peregrinacion. Celebróse en Amiens la entrevista, la cual redujo en ventaja de la princesa. El rey se enamoró tanto de ella, que no quiso aguardar los preparativos de la boda, cuya ceremonia debia realizarse en Arras en el palacio del duque de Borgoña, y así fué celebrada inmediatamente en la catedral de Amiens, donde apareció Isabel con la corona en la cabeza.

Acibaróronse los regocijos con las desagradables noticias de Flandes. Los ganeses que se libraron del sitio despues de su derrota en Rosbec, coatinuaron la guerra habiendo nombrado gefe á un general emprendedor, llamado Francisco Altremin, quien tomó por escaldia la ciudad de Dam, don le los vecinos de Brujas habian depositado sus riquezas, cuando fuer n amenazados por Artevelle. Un botin inmenso cayó en poder de los ganeses. Los ingleses apreciaron en las hostilidades de los flamencos á pesar de la tregua subsistente entre Francia é Inglaterra, habiendo invadido en sus correrías algunos puntos de las fronteras francesas. El consejo tomó la determinacion de darles un golpe decidido y llevar á su isla la devastacion que ellos sembraron en el Continente, habiéndose recurrido á un empréstito para ocurrir á los gastos del armamento que se meditaba. Fué estremado el pavor de los franceses á vista de los grandes aprestos de los flamencos: toda la nacion tomó las armas, sin exceptuar los labradores, el clero y los religiosos obligados á servir cuando la patria era amenazada: nunca hubo entre ellos cosa mas alarmante que el temor de un desembarco de franceses, la cual no se intentó, porque el duque de Borgoña mas apegado á sus intereses que á los del reino, hizo alargar los preparativos hasta que hubo pasado la estacion propia para el embarque. Entonces no hubo dilacion en conseguir que el ejército destinado contra Inglaterra se enpleara contra los flamencos, mayormente queriéndose como se queria escarmantar al capitán Altremin, que habia formado el proyecto de quemar la escuadra francesa en el puerto de Ecluses.

El ejército enviado contra él llevó el terror hasta Gante, y en medio de sus estragos hizo muchos prisioneros, habiendo sido degollados inmediatamente los mas de estos. Conducidos delante del rey algunos de los perdonados, instóseles á que reconocieran al duque de Borgoña por soberano, y le prestaran juramento de fidelidad: á lo cual respondieron que el rey podia sojuzgar los cuerpos de los flamencos, pero nunca su espíritu, habiendo añadido: «despues que hayamos sido muertos, se juntarán nuestros huesos para combatir.» Como se queria atemorizar al pueblo, esta respuesta generosa no salvó las victimas destinadas á la muerte. Uno de los condenados, pariente de casi todos ellos, se ofreció á ejecutarlos si se le concedia la vida. En efecto, cortó de su infame barbarie; pero cuando esperaba ser absuelto por premio de su acto heroico, habia inspirado tanto horror que se le hizo sufrir el mismo suplicio.

El duque de Borgoña logró no obstante atraer á los flamencos á un arreglo en medio de su tenacidad, pero en vano intentó separarlos de la obediencia de Roma y hacerlos entrar en la de Avinon. La codicia de Clemente por toda clase de riquezas, su rapacidad ejercida en los bienes de la Iglesia, sobrado conocida en Francia donde no cesaba de provocar rumores y quejas, impidieron á los nuevos súbditos de Felipe el prestarse al deseo de su soberano.

Así los inmensos preparativos de la Francia para descargar un golpe decisivo sobre la Inglaterra no aprovecharon mas que al duque de Borgoña. La expedición del almirante Juan de Viena á Escocia en apoyo de sus naturales contra los ingleses, tampoco proporcionó las ventajas que se esperaban. Viendo los escoceses por la guerra de Flandes que ocupaba las fuerzas de la Francia, prontas todas las de los ingleses á caer sobre ellos, concertáronse con sus vecinos. Convino entonces á los franceses el retirarse, habiéndose creído que se apresuró tal determinación por la conducta licenciosa de los jóvenes franceses: hasta se reconoce á Juan de Viena á quien puede reputarse de una edad mas que madura, de haberlos autorizado con su ejemplo. Sin embargo, la expedición no fué inútil, pues trajo á Francia datos sobre el estado de la corte de Inglaterra y de las fuerzas del reino. Dominaban en esta corte como en la Francia los tíos del rey, pero con mas desorden. El almirante dió ademas otras noticias estimuladoras, en cuya virtud se procedió á organizar otra expedición.

Para juzgar de la inmensidad de los preparativos por la descripción de Villaret, emplearemos sus mismos términos: «El puerto de Escluse era el punto de reunion de la escuadra destinada á la travesía, habiéndose juntado allí mas de mil quinientos buques. Las naves no eran á la verdad de la magnitud de nuestros navios de linea; mas era preciso que fuesen considerables, puesto que se les destinaba á conducir un ejército de mas de cien mil hombres, en que debían ir el rey, los príncipes de nacimiento, los señores, todas las municiones de boca y guerra, y cincuenta mil caballos al menos. Toda vez que se contaban veinte mil hombres captores y escuderos. Solo los gastos de la escuadra ascendieron á tres millones, y el valor del dinero era diez veces menor que hoy día. Habianse comprado embarcaciones en los puertos de Holanda y Zelanda.

«Ademas de tan prodigioso número de velas, solo el condestable de Clisson habia dispuesto una flota de sesenta y dos bajíos, haciendo al mismo tiempo trabajar en la construcción de un edificio tan extraordinario por el costo como asombroso por su singularidad. Esta obra era una poblacion de madera de tres mil pasos de diámetro, guarnecida de torres y trincheras, capaz de albergar un ejército entero, la cual debia servir despues del desembarco, para tener en arribado á Inglaterra una plaza de armas al abrigo de los insultos del enemigo. Esta poblacion compuesta de picas enlazadas, fué colocada sobre la flota que el condestable tenia pronta en Bretaña. Toda la magnificencia que el lujo de este siglo podía ostentar, contribuyó al aumento del gasto: la pintura y escultura parecian disputarse el honor de embellecer las embarcaciones de la mayoría de los señores. Las prosas y los mástiles, dice Mezerey, estaban ricamente adornados con sus armas y escudos, y las velas tecamadas de labores de oro y seda.»

«Era tan general la confianza, que se marchaba á esta expedición como á una conquista asegurada. El soldado se encaminaba de todas las provincias al puerto de Escluse con un aire de triunfo que aumentaba la licencia propia de la gente guerrera, en especial de la que está mal pagada, como á la sazón sucedía. Descargadas de las provincias que aquellos hombres atravesaban! Estaba espirando el verano. «Los pobres labradores que habian hecho la recolección, dice un historiador, no quedaban mas que con la paja; si trahaban, eran golpeados ó muertos. Si los ingleses hubieran llegado á Francia, no habrían podido causar mas daño que el que causaron los soldados franceses, los que decian: Ahora no tenemos dinero, pero le tendremos á la vuela, y os pagaremos todo puntualmente.»

«El rey estaba en Escluse animándole todo con su presencia; hizo un ensayo en el mar, y se mostró contento. Todo se hallaba pronto, y no se le aguardaba mas que al duque de Berri, que debia traer las numerosísimas tropas de la Guiena y del Berri, su pertenencia. El rey le mandaba correos sobre correos para que se apresurara, y á cada momento se creia verle llegar. Durante estas dilaciones varió el tiempo hasta entonces favorable para la marcha. Una tempestad dispersó la flota que desde la Bretaña conducía la poblacion de madera de Clisson, y arrojó á Inglaterra un buque cargado de parte de esta obra. Era ya impracticable el embarque cuando apareció el duque de Berri, á quien el rey hizo reconocimientos. El príncipe convirtió el negocio en chanza: licenciáronse las tropas y desarmáronse las naves. El duque de Borgoña pidió y obtuvo lo que restaba de la poblacion de madera y aplazase la expedición nuevamente.

«¿Cuál fué la causa de haber tardado tanto el duque de Berri? Este era prodigiosamente avaro de dinero, no para adquirir estados, como sus dos hermanos los duques de Anjou y Borgoña, sino para

gastar fastuosamente y prodigar. El duque de Lancaestre hubiera sacrificado el reino de su sobrino Ricardo á sus propias pretensiones á la corona de Castilla. So pretexto de negociaciones de paz, ambos tíos los duques de Berri y Lancaestre habian tenido una entrevista antes de los preparativos de guerra. Nada se decidió en ella, pero se habian separado con aire de satisfaccion y con las apariencias de la mejor inteligencia. El duque de Lancaestre mostró entera seguridad acerca de los riesgos de Inglaterra, de donde salió hacia la con tropa para ir á invadir la Castilla: el duque de Berri malogró con su torlaxada la estacion del embarque. Es fácil sacar la consecuencia, sobre todo cuando la historia nos afirma en muchos pasages que el mas seguro baluarte de los isleños contra los franceses han sido muchas veces el oro y la intriga.

Los ingleses perdieron entonces un hombre que les habia sido muy útil en el último género. Carlos el Malo, rey de Navarra, aborrecido y despreciado de su propia familia por sus desmanes, pasaba tristes dias en su reino, consoliéndose por sus desmanes, pasaba y el placer de obrar mal. Sus posesiones de Normandía y Languedoc continuaban siempre sequestradas, aunque bajo la custodia de su hijo mayor Carlos, porque se creyó merecer tal deferencia la buena conducta de este príncipe y sus hermanos y hermanas, que no participaban de los crímenes de su padre. Siempre ocupó Carlos el Malo de pensamientos siniestros, tanto por despecho de que se le retuviesen sus bienes, cuanto por mover en el reino disturbios de que podría aprovecharse, concibió el proyecto de envenenar á la vez al rey, su hermano, los duques de Berri, Borgoña y Borbon y á los señores que trataban con ellos.

La casualidad condujo á su corte uno de tantos ministros que recorrian las provincias cantando y tocando instrumentos. Llamábase al Gautier el Harpista. Su criado inglés, denominado Roberto Wourlreton, pareció al navarro á propósito para la realizacion de la maldad que meditaba, y así el mismo Carlos le enseñó la propiedad mortífera del arsénico, la dosis necesaria para matar y los puntos ordinarios en que se venia. Instruyóle tambien de los medios de introducirse en el palacio. «Así que adquirieras en el algún conocimiento, marchate á la cocina, á la despensa ó cualquier otro lugar que te parezca mas del caso, y echa de dichos polvos al potajo, carne ó vino destinado á los señores.» El inglés lo prometió todo; partió, compró el veneno en Bayona, fué cogido al llegar á Paris, interrogado, condenado á ser arrastrado por cuatro caballos y ajusticiado. Ignórase cómo se describió tan pronto semejante atentado; presúmese haber sido revelado á la corte de Francia por el príncipe Carlos, que residiendo á la sazón al lado de su padre, tuvo noticia de él, y que en reconocimiento del aviso no figuró en el proceso el nombre del rey de Navarra. Mas si lo disimuló la justicia de los hombres, castigó rigurosamente la de Dios en esta vida. Los continuos excesos voluptuosos habian apresurado en él los progresos de la edad, y era ya viejo cuando no contaba mas que cincuenta y seis años. Para reanimar su decadente vigor, hacíase envolver algunas veces con un paño empapado de espíritu de vino. Su ayuda de cámara, al acabar de coser el paño, no encontrando tigeras para cortar el hilo, acercó la vela; estentóse instantáneamente el fuego, comunicóse al paño, y antes que pudiera arrojarse al principio de su finesta envoltura se quemó hasta los huesos, habiendo espirado á los tres ó cuatro dias en medio de espantosos tormentos.

«El mal éxito de los preparativos contra los ingleses desazonaba tanto mas al rey, cuanto que ellos triunfaban con tal pefilia y parecían desafiarse en su isla. Una venganza particular del duque de Bretaña frustró los nuevos designios que habia contra los isleños. Clisson, condestable de Francia, se habia alherido con ardor al proyecto de desembarco, y para contribuir á esta empresa habia asistido en persona á los armamentos de Bretaña, donde poseía grandes y ricos dominios. Antes habia combatido por la casa de Blois contra la de Montfort, recaida en este duque por el tratado de Guernando, en virtud del cual se habia comprometido el nuevo duque á pagar el rescate de Juan de Blois, hijo de su competidor, y á desposarle con su hermana. Pero él habia descaudado ambas cosas, y el desgraciado príncipe padecía en Inglaterra desconfiando conseguir nunca su libertad, la cual le fué restituida por la generosidad de Clisson, quien reparando las faltas del duque, pagó su rescate y vino á ser su suegro. Ora porque conservara el duque algún resentimiento de esta antigua discordia, ora porque viera con malos ojos que un hombre á quien consideraba mal dispuesto hacia él fuera tan poderoso en sus estados, so pretexto de consultarle sobre una fortaleza que hacia levantar, le atrajo á una torre, le cargó de cadenas y mandó al alcaide llamado Bavalan, que le metiese en un saco así que fuese de noche, y le echara al mar. A tal orden cae el alcaide á los pies de su amo, le espone la horrible atrocidad de semejante mandato y las funestas resultas que podía tener. «No me hables mas, responde el duque: obedece: ha llegado la hora de vengarme de este pícaro lascivo que tanto me ha ultrajado.»

Durante la noche, la idea del crimen que sin duda se cometía



á la sazón, le incomodó y quitó el sueño: experimentaba angustias de arrepentimiento, y deseaba que no se le obedeciera. Cuando Bavalan se presentó delante de él por la mañana, miróle con inquietud; y á la frase ya *está ejecutado*, dióla tristemente por el alcaide, entró el duque en convulsiones de desesperación, abandonóse al llanto y no quiso en todo el día tomar alimento ni ver á nadie. Bavalan le dejó hasta la noche en tal estado de desolación y después de convencido de que era sincera su pena, al fin le dijo: «Consólaste, Clisson no la muerte.» Con esto cayó un peso enorme de la conciencia del duque. Bavalan, le dijo, has sido buen servidor de tu amo, y me has hecho el mejor servicio que un hombre puede dispensar á otro.» Sin embargo no quiso perder por entero el fruto de su perdonada, y puso á precio la libertad del condestable. Este suceso interrumpió los preparativos de Francia contra Inglaterra, por ser Clisson el alma de ellos; por lo que se le supuso que el duque había sido sugerido por los ingleses. Par el mismo tiempo, su pretexto de demeración de justicia había desafiado al rey el duque de Gueldres, que por algunos estados susos era vasallo de la corona. Carlos VI marchó en persona á exarcentarle por su audacia, y le hubiera privado de su ducado, si el de Juliers, su padre, no hubiera interpuesto su mediación. Descubrióse que los ingleses le habían dado dinero y asegurado una pensión por declarar la guerra á la Francia.

Tocaba el rey en los veinte y un años y se advertía que principiaba á cansarse de la tutela de sus tios. Lo que había sucedido con los armamentos contra la Inglaterra, le indicaba que ellos pensaban mas en su interés personal que en los del reino. En medio de tales disposiciones encontró personas que le persuadieron comenzase á reinar por sí mismo. Al regresar de Gueldres detívose durante las fiestas de Todos los Santos en Reims, donde en una asamblea de príncipes de nacimiento, de muchos señores ó individuos del consejo, preguntó si convenia que tomara las riendas del gobierno. El cardenal de Laon tomó la palabra y enarbolándose trató un cuadro patético de los vicios de la administración y retratos tan parecidos de los señores hasta entonces admitidos al ministerio, en especial del duque de Borgoña, que era imposible desconocerlos: concluyó que interesaba que el rey se encargara por sí mismo de la administración. Del mismo dictamen fué todo el consejo. Dirigiéndose entonces el joven monarca á sus tios, dióles afectuosas gracias por los cuidados que habían tomado hasta aquí en él, los desahogó de ellos y declaró que su intención era el regir en adelante por sí mismo. No manifestaron los tios descontento alguno, aunque no estaban preparados á tan pronta resolución. A los pocos días murió el cardenal de Laon, quien se erigió envenenado, sin que destruyeran la sospecha los cirujanos que abrieron su cuerpo. Vióse entonces lo que suele acontecer en los cambios de gobierno: los que estaban en favor cayeron en desgracia, habiendo aparecido en su lugar cortesanos ó ignorados ó lejanos antes. Dividióse la administración entre cuatro ministros, bajo la inspección del condestable que tenía toda la confianza del joven monarca.

Segun acacia, no dejaron de zaherir la conducta de sus predecesores, de imputarles todos los males del Estado, y de hacer al pueblo magníficas promesas, que se redujeron á la supresion del aumento de impuestos establecido en el año anterior. A fin de acercar odiosidad al antiguo ministerio, fué preciso el castigo de algun culpable: la suerte cayó en Anlouin de Chanveron, preboste de Paris, encargado del reparto del impuesto, operacion delicada en que es raro no contraer enemigos. Probió él que si habia cometido alguna falta en la asignación ó el cobro, lo habia hecho por orden espresa de los duques de Berri y Borgoña: su desempeño era por otra parte evidentemente bien puro, puesto que se limitaban á reconvenirle por seis francos ofrecidos á su mujer y por un canchillo de vino y algunas gallinas dadas á él, emolumentos de estilo cuando se nombraban porteros y procuradores. Con tales agravios ú otros parecidos, formóse capítulo de acusación, en cuya virtud se le condenó á muerte por concusionario; pero concediéndose perdón al mismo tiempo, y aun permiso para hacer insertar en las cartas con las inculpaciones las respuestas que los justificaban. Los duques de Berri y Borgoña se retiraron á sus respectivos territorios, habiéndose encontrado después de su partida muy poca vagalla, tapicería y joyería en el palacio del rey, mientras que los en que fueron á habitar aparecieron de repente abundante en provistos y sobornados. El joven monarca rogó al duque de Borbon, su tío materno, que permaneciera á su lado para ayudarle con sus luces, habiéndole dado en pleno consejo el justo testimonio de que sus acciones se habían dirigido siempre al bien del Estado.

Entonces aparecieron muchas disposiciones sobre objetos mas ó menos importantes, comenzando por el Parlamento. El rey fijó el número de los consejeros de la cámara alta en quince eclesiásticos y quince seculares; y el de las pesquias en veinte y cuatro clérigos y diez y seis seigos, y el de las peticiones en dos eclesiásticos y cuatro legos. Ninguno de ellos podria ausentarse sin licencia del rey; los religiosos quedaron escluidos, y se añadió que no se hiciera caso

de las cartas que se obtenian algunas veces en favor de ciertas personas para suspender el curso de la justicia. Reprimióse la usura de los judios, y cerráronse por fin los albergues en que los mendigos iban á ocultar el abuso que hacian de las limosnas sossacadas á la compasión: llamábase uno de estos lugares *El Corral de los millagros*; porque aquellos desgraciados que por la mañana habian salido cojos, ciegos, estropeados y embertos de lugares, quitando al regresar sus ligaduras, mostrábanlos de repente sanos como por milagro, y se entregaban á los mas caparulosos excesos.

Por este tiempo se casó Luis, duque de Orleans y hermano del rey, con Valentina Visconti, hija del duque de Milan Juan Galeas, la cual llevó en dote la ciudad de Asti, y se estipuló que si sus dos hermanos llegaban á morir sin hijos varones, sucedieran en el ducado de Milan ella ó sus herederos.

A la coronación de la reina precedió una entrada solenne en la capital, habiendo procurado los parisenses que fuese la mas pomposa posible. Los espectáculos que dieron les parecian lo que nos parecen los nuestros, es decir, los mas hermosos que pudieran darse. El mas singular de ellos fué el de un volatinerio que descendió por una cuerda tendida desde el alto de las torres de la catedral hasta el puente, cuando llegó á él la reina. Como era ya de noche bajó en cada mano con una hacha. La reina fué coronada en la santa capilla; cuatro de los principales vecinos le presentaron una nave de oro, dos grandes frascos, dos cajas y dos palanganas de plata; á la duquesa de Orleans dos servicios de vajilla; al rey cuatro jarros, seis tinajas y seis platos de oro. Dos hombres de hollow y vestidos de oso y el otro de unicornio, otros dos ángeles disfrazados, buena gente, son hermosos y ricos, dijo el rey á los vecinos que los ofrecieron, y al día siguiente se aumentó la contribución. Nada hubo, inclusa las ceremonias fúnebres, que no sirviera para la diversion de la corte. El rey mandó celebrar un oficio solenne por Clauquin en la iglesia de san Dionisio: no se sabe por qué se hizo esta remisión, á no ser que fuera para dar una muestra de favor á Clisson, Bretón como él, su compañero de armas y sucesor en la dignidad de condestable. Todo se realizó al tenor del pomposo ceremonial de la antigua caballería. La ofrenda constaba de cuatro cereales, dos armados como en guerra y los otros dos como en los torneos, habiéndose presentado los duques de Borgoña, Borbon, Lorena y Bar, precedidos de los principales señores, que llevaban el escudo, la lanza, la espada, el casco, las manoplas y demas piezas de la armadura. El obispo de Auxerre oficiante, hizo el elogio del *buen condestable*. Esta fué la primera oracion fúnebre pronunciada en la Iglesia.

Semejantes espectáculos, tanto fúnebres como festivos, estaban prodigiosamente, en especial con un príncipe que seguía una crónica, daba mil escudos en los gastos en que su padre no daba mas que ciento. Siempre seguro el pueblo de que se aplicaría á él para llenar los vacios del tesoro y magnificar de tales gastos. Hubo sin embargo algunas esperanzas de alivio en el convenio que se realizó con Inglaterra. No pudiendo entenderse los comisarios reunidos en la capilla de Beclingham, entre Bolón y Guines, ajustaron una tregua de tres años, comprendiendo en ella á Castilla, Portugal, Aragón, Navarra, Escocia, Flandes, Brabante, los ducados de Gueldres y Juliers y la república de Génova. Así se interesaba en la suerte de ambas naciones la de una gran parte de la Europa.

No se ha visto en las exequias de Clauquin al duque de Berri, porque moraba en Langueloc sin pensar mas que en disfrutar de las delicias de una vida afeeminada y fastuosa, que prefería á todo. Consideraba como destinados á sus placeres los pueblos confiados á su régimen, que eran tratados tiránicamente: cuando se quejaban de lo excesivo de las contribuciones, las doblaba y castigaba la resistencia con multas, cárcel y aun con suplicios. Un ministro llamado Betsac era el inventor, la causa y el instrumento de sus vejaciones, habiendo sido testigo de ellas el rey en un viaje que hizo á las provincias meridionales del gobierno de su tío. Hasta parece que no se emprendió tal viaje sino para rapinar y saquear los domosías. El monarca se presentó con sus dos tios los duques de Borgoña y Borbon, una corte numerosa y parte de su consejo.

Betsac fué apasionado: el primer agravio que deponia contra él era su inmensa riqueza, y al preguntar los jueces de donde la tenia, respondió sencillamente: «Monsenor de Berri quiere que sus servidores sean ricos. Un incidente embarrazó al tribunal; el duque ofició manifestando quanto Betsac habia hecho y reclamándole como justificable por el solo. Una astuta perfieta trajo sobre el culpable, por un crimen supuesto, el castigo que merecia por los verdaderos. Metióse en la prision un falso amigo que le dijo: «¿Manana seréis juzgado y ejecutado: no hay mas que un medio de salvaros, y es haceros reo de algun crimen de la competencia del juez eclesiástico, al cual no podrá prescindirse de remitiros; apelaos de él á la corte de Avinion, y en ella os absolvérán merced al valimiento de que allá goza el duque de Berri.» Adoptado este expediente por Betsac, se hace conducir ante los jueces y declara que es herege y materialista,

que no cree en la Trinidad ni en la Encarnacion del Verbo, y que está firmemente persuadido que no hay cielo ni infierno. «Betisac, esclama el presidente del tribunal, faltais gravissimamente contra la Iglesia: vuestras palabras demandan fuego.—Yo no sé si demandan fuego ó agua, responde Betisac: pero tales son mis opiniones, que las he tenido desde la infancia y las tendré hasta el fin.» Refirieronse estas palabras al rey, el cual ignorando el artificio dijo: «Es un malvado, herege y ladrón; que se le quemé y ahorque; ya no puede ser

cada cual consigo mas que un hombre, El cansancio obligó alguna vez al rey á ponerse en un carromato para descansar. Esta corre-ria, que hizo por caminos escabrosos y poco seguros, y que em-prendió á pesar de las reflexiones de las personas discretas de su corte, muestra que era de un carácter ardiente, impetuoso, ciega-mente dado á sus caprichos; y de no haber soportado tan bien la fatiga, á pesar de ser de mas edad que su hermano, puede delu-irse que con la aparicion de una fuerza atlética tenia un tempera-mento débil y delicado, poco á propósito para los ejercicios violentos. Carlos, al través de tal tenacidad por los placeres, manifestá- base en los negocios poco firme en sus resoluciones, vacilante y flexi-ble á las opiniones de los últimos que le hablaban: así el condes-table y los ministros tenian gran cuidado de que no se le acercaran sino los que les eran completamente adictos.

Viendo el duque de Borbon que á pesar de la invitacion que su sobrino le había hecho de ayudarle con sus consejos, para nada era consultado, tomó el partido de ausentarse hasta el desenlace de las cábalas é intrigas. Los genoveses hacian aprestos contra los corsarios de Argel y Tunes: él aceptó su mando, y se encaminó á Génova, acompañado de mil y quinientos hombres de armas. Allí se le agregó el conde de Derby, después duque de Hereford, hijo mayor del de Lancaster, príncipe dotado de valor, destinado por la fortuna á ocupar el trono de Inglaterra, después de quitar de él á su perseguidor Ricardo. La expedicion no alcanzó todo el éxito que podía

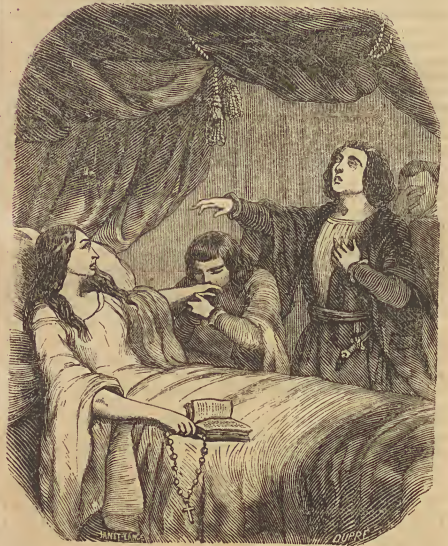


Margarita de Flandes renunciando la herencia de su marido.

disculpado por el buen tío de Berri. «B-tisac sostuvo su profesion de fe ante los jueces de la Iglesia, pero en lugar de reniir su causa al Papa, como él esperaba, entregóronle al brazo secular y en seguida se le condujo al suplicio. Al ver la hoguera conoció la perfidia y quiso retractarse, mas no se le dió tiempo y fue arrojado á las llamas. El duque de Berri fue ultrajado con tal castigo y juró vengarse.

Pero se le dió otra mortificacion mucho mas sensible, por ser personal. Habiendo resuelto el consejo quitarle el gobierno del Languedoc, le fué llevada y manifestada su destitucion por Juan de Harpedane, sobrino del condestable, elegido para reemplazarle. Miróse este paso de Clis-on como una venganza de haberse opuesto el duque de Berri á la guerra por él propuesta al rey contra el de Bre-ña, en castigo de su perfida violencia con el primer servidor de la corona. El duque de Breña no pudo evitar tal afrenta á su hermana: el jóven monarca era absoluto y enérgico, y sus ministros no tuvieron poder ó prudencia de hacerle equilibrar con una accion justa los miramientos que el rango del culpable exigia. Así se atra-rieron el encono de los principes y sus hechuras, y se espusieron á las represalias que después ocurrieron.

El rey se divirtió mucho en su viaje: en Avinion tuvo un besa-manos pomposo, y en todas las ciudades por donde pasó hubo fiestas espléndidas. En Mompeller estuvo doce dias, y en esta ciudad fué donde él y el duque de Orleans hicieron una apuesta de cinco mil libras sobre quien llegaría primero al lado de su esposa. Ambos partieron por distinto camino, y anduvieron día y noche, sin llevar



Valentina de Milan haciendo jurar á sus hijos la venganza de la muerte de su padre.

esperar. Perdióse mucha gente en ella de enfermedades: sin em- bargo, forzóse á los beyes á comprar la paz por una suma de dincero, y á dar libertad á todos los esclavos cristianos que habia en sus Estados.

Como durante esta guerra hubo hazanas brillantes y altos hechos de armas, los señores y caballeros compañeros de Borbon hicieron de ellos narraciones llenas de entusiasmo, que inflamaron al rey. Este no respiraba mas que combates; ora quería atacar el Africa, ora combatir con los turcos y realizar en la Tierra Santa los votos

no cumplidos de Felipe y Juan de Valois, sus abuelos. No se le pudo desvanecer tal idea sino sugiriéndole otra: la de partir para Italia, y obligar á los romanos á abrazar la obediencia de Clemente, de donde resultaría la gloria de acabar con el cisma.

Hállábanse ya los franceses en Italia por otras causas: unos ayudaban á Luis II de Anjou para su vuelta al reino de Nápoles, que su padre no pudo conquistar, habiendo sucedido ahora lo mismo; otros, á las órdenes del conde de Armañac, Juan III, hostilizaran á Galeas Visconti, poseedor del Milanesado, á fin de lograr siquiera parte de él para Carlos Visconti, primo carnal de Galeas y cuñado de dicho conde. Galeas, acometido por los franceses, tenía en Francia un gran recurso en Valentia Visconti, su hija, casada con el duque de Orleans. La princesa hizo desde luego los mayores esfuerzos para desviar al conde de Armañac de su proyecto, que no

le pareció para que no fracasara el acomodamiento, el cual se realizó al cabo con el proyecto de casamiento entre un hijo del duque, todavía niño, y una hija del rey, todavía en la cuna, y entre una hija del duque y un hijo del conde de Penthièvre. El duque de Bretaña renunció algunos de los derechos que se le disputaban, entre otros el de poner su imagen en la moneda; pero vuelto á Bretaña, hizo reconocer y restituir este derecho á una asamblea de sus estados. El rey regresó contento á Paris, y Clisson también aparentó estarlo.

Al efecto de procurar la paz entre ambas coronas, debía verificarse entonces una entrevista del monarca con Ricardo, rey de Inglaterra, hijo del famoso príncipe de Gales; pero el último cambió de parecer, y se limitó á enviar como plenipotenciarios los duques de Lancastre y York, sus tíos. No se pudo acordar más que la pro-

rogación de la tregua, sin embargo de acceder Carlos á que la Guieña perteneciese en plena soberanía á Ricardo; pero insistió sobre la demolición de Calais, y esta demanda, á la que se negó tenazmente el de Lancastre, desvaneció las esperanzas de una paz definitiva.

El baron de Craon era el todo del duque de Orleans y el confidente de sus intrigas amorosas. El príncipe tenía una muy secreta, y Craon cometió la imprudencia de revelarla á la duquesa. Celosa Valentina como buena italiana, reconviene vivamente á su marido: á fuerza de caricias consigue este de ella que le descubra quien la ha enterado; quejase el duque al rey, y Craon recibe la orden de abandonar la corte, sin que se dignasen decirle la causa de su desgracia. Como el condestable era omnipotente, Craon le imputa su adversidad, jura vengarse de él, y se retira á su baronía, limitrofe de la Bretaña.

Muy lejos estaba de creerse que una intriguilla galante pudiera traer consecuencias tan funestas á la tranquilidad del reino. La tregua de Inglaterra prorrogada por un año daba un respiro á los placeres.

La reina, aguijoneada en el brillo de la juventud por la pasión del lujo, no pensaba más que en aparecer con magnificencia en las diversiones de que únicamente parecía ocuparse la corte. Imaginóse un *tribunal de amor*, formado por el modelo de los tribunales ordinarios. Había en él presidentes, jueces, fiscales, abogados y todos los empleados necesarios en los procedimientos. A este tribunal se citaban hombres y mujeres; amenizábanse los informes con máximas de ternura al estilo de la época apoyadas en pasajes de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, bien ó mal traídos. Veíanse también en esta sociedad, enteramente consagrada al amor, doctores en teología, sacerdotes, abades, obispos, guerreros y los personajes más graves de la corte, con la reina, las princesas y sus damas.



Asesinato del duque de Borgoña en el puente de Montereau.

Dejóse de pensar en Italia en pos de insignificantes preparativos. El rey, como decía Montfort, «tenía otras muchas estopas para su rueca.» Su corte se hallaba siempre dividida entre el condestable y los duques de Berri y Borgoña, quienes, sin guerra declarada, se dañaban todo lo mas que podían. Clisson proseguía siempre con ternidad su venganza contra el duque de Bretaña, añadiendo á su queja personal agravios opuestos á los intereses del Estado. Prevenido Carlos VI contra el duque por tales motivos, resolvió valerse de las armas contra las altancas empresas de su vasallo: sus tíos le exhortaron á intentar antes la vía de conciliación, disponiendo una entrevista en Tours. Encamináronse á esta ciudad el monarca y el duque; pero como el condestable se oponía á tal paso, en el camino los mas bellos capaces de frustrar su objeto. La gente de Montfort fué insultada y maltratada, y á él mismo no se le miraba en la corte más que con una indiferencia que rayaba en menosprecio. Todo lo soportaba con paciencia: le habían dado leccion, por decirlo así, los duques de Berri y Borgoña, y él además tomó su precaucion ordinaria de protestar en secreto contra todo lo que consistiese en menoscabo de sus intereses, como arrancado por la fuerza. Mediante las dificultades que constantemente suscitó al condestable, faltó

En medio de la mayor animación de estas diversiones cayó el rey enfermo, habiendo aparecido entonces los síntomas del delirio, cuyos frecuentes accesos afligieron el resto de su vida. Créase que ya se le había notado antes, y que por ocultarlo fué por lo que se le ministros le ponían algunas veces inaccessibles, según queda expresado. Ahora fueron testigos de la novedad los príncipes y cortesanos. Un régimen suave y acertadas precauciones, en especial el cuidado de alajar de él cuanto pudiera ocasionarle sensaciones demasiado vivas, quizás habrían vencido semejante enfermedad; pero á las pocas semanas de haberse restablecido de ella experimentó un ataque capaz de trastornar una cabeza mas fuerte.

Pedro de Craon echólo de la corte, á lo que se creía por el poder del condestable, y el duque de Bretaña insultado en Tours por suggestion del mismo, reunen su encono y proceden juntos á la venganza. Craon habia conservado su morada de Paris, en la cual ocultó armas, envió á ella cuarenta hombres resueltos, y en el día señalado, cuando Clisson volvía tranquilo á la una de la madrugada acompañado solamente por ocho hombres, de un baile dado por la reina, fué acometido por aquellos cuarenta que apagaron las hachas y se arrojaron sobre él. Creyó al pronto que aquello no era mas que una chanza del duque de Orleans para asustarle; mas al oír las palabras *muerá Clisson*, pronunciadas por Craon, se puso en defensa. Una cota de mala que por casualidad traía, le resguardó de los primeros golpes; pero otro en la cabeza le derribó del caballo, cayendo en la puerta de un panadero. Los asesinos hubieron sin asegurarse si Clisson era muerto, y los de su séquito que le abandonaron cuando le vieron caer, llevaron á escape la noticia á las reales personas. El rey corrió inmediatamente al lado del condestable, á quien encontró en manos de cirujanos: estos sondearon la herida y calmaron la inquietud del monarca anunciándole que no era peligrosa, y él dió órdenes para prender al gefe y sus cómplices donde quiera que se los encontrase. Un page y los hombres de armas fueron cogidos á dos leguas de Paris y ejecutados tras un rápido juicio. Confundiéndose en el primer momento de la cólera á los inocentes con los criminales: al conserje de la casa de Craon, que habia recibido los asesinos sin conocer sus designios, fué condenado á muerte, y un Administrador de Chartres, de probidad notoria, fué privado de sus beneficios y encerrado en un calabozo por el resto de su vida, por haber hospedado al baron cuando venia á Paris. Siguióse causa al mismo Craon; y las pruebas eran claras, y fué sentenciado á la última pena, habiéndole confiscado todos sus bienes y arrasado sus casas de Paris. Dejose enteramente desudada á la esposa del reo Juana de Chatillon y á su hija, las cuales fueron ignominiosamente echadas de su morada.

El asesino se salvó en Bretaña, habiéndole recibido bastante mal al pronto el duque. «Sais un miserable, le dijo, cuando no habeis podido matar un hombre teniendo delo. Craon le respondió: «Es cosa bien diabólica; yo creo que le defendian todos los diablitos del infierno, porque se le dieron mas de sesenta estoradas y cuchilladas.» No obstante, ocultóse tan bien Montfort, que pudo asegurarse al rey que le preguntaba con instancias y amenazas, que no sabian dónde paraba el buscado. Los duques de Berry y Borgoña aconsejaban al rey que se contentase con la negativa á lo de Bretaña, y que por satisfacer sus deseos no se espusiera á si mismo y al reino á una guerra que podia ser muy grave, porque no dejarían de tomar parte en ella los ingleses: pero Carlos dominó por su proyecto no cesaba de pensar en él: solo hablaba de buscar al reo, descubrirle, entregarle á la justicia y castigarle. Sin embargo, advertíanse en su resolución las contradicciones de siempre, y por lo tanto rapidez de expresiones amenazadoras y profundo silencio, órdenes y contraórdenes, si bien mantenía constante la voluntad de forzar á Montfort á que le entregara al culpado. «No me habeis de él, decia cuando se queria hacerle reflexiones, no me habeis de él, porque quiero ser obedecido.» Fué preciso ceder á tal empeño que rayaba en manía.

Enviáronse á las tropas de las provincias órdenes tan urgentes para que se dirigieran á Mans, que apenas transcurridos dos meses despues del asesinato, ya en setiembre, se hallaba reunido el ejército, encontrándose en él los tíos del rey. El condestable á fin de reconocerse con el duque de Berry, le habia hecho volver de su gobierno de Languedoc, y halagaba mas que de costumbre á los Borgoña y sus amigos. Pero este duque marchaba con una repugnancia que no le disimulaba, y tales contradicciones fatigaban al desgraciado Carlos, que visiblemente iba decayendo. El día que partió de Mans en seguimiento de su ejército que iba hacia la Bretaña, apenas probó los manjares que se le presentaron antes de montar á caballo: tenia un mirar ceñudo y un semblante estúpido.

En uno de los dias del calor sofocante que se siente algunas veces al principio del otoño, Carlos cruzaba el bosque de Mans con poco acompañamiento, por haberse desviado los demás á fin de que no le incomodara el polvo: de repente un hombre en camisa, descalzo y sin sombrero, sale de entre los árboles, agarra la brida de su caballo y le grita con voz ronca: «Rey, no pases adelante,

te, vudvete, que vas vendiendo.» Agarró tan fuertemente las riendas que hubo que pegarle para que las soltara; pero ni se le cogió ni persiguió y despareció. El rey no dijo ni una palabra, mas notóse alteracion en su rostro y una especie de estremecimiento en su cuerpo.

Despues de salir del bosque entróse en una llanura arenosa que recalentada por un sol ardiente arrojaba un calor insuportable. El rey no llevaba en su compañía mas que dos pages: el uno medio dormido en su caballo, dejó caer su lanza sobre el casco del otro. En su lecho se rompió la espalla y le fallaron las fuerzas: un gentilhomme llamado Guillermo Martel esperó ocasion, saltó á las ancas de su caballo y le sujetó. Fué desarmado, acostado en un carrozón, sin conocimiento, y llevado á Mans.

El fantasma del bosque siempre ha sido el misterio. Si la invencion de una estratagema puede atribuirse al que saca provecho de ella, hay sobrado motivo para suponer que el autor de la presente fué el duque de Bretaña, que así se libró de una funesta guerra. Los médicos, llamados á la sazón *fisicos*, describieron y escribieron largamente sobre las causas de la enfermedad del rey, viniendo á parar todos sus razonamientos en veneno ó sortilegio. Difícil seria pintar la consternacion del pueblo al divulgarse tal suceso, y referir los cálculos y las opiniones tanto de Francia como de fuera de ella. Cada cual hablaba de él á medida de su interés. El Papa de Roma dijo «que Dios le habia quitado el conocimiento por haber sostenido al antipapa de Avignon.» El de Avignon decia: «El rey de Francia habia jurado destruir al antipapa de Roma, y como nada hizo, Dios se le ha cogido.» Pero un médico de Lion, nombrado Guillermo de Hareeley, patentizó que nada de sobrenatural habia en su enfermedad, y le curó á fuerza de paciencia y esmerado cuidado. Administráronse los remedios en el castillo de Greil, adonde se confió al enfermo acompañándole el duque de Orleans que permaneció á su lado. Ocultóse lo mas que se pudo este accidente á la reina por hallarse en cinta.

En el momento de la demencia del monarca dijeron los duques de Berry y Borgoña: haremos que se disponga por todo el consejo de Francia quien ha de gobernar el reino, si el buen sobrino Orleans ó no otros. Ignorábase si se juntó tal consejo, ni si dió ninguna decision: lo cierto es que ellos se apoderaron del gobierno, sin dar en el parte alguna al buen sobrino Orleans, á pesar de que tenia cerca de veinte y cuatro años. Apenas volvieron á mandar se vengaron de la nulidad á que habian estado reducidos, y de las contradicciones que habian experimentado por parte del condestable y de los ministros.

En el mismo día en que entraron á mandar, presentóse el condestable á recibir órdenes al duque de Borgoña, quien le respondió brutalmente: «Clisson, no teneis que ocuparos del estado del reino. En mala hora os habeis mezclado en él tanto. ¿De dónde diablos habeis juntado tantos recursos? Ni el rey ni suñor, ni el conde de Berry ni yo podríamos reunir tal fondo. Marchad de aqui, alejados de mi presencia, y que yo no vuelva á veros: si no fuera por mi honor, haria que os sacasen el otro ojo.» Clisson nada replicó, volvió á su casa, donde apenas se detuvo, y se encamó al castillo de Montlery que le pertenecia; pero noticioso de que habia llegado orden de embestirlo, retiróse á Bretaña, donde le ofrecian asilo las plazas fuertes que allí poseia. De los cuatro ministros que gobernaban desde que Carlos exoneró á sus tíos, uno se puso en salvo en Avignon con sus riquezas, y los otros fueron perseguidos y encarcelados. Clisson fué citado á justicia con todo el aparato establecido, y en ausencia y rebeldía fué condenado al destierro, como falso, malvado y desleal á la corona de Francia, á una multa de cien mil marcos de plata, y privado de su cargo de condestable, el cual fué dado á Felipe de Artois, conde de Eu.

La curacion del rey duró seis meses. Vuelto de su estado como de un sueño, quedó asombrado del cambio que vió en derredor suyo. No fué difícil persuadirle que aquella novedad era ventajosa, como sucedió despues siempre en pos de sus recaídas; pero quiz no fué tan fácil inducirle á tomar precauciones para el caso de la reproduccion de su enfermedad. Esta prevision debió alligirle; sin embargo, resistió á ella y arregló el gobierno para las épocas en que le supliera su enagenacion desamparado. Declaró al duque de Orleans, su hermano, regente del reino con un consejo compuesto de sus tres tíos, de Luis de Baviera, hermano de la reina, de tres prelados, seis nobles y tres clérigos. Dió á la reina la tutela de sus hijos (no tenia á la sazón mas que una hija), é hizo confirmar sus medidas judicialmente.

Restablecida bastante bien la salud del rey, esperóse por algun-

tiempo que aquellas precauciones serían inútiles, las cuales sin embargo fueron necesarias por desgracia, merced á un funesto accidente. Con ocasión de la boda de una dama suya, dió la reina una gran función seguida de un baile de máscaras. Presentóse en él el rey distraído y atados con una cadena de hierro. El traje de estos era de lienzo barnizado con pez, sobre la cual se había puesto estopa. Impaciente el duque de Orleans por conocer aquellos enmascarados, acercó á uno de ellos una antorcha; cayó una chispa, prendió fuego y se propagó la llama. En medio de los alaridos de aquellos desgraciados, que se esforzaban por romper su cadena, se oyó un agudo grito de *Salvad al rey*, dado por la reina, que se desmayó. La duquesa de Berry, á cuyo lado se hallaba el rey, le cubrió con su manto. De los cinco esclavos, cuatro murieron en medio de los mayores tormentos. Uno solo rompió la cadena, corrió á la rejería y se metió en una cuba llena de agua y se salvó. Al volver la reina de su desmayo encontró á su lado al rey, quien la consoló. Isabel le amaba entonces.

Pasado el susto, este accidente no causó en el rey la honda impresión que había motivo de tener. No tuvo mas que un ligero acceso, del que se restableció bastante pronto para conducirle á Abbeville, donde los duques de Lancaster y Gloucester y los de Berry y Borgoña iban á juntarse para tratar de la paz, que no se había podido concertar en las conferencias de Blois. Los dos esperaron que el buen estado en que venían los ingleses á su sobrimo, los determinaría á consentir la paz; pero en el curso de la negociación recayó el rey en su enfermedad, y así se contentaron con prolongar un año más la tregua. Este nuevo ataque del rey duró diez meses, reproduciéndose con desigualdad. Durante estas vicisitudes pudieron examinarse los síntomas de las recidas, las cuales empezaban por un abatimiento de espíritu que degeneraba en enagración total. Entonces se olvidaba de todo, negaba que fuera rey, y donde quiera que encontraba su nombre ó sus armas, las borraba ó arrancaba con una especie de rabia. Haeíasele insostenible la presencia de la reina, y no le gustaban mas que los cuaidos de la duquesa de Orleans, su cuñada. No existiendo ya el médico de Laon, se echaba mano de cuantos prometían alivio, aunque fuesen charlatanes ó empiricos; ni aun se desdenaban las operaciones mágicas de los hechiceros. Por contraste de la superstición veíanse las iglesias llenas del pueblo que pedía con fervor la curación del monarca, tan importante para todos los franceses. Para distraer la sinistra melancolía del rey, se inventó el juego de naipes, cuyas figuras retratan todavía los trajes de aquella época.

A pesar de que el estado penoso del gete millia necesariamente sobre los miembros, el reino hubiera continuado tranquilo sin las disputas que en él suscitaba el cisma. Cada cual de los papas hacia los mayores esfuerzos por ganar partidarios. Los ingleses y franceses seguían obedieciéndose opuestas: los primeros despidieron bruscamente los legados de Bonifacio sucesor de Urbano. Ambos pontífices competían en hacer incursiones por sus territorios opuestos. Las realidades en Francia prodijeron algunas ventajas al papa de Roma. Necesitando los de Chartres de algunos privilegios para su orden, y persuadidos de que los de Roma valdrían mas que los de Aviñon, enviaron á dos de sus compañeros á pedirlos. Bonifacio les concedió muy gustoso, y dió además secretamente á los diputados una carta para el rey de Francia, la que prometieron poner en sus manos. Así lo realizaron. Carlos admitió las ofertas que hacia el romano de prestarse á todo por acabar el cisma, y pasó la carta á la universidad, mandándole que diera su dictamen. Redujéronse á tres las opiniones: la cesión voluntaria de los dos papas, un compromiso en manos de árbitros que juzgaran de los dos derechos, ó la decisión de un concilio general. Pero nada se adelantó.

La guerra de la Iglesia podría haber terminado al instante, si los cardenales de Aviñon no hubieran tenido interés en perpetuarla. Clemente VII murió, y el rey envió inmediatamente dos señores de su corte para que se suspendiera la elección. Por mas diligencias que emplearon hasta haciéndose preceder por un correo, encontraron el trono pontifical ocupado. Los cardenales habían elegido á Pedro de Luna quien tomó el nombre de precipitación mercadería, por inclinamiento antes de la elección una vela en que se decía que cualquiera de ellos en quien recayese el nombramiento, renunciaria su dignidad, si el sacro colegio juzgaba ser esta abnegación necesaria: cautela ilusoria, si conocían el carácter de Pedro de Luna, el mas obstinado de los hombres. La desgracia de haberse frustrado la paz de la Iglesia, fué compensada por una tregua de cuatro años convenida entre Francia é Inglaterra.

Tambien puede ponerse entre los sucesos que consolaron entonces la Francia, la reconciliación de Montfort y Clisson, la que no era indiferente á la tranquilidad del reino. El encono que animaba á estos hombres, mantenía una guerra tenaz en Bretaña. Clisson retirado despues de su desgracia á sus dominios, había encontrado ami-

gos, con cuyo apoyo se hallaba en disposición no solo de resistir al duque, sino tambien de atacarle. La intervención de sus respectivos partidarios había procurado algunas veces entre el señor y el vasallo acomodamientos que á la primera ocasión rompía la mutua amosidad. Los tios y el hermano del rey, entre los cuales comenzaba á estallar la rivalidad por el gobierno y otros celos, daban á los dos bretones socorros de hombres y dinero; los duques de Berry y Borgoña á Montfort, y el de Orleans á Clisson.

En el momento en que ambos enemigos se hacian la guerra con mas encarnizamiento, Clisson recibió de Montfort una carta en que le rogaba que pasara al instante á verle en Vannes para terminar amigablemente sus diferencias. La carta rebosaba estimación y afecto: el duque recordaba á Clisson su antigua amistad y afecto, y se manifestaba muy interesado en renovarla. El cansancio de los combates y de una vida sin cesar turbada por las inquietudes, pudo muy bien ser la causa del amistoso paso de Montfort; pero tambien pudo ser efecto de un sentimiento noble y generoso, que en una alma grande triunfa tarde ó temprano de la impetuosidad de la pasión. Clisson dos veces atacado á traición, deliberó, vaciló y pidió por fin en rehentes al hijo mayor de su señor. Partió, dijo el duque á los que enargaba la conducción de su hijo, partió, llevad mi hijo al castillo Josselin, y traémele á Oliverio de Clisson, pues quiero reconciliarme con él. En efecto, se reconciliaron completamente.

La precipitación de los cardenales de Aviñon había frustrado la ocasión de extinguir el cisma; pero creyese hallar todavía medio oportuno en la condición puesta á la elección de Benedicto, de renunciar si así se juzgaba necesario. Tratóse de encajar este expediente, y al efecto envió el rey un célebre doctor llamado Pedro de Ailly, quien se encontró con un hombre que en lugar de negociar con él de buena fé, no trabajó mas que en seducirle para eludir una respuesta. En vista del informe de Ailly á su regreso, pensase en celebrar un concilio nacional, el cual se realizó en Paris, compuesto de los patriarcas de Alejandria y Jerusalem, de siete arzobispos, cuarenta obispos, de multitud de abades y doctores, de seis consejeros del Parlamento y de tres abogados. No hubo divergencia de pareceres, y todos los sufragios convinieron en la idea de la cesión. Los legados de Benedicto, que se hallaban en Paris, lograron que no se adoptara un partido definitivo sin haberle enterado de la decisión, y así se encargaron de llevarla á Aviñon los duques de Berry, Borgoña y Orleans, acompañados de un séquito numeroso. Ellos creyeron que la solemnidad de la decisión acordaria al pontífice: mas no hubo escapatorias, ambigüedades ni subterfugios, que no se pusieran en juego á trueque de esquivar una respuesta decisiva. Cansados de tales tergiversaciones dirigiéronse los principes al sacro colegio, y consiguieron la declaración de haber legado el caso previsto en la elección, y de que el bien de la Iglesia exigia la renuncia de Benedicto. Pero él pretendió que la decisión de los cardenales no era la mas fundada, por haber otro medio de procurar la paz de la Iglesia, indicado en el mismo concilio de Paris, á saber, no la abdicación de él solo, sino de ambos papas, y que así era preciso se vieran tambien con el de Roma. Esto era dilatar indefinidamente la cuestión, la que no pudo seguirse por haberlo impedido la enfermedad del rey, cuyos ataques se repitieron siete veces en aquel año. En el interin, la reina, objeto de la ternura de su esposo en sus lúcidos intervalos, y de odio en los de su negra melancolía, fijó su morada en el palacio de San Pablo, y él continuó en el Louvre.

Renovose en este reinado la espulsion de los judios, que fué la última. Reprobábaselos por el agravio ordinario, la usura, que ciertamente llevaban hasta el exceso: imputáseles tambien, aun cuando sin pruebas bien claras, el haber degollado á uno de sus rabinos, por haberse hecho cristiano: siete de los mas ricos fueron acusados de trabajar en hacer prosélitos, habiéndolos condenado el preboste de Paris al fuego, diciendo: si los destructores de los edificios sagrados merecen la muerte como sacrilegos, con mayor razon deben ser castigados con el mas riguroso suplicio los destructores de los templos vivos del Señor y los corruptores de las almas. El Parlamento varió la sentencia, comutándola en la pena de azotes públicos en tres domingos consecutivos: los sulrieron en dos, y se libraron de los del tercer con dinero.

A fuerza de treguas llegaron franceses é ingleses á hacer una de veinte y ocho años, la cual se ajustó con ocasión de los desposorios de Ricardo, rey de Inglaterra, con Isabel hija mayor del rey de Francia, de seis años de edad. Los embajadores que al efecto pasaron á Paris, trageron un séquito de doscientas personas, habiéndoles hecho el gasto la Francia. Celebráronse los desposorios en la santa capilla; la dote de dos millones pedida por los ingleses fué rebajada á un millon quinientas mil libras, y en definitiva quedó reducida al millon. Obtuvieron perdón para Pedro Cron, sin que se sepa el motivo por qué le demandaron. El asesino de Clisson reapareció en la corte, pero fué poco atendido; de grado ó por fuerza hizo poner en prueba de su arrepentimiento una cruz de piedra adornada con sus armas junto al patibulo de Montfaucon,

donde había estado colocada su efigie; logró también que se darian confesores á los criminales que fuesen sacados al suplicio. No se le devolvieron los bienes confiscados, y permaneció olvidado del duque de Bretaña, quien teniendo que dejar por algunos meses su ducado para ir por gusto á Inglaterra, confió su mujer é hijos al cuidado de Clisson, á quien había aborrecido, pero siempre respetado.

En virtud de la tregua de veinte y ocho años, la Francia se halló libre por largo tiempo de guerra nacional; y mas no por esto dejaron muchos franceses de ir á buscarla en otro lado. La Italia les ofreció de nuevo una arena donde ejercitar su genio guerrero. Galeas Visconti, duque de Milan y padre de la de Orleans, molestaba siempre á los genoveses, cuya riqueza y buenos sueldos servian de incentivo á los caballeros franceses para ir á protegerlos. Pesarosa Valentina de los obstáculos opuestos á los planes de su padre, procuraba, segun lo había hecho antes, disuadir á sus impacientes guerreros; mas como al permitir el consejo de Francia el paso de socorros á los genoveses, tenia miras que no queria se trasladasen por la duquesa, la pretia á salir de la corte en que su vigilancia era peligrosa. Su alejamiento permitió dar la última mano á un tratado por el cual se entregaron los genoveses á la Francia antes que caer bajo el yugo de Visconti. Muy airado Galeas al ver burlada su ambicion por la afrenta irrogada á su hija, envió un reto á los señores que le constaba haberle sido contrarios, y al rey mismo; pero no se hizo caso de semejante bravata.

Para el alejamiento de Valentina hubo además otro motivo que podia ser el verdadero, y la cuestion de Génova únicamente el pretexto: era aquel los celos de la reina, desazonada de la preferencia dada por su esposo durante su enfermedad, á los cuidados de su ciudad. La malignidad arraigada en las cortes llegó á dar por causa de tal preferencia lances familiares que podian empañar á su esposa. Quizá se hisonó Isabel de que con la ausencia seria olvidada la duquesa, y ella gozaria en los accesos de su marido de las mismas consideraciones que durante su cabal juicio; pero era en vano esperar afectos constantes de un hombre tan frecuentemente enagenado. A veces conservaba mientras su entero conocimiento los sentimientos que le dominaban en los ataques, y otras los cambiaba y pasaba á otros diametralmente opuestos: de aqui las turbulencias que agitaron el reinado de este monarca. Galeas había escalado, al casarse su hija, como parte de dote el condado de Asti, que sin embargo lo retuvo. La injusticia del padre influyó sobre la suerte de la hija, pues por tal razon entibiáronse las relaciones de los esposos. La desigualdad representó tambien aqui su papel, divulgando que el duque de Orleans había visto con placer el alejamiento de su esposa, porque le celaba en sus frecuentes entrevistas con la reina. Las tropas enviadas á Italia para apoderarse de Génova, pusieron al yerno de Galeas en posesion d. l condado de Asti.

Esta guerra no era asaz considerable para ocupar á los caballeros franceses é impedirles de tomar parte en una expedicion contra los turcos, que era una verdadera cruzada, aunque sin tal nombre. Concurrieron los preparativos de ella en una entrevista en Guines entre Ricardo II y Carlos VI, quien presentó su hija Isabel á su esposo, con asistencia de ambas cortes que hicieron alarde de lujo y magnificencia. Habiendo invadido Bayaceto, emperador de Constantinopla, la Hungría, su rey Sigisnuño envió á todas partes un demanda de auxilios. La reunion de multitud de nobles en Guines fue una circunstancia favorable al deseo de los húngaros. Bináronse aquellos á esta expedicion, y el duque de Borgoña propuso á Juan, su hijo mayor y conde de Nevers, para mandarla.

Este príncipe escribió al conde de Ostervant su confiado una carta, invitándole á incorporarse al cuerpo de la nobleza que debía acompañarle. Alberto de Baviera, padre del conde, viéndole casi dispuesto á dejarse arrastrar, le dijo: Guillermo, para querer ir á Turquía y Hungría contra gentes que jamás nos incomodarán, ninguna razon tienes mas que la vanagloria de este mundo. Deja á Juan de Borgoña y nuestros vecinos de Francia que lleven á cabo su empresa, y tú haz la tuya: marcha á Frisia y conquista nuestras tierras.

El conde de Nevers partió con diez mil hombres de armas y mas de dos mil caballeros y escuderos, habiéndoseles juntado las tropas de Hungría al entrar en este reino. Remunidos todos formaron un ejército de mas de cien mil hombres. Nada resiste sus primeros esfuerzos: recorran por asalto la mayor parte de las poblaciones de que se habían apoderado los turcos y sitian á Nicopolis, fortaleza de Bulgaria. Presentóse Bayaceto á libertarla. Ebríos, por decirlo así, con la victoria, precipitáronse los franceses con su acostumbrada impetuosidad sobre los batallones espuestos á su choque, les destruyan sin reparar si son seguidos y sostenidos por Sigisnuño, y hasta toman por punto de honra el no aguardarle. El turco había formado su ejército en figura de herradura, y cuando vio á aquellos escuadrones avanzados hasta su centro, replegó las dos alas y los encerró. Los húngaros que quisieron seguir á los franceses, fueron rechazados y dispersados: ya no hubo combate en aquel centro sino degüello; mas de tres cuartas partes de aquella

nobleza imprudente perecieron en el campo de batalla. De los que se rindieron no conservó Bayaceto mas que ocho prisioneros, de quienes esperaba un fuerte rescate, contándose entre ellos el conde de Nevers y Felipe de Artois, conde de Eu y condestable de Francia, causa de todo este desastre. Dicese que viendo Bayaceto algo de siniestro en la fisonomía del conde de Nevers, le perdonó juzgando que su vida seria funesta á los cristianos: pronóstico sin duda imaginado despues del suceso. A las sumas inmensas dadas para rescate de los prisioneros, añadíronse de regalo tapicerías de las fábricas de Arras y lienzos de las de Reims.

En la entrevista de Guines se había tratado del cisma, habiendo convenido ambos reyes en enviar á Aviñon y á Roma solicitudes á los dos papas, para que de cualquier manera que fuese dieran la paz á la Iglesia. Benedicto rehusó recibir los diputados ingleses: Bonifacio declaró á los franceses que se creia verdadero Papa y que jamás renunciaria esta dignidad. Entrada la universidad de Paris de tales disposiciones, exhortó á Carlos VI á sustraer el reino de una y otra obediencia, como único medio en su concepto, de vencer la obstinacion de ambos competidores.

Pero el estado del rey que se empeoraba de dia en dia no permitia adoptar resoluciones fijas en los asuntos mas importantes. Erán tan frecuentes sus recaídas, que podia decirse ser su estado habitual la demencia: cuando conocia que se trastornaba, tenia cuidado de encargar que no se dejara cerca de él ningún instrumento con que pudiera lastimarse. «¡Ah! añadía el infeliz príncipe: si algunos de la compañía son responsables de mis padecimientos, los conjuro en nombre de Jesucristo, que no me atormenten mas. Que no padezca yo mas, y que acaben cuanto antes de quitarme la vida.» Estas palabras manifiestan que se creia hechizado, y acaso fueron dichas con ocasion de los tormentos que le hicieron sufrir dos monges empíricos, á quienes hubo la imprudencia de abandonarles. Diéronle brebajes, hicieronle en la cabeza sajaduras dolorosas y le causaron con operaciones mágicas que ningún efecto surtieron. Dejóse seis meses en sus manos, término que habían puesto para su curacion, á la cual se cree haberse comprometido bajo pena de muerte. Fueron efectivamente castigados con el último suplicio, aunque acaso no tanto por su impostura cuanto por su conducta licenciosa en el tiempo de sus manejos, y en especial por sus imputaciones de maledicencias tan ridículas como imprudentes al mismo duque de Orleans. Isabel comenzaba á temer la compañía de su esposo en sus accesos; cuando en medio de estos parecia desearla, se la reemplazaba con una joven llamada Odet de Champsliciers, á qui n se denominaba la reinoceta, y cuya dulzura y agrado conseguian en él lo que no habria podido lograrse mas que por la fuerza.

El cisma era siempre un objeto de inquietud para el consejo de regencia. La Francia envió á todos los soberanos negociadores, en su mayoría prelados, con el objeto de comprometer al respectivo Papa á la renuncia. El emperador respondió: «Cuando el rey de Francia haya sometido el suyo, yo someteré el mio.» Esta condicion era cómoda para ambos rivales, por autorizar á cada cual de ellos á no ser el primero en la decision. Como nada se adelantaba, convocóse una asamblea en Paris, adonde acudieron el patriarca de Alejandria, siete arzobispos, treinta y dos obispos, los diputados de las universidades de Paris, Orleans, Angers, Montpellier y Tolosa, muchos abades y clérigos de todas gerarquías, habiendo tambien asistido el rey de Navarra, el duque de Borbon, el conde de Nevers, el canceller, muchos señores y personas del consejo. Por la enfermedad del rey presidieron los duques de Borgoña, Berri y Orleans. De mas de trescientos individuos, solo treinta y cinco se opusieron á negar la obediencia al papa Benedicto XIII. En consecuencia, se prohibió obedecer sus ordenes ni pagar cosa alguna á sus colectores, habiéndose decretado igualmente que en adelante se proveyeran los beneficios electivos por eleccion, y los demas por la coleccion de los obispos.

Envióse á notificar esta decision á Benedicto, quien respondió: «Mis hermanos los cardenales me han promovido á esta dignidad: Papa me creo, y Papa será interin viva.» Encontrándole indolexible sus propios cardenales contra todas las observaciones, le abandonaron y se retiraron á Villanueva, aldea próxima de Aviñon. Esta ciudad fué embestida por tropas francesas mandadas por Boucaicau, pero no sufrió mucho, porque si los duques de Berri y Borgoña perseguian al papa Luna á las claras en cumplimiento de la decision de la asamblea de Paris, el de Orleans le protegía en secreto. Su cualidad de regente le dió sobre sus dos tíos una ventaja que no siempre sabia molerar.

Ricardo II, hijo del príncipe Negro, colocado muy tierno en el trono, mostróse indigno de él al llegar á la edad de gobernar, ó por lo menos no se mostró digno mas que en un dia, cuando á la edad de solos diez y seis años se presentó á una muchedumbre amotinalada que ya armaba los arcos para vengar á su gefe Watt Tyler, á quien el corregidor de Londres mató en la plaza por un desacato que cometió contra el rey. «Amigos mios, gritó Ricardo

adelantándose hácia los amotinados; zeon que pretendéis matar á vuestro rey? Cesad de lamentar la pérdida de vuestro caudillo; yo seré vuestro general: seguidme, y vuestros deseos serán satisfechos.» Pero él no sostuvo las esperanzas que tan buenos principios parecían anunciar, y su codicia, sus demasías é imprudencias le acarrearón circunstancias difíciles, de que no pudo triunfar su carácter mas violento que enérgico. Descontentó al pueblo con las contribuciones y á los magnates con la violación de los privilegios de la nacion: los que se resistieron, ámen de su desgracia incurrieron en la pena de destierro, prision y aun de muerte: no perdono á sus mas cercanos parientes, é hizo ahogar en un calabozo á su tío el duque de Gloucester. Habiendo muerto el de Lancaestre, tambien hermano de su padre, privó al duque de Hereford, su hijo, de la sucesion, y le forzó á vivir proscrio sin bienes ni patrimonio. El matrimonio contraido por Ricardo con Isabel de Francia le daba mas alientos para permitirle tamañas violencias, por confiar que en caso de revuelta seria socorrido por su suegro. Pero la rebelion cayó sobre él como un rayo: interin se hallaba guerreando en Irlanda, llamaron los señores al duque de Hereford, que residia en Paris y tomó el título de duque de Lancaestre. A su arribo á la isla encontró un ejército, que fué aumentándose á medida que él avanzaba, con los desertores del rey, quien huyó y se encerró en un castillo-fortaleza. Lancaestre hizo aprestos para cercar-le: Ricardo pidió una conferencia: el rebelde entró audazmente el duodécimo; corrieron las puertas: el rey, rodeado de una buena guarnicion, podia cogérle y deshacerse de él; mas Lancaestre le atemorizó, le mandó seguirle á Londres para dar cuenta de su reinado, hizo que fuera juzgado por un parlamento, y el rey fué condenado á abdicar. Lancaestre ciñó la corona con el nombre de Enrique IV, y á los pocos meses apareció Ricardo muerto en la Torre.

Lo único que llamó la atencion de Carlos VI á esta catástrofe fué la reclamacion de su hija Isabel, que no tenia mas de diez años; sin embargo, el duque de Orleans soltó amenazas de vengar al marido de su sobrina, enviando imprudentemente un injurioso desafío al nuevo rey. Este respondió con una asercion que debió mortificar al príncipe, pues sostuvo que el duque de Orleans le habia estallado á su empresa, por contrariar al de Borgogna que se oponia á ella. Además de la catástrofe de Venceslao, emperador de Alemania, y el abandono del reino de Orleans por parte de Luis II, duque de Anjou y sucesor de su padre, á su rival Ladislao, nativo de Hungría, si bien tal abandono no fué espontáneo del todo, pues Luis hizo algunos esfuerzos infructuosos; pero siendo mas apto para una vida pacífica que guerrera, se retiró á sus posesiones de Francia, sin renunciar sus derechos á las de Italia. En la lucha de estos competidores figuraron aun papas, de los cuales se distinguió Bonifacio: este dió todo su dinero á Ladislao, indujo á los cardenales á despojarse en su favor, y con sola su autoridad donó á los partidarios de su protegido los bienes de los señores napolitanos y sicilianos que le eran contrarios. Semejante liberalidad que tan poco le costaba, sirvió á los húngaros mas de lo que era de creer; por conservar los bienes abandonaron muchos al francés, á quien habia tenido cuidado de escomulgar Bonifacio, y otros se adhirieron al adversario de Luis, á fin de lograr las tierras que les asignaba la escomunica lanzada contra sus auxiliares. En cuanto á Benedicto, encerrado en Avinion, no pudo mas que oponer sus rayos á los de su rival, los que por su frecuente uso, continuado en este siglo, fueron mucho menos eficaces que en los precedentes.

Juan V de Montfort, duque de Bretaña, falleció declarando en su última voluntad que su reconciliacion con Clisson habia sido sincera: recomendóle á su mujer y le confió la guarda de sus hijos, esperando que los pondria en manos de su tutor el duque de Borgogna. Apenas cerró los ojos vino á decir á Clisson su hija, viuda de Juan de Penthièvre: «Tu vuestra mano está la restitucion del patrimonio que mi marido tenia en Bretaña.—¿Cómo? le preguntó él.—Desahuciados de los hijos de Montfort.—¡Ah cruel y perversa mujer! exclamó Clisson: si vives conmigo, destruirás el honor y los bienes de tus hijos.» Dijo con tal energia estas palabras, y las acompañó con tales amenazas, que ella aterrada corrió á correr, cayó y se rompió una pierna.

El duque de Orleans se acercaba á los treinta años, y era de esperar de él un gobierno discreto y solicitud tierna y afectuosa hácia su hermano: las mismas esperanzas podian tenerse de la reina. De igual edad, poco mas ó menos; pero parece que se frustraron por desgracia. A pesar de su cualidad de regente, no debia de imponerle la presencia de su tío el duque de Borgogna. Este tuvo que hacer un viaje á Flandes para casar á una de sus hijas, y el sobrino se previó de tal ausencia para apoderarse de todos los ramos de la gubernacion, en especial del tesoro, que proligó sin tasa con la reina, tan absoluta y poco económica como él. El duque de Borgogna se quejó de tales cosas en una carta que escribió al tribu-

nal de los Pares, demostrando en ella la inconveniencia de dejar toda la autoridad en manos de personas tan dispuestas á abusar de ella, y coneluyéndola con estas palabras: «cuesta mucha lástima y dolor oír lo que de ellas he oído.» La última aludia al parecer á la conducta que se observaba con el rey, porque se principiaba á desatenderle en los ataques de su mal, y experimentaba privaciones, al paso que todo abundaba en derredor de su mujer y hermano.

No se limitó á quejas el duque de Borgogna, quien amenazó hacerse con las armas justicia de su exclusion en los negocios de Francia: tenia además otro agravio, y era [que al alejarse de ellos pretendia el duque de Orleans cargarle con la odiosidad de los impuestos. Habia establecido uno que extendió aun al clero, alegando que era para facilitar la paz de la Iglesia, y publicando que lo hacia por consejo del duque de Borgogna. El tío desmitió formalmente al sobrino, y salió con tropas á sostener su palabra. Por su parte tambien las juntó el de Orleans, y llenóse de soldados las cercanías de Paris. Habiendo intervenido el duque de Berri y varios señores, suspendiéronse las hostilidades. Por fortuna volvió el rey á su cabal juicio: á veces confirmaba lo dispuesto durante su enfermedad, y otras lo desaprobaba. En tales circunstancias robusteció con su saneacion una medida del consejo, para que durante la ocupacion del rey (asi se nombraba su enfermedad) nada se hiciera sin la autorizacion del duque de Borgogna.

Aunque no mediara mas que la vida licenciosa del duque de Orleans, habia bastante para que se ofreciera al pueblo el escándalo de ser regido por un hombre sin decoro ni freno. Cuéntase del duque rasgos dignos del mas desenfadado libertino: tuvo multitud de hijos naturales, habiendo entre estos uno cuya gloria hace olvidar su nacimiento. Hablamos del famoso conde de Dunois, fundador de la casa de Longueville, compañero de fortuna é infortunios de Carlos VII, habiendo nacido ambos por el mismo tiempo. El conde de San Pablo, Valeriano III, de Luxemburgo, agregado á la corte de Francia y enviado á mandar en Génova, habia sido expulsado por los genoveses, á quienes desagradó, según se dice, por haber gustado en temasia á sus mujeres. La austeridad de costumbres y la severidad de Boucicant restablecieron en esta ciudad el imperio que la república habia cedido á la Francia.

Hemos visto á Benedicto XIII encerrado en Avinion, abandonado de sus cardenales, desconocido y rechazado casi por todos los franceses. Merced al duque de Orleans, el bloqueo no habia sido severo: viendo los cardenales casi libre á su jefe volvieron á sus banderas, y mediante promesas y cartas tanto exhortatorias como conminatorias de agentes sagaces diseminados por las provincias, tornóse á la obediencia que se habia negado. El rey no se acordó de haberse adherido á la negativa, y Benedicto afirmó la tiara pontifical en su cabeza; pero poco reconocido á tal deferencia escomulgó los obispos elegidos durante la desobediencia, y puso las diócesis en entredicho. El rey dió decretos para mantener á los nuevos pastores. El duque de Orleans, protector de Benedicto, se empenó en reducirle á medidas mas moderadas; pero fué burlado por el pontífice, y las exacciones y turbulencias continuaron escandalizando á los fieles.

Las interrupciones que de cuando en cuando experimentaba la enfermedad del rey, habian hecho esperar que lezaria á mitigarse con la edad; pero el mal se fué agravando con sintomas cada vez mas alarmantes: la negra melancolía agregábase accesos de furor y una tenacidad inflexible en sus estravagantes caprichos; por espacio de seis meses que duró uno de tales accesos, estuvo sin querer permitir que nadie se le acercase á prestarle los servicios indispensables de aso. Imaginóse sorprenderle de improviso con seis hombres disfrazados y tiznados, los que le agarraron, labiéndose espanto lo suficiente para que se dejara manejar por la docilidad de un niño. Corrian por el publico las noticias afectivas de semejante dolencia, y todos se compadecian y lamentaban del infortunado príncipe: por sensibilidad diéronle sus súbditos de comun acuerdo el título de *Muy Amado*, título precioso para un monarca, y triste por lo mismo que no se le daba sino por un sentimiento de lástima.

Después de tan terrible acceso aprovechóse Carlos VI de los momentos de conocimiento para fijar el gobierno. Hasta entonces no habian sido mas que provisionales las disposiciones, pero el rey las dió ahora toda la solemnidad que podia hacerlas permanentes. Estableció un nuevo consejo de estado, compuesto de la reina, de los príncipes de nacimiento, del condestable, del canceller y de los ministros; y además decretó que en seguida de su muerte, su hijo mayor fuera reconocido como soberano, bajo la guarda y tutela de su madre sola. Asegurados estos dos grandes medios de poder á la reina sin participacion de ningun otro, resultaba que ella, órgano de su hijo soberano todavía niño, debia gozar en adelante de una autoridad la mas estensa y absoluta.

Así que se consolidó la autoridad, noticiöse su ejercicio al pueblo con nuevas contribuciones, sirviendo de pretexto á un rompimiento que se decia amenazar con Inglaterra. Los duques de Orleans

y Borgoña se encargaron de las operaciones militares contra el enemigo común, poniéndose en campaña con ostentación: destinado el primero contra la Guena, avanzó hasta Orleans, donde su valentía tuvo la satisfacción de una entrada magnífica, y regresó á París; el segundo marchó á sus estados de Flandes, donde atendía á la construcción de castillos de madera para embestir la ciudad de Calais, como lo había hecho Eduardo III cuando se apoderó de ella.

Durante este viaje y tales preparativos, percibíase el impetuoso disminuyéndose los rumores de guerra á medida que la recaudación se adelantaba. Leváronse los fondos á la torre de Louvre, y á su regreso pidió el duque de Orleans que se le franqueara el tesoro. Habiéndose negado á ella los depositarios, hizo derribar las puertas á hachazos, y arrebató cuanto allí existía. El duque de Borgoña acudió á París y censuró la conducta de su sobrino: creóse que volvió á sus estados con el designio de levantar tropas y regresar á apoderarse por sí mismo del gobierno; pero cayó enfermo y murió en Halle. Fué el príncipe mas rico de su tiempo y falló insolvente: su viuda Margarita de Flandes tuvo que apartarse de la comunidad de bienes, para no ser comprendida en el pago de sus deudas, habiéndose sometido á la humillante ceremonia vigente en tales casos, de poner por sí misma su ceñidor, sus llaves y su bolsa en el ataud de su marido, en señal de que abandonaba los bienes muebles, los cuales fueron vendidos públicamente en beneficio de los acreedores. Su hijo Juan, titulado sin Miedo, heredó la Borgoña, la Flandes y las numerosas adquisiciones de su padre, y sobre todo su ardor á entrometarse en los negocios de la Francia.

El esma continuaba siempre: á la manera que habría podido terminarse con la muerte de Clemente XII, papa de Avignon, si sus cardenales no se hubiesen apresurado á la elección de Benedicto XIII, lo mismo hubiera sucedido si los cardenales de Roma hubiesen suspendido la elección tras la muerte de Bonifacio; mas la precipitación por temor de ser inducidos á diferirla. En efecto hallábase consumada, cuando llegaron los diputados procedentes de Francia para retardarla ó impedirla. Cosme de Mhorati, cardinal de Santa Cruz, tomó la tía con el nombre de Inocencio VII, con la conciliación firmada por él y los cardenales, de renunciar á la paz de la Iglesia lo exigía. La universidad le escribió suplicándole confirmara tal compromiso á la faz del universo, pero no recibió mas que promesas vagas.

La reina usaba latamente de la autoridad que se la había conferido, y dió parte en ella al duque de Orleans. Ambos vivían en un estado lo mas brillante, que contrastaba singularmente con la corte solitaria y mezquina del infortunado monarca. En uno de sus instantes de razón, se le presentó el aya de sus hijos quejándose «que no tenían á menudo que comer ni vestir.—Ah, dijo suspirando, á mí no me tratan mejor». Semejante penuria se hacia mas y mas chocante con las espléndidas fiestas con que se obsequiaban cuando y cuando, y con los recreos de que disfrutaban juntos tanto publica como privadamente en una intimidad que ocasionaba malas interpretaciones.

El duque de Orleans tenía el defecto de no hacer caso de la estimación pública, y hasta se permitía desaliar la opinion con burlas y palabras duras. Un día avisó á sus acreedores para que fueran á recibir lo que les debía: acudieron llenos de confianza mas de ochocientos, pero en lugar de dinero no recibieron mas que menoscabos. A los que murmuraban por esto les dijo, que todavía eran liarto felices con que el príncipe tuviera á bien deberlos. Otro día rezaizó con desden las observaciones de la universidad, diciendo á sus comisionados: «Vosotros nada tenéis que hacer en eso: si habeis de decidir sobre un punto de ley ¿llamaréis á los soldados? Retiraros: volved á vuestras escuelas, y no os metais mas que en nuestro oficio.»

El duque de Orleans tenía un enemigo que recogía con cuidado todos estos rasgos de una conducta irrel xiva, y que no dejaba de comentarlos de un modo el mas propio para escitar la indignación pública. Este denunciador pérfido era Juan sin Miedo, el nuevo duque de Borgoña. Nacidos ambos primos carnales en el mismo mes cunado, y con muy diferentes en carácter: el duque de Orleans, desdichado con preferencia en los placeres, amaba la autoridad por el fausto, el esplendor y la satisfacción de gastar y derramar favores; el de Borgoña, sombrío, reservado y engolfado en los negocios, ansiaba la autoridad para dominar y obrar como amo.

Después de la muerte de su padre pidió y obtuvo la entrada en el consejo, en que se presentó como heredero de los sentimientos de su progenitor hacia el pueblo, cuya miseria le enternecía. So pretexto de una próxima invasión de los ingleses, el de Orleans propuso el establecimiento de un nuevo subsidio: el de Borgoña se opuso en vano, tuvo buen cuidado de divulgar los esfuerzos que en contra hizo en el consejo. Tal conducta le trajo el afecto de los parisienses, no habiendo servido de nada lo practicado por el duque de Orleans y la reina para obtener su aprecio. Era entonces tiempo

de Guaresma, y asistían juntos á los oficios divinos, visitaban los hospitales y hacían grandes limosnas, pero en semejante cúmulo de buenas obras y beneficios, la malignidad mas bien veía el escandaloso de relaciones sobrado íntimas que la inspiración de una piedad verdadera.

La preponderancia del duque de Orleans en el consejo sobre el de Borgoña había mortificado á este hasta el punto de retirarse á sus estados. Isabel y el de Orleans triunfaban en su ausencia, cuando saliendo de pronto el duque de Borgoña de Flaudes con un séquito que podía pasar por ejército, avanza con estrépito y sin ser advertido, encontrándose ya cerca de París, al paso que todavía ignoraban la reina y su conado tal movimiento, disfrazado por algun tiempo con el nombre de expedicion contra los ingleses. Atemorizado el de Orleans con aquella especie de irrupcion, cuyo objeto no adivinaba, trasladóse precipitadamente con el consejo á Melun, adonde le siguió la reina, habiendo dispuesto esta que se le trajera su hijo mayor con la nuda. Sospechóse que el plan del de Borgoña era apoderarse del rey, de la reina, del Delfin Luis, y gobernar á nombre de este durante las recaídas de su padre, por cuya razon tenia el mayor interés en hacerse con el joven príncipe.

El duque de Borgoña era suegro del Delfin, á quien habia logrado desposar con su hija Margarita. Al llegar á Louvre, supo que los jóvenes esposos habían sido estraídos de Paris contra su voluntad y que iban camino de Melun: corre hacia ellos, detiene la litera, y pregunta á su yerno si quiere volver á Paris antes que marchar adonde le llevan. Luis responde afirmativamente. «Atras pues», dijo con imperio el suegro á los conductores. Luis de Baviera, hermano de la reina, mandaba la escolta, y quiso hacer algunas reflexiones: no le escuchó el duque, quien regresó á Paris con los fugitivos consortes, habiendo sido recibidos con la mas viva alegría por el rey de Navarra, los duques de Berri y Borbon, el conde de la Marca, muchos señores y los parisienses. El duque de Borgoña fué proclamado defensor del Estado, habiendo acudido á felicitarle la universidad, el ayuntamiento y otras corporaciones.

Remitió el consejo, y después de protestar que ninguna parte pretendía en el gobierno, espuso enérgicamente sus desórdenes y ofreció sus bienes y persona para remediarlos. Estas proposiciones ofiosas eran apoyadas por sus tropas, que ocupaban los cuarteles de Paris y los puntos principales de las cercanías. El duque de Orleans tambien aprestó fuerzas, pero debió alegrarse de que viniera á negociaciones la discordia. Los duques de Berri y Borbon y los reyes de Sicilia y Navarra intervinieron como mediadores. El duque de Borgoña que habia protestado en el consejo no querer parte alguna en el gobierno, la tomó sin embargo igual por lo menos á la del hermano del rey. Entrambos primos se abrazaron, juraron amistad eterna y se acostaron en la misma cama, siendo esta familiaridad la señal de confianza la mas sincera que podían darse enemigos reconciliados. La reina volvió é hizo una entrada triunfal, cargada de joyas y rodeada de sus damas ricamente ataviadas. A los lados de la litera iban los duques de Orleans y Borgoña, y los parisienses llenaban el aire de aclamaciones. Con el gobierno retiráronse los duques lo que restaba de las contribuciones y mostrémose muy contento el pueblo.

La tranquilidad hubiera sido completa á no mediar el funesto cisma, pues se presentó nueva ocasion propicia á ella. Inocencio XIII, y los cardenales de Roma eligieron con prontitud á Angel Corrarío, veneciano, que tomó el nombre de Gregorio XII, prometiéndole su dimisión si Benedicto daba la suya. Ambos se escribieron y dieron una cita en Savona. Benedicto se trasladó á este punto, pero Gregorio no pasó de Siena. En estas dos ciudades uno y otro publicaron escritos para acusarse ó excusarse recíprocamente, y después de muchas pruebas de afecto nada sinceras, todo quedó en el mismo estado.

Los dos gobernadores de la Francia se procuraron por todos los medios posibles prestigio y consideración. El duque de Orleans publicó que iba á reunir á la corona las provincias que los ingleses habían segregado de ella, y en efecto la coyuntura no podía ser mas favorable porque la Inglaterra estaba dividida en facciones, contra las que con dificultad sostenia Enrique IV su usurpacion. El duque de Borgoña hizo preparativos para reconquistar á Calais, y el de Orleans fué á atacar á Blaye y Bourg, ciudades cuya conquista hubiera ocasionado la de Burdeos; pero los sitios se prolongaron, sobrevinieron las lluvias, y con ellas las inundaciones y las enfermedades, y la desercion aniquiló el ejército. El duque de Borgoña tomaba oportunas medidas para el sitio de Calais, pero el de Orleans, de vuelta de su desdichada expedicion, hizo renovar la tregua con Inglaterra, por lo cual se envió al borbonico un órden del rey para que desistiese de su intento. Obedeció después de reiterados mandatos, y consideró aquella intempestiva tregua como producto de una intriga del duque de Orleans, humillado por su derrota y envidioso de la gloria que su competidor podia adquirir en su empresa.



Su mutua animosidad se traslucía a pesar de sus esfuerzos; contraríábanse en todo, se contradecían en el consejo y se desairaban siempre que podían. Refiérese del duque de Orleans la anécdota siguiente. Guardaba en un cuartito retirado los retratos de las damas de la corte cuyos favores debía haber alejado, y entre ellos se hallaba el de la duquesa de Borgoña. Algunos lijeros lo advirtieron al marido, quien concibió un odio mortal que intentó ocultar; pero los duques de Berri y de Borbon que lo conocieron, se sobresaltaron, y procuraron reconciliar á entrambos primos. El de Borgoña accedió, aunque no sin violencia, á la invitación del de Berri, que se esforzaba en poner de acuerdo á sus dos sobrinos, con cuyo objeto les hizo asistir á una misa, comulgar juntos y sentarse á su mesa; ambos firmaron á su presencia un acta de confraternidad, con el sagrado entre guerreros. Aceptaron mutuamente la orden de caballería, y se confirmaron la promesa de vivir en adelante como buenos amigos. El duque de Orleans convidó al de Borgoña á comer en su casa el domingo que siguió á esta ceremonia; Juan prometió asistir, y ambos se abrazaron al separarse.

Mientras ocurrían estas demostraciones de amistad, el borbonico tenía ocultos en una casa diez y ocho hombres mandados por Italo de Ortolive, hombre activo y antiguo partidario de la casa de Borgoña. Al día siguiente de la esplicada reconciliación, el duque de Orleans debía pasar la noche en casa de la reina, próxima á parir en el palacio de Barbethe. Al amanecer llegó á sus manos una pretendida llamada del rey, que habitaba el palacio de San Pablo. Partió pues sin esperar su escolta, por lo regular muy numerosa, precedido de dos escuderos que montaban un mismo caballo. Este se espantó al ver á los asesinos que estaban acechando, y se echó á escape. El duque de Orleans, ya solo, se vio rodeado por aquellos hombres que gritaron: «¡Muerat!—Soy el duque de Orleans, les digo, creyendo que los agresores se equivocaban ó que su nombre les impediría respeto.—¿A él buscamos!», respondieron. El primer hazazo le cortó la mano con que sujetaba su caballo. El duque cayó esclamando: «¿Qué es esto? ¿De dónde procede esto? El golpe de una maza cruzada de puntas de hierro le hace saltar los sesos, y por último, un hombre oculto bajo su sombrero encarnado, se aproxima al cadáver, le descarga el postrer golpe con su maza y se retiró diciendo: «Ya no existe. ¡Vámonos!».

Diffícil sería pintar el tumulto de la ciudad y de la corte durante aquella noche. El cadáver fué conducido á una iglesia, y el duque de Borgoña fué á visitarlo acompañado de los demás príncipes. El consejo se reunió temprano, y el de Borgoña asistió á él. Las puertas de la ciudad permanecían cerradas para evitar la fuga de los asesinos. Guillermo de Tignonville, preboste de Paris, sabedor de que un hombre sospechoso se había refugiado en el palacio de Artois, habitado por dicho duque, fué á pedir permiso para registrar los aposentos. Esta petición estremeció al duque, y acercándose al de Berri y al rey de Navarra les confesó su crimen. Horrorizado el de Berri, esclamó llorando: «¡He perdido mis dos sobrinos!»; el di se invitó en las primeras ceremonias de las exequias, y el consejo se reunió al siguiente. Juan sin Miedo se presentó para el culpable, porque el de Berri le rechazó fozlmente para el culpable, porque el de Borgoña á llegar, reprochó que no se le hubiese preso. Retiróse el borbonico á sus estados, y en ellos dió asilo á sus cómplices. El populacho de Paris, seducido por las declamaciones del asesino contra los impuestos, se regocijó de la muerte del duque de Orleans, que tenía treinta y seis años, y dejó tres hijos de su esposa Valentina; Carlos, duque de Orleans, padre de Luis XII; Felipe, conde de Vertus, que no dejó sucesion legitima, y Juan, conde de Angulema, abuelo de Francisco I. Su última imprudencia atrajo sobre él el castigo de las anteriores, pues no es dudoso que la atrocidad del duque de Borgoña fué provocada por su honor resentido como esposo.

La duquesa de Orleans se hallaba en el castillo Thierry cuando supo la muerte desastrosa de su esposo; su primer cuidado fué salvar á sus hijos, á quienes envió á Blois, ciudad fortificada á la sazón, y partió para Paris. El rey de Sicilia, los duques de Berri y Borbon, los otros príncipes, el conestable y muchos señores la salieron al encuentro. El rey la recibía con la mayor efusión: hallábase entonces en su cabal juicio, y la abrazó llorando, y la dijo que la venganza, promesa que no se realizó. Entretanto, el duque de Borgoña remita tropas, las de la convocatoria dirigida á los flamencos y otros ya allos suyos, confesaba el asesinato, acusaba al difunto de peculado, de magia, de conato de fratricidio para destruir á su hermano y de tiranía en el gobierno. Aseguraba que al quitarle la vida había hecho un gran servicio al reino, y se dispuso á atacar. Sus aprestos eran tan formidables que la corte, sin dinero ni soldados y hasta sin consejos, tomó el partido de negociar. Envío pues al rey de Sicilia y al duque de Berri á Amiens, á donde el de Borgoña había llgado, y solo pidieron á este que confesase su crimen, mostrase arrepentimiento é implorase perdon al rey;

pero se negó á dar esta ligera satisfacción. Los negociadores se retiraron muy enojados de tanta tenacidad. El único castigo que se juzgó posible imponerle fué escluirle del número de los que debían gobernar el reino durante la ocupacion del rey.

El duque continuó su marcha á Paris con un cuerpo escogido de caballería, seguido de numerosa infantería. Cuando se acercó á la capital, el rey le prohibió que avanzase, pero no obstante cutró sin obstáculo en ella. Los suyos se apoderaron de las puertas, calles, plazas y puntos mas importantes de las cercanías, y construyeron ademas para sí mismo con barreras una especie de ciudadela en el palacio de Artois. Preparado de esta suerte, fué á pedir permiso al rey para justificar su accion. El monarca le concedió una audiencia pública en el palacio de San Pablo. Allí se dejó ver el famoso Juan Petit, fraile franciscano, manchado con un delito que hubiera sido harto abrumador para un hombre de bien. El lector juzgará por el exordio del discurso, de la confianza que el orador debía inspirar. No se avergonzó de decir que había tomado á su cargo la defensa del duque de Borgoña, «porque siendo un misero fraile, el príncipe le había señalado hacia tres años una crecida pensión, y hallaría otra mayor si continuaba dispensándole merced.» Entrando en materia, pretendió probar la legitimidad del asesinato por doce razones, en honor de los doce Apóstoles. Casi todas se redujeron á ejemplos sacados de la historia sagrada y profana. Juan Petit, hábil solista, no ignoraba el arte de la calumniam. Acusó al duque de Orleans imputándole la enfermedad del rey su hermano, y de haberse entendido al efecto con hechiceros; imposuras ya propaladas por el duque de Borgoña. Ademas insinuó que la reina se había prestado á tal malicia, y mala omisión para escitar la indignacion del pueblo contra el difunto en cuanto á lo insuperable de los impuestos. De todo esto dedujo que el rey debía mirar con agrado al duque de Borgoña y renunciar por su hecho, á imitacion de las recompensas dadas al arcángel San Miguel por haber muerto al diablo. El monarca, inmóvil en su trono como una estátua, escuchó, no articuló ni una palabra, se retiró, y lo mismo hizo toda la asamblea. Al día siguiente Juan Petit repitió el mismo discurso en una tribuna levantada en el atrio de la catedral, con grandes aplausos de una muchedumbre comprada de autemano.

La reina había huido á Melun, llevando consigo al Delfin y demás hijos suyos. El rey de Sicilia, el duque de Berri y el de Bretaña Juan IV la siguieron. Este jóven príncipe había sido arrebatado por los nobles del país á su madre Juana de Navarra, hija de Carlos el Malo, cuando se casó con el rey de Inglaterra Enrique IV, y había sido confinado por ellos al duque de Borgoña, Felipe el Atravido, que le había llevado á Francia para ser educado. El duque de Borbon fué el primero que se rebeló indignado de los ofrecimientos de perdon hechos en Amiens al culpable. El monarca, abandonado de esta suerte, hizo todo lo que el borbonico exigió, y al efecto firmó un documento en que declaraba, que el asesinato del duque de Orleans había tenido un fin loable y justo, y que el de Borgoña continuaba gozando de su cariño. Al entregarse Carlos dicho documento, tuvo todavía bastante serenidad para decirle, que tenia que este no le librase de la venganza de las personas interesadas.

El duque de Borgoña se hallaba entonces en el apogeo de su gloria y poder; y rodeaba siempre un populacho entusiasmado en su favor. Sin embargo, no disminuía los impuestos, pero prestaba la necesidad de continuarlos á consecuencia de las prodigalidades del duque de Orleans y de los vicios del antiguo gobierno, y reiteraba las promesas. En este estado de prosperidad, ¡ay de aquellos que no le habían favorecido en las circunstancias difíciles! El preboste de Paris, Guillermo de Tignonville lo esperimentó de una manera terrible. Cuando fué á pedir permiso al consejo para registrar las casas de los príncipes con el objeto de descubrir á los asesinos, el duque de Borgoña sospechó que se miraba á la suya como blanco especial y juró vengarse. Un litigio que el preboste sostenia hacia dos años con la Universidad, proporcionó al duque el doble placer de satisfacer su resentimiento y atravesar al cuerpo académico cuyo favor era tan poderoso. Tignonville había mandado ahorrar á dos profesores convictos de homicidio y de robo en despojado. La Universidad sostenia que había habido ilegalidad en los trámites y violacion de sus privilegios. La corte anterior había hecho suspender el juicio, lo cual era un motivo para que el duque de Borgoña lo reprodujese. Deseoso de humillar á sus enemigos en la persona de Tignonville, hizo dictar el siguiente fallo: «El preboste se trasladará á la torre donde los cadáveres están puestos hace dos años; les dará un beso en la boca, los desojará por su mano y les acompañará á la iglesia en que han de ser enterrados.»

Estas lúgubres y estranas ceremonias se enlazan con las costumbres de aquella época, en que los áunios estaban acalorados por las disputas que el cisma ocasionaba, y daban gran importancia á los mas insignificantes sucesos relativos á la religion. Las personas mudictas por convencimiento ó por costumbre á Benedicto XIII, fueron presas y destruidas á instancia de la Universidad. El pontifice se vengó con bullas fulminantes que nuficó al rey, pero los

portadores de estos anatemas fueron presos y sufrieron penas humillantes. Durante este tiempo, los dos papas continuaban prometiéndole abdicar. Los cardenales, hastiados de esta contienda, que ya rayaba en burlesca, los abandonaron en gran parte, y se reunieron en un concilio que habian convocado en Pisa. Desde esta ciudad intimaron á Benedicto y á Gregorio que abdicasen desde luego, y habiéndose estos negado, los depusieron y eligieron á Pedro de Gandia, que tomó el nombre de Alejandro V. De esta suerte hubo tres papas y tres sacros colegios, porque los dos papas depues-



El Delfín escapándose del Louvre.

tos crearon respectivamente nuevos cardenales en reemplazo de los desertores.

Los disturbios que ocurrieron en Lieja determinaron al duque de Borgoña á salir de París para auxiliar á su cuñado, obispo y señor de aquella ciudad, contra los habitantes que se habian sublevado. Se cree que celebró tener este motivo para retirarse, porque la reina, los principes y la duquesa de Orleans, contaban con partidarios que romían tropas, las que hubieran podido forzarle á alejarse menos honrosamente. Al punto que salió de París, la reina y la duquesa de Orleans entraron en él: celebróse en el Louvre una asamblea compuesta de los principales miembros del Estado, y se estableció que el poder real fuese desempeñado por la reina y monseñor de Guiena, que era el Delfín, en las ausencias y enfermedades del rey. Autorizóse además á la duquesa de Orleans y á sus hijos para encausar al duque de Borgoña.

En la demanda que al efecto presentó la duquesa exigía que el duque de Borgoña pidiese perdón á ella y á sus hijos en presencia del rey, de los principes, del consejo y del pueblo, con la cabeza descubierta, sin entornar y de rodillas; que esta reparación empezase en el Louvre, se repetiese en los patios del palacio, en el de San Pablo, y en el lugar donde se habia cometido el asesinato; que dicha reparación fuese publicada á son de trompeta por todo el

reino; que todas sus casas fuesen arrasadas, y en sus solares se colocasen cruces con inscripciones infamantes; que se le mandase fundar dos colegiats y dos capillas, una en Jerusalem y otra en Toledo; y pagar una multa de un millon de oro; que fuese desterrado á Ultramar por espacio de veinte años por lo menos, con prohibición de aproximarse el cien leguas á los lugares donde se hallasen á lo que el tribunal mandase respecto del castigo corporal.

Cuando empezó á instruirse el proceso, el consejo se vió muy indeciso. Las leyes fundamentales del Estado exigían que el proceso de un par se siguiese en el tribunal de los pares, y el procurador general negaba su cooperación si se procedía de otra manera. Pero ¡cuantos plazos y formalidades no se necesitaban para esto! En vista de mil prudentes reflexiones, pareció mas oportuno no mostrar las eventualidades de un proceso y tratar al duque como culpable confeso y someterle por la fuerza de las armas. Las circunstancias parecían favorables, y el duque se vió envuelto en una guerra de éxito dudoso. Los principes y señores, en el calor de su indignación contra el asesino prometían auxilios á porfía. Los de Lieja estaban muy lejos de entablar ningún convenio con su tirano y parecían muy capaces de oponerse por largo tiempo á las fuerzas de su protector. No obstante, contra lo que esperaba la corte de Francia, el duque de Borgoña batió á los liegeses, dispersó su ejército y tomó la ciudad. En esta empresa en que corrió no pocos peligros, admitió el sobrenombre de *Juan sin Miedo*, y su cuñado el obispo de Lieja, Juan de Baviera-Holanda, el de *Juan sin Piedad* porque hizo degollar los cogidos.

Este triunfo reforzó en la capital el partido del borgoñon, el que declaró que iba á ella á responder personalmente á las acusaciones de que era objeto. La corte no tenía ni tropas ni dinero: Los señores y los principes que habian prometido tan grandes esfuerzos dudaban y temblaban. Juan llegó á París, adornado con la doble reputación de hombre enérgico en sus resoluciones y de guerrero valiente. La reina huyó y llevó mas allá del Loira á su esposo é hijos, acompañándose los principes, el consejo y los cortesanos. Solo quedó el parlamento para mantener el orden y la policía.

Hallábase á la sazón en la corte el hermano mayor del obispo de Lieja, Guillermo, conde de Holanda y Hainaut, muy estimado por su probidad y luces. Habíase trasladado á ella para arreglar el matrimonio de su hija la famosa Jaquelinea con el segundo hijo de Francia. Como cuñado del duque de Borgoña, propuso á la reina un arreglo y ofreció su mediación al efecto. Cuando hubo allanado las primeras dificultades, la reina envió á Tours, lugar señalado para las conferencias, á su hermano Luis de Baviera, al mayoromero mayor Montaigny y otros ministros. Valentina, viuda del duque de Orleans, presintió que estas negociaciones no podían dejar de producir la paz que la reina necesitaba, y que el asesino de su esposo quedaría impune: por todo esto cayó enferma de pesadumbre. Próxima á morir, llamó á su lado á sus hijos, de los cuales el mayor solo tenía diez y seis años, y los exhortó á que persiguiesen al asesino de su padre sin tregua ni reposo.

Como lo habia previsto, las negociaciones dieron por resultado un arreglo, al cual se creyó dar mas solidez procediendo en él con esplendor. El acomodamiento empezó en Tours y terminó en Chartres. Erigióse al efecto un trono en la catedral, y el rey que tenía entonces lucidos intervalos, comparció con la reina, los principes y una corte numerosa. El duque de Borgoña se puso de rodillas, y su abogado leyó una fórmula reducida á sincerar al duque y á implorar el perdón del rey. Así que concluyó el abogado dijo el duque: «Señor, así os lo ruego,» y se alejó. El duque de Berri, el Delfín y los reyes de Navarra y Sicilia se arrodillaron á los pies del monarca y le dijeron: «Dignaos señor aceptar la súplica de vuestro primo el duque de Borgoña.» El rey respondió: «Querido primo, accedemos á vuestra solicitud y os perdonamos todo.»

El abogado se dirigió entonces á los jóvenes principes de Orleans y les dijo: «Señores, el duque de Borgoña os pide alejéis todo sentimiento de odio y de venganza, si lo abrigáis, por el hecho que se perpetró en la persona de vuestro padre, para que en adelante seáis todos buenos amigos.» El duque de Borgoña les dijo también tan laconicamente como al rey: «Así os lo ruego.» Los niños respondieron con sus lágrimas. El rey les instó y repitieron las palabras que les eran dictadas para que perdonaran al duque. Acto continuo, ambas partes juraron sobre el misal, y se escribieron las cartas de abolición; pero el favor solo incluía al duque, pues sus cómplices debían ser desterrados para siempre del reino. Después de la paz de Chartres, la reina se retiró á Melun. El duque se apoderó del gobierno, y supo atraerse al de Berri y á otros muchos principes y señores, cuyo apoyo necesitaba. Solo el duque de Borbon se mostró inflexible, é irreconciliable enemigo del asesino de su sobrino.

El duque de Borgoña hizo devolver á los parisienses la libertad de elegir sus magistrados y otros privilegios de que habian sido despojados por la insurrección de los Maceros. Procediese tam-

bien á residenciar á los empleados de hacienda, empezándose por Montaigu, superintendente de rentas. El borgoñon le miraba con desagrado por sus lues y fuerza de raciocinio y por su conducta en las conferencias de Tours. Aprovechóse pues el duque de tal coyuntura para castigar á Montaigu, contra quien apareció, una acusacion como concusionario, administrador infiel, enemigo del Estado, y cómplice del duque de Orleans en hechizar al rey y al

cacion, debía dirigir al Delfin, que ademas era su yerno, y por lo mismo constituíase naturalmente dueño del reino.

Durante su gobierno, la inconstancia de los napolitanos obligó á Luis II de Anjou á abandonar el terreno, no obstante sus victorias, á Ladislao, hijo de Carlos de Duras, y á volver á Francia con el vano título de rey. Boucaut se vió precisado al mismo tiempo á retirarse de Génova. El crítico estado del reino no permitia ocuparse de estos negocios estrangeros, y Juan sin Miedo proyectó la empresa mas útil de reconquistar á Calais. Al efecto hizo grandes preparativos que precisaron á los ingleses á prolongar la tregua, que hubieran roto muy á su placer en el estado de confusion en que veian á la corte de Francia.

Mientras el duque disfrutaba puramente de la autoridad, y se complacia en el ejercicio de un poder sin limites, formábase en su daño una tormenta. Repuestos del primer asombro que habia causado su encumbramiento, los duques de Berri y de Borbon, y condes de Alençon, de Armañac y de Clermont, otros principes y muchos señores se comunicaron su descontento en Gien, donde se habian reunido para fallar en un litigio entablado entre el duque de Bretaña y la casa de Penthièvre. Pero mientras disentan lentamente los derechos respectivos de ambas partes, el duque de Borgoña, mas activo que ellos, orló este asunto á satisfaccion del de Bretaña, y se procuró su neutralidad para cuando estallase la conspiracion, cuyos resortes conocia.

En la reunion de Gien, los descontentos examinaron los medios



Muerte del duque de Alençon en la batalla de Azincourt.

Delfin. El superintendente reechazó con indignacion la última imputacion, y se defendió en medio de los dolores del tormento á que se le condenó cruelmente; pero fué sentenciado á muerte. Sus riquezas eran prodigiosas, y una prueba inequívoca de sus dilapidaciones. El rey, mal envidado, tenia momentos de estrechez que obligaban á vender la vajilla, los muebles y las alhajas, ó tomar dinero prestado sobre estas. Todas fueron halladas en casa de Montaigu en su castillo de Marcoussis, en prenda de las cantidades cuyos intereses tenia que pagarle el rey, lo mismo que á los usureros. El superintendente perdió la vida, y sus afiliados los bolsillos; cambióse el personal de la hacienda, y el pueblo se creyó libre para siempre de estafas y malversaciones. No obstante, nada entró en el tesoro público de las riquezas arrancadas á aquellas sanguijuelas.

El duque de Borgoña tuvo la discrecion ó la política de no apropiarse nada, y procuró atraerse la reina que se hallaba retirada en Melun. Al efecto tenia la atencion de comunicarla los mas importantes negocios y de someterlos á su sancion. Por tal medio la aplacó insensiblemente, y logró que se la confiara la educacion del Delfin que tenia mas de catorce años. Aplicando á este lo que Carlos V habia decretado sobre la mayoría de los reyes, el sagaz borgoñon hizo decidir judicialmente que el Delfin Luis disfrutase, durante las ocupaciones de su padre, de los derechos de un rey menor que tenia ya catorce años, y que por lo tanto gobernara soberanamente. Así el duque, como encargado de la edu-



Isabel de Baviera y el caballero de Bois-Bourdon.

de sacudir el yugo del borgoñon, y trataron de las tropas de que podian disponer, las cuales ascenderian á mas de once mil hombres. Para dar la última mano á los planes, reuniéronse de nuevo en Melun, bajo el pretexto del matrimonio del jóven duque de Orleans con Bona, hija del conde de Armañac, Bernardo VII, poderoso señor del Mediodía de la Francia, el que se titulaba descendiente de Clodoveo. Este magnate se hizo jefe del partido orleanista que to-

mó su nombre, y la Francia se dividió entonces en dos facciones, los armañacs ó orleanistas y los borgoñistas.

La muerte del duque de Borbon, príncipe discreto y conciliador, que á pesar de su ódio al asesino Juan, hubiera podido servir de mediador, nada influyó en el plan de los confederados de Menn. Escribieron al rey haciéndole ver la opresion que sobre él ejercía el duque de Borgoña, quejándose de su tiranía y pidiendo justicia por el asesinato del de Orleans. Al mismo tiempo encaminaban sus tropas hacia París; pero Juan, noticioso de todo, no permaneció ocioso, y verificó alistamientos en sus estados y en los limitrofes, y como contaba con el nombre y la presencia del rey, no le fue difícil persuadir á este que sus enemigos eran rebeldes. Tan diestramente le sugirió esta idea, que el desventurado Carlos quería marchar contra ellos en persona, y se le vió pasarse vestido de guerrero, blandir la espada y prorrumpir en bravatas.

Empezaban á hacerse sentir todos los horrores de la guerra civil. Los orleanistas se reunieron mas allá del Loira, y talaban los campos; los borgoñistas ejecutaban lo mismo al lado opuesto del mismo río. Cuando ambos ejércitos se reunieron alrualador de París, ascendía cada uno, según se dice, á cien mil hombres, dispuestos á pelear, pero teniendo sus caudillos un combate decisivo, prefirieron una negociacion. La reina, retirada en Melun, fué invitada á asistir á estas conferencias que se celebraron en el castillo de Winchester, Wicestre ó Biectre, perteneciente al duque de Berri, que tenía en él su cuartel general. Las condiciones del convenio realizadas fueron parto de las circunstancias del momento, y ningún carácter de estabilidad presentan. Firmado tal tratado, retiróse á Bourges, el duque de Berri, el de Borgoña á sus estados de Flandes, el de Orleans á la ciudad de este nombre, y los demás á sus respectivas tierras. A la señal de sus gefes dispersóse aquella nube de soldados, llevando la devastacion á los lugares que antes no habian saqueado.

Después de las conferencias de Biectre, la intriga sucedió á la guerra. Los duques de Berri y Borgoña se sondearon por medio de mensajeros. El de Orleans sorprendió al conde de Groi á quien el de Borgoña enviaba á conferenciar á Bourges; le hizo aplicar el tormento para arrancarle el secreto de su misión, y la futura negociación como cómplice en el asesinato de su padre, á no haber intercedido el de Berri. La prision del conde despertó todo el rencor del duque de Borgoña, y al paso que pidió reparacion de esta injuria, se preparó á la guerra con la mayor eficacia. El de Orleans imitó su ejemplo, y rompió las hostilidades reclamando al consejo del rey el castigo de los asesinos de su padre. El duque de Berri desvaneció toda esperanza de paz, declarando debia admitirse la petición del príncipe. Uno y otro enemigo se enviaron retos, no para batirse cuerpo á cuerpo, sino para apostrofarlos con los mas injuriosos epítetos mezclados de terribles amenazas. Dicese que el duque de Orleans intentó asesinar al borgoñon, y que este procuró lo mismo respecto de aquel. Por fortuna se hallaron en uno y otro bando confidentes infieles que advirtieron á entrambos duques y les hicieron preaverse.

El primer cuidado del duque fué apoderarse de París, para lo cual el de Berri le dió un pretexto, trasfiriéndole á la capital contra lo estipulado en Biectre, y constituyéndole gobernador en lugar del rey. Pero su parcialidad por el duque de Orleans les hizo considerar como vendido á la faccion de este, ó como un enemigo que intentaba entregarle la ciudad. El duque de Berri se retiró disgustado á su provincia, lo cual sirvió de mucho al de Borgoña. Este reportó además otra ventaja, que fué la de hacer retroceder á los parisienses, por medio de sus emisarios, que so lo, recontando de la especie de afrenta que se le hacia, no dejaria de intentar vengarse, y que por lo tanto necesitaban un caudillo seguro para defenderse de él. Su amigo el conde de San Pablo, cuyas tierras lindaban con las suyas, fué propuesto y aceptado para tal cargo.

Llegó San Pablo, reunió á los que le fueron aliados como adictos al duque, examinó su estado y medios; vió que ninguna persona acomodada ni sensata secundaria los planes del duque de Borgoña, que por el contrario habria oposicion á ellos, y que por consiguiente era preciso destruir ó someter tales enemigos. Formóse como gobernador una guardia compuesta de la hez del populacho, acostumbrada al robo y al asesinato. Entonces el odio y la venganza empezaron á emplear el nombre de Armañac contra aquellos de quienes intentaban deshacerse. Aquella horda desenfrenada recorría las calles y registraba las casas, y los que no habían era reducidos á prision. Muchos murieron en los calabozos, pues la justicia no tenía fuerza alguna. Los atomados asustaban á los tribunales forzándolos á dictar las sentencias que los acomodados les pedían subyugada, no se atrevia á adoptar ninguna resolucion desagradable á los facciosos. El rey, el Delfín y el consejo estaban verdaderamente prisioneros. San Pablo arrastró al monarca un edicto en que se mandaba á todos los franceses que empuñasen armas, que se afiliaran bajo las banderas del duque de Borgoña, y le obedeciesen como si fuese

el rey, y obligó al Delfín á escribirle que acelerase su marcha y acudiese en su auxilio.

La capital era tambien el blanco á que miraban los de Armañac. Cubrieron de tropas las inmediaciones de París, tomaron ciudades y talaron los campos. Como su ejército se componia de tolosanos, borleleses y otros franceses del Mediolla, el duque de Borgoña alistaba á los del Norte, y especialmente flamencos: merece ser vituperado por haber sido el primero que llamó á los ingleses á esta guerra. Enrique IV le prometió seis mil hombres y le envió una flota que causó grandes estragos en las costas de Normandía. Los orleanistas avanzaron dispuestos á atacar al enemigo hasta en sus hogares, pero Juan sin Miedo les economizó la mitad del camino.

Los ejércitos se avistaron cerca de Montliffier. Esperábase un combate sangriento, cuando los picardos y ganteses del ejército del duque de Borgoña se malquistaron; fue tan violenta su discordia que el duque no pudo apaciguarla, y los flamencos manifestaron que iban á retirarse. En vano les pidió el duque que no le abandonaran á sus enemigos, y que permaneciesen con él algunos días mas: el tiempo de su empeño habia espirado y querian marchar. Entonces el duque apeló á las amenazas. «Si nos deteneis á nuestro pasar, le responderon, la cabeza de nuestro hijo el conde de Charolais nos servirá de garantía, y al regresar á Gante, os le enviaremos hecho pedruzco.» Todo lo que pudo obtener de ellos fue que cubriesen su retirada y partiesen unidos. Los orleanistas no creyeron oportuno perseguirle, y volvieron á las inmediaciones de París, esperando que con la ausencia del duque de Borgoña, no tardarian en posesionarse de su recinto.

Establecidos en las casas de campo, los soldados usaban á su placer de las provisiones, y dueños de los rios y caminos, interceptaban todo lo que se dirigia á la capital. La presencia de su ejército reanimó á los orleanistas que en ella existian: sus esperanzas les infundieron orgullo, y amenazaban hasta con las miradas á sus enemigos. Pero estos no se dejaron insultar impunemente: reforzados con satélites mas perversos aun que ellos, mandados por un cirujano llamado Juan de Troyes, y por un cuchillero denominado Simon, apodado Cabezon, por lo que estos pedidos se llamaban *Cabezones*, llegaron á ser tan temidos que los otros.

No obstante algunas personas sensatas hablaron de reconciliacion. La reina que seguia en Melun, fué invitada á trasladarse á París para ser la mediadora. No bien llegó, cuando se vió acometida, como su esposo, hijo y todo el consejo, sin poder obrar ni hablar sino á gusto del insolente populacho. Los príncipes del ejército de Armañac y los principales señores que se hallaban á su lado escribieron al rey y al Delfín una carta para justificar su conducta, diciendo que habian empuñado las armas para librarlos del cautiverio, y que los que otra cosa dijese, eran falsos y protervos. El cantivo monarca les respondió calificándolos de rebeldes, y abandonando sus bienes, su libertad y vida á cualquiera que quisiera atacarlos, sin que tales violencias pudiesen ser castigadas por la justicia.

Con esta autorizacion, los orleanistas fueron víctimas de nuevas persecuciones en París. Se les amontonaba en las cárceles, y colmadas estas, las casas particulares se convirtieron en prisiones. Fueron además escumigados y maldecidos por los predicadores, costando mucho trabajo hacer bautizar á los hijos de los orleanistas. No se permitía presentarse en público sin la banda roja sembrada de cruces de San Andrés, emblemas de la casa de Borgoña. Los clérigos apareaban con ellos en el altar y adoraban con las mismas las imágenes de los santos. Hombres, mujeres y niños las llevaban, y algunos exageraban su demencia hasta el punto de hacerse la señal de la cruz segun la forma del asta de San Andrés.

Los Cabezones engorreados se erigieron omnipotentes y salieron en busca del enemigo, pero no regresaron sino en completa derrota. Otro día marcharon contra el castillo de Biectre, perteneciente al duque de Berri, y no hallando enemigos lo saquearon é incendiaron. El aliente del pillage sostuvo esta faccion; pero al duque de Borgoña le manifestaron sus emisarios que ya era tiempo de que él mismo se presentase; púsose en camino acompañado de los seis mil arqueros ingleses, y llegó por el lado opuesto al en que sus enemigos le esperaban, logrando entrar en triunfo en la capital. No obstante, muchos vieron con repugnancia parecer por sus calles las banderas inglesas. Publicóse entonces una declaración mas explícita que las anteriores contra los príncipes coligados y sus adictos; decretóse fuesen perseguidos como enemigos públicos y reos de lesa magestad, y los mas notables prisioneros perecieron en el patíbulo. El conde de San Pablo recibió la espada de condestable en lugar de su ret, destituida como rebelde.

La llegada á el duque de Borgoña quitó á los príncipes toda esperanza de apoderarse de París. Las lluvias del otoño y los primeros frios del invierno produjeron la dispersion de su ejército; los caudillos se repartieron los tesoros de la reina, depositados por esta en la abadía de San Dionisio como en un asilo sagrado. Desde entonces data el odio de Isabel al partido orleanista, cuyo ejército levantó el

campo de noche, y no fué perseguido, lo cual se atribuyó á las relaciones secretas del preboste Essarts.

Duono el duque de Borgoña del consejo, del rey, de la reina y del Delfin regente su yerno, hizo decretar un alistamiento de que á nadie absolutamente se eximia sino por dinero, ofreciendo devolverlo en tiempos mejores. Permittedose tomar tambien todos los depósitos judiciales consignados entre los vecinos mas á propósito para responder de ellos. Muchos orleanistas se habian conducido mal en las revueltas, y se establecieron tribunales para juzgarlos, aunque sin crueldad. Juan sin Miedo odiaba la efusión de sangre, y la pena corporal se comutó en peñunía. En fin, las principales ciudades, sin exceptuar á Paris, recibieron el orden de levantar y mantener tropas proporcionales á su población y riqueza presumida.

Sin embargo, era preciso disculpar á los ojos de los franceses el crimen de lesa nacion que el duque de Borgoña habia cometido llamando los ingleses á Francia. Si no pudo borrar esta afrenta, procuró atenuarla, publicando que los orleanistas eran mucho mas culpables que él en tal concepto, puesto que los duques de Berry y Orleans se habian somtido tan ignominiosamente al monarca inglés, que este los iba á mandar tres mil arqueros y mil hombres de armas. Este próximo desembarco de los ingleses sirvió al duque de Borgoña de medio para retirar uno de los ejércitos mas numerosos que han pisado la Francia. Como se trataba de combatir á los enemigos naturales de este pais, no hubo señor, aun de los mismos que se inclinaban á los principes, que no se creyese obligado á tomar las armas. Pero antes de ir á pelear con los extranjeros, convenia, segun decia el borgoñon, someter á los rebeldes de Francia; llevó pues consiigo al rey al ejército, aunque se hallaba amagado de una próxima recaída. El Delfin regente lo mandaba al parecer, pero en realidad quien todo lo manejaba era el duque de Borgoña, que llevó las fuerzas hasta Bourges, donde el de Berry se habia encerrado, bien provisto y apoyado por una guarnicion capaz de oponer una dilatada defensa.

Franceses contra franceses, casi todos parientes y amigos, se hallaban unos en presencia de otros, siendo por consiguiente casi imposible que no desearan hablarse, y muy difícil que los gefes no permitiesen entrevistas. El duque de Borgoña las tenia, porque podian dar por resultado la paz. Las primeras conferencias propuestas fueron rechazadas por él con altivez, como un obstáculo á los triunfos brillantes que se prometia contra una faccion que iba á amiguiar, ó por lo menos á reducir á un estado de larga impotencia; pero algunos señores bien intencionados hicieron ver al jóven regente, que seria inhumano reducir al último apuro á su tio, respectable por su edad, y que únicamente por satisfacer su ambicion espionaba el duque las provincias mas bellas de la Francia á la invasion y pillage de los ingleses. Aunque el Delfin era yerno del duque de Borgoña, no dejaron de impresionarle estas razones. Su suero, viéndole persuadido y sabiendo que hasta espedia órdenes secretas para duleficar los furros de la guerra y no molestar la ciudad, tomó el partido de efectuar una entrevista con la idea de proceder á un arreglo. El anciano duque, afectado al ver los preparativos hostiles, dijo al borgoñon: «Cuando vuestro padre vivia, no era preciso levantar barreras entre nosotros.» El borgoñon tartamudeó algunas palabras de escusa, y despues de un rato de conferencia se abrazaron al despedirse.

Hay motivos para presumir que convinieron respecto de los principales artículos; otros de menor importancia se dejaron á los comisarios que se reunieron cerca de Bourges, cuyo nombre lleva esta paz, que mas mereció llamarse un arreglo de familia que una paz definitiva. El duque de Berry hizo una visita solemne al rey en su campo y le presentó las llaves de la ciudad. Al abrazar al Delfin, los ojos del duque se arrasaron de lágrimas de ternura, porque en realidad debia al jóven príncipe el haber salido de aquellos apuros que le angustiaron hoi por hoi.

Los principes de Orleans y los otros que no habian asistido á la paz de Bourges, se trasladaron á Auxerre, y lo mismo hicieron el Delfin y el duque de Borgoña. Allí concurrieron diputados del parlamento, de los demas tribunales soberanos, de la universidad, de los vecinos notables de Paris y de las principales ciudades, el preboste de los mercaderes y Essarts, preboste de Paris. Este parecia ser adicto al duque de Borgoña y revelaba sus secretos á los orleanistas. Dicese que comunicó á los principes de Orleans la noticia de que Juan sin Miedo proyectaba asesinarlos en aquel mismo dia, asi como á los duques de Berry y de Borbon, y que por esta razon se hicieron estuoiar por dos mil hombres de armas. No obstante, todo presentó allí las apariencias de la mas perfecta armonía y vió al duque de Orleans, vestido de luto, pasear en las ancas del caballo que llevaba al de Borgoña. Al fin se despojó, á instancias del Delfin, de aquel luto, señal tácita de venganza.

Despues de dilucidados y ratificados los artículos de Bourges, se tomaron en consideracion las quejas de los diputados en lo relativo al gobierno. Alóptose entonces el fácil expediente de diferir estas discusiones hasta una asamblea mas numerosa y solemne que debia

celebrarse sin pérdida de tiempo en Paris. Pero habia un negocio que no permitia la menor dilacion, es decir, la conducta que debia observarse respecto á los ingleses, que habiendo desembarcado en Normandia, avanzaban capitaneados por el duque de Clarence, hijo segundo del rey de Inglaterra, y se hallaban no lejos del de Berry, á cuyo duque iban á auxiliar. Cuando supieron la paz de Bourges, considerándose en pais enemigo, todo lo saquearon. No obstante, hallándose en medio del reino, hubiera sido fácil obligarlos á entregar prisioneros ó destruirlos con las fuerzas que quedaban del ejército real. Pero la política de ambas facciones los apoyaba; y los orleanistas creyeron que iban á ser auxiliados por ellos, y el duque de Borgoña sospechó que legarian circunstancias en que su apoyo le fuese necesario. Estas consideraciones determinaron á conceder al duque de Clarence, para los gastos de su expedicion al pronto, una suma considerable, en garantía de la cual entregó Orleans á su hermano el conde de Angulema, y despues el paso libre para la Guena. Llegado el duque de Clarence á esta provincia, se reunió con el conde de Armañac y al señor de Albrét, disgustados ambos de la pacificación, quienes le ayudaron á posesionarse de varias ciudades colidas á Eduardo III por el tratado de Bretigny, que posteriormente se habian agregado á la Francia.

Los principes de Orleans no asistieron á la asamblea de Paris, calificada de Estados generales. Dicese que Essarts les dió aviso de una nueva traicion tramada por el duque de Borgoña contra ellos. Ninguna resolucion se adoptó en esta asamblea, la que se invitó en agrias declamaciones contra los desordenes, en especial los de la hacienda y sus liquidadores. Al frente de estos se colocaba á Essarts, ídolo del pueblo durante el boqueo de Paris, y despues blanco de su encono por sus riquezas.

Desde que en el sitio de Bourges se habia hecho notorio al Delfin la ambicion del duque de Borgoña, uno y otro se miraban con reciproca desconfianza. Como regente, el príncipe disfrutaba de la prerogativa de la autoridad, que la hacia sentir á de Borgoña, contradiciéndole en el consejo y despreciando á sus favoritos, á fin de obligarle á abandonar los negocios y retirarse á sus estados. Siendo público que Montaigu habia sido victima del odio del duque, el Delfin procuró honrar su memoria y la de un noble llamado Monsart del Bos, ejecutado por orden del mismo duque. Por una trivialidad desterró á Juan de Nesle, canceller y favorito de este, y dió á Essarts el gobierno de la Bastilla. Esta confianza hizo creer, con bastante veosimilitud, que Essarts habia prestado servicios secretos al regente en daño del borgoñon.

Esta calma y sufrida pero su paciencia era el silencio de un volcan que hervie escondido. La erupcion fué tan repentina como inesperada. Esparsióse de repente en Paris el rumor de que los orleanistas intentaban llevarse al Delfin quien se prestaba á esta violencia, cuyo ejecutor debia ser Essarts. El pueblo se amotinó, los satélites del duque reunieron la turba que les obedecia, y se presentaron delante de la Bastilla, en que Essarts podia defenderse. El borgoñon le invitó á entregarla, prometiéndole bajo su honor que no se le causaria daño alguno. Escelente garantía el honor de un asesino! Essarts comotó la torpeza de obedecerle y al punto se vió preso. Los facciosos se trasladaron despues á palacio de San Pablo, residencia del Delfin, y reconquerron las habitaciones pidiendo á gritos que les fuesen entregados los traidores que le robaban, que de lo contrario ellos los egerian y degollarian en seguida.

El duque de Borgoña se mezclaba con la multitud como para apaciguarla. El Delfin le dijo: «Estos ultrajes me son inferidos por vuestras sugerencias, y no podéis escusaros, puesto que vuestros criados son los principales rebeldes. Saded que algun dia os arrepentireis, y que no siempre os sorprenderá la fortuna!» Monseur, respondió el duque con frialdad, ya os informareis cuando estéis mas asegurado. A vista del príncipe, poseido de indignacion, fueron presos los señores mas adictos á su persona, su canceller y los dependientes de su casa, muchos de los que fueron muertos al ser el suyo. El duque habia traído consigo á los antiguos rebeldes de Ganté que ostentaban el sombrero blanco, con el cual cubrió el cirujano Juan de Troyes á Carlos VI, al dirigirse á la catedral á dar gracias á Dios por su convalencia. Estableciéronse muchas tiendas de tales sombreros, y el pueblo se apresuraba á comprarlos con tal ahinco, que nunca habia bastantes, pero no se vendian á los sospechosos de orleanismo, y se arrancaban con mil improperios á los que se creia lo llevaban contra su voluntad.

Castigado el regente, se trató de escarmantar á los que le habian predispuosto contra el duque. Despues de dos dias de aparente tranquilidad, los caudillos de los rebeldes se presentaron en el palacio de San Pablo con una lista de proscripción, y obligaron al príncipe á oír su lectura. Esta lista contenia sesenta personas, de las cuales veinte fueron presas en el acto y conducidas á la cárcel. Las ausentes fueron citadas á son de trompeta. Al dia siguiente volvieron en mayor número, y precisaron al regente á escuchar una censura violenta de su gobierno, pronunciada por un fraile car-

melita llamado Estuquio; llegaron hasta el rey, y le presentaron una nueva lista de proscripción mas estensa que la primera, declarando no se retirarían sin las personas que designaban. Entre estas las habia de ambos sexos y de todas condiciones; el arzobispo de Burdeos, el canceller, el confesor de la reina, los señores y oficiales del palacio, cerca de veinte señoras de todas edades al servicio de la reina y de la Delfina. Todos fueron atados de dos en dos sobre caballos, y trasladados á la cárcel en medio de la vocería y ultrages del populacho. El duque de Borgonya seguía aparentando que procuraba contener estas violencias.

Obligaron al monarca á nombrar comisarios para procesar á los presos, é hicieron aprobar sus atentados á esta especie de tribunal. Los mas capaces de los comisarios fueron forzados á redactar un reglamento político, que recibió el nombre de *Ordenanzas Cabezonas*. El rey, acompañado de los principes y del consejo, adornados con el sombrero blanco, fué á hacerlo archivar en el parlamento. Como las asambleas del pueblo eran frecuentes, importaba á sus gefes proporcionarle medios de subsistencia. Al efecto, bajo pretexto de una guerra inminente con los ingleses, establecieron un impuesto forzoso que recayó sobre los sospechosos, y este dinero se repartía á los adictos, á quienes era muy grato vivir sin trabajar. Preparáronse muchos asesinatos sin forma de proceso. Essarts vivía bastante tranquilo en la Conserjería confiado en la promesa que le habia hecho el duque de Borgonya cuando se le entregó; pero á pesar de todo, fué arrancado por la plebe de su retiro, arrastrado y decapitado: su cabeza colocada en la punta de una pica, fué puesta con su cuerpo en el patíbulo de Montfaucon.

El Delfin intentó huir, pero estaba muy vigilado. En su prision se daban conciertos y á veces bailes. El capitán Jaqueville oyó la música, y entrando bruscamente acriminó al jóven principe por lo que titulaba disolución, y llenó de denuestos á Jorge, señor de La Tremouille como inventor de aquellos reprobados placeres. Ciego de ira el Delfin, asestó una estocada á Jaqueville, y le hubiera atravesado á no hallarse resguardo por su camisa de malla. Los satélites del capitán hubieran dado muerte á Tremouille, á no haber llamado el duque de Borgonya.

Si el Delfin no podia fugarse, tenia emisarios secretos que entablaron relaciones con los orleanistas. Estos principes renovaron con el rey de Sicilia y el duque de Bretaña su antigua confederacion. Esta nueva liga pareció bastante formidable al borgoñon, para prestarse á una negociacion. Por otra parte, empezaban á inquietarse sus propios sicarios, á quienes no manejaba siempre como queria. Las conferencias se celebraron en Pontoise. Convinose, como en Bourges y en Auxerre, que en lo sucesivo se viviera en perfecta union y armonía, como buenos amigos y parientes. Los principes dieron todas las seguridades que se les exigieron para disipar la sospecha de que al hacer la paz abrigaban el proyecto de apoderarse del rey, de la reina y del Delfin, y protestaron que no ejercerian su venganza contra la ciudad de Paris. Este artículo tenia por objeto impedir á los culpables que se entregasen á cualquier acto de desesperacion.

Confirmada esta paz por el parlamento, los vecinos horrados, los magistrados y miembros del ayuntamiento se introdujeron en las asambleas populares, de las que los habia alejado la confusion que hubo en ellas. Dedicáronse á desengañar al pueblo y á precauerle del falso terror que los oradores de la sedicion procuraban inspirarle, diciéndole que los principes hacian la paz para destruir á mansalva la capital. Estos rebeldes exigian que los artículos les fuesen comunicados en una asamblea general que debiera realizarse en la casa del ayuntamiento, y que confiaban rechazaria el tratado. Detúvose este golpe yendo á recibir los sufragios á las asambleas de los respectivos cuarteles; confundidos en ellas los revoltosos con las personas sensatas, y despojados de la osadía que inspiran las grandes reuniones, no se atrevieron á oponerse al voto de la paz, que fué publicada en medio de la alegría general. El Delfin montó á caballo con el duque de Berri; la tropa que los escoltaba, engrosada en pocos momentos con innumerables vecinos armados, ascendió á treinta mil hombres. Una turba de tres mil sediciosos se preparaba á atacar el palacio de San Pablo, pero el duque de Borgonya les mandó retirarse, y reunido con las tropas de su yerno, recorrió todas las cárceles para dar libertad á los que los rebeldes habian encerrado en ellas.

Al verse á discrecion de sus enemigos temió Juan sin Miedo la coyuntura era favorable para inutilizar á este hombre perjudicial. Era tan poco sincero en sus protestas de union y paz, que pocos dias despues intentó arrebatrar al Delfin en una partida de caza en el hosquedo Vincennes. No habiéndolo conseguido se retiró á Flandes, abandonando á la justicia á aquellos de sus cómplices que no tuvieron la prudencia de huir. El pueblo los vió ahorcar con indiferencia. En la casa del hermano de Juan de Troyes, que sufrió la pena capital, se halló una lista de cuatrocientas personas destinadas con sus familias á la muerte. Esta revolucion llegó á tiempo para la salvacion de muchos presos que debian perecer al día siguiente.

Los actores cambiaron, pero la escena de horrores fué poco mas ó menos la misma. No bien se hubo retirado el duque de Borgonya, los principes de Orleans regresaron y se hicieron á su vez dueños del rey, del Delfin y del consejo. Los ministros elegidos por el duque de Borgonya fueron despedidos, y sustituidos con adictos á la nueva faccion. El señor de Albret y el conde de Armañac, que unidos á los ingleses acababan de hacer la guerra al rey, fueron admitidos á todos sus antiguos favor. El primero recobró la espada de condestable, y el segundo todo el ascendiente de un gefe de partido. El rey mandó á los curas y predicadores anunciaren en sus pláticas y sermones que habia sido *engañado, seducido y mal informado*. Fué preciso entonces armar á los partidarios del borgoñon con los mismos anagramas fulminados contra los orleanistas. Poetas y libelistas cantaron la palinodia, y Juan sin Miedo, tan aplaudido y obsequiado, fué al día siguiente objeto de la sátira y de los sarcasmos públicos. Enviósele á pedir de parte del rey la restitucion de algunas ciudades prometidas en los últimos tratados, y se le prohibió celebrar alianza alguna con el monarca inglés, y se le pedía la mano de una de sus hijas para el principe de Gales. El rey de Sicilia le envió á su hija Catalina de Borgonya, á quien habia recibido en su palacio para casarla con el mayor de sus hijos; pero retuvo todas sus alhajas y una suma considerable entregada como anticipo de la dote. El duque recibió con la indiferencia del desprecio estos insultos, como inferidos por personas que tenian mas deseos de ultrajarle que poder para causarle daño.

No obstante, la reina y el Delfin, que hubieran debido conocer que el partido de Orleans que acababan de abrazar, no podia imponer á su enemigo sino conservándose muy unidos, dejaron traslucir sus mutuas discordias. Isabel, acompañada del rey de Sicilia, fué á separar del lado del Delfin á cuatro señores favoritos suyos. El principe se opuso mucho y amenazó, aunque en vano con llamar al pueblo en su apoyo. Presintiese que la reina sospecho eran agentes secretos del duque de Borgonya. Esta conducta fué sensible al principe, y se lamentó de que no se habia librado del yugo del de Borgonya, sino para sufrir el de los orleanistas, y parece escribió á su suegro acéñiese en su auxilio.

El borgoñon no podia recibir un ruego mas conforme con sus deseos. Armábase ya, y apoyado en la súplica de su yerno, redobló y aceleró sus preparativos, publicando que marchaba al socorro del Delfin vivamente instado por él. Marchó en efecto, y se adelantó hacia Paris á la cabeza de un ejército bastante fuerte para un golpe de mano, pero insuficiente para un sitio. Los de Armañac levantaron en la capital once mil hombres bien armados, á los que pasaron una ostentosa revista delante del pueblo para tranquilizarle. Hicieron ademas publicar á son de trompeta en las principales plazas, que el duque de Borgonya faltaba á la verdad cuando decia que el Delfin le habia llamado. Esta manifestacion se hacia en nombre del principe que la presenciaba sin desmentirla. Los caudillos tomaron en seguida las disposiciones convenientes, y esperaron sin zozobra al enemigo. Este se presentó por muchos lados, ofreció la batalla, saqueó é incendió las aldeas para hacer salir de sus murallas á los parisienses, pero no logrólo, ni creyéndose bastante fuerte para aventurar un ataque, se retiró.

Prodigáronse contra él escritos llenos de calificaciones injuriosas; y para abrumarle con la ingominia á que se habia hecho acreedor por el asesinato del duque de Orleans, púsose ante los ojos del publico tan infame accion, sometiendo á un exámen juridico la famosa perorata de su defensor Juan Petit. Antes que el arzobispo de Paris pronunciasse la sentencia, se mandó á preguntar al duque, para humillarle mas y mas, si se proponia sustentar los principios de su abogado, á lo cual el borgoñon respondió de una manera evasiva. La sentencia recayó sobre las proposiciones relativas al homicidio. Sin hablar del duque de Borgonya. Pero los orleanistas no se fiaron en las favorables disposiciones de un pueblo inconstante. Las calles estaban pobladas de tropas, para cuyo pago se exigieron contribuciones excesivas; y como los borgoñistas habian hecho pesar los impuestos sobre los sospechosos de orleanismo, los orleanistas abrumaron con ellos á los tildados de borgoñismo. Las calles de las esquinas de las calles, con que los borgoñistas se defendian en las revueltas contra las tropas, fueron llevadas á la Bastilla, y á todos los vecinos recibieron el órden de entregar sus armas.

Los que se habian mostrado adictos á los principes empezaban á arrepentirse de haber librado á sus concitadanos de la tiranía del duque de Borgonya para entregarlos á la del conde de Armañac. Sabiese que este era el gefe principal del partido, y como los parisienses le acusaban de todos los malos tratamientos que sufrían, llegaron á profesarle un odio que le fué harto funesto. Desandó el conde realizar los proyectos adoptados contra el duque de Borgonya, se reunió en el palacio de San Pablo una asamblea compuesta de la reina, del Delfin, de los principes de la sangre, de los señores, de los prelados é individuos del consejo, en la cual se decidió, en nombre del rey, á la sazón enfermo, que el monarca podia y debia hacer la guerra al duque de Borgonya, hasta que él y sus partidarios

rios fuesen enteramente destruidos, desheredados ó al menos humillados.

Humillar á Juan sin Miedo era tal vez más difícil que destruirle. Todas las fuerzas de Francia se emplearon con este fin. El rey, restablecido ya, unáronse en persona contra el duque, en compañía de todos los príncipes á quienes había perseguido en Bourges cuando favorecían al borgoñón. Muy mal pareció á la generalidad que las tropas llevasen la insignia de Armañac, la que daba á aquella guerra un carácter de facción. El gobierno de París fué confiado durante la ausencia del Delfín al duque de Berri, Compiegne, donde el duque de Borgoña tenía una guarnicion, se rindió por capitulación, á pesar de haberse opuesto á esta el conde de Armañac, porque había ofrecido el saqueo á sus soldados. La desgraciada ciudad de Soissons pagó por Compiegne, pues en vano procuró alcanzar las justas condiciones que proponía. El conde de Armañac las rechazó, alegando que sería desalentar al soldado el privarle por segunda vez del botín que esperaba, y que por otra parte era preciso dar un ejemplo capaz de intimidar á las demás ciudades. Soissons fué pues tomada por asalto y saqueada, con todos los horrores que debían esperarse de una soldadesca codiciosa y desalmada. La marcha ulterior del ejército fué una mera escursion hasta Arras, puesta por el duque de Borgoña en estado de oponer una prolongada resistencia. Esta dió tiempo á sus hermanos la condesa de Mainaut y el duque de Brabant para servir de mediadores.

Consiguieronlo, á pesar de los obstáculos que suscitaron los de Armañac que rodeaban al monarca. La razon, que había vuelto á brillar en él, le hizo conocer que la paz era preferible á los triunfos conseguidos contra sus propios vasallos, y cuando recayó en su enfermedad, el Delfín, igualmente descontento del ascendente que tomaba el duque de Orleans y de la altanería del conde de Armañac, acordó la paz con su enemigo. El duque de Borgoña aceptó todas las proposiciones, dándose por satisfecho con evitar una irrupcion tan formidable y creyendo que las circunstancias venideras le autorizarían para no cumplir lo que le disgustase. Los príncipes de Orleans se resistieron mucho á aceptar esta paz y á firmarla. La rehusaron tres veces y solo cedieron á la terminante voluntad del Delfín. Los parisienses, acostumbrados á creerse necesarios, pidieron á su gobernador el duque de Berri, que los artículos les fuesen comunicados, á lo que el duque se negó decididamente.

Mientras la expedicion de Arras, el duque de Berri recibió en París á los embajadores de Enrique V, rey de Inglaterra, enviados para pedirle en matrimonio la princesa Catalina, hija única de Carlos VI. Iban también, según decian, á celebrar una gran paz con la Francia, pero establecido por base de ella la restitucion de la Guiena en plena soberanía, conforme al tratado de Bretigny. Esta negociacion, sin quedar enteramente rota, se vió interrumpida por la paz de Arras, que quitó á los ingleses las ventajas que esperaban de la guerra de Flandes. Ya no se hablaba del cisma, porque las discordias civiles habían hecho olvidar esta cuestion tan acalorada al principio; sin embargo, no se la miraba con indiferencia. La Francia envió representantes al concilio de Constanza, que había sido señalado para aquel año por Juan XXIII (Baltasar Cossa), sucesor de Alejandro V, y muy distante de parecerse á este Papa estimable. Entre los doctores diputados por la universidad de París brillaba Juan Gerson, que hizo condenar las proposiciones de Juan Petit, defendidas con calor por un obispo de Arras, dominico y confesor del duque de Borgoña. Gerson contribuyó también á la deposicion forzada de Juan XXIII, á la dimision de Gregorio V, y por consiguiente á declarar vacante la Sede pontificia. Esta fué ocupada en 1417 por Othon Colonna, que tomó el nombre de Martino V y fué reconocido, excepto en el castillo de Peñíscola, en el reino de Valencia, donde el inflexible Pedro de Luna, conocido con el nombre de Benedicto XIII, no cesó de enjerrir la tiara. Todos los dias, hasta la edad de noventa años, escornugaba desde una ventana del castillo á sus competidores y á los magnates separados de su obediencia. Dos cardenales que le acompañaban le dieron por sucesor en 1424 á Gil Muñoz, canónigo de Barcelona, que tomó el nombre de Clemente XIII, y dimitió á los cinco años de su eleccion. En él terminó el gran cisma que había durado mas de cincuenta años.

Al apresurar la paz de Arras, que un ejército tan formidable, aunque debilitado por las enfermedades hubiere podido hacer mas decisiva, el Delfín abrigaba un oculto designio. Proyectaba hacerse duque de París, expulsar de él á borgoñones y orleanistas, á su propia madre y á todos aquellos que cortasen su autoridad. Las medidas tomadas al efecto eran bastante oportunas. Al tope de la campana de San Estuquio debía sublevarse el cuartel de los Mercados, marchar los conjurados al Louvre, poner al Delfín á su frente, apoderarse de los puntos mas importantes, cerrar á los orleanistas y matar á cuantos opusiesen resistencia. Descubrióse el plan, los duques de Orleans y Borbon se apoderaron del Louvre y encerraron en el Delfín. Los autores del proyecto, en su mayor parte jóvenes

cortosanos, fueron sorprendidos en sus camas. Algunos dias despues, aprovechando el principio un momento favorable, se fué del Louvre y de París, habiéndose retirado á Bourges, desde donde se trasladó á Mehun-del-Yevre. Como solo tenia preparativos para una sorpresa, y carecia de tropas; dinero y medios de ataque, no fué difícil hacerle volver. Accediendo á las instancias de la reina y de los duques de Berri y de Orleans, prometió ir á Corbeil, adonde le pidió se trasladasen. Seguro de que toda la corte le esperaria en este pueblo, adelantó una jornada, entró en París, hizo cerrar sus puertas y envió á los que le aguardaban en Corbeil la orden de que se retirasen á sus castillos, excepto el duque de Berri, que podía ir á la capital.

Lo primero que hizo el Delfín fué apoderarse de las riquezas de su madre Isabel, que era amiga de atesorar. Ella se irritó con tal violencia contra su hijo, pero este no la enmendó. Hizo al pueblo pomposas promesas de favorecerle en una asamblea á que asistieron el preboste de París, el de los mercaderes, el consejo municipal y los vecinos mas notables convocados al efecto. En su discurso, el consejero del Delfín señaló, si no nominalmente, al menos de mautera que pudiera comprenderse, á la reina, á los duques de Berri, Borgoña y Orleans, como autores de los desórdenes y partícipes de las malversaciones. Por desgracia ni el mismo jóven príncipe estaba á cubierto de censuras. Mal acompañado y sediento de placeres, su conducta era poco ejemplar, amaba manifestamente á una de las hijas de la Delfina, y usaba en público su cifra y colores. Aunque la princesa de Borgoña su esposa, era jóven y bella, la tenía encerrada en el castillo de San German de Laye. Su suegro le envió embajadores para compelerle á vivir con ella, pero sin el menor resultado. En vano tambien se negó el duque á ratificar la paz de Arras, y significó que en caso de guerra con Inglaterra, no él ni sus vasallos equipararían las armas por la Francia; esta amenaza defendió al yerno sin cambiarle, y el suegro, teniendo empeorarlo, envió su ratificación.

Esta paz suspendió los proyectos de Enrique V, rey de Inglaterra, ó por mejor decir, le dió tiempo de madurarlos mediante la seguridad que ella inspiró á la corte de Francia. El monarca inglés, bien provisto y armado, no usó miramientos, y envió á pedir, no ya ciudades y provincias, sino la corona de Francia, fundándose en el derecho indicado por Eduardo III á Felipe de Valois. Despues de esta brusca proposicion, los embajadores insistieron en que se añadiese á las concesiones de Bretigny la Normandía, el Anjon, el Maine, en plena soberanía, y el homenaje de la Bretaña y Flandes. Finalmente dijeron que se contentarían con las concesiones de Bretigny, la entrega de los dos condados, y la mano de la princesa Catalina con una dote de dos millones de oro. Todo fue denegado. Los embajadores ingleses se retiraron, llevando consigo acañetes franceses para terminar la negociacion; pero esto era un engaño, y mientras se entretenía la corte de Francia con negociaciones, Enrique hacia desembarcar en las costas de Normandía seis mil hombres de armas y veinte y cuatro mil arqueros para embestir á Harlleur.

Esto causó en la corte gran asombro. Harlleur fue atacada vigorosamente. Esta poblacion estaba tan mal abastecida, que las municiones faltaron á los quince dias de haberse formalizado el sitio. Su guarnicion capituló y salió con sus bagajes; pero como nada se había acordado de los habitantes, los ingleses, á imitacion de lo que habían hecho en Calais, les expulsaron indistintamente, no dejándolos mas que un traje, y dando á cada uno cinco cuartos á las puertas de la ciudad.

Parece que Enrique dudó acerca de lo que le convenia obrar despues de esta conquista. Intentó llevar sus armas á la Guiena; pero temió ser atacado por un ejército bien provisto y numeroso, al paso que el suyo disminuía por la mortandad que en él se había introducido. En consecuencia resolvió no alejarse de las costas y volver á Calais, para desde allí avanzar ó reembarcarse; pero esta marcha no era cosa fácil. Apenas se alejó de Harlleur, empezaron á molestarle muchos descontentos del grande ejército. No obstante, atravesó felizmente la Normandía, una parte de la Picardía, y llegó á Soma, en cuyas orillas se halló en el mismo apuro que su bisabuelo Eduardo III antes de la batalla de Crecy. Una feliz casualidad proporcionó tambien á Enrique V el medio de pasar este rio, no por el vado de Plauquetage, que halló bien defendido, sino por entre Perona y San Quintin, donde burló la vigilancia de los franceses. Dicese que á ejemplo de Eduardo, Enrique propuso condiciones muy ventajosas, á saber: la restitucion de Harlleur, una cantidad en indemnizacion del botin, y la libertad de los prisioneros; pero habiendo sido rechazadas estas ofertas, respondió con orgullo cuando se le señaló el lugar y el dia de la batalla: «Yo no tomo el consejo de mi enemigo.» Despues solo trató de vender cara la victoria.

Fué atacado cerca de una aldea del condado de San Pablo, en Artois, llamada Azincourt, que dió su nombre á la batalla. Esta se parece tanto á las de Poitiers y Crecy, que puede compararse á ellas en todos sus pormenores. La impaciencia, la gritería, el desorden, habían llegado al colmo en el ejército francés. Los ingleses, al contrario, se preparaban al combate con el mas profundo silencio; todos

se confesaron la vispera, considerando el día siguiente como el postrero de su vida, y esperando tranquilamente la vuelta del sol. Apenas amaneció apresuráronse á combatir los franceses de la vanguardia, cayendo sobre el enemigo con eiza impetuosa, hasta atropellarse unos á otros á trueque de alcanzar cuanto antes las filas contrarias. Víéronse entones estrechados en un terreno rodeado, donde por no poder maniobrar eran el blanco de los certeros disparos que los arqueros ingleses les dirigian á mansalva desde una posición ventajosa. En tan crítico estado, una carga oportuna de los islenos aumentó el desórden y decidió en su favor la victoria; bien que no lo aseguraron sin haberles sido disputada en el centro mismo de sus fuerzas. Diez y ocho franceses reunidos con el juramento de vencer ó morir, se abrieron paso por los escuadrones ingleses hasta encontrarse con su rey. Su hermano el duque de York fué muerto á su lado por el de Alençon, príncipe de la dinastía francesa, que mandaba una división y se había prometido restablecer el combate. Enrique cayó al suelo al intentar auxiliar á su hermano. El príncipe francés se aproximó á él, le declaró su nombre, le desafió, y de un hechazo derribó la mitad de la corona en que terminaba su casco. Otro golpe iba á salvar la Francia, pero Enrique le tendió á sus pies de un revés, y sus soldados acabaron con el francés. Los diez y ocho mencionados perecieron en el campo de batalla, y la reserva huyó sin pelear. Cuando el monarca inglés empezaba á gozar de su triunfo, se confundió con los cánticos de victoria una espantosa gritería, producida por el incendio de su campamento. Por un movimiento repentino de cólera ó por temor de alguna tentativa por parte de los prisioneros, casi iguales en número á sus soldados, Enrique mandó cruelmente que todos fuesen degollados.

Quedaron en el campo diez mil muertos, entre los cuales se contaban cuatro príncipes: los duques de Alençon y de Brabante, el conde de Nevers y el príncipe de Borbon-Prenx; el condestable de Albret, muchos duques, condes y señores titulados, ciento veinte señores abanderados y nueve mil caballeros ó nobles. Hay muy pocas familias ilustres en Francia que no encuentren en la lista funebre del historiador Daniel, los nombres de sus antepasados. Quedaron prisioneros mil seiscientos caballeros ó escuderos. Los mas notables eran el duque de Orleans, el de Borbon, el conde de Vendome, el de En, y el de Richemont, heruano del duque de Bretaña. Ni el rey ni el Delfín asistieron á esta batalla, merced al duque de Berri.

El de Borgoña, mientras se formaba el ejército contra los ingleses, había ofrecido unir sus tropas á las de los demás señores que acudían á alistarse bajo la bandera real; pero nada se resolvió sobre tal oferta. Satisfecho con haber salvado las apriencias, dió órdenes para impedir que el conde de Charolais, su hijo, joven leal y pundonoroso, se uniese al ejército real. No obstante, después de la derrota que había costado la vida á sus hermanos, reuvió sus ofrecimientos; pero su hermano el Delfín, á quien se había conferido el título de lugarteniente general del reino, no solo se negó á recibirlos, sino que le envió una orden para que no se acercase á Paris. Tal vez se temió que el inglés y el borgoñon, en lugar de contrariarse, se entendiesen para apoyar recíprocamente sus ambiciosos proyectos.

El partido del duque de Orleans, aunque prisionero, dominaba en el gobierno, cuyos principales miembros eran hechuras suyas. Su facción hizo conferir al conde de Armañac la dignidad de condestable de Francia, el cual casi desde el momento de subir al poder, fué su único depositario por la muerte del Delfín Luis. Sospechase que este había sido envenenado. Su hermano Juan, esposo de Jacoba de Baviera, hija del conde Hainaut y sobrina del duque de Borgoña, tan famosa por sus aventuras é himeños, recibió la denominación de Delfín; pero teniendo no gozar de su título sino bajo la condición de someterse á la tutela del conde de Armañac, permaneció en la corte de su suegro.

El nuevo condestable se hizo dar la superintendencia de hacienda, el gobierno de todas las fortalezas del reino, en una palabra, la soberanía mas limitada. Este exceso de autoridad excitó las murmuraciones de los magnates y la animadversión del pueblo, por cuanto abusaba de ella. Confirmó los antiguos impuestos y estableció otros nuevos, á los cuales sujetó al clero y la universidad, rechazando sus reclamaciones con dureza. Excluyó del consejo á aquellos que no conceptaba bastante adictos á su persona. Las cárceles se llenaron de partidarios verdaderos ó presuntos del duque de Borgoña, pues el condestable los perseguía severamente. Dos fueron ahogados solo por haber dicho que había en Paris cinco mil hombres prontos á abrir sus puertas al duque de Borgoña, y por temor de la arbitrariedad se desterraron espontáneamente muchas personas sensatas.

La prisión del duque de Orleans y otros muchos señores partidarios suyos, inspiró á Juan sin Miedo un gran deseo de reanimar su facción. Como no quería desohelear ostensiblemente las prohibiciones del rey de acercarse á Paris, se mantenía á cierta distancia, pronto siempre á penetrar en esta capital, apenas se presentase favorable coyuntura. Habiéndose retirado al Artois, salió el condes-

table de Paris hacia Normandía con objeto de impedir las escursiones de la guarnición inglesa de Harflleur. Durante su ausencia, la vigilancia de su partido fué menos activa, y los parciales del borgoñon, muy numerosos todavía, se reunieron en secreto. Hicieron el plan revolucionario que foruaron: degollar indistintamente á todos los orleanistas, encerrar al rey, la reina y al canceller, cargar de cadenas al duque de Berri y al rey de Sicilia, pasárselos en un coche estado por la ciudad, montados en bueyes, darles muerte en seguida, como igualmente á los príncipes, princesas y señores que pudiesen ser habidos, y al mismo degradar á monarca, en caso de resistencia. Esta empresa había sido aprobada por el duque de Borgoña en cartas que había escrito á los gefes de ella.

Todo estaba dispuesto y la matanza debía empezar antes de una hora; ya una mujer se enteró del secreto de los conjurados y estremeciéndose á la idea de la sangre que iba á derramarse, corrió á revelar á Dammartin, miembro del consejo. Este avisó á la reina, á los príncipes y al canceller, los que se refugiaron con el rey y su conitiva en el Louvre, único punto de defensa. Tanquei de Chatel, á la sazón preboste de Paris, reunió aceleradamente cuantos hombres armados le fue posible, se apoderó de los mercados, de donde debían salir los primeros chispazos de la sedición y derribó las puertas de las casas en que los cabeceillas esperaban la señal. Apodoseado de ellos, recorrió la ciudad é hizo abrir los lugares sospechosos. Mientras los mas culpables fueron presos, los demás apellaron á la fuga. El castigo siguió de cerca al atentado. De los presos, unos fueron ajusticiados públicamente y otros ahogados de noche. Entre ellos se contaba un Guillermo de Orgamont, sobrino del canceller de este nombre y canónigo de Paris, lleno de favores de la corte, el cual por la dignidad de canceller de Borgoña que el duque le prometió, se encargó de dirigir la empresa; siendo el mas criminal de todos, fué el menos castigado. Reclamado por el obispo y el cabildo de Paris, se le condenó únicamente á asistir al suplicio de sus cómplices, y á vivir encerrado á pan y agua por el resto de sus días. Por lo que respecta al duque de Borgoña, todo se redujo á un decreto que prohibía bajo pena de muerte, el enseñar las proposiciones homicidas de Juan Petit.

La noticia de la conspiración de Paris, obligó al condestable á entablar una tregua con la guarnición de Harflleur, y regresó repentinamente venganza. Los parisienses se estremecieron á su llegada. Hizo quitar las cadenas que quedaban y desarmar los habitantes, prohibió las reuniones bajo las penas mas severas y mandó demoler la casa donde se guardaban los cabezones. Aumentáronse los impuestos y se multiplicaron las proserpciones, los encarcelamientos y suplicios. Entones, sin guerra declarada, orleanistas y borgoñistas se la hicieron atrozmente en el campo; lucharon con encarnizamiento, y después de las batallas unos y otros ahoraban en los prisioneros.

Creyéndose pacífico dueño de Paris merced á sus ejecuciones, el condestable volvió á emprender de nuevo el sitio de Harflleur; pero dos victorias navales obtenidas por los ingleses, permitieron abastecer la plaza y obligaron al francés á levantar el cerco. Por aquel tiempo murió Juan, duque de Berri, príncipe indolente y egoísta, que lamentaba las discordias, no porque desgarraban la Francia, sino porque se oponían á su reposo y placeres. Aunque no gozaba de gran estimación, su categoría y edad servían de freno á los rumores, que desbordándose despues, precipitaron la Francia en un abismo de calamidades, de que solo son una sombra las que los habían precedido.

El motivo y objeto del duque de Borgoña al molestar incesantemente la corte con intrigas y mantener en Paris y basta donde le era posible en todo el reino, una facción turbulenta que solo vivía para el crimen, en lugar de vivir tranquilo en las hermosas provincias cedidas á su padre con perjuicio de la Francia, eran la ambición, el deseo desenfrenado de gobernar, dominar y aniquilar á sus rivales y á todos aquellos cuya existencia era una acusación continua de su primera maldad. Mucho debieron trastornar el espíritu y corromper el corazón del biznieto de Felipe de Valois estas funestas pasiones, para que se decidiese á firmar con Enrique V, biznieto de Eduardo III, un tratado que parecería increíble, si los historiadores mas ilustrados é imparciales no lo considerasen auténtico.

Dice en él que habiendo desconocido hasta entones la justicia de los derechos del rey de Inglaterra y de sus nobles progenitores al reino y á la corona de Francia, siguió el partido de su adversario creyendo obrar bien; pero que mejor informado, seguirá en lo sucesivo el partido del rey de Inglaterra y de sus herederos, que de derecho son y serán legítimos reyes de Francia; que reconoce hallarse obligado á tributarle homenaje como á su legítimo soberano; que al punto en que con la ayuda de Dios, de Nuestra Señora y del señor San Jorge, dicho rey de Inglaterra haya conquistado una parte notable del reino de Francia, cumplirá los deberes á que un vasallo está obligado respecto de su señor; que empleará todos los recursos y maneras secretas que estuviesen en su alcance para que el rey de Inglaterra fuera puesto en posesión



real del reino de Francia; que todo el tiempo que el rey de Inglaterra hiciese la guerra para apoderarse de dicho reino, hostilizará contra su parte con todo su poder á los enemigos designados por A, B, C, D, y á todos sus vasallos y allegados que desobedecieren al rey de Inglaterra; que protesta de antemano contra todos los tratados que pudiesen firmarse adelante favorables al rey Carlos y al Delfín, declarando que tales convenios serian nulos y encaminados únicamente al objeto de enganar con mas seguridad al uno y al otro. Concluyó ofreciendo cumplir todas estas estipulaciones *por la fe de su cuerpo y bajo palabra de principe.* ¡Qué fo! ¡Qué principe!

Hase visto que cuando murió el Delfín Luis su hermano Juan se hallaba al lado del conde de Hainaut, su suegro. El duque de Borgoña y el partido de Orleans le enviaron embajadores para atraerle á sus respectivas causas. El joven principe era poco capaz de decidirse por sí mismo, pero tenia en el conde un hombre que podia guiarle. Levóle este á Compiègne; se adelantó hasta Senlis, donde se hallaban la reina con su último hijo Carlos, muchos señores y algunos consejeros de Estado, y todos se trasladaron á Paris. El conde de Hainaut despues de las conferencias, que duraron tres dias, declaró terminantemente que no consentiria que su yerno viniese á la corte á merced del conde de Armañac, y que en consecuencia regresaria á Hainaut á no variar á fin de corte sino acompañado del duque de Borgoña. Esta declaración le hubiera costado la libertad si no se hubiese fugado con precipitación. Al llegar á Compiègne halló moribundo al Delfín. Su muerte se atribuyó á una apoplejía, pero pasado un año dijo el de Borgoña en un manifiesto haberse notado en el rostro del difunto señales de veneno. Juan no dejó hijos, ni tampoco su predecesor Luis. Carlos, el quinto y último hijo del rey, tomó el título de Delfín á los quince años de edad.

Las desvanecidas esperanzas del duque de Borgoña de apoderarse del gobierno á la sombra del Delfín Juan, reanieron merced á la enemistad ocurrida entre los dos personajes principales de la corte de Francia, la reina y el conde de Armañac. Ignórase enal finse la causa de su discordia, pero se sabe que se miraban con recíproca envidia. Con frecuencia se contrariaban sus inclinaciones y órdenes, y parecia haber entre ellos una perpetua lucha de poder. Este fin arrebatado por el conde por culpa de Isabel. Esta princesa vivia habitualmente separada de su esposo en el palacio de Vincennes, con poco respeto. Un caballero llamado Bois-Bourdon la galanteaba, y ella parecia no tener cosa alguna de su esposo, denotando á tan débil cuanto la razon brillaba en él. De repente Carlos VI se presentó en Vincennes en el momento en que menos lo esperaba su esposa. Ignórase lo que ocurrió entre ambos consortes, pero es lo cierto que la reina marchó á Tours con un escaso equipaje, y allí fué escrupulosamente vigilada. Preso y sometido el favorito al tormento, confesó, segun se dijo, crímenes que merecian el castigo que se le impuso. Fué arrojado al rio dentro de un saco, en que se leia esta inscripcion: *Respecto á la justicia del rey.*

El alojamiento de la reina hizo al condestable dueño absoluto de los negocios, pero esto ocasionó su desgracia. Como Isabel gozaba del título de regente, al gobernar el conde de Armañac con ella participaba de su derrecho; pero escluida esta princesa, solo quedaba al conde su cargo de condestable y las demas dignidades literativas con que contaba, á propósito para inspirar preveniciones contra su gobierno. Por esta razon el duque de Borgoña no cesaba de hablar de tiranía, y muchas personas que le habian sido muy desleales juzgaron que no pudiendo elejirse la autoridad ni por un rey ni por un joven de quince años, debía ser confiada al primer principe de la sangre con mas razon que á un simple aliado de la casa real. La envidia política de ambos competidores decidió la contienda. El condestable no tenia otras tropas que las que acababa de traer del vergonzoso sitio de Harfleur, y que apenas le bastaban para sujetar á los parisienses, la Isla de Francia y algunas poblaciones comarcanas. Juan sin Miedo veia veinte y cinco mil ingleses que acababan de desembarcar en Normandía, y habia verificado en sus provincias alistamientos considerables que estendia hasta la Picardía, aproximándose insensiblemente á Paris, á pesar de las órdenes que para alejarle le enviaba el Delfín de parte del rey. El conde de Armañac para ocurrir á sus apuros, cada vez mas apremiados, acrecia mas y mas los impuestos, lo exigia con estrechísimo rigor y anadia empréstitos forzosos. El duque de Borgoña hacia publicar que las ciudades que le abriesen sus puertas quedarian exentas de toda contribucion. En fin, el condestable se habia privado de un título aparente llamando al alojamiento de la reina, si no lo habia provocado; el duque por el contrario, conociendo todo el precio de este apoyo, no tarló en procurárselo.

Instruida Isabel en su destierro de Tours del ascendente que adquiria el asesino del duque de Orleans, acalló los sentimientos de una venganza con el deseo de otra. Ofrecióse á apoyar al de Bor-

goña contra la faccion que consideraba la causa de su desgracia, y le escribió pidiéndole fuese á libertarla. Aunque ocupado en el sitio de Corbeil, muy importante para él, la libertad y levó en triunfo á Chartres, donde se celebró una asamblea solemn de los partidarios del duque, que se proclamaron únicos depositarios del poder legitimo bajo la autoridad de la reina, la que creó en Amiens un parlamento para oponerlo al de Paris. Al ver la faccion borgoñista de la capital el estado brillante de los negocios del duque, creyó podia verificar un movimiento en su favor. Noticioso el duque de este proyecto, prometió secundarlo. Los conjurados se proponian apoderarse de una puerta y entregarla á un destacamento de tropas que se presentaria, pero el plan fué descubierta. Los acometedores fuéron recibidos desde las murallas á flechazos y se retiraron acerbamente, dejando un escaso número de muertos. Juan sin Miedo esperaba á una legua de Paris el resultado de la tentativa, pero al mirarla fallida acuarteló sus tropas durante el invierno en las ciudades que queria conservar, y tomó con la reina el camino de Troyes, adonde trasladó el parlamento que habia creado para Amiens. La conspiracion aunque abortada, habia hecho conocer al condestable cuantos enemigos tenia en el centro mismo de su poder, y creyó que solo podia conservarlo por medio del terror. Una comision se encargó de distinguir á los que merecian ser entregados á la muerte, absueltos, desterrados ó encarcelados. Esto prolongó consternacion, y todos se estremecian á la vista de aquel tribunal de sangre.

Las heladas no detuvieron al rey de Inglaterra, quien entró en Francia como seguro de su triunfo. Los resultados correspondieron á sus esperanzas. Las murallas caian á su presencia, las ciudades le abrian sus puertas, todo huia. Cuando los ingleses se apoderaron de Lisieux, solo hallaron á un viejo y una mujer que no habian podido acompañar á los fugitivos. El duque de Anjou, el conde del Maine, los señores y las ciudades por cuyas inmediaciones pasaba el ejército inglés, celebraban tratados con Enrique para preservarse del pillage. El reino se hallaba próximo á su disolucion, y no habia otro medio que acudir al duque de Borgoña para evitar su total ruina, pues él, merced á sus relaciones con Inglaterra, podia contener los progresos de Enrique V, ó bien oponérselo abiertamente si se negaba á moderar su conducta.

Entablóse una negociacion entre la reina y el duque de Borgoña por una parte, y los diputados del consejo en nombre del Delfín por otra. Esto se verificaba á despecho del conde de Armañac. Cuanto mas veia este declinar su autoridad, mas apuraba en codicia, deseoso de sostenerla, á las órdenes del rey, y estampaba el nombre del monarca á la cabeza de todos sus decretos. Los partidarios del duque de Borgoña poseian la ciudad de Senlis. El conde la atacó y levó al desgraciado Carlos al sitio para hacer creer que lo emprendia con beneplácito del rey. La ciudad prometió entregarse si no era socorrida en un plazo determinado, y dió rehenes. El auxilio llegó antes de la época fijada, y no se reunió. El conde hizo descuartizar los rehenes como rebeldes; acto de rigor tan injusto como inútil, que costó la vida á cuarenta y seis prisioneros de guerra, cuyas cabezas arrojaron los sitiados desde las murallas. Una especie de rabia se apoderó de él, porque sus propios negociadores creyeron que no seria comprar demasiado cara una paz tan necesaria, á costa de la entrada de la reina y del duque de Borgoña en el consejo. El conde se negó resultantemente á esta condicion. El pueblo que esperaba, deseaba y pedia á gritos la paz, se llenó de colera. Renováronse las vejaciones del condestable, y los que opan resistencia á sus exigencias, eran tratados con insultante dureza. No alcanzando á transmitirle toda su arbitrariedad, dice que hizo fabricar medallas de plomo para distribirlas á los que debian ser respetados en una manzana general que molataba.

Esta bárbara prevision justificó en cierto modo las atrocidades cometidas con él, pero no las perpetradas con muchos de sus partidarios, quienes, lejos de ser sus cómplices, ignoraban sin duda sus proyectos sanguinarios. La elipsis que queda despues de tan gran incendio, no debe mirarse con indiferencia. El hecho siguiente le demuestra: Un tal Perinet fué insultado por el criado de un partidario de Armañac, y habiendo reclamado justicia fué desechada su demanda. Perinet reunió muchos borgoñistas amigos suyos, y forjó el plan de una revolucion. Sus cómplices concertaron la ejecucion de su designio con el comandante de Pontoise, y se lanzaron de noche gritando: Paz, paz, viva Borgoña. Los vecinos dieron el mismo grito al despertarse. Engrosada la turba por momentos, parte de ella se dirigió al palacio de San Pablo, derribó las puertas y obligó al rey, á pesar de sus dolencias, á montar a caballo para escucharse con su presencia. Otros grupos alanzaron las casas del canceller y demas ministros y los encarcelaron. Al primer grito de alarma, Tannequi de Chatel voló al palacio del Delfín, le tomó en sus brazos casi desnudo y medio dormido, y le trasladó á La Bastilla, de la que era gobernador. Buscábase al condestable; pero hubiera sido difícil hallarle en la miserable habitacion de un albañil donde se refugiara, si el propietario intimida,

do por una proclama espedita contra los que le ocultasen, no le hubiese delatado. Fué conducido á la Consergeria con señores, prelados, presidentes y consejeros de los tribunales supremos, en número tan considerable, que no bastando las prisiones, fué preciso destinar á este uso muchos edificios publicos y particulares. Solo Tannegui de Chatel se opuso á tales violencias, quien creyendo al regresar de conducir al Delin á Melun, que todavía es-

aparece al palacio de San Pablo, donde su esposa la recibió como si estuviese muy satisfecho de ella. A los primeros impulsos de alegría sucedieron fiestas públicas, y á estas nuevas atrocidades dirigidas por el mismo duque de Borgoña. Sus tropas, diseminadas en los alrededores de Paris, interceptaban los viveres por órdenes suyas, y el hambre empezó á hacerse sentir. El duque persuadió al pueblo de que este azote era causado por los orleanistas, lo cual fué un medio para deshaecerse de los que se habían librado de la primera carnicería. Aun habia algunos personajes en las prisiones de Vincennes. Un tribunal establecido por el duque de Borgoña, pidió que fuesen conducidos á Paris para ser juzgados, lo cual fué un artificio inicuo para arrancarlos de aquel asilo, pues fueron degollados por los Cabezones en el camino. El jefe ostensible de estos asesinos era Capeluche, verdugo de Paris, con quien se vió al duque de Borgoña conversar familiarmente y estrecharle la mano. Los capitanes del duque, señores todos de la mas elevada categoría, asistían con él á estos espectáculos y estimulaban las matanzas.

Libre Juan sin Miedo de sus principales enemigos se cansó de aquellos satélites, que no siempre eran dóciles. Enviólos por petición suya contra fuerzas contrarias, pero fueron batidos por estas, y tuvieron que regresar á la capital, donde mataron á sus gefes por traidores ó torpes. Esta matanza libró al duque de los mas peligrosos. Con el mismo pretexto hizo salir otros seis mil de los mismos, los que fueron también batidos y cuando quisieron entrar en Paris hallaron cerradas las puertas. Entonces se desbandaron por el



Toma del Chatelet por los Cabezones.

tarian los parisienses en el desórden del tumulto, penetró en la capital á viva fuerza, pero fué rechazado en pos de un renido combate. La Bastilla se vió obligada á capitular.

Este ataque de Tannegui fué fatal á los presos, contra los cuales exasperó el furor del pueblo, aunque no tanto como una carta de la reina diciendo que ni ella ni el duque de Borgoña volverian á Paris mientras no estuviese limpia de orleanistas. Semjante carta era en realidad una sentencia de muerte, cuya ejecución dispusieron al momento los Cabezones, mostrándose mas feroces que nunca. Dirigieron á las cárceles, degollaron las guardias y carceleros que intentaron oponer resistencia, é hicieron salir uno á uno á los presos, matándolos conforme se presentaban. Los del Chatelet quisieron defenderse. Los bárbaros rodearon de leña el edificio, le prendieron fuego y rechazaron de las puertas á los que el humo y las llamas obligaban á salir. La pluma se resistió á referir las crueldades de que fueron víctimas mujeres, niños y ancianos de todas clases, perseguidos hasta en las profundidades de los calabozos. El condestable, el canceller y su hijo el obispo de Coutances, fueron sacados de entre los de la Consergeria, y el populacho convirtió en escena de diversion su suplicio, arrastrando por espacio de tres dias por las calles los ensangrentados restos del conde de Armañac, y perpetrando atrocidades casi fabulosas.

Envalentonada la reina con la muerte de tan considerable número de los mas importantes orleanistas, se fué á Paris con el duque de Borgoña, y ambos realizaron una entrada triunfal. Isabel fue á



Juana de Arco presentándose á Carlos VII.

campo, y las tropas borgoñistas los persiguieron como á bestias feroces, matando gran número de ellos. El verdugo Capeluche fué juzgado por el duque como el mas á propósito para servir de escarmiento con muchos de sus principales cómplices. En la ejecución ocurrió un hecho que la historia debe consignar, aunque se refiere á un ser envilecido. A Capeluche debía cortar su criado la

caheza. Todavía no sabía este tal oficio, pero en el mismo patibulo le dió una lección su amo, quien se puso de rodillas y recibió el hazcho sin dejar traslucir la mas ligera alteracion. Este fué el último acto de la tragedia, á la que debí anadirse la peste. En tres meses de tiempo, esto es, desde la Natividad de la Virgen hasta la Concepcion, el contagio arrebató en París cien mil personas de ambos sexos, habiendo completado semejante estrago los infortunios del pueblo.

La mayor parte de los magistrados habian muerto ó huido. Un decreto del consejo de Estado anuló todas las jurisdicciones y puso todos los cargos *en manos del rey*. La reina y el duque procuraron alejar de los puestos públicos á todos los partidarios de la faccion proserita, y cumplieron el Parlamento y los tribunales con favoritos suyos. El duque se reservó el gobierno de París que tanto

habia merecido, y se atrajo á los parisienses devolviéndoles sus privilegios, las cadenas de las calles y sus armas. Creó mariscales de Francia y un almirante, pero el cargo de condestable no fué provisto. Cambió la servidumbre del rey; no quedó en ella un solo empleado que no estuviese del todo exento de la sospecha de orfanismo y exigió á todos un nuevo juramento. Dos cosas ocuparon entonces al consejo: el regreso del Delfín y el medio de detener el progreso del rey de Inglaterra. De Melun, á donde le habia trasladado Tannegui de Chatel desde la Bastilla, el príncipe se habia retirado á Bourges y luego á Poitiers. Su madre y el duque de Borgoña le invitaron á regresar; pero como de los que le rodeaban no habia uno solo que no pudiese arremiar á entrambos la muerte desastrosa de algun pariente ó amigo, todos instaron á Carlos á que rechazase unas proposiciones, que tal vez no eran mas que lazos para enganarle. El joven príncipe dudó. La corte redobló sus instancias; mas él no escuchando mas que á su consejo, declaró que no se prestaría á ningún convenio, mientras el gobierno permaneciese en manos del asesino de su tío.

Adoptó esta resolucion merced á las esperanzas que le hacia concebir el rey de Inglaterra, el que le envió negociadores. Entabláronse conferencias en Alençon, y los ingleses se mostraron al principio muy razonables. Partiendo como siempre de la paz de Bretigny, solo añadan á las concesiones de este tratado, el abandono de algunas ciudades que se les podian conceder; pero cuanto mas fáciles se mostraban los agentes del Delfín, los ingleses pedian cada vez mas, y al fin exigieron todo el reino, verdadero objeto de Enrique V, como lo manifestó sin rebozo al cardenal de Ursinos, legado del Papa, que le instaba para que concluyera la negociacion bajo menos duras condiciones. «¿No veis, le dijo, que Dios

me ha traído aquí como por la mano? Ya no hay rey en Francia; tengo derechos legítimos á este reino, donde todo está en confusión, y nadie piensa en defenderse contra mí. ¿Puedo recibir una prueba mas evidente de que Dios que dispone de las coronas, ha resuelto cobrarse la de Francia?»

Mientras así hablaba, dominaba toda la Normandía y sitiaba á Rouen, cuyos habitantes se rindieron, victimas de una horrible hambre, y de la traicion del gobernador, quien fué confirmado en su empleo por el rey de Inglaterra. La toma de Rouen conesternó á París, sobre todo porque la corte habia salido de esta ciudad y retirádose á Troyes, bajo el pretexto de una epidemia; pero la causa real era el estremado peligro en que se veia la capital, bloqueada de un lado por las tropas del Delfín, y de otro por los ingleses que se adelantaban hasta Mantes. Los parisienses pidieron el regreso del monarca, y el duque de Borgoña respondió que el rey volveria cuando la ciudad estuviese suficientemente abastecida.

Juan sin Miedo se veia rodeado de terribles apuros, pues no se atrevia á declararse terminantemente contra el rey de Inglaterra, temiendo que este publicase el infame tratado que ambos habian celebrado. El Delfín, á pesar de los deseos de arreglo que la corte le manifestaba, permanecia inflexible. El duque y la reina conviniéron entonces en tener una entrevista con el inglés entre Meulan y Pontoise. El Delfín invitado á ella, envió á Tannegui de Chatel y á algunos de sus mas decididos partidarios. Isabel llevó á ella á su hija Catalina, ya pedida en matrimonio por Enrique. Este príncipe se mostró al principio muy inclinado á la princesa; pero cuando advirtió que su pasion hacia esperar al enemigo condiciones ventajosas, patentizó, dice un historiador, que *amaba como conquistador*. Esto contribuyó tal vez mas en favor de una reunion con el Delfín para rechazar al enemigo comun, que todas las razones á que se habia apelado tanto para que se

arrepintiera el duque de sus alianzas criminales, cuanto para impedirle que contrajese otras nuevas en aquellos momentos.

Con objeto de tomar las oportunas medidas contra el enemigo comun juntáronse el Delfín y el duque en Poutilly-Port, castillo situado entre Melun y Corbeil. Confremetieron con todas las apariencias de una verdadera reconciliacion, y consagrándola con un juramento solemne sobre los libros sagrados, se abrazaron afectuosamente. Su tratado fué ratificado en el Parlamento de París, y los parisienses lo celebraron con públicas demostraciones de alegría. En dicho tratado concedian una amnistia general, ofrecian gobernar juntos, y se obligaban á reunir sus fuerzas contra los ingleses. El duque se retiró á Troyes, donde se hallaban el rey, la reina y toda la corte, y desde allí se dirigió muchas veces á ver al



Juana de Arc en la hoguera.

rey de Inglaterra. Ignórase lo que ocurrió en sus entrevistas, pero Juan sin Miedo no se daba prisa á cumplir el último artículo del tratado de Pouilly; lejos de esto acordó con Enrique una tregua queataba las manos al Delfín. Este reclamaba con albuco que se rompiesen las hostilidades, y para remover todos los obstáculos pidió una nueva entrevista.

Debía verificarse esta en Montereau, en cuya población dominaba el Delfín, y el duque en el castillo. Después de mil dudas que revelan las angustias en que vivía, accediendo el de Borgoña al parecer de la dama Giac, bajo del castillo al puente donde se había construido un salno precedido de dos barreras, que al parecer solo estaban guardadas por partidarios del Delfín. Cerórranse las barreras apenas las pasó el duque, quien acercándose al Delfín puso una rodilla en tierra para saludarle; pero un hachazo le quitó la barba, y otros golpes acabaron con dicho duque. El jóven príncipe se sintió indispuesto y fué conducido desmayado á la ciudad. Los señores de su escolta, escepto tres que se cree fueron los que mataron al duque, permanecieron inmóviles de estupor. De los acompañantes del de Borgoña, solo Noailles se puso en defensa y pereció con él: solo uno se salvó franqueando las barreras; los otros, llenos de asombro, fueron cogidos sin resistencia. Todo esto fué obra de un minuto, y así no es probable que alguno de los testigos oculares conservase bastante sangre fría para observar bien las circunstancias de tan inesperada escena. Por esta razón carecen las circunstancias de tan mejor cumplida á los intereses de su partido.

La escolta que acompañaba al Delfín al trasladarse á Montereau era un ejército que se hace subir á veinte mil hombres. Si con estas fuerzas se hubiese dirigido á Troyes, donde no se supo la tragedia hasta pasado cuatro días, hubiera podido sorprender al Consejo y plantando borgoñistas, apoderarse del rey y combatir en su nombre. Pero en lugar de obrar así, malogró la ocasión en deliberaciones, lo que prueba que tanto él como su Consejo ignoraban lo que iba á suceder. El tiempo que emplearon en ponerse de acuerdo dió á la facción borgoñista el necesario para obrar. La misma Isabel, acérrima enemiga del asesino del duque de Orleans, olvidó que era madre y se entregó como madrastra á la venganza de la muerte del de Borgoña, autorizando con su nombre y el de su esposo las injurias divulgadas contra su hijo. En vano sostuvo el Delfín que el hecho no había sido premeditado, sino efecto de una reyerta repentina, pues se le juzgaba por lo menos cómplice, porque conservaba á su lado á los tres señores que se creían autores del asesinato, Tanneugi, Loire y Louvet. La dama Giac y su marido se acogieron también á su profesión, lo que hizo sospechar connivencia por su parte.

A Juan sin Miedo sucedió su hijo Felipe, llamado después el Bueno. La reina se dirigió á él para sustraerse á los primeros esfuerzos del Delfín, y el nuevo duque de Borgoña la envió un cuerpo de ejército para defender á Troyes en caso de ataque. A esta ciudad debió marchar el Delfín para apoderarse del rey y procurarse la inmensa ventaja de pelear en su nombre; pero el príncipe se retiró al otro lado de Loira, y este río fué en lo sucesivo la línea divisoria de entranbos partidos. Aunque nadie ignora hasta qué punto pueden llegar el rencor y la venganza de una mujer fúrdica, ésta no obstante mucho trabajo creyó que solo el resentimiento contra su hijo determinase á Isabel á cerrarle el camino del trono. Lisonjébase sin duda de que entregando la corona de Francia al rey de Inglaterra, este y el duque de Borgoña la darían en el gobierno una parte que no podía prometerse de la facción enemiga que manejaba á su hijo. Las bases del plan que debía procurar la paz mediante la realización de este inicu proyecto, se establecieron en un congreso celebrado en Arras, al que asistieron los plenipotenciarios ingleses, los diputados de Paris y de las principales ciudades del reino, y el duque de Borgoña en nombre del rey y la reina. Todo estaba preparado. Los grandes intereses que debían ocupar aquella asamblea solo exigían algunos días de somera discusión. En ella se resolvió que Enrique V se casase con la princesa Catalina; que su suero continuase reinando hasta su muerte, después de la cual recería el reino en el yerno y su descendencia; que atendida la incapacidad de Carlos, Enrique presidiese el gobierno en calidad de regente, reconociéndole como tal por medio de juramento todas las gerarquías del Estado. Estos fueron los artículos formulados en aquel congreso de Arras, que es preciso no confundir con otro que se celebró en el mismo punto diez y seis años después.

A consecuencia de las disposiciones adoptadas, los diputados de las ciudades se apresuraron á hacer tratados particulares con el rey futuro para la conservación de sus privilegios; lo que formó una liga formidable contra el Delfín. El duque de Borgoña no se olvidó de las ventajas que debía obtener Enrique cuando llegara á ocupar el trono. El rey de Inglaterra publicó un armisticio, excluyendo de él los países adictos al Delfín. Al contrario, las partes contratantes debían auxiliarse mutuamente con todas sus fuerzas para llevar la guerra á las comarcas rebeldes. El Delfín intentó también tratar con el monarca inglés, pero su situación era tan precaria que ni siquiera fué escuchado.

Enrique V, cuyas conquistas en la Normandía se extendían hasta Pontoise y rodeaban la Champaña, se trasladó á Troyes en pos del duque de Borgoña. Allí encontró el tratado definitivo formulado en treinta y un artículos, que son la esplicacion de los de Arras. En él se advierte esta importante adición: que la corona de Francia se agregaría *indivisiblemente* á la Inglaterra. La reina y el duque de Borgoña lo firmaron tanto en su nombre cuanto como procuradores del rey, á la sazón muy enfermo. Al día siguiente casóse Enrique con Catalina, y sin detenerse fué á tomar á Sens y Montereau, donde Felipe el Bueno tributó á su padre los últimos homenajes. Desde Melun, donde el rey y la reina se le reunieron, se trasladaron unidos á Paris. En todos los puntos por donde pasó el nuevo regente, se hizo prestar el juramento de fidelidad al pueblo y á los señores que iban á cumplimentarle. Instado el príncipe de Orange, adicto en todos tiempos á la casa de Borgoña, para que siguiese el ejemplo de los demás, respondió: «Estoy pronto á servir al duque de Borgoña, pero nunca prestaré juramento de entregar el reino á su antiguo y capital enemigo.»

Los parisienses festejaron y obsequiaron al rey de Inglaterra, quien correspondió con bastante menoscipio. Tuvo una asamblea en el palacio de San Pablo, á la cual dió el nombre de Estados Generales. Los príncipes de la sangre de Inglaterra se sentaron mas arriba del duque de Borgoña, único que concurrió de los príncipes de la sangre real de Francia. Resolvióse establecer un impuesto bajo el nombre de *empréstito forzoso*. Enrique había establecido ya uno en Normandía antes de su conquista, prometiendo abolir todos los demás. Decretóse también una refundición de monedas, que debía redundar en beneficio del real tesoro.

A esta decision fiscal siguió otra política muy deseada del rey de Inglaterra. En el mismo palacio de San Pablo fueron congregados el Consejo y el Parlamento para recibir las quejas del duque de Borgoña y juzgar el delito cometido en Montereau. El Parlamento y el Consejo habían aprobado al menos con el silencio en aquel mismo lugar las máximas homicidas de Juan Petit, relativamente al asesinato del duque de Orleans. En el caso presente todos se pronunciaron contra el asesino de Montereau, y la sentencia decía: «Carlos de Valois, ex-delfín, y sus cómplices, reos de lesa majestad al primer gefe, quedan privados de sus bienes, honores y dignidades, y sus vasallos exentos del juramento de fidelidad.» El Delfín apeló de este fallo á Dios y á su espada.

De esta suerte Enrique alejaba hasta la apariencia de los obstáculos que podían cerrarle el camino del trono de Francia, camino que se había trazado desde sus primeras victorias en Normandía. Escribebido á su canceller de Londres, le mandaba vigilase asiduamente á los prisioneros en Azincourt, entre los que se hallaban el duque de Orleans y otros príncipes de la sangre. Todos estos señores hubieran podido ser muy útiles al Delfín, quien se vió privado además del conde de Vertus, hermano del duque de Orleans, y de su cuñado Luis III de Anjou. El primero murió aquel año, y el segundo le abandonó para ir á conquistar el reino de Nápoles, usurpado á su padre Luis II. Sin embargo brillaban en su corte las virtudes de su esposa Maria de Anjou, princesa llena de atractivos, y el valor heroico de multitud de guerreros adictos á su causa, entre quienes se contaban el conde de Clermont, hijo del duque de Borona, el mariscal de La Fayette, y entre otros el bastardo de Orleans; el jóven conde de Burgois, que empezaba á hacer presagiar sus talentos y proezas. Isabel, muy al contrario, reina en otro tiempo tan orgullosa y objeto de la adoración de los caballeros franceses, reducida entonces á los frios y á voces trónicas homenajes de los capitanes ingleses, solo brillaba ya por la belleza de su hija Catalina, reina de Inglaterra.

Enrique fué á mostrar su esposa á los vasallos insulares y á adorarla en sus ojos con la corona rival que sometía á su imperio. El Delfín estableció en Poitiers su Parlamento, creó un Consejo de los mariscales de Francia; recorrió las provincias que le eran adictas, y se atrajo nuevos partidarios con su afabilidad y constancia en el infortunio. El regente de Escocia durante la detención en Inglaterra del rey Jacobo I, su primo hermano, le envió seis mil hombres bajo las órdenes de Juan Estuardo, su hermano y conde de Buchan, á quien Carlos elevó á la dignidad de condestable después de la batalla de Beauge. Enrique había conñado durante su ausencia el mando de sus tropas á su hermano el jóven duque de Clarence, el que después de haber atravesado el Maine y el Anjou se disponía á sitiar á Angers para abrirse paso por el Loira. El mariscal de La Fayette y el vizconde de Narbona, unidos á los escoceses, se adelantaron rápidamente para desconcertar esta tentativa, y situándose en Beauge entre el Loir y el Loira, enviaron un desalio al príncipe inglés. Este no tenía de las cualidades guerreras de su hermano sino el valor, y aceptando rescatadamente el reto, abandonó sus posiciones para arrebatar á los franceses la gloria de prevenirle. Atacólos sin esperar á su reserva, ni tomarse tiempo para disponer de sus tropas, y menos general que soldado, consideró como asunto de honor combatir en primera fila. Desde el prin-

cipio de la acción quedó herido; el ahinco de los franceses en apoderarse de su persona, y el de los ingleses en librarle, trabaron en su derredor un obstinado combate de que fue victima. Percibió á manos del conde de Buehan, y su muerte ocasionó la pérdida de la batalla, el levantamiento del sitio, y la ruina de todas las esperanzas del príncipe.

La vuelta del rey de Inglaterra desvaneció las que el Delfín empezaba á abrigar por algunas otras victorias parciales, y sobre todo por una alianza contraída con el duque de Bretaña. Enrique dió con su presencia nuevo ardor á sus soldados, espulsó las tropas del Delfín de la Isla de Francia y países adyacentes, se apoderó de las ciudades de esta comarca, y llevó la alarma hasta Saintonge y el Lemosin, mientras el duque de Borgoña se posesionaba de la Picardía y de la Champana. En medio de estos triunfos, Catalina dió en Windsor á su esposo un hijo que fué Enrique VI su sucesor. Rodeado de una gloria que parecía la aurora de sus mas bellos dias, Enrique entró triunfante en Paris; pero parece que á través de las demostraciones de una alegría forzosa, los parisienses miraban con disgusto á los vencedores.

En medio de esta pompa triunfal, al monarca inglés acometió una enfermedad alarmante, cuyos agudos y continuos dolores le redujeron en breve al último extremo. Vio acercarse la muerte sin temor, confió á los príncipes sus hermanos su tierno hijo y su desconsolada esposa: les mandó no diesen al duque de Borgoña motivo alguno de arrepentirse del partido que habia tomado; que le ofreciesen el gobierno del reino, y que si se negaba á aceptarlo, lo confiesen al duque de Bedford, y la regencia de Inglaterra á su otro hermano el de Gloucester. Prohibió especialmente se devolviese la libertad á los prisioneros de Azincourt antes de la mayoría de su hijo, ni que se hiciese la paz con el Delfín, y que si era preciso entablarla, no la admitiesen sino bajo la condicion de que la Normandía perteneciese completamente á los ingleses. Arrebatóle la muerte á la edad de treinta y tres años y al principio de una carrera tan brillante. Su cadáver fué llevado á Inglaterra.

El duque de Borgoña rehusó el gobierno, que se le ofreció en virtud de lo dispuesto por el rey difunto. La reina Isabel hizo esfuerzos para apoderarse del mando; pero no logró ni siquiera la pequeña parte de autoridad que las facciones le concedían en otro tiempo. El duque de Bedford se hizo dueño de la regencia: las medidas al efecto estaban tan oportunamente tomadas, que la muerte del monarca inglés no introdujo ningun cambio en los negocios. Mucho menos se alteró cosa alguna con la muerte del infortunado Carlos VI, que tuvo lugar poco despues de la de su yerno. No asistió á sus funerales ningun príncipe de la sangre, ni en el tesoro se halló lo necesario para costear su entierro. El Parlamento se vio precisado á mandar que se vendiesen lo mas pronto posible los bienes muebles del finado rey, hasta completar la cantidad necesaria para sus funerales. Merced á tal disposicion, la ceremonia fué muy sumtuosa.

Carlos VI reinó cuarenta y dos años y vivió cincuenta y cuatro. Tuvo de Isabel de Baviera doce hijos, de los cuales solo quedaron cuatro á su muerte, tres hijas y Carlos VII su sucesor. Oleta de Champdivers le dió una hija. Esto es todo lo que puede decirse de la persona de Carlos VI; pero su reinado es fecundo en acontecimientos notables, de los cuales merecen ser recordados algunos para que sirvan de enseñanza. Desmarest, pacificador de buena fé, entregado por un partido é inopinadamente conducido al patibulo por otro, muestra con peligroso es hacerse conciliador en tiempos de revueltas. El prurito de figurar en todas las facciones condujo al intrigante Essarts al cadalso. Aubriot y Savoisi, sacrificados á la venganza de la Universidad, deben conjurar la tentacion de oponer odio á odio, especialmente cuando se tiene por adversario á una corporacion. El castigo de Betisac y demas administradores de los fondos públicos, perseguidos en este reinado, enseña que las órdenes de un príncipe avaro no eximen siempre á sus ministros de la pena merecida por su interesada condescendencia. El duque de Orleans, despreciando la opinion y la moral, cae bajo los golpes de su pariente ofendido. Juan sin Miedo, rey de asesinado, perece asesinado. El ambicioso conde de Armañac, causante de tumultos y matanzas, despedazado por el populacho, envuelve á sus partidarios en su ruina. Carlos el Malo, rey de Navarra, asaz astuto para eludir la justicia humana, no burla la divina y sufre en esta vida los tormentos del infierno. Por último, los facciosos, volviendo unos contra otros sus armas ensangrentadas, y los gefes de ellas inmolados por sus cómplices, advierten de una manera espantosa á los pueblos, que la rebelion abre abismos en que se hunden á la vez el inocente y el culpable.

#### CARLOS VII.

De edad de 20 años.

Este príncipe tenia unos veinte años cuando supo la muerte de

su padre. Hallábase á la sazón en Auvernia, en un castillo llamado Espalli, acompañado únicamente de algunos señores y robles. Estos se vistieron los trajes de que se servían en los torneos, le condujeron á la capilla, levantaron una bandera con las armas de Francia, le saludaron y gritaron: ¡Viva el rey! Tal fué la inauguracion del monarca, al que quedaba escasamente la cuarta parte de su reino, contándose en ella el Berry. De la capital de este ducado fué llamado por befa *rey de Bourges*. Pocos dias despues de la proclamacion de Espalli, se hizo coronar en Poitiers sin gran aparato. No obstante, desde este momento hubo en Paris movimientos en su favor, pero los causantes de ellos fueron descubiertos y castigados con la prison, el destierro ó la muerte. El duque de Bedford, regente del reino por el joven Enrique VI y tutor suyo, hizo reconocer á este en las ciudades de su dominacion, y exigió juramentos individuales, así á los mas infimos artesanos como á los mas altos personajes. Dedicóse despues á robustecer el poder de su pupilo por medio de alianzas y un buen plan de guerra.

El duque de Bretaña, declarado en favor de los ingleses, vacilaba en su adhesion. Tenia un hermano llamado el conde de Richemont, que influia mucho en su ánimo, y decididamente adicto á la casa de Francia, hallándose prisionero en Inglaterra despues de la batalla de Azincourt. Bedford creyó atraerse á uno y otro concediendo la libertad al prisionero y por medio de un doble enlace. Proporcionó á Richemont una hermana del duque de Borgoña, llamada Margarita, viuda del Delfín Luis, y obtuvo otra para sí. De esta manera se atraió á dos príncipes poderosos y asentaba las provincias situadas mas allá del Loira, donde solo quedaban al *pequeno rey* algunas ciudades que Bedford atacó una tras otra. La fortuna le halagó no solo en los sitios sino tambien en los combates. Citase entre otras la victoria de Gravant, cerca de Auxerre. El conde de Buchan, Juan Estuardo, condestable, y el mariscal de Sevrac sitiaban esta ciudad de reducida poblacion, pero muy fuerte en aquella época. Bajo sus murallas se empenó una batalla sangrienta, cuya gloria perteneció por entro á los ingleses, y en ella se hicieron muchos prisioneros, entre otros el condestable, que poco despues fué cangecado con Toulgeon, mariscal de Borgoña.

Este descalabro se reparó con bastante prontitud. Carlos VII, ademas de los señores y pueblos de sus provincias que le daban muestras de una inviolable fidelidad, tenia aliados leales y solícitos. Los grandes vasallos proximos á los Pirineos y otros súbditos poco sumisos hasta entonces, le ofrecieron el apoyo de valientes, en su mayor parte españoles. Felipe María, duque de Milan, le envió soldados italianos, y la nobleza de Escocia, aun antes de la libertad de Jacobo II su rey, prisionero hasta aquel año en Inglaterra, voló á las órdenes de Archambaud de Douglas, suegro del condestable, á la socorro de sus antiguos amigos. Pero todos estos refuerzos no equivalían á los que el regente se proporcionó con los alistamientos que hizo en Inglaterra, en los estados del duque de Borgoña y en las provincias sumisas á su pupilo. De estas tropas de tantas naciones, que escogían la Francia por palemeque, se formaron dos ejércitos deseosos de avistarse y pelear. Encontráronse cerca de Verneuil, plaza que proporcionaba á los de Carlos VII una entrada libre en Normandía y en la Isla de Francia.

Apostrofáronse los franceses de Verneuil, pero los ingleses se presentaron sin tardanza á reconquistarlo. Los mas entendidos capitanes franceses eran de parecer que se abandonase la fortaleza antes de arriesgar una batalla, que en caso de derrota podia arrebatar al rey su último recurso. Proponian se estableciese en Verneuil una respetable guarnicion, y que mientras los ingleses se entretenían en atacar, se fuese á tomar muchas plazas que Bedford habia desguarnecido para reforzar su ejército; pero Douglas, Buchan y otros escoceses supusieron que los franceses rehusaban el combate para que ellos continuasen por mas tiempo en Francia. Esta sospecha era mas que suficiente para aventurarlo todo, y se resolvió dar la batalla. La impetuosidad francesa triunfó al principio, pero los arqueros ingleses destruyeron despues con sus flechas ginetes y caballos, que arrastraron á los infantes en su desordenada fuga. El condestable y sus animosos compatriotas perecieron en la refriega. Pocas familias distinguidas dejaron de deplorar la pérdida de algun allegado, ó muerto ó prisionero. Contóse entre los últimos al duque de Alençon, príncipe de la sangre real á la sazón en la flor de su edad, y destinado á una celebridad de otro género. Desde esta fatal jornada, el rey no dejó de recibir noticias á cual was desastrosas. No brillaba un rayo de esperanza; pero de repente dejaron entrever alguna su propios enemigos.

Jacoba, condesa de Hainaut y de Holanda, viuda del Delfín Juan, muerto en Compiegne, habia contraído segundas nupcias con Juan IV, duque de Brabante, y primo hermano como ella del de Borgoña. Este matrimonio se habia efectuado con todas las dispensas necesarias, hasta las del concilio de Basilea. Pero Jacoba, disgustada en breve de su esposo, pensó en separarse de él. El du-

que de Gloucester, regente de Inglaterra, como Bedford su hermano lo era de Francia, le ofreció su mano. Jacoba la aceptó, y hizo anular su matrimonio por el antipapa Benedicto XIII, y se enlazó con el príncipe inglés, que se dispuso a tomar posesión sin tardanza de los estados de la princesa holandesa. Como regente de Inglaterra dispuso de las fuerzas de su sobrino, tomó para su expedición las destinadas a Bedford, llegó á Calais y entró en el Hainaut. El duque Juan se quejó al de Borgoña, así de la infidelidad de su esposa como de la invasión de sus estados. A las tropas que Felipe el Bueno levantó en su favor se unieron muchos caballeros picardos, y se vino militar en su ejército un cuerpo de realistas á las órdenes de Xaintrailles, con el beneplácito del duque de Borgoña, lo que admiró é inquietó al de Bedford.

Este suceso fué ventajoso á Carlos VII, tanto porque le hizo conocer lo que podía ganar con el apoyo del duque de Borgoña, el mas firme sosten de los ingleses, cuanto porque al mismo tiempo impidió al regente aprovecharse del asentecimiento que le daba la victoria de Vermeuil. La necesidad de orillar esta diferencia entre el duque de Borgoña y su hermano, le determinó á marchar á Inglaterra. Este fué un tiempo de inacción para su partido y de actividad para el rey. La nobleza de Auvernia y otras provincias salió á campaña, y Carlos VII vivió incorporándose quinientos ó seiscientos caballeros con sus respectivas comitivas, ademas de diez ó doce mil ballesteros que habian reclutado en sus países. El monarca estimulado por los ofrecimientos de aquellos valientes, los situó en sus fronteras, en las ciudades y castillos mas amenazados desde donde molestaban al enemigo. El viaje de Bedford dió tambien á Carlos la facilidad de trabajar con mayor eficacia en una negociacion importante que proyectaba.

Aunque habia esperanzas de atraer al duque de Borgoña á una conciliacion, el consejo del rey creyó que todavía no era tiempo de hacerle proposiciones directas. Juzgóse mas prudente dirigirse al pronto al duque de Bretaña, Juan VI, dicho el *Sabio* ó el *Bueno*, sin embargo de que tambien tenia rencor personal contra Carlos VII. Como el conde de Richemont, hermano del mismo duque, llevaba á mal la preponderancia de los ingleses, era difícil que aceptase una dignidad y bienes considerables en Francia, toda vez que nada poseía; pero se comió el desacierto de mandar al presidente Louvet á hacerle las oportunas proposiciones, y nada se adelantó, habiendo sido el emisario despedido con menoscabo de Bretaña, merced á la antipatía con que se le miraba. Renovóse la negociacion por medio de la viuda de Sicilia, que estando bien con ambas cortes se encargó de ofrecer á dicho conde la espada de condestable, tierras y pensiones. Juan el Sabio se hizo rogar por una cosa que deseaba mucho y consintió al cabo que su hermano pasase á la corte de Francia, donde se tratarian los demas puntos del convenio principiado.

Carlos tuvo la satisfaccion de recibir en Angers al conde de Richemont, acompañado de los señores mas distinguidos de Bretaña. El conde propuso al rey que antes de aceptar la espada de condestable le permitiese conferenciar con los duques de Borgoña y Saboya. Sorprendióse el monarca de tal proposicion, mas al fin accedió á ella. El conde regresó contento de los principios que marchó á visitar, y con semejante noticia llenó á Carlos de alegría; pero al mismo tiempo le dio un disgusto, manifestándole que el duque de Bretaña exigia el alejamiento de los que le habian comprometido contra él á la proteccion de los de Pentheivre. Esta demanda iba dirigida contra el presidente Louvet. Propúsosele ademas á nombre del duque de Borgoña, que separara de su lado á los que se consideraban cómplices del asesinato de Juan sin Miedo, su padre, entre ellos á Tanegui de Chatel. No sin dificultad fué como el rey accedió á los deseos de los duques. Entonces recibió Richemont la espada de condestable con las rentas y posesiones á esta dignidad pertenecientes, y encaminóse á Bretaña á levantar tropas para el monarca.

Aunque Carlos VII era naturalmente franco y leal, tornóse desconfiado merced á las cargas y circunstancias porque habia pasado. Su triste experiencia le causaba un estado continuo de zozobra, y asi cuando creia haber encontrado ministros hábiles y fieles se abandonaba á ellos sin reserva. En esta ocasion le agitación por lo tanto una ansiedad dolorosa, al verse obligado por las demandas impudicas de ambos duques á tomar la direccion de los negocios. El presidente Louvet, su principal ministro, se habia arraigado en la corte en términos que no era fácil derribarle: habia desposado dos hijas, una con el señor de Joyeuse y otra con el célebre Dunois, cuya reputacion de fidelidad y bravura ha llegado hasta nosotros. Reunióse los numerosos amigos del presidente para impedir que fuese despedido; pero el condestable apremiaba con cartas, y con intencion de terminar con su presencia la inyeccion del monarca, púsose en camino con un cuerpo numeroso de nobleza, al cual habia patentizado lo importante que era para el restablecimiento del casi destruido trono, el no disgustar á los duques de Bretaña y Borgoña. A medida que Richemont avanzaba, el monarca parecia no querer verle: al fin juclaronse en Bourges.

Interin observaba la corte cómo terminaria esta especie de lucha, presentóse al rey Tanegui de Chatel, diciéndole que si él servia de estorbo para la reconciliacion con el duque de Borgoña, se retiraria adonde se le indicase. Conmovido el monarca con la generosidad del antiguo preboste de Paris, abrazólo con efusion y le señaló por retiro á Beauceire, con el gobierno de la ciudad, una guardia de honor y los emolumentos de preboste de Paris. Con tal ejemplo ya no podian vacilar Louvet y los demas ministros incluidos en la proscripcion. El presidente cedió aunque de mala gana; y con la esperanza de que seria repuesto, puso en lugar suyo á Giac, hombre de poca reputacion, á quien se prometia reemplazar en la primera ocasion propia.

No satisfizo la mudanza al condestable, quien sin embargo trabajó con ardor y buen éxito en reconciliar con el rey á su hermano el duque de Bretaña. No fué gratuita la avenencia de parte del bretón, quien sacó varias ventajas y entre ellas la administracion de las rentas del pais situado entre el Loira y Guiena. El duque de Bedford no ignoró este tratado. Habia permanecido ocho meses en Inglaterra, tanto para levantar tropas como para determinar al de Gloucester, su hermano, á alguna satisfaccion que pudiera atraer al duque de Borgoña, malquistado con él por su casamiento con Jacoba de Hainaut. Durante las hostilidades que brotaron de esta discordia, Jacoba fué entregada al de Borgoña por los habitantes de Mons; pero ella logró escapar, y él la persiguió en Holanda, batió sus tropas y las de Gloucester, y forzó á éste á dirigirse al Papa, quien pronunció la nulidad del matrimonio. A la muerte del duque de Brabant, Felipe forzó á la condesa á declararle su heredero y á contraer el compromiso de no casarse en adelante sin su consentimiento. Contraviniendo á tal convenio se enlazó con Francisco de Borselen, estador de Holanda, y así hubo nuevo motivo para que el duque le declarara guerra. Cogió prisionero á Borselen, y no le soltó sino mediante el abandono de los estados de Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisia á nombre de Jacoba.

El regent de Francia volvió con tropas que envió contra la Bretaña á las órdenes de Ricardo Beauchamp, conde de Warwick, uno de los mejores generales de Inglaterra. Este general se apoderó de Pontorsion y fortificó á San James de Beuvron, de donde salia á talar las fronteras de Normandia. El condestable reconquistó á Pontorsion y embió á San James. Dilatóse mucho el cerco, y su ejército, ya poco numeroso, se disminuyó mas y mas por la desertion á falta de paga. Habiéndose dirigido en demanda de recursos á Giac, este ministro puesto por Louvet, aprovechóse de tal ocasion para mortificar al enemigo de su bienhechor, dándole palabras, pero no diucro. Desesperado el condestable al verse espuesto á una afrenta en su primera expedicion, intentó un asalto, mas fué repellido con gran pérdida. Entonces censuró é injurió la corte á este general, puntándolo al rey como un fanfarron lleno de presuncion, y sin talentos, capaz de sacrificar á su vanidad los mas caros intereses de Francia. Estas especies no pasaron ignoradas de Richemont, quien juró vengarse.

Propuso al rey que nombrase á Jorge, señor de La Tremouille para el cargo de Giac. El protegido de Richemont era hijo de Guic de La Tremouille, primer gentil-hombre de Borgoña y de los pocos prisioneros que se habian escapado del desastre de Nicópolis. Hubo un altercado delante del rey entre Giac y La Tremouille, habiendo dado el monarca la razon al favorito contra el aspirante al favor; este se permitió demostraciones insultantes, y el rey le echó de su presencia. Entonces parecieron adormecerse las intrigas, mas velaba la venganza. Giac siguió la corte á Issoudun, y habitaba cerca del rey en el castillo Richemont y La Tremouille pasaron á este al amancebier bien escoltados, fuéronse en declinura á la morada del ministro, derribaron la puerta á hazazos y le sorprendieron en la cama. Sin darle tiempo para que se vistiera, sacaronle por Bourges, y de aqui le trasladaron al castillo de Dunleroy, donde habia un tribunal pronto á juzgarle. En pos de una corta suñaria fué condenado, metido en un saco y arrojado al rio.

El rey fué casi el único que se mostró enojado de tal muerte. El condestable no trató de aplacarle: convencido de que Carlos se consolaria por sí mismo, aparentó que no hacia del suceso mas caso que de una cosa indiferente: marchó á ponerse al frente de las tropas, y tomó algunos castillos en Anjon. Al regresar á la corte encuentro en el cargo de Giac á un hidalgo de Auvernia, llamado Camus de Bracelin, á quien por no agraderle mandó asesinar. Carlos VII no tenia mas que de veinte y cuatro á veinte y cinco años. Unos atentados tan insolentes le temieron en la mayor ansiedad. Por fin, dijo á su desputa, ¿á quien queiris dame para ministro? Tomad á La Tremouille, respondió Richemont. No lo conoces, replicó el rey, ya os cansareis de él. Sin hacer caso de esta observacion, instó el condestable á su protegido de ministro de Hacienda y jefe del consejo, y logró que se despusase con la viuda de Giac.

Por este tiempo sufrieron los ingleses un terrible descalabro delante de Montargis, y desde esta época empezó á declinar su fortuna. El valor y la inteligencia de los habitantes prolongaban ha-

cia ya tres meses el sitio que el conde de Warwick había puesto á esta ciudad, cuando los víveres empezaron á faltarles. En tal estado solicitaron del rey auxilios y refuerzos. Habiéndose negado á la expedición el condestable, encargóse de ella el conde de Dunois á la sazón de veinte y cuatro años de edad. Diéronle mil seiscientos hombres, los cuales trataron de forzar las posiciones enemigas, que separadas por diferentes brazos de rios se comunicaban por medio de puentes. El resultado correspondió á su arrojó, y los fugitivos se agolparon en tropel hacia el cuartel de su general, cuando de repente una avenida extraordinaria interceptó su fuga, cubrió y arrebató los puentes, y dejó á Warwick en la imposibilidad de socorrer á los suyos que perecieron en su mayor parte. Esta inundación fué un ardid de los sitiados que al efecto rompieron los diques de diferentes estanques.

Entretanto La Tremouille miraba la preponderancia de Richemont, procurando inutilizarle á todo trance. Durante la nulidad á que le redujo, el duque de Bedford hizo rápidos progresos en Bretaña, y obligó al hermano de Richemont á firmar el tratado de Troyes, que hasta entonces había eludido, y á celebrar otro de paz y alianza con los ingleses. En esta ocasión recobró la libertad el duque de Alençon, cogido en Verneuil. El duque de Bretaña que codiciaba la ciudad de Fougères, perteneciente á la Bretaña que codiciaba los ingleses que al príncipe fuese puesto al rescate, y que formase parte de este el precio, le ofreció por dicha ciudad. Después del referido tratado, La Tremouille contempló menos con Richemont, y esperó el ódio del rey que instigado por su ministro mandó que no se pagasen al condestable sus sueldos y pensiones.

El guante arrojado por estas provocaciones fué levantado. El condestable se unió á los condes de Clermont y de La Marca, y á otros señores descontentos, quienes se citaron para Châteleraul para convenir en las medidas que debían adoptarse contra el ministro: todos debían concurrir armados. Carlos envió órden á Châteleraul para que cerrase las puertas á los descontentos. Ellos escribieron se les permitiese presentar sus quejas al pie del trono, pero se les respondió que se desarmasen. Ellos en lugar de obedecer sorprendieron á Bourges, pero encerráronse en el castillo los realistas. Carlos acudió al socorro de estos; mas como las circunstancias eran tan críticas, establéronse negociaciones entre sitiados y sitiadores: merced á algunas concesiones pecuniarias y territoriales á los insurrectos, la paz quedó firmada. La Tremouille logró escudir de ella al condestable que tuvo que retirarse á Partenay.

Entre tanto franceses é ingleses peleaban con encarnamiento donde quiera que se encontraban. Después de muchas vicisitudes, el duque de Bedford proyectó un golpe decisivo y se determinó al fin á pasar el Loira para conquistar el país de donde Carlos sacaba sus principales fuerzas. Orleans era la ciudad que mas convenia á los ingleses para el paso y la retirada en caso de contra-tiempo, cuando estoviesen al otro lado de aquel rio. Bedford la hizo sitiar por Montaign, conde de Salisbury, que acababa de traerle de Inglaterra un refu-zo considerable. La ciudad no estaba bastante fortificada ni guarnecida, pero contaba con el valor y fidelidad de sus habitantes. Gaucourt mandaba la gata, y Xaintrailles, Lafayette, Graville y otros valientes inspiraban á todos su ardor.

Salisbury colocó su campamento por la parte del Sologne para atacar directamente el puente, cuya toma debia traer la de la ciudad. Los habitantes fortificaron aceleradamente un mezquino y derruido castillo que la defendía. Los ingleses, valiéndose de su numerosa artillería, practicaron minas, destruyeron el castillo, y al fin presentaron el asalto. Los habitantes, sin exceptuar las mujeres, cuyo arrojó fué indécible, batallaron con heroico denuedo. Los ingleses perdieron mucha gente, pero avanzaban, y cuando sus progresos aunque lentos les prometían al fin la victoria, fueron deteni los por multitud de valientes, de entre los cuales eran los mas distinguidos Dunois, La Hire y Chabannes que acudílaban ochocientos hombres de armas.

Los orlenses aventuraron entonces frecuentes salidas para proporcionar víveres, cuya falta se hacia ya sentir. Los ingleses convirtieron el sitio en bloque, y rodearon la ciudad á corta distancia de trincheras y reducidos para cortar el paso á los convoyes. El rey, que se habia trasladado á Chignon, logró introducir uno, y preparaba otro, cuando supo que los ingleses, no pudiendo subsistir en un país saqueado, recibían de Paris los víveres.

Sabelores de esto los sitiados de Orleans y un destacamento de tropas que esperaba en los alrededores de la ciudad, á las órdenes del conde de Clermont, citáronse para el camino del convoy. Dunois y sus compañeros rompieron las líneas inglesas y remidos con Clermont, su número ascendió á cuatro mil hombres. El convoy inglés aparece al fin escoltado por dos mil quinientos, que se colocaron detrás de los carros. La artillería francesa hizo en ellos un espantoso destrozo. Para vencer bastaba este género de ataque; pero la impetuosa escocesa que habia causado la pérdida de la batalla de Verneuil, fué ahora igualmente funesta. El condestable de Escocia y su hermano Guillermo, sobrinos del primer rey de Es-

cocia, se precipitaron al frente de los suyos á la brecha abierta por el cañon. Clermont se vió precisado á suspender el fuego, para no disparar sobre los suyos. Los ingleses, ya en desarreglo, cobraron valor, y mientras los franceses se arrojaron en tumulto para apoyar á los escoceses que se desordenaban, los arqueros de la escolta dirigieron desde sus carros tiros certeros contra aquellas masas amontonadas: oprimidos hombres y caballos entre sí, como en Verneuil, experimentaron la misma suerte y todos se dieron á la fuga. Quedaron tendidos en el campo quinientos ó seiscientos escoceses y franceses.

A la noticia de esta derrota el Consejo se reunió en presencia del rey para deliberar si convendría abandonar el Orleanesado, el Berry y la Turena y retirarse á la estremidad del reino, para reunir fuerzas y volver luego á la defensa de la Auvernia, el Languedoc, el Dullinac y las demas comarcas meridionales. Dicese que Carlos se inclinaba á este partido, pero que fué disuadido por la reina y en concepto de otros por Inés Sorel su dama. La pusilánime vacilación del Consejo procedía especialmente de las disposiciones que se manifestaban en Orleans. En vano Dunois y sus compañeros procuraban tranquilizar á sus habitantes ofreciéndoles un pronto auxilio, porque los ingleses avanzaban, estrechaban su línea de circunvalación, y el hambre empezaba á sentirse. El recuerdo del trato que habian recibido los habitantes de Calais y de Harfleur hacia estremecer á los orlenses, y el deseo de sustraerse á tan terrible suerte, les sugirió un medio de conservarse para la Francia sin temer el menor resentimiento de los ingleses.

El duque de Orleans, su señor, se hallaba prisionero en Inglaterra desde la batalla de Azincourt. Sus vasallos hicieron decir al duque de Borgoña, que seria digno de su generosidad impedir que un príncipe pariente suyo, perdiese sus bienes ademas de su libertad. Para conjurar esta desgracia, rogaron al duque recibiese su ciudad, el Orleanesado y los demas bienes de su señor en rehenes, hasta que aquel fuese puesto en libertad. Esta proposición agradó á Felipe y fué á comunicarla á Paris al duque de Bedford. El regente, á quien su prosperidad empezaba á cegar, respondió con una descortesía que ofendió al de Borgoña, el cual llamó las tropas que tenia en el ejército inglés. La partida de estas causó gran disminución en las fuerzas del regente, cuando mas falta le hacían para contrarrestar los esfuerzos del socorro maravilloso que acudia en defensa del rey.

En Damremy, aldea de Vauconleurs en la frontera de la Lorena, dejaba ver una jóven de diez y siete años llamada Juana de Arc, criada en un meson, ó en casa de su padre, jardinero. Esta jóven se presentó al señor de Baudricourt, gobernador de aquella ciudad y le hablo en estos términos: «Capitan, sebed que Dios me ha hablado dealgun tiempo acá, y mantubo muchas veces que vaya á ver al Delfin, que debe ser y es el verdadero rey de Francia, á fin de que me suministre una fuerza suficiente para levantar el sitio de Orleans, y llevarle á consagrar á Reims. Baudricourt la despidió considerándola loca; empero Juana no se desalentó, y volviendo á presencia del gobernador le dijo: «En nombre de Dios, envíame pronto, porque hoy el Delfin ha tenido un gran descalabro cerca de Orleans, y sufrirá otro mayor todavía si no me envías allá.» Esto pasaba en el mismo día del desastroso combate de Rouvray, empeñado á cien leguas de distancia de allí. Cuando Baudricourt tuvo conocimiento de este descalabro, muchos dias después, admirado de la singularidad de aquel anuncio é instado su cesar por la jóven, dijo á la doncella (nombre que la historia ha conservado á esta heroína): «Marcha pues y suceda lo que quiera.» Estas palabras aludían al temor que tenia de ridiculizarse, cediendo al deseo de una especie de inspirada que le hablaba de visiones y de conversaciones con santa Catalina y San Miguel.

Acompañada de dos de sus hermanos la fió á la custodia de dos hombres de madurez. Estos dudaban si se encargarían de semejante comision, porque el viaje era largo y espuesto á graves riesgos en aquella época de anarquía y latro inio; pero la doncella mostró una firmeza que les llenó de confianza, habiéndoles prometido la mayor seguridad en el camino. En efecto recorrieron muchas provincias como en plena paz, y al llegar á Chignon donde estaba el rey, le remitieron la carta de Baudricourt. El mismo temor de ridiculizarse, que habia detenido á este, retardó la audiencia del rey. No obstante despues de varios debates sobre el particular fué admitida á su presencia.

Carlos vestía aquel dia un traje muy sencillo y se hallaba confundido entre el tropel de los cortesanos. Juana se dirigió á él sin titubear, y le espuso el objeto de su viaje con la misma seguridad que si estuviese acostumbrada á las prácticas palaciegas. Mencionó sus visiones y revelaciones con un entusiasmo tan noble, con respuestas tan sabias y aun sublimes, que el rey no sabia que juzgar. Para desvanecer su incertidumbre, Juana le propuso decirle en secreto un hecho que solo de él era conocido; el rey aceptó la prueba y llamó á su confesor y á cuatro magnates para testigos del caso. La doncella habló, y Carlos aseguró bajo juramento que el he-

cho era cierto y de todos ignorado. Aunque convencido ya del crédito que debía conceder á sus palabras y promesas, la envió á Poitiers al Parlamento, para consultarle acerca de la opinion que merecian tales revelaciones.

Este viaje disgustaba á la doncella, porque creveía que la atormentarian con preguntas, y en verdad que no se las economizaron, habiéndola pedido indelicadamente hiciese algun milagro. Juana les respondió: «Yo no he venido aquí á hacer prodigios, pero llevadme siempre de combatos, no la preguntó: «¿Para qué se necesitan los ejércitos y las batallas? «No puede Dios salvar por otros medios la Francia? Juana respondió con modestia: «Los guerreros combatirán por mi Dios, y el Señor dará la victoria». Los encargados de examinarla iban á veral cual si fuese una visionaria, y se alejaban de ella convencidos de su sabiduria y admirados de su piedad. Cuando volvió de Poitiers á Chinon, el rey la recibió con los mayores honores: mandó hacerla una armadura completa, exceptuando la espada que Juana envió á buscar á Santa Catalina de Fierbois en el sepulcro de un antiguo caballero, donde fué hallada tal como la había designado, sin haberla visto. El monarca la dió consejeros, pages, un capellan, un intendente y todo el aparato de un caudillo militar. Preparábase entonces un convoy para Orleans: Juana se puso al frente de la escolta, espulsó de su ejército las prostitutas, cuyo número era considerable, y contuvo á los ingleses mientras se descargaban los barcos en Orleans, donde entró para satisfacer el vivo deseo que los sitiados tenían de verla, y para facilitar la entrada de otro convoy. Después se situó entre la línea inglesa de circunvalacion y la ciudad, para hacer levantar el sitio según lo había prometido.

En todo se procedió en su nombre y bajo sus órdenes. Hasta entonces nadie había osado hostilizar los fortines que apoyaban la circunvalacion inglesa; pero algunos señores impulsados por su arrojo, atacaron uno de ellos, con el consentimiento de ella y fueron rechazados. Juana se había retirado á descansar, pero despertándose al ruido de la derrota; arrojóse, voló al lugar del combate y detuvo á los fugitivos. Su presencia reanimo su vigor y el fortín fué tomado. Juana quería aprovechar el ardor de las tropas para asaltar otro, pero los gefes no fueron de su parecer en aquel momento. Algunos dias después asaltó uno de los principales fuertes: en lo mas recio del asalto apoderose un terror pánico de los soldados, quienes abandonaron el ataque; Juana logró reunirlos, plantó su estandarte sobre la brecha, los ingleses fueron rechazados, y los franceses entrando en tropel se entregaron al pillage. Por temor de que reuniéndose la guarnicion enemiga á favor del desorden de los asaltadores reconquistase el fuerte, Juana mandó incendiarlo, y atendiendo á todo aunque herida en un pie, antes de retirarse colocó por sí misma las tropas francesas en los puntos mas inmediatos á los baluartes que los ingleses habían levantado por la parte del Sologne á la cabeza del puente.

Era muy importante, pero difícil espulsarlos de ellos; Juana sin embargo lo consiguió á pesar de los temores manifestados por muchos generales. El día señalado oyó misma muy temprano, cumulióse, salió de la ciudad, y atravesando la línea, marchó con paso firme al asalto del baluarte que cubria el último fuerte enemigo. Herida en el cuello por una flecha al principio de la accion, la arrancó por su propia mano, hizozse curar ligeramente, mostróse en el momento en que la confianza de las tropas empezaba á disminuir, la reanimó, apoderóse del fuerte, y echando algunas vigas sobre el puente que los ingleses habían puesto para impedir el paso á los ingleses, volvió en triunfo á la ciudad en medio de las aclamaciones de los habitantes á quienes acababa de libertar. Desalentados los ingleses, después de este descalabro levantaron el sitio: la herida de la doncella no era peligrosa ni la impidió volar en busca de nuevas proezas.

Acosujo al rey la toma de todas las poblaciones que rodeaban á Orleans, para emprender sin zozobra el viaje de Reims, cuya necesidad no cesaba de hacer presente. Con este motivo celebrábase frecuentes consejos en que los pareceres eran muy varios. «Delfín, decía Juana al monarca abrazando sus rodillas, basta ya de consejos inútiles; pensad únicamente en trasladaros á Reims para recibir allí la corona.» El duque de Alençon, Duunois, La Hire y otros guerreros, admiradores de su valor y virtud, la protegían en los combates. En el sitio de Gergeau corrió gran peligro: viósele en el último peldano de la escala tremolando su estandarte. Desgarróle una flecha y una pedrada recibida en el casco hizo rodar á la heroína hasta el pie de la muralla. Al levantarse exclamó: «¡Animo, ánimo, amigos! Dios ha condenado á los ingleses, y con esto conquistó la ciudad. La de Beaugency se rindió antes del ataque; los ingleses se habían refugiado en su castillo, donde se resistieron algun tiempo, pero al fin capitularon.

Durante el sitio supose que el condestable, hastiado de su inaccion, se acercaba con mil doscientos hombres para cooperar á los trabajos del ejército real. El rey le prohibió pasar adelante,

pero habiendo el condestable continuado su marcha, Carlos mandó al duque de Alençon que no le recibiese; Juana por consiguiente opinaba por atacarle. La Hire y otros generales interpusieron su mediacion, y sus instancias prevalecieron al fin en el ánimo del rey sobre la obstinacion de La Tremouille. Cuando después de la reunion se encontraron Juana y Richemont, este dijo á ella: «Me han asegurado que querian burlarme; no sé quien sois, ni si venis de parte de Dios ó del diablo. Si venis de parte de Dios, no os temo, porque Dios conoce mi intencion como la vuestra; si venis de parte del diablo, todavía os temo menos.» Juana aseguró al condestable su amistad cuando conoció la rectitud de sus intenciones.

El duque de Bedford había reunido aceleradamente un refuerzo de seis mil hombres que envió á Talbot que permanecia en las inmediaciones de Orleans con los restos del ejército inglés. Consultóse á Juana sobre lo que convenia hacer, y la heroína opinó que los ingleses debían ser batidos. Contando entonces los franceses con la victoria, pusieron en fuga á los ingleses; su gefe Talbot fué cogido por Xaintrailles y soldado sin rescate. El entusiasmo era el sentimiento dominante en la nacion, pero el rey no parecia participar de él. Esta inercia en un principe jóven y en tales circunstancias excita una justa sorpresa. Atribúyese tal indolencia á los consejos de sus favoritos que procuraban retenerlo en los placeres, á los cuales era muy inclinado. Su cual fuere la causa, Carlos salió al fin de su letargo y placeres inmoderados, y se determinó al viaje de Reims. El condestable no le acompañó en él, pero recibió orden para retirarse. Richemont devoró su resentimiento, y prestando nuevos servicios fué como se vengó de la ingratitude de la corte y de las ofensas diarias que experimentaba en adelante.

Fiado en las palabras de Juana, concebía Carlos la empresa mas optesta á todas las reglas de la prudencia humana; pero la Providencia parecia haber hablado en los acontecimientos milagrosos que habían empezado la restauracion del reino. En todo se obró en el viaje bajo las órdenes de la doncella, la cual dirigia las marchas, fijaba los descansos y previa á las necesidades de un ejército que caminaba sin recursos de ninguna clase. Los discursos de la doncella ofrecian un aire de inspiracion y las cartas escritas en su nombre, firmadas por ella con una cruz, presentaban el mismo carácter. Al simple amago de un asalto, los habitantes de Troyes abrieron sus puertas á las tropas reales, y lo mismo hicieron los de Chalons. Temiase la resistencia de Reims porque estaba defendida por una guarnicion borgoñesa; pero esta se retiró espontáneamente y la ciudad recibió á Carlos con grandes demostraciones de júbilo, habiéndose verificado la consagracion con las ceremonias acostumbradas. La doncella asistió á ellas al lado del rey, vestida de guerrero y empuñando su estandarte. Al terminar la misa se postro delante del monarca y le dijo llorando de ternura: «Al fin se ha cumplido la voluntad de Dios, que queria viueirse á Reims á consagrarnos en señal de que sois el verdadero rey.» Carlos la manifestó su reconocimiento. Ni él ni los señores que le acompañaban podian volver de su asombro al ver el éxito de una empresa que habían concebido temeraria, y que sin embargo fué llevada á cabo felizmente en menos de cinco meses por la jóven aldeana de Dreumey.

Esta aconsejaba que se marchase en derechura á Paris, y tal era tambien la opinion de los principales generales. En efecto, un ataque brusco, aprovechando el estumor de los ingleses, podia producir prosperos resultados. El tiempo que se empleó en asegurar algunas ciudades proporcionó al duque de Bedford el de reunir fuerzas casi iguales á las del rey, quien se adelantó hasta Melun. Los dos ejércitos se encontraron á poca distancia, y todos esperaban se empuñase una batalla; pero ambos gefes tenían una accion decisiva. En pos de diferentes marchas y contramarchas volvieron á encontrarse ambos ejércitos: mas una prudente retirada evitó de nuevo al regente el llegar á un choque y entró en Paris, de donde se alzó el monarca penetrando en la Beauce. Los triunfos del condestable en Normandía llamaron á Bedford á esta provincia. Así que salió de la capital, Carlos se aproximó á ella resuelto á aventurar un ataque. Realizose este por la puerta de San Honorato, donde la doncella peló con su habitual arrojo, habiendo recibido un flechazo en un muslo, que la puso fuera de combate. Una hora permaneció sin recibir socorro alguno, porque ya la consideraban poco necesaria, y así era tratada con indiferencia. Las primeras barreras que protegían la puerta fueron forzadas; pero se abandonó esta ventaja, porque Bedford tomó precauciones y burló el movimiento que de parte de los habitantes se aguardaba á favor de la causa real.

Desde el momento de la consagracion, los habitantes de los campos salian al encuentro de Carlos VII, prorumpiendo en aclamaciones que llenaban de tierna satisfacion el pecho de la doncella. Esta no cesaba de renovar la súplica que había hecho al rey después de su coronacion, de que la permitiera retirarse, pues creia terminada su mision con la consagracion verificada. «Ya, decía, no me causará pesadumbre la muerte.» Admirados de esta especie de predicción,



el conde de Dunois y el canceller la preguntaron si había tenido alguna revelación de su muerte, á lo que respondió: «No. Sé únicamente que Dios no me ha mandado más que hacer levantar el sitio de Orleans y conducir al rey á Reims, y en la duda de si exige mas de mí, deseso se me permitía volver á casa de mis padres á mi primitivo estado.» Exhortáronla á que continuara sirviendo al rey, puesto que no revelanda Dios nada en contrario, quería al parecer que diese cima á su obra con la expulsión de los ingleses de Francia. Juana cedió y continuó sus servicios, no sin experimentar remordimientos por no haber escuchado la voz interior que la aconsejaba retirarse.

El rey á principios de aquel año eximió para siempre de todo impuesto á la aldea de Domremy, de donde era natural la doncella; concedió títulos de nobleza á toda su familia y á su posteridad masculina y femenina, y les dió escudos de armas y el nombre de *Lis*. Juana aprovechó poco estos honores. Envuelta en nuevos peligros que aceptaba ó se imponía, corrió á Compiègne sitiada por ingleses y borgoñeses. En una salida cayó sobre el campamento de estos, y cubriendo la retirada de los suyos despues de un obstinado combate se vió precisada á entregarse á un capitán borgoñés, quien la cedió al conde Julian de Ligny-Luxemburgo su general, y esta la vendió á los ingleses mediante una suma de diez mil libras para él y una pensión de trescientas para el aprehensor. Este suceso fué para los ingleses un triunfo que celebraron del modo mas estrepitoso. Por el contrario, no se vió que Carlos diese el menor paso para rescatar á la doncella.

Sus negocios prosperaban en todas partes; sus tropas se presentaban y las ciudades les abrían las puertas. En la misma París hubo una conspiración que tenia por objeto entregar la capital al rey; pero fué descubierta, y mas de ciento cincuenta fueron decapitados. Los demas rigores que el duque de Bedford usó contra los cómplices, empezaron á hacerle odioso á los parisienses, y dos derrotas que sus tropas, aunque superiores en número, experimentaron sucesivamente, dieron un golpe funesto al poder de su sobrino el joven Enrique VI. Su trono se hundió y todos los esfuerzos del tío, gran capitán y consumado político, aunque sombrío y cruel, no pudieron restaurarle.

La revolución se verificaba en los espíritus con una rapidez que le aterraba: creyó oponerle un dique poderoso calmándolo á la heroína que había causado sus desastres, y á la sazón se hallaba prisionera de guerra. El conde de Luxemburgo la vendiera á los ingleses, no pudo dar á los compradores otro derecho sobre ella que el ordinario de la guerra, y á lo mas el de sufrir un largo encierro. Pero ni este castigo ni el de una muerte oscura les bastaban para atravesar al pueblo; éralen necesaria la difamación de la víctima de su resentimiento. Nada era mas á propósito en aquella época para hacer una persona odiosa y execrable y privarla de la justicia y aun de la compasión, que tacharla de hechicera, maga y familiar con los demonios. Esto fué lo que intentó el rey.

Jean Cauchon, obispo de Beauvais, se constituyó protagonista de esta tragedia, cuyo teatro se fijó en Rouen, ciudad perteneciente á los ingleses. La doncella había sido cogida en Compiègne, obispado de Beauvais, y por esta causa fué reclamada por el mencionado obispo para juzgarla; pero los cañonigos de Rouen, hallándose vacante su arzobispado, le autorizaron para proceder en su territorio. Cauchon estableció en él su tribunal compuesto de doctores envejecidos en todos los sofismas del foro, y encargados de interrogar con gran aparato á una joven de diez y nueve años sin abogados ni defensores. El proceso duró tres meses y en este plazo se verificaron diez y seis sesiones. Dicho proceso se conserva original todavía, y ofrece un motivo continuo de asombro en las respuestas de Juana. Mirad decís y prudentes.

Primera pregunta. ¿Juráis decir verdad?—Podrías interrogarme, respondió, lo que no puedo revelaros sin ser perjura? Aludias sin duda en esto á la conferencia secreta que había mediado entre ella, el rey y los cuatro señores elegidos. «Prometido, no podría no os escapareis.» Juana respondió: «Si me escapase, no podría cansarme de haber infringido mi palabra, puesto que no la he dado.» La infeliz fué ahorrrojada, especialmente desde que trató de huir por una ventana de su encierro: en esta tentativa, se lastimó al caer y fué cogida de nuevo. A sus ligaduras ordinarias, se añadió en el calabozo eclesiástico una cadena que la sujetaba durante la noche por la cintura. El tormento mas penoso de su cautividad era cuando se veía obligada á levantarse y á mudar la ropa interior en presencia de los soldados que la custodiaban. Suplicó repetidas veces que se la librase de tal esclavitud, pero sus ruegos fueron vanos.

Respecto de sus revelaciones, sobre las cuales los jueces se proponían dirigirle preguntas capciosas, uno de ellos la dijo: «Carlos tiene tambien visiones?—Preguntado á él, respondió Juana. Habiendo atacado en dia festivo las barreras de Paris, se la preguntó, si creia haber obrado bien en tal dia; á lo cual respondió: «Sé que es justo respetar la solemnidad de los dias festivos: pero si he

obrado mal, á mi confesor pertenece darme ó negarme la absolución.» Propuso al obispo la oyesa en el confesionario; pues por este medio le hubiera precisado á inhibirse. Juana conocia su simpatía y muchas veces le indicó que no lo ignoraba. «Si prosigues siendo mi juez, le dijo, pensad en el grave cargo que os imponéis.» Se trató de saber de ella si había deseado combatir desde su niñez á los ingleses; á lo cual respondió: «He deseado siempre que mi rey recobrase sus estados.»

No hubo suficiente alguna que no se emplease para desconcertarla. Preguntáronla lo que pensaba acerca del cisma que affligia á la Iglesia; á qué Papa se adhería; si los espíritus celestes la habían prometido que recobraría su libertad, y qué cosa era la iglesia militante y triunfante. «Todo eso es extraño á mi proceso, respondió Juana. Como deseosos de turbarla, los jueces hablaban con frecuencia á la vez, y ella les decia con tranquilidad: «Hablad, señores, si os parece, uno despues de otro.» Es imposible referir la multitud de preguntas ajenas al asunto, que se dirigieron á la doncella. Bastará decir que hasta el fin se mostró convencida de la realidad de sus visiones. «Es indudable, dijo, que me han aparecido buenos ó malos espíritus.» Tratóse de aplicarle el tormento; pero el aparato de este no pudo alterar la firmeza de sus respuestas. Dispensósele de este suplicio por el temor de que succumbiese al dolor. El duque de Bedford encargó á los médicos la curación con esmero: este encargo era efecto de un instinto refinado de barbarie. El rey de Inglaterra la ha comprado á gran precio, y quiere que sea quemada.»

Los satélites de Canehou hacían los mayores esfuerzos para complacer á los ingleses que les pagaban. Daban un sentido equívoco á las respuestas de la víctima; desfiguraban las diligencias y la hacían firmar algunas falsas con tal deshachar, que ella misma lo conocía; y algunos jueces, menos corrompidos que los demas, se quejaron de ello al obispo, quien les hizo intimidar por los ingleses. Pero apesar de estos mauegos, el tribunal eclesiástico no pudo condenarla mas que á la pena canónica de reclusión perpetua. La sentencia la fué leída en la plaza pública. Un doctor llamado Erardo pronunció en esta discurso lleno de infamias contra ella y contra el rey, cuya defensa tomó la desgracia. Juana con noble calor. El conde de Luxemburgo que la había vendido tan cobardemente, se presentó un dia en su prision acompañada de los duques de Stafford y de Warwick, para tratar, según manifestó, de su rescate y libertad. La doncella le dijo con desprecio: «Ni queréis ni puedo hacerlos. Sé que los ingleses me darán la muerte; pero aunque contasen con mayor número que cuentan, no ganarán este reino.» Stafford observando su espada y la habiera asesinado villanamente, si Warwick no se le hubiese opuesto á ello.

Todo parecia terminado con el fallo eclesiástico; pero los ingleses no quedaron satisfechos, porque no habiéndolo abandonado el tribunal al brazo seglar, veian con desprecio que se snstruía á la muerte ignominiosa y cruel que se proponían hacerla sufrir. Encolezironse contra los jueces y les celaron en cara que *habian ganado mal su dinero*. Cauchon halló un remedio á esta omisión: la sentencia eclesiástica decia que la joven no volvería á tomar el vestido de hombre, y ella lo había prometido así por medio de juramento. Pero sus guardias durante la noche le robaron sus vestidos de mujer, substituyéndolos con otros de hombre. Al despertarse la desgraciada joven pidió se le devolviesen sus vestidos propios, declarando que si se le negaban serian causa de su muerte. Sufrío pues cuanto pudo, y permaneció en la cama hasta que se vió precisada á abandonarla. Cubriése entones con el primer traje que halló mas á mano: algunos testigos puestos de intento entraron en el calabozo, la sorprendieron y denunciaron al tribunal como infractora de su juramento. Este delito pareció bastante grave á los sobornados jueces para modificar su fallo. Una nueva sentencia la declaró *vechicera*, *apóstata*, *herege*, *idolatra*, *embustera*, *adivina*, *blasfema*, *escornolgada*, *rechazada del seno de la Iglesia*, y abandonada por sus enormes crímenes á la justicia seglar.

La hoguera estaba preparada. Unos dicen que subió á ella con firmeza arengando al pueblo y prologando denuestos á los ingleses; otros, que se mostró como una víctima inocente sin desprecio ni bravata. Los jueces eclesiásticos la permitieron comulgar, y el Baile de Rouen y sus asistentes, encargados de formar el tribunal seglar, no pronunciaron sentencia alguna. El Baile dijo únicamente al verdugo con semblante afligido: «Llévala.» Juana oró de rodillas y pidió una cruz; un soldado inglés la improvisó una con dos palos. La heroína la besó devotamente, y mientras pudo en su agonía mirando fijos los ojos en aquel signo de la redención. El suplicio fué prolongado, porque se había dado á la hoguera una altura desmesurada para que la víctima fuese vista de todos. Hasta su posterior suspiro se la oyó pronunciar el nombre de Jesus, interrumpido únicamente por los gemidos y los gritos que la arrancaban sus intensos dolores.

Prescindiendo ahora de los diferentes pareceres emitidos por los diversos partidos, y de las opiniones dominantes en aquella época acerca de esta mujer extraordinaria, nosotros intentaremos la cir-

conspeccion de un sabio que habiéndola visto la admiraba y se abstenia de emitir su opinion. No dudamos sin embargo asegurar que la historia no presenta ejemplo de otra heroína, modelo á los diez y siete años de edad, de arrojo en los combates, de severidad en las costumbres é inflexible en sus resoluciones; que marchaba siempre con paso firme á su objeto, y que vió acercarse una muerte cruel, sin intimidarse ni echar de menos los altos destinos que podía

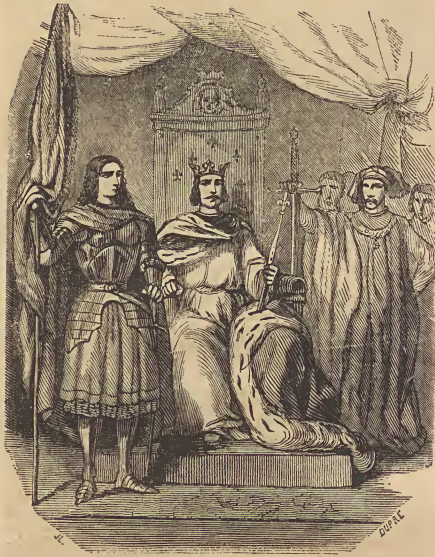
útil. Vino á Francia el joven Enrique VI persuadido de que su presencia aumentaría el celo de sus partidarios, y creyendo que la coronación daría nuevo grado de fuerza á sus pretensiones. Realizóse esta ceremonia en la catedral de París por mano del cardenal Winchester, tio del mismo Enrique, á pesar de la reclamacion del obispo. Enrique VI volvió á su isla ostentando dos cetros, que debían serle arrebatados uno tras otro. Carlos VII hacia sin cesar progresos mas ó menos rápidos, porque sus generales le servian fielmente en su indignacion contra los usurpadores de la monarquía. Estos guerreros ejecutaron conquistas importantes, entre ellas la de Chartres, que allanaba á Carlos el camino de la capital. Su consejo erigió favorable este momento para entablar negociaciones con los duques de Bedford y Borgoña, pero el inglés se mostró inflexible, negando al rey el título de tal. Felipe el Bueno otorgó fácilmente una tregua de seis años, pero la tranquilidad solo duró tres meses, porque transcurridos se renovaron las hostilidades, aunque no fueron muy encarnizadas: desde esta tregua se abrigaron esperanzas consoladoras para el porvenir.

Pero mientras que para conseguir resultados felices, ministros y cortesanos hubieran debido vivir en la mejor armonia, las intrigas que sin cesar renacian sembraban entre ellos la eizaña. El condestable, favorito nuevamente del rey, no perdonaba á La Tremouille el haberle tenido siempre alejado, siendo así que le debía su plaza y favor. Richemont presintió que el rey se veria libre sin pesar de La Tremouille, y con su habitual audacia hizo sorprenderle en su cama en Chinon, donde estaba con el monarca. Trasládoselo herido á una fortaleza, donde quedó prisionero. Todo estaba preparado de acuerdo, segun se dice, con la reina María de Anjou, quien presentó á su esposo para ministro, con el asentimiento de Richemont, á Carlos de Anjou su hermano, conde del Maine. El monarca le aceptó y recibió en su gracia al condestable. Esta reconciliacion fué muy ventajosa á Carlos VII, porque acreció á él un hombre generalmente estimado á pesar de sus violencias, dotado de una probidad incorruptible y temido de los cortesanos. Richemont ejercia gran influencia en el ánimo de su hermano el duque de Bretaña; el de Borgoña que le conocia le miraba con gran respeto. El rey obtuvo pues señaladas ventajas de la confianza que depositara en el condestable. Los dos partidos estaban tan cansados de la guerra, que un año entero trascurrió en completa paz. Esta podía tambien reconocer por causa la gran frialdad que se introdujo entre los duques de Bedford y de Borgoña, pues el parentesco que los una dejó de existir. El de Bedford habia perdido á su esposa, hermana del de Borgoña, y acababa de enlazarse con Jacoba de Luxemburgo, sobrina del duque de Ligny y hermana del conde de San Pablo, despues condestable de Francia.

No puede dudarse que desde entonces Felipe el Bueno abrigó un deseo sincero de procurar la paz á la Francia. Las dificultades que á ella se oponian estaban en gran parte veneadas, cuando el duque de Borgoña movido por las instancias del nuevo duque de Borbon, su cuñado Carlos, aceptó una entrevista en Nevers con el condestable y el canciller. Negóse no obstante á tomar un partido definitivo sin consultar con sus aliados, y á este efecto y para proporcionar al fin la paz á la Francia, solicitó un Congreso, al que fueron convocadas todas las potencias de la cristiandad. Este célebre Congreso se reunió en Arras bajo la mediacion de dos cardenales, diez y seis años despues de aquel que en el mismo lugar espuso la Francia á su ruina. Concurrieron á él veinte y siete señores principales, magistrados y prelados; el duque de Borgoña envió tree; el cardenal de Winchester, tio del duque Bedford presidió los plenipotenciarios ingleses cuyo número era tambien considerable. Los franceses les escolieron desde luego la Normandia y la Guiena en plena propiedad, bajo condicion de prestar homenaje á la corona, y con tal que el rey de Inglaterra renunciase al título de rey de Francia, y á cualquiera otra pretension; Winchester y sus cólegas rechazaron esta proposicion.

Toda la Normandia se agitaba, y Rouen habia intentado ya sustrarse á la obediencia de los isleños. Estos dominaban todavía en la capital, pero el rey era mucho mas poderoso que ellos en las inmediaciones y en las provincias próximas á la isla de Francia. La Picardía y todo lo que en estas regiones no pertenecia al rey de Francia, era no lo de Inglaterra sino del duque de Borgoña. No obstante, los ingleses pedian con atreviz que Carlos se contentase con el título de Belfin y algunas provincias en calidad de patrimonio, y cediese á Enrique el resto de Francia. Los mediadores les habian exhortado al empuzar, á que presentasen proposiciones aceptables; pero no habiendo sido posible hacerles desistir de sus primeras pretensiones abandonaron la asamblea muy descontentos, acusando al duque de haberlos engañado y vendido.

Felipe el Bueno se aprovechó de la retirada de los ingleses; no teniendo á quien satisfacer sino á sí mismo, le fué mas fácil obtener lo que deseaba. Exigió del rey nuevas pruebas de arrepentimiento por el asesinato de su padre Juan sin Miedo, la confesion de no haber tenido en el parte alguna, y porcion considerable de



Consagracion de Carlos VII en Reims.

legítimamente prometerse; heroína en fin á la cual seria difícil hallar un solo defecto.

Sorprende en verdad ver no se halle en la historia proposicion alguna de rescate, de cangé ó alguna amenaza de represalias, de lo cual se congetura que el rey nada hizo por la doncella. Segun algunos historiadores, formóse en la corte una intriga de favoritos y favoritas; los primeros miraban con envidia la gloria de la guerrera y temian la fama que adquiria; las segundas temian adquiriese demasiado ascendente en el corazon del monarca; por todo esto se vío desatendida y abandonada. El remordimiento de este injusto olvido tardó en manifestarse veinte y cinco años, trascurridos los cuales el rey hizo revisar el proceso de aquella desgraciada. Ciento doce testigos, prelados, magistrados y generales que la habian conocido, dieron acerca de ella los mas ventajosos informes. Su juicio fué declarado nulo, abusivo é injusto; la sentenciencia fué rasgada públicamente y hubo en Rouen dos procesiones solemnes acompañadas de sermones apologeticos. No obstante, á pesar de la iniquidad de los primeros jueces, no se les persiguió eriminalmente; pero Luis XI, tal vez para aensar leítamente la conducta de su padre, hizo revisar el proceso en los primeros años de su reinado. Casi todos los que condenaron á la doncella á la hoguera habian muerto desastrosamente, y los dos únicos que quedaban, sufrieron mismo el suplicio.

Á esta trágica escena que de nada sirvió á la causa de los ingleses, el regente hizo suceder una muy pomposa que no les fué mas

países y territorios, amen de gran número de esenciones, fueros y privilegios. Con estas condiciones, Felipe, titulado duque de Borgoña por la gracia de Dios, reconocía al rey Carlos de Francia por su soberano, sometiéndose si faltaba á su palabra á ser compeñido á su cumplimiento por el Papa y el concilio de Basilea que se celebraba entonces. Firmó este tratado con los principales señores de su ducado en la catedral de Arras delante del Santísimo Sa-

recieron en un día determinado el asalto de las murallas, el rompimiento de las cadenas de los puentes levadizos, introdujeron al condestable por la puerta de Santiago, y arengaron al pueblo, mientras las tropas reales rechazaban la débil guarnición inglesa, que no podía batirse sino en retirada. Al día siguiente todo estaba tranquilo, y los viveres interceptados hasta entonces, entraron en abundancia. En el mismo día por orden del condestable y mientras el rey disponía otra cosa, la justicia recobró su curso ordinario. El Parlamento sin embargo no se completó hasta despues de algunos meses con la reunion de los magistrados de Poitiers. La escasa guarnición inglesa de Paris se encerró en la Bastilla, y mostró deseos de defenderse; algunos generales eran de parecer que se la atacase, puesto que hubiera sido fácil esterminarla; pero el condestable que no quería ensangrentar su triunfo, ofreció una capitulation que los ingleses aceptaron y salieron con armas y bagages. A la alegría de este feliz suceso se agregaron las fiestas celebradas por el matrimonio del Delfin que despues fué Luis XI. Este matrimonio se verificó en Tours con Margarita, hija de Jacobo I, rey de Escocia y fiel aliado de Francia.

El duque de Borgoña hostilizaba entonces seriamente á los ingleses, y emprendió el cerco de Calais. Los flamencos, súbditos suyos, creyendo correr á una victoria completa, dirigiéronse en tropel á su campo; mas cuando vieron que se prolongaba la defensa, se retiraron lo mismo que habian venido, y el duque privado de la

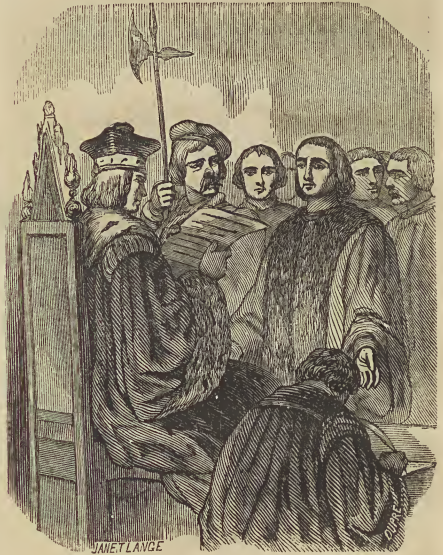


Juana de Arc en la prison.

ceramento y en presencia de legados, que los relevaron de todos los juramentos contrarios á este.

La reina Isabel de Baviera murió en Paris quince dias despues del tratado de Arras, que segun se dice, la arrancó lágrimas de despecho. Como ya no era útil á los ingleses, estos la hicieron unas sencillas exequias en la catedral, y enviaron su cadáver sin aparato alguno á San Dionisio. La muerte verdaderamente ventajosa para Carlos VII, fué la del duque de Bedford: la corte de Londres nombró en su reemplazo á Ricardo, duque de York, hombre de escasa capacidad, desacreditado en Inglaterra, y hostilizado por los que aspiraban á la regencia de Francia. Enrique, nieto de Juan de Gante y duque de Sommerset, que la pretendia, intrigó con tanto acierto, que el de York no pudo obtener su nombramiento sino despues de siete meses: la inaccion habida con tal motivo, permitió al rey apoderarse de muchas ciudades importantes, cuya conquista hacia presagiar la próxima rendicion de la capital.

La conquista de esta fué muy fácil: sus habitantes estaban cansados de facciones, y gemian bajo el yugo de la inquisicion mas suspicaz y cruel. Algunos vecinos animosos, á cuya cabeza se hallaba Miguel Laillier, que veinte años antes habia librado á Paris de una matanza, aprovecharon la ocasion en que el condestable derrotó los ingleses en San Dionisio, para negociar con él. Limitáronse á pedir una amnistia general para sus conciudadanos y la ratificación de sus privilegios. Habiéndolos concedido el rey, favo-



Juicio de Jacobo Coeur.

mayoria de sus mejores tropas, tuvo que levantar el asedio. No le fué mejor en Grotot, donde fué rechazado por Talvot. El rey por el contrario logró un éxito lisonjero en el ataque de Montreaur, población entonces importante y muy fuerte. Allí descubrió Carlos una intrepidez que todavía no se le conocia: marchó al asalto cruzando el foso con agua hasta la cintura, subió de los primeros á la brecha, y al verse dueño de la ciudad, prohibió severamente el

saquear las iglesias y las casas de los vecinos. Así diéronle los franceses inmensas inequívocas de amor y simpatía en la entrada solemne que hizo en París, cuyos habitantes desplegaron toda la magnificencia compatible con la industria del siglo.

Bedióse Carlos VII á formar reglamentos útiles para la administración de justicia y de los rentas: la fataldad de las circunstancias no permitió disminuir los impuestos: esto disgustó al pueblo, porque á cada cambio espava innovaciones importantes y siempre queda burlado. Otro asunto grave ocupó los primeros momentos de la preponderancia que el monarca iba adquiriendo en todo el reino. Hacía muchos años que los concilios que se seueñan luchaban contra la autoridad de los papas. El de Basilea acababa de declarar su propia superioridad, y había formado muchos cánones de disciplina, conforme á las prácticas que se llamaban *libertades de la Iglesia galicana*. Los padres de Basilea propusieron al rey la ratificación, y él convocó á la Santa Capilla de Bourges los príncipes de sangre real, al Delfín al frente de los principales señores y magistrados del reino. Examináronse allí los decretos á presencia de los legados del Papa, y á pesar de sus reclamaciones, fueron aquellos adoptados por la asamblea como ley del Estado con el nombre de *Pragmática Sanción*, título derivado de la antigua voz *pragma*, que quiere decir *fallo, sentencia, edicto*. Pronuncióse pues que el concilio ecuménico era superior al Papa; que siguiendo las prácticas antiguas se procelería por elección á llenar las sillas episcopales y demas prelacias; que los papas no podrían ya reservarse la colación de beneficios: que no se apelase más á ellos, sin haber pasado por los tribunales inferiores, y que en este caso tuviesen aquellos que nombrar jueces delegados, de manera que nadie se viese precisado á salir de su diócesis sino hasta cuatro días de camino. Reprimiéronse los abusos de las escomulaciones, y suprimiéronse las anatemas que se pagaban á la corte de Roma al tomar posesión de los beneficios: en fin, establecióse por esta ley que la estado siempre en observancia, aun despues de la abolición de la Pragmática, que la bulas de los pontífices y los decretos de los concilios, aunque generales, no tuviesen en lo respectivo á la disciplina, fuerza en Francia antes de ser autorizados con la sanción del rey.

Débase también á Carlos VII disposiciones sabias para las tropas. No hay desorden alguno que no se permitiesen las banderas errantes por las provincias, al mando de capitanes tan sordidos como sus soldados. Solo á fuerza de dinero conseguia el infeliz labrador la libertad de reoagar las mieses. No se le restituía su buey ó caballo sino por la suma estipulada, y era una dicha cuando se interponían los gefes entre el rapaz y el robado. El Delfín daba medio escudo á sus soldados por cada vaca ó caballo que restituía; pero los incendios, los atentados contra el honor de las mujeres, los robos, las matanzas, el hambre y demas azotes de las guerras no tenían compensación alguna. La inacción, la inerteidumbre y especie de estupor produida por este cúmulo de calamidades, fomentada la guerra é hicieron sentir mas vivamente la necesidad de la paz. Remitiéronse al efecto á instancias del Papa enviados de ambos reyes en el castillo de Oye, entre Calais y Guines; pero se negaron presentaron tan exajeradas proposiciones, que unos y otros se separaron sin decidir cosa alguna.

Quizá se manifestaron tan exigentes los islenos merced á las esperanzas que les daban las desavenencias de la corte. Muchas personas de las mas distinguidas llevaban á mal la preponderancia que en ella había adquirido el condestable. Escapado La Tremouille de su encierro, trató de aprovechar tal ocasion para vengarse de su rival y recompararle en el puesto de que se había lanzado. Todo lo aguardaba del carácter de Carlos VII, que hasta allí se había mostrado indiferente sobre la elección de los que se encargaban de los negocios, con tal que le dejaban obrar lo que quisiese. Organizó pues La Tremouille un partido compuesto de muchos señores y hasta príncipes de la sangre, como los duques de Alençon y Borbon y el conde de Dunois, habiendo conseguido que en él entrase tambien el Delfín Luis, á la sazón de diez y ocho años de edad, que ya manifestaba el carácter ambicioso, sombrío y turbulento que acreditó en adelante.

Ignórase cual era de fijo el objeto de esta liga. Unos dicen que los conjurados no tenían otro designio que forzar al rey á alejar al condestable; otros, que intentaban apoderarse de la misma persona del monarca, encerrarle y poner al Delfín en su lugar, para gobernar en su nombre. Nada supo el rey de la conspiración hasta que reunidos los conjurados iban avanzando hacia él con tropas y el Delfín á su cabeza. Carlos estaba en Ambróise: los cortesanos tímidos le aconsejaban que se retirase á una fortaleza y llamara en su auxilio á la nobleza del reino; pero el condestable le dijo: «Acordos de Ricardo II. En un caso muy semejante encerróse este príncipe en un castillo, habiéndole costado tal imprudencia el trono y la vida. Alentado el rey por la presencia del condestable, reunió prontamente un cuerpo de nobleza que acudió de las cercanías, montó á caballo, marchó hacia los rebeldes, y los aturdió y desconcertó, precisándolos á recurrir á su elocuencia por la mediación del duque

de Borgoña. El rey accedió á recibir y oír á los príncipes; mas al saber que en compañía del Delfín venian La Tremouille y otros culpados, mandó á decir á éstos que si avanzaban les prenderia.

La primera entrevista de padre é hijo fué corta. «Bien venido, Luis, dijo el rey. Cuanto habeis tardado. Por hoy, id á vuestro cuarto y hablaosme mañana.» Al día siguiente, despues de disculparse, pidió el Delfín á su padre que recibiese á La Tremouille y demas cómplices, habiéndose negado el rey, le dijo el hijo: «Señor, tengo que volver á verlos, porque así les he prometido.—Luis, respondió el padre, aborras estas las puertas; marchad, pues Dios mediante no faltará en nuestra sangre quienes mejor que vos nos ayudarán á mantener nuestro honor y señorío.» Empero, por sí el Delfín abrigaba realmente el designio de partir, se cuidó de quitarle los medios oportunos, alejando de su lado á los que podían ayudarle. Cambióse toda su servidumbre, á escepcion del confesor y del cocinero. La Tremouille fue rechazado, y así el condestable le devolvió la ofrenda que él le había causado, cuando despues de la pacificación de Bourges impidió que le recibiera el monarca.

A pesar de haber abortado la precedente conspiración, no se alzó enteramente el descontento de los grandes: vióse el rey obligado á tomar nuevas medidas contra otra maquinación, quizá imaginaria. Despues de veinte y cinco años de prision en Inglaterra, volvió el duque de Orleans gracias á los buenos oficios del de Borgoña. Manifestóse el libertado muy agradecido á este: ambos se trataban con la mayor intimidad, sin acordarse el de Orleans de cumplimentar al rey, y de tal omisión sacaron partido los cortesanos para persuadirle que el designio de aquellos duques era apoderarse del gobierno. Al fin creyó el monarca que semejante suposición era infundada y dispuso su confianza al de Orleans. Durante este cautiverio se había ageñealado este príncipe en Inglaterra mucha reputación de sabio, y así empleó el rey en las conferencias que en pro de la paz se abrieron en San Omer con los ingleses. Nada se adelantó en ellas, porque unos y otros se presentaron con las mismas disposiciones que en el castillo de Oye.

Continúose pues la guerra que no había cesado, aunque se obraba con lentitud, mantenidos los ingleses en tierra defensiva. Al contrario, alentado el rey por varias ventajitas puso sitio á Pontoise, que sojuzgaba á París, y cuya toma podia facilitar la de Honen. Distinguióse en el ataque de aquella plaza, viéndosele mientras duró en las primeras filas con el Delfín su hijo; á los valientes que se singularizaron á su lado en la brecha, recompensó con títulos de honor. Tomada la ciudad por asalto, recomendó la moderación á los soldados, y procuró por sí mismo empuño del saqueo, que se respetase la vida de cuantos no se encontraban con armas.

Con la mira de molestar á los ingleses en todas partes y forzarlos así á la paz, preparábase el rey á llevar la guerra á la Guiena, cuando fué detenido por nuevas intrigas. Parece que valiéndose de la indolencia de Carlos, de su desueño en los negocios, y del abandono con que dejaba á sus ministros la autoridad y las mercedes, trataron muchos señores, con príncipes de sangre real á su frente, de arrogarse parte de tales ventajitas. Juntáronse en Nèvers con disposiciones desleales y apariencias amenazadoras. Con tal motivo hubo dos pareceres en el Consejo: el primero, dispersarlos por fuerza; el segundo, que abrazó el rey, dejarlos confederar, oírlos, y adoptar en seguida la medida que conviniera.

Pidieron lo que piden siempre los descontentos; la reforma de muchos abusos administrativos, la observancia de la justicia; la abreviación de los procesos, y entre otras cosas la paz con Inglaterra. El rey había intentado antes de sus dolencias todas estas mejoras; pero las circunstancias no le permitieron realizarlas, ni ahora se lo permitían, pues todas aquellas peticiones no eran más que un velo para cubrir el interés particular. El monarca concedió casi todo lo que se le pedía, á trauque de libertarse de intrigas tan molestas. Dícese que el condestable aprovechó esta coyuntura para hacer enochar al rey que aquellas tramas interminables procedían de la facilidad con que se dejaba conducir y dominar; fuese ó no de resultados de los consejos de Richemont, desde entonces empezó Carlos VII á gobernar por sí mismo; tiempo era de que así lo hiciese, despues de mas de cuarenta años de edad y veinte de reinado.

Al marchar á la Guiena dejó al Delfín el cuidado de las provincias situadas entre el Loira y el Soma. Padre é hijo llenaron bien su cometido: Carlos sometió todos los puntos que atacó, y Luis se distinguió por su intrepidez en salvar á Dieppe, sitiada por Talbot durante muchos meses. El rey quedó tan satisfecho de su conducta en la campaña de Normandía, que le confió el mando militar de la expedición de Guiena, mientras regularizaba la administración de justicia. A este efecto creó un parlamento en Tolosa. Estos triunfos obligaron á los ingleses á desear una tregua que fué concluida en Tours por dos años. Al mismo tiempo se celebró en esta ciudad el casamiento de Enrique VI con Margarita de Anjou, hija de Renato, rey de Sicilia, nieto de Luis de Anjou, hermano de Carlos V y tronco de la segunda casa de Anjou. Hubo de notable en este enlace que lejos de llevar dote la princesa, se pretendió que

su talento y sus gracias exigían que la aportase su esposo. Los plebipotenciarios franceses pidieron el Mans y el condado del Maine para Carlos de Anjou, hermano de la reina de Francia y tío de la novia; los ingleses accedieron, y la armonía renació de repente entre las dos naciones.

El Delfín se dejó arrastrar del deseo de hacer la guerra á los suizos en favor de la casa de Austria. En la primera batalla empuñada en Bottem, entre Basilea y Montbellia, denominada la jornada de Santiago, mil doscientos suizos hicieron frente al ejército reunido de los confederados, que se componía de catorce mil franceses y ocho mil ingleses. Todos aquellos héroes perecieron cubiertos de gloria después de causar á sus enemigos una pérdida de seis mil hombres. Luis teniendo una segunda victoria hizo paz y alianza con los suizos. Esto disgustó en extremo á los austríacos, y muy pocos hombres del ejército del Delfín regresaron á su país. Para desahacer de las tropas indisciplinadas que tantos males causaban, se recurrió á un expediente que habia producido ya algunos buenos resultados. En lugar de las tropas provisionales dependientes de las órdenes arbitrarias de los caudillos que las asalariaban casi siempre para el pillage, se formaron cuerpos permanentes, cuyos soldados se acostumbraron á la disciplina y á la subordinación; y como para esto era preciso asegurarse un sueldo, el rey consultó á los príncipes de la sangre, al condestable, á los diputados de las principales ciudades del reino convocados para suministrar los fondos necesarios al efecto. Por unánime consentimiento quedó establecida una contribución destinada especialmente al sostenimiento de las tropas.

Verificóse una gran revista militar, en la que fueron escogidos los mas valientes, morigerados y probos para formar el nuevo ejército, y una vez llenado su contingente, el rey licenció el resto de los que hasta entonces habian militado. Los licenciados recibieron orden de trasladarse al lugar de su nacimiento ó donde mejor conviniese á sus intereses; habiéndoselos prohibido cometer en el camino el mas pequeño exceso, para lo cual se adoptaron eficaces medidas. Desde este momento, dice Villaret, disfrutó la Francia de una paz desconocida por espacio de mas de un siglo. Carlos VII procuró que la contribucion de guerra se invirtiese exclusivamente en este objeto. Al ver los señores al rey dueño de un ejército permanente sumiso á sus órdenes, se mostraron mas circunspectos y menos hostiles á su persona. Todo esto y otras leyes oportunas demuestran que si Carlos VII fué muy aficionado á los placeres y al descanso, supo olvidarse de ellos cuando el caso lo requería y no descuidar la prosperidad de su reino. Abandonábase demasiado á sus ministros; pero estos no gobernaban mal y si se debe mucha parte de su gloria á sus generales, mereció por sí mismo el título de *Victorioso* que la historia le conserva. Margarita de Escocia, esposa del Delfín murió joven, víctima, segun se cree, de alguna feonía cortésana, fastidiada de la vida, rechazaba todos los medicamentos diciendo: «Que no me hablen de vivir mas». Estaba dotada de mucho talento y cultivaba las ciencias. Tenia una hermana llamada Isabel, de muy opuesto carácter. El duque de Bretaña, que pretendía casarla con el mayor de sus hijos, envió á Escocia embajadores encargados de adquirir informes acerca de la princesa. Estos emisarios le dijeron á su regreso, que les parecia ser bastante hermosa, pero tambien necia. «Amigos míos, les dijo el duque, volved á Escocia y traedme, puesto que posee las condiciones que deseo. A una mujer, mas bien perjudica que favorece tener mucho ingenio. Para mí es bastante sabia la mujer que sabe distinguir su canispa de la anilla de su marido.»

Por este tiempo estalló una tenaz escision entre el rey y su hijo. Invitado repetidas veces el conde de Danmartin por el Delfín á desahacerse de su padre, determinó á revelar á Carlos sus tentativas. Este apreciaba la guardia escocesa que habia creado al principio de su reinado, no tanto para su propia seguridad como por honrar á sus generosos aliados. Luis se esforzaba en hacerla mirar como una cohorte pretoriana de que se valian los emperadores romanos para llevar á cabo sus órdenes tiránicas, y decia que ya era tiempo de quitar los escoceses que subyugaban el reino de Francia. Habia ganado algunos, que desalta que el rey llevaria en su viaje, y acometer á la reducida escolta que el rey llevaria en su viaje. Ignoróse lo que despues se propundria el Delfín, pues nada mas patentizó la declaracion del conde. El rey caró al acusador y acusado: el príncipe escuchó con frialdad, negó todo, trató á Danmartin de impostor y le desmintió formalmente. Por respeto al hijo del rey, no le desafió en persona el ofendido, el cual se manifestó pronto á combatir con cualquiera de la servidumbre que se presentase. Nadie se presentó. Cuando Luis logró la corona, hizo condenar á Danmartin como impostor; mas le perdonó sin exigir retractacion, y esto deja subsistente la verdad de su declaracion. El padre se quedó muy convencido del crimen de su hijo, habiendo sido ejecutados muchos de sus cómplices. Luis luyendo de su progenitor, cuya presencia habria sido una acusacion perpetua de su

perfilia, se retiró al delfinado, donde el rey le dejó obrar como soberano.

El buen éxito que favorecia sus empresas podia distraerle agradablemente de sus penas domésticas. Carlos VII alcanzó la dicha de conservar la paz en la Iglesia de Francia, la cual no se turbó á causa del cisma que se levantó acerca de la Santa Sede, disputada por dos rivales: el nno, Felix V, antes duque de Saboya y despues ermitano en Ripaille, elegido en 1439 por el concilio de Basilea, eremitano autorizado para deponer á Eugenio; el otro Nicolas V, elegido por los cardenales en cónclave, al fallecimiento de Eugenio IV, que la Francia no habia dejado de reconocer, aunque por su pragmatíca habia adoptado varias resoluciones del concilio con las pretensiones de la corte romana. Con tal motivo convocó el rey un congreso para Lion, á donde acudieron embajadores de Inglaterra, Sicilia y de varios electores, y muchos prelados y doctores. Decidíose en él que el nombrado del concilio, cediera á Nicolas elegido del cónclave, y así despues de preservar la Francia del cisma, Carlos VII logró lo mismo en cuanto á Europa.

Tambien hubiera deseado convertir en paz definitiva con Inglaterra la tregua que iba á espirar. Al efecto hubo conferencias, que á despecho de los franceses terminaron por una declaracion de guerra. En esta fué poderosamente ayudado el monarca por el celebre Jacobo Coeur, su tesorero, hijo de un vecino de Bourges, y enriquecido en el comercio marítimo que entonces era poco conocido. Advierte Villaret que no se descubrió su gran fortuna hasta que se puso al frente del tesoro público. Todavía es un problema la integridad de este tesoro en su administracion. En 1452 fué acusado de fraudes, malversaciones, abusos de autoridad y de todos los crímenes con que se suele tachar á un ministro desgraciado. En el tribunal habia grande encono contra él, quien fué juzgado por una comision nombrada espresamente. El acusado no confesó mas que lo que le arrancó el temor del tormento, y fué condenado á muerte y confiscacion de todos sus bienes. El rey excomulgó por sí mismo el proceso, y á pesar de que no era injusto ni muy severo, no concedió á Jacobo Coeur mas que la vida, comutándole la pena de muerte en el destierro perpetuo. Parece que se pensó tenerle encarcelado en lugar de desterrarle; pero él se escapó á Roma, donde el papa Calisto III le llevó el mando de la escuadra que habia armado contra los turcos. Levó á cabo nuevas empresas, y adquirió una fortuna mas brillante que la que habia perdido.

Las hostilidades por parte de Carlos VII comenzaron por la Normandia alta y baja, donde fueron rápidas sus conquistas. Presentóse delante de Rouen: los ingleses hicieron al pronto alguna resistencia, mas luego fueron precisados á capitular por los habitantes. El rey entró en aquella ciudad con toda la magnificencia entonces conocida. En seguida marchó á atacar á Harfleur cuya defensa fué mas vigorosa. El monarca apareció en la trinchera y en los combates de mimas esponiéndose como el último soldado.

«Ines Soré le aguardaba en la abadía de Junejees, é instaba que se dirigiese á ésta para darle noticia de una conspiracion formada contra él, y encargarle las precauciones que debia tomar; pero ni ella misma las tomaba bastantes, pues se cree que murió envenenada. Tal maldad apresuró un parto prematuro, aunque este último incidente basta para explicar la causa de su muerte sin recurrir al vuceno. Ya por aparentar la severidad de costumbres que no le inclinaba á odiar lo que el conde de Danmartin, el Delfín tenia, ya por inclinacion á odiar lo que el conde de Danmartin, el Delfín tenia, lo cual fué suficiente para achacarle un crimen que no está averiguado. Inés era dama de palacio, dotada de dulzura, franqueza y generosidad, salvándose que vivia muy bien con la reina á quien guardaba los mayores miramientos y atenciones. Ella fué la primera que llevó públicamente el título de querida de un rey de Francia, y la primera tambien que experimentó humillaciones, cuando se le supleaba de participar en circunstancias lisonjeras del triunfo del amante coronado. Tales fueron las muestras de menoscipio que los parisienses, todavia poco familiarizados con la prociadad del vicio, la prodigaron cuando apareció al lado del rey al entrar en la ciudad.

La de Caen fué tambien tomada por el rey en persona, con quien capitularon los ingleses, siendo una de las condiciones que no se retirarian á Cherburgo. Esta ciudad era la única que poseian en Normandia, y así que la perdieron fueron totalmente espulsados de esta provincia, á cuya completa reunion á la Francia habia precedido y favorecido una victoria decisiva en el Cotentin. La batalla fué sangrienta. Entramos ejércitos eran poco numerosos, pero compuestos de tropas escogidas, habiendo luchado por lo mismo con tanto encareamiento, que la mitad de unos y otros se quedó en el campo de batalla. El conde de Clermont, hijo mayor del duque de Borbon, yerno del rey y despues condestable, mandaba los franceses; á pesar de la habilidad con que habia ocultado de las inferiores, dad de sus fuerzas que componian la cuarta parte de las enemigas, quizá hubiera succumbido bajo el número, si el condestable no hubiese llegado en lo mas recio del combate y restablecido la ventaja á los franceses. Como el Delfín habia cooperado antes de su ale-

jamiento de la corte á los primeros hechos de armas en la Normandía, se creyó con algún derecho á esta provincia y pidió su gobierno. El padre no accedió á los deseos del hijo, quien privado de semejante medio de hacerse temer por aquel lado, trabajó en inquietar por el Mediodía. Buscó para segunda esposa á Carlota, hija del duque de Saboya, aunque todavía no casadera. Sabelord el rey de tales pasos, envió á significar al duque su oposición por medio de un heraldo, pero era demasiado ventajoso que el saboyano tejer por yerno al presunto heredero de la corona de Francia. Tomó tan bien sus medidas que el heraldo no llegó hasta el acto mismo de celebrarse la boda, hallándose la ceremonia demasiado adelantada para que aun fuese tiempo de interrumpirla. El suegro escribió al rey disculpándose, diciendo entre otras cosas que ni se había resuelto al enlace sino con la seguridad del consentimiento de S. M.; según explícitamente se lo había afirmado el legado del Papa. El rey habría podido acaso anular tal casamiento como vicioso por falta de su consentimiento paterno y regio, pero se contentó con retirar al Delfín las pensiones y tierras que le había dado. La princesa permaneció al lado de su padre mientras llegaba la edad de juntarse con su marido.

De casi toda la Francia que Enrique V había dejado á su hijo, no quedaba á Euriq;ue VI sino la Guiena. Carlos VII dirigió sus fuerzas contra esta provincia, donde se abrió la campaña con los mismos felices auspicios y las mismas halagüeñas esperanzas que en Normandía, y terminó con la sumisión total de dicha provincia. La Guiena había sido constantemente gobernada por príncipes particulares, y aun los reyes de la primera raza no ejercieron sobre ella sino un derecho de soberanía disputado con frecuencia. Desamparados por decirlo así los pueblos de este país por Enrique VI, creyéronse autorizados para decidir por sí mismos de su suerte; el clero, la nobleza y los magistrados de las principales ciudades se reunieron en Burdeos y convinieron en entregar al rey ó á su representante, no solo esta ciudad, sino las demás poblaciones, los castillos y las fortalezas de la Guiena, bajo condición de que se les guardasen sus fueros, libertades, privilegios y costumbres y se les administrase recta justicia. Todo esto fue jurado solemnemente por el conde de Dunois en la catedral de Burdeos, y ratificado por el rey en el castillo de Taillebourg, donde los diputados de los estados le protestaron su sumisión.

Los lugares donde se juzgó necesario poner guarniciones las recibieron sin resistencia, y solo Bayona, ocupada por los ingleses, necesitó ser sitiada; el sitio no fué largo, pero sí mortífero: capituló, y así se completó la rendición de toda la Guiena. Pero este triunfo no duró de la corona de Francia no tardó en desprenderse de ella. Los ingleses habían mirado siempre con gran consideración á la nobleza de Guiena. Habiendo dejado el rey poca tropa en este territorio, muchos señores adictos á Inglaterra propusieron á la corte de Londres la reconquista de la Guiena, presentándola como muy fácil por medio de un golpe de mano. El consejo de Inglaterra no despreció esta indicación e hizo pasar el Estrecho á un reducido ejército á las órdenes de Talbot, denominado el *Aguilón de Inglaterra*. Desembarcó en Espare, donde le esperaba el señor de la ciudad. El M. de los se sometió, sublevó toda la Guiena, y seis días después de su desembarco fué recibido Talbot en Burdeos, hizose dueño de toda su comarca y penetró hasta el Perigord.

El rey, que se hallaba en Lusignan, en el Poitou, reunió aceleradamente sus tropas disminuidas que de tuaba para atacar al duque de Saboya, con el cual hizo las paces al saber la invasión de los ingleses. El Delfín, que no estaba lejos, le ofreció sus servicios; pero el rey le mandó á decir: «He conquistado la Normandía por mi solo, y por mi solo recobraré la Guiena.» En efecto, tal fué el resultado de la batalla empeñada bajo las murallas de Castillon. El conde de Penthièvre la sitaba en nombre del rey, y se le incorporó el conde de Damartin. Entre los dos reñian diez mil hombres y Talbot al conde de Clermont que conducía el resto del ejército. Esparb se apresuró á evitar esta reunión, pero los franceses habían fortificado poderosamente su campo. Esto sorprendió mucho á Talbot, pero resolvió presentar el ataque, que fué uno de los más sangrientos en el curso de estas guerras. Talbot pereció en él á la edad de ochenta años, y su hijo cayó al lado del padre en el campo de batalla. El ejército inglés se dispersó y sus restos se reembarcaron en tropas. Los que se habían sometido con facilidad á los invasores huyeron á Inglaterra; pero sus bienes fueron confiscados. El rey dejó pasar desapercibida la pérdida de algunos de sus cortosos y aparentó ignorarla. El pueblo fué castigado con onerosas contribuciones: la provincia perdió sus privilegios, y la capital condenada á una multa exorbitante, tuvo que costear la construcción de fortalezas que la sojuzgaran. Carlos devolvió después á Burdeos sus privilegios, y la provincia agradecida se unió sucesivamente á la Francia. Los ingleses perdieron las esperanzas de recuperarla, y de sus vastas conquistas en el Continente solo conservaron á Calais y su territorio.

Hemos visto que el rey se había negado á aceptar el auxilio de su hijo. Resentido todavía por su matrimonio, habiase propuesto hacer sentir su disgusto al duque de Saboya; pero este principe logró apacarle, y Carlos le concedió para su primogénito la mano de su hija Yolanda con una crecida dote. Este arreglo fué debido al cardenal de Estouteville, hombre muy apreciable, que á pesar de sus opiniones ultramontanas, accedió á que las *libertades de la Iglesia galicana* fuesen confirmadas en una nueva asamblea del clero francés que él había presidido en Bourges el año anterior. Como legado del Papa sometió á examen y revision los escusivos privilegios de la universidad de Paris, cuya disciplina se había relajado notablemente. Carlos VII fué el primer monarca francés, según dice Villaret, que prescribió á este cuerpo académico estatutos relativos á su régimen.

En 1455, precisamente en la época en que la Francia empezaba á respirar, libre del largo yugo de los ingleses, y cuando estos se empeñaban en las primeras hostilidades de la famosa guerra de las *dos rosas*, á consecuencia de las opuestas pretensiones de los Yorks y Lancasters al trono de Eduardo, Constantinopla, la rival de Roma y rival favorecida en tiempo de los últimos emperadores que fijaron en ella su residencia desde el Gran Constantino que la había fundado, vió pasar á la dominación de los turcos su propia gloria, y el colosal poder de sus soberanos.

Seria muy injusto no confesar que Carlos VII aprovechó siempre los tiempos tranquilos, aunque de escasa duración, para establecer el orden y el buen régimen en su reino. Mandó á la cámara de los condes, á los tesoreros de Francia y otros altos funcionarios que evitasen mas que nunca la malversacion de los fondos públicos; y mandó además redactar un edicto para la brevedad de los procedimientos judiciales; Carlos VII hizo los mayores esfuerzos para reprimir el soborno y otros abusos procedentes de la codiciosa mala fe de los empleados inferiores de justicia; pero este trabajo emprendido también por sus predecesores y sucesores fué inútil, aunque digno de elogio. Regularizó asimismo los cargos de la magistratura y puso límites á su propia autoridad, cuya defensa confió á la probidad y firmeza de los magistrados.

El reinado de Carlos VII presenta actos severos de justicia, lo que admiró y aterró á los grandes señores, acostumbrados hasta entonces á la impunidad por las largas luchas civiles y la impotencia de los monarcas. Es sensible que para complemento de la historia de este reinado, sea preciso consignar al lado de muchos actos de justicia diferentes sentencias dictadas por el fanatismo y el error. Estableció en Arras un tribunal destinado á la persecución de los herejes, llamados *Cámara ardiente*, porque podía conular al fuego á los roos sujetos á su jurisdicción. No obstante, la barbaria de este castigo era conmutada algunas veces. Constantemente se había creído que el rey era propenso á dejarse manejar, y el Delfín Luis divulgaba con énfasis esta opinión para justificarle. Poco tiempo permaneció en buena inteligencia con el duque de Saboya, pues como se arrogaba todos los derechos reales en el Delfinado, exigió lamenajes á que se negó su suegro. Con este motivo el Delfín levantó tropas, y el rey creyó con bastante fundamento que esto tenia por objeto resistirle en caso de que le mandase regresar á la corte; por lo cual se suscitaron serias contestaciones entre ellos. El monarca pedía que su hijo alejase de sí los malos consejeros que le estimulaban á la rebelion, y que volviese al puesto que su cuna le señalaba. El Delfín respondia que mientras su padre no alejase á los señores que le designó como enemigos suyos personales, no podia acceder á tales deseos sin arriesgar su libertad. Esta obstinacion ofendió al rey, quien mandó á Antonio de Chabannes conde de Damartin, penetrarse en el Delfinado y persiguiese á todo trance á su hijo, el cual conociendo que toda defensa seria inútil, huyó á los estados del duque de Borgoña. Felipe el Bueno recibió al fugitivo con todos los honores debidos á su próximo pariente y al heredero presunto de la corona. Designóle un espacioso palacio para su mansion, y una pension mensual de seis mil libras; al mismo tiempo escribió al padre, sincerándose de haber accedido á su hijo y rogándole le perdonase. El rey al significar en su respuesta al duque el disgusto que le causaba la conducta de su hijo, se mostró indiferente de que este se hubiera retirado al lado de su primo. Sin embargo creyó oportuno reforzar las guarniciones de las plazas vecinas á los estados del mismo duque, recelando que este se prevaleciese de la permanencia del Delfín á su lado, para renovar con mas ahinco las diferencias que entre él y Carlos mediaban sobre derechos honoríficos y útiles. Esta precaucion era tanto mas prudente, cuanto que estaba entonces una conjuración, poniéndose á su cabeza el duque de Atenon, á quien hizo prender el rey y custodiarse severamente en el castillo de Chantelle, hasta que se viera su proceso.

Si Carlos experimentaba disgustos de parte de un hijo y de un cercano pariente, adquiria en la persona del conde Richemont un aliado cuya fidelidad debia reputarse indefectible. Por muerte de los dos últimos duques de Breña, sus sobrinos, que no dejaron herederos, recayó este ducado en Richemont, nieto del competidor

de Carlos de Blois. Desdó ante que Carlos cingiera la corona, limitándose a una actitud defensiva con respecto á los ingleses; y pero ahora el señor de Brez se embarcó en Harleur con cuatro mil hombres, y después de una penosa navegación aportó en la provincia de Kant, tomó por asalto la ciudad de Sandwich, apoderose de los buques existentes en el puerto, pechó el país comarcano y se retiró con gran botín. Esta fué la última expedición militar de Carlos VII, quien no vivió tranquilo aunque dió de mano á los afanes de la guerra.

Ademas de los disgustos que le acaecía su hijo, tuvo el dolor de conocer por el proc. so del duque de Alençon, que principios parientes suyos y otros señores de quienes nunca había desconfiado, habían conspirado contra él, y que ni el mismo Delfin estaba á cubierto de sospechas. Invirtiéronse dos años en reunir las pruebas y arreglar la forma del procedimiento que se adaptó al proceso instruido al conde de Artois, bajo Felipe de Valois. Carlos VII convocó los pares para Montargis, pero por una enfermedad que se creyó epidémica fueron trasladados á Vendome. El duque de Alençon peccó como el conde de Artois por vanidad, opinando no haber sido bastante recompensado sus servicios; peccó por codiciar el mando, que veía con pesar en manos del conde de Maine, cuya reputación y favor le ofuscaban. Cuando comenzó el proceso, ya estaban en poder del rey las principales pruebas de su crímen, habiéndole entregado la correspondencia del rey con los ingleses, en la cual él era que se encargaban de llevar á cabo la rebelión de la Guena, y que estaba á los ingleses á que realizasen la invasión antes que se afirmara la sumisión del pueblo. Para estimular el amor propio de ellos, llegaba hasta á tratarlos de cobardes si malograban la ocasión. Los cómplices que con él fueron presos, á eron noticia de las medidas que había tomado para alannar las dificultades á los ingleses: debía entregarles las plazas que poseía en Normandía con todas sus municiones, alzar tropas para ellos y guiarlos en sus marchas. Por toda recompensa de su perfidia pedía un ducado en Inglaterra y algunas tierras en el Maine, inmediatas á las suyas. La mezquindad del precio puesto á sus traiciones manifiesta que al culpable más que la ambición movían el odio y el despecho. Descubriéronse tambien que él era uno de los primeros autores de los malos consejos que el Delfin seguía contra su padre.

El duque de Alençon tenía mucho talento y cualidades brillantes, en especial la de la elocuencia. Hablando de las pruebas contra él aducidas, decía: «Las hay de dos clases, de testigos y de escritos. Los testigos son gente vil y criados que no osarán comparecer en mi presencia, y aun cuando comparecieran ¿es preferible á mi fé la de tal gente, y mi simple denegación no será de mas peso que todos sus juramentos? En cuanto á las cartas, proceden de la misma gente y no merecen mas crédito, no son de mi letra, ni están firmadas de mi mano ni selladas con mi sello». Todo lo confesó así que vio bien clara la autenticidad de tales cartas. No se compararon en justificarse sus abogados, limitándose á pedir indulgencia en consideración á sus servicios. El rey quiso se observaran con el mayor rigor todas las formalidades: condenó á muerte la sentencia definitiva. Al fin hizo merced de la vida el monarca, dando los bienes á la esposa del culpado á escepcion del ducado de Alençon, que reuvió á la corona. Al duque trasladó al castillo de Loches, donde debía permanecer toda su vida.

El duque de Borgoña no acudió al tribunal de Vendome, ora porque deseara alternar con los demas vasallos que eran pares, ora porque le desagradara el asunto. Llamado como los otros, preparó tan fuerte escóla, que el rey le dispencó del viage. Había mirradores entre ellos: el duque no se juzgaba recompensado en crédito y consideración al lado del monarca, á proporcion del servicio que había prestado separándose de los ingleses: Carlos por su parte se exasperaba con la altivez de un vasallo que intentaba ponerse á su nivel. Siempre veía con pena á su hijo en la corte de este rival, por creer que sin tal protección hubiera sido forzado el príncipe á regresar á su lado. Si á Felipe el Bueno honraba algun tanto su hospitalidad, menester es confesar que á veces le costaba caro. El duque de Charolais, su hijo, despues Carlos el Temerario, era de la misma edad que el Delfin: ambos á dos turbulentos y susceptibles, sobrado amigos ó enemigos, daban al buen duque mucho que hacer para contentarlos. Luis hizo venir á Bruselas á Carlota de Saboya, su esposa, habiéndole asignado su luto por una pensión de seis mil libras. Ella parió allí un príncipe: el Delfin dió esta noticia á su padre, quien llevó á mal no se le había participado la preñez. Dicese que tuvo intención de declarar ilegítimo al recién nacido, de desheredar al Delfin, desertor del reino, y de sustituirle su segundo hijo llamado Carlos, y que tal intención conocida de Luis, fué la causa del odio que profesó siempre á su hermano.

Aparte estas diferencias, á Carlos VII debían halagar el estado de reposo de que gozaba comparado con las pruebas, los afanes guerreros y las turbaciones de espíritu porque había pasado; los

trastornos de Inglaterra, desgarrada por una guerra civil, que arrojó al cabo del irono al débil Enrique VI, el rey coronado en Londres y Paris, y que puso en él á Eudardo, duque de York; el ningun tenor por parte de los grandes del reino, que si no leales al menos eran sumisos. Los extranjeros reconocían su acierto: Cristian I, rey de Dinamarca, le invocó para árbitro en una discordia suscitada entre él y el monarca de Escocia. Bajo su protección se puso Génova, cuyo dux y senado le prestaron juramento de fidelidad; pero el derecho que esta rública dió sobre ella, el de la casa de Anjou sobre la corona de Nápoles, y ademas el de la casa de Orleans sobre el ducado de Milan, convirtieron la Italia en teatro de largas y sangrientas guerras, muy ruinosas para Francia. Carlos conoció el primero el peligro de tan funestos derechos, pero apenas tomó posesion de Génova, arrojó esta ciudad los franceses enviados á petición suya.

Agregáronse motivos de interés á la antipatía que mutuamente se guardaban el rey y el duque de Borgoña. Estaba el ducado de Luxemburgo en poder de este por haberlo adquirido en 1455 de Isabel, hija única del duque Juan, hermano del emperador Sigismundo: reclamólo el rey como representante de Ladislaw el Póstumo, rey de Hungría, y de Ana de Austria su hermana, esposa de Guillermo de Sajonia, mara de Anjou, nacidos entrambos de otra Isabel, única hija de dicho emperador, los cuales le habían vendido ó cedido sus derechos. Pretendía, no sin fundamento, que la primera Isabel sola era usufructuaria de su herencia y que no había podido disponer de ella por venta, en perjuicio de su familia. Esto prestó asa á demandas, réplicas y esplicaciones delicadas. Notando los subalternos de las dos cortes la antipatía de sus amos, fomentaban su secreta animosidad sugiriéndoles pretensiones que creían meritorias, y agriéndolos con relaciones de hechos falsos ó destramente desfigurados. Carlos VII, aunque bueno, era muy susceptible, habiéndole familiarizado tan poco sus muchas vicisitudes con la perversidad de los hombres, que siempre solia ser sorprendido.

Durante este altercado irrogó el duque de Borgoña una injuria difícil de soportarse. Con ocasion de una funcion que dió al recibir caballeros en el Tuison de Oro, comprendió en el convite al duque de Alençon, encerrado en Loches; y ya que no podía verle en persona admitió un representante del preso, y permitió, si es que no lo dispuso, que en plena asamblea fuera declarado *señor de honor y sin mancha*, calumniado por una sentencia injusta. Este paso lastimaba directamente al rey, quien significó su descontento renovando una estrecha alianza con los liegeses, enemigos encarnizados de la casa de Borgoña. Fuele tanto mas sensible la ofensa del duque, cuanto que se le causaba á la vista de su hijo, cuya indiferecia no podía menos de serle muy penosa. Abriose entonces una negociacion bastante animada para hacer que regresara el príncipe; pero la misma dificultad de remover los consejos y cortesesos recíprocamente sospechosos fué siempre un obstáculo á la reconciliacion. Desahaba el padre tanto mas ardentemente, cuanto que se le decía que los señores estaban descontentos de la ausencia del que debía ser su rey, y que los pueblos murmuraban y propendían á rebelarse.

Aumentándose en derredor del rey las sospechas é inquietudes, interin habiéndose él caído enfermo perdia su temperamento antes robusto. Trabajado insensiblemente por las fatigas de cuerpo y espíritu, puede afirmarse que á los cincuenta años había vivido Carlos VII mas que un hombre ordinario: así no fué un mal agudo sino un desfalecimiento de la naturaleza lo que le condujo al sepulcro. Comenzó á resentirse de él en el castillo de Meun del Yevre, donde se distraía y moraba habitualmente. Los médicos equivocaron la enfermedad: una sangría mal aplicada á una indisposicion de languidez aumentó la debilidad. Mientras se hallaba en tal estado de prostracion, un hombre en quien tenía confianza vino á hablarle de una conspiracion que, á su decir, se formaba bajo la direccion del Delfin, cuyo designio era envencenarle. Atendese que el temor de esta desgracia determinó al moribundo á no tomar ni alimento ni remedios: persistió siete dias en tal obstinacion, y cuando vencido por las instancias de los que le rodeaban accedió á romper su abstinencia, ya no era tiempo: los conductos, según algunes, se habían cerrado, y murió de hambre. Esta opinion ha prevalecido.

Preocupado por el mal, Carlos VII no hizo ninguna disposicion particular: tuvo doce hijos de Maria de Anjou, su esposa, ocho princesas y cuatro príncipes. De estos no le quedaron mas que Luis XI y Carlos, sucesivos duques de Berry, de Normandía y de Guisena. Tuvo ademas tres hijas de Inés de Sord, Maria de Anjou, princesa de mucho mérito, sufría con conciencia las infidelidades de su marido, y hasta la altanería de alguna de sus damas, que no todas fueron tan respetuosas como Inés. Cuando hablaban á la reina acerca de la conducta poco regular de su esposo, para estimularla á mostrarse resentida, respondía: «Es mi señor, puede disponer de mis acciones, y yo no de la suyas.» De Meun fué trasladado el cuerpo del rey á Paris, depositado en la catedral, y llevado despues á San Dionisio con los honores acostumbrados. Tannegui de Chatel, so-

brino del que cuando la sorpresa de París por los borgoñistas puso á Carlos en seguridad en la Bastilla, fué quien costó el funeral, no habiéndosele reintegrado los gastos hasta pasados diez años. Después de comer en la abadía, dijo en voz alta: «¡Hemos perdido nuestro año: cada cual procure por sí mismo,» exclamación funesta, dice Villaret, que no servía más que para renovar las penas de lo pasado y presentar terrores para el porvenir.

Juzguemos severamente á Carlos VII, á quien absolvieron los grandes sucesos de su reino, ya que no pudo menos de tener una parte principal en ellos. Reconvengámonos por haber dejado durante muchos años que Du Bois, La Hire y otros guerreros de su edad se cubrieran de gloria por su causa, mientras que él, apartado de los peligros de la guerra, se enervaba en el reposo y se abandonaba á los placeres; por haber causado con sus preferencias intrigas entre los cortesanos, que retrasaron el triunfo de sus armas y prolongaron las calamidades públicas; pero alabémosle por haber reparado en su edad madura las faltas de la juventud. Si continuó teniendo ministros privilegiados y aun favoritos, no descurrió los pormenores de la administración, según el testimonio de un escritor contemporáneo.

Carlos VII ha merecido en la historia el título de *Victorioso y Restaurador de Francia*. Encontróla invadida y la reconquistó; presa de los hombres cuyo objeto esclusivo era la guerra, contuvo á éstos por medio de la disciplina; mal provista de magistrados, introdujo el orden en los tribunales. La religión padecía por los abusos introducidos en el clero, y el príncipe convocó asambleas magestuosas que corrigieron las costumbres; y dió nuevo vigor por medio de la *Pragmática* á los antiguos cánones que garantizaban las libertades de la *Iglesia gálica*. Por último, lo que pone el sello á la gloria de su administración, es el régimen de impuestos, piedra de toque de un buen gobierno. Fué el primero de los reyes de Francia que los estableció sin el apoyo de los Estados Generales, pero no sin el del Consejo de los grandes y el asentimiento de los principales del pueblo que debía pagar. Por esta causa los cobró sin encontrar obstáculos, porque era general la persuasión de su necesidad y de la justicia con que se invertían. Carlos VII era afable y de aspecto grave: gustábase la magnificencia, el descanso y los placeres. Fué un gran monarca, porque realmente hubiera preferido ser un particular dichoso.

#### LUIS XI.

*De edad de 53 años.*

El Delfín estaba en negociaciones con su padre para acelerar su regreso; próximo á partir cuando la salud del rey decayó, y rodeado de obstáculos cuando recobrabá algún vigor, la muerte de Carlos VII hizo cesar todas las dilaciones. Luis XI se hallaba en los estados del duque de Borgoña. Como atendiendo á lo que había pasado entre el padre y el hijo podían temerse algunos movimientos tumultuarios al principio del reinado de Luis, Felipe el Bueno ofreció marchar á ponerle en posesión á la cabeza de cien mil hombres. La precaución pareció al nuevo rey mas formidable que el peligro, por lo cual pidió al duque que le dispensase de aceptarla. Esto, que no arribaba torcidos desiguos, le cedió la mayor parte de tal ejército, y solo se quedó con los señores mas distinguidos, con los cuales acompañó al monarca á Reims. Los príncipes de la sangre, y los pares y los principales señores se trasladaron también á dicha ciudad, de manera que esta consagración sin preparativos igualó á las mas magníficas de cuantas le habían precedido.. Terminado el banquete, el duque de Borgoña se arrojó á los pies del monarca y le suplicó en los términos mas afectuosos y apremiantes que perdonase á los que hubieran podido disgustarle. El rey prometió hacerlo así, exceptuando únicamente de la amnistía á siete personas que no nombró. Con esta restricción se reservaba la elección de las víctimas de su venganza, y accedió tan á su pesar á dicha merced, que el duque, que le conocía á fondo, dijo: «Este hombre no reinará mucho tiempo sin causar terribles trastornos.»

Por lo demás, el rey exageraba sus demostraciones de afecto al duque, y este se mostraba muy respetuoso hacia él. Presentóse un homenaje leal del ducado de Borgoña, y no solo comprendió en su juramento de fidelidad los dominios dependientes de la corona, sino todas sus posesiones. Durante la consagración, habiase encargado del ceremonial, aunque este cargo era inferior á su dignidad de primer par de Francia. Igual solicitud desplegó en París. Anticipóse al rey, y salió á recibirle como su primer vasallo á la cabeza de la milicia, de la magistratura y del vecindario.

Luis XI tenía treinta y ocho años cuando subió al trono. «Para formarse una idea de su reinado, dice Villaret, basta considerarlo como el reverso del reinado anterior. Empezó depouiendo al canciller y á muchos magistrados de todos los tribunales; alejó al almirante, al primer gentil hombre, á los mariscales de Francia, y á los principales funcionarios de Hacienda. Entre los caidos contó

base Chabannes, conde de Damartin, que le había acusado de haber conspirado contra su padre. Después de haber huido y ocultádose á: asilo en asilo, apoyado en su conciencia y en el respeto que todos los que rodeaban al rey, tributaban á su probidad, se presentó y pidió ser juzgado. Fué sentenciado á muerte como reo de lesa magestad; ¡pero el rey, dice un historiador, prefiriendo la clemencia á la justicia, le perdonó la pena corporal sin exigirle retractación. Su acusación no era pues infundada puesto que nadie se atrevía á destruirlo. Desterrado por conmutación de pena á la isla de Rodas, le obligaron á dar una fianza de que no abandonaría su destierro sin superior permiso; pero el rey mudó de parecer, y le hizo encerrar en la Bastilla. Todos sus bienes fueron confiscados y reparados entre muchos de los que habían sido despojados en el anterior reinado.

La despedida de Luis XI y Felipe el Bueno fué muy trista. El rey acogió también con benevolencia á Carlos, conde de Charolais; recibióle en Tours donde había ido á tributar sus respetos á su madre María de Anjou, modelo de madres y de esposas en tiempos turbulentos. El rey hizo magníficos presentes al príncipe de Borgoña y le concedió el gobierno de la Normandía que anhelaba; pero al mismo tiempo que aparentaba entregarse sin reserva á los príncipes de Borgoña, firmaba secretamente la continuación de un tratado de alianza entablada por Carlos VII con los liejeses, enemigos declarados de esta casa.

Créese con fundamento que la mudanza de los cortesanos y ministros, fué hecha por el nuevo monarca para condenar la conducta de su padre; la abolición de la pragmática confirma esta sospecha. La pragmática se había establecido en Francia á despecho del papa Eugenio IV, y sus sucesores la miraron con gran disgusto. Siendo Luis XI Delfín, se había manifestado, tal vez por contrateer á su padre, enemigo desmezado de esta ley, y había prometido á la corte de Roma una satisfacción cuando subiese al trono. Pio II (Eneas Silvio Piccolomini) ocupaba entonces la Santa Sede. Este pontífice había sido secretario del concilio de Basilea y defendido sus decretos. Pero al mirarse Papa, mudó de parecer y aun publicó, después de su negociación con Luis XI, una bula en que se retractaba de sus antiguas opiniones. «Creedme, decía, ahora que soy viejo, mas que cuando hablaba como jóven; heced mas caso por Pio II. Ni dejó de recordar al rey las disposiciones que había manifestado, y apeló á una astucia para prevalecer pronta y felizmente.

Conociendo el carácter despótico de Luis, el Papa supuso para evitar discusiones, que la abolición de la pragmática era una resolución definitiva del monarca, y en la carta que sobre el particular le escribió le decía: «En esto os mostrais un gran rey, que no se deja gobernar, sino que gobierna por sí mismo. No queréis someter á deliberación lo que sabéis debe hacerse; esto es en verdad ser rey y rey bueno.» El monarca no resistió á estas insidiosas insinuaciones, y á las consideraciones que sugirió á Joffredi, obispo de Arras y nuncio del Papa cerca del rey, la perspectiva del birrete de cardenal que debía ser el precio del éxito feliz de sus diligenias. Luis XI escribió al papa: «A petición vuestra ablimos en todo nuestro reino esta pragmática, aunque la mayor parte de los hombres instruidos se esfuerzan en disuadirnos.» Esta carta pinta á las claras al hombre que se negaba á consultar sus determinaciones, y corroboraba el dicho del mariscal de Brezé, que siendo al rey muerto en un ruin caballo, le dijo: «ese caballo, señor, es mas fuerte de lo que se cree, porque lleva al rey y á su consejo.» El mismo Luis decía que todo su consejo se encerraba en su cabeza. Fiel á su promesa, el Papa concedió á Joffredi el capelo y además el obispado de Alby. No obstante, el negociador no quedó satisfecho, porque no se le dió el arzobispado de besanzon y la abadía de Gluny, la mas rica del reino. Pio II no fué tan leal respecto del rey.

Una de las condiciones secretas de la abolición de la pragmática había sido que el Papa llamase las tropas que suministraba á Fernando hijo de Alfonso V, rey de Aragon y sobrino por su mujer de Pio II, para sostenerle en el reino de Nápoles contra Juan, duque de Calabria, hijo de Renato y primo hermano del rey, aspirante á esta corona, no solo en virtud de los derechos de la segunda casa de Anjou, sino tambien del testamento de Juana II ó Juana II, hermana de Ladislao é hija de Carlos de Duras.

Cuando Luis reclamó del Papa el cumplimiento de su palabra en favor del duque de Calabria, el Pontífice, que después de haber conseguido cuanto se propusiera, había asegurado al monarca que *empezaba á amarle maravillosamente*, se negó á dar esta prueba de su *maravillosa amistad*, y dejó sus tropas á Fernando. «Si no dais al rey esta satisfaccion, dijo el embajador á Pio II, estoy autorizado á mandar á los cardenales franceses que se retiren de Roma.—Que deponga las armas el duque de Anjou, respondió el orgulloso Pontífice, y continúe sus pretensiones por medios legales. Si Fernando se niega á someterse, no declaramos contra él. Por



lo demas si los franceses que habitan esta ciudad quieren marcharse, pueden efectuarlo desde luego. De esta negativa del Papa resultó que el rey no se apresuró á hacer ejecutar el edicto en que habia suprimido la pragmática, y los tribunales continuaron actuando con arreglo á las leyes antiguas. Esta especie de indecision relativamente á la pragmática, sirvió á Luis XI durante todo su reinado de contrapeso entre él y los papas, pues amenazaba á estos con restablecerla cuando estaba descontento y agravaba su reprobacion cuando la corte de Roma le satisfacía. Llegó hasta prohibir que se enviase dinero á esta ciudad y mandó á su procurador general apellase al futuro concilio de los intentos vejatorios de la Santa Sede.

Eduardo IV, duque de York, acababa de usurpar la corona de Inglaterra á los Lancastres, en la persona del desgraciado Enrique VI, refugiado á la sazón en Escocia. Su esposa Margarita de Anjou pasó á Francia á implorar los auxilios de Luis XI su pariente próximo. Luis, aunque mantenía correspondencia con Eduardo y tenia un embajador en su corte, no se negó á prestárselos; pero sus esfuerzos fueron harto mezquinos, pues se limitaron á dos mil hombres y veinte mil escudos, reintegrables en el plazo de un año, so pena de restituírle la plaza de Calais. El interesado Luis reservaba sus caudales para operaciones lucrativas.

Don Juan, rey de Aragon, hermano mayor y sucesor de Alfonso V, habia casado con Blanca, heredera de Navarra é hija de Carlos el Noble. A la muerte de este, su hijo D. Carlos, príncipe de Viana, reclamó su herencia. Esto ocasionó entre el padre y el hijo una serie de hostilidades que se prolongaron veinte años, y que terminaron con la muerte de D. Carlos, envenenado segun se cree, por su padre. Dejó no herederá á su hermana Blanca, que se habia casado con Enrique IV rey de Castilla, y del cual se habia separado por causa de impotencia. Desde entonces vivia retirada en la corte de su padre. Esta princesa habia profesado constantemente un tierno cariño al príncipe de Viana, lo que era un crimen á los ojos de D. Juan, y este crimen le pareció mucho mayor en aquellas circunstancias, al ver las pruebas de correspondencia que D. Carlos dió al espirar á su hermana. Ofendido por esta preferencia y acostumbrado á hollar las leyes de la naturaleza, D. Juan, dueño de su hijo, la desheredó y declaró su heredera en Navarra á Leonor, condesa de Foix, hermana menor de Blanca. Esta injusta disposicion sublevó á los catalanes, quienes fueron eficazmente apoyados por Enrique, antiguo esposo de Blanca, que tenia injurias que vengar de D. Juan, y que se veia subrepticamente favorecido por Luis XI. Pero sobornado por el empuño del Rosellon y la Cerdena hasta la restitucion de sus antecios. Luis suministró á D. Juan trescientas lanzas y trescientos cincuenta mil escudos. El conde de Foix, yerno del rey de Aragon, fué el negociador del tratado, y no se olvidó á si mismo en él, pues le hizo entregar á la desgraciada Blanca, que fué destruada al castillo de Ortez, y que murió envenenada dos años después. Esta infortunada princesa habia transmitido sus derechos á su antiguo esposo, y la guerra entre Castilla y Aragon se encarnizó mas. D. Juan ofendido se atrajo á los ministros de Enrique, que le dispusieron á la paz y le persuadieron recurriesse al arbitrio del rey de Francia. Luis XI adjudicó la Navarra á D. Juan, exceptuando una fortaleza que era la llave de este pais por la parte de Castilla. Ninguno de los partidos se conformó con esta sentencia; sin embargo, se restableció la paz excepto en Cataluña, cuyos naturales prolongaron diez años su rebelion. Poco despues de este último tratado tuvo lugar en el Vidosa la famosa entrevista de Luis XI y de Enrique IV. El monarca castellano y su corte desplegaron la mas fastuosa ostentacion; Luis XI por el contrario hizo atarde de una ruidosa indecorosa. Por lo general, este príncipe, dice Comines, no se cuidaba de vestirse ni adornarse con riqueza, y se presentaba lo mas desalzado que le era posible. La entrevista duró un cuarto de hora, y ambos monarcas se separaron despreciándose recíprocamente.

La buena inteligencia con los príncipes de Borgonya no duró ni podia durar entre unos vasallos que abrigaban pretensiones desmedidas, y un monarca celoso de los derechos de su corona, y dispuesto á aprovecharse de la ambigüedad de las leyes feudales y ensauchar sus prerogativas. Mientras Luis, Belin, y el conde de Charolais vivian al lado de Felipe el Bueno, no siempre habian podido reprimir la antipatia producida por la diversidad de su respectivo carácter, uno franco y abierto, y el otro refinadamente solapado. La confianza aparente del rey al conceder á Carlos el gobierno de la Normandia, engañó á este por corto tiempo, porque poco despues el monarca nombro su lugarteniente en esta provincia al duque de Bretaña, cuyo poder hacia nulo el del gobernador, por lo cual este renunció con desprecio su dignidad. Otros ataques embuzados exasperaron tanto al príncipe Borgonyon, que habiéndose hallado á punto de ser envenenado, declaró al monarca como autor ó instigador de este crimen, fundándose en que

daba asilo en su reino á dos señores que aparecian como cómplices. Es indudable que Luis mantenía relaciones en la corte de Borgonya, y que pagaba pensiones á muchos cortesanos, entre otros á Juan de Croi, que ejercia mucha influencia sobre Felipe el Bueno. Contentorizaba con el padre contrariando al hijo. Proponiase inducirle á una restitucion justa, pero no ajena á ciertas dificultades, y le dispuso á ella codiciándole sus derechos al Luxemburgo.

En el tratado de paz de Arras, Carlos VII habia cedido las ciudades sobre el Soma bajo condicion de que él o sus sucesores podrian recuperarlas pagando cuatrocientos mil escudos de oro. Luis XI los reunió esquilmando los bolsillos pingües, y los ofreció al duque. El artículo del tratado era tan explícito, que el duque no pudo recusarse á su cumplimiento, pero pidió al rey y obtuvo la promesa de conservar los mandos y las guarniciones de estas ciudades y de no innovar cosa alguna en el gobierno civil. El conde de Charolais reprochó la ociedad de su padre; y este no pudo dejar de reconocer que habia accedido con sobrada facilidad á los deseos del rey, cuando supo que este habia nombrado otros gobernadores, enviado otras tropas y compuesto el consejo interior de hombres que le eran adictos, en lugar de los que administraban anteriormente.

Habiendo Luis experimentado la condescendencia del duque, creyó que le determinaria fácilmente á que permitiera se impusiese en sus estados una gabela en provecho del Erario, como se pagaba en el resto de Francia; pero Felipe el Bueno no accedió, y envió al señor de Chumay al rey para que hiciese á este enérgicas reflexiones. Chumay despues de mil obstáculos logró ver al monarca, y le dijo que el duque su señor debía ser tratado con mas consideracion. ¿Quién es ese duque? preguntó el rey con desprecio: ¿es acaso de otro metal que los demas príncipes de su reino? Si señor, replicó Chumay; si no hubiese sido de mejor templeado acero, no se hubiese apurado y defendido cinco años de las amenazas de vuestro padre, lo que no se atrevió á hacer ningún príncipe de Europa. El rey quedó corrido y no insistió mas sobre el particular.

Estos indicios de animadversión que dejaba traslucir algunas veces el rey á pesar de su habitual disimulo, hacian que los demas adoptasen medidas contra los proyectos que abrigaba ó que se le suponian. Recibió con la mayor afabilidad el homenaje del duque de Bretaña, que le era á la sazón Francisco II, joven lleno de candor y buena fe; le el monarca le permitió al prestar su juramento todas las protestas que quiso, y le nombró ademas su lugarteniente general en el Anjou, el Maine, la Turenna y Normandia. El gobierno de esta última provincia habia sido conferido, como ya sabemos, al conde de Charolais. El consejo de Francisco hizo por consiguiente observar á este que la autoridad que se le concedia sobre Normandia era una gracia insidiosa, y una maizana de discordia arrojada entre ambos príncipes. Conociéndolo así, el breton y el borgonyon renunciaron á la par, y se esforzaron en estrechar su alianza para servirse de reciproco apoyo en caso necesario. El rey al contrario se dedicó á desunirlos. Teniendo que en sus conversaciones intimas tomasen medidas contra él, lo les permitia avistarse; no obstante, lo que los príncipes no podian hacer de viva voz, lo verificaron por medio de enviados, aunque no con tanto sigilo que el rey no lo averiguase. Presentose pues rápidamente en las fronteras de Bretaña con un poderoso ejército, é intuyó al príncipe que cesase de titularse duque por la gracia de Dios, de acunbar moneda en su nombre, de hacer alistamientos extraordinarios, de exigir á sus vasallos que en su homenaje se obligasen á servirle en favor y en contra de todos; y por último le prohibió se arrogase el patronato regio, recibiese piamiento de fidelidad de los prelados, y pidiese cuenta de sus bienes, puesto que dependian exclusivamente de la corona de Francia.

Esta era una de las antiguas pretensiones de los reyes de esta nacion, y se fundaba en que dependiendo en otro tiempo la Bretaña de la Normandia, no debía ser considerada como un feudo inmediato de la corona y gozar de las prerogativas de esta. Nada se habia fallado aun jurídicamente acerca de la legitimidad de estas pretensiones, y el estado del reino desde el entronizamiento de los Valois habia alejado las ocasiones de legalizar esta cuestion. En efecto, desde este tiempo la Bretaña se habia hallado bajo la dominacion de la Inglaterra, lo que no permitia á los reyes ejercer en ella la plenitud de sus derechos, ó en estado de hostilidad con este pais, circunstancia útil á la Francia y que exigia miramientos.

El duque breton no esperaba este brusco ataque, y nada habia dispuesto para rechazarle. Es indudable que si el rey hubiese querido se hubiera apoderado de la Bretaña; pero creyo no debía negarse á la proposicion que hizo el duque de reunir los estados del ducado autor de dar su respuesta á una intinacion que abrazaba los privilegios mas importantes de la provincia. Así pues, los preparativos hostiles dieron por resultado un proceso en cuya virtud se estableció una comision en Tours, adonde se trasladaron los diputados del duque armados de protestas que suspendieron el juicio; y mientras se litigaba, persuadido el breton de que solo se veria á

cuerto de las tentativas del rey suscitádoles conflictos que le obligasen á mantenerse en la defensiva, escribió á los príncipes de la sangre y á los magnates haciéndoles ver que lo que le sucedía podía tambien sucederles, alendiendo el carácter emprendedor y las desmesuradas pretensiones del monarca, y que el único medio de prevenir las tropelías que en particular les amenazaban, era coligarse para hacer frente á la opresion. Estas cartas eran llevadas por emisa-

En su carta, el hijo hacia entender al padre que no se hallaba en seguridad, porque el rey le seguía la pista al frente de numerosas fuerzas. Alarmado con este aviso, Felipe el Bueno luyó aceleradamente del punto de reunion. La noticia del proyecto, verdadero ó supuesto de arrelatar al conde de Charolais y de sorprender al duque de Borgoña, no tardó en divulgarse por los emisarios del conde. Los predicadores lo publicaron en los pulpitos y los príncipes extranjeros fueron informados de todo por medio de manifiestos. El rey hubiera deseado hacer olvidar este negocio, y solo pedía se pudiese en libertad á Rubempré, para cuyo objeto dió algunos pasos secretos pero sin resultado. Viendo esto, adoptó el partido de dar á este asunto la publicidad que hubiera querido evitar, hablando en voz mas alta que sus adversarios.

Llamó á Rouen los diputados de las principales ciudades del reino, hizo pronunciar delante de ellos un discurso apologético de su conducta, y declaró hallarse resuelto á pedir al duque de Borgoña una reparacion de la afrenta que se le habia hecho esparciendo contra él sospechas injuriosas. En efecto, envió al duque una diputacion compuesta del conde de En, del arzobispo de Narbona y del canceller Morvilliers. Felipe el Bueno les dió audiencia en presencia de su hijo. El canceller se propuso justificar la conducta del rey, que conocedor de las intrigas que mediaban entre el duque de Bretaña y la Inglaterra, no habia podido menos de procurar sorprender las pruebas á fin de perseguir legalmente al culpable; que este



Carlos VII é Inés de Sorel en la plaza de Amieges.

rios disfrazados de frailes, y encargados de suministrar los datos necesarios. Todos los invitados se trasladaron al lugar convenido, y hallaron los ánimos muy dispuestos á recibir las impresiones que se deseaba comunicarles.

El rey ignoraba los resortes, pero no dudaba de la existencia de la intriga. Su vista se dirigía especialmente á la Inglaterra, donde creía debía formarse el complot, si se habia proyectado alguno, porque de allí podía la faccion, en su concepto, sacar sus principales fuerzas. Mientras le atormentaban estas zozobras, supo que Romillé, vice-canciller de la Bretaña, que habia verificado ya muchos viages á Flandes, Holanda é Inglaterra, acababa de marchar á esta isla. Acto continuo hizo tripular una embarcacion por cuarenta hombres resueltos, á las órdenes del bastardo Rubempré, á quien encargó apresase al vice-canciller á su regreso, persuadido de que en sus papeles hallaría la clave de la intriga. Cansado el bastardo de un crucero infructuoso, desembarcó en Gorkum, reducida ciudad de Holanda, donde creyó que abordaría Romillé para dar cuenta de sus operaciones al conde de Charolais, que habitaba esta ciudad entregado á la disolucion y enemistado con su padre. Rubempré fué reconocido y preso con todos sus compañeros. El conde divulgó que habia sido enviado para apoderarse de su persona y tal vez para asesinarle, y despachó un correo á su padre participándole lo que ocurría. El duque se hallaba en Hesdin, donde esperaba al rey para tratar de asuntos que habian acordado orillar reunidos.



Casamiento de Luis XI.

era el objeto de la empresa de Rubempré; que atribuyéndole cualquiera otro movel, el conde haría creer que abrigaba algun torcido proyecto, puesto que estaba tan dispuesto á sospechar de los demás; que era altanero, y que aborrecía personalmente al rey porque le habia privado de su pension por el gobierno de la Normandía. El orador se quejó tambien de la conducta del duque mismo por su falta de palabra en no haber esperado al rey en Hesdin, y concluyó

pidiendo que Rubempré fuese puesto en libertad y entregados á la justicia sus calumniadores.

Morvilliers habló con arrogancia. A cada una de sus acusaciones, el impetuoso conde de Charolais mostraba el mas vivo deseo de interrumpirle, pero el canciller le dijo: «Señor conde, no he venido á hablarlos, sino á hablar á vuestro padre.» Este le impuso silencio, diciéndole que podría usar de la palabra al día siguiente cuando se hallase mas tranquilo. Por lo que respecta á él, se negó á entregar los pretendidos culpables, porque unos eran clérigos y otros no estaban sujetos á la jurisdicción del rey, puesto que Rubempré había sido aprehendido en pais extranjero. Declaró por lo demas que seria cumplida justicia á este, y que le devolveria la libertad si no era culpable. Por lo que toca á la acusacion de haber faltado á su palabra al rey, se defendió con dignidad y energia. El

duque no quiso justificar á su hijo por las sospechas que este habia concebido respecto del rey, y dijo chanceándose: «Si mi hijo es propenso á sospechar, se parecerá en esto á su madre, que sospechaba muchas veces que yo amaba otras mujeres.» Sobre la falta de palabra, acriminó terriblemente al rey. Al día siguiente el conde de Charolais refutó tranquila y satisfactoriamente todos los cargos, y cuando los embajadores se retiraban dijo al arzobispo de Narbona: «Recomendame al rey, y decidle que antes de un año se arrepentirá de su proceder.»

No satisfecho con esto el monarca, creyó debia hacer una apologia de su conducta á sus vasallos, para lo cual convocó en Tours á los principes de la sangre, y á los principales señores y diputados de las ciudades. En esta asamblea hizo pronunciar al canciller un discurso en que se sinceraba de cuanto habia obrado en el asunto de Rubempré y en todo lo demás. El orador terminó haciendo á la asamblea juez de la conducta del monarca en aquellas circunstancias. Todos la elogiaron, y unánimes prometieron darle el apoyo que necesitase. El

rey se mostró muy satisfecho y arengó á la asamblea. Pero el duque de Orleans, anciano respetable por sus virtudes y sus veinte y cinco años de prision en Inglaterra, habló en favor del de Bretaña, defendió su causa y manifestó algunos abusos en el gobierno. Luis, que acababa de hacer su propio panegirico, se desató lleno de cólera en invectivas de todo género contra el duque, y le habló con tal dureza que el anciano murió de pesar á los dos dias. Dejó un hijo de dos años, que mas tarde reñó con el nombre de Luis XII. La declarada amosidad del rey hizo conocer al duque de Bretaña que nada debia esperar, y así decidióse este á indisponer contra el monarca, no solo á los magnates, sino á todas las clases. Además de las cartas ya dirigidas á muchos señores invitándolos á formar una liga, se remitiéron otras á personas de diferentes condi-

ciones, atacando no solo los vicios del gobierno, sino tambien el carácter del rey, á quien atribuian los mas odiosos defectos. Cada cual hallaba en estas cartas los motivos de queja que le eran propios. Estas comunicaciones agitaron los ánimos y se formaron asociaciones á que eran admitidas hasta las mujeres. Los confederados llevaban para reconocerse una faja de seda verde. Celebraron sus asambleas en las iglesias y hasta en la catedral de Paris.

El agente principal era el duque de Borbon, Juan el Bueno, cuñado y enemigo del rey, porque no le habia dado la prometida espada de constabable. Los demas eran el duque de Alençon y el conde de Armañac, deudores de su libertad á Luis XI; Juan de Anjou, duque de Calabria y de Lorena; el conde de Maine, su tío; el conde de Dunois; Santiago de Armañac, duque de Nemours, primo hermano del conde de Armañac; el señor de Albret, hijo del

constabable, y otros muchos, inducidos á la rebelion sin otro motivo que su ambicion y deseo de novedades; por último, el duque de Bretaña y el conde de Charolais. El duque de Borbona, su padre, dudó mucho tiempo acerca de si entraria en la confederacion. No obstante, permitia que su hijo levantase tropas, por creer que lo verificaba para ponerse en estado respetable de defensa. El duque de Borbon juzgó prudentes todos los preparativos para esta guerra, que aprobó en un viaje que hizo con este objeto á la corte del padre. Todas las fuerzas de la monarquia se reunieron para resolver al monarca, que no tenia otro aliado que el duque de Milan, Francisco Esforcea, á quien habia cedido Génova el año anterior, gran capitán y politico sagaz, guerrero afortunado que bastardo de un oseoiro particular y esposo de la bastarda del último de los Viscontis, se habia apropiado su herencia, merced á sus talentos.

El duque de Bretaña envió todavia embajadores bajo el pretexto de terminar por un arreglo sus reciprocas discordias. Luis los recibió amistosamente en Poitiers, donde se hallaba con su hermano Carlos de Francia, duque de Berri, de edad de diez y siete años. Tomó algunas medidas provisionales con ellos, y marchó á una peregrinacion á Nuestra Señora del Puente, en el Limosin, dejando en compania de los mismos al joven principe. Los embajadores se llevaron á este con la mayor precipitacion á Bretaña. Apareció un escrito en que se le hacia decir: «Que se habia retirado de Poitiers porque se le habian anunciado las grandes calamidades del reino, ocasionadas por los ministros de su hermano, quienes habian infringido la justicia y obligaban al Parlamento y á los demas tribunales á fallar segun su voluntad.» Quejábse ademas de las escabrosas exacciones de los procuradores, de la opresion que sufría el clero por la abolicion de la pragmática y de los casamientos hechos por su autoridad sin consentimiento de los padres. Esta acusa-



Juana de Hachete en el sitio de Beauvais.

cion recaía directamente sobre el rey, que tenía el defecto de intrusarse demasiado en los asuntos de familia. Por estas y otras razones, anadía, invitaba á la nobleza á que se reuniese en beneficio del agobiado pueblo. Esto hizo denominar aquella sublevarción la *guerra del bien público*.

El efecto que causó el manifiesto en el pueblo, dió á conocer al rey el número y calidad de sus enemigos, y le hizo adoptar una vigorosa resolución. Desde Batisers se trasladó aceleradamente á Berri, y se apoderó de algunas ciudades cuya fidelidad titubeara, presentándose en el Borbonesco con gran sorpresa del duque de Borbon. Este príncipe á quien Luis atacaba primero que á los demas, como factor principal de la liga, pidió negociaciones y logró una tregua tanto para el cuanto para los demas señores que acudían en su auxilio, y á quienes el rey hubiera podido exterminar atacándolos sucesivamente. Todos se obligaron á inspirar á los demas gefes disposiciones pacíficas para lograr una avenencia general, y declararse si no la conseguían contra sus mismos auxiliares; promesa arrancada á la necesidad y que se desvaneció con ella, dejando al rey el pesar de haber dado tiempo á sus enemigos para tomar medidas.

Tal vez sin embargo era todavía prudente apelar á este medio de disolver la liga, antes de recurrir á hostilidades mas trascendentales que empeararían el mal. Este era el parecer del duque de Milan, no solo hábil político sino tambien amigo fiel, que dió al rey en aquella ocasion todas las tropas que pudo. Parece que el monarca contaba poco con la nobleza, acostumbrada á alistarse bajo las banderas de los grandes señores que casi en su totalidad habian tremolado el estandarte de la rebelion. Aplicóse á atraerse las ciudades, cuya opinión arrastra por lo regular la de los pueblos vecinos: publicó manifiestos para precaverlos de la seducción y destinó respetables guariciones á la defensa de las principales y sobre todo de la capital, habiendo adoptado en esta grandes medidas para la defensa interior. El rey dió su gobierno al mariscal de Gamache, y la proveyó de víveres y de tropas para muchos meses. Hállago ademas hasta donde pudo á los parisienses, diciéndoles que la reina iría á parir en Paris.

El duque de Bretaña y el conde de Charolais habian convenido en reunirse bajo las murallas de la capital con los demas príncipes coligados, que marchaban hácia allá á banderas desplegadas, aunque no todos á paso igual. El conde llegó el primero. Su marcha desde los estados de su padre habia sido un triunfo, pues ofrecía abolir los impuestos: no tomaba otro título que el de lugarteniente del duque de Berri. Su grito de guerra era: «Buena fé, bien público y alivio del pueblo.» Por donde quiera que pasaba hacia quemar los registros de los cobradores, abolía la gabela, distribuía gratuitamente la sal y justipreciaba los géneros y mercancías á voluntad del pueblo.

Pero estas promesas no tentaron á los parisienses, porque el rey les habia enviado á decir que acudiría en su auxilio. Así desde algunas tentativas estériles, el borgoñón pasó adelante al encuentro del duque de Bretaña. La marcha de este habia sido retrasada por Juan de Borbon, conde de Vendome que no habia querido unirse á los príncipes coligados. Negó al duque el paso por sus tierras y le obligó á dar un largo rodeo, lo cual permitió al rey llegar con el ejército que conducía contra el duque de Borbon, compuesto de treinta mil hombres aguerridos. El conde de Charolais tenia por sí solo mayor número, por cuya razon el rey no se proponía combatirle, sino penetrar en Paris y prolongar la guerra para cansar y dividir á los confederados. El conde de Charolais aunque mas fuerte, tampoco queria pelear, y solo se proponía reunirse á los duques de Bretaña y Berri para obligar á Luis á batallar; pero Pedro de Brezé, mariscal de Normandía, que mandaba la vanguardia del rey, arrastró entrambos ejércitos al combate.

El mariscal instaba á Luis á presentar batalla, pero el rey no se atrevía á aventurarla, y habia prohibido espresamente á Brezé que arriesgase la menor cosa; pero ya fuese imprudencia, ya exceso de celo, ya traicion, como suponen algunos, el mariscal acercó tanto el cuerpo que mandaba á la retaguardia enemiga en la llanura de Loujumeau, que avanzando los unos para apoderarse de los bagajes y deteniéndose los otros para defenderlos, se mezclaron por pelotones. No hubo al principio mas que una lijera escaramuzá; pero pronto se conmovieron las masas, y la batalla se generalizó sin orden ni plan y en tropel. Los caudillos combatieron al azar, por lo cual la confusion fué estremada, y todas las relaciones de esta batalla son diferentes. Tomó el nombre de Monthliery, castillo inmediato al lugar de la acción.

El conde rompió el ala derecha del rey, y este la izquierda del conde; entrambos se persiguieron y corrieron grandes peligros. El conde de Charolais, que se alejó demasiado, se vió espuesto á caer prisionero, y su ejército creyó que ya lo era. Luis se condujo con mucho valor en el combate, pero estenuado de fatiga tuvo que abandonar el campo de batalla; trasladóse en consecuencia al castillo de Monthliery para que descansase algunos momentos. Cuando sus

tropas dejaron de verle, le creyeron prisionero y se desbandaron. Entre los fugitivos se contó al duque del Maine que mandaba la retaguardia, y que la arrastró por entero en su fuga. Por su parte los borgoñistas, persuadidos de que su gefe habia sido hecho prisionero, volvieron la espalda. La confusion de esta fuga y dispersion no conoció limites, y cada fugitivo escaraba las mas contradictorias noticias, sucediendo por lo tanto que las ciudades de un partido, al presentarse huyendo las tropas del opuesto, les abrían sin dificultad las puertas. Una incertidumbre mortal cuñó entre los coligados, aun despues que los borgoñistas se reunieron á los bretones; en el ejército de estos, el duque de Berri fué aclamado rey. El conde de Charolais se creia vencedor porque habia pernoctado en el campo de batalla. Por lo que respecta al rey, despues de algunas horas de descanso se trasladó á Paris para ayudar á los habitantes á sostener el sitio con que le amenazaba la reunion de todas las fuerzas coligadas. El conde de Charolais por su parte se unió al día siguiente en Etampes con los duques de Bretaña y de Berri. Al ver la multitud de heridos que habian sido trasladados á dicha poblacion, el jóven hermano del rey esclamó públicamente: «¿Cuánto hubiera preferido que las cosas no hubiesen llegado á este estremo, antes que ver tantas desgracias por culpa mía! Sentimientos dignos de eterno elogio, pero que disgustaron mucho al conde de Charolais.

El monarca empleaba para atraerse á los parisienses todos los medios de popularidad que cautivan casi siempre á la muchedumbre. Visitaba con familiaridad á los principales habitantes, les brindaba con su mesa, y se interesaba como un amigo en sus asuntos domésticos. Abolió la mayor parte de los impuestos, restableció los privilegios y llamó al Consejo de Estado á seis vecinos, seis miembros de la universidad y seis del Parlamento. Seguro de la capital marchó á la Normandía, para retirar las tropas que habia situado en ella con objeto de sustraerla á la invasion del duque de Bretaña, que ya no era temible en esta provincia. Reforzó su ejército, al mismo tiempo que los coligados reforzaban el suyo con alemanes, italianos, gascones y suizos que aparecieron por vez primera en las tropas francesas.

Estos mercenarios corrían hácia Paris considerándola como una presa segura. Los caudillos apelaron á la astucia durante la ausencia del rey, y pidieron bajo prestos de mala ley que se dejase pasar por la capital á su ejército, que observaría la mas rigida disciplina. Establéronse con este motivo conferencias que alarmaron al rey; por lo que regresó con toda velocidad y castigó á los dóciles negociadores, de los cuales algunos fueron conducidos á muerte como traidores. Aquellos á quienes perdonó entonces por razones políticas, no escaparon en lo sucesivo á su resentimiento. «Porque, dice Mezeray, los perdones de Luis eran en su mayor parte sentencias de muerte, y nunca dejaba de vengarse sino cuando temia las consecuencias.»

«El sitio de Paris, que duró once semanas, fué mas bien, prosigues este historiador, un teatro de negociaciones que de guerra, y pues todos deseban conferenciar.» Así cada día veían la luz nuevos tratados que suspendían las operaciones militares. Los sitiadores no adelantaban un paso, lo cual satisficía el deseo del rey de prolongar el sitio, para que el enemigo agotase los recursos que difícilmente se procuraban en la devastada campaña. Esto ocurría en el otoño, y el rey se esforzaba porque los habitantes sufriesen estas género de guerra como el mas á propósito para alejar á los borgoñistas.

Ni los tratados parciales que se celebraban con los señores particulares, ni los que se negociaban por medio de los comisarios que los gefes habian nombrado, adelantaban cosa alguna por la necesidad de volver á cada paso al mismo asunto, y de recibir sin cesar nuevas órdenes antes de decidir. Esta lentitud causaba una impaciencia general; pero al fin el rey se resolvió á ir á tratar en persona, pues era muy propio de su carácter el querer dirigir por sí mismo las negociaciones. Mas de un vez pagó cara su presuncion, pero entonces le dió felices resultados. Dió los primeros pasos cerca del conde de Charolais y le pidió una entrevista. El conde accedía en las inmediaciones del Berci y el ejército real en la orilla opuesta. El rey entró en una barca, y habló á Charolais esperándole en la margen del rio, con el conde de San Pablo, su favorito. «¿Me respetaréis? le dijo el rey acercándose. Si, como hermano, respondió el conde. Entonces el rey desembarcó y entrambos se abrazaron. El rey entabló la conversacion con bastante astucia: «Hermano mio, dijo, conozco que sois bizarro y de la casa de Francia.—Por qué, señor?—Porque me mandasteis á decir por el arzobispo de Narbona, que antes de un año me arrentaría de las palabras que os dió Morvilliers. En verdad habeis cumplido vuestra promesa mucho antes del plazo de un año. Con genes de vuestro temple me parece oportuno negociar, anadió riéndose.

La conferencia duró dos horas, y celebraron otras muchas igualmente arriesgadas. En una de estas, los mismos soldados borgoñistas advirtieron la imprudencia del rey. «En verdad, decian, que podríamos hacer de él lo que nos diese la gana.» En otra ocasion pa-

recida, distraído el conde con la conversacion, acompañó al rey demasiado lejos y se vió delante de las murallas de París, pero aunque conoció el peligro no mostró temor. El rey por su parte, bien fuese porque no advirtió la distraccion, ó porque no quiso aprovecharse de ella, le dejó marchar. Como era de noche cuando llegó á su campamento, halló muy alarmados á los señores de su ejército, quienes le recomvinieron por su escasa confianza.

Cuando Luis XI entablaba una negociacion, puede decirse que estaba seguro del éxito, porque, dice el historiador Chalon, sabia amoldarse oportunamente, cuando era el mas débil con temporizaba con sus enemigos, cediéndoles sus derechos y pretensiones; pero cuando rompía su liga, volvía á tomar lo que habia cedido, y no cumplía cosa alguna de cuantas habia prometido. Con esta intención concluyó el tratado de San Mauro con los principes, y el de Conflans con el conde de Charolais. En virtud del último, el rey entregó al conde para sí y su sucesor las ciudades situadas sobre el Soma, con facultad de rescatarlas mediante doscientos mil escudos de oro, y su restricción alguna los condados de Guines, de Bolona, de Perona y Montdidier. Luis hizo estos tratados separadamente, para que la inobervancia del uno no ocasionase la del otro; y aun tuvo cuidado de protestar en secreto contra lo que pudiese verse precisado á conceder con perjuicio del bienestar del reino.

Mezeray presenta los artículos del tratado de San Mauro en una forma que patenzia los motivos de estas concesiones, tales como el carácter de Luis XI puede hacerlos presumir. El punto de mas difícil arreglo fué el patrimonio de su hermano. El rey le habia dado el ducado de Berri, y los duques de Borgoña y Bretaña pedian que se le cambiase por el de Normandía, porque les convenia que esta provincia que colindaba con sus respectivos estados, se hallase en poder de un príncipe jóven que manjarían á su capricho. Por esta misma razon importaba mucho al rey no confiara á su hermano. Cedió no obstante sobre este artículo y sobre otros muchos que se hallaban en controversia, pero de tal modo que sembró la division entre los confederados al mismo tiempo que los complacia. Despues de este arreglo todos se separaron como buenos amigos, y contentos unos de otros, especialmente el rey, que en poco tiempo, añade Mezeray, puso á todos en el caso de mirarse con reciproca desconfianza, y despues con mutuo ódio, valiéndose al efecto de cuantos recursos pueden sugerir la astucia, la intriga y el deseo de inhabilitar á sus enemigos.

Con esta conducta, Luis XI sembraba cerea y lejos vivas inquietudes que mantenian á todos en perpétua alarma. De aqui procedian tratados interminables é interpretaciones de los antiguos tan equívocos como los artículos que se pretendia aclarar. En este género, los tratados de Conflans y de San Mauro son una obra maestra de oscuridad y contradiccion. Parece imposible que los duques de Borgoña y de Bretaña, siendo tan poderosos como eran, accediesen á ellos, sino fuera sabido que los ofrecimientos y halagos del rey les hacian temer sin cesar la defecion de los principes coligados, que los víveres empezaban á escasear y el hambre fomentaba la desercion de las tropas. Por otro lado, los pueblos tomaban muy poca parte en esta guerra, lo que dificultaba los abastecimientos y los recursos personales. Ademas, el conde de Charolais era llamado á los estados de su padre para rechazar á los liejeses, que estimulados subrepticamente por el rey, hacian en ellos estragos espantosos.

Luis acompañó al conde de Charolais hasta Villers-le-Bel, y ambos pasaron tres dias en festos con todas las apariencias de una amistad fraternal. El rey llegó á ofrecer al conde su auxilio contra los liejeses, insinuándole su deseo de entablar con él una alianza perpetua é inalterable, cuyo sello seria el abandono del ducado de Bretaña y la renuncia de cualquier pacto con los principes ligados. El conde rechazó esta proposicion insidiosa, declarando se hallaba preparado á atacar á los liejeses, á trueque de volar al socorro del duque de Borgoña; de modo que el rey no sacó en limpio otra cosa que la veridiez de haberse mostrado con sobrada ligereza dispuesto á violar los compromisos que acababa de jurar. Como habia adoptado otras medidas respecto de su hermano, dejó partir á este á la Normandía bajo la proteccion del duque de Bretaña, que se encargó de ir á ponerle en posesion de su nuevo patrimonio.

El primer cuidado de los gefes confederados, y particularmente del conde de Charolais, fué restablecer en los lugares que les habian sido concedidos, los impuestos que habian abolido con tanta solemnidad cuando se proponian atraerse al pueblo. El rey se condujo con mas prudencia especialmente respecto de los parisienses, y asistió á todas las fiestas públicas que se dieron en la capital en celebridad de la paz; concurrió ademas con toda su corte á un festin que tuvo lugar en la casa de la municipalidad, y alabó el celo y la lealtad de los habitantes. A los privilegios que habia restablecido añadió la exencion de alojamientos y otras franquicias, prometiendo otras mayores cuando las circunstancias lo permitiesen.

Entretanto no perdia de vista á su hermano Carlos de Francia, y á Francisco II de Bretaña, que se dirigian á la Normandía bastan-

te disgustados. Al rededor del nuevo duque de Normandía se agolpaban muchos señores y oficiales bretones, que se habian declarado por este principe esperando una recompensa, de mirara que los normandos no hallaban puesto alguno, por lo cual miraban con ojeriza á los que los ocupaban. Ni el mismo duque de Bretaña se libró de algunos disgustos que le hicieron tomar el partido de no esoponerse en la ciudad de Rouen, donde el nuevo duque se presentó con escasa comitiva, habiéndosele recibido con bastante frialdad. Sospechase que hubo secretas maniobras de parte del rey. No bien vió este á su hermano empujado de vasallos descontentos, se presentó con un ejército en las fronteras de la Normandía, se hizo abrir las ciudades y puso en todas partes respetables guarniciones. En vez de avanzar hasta Rouen, en donde el príncipe se hallaba en gran perplexidad, se dirigió á Caen, donde el duque de Bretaña se habia detenido al reconquistar sus estados, y le pidió una conferencia para desviarle del proyecto de oponerse á los suyos relativamente á su hermano. Cuando hubo alcanzado del breton esta promesa, á la cual se prometia dar el sentido y estension que mejor le acomodara, no hallando ya peligro alguno en que su hermano se remitiese al duque de Bretaña, y temiendo se incorporase al conde de Charolais, que habia enviado ya algunos destacamentos en su auxilio, le dió un salvocondado para retirarse á Caen al lado de su protector, y pasar desde alli con este á sus estados.

Luis XI marchó en seguida á Rouen, donde entró lleno de cólera; y habiendo la mayoría de los habitantes recibiera con frialdad á su duque, muchos se habian manifestado partidarios suyos. El rey trató á estos como rebeldes. El ejecutor de sus venganzas era Tristan el Ermitano, preboste de los mariscales, vulgarmente apellidado *el verdugo del rey*, á quien acompañaba constantemente. Luis XI se complacia en asistir á las ejecuciones. Viendo un dia á un hombre sentenciado al castigo de azotes, gritó: «Dad fuerte, fuerte, que bien lo merece.» Esto podría perdonarsele, dice un historiador, si no se hubiese gozado igualmente en el bárbaro espectáculo de la efusion de sangre y de atar dentro de sacos á muchos desgraciados á quienes se arrojaba al rio. Terminó la conquista de la Normandía y el despojo de su hermano con una peregrinacion al monte San Miguel.

Así pues, en menos de seis semanas, el príncipe Carlos se vió agraciado y desposeído de la Normandía y privado del Berri. El conde de Charolais noticioso de su apuro y de las dificultades que rodeaban al duque de Bretaña, escribió á este que no se diese prisa á entablar negociacion alguna con el rey, porque solo necesitaba pocos dias para someter á los liejeses, y que volviera á su auxilio; pero Luis mas activo, habia terminado el negocio cuando llegó este consejo. La tenacidad de los liejeses dió tambien tiempo al rey para avasallar á todos los confederados del *bien público*, antes que el conde pudiese evitar su desunión.

El monarca volvió á ocuparse del tratado de Conflans con los interesados en él. Procuró desde luego atravesar cada vez mas al conde de San Pablo, gefe á la sazón de la casa imperial de Luxemburgo; ya condestable por el tratado de San Mauro, quien ademas que fuese conde suyo, haciéndole casar con Margarita de Saboya, hermana de la reina. Ligo al menos, si no se los atraía, á los condes de Armañac y de Foix, al duque de Nemours y al señor de Albrét, por medio de condiciones que situo puntualmente como mas provechosas á sus intereses que las de Conflans. Muchas consideraciones, entre ellas las instancias de la reina, de las principesas y los magnates que le habian permanecido fieles, le obligaron á perdonar y aun á acreer á su persona, á muchos señores convertidos de cuya buena fé dudaba; por lo cual se hizo prestar nuevo juramento de fidelidad, no solo por los grandes y magistrados; sino por las ciudades.

Contra la violacion de los juramentos reciprocos hechos Vincrens á consecuencia de los tratados de Conflans y de San Mauro, creia tener Luis una garantia segura en la protesta que ante todo habia hecho. Por fin dió á su conciencia (si es cierto que escuchó la voz de esta) el testimonio satisfactorio de cumplir lo prometido al pueblo, nombrando á veinte y cuatro personas de categoria para que trabajasen en la reforma de los abusos; pero el resultado de su trabajo fué nulo. Celebraron algunas sesiones en París, mas sobre vino una peste y terminaron sus tareas. Esta epidemia arrebató la vida durante los meses de agosto y setiembre á mas de cuarenta mil personas en aquella capital. No puede asegurarse si este azote fué mas funesto á París que el medio adoptado por Luis XI para reparar sus estragos. «Este medio fué abrir un asilo á toda clase de personas indistintamente, á gentes abrumadas de deudas, á declarados infames y cargados de crímenes, á ladrones, asesinos, sacrilegos. Solo los reos de lesa majestad fueron exceptuados de este favor general.

Durante el sitio de París, se dió á conocer La Balue, hombre de fabulosa fortuna. Era hijo de un sastre de Verdun ó de un molinero del Poitou. Encontróle un fraile, quien advirtiéndolo su talento le enseñó latinidad. La Balue abrazó el estado eclesiástico, y fué recibido en casa de Juvenal de los Ursinos, patriarca de Antioquia

y obispo de Poitiers; este prelado le nombró su albacea. Dicese que La Balue se adjudicó gran parte de la herencia. Hizose luego partidario de Juan de Beaulvais, obispo de Angers, que le colmó de beneficios y luego se vió perseguido por él. La Balue halló acogida en Carlos de Melun, favoritodel rey, y le presentó á este, el qual hizo consero del Parlamento, despues obispo de Evreux, y le llamó al Consejo. A ser exacto el retrato que de este hombre presenta el continuador de Villaret, La Balue era el mas execrable de los hombres, pues no conocia freno alguno á sus infernales instintos.

Paulo II solicitaba con ahinco la ejecucion del edicto que habia suprimido la Pragmática: la constante observancia de esta disgustaba mucho á la corte romana, porque le quitaba la facultad de disponer de los beneficios eclesiásticos de Francia, que habian sido hasta entonces para los cardenales y los demas prelados una rica mina, de donde sacaban los medios de sostener su fausto y opulencia. Pio II habia engañado á Luis, pues le ofreció retirar sus tropas de Nápoles, lo cual no verificó asi que obtuvo la revocacion que deseaba. Por esta razon el rey, como queda dicho, no se dió prisa á hacer registrar en el Parlamento su edicto de supresion, y Pio II no se habia atrevido á insistir de nuevo. La Balue creale cardinal sin alcanzaba la ejecucion del edicto. El prelado obtuvo del rey el permiso de trabajar para conseguirlo, y se dirigió desde luego al Chatelet, donde le intimó y logro su objeto. Aprovechó luego el tiempo de las vacaciones del Parlamento para presentarle el edicto de que era portador, pero halló una resistencia que no esperaba. Fuele preciso oír todas las reclamaciones de la cámara y las reconvencciones mortificadoras de San Reman, procurador general, quien le dijo que su proceder hacia traicion á los intereses del Estado y mancillaba el honor del rey. La universidad elevó tambien serias reclamaciones. Como el Papa habia cometido la torpeza de enviar el birrete á La Balue, el nuevo cardinal, viéndose pagado de antemano, no hizo grandes instancias, y el rey no miró con disgusto la negativa del Parlamento; lejos de esto, recompensó á San Roman, pero no retiró por ello su favor á La Balue. Asistió con la reina y toda su corte á las bodas del hermano del cardinal, que se unió á la hija de Juan Bureau, otro hombre de infima estruccion á quien Luis trajera de Flandes. Lizo entonces á muchos caballeros de la mas alta nobleza, y entre ellos al citado Juan Bureau, lo que disgustó sobremedura. Luis XI se complacia en estas mercedes y en elegir por ministros y favoritos á hombres nuevos sin apoyo alguno, porque los despedia sin peligro cuando se cansaba de ellos; de aqui procedian elecciones caprichosas, cambios perpetuos en su corte y consejo, inestabilidad en los negocios é intrigas interminables asi en lo interior como en lo exterior.

La intriga era una fruicion para Luis XI, la retirada de su hermano á la Bretaña le proporcionó la ocasion de ejercitar su talento en este género. Mantenia al principe entre el temor y la esperanza por medio de enviados que mostraban el perdon á su reducida corte y recompensas á los que le persuadieron que se entregase á su hermano, y por el contrario, una desgracia irrevocable y severos castigos, si consentian que su señor se entregase sin reserva al duque de Bretaña y al conde de Charolais, sus protectores. Concibese que en las grandes negociaciones se mezclaban intrigas privadas, insinuaciones pérdidas, miras siniestras y á veces hostilidades. El rey envió tropas contra la Bretaña, y los bretones para distraerle se arrojaron sobre la Normandia. Hulo con este motivo suspensiones de armas, treguas parciales, proposiciones de paz general, y el conde de Charolais fué invitado á acceder á ellas.

En este tiempo murió Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Era un principe voluptuoso y devoto; construyó iglesias magnificas, las hizo grandes donativos, y tuvo no obstante quince hijos naturales y solo uno legitimo. A pesar de su aficion al lujo y los placeres, dejó un tesoro inmenso, un ejército numeroso y disciplinado y estados florecientes y bien gobernados. Su bondad le atrajo los flamenos, quienes sin embargo, fieles á su carácter, se sublevaron dos veces durante su reinado. En la primera insurreccion, acaecida en Brujas en 1437, se vió espuesto á perecer; la segunda, en 1450, fué promovida por los gantenses con motivo de la gabela, y de esta resultó una guerra verdadera, y ademas de cinco ó seis grandes combates se dieron dos batallas; la de Ruppelmonde en 1452, en la que pereció el mayor de los bastardos de Felipe, y la de Grave el año siguiente, en la que los gantenses perdieron veinte mil hombres. Solo con esta última pudo el duque alargar la rebelion. Por lo demas, está muy lejos de haber merecido el renombre de Bueno, y harto lamentablemente lo prueba el último acto de su gobierno. La ciudad de Binan, rebelada mas de una vez contra él, estaba sitiada por su hijo, y los habitantes, envueltos con él, promesas ilusorias de Luis XI y con los auxilios mas seguros de los heleses, unieron á su rebelion los insultos y la brutalidad. Pasaron por sus murallas enmedio de la refriada general un retrato grotesco del duque, y ahorcaron un enviado de las poblaciones vecinas que fué á avisarles del peligro que les amenazaba, y un

niño portador de una carta de paz fué atrocemente despedazado por ellos. El conde de Charolais, lleno de ira, redobló sus medios de destruccion. Pronto la ciudad quedó sin defensa pues la guarnicion se fugó, y los habitantes, imposibilitados de prolongar su resistencia, vieron harto tarde el abismo que á sus pies habian abierto. Limitáronse á pedir la vida al vencedor, mas no pudieron obtenerla y se rindieron á discrecion. El conde tomó posesion de la ciudad y esperó las órdenes de su padre, el cual fruio con frialdad la ruina de ella y la proscripcion de sus moraliores. Solo los ancianos, mujeres y niños espulsados de la poblacion fueron perdonados; los restantes, en número de ochocientos, atados de dos en dos, fueron arrojados al Mosa. La ciudad fué incendiada, y el pïco de los paisanos de las cercanías acabó de demoler lo que las llamas habian respetado. La humanidad se horrorizó al recordar tales escenas. El conde de Charolais tomó el nombre de duque de Borgoña. Su viveza y petulancia habian sido hasta entonces refrenadas por su padre. Dió en lo sucesivo rienda suelta á sus impetuosas pasiones, y mereció el renombre de Carlos el Terrible ó Carlos el Tenerario. La historia le ha conservado este último.

El advenimiento de Carlos al ducado de Borgoña fué una causa mas que obligó al rey á sacar á su hermano del poder del duque de Bretaña, pues se hallaba demasiado sometido á la influencia del de Borgoña, sin que le abandonase la Normandia, cuya posesion le habia asegurado el tratado de Conflans bajo la garantia de estos dos principes. Para no ser acusado de falta de fé, apropiándose esta provincia de que su hermano podia hacer un uso peligroso, Luis XI se cubrió con la autoridad de los Estados generales, y los reunió en Tours. El canceller Juvenal de los Ursinos, en un discurso lleno de astucia, empezó consignando la necesidad de concertar los medios mas eficaces para asegurar la tranquilidad del reino; demostró la necesidad de hacer frente á los gastos del gobierno, y por último se ocupó del objeto principal de la convocacion, esto es, de la imposibilidad de lograr este beneficioso resultado, si se desmembraba de la monarquía una provincia que suministraba una tercera parte de las rentas de la corona, y que era ademas uno de los principales baluartes de la Francia contra los ingleses, sus eternos enenigos.

Mostró tambien que respecto del patrimonio de su hermano, el rey habia hecho por este mas de lo que debía, pues Carlos V habia fijado la pensión de los hijos de Francia en doce mil libras de renta en predios rústicos titulados, y que al cederle el duque de Berri habia anadido á su renta sesenta mil libras de pensión. Concluido este discurso, el rey se retiró por respeto á la libertad de la votacion. Los pareceres no discontaron. No solo se controvertió si el principe debía quedar dueño de la Normandia, sino que el rey accedia á dar sesenta mil libras de pensión, sino que se decidió que esto tendria lugar por aquella vez únicamente, y que la derogacion de la ley de Carlos V no autorizaba á infringirla en lo sucesivo. Acordóse que el duque de Borgoña fuese invitado como los demas vasallos á contribuir á la suma que debía formar la pensión del hermano del rey. El duque de Bretaña fué vituperado por haberse apoderado de algunas ciudades de la Normandia á nombre del principe, y se le intimó que las devolviese. Los principes, prelados, señores y diputados de las ciudades que componian la asamblea, la terminaron asegurando al rey que se hallaban dispuestos á cooperar con todo su poder á la ejecucion de sus justos designios, los eclesiásticos por medio de oraciones y bienes temporales, y la nobleza y el pueblo con sus cuerpos y fortunas, hasta la muerte inclusive.

Estos juramentos de fidelidad hasta la muerte inclusive, no eran considerados por los poderosos sino como un compromiso de bien parecer, á los que podian faltar sin enponerse á otra cosa que á la desgracia palaciega ó á la pérdida de algunos bienes. Luis XI les hizo conocer que los perjuros podian acarrearles consecuencias mucho mas funestas. Carlos, conde de Melun, vástago de una de las mas nobles y antiguas familias del reino, habia sido favorito y ministro del rey. El conde confesó en el tormento que durante la guerra del bien público, gozando de toda la conianza del monarca, estaba en connivencia con los ligados. Esta declaracion apoyó las demas pruebas que hubieran bastado para condenarlo. El rey le hizo juzgar por una comision que le halló digno de la muerte y fué decapitado en la plaza pública. Este magnate habia sido orgulloso en su favor, duro y despojado en su ministerio, vicioso y disoluto hasta el estremo; lo que le habia acarreado el titulo de Sardanápalo. Luis XI anduvo acordado en hacer reacer su primer ejemplo de severidad respecto de los grandes en un hombre desacreditado, objeto del desprecio y del odio general, lo que hizo sin duda olvidar la irregularidad del procedimiento judicial sustraído al conocimiento de la justicia ordinaria y confiado á una comision.

La decision de los estados autorizaba al rey á obrar vigorosamente contra el duque de Bretaña para la restitucion de las ciudades de Normandia. Antes de pedir las y mostrarse resuelto á declararle á viva fuerza, creyó oportuno hacer negociar por el condestable una tregua con el duque de Borgoña para suspender las hos-

tilidades que habían mediado entre ellos, casi desde el momento en que Carlos había tomado posesión de los estados de su padre. Accediendo a no comprender en el tratado a los liejeses a quienes protegía, Luis logró que no se hiciese mención del duque de Bretaña a quien amenazaba. Tranquilo por esta parte, penetró en la Bretaña, tomó muchas ciudades y taló el país llano. Francisco II descansaba en una alianza que acababa de concluir con la Inglaterra; pero el ataque del rey fué tan brusco y sus victorias tan rápidas, que la previsión del duque quedó burlada. Preciso pues a renunciar a los auxilios harto lentos con que contaba, envió numerosos correos al de Borgoña implorando su apoyo; este duque se hallaba a la sazón ocupado contra los liejeses; pero le respondió que solo necesitaba algunos días para reducirlos, y que al punto se pondría en camino; que por lo tanto suspendiese hasta entonces todo convenio con el rey. Pero este avanzaba y amenazaba mas y mas, hasta que al fin sus progresos determinaron al duque de Bretaña a entrar sin demora en negociaciones. Luis no tenía menos urgencia de aceptarlas, para evitar los efectos de la llegada del de Borgoña. Siendo tales las disposiciones reciprocas, la negociación no fué larga. Convino en que cesase toda hostilidad, y restituyéndose el breton todas las ciudades de la Normandía, como se había prescrito por los estados, y que el príncipe disfrutara en adelante de su pensión de sesenta mil libras, hasta que los árbitros nombrados al efecto arreglasen todo lo concerniente a su patrimonio. Este tratado fué concluido en Aeneis. Carlos de Francia se obligó a renunciar a toda alianza que pudiera disgustar al rey, y especialmente a la del duque de Borgoña.

Esta era la segunda vez que el duque de Bretaña negociaba a pesar de los consejos de su aliado, el que quedó muy sorprendido cuando aquel le envió copia del tratado. No se resolvía a dar crédito al mensajero, imaginando que su misión era un ardid del rey para detener su marcha que aceleró entonces hacia la Bretaña, abandonando personalmente a los liejeses, aunque dejó tropas que les hiciesen frente. El rey le salió al encuentro; uno y otro se hallaban a la cabeza de respetables ejércitos, y podían terminar sus rivalidades por medio de una batalla. Chabannes, en quien el rey había depositado una mercedosa confianza, aconsejaba la guerra y garantizaba el buen éxito; pero Luis no estimó prudente en aquellas circunstancias aventurarse su fortuna en un combate que podía evitar, y se limitó a proponer una tregua y veinte y seis mil escudos de oro para los gastos de la guerra. El borgoñón aceptó la proposición desoso de regresar a la vista de Lieja; pero antes de ponerse en camino, no pudo negarse a una entrevista que el rey pidió con ahínco para orillar todos los motivos de discordia que subsistían entre ellos, ofreciendo ir personalmente a encontrarle en Perona, ciudad perteneciente al duque por el tratado de Conflans.

Dicese que este accedió con trabajo a la entrevista porque temía los arduos del monarca, y no se juzgaba capaz de negociar personalmente con él; siendo harto probable que por esta misma razón la desease el rey, que se creía muy hábil negociador. Anádese que cuando Luis obtuvo el consentimiento del duque quiso retractarse, porque le asustó el peligro a que se esponía entregándose a su enemigo sin otra seguridad que un salvoconducto. Dicese por último.... zpero que no se dirá de las causas de aquella entrevista, acerca de la cual nada se sabe de positivo, sino que fué la falta mas grosera que ha cometido soberano alguno?

Luis salió de Noyon, donde dejó su ejército a las órdenes de Chabannes, y se trasladó a Perona acompañado de muchos príncipes de la sangre, de señores distinguidos, y únicamente escoltado por una compañía de la guardia escocesa. Dos días trascurrieron en espíscase tranquilamente sus respectivos pretensiones. En este breve plazo el rey vió llegar numerosas fuerzas capitaneadas por señores borgoñones notorios enemigos suyos. Alarmado a su vista el rey quiso salir de la ciudad y retirarse al castillo. No bien hubo llegado a él, cuando muchos correos llevaron al duque de Borgoña la infansta noticia de que los liejeses que habían pactado una tregua, habían vuelto a tomar las armas con un ardor feróz apoderándose de Tongres, haciendo prisionero al obispo, hermano del duque de Borbon, y asesinando a su vista con circunstancias horrosas a diez y seis canónigos y a los principales familiares del prelado, habiéndose reconocido entre aquellos frenéticos a muchos agentes franceses. Ora porque el rey olvidase mandar a los liejeses la órden de permanecer tranquilos mientras se celebraba la conferencia, ora porque imaginase que esta terminaria antes que aquellos cometiesen excesos que pudiesen exasperar al duque, sus emisarios atizaban el fuego de la guerra, para que el duque de Borgoña, precisado a ir a oponerse a sus progresos, le concediese con inas prontitud condiciones favorables.

Como quiera que sea, es imposible pintar la cólera del duque de Borgoña. Al recibir esta nueva prodigó los títulos de traidor y perjuro, é hizo encerrar al rey en su aposento. En vano juró Luis que nada había contribuido al último ataque de los liejeses. En vano decia: «Si el duque de Borgoña quiere ir a situar su ciudad, le

acompañaré gustoso.» Sus protestas y ofrecimientos no bastaron a mitigar la ira del duque, quien dejó de visitar al rey, y meditaba mil proyectos siniestros, cuya realización solo entorpecía la dificultad de la elección. Las resoluciones que atormentaban al iracundo borgoñón no eran ignoradas del prisionero, que veía desde su encierro la terrible torre donde Herberto, conde de Vermandois, había encerrado al desgraciado Carlos el Simple, que perdió en ella la corona y la vida. La vergüenza de su condesa falta, el arremetimiento y el espanto, atormentaban el ánimo del monarca. No obstante, había logrado por medio de los príncipes y señores de su corte mitiva entablar una negociación, y aun se atrevió a oponerse a ciertas condiciones que le parecieron demasiado durs; pero a sus observaciones los agentes del duque solo respondían que su año lo había dispuesto de aquella manera. El rey callaba y firmaba. A fuerza de oro y promesas había logrado atraerse a los que le rodeaban, y entre otros a Comines, al cual debió en parte su libertad, según lo confesó despues: estos le advertían de las disposiciones del duque, y le indicaban la conducta que debía observar.

Estas perplejidades duraron tres días; la noche que precedió al cuarto, el duque la pasó sin desudarse en la mayor agitación. Por último, entró con aspecto sombrío en el aposento del monarca, y señalándole confuso, le dijo con ronca y trémula voz: «¿Queires guardar fielmente el tratado que habeis firmado? ¿Queires jurarlo? Luis respondió:—Sí.—Consentis en acompañarme a Lieja y ayudarme a castigar a los liejeses!—Lo prometo.» La paz fué entonces jurada sobre la *Cruz de Carlomagno*, llamada la *Cruz de la Victoria*, y que el rey llevaba siempre consigo. El tratado reproducía todas las condiciones de Arras y Conflans, no ejecutadas todavia, y a ellas se añadía que el duque podría conservar sus alianzas con el rey de Inglaterra, con cuya hermana acababa de casarse despues de la muerte de Catalina de Francia, hermana del rey; pero se consignaba que no ayndaría al inglés si intentaba efectuar un desembarco; que los vasallos del duque no podrían ser obligados a jurar servir al rey *en pro y en contra de todos*. Los aliados y amigos del duque recibieron pensiones, mercedes de toda clase y una amnistia general por todo lo que hubieran podido intentar contra el soberano. El rey dió por patrimonio a su hermano los condados de Champaña y de Brice; se creyó afortunado de que el duque de Borgoña no reclamase Normandía, y accedió a este cambio. La causa de la complacencia de Carlos fué que la posesion de la Champaña y de la Brice, asegurada a un príncipe débil y versátil, le facilitaría mas estensa y libre comunicacion entre los Países Bajos y las dos Borgoñas. El rey se obligó a hacer ratificar este tratado por el Parlamento y demas tribunales superiores.

Desde el momento de haberlo firmado, ambos príncipes se trataron como amigos. Uno y otro partieron para Lieja; el duque con todo su ejército, y el rey al frente de trescientos genardes a las órdenes del condestable, lo que equivalía a ser prisionero de su vasallo. El rey tomó la cruz roja de San Andres, insignia de Borgoña, y se batió con denuedo a favor de su altanero vasallo, a quien auxilió muy oportunamente en una ocasion en que le rodeaban graves peligrs. Carlos no por eso dejó de humillar a su soberano, de quien desconchaba tanto como de los liejeses. Habiendo estros penetrado una noche en el aposento del príncipe y hasta el aposento del rey, este debió la vida a su valor; pero persiguiendo al enemigo, halló en la calle al duque de Borgoña, que como élfleña descavainada su espada; una breve esplicacion dispós afortunadamente las sospechas que este ataque imprevisto había hecho nacer por ambas partes.

Los liejeses lucharon al principio con vigor, pero los pocos habitantes que todavia podían defender la ciudad no tardaron en retirarse, y solo quedaban en la ciudad viejos, mujeres y niños. Pidieron capitulación, y Luis procuró interceder por ellos, lo que fué un motivo mas para que el duque los tratase con todo el estremo del rigor. Mandó pues proceder al asalto, pero nadie se presentó en las murallas; toda la poblacion se había refugiado en las iglesias. No obstante, Carlos no quiso entrar sino por la brecha. El rey gritaba a su lado como el mas oseuro de los soldados: «¡Ciudad gana! ¡Viva Borgoña! Alójese en el palacio episcopal, desde donde presenció el incendio y destruccion de la ciudad, en la cual el duque no dejó piedra sobre piedra. El rey comia tranquilamente durante aquella confusion y carniceria, y devorando su oprobio y sus remordimientos, aparentaba gozarse en el éxito brillante de aquella jornada. Carlos no dejó en pie sino las iglesias y algunas casas inmediatas para morada de los curas y canónigos; estos restos fueron puntos de reunion para los desgraciados habitantes, que habiendo abandonado su ciudad en el corazon del invierno, vagaban como fieras por los bosques y montañas de los Ardenes. No bien hubieron partido las tropas enemigas, regresaron en tropel, alojáronse primero en los escobros, y trabajaron en seguida con tanta actividad, que la ciudad renació muy pronto de sus cenizas.

Luis II esperimentó algun trabajo para librarse del poder de su vasallo; vióse precisado a pedirle con la mayor humildad el per-

miso de marchar, lo que logró no sin dificultad. Al separarse, el rey le dijo por vía de recuerdo: «Y si mi hermano no se contenta con el patrimonio que le señalo por atención á vos, ¿qué queréis que haga?—Lo que queráis, respondió el duque, con tal que él quede satisfecho.» Esta pregunta descubre de qué manera se hablaba Luis dispuesto á cumplir el tratado que acababa de firmar. Encontró á su ejército en el estado mas brillante, pues su jefe Chabannes le habia tenido siempre dispuesto á marchar adonde le llamaran las circunstancias. Al ir el rey á Lieja á instancias del duque, habia enviado á su general la orden de licenciar parte de él. La carta fué llevada por un oficial del príncipe. Chabannes al leerla halló en su contenido ciertos indicios de coacción que le infundieron sospechas, por lo cual no disimuló al portador que miraba todo lo que ocurría respecto del rey como una traición, y añadió: «Decid á vuestro amo que si el rey no regresa pronto, todos los franceses están resueltos á penetrar en sus estados á sangre y fuego.» Si el duque abrigaba siniestros proyectos al llevar al rey á Lieja, tal vez salvó á este aquella firmeza. El monarca no desaprobó la desobediencia de Chabannes, y le manifestó por el contrario su justa gratitud.

Luis XI, al volver de Lieja á Amboise, donde por el regular residía su corte, se detuvo en Senlis, desde donde envió orden al Parlamento y demás tribunales que fuesen á incorporarse. Hizoles entregar el tratado y les mandó lo registrasen en la forma mas auténtica, sin observaciones ni restricciones. Créese que la vergüenza le impidió pasar á Paris, pues tenia las picares burlas de sus vecinos. Habiendo sabido que muchos se habian entretenido en enseñar á las urracas y á los toros á pronunciar la palabra *Perona*, envió algunos comisionados con el encargo de matar á cuantas desventuradas aves de tal clase pudiesen haber á la mano, é instruir un proceso á sus maestros. Este rey que protestaba abiertamente contra los tratados que le eran desfavorables, dejó trascurrir mucho tiempo sin hablar del de Perona, cuyo fatídico nombre no pronunciaba sino obligado por las circunstancias, como si pretendiese borrar el recuerdo de su humillación en los demás y aun en sí mismo.

No tardó en revelar cuál habia sido su intencion al preguntar al duque de Borgoña lo que debia hacer, si su hermano no se contentaba con su nuevo patrimonio de Champana y de Brie. Algunos negociadores partieron hacia la Bretaña, donde residía el príncipe. El cardenal La Balue no pertenecía á este número: habia representado un doble papel en el negocio de Perona, y fué muy sensible no haber sido empleado en el asunto importante del patrimonio. Atribuíale el sistema hárt frecuente en los hombres de su estofa de embrollarlo todo para hacerse necesario. Sabia que la intencion del rey era ofrecer al príncipe un patrimonio diferente de la Champana, para alejarle de la proximidad del duque de Borgoña y sus traerle á su influencia, y sabia tambien que el asentimiento del joven príncipe sería un medio de reconciliacion indestructible entre los dos hermanos, lo que disminuía mucho la importancia de su ministerio y le reducía casi á la nulidad. Escribió pues por una parte al príncipe diciéndole cometería una gran falta si se entregaba á merced de su hermano por la nueva posesion que se le ofrecía, que era el ducado de Guena, y aconsejó por otra al duque de Borgoña que no tolerase este cambio, puesto que le sería muy perjudicial por las razones políticas que le esponía. El prelado añadía en sus cartas al borgoñon, que el rey en sus conversaciones familiares le trataba de atuo, de hombre sin palabra y sin honor, de libertino, infame y ateo, y que le aplicaba todos los epítetos degradados que podian hacer á los dos príncipes enemigos eternos é irreconciliables.

Estas cartas fueron sorprendidas: en consecuencia, La Balue fué preso con Guillermo de Haracour, obispo de Verdun, á quien el cardenal habia hecho su cómplice, porque gozaba de la confianza del príncipe. El obispo confesó de plano sin hacerse rogar mucho, pero el cardenal se mantuvo en la mas rotunda negativa; mas cuando se le mostraron los documentos que le condenaban, aquellas cartas escritas de su puño, ofreció confesar igualmente si se le aseguraba la vida. Descubrióse entonces una serie asombrosa de perdidias, y entre otras la de que no habia dejado de participar al duque de Borgoña los secretos del gobierno, y de fomentar la cizaña entre los dos príncipes; vióse que él era quien habia inducido al rey á la fatal entrevista, el que habia formulado el ignominioso tratado de Perona y aconsejado al duque obligara al rey á acompañarle á Lieja. El mas leve de estos crímenes merecía la muerte. El rey nombró una comision para que entendiera en este negocio, y envió á pedir á Roma la reunion de jueces eclesiásticos delegados al efecto. La corte romana quiso crearse un derecho de lo que solo era una deferencia del rey, y llegó hasta pretender reservarse el de enjuiciamiento. Se negoció, pero no fué posible ponerse de acuerdo respecto de las formas que debían seguirse en el proceso de un cardenal. La tramitación fué lenta. El resentimiento de los rey se aplacó, pues tenia ademas chocar con las preocupaciones de la

época. Los culpables conservaron la vida; pero permanecieron encerrados, de Haracour en la Bastilla, y La Balue, como mas culpable, en el castillo de Loches, metido su una jaula de hierro, de ocho pies en cuadro, colocada en medio de una torre é inventada por el prelado para atormentar á los demás. En ella permaneció por espacio de once años. ¡Largo suplicio, mas atroz que la muerte!

No bien se vió Carlos libre de la influencia de pérdidas consejeros, cedió voluntariamente al deseo de su hermano y aceptó el ducado de Guena. El príncipe se trasladó á Saintes, donde se hallaba el rey, para realizar su reconciliacion. El primer día se adoptaron grandes precauciones para esta entrevista; pero al siguiente se vieron sin usar de tales medidas, y se abrazaron cordialmente derramando lágrimas. Antes de la entrevista, el monarca habia exigido al príncipe sobre la cruz de San Lo de Angers el juramento de que mientras viviese no prendría ni permitiría, que nadie prendiese ni matase á su hermano Luis, ni se apoderase de la tutela del rey y gobierno del país. Prometió tambien el príncipe renunciar á la mano de la princesa María de Borgoña, hija única del duque, y no escuchar proposicion alguna acerca de este matrimonio sin el consentimiento espreso y libre del rey.

En seguida, Carlos partió llevando el título de duque de Guena. Al recorrer sus nuevos estados, vió que se le habian separado vasallos poderosos y ciudades opulentas, y que por esta reduccion sus rentas y fuerzas habian disminuido considerablemente en provecho del soberano. Habiéndose manifestado quejoso por tal causa, el rey creyó oportuno completarle la Guena, tal como los ingleses la habian poseído anteriormente. El príncipe por su parte, al firmar el tratado de Saintes por el cual se le obligaba á ser fiel al rey su hermano en pro y en contra de todos, olvidó al parecer que al salir de la Bretaña habia celebrado tambien con el duque Francisco un convenio, en el cual prometia no separarse en tiempo alguno de él ni del duque de Borgoña. El rey lo sabia y aparentaba ignorarlo. ¡Tales eran la buena fe y la delicadeza de estos príncipes!

El enlace de la princesa María de Borgoña, que escitaba la solitud del rey, podia ser considerado bajo muchos puntos de vista. El rey no miraba sino el momento presente, ni tenia otro objeto que su interés personal, el cual por lo demás estaba de acuerdo con el interés de la Francia. No tenia hijos varones, y si no llegaba á tenerlos, la corona pertenecía á Carlos. En este caso, dicho matrimonio no podia dejar de ser muy ventajoso al reino, porque reuniria las hermosas posesiones del duque de Borgoña que habian sido desmembradas de él; pero si Luis tenia un hijo, el príncipe, ademas de las posesiones de su esposa, situadas al Norte de Francia, como duque de Guena, sería dueño de un vasto estado al Mediodía, y así podia embarazar al rey, y por medio de una alianza con la Bretaña, hacer correr á la Francia el peligro de su desmembracion, como habia sucedido cuando tuvo lugar la creacion de los grandes feudos. Este peligro era tanto mas inminente, cuanto que la reina dió á luz un niño que espiró casi en la cuna.

La princesa María era muy joven, y su padre no proyectaba darle tan pronto un esposo, puesto que dijo en cierta ocasion que el día en que casase á su hija se haria ermitano. No obstante, Carlos el Temerario se complació en ofrecerla al duque de Guena, aunque conocia sus compromisos para con el rey, sin duda por atormentar á este. Tomiendo Luis que su hermano se dejase tentar, procuró desviar el golpe y deslustrarle con el brillo de una corona. Hizo pues diligencias para obtener la de Castilla, procurándole la mano, ó de Isabel, hermana de Enrique IV, llamado el *Impotente*, ó de Juana hija de este mismo príncipe; porque á causa de la legitimidad controvertida de esta última, las opiniones estaban divididas relativamente á los derechos de estas dos princesas á la herencia de Enrique. Recientemente colmado el príncipe de favores por su hermano, no quiso disgustarle, y se prestó á sus proposiciones respecto de Castilla desechando las del duque de Borgoña. Fué ademas á visitar á su hermano sin rehener ni escollar, ni aquellas odiosas precauciones acostumbradas entonces entre los príncipes. El rey le dispensó la mas benévola acogida, mantuvo á sus espensas á su numerosa comitiva, mientras estuvo á su lado y colmó á sus dependientes de regalos, sin olvidar á *los mas infimos criados*. Luis se complacía en descender á estos pormenores, y no se ocupaba de ellos sin miras ulteriores.

No puede asegurarse si al ceder la Guena á su hermano abrigaba la intencion de reportar las ventajas que se procuró; pero era bastante previsor en política para tenerlas en cuenta. La Gascuña estaba llena de señores á quienes su alojamiento de la corte y del centro del reino habia acostumbrado á mirarse como soberanos. Muy á su pesar, y no pocas veces por medio de la fuerza y con restricciones, se sometian al homenaje y demas prestaciones feudales. Distinguíanse entre ellos el señor de Albet, el conde de Foix y sobre todo el de Armanc. Colocar entre ellos un duque de Guena, era esponerse á darles un caudillo, al derrocar del cual se agruparian cuando el rey les exigiese, así á él como á ellos, los deberes



de vasallaje: este inconveniente habia ocurrido cuando los ingleses poseían la Guiena, porque realmente los bandos gascones les procuraron la conquista de la Francia. Pero lo que habia sucedido anteriormente no acaeció ahora, merced á la sagacidad del rey. Resultó á someter sus indóciles vasallos, los privó del apoyo de su hermano, que hubieran podido reclamar, separándole de ellos por honor y por interés. Por honor, porque le hizo ver que importaba á la dignidad del trono, al cual estaba tan próximo, que aquellos señores reconociesen la superioridad de este y su dependencia de él; por interés, porque le prometió, si no la totalidad, al menos la mayor parte de los despojos de los refractarios. Estos señores formaron una liga, por lo que el monarca envió contra ellos un ejército, cuya sola aproximación los llenó de terror. El conde de Armañac, Juan V, jefe de los demas, hombre acusado y sentenciado por diferentes crímenes, habia sido uno de los mas ardientes promovedores de la *liga del bien público*, y posteriormente habia dejado de inquietar al rey. Incapaz de resistir, se fugó á España, y no habiendo comparecido á la citación judicial, sus tierras fueron distribuidas entre los jefes del ejército expedicionario. El rey impuso á estos las condiciones de vasallaje que quiso. Los otros grandes señores, intimidados por este ejemplo, obtuvieron un trato mas benigno bajo la condicion de los juramentos de fidelidad que prestaron con cláusulas que los sometiese á los rigores de la justicia, si quebrantaban sus compromisos.

Encuéntrense estas cláusulas en el juramento que fué exigido á Santiago de Armañac, duque de Nemours, que fué admitido á tratar. Este señor era hijo de Bernardo de Pardiac, ayo del rey, y habia gozado desde la niñez del favor del monarca, siendo creado por este duque y par, y haber únicamente reservado hasta entonces á los principes de la sangre. El duque de Guiena solo obtuvo de los despojos del conde de Armañac la ciudad de Lectoure, que á la verdad era una fortaleza. Debe advertirse que cuando fué cedido el ducado de Guiena al hermano del rey, los señores gascones se regocijaron de ello como de un auxilio que les llegaba contra la mala voluntad del monarca. Ilícitose mas altivos, y le proporcionaron pretexto para atacarlos: cuando quisieron recurrir al apoyo que se habian prometido, se vieron burlados por el ascendiente del rey sobre su hermano.

Todo servia á Luis para lograr sus fines. No es fácil sospechar qué relacion podia existir entre el establecimiento de una orden de caballería y un rompimiento con el duque de Bretaña. Vamos á saberlo. La orden de la Estrella, creada por el rey Juan, aunque poco antigua, se habia envilecido por el número excesivo y desacertada eleccion de los caballeros. El monarca instituyó una nueva orden bajo la advocacion de San Miguel, y que solo debia componerse de treinta y seis caballeros. El rey admitió desde luego á quince, principes de la sangre, mariscales de Francia y magnates de su corte.

En los estatutos todos se obligaban á obedecer al jefe de la orden, que debia ser siempre el rey de Francia, á no contraer alianza en otro siní con el extranjero sin su beneplácito, y á someterse sin reserva á la correccion de los cofrades, á la degradacion y otros castigos en un caso de infraccion de la regla. Todos estos articulos eran como se ve, susceptibles de ampliaciones y de interpretaciones desagradables para los candidatos. Esto equivalia, aunque con distintas palabras, á las condiciones, juramentos y resignacion absoluta que se acababa de exigir á los señores gascones.

Sin prevenir al duque de Bretaña, el rey le envió su nueva orden con los estatutos. Si la recibia, ligábase á Luis con nuevos juramentos, cuya ejecucion se le exigiria en su tiempo y lugar; si la rehusaba causaria una ofensa de que el monarca podria vengarse. Francisco, en el colmo de la sorpresa, pidió tiempo para examinar los estatutos que acompañaban á los distintivos honoríficos. Para abreviar el exámen, el rey difundió la voz de que los ingleses se preparaban á hacer un desembarco en Normandia. Convocó á la nobleza y fijó por punto de reunion la frontera de Bretaña. El duque se alarmó, sospechó que iba á estallar sobre su cabeza la tormenta, y reclamó el auxilio del duque de Guiena. Este, viéndose en la triste alternativa de abandonar á su aliado ó de hacer armas contra su hermano, propuso medidas conciliadoras. Tal era precisamente el mayor deseo del rey. Reunieronse plenipotenciarios en Angers, y firmaron un convenio, cuyo principal articulo era que el duque renunciara á toda alianza contraria á la *tranquilidad del reino*. El rey exigió que los magnates bretones se constituyeran garantes de la fidelidad de su duque, lo cual era sujetarlos por aquella cláusula general y ambigua de la renuncia de todo lo que *podiese turbar la tranquilidad del reino*; el monarca se preparaba de este modo pretestos de ejecucion contra su vasallo. En el curso de estas negociaciones, le sobornó el vizconde de Rohan, que fué después el mariscal de Gie. Sin embargo, tres dias despues del convenio de Angers, el duque de Bretaña, previendo los peligros á que podria esponerle el compromiso que acababa de contraer, estipuló en Etampes con el duque de Borgona, otro tratado que era una verdadera liga ofensiva y defensiva contra el rey. Luis lo supo y lo mi-

ró con indiferencia, porque sabia tambien que el duque no obraria sino conforme á la voluntad de Lescun, su favorito, ó según el capricho de su querida, cuyos consejos dirigia el mismo Lescun.

Luis tenia mucho que temer de la actividad del duque de Borgona. Este principe habia dejado traslucir su intento de auxiliar al conde de Armañac, y solo el temor de perder las ventajas que se habia procurado por el tratado de Perona le habia contenido. No obstante lamentaba la renuncia que de sus privilegios habian tenido que hacer los señores gascones. Previa tambien las peligrosas consecuencias de las obligaciones recientemente impuestas al duque de Bretaña; y juzgaba con razon que todas estas precauciones tenian por objeto impedir que los grandes vasallos se auxiliasen mutuamente, cuando el rey hiciese contra alguno de ellos ó contra los privilegios que les eran comunes, tentativas cuyo objeto no podia disimularse.

El mismo Carlos sufrió una que escitó una acalorada discusion. En la convocacion de la nobleza y pueblo para oponerse al pretendido desembarco de los ingleses, los delegados del rey habian comprendido y llamado á los vasallos del duque de Borgona. Este principe envió embajadores encargados de protestar contra este llamamiento, y llamado á una cláusula especial del tratado de Perona. Habian igualmente protestado contra la guerra con que el monarca habia amenazado al duque de Bretaña estrechamente unido á su señor, haciendo ambos causa comun: union que el rey no podia reprobar, pues la habia aprobado y autorizado con su sello en el tratado de Conflans.

El rey respondió por medio de otros embajadores que la convocacion de los vasallos de Borgona era un error que se repararia; pero en lo relativo al duque de Bretaña, los embajadores procuraron sincerar hasta donde les fué posible la conducta del monarca y arruinar la del duque. El Baile de Charolais que ocupaba el puesto del canceller, respondia con estension á estas imputaciones, cuando el duque tomó impaciente la palabra. «El rey, dijo, alega que ha protestado contra el tratado de Conflans, como si la fe de los tratados pudiese destruirse con vanas formalidades. ¿Ha olvidado acaso esta preciosa máxima de uno de nuestros antepasados: *Si la buena fe se viese destrerrada del mundo, deberia hallarse en el corazon de los reyes?* Certo es que le debo lealtad y fidelidad: pero los titulos con que se adorna ¿dan el derecho de sublevar mis vasallos, y de tomar bajo su proteccion á todos los malhechores de mis estados y á todos mis enemigos? Se atreviera á negar que ha acogido á los pérfidos liejeses, y que los ha situado en mis fronteras como para desafiarme? ¿No está cubierto de ellos todo el condado de Bethel? ¿Quien no espere, enagabarme por mas tiempo con palabras falaces? El duque de Bretaña es mi aliado y le defenderé.»

La maledicencia continuó entre ambos principes. No atreviéndose todavia á declararse abiertamente la guerra, tomó cada uno partido opuesto en la discordia de las casas de York y de Lancaster, que desgarraba la Inglaterra, bajo las denominaciones de *flor blanca* y *flor encarnada*, y proporcionaron á las dos facciones tropas que alguna vez se batieron en el continente. Despues de numerosos agravios y de haber apurado, por decirlo asi, ambos competidores la mala fe y el encono, el rey se resolvió á declarar la guerra al duque en medio del invierno, en el momento en que calculando el borgoñon no seria atacado antes de la primavera, acababa de licenciar sus tropas. El monarca se decidió á obrar asi, por que contaba en los estajos del duque con el apoyo que le habian ofrecido el conde de San Pablo y sus agentes; apoyo ilusorio, pues Luis era juguete de una intriga de que el conde se proponia reportar ventajas para hacerse algun dia independiente, tanto del duque de Borgona de quien era vasallo, como del rey á quien posteriormente habia escogido por señor.

Con el nacimiento del Delfin, que fué despues Carlos VII, cambian de faz los intereses del duque de Guiena, no pudiendo conservarse sino por medio de una poderosa alianza la consideracion de que habia gozado hasta entonces. Así se lo aconsejaban algunos intrigantes mas solícitos de sus propias ventajas que de las del principe, los cuales esperaban, empujándole á dar pasos en falso, perpetuar los disturbios y tornarse ellos mismos necesarios. Beccale Lescun, que fué á visitarle, le debia manifestarle con el rey y realizar su casamiento con la princesa de Borgona. Empero Carlos, según queda dicho, habia dejado negociar el de la princesa Juana de Castilla, declarada heredera de Enrique por bula del Papa, hasta permitir, desponsales por procurador, y dar con tal motivo un festin público. Al mismo tiempo prestaba oídos á la proposicion de enlazarse con una hija del conde de Foix, la que desgarraba al rey tanto como la princesa borgoñona, por poseer dicho conde, además del condado de tal nombre, el pais de Bigorra y el principado de Bearne, por ser sus hijos herederos del reino de Navarra, y estar ya casada una de sus hijas con el duque de Bretaña. Luis XI preveía que si el de Guiena se desposaba con alguna de las dos mencionadas, podia originarse entre estos principes una liga tanto mas temible para él, cuanto que tenia sobrados enemigos en el in-

terio del reino, hasta entre los príncipes de sangre real: los unos persuadidos de que el rey intentaba sojuzgarlos, y los otros únicamente porque su notoria ambición les hacía sombra, hallándose todos prontos á oponerse á sus exigencias, así que contasen con elementos al efecto.

El mas astuto y temible de ellos era el conde de San Pablo, el mayor de edad de la casa imperial de Luxemburgo, pariente del du-



Luis XI asistiendo al suplicio de los vecinos de Rouen.

que de Borgoña, y colmado por este de bienes, así como toda su familia, cuya mayoría estaba sirviendo al mismo duque. A instancias de este príncipe fué como el rey le había dado la espada de condestable de Francia. Poseía pingües tierras y muchos pueblos entre los dos estados de Francia y Borgoña, y calculó que si lograba facilitar el matrimonio de María con el duque de Guiena, podría cuando este disfrutara de aquel ducado por muerte de su suegro, obtener de él, príncipe generoso y sencillo, dominios que acrecieran los que ya poseía, y formarse un estado importante. Es harto notorio que el duque no trataba de casar tan pronto á su hija, pero San Pablo imaginó incluirle á tal proyecto. Desde luego inspiró al duque de Guiena vivos deseos de obtener la mano de la princesa, y le persuadió que el mejor medio sería el juntarse al rey en la guerra que este meditaba y no tardaría en estallar; pues apurado entonces el duque de Borgoña tendría necesidad de paz, para la cual sería el mediador, quien así conseguiría tan ríca herencia hasta con el concurso del monarca, sin saber este que contribuía á la consolidación de un hermano á quien temía.

San Pablo hablaba con toda seguridad de la guerra que debía estallar entre el monarca y el duque, porque él la atizaba, fomentando el odio de ambos competidores por medio de deleaciones e insidiosos manejos. Uno y otro levantaron un poderoso ejército; el duque de Guiena se incorporó al de su hermano, llevando consigo una división de gascones. El de Bretaña hostigado por el rey para que se declarase contra su antiguo aliado, teniendo en cuenta poderosas razones de propia conveniencia, envió á su favorito Lesceu á la ca-

beza de un cuerpo de nobleza bretona. El joven Nicolás de Anjou, duque de Lorena, se presentó tambien con otros muchos á quienes el interés del rey afectaba poco, y mucho la presencia de su hermano. San Pablo y Achabanes mandaban las tropas del rey; el primero se apoderó de San Quintin, mereció á secretas inteligencias, y el segundo de Amiens, por el mismo medio.

No obstante, habiendo reunido el duque de Borgoña fuerzas considerables, pasó el Soma por Pequigny y fué á acampar temerariamente entre el ejército real y las ciudades que acababan de serle arrebatadas, ciudades cuyas guarniciones podían talar impunemente las provincias de Artois y Flandes. Hubiera corrido los mayores peligros si el rey hubiese consentido en aventurar una batalla, como le aconsejaban sus generales, pero Luis prefirió continuar acostado al duque, á quien el hambre empezaba á atormentar. Esta táctica le fué favorable, y la situación de Carlos se hizo cada vez mas crítica. En tal estrechura, el duque de Guiena, que deseaba mantenerse en su gracia, le envió un mensajero secreto con estas palabras escritas de su puño y oulltas dentro de una bola de cera: «No os apureis, porque hallareis amigos.»

Estas palabras y algunos otros indicios vehementes le hicieron concebir la sospecha de que se urdía alguna intriga. Descubrió en parte al rey y le pidió una tregua. Como este le otorgase á precio demasiado alto, el duque le insinuó cuanto le sorprendía que un príncipe tan hábil se hubiese empeñado en una guerra cuyos motivos ignoraba, y después de haberle dado algunos datos, terminó diciendo: «¿Queréis apurarme? Entramos se explicaron: el monarca, instruido de cuanto pasaba, concedió una tregua de tres meses. Hallábase á la sazón el duque en una situación tan angustiosa, que los que ignoraban los motivos de la conducta del rey, no sabiendo á qué causa atribuir una resolución tan contraria en la apariencia á los intereses del Estado, sospecharon la existencia de otros que no favorecían ni á su perspicacia ni á su valor. El duque de Bretaña le llamó *rey cobarde*, porque no sabía las razones del proceder del monarca. Esta intriga originó en el duque de Borgoña un renor implacable al condestable San Pablo.

La tregua no hizo desistir á los confederados del proyecto de alianza que habían formado, y lo que no pudieron lograr por medio de la fuerza intentaron conseguir del benéfico del duque. Este fingió prestarse á su deseo para alejarlos del rey, y el joven duque de Guiena, creyendo ya asegurado el triunfo, hizo pedir una dispensa al Papa y se retiró á su provincia, que se convirtió en centro de negociaciones para una nueva liga. El rey tuvo conocimiento de ella por una extraña casualidad. Uno de los agentes secretos que enviaba á las diferentes cortes, llamado Olivierio Le Roux, recibió orden al regresar de Castilla de detenerse en casa del conde de Foix. Del aposento en que se le alojara acababa de salir un emisario del duque de Bretaña, llamado Enrique Milet, para reunirse á su señor. Le Roux vivió en un rincón de aquel aposento un legajo de papeles rotos. Por vía de pasatiempo recogió algunos; sorprendido al ver los nombres de muchos elevados personajes, reunió con esmero todos los fragmentos y consiguió formar muchos despachos que remitió al rey. En ellos vió este lleno de sorpresa que estaba cercado de enemigos prontos á atacarle simultáneamente. Eduardo, rey de Inglaterra, á quien los auxilios del duque de Borgoña y la muerte de Warwick, muerto en la batalla de Barnet, acababan de colocar de nuevo en el trono, trataba de desembarcar en Normandía; el duque de Borgoña, á quien se ofrecía la restitución de Amiens y San Quintin, debía incorporarse en la Picardía; Nicolás, duque de Lorena, debía invadir la Champaña, y el de Guiena a llevar los gascones al centro del reino, mientras el de Bretaña penetraba en él por la Turena. Todo se hallaba dispuesto al efecto; en aquellos despachos se leía: «ingleses, borboneses, bretones y gascones, van á seguirle la pista, y se le echarán á la cola tantos lebreres que no sabrá por qué lado huir.»

Entre los personajes designados se hallaban algunos señores que el rey no hubiera sospechado, y sobre todo su hermano, con quien se creía cordialmente reconciliado. Apresuróse pues á enviarle diferentes agentes para hacerle ver. Enrique, para reunirse al entregarse al duque de Borgoña, enemigo jurado de la Francia y solicitada y al restablecimiento de la Pragmática; envió asimismo agentes al duque de Borgoña, á quien lisongó con la restitución de las ciudades sitiadas sobre el Soma; y mientras con esta anagaza procuraba adormecerle y obtener una prolongación de la tregua, hacía marchar sus tropas á la frontera de la Gueux, donde todo se hallaba en pie de guerra. No pudo menos de convenirse que la situación de Luis era alarmante, pero el cielo ó el infierno acudió en su ayuda; si el cielo, la muerte del duque de Guiena fué natural; si el infierno, esta muerte fué provocada. En una cena preparada en casa de Juan Faure de Versois, abad de San Juan de Angely, limosnero del príncipe, después de haber reparado un alberchigo con la señora de Monsoreau, su querida, el

uno y la otra se sintieron acometidos de dolores agudos; la dama falleció á poco, y el duque arrastró una existencia valetudinaria algunos meses. El rey se mostró muy pesaroso de la enfermedad de su hermano, y mandó se hiciesen rogativas públicas, é las que asistió. Con este motivo instituyó el *Angelus*, oración á la Santísima Virgen que debía rezarse de rodillas al sonar la campana del medio día. La pesadumbre sin embargo no le hacía olvidar sus in-



El duque de Borgoña haciendo arrojar los habitantes de la ciudad de Dinan en el Mosa.

tereses, y circunvalaba los estados de su hermano con tropas mandadas por el conde de Damartin, al paso que se informaba del estado del enfermo. El abad le enviaba estas noticias, y él las comunicaba á su general para que maniobrase con arreglo á ellas. Durante la lenta enfermedad de su hermano, proseguía las negociaciones con el duque de Borgoña. De todo esto resultó un tratado, monumento eterno de la probidad y buena fe de estos dos príncipes. El duque ansiaba recobrar las ciudades situadas sobre el Soma, que el condestable y Damartin le habían arrebatado por sorpresa. El rey se brindaba á concedérselas, como asimismo el condestable, objeto de su odio común, con tal que el borgoñon prometiese por su parte dejar al arbitrio del rey los duques de Guena y de Bretaña, si se verificaba la guerra anunciada por la liga.

Cárlos sucesivamente duque de Normandía, Champaña y Guena, murió á los veinte años de edad. El abad de San Juan de Angely y un Enrique de la Roche mayordomo de boca, su cómplice, fueron presos y se dió principio á su proceso; estos hombres hicieron declaraciones que acrimaban directamente al rey. Lescaun, que se hallaba al lado del duque en el momento de su muerte, temiendo que á favor de los disturbios en que la Guena iba á verse sometida á las tropas reales, los culpables eludieran el merecido castigo, los llevó á Bretaña, y dijo al duque al encerrarlos en sus respectivas prisiones: «Os entregó estos traidores que han asesinado vil-

mente á su legítimo señor. No olvideis lo que debeis á la memoria de un príncipe tan digno de vuestra amistad. Su alma pide á Dios una venganza terrible contra sus asesinos. ¡Ojalá vea el desde el otro mundo de qué manera lleno mis compromisos!» Pero sea que el duque miró este asunto con indiferencia, sea que sus ocupaciones no le diesen tiempo, sea en fin temor de ofender al rey, que aparecía complicado en este repugnante negocio, el proceso no se continuó hasta año y medio después por los delegados que el rey nombró al efecto y envió á Bretaña, donde se hallaban los presuntos reos. Estos habían permanecido tranquilos en su prisión; pero no bien volvieron á proseguir los procedimientos, multitud de espectros horrorosos se les presentaban en la torre, y dejábanse oír gritos y ahullidos espantosos. El carcelero, único testigo de estas satánicas maravillas, fué á conjurar á los jueces que aceleraran el proceso, pues no podía sufrir aquella inusitada barahunda, y estaba poseído de temor por su propia vida. Por último, después de una noche tempestuosa acompañada de huracanes y truenos, el carcelero se presentó trémulo de espanto al tribunal, y aseguró que el diablo había ido á retorcer el cuello del perverso abad, reduciendo luego su desdichado cuerpo á ceniza. No debió ser tan desastroso y espantable el fin de Enrique de La Roche, cuyo paradero se ignora. Continuó esta causa cuando el rey estaba en paz con el duque de Bretaña, y para lo poco que hicieron fueron bien recompensados los comisarios. El mismo Lescaun, creyendo que el renunciar á los favores del rey sería un escaso consuelo á la pérdida de un prin-



El cardenal La Baluz en el castillo de Loches.

cipe amigo suyo, aceptó las larguezas de Luis y se hizo su servidor.

Así que se firmó el tratado, el duque de Borgoña se esforzó porque se le devolvieran las ciudades situadas sobre el Soma; pero el rey declaró á la muerte de su hermano, que no se creía obligado á ratificar un tratado dictado por la mala fé. Colérico entonces el duque, publicó contra el rey un manifiesto fulminante, en que le decla-

raba rey de lesa magestad contra la corona, y asegurando que el desoedel monarca era asesinar todos los príncipes de la casa de Francia, y que después de haberse deshecho de su hermano con *penones maléficos, é invocaciones diabólicas*, acababa de someter á tres señores de su corte para que le asesinasen, habiéndoles dado asilo cuando este proyecto infame fué descubierto. A esto respondió el rey que la causa de la desaparición de aquellos señores era la disolución horrosa que reinaba en la corte del duque, autorizada por él con su ejemplo.

Estas invectivas igualmente deshonrosas para entrambos príncipes, causaron una guerra á fuego y sangre. El duque de Borgoña devastó la Picardía con total ferocidad, que se adquirió el funesto nombre de *Terrible*. Sin embargo, los habitantes de Beauvais, auxiliados por sus mujeres é hijas, que conquistaron alto renombre en la historia, desconcertaron sus esfuerzos al pie de sus murallas. Para recompensar dignamente á estas heroínas, para perpetuar su memoria y el nombre de Juana Hachette, que arrancó al enemigo una bandera clavada ya sobre la muralla, el rey mandó que el día 10 de julio de todos los años se celebrase una solemne procesion, en la cual las mujeres presidesian á los hombres. El duque hizo entonces teatro de sus furores la Normandía, mientras los generales del monarca penetraban en sus estados por diferentes lugares, y cometían idénticas atrocidades. Los señores confederados no teniendo ya el estandarte del hermano del rey por punto de reunion, dejaron á este establecerse tranquilamente en Guena. El duque de Bretaña, intimidado por las amenazas de guerra, pidió una tregua y la obtuvo por medio de Lescun, el cual recibió del rey, por la parte que le cupo en la pacificación, el condado de Cominges y el gobierno de Guena. El *Terrible* por su parte firmó tambien para sí y sus aliados un tregua con el rey de Aragon. Este, después de concluir un tratado formal de neutralidad con Luis XI, se coligó con tra él con el duque de Borgoña, y secundó la liga en pro de sus intereses.

El rey se hallaba en posesion hacia once años del Rosellon y la Cerdania, que tenia empeñada del rey de Aragon; cuando D. Juan vió al prestador ocupado en la guerra con el duque de Borgoña, hizo una irrupcion en el Rosellon apoderándose de muchas ciudades, y entre otras de su capital Perpignan, en cuya ciudadela se sostuvieron los franceses. Después de firmada la tregua, Luis publicó una que iba á una peregrinacion al Espíritu Santo de Bayona, dirigió su marcha al Rosellon, avanzó con gran rapidez é hizo romper los puentes que trasponia, teniendo ser alcanzado por las tropas de Borgoña y de Bretaña. Por fin entró en el Rosellon al frente de treinta mil hombres. Luis no lo mandaba, pero los dirigia. El rey treinta mil hombres. Luis no se intimidó, y desoyendo el rey de Aragon, aunque sorprendido, no se intimó, y desoyendo el parecer de sus más adictos cortesanos, voló al socorro de Perpignan; reunió á los habitantes en la iglesia y juró sobre el altar no abandonarlos. Conmovidos estos al ver la noble abnegacion del anciano monarca, juraron á su vez defenderle hasta el último tramo. Su resistencia dió tiempo á su hijo el príncipe Fernando para levantar un ejército en Aragon y libertar á su padre. Cuando Luis XI supo la aproximacion de aquel príncipe, ilustró más adelante por una politica semejante á la suya, mandó al general sitiador que negociase. Abriéronse las conferencias y brotó de ellas un tratado.

En el prometia Luis devolver las dos provincias cuya posesion se ventilaba, cuando se entregase el dinero dado sobre ellas, lo que debía verificarse en el plazo de un año. Uno y otro monarca juraron tener en lo sucesivo los mismos amigos y los mismos enemigos, reservándose no obstante la libertad de socorrer á sus respectivos aliados. Por este tratado, Luis que solo era un prestamista, supo conservarse en las provincias disputadas un poder igual al del propietario, seguro como lo estaba de entrar en breve en los derechos de D. Juan, pues conocia que seria imposible á este pagar trescientos mil escudos en el corto espacio de un año.

La expedicion que le reservaba sus derechos sobre el Rosellon habia sido precedida de otra, cuyo desenlace fué una horrosa catástrofe. El duque de Alençon y el conde de Armañac, su conuado, se habian atraído del reino. Luis XI al subir al trono libertó á uno y el conde huyó del reino. Luis XI al subir al trono libertó á uno y llamó al otro devolviéndoles todos sus bienes. Lejos de mostrarse agradecidos, habian sido de los más ardientes confederados contra el rey en la guerra del bien público, y después del tratado de Coullans, que explotaron á su favor, no dejaron de mantenerse en ocultas relaciones con el duque de Borgoña. El rey descubrió que el de Alençon estaba en tratos con el de Borgoña, para entregarle las plazas fuertes que poseia en el Maine y en Normandía. Por su parte, el conde de Armañac, mientras Luis se apoderaba de la Guena, después de la muerte de su hermano, avisó hasta donde le fue posible el resentimiento de los señores gascones, y se apoderó por traicion, mientras el monarca aragonés invadía el Rosellon, de la ciudad de Lectoure, de la cual se hizo una respetable y

bien provista fortaleza, para burlarse de todos los esfuerzos del monarca, ó al menos conseguir una capitulacion ventajosa.

El duque de Alençon vivia tranquilo en sus tierras, sin sospechar que sus intrigas eran conocidas. El rey mandó se le prendiese y trasladase á Paris, mientras un ejército se diseminó por el condado de Armañac, se apoderó de todos los lugares importantes y obligó al conde á encerrarse en Lectoure, su postrer asilo, precisándole al fin á pedir capitulacion, á la cual se brindaron sin dificultad los gefes de los sitiadores. Firmóse, y empezaba á ser puesto el tratado en ejecucion, cuando un cuerpo de tropas realistas, aprovechando la seguridad del conde, penetró en la ciudad, allanó su casa y le cosió á puñaladas. Obligose además á su esposa embarazada, á beber un veneno que acabó con la madre y el hijo. Lectoure fué entregada al pillage y á las llamas. La pluma se resistió á describir los demas horrores que hubo. Carlos, hermano y heredero del conde, fué, aunque inocente, encerrado en la Basilla, y en los catorce años que permaneció en ella no hay clase de padecimiento que no se le hiciese sufrir. Su húmedo calabozo destilaba agua sobre la cabeza del infeliz preso, que pisaba por donde quiera en fango. Carlos VIII á su advenimiento al trono le devolvió la libertad y sus bienes; pero el desgraciado no pudo gozar de tal favor, pues habia perdido la razon á consecuencia de la barbarie de que fuera victima. Murió sin posteridad como su hermano.

Los duques de Bretaña y Borgoña miraron con disgusto el tratado del aragonés y el trato brutal de que habian sido blanco los Armañacs; pero no eran temibles, entregado el primero á sus placeres, y el segundo á su ambicion que le hacia aspirar á un reino. Halliendo sabido que Sigismundo, duque de Austria, primo hermano del emperador Federico III, necesitaba dinero, le prestó lo suficiente para que le cediese el condado de Ferreta y el Landgraviato de Alsacia, bajo condicion de que él y sus herederos podrian recuperar estos dominios devolviendo la cantidad del empeño. Carlos tuvo en poco esta cláusula, esperando que la dificultad de hacerla valer después de una larga posesion bastaria para prescribirla. Esta adquisicion le costó poco.

El ducado de Gueldres y el condado de Zutphen le costaron aun menos. Estos principados estaban poseidos por Arnoldo de Egmont, príncipe débil é inepto, que tenia un hijo llamado Adolfo, el cual, desearo sucederle, le sorprendió una noche y le encerró en una celda. Desde esta, Arnoldo hizo llegar sus quejas al papa y al emperador, quien encargó al duque de Borgoña orillase este negocio. Adolfo pertenecía á su corte y participaba de sus placeres, por lo cual no temió comparecer entre los jueces establecidos por el duque, presentándose con su padre, á quien acusó de incapacidad y delitos vergonzosos. El viejo indignado, arrojó su guante, y el hijo lo hubieron levantado y combatido con su padre, si el tribunal no se hubiese opuesto á ello. El fallo fué favorable á Adolfo, pues se le adjudicó el ducado de Gueldres y el condado de Zutphen, y á su padre solo la ciudad de Grave y una pension de seis mil florines. Pero lejos de agradecer aquel malvado un favor de que era indigno, dijo: «Preferiria arrojar á mi padre á un pozo y precipitarle con él, á cederle la más pequeña parte de mis estados.»

Estremecida la asamblea, reintegró al padre en sus estados, y solo cedió al hijo la parte destinada á aquel. El desatentado mozo no la quiso, y desapareció prorumpiendo en amenazas, pero habiendo sido detenido, fué encarcelado. Arnoldo, restablecido en Gueldres y Zutphen, solo conservó el usufructo, vendiéndolo á infimo precio la propiedad al duque de Borgoña, y al morir confirmó la venta en su testamento. Ignórase el fin de aquel hijo desnaturalizado, cuya desheredacion corroboró la justicia. Estas adquisiciones aumentaron considerablemente los estados del borgoñon.

La Lorena acababa de perder á Nicolás de Anjou, príncipe de grandes esperanzas, muerto en la flor de su vida. Los loreneses confiaron el mando supremo á Renato II, hijo de Ferry y de Yolanda, hija del rey Renato y de Isabel, heredera de la Lorena. El duque de Borgoña hizo una irrupcion en la Lorena y la arrebató al joven príncipe. Luis XI mandó reciosamente avanzar algunas tropas, y prender á un señor alemán, parente inmediato del emperador Federico, ofreciendo devolverle la libertad si el duque de Borgoña la devolvía á Renato. El rey sabia que el duque se hallaba respecto del emperador en el caso de no poder negarse á este cange, y en efecto, accedió á él. El borgoñon pretendia alcanzar del emperador la ereccion de sus estados en reino, y ceñirse la corona con el título de Galia Belga y de vicario del imperio.

Con el objeto de obtener estas dignidades habia prometido su hija Maria á Maximiliano, hijo de Federico. Todo está preparado al efecto, cuando una rencilla entre el emperador y el duque le desconcertó la boda. El duque queria ser coronado antes del casamiento de su hija, y el emperador que su hijo se casará antes de dar á aquel la corona. Uno y otro se tentaban por lo visto engañarse reciprocamente. Sin duda alguna Luis XI indispuso á los presuntos suegro y yerno, persuadiendo á aquel que este era un príncipe turbulento y artificioso, capaz de trastornar el imperio. La brillante co-

mitiva de que se había rodeado para dar mayor fausto á su coronación, inspiró temores á los alemanes, y las sospechas llegaron á tal punto, que arrependido el emperador partió una noche sin comunicarlo á nadie, dejando al duque confuso y humillado.

Mientras el monarca impedía á su vasallo hacerse su igual por medio del enlace de su hija, casaba á su primogénita Ana con Pedro de Borbon, señor de Beaujeu, y á Juana la segunda que era contrahecha, con Luis de Orleans, primer príncipe de la sangre, ambos interesados en permanecer unidos á su suegro. El proceso del conde de Alenzon se proseguía en el Parlamento, y al fin fué condenado á perder la vida. El rey se la concedió, porqué el duque era su padrino, pero le mantuvo encerrado y murió dos años después en un calabozo. Agregó á la corona sus ciudades mas importantes y cedió el resto á su hijo el conde de Perche. Quedaban aun dos principales fautores de la liga terminada en Amiens: Juan de Armañac, duque de Nemours, y Pedro de Luxemburgo, conde de San Pablo. El lector recordará la parte que este, antiguo amigo y paciente del duque de Borgoña y condestable de Francia, había tenido en la intriga que armó una contra otra á sus dos hijos, quienes conociendo la mala fé de dicho señor, convinieron por medio de agentes que confederaron en Bouvines, vengarse de él en comun. El rey debía entregar al duque todas las posesiones del condestable, y el duque entregar al rey la persona del condestable, si podía cogérle. Pero aunque el rey pudo deshacerse de él en una entrevista que ambos tuvieron en el puente de Noyon, creyó sin duda que no era todavía tiempo oportuno para su venganza, ó temió violar delante de un numeroso séquito la promesa de seguridad que había precedido á la entrevista.

Este convenio entre el rey y el duque de Borgoña podía hacer creer que se hallaban en relaciones amistosas; pero en aquellos mismos momentos el rey mandaba descuartizar á un hombre coniviente de haber querido envenenarle á instigación de Carlos, sobre el cual se hizo recabar indirectamente la odiosidad de este crimín. El duque por su parte celebraba con Eduardo IV, rey de Inglaterra, una liga defensiva y ofensiva, encaminada á arrebatar la corona á Luis y cenirla á otro. Los duques de Bretaña y Borgoña ayudaron á Eduardo á subir al trono, y Luis había favorecido á Enrique VI que murió en la cárcel. Eduardo, hostigado vivamente por aquellos duques, se resolvió á cooperar á la ruina del monarca francés y levantó tropas al efecto.

Celebráronse entre los tres algunos tratados sugetidos por el mas ciego rencor. En ellos proclamaban á Luis enemigo del bien público, y se obligaban mutuamente á concurrir según sus respectivas fuerzas á destruirle, y no consentir que ningún príncipe francés ciese en adelante la corona, cuyo único poseedor seria Eduardo. Este, como si ya la ostentase sobre sus sienes, distribuyó á su capricho ducados, condados y toda clase de mercedes á los que mejor le plugo. Por su tratado particular con el duque de Bretaña, el nuevo monarca le aseguraba el Poitou y un cuerpo de tres mil ingleses; el breton por su parte se obligaba á mantener inteligencias secretas en Francia y fomentar la rebelion. El condestable habia sido tambien admitido en esta liga, la que contaba ademas con las armas del rey de Aragon, siempre en guerra con Luis por el dominio del Rosellon.

No obstante, Carlos el Temerario revolvia sus fuerzas contra la Alemania, y de cuyo país se proponia desmembrar algunos territorios para formar su reino de Belgica. Tomó una parte activa en una discordia de Roberto de Baviera, elector de Colonia, con sus vasallos; pero tal intervencion disgustó mucho al emperador Federico. Luis aprovechó esta coyuntura para persuadirle se declarase contra el duque de Borgoña, mostrándole en perspectiva la conquista de sus estados, y señalándole de antemano una parte de ellos. A esgo de las halagüenas proposiciones, contestó Federico con el conocido apolo-nio: aplógalo de que se le supone autor.

A falta del emperador, que tardó algun tiempo en declararse, Luis acarreó otros enemigos al duque de Borgoña: estos fueron los suizos, quienes desatendidos hasta allí se vieron sacados por el rey de su oscuridad. Después de haberles representado con peligro les era la vecindad de Carlos (verdaz que ellos conocian), los reconcilió facilmente con Sigismundo, duque de Austria, antiguo señor de Ferreta; y de tal modo olvidaron sus antiguas disensiones, que para rescatar su condado, le suministraron los ochenta mil florines que habia recibido cuando lo empenó al duque. Este, que no esperaba verse obligado á devolverlo tan pronto, se negó á recibir dicha cantidad, lo que le colocó en abierta hostilidad con los suizos. Entoncez Luis XI se unió á ellos de una manera mas íntima, por medio de una alianza que fué la base de las que le siguieron, otorgándoles muchas ventajas. Esta correspondencia de los suizos con el rey fué muy útil al jóven Renato, duque de Lorena, á quien aquel llamó á su corte y sostuvo contra las tentativas del duque de Borgoña. Los habitantes de Colonia, secundados al fin por el emperador, se defendian mas que lo previsto por el borgoñon, y mien-

tras perdía el tiempo delante de Nuits, insurreccionada tambien contra el elector, el rey realizó su proyecto favorito de unir definitivamente el Rosellon á su corona. Cautidos por carácter, no le fué difícil hallar en el tratado equívoco que habia hecho con don Juan, rey de Aragon, un subterfugio á propósito para aumentar sus derechos, y debilitar los del antiguo poseedor. Tanτας fueron sus infracciones de aquel tratado, que el monarca aragonés perdió la paciencia, y envió dos embajadores á protestar contra ellas. Luis, para retrasar su llegada, procuró colmarlos de honores por donde quiera que pasaban. Cuando querian hablar de negocios, adanciase para impedirselo mil especiosos pretestos, y mientras se les halagaba estraordinariamente, se les hacia esperar un dia y otro los pasaportes. Los embajadores se quejaron en alta voz de estos indignos manejes; el rey se quejó á su vez de su falta de atencion, y al fin les dejó partir sin haberles escuchado; pero al llegar á Lyon, el gobernador los redujo á prision á pretesto de que no estaban seguras sus personas.

Entretanto los franceses avanzaban, y D. Juan que esperaba la respuesta de Luis á sus embajadores, apenas adoptó medida alguna. Peripañ fué atacada y los habitantes se defendieron con denueño; pero faltos de viveres y del auxilio de su príncipe, les fué forzoso rendirse, pudiendo retirarse á donde mejor les pareciese, bajo la condicion de no llevar consigo cosa alguna. Las tropas aragonezas se abantalaron el país á las francesas, muy superiores en número. Los habitantes que no se rindieron de buena voluntad, fueron arruinados gradualmente, según las intenciones y el plan de despojo formulados por el mismo Luis XI. Este envió á decir al arzobispo de Alby, que mandaba una parte del ejército. Apropiaos los beneficios que os convegan: si hay algunos improductivos, ofrecedlos á los dependientes del papa, y si murmuraran, dejadme obrar, que yo lo arreglaré todo. El rey decia á su general Bouffle: «Os doy los despojos de todos esos rebeldes, y para que de aquí á veinte años no vuelva ni uno solo de ellos, haceldes cortar la cabeza. Bouffle no usó de este bárbaro poder, y escribió al rey diciéndole que si su intencion era convertir la provincia en un desierto, hubiera debido abstenerse de darle el mando de ella.

Pidió perdon para los habitantes de Peripañ, y el rey le escuchó. Este hizo con el de Aragon una tregua de seis meses, retiró la mayor parte de sus tropas, y la provincia quedó tranquila aunque no tanto que no temiese todavía algunos movimientos. Mientras agregaba dos provincias á su reino, el duque de Borgoña se obstinaba en asediá á Nuits, cuyo sitio se vío precisado á levantar despues de haber perdido lo mejor de sus tropas. Con los restos de estas se unió con los ingleses que habian desembarcado en Calais. Eduardo se sorprendió al verle en tal estado, siendo así que esperaba un soberbio ejército, que unido al suyo le proporcionase la posesion de la capital y la del reino. Titubeaba en elegir el punto por donde debia entrar, sin interés le aconsejaba empezar por Normandia. El duque le indicó la Picardia donde los ingleses estarian mas inmediatamente á él y determinó al rey poniéndole por plaza de armas la ciudad de San Quintin, que su poseedor San Pablo ofrecia entregar á los dos aliados. Esta proposicion fué aceptada: los ingleses se presentaron, pero el condestable que habia cambiado de resolucíon, les obligó á catonzarse á que se retirasen. El rey que se hallaba próximo con diez mil hombres escogidos se apoderó de la ciudad codiciada. Eduardo se quejó amargamente del duque de Borgoña por haberle comprometido tan imprudentemente; y Carlos ofendido abandonó á los ingleses y fué á hacer la guerra al duque de Lorena, que le habia desafiado por sugestiones del rey. Dejó á sus aliados indecisos, pero no por ello en actitud menos temible.

El rey deseaba vivamente rechazarlos á su isla: lo mas facil le parecia lo mejor, pero vacilaba en proponer una tregua ó un arreglo cualquiera teniendo comprarlo á subido precio. Una coyuntura accidental le proporcionó su objeto. Pasándose los lances Owards y Stanley cerca del campamento, dijeron tal vez por chancea al primer prisionero francés que era soldado según la costumbre vigen: «Recordadnos á la indulgencia del rey, si podéis hablarle.» Esvaucedo con su mision, pidió se le permitiera hablar al rey; no se le permitió, mas habiendo insistido en ello se le tachó de espía. El rey mandó se le redujese á prision, y él mismo le interrogó, habiéndole sentado á la mesa á su vuelta. Sabia por el heraldo que habia ido á desafiarle de parte de Eduardo, que los dos lores que ejercian mucha influencia sobre este; no aprobaban la expedicion, y que podria dirigirse á ellos con proposiciones de paz. El recuerdo de lo que habian encargado al prisionero, le hizo reflexionar. El rey me llamó, dice Comines, su historiador, y me dijo al oido: «buscad al lacayo de Merichon, corregidor de la Rochela, haceldes comer en vuestra compañía y disponde para que se dirija al campo inglés en calidad de heraldo.» Este hombre se llamaba Merindot, y el rey el talento que habia descubierto en él.

Merindot se quedó sorprendido al verse en la mesa de un gran señor, y aun fué mayor su sorpresa al escuchar la proposicion que

se le hacía; por todo lo cual se consideró como una víctima, suponiendo que solo se apela á un hombre de su clase cuando no se quiere esponer á otro de mayor jerarquía, y así creyendo le enviaban á la muerte, se arrojóllido pidiendo misericordia. No pudiendo Comines persuadirle, le aconsejó al rey escogiese otro emisario; pero el monarca habló á Merindot y al fin logró decirle.

El lacayo partió bien instruido y fué admitido á la presencia del rey de Inglaterra, á quien dijo, que si Luis había auxiliado á Enrique VI, no lo había hecho por odio á Eduardo, sino para hostilizar al duque de Borgoña, su acérrimo enemigo, que solo había llamado á los ingleses en apoyo de su ambición. Con este motivo patentizó Merindot al monarca inglés el mal proceder de Carlos, que habiéndosele reunido sin tropas y comprometido después delante de San Quintin, concluyó abandonándole para enfrenarse á su loca empresa de Lorena. El invierno que se acerca, añadió el heraldo, obligará á vuestros ingleses á reembarcarse descontentos, y no sería imposible que se suscitase una guerra civil fomentada por el mismo duque, para legitimar en cierto modo la en que vive perpetuamente contra su soberano. ¿No están todos los reyes igualmente interesados en humillar á sus vasallos rebeldes? Por vuestra propia tranquilidad y por las muchas ventajas que la Francia y la Inglaterra reportarán de la paz, el rey está á dispuesto á negociar. El lacayo disfranzado de heraldo, llenó tan cumplidamente su cometido, que Eduardo nombró tres plenipotenciarios, á los cuales se reunió un número igual por parte de Luis.

Mientras estos trabajaban, el rey envió á París algunos emisarios, para que reniesen dinero, y vino convencido de la eficacia de este medio. Pidió al Parlamento el producto de las consignaciones para una necesidad muy apremiante, según decía. Todo le fué concedido sin dificultad, y por este medio y otros semejantes logró concluir una tregua de nueve años, dejando en libertad á los duques de Bretaña y de Borgoña de acceder ó renunciar á lo pactado. Luis, según su costumbre, concedió al enemigo todo lo que quiso. *Dar lo que no se tiene y prometer lo que no se quiere dar*, tal era su sistema favorito, erigido más tarde en máxima por Maquiavelo. Intitúlóse en el tratado *rey de los franceses*, y se obligó á pagar á Eduardo *rey de Inglaterra, de Francia y de Irlanda*, sesenta mil escudos por los gastos de la guerra, bajo la condición de que se embarcase inmediatamente para Inglaterra, sin ninguna hostilidad; y además cincuenta mil escudos cada año en dos pagos iguales. Los dos reyes prometieron auxiliarse recíprocamente, estipularon el matrimonio del Delfín y de una hija de Eduardo, y la libertad de la reina Margarita de Anjou, presa en Inglaterra después de la muerte cruel de su esposo Enrique VI. Esta generosidad honraria á Luis, si su conducta posterior no hiciera sospechar que fué interesada.

Quitámoslos hablar de los magníficos é innumerables presentes de que fueron colmados los ministros y cortesanos ingleses, liberalidades de que la cortesania del rey contribuía á realzar. Baste decir que todo el ejército inglés experimentó la generosidad de Luis, el que envió á su campo trescientos carros cargados de los mejores vinos de Francia, y dió orden para que se recibiese en Amiens, donde se hallaba, á todos los ingleses sin pedirles dinero en las posadas.

Al despedirse dijo Luis á Eduardo: «¿Cómo procederéis con los duques de Borgoña y Bretaña, si valdiese del derecho que se les ha reservado en el tratado, no aceptar la tregua? Eduardo se mostró asaz indiferente en cuanto al borjonés, y en cuanto al breton respondió que le tenía por su más fiel aliado, y que jamás se apartaría de él. Luis no quedó satisfecho con tal declaración, que en su concepto rebajaba á la mitad su triunfo. No creía lo mismo el condestable San Pablo, quien esperaba que franceses, ingleses, bretones y borgoñeses pelearían entre sí, y que ya por la suerte de las armas, ya por las dificultades de la discusión, conseguiría aumentar sus pequeños estados ó procurarse otras ventajas; pero el súbito arreglo de los dos reyes desconcertaba todas sus esperanzas, y conoció que bastaba otro igual entre el monarca y el duque de Borgoña para perderlo sin recurso, como sucedió en efecto por la astucia de Luis.

El señor de Contai, fiel servidor del duque de Borgoña y prisionero bajo su palabra, gozaba del permiso de pasar de una corte á otra. Acostumbrando el monarca divertirse con él, vió en uno de estos ratos llegar á Creville, que envió primero por el condestable á Carlos para negociar, iba después á ofrecer al rey en nombre del mismo condestable sus servicios para espulsar á los ingleses del reino, al paso que protegía eficazmente su causa. El rey hizo acudir á Contai y á Comines detras de una mampara, se sentó y habló á Creville de los negocios del momento. Este refirió el despecho del duque de Borgoña cuando supo que se había acordado la tregua, y aseguró que por poco que el condestable le hubiese auxiliado, Carlos hubiera desbaratado á los ingleses é impedido su regreso á Calais. Creville decía todo esto remendando al duque, y el rey se lo hizo repetir todo para que Contai no perdiera una sola palabra. Cuando esta farsa hubo concluido, Creville quiso hablar de negocios, pero el rey le despidió. Contai salió encolerizado,

montó á caballo y se fué á referir á su amo de qué manera era tratado por el condestable. Esta narración renovó al príncipe el recuerdo de las pérdidas de su pariente, y exasperó su resentimiento.

Cuando San Pablo supo que la tregua estaba concluida, se apresuró á escribir al rey felicitándole; pero sus verdaderos sentimientos descollaban en una carta escrita á Eduardo. Luis, noticioso de todo, respondió á los ofrecimientos que le reiteraba el condestable, que la tregua le había reconciliado enteramente con Eduardo, pero que necesitaba para otros asuntos graves que le abrumaban, de tan buena cabeza como la suya: equívoco senriego, cuya verdadera significación no tardó en ser conocida, y que era exagerada al rey por la inesperada convicción que acababa de adquirir. Esperando abreviar la larga manción de los ingleses en Francia, Luis había comunicado á Eduardo los ofrecimientos que le hacía contra ellos el condestable. Esta revelación produjo su efecto, porque Eduardo, sorprendido é indignado de la doblez del conde, entregó al rey todas las cartas que este le había remitido.

No obstante, el duque de Borgoña, cuando tuvo noticia de la tregua, partió aceleradamente á Luxemburgo y se dirigió al campo del rey de Inglaterra para preguntarle si era cierto que había hecho paces con el rey. Eduardo declaró que había concluido en efecto una tregua de nueve años y le invitó á acceder á ella, á lo cual Carlos respondió con orgullo que no había llamado á los ingleses para una tregua, sino para ayudarles á reparar sus antiguas pérdidas; que había creído á Eduardo capaz de empresas más altas, pero que toda vez que no lo era, podía partir cuando le pareciese, y que para probarle que no le necesitaba, no celebraría treguas con el rey de Francia, sino tres meses después que los ingleses hubiesen regresado á su isla.

Estos tres meses se redujeron á algunas semanas, en las cuales el duque se hizo rogar algún tanto, y nombró comisarios, los cuales se reunieron con los enviados del rey en Soleura, pequeña ciudad del Luxemburgo. No pudiendo ajustar una paz definitiva, concluyeron al menos también una tregua de nueve años. El artículo principal de esta tregua fué la proscripción del condestable. El duque juró no perdonarle jamás, y entregarle al rey si era el primero en apoderarse de su persona; por lo cual Luis cedió al duque de Borgoña todos los bienes del proscrio, y prometió no auxiliar directa ni indirectamente al joven duque de Lorena, Renato, á quien había enemistado con Carlos, y socorrer además á su nuevo aliado contra el emperador, la ciudad de Colonia y sus parciales.

Al mismo tiempo, Luis prorogó por un año la tregua concluida seis meses antes con el rey de Aragón. Cuatro días después celebró un convenio con el rey de Portugal bajo condición de que llevase sus armas al Aragón; arrancó un tratado valiéndose de la amenaza al duque de Bretaña, y en él convinieron los contrayentes en auxiliarse y defenderse mutuamente renunciando el duque por su parte á toda alianza con los ingleses. Por lo demás, Luis confirió á su vasallo el título de lugarteniente general del reino, que le imponía una responsabilidad severa hacia su soberano. Estos diferentes tratados eran como la base del cadsalo preparado al desgraciado condestable.

La invasión de la Lorena á que el rey no se opondría según el tratado de Soleura, era una verdadera usurpación del duque de Borgoña contra el joven Renato de Baudenont, á quien Luis había impedido á hostilizar á Carlos el Terrible bajo la promesa de auxiliarle. Así pues, este príncipe empezó su conquista apenas se firmó el tratado. Luis se limitó á responder con evasivas y falaces apariencias de protección á las reclamaciones de Renato. El conde de San Pablo empezaba á conocer el peligro que le rodeaba: Su esposa hermana de la reina acababa de morir; uno de sus hijos, general del duque de Borgoña, estaba prisionero en poder del rey. Sus amigos y servidores huían de él. En este abandono se dirigió al duque y le ofreció sus ciudades si accedía á protegerle. El príncipe le envió un salvo-conducto y tropas para que se posesionara de San Quintin; pero Luis avanzó bruscamente hacia esta ciudad al frente de veinte mil hombres, y San Pablo tuvo que huir, pidiendo asilo al señor de Aimeires, gobernador de Mons. San Quintin, Ham, Bohain y Beareuvre abrieron sus puertas; y el rey ofreció estas poblaciones al duque, exigiéndole que el condestable le fuese entregado con arreglo al tratado de Soleura. Carlos titubeó entre el deseo de engrandecerse, y la ignominia de entregar á un desgraciado; pero al fin después de varias alternativas el condestable fué trasladado á La Bastilla, y su proceso empezó ante el Parlamento.

Los procedimientos no fueron largos; la sentencia que los terminó le declaraba reo de lesa magestad, y como tal acreedor á ser decapitado en la plaza de Greve. En su consecuencia el condestable subió al cadsalo y la sentencia fué ejecutada. El rey tomó las tierras que San Pablo poseía en Francia; pero el duque de Borgoña fué su verdadero heredero, quien además consiguió no ser molestado en su expedición á Lorena, y merced al sacrificio de un príncipe amigo y pariente, criminal sí, pero dotado de cualidades apre-

ciables oscurecidas por la intriga, entró vencedor en Nantes y la declaró su capital. Este príncipe tomaba á Aníbal por su modelo y su héroe; pero sus proyectos le asemejan más á Pirro, rey de Epiro, que quería subyugar el universo, para gozar luego de todas las delicias del descanso.

En el condado de Ferreta y en el langraviato de Alsacia, cuyos habitantes deseaban volver á la dominación de Sigismundo, habían estallado algunos movimientos sediciosos; el rey esperó que las espediciones que el duque tendría que verificar á estas provincias, alarmarían á los señores alemanes ó por lo menos al emperador. Si Luis no contribuyó á los disturbios de la Alsacia, y á los temores de sus vecinos, debemos creer que los vio con placer, conjeturando que las hostilidades atraerán al borgoñon multitud de enemigos, para lo cual adoptó las medidas que conceptuó más eficaces y esperó tranquilamente los acontecimientos.

Segun su plan, Carlos el Terrible, que en esta guerra agregó á su título el de *Temerario*, debía empezar sus victorias derrotando al emperador, pero la casualidad lo decidió de otra manera. Una disputa entre los cobradores de un portazgo del conde de Romont, príncipe de escasa valía, aliado de Carlos, limítrofe de los suizos, y entre un mercader de pieles de esta nación, se convirtió en una contienda tan animada que se apeló á vias de hecho. El príncipe atropellado imploró el auxilio del duque, quien se dispuso á invadir la Suiza, cuyos cantones pidieron al rey de Francia les enviase un ejército auxiliar ó les entregase con arreglo al tratado de alianza veinte mil florines del Rhin, mientras durase la guerra. A esta petición, el monarca, tan delicado como hemos visto en punto á buena fe, sintió escrúpulos y consultó á los teólogos, quienes respondieron que no podía en conciencia excitar á la guerra á los contendientes ni auxiliársela; pero que tendida la conducta del duque de Borgoña después de su tratado, podía dejarles obrar y aun significarles que si querían hacer la guerra al duque no se opondría á ello. El escrupuloso Luis se sometió á esta decisión que le dispensaba de dar tropas y dinero.

Empero su bondad [la bondad de Luis XI] le determinó á dar pasos conciliadores, por lo cual rogó al duque perdonase á los suizos, y se contentase con una reparación, obligando al mismo tiempo á estos á disculparse. Enviaron pues diputados al duque, diciéndole que estaban prontos á indemnizar al príncipe agraviado. Pero todo esto fué inútil, pues Carlos el Temerario desechando sus protestas atacó una pequeña ciudad llamada Granson. Los habitantes después de haberse defendido vigorosamente se rindieron á discreción, irritado con su resistencia el feroz vencedor, condenó de los quinientos hombres que quedaban, cuatrocientos á ser ahorcados y los cien restantes á ser sumergidos en el lago de Neuchâtel. Los suizos corrían en numerosos batallones al auxilio de sus compatriotas; advirtiéndose á Carlos que iban á caer sobre él con toda la impetuosidad de la venganza, pero él respondió que no serían tan locos; y en lugar de esperarlos en la llanura donde le bastaba su caballería para derrotarlos, se fué á buscarlos al frente de esta á los barrancos y desfiladeros. El primer cuerpo en que combatió personalmente fué destruido, y replegándose sobre el segundo introdujo en él el desorden. El resto del ejército que no pensaba combatir, fué víctima de la sorpresa; la derrota se generalizó, y el mismo príncipe huyó aceleradamente.

La artillería, los tesoros y equipajes del duque cayeron en poder de los vencedores, quienes no había visto jamás objetos de tanto precio. Esta derrota costó al duque un buen aliado. No sin razón había el rey bloqueado, por decirlo así, toda la Provenza. El rey Renato, hermano de María de Anjou, madre de Luis, no amaba á su sobrino, porque estaban enemistados por intereses domésticos. El rey pidió á su tío la mitad de la sucesión de Luis II, rey de Nápoles, padre de Renato y de María, quienes como hermanos hubieran debido repartirla entre sí, pero que Renato la poseía solo. Luis pide además doscientos mil escudos heredados por Renato de su difunto nieto Nicolás de Lorena, otros cincuenta mil dados por el rescate de Margarita, reina de Inglaterra, y los réditos de estas sumas ó una pensión de sesenta mil libras. En granjía de estas pretensiones y para vengarse de Nicolás, que no había querido á su hija prefiendo la del duque de Borgoña, el rey se apoderó del Anjou y del Barrois. El gobernador de esta última provincia protestó, pero el monarca escribió al encargado del secuestro: «Si continua protestando, mettele en un saco y arrojale al río.» Estos desmanes irritaron mucho al buen rey Renato, quien recurrió al duque de Borgoña, al cual le ofreció defenderle bajo la condición de que adoptado y de que el adoptante le cediese todas sus posesiones disputadas. El negocio estaba arreglado, y el duero pronto para levantar tropas en Italia y trasladarlas á la Provenza, asaltadas por Borgoña, cuando ocurrió la derrota de Granson.

Este suceso determinó al rey á proceder contra Renato, lo que hacía muy á su pesar y solo se determinó á ello movido por el bien del Estado. Para acallar sus escrúpulos escribió al Parlamento de París, cuyo asentimiento deseaba. Discutida la materia deteni-

damente respondieron los magistrados que el tribunal opinaba poderse proceder en justicia contra el rey de Sicilia; pero que atendiendo al parentesco, á su avanzada edad y á las repugnancias del rey á las vias de rigor, el suplicado Renato fuera emplazado á comparecer en persona ante el rey, bajo pena de destierro y de confiscación de bienes si no obedecía. El rey creyó no debía someterse al espediente propuesto por los juriconsultos, pero como mala fe le hizo esperar del duque de Borgoña, prefirió un arreglo. No hizo haber prometido por su honor y los Santos Evangelios que no mantendría en lo sucesivo ninguna inteligencia con el duque, el rey le devolvió los ducados de Bar y de Anjou, aunque este debía ser incorporado á la corona á la muerte de Renato.

La conciencia timorata del rey no le permitía, segun el tratado de Soleura, atacar al duque de Borgoña mientras luchaba con los suizos; pero podía segun la decisión de sus doctores significarles, «que si querían hacer la guerra no se opondría á ello.» Luis no faltó á esta cláusula: los suizos solo habían tomado las armas para alejar al enemigo de su territorio, y habiendo conseguido esto con la victoria de Granson, era de temer se retrasasen á sus montañas y dejasen tranquilo á Carlos el Temerario. Luis recibió muy bien á los diputados que fueron á anunciarle su victoria; felicitóles por ella y dispuso les acompañasen á su regreso muchos emisarios disfrazados de frailes, que se esparcieron por los cantones, escitándolos á no malograr su primer triunfo entregándose á la inacción. Envío tambien agentes secretos á las cortes de los señores del alto Rhin para reanimar el celo germánico, é hizo igualmente partir de su corte al duque de Lorena, llamado Renato de Vaudemont, jóven emprendedor, valiente y muy interesado en mantener en pie la confederación, como un medio de reconquistar sus estados, invadidos casi en su totalidad por el duque de Borgoña.

El pesar que le causara la derrota, sumergió á este príncipe en una melancolía profunda y estúpida que le hacía inaccesible á todo consejo. A pesar de los de sus mas hábiles generales stió á Morat, y se obstinó ademas en presentar una batalla á los suizos, en la que fué derrotado tan completamente como en Granson. Los mismos erigieron con los huesos de los borgoñistas un monumento conocido por mucho tiempo con el nombre de *el Hosario de Morat*, destruido en 1798 por la revolución de Francia después de tres siglos de existencia. El duque de Lorena se hallaba en este combate. Atendido el carácter que la historia atribuye á Carlos el Temerario y su fanatismo por la gloria militar, no debe sorprenderse que el último descalabro le redujese á la desesperación: encerróse pues en su aposento donde solo á los mas indispensable criados era permitido entrar. Luis se aprovechó de este aislamiento, que procuró estender á las relaciones políticas del duque. Carlos, durante su prosperidad había asegurado la alianza de Yolanda de Francia, viuda senora de Saboya y hermana de Luis XI, á la cual había deslumbrado con su habitual promesa de dar su hija en matrimonio al hijo de ella. Yolanda, al ver las desgracias de Carlos, conoció la necesidad de acercarse á su hermano y tratar con él. Sabedor el duque de esta negociación, encargó á uno de sus oficiales que se apoderase de la viuda y su familia y las condujese á Borgoña. Esta orden fué ejecutada de noche á las puertas de Ginebra; pero el jóven duque huyó de sus raptos y fué llevado á Chambery. Informado el rey de esta violencia, provocó la convocación de los Estados de Saboya y del Piemonte, que se pusieron bajo su protección, y recibieron el ó gobernadores y tutor para el jóven duque. No obstante, Yolanda logró noticiarle el lugar je su prision, que era el castillo de Rouvres, inmediato á Dijon. Luis consiguió libertarla, y ella pagó el beneficio de su libertad por medio de un tratado que privó al duque de la alianza que se proporcionó por esta parte.

Faltáronle tambien los recursos con que contaba por la parte de Bretaña. El tratado de Senlis había entorpecido, si no la inclinación del duque hácia el de Borgoña, al menos la posibilidad de ayudarle en caso de necesidad. Las dos calamidades que acababa de experimentar el de Borgoña, infundieron recelos á sus propios soldados. La Italia, teatro continuo de guerra, contaba entre sus mas afamados aventureros á un tal Campobasso, y Carlos creyó hacer en él una adquisición muy útil; pero Luis que le tenía por un traidor que se había ofrecido á entregarle á Carlos, advirtió secretamente al duque cuál era el carácter equivoco de su general. Esta advertencia de su enemigo paróscio sospechosa al borgoñon, y se confió ciegamente á Campobasso.

Después de la batalla de Morat, Renato auxiliado en secreto por Luis, tomó á Luis, que Carlos el Temerario se proponía hacer capital de su futuro reino; esta pérdida puso el colmo á su desesperación, y redobló los arcesos de locura de que ya había dado señal. Dejó crecer su barba y sus uñas, no varió ya de traje y amenazaba sin cesar. Los señores de sus estados á quienes había pedido tropas y dinero no le obedecieron, porque le veían desgraciado. En medio de un invierno riguroso y con un ejército debilitado por dos derrotas, fué á sitiar á Nancy; pero sus habitantes se defendieron tenazmente, sufrieron todos los horrores del hambre, y Renato pudo

reunir un ejército mas numeroso que el del duque, compuesto en parte de suizos.

El 5 de enero, en medio de un torbellino de nieve impeliendo por un viento glacial, Carlos el Temerario marchó contra el enemigo. En vano le representaron sus capitanes cuán imprudente era atacar un ejército mas numeroso que el suyo, y compuesto de los mismos soldados que le habian batido dos veces. Mientras avanzaba Campobasso que le habia escoteado á combatir, se pasó con los suyos al enemigo; pero los suizos no quisieron admitir en sus filas á un traidor. Vióse pues obligado á colarse á alguna distancia, para procurar el rescate de los prisioneros que la derrota haria caer en sus manos.

Esta derrota no era difícil de prever. Los caballos caían sobre el hielo, y los ginetes abrumados con su armadura no podían levantarse; sólo hubo verdadero combate al rededor del duque. Renato entró en Nancy aclamado por los habitantes, habiéndosele erigido aceleradamente un arco de triunfo con los huesos de los caballos, jumentos, perros y gatos que habian servido de alimento durante el sitio; espectáculo á mas horrible y tierno que pueblo alguno ha sabido. El cadáver de Carlos el Temerario se halló enruelto en el hielo, tan desfigurado que solo se le reconoció por la cicatriz de una herida que habia recibido en el combate de Montlheri, y por la longitud de sus uñas que habia dejado crecer despues de sus desgracias. El principe Lorenz mandó se le hiciesen magnificas exequias en Nancy.

Al recibir la noticia de este suceso, el rey dió una opípara comida á los dependientes de su palacio, y anunció el hecho por medio de circulars á las principales ciudades del reino y á todos los personajes y principes extranjeros. Desde Plessis-les-Tours, donde se hallaba, se trasladó en peregrinacion para dar gracias á Nuestra Señora del Puyo, y regaló una balastrada de plata al sepulcro de San Martin de Tours. El mas notable entre los prisioneros hechos en Nancy, era el principe Antonio, conocido con el nombre de Gran Bastardo de Borgonya, hombre inteligente en los negocios y muy apto para dirigir los de su sobrina María, única hija del duque, y al cual el rey rescató por doce mil escudos de manos del que le habia cogido.

María tenia por herencia el ducado de Borgonya, dado en patrimonio por el rey Juan á su hijo Felipe el Atevido, tronco de la casa de Borgonya. El y sus sucesores Juan sin Miedo, Felipe el Bueno y Carlos el Temerario, habian reunido á su patrimonio el condado de Borgonya ó Franco-Condado, Flandes, Holanda, algunas provincias en Alemania, y aun en Francia el Artois, los condados de Macon y de Auxerre y las ciudades situadas sobre el Soma, precio de la sangre del desgraciado condestable, y de las cuales el rey se apoderó cuando supo la muerte del duque. Su primer paso en seguida fué pedir las dos Borgoyas, como feudos que á falta de hijos varones debian ser incorporados á la corona; pero bajo este título solo tenia derechos reales al ducado, porque el condado era un feudo femenino. Congregáronse los estados de Borgonya, porque la jóven princesa no podia negar su asentimiento á la intumescion del rey, que era conforme á las leyes. La conquista del Franco-Condado, donde Luis no tenia los mismos derechos, fué menos fácil; no obstante, las dificultades se allanaron por la influencia de Juan de Chalons, principe de Orange, el vasallo mas poderoso d'l pais; pero no habiéndole cumplido el rey la promesa que le habia hecho de conferirle el gobierno de las dos Borgoyas y reintegrarle en sus dominios, cambió de partido, y auxiliado por los señores del pais rechazó á los franceses, los batió cerca de Dole, penetró en el ducado, donde tomó á Beaune y Verdun y sometió de nuevo la provincia á la obediencia de María, de tal modo que fué preciso que el rey volviese á conquistarla.

La jóven princesa se hallaba muy incisa entre el consejo que su padre habia establecido y al cual debia su confianza, y entre la asamblea de los estados de Flandes, que queria gobernarla. En esta situacion envió al rey, que era su padrino, cuatro embajadores para rogarle que solo se dirigiese á estos en los negocios que tuviera que ventilar con ella, y no diese crédito mas que á lo que le llegase por su conducto. La carta que la princesa entregó á sus embajadores era casi toda autógrafa. Despues que cumplimentara al rey, dijo este: «Amo mucho á mi ahijada y la defenderé en todo evento; pero antes que todo, debo sostener los derechos de mi corona, y si son desconocidos cuento con fuerzas suficientes para hacerlos valer.»

Luis XI deslumbraba con brillantes perspectivas á los que intentaba convertir en instrumentos de las empresas cuya injusticia conocia, por lo cual necesitaba en estas ocasiones de hombres complacientes y poco escrupulosos. Dailon, señor de Luda, aprobaba todos sus proyectos, y así se ve que no le faltaban en la nobleza instrumentos envejecidos de sus planes; pero á falta de personajes de nombre y nacimiento hallaba fácilmente hombres dispuestos á todo en la clase infima. Entre estos se distinguia Oliverio Daim, su barbero, al cual hizo desempeñar un papel interesante en el nego-

cio de Borgonya. Este hombre era natural de una aldea de Flandes, y habia vivido algun tiempo en Gante, residencia de los Estados. La consideracion de que gozaba en la corte atraía á los flamencos, que pasaban á Francia á asuntos propios, y especialmente á los gantenses, entre los cuales habia hecho muchos amigos. El monarca juzgó oportuno enviarle como embajador á esta ciudad, donde residia la princesa, y le confirió el título de conde de Meulan. El pretesto de su embajada era hacer conocer á la princesa cuánto le interesaba confiarse enteramente al rey; pero el verdadero objeto era seducir á los gantenses que creía mas turbulentos, arrojando entre ellos la semilla de las revueltas, vituperando su gobierno, exagerando sus abusos é insinuando pudiesen la reforma al rey como señor soberano.

El barbero embajador se presentó con brillantez, y dió convites y festines. Al llegar á las Casas Conistoriales, donde la princesa le esperaba, Oliverio mostró sus credenciales; pero cuando le preguntaron el objeto de su mision, respondió que no podia contarla sino á la princesa en una audiencia privada. Hizosele ver entonces la inconveniencia de que un hombre de su clase fuese admitido á una conferencia secreta con una jóven princesa; pero como é insistiese, no faltó quien propuso se le arrojara por las ventanetas. El barbero tuvo miedo y apeló á la fuga. El rey se consoló del insulto hecho á su embajador con el triunfo que obtuvo sobre los de la princesa, quienes accedieron á un tratado en el cual cedian al rey la custodia del Artois, que habia ya casi conquistado, bajo la condicion de que defenderia en todo caso los estados de su ahijada.

Mientras los embajadores del consejo privado de María, entre los cuales figuraban Hugonet é Imbercourt, trataban con el rey, se celebraba en Gante la asamblea de los estados de Flandes, medida que se la habia aconsejado como á propósito para conciliarse el afecto de sus vasallos, quienes la pusieron bajo el poder de una regencia que se apoderó del gobierno. Este consejo envió tambien embajadores al rey en nombre de la princesa. Estos embajadores pidieron la confirmacion de la tregua de Soleura de parte de su soberana, que no queria, segun decian, obrar en lo sucesivo sino con el consejo de los tres estados.

¿De los tres estados? replicó friamente Luis. ¿Ignorais acaso que María se ha formado un consejo secreto de gentes que no os reconocen? Los embajadores sorprendidos ofrecieron mostrar sus credenciales, entendidas en nombre de María. «Y yo», replicó el monarca, «puedo enseñaros una carta cuya letra conoceréis, de que María sola ha concedido su confianza á cuatro personas, cuyos consejos sigue.» No solo les enseñó esta carta, sino que les permitió llevarla.

Los embajadores, juzgándose burlados, regresaron coléricos á Gante, donde remontraron el consejo de la ciudad, ante el cual hicieron comparecer á la princesa, acusándola de haber insultado á la nacion y expuesto á los embajadores de los Estados á una afrenta. Creyendo María que el rey no habria cometido la vileza de entregar su carta, nego resultamente lo que se la imputaba; pero el que la llevaba la sacó, y aproximándose á ella iracundo, la dijo: «Leed. María quedó estupefacta; el pueblo se enfureció al oír la pública lectura de la carta, y Hugonet é Imbercourt fueron condeados y arrastrados al suplicio. Noticiosa de esto la princesa corrió desahogada á la plaza, tendiendo á los jueces sus manos suplicantes, pero á pesar de esto Hugonet é Imbercourt fueron decapitados. Advertiase que estos hombres habian ocasionado la muerte del desgraciado condestable, y su desastroso fin acredita hasta qué punto coloca la justicia divina la espacion al lado del crimen. Estos hechos sirvieron á Luis XI para fomentar divisiones entre los flamencos, porque declaró á los gantenses reos de lesa majestad por haber insultado á su ahijada, soberana de ellos, lo que sublevó á los denias flamencos contra los mismos. En el curso de sus discordias se apoderó facilmente del resto del Artois.

Solo su capital opuso resistencia; hallábase á la sazón dividida en dos partes y existia entre los habitantes de una y otra un encono que no les dejaba obrar de acuerdo. La parte que pertenecia al obispo y al cabildo se entregó al rey para conservar sus privilegios; la otra, perteneciente al pueblo, siguió un momento su ejemplo, pero renunciando despues á toda idea de capitulacion se puso en estado de defensa. Advertiendo á poco que no podian resistirse mas, envió emisarios al rey para pedirle no le llevase á mal que fuesen á informar á la princesa de su penuria y á suplicarla les permitiera rendirse. «Obrais con cordura», les dijo friamente el rey; y tomando los emisarios esta respuesta por una autorizacion, se pusieron en camino.

El monarca envió acto continuo tras ellos á varios agentes que los condujeron á su presencia. Aquellos desgraciados se creian perdidos, pero encontraron una mesa bien servida que los esperaba; sentáronse á ella, y despues de haber comido y bebido tranquilamente, el preboste del ejército entró en la sala del convite, eligió dote y los hizo degollar. El rey concedió á la ciudad una nueva capitulacion, que fué mal guardada, porque mandó demoler las forti-



heaciones y condenó á los habitantes á una multa de sesenta mil escudos. Los mas culpables en la violacion de la primera capitulacion, es decir, los mas adictos á la heredera de sus antiguos señores, fueron ahorcados. Muchos hubieran podido obtener perdon si hubieran querido *gritar viva el rey*, pero prefirieron la muerte á faltar á su soberana. Luis los espulsó de su ciudad y los dispersó por el reino. Propúsose abolir hasta el nombre de la ciudad de Arras, mandando se llamase *Francia ó Francia*, pero este mismo nombre fué olvidado en breve.

Alarmado el duque de Bretaña con la preponderancia que adquiria el rey por la extension progresiva de sus invasiones, hubiérase debido á tratarse con una alianza franca y leal á un principio que podia de un momento á otro serle harto temible; pero su ambicion y rencor le aconsejaron despartir las antiguas pretensiones del rey de Inglaterra para oponer á Luis un enemigo capaz de poner un límite á sus victorias. En su consecuencia, el duque no cesaba de representar á Eduardo cuán grande seria su peligro si permitia que la Francia se acrecentase con todo el poder de la casa de Borgoña. El conductor de esta correspondencia era un sastre llamado Landais, favorito del duque y confidente de sus planes secretos. Cuanta mas actividad se notaba en esta negociacion, conducida por Landais, el duque envió al rey una embajada compuesta de muchos señores, cuyo jefe era su canciller Chauvin. Empero no bien llegaron á la frontera de Francia, el monarca los hizo conducir á diferentes prisiones, pues Luis habia llegado á conocer toda la inteligencia del duque de Bretaña, su sobrino, con el rey de Inglaterra, y enseñó al átono canciller veinte y dos cartas originales, doce del duque y diez del rey de Inglaterra. Chauvin turbado protestó que no tenia conocimiento de tal intriga y se abandonó á la clemencia del rey.

Sorprendido el duque de Bretaña de que aquellas cartas se hallasen en poder del rey, llamó á Landais y le interrogó. Este respondió que no permitiéndole sus atribuciones llevar por sí mismo la carta hasta la costa, las entregaba á un joven llamado Marcion Gournel, cuya fidelidad habia experimentado; que este las depositaba en el buque que debia trasladarlas á Inglaterra, y que en aquel momento se hallaba en camino con un paquete de ellas dirigidas al mismo destino. «Detenlele, dijo vivamente el duque, me respondes de él con vuestra cabeza.» Gournel fué detenido y confesó que se habia dejado sobornar en Cherburgo por un espía del rey, muy hábil en falsificar letras; que este falsificador le habia dado cien escudos por carta, y que despues de haber guardado los originales le habia entregado copias tan bien imitadas, que ni en Bretaña ni en Inglaterra se habia conocido la supercheria. Gournel fué cosido en un saco y arrojado al rio, mientras Landais justificó nada pérdido de su favor.

Despues de este desagradable incidente, el duque de Bretaña esperaba ser atacado de un momento á otro; por lo cual levantó tropas y adoptó otras medidas oportunas; pero el rey no pensaba abandonar la conquista del Artois, de que á la sazón se ocupaba, por algunas ciudades de Bretaña que tal vez le seria preciso devolver. Limitóse pues á confiscar todo lo que el duque poseia en el centro de la Francia, como el ducado de Étampe que dió al vizconde de Narbona, Juan de Foix conde del duque, y padre del famoso Gaston de Foix, duque de Nemours. Al dar término á sus hostilidades en Artois, abandonó bruscamente su ejército y emprendió un viaje de devocion á Nuestra Señora de la Victoria, cerca de Senlis. Esta especie de peregrinaciones ocultaban por lo general en Luis XI designios peligrosos. El duque de Bretaña temió y pidió un arreglo, en el cual no recobró las tierras que habia perdido en Francia, y por medio de adiciones al antiguo tratado de Senlis, se obligó bajo juramento á servirle en la guerra así por mar como por tierra con todo su poder.

Mientras Luis imponia tan duras condiciones al duque de Bretaña, permitía que la princesa de Borgoña fuese arrebatada. En vida de su padre estuvo próxima á casarse con Maximiliano, archiduque de Austria, hijo del emperador Federico. Despues de la muerte de Carlos el Temerario, el Aleman se presentó de nuevo. En los Estados de Flandes que se habian originado en tutor de muchos miembros se declararon en favor del Belfin. La señora de Halluin, viuda de Maria, dijo en plenos Estados: «Necesitamos un marido y no un niño.» El voto de la naturaleza y de la política triunfó. Este matrimonio suscitó al rey un adversario que desconcertó en gran parte sus proyectos sobre los estados de la princesa.

Hacia dos años que Santiago de Armanac, duque de Nemours, gemia encarcelado; era nieto del famoso Bernardo de Armañac, condestable de Francia, asesinado en el reinado de Carlos VII, y descendía de él por el segundo hijo del condestable llamado Bernardo conde de Pardiac, esposo de Leonor de Borbon, hija y heredera de Jacobo II, que fué un instante rey de Nápoles. Esta princesa le habia llevado el condado de la Marca y derechos al ducado de Nemours, que habia sido confiscado á la muerte de Carlos el Noble rey de Navarra, su bisabuelo, tildado de inteligencia con los ingleses; pe-

ro Carlos VII se lo habia devuelto en 1461 á Santiago de Armañac y de aqui procedia su titulo. Por lo que á él respecta, habiase casado con Luisa ó Maria de Anjou hija de Carlos, conde del Maine, tío del rey; de manera que la princesa era prima hermana de Luis XI.

Audaz y turbulento se habia hallado Santiago en todas las facciones despues de la guerra del *Bien público*, y no corregido por el desastre del jefe de su familia habia tomado parte en las intrigas de los duques de Borgoña y de Bretaña, para llamar á los ingleses á Francia. El condestable de San Pablo que le habia seducido, fué quien reveló su crimen. Santiago burlado en todas sus medidas se retiró á Carlos, castillo de la Auvernia, que Luis XI hizo acometer por su ejército, á cuyo frente se hallaba su yerno Pedro de Borbon, señor de Beauguy, Nemours se acobardó y se rindió á condicion de que se le conservara la vida. Pedro de Borbon se lo prometió, pero el rey mandó encerrarle en la Bastilla, donde fué tratado con escesa dureza, siendo intruido su proceso por una comision nombrada al efecto. El acusado pidió ser juzgado por el tribunal de los Pares, lo que le fué denegado. No obstante, cediendo el rey á vivas instancias, sometió el asunto á la decision del Parlamento, y nombró para representarle al rey de Beauguy su yerno. Para prolongar los procedimientos y alejar su condenacion, Nemours empleó un subterfugio que inquietó no poco al rey, pues complicó en sus declaraciones á muchos señores; y aunque se retractó despues, aquellas imputaciones produjeron en el suspicaz Luis sospechas, cuyos efectos sintieron las personas aludidas. Por último Armañac escribió una carta muy sumisa al rey, de cuya prima hermana era esposo. Esta desgraciada habia muerto de sobreparto á consecuencia del terror que le causó la prision de su marido, á quien dejaba tres hijos de tierna edad y tres hijas, de las cuales la mayor solo tenia doce años. El desgraciado padre insistia especialmente en su súplica sobre la suerte de sus hijos. La sentencia que le condenó á muerte confiscaba todos sus bienes, que fueron repartidos en vida suya entre sus jueces, al frente de los cuales se hallaba el señor de Beauguy su primo; de modo que pudo salvar antes de morir el despojo completo de sus hijos. Esto debió agravar no poco su suplicio, en el cual medió otra circunstancia que excitó la mas profunda indignacion: en lugar del cadalso de piedra que era permanente en los mercados de Paris, el rey mandó se construyese otro cubierto de maderos mal unidos, y que fuesen colocados debajo de él aquellos jóvenes y desgraciados huérfanos, para que la sangre de su padre cayese sobre sus cabezas. Muchos señores sufrieron castigo por las sospechas inspiradas por Nemours, ó por la compasion que habian manifestado hacia él.

Poco despues de su matrimonio, Maximiliano habia enviado embajadores al rey, para quejarse de las hostilidades ocurridas en los dominios de su esposa y exigir el cumplimiento del tratado de Souleura. Luis nombró algunos comisarios, que con los de los esposos convinieron en una tregua indeterminada, que duraria cuatro dias despues que una de las dos potencias avisase á la otra, que renunciaba á ella. Los contrayentes trabajaron entonces en atraer á su partido al rey de Inglaterra, pues se previa próxima la guerra. Luis le hizo ofrecimientos magníficos y tan ventajosos, que Eduardo desconfió de su sinceridad. No se equivocaba en verdad, porque no tenian otro objeto que anticiparse á las del austriaco y mantener indecisos á los ingleses, según por otra parte de conseguir su neutralidad á fuerza de oro, cuando lo reclamasen las circunstancias.

Entretanto estrechó mas su alianza con los suizos, lo que le valió el titulo de *primer aliado de los cantones*. Hizo otra mas sólida que las anteriores con Renato duque de Lorena, y se atrajo con donativos á muchos señores adictos á la casa de Borgoña. Prodigaba para recoger con mas abundancia. Manifestáronse sus proyectos en las cartas que escribió á las principales ciudades del reino. Necesitaba, decia, de nuevos subsidios y de esfuerzos de consideracion para recuperar las provincias pertenecientes en otro tiempo á la Francia, retenidas injustamente por Maria y su esposo Maximiliano de Austria. Como no todos creian que existiese esta injusticia, se propuso evidenciarla con un extraño procedimiento de que habia ejemplo en la conducta de Carlos V con Carlos el Malo, rey de Navarra.

Los señores que este principe poseia en Normandía, habian sido confiscados en vida suya en castigo de sus intrigas; pero como el proceso no habia terminado durante ella, Carlos V le hizo citar despues de su muerte al Parlamento, habiéndosele nombrado el correspondiente abogado. Examinóse toda su vida, y la confiscacion se pronunció jurídicamente. A imitacion de esto, Luis XI hizo que el tribunal de Paris instruyese proceso á Carlos el Temerario por delito de traicion; ofreció salvo conducto á su yerno ó hija, para que defendiesen personalmente á su padre ó enviases procuradores; y á falta de ellos se nombraron abogados al difunto. Los del rey espusieron en sus alegaciones toda la vida del acusado y hasta la de sus padres; mencionaron el asesinato del duque de Orleans

que había inundado la Francia de sangre; las alianzas perpétuas de esta casa con los ingleses; la invasión de estos en el reino; la guerra del *Bien público*, y acumularon otras muchas acusaciones con el mayor aparato. Maximiliano, temiendo las consecuencias de este juicio, hizo intervenir á su padre el emperador Federico, quien escribió al rey quejándose de sus incursiones en los Estados de su hijo y nuera, y aun en las ciudades imperiales, especialmente en



Envenenamiento del duque de Guéna y de la dama de Monsoreau.

Cambrai, donde había sustituido al *Aguila* las *flores de lis*. Efecto, se había apoderado el año anterior de esta ciudad por sorpresa, y mantenía en ella una guarnición francesa. En general, Luis se apoderaba voluntariamente de lo que le convenía, y lo restituía si las circunstancias lo reclamaban. Esto sucedió respecto de Cambrai, pues las quejas del emperador causaron al monarca tanto mas efecto, cuanto que la Dieta del imperio estaba próxima á abrir sus sesiones, y remitidas á este tribunal las quejas de su gefe, era de temer que ocasionasen á Luis el encono de toda la Alemania; por lo que levantó su guarnición de Cambrai. Esta guarnición se había conducido con una disciplina que le había conciliado el aprecio de los habitantes, y el rey al retirarla se valió de todos los medios para que se echase de menos su gobierno. Cesó pues de activar el proceso contra Carlos el Temerario, y este asunto terminó por sí mismo. Por último, acabó de asegurar su tranquilidad por medio de diferentes tratados.

Eduardo se mostraba fácil á las instancias de Maximiliano; pero Luis le redujo á la neutralidad, pagándole primeramente con exactitud su pensión, y aumentándosele despues, prometiéndole la mano del Delfín para su hijo. En esta época tuvo lugar una prorrogación indefinida de la tregua concluida entre ellos tres años antes. El Rosellon y la Cerdeña fueron entregadas en dote á Ana de Saboya, sobrina del rey, enlazándola con Federico, segundo hijo de Fernando, bastardo de Aragón y rey de Nápoles. Luis retuvo únicamente el homenaje que le conservaba derechos eventuales sobre

estas provincias, y halló ademas en este arreglo la ventaja de sembrar la discordia entre la rama legítima y la bastarda de Aragón. Envió sin embargo un tratado definitivo respecto de estas dos provincias, y no pudiendo lograr que entrara en él D. Juan, se dirigió á su hijo, que por su alianza con Isabel se hallaba en guerra con la casa de Portugal, que aspiraba también á la herencia de Castilla. El monarca solicitado por ambas partes se había declarado por la casa de Portugal, y la apoyaba aunque débilmente. Ofreció ahora su neutralidad á Fernando y ademas una prorrogación de la tregua, bajo la condición de que había de conservar aquellas dos provincias hasta que se le reembolsasen sus anticipos, y que en el caso de que en lo sucesivo le fuesen cedidas, sería su definitivo poseedor mediante una suma igual á la primera.

Luis accedió al fin á una paz definitiva entre él y la princesa de Borgona. La solicitud de este monarca no se limitaba solo á sus vecinos, sino que tomó bajo su protección á los florentinos, escomulgados por Sixto IV. (Francisco de Rovera), quien había armado contra ellos á Fernando rey de Nápoles, porque en medio de un tumulto habían ahorcado con sus vestiduras pontificales al arzobispo de Pisa, cómplice en el asesinato cometido por los Pazzi en la persona de Julian de Médicis, al celebrarse los oficios divinos. La firmeza de los enviados de Luis XI y sus oportunas amenazas triunfaron al fin de la obstinación del Papa.

Estas negociaciones no eran señales de paz sino preliminares de la guerra que no tardó en estallar. Deseoso de conducirla con feliz



El conde y la condesa de Armáfacs asesinados por orden del rey.

resultado, Luis que no había cesado de vigilar la disciplina de sus tropas redobló su celo y su atención á ellas en estas circunstancias. Introdujo grandes reformas en el ejército para asegurar su lealtad, y suprimió una gran parte de la caballería, para reemplazarla con infantería, arma cuya utilidad le daban á conocer las fauigas suizas. Maximiliano por su parte hacia preparativos considera-

bles, y sin haber sido anunciado el término de la tregua sorprendió á Cambrai, confiada por el rey á la custodia de sus habitantes al retirarse la guarnición. Luis XI colocó un ejército en la frontera para oponerse á los progresos del enemigo, y envió otro contra el Franco-Condado, del cual se apoderó en menos de un mes. Pero los mariscales de Querdes y de Gie encargados de defender la Picardía, experimentaron un descalabro; el archiduque sitiaba á Thermana, y los dos mariscales acudieron al socorro de esta plaza. Maximiliano levantó el sitio y salió al encuentro de los franceses. Los dos ejércitos se avistaron en Guinegate; los ginetes franceses desordenaron la caballería alemana y la persiguieron á larga distancia.

Creviendo los arqueros al ver huir á aquellos escudrones que la batalla había sido ganada, se entregaron al saqueo de los bagajes. El general de la infantería enemiga, al ver este desorden,

cion; no conocían subordinación alguna, y transeurria mucho tiempo antes que contrajesen la costumbre de vivir y batallar en campo. El monarca estableció para obviar este grave inconveniente, *campos de paz*, donde se les acostumbraba á evolucionar en grande; esta idea le fué sugerida por el mariscal de Querdes, Felipe de Crevecoeur, entendido general, que había experimentado en Guinegate la desventaja de conducir soldados valientes, pero que no acostumbrados á la obediencia se dejaban arrastrar por su ciego arrojo, inutilizando las disposiciones mas acertadas. Querdes á pesar de su descalabro en Guinegate, conservó la estimación y el favor del rey, á quien había servido con tilos en la conquista del Artois.

Como el tegido de las negociaciones de Luis con Eduardo se rompía á cada paso, el monarca francés procuraba siempre prevenir los peligros del rompimiento. Al efecto envió al monarca inglés en una guerra con los escoceses. Otro de sus temores era el interés permanente que tenía el duque de Bretaña en continuar unido con la casa de Borgoña. En su consecuencia, Luis compró á Nicola ó Magdalena de Penthièvre, biznieta de Juana la Coja, y esposa de Juan Tercelín, señor de Brosse, sus derechos á la Bretaña. Prometíase de esta medida que si el duque no era retenido por inclinación en su alianza con la Francia, no se atrevería al menos á declararse abiertamente en pro de sus enemigos, por temor de que el rey hiciese valer los derechos que acababa de adquirir. Pero esta precaución solo sirvió para que los soberanos amenazados estrechasen su alianza.



Los hijos del duque de Nemours.

Ocurrió entonces un ejemplo de represalias. Raimon detuvo al frente de ciento setenta gascones por espacio de tres días á todo el ejército de Maximiliano delante de un miserable castillo, rindiéndose después de esta heroica resistencia con condición de que se le salvase la vida. A pesar de esta capitulación el príncipe austriaco mandó ahorcarlo. Sabedor el rey de tal iniquidad, llamó á los hijos de aquel valiente infortunado, los tomó bajo su protección y envió á su preboste Tristan, para que eligiese entre los prisioneros austriacos cincuenta de los mas ilustres. De ellos siete fueron ahorcados en el mismo lugar en que lo había sido Raimon; diez lo fueron delante de Douai; diez delante de San Omer; diez delante de Lila y diez delante de Arras. Entre los tres que alcanzaron gracia se hallaba un hijo de Casimiro, rey de Polonia, joven que por su ardor guerrero se había alistado en las banderas de Maximiliano.

La derrota de Guinegate que había obligado al rey á precaverse de los peligros que resultaban del inmoderado deseo de hacer prisioneros, le indujo á adoptar otra medida prudente contra esta clase de derrotas. Los soldados que componían el ejército acudían de todos los puntos de Francia cuando se les llamaba para una expedición.

da, y únicamente accedió á abandonarlo al rey en prenda por espacio de seis años. En vano intentó Luis solbrnar á los consejeros de Renato: en la imposibilidad de lograrlo encargó á sus negociadores, que estampasen en el acta alguna palabra oportuna de que pudiese servirse en lo sucesivo. Por lo que toea á la Provenza apoyó las pretensiones del conde del Maine, su primo hermano, que no tenía hijos y á quien esperaba heredar. Renato se había inclinado por algún tiempo á su nieto; pero la negativa del joven duque á variar su nombre de Lorena por el de Anjou, le acarrió la pérdida de la buena voluntad de su abuelo. Luis XI había perdido distraerle reclamando al conde la misma Lorena; pidió pues una mitad de esta provincia, como parte de los derechos de Margarita, y la otra mitad como reintegro de los anticipos que había he-

cho al joven Renato y de los socorros que le había dado contra Carlos el Temerario. Las disposiciones del anciano Renato que solo dejó una corta pensión a Margarita, le fortificaron en sus reclamaciones y le hicieron encontrar aquella oportuna palabra que buscaba. Sustituido en los derechos de Margarita protestó contra la escasez de la porción que le había sido legada, y para reparar la injusticia de esta partición se posesionó provisionalmente del Barrois.

Un acontecimiento muy interesante á toda la cristiandad, trajó entonces un legado á Francia. Mahomet II hizo una irrupción en Italia, por lo cual el papa Sixto IV justamente alarmado escribió á todos los principes de Europa, exhortándoles á poner término á sus discordias y á reunirse en defensa de la Iglesia. El Papa nombró para legado en Francia y Flandes al cardenal Julian de La Rovere, sobrino suyo, que mas tarde fué Papa con el nombre de Julio II. Cuando Luis supo esta elección procuró á todo trance conocer el carácter y capacidad del prelado y de los suyos, y averiguó que Julian era muy accesible á los honores y muy preciado de inteligente en los negocios. Luis dió órdenes para que en todas las ciudades de su tránsito se recibiese al legado con estrana pompa y magnificencia, y en las audiencias particulares aparentaba tratarle con la mayor confianza y como á un amigo cuyos altos dotes estimaba en mucho. «¿Cuánta es mi pesadumbre, decía el monarca, al considerar la aflicción del Santo Padre! con el mayor placer volaría á su auxilio si no me viese retener por la guerra que Maximiliano se obstina en continuar.»

La intinidad del rey y del legado disgustó á la corte de Flandes, de manera que cuando este pidió permiso para pasar á ella á negociar la paz entre ambas potencias, experimentó demoras que al fin conceptó como una declarada negativa. El monarca deseaba que el legado se vengase de esta afrenta con un acto de vigor, y procuró inducirle á él por todos los medios imaginables. Mientras el legado permanecía en Francia, Luis continuó colmándole de favores, tal vez para formar contraste con la conducta de Maximiliano y adquirir gran preponderancia en Roma. A petición de La Rovere le entregó el cardenal La Bole, bajo condición de que su proceso continuara en Roma y sería castigado, lo que no llegó á verificarse. Guillermo, obispo de Verdun, su cómplice, recobró tambien la libertad, como asimismo Godofredo obispo de Contances, que estaba preso por su adhesión al duque de Borgona. Por último, Luis concedió á Maximiliano una tregua de cuatro meses, y ofreció que la prorrogaría por el tiempo que los infieles permaneciesen en Italia, y un año mas, «para poder servir á Dios y á la Virgen contra el turco.»

Para prueba de sus sinceras disposiciones por la paz, las partes beligerantes nombraron comisarios: el rey designó tres, y Maximiliano un número mayor. Estos comisarios debían reunirse en una de estas tres ciudades de Francia: Arras, Aire ó Theruana; pero cuando se trató de elegir una, no fué posible entenderse, por lo que cada cual se mantuvo en su respectivo territorio, los franceses en Arras y los austríacos en Lille, siendo tal la desconfianza reciproca que no pasaban de una ciudad á otra para conferenciar sin entregar rehenes. De esta asamblea suspicaz en que solo reinaba la falsía, no podía obtenerse el menor resultado: no obstante la tregua iba á espirar, pero Maximiliano no estaba en disposición de emprender de nuevo la guerra; por lo tanto, despues de mil negociaciones inútiles en Alemania, Inglaterra y Bretaña para conciliar enemigos al rey, se vió precisado á solicitar la próruga de la tregua por un año. La salud de Luis decayó por momentos, y el rey de Inglaterra le hizo ver cuanto le interesaba permanecer tranquilo hasta su muerte, que podía sin violencia cambiar el estado de las cosas.

No eran infundadas las conjeturas de Eduardo. En una peregrinación que había hecho á las inmediaciones de Clinton hallándose á la mesa con sus cortesanos, Luis se vió acometido de un ataque apoplético; hizo algun esfuerzo para acercarse á una ventana, pero algunos ignorantes le aproximaron á un fuego muy vivo y perdió completamente el conocimiento; en esto llegó uno mas cuerdo que mandó abrir las puertas y ventanas, en esto recobró el uso de sus sentidos. Los síntomas mas alarmantes de este primer ataque duraron dos días, en los cuales no cesó de ocuparse de los negocios. Averiguó quienes le habían suministrado los primeros auxilios imprudentes, y les retiró su favor creyendo descubrir en ellos la causa de la intencion.

Desde este momento se encerró en el castillo de Plessis-les-Tours, donde observaba una vida solitaria y retirada, esforzándose en ocultar su estado para que no se abusase de él. Desde allí cambiaba sus servidores, los desterraba y volvía á llamarlos, espedia órdenes singulares, y se rodeó de todas las precauciones á que puede apelar la mas negra desconfianza. No entraban en este castillo sino algunos dependientes exacerados por el pueblo, entre los cuales se contaba el detestable cómplice del rey, el preboste Tristan. Para disipar los rumores de su próxima muerte hizo un esfuerzo yendo á Panteón de Aro en Normandía á visitar un campo de paz y revistar las tropas. Pero mientras su cuerpo se debilitaba,

el espíritu nada perdía de su vigor; dictó en estos momentos de postración muchos reglamentos útiles relativos á la disciplina militar, y á la administración de justicia, al órden en la Hacienda, y al equilibrio entre la nobleza y el pueblo.

Si hemos visto á Luis duro é implacable en sus rencores inmortales gozaba de salud, no deberemos sorprendernos al verle conservar este carácter durante las siniestras inquietudes de una enfermedad crónica. Víctima de estas sospechas fué Renato de Alençon, conde del Perche, hijo del duque, que había muerto encaerado despues de una sentencia capital, el cual vivia alojado de la corte aunque inocente del crimen de su padre. Despues de una difusa tramitación, el rey le concedió el perdón; pero al dejar al conde sus rentas se apoderó de las fortalezas del Perche y puso guarnición en ellas, que tal vez era todo lo que deseaba. Con menos trabajo y sin violencias acababa de incorporar á la corona el condado de Provenza que á la muerte de Renato había sido heredado por el conde del Maine; este en su testamento lo legó al rey, al Delfín Carlos y á sus sucesores, como asimismo todos los derechos que la casa de Anjou, de la que era el último vástago masculino, poseía al reino de Nápoles.

Luis II á pesar de su enfermedad, que se consideraba como una epilepsia, se ocupaba de reformas útiles al Estado; dedicóse á regularizar los trages y costumbres, y mandó que los jueces de todas categorías recopilasen las fórmulas y documentos que pudiesen hallarse para redactar á ser posible un código general. Tambien dictó medidas útiles en obsequio del comercio. Parece no fue muy aficionado á las ciencias, que en su época apenas merecían aprecio alguno; pero la escultura no le fué indiferente, pues mandó que este arte embelleciese su sepulcro, cuyo diseño trazó él mismo. Procuró establecer la igualdad de pesos y medidas en todo el reino, y permitió á los particulares que se sirviesen para sus correspondencias de los correos que enviaba dentro y fuera del reino para los negocios del Estado; la Francia le es deudora del beneficio de los correos.

Sobrevino por entonces un acontecimiento que coronó felizmente sus proyectos sobre los Estados de Borgona, objeto preferente de su política durante todo su reinado. La princesa María, soberana de estos Estados, murió de resultas de una caída de caballo, dejando dos hijos en la cuna, el uno varón que llegó á ser padre de Carlos V, y el otro hembra, llamada Margarita. Las relaciones que el rey había mantenido constantemente por medio de sus emisarios con los flamencos, y especialmente con los fanteses, le sirvieron de mucho en aquellas circunstancias. Luis II al fin de su reinado veía á todos sus vecinos reducidos á la impotencia. Hallábase tranquilo por el lado de Italia, cuyos reyezuelos, siempre en mútua guerra, cultivaban su amistad para aprovecharse de ella al tenor de las circunstancias. Sus deferencias con Sixto IV le aseguraban el afecto de este: los genoveses le ofrecieron su soberanía; contaba con el auxilio de los reyes de Bohemia y Hungría y con los recursos del rey de Escocia contra la Inglaterra: pero su rey Eduardo había muerto sin poder realizar sus proyectos de guerra, dejando solo dos hijos menores y un hermano llamado Ricardo, cuya ambición presagaba á la Inglaterra cononciones provechosas á la tranquilidad de Francia. El Delfín Carlos, heredero de las grandezas de Luis, había sido educado solitariamente en el castillo de Amboise bajo la dirección de su hermano Ana de Francia, esposa de Pedro de Borbon, señor de Beaugenou. Sospechosa de que Luis se propuso en esto evitar que perniciosos consejos impulsasen al príncipe á darle los disgustos que á Carlos VII había dado su hijo.

Sintiéndose desalcear, se trasladó á Amboise con una corte muy numerosa, y dirigió al joven príncipe una exhortación tierna y patética, en la cual le propuso por modelo de su conducta la de sus antepasados, su valor, su amor á los pueblos y su celo por la religion. Hizo en seguida una noble confesion de sus faltas, sobre todo de aquellas que habían causado sus primeras amarguras. En esta entrevista y en presencia del futuro monarca, exigió de Luis, duque de Orleans, su yerno y primer príncipe de la sangre, la promesa de someterse fielmente á los reglamentos que se proponía espidir para la regencia. Luis II sostuvo con firmeza esta tierna escena, y la terminó dando la bendición al Delfín, despues de lo cual se encerró de nuevo en su castillo de Plessis-les-Tours, donde volvió á hallar los terrores de la muerte, y todas sus debilidades.

En tal estado no había género de práctica religiosa ni actos supersticiosos á que no se entregase para prolongar algun tiempo su ya moribunda existencia. Hasta el fin de sus días se mostró inquieto y sombrío; esmerábase en ataviar su traje mas que de costumbre, y exageraba su aplicación á los negocios para ocultar los estragos de su enfermedad. La profunda reclusion en que vivia hizo creer al vulgo que el castillo de Plessis-les-Tours era teatro de escenas pavorosas, de tormentos y ejecuciones secretas, negándose á suponer mil acontecimientos inverosímiles y repugnantes. No pudiendo ya hacer peregrinaciones por si mismo, las mandaba realizar á los demas, poniendo en movimiento á los eremitas, á los

frailes, á los devotos y devotas y hasta las monjas, y cubriéndose de pies á cabeza de reliquias que hacia traer no solo de Francia sino de Alemania é Italia. No recobró su sosiego hasta que acudió del fondo de la Calabria un ermitaño llamado Francisco de Papa; como este se negase á abandonar su retiro, Luis recurrió al Papa, quien mandó al ermitaño verificara este viaje. Apenas entró el religioso en el aposento del rey, este se arrojó á sus plantas y le dijo: «Santo varón; si quereis, podeis curarme.» El anaorota rehalzó con humildad tales demostraciones de una veneración supersticiosa y le ofreció el auxilio de sus oraciones. El virtuoso Francisco permaneció al lado del moribundo hasta sus últimos momentos, consolandole con discursos llenos de unción y sabiduría.

Cuando vió aproximarse su última hora llamó al señor de Beaugéan y á Ana de Francia, á quienes había confiado la tutela de su hijo y la regencia del reino; les dió sus últimas instrucciones y envió al canceller y á los principales dependientes de su palacio á buscar al Delfín que se hallaba en Amboise, encargándoles le sirviesen fielmente. Confesóse, dió algunas disposiciones piadosas, recibió los Santos Sacramentos con gran devoción y murió pronunciando con frecuencia y en alta voz estas palabras: «Virgen de Embrun, señora mía, ayúdame!»

Luis XI murió á la edad de sesenta años, habiendo reinado veinte y dos. Su esposa Carlota de Saboya, que solo le sobrevivió algunos meses, le dejó seis hijos, tres de los cuales murieron en tierna edad, habiéndole quedado únicamente Carlos VIII y dos princesas; la mayor, llamada Ana, se casó con Pedro de Borbon, señor de Beaugéan, y la segunda, llamada Juana, con Luis de Orleans, que fué, andando el tiempo, Luis XII. El monarca fué enterrado en la iglesia de Nuestra Señora de Clery. Este hombre, que se estremecía al oír nombrar la muerte, tuvo no obstante la firmeza de trazar por sí mismo la forma de su mausoleo, habiendo mandado que se le colocase de rodillas, vestido de cazador y con su perro al lado. Luis XI vestía con gran desaliño aun en los momentos mas solemnes; llevaba fija en su sombrero una medallita de plomo que representaba á la Virgen: besábala á menudo y juraba sobre ella.

Si Felipe de Comines fué un excelente ministro de Luis XI, preciso es confesar que fué tambien un historiador y confidente muy perjudicial á su reputación. Por Comines sabemos el secreto de las intenciones de Luis XI en sus transacciones y proyectos, y toda su conducta política y privada, y este secreto le muestra casi enteramente desprovisto de buena fe, de franqueza, de sinceridad y de todas las demas cualidades que caracterizan al hombre de bien. Luis XI dictaba por sí mismo sus instrucciones á los embajadores, extendía sus despachos, redactaba sus edictos, daba frecuentes audiencias, descendía á los mas minuciosos pormenores del gobierno y castigaba severamente las revueltas, por lo cual solo habia dos notables; una en Reims y otra en Bourges.

Reunió á la corona la Provenza, la Guinea, el Anjou, el Perche, el Artois, los ducados de Alençon y Borgoña, las ciudades enagenadas de la Normandía, Picardía y Champaña, adquirió el Rosellón y el Barrois, extendió y aseguró sus derechos de soberanía sobre la Gascuña, cuyos señores sometió, y cafrenó con alianzas forzadas la Bretaña y Flandes: hizose temer del emperador y otros monarcas y solicitar por los soberanos de Italia. Finalmente, halló en los suizos una barrera contra la Alemania, cultivó especialmente la amistad de los reyes de Escocia y destruyó para siempre las pretensiones de la Inglaterra sobre Francia. Luis XI obligó á los grandes vasallos á reconocer la superioridad del monarca, no con meras deferencias y homenajes de ceremonia, como sucedía anteriormente, sino con una verdadera subordinación y una obediencia puntual á las órdenes de su soberano. Con este objeto favoreció las municipalidades y las dió un poder suficiente para reprimir los desmanes de los señores. Estos cambios, que contribuyeron eficazmente á establecer el poder absoluto de los reyes, le hicieron denominar el *Restaurador de la monarquía*.

#### CARLOS VIII.

De edad de 15 años.

Carlos VIII tenia escasamente 15 años cuando subió al trono. Luis XI, creyendo como todos los moribundos, que sus disposiciones gubernativas para durante la minoría de su hijo serian respetadas, habia confiado las riendas del Estado á su hija Ana de Francia, hermana del monarca, la que le sucedía en 15 años de edad, y estaba casada, como hemos dicho, con Pedro de Borbon, señor de Beaugéan. Todos los historiadores reconocen en esta princesa un talento profundo, sagacidad, valor, las gracias pecuniaras de su sexo y las cualidades propias de los grandes hombres; púsose en posesión de la autoridad secundada por su marido, hombre de talento, pero que fué eclipsado por su esposa.

A pesar de la explícita voluntad de Luis XI y de la obediencia

jurada en sus manos, muchos competidores aspiraron á la tutela del príncipe y á la regencia del reino: la reina viuda Carlota de Saboya fué la primera que se presentó con estas pretensiones; pero el obstáculo que suscitó á su hija no fué temible ni largo, porque tenia escasos partidarios y murió poco despues. El duque de Borbon, hermano mayor del señor de Beaugéan, se mostró disgustado al ver á este depositario de toda la autoridad; pero se le aplacó enviándole la espada de condestable que deseaba mucho, y el diploma de lugarteniente general del reino. El mas difícil de contentarse fué Luis, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre, cuñado de la princesa Ana y del jóven rey, con cuya segunda hermana, llamada Juana, se habia casado por órden del padre.

El duque era de hermosa presencia, diestro en el manejo de las armas, alable y generoso, y sobre su título de heredero presunto de la corona en el reinado de un niño de complexion delicada, contaba con casi todos los príncipes y señores, interesados en que pasara la potestad soberana á manos de quien debiéndonos servicios no podria menos de darles participacion en ella. Cuéntase entre los principales á Carlos duque de Angulema, primo hermano del de Orleans, y padre de Francisco I, á Juan de Foix vizconde de Narbona y cuñado del mismo duque de Orleans, al de Bretaña su primo, al de Alençon tan perseguido en el anterior reinado con el nombre de conde del Perche, y una parte considerable de la primera nobleza. Todos estos señores formaron una liga, de que Francisco conde de Dunois era el alma. El consejo establecido por Luis XI bajo la presidencia de madama de Beaugéan, creyó poder romper esta liga, colmando de favores al duque de Orleans y sobre todo á Dunois; dióse al príncipe el gobierno de Paris, de la isla de Francia, de Champaña y de Brié con el derecho de asistir á todos los consejos; y al conde de Dunois el gobierno del Delfinado. Respecto de los demas, se creyó satisfacerlos con otras mercedes, pero ellos indujeron al duque á pedir la reunion de los Estados generales, la cual se señaló en Tours para fines del año.

Mientras se elegían los funcionarios que debian gobernar las provincias, madama de Beaugéan se aplicó á captarse la estimacion de los grandes y del pueblo por medio de un gobierno templado, disminuyendo los impuestos, reduciendo los gastos y abriendo las puertas de los calabozos á los infelices que habian incurrido en la desgracia de su padre sin causa conocida. Al mismo tiempo satisfizo la vindicta pública castigando á tres ministros de su padre, reos de diferentes crímenes: Oliverio Daim, el barbero insolente que habia profanado en Gante la dignidad de embajador de Francia, fué ahorcado entre otros delitos por un horrible asesinato. Doyac, concusionario y delator, fué sentenciado á ser azotado en las calles de Paris, y á que se le cortara una oreja y agujerara la lengua con un hierro candente. Conducido en seguida á Montferrant, teatro de sus insolencias, fué azotado de nuevo, perdió la otra oreja y fué desgranado del reino para siempre. Juan Cotier, médico de Luis XI, que habia adquirido riquezas inmensas abusando del temor que el rey tenia á la muerte, fué condenado á una multa de cincuenta mil libras, suma enorme para aquel tiempo.

La regente hizo entrar en el Tesoro otras sumas arrancadas á los que se habian enriquecido ilegítimamente; revocó las excesivas donaciones hechas á las iglesias antes del reinado. Los Estados generales se reunieron en Tours el día 4 de enero bajo felices auspicios para la princesa que no asistió á ellos, porque permanecia en el castillo de Plessis con el rey, bajo la vigilancia de una escolta que valia por un ejército. El canceller Guillermo de Rochefort en su discurso de apertura espuso los cinco motivos siguientes: Primero, la intencion del jóven rey de manifestar á la nacion, representada por sus diputados, su reconocimiento por la alegría con que habia recibido su advenimiento al trono; segundo, el deseo de mostrarse á ellos y de confirmar el amor y la confianza que deben reinar entre el monarca y el pueblo; tercero, el interés que el rey patentizaba ya en beneficio del pueblo, disminuyendo los impuestos y proyectando otras medidas todavía mas importantes y provechosas; cuarto, su deseo de que se le descubriesen todos los abusos que pudieran serle desconocidos, y todos los males que afligian al pueblo. En fin, la quinta parte del discurso del canceller arreglaba el órden de las materias, los asuntos generales del Estado, los de las provincias ó ciudades y por último los de los particulares.

Los Estados deliberaron, no por clases sino por secciones; establecieron seis, formadas de los diputados de las diferentes provincias reunidas en una cámara particular, porque no se encontró entonces modo mas oportuno para evitar la confusion que procedia de la multitud de los volantes. El voto de cada cámara, apuntado en un cuaderno, se llevaba á la asamblea general, y de estos diferentes cuadernos se formaba uno solo, en el que se creia formado el voto de la nacion. Este resultado no se obtenia por mayoría de sufragios en la asamblea general, no era siquiera el producto de la mayoría de las cámaras, pues se necesita su unanimidad. Mas de una vez el dissentimiento de una sola cámara estuvo á punto de neu-

tralizar las operaciones de los Estados, y solo por medio de negociaciones con la minoría se obtenía en tales circunstancias el asentimiento unánime requerido para formar el voto general.

Suscitose desde luego la cuestion de si debía nombrarse un regente; pero como el rey se aproximaba á los 14 años, época prescrita para su mayoría, se convino fácilmente en designar un consejo. Entonces se tropezó en la dificultad de componerlo, pues los príncipes deseaban que la elección de los consejeros les fuese conchada, y no ocultaban su designio de renovar el consejo para dar entrada en él á sus parciales. «Desconfiad, decían sus oradores de estado á los antiguos consejeros tan a veces á la opresión; ¡Mirad á qué manos confiad al rey y la administración del reino! La persona de aquel no podía estar en mejores manos que en las de su hermana, que le había criado y cuidado de su salud con ternura de madre. Los diputados de Normandía se espresaron en este sentido; pero los príncipes pidieron que el punto de la tutela se espresase en estos términos: «El señor y la señora de Beaugue permanecerán al lado del rey y nada mas.» Consintieron no obstante á fuerza de instancias, que se anadiese al proyecto de estatutos que debía ser presentado á la asamblea general: «Como han permanecido hasta aquí, y como el difunto rey lo dispuso en su testamento.»

Pero no fué esta la fórmula que se adoptó. Después de largos y animados debates acordóse que el rey presidiera el consejo lo mas frecuentemente que pudiera. Todo creció, aun cuando él no se hallase presente, debía espidirse en su nombre; y en su ausencia el duque de Orleans, primer príncipe de la sangre, quedaba autorizado para presidir y resolver á pluralidad de votos; después del duque de Orleans, el de Borbon, condestable de Francia, á falta de este el señor de Beaugue y los demas príncipes de la sangre segun el orden de su nacimiento. Los antiguos consejeros fueron conservados, habiéndose aumentado su número con otros doce, elegidos de entre los diputados.

Terminado este negocio, los Estados relectaron sus acuerdos, en que mezclaban las quejas con la vanidad. Se esforzaron los oradores en hacer admirar su elocuencia ensalzando la preponderancia, la utilidad y los servicios de la clase que respectivamente representaban. Por lo que toca al tercer Estado, sus oradores se mantuvieron á la defensiva, y lejos de encañarse sus inmensos servicios, se limitaron á reclamar protección contra los desmanes de los señores y la rapacidad de los soldados; pidieron que unos impuestos fuesen suprimidos, otros reducidos, repartidos con mas igualdad y cobrados con menos rigor; que las annatas, las gracias espectativas y otros monopolios y gravámenes de la curia romana que sacaban del reino sumas inmensas fuesen abolidas; que se eligiesen magistrados rectos y probos; que ningún funcionario público pudiese ser separado de su empleo sin fundado motivo; y que se pusiese orden á las exacciones, salarios, derechos de sello y otras invenciones fiscales que convertían la justicia en un tráfico vil, para evitir en esta parte las iniquidades cometidas en el anterior reinado. Los tres Estados se reunieron para que el punto de lo sucesivo no se nombrase comisioneros; que cada delincuente fuese sometido á sus jueces naturales y los trámites del proceso se observasen estrictamente. Quejéronse por último que el comercio se veia entorpecido por los portazgos, y suplicaron al rey que no hubiese barreras donde se percibiesen derechos de entrada de provincia á provincia sino en las fronteras del reino.

La armonía entre el Consejo y los Estados se vió próxima á desaparecer por la cuestion de la talla. Algunos miembros inconsiderados exigieron la reduccion de tal impuesto, sin reflexionar sobre la necesidad de hacer frente á los gastos corrientes. Esto fué causa de violentas reclamaciones en los Estados, donde se emitieron las mas avanzadas opiniones sobre el derecho de la nación á no ser pechada sin su consentimiento. Una vez calmada esta primera efervescencia, se conoció la necesidad de resolver sobre este punto apremiante, pero se creyó condescender mucho fijando la misma suma que se percibía en tiempo de Carlos VII, y que en el de Luis XI habia subido mas que al doble. En vano esponsoría el canceller la diferencia de los tiempos, el aumento de todos los valores y la variacion de la moneda; á estas justas observaciones no se oponía mas que la respuesta vulgar de la miseria de los pueblos. El canceller refutó todo pidiendo un aumento de trescientos mil francos, y sería impuesta á las antiguas provincias. Después de muchas ligeras negociaciones fué aprobado este proyecto con alguna ligera modificación.

No obstante, las liberalidades de que se habia hecho uso disgustaron á los Estados; empezábase á murmurar; formábanse grupos y los oradores hablaban de medidas energicas y de resistencia. El canceller vió el peligro, y para conjurarlo, procuró acelerar las deliberaciones y terminar la asamblea. Sometió á discusion los asuntos de los particulares, é hizo recaer una pronta resolucion sobre los unos y remitió los otros á los tribunales. Pero en el momento de concluir surgió una nueva y árdua dificultad relativamente á la contribucion que debía imponerse por los gastos de la asamblea,

en la cual se contaban aproximadamente trescientos diputados, que deliberaron por espacio de dos meses, y cuyo gasto fué valuado en cincuenta mil francos. El clero y la nobleza se negaron á contribuir fundándose en sus privilegios, por lo cual, después de haberlos exhortado á que sufriesen solo por aquella vez, que se pagase por las tres clases la contribucion, que sería demasiado onerosa á solo el pueblo, el canceller les dijo: «Obrareis de mas o plaza; el derecho es vuestro, pero la humanidad milita en favor del pueblo.» Parece que las dos primeras clases se prestaron á la conclusion que Rocheford, aceleró con ahinco, habiendo sido en consecuencia disuelta la asamblea. Libertada madama de Beaugue del peligro de los Estados, quizó mejor de lo que esperaba, con todo no adoptó un aire de triunfo respecto de sus adversarios; por el contrario, se aplicó á ganar su voluntad, y sobre todo de la de los gefes; pero entre el principal, que era el duque de Orleans, y la princesa, aparecia una aversion; cuya verdadera causa no se conoce. Cualquiera que hubiese sido el principio de su antipatía, en la lucha que entre ellos estalló, la princesa tutora del joven monarca, aunque no tenia el título, contó siempre con el nombre del rey y las fuerzas del reino.

La consagracion de Carlos, diferida por las discusiones cortesanas, se verificó una vez restablecida la calma, y todos los príncipes de la sangre y señores mas distinguidos concurrieron á ella. La ceremonia fué augusta, y el recibimiento en Paris acompañado de grandes demostraciones de júbilo. La tutora se ocupó desde luego en procurar seguridad y tranquilidad á su gobierno. Renovó las antiguas alianzas con los suizos y la Escocia; por medio de este pais se proporcionó entrada en Inglaterra, si; esta apoyaba los flamencos y los descontentos de Francia y confirmó la tregua con el rey de Aragon, cuyas pretensiones al Rosellon eran siempre alarmantes. Formó de Renato, duque de Lorena, guerrero estimado, un valladar contra los ataques que podian proceder de la Alemania por sugestion de Maximiliano, y se atrajo á este devolviéndole el ducado de Bar que Luis XI le habia usurpado. Ana no olvidó ninguno de los señores que podian serle útiles; pero en lo que se movió á solicitar para dar fuerza y lustre á su gobierno, fué en manifestarse dispuesta á reprimir los desórdenes de que se habian quejado los Estados Generales; esta deferencia complació mucho al pueblo. Por otra parte no experimentaba contradiccion alguna en el Consejo, pues todos sus miembros la eran adictos; los antiguos, porque los habia conservado, y los nuevos, porque les habia dado parte en él; en consecuencia, no siempre prevalecia en el Consejo el dictamen del duque de Orleans, quien no tardó en advertir que su presencia venia á ser illusoria por la del rey, á quien la tutora llamaba en casos de apuro, por lo cual el duque y sus partidarios resolvieron arrebatarle este recurso apoderándose del joven monarca.

La corte habitaba en Vincennes, donde se procuraban á Carlos, ya adolescente, las diversiones propias de su edad; las que mas le complacian eran los ejercicios militares, entones en uso; la equitacion, los simulacros guerreros y los torneos. El duque de Orleans, que desollaba singularmente en estos ejercicios, se capto de tal manera el afecto de Carlos, que este no podia separarse de él. Comparando el placer que experimentaba en medio de aquella tropa animada y bulliciosa con la sociedad seria y tal vez un tanto pedante de la corte de su hermana, faltó poco para que se creyese prisionero. Acostumbrose á salir de esta esclavitud y á escuchar las proposiciones que al efecto se le hacian, y es probable que accedió á escribir al duque de Bretaña para que fuese á libertarle.

Era Francisco II, como ya hemos visto, un príncipe muy fácil en conceder su apoyo, pero inconsecuente. La tutora sabia que estaba mal dispuesto respecto de ella, pero contaba con Landais, su favorito, que le dirigia; creése que por medio de este tuvo noticia del proyecto próximo á ser ejecutado. Eludiendo una severa vigilancia, la tutora entró bruscamente en la cámara donde se hallaba su hermano con tres gentiles-hombres en íntima sociedad; reprimió agriamente al príncipe, y apostrofando con altivez á sus favoritos, les mandó saliesen en el acto. A esta orden opusieron los gentiles-hombres la del duque de Orleans, que les mandaba permanecer al lado del monarca. «Que se presente el duque, replicó iracunda la tutora, y yo...» Al decir estas palabras se conmovió. Intimidados los gentiles-hombres con las fogosas miradas de ella, huyeron cediendo el puesto á los que la tutora habia llevado consigo. Esta abandonó al punto á Vincennes, demasiado inmediato á Paris, de donde el duque de Orleans, en su calidad de gobernador, pudo sacar recursos alarmantes, y llevó á rey á Montargis, donde fijó su residencia para observar lo que pasara en Bretaña.

Landais, revelador del proyecto, era un hombre falaz, impetuoso y flexible al tenor de las circunstancias. Amenazado por los señores bretones, á quienes humillaba, se habia propuesto buscar un apoyo en el duque de Orleans, á quien habia llamado en su au-

xilio haciéndole esperar la alianza de la hija mayor del de Bretaña. Este matrimonio era muy temido por la tutora, porque hubiera hecho muy poderoso a su rival; y esforzó pues ella en inutilizar las tentativas de este, y su mejor medio de defensa fué la intervención de Landais, á quien supo atraerse. Cuando el duque de Orleans vió la corte en Montargis, trabajó para sublevar la capital contra el gobierno de su cuñada: mostrábase con pompa y magnificencia, franqueaba su casa á todos los que se presentaban y daba fiestas y banquetes: con frecuencia celebraba asambleas en las Casas Consistoriales, donde peroraba y deploraba la miseria del pueblo abrumado de impuestos. Presentóse al Parlamento y declaró contra la administración de madama de Beaugen, que no se sometía, según decía, á ninguno de los reglamentos prescritos por los Estados para moderar su autoridad.

Estas quejas no tuvieron en el Parlamento el buen éxito que esperaba. Jacobo de la Querier le contestó, que todos conocían que su celo por el bien público no era otra cosa que una mera cuestión de mando, una verdadera discordia doméstica, en la que el Parlamento no debía tomar parte. El duque no obtuvo otro resultado que una exhortación, para que no turbase al Estado y para que diese, como primer príncipe de la sangre, el ejemplo de la concordia y la sumisión, cimiento sólido de la felicidad de los pueblos. Este príncipe no logró mejor éxito por parte de la universidad, á la cual había presentado una memoria llena de las mismas acusaciones. Ni fueron mas felices los agentes que el duque enviara, con idéntico objeto á las principales ciudades del reino.

La tutora tomó una resolución decisiva contra estas intrigas, mas alarmantes que peligrosas. El duque había querido arrebatar al rey; empleando astucia contra astucia, ella intentó arrebatar al duque de París, y las gentes apostadas al efecto no erraron el golpe mas que por algunos momentos. El duque huyó á una de caballo, tomo el camino de Pontoise y se dirigió á Bernieulle, en el Perche, fortaleza perteneciente al de Alençon, Renato, uno de sus mas fieles partidarios. La tutora llevó al rey á París á principios del año, destituyó al duque del gobierno de la capital, le confirió al anciano Chavannes conde de Banmartin, despojó á Dunois del mando del Delfinado, privó á entrambos de sus pensiones, así como á sus amigos declarados, y disolvió las fuerzas que les apoyaban.

Al aproximarse la primavera condujo al rey á Evreux, protegido con fuerzas respetables, dispuestas á marchar sobre Verneulle, donde el duque de Orleans estaba escasamente acompañado; ninguna ciudad ni señor se declaró en favor suyo, y hubiera caído en poder de su enemigo, si la principal nobleza no hubiese empleado su mediación para reconciliarse con la corte. Vióse pues obligado á presentarse al rey en actitud sumisa; pero se le recibió honoríficamente, y recobró su asiento en el consejo, aunque no sus cargos y pensiones.

Esta especie de degradación no solo exasperó al duque, sino tambien á los demas príncipes, quienes se consideraron ofendidos al ver que la gobernadora ejercía su autoridad con tanta altivez, de manera que el conde de Dunois los halló muy dispuestos á ayudar al príncipe desgraciado en una nueva tentativa á que se lanzaron entonces contra su rival. Hizo entrar en ella entre otros personajes al condestable, cuyo amor propio se procuró resentir, esponiéndole que su cuñada faltaba á los miramientos que se debían á su edad, dignidad y luces; que todo se decidió sin audiencia suya; que apenas era llamado al consejo, y que cuando asistía á él, las resoluciones eran por lo regular contrarias á su parecer. El vicio cuyo pateniz que no era hombre de dejarse tratar de tal manera, y ofreció ponerse á la cabeza de las tropas confederadas. La tutora por su parte confió el mando del ejército que había reunido al joven Luis de La Tremouille, llamado despues el *Caballero sin mancha*, sobrino del señor de Craon y nieto del favorito de Carlos VII. A la sazón solo tenía 24 años. No obstante, el duque de Orleans había ganado á Beaugency, y esperaba las tropas que le había prometido el duque de Angulema, el vizconde de Narbona, el duque de Alençon, otros muchos señores y especialmente el duque de Bretaña. Había pedido á todos estos auxiliares licencias marchar sus fuerzas hacia Orleans, no dudando que sus habitantes abrirían las puertas á los socorros destinados á su señor; pero la tutora se había anticipado y recardando á los orleaneses que su fidelidad había salvado al Estado en tiempo de Carlos VII, obtuvo en obsequio del nieto de este la certidumbre de igual lealtad. Cuando el duque que quiso esperar, respondió que le admitirían gustosos con los de su casa pero no con tropas. Por el contrario hicieron un recibimiento muy obsequioso á la regente que llevó al rey á dicha ciudad. Despedido el duque se vengó talando su patrimonio, privándose de esta suerte de los recursos y viveres, cuya falta ocasionó su perdición.

De las tropas que debían llegar al duque de Orleans, unas no estaban reclutadas y otras se hallaban detenidas por los destacamentos esparcidos por la tutora en el camino, de manera que el príncipe no tenía otro ejército que una buena guarnición en Beaugency,

cuando el general del ejército real le intimó la rendición. Al principio respondió con alguna altivez, pero considerando su deplorable estado, pidió negociaciones. Accedió á ellas, mas solo se le propusieron estas dos condiciones: que recibiese guarniciones del ejército real en todas sus ciudades, y que alojase de su lado al conde de Dunois. Esta condicion le pareció deshonrosa y amarga. Dunois, por interés personal, aconsejó al duque que se sometiese, porque reflexionaba que aunque el príncipe se dejase apurar hasta el extremo de rendirse á discreción, hallaría salvaguardia en su calidad de primer príncipe de la sangre, en lugar de que pudiera muy bien caer sobre su cabeza la venganza que nadie se atrevería á ejercer contra el duque. Dunois fué enviado á la ciudad de Ast, única que conservó el duque de Orleans de la herencia de su abuela Valentina de Milan. Cuando el condestable supo la defección del duque, se prestó espontáneamente á un arreglo, que le se concedió, el mas honroso posible. Los demas confederados fueron tratados mas ó menos favorablemente, según el temor que inspiraban, y todo quedó tranquilo. Esta demostracion hostil fué llamada la *guerra loca*.

El duque de Bretaña no pudo proporcionar los socorros que había prometido, porque se hallaba envuelto en una guerra civil. Landais por su arrogancia había sublevado contra él á una parte de los señores bretones, y la otra sostenia al ministro creyendo defender á su príncipe. En el momento de avistarse los ejércitos y hallarse próximos á combatir, asaltó á los gefes, casi todos parientes, un fuerte remordimiento al pensar que iban á destruirse mutuamente en una discordia promovida por un hombre de baja extracción, cuyo mérito principal consistía en saber fascinar el ánimo de su señor. En el mismo campo en que iban á degollarse se entendieron entre si, arrancaron en seguida al favor del lado de su débil príncipe y le entregaron á los tribunales. Estos hicieron tan pronta justicia, que el duque no tuvo tiempo para conceder el perdón que se proponía otorgarle en el caso de ser condenado. Dué de Aydie, señor de Leseun, conde de Comings y gobernador de Guena, que no poco había contribuido á la ejecución atropellada de Landais, le sucedió en el favor: había gozado ya de este en Bretaña á causa de las relaciones que tenía con el duque por la casa de Poix, por su hija Juana de Aydie, esposa de Juan de Poix, señor de Lautrec, sobrino de Gaston IV, conde de Poix, de quien era verno el duque. Mientras ocurrían estos movimientos en Bretaña, la tutora envió un ejército á las fronteras. El duque, incapaz de resistencia, se sometió á un tratado que fué firmado en Bourges, obligándose á no suministrar á los enemigos del rey ni tropas ni municiones, y á no favorecer en nada á los que se levantaban contra el gobierno establecido.

Pocos dias despues, Francisco concluyó en Brujas con Maximiliano, á la sazón rey de romanos, un tratado diametralmente opuesto; en él ambos se comprometían á no soltar las armas antes de obligar al rey á dejar de sí á los que le daban torcidos consejos. Fácilmente se advierte que estas palabras aludían á madama de Beaugen, á quien llamaban en sus escritos *cierta mujer*. Había ella provocado desgraciadamente esta medida con la publicidad que dió por una parte á la confirmación de la venta que los herederos de la casa de Blois habían hecho de sus derechos á su padre, y no disimulando bastante el proyecto de incorporar un dia la Bretaña á la corona, tanto á consecuencia de estos derechos cuanto en virtud de una transacción bastante dudosa, procurada en 1460 por los condeados del condestable de Richemont, y por la cual los Penthièvres eran llamados al ducado á falta de herederos varones de la casa reinante, y por otra parte por haber sostenido á los ganteses que pedían el auxilio de la Francia. Desosa de no romper la tregua con Maximiliano, contrajo este compromiso, y se apoyó no obstante en las tropas de su hermano. Los ganteses por lo demas, igualmente incapaces de sufrir la tiranía y la libertad, no supieron aprovecharse de ella; concibieron desconfianza hacia los franceses, los despidieron, asesinaron á los gefes de su propia revolucion, volvieron á llamar á Maximiliano, se entregaron á él, insultaronle luego y se hicieron despojar de sus medios de defensa y de sus privilegios. Segun el convenio de los contrayentes, Maximiliano declaró la guerra á la Francia, alegando que no aborrecía al joven rey, á quien miraba como su verno querido, pues su hija la princesa Margarita se había educado en la corte del monarca con la esperanza de casarse con él, y que aborrecía únicamente á aquellos que gobernaban en su nombre. Solo podía que se observasen en el gobierno del reino los reglamentos hechos en los Estados de Tours.

El señor de Beaugen, á quien aludían personalmente las acusaciones de mala administración, desmintió á Maximiliano y á todos los que le habían imitado, lo que hubiera debido afectar al duque de Orleans que se hallaba presente, pero mas debió que todos en aquella ocasion, nada respondió. El condestable, que había asistido con mala intencion á aquel consejo en que se debía tratar de la guerra, despues de haber expresado en términos bastante duros el

descontento que le atormentaba desde el último arreglo, declaró que se marchaba á ponerse al frente de las tropas y á celebrar con Maximiliano el tratado que le pareciera oportuno. Nada pudo disuadirle; partió en efecto, pero la corte le siguió. Esto satisfizo su orgullo, y y desde entonces se dejó fascinar por los honores que se le hicieron; en señal de una perfecta reconciliación, alejó de su casa á Comines, que desaprobara su cambio y procuraba inspirarle firmeza. Por lo demás, este acuerdo apenas era útil para resistir á Maximiliano, que había declarado la guerra sin preparativos suficientes, no se atrevió á atacar ningún punto, molestó inútilmente sus tropas y las licenció en breve.

Razones que ignoramos habían determinado á Comines, el antiguo ministro de Luis XI, á abandonar el partido de la corte y á unirse íntimamente con Dunois. Estos dos hombres eran muy á propósito para una gran revolución en el gobierno si hubiesen encontrado en el duque de Orleans un príncipe capaz de secundar sus proyectos; pero este no abrigaba un natural faccioso, y se hubiera dado por satisfecho con las altas prerogativas de su rango sin aspirar al dominio absoluto, á no haberle rodeado consejeros que animados de un interés personal le inspiraban ambición y guerra. El duque se entregaba á los deseos que le sugerían; propúsoles arrebatarse el poder á su rival, alejarle de la corte y disfrutar, merced á la temprana edad del rey, de todo el brillo del poder soberano; separarse de una esposa fea y contrahecha, para dar su mano á una princesa jóven, cuyos encantos se anticipaban á su edad y recibir con ella una soberanía cuya posesión iba á hacerle independiente y asegurar su suerte para siempre. Tales eran las perspectivas con que se le halagaba. No se descluchaba de pensar en los medios que debían conducirle á tales resultados, pero solo en aquellos los medios compatibles con su inclinación al lujo y los placeres. Recibía magníficamente á los señores bretones que iban á la corte, cultivaba por medio de cartas y regalos la inclinación del duque Francisco hacia él, y el naciente buen gusto de la princesa su hija; dió también fiestas frecuentes y espléndidas, para que se le creyese ocupado únicamente en frivolidades y para que la atención pública se fijase exclusivamente en él, mientras Dunois en su destierro de Ast preparaba á la regente serios conflictos que esta no sospechaba. El duque de Lorena, no contento con el ducado de Bar que le había sido restituido, reclamaba la Provezua, herencia de sus padres, que el rey acababa de incorporar á su corona, y prorumpió en amenazas. El de Saboya pedía el homenaje del marquésado de Saluces, que decía le era debido por el rey, y amenazaba también. Lescun, favorito en Bretaña y al mismo tiempo gobernador en Guéna, podía ser lisonjead con la esperanza de crearse por este lado una pequeña soberanía. El señor de Albret, los condes de Bearn, de Bigorra y muchos señores de Gasuña, disgustados del yugo que Luis XI les había impuesto, se mostraban dispuestos á sublevarse contra una unión arruinada.

Dunois contaba, merced á Lescun, con el duque de Bretaña, y los señores bretones, descontentos de la tutora por las miras que impoliticamente había dejado traslucir acerca de la suerte futura de Bretaña. Tampoco dudaba que Maximiliano dueño, por su hijo Felipe, de las fuerzas de Flandes y de las de Alemania por su calidad de rey de romanos, habiendo declarado ya la guerra á la regente, ayudaría con todo su poder á los confederados, aunque solo fuese por complacer al duque de Bretaña que le había prometido para esposa su hija Ana, y que estaba ofendido de madama de Beaugen por las condiciones que le había impuesto en el tratado de Bourges. Por lo que toca á los señores franceses del interior, contábase entre ellos muchos descontentos, porque no habían sido ensalzados según su deseo. Tratóbase pues de reanimar estos deseos y de excitar los reñores y las ambiciones, y en esto trabajaba eficazmente Dunois con peligro de entregar su patria á los extranjeros. Desde el fondo de su retiro supo conciliar los intereses opuestos y encaminarlos al mismo objeto, es decir, la destitución de la regente y el rapto del rey. Traza su plan y señaló á cada confederado su camino, su puesto y el punto de reunión, siendo en París la población á que todos debían dirigirse simultáneamente. Concertadas sus medidas, Dunois abandonó en secreto su retiro de Ast y se trasladó á Parthenay en Bretaña, donde había establecido el foco de la insurrección que preparaba. Al recibir noticia de este paso que era una verdadera desobediencia á las órdenes del rey, la tutora le envió á preguntar el motivo de su conducta y á exhortarle regresase á Ast, ó se retirase á un lugar menos sospechoso que Parthenay; pero Dunois respondió con altivez: «Estoy en mi casa!» y permaneció en dicho punto.

Su llegada á Parthenay no fué lo que dió el primer conocimiento de la conspiración; una de sus cartas interceptadas había revelado que muchos oficiales de la casa del rey, consejeros de Estado y magistrados pertenecían á la facción. La tutora hizo prender al primer limosnero Godofredo de Pompadour, á tres señores de la casa de Amboise, á Comines y á otros muchos menos notables. Envío

también tropas para impedir la reunión de los facciosos, y mandó á Orleans al mariscal Gie para intimar al duque que se hallaba en esta ciudad á que se presentase al rey, con orden expresa de apoderarse de su persona si rehusaba la obediencia. El príncipe recibió al mariscal con toda la afabilidad de un cortesano, dió órdenes para su partida, rogó á Gie fuese á anunciarla, y le empujó su palabra de que iba á seguirle; pero no bien se vió libre de este vigilante, huyó á Bretaña.

La tutora sin perder tiempo y aunque enmedio del invierno, llevó al rey al frente de un buen ejército inmediatamente á Guéna; todas las ciudades de esta provincia le abrieron sus puertas. El lugar fuerte de Lescun, que era su hermano, no se atrevió á defenderse y compró la continuación de sus pensiones y otras mercedes entregando todas las fortalezas. Lescun, que se hallaba á la sazón en Bretaña, se vió despojado de esta suerte, y su gobierno fué conferido al señor de Beaugen. Carlos, duque de Angulema, primo hermano del de Orleans, viéndose estrechado por el ejército real, imploró perdón y lo obtuvo. La tutora para atráerselo, le hizo casar con Luisa de Saboya, sobrina de su marido, de cuyo matrimonio nació Francisco I. Por lo que respecta á Dunois, después de haber escrito á Flandes pidiendo auxilio, y de haberlo esperado en vano algún tiempo, no oyendo hablar de marchas militares, y viendo que ninguno de sus cómplices se movía por efecto del temor, de la mala estación ó de otras consideraciones, huyó á la Bretaña á imitación del jefe de su familia. El edificio de sus intrigas vino á tierra; todos los coaligados rindieron las armas, y la tutora, después de haber pacificado el medio día, llevó al joven monarca su hermano, á las inmediaciones de la Bretaña con un ejército de observación.

La regente no permaneció ociosa mucho tiempo. El duque de Orleans y los demás confederados habían sido seguidos á Bretaña por sus cortesanos, jóvenes en su mayor parte, que solo respiraban guerra y placeres. El anciano duque Francisco, que se había ocupado siempre de pasatiempos mas bien que de negocios, se vió con gusto rodeado de aquella juventud, cuya alegría parecía rejuvenecerle, y solo vivía en medio de ella. Paulatinamente, los graves señores bretones se alejaron de una corte que no convenía á su carácter, descontentos de las miras harto manifiestas del duque de Orleans sobre la herencia del ducado; y al ver que su soberano solo obraba por el parecer de los principales refugiados, muchos de los cuales, como Lescun y el príncipe de Orange, sobrino del duque de Bretaña, habían servido algún tiempo de espías á madama de Beaugen, murmuraron y dirigieron á su soberano quejas que no fueron atendidas. Entonces algunos de ellos formaron una liga, é hicieron preparativos de guerra, cuyo objeto, según decían, era la expulsión de los extranjeros.

La tutora, atenta á estos movimientos que tal vez dirigía en parte, ofreció auxilio á los descontentos; estos lo necesitaban porque el ejército real era mas fuerte que el de los barones. Descalaba á los franceses pero los temían; por esto hicieron un tratado en el cual se echó de ver la precaución de las sospechas. Acordaron á recibir las tropas del rey, pero este no podría enviarles si no cuatrocientas lanzas y cuatro mil infantes. Estas tropas francesas debían ser mandadas por un breton, y no podrían sitiar ninguna plaza donde el duque hubiese establecido su residencia; y el rey debía retirarse cuando el duque de Orleans y los tres señores nombrados en sus quejas, hubiesen salido de la provincia. Aun cuando las condiciones hubiesen sido mas restrictivas, la regente las hubiera aceptado; era mucho para ella poder entrar libremente en Bretaña, y por lo demás contaba con las eirreunstancias y con su astucia para mantenerse en ella.

La guerra empezó con estas esperanzas, y faltó poco para que la tutora las viese realizadas desde la primera campaña. Después de muchos encuentros sin resultado, los franceses hicieron retroceder al duque y le obligaron á encerrarse en Nantes con los príncipes y sus compañeros de fortuna, y pusieron sitio á pesar de las condiciones del tratado. La plaza estaba bien fortificada, pero el ataque fué tan bien combinado, que madama de Beaugen creyó sería tomada en breve con todos sus habitantes. En el escasez de su alegría hizo alarde de ello delante del mariscal de Biron, caudillo de la liga de los barones; pero el breton, que no quería, como tampoco sus compañeros, que su príncipe cayese en manos de los franceses, convino á la gobernadora porque estraltimaba los tratados persiguiendo al duque en su último asilo, y añadió que no creía que las tropas reales entrasen en la ciudad ni por la fuerza ni por convenio.

No obstante, lo temía y se arrepentía ya de su imprudencia, cuando llegaron á los sitiados socorros casi inesperados. Maximiliano que aspiraba á la mano de Ana para él, y á la de su hermana Isabel para su hijo Felipe, hizo salir de Flandes á mil quinientos veteranos alemanes que desembarcaron en San-Malo y penetraron en Nantes por un punto que los franceses se habían visto precisados á dejar libre. Diez mil bretones, sabiendo el peligro de su soberano, mal armados pero llenos de ardor, entraron también en la ciudad; estos refuerzos unidos á los vasallos fieles que estaban encerrados





pedes: quisieron pues alejar hasta la sombra de sospecha, poniéndose en la imposibilidad de ejecutar semejante proyecto, y esta delicadeza labró su ruina. Ya fuese por fuerza, ya por cálculo, la infantería francesa retrocedió al principio delante de la bretona; pero esta, que avanzaba sin cesar, cayó en una emboscada de caballería francesa, cuyo inesperado choque turbó poco en desordenarla. El duque de Orleans, el principe de Orange y los guerreros adictos á su causa que quisieron resistir, cayeron prisioneros.



Encuentro del cuerpo de Carlos el Temerario despues del sitio de Nancy.

La Tremouille trató á los principes con todos los miramientos debidos á su clase, y les convidó á su mesa con los capitanes que les acompañaban, pero al fin del convite, á una señal convenida, uno de sus oficiales se levantó, salió y volvió á entrar con dos frailes franciscanos, á cuya vista los principes se estremecieron: «Principes, les dijo La Tremouille, tranquilizos, porque no me incumbe resolver sobre vuestro destino; esta facultad pertenece al rey; pero vosotros, capitanes que habeis sido cogidos peleando contra vuestro soberano y vuestra patria, arreglad sin tardanza los negocios de vuestra conciencia. En vano los principes pidieron perdon, pues el inexorable La Tremouille mandó fuesen decapitados. El duque de Orleans, despues de haber andado varias prisiones, fué encerrado en la torre de Bourges, donde durante las noches se le metía en una jaula de hierro. El principe de Orange fué tratado con menos dureza.

La derrota de San-Aubin determinó á los bretones á pedir la paz; cuando su proposicion fué presentada al Consejo de Estado, el mayor número de los consejeros, especialmente los mas adictos á la gobernadora, eran de parecer que se continuase la guerra, porque, segun decian, no volvería á hallarse en tiempo alguno la coyuntura de apoderarse tan facilmente de aquella importante provincia. Su parecer iba á triunfar, cuando el canceller Guillermo de Rochefort se levantó y dijo: «Los que han hablado antes que yo

han dicho que la conquista de la Bretaña es fácil, pero nadie ha examinado si es justa, y sin embargo por aquí debió empezarse. Ciertamente, continuó, á un principe su religion basta en un pais limitrofe convenga á sus designios, para que se crea autorizado á apoderarse de él; pero un principe cristiano debe ajustar su conducta á otras máximas, pues debe al universo el ejemplo de la justicia. Sé que el rey reclama derechos sobre la Bretaña, pero estos derechos no han sido sometidos al examen de las leyes. Nómbrense desde luego comisarios ilustrados y rectos: suminístrense los títulos respectivos y concédaseles entera libertad para discutirlos. Si despues de un maduro exámen las pretensiones del rey parecen injustas ó dudosas, no hay sobre qué deliberar, porque sería preciso renunciar á la conquista de la Bretaña, aun cuando fuese mas fácil. El canceller añadió que los motivos de la dilacion no podian menos de honrar al rey y atraer á los bretones mas obstinados, que escrupulizarían resistir á un monarca cuyos estandartes fuesen presididos por la justicia, y que se vería á los franceses contribuir mas voluntariamente á una guerra tan justa y al soldado arrostrar mas denodadamente los peligros.

¡Cuánto puede la elocuencia de la equidad en los labios de un hombre probo! El Consejo accedió al parecer de Rochefort, y resolvió escuchar á los bretones. Los comisarios nombrados por ambas partes se reunieron en Sablé, y concluyeron un tratado por el cual el duque se obligó á hacer salir de sus Estados á todos los estrangeros que disgustasen á la Francia, á no recibirlos jamás en ellos y á no casar sus hijas sino con el consentimiento del rey. El monarca por su parte prometió tratarlos como á sus buenos parientes. Todos los nobles, barones y eclesiásticos de las grandes ciudades, dice el tratado, lo garantizarán por medio de juramento; y para mayor seguridad de su cumplimiento, el rey conservará en depósito las ciudades de San Malo, Dinair, Fougères, Vitre y San-Aubin, y pondrá guarrniones en ellas, retirándolas de todas las demas. Fueron estipulados ademas otros artículos de menor importancia, todos ventajosos á la Francia.

El duque Francisco tuvo apenas tiempo para firmar este tratado, pues inmediatamente dejó de existir. A su muerte confió la autoridad durante la minoría de las dos princesas, sus hijas, al mariscal de Rieux, mandándole tomar en las circunstancias espinosas consejo de Dunois, de Lescaun y del señor de Albret. Este vióyo pretendiente, apoyado por Lescaun, muy unido al mariscal y madama de Laval, creyóse ya dueño de la mano de la heredera. Hizo que el vice-cancellor le otorgase unos poderes en nombre de la princesa para obtener de Roma la dispensa que su parentesco hacia necesaria. Ana no tenia todavia catorce años, pero á pesar de su edad temprana era ya capaz de tomar una resolusion y de persistir en ella, y como profesaba una verdadera aversion al viejo gascón, indignada con su temeridad, mandó al canceller Felipe de Montauban se opusiese á un paso semejante, Alain hizo entonces decir al magistrado que si tenia el atrevimiento de oponerse á su designio le cortaría la cabeza; pero el canceller no se dejó intimidar, y Dunois, á quien la prison del duque de Orleans habia hecho tal vez concebir otro plan, apoyó á Montauban. Este sublevó á los oficiales alemanes de Maximiliano, interesados en que no pasase á poder ageo la princesa ofrecida á su señor, y merced á su poderosa intervencion y á los consejos de Dunois, Ana se sustrajo á esta primera tentativa contra su libertad.

Al comunicar á la corte de Francia la muerte del duque, Rieux pidió la ejecucion del tratado de Sablé. El rey prometió conformarse, estableciendo por condicion preliminar que como señor soberano de las jóvenes princesas, sería declarado su tutor; que siendo controvertibles sus derechos con los de sus herederas á la sucesion de Bretaña, debian ser sometidos á un exámen, que antes de la decision no tomarian el título de duquesas. El Consejo de Bretaña respondió que descaba conformarse con las disposiciones del tratado de Sablé, y que como este tratado imponia la obligacion de hacerlo garantir por los tres Estados, la princesa iba á convocarlos, y que las últimas proposiciones serian sometidas á su discusion.

Las tentativas del señor de Albret continuaban favorecidas por el mariscal de Rieux, y siempre secretamente combatidas por el conde de Dunois. No puede dudarse que este hábil politico, viendo prisionero al duque de Orleans y arruinado su partido, concibió el proyecto de volver al favor por medio de algun gran servicio, como lo sería el reunir la Bretaña á la Francia facilitando el casamiento del rey con la princesa Ana, á la sazón única heredera por la muerte de Isabel, su hermana menor. Hallábase en Redon, plaza indefensa; los partidos, afiliados bajo diferentes estandartes, merodeaban en rededor de ella, y la mantencion en continua alarma. Temia sobre todo á Juan II, vizconde de Rohan, esposo de una hija del duque Francisco I, primo hermano de su padre, y que aspiraba también á su mano para su hijo. De un momento á otro corría peligro de ser arrebatado; en tal riesgo resolvió huir á Nantes, donde podia creerse mas segura y debía hallar no solo los

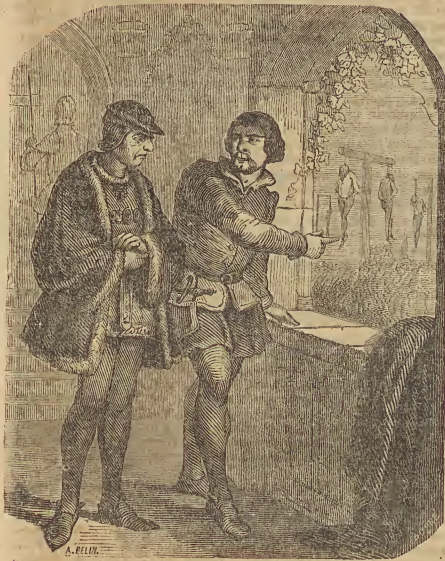
soberbios muebles y las alhajas de su padre, sino tambien algun dinero que la aliviase de la estrechez que la rodeaba.

Ana partió acompañada de una escaolta, y mandó al mariscal de Rieux y al señor de Albret saliesen á su encuentro para apoyar su marcha; pero en lugar de salir al camino se dirigieron á Nantes, donde se apoderaron de los tesoros con que contaba la princesa y anunciaron su próxima llegada, persuadiendo al mismo

Luan, lleno de temor por su vida. Rieux y Albret respetaron la generosa confianza del caballero francés; nada sucedió á este, y Dunois condujo la princesa á Rennes, cuyos habitantes la hicieron una recepción honorífica y renovaron el juramento de una inviolable fidelidad, de que aquel acababa de dar la mejor prueba haciendo abartar las disposiciones de La Tremouille para apoderarse de dicha ciudad.

Ana experimentaba los conflictos que rodean al infortunio; recibía consejos, promesas, pero casi ningun auxilio. Enrique VI escribía á la hija de su antiguo amigo cartas afectuosas llenas de exhortaciones y consejos, en las cuales la encargaba desoyese á los agentes de la Francia y que solo confiase en los suyos. Enviaba con estas instrucciones algunas tropas que desembarcadas se condujeron como en un pais conquistado, y le hicieron mas dano que provecho. Fernando é Isabel, reyes de España, decian á la huérfana que no se desalentase, pues harian una escursion poderosa cuando ella hubiese recibido los auxilios que esperaba de Inglaterra, Flandes y Alemania. Por su parte los generales de Carlos VIII, avanzando por la Bretaña y apoderándose de todos los puntos ventajosos, publicaban que este monarca solo se fortificaba en la provincia para evitar que llegase á ser presa de los ambiciosos que fingian aspirar á la mano de su pupila para invadir mas facilmente su soberania.

En medio de estas falsas adulaciones el odioso Alain continuaba sus tentativas; parece que el rey de Inglaterra le apoyaba para te-



Luis XI en el castillo de Plessis-les-Tours.

tiempo á los habitantes que Montauban y Dunois que la acompañaban y á quienes proligaba su confianza, intentaban introducirse en la plaza y entregarla á los franceses. Los habitantes engañados enviaron á decir á su soberana que la recibirían acompañada únicamente de doce personas. Mas como Ana se acercaba á Nantes á pesar de esta injuriosa condicion, teniendo el señor de Albret y el mariscal que si llegaba á entrar, su presencia sublevase al vecindario y que no les fuese posible enseñorear la ciudad, salieron con un fuerte destacamento resueltos á apoderarse de la princesa. La escaolta de esta, aunque debil, hizo un ademán de resistencia, cuya señal dió la misma Ana, saltando á la grupa del caballo de Dunois; y Rieux, avergonzado de bairse contra una jóven confiada á su custodia, regresó tristemente á la ciudad. No obstante, habiendo reflexionado, volvió á presentarse al dia siguiente dispuesto á no desperdiciar esta ocasion. Ana presentó de nuevo el combate; pero Dunois, no juzgando sostenible el reto, consiguió poder retirarse con la princesa bajo la condicion de llevarla él mismo á la ciudad en un dia determinado, y dió á Juan de Luan, amigo suyo y capitán de los guardias del duque de Orleans que se habia salvado en San Aubin, por garantia de su palabra. La vida de Luan dependia de la fidelidad de Dunois en guardar su promesa, y conociendo cuanto importaba á la fidelidad de la princesa no ser entregada al viejo Alain, envió á decir á su amigo que á todo trance salvase á la princesa. Dunois obedeció á



Muerte de la princesa Maria.

ner en Bretaña un duque adicto. Sus partidarios se presentaban cada vez mas apremiantes y hacian temer una violencia. Para quitar á este amante frenético toda pretension y sustraerse para siempre á sus designios, Ana adoptó un partido extremo. Su padre la habia ofrecido á Maximiliano, y este principe, despues de nueve meses de prision, acababa de recobrar la libertad por las medidas eficaces del emperador, que habia hecho entrar un ejército en Flandes para librarlo. Ana le hizo saber que fiel al compromiso contraído

por su padre accedía a darle su mano. En vista de este ofrecimiento hubiera debido presentarse personalmente; pero deteniéndose en Alemania por una guerra de ambición, se limitó á enviar embajadores, uno de los cuales debía representar. Después de la ceremonia eclesiástica se acostó la nueva esposa, y el embaajador, teniendo en la mano los poderes de su amo, introdujo una pierna desnuda en el lecho nupcial, ceremonia que ridiculizó mucho á Maximiliano cuando fué divulgada.

Todo esto se verificó con tanto sigilo, que los mas conoedores de los secretos de la corte no tuvieron el menor conocimiento de ello, ni á su mismo Duomo; por lo cual este suceso le asombró cuando llegó á su noticia. La prisión del duque de Orleans le quitó la esperanza de procurar á este príncipe la mano de la duquesa, y trabajaba á la sazón en darla á Carlos VIII, no solo por su propio provecho, sino por el del duque de Orleans, cuya libertad se prometía obtener por este servicio. Aunque desconcertado por este brusco matrimonio, no se dió por vencido.

Hizo ver á la corte de Francia que habia mediado secretamente en este negocio, que si deseaba adquirir la Bretaña por medio del matrimonio de la princesa, era preciso tocar otros resortes que los adoptados hasta entonces. El astuto negociador añadía que la perspectiva de halagar su amor propio ciñéndola una corona, seria mas seductora para la princesa si le fuese presentada por el duque de Orleans, porque recordaba con placer que este se habia dignado manifestarla su cariño, cuando todavía era muy niña, y porque creia que el prisionero sufría por ella.

Mientras madama de Beaugue mantenía al príncipe custodiado con gran vigilancia, habíase hecho popular dando la libertad á sus cortesanos. El mismo Comines, uno de los principales consejeros del duque, fué sacado de su jaula de hierro, y restablecido en una parte de su fortuna y honores; tampoco se opuso á la libertad del príncipe de Orange, uno de los prisioneros de San Aubin-le-Cornier, que recibió permiso para ir á Bretaña á reponer su salud é intereses, pero que en realidad fué enviado para que ayudase á Duomo á convertir á la princesa. Aunque el resentimiento de la gobernadora debía estar aplacado despues de tres años que mantenía preso al duque de Orleans, no se la creyó todavía bastante dispuesta en su favor, puesto que se le ocultaron las medidas que se adoptaban para restituirle la libertad. Las súplicas con este objeto se dirigieron al monarca, pero fueron inútiles mucho tiempo, pues Carlos imbuído en las máximas de su hermana mayor se resistía; un día la menor, esposa del duque de Orleans, se presentó á su hermano vestida de luto, desordenada la cabellera, anegada en llanto, y se arrojó á sus plantas. Su dolor exigía la compasion con tanto mayor motivo, cuanto que se sabia que poco favorecía por la naturaleza no era esposa feliz. Su hermano la levantó profundamente conmovido, la abrazó y la dijo: «Consuélate, hermana mía, obtendrás lo que con tanta ansia deseas, y mira el cielo que nunca te arrepientas de ello.»

No obstante, no habiendo hecho uso de su autoridad, el joven monarca no se atrevía á principiar su ejercicio mortificando á su hermana, cuya voluntad estaba acostumbrado á respetar, pero á fuerza de instancias se determinó á ello. Prestó una partida de caza, se aproximó á Bourges y enviando á dos de sus gentiles-hombres; mandó abrir las puertas de la torre á su primo. El rey le esperaba con impaciencia en un castillo inmediato. El príncipe llegó y abrazó las rodillas del rey, sin poder articular una palabra; Carlos le estrechó muchas veces en sus brazos, y no contento con haber empleado el resto del día en hablar sin acrimonia de lo pasado, mandó le dispusieran una cama en su aposento. Desde aquel momento empezó entre ellos un afecto mutuo que jamás se desmintió.

Cuando madama de Beaugue recibió esta noticia, conoció que su autoridad espiraba; escribió pues una carta á su hermano en la que le decía que solo la afligía la pérdida de sus favor. El rey la tranquilizó en cuanto á este punto, y la manifestó el deseo de continuar conciliados por sus consejos; y en efecto, siempre fué consultada en los negocios graves. Verificóse en la corte una reconciliación general, y el señor de Beaugue se esforzó en hacer olvidar al duque de Orleans los excesivos rigores de su esposa. Los cortesanos de ambos partidos se confundieron, y en lo sucesivo ningún reinado se vió mas libre de facciones que el de Carlos VIII.

Este dió al reben reconciliado el gobierno de Normandía, empleo de confianza en un momento en que podia temerse que la situacion de esta provincia respecto de la Inglaterra favoreciese los esfuerzos de Enrique VII, á trueque de oponerse á las miras de la Francia sobre la Bretaña, y aun procurar en caso necesario la evasion de la joven princesa. La intriga fué tan lúbilmente conducida que poco á poco fueron ganados todos sus partidarios; el mariscal de Rieux se reconcilió con Duomo, y el señor de Albret proscrito en Bretaña y en Francia hizo paces con esta; adhirióse á su causa y entregó por prenda de su palabra la ciudad de Nantes, que conservaba todavía, y donde se veía amenazado por los ingleses. Las mayores dificultades procedieron de la princesa, que á la edad de catorce años manifestaba mucho talento, segun dice Daniel, mucha grande-

za de alma y dignidad. Sin inclinacion alguna hácia Maximiliano se eria irrevocablemente unida á él por el matrimonio que acababa de contraer, y las preocupaciones inspiradas desde la mas tierna niñez, la hacian mirar con odio á la Francia y al rey. Así, cuando el canceller Montauba, encargado por Duomo, la habló de casarse con este príncipe, se enfureció y abandonó al llanto, gritando que habia sido vendida: no obstante pasado el primer arrebato, se la acostumbró á escuchar uniendo á las dulces insinuaciones, intimidaciones oportunas.

Por consejo de Duomo, las tropas francesas entraron en gran número en Bretaña á las órdenes de La Tremouille, que se aproximó á Rennes y avanzó á proporcion de la necesidad que habia de asustar á la princesa. No era difícil causarla temor; porque no tenia una guarnicion capaz de resistir á La Tremouille, si llegaba; no tenia tropas ni generales, sus arcas estaban vacias; su consejo ganado permanecía en la inercia, y en su arredror veia un pueblo costurdo. En tal conflicto, usó el mismo duque de Orleans á quien Dun is se habia propuesto utilizar, ora para procurrarle la libertad, ora para consolidar su crédito en la corte, fué empleado por esta para conseguir una resolucion favorable de la joven duquesa. El ejemplo del sacrificio que el duque hacia, fué el argumento que se empleó para obtener de ella un consentimiento que debía asegurar la felicidad de los dos pueblos. El mariscal de Rieux, la dama de Laval y otras muchas personas de su íntima confianza, seducidas ó persuadidas, hicieron un esfuerzo comun con este objeto, y la dijeron terminantemente que era preciso que se decidiese á ser reina de Francia ó princesa despojada.

No la quedaba otra defensa que la objeccion de su compromiso con Maximiliano, y la dificultad de eludir la vigilancia de los alemanes que la rodeaban y consideraban despues de su casamiento, como propiedad suya. Sus escribanos la aconsejaban algunas veces ir á reunirse con este esposo, ¿Qué esposo ese, la respondian, que en lugar de venir á recibir personalmente vuestra mano, os ha enviado á la comencia una extravagancia debia herir vuestra delicadeza? ¿Es decoroso que vayais á buscarle? ¿Si ha mostrado tan poco interés por Ana soberana, como recibirá á Ana desheredada y fugitiva? ¿A cuántas calamidades no espondréis á los desgraciados bretones? Los franceses, alemanes, ingleses y españoles caerán sobre la Bretaña y devastarán sus ciudades y campos. Nacerán entre los señores pretensiones que les pondrán en mutua guerra; desmembrarán las provincias y las repartirán entre ellos y los extranjeros; mientras que todo permanecerá en orden, si con un monarca joven y de gran reputacion de bondad, os dignais sentaros sobre el primer trono del mundo.»

Esta brillante perspectiva no era ilusoria; pero el honor delicado de la joven princesa, le prohibía aceptarla voluntariamente, y quiso ser obligada á ello. Rennes habia sido atacada; Ana sostuvo el sitio y no se rindió sino cuando se vio precisada á capitular: en el tratado que concluyó estipuló una entera libertad para ella y para los alemanes, de retirarse. Pero esta condicion no era efectivamente sino para estos, á quienes era preciso enganar, haciéndoles creer que iban á ser empleados en conducir á Ana desde Bretaña á Flandes, á donde debía trasladarse su esposo el rey de romanos. La duquesa hizo preparativos para este supuesto viaje; mientras se la creía ocupada únicamente en ellos, partió en secreto acompañada del canceller Montauba y de dos señores bretones, y tomando el camino de la Turenna, se dirigió al castillo de Langeais donde el rey la esperaba. Todo estaba dispuesto ya; las dispensas habian llegado de Roma, y el contrato matrimonial estaba estendido. Nunca se formuló un contrato mas sencillo: Ana, única heredera de Bretaña, despues de la muerte de su hermana Isabel ocurrida el año anterior, autorizaba al rey si moria sin hijos, todos sus derechos á esta provincia, y si el rey moria primero tambien sin hijos, Ana debía volver al goce de todos sus derechos y aun de aquellos que la Francia habia reclamado en diferentes épocas; la viuda no podria contraer segundas nupcias sino con el rey de Francia, sucesor de su esposo, y si aquel se hallaba casado, con el heredero mas próximo de la corona, que no podria enganar sus sentidos sino en favor del rey. Firmado el contrato, la ceremonia se verificó en el salon del castillo en presencia de todos aquellos que cupieron en el local. Duomo no asistió á su triunfo, porque un ataque fulminante de gota le arrebató la existencia en el momento de la partida.

Desde Langeais la corte se dirigió á San Dionisio donde la reina recibió la corona. La entrada de ambos esposos en Paris fué muy brillante y acompañada de fiestas que no hicieron abandonar los negocios. Dos príncipes se mostraron muy descontentos de este matrimonio, Maximiliano y Enrique VII. El primero se quejaba de una doble injuria, porque Carlos le arrebataba su mujer y se divorciaba de su hija Margarita que habia sido educada en Francia con la esperanza de ocupar su trono. El rey no pudiendo desconocer lo fundado de sus quejas, creyó deber prevenir por medio de una embajada solenne, no al padre á quien la colera cegaba, sino al archiduque Felipe, hermano de la princesa. La embajada fué mal recibida al

principio, pero despues de algunas palabras aeres que las circunstan-  
cias escusaban, tuvieron lugar las esplicaciones. Los embajadores  
dijeron que la princesa austriaca habia sido tratada siempre en  
Francia con todos los miramientos debidos, y que la corte estaba  
dispuesta á hacerla trasladar á su pais con los honores posibles; que  
se conocia que este suceso debia producir modificaciones en el tra-  
sado de Aras, y que el rey estaba pronto á nombrar comisarios que  
entendiesen en tal trabajo. Por este tratado la Francia habia obtenido  
el Artois y el Franco-Condado. La proposicion de hacer nue-  
vos arreglos, presentaba al Austria un medio expedito de recobrar  
en todo ó en parte estas dos provincias. Maximiliano se negó á se-  
mejantes ofrecimientos y declaró la guerra; pero ni él ni la Francia  
hicieron con vigor.

El rey de Inglaterra aunque menos ofendido, se mostró tambien  
irritado; reunió su Parlamento y prorumpió en invectivas y ame-  
nazas; complaciale arreglar, creíase dotado del don de la palabra  
y dió rienda suelta á su afeccion en aquellos momentos. Despues de  
una perorata llena de injurias contra la Francia y su rey, concluyó  
diciendo: «Por lo que toca á los gastos de la guerra, no os asustéis  
de antemano, pues no serán tan considerables como el vulgo imagi-  
na, porque yo procuraré que la guerra alimente la guerra. Exhorto  
á los ricos á que suministren fondos para ella, puesto que en Fran-  
cia se resarcirá cumplidamente.»

A nadie pechó, y sin embargo su impuesto fué muy productivo,  
merced á la sagacidad de su capellan Morton que alocacionaba por  
sí mismo á los catadores. Cuando veais, les decía, un hombre eco-  
nómico y frugal, le hareis ver que gastando poco tendrá sin duda  
ahorros considerables, con los cuales debe contribuir á la salvacion  
de la patria. Al que vive en la opulencia, le hareis ver que supues-  
to que puede mantenerse en este estado merced á los recursos de  
que es deudor á la proteccion del gobierno, debe sostener á este con  
sus sacrificios pecuniarios. Apellidóse á este argumento el *gancho*  
*de Morton*, porque el que no se veia cogido por una punta de este  
dilema no escapaba de la otra.

Enrique en el ardor del entusiasmo que acababa de inspirar, sa-  
có mucho dinero que no invirtió en la guerra que la nacion desea-  
ba sino en su propio uso. No obstante, como se ignoraban en Fran-  
cia sus intenciones pacíficas, adoptáronse medidas considerando el  
peligro inminente; levantáronse tropas, fortificáronse las ciudades  
inmediatas á Calais, donde el monarca inglés debía desembarcar, y  
á imitacion suya se pidió dinero. Dejóse ver entonces un aventure-  
ro llamado Perking, que se decía hijo de Eduardo IV, y hermano de  
dos hijos de este principe, asennados por el cruel Ricardo en la  
torre de Londres. Carlos VIII le cogió y prometió secundar el par-  
tido que se formaba en favor suyo en Inglaterra; pero al mismo  
tiempo que se intimidaba á Enrique con la amenaza de apoyar esta  
faccion negociaba con él, y hacia caer las armas de sus manos lle-  
nándoselas de oro. De los tres artículos que componen el tratado  
firmado en Etaples, dos hablan esclusivamente de dinero; adjudi-  
cáronse en ellos sesientos veinte mil escudos de oro por el estipen-  
dio de los ingleses enviados en auxilio de la princesa de Breta-  
ña despues de la muerte de su padre; ciento veinte mil por cinco  
plazos de la pension prometida por Luis XI al rey Eduardo, y cinco-  
enta mil libras anuales hasta el reintegro total. El tercer artícu-  
lo decía: «El rey de romanos y su hijo Felipe podrán acceder á este  
tratado: si el rey los ataca, la Inglaterra podrá auxiliarlos; si  
son los agresores, la Inglaterra no podrá dárles auxilio alguno.

Pero no necesitaron este auxilio, porque Carlos compró la paz  
con sacrificios superiores á sus esperanzas. Cuando Luis XI aceptó  
el Artois y el Franco-Condado, en dote de la princesa Margarita  
hija de Maximiliano, poseía ya estas provincias por conquista. Si ac-  
cedió á recibirlas por contrato matrimonial, fué sin duda para legiti-  
mizar el derecho de la fuerza. Carlos VIII propuso devolverlas con  
la princesa, escutando algunas ciudades y territorios como perten-  
cientes desde tiempo inmemorial á la corona de Francia. No recla-  
mó las ciudades de Lila, Douay y Orchies, que debian volver á la  
corona por la restitucion de Artois y del condado de Borgoña; pero  
tampoco devolvió el Maconnais y el Auxerrois, y las pretensiones  
de cada uno fueron reservadas con la facultad de continuarlas ami-  
stosamente. Los principes austriacos aceptaron espontáneamente es-  
tos generosos ofrecimientos; las dos provincias volvieron á su do-  
minio, y la princesa devuelta á Flandes con grandes honores, se  
enlazó después con Juan de Castilla, hijo de Fernando el *Católico*,  
y muerto aquel con Filiberto II duque de Saboya. De esta suerte,  
la casa de Austria ha sabido enriquecerse hasta con los matrimonios  
frustrados.

La facilidad del monarca en desprenderse de sus estados no se  
escapó á la sagacidad de Fernando de Aragón. Este principe poseía  
derechos sobr el Rosellon que su padre habia, no cedido, sino em-  
penado á Luis XI, bajo condicion de que al entregar la suma estipen-  
culada le seria restituida aquella provincia. Esta cláusula reclama-  
da por el rey de Aragón y disputada por el de Francia, habia sido  
con frecuencia inútilmente controvertida entre ellos, y no cesaba

de ser un motivo de guerra continuo. Fernando, conociendo las dis-  
posiciones del rey, renovó sus quejas y exigencias. El momento  
era oportuno, porque Carlos abrigaba un proyecto de que desca-  
baparse únicamente; tomó pues bruscamente su partido, y de-  
volvió el Rosellon á Fernando, sin exigir el capital ni los intereses,  
limitándose á poder fuesen renovados los antiguos tratados con Espa-  
ña; y que en su virtud Fernando é Isabel rounearasen espresamente  
á toda alianza con los enemigos de la Francia, y prometiesen  
no oponerse á los proyectos de los franceses respecto de Italia, ni  
casar sus hijos con los del rey de romanos, ni con los del de Ingla-  
terra. Los monarcas españoles lo prometieron todo, se obligaron con  
juramento á cumplirlo, recibiendo en consecuencia la investidura  
de la provincia. Tres ó cuatro años despues que la poseian, casaron  
una de sus hijas con el hijo de Maximiliano, y la otra con el de En-  
rique VII, habiendo elegido para esposa de su hijo á Margarita,  
que acababa de perder la corona de Francia.

¿Fueron los escrúpulos de conciencia los que decidieron á Car-  
los á sacrificar el Rosellon? Algunos historiadores lo han creído así,  
y han indicado una intriga de Fernando que pudo hacer nacer aque-  
llos escrúpulos. Híase llamado á este principe el *Católico*, y atendi-  
da su conducta solapada y tenebrosa, ha merecido tambien la cali-  
ficacion de el *Político*. Este monarca fué de Luis XI de España; gra-  
cias á su sagacidad, su padre Maillad, fruito franciscano, célebre  
predicador y confesor de Carlos VIII, que supo pintar á este el alma  
de Luis XI detenida en el purgatorio mientras se mantuviese  
en la posesion de una propiedad injustamente retenida por su padre;  
de aqui procedió, sin duda, tan fácil abandono á pesar del opues-  
to parecer de todo el consejo y de las reclamaciones de todos los  
pueblos que abandonaba. Es muy posible que el alma timorata del  
monarca cediese á un remordimiento de conciencia, ó se comove-  
riese por un sentimiento de piedad filial; y es posible tambien, co-  
mo han creído otros historiadores, que se dejase arrastrar por el  
deseo de señalar con la justicia y con un rasgo de generosidad los  
dias en que empezaba á reinar por sí mismo; pero estos moti-  
vos si los tuvo, fueron muy poderosamente secundados por la pa-  
sion de otra gloria exagerada que fué harto funesta á la Francia.

No debemos olvidar que por este tiempo ocurrió el descubrimien-  
to del Nuevo Mundo, que cubrió á su autor, el genovés Cristóbal  
Colon, de innarrable gloria. Podemos representarnos á Car-  
los al salir del castillo de Amboise despues de la muerte de su  
padre, como un jóven fogoso que rompió por primera vez los vín-  
culos de una disciplina severa. Cada una forma proyectos adecuados  
á su situacion, y como Carlos era rey, sonó guerras, combates,  
conquistas, y no tuvo por conveniente encerrarse en el re-  
ducido círculo en que habia vivido su padre. Alejandro y Carlo-  
magnó, héroes etyaz proezas se hacia referir, eran los modelos que  
se proponia. ¿Peró por dónde empezar? ¿Qué pueblo conquistar?  
La Italia, pais tan fecundo en acontecimientos en todas épocas,  
fué la region que le ofreció una arena donde creyó poder desplegar  
su valor y colocar sus trofeos al lado de los de los Césares.

Dos casas de Anjou, vástagos de las de Francia, ocuparon hacia  
dos siglos el trono de Nápoles, que cupo en suerte á la primera  
por conquista y á la segunda por adopcion. Alfonso V, rey de Ara-  
gon, habia destronado al rey Renato, heredero de la segunda á  
su casa de Anjou, tío de Luis XI, y habia colocado en el trono á  
Fernando su hijo natural. Luis XI fiel á su política de no hacer domi-  
niado poderosos á sus parientes, no sucurrió á Renato. Este prin-  
cipe al morir dejó el reino de Nápoles del que solo era ya titular,  
al conde de Maine su sobrino, que murió sin hijos é hizo tambien  
un testamento en el que instituyó por sus herederos á Luis XI, al  
Delfin y á sus sucesores en el trono de Francia.

Esta herencia, que no podia obtenerse sin provocar la guerra,  
abrió á la imaginacion de Carlos VIII un vasto campo de esperanzas,  
cuyo buen resultado creia infalible. La Italia estaba dividida á la  
sazon en muchos principados y repúblicas que se hallaban en con-  
tinua guerra. El jóven monarca creyó que presentándose al frente de  
un numeroso ejército enemigo de sus rivales, todos acudirian á  
él para implorar su mediacion ó su auxilio; que llegaria á ser su ár-  
bitro ó vencedor, y que muchos gefes mercenarios que servian al-  
ternativamente á los reducidos estados que les asalariaban, engro-  
sarian sus batallones para tomar parte en sus conquistas. Ninguna  
ciudad ni ciudadela alguna podia retardar la marcha triunfal del  
monarca, y la misma Roma se veria precisada á abrirle sus puer-  
tas; tales eran las ilusiones del monarca, quien se habia persuadi-  
do de que á su llegada los señores y los pueblos preferirian el honor  
de vivir bajo el cetro del monarca francés. Heredero de los prin-  
ces angevinos, sus legítimos señores, fué á la ignominia de doblar la  
cerviz bajo el yugo de una raza bastarda.

No exageramos las intenciones del jóven monarca, si decimos  
que á sus proyectos sobre Nápoles unia el de apoderarse de Con-  
stantinopla y arrojar á los turcos de Europa. El trono otomano esta-  
ba ocupado por Bayaceto II, á quien se lo habia disputado su her-  
mano Zizim, pero éste, vencido en una batalla, se habia refugiado

entre los caballeros de Rodas, desde donde había pasado á Francia. Lisongreóndos entonces Inocencio VIII con el triunfo de una cruzada, le pidió á Carlos VIII, quien la coucedió bajo la expresa condición de que el príncipe musulmán le sería entregado cuando lo solicitase. Esta sola cláusula basta para dar á conocer la intención del joven monarca; pero sábase adeuqas que atrajo á su corte á Andrés Paleólogo, sobrino y heredero del último emperador de Constantinopla, que tuvo conferencias frecuentes con él, y fué ampliamente recompensado habiendo firmado ambos príncipes un tratado, por el cual trasmitía el griego todos sus derechos al imperio de Constantinopla.

Esta conquista era pues el sueño dorado de Carlos; pero no debía ocuparse de él sino despues de haber conseguido su principal objeto, es decir, la corona de Nápoles. Este proyecto fué discutido en un gran consejo celebrado en Plesis-les-Tours, en el cual el señor de Graville, almirante de Francia, demostró con energía las dificultades de semejante empresa, ora se emprendiese por tierra, ora se emprendiese por mar, pintando los peligros del regreso, y presentando otras objeciones muy sensatas, deducidas de la envidia de los ingleses, del odio de Maximiliano, á la sazón emperador, y de la política del rey de España.

Peró la resolución del rey era invariable, y la halló confirmada por el ahinco con que todos los príncipes italianos solicitaban su alianza; ya ofrecía vivamente otras tropas, y algunos únicamente el libre tránsito; mientras los venecianos, los mas temibles de todos, prometían la neutralidad, pero de mala gana, como gente que desconfiaba, y de los cuales por consiguiente era preciso desconfiar. Solo el Papa se declaró desembozadamente contra la expedición que había deseado cuando el rey Fernando se negaba á tributarle el homenaje del reino de Nápoles, pues exigía esta sumisión fundada en la costumbre. Mientras el rey aragonés persistió en su negativa, Alejandro VI (Rodrigo Borja) que ocupaba á la sazón la Santa Sede, no vió con disgusto que su homenaje fuese amenazado por las armas francesas, para obligar á aquel á que le rindiera vasallaje; pero cuando Fernando prometió someterse, Alejandro envió á Carlos un legado para disuadirle de su empresa; no habiéndolo conseguido, se declaró abiertamente en favor de Fernando. El rey Carlos le intimó con la convocación de un concilio general, pues ningún Papa había tenido mayor motivo de temer ni concilio que Alejandro VI, quien deshoñaba la cátedra de San Pedro con la ostentación de todos los vicios.

Otro italiano, Luis Sforzia, denominado el Moro, famoso por sus crímenes, deseaba también la irrupción de los franceses para suscitar conflictos al rey Fernando. Era tutor de Galeas su sobrino, hijo de Juan Galeas, primogénito de Luis y de Bona de Siabroya, hija de Carlos VIII. Esta jóven príncipe se había casado con la nieta del monarca napolitano; pero desde su matrimonio, el tutor tenia á los dos esposos encerrados en el castillo de Pavia bajo pretexto de preservarlos de los motines populares que él mismo excitaba. Es indudable que deseaba apoderarse de los estados de su discípulo. Como el ahinco podía oponer un obstáculo á su plan, fué uno de los que con mas ahinco promovieron una guerra que debía ocupar hastante á Fernando, para que no pensase en los intereses del esposo de su nieta. Luis obtuvo del futuro conquistador de Nápoles un tratado de alianza ofensiva y defensiva. El rey firmó también un convenio con muchos señores napolitanos descontentos y refugiados en su corte, los cuales prometían promover una revolución en el reino. Sobre la palabra de estos señores cuyos efectos miraba como seguros, Carlos despidió, sin querer escuchar, á los embajadores que Fernando le envió para que se explicara y se pusiera de acuerdo con él. El anciano monarca que había hecho la guerra toda su vida, se incomodó tanto al verse envuelto en otra, cuando se prometía algun descanso, que murió de despecho. Su hijo Alfonso le sucedió en el trono.

Carlos VIII empezó su expedición excitando el entusiasmo nacional, á cuyo efecto señaló un gran torneo en Lion; la nobleza de todas las provincias acudió presurosa á él. En medio de los placeres de aquella fiesta militar, el joven monarca anunció la expedición de Italia y declaró que la mandaría en persona. Al air oír, no solo toda aquella brillante juventud, sino tambien los guerreros encanecidos como herederos de los Viscontis; pero Carlos no se creyó autorizado por la perfidia de Luis á faltar á la palabra que le había dado y á la confianza con que el duque se había entregado á él. Tampoco mostró mas prevision en los tratados que concluyó con las repúblicas de Florencia y de Siena y otros estados de menos importancia, pero que tenían tropas y plazas fuertes que la prudencia le aconsejaba ocupar. A escepcion de cuatro ciudades fronterizas de los estados de Florencia que hizo le entregasen, y de Pisa que libró á su paso del yugo de los florentinos, Carlos se contentó con sacar de las demas recursos pecuniarios de que tenía gran necesidad, porque las contribuciones impuestas en Francia para esta expedición habían sido insignificantes. Hise dicho sin pruebas para ello, que Guillermo Brisnet que había apoyado al principio en el consejo aquella empresa, suscitó despues obstáculos á la realización de los impuestos, ga-

gon su pariente; su flota mandada por el príncipe Felérico su hermano, debía llevar las tropas á las costas de la Toscana para penetrar desde ella en el ducado de Milan y apoderarse de él. El duque de Orleans á la cabeza de una flota inferior maniobró con tanto acierto, que sin grandes combates obligó á Felérico á entrar en el puerto de Nápoles y renunciar á sus designios.

Asi pues, Carlos avanzó sin obstáculo hacia Milan, donde Luis le esperaba mas inquieto que satisfecho, con la llegada de tal auxiliar. Al solicitar la guerra, creyó que el rey abriría la campaña con ataques parciales dirigidos por generales cuyos progresos podría moderar; pero cuando le vió desplegar todo su poder y llegar en persona en disposición de dictar la ley, empezó á conocer el peligro á que su pérfla política le había arrojado. Disimuló no obstante sus zozobras y aparentando satisfacción salió al encuentro del monarca, acompañando á la princesa de Navarra su esposa, seguida de toda su corte. Esta entrevista en lugar de un ceremonial se convirtió en un baile en el que no escasearon los galanteos y obsequiosos ofrecimientos entre las damas italianas y los caballeros franceses, y todo el ejército tomó parte en estos regocijos. Habiendo empezado de esta suerte los franceses, continuaron considerando esta guerra como una partida de recreo, hasta el momento en que los italianos, menos satisfechos de estas fiestas que sus mujeres, las trocaron en combates.

Luis había hecho preparar en Pavia, por donde el rey debía pasar, la casa mas hermosa de la ciudad; pero Carlos se trasladó directamente al castillo, donde estaba preso Galeas con su esposa y su hijo. Esta brusca visita de que Luis no tuvo noticia hasta el momento en que se hizo, le desconcertó en extremo; habiendo llegado cuando el rey estaba próximo á entrar en el aposento, tomó el partido de introducirle personalmente. Carlos halló á su primo, que era casi de su misma edad, moribundo en su lecho; el desgraciado volvió hacia el rey sus lánguidos ojos con la espresion de un hombre que imploraba auxilio. Mientras Carlos conmovido le dirigía palabras de consuelo, la jóven duquesa, advertida de la presencia del monarca, logró burlar la vigilancia de sus guardias, corrió al aposento donde este se hallaba, y con los cabellos desordenados y anegada en llanto, se precipitó á los pies del rey, imploró su régia proteccion para su marido, para ella, para su hijo y para su desgraciado padre: «Que no ha merecido, dijo, vuestra indignación y que aceptará todas las condiciones que le impongais.» Esta última petición conñrió al rey, y que hasta entonces había escuchado á la suplicante con ternura, y la respondió turbado que aquel negocio estaba muy adelantado. Luis advirtió la sombra de descontento que se espacía por el semblante del rey, y le sacó precipitadamente de aquel lugar, donde tal escena de desolacion podia ocasionar sentimientos de compasion. Algunos dias despues Juan murió envenado, segun se dijo. Luis se hizo elegir duque por los milaneses con perjuicio de su sobrino, y esto realizó las sospechas que se habian concebido acerca de los proyectos del tutor sobre los estados de su pupila.

Desle el milanés Carlos entró en la república de Florencia y la severidad con que trató la primera plaza fronteriza que se resistió, hizo que los florentinos aceptasen un arreglo. Pedro de Médicis á quien el odio público perseguía como autor de la guerra, era gefe de su diputacion. Para hacerse un mérito del arreglo, se apresuró á concluir un tratado por el que entregó en el acto todas las fortalezas de la república, que eran su llave por esta parte; á su regreso á Florencia se vió desobedecido y precisado á huir. Pero como el mal era irremediable, los gefes del nuevo gobierno no pudieron menos de ratificar el tratado en su nombre, á cuyo efecto enviaron al rey una nueva diputacion al frente de la cual se hallaba el famoso Gerónimo Savonarola, dominico fanático que se vendia por profeta y predijó grandes victorias á Carlos.

No obstante, el rey que advertido por la muerte del jóven Galeas y por otras intrigas que había descubierto y de que Luis se hallaba justificado mal, debía desconfiar de la fidelidad de este, hubiera debido tambien asegurarse de sus fortalezas para proteger su retirada en caso necesario. Este era el parecer de su consejo en que se había propuesto la convocación de un concilio en el milanés para el duque de Orleans, al cual pertenecía incontestablemente como heredero de los Viscontis; pero Carlos no se creyó autorizado por la perfidia de Luis á faltar á la palabra que le había dado y á la confianza con que el duque se había entregado á él. Tampoco mostró mas prevision en los tratados que concluyó con las repúblicas de Florencia y de Siena y otros estados de menos importancia, pero que tenían tropas y plazas fuertes que la prudencia le aconsejaba ocupar. A escepcion de cuatro ciudades fronterizas de los estados de Florencia que hizo le entregasen, y de Pisa que libró á su paso del yugo de los florentinos, Carlos se contentó con sacar de las demas recursos pecuniarios de que tenía gran necesidad, porque las contribuciones impuestas en Francia para esta expedición habían sido insignificantes. Hise dicho sin pruebas para ello, que Guillermo Brisnet que había apoyado al principio en el consejo aquella empresa, suscitó despues obstáculos á la realización de los impuestos, ga-

nado por Alejandro VI que le prometió el capelo si le libraba de los franceses por cualquier medio que fuese.

El Papa se había declarado terminantemente á favor de Alfonso, no solo porque este se había obligado á rendirle homenaje de su corona de Nápoles, sino tambien porque había dado en este reino establecimientos á algunos de sus hijos nacidos, de un afrentoso concubinato de que Alejandro no se avergonzaba. Este pontifice propuso á Bayaceto con gran escándalo de la cristiandad una liga con Alfonso contra el monarca francés. é instruyó al emperador turco de los proyectos de Carlos contra Constantinopla, y de la intencion que abrigaba de servirse del príncipe Cizim para encender una guerra civil en el imperio otomano. La liga no tuvo lugar, pero este paso del sucesor de los Apóstoles estableció entre él y Bayaceto, uno de los mas ardientes sectarios de Mahoma, una inteligencia secreta de que se erce fue víctima el desgraciado Cizim. Quando Alejandro vió que las medidas que había empleado hasta entonces habían sido infructuosas para impedir que Carlos avanzase hácia Roma, prohibió si las amenazas de escmunion serian mas eficaces para proteger los Estados de la Iglesia. Pero el rey respondió á sus delegados: «He hecho voto de ir á visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles y lo cumpliré.» y continuó su camino. Al acercarse á Roma, el Papa le envió á pedir que no entrase; pero este paso fué tambien inútil; el monarca se presentó á las puertas de la Ciudad Eterna, que le fueron abiertas sin dificultad, y entró con todo el aparato militar, no amenzador sino brillante y pomposo. Esto ocurrió en el mes de diciembre al anochecer; los soldados llevaban antorchas, las casas estaban iluminadas y el pueblo prorumpia en aclamaciones de júbilo. Las tropas francesas ocuparon tranquilamente todos los puestos que los napolitanos se dieron prisa á evacuar, y desde el dia siguiente el rey de Francia ejerció todos los actos de la soberanía en la capital del mundo cristiano.

El Papa encerrado en el castillo de San Angelo, se hallaba en una gran perplejidad, porque su conciencia le decía que había cometido bastantes crímenes para sufrir un proceso lumillante, cuyo fin podría ser la deposición, un encierro perpétuo y tal vez la muerte. Pero el consejo del rey consideró que un gran golpe de justicia en este caso seria un escándalo, y que la deposición del Papa causaría quizá una cima cuyos consecuencias serian mas funestas que la impunidad del Pontifice. Decidiose pues una negociacion, en la cual Brissonet, uno de los principales conciliadores, ganó su anhelado capelo. Estipulóse que el Papa se uniría al rey para la defensa de Italia; que abandonaría á la custodia del monarca cuatro ciudades de sus estados hasta la conquista del reino de Nápoles; que los cardenales que se habían declarado por la Francia, no serian molestados, y que Alejandro entregaría al rey el sultan Cizim, para servirse de él en beneficio de la cristiandad. El cardenal César Borgia, hijo de Alejandro, accedió á permanecer al lado del rey en rehenes, y el monarca se obligó á tributar solemnemente al Pontifice la obediencia filial.

Esta ceremonia fué brillante, y en ella afectó el Papa un aire de superioridad que le indemnizó por un momento de los temores que había experimentado en el castillo de San Angelo; pero tuvo el dolor de ver poner guaricion en sus cuatro plazas. Entró en el príncipe Cizim, que murió cuatro dias después; ardeó que Alejandro VI de quien puede sospecharse todo, le había hecho envenenar de antemano; y aun parece bastante cierto que recibió de Bayaceto en pago de este crimen trescientos mil escudos. Las demas condiciones del tratado con Carlos VIII fueron eludidas ó violadas abiertamente. Los cardenales del partido de Francia sufrieron el destierro, la prision y algunos la muerte. César Borgia para dejar á su padre el placer de una venganza sin ningún peligro, se fingió del poder del rey al dia siguiente del en que el rey abandonó á Roma, donde dejó transcurrir un mes en frívolas ceremonias.

Por este tiempo se hacia en Nápoles una revolucion que podía ser muy perjudicial á la empresa. El rey Alfonso bajo el reinado de su padre Fernando, había contribuido al asesinato de veinte y cuatro barones que fueron ejecutados al final de un convite á que habían sido invitados por el padre y el hijo; ademas era considerado por el pueblo como cómplice de los vejámenes sufridos en tiempo del padre, y que continuaban desde que ocupaba el trono. Persuadido de que el rencor publico contra él era irremediable, abdicó en favor de su hijo Fernando, creyendo que los napolitanos al ver el cetro en manos de un príncipe jóven, desapejado y virtuoso, dejarían de mirar con aversión á su familia. Fernando en efecto era noble en su proceder, valiente y afable, y había nacido ya en Roma una prueba notable de firmeza; hallábase en esta ciudad al lado de Alejandro VI, cuando este en lugar de defenderla, como podia hacerlo y á ello le escitaba el jóven príncipe, huyó al castillo de San Angelo. El Papa al dejar espedita la entrada á los franceses, había pedido un salvo-conduto para el napolitano; pero el príncipe rehusó este favor de su enemigo y se retiró con alivio, seguido de su escasa fuerza á la vista de los franceses y á riesgo de ser destrozado por un ejército entero.

En la corta duracion de su reinado mostró los talentos de un guerrero y las virtudes de un buen rey: aunque la fortuna le abandonó siempre, jamás se entregó al desaliento, y con tropas indisciplinadas, eligiendo oportunamente sus posiciones osó con frecuencia esperar los batallones franceses; pero el terror era tan grande, que no bien se presentaban estos, los italianos huían; las fortalezas abrían sus puertas á escasos destacamentos, y el desgraciado Fernando corría de una á otra parte sin poder reanúmarlas, arriesgándose á ser entregado al enemigo por aquellos hombres llenos de pavor. Por último, expulsado de ciudad en ciudad, por la defeccion sucesiva de sus vasallos, llegó á Nápoles que encontró en una espantosa anarquía, entró en su palacio donde permaneció entregado durante algunas horas á amargas reflexiones, hasta que al fin salió acompañado de algunos señores, y convocando al pueblo á la plaza le dijo:

«Tomo por testigo á Dios que me escucha, y á aquellos de entre vosotros que he tan podido conocerme á fondo, que nunca he ambicionado el trono sino para recomquistar vuestros corazones por medio de una conducta opuesta á la de mi padre y abuelo. Despues de esta declaracion, dictada por una conciencia pura y una alma recta, atribuyó sus desgracias no á la infidelidad del pueblo sino á la cobardía de los soldados y á la traicion de sus gefes, y demostró que había todavia bastantes recursos si se trataba de oponer una defensa noble. Pronunció en seguida un sentido discurso que arrancó lágrimas de ternura, pero el populacho lo oir que el rey abdicaba, saqueó las habitaciones exteriores del palacio. Fernando indignado se precipitó con la espada desnuda sobre aquella turba descreída, la dispuso, bajó al puerto y eligiendo los buques que queria llevar consigo, hizo quemar los demas. Entrando luego en el castillo para restablecer el orden á su partida, conjeturó por algunos indicios que la guarnicion, compuesta de quinientos alemanes, había formado el proyecto de venderlo á los franceses; abandonólos todos los muebles y mientras se los repartian huyó por una puerta secreta y se trasladó á la isla de Ischia. El gobernador del fuerte, colocado por él en este puesto, declaró que solo le recibiría con tal de cualquier otro. Fernando aceptó la condicion, y se arrojó al entrar sobre el traidor, á quien derribó á sus pies á la vista de su guarnicion que quedó inmóvil de asombro, y se hizo dueño de la ciudadela.

Carlos, vencedor de todos los obstáculos, ó por mejor decir no habiéndolos experimentado sino muy débiles, fue recibido en Nápoles con pompa y con todas las esterioridades de una grande alegría. Todo el reino siguió con entusiasmo el ejemplo de la capital. Quedaban todavia á Fernando en Nápoles el castillo Nuevo y el del Huevo; el gobernador del primero, abandonado y teniendo por parte de la guarnicion alemana el tratamiento que esta había destinado al rey, se salvó como él, y los alemanes se rindieron sin la menor resistencia. El castillo del Huevo sostuvo algunos ataques; defendiale Federico, tio del rey, el mismo á quien Luis XI había en otro tiempo entregado su sobrina Ana de Saboya y con ella el Rosellon y la Cerdeña. Este príncipe había sido educado en la corte de Luis XI, donde se había granjeado bastantes amigos, por cuyo medio procuró entrar en negociaciones no solo respecto de la suerte de su ciudadela, sino tambien en lo tocante al gran negocio de la posesion del reino. Ofreció en nombre de su sobrino abdicar la corona bajo la condicion de que se le habia de dar el ducado de Calabria y el titulo de primerbaron del reino. Los comisarios del rey ofrecian territorios considerables en Francia mas bien que acceder á una concesion acompañada de un titulo importante en un estado cuyo rey abdicaba la corona; pero Fernando se negó á ello; y el tio y el sobrino se retiraron á Sicilia.

El monarca francés fué coronado en Nápoles en el mes de mayo, con una magnificencia sin límites. En la calalgata de ceremonia ceñía sus sienes una corona de oro, llevaba en la mano derecho un globo, en la izquierda un cetro, y cubriale un soberbio manto de escarlata forrado de armiño. Creyóse hallar en estos atributos una alusion á sus proyectos sobre el imperio de Constantinopla. En efecto, estos proyectos no eran tan quiméricos; en las islas del Archipiélago y entre los griegos del continente se fomentaba una revolucion, que inquietó mucho á Bayaceto cuando tuvo conocimiento de ella por conducto de los venecianos y de Alejandro VI, quien escitaba sin cesar al rey de España á que sostuviese con prontos auxilios la casa de Aragon en el trono de Nápoles.

Mientras de esta suerte se tramaba un proyecto contra los franceses, el rey pasaba el tiempo en dar fiestas, visitando las curiosidades del pais, rodeándose de una corte la espléndida, y los cortesanos franceses trataban á los señores napolitanos unas veces con la frivola verborrosidad peculiar al carácter nacional, y otras con la altanería de orgullosos vencedores; mostrábanse ademas poco escrupulosos en lo relativo á las prácticas religiosas, conducta que disgustaba mucho al pueblo y al clero, y muy poco circunspectos sobre todo con las mujeres, lo que irritaba no poco á unos hom-

bres naturalmente suspicaces y celosos. Los comandantes de las ciudades, los gefes de las guarniciones y sus soldados, á ejemplo de los de la capital, trataban á los habitantes con una franqueza que estos miraban como libertinaje, y de esta suerte se fué apagando insensiblemente el primer entusiasmo en favor de los franceses.

El rey no advertía esta frialdad y estaba harto lejos de temer sus consecuencias, porque imaginaba que una disminución de impuestos le habia cautivado completamente el corazon del pueblo. Puhiera decirse que Comines fué casi el único que alejado del torbellino de los placeres no se dejó arrastrar por una confianza necia. Residia á la sazón en Venecia, á donde habia sido enviado para vigilar al Senado, que hasta entonces habia dado lugar á creer que no se hallaba dispuesto en favor de los franceses. Este embajador vió formarse la tempestad, próxima á estallar; descubiéronle que el Papa, el duque de Milán, los pequeños soberanos y las repúblicas de Italia, y Fernando, rey de España, de cuya neutralidad habia sido precioso el Rosellon, alarmados con la vecindad de los franceses, se armaban por mar y tierra cada cual según sus respectivas fuerzas, pero todos con igual actividad. Comines advirtió á Carlos de esta liga, y pintó el peligro tan grave é inminente, que en el primer Consejo que se celebró con este motivo se resolvió que el rey hiciese venir prontamente poderosos socorros de Francia ó que regresase á ella.

El primer partido no era practicable, porque estos auxilios hubieran sido detenidos á cada paso en el camino y destruidos completamente; abrazóse pues el segundo, pero con las modificaciones que produce casi siempre la incertidumbre. No bastaba todo el ejército francés para combatir al que esperaba al rey en el camino; pero no pudiendo Carlos resolverse á abandonar enteramente su conquista, sin esperanzas de regreso, dejó respetables guarniciones en las ciudades importantes y una gruesa division para defender el territorio á las órdenes de Gilberto de Borbon, conde de Montpensier, y partió únicamente con nueve mil cuatrocientos hombres.

Su marcha hacia Nápoles habia sido una victoria no interrumpida, pero su regreso fué una fuga. El Papa ya fuese por temor, ya por vergüenza de presentarse ante un principe que le habia tratado con tanta indulgencia y cuya ruina tramaba, se ausentó de Roma al pasar Carlos por ella. El rey le devolvió sus ciudades, y el mismo hizo respecto de los principes y de las repúblicas que hubiera podido someter á rescate. Aceleraba su marcha que algunas veces era muy lenta, con el objeto de evitar la reunion de tropas confederadas, cuyo punto de reunion era el pie de los Apeninos. Carlos atravesó en el mes de julio estos peligrosos desfiladeros, cuyo paso era muy difícil á consecuencia del derriumbiento de las nieves. Desconfiábase de poder trasladar la artillería, y muchos proponian ya clavarla al pie de aquellas montañas escarpadas, con riesgo de privar al ejército de su fuerza principal y quizá de su único recurso, cuando los suizos, que deseaban se les permitiese un acto de insubordinacion, se ofrecieron á trasladarla á brazo. Esta abnegacion y la actividad de La Tremouille, que dió con gran inteligencia todas las disposiciones propias para aligerar el trabajo, triunfaron de los obstáculos y salvaron el ejército. Al entrar en las montañas Carlos encontró al ejército enemigo reunido hacia ocho dias, y cuyo encuentro habia evitado si no no hubiera perdido quince en Siena y Pisa. Este ejército ascendia á treinta y cinco mil hombres bien atrincherados y mandados por el marques de Mantua Juan Francisco II de Gonzaga, el cual no era mas que el gefe militar, porque unos comisarios venecianos llamados *provedores* que seguian al ejército, dirigian sus movimientos.

La vista de aquella muchedumbre asombró al pronto á los franceses, pero repuestos de la sorpresa recobraron su valor, y el noble arrojó del monarca reveló la impaciencia de combatir á sus ojos. Los mas prudentes sin embargo deseaban pasar sin cruzar las armas, y á esto se dirigian las conferencias que Comines, habiéndose incorporado al rey, abrió con los *provedores*. El rey pedia únicamente el paso, á lo cual accedian los venecianos, y Luis no se atrevia á oponerse á esta peticion; pero el enviado español y el marques de Gonzaga que se prometian arrollar fácilmente aquel puñado de franceses y coger prisionero al rey, se negaron rotundamente al paso de sus enemigos. No obstante, como las conferencias se prolongaban demasiado para la situacion de los franceses, estos, amenazados del hambre, se pusieron en marcha. El mariscal de Gié mandaba la vanguardia, La Tremouille el centro, donde se hallaba el rey con sus nueve valientes predilectos, todos vestidos como él, para hacer ilusorias las señas dadas por un espía acerca de su persona, y el vizconde de Narbona dirigia la retaguardia. Hallábase en un valle de donde no podian salir sino presentando su derecha al campo de los confederados, situados sobre la colina, de la cual solo se separaba el torrente Taró, que corría por medio del valle y que era vadeable en aquel momento. Así que los aliados vieron á los franceses en movimiento, hicieron

pasar el Taró á la mayor parte de sus tropas y atacaron simultáneamente la cabeza y la cola del ejército. Los bagajes cayeron desde luego en poder del enemigo, y esto fué su perdicion, porque no solo malgastaron el tiempo en saquear los soldados que lo cegaron, sino que otros cuerpos se alejaron de sus respectivos puestos para participar de la presa.

La accion tuvo lugar á poca distancia de Parma, en las inmediaciones de Fornoue, que dió nombre á esta batalla. Carlos combatió en las primeras filas, y se adelantó tanto que algunos soldados enemigos cogieron la brida de su caballo, y con mucho trabajo pudo librarsele de sus manos. Libre de este peligro corrió á otro tal vez mayor: despues de una carga victoriosa todos los que le acompañaban corrieron tras los fugitivos, y uno de los escuadrones enemigos rotó al primer choque se habia reunido y repasaba el campo de batalla. En él halló al rey acompañado solamente de un criado: atacóle, y á pesar de su vigorosa defensa el monarca iba á ser muerto ó hecho prisionero, cuando los suyos le libraron de este segundo peligro.

La batalla duró una hora; los italianos emprendieron la fuga y se refugiaron en su campamento, habiendo sufrido mucha pérdida y muy poca los franceses. Algunos generales querian que se atacase á los fugitivos en sus guaridas, pero prevaleció la opinion mas prudente. Los vencedores estaban fatigados ya de la marcha que habia precedido al combate, ya del combate mismo empenado bajo un sol ardiente en el mes mas caluroso del año. Comines fué enviado á los *provedores* para reanudar las negociaciones, pero todo se limitó á una tregua durante el resto del día y á aplazar otra conferencia para el siguiente. Durante la noche, teniendo Carlos en su ejército los inconvenientes del hambre, se apresuró á partir, lo que ejecutó con tal sigilo que los confederados no tuvieron noticia del hecho hasta muy entrado el siguiente dia. Afortunadamente para los franceses, las nieves derretidas en el Apenino engrosaron repentinamente el Taró, y estaban ya muy lejos cuando el ejército enemigo logró atravesar el torrente. Los franceses marcharon cinco dias por un pais cuya neutralidad era equívoca, acosados y faltos de viveres, y entraron al fin en un estado lastimoso en Asti, de donde habian partido tan brillantes hacia trece ó catorce meses.

En esta poblacion debian hallar al duque de Orleans con refuerzos enviados desde Francia para proteger su regreso; pero este principe, al verse al frente de un regular ejército que podia secundar sus pretensiones al ducado de Milán, habia olvidado el destino de estas tropas, habiéndose apoderado por sorpresa de Novara, desde donde amenazaba á la capital de la Lombardia; el terror que espació en ella fué de escasa duracion, porque pronto quedaron cortadas sus comunicaciones con Asti, y en la imposibilidad de llenar su mision se vio precisado á refugiarse en Novara, donde Luis Sforza le hizo bloquear por treinta mil hombres. El principe y sus tropas perecian de hambre, cuando el rey llegó á las inmediaciones del punto que ocupaba. El ejército de los sitiadores habia engrosado con el de los confederados que habia sido batido en Fornoue; no obstante, el duque de Orleans se hubiera podido escapar, pero solo. Sus propios capitanes se le aconsejaban y le ofrecian los medios al efecto, pero él los rehusó y no quiso abandonar á los valientes que le habian acompañado. Carlos, instruido del apuro que le rodeaba, aunque tenia razon para mostrarse descontento de una empresa que habia comprometido el ejército de una manera tan grave, accedió generosamente á su socorro. Los ejércitos se hallaban frente á frente cuando se entablaron negociaciones. La alta se pidió una tregua; el duque de Orleans recibió desde luego el permiso de salir solo de Novara, y tres dias despues la guarnición, compuesta de cinco mil quinientos hombres casi todos suizos, y entre los cuales no habia sesientos en estado de defenderse, evacuó la plaza. Aunque se cuidó de estos desgraciados proporcionándoles viveres y todas las comodidades posibles para que se trasladasen á Verceil, que solo distaba cinco ó seis leguas, y donde debían rendirse, «murió un número muy considerable así en el camino como en el mismo Verceil; unos por comer demasiado, dice Comines, y otros á consecuencia de enfermedades.»

Los suizos eran el recurso de los ejércitos franceses cuando se trataba de suplir la infantería. Al abandonar precipitadamente el reino de Nápoles el rey les habia enviado un hombre de prestigio entre ellos para que les indujese á enviarse á su encuentro un refuerzo. Pero á pesar de las precauciones que se habian tomado para evitar una gran afluencia, en lugar de los siete ú ocho mil hombres que se esperaban, se vió que ascendian, incluso los pocos que llegaban de Nápoles y los de Novara, á cerca de veinte y dos mil. Llegaron cuando el rey negociaba en Verceil con Luis Sforza, cuya mala fe se habia manifestado ya terminantemente, pero con el cual sin embargo era preciso contemporizar. El duque de Orleans hallaba un medio de evitar estas contemporizaciones empleando á los suizos en apoderarse del Milanesado, que este principe



miraba como su propiedad; habiendo presentado al Consejo esta proposición fué desechada, pues que aunque Carlos al ver los peligros del duque de Orleans había olvidado sus desiertos, no juzgó oportuno exponer su propia vida y todo su ejército para hacer á aquel poderoso y tal vez ingrato. Muy poco reconocido en efecto, el duque se hizo culpable segunda vez intrigando entre los suizos que pidieron á gritos la batalla.

El Consejo celebrado con este motivo fué en extremo borrascoso, y el rey se decidió mas que nunca á seguir las negociaciones. Cuando los suizos supieron que el tratado con Luis Sforza estaba firmado y que no había probabilidades de realizar las esperanzas que les habían sacado de sus montañas, estimulados por los partidarios del duque de Orleans, se amotinaron y pidieron el pago de las cantidades que se les habían prometido, y que sabían no podían serles satisfechas. Los mas arrebatados propusieron apoderarse del rey y los principales señores, llevarles á Suiza como rehenes de lo que se les debía y no soltarles hasta haber recibido un buen rescate. Los mas templados pidieron únicamente tres meses de paga y fué preciso pasar por esta condición. Carlos les dió rehenes con los que partieron y el rey entró en su reino. El tratado de Berceuil concluido con Sforza era muy equívoco, pues bajo la apariencia de ventajosa concedía al rey esperanzas puramente quiméricas al paso que ofrecía las realidades al duque, garantizándole su usurpación.

Entretanto los franceses que habían quedado en el reino de Nápoles peleaban para conservar su posesión. Gilberto de Borbon, conde de Montpensier, segundo de su rama, primo hermano del señor de Beaugen y padre del condestable, tan famoso despues, era su jefe. «Era, dice Comines, buen caballero, valiente, pero de limitados alcances; nunca se levantaba antes del medio día.» Por lo demas, aunque Montpensier hubiese madrugado mucho, no hubiera podido sostener la dominación francesa, pues la revolución fué tan rápida como general. Al partir Carlos VIII, Fernando abandonó la Sicilia y desembarcó en la Calabria, donde en breve formó un ejército y buscó al enemigo, pero la fortuna le fué adversa. Roberto Estuardo de Aubigny, nieto del condestable de Escocia, murió en la batalla de Harring, batió en Seminara al español Gonzalo y al joven principe, y falló poco para que este pereciese llenando todos los deberes de capitán y soldado; este reves no impidió que las principales ciudades se declarasen en su favor.

Los napolitanos le llamaron y recibieron con las mismas aclamaciones de júbilo que habían señalado la entrada de su rival. Montpensier, á quien un ataque falso había hecho salir de la ciudad, no pudo volver á entrar en ella y se encerró en los castillos, esperando los socorros que debían llegarle de Francia; pero la falta de viveres de que no se había procurado abastecer las plazas, no le permitió esperar este socorro, y se vio precisado á capitular y á prometer rendirse si no era socorrido dentro de un mes. Cuando el término de la rendición hubo espirado, aprovechó de la ausencia de la flota que le había bloqueado para embarcarse con toda su guarnición y trasladarse á Salerno; y solo dejó trescientos hombres para la custodia de sus castillos. Fernando reclamó enfáticamente contra esta infracción de su discreción; y amenazó vengarse en los infelices abandonados de lo estipulado, y amenazó desatbar la disolución de esta idea. Al llegar Carlos á Francia se encontró envuelto en una guerra que no debía sorprenderle; á pesar del compromiso aceptado por Fernando el *Católico* al recibir el Rosellon, de no suscepar dificultades á las empresas del rey en Italia, el monarca español había mandado tropas en auxilio de los reyes de su familia. Cuando el de Francia se quejó de ello y reclamó las condiciones del tratado, el embajador español rasgó este tratado y declaró que su señor renunciaba á él. Para asegurar mas su posesión del Rosellon y apoyar á sus parientes de Nápoles, declaró la guerra al rey de Navarra, que se hallaba bajo la protección de la Francia, y penetró en el Languedoc que devastó. Los desvelos que exigía esta guerra imposibilitaron al rey para enviar á Italia los auxilios que había prometido; envió no obstante tres mil hombres á Montpensier con municiones, pero sin dinero.

El ejército del conde, compuesto en gran parte de mercenarios alemanes é italianos, careciendo con frecuencia de viveres y cada día mas desorganizado, se hallaba en el caso de desear una batalla, pero el joven Fernando, evitando una acción general y tomando posiciones ventajosas, persiguió sin cesar á su enemigo y le acosaba muy de cerca. Al fin logró encerrarle en una pequeña población llamada Attella, donde Montpensier se halló reducido ó á morir de hambre, ó á esponsarse a una derrota general. Si trataba de fugarse por los barrancos y desfiladeros que rodeaban esta plaza. Mientras se preparaba esta tentativa, ochocientos infantes acosados por el hambre se pasaron al enemigo. Esta defección desalentó al resto del ejército y obligó al general á capitular, prometiendo otra vez rendirse dentro de un mes, sino llegaba un ejército para librarle, y estipulando ademas que aun en el caso de la rendición le fuese permitido llevar sus soldados á Francia por tierra ó por mar, con armas y

bagajes excepto la artillería. Montpensier se reservaba tres ciudades de rendirse; pero se obligó á enviar en el acto á los gobernadores de las demas plazas la orden de evacuarlas con sus respectivas guarniciones.

Las órdenes fueron remitidas, pero mal ejecutadas, pues como los gobernadores no habían recibido del conde sus empleos, se negaron á obedecerle. Fernando creyó ver en esta conducta una intriga secreta entre el general y los gobernadores. Así pues, cuando Montpensier se rindió por falta de recursos, en lugar de proporcionarle bajetes á sus tropas ó un libre paso por tierra, los amontonó en un islote donde mal alimentados y espuestos á la intemperie, los franceses murieron de enfermedad y de hambre. Entre ellos se hallaban mil trescientos suizos, que resistieron generosamente á los halagos del vencedor para atraerlos á su servicio, y que perecieron casi en su totalidad. Trescientos cincuenta que se habían librado de la epidemia, recibieron al fin permiso para embarcarse, y llegaron á Francia en el estado mas deplorable. El conde de Montpensier era conde del duque de Mantua, general del ejército napolitano, y hubiera podido por la protección del marqués sustraerse al peligro común; sus amigos se lo aconsejaban así, pero él, á imitación del duque de Orleans en Novara, prefirió compartir la suerte de sus desgraciados soldados, y murió en medio de ellos de amargura y contagio.

Los demas capitanes franceses, aunque privados de toda esperanza de regreso, defendieron hasta el último extremo las ciudades y fortalezas que les fueron confiadas. Al rendirse se hicieron conceder los honores de la guerra y el permiso de trasladarse á Francia, como mejor les pareciese; la mayor parte volvió por tierra, atravesando la Italia con banderas desplegadas, y entrando en sus hogares con gloria, aunque tambien con ruina. El joven Fernando no se aprovechó de sus victorias, pues murió sin hijos en medio de sus triunfos. Su tío Federico le sucedió y sometió el resto del reino, que en el espacio de quince meses pasó en totalidad á la dominación de dos señores.

Carlos conservó siempre el deseo de reconquistarlo; hablaba con frecuencia de esto, y mantenía inteligencias con los principes de Italia, cuyos estados podían servirle de nuevo el camino de Nápoles. Hallaba soldados, porque nunca faltan en Francia, pero encontró tambien obstáculos. El duque de Orleans descontento de las condiciones guardadas por el rey á Luis Sforza, contribuyó á suscitadas y acabó de enagenarse el corazon del monarca, que no le encontró bastante afligido por la pérdida de sus dos hijos que acababa de experimentar; pero la mas insuperable de las dificultades era la penuria del erario, que Carlos se propuso llenar, no por medio de la economía, sino como generalmente acontece, por medio de nuevos impuestos. Fue el primero de los reyes de Francia que se propuso obligar al Parlamento á contribuir proporcionalmente con el pueblo y á dar el ejemplo á las demas clases privilegiadas; pero recibió no una negativa directa, sino una objeccion pronunciada por el presidente. El rey manifestó su descontento, y amenazó diciendo establecería un parlamento en Poitiers; esto asustó á los magistrados, á sus dependientes y en general á todos los parisienses que reportaban gran provecho de la estancia forzada de los litigantes en la capital. Gestionaron tanto sobre el particular, que el rey renunció á su proyecto, cuya ejecución hubiera sido muy útil á gran parte del pais.

Parece que Carlos VIII concedía una atencion predilecta á la justicia; fijó en Paris el gran Consejo que hasta entonces habia seguido á todas partes al rey, lo que ocasionaba grandes gastos á los que se hallaban sujetos á este tribunal. Arregló sus atribuciones y les permitió conocer de las causas eclesiásticas en lo temporal, y para lo espiritual estableció que cada diez años se reuniese un concilio nacional. Estas felices disposiciones han hecho creer que en adelante se habria aplicado á los negocios, y que un gobierno discreto habria reparado los males que su pasión desenfrenada por la gloria militar habia causado á la Francia. Pero cuando empezaba á inspirar estas esperanzas, dejó de existir en Amboise, á la edad de veinte y ocho años, de resultas de un fuerte golpe que recibió en la cabeza, al tropezar en la puerta de una galería baja. Era pequeño y mal configurado, pues su cuerpo delgado terminaba en una cabeza voluminosa, y las facciones de su fisonomía formaban un conjunto poco agradable. No obstante, Ana de Bretaña que se habia casado con él, le amó con verdadera ternura, y en siete años de matrimonio le dió cuatro hijos que murieron antes que el padre.

Carlos habia sido mal educado, pues apenas sabia leer y escribir, pero en poco tiempo adquirió aficion á los libros; hacia le tradujeron los buenos autores; acogia, apreciaba y estimulaba á los sabios. Era afable, cortés y su benevolencia hacia olvidar su exterior, poco favorecido por la naturaleza. Nunca prorumpió en una palabra ofensiva; por lo cual era extraordinariamente amado de todos los que le rodeaban. Dos de sus oficiales murieron de dolor asistiendo á sus exequias. Dedóse con ardor á los ejercicios corporales, pero su de-

bil complexión y mezquina estatura le impidieron sobresalir en ellos. Por lo demás conservó siempre aquel desenfadado deseo de gloria, al que sacrificó la fidelidad de sus vasallos, y que sin la conducta tímida y desacertada de los confederados en Fornoue, hubiera podido costarle la corona y hasta la vida.



Luis XI pidiendo su curación á San Francisco de Paul.

## RAMA DE VALOIS.

### Dinastía de Orleans.

LUIS XII, DENOMINADO EL PADRE DEL PUEBLO.

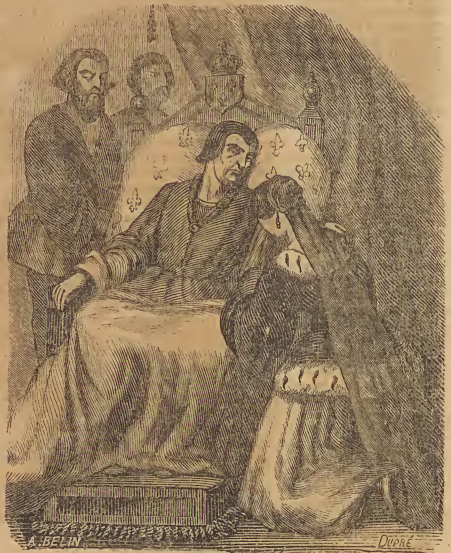
*De edad de 56 años.*

Luis XII, hijo de Carlos, duque de Orleans y de Maria de Cleves, era nieto de Luis, duque de Orleans, hermano de Carlos, asesinado por el duque de Borgoña, y de Valentina Visconti, reconocida en su contrato matrimonial heredera del ducado de Milan, en el caso en que sus dos hermanos no dejasen sucesión masculina. Luis tenía treinta y seis años cuando subió al trono, y su consagración celebrada en Reims no tuvo mucho brillo. Hemos visto que había recibido grandes agravios en el anterior reinado, pero los hizo olvidar, perdonando generosamente á los que se los habían inferido. «No pertenece, dijo, al rey de Francia vengar las injurias hechas al duque de Orleans.» Los enemigos de La Tremouille, que había usado tanto rigor despues de la batalla de San-Aubin, creyeron que les sería fácil perderle, recordando al nuevo rey el suplicio de sus desgraciados cómplices; pero él respondió: «Si La Tremouille ha ser-

vido bien á su rey contra mí, me servirá con el mismo celo contra todos los que intenten perturbar la tranquilidad del Estado.»

Luis no se mostró ni muy triste ni muy contento á la muerte de un príncipe amigo suyo, pero que le dejaba una corona. Mandó hacerle á sus espaldas magníficas exequias, recompensó noblemente á sus servidores, y confirmó en sus puestos á los magistrados que le habían sido contrarios de buena fe y por el bien público. El príncipe de Orange, antes amigo suyo, y el duque de Lorena, su antiguo partidario, se hallaban á la sazón enemistados con él por asuntos de intereses; persuadidos no obstante de su equidad, no titubaron en tomarle por árbitro en sus pretensiones contra la corona, refiriéndose absolutamente á su juicio. El señor y la señora de Beaungen debieron congratularse también por el interés que tomó en el establecimiento de la famosa Snsana de Borbon, su hija única, de la cual les había impedido ocuparse la precipitada muerte de Carlos VIII. Luis, aunque con moderación, lizo también mercedes á los señores adictos anteriormente á su fortuna, y su reserva en esta y otras circunstancias en que no se mostró tan generoso cual los cortesanos deseaban, le ha tildado de parco.

Uno de sus primeros cuidados fué componer su consejo. Los que llamó á él estaban dotados de un mérito reconocido y de una capacidad que había sido experimentada en algunos por la mala fortuna. Tal era Luis Mallet, señor de Graville y almirante de Francia, á quien su franqueza en desaprobar la guerra de Italia había ocasionado la postergación en el anterior reinado. Confirmó en su cargo el cauci-



Muerte de Luis XI.

ller Guido de Rochefort, magistrado dotado de vasto talento y hermano del famoso Guillermo que había desempeñado tan honoríficamente el mismo empleo; conñó la hacienda á Florimundo Robertet, muy hábil en este ramo; y se sirvió para la política, de Esteban Pouchet, obispo de Paris, buen canonista y sagaz negociador. Al frente de estos hombres recomendables y de algunos otros menos

conocidos, pero dotados de un mérito particular, colocó al célebre Jorge de Amboise.

Este prelado era el penúltimo de los nueve hijos de Berry de Amboise y de Ana de Beuil: todos se distinguieron en las armas, en la administración y en la Iglesia. Jorge se adquirió siendo obispo de Montauban al duque de Orleans, participó de sus desgracias, sufrió por su causa una larga prisión y continuó haciéndole grandes servicios después de su libertad. El rey al subir al trono le procuró el capelo y le nombró primer ministro; y tenía tal confianza en él, que en las circunstancias críticas su constatación ordinaria a las dificultades que se le presentaban era: *Dejad obrar á Jorge, y quedaba tranquilo*. Esta seguridad fué funesta mas una vez.

Luis XII dispuso á la joven viuda de Carlos VIII las mas delicadas atenciones; hizola llevar los primeros consuelos por dos señores

muy leales á su esposo, y cuando su primer dolor se hubo calmado se presentó Luis, y sus dulces insinuaciones alejaron insensiblemente las sombras fúnebres de que estaba rodeada, é hicieron brillar á sus ojos las esperanzas de una felicidad amorosa que el príncipe y ella habían sacrificado en otro tiempo á la dura ley de la política. Ana volvió á Bretaña, pero al partir dió al rey su palabra de casarse con él si lograba anular legalmente los vínculos que le unían á Juana de Francia, hija de Luis XI.

Las cualidades morales suplan ventajosamente en esta princesa la falta de hermosura; amaba apasionadamente á su marido á pesar de la ingratitude con que éste se condujo con ella mas de una vez; pero cuando se trató de divorcio, Juana tímida hasta entonces, se armó de valor y sostuvo sus derechos con firmeza. El tribunal que debía conocer de este negocio, se reunió primero en Tours, y se compuso de Luis de Amboise, obispo de Albi y hermano de Jorge de Luxemburgo, cardenal y obispo de Mans, y de Fernando, obispo de Ceuta, nuncio del Papa en la corte de Francia, nombrados comisarios por Alejandro VI, quienes se asociaron á tres eclesiásticos de segundo orden, mas inteligentes que ellos en las prácticas judiciales.

Cuatro fueron las razones que el procurador del rey alegó para conseguir el divorcio de Luis y Juana, á saber: el parentesco, la afinidad dentro de grados prohibidos, la violencia por parte de Luis XI, y ciertos vicios corporales que hacían á la princesa inhábil para los fines del matrimonio. A las dos primeras razones opuso Juana las dispensas que se habían obtenido, y á la tercera y cuarta, que si había habido violencia, la conducta de su marido después de 18 años de casadas toda sospecha en este punto, pues durante este tiempo no la había negado ninguno de los títulos dchidos á su categoría, se complacía en tributarla los honores de esposa, y había obtenido todos

los derechos de tal. «Sé bien, añadió, que no soy tan hermosa ni tan bien formada como otras muchas, pero no por ello me creo menos adecuada á los fines del matrimonio, ni mas incapaz de tener sucesion.»

El historiador Garnier, continuador de Velly, pinta érgicamente la congoja de los dos personajes durante el curso del negocio, haciendo ver hasta qué punto era desgarrante para el corazón de Juana el verse maltratada ante un tribunal por un esposo cuyo odio no merecia, y á quien había tendido en sus infortunios una mano protectora. El historiador pinta ademas hasta qué punto quedaron lastimadas en este vergonzoso negocio la majestad del trono y la santidad del tálamo nupcial; y cree por lo demas, que si Luis XII al incoar este negocio hubiese previsto todos sus resultados, no lo habría emprendido; pero es dudoso

que la compasion hubiese triunfado en su corazón del amor y la política.

Para poner fin á estas escenas escandalosas que la incertidumbre del juicio prolongaba, Juana compuso una memoria ó interrogatorio sobre todo lo mas secreto que habia ocurrido entre ella y su marido, y accedió á que el negocio fuese fallado con arreglo á las respuestas del rey sin ulteriores debates. El monarca titubeó en someterse á este interrogatorio, pues conocia que sólo podia salir victorioso valiéndose de subterfugios y mentiras; y es probable que así lo hiciese, puesto que los jueces, libres de todo escrúpulo por el consentimiento anticipado de la reina, declararon la nulidad del matrimonio, y en virtud de la autoridad apostólica de que estaban revestidos, dieron al rey permiso para casarse con otra. El monarca cedió á la reina destronada el Berry y otros muchos dominios, y la infeliz esposa se retiró á Bourges, donde creó una orden muy austera de religiosas, llamadas las *Amancradas*, cuya regla seguía aunque sin tomar el hábito. La piadosa princesa sobrevivió seis años á su desgracia, si este nombre merece la



La Tremouille haciendo dar la muerte á los cómplices del duque de Orleans.

perdida de las grandezas, de que indemniza la tranquilidad de una vida irreprochable y sin remordimientos.

La irreprochable que la destronó halló numerosos censores: la opinion mas general en la universidad que contaba entonces veinte y cinco mil estudiantes, casi todos de mayor edad, se mostró contraria al fallo de los comisarios. Muchos predicadores y doctores fueron presos ó desterrados por hablar ó escribir con demasiada libertad. Todo estaba preparado para el matrimonio aun antes de la decision: la dispensa de parentesco espedita por Alejandro VI fué llevada por su hijo César Borja. Este hombre tan célebre en crímenes como su padre, acababa de dejar el birrete de cardenal después de haber hecho envenenar al duque de Gandia, su hermano mayor, y se había entregado á la carrera de las armas, prometiéndose de

ellas mas riquezas que del estado eclesiástico. Habia obtenido ya de Federico rey de Nápoles, tierras titulares en este reino, aunque insuficientes á sus deseos, y se declaró por la Francia, de la que se proponia un tratamiento mas ventajoso. Las circunstancias eran favorables, pues el rey necesitaba del Papa para su divorcio; por lo cual dió el ducado de Valence á César, que tomó el título de duque de Valentinois. Este figuró de mala manera en la boda, aunque portador del documento esencial, y para sacar mas partido no entregó la bula sino despues de las daciones que creyó necesarias para la realización de sus miras interesadas. El nuncio, obispo de Ceuta, descubrió la astucia y murió envenenado algunas semanas despues.

Rotos los primeros lazos, Luis se trasladó á Nantes, donde la duquesa fué á reunirse á él, acompañada de la primera nobleza de Bretaña. Su contrato con Luis distó mucho de parecerse al que habia tenido lugar en su matrimonio con Carlos; en el primero dice el historiador Garnier, un conquistador y un soberano se unia á su vasalla y le dictaba leyes imperiosas; en este, una reina abandonaba su mano á su amante Ana se reservó durante su vida el goce pleno de su ducado; estipuló que despues de su muerte, su segundo hijo varon, y á falta de varones sus hijas por el orden de primogenitura, heredarían el ducado con todos los derechos anteriormente anejos á él, y que si solo nacia un hijo del nuevo matrimonio, la misma cláusula de reversion al segundo se cumpliría respecto de sus descendientes, que gozaría personalmente de todas las rentas de su ducado, y no por medio de la vicinidad que se le señalaba actualmente, sino tambien de la que Carlos VIII la habia asignado; y por último, que si moria sin hijos, el rey no conservaría sino durante su vida el ducado, que debía volver en seguida á los parientes de la reina.

Despues de estas cláusulas para la sucesion, hubo algunas particulares por separado para el gobierno de la provincia. Según ellas, el rey no podia innovar nada ni desnaturalizar los cargos, ni destituir á los que los desempeñaban; y en caso de quedar vacantes por muerte ó por otra causa, la reina debía nombrarlos por pleno derecho, por medio de cartas espeditas en su cancelleria de Bretaña. Ningun impuesto ni subsidio podría ser exigido sin consentimiento de los Estados reunidos, y su voto debia tambien ser necesario para sacar tropas de Bretaña. Los cargos y beneficios no podrian ser conferidos sino á bretones, á no ser que la reina quisiese agradecer á otras personas por consideraciones particulares. En los actos concernientes á la provincia, el rey podria titularse duque de Bretaña, y la moneda se acuñaria en su nombre á la par del de la reina.

Ana fué coronada segunda vez en San Dionisio. Esta ceremonia así como la del matrimonio, fué acompañada y seguida de fiestas magnificas; el pueblo mostró mucha alegría, á la cual no contribuyeron poco la disminucion de una parte de los impuestos, la promesa de una reduccion mas considerable cuando las circunstancias lo permitieran, y la exencion total de otros gravámenes. Despues, Luis XII con los mas notables del reino se ocupó de la formacion de reglamentos que llevan el sello del bien público. Empezó por las tropas, cuyo sueldo aseguró para que no tuviesen pretexto en lo sucesivo de entregarse á exacciones que miraban como uno de sus mas preciosos privilegios; adoptáronse medidas para que los habitantes de las ciudades que guardasen, así como los de los campos donde se establecian cantonamientos, pudiesen obtener justicia de sus vejanças. Habíase temido que por el rigor de la disciplina disgustase el servicio á la nobleza, que consideraba, y se alistó con esta intención; pero al verse con un sueldo seguro, se alistó con mas placer todavía bajo unas banderas que ya no tendria que llevar contra sus propios vasallos para arrancarles la subsistencia del soldado. Como se habia tenido la precaucion de publicar que solo se conservaria en el mando á los oficiales de reconocida honradez, los capitanes elegidos, satisfechos con la confianza que les colocaba á la cabeza de las compañías, no recusaron hacerse responsables de los desórdenes, porque ya no hallaban dificultades en reprimirlos.

El reglamento de Luis XII sobre la policia interior del reino es célebre. Empieza, como el relativo á lo militar, marcando sueldos á los magistrados, para que no cedan, dice el rey, á la corrupcion. La pragmática-sanccion quedó señalada en él como base para las elecciones de los beneficios eclesiásticos con precauciones propias para alejar las agencias, los donativos, las promesas y otros medios de simonia. La entrada en la magistratura, especie de sacerdocio, quedó tambien sometida á las leyes condecoradas para evitar los contratos clandestinos entre el cesionario y el aspirante á su plaza. Tambien dictó providencias adecuadas para la reforma de las costumbres, á cuyo efecto estableció en el Parlamento un tribunal de censura. Es sensible que los reglamentos de este monarca para reprimir los abusos, socaías y fraudulentos arditos de los empleados de la curia, no le hubieran producido mejor resultado que á los reyes sus predecesores.

Ademas de lo acertado de los reglamentos que dió á Luis XII un puesto entre los legisladores, adviértese en el testo misma una rectitud de miras y un lenguaje paternal, que tal vez contribuyó

mas que sus otras cualidades y virtudes á darle el nombre de *Padre del pueblo*. ¡Dichoso el si se hubiera contentado con esta gloria, y no se hubiese dejado arrastrar como Carlos VIII, de la ambicion de conquistar el reino de Nápoles, que el último príncipe de la casa de Anjou habia cedido á los reyes de Francia! Presente funesto que su mal entendido honor y el espíritu caballeresco de su siglo le constituian en el deber de reclamar. Luis XII unió á él el deseo de hacerse restituir como heredero de Valentina Visconti, su abuela, el ducado de Milan, usurpado por los Sforzias y poseído entonces por Luis el Moro, que habia casado con la sobrina de Federico, rey de Nápoles.

Sforzia previó la tempestad que le amenazaba, y recurrió á todos los medios para alejarla, rodeándose de auxiliares; sondeó á Alejandro VI, pero le halló fascinado por las mercedes que el rey de Francia habia hecho al duque de Valentinois. En vano se dirigió á los venecianos, pues los negociadores franceses los habian atraído á su causa, prometiéndoles un aumento de territorio despues de la conquista del Milanesado. Todos los demas príncipes y repúblicas de Italia, arrastrados por estas dos grandes potencias, no se atrevieron á prometer á Sforzia ni siquiera su neutralidad. El rey de Nápoles igualmente amenazado, hubiera podido hacer causa comun con él; pero este monarca no imaginaba que pudiera verse reducido á la dura estreñidad de unir sus banderas contra los franceses á los del pérfido envenenador del esposo de su sobrina. Así Luis el Moro no se atrevia á lisonjearse con la idea de un socorro, ni próximo ni eficaz; habia visto con satisfaccion que el emperador Maximiliano, contando al parecer con las dificultades ordinarias al principio de un reinado, declarara bruscamente la guerra á Luis XII; pero este ataque no habia producido resultado alguno, porque el archiduque Felipe su hijo, duque de Borgoña y soberano de los Países Bajos, no habia querido tomar parte en la contienda de su padre, y por el contrario habia homenaje de sus estados con todas las demostraciones de suision que le fueron exigidas. Quedaba á Sforzia alguna esperanza por parte de la Inglaterra, dispuesta siempre á armarse contra la Francia; pero Luis XII detuvo la animosidad de Enrique VII, asegurándole la pension de cincuenta mil escudos estipulada en el tratado de Etmampes, añadiendo dádvas de consideracion á los de su consejo. Por último, la Francia acababa de renovar solememente sus antiguos tratados con los suizos, y habia ademas pagado á los cantones los plazos aun no vencidos, medio muy oportuno para asegurar la fidelidad de la nacion. No obstante, muchos cuerpos independientes, atraídos por el celo de un sueldo mas considerable, se filiaron bajo las banderas de Luis el Moro, y fueron su único recurso, pero recurso perdido y mas funesto para él que el mismo abandono.

Las crecidas sumas entregadas á la Inglaterra, y á los suizos, y las que se distribuyeron tambien en las cortes de los pequeños príncipes de Italia y las repúblicas de Génova, Venecia, Florencia y Pisa, para atraer partidarios, habian dejado exhausto el erario antes de empezarse la guerra. Entre los medios que fueron presentados para llenarlo, Luis XII prefirió el de vender los cargos de la Hacienda, y recibir de los que contrataban y adquirian, diferentes anticipos, para cuyo reintegro se destinaron los productos de ciertos impuestos. Dicese que empleó con repugnancia este expediente, que era un verdadero empréstito, un impuesto disfrazado, y que conociendo todo su peligro se esforzó por reembolsar dichos anticipos.

Merced á estos auxilios, Luis levantó un ejército que penetró impetuosamente en el Milanesado en tres divisiones que avanzaron con rapidez. Algunas poblaciones de escasa importancia que opusieron resistencia fueron tomadas por asalto, saqueadas é incendiadas para aterrar á las demas; así como todas anticiparon al ataque, y enviaron espontáneamente sus llaves á los generales franceses. Luis el Moro en este desastre general, confió su familia y la mayor parte de sus tesoros al emperador Maximiliano. El desventurado huia no sabiendo de quién farse, abandonado por unos y vendido por otros; durante algunos momentos esperó hallar recursos en la compasion del pueblo de Milan, á cuyo efecto convocó los principales habitantes y les dirigió un patético discurso que fué á menudo interrumpido por sus sollozos. El falso penitente confesó sus faltas, pero no sus crímenes, que trató de escusar y de hacerlos perdonar en recompensa, segun decía, de los servicios que habia prestado; prodigó promesas, y por última tentativa mandó publicar la supresion de una parte de sus impuestos. Pero por la manera con que fueron recibidos sus ofrecimientos y dones, lejos de esperar ser socorrido, temió ser entregado y apeló á la fuga. No bien hablo abandonado la ciudad, la ciudadela muy fuerte por sí misma y provista de una buena guarnicion, de víveres y de municiones, se rindió, ó por mejor decir fué vendida por el gobernador.

Luis XII que habia ido á Lion para velar mas de cerca la expedicion, al saber sus victorias pasó inmediatamente los Alpes, é hizo una entrada triunfal en Milan, donde recibió el juramento de fide-

lidad de sus nuevos vasallos. A fin de atraérselos mas los descargó de casi todos los impuestos, olvidando que las conquisas no se conservan sin tropas, ni las tropas sin tributos. Dividió el ducado en cantones, y para los cuales nombró capitanes. Juan Santiago Tribulce, señor milanés, enemigo personal de Luis el Moro, y que había contribuido mucho á la conquista, recibió el título de gobernador. Luis, despues de haber tomado las medidas que creyó necesarias, tanto para hacerse señor de la ciudad, como para someter, cuanto para asegurar la posesion de ella, regresó á Francia.

Tal vez si hubiera permanecido buelica dado un fin próspero á una empresa tan felizmente comenzada; pero la partida del rey cambió el aspecto de las cosas. Los aliados no pudieron ver sin zozobra á su lado á un monarca superior á ellos en fuerza y en majestad, en lugar de un duque de Milán que era su igual. Comunicáronse los motivos de temor y sus elementos de insurreccion, y se mostraron decididos, unos á chocar y otros á guardar una neutralidad aparente á pesar de los tratados que les prescribían obrar de concierto con el rey de Francia; á su frente se hallaban los venecianos. Por otra parte, la disciplina se relajó entre los soldados, quienes se tornaron exigentes y rapaces, mientras que sus oficiales, religiosos y galantes, imitando inconsideradamente á los conquistadores de Nápoles en tiempo de Carlos VIII, provocaron la rivalidad y el odio de los italianos. De estas causas reunidas brotó una fermentacion sorda que hizo concebir esperanzas á Luis el Moro.

Este vagaba por todas partes buscando socorro. Maximiliano le proporcionó abiertamente tropas, y Felipe su hijo le permitía llevarlas secretamente en sus estados de Flandes. Los capitanes italianos que se vendían á los reyes como mejor les pagaban, corrieron en tropel al sonido del dinero. Los suizos, como hemos dicho, no fueron indiferentes á esta guerra de licitacion, y se alistaron bajo sus banderas en número casi igual al de sus compatriotas que combatian en favor de los franceses. Así Luis el Moro llegó á reunir un ejército de cerca de treinta mil hombres, y volvió á entrar en su ducado á instancias de los mismos que le habían abandonado ó vendido.

Las tropas francesas se hallaban entonces diseminadas, y para colmo de desgracia la division reinaba entre sus generales. Tribulce queria que se eligiese un punto ventajoso en que pudiera verificarse una reunion; el conde de Ligny deseaba obrar contra el enemigo, y no pudiendo atraer á los otros generales á su opinion, intentó marchar solo. Tribulce dejó por él á merced de los milaneses, se vió situado en la casa de la ciudad, adonde se había trasladado con escasa escolta. La resolusion de unos sesenta valientes y su propio valor le libraron de la muchedumbre, y le permitieron ganar la ciudadella. Poco despues llegó á ella el conde de Ligny, que no había podido oponerse ni á la marcha de Luis el Moro, ni á la revolucion que se verificaba en su favor en otro punto de la provincia por donde pasaba. Los dos generales se retiraron entonces á Montoro, ciudad fuerte situada mas allá del Tesino, detras de los formidables atrinchamientos que Tribulce había hecho levantar, para poder esperar con regularidad los socorros que se le preparaban en Francia.

La principal atencion de Luis el Moro se dirigía sobre estos prometidos auxilios; para interceptarlos se dirigió á Novara, por donde debían llegar; sitió la ciudad y la tomó. La Tremouille encargado de conducir el refuerzo, se situó de una manera á propósito para cortarle la retirada á Luis el Moro, á quien estrechó en la ciudad entre la ciudadella y su ejército. Durante el sitio, los suizos de ambos ejércitos se visitaban, y en sus conversaciones reconocian que el servicio de Francia como el mas lucrativo, era el mas ventajoso, por lo cual empezaron á titubear en la fidelidad jurada al duque de Milán. Este, asediado ademas por el hambre, no imaginó otro medio para salir del conflicto que él aventurar una batalla. Cuando los dos ejércitos se hallaron frente á frente, casi todos los suizos le abandonaron bajo pretexto de no querer batirse contra sus hermanos y volvieron á la ciudad. El resto del ejército asombrado á la vista de esta desercion, se vió precisado á retirarse. Luis el Moro se encontró rodeado de mercenarios que murmuraban, amenzaban y negociaban abiertamente con los franceses, y al fin capitularon sin él. Conjuróles al momento que no le entregasen al enemigo; pero todo lo que pudo obtener fue que él, sus hermanos y otras personas notables de su corte, pudieran confundirse entre las tropas que salieran, á fin de burlar por tal medio la vigilancia de los sitiadores. El ejército sometido desfiló por entre dos filas de franceses. Luis se había unido disfrazado de fraile franciscano á un batallon suizo, al cual seguia como limosnero y montado en una escudilla cabalgadura; y ya fuera que le descubrieron con algun ademan, ó que estaban bien alerta los franceses, fué reconocido y preso con sus hermanos y todos los señores de su comitiva, quienes fueron enviados á Francia y distribuidos en diferentes prisiones. Luis fué conducido á Pierre-Encise, y luego trasladado al castillo de Chinon, donde permaneció hasta el fin de su vida, que duró todavía diez años. Los suizos á quienes Luis XII debía sus triunfos, pretendieron que se les pagara mayor

cantidad de la convenida ordinariamente; y esto escitó un motin cuyas consecuencias se temieron por algun tiempo, habiendo sido preciso transigir con ellos. Al volver á sus cantones, se posesionaron de Bellinzona, primera ciudad que se había declarado por Luis el Moro, y que por temor al resentimiento del rey abrió sus puertas á los suizos.

No bien se hubo divulgado el infortunio de Luis el Moro, sus banderas fueron quitadas en todas las ciudades del Milanesado y tremoladas de nuevo las de Francia. Todos rivalizaban en dar las primeras pruebas de sumision y en inventar las mejores excusas para sustraerse á la venganza del vencedor irritado. Unos pretendian que á pesar de su infidelidad aparente, habían guardado siempre en el fondo de su corazon una inalterable fidelidad á la Francia: otros citaban en prueba de esta lealtad las demostraciones de amistad que habían dado á los franceses á presencia de los mismos que los maltrataban: todos por último aseguraban que solo habían cedido á la violencia de su antiguo duque. Los habitantes de Milán hacian valer todas estas razones reunidas, y esperaban con viva inquietud cual sería su suerte. Luis XII envió al cardenal de Amboise, su primer ministro, para que apreciase el delito y las excusas. Distante por su carácter y su estado de las medidas de rigor, procuró equilibrar en la balanza de las isarcaridades por una parte la ofensa y por otra el oro del tirador. Este venia casi siempre. No hubo otro castigo que se le impusiera, sino que se le dejaron en la provincia reconquistada.

A fin de tenerlas en accion y preservarlas de los vicios que regularmente engendra la ociosidad de las guarniciones y campamentos, el rey alquiló una parte de ellas á los florentinos. En la guerra que acababa de terminar, Pisa había guardado una neutralidad que había disgustado mucho á Luis XII. Los habitantes de Florencia por el contrario, bien comprados y pagados, se habían declarado paladinamente por la Francia. Estas republicas eran hacia mucho tiempo enemigas irreconciliables. Florencia, viendo á su puerta á los franceses ociosos, aprovechó aquella coyuntura para subyugar definitivamente á su rival. Sus magistrados ofrecieron para atraerse estos auxilios una suma mucho mas considerable que la que habían recibido para mostrarse franceses. El rey no desprecio este medio de hacer ingresar dinero en sus arcas. Prestó á los florentinos sesientas lanzas, tres mil quinientos suizos é igual número de gascones. Los florentinos, persuadidos de que harían el terror que inspiraban estas fuerzas para someter á los pisanos, no quisieron para su general á Ivo de Beaumont, sino á Lingo de Beaumont, hombre probo y exacto, pero duro é inflexible, que juzgaron mucho mas propio para servir de instrumento á su rencor.

Beaumont, despues de haber empleado un mes en sojuzgar segun las instrucciones que había recibido, á los pequeños principes que se habían mostrado favorables á Luis el Moro, accedió á las representaciones de los florentinos que pagaban su infantería y se quejaban de que se dejaba á los pisanos el tiempo necesario para fortificarse. Al llegar delante de Pisa cavió á Jeannot de Arbouville y á Hector de Montarnat, dos de sus principales capitanes, á intimar en nombre del rey á los habitantes para que aceptasen de nuevo el yugo de sus antiguos señores. Los magistrados recibieron á los enviados con gran ceremonia y los acompañaron á la casa de la ciudad. Allí pusieron de manifiesto el retrato de Carlos VIII, colocado con honor debajo de un dosel y rodeado de los emblemas del reconocimiento público hácia un príncipe que los había (segun decian) libertado de la dominacion tiránica de los florentinos. «Iba á la hemos á los franceses la libertad, don mucho tiempo de esa pueblo generoso. Nuestra ciudad ha sido en otro tiempo parte del ducado de Milán, y por consiguiente pertenecemos á la Francia. Dignese el rey recibirnos en el número de sus vasallos, que nos imponga las mas severas condiciones y las sufrimemos, pero que no nos abandone á los malos rapaces y á tiranos despiadados como los florentinos, nuestras implacables enemigos. Si no podemos obtener este favor, que nos conceda un asilo en su territorio. Preferimos el destierro y la pobreza á los horrores de la esclavitud que nos esperan en nuestra patria.»

Mientras que los capitanes ya conmovidos hacian no obstante esfuerzos para persuadirlos á que se sometiesen, prometiéndoles trabajar en atenuar su suerte, las puertas de la sala se abrieron. Quientas jóvenes vestidas de blanco y con la cabellera suelta se precipitaron en la sala, conducidas por damas de edad madura; arrojáronse acto continuo á los pies de los dos enviados, recordándoles el juramento que habían hecho al recibir la órden de caballería, de ser defensores de las damas y doncellas y de no abandonarlas á la brutalidad de sus enemigos. Arbouville y Montarnat bajaron sus ojos llenos de turbacion, y hacian esfuerzos para retirarse, cuando la caterva femenil los rodeó y contó ante una imagen de la Virgen, y allí cantaron *tan melancólicamente y con*

voz tan lastimera que arrancaron lágrimas copiosas á los capitanes. Estos salieron de la ciudad cargados de presentes y contaron en el campamento lo que habían visto y oído.

Era muy difícil á los franceses atacar á un pueblo que les oponía tales armas, y así los principales jefes del ejército opinaban por diferir el ataque hasta recibir nuevas órdenes del rey. Sorlo á sus instancias el inflexible Beaumont, tomó posiciones y atacó la ciudad, pero á pesar de él se establecieron relaciones entre los sitiados y los sitiadores. Todos los soldados franceses que se presentaban de noche ó de día eran bien recibidos, tratados y regalados. Se les cargaba de vino y de víveres para sus camaradas del campamento, y ellos á su vez dejaban pasar todos los convoyes para la ciudad. Lo mismo sucedió cuando empezó el ataque: los pisanos señalaban á los franceses los parages sobre los cuales debían hacer fuego sus cañones para que se alcjasen, y ellos por su parte en los ataques poco mortíferos que se dieron solo se presentaron para cubrir el expediente. Por último, los soldados mal vigilados por sus oficiales particulares, se desbandaron, y la deserción fué tal que Beaumont se vió precisado á retirarse de noche con su artillería, dejando sus enfermos y algunos heridos á discreción de los sitiados. Los abandonados, teniendo entonces verse maltratados, prorumpían en gritos viendo alejarse á sus camaradas. Los pisanos, atraídos por sus gemidos, salieron con antorchas, condujeron aquellos desgraciados á la ciudad y después de haber cuidado del restablecimiento de su salud, les dieron dinero para que regresasen á Milan. Los florentinos se quejaron de la conducta de las tropas francesas, las cuales les prometieron ayudarles mejor otra vez. Aprestábanse nuevamente á la lucha, pero los disturbios que se suscitaron en su propia república les hicieron olvidar su proyecto.

Después de esta expedición dirigida por el interés, las tropas francesas fueron empleadas en otra exigida por la política. Debemos recordar que para alejar los obstáculos que Alejandro VI hubiera podido oponer al divorcio de Juana de Francia, y á su matrimonio con Ana de Bretaña, Luis XII llenó de favores á César Borja, hijo del Pontífice, y al hijo del duque de Valentinois. En los momentos en que meditaba la conquista del reino de Nápoles de que el Papa se decía soberano y con derecho á dar la investidura de él, creyó importante cautivar la buena voluntad del Pontífice, enviando á Jorge de Amboise, su primer ministro, á negociar en la corte de Roma. La pasión dominante de Alejandro era aumentar el poder de su hijo querido, por lo cual el cardenal le atacó por este flanco, prometiéndole facilitar á César la conquista de muchos pequeños estados soberanos que el sobrino había yá intentado inútilmente atraerse por medio de la seducción, no sintiéndose bastante fuerte para reducirlos. Cuando tuvo las tropas francesas á su disposición, aquellos príncipes desprovistos, en lugar de defenderse como habían hecho hasta entonces, establecieron con sus perseguidores transacciones desventajosas y dieron la mayor parte de sus soberanías por medio de pensiones; tal fué la suerte de Juan Storcía en Pesaro y de los Malatesta en Rimini.

Los habitantes de Fienza fueron los únicos que se atrevieron á defenderse contra él. Después de haberle rechazado muchas veces, sitiados de nuevo y próximos á verse forzados, convinieron en rendirse bajo la condición de que se les concediese una amplia amnistía, la conservación de sus privilegios, que se asegurara á su joven príncipe Astor Manfredi el goce de sus bienes matrimoniales, y que pudiera retirarse á donde quisiese. César ejecutó fielmente la parte de la capitulación que se refería á los habitantes. Por lo que toca al joven Manfredi, después de mil ultrajes que tuvo que sufrir tanto de César como del Papa, al cual fué enviado, se concluyó por quitarle la vida. Borja, cada vez mas codicioso á medida que alcanzaba mas victorias, dirigió bien pronto contra los aliados de la Francia las tropas mismas que recibió de ella, y se vió á los Bentivoglio de Bolonia tratar con él de su principado mas bien que de esperar los efectos tal vez tardíos de la protección del monarca. Los florentinos amenazados recibieron recursos, y felizmente para ellos un ejército francés que desembarcaba en Italia para conquistar á Nápoles, llegó bastante á tiempo para salvarlos por la orden que se dió á César de incorporarse á él.

Es lastimoso ver á Luis XII y á sus ministros, recomendables por la templanza de su carácter y por sus costumbres puras, en trata con tales malvados. En sus conferencias con el Papa, Jorge obtuvo el título de legado á esta dignidad, es decir, el representar la persona misma del Papa, y con este nombre autoridad todas las dispensas y gracias para las cuales hubiera sido preciso recurrir á la interesada benevolencia del Santo Padre: este debía perder durante diez y ocho meses los productos de tales gracias, pero encontró su indemnización en las tropas que fueron concedidas á su hijo. Provisto el nuevo legado del poder secular, hizo uso de este con el eclesiástico que acababa de adquirir, para realizar la reforma de los religiosos, que no se verificó sin traba-

jo. Principiose por la reducción de su número solo. El convento de los jacobinos de Paris contenía cuatrocientos pensionados por las provincias para seguir sus estudios en la Universidad. Los franciscanos no contaban muchos menos. San German de los Prados, San Martin de los Campos y otras comunidades contenían un número escaso. Parece, atendidas las quejas de los religiosos cuando se los propuso una reforma, que para atraer á la multitud á los claustros, no se mostrara á los prosélitos y á los novicios la regla en todo su rigor. Porque decían estos, si hubiésemos sabido que se nos obligaba á tan estrecha regla, no nos hubiéramos obligado á ella. Los jacobinos rehusaron escuchar á los dos obispos comisarios que les fueron enviados: se defendieron contra las tropas encargadas de espulsarlos de sus conventos y sostuvieron un sitio de muchos días, habiéndoles obligado á rendirse el hambre. Los franciscanos, menos belicosos, apelaron á la astucia; no despidieron á los comisarios, pero se encerraron en su iglesia, donde cantaron en coro salmos é himnos, y todas las veces que los comisarios se presentaban, lo hacían de manera que eran hallados siempre en la misma ocupación, la que continuaban hasta que los reformadores cansados de esperar se retiraban. Sin embargo, el gobernador y el preboste de Paris, escoltados de un número respetable de arqueros, supieron obtener una audiencia. El resultado de esta fué un arreglo: los que se negaron á la reforma recibieron el permiso de abandonar la orden sin temor de ser molestados, y los que se prestaron á ella fueron tratados favorablemente.

Federico III, rey de Nápoles, segundo hijo de Fernando, bastardo de Alfonso V, rey de Aragón, aunque unido á esta casa por lazos no muy legitimos, contaba con la protección y socorros de Fernando II llamado el *Católico*, sobrino de Alfonso, rey de Aragón y esposo de la celebre Isabel de Castilla. Fernando é Isabel se titulaban reyes de España. El napolitano sabía que Carlos VIII les había abandonado el Rosellou y la Cerdeña, bajo la condición de que no suscitasen obstáculos á sus empresas sobre Italia; pero la mala fe de Fernando no era ya un secreto. Federico se lionizó con que su pariente no se dejaría detener por escrúpulos vanos cuando viesse un príncipe de su casa amenazado de total ruina; pero los dos reyes de Francia y Aragón habían convenido secretamente en hacer juntos la conquista del reino y repartirlo en seguida. El desgraciado príncipe ignoraba este tratado. Cuando lo supo, Fernando hizo decir á su pariente que no se inquietase, puesto que solo había accedido á aquel arreglo para introducir mas fácilmente en sus estados los socorros que le preparaba.

El Papa, depositario de los designios de los dos aliados é interesado por su hijo César en su triunfo, les sirvió publicando una cruzada en todos los estados cristianos, cuyo producto fué exorbitante; si hemos de juzgar por lo que dicen algunos historiadores, que solo el territorio de Venecia entregó noventa y nueve libras de oro. Alejandro se encargó de la repartición, tomando todo lo que necesitaba su hijo César para costear las tropas de que se servía contra los barones romanos, de cuyos estados disponía; reservóse tambien una parte de lo que se recaudó en Francia y en España, y cedió el resto á los dos reyes. La bula de la cruzada no indicaba claramente el plan de destruir al rey de Nápoles, pero sí el deseo de establecer una paz duradera entre las casas de Anjou y de Aragón, paz que no podía establecerse sino abandonándoles el motivo de una contienda que había hecho ya correr tanta sangre cristiana, para que libres de toda clase de discordias entre sí, pudiesen reunir sus armas y dirigirlas contra los infieles. Pero el rey de Francia proclamó altamente su proyecto de invasión, y desechó todas las sunitiones de Federico que llegó á ofrecer un tributo y homenaje. Animado de estas disposiciones, Luis hizo que penetrara en Italia su ejército de tierra, en que se encontraba la principal nobleza del reino, bajo las órdenes de Roberto Stuardo de Auviygn, el vencedor de Seminara, y envió de Provenza tres carracas genovesas y diez y seis navios cargados de artillería, numerosos pertrechos y tropas bajo la dirección de Felipe de Cleves, señor de Ravestein. Fernando hizo entrar en el reino de su pariente á su general Gonzalo de Córdoba, llamado el *Gran Capitán*. Confirmóse con esto el rey de Nápoles en la creencia de que las fuerzas españolas iban á apoyarle, y en tal concepto pudieron tomar muchas plazas importantes. Pero Federico se vió cruelmente desengañado al saber los pormenores de una ceremonia que ocurrió en Roma. Cuando el ejército francés se acercó á ella, los embajadores de los dos reyes que obraban de acuerdo, pidieron audiencia al Papa, y le anunciaron en pleno consistorio que sus señores se habían repartido el reino de Nápoles. El rey de Francia, al cual se le había prometido el reino de Sicilia, exigió el Papa la investidura, ofreciéndole el correspondiente homenaje. Ilimitándose el de España por su parte al título de duque, presentó la misma exigencia, y el Papa satisfecho con algunos despojos que le fueron cedidos, accedió á todo lo que él se pretendía.

Cuando Federico supo la estrana declaración de Fernando en Roma, manifestó su sorpresa al general español. Gonzalo aparentó al pronto no creer lo que había pasado en Roma, y que cuanto se

decía era una calumnia inventada para destruir su buena inteligencia con el monarca napolitano; pero cuando no pudo persistir más en la negativa, exhortó á este príncipe á que no se alarmase por aquella mancomunidad de los dos reyes: «Sin duda, le dijo, el rey mi amo viendo en la imposibilidad de conservar el reino contra vuestro enemigo, ha aceptado la mitad de él para preservarla de la rapacidad de los franceses, y está persuadido de que cuando el primer furor de estos haya pasado, se aprovechará de la parte que se ha reservado para restableceros en el resto.» En su consecuencia, Gonzalo instaba á Federico para que reuniese las tropas napolitanas á las suyas, con el objeto de aventurar una batalla antes de que se terminara la conquista de la parte adjudicada á la Francia. Pero el monarca napolitano reflexionó que si agregaba las pocas fuerzas que disponía á las de Gonzalo, se arriesgaba tal vez á perder á la par su ejército y su libertad; por lo cual tomó el partido más prudente. Demasiado débil para sostenerse en el campo, distribuyó sus tropas en las plazas más fuertes, envió á su hijo, jóven de grandes esperanzas á Tarento, ciudad defensible, y él se retiró á Nápoles.

Capua, situada en el camino de la capital, experimentó los primeros esfuerzos de los franceses y sostuvo muchos asaltos, pero al fin se vio precisada á capitular. Mientras se trataba de las condiciones, algunos soldados aprovechándose de la seguridad que producía la negociación, escalaron las murallas y abrieron las puertas al resto del ejército, que se precipitó como un torrente. Capua abandonada al pillaje, pasó por todos los horrores de una plaza tomada por asalto. Muchas damas de categoría se habían retirado á una torre; pero César Borja, que se hallaba en el ejército francés y cuya presencia era casi siempre anuncio de un crimen, se apoderó de la torre, espulsó de ella á las desgraciadas, se reservó cuarenta de las más hermosas y distribuyó las demás entre sus soldados. La ciudad quedó reducida á un estado tan deplorable, que los franceses se propusieron incendiarla, pero su posición á seis leguas de Nápoles, y útil para la retirada en un contratiempo, la salvó. Reconstruyéronse sus fortificaciones; los habitantes que se habían librado de la matanza pudieron volver á su ciudad, y el ejército francés emprendió el camino de Nápoles.

Esta conquista no fué difícil, pues Federico juzgando la ciudad indeseable, permitió á los habitantes que negociasen y se retiró al castillo. Como este estaba bien fortificado y provisto de víveres y de una buena guarnición, hubiera podido sostenerse poralgún tiempo; pero el desgraciado monarca, abandonado de todos y sin esperanza de socorro, entabló conferencias con Aubigny. El jefe francés trató de la parte que debía pertenecer á su señor, y Federico le abandonó por entero al rey, conservando únicamente sus muebles, y por toda propiedad la isleta de Ischia, donde permanecería mientras llegaba la ratificación de las proposiciones que hacia al rey para su resarcimiento, y bajo la condición de poder salir de allí y retirarse adonde mejor le pareciese, excepto al reino de Nápoles. En este rincón estaban encerrados la triste Isabel, viuda de Galeas Sforza, envenenado por Luis el Moro, sobrina de Federico, y el mismo Federico con su esposa y cuatro hijos de tierna edad, sin contar á Fernando su primogénito, á quien había enviado á defender á Tarento. Esta desgraciada familia esperaba en Ischia, llena de la mayor ansiedad, la suerte que la fortuna la preparaba.

La decisión llegó más pronto de lo que se esperaba, pues apenas quedó firmado lo convenido con Aubigny, cuando Ravestein atacó la isleta y desembarcó sus tropas, pretendiendo que como general de mar no estaba obligado á observar las condiciones impuestas por el general de tierra al cual no estaba subordinado, y así intimó á Federico se rindiese ó resistiese. El desgraciado monarca pidió una entrevista á Ravestein y le espuso su triste situación; conmovido el general, le dejó partir sin condiciones, y le aconsejó fuere á buscar al rey de Francia para tratar directamente con él. Luis XII, sabedor del rey de Francia que en él depositaba el desgraciado príncipe, mandó fuese recibido honoríficamente á su desembarco, y le dió en Francia para él y su familia el condado del Maine y treinta mil libras de pensión en cambio de la parte del reino de que su ejército estaba en posesión. Federico quería abandonárselo por entero, pero el rey de Francia respetó la parte de su aliado hasta el punto de mandar á su general que ayudase á los españoles en el sitio de Tarento defendido por el príncipe Fernando.

Los españoles lo habían levantado ya una vez por falta de fuerzas suficientes; pero secundados por los franceses se apoderaron de la ciudad por capitulación. En esta se consignaba que el príncipe y la guarnición podrían retirarse donde quisieran; mas Gonzalo retuvo á Fernando en su campo y le envió á España, donde permaneció prisionero hasta su muerte, que ocurrió á la edad de cincuenta años. Su padre vivió tranquilamente en Tours; el Parlamento se opuso á la donación del Maine; pero Luis indemnizó al príncipe con un aumento de pensión. Para dar el rey de España á su inversión un carácter religioso, la había hecho preceder el ataque de Cafalonia, que los turcos habían arrebatado á los venecianos. Fernando se apoderó de ella, y la devolvió á estos.

Cuando Ravestein realizó su armamento marítimo, muchos caballeros se agregaron á las tropas que lo componían, y obedeciendo á la cruzada que se publicaba, creían ir á combatir á los infieles. Cuando vieron que con la resignación de Federico todo había concluido y que se veían espuestos á regresar sin haber hecho nada, instaron al almirante, que se hallaba bastante dispuesto á acceder á las insinuaciones de los venecianos, que le presentaban la conquista de las islas del archipiélago tan gloriosa cuanto útil, pero útil exclusivamente para ellos. Ravestein atacó la isla de Metelin, pero mal secundado por los venecianos fué rechazado. Una tempestad horrorosa le cogió al retirarse y dispersó sus bajeles: el suyo se estrelló contra las rocas de la isla de Chipre; doscientos caballeros de sesientos que montaban su buque, fueron tragados por las olas; y los demás con su general se asieron á las rocas y treparon como pudieron á la isla, espuestos al hambre y al rigor de un frío cruel que reinaba á principios del invierno. Hallábase allí hacia veinte días, cuando un pequeño buque veneciano al costear la isla tuvo noticia de su deplorable situación. El capitán solo pudo recibir al general á bordo de su buque; pero dispuso á todos el favor de advertir á unos buques genoveses que cruzaban aquellos mares, que fueran á librarlos. Este acto de humanidad del veneciano fué mirado por el Senado como un crimen de Estado, y el capitán vió espuesta su vida. De este modo Luis XII se quedó sin bajeles en las costas de Italia.

Mientras acontecian estos desastres, resonaban en Francia gritos de alegría, porque se creía ya segura la conquista, cuyos preparativos habían sido tan onerosos. El astuto Fernando favorecía esta grata ilusión, haciendo todo lo que conceptuaba complacería al rey. Sabía que Luis descalaba vivamente no ser inquietado en los arreglos que le quedaban por terminar en Nápoles. Los conflictos no podían disminuir sino del emperador Maximiliano y del archiduque Felipe de Austria, rey de los Países Bajos é hijo del mismo emperador. Este príncipe era yerno de Fernando é Isabel, pero se había casado con su hija Juana, denominada la *Loca*. El suero entabló negociaciones entre él, su yerno y el rey de Francia, y se ajustó un tratado en Trento, adonde se había trasladado el cardenal de Amboise.

Este tratado no hace honor á la sagacidad del ministro, pues sacrificó muchas ventajas reales á la promesa inusoria de un matrimonio entre el duque de Luxemburgo, hijo de Felipe y de Juana, que fué andando el tiempo Carlos V, y Claudia de Francia, hija del rey y de Ana de Bretaña, entranbos aun en la cuna. Amboise dejó también consignar en los artículos, que Maximiliano daría á Luis la investidura del ducado de Milan de que no necesitaba, puesto que este ducado le pertenecía de derecho como heredero de Valentina Visconti, su abuela. Bajo estas condiciones, al trasladarse Felipe á España para visitar á su suegro, atravesó la Francia, donde fué recibido con magnificencia, y prestó homenaje á algunos de sus estados que se le debían: fué honor que el español y el austriaco habían hecho valer en el tratado de Trento. Pero cuando se pidió á Maximiliano la investidura á que Amboise había sometido al rey como necesaria para una posesión tranquila, el emperador la negó con desprecio.

Lo que pasaba en Nápoles influía en la tranquilidad de Italia y en las revueltas continuas que ocasionaba en esta desgraciada península la conducta de César Borja y la de su padre Alejandro, complejo por lo menos en la mitad de sus crímenes. Eran tan odiados padre é hijo, que se levantó contra ellos en Italia un grito de indignación que hallando eco en Francia determinó al rey á ir á juzgar por sí mismo la legitimidad de las quejas que de todas partes le llegaban. Cuando el monarca se presentó en Italia se apresuraron á rodearle todos los señores, y veíase en su corte al duque de Ferrara, al marqués de Mantua, al señor de Bolonia, al duque de Urbino, traidoramente despojado de sus estados por César Borja y á los diputados de los venecianos, florentinos y luqueses. Todos presentaban quejas y suplicaban al rey castigase tales crímenes, ó retrase por lo menos su protección á los culpables.

Luis se manifestó al pronto avergonzado de aparecer como cómplice de aquellos malvados, pero no hay causa tan mala que no pueda ser defendida por un hombre de talento. César hizo llegar al rey un agente secreto llamado Trocei, reconociendo que Borja había estralimitado sus deberes, arrojándose á hostilidades contra los florentinos aliados de la Francia, y que por lo tanto debía César Borja, auxiliado al cardenal de Amboise y haciéndolo entrever la posibilidad de cesarse la tiara en el próximo Cónclave. Se cree que la esperanza de obtenerla impedia al cardenal á emplear el ascedente que ejercía en el ánimo de Luis XII en favor de los Borjas.

César no solo recibió permiso para ir á justificarle, sino que fué muy bien recibido. En poco tiempo concluyó un tratado, en el cual se le cedían todas sus usurpaciones, sin exceptuar aquellas que había hecho á los príncipes, de quienes el rey se había declarado protector. La legación se prolongó al cardenal Amboise durante diez y

ocho meses: el Papa entretanto distribuyó capelos á los parientes y amigos del ministro, que habian de ser otros tantos votantes en favor de este en caso de vacar, y César se obligó á concluir el ejército eclesiástico, adonde quería que el rey lo exigiese. Luis se ocupó en visitar después las ciudades del Milanesado, donde se atrajo la gratitud del pueblo con sus virtudes; procuró también, aunque en vano, disminuir con promesas el despecho de los principes italianos, quejosos de su debilidad en favor de los Borjas. Los suizos se habian acostumbrado á hacer irrupciones en el Milanesado sin otra razon que su deseo de pillaje; un aumento de pension continuó su codicia y proporcionó refuerzos á las tropas destinadas á la defensa de la parte francesa del reino de Nápoles, y así Luis se alejó de Italia creyendo dejarla tranquila, porque los señores á quienes habia abandonado y cuyas esperanzas habia frustrado, se retiraron sin prorumpir en una sola queja.

Pero conservaban un resentimiento interior que se comunicaron. El temor comun reunió á los que durante la invasion de Nápoles habian sido de partidos contrarios, es decir, á unos en favor de Federico, y á otros en favor de los dos reyes agresores. Formaron pues una liga contra Borja, y avisaron lealmente á Luis XII, pidiéndole aplazase sus proyectos, y manifestándole que en su confederacion se obligaban expresamente á respetar los intereses de la Francia y á no obrar sino contra su enemigo. A pesar de esta esplicacion, el monarca y su ministro despidieron bruscamente á los emisarios, y se envió una orden al comandante del Milanesado para que socorriese á César que estaba encerrado en Imola.

El hijo de Alejandro juzgó más á propósito procurar disolver la liga que atacarla, puesto que el primer ensayo que hiciera contra las fuerzas de los confederados, no le habia sido favorable. Entre ellos se distinguian los Ursinos, respetados en Roma y opulentos propietarios. Los gefes de esta familia eran dos hermanos, Pablo, guerrero famoso y el cardenal estimado por sus virtudes. Pablo y César habian servido en otro tiempo unidos en algunas expediciones. Despues de aquel revés, que no era una derrota formal, Borja escribió á los principes coaligados una carta que dirigió á los Ursinos, en la cual decia que aunque tenia á su disposicion fuerzas capaces para hacer arrepretar á los que le ofendian, no podia mirar como enemigos á los dignos compañeros de sus trabajos, y que tal vez era culpable respecto de ellos de algunos errores juveniles, pero que les rogaba le perdonasen. Invitaba á Pablo á una entrevista, pues estaba dispuesto á pasar por todas las condiciones que se le exigiesen. Por su parte, el Papa cuya conducta estaba de acuerdo con la de su hijo, escribió tambien al cardenal una carta lisonjera, en la que despues de recordar su antigua amistad decia, que sintiéndose desfallecer, habia concebido el proyecto de dejarle por defensor de su familia, y le encargaba que fuese sin tardanza á Roma, para dar la última mano á los arreglos que proyectaba.

El cardenal vacilaba; pero como su familia era poderosa en Roma y podia prometerse el apoyo del pueblo, si el Pontífice anagaba un atentado contra él, emprendió el viaje y se avisó con el Papa, mientras Pablo se dirigia al lugar de la conferencia indicado por César, la cual no fue larga. Borja, que tenia ya meditado su plan de traicion, accedió á todo lo que se quiso, cumplió al punto las condiciones, y cuando la confianza quedó bien restablecida, sorprendió astutamente á Pablo y á los principales confederados en Sinigaglia, donde les habia invitado se reuniesen á él con sus tropas: mandó ahorcar dos de ellos en la plaza pública, y sepultó en un calabozo á Pablo y al duque de Gravina, destinados al mismo suplicio.

El Papa esperaba el resultado de esta perfidia para cometer otra igual en la persona del cardenal, á quien habia recibido con señalamientos honores y dado frecuentes audiencias. Al retirarse un dia, algunos dependientes del Papa le rogaron cortesmente aceptase una habitacion en el Vaticano; habiasele preparado una magnífica, y no teniendo libertad para rehusarlo, la aceptó. Sus parientes y amigos se aprovecharon durante algunos dias del permiso de visitarle; pero como el pueblo empezaba á murmurar, Alejandro, á lo que se crece, le hizo cnvenenar, despues de lo cual aparentó hallarse muy aliviado por su muerte y ordenó tributarle magníficas exequias. Al llegar á César esta noticia, mandó degollar á sus prisioneros y á todos los individuos de la misma familia de que él y su padre pudieron apoderarse. Para dar una sombra de justicia á tamaños crímenes, Alejandro publicó que los Ursinos eran reos de alta traicion, y mandó á su hijo, Gonfaloniero ó alférez de la Iglesia, confiscase sus bienes en beneficio de la Santa Sede, lo que César ejecutó valiéndose de formalidades que le aseguraron la plena posesion de ellos.

La proteccion concedida por Luis XII á estos hombres de esceleridad, era tan perjudicial como útil á Fernando el joven, general de este monarca, se aprovechó de la ambigüedad del tratado de particion para formular peticiones y autorizarse para realizar sorpresas y usurpaciones. En efecto, ningun tratado tan importante habia sido redactado en términos tan vagos: decíase en él que el Abruzzo y la tierra de Labor pertenecieran á la Francia, y la Apulia y la Calabria á España, sin consignar ninguna distribucion ó arreglo fijo relativamente

á la estension, incüguencias y rentas de estas provincias: si entre los nuevos poseedores se suscitaban contestaciones, debian orillarse amigablemente. Interin se esperaba la decision, los generales respectivos se apoderaban de los que mejor les parecia. Habíase convenido repartir los productos de aduana procedentes de los reinos que todos los inviernos iban á paecer á las llanuras de la Capitanata; pero no se habia decidido á quién debian pertenecer estas ricas dehesas. Habíase guardado igual silencio respecto de la fértil Basilicata, y en estas dos provincias intermedia tenian lugar las usurpaciones de entranbos generales.

El duque de Nemours, Luis de Armañac, último principe de este nombre, acababa de ser puesto sobre Auvieng con el título de gobernador general ó virey; y no bien ponía guarnicion en una ciudad de alguna parte disputada, cuando Gonzalo oponia otra en la ciudad inmediata. Provocabanse sin cesar, recorrían el campo para sorprenderse y causaban enormes destrozos. Los señores napolitanos, viendo su país convertido en teatro de una guerra de esterminio, pidieron á los generales se avisasen para arreglar las pretensiones de sus respectivos principes. Reunieronse pues en un lugar comun, acompañados de muchos juriconsultos, de los cuales unos halagaban el espíritu del tratado y otros se apoyaban en el texto; por lo cual fué imposible entenderse. En este conflicto los barones napolitanos obtuvieron que el asunto se remitiese á los dos monarcas, quienes aunque por motivos diferentes deseaban transiciones amistosas, Fernando que no estaba todavía preparado, autorizó á su general para que se avisase á cesiones; pero conociendo Gonzalo el secreto de su señor, que habia advertido el desconcierto que reinaba entre los generales franceses, descontentos en su mayor parte del nuevo gefe que el favor les habia dado, y que contaba por otra parte con los auxilios que esperaba de Sicilia, se apresuró á hacer inevitable la guerra, expulsando las guarniciones francesas de diferentes plazas. Luis al recibir esta noticia, conociendo que habia sido burlado, confiscó las propiedades de todos los comerciantes españoles en Francia, y mandó al duque de Nemours realizase á los españoles, á cuyo efecto le envió refuerzos. Gonzalo que no habia recibido todavía los suyos, se vio precisado á retirarse y encerrarse en Barieta. Prudente á pesar del parecer de los demas generales, el duque de Nemours se contentó con bloquearle, pero esta medida fué inútil, porque los venecianos que secundaban en secreto á Gonzalo le enviaron por mar abundantes viveres.

Los franceses sitiaron á Canos, defendida por dos valientes españoles que habian resuelto separarse bajo sus ruinas: estos eran el capitán Peralta y Pedro Navarro, el Vauban de su siglo, sensible sobre todo en los sitios que dirigia, porque siendo inventor de las minas, solo él poseia este secreto, y se ignoraba todavía los medios de prevenir sus terribles efectos. Fueron precisos tres asaltos y una orden terminante de Gonzalo para entregar la plaza. Los franceses dieron á la guarnicion que habia capitulado dos capitanes en garantia, por si acaso tropezaba al marchar á reunirse á Gonzalo con las partidas que recorrían el campo.

Trabajabase sin descanso en la discusion de los derechos respectivos en las dos cortes de España y Francia, pero con intenciones muy diferentes. Luis XII, queriendo prolongar la desastrosa guerra de Nápoles, inaugurada de una manera tan brillante, deseaba al parecer únicamente no ser expulsado con ignominia de su conquista y no perderlo todo. Fernando por su parte queria adquirirlo todo; pero á pesar de los auxilios que obtenia de los venecianos, de los principes italianos, y del Papa, y por último, á pesar del apoyo de Maximiliano, éralo difícil hacer frente á Luis, si no conseguia mantenerle en la inaccion mientras guarnecia apresuradamente sus plazas y reforzaba su ejército hasta ponerle en un pie superior al de su enemigo.

Pero era á la sazón bastante difícil deslumbrar á Luis, y él enviar un emisario encargado de presentarle proposiciones hubiera sido tal vez un medio mas eficaz para inspirarle sospechas. La fortuna proporcionó á Fernando uno de que el francés no podia recelar y que necesariamente debía cesar su confianza. Hemos visto á Felipe, archiduque de Austria y rey de los Países Bajos, yerno del monarca aragonés, dirigirse á España pasando por Francia: no gustándole la corte de Fernando y de Isabel, sus suegros, deseaba vivamente librarse de aquella esclavitud, mas despues de algunas insinuaciones inútiles declaró esplicitamente que queria ausentarse, aunque su mujer le instaba esperase al menos su próximo parto. Como se proponia atravesar de nuevo la Francia, donde habia sido tan bien recibido, su suegro concibió el proyecto de valerse de él para destruir á Luis, á cuyo efecto le mostró un vehemente deseo de terminar todas las disidencias y le trazó un plan de conciliacion, del que le hacia juez, prometiendo cancelar sin restricciones todo lo que se conviniese. Felipe partió lleno de esperanzas, conceptuándose un ángel de paz que iba á conjurar las tempestades próximas á desolar tal vez toda la Europa. Fernando exigió que este principe pidiese relenes antes de comprometerse con la Francia, y Felipe para complacerle pidió le fuesen entrega-



dos, pero les devolvió la libertad antes de llegar á las fronteras: encontró al rey en Lion, á donde se habia trasladado para aprontar los socorros de todo género que destinaba á su ejército de Nápoles (1).

El proyecto presentado por el archiduque pareció muy justo y conveniente á ambas partes, y mas ventajoso á la Francia de lo que hubiera podido esperarse; no era posible por otra parte desconfiar del que lo proponia, y el tratado quedó concluido, debiendo en su consecuencia casarse el tratado duque de Luxemburgo, hijo del archiduque y nieto de Fernando, con madama Claudia de Francia. El abuelo debía ceder á dicho nieto la parte de Nápoles que le habia sido adjudicada, y Luis XII la otra parte á su hija Claudia con el título de reina. En el tratado se estipuló tambien que hasta que estos niños llegaran á la edad de unirse, el archiduque gobernase la parte de su hijo y Luis XII la de su hija. Gonzalo y sus españoles debian ser llamados á su pais, y el archiduque quedaba facultado para poner en su lugar y en el de sus soldados el gobernador y las tropas que juzgase mas á propósito. Gran alegría se manifestó en la corte al firmarse el tratado, porque no se dudó que se iba á gozar de una paz duradera. Luis XII lleno de seguridad hizo cesar los preparativos de guerra y notificó el tratado á su general. Felipe por su parte envió órdenes á Gonzalo y esperó confiado la obediencia de este general. No obstante, suscitáronse ciertos recelos porque se supo que algunos barques cargados de tropas españolas habian pasado por delante de Marsella con direccion á Sicilia: pero alejando inquietudes, se creyó segura la ratificación de Fernando, y tampoco se dudó de la retirada de las tropas de Gonzalo.

Cuando menos se esperaba llegó un correo con cartas dirigidas por Fernando á su yerno el archiduque. Estas cartas estaban llenas de acres reconvencciones y de palabras duras: «Te has dejado manejar, se le decia, como un niño; tu único objeto ha sido complacer al rey de Francia para atraerle su favor, y tal vez para que le ayude á despojar á tus suegros». Seguía á estas inculpaciones la enérgica protesta de no cumplir cosa alguna de lo que se habia pactado. Felipe mostró lleno de sorpresa sus instrucciones, probó que no las habia estralimitado, pidió se le permitiese escribir á España para atraer á sus parientes á resoluciones mas justas, y ofreció no salir del reino sin haber obtenido una plena satisfacción, pero Luis XII le respondió con nobleza que no castigaría al inocente por el culpable. Contábase no obstante algun tanto con su ofrecimiento de volver como un rehén; pero acometióle el tedio, y una indisposicion de que se vió atacado le sugirió la idea de viajar y de ir á visitar á su hermana la duquesa de Saboya. I hizo le condujeran en una litera con el beneficio del rey, mas no bien llegó á la frontera, cuando recuperó la salud, y atravesando rápidamente el Franco-Condado pasó el Rhin, avisóse con su padre Maximiliano y regresó á sus Estados.

No se tardó en saber lo que ocurría en el reino de Nápoles. Las tropas enviadas por el rey de España habian pasado desde Sicilia á la Calabria, y el duque de Nemours por no haber forzado á Gonzalo en Barleta se halló entre dos fuegos. Los destacamentos que pudo confiar á Aubigny para trasladarse á la Calabria dejaban grandes intervalos en la circunvalacion, y Gonzalo aprovechó esta circunstancia para atacar diferentes puntos franceses; el de Rouba, encomendado á Clavannes de La Palice, fué uno de los mas fuertemente atacados. La Palice sostuvo tres asaltos: en el último, colocado sobre la brecha deteniendo con su lanza y derribando á los enemigos que se presentaban, fué derribado á su vez; levantóse sin embargo y combatió de nuevo, pero obligado al fin á rendirse, arrojó su espada lo mas lejos que pudo. Gonzalo intentó aprovecharse de esta circunstancia para apoderarse á mansalva de la fortaleza de la ciudad y amenazó á La Palice con una muerte vergonzosa si no mandaba á su segundo Cornon que la entregase. Llevado al efecto La Palice al pie del fuerte hizo lo que se le exigia; pero Cornon se defendió algun tiempo mas, hasta que faltó de municiones no pudo impedir que la plaza cayese en poder de Gonzalo, quien perdonó á La Palice, pero se negó á ponerle á rescate.

Aun era tiempo de llamar á Aubigny para que diese el postre esfuerzo contra Gonzalo; pero aquel tenia en la Calabria intereses personales que le suministraron pretextos para no acceder á las instancias del duque de Nemours, quien por lo tanto solo pudo obtener en todas partes fuerzas insuficientes. Los talentos de Aubigny no pudieron suplir sus contratiempos, pues contra un ejército superior en número se hallaba reducido á hacer una guerra de astucias y ardidés, que al principio no le fué desventajosa. Situado de un modo conveniente para impedir el paso del Marro, contenía á los

españoles en la parte ulterior de la provincia, cuando estos dividiendo sus fuerzas entretuvieron al general francés con la mitad de ellas, mientras la otra capitaneada por Fernando de Andrade, Hugo de Cardona y Antonio de Leyva, atravesó el rio no lejos de Seminara. Al punto que Aubigny tuvo noticia de ello voló hacia ese punto, esperando hallar al enemigo en desorden, pero le encontró en correcta formacion. Ora cediese á la confianza en su valor, ora al temor de verse arrollado, atacó sin embargo, y al primer choque de su caballería desconcertó á la española: pero estrechado luego por la infantería, no pudo rehacerse y perdió la batalla en aquellas mismas llanuras donde ocho años antes habia triunfado de Gonzalo y del jóven Fernando. Precisado á ceder, abrióse paso al través de los batallones enemigos y se refugió en Angirola con algunos ginetas. Mas atacado en breve en esta plaza, vióse obligado á rendirse por falta de viveres.

Gonzalo ignoraba las victorias de las armas españolas en la Calabria, pero empezando al fin á esperimentar escasez y hallándose por otra parte menos estrechado, tomó de nuevo la ofensiva. Habia salido de Barleta y se acercaba á Cerinola cuando un destacamento francés que reconoció, le hizo sospechar la proximidad del ejército enemigo; eligió por lo tanto posiciones convenientes y se fortificó en una villa elevada que hizo rodear de un ancho foso. Apenas habian concluido estos trabajos llegó el duque de Nemours, quien por el cansancio de la marcha propuso que se difiriera hasta el día siguiente el ataque. Este parecer fué apoyado por la mayoría de los generales, pero los susodichos quisieron combatir y amenazaron que se retirarian si no se accedia á sus deseos. Ivo de Alegre, que tenia gran autoridad en el ejército, apoyó su demanda y tomó protesta de la circunspeccion del general para suscitar algunas dudas acerca de su valor. Nemours, tan poco dueño de sí mismo como de su ejército, cedió á esta indicacion, y debil general, dispuso el combate contra sus propias convicciones y solo con el deseo de vengar su honor. Los susodichos en vano prodigios de valor para arrancar las empalizadas; el cañon del enemigo diezaba la infantería, sin que la caballería, inbil en un terreno movizado que se deslizaba bajo los pies de los caballos, pudiese ampararla. En tan apurado estremo se coloca Nemours á la cabeza de la vanguardia, con la esperanza de fijar el éxito del combate, pero al atravesar el foso de la villa, le fué muerto una bala de mosquete. La consternacion se difundió entonces por todas las filas; Gonzalo que llega á conocerlo, se hace entoncez una salida y en basepudo salvar el castillo, pero debiles restos que se libraron del desastre general, despues de haber conocido el riesgo que corrían en encerrarse en grandes ciudades mal dispuestas y poco provistas de viveres, se refugiaron á Gaeta y á los castillos de Nápoles. Poco tardó Gonzalo en tomar posesion de esta ciudad y en empezar el sitio de los fuertes que se prometian una larga resistencia. Pero los talentos de Pedro Navarro hicieron desvanecer esta esperanza, y el castillo del Quf, situado en medio del mar, desafió en vano su arte con ayuda de algunas barcas cubiertas; atacaron de noche los minadores la roca, y la caída de esta ofreció bien pronto una brecha que dió entrada á los españoles. Menos feliz en Gaeta, que fué reforzada por una escuadra francesa, Gonzalo despues de asaltos inútiles se vió obligado á bloquearla.

Gaeta tiene un buen puerto propio para recibir los socorros que se podian enviar de Francia. El rey, instruido de las expediciones de Gonzalo, intimó á Fernando y Felipe que observaran el tratado de Lion, y á este que se uniese á él contra su suegro, si rehusaba acceder á su demanda. Los dos le respondieron por medio de embajadores encargados de presentar proposiciones vagas y á propósito para entretenerle, pero Luis XII los despidió bruscamente y se determinó á emplear contra Fernando esfuerzos capaces de hacerle arrepentir de su perfidia. Formó tres ejércitos, compuesto el primero de gascones á las órdenes del viejo Alain de Albret, su antiguo rival cerca de Ana de Bretaña, y que debía penetrar en España por Fuenterrabía; el segundo, al mando del mariscal de Rieux, atacaría el Rosellon; y el tercero, mas fuerte que los anteriores, mandado por La Tremouille, penetraría en Italia atravesándola y reuniendo los restos de Seminara y de Cerinola marcha hacia derecho á Nápoles, en tanto que dos escuadras salidas de Marsella invadirian la una las costas del reino de Nápoles, de que estaban posesionados los españoles, y la otra las de Cataluña y Valencia.

Íle aquí las consecuencias de estos grandes preparativos. Albret, cuyo ejército estaba compuesto en su mayor parte de sus vasallos, no juzgó oportuno esponerse á una derrota perniciosa á sus estados. Ademas creia que era importante que guardara algunas consideraciones al rey de España, cuyo resentimiento temia por el rey de Navarra, su hijo, y dirigió el provocar, esperando que su ejército que atravesaba por montañas escarpadas, que continuamente carecia de viveres, se disolviese por sí mismo. El mariscal de Rieux, á quien acompañaba toda la nobleza y las milicias de las ciudades del Languedoc, se detuvo en la de Salces que

(1) Téngase en cuenta que quien tan desfavorablemente habla de los españoles en estas páginas es un francés, y que por consiguiente no debe tomarse mas que á beneficio de inventario, digámoslo así, cuanto se halle contra el rey Católico, el Gran Capitan y otros.

Fernando había mandado fortificar á Pedro Navarro con todo el cuidado de un hombre que espera la guerra. Rieux cayó enfermo, y el sitio que se hacia con lentitud y flogedad dió tiempo á Fernando para levantar un ejército de cuarenta mil hombres y atacó de pronto á Dunois, que reemplazaba á Rieux. El nieto del defensor del trono en tiempo de Carlos VII hizo su retirada con tanto orden y valor, que no se le puede tachar en lo mas mínimo. Re-

algunas plazas fronterizas que les abandonó. El Papa, durante el corto triunfo de los franceses, les había permitido hacer grandes acopios de trigo en Roma, y cuando los vió en decadencia hizo sellar los almacenes y los espuso á morir de hambre en el pais devastado que ocupaban. El ejército francés reunido al pie de Roma podía castigar esta traicion, pero el cardenal Amboise, deseando ocupar un buen lugar en el ánimo de César para el caso de una vacante, que no podia tardar, prefirió negociar. Los Borjas prometieron unirse á la Francia si consentia el rey en no patrocinar al resto de la familia de los Ursinos, á quien todavía protegía. El cardenal, halagado siempre con el deseo de la tiara, que esperaba conseguir por medio de las intrigas del hijo despues de la muerte del padre, obtuvo tambien del rey este vergonzoso sacrificio, que fue el último.

Alejandro y César, queriendo envenenar á los cardenales cuyas riquezas colocaban, los habían invitado á un festín, y fueron ellos mismos envenenados á causa de la indiscrecion de un criado que equivocó los vasos. El Papa sintió en el instante los efectos del veneno, y solo vivió ocho dias sufriendo los mas terribles tormentos y tal vez acosado por los remordimientos. El hijo dotado de una constitucion fuerte, y en el vigor de su edad, se salvó con ayuda de un contraveneno tomado inmediatamente; pero le quedó una debilidad suma y una languidez tal, que no podia obrar con toda la actividad que se habia propuesto cuando pensaba en los medios que tendria que emplear para conservar sus dignidades y su fortuna, luego que su padre dejase de existir. Sin embargo, no se abandonó á sí mismo, y el cargo de Gonfaloniero de la Iglesia, y sus tropas y su valor le pusieron en situacion importante en los dos concélnes que se celebraron. El que condujo la intriga y se aprovechó por fin de ella fué el cardenal Julian de la Rovere, nacido en los estados de Génova, de genio activo, lleno de recursos y de vigor. Para ceñirse la tiara tuvo necesidad de enganar dos veces al cardenal Amboise, que la deseaba vivamente y tenia alrededor de Roma un ejército á su disposicion.

La Rovere, perseguido por Alejandro VI, había encontrado un asilo en Francia y aun obtenido la legacion de Avinion por la proteccion del primer ministro. Se proclamaba á viva voz amigo del cardenal y servidor de la monarquia francesa por deber, no menos que por inclinacion desde que Génova se habia unido á Francia, cuando hizo el rey su primera entrada en Italia. ¿Cómo desconfiar de protestas apoyadas en semejantes títulos? Amboise creyó ciegaente en lo que le decia, á pesar de que César le habia advertido que le enganaba. Durante la agonia de su padre, el Gonfaloniero se habia apoderado del Vaticano y de una parte de la ciudad, estableciendo destacamentos en los principales cuarteles, y el cardenal francés habia tambien hecho entrar las tropas. Los cardenales declararon que no procederian á la eleccion en tanto que unos y otros no se hubieran alejado. La Rovere se encargó de notificar esta resolucioen que el mismo habia inspirado; y al hacerse saber á su antiguo amigo, tratándole como si ya no hubiese duda de que habia de ser soberano Pontífice, le manifestó que convenia que el rey de España y los demas enemigos de la Francia no pudiesen tachar su eleccion por falta de libertad: lo que sucederia si no alejaba sus tropas, y persuadía á César que retirase las suyas. Amboise se dejó persuadir y obtuvo de Borja á pesar de su repugnancia, que abandonase sus puestos, é hizo salir de Roma á los franceses. Al momento los cardenales, á los que La Rovere, todavia poco seguro de la mayoría de votos, habia persuadido, que á fin de no chocar con ninguna potencia no eligieran ni francés ni español, escogieron al italiano Piccolomini, Pio III, que estaba enfermo.

Esta eleccion, dijo La Rovere á Amboise, la ha crecido necesaria el sacro colegio para convencer al universo que juzga con entera libertad; pero no es mas que un depósito confiado por espacio de unas cuantas semanas, en manos que bien pronto le transmitirán las vuestras. ¿Cuán fácil de enganar es un hombre poseido de una pasion! Durante veinte y ocho dias que duró el pontificado de Piccolomini la Rovere continuó poseyendo la confianza de Amboise, aunque á su misma vista negociaba aquel pretendiente de la tiara, con los venecianos, con los barones romanos y con el mismo César, á quien ganó prometiendo conservarles en el cargo de Gonfaloniero. César, contando poco con la proteccion del ministro francés, á quien segun veia se le enganaba fácilmente, obtuvo para dicho pretendiente los votos de la fraccion española con la que acababa de reconciliarse, y se tomaron tan bien todas las medidas, que la noche misma que entraron en concélnes los cardenales y antes que se cerrase, eligieron al sobrino de Sisto IV, Julian de la Rovere, que tomó el nombre de Julio II. Amboise que tan groseramente habia sido burlado, devoró en silencio su vergüenza, é hizo las sumisiones acostumbradas al nuevo Papa, recibiendo la dignidad de legado á latere, con la cual partió para Francia. El ejército que á causa de estas intrigas habia perdido cerca de Roma un tiempo precioso, se puso en camino para Nápoles.

Julio se veía colocado en la silla pontifical, sin tropas ni di-



La duquesa de Orleans pidiendo á su hermano el perdon de su esposo.

cogió su débil ejército dentro de los muros de Narbona y se vió obligado á abandonar el campo al enemigo que tomó cuatro lugares, y los cuales saqueó, asolo la campaña y retrocedió cargado de botín, siendo molestado por Dunois, quien teniendo que renunciar á victorias brillantes no se retiró tampoco sin gloria. En cuanto á las dos escuadras, combatidas poi la tempestad no pudieron hacer en las costas enemigas mas que tentativas inútiles y tuvieron que volver á entrar en el puerto de Marsella con bastante descalabro y por lo tanto incapaces de servicio. Luis desconsolado con tantas pérdidas, presentó á Fernando, por medio de personas intermedias, proposiciones de paz. Resultó de estas negociaciones una tregua de tres años entre las dos coronas, en cuanto á los estados contiguos, pero no para Italia, donde se podia combatir libremente.

La Tremouille avanzó allí rápidamente sin que opusieran el menor obstáculo ni las repúblicas ni los estados pequeños, asustados todos y sometidos. No habia que temer mas que á los Borjas que apoyados por los venecianos, siempre celosos del poder de Luis, podrían suscitar dificultades que era necesario vencer antes de ir mas lejos. Al llegar á los confines del estado eclesiástico, el cardenal Amboise que estaba con el ejército nudo sondear las disposiciones de Alejandro y de su hijo. Se los ha visto hasta ahora unidos á la Francia, pero en calidad de mercenarios, porque cuando supieron los desastres de los franceses en Nápoles se dejaron ganar fácilmente por Gonzalo. El español les pagó su defeccion con

nero; sin embargo tenía deseos de dominar la Italia y ser mas bien monarca que Papa. El Gonfaloniero por el contrario tenía todos los recursos de que aquel carecía. Julio concibió el proyecto de apropiárselos. Con suaves insinuaciones consigue que César le ceda el castillo de San Angelo, donde le había fortificado; le aloja cerca de sí con sus capitanes, se queja de las usurpaciones de los barones romanos, y le propone que vaya á arrancarles estas posesiones

hó todo, hizo preparar navíos, los cargó de víveres y municiones y colmó de caricias á César. Finalmente, cuando se fué á despedir de él, la víspera de su marcha, le convidó á su mesa, y al despedirse le abrazó tres veces; pero apenas se había cerrado la puerta, le hizo arrestar. El desgraciado lanzó un profundo suspiro, y se dejó conducir en silencio á un bajel que le trasladó á España, donde permaneció dos años en duro cautiverio, hasta que logrando evadirse, se fué con el rey de Navarra su cuñado. En aquella ocasión había guerras entre el monarca y sus vasallos; y como no podía estar pacífico cuando oía el estruendo de las armas, se puso á la cabeza de las tropas leales, y recibió un flechazo, de cuyas resultas murió. Fué enterrado en la catedral de Pamplona, de la que había sido obispo antes de empezar su carrera militar.

El ejército francés estaba en buen estado; pero La Tremouille, único general que se podía oponer al Gran Capitán, cayó enfermo de tal gravedad, que fué necesario nombrarle un sucesor. Este fué Juan Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua, el mismo que mandaba los venecianos contra los franceses en la batalla de Fornoue. Mala elección, no porque dejase de ser valiente y buen capitán, sino porque era sosegado y tardío en determinarse; porque la vecindad de su pequeño Estado con el Milanesado, podía hacerle desear que el rey de Francia no dominase demasiado en Italia, y era de temer que esta consideración influyese escesivamente en su conducta. Los acontecimientos justificaron después el descontento de los capitanes franceses por haber preferido á un extranjero.



Fuga de Ana de Bretaña.

conviniendo en cederle una parte de ellas. El Gonfaloniero consiente en ello y hace marchar por tierra sus tropas hacia la Romaña, por donde se había de empezar la ejecución del plan. Como él estaba todavía débil, se embarca en el Tíber; pero apenas se había separado de su ejército, cuando el Papa le hace arrestar y conducir á Roma donde le exige una orden para que el gobernador de Cesena, donde estaban sus tesoros, entregue al momento la plaza al que le presente la carta. Aquel gefe, instruido ya por órdenes secretas, rehusa obedecer, y hace colgar á los que se le presentan. Alejandro VI en circunstancias semejantes, hubiera sin duda obligado á su prisionero por medio de la tortura ó por cualquier otro á que le entregara sus tesoros; pero Julio se contentó con obtener del Gonfaloniero una renuncia de todas las tierras de la Iglesia que poseía, y una orden á todos los comandantes para que las entregaran sin pérdida de tiempo á las tropas del Papa.

Borja permaneció prisionero esperando la ejecución, que llegaba lentamente. En este intervalo consigue salvarse y se refugia al lado de Gonzalo, del que no se había hecho enemigo del todo, aunque se había pasado al servicio de Francia. Desde este asilo llama á sus oficiales y soldados que se había visto obligado á despedir. Como era valiente y pagaba generosamente, todos se apresuraron á reunirsele. El español los recibió tan bien como su gefe, les dió buenos cuarteles alrededor de Nápoles, y escuchó con satisfacción los proyectos de Borja para vengarse del Papa y volver á obtener las ciudades que se había también precisado á abandonar. Gonzalo lo apro-



Entrevista de Carlos VIII y la princesa de Navarra.

Un reves señaló su entrada; porque envió á intimar á Rocaseca, simple fortaleza, y el gobernador hizo aborrecer al trompeta. Los franceses asaltaron el castillo intrépidamente, pero fueron rechazados con igual valor que el que habían desplegado. Un refuerzo considerable, introducido por Pedro Navarro, obligó al marqués á disimular el cruel insulto hecho en la persona de su trompeta, y á levantar el sitio bajo pretexto de buscar puestos mas ventajosos. Fati-

gó al ejército con penosas marchas, y aunque pasó el Garelano á la vista de Gonzalo, cuyas fuerzas se habían debilitado por hacer una tentativa contra el castillo de Roza Evandra, no le inquietó en lo mas mínimo, y le abandonó por decirlo así, un desdencamiento considerable que se hallaba allí encerrado. Estos valientes esperaban socorro, y caíen instante, y se defendieron hasta que todos fueron pasados á cuchillo. Un grito de indignacion resonó en todo el ejército. El capitán Luis de Helouville de Sandricourt dijo al mismo general en pleno consejo, que era un traidor, que se lo probaría con las armas cuando quisiera. El tranquilo Gonzaga escuchó friamente este reto, y no le aceptó; fingió una enfermedad, dejó el mando y tomó el camino de Mántua con una escolta elegida por él, á la que dejó allí, pasando en seguida al servicio del rey de España.

Luis, marqués de Saluces, á quien Luis XII había nombrado virey de Nápoles á la muerte del duque Nemours, ocupó el puesto de Gonzaga. Mejor intencionado, no fué mas feliz; porque las dilaciones del marqués habían dado tiempo al Gran Capitán para reunir su ejército, que atacado en la escelente ocasion que se le presentó á Gonzaga, no hubiera podido impedirle llegar á Nápoles. El español determinó á cerrar á los franceses el camino de la capital, hizo acampar sus tropas detras de las trincheras que levantó en las gargantas de las montañas, á alguna distancia de las márgenes del Garelano. Sobrevinieron las lluvias de otoño; y sus soldados acampados en aquel terreno fangoso, cédebre por haber ocurrido antiguamente á Mario, comenzaron á impacientarse y murmurar, pero él los sostenia y cuidaba de que nada les faltase, y al mismo tiempo les daba ejemplo de paciencia y firmeza. Solo cuando se pusieron los caminos tan impracticables, que era imposible que los franceses pudieran aventurarse á pasar, fué cuando retiró las tropas acantonándolas en Sessa.

Entanto que los españoles soportaban con constancia todas las incomodidades de su posicion, los franceses acampados en la orilla opuesta, disfrutaban de un terreno seco, pero carecian de viveres y forrage. Esta necesidad, una de las mas importantes de la vida, y algunas bastardiás que los proveedores habian hecho á los hombres de armas, obligaron á la caballería que constituía la mayor parte del ejército, á retirarse y formar grandes destacamentos para proporcionarse la subsistencia. Instruido por sus espías, el Gran Capitán pasó el rio por un puente que construyó sin que lo apercibieran los franceses y mandando atacar por aquel costado para llamarlos la atencion, avanzó con el resto de sus tropas para envolverlos. Solo una pronta retirada podia salvar al ejército; y Saluces le mandó, rompiendo ante el puente para que la retaguardia enemiga quedase del otro lado del rio. La artillería ligera marchaba delante; la seguian la infantería y la caballería; las compañías de Duras, de Sandricourt y de La Fayette, formaban la retaguardia con quince valientes de cuyo número era Bayardo, protegiendo la marcha del ejército, al que molestaba sin descanso la caballería ligera española, mandada por Próspero Colona, que deseaba detener á los enemigos para que Gonzalo pudiera alcanzarlos.

En esta retirada fué cuando viendo Bayardo que un cuerpo español habia tomado el camino de las alturas para caer á cierta distancia sobre la infantería francesa y obligarla á retroceder, partió con un solo escudero para observar y colocarse en un puente estrecho por donde debia desembocar la columna á la llanura. Al verla llegar despachó á su escudero para pedir auxilio y soportó los primeros golpes del enemigo, teniendo la suerte de sostenerse perfectamente hasta la llegada de cien hombres que inutilizaron la manobra de los españoles, facilitando al ejército por su llegada á Gaeta, que ya le habia servido de asilo cuando la derrota de Cerinola. Los franceses se encerraron allí de nuevo, pero perdieron la artillería gruesa, que se anegó con Pedro de Médicis, que habia querido conducirle por mar á Gaeta, y todos los bagajes que fueron presa de los vencedores. Poca caballería tomó parte en esta accion; dispersada con objeto de procurarse provisiones, se reunió como pudo á las órdenes de diferentes capitanes, en los puntos que creyeron mas seguros del furor de los paisanos contra tropas desbandadas. Muchos fueron muertos, y de los pequeños pelotones que llegaron á formarse, muy pocos volvieron á Francia, despues de haber tendido que mendigar su sustento.

Gaeta podia defenderse mucho tiempo. Se sabia que se preparaban socorros en Marsella; que La Tremouille restablecido ya iba á tomar el mando y aparecer á la cabeza de un considerable refuerzo. Pero el decaimiento se habia apoderado de todos los ánimos; capitanes y soldados suspiraban por su patria y solo deseaban volverla á ver. Gonzalo tuvo la destreza de alentar este deseo, presentando el medio pronto y fácil de efectuarlo. Ofreció en cambio de Gaeta, entregar todos los prisioneros que se habian hecho desde el principio de las hostilidades, conceder á la guarnicion los honores de la guerra, y dejarles llevar, lo mismo que á todos los demas cuerpos esparcidos en el reino, caballos, bagajes y todos sus demas efectos. Esta proposicion fué aceptada por aclamacion. El Gran Capitán eje-

cutó fielmente una parte; la otra la interpretó como tenia de costumbre. Pretendió que los señores napolitanos del partido angevino, que se encontraban en el ejército francés, eran súbditos de Fernando, actualmente rey de Nápoles, y no podian gozar de los beneficios de la capitulacion sin su permiso; los retuvo prisioneros hasta tanto que se resolviera; y despues fueron condenados á muerte, á pesar de que habia estipulado la guarnicion francesa que se les conservara la vida. La mayor parte de aquella pereció de hambre y de miseria durante el regreso, y el marqués de Saluces que se hallaba, sucumbió de fatiga al llegar á Génova.

Si Fernando se asombró de la facilidad de una conquista tan importante, no se sorprendió menos Luis XII. Manifestó su indignacion á las tropas que habian salido de Gaeta, y las prohibió entrar en Francia, mandándolas acuartelarse en Italia. Recibió al mismo tiempo las mas desconsoladoras nuevas del Milanesado. Maximiliano con la esperanza de conseguir este ducado, cuya investidura se le habia prometido por el tratado de Trento, fomentaba revueltas en el pueblo. Para apoyarlás habia atraído á los suizos con la esperanza del pillaje. El Papa, los venecianos y las demas repúblicas enemigas de la dominacion francesa, viendo en desgracia al rey, se declararon contra él. Tantos golpes adversos, recibidos de repente, causaron en Luis tal sensacion, que le ocasionaron una enfermedad que le condujo al borde del sepulcro.

Ana de Bretaña desplegó en aquella ocasion todo el cuidado de su tierna esposa, y el embarazo inseparable de su afectuosa solicitud no le impidió pensar en su seguridad y la de sus hijos. No tenia mas que dos hijas, escluidas del trono por la ley sálica; y por consiguiente recia la corona en Francisco, duque de Angulema, descendiente, como Luis XII, del duque de Orleans, asesinado en Paris, y de Valentina de Milan. Su madre era Luisa de Saboya, que quedó viuda á los veinte y dos años, y educaba á su hijo con todo esmero en el castillo de Amboise, donde tenia una corte bastante alegre para una viuda. El mariscal de Rohan Gie, señor breton, muy estimado, eraayo del príncipe y maudaba en el castillo, cuyo honor le costó despues bien caro.

La reina, viendo deshaciendo al rey, erreyó, en tanto que todavía tenia ella autoridad, que debía tomar precauciones contra la mala voluntad de la madre del futuro rey, con la que tenia bastante frialdad. Mandó embarcar sus muebles y joyas que envió á Nantes por el Loira. Gie, sabedor de estas medidas, creyó, en calidad de guardador de los intereses de su pupilo, que estaba autorizado para impedir la traslacion de los efectos sobre que podia tener derechos el futuro monarca. Mandó detener los barcos y fué obedecido, y aun se fue que llegó su prevision hasta mandar detener á la misma Ana, por si queria dirigirse á Bretaña; pero sobre todo que no se consintiese el paso de su hija Claudia, que era la mayor de las dos, y que precediera presunta del ducado. Además el mariscal se concertó con el señor de Albrét, antiguo amante despreciado por la duquesa, y le comprometió á proporcionarle diez mil gascones á los que podría reunir otro número igual para formar un ejército en caso que fuera necesario al principio del nuevo reinado. Por último, habia prevenido al gobernador del castillo de Amboise, que tan pronto como supiese la muerte del rey, trasladase al jóven príncipe al castillo de Angers que habia hecho fortificar bien y abastecer de viveres y de una buena guarnicion.

Luis XII se restableció. El esmero con que la reina le habia asistido durante su enfermedad, aumentó el ascendiente que sobre él tenia, y consiguió que el mariscal Gie, bastante desgraciado porque sus gentes habian cogido en Saumur efectos de la reina, fuese arrestado como reo de lesa magestad. El proceso duró dos años. No se insistia en las medidas que Gie habia tomado contra las precauciones demasiado activas y prematuras de la reina, que era lo único porque debia perseguirse, sino sobre los dichos irónicos é insultantes, que se habia permitido con frecuencia contra la debilidad del rey con su esposa, contra la gran condescendencia del monarca á los caprichos de la reina, y contra algunos vicios del gobierno.

Para adquirir pruebas de estas indiscreciones, fué preciso examinar á algunos de que frecuentaban la corte de Amboise, que se ofrecieron voluntariamente, con especialidad Pontbrián, gentil-hombre del príncipe, que debia su fortuna á Gie; el señor de Albrét, cómplice de sus precauciones; y en fin, la misma duquesa de Angulema, por cuyos intereses se habia sacrificado. Gie vivió é impetuoso aun en su situacion de acusado, era temido por los testigos á los que no guardaba consideraciones ni en sus conversaciones privadas, ni en sus memorias de defensa, ni aun ante el tribunal.

Pontbrián antes de compararse al cargo con el acusado, rogó á los jueces que le exigieran de él que se abstuviese de expresiones chocantes que su calidad de caballero no le permitian sufrir con paciencia. Así lo prometió Gie, pero cuando oyó que le imputaban dichos insolentes contra la reina, y que se le imputaban como crimenes las chanzas proferidas en momentos de alegría, no pudo contenerse y exclamó: «Pontbrián mehe vil é infamemente.» En vano le rogaron que moderase los términos de su respuesta. «No

merece otra cosa, dijo, es un beato, un hipócrita que ha querido atormentarme. Al de Albrecht le desmintió completamente y le trató con hartó desprecio.

La declaración mas embarazosa era la de la duquesa de Angulema. Gie se lisonjaba de que por los servicios que habia prestado á ella y á su hijo, y con especialidad los que habian dado márgen á su persecución, sería favorable el testimonio de la duquesa; pero esta le profesaba interiormente ódio por contradicciones que sus mirajes sufrían con dificultad. Dicese que el mariscal, tratado por la princesa con bondad y confianza en las conversaciones familiares que tenia con ella á causa de su cargo de ayo, y siendo muy rico, bastante acreditado, descendiente de una de las primeras casas de Bretaña y viudo, creyó que no era muy temerario aspirando á poseer la mano de la madre desu educando. Se asombró cuando no fueron atendidas sus insinuaciones, y procurando averiguar la causa, creyó encontrarla en la inclinación que la señora profesaba á algunos de los jóvenes que frecuentaban el castillo. Como allí era omnipotente, manifestó á algunos de ellos que no concurrirían tan asiduamente, y uno de los mas sospechosos no quiso obedecerle, pero el mariscal le hizo echar vergonzosamente por sus guardias. Esta violencia, que hirió el amor propio y tal vez el gusto respecto de la princesa, la desagrudó todavía mas porque suscitaba sospechas injuriosas. Pero como necesitaba un director para su hijo, devoró en silencio esta afrenta; y mas cuando encontró ocasion de vengarse, el desprecio y el deseo de castigar á un rival, la hicieron olvidar su reconocimiento, y su declaración fué la mas desfavorable al acusado.

Gie en esta ocasion se condujo con la mayor moderación. Tuvo la prudencia de no insinuar los motivos que habian podido determinar á la duquesa á agravar su situacion, motivos que tal vez hubieran rechazado. Sin pretender dar la mayor importancia á los servicios que le habian puesto en aquel conflicto, y sin dar á su aserto un aire de reprobacion, dijo: «Si hubiese servido siempre á Dios como os he servido á vos, señora, no tendria que dar mucha cuenta el dia de mi muerte.» Negó, pero con respeto, mucha parte de los hechos de que se le acusaban y dijo por último, que se le aplicaban dichos que siempre habia creído eran indecorosos aun cuando se tratase de la mujer mas despreciable del reino.

A pesar de su justificacion, apoyada sobre pruebas irrecusable, el acaso hubiera corrido inminente riesgo sin la proteccion del cailler Guiso de Rochefort, presidente del tribunal. Condujo este el negocio con tal destreza que salvó al acusado sin chocar con la reina ni con sus poderosos enemigos. Le sacó de la prisión, en la que habia sido tratado al principio con dureza, y le hizo presentar una lista de testigos que habia de deponer en su favor. Figuraba á la cabeza de ella el rey y despues el cardenal Amboise, gobernadores de provincias distantes, embajadores que estaban fuera del reino, oficiales del ejército de Italia y misioneros que tal vez no volverian, lo que contribuiría á alargar la causa. Como la reina se obstinaba en que se celebrara el juicio, se llevó este negocio al Parlamento de Tolosa. Este tribunal, aunque vivamente solicitado, se desentendió del crimen de lesa majestad, y sentenció que para reparacion de algunos excesos y defectos, y por ciertas consideraciones, el mariscal de Gie cesara en las funciones de ayo del conde de Angulema, perdiera este titulo, así como el mando de los castillos de Amboise y de Angers y su compañía de cien lanzas; que se abstuviera durante cinco años de las funciones de mariscal de Francia y que durante este tiempo no pudiera acercarse en diez leguas á la corte, cosas todas que podria haber mandado el rey por sí, sin exponerse á que se dudara de su justicia y bondad. Tambien se condenó á Gie á devolver al Tesoro el sueldo de quince soldados que por descuido ó por otra causa habia empleado en su servicio, y cuyo cargo se le hacia para demostrar la concussion. El mariscal pagó alegremente esta módica suma y se retiró á su hermosa casa del Vergel en Anjou, donde vivió magníficamente, visitado por la nobleza de la provincia y aun por los mas distinguidos señores de la corte, á despecho de sus enemigos y de los envidiosos.

Ya recordará el lector que el rey habia confinado por decirlo así á los fugitivos de Gaeta, en Italia, prohibiéndoles volver á Francia. Á fuerza de perseverancia, uno de los principales oficiales llamado Luis de Hedouville, pudo acercarse al rey. Se presenta en un estado lastimoso, y le manifiesta que no han contribuído á la pérdida del reino de Nápoles ni los capitanes que han hecho parte en su huida, ni los soldados que han dado muestras de valor, sino los factores de provisiones y los tesoreros, harpias insaciables, agregadas al ejército únicamente con el deseo de enriquecerse. «Por espacio de cuarenta dias, dijo, hemos visto al enemigo delante y á los ladrones detras. A la vuelta, esos implacables usureros no han querido auxiliar á los soldados y aun se han guardado su paga. En la actualidad triunfan de nuestras calamidades y se presentan atrevidamente en la corte, de la que quieren desterrarnos, á nosotros que llevamos sobre nuestros cuerpos acuchilla-

dos y en nuestros rostros los testimonios vivos de sus robos.» El monarca exclamó suspirando: «¡Ay Dios; es verdad!» En consecuencia de esta denuncia, dos de estos avarentos agiotistas fueron cogidos, otros se vieron puestos en un caldazo para luhirio del pueblo, y á otros se les impusieron grandes multas aplicables á los capitanes y soldados que necesitaban este socorro.

Los caballeros franceses habian manifestado un valor á toda prueba. Ademas de la generosa decision de La Palice en el ataque de Bouva, y de Bayardo en el puente cuando detuvo á la columna española, la historia ha conservado la memoria de muchas acciones heróicas, entre las cuales celebra la atrevida retirada de Luis de Ars, compañero de estos dos guerreros. Este, despues del descalabro de Cerinola y en tanto que Alegre conducia el grueso del ejército á Gaeta, habia recogido una parte de los fugitivos en Venouse; desde donde ponía en contribucion á los paises vecinos, Gonzalo le intimó que se sometiera á lo convenido en Gaeta, pero desechó la proposicion con desden y persuadió á sus compañeros que permanecieran con las armas en la mano mas bien que sucumbir á la ley del vencedor. El Gran Capitan envió contra él al veneciano Alviano, su mejor oficial, y que se habia distinguido particularmente en el paso el Garellano, de que habia dado la idea. Lucharon largo tiempo la habilidad y el valor, pero á pesar de la superioridad de las fuerzas de su adversario, Luis de Ars venció siempre.

Escribió al rey que podia sostenerse seis meses en su puesto, y que le enviara socorros. Luis XII que empezaba á cansarse de esta guerra, le contestó que abandonara esta plaza y salvara las tropas con las mejores condiciones que pudiera conseguir. El valiente caballero no quiso admitir ninguna. Saló de Venouse en órden de batalla, á travese parte del reino de Nápoles y toda la Italia, consiguió provisiones de los lugares por donde pasaba de grado ó por fuerza, y llegó triunfante y casi sin pérdida á Blois donde se hallaba la corte. Le recibió toda entera, y el rey distribuyó recompensas á los oficiales y soldados, dejando al gefe la eleccion de la que mejor le agradara; pero no pidió otra que la entrada en Francia de los capitulantes de Gaeta, lo que le fué concedido.

Esta fatiga de la guerra que habia obligado á Luis XII á dar al comandante de Venouse órdenes tan desesperadas, le determinó tambien á escuchar las proposiciones que le hizo Fernando. Este príncipe, á pesar de sus victorias en el reino de Nápoles, tenía que Luis, indignado de su perfidia le opusiese á falta de otros medios, al desventurado Federico que permanecia en Francia. Los socorros que el monarca francés podia prestarle al enviárselo á su reino; lo que podia conseguir el príncipe destronado de los señores napolitanos descontentos, que eran bastantes, y de los fugitivos á quienes el menor rayo de esperanza reanimaria; la necesidad perpétua de dinero; la precision de sacar las tropas de España para conservar sus nuevas posesiones, esta reunion de causas le hizo discurrir, ó de buena fé ó por una generosidad que apenas se puede concebir, ó solamente para confundir mas á Luis, ofrecer al napolitano la restitucion de su trono.

Por medio de los embajadores que envió á Francia, hizo renovar secretamente á Federico las protestas en virtud de las que le habia ya engañado; á saber: que no le habia quitado la corona, mas que por impedir que la France se apoderase de ella, que no era mas que un depósito, y que se le devolveria si obtenia de Luis XII que desistiese de todas sus pretensiones á este reino. Apoyaba esta proposicion con la oferta del matrimonio del hijo mayor de Federico, que él tenia en España, con una de sus sobrinas, Fernando persuadió tan bien al napolitano, que hizo extraordinarios esfuerzos para que cediese Luis XII; pero este penetró mejor las miras secretas del artificio español. Dió audiencia solemne á sus embajadores, escuchó las proposiciones vagas que le hicieron para un arreglo, tomó en seguida la palabra, le hizo conocer que no ignoraba la intriga eladestina con Federico, le reprehendió con un tono áspero su complicidad en la mala fé de su señor, y les mandó salir de su reino, concediéndoles para ello muy pocos dias. Creyeron que Fernando se irritaria cuando supiera que Luis le acusaba de impostura, y que le habia engañado dos veces. «¿Dos veces? dijo, niente, pues han sido mas de diez.» Es creible que deseaba que Federico saliera de Francia para apoderarse de él y hacerle prisionero. El infortunado príncipe creyó que solo el rey de Francia le volveria la corona, y murió poco tiempo despues en esta persuasion, no teniendo motivos de queja del monarca que le guardó todas las consideraciones posibles, y procuró que no faltara nada á su familia. Porque aun en los momentos en que se vio masapurado (rey con extraordinarios gastos, tenía buen cuidado que las pensiones prometidas se pagasen con religiosidad.

Los ofrecimientos que el rey católico hacia á Federico de colocarle en el trono, eran bien contrarios á los compromisos contraidos con el archiduque Felipe, esposa de Juana, hija, de ceder el reino de Nápoles al duque de Luxemburgo su hijo, cuando se realizara el matrimonio estipulado entre él y Claudia de Francia.

En esto conoció Luis XII que el yerno tenía tan mala fe como el suegro. Le envió la sumaria información que había hecho escribir de todo lo que había pasado, tanto en la audiencia solemne, como en las intrigas secretas de los embalsadores; y esta comunicación produjo conferencias en que el rey y el archiduque soberano de Flandes se explicaron sobre sus respectivos intereses. El archiduque ganó al emperador Maximiliano su padre, y por un tratado que se celebró en Blois, trató que Luis XII firmó solo porque estaba cansado de una guerra que agotaba los recursos de sus pueblos, se determinó el enlace de Claudia hija mayor del rey, y de edad entonces de cinco años, con Carlos de Luxemburgo que tenía cuatro. A causa de este matrimonio, se consiguió de Maximiliano la promesa de dar al heredero de Valentina la investidura del ducado de Milan, promesa que le fué pagada con doscientos mil francos adelantados. Esta investidura debía ser tanto para el rey cristianísimo como para sus hijos varones nacidos de legítimo matrimonio; pero á falta de varones esta rica herencia debía pasar á Claudia de Francia y al duque de Luxemburgo, su futuro esposo, y si uno de los dos moría antes de la realización del matrimonio, sería devuelto el Milanesado á aquel de sus hermanos ó hermanas que le sustituyera. Además de estas cláusulas de sustituciones favorables á su presunto esposo, llevaba Claudia al heredero de la casa de Austria el ducado ó soberanía de Bretaña, después de la muerte de Ana su madre; y los condados de Ast y de Blois, pertenecientes á la casa de Orleans y que cedía al rey en beneficio de su hijo; el ducado de Borgoña, y en fin la esperanza casi asegurada de la corona de Nápoles, si Fernando cedía á su nieto los derechos que pretendía tener, como Luis abandonaba los suyos á su hija.

Otra cláusula no menos ventajosa á la casa de Austria que contraría á los intereses de la Francia, fué la de que si el matrimonio proyectado no se celebraba por voluntad del rey, de la reina ó de Claudia, la Francia perdería por este solo hecho todos los derechos al ducado de Borgoña, y los que adquiría al de Milan, que desde luego serían devueltos al duque de Luxemburgo; si dejaba de verificarse por falta de este, solo cedía el Charolais, el Artois y otros señoríos adyacentes. Finalmente, en este tratado se establecieron las bases de una liga contra los venecianos. Ya hemos visto que en las guerras de Nápoles Luis XII así como Carlos VII su antecesor habían tenido por que quejarse, ya de su parcialidad declarada por los enemigos de la Francia, ya de su conducta ambigua. La prosperidad del comercio daba á esta república un orgullo que el rey quiso humillar. Sacrificó á este deseo al elector palatino Felipe, y al duque de Gueldres, Carlos de Egmund, hijo de Alfonso el Desnaturalizado, ambos á dos sus antiguos aliados, cuyos estados eran amenazados ahora por el emperador. Luis XII se comprometió á no socorrerlos cuando Maximiliano los atacase. Este último no podía quejarse de los venecianos; antes por el contrario, siempre los había encontrado prontos á socorrerle cuando tenía necesidad de ellos; pero su reconocimiento desapareció ante el deseo de poseser muchas plazas marítimas del continente pertenecientes á los venecianos. Julio II por su parte, que tampoco tenía motivo de queja, se dejó ganar por la esperanza de que le restituyeran las ciudades de Faenza, de Rimini y otras plazas que decía retenían injustamente los venecianos. El era quien debía empezar la guerra por medio de anatemas y excomuniones, y cuando ellos creyeran que no tenían que temer más que esta clase de armas, las dos potencias real é imperial aparecerían con todas sus tropas y los destruirían.

El rey rindió homenaje, por medio de procerador, al emperador por el ducado de Milan. Pocos días después fué atacado de una enfermedad tan maligna como la del año anterior, y se vió tambien próximo á fallecer. El triste estado en que se encontraba hizo abrir los ojos acerca de las fatales consecuencias que podían sobrevenir á la Francia, si el tratado de Blois, respecto al matrimonio de Claudia con el duque de Luxemburgo, se llevaba á cabo. Este principio, como ya se ha dicho, debía ser muy temible á la Francia; porque había de adquirir por parte de su padre todos los bienes de la casa de Austria en Alemania, y además Flandes y el condado de Borgoña, y por la de Fernando é Isabel á su muerte. Aragón y Castilla; por el tratado de Blois el ducado de Milan, los de Borgoña y Bretaña, los condados de Ast y de Blois, el Charolais y los países adyacentes; y por último, la corona de Nápoles de Fernando su abuelo y de Luis XII su suegro, cualquiera de ambos pretendientes que llegase á poseerla.

Este poder colosal visto de cerca y á la luz, por decirlo así, de las antorchas finéneas que rodeaban al monarca, asustó al consejo. El cardenal Amboise se enorguló de hacer conocer el peligro al moribundo. Lo conoció, derramó abundantes lágrimas por su imprudencia y por los peligros á que había espuesto sus pueblos; pero le detuvo el temor de faltar á su juramento. El prelado, como ligado á *latere*, le absolvió de él, después de haberle manifestado que su compromiso era nulo según las leyes canónicas y civiles; según las primeras, por la falta de voluntad de la princesa, que era demasiado jóven todavía para poder espresar su verdadero

consentimiento, que era lo esencial del acto; y por las segundas, á falta de adolescencia de la nación á una medida que enagababa una parte considerable de su territorio. La reina Ana manifestó bastantes repugnancia en que no se llevase á efecto un enlace que prometía á su hija tan brillante porvenir; pero Amboise obtuvo tambien su consentimiento, porque la hizo ver que si se oponía podría ocasionar la muerte del rey. Este, libre ya de escrúpulos y objeciones, hizo su testamento, en virtud del cual ordenó que la princesa Claudia se casase con Francisco duque de Angulema, en cuanto le permitiera su edad, y que siendo su hija mayor, heredase el ducado de Milan, los condados de Ast y de Blois y todos los bienes que le pertenecían en propiedad. Instituyó por administradora de todos sus bienes y tutora de su hija la reina á su madre, y declaró que disfrutarían la regencia Ana de Bretaña y Luisa de Saboya, condesa de Angulema, bajo la dirección de un consejo de cinco personas distinguidas que nombró y de cuyo número eran el cardenal Amboise y el canceller Guido de Rochefort. El moribundo hizo jurar al comandante y á los capitanes de su guardia, que después de su muerte se unirían al conde de Angulema y que sacrificarían su vida si era necesario, para obligarle á que realizara su matrimonio con la princesa Claudia. Felizmente este estravagante pensamiento de colocar á la cabeza del gobierno, con igual poder, á dos hombres y dos mujeres, que no se querían, no se ejecutó; Luis XII recobró la salud, y se halló bien pronto en estado de fijar sus atenciones en un acontecimiento que cambió su situación por el rey católico.

La reina Isabel murió. Por su testamento dejaba el reino de Castilla, de que era única soberana, á su hija única Juana la Loca; y en caso que no pudiese reinar, confiaba la regencia á Fernando, hasta tanto que Carlos de Luxemburgo su nieto, hubiese cumplido la edad de 20 años. Los dos esposos habían adquirido juntamente la posesión de las Indias y la corona de Nápoles. Las Indias, todavía poco aseguradas, permanecían pro indiviso por la fuerza de las circunstancias. No sucedía lo mismo con el reino de Nápoles que podía partirse, pero esta palabra sonaba mal á los oídos de Fernando. Por otra parte conocía, que á pesar de la última voluntad de Isabel, su autoridad en Castilla era precaria, porque el archiduque Felipe, su yerno, reclamaba tambien la regencia durante la vida de su esposa, y si acaso llegaba á sobrevivirla, hasta la mayor edad del duque de Luxemburgo su hijo, Fernando, en la posibilidad de perder su influencia en el reino de Castilla, resolvió apropiarse el de Nápoles por completo. Conjeturaba que el archiduque, habiendo perdido por las nuevas disposiciones de Luis las ventajas que debía procurrarle el matrimonio de su hijo con Claudia de Francia, no dejaría de reivindicar los ducados de Milan y de Borgoña, que el tratado de Blois le aseguraba con dicho matrimonio, y que el rey de Francia con el temor de haber de sostener una guerra en Italia por el reino de Nápoles, y otra en Flandes y en Alemania contra Maximiliano y Felipe, aceptaría prontamente un ofrecimiento que le aseguraba la integridad de sus fuerzas contra el padre y el hijo, y salvaría su honor respecto á Nápoles. Propuso pues, que Luis XII le concediese por esposa una hija de Francia, á la que daría en dote la parte del reino de Nápoles que se había reservado por su partición y que no poseía despues de sus derrotas.

En este caso nada daba la Francia; antes por el contrario, conservaba sus derechos al reino de Nápoles para el caso que la princesa no tuviese hijos; y por esta razon se concluyó bien pronto el tratado, y Luis XII se apresuró á conceder la mano de la jóven Germana de Foix, hija de su hermana y de Juan de Foix, vizconde de Narbona, al viejo Fernando que desde entonces se llamó sin contradicción rey de Nápoles y Sicilia. El rey de Francia quiso retener por una cláusula especial el principado de Tarento para la viuda y familia de Federico el destronado; pero el rey de España exigía que esta desgraciada familia fuese á establecerse en el lugar que él designase. La viuda tenía un cautiverio perpetuo para sus hijos si los ponía á disposición de su pariente, y se retiró con ellos á Ferrara.

El testamento de Luis XII que aseguraba al conde de Angulema la mano de Claudia y el trono de Francia, no pareció suficiente para dar á esta disposición la autenticidad necesaria, y se creyó que un acuerdo que disponia de la corona debía estar apoyado por los Estados Generales. El rey los convocó en Tours. El orador de los Estados, llamado Tomas Bricot, canónigo y diputado de Paris, no empezó como sus antecesoros en estas asambleas, por escusas de los deberes que tenía que cumplir esponiendo los males que aquejaban al pueblo por la enormidad de los impuestos, pidiendo su disminución y la reforma de los abusos; por el contrario, felicitó al rey que se hallaba presente, por su bondad é indulgencia cuando subió al trono, con aquellos que le habían ofendido. En tiempos de turbación y de alarma, añadió, en tiempos en que las rentas de la corona parecían insuficientes, las tallas han disminuido una tercera parte; habeis atendido á la seguridad y tranquilidad de los ciudadanos; habeis leyes, y reprimido los excesos de los soldados cou

una exacta disciplina. El labrador no temía la llegada del guerrero, y para servirme de la espresion del profeta: «La oveja pastaba en medio de los lobos, y el cabrito saltaba entre los tigres.» ¡Cuántas gracias os deben dar los súbditos á quienes habeis enriquecido y protegido! Dignaos pues, señor, aceptar el título de *Padre del Pueblo*, que os tributan hoy por mi voz. A estas palabras se sintió en la asamblea un murmullo que fue seguido de gritos de alegría y aplausos.

Después de un momento de silencio, durante el que parecia que se reponía el orador, habló el sentimiento de la enfermedad del rey, de la pesadumbre de la nación entera en los momentos en que tenia por su vida, y cuando un rayo de esperanza habia disipado este profundo dolor, del espanto con que vió el peligrar que habia corrido el Estado y las consecuencias que se hubieron originado. «En estos crueles instantes, señor, en que parecia que os ibais á alejar de esta vida, declaráisteis que no sentiais perderla si no porque no habiais asegurado el reposo de vuestro pueblo. Estas palabras siempre memorables nos alientan para depositar á los pies de V. M. nuestra humilde petición.» En este momento, la asamblea entera se arrojó dirigiendo al trono sus manos suplicantes. El orador en la misma actitud continuó con voz temblorosa; ¡ojalá que el árbitro supremo de los destinos prolongue la duración de vuestro reinado! ¡ojalá que propicio á nuestros deseos, os dé un hijo que se os parezca! Pero si sus secretos eternos se oponen á nuestros votos, si no nos juzga dignos de tan gran favor, adremos su justicia y no pensamos mas que en hacer uso de los dones que nos ha concedido. Señor, á vuestra vista tenéis un precioso vástago de los Valois, hijo de un padre virtuoso, educado á la vista de una madre vigilante; formado por vuestros consejos y vuestro ejemplo promete igualar en gloria á sus abuelos. (Que sea el feliz esposo que destinais á vuestra hija; y que pueda transmitir á los venideros la imagen de vuestro reinado!).

Luis, profundamente conmovido, dejó correr las lágrimas. El canceller Guido de Rochefort, después de haberse acercado al trono á tomar órdenes, dijo que el rey veía con la mayor satisfaccion el amor de la patria grabado en todos los corazones, que aceptaba el título de *Padre del Pueblo* que le concedía la asamblea y que no podia haberle hecho mas agradable presente. En cuanto al objeto de la petición, es un negocio tan importante y ligado á tan poderosos intereses, que el rey desea, antes de dar su última decision, conferenciar con los principes de la sangre, los grandes y los principales magistrados del reino. Dentro de seis dias os dará la respuesta. Al finalizar este término se volvió á presentar con toda la corte y el canceller declaró que el parecer del Consejo se encontraba conforme con el deseo de los Estados; que después de un maduro exámen, se habia reconocido que Luis, sin faltar á las mas austeras reglas de la probidad y del honor podia como hombre y debía como rey conformarse con el voto de la nación rompiendo un tratado capcioso y nudos tan funestos como desproporcionados; que en su virtud el rey no podia diferir un momento el satisfacer los deseos de los diputados de su pueblo, y los invitaba para que asistieran á los desposorios, que era lo único que se podia hacer atendida la corta edad de los esposos. «S. M. exige, añadió, que prometáis y juréis y que hagais prometer y jurar á aquellos que os han comisionado, que tan pronto como los desposados se hallen en edad nubil, hareis que se celebre este proyectado matrimonio, y que vertereis hasta la última gota de sangre si fuera necesario para asegurar su ejecucion.» Todos se apresuraron á jurar y recibieron formulas para hacer prestar á su vuelta el mismo juramento á las ciudades y comunes de que eran mandatarios. Desde la sala de los Estados; se trasladaron los futuros esposos al pie del altar, donde los esperaba el cardenal legado. La princesa tenia siete años, y el conde de Angulema, que tomó el título de duque de Valois, habia cumplido doce.

El rey mandó escribir sumariamente todo lo que habia pasado en los Estados de Tours, y lo envió á todas las cortes de Europa. Se cree que el emperador Maximiliano, abuelo del duque de Luxemburgo, y el archiduque de Austria, hijo del primero y padre del segundo, se descontentaron al ver una decision que privaba á su heredero de tan ventajosa alianza; pero el archiduque no tuvo tiempo de manifestar su disgusto, porque murió á la edad de veinte y ocho años de resultas de una enfermedad, causada por ejercicios violentos de mas de un género. Los flamencos que no quisieron á Maximiliano le dejaron, á la verdad, la custodia y tutela de Carlos su jóven duque, pero crearon un consejo de regencia para el gobierno. Los castellanos, que estaban bajo la dominacion de Juana la Loca, por muerte de su marido, disputaban entre si para establecer regentes, sin contar con Fernando que estaba en su nuevo reino donde le deteniaen negocios importantes.

Poco faltó para que se le quitara el mismo que le habia conquistado. Gonzalo se habia granjeado allí un partido poderoso, distribuyendo á sus capitanes, no solo los despojos de la faccion aragonesa, sino tambien posesiones de la corona. Los señores napolita-

nos, encantados de las brillantes cualidades del Gran Capitan, de seaban tenerle por rey. El Papa le hubiera querido tambien mejor por rey, y que no á Fernando, que tenia suficientes fuerzas propias y no necesitaba apoyo de nadie. Todas estas razones movieron al aragonés á cuidar de conservar este reino. Semjante temor le determinó á visitar sus nuevos súbditos, y á presentarles á Germana su jóven soberana. Ella contribuyó, con sus maneras afables á hacer soportar á los napolitanos la dominacion de su esposo naturalmente sombrío y áspero. Germana obtuvo tambien de su tío Luis XII que no se mezclase en estas disensiones, en las que querian los descontentos valerse de su nombre y abrirle el camino para este trono, á que renunció por siempre.

¡Ojalá hubiera renunciado lo mismo á toda la Italia! El fatal ducado de Milan, patrimonio de su familia, fijaba siempre su atencion y los medios de conservarle eran el objeto de todos sus deseos. Los italianos por el contrario, principes, gefes aventureros, y repubblicanos, veian con pena en su centro una potencia capaz de imponerles la ley. El Papa Julio II á quien habia ayudado el rey de Francia en la conquista de Perona y de Bolonia contra sus nuevos aliados, favorecia esta enemistad y el emperador tambien la fomentaba. No era una liga todavía, sino un deseo comun, que se manifestó bastante abiertamente en lo que pasó en Génova.

Esta ciudad presentaba á Luis XII el fuso mejor para ir á socorrer al Milanesado en el caso de que fuera invadido. Se habia ahorrado á los franceses; pero las facciones que sin cesar la agitaban, ofrecian perpetuamente á los principes, celosos de la Francia, ocasion de quebrantar la fidelidad de estos repubblicanos para con ella. Habiendo ocurrido una querrela entre el pueblo y la nobleza, determinó el rey enviar comisarios encargados de reconciliarlos; lo que habia solicitado tambien el Papa que envió un cardenal con el mismo objeto. Este era el que alentaba el fuego de la revolucion, prometiendole socorros al partido popular; y á ruegos suyos dieron los comisarios una sentencia moderada que pareció al pueblo demasiado favorable á la nobleza. El populacho se sublevó, y arrojando la mascara hipócrita de dependencia que habia conservado hasta entonces, persiguió á los franceses en todas partes. En la toma de un fortin, que careciendo de municiones se rindió sin defensa, mediando la promesa de los honores de la guerra, hubo tales excesos que ya no era posible la transaccion, y una crónica de aquel tiempo termina este cuadro con los siguientes rasgos. «Crucificalan á los franceses en los arcanabos del corazón y las entrañas, se lavaban las manos con su sangre, los hacian pedazos sin piedad y sin que perduran á las mujeres que se encontraban allí, á las que hicieron morir de tan extraña y cruel manera, que es imposible describirlo.»

Estas atrocidades determinaron al rey á ir él mismo á castigarlos. Levantó un grande ejército y llevó consigo un gran número de los principales señores, y lo que mas asombró, fueron ocho cardenales y unos treinta prelados entre obispos y arzobispos. La vanguardia mandada por Chaumont y La Palice bastaba para contener en su ciudad á los genoveses, que habian nombrado gefes, y que intentaban defender sus cercanias, pero batidos dos veces y obligados á pedir misericordia abrieron las puertas. El rey entró con el aparato de un monarca irritado, con la espada en la mano, rodeado de señores con traje de guerra, y con una tropa de gentiles hombres y arqueros de su guardia, lanzas en ristre. Treinta senadores con la cabeza rapada y vestidos de luto, pronunciaron un tenor discursivo, en que atribuyeron todas las faltas al delirio de un populacho. Frente á Luis, los escuchó y pasó adiante sin contestarles, dirigiéndose á la catedral. Las mujeres mas distinguidas con el cabello suelto y deshechas en llanto, hacian resonar las bóvedas del templo con sus dolorosos gritos, y suplicaban á un mismo tiempo al rey que perdonase, y al Todopoderoso que enterneciese el corazón del monarca. Después de haber hecho oracion se retiró á palacio, ocultando con trabajo su emocion.

Entonces los heraldos, precedidos de trompetas, recorrieron toda la ciudad y mandaron á los habitantes que llevasen sus armas á la plaza del palacio. Se hicieron diversos haces de ellas y se echaron por encima de la muralla á los suizos y á los aventureros que no se les habia dejado entrar por temor de que saqueasen; precaucion que denotaba, que si bien el rey estaba irritado, no habia perdido enteramente el afecto á la ciudad. Se establecieron tribunales y se levantaron patibulos, á los que fueron conducidos los gefes y particulares que mas se habian señalado en el motin. Estas ejecuciones, cuyo término se ignoraba, helaban los corazones; por fin llegó el dia en que el rey debia decidir de la suerte de la republica. Apareció, sobre un trono erigido en la plaza del palacio donde habia sido convocado el pueblo, que concurrió triste y silencioso, rodeado de soldados amenazadores.

Un oficial leyó en alta voz un escrito que recordaba todos los beneficios de la Francia, la ingratitude de los genoveses y sus horribles excesos, y los declaraba en su virtud reos del crimen de lesa magestad, y en castigo privados de todos sus derechos y

franquicias, condenados en expiación de su delito á la pérdida de sus bienes y de la vida. Se trajeron en seguida al medio de la asamblea todas las cartas y diplomas que contenían los privilegios concedidos en diferentes tiempos por los reyes de Francia á la ingrata república. Los verdugos rompieron los sellos en señal de ignominia, los hicieron pedazos y los echaron al fuego, en tanto que los ciudadanos con los ojos fijos en tierra y sin poder contener sus sollozos, ni reprimir sus lágrimas, esperaban todavía un castigo mas severo. Pero el rey les perdonó la vida y la confiscación de bienes, á condición que pagasen una multa de trescientos mil ducados.

Parte de ella se destinó á construir una fortaleza que dominara el puerto así como las islas de Córcega y de Chio, pertenecientes entonces á Génova. Las aclamaciones que siguieron á este perdón, conviniéron al sensible Luis, y casi sobre la marcha volvió á la ciudad sus magistrados y sus privilegios, y les dió un gobernador virtuoso y sábio que estableció por algún tiempo la paz en esta ciudad de discordias y revueltas.

Al comenzar esta empresa se vió el rey obligado á aumentar los impuestos, pero previno expresamente que no empurzaría á cobrar las nuevas cargas hasta que se hubieran agotado sus rentas ordinarias. Concluida esta expedición mas pronto y mejor de lo que creía, envió desde Italia una declaración diciendo que no cobraría el aumento de los impuestos, daba gracias á sus súbditos por su buena voluntad, y renunciaba á hacer uso de aquel dinero porque sería mas fructífero en las manos de sus vasallos que en las suyas. ¡Ejemplo notable y tal vez el único de desinterés y de justicia! Los cortesanos no estaban contentos de este espíritu de economía que le impedía ser con ellos tan generoso como deseaban, y no encontrándole pródigo, le tachaban de avaro. Como las opiniones de la corte se adoptan fácilmente por la ciudad, y sobre todo cuando tienen una tintura de sátira, los parisienses se divirtieron malignamente en el teatro en parodiar al monarca. Noticiaron al rey la representación de esta farsa y el éxito que habia tenido, y contestó: «Mas quiero hacer reír á los cortesanos con mi avaricia, que no hacer llorar á los pueblos con mis profusiones.» Habiéndole aconsejado que castigase á los istriones por su insolencia, dijo: «No; pueden enseñarnos verdades útiles. Dejémoslos que se diviertan, siempre que no lastimen el honor de las señoras, y quiero además que se sepa que han tenido esta libertad durante mi reinado, impunemente.»

Luis XII licenció la parte mas onerosa de su ejército, que eran los suizos, cuyos servicios se compraban á subido precio. No perdaban al rey haberlos privado del saqueo de Génova, y para subararlo devastaron, al volverse á sus casas, todo el pais por donde transitaron. El rey no empleó la comitiva de cardenales y obispos que habia llevado consigo. Abiertamente se decía que si habia hecho acompañar por esta notable comitiva para dar una digna acogida al Papa, que debía venir á recibir de sus manos la ciudad de Bolonia, restituída recientemente á la Santa Sede; y en secreto se anunciaba que el objeto principal era asegurarse de la persona del soberano Pontífice, reunir un Concilio, examinar en él su elección, hacerle declarar simoníaco y depocerle. Este proyecto parecia dispuesto por el cardinal Amboise, que queria vengar su injuria, y no podia desistir del deseo de ceñirse la tiara; pero Julio II, ó avisado ó sospechando el peligro, se alejó precipitadamente de los contornos de Bolonia cuando se acercaba el rey.

En Luis XII se pasó con complacencia por el ducado de Milan, y en todas partes se hacían fiestas, mas ó menos suntuosas: se habia todavía de una que dió Juan Jacobo Tribuce, señor milanés unido á la Francia, donde habia conseguido la dignidad de mariscal; sobrepuso á todas las demas en magnificencia y asombraría aun en nuestro siglo por el fausto y el lujo. Doscientas señoras asistieron á ella con toda la corte del rey y un número prodigioso de señores italianos. Ciento sesenta maestre-salas, repartidos por las diversas estancias, arreglaban el órden del servicio; doscientos pages vestidos de raso y terciopelo recibían los platos y asistían al banquete. El rey rompió el baile con la marquesa de Mantua, y lo que parece extraordinario en nuestras costumbres actuales, los cardenales y obispos tambien bailaron.

Terminaron estas fiestas con la entrevista de Savona, donde Luis recibió á Fernando que volvía á España con Germana de Foix, á quien colmó de caricias y presentes. Se sospecha, por las consecuencias que ocasionó su amistad con la jóven princesa y por las espansiones de confianza de que el viejo esposo supo aprovecharse, y aun se asegura como cierto, que en esta entrevista se establecieron, bajo la dirección del aragonés, los primeros fundamentos de una liga que empezó poco despues á poner en combustión á Italia. El rey de Nápoles llevaba consigo á Gonzalo, á quien el de Francia prodigó honores y distinciones. El Gran Capitán, que debía conocer las intenciones de su señor, habia abandonado sus esperanzas y lisonjera permanencia en Nápoles, por promesas que se habian de realizar en España. Cuando Fernando le vino en Aragon se olvidó

de todos sus compromisos, y desterró al conquistador á las posesiones que tenia, donde murió de pesar.

A fuerza de tratados de paz se veía la Europa amenazada sin cesar de guerras, porque todas estas convenciones ó creaban ó dejaban subsistir pretensiones que cada potencia se prometía realizar mas pronto ó mas tarde. El rey de Aragon, Fernando, esperimentado ya en el arte de una diplomacia tortuosa, habia propuesto, segun se sospecha, en la conferencia de Savona, un plan de confederación entre los principales soberanos de Italia para arreglar sus respectivos límites. Se ignoran los detalles, pero se puede creer que con corta diferencia era lo mismo que ejecutó Margarita de Austria. Esta princesa, sucesivamente viuda de Juan de Castilla, hijo de Fernando, y de Filiberto, duque de Saboya, era hija de Maximiliano, hermana del archiduque Felipe, tía del jóven Carlos, entonces duque de Luxemburgo, y despues emperador bajo el nombre de Carlos V, y por último gobernadora de los Países Bajos por su sobrino. No se puede dudar que conservaría resentimiento por la afrenta que se la habia hecho en Francia cuando Carlos VIII, que debía casarse con ella, la dejó para dar la mano á Ana de Bretaña; pero este resentimiento se habia compensado con el deseo del engrandecimiento de su casa, passion dominante en ella. Esto fué lo que la determinó á sacrificar algunas ventajas á la Francia, siempre que procurase otras mayores para su familia; pero estas ventajas en el estado actual de la Europa parece que no podían conseguirse sino sobre los venecianos, cuya dominación parece que no debía extenderse mas allá de sus lagunas. Maximiliano, que no debia ignorar los pasos de su hijo pretendiente, como emperador, á Padua y otras muchas ciudades adyacentes, y como jefe de la casa de Austria á Friul y á Istria, sin duda con la intencion secreta entre él y Margarita, de servirse, cuando fueran dueños de estas provincias, de todas las fuerzas que pudieran reunir para apoderarse del Milanésado. Pero, á fin de que el rey de Francia no se alarmase con el poder que su padre iba á adquirir en Italia, ella proponia ayudarle á conquistar el Bressan y otras muchas ciudades dependientes antes del ducado de Milan, y á vengarse de los venecianos, cuyas tergiversaciones habian sido tan fatales á él y á Carlos VIII, su predecesor. Se habian asegurado ventajas de conveniencia al Papa, al que se facilitaría la adquisición de las ciudades que mejor le pudieran venir, y á Fernando que pretendia recobrar á Trai, Brindis, Otranto y Gallipoli, ciudades del reino de Nápoles que se habian unido á los venecianos hacia diez ó doce años. Los confederados, considerándose muy superiores por su antigua nobleza y el esplendor de su dignidad á estos orgulosos mercaderes, tomaron el partido de reunir sus esfuerzos y perseverar en su reunion hasta que hubiesen conseguido ó destruir ó hacer entrar en límites mas estrechos á la orgullosa república. Se concluyó el tratado en Cambrai entre Margarita, en nombre de Maximiliano, su padre y de Fernando, su sugro, y el cardinal Amboise, que obraba por el Papa y el rey de Francia. La princesa tuvo la destreza de poner los estados de su sobrino en Flandes, de que era gobernadora, fuera de todo compromiso con la liga. La discusion entre los negociadores no fué siempre pacífica, y muchos artículos no pasaron sin contradicciones muy animadas.

Aunque los venecianos no supiesen positivamente lo que se tramaba contra ellos, sospechaban algo y tenían un embajador cerca del rey de Francia á fin de parar el golpe, si podian. Se llamada Condolmier, hombre bondadoso, que se hallaba confuso en una corte en que las prevenciones contra la república se desbordaban por decirlo así de todas partes. En una explicacion que tuvo con el rey, que le admitia con frecuencia en palacio, el veneciano, despues de haberle demostrado el peligro que corría al separarse de antiguos aliados, y unirse á enemigos apenas reconciliados, añadió: «La república tiene grandes recursos, y es una empresa bien peligrosa atacar á una potencia gobernada por tantos sábios.» Señor embajador, contestó Luis, todo lo que acabais de decir es muy bueno; pero yo opondré tantos locos á vuestros sabios, que los costará trabajo el gobernarlos. Y os advierto que mis locos scauden á derecha é izquierda, y en empuzando ya no entienden de razones.»

En efecto, si se hubieran observado exactamente las condiciones estipuladas en cuanto al número y marcha de las tropas y puntos de ataque, no les hubiera quedado á los venecianos mas que su ciudad y algunas pequeñas islas. Cuando supieron la conclusion de esta confederación, se dividieron en distintos pareceres. La mayor parte opinaba que se atacase á la liga por la negociacion con cada uno de los confederados en particular, empezando por el Papa, Domingo Trevisani, uno de los procuradores de San Marcos, dijo: «Manifestar debilidad, hacer ofertas á cada uno de los conjurados, es autorizar á todos los demas para que nos impongan la ley, y no hay que esperarlas sino muy duras. El mejor medio de evitar nuestra ruina es fortificarnos contra el peligro y no desesperar de la patria; y cuando hayamos hecho todo lo que está en nuestro poder, Dios no nos abandonará. El Dux recibió con dignidad al heraldo francés que vino



á declararle la guerra. Recordó las antiguas alianzas, se escusó sin bajeza de las infracciones que se alegaban, y concluyó con estas palabras: «Tenemos confianza en su divina magestad y esperamos que nos defenderá. Heraldó, decíal al rey de Francia lo que acabais de oír. Partid.»

El papa Julio II emprendió la guerra con moniciones que concedían su país al primero que le ocupase, y que fueron seguidas de hostilidades, en las que empezó, siendo ya de mas de setenta años de edad, á demostrar su afición á las operaciones militares. El rey entró en Italia acompañado de doce mil hombres de caballería escogida, seis mil suizos, y casi doble infantería nacional. La inconstancia de los suizos habia hecho reconocer la necesidad de ocuparse de este arma, tan poco atendida entonces, que fué necesario nada menos que la generosa decision del caballero Bayardo, de Vandenesse hermano de La Paíce y de Molard, hidalgo del Delfinado, que se puede considerar como el creador de la infantería francesa, y algunos otros oficiales distinguidos de esta milicia. Los venecianos y conducir las nuevas legiones de la gendarmería, para formar y conducir las nuevas legiones de esta milicia. Los venecianos, que entonces hacían el comercio de todo el mundo, omisionen un ejército mas numeroso, pero menos fuerte, porque estaba compuesto de mercenarios de todos los países; pero tenían á su cabeza al conde Petiliano y á Bartolomé Alviano, dos excelentes generales. A pesar del talento de sus gefes, los soldados no podían valerse contra la impetuosidad de los franceses. Así es que el prudente Petiliano no trató de impedir el paso del Adá, y solo se ocupó en atrincherarse; pero el temor que se le cortara la comunicacion con Cremona, de donde sacaba sus subsistencias, le obligó á un movimiento en virtud del que se encontraron los dos ejércitos; lo que se verificó en una aldea llamada Aguadell, cerca de los confines de los estados de Venecia y próxima al Milanesado. La vanguardia francesa era maltratada por Alviano, cuando Carlos, conde de Borbon-Comptensier, y en seguida el rey, que mandaba el grueso del ejército, acudieron á protegerla. Las lanzas mercenarias no pudieron resistir largo tiempo al choque de la gendarmería, animada por el ejemplo de Luis, que se penetraba sin precauciones en los batallones enemigos. Llovían las balas y muchos caían muertos á su lado, y habiéndose aconsejado que se retirase, dijo: «Los que tengan miedo que se pongan á mi espalda, yo los cubriré.»

La derrota fué completa. Petiliano salvó sin embargo una parte del ejército, citando á los fugitivos á los muros de Bresse, que estaba á cuarenta millas del campo de batalla, porque mas próximos hubiera podido dispararlos de nuevo el terror. Alviano herido, fué hecho prisionero por Vandenesse, y cubierto de sangre fué conducido á la tienda del rey. Pasaba por hombre de valor é intrépido: queriendo probar su ánimo Luis XII, dió órdenes en secreto, y en tanto que hablaba tranquilamente con el prisionero, suena la alarma y todo el mundo se turba. El rey apostrofa á Alviano y le dice: «¿Qué es esto señor Bartolomé? Vuestras gentes son difíles de contentar, ¿querrán acaso acometer por segunda vez? Señor, respondió tranquilamente el prisionero, si habia un combate ahora, solo puede ser entre franceses, porque habeis arrojado tan bien á los míos que no será fácil que veais en quince dias.»

Luis persiguió á los fugitivos hasta las orillas del mar. Contemplando desde allí la ciudad, de la que se separaba un ancho foso, mandó disparar contra ella seis culerinas y hacer cinco deseargas perdidas, «á fin de que se digiera en lo futuro, como asegura Brantome, que habia cañoneado á la insuperable Venecia. Pequeño y vano triunfo que era mas bien una prueba de impotencia que un título de gloria. Mas provecho sacó de su victoria con la toma de todas las ciudades que le concedía el tratado de Cambrai, y aun con la de la mayor parte de aquellas que pertenecían á la del emperador, y que los venecianos se apresuraron á entregar, habiéndolos él devuelto fielmente al emperador Maximiliano. En seguida emprendió la vuelta á Francia, como si ya se hubiera acabado la expedición y no hubiera nada que temer, con las tropas que dejaba.

Maximiliano, á pesar del compromiso que habia contraído segun el tratado, de hacer la guerra juntamente con el rey de Francia, dejó á este solo en el peligro, y después de haberse tardado largo tiempo, apareció en fin á la cabeza de un numeroso ejército de alemanes y puso sitio á Padua, que los venecianos habian vuelto á tomar por un golpe de mano, y donde se habian refugiado todas las tropas escapadas de Aguadell. La ciudad estaba bien fortificada, y Petiliano, que mandaba allí, se defendía valerosamente. Los franceses acudieron al socorro de los alemanes con un poderoso cuerpo de caballería compuesto casi todo de caballeros, en cuyo número estaba Bayardo. El emperador, cuya infantería se impacientaba por la lentitud del sitio, quiso comprometer á la caballería, no acostumbrada mas que á combatir á caballo, á que echase pie á tierra y se mezclase con los peones. Los caballeros franceses no sabían qué partido adoptar en vista de tal proposicion, temiendo degradarse si dejaban la armadura, característica de la caballería, y adquirir la nota de cobardes si rehusaban. Bayardo les pro-

puso la respuesta, que fué mezclarse desde luego con los infantes, si la caballería alemana consentía hacer lo mismo en el asalto que se preparaba; pero los alemanes no quisieron alternar con los peones y el asalto no tuvo lugar. El sitio se alargaba y los mercenarios imperiales, mal pagados, desertaban á las bandadas, y aun el mismo Maximiliano, testigo de este abandono, se marchó una noche, acompañado solo de sus domésticos, dejando á los generales el cuidado de levantar el sitio y emprender la retirada como pudiesen.

Los venecianos, mostrando siempre mucha firmeza, guardaban en su proceder todas las considerencias propias para aplacar á los enemigos. Durante el sitio hicieron muchas salidas, y en algunas de ellas cogieron algunos prisioneros, sobre todo franceses, que estando encargados de cubrir la retirada, eran los mas espuestos. El gobernador Petiliano los trataba con toda clase de consideraciones y muchas veces les dejaba en libertad. «Amigos míos, les decía al despedirlos, yo espero que con ayuda de Dios no tardarán en ser amigos vuestro señor y la república; y si no se encontraran aquí los franceses, creed que antes de veinte y cuatro horas saldría y obligaría á levantar el sitio vergonzosamente.»

Los soldados de Julio y los del rey de Nápoles que formaban parte del ejército sitiador, no se contentaron mejor que la infantería alemana. La Paíce, que mandaba los franceses, descubrió traiciones y conveniencias con los sitiados, y por la noche tiraban á los cuarteles de Maximiliano y de los franceses. La Paíce se quejó de esto y aun hizo castigar á algunos desgraciados que no hacían mas que obedecer las órdenes de sus gefes. Estos obraban en virtud de las de sus príncipes, á quienes habian contentado los venecianos. El Papa, reconciliado secretamente con ellos, mediante el abandono de las plazas que deseaba, no solamente dejó de ser su enemigo, sino que se convirtió en protector, se indispuso por leves motivos con el rey de Francia, y en seguida combatió injustamente á Alfonso, duque de Ferrara, aliado fiel de los franceses y enemigo de los venecianos.

Bien pronto dejó Julio de encubrir su odio contra Luis XII. Concedió la investidura de Nápoles á Fernando, sin hacer mención de Germano de Foix y de la reversion estipulada en favor de Francia. En un tratado que el rey y hizo con Enrique VIII, que subía entonces al trono de Inglaterra y debia representar tan importante papel en esta época; obtuvo Julio que se jurase que si Luis hacia guerra á la Iglesia, seria nula la paz que juraban. En virtud de esta cláusula preparaba Julio un enemigo á la Francia. Negoció con los suizos y consiguió indisponerlos con los franceses sus antiguos aliados. El instrumento de la sedecion entre ellos era Mateo Scheiner, hombre de laja extraccion, primero reente de un colegio, luego cura, después canónigo y obispo, y por último, decorado con el capelo, bajo el nombre de *cardenal de Sion*, á fin de darle mas autoridad en los cantones, cuya entera confianza se grangeó. Habia ofrecido sus servicios á Luis XII que los desdenó; Scheiner juró hacerle arrepentir y lo cumplió.

Julio empezó en fin las hostilidades con el arresto de los embajadores franceses en Roma, con una tentativa sobre Génova que no tuvo éxito, y por una invasion en los estados del duque de Ferrara, fulminando al propio tiempo censuras tanto contra este príncipe como contra aquellos que le daban auxilios ó consejos. No eran probablemente la ambicion y el deseo de aumentar sus estados lo único que inspiraba á Julio un odio tan enconado contra Luis. No puede dudarse que el Pontífice descubrió que el cardenal Aloisio continuaba con la esperanza de ceñirse la tiara forzándole á abdicar, y que el complaciente monarca se hallaba pronto á apoyar con todas sus fuerzas las pretensiones de su ministro. Mezeray vituperá que se reconozca al cardenal como de una falta «por haber aspirado ardientemente al papado, porque no es deshonrar una suprema virtud el ansiar una soberana dignidad para hacer bien á toda la tierra.» Pero con el pretexto del bien público, invocado por todo ambicioso, se causan guerras, estragos y desgracias á los pueblos. Esto es lo que resultó de la ambicion de Amboise, sin ningun provecho para él. Veinte veces comprometió los intereses del Estado por sus pretensiones, y la posteridad sin embargo le ha señalado un puesto honroso entre los buenos ministros que propone como ejemplos; y es porque en el fondo de su corazón abrigaba amor al bien, y su ambicion no fué immoderada; porque para servirlo, no temió provocar como se aprovechó de las circunstancias, y porque empujó de los errores políticos en que su ilusion le hizo incurrir, no cesó de conservar hacia el príncipe y los pueblos un celo y adhesion inviolables.

El proceder hostil y la altanería del Papa, que rayaban en baladrouadas, determinaron al rey á regresar á Italia, habiéndose concertado con el emperador, que tambien tenia motivos para desear reveses al Pontífice. Cada cual debia entrar en aquel país con un ejército formidable y acabar de despojar á los venecianos, y en seguida conduciría ó acompañaría Luis á Maximiliano á Roma, donde recibiría la corona imperial. Teniendo entonces al Papa en sus

manos, convocarían un concilio: el emperador llamaría á los prelados alemanes y el rey á los franceses, para que todos juntos residenciaran á Julio por causa de simonía, vejaciones y otros agravios que no era difícil encontrar en la vida de un Pontífice ambicioso y perturbador, y después le depusieran y nombraran sucesor. Pero quizá no hubieran podido entenderse sobre este punto los príncipes. Luis creía trabajar por su ministro, y Maximiliano, viudo

compra, paga, y enlazada la joven, devuelve al padre su dominio. Los familiares estrañan que se privara de una posesion que tan bien le venia, y el cardenal responde: «Soy muy afortunado, pues en lugar de una tierra, he adquirido un amigo.» Rodeado pues del orgullo de la preponderancia que ordinariamente enduce al corazón. Amboise conocia el precio de la amistad y codiciaba sus encantos.

El rey sintió vivamente su pérdida y declaró so'ennamente que en lo sucesivo sería él mismo su primer ministro, cargo que sobre ser penoso por sí, era mucho mas pesado por las circunstancias. Era preciso dirigir y proveer á las necesidades de una guerra lejana, retener en los lazos de una alianza equívoca á Maximiliano, siempre dispuesto á faltar; desconcertar las astucias de Fernando y evitar sus emboscadas; sobre todo mantenerse en guardia contra los amagos y la violencia de Julio, que manejaba con igual actividad las armas espirituales y temporales. Viósele en la guerra de Ferrara, á la edad de cerca de ochenta años, espada en mano y coraza al cuerpo, mandar en persona sus tropas y espedir bulas de excomunion y de censuras. En medio de sus afezes cayó peligrosamente enfermo: viéndose al borde del sepulcro, pareció arrepentirse de los excesos á que su ambicion y venganza le habian arrastrado. En estas circunstancias fué cuando Maximiliano trabajó en hacerse coadjutor, y se lisonjó con la esperanza



Carlos VIII en la batalla de Fornoue.

desde el año precedente, hubiera querido trabajar para sí mismo, como se deduce claramente de una carta suya á su hija Margarita, gobernadora de los Países Bajos.

El cardenal Amboise hubiera quedado muy sorprendido al verse con tal competidor, á no haberle sobrevenido la muerte antes de llegar á saberlo. Durante la enfermedad encargó á su familia reunida en derredor de su lecho, «que jamás llegaran al puesto en que él se habia visto.» Si el grito de su conciencia dimanó del arrepentimiento de haberse sacrificado el din ro y la sangre de los franceses al deseo del papado, deben respetarse sus remordimientos, mayormente cuando los mejores historiadores convienen en que nunca ha sido mejor tratado el pueblo ni ha habido policia mas exacta, ni las fortunas partienales han estado mas seguras que bajo su ministerio. Era suave, humano y afable. Entre los rasgos que le honran refiérese que un hidalgo vecino de la hermosa tierra de Gaillon que el prelado trataba de censualnar, poseia un terreno que entrando en este señorío desfiguraba su circulo. El hidalgo propuso gustoso al cardenal la adquisicion de dicho terreno. Amboise se informa del motivo que le impulsaba á desprenderse del patrimonio de sus padres, al cual antes parecia muy aficionado. El hidalgo dice que encontraba para su hija única un casamiento ventajoso á que no podia ocurrir sin vender su tierra: que con una parte del precio la casaria y con la otra se proporcionaria lo bastante para pasar cómodamente su vejez. El cardenal



Muerte de Carlos VIII.

próxima del papado. Pero Julio convaleciente no penso ya como Julio zoribundo, y no pudiendo separar al emperador del rey de Francia, trató de sublevar al Cuerpo Germánico contra Maximiliano. Celebrábase una Dieta en Augsburgo, y el Papa envió á ella embajadores que se quejaron de la conducta del jefe del imperio contra el jefe de la Iglesia, y dispusieron á los miembros de ella á exhortar á sus comitantes sopeña de anatema, á no

dar ningun auxilio al emperador en una guerra sacrilega, manifiestamente comprendida contra la Iglesia. Los rumores que sembró en Italia y las imputaciones de cisma y heregía que acumuló sobre Luis, arrebataron al monarca muchos partidarios en aquel pueblo timorato.

Pero el mayor daño que el Papa irrogó á Francia fué el romper por la antigua alianza que tenia con los suizos, aunque es verdad que el rey dió margen á la defección de estos con una viveza injuriosa que le costó caro. Pidiéronle aumento de sueldo para los capitanes y pensiones para los cantones, y acompañaban su demanda con la amenaza de abandonarle en caso de negativa. «¿Qué pretendes esos miserables montañeses? dijo el rey incomodado, quien creía pagarles ya demasiado. «¿Me miran acaso como á su tributario ó como á su cajero? Estas palabras imprudentes, malignamente recogidas y siniestramente comentadas, chocaron á aquellos hombres agresivos, pero altivos, y favorecieron grandemente las maniobras del cardenal Sion, á quien su dignidad y elocuencia daban mucho ascendiente en las deliberaciones comunes, é hicieron brillar á los ojos de aquellos rústicos soldados, mas religiosos que instruidos, la gloria de declararse protectores de la Santa Sede y de ser los sostenedores de la Santa Iglesia. Por estos motivos abandonó la nacion la alianza de Francia, aunque no tan generalmente que no se mantuvieran todavía algunos suizos en sus ejércitos.

Enterado el rey de los pasos que daban el Papa y sus emisarios en toda Europa, especialmente en Francia y hasta en su corte, y de que se controvertía con calor si religiosamente se podia hacer la guerra al Papa, determinóse á fijar la opinion con la autoridad de un concilio nacional, habiéndolo convocado para la ciudad de Tours. La asamblea compuesta de gran parte de los obispos de Francia, de abades, canónigos y doctores, decidió que se podian ocupar válidamente por algun tiempo las plazas fuertes que el Papa llenaba de tropas, empleándolas en turbar la tranquilidad de sus vecinos; que era lícito sustraerse á su obediencia, no de un modo absoluto, sino en cuanto lo requería la justa defensa, conformándose durante la susstracción en los casos de recurso á la Santa Sede, con las leyes de la antigua disciplina; que lo que el rey podia para si mismo lo podia para sus aliados, y que las escomunionen por intereses temporales eran nulas y de ningun efecto. Luis XII no tenia necesidad de esta decision para tranquilizar su conciencia; pero no sucedia lo mismo en cuanto á la reina Ana. Poco ilustrada y asi tanto mas decidida, acontecia que no dejaba de hacer sobre la cuestion reclamaciones asaz vivas á su esposo, quien las oia con una paciencia que admiraba á los cortesanos. Habiéndose atrevido algunos á manifestarle su sor-

presa, le respondió tranquilamente: «Es menester tolerar algo á una esposa que estima su honor y á su marido.

El concilio exhortó al rey á hacer conocer al Papa su decision: cinco cardenales descontentos de Julio, no pudiendo ya soportar su altivez y tenacidad tiránica, le habian abandonado y se refugiaron á Florencia, ciudad adicta á los franceses, habiendo pasado para mayor seguridad en seguida á Milan. Desde aqui esparcian manifiestos contra la conducta del Papa, tratándole de imprudente y opresor, y decian que sus excesos únicamente podian ser reprimidos por un concilio general, como habia sucedido en tiempo de los concilios de Constanza y Basilea, que citaban como ejemplo. Los padres de Tours rogaron al rey que dispensara á estos cardenales la proteccion indispensable para congregarse al concilio en Pisa, y en cuanto á si mismos se comprometieron á reunirse en Lion, para deliberar sobre la conducta del Papa, así que este diera respuesta. Entretanto prohibieron recurrir á la corte de Roma para ningun asunto y enviar allá dinero, y por su autoridad privada y sin consultar al Papa, segun tenian costumbre, concedieron al rey cien mil escudos procedentes de los bienes eclesiásticos.

Mateo Lang, obispo de Gurk y primer ministro del emperador, enviado por este á la presente asamblea, suscribió á todas sus resoluciones, y pidió á nombre de su amo una razon exacta de las libertades de la iglesia galicana, para hacerlas adoptar en Alemania; pero ellas en lugar de servir allá como en Francia de simple preservativo contra los abusos de la corte de Roma, produjeron en las escenas de teologia en que para intimidar al Papa las inoculó el imprudente Maximiliano, y en que á la sazón estudiaba el famoso Martin Lutero, una fermentacion funesta, que debia ser casi tan fatal á la autoridad del emperador como á la del pontífice.

Durante estas negociaciones habia una guerra (encarnizada en Italia, ocurriendo pequeñas acciones á veces mas mortíferas que las grandes de Milan en socorro de Milan en socorro de Milan) general experimentado, aunque demasiado contemplador. Con marchas acertadas encerró al Papa en Bolonia: este que podia ser forzado inmediatamente, ofreció realizar un acomodamiento sincero con la Francia y pidió tiempo. Chaumont lo concedió, pero mientras la tregua, llegó un general veneciano conduciendo un cuerpo de turcos á sueldo de la república. Julio se salvó protegido por el embajador del rey de Inglaterra y hasta por el del emperador; y Chaumont que aun triunfando temia ser desatendido, volvió por el camino de Ferrara y murió al poco tiempo, habiendo hecho pedir al Papa el alzamiento de las censuras en que acaso habia incurrido por haberle hostilizado.



Entrada de Luis XII en la ciudad de Génova.

Sucedióle el mariscal Tribulez, á cuyas órdenes combatieron Fonttrailles, La Palice y Bayardo, últimos héroes de la caballería francesa: siempre en movimiento, acosaban al pontífice guerrero con incansables correrías, habiendo fallado poco para que Bayardo le sorprendiera en una emboscada hábilmente preparada, la cual no pudo llevarse á cabo merced á una borrasca de nieve, venida á propósito para el Papa. Al dirigirse Julio sin escolta al cerro de la Mirándula, vióse forzado por la tempestad á retroceder, y entró en el castillo de donde había salido, á aparecer Bayardo en el estremo del puente en persecución de los fugitivos. El Pontífice no tuvo tiempo mas que para apearse de la litera, y ayudar él mismo á cerrar el puente levadizo.

Mala podía apoyar mejor las armas francesas que un concilio general, que hubiera reducido á Julio á una perplejidad embarazosa. Luis XII hizo lo posible para congregarlo: de todos los príncipes que habían prometido secundar su proyecto y hasta contrarios. El rey de Inglaterra tenía á gloria declararse protector del Papa; el de Escocia suplicaba que no se le complicasen en tal negocio para no dar asá á su vecino de declararle guerra; el de Portugal tenía disgustar á Fernando el Católico, rey de Aragón, que era secretamente adicto al Papa, prodigándole este todos los privilegios que deseaba para sus reinos de Nápoles y Sicilia; y aun los príncipes de Italia que juntaron sus insignias con las banderas francesas al combatir al Papa, vacilaban en malquistarse completamente con este, por temor de los trastornos inseparables del cisma en sus estados. Maximiliano era el único que se manifestaba decidido á seguir el plan concertado con Luis para el concilio, al cual prometió enviar obispos de Alemania y de los Países Bajos, al paso que el rey mandaría á todos los preladatos franceses. Pero Maximiliano se prestó á algunas conferencias de paz con el Papa, que tenía su córte en Bolonia, enviándole al obispo de Gurk, su confidante; mas como si este ministro no hubiera ido sino á dar al soberano pontífice una negativa ostentosa, desechó con arrogancia proposiciones muy aceptables, si bien se obstinaba el Papa en no comprender en ellas á Luis XII. El resultado de estas conferencias inútiles fué la convocación del concilio de Pisa, autorizada por los ministros del emperador y del rey de Francia.

Mientras tanto perdió una batalla el duque de Urbino, general del Papa, habiendo sido completamente derrotado y casi destruido su ejército. La toma de Bolonia fué el premio de esta victoria conseguida por Tribulez. Previendo Julio el desulcarse de la acción, retiróse anticipadamente á Rávena, desde donde hizo ofertas á Tribulez. Este temía al proseguir triunfando ir mas allá de sus instrucciones, y así envió las ofertas al rey: interin llegaba su respuesta entró el soberano pontífice en Roma, cuyo camino podía haberle cortado el victorioso ejército. Por deferencia á Maximiliano que se había mostrado constante en sus mutuas resoluciones, Luis XII rechazó también las proposiciones á pesar de ser muy ventajosas.

Una armonía tan perfecta entre príncipes de intereses tan opuestos no podía durar mucho. No se sabe por donde atacó Julio á Maximiliano, si por la ambición ó el interés, medios igualmente poderosos sobre él; si por la plata, metal cneanteador en que siempre se fijaban sus ojos con placer, ó por el deseo de agregar á sus posesiones el ducado de Milan, muy mal pagado en su concepto con el homenaje que Luis XII le había hecho de él, por mas que este monarca hubiera comprado asaz caro su propio bien. Cualquiera que fuera el medio de seducción que se empleara, á poco de desechadas desdenosamente las ofertas del Papa, Maximiliano comenzó á ladearse en su conducta. Quejándose de que el concilio fuera convocado para Pisa y no para alguna ciudad de Alemania, y este descontento aparente le sirvió para no apresurar la concurrencia de los obispos de Germania. No se dirigieron á Pisa mas que algunos franceses é italianos, que se juntaron con los cardenales descontentos. Julio opuso á este congreso la convocación de un concilio general, que debía celebrarse en el palacio de Letran, y en el interin declaró cismáticos á los miembros del concilio, imponiendo entredicho á las ciudades que lo recibieran; lo cual fué una de las causas de los inconvenientes que el concilio encontró en Pisa y obligaron á sus miembros á trasladarle á Milan. En suma, Julio tuvo la destreza de reducir á Fernando el Católico á que se declarara abiertamente por él, y obtuvo igual favor del rey de Inglaterra, quien hasta dirigió al de Francia instancias mezcladas de amenazas, sin restituirla Bolonia á la Iglesia. Con estos príncipes y pequeños soberanos de Italia, así como con la gran república de Venecia y otros inrenores, Julio formó una asociación que se llamó la *liga santa* ó liga de la *santa unión*, habiéndose agregado los suizos, ora por celo religioso, ora por resentimiento de las palabras injuriosas de Luis XII. No tardó entonces en presentarse en campaña bajo los estandartes de la Iglesia, un ejército compuesto de los mismos suizos, de las tropas mercenarias que vendían su sangre á los príncipes italianos en sus contiendas, de batallones napolitanos, titulados bandos españoles, que Fernando licenció á fin de que se alistasen para el Papa, y hasta

de turcos asalariados por los venecianos, y que enroloban la media luna de Mahoma al lado de las llaves de San Pedro. Un agente del pontífice en Inglaterra reveló sus secretos y entregó su correspondencia á Luis XII, quien averiguó entonces con asombro cuales eran sus enemigos. Disimulando por primera vez en su vida, aparentó erer las protestas de amistad que continuaban haciéndole, ó las disculpas que ofrecían de su conducta, y no pensó mas que en burlar sus maquinaciones con medidas vigorosas.

Empero el temple helicozo de Julio, que llamaba sobre Roma los azotes de la guerra, disgustó á sus habitantes: los manifestos que el rey de Francia esparció con profusión entre ellos, y las maniobras de los agentes que hizo pulular en la ciudad, salieron tan perfectamente, que el pueblo se amotinó, viéndose forzado el Papa á refugiarse por algun tiempo en el castillo de San Angelo. El encono entre el soberano pontífice y el monarca habia llegado á su colmo. El último hilo labrar una medalla ó moneda que espresaba sus proyectos y resentimiento, con la leyenda: *Perdam Babylonis nomen, borraré hasta el nombre de Babilonia*. Así es como calificaba al Papa y á la parte del Sacro colegio que se le mantenía adicta. Esta amenaza no era vana, pues intentaba llevarla á cabo en cuanto le fuese posible. Su proyecto, apoyado por el ejército formidable que enviaba á Italia, era marchar en derechura á Roma, entrar en ella de grado ó por fuerza, hacer al Papa prisionero, traer en triunfo su conde de Milan á la capital del mundo cristiano, deponer á Julio, colocar en su trono un pontífice partidario de sus intereses, y mandar en seguida su ejército, continuando sus hazanas, á apoderarse del reino de Nápoles.

Encomendó su mando á Gaston de Foix, duque de Nemours, su sobrino, hijo de su hermano, jóven de veinte y dos años, á quien amaba tiernamente, lleno de gracia y valor, jovial y sensible, simpático y generoso, querido en la córte por su noble galantería, adorado en los campos por sus virtudes guerreras, y á quien Luis destinaba su segunda hija y la corona que le enviaba á conquistar. Gaston principió sus proezas con una rapidez que le proporcionó el título de *rayo de Italia*. La ciudad de Bolonia, arrebatada al Papa así que este se había salvado entreteniendo al mariscal Chaumont, estaba asediada por el ejército de la santa unión, mandado por Ramon de Cardona, virey de Nápoles. Gaston penetró en aquella ciudad á favor de la noche y de la nieve con todo el ejército, sin que lo advirtieran los sitiadores, y con este paso hizo levantar el cerco. Sin descansar voló á Brescia, que los venecianos acababan de sorprender, y se la arrebató tras de un terrible combate. Con igual rapidez volió á buscar al ejército de la unión con el designio de aniquilarlo, despues que al pronto se había limitado á haerle retroceder. Fernando amenazaba al Languedoc, su yerno Enrique VIII á la Picardía, y Maximiliano había dado orden á cinco mil alemanes que estaban al servicio de Luis XII, para que regresaran á su patria. El bravo capitán Jacob (Santiago de) Empser su jefe, indignado de la vileza que se le ordena, la atribuye á Gaston y le pide inmediatamente la batalla, para evitar la necesidad en que se encontraba de obedecer. Fijóse el combate para la mañana siguiente, día de Pascua, y la derrota del ejército papal fué completa: perdió su artillería y brigadas, y dejó quince mil hombres en el campo de batalla. Pedro Navarro, Fabricio Colona, el jóven marques de Pescara y el cardenal Médicis, que en el próximo año fué Papa con el nombre de Leon X, cayeron prisioneros. Solo las bandas españolas capitaneadas por Navarro, sostuvieron noblemente el honor que habían adquirido bajo Gonzalo el Gran Capitán; desbaratadas repetidas veces por nunca vencidas, se habían reunido en número de dos mil hombres, los que, banderas desplegadas, tambor batiente y marchando al paso, se retiraron orgullosamente á Rávena. Gaston se hallaba rodeado de los señores de su edad, contemplando con la alegría del primer triunfo á los enemigos fugitivos por la llanura, cuando se le anunció aquel hecho. Temió que tan soberbia retirada usurpase algunos rayos á su gloria, y sin considerar lo escaso de su escolta voló á oponerse á aquella columna formidable; pero en la primera embestida fué lanzado de su caballo á un foso cenagoso donde espiró. Casi todos los jóvenes impudentes que le acompañaban fueron muertos: uno de ellos, Odet de Foix, señor de Lantree y despues mariscal de Francia, recibió veinte y dos lanzadas, ninguna de las cuales fué mortal.

Este suceso causó en el ejército victorioso profunda tristeza, que no tardó en convertirse en gemidos y sollozos. Llorábase á Gaston, el vencedor de veinte y dos años, tanto por si mismo cuanto por los grandes hechos que de él se esperaba: no hay duda que hubiera ido en derechura á Roma y llevado los desces de su tio. Julio temió al saber la destrucción de su ejército antes de la muerte del general enemigo; pero La Palice, que tomó el mando de los franceses, no hallándose enterado de las intenciones del rey, contentóse con embistir á Rávena, que no tardó en rendirse, y aguardó en esta ciudad las órdenes del monarca. Luis, suamente apasionado á su sobrino, acreedor en verdad á toda su ternura, quedó abrumado de pesar con la noticia de su

muerte. A los que le felicitaban por su victoria respondió: «Desead igual triunfo á mis enemigos.»

Esta victoria en efecto fué como la señal de las desgracias que cayeron sobre él desde entonces hasta su muerte. Reanimado el Papa con la consternación del ejército francés y la irresolución de su jefe, dió impulso á la liga de la Santa Unión, próxima á disolverse, y adhirió á ella mas estrechamente á los barones romanos y otros principes italianos que se habian desviado en vista de las grandes feroces enviadas de Francia para destruirla. Contra su costumbre, delatóse el violento é impetuoso Julio á atraerse á los confederados con miramientos y buenos modales, pero lanzó los rayos de su cólera sobre los cardenales y demas prelados vueltos de Milan á Pisa, que le habian declarado suspenso de sus funciones, y cuyo decreto habia hecho Luis XII. recibir en Francia. Julio les intimó que comparecieran en el Concilio de Letran á sufrir la ignominia de una condenación, y previamente los castigó con excomunion. En suma, este hábil politico que tan bien habia estimulado la envidia de Maximiliano con respecto á las hazanas de los franceses, y á cuyas intenciones, despues de haber faltado este principe á las principales condiciones de la liga de Cambrai no enviando mas que débiles auxilios con dilaciones que los tornaban inútiles, los habia retirado á los franceses en momentos peligrosos, desvió tambien la liguettarra, consiguiendo que Enrique VIII, sin haber sido ofendido y con los mas frivolos pretextos se decidiera á atacar la Francia.

El temor de un desembarco en las costas de Picardía y Normandía fué á Luis á llamar para seguridad de estas provincias las tropas estacionadas en las fronteras del Delfinado y la Provenza, amenazadas por Fernando, rey de Aragon, con el designio de ejecutar una diversion favorable á su reino de Nápoles. Francia contaba con Navarra, cuyo norte estaba ocupado por D. Juan de Albrét. El rey Católico le requirió bruscamente paso: el navarro tiene aun suficientes tropas para oponer resistencia y aguardar los refuerzos que Luis su pariente y aliado, interesado en su conservación, no hubiera dejado de enviarle; pero D. Juan, principe indolente, amigo del reposo y de los placeres, accedió á la demanda á pesar de las observaciones de Catalina de Foix, su esposa. Fernando, á fin de asegurar su regreso, según dijo, puso guarnición en la capital, apoderándose de las plazas fuertes y ejerció en todas partes los actos mas solenes de soberanía. Los franceses, capitaneados por el jóven duque de Valois, el de Longueville y Carlos de Borbon Montpensier, despues constatable en vano, no dieron en socorro de su aliado, pues aunque reconquistaron casi todo el reino se detuvieron delante de Pamplona, su capital. Sobre vino el invierno, y por falta de viveres en un pais arruinado, sobrevino precisado á repasar los Pirineos. La desolada Catalina no podia prescindir de considerarse como privada de su corona, y decia dolorosamente á su marido: «D. Juan, amigo mio, si hubiéramos nacido tú Catalina y D. Juan, todavía seriamos reyes de Navarra.»

La necesidad en que el rey se encontraba de defenderse contra los ingleses y los españoles, le habia estorbado el reclutar y reforzar el ejército de Italia, debilitado por sus propios progresos: casi toda la infantería y el intrepido Molard, su fundador, habian perecido en Ravena. Como el ejército estaba mal pagado, abandonábanse los soldados al pillaje, y apresurábanse en seguida á poner seguro su botín, desertándose á bandadas. Imposibilitado La Palice de remediar tal desorden, retiróse prudentemente al Milanesado, guarneció sus plazas y se preparó á hacer frente á una irrupción de suizos que el cardenal Sion conducia contra este último asilo de los franceses en Italia, y á los cuales los griseses y Maximiliano, aliados ostensibles de Luis XII, habian dado paso y auxiliado con refuerzos de caballería y artillería de que carecian. Volvándose á Saverio el *general trasquilado*. Llevaba la coraza lo mismo que su amo Julio, dirigia las operaciones militares é inspiraba el ardor guerrero á aquellos montañeses, ensalzandolos sin cesar las riquezas de las llanuras fértiles, cuyos desamortados sin cesar la imposibilidad de resistirles y las órdenes mismas del rey hicieron tomar á La Palice el partido de la retirada. La cual fué protegida por Bayardo y Luis de Ars: pero en medio del tumulto inevitable en aquel caso, pudo evadirse el cardenal Médicis. Asi, á escepcion de algunas fortalezas en que se dejaron guarniciones, tales como Genova, Milan, Cremona, Brescia y otras, perdieron la Italia los franceses.

Este desdichado pais, presa sucesivamente de los soldados fugitivos de la Santa Liga dispersados en Ravena y de los restos del ejército victorioso, de alemanes, españoles y franceses, veíase amenazado inminentemente de la invasion de los suizos, y hallábase alemas atormentado por una guerra civil. Queda referido que Luis Sforza, llamado el Moro, antes que caer en manos de los franceses, habia confiado su familia al emperador su aliado por Blanca Sforza, su última mujer, sobrina del mismo Luis. Este principe se hubiera alegrado de investir con el ducado á su nieto Carlos, ó

á Fernando, hermano de Carlos, pero el descontento de los confederados, atemorizados de una vecindad tan poderosa, le obligaron á desistir de tal proyecto. Mas no por eso dejó de aparecer Maximiliano Sforza, hijo mayor de Luis, en el Milanesado, donde procuró reanudar los partidarios de su padre, habiéndolo conseguido en parte. Sin embargo, no recibió la investidura. Formáronse en varias ciudades bandos que se encarnizaron é hicieron correr sangre.

Sforza era apoyado por los suizos, según parece por las condiciones que pretendieron imponer á la Francia en una negociacion que La Tremouille entabló con ellos, quienes estimaban á este general por haber combatido repetidas veces á sus órdenes. El consejo del rey juzgó oportuno emplear el crédito que le quedaba entre ellos para disuadirlos de tomar las armas con los enemigos de Francia; pero su prevencion contra ella era tal, que al llegar La Tremouille á Lucerna se vió acosado por el populacho, al cual echó algun dinero, pero nada lo recogió, y fué menester que el magistrado enviara guardia á su posada, donde no se le habia preparado habitacion alguna. El francés quiso entablar la negociacion con algunos miembros del Consejo, pero este habia prohibido á aquellos, pena de vida, entenderse con él, quien disimuló estas escenas por el interés del Estado. Su bondad y perseverancia triunfaron al cabo de tales obstaculos; pero cuando los suizos se determinaron á escucharle, pidieron sin rodeos que el rey de Francia retirara al instante las guarniciones que tenia en las principales ciudades del ducado de Milan, y sobre todo que entregara á Maximiliano Sforza los castillos de Milan, Cremona y Génova. Otra proposicion hizo conocer por sí misma por qué era inspirada: tenia á que el rey abolviera en todos sus estados las libertades de la Iglesia Galicana, contra las cuales acababa de publicar el Papa un Monitorio, habiéndolas denunciado al concilio de Letran. Los buenos suizos pretendieron ademas que los franceses subieran hasta cincuenta mil escudos las pensiones anuales de los cantones, y que costearan á quince mil suizos lo mismo en paz como en guerra. La Tremouille se quejó de estas proposiciones, y habiendo declarado que carecia de facultad para aceptarlas, le replicaron que se pusiera las botas y se marchase.

El rey se calmó á un tanto de la incertidumbre de los suizos con un tratado contra los venecianos. La república habia al fin conocido que ella era verdadero juguete de los confederados de la santa union. Fernando la tomaba sus ciudades de la frontera de Nápoles, Julio las del contorno de las tierras de la Iglesia, y él empujaba, á un mínimo de su descontento, los cooperadores realmente al sacar dinero de la república, por el temor que á esta inspiraba si se unia con ellos: de suerte que ella era quien verdaderamente soportaba los gastos de la guerra, siendo para los demas sus frutos.

La guerra entre franceses y venecianos, bajo Luis XII, no habia sido al principio mas que una contienda de caso de honra. Envenecidos estos republicanos de la especie de fuga de Carlos VIII, del botin que le habian cogido, y en especial de la presa de su magnífica tienda y suntuosos equipages, los habian convertido en trofeos que enseñaban con orgullo. Al ir Luis XII á la conquista de Nápoles, los habia obligado á devolver estos despojos tan humillantes para Francia; y de esta restitucion forzada les habia quedado un despecho que los impelió á oponerse tanto secreta como abiertamente á los progresos de los franceses. Estos se vengaron con la liga de Cambrai, y los republicanos con la adhesión á la liga de la santa union: pero vencedores y vencidos conocieron el riesgo de los nuevos vinculos y estrecharon sus antiguos lazos. Muy pronto acordaron, para recuperar el Milanesado y los estados de tierra firme de Venecia, una liga ofensiva y defensiva, remitiéndose bajo unas mismas banderas soldados acostumbrados á combatirse. Luis habia devuelto á los venecianos dos prisioneros importantes, Gritti y Alviano, y desistió de sus pretensiones á las ciudades que les habia arrebatado, bien que ya no las poseia; y los venecianos en cambio le habian abandonado sus derechos sobre Cremona.

Este tratado y una tregua de un año con Fernando y con Margarita, gobernadora de los Países Bajos, dieron al rey alguna tranquilidad acerca de los asuntos de Italia, y para mayor seguridad ocurrió la muerte de Julio II. No contento este con haberse hecho pagar sus servicios á la liga, con el donativo de Parma y Plasencia arrecaudados del Milanesado, en el momento en que lo sorprendió la muerte intentaba invadir á Ferrara, blanco predilecto de sus deseos. Al mismo tiempo urdia una revolucion en Florencia para expulsar de allí á los Médicis, ya establecidos recientemente por Batton de Cardona, á quien la avaricia de Fernando habia precisado á recurrir á esta especiecion. Julio publicó tambien una bula contra los privilegios del reino de Francia, abandonándolo al primer ocupante en castigo del esismo de su rey, y transfiriendo al de Inglaterra el titulo de Cristianísimo.

Juan, cardenal de Médicis, fué elegido Papa por unanimidad á los siete dias de cóncave, y tomó el nombre de Leon X. Luis se

apresuró á prevenirle que abandonaría el concilio de Pisa y se declararíá *devoto, obediente y buen hijo suyo*, si al mismo quería obrar como padre y revocar las censuras de su predecesor. Leon por su carácter personal era inclinado á la conciliación; mas no habiendo podido todavía hacerse cargo de todos los intereses de su incumbencia, se limitó á elogios y promesas, y suplicó al rey que suspendiera sus proyectos hostiles sobre Italia. Luis juzgó que no debía hacerle tal sacrificio.

Poco auxiliado Maximiliano Sforzia por el emperador su protector, vióse precisado á echar impuestos á sus nuevos súbditos. Las exacciones disgustaron á los milaneses, y en tales circunstancias mandó el rey á Italia nuevo ejército, aunque poco numeroso. Ofreció su mando á Carlos de Borbon Montpensier, digno número de Gastón; pero no lo aceptó el joven príncipe, que habia calculado la posición de los franceses al otro lado de los montes. En su defecto ofrecióse el generalato á La Tremouille y á Tribulce, que fueron menos circunspectos que él. Á la entrada de ellos pasaron muchos partidarios de Sforzia á la dominación de los franceses, que nuevamente se vieron dueños de todo el ducado. Sforzia se retiró con seis mil suizos á Novara, donde le cercó el ejército francés; el cual tras repetidos ataques inútiles levantó el sitio, á causa de un refuerzo de diez mil suizos que se introdujeron en la plaza. La Tremouille marchó á acampar á alguna distancia, con ánimo de aguardar para sus operaciones los refuerzos que se le habian prometido; pero Tribulce que corría con la dirección de las marchas y de los campamentos, porque siendo del país debía conocerlos mejor, apostó mal al ejército francés en un parage cortado de canales y torrentes, donde no podia obrar la caballería. Confiando demasiado La Tremouille en la experiencia de su colega y en la seguridad de que no sería atacado, no habia cubierto su campo mas que con artillería. Reconociendo su posición formaron los suizos el proyecto de forzarla, y salieron de noche sin ruido de Novara, llegando al amanecer al campamento. En vano jugó contra ellos la artillería; á pesar de sus estragos aceleraron el paso, sin romper las filas, llegaron á los cañones, y apoderándose de ellos los volvieron contra los franceses. La infantería fué totalmente destruída, pues no pudo ser amparada por la caballería, y perseguidos los franceses sin descanso abandonaron no solo el Milanesado sino toda la Italia, y particularmente á Genova, que entonces sacudió toda dominación y se dió un dux.

Esta postrera desgracia proporcionó á los enemigos de Luis XII la ocasión de patentizar su profunda animosidad, pues no puede atribuírse mas que á tal causa la invasión que intentaron el emperador Maximiliano, Enrique VIII rey de Inglaterra y los suizos: invasión que no se dignaron legitimar con el menor pretexto, pero que parece tenia por motivo, en cuanto al monarca inglés, su desdeseo de aprovechar los desastres del francés para reconquistar alguna parte de Francia, en cuanto á los suizos, un impulso de ciego furor y celo fanático, dado por el cardinal Stan, y en cuanto al emperador, la pasión de hacerse dueño tan absoluto del ducado de Milan, que pudiera dar su investidura á quien mejor le pluguiese, habiendo lugar para presumir que la destinaba á su nieto, el archiduque Carlos de Austria, ya rey de Castilla y soberano de los Países Bajos. Fúrmase tal presunción en que la confederación de los invasores fué firmada en Malinas á la vista de la archiduquesa Margarita, gobernadora de los Países Bajos, completamente afanosa por el engrandecimiento de su casa y el aumento de la preponderancia de su sobrina.

Margarita era aquella princesa que llamada á la corte de Francia con la esperanza de enlazarse con Carlos VIII, habia salido de ella y la cuando este monarca dió su mano á Ana de Bretaña. Luis XII, siendo duque de Orleans, se habia eriado con ella, y mantenía de sus relaciones un recuerdo afectuoso, cuya prueba existe en una carta que se conserva. Estaba casado con Ana de Bretaña, rival por segunda vez de Margarita, cuando la escribió lo siguiente: «Sois la segunda persona á quien amo mas tiernamente en este mundo. Quiero abrazar á mi prima, mi vasalla, mi primera amiga, y despues de ruborizarla por sus coquetterias, jurarla eterno afecto.»

Pero si quedaba todavía en el corazón de la austríaca alguna huella de las impresiones de la infancia, la política y el apego á su casa borraron dicha huella. Presidió al tratado en virtud del cual Enrique VIII se comprometió á entrar en Francia por la Picardía y Normandía, con un ejército de cinco mil caballos y cuarenta mil infantes, y Maximiliano por la Borgonya, á la cabeza de treinta mil suizos. La confederación contaba tambien con Fernando, rey de España, con cuya hija se habia casado Enrique VIII, y que poseionado de Navarra, debía penetrar desde aqui á las provincias meridionales. Debemos creer tambien que contribuyó mucho á que se yernotomase parte en la liga. El rey no esperaba que los ingleses le atacaran. Como sus galeras á causa de los desastres de Italia no podían permanecer en el Mediterráneo, mandó al vice-almirante Pregon que las condujese al Océano. «Esta fué, dice Mezeray, la vez primera que se vió penetrar por el estrecho de Gibraltar esta clase de barcos que se movian con extraordinaria agilidad aun durante la calma, á causa de los remos de que estaban provistos, y eran por lo

tanto adecuados para combatir con las naves de alto bordo, que apenas habian podido moverse en todo el estio por falta de viento.» Primaudet, capitán breton, unió á las galeras veinte navios de los mayores; las dos escuadras inglesa y francesa tuvieron algunos choques que no fueron de importancia. Un día que el breton no tenia mas que veinte velas, fué rodeado por ochenta de las enemigas. Este combate, espresa Mezeray, es notable. Despues que Primaudet hubo echado á pique casi la mitad de los bajeles contrarios, viendo los enemigos que no podían librarse de los golpes de los bretones y normandos que por no ser tan diestros en la marina como los ingleses y flamencos, se lanzan de repente al abordaje, arrojaron fuegos de artificio al mar, que era uno de los mas hermiosos que habian surcado los mares, construido de órden de la reina y conocido con el nombre de *la Cordelera*. Primaudet hubiera podido salvarse en un esquif de su incendiado bajele; pero prefiriendo el honor á la vida, se dirige al almirante inglés, se aferra á él y le comunica las llamas pereciendo ambos á dos. Prejan rechazó en otro encuentro á los ingleses hasta su mismo país, llegando allí con ellos, donde murió á causa de las heridas que recibiera.

A pesar de la economía de Luis XII y del compromiso que habia contraído de no aumentar los impuestos, hacia dos años que se habia visto obligado á darles incremento. En el apuro presente ascendiendo á mayor suma los gastos, para no molestar á sus súbditos con nuevos pedidos, quiso vender los dominios de la corona. El Parlamento señaló tales condiciones á estas ventas, que las daban mas bien un carácter de hipoteca que no de verdadera enagenación. Los compradores conocian que solo los adquirian á manera de usufructo, y accedían á no mudar los poseedores de dichos dominios, á no cortar los árboles, ni causar ninguna desmejora y á dejarlos cuando fueran requeridos, mediante una pensión sobre el tesoro público, que iria disminuyendo á manera que se fuera recobrando el capital.

Los ingleses llegaron á Calais en el número que se habia estipulado en el tratado de Malinas. El emperador se unió á ellos con una pequeña parte de caballería alemana, siguiendo su costumbre de hacer la guerra con tropas de otros, y sirvió en el ejército de Enrique en calidad de voluntario, mediante la suma de cien escudos diarios. Los suizos se precipitaron desde sus montañas con la furia de un torrente é inundaron la Borgonya. El rey se conservó en todas partes á la defensiva; y atormentado por la gata se hizo conducir en una litera á Amiens, para velar mas de cerca que los generales en un aventurada batalla, cuya pérdida hubiera podido comprometer la seguridad del reino. Sus órdenes fueron sobrado bien ejecutados en un choque en que tal vez hubiera podido triunfarse á no haberseles respetado tanto.

Se esperaba que Enrique VIII atacaría á Bologne ó Abbeville; pero persuadido por Maximiliano marchó sobre Theruana, ciudad casi enclavada en los estados del archiduque, cuya guarnición francesa inquietaba y fatigaba á los flamencos, y cuya posesion no podia ser de utilidad alguna para Inglaterra. Esta plaza, mal provista porque no se habian figurado que pudiera ser atacada, carecia sobre todo de víveres; é el desseo de abastecerla ocasionó algunos choques entre los sitiadores que todavia no se habian establecido bien en sus líneas, y la caballería francesa que conducía pólvora y harina. Rompia las empalizadas, atravesaba las lagunas por parjes que la eran conocidos, depositaba las provisiones al pie de las murallas y se volvía á galopar. Instruidos un día los sitiadores de que habia de pasar una expedición de esta clase, persiguieron en masa á los destacamentos que debían proteger á los conductores de víveres, y que no esperándolos tan pronto estaban desarmados, por cuya razon fueron sorprendidos. Bayardo y otros valientes aconsejaban el ataque. Piennes que mandaba un escuadrón y tenia sus órdenes particulares ordenó la retirada, que se hizo con el mayor desórden. Cada uno huía lo mas presto que podia. Bayardo quedó solo á retaguardia para defender á los fugitivos, contuvo la impetuosidad de los ingleses y salvó el ejército; pero no tuvo él la misma suerte que en el puente del Garelano, y fué hecho prisionero. De este modo consiguió Maximiliano ver huir á los franceses en el mismo lugar en que hacia treinta y cuatro años habia tenido que retirarse éli huendo de ellos. Esta derrota acaeció á la pie de una montaña llamada Guinegate es tambien conocida por la *jornada de las espuelas*, porque en esta ocasion se sirvieron de ellas los franceses mas bien que de las lanzas. Su pérdida fué de poca importancia, y la accion mas vergonzosa para la Francia que ventajosa al enemigo, el cual tomó á Theruana y concedió á la guarnición los honores de la guerra. Disputaron el emperador y el monarca inglés sobre la posesion del terreno conquistado, y convinieron, para que cesara toda diferencia, en quemar la ciudad. En efecto, fué destruída hasta los cimientos, y solo se conservaron las iglesias, escepcion que tuvo muchos ejemplos en este siglo. Enrique VIII consintió todavia en sitiar á Tournai, que no podia producirle mayor utilidad que Theruana, pero no le cedió á Margarita de Austria, que se la pedia para que sirviese de baluarte contra los franceses á los estados de su so-

brino, de que era gobernador. Puso una guarnición inglesa á fin de que no se digese que regresaba á su isla sin hacer ninguna conquista en el continente; pero todas sus adquisiciones se limitaron á esta ciudad por la sabia circunspección de Luis y á causa de las novedades sobrevenidas en Inglaterra, á donde tuvo Enrique que trasladar sus tropas.

Jacobo IV rey de Escocia, fué de Enrique, con cuya hermana estaba casado, y sin embargo hijo de la Francia, habia hecho una irrupción en el norte de Inglaterra. Sus soldados recogieron allí un botín inmenso, y deseando asegurarlo, abandonaron en su mayor parte el ejército, que estaba sumamente reducido cuando se presentaron los ingleses. Jacobo pudo retroceder, pero se avergonzó de dar este paso y empeñó en Flodden un combate tan terrible como imprudente, donde pereció con diez mil de los suyos. Su cuerpo fué trasladado á Londres, donde permaneció sin sepultura hasta tanto que no se le levantó la escómula en que habia incurrido como partidario de Luis XII.

Los suizos atacaron á Dijon, plaza de poca importancia y mal provista, que confiaba salvar el mariscal La Tremouille, el cual sostuvo algunas embestidas que eran mas bien amenazas que verdaderos asaltos, porque los sitiadores ignoraban del todo la táctica de los sitios. El que habian emprendido se alargó demasiado, y los suizos se cansaban y deseaban volver á sus montañas. La Tremouille les ofreció el atractivo de un tratado. Estaban tan mal informados de la faz que entonces tenia la política y del cambio que esta habia sufrido con la muerte del papa Julio, que pidieron todo lo que durante su vida se les habia sugerido: disolución del concilio de Pisa; que los prelados franceses fueran al concilio de Letran; satisfacción á la Santa Sede por la abolición de los privilegios que pretendia la iglesia de Francia; reconocimiento de los derechos de Maximiliano Sforza al ducado de Milan; y ademas una suma de cuatrocientos mil ducados en tres plazos, tanto por los gastos de la guerra como por los atrasos. La Tremouille lo concedió todo, con ánimo de retratarse en cuanto pasara el peligro: con bastante trabajo reunió veinte mil escudos agotando los bolsillos de sus oficiales, á quienes dió el primero ejemplo. Apenas vieron el dinero los suizos se apoderaron de él y levantaron el campo contentándose con algunos rehenes, sin cuidarse de si el mariscal habia tenido suficientes poderes para autorizar este tratado, ni esperar la ratificación del rey. Luis XII desahorró en efecto cuanto habia hecho el mariscal, y los rehenes corrieron riesgos por algun tiempo, no pudiendo librarse de los suizos sino á costa de algunas sumas. La Tremouille, despues de un momento de desgracia poco merecida, fué aplaudido por haberse librado de un peligro cierto.

El rey estaba en una situación verdaderamente penosa, porque se veia próximo á que los enemigos que hasta entonces habia rechazado y que se alentaban con sus desgracias, penetráran hasta el centro del reino. Enfermo y sujeto á violentos ataques de gota, se vió privado, por la muerte de Ana de Bretaña su esposa, de los afectuosos cuidados y de los consuelos necesarios para los padecimientos del espíritu y del cuerpo. La reina murió á los treinta y seis años, habiendo sido generalmente apreciada y reverenciada. Su carácter era firme y algunas veces tenaz. Luis, cuando se chanceaba, la llamaba su bretona. Ocasión á su esposo algunos disgustos durante sus diferencias con el papa Julio, cuyo partido adoptó ella á causa de sus escrúpulos y le defendía con calor. ¿Pensais, le decia el rey, con motivo de la celebracion del concilio de Pisa, al que como soberana de Bretaña habia prohibido que asistieran los obispos de aquella provincia, pensais saber mas que tantas y tan celebres universidades que le han apoyado? ¿vuestros confesores no os han dicho que las mujeres no tienen voto en la Iglesia? El continuador de Velly hace notar, que esa esposa tierna, complaciente y sumisa con Carlos VIII, que no habia procurado ganarse su amor y que la fué bien poco fiel, se convirtió en caprichosa, tenaz y altanera con Luis XII, que era muy afectuoso y dominado por ella completamente.

Ana era muy devota, grave y severa en su conversacion. Llamó á su lado á las jóvenes de familias nobles y distinguidas, á las que se complacía en enseñar las ocupaciones y virtudes de su sexo. En los reinados siguientes se han denominado *damas de honor*. Este acompañamiento atraía á la corte á los jóvenes de la nobleza, y la contribuía á perfeccionar la galantería francesa. La reina era muy colosa de su autoridad en la Bretaña. Nombrraba para los oficios y beneficios, y percibía las rentas de que hacia un uso muy laudable. Era generosa y limosnera y gustaba mucho de la caza. Instituyó la orden de la *Cordelera*, en honor de las ligaduras con que fué atado el *Salvador* en su pasion. El matrimonio de Claudia, su hija mayor, con Francisco duque de Angulema, que habia sido contratado en los estados de Tours, no se celebró hasta despues de su muerte. El rey dió al momento á los dos esposos la administracion y las rentas del ducado de Bretaña.

La nube preñada de rayos que amenazaba á la Francia, la liga de Malinas, se disolvió por medio de negociaciones parciales.

Leon X de un carácter suave y conciliador, se prestó á un acomodamiento, en el que el honor de la Santa Sede se conservó sin herir el de la Francia. Luis XII dió esperanzas acerca de la abolición de la pragmática sancion y renunció al concilio de Pisa. Los prelados que le componian volvieron á la gracia sin sumision humillante. Costó este arreglo algunos terrenos al duque de Ferrara. El emperador se contentó con ver que el rey retiraba las pocas tropas que tenia en el Milanesado; y esto lo hizo no por cumplir con el tratado de Dijon, sino porque no podia sostenerlas. Maximiliano veía en este abandono la posibilidad de despojar fácilmente á Sforza del ducado, y de gratificar á su nieto Fernando, hermano segundo de Carlos, rey de Castilla y soberano de los Países Bajos. Destinaba á este el imperio de Alemania y queria proporcionar al segundo un estado en Italia. El rey de Aragon condeía esta intriga y se lisonjaba de poder conseguir para el jóven príncipe la mano de Renata, hija segunda de Luis XII, que llevaría en dote los derechos de su padre al ducado. Este proyecto de procurar un estado á su segunda hija, tambien le habia tenido Ana, pero Luis XII lo repugnaba porque era dar en Italia á la casa de Austria un centro de poder que procuraría aumentar. Así no participando Maximiliano mas que debilmente de los gastos y azares de la guerra, veía, al parecer sin notarlo, como se preparaban los acontecimientos de que pensaba aprovecharse.

Los empeños contrarios por Luis con Fernando el Católico de no turbarle en sus posesiones usurpadas en Navarra, suspendieron sus hostilidades y separaron á este de la liga á que habia llevado á Enrique VIII su yerno. Este último vió desde su apoyo del Papa, mal secundado por el emperador, abandonado de los suizos y desamparado de su suegro, trató tambien de vengarse. El sello de la paz fue el matrimonio del rey de Francia con Maria, hermana del rey de Inglaterra. Luis reconoció haber recibido cuatrocientos mil escudos por la dote de su mujer, tanto en alhajas como en deudas de Francia á favor de Enrique VII, y ademas abandonó la ciudad de Tournai. Se cree que el rey de Francia se aprovechó del despecho de su nuevo cuñado, para concertar con él los medios de restablecerse en el Milanesado y de haer restituir á Juan de Albret la parte del reino de Navarra que le habia quitado Fernando; pero hay que notar que por mucha necesidad que tuviese de unirse al inglés, y aunque se viese amenazado de romper el tratado que estaba haciendo con él, se negó constantemente á entregarle á Ricardo Pool, duque de Suffolk, que fué padre del famoso cardenal Polo ó Polo, y que hacia sombra á Enrique, como heredero de la casa de York despues de él. Ricardo pertenecía doblemente á esta casa por su madre Isabel, hermana de los reyes Eduardo VI y Ricardo III y del duque de Clarence, que por orden de su hermano mayor fué ahogado en un tonel de malvasía; y por su mujer Margarita de York, condesa de Salisbury, tan célebre por sus virtudes como por su suplicio, y que era hija del mismo duque de Clarence y de una hija del famoso Warwick.

Luis XII despues de una furiosa tempestad, se vió de repente en tal calma que no habia habido otra igual en su reinado. Pero Maria no tenia mas que diez y ocho años, y era viva y galante. Luis por agradar á su jóven esposa cometió excesos y murió su modo de vivir. Tenia costumbre de comer á las ocho y despues comía á medio día; y estando acostumbrado á acostarse á las seis, se acostaba á veces á media noche. Las fiestas de su matrimonio y de su coronacion duraron seis semanas. Apenas se acabaron, cuando el *buen rey* se vió atacado de una disenteria que en pocos dias le condujo al sepulcro. Bajó á él á la edad de cincuenta y tres años, el décimo sétimo de su reinado, y el primer día del año 1515. Luis no dejó de Ana de Bretaña mas que dos hijas; Claudia, esposa de Francisco I su sucesor, y Renata de Francia que casó en seguida con Hercúles II de Este, duque de Ferrara.

La vida política de Luis XII no está exenta de tacha. Tuvo la desgracia de tomar por móvil y por fin de su conducta la recuperacion del reino de Nápoles y del ducado de Milan, y tuvo tambien otra mayor desgracia que fué la de ser escitado y animado por el cardenal Jorge de Amboise, su ministro, muy digno de estimacion, pero que estaba obcecado con el deseo de la tierra. Esta desenfrenada pasion ligó á los dos á los execrables Borjas. Tal asociacion hizo separar á los principes italianos, que se convirtieron en contrarios ó indiferentes á los intereses de la Francia en los momentos mas críticos. Fernando el Católico le engañó perpétuamente, sin que los fraudes del español impidieran que el francés tratase siempre con él. Luis no se puso en guardia contra las astucias de Maximiliano, y tambien fué con él victima de su credulidad. Sus tropas, conducidas al combate por los Bayardos, La Palice y otros valientes, á quienes acompañaba él mismo algunas veces en la pelea, sufrieron descalabros tan vergonzosos como inútiles, porque con frecuencia tenia mala eleccion de generales ó de comandantes de los ordenes mal combinadas. A pesar de las desgracias de la guerra, San Gelais, historiador contemporáneo, dice que en ningun reinado corrió tan hermosa tiempo como en el suyo. Claudio de Seyssel, obispo de Marsella, á quien Luis XII ocupó fre-

cuenten en el despacho de los negocios, nos la trazado un cuadro de este *hermoso tiempo*. «La población, dice, fué mayor que nunca. Las ciudades se construyeron mejor, las aldeas se agrandaron, los páramos y otros sitios incultos se fertilizaron. Sin embargo, los géneros se sostenían a un precio alto; prueba de aumentaron dos tercios partes más que en el reinado anterior.» Seyssset habla también de los favores dispensados al comercio que le hicieron floreciente, de la opulencia de los particulares en sus casas, con ricos muebles, alhajas, muchos dorados, magníficos vestidos, de las artes más en boga, la industria animada y en fin, de una emulación general. «No se hace apenas una casa, dice, que no tenga tiendas para mercaderías ó artes mecánicas, y los comerciantes tienen en el día menos dificultad en ir á Roma, Nápoles, Londres y á otras partes ultramarinas, que tenían antes en ir á Lion ó á Génova, porque la autoridad del rey que actualmente reina es tan grande, que sus súbditos son honrados en todos los países y no hay príncipe alguno que se atreva á ultrajarlos.»

Luis XII reinó poco tiempo para dar un gran lustre á las ciencias, pero las amaba y se complacía en leer. Su biblioteca se enriqueció con las de los reyes de Nápoles y los duques de Milan, y no era solo por ostentación el reunir tantos libros, pues muchas veces los consultaba y juzgaba bastante bien. El fué el que dijo que las hazanas de los griegos habían sido bien medianas, pero que habían tenido el maravilloso talento de embellecerlas; que los romanos habían hecho mejores cosas y las habían escrito dignamente; que los franceses las habían ejecutado tan grandes como uno y otro pueblo, pero que habían carecido de escritores que las contaran regularmente. Su conversación era agradable y su corte muy bien arreglada. La severa Ana de Bretaña conservó allí un orden que no perjudicaba á la alegría. Este monarca es recomendable, sobre todo por dos virtudes; por el celo por la justicia y por el amor á su pueblo.

«Cuando llegaba á Paris iba familiarmente á palacio, montado en su mula, sin séquito y sin hacerse anunciar; tomaba asiento entre los jueces, escuchaba á los litigantes y asistía á las deliberaciones. Dos cosas le incomodaban; la prolijidad de los abogados, y la ávida industria de los procuradores. Se alababan en su presencia los talentos oratorios de dos famosos letrados. «Si, dijo, son muy hábiles; no tienen mas de malo que les sucede lo que á los malos zapateros que alargan el cueros con los dientes.» Espidíu muchos ordenanzas muy sábias. Dio ejemplo de decencia, buenas costumbres y piedad sin afectación ni hipocresía. Se tiene una prueba de su amor al pueblo en el estremado cuidado que tuvo de no cargarle con impuestos. Al subir al trono los disminuyó en una tercera parte y solo los aumentó, pero muy poco, en circunstancias difíciles. Entonces vendía sus propiedades, que volvía á comprar en tiempos mas favorables con el producto de sus economías. Su axioma favorito era que el buen pastor no debe despegarse al ganado. Por esta razon fué llamado *Padre del pueblo*, nombre precioso que todavía hace su gloria.

La historia de este príncipe puede dar materia á reflexiones morales bien importantes. La Providencia no castiga siempre los votos culpables de aquellos que la pasión hace desviar del sendero de la justicia; pero cuando tal sucede es bueno notarlo, y Luis XII es uno de los ejemplos mas palpables que se pueden buscar. Bullicioso en su juventud, no recogió de sus intrigas mas que aficiones; la ambición en la primera campaña de Italia le hizo sacrificar el bien del Estado al interés particular que tenía por el duca de Milan, y sus intereses perecieron; cuando llegó á ser rey, con pretexto del bien del Estado repudió á su mujer por que se casara con su amante, y esta nueva esposa no le dió un hijo que le sobreviviera; esta alianca presentaba la ventaja de unir la Francia con la Bretaña con nudos indisolubles, pero la pasión dictó el contrato y en lugar de cimentar este tal union, solo sirvió para eternizar la separación; en fin, por servir á la ambición de su ministro, fomentó el concilio de Pisa, que él mismo llamaba *una farsa*; con la que no queria hacer mas que una especie de sombra, y esta medida imprudente hizo temer á la Europa un cisma y funestas consecuencias. Pero despues de tantos motivos de justa censura para la memoria de Luis XII, es preciso reconocer que tenía un fondo de bondad que ha hecho olvidar sus faltas y se le cita como modelo de buenos reyes.

Su muerte causó un sentimiento general en las ciudades y en los campos, y todos á una voz decían que habían perdido un padre. Pero los cortesanos no sintieron un dolor tan profundo, ni ocultaron muchos de ellos el deseo que tenían de ver en el trono á Francisco, duque de Angulema, cuya dispacion y prodigalidad les ofrecía una perspectiva de placeres y riquezas. Bien conocía el moribundo las disposiciones de su sucesor, y al verle decia con sentimiento á sus confidentes: «¡Ay Dios! ¡Hechos trabajado en vano, porque ese todo lo echará á perder!» Pero antes que los hechos sucesivos permitian al lector juzgar de la certeza de los presen-

mientos del buen rey, es preciso que nos detengamos en examinar un grave acontecimiento de que era teatro la Alemania, y que igualmente fatal para la Iglesia y para la Europa, en cuyas historias ha hecho época, debía tener en el reinado de este nuevo príncipe, y sobre todo en los de sus sucesores, una influencia bien funesta. Hablamos de la herejía de Lutero.

Despues que el cisma de los griegos habia arrebatado á la Iglesia la mitad de sus hijos, se habia visto en dos ocasiones sujeta á sediciones. Pero la primera, despues de haber verídico arroyos de sangre durante una guerra de veinte años, se habia extinguido insensiblemente en la primera mitad del siglo XIII con los príncipes que la habian protegido; y la segunda, doscientos años mas tarde, despues de haber despreciado casi por tanto tiempo como aquella el espectáculo no menos horrible de sus fueros, habia visto que por una sabia condescendencia habian sido vultros á recibir en el seno de la Iglesia los mas de sus sectarios. Desde entonces casi todo el Occidente, profesando una misma creencia, veía que este dichoso luter fortificaba á todos los otros que el renacimiento de las letras y la actividad del comercio extendían por todas partes en la sociedad europea, y que contribuían cada día á estrecharse y mirarse todas las naciones. Pero esta feliz armonía no debía subsistir mucho tiempo. El soplo del orgullo y de la independencia vino á marchitar el gérmen de un porvenir lisonjero, y disipando tan dulces esperanzas, arrojó en medio de la Europa la tea fatal que debía abrasarla por tanto tiempo y que apagada ya, todavía fomenta despues de trescientos años odios y prevenciones capaces de volver á encender de nuevo.

Julio II en 1516 y despues Leon X, admirador de las bellas artes, y cuyo nombre se la unido tan gloriosamente á este siglo del mayor incremento de ellas, concibieron el noble proyecto de emplearlas en honor de la divinidad, levantando el templo del universo menos indigno de la majestad suprema: funesto pensamiento, que dirigido á la mayor gloria de Dios, debía ser la ocasión fatal que le arrebatase la mitad de sus adoradores. Julio no tenia los fondos necesarios para tan inmensa empresa; esperó que concurrirían á esta buena obra. Para recompensar su celo abrió el tesoro de las indulgencias de la Iglesia y las hizo predicar por los dominicos. Pero la mayor parte de ellos, alterando la naturaleza del beneficio, traficaron con él como con una mercancía. «Se anunciaban como gracias propias para la remisión de las penas temporales de un crimen borrado por los Sacramentos; se las predicaban como favores celestes que abolían por sí mismos los yerros mas enormes, de manera que este consuelo concedido á la virtud penitente se tergiversaba por la ignorancia ó por el interés en una gracia que mas bien podia servir para fomentar el vicio.»

Los agustinos, ofendidos con semejante doctrina, y segun otros por la preferencia concedida á los dominicos, se levantaron contra esta profanación; pero ninguno lo hizo entre ellos con mas fuerza y talento que Martin Lutero, jóven teólogo de Witemberg, en Sajonia, cuyo nombre ha tenido desde esta época tan funesta fama. En 1517 fué cuando entró en esta fatal carrera. Habló con tanta vehemencia contra los escándalos que tan perfectamente se adecuaban á sus tiros, que amortiguó el celo de los que solicitaban las indulgencias. Este éxito lisonjero su amor propio, y corrompiendo el orgullo sus primeras intenciones, pasó desde los ataques contra el abuso á declamaciones contra las cosas. Roma le despreció desde luego, pero sospechando en seguida que el silencio aumentaba su seriedad, le lanzó sus anatemas. Irritado el monje se hizo mas osado, y protegido ocultamente por su príncipe, se atrevió á quemar públicamente la bula de excomunion, pero no se detuvo aquí; su razon presuntuosa avanzó á un exámen tan temerario como imprudente, sobre todo el dogma, y avocó á su tribunal todos los artículos de fé prescritos á la creencia de los fieles. Bien pronto denunció como impregnados de error, los misterios mas venerables, adorados hasta entonces por la Europa entera. Despues de tal audacia, nada podia haber sagrado para él; así se le vio sucesivamente atacar todos los demas dogmas; el celibato religioso, los votos, la gerarquía y al clero en fin en sus riquezas, cuya propiedad reclamó para los príncipes. Así fué que lisonjeando á la vez las pasiones de los particulares y la ambición de los soberanos, supo ganarse hábilmente partidarios para sus opiniones y protectores para su persona.

Sin embargo, las turbulencias que su doctrina empezaba á suscitar en el imperio proporcionaron al emperador ocasión de citarle á la Dieta. Lutero compareció en ella con atrevimiento, perseveró con tenacidad en sus opiniones é hizo nuevos prosélitos por su audacia. No por esto se libró de que se declarara que era perturbador del reposo público y como tal fué abandonado al golpe vengador de cualquier particular. El salvo conducto en virtud del cual se habia presentado le libró por algunos dias de los peligros que le rodeaban, y cuando aquel concluyó, se ausentó, y el elector de Sajonia le ocultó



con cuidado en una de sus fortalezas. Allí fue, durante una permanencia de nueve meses, cuando trazó el plan de una reforma que tuvo el deplorable consuelo de ver adoptada en su patria y esparcirse con rapidez por otras partes en Alemania, Suiza, Dinamarca, Suecia, Inglaterra y Escocia.

Segun Lutero, Jesucristo no instituyó mas que dos Sacramentos, el Bautismo y la Comunión; la invocación de los santos es una idolatría, el purgatorio una fábula y la transustanciación un error. A este misterio, al que no se sometía su razón, suscitó otro que no comprendía mejor, y al que dió el nombre de *empañación*.

«Ni la confesión, ni el arrepentimiento, ni las buenas obras consiguen á los hombres la remisión de sus pecados; lo único que los justifica es la fé, la íntima persuasión de que el Redentor les ha aplicado los méritos de su sangre, sangre vertida por ellos solos «invariablemente predestinados á la gloria, así como los demás á una «inevitablemente condenación.» Tal fué su doctrina, que defendió con un estilo virtuoso que no era el de un apóstol, y con frecuencia con un estilo virulento de espresiones poco decentes. La coronó por su matrimonio con una religiosa, de la que tuvo tres hijos, y murió treinta años despues de su primer grito de rebelion, tranquilamente y sin remordimientos, aunque habia visto preluir los combates y las muertes de la que era causa su pretendida reforma.

La Europa vió bien pronto pulular del seno del luteranismo una multitud de sectas nuevas. Por muy atrevido que fuese el primer apóstol de la reforma, no podia evitar que el imperio del hábito y de las primeras opiniones prevaleciese en él y que su sistema conservase señales profundas de aquellas; estaba reservado á sus discípulos el borrarlas con otras innovaciones, no sin experimentar fuertes dificultades de parte del maestro. Zuinglio, cura en el canton de Zurich, fué el primero que trató de reformar el sistema de Lutero. Este habia dado el ejemplo de invocar el testimonio de los sentidos en el juicio que habia hecho del dogma, y de tal error nació la transustanciación. Zuinglio probó fácilmente que el mismo testimonio reprochaba la empañación, y en su virtud negó lo uno y lo otro. La doctrina de la justificación segun Lutero, le pareció con razon absurda y peligrosa: encareció pues el mérito de las buenas obras, pero solo de aquellas que son inmediatamente útiles á nuestros semejantes, é incurrió en un exceso enteramente opuesto al de Lutero, esculyó de tal manera la necesidad de la fé, que canonizó á Sócrates, Aristides y Catón; despues atacó la eternidad de las penas como un ultraje hecho á la misericordia divina. En cuanto á la gerarquía, yendo todavia mas lejos que Lutero, consideró á los pastores como magistrados espirituales, sin otra mision ni autoridad que la que les conferia el pueblo que los elegia, y redujo el culto á igual sencillez tanto en el rito como en el dogma. Esta doctrina le proporcionó en Suiza discípulos y enenigos. Los cantones se dividieron respecto al nuevo y antiguo culto, y vinieron á las manos. Zuinglio, que queria ser á la vez apóstol y defensor del nuevo sistema, pereció en uno de estos combates; y despues de muchas alternativas de victorias y reveses, mas prudentes estos pueblos, depusieron las armas y cada uno se adhirió á la opinion que creyó mejor, sin molestar á los demás.

Socino y Munero, marchando sobre los pasos de los primeros reformadores, y rompiendo siempre algunos lazos en virtud de los cuales su doctrina estaba unida á la antigua, cometieron nuevos excesos. El primero honrada la vida á Jesucristo como un sábio, no conservó de la revelacion mas que lo necesario para minar su propio sistema, puesto que si Jesucristo no es Dios, es claro que es un impostor. En cuanto á Munero y á los anabatistas, sus sectarios, pasando de la falta de un yugo religioso cualquiera hasta la de toda autoridad civil, se sublevaron contra ella á sangre y fuego. La Westfalia fué el teatro de sus excesos. Juan de Leyde, sacerdote, que habia llegado á ser su jefe, se apoderó de la ciudad de Munster, y en contradiccion con sus principios se hizo coronar rey. Durante el curso de un reinado el mas licencioso, llevó un cetro de hierro y fué necesario que la nobleza y los principes tanto católicos como protestantes, contra los que igualmente se habian conjurado los nuevos sectarios, se armasen unidos, y no hubo otro medio de destruir el fanatismo que exterminar los fanáticos. Pero el mas importante de los reformadores del luteranismo por la influencia que ejerció en Francia fué Calvino. Su doctrina hizo allí rápidos progresos, con exclusion de la de los demás predicadores.

Calvino, como los nuevos evangelistas, estableció por base de su religion la inspiración interior: no siendo segun él la autoridad de la Iglesia mas que un testimonio humano que puede equivocarse, es necesario que el Espíritu Santo confirme este testimonio exterior de la Iglesia con un testimonio interior; es preciso que el mismo Espíritu Santo que ha hablado por los profetas, entre en nuestros corazones para asegurarnos que los profetas no han dicho mas que lo que Dios ha revelado. Por esta razon, el testimonio de los Padres, la tradicion, las decisiones de los concilios son inútiles, y como ha dicho un poeta francés, *con la Biblia en la mano cualquier calvi-*

*nista es Papa.* Segun este principio, Calvino formó una religion que no le fué difícil encontrar en los libros santos interpretándolos segun su sentido particular; quitó al hombre todo poder de resistir á la concupiscencia, estableció su justificación esclusivamente sobre los méritos de Jesucristo, sin que las obras del hombre tengan en ello ninguna parte, y no le dió otra certidumbre de su salud que la convicción interior de su fé: de aquí la inutilidad de la penitencia, que leesecha como sacramento, pero cuyos actos consisten como propios para hacer al cristiano mas atento á sus deberes. Siendo abstenido el hombre sin obras suyas, se sigue de aquí, que ni la contrición, ni la confesion, ni la satisfaccion son mas necesarias que las indulgencias y el purgatorio que considera instituciones humanas imaginadas por la avárida de los sacerdotes católicos.

Calvino desecha el culto de las imágenes que necesariamente debia tener algo de idolatría. De los siete sacramentos de los católicos, no conserva mas que dos, el Bautismo y la Comunión; y á lo menos confiesa que encuentra en la Sagrada Escritura señales de los demás, pero como simples ceremonias. Su definición del Sacramento está adaptada á su opinion sobre el perdón. No atribuyendo la obra de la salvacion mas que á la fé, no considera los sacramentos como medios de salud, sino en tanto que contribuyen á hacer nacer la fé ó á fortalecerla, pero no para borrar los pecados. Finalmente, segun Calvino, la Iglesia romana no habia hecho mas que enseñar errores y corromper el culto, y era preciso separarse de ella. Hasta el momento de esta separacion se ha encontrado en todos los siglos personas que guarden preciosamente el depósito de la fé y que conserven el legitimo uso de los Sacramentos. Para estos hombres, que los romanos llaman hereges, tales como los Vandois y otros, los ministros de la nueva religion remontan hasta los apóstoles sin interrupcion de sucesion, y sin suision al Papa ni á los obispos, cuyo poder en la Iglesia es una abominable traición.

Tal es el extracto de los dogmas de Calvino, adoptados por los reformados de Francia. Se vé que en este plan de religion hay para los sábios y para los que no lo son. Los primeros encontraron allí lo que comunmente llasegan á las personas estudiosas, que es, opiniones nuevas, un sistema atrevido, hechos que discutir, problemas que resolver, cuestiones que profundizar y sobre todo una gran independencia y entera libertad de pensar. Los demás adoptaron lo practicable; porque querian una religion sin ceremonias, sin confesion, reducida á dos sacramentos, casi sin ninguna esterionidad de devocion, por consiguiente sin sujecion, y en la que para colmo de ventajas, los ministros no estaban obligados al celibato, ni el pueblo á pagar diezmos.

El culto imaginado por Calvino era tambien muy propio para hacerle prosélitos; habia quitado las fiestas de los santos, las peregrinaciones, las cofradías y todas las devociones diarias y locales; los ayunos eran tambien muy raros, pero muy severos; nada de abstinencia, nada de dias feriales ó cesacion de trabajo, excepto los domingos; los bautismos y matrimonios aun no hechos en la Iglesia no se parecian mas que á las ceremonias civiles; los funerales tambien se celebraban, pero sin cruz ni luces. En fin, en esta religion, todo consistia en retirarse los domingos en grandes salones, que no teniendo ni estátuas ni altares fijos parecian mas bien lugares profanos que iglesias. Allí se oian sermones, se cantaban salmos y en dias señalados se celebraba la liturgia llamada la cena. Los ministros cubiertos, por todo ornamento sacerdotal, de un traje talar parecido á las togas del dia, hacian oracion alrededor de una larga mesa en la que habia pan y vino, que bendecian diciendo las palabras de la consagracion. Cada uno venia despues á recibir con respeto las especies eucarísticas, sin obligacion de confesar antes sus pecados á los ministros ó expiarlos por la penitencia.

Calvino, para ganar mejor al pueblo le hizo árbitro y señor del sacerdocio; el cargo de ministros, que son como nuestros sacerdotes ordinarios y el de pastor que reemplaza á nuestros párrocos, se daban por voto de los ancianos de cada Iglesia, despues de un severo examen de la Sagrada Escritura y de las lenguas latina, griega y hebrea. Este nombramiento servia de consagracion y de potestad de órden. Sus rentas, asignadas despues sobre los antiguos bienes del clero católico, en los lugares donde se pudieron apoderar de ellos, no estaban en un principio sino con la generosidad de los fieles, en cuyas casas se hacian las colectas, que servian tambien para la construccion de los templos y el alivio de los pobres.

De los pastores de la Iglesia principal á las demás pastores, y de estos á los ministros no habia ninguna jurisdiccion, ninguna primacia de autoridad, sino solamente de órden; todo el poder residia en la asamblea de los ancianos de cada Iglesia llamada *consistorio*, presidida por el pastor que se denominaba *moderador*, acompañado de sus ministros que no tenian mas que su voto como los antiguos legos; del consistorio se llevaban los negocios al *sinodo provincial*, compuesto de los diputados de cada consistorio y de allí al *sinodo nacional*. Las asambleas tanto particulares como generales, no debian tratar mas que de materias de fé, de moral ó de disciplina; tenian derecho para velar si se introducian algunos errores en

el dogma y reprimirlos, para vigilar sobre las costumbres, estimular y privar de la predicación á los libertinos incorregibles, destinar los ministros al servicio de tal ó cual templo, y distribuir los productos de las rentas y limosnas.

Tal facultad de coleccionar hizo estas asambleas mas importantes que lo que se quiso cuando se las instituyó. Los gefes del partido, avidos siempre de dinero, no encontraban mejor medio para satis-

cia de este principe que habia quitado el ducado á la casa de Polo. Ella tomó el nombre de duquesa reina. Francisco I subió al trono á la edad de 20 años con general aplauso y dando las mejores esperanzas, que jamás dejan de lisongear al pueblo al principio de un reinado. Era biznieto de Luis, duque de Orleans, asesinado por el duque de Borgoña, y de Valentina de Milan, por parte de Juan conde de Angulema su segundo hijo, que habia casado con Margarita de Rohan. Luisa de Saboya, su madre que á los 22 años quedó viuda de Carlos, conde de Angulema, reputado por el mejor de todos los principes de la sangre real, le educó con mucho cuidado. Francisco tenia facciones nobles, aspecto magestuoso, aire afable, conversacion agradable, gran destreza en los ejercicios corporales y una pasion marcada por toda clase de gloria. Despues de la consagracion que se celebró en Reims con la mayor magnificencia, hizo su entrada solemne en Paris y dió fiestas y torneos. A su coronacion tomó el título de duque de Milan, lo que patentizó que la Francia no se habia librado todavía de la incómoda guerra de Italia, que tan funesta le habia sido.

A pesar de los desastres que habia sufrido Luis XII, esta guerra fué su último voto, y cuando murió tenia en las fronteras de Italia un ejército pronto á entrar allí. Heredero como él de Valentina, Francisco Ió tambien sus miradas en el ducado de Milan, que Maximiliano Sforza, protegido por el emperador Maximiliano de Austria, poseia casi por completo, exceptuando solo dos ciudades. El nuevo monarca reforzó el ejército de la frontera, pero antes de hacerle obrar, tomó medidas de prudencia propias para asegurar el éxito. Confirmó la alianza concluida por su predecesor con los venecianos, quienes debian ayudarle á conquistar el Milanesado, y él á recobrar las plazas que les habia tomado el emperador. Tuvo la destreza de hacer que el Papa fuese sospechoso á los genoveses, que conociendo no estaban bien apoyados, y temiendo la proteccion ruinosa de los suizos y de los españoles, se sometieron á la dominacion de la Francia. Enrique VIII generosamente pagado de la dote de su hermana, no tuvo dificultad en renovar lo tratado con Luis XII. En fin, Carlos que habia llegado á ser rey de Castilla por la denuciacion de Juana su madre, soberano de los Países Bajos, por el gefe Felipe su padre, y que empezaba á gobernar por sí mismo; este Carlos, despues de Carlos V, se encontró en tales circunstancias que necesitó unirse al rey de Francia. Fernando el Católico, su abuelo, rey de Aragon, parecia que queria retener siempre en Castilla en perjuicio de su nieto, la autoridad que ejercia en tiempo de Isabel su mujer y de Juana su hija, y que le ocasionaba algunas inquietudes acerca de la sucesion de los reinos de Aragon y Nápoles que poseia. Francisco desconfiaba tambien de las astucias familiares al español; de manera que los dos jóvenes principes teniendo igual interes en tomar precauciones contra los escollos que pudieran presentárselos, convinieron, en prestar Francisco I á Carlos tropas y navios en caso de necesitarlos para apoderarse de Aragon despues de la muerte de su abuelo, á quien se le intimaria que en el término de tres meses reconociese al principe archiduque por heredero de las Espanas. Los enviados debian tambien intimar á Fernando con sentimiento de su nieto, que devolviese la Navarra y no se opusiese á los esfuerzos de Francisco para recuperar el Milanesado. Carlos, por su parte, prometia trabajar cerca de su otro abuelo el emperador Maximiliano, para que no sostuviese á Sforza en este ducado. En apoyo de esta convencion, Carlos debia casarse con Renata, hija segunda de Ana de Bretaña, y que llevaria en dote el condado de Ast y una gran suma de dinero. Pero se creia que ninguno de los dos principes tenia intencion de que se efectuase este matrimonio poco ventajoso para Carlos, al que no proporcionaba mas que un pequeño aumento de territorio, peligroso para Francisco, porque podia autorizar al esposo á reivindicar la Bretaña, que segun el contrato de matrimonio de Ana con Luis XII, debia recaer en su hija segunda, si la mayor llegaba á ser reina de Francia, como efectivamente sucedió. Francisco y Carlos de igual edad con corta diferencia, subieron á un mismo tiempo al trono y cambiaron ó negociaron durante su reinado. Se juraron indisoluble amistad en este tratado, y que por la intencion y el éxito se puede mirar como el modelo de los que le siguieron.

Los primeros dias del reinado de Francisco I fueron señalados por dones y gracias á toda su corte. Comenzando con razon por su madre, erigió en ducado el condado de Angulema cuyo nombre llevaba. Colmó de favores á los principes de la casa de Borbon, dió la espada de Condestable á Carlos de Montpensier, uno de los mas distinguidos entre ellos; hizo promociones en lo militar y tambien alcanzaron las gracias á la toga. Creó oficios que puso á precio, y entonces se multiplicó la venta de las magistraturas. No habia habido de ella mas que dos ejemplos en el reinado de Luis XII, de que se arrepintió este buen rey.

A la noticia de la alianza contratada entre el rey, el archiduque y los venecianos, el emperador, el rey de Nápoles y el Papa hicieron una liga para sostener á Sforza en el ducado de Milan. Muchos principes de Italia accedieron á ella porque querian mejor ver en



Las jóvenes de Pisa imploran la clemencia de los franceses.

hacerse que dirigirse á las iglesias: y como era natural que los que pagaban supiesen á que se destinaba su contribucion, los pastores y los ministros estaban encargados de presentar las necesidades reales ó supuestas; no se dejaba de discutir, y asi los consistorios y los sinodos llegaron á ser asambleas políticas. Se dieron reglas para el levantamiento de tropas y aumento de fortificaciones, representaciones al rey, alianzas con el extranjero, treguas, rompimientos y todo lo que correspondia á la paz y la guerra. Estas asambleas tenian agentes en la corte, y establecieron entre sí una correspondencia de tal modo, que todas las Iglesias esparcidas en el reino llegaron á formar un solo cuerpo, ó mas bien un coloso tanto mas temible, cuanto que dirigia sus movimientos un resorte tan poderoso como el celo de la religion. Sus consecuencias las va á demostrar la historia, á la que ya es tiempo de volver.

## RAMA DE VALOIS.

### Dinastía de Orleans-Angulema.

FRANCISCO I, LLAMADO PADRE DE LAS LETRAS.

De edad de 20 años.

La reina María declaró que no estaba en cinta. El rey la hizo trasladar honrosamente á Inglaterra, donde se casó con Brandon, su primer amante, favorito de su hermano y duque de Suffolk por la gra-

medio de ellos á Sforzia igual suyo, que no á un monarca poderoso. Leon X, que desde el tiempo de Luis XII parecia que se habia prestado voluntariamente á la reconciliacion de la Francia con la corte de Roma, no veia de buen grado á Francisco dispuesto á ser su vecino. Leon afectaba creerle y le pintaba como enemigo de la Santa Sede, porque no enviaba los obispos franceses al concilio de Letran, para donde habian sido convocados, y porque sostenia la pragmática,



Bayardo deteniend'o á los españoles en las márgenes del Garellaño.

baluarte de las libertades de la Iglesia galicana, mirada siempre por los soberanos pontífices como un atentado horrible á su poder. Circuló la nueva de que Francisco era herege, cismático y enemigo de la Iglesia, y se preparaba á pasar los Alpes principalmente con el objeto de destruirla. Estas preocupaciones adquirieron gran consistencia entre los suizos, por los escazos del cardenal Sion y de sus emisarios. Para oponerse á los designios de Francisco, los florentinos tenian un ejército al mando de Lorenzo de Médicis, sobrino del Pontífice; la liga habia levantado otro, bajo las órdenes de Ramon de Cardona, que debia guardar el centro de la Italia; los suizos se encargaron de custodiar la entrada.

Tomaron posiciones ventajosas, y se fortificaron en número de diez y seis mil al lado del monte Genevre y del Cónis, únicos pasos por donde creian que podrian penetrar los franceses. Francisco llegó en efecto al pie de los Alpes con uno de los mas formidables ejércitos que habia tenido la Francia; dos mil quinientas lanzas, lo que constituia cerca de veinte y cinco mil hombres de caballería; cuarenta mil infantes, tanto lansquenets (1) como gascones y vascos, y entre ellos ocho mil normandos, picardos ó champeñeses; tres mil zapadores, un tren inencontrable de artillería y municiones, vianderos, proveedores y cuanto puede imaginarse de gentes de toda clase al servicio de los grandes señores que acompañaban al monarca.

(1) Soldados alemanes.

En tanto que deliberaba acerca de lo que debia hacer, Tribulcio advirtió que le acababan de descubrir un paso llamado *Roque-Sparviere*, que los suizos habian dejado sin guardia, porque le creian bastante defendido por lo escarpado de las montañas, la union de las rocas y la profundidad de los precipicios; y todo el ejército se encaminó allí con el mayor celo. Sólo se situaron en las alturas á la vista de los suizos, tropas ligeras para llamar su atencion y distraerlos de los trabajos de *Roque-Sparviere*.

Mezera cuenta este memorable tránsito del modo siguiente: «Por esas espantosas montañas, por las que es necesario trepar con temor continuo de la muerte, por esos estrechos horribles, no solamente para pasar sino tambien para mirarlos, los franceses hacen subir su artillería y carros á fuerza de brazos y poleas, y los arrastran de roca en roca con increíble fatiga y ardiente trabajo. Los soldados ayudan á los zapadores: los capitanes no se escusan de obrar lo mismo, y ya manejan el hacha, ya la azada; y tan pronto allanan el camino, como hacen saltar las rocas y se sirven de las que no han podido romper para apoyar los cabrestantes y subir la carga; en otros lugares cubrian los precipicios con grandes árboles atravesados, echando fagina por encima de tal manera que despues de cuatro ó cinco dias de esfuerzos, todo el ejército se encontró en el valle de Argenterie. Pedro Navarro, abandonado por Fernando despues de la batalla de Bávema, donde habia sido hecho prisionero, y no pudiendo pagar su rescate, habia entrado al servicio de Francisco I, y disciplinado un cuerpo de ocho mil vascos y gascones por



Luis XII llamado por sus súbditos Padre del pueblo.

el modelo de la infantería española, y fué el que dirigió los trabajos de este memorable tránsito. Bayardo pasó de los primeros. Próspero Colona, general de la caballería de los confederados, cuya prudencia y circunspeccion eran elogiadas, fué sorprendido en Villafrauca estando comiendo tranquilamente sin sospechar la llegada de los franceses, y hecho prisionero con toda su escolta. A esta noticia los suizos abandonan sus puestos y se repliegan sobre Milan,

para cerrar el camino á los franceses. Se unen á ellos la infantería de la liga que se había librado de la sorpresa de Villafranca, y Maximiliano Sforza su protegido.

Como vale la pena siempre arriesgar dinero que no hombres, el rey provocó ó aceptó una negociación. Los suizos convinieron, mediante el pago libre y retirarse á su país. Ya se iba á concluir y firmar el tratado, habiéndose reunido con trabajo el ducado apurando los bolsillos de los señores del ejército, cuando llegó al campo de los suizos el cardenal Sion. Llevaba tropas de refuerzo, y reuniéndolos en Milan les dirigió una de las exhortaciones vehementes con que tenía costumbre de seducir á aquel pueblo mas piadoso que ilustrado. «El rey, les dijo, quiere destruir la religion; el Papa no tiene mas apoyo que vosotros. ¡Qué vergüenza no seria abandonar al jefe de la Iglesia que la bendecido vuestras armas, al joven duque de Milan que se ha puesto en vuestras manos, y á la Italia entera que espera de vosotros su libertad! ¿Qué es el oro que os ofrecen sino un lazo digno al que prepararon á vuestra credulidad al pie de los muros de Dijon? ¿Todo ese oro no pertenece á los vendedores?» «Yo no soy los mismos hombres á quienes hicisteis frente en Novara, en pequeño número, sin caballos ni cañones, y lograteis vencerlos con sus propias armas? Marchad pues, que la gloria os llama, y dad hoy un ejemplo que intimide para siempre al que imagine franquear vuestras montañas. Los que mueran por tan santa causa tienen asegurada la felicidad eterna; y por lisongera que sea la recompensa de los vendedores, todavía tendrán que envidiar la suerte de los valientes que mueran en el combate.» Acabó concediéndoles, como legado, la absolucion general é indulgencias plenarias.

Desvanecidos con estos discursos, marchan precipitadamente de Milan, donde esperaban los diputados que habian de firmar el contrato y contar el dinero: poco faltó para que no se apolerasen del tesoro. Dejando tambores y trompetas y andando con el mas profundo silencio, llegan hasta el campo en la tarde del 15 de setiembre, y al sonido lugubre y apagado de las roncadas cornetas de Uri y Unterwalden, caen inopinadamente sobre los franceses. La Tre-mouille que rondaba al rededor de Milan, advirtió su marcha y se apresuró á avisar al rey que descansaba en la seguridad de la paz. No hubo tiempo mas que para dar las disposiciones necesarias para recibirlos. Su ataque fué terrible; el cañon que disparaba metralla sobre ellos y barria filas enteras, no los asustaba; forzaron los parapetos penetrando hasta donde estaba el rey en el centro del ejército, y trataron de volver contra los franceses la artillería de que se habian apoderado. Una equivocacion contribuyó á su triunfo. Amnazado el duque de Gueltras en sus estados por el archiduque Carlos, partió en posta, dejando á su sobrino el joven Claudio de Lorena, conde de Guisa, que aparecia por primera vez en los ejércitos, el mando de los lansquenets. Estos creyeron al ver la súbita retirada de su jefe, que en el tratado negociado con los suizos se les habia sacrificado á sus rivales, y que para escusarse de pagarles se habia resuelto su pérdida. Esta sospecha restrió su valor y en vez de intentar el repeler á los suizos, tocaron á retirarse y fué necesario algun tiempo para disipar su error. Se combatió todo el dia y solo la noche hizo cesar los golpes. Suizos y franceses penurancieron mezclados en el sitio en que les habia sorprendido la oscuridad, acostados unos junto á otros en el mas profundo silencio. El rey durmió un momento sobre el afuste de un cañon, y tan cerca de un batallon suizo, que de miedo que fuera conocido y asaltado, fué necesario apagar una luz que despedia escasa claridad. Los primeros rayos de la aurora despertaron en los combatientes su furor. La pelea volvió á empezar, y la victoria estuvo incierta hasta que Aliano, general de las tropas venecianas, avisado de la batalla cerca de media noche por un correo que le despachó el canceller Duprat, corrió, acometió á los suizos por la espalda, los obligó á abandonar el campo de batalla, y decidió la victoria. Violentamente incomodado en este momento por una herida, creyó que debía á la urgencia de las circunstancias el sacrificio de un reposo que buscaba la naturaleza, y permaneció veinte y cuatro horas á caballo, sustumbiendo á tan generosa imprudencia. Los suizos dejaron catorce mil muertos y heridos; no hubieron, si no se retiraron en batallones cerrados. El rey, ya en consideracion á su valor, ya por prudencia y acordándose tal vez de la desgracia del joven conde de Foix en Rávena, prohibió que los persiguieran. Los franceses perdieron poco mas de cuatro mil hombres. El condestable de Borbon que dirigió la accion tuvo que lamentar la pérdida del duque de Chateaufort, su hermano; y La Tremonille la del principe de Talamont, su hijo. El conde de Guisa, con mas de veinte heridas, hubiera sido muerto si su escudero no le hubiese protegido con su escudo. Este fiel servidor, privado de tal medio de defensa, fué herido de un golpe mortal y espiró sobre el cuerpo de su señor. Un escocés testigo de esta escena, vino despues del combate á recoger al joven principe que estaba entre un monton de cadáveres, y le encontró sin conocimiento y casi sin respiracion. Sus cuidados y el arte de los cirujanos le volvieron la salud al cabo de tres meses. El mariscal de

Tribulec que se habia hallado en diez y siete batallas, dijo despues de esta que habia sido un combate de gigantes, y las demas juergas de niños. Se le llama la batalla de Margarin, del nombre de una ciudad situada sobre el Lambrò, á cuatro leguas de Milan, cerca del sitio donde se dio la batalla.

Inmediatamente despues de esta quiso el rey hacerse armar caballero por Bavardo, el caballero sin miedo y sin tacha. Este se ensaba de tanto honor, viéndose en presencia del condestable, de los principes de la sangre, y de muchos generales que le parecia tenian mas derecho para ello; pero todos aplaudieron la eleccion del monarca. Cediendo en fin á sus instancias y á las del principe, Bavardo sacó su espada y dio el espaldarazo al rey, diciéndole: «Señor, que seas tan valiente como Roldan, Oliveros, Godofredo y Balduino su hermano. En verdad que sois el primer principe que he hecho caballero: Quiera Dios que no huyas en la guerra! Mirando despues á su espada con ingenua alegría, tú eres bien dichosa, espada mia, dijo, con haber dado en este dia la órden de la caballería á tan virtuoso y poderoso rey. En verdad que te guardaré como reliquia, y no serás desvenada sino contra turcos ó sarracenos.» Y despues, anade su historiar, dió dos saltos y la gartó en la vaina.

El cardenal Sion se habia refugiado durante la noche á Milan, bajo pretexto de buscar socorro. Quando los suizos llegaron destruidos y bien disminuidos, pidieron su sueldo, pero Sforza no tenía dinero. Sus oídos se cerraron á las promesas y adulaciones del prelado. Avergonzados por haberse dejado engañar, se volvieron cabizbajos á sus montañas, quedando solo mil quinientos para guarda del castillo, donde se encerró Sforza con ellos; pero poco despues temiendo la suerte de su padre en Novara, y ser entregado como él por sus protectores, prefirió un tratado, sino glorioso, á lo menos tranquilizador, á una resistencia cuyo éxito era dudoso. Cedió al rey los castillos de Milan y Crémona, y otras plazas fuertes que le quedaban, y renunció á todos los derechos y pretensiones que podia tener al ducado de Milan. Se le aseguró una pensión de sesenta mil ducados, con condicion de fiar su residencia en Francia, y no salir de ella sin permiso del rey. Con estas condiciones partió Sforza para Francia, libertándose, como decia, de la esclavitud de los suizos, de los caprichos del emperador y de las astucias de los españoles.

Tan pronto como Francisco I fué vencedor, los principes de Italia se apresuraron á visitarle por si mismos ó por sus embajadores. El Papa no fué de los últimos, y tuvo con el monarca una entrevista en Bolonia. Era un trabajo digno de la política italiana encontrar el medio de hacer renunciar voluntariamente al rey de Francia á aquella *pragmatica*, depositaria de los privilegios y libertades de la iglesia galicana, y tan cara á los personajes mas esclarecidos del clero y de la magistratura. Sin duda el plan de la conciliacion estaba ya planteado, y se le ha llamado *concordato*, es decir, transaccion propia para hacer desaparecer las dificultades que mediaban para un arreglo permanente entre los soberanos pontifices y los reyes de Francia. Se dieron como se dijo entonces, cada uno lo que no le pertenecia: Leon X á Francisco I el poder de nombrar los obispos, abades, priores, canónigos y casi todas las dignidades eclesiásticas que se obtenian antes por eleccion; y Francisco á Leon por precio de sus bulas, la annata ó la renta del primer año de los beneficios consistoriales, es decir, los que proclamara en consistorio aunque de nombramiento del rey. Las gracias espectativas y los recursos á la corte de Roma, que la *pragmatica* condeaba como monopolios y abusos, se conservaron en su mayor parte por el concordato, pero bajo otros nombres y con alguna rebaja en el pago. El Parlamento hizo en 1517 una larga resistencia para aprobar el concordato, y no cedió á los deseos del monarca sino con la cláusula «por espreso mandato del rey, muchas veces reiterado.» y con la mira de evitar las desgracias que podrian producir las medidas violentas que estaba el rey dispuesto á adoptar. Ganó su causa en cuanto á la bula de abrogacion de la *pragmatica*, que estaba relatada en un estilo tan injurioso á la nacion, como atentatorio á la autoridad real y á las libertades de la iglesia galicana. No se creyó prudente insistir en la ratificacion; se retiró la bula, y la *pragmatica* no fué juridicamente abolida. El Parlamento continuo conociendo de las causas eclesiásticas, segun los principios de la *pragmatica*; y viendo el rey que no podia manejarlo á su voluntad, le quitó el conocimiento de estas causas, dándosele al gran Consejo.

Francisco restableció el Senadú de Milan, confió su gobierno al condestable Carlos de Borbon, austero en sus costumbres, celoso por la disciplina, y que poseia el dificilísimo arte de ser amado y temido á la vez. No le dejó mas tropas que las necesarias para contener á un pais sometido, y antes de volver á Francia licenció las demas, cuyo sueldo era una carga para el tesoro real. No habia estado ausente mas que unos ocho meses, durante los cuales gobernó su madre la duquesa de Angulema, como regente. El emperador Maximiliano, que no se habia presentado en Italia mientras el rey se hacia dueno del ducado de Milan, apareció allí cuando se marchó

Francisco, como protector de Francisco María Sforza, hermano segundo de Maximiliano, retirado en Francia y que se decía sustituido en los derechos del emperador. El conde estaba demasiado débil para resistir la primera impetuosidad de las legiones de los alemanes y de los suizos vagabundos, que con el aliciente del botín se habían reunido á las banderas del emperador, le abandonó el campo y se encerró en Milán cuyos fortificaciones aumentó. En tanto que el emperador avanzando lentamente, perdía el tiempo en apoderarse de pequeñas ciudades que encontraba en el camino, llegó á los franceses un cuerpo de diez mil suizos mandados por gefes autorizados por los cantones. Encontrándose los compatriotas unos en frente de otros, trabaron conversacion de ejército á ejército. El emperador temió que los suyos se dejasen seducir por los recién llegados y pudiesen llegar al extremo de entregarle á los franceses, como sucedió en Novara á Luis el Moro. Abandonó precipitadamente el ejército, como habia hecho en Pádua, y retirándose á Alemania se acabó así la apenas empezada y mal concebida expedicion.

Es verosímil que los acontecimientos hubieran sido menos desagraciados si el emperador hubiera podido ser auxiliado por los consejos y las tropas de Fernando, interesado por su reino de Nápoles en alejar á los franceses; pero acababa de morir á consecuencia, segun se dice, de una bebida que le habian dado para tener suecion. Esta muerte inopinada puso á Carlos de Austria en gran confusion, porque tiene que atender al mismo tiempo á la seguridad y tranquilidad de Castilla y Aragon, del reino de Nápoles y de Flandes, países todos que tenian necesidad de su presencia y en los que el rey de Francia, vecino limitrofe por todas partes, podia ocasionarle graves disgustos. Los matrimonios, medios tan favorables para la casa de Austria, vinieron en su auxilio, estos enlaces en verdad no estaban mas que en un proyecto, pero proporcionaban el fin y conjuraban la tempestad. No era en la actualidad la princesa Renata la que debia unirse á Carlos, segun se habia estipulado por el tratado del año último, sino Luisa, hija del rey, cuando fuese casadera, pues no tenia mas que un año. Si moria esta, se casaria con cualquiera otra hija que llegara á tener el rey de Francia, y finalmente, si no la tenia, en caso dicha Renata. Para la manutencion de estas esposas, Carlos debia pagar anualmente cien mil ducados hasta que se casase, y en cambio Francisco le cedia todos sus derechos al reino de Nápoles, salva la reversion á falta de herederos. Por su parte Carlos hacia examinar en su consejo sus derechos y los del heredero de Foix sobre la Navarra, para poner en posicion de ella á Enrique Albret, si se juzgaba que eran mas atendibles los de su madre. Si esta restitucion no se hacia en término de seis meses, el monarca francés podria ayudar al navarro á recobrar su corona, y se reservaba tambien el derecho de socorrer á los venecianos si el emperador, que queria siempre tener en fermentacion la Italia, continuaba atormentándolos y rehusaba acceder á la paz. Así mediante una especie de pension de cien mil ducados, un compromiso de matrimonios ilusorios cuya simple posicion era en verdad ridícula, y la promesa de la restitucion de Navarra que se podia exigir inmediatamente y que se prolongaba hasta seis meses, tuvo Carlos tiempo y facilidad de arreglar sus Estados de Flandes y ponerlos al abrigo de toda inquietud por parte de los franceses, y de establecerse solidamente en Castilla y Aragon, cuya reunion le dió el título de rey de España. Pudo tomar tambien buenas medidas en el reino de Nápoles, cuya corona no pudo conservar la reina Germana como deseaba, y finalmente, hacer de sus estados separados un conjunto poderoso que no lograron romper todos los esfuerzos de Francisco. Cuando llegó el momento de tener su fuerza. Este tratado fué concluido en Noyon. Maximiliano accedió á él, y Verona fué devuelta á los venecianos, de manera que la republica se tornó al mismo estado que antes de la liga de Cambrai. Este mismo año se celebró con los suizos el tratado de Ríburgo, al que se dió el nombre de *pax perpetua*, porque en efecto su union á la Francia habia sido inalterable desde esta época.

Alemas del presente del lucrativo concordato, el rey aprovechaba todas las ocasiones de favorecer al Papa. Aunque no ignorase las negociaciones secretas del Pontífice contra él, le ofreció sus bagelos contra los corsarios de Berberia, que infestaban las costas del Estado Eclesiástico. Contribuyó á establecer solidamente á la casa de Medici en Florencia, la puso en posesion del ducado de Urbino por los socorros que le concedió contra los Roveros, que eran su embargo partidarios entonces de la Francia, é hizo casar á Lorenzo de Medici, sobrino del Papa, con Magdalena de Tonn, heredera del condado de Ginevra. De este matrimonio nació la célebre Catalina de Medici, que fué reina de Francia. El reconocimiento debido á todos estos beneficios no impedia, segun se sospechó, que Leon buscase los medios de limitar el poder de Francisco I en Italia, y aun avivar los motivos de discordia que existian entre este príncipe y Enrique VIII de Inglaterra, monarca de la misma edad, poco mas ó menos, que Francisco y Carlos, y destinado á representar un importante pa-

pel en sus cuestiones. Pero éstos dos reyes suspendieron, por medio de sus embajadores, todo acto de hostilidad, y prometieron avisarse lo mas pronto posible para terminar por si mismos sus diferencias. Esperando este momento, convinieron en casar al Delfin de Francia con Maria, hija única del rey de Inglaterra, que todavía estaban en la cuna, y cuyo enlace debia realizarse del mismo modo que todos los demas de que hemos hablado.

Murió el emperador Maximiliano y quedó vacante el primer trono de Europa, objeto de la ambicion de los dos príncipes que acababan de jurarse una amistad inalterable. Francisco deseaba que su rivalidad no rompiera la paz que reinaba entre ellos, y dió á los embajadores que Carlos le envió con este motivo: «Debemos conducirnos con las mismas consideraciones que dos señores vecinos y amigos que desean adquirir con muchas pruebas el afecto de sus damas, y protestó que cualesquiera que fueran los acontecimientos, no molestaria á su competidor. No se sabe lo que este dió, pero si lo que hizo. La eleccion se verificaba en la Dieta de Francfort. Los dos rivales enviaron allí negociadores encargados de ganar votos. Carlos hizo seguir á los suyos tropas que quedaron á cierta distancia, pero prontas á acercarse cuando hubiese necesidad. Ni uno ni otro de los aspirantes agrabadan á los electores, que tenian darse un señor. Sus votos parecia que se reunian en favor de Federico, duque de Sajonia. El austriaco hizo aproximar sus tropas, que entraron en Francfort. El duque temió que en vez del trono imperial le proporcionasen sus condeinados una prision. Refusó y aconsejó que eligieran á Carlos, como efectivamente se verificó.

Aunque el rey de Francia habia prometido ver con indiferencia la eleccion si acaso la era contraria, no se puede dudar que la supercheria de Carlos V le fué muy sensible, y se puede datar desde este momento la frialdad que reinó entre estos dos príncipes, hasta entonces tan buenos amigos, á lo menos en apariencia. La emulacion de poder degeneró en envidia, y la envidia en odio. Francisco empezó á tomar serias precauciones contra un enemigo tan cauteloso. Sus primeras ojeadas se dirigieron á la Inglaterra. Enrique VIII habia encontrado al subir al trono un inmenso tesoro, fruto de las economías de Enrique VII, su padre, y un buen ejército, obra de su prudencia. Su union á Carlos ó á Francisco pudo ser de gran ventaja para aquel á quien se adhiriera. El rey de Francia estaba ya en relaciones de buena inteligencia con este poderoso vecino. Ya hemos visto que trataban de unirse mas estrechamente por medio del matrimonio de sus hijos. El intermedio de esta alianza era el cardenal Wolsey, ministro y favorito de Enrique.

El prelado no era indiferente á las lisonjas y á los presentes. El rey de Francia no los escaso en su entrevista con el de Inglaterra. Tuvo este lugar enemigo del campo, entre Guines y Ardres. Los dos monarcas llevaron á sus esposas; cada una de ellas á las damas mas distinguidas de la corte, y se desplegó gran magnificencia. El sitio donde se habian levantado las tiendas y verdaderos palacios de madera, revestidos de ricas telas, se denominó *el Campo del paño de oro*; los cortisanos de los dos reinos se arruinaron allí por competir en profusion. Sobre el frontispicio del palacio del inglés se veia un arquero con esta inscripcion: *El que yo acompaña es el señor*. Este rasgo de vanidad no carecia de exactitud, porque si bien las deferencias en los festines, en los bailes, torneos y demas diversiones que duraron cerca de un mes eran reciprocas é iguales, se notaba sin embargo de parte del francés la solicitud de un hombre que busca, y se veia en el inglés el orgullo propio del que es obsequiado; el primero que se habia lijoseñado de conseguir de Enrique la restitucion de Calais, no obtuvo con todas sus complacencias mas que una promesa vaga de ser socorrido, si el emperador intentaba alguna empresa capaz de turbar la paz de Italia.

Carlos V menos fastuoso y mas amigo de lo sólido que no de lo brillante, habia tomado precauciones contra los efectos de la entrevista de los dos príncipes. Al pasar por mar de España á Alemania para recibir la corona imperial, tocó en Inglaterra sin séquito ni ceremonia; conferencia con el rey, y afectó una entera confianza en su justicia sin pedirle ni ducado, ni tropas ni ninguna especie de compromiso, sino solo que si acontecia alguna diferencia entre él y el de Francia, seria su árbitro, prometiendo sujetarse sin reservation á lo que decidiese. Carlos hizo todavía mas; insinuó al cardenal Wolsey, que aunque Leon X no tenia todavía mucha edad, estaba en mal estado á causa de sus padecimientos y casi moribundo, y le prometió que si acontecia la muerte del Pontífice, haria los posibles esfuerzos para procurar la Tuna. Hicieron al hacer el paralelo de los dos rivales, despues de haber afeado en el rey de Francia, entre otros defectos su prodigalidad, y en el emperador su demasiada destreza que tocaba ya en falsedad, concluyó con las siguientes palabras: «Francisco tenia brillantes virtudes y vicios ruinosos, y Carlos vicios útiles y virtudes políticas.»

Empezaron como los atletas por considerarse y medirse antes de darse los primeros golpes y agarrarse cuerpo a cuerpo, por decirlo así. Carlos, que viviendo su abuelo Fernando había contraído el compromiso de no impedir á los franceses que ayudaran á Enrique el conde de Navarra, les había autorizado formalmente á lo mismo á la muerte del dicho Fernando, si no se restituía en el término de seis meses. Pero hacía ya cinco años que se había firmado el tratado, sin que todavía se hubiese pensado en su ejecución. El joven Enrique aprovechándose de las turbaciones que había entonces en España, reunió un ejército que solo se componía de franceses. Estaba mandado por Andrés de Foix, señor de Lesparre, hermano de Lautrec y pariente de Enrique. Sus primeros esfuerzos obtuvieron grandes resultados; pero habiendo querido dilatarlos hasta España, la regencia que gobernaba en ausencia de Carlos V, se armó vigorosamente y recuperó la Navarra. En el curso de esta guerra fué herido en el sitio de Pamplona, donde alentaba el valor de los espartanos, un joven hidalgo llamado Ignacio de Loyola, que no respiraba entonces mas que gloria y galantería, destinado después á ser el fundador de la célebre sociedad de los jesuitas.

De auxiliares, el emperador y el rey vinieron directamente á las manos. Un pleito entre las casas de Grouy y de Bouillon, por un pequeño territorio en los Ardenas, dió principio á una guerra directa que duró veinte y siete años entre los dos monarcas reinantes y dejó todavía muchos de hostilidades á sus sucesores. Los príncipes de Grouy querían llevar el negocio ante el emperador; Robertos de La Mark, príncipe de Bouillon y de Sedan, recusa su tribunal en plena dieta, levanta tropas y hace varias correrías por los Países Bajos. El emperador se persuade que un príncipe de tan poca importancia no hubiera tenido tal audacia, si no estuviera seguro de la protección del rey de Francia y no fuera acaso indigno de ser el fundador de la célebre sociedad de los jesuitas. Fráncisco lo ha negado siempre; pero Carlos firme en su opinion, y sin que mediara explicacion entra en Francia por Flandes á la cabeza de un ejército, é impone contribuciones. El conde de Nassau, su general, había sitiado y tomado á Mouzou, donde no había sabido sostenerse una guarnición de reclutas, y se presentó en seguida delante de Mezieres, plaza en mal estado, que se proponía demoler; pero Bavario, que llegó allí se propuso defenderla é hizo levantar el sitio. El emperador se dirige en tonces hacia el Escalda, y Fráncisco va á buscarle, encontrándose cerca de Valenciennes. El emperador mal colocado, hubiera podido ser derrotado, si Fráncisco ataca sobre la marcha. Tal era el consejo de los principales capitanes, entre otros el condestable de Borbon; pero Gaspar de Coligny, mariscal de Francia, combatió este pensamiento por razones bastante plausibles. El monarca dudó, dilató y dejó escapar á su enemigo. El ejército del emperador se puso en salvo con una marcha que la inacción de los franceses hizo fácil, y él mismo asustado como acontecia á su abuelo Maximiliano, del riesgo que había corrido, abandonó vigorosamente el campo retirándose de noche con una escolta de cien caballos á Flandes, desde donde reclamó el arbitraje del rey de Inglaterra.

Durante este mismo tiempo, Guillermo Gouffier, favorito del rey, mas conocido por el almirante Bonivet, penetraba en Navarra, y burlando á los españoles se apoderó de Fuenterrabia. La vanidad de ostentar su conquista le hizo despreciar el consejo que le dió el conde de Guisa, de demoler una plaza que tarde ó temprano había de volver á los españoles, y esta falta fué la piedra del toque de las medidas pacíficas que podían terminar la guerra. Hacía largo tiempo que se celebraban conferencias en Galais, para arreglar á las partes beligerantes. Las presencias el cardenal Wolsey, en nombre de Enrique, su señor, nombrado mediador. Pero Carlos reclamaba á Fuenterrabia, y Fráncisco seña se desprendiese de esta plaza que deseaba conservar, como propia para que le sirviera de punto de apoyo en España en caso de necesidad. Carlos por otra parte suscitaba pretensiones propias para alzar la paz: reclamaba la Flandes y Artois un duques de Borgona, rehusaba hacer por Francia y Artois un menage indigno de la dignidad imperial de que se hallaba revestido, y daba á conocer por estas dificultades que deseaba aprovecharse de las esperanzas que le inspiraba la situacion de los franceses en Italia.

Olet de Foix, señor de Lautrec, mandaba en el Milanesado en lugar de Carlos condestable de Borbon, que había sido llamado al lado del rey, en el ejército que debía combatir cerca de Valenciennes. Borbon fué uno de los capitanes que insistieron mas por la batalla, y se dice que sus instancias fueron causa de que el rey tomase la resolucion contraria, á fin de que el condestable no se llevase la mejor parte en la victoria. Acababa de quitarle la peligrosa distincion de mandar la vanguardia, que era uno de los derechos de su cargo, y la había conluido al duque de Alençon esposo de su hermana. Borbon sintió vivamente esta afrenta, que no era la primera que deploraba en silencio. Es verdad que el rey y el príncipe, siendo este de cinco ó seis años mas de edad, diferenciaban de carácter; porque el primero era jovial, libre en sus palabras y de

conduca bastante relajada, y el otro grave, silencioso y severo. Cuando volvió del Milanesado, corrió el rumor de que se le había retirado de allí para colocar en su lugar á Lautrec, hermano de Fráncisco de Foix, condesa de Chateaubriant, querida de Fráncisco I.

Por lo demas, cualquiera que sea el motivo que dió lugar á confiar á Lautrec el gobierno del Milanesado, lo cierto es que manifestó valor y buena voluntad; tenia conocimientos en administracion pero se encontró en circunstancias azarosas. Sus abuso de autoridad por una parte, sea cansancio de sumision por otra, existia entonces un descontento torcido que estalló en revueltas en muchas ciudades; y los castigos que empleó el gobernador agritaron los ánimos, viéndose rodeado de enemigos y próximo á perder todo lo que se poseía en el Milanesado. En tan terrible conflicto, dejó el gobierno á su hermano Tomás de Foix, señor de Lesenn, llamado mariscal de Foix, y vino á la corte á pintar sus angustias, resuelto á no esperarse á la vergüenza de ver que se escapaba á la Francia el Milanesado de sus manos. Sus amigos, escitados por su hermana, le aconsejaron que volviese. Consistió en ello, con la condicion de que le precediera ó al menos acompañara una suma de trescientos mil ducados que le eran absolutamente necesarios. No los había, pero partió con la promesa de que los encontraría á su llegada.

El mariscal de Foix observaba durante su ausencia á los destrerrados de Milan, que á una con los de Génova amenazaban la dominacion francesa por sus dos extremos. Los primeros se reunian en un castillo de Manfredi Palavicini, á quien advirtió el mariscal el peligro á que se esponia favoreciendo tal reunion. Temeroso Palavicini de las consecuencias que podian ocurrir, hizo aliorar al mensajero que le llevó la advertencia, y huyó á Reggio, ciudad papal y refugio ordinario de los destrerrados. Persiguiólos hasta ella el mariscal que recibía de estos alguna tentativa contra la ciudad de Parma, y pidió al gobernador, el célebre historiador Guichardin, explicaciones acerca de la naturaleza de la protección otorgada á los proscritos. Sin escalas ni cañones realizó Lessa un movimiento que á nadie intimidó y redundó en provecho del Papa, que no buscaba mas que un pretexto para romper y legitimar una empresa que á la sazón meditaba contra Génova. Quejoso de la violacion de los tratados, levantó tropas, nombró á Próspero Colona para mandarlas, escogió al mariscal y á cuantos habían tomado parte en su expedicion, é hizo acometerles en la ciudad de Parma.

Hallábase reducidos á grande aprieto en ella, cuando volvió Lautrec al Milanesado. Estaba impaciente por volar al socorro de su hermano, pero carecia de tropas y no había tiempo para reunir las con promesas. Por fin logró formar un ejército, y avanzó hacia Parma; pero al pasar el Pó, le declararon los suizos que no irian mas adelante, porque si bien se habían obligado á defender el Milanesado, no hostilizarian al Papa. Permaneciendo inflexibles en su resolucion, Lautrec se determinaba á la desesperada con las escasas huestes que le restaban á marchar en busca de un enemigo superior, cuando el duque de Ferrara, Alfonso, que luchó casi toda su vida contra los papas y entonces se hallaba casi tan desvalido como Lautrec, hizo una acertada incursion contra Módena. Este movimiento produjo el levantamiento del cerco: Lautrec se apresuró á abastecer á Parma, pero no cuidó de atacar al enemigo en su retirada.

Leon reparó tal contratiempo con negociaciones en Suiza, de donde sacó un ejército para defender la Iglesia, aunque no para pelear contra los franceses. Menos escrupulosos que sus compatriotas del ejército francés, sostenían á las tropas del Papa, combatidas solamente en segunda fila. Defraudado Lautrec al contrario por los de su ejército, no pudo embestirlos, sino á otros antes que se incorporaran, ni batirlos despues, habiéndose visto precisado á meterse en Milan: pero por su falta de vigilancia dió margen á la traicion de ser entregadas sus puertas al marqués de Pescara, general del emperador, y tuvo que retirarse dejando guarnicion en el castillo. Casi todas las ciudades del ducado siguieron el ejemplo de la capital, no habiendo quedado á los franceses mas que Cremona, Pizzighitona, Novara, el castillo de Milan y el Estado de Génova. Leon X, testigo de la fortuna de los imperiales, quiso tambien tener parte en ella, y tomó varias fortalezas que le convenian, habiendo muerto, según se dice, de la alegría de sus triunfos.

El mismo día que los cardenales entraron en conclave, eligieron al cardenal obispo de Tortosa, Adriano Florent, quien nacido de padres oscuros, principió su fortuna de preceptor de Carlos V. Dicese que este su discípulo había preparado tal suceso, del cual sacó al menos todas las ventajas posibles en los diez y ocho meses que este Papa ocupó la Santa Sede. Venido Fráncisco María Sforza al Milanesado bajo los auspicios del emperador, formóse un ejército de italianos y alemanes, que Lautrec persiguió con su gendarmaría y diez mil suizos reunidos por él de nuevo bajo la promesa del dinero que aguardaba. Tras muchas marchas alcanzó á los enemigos cerca de Milan, atrincheralos en el parque de un castillo antiguo llamado Bicocca, rodeado de muros y profundos fosos, donde no se



ra cosa alguna sin contar con él. Parte en posta de Chambord, donde estaba para pasar la primavera, y va á Perte acompañado de multitud de cortesanos. Su llegada llama la atención, y habiéndola sabido Arsot, creyó que este se iba ya á dirigirse contra él. Habiéndose en camino retrocedido al proyecto de Bousat Tracaú, tanto mas desagradablemente para el rey, cuanto que dió mas osadía á los enemigos, que se pasaron libremente por las fronteras. El duque de Vendôme, Carlos de Borbon, abuelo de Enrique IV, que mandaba á los franceses, tenía órdenes muy limitadas, y no se atrevió á aventurar un combate que hubiera podido serle ventajoso y por el contrario corrió riesgo de ser derrotado cerca de una aldea llamada Andineton, donde sufrió un descalabro que hubiera sido completo si la generosa decisión de un gendarme llamado Tignerette. Oye algun ruido en sus centinelas, se avanza para reconocer la causa de él, y es cogido por los enemigos; á pesar de ponerle el puñal en el pecho, no deja de gritar, y así salvóse el ejército que ya era embestido por otro lado. Los enemigos respetaron el valor de Tignerette, que pudo gozar de su gloria.

El emperador y el rey abandonaron la guerra en esta comarea á la actividad de los comandantes y gobernadores que dejaban allí, y llevaron la mayor parte de las tropas á Italia, que fijaba mas principalmente su atención. El emperador se había apoderado del castillo de Milan. Estaba contento por el estado en que se encontraba este país, deseando no ser turbado en él; pero Francisco no renunciaba á volverse á establecer en el Milanesado; y empezaba á hacer que desfilasen las tropas al otro lado de los montes á las órdenes del almirante Bonivet, que se apoderó de los pasos. Carlos V no esperó de ponerse enteramente al abrigo de los esfuerzos de los franceses, sino trató de retardarlos al menos. Empleó la autoridad del Papa, su antiguo preceptor; Adriano pidió al rey que hiciese una tregua de muchos años con el emperador, á fin de que este príncipe pudiese defender la Italia amenazada por los turcos con la toma de Rodas.

Esta exhortación para una tregua no era nada en comparación de una liga á la que Adriano se prestó entre él, el emperador, el rey de Inglaterra, la república de Venecia, los señores de Génova, Florencia, Siena, Luca y otros estados pequeños, para la defensa de Italia contra todos los extranjeros, principalmente contra el rey cristianísimo; no se habló de los turcos, porque los venecianos, que viendo los desastres de los franceses acababan de abandonarlos, temían que Soliman, si era mencionado con la liga, volviese las armas contra ellos. Se la dictó que Adriano se prestó á esta conciliación, porque no parecía ser muy propio para las intrigas políticas. Era justo por carácter y se le vio devolver á diversos feudatarios de la Santa Sede, muchas plazas que habían escitado la ambición de sus predecesores y de que se habían apoderado por medios violentos. Ha pasado por un pontífice sin ambición, circunscribió á sus deberes religiosos y la mereció este asombroso epíteto: Aquí reusó Adriano VI, que nada le era mas doloroso que el condenar. Julio de Médicis, Clemente VII le sucedió. Era primo hermano de Leon X, é hijo del desgraciado Julio, asesinado por los Pazzi.

Lejos de desconcertarse Francisco I por esta liga, siguió sus preparativos con mas ardor. Vendió posesiones, aumentó los impuestos ordinarios, y creó empleos que hizo pagar. Por todos estos medios que excitaban quejas y murmullos, juntó mucho dinero, y reunió un fuerte ejército que contaba con llevar él mismo á Italia, pero cuando mas apremiados le retuvieron en Francia. El condestable de Borbon vivía espléndidamente en la corte, pero de descuento, y su casa se consideraba como el punto de reunion de esa clase de hombres censores asilados del gobierno y de su jefe. Borbon alimentaba casi desde la infancia un odio sombrío contra Francisco. Se dice que la antipatía entre los dos había llegado á tal extremo, que cuando aquel no era mas que conde de Angulema estuvieron próximos á batirse por un motivo bastante trivial. El rey al subir al trono le había dado la espada de condestable; pero Borbon se quejaba de que Francisco le había privado en muchas ocasiones de las funciones mas nobles de su cargo, ya prohibiéndole ponerse á la cabeza de las tropas ocasiones importantes, ya no siguiendo sus consejos.

Gozaba de una gran fortuna por el matrimonio que había contraído con Susana de Borbon, de quien era primo, y ella hija de los señores de Beaugou. Este matrimonio se había resuelto principalmente para unir las pretensiones de dos líneas de la misma familia y precevar un pleito ruinoso. Luisa de Saboya, madre del rey é hija de una hermana de Beaugou, contuvo en los límites de una galantería política el amor que la inspiraba el condestable; la muerte de su esposa precedió á la misma ocasión de declarar su pasión. Lo ofreció su mano, mas él la rehusó con algunas palabras picantes. Pero, dice Mezeray, como no hay injurias mas ultrajante para el sexo débil que la desestimación de sus pretensiones, la regente ofendida del desprecio de Borbon, se dejó llevar á un extremo de venganza que le condujo á la desesperación. Intentó el pleito que se había querido evitar, empleó en este nego-

cio todo el ardor de una mujer ultrajada y adoptó con calor todos los medios que su clase y poder la facilitaban.

Se trata de saber si las propiedades de la casa de Borbon eran feudos mas masculinos ó femeninos. El condestable sostenía que estaban feudos por las reglas de la ley Sálica, porque de otra manera hubiera sido justamente vencido por la proximidad de la duquesa. Esta sostenía por el contrario que tales dominios eran feudos femeninos, no en el sentido que las mujeres puedan escluir á sus hermanos, sino á los demás colaterales. Entre tan opuestas pretensiones no era fácil que el derecho decidiese con la facilidad que pretendía la duquesa. Desde que la casa de Francia poseía la baronía de Borbon no se había presentado ejemplo igual que pudiese hacer ley en este punto, porque los príncipes de este nombre siempre habían tenido hijos que les sucedieran; pero antes de esta época se encontraban muchos casos que habían sido interpretados de diversos modos. El primero y mas notable de todos es el de Margarita, hija de Archambaldo VII y nieta de Archambaldo VI, la que en 1171 sucedió sin obstáculo á su padre, aunque existía una línea masculina de Borbon-Montaupou, que procedía de Archambaldo II, tatarabuelo de Archambaldo VI.

Margarita tuvo dos maridos. Del primero, Gaucher de Viena, señor de Salins, y del que se separó por causa de parentesco, tuvo á Margarita de Salins, esposa de Guillermo de Sabran, señor de Foreaucher. Del segundo, que fue Guido de Dampierre, ilustre por haber sido por las mujeres el tronco comun de las casas de Borbon y de Austria, tuvo á Archambaldo VIII, señor de Borbon, á Guillermo de Dampierre, conde de Flandes, y su mujer, y además á Guido y Gambaldo de Borbon, que dejaron bastante familia. A la muerte de Guido de Dampierre, la condesa de Foreaucher, aparentemente como mayor, reclamó la baronía de Borbon contra Archambaldo VIII, el mayor de sus hermanos uterinos. Hubo pleito ante Felipe Augusto y su Parlamento, y Archambaldo probó que la baronía de Borbon no podía ser desmembrada ni pertenecer á hembras sino á falta de varones. La condesa renunció sus pretensiones mediante una indemnización y se autorizó la transacción por una carta de Felipe Augusto fecha 1211.

Pero este título que confirma la esclusión de las mujeres en concurrencia con los hermanos preujiza tambien para que puedan ser vencidas por otros colaterales, y privadas, por ejemplo, de la herencia de un padre, para ver que pasa á un tío ó sus descendientes? Se puede decir respecto á esto, que el derecho contrario había prevalecido bastante generalmente por el uso, y que, exceptuando el reino de Francia, era una cosa comun cuando los herederos varones eran lejanos ver los grandes feudos pasar á las mujeres y de estas á las casas extranjeras, y que la misma de Borbon presentaba mas de un ejemplo. La baronía de Borbon en efecto había entrado en la casa de Borgona por Luc de Borbon, biznieta de Archambaldo VIII, y de esta en la de Francia por el matrimonio de Beatriz, hija de Luis, con Roberto de Clermont, hijo de San Luis, y Lollas estas veces sin que hubiese oposición ni de parte de los condes de Flandes, descendientes de Guillermo de Dampierre, ni de los otros dos hermanos de Archambaldo VII. Este ejemplo era tanto mas favorable á la duquesa de Angulema cuanto que por su madre era nieta de Carlos I, duque de Borbon, de la misma manera que Beatriz era nieta de Archambaldo IX, hijo del VIII.

La contienda se complicaba todavía por la diversidad de títulos en virtud de los cuales habían adquirido las propiedades los Borbones y por las diversas disposiciones que habían hecho relativamente á esto mismo. Juan de Borbon, que fué duque despues de Luis II el Bueno, su padre, uno de los tutores de Carlos V, casó en 1400 con María de Berri, hija del duque de Berri, hermana de Carlos V. El duque de Berri no dejaba hijos varones, y la totalidad de sus feudos debía volver á la corona. Sin embargo, en favor del matrimonio de su prima, Carlos VI con parecer de su Consejo, consintió en que se separaran el ducado de Auvernia y el de Montpensier para formar la dote de la princesa, pero bajo la reserva siempre que para indemnizar á la corona de su derecho de reversion en esta ocasion, los dominios del ducado de Borbon serian revertibles á falta de herederos varones que proviniesen de este matrimonio. El duque Luis, seducido por las ventajas que encontraba en esta alianza, convino en esta condicion, sin reparar en los derechos que la línea de la Marca tenía á esta herencia por la misma falta. Despues, sea de grado ó por artificio, por motivos legítimos ó contravertidos, el nieto de Juan, Carlos duque de Berry y Juan II, hijo de este, obtuvo con Luis, conde de Montpensier, hermano del duque Carlos y abuelo del condestable, una renuncia absoluta tanto por él como por su posteridad á la expectativa de los dominios de Borbon. En fin, en 1475, por el contrato de matrimonio de Pedro de Borbon, señor de Beaugou, hermano de Juan II y duque despues de él, con Ana I de Francia, hija de Luis XI, esta renuncia fué de nuevo consolidada por el abandono que se había hecho de los mismos dominios para ser re-



unidos á la corona en caso que no hubiese herederos varones que proviniesen de este matrimonio. Así lo había querido Luis XI para hacer pagar el honor de su alianza. Se encontraba á la verdad en el contrato una cláusula conservadora, pero apenas sensible, y tal como debía interpretarse para no incomodar al voluntarioso y sombrero monarca, en tanto que pueda corresponder al dicho futuro esposo, al presente y en el porvenir.

Á la muerte de Luis XI los dos esposos, viéndose sin hijos y obligados á darse respectivamente testimonios de su cariño, obtuvieron fácilmente del joven rey, su educando, cartas patentes, no solamente derogatorias de la cláusula de su contrato, sino que les permitían también disponer de sus bienes por donación mutua y perpetua. Esta latitud de disposición inquietó á Gilberto de Montpensier, hijo de Luis y hermano del duque. Reclamó al Parlamento contra el abandono de su padre, pero el mismo duque, conociendo la justicia de sus pretensiones, se apresuró á concederle el derecho, y por una transacción de 1488 celebrada á Chínou, consintió en que todos sus bienes sustituidos pasasen á la línea de Montpensier si moría sin hijos varones. Sin embargo, al cabo de tres años fué padre de Susana Borbon, y vió con disgusto que los bienes de esta princesa se iban á perder por sus antiguos y nuevos compromisos.

Carlos VIII no existía y Luis XII ocupaba el trono. Si este príncipe insistía en la ejecución del contrato de matrimonio, los bienes del duque debían reunirse al señorío porque no tenía hijos; y si el rey quería tomar parte en este negocio, la transacción de Chínou le obligaba de la misma manera respecto á los Montpensier. No era necesario nada menos que la intervención de la autoridad soberana para sustraerle á este doble inconveniente. Pero Luis XII que tanto tenía por qué quejarse de Ana de Francia, ¿se hallaría bien dispuesto á quitar todos los obstáculos? El duque se aventuró, y bien pronto conoció que no eran vanas las palabras de Luis cuando dijo, que el rey de Francia olvidaba las injurias hechas al duque de Orleans. Luis se apresuró á secundar el voto de los dos esposos, ratificando las cartas patentes de su predecesor. Pero el joven Luis, conde de Montpensier, hijo de Gilberto y hermano mayor de Carlos, después condestable, creyó que debía combatiárselas con calor en el Parlamento, así como había hecho su padre respecto á Carlos VIII. Debía su educación al duque Pedro, y este parecía que le destinaba para veruno suyo. Tal proceder le incomodó y desde entonces se inclinó al duque de Alençon. Comenzó su pensamiento al rey, que aprobó esta alianza, y en favor de ella dió nuevas cartas patentes, en virtud de las que frustrando los deseos de los Montpensier declaró los dominios de Borbon transmisibles á la casa de Alençon, en la época del matrimonio del duque con Susana. En la imposibilidad de hacer valer sus derechos contra la autoridad soberana, Montpensier se refugió al campo y esperó hacerse conceder por el mérito de sus acciones la justicia que tal vez se rehusaba á su obscuridad. La nueva adquisición del reino de Nápoles, que fué en parte obra suya, le fijó en efecto en él las miradas de Luis XII; en recompensa de sus acciones, el rey le destinó, según se dijo, á Germania de Foix, su sobrina y la misma corona de Nápoles, cuando el joven príncipe que acababa de tributar los últimos honores á su padre, sepultado en una casa hacía sin pompa á la orilla del mar, cerca de Ponzoles, quiso darse el fúnebre consuelo de fijar sus miradas por un instante en el triste espectáculo de aquellos restos; pero apenas se abrió la tumba, cuando succumbió al dolor que le oprimió, adquiriendo así otros nuevos títulos de gloria como víctima y héroe de la piedad filial.

Dos años después murió el duque Pedro. En sus funerales, el heraldo después de haber gritado por tres veces: «Nuestro buen padre Pedro II ha muerto», no había añadido: «viva el duque Carlos II», sino «vivan las duquesas de Borbon y Auvernia». El joven Carlos de edad de 14 años, ahijado de la duquesa de Borbon, educado por ella, ligado por reconocimiento y sobre todo por su edad no podía reclamar sus derechos. Su tutor se encargó de ello y cumplió con esta comision con tanta felicidad como destreza. Era Luis de Borbon Vendome, príncipe de la Roche-del-Yon, cuando del joven Carlos, y este hábil príncipe se condujo de tal manera con la duquesa de Borbon, que consiguió de ella el permiso para poner á cubierto los derechos de su pupilo con protestas. Una circunstancia le había facilitado el que accediese la princesa: hacia mucho tiempo que comparaba al duque de Alençon con Carlos; y la nulidad del primero había debilitado la buena voluntad que antes había tenido para con él, y desviado, sus primeros pensamientos para dedicarlos á su propia obra: pero estas ideas todavía eran vagas, y sin embargo lejos de chocarla las reclamaciones de su ahijado, animó á este en sus pasos en la corte, facilitándole ella misma los medios de aparecer allí con brillo. El príncipe de la Roche-del-Yon defendió con energía cerca del rey, la causa de su hermano; y representó la injusticia de la espoliación y sobre todo el peligro de volver á aquellos desastrosos tiempos de los duques de Borgoña, acumulando sobre una sola cabeza los inmensos bienes de dos ca-

sas poderosas como eran las de los duques de Alençon y Borbon.

Habiendo llamado la atención de Luis XII estas razones, nombró una comision compuesta de señores, ministros y juriconsultos para examinar las pretensiones de Carlos y Susana. Los derechos del primero se juzgaron incontestables; pero parecia duro despojar á la joven princesa de unos bienes de que había disfrutado su padre, garantidos tantas veces por la autoridad real. Se presentaba un medio de arreglar todos los intereses, que era unir á los pretendientes. Se le indicó á Luis XII que lo adoptó con calor y se encargó de proponerlo á la duquesa de Borbon, y por sus disposiciones se puede juzgar si aceptó esta oferta. El contrato se celebró en 1505, y Luis quiso que se discutiese solemnemente en una asamblea de príncipes, grandes, obispos y magistrados presididos en su nombre por el cardenal Amboise. Se estipuló que los dos esposos se harían mutua donación de todos sus bienes y que á falta de hijos, Francisco de Borbon, hermano de Carlos (el que fué muerto en Marignan), sería el único heredero. Luis XII aprovechó generosamente esta ocasion de renunciar tanto por sí como por sus sucesores, los derechos que Luis XI había querido adquirir sobre los dominios de la casa de Borbon. Á todas estas disposiciones era necesario añadir la última voluntad de Susana, que confirmó de nuevo su contrato de matrimonio, instituyendo á su marido por su heredero.

Tales eran los hechos que combatían á su arbitrio los abogados de las partes; Poyet, que fué después canceller, por la duquesa; Lizet, por el rey, y Montholon por el condestable. Es sensible que la solucion de la difcultad dependiese de sabor hasta qué punto podían ser legítimos y obligatorios unos contrarios, concesiones inciertas, abandonos equívocos, reconocimientos dudosos, acuerdos opuestos, en fin, edictos y declaraciones contradictorias y por consiguiente también hasta qué punto podía autorizarse con diversos títulos cada una de las partes. Esto era lo que no se podía disputar fácilmente. Después de once meses de debates, un decreto del Parlamento citó las partes al Consejo y esperando su resolucion puso los bienes litigiosos en secuestro. Si el proyecto de despojar á Borbon no estaba consumado, por lo menos era muy probable; y el condestable no dudaba de ello, reconocimiento que del mas rico señor de la corte, iba á ser el mas pobre; el despoche de verse en la dura alternativa de ser arruinado ó casarse contra su voluntad, le hizo considerar bueno y legítimo cualquier medio de escaparse de este peligro.

En tanto que proyectaba en su imaginacion diversos proyectos de venganza, Carlos V atento á aprovechar todas las ocasiones de perjudicar al rey, le hizo sondear secretamente, y le encontró accesible á la seducion. El emperador le ofreció en sus estados un asilo contra las persecuciones de la madre y la conivencia del hijo, si quería sinceramente unirse á él; uno de los tres cargos mas principales de España, tierras considerablemente que producian cien mil escudos de renta y la mano de su hermana Leonor, viuda de Manuel el Grande, rey de Portugal. En la distribucion insensata del reino que hacia los aliados de Carlos, Borbon debía añadir á sus dominios la Provenza y el Delphinado, el emperador recibir el Languedoc, la Borgoña, la Champaña y la Picardía, y el resto pertenecer al rey de Inglaterra.

Los cortesanos que rodeaban á Borbon, no eran todos adoradores serviles de sus deseos. Juan de Poitiers, conde de San Valler, capitán de doscientos arqueros de la guardia del rey, y que tenia toda la confianza del condestable, fué instruido por el mismo de sus culpables designios: le hizo las mas serias reflexiones y le exhortó de la manera mas patética á que se librara de sus relaciones con el enemigo de Francia; pero mas inconsecuente que aquel á quien trataba de persuadir, se dejó seducir el mismo y consintió en que depositara de la correspondencia entre el condestable y el emperador. No sucedió lo mismo con dos nobles normandos, Argouges y Matignon, tan sinceramente unidos á Borbon que había contado con ellos para entregar la Normandía al rey de Inglaterra. Informados por un tercero de la comision criminal que se les queria coniar, y obligados á optar inmediatamente entre la salud del príncipe y el dano de la patria, se creyeron obligados á arisar al rey, Francisco, contando con atraer al príncipe por la confianza y la deshonra, fué á verle á Moulins, donde se hacia el enfermo; le declaró que estaba instruido de todo, le rogó y le estimuló para que desapareciesen de su imaginacion las ideas que le atormentaban, y le prometió bajo palabra de rey, que si perdía el pleito le devolvería las tierras. El condestable confesó que era cierto que el emperador le había hecho proposiciones; pero protestó que no había consentido en las ofertas que se le hacian, y suplicó al rey que no dudase de su fidelidad, prometiendo en prueba de su buena fe seguirle á Lion tan pronto como su salud se lo permitiera. En efecto, se puso en camino, y marchaba lentamente en litera, inquieto, incierto, deverdado por los remolmientamientos, combatiendo con estos hasta tal punto, que se volvió y se retiró á su fortaleza de Chantelle, para reflexionar allí tranquilamente sobre su situacion y tomar una resolucion definitiva. «¡Perdido! exclamó el rey

en cuanto supo esta retirada, mi bondad hubiera debido partirle el corazón; pero ¡puesto que quiere perecer, que perezca!, y dió orden de apoderarse de Chantelle. Tristes nuevas llegan á un mismo tiempo á aquel punto y turban al príncipe lanzándole al precipicio. Sabe que ha perdido el pleito, que el rey indignado ha hecho arrestar al obispo de Autun, su confidente encargado de llevarle el homenaje de su fidelidad, pero bajo la injuriosa reserva de la

plorarla. Algunos autores han dicho que este perdón se obtuvo mediante un costoso sacrificio; pero entre muchas pruebas que destruyen esta imputación, basta citar la misma gracia que no fué mas que una commutación de la pena de muerte en prisión perpetua.

Llegado á Italia, Borbon creía que iba á ser llamado inmediatamente á España para unirse con Leonor; pero Carlos V no era hombre que diese su hermana á un fugitivo, sin saber qué utilidad le podría reportar. Le hizo insinuar que tenía necesidad de su capacidad en Italia, y le dió el mando del ejército que oponía á Bonivert con la precaución de unirle á Lannoi, virey de Nápoles, general de su confianza. La defección de Borbon hubiera embarazado al rey si el condestable hubiera podido unir alguna caballería francesa á la infantería alemana que le esperaba. Al parecer había prometido al emperador este socorro de caballería que debía estar compuesta de la nobleza á la que contaba llevarse consigo al separarse de Francia; pero se vió obligado á partir tan precipitadamente, que nadie le acompañó; y después de su huida, tomó tan buenas medidas el rey, que sus partidarios no se atrevieron ni á retirarse ni darse á conocer. Con la esperanza de los movimientos que la marcha del condestable obraría en Francia, la atacó un ejército español por la parte de los Pirineos. Se presentó ante Bayona y fracasó su intento; y en su vista hicieron un ensayo sobre Fuenterabía, que fué mas feliz; porque entraron allí por la inteligencia que tenían con parte de la guarnición que estaba compuesta de navarros, los cuales con la promesa de ser reintegrados en sus propiedades obligaron á los



El dux recibiendo al enviado francés que vá á declararle la guerra.

restitucion de sus bienes; que ha hecho registrar su maleta y examinar sus papeles, y que se acercan tropas para apoderarse de él. Borbon no delibera mas; parte con un solo gentil-hombre llamado Pomperant, figurando ser su criado; atraviesa el Delfinado y la Saboya, inundados de tropas que iban á Italia, y donde no se creía que le podrían encontrar; de allí gana el Franco Condado, pasa por la Alemania y llega á Italia, después de haber corrido los mayores peligros mientras estuvo en Francia, porque en efecto se habían colocado cerca de él muchas tropas para apoderarse de su persona si quería salvarse.

Su evasión le declaró culpable; el rey se apoderó de todos sus bienes; puso guarnicion en sus castillos ó hizo arrestar á las oficiales y cortesanos que parecian sus mas íntimos confidentes. Como el fugitivo era pariente ó aliado de los mas grandes señores, como el pueblo se pronunciaba en favor de un príncipe digno de estimacion, que creía victima de la pasión de una mujer y de una intriga de corte; como en fin, los soldados y muchos generales no ocultaban una prevención favorable á su condestable á quien compadecian, el rey tomó medidas análogas á las circunstancias. Llamó cerca de sí á los señores de quienes se podía dudar, para vigilarlos mejor; retiró de los lugares espuestos las guarniciones y capitanes sospechosos y los substituyó con otros. Se procesó á los detenidos, y solo Poitiers de San Vallicr fue condenado á muerte, pero recibió el perdón al pie del patíbulo; cuya gracia le debió á la impresion que hizo en el rey la belleza de su hija única Diana que se había presentado á im-



Gaston de Foix muerto en la batalla de Ravenna.

demás á capitular. Al mismo tiempo los alemanes entraron en Champaigna; pero privados de la caballería que debía procurarles Borbon, fueron hostigados y se vieron obligados á retroceder hasta la Lorena, habiendo sido batidos al pie de los muros de Neuchatel por el conde de Guisa, á la vista de las cortesanas de Lorena, que le aplaudian desde las ventanas. Mas felices fueron los ingleses; penetraron por la Picardía y llegaron á sangre y fuego hasta doce le-

guas de Paris. Los paisanos habían recibido órden de transportar viveres, muebles, ganados y todo lo que pudieran salvar á las ciudades que se habían dotado de buenas guarniciones. Se cjecuó tan bien esta órden, que el ejército inglés se vió acosado por el hambre y atormentado por las lluvias del Otoño, y tuvo que retirarse; pero se vengaron en los edificios y destruyeron lugares enteros.

El rey no podía proporcionar otros socorros á esta desgraciada provincia, porque sus tropas escogidas estaban destinadas á repeler á los españoles por la parte de los Pirineos y recuperar el Milanesado, á las órdenes estas últimas de Bonivet, enemigo personal del condestable. Hubiera podido conseguir su objeto, á haber sabido aprovecharse de la ventaja que tuvo de reunir su ejército el primero. La ciudad de Milan estaba desmantelada; las fortificaciones habían sido destruidas en las alternativas que había sufrido de cambio de dominadores. Cuando Bonivet se acercó á ella, Próspero Colona se creía en la imposibilidad de resistir á un ataque brusco y trató de abandonarla; el almirante engañado por los emisarios de Colona se contentó con observarle, esperando reducirle por hambre. Sin embargo, no pudiendo guardar todos los pasos, entraban viveres abundantemente á su pesar; y á fin de no ver sorprendidos sus almacenes por los aliados, á los que había dejado tiempo para reunirse, se vió obligado á abandonar su posición y reparar el Tesino.

Sin la constancia del capitán Janot de Herbouville, los franceses hubieran perdido el castillo de Cremona, su última plaza de defensa. El caballero Bayardo llegó allí á través de los puestos del ejército del emperador, esparcido en Italia y á la sazón mas fuerte que el del rey de Francia. Janot había inspirado tan bien su valor á los soldados, y había ganado de tal modo su confianza que, determinados á no rendirse, sufrieron los últimos extremos del hambre, y fueron con él víctimas de esta. Cuando Bayardo entró en la ciudad, no encontró mas que siete hombres resueltos á morir como sus compañeros si no se hubiera venido en su socorro. Estaban estenuados, y apenas tenían figura humana. Ejemplo memorable de un valor calculando y perseverante, mas raro que la impetuosidad de la valentía.

Después de haber pasado el Tesino, Bonivet había tomado cuarteles de invierno, y licenciado una parte de infantería, para economizar algunos meses de sueldo, habiendo permitido á la mayor parte de los gendarmes que fueran á hablar á Francia; estaba en fin en la mayor seguridad, cuando los aliados, mandados por Borbon, Lannoi y Pescara, atravesaron el rio con el designio de privarle de viveres. Bonivet desprovisto é inferior en número presentó vanamente la batalla; esperaba cogerle á discreción sin combatir. Tomaron tan bien sus medidas que le cortaron toda comunicacion, y

le privaron de todos los recursos, impidiéndole la retirada. Bonivet la ordenó sin embargo, y engañó á su enemigo que creía tenerle encerrado; pero fué vivamente perseguido por Borbon, al que hacia vigilante su odio. A pesar de la mucha diligencia que empleó Bonivet, le alcanzaron los enemigos en Romagnano, cerca de un puente sobre el Sezia, por donde desfilaba el ejército. Se puso á retaguardia con un cuerpo de gendarmeria para cubrir la infantería, y desde la primera carga fué herido gravemente. Obligado á retirarse dejó el mando al conde de San Pablo, hermano del duque de Vendome, al capitán Vandenesse, hermano de La Palice, y al caballero Bayardo, á quien siempre tocaban los encargos mas peligrosos. Dió á este último como al mas digno, su baston de general; honor tardío, merecido hacia mucho tiempo, y de que el valiente caballero no debía gozar sino un solo momento! Vandenesse

fué muerto al instante, y Bayardo en la misma carga recibió un golpe de arcabuz que le atravesó la espalda. Debilitado por la pérdida de sangre, y no pudiendo sufrir el movimiento del caballo, mandó que le apearan y contra recostaran un árbol con la cara vuelta al enemigo. Borbon, que pasaba persiguiendo á los fugitivos, le conoció y manifestó el sentimiento que tenía de verle en aquel estado. «No debéis tener compasion de mí, contestó; muero como hombre de bien: vos sois digno de compasion, que siendo francés y principiando de la sangre, vestis en el día contra vuestro juramento y contra vuestro honor el uniforme de España, y tenéis las armas teñidas con sangre francesa.» Borbon pasó confuso y sin replicar. El marqués de Pescara, general español, mandó que le condujeran á una tienda, y el virey Lannoi, quiso que lo fuera á su propia tienda, donde dió el alma á Dios. «Caballero sin taca, dice Mezeray, que había sabido unir las virtudes militares con las cristianas, y la afabilidad y cortesanía con el atrevimiento y el valor.» Vivió en los campos y muy poco en la corte, por cuya razon no

adquirió esas dignidades lucrativas que son algunas veces recompensa de la adulacion, pero fué estimado generalmente. Su vida ha sido escrita por su secretario con una sencillez que inspira tanta confianza en el escritor como admiracion hacia el héroe. El conde de San Pablo acabó la retirada, y encontró en Sure un socorro, que llegado quince dias antes, hubiera evitado este desastre y todos los que le siguieron.

Esta derrota, que obligó á los franceses á abandonar de nuevo la Italia, dió al emperador una preponderancia absoluta. La ejerció bajo el nombre de Sforzia, á quien presentó de nuevo y estableció en el Milanesado, menos por afeccion pura á principio, que para no demostrar demasiado pronto el deseo que tenía de apropiarse este hermoso ducado, ó de trasmitirle á su hermano Fernando de



El campo del paño de oro.

cualquiera manera, y enriquecer de este modo la casa de Austria. Clemente VII, sucesor de Adriano, no hubiera querido por vecinos, ni al austriaco ni al francés, príncipes cuyo escudo poder le hacia sombra. Refusó perseverar en la liga a la que Adriano su predecesor había tenido la complacencia de acceder, y aun hizo que los venecianos se retiraran de ella. Carlos V dejó madurar sus proyectos sobre Italia en una especie de inacción respecto a esta comarca, y aplazó sus cuidados a una invasión en Francia, que meditaba para sus intereses, así como Borbon para vengarse de una manera ridícula de un agravio.

Con esta intención el condestable se proponía entrar por la parte de Lion contigua a sus posesiones, donde se lisonjaba que correrían a su encuentro los vasallos de sus tierras y que ocasionaría un despecho mortal al rey; pero Carlos V ordenó que la invasión empezase por Marsella, cuya toma le daría en el Mediterráneo un puesto cómodo para sus expediciones de Italia. Fue necesario que Borbon, contra su íntima convicción obedeciese a un monarca extranjero, del que se creía con derecho para esperar deferencias; primer castigo del rebelde condestable; después vio que se le nombraba por adjunto en el mando con el título de teniente general, á Pescara, general español, que poseía mejor que él la confianza del emperador, y que le contrariaba en todo; segunda mortificación, bien sensible para un hombre que solo por el disgusto de no ver adoptados sus consejos se había rebelado contra su soberano natural. Ninguno de sus antiguos amigos se decidió por él; antes por el contrario, pudo conocer por su conducta y por los discursos que llegaron á sus oídos, el horror que les inspiraba su traición. A pesar de mandar en este ejército, el desgraciado condestable se hallaba allí como un extranjero y hombre sospechoso.

A la penosa allicción que se le causa, según se debe suponer, de no poder dar órdenes contra los franceses sin estruendos, se añaden terribles contratiempos. La flota española enviada para bloquear el puerto de Marsella, fué batida y dispersada por Andrés Doria, almirante genovés al servicio de la Francia, aunque Génova se hallaba entonces bajo la dominación del emperador. El dinero que Carlos V había prometido no venia porque las Cortes españolas refusaban darle. Las tropas mal pagadas, servían con flojera y desertaban. Las salidas eran frecuentes y con ventaja de los sitiados. Borbon se sostuvo bien á lo menos por espacio de seis semanas, y no levantó el sitio, sino cuando supo que el rey se hallaba solo á una jornada con un poderoso ejército. Reagió el bagaje á toda prisa, haciendo romper la artillería, cargando los pedazos en caballerías. Los soldados acosados, tiraban las armas para huir mas fácilmente, y cuando se reunieron al lado de Génova hacia donde se retiraron resultó que mas de una tercera parte de este grande ejército estaba incapacitada de servir por falta de armas.

El del rey por el contrario en el mejor estado, y deliberó se hallaba si perseguiría el mismo á los enemigos ó dejaría este cuidado á los capitanes. Sus mas hábiles consejeros le exhortaron á que no abandonase el reino; porque en este momento se hallaba amenazado de nuevo por el rey de Inglaterra en Picardía, y no debía creerse tampoco que había mucha seguridad por la parte de Flandes y Alemania, desde donde podía hacer el emperador una irrupción peligrosa sobre la Borgoña y la Champana. Su misma madre la Duquesa de Angulema, que conocía la impetuosidad de su hijo y su ardor caballeresco, hizo todos los esfuerzos posibles para que desistiera de la idea de pasar los montes. Se negó á todas las instancias y la nombró regente durante su ausencia. Francisco I entró en Italia como lo habían hecho Carlos VIII y Luis XII, con un ejército formidable, brillante y que se creía invencible cuando se le miraba; contaba mil suizos, seis mil lansquenetes, otros diez mil infantes, franceses é italianos, el rey de Navarra, muchos príncipes extranjeros, cuatro principes de la sangre, el gran escudero, mayor domo mayor de la casa del rey, tres mariscales de Francia, Chabannes, Foix y Montmorency, la principal nobleza y los mas grandes señores del reino, cuya comitiva de escuderos, caballeros y compañía de gendarmes, componía una caballería numerosa soberbiamente equipada.

Fué derecho á Milan que abrió sus puertas, conquista mas brillante que útil, porque esta ciudad sin ser atacada debía ser necesariamente el premio del rey, y esta conquista misma, era una falta, porque el poco tiempo que el rey empleó en ella fué el suficiente para que el ejército fugitivo de Marsella, sin armas, sin artillería, ni municiones, pudiera proveerse de todo, en vez de que un ataque sobre la marcha lo hubiera dispersado y destruido absolutamente. El emperador estaba sumamente inquieto, y desde el fondo de su gabinete en España hizo proponer una tregua durante la cual se trataría de la paz, habiendo unido el Papa sus instancias. Pero sea que el rey mirase las condiciones como insuficientes ó presentadas solamente para retardar sus progresos, sea que tuviese proyectos ulteriores, rehusó la tregua. Al mismo tiempo envió un fuerte destacamento de su ejército hacia el reino de Nápoles, á fin de entretener las tropas que el emperador podía sacar de allí, ó según se cree, para preparar su conquista.

Francisco debilitó así su ejército en un tiempo en que tenia necesidad de emplear todas sus fuerzas contra la ciudad de Pavia, que estaba sitiada. Se había lisonjeado que entraría por asalto, pero Lannoi y Pescara habian puesto allí las tropas mas escogidas, que estaban mandadas por Antonio de Leyva, soldado de fortuna y general lleno de genio y de recursos. Todos los ataques de los franceses fueron rechazados. El rey se determinó á tomarla por hambre; pero en tanto que se mantenía al pie de las murallas, los enemigos recibían refuerzos levantados en Italia; y Borbon con el dinero que había tenido mana de saacar al Duque de Saboya, hermano de la Duquesa de Angulema, su enemiga, pudo proporcionarlos en Alemania, donde su reputación de valiente y habilidad le hizo encontrar soldados prontos á volar bajo sus banderas.

Con estos refuerzos los generales del emperador se encontraron en estado de luchar frente al ejército real y de abastecer la plaza. Borbon que sin dinero y sin víveres no podía disponer por mucho tiempo de sus tropas, buscaba el combate. Francisco, que por esta razon hubiera debido evitarle, alucinado por sus ideas caballerescas, le provocaba él mismo, desafiaba á Pescara y se indignaba del consejo de levantar el sitio y sobre Lodo, de huir ante un rebelde. En vano La Tremouille, Chabannes, Foix y Luis de Ars le rogaban que no confiase al azar de una batalla una victoria que tenia entre sus manos; en vano el Papa, instruido de la angustia de las tropas imperiales, le hacia avisar secretamente. Bouvet era de contrario parecer; prometía buen resultado y fué escuchado, y el ejército esperó al enemigo en sus líneas, donde fué atacado al romper el día el 26 de febrero. El marqués de Guast acometió el cuartel del duque de Alençon, cañado del rey, penetró en Pavia y libró á Leyva. Sin embargo, Galiot de Genouillac, general de la artillería, la dirigió tan hábilmente que cada descarga se llevaba á guatecerse en un valle próximo. El rey creyó que huían y comenzó á perseguirlos; y á pesar de que Galiot le manifestaba que la artillería solo era la que debía desvirtuarse y que no era oportuno que mudase de posición, quiere arriesgarse en persona y se coloca entre ellos y las baterías, interrumpiendo el efecto de estas. Chabannes por la derecha y Alençon por la izquierda se ven obligados á seguirle para sostenerle. El primero, atacado de frente por los italianos y de costado por Borbon, que se había interpuesto entre él y el rey, ve desaparecer su ala, y el mismo desmontado queda prisionero y muerto inmediatamente por un furioso que veía le disputaban su rescate. El segundo mandó tocar retirada y abandonó al rey á su valor. El marqués de Pescara le atacaba con nuevos medios que desconcertaron por mucho tiempo á los valientes que le acompañaban. Ágiles vascos, ocultos detrás de su caballería, aparecían de pronto, hacían fuego á quemaropa á la gendarmería francesa, desaparecían y volvían á sus puestos, y continúan en esta maniobra hasta que consiguen aclarar las filas enemigas, dirigiendo sus tiros con preferencia á los oficiales. La Tremouille, Luis de Ars y el mariscal de Foix perdieron la vida á la vista del rey. Sin embargo, una carga vigorosa restableció el combate. Pescara se rechazado, derribado y pisoteado los caballos; pero felizmente para él los demas generales, y sobre todo Borbon, que no tenían enemigos que combatir, pudieron venir en su socorro.

Los franceses se ven abrumados por el número, y solo pelean por salvar al rey, pero ya no era tiempo. Todos sus defensores habian sido muertos á su lado, y él mismo estaba herido y reducido á si solo resistiéndose sin embargo á rendirse. Pomperant le divisa en este peligro y vuela á su lado abriéndose paso á través de los que le asaltaban; para los golpes que le dirigen, se dá á conocer, le suplica que ponga fin á una resistencia tan peligrosa como inútil, y le propone que se rinda á Borbon, que estaba allí cerca: «Preferiro morir, dijo el rey, á entregarme á un traidor. Que llamen al virey.» Llega Lannoiis y el rey le presenta su espada que recibió de rodillas, besándole la mano despues con el mayor respeto. El mariscal de Montmorency, destacado desde la vispera en un puesto lejano del campo de batalla, se apresuró á reunirse al ejército en cuanto oyó el estampido del cañon. Pero cuando llegó, ya se había fijado la suerte del combate, y se vió rodeado por todas partes y obligado á rendirse como prisionero.

En esta jornada corrió la sangre mas pura de Francia; costó ocho mil hombres en el campo de batalla muertos y de las heridas. En este número se encontraban los mas grandes señores, y hubo pocas familias distinguidas que no tuviesen que llorar alguna pérdida. El número de prisioneros fué tan considerable, que no pudiendo alimentarlos se mandó soltar á todos los que no tenían algun grado en el ejército. El conde de San Pablo, que habia quedado entre los muertos, tuvo la suerte de escaparse. El rey de Navarra Enrique de Albret, que habia sido hecho prisionero, pudo burlar la vigilancia de sus guardias. El duque de Alençon, penetrado de sentimiento por su falta y abrumado por las quejas de su esposa Margarita, murió de dolor acusándose de colarle. El rey al anunciar su desgracia á la regente su madre, empezó por

estas palabras: *Todo se ha perdido menos el honor*. Si, sin duda el honor de un soldado valiente, pero no el honor de un general cuyo principal mérito es no exponerse ni exponer sus tropas inconsideradamente. Bonivet hubiera podido huir porque tenía espedito el camino, pero á vista de tantos desastres no tuvo valor para sobrevivir, y penetrando por lo mas espeso de los batallones enemigos buscó la muerte que al fin encontró. Borbon, que habia prometido una recompensa al que se le llevara vivo, le reconoció despues de muerto. «Ah miserable, esclamó, tú eres la causa de la pérdida de Francia y de la mia!» Solo resta saber si se atrevió á esponerse á la vista del monarca prisionero. Si, se atrevió, pidiéndole una audiencia que le fué concedida. Se presentó con el valiente Pomperant, que se arrojó al rey y pidió y obtuvo una gracia á que su última decision le habia hecho acreedor, y de que acabó de hacerse digno volviendo á incorporarse á las banderas francesas. Borbon tambien se echó á los pies de su señor, y se escaparon algunas lágrimas de sus ojos; pero su corazón ajado se limitó á este estéril homenaje. Con sus lansquenets que no distinguían su admiración al rey; hubiera podido todavía mudar el destino del rey, y endurecido con su resentimiento, propuso á Lannoi aprovecharse la victoria, para penetrar en lo interior del reino; pero Lannoi no tenía mas que un pensamiento. Asumbrado de tan inesperado suceso, no se ocupaba mas que de asegurar su presa y sustraerla á los generosos rasgos que podían arrebatarla. Con este objeto hizo conducir al rey á Pizzighitona, confió su cuidado solo á españoles, y lizo los lansquenets.

Es difícil espresar la desolacion de Francia, cuando se recibió allí esta triste nueva. La regenta no era querida; se la miraba como causa de la defeccion de Borbon, y aunque se añeaba la falta de este principe, se le compadecia por haber sido obligado á ella. Los parisienses, acostumbrados á razonar sobre los acontecimientos, murmuraban en sus conversaciones, y la opinion dominante era quitar á la duquesa de Angulema la regencia, y confiarla al duque de Borbon-Vendome, único principe de la sangre que quedaba en Francia; pero este prudente personaje, lejos de prestarse á tal exigencia, que hubiera podido causar turbaciones, se sirvió de ella para afirmar la autoridad de la regenta, y se contentó con ser declarado jefe del consejo, título que le fué concedido por la misma duquesa.

El ejército victorioso en Pavia, se extendió al momento por el Milanésado: los franceses no disputaron ninguna plaza, porque huir á bandadas, y se limitaban solo á guardar los desfiladeros de los Alpes. Algunas suspensiones de armas y una tregua en fin, solicitada por el Consejo y concedida por Carlos, que tambien tenia necesidad de ella, permitieron á los vencidos respirar. Sin embargo, algunos nobles, escapalos de la persecucion de los vencedores, y errantes despues de la derrota, se asociaron á partidas italianas, y tomaron medidas para apoderarse del castillo de Pizzighitona, á fin de sacar al rey de la prison. El virey Lannoi lo supo, y tuvo suficiente motivo para temer. Inquieto con la custodia de semejante prisionero en un pais lleno de gente emprendedora y sospechosa, lizo advertir al rey el desigño de conducirlo á Nápoles. Francisco, muy alarmado porque se pretendia alejarle de este modo de su reino, asiático sin embargo á un proyecto que al pronto habia desechado, y era el dejarse conducir á España. Allí, le decia Lannoi, podreis esplicaros personalmente con el emperador, y no hay duda que os acomodareis mas fácilmente que por medio de diputados.

Francisco l habia ya ensayado la negociacion. En virtud de la demanda que hizo al momento de su cautividad, de que se le exigiera rescate, el emperador le envió condiciones muy duras, siendo las mas alarmantes las que hacian relacion á Borbon, á quien casaba con su hermana Leonor, y se le concederia la Provenza, el Delnado y el Borbonesado con otras tierras adyacentes, erigiéndose un reino independiente, y reclamaba para sí el ducado de Borgoña, todos los derechos del rey de Francia sobre Italia, y requería que Francisco desistiese de todas las pretensiones de homenaje sobre Flandes. El rey desechó con indignacion estas condiciones.

Por su parte la regenta, cuya conducta en estas circunstancias mereció elogios, proponía que el rey su hijo renunciase los derechos sobre Nápoles y Milan y la soberanía de Flandes y del Artois; ofrecia á la duquesa de Alençon su hija al emperador, prometiendo restituir á Borbon todas las tierras de que le habia despojado el pleito, y darle la mano de la princesa Renata, hija segunda de Luis XII con una dote correspondiente á su clase; y en cuanto á las pretensiones sobre la Borgoña y los demas paises, pedía que se remitieran al arbitraje de las personas que se designaran. Si el emperador, al conceder la mano de Leonor á Borbon, hubiera obtenido para este el reino de Provenza, como lo exigia Francisco, hubiera corrido el mayor riesgo de parte de un enemigo tan poderoso, cuando de Carlos. Estas consideraciones determinaron al prisionero á marchar á España, y como acababa de morir la reina Claudia, y su esposa, á ofrecerse el mismo por marido de la viuda de Portugal, persuadido de que seria mejor recibido que un principe á quien era preciso crear un reino.

Las precauciones tomadas para trasladarle hubieran debido ilustrar al rey acerca de su posicion, mucho menos ventajosa en España que en Italia. El emperador en este último punto apenas era dueño de la persona de Francisco, y no le hubiera podido sacar de allí, si él mismo no le hubiera facilitado los medios. Obligado á atravesar estados sospechosos al emperador, y en seguida un mar surcado en todas direcciones por barcos franceses, fué preciso recurrir á la autoridad del prisionero para obtener que todas las galeras de Francia no solo se detuviesen en sus puertos, sino que estuviesen desarmadas para seguridad del paso, y para que la regenta prestase seis, que fueran montadas por españoles.

Andrés Doria estaba en el mar, y se proponia atacar la flota y libertar al rey; pero Francisco l le prohibió absolutamente tal paso. Llegado á Rosas en Cataluña, fué conducido á una plaza fuerte del reino de Valencia; el emperador habia mandado que se le encerrara estrechamente en el castillo; pero Lannoi le custodió en un lugar donde Francisco pudo entregarse á la diversion de la caza, hasta que se recibió nueva orden de llevarle á Madrid. Segun su carácter franco y leal, Francisco se imaginaba que al llegar allí, veria al emperador y hablaría con él, arreglando juntos sus intereses; pero se engañó en su esperanza. Carlos no era hombre que sacrificase sus ventajas á la gloria que podria sobrevenirle de una conducta generosa con su prisionero. Bajo diversos pretextos diferia sin cesar la entrevista con él, insistiendo siempre en las exorbitantes proposiciones que habia hecho presentarle en Italia, sin querer dar oídos á otras mas moderadas ya presentadas, y que fueron reiteradas por los embajadores que la regenta envió á España. Inflexible é inexorable, se lisonjaba que el cansancio de la prison y el temor de estar en ella mucho tiempo obligarian al prisionero á reflexionar, y por lo tanto rehusaba verle.

El cautivo, traspasado el corazón por esta dureza, cayó enfermo de bastante gravedad, para que Carlos temiese perderle y con él las ventajas que se prometia de la desgracia que le habia puesto en sus manos. La duquesa de Alençon, tiernamente unida á su hermano el rey, corrió á Madrid no solo para consolarle, sino para cuidarle como su enfermedad lo exigia, y trabajar en conseguir su libertad. Su presencia, una visita que lizo el emperador al enfermo, algunas palabras de consuelo y las esperanzas que dejó entrever, hicieron que desapareciese el peligro, aunque no volvieron plenamente la salud al enfermo.

La duquesa era amable, de talento cultivado, y la llamaban la décima musa. Al hacerla pasar á España, se esperaba que Carlos, al que se le proponia por esposa, admirado de sus encantos y de su mérito, pudiera rendirse á sus atractivos y convenir mas fácilmente en un arreglo. Para ponerla en completa relacion con él, se le habian concedido plenos poderes. Pero el político Carlos se dirigia por otros principios, y habia puesto sus miras en una princesa de Portugal, que con una dote mas considerable, le llevaba derechos á este reino. Sin embargo, los simpáticos modales de Margarita y el afecto que demostraba á su hermano, conmovian á los señores españoles. Se apresuraron á hacerla la corte, y miraban con sombría indiferencia al condestable que habia venido á España para cuidar de sus intereses. Habiendo querido el emperador que el marqués de Villena diese alojamiento á Borbon, le contestó el orgulloso español: «Nada puedo rehusar á V. M.; pero declaro que si el duque de Borbon se hospeda en mi casa, la quemaré en cuanto salga, como lugar infectado por la perfidia, y por consiguiente indigno de ser habitado por gentes de honor.» El rey le habia recibido despues de la batalla de Pavia sin manifestarle aversion; pero la duquesa no quiso verle.

Esta estuvo cerca de tres meses al lado de su hermano. Se cree que sus maneras agradables, que cautivaban tanto á las señoras como á los caballeros de la corte, inspiraron celos al emperador. Tal vez se le escaparon algunas palabras sobre su dureza, y Carlos la acusaba de manejos ocultos para procurar la evasion de su hermano, y con este pretexto meditaaba arrestarla en el momento que espirase su salvo-conducto. Con este desigño la prodigaba esmeradas atenciones á fin de que no pensara en marcharse; pero fué avizada y partió á tiempo, alejándose de la frontera en el mismo momento que marcaba el pasaporte. Carlos V reservó la humillacion de un proyecto mal ideado contra una señora que por sus excelentes cualidades y el objeto de su viaje merecia las mayores consideraciones.

Con la salud volvió el ánimo al rey: tomó la resolucíon de abdicar antes que someterse á la condicion humillante de desmembrar su reino, y escribió á su madre y al Consejo que no le consideraran mas que como una persona particular. En apoyo de esta declaracion, envió facultad para transmitir la corona al Delfin, y orden para que le consagraran dentro de dos meses á mas tardar. Por estas generosas resoluciones no prevalecieron mucho tiempo contra los inconvenientes de la prison, y apoyándose en la ilustria precaucion de una protesta secreta, motivada por la falta de libertad, accedió á una parte de las condiciones del emperador, al paso

que acontecian ciertos sucesos que hubieran podido obligar á Carlos V á desistir de sus pretensiones, á no haberse apresurado tanto Francisco I.

Al saberse en España el triunfo de Pavia, el emperador habia afectado una gran moderacion, cuya hipocresia demostraron los hechos sucesivos. Prohibió que se hicieran demostraciones de júbilo por una victoria que habia costado tanta sangre cristiana, pero el trato duro que empleó con su prisionero dejó ver su ambicion. Los principes italianos, á quienes la derrota de Francisco dejaba á discrecion, se comunicaron sus desconfianzas y temores. El Papa Clemente VII no fué de los últimos en advertir á los venecianos y demas confederados los riesgos que corrían de parte de un vecino cuya rapacidad no conocia limites. Pescara, general de Carlos en Italia, al que principalmente se debia la victoria de Pavia, se manifestó incomodado porque le habian arrebatado su prisionero sin darle muestras de reconocimiento por tan gran servicio; por el contrario, en lugar de las recompensas que esperaba, se le comunicaban órdenes altaneras. Desde este momento comenzó á separarse de un señor tan ingrato, y fué de los primeros que entraron en un proyecto de hacerle traicion; á lo menos es cierto que obró con tanta frialdad, que el emperador vió disminuirse de dia en dia su crédito y poder en dicho pais.

La misma confianza arrogante en sus progresos quitó á Carlos V la alianza de Enrique VIII. Este principe seguía siempre el parecer de Wolsey, cardenal de York. El emperador, en su viaje á Inglaterra, habia llenado á este prelado de distinciones, y después de esta entrevista, siempre que le escribía firmaba *Cárlos, nuestro hijo*; pero después de la victoria de Pavia solo firmó *Cárlos*. Sus cartas tanto para el rey como para el ministro eran frias y entibias. El rey tambien mucho á los dos personajes, y sobre todo al prelado. La regente se aprovechó de estas disposiciones para interesarlos en la suerte de la Francia. Enrique VIII estaba pronto á hacer una invasion en ella á la cabeza de treinta mil hombres, en ejecucion de una de las condiciones del tratado de Lómbres con el emperador. La regente obtuvo por el contrario un tratado de alianza ofensiva y defensiva, y el inglés añadió tambien la cláusula «de que para librar al rey no pudiera hacerse ninguna desmembracion de la corona de Francia.»

Si esta cláusula penetró en la prision de Francisco I, si este tuvo conocimiento de los obstáculos que se le iban á presentar al emperador en Italia, cometió una torpeza en ponerse de acuerdo con Carlos V y en conformarse con las fatales condiciones del tratado de Madrid. Empieza este como todas las convenciones llamadas conciliatorias, con una protesta de paz y amistad perpetuas, promesa de asistencia reciproca, si son combatidos, y liga ofensiva y defensiva contra enemigos comunes. El rey seria puesto en libertad; pero daría en rehenes ó por garantía de la observancia de los artículos del tratado, ó los dos hijos, ó el mayor solamente con doce señores que escogería y custodiaria el emperador donde le acomodase, hasta tanto que el rey, vuelto ya á su reino, ratificara el tratado y fuera este aprobado por los Estados Generales ó los parlamentos, las principales ciudades y los altos empleados de la corona.

Signe una larga lista de provincias que el rey abandonaba, como el ducado de Borgoña, el condado de Charolais, las tierras y señoríos adyacentes que se pretendia habian sido usurpados por Luis XII á la casa de Austria; renuncia á los derechos de propiedad sobre el Artois, el Tonnesado, Lilla, Douai y otras grandes poblaciones de Flandes; desiste de todas las pretensiones sobre el ducado de Milan, el condado de Ast y el reino de Nápoles. Francisco I releva para siempre á Carlos y se separa de toda repetición y accion por Flandes y el Artois, y se declara de toda repetición y accion por las castellanías de Perona, Roze y Mondivier, los condados de Bologna y Guignes, el Ponthieu y las ciudades sitiadas sobre las dos orillas del Soma, entonces en litigio, y que volverían á la casa de Austria.

Viene después el artículo de los aliados, expresado de manera que el rey no podia tener relaciones con ellos mas que en provecho de Carlos V. El monarca francés procuraria ademas que Enrique de Albrét renunciara al reino de Navarra; comprometeria al duque de Gueldres á asegurar su sucesion al emperador y sus descendientes, y si el duque no accedia á tal condicion, dejaría de protegerle el rey. Igualmente se previene que no daría ningun socorro á los principes de Wurtemberg ni á los señores de la Mark, poseedores de la parte del Sedanois, y cuyos estados codiciaba Carlos.

El artículo doloroso para Francisco fué el del condestable, que está redactado en los términos siguientes: «El rey devolverá á Borbon todos sus bienes muebles é inmuebles, frutos y rentas en término de seis semanas, y le dejará en practica posesion durante su vida de los bienes que estaban en litigio, con la libertad de disputar en juicio el derecho que tiene á la Provenza, sin que pueda ser obligado á la practica de deberes de ninguna especie en cuanto á

su persona, ni de ir á vivir á Francia ni á servirle si no le place.» A los partidarios que habian salido con él, se les devolvieron los bienes confiscados, con permiso de permanecer al servicio del emperador ó de volver al de Francia, á su eleccion. Todo esto era humillante para el rey y ventajoso para Borbon, pero todavia inferior á la perspectiva de un trono y del enlace que se le habia prometido.

Otros dos artículos marcaban muy bien la habilidad de Carlos V. Debía dar sumas de dinero al rey de Inglaterra, y en cargo al de Francia que se las pagara, proponiéndose de este modo conseguir que los dos principes se batieran sin acaso se retardaba el pago. Alienás, cuando agradase al emperador ir á Roma para comensar, el rey le prestaría doce galeras armadas, equipadas y provistas de todo lo necesario, pero sin gente de guerra, y pagaría tambien doscientos mil escudos para su manutencion. De esta manera se conseguia que Francisco llevara en triunfo á su rival á Italia, y le pusiera, por decirlo así, la corona imperial en la cabeza.

En fin, después de quitar á este monarca todo lo posible, todavia pretendió el emperador que fuese su fiel aliado, su amigo, y en una palabra, suado suyo, dándole la mano de su hermano Leonor, á la que aseguraría el esposo una buena dote, y los hijos que nacieran de este matrimonio gozarian de iguales derechos que los del primero. El tratado terminaba con esta cláusula imperativa: «Que si en el término de cuatro meses el rey no ponía al emperador en posesion de la Borgoña y no daba las suficientes seguridades para todo lo demas, volvería voluntariamente á su prision y se restituirían los rehenes.» Se dice que en el Consejo de Carlos hubo pareceres encontrados: unos preferían poner al rey en completa libertad generosamente y sin condiciones, y otros detenerle hasta el momento en que se hubiesen cumplido las condiciones. El emperador prefirió un partido medio, y como sucede comunmente, las cláusulas condicionales fueron causa de nuevas diferencias.

Después de la conclusion, los dos monarcas se visitaron familiarmente, se presentaron en público y comieron juntos. Francisco contrajo esposales con la reina Leonor. La regente llevó hasta la frontera á los dos hijos del que debían servir de rehenes, y se tomaron precauciones para el cauce. Se estableció un ponton en medio del Vidua-so, río que separa los dos reinos, y fué conducido el rey en una barca y sus hijos en otra. El padre, los estrechó tiernamente contra su corazón, los abrazó suspirando y se separó de ellos con tales muestras de sentimiento que saltaron las lágrimas á todos los asistentes: en seguida montó en un caballo árabe que le tenían preparado y marchó á galope á San Juan de Luz, donde descansó un momento, dirigiéndose luego á Bayona. Parece que no se creía en completa seguridad hasta que llegó á esta ciudad. Permaneció algun tiempo en las provincias meridionales, cuyo clima se creyó mas á propósito para el restablecimiento de su salud, que todavia estaba quebrantada cuando salió de España. Entre las personas amables que atrajeron á su lado las fiestas y diversiones que se le prodigaron en esta comarca, distinguió el rey á Ana de Pissevel, conocida después por la duquesa de Etampes, y á quien hizo casar con Juan de Brosse, llamado de Bretaña, que era nieto de aquella heredera, cuyos derechos habia comprado Luis XI. Esta atencion, si la viuda de Portugal futura esposa del rey, la hubiera sabido, no era de favorable augurio para su felicidad conyugal.

Finado el plazo, el conde de Lannoi, virey de Nápoles, encargado de que habia sido de llevar al rey á España, cuando el desastre de Pavia, se presentó de parte del emperador á pedir la ejecucion del tratado de Madrid. Lévale Francisco por única respuesta ante los notables del reino reunidos en Cognac, quienes declararon, que ni el rey estaba autorizado para desmembrar la monarquía, ni ellos le permitirán, y menos le obedecieran caso que tal ordenase. Con no menor energía se apresaron los diputados de Borgoña, quienes dijeron que desde Cologno habian estado constantemente gobernados por los duques de la casa de Francia; que bajo esta única dependencia querian seguir; y que si el rey los abandonaba, acudirían á las armas y se declararían independientes antes que sufrir cualquiera otra dominacion.

Lannoi transmitió estas resoluciones al emperador: «Si el rey, contestó Carlos V, no puede disponer de sus estados, podrá á lo menos cumplir su juramento de volverse á la prision.» Mas Francisco se desentendió é hizo que llegase á noticia de Lanoi el convenio que acababa de cerrar, (y cuya firma habia diferido hasta entonces) entre el Papa, Venecia y Suiza para oponerse á las invasiones del emperador. Era este tratado un compromiso á que se obligaban las potencias signatarias de volver á colocar en el ducado de Milan, que renunciaba el rey, á Francisco Sforzia, y de trabajar de consuno por la libertad de los hijos de aquel. Prontos estaban ya los respectivos contingentes en tropas y dinero. Debían tambien astinar sus esfuerzos para aprestar una respetable flota cuyo destino seria atacar el reino de Nápoles, del cual, una vez conquistado, dispondria el

Papa, en el concepto de soberano, según su voluntad. Si el emperador no volvía al rey sus hijos, concluida la guerra de Italia, y este y los confederados tornarianse contra el detenedor de los principados. Por último, sería declarado protector de esta liga el rey de Inglaterra, si en ella quería entrar, consignándole a la conquista, abonándose parte de aquella suma precisamente al cardenal de York. Esta liga, á causa de hallarse á su cabeza el Papa, se llamó entonces *la santa liga*.

Al paso que el rey sublevaba la Italia contra el emperador, hacia por escasso que los alemanes, barto viciosos en las cuestiones de honor, y por justificar su negativa, que él calificaba simplemente de retardo, en cuanto á la ejecución del tratado de Madrid. Envió también á la Dieta congregada en Spira, embajadores que la convenciesen de que el emperador, su vasallo en muchas partes, de manera alguna debía haberle retenido prisionero, como lo había ejecutado, contra las leyes de la guerra usadas entre príncipes cristianos; que si el derecho común invalidaba las promesas arrancadas á un particular preso, bajo pretexto de violencia, con mayor razón debía un soberano ser absuelto de obligaciones de este género: «Nuestro amo, añadieron los embajadores, es muy capaz de tornarse á su prision y de esponerse, como Régulo, á los mas atroces tormentos antes de faltar á su palabra; mas puesto que sus súbditos y la razon de estado no le permiten esta abnegacion, ofrece dos millones en oro por la Borgonya y el rescate de sus hijos. Todas estas razones sobre tan delenzables consideraciones y derechos habidas, debieron sin embargo parecer de algun peso por la parte de Francisco é dispuesto á imitar á Régulo. Era esto un hipócrita poco apropiado para el objeto que los embajadores se proponian, puesto que recordaba un ejemplo que condenaba al defendido monarca.

Lentamente fuéronse alojando los lazos de la santa liga, como ordinariamente sucede en muy complicadas asociaciones. Fáltábale al uno dinero, cuando el otro no tenia tropas. Habian sondeado al marqués de Pescara, general del emperador, á quien creian descontento, y le ofrecieron el mando del ejército de la liga, que conservaría con el de la parte del que tenia á sus órdenes que quisiese seguirle, asi como la corona, para sí, del reino de Nápoles. Dicese que la expectativa de un gran mando y el brillo de la corona seducian á Pescara, cuando murió casi súbitamente en la fuerza de su edad. Una muerte tan oportuna para Carlos V pasa por poco natural.

Envia el emperador á ocupar la vacante de aquel en Italia á Borbon, á quien promete el ducado de Milan. Este principe habia tomado á sueldo bajo su palabra, y fundado en las promesas de pago de Carlos V, varios cuerpos alemanes. En su mayor parte compuestos de paisanos recién convertidos á la doctrina de Lutero, reunidos á las banderas anticatólicas por el celo de las riquezas eclesiásticas, que pensaban lograr en lugar de sueldo hijo. Sus gefes sin embargo eslimaron encontrar, bajo la palabra de Borbon, una paga mas regular que la que hasta entonces disfrutaban debida á los azares del saqueo y pillage. Corrieron pues á ponerse á disposicion del condestable como al parecer meditaba entonces alguna importante expedicion; unidos este á los españoles acantonados en Milan, que sin sueldo mucho tiempo hacia, vivian sobre el pais, en el cual realizaban grandes exacciones.

Con este conjunto de fuerzas comenzó Borbon la campaña, rechazando á los confederados que cercaban á Milan y acababan á los españoles que sitiaban á Sforzia en el castillo. Tenian aquellos por generalísimo al duque de Urbino, Francisco Maria de la Rovere, sobrino del papa Julio II, y general veneciano, que gozaba de una reputacion militar que disto mucho de justificar esta campana. Timido é irresoluto, ó traidor, nunca se creyó bastante fuerte para medir sus armas con españoles y alemanes, ni en campo raso ni en las posiciones que ocupaban; permitiendo esta conducta á Borbon llevar á cabo sus planes. Los progresos de este y las dificultades suscitadas por otro lado, obligaron á Clemente VII á ajustar dos treguas consecutivas que debilitaron bastante el ya menguado poder de la santa liga; hizo la primera con los Colonas, que fieles aun al emperador, levantaron de improviso tropas, entraron en Roma y llegaron á sitiar el castillo de San Angelo, donde el pontifice se habia refugiado; y la segunda con el virey de Nápoles. Esta no era una simple suspension de armas, sino una especie de garantia contra el ejército de Borbon, que á banderas desplegadas avanzaba sobre Roma.

Creíase que este principe tenia sobre el destino de sus tropas proyectos no del todo ignorados en Francia. Proscrito, arrojado de su pais por la ley fatal de las circunstancias, obligada por su defecion remordimientos alimentados por el despecho con que veia el resultado de los españoles y la ingratitude de Carlos V, que habia faltado á cuanto le prometiera. Las lágrimas vertidas por él al ver prisionero en Pavia á Francisco I, habian ablandado el desgraciado monarca; y como el infortunio predisponia á la compasion, no se hace difícil creer que el corazon del rey se hallase desde entonces dis-

puesto á olvidar las ofensas de su culpable pariente. Hay tambien indicios de que seria el condestable bien recibido en Francia; mas que se negaba á él entrar hasta que un servicio importante en favor de su patria hiciese olvidar su anterior conducta. Mezery dice que se halla pruebas de esta disposicion de los ánimos en una carta de que el historiador no da mas noticias, y en la cual decia el condestable al rey: «Nápoles os dará pruebas de mi arrepentimiento.»

No pagado el ejército por el emperador, estaba absolutamente á devocion de Borbon, que valido de su crédito, lo habia reunido en Alemania y podia, sin inculparsele de traicion, volver contra aquel que le habia seducido y engañado. Compuesto como hemos dicho antes, de nuevos sectarios, soldados valientes, pero indisciplinados y feroces, guiados por un celo fanático que es mil veces peor que la irreligion, pusieron mas de una vez al condestable en grande aprieto, llegando á peligrar seriamente su vida, cuando con sediciosas amenazas, pedian sus atrasos que aquel se veia imposibilitado de pagar. En uno de estos motines tan frecuentes, que el desenfreno de la soldadesca habia llevado á un carácter alarmante, reunen Borbon las tropas y les dice: «Compañeros, no quiero ya abusar de vosotros por mas tiempo. Si pretendéis una paga mas regular, los viveses y las mniciones que os faltan, buscad otro general ó volvedes á vuestros hogares. Yo soy un pobre caballero sin bienes, dinero ni patria; mi único patrimonio es una espada que ayudada por vuestro valor puede alcanzar para vosotros en una contienda donde os pensaba llevar muy pronto, cuantos triunfos y riquezas podéis apetecer: elegid.» Al oír este razonamiento gritaron: «Todos te seguiremos, aunque nos lleves al infierno.»

Arrastrado por estos furiosos, marchó, en la aprenhencia hacia Nápoles, con el pretexto de ponerlo al abrigo de los ataques de los confederados, ya que por entonces habian conseguido allí las tropas del Papa algunas ligeras ventajas. A su paso se apoderó de varias poblaciones, único medio de procurar subsistencias para el ejército. El marqués de Saluces que andaba los franceses, se apresuró á guarnecer á Plasencia, Parma, Módena y Bolonia, salvando así á estos pueblos de las exacciones de Borbon; mas el duque de Urbino se limitaba á seguir de lejos al ejército del condestable, y asi pudo este franquear el Apenino sin el menor obstáculo. Apercíbese ya Clemente VII de la proximidad del peligro, y para conjurarle no le ocurre otro medio que entrar en negociaciones con Lannoi á quien pide proteccion, ofreciendo en cambio cuanto dinero fuese preciso para el pago y licenciamiento de los lansquenets. En efecto, cumple Lannoi cuanto de él se exige; pero indignado Borbon de que sin contar con él se hubiesen arreglado sus intereses, se niega á dar el dinero, continua su marcha y campa al fin al frente de Roma. Confiado en la tregua ajustada con Lannoi, habia el Papa tenido la imprevison de quedarse tranquilo en la ciudad, pensando por otra parte, y con apariencias de razon, que sus murallas bastaban para contener á un ejército sin artilleria, y en la persuasion de que no se haria esperar preciso le es el tiempo, y decidido á vencer ó morir, enseña la ciudad eterna á sus huéspedes orlos confederados. Conoce Borbon cuan precioso le es el tiempo, y se decide á vender á su precio el siguiente dia. A fin de aumentar el ardor de las tropas escitando las rivalidades de nacionalidad, dispone que las de cada una de las tres naciones que componian el ejército, atacaran simultáneamente por tres diferentes puntos, y da él mismo el ejemplo arrojando de los primeros la escala al muro; mas al subir hierele un tiro de arcabuz disparado desde él, y cae al foso moribundo. Aprovechándose de los cortos instantes de vida que le restan, para ocultar á los suyos una catástrofe que podria desalentar los malogrados la empresa, hace que le cubran con una capa. El asalto continúa y entran al fin en la ciudad. La soldadesca sin gefe ni freno, se derrama con furor por todas partes, y se entrega á cuantos desórdenes y atrocidades son de esperar de los hombres mas fanáticos y corrompidos.

Habiase refugiado el Papa con la mayor parte del sacro colegio en el castillo de San Angelo, desde cuyas almenas veia las sagradas vestiduras, las santas imágenes y pinturas arrastradas por el lodo; las virgenes consagradas al Señor, las respetables matronas le tendian sus brazos suplicantes, sin que él pudiera arrancarlas del poder de sus bárbaros raptores; de allí, oia los clamores del pueblo saqueado y los dolorosos gritos de los rios, á quienes ponian en tormento hasta que entregaban sus tesoros. Dos meses duraron estos horrores sin escitar la indignacion del duque de Urbino, ni inspirarle el escaso valor que se necesitaba para atacar unos muros aporillados y á un ejército sin capitán. Estos dias de prueba para Roma no tuvieron fin hasta que atacados los bandidos, vencidos por sus escesos y víctimas de sus mismas enfermedades, que no sufrieron solos, sino tambien aquellos ciudadanos que sobrevivieron á tanta desdicha. Apremiado el Papa por el hambre que se hacia sentir ya en el castillo, y falta del ansiado socorro de los confederados, capituló por fin, siendo las condiciones abandonar al emperador cuatro plazas fuertes en los estados de la Iglesia; Parma y Plasencia en el Mi-





table de Borbon. Hicéase allí con cien mil ducados, encierra á los españoles en las ciudades de Manfredonia, Gaeta y Nápoles, y completamente dueño del país, pone sitio á la última. Creia reducida por hambre, secueñado por Doria que la bloquearia rigurosamente con sus galeras, al paso que él la estrechaba por tierra: pero, ora se estuviese represento de las injusticias del consejo, intrigas de los cortesanos é inportunidades de Lautrec, ora fuese efecto de un tratado secreto que negociaba con el emperador, es lo cierto que quitándose entonces Doria la máseas del disimulo, habla á los enviados de la corte encargados de su arresto, y que se habla decidido por las sospechas concebidas en contra y se pasa abiertamente al partido de Carlos, quien le promedia la independencia de su patria. Nápoles, de cuyo estrecho asedio por mar estaba encargado, fué absteida por el mismo, y el ejército de Lautrec diezmando por un contagio perdió hasta la esperanza de socorro. Creyendo Francisco I suficiente el grande ejército que habia enviado á Italia, desuenda la remision de reclutas para reparar las bajas que hacian las enfermedades contagiosas, que de los soldados pasaron á los oficiales, llegando á tal extremo la mortandad, que dicen algunos, «tautos gefes y señores de la alta nobleza perecieron frente á los muros de Nápoles, como en la batalla de Pavia,» siendo el mismo Lautrec una de las victimas. Tomó el mando Miguel Antonio, marqués de Saluces, hijo de aquel que veinte y cinco años atrás habia dirigido la retirada del Garelano. Reducido Saluces á posicion tan desesperada como su padre, en vez de ganar la Apulia donde otras fuerzas le esperaban, hizo su retirada por Aversa, y atacado allí por Orange no pudo sostenerse mas que tres dias, al cabo de los cuales se vió forzado á capitular, entregando al vencedor banderas, artilleria y bagajes, quedando prisioneros de guerra todos los oficiales, y en libertad los soldados. Por un singular capricho de la suerte, hasta en su desgraciado fin imitó Pocos á su padre: herido de gravedad en una rodilla sobrevivió pocos dias en la humillidad como forzoso convenio, que se habia visto en la triste necesidad de firmar. Apenas volvieron á Francia cinco mil hombres de los treinta mil que componian el ejército. El famoso ingeniero Pedro Navarro, prisionero en esta fatal retirada, fué conducido al castillo del Huevo, y segun en algunos, ahogado por orden del emperador, que no pudo perdonarle su defecion: hace sin embargo dudar de la certeza de este acto de venganza la consideracion de que, prisionero ya Navarro en la batalla de Pavia, tuvo entonces Carlos ocasion de hacerle sentir todo el peso de su resentimiento.

Levantado apenas el sitio de Nápoles, hace rumbo Doria á Génova, y sorprende á esta poblacion de noche, acorrala en el castillo á Teodoro Tribulce que mandaba por los franceses, y prepara la libertad de su patria, dando á sus conciudadanos una constitucion política que se mantuvo hasta nuestros dias. Falto de viveres capitulaba Tribulce, logrando todos los honores de la guerra, y entrega el castillo que fué inmediatamente demolido. Vuela el conde de San Pablo al socorro de la guarnicion de Génova, asi que supo el peligro: pero Antonio de Leyva á quien contenian en Milan los venecianos, sale y le arma una emboscada en Landriano, á medio camino de Pavia, y le ataca al paso de un riachuelo desbordado, que el dia anterior habia valedado la vanguardia francesa. La sorpresa y el numero decidieron en breve la accion á favor de los españoles, quedando prisionero el conde. Huye la retaguardia á Pavia, pero instruida de la desgracia de su general, se desbanda y toma el camino de Francia.

Aquellos de los confederados que en esta campaña habian arriesgado poco, ó se habian contentado con distraer algunas tropas del emperador diseminadas por Italia, mientras los franceses sufrían en el reino de Nápoles todo el peso de la guerra, visto el desgraciado suceso de las primeras empresas, trataron de arreglarse cada uno de la mejor manera que su interés le dictara. El Papa fué el primero: habia secretamente favorecido en esta campaña á Carlos V. Niuro: á quien creia con poder bastante para volverle á la integridad de sus posesiones, de algunas de las cuales le despojaron sus mismos aliados. Trátale el emperador con benevolencia, ya por horror la fea nota de impiedad que sobre él habia recaído por la prolongada cautividad del Papa, ó ya porque deseaba recibir en Italia de sus manos la corona imperial. Devuélvete porcion de pueblos que durante la guerra salieron del dominio de Ferrara, á hacer le sean restituídas Ravena y Gervia que guarnecian los venecianos, y á poner á Sicilia en posesion del Milanesado, ó al menos á no disponer nada sin intervencion suya. Para obligar mas en fin al Pontífice, ligándole con un lazo que creyó indisoluble, ofreció la mano de Margarita su hija natural, á Alejandro de Médicis, hermano natural de Catalina de Médicis, á quienes se obligó á instalar en el ducado de Florencia.

En pago y compensacion de todas estas ventajas, debía el Santo Padre permitir por sus estados el paso á Nápoles á las tropas imperiales, y dar al emperador la investidura de este reino, contentándose con recibir como homenaje señorial la prestacion anual

de una hacanea blanca que le sería ofrecida con la mayor solemnidad. Mas para consolidar la conquista de este reino adoptaba al mismo tiempo Carlos medidas mas eficaces y espeditas que aquellas formalidades. Hizo que el principe de Orange esterminase completamente en toda la estension de Nápoles y Sicilia á cuantos estuviesen sindicados por partidaros de la casa de Anjou: persecuciones sangrientas, destierros, confiscaciones, la mayor dureza, todo fué empleado para acabar allí con el partido y hasta el recuerdo de Francia.

Venecia y otros principes italianos se arreglaron tambien con el emperador, que se presentaba entonces bastante accesible, para ofrecer á sus pueblos al menos la esperanza de algunos años de reposo. Restaba aun conciliar á los dos poderosos rivales, promovedores de la guerra general. Afortunadamente uno y otro ansiaban de corazon la paz: Francisco para reparar las fuerzas de su trabajado reino, y Carlos para conjurar el nublado que veia próximo á descargar sobre Alemania. Confiaron ambos sus intereses á dos respetables matronas de aquella época: Carlos dió sus poderes á su tia Margarita, y el rey á la duquesa de Angulema, que conservaba todavía su título de regenta. Reunidas estas dos princesas en Cambrai, consiguieron terminar las diferencias pendientes ó aplazar al menos su efecto.

Fué este tratado una especie de liquidacion de la Francia con sus acreedores, cuya liquidacion puede formalizarse de este modo: de dos millones de escudos de oro de setenta y uno y medio el marco por el rescate de los hijos de Francisco debian pagarse, un millon doscientos mil al contado al devolvérse los rehenes, otros trescientos mil al rey de Inglaterra con recibo del de España, y los quinientos mil restantes en una renta hipotecada sobre los bienes del duque de Vendome en los Países-Bajos: esto último en la inteligencia de que desistia por entonces el emperador de sus pretensiones sobre la Borgoña, el Auxerre, Macon y otros estados, cuyo litigio quedaba en pie para ser dirimido por vias amigables; y finalmente, treinta mil escudos por mes para ayudar al emperador en la guerra que tendria que sostener con los venecianos hasta hacerles restituir algunos pueblos de la Apulia, de que se habian apoderado. Renunciaba ademas Francisco á todo derecho sobre el Artois y Flandes, que se declaraban desmembrados de la monarquía; abandonaria cuanto aun poseia en Nápoles y el Milanesado; llamaria las tropas que aun allí tuviera, y se obligaba á no entrar en alianza ó negociacion alguna contra el emperador con el condestable de Borbon los confiscados bienes. Mas con capa de los derechos de la corona y la de la duquesa de Angulema, no alcanzó jamás este último artículo su completa ejecucion.

Leonor, viuda del rey de Portugal, llevó entonces á Francia los hijos del rey, con quien se casa sin ceremonia ni ostentacion á dos leguas de Mont-de-Marsan, viviendo despues en su nuevo trono tan feliz cual puede serlo una esposa tratada con respeto é indiferencia. El poder de la casa de Austria habia llegado entonces á su apogeo. Carlos V, que habia cedido el archiducado á su hermano Fernando á quien habia casado con Ana Jagelon, heredera de las coronas de Hungría y de Bohemia, hizo que le eligiesen tambien rey de Romanos: él por su parte poseia las coronas de España, Nápoles y Sicilia, era soberano en los Países-Bajos y muchos estados de Italia, y emperador de Alemania. Recibió de manos del Papa la corona imperial en Bolonia, á donde prefirió ir éste, á tenerle por huésped en Roma. Hizo el emperador, segun lo pactado, que le fuesen restituídas las plazas que aun retenian los venecianos; arregló un convenio con el duque de Ferrara, y restabló en fin el poder de los Médicis en Florencia. Para conseguir esto último, pidió fué valere la fuerza, y persiguiendo el principe de Orange, á quien encargó Carlos la reconcion de los republicanos en el sitio de aquella ciudad. Sus hijos Orange, pasaron sus bienes á Renato de Nasau, hijo de su hermana y de aquel que herido de muerte catorce años despues en el sitio de San Brixen, no dejó otro descendiente que el famoso fundador de las Provincias-Unidas, Guillermo de Nasau-Dillemburg, su primo hermano, en cuyo favor testó con notorio perjuicio de los herederos de la casa de Chalons.

Dos meses duraron las conferencias entre el Papa y el emperador, versando ellas principalmente sobre las medidas que convenia adoptar para cortar el vuelo á la propaganda luterana. Parecía á Carlos que lo mejor para contener la marcha tan rápida de las nuevas opiniones, era consentir en la demanda que los disidentes hacian de un concilio general, á cuyo fallo protestaban someterse: el Papa por el contrario creia fatal este expediente para la autoridad de la Santa Sede, tan minada ya por las crisis que atravesaba. Por manera que llegaron á separarse sin que se hubiese decidido nada.

Mientras los dos empleaban en esto el tiempo, muchos principes alemanes, electores y otros, esquivando reconciliaciones y consejos, se separaban de la Iglesia romana. En una Dieta celebrada en Spira confirmaron abiertamente sus nuevas opiniones, protestando contra

un edicto que otra Dieta convocada en Worms había publicado, condenando toda innovación en materias religiosas. Quedóles desde entonces el nombre de *protestantes*. Se reunieron poco tiempo después en Smalkalde, y firmaron una liga o compromiso para garantizar, decían ellos sus personas, su religión y la libertad germánica, señalándose en consecuencia los contingentes con que cada uno debía contribuir en tropas y dinero, y formaron su plan de cam-

pas, al menos como defensor de la libertad germánica, en cuyo concepto les ofrece recursos de todo género, excepto tropas, si fueren atacados.

Dijese entonces que por complacer Francisco á los protestantes de Alemania, enemigos de su rival, protegía en su reino á los sectarios de la nueva doctrina. Su número era harto corto para inspirarle serias inquietudes; y como además se componía de hombres que se captaban la estimación pública, consagrándose con afán á las ciencias para distinguirse de los indolentes y fríos católicos, no debe estrañarse que Francisco I, á quien apellidaban *padre de las letras*, hermoso título que le ha sancionado la historia, hubiese mostrado alguna predilección por los literatos de esta secta, á muchos de los cuales hizo profesores en el colegio real, que fundó para la enseñanza de lo que no comprendía en su plan de estudios la universidad, y aun para complemento y perfección de los estudios ordinarios. Quiso establecer también un colegio donde recibiesen educación completa seisientos nobles; mas las vicisitudes de la época no le permitieron dar cima á tan bello pensamiento.

Aprovechóse este principio del respiro que le dejaba la guerra y la lentitud con que marchaban las negociaciones, para recorrer su reino, y vigilar la justicia, corregir abusos, reformando la administración en cuanto le parecía viciosa; y á pesar de las calamidades que tanto habían pensado sobre los pueblos, á consecuencia de las interminables guerras sostenidas, por donde quiera que iba era recibido con las mas entusiastas aclamaciones. No tropezó con el menor obstáculo para llevar á cabo su proyecto de reunir la Bretaña á la corona. Se había estipulado en tiempo de la reina Ana que si á su fallecimiento no tenía herederos inmediatos, pasara la sucesión á las ramas colaterales de los antiguos duques; Francisco prescindió de tales condiciones, y la Bretaña quedó unida para siempre á la monarquía, sin que hubiese una sola reclamación su contraria.

Podían haberse suscitado á esta union algunas dificultades por parte del rey de Inglaterra; mas Francisco y Enrique estaban demasiado ligados por su desconfianza contra el emperador, para hacer de ellas séria cuestion. Avistáronse los dos en Boulogne para concertar sus medidas contra el enemigo común, decidiendo atacar al emperador mientras estuviera ocupado con el Gran Turco. Tres años antes Soliman, el mas ilustre de los emperadores turcos, había atacado á Viena sin resultado; pero volvió luego al frente de trescientos mil hombres á vengar su afrenta y á disputar al archiduque Fernando la Hungría en favor de Juan Sepus, vaivode de Transilvania. En marchas y contramarchas se fatiga y disuelve tan formidable ejército, y el Gran señor, á cuya capital amaga á su vez con sus galeras el infatigable Doria, regresa á Constantinopla sin haber hecho nada. Carlos V dirige tambien su atención á otra parte, para inutilizar cuanto sabia que contra él se tramaba.

Temiendo los dos reyes que se llegase á traslucir que ellos habían querido favorecer la empresa de los infieles contra la cristiandad, proclamaron fuertemente una liga contra el enemigo del nombre cristiano; protesto de que se valió el rey de Francia para lograr dinero del clero. Quejábanse éste de los muchos abusos de la cancellería romana, del excesivo aumento de las anatas, de las reiteradas imposiciones sobre un mismo beneficio, y de otros mil convenios simoniacos, á que el concordato había dado lugar; promete el rey poner remedio á tanto desorden, y por esta sola promesa le ofrece espontáneamente el clero dos décimas, que el Papa ponía alguna dificultad en confirmar. Cierra al fin los ojos Clemente VII sobre esta medida, que sirvió de precedente despues para imponer los reyes de Francia contribuciones al clero sin auencia de los papas, prescindiendo de los antiguos privilegios de la Santa Sede.

La obstinacion de Enrique VIII en sostener como suficiente la sentencia de divorcio pronunciada en su reino entre él y Catalina de Aragon, su esposa, y en declarar válido y legitimo el matrimonio contraido, en virtud de esta sentencia, con Ana Bolena, estaba muy lejos de hacer sospechar al Pontífice que tal tenacidad llegaria por fin á ser funesta á la autoridad de la Iglesia romana. Creía por otra parte el Papa, que rodeado Francisco I de personas imbuidas en las nuevas doctrinas, y que pedían incessantemente la reforma del clero, dejaba de atender a sus consejos; inquietándole esto tanto mas, cuanto que la reforma debía principiar por él mismo, cuya eleccion no habia estado exenta de intrigas y aun de simonia. Esta es una de las principales razones porque no accedia á la convocacion de un concilio que los protestantes no cesaban de pedir.

Estaba el emperador al frente de estos solicitadores importunos. El Papa le oclaba en cara que no reprimía con mano fuerte á los protestantes, y á este imputaba Carlos que se negaba al único arbitrio de volverlos al gremio de la Iglesia. Estas contestaciones, que fueron animándose en una nueva entrevista que tuvieron en Bolonia, causaron desvio y frialdad en las relaciones de ambos. Clemente rechazó proposiciones, cuya ejecución habria consolidado la preponderancia de Carlos en Italia, cerrando al mismo tiempo el camino para siempre á Francisco I. Este, que no podia determinarse á una renuncia semejante, agradecido á la oposicion que el Papa hi-



Francisco I durmiendo sobre un cañón.

paña. Ciudades importantes, como Strasburgo, Nuremberg y otras, así como los reyes de Suecia y Dinamarca, entraron en la coalicion. Créese que el de Inglaterra se unió entonces tambien, mas por ponerse al abrigo de la venganza de Carlos cuando creyese llegado el caso de repudiár á su hija Catalina, que por fervor religioso. En cuanto á Francisco I, bien pedía asegurarse que veria con júbilo los embarazos que se iban presentando á su rival; en nada se mezcló entonces sin embargo, aunque no se hizo esperar mucho la ocasion que le proporcionaria tomar cartas en el negocio.

Los coligados de Smalkalde, amenazados por el jefe del imperio, acudieron al rey de Francia. Trató Carlos de hacerle de su partido en esta cuestion, dando públicas é iniquivocas muestras del deseo que le animaba de vivir en buena paz con su vecino; si bien lo inspiraba secretamente con los suizos y el Papa. á fin de privar al monarca francés de todo crédito en Italia, caso que quisiese tentar otra vez fortuna en aquel pais, pasando los Alpes mientras estuviese él ocupado con los alemanes. Era entonces muy frecuentes los incendios en Francia, circulado á este propósito abogadas patrañas, cuya tendencia era manifiesta, y que corrían con boga sin que nadie las desmintiese. Decíase que el emperador mandaba de España incendiarios; imputacion evidentemente calumniosa, como una de tantas de que se vale á veces la política para armar á los pueblos unos contra otros. Esto pasaba mientras los confederados de Smalkalde hacían los mayores esfuerzos para atraer al rey que se lealaba al fin á su partido, si no para tomar parte en las contiendas religio-

ciera á los planes de su rival, resolvió obligar mas y mas al Pontífice por medio de lazos que le unirían á él con un reconocimiento duradero. Tal fué la causa del matrimonio de Enrique, duque de Orleans é hijo segundo del rey, con Catalina de Medicis, sobrina del Pontífice. Esta alianza de una casa tan moderna con otra como la reinante en Francia, escandalizó á toda la nobleza. Clemente VII acompañó á la princesa á Marsella, donde el rey con su hijo los es-



Francisco I armado caballero por Bayard.

peraba. Alojados el monarca y el Pontífice en dos casas contiguas que se comunicaban, tuvieron á su sabor largas y frecuentes conferencias.

Enrique VIII habíase casado, como queda dicho, con Ana Doleña, á pesar de las censuras con que se le había amenazado. Ruega Francisco I al Papa que entre en negociaciones con él sobre su divorcio, dejando de valerse de la severidad de las leyes eclesiásticas con un príncipe de carácter violento, y capaz, en la eflervescencia de su pasión, de llevar las cosas al último extremo. Clemente, á quien únicamente preocupaban las grandes empresas, y tolerante por carácter, no estaba lejos de inclinarse á una medida que, dejando á salvo las apariencias, interesase poco al fondo de la cuestión; pero el consistorio, en el cual estaban en mayoría los cardenales imperialistas, se opuso obstinadamente. Con tal calor tomaron estos el partido de Catalina, que eran los primeros investigadores, persuadiendo á Carlos y á su tía de que la afrenta sufrida sería vengada con terribles anatemas que cubrirían de ignominia y execración al infiel Enrique.

Con alegría vió Carlos el fin de aquella entrevista sin resultado, que había temido, y á la cual secreta pero inútilmente había tratado de oponerse. Ignórase si en estas conferencias se habría adoptado alguna otra resolución que pudiese interesar al emperador; lo que sí se sabe es que Francisco no se dormía por el lado de Alemania. Tenía cerca de la liga de Smalkalde emisarios continuamente, para sostener la union de los confederados, quienes habían ya roto

las hostilidades contra el emperador; pero carecían de dinero, y Francisco no se lo podía dar sin faltar abiertamente al tratado de Cambrai; mas una ingeniosa supercheria viene á salvar sus escrúpulos. Hácenle los coligados la venta verdadera é simulada del condado de Montbelliard que les pertenecía, y reciben en pago ciento veinte mil escudos, que entran en las cajas de la confederación.

Por este tiempo, esto es, hacía el fin de la entrevista de Marsella, tuvo lugar un hecho, que justifica en parte la conducta que Francisco observaba con los de la liga, á pesar de las prescripciones del tratado de Cambrai. El emperador había dado á Sforcia la investidura del ducado de Milan, cumpliendo su promesa. Quería que este favor se lo agradeciese el nuevo duque; pero entendía por gratitud la mas ciega y esclusiva adhesión. Sforcia deseaba á la verdad ardentemente conservar el aprecio de Carlos, que le había prometido la mano de su sobrina Cristina, hija del rey de Dinamarca; pero no quería por esto malquistarse con el rey de Francia, y á este efecto sostenía con él secretas relaciones.

Era el intermediario entre ellos un noble milanés, llamado Merveille, que habiéndose enriquecido en Francia gozaba tranquilamente de su fortuna en su patria. Sforcia, siguiendo esta política tan italiana, ansioso, como hemos dicho, de conservar inteligencias en los dos partidos, dió á entender al rey cuán grato le sería tener á su lado un agente secreto por cuyo medio pudiesen los dos comunicarse con reserva. Agradó al rey la proposición, eligiendo para el caso á Merveille, que prestando negocios de familia se



Diana de Poitiers pidiendo perdon para su padre.

volvió entonces á su país. Llevaba dos cartas que para Sforcia le había dado el rey: ostensible la una ó de simple recomendación, pero que no obstante autorizaba en la corte la presencia de Merveille, y la otra secreta, que le acreditaba como agente del monarca cerca del duque, para que de una ó otra hiciese uso, según se lo aconsejasen las circunstancias. Orgullosa Merveille por su posición de representante de un gran príncipe, no se dió maña á disimular su verda-

dera misión, que por otra parte revelaban demasiado el fastuoso tren y las maneras con que en público se presentaba. Llega á sospechar Carlos estos manejos, y sin dar quijas á Sforza, por qué tenía á su lado con cierta distinción á un agente de su enemigo, le trata con una frialdad que demostró, especialmente demorando darle su sobrina, cuyo viaje difería con varios pretextos, cuando antes manifestaba grande complacencia en que se verificase luego la convenida boda. Entiende el duque este lenguaje mudo, y escribe al emperador que en breve le daría tales pruebas de lealtad, que no le quedaría duda de que ni Merveille ni otro alguno le harían vacilar.

Asiustigaciones suyas se suscitó una contienda entre los de la servidumbre de Merveille y la de un noble vecino de él, en la que recibió la muerte uno de los agudaces que acudieron para apaciguar los contendientes. El embajador que salió precisamente cuando se cometía el homicidio, fué preso reconociéndose cuantos papeles tenía, algunos de los cuales podían comprometer á Sforza. Para lograr el objeto apetecido, hácese que los criados de Merveille depongan contra él, que aparece en el proceso como el autor del tumulto, y que por su orden había recibido la muerte el soldado de guerra. Hace en vano valer Merveille sus privilegios de embajador; juzgábase como á un reo ordinario, ó mejor, se le condena hasta sin los procedimientos y trámites que marcan las leyes del país, ejecutándole de noche en su prisión, á fin de que ni pudiese hablar ni ser reclamado. Participa todo esto Sforza al emperador, que contento de verle romper para siempre con el rey, le envía su sobrina, prometiendo-le la mas franca y eficaz protección. La cólera en Francisco-1.º al saber este asesinato, no tuvo limites. Pone á los ojos de la escandalizada Europa por medio de escritos públicos tan abominable hecho, que califica de violación del derecho de gentes, de que todos los soberanos le debían ayudar á tomar venganza.

Estaban estos con la atención fija en otra parte que los preocupaba entonces mucho más. Enrique VIII, sobre el cual había inútilmente lanzado el Papa las censuras de la Iglesia, preliminares de la excomunion, persistía en su tenacidad. Sin embargo, Juan de Bellay, obispo de Paris, que había sido cerca de él encargado de negocios del rey de Francia, le arranca la promesa de que ventilaría este asunto en Roma por medio de una procuración ó comisión que en su nombre lo verificase: lo que daría lugar á plazos y dilaciones que hacían muy lejana la decision de este negocio, á que el Papa tenía una repugnancia grande, y cuyo aplazamiento venía con gusto. Mas la comisión que tenía señalado en Roma un término para su presentación, no acababa de llegar. Clemente que se cree burlado, y á quien hostigan por otra parte los cardenales imperialistas, hiere al fin con el último golpe, lanzando sobre Enrique la terrible sentencia. Si aquel espera algunos dias más, como se lo suplicaba el obispo de Paris, á quien el rey con este objeto había hecho partir precipitadamente á Roma, hubiera recibido la fatal procuración en pliegos llegados despues por un correo, cuyo arribo retardara considerablemente el mal tiempo. Arrepentiose anagamente el pontífice de su precipitación funesta, muriendo poco despues sin haber alcanzado á ver el principio de los desastres que eran su consecuencia: elisma que separó á Inglaterra de la iglesia romana, la destrucción de los monasterios, el despojo de los bienes del clero, y las iniquidades de que fueron víctimas cuantos allí persistieron en su adhesión á la iglesia católica. Vito Enrique en el furor de su resentimiento los mayores esfuerzos para que los otros principes imitaran su conducta. Con Francisco I ensayó algunas tentativas; pero respondióle este rey con las palabras proverbiales desde entonces: *Amigo hasta el altar.*

Llegaron á propagarse las nuevas opiniones en Francia con mucha mas rapidez y estension que lo que se había imaginado el rey. Calvino, francés de nacimiento, había hecho con sus escritos, que tuvo la osadía de dedicar al rey, gran número de prosélitos en sus estados. Todos los dias salían á luz libros en que se atacaban los dogmas de la iglesia católica, y se ponían en ridiculo las prácticas del culto, yendo asustados los tirios principales contra la autoridad papal y las riquezas del clero. No hacían menos daño que estos libros serios, otros en los que el arma de que se celebraba mano era la burla contra los frailes, cuya obesidad daba pábulo á chocarrerías del peor género. A nuestros dias han llegado algunos de estos solapamientos de trabajos de este género, que servían entonces de solaz y entretenimiento á los cortesanos: los libros que divierten suelen tener mas seguro éxito que los que defendían la razon. Las mugeres acogieron las nuevas doctrinas con el ardor que les es natural, distinguiéndose entre ellas Margarita, hermana del rey, viuda del duque de Alençon, que subió mas tarde al trono de Navarra por su matrimonio con Enrique de Albret. A pesar del cariño que la profesaba Francisco, se revistió de energía, llegando á amonestarla seriamente y á imponerle silencio; mas no le fué posible impedir que ella favoreciese á los nuevos sectarios en su pequeño reino, donde encontraban la mejor acogida, puesto que los beneficios, dignidades eclesiásticas y la enseñanza de la juventud en los colegios, todas

las plazas en fin que vacaban, las confería á hombres mas que sospechosos. De aquel rincón de Francia salieron las primeras infracciones públicas de las prácticas de la Iglesia. Ligo Margarita los esfuerzos imaginables para que su hermano oyese á Melancton, el mas insinuante apóstol de los discípulos de Galvino; pero por consejo del cardenal de Tournon no quiso esponerse nunca á esta seducción Francisco I.

Al atractivo de la novedad opone Francisco la severidad de las leyes. Confirma las pronulgadas contra los sacramentarios, é hizo otras con la misma intencion represiva, y súbralo en su lado los cortesanos adictos á la nueva doctrina, y quiso que toda la Francia hiciese una confesion pública de la fé católica. Con motivo de un cartel blasfemo contra el sacrificio de la misa que apareció en un mismo dia fijado á las puertas de todas las iglesias de la capital, así como á las de Blois, donde en aquella ocasion estaba la corte, dispuso una solenne procesion de desagrávios en Paris, á la que asistió con sus tres hijos, los principales de la corte, los tribunales y notables de la ciudad. Concluida la ceremonia, Francisco que se esprebaba con elegante facilidad, los arengó, exhortándoles paternalmente á perseverar en la fé católica, á educar é instruir en ella á sus hijos, á que cuidaran no entrase en sus familias la peste de la herejía, y á que entregaran á los tribunales á los infectados. Fueron en seguida de esta arenga, queomados á luego lento seis culpables que habían sido cogidos y se negaron á abjurar sus errores: se levantaron horcas y encendieron hogueras en toda la nacion. Se aprovecha el emperador de este alarde de severidad para hacer perder á su rival la confianza de los coligados de Smalkalde, inculcándoles éun mal hacían en fiarse de un aliado que al mismo tiempo que hacia ostentacion de amistad para con ellos, perseguía con el mayor encarnizamiento á sus correligionarios; satisface luego Francisco á los cortesanos, mitigando el rigor de algunos de sus edictos, y con la distincion que hizo en seguida entre calvinistas y luteranos. «Aquellos», les decía, tan distantes estan de vuestra herejía, como de la romana, porque quieren derribar altares, arrojara la imagen de Jesucristo de nuestros templos, y demoler iglesias en vez de reparar sus ruinas.» Muchos dogmas, en efecto, como el de la presencia real en la Eucaristía, las ceremonias litúrgicas, la gerarquía episcopal y otras prácticas, aproximaban mas los luteranos á la iglesia católica, que los calvinistas, zuingliastas, anabaptistas y la infinidad de sectas nacidas entonces, mas unidas entre sí por su odio contra la corte romana, que por la doctrina que profesaban.

Recibe por este tiempo y escucha favorablemente Francisco I á un embajador de Soliman, que hacia la guerra al emperador y deseaba aliarse con la Francia. Esto dió motivo, como era de esperar, á que llegaran al ostromo los clamores y libelos que por todas partes se oían y circulaban, propalando que la religion del rey era falsa é hipócrita, puesto que á la faz del mundo no vacilaba en entrar amistosos lazos con el mayor enemigo que tenia cristianizado. A esto contestó el Francisco, diciendo que no era religioso el motivo por el que hacia la guerra á Carlos V, sino pura y simplemente el de devolver el reino de Hungría, que tenía usurpado el hermano del emperador, á su legitimo soberano.

A fin de demostrar mas celo por la religion que Francisco, lleva el emperador la guerra á Túnez, sometido, como toda la costa de Berbería, á Barbaroja, almirante de Soliman. Su objeto era reemplazar á Barbaroja con Muley-Assem, destronado por él, quien en justo agradecimiento ofrecía servir á los cristianos y á su religion. Desembarca en efecto Carlos cerca de Túnez al frente de un ejército de cuarenta mil combatientes; se apodera del fuerte de la Goleta, coloca á Muley-Assem en el trono, ponen libertad veinte mil esclavos cristianos que le aclararon su salvador por toda Europa, asegura en aquellos mares un puesto mas á sus flotas, y vudvese al fin lleo de laureles á sus provincias, así que los rigores de la estacion y las enfermedades que atacaron al ejército le obligaron á reembarcarse. Puede mir el rey de Francia aprovechar esta coyuntura para invadir la Italia que no perdía de vista; pero suponía que se echaría sobre sí muy fa nota para con los principes cristianos, si rompía las hostilidades mientras el emperador parecia sacrificarse por la religion, y atravesaba los mares para defender la media luna en uno de sus imperios. Carlos que todo lo previa, le tenía tambien preocupado con una hábil negociacion propósito del ducado de Milan.

Francisco Sforza acababa de morir sin hijos, Francisco I lleo alimentar la creencia de que Carlos podría muy bien estar dispuesto á dar á uno de los suyos, descendientes de Valentina, tan hermosa herencia. Déjale el astuto español, y aun da fundamento para ello, en aquella idea, haciendo traslucir que lo que él deseaba era tan solo que pasase el ducado precisamente al hijo tercero de Francisco, mientras este queria fuese el segundo el favorecido; pequeña dificultad que podría allanarse á poca costa: dá pues Francisco por concluido este negocio, y llama á los emisarios que había enviado así á Italia como á Alemania, para negociar confederaciones contra el emperador. Pero llega al fin á descubrir, que en tanto que Carlos le hala-

gaba con esperanzas por un lado, hacia por otro considerables aprestos con destino á Italia, que solo podían tener por objeto el ducado de Milan. Previénesse á su vez Francisco, y entra desde luego á hacer muchas cosas contra el duque de Saboya Carlos III, hermano de su madre la duquesa de Angulema, el cual, aun que hijo de una francesa, Margarita de Borbon-Montpensier, se mostraba completamente adicto al emperador, cuyo cuñado era. Le envia al presidente Poeyt, con el encargo de reclamar los condados de Niza y Piamonte, como herencia usurpada á su madre; y como contaba por segura la negativa, seguía de cerca al presidente un ejército que en pocos días conquistó toda la Saboya. Los franceses no debían encontrar ya sino muy débiles obstáculos para avanzar hasta Milan; porque el emperador no estaba aun preparado, y no tenía allí reunido mas que un cuerpo de españoles de muy escasa número, mandado por Antonio de Leyva, tan hábil general como político diestro. A pesar de lo sucedido al duque de Saboya su aliado y parente, no se dio Carlos por entendido, y aparentó no tener por interrumpida la paz, continuando en sus negociaciones. El rey por su parte dejábase alucinar con la esperanza que le hacía entrever Carlos de acceder á sus deseos; así que despues de la toma de Turin y de una parte del Piamonte, y á punto de recibir el aviso de la entrada de sus tropas en Verecell, última plaza del ducado de Saboya en la frontera del Milanesado, envia órdenes á su general Claudio de Annebadu, de suspender las hostilidades. Los españoles tenían delante un río y los franceses otro. Previno el rey á Annebadu que de manera alguna radase el suyo, ínterin los españoles permaneciesen á espaldas del que los cubría; lo ofreció así por juramento Leyva, no siendo de tenerse se propusara á ello, porque no estaba bastante fuerte para esmerarse en el campo intermedio, pero se aprovechaba hábilmente del vagar que le dejaba aquella suspensión, para hacer se le reuniesen las tropas imperiales escapadas por Italia, para hacer un ejército igual por lo menos en número al de los franceses. Así que el emperador se encontró en estado de defensa y aun de atacar, se quita la máscara y declara la guerra con unas demostraciones de animosidad y orgullo, inexplicables en un hombre hasta entonces reconocido por tan hábil en encubrir sus sentimientos y en imponer exteriormente silencio á sus pasiones.

A su vuelta de Túnez habia arribado á Sicilia y de allí á Roma, á fin de apremiar al Papa para que convocase un concilio general, haciendo al efecto cuantas gestiones habia prometido á los protestantes de Alemania. Se presenta en pleno consistorio, y pronuncia con énfasis un discurso que él mismo habia compuesto. Daba principio con una fastuosa enumeración de todos sus esfuerzos y sacrificios por el lustre de la religion católica; se extendía sobre los obstáculos que habia tenido que vencer, suscitados por el rey de Francia; las tentativas de este monarca para agitar la Alemania; los socorros prestados á los rebeldes protestantes; las excomuniones al emperador turco para que atacase la Hungría y aislase provincias cristianas; los escritos, en fin, profusamente esparcidos en los estados imperiales por los emisarios de la Francia, para concitar contra él el odio de los pueblos, atribuyéndole las guerras que afligian la Europa, cuando por el contrario, no cesaba de hacer los posibles sacrificios para mantenerla ó restablecer la paz si era turbada. «Ahora todavía, añadió, progongo al rey de Francia tres medios para que escoja el que mejor le parezca: 1.º, colocar á su hijo tercero, duque de Angulema, en el ducado de Milan, con tal que antes para seguridad mia, retire su ejército del Piamonte; 2.º, le ofrezco, para ahorrar el derramamiento de sangre cristiana, el combate cuerpo á cuerpo, á pie ó á caballo, por tierra ó por mar, á espada ó daga, ó doud, ó donde y cuando quiera; 3.º, le permito á todo trance, que no piense abandonar hasta dejarle convertido en el mas pobre caballero del mundo. • Hizo en seguida alarde de su fuerza, su poderio y sus ejércitos numerosos, insultando á los generales y soldados franceses «tan poco temibles, dijo, que si fueran así los míos, iria yo al momento con las manos ligadas y un cordel al cuello, á implorar la misericordia de mi enemigo. • Concluyó por conjurar al Papa, al sacro colegio y á los principes cristianos, cuyos embajadores estaban presentes, á que se uniesen á él contra el aliado de infieles y hereges, y el perturbador del reposo de la cristiandad. Paulo III, sucesor de Clemente VII, apenas respondió á esta peroración mas que con algunas vaguedades y lugares comunes, y levantó la sesion, haciendo votos por la paz y colocándose en posicion neutral.

Atónitos y confusos estaban los embajadores franceses, que no esperaban nada parecido á lo que acababan de oír. Como eran personas de toga y de Iglesia, demostraron solo la indignacion con su perplegidad y embarazo; pero á la salida del consistorio se conjuraron á los ministros del emperador de tamaño insulto, exigiendo al mismo tiempo que diese Carlos clara y precisa noticia sobre si, al habérsele del combate cuerpo á cuerpo, habia sido su intencion de desafiar al rey. Contestaron estos que en el calor del discurso se habia escollido algo su amo, y que de los tres espaldines propuestos para terminar toda diferencia entre los dos, debían atenderse solo al que

se refiría á dar la investidura del ducado de Milan á uno de los hijos de Francisco. Convocó el emperador á ruegos del Papa, una segunda asamblea, con propuesta poco mas ó menos, de las mismas personas que asistieron á la primera. Dijo allí que su anterior discurso habia sido mal entendido y peor interpretado: «Porque, dice M. Gailhard historiador de Francisco I, en tales casos los que escuchan son siempre los que erran: hátes faltado odio ó entendimiento; que no habia sido su intencion desafiar al rey, y que se guardaria bien de hacerlo á un principe cuya bravura conocia: á no ser impellido á ello por muy poderosos motivos. Con esta reserva para el porvenir creyó Carlos salvar el deshonor de la retractacion presente; pero inutilizó Francisco este subterfugio, dándole por retado en todo tiempo, en un manifiesto público que por respuesta á las palabras de aquel, publicó poco despues.

Uno de los embajadores al cual habia prometido un mes antes el emperador dar el Milanesado al duque de Orleans, y cuya promesa habia sido transmitida al rey, á la salida de la asamblea se dirige á Carlos y le dice: «Salvame señor del resentimiento de mi amo: bien sabéis vos si le merecido. Yo le participé palabras y ofrecimientos vuestros que quedan sin ejecución. Vuestra ó mia la falta, me acusará de infidelidad ó precipitación. ¿Es por ventura necesario que un ministro exacto y celoso haya de ser víctima de los juegos de vuestra política? Pidos encarecidamente, sacra magestad, para mi justificación, que declaréis ante Su Santidad, cuán cierto es que me habéis prometido el ducado de Milan para el duque de Orleans. • El emperador dice que habia hecho tal promesa, pero con ciertas condiciones que no se habian llenado. «Pueden llenarse, responde el embajador.—Eso es imposible, dice Carlos.—Pues si las creéis imposibles, repuso el embajador, ¿y qué las habéis prescrito? • Eludió el emperador la pregunta con algunas vaguedades, y tachó al mismo embajador de mala inteligencia en sus palabras, partiendo pocos dias despues á reunir sus tropas para invadir la Francia.

Componiase su ejército de cincuenta mil infantes alemanes, italianos y españoles, y mas de treinta mil ginetes, al mando todos de Antonio de Leyva, soldado de fortuna, y como hemos dicho ya, general distinguido, confiante y hasta consejero del emperador. Se dice que á él se debe el plan de esta guerra, y que instigaba al emperador con la esperanza de ser nombrado virrey de Francia despues de la conquista que tenia por segura. Esta persuasión se trasluce de los escritos que entonces derramaron profusamente en este país los emisarios imperiales: en ellos se califica á Carlos V de *muy grande*, *el africano*, *el invencible*, y citaban los autores antiguas profecías que le prometían el imperio del mundo, y por lo menos el de Francia. Las gentes pusilánimes y pacaatas estaban alarmadas, llegando la consternacion general á ser igual á la que causó la prison del rey en Pavia, cuando se supo que Carlos habia entrado á la cabeza de su ejército. En cuanto al emperador, parecia abrigar las mayores seguridades de la conquista, de la Provenza al menos, á la que consideraba como una posesion sobre la cual tenia los mas legitimos derechos. Habia pretendido esta provincia al reino de Borgonya, y este estuvo agregado al imperio, del cual se separó para unirse á la corona de Francia: era pues una desmembracion de sus estados, que Carlos queria reparar. Iré aquí la procedencia de estos derechos: Juana, segunda reina de Nápoles, de la primera casa de Anjou, que poseia la Provenza, habia adoptado á Alfonso, rey de Aragón, de quien era Carlos sobrino tercero; pero Juana habia testado posteriormente á favor del rey Renato, cuyo sobrino Carlos legó la Provenza á Luis XI. Decia pues el austriaco que como la adopcion del aragonés habia sido anterior á la del otro, era evidente que él, su heredero, no haria mas que reivindicar sus derechos apoderándose de la Provenza.

En tal inteligencia no cesaba Carlos de examinar el mapa de esta provincia por donde habia decidido tuviese principio la invasion; se complacía en llamarla *su condado*, é inscribia á prevención en un registro los nombres de aquellos de sus capitane así quienes pensaba distribuir las tierras de los señores provenzales que no quisieran someterse, ocupándose de sus futuros triunfos con una jactancia ridícula, que fué un tanto mortificada por La Roche del Maine, caballero francés célebre por sus agudezas, amigo de Leyva, y que en calidad de rehene se encontraba entre los imperiales. Quiso Carlos, no sin objeto, que asistiese á una revista que pasó al ejército: «Y bien, le dijo, ¿qué os parece? • Lo encuentro brillante y fuerte, contestó La Roche; pero aseguro á V. M. que si se decide á pasar los montes, encontrará luego otro que no le valga.—No puedo prescindir, repuso Carlos, de hacer en un visita á mis súbditos de la Provenza, y á la corte. Los vais á encontrar muy rebeldes, dice La Roche. • Preguntándole el emperador cuántas jornadas se contaban hasta Paris: «Si por jornadas entendiédes batallas, responde el francés, contad mas de doce, á no ser que en la primera os dejen fuera de combate. •

Trabajaba el Papa por conjurar la borrasca que amenazaba á la

Francia. Como en el discurso pronunciado ante el Consistorio había el emperador avertado la idea de que si el rey quería retirar sus tropas de Piemonte y volver á su ducado la Saboya, él por su parte daría al duque de Angulema la investidura del ducado de Milán, el soberano Pontífice le preguntó por medio del cardenal Tribulce, si sostendría su palabra caso que el rey se viniese á poner los estados del duque de Saboya en manos imparciales, por ejemplo, las suyas. Carlos respondió categóricamente: «No.»—Pero vos, repuso el cardenal, lo habeis así ofrecido en pleno Consistorio.—Lo hice, replica con la mayor imperturbabilidad el emperador, por entreteer al rey y sorprenderle, como él á su vez me burlaba antes importunándome con la pretension de la investidura para el duque de Orleans, mientras sorprella al de Saboya y se apropiaba de sus estados.» No era este pues el momento á propósito para traer á Carlos á un acomodamiento; se creía á sazón poderoso y muy seguro de la victoria que con anticipacion prometió á sus oficiales y soldados, arengándoles en el campo y mostrándoles como ya seguro botín los despojos de la Francia. No desconfiaba Francisco la adopcion de cuantas medidas creia eficaces para impedir la invasion. Habia hecho poner en estado de defensa á Turin, Coni y Posano, en la fundada esperanza de contener algun tiempo á los enemigos en el Piemonte para atacarlos luego que los trabajos y fatigas de los sitios que se verian forzados á emprender, hubiesen quebrantado sus fuerzas. Francisco, marqués de Saluces, hermano de Miguel Antonio, fué nombrado por el rey su lugar-teniente general en este pais y encargado de la ejecucion del plan; mas el mielero de verse luego despedido por el emperador y el deseo de ponerle de su parte en la demanda del Montferrato, vacante entonces por el reciente fallecimiento del último Paleólogo, le hicieron traidor. No solo abasteció mal las plazas fuertes puestas á su cuidado, sino que, á la aproximacion de los españoles, se pasa abiertamente á su campo y los pone al corriente del estado de cada una en viveres y gente. Calculando Leyva por estas noticias cuánto podia durar la resistencia de cada plaza, alejantose á sitiar á Posano, que dá al traste con sus combinaciones, prolongando la resistencia, sin embargo de la carestia de viveres en que creia Leyva se encontraba. El marqués de Montpezat que la mandaba, se esforzaba por ganar los treinta dias que Francisco I, instruido de la traicion de Saluces, le habia mandado resistir á toda costa, y en consecuencia habia economizado los viveres todo lo posible. Era el vigésimo cuarto dia cuando, despues de varias conferencias acerca de capitulacion, protestó el gobernador á los parlamentarios que si no podía hacerla honrosa volaria los muros y sepultaría en sus ruinas gran parte de los sitiadores. Tan generosa resistencia de los sitiados, la incertidumbre en que estaban los sitiadores de sus recursos, y la benevolencia de Antonio de Leyva para con La Roche del Maine, que era uno de los oficiales de la guarnicion, valieron á Francisco una capitulacion tal como se deseaba. Conserve un Montpezat conservar á Posano seis dias mas, en los cuales tonarian viveres del ejército sitiador, pues los suvos se habian acabados. En esta ocasion fué cuando La Roche del Maine pasó en rehenes al campo del emperador. Tan exactamente fueron ejecutadas las órdenes del rey.

Forzado Francisco I por este incidente á cambiar su plan de defensa, forma otro ajustándolo al de la invasion. Debía esta efectuarse al mismo tiempo del lado de la Picardía por un ejército flamenco y en la Provenza ó el Delfinado por el mismo emperador. A los primeros, que no serian numerosos, y que mas bien que á conquistar iban á asolar el pais, o pone el rey el corto número de tropas que podia distraer del Mediodía, á las órdenes del duque de Vendome, con prevencion espresa de cubrir el pais amagado, en cuanto le fuese posible, y de evitar todo encuentro decisivo. Claudio de Guisa, á quien el rey habia elevado á la dignidad de duque, debía llevar allí un refuerzo de Champaña, si el enemigo no penetraba por este lado.

En cuanto á la entrada del emperador habia declarado el rey que iria á esperarle al pié de los Alpes, aunque reflexionó despues que quizá seria peligroso arriesgar un lance contra tropas de refresco, á las cuales un resultado lisonjero llevaria al corazon del reino sembrando en él el espanto y dificultando mas la defensa. Parecióle mejor dejarlas entrar y acabar con ellas despues por medio de la fatiga y completa privacion de recursos en el pais, para conseguir lo cual adoptó terribles pero eficaces medidas. Así que estuvo seguro de que el emperador invalidaría primero la Provenza, dispuso fuese asolado todo el territorio comprendido desde los Alpes hasta el Duranza, á cuya espalda toma su ejército posiciones, Montmorency delante de Avinion con un cuerpo de tropas respetable, y él en Valence con el resto. Salieron de estos puntos destacamentos encargados de devastar toda la Provenza baja y convertirla en un desierto.

Entre los ejecutores de comision tan atroz se distingue un capitán llamado Bonneval, duro, inexorable, insensible á súplicas, llantos y gemidos. Estando entre sus soldados por el pais y ordena que sea

llevado á las poblaciones capaces de resistir un golpe de mano, todo el grano, vinos, muebles y provisiones de cualquiera especie; internar en lejanos bosques los ganados que se pudieran poner en seguridad; demoler los molinos y cegar los pozos y cisternas, cominando á los campesinos con irlo á ejecutar él mismo si ellos no lo hacian. En efecto, recorriendo nuevamente los puntos donde tan atroces prescripciones habia publicado, derriba, destruye, incendia casas y campos, desapareciendo hasta pueblos enteros. Dos de corta importancia que osaron cerrar sus puertas á los ejecutores de Bonneval, fueron asaltados y entrados á saco con la mas estremada crueldad. Algunos de los gefes empleados en esta comision tuvieron la bajeza de hacer rescatar á los habitantes por dinero los efectos secuestrados «dándose mas maña, dice un historiador contemporáneo, en vaciar bolsas que graneros y caseríos.» [Así son frecuentemente obedecidos los reyes!

Mientras que Francisco I hacia sufrir á sus súbditos sacrificios y males que creia necesarios, recibe tambien el golpe de una desgracia personal que le causa el mas hondo pesar. El Delfin Francisco, joven de las mas bellas cualidades, aquel de sus hijos que mas se le parecia y á quien amaba con preferencia, en el camino del campo militar de Valence á donde se dirigia, fué atacado de una enfermedad aguda que en cuatro dias lo llevó al sepulcro. De triste memoria no recibia en aquellos dias mas que noticias desagradables. Declamó de Picardía que á pesar de la celosa actividad de Vendome habian penetrado los alemanes por aquel pais; y del campo de Avinion le contaban que un capitán tan arrojado como imprudente que habia conseguido de Montmorency, á fuerza de importunidades, permiso para atacar á una columna enemiga, habia sido batido y hecho prisionero: todo lo cual enorgullecía tanto á Carlos como mortificaba á Francisco.

El monarca esperaba impaciente á tan amado hijo, que debía hacer mas llevaderos sus pesares dividiéndolos entre ambos. A la noticia de otra indisposicion habia ido el padre á visitarle á Lion, de donde se volvió tranquilo al campo; mas cuando esta vez volvió entrar solo á Juan, cardenal de Lorena, hermano del duque de Guisa, que debía acompañar al príncipe, las primeras palabras del padre, pronunciadas impetuosamente y con el aire de una viva inquietud, fueron: «¿Cómo sigue mi hijo? El prelado, que trataba de contenerse para preparar al rey, tartamudea algunas palabras de peligro y esperanza. «¡Ah! ¡mi hijo ha muerto... mi hijo ha muerto! ¡En vano queréis disimularlo á su desgraciado padre! Un triste silencio y un torrente de lágrimas fueron la única respuesta del cardenal. «No se oye mas que gritos y sollozos en la cámara del rey, dice un historiador de Francisco I. Arrástrase este abatido hasta una ventana, levanta los ojos y las manos al cielo, y ruega por su hijo, por sí mismo y por su pueblo. Ofrece á Dios este doloroso sacrificio con la ternura de un padre, la entereza de un héroe y la piedad y resignacion de un cristiano.»

¡Ha sido envenenado! es el grito de toda la Francia. Envenenado, dicen los unos, por Catalina de Médicis, su cuñada, para asegurar la corona al príncipe Enrique, su marido, que será Delfin; envenenado por el emperador, propalaban otros, para que Enrique, como hijo segundo, al que se habia prometido la investidura del ducado de Milan, sea el heredero del trono, quedando por lo tanto autorizado para retirar él su palabra. Pero Catalina, que tan capaz se mostró despues de los mayores crímenes, ¿concibe perpetrar tal atentado de edad apenas de diez y siete años! ¿y qué ganaba Carlos V deshaciéndose de un príncipe para que la elevacion del siguiente le eximiese del compromiso de dar él Milanésado, cuando aun quedaba otro á quien poder conferir la codiciada investidura? Sin embargo, esta última imputacion fue acompañada de circunstancias que casi la acreditaban, recayendo graves sospechas sobre un conde italiano llamado Sebastián Montecuculli, copero del príncipe, á quien arrestaron, haciendo mas tarde el rey, cuando los importantes negocios que le ocupaban le dejaron algun vagar, que fuese solemnemente juzgado. Instruyese el proceso en Lion á presencia de los príncipes de la sangre, y de todos los prelados que en aquella ciudad se encontraban á la sazón, y de los embajadores extranjeros. Confesó el acusado que en efecto habia echado arsénico en un vaso de agua que bebió el príncipe, y que de la misma manera debia atender á la vida del rey y sus otros dos hijos; que se habia comprometido á hacer crímenes con Antonio de Leyva y Fernando de Gonzaga, generales del emperador, y que por las preguntas que Carlos le habia hecho en España sobre el método de vida del rey y el orden que se observaba en su cocina, suponía que este príncipe no ignoraba las intenciones de sus confidentes, y que prestándose él al deseo de estos complacia al mismo emperador. Montecuculli se entretenía con la medicina y entre sus papeles fué encontrada una memoria sobre los venenos: algunas de sus declaraciones fueron voluntarias, y arrojadas otras por la tortura. Le condenaron á ser desenterrado vivo por cuatro caballos, en cuyo tormento pereció, despues de haber sido obligado á hacer una pública reparacion á Guillermo de Dineville, se-

nor de Deschenets, maestralesa del rey, á quien habia acusado de complicitad. Sin embargo de esta reparacion huyó Deschenets poco despues al extranjero.

No quise la memoria de Gonzaga manchada con tan odiosa sospecha; y pero la de Antonio de Leyva no debemos tenerla por del todo limpia. Si se atiende á lo que él se dice en una breve relacion de su vida: que ocupándose un dia, se lee en ella, con el emperador de los negocios de Italia, osó proponerle, que se deshiciese por medio del asesinato de todos los principes que tenian dominio en aquel pais. *¿Y mi conciencia?* le dijo Carlos V. — *¡Ah! ¿Teneis conciencia?* repuso Leyva, *pues abandonad el imperio.* Es quizá pura invencion esta anecdota; mas la lizo verosimil la opinion que de si ha dejado este general, que para alcanzar el fin en sus empresas nunca reparaba en los medios; y cuyos triunfos fueron debidos las mas de las veces á los desmanes que autorizaba en sus soldados, de quienes no exigia mas que valor (1).

La misma enfermedad que quitó la vida al Delfin, atacó á Tournon un dia en que estando sudando y agitado á causa del juego de pelota en que se distraia, bebió un vaso de agua fria que pillo imprudentemente. Puede atribuirse á esto y otros sucesos que con frecuencia le enervaban, la causa de que succumbiera repentinamente de un fuerte ataque de pleuresia. Si como se aseguró tambien fué Tournon envenenado, y Montecuculi condenado con justicia; ¿puedése mirar á este italiano, continúa el historiador con justicia; ¿puedése mirar á este italiano, continúa el historiador citado como uno de esos monstruos de maldad y locura, que sin cómplices y sin motivo, en un vértigo de los supersticiones religiosas ó fanatismo político, atacan á la vida de los principes, creyéndolo accion meritoria para, con sus enemigos ó descontentos, y ponen en conocimiento los Estados sin servir á nadie. Si este triste acontecimiento se mira bajo su verdadero punto de vista, de manera alguna se puede achacar complicitad al emperador; tanto mas, cuanto que le causó un vivo pesar la muerte del principe que habia tenido en rehenes, y á quien profesaba un sincero cariño.

Habiendo hecho venir Francisco á su lado á Enrique, su hijo segundo, le recibió con lágrimas, dirigiéndole segun Mezeray, un estenso discurso que un historiador moderno resume en estas palabras. *¡llijo mio, vos habeis perdido un modelo y yo un apoyo.* El duelo universal justifica nuestras lágrimas, y dá á conocer cuán grande ha sido nuestra pérdida. El ejemplo de vuestro hermano, leccion la mas útil en vuestra edad, os ha guiado en la senda del honor; que su memoria os inspire y dirija. Heredero de su rango, sedlo de sus precoces virtudes: ellas hubieran hecho mis delicias; que las vuestras hagan mi consuelo. Imitad á vuestro hermano, superadle si es posible: vos no me lo hareis olvidar jamás: hacedme saber siempre lo recuerde. La corte que asistia á esta recepcion, no podia contener las lágrimas; y el principe parecia profundamente conmovido. Enternecido el rey con tal escena, se deja dominar por el dolor; pero se repone pronto para entregarse por completo á la defensa del reino. Pide y obtiene el nuevo Delfin permiso para hacer su primera campaña contra el emperador; el mismo rey deja el campamento de Valence y se dirige al de Avinion, mas avanzado, á consecuencia de los rumores propalados por Carlos con arrogancia, de que iba á atacar.

Mas esto no era otra cosa que una astucia para ocultar su retirada que habia llegado ya á ser indispensable. Despues de haberse paseado sin obstáculo alguno por la Provenza, indicó querer emprender el sitio de Marsella, á donde se habia retirado la valiente guarnicion de Fosano. Faltaban los viveres al ejército; y cuando despues de mil pesquisas lograba encontrarse algun gran escapado á la vigilancia de los ejecutores de Bonnevall, no se hallaba molino para molerlo, dejando tambien en terrible perplejidad al emperador la presa de un gran convoy que desde Tolon le remitian. Afortunadamente llega Andres Doria con una pequena cantidad de viveres que bastaria apenas para algunas etapas. Decidese al fin y toma un partido: embarca la artillería y bagages, no indispensables, en las galeras del genovés, y él toma el camino de Italia con alguna mas celeridad que cuando viniera. Sus soldados entre los cuales cundiera el espanto, estenuados por el hambre, la fatiga y las enfermedades, huian despavoridos y para cubrir con mas libertad arrojaban las armas que recogian los paisanos emboscados para esterminar á aquellos que les habian ocasionado la miseria y la desolacion. No se daba cuartel; lo mismo era muerto el que se entregaba que el que se defendia. La pérdida de Carlos V en esta retirada, si nos atenemos á lo que dicen todos los historiadores, fué inmensa y superior acaso á la que sufrió el condestable de Borbon en los mismos lugares y parecidas circunstancias. Quiso el rey perseguirle; pero Montmorency se opuso en el consejo, demostrando que no habia necesidad de batir un ejército que por si mismo se disolvia.

(1) No podemos los españoles creer al gran Leyva capaz de semejante maldad. Reproducimos el estampado en la nota de la página 247; cuanto Anquetil refiere contra Carlos V y sus súbditos, debe tomarse á beneficio de su inventario.

(N. del T.)

siendo ademas peligroso proveerle porque no habia llegado aun á tal estado de debilidad que no pudiese, escitado por la desesperacion, volver la cara y poner en un apuro á sus vencedores.

Habian entrado tambien por el Norte los flamencos mandados por Enrique conde de Nassau, logrando batir á Guisa, asolar la Picardia y poner sitio á Perona, último obstáculo con que tropezaron en el camino de la capital. Roberto de la Mark, mariscal de Fleuranges, habiase encerrado allí dispuesto á defender tan importante plaza hasta el último estremo. Al saber el rey el peligro que corria Perona, destaca de su ejército un cuerpo respetable de caballería y diez mil infantes que partieron á marchas buenas, llegando cuando ya la ciudad estaba libre de sus enemigos. Se habian empleado en su ataque todos los recursos del arte militar de la época; los enemigos llegaron á disparar hasta mil y ochocientos cañonazos por dia, minaron é hicieron volar fortificaciones y torres, entre estas la tan nombrada donde Carlos el Simple y Luis XI habian estado encerrados; lanzaron sobre la ciudad carcasas ó fuegos que incendiaban los edificios, y dieron muchos asaltos, en los cuales sufrieron pérdidas de gran consideracion. A pesar de que el hambre dejaba sentir sus rigores, no hablaban una sola vez los habitantes de rendirse, secundando bizarramente los esfuerzos de las pocas tropas de la guarnicion, con las que compartieron gloriosamente los honores del triunfo. Despues de un vivo y obstinado ataque en que habian sido rechazados los enemigos, dejaron por la tarde las escalas arriadas á los muros como si se propusieran repetir la embestida por la noche; pero al siguiente dia ya habian desaparecido, logrando con aquella astucia evitar la persecucion de los sitiados y la del duque de Vendome que acababa de unirse con ellos. Los parisienses dieron tambien pruebas inequivocas de decision al aproximarse los invasores: ofrecieron toda su artillería que era numerosa, y la manutencion de diez mil hombres, interin los enemigos no repararan la frontera.

Seguia el emperador la direccion de la costa con los restos de su ejército, decidido á refugiarse en Génova. Poco faltó sin embargo para que le fallase este recurso, porque algunos oficiales franceses que se habian quedado en el Piemonte, unidos á las partidas italianas que se levantaron contra los imperiales, hacian la guerra con ventajas, llegando á aproximarse á aquella plaza donde sostenian una faccion que les debia facilitar la entrada. Afortunadamente para Carlos, fué descubierta el plan por un tráfugo que lo rebela á la faccion contraria, haciendo al emperador entre los franceses del Piemonte, y los del campo de Avinion, que el rey habia enviado en su persecucion y que le seguian muy de cerca. Se embarca en Génova en las galeras de Doria con cuantas tropas pudo, dudoso aun si acompañaria al ejército en Italia ó se iría á España, por cuyo último partido se decidió al cabo.

En el mar experimentó esta vez las mismas contrariedades que en tierra. Una furiosa tempestad dispersa la flota y hace zozobrar á seis galeras que iban cargadas con los equipages. Este desastre le proporciona al menos el dar á conocer su sangre fria. Escribe á los principes protestantes de Alemania, de quienes esperaba alguna sublevacion si le creian derrotado, que su retirada no era otra cosa que una estratagema, cuyos buenos efectos se verian muy pronto. La misma manifestacion hace al rey de Inglaterra; pero Francisco envió á este para que le entrase de la verdad, á un capitán testigo de la derrota del ejército imperial, que habia pasado de los límites de un juego de simple estratagema.

Este mismo enviado era el encargado de participar al rey el proyectado enlace de Magdalena, hija de Francisco, con Jacobo V, rey de Escocia. Habia sido muerto el padre de este principe, como hemos dicho ya, en 1515 peleando á favor de Luis XII; y entrando el hijo ahora de los peligros que corria la Francia, habia embarcado diez y seis mil hombres, arribando á Dieppe la flota, dos veces alejada de las costas francesas por contrarios vientos. Como llegara á noticia de este principe que el rey iba á aventurar una batalla, deja sus tropas y se dirige en posta al campo real para encontrarse en el empeño. Tamano servicio quiso premiar Francisco con una estrecha alianza desagrado al rey de Inglaterra, tuvo que concretarse á un acto de política. El jóven rey de Escocia encuentra en Lion á su futuro suegro que volvia de recorrer parte de la Provenza, donde ejerció su liberalidad, distribuyendo socorros á los desgraciados é indemnizando de la mejor manera que las circunstancias le permitian, los sacrificios hechos por aquel misero pais. Las demostraciones de sensibilidad y afecto y las insinuantes maneras con que su afabilidad acompañaba estos socorros, le captaban mas gratitud y cariño que los dones que con profusion esparcia. Llegado á París dá de nuevo gracias á Dios, como públicamente habia ya hecho por el triunfo de sus armas, y dispone la celebracion del matrimonio entre el rey de Escocia y su hija.

Continuaba la guerra en el Piemonte con suceso vario. El marqués del Guasto, sucesor de Antonio de Leyva que habia muerto en

la expedición de Provenza, no menos hábil que este en armas y consejo, mandaba las tropas del emperador. Humieres que capitaneaba las del rey, no estaba adornado al parecer, de las cualidades necesarias para luchar con ventaja con tan diestro adversario; y nunca les hubiera tenido de nada le sirvieran, por la fatal carencia de recursos en que le habían dejado y la insubordinación de los lansquenetes que componían la mayoría de su ejército. Así fué sorprendido, burlado y batido por Guasto que le acorraló hasta forzarle á entrar en el Dellinad, dejando abandonadas en el Piemonte guarniciones que una tras otra se fueron entregando al vencedor. No fué mas afortunado Francisco I en sus negociaciones con los príncipes italianos, que rehusaron tenazmente declararse contra el emperador; querían escarmentados de pasados reveses, ser neutrales, haciendo mas aun sus antiguos aliados los venecianos, quienes unieron sus tropas con las del emperador. Tal negativa decide al rey á entrar en una alianza ofensiva y defensiva con Soliman, emperador turco, quien se compromete á enviar una escuadra con tropas de desembarco á las costas de Nápoles, donde harían una correría, al mismo tiempo que el rey de Francia atacaría el Milanesado.

No era únicamente la ambición lo que dividía á ambos monarcas, si no ólo y animosidad personal. Carlos aprovechaba cuantas ocasiones se le leparaban, de recordarle al rey su prision, y sea por esto ó fundado en la dignidad imperial, afectaba una insultante superioridad sobre su adversario. Francisco quiso hacerse conoedor, apelando á derechos tradicionales que él se hallaba sobre este desdichado rival. Insturayó un juicio contradictorio en el parlamento con asistencia de los príncipes de la sangre, los pares del reino, muchos prelados y señores distinguidos. Ante tan augusta asamblea, acusando el abogado del rey á Carlos de Austria, poseedor de los condados de Flandes, Artois y Charolais, de criminales excesos contra el rey su señor, reclama la anulación del abandono hecho del señorío de estos feudos en los tratados de Madrid y Cambrai, y sienta que es nulo dicho abandono, por cuanto aquellas provincias han dependido siempre de la corona, y el mismo Carlos había faltado á los tratados en que apoyaba sus pretensiones. Una vez colocado Carlos en la condiccion de vasallo, le acusa de haber llevado la guerra á tierras de su señor, y de haber autorizado asechanzas contra su vida y las de sus hijos; de todo lo cual deduce que se le deben confiscar los feudos en justo castigo de su delito. La sentencia dictada fué en todo conforme á la acusacion fiscal: se declara por ella á Carlos culpable de felonía, se ordena el embargo de las tierras de que debe homageage, y se le emplaza y exhorta á que comparezca á dar cuenta de su conducta ante el tribunal de los Pares. Hizole saber el rey la citacion enviándole un salvo-conducto, que reacia indignar Carlos, el que dice con la mayor irritacion al heraldo: «Iré, iré; pero tan bien acompañado que haré al rey que se arrepienta de tantas y tan frecuentes violaciones como se permite de los tratados de Madrid y Cambrai». Dispone al mismo tiempo que sus tropas entren por la Picardía á sangre y fuego.

Sale el rey á campaña, reacciona á sus enemigos, apodérase el mismo de Heslín, punto entonces importante, y fortifica otros que convitiesen al enemigo si tentaba ulteriores incursiones. Vueltos los enemigos y toman algunas plazas; mas torna á aparecer el rey en el teatro de la guerra, las reconquista y se apodera de muchas otras; pudiendo haber llevado mas lejos sus banderas, si no fuera por María, reina viuda de Hungría, hermana del emperador y regente de los Países Bajos desde la muerte de su tía Margarita, quien pide y logra una suspension de armas de tres meses para su gobierno, y la promesa de que no se negaría el rey á acceder á una tregua mas general que pudiese traer la paz.

Se cree que el motivo que hizo abandonar á Francisco sus empresas por aquel lado, no fué otro que su malhadada pasion por el Milanesado, en cuya conquista pensaba incesantemente. Retira pues de Flandes sus principales fuerzas que envía á Italia, bajo el mando de Montmorency á quien acompañaba el Dellin. Puerza el mariscal el paso de Suze defendido por diez mil españoles, abastece y socorre á Pignerol y Turin que ocupaban todavía los franceses, y batía al marqués del Guasto, cuando fué detenido en sus triunfos por órdenes del rey, que anunciaban su próximo arribo, y no quería que sin él se arreglase nada. Pronto en efecto para dar mas calor á las operaciones, traspone Francisco los Alpes y se coloca al frente del ejército; mas le aquí que en vísperas de algun hecho de armas importante que se podia tener ya por seguro, ajusta una tregua de tres meses para este país como habia acordado tambien para Flandes; tregua que fué seguida de otra de medio año, á contar desde mediados de febrero del siguiente.

Este intervado daba tiempo á las negociaciones entabladas sobre fronteras en las cortes de rivales y aliados. Los príncipes beligerantes cansados ya de guerra estaban dispuestos á avenirse; Francisco, sin embargo, pudo mejorar aun su buena posicion de que debió aprovecharse para facilitar la paz. Dió por excusa de su inacción la falta de Soliman al ataque de las costas napolitanas como habia ofrecido; y el Sultán respondió que, presto á desembarcar

numerosas tropas, habia visto que debiendo el rey precederle, según lo convenido en las hostilidades de Italia, se divertía haciendo en Flandes. El rey pasó en persona á Italia, según se ha dicho, pero demasiado tarde para poderse aprovechar de la buena voluntad de Soliman, quien se contentó con algunas correrías por la costa, realizadas por su almirante Barbarroja; y debiendo entrar muy luego el mismo Soliman en Dalmacia, á la cabeza de cien mil hombres, se retiró harto molino á la noticia de las negociaciones y treguas que se preparaban.

Aprovechase de la tregua el Papa Paulo III para tratar de reconciliar á estos dos encarnizados enemigos. Idea original y difícil empresa pareciera poner frente á frente sin peligro á estos dos hombres, que despues de tanto insulto como se habían prodigado, debían según las leyes de la caballería, perseguirse de muerte y no verse sino lanza en ristre y espada en mano. Sin embargo, el Pontífice logra reducirlos á que se avisten los dos en Niza, que estaba aun en poder del duque de Saboya, para conferenciar, y él mismo como mediador se traslada al efecto á esta plaza. Francisco I aparenta desearlo, y Carlos no demuestra repugnancia, aunque teme que le apremie demasiado Francisco por una decision acerca del ducado de Milan y otros artículos sobre que no habia variado él de opinion. Por esta vez se quedaron en las cercanías de Niza y no se verificó la entrevista. Sin embargo; el Papa continuó trabajando con bastante fortuna para hacerles entrar en una tregua de diez años que por el estado de las cosas se cerró á costa del pobre duque de Saboya. La mayor parte de cuyas plazas estaban en poder de los franceses, como las del Milanesado en el de los españoles. A esto quedó reducido cuanto pudo conseguir el Papa que habia llegado á concebir la insongera idea de una paz definitiva, por la cual á pesar de su edad y achaques habia emprendido tan largo y penoso viaje. Habíase ocupado tambien, aunque sin resultado alguno, en ponerse de acuerdo con los dos príncipes respecto á la apertura del concilio general, tan inútilmente demandado á su predecessor Clemente VII, y que él deseaba tuviera efecto en Mantua ó Vicencia, ya que el duque se negaba á que se reuniese en la primera de estas poblaciones; pero ahora como en las anteriores veces habia fracasado tal pensamiento.

Así que Carlos V estuvo seguro, firmada la tregua, que no se veria espuesto á exigencias molestas que esquivaba, se mostró mas francamente propicio á la idea de avistarse con Francisco; se embarca no obstante en su flota que torna rumbo á España; pero al pasar frente á la isla de Santa Margarita, impedido por su voluntad ó los vientos contrarios, arriba á ella y le hace desde allí saber al rey que se encontraba en Avinon, que tendria un placer en abrazarle en Aigues-Mortes. A la primera entrevista siguieron confianzas particulares y mútuos obsequios que eran en apariencia la expresion de una amistad verdaderamente fraternal. No puede dudarse de que Francisco obraba con la mayor franqueza y buena fé, dando de su sinceridad pruebas bastante imprudentes, si es cierto que en el abandono de la conversacion, confió á su cuidado el secreto de sus inteligencias con los protestantes de Alemania y el rey de Inglaterra.

Puede citarse otra prueba mas positiva de su buena fé, en el hecho de negarse á socorrer á los galeses insurreccionados contra el emperador. Ofrecian estos al rey permanecer constantes en la alianza con él anteriormente contratada, le daban para ello las mayores seguridades y se comprometian á poner de su lado toda la Flandes, valiéndose de las inteligencias que en las demas poblaciones tenían. Los miembros del consejo exhortaban al monarca á aceptar la proposicion, representándole que lejos de arbrigar al efecto escrupulo alguno, era su deber, como señor feudal, proteger á los súbditos de los feudos dependientes de su corona, con tanta mas razon, cuanto que no se habia levantado aun el embargo decretado en sentencia del Parlamento de Paris, y que obrando así se pondria en posesion de tierras legitimamente adquiridas. Mas á tan unánime peticion, el rey dirigido por Montmorency, en cuya austeridad probidad habia puesto toda su confianza, y á quien acababa de elevar á la dignidad de conestable, opone la convenida tregua, diciendo que estimaba en mas su palabra dada con entera libertad, que el imperio del Universo. No se contentó con negarse á la peticion de los rebeldes. Hizo mas aun: envió sus cartas al emperador, uniendo á esto lo que puede llamarse la inocentada de darle consejos sobre lo que debia poner en práctica su enaudo para sujetar los disidentes.

Demasiado sabia Carlos cuánto le urgía poner remedio en esto, antes que se propagase el incendio; para ello era absolutamente precisa su presencia con la mayor prontitud en el país sublevado; pero ¿cómo iria en brevísimo tiempo desde España á donde se hallaba? ¿Por el Océano? Los temporales podían retardar su llegada, ó arrojarse acaso sobre las costas rebeldes ó las de Inglaterra, á cuyo rey no contaba entre sus mejores amigos. ¿Pasaría él Mediterráneo? Mas desde Italia, á donde arribaría, tendria que atravesar la Alemania, donde los príncipes protestantes le pondrian estorbos, si no hacian algo peor. Todo bien combinado, juzga que no tiene paso





la defensa ó á manos de asesinos, fueron ellos muertos y arrebatados sus equipajes. Creyeron encontrar en estas las instrucciones, pero Langey habia tenido la precaucion de reternerlas para enviarlas despues, como lo hizo, por mas segura via á su destino.

El rey exigió solemnemente á Carlos una reparacion de este ultraje, amenazándole con declararle la guerra si no se le satisfacía en el plazo de cuatro meses. En Luca, donde á la sazón estaba con



Muerte de Bayardo.

el Papa el emperador, le hicieron presente esta demanda: exhórtale el Pontífice á que ponga silencio, por medio de una satisfaccion cualquiera, á una queja que podia dar motivo á que se turbase la paz en toda Europa, y por lo menos á que desaprobe la conducta de su general; pero lejos de hacerlo así, le justifica. Los dos hombres muertos, dijo, no estaban revestidos de tal carácter de embajadores. Navegando como piratas, por decirlo así, aunque con numeroso acompañamiento, los tuvo Guasto por gente sospechosa: mandó tropas á prenderlos; se resistieron y nada tiene de particular que en la confusion del combate fuesen heridos por casualidad los dos viajeros que han sido desgraciadamente victimas de su precaucion clandestina.

Si Carlos V llegó á tener algun remordimiento de este doble asesinato, fué sin duda por su inutilidad; puesto que, gracias á la prevision de Langey, los papeles de que pensaba sacar alguna luz, no los llevaban consigo. Respecto á las hostilidades con que le amenazaba Francisco I, al revés de tomarlas, creyó que apetecia que el rey de Francia las rompiera cuanto antes, á fin de presentarse nuevamente como en desquite, con un nuevo ejército en la Provenza, á cuya conquista aspiraba tan tenaz é infructuosamente como Francisco á la del ducado de Milan. Con esta intencion ó la de preparar alguna empresa contra Soliman, aprestaba al mando del Doria una flota respetable, con destino, decia él, á escarmantar á los piratas africanos que infestaban las costas de España. Embarca en ella veinte y cuatro mil hombres, la flor de sus tropas, y presto ya

á darse á la vela, es enterado de que las inteligencias que tenia en la Provenza, fueron descubiertas unas, siendo las otras poco apropiado para su objeto. Tornando pues á su primera intencion contra los infieles, cuya noticia habia hecho correr posomposamente en todas las naciones cristianas, zarpa de Porto-Venere en el territorio de Génova, y toma rumbo á Argel. Apenas desembarca en esta funesta playa, y cuando no habia podido aun descargar los viveres y tiendas, estalla una terrible tempestad, inúndase el campo, se estrellan muchas galeras contra las rocas, y son obligadas otras á tomar puerto en una bahía á cuatro jornadas de Argel. Antes de haber tenido ocasion de medir sus armas, le fué forzosa la retirada. El ejército entorpecido en su marcha por un sinúmero de enfermos y heridos, privado de viveres, retardado por los torrentes, y continuamente incomodado por los árabes, no pudo llegar á su destino sin experimentar inmensa pérdida; sufriendo, cuando logró reembarcarse, otro furioso temporal que dispersó de nuevo las galeras. Llevándolas á costas diversas. El mismo emperador arribó otra vez á la de Africa, habiendo dado motivo á la noticia de su naufragio, la carencia, por quince dias, de noticias de su paradero. Perdió en esta fatal expedicion quince galeras y ciento sesenta barcos de transporte, volviendo apenas á España con la tercera parte de un ejército tan brillante pocos dias antes.

Carlos V habia arriegado esta expedicion, en que empleó todo su formidable poder, en la confianza de que seria Francisco bastante escrupuloso para no incomodarle interin estuviese él enredado



Francisco I entregando su espada en la batalla de Pavia.

con los infieles. En efecto, sea por este religioso motivo ó porque no se hallase aun preparado, hasta que estuvo de vuelta el emperador, no desplegó el rey sus intenciones y sus fuerzas. Aparte de un cuerpo poco numeroso de observacion en la Picardía, que mandaba Antonio de Borbon, duque de Vendome, levantó dos grandes ejércitos, destinados uno contra el Rosellon á las órdenes del Delfin, y otro contra el pais de Luxemburgo, bajo el mando de su

hijo segundo el duque de Orleans. Conocidos son los antiguos derechos de Luis XI sobre el Rosellon: Carlos VIII, su padre, los tenía también iguales sobre el Luxemburgo, disputado con justicia como antes á el ducado de Borgoña. Se libró pues á la suerte de las armas el decidir la validez de estos derechos, que segun el tratado de Cambrai debian los dos principes ventilar amigablemente.

Dirigia con sus consejos al duque de Orleans Claudio de Lorena, duque de Guisa, distinguiéndose entre los soldados que servian á sus órdenes á Francisco de Borbon, conde de Enghien, hermano segundo de Antonio de Borbon, nuevo duque de Vendome y primogénito del famoso Luis, primero que llevó el apellido Condé; Francisco de Lorena, conde de Aumale, primogénito del duque de Guisa y destinado á alcanzar mayor renombre que su pa-

dre; en fin, Gaspar de Coligny Chatillon, sobrino por su madre del condestable de Montmorency, muy amigo á la sazón del conde de Aumale y su implacable enemigo despues. Con tal guia y estos oficiales hizo el joven principe rápidos progresos, llegando á apoderarse de todas las poblaciones del pequeño ducado, inclusa la capital; pero así que llegó á su noticia que iba á darse una batalla en el Rosellon, donde estaba el Delfin con su ejército, en lugar de entrar en los Países Bajos disuelve el duque de Orleans el suyo, guarneciéndolo con él las plazas fronterizas, y toma la posta para encontrarse en el combate que al fin no se llega á trabar. El emperador que estaba en España tenia sus fuerzas á la defensiva, publicando que muy luego iria á ponerse á su frente. Creyólo el rey tan cierto que avanzó hasta Montpellier con la decidida intención de encontrarse cuerpo á cuerpo con su rival si podía dar con él en el campo de batalla; mas como no pareció empuñó el Delfin el sitio de Perpignan. A pesar de la reserva con que se portaron los generales franceses Annebault y Montpezat, fué completamente orientado el emperador anticipadamente de sus proyectos sobre esta plaza: de suerte que á la aproximación del Delfin se hallaba perfectamente provista y municionada, haciendo una resistencia vigorosa que la tenacidad característica del duque de Alba anunciaba se prolongaria por mucho tiempo. Se pasa el tiempo en ataques que costaron mucho y sin utilidad, viniendo al mismo tiempo los escesivos calores del estío á sembrar en el ejército enfermedades epidémicas que hicieron gran número de victimas. La proximidad de las lluvias del otoño, que en este país causan tormentes y avenidas terribles, hicieron recelar que llegarían las inundaciones á interceptar la vuelta del ejército, por lo cual dispone el rey el levantamiento del sitio y que se internen las tropas. Muy lejos el Delfin de querer abandonar sin resultado la empresa, como el duque de Orleans habia hecho voluntariamente con la suya, se obstinaba en continuar; pero llegaron á ser tan absolutas y precisas las órdenes del rey, que fué preciso obedecer. Cayó enfermo el principe de pesadumbre, costándole medio año el restablecimiento. Amábanse poco ambos hermanos. Las rivalidades de sus favoritos hicieron nacer con frecuencia las disensiones que no son raras en las cortes de los monarcas ancianos, y mucho mas si andan damas por medio.

Se atribuye al influjo que la duquesa de Etampes conservaba sobre el rey la destitucion del canceller Poyet, «cuya desgracia, dice Mezeray, -salió de la antecámara de las damas.» Su nacimiento ni proteccion, solo por su mérito y reputacion en el foro, habia llegado á la primera dignidad de la magistratura; pero desdichadamente, cuando estaba en el apogeo de su crédito, es llevada á su tribunal una causa que le proporciona la ocasion de complacer al rey y satisfacer á la par una vengauza que deseaba. El almirante Chabot, conocido mas bien por el nombre de Brion, soldado valiente, pero brusco é indómito con sus superiores, arrogante con sus iguales, y en otro tiempo favorito del rey, cayó en desgracia por su desmedido orgullo, y sobre todo por haber desafiado al rey á que no era capaz de encontrar motivo para encausarle. Picado el monarca manda que se le procese, aunque con la secreta intención de gozarse despues en perdonarle. Nada podia ser mas del gusto del canceller, quien con frecuencia habia tenido que sufrir los impetus del genio imperioso del almirante. Toma pues con ardor el servir al resentimiento del rey: compone la comision de aquellos magistrados á quienes cree mas dispuestos á entrar en sus designios, y tan bien les alecciona que Chabot, á quien podia apenas inculparse de ciertas insignificantes exacciones sobre los barcos que se destinaban á la pesca, fué sentenciado á privacion de cargos y honores y á ser degradado. Contento el rey con haber mortificado á su altanero favorito, lo repone en efecto en todos sus bienes y honores, pero Chabot murió de pesadumbre.

Era pariente de la duquesa de Etampes, y esta dama no puede perdonar al canceller la afrenta sufrida por el almirante, aprovechándose para vengarse, de la primera ocasion que se le presenta. Poyet era firme y aun duro en el desempeño de su cargo. Un día se le presenta un protegido de la duquesa con una recomendacion del rey para la aprobacion de una gracia, pero advirtiéndolo de algunas nulidades ó defectos, se niega el canceller á lo que se le propedia. Corre ella inmediatamente al lado del monarca, y le presenta la negativa del canceller como un acto irreverente, como una imprudente oposicion á la voluntad del rey y un alarde de au-



Carlos V y la duquesa de Etampes.

haber mortificado á su altanero favorito, lo repone en efecto en todos sus bienes y honores, pero Chabot murió de pesadumbre.

Era pariente de la duquesa de Etampes, y esta dama no puede perdonar al canceller la afrenta sufrida por el almirante, aprovechándose para vengarse, de la primera ocasion que se le presenta. Poyet era firme y aun duro en el desempeño de su cargo. Un día se le presenta un protegido de la duquesa con una recomendacion del rey para la aprobacion de una gracia, pero advirtiéndolo de algunas nulidades ó defectos, se niega el canceller á lo que se le propedia. Corre ella inmediatamente al lado del monarca, y le presenta la negativa del canceller como un acto irreverente, como una imprudente oposicion á la voluntad del rey y un alarde de au-

toridad punibles: atiende el débil monarca á las instigaciones del resentimiento de su querida, y ordena el arresto del canceller. Le prenden en su lecho, es tratado con un rigor indecente y llevado de la Bastilla á la Conserjería para ser juzgado por el Parlamento.

Como aproximadamente se conocia la causa é intencion del proceso, no se daban prisa á acabarlo, teniéndolo como olvidado; mas cansado ya Poyet de sufrir en la prision tres años, más con tantas instancias ser juzgado que ya no fué posible demorar más. El rey, estraordinariamente prevenido contra Poyet, le veia tan criminal que llegó á decir: «Si no se encuentra culpable mas que de cien crímenes, quiero que lo absuelvan, para que nunca pueda decir que es mas rigurosa mi justicia que la de Dios, que perdona hasta setenta y siete veces.» Pero á pesar de las mas severas pesquisas y de la decidida intencion de llevar adelante el asunto, hubiera sido difícil motivar una sentencia; cualquiera que fuese, si entre los acusadores no se hallasen algunos de los jueces de Chabot, quienes le acriminaron que se había valido de medios reprobados y hasta de violencia para conseguir un voto en tal proceso. Por sentencia que dictó el supremo tribunal, á cuya solemne lectura se hizo asistir al reo, quedó privado de su empleo de canceller, inhabilitado para ejercer ningun otro cargo real, condenado á cien mil libras de multa, sufriendo hasta su completo pago de cien mil libras de multa, presidio con las precauciones que quiere el rey adoptar.» Vuelve á su antigua profesion de abogado y tiene que ganar su vida con sus consultas y defensas. Chabot y Poyet son ejemplos saludables: el primero para aquellos que ante los principes quieren conservar toda su independencia; y el segundo para los que llevan con ellos su complacencia hasta el extremo. Montholon, el abogado del condestable de Borbon, fué ellevado entonces á la dignidad de guarda-sellos en reemplazo de Poyet.

Veinte y ocho años llevaba de duracion la guerra, y en este largo período habiase anegado la tierra en sangre, y el mar tragado muchos hombres, vageles y riquezas; apenas se habia dejado á los pueblos gustar los bienes de pasageros reposos, condegados por dolores y fraudulentos tratados, causas de nuevas colisiones. Las contribuciones iban siempre en aumento «porque ellas, dice Mezeray, no cesan de reproducirse y nunca mueren.» El rey habia desastancado la sal; pero á las provincias donde siempre fuera libre el comercio de este artículo, exigió, como á las otras donde habia abolido tal zabela, un ligero impuesto que indemnizase al tesoro real de la pérdida que experimentaba con esta medida. Los habitantes del Amnis, del Pouton y de Saintonge se negaron á pagar este suplemento, amotinándose contra los encargados de su exaccion; la ciudad de Burdeos y casi todas las que se encuentran en el país que banan el Garona y el Dordona siguieron su ejemplo; imitóles la Rochela. Era este un incendio que se extendia tomando grandes proporciones, y que solo la presencia del rey podia contener, como él mismo lo conoció. Llegó pues al frente de su ejército del Rosellon como monarca irritado, para convertirse despues en indulgente padre. La clemencia y algunas pequeñas concesiones oportunas, volvieron las cosas á su antiguo orden. La dura ley de las circunstancias que atravesaba el país, habia habia entonces acostumbrado á los pueblos á sufrir el peso de los impuestos sin murmurar; pero, se llegó á comprender que las quejas que acompañaban á sus representaciones, atribuían su prostracion muy justamente al lujo del monarca, á sus favoritos y queridas, mas ruinoso azote y monstruos mas devoradores que la guerra misma.

Dieron principio á sus ataques este año los dos rivales por largos informes y representaciones que enviaron al Papa, y á que dieron publicidad en las demas cortes. Escribia el emperador al soberano Pontífice: «El rey de Francia no piensa mas que en hacer mal, y yo por el contrario solo me ocupo en hacer bien: es injusto é en sus demandas, y yo no pido otra cosa que lo que autorizan mi derecho y la equidad; él se ha propuesto la ruina de la cristiandad por su alianza con el turco, y yo he tomado á mi cargo su defensa: él infringe todos los tratados de paz, y yo no solo le perdono sus ofensas, sino que aun le abandono lo que me pertenece, para evitar el derramamiento de sangre cristiana: todo lo quiere invadir y conquistar, cuando yo me contento con lo que es mio, y cifra mi gloria en proteger á los que él oprime, y en defender la Iglesia romana.»

El rey contestó á esta justificacion farisáica, no confesando sus faltas como el humilde publicano, sino sacando á plaza todas las de su adversario. Se llama Carlos, dice en un estenso manifiesto, el protector de la Iglesia, y ha tenido mas de seis meses encerrado al papa Clemente VII, sin quererle abrir las puertas de su prision, hasta que me puse yo en camino para romperlas; ese es el principe religioso, que reemplazando un turco por un moro, ha sacrificado vida de inmenso número de sus súbditos cristianos, en la expedicion de Tunes, al bárbaro asesino de diez de sus hermanos, el bey de quien se declaró aliado; es el protector de los oprimidos ese que

ha abandonado al emperador turco la reina Isabel, viuda de Zapsolski, rey de Hungría, y á su hijo, proponiendo al Sultán la paz con los estados del desvalido huérfano; es ese el principe católico cuando tolera á los protestantes de Alemania, les permite que despojen iglesias y roben al clero, para que accedan á su petición de socorros, que le ayulen á devastar la Francia; es el riguroso observador de las leyes y amigo de la humanidad, ese que dispone el asesinato de mis embajadores; y es el celoso defensor de la Santa Sede ese que se une al casmítico rey de Inglaterra, apoyándole culpables de las guerras que conmovian la Europa, no quiso darse á ninguno de los dos imperios; sufriendo el castigo de su neutralidad con la negativa del emperador á dar la investidura de los ducados de Parma y Plasencia á su nieto, como habia prometido.

Se rompieron las hostilidades contra Guillermo, duque de Cleves y de Juliers, quien por pactos de familia habia heredado de Carlos de Egmont, último duque de Gueldras, á pesar de las protestas y reclamaciones del duque de Lorena, sobrino de Carlos, y de los derechos de la segunda rama de la casa de Egmont. Tan ardiente aliado aquel de Francisco I, como su predecesor lo habia sido de Carlos V, sufrió de este la pena con la invasión de sus estados, que Guillermo valerosamente defiende, logrando la cooperacion de sus vecinos que por teme igualmente acometidas en sus posesiones, corrieron á ayudar al oprimido. Esto hizo creer á Francisco que se iba á levantar la Alemania entera en favor del duque, para animar al cual, dándole el propio tiempo seguridades de que no se veria abandonado en la empresa, arregla el matrimonio de este jóven principe con Juana de Albrét, su propia sobrina, hija de la reina de Navarra su heredado de su esposa que solo tenia once años, en seguida el principe delado de su esposa que solo tenia once años, en teatro de la guerra, para defender sus tierras. Creyó el duque que le seguirian prontos los socorros, que si bien llegaron eran tan débiles y tardos, que le fue no poder salvar sus posesiones y súbditos, quienes creyéndose abandonados á merced del emperador unos, y ganados por el dinero de España otros, le espeonian que estaba vendido por el supuesto protector. Tomó en consecuencia el partido de ir á arrojarse á las plantas de Carlos V, y ponerse á discrecion de su generosidad. Le recibió el emperador con aspereza; sin embargo, le devuelve el ducado de Cleves y de Juliers que acababa de conquistar, reservándosese el de Gueldras y Zutphen. Desde entonces quedó anulado el matrimonio con la princesa de Navarra, que se casa despues con Antonio de Borbon, duque de Vendome, llegando á ser madre de Enrique IV.

Un interés comun unia á Francisco y á Soliman contra Carlos V; mas no se habian visto aun juntas en el campo las lixes y la media luna; curioso fenómeno que se realizó en el sitio de Niza, último asilo del duque de Saboya. Los franceses mandados por el jóven conde de Enguien la atacaban por tierra, mientras que sus galeras mezcladas con las turcas, al mando de Barbarroja rey de Argel y almirante del Sultán, la bloqueaban por mar. Se tomó luego la plaza, mas no así la fortaleza, que tenia por cimientu una enorme y elevada roca en que no hacian mella la mina ni el canon, y cuyo comandante dirige tan bien la resistencia, que da tiempo á que lleguen Guasto, Doria y tropas papales á sacarle del apuro. El almirante musulman echa en cara con arrogancia y desprecio á los franceses su flojedad en las operaciones del sitio, y que no atiendan mas que á sus placeres, pues habian cargado sus galeras de vinos esquisitos y delicadas provisiones en lugar de pólvora, que se habia tomado la libertad de pedirle. Los abandona disgustado y vaise á descargar su furia sobre las costas catalanas y del reino de Valencia; recorre á su vuelta las de Sicilia, y entra en Constantinopla con diez mil cautivos; librándose de este azote las de Italia, merced á Guasto, general del emperador, en cuyo poder estaban las poblaciones litorales.

El haber fracasado tal empresa procedió de que habia descuidado el rey esta parte de su plan de campana, mientras que dedicaba todo su cuidado á la que dirigia en persona en el ducado de Luxemburgo. El duque de Orleans su hijo, como hemos dicho ya, se habia apoderado de todo él en la campana precedente, perdiéndolo con la misma facilidad que lo tomara, por haber disuelto su ejército; y el padre que acababa ahora de reconquistarlo, queria asegurarlo como una indemnizacion, si no le era posible apoderarse del Milnesado. Agradábele este cambio y el decorarse con el título de duque de Luxemburgo, cinco veces honrado con la corona imperial. Toma pues Francisco I solemne posesion, dando públicos festejos, como tenia de costumbre en todas sus conquistas, para evidenciar, digámoslo así, su regocijo, cuando hé aquí que llega Carlos á turbarle en su reciente adquisicion, con un formidable ejército, en el cual se encuentran diez mil ingleses, cosa que maravilla en sí trae á la memoria la afrenta que Enrique VIII le habia hecho divorciándose de Catalina de Aragon. Al parecer, debía ser eterno este odio, pero no habia resentimiento que cupiese en el corazon de Carlos V, si era incompatible con sus intereses.

había encontrado medio de resfriar, ó mejor, de separar enteramente á Enrique VIII de la amistad de su antiguo aliado, valiéndose de las imprudentes revelaciones de aquel, propósito de su amistad, en la entrevista de Aigues-Mortes; pero le apremia aun mas con un motivo positivo. Estaba el rey de Francia en íntimas y cordiales relaciones con el de Escocia, Jacobo V que se había comprometido en una expedición á favor suyo, abandonada durante la campaña por una nobleza aliva é indócil que se desaprobara la expedición, llegó á morir por la violencia de su desesperacion. Habiale precedido ya al sepulcro su esposa Magdalena, hija de Francisco I. Jacobo dejó de su segundo matrimonio con una princesa de Guisa, una hija en la mas tierna infancia, tristemente célebre despues bajo el nombre de María Estuardo. La regencia de la madre era contrariada por los descontentos, á quienes escitaba Enrique VIII que tenia la vista fija sobre la Escocia, donde queria entrar ayudado por sus turbulencias intestinas; Francisco por la razon contraria tenia allí tropas auxiliares; y esto era bastante para no hallarse en la mejor inteligencia ambos monarcas; de lo cual se supo aprovechar el emperador. No obtiene sin embargo al pronto mas que un refuerzo de diez mil hombres, que hemos mencionado ya; pero es esta una considerable ayuda para su ejército que manda él mismo, asi como el rey de Francia estaba al frente del suyo. Aproximáronse estos dos rivales en las inmediaciones de Landrecies que sitiaba el emperador y que logró provistar al rey. Tantas veces se habían desaliado, que parecia ya imposible que no encontraran ocasion de entrar en liza personal; pero despues de infinitas marchas y contramarchas que absorbieron todo el tiempo, despues de haber asolado y arruinado como si estuvieran de acuerdo el misero pais, retiraron ambos sus ejércitos para llevarlos á cuarteles de invierno. Carlos, que se habia visto forzado á levantar el sitio de Landrecies, se apoderó por sorpresa de Cambrai, que hasta entonces era ciudad independiente.

La perspectiva de una guerra que ofrecia ser mas animada que las anteriores, obligó á Francisco I á adoptar medidas importantes en la administracion de su reino, y cuyos preliminares fueron varias reformas en la hacienda del Estado. Ademas de la contribucion que pesaba sobre la propiedad inmueble, dispuso se pagasen otras indirectas; creó nuevas cargas y se aumentaron las cuotas antiguas; hizo que llegase á producir mas de cien mil escudos el derecho sobre la importacion y esportacion, que daba apenas siete mil francos; fijó en veinte sueldos por medida lo que debian pagar las salinas para llenar el vacío que dejaba la supresion de la gabela que se cobraba por este artículo. Trabajaba al mismo tiempo, fuera por adquirirse aliados; mas su union con los tuocos, causa de piraterias y depredaciones que fueron su consecuencia, le hizo mucho daño en Alemania. Celebrábase en este tiempo una dieta en Spira, á la cual asistió el emperador. A fuerza de mostrar al turco pronto á invadir la Hungría, y á llevar sus armas al corazon de Alemania por instigaciones del rey de Francia, y de repetir á los protestantes que el rey era el único obstáculo que se oponia á la celebracion del concilio general, por que suspiraban, tornó al príncipe francés tan odioso, que rehusó la dieta escuchár á sus embajadores, enviados para que le justificasen ante ella, declarándole enemigo del imperio, y votando una leva de veinte y cuatro mil hombres para hacerle la guerra. Carlos estrecha tambien mas su alianza con la Inglaterra, cautivando la ardiente y entusiasta imaginacion de Enrique VIII con la quimérica idea de conquistar la Francia entre los dos, ó de tomar de ella al menos las provincias que les conviniessen. Enrique debia para ello desembarcar en Calais, y apoderarse de la Picardía y la Normandía, que era su parte; Carlos entrar en la Champagne que conservaria, á no ser que uno y otro creyesen mas oportuno llevar sus armas directamente hasta Paris, donde se juntarian para tratar cuanto creyessen útil á sus intereses.

Algo ameararon tan hermosos proyectos á la noticia de la victoria que los franceses consiguieron en el Piamonte á la entrada del verano. El conde de Englihen, Francisco de Borbon, de veinte y cinco años de edad, cuyo fin prematuro habia de suceder un año despues, acababa de reemplazar al viejo Boutieres, discípulo y pariente de Bayard, excelente capitán, pero que habia tenido la imprudencia de prescindir de las instrucciones de la corte. Englihen habia vuelto á poner sitio á Carignan, abandonado por su predecessor, cuya rendicion era ya inminente, cuando se apercebí de la aproximacion de Gustavo, que con un ejército superior al suyo en diez mil hombres iba á encontrarle. Si queria evitar el lance, forzoso era repasar los Alpes, perder el fruto de sus primeros trabajos, abandonar to las plazas del Piamonte, mal provisionadas como estaban, retirando las guarniciones para no perderlas; mas si por el contrario le esperaba, podria derrotarle; y aun en el caso de que el mismo fuera batido, podria hacer comprar al enemigo barato cara la victoria para arrancarle alguna de las ventajas de la campaña.

Tomada esta opinion, manda á Blas de Montluc á la corte á pedir al rey su autorizacion para presentar batalla, habiéndose permitido á aquel asistir al consejo que se celebraba con tal objeto. El conde de San Pablo, tío del de Englihen, el almirante de Amebaud, Ga-

liot y Genouillac y los demas miembros del Consejo, pesando todas las ventajas de una victoria con los inconvenientes de un desastre, en momentos en que estaba amenazada la Francia al Norte por las fuerzas del imperio y de la Inglaterra, opinaron todos por que de manera alguna debia esponerse al azar de una batalla. Montluc paraba de coraje, y tanto mas se impacientaba, cuanto que no le era permitido hablar, y pues ya le habian cortado juramente la palabra apenas abrió la boca, y artículó algunas. Antes de tomar un partido, á indicacion del rey que quiso oírle, habló Montluc con fuego del buen estado de las compañías, lo escogido de sus capitanes, el entusiasmo de las tropas, su desesperacion cuando llegaron á saber que se desconfiaba de su valor, la consternacion que sembraria una retirada parecida á una derrota, y cuanto con ella aventuraba la Francia en toda Italia. Opone hábilmente á este cuadro el júbilo del ejército si obtiene la autorizacion que solicita; y llevado de pronto por su poética imaginacion al campo de batalla, espresa con todo el delirio de su ardor guerrero cuando le dictó su corazon, llegando los viejos guerreros que componian el consejo á participar de su entusiasmo. Vuelve el rey con inquietud sus miradas al conde de San Pablo. «Podeis bien, señor, le dice el conde, escusaros el trabajo de meditar lo que dice este loco, que no ve mas que una batalla sin cuidarse de las consecuencias.—No pienso yo asi, responde el rey; Montluc da razones que merecen un profundo y detenido exámen. ¿Y qué piensa el almirante?—Señor, respondió Amebaud, yo concenzo al ejército del Piamonte, porque lo he mandado, y garantizo con mi honor que si le acordais vos el permiso que pido, oficiales y soldados lucharán como hombres de corazon. Si serán vencidos ó vencedores, solo Dios puede saberlo. Dirigios pues á él, y haced lo que os inspire.» El rey entonces, uniendo las manos, eleva los ojos al cielo. «Padre de las luces, dice, inspírame el partido que debo seguir para la exaltacion de tu nombre y la salud de mi pueblo. Despues de haber estado algunos instantes en la mas profunda meditacion, «que peleen, grita, que combatan!—Se levanta en seguida de su sitial, y apoyándose en Montluc le dirige estas palabras: «Amigo mio, encomiendote á mi sobrino Englihen; le cortarás fielmente cuanto acabas de ver, y di de mi parte á todo el ejército que solo la grande confianza que me inspira pudo determinarme á tomar partido tan azaroso.—Loco, dice entonces el conde de San Pablo á Montluc riéndose, tu vas á ser la causa de la mayor dicha ó desgracia que podia sobrevenir á la Francia.—Monsieur, le responde Montluc, dejadnos obrar, y podeis contar con que las primeras noticias que recibireis de Italia os dirán que los habremos hecho trizas á todos.» Lanzándose en seguida fuera de la sala del Consejo, y encontrando á una multitud de caballeros jóvenes que impacientes estaban esperando el resultado, «¡A la batalla! les dice brincando de alegría, á la batalla! que me sigan cuantos quieran tomar parte.» Todos le siguen, determinando su ejemplo á unos mil nobles, entre los cuales se nota al viejo Boutieres. Impulsado por la nobleza de su proceder, dále el conde de Englihen el mando del ala derecha.

Ambos ejércitos se encontraron en una llanura cerca de Cerisoles, de donde esta batalla tomó nombre. Fue muy sangrienta. Los dos generales se creyeron alternativamente vencedores y vencidos. Caupó al fin el francés, mas no sin haber pasado por grandes angustias. Al ver en derrota á la infantería auxiliar, habia creído un momento desesperar su situacion; no pensaba ya mas que en vender cara su vida, y en no sobrevivir al desastre, cuando la caballería, maniobrando rápidamente en la llanura, sostiene el ímpetu del enemigo, vuelve la infantería al combate y decide la victoria. Creiase Gustavo tan seguro del triunfo, que habia llevado cuerdas y cadenas para sujetar á los prisioneros que cogiera y destinaba á las galeras. Herido Gustavo en la accion, y recelando que le harian expiar, si era prendido, el asesinato de los embajadores Rancon y Fregose, no esperó al final del lance para ponerse en seguridad, olvidando en esta retirada á un cuerpo de tropas italianas, que hasta su orden espresa no podia moverse, y cuya inaccion valió quizá la victoria á los franceses. Los enemigos perdieron mas de doce mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Fue considerable el botín cogido, porque habia en el ejército enemigo gran numero de señores alemanes, españoles é italianos, que habian llegado con magníficos trenes; se encontró tambien en el campo una fabulosa cantidad de vivres y provisiones de todo género, que estaban destinados para la plaza de Carignan sitiada por los franceses, y que Pedro Colona, que se habia apellidado Pirro, se entregó despues de la victoria, no porque esta desalentase á sus defensores, sino porque no tuian dentro un solo grano de trigo. Esta batalla, por mas que pareció decisiva, no trajo las consecuencias que eran de esperar. Se abandonó al general sin recursos, y le desmembraron el ejército, parte del cual fue necesario en el Norte de Francia, atacado mas pronto y vigorosamente que se habia creído.

El emperador y el rey de Inglaterra se movian ya contra la prevision de Francisco, que se figuraba no darian principio á las operaciones hasta despues de la recoleccion, para no encontrarse sin

viveres. Según el convenio, ambos entraron en Francia; pero dejando a un lado el plan tan cuidadosamente concertado entre ellos, y ocupado cada uno única y exclusivamente de su interés, en lugar de darse prisa á atravesar las provincias que se destinaban, y marchar derechos á París, se detuvieron en el sitio de plazas, cuya rendición hubiera sido mas pronta una vez tomada la capital.

En su mayor parte no estaban ni provistas ni guarnicionadas, porque los proveedores, creyendo como el rey que no aparecerían los enemigos antes del mes de agosto, no se apresuraron á convertir en viveres el dinero que habían recibido con este destino, pareciéndoles que tenían sobrado tiempo para meter en las plazas los granos que necesitaban, adquiridos después con mayor ventaja. Por otra sórdida especulación de que se acusa al Consejo del rey, los suizos, grisones y lansquenetes, cuyo número había mediado de unos veinte y dos mil hombres, no se alistaron hasta mediados de julio para ahorrar su sueldo; de manera que cuando se apercibió el rey de los progresos del enemigo, se vió en la necesidad de acudir á los vencedores de Cerisoles, de los que trajo á la defensa de las tierras invadidas diez mil infantes, dos mil mosqueteros y dos mil de caballería ligera, que eran el núcleo de un buen ejército.

Mientras el rey se ocupaba en la adopción de estas medidas, el emperador después de haber atravesado la Lorena, penetraba rápidamente en Champaña. Plazas que se creía resistirían largo tiempo, abrían sus puertas sorprendidas ó mal defendidas. Ante San Dizier se unió la astucia á la fuerza. La guarnición, mandada por el conde de Sancerre, hacia rigurosas salidas, que causaban grandes pérdidas á los sitiadores. Cansáse ya Carlos de tan tenaz resistencia, cuando un afortunado azar le hizo sorprender un escrito con la rúbrica del duque de Guisa; se sirve de él para falsificar una carta, por la cual se encargaba al valiente Sancerre que no se obstinase en perder gente, de que tanto escaseaba el rey, y que aceptase á trueque de salvarla, cualquiera proposición del enemigo que creyera favorable. Encárgase á un paisano que la entregue misteriosamente á un tambor llegado con una partida para el cange de prisioneros. Seguro ya de que la carta había llegado á su destino, ofrece el emperador una capitulación honrosa, que es aceptada por el gobernador, y Carlos V se apodera de una plaza que todavía podía detener su marcha mucho tiempo. Avanza en seguida sin obstáculo, pasa á Chalons, sigue la orilla del Marne, y escribe al rey de Inglaterra que está en marcha para París, á que vaya á unir-sele.

Enrique VIII, á imitación de su aliado que se hacía con buenas plazas, sitiaba entonces á Montreuil y Boulogne; respondió que así como el emperador se dedicaba á tomar las poblaciones que le convenían, se creía el autorizado para otro tanto; y que, cuando estuviesen igualmente satisfechos, tratarían de obrar juntos, según lo aconsejaban las circunstancias. No podían ser estas más favorables para el emperador: avanzaba rápidamente y sin dificultades, porque el ejército del rey que se organizaba mas allá de París, no estaba aun en disposición de salir á campaña, y el que mandaba el Delfín era harto débil para ponerle en cuidado. Carlos seguía tranquilamente el curso del Marne del lado de La Brije, de donde sacaba los viveres; pero como las partidas que mandaba de descubierta arrababan todo antes que él llegase, principia á sentir privaciones; las enfermedades cunden entre las tropas, y los soldados enriquecidos con el pillage, desertan á pelotones para asegurar su botín. En esta embarazosa situación da oídos á las indicaciones de paz que se encargaron de llevarle dos frailes; uno francés, confesor del rey, y español el otro, de la casa de Guzman, que estaba entonces en París á asuntos puramente religiosos. Se abocaron al fin. El ejército del rey en estado ya de entrar en campaña, seguía la marcha de los imperiales por la orilla opuesta del río, y esta vecindad hizo á Carlos mas accesible á las proposiciones, dejando esperar que no tardaría en conceder ó su hija ó una de sus sobrinas, hija de Fernando su hermano, al duque de Orleans, hijo segundo de Francisco, con la investidura del ducado de Milan, ó acaso los Países Bajos. Aceptada esta cláusula, hubiera sido fácil la solución de los otros puntos mas secundarios que dividían á los dos principes.

Mas la negociación de los dos frailes hubiera valido poco en favor del emperador sin una intriga en la corte de Francia, de que este supo aprovecharse. Tenia Francisco I por amiga á Ana de Pisseleu, duquesa de Etampes, y el Delfín Enrique á Diana de San-Vallier, duquesa de Poitiers. La primera veia decaer su influencia á medida que envejecía su régio amante; y creía que si el monarca llegaba á faltar antes que ella, como era probable, no debía esperar el mejor trato de su rival, con la que había estado siempre en mala inteligencia. Era tal el odio entre estas damas, que la duquesa de Etampes no aguardaba poder sustraerse al resentimiento de la otra, verificado el acontecimiento cuya aproximación veía, de otra manera que espatriándose. Acoge pues con entusiasmo la idea de negociar á toda costa para el duque de Orleans el Milanesado ó los Países Bajos, lisonjeándose de que en justa recompensa de tal servicio no le negaría aquel un seguro asilo en sus estados. Este fué el motivo que

le obligó á tomar parte tan activa en la entablada negociación, creyendo que la intención de Carlos V y su promesa de dar el Milanesado á los Países Bajos era sincera.

Falta falta á este tal intervencion, porque el desórden y la desercion iban cada dia en aumento en su ejército; había ya perdido mas de una tercera parte de él, pero el enemigo que mas le apremiaba era el hambre. Héccele saber la duquesa de Etampes que está perfectamente abastecida la ciudad de Epernay, que había dado órden de evacuar el Delfín, después de extraer cuanto se pudiera. É inútilizar y destruir en ella todo lo susceptible de defensa; pero que había encontrado ella medio de eludir parte de esta disposición, y que estaban llenos los almacenes. Se aproxima en efecto Carlos á aquella población, cuyo puente no se había volado; entra, munición su ejército y pasa adelante. La misma advertencia le hacen á propósito de Chateau-Thierry igualmente abastecido: rehace el ejército con tal ayuda, y envía partidas hasta los muros de Meaux. Un pánico terrible se apodera de París. Todo el mundo, dice Mezaray, huía y trataba de ocultarse, sin saber cómo retirarse á Rouen ú Orleans, si por agua ó por tierra. Era aquella una general confusión. El campo estaba cubierto de carruajes y caballerías, en que los parisenses llevaban cuanto tenían de mas valor, de niños y mujeres que escapaban, y de los ganados que los campesinos trataban de poner en salvo. El río estaba cuajado de barcos, los cuales se cargaban de gentes y efectos con tal confusión, que los hacían zozobrar; y los caminos estaban sembrados de ropas y muebles que abandonaban para huir con mas ligereza, á los ladrones que desbandados del campo real en gran número, corrían tras estas pobres gentes, deshaciendo sus equipajes para buscar en ellos cuanto dinero llevaban. El rey se va á París para dar alguna seguridad á la población, y manda desparramar todo el ejército del Delfín por los alrededores. Podía muy bien conjurar el peligro, mas no librar del miedo; no encontrando al fin otro arbitrio para contener á los pusilánimes, que la amenaza de confiscar cuanto perteneciese á todos aquellos que habiendo abandonado la ciudad, no volvieran á sus hogares en el término de tres dias.

Mientras por un lado llevaba Carlos su ejército sobre la capital, no estaba por otro exento de temor y embarazo. Los viveres de Chateau-Thierry habían durado muy poco; y ademas del hambre que de nuevo se hacía sentir reinaba en el campo una discordia que podía acrear serios peligros entre alemanes, españoles y flamencos, causada por antipatías de nacionalidad y las envidias y cuestiones á que daba frecuentemente margen la partición del botín. Carlos V había retrogrado hasta La Pere, y desde allí veía con espanto cuanto tenía que andar aun para volver á entrar en sus estados; pero la misma intriga de corte que en la estrema necesidad anterior le había proporcionado viveres, le libra ahora otra vez de la proximidad de un réves.

Nadie pondrá en duda que el emperador seria prodigo en promesas y dinero, como de ordinario, con la duquesa de Etampes y los de su partido. El Delfín no aprobaba la negociación entablada por aquella, porque se dice estaba persuadido de que su hermano en el Milanesado ó los Países Bajos seria quizá un vecino tan peligroso como lo habían sido los principes de la segunda casa de Borgona. Hallaba ademas vergonzoso dejar al enemigo retirarse tranquilo y llevar impunemente los despojos de la Francia; pero cuando se proponia batirle tropezaba con las cábalas de la favorita y el miedo de los consejeros antiguos que al tratarse de esto traían á cuento las batallas de Poitiers, Crécy y Azincourt, como un ejemplo saludable para franquar al enemigo el peso antes de reducirle á la desesperacion. Carlos salió por fin mas bien como triunfador, que como hombre que necesitaba de una abertura para ponerse en salvo.

Comisionados de los dos bandos se reunieron en Crepy, y concluyeron un tratado, cuyo artículo principal era que el emperador daría al duque de Orleans ó su hija con los Países Bajos y el Franco-Condado, ó una de sus sobrinas con el Milanesado; señalábase un año de término para la verificación del matrimonio y entonces debía ponerse á los esposos en completa posesion de la dote: en la misma época, Francisco debía restituir al duque de Saboya las plazas que retenia, á escepcion de Pignerol y de Montmelian; debía este ademas renunciar á toda ulterior pretension sobre el reino de Nápoles, el ducado de Milan, y los feudos de Flandes y del Artois; por su parte Carlos renunciaba tambien sus pretendidos derechos al ducado de Borgona; sin embargo, dado caso de que uno ú otro de los esposos muriese, ó que no se dejasen sucesion de su matrimonio, debería volver el Milanesado á poder del emperador, salvo los derechos del rey. Restituíanse por último reciprocamente las adquisiciones hechas durante la campaña á uno y otro lado de los Alpes, desde la rotura de la tregua de Niza. En veinte de esta cláusula quedaba con una plunada dueño Carlos V de veinte y dos poblaciones y fortalezas del Piemonte, mientras no tenía en cambio que entregar á los franceses mas que Mondovi, plaza mediana y dos ó tres ciudades en la frontera de Champaña. En caso de guerra con el Turco

debía también el rey de Francia auxiliar al emperador con seiscientos arcabuceros y veinte mil hombres de infantería pagados por seis meses. Firmado ya este convenio se retira tranquilamente Carlos á Flandes, á donde el duque de Orleans le acompaña como por obsequio y honra esterminante, pero quizá en el fondo para quedarse en refenes lo mismo que cuatro señores designados, hasta que se verificase la evacuación de las plazas del Diamante, lo que no tardó en realizarse.

Tranquilo en cuanto al emperador, Francisco I ofrece también la paz á Enrique VIII; pero este príncipe trata de alargar las negociaciones al paso que apretaba cada vez más el sitio de Boulogne. Tomada esta plaza, aparece delante de la de Montreuil, cuando á la aproximación del fuerte ejército que mandaba el Delfín, se retira el inglés á Calais, y se vuelve á su isla, donde encuentra á las francesesas que le hacían la guerra á nombre de la reina regente de Escocia, en cuyo socorro habían sido llamados. La terea negativa de Enrique á aceptar la paz que le proponía un antiguo amigo, pica vivamente el amor propio del rey de Francia y le hace tomar una vigorosa resolución. Manda al barón de La Garde, general de sus galeras, que pase del Mediterráneo al Océano. Veinte y cinco en consecuencia de esta órden franquean el estrecho de Gibraltar, á las cuales se unieron ciento cincuenta grandes buques de transporte, doce mas chicos, diez ó doce carracas genovesas bien equipadas, y toda la escuadra con numerosas tripulaciones y tropas de desembarco. Tomó la flota sus últimas provisiones en el Havre de Gracia, llamada también Ciudad de Francisco, quien la había edificado, y aparejó á la vista del rey; pero las carracas genovesas habían ya experimentado una avería al pasar por la embocadura del Sena por no haber tomado pilotos del país, habiendo sido destruidas tres ó cuatro de ellas.

Otra imprudencia del rey. Habíase empeñado en dar una fiesta á bordo de la galera almirante que llevaba cinco cañones. Los cocineros por falta de precaución dejaron prender fuego, y este hermoso buque se volvió á presencia de toda la escuadra: lo cual fué tenido por un funesto presagio. Apenas había Annebaud, que mandaba la flota, levado anclas, cuando ya se avista la escuadra inglesa, que lejos de salir al mar á trabar combate, como aquel deseaba, se aproxima lo mas que puede á tierra para ponerse al abrigo de las baterías de la costa. Los franceses desembarcaron en la isla de Wight no fortificada, y trataron de levantar un fuerte que los haría dueños del estrecho, y aun de Plymouth, uno de los mejores puertos de Inglaterra. Todavía era mas ventajosa esta posesion si se atendía á que proporcionaba la de dificultar el paso al emperador, cuando quisiese ir de España á Flandes. Prontas ya las tropas á emprender esta operacion protegidas por la escuadra, manda de improviso el rey á las galeras que inmediatamente vuelvan al Mediterráneo, á lo que daban motivo los rumores de que Doria, almirante del emperador, disponia el ataque de Marsella. Esta alarma era falsa: no tenia otro objeto, y logró completamente el impedir á los franceses establecerse en un punto, de donde en tales circunstancias podían hacer mucho daño á él y á su aliado.

Mientras que la flota distraía á los ingleses por mar, treinta y cuatro mil hombres al mando del mariscal de Bies bloqueaban á Boulogne. No tenia encargo de empeñarse seriamente en el sitio de esta plaza, sino de proteger la construcción á sus inmediaciones de un fuerte capaz de contener cinco mil hombres que aseguraran la Picardía de las incursiones de los ingleses. Levantó Bies tan reducido, que solo podia albergar una corta guarnicion, y propio para resistir únicamente un golpe de mano. Dijo entonces que aquel lo dispuso así, saliendo de las instrucciones recibidas, con la aviesa intencion de que, no encontrando en sus salidas de la plaza los ingleses una fuerte oposicion, se prolongase indefinidamente la guerra. Tal al menos fué el motivo por el cual en el siguiente reinado lo procesaron condenándole á la última pena, conmutada por el rey en prision perpetua. Aunque la peste hacia estragos en las comarcas devastadas, preséntase el rey acompañado del duque de Orleans en el teatro de la guerra, cometiendo entonces el joven príncipe, que se gloriaba de arrostrar los peligros del contagio, tales imprudencias que hubo al fin de ser victima de ellas. Esta pérdida renovó al rey todos los sufrimientos que su corazón había sentido al saber la muerte de su primogénito. De sus tres hijos era al parecer el Delfín el menos amado; y ¿cómo habían de quererle mucho si las dueñas de sus voluntades estaban perpetuamente encontradas? Los pueblos no participaron del pesar del monarca: teníanlos alarmados la temeridad, la audacia y la ambicion del duque de Orleans, y sobre todo la antipatia que reinaba entre él y su hermano. El mariscal Bies á la conclusion de la campaña lleva á fuego y sangre toda la pequeña comarca de Oye, abundante en frutos y ganados, de donde sacaban los ingleses sus provisiones; y á esto quedaron reducidos los esfuerzos de un ejército de treinta y cuatro mil combatientes, como los de una flota formidable habían producido no mas que el incendio de unas cuantas miserables aldeas de la costa de Inglaterra.

Mas ¡ah! Muy luego estas deplorables expediciones fueron reemplazadas por otras mas lastimosas aun, puesto que una y otra sangre derramada era francesa. Las cuestiones religiosas, como en aquella época se trataban, originaban rasgos feroces: católicos y calvinistas se miraban con odio implacable: se había apoderado de los últimos el espíritu de proselitismo: el gobierno había hecho disolver asociaciones que ya le inquietaban: el Languedoc, la Provenza y otras provincias adyacentes vieron elevarse templos rivales de las iglesias católicas: todo en fin hacia temer una tormenta de esas que hacen época en la vida de los pueblos. Entonces fué cuando Francisco I autoriza el empleo de las armas de Meubier, baron de Opede, primer presidente del parlamento de Aix, hombre violento y sanguinario, que puso en ejecucion la sentencia de este Parlamento, pronunciada cinco años antes contra una poblacion de algunos miles de vauleses que se habían establecido en los confines de la Provenza y del Condado Venaisino, especie de colonia de un resto de los discípulos del fanático Valdo, refugiados desde trescientos años atrás en las gargantas de las montañas que separan al Delfinado del Piemonte, y que entraron despues en comunion con los calvinistas. Todo era cruel y terrible en la sentencia que se dió contra ellos, dice el historiador Thou, y lo horrible y cruel de ella tomó un mayores proporciones en la ejecución. Veinte y dos entre villas y aldeas fueron saqueadas y quemadas con una inhumanidad de que pocos ejemplos nos presenta la historia. Los miseros habitantes sorprendidos por la noche y perseguidos de roca en roca á la luz del incendio que devoraba sus habitaciones, no escapaban de una emboscada sino para caer en otra; los gritos desgarradores de los ancianos, las mujeres y los niños, lejos de ablandar el corazón de los soldados furiosos como sus oficiales, con la rabia del fanatismo, les guiaban en la persecucion de los fugitivos y les marcaban los sitios donde podían saciar su furor.

La rendicion voluntaria ni libraba á los hombres del suplicio, ni á las mujeres de las mas afrentosas violencias: bajo pena de muerte estaba prohibido darles asilo. En Cabrieres, una de las villas de este canton, fueron degollados á sangre fria mas de setecientos hombres, y á todas las mujeres encontradas en las casas las metieron en un granero lleno de paja al que pegaron fuego, siendo rechazadas á lanzazos, las que querian arrojarse por las ventanas; en fin, al tenor de la sentencia fueron arrasadas las habitaciones, talados los bosques, los arboles arrancados y poco despues veias á este fértil y tan poblado país convertido en un desierto. Así se prepararon los furros que han llegado á cubrir la Francia de patibulos, hogueras y ensangrentadas ruinas. No estaba aun la gente acostumbrada á estas horribles medidas de esterminio, que tan frecuentes se hicieron en los reinados siguientes: así pues, llegaron á oidos del rey los lamentos de los infelices tan cruelmente tratados, pero llegaron demasiado tarde; porque el estéril arrepentimiento de haber dado su aprobacion á tan sanguinaria sentencia, cuya ejecución había suspendido largo tiempo, no podía ya deshacer la obra de destruccion consumada. Mas ¿no había alentado él mismo á estas atrocidades autorizando los suplicios con su presencia? Difícil es que los subalternos no se escedan cuando los gefes dan ejemplo.

La muerte del duque de Orleans llegó con la mayor oportunidad á dispensar á Carlos V de la obligacion de desprenderse del ducado de Milan: anulaba por sí sola el tratado de Crepy en su principal artículo, por el cual había hecho el rey de Francia tan extraordinarios sacrificios. Envia á pedir al emperador un contra-tratado que le autorizase al menos cualquiera indemnizacion, á lo que respondió Carlos con marcada frialdad: «Si él me deja en paz, yo le dejaré tambien.» Los dos se ocupaban entonces de los asuntos religiosos, pero bajo muy diferente punto de vista. Carlos V prevenia las disidencias prontas á estallar entre los príncipes alemanes, y en las revueltas que eran su consecuencia hallaba un medio de arruinarlos recíprocamente, debilitándolos para aprovecharse de las confiscaciones que él procuraria como castigo de la desobediencia á los decretos de la Dieta. Trataba la cuestion como político y Francisco como católico, celoso por la unidad religiosa en su reino.

Un escritor de aquellos tiempos ha asegurado que el calvinismo se propagó porque este monarca quiso tolerar sus progresos, deseariéndolo el ponerlo á raya como pudiera. Mezery se responde: «Pues qué! publicar seis ó siete edictos rigurosos para ahogarle, convocar muchas veces al ceto, reunir un concilio nacional, despachar á cada momento embajadores á los príncipes de la cristiandad para la celebracion de uno general, quemar hereges á docenas, enviarlos á las galeras á centenas y desterrarlos á millares; decididos, os suplico, ¿es esto tolerar sus progresos y no ponerlo á raya? ¿Son estas resoluciones nada mas, ó obras? Esta es en realidad la verdadera historia de las crueldades que se ejercian en Francia con los reformados. Las que en Inglaterra comia Enrique VIII contra los católicos son un remedo de ellas, si no les escudaban

todavía. Los dos monarcas después de haber sido grandes amigos é implacables enemigos, hicieron al fin la paz, se puede decir, sobre las gradas del sepulcro. La dificultad que aun la retardó algunos meses fué Boulogne que los ingleses querían retener y los franceses reclamaban. Últimamente prometió Enrique restituir la plaza dentro del término de ocho años, á condición de que en el mismo tiempo se le pagaría una suma de dos millones de escudos de oro en los plazos que se estipularan, y además una pensión vitalicia de cien mil escudos. El tratado se concluyó en Guines, siendo comprehendida en él la Escocia.

Esta pensión no fué muy gravosa á la Francia. Enrique VIII murió bien pronto, sin haber acaso percibido ni un sueldo. Así que anunciaron su muerte á Francisco I dijo: «Mi contemporáneo ha partido; no se hará esperar mi turno.» Desde algún tiempo decaía visiblemente. Era en enfermedad una hipondría que le mataba y durante la cual se reprodujeron varios síntomas de la cruel enfermedad que ocho años antes le había tenido á los bordes de la tumba. Dale tiempo bastante para arreglar los negocios del reino que deja en paz, pero en visperas de experimentar otra vez los azares de la guerra. La paz de Crepy había dado á Carlos V un ascendiente inmenso en Alemania y en Italia. Una tentativa mal concertada entre los dos gefes de la liga de Smalkalde, habiase convertido en su daño, y debía en poco consumar su ruina: era uno de ellos el elector de Sajonia Juan Federico, sobrino del celoso protector de Lutero, y el otro Felipe, Landgrave de Hesse, á quien el mismo Lutero y sus doctores habian permitido la poligamia. Se habia aprovechado el emperador de su astucia para privar de los medios de defensa á la mayor parte de los estados coligados, ya por medio de exacciones de todo género y ya obligándolos á separarse de la confederación que habian formado diez años antes: habia dado despues el Milanesado á su hijo Felipe, y sembrado así igualmente el terror en Alemania y en Italia. En la general zozobra volviase todas las miradas á Francisco en suplica de apoyo, y este se disponia á tomar en cuenta la demanda, cuando viene la muerte á sorprenderle en sus preparativos.

Dá Francisco I moribundo escelentes consejos á su hijo, y recibe los sacramentos de la Iglesia con toda la severidad de la piedad mas santa. Tenia cienenta y tres años, habiendo reinado treinta y tres. Su reinado fué fecundo en guerras y negociaciones tan desgraciadas las unas como las otras. Ganó batallas, conquistó ciudades y sufrió tambien grandes reverses. Tres ó cuatro ejércitos perdió en Italia, fue hecho prisionero, vió á sus provincias devastadas y á los enemigos á las puertas de la capital. Burlado una vez en la ejecución de los tratados y engañado en otra, la esperiencia no le impidió ser engañado y burlado tres y mas veces. Indiscreto hasta la imprudencia, sus secretos se le escapaban en el desahogo de la mas fraternal confianza con el enemigo reconciliado de la vispera. Gnstábele el lujo y los placeres. «Con Ana de Bretaña, nota el presidente Henault, habia principiado la presentación de las queridas en la corte; pero como Luis XII era hombre que no se ocupaba de nada, no lograron hacer Francisco I aparecer en tal teatro con lucimiento y con escándalo, se podría añadir, porque él tenia públicamente amigas: tenialas su hijo y sucesor Enrique, y hay quien dice que el Delfín Francisco mas murió á impulsos de ciertos escesos que de veneno.

Las fiestas, los espectáculos, el fausto de su corte le costaban tanto como la guerra: de eso procedia la escasez perenne de dinero y el aumento de los impuestos; pero al fin de su vida, la edad y la esperiencia le convirtieron en tan económico, á pesar de haber sido al principio de su reinado, y de ahí que, con el auxilio de los palacios de Fontainebleau, San German, Villers-Coterets, la inmensa fortaleza de Madrid, monton confuso de ruinas en nuestros dias, la compra de preciosos cuadros y estatuas antiguas que hacia venir de todas partes á cualquier precio, se encuentra á su muerte sin deudas y con cuatrocientos mil escudos en sus cofres, habiendo llegado á deber una cuarta parte de los recursos de la corona.

Conservó hasta el fin de su vida su bella y agradable presencia; era afable, elocuente, leal, fiel á su palabra, de carácter, si se quiere, bastante ligero, dotado de una memoria prodigiosa, vehementemente en sus pasiones y poco previsor. Amaba las ciencias aprovechando, como ya hemos dicho, las rivalidades de religion entre los sabios para hacer revivir las lenguas antiguas, casi olvidadas, principal objeto del colegio real que queda con largueza. Fue constante su afición á los literatos á quienes donaba, daba cabida en los consejos, confiaba las embajadas y les conferia dignidades segun su mérito y estado. Busca y trae de todas partes y de mucho costo manuscritos y libros con que enriquecía la biblioteca que sus antepasados habian comenzado, y que con ayuda de su proteccion y la de sus sucesores fué y es el depósito de todos los conocimientos humanos. Sus esfuerzos por revivir las ciencias del olvido en que las sumieron los siglos precedentes y por propagarlas le han valido el título glorioso de *Padre* y de *Restaurador de las letras*. Sus

defectos no afligieron mas que á su siglo, y nosotros gozamos de fruto de sus buenas cualidades.

Pedro Castelan ó del Chatel, obispo de Macon, uno de los hombres mas sabios de su tiempo y que habia sido sucesivamente profesor en Dijon, censor de imprenta en Basilea, secretario de embajada en Roma, profesor en la isla de Chipre, representante en el Cairo, intérprete en Constantinopla, lector despues y bibliotecario del rey, cerca del cual habia sido celoso promovedor de la fundacion del Colegio real, fué el encargado de pronunciar su oración fúnebre. En su discurso, dice, haciendo el elogio del príncipe: «Que habia sido tan piadoso y edificante su muerte, que su alma habia volado en derechura al paraíso sin haber tenido necesidad de ser purificada por el fuego del purgatorio.» Tal afirmacion escandaliza á algunos de los oyentes que la denuncian á la Universidad y esta la califica de herética, disponiendo que vaya una diputacion de su seno á pedir al rey el castigo del orador. Juan Mendoza, español, muy conocido por sus agudezas y primer mayor-domo de cámara, fué el encargado de recibir é introducir á los doctores. Cuando se presentaron principió obsequiándolos, pero hablando despues del objeto de la visita, les dice: «Me parece, señores, que sé á lo que venis. ¿No se trata de discutir con el limosnero mayor el lugar en que puede estar el alma del finado rey nuestro buen año? Si quisieris darme crédito á mí que soy el hombre que mejor le conoció, os puedo asegurar que no le agradaba estar mucho tiempo en un lugar, aunque se hillara á su gusto, y que por tanto, si marchó al purgatorio habrá permanecido allí poco, sin detenerse todo lo sumo mas que á probar, segun su costumbre, el vino en él usado.» Semejante chanza abrió los ojos á los doctores, quienes comprendieron que iban á promover una discusion fútil de que sacarian mucho partido los zumbones, y as tuvieron la prudencia de desistir de ella. En el año siguiente fué Chatel nombrado limosnero mayor.

## ENRIQUE II.

*De edad de 29 años.*

Pocos reinados han comenzado con auspicios tan favorables como el de Enrique II. Un monarca de veinte y nueve años, ejercitado en el gobierno porque su padre le admitia á sus consejos y le habia ya confiado el mando de sus ejércitos, daba grandes esperanzas. La Francia estaba en paz y las rentas en un buen estado. Al frente de las tropas habia generales espartos, y en los cargos superiores de la magistratura hombres célebres por su integridad y luces. En derredor del trono circulaba numerosa nobleza, que acudida al desgraciadamente por gefes, originó facciones, que turbaron el reino. El historiador Garnier dice que desde el principio se contaban cuatro de ellas: la del condestable Montmorency, á quien el rey llamaba por amistad su *compadre*, habiéndole sacado de su destierro contra el voto espreso de su moribundo padre; la de los Guisais, á quienes Enrique dió autoridad, á pesar del encargo de su mismo padre, que habia advertido en ellos un germen de ambicion que los hacia sospechosos; la de Diana de Poitiers ó de San Valier, viuda de Luis de Brezé, gran senescal de Normandia, calificada con el título de dama del rey, quien la hizo duquesa de Valentinois; en fin, la de la reina Catalina de Médicis. Desdenada largo tiempo logró esta ponerse al frente de un partido por la flexibilidad de su espíritu y su profundo disimulo, acariaciando á la gran senescala al paso que la destestaba, halagando el orgullo del condestable y pidiéndole continuamente consejos, aunque le miraba como á su mayor enemigo, y no negándose á cosa alguna á trueque de lograr su objeto.

Un autor contemporáneo describe del modo siguiente las dificultades de Enrique II entre estos cuatro bandos: «Nada se les escapaba sin que tolo lo trazaran, de la manera que las golondrinas á las moscas. Al efecto combatian en todo el reino con emisarios y agentes asalariados que les daban aviso de todas las novedades; y en Paris, donde abundan los magnates, tenian médicos pagados que no dejaban de advertirles del estado de sus pacientes siempre que en ello hubiese algo que ganar; de suerte que era casi imposible á este príncipe bondadoso estender á otros su liberalidad por ser cuatro los que le devoraban, como un leon devora su presa. Si alguna vez intentaba estender á algun otro sus beneficios, era forzado á negarlos diciendo que ya habia dispuesto de ellos; siendo ademas tan impudentes dichos bandos, que á veces se le revelaban abiertamente sin poderlos contrastear á causa de la destreza disimulada con que obraban.» Entre tales tiránicas exigencias, las mas eficaces eran las de la favorita. Esta se apareció en la corte siendo jóven, bella, interesante por su dolor y pidiendo de rodillas á Francisco perdon para su padre Aimard de Poitiers de San Valier, condenado á muerte como uno de los principales cómplices del condestable Borbon. El galante monarca le levantó y otorgó



una parte de su ruego, estimulado, á lo que se cree, por otro sen- timiento que el de la comiseración.

Es sorprendente que Diana, madre de dos hijas ya casaderas, pudiera cautivar de tal manera el corazón de un príncipe en la flor de la edad, el cual en tanto que vivió pareciera no respirar mas que por ella; pero los que no se hallen determinados á creer que no pueda haber entre personas de diferente sexo relaciones íntimas sin crimen, darán crédito á las razones del historiador Garnier, que reduce su trato á un comercio de afecto y confianza. Al volver á la corte despues de su viudez, conoció ella que la juventud del príncipe Enrique, que todavia no era Delfín, habia pasado muy descuidada: propuso que se encargaria de su educacion, y le pidió al rey para caballero de ella misma, persuadiéndole que el amor era el mejor maestro para avivar el espíritu y formar el corazón de un jóven. Enrique perdió en su trato con Diana la rudeza que el manejo de las armas y otros ejercicios violentos á que era muy dado, no habian podido menos de hacerle contraer. Una prueba, ó á lo menos una fuerte presuncion de que nada íntimo habia en este amor ó inclinacion, ó como se quiera llamar, es que en este siglo todavia caballeresco, en que el honor de las damas era mirado como una flor delicada que el menor sople de la maledicencia ó calunnia podia marchitar, no titubearon las familias mas distinguidas del reino en coniarla sus hijas para que las edu- cará.

Despues de la consagracion del rey, que fué muy magnífica y divertida, Enrique II recibió del condestable, al parecer porque lo deseaba, un plan de vida para todas las horas del dia, conforme al que Montmorency habia visto en su juventud practicar en la corte de Luis XII. La hora de levantarse el rey era á las siete, pudiendo entrar á verle los señores acostumbrados de la corte. Mientras se vestia conversaba familiarmente con ellos, en especial con los que llegaban de sus tierras, informándose de sus familias, del precio de los géneros, de la administracion de justicia y de lo que podia interesar á ellos y al pueblo. Retrábase en seguida con los cuatro secretarios, hacia leer los despachos de los embajadores y las comunicaciones de los gobernadores de provincias, firmaba las respuestas y remitía los asuntos de discusion al Consejo que se reunia cerca de su gabinete, asistiendo él mismo cuando la importancia de las materias exigía su presencia. A las diez iba á oír misa, comia á medio dia, recibia memoriales, á nadie se cerraba la puerta, pasaba en seguida á su gabinete con los favoritos á tener conversacion, la cual hacia Enrique II con gran sujecion, y á las once era menos seria bajo Enrique II. Por la noche se celebraba á veces otro consejo, y despues de algunas diversiones se acostaba ordinariamente á las diez.

En la corte se hicieron cambios importantes. La duquesa de Etampes fué desterrada y restituida á su marido, con quien no habia congeñado, marchando á envejecer oscura en una de sus tierras. Sus partidarios espermentaron diferentes desgracias bajo diversos pretextos, y no se libraron de la muerte, prison, destierro ó de una ruina total, sino los unos cediendo castillos, y los otros sus tierras ó cargos y dignidades á los nuevos favoritos. La mayor parte de los castigos estribó en la inculpacion de que los unos se habian portado mal en la guerra, y que los otros habian vendido los secretos del Estado al rey de Inglaterra y al emperador. Publicóse un edicto contra los blasfemos y herejes, condenando á los primeros á que se les cortara la lengua con un hierro ruscante, y á los segundos á ser quemados vivos. Enrique II redujo al antiguo número los concejos de los parlamentos, que por la venalidad de los cargos se habian aumentado escosamente; fijó la edad de treinta años para admitirlos en pos de un exámen en las cámaras reunidas, y contri- bió el conocimiento de los asesinos, que eran muy frecuentes, á los prebostes de los mariscales, acompañados de siete jueces sacados de los tribunales, que fallarian sin apelacion. En sus atribuciones eran comprendidos los contrabandistas, los cazadores furtivos, los vagos, los mendigos y las personas sin oficio. El Parlamento consi- deró peligrosa esta estension, que podia poner tantos ciudadanos á la discrecion de siete jueces tomados al acaso, y así dirigió reclama- ciones que no fueron escuchadas. La corte ratificó sus disposi- ciones, aun-que con esta cláusula, *atendida la malicia de los tiem- pos*. La multitud de guerreros desertores de sus banderas, errantes por la Francia, dió margen á publicar leyes prohibitivas en cuanto á llevar armas y formar cuadrillas, habiéndose conofiado y recomen- dado su ejecucion á los señores de herca y cuchillo.

Aun vivia Francisco I cuando se suscitó una contienda muy ruidosa entre Francisco Vivonne, señor de La Chataignerie, y Guido de Chabot, señor de Jarnac, los cuales habian sido íntimos. Jarnac no era rico, y sin embargo ostentaba mucho boato en la corte. La Chataignerie quiso saber de donde sacaba su amigo la opulencia de que hacia alarde. Jarnac le manifestó que le sostenia su suegra, quien le profesaba una ternura mas que filial. La Chataignerie re- veló este secreto al Delfín, el cual lo dijo á otros, y de boca en boca vino á ser publico, hasta el estremo de que Jarnac no pudo

menos de desmentir á su antiguo amigo. Llévose el asunto al Con- sejo, y como no era posible aducir prueba alguna, decidióse que se ventilara la contienda por medio de un combate en campo cerrado; mas considerando el rey el negocio como una indiscrecion de la juventud, impuso silencio á entrambas partes. La Chataignerie re- novó su acusacion á la muerte de Francisco I. Jarnac respondió pi- diendo un duelo judicial. Enrique lo otorgó, y quiso ser testigo de él con una parte de la corte. El se inclinaba á La Chataignerie, su favorito, que era muy robusto, y pasaba por uno de los hombres mas diestros en esgrima; pero lo fué mucho mas Jarnac. Cubriéndose su cabeza con el escudo y burlando á su adversario. Le desargó dos cuchilladas sobre la corva izquierda, que estaba descubierta por facilidad de los movimientos. La Chataignerie cayó con gran sor- presa de todos. Jarnac concedió la vida á su adversario, y poniéndose de rodillas al pie del tablado en que estaba el rey, le dijo: «Señor, me considero bastante vengado, si vos me creis ahora ino- cente.—¿Me lo entregais? le dijo el rey.—Sí señor, respondió Jar- nac, con tal que me tengais por hombre de bien.—¿Ibais cumplido con vuestro deber, contestó el monarca, y recordado vuestro ho- nor.— Pero el herido, enfrentado de su derrota y de no deber la vida mas que á la generosidad de su enemigo, rompió las vendas que se le habian puesto en la herida que no era mortal, y murió de pesar.

El reino se mantenía en paz al abrigo de los tratados de Crepy y Guines, y en especial porque las dos potencias que hubieran podido turbar su reposo, estaban harto ocupadas en sus propios nego- cios. Eduardo VI habia sucedido á Enrique VIII, su padre, bajo la regencia del duque de Somerset, su tío, quien tomó el título de protector. No todos los señores aprobaban la autoridad que se habia arrogado, habiéndose formado bandos, de donde nacieron dis- turbios favorables á la seguridad de la Francia. Carlos V por su parte estaba muy ocupado en los asuntos de Alemania: al mes de la muerte de Francisco I triunfó en Mühlberg de los confederados de Smalkalde, cogiendo prisioneros al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse, á quienes trató con la mayor dureza, despojando al primero de su electorado, que dió á Mauricio de Sajonia, primo se- gundo del elector y cabeza de la rama Albertina ó segunda de Sa- jonia.

El rey de Francia hubiera podido desviar y evitar la desgracia de los antiguos amigos de su padre, realizando una diversion en favor de ellos. Así se lo aconsejaba la política; pero creyo hacer bas- tante con causar inquietudes al emperador, alarmándole en cuanto al cumplimiento de los tratados en que estribaba su buena intelligen- cia: envió pues embajadores á manifestarle que el cúmulo de los tratados concluidos en el reinado precedente no habia hecho mas que embrollar los derechos de todos los príncipes de Europa; que en casi todos habia cláusulas que la necesidad habia arrancado á la Francia contra toda justicia, unas tan confusas y complicadas, que no se sabia cómo esplicarlas, y otras ya impracticables por los acontecimientos sobrevinidos; que por consiguiente interesaba á entram- bos soberanos considerar como no vigentes tales tratados; y acordar uno nuevo, cuyas condiciones equitativas pudieran establecer una paz general y duradera. Carlos respondió firmemente que no veia modo de conciliacion justos y razonables para alanzar la paz de la cristiandad. Como en estas manifestaciones hubo mucho inir- ramiento, sin que de nada pudiera sospechar el emperador una rup- tura inminente, continuó así su antigua alarma sus progresos en Alemania: este paso no sirvió mas que para patentalizar las disposi- ciones dudosas de la Francia, y para uacerle tomar medidas á fin de burlar los proyectos que contra él pudieran meditar.

Al mismo tiempo que hacia en Alemania una guerra franca y abierta, tenia otra de astucia y perdida en Italia. Con aprobacion del Sacro Colegio habia investido Paulo III con los ducados de Parma y Plasencia, segregados del Milanésado por Julio II, á Pedro Luis Farnesio, su hijo, fruto de un matrimonio secreto que en su juventud habia contraído. Aunque Pedro obtuvo para Octavio, su hijo, la mano de Margarita de Austria, hija natural del emperador, no por esto era mas adicto al padre de su nuera. Fautor secreto de Luis de Fiesque en la abortida conjuracion urdida por este contra Doria muy decidido por el emperador, desconfiaba con algun fun- damento de los designios de este sobre sus estados, y odiábala en la ciudad de Plasencia una ciudadela que fuera insignificable. Este Farnesio era odioso por sus exacciones y menospreciado por sus desórdenes; de improvviso se descubrió una trama de sus mas asiduos cortesanos, quienes le dieron de puñaladas en su palacio, y arrojan- do por una ventana su cadáver al pueblo, que lo destruyó con furia. En el mismo instante presentaron seiscientos soldados espa- ñoles en las puertas, y se apoderaron de la ciudad á nombre del emperador: otro cuerpo avanzó sobre Parma; pero esta poblacion se salvó, merced á un oficial del Papa, que á la sazón se encontraba en ella.

Es natural pensar que los soldados españoles procedentes de

guarniciones cercanas, no se habrían presentado tan oportunamente á las puertas de Plasencia sin la connivencia de Fernando de Gonzaga, Ingar-teniente del emperador en el Milanesado, en lugar del Guasto que habia caído en desgracia. Aquel, empero, negó haber tenido ninguna relacion con los facciosos, y Carlos V sostuvo que la tiranía de Luis Farnesio era lo que habia apurado la paciencia de sus súbditos, y aguzado los puñales de los asesinos; que Gonzaga

Mirándula, cuyos estados se extendian casi hasta los muros de Roma: lo cual ponía á los franceses en situacion de llegar á esta ciudad sin riesgo, para atender á la seguridad del Papa en el caso de que Carlos V dominara en el concilio que al fin habia logrado el Soberano Pontífice reunir en Trento. De esta ciudad donde estaba abierto hacia tres años, acababa Paulo de trasladarlo á Bolonia, para libertarlo de la influencia del emperador, el cual deseaba hacerle volver á Trento, á fin de complacer á los protestantes de Alemania: otro motivo de contienda entre él y el Papa.

El proyecto formado al pronto de sustraer únicamente á Plasencia de la codicia del emperador, llegó á ensancharse merced á los disturbios que habia en Nápoles. Queriendo el virey Pedro de Toleado establecer allí la Inquisicion, habia irritado al pueblo, el cual le atacó y persiguió hasta uno de los castillos, en que no sin mucha dificultad pudo guarecerse. Esta era al parecer una excelente ocasion para recuperar aquel reino, y la cólera del Papa, una circunstancia favorable para reconquistar el Milanesado, y arrojar acaso en una sola campaña al emperador de Italia. Tal proyecto fué presentado al consejo de Francia y sostenido por la faccion de los Guisas, que hemos visto ser una de las cuatro dominantes al principio del reinado. Quizá tenia esta casa sobre el reino de Nápoles designios para sí misma, como despues lo hizo conjeturar; pero para disponer libremente en una guerra de Italia de todas las fuerzas de la Iglesia, era menester la aprobacion de los cardenales, siendo muchos de estos adictos al emperador. A fuerza de beneficios que se les prometió, obtuvo el cardenal de Guisa la adhesion solemne del consistorio á sus proyectos. En tal distribucion llevaba otra mira, que era hacerse partidarios con el designio de llegar al trono pontifical á la muerte de Paulo III, que no debia tardar, siendo el Pontífice de mas de ochenta años, no él mismo, sino su tío el cardenal de Lorena, prelado de muchísimo mérito, confiando muy fundadamente que la eleccion del tío trazaria el camino al sobrino.

El emperador no ignoraba semejantes maniobras, y tomaba medidas para romperlas cuando fuera oportuno. Despues de haberse apropiado lo que pudo de los despojos del elector de Sajonia y del Landgravé de Hesse, sus prisioneros, pensaba seriamente en atraerse á los protestantes de Alemania. En los puntos en que estos eran mas numerosos, otorgóles el ejercicio público de su religion, el matrimonio de los sacerdotes y la comunión bajo las dos especies, hasta que el Concilio de Trento, cuya continuacion pedía sin cesar, decidiera las materias controvertidas. Su edicto fué llamado *interin*, porque no debia tener fuerza mas que provisionalmente. Este edicto, obra de tres teólogos, dos de ellos católicos y uno protestante, habia sido acordado con la mira de complacer á los dos partidos: al efecto evitose con cuidado en su redaccion toda definicion rigurosa, y encubriéronse con espresiones dictadas por los protestantes los dogmas católicos contradichos por estos. El Papa á quien se presentó el edicto, le desechó como creencia católica, y le toleró en cuanto á los protestantes como remedio de mayor mal y como un medio favorable á la Santa Doctrina. A pesar de tales precauciones, el *interin* disgustó á católicos y protestantes, y para que estos últimos le recibieran, tuvo el emperador que valerse tanto de las vias de la fuerza como de las de la seduccion. Enrique II observaba al mismo tiempo una conducta menos política con los calvinistas: en el año anterior habia renovado los bárbaros edictos dados contra ellos, á quienes hizo ajusticiar hasta á su vista; y las hogueras que consumieron multitud de infelices en diversos barrios de Paris, se contaron entre las fiestas que hubo al siguiente año, con ocasion de su entrada solemne y la de la reina en la capital. No obstante permitió que se juzgara como reos á los ejecutores de la sentencia dada contra los habitantes de Merindol y Cabrières. Uno solo de los acusados, Guerin procurador general en el Parlamento, culpable ademas por otros crímenes, pagó con su cabeza por todos en 1554. Créese que este asunto se entabló y prosiguió con ardor á instancias del duque de Guisa (Francisco), á fin de mortificar al cardenal de Tournon, que protegía á los magistrados encausados por un hecho al cual habia él contribuído con su crédito y consejos. Aunque la influencia de Tournon con el rey se habia disminuído mucho, todavía habia sombra al nuevo cardenal de Lorena, hermano del mismo duque de Guisa, de suerte que este acto de justicia fué debido á una intriga cortesana.

El rey pasó á Italia con algunas tropas para activar sus negociaciones con el Papa. Allí agregó á los dominios de la corona el marquesado de Saluces, como feudo dependiente del Delinado, y á la sazón vacante por muerte de Gabriel, último hermano de Miguel Antonio; pero la presencia del monarca adelantó poco los efectos de la liga proyectada: ya se habia amortiguado en Paulo III el deseo de venganza, y por otra parte una revuelta que estalló el mismo tiempo en Guinea, precisó á Enrique á trasladar inmediatamente á esta provincia las tropas que llevaba consigo. Es necesario recordar que al disminuir Francisco I el impuesto sobre la sal en el reino, lo habia entendido para reparar tal disminucion, á provincias del otro la-



Francisco I dejando sus hijos en rehenes.

no habia entrado en la ciudad sino para impedir que otros se apoderasen de ella y la usurparan á su yerno; que por otra parte él estaba muy ageno de querer privarle de sus estados para apropiárselos, como se pretendia; y que si no le daba inmediatamente su posesion, era por tomarse tiempo para examinar la naturaleza del feudo, y averiguar si él ó el Papa habian de darle la investidura.

Pero Paulo III no se dejó engañar por las razones del emperador: vió claramente de donde partía el golpe, y resolvió vengar la muerte de su hijo. Hizo entender al embajador que Enrique II tenia cerca de él, que estaba decidido á inclinarse á los franceses, para llamarlos á Italia, y que si durante tal empresa se encontraba espuesto á disgustos personales, se retiraría á Francia, donde elegiria gustoso un asilo. El rey acogió con avidez semejantes indicaciones; envió á Roma al joven Carlos de Lorena, denominado entonces cardenal de Guisa por vivir todavía su tío, con poderes muy ámplios. Nada pareció difícil en el primer fervor de la negociacion. El Papa se prometia malquistar fácilmente á su nieto Octavio con su suegro, el emperador, que tan cruelmente le habia ofendido, haciendo asesinar á su padre: y si al efecto presentaba dificultades dicho Octavio, habia un hermano suyo, llamado Horacio Farnesio, á quien podrian pasar Parma y Plasencia, casándole, como si los Farnesios estuvieran necesariamente destinados á bastarlas, con Diana de Angulema, hija natural del rey y de una dama piemontesa, que despues entró en religion. Habia esperanzas de inducir á conformarse con este plan á los duques de Urbino y Ferrara y al conde de la

do del Loira, que antes no lo pagaban. El impuesto sobre un producto prodigado por la naturaleza, la severidad y falta de miramientos en el modo de exigirlo, y el lujo de los recaudadores que se iban enriqueciendo, sublevaron al pueblo, rebelándose en el Angoumois y en los países comarcanos de Burdeos, Agenois, Périgord, la Marca, el Poitou, Aunis y Saintonge. La rebelión principió por los campos, cuyos moradores se armaron y atacaron á los cobra-



Asalto de Roma por el duque de Borbon.

dores y dependientes de las salinas. Dirigidos los amotinados paisanos por algunos capitanes aventureros, é impelidos por un furor ciego, como aconteció en las guerras civiles, saqueaban, quemaban y mataban sin distinción á enemigos y amigos. Agregábase á ellos inflamada por el mismo fanatismo, la plebe de las ciudades en que penetraban, la cual ponía la ley á los vecinos que no osaban defenderse. En Burdeos, principal foco de la sedición, rechazó el populacho á la guarnición que del castillo salió á dispersar los amotinados, quienes la forzaron á retroceder y degollaron al comandante llamado Tristan de Moneins, que imprudentemente había pasado á parlamentar con ellos en la casa de la ciudad, contando con que respetarian su persona; pero despedazaron su cuerpo enterrándole en pedazos que fueron salados en odio del impuesto. El Parlamento, mudo y como indiferente hasta entonces, quiso poner fin á semejantes violencias; pero los sediciosos forzaron á los consejeros á hacer la guardia y á presentarse entre ellos con traje de marineros y con pica.

El rey no creyó al pronto oportuno oponer la fuerza á esta rebelión, y envió á Burdeos manifiestos prometiendo á los pueblos hacerles justicia sobre las concusiones de los empleados del impuesto. Estos manifiestos aplacaron al populacho, que volvió al orden; habiendo sido contentados los sediciosos por el Parlamento así que este se reinstaló en sus funciones, los unos á destierro y galeras, y los otros á la picota y á la rueda. Un vecino llamado La Vergne, fué despedazado por cuatro caballos, por haber sido quien tocó á

rebato para sublevar al pueblo. Durante estas ejecuciones, temiendo el rey que no se sofocara el espíritu de rebelión completamente, envió dos cuerpos de tropas, mandados por el duque de Anmale y el condestable de Montmorency; el primero recorrió la Saintonge, Poitou, Aunis y otras provincias insurreccionadas, restituyéndolas al orden y á la calma sin gran severidad; pero Montmorency agraviado personalmente por la muerte de su pariente Moneins, hizo sentir á la ciudad de Burdeos los efectos de su cólera. Al llegar á ella salió una diputación de los principales vecinos á presentarle las llaves y á suplicarle al mismo tiempo que no entraran con él los lansquenets, á quienes se temía por su rapacidad y violencia. «¿Con que es decir, respondió él, que venis á enseñarme las tropas con que debo entrar en Burdeos? No quiero esas llaves, aquí hay otras (enseñando sus cañones), que me abrirán vuestras puertas; yo os enseñaré á degollar á los lugartenientes del rey. Entró precedido de sus cañones, al frente de sus batallones, espada en mano, lanza en ristre, tambor batiente y banderas desplegadas.

Los resultados correspondieron á estos preliminares: Montmorency desembarcó á los habitantes, compuso un tribunal con jueces que había traído y con algunos consejeros de los parlamentos de Aix y Tolosa, y mandó formar causa á los rebeldes. Levantáronse en la plaza de la casa consistorial varias horcas y tablados. Cien vecinos de la ciudad, gefes de la sedición, fueron ejecutados, y enrodados dos coroneles de los lugares espiraron en la rueda con una corona de hierro candente en la cabeza. La ciudad entera fué declarada cul-



Francisco I sabiendo la muerte de su hijo.

pable del crimen de traición, y condenada en consecuencia á perder todos sus privilegios. Apéronse las campanas y derribáronse lienzos de murallas. El Parlamento fué cerrado por no haberse opuesto al desorden con bastante prontitud y vigor, y dispuso el tribunal que se arrasara la casa consistorial, erigiéndose en su sitio una capilla, donde se celebraría diariamente el oficio de difuntos por el descanso del alma de Tristan de Moneins. En ejecución de otro ar-

título de la sentencia, fueron los jurados y ciento veinte notables con traje de luto á desenterrar con sus uñas el cuerpo de Moncenis en la iglesia del Cármen; trasladáronlo en sus hombros primero al palacio del Condestable, donde se pusieron de rodillas, pidieron misericordia y perdon á Dios, al rey y á la justicia, y después lo colujeron á la catedral, donde fué enterrado en el punto mas visible del coro. Las ejecuciones terminaron con las exacción de doscientas mil libras para los gastos del armamento.

Saliendo de Burdeos recorrió á constatable la Guiana, Anguiniés, Marca y Saintonge, procedido por el preboste de los mariscales y por los arqueros, atravesando las ciudades y pueblos aboliendo sus privilegios, haciendo bajar y romper las campanas que enviaba á los puertos de mar para hacer de ellas cañones, é imponiendo multas mas ó menos crecidas. Casi todos los lugares de su tránsito permanecieron por algun tiempo con picotas, donde mandaba poner inflexiblemente á cuantos habían figurado en la sedición. La mayor parte de los privilegios fué restituida en el siguiente año, si bien algunos, como los de Burdeos, un tanto disminuidos, pero su casa consistorial permaneció en pie. El impuesto mismo fue abolido ó reducido al antiguo derecho, llamado del cuarto y medio, y los países donde se habia conocido se ofrecieron á remlirlo, mediante doscientos mil escudos de oro y el reintegro de los cargos de los dependientes de la gabela.

Durante estas ejecuciones daba fiestas la corte en Lion y San German del Laye, con ocasion del casamiento de Antonio de Bourbon, duque de Vendome, con Juana de Albret, hija de Enrique, rey de Navarra, y de Margarita, hermana de Francisco I, y del de Francisco, duque de Anleme, y á la sazón de Guisa por muerte de su padre, con Ana de Este, hija de Iléroules II, duque de Ferrara, y de Renata de Francia, hija de Luis XII. Prescindiendo de que la severidad usada en Burdeos era propia del carácter de Montmorency, acaso era necesaria para contener á esta ciudad, que todavía no se habia olvidado completamente de sus antiguos dueños los ingleses. Descubriéndose que uno de los caudillos habia escrito á Inglaterra, ofreciendo entregar la ciudad á las tropas que aculteran, y comprometiendo hasta á sublevar á toda la provincia. Siópose tambien que Carlos V tenia emisarios entre los revoltosos, y que instó al duque de Somerset, uno de los diez y seis regentes he Inglaterra designados por Enrique VIII, y tio materno del jóven Eduardo que le habia nombrado protector, á no malograr aquella ocasion de recobrar la Guiana, obligándose él para facilitarle los medios oportunos, á invadir la Champania, á fin de atraer alli las fuerzas del rey, é intrin desembarcaban en Burdeos los ingleses.

No permitia el estado de Inglaterra al protector comprometerse á tal empresa. Una tutela tan agitada como la de Somerset por su celo ardiente y persiguiendo por la propagacion de la reforma, no era circunstancia favorable para una conquista. Intentó otras mas pacíficas que á haber prevalecido, habrían sido mucho mas ventajosas á Inglaterra que la de Guiana. Hacía mucho tiempo que los reyes de Inglaterra se esforzaban por incorporar la Escocia á su corona y constituir un solo reino con entrambos estados, presentándose al efecto hermosa ocasion con enlazar á Eduardo VI con María Estuardo. El principe estaba ya muy entrado en la mocedad, y la princesa en la cuna; pero ya se ha visto que en esta época no era inconveniente la extravagancia de tales alianzas. El protector deseaba mucho proporcionar este trono á su pupilo: dió pues pasos cerca de la reina regente, María de Lorena, hija del duque de Guisa; pero al mismo tiempo que la solicitaba, trató de forzarla, favoreciendo á los señores descontentos que querían usurpar su autoridad y hacían temer á la regente que la arrebatasen su preponderancia y quizá su vida. En tal conflicto, antes que cediera á las insinuaciones desleales de su vecino, se echó en brazos de los franceses. Enrique II le mandó tropas que guardaron sus fronteras del lado de Inglaterra, poniéndolas á cubierto de una brusca tentativa; pero para asegurarse todavia mas contra toda sorpresa, envió la regente su hija á Francia, bajo la promesa de Enrique II, de que se desposaría con su hijo mayor el delfin Francisco.

No estaba Francia en guerra abierta con Inglaterra, y subsistía el tratado que prometia la entrega de Boulogne por dinero; pero al parecer creyó Enrique variada su posición por sus compromisos con Escocia, y los disturbios que á la sazón ocurrieron en Inglaterra hasta privar del poder al duque de Somerset, acabaron de decidirse á obrar hostilmente y á procurarse la posesion de Boulogne sin ningun desembolso. Hizo ensanchar el fuerte demasiado angusto del mariscal de Bies, donde colocó una buena guarnicion, y levantó otro fuerte para dominar la rada: acudió el mismo con un ejército al territorio de Boulogne, demolió las fortificaciones levantadas en él por los ingleses, y dejó bloqueada la ciudad durante el invierno, en la persuasión de que las turbulencias que estaban agitando la corte de Londres le facilitarían los medios de recuperarla sin dinero ni disparar un tiro.

El bloqueo dió margen á una negociacion que produjo un acuerdo definitivo. En el consejo de Francia se discutió sino era mas des-

coroso el apoderarse á viva fuerza de Boulogne, que el comprarlo á. No se dirá, observaban los partidarios de esta opinion, que nunca se acabarían las guerras con Inglaterra sino por medio de dinero? Pero se reflexionó que ademas de la pérdida de hombres y el riesgo de no triunfar, serían los gastos de semejante sitio mucho mayores para tomar una ciudad arruinada y completamente desmantelada, que la indemnizacion demandada por los ingleses para entregarla en buen estado y provista de municiones de todo genero. Pújose la indemnizacion en cuatrocientos mil escudos de oro. Pújose al restituir la ciudad con toda la artillería y municiones, y al mes la otra mitad. Insertáronse en el tratado cláusulas relativas á la polietia de la navegacion, á fin de evitar todo pretexto de pugna entre ambas naciones; y los ingleses se obligaron á dejar en paz á la reina de Escocia, y á devolver por la suma que se acordara algunas ciudades y castillos que tenían en este país. Hablóse tambien de casar al jóven Eduardo con Isabel, hija mayor del rey, aunque sin resolver nada por el momento. Algunos meses despues se redactó un contrato de matrimonio con la promesa de cumplirlo cuando la princesa llegara á los doce años; pero el príncipe murió antes.

Al emperador disgustó mucho este acontecimiento, y ya que no pudo impedirlo, patentizó su descontento dando cuantas señales de mala voluntad eran compatibles sin rompimiento. Por órden suya mandó su hija Margarita, gobernadora de los Países Bajos, acometida al meter á los buques franceses en la Mancha, y repressalias hizo el rey embargar buques flamencos en sus puertos. Enrique quiso restablecer las fortificaciones de Thunera. Estos chorros y otros sobre los puntos limitados de entrambas potencias, fueron reputados como indicios de inminente guerra. Paulo III habia fallecido, y con él parecia haberse sepultado, por decirlo así, las negociaciones entabladas en Roma para embriazar al emperador; pero resuscitaron con la eleccion de Julio III, Juan Maria del Monte, á quien en defecto del cardenal Pío se puso á la cabeza de los candidatos. No habia tenido reparo el último Papa de la casa de los Farnesios en sustraer del señorío de la Iglesia los ducados de Parma y Plasencia, para revestir con ellos á su hijo bajo la reserva de homenaje á la Santa Sede. Presumiendo en sus últimos dias, que el emperador respetaria mejor esta propiedad en manos de la Santa Sede que en las de su nieto, que la habia heredado de su padre, la reunió al dominio de la Iglesia, habiendo ofrecido en indemnizacion Nepi y Camerino á Octavio. Rehusando este tal arreglo, salió de Roma y tentó la fidelidad del gobernador de Parza: no habiendo podido seducirle, levantó un pequeño ejército, se ligó con Gonzaga, titulado de haber contribuido á la muerte de su padre, y se puso en estado de guerra contra su abuelo, á quien dió el golpe de muerte esta inesperada política. Su sucesor Julio habia hecho á la Francia, al emperador y á los Farnesios promesas opuestas, que le era difícil cumplir sin descontentar á unos ú otros. En ejecucion de lo convenido con los Farnesios, habia vuelto Parma á Octavio, aunque sin medios para sostenerse contra el emperador, esperando que así le precisaria á poner en sus manos dicho ducado, en cambio de algun otro feudo de la Iglesia, y que en seguida transigiria con Carlos V, obteniendo de él ya el mismo ducado para uno de sus sobrinos ó un equivalente. Tal deseo de transmitir el ducado á su familia, era fomentado por el emperador, quien prometia su auxilio al soberano pontífice, persuadiéndose que debiéndole este una adquisicion tan preciosa, no tendria la ingratitude de aliarse con el rey de Francia, sino por el contrario le ayudaria á cerrar para siempre el cañino de Italia á los franceses, á quienes podia servir la ciudad de Parma de punto de apoyo y de plaza importante de armas. Carlos V sacrificaba á sus miras políticas el interés del esposo de Margarita su propia hija; pero desconfiaba de ella porque el yerno aparentaba no olvidar la parte que al parecer habia tenido el emperador en el asesinato de Pedro Luis Farnesio, su padre.

Octavio empero solicitaba á su suegro; pero este en lugar de escucharle, acometia á la ciudad de Parma con el intento de apoderarse de ella por hambre, sin verse precisado á tener que entrar á viva fuerza. Entonces se echó el duque en brazos de Enrique II, á quien suplicó que le amparase. Esta medida desconcertaba todas las del Pontífice, y podia tornarle sospechoso al emperador. El recuerdo de Clemente VII le atemorizaba. Inmediatamente manda á su vassallo que desista de su nueva alianza, y en virtud de su negativa le declare privado de su feudo. El rey envia una embajada al Papa, suplicándole que no lleve á mal el que sostenga á su aliado el Parmesano. Julio responde con amenazas de escumacion. El rey replica entonces al Papa que no abandonará á un príncipe oprimido, y que le defendirá contra todos, advirtiéndole al mismo tiempo que no siendo prudente suministrar recursos á sus enemigos, prohíbe que durante la guerra haya comunicaciones entre su reino é Italia; que tampoco permitiría que los obispos de Francia pasasen un tiempo que á instancias del emperador acababa de trasladarse de Bolonia á Trento; que mas bien tenia á esta asamblea como una maquinacion contra él, que como un remedio á los males de la Iglesia universal,

y que para la seguridad y conservación de la Iglesia católica y la reforma de las costumbres, adoptaría las medidas que juzgara necesarias, según en semejantes circunstancias habían obrado los reyes predecesores suyos. Estas protestas fueron significadas por el embajador de Francia al Papa mismo, y á la asamblea de Trento por el célebre Amyot, entonces abate de Belluno; pero por temor de que tales complicaciones contribuirían á envolverlos á los calvinistas que se multiplicaban en Francia, publicó Enrique II el famoso edicto de Chateaubriant, que agravaba las penas marcadas en los precedentes. Vedaba toda demanda en favor de los hereges, prohibía darles asilo, otorgaba recompensas á sus delatores, confiscaba los bienes de los que se esparthaban, sujetaba á todos los empleados públicos á presentar atestados de catolicismo, autorizaba pesquisas secretas sobre las opiniones individuales, y confirmaba el establecimiento de un inquisidor, á quien por fortuna no se dió autoridad judicial.

El Papa desaba ardentemente libertarse de la imputacion de ocasionar de una guerra que iba á ser general, por tomar parte en ella los dos principales potentados de Europa. Envió á Asagne de La Corne, uno de sus sobrinos, á suplicar al rey que se abstuviera de interesarse tan fuertemente por su rival Octavio. Este paso produjo esplicaciones sobre el motivo de la discordia. El emperador y el rey quisieron disculparse de ser sus fautores, y las justificaciones vinieron á acusaciones en escritos que se hicieron públicos, echándose en cara recíprocamente sus faltas con la misma acrimonia con que en otro tiempo habían procedido Carlos V y Francisco I en sus petulantes manifestos. Vióse por dichos escritos que no era el interés de dos pequeñas potencias lo que les ponía las armas en la mano, sino la ambición, el deseo de engrandecerse y un encono inveterado que de nuevo iba á ensangrentar la Europa.

El regreso de Asagne fué la señal de guerra: juntáronse las tropas del Papa con las del emperador para reducir á Parma, donde con mucho riesgo habían podido introducirse algunos franceses. Las tropas francesas se habían considerado por algun tiempo como meros auxiliares de los Farnesios y del Papa, pero no tardó un incidente en ponerlas en estado directo de hostilidad. La ciudad de Mirándula que está á poca distancia de Parma, se hallaba en secuestro en manos de Enrique, por litigarse sobre ella con la familia de los Pic. Había pues guarnicion francesa, la cual, bajo las órdenes de Horacio Farnesio, yerno presunto del rey, realizó una incursion á Bolonia, tomando de aquí Gonzaga ocasion para enviar un cuerpo de tropas contra Mirándula. El rey consideró este paso como personalmente dirigido contra él, y en consecuencia dispuso represalias sobre todos los dominios del emperador. Así se encendió esta guerra cuyos síntomas se advertían hacia mucho tiempo. Ninguna parte tomó el Papa en ella: los reveses experimentados por sus armas después de abierta la campaña, y los que temia por los triunfos de Carlos de Cosse, mariscal de Brissac en el Piemonte, le determinaron á solicitar la paz, habiendo escrito al efecto directamente al monarca. Su legado fué bien recibido, y el cardenal Tournou, que le era adicto, se encargó de seguir la negociacion en Roma. Para contemporar con el amor propio del Papa, propúsole y logró el cardenal una tregua de dos años que dejaba á Octavio en posesion provisional, proporcionándole medios para mantenerse en ella.

Empezáronse por mar las hostilidades de los franceses con el emperador. Un capitán que mandaba las galeras de Francia en ausencia de su general el baron de La Garde, tropezó con cuatro buques imperiales y los cogió en el puerto de Villafraña, á donde se habían retirado. La Garde le habia dejado el mando en el Mediterráneo interin iba á poner en seguridad la presa heclia á unos bageles flamencos que de regreso de España cayeron en su poder en las costas de Normandía, merced á una astucia. Dichos bageles eran veinte y cuatro, ricamente cargados y bien armados: á divisarlos en tan buen estado juzgó que no seria prudente provocarlos, y así les envió á decir que trasladaba de Flandes á España á la hermana del emperador Maria, reina de Hungría, y que era preciso hiciesen las salvas de ordenanza: descargaron en seguida todos los cañones: acometieron el baron antes que pudieran volver á cargar y amarró hasta quince, cuyo cargamento le valió más de cuatrocientos mil libras.

Estos dos sucesos sugirieron al emperador el expediente de procurar á los Países Bajos la proteccion del Imperio incorporándolos al Cuerpo Germánico, pero los principes alemanes rehusaron el honor de proteger que no redundaría mas que en provecho del gefe, y los espondría á la necesidad de tomar parte en las disputas de entrambos principes al primer cañonazo que se disparara entre ellos. Hallábase tanto menos dispuestos á servir á su dicho gefe, cuanto que los mas conservaban profunda indignacion de su conducta con el elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse. Después de la victoria de Mulhberg, los mismos que se habían utilizado de sus despojos, incluso el duque Mauricio, creado elector de Sajonia por la benevolencia del emperador en pos de la desti-

tucion de su primo Juan Federico, intentaron escarmentar al depósito obligándole á soltar los prisioneros. Al efecto imploraron los auxilios de la Francia, y el rey miró tal ocasion como la mas favorable para embarazar y humillar al enemigo de su familia. Aprovechándose con ahinco realizó con ellos un tratado, por el cual se comprometió á conducir á Alemania un numeroso ejército, con la condicion de que en abono de su coste podria ocupar las ciudades de Cambrai, Metz, Toul y Verlun y guardarlas como vicario del imperio. A este precio proclamóse fastuosamente sobre sus estándares «defensor de la libertad germánica y protector de los principes cautivos». Enrique buscó dinero, primer preparativo indispensable, y esplotó los motivos de su empresa en un acuerdo del Parlamento, que ha sido célebre. No era fácil encontrar fondos: para necesidades anteriores habia ya contratado doscientas cuarenta mil libras sobre la casa de la ciudad, y ademas un donativo gratuito: realizáronse otros empréstitos sobre el banco de Lion al doce por ciento, y todos los buenos subditos y aliados fueron invitados á contribuir al tesoro real, que les pagaria los fondos á voluntad de los prestamistas en rentas sobre varios dominios, servicios y gabelas.

Creáronse tambien cargos útiles al fisco, entre otros los de los presidiales. En el próculo del edicto dijo el rey, que el haberse decidido á esta creacion fué por haberse multiplicado las apelaciones de las sentencias de las bailias; que no pudiendo ser llevadas mas que al Parlamento, era esto muy ruinoso para los litigantes, forzados á ir lejos á seguir sus pleitos; que seria una ventaja para el pueblo encontrar al lado de las bailias un tribunal denominado *presidial*, compuesto de nueve magistrados que juzgarian sin apelacion de las causas que no excedieran de la cantidad de doscientas cincuenta libras de capital de veinte de renta. Como se vendieron estos cargos, mas bien se los reputó como un arbitrio rentístico que como una precaucion de justicia. Lo cierto es que al multiplicar los jueces se multiplicaron los abogados, los procuradores, los alguaciles y una clase de la sociedad ya harto numerosa y ocupada en devorar á las demas.

En el acuerdo del Parlamento habló el rey por sí mismo, anunciando la guerra contra un enemigo rencoroso, á quien intentaba acosar hasta en el centro de su dominacion, con ayuda de los mas poderosos principes de la Germania, sus antiguos confederados. «Durante mi ausencia, añadia, dejo la regencia á la reina mi compañera, al Delin y á un Consejo, y la lugar-tenencia general de esta capital y de la isla de Francia al cardenal Borbon. Os reconozco la justicia. Si juzgais oportuno representar sobre el registro de mis edictos, os dirigireis á la reina y á su consejo, quienes darán inmediatamente las respuestas por escrito. Si insiste el Consejo, no aguardareis mas que una primera y segunda amonestacion, como os ha sucedido alguna vez, pero registraréis en seguida, puesto que nuestros deseos é intencos son buenos, justos y razonables. Y como entre el gran número de personas que componen nuestro tribunal del Parlamento podrian dilatarse las deliberaciones con perjuicio de los negocios, establemos durante nuestra ausencia la gran Cámara con los presidentes de las pesquisas, para decidir de los registros y publicaciones de edictos, ordenanzas y provisiones sin ninguna apelacion á las otras cámaras, á las que privamos de todo conocimiento en tales actos.

«Tendreis mucho cuidado y diligencia en lo concerniente al honor de Dios y á la conservacion de nuestra santa religion, ejecutando los edictos formados contra los hereges y novadores; procurareis sobre todo que nuestro pueblo, á quien con gran pesar nos vemos precisados por las circunstancias á afijir enojo un aumento de los impuestos, encuentre algun alivio en la manera con que se administre la justicia, y que viva libre de la rapacidad y opresion de los vaganundos y salteadores, bajo la justicia de los prebostes de nuestros mariscales, á quienes hemos concedido el conocimiento de esta clase de crímenes sin apelacion. No es ocasion de disputar ahora si ellos deben ó no usar de la autoridad que les he confiado, porque el pueblo no podria menos de ser victima de semejantes debates.» El condestable tomó la palabra después del rey para dar cuenta de los motivos de la guerra. Comenzó trazando un paralelo de los reinados precedentes y del actual. «El estado, dijo, se arruina; la gandermería, no pagada, llevaba la disolucion á los campos; careciendo los buenos oficiales de sus sueldos, abandonaban el servicio. Nuestra alianza con la Suiza iba á espirar; el emperador ponía todo su conato en arrebatárnosla: el rey ha renegado con ella los tratados y apartado el lazo mas que nunca. Mucha de nuestras galeras y embarcaciones habian sido presa de los ingleses, y otras se perdian en nuestros puertos; los buques viejos han sido rehabilitados, háanse comprado nuevos, y para su servicio se han fundido noventa y seis piezas de artillería gruesa. Las plazas fronterizas son reparadas y abastecidas, el Piemonte casi escapado de nuestras manos, es recuperado; Boulogne es reconquistada; la Escocia asegurada para siempre á la Francia, y la guerra de Parma terminada. Tantos motivos de gastos

los mas legítimos no han hecho acrecentar las contribuciones; la nobleza ha contribuido al triunfo con su sangre y el clero con sus donativos, pero nuevos peligros exigen mayores esfuerzos.

Montmorency dió en seguida cuenta de las tentaciones realizadas para proporcionar la paz con Carlos V, diciendo: «cuatro embajadas solemnes y á las proposiciones de la Francia, solo ha respaldado el emperador con palabras equívocas y protestas vagas de amistad siempre desmentidas por los hechos». Pintó á Carlos como montando la Alemania, arrastrando en su séquito al elector de Sajonia y al Landgrave de Hesse cargados de cadenas, despojando las ciudades imperiales de su artillería y municiones que las trasportaba á Italia y los Países Bajos, amenazando á la Santa Sede con tentativas sobre la ciudad de Parma, y á los mismos franceses con las de Gonzaga sobre Mirándula. «Dejé de acabar sus preparativos, añadí, y no tardaré en verle caminar á su objeto que es el imperio universal: subyugar primero la Italia, atacar en seguida á la Francia por el lado del Languedoc con fuerzas españolas, por el de la Provenza y Delfinado con las tropas que hubieren triunfado en Italia, y por el de la Champana y Picardía con las huestes reunidas en los Países Bajos procedentes de la sojuzgada Alemania. Principes poderosos de la Germania se han dirigido al rey demandándole su proteccion: es urgente apoyarlos, así como á otros amigos secretos que se agregarán á nosotros.

«Nuestros motivos de seguridad en cuanto á la defensa del reino, interin penetre el rey en Alemania, son los siguientes: hay en el Mediterráneo de treinta á cuarenta galeras bien equipadas, á las que se agregarán las del Gran Señor, y todas juntas dominarán este mar, manteniendo en perpétua alarma las costas de Italia y España; en el Océano habrá veinte y cinco navas de alto bordo, bien provistas y ageritadas, prontas siempre á luchar con cien canonicas que se presenten; en el Piemonte contamos á las ordenes del mariscal de Brissac con once ó doce mil soldados franceses y tres mil suizos, y en Guiana y Gascuña con cuatro compañías á disposicion del rey de Navarra. Provistas todas las ciudades de Borgoña, Champana y Picardía de viveres, fuertes guarniciones y municiones, pueden oponer larga resistencia; y si se alejare el rey vendrán seis mil ó mas Suizos si es menester. «He aquí, señores, lo obrado por el rey: á vosotros toca ahora examinar lo que podéis hacer por vuestra parte, para corresponder á las sanas intenciones de su magestad.»

«A nombre de su cuerpo aseguró el primer presidente Lemaître, que estaria pronto á cuantas ordenes se le comunicasen. El cardenal Borbon, al paso que patentizó su pena, de que la cantidad de sus funciones y lo avanzado de su edad no le permitiesen otras ofertas que fondos y oraciones, hizo á nombre del clero la de una suma de tres millones, la cual fué distribuida entre todas las iglesias del reino, y siendo imposible encontrar inmediatamente el numerario indispensable, recibieronse en cambio en la fábrica de moneda los relicarios, candeleros y otras alhajas, habiendo causado esta especie de devastacion gérmenes de descontento. La luduquada de Valentinio y muchos grandes señores enviaron tambien á la misma fábrica su plata, evaluada y con promesa de ser tambien

Apenas partió el rey apareció multitud de cargos nuevos no guardados, muchos de los cuales menoscababan la jurisdiccion del Parlamento: 1.º Creacion de un presidente y cuatro consejeros en la real junta de moneda, que seria soberana en lo civil y criminal. 2.º Segunda sala en el tribunal de subsidio, de dos presidentes y ocho vocales con un primer ugiar y su competente acompañamiento; 5.º Ocho plazas de contadores, doce auditores y ocho ugiarés; 4.º Seis auhieniores é igual número de oficiales de la cancelleria, con los mismos privilegios que los secretarios del rey; 5.º un tesoro general en cada una de las catorce generalidades de Francia; 6.º un juez criminal en todos los tribunales; 7.º la creacion de los ya mencionados presidales. Vendiéronse estos cargos, y el dinero que de aqui resultó surtió abundantemente el tesoro. El Parlamento hizo reclamaciones, pero no habiéndose escuchado las reiteró, y se le amenazó. Entónces tomó el partido de adoptar esta fórmula para el registro de las cartas reales: *Leidas y publicadas por expreso mandato del rey*. No obstante, se sostuvo firme el Parlamento contra el edicto del restablecimiento de la jurisdiccion eclesiástica que habia sido muy cortada por la ordenanza de Villerscoeteres en 1559. La corte habia creído conveniente hacer tal concesion, para agenciar la generosidad del clero; pero así que este aprontó los tres millones mencionados, cesó aquella de incoadorn por tal causa al Parlamento.

Podía esperarse que la expedicion preparada con tanto esmero contra el emperador, conseguiria brillantes resultados; pero al llegar el rey á orillas del Rhin é ir á entrar en Alemania, supo que su aliado Mauricio habia adormecido tan bien al emperador mediante el reconocimiento y celo que siempre habia presentado á favor de él, que logró llegar hasta la Suavia sin noticia suya, y que habiéndole además entretenido con una negociacion, consiguió forzar las gargantas del Tirol, disipar por terror el Concilio de Trento, y pensar

sorprender enfermo en Inspruck á Carlos V, el cual no se le escapó sino por algunas horas y casi desuado. Al participar á Enrique esta ventaja, decíale los principes confederados, que el fugitivo queria entrar en negociaciones, y que le rogaban no pasase adelante. Sin manifestar el rey tan disgustado como lo estaba de que se desbaratasen de improviso sus magníficos proyectos, respondió que se alegraba de no tener que realizar viaje mas largo; que su gloria quedaba bastante satisfecha con que la Alemania comenzara á respirar con su asistencia, y que nunca escusaria gastos ni fatigas para socorrerla; que por lo demas se hallaba ya seguro, habiendo apoderado tanto por fuerza como por sorpresa de las ciudades de Metz, Toul, Verdun y Luxemburgo, y de varias plazas que cubrian la frontera; que á fin de no dejar á sus espaldas nada que pudiera servir al enemigo, habia ocupado la Lorena y traído á su corte al duque Carlos que solo tenia nueve años, para educarle al lado del Delfin. Iizo éntonces triunfantes en sus nuevas conquistas, y penetró en Alsacia hasta Strasburgo que contaba sorprender, como le habia acontecido con Metz, pudiendo que se le dejase el tránsito; pero con este ejemplo desconfiaron los habitantes de la primera ciudad, quienes burlaron su proyecto, rechazando lo mismo los alhagos que las amenazas del asendereado Montmorency. Tropas reunidas por la reina de Hungría gobernadora de los Países Bajos, atacaron en Picardía y Champaña algunos estragos, sin desviar al rey de su expedicion, habiendo buuelto al regreso de este. Enrique puso las suyas muy tempranas en cuando de invierno, no queriendo empeñarse en otras empresas, mientras no se enterase de las condiciones de la paz que se trataba en Passau bajo la mediacion del Fernando. Combinose en ella en restituir la libertad á los dos principes prisioneros, en anular el *interin*, áuduir indiferentemente protestantes y católicos en la cámara imperial de Spira, y en remitir á una dieta próxima el decidir amigablemente sobre las diferencias de religion.

Manifestabase el rey confiado en que habiendo correspondido tan espontáneamente á la invitacion de los principes del imperio en unas circunstancias que no le comprometian personalmente, no dejaría de tratarse de él en el acomodamiento; pero no se le mencionó mas que en los últimos artículos y como por una reminiscencia asaz insultante, toda vez que se respondió á los agentes enviados por él para tomar alguna parte en las deliberaciones, que nada tenia que ver con los asuntos del imperio, y que si abrigaba quejas contra el emperador las dirigiera al elector Mauricio, quien procurara arreglarlos. Esta afectada indiferencia disminuaba de Carlos, quien no queria dejar á Enrique la ventaja de poder mezclarse en los negocios de Alemania. Los principes se escusaron con el rey, diciendo haber sido forzados á redactar así el tratado, por saber á Juan Federico y al Landgrave de Hesse, cuya vida de lo contrario correria peligro. Enrique II se contentó con tal razon, y les devolvió los rehenes que habian dado al imperio. A semejante generosidad añadió el ofrecimiento de que contarán con su auuidad y la seguridad de que se les abriria la puerta, siempre que intentasen volver á su alianza. Solamente Alberto de Brandeburgo, denominado Alcebiades, primo segundo del elector de entonces, y Margrave de Auspach, que habia hecho la guerra como bandido á sangre y fuego, rehusó acceder á este tratado que se llamó la libertad de Passau, y desde el cual data la completa libertad de los protestantes en Alemania. Acantonose Alberto en el electorado de Treveris, país católico que ofrecia pábulo á su encono y rapacidad, y procuró hacer creer que procedía de tal modo por adhesion á la Francia, cuyos servicios y dignidad habian sido desconocidos en el tratado; pero los sucesos ulteriores patentizaron que si obraba de aquella manera era por conuivencia con el emperador.

En este siglo no se veia mas que astucia y engaño, especialmente en Italia, donde los triunfos y los reveses alternados de las casas de Francia y Austria habian acostumbrado á principes y republicas á variar continuamente de partido y jugar con su palabra. En tanto que el rey marchaba contra Alemania, y que el emperador combatía y celebraba tratados en ella, uno y otro tenian en allá de los montes generales y negociadores: los primeros asolaban el país y tomaban las ciudades; los segundos presentaban esperanzas de paz á los oprimidos principes y atribulados pueblos, y acacimientos imprevistos acarreaban cambios inesperados en los intereses respectivos. Siena, capital de la republica de su nombre, era disputada por imperiales y franceses, habiéndose introducido en ella Hurtado de Mendoza, general de los primeros, ya por consentimiento de algunos habitantes y ya por sorpresa. Viéndose casi dueño de la ciudad, levantó á los mismos que le habian llamado.

Por este tiempo formó el cardenal Tournon, embajador en Venecia, una liga de muchos principes italianos, exasperados de las exigencias y del despotismo del emperador desde que se creia con poder incontrastable en Alemania. Hércules II de Este, duque de Ferrara, el conde de la Mirándula, los vencimos en secreto, y

mas abiertamente Fernando de San Severino, príncipe de Salerno, quien decía contar con descontentos en gran número del reino de Nápoles, ligaron sus intereses bajo la protección del rey de Francia. Invitados los sieneses á unirse con ellos, dieron oído á las proposiciones de los negociadores, y accedieron á recibir tropas francesas, á las que abrieron las puertas, huyendo por un lado los españoles, mientras entraban por otro los franceses. Los sieneses destruyeron la ciudadela con ayuda de los franceses, quienes ayudaron también á los otros confederados á recuperar las plazas de sus señorios, viéndose dichos franceses nuevamente dueños del centro de Italia. Dirigió las operaciones militares el mariscal de Brissac, denominado el buen Brissac, por haberse portado como buen general y cumplido caballero. Se le dio que fué enviado á mandar al otro lado de los montes como por vía de destierro, á fin de alojarle de la duquesa de Valentinois, la cual dispensaba al joven caballero atenciones sospechosas para el monarca.

San Severino fué el único que no llevó á cabo su empresa, que consistía en sublevar el reino de Nápoles, donde en calidad de virey mandaba el duque de Alba con una dureza que irritaba á grandes y pequeños. Ocupado Enrique II en los preparativos de su expedición de Alemania, y no pudiendo por lo mismo dar personalmente al príncipe de Salerno todos los socorros de que necesitaba, le proporcionó por su embajador esperanzas del lado del emperador de los turcos. En efecto aparecióse Dragut, almirante otomano, á la vista de Nápoles con trescientas velas, donde se mantuvo ocho días aguardando el éxito de las inteligencias que San Severino decía tener con la ciudad; pero este, que debía traer a los turcos veinticinco galeras cargadas de tropas costeadas por el rey, tardó demasiado, y no encontró al almirante sino cuando ya se retiraba. Las reunidas escuadras batieron al virey Doria, que acudía en socorro del virey; el único fruto que Dragut recogió de esta victoria fué la libertad de saquear inhumanamente las costas de Sicilia, penetrar en esta isla y hacer en ella mas de diez mil esclavos.

La ventaja, aunque incompleta, que el rey de Francia habia sacado del alzamiento de los príncipes de Alemania contra el emperador, desazonó vivamente á este, quien creyó debía procurar borrar con alguna hazaña brillante la vergüenza de haberse dejado sorprender en Inspruck. Ningun suceso le parecia mas oportuno al efecto que la reconquista de las ciudades existentes en poder de la Francia. Para llevar mejor á cabo sus proyectos, disfrazólos por algun tiempo con la apariencia de perseguir al marqués de Anspach, al paso que le subornaba para asociarle á sus designios sobre Metz.

Esta ciudad se hallaba mal fortificada y dominada por montañas: sus murallas sin torraplenes ni baluartes, y á trechos hasta sin fosos, no permitían esperar mas que una débil resistencia; pero tuvo por defensor al célebre duque de Guisa (Francisco) cuya conducta han trazado los historiadores con placer hasta en los mas menudos detalles, como un ejemplo digno de pasar á la posteridad. Despues de examinada su posicion, trazóse Guisa un plan de defensa: arrasó cuatro barrios llenos de hermosos edificios, antiguos palacios de los reyes anteriores á Carlomagno y de sus descendientes, y cubiertos de iglesias que podian favorecer los aproches del enemigo. En estas demoliciones empleó todos los miramientos que podian suavizar la pena. El cuerpo de Hildegarda, esposa de Carlomagno, el de Ludovico Pio, su hijo, y de otros diez ó doce príncipes de su noble sangre, enterrados en la iglesia de San Arnoldo, fueron levantados con respeto y trasladados con religiosa pompa á un templo de la ciudad: trató honoríficamente á las monjas y los religiosos forzados á abandonar sus monasterios, y los acomodó con todo el decoro posible con sus muebles, vasos sagrados y cuanto juzgaron oportuno transportar. Haciéndose cargo de los viveres, mandó á los moradores de los pueblos comarcanos que introdujeran en la ciudad trigo, vino, avena, leña y forraje y sus bestias, y que destruyeran los molinos, las casas y cuanto pudiera ser útil al enemigo. Así que completó las provisiones, resolvió no permitir mayor número de consumidores que el proporcionado á las vituallas, no habiendo conservado de los habitantes inútiles para los trabajos y las maniobras militares, mas que los que pudieran contar con subsistencia propia durante el asedio; los demas fueron despedidos con dulzura, bondad y la seguridad de que sus casas y bienes serian custodiados en su ausencia, de manera que los encontraran intactos á su regreso. No retuvo mas que setenta sacerdotes y mil doscientos hombres de los oficios necesarios. A fin de quitar viveres é incomodar á los enemigos en su marcha, envió bastante leña y sus caballería á forrajear en los campos del camino que debía traer el emperador.

Multitud de voluntarios de las primeras casas de Francia acudió á la defensa de una ciudad tan importante, cuya posesion era como un reto entre el rey de Francia y el emperador. Este habia jurado hacerse enterar delante de las murallas antes que levantar el cerco. A medida que llegaban aquellos jóvenes artesanos, los iba poniendo Guisa en una compañía. Infantería, caballería, hombres de armas, caballos ligeros, cada cual tenía que mantenerse en su res-

pectivo cuerpo obediente á las reglas de disciplina y á las leyes contra el lujo y el juego. Prohibiéronse los combates singulares, so pena de cortar la mano, así como todo insulto ó molestia á los habitantes. Los reos de tal delito debian ser espulsados ignominiosamente y sin paga. Estendióse la atencion de Guisa á cuanto podia contribuir al bienestar de los soldados; moderacion en los actos penosos del servicio, aseó en los hospitales, consuelos á los enfermos, estímulos á los que los cuidaban; y para la salubridad de toda la poblacion puso carros para recoger las inmundicias. Distribuyóse la circunferencia de las murallas entre los principales señores, á fin de que bajo su vigilancia avanzasen igualmente las obras; pero previendo, á pesar de las penas marcadas y de trabajar ellos á veces como simples soldados, que no se concluirían á tiempo los preparativos, Guisa apioyó mil costos, doscientas vigas, considerable número de grandes estacas y tablas, cuatro mil sacos de lana, dos mil barriles que pudieran llenarse de arena, manteles, barreras, empalizadas, ginetes de madera para formar las troneras y cubrir los arcabuceros, instrumentos aptos para cortar madera y ahondar la tierra, mil doscientas hacijas para los trabajos de noche, y hasta fuegos artificiales para las señales de un lado con otro de la plaza. Con tales aprestos y una guarnicion de seis mil hombres de á pie y de cuatro mil caballos, sin contar la juventud ardiente y valerosa que acudió en auxilio, fué como el duque de Guisa aguardó al emperador.

Presentóse éste al principio del otoño al frente de cien mil hombres, que se componian de escogidas tropas, de la principal nobleza de sus vastos estados, de sus mejores generales, de siete mil gastadores y ciento veinte cañones. Ademas de estas fuerzas era menester tener en cuenta las de Alberto de Brandeburgo, aquel su puesto amigo de los franceses, que no habia querido firmar el tratado de Passau como Mauricio y los otros príncipes alemanes. Alberto vino con un cuerpo de tropas á ofrecerse al duque de Guisa, suplicándole se le admitiera en la ciudad. El gobernador encontró fácilmente prestos para escusarse de admitirle, y le señaló un puesto próximo á los muros. El falso auxiliar, intentando á lo menos prestar al emperador el servicio de desgarnecer á los cercados, pidió viveres. Nególos Guisa, y temiendo entonces Brandeburgo ser desgarnecerado y encontrarse entre dos fuegos, por reunirse el ejército del rey en Reims, adoptó el partido de levantar el campo. Un destacamento le siguió observándole; pero Claudio, el duque de Amale, hermano del duque de Guisa, que lo mandaba, no tomó las debidas precauciones, y fué sorprendido, batido y hecho prisionero por Alberto, quien se retiró entonces al ejército del emperador, habiéndosele señalado un punto importante en las operaciones del sitio.

No correspondieron las hazañas de este ejército á las esperanzas de Carlos V. El cañoneo fué muy vivo, y las minas hicieron anchas aberturas; pero no se vió por parte de los cercados ninguno de los rasgos de audacia que preparan y traen el triunfo, y en cambio ejecutaron los cercados salidas continuas, causando repetidas alarmas en el campo enemigo. El emperador ordenó un asalto, y no fué obedecido. La certidumbre de tropezar detrás de las ruinas con nuevas defensas y fosos llenos de artificio, de donde no saldría ninguno de los que osaran bajar á ellos, heló los corazones. Sobrevino el mal tiempo; las lluvias pusieron intratable la tierra, y los soldados no caminaban sino por grandes lodazales, sin encontrar apenas pareja seco para descansar; dejáronse sentir frios prematuros, y se careció de forraje y viveres; de todos estos azotes resultaron enfermedades, de modo que á pesar de su propósito tuvo el emperador que levantar el cerco á principios de enero. Créese que perdió cuarenta mil hombres.

Como el rey iba acercándose, decamparon de noche los enemigos, abandonando sus tiendas, armas y bagage, y entrando la artillería. El duque de Nevers, Francisco de Cleves, que mandaba un ejército de observacion, se puso á perseguirlos. También salió la guarnicion á desordenar su retirada; pero el furor de los franceses trocose en compasion al contemplar el triste estado de aquellos militares, los cuales iban tambaleando de inanicion y ateridos de frio, en términos que muchos perdieron miembros, y otros se arrastraban estenuados, luchando con las aves de rapina y los perros que los devoraban vivos. El duque de Guisa recogió caritativamente los enfermos dejados en el campo, haciéndolos transportar á la ciudad y curarlos en los hospitales. A medida que se restablecian, les daba dinero para regresar á su país, y envió á ofrecer al duque de Alba barcos para trasladar á Thionville los que iban dolientes en su compañía.

Esta conducta contrastaba con la de un ejército que la reina de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, envió á Picardía durante el cerco de Metz, antes de que el rey dispusiera el suyo. Aquel ejército perpetró crueldades horribles, quemó las ciudades de Nonoy, Nesle, Chauny y Rove, y segun se dice, mas de setecientos lugares. Por órden expresa de la reina, y para injuriar personalmente al monarca, arrasóse el hermoso palacio de Folembray, leven-

tado por su padre. Entre los casos de barbarie relíquese el siguiente. Un soldado de las cercanías de Roze, que servía desde muy joven en las tropas flamencas, pasa aprovechando la ocasión de estar muy inmediato, al pueblo de su nacimiento. Al llegar ve que está ardiendo la iglesia, llena de cuatrocientas mujeres que lanzaban ayes espantosos, y tomando una hacha rompe la puerta. Entre las primeras que salen medio abrasadas, encuentra a su madre que se arroja a sus brazos. Incomodado el capitán de la tropa incendiaria al ver á las desventuradas en libertad contra sus órdenes, manda rechazar á la madre, al hijo y á cuantas mujeres se pudo coger. á la iglesia que fué devorada por las llamas. Semejantes atrocidades no produjeron mas que la toma de la ciudad de Hesdin, que fué recuperada por el rey durante el asedio de Metz, y vuelta á tomar por el emperador, después que se hizo dueño de Thieruana. En este sitio de Hesdin perdió Enrique á Horacio Farnesio, duque de Castro y yerno suyo, á quien estimaba tiernamente, y que no hacía mas de un mes se había desposado con Diana de Anguleña ó de Francia, hija natural de Enrique y de Felipa Duc, dama piomontesa.

Thieruana, situada entre Arras y Tournai, y ocupada por los franceses, contaba siempre con una guarnición numerosa, que á los primeros síntomas de guerra, se iba sobre el Artois y el Tournaesado, estendiendo la desolación á los territorios comarcanos, cuyos moradores ansaban vivamente la destrucción de tan incómoda fortaleza. Ascendió el emperador en persona, y habiéndola tomado, la abandonó á la discreción de aquellos habitantes, que acudieron en tropel y la demolieron en ocho días. Ya había sido arruinada bajo Francisco I, pero ahora no quedó piedra sobre piedra, y apenas se conoce el parage en que existió. Francisco de Montmorency, hijo mayor del condestable, mandaba en Thieruana con el viejo Esse Montalbert, que había vivido en inacción después de su vuelta de Escocia. Aunque enfermo de ictericia cuando se pensó en él para la defensa de Thieruana, apenas pudo contener su orgullo con la perspectiva de no morir en su lecho. Habiéndose manifestado el rey la pena que experimentaba por su estado enfermizo, le respondió: «Señor, cuando se os anuncie la toma de Thieruana, contad por seguro que Esse se habrá curado de la ictericia.» En efecto, pereció en una embestida en que fué reñazado el enemigo. A falta de útiles para reparar las brechas, fue preciso capturar. Sorprendida la guarnición mientras se parlamentaba, parte de ella fué degollada, los flamencos, y si no pereció toda, fue merced á los españoles que quisieron agradecer lo que con ellos hicieron los franceses en Metz. Montmorency quedó prisionero.

Enrique II tenía un hermoso ejército que hubiera podido oponerse á los estragos del enemigo; pero el condestable esperaba ponerle en posesión de Cambrai, que como vicario del imperio pensaba dejarle ocupar los aliados de Alemania. Una dilación de dos días pedida por los magistrados para disponer los ánimos á recibirle, fué empleada por aquellos en prevenir al emperador, quien les mandó socorros. Estando muy avanzada la estación para emprender un sitio, el rey pasó adelante y se acercó hasta dos leguas de Valenciennes, donde se hallaban acampados los enemigos mandados por Manuel Filiberto, duque de Saboya, á quien presentó batalla. El emperador había manifestado intención de asistir á ella; pero esto no fué mas que una astucia para atraer á los franceses á un punto donde nada tuviera que temer, y así se retiró apenas llegaron. El rey no les siguió, y entrambos pusieron sus tropas en cuarteles de invierno.

Todavía no había entrado la isla de Córcega en los debates de entrambos príncipes, habiéndola sustraído á la dominación francesa el emperador que llegó á ser incontrastable en Génova después de la revolución de Doria. Juzgándola útil Enrique II, para que pasaran al Milanesado por la Toscana los recursos indispensables para alimentar la guerra de Italia, resolvió apoderarse de dicha isla con ayuda de un partido que siempre había soportado con impaciencia el yugo de los genoveses, y á cuyo frente se hallaba San Pietro de Ornano. Para esta expedición llamó al almirante Bragut que recorría el Mediterráneo con ochenta galeras otomanas, habiéndoseles agregado veinte y cinco francesas. Después de haber aislado Dragutas costas de Galabria, cayó sobre Córcega, y auxilió á los franceses mandados por Pablo de la Barthe, señor de Thermes, á conquistar parte de ella, habiéndose retirado en seguida cargado de botín, no sin sospechas de que el oro de los genoveses le decidió á alejarse de aquellos parages. Carlos V envió á Doria diez mil hombres que restituyeron las ciudades corsas á la dominación genovesa. Recobraron los franceses algunas, y establecióse la guerra en aquella isla, que por espacio de muchos años fue la arena de las dos potencias beligerantes. Brissac aprovechó en el Piemonte tal diversion, enviando columnas hasta las puertas de Génova; sorprendió á Verceil y se apoderó de los ricos muebles del palacio ducal, últimos restos de la opulencia del desgraciado duque de Saboya Carlos, que murió en el mismo año, y cuyo hijo Manuel Filiberto capitaneaba el ejército imperial en los Países Bajos. El mariscal Brissac se inmortalizó en estas campañas de Italia, no tanto por sus triunfos, como por la

exacta disciplina que hizo guardar á sus soldados. Merced á sus desvelos mudó de la fuerza guerrera; y el noble ejemplado por su ejército aventajando al del enemigo, produjo una emulación de actos generosos entre ellos, y miramientos á los habitantes, los cuales pudieron mantenerse estranos en adelante á las contiendas que ensangrentaban su suelo.

Hubo en Inglaterra sucesos que podía temer Enrique II por sus consecuencias. Eduardo VII murió sin haberse casado, y á su trono fue elevada su hermana mayor María, hija de la reina Catalina de Aragón, primera esposa divorciada de Enrique VIII. Era María de mas de treinta y ocho años de edad, poco agraciada y de un carácter áspero y duro; á fin de restablecer la religion católica ejerció las mismas atroces crueldades empleadas por su padre para destruirla. Como parienta cercana de Carlos V, desoó tener con él una alianza mas estrecha, y dió su mano á su único hijo Felipe, sobriño suyo, once años mas joven que ella y virulo ademas de una princesa de Portugal, madre del infortunado Carlos; pero el emperador no reportó de tal enlace las ventajas que esperaba y tenía el rey de Francia. Los ingleses acogieron con frialdad al marido de la reina, ninguna autoridad le dieron en el gobierno, y le impusieron la condicion, si llegaba á tener hijos, de no poder ni sacarlos de Inglaterra, ni romper la paz entre ellos y los franceses, ni emplear las tropas inglesas en contien las extrangeras, aludiendo á la que subsistia siempre entre el emperador y la Francia.

Los señores ingleses hubieran preferido que su reina se enlazara mas bien que con el español con el cardenal Polo, nieto por su madre del duque de Clarence, hermano de Eduardo IV, primer rey de la casa de York; pero prevaleció el partido del emperador. El cardenal pasó de legado á Inglaterra para ayudar á la reuual restablecimiento de la religion católica. El prelado era de carácter blando, y con sus consejos é insinuaciones reprimió varias veces las violencias de su parienta. En su viaje de Roma á Inglaterra intentó poner en paz á Carlos y Enrique; vió á entrambos, habiendo obtenido la palabra de que se prestarían á un acomodamiento, y convenidn en una tregua, interin se zanjaba la paz. Tales esperanzas colmaron á los pueblos de gozo. En todos los puntos de Francia por donde pasó Polo, se agolpaba la muchedumbre á verle, cubriéndosele de flores y llenándole de bendiciones; pero faltaba mucho todavía para que los desgraciados oírnan el término de sus males, y jamás hubo una guerra mas cruel que la que se siguió á tan lisonjera expectativa. El rey anunció las hostilidades con una nueva creacion de oficios para recaular fondos, y en especial con el del parlamento de Bretaña, que disminuyó mucho la importancia del de Paris.

El rey eruyó que el emperador no queria prestarse á una tregua sino para tomar aliento, afianzar en lo posible el crédito de su hijo en Inglaterra, y con las tropas que estragara de este reino, á una con las de Alemania y Países Bajos, acometer simultáneamente á la Francia por varios lados. Para burlarse organizó Enrique II tres cuerpos de ejército destinádoslos á diferentes expediciones: uno á las órdenes del príncipe de La Roche del Yo entró en el Artois, taló y abrasó los campos; otro á las del condestable, amenazó á Avesnes para distraer al enciugno del verdadero proyecto, y el tercero á las del duque de Nevers penetró en los Ardenes, pasó escabroso, cubierto de selvas que albergaban castillos en que estaban acantonados los enemigos, quienes podian desde ellos hacer irrupciones en Champaña. Nevers los arrojó á fluy, y destruyendo parte de las fortalezas, puso guarnición en las demas, habiéndose incorporado en seguida con el condestable, quien dejando á Avesnes había caído rápidamente sobre Marcbrunoy, edificado por la gobernadora, apoderándose de este punto ó los tres días de un ataque muy vivo.

Enrique II vino al ejército, fortificó su nueva conquista, y echó los fundamentos de la ciudad de Roeroy para facilitar en ella los combates al mismo tiempo que el emperador levantaba á Philippe Ville y Charlemont, como puntos de observacion. El rey tomó en seguida á Bouhines y Dinan: todos los habitantes de la primera ciudad fueron pasados á cuchillo, por haber osado sin ningun motivo cerrar sus puertas á un ejército real, é igual suerte experimentaron los de la segunda, por haberse dejado sorprender mientras se hacia la capitulacion. Bayay, ciudad antigua fué tambien arruinada. La cólera de rey se estendió sobre el Hainaut que fué aislado desapiadadamente, porque siendo del gobierno de la reina de Hungría era la parte que mas estimaba. En venganza de la destruccion de Folembrai, abrasó á Marimont, casa de recreo de esta princesa, así como la ciudad de Bains y el magnifico palacio edificado allí por ella, adornado de pinturas, vasos y estatuas antiguas, que fueron destrozadas sin haberse aprovechado de ellas el vencedor. Sus propias devastaciones le forzaron á abandonar unos territorios que no podian darle subsistencias.

Retiróse Enrique hacia el condado de Boulogne, y sobre la frontera embistió al castillo de Renti, cuya vecindad incomodaba á la capital del condado. Carlos no podía dejar que lo tomase sin exponerse á perder todo el Artois, y así hubo debido de aquel castillo un rudo combate en que se acreditó el duque de Guisa en cuanto á dirigirlo,



y Coligny y Tallones en cuanto á bravura. Los franceses cantaron victoria por haber quedado dueños del campo de batalla; pero el emperador rechazado y no batido, se situó tan ventajosamente, que el rey no osó atacarle. Renti no fue tonado: los dos gefes se ausentaron de sus ejércitos dejándolos á sus lugar-tenientes, quienes continuaron una guerra de ruina y esterminio. El duque de Saboya que capitaneaba las tropas del emperador, avanzó hasta la abadía de Corbie, cerca de Amiens, desde donde se veían en medio de una humareda las llamas que devoraban el territorio que pisaba. El duque de Vendome, Antonio de Borbon, le impidió el paso del Soma. El rey había creído oportuno dar á este príncipe el mando de su ejército, por no dejarlo al condestable de Montmorency ó al duque de Guisa, entre quienes se suscitó rivalidad por causa del combate de Renti, por haber sido de dictámenes contrarios en el consejo que le precedió, acusándose recíprocamente de los escasos resultados de esta batalla, que debiera haber sido decisiva. Como el monarca no quería favorecer al uno en perjuicio del otro, llevó á los dos consigo, y limitó tanto las facultades de Vendome, que este se vio precisado á concertarse á una vergonzosa defensiva.

La alternativa de sucesos tornaba también incierto el éxito de la guerra en Italia. Cosme de Médicis, cabeza de la segunda rama de su casa, que no contaba mas que á la reina de Francia en la rama primera, jefe igualmente de la república de Florencia, aunque no soberano todavía, y adicto al emperador, de quien aguardaba la equidad de gran duque, juntaba sus tropas con las imperiales que amenazaban la independencia de Siena. Enrique había enviado á Pablo de Thermes en oposición á García de Toledo, hijo del virey de Nápoles, á donde tuvo este que retirarse por la diversion del corsario Dragut. También se retiró Cosme, y entonces fue cuando nada teniendo que hacer, pasó Thermes á Córcega; pero Cosme, mudando bien pronto de parecer, trató de perseguir por sí solo la expedición y puso al frente de sus tropas á Medichino ó Medequin, marqués de Marignan, milanés que se hacia pariente de los Médicis. El rey dió el mando de las suyas á Pedro Strozzi, pariente de la reina, de familia enemiga de los Médicis, y cuyo padre había muerto en las cárceles de Florencia después de tres dias de tormento ordenado por su rival. Estos dos adversarios se hicieron encarnizada guerra; en vano intentó el marqués sorprender á Siena ocupada por los franceses, los cuales se hallaban bloqueados en esta ciudad, porque los castillos que la rodean estaban en poder de los imperiales. Fué rechazado, pero no tardó en vengarse. Falto Strozzi de viveres, buscó á su enemigo para quitarle mediante una batalla decisiva la ventaja que en cuanto á vituallas le llevaba. Tropezáronse ambos generales junto á Marciano; pero el marqués tuvo la destreza de esquivar un choque, y Strozzi, cada vez mas acosado por la necesidad, vióse precisado á decampar, habiéndolo ejecutado de tan bravatas y con la esperanza de atraer al enemigo á un terreno donde podría cogerle con ventajas. Persiguió Marignan, quien sembró el desorden en el ejército del general Sienes. Herido este gravemente, vendido ó mal apoyado y huyendo conducido en una cañilla, consintió rehacer sus tropas, y aunque había perdido la mitad de ellas, no dejó de impedir que el marqués sacara de su victoria todo el provecho que debía aguardar. En memoria de este triunfo alcanzado el 2 de Agosto, día de San Esteban papa y mártir, Cosme instituyó una orden denominada de San Esteban.

Siena, ya vivamente molestada por la guarnición de los fuertes que la rodeaban, vióse mas y mas estrechada por el ejército victorioso. Montluc, enviado á secundar á Strozzi, se habia encerrado en esta ciudad, pero fué atacado entonces de una enfermedad que le impedia dar órdenes y vigilar por la seguridad de la plaza. No bien se curó Strozzi de su herida, se arrojó hácia esta al frente de seiscientos hombres, habiendo perdido la mitad de ellos y corrido él mismo los mayores riesgos. Restableciöse Montluc, y saliendo Strozzi volvió á recorrer el campo á fin de interceptar los viveres á los sitiadores como estos los interceptaban á los sitiados. Cansados los sieneses tras ocho meses de sitio y reducidos por el hambre á los mayores apuros, ofrecieron entregarse por capitulación. Como Montluc no era mas que auxiliar, les dejó obrar sin mezclarse en la negociación. Empero existían en Siena muchos desterrados de Florencia, á quienes habian recibido y apreado los sieneses por serles útiles. Montluc descubre que se acuerdan muy poco en las negociaciones de la suerte de estos desgraciados, y que iban á dejarlos á merced del furor de los florentinos, sus compatriotas. El general francés declara que no permitirá ninguna composicion en que no sean comprendidos los desterrados, y hace estipular que estos podrian retirarse con la mayor libertad á donde quisiesen. En cuanto á él mismo, desechó las honoríficas condiciones ofrecidas por Marignan, y salió con armas y bagages. Sorprendido ó no queriendo el marqués arriesgar una acción contra estos desesperados, abre sus batallones, deja pasar tranquilamente á los franceses, cumplimenta y abraza á su gefe, y en pos de la negativa de este á recibir viveres del enemigo, Ma-

riagan envía á la ruta que debía llevar, carros cargados de recursos.

Semejante firmeza fué aprobada y muy aplaudida en la corte de Francia, y valió á Montluc, por recomendacion del condestable, una pensión y el collar de la Orden de San Miguel, que á la sazón solo se concedía á los mas grandes señores. Esperémentó no obstante la mortificación de que le arrebataron el original de la capitulacion de Siena, en el cual se obtuvo en no lejar estampar el nombre del rey, á fin de no comprometer su gloria. La duquesa de Valentinois acusó al rey segun se dice, que lo guardara en los archivos de la corona como un monumento importante al honor de la nacion, y que por tal motivo debía estar en un lugar mas seguro que el archivo de un simple hidalgo. Con respecto á Strozzi que desagradaba al condestable, habiendo tenido que dejar tomar la fortaleza de Porto Léreules por falta de dinero y de las tropas que se le habian prometido, fué relevado, y á pesar de las heridas y riesgos que habia corrido, vivió mucho tiempo en desgracia, sin que el rey quisiera oír sus descargos.

Todavía hubo entonces alguna esperanza de paz. Julio III habia ya conseguido de las potencias beligerantes que se abrieran conferencias en el harrio de Marca, cerca de Calais, bajo su mediacion y la de Inglaterra. Pedro Carafa, Paulo IV, papa en pos del sucesor de Julio III, Marcelo Cervino, que con el nombre de Marcelo IV no ocupó la Santa Sede mas que veinte y siete dias, se interesó tambien fuertemente por lo mismo. Apoyado por el cardenal Polo que generosamente habia sacrificado la esperanza de ser elegido Papa y se dirigió á Roma con el deseo de procurar la paz al retardarse las conferencias, intentó, aunque todavía en vano, echar los fundamentos de la conciliacion. Las negociaciones no interrumpieron las hostilidades. La indecision del combate de Renti habia sido causa de que por ambas partes quedaran numerosas tropas sobre la frontera de Picardía. La proximidad de ciudades mutuamente enemigas presentaba á sus gobernadores facilidad para ejecutar unos contra otros empresas tanto de astucia como de guerra abierta. El que mandaba en Hesdin por el emperador habia ganado en Abbeville un oficial que debia entregarle el castillo. El de Thionville intentó sorprender á Metz por medio de inteligencias: ni uno ni otro consiguieron sus intentos; pero el mariscal Albon de San Andrés triunfó en Cateau Cambresis, tomándolo por medio de escalada. Reunido con el duque de Nevers iba á batallar con el príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, despues tan famoso y comandante entonces por el emperador, y ya habian echado las vanguardias esperando vencer los franceses, cuando los generales recibieron una carta del rey prohibiéndoles terminantemente el combatir. Enrique II temia el azar de una acción que podia arruinar su ejército difícil de ser reemplazado, toda vez que el de Italia se hallaba desbaratado.

Estaba allí Carlos V con treinta mil hombres de excelentes tropas, mandadas por el duque de Alba Fernando Alvarez de Toledo, el mayor capitán de España despues de Gonzalo. Este general ejerció en el Piemonte cuantas crueldades le sugeria su carácter sobrio y duro. Brissac, que no contaba con tantas fuerzas se retiró al verte, y á pesar de que le llegaron socorros no pudo aprovecharse de ellos porque cayó enfermo en Turin. Noubrard Claudio, duque de Anumale, para reemplazarle, tomó en el Piemonte las dos plazas mas fuertes del emperador, habiéndose limitado el duque de Alba á fortificar otra, que se convirtió en antemural contra Anumale. Encontráronse cara á cara los dos generales, pero no se atrevieron á aventurar una acción que hubiera podido ser funesta al partido maltratado. Durante la enfermedad del mariscal, por no haberse ejecutado sus órdenes sufrió el ejército un descalabro. Exasperado Brissac con tal motivo, le dirige una carta reconviéndole, y participándole que ha escrito á la corte para que se le reemplazara con Thermes. Difundióse un desconsuelo general entre las tropas y no tardó un amago de sedicion en amenazar con la desorganizacion del ejército. Noticiosa la corte de tal movimiento, dió órdenes contrarias á las que ya habia dado, y mandó al mariscal que volviera á tomar el mando.

Sem-jante voto de todo un ejército hace tanto mas honor á Brissac, cuanto que siendo como era severo sobre la disciplina, solo el verdadero mérito podia haberle agenciado la estimacion y las simpatías del soldado. Inmediatamente dió una nueva prueba de su firmeza en la disciplina. Habia tratado de desalojar de la montaña de Vignal que dominaba á Montserrat, á mil doscientos guerreros llamados los valientes de Nápoles, tropa soberbia cubierta de armaduras doradas, levantada á expensas del joven marqués de Pescara, hijo del antiguo gobernador del Milanesado. Para lograr, tal fin y para que el enemigo no recibiera socorros durante el ataque, hacia el mariscal abrir zanjas para que impidieran el tránsito á cuantos intentaran auxiliarle. Hallábanse sus tropas divididas en tres cuerpos que no debían moverse hasta el momento en que se diera una señal. Mientras se esperaba en silencio, oye Brissac los gritos que salen de una de sus divisiones: mira y ve á un soldado de mucha

estatura que fuera de las filas corre hacia el enemigo, hace fuego con su arcabuz á quemarropa, lo arroja, tira de su espada y se precipita á la trinchera. Sus compañeros, despues de haberle llamado inútilmente, le siguen; arrancan las empalizadas, practican una abertura y se apoderan del fuerte. Brissac reune á la mañana siguiente su ejército como para un triunfo: doce soldados vienen á depositar á sus pies las insignias cogidas al enemigo; les pone á

por tí. Te concedo la vida; pero esta no será en adelante tuya, y no te la dejo sino reservándome el derecho de pedirla siempre que el servicio del rey lo exija. Acabadas estas palabras, le pone en el cuello una cadena de oro de doble peso que las que habia dado á los demas, y le destina á su guardia.

Esta se componia de una compañía de cincuenta nobles desterrados ó espatriados por muertes, motines ó violencias públicas, algunos de los cuales habian sido ejecutados en estátua. Cuando se preguntaba al mariscal por qué se encargaba del mantenimiento de estos malvados, respondia: manténgolos por la salud de los buenos. En el destino que les damos, hay comisiones arriesgadas que sentiria encargar á un hombre honrado, y para ellas los reservo: ellos van como á bodas, y si perecen acaban con gloria. Yo he salvado el honor de la familia y conservado á la patria ciudadanos útiles que hubiera tenido que sacrificar: si salen ilesos, ya han expiado en parte sus atentados contra el estado; y continuando conservándolos bajo una disciplina severa, consigo á veces hacerlos honrados y excelentes oficiales. La expedición de Vignal terminó la campaña de Italia.

Las complicaciones de la guerra de tierra no hacian desuadir la del mar. En el Mediterráneo sorprendió el baron de La Garde un refuerzo de cinco mil españoles destinados al reino de Nápoles, cogiendo gran número de prisioneros y echando á pique varias galeras. En el Océano sostuvo el capitán Espineville, al cruzar la Mancha con diez y nueve buques, un rudo combate contra veinte y dos ur-



Carlos V y Francisco I en Aigues-Mortes.



Esterminio de calvinistas por orden de Francisco I.

cada cual uno cadena de oro en el cuello, y alabando en particular á los valientes que se habian distinguido, se manifiesta pesaroso de no ver entre ellos al que se singularizó con un valor mas que humano lanzándose solo en medio de los enemigos, y pregunta si habia privado la muerte á este bravo de la recompensa debida á su hazaña. Levántase un oficial y dice que ni murió ni salió herido; que la vergüenza de haberse dejado arrastrar por su intrepidez sin aguardar la orden, es lo único que le impide presentarse.

«Que venga», dijo Brissac. Presentase, y el general le manifiesta con tono severo: «Soldado, ¿cual es tu nombre y pais? Sov, responde, hijo natural del señor de Boissi, y llevo su nombre. No te desatenderé, repone Brissac, eres pariente mio por parte de madre, pero aunque fueras hijo mio, no te perdonaria despues de la falta que acabas de cometer. Infeliz, ¿qué ejemplo has dado al ejército! Prevoste, cargadle de cadenas y custodialle con cuidado: vuestra cabeza me responderá de la suya. Los soldados consternados se retiran en silencio. En vano los que se hallaban al lado del general aventuran algunas palabras en favor del culpable: los escucha sin responder y deja á este quince dias en la prision, ignorante de su suerte. En pos de este término se celebra un consejo de guerra, el cual le condena á muerte, aunque le recomiendan á la misericordia del general, quien le hace entrar, le anuncia la sentencia y le manifiesta su justicia á causa de las consecuencias funestas que podia haber tenido su imprudencia; pero añade: «los que te han condenado han tenido compasion de tu juventud y han intercedido

cas Flamencas, cinco de las cuales cargadas de especería y otras mercaderias preciosas, fueron cogidas al abordaje y conducidas á Dieppe; pero Espineville pereció en el combate. Los buques vencedores iban en su mayor parte montados por normandos, los mas audaces navegantes de este siglo, quienes cerca de Rio-Janeiro, en el Brasil, formaron una colonia á las órdenes de Villegagnon, caballero de Malta, y bajo la proteccion del almirante Coligny. In-

huidos ambos en opiniones nuevas, habían incorporado á su gente muchos hombres de su secta. Esta mezcla causó disturbios en la colonia, impidiéndola prosperar por largo tiempo: el mismo Vi. llegaronon cambio de religion adhiriéndose á los Guisais; y el fuerte de Coligny que habia levantado cayó en manos de los portugueses.

Este desventurado cisma se difundió entre los franceses, con una rapidez que alarmó al rey, convenciéndole de que un mal tan grande exigía remedios mas violentos que los empleados hasta entonces. Mercet á algunas interpretaciones benignas dadas á los mas severos artículos del edicto de Chateaubriand, y de la conveniencia de los jueces movidos á compasion hácia unos hombres cuyo error parecia excusable, libertábase á menudo los calvinistas de la cuchilla de la ley. Queriendo evitarse tal inconveniente, aprobó y registró el Parlamento las facultades de Mateo de Orri, nombrado por el Papa inquisidor de la lé. Inquisidor, segun la significacion de la palabra, es el que se informa, investiga y procura descubrir los delinquentes; pero á estas funciones agregaban las disposiciones de la corte de Roma el derecho de hacer comparecer á los herejes, interrogarles y pronunciar un fallo. No gustó esta nueva jurisdiccion á los obispos, quienes representaron que para el objeto de refrenar á los sectarios con el terror, bastaban ellos, y que era suficiente con arreglo á la interpretacion del edicto de Chateaubriand, dejar á los jueces de la Iglesia el derecho de sentenciar sin apelacion, con el único deber de remitir los procedimientos á los jueces reales, que tendrian que ejecutar la primera sentencia. Tal expediente fué juzgado oportuno por el Consejo del rey, y presentado al Parlamento en forma de edicto.

Esta corporacion, que quizá no se arrepentiria de la ratificacion de los poderes del inquisidor, puso reparos por medio del abogado general Seguier en presencia del Consejo. Demostró aquel que las cláusulas del edicto con apariencias de interpretacion, eran peligrosas y contrarias á la libertad de los pueblos, que quedarian privados del derecho de apelacion. Hablando en seguida sobre la Inquisicion, que parecia ser el voto de los celosos, dijo: «Detestemos el establecimiento de un tribunal de sangre, donde no hay mas pruebas que la delacion, donde se priva al acusado de todos los medios naturales de defensa, y donde no se respeta ninguna forma judicial. Aseguró que se habian notado tales defectos en casi todos los procesos sometidos á la revision de las cámaras. Despues de manifestar que el mejor medio de contener los páramos de la herejia eran la instruccion y el ejemplo de los pastores, exhortó al rey á mandar á los obispos bajo las mas severas penas, que residieran en medio de sus rebaños; y diciéndose todavia mas espresamente al monarca,

le dijo: «Comenzad, señor, por procurar á la nacion un edicto que no cultre vuestro reino de hogueras, y que no ocase ni las lágrimas ni la sangre de vuestros leales súbditos: distantes, señor, de vuestra presencia, agobiados bajo el peso de los trabajos campes- tres, ó engolfados en el ejercicio de las artes y oficios, ignoran lo que se prepara contra ellos: no sospechan que en este momento se piensa en separarlos de vos y en privarlos de su salvaguardia natural. A nombre de todos ellos os dirige la corte sus mas humildes representaciones y ardientes súplicas. En cuanto á vosotros, señores, añadió mirando hácia los ministros y consejeros de Estado, es necesario que perdais la idea de que no os interesa este asunto. Mientras gozais del favor, aprovechais bien el tiempo: sobre vuestras cabezas llueven dones y gracias: todo el mundo os honra, y nadie se atreve á injuriaros; pero cuanto mas altos estais, tanto mas vecinos os hal ais al rayo, y es menester ser extraño á la historia para ignorar sobre quien cae con mas frecuencia una desgracia. Si esta llega á sobrevenirnos, os retirareis al menos con una fortuna que en parte os consuela de vuestra caída, y que la trasmittis á vuestros herederos. Si se ratifica el edicto, vuestra condicion dejará de ser la misma: tendreis por sucesores hombres oscuros y hambrientos, que no sabiendo cuánto tiempo permanecerán en sus cargos, se afanarán por enriquecerse de improviso, para lo cual se encontrarán con suma facilidad. Seguros de obtener del rey la confiscacion de vuestros bienes, no se tratará mas que de buscar un inquisidor y dos testigos, y aunque seais unos santos, seréis quemados como herejes.» No preven en efecto á lo que se espone por mas años que se hallen, los que permiten cambiar las leyes y alterar las formas. Segun un historiador, el condestable, que aun no habia olvidado su desgracia en el reinado precedente, arqueó las cejas y mudó de color al oír esta especie de pronóstico: los demas ministros retrocedieron de espanto; el rey mismo, embargado y

confuso, dijo que examinaria de nuevo el asunto en su consejo.

El Parlamento se ocupaba tambien de un proceso entre los jesuitas y la universidad. Siendo esta el único cuerpo que enseñaba las buenas letras en Paris, veia con inquietud á los rivales que abrían escuelas al lado de las suyas, y los atacó. Juzgóse peligroso su mente en su adhesion casi esclusiva al Papa. Juzgóse peligroso su establecimiento, y prohibiéndose enseñar públicamente. Sucumbieron los jesuitas, pero no tardaron en reaparecer con mas vigor, como siempre les ha acontecido hasta su caída definitiva. La universidad contaba siete ó ocho mil estudiantes, no niños, como ha sucedido despues, sino jóvenes enviados de las provincias, acumulados en pequeños colegios. La costumbre de encontrarse en las cátedras formaba entre ellos una union que los hacia temibles. Ignórase cuál



Derrota de españoles en Metz.

fué el motivo de levantarse una contienda entre ellos y los aprendices, hijos de mercaderes y trabajadores, que vivían al lado de sus padres ó maestros, divididos y en corporaciones que tenían su respectiva bandera, que solía ser conducida por los respectivos alumnos. También adoptaron insignias los estudiantes, y habiendo chocado uno y otros, hubo combates, y solo con mucha dificultad pudo el Parlamento restablecer en la capital la calma. Este cuerpo se componía entonces de ciento sesenta magistrados divididos en dos semestres, que servían por turno. Esta división era muy cómoda para la corte para la aprobación de los impuestos, porque si previa obstáculos en un semestre por dominar la severidad, aguardaba al otro que solía ser mas indulgente. Esta contradicción de opiniones mantenía entre ambas partes una especie de envidia y encono de que se aprovechaba la corte. Una vez pasaba en el Parlamento en pos de ligeras observaciones, aunque con esta cláusula, conservada por un resto de pudor al pie del edicto de registro; *por espreso mandato del rey*.

Era tan palpable el abuso de los semestres, que ni el rey mismo pudo resistir la súplica que le dirigió el Parlamento para que los suprimiera. Lo pronunció, y encargó al cuerpo la formación de una Constitución que restituyera al Parlamento su primer lustre; pero no dió semejante paso hasta después de haberse aprovechado de los vicios de la antigua. Exigióse á las grandes poblaciones hasta un millón ochocientos mil libras por precio de la sal de sus alfolíes que se les forzó á comprar, dando á los empleados municipales facultad para fijar su valor al hacerlo tomar á sus concudiciados. Decíase en el edicto haberse tomado tal medida para que fuera mas tolerable el impuesto que el monarca deseaba mucho no exigir al presente por miramiento al pueblo. Permiótese á muchas provincias redimir la gabela por medio de sumas que entraron en las arcas reales, lo cual si bien era una ventaja al pronto, abría en las rentas públicas una brecha que era preciso reparar cuanto antes. Las ciudades que con el importe de los derechos de la sal y las bebidas no podían pagar su cuota del millón ochocientos mil libras, ó que no quisieron satisfacerla por no gravarse con un impuesto perfecto, fueron autorizadas para contratar con los particulares dicha cuota y crear de tal modo rentas sobre si mismas; y como el rey estableció en cada una de dichas poblaciones un comisario general superintendente de la administración de los fondos comunes.

Es sorprendente el número de nuevos cargos, de los cuales si bien eran útiles algunos, no tenían otro objeto que el llenar las arcas del rey. Púsose en cada presidial un recaudador y pagador de sueldos, y en el resorte de todos los parlamentos del reino un tribunal llamado de la *mesa de mármol* para la inspección y policía de agua y bosques, á pesar de que hasta entonces no hubo mas que uno solo en todo el reino. Estos nuevos tribunales se componían de trece plazas que se compraban. Aumentóse con cinco miembros cada bailli de las senescalías, y nombráronse agrimensores, jurados, guardas, alcaides y capitanes de castillos reales en número ilimitado y pagando todos su título. Su pretexto de la extensión dada á las jurisdicciones existentes, aumentáronse los gravámenes de los antiguos empleados, habiéndoselos mandado bajo pena de confiscación que sacaran dentro de dos meses nuevos títulos. También el rey contrató empréstitos en su nombre, habiéndose prohibido á los particulares el tomar prestado para si mismos, interin no cubriera el monarca dicho empréstito. Deploráronse tales exacciones tirácicas y formas vejatorias, por saberse que sus productos eran disipados por una corte pródiga y disoluta. Sucedió que Enrique II dió el señorio de Gamet en el Borbouesado á un tal Gambert, músico violinista, en consideración á su matrimonio con una dama; que tampoco era acreedora á semejante favor. El Parlamento hizo reclamaciones, diciendo al rey en persona que no era mas que usufructuario de los dominios de la corona, y que si no podía menos de otorgar premios á los que los habían merecido por servicios prestados al Estado, debía limitarlos á la duración de su reinado.

Enrique II oía sin incommoarse tales reclamaciones, y seguía obrando segun le acomodaba: como no pensaba en corregir, cuidaba muy poco de que las demas se corrigiesen; así no habia mas que absolver en su corte, y pocas habia tan disolutas como la suya. Entoréciese el público del libertinaje en ella dominante, por un proceso ruidoso entre una jóven de Rohan y Jacobo de Saboya, sobrino de la duquesa de Angulema y duque de Nemours, su seductor, á quien ella creía forzar á casarse en virtud de promesas que mutuamente se habian hecho, y por el consorcio de simples palabras de presente que habia sido su consecuencia. El Parlamento anuló un convenio tan abusivo, declarando ilegítima la prole que habia resultado. Como casi todos los cortesanos prestaron declaración en este asunto, descubriéronse torpezas que sonrojaron á las personas que todavía respetaban las costumbres. Había desaparecido la antigua galantería, siendo reemplazada por la licencia de los campos, tan corruptora como la guerra, que antes se hacia con algunos mi-

ramientos, y recientemente se habia convertido para la jóven nobleza en escuela de libertinaje y rapacidad.

Un suceso inesperado hizo esperar á los pueblos que iban á verse libres de tal azote. Carlos V, que habia ya codido el Milanésado á su hijo Felipe, agrégandole los reinos de Nápoles y Sicilia cuando se casó con Maria, reina de Inglaterra, le cedió también la corona de España, la dominación del Nuevo Mundo, la Flaudes y todos sus estados, á escepcion del imperio, que guardó todavía algunos meses con la esperanza de que su hermano Fernando, que era rey de Romanos, y á quien por esta cualidad debia pertenecer la corona imperial si Carlos abdicaba, accederia sin dificultad á cederla también al mismo Felipe; pero Fernando no correspondió á las miras de su hermano, y este, no pudiendo ganarle, le abandonó el imperio, sin reservarse de todas sus posesiones mas que una pensión alimenticia de cien mil escudos.

Ya Carlos habia prestado oídos á algunas proposiciones de acomodamiento, habiéndose renovado las negociaciones tan pronto como Felipe subió al trono. La intención de los conciliadores, que se abocaron en Vaucelles, cerca de Cambrai, era ajustar una paz definitiva; pero tropezaron con tantas dificultades, que se contentaron con una tregua de cinco años. Contenia el tratado que cada cual guardaria lo que poseía en el momento de la publicación; que en la tregua serian comprendidos el duque de Saboya, los señenes y el Papa, y que los prisioneros serian puestos á rescate y restituidos por una y otra parte. Coligny, que habia sido negociador por Francia, pasó á recoger las firmas de Felipe y Carlos V. Los pueblos recibieron con júbilo la noticia de esta tregua. Confíabase que negociadores hábiles y bien intencionados podrian en el espacio de cinco años acordar una paz duradera; pero nuevas tempestades oscurecieron la serenidad que comenzaba á manifestarse. La borrasca vino de Italia.

El cardenal Carafa, que tomó el nombre de Paulo IV, era de una familia napolitana muy adicta á la casa de Anjou. Habia sido obispo de Theate ó Chieti; pero habia renunciado las dignidades eclesiásticas para reducirse al retiro con los clérigos seculares que habia fundado con el nombre de theatinos. Noticioso Paulo III de su mérito, le hizo salir de dicho retiro, y engañado quizá por una severidad de carácter, que era mas bien obstinación que firmeza verdadera, le incorporó al sacro colegio, donde siempre se mostró opuesto al emperador. Carafa era octogenario cuando fué elegido Papa por influencia de la Francia. Al subir á la Santa Sede, encontró la ciudad y el territorio de Roma convertidos por la indolencia de sus predecesores en teatro de toda clase de desórdenes; varios cardenales observaban públicamente una conducta escandalosa, reinaba la simonía, los abusos habian venido á ser leyes; los barones romanos poseían á las puertas de la capital plazas fuertes, y en el recinto de las murallas vastos palacios que llenaban de satélites, con los cuales se entregaban á todos los crímenes y desafiaban á su soberano, impotente para reprimir su licencia.

Paulo, de costumbres irreprochables, íntimamente convencido de los derechos y de la autoridad de la Iglesia sobre sus vasallos, adoptó la resolución de reformar el clero, comenzando por los cardenales, de establecer una policía severa en la ciudad, de hacerse dueño de ella, y reprimir la audacia de los barones romanos. Tenia cuatro sobrinos, de quienes pensaba valerse en tal empresa: al marqués de Montorio, conde de Montorio, encomendó todo el ramo de la administración civil; y al segundo, Carlos Carafa, que habia pasado su juventud en el tumulto de las armas, concedió el capelo, la legación de Bolonia y la administración de la guerra; á los demas confió puestos importantes y lucrativos. Pero si todo esto era bastante para la codicia de ellos, era muy poco para su ambicion. Observaban con ojos de envidia que no contentos los papas anteriores con enriquecer á sus sobrinos, les habian dado soberanías que todavía radicaban en sus familias; pero no osaban esperar otro tanto del anciano, cuya escrupulosidad delicadeza no aguardaban le permitiera la enagenación de los bienes de la Iglesia. No les restaba pues esperanza sino en los feudos de las casas anteriormente favorecidas, siempre que hubiera motivo para confiscarlos en provecho suyo, si se conseguia forzar por medio de alguna astucia á los poseedores á hacerse reos de traición refusingo obedecer al soberano Pontífice.

Para lograr este intento se sirvieron del conocimiento que tenían del carácter firme y tenaz de su tío. Viendo que en la reforma de los abusos obraba sin ningun miramiento, le estimularon con una aprobación exagerada y con exhortaciones á premiar á los que acordarase, sino á proceer todavía con mas dureza, con la esperanza de que así resultarían descontentos; que los barones que se sintieran en estado de defenderse, se negarian á obedecer; que entonces se tendria que recurrir á las armas, y que las conquistas hechas sobre bienes sustraídos á la dominación de la Iglesia sin mas carga que la del homenaje les serian adjudicados por su tío sin repugnancia. Sobre este plan comenzaron las hostilidades: los maltratados vasallos reclamaron la asistencia del emperador, de quien

en su mayoría eran vasallos. El Papa podría reclamar la del rey de Francia; á ello era estimulado; pero relexionaba que entonces el padre comun de los fieles sería quien por sus derechos personales pondría en choque á los mas poderosos monarcas de la cristiandad, y encendería una guerra capaz de abrasar á toda Europa. No creía pues que debía ir tan lejos, y parecía arrepentirse y hallarse dispuesto á sufrir la vergüenza de un convenio desventajoso, mas bien que apelar á extremos tan peligrosos.

Para triunfar de tal escrúpulo, hizo mover el cardenal Carafa nuevos resortes, y segun el historiador Garnier que refiere este hecho, sino fue él mismo el forjador de la intriga, supo aprovecharse de ella. Por órden suya fue preso en Roma un calabrés llamado Spina, y en Bolonia un abad llamado Nanni, ambos en correspondencia con un secretario del duque de Alba: el primero tenia el encargo de asesinar al cardenal, y el segundo habia de envenenar al Papa. Los presos fueron interrogados, condenados jurídicamente y castigados con el último suplicio, habiéndose presentado al Papa desfilados los papeles de los justiciarios. No dudando el crédito Paulo que un crimen jurídicamente averiguado sería real y verdadero, se persuadió firmemente que el emperador, á quien se le pinta como enemigo personal suyo, fautor de herejes, censurador de sus reformas, y sosten y protector de los rebeldes, es el autor ó al menos el instigador de la maquinación; declaróle tal en un discurso vigoroso pronunciado en pleno consistorio, y deplora la necesidad á que Carlos V le reduce de recurrir á las armas para vengar tal atentado y poner en seguridad su vida. El embajador de Francia, que se hallaba presente, órlece los auxilios de su amo: son aceptados, y desde este momento se echan las bases de un tratado, por el cual se compromete el pontífice á dar al monarca la investidura del reino de Nápoles, y á ayudarle con sus tropas y con el crédito de su casa, asaz poderosa en el mismo reino, para contribuir al renacimiento del partido angevino. El cardenal de Lorena, fué enviado á Roma á dar la última mano al tratado; pero casi tan pronto como quedó ajustado, tuvo noticia de él Carlos, quien para eludir sus consecuencias hizo desde luego proposiciones de paz ó de tregua, y después agobiado por el peso de las enfermedades tomó la resolución de abdicar y dejar en manos mas firmes el cuidado de negociar dicha paz ó continuar la guerra. Hasta los tres meses despues de haberse desprendido del poder saciano, no tuvo al consueo de ver lograr por la tregua de Vaucelles el objeto que se habia propuesto.

Nada mas contradictorio, en pos del tratado de Roma, que el proceder de Enrique II en dicha tregua de Vaucelles. Pero el condestable se aprovechó de la ausencia del cardenal de Lorena para que prevaleciera en el consejo los verdaderos intereses de la Francia: espuso que era el colmo de la imprudencia prolongar la guerra cuando la Francia encontraba en la tregua propuesta las ventajas de la paz y el goce de sus conquistas, y á las quiméricas esperanzas que se abrigaban, opuso la contingencia de que Felipe, esposo de María, reina de Inglaterra, aun contra el voto de la nación sacara tropas inglesas, que juntándose de improviso con los flamencos podrían ejecutar en Francia una irrupción peligrosa.

No poco sorprendió al Papa la noticia de la tregua; mas no se desentenció, y valiéndose de las mismas condiciones del tratado envió legados á las dos córtes, á fin de provocar conferencias que produjeran una paz definitiva. Pero ya habia doblez efectiva, ya recelo legitimo de los designios de la España contra los Carafas, el cardenal sobriano mandado á Francia, tenia instrucciones secretas enteramente opuestas á la paz. Para la conservación de la tregua renovada, presentando además el juramento del rey, que tornaba obligatorio su consentimiento, aun cuando hubiera sido menos ventajosa para la Francia. Tropezó sin embargo con una cábalá numerosa: toda la juventud de la corte, sobrado poderosa bajo el débil Enrique, demandaba á voces la guerra, conformándose en apremiar al rey á ella dos mujeres que por su estado debian abrigar opiniones contrarias: eran aquellas su esposa Catalina de Médicis, con la esperanza de hacer que regresara á Italia con un buen marido su pariente Strozzi, que injustamente habia sido retirado de allá; y la favorita duquesa de Valentinois, que pensaba en el mismo mando para el duque de Guisa, cuyo hermano Claudio, duque de Aumale, se habia desposado con una de sus hijas. El duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena tenian tambien poderosos motivos para pedir una expedición á Italia: si, segun se esperaba, era confiada al duque, creyéndose este á la casa de Anjou, como tataranica de Yolanda, hija del buen rey Renato, con mejores derechos que el rey de Francia, que no tenia otro que la cesion hecha á Luis XI por Carlos II, conde del Maine y sobrino del mismo Renato, contaba que durante tal expedición sobrevendrían circunstancias favorables para que se posesionara de su rica herencia; y el cardenal nada menos se prometía que la tiara, si su hermano llegaba al frente de un ejército francés á las cercanías de Roma, cuando ocurriera el fallecimiento del Papa que era muy anciano.

Por lo demas, por favorables que fueran estas disposiciones para

la causa del pontífice, quizá hubiera fracasado la negociacion del legado, sin un incidente imprevisto que triunfó de la obstinacion del condestable. Atacalo el Papa por los españoles, si la tregua ligaba al rey para impedirle la agresion, lo tratado con el pontífice no le imponia menor obligacion de proteger á un anciano cuyos riesgos dimanaban de su adhesión á la Francia, sobre todo no siendo él el agresor. ¿Lo era ó no lo era? Esto no puede decirse sino con un conocimiento que nos falta, el de las intrigas secretas de ambas córtes. Sea lo que quiera, esponamos los hechos.

Paulo IV habia sorprendido cartas del ministro de España en su córte, dando cuenta al duque de Alba del levantamiento de tropas de algunos barones romanos y de su predisposicion á rebelarse á poco que se les apoyara. Con tal noticia no solo despoja á uno de los y escomulza á los otros, sino que hasta hace prender á uno de los enviados de España. En vano le reclama y ofrece visa de acomodamiento el duque: el Papa se mantiene serido á todas sus proposiciones. El duque introduce entonces sus tropas en las tierras de la Iglesia, y toma posesion de diferentes poblaciones, apoderándose de ellas á nombre de la Santa Sede y del Papa futuro. Montmorency no se atrevió á insistir mas en su opinion, y el rey á fuerza de ser alhagado con el título de protector de la Santa Sede y de conquistador del reino de Nápoles, accedió á un envio de socorros, habiendo esto causado el mayor regocijo en la córte, como si se fuera á correr á una victoria indultable. El Papa tenia ya urgente necesidad del apoyo de Francia, habiendo sido tan rápidos los triunfos de los españoles, que á pesar de su orgullo habia Paulo solicitado una tregua de diez días y luego de cuarenta. La decision del consejo de Francia no tardó en restituirla toda su altivez, de la que dió patente testimonio, haciendo declarar á Felipe rebelde á su señor soberano, y como tal privado de su reino de Nápoles.

Felipe por su parte echaba mano de cuantos medios podia provocar la guerra con Francia, retardando á favor de ellos el cange de prisioneros, motivo de la tregua; y ejecutando además los gobernadores de sus fronteras en los Países Bajos tentativas de sorpresa sobre las de los franceses, que lograron burlarlas. Todo esto, atendida la disposicion de los ánimos en Francia, era mas que suficiente para mirar como rotas las hostilidades. Bruscella, un ejército francés mandado por el almirante Coligny invade el Artois, apodrándose de la ciudad de Lens, la saquea y tala la frontera. Al frente de otro mucho mas fuerte parte el duque de Guisa los montes y avanza hasta el Milanésado, del que hubiera podido ensenorearse en medio de la falta de víveres y dinero del gobernador español; pero atado por sus instrucciones y por las instancias de los Carafas para que se encaminara inmediatamente á Nápoles, marchó adelante despues de tomar algunos pueblos y se incorporó al duque de Ferrara, que debía ser generalísimo de los ejércitos pontifical y francés reunidos. Habíase imaginado este expediente á fin de ganar á los soberanos italianos, que quizá hubieran repugnado verse mandados por un francés, y no repararian en serlo por uno de ellos mismos. Por otro lado el duque de Ferrara era suero del de Guisa, y habiéndose estipulado que aquel percibiria su sueldo considerable de general, aunque no se presentase en el ejército, confiaba el yerno que por ser su suero amigo del sosiego y poco belicoso, no trataria de esponerse á las fatigas y los azares de la guerra. En efecto, de manos de Guisa recibió Hércules de Este con gran ceremonia el baston de comandante al frente de los dos ejércitos, y no tardó en regresar á su castillo con las tropas propias que decia ser necesarias para su seguridad.

Guisa más lejos que hacia el reino de Nápoles. No contando el vi- rey duque de Alba con tropas suficientes contra tan poderoso ejército, hallose en la ocasion difícil y pensaba en retirarse al amparo de alguna plaza fuerte, cuando Guisa abandonando su campo se trasladó á Roma para conferenciar con el Papa sobre la guerra y obtener para el ejército y la Francia seguridades que pusieran á cubierto la expedicion de las revoluciones que pudieran resultar de nuevos intereses. Allí permaneció un mes, dando y recibiendo fiestas brillantes, habiéndose dicho aunque sin bastantes pruebas, que tenia por mira subsidiaria el agenciarse partidarios tanto en la ciudad como en el sacro colegio, á fin de que al fallecimiento de Paulo IV recayera la tiara en su hermano el cardenal de Lorena; pero todo lo que sacó el cortesano francés se redujo á provocar la rivalidad de los Carafas, picados de que á pesar de sus esfuerzos fué el hijo de aquel superior á la magnificencia de ellos. Apenas habian dispuesto cantidad alguna de los fondos con que debian contribuir, no habiendo Guisa entrado por lo mismo en campaña sino con notable desventaja; pero bastaba su presencia á los Carafas, que no aspiraban mas que á lograr condiciones ventajosas de Felipe. Tal habia sido el verdadero objeto de la política de ellos, y por haberlo conseguido negociaban de lle- no con los españoles. Guisa pues mal apoyado, no hizo progreso alguno, ni aun Dragut que debía atacar las costas de Nápoles con una escuadra formidable, salió del Bósforo, y todas las proezas del ejército de mar se redujeron á la toma de un pueblo por el baron de La Gardé que apareció con veinte y cinco galeras. El ejército de

tierra se arruinaba en marchas y contramarchas para atraer al duque de Alba á una batalla; pero este había calculado que era tanto como vencer el estar á la defensiva contra un enemigo que intentaba invadir, y no habiéndose podido forzar á variar el plan que se había formado, alcanzó todas las ventajas de la campaña.

Todavía no promediaba el verano, si cuando Guisa pidió auxilios á Francia, amenazando con la retirada si no se le enviaban; pero no había posibilidad de hacer que los recibiera. Atacado Felipe II de súbito, mas persiguiendo flojamente, había tenido tiempo de reunir en los Países Bajos, á las órdenes de Manuel Filiberto, duque de Saboya, y uno de los héroes de su raza, un ejército mucho mas considerable que el de Enrique, cuyas principales tropas estaban en Italia. No obstante, los primeros esfuerzos de los españoles fracasaron en Rocroy, que sitiaron inútilmente; esta empresa en que se desplegaron las fuerzas del enemigo, puso de manifiesto la falta que hubo en tomar bien las medidas. A la negligencia, como sucede, siguióse la precipitación: corrióse al encuentro del enemigo con fuerzas desiguales, y se esperimentaron repetidos descalabros.

Necesitándose de dinero, apelóse al recurso ordinario de creación de oficios, habiéndose nombrado en número ilimitado comisiones de apreciadores ó tasadores y hasta de pesadores de carbon. Agregáronse dos magistrados á los presidiales, habiéndose aumentado su jurisdicción, y para darlas mayor importancia concediéndoseles cancellería y sello. Acrecentáronse también los impuestos, siendo mas y mas onerosos por el rigor con que la necesidad apremiante obligaba á exigirlos. Levantáronse en todas partes murmuraciones y quejas; el temor y la alarma principiaban á cundir en la nación, mas no por esto se manifestaba inquietud, sino que se entregaba á los placeres la corte. En esta época se celebró el matrimonio de Diana de Angulema, hija natural del rey y viuda de Horacio Farnesio, duque de Castro, con Francisco de Montmorency, príncipe del condestable, habiendo resultado en estas bodas una magnificencia que formaba sumo contraste con la miseria de los pueblos. Este enlace había dado margen al edicto de Enrique contra los caballeros claustrales, á cuyo edicto se dió efecto retroactivo para romper un compromiso imprudente del hijo del condestable con una dama de Piennes.

Tratóse por fin de activar el levantamiento de tropas ordenado en Suiza y Alemania, habiéndose acercado el rey al teatro de la guerra al frente de su ejército, capitaneado por el condestable. Deteniéndose en Reims recibió en esta ciudad á un heraldo de Maria, reina de Inglaterra, que le declaraba la guerra, cediendo á las instancias imperiosas de su esposo, que la amenazaba con abandonarla si no procedía con él contra la Francia. Maria logró que los ingleses tomaran parte en la querrela de Felipe, habiendo sido esta, según se dice, la única guerra en que entraron con repugnancia contra los franceses. Reuniéronse diez mil isleños al ejército español, fuerte ya de cincuenta mil hombres, al que no podía oponer mas que veinte y cuatro mil la Francia. En cambio indujo Enrique los escoceses á una correría contra Inglaterra, y para hacer comun el interés de ambas coronas preparóse á realizar el matrimonio proyectado entre el Belfin Francisco y Maria Stuarto.

Después de la vana tentativa contra Rocroy, á donde atrajo el duque de Saboya todas las fuerzas francesas del lado de champagne, por un movimiento tan rápido como imprevisto pasó á embalsillar San Quintín, cuya guarnición había sido mermada. La plaza únicamente fortificada por sus pantanos, no tenía mas que trescientos hombres de fuerza, y ningunas municiones y pocos víveres. El almirante Coligny, sobrino entonces muy querido del condestable, se metió en ella con quinientos hombres que no podían sostenerse largo tiempo. Acercóse Montmorency, y el 10 de agosto, día de San Lorenzo, consiguió introducir algunos socorros. Protegido por los pantanos que le separaban de la ciudad y de los cuarteles enemigos, esperaba tener bastante lugar para retirarse, porque para atravesarlos no había mas que una calzada angosta, y para rodearlos se necesitaba mucho tiempo. Pero se engañó: siendo el arceife mas ancho que lo que él se había figurado, encontró la caballería facilidad para formarse en la llanura. En vano se lo hizo notar el príncipe de Condé: llevó á mal que un joven quisiera darle lecciones, y perdió un tiempo precioso en la introducción del convoy. Por fin dió orden de marcha; pero no bien había transcurrido una legua, cuando la caballería española mandada por Lamoral, conde de Egmont; Felipe de Montmorency, conde de Horne y el príncipe de Brunswick, le acometió por retaguardia y ambos flancos, impidiéndole continuar la marcha hasta que dicha caballería dió lugar á la llegada de su infantería y artillería. Fue preciso pelear, pero la imprudencia del condestable concibió y ejecutó por todo el ejército, había quitado toda confianza. En medio de la turbación general dirigiéndose Montmorency á Oignon, oficial veterano, le dice: -Amigo, ¿qué haremos? Monseñor, responde Oignon, -os lo hubiera dicho, hace dos horas, ahora no sé nada. Apenas hubo resistencia: en un momento fué el ejército francés desordenado, destruido y aniquilado, viendo que no quedaba ningun recurso y avergonzado de sobrevi-

vir á su falta y derrota, arrojóse el condestable al centro de los enemigos: fué herido, hecho prisionero y con él multitud de señores. No se había pensado en la retirada, y nadie cuidó de ella: los vencedores persiguieron los fugitivos hasta La Pere, sembrando la tierra de muertos y heridos. Hicéase subir la pérdida de los franceses de ocho á diez mil hombres, habiendo sido cogidos todos los cañones, víveres, brigadas y tiendas. El enemigo no perdió mas que ochenta hombres.

Esta terrible derrota franqueó á los españoles el camino de la capital, contándose que la primera pregunta dirigida por Carlos V al mensajero que le dió la noticia, fué: -¿No está ya su París sin hijo? Empero no se sabe si este partido hubiera sido el mas acertado á causa de las guarniciones que el ejército español dejara á sus espaldas, y que cogiendo los convoyes podrían privarle de vitullas. Como quiera que sea, la prosperidad surgió en los enemigos el mismo efecto que el terror en los franceses: estos habían huido desesperados, y aquellos como si les embargara su victoria, no se aprovecharon de ella. En lugar de avanzar hácia Paris que estaba en la mayor consternación, Felipe II que no llegó á su ejército hasta despues de la batalla, volvió contra San Quintín, cuya ciudad fué tomada por asalto. Coligny que resistió hasta lo último, cayó prisionero, habiéndose salvado á tiempo por los pantanos la mayoría de los señores y capitanes. Entróvieronse en seguida los españoles en reducir las ciudades de Catelet, Ilaun y Noyon, y reuniendo en el interin el duque de Nevers los restos del ejército, observó é inquirió los contrarios. Los suizos enganchados para la Francia aceleraron sus movimientos, y fueron llamadas las tropas de Italia, habiendo acudido Guisa el primero, quien fué declarado generalísimo ó lugarteniente general del reino. Los alemanes y flamencos de Felipe desertáronse á bandadas cargados de presa, y los ingleses quisieron regresar á su isla para oponerse á los escoceses, no resistiendo al mismo Felipe mas que españoles é italianos, demasiado distantes de sus países para que procedieran como los otros: de suerte que en pos de tan gran triunfo que debia ser decisivo, se vió precisado á volver á Flandes, enriquecido con tres ó cuatro ciudades, único galardón de tanta sangría como se había derramado. Francia perdió en Italia los sospechosos aliados que le habían puesto las armas en la mano; y el Papa mas sinceramente adicto á ella que sus sobrinos, apresóse por si mismo el regreso de Guisa, habiéndose resignado á demandar la paz, que la obtuvo honrosa, merced á su inflexibilidad ordinaria. Los barones rebeldes continuaron siendo sacrificados, los Carafas fueron contemplados, y su tío Paulo envió á los dos reyes una exhortación patética en favor de la paz. El duque de Ferrara que aguardaba ser sacrificado por los España y atacado por Octavio Farnesio, desertor del partido de Francia, se salvó por la mediación de Cosme de Médicis, cuya política temia la preponderancia de España en Italia.

Guisa que creia acudir en socorro de un reino decayido, encontrándose al revés al frente de un ejército floreciente, señaló el principio de su mando con una acción brillante oportuna para reanimar á los franceses. Hacía doscientos años que los ingleses ocupaban la ciudad de Calais, habiendo sido inútiles cuantas tentativas realizaron los franceses para recuperarla. Esta ciudad pasaba por imprescindible: el mar por un lado y un pantano por otro, cruzado por un arrecife estrecho cortado por fuertes, parecian impedir todo acceso á ella; por lo cual se sorprendió mucho el duque cuando el rey le propuso que la embistiera; pero Sarnapont, gobernador de Boulogne, poseía el plano de Calais por haber levantado á pedazos en diferentes visitas que había hecho á ella, y conocia sus defectos, habiendo observado especialmente que para el invierno disminuían los ingleses la guarnición por economía. Con tales datos intentó Guisa la empresa, y despues de encubrir su proyecto acometió de improviso á la plaza. La guarnición del primer fuerte de la calzada estaba fuera de él, y fué tan vivamente rechazada y perseguida, que lo cruzó sin poder cerrarlo y se refugió al segundo. Al amanecer fué batido este y otro de la entrada del puerto, cerca del cual se había llegado por una senda descubierta por Sarnapont, entre el mar y las dunas. Para la noche quedó tan destruido el fuerte del arrecife, que el gobernador aprovechó la oscuridad para retirar de allí las tropas. No se sostuvo mucho mas tiempo el fuerte del puerto, y así á los tres ó cuatro días llegó Guisa al pie de la ciudadela, cuyos muros estaban viejos y sin terraplén, aunque bañados por el mar. Durante la baja mar, la artillería colocada en la playa cañonea uno de los torreones, y antes de la pleamar logran sitiarle así de ochocientos á novecientos pasos para proteger la entrada del ejército en el momento del relleno. Entretanto fueron cargados con turia por la guarnición; pero habiéndose mandado en su puesto, el descenso de las aguas trajo la rendición de la plaza en pos de seis días de ataque, no pudiendo durar mas el sitio sin temerse que abandonarla, los habitantes que no quisieron permanecer, permitiéndoseles retirarse á donde les acomodara, así como á los soldados de la guarnición, excepto el gobernador y cincuenta oficiales que designará el duque de Guisa. Igual condición se impuso al comandante de la

guarnición de Guines, y con la evacuación del castillo de Ham que los ingleses ejecutaron por sí mismos, tornó la Francia en veinte y dos días á la posesion del condado de Oye. Este corto territorio considerado por el gobierno inglés como el recurso de la guarnición de Calais, hallábase perfectamente cultivado y surtido de ganados. En él descansó el ejército por espacio de tres meses en medio de la abundancia.

La artillería, las municiones, los muebles, las lanas, las telas preciosas y todas las riquezas de esta ciudad opulenta, que era el único depósito del comercio de Inglaterra y Países Bajos, quedaron á disposición del duque de Guisa, quien separó todo lo mas precioso para recompensar á los principales gefes, distribuyéndoles gratificaciones de dos, seis, veinte y treinta mil libras, y abandonó lo restante al pillage, sin reservarse nada para sí mismo. Con semejantes liberalidades, superiores á veces á las de los mas grandes monarcas, conquistaba el afecto de la nobleza y era el ídolo del soldado. Durante esta espeliación habia convocado el rey los estados generales á Paris para el fin ordinario, que era dinero. Advertiese que impropiamente se les ha llamado *estados generales*, por no haber sido convocados en la forma acostumbrada; pues por causa de la urgencia de las circunstancias no les precedieron las asambleas provinciales que les elegían los diputados y preparaban la materia de los acuerdos y quejas. Llamóse por el clero á obispos y arzobispos, por la nobleza á senescales y báiles, que no eran sus gefes, y por el tercer estado alcaldes y regidores. Tambien hizo el rey entrar en ellos á los presidentes de todos los parlamentos, y como con inclusion de los fiscales del de Paris formaban un número casi igual al de los representantes del tercero, el monarca juzgó conveniente constituir con ellos un cuarto orden con el nombre de *estado de la justicia*, que recibió su puesto en seguida de la nobleza. Enrique II habló con sentimiento de las calamidades del pueblo, y manifestó los mayores deseos de reformar los abusos, aunque por el pronto no se podia trabajar mas que por la paz; dijo que para alcanzarla eran mister grandes esfuerzos; que para estos esfuerzos era indispensable dinero; que habia vendido sus dominios; que repugnaba á su corazón echar nuevos impuestos; que se le debía el escogitar los medios de surtir el tesoro público sin agobiar mucho al pueblo, é insinuó que necesitaba por lo menos de tres millones de escudos de oro.

El clero por el órgano del cardenal de Lorena ofreció un millón sin incluir el de diezmos; el presidente de la nobleza, sus vidas y haciendas; el de la magistratura, ofreció tambien cuerpos y bienes; y el del tercer estado aceptó con buena voluntad la carga de los dos millones restantes. Volviendo á hablar el cardenal de Lorena despues de esta efusion general de generosidad, hizo observar que era importante la mas pronta recaudacion de tal dinero, y que conociendo el clero semejante urgencia habia formado una lista de mil personas las mas acomodadas de su cuerpo, cada una de las que daría inmediatamente mil escudos, que se los abouarian en términos fijos los demas contribuyentes de su clase. El prelado exhortó á los miembros del tercer estado á seguir el mismo rumbo: así lo acordaron, pero al querer practicarlo, conocieron que no podia llevarse á cabo sino por medio de pesquisas en la fortuna de los particulares, de lo cual resultarían delaciones y enojos, y que así valia mas que se repartiera proporcionalmente el préstamo á los ayuntamientos, cuyos individuos sabian las fortunas de cada cual, y por lo tanto podrian hacer una distribución equitativa. Ciertamente, «esto es un préstamo, decía el cardenal, un préstamo y nada mas: el rey confia mucho reembolsarlo, y mientras tanto pagará la renta del doce por ciento, en lugar de que el millón del clero es un puro donativo.» Como lo que importaba era recibir los fondos, semejante forma de echar el préstamo sobre los ayuntamientos fué aprobada, habiendo sido mas ventajosa para el rey que lo que se esperaba, porque á pretexto de privilegios de cargos se venieron muy caras exenciones compradas por los mas ricos: de suerte que el llamado préstamo gravó á ellos de la misma manera que á los poco acomodados.

Nunca se ha ofrecido dinero con mas prontitud que el de estos Estados generales, por coincidir la embargazon de la alegría por la toma de Calais. Los miembros embargaron al cardenal Lorena que digera al rey, que si la suma votada no sufragaba á sus necesidades, podia reunirlos libremente, pues le concederian sus recursos. En Paris hubo grandes regocijos, á los cuales quiso el rey asistir con toda su corte, habiendo enviado á decir que iria á cenar en la casa consistorial el jueves de carnaval. Veinte y cinco mujeres é hijas de los principales magistrados fueron elegidas para hacer compañía á la familia real, habiéndose encargado de servir la mesa los hijos de los principales comerciantes con unitaforme de seda. Como cosa de gran lujo estaba esterada el suelo, el techo adornado de ramos de yedra entrelazada como guirnalda, y las paredes se hallaban cubiertas de rica tapicería recargada de escudos del rey, y de la reina, del duque de Guisa, del car-

denal de Lorena, y lo que es notable, de la duquesa de Valentinois.

La falta de orden y policía privó de todo agrado la fiesta é introdujo la confusion en ella. La muchedumbre no dejaba espacio á las personas convidadas: agarrábase los platos antes que llegaran á la mesa, habiéndose levantado sin comer ni beber muchos de ella. El poeta Fodelle se habia propuesto dar una representación de su tragedia de *Orfeo*, que era una especie de ópera, que llegaran á la mesa, y se empujaba en el teatro por falta de lugar: el principal moverse los actores en el teatro á continuar á pesar de su tos, pero se le hizo callar. Hubo danzas, y todo el mundo se habia retirado para las once. Brantome llama tragi-comedia este género de espectáculo, que juntaba con las palabras la música, el baile y las decoraciones; cosa, dice, todavia no vista en Francia, pues antes no se hablaba mas que de los farsantes, cornudos de Rouen y de otros litivieros y embaucadores, no haciendo mucho tiempo que tales farsas y singulares comedias habian sido inventadas y representadas en Italia.

La conquista de Calais por el duque de Guisa añadió mucho lustre á la gloria que se habia adquirido con la defensa de Metz. A su llegada á la corte, además de los honores y elogios de que fué gozado, tuvo la satisfacion de asistir al casamiento de Maria Stuart, reina de Escocia, con Francisco, Delfin de Francia, habiendo desempeñado durante la ceremonia las funciones de mayor-domo del rey en lugar del condestable Montmorency que se hallaba prisionero. Guisa era muy hermoso, cortés y espresivo, empezando á acostumbrarse á él Enrique II, á quien habia inspirado sospechas y temores acerca de su ambicion. Noticioso Montmorency de todo, logró bajo palabra de honor libertad para presentarse en la corte; al pronto fué recibido por el rey con alguna frialdad, pero no tardó en recuperar su antiguo favor.

No escapó á la atencion de los calvinistas esta diversidad de intereses que se descubrían en la corte, habiendo cifrado en ellos un medio de estender su religion y procurarse la libertad del culto por la proteccion de los grandes señores que contaban entre sus prosélitos, entre los que eran los principales el almirante de Coligny y su hermano Dandelot, sobrinos del condestable. Denunciólos al rey el cardenal de Lorena. Hallándose Dandelot en la corte le hizo llamar el monarca, quien le preguntó sobre su creencia, valiéndose de la amistad que mediaba entre los dos desde que se educaron juntos. No solamente confesó Dandelot su nueva opinion, sino que insultando los dogmas, ritos y á los ministros católicos, la defendió con tan pocos miramientos, que irritado el rey, le mandó encausar, privándole del cargo de coronel general de la infantería francesa, el cual fué dado á Montluc. Dandelot sin embargo, á instancias del cardenal de Chatillon y del almirante Coligny, sus hermanos, y hasta las del cardenal de Lorena, consentió en dejar decir una misa en su presencia y fué soltado; pero siendo decidido calvinista, lamentóse durante su vida de semejante condescendencia.

El ataque del cardenal, hermano del duque de Guisa, á los sobrinos de Montmorency, fué mirado como una rivalidad mas bien de puesto que de opiniones. Designaron los defensores de las dos religiones su respectivo gefe, y tomaron entre sí un aire de bandera y partido: los católicos, orgullosos de marchar en los estandartes del defensor de Metz, conquistador de Calais y restaurador de la Francia, héroe tan bravo como elocuente y generoso; los calvinistas alivos, al ver á su cabeza hombres conocidos por osados capitanes, de costumbres austeras, sacrificando bienes y dignidades y arriesgando hasta su vida por sostener su religion. Tal abnegacion, que no prueba siempre la bondad de una causa, atrae por lo regular la aprobacion y el favor de los indiferentes volviéndolos decididos defensores. Hasta en el Parlamento habia penetrado esta manera de pensar, pues en el de los reformados, lejos de ser condenados con el rigor de las leyes vigentes, encontraban proteccion é indulgencia. A tal conivencia consiguieron los cardenales de Lorena y Tournon que el rey opusiera la inquisicion bajo la vigilancia de los obispos y no como jurisdiccion dependiente del Papa. El Parlamento, á quien se envió el edicto, resistió algun tiempo, pero al cabo accedió al registro con la condicion de que únicamente serian sometidos á tal tribunal los miembros del clero regular y secular, habiéndole parecido gran victoria el eximir de la inquisicion á los legos.

Abolióse los semestres del Parlamento, cuya reforma originó complicacion. Como de reunirse las dos primeras cámaras resultaría demasiado numerosa una sola, dividiéronse sus funciones en tres secciones de veinte y seis consejeros sin los presidentes, denominadas Salas del Consejo, de lo contencioso y de lo criminal; pero las atribuciones de algunas de ellas versaban sobre asuntos tan raros é insignificantes, que estaban sin ocupacion frecuentemente, perdiendo sin embargo los sueldos y derechos que habian sido suprimidos por repetidos edictos.

Despues de su triunfo volvió Guisa al ejército, del cual dió una

division de siete á ocho mil hombres al anciano La Barthe de Thermes, que acababa de ascender á mariscal, encargándole que fuera á talar la Flandes y á llamar la atención del enemigo por este lado, interin sitiaba él mismo á Thionville, ciudad la más fuerte de los Países Bajos. Thermes llenó su encargo dolorosamente para los flamencos de la frontera. Al regresar cargado de botín, tropezó con el general español conde de Egomond, que contaba con más fuerzas que él, pero parapetado á orillas del mar cerca de Gravelinas, defendióse valerosamente el general francés, á quien se inclinaba la victoria; cuando buques ingleses que cruzaban por allí, atraídos por el ruido del cañon de los combatientes, dirigen su artillería contra los franceses, á quienes cañonean. Desconcertados por tan imprevisto ataque, huye á escape la caballería y entrega las armas la infantería, cayendo prisionera con los generales. Tal fué la última proeza de los españoles de que pudo regocijarse Carlos V, quien murió á poco tiempo en su retiro del monasterio de Gerónimos de Yuste.

Guisa sin embargo, después de la toma de Thionville, adelantóse hasta Amiens para cubrir la Picardía. El ejército del enemigo, que era muy numeroso, y á la capitaneado por el duque de Saboya, cuyos estados ocupaba Enrique desde el principio de la guerra. Entre ambos campos no había mas que una llanura de cinco ó seis leguas, donde podía ocurrir una gran batalla; pero la consideración del riesgo que los dos partidos corrían, los contuvo dos meses en inacción. Felipe temía que una sola derrota le costase los Países Bajos, uno de los coronos de su corona; Enrique, que una victoria abriera al enemigo la Picardía y Champaña, lo cual retardaría mucho la paz que uno y otro deseaban, no tanto por inclinación como porque así lo reclamaba la penuria de los pueblos.

Con tal objeto había ya dado pasos el cardenal de Lorena, quien se sospecha que lo hizo por recelo de que se tratara y cerrara la paz sin intervención suya ni de su hermano, lo cual hubiera acreado gran preponderancia al bando de Montmorency, su rival. El condestable, soldado bajo su palabra, había vuelto en el día fijado á su prision, mas seguro que nunca del favor del rey, quien entabló con él un trato íntimo que ofrece circunstancias singulares. Así las describe el historiador Garnier: «No se avergonzaba el rey de humillarse hasta servirle de espía, informándole diariamente de lo que contra él se hacía y decía en la corte, de las vejaciones á que estaban espuestos los que se le mantenían leales, de las traiciones de otros que él creía amigos y se habían vendido al favor, de las medidas secretas que tomaban el cardenal y el duque de Guisa para suplantarle, y á ser posible desacreditarle en su ánimo. La duquesa de Valentinois, indignada de que los Guisais comenazaran á desdorarla en cambio de la reina, apoyaba con todo su prestigio el partido del condestable, yacilante con su ausencia, y contribuyó en extremo á conservarle el alto puesto en el favor. El monarca ya servía de secretario á esta dama, ya le cedía y volvía á tomar la pluma, como se comprueba con los cartas de esta correspondencia secreta, conservadas en la biblioteca, que ordinariamente terminaban con esta fórmula: *Vuestros antiguos y mejores amigos, Diana y Enrique*. El rey le rogaba, exhortaba y ordenaba que se libertase á toda costa, y sin reparar en los sacrificios que al efecto serian indispensables.»

El condestable era tratado con mucha consideración por los generales y ministros de España, quienes le visitaban con frecuencia. Tales miramientos hicieron temer al cardenal que sin noticia suya se tratara de la paz entre ellos y el prisionero, siendo esto la causa de que aquel se apresurara en seguida de la toma de Calais, á emprender sin órden ni poders una negociacion por sí mismo. La duquesa de Lorena, despojada del gobierno de los estados de su hijo y de su tutela mientras era educado en la corte de Francia, deseaba ardientemente abrazar á este hijo querido. Empeñóse el prelado en proporcionarla tal placer, siempre que saliera ella á la frontera, adonde acudió acompañada del cardenal de Granelva, principal ministro de Felipe II, como el de Lorena lo había deseado.

Escucháronse con suma fidelidad las proposiciones del prelado francés, á quien se hicieron otras muy exageradas, resultando que el rey de España quería que se le diese todo sin dar él nada. No hubo pues el menor acuerdo, y reflexionando el cardenal de Lorena sobre la dureza de las condiciones de Granelva y sus compañeros y sobre la firmeza de los mismos, juzgó que por más anhelo que tuviera el rey por sacar al condestable de manos de los españoles, jamás consentiría en rescatarle á tan subido precio; que por consiguiente continuando la guerra, su hermano seria siempre el árbitro y héroe de ella, y fijaría así la preponderancia de su familia sobre fundamentos que no podría destruir el bando contrario. Retiróse por lo tanto contento, á pesar de no haber logrado el apetecido convenio.

Pero la viuda de Lorena no vió sin pena frustradas las esperanzas que había concebido de aquellas conferencias en la frontera, y escribió al cardenal suplicándole que trabajara por la reunion de

comisarios españoles y franceses en la abadía de Cercamp, cerca de Amiens, para tratar de la paz. A Felipe II dirigió la misma instancia el duque de Saboya, que contemplaba pesaroso sus estados desde el principio de la guerra en manos de Enrique II, á causa del interés que siempre había mostrado por la casa de Austria. Ambos reyes accedieron á conferencias: el de España designó cuatro de sus principales ministros, y el de Francia igual número, contándose en él el condestable y el mariscal de San Andres, prisionero tambien desde la batalla de San Quintin, en quien tenia Enrique mucha confianza por haberse criado juntos, siendo aquel hijo de suayo. Montmorency se aprovechó de la libertad que obtuvo para ir á verse con el rey en su campo de Amiens, so pretexto de necesitar de una instruccion especial. Impaciente el monarca por volver á ver á su amigo, marchó bastante lejos á su encuentro, estrechóle tiernamente entre sus brazos, y no pudiendo estarse sin él ni un momento en el poco tiempo que podian hallarse juntos, dividió con el mismo su cuarto y cama.

Convino desde los primeros dias en hacer una tregua, y en despedir una y otra parte los mercenarios que componian la mayoría de los ejércitos, pagándolos. Esto presentaba dificultades para la Francia, y fué preciso negociar con ellos, prometer pagarles en la frontera y darles rehones, habiéndoseles ofrecido en tal concepto el duque de Nevers con su generosidad acostumbrada. Este preliminar dió esperanzas que tardaron en realizarse. Los comisarios españoles recibieron noticias de algunas ventajas alcanzadas en el Piemonte, donde Brissac, casi abandonado por la Francia, seguía defendiéndose aunque experimentaba pérdidas. Con semejantes noticias tornáronse los ministros de Felipe tan exigentes y firmes como los lo había encontrado el cardenal de Lorena en la entrevista de la frontera. Durante los debates llevo otra noticia de la misma importancia, cual era el suceso del fallecimiento de la esposa de Felipe II, Maria, reina de Inglaterra, cuyos embajadores asistían á las conferencias. Con tal novedad suspendiéronse estas por tres meses para reproducirlas en Cercamp á otra parte, subsistiendo entretanto la tregua.

Como durante la acordada suspension comenazaron á aflojar los comisarios franceses, divulgaron los Guisais el rumor de que se perderia todo si el rey continuaba en conservar de plenipotenciarios dos prisioneros que ningun sacrificio reputarian superior al logro de su libertad. Distinguido el condestable de que así se calumniarian sus intenciones, pasó desde Cercamp á verse con el rey en Beauvais, donde le suplicó que aceptara su dimision de mayordomo mayor de palacio, y al regresar á Flandes declaró que estaba resuelto á no volver á mezclarse en asuntos públicos y á concluir sus dias en la prision, á no ser que el rey de España aceptara el rescate que pudiera pagarle. Considerando los plenipotenciarios españoles que si Montmorency se mantenía extraño á los negocios caerian en manos de los Guisais, interesados en continuar la guerra, indugieron á Felipe II á recibir un rescate que fué fijado en doscientos mil escudos. Es sensible que accediera el condestable á la cláusula de que si se hacía la paz por su mediacion se reduciría á la mitad dicha suma.

A la reina Maria sucedió su hermana Isabel en el trono de Inglaterra, sin que la especie de ofensa irrogada por Enrique II al permitir que Maria Stuart, esposa del Belin, tomara con el título de reina de Escocia el de reina de Inglaterra, impidiera á aquella hábil política el convenir en una paz reclamada por el restablecimiento del órden en su reino. La gran dificultad estribaba en el artículo de Calais, por repugnar á los ingleses el abandonar para siempre una ciudad tan importante, y hallarse decididos á no cederla los franceses. Adoptóse un término medio que salvaba á los primeros la vergüenza de abandonarla y aseguraba su posesion á los segundos. Enrique II se obligó á la restitucion de Calais, Guines y el condado de Oye dentro de ocho años, y á prestar entretanto una garantia de comerciantes extranjeros que se comprometieran á pagar quinientos mil escudos de oro si no se consumaba la cesion al tiempo convenido, sin que dicha suma dispensara al rey ó sus sucesores de evacuar las mencionadas plazas. Inglaterra por su parte se obligaba á no emprender nada durante aquel plazo contra Francia ni Escocia, cuya cláusula proporcionó la conservacion de Calais á los franceses.

Renováronse en Chateau-Cambresis las conferencias para la paz general, la cual fué firmada en el mes de marzo, habiendo sido llamada la paz *desgraciada*, á cuyo nombre es acreedora, si mas bien que por el lado de la utilidad se la juzga por el de la gloria. Enrique II abandonó las poblaciones que le quedaban en el ducado de Milan, en Toscana, el Ravena, Mantua, Montferrat y Piemonte, á escepcion de Turin, Quiers, Pignerol, Chiva y Villanueva hasta la aclaracion de sus derechos, toda la Saboya, Brescia, Bugey, la proteccion de Siena, los derechos sobre Génova, la isla de Córcega, el reino de Nápoles y sus dependencias, el condado de Ast, el principado de Orange, en fin, doscientas plazas, unas fortificadas y otras no; pero debe notarse que en su mayoría



estaban en países lejanos, y que no era posible retenerlas sin una guerra sumamente peligrosa en el estado de postración que trabajaba á la Francia. Por las plazas de que Felipe II se había apoderado en Picardía, devolvía el Luxemburgo y Charolais: las ciudades de Metz, Toul y Verdun permanecerían unidas á Francia, la cual recobraría también el territorio de Thieruana, ciudad que había sido arrasada completamente por Carlos V. En represalias acordóse que Enrique desmantelara la de Ivoy antes de restituirla al emperador. Tal reciprocidad exigida por Enrique no fué un acto de vanagloria, sino que era política, y no casos desgraciados. Conocíase también casamientos: Isabel, hija mayor de Enrique, princesa bondadosa, destinada antes á D. Carlos, hijo de Felipe, fué concedida á este rey de España; su segunda hija Claudia, á Carlos, duque de Lorena, y su hermana Margarita á Manuel Filiberto, duque de Saboya y vencedor de San Quintin. En fin, el Papa, el emperador, todas las ciudades y estados del imperio, los reyes de Polonia, Suecia y Dinamarca, Escocia é Inglaterra, la república de Venecia, los suizos y sus aliados, los duques de Saboya, Lorena, Florencia, Ferrara, Mantua y Urbino, los señores de Génova y Luca eran invitados expresamente para acceder á este tratado, sin escluir á ninguno de los que en él quisieran ser comprendidos.

El duque de Guisa se opuso en el Consejo á la ratificación del tratado con una viveza y altanería que desagrudaron al rey. Había ya descontentado al monarca, exigiendo que el nombramiento de jefe de la casa real, de que había hecho dimisión el condestable, no recayese en el duque de Montmorency, su hijo. El rey se lo había prometido á este último; pero cedió á la exigencia del de Guisa con marcado disgusto, y no le confirió á ninguno de los dos. En las reflexiones de Guisa, y que no carecían de razones plausibles, se veía surgir el desprecio de los nobles, fundado el mas seguro de sus crédito y poder. Su opinion era por lo demas la de todos los guerreros que de padres á hijos brillaban en esta carrera desde Carlos VIII. Entre otros se vió llegar á toda prisa á la corte á Brissac, pidiendo que el Piemonte, donde guerreaba, no fuese comprendido en el tratado, y ofreciéndose á defenderlo él solo contra todas las fuerzas de España. Por lo general la opinion pública no era favorable al tratado, y el condestable de Montmorency que había sido su principal agente, solo fue elogiado por las personas verdaderamente sensibles á la miseria de los pueblos, cuyos males se habían agravado sin cesar por espacio de setenta y seis años que había durado la desgraciada guerra de Italia, que se era interminable. Enrique II se creía sinceramente obligado á su *compadre* por haberle librado de esta carga, y ya sea por recompensa de tal servicio, ya por hábito de confianza, se aumentó su favor si era posible aumentarlo.

El rey tenia que librarse todavía de un peso que cada día iba haciéndose mayor. Los calvinistas, á pesar de los edictos aterradores que los amenazaban, no cesaban de levantar atrevidamente la cabeza. Habían ensayado sus fuerzas con motivo del casamiento de Bedlin, que había atraído á la corte á los reyes de Navarra, á los príncipes de Condé y á otros muchos señores, inuidos todos en los principios de la nueva religión, que habían adoptado en la soledad de sus castillos. Despues de las fiestas, los príncipes, princesas y nobles de su opinion permanecieron en París, y frecuentaron las asambleas secretas de la religion reformada; elogiaron á sus ministros, y los exhortaron á redoblar el celo y actividad en propagar sus principios. Bajo esta proteccion tuvieron estos algunas asambleas en un pasco frecuentado por los parisienses; y cantaban allí á voz en grito los salmos de Marot puestos en música. Al entrar en la ciudad, atravesaba esta tropa las calles, continuando su canto con afectacion y escoltada por varios caballeros armados, cuyo fiero continente parecia que desafiaba á los católicos y á la policía.

El rey mandó que se hiciese una informacion acerca de estas reuniones, y sirvió mas para descargo que para inculpacion de los acusados, porque se los presentó como seducidos mas bien que culpables. Los comisarios del Parlamento encargados de estas averiguaciones dijeron que las declaraciones de las personas interrogadas estaban llenas de retenciones, causadas por el temor de provocar la venganza de las personas distinguidas que se encontraban comprometidas. El presidente Seguier, en una relacion llena de aquella elocuencia hereditaria en su familia, atribuyó, como de costumbre, la causa de la multiplicacion de los reformados á la comparacion que el pueblo hacia entre la regularidad de sus costumbres y los desórdenes del clero. Se quedó sobre todo en la no residencia de los obispos, de los que había cuarenta en París, y señaló como causa de los abusos el concordato, hidra que no cesaba de combatir el Parlamento hacia cien años. El orador habló tambien de los nuevos cargos que el rey acababa de crear, de los nuevos empréstitos para los gastos de las fiestas, empréstitos representados á la verdad en el preámbulo de los edictos como voluntarios, pero que se exigían por fuerza. Estas reflexiones no disponían favorablemente

el ánimo del monarca. Llegó á saber que no había en el Parlamento una conducta uniforme en la ejecucion de las leyes fulminadas contra los hereges, porque una cámara las suavizaba, en tanto que otra los perseguía con rigor, y que entre los consejeros y presidentes había algunos que no contentos con adherirse en secreto á la nueva religion, la profesaban abiertamente.

Todavía existían los *mercadales*, especie de tribunal doméstico, compuesto de dos presidentes de las cámaras y de los hombres mas estimados del Parlamento, autorizados por la eleccion de sus compañeros para ejercer sobre ellos una especie de censura. Carlos VIII los mandó reunirse todos los miércoles. Luis XII cada quince dias, y Francisco I de tres en tres meses. El monarca supo que debían congregarse el 1.º de junio, y se constituyó allí acompañado de los cardenales, de los príncipes de la sangre, del condestable, del duque de Guisa, de otros muchos señores y de una fuerte escolta; tomó asiento con aire tranquilo, sin dejar entrever su siniestra intencion, y dijo que estaba instruido que había en la corporacion diferentes opiniones acerca del modo de tratar el asunto de la religion, y que había venido para conocer á fondo esta materia, para lo cual cada uno podia esponer libremente su parecer.

Los unos creían que se debía conceder seis meses á los alucinados para que fueran instruidos y desistieran de sus opiniones, y pasado este tiempo, si insistían, que fuesen desterrados. Otros decían que eran llamados indelicadamente hereges, puesto que no habían sido ni juzgados ni condenados, y que era preciso convocar con este motivo un concilio general. Luis de Faur y Anne de Bourg apoyaron este parecer con un calor indecoroso contra la Iglesia católica, sus ritos y ministros. Los presidentes Seguier y Harlai pretendieron probar que los decretos de la corte, que salvaban algunas veces á los acusados, no eran contrarios á los edictos, porque no hacían mas que interpretarlos; el presidente Cristóbal de Thou queria que se castigase á los que censuraron los decretos: Baillet por el contrario, que se revisaran y reformaran, si había lugar, los que encontraban oposicion; y Minart, que era necesario ejecutar con rigor las leyes contra los hereges. Apoyando esta opinion, citó como ejemplo digno de imitarse el de Felipe Augusto, que en un solo día había hecho quemar en su presencia seiscientos hereges, y alabó mucho las ejecuciones bárbaras renovadas contra ellos en diferentes épocas.

El rey escuchó tranquilamente todos estos discursos, y retirándose con sus principales consejeros á una habitacion, hizo que le llevaran la lista de los miembros del cuerpo y los pareceres de que ya hemos hecho mención; volvió á entrar en la sala, y dijo que se convenia demasiado de lo que se había resistido á creer hasta entonces, á saber: que había en el Parlamento un gran número de hereges; que estaba en su derecho castigando al cuerpo entero por haberlos consentido en su seno, pero que no confundiría al inocente con el culpable. Entonces subió al trono el condestable para recibir las órdenes del rey, y al bajar sacó de sus sillars á Faur y Bourg, y los entregó á Montgomery, capitán de guardias; Chavrinny, otro capitán, recibió orden de arrestar á seis consejeros en sus casas. Antonio Fumée, Estuquio de la Porte y Pablo de Poix fueron los únicos á quienes encontraron, pues los otros se salvaron. Al día siguiente el Parlamento procesó á Jacobo Spifame, obispo de Nevers, que se había casado y retirado á Génova: fué degradado y empezó la causa contra los presos.

En tanto que se trabajaba en esto, los ministros y diputados de las iglesias de la isla de Francia, Normandía, Orleans y Poitou tuvieron en el arrabal de San Germain su primer sínodo nacional. Despues de haber redactado en cuarenta y tres artículos las constituciones propias para conservar la union y la disciplina entre sus sociedades separadas é independientes unas de otras, se ocuparon de la suerte de los presos, y recurrieron á la intercesion del elector palatino y del duque de Wurtemberg, que les habían servido dos años antes en favor de algunos de los suyos, arrestados á consecuencia de una disputa con católicos en la calle de San Jacobo; pero el rey, que despues de la paz no tenia precision de guardar las mismas consideraciones á los religionarios de Alemania, desechó sus súplicas, y se encolerizó al saber que sus súbditos se atrevieran á celebrar en su capital y sin su consentimiento asambleas parlamentarias, y recurrir á la proteccion de príncipes extranjeros, para obligarle, si era posible, á perdonar á los refractarios. Mandó que siguiese el proceso rigurosamente, y en su cólera juró que los veria espirar en las llamas.

Durante estas operaciones, que consternaron á los unos é hicieron triunfar á los otros, París, donde todo se confunde, la tristezza y la alegría, la miseria y las riquezas, estaba en agitacion por el enlace de Isabel, hija del rey, con el monarca de España. Había bailes, festines, y sobre todo, era muy justas, á las que era singularmente aficionado Enrique, que era muy justas, y uno de los mas gallardos del reino bajo la armadura. Corrió dos dias contra los sostenedores de los presos, y siempre quedó victorioso; y al tercero, que era el 28 de junio y último del torneo, al salir de la liza, donde ya había roto

cinco ó seis lanzas, vió á Montgomery, capitán de su guardia, que estaba todavía con la lanza en ristre; corre contra él, bajando solamente la visera sin entretenerse en asegurarla; Montgomery rompe su lanza en el peto del rey; el choque levanta la visera, y el desconcierto no permite al capitán detener el brazo, de modo que con el pedazo de asta que le quedaba en la mano, hiere tan violentamente al rey en el ojo derecho, que le atravesó una astilla la cabeza.



Enrique II haciendo quemar herejes á su entrada en París.

El monarca vacila y cae, porque la herida era mortal. Vivió sin embargo quince días, pero en un perpetuo letargo. Poco antes de su muerte, se celebró sin ceremonia el matrimonio de su hermana Margarita con el duque de Saboya.

Enrique II murió de cuarenta años, después de doce de reinado. Dejó de Catalina de Médicis tres hijas y cuatro hijos, de los cuales han reinado tres; otros tres de diferentes amigas y ninguno de Diana de Poitiers que le había cautivado toda su vida. Mezeray dice de este monarca, «que era buen señor para sus domésticos, liberal, fácil en perdonar, franco y religioso; pero añade, que carecía de talento; mas propio para ser regido que para gobernar, sobrecargó al reino no con impuestos de toda clase, empeñándole en mas de cuarenta millones, con los que prodigiosamente se enriquecieron sus ministros y favoritas.»

Dice también que la corte era libertina á su ejemplo; que en su tiempo los juramentos, las blasfemias y las palabras groseras viciaron el lenguaje común, y que las dudas sobre religion degradaron tanto los costumbres como la eremica. Mezeray cuenta entre las causas de la corrupción la poesía que comenzó á aparecer con mas gracia y bellezas que anteriormente, y á prodigar sus flores y coronar la impudencia del amor desarreglado; porque las musas que debían ser vírgenes, cambiaron sus castos atractivos en afectadas caricias, y casi no tenían otra ocupacion que excitar estas vergonzosas pasiones. Pero semejante mal empleo de la poesia, la obscenidad de los cuentos y la inmodesta sencillez de los cuadros ya habían sido traídos de Italia en los reinados anteriores.

El de Enrique II es uno de los mas desdichados para la monarquía, porque este príncipe no estuvo sin guerra sino en los tres últimos meses de su vida; y aunque la descaía en extremo, se llamaba al fin fatigado de ella. Hasta su tiempo jamás habían sido los impuestos tan multiplicados, tan onerosos y variados. Creyendo hacer un servicio á la Francia, la llenó de tribunales, multiplicando los famélicos curiales que el buen rey Luis XI no veía sin estremecearse. Enrique tomaba empréstitos con vergüenza, recibía con avaricia, y gastaba con escandalosa profusión. Por su imprevisión y por la obstinacion de acunular sus tropas escogidas en Italia, estuvo dos veces á punto de arruinarse el reino, que hubiera sido invadido sin la resistencia milagrosa de Metz y la ceguedia no menos estúpida de Felipe II, después de la batalla de San Quintin. Enrique estaba dotado de buen sentido, el cual le sugeria por lo regular el mejor parecer en el consejo, pero desdenaba tomarse el trabajo de hacerle prevalecer. De esta indiferencia por el bien ó el mal que podía sobrevenir, así como de la facilidad en dejarse seducir, provino entre otras guerras la solicitada por los príncipes Carafas, que puso á la Francia al borde del precipicio.

La entrada penetrante de Guisa embarazaba á Enrique; cuando el duque apremiaba, el rey le contestaba tartamudeando. Montmorency no era simplemente un amigo apreciado, sino un mentor que le dominaba á timidez y servilismo que contrasta demasiado con la elevación y firmeza de alma que se desea en los hombres destinados á mandar; si creyó aniquilar las facciones, ó á lo menos imponerlas silencio distribuyendo á sus gefes gracias y favores; se engañó y no hizo mas que proporcionar á los rivales motivos de provocarse y medios de combatirse, como lo esperiméntó su sucesor.

## FRANCISCO II.

De edad de 15 años y medio.

Apenas tenía 16 años Francisco II el 10 de julio de 1559. Estaba ya unido con los vínculos del matrimonio con María Stuart, reina de Escocia. Estos dos jóvenes esposos poseedores de dos céntros y demasiado débiles para poderlos soportar, los dejaron caer en manos de los que tuvieron suficiente destreza para ganar su confianza. Durante los once días que transcurrieron desde la herida del rey hasta su muerte, Montmorency, su ministro y favorito, puso en juego todo lo necesario para conservar alguna parte en el gobierno. Escribió á los príncipes de la sangre, exhortándoles á que vieran á ocupar su puesto en el consejo del rey; sus instancias se dirigian sobre todo á Antonio de Borbon, rey de Navarra, y heredero mas inmediato al trono, después de los hermanos del rey. Le rogaba que se apresurase, porque la menor dilación daría á los extraños una superioridad de que ya no se podría desposeerlos. En fin, enviaba correo sobre correo, solicitaba á los unos, escitaba á los otros y no descuidaba ninguno de los medios oportunos para formar un partido capaz de hacer frente á los príncipes de Lorena.

Estos conocidos bajo el nombre de Guisas, tomaban medidas mucho mas eficaces. Tios de la jóven reina cautivaban por medio de ella el ánimo del rey, á quien inspiraban los pensamientos necesarios para el buen éxito de sus proyectos. Montmorency, le decían, es un viejo anstero, de un gobierno duro y de un carácter impetuoso; no podrá mandar mucho tiempo, porque desterrará los placeres de la corte, querrá que predomine su sola voluntad y dominará al rey. A los príncipes de la sangre se los representaba como ambiciosos, inquietos y turbulentes, sobre todo los Borbones, uno de los que (el famoso condestable) había hecho antes guerra á la Francia; y añadían que Francisco II y Enrique II habían cometido siempre gran cuidado en tenerlos lejos de la corte y sin mando; y tal vez para vengarse de esta desgracia deseaban ser llamados al gobierno del Estado. Con estos discursos, á los que prestaban nueva fuerza las encantadoras gracias de la reina, los Lorenas cautivaban al nuevo monarca y alejaban sus rivales.

No había mas que Catalina de Médicis, madre del rey, capaz de balacear su crédito; pero encontraron medio de ganarla, abandonando á su cólera las personas que la desagradaban, entre otras Diana de Poitiers, amiga de Enrique II. En tanto que disponía de las gracias, los Guisas la hacían la corte, y aun uno de ellos, Claudio, duque de Anualé, se casó con una hija de la favorita, participando toda su familia de los beneficios; pero tan pronto como dejó de serles útil, la sacrificaron estos ambiciosos y con ella todos los que proseribió Catalina; y aunque habían sido sus mejores amigos, fueron desterrados de la corte, y solo rescataron una parte de sus bienes á costa de otra. Por el contrario, los favorecidos por la reina madre eran festejados por los Guisas. Unían á la complacencia el artificio, y no había clase de murmuración que no escuchasen, ni discursos indignos que no hiciesen, ni antiguos descontentos que no recordasen, para indisponer á Catalina con el condestable y sus partidarios.

Un éxito completo coronó medidas tan bien concertadas. Cuando los diputados del Parlamento vinieron á saludar al rey despues de la muerte de su padre, les dijo que habia escogido al cardenal de Lorena y al duque de Guisa, sus tíos para gobernar sus estados y que en adelante se dirigirian á ellos. Al momento el duque se apoderó del mando de las tropas, y el cardenal de la administración del tesoro. Ninguno se quejó ni murmuró: Condé y Montpensier fueron



Los habitantes de Royo quemados por órden de la reina de Hungría.

enviados á Felipe II, uno para ratificar la paz, y el otro para llevarle el collar de San Miguel, y aunque conocian que esta comision era solo para alejarlos de la corte, partieron sin demora.

El condestable fué el único que creyó poder renovar las tentativas que ya habia hecho cerca de la reina madre para empeñarla en no dejar tomar tanta autoridad á los Guisais: le recibió muy mal y le recordó con indignación las muestras de preferencia que habia prodigado á la dama de su esposo. El rey le aconsejó firmemente que fuese á descansar á sus tierras. Ofendido por una desgracia tan inconsiderada, respondió el altivo anciano con una firmeza modesta, habló de sus pasados servicios, ofreció de nuevo al príncipe sus bienes y su vida y la de sus hijos, y se retiró á su castillo de Chantilly.

Pero los obstáculos que Montmorency habia tratado de oponer á los Guisais, no tardaron en presentarse. El rey de Navarra, aunque poco á poco vino á la corte, y en el camino se le presentaron los príncipes de la sangre y los gefes de las grandes casas, tan descontentos los unos como los otros del soberano poder de los Lorenas. Se reunieron todos en Vendome, donde se celebró una asamblea de que fué el alma el condestable, (por medio de Darlois su secretario). Allí se trató con una sinceridad y confianza rara entre cortesanos; los que antiguamente habian estado indispuestos se reconciliaron; el descao de satisfacer una mismas pasiones, acercó los ánimos, y se deliberó como entre amigos sobre el estado de los negocios.

Se presentaban dos cuestiones: ¿Era preciso quitar la administración á los Guisais? ¿Qué medio debia ponerse en juego para conseguirlo? La primera fué decidida por unanimidad. Tomar el mando en perjuicio de los príncipes, de los antiguos ministros, de los grandes oficiales de la corte, era se decía, una vergüenza para la nacion que lo sufriera y un crimen de lesa magestad para el primer gefe en los extraños que lo pretendian. Se convino pues en que no habia que vacilar y que sin demora debian ser separados. En cuanto á los medios de conseguirlo, se ofrecian dos, la violencia y la negociacion. La fuerza manifiesta, decian los mas vivos, un rompimiento ruidoso, armas, soldados; hé aqui los únicos recursos que nos quedan en un negoció tan desesperado. Los Guisais si á ello se ven obligados, ¿no nos abrirán por si mismos el camino para el trono y poderentos desengañar al rey? Empezar por quejas, es tocar la trompeta, antes del asalto. Desconocetemos al enemigo y aseguremos con nuestra prontitud una empresa euya menor dilacion podrá sernos funesta.

•No, replicaban los mas moderados, no nos precipitemos; ¿ignorais lo que es en Francia combatir contra el nombre de un rey legitimo? En vano publicaremos que nos armamos para librarle del cautiverio en que le tienen sus tíos: ¿quién nos creerá en tanto que él mismo diga lo contrario? Es mayor y dueño de escoger sus ministros: vamos á ser llamados traidores, rebeldes; y que tristes consecuencias pueden venir de estas odiosas calificaciones! El destierro, la proscripción, la ruina de nuestras familias. No nos apre-



Combate entre estudiantes y aprendices de comercio.

suremos; marchemos con prudencia, tratemos de poner á la reina madre de nuestra parte, e intentemos toda clase de negociaciones antes que recurrir á los medios extremados.

Prevalció esta última opinion y el rey de Navarra partió para la corte, encargado de hablar al rey, y de abrirle los ojos sobre el abuso de su confianza que hacian sus tíos, de ganar á la reina, solicitar para él y los suyos alguna parte en los negocios; gobier-

nos, pensiones y otras gracias. Los Guisais no ignoraban lo que pasaba en Vendome : y aun se dice que tenían espías cerca del rey de Navarra para saber todos sus pasos , y que tambien los tenían pagados para que le aconsejasen mal. Instruidos de este modo, prepararon al negociador una recepcion segun el conocimiento que tenían de su carácter. Antonio de Borbon, jefe de una familia pobre y desacreditada en los últimos reinados por la defección del famoso conestable , no podía, aunque era hombre de corazón y de valor, despojarse en los negocios de la timidez que ocasiona la falta de fortuna. Demasiado feliz por haberse casado con Juana de Albreht, heredera del reino de Navarra, cuya alianza le proporcionaba una suerte tranquila, gozaba de las dulzuras de la vida, y nada sentía mas que ver turbar su reposo. Una sola cosa era capaz de hacerle renunciar su indolencia, que era el deseo de recobrar la parte de su reino que le retenia la España injustamente. Se le deseaba que la Francia le proporcionaria algun día esta restitucion, deseo que le tenía enteramente dependiente de la corte; *temia al gabinete*, y buscaba como una gracia el favor de los ministros; temia hasta su indiferencia, estudiaba las intrigas, no para dirigir las, sino para ser victima de ellas; en fin, fluctuaba sin cesar entre el temor y la esperanza. De aquí las incertidumbres y variaciones que le hicieron eternamente instrumento de las pasiones de los demas y juguete de su política.

El plan que los Guisais siguieron con él fué deslumbrarle con el brillo del favor, disgustarle con dilaciones y acobardarle con afrontas; Al llegar á San German, aunque ya lo habia anunciado, no encontró al rey, que en mejor ocasion hubiera dirigido la partida de caza á la parte por donde venia el principe, con objeto de recibirle, pero que ahora expresamente se habia dispuesto á la parte opuesta. No se encontró donde acomodar sus carruajes, ni el mismo halló aposento. La mejor habitacion, destinada naturalmente á un rey, primer principe de la sangre, estaba ocupada por el duque de Guisa, que no queria cederla, y que acompañó su negativa con bravatas é insultos. No veia Borbon mas que caras frías ó desdenosas: si queria hablar al rey no se le presentaba sino entre los dos tíos, y cualquiera proposicion que hacia, la transmitia siempre el monarca á ellos, de cuyos servicios estaba sumamente contento.

Mal recibido por el rey, Antonio acudió á la artificiosa reina madre que compadeció sus penas. Sin embargo, le dijo, no os apresureis, el rey tiene prevenicion contra vos y puede incomodarse; en su edad las primeras impresiones son terribles, y si os fueran desfavorables, ¿cuánto tendríais que temer por vuestra fortuna! tened paciencia y contad con mi apoyo. De este modo le despidió mas tímido é irresuelto. Desde la corte se fué á París: le habian fisongado de que su presencia podia commover al pueblo, y lo encontró todo tranquilo. Esto era demasiado para que no perdiese el valor; pero como estaba indeciso, los Guisais pusieron en juego sus manejos.

La reina madre, sea por mal consejo, sea por natural timidez, habia mendigado en los primeros días de su viudez el socorro del rey de España que iba á ser su yerno. Este rey, antiguo enemigo de la corona y enemigo apenas reconciliado, envanecido por ser buscado, contestó con una carta llena de arrogancia, que tomaba el reino bajo su proteccion y que angustiaría con el peso de su poder á los que fueran bastante temerarios para desobedecer al monarca y turbar al ministerio. Se hizo ver esta carta al rey de Navarra, que era lo mismo que enseñarle una arma pronta á dispararse sobre sus estados para quitarle el resto de su reino: no pudo alegar cosa alguna, y se valió del primer pretexto que se le presentó para dejar la corte sin deshonrar.

A su vuelta le propusieron que acompañara á la reina Isabel á España, y le hicieron creer que era ocasion oportuna para que negociase la restitucion de su reino, prometiendo apoyarle. El rey de España prometido escuchó con apariencia de buena voluntad las palabras que Borbon le dirigió por cartas; insensiblemente Felipe se fué haciendo mas reservado, y cansado el rey de Navarra de tanta tardanza, encargó la negociacion á embajadores y se retiró á su principado de Bearne, determinado á no mezclarse en nada.

Tal fué el resultado de los proyectos concertados en Vendome. Los Guisais débilmente atacados y vencedores con tanta facilidad, se aventuraron á todo en lo sucesivo: desde entonces se vió reinar en el gobierno un aire de altanería y de imperio, que convenia poco á ministros de un rey de diez y seis años. El cardenal de Lorena, dice Brantome, era tan insolente y estaba tan alucinado con su prosperidad, que no miraba ni hacia cosa de nadie. El duque de Guisa era mas moderado, y por otra parte poseian cada uno en su estado las cualidades que podian hacerles mas recomendables. Carlos, el cardenal, era instruido, amigo de los literatos, elocuente, celoso por el honor de la Iglesia, de aspecto grave é imponente, pero de costumbres que no ha respetado la critica. Francisco, duque de Guisa, tenia estatura magestuosa, era orgulloso sin desden, popular sin bajezas; su buena presencia y su destreza le distinguian entre todos los

corceanos; fue general en una edad apenas capaz para ser soldado. La heroica defensa de Metz en tiempo de Enrique II contra todas las fuerzas de Carlos V, y la toma de Calais, le hicieron estimar en Francia, la que creyó deberle su salud. A estas virtudes de un héroe unia las cualidades de un hombre de bien, afabilidad, franqueza generosidad y union sincera á sus amigos; Desgraciado del que se declarase su enemigo, porque le perseguia sin descanso! Pero difería de su hermano en que este levaba la venganza hasta el último estremo, al paso que el duque no ambicionaba la victoria mas que para procurarse el placer de perdonar. Ambos á dos no economizaban trabajo para proporcionar amigos, ni profesiones para conservarlos.

Por una consecuencia de su carácter, tanto como por política, al principio de su administracion distribuyeron á manos llenas los beneficios entre todos los que podian serles útiles. El cordón de San Miguel llegó á ser tan comun, que se le llamó el *collar de todas las bestias*; pensiones, dignidades, beneficios, nada economizaban; pero no sacaron de todas estas gracias las ventajas que esperaban, ganando á sí mismos descontentaban á los otros, y como no se olvidaban de sí mismos en la distribucion, llegó á enviárselos. El duque sublevó á todo el mundo contra su ambicion, cuando se le vió apropiarse el cargo de mayordomo mayor del rey, que quitó al condestable; se le acusó tambien de una parcialidad odiosa, por haber gratificado á Brisacc, su conflagente y amigo con el gobierno de Picardia, del que se despojó con astucia al almirante Coligny, que no contaba darle sino al principe de Condé. Lo que acabó de agriar los ánimos fué una inhumanidad del cardenal.

Pasaba la corte en Fontainebleau la temporada de otoño, y era muy numerosa, como acontece siempre en un reinado nuevo, y haciendo sobre todo multitud de personas que pedian, estos sus sueldos, aquellos sus pensiones atrasadas, recompensas é indemnizaciones, porras la penuria del estado habia obligado á reformas severas en todos los ramos. Fatigado con estos importunos, hizo plantar cerca del castillo una borca, y publicar á son de trompeta una orden por la que se prevenia que todas las personas que hubieran venido á la corte con objeto de pedir, saliesen en término de veinte y cuatro horas, so pena de ser colgadas. Es inútil decir que este edicto escitó una grande indignacion en los franceses, acostumbrados con frecuencia á ver satisfechos sus servicios con una sola mirada del principe. Marcharon llenos de despecho, y cada uno fué á su provincia á llevar el descontento.

Ya se ha visto que á pesar de los suplicios empleados por los dos últimos reyes, el calvinismo se habia extendido prodigiosamente en todo el reino, y que Enrique II poco tiempo antes de su muerte habia hecho arrestar cinco consejeros en el Parlamento, por sospechosos de las nuevas opiniones; de este número era Bourg, diácono, de una buena casa de Auvernia, consejero eclesiástico en el Parlamento y sobrino de Antonio Bourg, canceller de Francia en tiempo de Francisco I. El proceso de estos presos, ya empezado, se continuó con actividad bajo el nuevo ministerio; parecia que se queria escoger sobre todo á Bourg, considerado como jefe. Empleó para salvar su vida todos los privilegios que le proporcionaban su doble carácter de consejero y de clérigo; pero como persistian en sus opiniones, fueron inútiles estos recursos, y recayó sentencia sobre él en noviembre de 1550.

Abandonado al Parlamento, recusó al presidente Minard, á quien miraba como instrumento de los Guisais, y aunque fué amonestado y aun amenazado por el acusado, siguió sentándose entre los jueces porque se declaró que no era válida la recusacion; pero al volver de palacio el 12 de diciembre fué asesinado en un pistolotazo. Diez dias despues, Bourg, condenado á ser ahorcado y quemado, sufrió su suplicio con la mayor firmeza. Le hubieran salvado el favor de sus eodrades y la habilidad de Francisco Marillac, su abogado, si hubiera guardado exactamente el silencio que este le habia prevenido; pero habiendo desestimado las aclaraciones que Marillac le habia indicado respecto á sus opiniones religiosas y al arrepentimiento que habia supuesto, se retractó de lo dicho por su abogado y desde entonces no pudieron los jueces menos de cumplir con la ley.

Castigado el mas culpable, los demas consejeros fueron tratados con indulgencia, habiéndoseles condenado á algunas penas y perdonado en seguida. Se comocía desde entonces de donde habia partido el golpe que hirió al presidente Minard, y los mas ilustrados temieron ver con Francia un partido que empezaba á emplear la violencia para sostenerse. Desde este momento se acostumbró en los libelos que corrieron, á mezclar la religion con los asuntos políticos. Entre las quejas contra el ministerio no dejaban los descontentos de hacer notar la intolerancia de los Guisais, á fin de sublevar contra ellos á los calvinistas. Los escritores favorables á aquellos añadian á sus apologias el elogio de su celo contra las novedades, para inflamar á los católicos y atraerlos á su partido. De aquí provino en ambas partes la costumbre de confundir la causa con las personas. El católico vieno á los Guisais atacados, creyó que lo eran por odio

á la religión; y por una consecuencia de la misma preocupación, el calvinista no vió en los descuentos mas que hombres que todo lo arriesgaban para preservarse de la persecucion.

Por tal se calificaban los esfuerzos que hacia la corte para abolir la religion de Calvino, quejándose sus secretarios de que se propalaban contra ellos las calumnias mas atroces; pues se decia que tenían intencion de poner fuego á Paris y abrir las prisiones, á fin de provocar una revolucion con ayuda de los criminales que estaban allí encerrados. «Está ya visto, decian los calvinistas, que se ha tomado el partido de hacernos odiosos, imputándonos abominaciones cuya sola idea causa horror; y todo está ideado por gentes ávidas de nuestros despojos, que quisieran hacernos perecer, aviando para ello el falso celo del populacho.» Parecia en efecto que el fin del ministerio era animar al pueblo en el fanatismo; permitía á los católicos reunirse en las calles y cantar himnos delante de las imágenes de la Virgen; se invitaba á los transeúntes á que tomaran parte en estas devociones; y si se resistían eran maltratados, y por mas quejas que se dieran, quedaban impunes estos excesos: á lo menos la parcialidad del ministerio no hubiera tal vez tenido consecuencia alguna sin los descuentos interesados en hacerla valer.

A su cabeza se hallaba un hombre á quien animaban las dificultades en vez de abatele; de génio terco, inflexible é incapaz de retroceder una vez tomada cualquier resolución. Tal fué el mayor de los Chatillons, conocido generalmente por el almirante Coligny. Habia sido amigo de Guisa, pero sea por rivalidad de honores, sea por diversidad de intereses, llegaron á ser enemigos y siempre lo fueron irreconciliables. El almirante tenia dos hermanos en estado de secularde; el uno era Andelot, coronel de la infantería francesa, y el otro el cardenal de Chatillon, obispo de Beauvais. Andelot era un guerrero intrépido, pero sombrío; y menos taciturno que el almirante, pero tan reservado como él, habia inspirado á este el gusto de la nueva religion, y no se duda que estaba unido á ella sinceramente. El cardenal era perspicaz, áfable, insinuante, sutil cortésano y excelente negociador. La capacidad de los tres hermanos, su buena inteligencia, sus alianzas, sus cargos y muchas relaciones, hicieron bien pronto formidable en la corte el partido que formaban en el Estado. No es fácil averiguar si fueron los calvinistas ó los descuentos los que dieron los primeros pasos para unirse; es verosímil que igualmente maltratados por el ministerio, tomaron á un mismo tiempo la resolución de apoyarse reciprocamente. Lo que hay de cierto es que esta union fué propuesta y consumada en una asamblea en el principio de Condé, hermano del rey de Navarra, cuyo hácia el final del año en la Ferté, uno de sus castillos, en la frontera de Picardía.

Jamás hubiera tomado parte en la intriga este principe, si hubiese habido mas consideraciones con él; su carácter franco y jovial le hacia poco propósito para las meditaciones profundas de la política, y mucho mas para la austeridad preceptuada por una religion que no predicaba mas que la reforma; por esta razon no demostró jamás un celo bien vivo. «Se convirtió, dice un autor nada sospechoso, y no dejó ni sus placeres ni sus amigos.» Con algunas atenciones, un empleo y pensiones, se le hubiera podido contener, porque era orgulloso y poltre; pero los Guisas, ó le despreciaron abiertamente, ó afectaron buscarle para indisponerle con sus amigos; se le recusaron gratificaciones y gobiernos; y por lo tanto prestó atención á las insinuaciones de los descuentos y se entregó sin reserva al almirante, con el que estaba emparentado, así como con el condestable, por Leonor de Roy, su mujer, sobrina de los dos.

Se dice, sin embargo, que su compromiso tenia esta restriccion: «siempre que no se haga cosa alguna contra Dios, el rey, sus hermanos, los principes ó al Estado.» Pero esta cláusula, añadida para satisfacer su delicadeza ó para salvarla en caso de un éxito desgraciado, no influyó en las deliberaciones de la asamblea. El almirante hizo ver por cálculos fundados que habia en Francia mas de dos millones de reformados en estado de llevar las armas; y en virtud de este conocimiento se formó el plan de la empresa singular conocida bajo el nombre de *conjuración de Amboise*. Se trató de sustraer al rey de manos de sus dos ministros, arrestar á todos y procesarlos; para esto era preciso levantar tropas, dadas capitanes, conduciéndolas sin estrépido desde todas partes de Francia á Blois, donde se sabia que pasaria el rey la primavera para gozar de un aire saludable, necesario á su quebrantada salud. Como el secreto debia ser el alma de la empresa, importaba que el gefe no fuese demasiado distinguido, á fin de no causar nuevas sospechas; que tuviese á lo menos bastante nombre para dar importancia á su partido; que los calvinistas no creyesen que se armaran mas que en favor de la religion, y los descuentos en contra de los Guisas. Se pudieron conciliar tan opuestos intereses, nombrando por gefe aparente de las empresas á La Renaudie, de una buena casa de Perigord. Era hombre de ejecucion, y hacia mucho tiempo que buscaba aventuras. Obligado á ocultarse por un crimen, se vió por fin en el caso de buscar un asilo fuera del reino. Marchó á Génova y á Lausana, donde hizo conocimiento con los franceses que se habian espatriado por moti-

vos de religion, y fué á causa de su vida errante como el lazo de los refugiados y de los regnicolas. Establecida la confianza y seguras las correspondencias, no faltaba mas que reunir los miembros dispersos bajo un gefe ya conocido, que pasaba por inteligente, tan intrépido como prudente, y cuando llegaba la ocasion valiente hasta la temeridad. Los autores secretos del plan contaban tambien con su elocuencia y principalmente con el entusiasmo que inflamándole á él mismo, debía por comunicacion arrastrar á los demas.

Sin embargo, no confiaban de tal modo en el imperio de un celo ciego, que dejase de tomar medidas de prudencia para determinar á los escrupulosos y yalentar á los tímidos. Se hizo venir una consulta de teólogos y juriscónsultos alemanes, que decidieron que los súbditos de un rey menor, perseguido por sus ministros y por la religion, podian legítimamente levantarse contra ellos y esterminarlos. Se dió ademas á La Renaudie un plan de operaciones, en el que estaban previstos todos los accidentes, y se hacia ver que el éxito era infalible. Permittedsele tambien insinuar que el principe Condé se pondría á la cabeza en el momento de la ejecucion; en fin, fuera verdad ó mentira política, se aseguró que la reina madre y los principales señores del reino aprobaban la empresa. La Renaudie escribió á los hidalgos, sus corresponsales, que estuvieran el 4.º de enero en Nantes, donde celebraba entonces el Parlamento de Bretaña sus sesiones, y donde se debian dar muchas fiestas con motivo de algunos casamientos notables, circunstancias propias para reunir sin infamia y sospecha una multitud de forasteros que pasarían por litigantes y curiosos.

Asistieron exactamente á la cita; la mayor parte ignoraba las causas del llamamiento; sin embargo, ninguno manifestó sorpresa ni falta de valor, cuando supieron que se trataba de combatir, en plena paz, en un reino sin turbaciones ni facciones, y de herir hasta en los brazos del rey á los ministros revestidos con su autoridad. La Renaudie pronunció un artificioso discurso, en el que se remontó hasta el establecimiento de los principes de Lorena en Francia, establecimiento que demostró estaba basado en la ruina de las familias mas ilustres; suponia que los Guisais tenian desde el principio el designio de trastornar la constitucion del Estado; les hizo autores de la persecucion de los calvinistas, de la desgracia de los grandes, del destierro de los principes, de la ruina de los pueblos y de todos los desórdenes cometidos en Francia desde su entrada en el reino. Segun él, la vida del rey estaba en peligro en sus manos. Ya, decia, espárcen con afectacion las noticias de que su mala constitucion no promete que serán sus dias largos, á fin de poder hacerle morir cuando les convenga; y encontrándose entonces dueños por la separacion de los grandes y de los principes de la sangre, extinguirán los restos de la familia real, y se colocarán ellos mismos en el trono.

«En cuanto á mí, añadió con vehemencia, juré, protesto y tomo á Dios por testigo, que no prestaré, haré ni diré jamás nada contra el rey, contra la reina madre, contra los principes sus hermanos, ni contra ninguno de su sangre; sino que defenderé hasta el postrer aliento la magestad del trono, la autoridad de las leyes y la libertad de la patria contra la tiranía de los extranjeros.» Todos lo juramos, exclamaron los asistentes. Hicieron el juramento que firmaron, y se estrecharon las manos en señal de union; se abrazaron despues vertiendo lágrimas de enternecimiento, llenando de imprecaciones á los que fueran bastante colardes para ser traidores. Se arregló antes de separarse el modo de reclutar gente, se fijó dia y hora para la ejecucion, que debia ser en Blois el 15 de marzo, y despues cada uno partió para la provincia que le era designada.

Todo salia á placer. Los Guisais llevaron al rey á Blois, donde le procuraban diversiones y vivian en una seguridad profunda. Durante este tiempo se iba recalcando con bastante éxito, al modo de Alemania, es decir, que los soldados se enganchaban sin saber para qué expedicion, comprometidos á marchar á las órdenes del capitán que los pagaba. Ya estaban en movimiento los de las provincias mas distantes; avanzaban por pelotones, que iban engrosando á manera que se acercaban, y el centro del reino se llenaba de tropas. Los Guisais nada sospechaban, pues aun cuando les habian avisado desde el extranjero que estuvieran en guardia, porque habia proyectos contra ellos, no les daban detalles, pero por estas ligeras indicaciones trasladaron la corte desde Blois á Amboise. Era esta una ciudad pequeña, mas facil de defenderse de un golpe de mano, y con un castillo bastante fuerte para esperar sacorros. Se creyeron pues en seguridad, y estos hombres tan hábiles iban á dejarse sorprender, si el gefe de la conspiracion no se hubiera entregado á un exceso de confianza.

La Renaudie se alojaba en Paris en casa de un abogado que se llamaba Avenelles, amigo suyo; este, viendo que buscaban á su huésped una infinidad de personas de todas clases, tuvo algunas sospechas que comunicó á aquel, quien le confesó la conspiracion. Avenelles escuchó con aire de interés y parecia entusiasmarse con el éxito de la empresa; pero recapacitando sobre la im-

portancia del negocio, sobre las dificultades y los peligros, lleno de temor tomó el partido de ir á revelárselo todo al secretario del duque, que se hallaba entonces en París. Este le envió sin pérdida de tiempo á Amboise, donde le interrogan, y ven los Guisas con el mayor asombro el precipicio que se había abierto á sus pies.

A la seguridad suceden las alarmas y el terror. Los tios del rey conocen entonces que no es solo contra algunos particulares aislados contra quienes tienen que defenderse, como ellos creían, sino contra un partido formidable de los detalles no podía darles las luces necesarias, se les hace sospechoso todo lo que les rodea, y no saben si á dar las órdenes se fian de amigos ó enemigos. Había en las prisiones de Vincennes un tal Roberto Stuart, hombre intrigante y de aquellos que se vanaglorian de tomar parte en todas las expediciones aventuradas, y con él estaban encerrados otros muchos del mismo carácter. Los Guisas sospecharon que tales personas aun desde el fondo de los calabozos podían tener parte en la trama, y los hicieron llevar en posta maniatados para arrancarles la verdad por medio del tormento. El consejo opinó todavía con mas exactitud, porque creyó que los Chatillones debían estar bien instruidos. La reina madre, á ruegos de los ministros, les mandó venir con pretexto de tomar un consejo acerca de la conducta que se había de seguir en estas circunstancias; tal vez se esperó que teniéndolos á la vista del rey se impediría que ayuclaran á los conjurados. Por su parte los Chatillones vinieron voluntariamente, lisonjándose que su presencia sería ventajosa á la ejecución.

Introducido en el gabinete de la reina madre, habló al almirante vivamente contra la mala administración, insistió con especialidad sobre el descontento de los pueblos, y procuró hacer ver que había que temer el espíritu de discordia que se apoderaba de toda la nación. Abogó por la causa de la reforma, y concluyó con que se suspenderian hasta la decision del concilio las penas capitales decretadas contra ellos. Los mas moderados del consejo, en cuyo número estaba el canceller Olivier, fueron del mismo parecer, y se publicó un edicto en favor de los calvinistas, exceptuando sin embargo de la amnistía á los predicadores, á los que bajo pretexto de religion habian formado proyectos contra el rey, la reina, sus hermanos y ministros; á los que habian arrancado á los culpables de manos de la justicia, y á los que se habian apoderado de las rentas reales, y degenido los correos del rey. Se publicó la declaracion el 12 de marzo.

Nada remedió esta, porque había llegado algo tarde. La Renaudie en vista de la traslación de la corte á Amboise, había cambiado sus órdenes, y designado otros puntos, aplazando la ejecución para el 16 en lugar del 15. No desesperando el principe de Condé del éxito, vino á Amboise con gentes apropósito que debían ocultarse en la ciudad y en el castillo, para secundar las tentativas de fuera. El duque de Guisa fecundo en recursos, veía el peligro sin desconcertarse; y no omitió ninguna de las medidas que podia tomar, aunque se hallaba en gran incertidumbre. Se hermano queria que se reuniesen las tropas designadas en las guarniciones de las fronteras, que se convocase la nobleza y se enviase orden de pasar á cuchillo á todos los que se encontrasen armados por los caminos. El duque se opuso á unas disposiciones que sin duda harian abortar la conjuración, pero que no romian á los cómplices en el caso de desaprobarlos altamente, y de acriminar al gobierno por sus medidas é imputaciones. Quería por el contrario dejarlos obrar de tal modo, que fuera posible cogellos *in fraganti*; y se confirmó mas en esta idea con el descubrimiento del plan de los conjurados. Linieres uno de estos, denunciado por Avenelles, tenia dos hermanos al servicio de Catalina; y por medio de ellos, se entró en negociacion con Linieres prometiéndole gracias y recompensas si manifestaba todo el plan. Desde entonces ya no obró Guisa á ciegas; supo por qué parte habian de venir los mayores esfuerzos; conoció las emboscadas, los puntos de reunion, las estratagemas y por consiguiente las medidas que habia de tomar.

El jóven monarca veia estos movimientos y no sabia qué pensar de ellos. Aunque estaba guardado con centinelas de vista, por decirlo así, de orden de sus tios, no dejaban de penetrar hasta él algunos rumores; y ademas su buen criterio le bastaba para persuadirse que tal levantamiento no debía dirigirse contra él solo. «¿Qué he hecho á mi pueblo, que tan mal me quiere? preguntaba al duque y al cardenal. Quiero conocer cuales son sus dolencias y curarlas. No sé lo cierto, pero tengo entendido que la prevención es contra vosotros. Desearia que os alejarais algún tiempo, para saber contra quien es el movimiento, si contra mí ó contra vosotros. Pero los Guisas se guardarian bien de arriesgar esta prueba; por el contrario, se aprovechó el duque de las turbaciones para obtener la dignidad de lugarteniente del reino, cuyo titulo le fué espedido el 17 de marzo.

Desde el 16 apareció la gente de La Renaudie, y siguió en lo posible el plan adoptado en Nantes. Segun sus disposiciones, una tro-

pa de calvinistas sin armas, con todas las señales de hombres de paz y con exterior sumiso, debía entrar en la ciudad bajo pretexto de presentar una peticion al rey. Si se les dejaba el paso libre, se lisonjaban que por su gran número podrían hacerse dueños facilmente de las calles y de las murallas. Si se les negaba la entrada, un gran cuerpo de caballería que debía apoyarlos, acudiría á apoderarse de las puertas, en tanto que la infantería espardida alrededor de la ciudad, penetraba por las brechas de la fortificacion y por los jardines del castillo. Al mismo tiempo los conjurados que habian entrado en Amboise hacia algunos dias siguieron á los Chatillones y al principe de Condé, tenian orden de dirigirse á los Guisas, arrestarlos y en caso de resistencia matarlos en el acto. El principe de Condé se pondría en seguida á la cabeza de los vencedores, y dueño del rey formaría el proceso á los ministros y sus allegados, apoderándose del gobierno.

Instruido del plan de ataque, Guisa dirigió conforme á él el de defensa; mudó la guardia del rey é hizo tapiar las puertas designadas; y no queriendo dejar ociosos á Condé y los Chatillones que hubieran podido, en tanto que él se defendía de frente, atacar por la espalda, los colocó en los puntos mas espuestos y los rodeó de vigilantes para impedir que se unieran á los rebeldes. Hizo salir de la ciudad y del castillo fuertes y numerosas patrullas que envolvieron las pequeñas partidas, y cayendo sobre los destacamentos, los dispersaron antes que se hubieran podido formar. Todos los que caerian prisioneros en los primeros momentos fueron colgados de las almenas del castillo, á fin de intimidar á los demas.

Pero los conjurados avanzaban siempre sin atemorizarse por la funesta suerte de sus cómplices; apenas era destruido un cuerpo, cuando le reemplazaba otro; ya resistian abiertamente, ya huían y se ocultaban para esperar refuerzo. La Renaudie recorria el campo, acompañado de un solo hombre; apresuraba á los unos, retardaba á los otros para tratar de reunirlos y formar columnas capaces de defenderse. En esta ocupacion es cercado por una partida realista; lucha con intrepidez, mata al jóven Pardailhan su pariente, que creyó de su deber el aproximarse á él; pero cae el mismo muerto de un arcaezabuco que le dispara un paje de Pardailhan. Su cuerpo llevado á Amboise fué colocado en un patibulo con un letrero que decia: *Cefe de los rebeldes*.

Se creyó que con su muerte se había desconcertado la empresa; y por lo tanto para acabar prontamente tan tristes discordias, facilitando la retirada á los conjurados, el canceller Olivier, á pesar de los Guisas, publicó un edicto por el cual el rey concedia completa amnistía á los que habian tomado las armas, mas bien por sencillez que por malicia, siempre que las dejasen al momento y se volvieresen á sus casas. Tranquilizado el mayor número con este edicto, se puso pacificamente en camino para su número con el pretexto que estos regresaban en paz, creyendo algunos conjurados que la guardia de la corte estaba descuidada, se aprovecharon de la oscuridad de la noche para acercarse á Amboise y penetrar en la ciudad; mas fueron descubiertos y rechazados. Esta última tentativa enfureció á los Guisas é hicieron revocar la amnistía. El rey mandó detenerse al principe de Condé, y se espidieron órdenes á todos los gobernadores de las ciudades, comandantes y capitanes, para que pusieran sus tropas en movimiento y pasaran á cuchillo á todos los que encontraron. No fueron exceptuados los que se retiraban pacificamente bajo la salvaguardia del edicto; se les detenía en las calles arrastrándolos á las prisiones, y si hacian alguna resistencia eran muertos, sin que supiesen qué nuevo crimen les acreaba tan cruel tratamiento.

Algunos oficiales empleados en su persecucion no podian ver sin compadecerse el castigar á tan valientes soldados por una empresa cuyo fin criminal ignoraban, y dejaron escapar á muchos; pero en Amboise no hubo perdón; todos los que fueron descubiertos murieron unos en la herda, otros al filo de la espada. La sangre corria por las calles, y no habia bastantes verdugos; sin forma de proceso, sin juicio previo se les ataba de pies y manos, y eran echados al Loira que por espacio de muchos dias estuvo cubierto de cadáveres. Pasado el primer momento de furor, se trató de dar cierto color de justicia á las ejecuciones que se habian hecho, y se condenó jurídicamente á algunos reyes de los conjurados que estaban encarecelados. Uno de los mas notables fué Castelnau, hidalgo distinguido por su probidad y servicios; se habia entregado él mismo burlado por su tiranía de Saboya, duque de Nemours; el que habiendo atacado con fuerzas superiores el castillo de Noizai, depósito de armas de los conjurados, entró en conversacion con él y le preguntó como á hombre á quien apreciaba, por qué habia tomado las armas contra el rey. «Nuestro designio, respondió Castelnau, no es hacer la guerra al rey, sino presentarle nuestras humildes quejas contra la tiranía de los Guisas. Ciertos es, replicó Nemours, que se debe ver al rey y presentarle los votos de su pueblo; si quisiere deponer las armas, os prometo bajo mi palabra procurar para que habéis al rey, y retiraros con seguridad.» Nemours lo juró y firmó; Castelnau le siguió, pero apenas entró en Amboise fué apisionado.

En vano Nemours hizo todo lo posible para obtener su perdón; los ministros le respondieron constantemente que había obrado mal en dar su palabra, y que el rey no estaba obligado á guardársela en un rebelde.

«Esto ocasionó, dice el mariscal de la Villevelve, disgusto y descontento al duque de Nemours, que sentía el haber estampado su firma; porque por sostener su palabra hubiera desmentido á cualquiera que por ella le hubiese reconvenido, pues era valiente y generoso.» Castelnaud espiró en el cadalso como mártir de su religión; y á los ojos de los partidarios de la causa, como un héroe. Con él murieron muchos de sus cómplices que hasta el fin protestaron de la inocencia de su intención, y pidieron á Dios venganza de la crueldad de los Guisais, única causa de su desgracia. El príncipe de Condé en gran manera comprometido, y acriminado por La Bigne, secretario de la Renaudie, y por otros conjurados á quienes se había aplicado el tormento, dijo que quería justificarse. El rey le dió audiencia delante de toda la corte y de los embajadores, y Condé se quejó amargamente de las sospechas suscitadas contra él, defendiendo su causa con la seguridad de un inocente calumniado; dijo que si por sugestiones estrañas ó por el tormento, malvados osciros habían abusado de su nombre, como hubieran podido hacerlo del de cualquiera otro príncipe de la sangre, no creía que se le dirigirían cargos de una cosa que no había estado en su mano evitar; y acabó con la siguiente protesta: «Si alguno se atreve á sostener que he tratado de levantar los franceses contra la persona sagrada del rey, y que soy autor de la conspiración, estoy pronto, renunciando el privilegio de mi clase, á desmentirme en singular combate. Y yo, repicó el duque de Guisa, á quien parece que se dirige tal desalfo, y que á falta de pruebas deseaba cortar este asunto, no sufriré que á tan gran principio se le fiele con semejante delito, y os ruego que me admitáis por segundo.»

Así acabó por una escena casi cómica uno de los mas trágicos acontecimientos de que hace mención la historia. En la conjuración de Amboise, si se cree á un autor contemporáneo, hubo mas espíritu de descontento que de calvinismo. Esto es lo que protestaron los pretendidos reformados en los escritos que espacieron despues, afirmando que no tomaron las armas á causa de la religión, sino únicamente para reprimir la tiranía de los Guisais y procurar la reunión de los Estados, en los que se hubieran podido moderar los edictos dirigidos contra los calvinistas. Por el contrario, en los escritos enviados á nombre del rey á los Parlamientos, á los gobernadores de las provincias y á los príncipes extranjeros, se decía que se había formado la conjuración contra él y la familia real, para mudar la religión y establecer en Francia una república semejante á la de Suiza; cada uno creyó lo que le pareció mas cierto. El condestable encargado maliciosamente por los Guisais de hacer relación en el Parlamento de todos los sucesos, se limitó á decir en pocas palabras todo lo que se podía alegar en pró y en contra. Se le había dado esta comision con objeto de acriminarle por sus palabras y hacerle odioso al rey si aprobaba la conducta de los conjurados, y sospechoso á sus amigos si los condenaba. Dió cuenta del hecho con toda brevedad, y añadió por toda reflexion, que los conjurados habían incurrido en un grave delito, porque si un particular no puede sufrir que se insulte á sus amigos en su casa, con mayor razon debia irritarse el rey cuando veia que venian á atacar en su castillo y á su vista á sus tíos y ministros.

Pero no hizo mención de la buena conducta de los Guisais, como ellos deseaban, delinciendo de su silencio que ellos tambien habían incurrido en falta, porque habían lanzado á aquellos desgraciados á cometer estos excesos á causa de su mala administracion y dureza. Muchos de los que no pertenecian á la conspiración, se hubieran alegrado de su buen éxito; no se declararon, pero se observaba lo que deseaban en sus ojos: lo que hizo aparecer como sospechosos á muchos que ni habían oido hablar de ella. Despues de la amnistia se halló que el número de culpables era mayor que lo que se creía. «Yo vi, dice Brantome, lugartenes que decian: ayer no éramos conjurados, no lo hubiéramos sido por todo el oro del mundo; pero hoy lo seríamos por un escudo, y decimos que la empresa era buena y santa.»

Los criminales á quienes se había conservado en las prisiones á pesar de la amnistia, encontraban en los corazones mas piedad que indignacion, y en las conversaciones se trataba de disminuir su falta si no se podía justificarlos completamente. Cada uno procuraba proporcionar los medios de salvarse; y muchos se evadieron por la connivencia de los principales de la corte; y algunos apenas se hallaron en libertad empezaron á insultar á los Guisais. Stuart, aquel intrigante, conducido desde Vincennes á Amboise, escribió al cardenal: «La huida de vuestros presos nos ha causado gran dolor, porque sabemos que ocasionaria un gran disgusto á vuestra eminencia. Nos hemos puesto al instante á perseguir á los fugitivos, y en cuanto los encontramos, os los devolveremos bien acompañados.» El prelado, que era tímido, no despreció esta ironía, á la que daban importancia las muchas expresiones inconsideradas de las provin-

cias del Mediodia y de las ruinas del Merindol. Desde este momento los dos hermanos manifestaron mas aflicción á la generalidad de los calvinistas; y aun hicieron publicar un edicto que abolia todos los crímenes cometidos bajo pretexto de religion, siempre que los culpables entrasen en el seno de la Iglesia.

La última víctima á quien hirió la muerte en Amboise, fué el canceller Olivier, que se llegó á sospechar tenia parte en la conjuración, en efecto, ya sea por humanidad, ya por interés, no demostraba en el castigo de los culpables todo el ardor que hubieran deseado los príncipes de Lorena, y sentia los rigores que se había visto obligado á desplegar á causa de su empleo. La pena que esto le ocasionó fué la que le condujo á la tumba. El cardenal marchó á visitarle algunos momentos antes de su muerte; pero no le quiso ver, y exclamó: «¡Maldito cardenal! tú te condenas y nos haces condenar á todos.»

Olivier fué reemplazado por Miguel del Hospital, que había pasado por todos los grados de la magistratura: gran poeta, pero grave y filósofo, de costumbres austeras, firme, animoso y mas á propósito que ningun otro para garantir al reino, si hubiera sido posible, de los males que le amenazaban, debió su elevación á la reina madre, que quiso, segun se dice, apoyarse en sus consejos contra el poder de los Guisais. Despues que se encontraron bien asegurados, desdenaban darla cuenta de los negocios, y ella cesó de tener confianza en ellos. En esta época empezaron las alteraciones que tanto se le han criticado, y á las que dan los historiadores causas diferentes.

Catalina de Medicis no debe ser juzgada por los libelos que la pintan como un monstruo, ni por los panegiricos que la predicaban todas las virtudes; tuvo excelentes cualidades y grandes defectos. Como reina de Francia, se esmeraba en honrar á su corte y en hacerla brillante y magnífica: nadie la igualó, dice Brantome, que formaba parte de la misma corte. Era hermosa, de alta estatura y magestosa; rodeada sin cesar de las primeras damas de su reino, se divertía con ellas en la pesca, la caza, el baile y en las labores de seda, que con la conversacion era la diversion mas comun de las reuniones.

Amaba las artes y las protegia. El extranjero, á la par que el francés, se sorprendia de verse, al llegar á su corte, lisongeado y distinguido por los elogios de las acciones que podian realzar á su familia ó persona. Ella era la que se encargaba de presentar á los reyes, sus hijos, los nobles del reino; y lo hacia con aquel aire de interés que atea la timidez y atrae la confianza; su corte en una palabra era libre, alegre y festiva, aun en medio de lo cruel de las guerras y de los sombríos fueros del fanatismo. Pero con frecuencia la libertad degeneró en licencia; Catalina no velaba bastante esta juventud viva y sensible, ó mas bien la permitía un excesivo gusto de galantería que no la desagradaba, acusándose tambien de haberse valido de los encantos de sus camaristas, y de haber autorizado, á lo menos con una paciencia bien larga, sus complacencias criminales, para encadenar á los príncipes y grandes, cuyo valor tenia. De cualquiera manera que sea, lo cierto es que en su reinado cesó el austero decoro de la galantería francesa desterrado por el furor de los adornos, con lo que pateció bastante el pudor, habiendo sucedido á la generosa franqueza de los antepasados la astucia y la malicia que bajo el reinado de una italiana prevalecieron á costa de la buena fe.

Como madre de reyes, tutora de sus hijos y regenta del reino, se todavia el carácter de Catalina un problema para los ánimos no prevenidos. Mas circunspecta que emprendedora, á falta del vigor de un gefe, tenia toda la astucia de su sexo y de su país; no fué malvada por el placer de serlo, ni buena por principios ó por inclinacion natural; sus virtudes y sus vicios dependieron siempre de los momentos y de las circunstancias. Antes de la conjuración de Amboise y mucho tiempo despues, impulsada por la rapidez de los acontecimientos no tuvo plan fijo de conducta. Favorable hoy á los religionarios, recibia sus escritos y los leia con apariencias de inclinacion y aprobacion; mañana, al lado de los Guisais, se entregaba á ellos hasta el punto de servirles de instrumento para averiguar los secretos de sus enemigos. Durante el reinado de Francisco II tuvo el mismo carácter, debilidad é inconstancia.

Negociar, proponerse por mediador y arbitria, tener grandes reuniones, cuyos preparativos y deliberaciones daban tiempo, esta era su marcha ordinaria; para esta clase de juntas tuvo siempre durante su administracion los pretestos mas plausibles. Tales fueron los de las asambleas de Fontainebleau: se debia en conferencias pacíficas averiguar de buena fe la causa de las turbaciones, tomar medidas firmes para reparar todo lo pasado y procurar en lo posible una tranquilidad duradera. El ministerio llamó alli á los príncipes, á los caballeros de la orden y á los principales magistrados. Fué convocada para el 21 de agosto; pero en este intervalo los Guisais volvieron á agrair los ánimos. No pudiendo inconvadir de otro modo á los Montmorencys, compraron un plicto contra ellos; pero la sabiduría del Parlamento impidió la instancia, y fracasó el negocio; mas

aquellos guardaron profundamente en su corazón el recuerdo de tal afrenta.

Tanta altanería, tan poca consideración de parte de aquellos que tenían el poder soberano en su mano, dió lugar á temer de todo. La asamblea de Fontainebleau se miró como un lazo. El príncipe de Condé, que se había ido á Nerac al lado del rey de Navarra, su hermano, para quejarse de los malos tratamientos que había sufrido en Amboise, permaneció allí, y le comprometió á unirse á él para intentar alguna empresa sobre Poitiers y Limoges. Los Montmorencys y Chabillones, no atreviéndose á resistir abiertamente á las órdenes del rey, se presentaron en la asamblea como en una conferencia militar, escoltados por un cuerpo de caballería y prontos á repeler la fuerza con la fuerza.

No hubo necesidad de tanto; porque esta asamblea, que debía producir tan buenos efectos, pasó como un espectáculo de teatro: los rivales se presentaron á desempeñar su papel en la escena; se recitaron grandes discursos, se hizo demostración de grandes sentimientos por la religión del Estado, se achacó todo el mal á los adversarios, se contradigieron, y por último trataron de asustarse por la reciproca demostración de los medios de perjudicarse. Montluc, obispo de Valence, se quejaba de los desórdenes del clero, cuyo ejemplo era poco á propósito para atraer los hereges á la sana doctrina; habló contra las penas rigurosas decretadas contra ellos; propuso que la palabra de Dios fuese escuchada más frecuentemente por la corte; que reemplazase el canto de los salmos á las canciones voluptuosas, y solicitó conferencias con los promovedores de la nueva doctrina. Marillac, arzobispo de Viena y hermano del abogado que había defendido á Bourg, distinguido como Montluc en la carrera diplomática, excelente ciudadano, al que condujo á la tumba en este mismo año el dolor de los males de que veía amenazada á su patria, pidió, á falta de un concilio general, uno nacional, para proveer á las desgracias de la religión, y estados generales para remediar las de la nación. Procuró probar su necesidad y contestar á las objeciones que se hacían sobre el peligro que había en concederlos. Coligny presentó una petición en nombre de cincuenta mil religiosos, para obtener templos, y atacó al ministerio sin consideración. El duque de Guisa respondió con asuero, y el cardenal se contuvo, adoptando la medida propuesta de un concilio nacional y estados generales. Sus ideas fueron las de la asamblea, y se decidió que hasta este tiempo permanecerían las cosas en el mismo estado.

Á juzgar del objeto de la asamblea por lo que aconteció después, se creería que la intención de los príncipes de Lorena fué reunir bajo este pretexto á los gefes de los descontentos, detenerlos y disponer de ellos en seguida, como su mayor provecho lo exigiera. Los que se inclinán á esta opinión, se apoyan en las medidas que tomaron los Guisais después de la asamblea de Fontainebleau, para hacerse dueños de todas las fuerzas del Estado. Enviaron tropas á los puntos sospechosos, mudaron los comandantes, rodearon de espías y otras gentes ganadas al príncipe de Condé y al rey de Navarra, y cuando llegó el tiempo, no escasearon ni amenazas, ni esperanzas, ni instancias apremiantes y tenaces para atraer los príncipes á los estados. Pero otros juzgan que los Lorenas no tomaron un partido violento contra el príncipe de Condé, sino cuando vieron que volvía á empezar sus intrigas; que se renovaban las turbaciones en todas partes; que se cortía á las armas en la Provenza, el Bellinido y otras provincias; y finalmente, cuando estuvieron ciertos de que había un proyecto para echarlos de la corte y perderlos.

Creyeron ver arreglado este proyecto en las cartas que cogieron á un gentil-hombre gascón llamado La Sague, que había enviado el príncipe de Condé á Fontainebleau para que le hiciese relación de lo que allí pasaba. Estas cartas hada esencial contenían en la apariencia: eran seguridades de parte de los Montmorencys de su unión á los Borbones. Francisco de Vendoue, vidame (1) de Chartres, les ofrecía también su cooperación si emprendían alguna cosa para bien del reino; ofertas equívocas que se podían, sin embargo, tachar de crímenes; pero La Sague, amenazado con el tormento, confesó que se meditaba una nueva empresa para el tiempo de la reunión de los estados convocados en Orleans; que el rey de Navarra y el príncipe de Condé deberían venir bien armados y apoderarse al paso de Poitiers y de Tours, sublevar á Paris, la Picardía, la Bretaña y la Provenza, y en fin, excitar un grito general que pidiese la destitución de los Guisais ó su muerte.

La Sague, siempre amenazado y queriendo rescatar su vida, advirtió que echasen en agua las cartas del vidame de Chartres, y por este modo aparecieron caracteres antes invisibles escritos de mano de Dairois, secretario del condestable, de que su señor era siempre de opinión que se mudase de administración, y que se desconfiase de los Lorenas; que esperaba conseguirlo á pesar del rey, por su crédito en los estados, y que era necesario no perder más

tiempo, sino atacar á los ministros abiertamente. Se condujo á la Bastilla al vidame de Chartres; este señor era amable y galante; se creía que había agrado á la reina madre, y que solo había concebido violenta aversión á los Guisais, cuando vio que el duque era más favorecido por ella. Sin embargo, le abandonó en esta ocasión, y fué tratado con bastante dureza en la prison. Los Guisais le tuvieron mucho tiempo inerte acerca de su suerte, y murió de debilidad, no sin sospechas de envenenamiento, en el momento en que habiéndose aprovechado de un capítulo de la orden de San Miguel, cuyos privilegios reclamó, acababa de recobrar su libertad por las instancias del condestable.

Con el perdurador un celoso partidario los Borbones, que se hallaban entonces en grande apuro. Los órdenes reiterados del rey no les permitían ausentarse de los estados sin exponerse á ser perseguidos como criminales. El príncipe de Condé, que nada tenía que perder, consentía en correr este riesgo; pero el rey de Navarra, que contaba con su conciencia limpia, no quería perder sus bienes por la desobediencia. Con este motivo se celebraron muchos consejos. La duquesa de Montpensier, Jacoba de Longwy, confidenta de la reina madre, había dado un consejo secreto que agradó á muchos; era que al mismo tiempo que marchasen los Borbones á los estados, sorprendiesen á los hijos de Guisa y los encerrasen en Sedan como en rehenes; y que no se aventurasen los dos, porque debía permanecer en seguridad Condé, mientras el rey de Navarra se trasladase á Orleans. La señora de Roye, suegra del príncipe, y su esposa Leonor asustadas, insistían vivamente por este último partido; se dudó mucho tiempo, se calcularon los peligros y los recursos; y por último la mala suerte del príncipe le condujo con su hermano á Orleans, donde debían reunirse los estados á fines de octubre.

Francisco II desde el momento que había subido al trono, no vivió en derredor suyo más que perdidó y traicion; se llenaba su imaginación de ideas funestas, y consumido por una prostración suma á los diez y siete años, veía abrirse su tumba en medio de las conjunciones de sus parientes y de los planes sangrientos de los grandes. La tristeza y la melancolía acompañadas de las inquietudes de la corte por la salud del rey y por los acontecimientos de las intrigas, hicieron que su entrada en Orleans fuese sombría y lúgubre. El aparato amenazador que le rodeaba heló todos los corazones; la ciudad se llenó de soldados; en todas partes se colocaron cuerpos de guardia, y las patrullas tuvieron orden de recorrer las calles y plazas públicas.

Con estos preparativos se esperaba á los Borbones; para asegurárselos mas el rey había enviado á buscarlos á Carlos, cardenal de Borbon, su hermano, que les afirmó de parte de Catalina que no se les haría ningún dano. Ellos, por una parte animados por estas palabras, y asustados por otra por las nuevas que recibían en el camino, fluctuaban entre el temor y la esperanza; pero aun cuando hubieran querido retroceder ya no podían, porque las compañías de caballería encargadas de vigilarlos, los seguían de lejos; y entraron en Orleans el 5 de octubre. Al momento se presentaron en la cámara del rey; desde su entrada todo les anunciaba la cólera del soberano; los cortesanos huían de ellos, nadie les acompañaba; los ministros les miraban de una manera desdenosa; el rey tomó un aspecto severo, echó en cara al de Condé en pocas palabras los crímenes de que le acusaban, apenas escuchó sus respuestas y le hizo arrestar.

To lo estaba pronto para este primer golpe. El mariscal de San Andrés enviado á Lion á causa de una revuelta de calvinistas, había traído informaciones que acriminaban al príncipe; muchos castigos depusieron que le habían visto tomar á su servicio á varios sitios. Sus papeles habían sido cogidos; sus cómplices estaban presos; no se trataba más que de juzgarlos, y á este efecto se estableció una comisión suelta del parlamento de Paris, á cuya cabeza figuraba Cristóbal de Thou, padre del historiador, y después se agregaron el canceller y algunos caballeros de la orden que se encontraban en Orleans. En vano reclamó el príncipe el derecho de ser juzgado por el rey á la cabeza de los pares del reino y del Parlamento, reunidas todas las cámaras; se le invitó para que respondiera, y no habiéndolo querido hacer, fué acusado y convicto de crímenes de lesa magestad. Pidió defensores, y esta gracia que no se le podía negar, contribuyó á su pérdida; porque los medios de defensa que proporcionó á sus abogados, uno de los cuales era Francisco Marillac, á quien maliciosamente se le había hecho señalar, fueron empleados por orden del rey como una respuesta judicial, y el tribunal recibió orden de sustanciar en vista de lo en ella expresado.

Por pronto que se quisiera cumplir con estas formalidades, era preciso emplear bastante tiempo y se retardaba la conclusión del proceso. Los parientes y amigos del príncipe se aprovechaban de este tiempo precioso, para poner en juego los medios de salvarle. Leonor de Roye, su esposa, madre de muchos hijos, se echó deshecha en llanto á los pies del rey, que la contestó secamente: «Vuestro marido ha querido quitarme la corona y la vida.» Veía á los Guisais que

(1) Título honorífico usado solo en Francia.



decían, «es preciso cortar de un solo golpe la cabeza á la heregía y á la rebelion.» El rey de Navarra hasta se humilló ante el eardenal, que recibió sentado y cubierto al príncipe, que estuvo de pie y descubierto, desanímándole completamente.

Pero en tanto que solicitaba vivamente por su hermano, corría su vida igual riesgo. Borbon habia sido avisado en seereto de que recibiría una órden para trasladarse prontamente á la cámara del rey, y que tuviese cuidado con sus palabras, porque á la menor señal de desentono del monarca, los que estaban apostados se echarían sobre él y le asesinarían. Vino la órden, y el rey de Navarra la hizo repetir hasta tres veces; viendo que no podía ya escusarse: «Iré, dijo á uno de sus confidentes; combatiré hasta mi último aliento; y si sucumbo, tomal mi camisa teñida de sangre y llevallá á mi hijo, y que pierda antes la vida que el desgo de la venganza.» Vió al rey, escuchólo tranquilamente, y contestó con modestia, sin sufrir ningun contratiempo. Cuando salía oyó que uno de los Guisais dijo: «¿Qué cobardo es el rey!»

Si se trató de consumar este horroroso atentado, en la forma que se imaginó siempre alterada del rey de Navarra lo hacía creer, no puede menos de estromescere el que considere que se daban estos consejos á un rey tierno, cuya salud se debilitaba gradualmente, y al que podía precipitar á la tumba el continuo remordimiento de una ejecución de este género. Los Guisais lejos de atender al estado en que se enoutraba, trataban de aprovecharse de él para llevar adelante sus proyectos. Algunos de los comisarios habian ya firmado la senteneia, cuando corrió la noticia que el rey, que hacia un mes decaía por momentos, se hallaba en inminente peligro.

Al oírlo, los enemigos y los partidarios del príncipe permanecieron en suspenso; pero él determinado á todo, habia mostrado siempre en su prision una tranquilidad á toda prueba. Estrechamente encerrado, sin comunicacion alguna con los de afuera, rodeado de vigilantes mal intencionados, reducido á servirse de criados estranos, porque habian prohibido su entrada á los suyos, no perdió su natural alegría; escribió á su mujer cartas llenas de consuelo, y y su no se acordaba en su desgracia, mayormente cuando el mal estado del rey le daba algunas esperanzas. Solicitado en este instante que consintiese en algun arreglo con los Guisais, contestó: «El mejor convenio es la punta de la lanza.» Disposicion funesta que le hubiera costado la vida, si Francisco no hubiera perecido tan pronto. Cierito es que su enfermedad debia conducirle al sepulcro, pero habiendo acaecido su muerte tan pronto y tan oportunamente, se concibieron algunas sospechas que jamás han podido aclararse. Murió el 5 de diciembre, demasiado jóven y muy debilitado por sus enfermedades para que puedan imputársele las desgracias de su reino.

#### CARLOS IX.

*De edad de 10 años y medio.*

Los que conocen la inquieta actividad de los ambiciosos, fácilmente imaginarán que el tiempo que duró la enfermedad de Francisco II no transcurriría sin intrigas para el gobierno. Murió en el momento en que cercó á manos del verdugo, como rey de lesa magestad, y el otro sospechoso tambien como cómplice temblaba por su vida; en el instante en que cloebaban dos partidos poderosos, sostenido el uno por una fraccion debilitada, pero que veía á su cabeza á los principales de la nacion, y el otro apoyado por los Guisais, simples príncipes estrangeros, pero que habian ganado casi todos los diputados de los estados generales entonces reunidos.

El trono iba á ser ocupado por un rey de diez años; era necesaria una regeneia; pero ¿qué medidas se podían tomar para establecerla sin turbaciones y obtener de tan encarnizados enemigos á lo menos una apariencia de tregua, que evitara los primeros momentos capaces de trastornar todo el reino? Estas eran las reflexiones que agitaban á la reina madre y la desanimaban: se deslacia en llanto medio de sus damas, no sabiendo de qué hacerse y viendo peligros por todas partes. En esta perplejidad apeló al canciller Hospital que alentó sus esperanzas con consejos llenos de firmeza: la hizo conocer que siendo madre del rey y obligada á dar á los franceses con su conducta el ejemplo de un completo sacrificio en bien del Estado, no le convenia servir de instrumento á la pasion de los partidos; que era necesario hacer balustrar al uno por medio del otro, dominarlos y no hacerse esclava de ellos. «Por lo demas, añadió, los dos tienen interés en que se os onfle la regeneia: los Guisais por el temor de que á pesar de su crédito prevalezcan los derechos de los príncipes de la sangre; los Borbones porque su estado de acusados forme contra sus pretensiones alguna preocupacion de que se puedan prevaler los Guisais.

Estos, durante la agonía de Francisco, apremiaban á la reina para que se ejecutara la senteneia contra el príncipe de Condé, y destruir, en tanto que fuese dueña de hacerlo, la casa de Borbon que se le

vantaba con ánimo rebelde contra sus hijos, y que tal vez algun día los echaría del trono. Ofrecían para sostener la ejecución sus personas, sus amigos, el poder de los estados de que eran dueños, y todos los etáotios; por su parte el rey de Navarra prometia consideraciones, deferencias, entera sumision, si la reina quería suspender el golpe que amenazaba la cabeza de su hermano y tal vez la suya.

Catalina moderó el ardor de los Guisais, prometiendo ayudarlos si los príncipes ofendidos recordando las atrevidas que habian sufrido en el último reinado querían vengarse, y aceptando recibidamente sus auxilios si los Borbones llegaban á ser temibles. Se reconcilió con el rey de Navarra manifestándole la tarlanza que oponía á la mala voluntad de sus enemigos, y obteniendo de él desde luego que consintiese en abrazar á los Guisais sus primos hermanos, bajo la seguridad que ella le dió de que no habian contribuido al envenenamiento de su hermano, y que renuncie por escrito la regeneia; de manera que euando Carlos IX subió al trono, se encontró regenta la reina madre, sin que los estados generales hubieran contribuido á ello. El rey de Navarra fué declarado teniente general del reino; los Guisais permanecieron en la corte, lo que era bastante; y llegaron á ser muy poderosos, cosa que nadie esperaba. En fin, el príncipe de Condé salió de la prision con honoríficas distinciones, y se fué á pasar en las tierras de su hermano el tiempo convenido para su entera justificación.

Volviéron los desgraiciados, entre otros el condestable Montmorency. Este personaje fué famoso durante cuatro reinados. Hay que recordarle que honrado con el aprecio y confianza de Francisco I la perdió por intrigas de corte, y fué desterrado á sus Tierras. Enrique II le sacó de estas al subir al trono, y le puso á la cabeza de los negocios. Separado de la corte en tiempo de Francisco II, volvió en el momento en que murió este príncipe, mereció á la reina madre y al rey de Navarra, para que fuera el mediador y la prenda de su amistad. Al entrar en Orleans levantó los cuerpos de guardia y despidió las tropas que habia á las puertas. «Quiero, dijo, que de aquí en adelante vaya el rey seguro por todo el reino sin guardia.» Acercándose al jóven Carlos, hincó una rodilla en tierra, le besó la mano y tiernamente conmovido el buen viejo soltó las lágrimas. «Señor, le dijo, no os astunen las turbaciones actuales; sacificaré mi vida asi como todos vuestros fieles súbditos por la conservacion de vuestra corona.»

Estos sentimientos eran verdaderos, y el condestable comenzó á demostrarlos empleándose de buena fe en conciliar á la regenta con el teniente general del reino. Tratóse de evitar todo lo que podia servir despues de motivo de disgusto. Ciertos negocios debian presentarse al rey de Navarra y otros á la reina; ella tenia derecho de abrir las cartas, pero á condicion de conferenciar con los ministros antes de determinar acerca de su contenido. Se fijaron los días y la forma de los consejos, el número y equidad de los que serian admitidos en ellos, la manera de dar órdenes y de despachar prontamente, aunque reunidos, todo lo que hiciera relacion al gobierno del reino.

Para todos estos arreglos no se contentó con los estados generales que estaban en Orleans, siendo meros espectadores de todo lo que pasaba; es verdad que no habian sido convocados mas que para asegurar y legitimar la venganza de que se acababa de sus traer el príncipe de Condé. Trastornado este proyecto eran inútiles. Sin embargo, ya que estaban reunidos, no se quiso despedirlos sin que pareciese que habian hecho alguna cosa, y en su consecuencia se presentó en ellos el rey con toda su corte y escuchó los discursos del canciller y de los demas oradores. Hospital habló con mucha dignidad de todas las materias que podían interesar entonces: insistió principalmente sobre la paz y trató de probar que la diferencia de religion no era razon bastante para romperla. El orador del tercer estado habló con dureza de los eclesiásticos, y fué vivamente reterido por el clero, que á su vez exhortó al rey á castigar sin piedad á los sectarios, y á servirse para ello de toda la autoridad que Dios le habia confiado. Los calvinistas se estromescieron al oír este discurso, y pidieron justicia como contra un torpe de alarma para el asesinado y la carnicería. Coligny se creyó aludido personalmente por algunas frases de la diatriba y pidió reparacion. Para arreglarlo todo, el orador dió algunas públicas excusas á los gefes principales y declaró que en la cita que habia hecho del rebelde Gañas, gefe de la milicia romana, pidiendo en Constantinopla un templo para los arrianos, no habia hecho alusion al coronel general de la infantería francesa.

Durante seis semanas que continuaron reuniéndose los tres órdenes, redactaron actas separadas que contenían la mayor parte de las peticiones que eran muy prudentes; pero relusaron constantemente determinar esa alguna respecto del tesoro. Sin embargo, era necesario satisfacer una deuda de euarenta y tres millones, sobre la que dos millones y medio estaban en asignaciones del año corriente, cuyos ingresos compensados con los gastos no subian mas que á doce millones. Como los diputados alegaban lo á

impotencia de los pueblos ó la falta de mision especial, la corte se vió obligada á cerrar los estados y convocar otros para el mes de mayo. Bajo pretexto de escusar un gasto que el Estado no estaba en el caso de soportar, y en la realidad con objeto de disponer mas fácilmente de una diputacion menos numerosa, el consejo previno que por esta vez los electores no se reunirían por bailías, sino por provincias, y nombrarían solamente un diputado de cada ór-

dó. Temiendo el rey de Navarra y los demas que se acostumbrara Cárlos á gobernar sin ellos cuando se alejaran, permanecieron allí y empezaron las negociaciones.

Este fué siempre el recurso de Catalina; pero tratando así los negocios á medida que se presentaban sin prevision y sin sistema, era muy fácil que diese palabras que los acontecimientos siguientes la impidiesen cumplir; de aquí las reprimendas de mala fé, el descontento de los dos partidos y nuevas turbulencias. Sin tratar de escusar esta conducta, cuyo peligro demuestran las desgracias de la Francia, es á lo menos muy cierto que era casi como imposible que la reina observase otra. Por ejemplo, sacrificar en estas circunstancias á los Guisais, era ponerse ella y sus hijos á merced de los enemigos, sostenidos por un partido demasiado poderoso para no temer una mudanza de religion en el Estado. Por el contrario, cuando vió á los Guisais apoyados sobre todo por una potencia extranjera, ganar al mismo rey de Navarra, unirse al condestable y forjar en medio de la corte un bando independiente, Catalina recurrió á los calvinistas para sustraerse del imperio que querían ejercer los Lorenas en el gobierno. Este conflicto produjo guerras; las guerras trajeron tratados, en que la reina madre, aunque con mano poco segura, tuvo siempre la balanza, y finalmente, cuando por la muerte de los principales católicos no vió Catalina otro gela que el rey, se unió sin demora á su partido y puso en juego hasta el crimen para hacerle dominante. Tal era



Montmorency hecho prisionero.



Enrique II y la duquesa de Valentinois.

den. En su virtud, atendiendo á que el reino solo se componia entonces de trece provincias, se formaría una representación de solos los treinta y nueve miembros. Interin acontecia su reunion, se fué la corte á Fontainebleau á descansar de las fatigas que habia sufrido en Orleans.

Todo parece que se habia conjurado contra los Guisais, que sostuvieron el choque sin desconcertarse. El principe de Condé fué llamado á la corte; el Consejo le declaró inocente, y apareció con todo el brillo de un hombre favorecido que desprecia sus enemigos. Los partidarios de los Borbones inventaban todos los días nuevos modos de mortificar á los antiguos ministros; creían que todavía eran muy considerados y favorecidos, y así todo se volvía quejas y murmullos. En fin, se llegó á tal punto que el rey de Navarra, el condestable, los Chatillones y la principal nobleza amenazaron con separarse de la corte é ir á Paris, para hacer que el Parlamento declarase por regente del reino al rey de Navarra, si no se echaba á los Lorenas.

Ya caminaban los equipages y todos los partidarios de los principes estaban prontos á montar á caballo, cuando el jóven rey, por consejo del canceller, hizo llamar al condestable á su cuarto. Tenia allí cuatro secretarios dispuestos á escribir en caso de necesidad el acta de su negativa. Cárlos prohibió al condestable que se separase de la corte y que estuviese á su lado para ejercer su cargo. Esta órden todo lo detuvo, porque el condestable no se atrevió á dar el ejemplo de una desobediencia formal, y se que-

el plan de conducta que siguió la reina madre, acaso sin haberle trazado de antemano.

Sostuvo á los Guisais en esta primera borrasca, pero en la apariencia no les manifestó una inclinacion bastante decidida para que se contentaran con su proteccion, porque juzgaron oportuno ponerse en estado, no solo de poder pasar sin su apoyo en lo sucesivo, sino aun de darle la ley. Recuerdese que después de la muerte

de Enrique, Felipe II, rey de España, buscado intempestivamente por la reina madre, tuvo la audacia de erigirse en protector del reino. Desde entonces este monarca intrigante, que á pesar de la sagacidad que se le atribuye, jamás consiguió otra cosa que hacer desgraciados sin ganar él nada, se creyó con derecho para mezclarse en los negocios de Francia. Había enviado á la corte un embajador que aprobaba, desechaba y corregía los proyectos, criticando todo lo que no era conforme á sus miras. Los Guisas estaban acordes con él y se ayudaban recíprocamente con sus partidarios y sus luces.

La reina, para quien tal union era justamente sospechosa, manifestó varias consideraciones á los calvinistas á fin de encontrarlos dispuestos á secundarla en caso necesario. Esta tolerancia de Catalina llegó hasta dispensar á la nueva religion una preferencia de que se escandalizó el condestable, muy unido á la antigua. Habló altamente contra el afectado olvido de los días de abstinencia y contra las asambleas y sermones que á las claras había en la corte. A este primer descontento se unió otro que mudó el sistema del condestable y que le reunió á los Guisas.

En ejecución del decreto del Consejo se habían formado las asambleas provinciales para la elección de diputados de los estados y discutían los negocios sobre que se debía deliberar. La de Paris se había pronunciado contra la regencia de Catalina para revestir con ella al rey de Navarra y contra el consejo de administración de que quería excluir á los Guisas y á los eclesiásticos. Había en fin suscitado la idea de que se diera cuenta de las gratificaciones excesivas concedidas por los últimos reyes á los Guisas, á la duquesa de Valentinois, al condestable, al mariscal de San Andrés y á todas las sanguijuelas de la corte, y de que se pagara el resto de la deuda del Estado por el clero.

El mariscal se llamaba Jacobo de Alloua y era de una ilustre familia de Lion. A las cualidades de caballero reunía los talentos de un general y afición á los negocios: sin embargo, se elevó mas por el favor que por el mérito militar. Fué siempre muy estimado de Enrique II porque había sido educado con él; tenía hermosa estatura, aire desembarazado, seductora conversacion y sobre todo singular destreza para conseguir lo que deseaba. Como gustaba con exceso en los placeres de la mesa, en los juegos y en superfluidades de todo género, se derretían las riquezas en sus manos y estaba siempre empeñado, y así no había medios que no creyese permitidos para reparar las brechas que su prodigalidad hacía diariamente en su fortuna. Se le acusaba de rapacidad y concusion, y los calvinistas sobre todo le odiaban, por que en tiempo de Enrique II se había manifestado con la duquesa de Valentinois el mas violento en perder la confiscacion de sus bienes.

IMP. DE D. J. M. ALONSO, CALLE DE CAPELLANES, NÚM. 40.

La duquesa y el mariscal unieron sus intereses en esta ocasion. Se hablaba de obligarles á la restitucion: para detener el golpe, resolvieron poner de su lado al condestable, amenazado como ellos, y tanto mas indignado, cuanto que se creia con derechos justamente adquiridos á los favores de sus señores, ya por los muchos servicios que había prestado, ya por los sacrificios á que su fidelidad al Estado le había precisado, para pagar su rescate y el de sus hijos. Cuando estas dos personas hubieron persuadido al viejo tenaz que primero se atentaba á la religion y despues á sus bienes, en vano el mariscal de Montmorency, su hijo mayor, le protestó que no corría riesgo la religion; en vano los Chatillones, sus sobrinos, le juraron que la pesquisa propuesta contra los que habían obtenido gratificaciones excesivas, jamás recaeria ni sobre él ni sobre los suyos: nada quiso oír, y se unió abiertamente con los Guisas. Esta reunion del condestable, del duque de Guisa y del mariscal de San Andrés fué llamada el *triuviato*.

Se hizo creer entonces el plan general de una liga católica, formada para sostener el triuviato. Felipe II, rey de España, se había declarado gefe de ella, y debían servirse de su mediacion para ganar al rey de Navarra con promesas.

Si este se resistía, Felipe se comprometía á mandar tropas hácia su reino para obligarle á ceder. En el caso que los pretendidos reformados se armasen en su favor, el triuviato se lisonjaba poder levantar todos los católicos en el reino; y á fin de impedir que los estrangeros viniesen en auxilio de los religionarios contra el ejército español que entrara en Francia, se ofrecía el emperador á detener á los protestantes de Alemania con edictos severos, y el Papa y los principes de Italia á hacer una poderosa diversion en el territorio de los genoveses y suizos, para impedirles que se mezclaran en los negocios de Francia: así los calvinistas sin defensa serian pasados á cuchillo.

Este plan, que desgraciadamente se realizó despues, parece que no era entonces mas que como una especie que se suelta con el objeto de hacer odioso á alguno. Atribuía sin duda á aquellos á quienes se refería, proyectos superiores á sus ideas; pero aun separando del triuviato lo que la malignidad había añadido, lo cierto es que fué una potencia que se levantó sin derecho legítimo. Hubo pues entonces dos partidos bien distintos y públicos en el Estado: el de los triuivatos con los católicos, y el de los descontentos con los reformados. La reina, que se consideraba como el centro de la autoridad, trataba de reunirlos á sí; y al efecto hacía tener juntas, pedía consejos, se dirigía á los principes, á los grandes, á los magistrados y á todos los que creía que podían contribuir á la paz. Pero, decía el canceller en pleno Parlamento, el diablo se ha puesto en



Muerte de Enrique II.

medio de las disputas de religión; y añadía entre otras razones, que había venido la reforma sin que nadie lo pensase: lo que era decir con bastante claridad que la religión no servía mas que de pretexto, y ninguno podía conocerlo mejor que él.

Tantas conferencias y pláticas dieron por resultado un edicto, que en atención al mes en que fué expedido, se llamó el edicto de julio: había sido precedido de algunas ordenanzas preparatorias, y entre otras de un edicto de tolerancia, que desespejando el cancelier de hacerle admitir en el Parlamento, había dirigido á las provincias. Esta forma inusitada y el desbordamiento en los sermones públicos, á que dió lugar el descontento que concitaban los que estaban unidos á la antigua doctrina, produjeron una conmoción silbada en todo el reino. Insultaron de ella alborotados y revoltos entre calvinistas y católicos, tanto en París como en las provincias. No bastando estas leyes particulares, resolvió la corte establecer una general. Al efecto se presentó el rey en el Parlamento, y se discutió el negocio en su presencia, despues que el cancelier hubo expresado de su orden la inutilidad de todas las leyes que se habían hecho hasta entonces con este motivo, loyes cuyos rigores no habían tenido otro resultado que provocar ó la revuelta de parte de los pueblos, ó la falta de ejecución por la de los magistrados. La deliberación se redujo á tres distintos pareceres: 1.º suspender las persecuciones contra los calvinistas hasta la reunión del concilio; 2.º castigarlos con el último suplicio; 3.º no condenar á muerte mas que á los que tuvieran grandes juicios. Esta última opinion, que solo triunfó por tres votos, fué la que formó el fondo del edicto.

Se estableció desde luego que habría paz, union y concordia en todo el reino, y que no se liarán alistamientos ni se levantaría gente alguna sin permiso del rey. Se prohibió á los católicos, y sobre todo á los predicadores, pena de muerte, que se permitieran términos injuriosos, calificaciones odiosas y discursos que pudiesen amotinar los pueblos; pero tambien se prohibió á los calvinistas toda clase de asambleas públicas ó particulares, sin su consentimiento. No se permitirá seguir en la administración de sacramentos mas que el rito de la Iglesia católica. Los obispos juzgarán del crimen de herejía, y los que crean deben ser entregados al brazo secular, no podrán ser condenados mas que á destierro. En fin, el rey concedió amistad general, siempre que se viviese católicamente y en paz.

Los calvinistas solo ganaron con este edicto el no incurrir en la pena de muerte en caso de delito; pero no obtuvieron lo que pedían con tanta instancia en su petición apologetica al rey, á saber: el simple permiso de reunirse en algunos puntos de sus ciudades. Así el duque de Guisa se contentó con este decreto, de tal modo que dijo al salir del Parlamento: «Para sostener este decreto, jamás envainaré mi espada: palabras que notaban las sangrientas guerras que ocasionarían las mudanzas hechas por el edicto. Muchos no eran de parecer que se dejase á los obispos el conocimiento del delito de herejía; pero el cancelier sostuvo con empeño este artículo, porque á falta del obispo, era necesario otro tribunal eclesiástico, lo que conducía al establecimiento de la inquisición. Por lo demás el edicto fué muy mal observado, y merced á la reina, inclinada entonces á los innovadores, á quienes quería agradar, no solo fueron tolerados sino tambien protegidos por la corte, y en mas de un lugar se atrevieron los calvinistas á espulsar á los católicos de sus propias iglesias.

Á causa de este edicto se hicieron en la corte varias amistades; la mas difícil de llevarse á cabo era entre el duque de Guisa y el principe de Condé; este estaba muy ofendido del primero, y quiso el rey que se reconciliaran. Discursos y acciones, de todo se echó mano. «Contad, dijo el rey al duque de Guisa, todo lo que pasó en Orleans.» Obedeció el duque, achacando al difunto rey todo lo relativo á la prision del principe. «Sea quien quiera el que me haya hecho tal afrenta, dijo Condé, le tendré por un malvado.—Y yo tambien, respondió el duque, y en esto no he tenido culpa.» El segundo espectáculo que dieron al público estos dos rivales, fué abrazarse, comer juntos, jurarse eterna amistad, y no perdonarse nunca.

Toda la Francia estaba en expectativa de lo que producirían las dos asambleas que se celebraban entonces, los estados del reino y el colquio de Poissy. Los diputados de la nobleza y del tercer estado en número de veinte y seis, porque los tres del clero se habían detenido en Poissy con los demás prelados convocados, se ocuparon separadamente en redactar sus actas; pero inspirados por el mismo espíritu de descontento é innovacion que fermentaba entonces en todas las cabezas, conciliaban en cuanto al arbitrio que había para curar la llaga del Estado en la parte económica, á saber: sustracción de todas las cargas, libertad de comercio sobre el clero solo todo el pago de la deuda del reino. Había una especie de conaracion contra esta clase. Ademas de las quejas apasionadas de ignorancia y malas costumbres, se levantó un grito general contra las riquezas de la Iglesia, objeto perpetuo de envidia. El pueblo y los cortesanos, fieles ecos de sus oradores, no hablaban mas que de proyectos relativos á este asunto. Era necesario, decían, reducir las

fincas, de las que una tercera parte bien administrada y repartida debía bastar para la manutención de los eclesiásticos, y el resto, puesto en venta, no solamente podría servir para pagar las deudas del Estado, sino tambien para disminuir los impuestos. Los gefes del clero conocieron que este desencadenamiento tenia una causa; y para atajarla, ofrecieron una suma de quince millones pagadera en diez años, á manera de donativo gratuito. La corte la aceptó, cesaron los clamores, y los estados concluyeron despues de haber votado un subsidio de mil doscientas libras sobre las bebidas. La nobleza, que creía pagar suficientemente su parte con el servicio personal que hacía al Estado, se prestó al nuevo gravamen con trabajo: cabía en fin, á ejemplo del clero que se encontraba igualmente sometido á pesar de sus conaciones. El duque de Guisa y el condestable, afectos al clero, habían sido los mediadores en la corte en los negocios de los eclesiásticos; como Audeot y Coligny en los Estados; pero antes de conceder nada, quisieron asegurarse los frutos de las reformas pedidas en Orleans, exigiendo que la ordenanza llamada de Orleans, extractada por el cancelier de las actas de los tres órdenes, y compuesta de ciento cincuenta artículos, fuese registrada desde luego en el Parlamento. Se conservaba en ella entre otras disposiciones la eleccion de prelacos y la abolición de las anatas.

La asamblea, llamada despues del *colquio de Poissy*, no solo tenia por objeto el arreglo de la disciplina eclesiástica del reino, sino que era tambien un expediente imaginado por el Consejo del rey para satisfacer á la vez á los protestantes que deseaban un concilio nacional, y al Papa que le tenia. Se abrió el 9 de setiembre, y el rey se trasladó allí desde San German con toda su corte, los principes de la sangre, los altos empleados de la corona, los ministros del Estado, cinco cardenales, cuarenta obispos, multitud de doctores y doce ministros de la nueva religion. Esta asamblea tuvo el resultado que habían previsto los que se oponían á ella. Decían que estas conferencias públicas no eran de utilidad alguna; que la causa de la verdad mala podía ganar en estas disputas en que pendía la ventaja de la mayor ó menor utilidad ó sutileza de los contendientes; que cada uno iba allí solo con el deseo de hacer prevalecer su opinion, y no de adoptar la de los demás, y en fin, que no servirían sino para agrair mas los ánimos; pero venció el cardenal de Lorena, que deseaba hacer brillar su eloquencia. Hubo en efecto de una parte y de otra hermosos discursos, que no sirvieron mas que para confundir á cada partido en su opinion. Teodoro de Beza, de una familia noble de Borgoña, refugiado hacia mucho tiempo en Génova, donde era el brazo derecho de Calvino, se distinguió entre los calvinistas, y dió pruebas de destreza y elocucion. Sin embargo, como no se podía convenir entre tantas personas, se mudó la forma del colquio: cada uno de los partidos nombró cinco personas, á las que encargó que conferenciasen pacíficamente. Estos doctores examinaron los textos, compusieron confesiones de fe, las presentaron á firmar, desecháronlas reciprocamente, y acabaron el colquio atribuyéndose cada uno la victoria.

He visto en un autor muy concienzudo el juicio que se puede formar de los atletas católicos de esta disputa. «El cardenal de Lorena, dice Laboureur, manifestó mucha doctrina; el de Tournon mucho celo; Monce, obispo de Valence, mucha destreza; el de Séze y los doctores se señalaron tambien; pero Claudio de Sautons, candidato regular, despues obispo de Eureux y doctor de Navarra, y Claudio de Espence, hicieron admirar principalmente su gran saber, su prudencia y piedad. Fueron muy necesarios no solo para los casos mas empeñados, sino tambien para el orden de batalla, en el que habiéndose adelantado demasiado el cardenal de Lorena, tuvo necesidad de ellos para sostenerse, así como el obispo de Valence, que se sospechaba no hacia la guerra tan francamente como él.»

Había entonces obispos de fe sospechosos, algunos con justo titulo, como el cardenal de Chatillon, obispo de Beauvais y Antonio Caraccioli, obispo de Troyes, que al salir del colquio, se había hecho ordenar nuevamente por los ministros. «Otros, dice Brantome, eran tidados de sentir alguna indiferencia á la religion católica, como Montluc, obispo de Valence, el de Uzés, Marillac arzobispo de Viena, los obispos de Bayona y Orleans, y Spifame, obispo de Nérers.» Estos prelados iban con frecuencia á la corte, y contribuieron con su tolerancia á inspirar á la reina madre los sentimientos atrevidos que manifestó al Papa en una carta con motivo de los pretendidos reformados de Francia, y que segun se cree, fué redactada por Montluc.

El Papa no se dejó sorprender por las últimas palabras de la carta que se referían á que los calvinistas convenían en conservar siempre al soberano notafios el respeto y obediencia que le son debidos; escribió fuertemente á Hipólito de Este, subdelegado en Francia, para que redoblaste la vigilancia en el colquio, y emplease todos los medios para fortalecer el partido católico. No se encontró otro mejor que unir con un lazo indisoluble al rey de Navarra con el triunvirato; pero era necesario ofrecerle bastantes ventajas para determinarle á separarse de un partido en que podía ser gefe y

estaban sus amigos, á fin de atraerle á otro donde dominaban los Guisus, sus enemigos. Si se hubiesen vuelto á renovar las antiguas promesas de restitución del reino de Navarra, el príncipe hubiera conocido el peligro y se habría puesto en guardia: variase pues el plan. Los Guisus se encargaron de tantearle con una oferta que no podía menos de subyugar á un hombre tan aficionado al brillo de una corona como á los encantos de la belleza.

Maria Stuardo, viuda de Francisco II en la flor de su edad, adornada de las gracias seductoras que la hicieron la mas amable princesa de su siglo, habia vuelto recientemente á Escocia, su patria. En la corte resonaban todavía las quejas amargas que habia dejado escapar al verse obligada á abandonar la Francia, donde fué educada, para ir á vivir en un reino que la habia legado á ser casi extraño, y cuyas disensiones la presagiaban un funesto porvenir. Hasta el último momento manifestó su disgusto con suspiros y lágrimas; entró triste en la nave destinada á conducirla, se sentó en la popa, y clavando sus miradas en las costas de que se alejaba, exclamó: «Adios Francia, adios Francia, ya no te veré mas. Desde este momento fueron sus días una calma sucesiva de desgracias, precursoras de una catástrofe sangrienta.

Los Guisus, que jamás quisieron á esta jóven reina su sobrina, sino por las ventajas que podían reportar al ofrecieron por esposa al rey de Navarra, con el título de corona de Escocia y esperanzas á la de Inglaterra. Estaba casado con Juana de Albret, de la que tenia dos hijos; pero el legado le hizo entender que seria fácil anular este matrimonio contraído con una herege. No se sabe si el rey de Navarra dudaría á vista de tan deslumbradoras ofertas; pero por último las rechazó, obrando lo mismo respecto á los encantos nacientes de Margarita de Valois, cuya mano le ofreció Catalina su madre, para inutilizar la negociacion del triunvirato.

En fin, sabiendo que este príncipe empezaba á disgustarse de tantas proposiciones mas capciosas que sólidas, el rey de España le prometió el reino de Cerdeña en indemnizacion de la parte de Navarra que retenia. Se publicaron pomposas descripciones de esta isla, de su fertilidad, de sus puertos y ciudades. Se indicó tambien al débil Antonio que era el único medio de sacar de la España un equivalente del territorio que no podia conseguir, que por otra parte jamás seria mas que el segundo en el partido de los calvinistas, cuya entera confianza disfrutaba el príncipe de Condé, y que uniéndose á los pretendidos reformados, cerraba el camino á la fortuna que le podia proporcionar la juventud del rey y de sus hermanos. Estas consideraciones le determinaron; se unió abiertamente á los Guisus, declaróse sin reserva en favor de los católicos; y en el primer calor de sus esperanzas, recibió bruscamente á los ministros que habian venido al colquio de Poissy, reprendiéndolos por la factancia con que habian prometido confundir á los católicos. Rompió paus con los calvinistas que le volvieron la espalda á su vez, y abandonó totalmente á la reina madre, la que se alarmó con esta desercion, y procuró con empeño el apoyo de Condé y los hugonotes.

Seria difícil describir con exactitud el estado de los negocios á la conclusion del año 1561 y principio del siguiente. Todo lo que se puede decir es que los gefes permitian que los de su partido se aventurasen á algunas empresas, y que toleraban que se les reprimiese. Un sacerdote llamado Arturo Didier, tuvo la imprudencia de escribir al rey de España, para pedirle en nombre del clero de Francia su proteccion contra los calvinistas; un licenciado en teología, llamado Tanquerel, sostuvo en tésis pública que el Papa podia depurar á los príncipes hereges. Los Guisus dieron algunos pasos para salvar estos exaltados; pero despues los abandonaron á la justicia, que bastante indulgente, se contentó con condenar al primero á multa y prision, y al segundo á retractacion pública.

Al mismo tiempo, el príncipe de Condé, los Chatillons y otros gefes no impedian que los calvinistas interpretasen en ventaja suya el edicto de julio; que predicasen en Paris y en las provincias; que se hiciesen los mas fuertes y que maltratasen á los católicos que querian inquietarlos; pero Lanoue murmuraban cuando los mas fogosos condenados á muerte sufrían la pena de su maldad. Para los gefes es bastante ágrat los pueblos, acostumbrados á atacarse y combatir, y preparar por este medio soldados aguerridos para el caso necesario. La reina que conocia todos estos inconvenientes, empleaba toda su destreza en prevenirlos, y hubiera querido colocar para siempre una barrera que tan imposible fuera de ser franqueada por uno y otro partido.

El canceller Hospital que era entonces su principal consejero, notando que el edicto de julio á fuerza de contravenciones habia llegado á ser inútil, sugirió á Catalina la idea de reclamar de los Parlamentos diputados que la ayudasen á hacer otro. Se juntaron en San German. El canceller les manifestó el objeto de su reunion en los términos siguientes: «El objeto de vuestras deliberaciones debe versar sobre este único punto: ¿Es ventajoso al reino, en las circunstancias presentes, permitir ó prohibir las asambleas de los calvinistas? Para decidirlo no es necesario deliberar sobre el fondo de

la religion. An suponiendo que es mala la de los calvinistas, aveguado si es justo proscribir á los que la profesan, si no se puede ser buen súbdito del rey sin ser católico, y finalmente, si es posible que hombres que no tienen la misma creencia vivan en paz. No os molestéis en discutir cuál de las dos religiones es la mejor. Aquí venimos no para establecer la fe, sino para arreglar el Estado.»

Fijadas así la cuestion, y haciendo abstraccion de los inconvenientes que podian resultar de semejante tolerancia en un reino constituido, era fácil decidir. Equivalía á preguntar: ¿No vale mas vivir en paz que degollarse? Pero el ejemplo de lo pasado ¿no debia hacer temer que la tranquilidad que naciese del favor de un nuevo edicto solo fuese una calma engañadora, presagio de tempestades todavia mas funestas? En esto no pensaban los autores del edicto de enero. Se estableció que los calvinistas devolvieran las iglesias usurpadas, las cruces, las imágenes, las reliquias que se habian llevado, y que no se opusieran á la cobranza de los diezmos y de las demas rentas eclesiásticas. Se mandó tambien guardar las fiestas, los grados de parentesco en los matrimonios y la policía exterior de la Iglesia católica. Se les permitió reunirse para el ejercicio de su religion, fuera de las ciudades y sin armas, previniendo á los magistrados que velaran para que no fueran turbados ni injuriados. Se les prohibió que reclutaran hombres y cobraran dinero por repartimiento, pero no que recogieran por via de limosna contribuciones voluntarias para la manutencion de los ministros y alivio de los pobres.

Lo demas del edicto contiene reglamentos para los ministros. Les prohibe que tanto en los sermones, como en los libros y conversaciones profieran invectivas contra la misa y las ceremonias de la Iglesia católica; que celebren sinodos ó conserios sin permiso de la corte; que vayan á predicar de aldeas en aldeas, sino que deben unirse á una Iglesia y no separarse de ella jamás: finalmente, se les previene que reciban con respeto á los magistrados que quieran asistir á los sermones para ver si todo está en orden. Todos estos artículos se dieron provisionalmente hasta la reunion del coneiljo general.

Este edicto se registró sin mucha dificultad en Rouen, Burdeos, Tolosa y Grenoble. Fué desechado en Borgona, donde la heregia habia hecho unos progresos por la vigilancia de Tavannes, su gobernador. En el Delinado, Provenza y Languedoc, fué necesario emplear la fuerza para superar la resistencia de los católicos, y los protestantes secundados por la autoridad se entregaron en Barjols á excesos de fanatismo y crueldad capaces de hacer olvidar los de Cabrières y Merindol. En Paris fué necesario acudir á la amenaza de la fuerza para avanzar el asentamiento del Parlamento: se hacian resonar en sus oidos los rumores alarmantes de cuerpos armados que marchaban hácia la capital: se llegó hasta el punto de presentar en el patio del palacio quinientos hombres armados, apostados sin duda con objeto de asustar á los magistrados, y aun amenazarlos que los harian pedazos si no registraban el edicto. A pesar de tan violentas medidas, el registro no fué absoluto, pues solo se acordó atendida la urgente necesidad, de una manera provisional y sin aprobar la nueva religion. Triunfaron los calvinistas á los que se concedió el ejercicio público de su religion, aunque con restricciones; los ministros ensalzaron en el pulpito la equidad del edicto, y los gefes escribieron á todas partes que se conformaran con el exactamente, atendiendo sobre todo á que la reina madre y los miembros del consejo estaban dispuestos á tolerar las interpretaciones favorables que se le diesen. Los católicos por el contrario lo recibieron con silencio sombrío y con un desprecio peor que la amenaza.

Parecia que nada debia oponerse á la ejecución del edicto, y que el triunvirato y sus partidarios cansados de quejarse, estaban determinados á sufrir con paciencia lo que no podian impedir. Los Guisus y el partido para avanzar el asentamiento de la España habian abandonado la corte; el legado y el embajador de España reiteraban sus instancias, pero no conseguieron mas que importunar á la reina madre que se vengaba de ellos aceptando recibirlas con frialdad. El rey de Navarra, enteramente distraído con su passion por la hermosa Roulet de la Berancliers, una de las damas de la reina, no atendia á los negocios mas que con la inelacion de un hombre que ve prepararse turbaciones capaces de trastornarle sus placeres; en tanto que Condé, violando con audacia el edicto de enero, daba disposiciones de ataque en lo interior de Paris y levantaba gente en las iglesias de Champaña y Picardia. Finalmente, la causa de los católicos se hallaba reducida á la corte, al condestable y al mariscal de San Andres, que encontraban siempre á su frente al almirante y á Andelot, orgullosos con la proteccion de la reina madre y seguros de su confianza.

Pero se engañaba el que en vista de estas apariencias creia que el triunvirato estaba abatido; la retirada de los Guisus ocultaba los pasos de una política profunda. Se habian acercado á las fronteras de Alemania para entablar con los Interanos negociaciones que les impidiesen auxiliar á los calvinistas de Francia, haciéndoles ver que la doctrina de los católicos diferia mucho menos de la de la confesion de Augsburg que la de los pretendidos reformados. Sin embargo, como era necesario un gefe de nombradía en su partido, á falta de

rey que no estaban seguros de sustraer de manos de su madre, trataron al separarse de la corte de llevarse consigo á Alejandro, hermano del rey y después duque de Anjou. El de Nemours fué el encargado de ganarle, pero no lo pudo conseguir. El legado y el embajador de España sin desanimarse por los vituperios, hablaban siempre contra el edicto, criticaban la educación del rey, sembraban dinero, prodigaban caricias y pedían abiertamente la separación de los Chálivones aunque estuviesen seguros de no conseguirla. Cuando la reina contestaba escusándose con el poderío de los calvinistas, el embajador ofrecía tropas para hacerles la guerra. También hubiera querido que se hubiesen firmado las fórmulas de fe para distinguir los hereges y poner un muro de separación entre ellos y los romanos.

Cuando el rey de Navarra salía de su indolencia en virtud de las promesas de España, se exaltaba en tal manera que hasta proponía la inquisición contra los hereges, y aunque el condestable y San Justo, que andaban tranquilos, observaban en él cierta alteración que le hacía temible; de modo que la reina se encontraba entre los gefes de los dos partidos, como entre dos rivales que se observan y miden con la vista, atentos á no dar los primeros golpes, para no cargar con la pública execración; pero determinados á desplegar todos los horrores de la venganza en cuanto se sintiesen acometidos.

No tardó en llegar el momento fatal. Como parecía que la reina se unía cada vez mas á los pretendidos reformados, los católicos, y á su cabeza el rey de Navarra, incomodados de ver el ascendiente que tomaba su hermano en la capital; y temiendo que pasase la persona y el nombre del rey al partido opuesto, escribieron al duque de Guisa que viniese en su auxilio. El duque partió de Joinville con un séquito numeroso, que iba aumentando á medida que avanzaba. Al pasar por Vassy, pequeña aldea en la frontera de Champaña, sus criados tuvieron una contienda con los religiosos que predicaban; de las injurias se vino á los golpes; el duque corrió á calmar el desorden y fué herido en una mequilla de una pedrada. Furiosa su gente al ver correr su sangre, cayeron de nuevo sobre los calvinistas á pesar de la prohibición; hirieron sin distinción de sexo ni edad, rompieron el pulpito, y no acobó la carnicería hasta que por el número de muertos y heridos cesó el combate.

El grito de los infelices asesinados en Vassy resonó en toda Francia. El duque de Guisa se escusó hasta la hora de su muerte como de un acontecimiento fortuito, en el que habían sido los agresores los reformados; estos se quejaron por conducto del príncipe de Condé y por el de sus ministros, que vinieron á presentar su petición en Monceaux, castillo en la Brie, donde pasaban aquella temporada los reyes. Catalina los recibió bien y les dio buenas palabras; pero el rey de Navarra los trató de hereges y facciosos. Entonces fué cuando Beza le dió esta arrogante respuesta: «Hablo por una religión que sabe soportar mejor las injurias que rechazarlas: acordados, señor, que es un yunque donde se han gastado muchos martillos.»

A pesar de tanta aspereza, la reina no desconfiaba de ponerlos en paz; sabía que todo dependía de los gefes, por cuya razón escribió al de Guisa rogándole suspendiese su viaje á Paris y viniese á ver al rey. Era su intención averarle con el príncipe de Condé y reconciliarlos; pero la suerte estaba decidida. Guisa contestó que no podía abandonar á sus amigos que le llamaban á Paris; acompañado del condestable, entró como un monarca, rodeado de un numeroso acompañamiento, y fué recibido con arengas, aclamaciones y toda la pompa con que se acostumbra acompañar á la magestad real. Al recibir la noticia de esta entrada triunfante se estreñeció la reina, pues no podía ya dudar de la total caída de su poder. Catalina temió entonces por sí misma y por su propia vida que se creyó amenazada por los triunviros. Los calvinistas se presentaban para socorrerla; tenían multitud de prosélitos prontos á convertirse en soldados, é inteligencias en muchas de las principales ciudades del reino. La reina se echó en sus brazos, y escribió al de Condé que salvase á la madre y al hijo.

Habia Condé vuelto á Paris para estar frente á frente del de Guisa; pero la partida no era igual. En vano se presentaba acompañado de valientes oficiales, tratando con su altivo aspecto de determinar al pueblo en su favor. Los parisienses unidos á la antigua religión, miraban al príncipe con indignación, y reservaban todo su afecto al duque. Condé tuvo que tomar el partido de marcharse á Meaux á reunir tropas. Escribió á Andelot y al almirante: que se uniesen á él con toda diligencia, que César no solo había pasado el Rubicon, sino que se había apoderado de Roma y que sus estandartes comenzaban á ondear por los campos. Tan pronto como hubieron reunido algunas tropas se determinaron á ir á socorrer á la reina madre. Temiendo verse reducida á permanecer en Monceaux, sencilla casa de campo sin defensa, Catalina había llevado al rey á Melun, ciudad capaz de resistir á lo menos un golpe de mano, y de allí á Fontainebleau para estar lo mas lejos posible de los triunviros; pero no pudo evitar su desgracia.

Persuadidos los triunviros que el éxito de su proyecto dependía de la ventaja de combatir bajo las banderas del rey, salen bruscamente de Paris con numerosa caballería; llegan á Fontainebleau y declaran á la reina que vienen á buscar al rey, y que si ella no quiere acompañarlos puede retirarse adonde guste. En tanto que Catalina resiste y que ya con amenazas, ya con ruegos trata de ganar tiempo, el condestable da la orden de marcha. Se desalojan las habitaciones, se cargan los bagajes, las tropas se ponen en camino, y la reina obligada á seguirlos, se pone en movimiento seguida de sus damas llorosas, y apretando entre sus brazos al jóven rey que conmovido por tan extraño suceso lloraba como si le llevaran á una prisión.

La corte llegó á Melun en esta disposición singular. Catalina dejó libre de nuevo, si se abandonaría á los triunviros que tal vez la arrancarian á su hijo y la relegarian á algun lejano castillo, quedando sin poder, si acaso no la enviaban á Italia, ó se confiaría á los calvinistas. Pero ¿no era arriesgar el honor y la seguridad del rey entregarse sin precaución á un partido que deseaba la ruina de la antigua religión y tal vez la del Estado? Por ambos lados había peligro. Catalina hubiera deseado permanecer neutral. Aunque casi prisionera, por decirlo así, en el castillo de Melun era dueña de su suerte, porque había hecho preparar secretamente un barco pronto á llevarla donde quisiese; en fin, después de una noche de agitación y sobresalto, cedió á la fortuna y se puso de buena fe en manos de los triunviros. Aspera esperaba que satisfechos con sus promesas la dejaran libre con su hijo en Melun o en algun castillo, desde donde viera combatir á los dos partidos sin tomar parte en la querrela; pero teniendo necesidad del nombre del rey y le llevaron á Vincennes, donde no creyéndose seguros le trasladaron por fin á Paris.

Fué recibido con las mayores demostraciones de alegría; parecía que solo se esperaba su presencia para autorizar las resoluciones tomadas contra los calvinistas. El condestable á la cabeza de las tropas colocadas en batalla como para una peligrosa expedición, fué á los arrabales á atacar los templos donde se predicaba; derriba sus puertas, rompe los pulpitos y los bancos, los quema y entra en la ciudad con las aclamaciones del pueblo encantado de esta hazaña que valió á Montmorency el sobrenombre de *Capitan quemabancos*. Se celebran en seguida varios consejos para tratar del modo de reducir á Condé y sus partidarios, á quienes los triunviros dueños del rey abrumaban con todo el peso del poder real.

Algunas horas antes Condé y su partido tenían contra el otro las mismas ventajas. En virtud de las cartas reiteradas de la reina marchaba á Fontainebleau á la cabeza de tres mil caballos, cuando supo que los triunviros se le habían adelantado y que la reina iba con ellos á Paris. Dávila, historiador favorable á Catalina, asegura que escribió al príncipe, que la llevaban á su pesar, pero que no perdía el ánimo y esperaba no sufriría triunfases sus enemigos y le arrebatasen el gobierno. Sorprendido como si le hubiera herido un rayo con la lectura de esta carta, el príncipe se detuvo y reflexionó profundamente. El almirante se unió á él y conferenciaron. «Esto se concluyó, dijo el príncipe suspirando, no hemos metido tanto, que es preciso beber ó ahogarse; é inmediatamente vuela con sus tropas á Orleans.

Andelot, que estaba oculto allí hacia algunos días con tropas, había sido descubierta y se batía entonces con los católicos que querían echarle. La presencia del príncipe, aunque llegado en el mayor desorden, decidió la victoria. Se estableció en esta ciudad como en una plaza de armas capaz de servirle de retirada y apoyo. Los principales señores de su partido vinieron á unirse á él, así como la duquesa su esposa con el hijo mayor de nueve años de edad. Magdalena de Mailly, madre de la princesa, llevó á los mas jóvenes á Strasburgo, asilo seguro contra los azares de la guerra, que todo el mundo creía inevitable; pero como ninguno había hecho preparativos para ella, se empezó por manifestos. Los de Condé estaban llenos de hiel contra los Guisais; los acusaba de ser los autores de las turbaciones de la Francia, y de tratar solo de alzar el fuego de la discordia, privando á los reformados del libre ejercicio de su religión, concedido por el edicto de enero. Rogaba á todos los buenos franceses que acudieran á unirsele en Orleans para ir á librar al rey y á la reina, prisioneros en manos de los triunviros.

Los Guisais contestaban á estos agravios, que los acontecimientos presentes no se debían imputar ni á ellos ni al rey de Navarra, al condestable ni á las demás señores católicos con los que hacían causa común. Todavía fué mas concisa la respuesta respecto á las otras dos acusaciones. El rey confirmó en su consejo el edicto de enero, para ser ejecutado en todo el reino excepto en Paris y la corte, donde no se permitiera predicar, y declaró también que los rumores sobre su cautiverio eran falsos. A estos primeros escritos siguieron apologías, quejas, desafíos, y ofrecimientos para retirarse y dejar las armas, tan poco sinceros de una parte como de otra.

Todo era artificio y disfraz. Los triunviros escribían á los protestantes de Alemania, que no hacían guerra mas que á los rebeldes y no á la nueva religion: y en prueba de ello dejaban asesinar por todas partes á los de su partido sin castigar á los culpables de estas barbaries. Condé y los suyos aseguraban á los príncipes católicos extranjeros que no era la religion la que les obligaba á tomar las armas, sino el deseo de libertar al rey, prisionero de sus mismos súbditos, y al mismo tiempo que hacían esta protesta abrazaban y profesaban la religion, cuyos intereses no pretendían sostener. La reina madre tan pronto decía que no había escrito á Condé, como que no había permitido tomar las armas sino á condición de que las dejarían cuando lo mandase. Catalina en virtud de esto le rogaba que atendiese las proposiciones de paz y le amanzaba con su cólera, al mismo tiempo que favorecía el levantamiento, tanto dentro como fuera del reino. Historiadores bien instruidos han sostenido que Montluc, obispo de Valence y confidente de Catalina, era el que escribía las apolojias y manifiestos de los calvinistas. En su virtud no había consecuencia ni unidad en las órdenes que venían de la corte á las provincias. «Las cartas del duque de Guisa, dice Tavannes, mandaban esterminarlo todo, y las de la reina salvarlo todo.» Si en vista de estas contradicciones, pedían algunos gobernadores órdenes precisas, se reian de ellos y les devolvían las cartas sin respuesta.

Esta lentitud dió tiempo á Condé para fortificarse. Despues de haber asegurado á Orleans, su primer cuidado fué reunir un ejército. Al efecto mandó á los ministros que escribiesen á las iglesias para que le enviasen dinero y tropas; y llamó á los nobles que sabia le eran afectos ó estaban afiliados á su causa. Despues de haberles dado instrucciones, los enviaba á sus provincias, tanto para ganar á otros como para servir de capitanes á los soldados que se alistasen; pero á fin de formar un cuerpo de estos mismos miembros esparcidos, y darle por decirlo así, un alma capaz de hacerle obrar, se lijaron las causas del armamento en un tratado que los confederados juraron ejecutar fielmente.

Decían en el, que obligados á tomar las armas por las violencias de ciertos ánimos turbulentos, se comprometían á no dejarlas hasta la mayor edad del rey y á emplear sus bienes y vidas para libertar al cautiverio, restablecer su autoridad y la de la reina, y restituir el vigor á las leyes fundamentales del reino. Prometían impedir en lo que estoviesen de su parte, los ritos profanos, las supersticiones, las blasfemias, las profanaciones, el saqueo de las iglesias, en fin, todo lo prohibido por la ley de Dios y el edicto de enero. «Reconocemos, decían, al príncipe de Condé por defensor y vengador del reino; juramos obedecer como á nuestro gefe á él y á los que nombre en su lugar, prometéndole armas, municiones, caballos, bienes, nuestros cuerpos y personas; y si faltamos á nuestro compromiso desde ahora nos sujetamos al suplicio que quiera imponernos.»

Esta asociacion, de cian los confederados, no era mas que una justa represalia de la liga formada por los triunviros; y para no ser menos que los católicos á quienes acusaban de haber colocado al rey de España á su cabeza, negociaron con la Inglaterra gobernada entonces por la célebre Isabel, á la que vendieron el Havre y Dieppe para procurarse tropas y dinero. El fruto de todas estas medidas fué una sublevacion general en el reino, sobre todo en Normandía, cuya capital y principales ciudades se declararon por los pretendidos reformados. Se tomaron igualmente las armas en otras provincias, ya para atacar ya para defenderse. Los calvinistas consiguieron iguales ventajas en Guiana, el Delinado y el Languedoc, y se apoderaron ademas de Mantes, Angers, Vendome, la Charité, Lion y Angulema, señalándose estas funestas conquistas con los mas espantosos excesos de fanatismo y crueldad. No se oía hablar en todas partes mas que de sorpresas de ciudades, de asesinatos, incendios, saqueos, combates sangrientos y otros horrores que traen consigo por lo comun las guerras civiles. Seria eterna la historia síjse fuera á hacer mención de todas los acontecimientos particulares, y así solo nos detendremos cuando lo exija su singularidad é influencia en los negocios generales, ó la reputacion é importancia de los gefes.

No era la primera vez que los calvinistas aparecian con capitanes, banderas, disciplina y todo el aparato de tropa organizada. Desde el año 1560, poco despues de la conspiracion de Amboise, Maugiron en el Delinado, Montbrun en el condado Venesino, los hermanos Mouvans en Provenza y muchos caballeros en diferentes cantones, levantaron soldados, tomaron ciudades y dieron combates; pero este fuego apenas encendido se estinguió por la muerte ó proscripcion de los gefes, y porque no había fuerza armada capaz de recibir á los fugitivos despues del primer choque. Aquí todo anunciaba una guerra larga y tenaz. No se trataba de destacamentos aislados que dispar, sino de un ejército que se formaba al pie de los muros de Orleans. Habían ido allí tropas de todas las provincias, conducidas por Chatillon, Antonio de Croi, príncipe de Porcien, La Rochefoucaull, Hlron, Genlis, Graumont y otra por-

cion de señores. El que se reunía en Paris á la vista de los triunviros y que fué llamado ejército realista, no tenía tanta nobleza. Ambos á dos, despues de nuevos escritos mas agrios y violentos, se pusieron en campaña en los primeros dias de junio, compuesto cada uno de ocho á diez mil hombres. El príncipe publicaba que iba á Paris á librar al rey; el de Navarra y los triunviros, que querían encerrar al príncipe en Orleans y sitiárele.

Antes de que se acercasen pidió la reina una entrevista que le fué concedida, y asistieron á ella el rey de Navarra de una parte, y el príncipe de Condé y el almirante de la otra. Se arreglaron las escultas y hasta el número de pasos que debían separarlas, teniendo no viniesen de las palabras á las injurias, y de las injurias á la violencia. Pero apenas los nobles de la escolta llevaban media hora al frente unos de otros, empezaron á reconocer en las filas enemigas á sus parientes y amigos, y no pudiendo permanecer en sus puestos pidieron permiso á los comandantes para acercarse; volaron los unos á los brazos de los otros, y se afirmaron recíprocamente que estaban dispuestos á la paz.

Los gefes eran los que debían abrigar estas disposiciones. Conferenciaron dos horas; Condé fijo en pedir la espulsion de los triunviros y la ejecucion del edicto de enero, y el rey de Navarra, apoyándose en disposiciones contrarias, se separaron mas encarnizados que antes de la entrevista. Igual éxito tuvieron los negociadores que se enviaron de una y otra parte. Fueron acompañados de un secretario de Estado, que en nombre del rey notificó al príncipe que depusiese las armas, entregase las ciudades, licenciera las tropas, con promesa de que los triunviros saldrían inmediatamente de la corte, y que no sería inquietado ninguno ni por haber tomado las armas, ni por la religion.

Condé manifestó en su respuesta que miraba esta proposicion como un lazo, y que apenas le vieran desarmado abusarian de su buena fe y le abrimarian con su poder. Se obstinó en pedir, como preliminar de toda negociacion, que el condestable, el duque de Guisa y el mariscal dejasen la corte y el ejército, y entonces se ofrecía en nombre de todos los confederados á constituirse en rehenes en manos del rey de Navarra, su hermano, como garantía y caucion de la fidelidad y obediencia del partido. Esta proposicion afectó mucho á Catalina, quien hizo todo lo posible para determinar á los triunviros á un sacrificio que segun ella debía salvar al Estado. Acompañó las instancias con todas las promesas que podían disminuir su amargura y fueron bastante felices para determinar á los tres señores sospechosos á alejarse algunas leguas del campo.

Tambien intimó á Condé que cumpliese su promesa, y el príncipe se apresuró á ejecutarlo; vino con confianza y fué recibido con ternura; pero cuando deseaba saber cual era el resultado que debían esperar los reformados de su susmision, se asombró de oír á la reina que atendida la Constitucion del reino, no había que esperar paz sólida en Francia en tanto que se quisiese establecer otra religion que la romana; que así lo probaban las turbaciones que habían seguido á la publicacion del edicto de enero, que en su consecuencia era lo mas espedito retirar el citado edicto, y que los calvinistas se contentasen con el ejercicio interior y privado de su culto. El príncipe conoció entonces la imprudencia de su compromiso, y declarando no podia tomar á su cargo el acceder en nombre de los suyos á una medida semejante, pidió una conferencia donde pudiesen deliberar ellos mismos con la reina. Le fué concedida y señalada en Talsy, aldea entre Orleans y Chateaudun. Como los Chatillon debían ir allá, el rey de Navarra que no quería encontrarse con ellos, dejó ir solo á su hermano, quien prometía que volvería si no se convenian.

Coligny fué el órgano principal de los confederados. Despues de haberse extendido largamente sobre los agravios, acabó observando que si bajo el pretexto de turbaciones se les rebuhsaba la observancia del edicto de enero, con el mismo pretexto se les privaria mas tarde de la escasa libertad que se les dejaba; que en su consecuencia los reformados no tenían mas que dos partidos que tomar; el de presentar el cudlo á los que por falta de culto querían hacerlos ateos, ó el de ir á tierra estrana á buscar la libertad de conciencia que se les rebuhsaba en su propio país; que en esta pensó elección se veían en el caso de adoptar el último estremo, y que solo esperaban el permiso de su soberano para ejecutarlo. Creía Catalina que tales palabras no espresaban la intencion del interlocutor. Las hizo repetir manifestando que el rey jamás podia consentir en privar al Estado de tantos señores distinguidos que constituían su gloria y su fuerza. Por política insistieron y reiteraron su demanda. Cuando la reina lo hubo puesto en el caso de no poder desdecirse, tomó la palabra y dijo: «Puesto que han llegado nuestros males á tal punto, que no pueden ser curados sino con tan singular remedio, acepto la oferta que me haceis de salir al momento del reino: la ausencia solo será temporal, y mientras los ánimos se aquietan. Sin embargo, no renuncio á vuestros servicios, y me lisonjeo que si algun mal intencionado quisiese inquie-

tar durante vuestra ausencia, os encontraré siempre dispuestos á socorrer al Estado.

Con este desengaño tan imprevisto los confederados se miraron en silencio, y quedaron tan confusos que no supieron qué replicar. Coligny por lo regular tan dueño de sí mismo, no acertó mas que á invitar al príncipe para que fuera con ellos á licenciar un ejército que era ya inútil, pero que él solo podía disolverle puesto que le había tomado juramento. La reina se opuso á ello recordándole al príncipe el doble juramento que le retenía cerca de ella. Dudaba Condé, y los confederados le rodearon y bien pronto se le llevaron á pesar de la escolta de Catalina, que cesó de insistir, porque vio á corta distancia otra considerable de reformados que tal vez hubiera llevado á la misma reina.

La proposición tan estrana de abandonar el reino emitida por Coligny la sido atribuida por otros á Condé, que por un sentimiento espontáneo de generosidad la hubiera puesto en práctica como medio seguro de alajar á los triunviros de la corte. Algunos ensalzan la habilidad de Médicis, que había conseguido reducir al príncipe á este extremo. Su fin según ellos era desembarazarse de los gefes de los dos partidos alejando á unos y otros y hacerse dueña de los negocios con el rey de Navarra, á quien podía manejar á su antojo. Para conseguirlo había sido su principal agente Montluc, obispo de Valence, hombre elocuente, feúdo en recursos, y que no podía ser sospechoso á los reformados porque se inclinaba á ellos visiblemente. «La reina, se le encarga decir al príncipe de Condé, querian oírlo, pero ya sabeis que no puede, á no ser que pongais las apariencias de vuestra parte. Proponed que si no es posible restablecer la tranquilidad de otro modo, os alejareis del reino siempre que los triunviros se retiren de la corte; ellos no querrán, y con una oferta tan razonable darea lugar á la reina á abrazar vuestro partido, y echaréis toda la parte odiosa sobre vuestros enemigos.» Se cree que el príncipe aprobó este expediente y que aunque con repugnancia hizo uso de él en la conferencia.

De cualquiera manera que sea, en tanto que regresaba á Orleans bastante descontento de sí mismo, los caballeros jóvenes de la escolta no hacían mas que reirse como buenos franceses. Al volver al campo, cada uno escogía el oficio á que había de dedicarse en la emigración, pero los ministros y los gefes lo miraban mas seriamente. Les parecia que el espatriarse no era una cosa que había de realizarse tan fácilmente, dejando sus bienes y familias para errar de pais en pais, sirviendo de carga á los suyos y á los demas. Todo el ejército murmuraba: «¿Qué necesidad había, decían los soldados, de sacarnos de nuestras casas, de armarlos y prepararnos al combate para condenarnos despues á aljurar nuestra religion ó á desterrarnos? El descontento era general y se demostraba tanto en los rostros como en las acciones. ¿Qué había de hacer el príncipe en semejantes circunstancias? Retraer una palabra tan solemnemente dada, era deshonrar: cumplir la era perderse. Los ministros olvidaron este doble inconveniente. Declararon que el príncipe estaba ligado á su causa por juramentos sagrados y anteriores que anulaban todo compromiso posterior, y que los señores que le habían prometido obediencia en todo lo concerniente á la gloria de Dios, servicio del rey y bien del reino, serian perjuros si abandonaban la causa de la religion y del Estado espatriándose. Tambien se echó mano de las cartas interceptadas al duque de Guisa y á los triunviros que trataban de romper todas las negociaciones con los almirantes, y se creyó desligado el príncipe.

El ejército calvinista recibió tan extraordinaria alegría como antes tristeza. El príncipe fue acogido con aclamaciones, y en su trasporte pedía el soldado á gritos que se le llevase al enemigo. Se creyó que se debía aprovechar este ardor y se dieron las órdenes para ir á sorprender el ejército real, en tanto que se hallaba solo el rey de Navarra, y que el condestable, Guisa y San Andrés estaban todavia distantes; pero los guias estraviaron á los confederados. Se perdió una marcha, y cuando llegaron al frente del enemigo, su campo estaba al abrigo de toda tentativa. Los triunviros acudieron alli con toda diligencia, y los calvinistas se replugaron á Beaugency, ciudad infortunada, que fue la primera que experimentó los horrores del fanatismo de los ejércitos.

Beza y otros historiadores de su partido elogian la excelente disciplina que reinaba en el ejército calvinista. No se veían alli ni juegos de azar ni merodeadores ni mujeres de mala vida. Los juramentos eran severamente prohibidos. En lugar de canciones cantaban salmos los soldados. Tenian oración por la mañana y por la noche en horas marcadas, y durante el día los ministros, separados por las compañías, pronunciaban discursos piadosos y exhortaciones. Pero alejando así todas las diversiones y no tolerando mas que conversaciones serias ó sermones vehementes, se inspiraba á las tropas un celo sordo y feroz, y se formaba de cada soldado un entusiasta que creía permitidas las mayores crueldades para el sosten de su religion.

Demasiado se conoció esto en la toma de Beaugency. El rey de

Navarra que había pedido esta ciudad al príncipe de Condé como un depósito durante las conferencias, se creyó autorizado para no devolverla despues del rompimiento. Condé, que no se hubiera atrevido á pedirla, la atacó, tomó y entró al sacco. Todos los excesos que puede permitirse una rabia feroz largo tiempo contenida, tuvieron alli lugar; y el soldado, animado por este ensayo, no conoció despues límites. El almirante lo había predicho. «Tal disciplina es hermosa, decia, porque es dura, pero temo que esas cosas olviden su bondad. He mandado la infantería y la escolta.» En efecto, añade La Noue, los soldados se portaron en el asalto de Beaugency como si se hubiera de dar un premio al que lo hiciese peor.

Los realistas no se quedaron atras; saquearon con la misma inhumanidad á Blois, Mer, Tours y Poitiers. Estas crueles represalias de parte de los gefes animaron á los particulares á excesos cuya relacion estretime. Es difícil decidir si fueron los católicos ó los calvinistas los que se permitieron mayores atrocidades. La historia ha conservado los nombres de algunos monstruos, hombres sanguinarios cuya uellua quedaban marcadas por la canchieria; que hacían prisiones de sus castillos y de sus criados verdugos; que en fin, no contentos con jugar con la vida de los hombres, añadían al suplicio los tormentos y á los tormentos la amargura de la burla. No había ninguna seguridad, ningún asilo contra la violencia; la buena fe de los tratados, la santidad de los juramentos fue igualmente hollada. Se vieron guarniciones enteras que se habían rendido bajo la salvaguardia de una capitulacion honrosa, pasadas á cuchillo. Los anales de las ciudades, los fastos de las familias nos han transmitido ejemplos de inhumanidad, cuya variedad sorprende.

Estos enormes excesos provinieron de que los calvinistas no respetaron al príncipe las reliquias, las imágenes y los demas objetos de veneracion de los católicos. El príncipe de Condé, retirado en Orleans, se encontró sin dinero, y despues de haber gastado de los rentas del rey, de que se apoderó, envió á la casa de la moneda los reicarios, las cruces, edices y demas objetos de oro y plata consagrados al culto de la religion católica. Sus partidarios le imitaron, y poco tiempo despues todas las iglesias de que se licieron dueños fueron despojadas; cuanto mas ricas, se cebaba mas en ellas la codicia del soldado.

Preferrían sobre todo los monasterios, y lo que ultrajaba especialmente al clero y al pueblo católico era que con frecuencia las de predaciones de los hereges llevaban mas bien el sello de la irrision que de la necesidad. Destruian las iglesias, derribaban los altares, que profanaban de mil maneras; mutilaban las imágenes de los santos, cuyas reliquias quemaban con burla; desgarraban los ornamentos aplicándolos á usos ridiculos, abrian las tumbas y dispersaban los huesos en odio de la religion católica que habían profesado los muertos. A la vista de estas profanaciones sacrilegas, los eclesiásticos clamaron en el pulpito contra los culpables; muchos se armaron para repeler la fuerza con la fuerza; el celo de los sacerdotes enfureció los pueblos, y ya no hubo mas que una serie de abominaciones sentidas por los gefes sin poderlas atajar. Los católicos, ademas de la inclinacion natural á la venganza, se veian precisados á llevarla á cabo por los decretos del Parlamento de Paris y otros que les mandaban tomar las armas, tocar á rebato, correr contra los calvinistas y matarlos donde los encontraran. Estos decretos fueron seguidos de nuevas instancias de la reina al príncipe de Condé para que entrara en medios de conciliacion. Le decia que el Consejo estaba determinado á ensanchar contra los secretarios hasta el último rigor; que el mismo rey iba á ponerse á la cabeza de sus tropas y que se esperaba un ejército extranjero para darle los últimos golpes.

El príncipe respondió como de costumbre, que había tomado las armas por órden del rey y de la reina, á quien sus enemigos sostenian en cautiverio; que las decisiones del Consejo no le asustaban, porque se sabia que estaba compuesto de partidarios de los triunviros; que hasta habían echado de él al canceller y á otros buenos servidores del rey; y á fin de disminuir la impresion que hubieran podido hacer los decretos del Parlamento, recusó en otro escrito á cierto numero de consejeros que decia eran sus enemigos personales. La declaracion anunciada en las amenazas de la reina apareció á fines de julio. El rey decia en ella que todos los que habían tomado las armas en Orleans las habían tomado contra él; que por consiguiente eran rebeldes y criminales de lesa magestad, y como tales los condenaba á perder la vida, confiscaba sus bienes y les privaba á ellos y sus sucesores de todos los cargos, honores y dignidades, exceptuando solo al príncipe de Condé, en la suposicion de que no era libre, sino prisionero arrebatado de sus manos por los rebeldes: suposicion ridicula en apariencia, pero sabiamente imaginada para no conducir al príncipe á la última desesperacion, y dejar siempre algun camino para la paz.

El ejército del rey se encontraba en estado de sostener la observancia de sus edictos. Numerosos alistamientos de franceses,



cuerpos enteros de alemanes y suizos le habían engrosado considerablemente, mientras que por el contrario el de Condé se había como disuelto en pocos días. Los nobles que formaban su mejor parte, viendo que después del saqueo de Beaugency iba la guerra á durar largo tiempo, desprovistos de dinero y provisiones porque habían salido precipitadamente de sus casas, y llamados á ellas por las noticias que recibían de sus provincias donde todo estaba ardiendo, se marchaban á defender sus propios hogares. La reina, para separar al mayor número posible, ofrecía con el goce del culto privado, cédulas de perdón que bastaba exhibirlas á los gobernadores de provincias ó senescales, y de que se aprovechó una porción de caballeros cuya fortuna estaba comprometida. El príncipe en la imposibilidad de impedir esta especie de deserción, fundada en razones muy legítimas, dió á muchos de los que se volvían, comisiones para continuar la guerra y reclutar soldados, y en seguida se retiró á Orleans con numerosa guarnición, esperando el éxito de las negociaciones entabladas entre Inglaterra y Alemania para procurarse dinero y tropas.

Los extranjeros, dice La Noue, saltaban de gozo al ver que iban á entrar en Francia, «pero ocultaban este deseo con dilaciones concertadas, á fin de hacerse pagar mas caro. El Papa y el rey de España presentaban como un edicto á los católicos ejércitos prontos á secundarlos. Isabel, orgullosa con sus flotas y su opulencia, parecía que no esperaba mas que una indicación para hacer volar sus batallones al socorro de los calvinistas. La Alemania y los suizos ofrecían hombres á los dos partidos; otros países vecinos manifestaban también buena voluntad, pero cuando llegaba el caso de tratar, desaparecía el desinterés y cada cual quería sacar ventajas de las circunstancias.

Felipe II exigía que se separase del gobierno á los que le desagradaban, seguro de que dueño en esta parte, bien pronto lo sería en la demás. El soberano Pontífice pedía que en el ejército en que estuviesen sus soldados hubiese un legado á su cabeza como en las cruzadas, y que se anulase el primer artículo de la ordenanza de Orleans, relativo á las elecciones y las alianzas. Los suizos no creyeron comprar cara la alianza y los cortos socorros del duque de Saboya, con el abandono del Turin y otras tres ciudades que habían quedado á la Francia en el Piemonte por el tratado de Charabrisis, en cambio de otras cuatro menos importantes, Bagnol, Perusa, Savilian y Genolles, mas inmediatas al marquésado de Saluces. Las simpatías determinaba á la mayor parte de los suizos y alemanes en favor de los calvinistas, pero el dinero los inclinaba mucho mas al lado de los triunviros.

Entre las potencias, la Inglaterra fué una de las que trataron con mayor ventaja. Isabel estipuló que de seis mil hombres que daría á Condé, tres mil serían puestos en la ciudad del llavre de Graecia para guardarla en nombre del rey, á fin de que sirviera de asilo á sus fieles súbditos perseguidos por la religion, y los otros tres mil en las ciudades de Rouen y Dieppe. Este tratado determinó las operaciones del ejército realista. Después del saqueo de Blois y Mer, no encontrando mas enemigos en el campo, fué á sitiar á Bourges, que era uno de los puntos de apoyo del partido al otro lado del Loira y que se defendió poco. Muchos gefes opinaban que se atacase en seguida á Orleans para acabar la guerra cogiendo con el príncipe y al almirante que se habían «recreado allí»; pero la reina se opuso, segun se cree, porque temiendo el ascenso de esta conquista hubieran admitido demasiado ascenso de los triunviros. Hizo valer contra la opinion de los generales la dificultad de la empresa y el temor de que los ingleses se fortificasen en Normandía, cuya razon no dejaba de ser exacta. Envióse pues á esta provincia el ejército del rey, el cual emprendió el cerco de Rouen á últimos de setiembre.

Lanot-Morvillers, caballero oriundo de la Picardía, mandaba al príncipe; pero al saber que iba á unirsele un refuerzo de mil quinientos ingleses, que se le figuró poco honroso, hizo dimisión. Sucedióle Mougumery. Este es el mismo que hirió mortalmente en un torneo á Enrique II, y que en lugar de retirarse á una vida oscura para hacer olvidar aquel trágico accidente, se engolfó mas que otros en turbulencias y guerras civiles que llegaron al fin á serle funestas: era uno de los gefes mas osados del partido, ejercitado en el ataque y defensa de las plazas fuertes y acostumbrado á sacar recursos hasta de los reveses. Se defendió obstinadamente. La reina, que estaba en el campo, intimó varias veces la rendición. El Parlamento y los vecinos mas notables habían abandonado la población antes del sitio, de suerte que no quedaba en la plaza mas que un pueblo teatro dirigido por ministros que tenían grande interés en sostener la defensa hasta el último extremo, porque la primera y casi sola condicion exigida por la reina era su proscriptcion.

Constantemente respondieron que ellos eran fieles servidores del rey, pero que de manera alguna se someterían á los Guisais. Pidiéron negociaciones á nombre de todo el partido, honor que no se juzgó prudente dispensarles. No obstante, se quería evitar á la

plaza un saqueo de que llegaría á resentirse todo el comercio francés. Todos los esfuerzos de los sitiadores para traer á la razon á los sitiados fueron inútiles, á pesar de que estos debían considerar infalible su pérdida. Habiales, por decirlo así, quitado el uso de la razon su ódio contra el duque de Guisa. Entre ellos se encontraba un noble que se trasladó al campo real con la sola intencion de asesinarle: cogido por ciertos indicios, tuvo la audacia de confesarlo explícitamente: preguntándole Guisa si por casualidad le ha dado él, sin saberlo, algun motivo de resentimiento, contestó que su único móvil era el interés de la religion. «Pues bien, repuso Guisa, si á tí te obliga tu religion á quitar la vida á un semejante que no te ha hecho daño alguno, la mia me manda que se perdona; juzga de aquí cual es la mejor.» Estos sabios principios de moderacion le guiaron siempre. Obligado por la obstinacion de los sitiados dispuso el asalto, adoptando medidas para impedir el desórden. Reunió los oficiales, á quienes designó sus puestos para cuando entrasen en la plaza; ofreció á los soldados un mes de paga en indemnizacion del pillage, y á los que quisieran infringir sus órdenes, hizo temer que caería sobre ellos intrín se entregaran al saeo, la vigilancia de Montgomery. Nada sin embargo, pudo contener al soldado, que cansado ya de tan inútil resistencia, se enfureció por la necesidad de un asalto, cuyos consecuencias fueron para Rouen sufrir por tres días los horrores del saqueo y pillage. Montgomery tuvo que huir por el río.

Rehabilitado el Parlamento en sus funciones en la ciudad, condenó á muerte á algunos de los gefes escapados de la matanza, á los ciudadanos mas comprometidos y á aquellos oficiales que se distinguieron en la defensa. Sincero admirador de Guisa del mérito militar, libró muchos de estos del suplicio. En represalias, el conde de los calvinistas establecido en Orleans, condenó á un sacerdote y á un miembro del Parlamento de Paris que viajaban por sus negocios y fueron cogidos por ellos: la misma suerte cupo á Odet de Selve, consejero de Estado, encargado de una mision diplomática en España, á pesar de su carácter, sin que le hubiese valido la intercesion de un sobrino suyo, del mismo nombre, que se encontraba en el ejército calvinista. Triste condicion de las guerras civiles, que mas que otras sacrifican tanto al inocente como al culpable! Es celebre el sitio de Rouen por la muerte del rey de Navarra. Recibió esta una herida que los facultativos no calificaron de peligrosa; en consecuencia ya no se pensó mas que en disipar la alarma que había infundido, y trataron de asistirle en la curacion las damas de la corte, cuyos atractivos, parece, no le eran indiferentes; mas, ora procediese de infraccion del régimen prescrito ó de excesos, peligrosos siempre en tan crítico estado, es lo cierto que succumbió en pocos días. Llevo al sepulchro las esperanzas que le había hecho concebir el rey de España, que para poseer la Cerdeña, y la idea fascinadora de la vida que pensaba gozar en esta isla, rodeado de granados, naranjos y jazmines, fué el tema ordinario de su conversacion en los dias de cama que precedieron á su muerte.

Nótase en cuanto á religion un contraste singular entre él y su mujer Juana de Albret. «Esta princesa que en sus primeros años, dice Brantome, iría lo mismo á un baile que á un sermón, no opinaba por cambiar de religion.» Cuando vió á su marido escuchar con agrado las insinuaciones de los ministros en favor de la reforma, no fué dueña de ocultar su descontento, y le decía que no estaba dispuesta á pensarse en peligro de perder el resto del reino por sus ideas; pero luego varió de opinion y le obligó á adoptar un partido repudiando su inercia. Un día, entre otros, en que Antonio de Borbon le decía ingenuamente que no sabia cual religion era la mejor, le respondió ella: «Por eso es por lo que yo os miro mal; porque ya que una y otra os son indiferentes, me pama que no adopteis aquella que se os presenta mas propicia para hacer fortuna.» Refiriese al calvinismo, en el cual hubiera tenido el primer lugar el rey de Navarra, mientras que en el partido católico estuvo siempre en grado inferior al del duque de Guisa.

Así que Juana de Albret vió á su esposo enteramente adicto á los triunviros, dejó la corte y partió para sus estados con ánimo de educar en la nueva religion á su hijo, que fué después Enrique IV. El rey de Navarra, consecuente con los principios á cuya defensa le llamaron los triunviros, se mostró pronto siempre á acabar con los hugonotes que le temían y odiaban mas que al demonio, y murió en la fe católica. Esta noticia llegó al príncipe de Condé poco antes de su salida de Orleans, donde había estado largo tiempo en una funesta perpeligidad. De las ciudades importantes que habían tomado su partido no le quedaban ya mas que Lion y Orleans, harto distantes para poder ayudarse reciprocamente. Una fuerte division que le llevaba el conde de Duras había sido derrotada, y temia succediese lo propio al ejército que en su favor marchó á buscar Andelot á Alemania, pues el mariscal de San Andrés guardaba la frontera con fuerzas superiores.

Mientras estaba sumido el príncipe en estas inquietudes llegó á

saber que La Rochefoucauld, además de los restos de la division de Duras que habia podido reunir, le llevara un escuadron de nobles, y que Andelot, después de mil rodeos y dificultades, sin víveres ni dinero, é incomodado por las calenturas intermitentes que se habian apoderado del ejército, estaba próximo á mirarse al suyo compuesto de siete á ocho mil hombres. No debe preguntarse, dice La Noue, si en Orleans se celebraría ó no todo esto. Nues-



Conspiración de Amboise.

tros enemigos, decía el príncipe de Condé, nos han dado dos golpes tremendos apoderándose de nuestras rocas (aludía á Rouen y Bourges); yo espero que si ahora salen á campaña los escaramentares por completo.

En esta esperanza se encamina Condé derecho á Paris y establece su cuartel general en Montrouge y sus alrededores, amagando los barrios de San German, Santiago y San Mareos, que por la prevision del duque de Guisa habian sido recientemente cubiertos con un recinto fortificado guarnecido de artillería. Condé queria atomizar á los habitantes con la expectativa del ataque y saqueo; pero le entretenian con negociaciones, ordinario recurso de la reina madre. «Para evitarlo», decía ella, les hago proposiciones tan evidentemente ventajosas que no comprendo como las podrán rechazar; pero no opinaban así los interesados. Catalina concedía la práctica de la nueva religion en todos los sitios donde los calvinistas la tenian despues del edicto de enero, á escepcion de la corte, Paris, Lion, los pueblos donde habia tribunales supremos y las poblaciones de la frontera; queria el príncipe el libre culto, por lo menos en los arrabales y cercanías de estas poblaciones, y en los castillos ó palacios de pertenencia particular.

Mientras se debatían con terquedad estas proposiciones, estaban suspensas las hostilidades. «Y veíanse en el campo, dice La Noue, todos los dias durante la tregua siete ú ochocientos nobles de ambos partidos, que se reunían, saludándose unos, abrazándose otros, divirtiéndose todos con tales muestras de fraternidad, que los ale-

manes de Condé, poco conocedores de las costumbres de este país, llegaron á veces á creer que estaban vendidos; pero cuando, rotas las hostilidades, vieron que los que mas estrechos de amistad daban eran los que mas lanzazos y pistoletazos repartían, se recobraron de su desconfianza, y digeron entre sí: ¿Qué locos son estos que se abrazan hoy para matarse mañana?

El tiempo perdido trajo las consecuencias para Condé, cuyo ejército sufría en el campo los rigores del mes de diciembre, mientras que el del rey estaba abrigado en la ciudad tras sus fortificaciones. Llegan en esto numerosos reclutas de las provincias y un cuerpo respetable de españoles. A vista de estos refuerzos se repoman los parisienses; reina en la ciudad la seguridad mas completa: obras, comercio, negocios, todo sigue su curso, como si no estuviera un ejército enemigo á las puertas. Tanta seguridad y la idea de una traicion retrajeron á Condé de arriesgar una encamisada que habia proyectado contra los arrabales. Creyendo tambien que seria atacado en la madrugada del 10 de diciembre, levanta el campo, y se dirige á la Normandía en busca del dinero y tropas que le enviaba Isabel de Inglaterra: porque, dice Labourer, no se nos rehusaban socorros, de miedo de que nos pusieramos de acuerdo.

Iba el príncipe de Condé á marchas dobles, y el ejército real le seguía con el mismo ardor, encontrándose ambos el 19 de diciembre cerca de Dreux, de donde esta batalla ha tomado nombre. Los incidentes de esta jornada la hacen una de las mas extraordinarias que nos cuenta la historia. Nota La Noue por primera singularidad «que estuvieren dos horas largas ambos ejércitos á tiro de cañon sin que se trabase escaramuza alguna. Unos y otros se contenían, considerando que aquellos hombres que estaban á la vista y llamaban enemigos, no eran españoles, ingleses ó alemanes, sino franceses, bravos como ellos, entre los cuales estaban sus camaradas, sus amigos y hasta parientes, contra cuyos vidas habian en breve de jugar las suyas; lo cual, sin disminuir el valor, causaba horror y repugnancia.»

Del condestable fué la primera acometida, mas intrépida que prudente; pues sin atender á la mas ó menos proximidad de socorro, opone el solo cuerpo que mandaba á todo el ejército del príncipe. Vigorosos ataques de Condé y Coligny le abruman bien pronto, cayendo de su caballo y herido en poder de estos. Los suizos de su division, aunque extraordinariamente apurados por fuerzas tan superiores, se mantuvieron firmes, salvando con su resistencia á todo el ejército. El mariscal de San Andrés vuela á su socorro, repara el descalabro del condestable, cuando herido y desmontado como este, cae tambien prisionero, y muere de un pistoletazo que le dispara uno de sus enemigos personales. No sin grandes pérdidas habian conseguido los confederados estas ventajas. Así que el duque de Guisa, que los observaba en la retaguardia, sin otro rango ó graduacion que el de comandante de su compañía, los creyó bastante debilitados por sus mismas ventajas y el desórden de la persecucion, «marchemos, amigos míos», dice á los que le rodean, cuya impaciencia con dificultad habia podido contener: «á ellos, que son nuestros.» El príncipe de Condé en aquel momento no tenía fuerzas bastantes para resistir el empuje de aquellos; pero dos veces victorioso, parecióle vergonzosa la retirada, y le aguardó á pie firme con la esperanza de pronto socorro. En un instante su tropa fué envuelta, y cayendo su caballo quedó á disposicion de Damville, hijo segundo del condestable, que espiaba al príncipe, á fin de asegurarse una presa que le respondiese de la libertad de su padre. Este acontecimiento, despues de siete ú ocho horas de combate, y una pérdida comun de ocho mil hombres, decide la victoria en favor de Guisa.

Los fugitivos del ejército real que llevaron á Paris la noticia de su entera derrota, quedaron bien confundidos cuando los correos del duque de Guisa fueron á anunciar la victoria. La reina madre la recibió con la indiferencia de una persona que no puede menos de perder, sea cualquiera el resultado de las cosas: cierto es que ella de manera alguna deseaba que hubiese llegado la querrela á tal estremo. Cuando los triunviroes le mandaron á pedir licencia de dar la batalla, Castelnau encargado de esta comision, la vió perleja y con demostraciones de la mas viva inquietud; y volviéndose á una de las que la acompañaban, le dijo tristemente: «Ya ha llegado el tiempo en que se consulta á las mujeres si debe darse una batalla. ¿Que os parece? Nada consiguió Castelnau de decisivo. Pretendiese que no tomaba ella gran alegría por la victoria, porque temia que esta ventaja enorgulleciera al duque de Guisa. Si tal fué su creencia, lo que siguió no lo llegó á confirmar.

El duque de Guisa, que por la prision del condestable y la del príncipe de Condé, su rival, y por la muerte del rey de Navarra y la del mariscal San Andrés, podia creerse libre de toda competencia, y en su consideracion personal habia aumentado con esta victoria y sus relaciones con la España, aparentó la mayor moderacion. En el parte detallado que de la accion daba á la reina, se llamaba él simple espectador; por lo que nada podia pedir para si y mucho para los demas. Apreciando sabiamente Catalina su respectiva posicion, cre-

yó que no solo no debía rehusarle nada, sino prevenir sus deseos, confiriéndole la lugar-tenencia general del reino, de que fué de esta manera revestido por la tercera vez: verdad es que estas funciones se limitaban á lo militar y al tiempo que el condestable estuviera prisionero.

El príncipe de Condé, prisionero del duque de Guisa, fué traido con todas las consideraciones y honores debidos á su rango.



La Renaudie muerto por un pago.

Desde la tarde de la batalla se portaron uno y otro no como rivales que acababan de disputarse las vidas, sino como antiguos amigos, con lealtad y franqueza; conversaban familiarmente, y comían y dormían juntos. Concluyó el año, comenzando el siguiente con disposiciones á la guerra y á la paz. El duque de Guisa marchó á sitiar á Orleans. El almirante, que nunca desesperaba de la fortuna, habia reunido los restos del ejército derrotado, haciéndose reconocer por su general, y despues de grandes esfuerzos para retener á los soldados dispuestos á desertarse por las privaciones que sufrían, se habia dirigido á Normandía á recibir las tropas y el dinero que esperaba de Inglaterra. Se acantonó Coligny en esta provincia, reorganizó é instruyó al ejército con encuentros siempre favorables, hasta que se creyó bastante fuerte para correr al socorro de Orleans.

Andelot se habia metido en esta ciudad despues de la batalla de Dreux con buenas tropas y capitanes experimentados. Ademas de la conservacion de tantos gefes, era importantísima esta poblacion por guardarse en ella prisionero al condestable, confiado á los cuidados de su sobrina Leonor de Roze, princesa de Condé. La reina por su parte se habia apropiado la custodia del príncipe de Condé, que seguía á la corte. Lisongébase de que lejos este de los consejos del almirante, resistiría menos á sus insinaciones. En esta esperanza hacia se guardasen con él tales consideraciones, que el embajador de España y muchos otros católicos llegaron á murmurar.

La princesa de Condé empleaba tambien para seducir al condestable todo el prestigio que por su sagacidad y cordura merecia, y pedía por primera condicion de la paz la libertad reciproca de los dos prisioneros. No se accedió á este expediente, que hubiera dado un gefe necesario á los confederados, mientras que el ejército real mandado por Guisa, no echaba de menos al condestable. Trabajó Leonor por todos los medios posibles para reconciliar á su cuñado con su marido. No cesaba de ponerle á la vista las astucias de que sus enemigos se valian para tenerlos constantemente enemistados. «Obran», decía ella, como aquellos que llevan en procesion á Santa Genoveva y San Marcelo, que inclinando las imágenes para que se saluden, tienen buen cuidado de no aproximarlas mucho, persuadidos de que si se tocan una vez, no será posible separarlas.»

Sin embargo, no habia llegado aun el momento de que se realizase tan deseada reconciliacion; y la reina, contenida por Guisa, no se atrevia á admitir las condiciones, que no habia rehusado á ser dueña de su voluntad. Cuanto pudo hacer en favor de los confederados despues de la batalla de Dreux, fué dar una amnistia general á todos aquellos que volvieron á su deber; medida que no tanto fué tenida por un arranque de bondad, cuanto por un estudio medio desorganizar las tropas de los federados. «El duque de Guisa, harto grande», dice Pasquier, para sostener su causa por sí mismo, sin interposicion del nombre de un príncipe, ofuscaba amigos y enemigos; se convertia en árbitro y condicto de gracias; con-



J. L.  
Juramento del condestable Montmorency.

descendía la reina, aun cuando algunas veces daba á conocer su disgusto. Estaba la corte llena de caballeros de la orden de San Miguel; y á pretexto de recompensar á los que se habian distinguido en la batalla de Dreux, pide Guisa una nueva promocion, que concedió Catalina no sin repugnancia. «Hemos hecho esta mañana», escribía ella el 12 de enero á uno de sus confidentes, treinta y dos caballeros, porque habia falta de ellos; y direis despues de esto,

que aquí no hacemos nada? Da á conocer esta ironía que no veía sin recelos todo el poder en manos del solo hombre que le podía dar la ley.

En cuanto á él, tranquilo por las disposiciones de la corte, cuyo favor sabía que no le podía faltar, interin fuese el mas fuerte, continuaba con vigor el sitio de Orleans: ya habia participado á la reina que no tardaría en hacerse dueño de la plaza, y que tomaba disposiciones para dar el asalto en la noche siguiente, cuando traidoramente fué herido de un pistoletazo por Juan Poltroc de Mere, noble augumes. Como si la Francia entera dependiese de la suerte de este grande hombre, suspendió su herida la actividad de cuanto se trabajaba por la guerra y por la paz. Combatíase con flogedad, y se negociaba con dila. Esta crisis duró poco. La herida era profunda, estaban envenenadas las heridas; el herido, sin embargo de las esperanzas que le hacen concebir, conoce su estado, y se prepara á la muerte.

En tal momento, en que el alma aparece en toda su grandeza, no se advirtió en el duque de Guisa ni debilidad ni pesar, sino una serenidad y firmeza superior á toda angustia. Llamó á su lecho á Ana de Este, su esposa, y á Enrique, su primogénito, todavía adolescente. Por cuanto se renueva le podía sugerir, conjura á la madre á que vele sobre la educación de sus hijos, y á él le exhorta á que jamás se dejó llevar de los favores de la corte, á que ponga coto á sus deseos y modere su ambicion. Consagra en seguida toda su atención á la religion, recibe los sacramentos con las demostraciones de la resignación mas piadosa; no se le oye una sola palabra de queja contra su asesino y cómplices; se justifica del degüello de Vassy, como de un acontecimiento puramente fortuito, y sus últimas palabras son consejos de paz á la reina madre.

Laboureur hizo su elogio en dos palabras. «Francisco, duque de Guisa, héroe que amaba al Estado y á la religion.» Falta saber aun si queria dominar para calncteer la religion, ó si amaba la religion para triunfar, valiéndose de ella: mas de lo que no cabe duda es de sus virtudes militares y cívicas, de su valor, su intrepidez, su afabilidad, su dulzura, su tino en proyectar y prontitud en la ejecución, y la capacidad de su talento, propio lo mismo para los manejos de la corte que para las espeditimas guerras. Conocia que los rasgos de energia y desconcertaban á la reina, y así la sorprendia con sus audaces, arrancándola cuanto queria antes que ella se previniera contra sus deseos.

Algunos autores calvinistas le acusan de haber dos veces querido asesinar al almirante; acusacion sin pruebas que indica no tener otro objeto que hacer menos odioso el atentado de Poltroc. Al contrario, consta por un historiador bien enterado, que el duque de Guisa estuvo espuesto á asechanzas de este género en el sitio de Rouen, siendo por lo mismo su muerte un borron en la vida del almirante. El asesino acusó alternativamente en sus deposiciones á Soubise, Larochefoucauld, Teodoro de Beza y algunos otros; pero en la tortura y en el momento del suplicio no cesó de inculpar á Coligny. Enrique, hijo del muerto, miró siempre al almirante como reo del asesinato de su padre, y á pesar de sus pocos años le juró un odio que no concluyó sino con la mas sangrienta catástrofe.

Muerto el duque de Guisa y prisioneros Condé y el condestable, parecia fácil traer las cosas á una solucion amigable. El carácter inflexible del almirante era lo único que hacia tener algunos obstáculos; pero estaba alejado del teatro donde se debían estos intereses; y los ministros de la pretendida religion reformada, encontrados en Orleans, privados de su influencia, no podían contrabalancear los votos de todo el reino por la paz; nunca la Francia habia sentido necesidad mas apremiante de este inapreciable bien. Los ingleses unidos á una faccion poderosa y dueños del Havre, amagaban á toda la Normandía. Para continuar la guerra hubiera sido preciso un general como Guisa, capaz por sus talentos y su crédito de retener al ejército en torno de sus banderas, á pesar de las privaciones porque pasaba; pero no habia en Francia mas que hombres sospechosos para uno y otro partido. Esta fué la causa de que pensase la reina en ofrecer el mando de las tropas al duque de Wurtemberg, alemán, extraño á ambas facciones, á quien dominaría á su voluntad; mas rehusó admitir. El Erario estaba agotado, aniquilado el comercio y las tierras abandonadas, en un solo año de hostilidades habia quedado mas devastado el reino que en una guerra larga, porque ahora todo el mundo se habia hecho soldado: el artesano habiase convertido en tal, abandonando su taller; y el labrador al ver arrasados sus campos por los diferentes bandos, transformóse en bandido continuando despues en serlo por gusto y oficio. La Francia entera asolada no ofrecia por todas partes mas que un vasto cuadro de desolacion y ruina; todas las clases de la sociedad necesitaban reposo para que llegase á restablecerse el imperio de la ley. Solo podía ser obra de la paz reaccion tan laboriosa.

La reina la descalza con grande impaciencia; alzagaba al principe de Condé, abrazaba tiernamente á su esposa Leonor y la conjuraba á que la ayudasen en la empresa de vencer la tenacidad de su esposo y su tio. Junto á los prisioneros: Condé pedía la completa

ejecucion del edicto de enero; Montmorency protestaba que jamás suscribiria á una ley tan perjudicial á la religion católica. A fuerza de instancias se les precisa á que pierda cada uno algo de sus extremas exigencias, y de estas transacciones sale el edicto de Amboise.

El de julio de 1563 permitía á los calvinistas renunciar por los ejercicios de su religion en todo el reino, siempre que lo hicieran fuera de las poblaciones. El de Amboise dado el 19 de marzo permitía lo mismo en las poblaciones de que estuviesen en posesion el 17 de dicho mes. El permiso general de predicar en todas las aldeas concedido por el edicto de enero, se limitaba en el actual para los señores jurisdiccionales á toda la estension de sus dominios; para los nobles á sus casas solamente, con tal que no estuvieran en tierras de jurisdiccion de algun señor católico. En compensacion de esta restriccion, en cada distrito que directamente dependiese del Parlamento, se señalaba á los calvinistas un punto donde libremente pudieran practicar su religion. En lo demas, no contenia el edicto cláusula alguna humillante, y si un total olvido de lo pasado, y el reconocimiento de que el principe y allegados eran buenos súbditos del rey, y que no habian tomado las armas sino para su mejor servicio.

Se dejó llevar de la cólera el almirante así que supo que se habia arreglado la paz. «Una sola plumada, dice, arruina mas iglesias que pudieran echar por tierra los enemigos en diez años de guerra.» Conocia él á los suyos, y sabia demasiado que con un ejército brillante no hallándose al frente el duque de Guisa, podía dar la ley, cuando al tenor de las condiciones de Amboise tenia que recibirla. Dió vivas quejas al principe de Condé, así como á Galvino, Beza y los otros ministros. Todos le predigieron que no tardaría en arrepentirse; el negocio estaba ya concluido, y no habia por entonces que objetar. El principe por lo demas, nada tenia por qué contrariarse, pues aparte de la paz que habia dado á la Francia, salvó á la ciudad de Orleans, que no podría evitar un asalto; lo que fué librar de una inevitable destruccion al consejo de los confederados, á los mas influyentes ministros y las cabezas en fin mas preciosas para el partido. En consecuencia de la pacificacion quedaron libres los prisioneros y se vió obligado el condestable, á sufrir, sin su pena, la disolucion de su ejército. Los alemanes fueron enviados á sus pais pagados con dinero del rey y provistos de un salvo-conducido para atravesar el reino.

De poco les hubiera servido el salvo-conducido, á haber sido la reina obedecida. En el hecho siguiente se revela el carácter de Catalina, vengativa é infiel á su palabra, por porque que le interesa se el faltar á ella. A fin de quitar á los alemanes hasta la posibilidad de volverse á Francia, escribe á Tahannes (Gaspar de Saulo), que mandaba en Borgoña, para que á pesar del salvo-conducido los atacase y exterminase á su paso por allí. Prudentemente rehusa aquel obedecerla, sabiendo cuanta responsabilidad se echaba encima, como infractor de la paz, á mas de la inflexible enemistad de los principes de la sangre.

Evacuaron los calvinistas á Orleans que guarnecieron las tropas reales. Entregaron tambien á Lion que podía mirarse como la conquista de Beaumont, baron de Aldrets, aquel Aldrets que en esta guerra era el terror del Delfinado, el Languedoc, el Lionesado, la Provenza, el Vivares, el Forez, la Auvernia, el Avinionésado y la misma Roma, donde se sabia que á sus armas acompañaba siempre la victoria. Su repulcion fué rápida, dice Laboureur, porque fué tan furiosa como valiente, mas cruel y temerario que los otros. Lo que le sucedió en Montbrison, aunque ya vulgar, merece que lo contemos. El baron de Aldrets habia tomado esta poblacion á los católicos, y se divertía despues de la comedia en ver como saltaban desde lo alto de una torre los soldados de la guarnicion que habian sido condenados á este género de suplicio. Uno de ellos intentó el salto por dos veces; pero se detuvo al llegar al borde del precipicio. «Es ya demasiado dos veces», gritó el baron. «Yo os lo concedo á las diez», responde sin turbarse el desgraciado. Preudado Aldrets de ver la sangre fria de aquel hombre que en trance semejante tenia humor para chistes, le otorgó el perdon, pudiendo asegurarse que fué la única vez que movió al baron un sentimiento de piedad. Mataba, quemaba y saqueaba con una ferocidad tal que horrorizaba á sus mismos oficiales. «Yo le vi, dice Thou, bastante viejo en Grenoble durante mis viages, pero todavía fuerte y vigoroso, de ferroz mirada, nariz aguileña, el rostro seco y marcado de manchas de sangre negra, tal como nos pintan á Sís. Por lo demas su trazo era toda la de un verdadero guerrero.

El émulo de sus crueldades, Blas de Montluc, azote de los calvinistas en la Guena y provincias vecinas, padeció mas de los achaques de una vieja caduca. Cuenta así su historia el mismo. «Habiéndome retirado á la edad de setenta y cinco años despues de cincuenta y cinco de servicio á los reyes mis señores, pasando sucesivamente por los grados de soldado, capitán y cinco años despues en gefé, maestre-campo, gobernador de plaza, lugar-teniente del rey y mariscal de Francia, estropeado de casi todos mis miembros

por arcabuzos, sablazos y lanzazos, mutilado y sin fuerzas despus de haber ejercido el cargo de gobernador de Guicena, he querido emplear el tiempo que me queda de vida en describir los combates en que me he encontrado durante los cincuenta y dos años que he tenido mando.

En sus memorias es donde cuenta con la sangre fría de un carácter naturalmente feroz, los suplicios á que condenaba á los herejes. «Los verdugos, dice, llevaba siempre conmigo, á los cuales diéron en llamarlos mis lacayos; porque siempre iban en pos de mí. Créese bastante disculpado diciendo, que los calvinistas viendo que no lo podían seducir habían intentado matarle; lo que le obligó á usar no solo de rigor sino de crueldad; como si fuese posible endurecer el corazón hasta este punto; si en él no se encontrara predisposición para la inhumanidad. Conviene Montluc de buena fe, que su intención era esterminar hasta el último sectario, y que sentía contra ellos un odio y reconcentrado furor que le sababan fuera de sí, y se dice, añade Brantome, que enseñaba á sus hijos á ser tales y á banarse en sangre con que se manchó el mayor de ellos el día de S. Bartelemý. Horribles trasportes que rayaban en delirio y frenesí, y que los remedios suaves de la paz no pudieron calmar por completo.

El primer fruto de la pacificación fué la expulsión de los ingleses del Havre. Estaban en posesion de esta plaza como garantía de considerables préstamos que habían hecho al príncipe de Condé. Isabel quería hacer un cambio de esta poblacion por Calais; pero Catalina oponia los ningunos derechos que la reina de Inglaterra tenía sobre ella. Amenazáronse las dos princesas, y el sitio del Havre á pesar de las representaciones de Coligny, fué al fin resuelto en el consejo de Francia. Los mismos que habían abierto las puertas á los ingleses, fueron los que los arrojaron; pues el condestable llevó los restos del ejército de los confederados al sitio de dicha plaza. El afán de borrar la ignominia de su liga con los enemigos del Estado, les hizo portarse bizarramente. Apurada la guarnicion por las repetidas embestidas de los sitiadores y por la falta de agua, pues el mariscal Brisac habia cortado un acueducto que los proveia, capituló á principios de agosto. A la mañana siguiente se presenta ante la plaza una escuadra inglesa de sesenta velas con objeto de provisionarla; pero el mariscal de Brisac que trabaja mas que nadie en la toma de este punto, termina con este hecho su carrera de triunfos. Murió en el último día del año.

Los fondos necesarios para esta empresa se habían negociado de una manera extraordinaria y nueva en Francia, cual fué la enagenacion de bienes eclesiásticos hasta la cantidad de trescientas mil libras de renta. Hospital redactó el edicto que así lo disponia, y el rey se presentó al Parlamento para que lo registrase. Trató el canceller de rechazar la imputacion calumniosa de que el consejo queria alinear el camino á la nueva religion, mirando sordamente el poder del clero y siguiendo el ejemplo de principes extranjeros que se habian apoderado de sus bienes. Justificó la medida propuesta con la ley de la necesidad. El Estado abrumado ya con una deuda de cuarenta millones, tenia que pagar este año diez y ocho, y para subvenir á los gastos corrientes, y para cubrir el sueldo de los extranjeros traídos á Francia por los dos partidos, y habia apenas ocho millones de productos: En este conflicto, decía el Cancellor, habia que mudar la conducta del marino que en la tempestad arrojó al mar la mitad de la carga para salvar la otra mitad. Insistió sobre el interés del mismo clero en sacrificar un parte de sus riquezas tan envidiadas, para ayudar al gobierno á salvar el resto. Alzó en fin la facultad dada á la Iglesia de disponer de sus vasos preciosos para la redencion de cautivos y socorro de los pobres. Demasiado convencido el Parlamento de lo apremiante de las circunstancias, mas repugnando el expediente propuesto, declaró que atendida la necesidad no se oponia al registro, que nunca serviria de ejemplar. Proceóse inmediatamente á la venta, y á pesar de la estrechez de los tiempos encontráronse compradores, á causa de la grande cantidad de numerario que el pillaje de las iglesias habia puesto en circulacion.

Inmediatamente la reina, que habia llevado al rey al sitio del Havre, y que se encontraba al frente de un ejército, se fué con él á Rouen. Entraba entonces Carlos en los catorce años, por consejo del canceller Hospital, que interpretó el edicto de Carlos V sobre la mayor edad de los reves, hizo Catalina declarar á su hijo mayor en el parlamento de Normandia, lo que desagrado al de Paris y mas todavía al príncipe de Condé, al almirante, al condestable y todos cuantos tenian pretensiones á la regencia, fuese cualquiera su partido. Disgustoles que así se quitase el pretexto de sus ambiciones; pero se contuvieron en los murmullos. Carlos IX mostraba un genio inquieto, mucha afición á la guerra, pasion por la caza y en general por todos los ejercicios violentos. Desde su adolescencia era de estatura alta, y se notaba en toda su persona un aire de magestad y de grandeza. Sea por fórmula ó por dar mas autoridad á sus decisiones, la reina le llevaba siempre al consejo, y le daba conocimiento de todos los negocios.

Nos quedó de Catalina una carta á su hijo, á poco de estos sucesos, que es como un reglamento especial de su conducta privada. Le exhorta por ella á que inadregue, á que admita á los principales de la nobleza todos los dias, á despachar con los cuatro secretarios de Estado, á comer lo mas tarde á las once, á ir en seguida á verla, á pasear ó montar á caballo á las tres, á divertirse en correr, manejar la lanza ó en la caza, y á cuidár de que por la noche le llevasen las llaves del palacio, que las guardaría bajo la almohada de su lecho. En los consejos que da á Carlos IX la reina para el gobierno de la monarquía, insiste sobre el cuidado de leer sus cartas todos los dias, de hacer tengan exacta respuesta, de dar audiencia una vez cada semana, de recibir afablemente á los cortosanos, de informarse de sus familias y asuntos, citando el ejemplo de Luis XII y de Luis XIII. Luis llevaba dos registros: en el uno tenia inscritos los nombres de las personas mas distinguidas de cada provincia, y en el otro los dones, gracias y privilegios que podia conceder. Llegaban á vacar algunos destinos honrosos ó importantes, y enterado con anticipacion de quienes eran las personas del país mas apropósito para ellos, les dirigía los nombramientos sin que se tomasen el trabajo de ir á solicitarlos á la corte. Francisco, igualmente generoso, dispensaba las gracias con la misma inteligencia y cuidado; de lo que resultaba que en el clero, en los tribunales, en la nobleza, las tropas y el pueblo mismo, habia infinidad de personas que le eran muy adictas; y que nada sucediese de que no se le informara completamente.

Pero no bastaba á la reina dar sabios consejos; era al mismo tiempo preciso cuidar que el príncipe no estuviere rodeado sino de hombres que se los hiciesen agradables; mas Catalina no parecia haber sido muy delicada en este punto. Tuvo el defecto de los ambiciosos, que es el de creer buenas todas las personas que les pueden ser útiles. La mira de inspirar á su hijo deferencia á sus deseos y una confianza ilimitada, prevaleció sobre el ascendiente de la ciencia y la virtud. Carlos fué entregado á aduladores, almas bajas y hombres viciosos, cuyo ejemplo y culpable convivencia corrompieron su buen natural. Insensiblemente llegó á componerse la corte de la clase de personas prontas á todo, con grande satisfacion de la reina, que así se prometia, por parte al menos de los cortosanos, no sufrir contradiccion en sus proyectos.

Mientras Catalina se aseguraba por este lado, enviaba comisionados á las provincias para hacer poner en ejecución el convenio de Amboise. Como sucedió en todos los convenios forzosos, los unos hubieron estimado mas que no se publicara el edicto, y los otros se negaban á ejecutar lo que prescribia claramente. Los comisarios llevaban el encargo de adaptarse á los lugares y á las circunstancias. Allí donde eran los calvinistas los mas fuertes, se les señalaron lugares de reunion los mas cómodos; en otras partes se les reprimió hasta excitar quejas que llegaron al ministerio. Con este motivo se trató de publicar otro edicto que interpretase el de Amboise. Este nuevo reglamento recaia principalmente sobre los individuos del clero que habían abrazado la reforma. El cardenal de Chailion, obispo de Beauvais, el arzobispo de Aix, y á su ejemplo muchos sacerdotes, permitian el ejercicio del nuevo rito en sus propias iglesias y en las tierras que les pertenecian. El rey declaró que los lugares dependientes de la Iglesia se considerarán exceptuados del número de aquellos donde se podia ejercer la predicacion. Con el pretexto de interpretar otros artículos prescribió restricciones que incomodaban á los nuevos evangelistas, tanto por la forma, como por los puntos de reunion que se les señalaban, y por el ejercicio de su ministerio, especialmente en los alrededores de Paris: pero lo que pareció mas duro fué la alternativa en que se puso á los religiosos y religiosos que aljuraron sus votos y habían contraído matrimonio, de volver á los conventos rompiendo aquellos lazos licitos, ó salir del reino.

Los calvinistas se pronunciaron contra estas modificaciones que tachaban de mala fe. Inundaron el reino de *apologias, quejas, representaciones* al rey, á la reina, los señores de su partido, y sobre todo al príncipe de Condé, que habiendo estipulado el edicto de Amboise, debía responder de su ejecución; pero Condé cansado de la guerra y disgustado de la intriga cortesana, olvidaba en el seno de los placeres la posicion que le imponia la cualidad de jefe de una faccion grave y severa. Las memorias de aquel tiempo nos lo representan de corta estatura, aunque bien formado, de hermosa cabeza, dulce y viva mirada y con un aire de mollicie y ternura apropósito para encontrar en una corte galante cuanto su delicada naturaleza echara de menos en las alarmas y los trabajos pasados. La reina le ahlagaba y consultaba sobre los negocios, dejándole entrever la esperanza de llegar á reemplazar al rey de Navarra su hermano, en la lugartenencia general del Estado y en el reino de Cerdeña. Como Leonor de Roje murrió por este tiempo, renovóse el proyecto de casarle con Maria Stuart, reina de Escocia. Libre pues Condé de inquietudes, y únicamente preocupado por ideas lisonjeras, se abandonaba completamente á los desahogos de su impresionable corazón.

Dos mujeres, entre otras, se disputaban su conquista: Margari-

ta de Lustrac, viuda del mariscal San Andres, y la hermosa Liniell, Isabel de la Tour de Turenne. La viuda, en la esperanza de llegar á casarse con él, le cedió sus posesiones de Vallery y los magníficos muebles que decoraban el castillo. Isabel que airigaba la misma esperanza, hizo sacrificios mas graves aun y cuyas pruebas, por su publicidad, le forzaron á dejar la corte. Coligny, lejos de darme como el príncipe, era cada día mas cuprendedor. Los Guisas habian obtenido del rey que se llevase al Parlamento el proceso del asesinato del gefe de su casa. Coligny contra quien iban especialmente dirigidos estos tiros, reusó al Parlamento y se fué á Paris para que conociera en la causa otro tribunal; mas bajo pretexto de seguridad hizo acompañar por quinientos ó seiscientos nobles. Alarmóse la reina al ver tan amenazado cortejo, sobre todo cuando vió al almirante obstinarse en conservarlo á pesar de sus reclamaciones, y sin atender á que era esto una infracción manifiesta (del edicto de pacificación. El peligro que un golpe audaz podía ocasionar á la corte y la esperiencia de Catalina sobre la facilidad de burlarla, le dictaron el pensamiento de poner al rey una guardia superior á la que acostumbraba tener la parada y órden de palacio. A la compañía de cien suizos creados por Luis XI añadió otras dos de la misma nacion, de trescientos hombres cada una, y diez compañías francesas de cincuenta hombres en tiempo de paz. Tal es el origen de las guardias suiza y francesa. Santiago Brevet, señor de Charry, distinguido en las guerras del Piemonte y avisado militar, fué puesto al frente de esta guardia y llegó á ser enemigo personal de Coligny y Andolet, Chatelier, Mouvans y Constantin, tres de sus hechurados, fueron los instrumentos del asesinato de Charry. «Un asesinato todavía dice Catalina á los dos hermanos que estaban á su lado cuando le dieron la noticia. Malísimo medio es este de hacer olvidar el primero.» El rey á quien fatigaban las opuestas exigencias de las dos casas, y que temia tierra esto origen á un nuevo incendio, trajo á su consiyo el proceso, cuya terminación retardó tres años, durante lo que impuso silencio á las dos partes.

El condestable que no veia en este negocio mas que una cuestion particular de ningún interés para la religion y el estado, se puso del lado de sus sobrinos; y esta es sin duda la razon porque se apresuró el rey á cortar el curso de los procedimientos incoados; mas el celo del anciano contra la reforma nada habia perdido de su primitivo calor, y continuó demostrándolo con una decisi6n no inspirada únicamente por la religion. Despues de hecha la paz y tomado el Havre, creyó que en recompensa de tantos servicios no podrian dispensarse de consultarle en todo; pero la reina no se creyó obligada á ello, y el antiguo ministro no pudo acostumbrarse á ser mirado como inútil; dejó escapar algunas recriminaciones y murmullos que fueron avidamente recogidos por los discontentos. Su casa era el punto de reunion ordinario, donde se hablaba abiertamente contra el gobierno. Aunque la convencion de Amboise fué obra del condestable, no le desagradaba que se calificase el edicto de escismatizantes ventajoso para los calvinistas, en cuanto les ofrecia medios de multiplicarse á la sombra de la paz; inconveniente que no hubiera llegado, decia Montmorency, á haberse seguido despues del edicto el plan de conducta que él habia pensado poner en ejecucion. No habia segun él otro remedio á tantos males que la guerra.

Esto fué sin duda el origen del proyecto de una sublevacion en la capital, que el condestable segun se dice autorizó con su nombre. Emisarios apostados con anticipacion debian acaudillar el populacho y escitarle á arrojarse sobre los calvinistas, degollarlos y saquear sus habitaciones: mas de trescientos eran proscritos, y aunque cuesta trabajo el creerlo, su sentencia de muerte fué firmada por el condestable. La reina advertida á tiempo llegó al rey á Paris, y su presencia hizo fracasar el odioso proyecto. Montmorency se retiró confuso á Chantilly. Los mas fanáticos de los cómplices fueron sin forma alguna de proceso colgados por la noche de las ventanuas de sus mismas casas, y los otros desaparecieron al verse abandonados de su gefe; pero este mal estinguido fuego continuó ardiendo bajo sus cenizas, y produjo despues un incendio horroroso.

Lo que emprendió el condestable en la capital contra los calvinistas, lo maquinaba su hijo Damville en el Languedoc, Tabannes en la Borgoña y muchos otros gobernadores en sus provincias. A estos esfuerzos unió el Papa sus rayos, el concilio sus anatemas, y los príncipes extranjeros sus instigaciones, acompañadas de amenazas notificadas por embajadas solemnes. Los rayos del soberano Pontífice cayeron sobre los prelados franceses que habian abrazado la pretendida reforma, á que mostraban inclinación á ella: Olet de Coligny, cardenal de Chatillon, obispo de Beauvais, casado con una señorita de Normandia llamada Isabel de Hauteville, á quien él hacia llamar condesa de Beauvais, San Romain, arzobispo de Aix; Montluc, obispo de Valence; Carracioli, de Troyes; Barbanzon, de Pamiers, y Guillard, de Chartres, todos fueron citados á Roma para dar razon de su fe.

Quizá la corte los hubiera abandonado á su suerte sin tomar su defensa, si Paulo IV no hubiera envuelto en el mismo procedimiento á Juana de Albrét, reina de Navarra. Fué tambien esta citada á

Roma, y si no comparecia en el término de seis meses, el Papa la declaraba proscrita, como herege convicta, arrojada del trono y privada de sus estados y señorios, que segun la bula pertenecerian al primero que los ocupase. Ya no se creyó decoroso en Francia permitir semejante atentado contra la independencia de los soberanos, y mucho menos, tratándose de una princesa tan inmediata á Carlos IX. El embajador francés fué encargado de dar sus quejas al Pontífice, y la bula quedó sin efecto.

Entonces estaba el Papa bastante ocupado con el proyecto de terminar el concilio de Trento. Hemos ya visto que despues de grandes interrupciones, propósito de las cuales dijo Frapalo «el concilio dormia tan profundamente que no se sabia si estaba muerto ó vivo», se tomó con mucho calor su continuacion por Pio IV. Todas las potencias, la Francia principalmente, desearon su fin para tener en sus decisiones un dique que oponer á las exigencias de los nuevos evangelistas. Habian hasta entonces parecido admisibles algunas de sus proposiciones aun á celosos católicos. Tales eran el matrimonio en las curas, la comunión bajo las dos especies y otros puntos de disciplina, cuya concesion parecia reinos enteros. El cardenal de Lorena que se mostró buen francés en este concilio, y mas amigo de la paz que lo que debía esperarse de su caracter, era partidario de estas concesiones que creia él oportunas para atraer á la unidad de la fe á los disidentes; pero los obispos negándose á adoptar consideraciones que dictaba la sola prudencia humana, rechazaron unánimemente las novedades que se trataban de introducir. Hicieron cánones claros y precisos que fijaban para el porvenir la fe de los católicos; y despues de veinte y cinco sesiones en el espacio de veinte y un años, se cerró el concilio á principios de diciembre.

El cardenal de Lorena habia ocupado un lugar distinguido: hizo alarde este prelado de grande capacidad en mas de un género, porque su inteligencia no se limitó sólo á los negocios del concilio. Una asamblea como esta en que se encontraban los ministros de casi todas las naciones de Europa, ofrecia excelente ocasion para negociar, no habiéndolo desperdiciado este hábil político. Formó con la mayor parte alianzas, cuyo objeto se conoció mas tarde: marchó á Roma, se avocó con el Papa y se cree que el primer efecto de las medidas entre ellos concertadas fué la embajada solemne que á principios de año llegó á Francia de parte del soberano Pontífice, del rey de España y del duque de Saboya.

Estaba la corte en Fontainebleau, donde el rey se preparó á salir para recorrer la nacion. Hablóse mucho entonces sobre el motivo de este viaje. Los pretendidos reformados siempre en alarma, no veian mas que prevenciones y peligros. El fin de Catalina, segun ellos, no era otro que adquirir noticias de sus fuerzas, interceptar sus correspondencias, desconcertar sus proyectos y mirarlos insensiblemente. La reina decia que no tenia otra intención que hacer olvidar al rey por medio de la distraccion que le proporcionaria el viaje, el horror de las guerras civiles, mostrarle á sus súbditos, acercarlos á él y conseguir el olvido de todo motivo de turbulencias para el porvenir. Nadie se ocupaba en la corte mas que de este objeto y hasta los negocios mas importantes que sobrevienen se aplazaban para la vuelta, como si todo hubiera de arregarse entonces.

Los embajadores legados á Fontainebleau no encontraron por el mismo mas que vagas respuestas. Pidieron la publicacion del concilio de Trento en Francia, que se castigase sin misericordia á los hereges; que se revocase las gracias y concesiones que les habian sido hechas; y que el rey, en fin, condenase como criminales de lesa magestad á los autores y cómplices del asesinato del duque de Guisa. Carlos les aseguró que él queria vivir en la religion de sus padres; que estaba dispuesto á administrar justicia á todos sus súbditos, y que sobre lo demas escribiria directamente á sus amos.

Despedida la embajada y arreglada la paz con Inglaterra sin que se hubiese hecho mencion de la restitucion de Calais, se dedicó exclusivamente la corte al viaje; los preparativos eran brillantes, no se hablaba mas que de los espectáculos, fiestas y convites que eran de esperar. Todo anunciaba una excursion de placer: casi nada de tropas, sino las precisas para el decoro, muchos señores, toda la familia real, excepto el príncipe de Condé que acababa de perder su esposa, las damas de la reina y la alegría inseparable de este cortejo. Los pueblos salian en tropel á los caminos y prorumpian en entusiastas aclamaciones. Las ciudades ofrecian entradas triunfales, fuegos de artificio, suntuosos banquetes: cada cual se esforzaba en escoger en pruebas de respeto y alusion al jóven monarca. A su llegada á los reuelos y descomulgacion, triste consecuencia de las antiguas discordias, desapareció, y la paz, desconocida aun en muchos sitios, parecia brotar de sus pasos.

Entre los que contribuyeron á la amenidad del viaje, se notaba al jóven Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, hijo del difunto rey de Navarra, cuya vivacidad y donosura encantaban á la reina madre. Los primeros años de este príncipe merecian nuestra atencion; aun cuando no fueran los de Enrique IV, rey cuya memoria es tan grata á los franceses. Nació en Pau, capital del Bearne, en el año

de 1555. Enrique de Albret, su abuelo, había hecho un testamento que llevaba siempre en una cajita de oro pendiente de su cuello por una cadena del mismo metal. Este objeto constantemente á la vista, escribía la atención de Juana de Albret su hija. Durante su embarzo su hijo sin cesar al padre que le diera la cajita del testamento. «Será tuya, le dijo un día el anciano rey, cuando me hayas enseñado lo que traes; y para que no me des una llorona ó un hijo regañado, le prometió dárlelo todo siempre que al parir me cantes una canción hermosa.» Se sometió Juana á la condición, y á los primeros dolores principió una canción. Advertido el anciano, llega, pone al cuello de su hija la cadena de oro de que pende la caja, recoge al recién nacido en su mismo manto, y se va diciendo: «Ahí tienes eso que es tuyo, hija mía; pero esto otro me pertenece.» El primer alimento que tomó Enrique fué de la mano de su abuelo, «quien le dio una cabeza de ajo con que le frotó los labios, y al ver que lo chupaba, le dió vino en su copa.»

La educación del joven Enrique correspondió á estos principios. Cayet de quien sacamos estas particularidades, fué su ayo y preceptor. «Se le educó para príncipe, pero de manera que se le dedicaba á toda clase de trabajo; comía á veces pan común, vivía como los demás niños del país con los cuales jugaba, frecuentemente descalzo y desnuda la cabeza como ellos en verano y en invierno.» Esta libertad dió en la niñez á sus dichos y acciones un aire desenrollado y franco que divertía tanto más á la corte cuanto que en ella son raras semejantes cualidades. La reina madre quería tenerle siempre á su lado por su *gentileza*; en fin, sus gracias le hacían amar, al paso que el horror de una conspiración de que acababa de escapar le volvían interesante.

Ignórase si fué tramada por españoles ó franceses; mas memorias no sospechosas autorizan á creer que algunos gefes católicos fueron sabedores de la maquinación. El mismo Montluc fué acusado, pero negó diciendo que los que tal le actuaban *habían mentido*. La intención era arrebatár á la reina de Navarra y su hijo, para ponerlos en poder del rey de España. Se ignora lo que Felipe hubiera hecho con estos prisioneros; era sin embargo todo de temer por parte de un príncipe sanguinario, acostumbrado á servirse de la religión para sus usurpaciones y crueldades, y que pretendía tener por las bulas del Papa un derecho sobre el reino de Juana. Una complicación de incidentes que tiene algo de milagrosa, hizo abortar el plan; los indicios llegaron á Francia por Isabel, reina de España, que á la primera noticia de tal traición, temblando por la vida de la reina de Navarra su parienta cercana, procuró se la avisase, así como á la reina madre. Hubiera podido Catalina prender y castigar á los culpables, pero se contentó con deshacer la trama, sin meterse en pesquias que por el número y calidad de los criminales podían ser peligrosas.

La vida de la reina madre hubiera sido bien penosa, rodeada como estaba siempre de celadas, y obligada á guardarse igualmente de amigos y enemigos, si ella misma no tuviera un carácter igualmente sereno para la intriga, que no le permitía estar tranquila; su genio siempre estaba trabajando, y comunicaba el mismo movimiento á todos los demás. Los primeros pasos del rey se dirigieron á la Lorena, donde debía asistir como padrino al bautismo de un hijo de su hermana la duquesa. Mientras no se ocupaba la corte mas que de fiestas, Catalina por sí misma ó sus enviados, andaba en negociaciones con los príncipes de Alemania próximos á la frontera. Les pedía que en lo sucesivo no permitiesen venir, ni mandasen ellos socorros á los calvinistas de Francia como antes, y ella ofrecía recompensar esta complacencia. El duque de Wurtemberg, el conde Palatino del Rhin y el duque de Deux-Ponts, que se creyeron autorizados para ingerirse en los negocios de Francia, osaron negarse abiertamente á la demanda, diciendo que querían conservar el privilegio de ayudar á sus amigos; al contrario, el marqués de Baden y algunos otros aceptaron sus ofrecimientos y hasta se obligaron á darlos solidos en caso que los necesitase; por lo cual contó á lo menos Catalina, que en caso de necesidad tendría alemanes contra alemanes.

Mareó el rey en seguida hácia el mediódia de Francia. Estas provincias, erizadas de castillos, sembradas de grandes poblaciones y habitadas por hombres belicosos, habían, durante la última guerra, provisto á los calvinistas de seguros baluartes y bravos soldados. Catalina quiso enseñar su hijo á esta nobleza, ganar los mas poderosos y asegurarse las poblaciones. Se dirigió á la Borgogna, donde mandaba Tabannes, genio profundo, hábil general y temido de los hereges, á quienes había derrotado en muchos combates. Presentóse al rey á su llegada con noble seguridad; y le dijo por todo discurso poniendo la mano sobre su corazón: «Señor, este es enteramente vuestro; y llevándola despues á la empuñadura de su espada, «y hé aquí de qué os potete servir.» En muchas entrevistas la reina sondó su capacidad, se convenció de su discreción, y le contó entre aquellos á quienes podría fiar en lo sucesivo sus secretos y armas.

La corte caminaba con una pompa que nada tenia mas que de

pacífica. A la aproximación del rey, las fortificaciones sospechosas caían como por sí mismas; levantábanse ciudadelas para sojuzgar las ciudades; se publicaban al mismo tiempo edictos siempre aclaratorios; ó como decían los reformados, anuladores del edicto de Amboise. Tal fué el de Rosellon dado el 4 de agosto: el rey declaraba por él que la libertad concedida á los nobles de que se predicaba en sus tierras, no debía entenderse mas que á sus vasallos y criados; prohibía hacer colectas para la retribución de los ministros y renovaba á los curas, frailes y monjas casados la alternativa de volver á tomar su antiguo estado ó salir del reino.

Los supuestos reformados se quejaron. El príncipe de Condé desde su castillo de Valleri, donde entregado á los placeres pasaba el tiempo, dirigió al rey una estensa manifestación. Se le contentó con algunas razones poco satisfactorias, y en seguida de ellas añadió el rey que creía que nunca se hubiera figurado el príncipe de Condé que tendría derecho para disponer de la voluntad del rey de Francia El duque de Saboya, enterado de la proximidad del rey á sus fronteras, marchó á saludarle. Las personas desinteresadas no vieron en este paso mas que una delicada atención; las demás notaron conferencias y secretas entrevistas con la reina. La curiosidad se despertó en Aviñon, plaza perteneciente al Papa. Los honores fueron hechos por el vice-legado; pero el soberano Pontífice había él enviado, á solicitud de la reina, un florentino, su íntimo confidente, que con ella trataba los negocios mientras los ministros atendían únicamente á los placeres.

Durante lo mas eruido del invierno se pasó la corte por la Provenza y el Languedoc, donde el frio es regularmente menos intenso. No se viajaba sin embargo al azar: todas las marchas tendían al fin anunciado con ostentación al principio del viaje, de una entrevista del rey con la reina de España Isabel, su hermana, la cual se realizó á mediados del año siguiente. Esta princesa, que concuerdan todos los historiadores en presentárnosla como dotada de todas las cualidades que pueden captare el amor y el respeto, habia antes sido destinada á D. Carlos, príncipe de España; pero habiendo fallecido María de Inglaterra, mujer de Felipe II, Isabel, víctima de razones de Estado, pasó á los brazos del padre, acaso sin olvidar los sentimientos que le habia inspirado el hijo. Este recuerdo tan presente y el humor sombrío del viejo esposo llenaron de amargura una vida que transcurrió en medio del pesar y acabó, según se cree, por el veneno.

Despues de su matrimonio no logró Isabel mas días serenos que los que tuvo en Bayona al lado de su madre y familia, en medio de una nobleza con quien habia vivido, y que se esmeraba en reproducir en su corazón lastimado algunos restos de aquella vivacidad francesa de que en otro tiempo habia participado. Nunca la corte estuvo mas brillante en ricos trages, trenes magníficos y pompas de todo género; hubo bailes, festines, torneos y todas las diversiones de que era susceptible una entrevista que no tenia otro objeto en apariencia que el placer. Sin embargo, en esta reunión entregada por todo á la alegría, existía un hombre que aconsejaba degedillos y melitaba asesinatos: este era el famoso Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, digno confidente de Felipe II. La reina conferenciaba frecuentemente con él. A juzgar por algunas palabras que el jóven príncipe de Bearne recogió, se ocupaban sobre el mejor camino que convendría adoptar para acabar con los calvinistas. Sin duda la reina opinaba por contemplaciones con los gefes: diez mil ranas, respondió el político Alba, no valen la cabeza de un salmon. Palabras que despues tuvo en cuenta Catalina.

Concluidos los festejos, Isabel se volvió á España y el rey partió para Nerac en Gascuña, residencia ordinaria de Juana de Albret, reina de Navarra. De grado y por fuerza restableció Carlos en estos países el ejercicio de la religion católica que dicha princesa habia proscrito; pero no pudo conseguir que ella misma la abrazara de nuevo. Juana no se escusó de seguir á la corte á su vuelta al centro del reino. En el camino la colmaba el rey de atenciones; pero la censaba con despecho los monasterios arrasados, las iglesias convertidas en ruinas, tiradas las cruces, las estatuas de los santos mutiladas, sembrado el campo de osamentas sacadas de los sepulcros, las poblaciones desmanteladas y las casi todavía lúgubres cenizas de los incendios de la última guerra. Esto era decir ya mucho á la reina de Navarra, adicta á la nueva religión hasta el martirio, si hubiera sido necesario. Nada respondió á quanto le dijo el rey, pero se grabaron en su corazón tales palabras en términos que le infundieron hácia él y su madre una desconfianza, que las mas seductoras apariencias nunca pudieron desvanecer.

Llegaron por fin á Blois á principios del invierno; la mayor parte de los señores del acompañamiento, cansados ya de tan prolongado viaje, se fueron á sus castillos; la corte no pensó mas que en descansar, señalándose para la solución de todos los negocios la asamblea fijada para el año de 1556 en Moulins. La gloria de la Francia no permite pasar por alto que en este año se levant-

to el sitio de Malta, donde acababan de establecerse sus intrépidos defensores. La ciudad y fuertes fueron atacados con verdadera furia por las tropas del mismo Soliman, que cuarenta años antes habia arrebatado la isla de Rodas á los caballeros de San Juan de Jerusalem. El francés Juan Parisot de La Vallette, entonces gran maestre, la defendió con la misma gloria y mejor éxito que el venerable Villiers de Isle-Adam habia defendido á Rodas. Debe recordarse tambien que otro francés, Pedro de Aubuson, gran maestre en 1490, habia sido tambien el que marchó en los muros de Rodas tantos lauretes como Mahomet II habia amontonado sobre su cabeza.

A la asamblea de los notables en Moulins fueron convocados los príncipes de la sangre, muchos cardenales, obispos, los caballeros de órden, los señores mas distinguidos y los presidentes de todos los Parlamentos. Carlos dijo que solo habia recorrido su reino para escuchar los clamores de sus súbditos, inquirir y remediar desórdenes, y pidió á la asamblea que le ayudara en este trabajo. El canceller Hospital redactó el discurso del rey y propuso un reglamento sabio y moderado sobre muchos puntos de jurisdiccion, como lo fijamos todavia. Se publicó el famoso edicto de Moulins. En cuanto á las cuestiones que dividian el reino y que debieron llamar toda la atencion de la asamblea, no se hizo mas que confirmar los edictos dados á este propósito y recomendar la paz.

Creyéase cien veces de una manera invariable, celebrando entre las dos casas de Guisa y Chatillon una reconciliacion solemne que en adelante las sirviera de freno. Cuando se firmó la paz de Amboise habia jurado el príncipe de Condé que el almirante no era culpable del asesinato del duque de Guisa, y que salia garante de su inocencia. No habia bastado esto para destruir las sospechas de los interesados, por lo cual no renunciaron al derecho de pedir venganza. Cuando la muerte del de Guisa, Ana de Este, su viuda, y Antonieta de Borbon, su madre, tia del príncipe de Condé, habian principiado por implorar el amparo de las leyes. Se las vé vestidas con largos ropages de luto, seguidas de sus doncellas cubiertas con grandes velos, desplegando segun la expresion de un poeta, *toda la magestad del dolor*, á travesar las calles de Paris con paso mesurado y lúgubre silencio, interrumpido solo por suspiros y sollozos, yendo alrededor de ellas los amigos y partidarios de los Guisais llamados al efecto. El cortejo fúnebre llegó al Louvre y se echó á los pies del rey demandando justicia. Carlos recibió bondadosamente á los suplicantes y permitió que el asunto se entablara en el Parlamento; y mas como viese que se agrabiaba mucho, lo reservó al Consejo, aplazándolo para despues de tres años como queda dicho.

El término fijado iba á espirar y se creyó oportuno aprovechar la asamblea de Moulins y no para juzgar, sino para traer las cosas á una avenencia. Despues de infinitas conferencias, pasos é instancias cuya relacion pasmaria, se convino en que, despues que el almirante jurase que él no era autor ni cómplice del delito, la viuda y el cardenal dirian que le creian inocente, y que se abrazarian para no conservar despues resentimiento alguno. Las cosas pasaron segun lo convenido, pero Enrique, hijo mayor del difunto, y harto joven todavia para contradecir, mostró á lo menos con su actitud fria que no tomaba parte alguna en la ceremonia. Cerrada apenas la asamblea, el duque de Anable, hermano del asesinado, tuvo la audacia, en presencia de la reina, de desafiar á los Coligny's á combate singular; estos se quejaron abiertamente de que los Lorenas querian asesinarlos ó envenenarlos. La misma sinceridad presidió á la reconciliacion del mariscal de Montmorency y del cardenal de Lorena, malquistados por asuntos particulares: se abrazaron tambien y se prometieron amistad. Tal fué, por decirlo así, el primer resultado de las intrigas que pulularon en los años de 1566 y 1567 y que llegaron á un desenlace funesto.

Para formarse una idea de las disposiciones generales que precedieron á los acontecimientos siguientes, debe uno representarse á los católicos, exclusivamente dominando lo antes, y mirando en consecuencia como un atentado á derechos sagrados el menor privilegio otorgado á los calvinistas. Estos, aunque nuevos, se indignaban de no ser en todo tratados como aquellos, y aspiraban á una completa igualdad. El rey, cansado de sus pretensiones, disimulaba por politica; mas joven como era no podia evitar que se trasluciese su disgusto: imprudencia que hacia cautos á los calvinistas amenazados. En fin, la reina madre se persuadió que á fuerza de artificios llegaria á cerrar los ojos á los mas perspicaces interesados en sondearla; en consecuencia pagaba astucia con astucia, siempre guardándose y siempre recelosa, pero llegó á ser sorprendida. Ueniendo á todo esto los odios personales, la ambicion y las otras pasiones por las cuales se dejan los hombres guiar, se tendrá la clave de los sucesos que condujeron la última catástrofe.

Es preciso imaginarse que el celo de todos los calvinistas no era como antes mas que una máscara con que se cubrian otras miras. Lo que cuando la conjuracion de Amboise no era mas que descontento y rivalidad de mando, se convirtió despues del degue-

llo de Vassy y el rapto de Fontainebleau, en persuasion y conviccion intimas por el contagio del entusiasmo que se apoderó de los confederados. Sucedió lo mismo entre los católicos: los mas tibios convirtiéronse en los mas ardientes por las prácticas esterioras de su religion para no ser confundidos con los sectarios. De este modo se veia en ambas partes un cambio que hubiera producido opimos frutos á no haber tenido otro móvil que el bien. Hasta la corte se abstuvo de comer carne en los dias prohibidos, y la reina despidió de su lado á las damas que por Pascuas no cumplieran con la Iglesia. Los calvinistas iban mas lejos todavia: ahorcaban á los adúlteros, lo que hizo que los cortesanos en sus bromas dijeran que aunque no tuvieran otra razon, nunca entrarían en una secta que colgaba á las gentes por ser galantes. A consecuencia de las reiteradas amonestaciones de sus ministros y para edificacion de su partido, el príncipe de Condé, cuya viudedad habia sido muy poco arreglada, tomó tambien la resolucion de contraer segundas nupcias con Francisca de Orleans, hermana de Leonor, duquesa de Longueville.

La rivalidad entre ambas religiones no se limitó á los alardes de observancia; quiso tambien apoyarse y aumentar sus fuerzas con votos, juramentos y confederaciones. El ejemplo dado por los protestantes no fué perdido para los católicos, que encontraron los primeros fundamentos de una liga que oponer á la de sus adversarios en las asociaciones conocidas desde tiempo inmemorial entre ellos con el nombre de cofrades. Tenian estas dias hijos de juntas, policia, comidas, ejercicios y fondos comunes. Llegó ya el entusiasmo hasta comprometerse por juramento á emplear vidas y haciendas en defensa de la fé atacada. De esta manera formáronse insensiblemente en las poblaciones cuerpos prestos á obrar á la voz de sus gefes, sirviendo los estandartes religiosos de banderas militares. Con esto se hizo mas osada la multitudumbre, y las contradicciones, insultos, burlas, desdenes entre las personas de diferente religion llegaron al extremo de producir turbulencias y deguellos que ensangrataron toda la Francia.

La manía de las asociaciones alcanzó tambien á la nobleza y grandes señores. Hubo ligas particulares que comprendian provincias enteras; durante el viaje de la corte se descubrió una, de que Luis de Borbon, los Guisais, el duque de Montpensier y los mas elevados del reino eran gefes. La reina en vista de esta novedad reunió un consejo extraordinario. La mayor parte de los confederados fueron amonestados, y se obligaron á no tomar las armas sino por orden del rey. Estas protestas no rompieron los lazos que creian ellos servir á tan buen fin, y prevalecieron sobre todas las demas consideraciones. Los hermanos se separaron de los hermanos, los padres de los hijos, y se vieron las familias divididas por el mismo cisma que fracturaba al Estado.

En cuanto á los calvinistas, como si estuvieran en pais enemigo, tenian sus signos de inteligencia, palabras conventuales, puntos de reunion señalados, listas de gente, reparto de contribucion, rutas con anticipacion trazadas, depósitos marcados, almacenes de armas y cuanto, en fin, podia ser necesario para una sublevacion general. Con todas estas precauciones esperaban los gefes la realizacion de las medidas que creian ya concertadas contra ellos. Tenian ademas en los estados protestantes y católicos emisarios públicos y secretos encargados de espíar á los ministros del rey, frustrar sus negociaciones si era preciso, ó entorpecerlas en ventaja suya. En suma de tiempo en tiempo hacían á la corte proposiciones razonables y peticiones exageradas, á fin de juzgar por la respuesta de las disposiciones ocultas; y bajo pretexto de visitas ó partidas de recreo, se juntaban en sus castillos, conferenciaban y tomaban resoluciones cubiertas siempre con el velo del misterio.

Despues de la asamblea de Moulins despidió el rey á los señores que la compusieron, creyendo que su presencia en la corte podia dar lugar á nuevas turbulencias: no returnó á su lado mas que al cardenal de Lorena y al mariscal de Montmorency; pero como si todo el calor de las facciones se hubiese concentrado en estas dos cabezas, eran siempre de opuesta opinion, degenerando en aculeosamente sus altercados en el Consejo en agrias recriminaciones. Para remediarlo, dispuso la reina que en ausencia del rey presidiera el duque de Anjou, su hermano. Del nombre de este joven príncipe se valia ella para salir con licimiento de algunas dificultades que á su marcha se oponian; así por ejemplo, cuando el príncipe de Condé pidió la lugartenencia general del reino, como la habia tenido su hermano el rey de Navarra, se le respondió que ya estaba prometida al duque de Anjou; y cuando Ana de Montmorency solicitó para el mariscal su hijo el cargo de condestable para cuando faltase su padre, le fué dicho que teniendo el rey la intencion de dar á su hermano la lugartenencia general del reino, no hacia falta condestable. Sin embargo, á fin de dulcificar lo amargo de la repulsa, la reina dió en compensacion á Montmorency una cantidad crecida de dinero, invirtiéndole así los Tesoros del rey en atenciones privadas.

Parace que Catalina no era muy escrupulosa sobre los medios de



que echaba mano para salir de un atolladero cualquiera. El cardenal de Châtillon es prueba de este genio acomodaticio. Su estado era motivo de escándalo general: obispo, cardenal y casado, tan pronto vestido de traje eclesiástico como de lego, podía su ejemplo acarrear consecuencias perniciosas. Se le exigió que renunciase los títulos de sus beneficios, y que se le dejara en posesión de los rendimientos. Tal condescendencia, contraria á los cánones, alarmó á la corte de Roma, viéndose obligada Catalina á mandar un embajador para que con el Papa arreglase este asunto. Estaba pues sin cesar reducida al triste extremo de no poder complacer á los unos sin estreñarse con los otros.

Harto tenía que hacer para contener al rey, su hijo, aunque era mas disimulado que lo que era de esperar á su edad. A vista de las nuevas pretensiones que todos los dias tenían los reformados, no podía dominar algunas veces su impaciencia. «No hace mucho tiempo, dijo el rey un día al almirante, que os contentabais con la tolerancia de los católicos; ahora ya pedís ser iguales: bien pronto querréis ser solos y echarnos á nosotros del reino. No tenís réplica esta observación; de manera que el almirante se retiró confundido sin contestar nada, pero sin renunciar tampoco á sus proyectos. En cuantas de los príncipes protestantes de Alemania, de quienes los calvinistas franceses habian solicitado una embajada, tanto para dar á conocer su crédito, como para conseguir por este medio algun nuevo privilegio. Los enviados instruidos á prevención por el almirante, despues de haber dado al rey de parte de sus años las protestas de la mayor amistad y deseos de vivir en paz, le pidieron completa libertad de conciencia para todo el reino, sin escepcion de tiempo, lugar ni persona. Poseído Cárlos de indignación, en términos que apenas le permitia hablar, les respondió: «Conservaré la paz con vuestros príncipes si ellos no se entrometen en los negocios de mi reino, pues tampoco yo me meto en los suyos.» Y despues de un momento de silencio, añadió con tono de despecho: «Tambien estoy decidido á pedirles que permitan la predicación y decir misa á los católicos en sus pueblos.» Catalina, segun su ordinaria política, á fin de que olvidaran los enviados la dureza de la respuesta, les hizo grandes honores y los colmó de presentes.

A pesar de estas deferencias, los celosos calvinistas perdian terreno. Circuló á principios del año 1567 un libro, que se sospechó haber sido escrito por un ministro llamado Roziere, leyéndose en él esta máxima abominable: «Es licito y laudable quitar la vida al rey ó reina que se oponga á la reforma del Evangelio.» Saliendo Catalina de su asonamento para ir á misa, vió á sus pies una carta, en la cual se le decía que si no otorgaba el libre ejercicio de la religion reformada, seria tratada como el duque de Guisa y el presidente Minard, exhortándosele en consecuencia á temer la cólera de Dios y la desesperación de los hombres. La reina, sin descortarse, continuó caminando á su objeto por rodeos que desorientasen á los que tanto interés tenían en penetrar sus intenciones.

«Se habia exasperado mas, dice Pasquier, á los hugonotes con los edictos durante la paz, que con la fuerza durante la guerra.» Pero su desconfianza daba á conocer, que para descargar mas certero el último golpe, era preciso gran tino y oportunidad. Catalina parecia determinada; toda su dificultad consistía en levantar tropas su almirante, á las calvinistas; una circunstancia rara vino á proporcionar los medios de lograrlo tal como deseaba. El rey de España queriendo llevar la guerra á los Países Bajos contra sus pueblos suaverinos por la inquisición, resolvió enviar allá á principios de 1567 un fuerte ejército, al mando del duque de Alba por la Saboya, el Franco-Condado, y las fronteras de la Lorena mas vecinas á Francia. A esta noticia, que se tuvo cuidado de dar mayores proporciones, añadiendo que el mismo rey de España seguiría en persona: la reina aparentó temer que ejército tan numeroso intentara algo contra el reino al pasar por la frontera; celebró un consejo á que fueron convocados católicos y protestantes sin distinción, y en él se resolvió por unanimidad que era preciso ponerse en guardia y guarnecer de tropas las provincias mas espuestas.

En su consecuencia dictó Catalina órdenes apremiantes; se pusieron en pié de guerra las antiguas compañías, se levantaron otras, se aprontaron por todos lados hombres y recursos, y la corte armó seis mil suizos que pronto se pusieron en marcha. Para dar aun mas viso al asunto, envia la reina á Aubeupine, secretario de Estado, con el encargo de sondear las disposiciones de su corte y de exigir á Felipe que alejase el ejército; pero se habia tenido buen cuidado antes de despachar secretamente al padre Hugo,

religioso de S. Francisco, á enterar de esta maniobra al rey de España, quien para acreditar las ideas que se deseaba inspirar á los calvinistas, recibió á Aubeupine de un modo desagradable.

El príncipe de Condé y sus confederados propusieron en esta ocasion armar los reformados; oferta que disgustó al rey, porque era decirle que sus súbditos le creían bastante autorizado para armar gente en sus estados. Lejos de aprovecharse de su buena voluntad, no se echó mano de ninguno de ellos para los mandos á que por sus cargos ó nacimiento eran llamados, sino que se dieron á católicos de quienes estaba la corte segura, habiéndose conferido también á estos los demas gobiernos que vinieron á vacar: tales desaires picaron vivamente á los postergados. En este intervalo, pasó el duque de Alba sin apariencia alguna de hostilidad por parte de Francia; al contrario se le dieron víveres y otros socorros que necesitaba.

Las tropas alistadas, segun se decía, para observarle, no fueron licenciadas; y los seis mil suizos continuaron avanzando al centro del reino bajo el mando del coronel Sfilfer, general entendido; en fin, los principales calvinistas recibieron aviso dado, dice Dávila, por uno de los señores mas distinguidos de la corte, de que se habia celebrado un consejo secreto en el cual se habia resuelto: apoderarse del príncipe de Condé y del Almirante; encerrar al primero por toda su vida en una prision y deshacerse por cualquier medio del otro; meter dos mil suizos en Paris, dos mil en Orleans y dos mil en Poitiers; introducir en todas las plazas sospechosas buenas guarneiciones compuestas de tropas movilizadas; revocar el edicto de pacificación, y proscribir en todas partes el ejercicio de la nueva religion. Este proyecto, su certeza y los medios de ejecución y defensa fueron inmediatamente discutidos en Vallery en el castillo del príncipe de Condé, sin decidirse nada. Los confederados acudieron despues á Châtillon del Loing á casa del almirante, y allí la proximidad del peligro les inspiró resoluciones vigorosas.

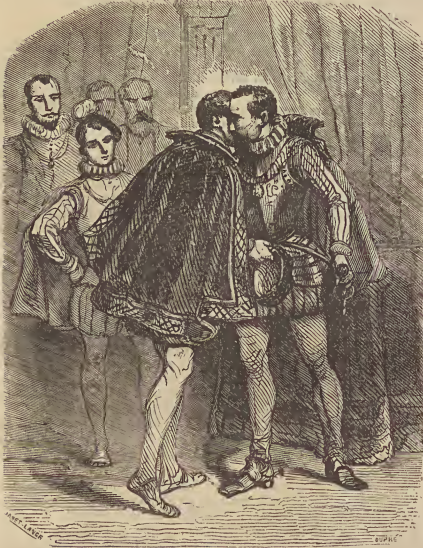
La corte pasaba la buena estación en Monceaux, en Bric, casa de campo no fortificada: vivia sin precaucion alguna como si estuviera agena de designios, cuyo menor conocimiento podia excitar la desesperación de multitud de hombres vengativos, é impelerlos á los mas espantosos excesos. Mientras se abandonaba á esta seguridad tan completa, se esparció en los primeros dias de setiembre el rumor de que habia movimiento en algunas provincias. Los correos que llegaban á la corte de diferentes partes del reino, contaban que nunca habian visto en los caminos tanta gente de nobles y personas á pie y á caballo, todos en direccion de la corte. A pesar de tales avisos continuó la corte en sus distracciones.

A mediados de setiembre llega Castelnau, hombre de cabeza y de corazon, que venia de cumplir en Flandes una misión del rey: cuenta que muchos nobles de Picardia y de las cercanías le pidieron que los admitiese en su compañía, y que en el camino les oyó hablar de ejércitos, ataques y sorpresas. «Si hubiera un ejército de hugonotes en pie, responde bruscamente el Condestable, yo lo sabria.—Es un crimen capital, añade el Canciller, dar á su soberano noticias falsas que tienden á hacerle desconfiar de sus súbditos.—A lo menos, repone Castelnau, que me sea permitido enviar alguno á indagar en las inmediaciones del castillo del almirante.» Se consintió en ello, é hizo partir sucesivamente á sus dos hermanos.

El informe del primero, demasiado vago, no causó sensación; mas á consecuencia de lo que dijo el segundo, envió el rey, para mejor cerciorarse, una persona de confianza al almirante, á quien encontró ocupado en la vendimia. Sucedió el día 26 de setiembre, y el 27 estaba ya toda la Francia en conflagración: apenas habia cuatro años y medio que el edicto de Amboise habia dado la paz. En un mismo dia, dice Tabanneux, se tomaron cincuenta plazas, y el 27 por la tarde se encontraron reunidos en Rosas, y quezosa población á cuatro leguas de Meaux, un cuerpo numeroso de caballería compuesto todo de nobles, mandados por el príncipe de Condé, el almirante, Andelot su hermano y Larrochefoucault. Si en seguida se hubieran dirigido á Monceaux, indudablemente habrían sorprendido la corte. Dejaron la expedición para el siguiente dia, vispera de San Miguel, con la esperanza de hacer una captura mas considerable, pensando que el rey debía presidir un capitulo de la orden y que se podría coger mayor número de caballeros. Esta miserable consideración desconcertó el plan. Noticiosos la reina durante la noche no comió la misma falta: partió al instante y se refugió á Meaux con toda la corte.

El terror se habia apoderado de todos los espíritus. Reunióse el consejo y el primer dictámen fué llamar á los seis mil suizos que estaban diseminados en puntos no distantes. Solo el canceller se opuso á esta resolución: pensaba por el contrario que lo que convenia era licenciar estas tropas extranjeras, á fin de lograr que los calvinistas atraídos por esta condescendencia depusiesen las ar-

mas. «Señor Canciller, dijo la reina, ¿quereis hacernos creer que no tienen otra intencion que servir al rey?—Si señora, replicó Hospital, si se me asegura que no se les quiere engañar.» Su opinion mirada como muy espuesta, no fué seguida. Envidronse correos á los suizos, cuyos entretes á causa de su dispersion corrian riesgo de ser sorprendidos; se apresuraron á obedecer y llegaron á Meaux el 23 por la tarde, sin haber sido atacados por los confede-



Reconciliación del duque de Guisa y del príncipe de Condé.

rados á quienes la reina habia hecho proposiciones á fin de detener su marcha y el primer ímpetu.

Llegados los suizos se trató de decidir si apoyado en este refuerzo se retiraria el rey á Paris, ó se quedaria en Meaux á riesgo de ser sitiado por sus súbditos. Fué la opinion de la mayoría que no era prudente esponer al rey en campo raso con sola infantería, contra un cuerpo de caballería cuya fuerza se ignoraba; que era mejor permanecer en Meaux, y enviar algunos señores para que levantasen tropas y viniesen después á proteger la corte en caso de ataque; habiendo añadido que arriesgar una batalla seria siempre ganada ó perdida, tomar al rey irreconciliable y obligar á los calvinistas á no envainar la espada que hubiesen ya esgrimido contra su soberano.

La resolusion de quedarse iba á prevalecer, cuando llegó á saberse que los confederados no eran tan fuertes como se les habia creído. En esta seguridad, el duque de Nemours mirado como el jefe de la casa de Guisa, puesto que se habia casado con Ana de Este, viuda del último duque, el cardenal de Lorena y todos sus partidarios opinaron por la marcha á Paris: en fin, Siffer y sus suizos demostraron tan buena voluntad, y solicitaron con tantas instancias el honor de escoltar al rey, prometiendo conducirlo sano y salvo á Paris, cedió la reina. «Idos ahora á descansar», dijo ella, y mañana temprano confiaré á vuestro valor la suerte del rey y la salud de su reino.

A media noche sonaron los tambores en el cuartel de los suizos: á esta señal, ministros, embajadores, el rey, la reina, sus camaristas, todos en fin se ponen en movimiento; los suizos forman un cuadro dentro del cual reciben al rey y su comitiva como en un recinto fortificado, y se ponen en marcha precedidos del duque de Nemours que mandaba la caballería ligera de la guardia, y un escudaron de cortesanos sin otras armas que sus espadas. Aun no habian andado cuatro leguas, cuando el cuerpo del príncipe de Condé se presentó á atacar: los suizos enristraron sus picas prontos á resistir: tan fiero continente impuso á Condé que no se atrevió á dar la embestida por el frente. Andelot y Larochehoucauld tentaron tambien inútilmente envolver los costados y la retaguardia. En esta ocasion el jóven monarca hostigado por la ira, quiso cargar él mismo y hubiera sin duda empenado la accion, á no haberle contenido el Condestable. Serenos los suizos continuaron su marcha aunque siempre rodeados por la caballería que guardaba los lados del cuadro. La imposibilidad de obtener un éxito completo, liizo desistir á los confederados de emprender un ataque formal, en el cual con detrimento de su causa podian correr riesgo el rey ó la reina. El día se pasó en escaramuzas sin importancia; mas al anochecer, el rey, la reina y los principales de la corte escoltados por algunos destacamentos salidos de Paris á la noticia del peligro en que estaba el monarca, tomaron la delantera y ganaron la capital con una pequeña escolta; el batallon suizo no llegó hasta muy entrada la noche. «Sin el duque de Nemours,



María Stuardo abandonando la Francia.

decía después Carlos IX, y mis buenos compinchos los suizos, mi vida y mi libertad estarian en grave riesgo.»

Esta era la opinion de la corte; mas los calvinistas protestaban que era una calumnia, pues solo habian tomado las armas para arrojar del lado del rey sus enemigos y salvarse, según la expresion de La Noue, antes con los brazos que con las piernas. Una vez lanzados en la guerra, resolvieron cuatro cosas: tomar pocas

plazas, pero importantes; levantar un ejército poderoso; acabar con los suizos, y hacer prisionero al cardenal de Lorena, tanto para alejar de la corte a un hombre que miraban como un instigador perpetuo en su contra, como para tener en rehenes en caso de una desgracia.

La ejecución del plan faltó en casi todas sus partes. Sabiendo el cardenal en Chateau-Thierry, había salido de Meaux y refugiándose en Chateau-Thierry con tan buena oportunidad, que todos sus equipajes cayeron en poder de los otros. El proyecto contra los suizos fué suspendido por las conferencias que la reina entabló con los confederados á fin de ganar tiempo para que sus auxiliares entrasen en Meaux, y una vez escudados con la corte no pudieron los calvinistas atacarlos como hemos dicho. En cuanto á las poblaciones importantes, les faltaron aquellas donde pensaban entrar, y lograron apoderarse de otras con que no contaban. En fin, para salir frustrado completamente el plan, en lugar del ejército que deseaban, por no haber dado tiempo á que se les uniese infantería, no tenían mas que una división de caballería, propia únicamente para un golpe de mano. A pesar de todas estas desventajas, marcharon osadamente á acampar frente á París.

Les fué notificada de parte del rey una amnistía general si dejaban las armas en el término de veinte y cuatro horas, y que los que despues de este plazo fuesen cogidos, sufrirían la pena capital; mas estas amenazas no impidieron á los confederados llevar á cabo el andaz proyectado de bloquear á París con un puñado de hombres y de privarla de viveres. Quemaron los molinos, se apoderaron de los puentes, cuya posesion podia hacellos dueños del río, y pusieron buenas guarniciones en los castillos que dominaban los caminos por donde venían los viveres. Apremiada de esta manera la reina, acudió á su ordinario recurso de las negociaciones; hizo proposiciones de arreglo que escucharon los confederados.

Se llegó á trazar un proyecto de edicto, que no se formalizó, menos á causa de las exorbitantes exigencias de los calvinistas, que de una astucia de que se valieron para atraerse la multitud. Pidieron la asamblea de los estados y la disminucion de los impuestos, insufribles ya por el manejo de los agiotistas italianos; al mismo tiempo hicieron popular en las poblaciones de que se habían apoderado, que ellos no tomaron las armas sino para obtener la rebaja de las contribuciones y el alivio del pueblo. La reina, picada sobre todo por lo que se decía de los italianos, y que evidentemente aludía á ella, no quiso oír hablar mas de acomodamiento.

Así el 7 de octubre se envió á la villa de San Dionisio, de que los confederados se habían hecho dueños, un heraldo portador de una orden del rey firmada por dos secretarios de Estado, que contenía

la alternativa ó de deponer las armas ó de declarar que insistían en su motin, para que según su resolucion adoptara S. M. las medidas que creyera convenientes. Esta orden fué dirigida á todos y á cada uno de los gefes siguientes, que figuraban al frente de los revoltosos á saber: el príncipe de Condé; los tres hermanos Coligny; Odet, cardenal de Châtillon; Gaspard, almirante; Francisco Andelot; Francisco de Hangest de Geulis; Jorge de Clermont de Cant Jacobo; Francisco, conde de Saulx; Francisco de Barbanzon de Cant Jacobo Boucard; Bayencour de Bouchehans; Ally de Pequigny; Santiago Brouillard de Lizy; Antonio de Vandray de Mouy; Juan Ragnyer de Esternay; Gabriel, conde de Montmorency, y Juan de Ferriere, vi-dame de Chartres.

Esta comunicacion embarzó á los confederados. El príncipe de Condé, al ver que se le acercaba el heraldo con un pliego en la mano,

le dijo en tono irónico: «Cuidado con lo que vas á hacer, porque si me traes algo contra mi honor, mandaré ahorcarte.—Vengo, respondió el heraldo, de parte de nuestro comun amo, y las amenazas no me impedirán obedecer sus órdenes.» En seguida le entregó el pliego. El príncipe dijo que daria la contestacion dentro de tres dias. «Es preciso que sea á las veinte y cuatro horas» replicó al retirarse el heraldo. Discutióse mucho sobre esta comunicacion, que desconcertó á los confederados. Tomaron el partido de contestar con prudencia, pidiendo que se atribuyese á su celo lo que habían dicho de los impuestos y convocacion de los estados. Esta salida dió aun esperanzas de paz á los bien intencionados; y como la reina persistiese todavia en su disgusto, se encargó el condestable de renovar las conferencias.

Anne de Montmorency por una parte, y el príncipe de Condé por la otra con algunos de ambos partidos, se avistaron en la Chapelle, pueblo entre París y San Dionisio; mas la negociacion fracasó desde las primeras proposiciones. Los calvinistas pidieron el ejercicio general,

público é irrevocable de su religion; el condestable declaró que al otorgar algunas franquicias á los hugonotes, no había sido nunca la intencion del rey darles carácter de perpetuidad, sino al contrario, permitir solamente una religion en el reino. No habiendo pues querido conceder nada ninguno de los dos partidos, se separaron despues de un vivo altercado entre el condestable y Coligny, su sobrino, preparándose cada cual para la guerra.

Mientras en esto se iba el tiempo, aumentábase de dia en dia el ejército del príncipe; de todas las provincias le llegaban refuerzos, con ayuda de los cuales se fortificó en sus posiciones, resuelto á esperar un cuerpo de caballería alemana que para él se estaba reclutando en aquel pais. Mas á pesar de este aumento, era todavia mucho mas numeroso el ejército real que estaba en París. La ge-



La familia de Guisa yendo á pedir justicia al rey.

neral opinion era que no se debía diferir por mas tiempo el atacar al principe, á fin de no dejarle fortificar: los parisienses lo pedian así con instancias, no porque les incomodase mucho el bloqueo, que no se extendia á toda la poblacion, sino porque sabiendo que estaban los calvinistas acantonados en las casas de los alrederores, «no les placia tener en sus quintas, dice La Noue, semejantes huéspedes.»

El condestable no se decia esperando que algun acontecimiento favorable trajese la concordia é impidiese el derramamiento de sangre francesa; mas se le persuadió que estas dilaciones le hacian sospechoso de connivencia con los enemigos, determinándose en consecuencia á arriesgar la batalla en las llanuras de San Dionisio, de donde tomó su nombre. El ejército real, ademas de la ventaja del número, lo que habia hecho creer al condestable que los confederados rehusarian el combate, tenia las de la artillería y terreno. Los calvinistas se vieron atacados en el momento en que se habia separado de ellos para una expedicion al otro lado del río, un fuerte destacamento mandado por Anoleit; sin embargo de lo cual aceptaron la batalla y se sostuvieron con un valor que tuvo inusual la victoria; el número por fin los abrumó, y los católicos quedaron dueños del campo.

Cara les costó á estos, porque muchos señores de los de mas viso quedaron en el campo, y entre ellos el condestable, que demostró en la accion como siempre, todo el vigor de un jóven y el valor del soldado. Solo, en medio de un escuadrón enemigo, abandonado de los suyos que habian huido ó muerto á su lado, se defendia aun, cuando vió que le apuntaba Stuart, uno de los que despues de la conjuración de Amboise forzaron las prisiones de Blois. «¿Qué! ¿no me conoces?» le grita Montmorency.—Pues porque te conozco, contesta el feroc Stuart, te envío esto. Y le disparó al mismo tiempo el tiro, aunque tan de cerca, que fué herido por la espada del condestable.

Los calvinistas se arrojaron sobre él para llevárselo, y los católicos lo arrancaron de sus manos. Tan lastimado por los tirones como por las heridas, despues de haber presenciado la fuga de los enemigos, consintió Montmorency en ser transportado á París. Fué visitado por el rey y la reina, y recibió las demostraciones mas tiernas de toda la corte, aunque pocas por parte del pueblo, que no veía en él todo el fanatismo que exigia. El condestable, sin embargo de su probada adhesión á la religion católica, temporizaba algunas veces, y con la esperanza de pacificar, mitigaba la dureza de algunas medidas, lo que no agradaba á los exaltados, que hubieran querido que sin consideracion alguna se llevasen las cosas al ultimo estremo.

Montmorency amó sinceramente la religion: cuando la vió seriamente atacada, nada fué capaz de contenerle; abandonó parientes, amigos, intereses de familia, y se unió de buena fé á aquellos á quienes creyó pronto á defenderla, por mas que fuesen rivales suyos. Sostuvo siempre que solo una religion debia haber ca el estado, y fué marqués de su opinion. Lenó con verdadera fé todos los deberes que existia de él su penosa situacion, y espiró al tercer dia despues de la batalla con la valerosa resignacion de un héroe cristiano. Ya hemos visto que era brusco y poco sufrido, habiendo conservado este carácter hasta el último momento. Se hace mención de que impacientado por el religioso que trataba de alejar de él los terrores de la muerte, le dijo: «Dijadme, padre mio, ¿creéis que pude haber vivido con honor cerca de ochenta años sin haber aprendido á morir un cuerto de hora?»

Como sucedió á veces despues de una viva contienda en que los rivales se proponían á excesos, la corte estuvo por algunos dias sumida en una triste inaccion. «En efecto», decia el mariscal La Vieville, «no es tampoco V. M. quien ganó la batalla.—¿Quién pues? preguntó con vivacidad Carlos IX.—El rey de España» respondió el mariscal. Este principe jugaba en realidad con la corte de Francia. Despues de la batalla de San Dionisio, permitió al duque de Alba enviar algunas tropas al rey, aunque no las bastantes para acabar con los faciosos. Estos al dia siguiente de la accion volvieron á presentarse delante de París, y quemaron algunos molinos de las cercanías; pero en seguida ganaron á marchas forzadas la frontera de la Lorena, donde contaban encontrar la caballería que esperaba de refuerzo. El ejército real se dividió y procedió á perseguirlos.

En uno diferente estado se encontraban ambos: estaba el del rey bien pagado y perfectamente equipado de cuanto podia serle preciso; pero tenia á su frente al duque de Anjou, jóven de diez y seis años nombrado lugarteniente general del reino, con el pretexto de que era el inmediato al rey para marchar en persona contra los rebeldes. Una multitud de capitanes, principes de la sangre y mariscales de Francia le servian de consejo, ó mejor dicho, celosos los unos de los otros, querian todos mandar, y la confusion no podia ser mayor. Los calvinistas no tenian mas que sus armas: no se habia tratado ni de fondos, ni de provisiones ni asilos; todo les era forzoso sacarlo de los lugares y pueblos pequeños, sorprendiéndolos

para arrebatarse el pan á sus moradores. Con tales desventajas se iban retirando á la Lorena en la estacion mas cruda del año, cubiertos de lodo y rendidos de fatiga, pero llenos de valor y de una justa confianza en la pericia y union de sus gefes. En el intervalo de nuevas proposiciones de paz que les fueron hechas con la intencion de retrasar su marcha, fué alcanzada su retaguardia por la vanguardia del ejército real mandada por el duque de Montpensier, que la puso en fuga cerca de Chalons. Cercados de pueblos enemigos, debieron sufrir una nueva derrota que los acabase enteramente; mas la poca armonia de los gefes católicos retardó la llegada del ejército real. El principe de Condé y Coligny se aprovecharon de tal tardanza para apresurar su retirada al otro lado del Mosa, que pasaron por San Miguel protegidos por su caballería, dándose despues tal diligencia, que el ejército real los perdió de vista.

Era el fin de diciembre cuando se encontraron seguros ya detras del Mosa, donde se unieron á las tropas auxiliares de Juan Casimir, hijo segundo del elector palatino; pero despues de cinco dias de espera, no se sabian mas noticias que cuando estaban delante de París, lo que hizo murmurar á muchos hasta de la nobleza, y inculcando en sus conversaciones con aspreza á los gefes. El principe de Condé, de carácter atrevido, se hablaba de estos hombres coloridos y aprehensivos, precisándole á retroceder si no se le auxiliaba con sus palabras graves los avergonzaba y hacia callar. Cuando se se hablaba de separarse, contestaba que al contrario, si los ginetes alemanes no llegaban, era preciso irlos á buscar al lugar marcado, porque solo uniéndose hacia salvacion. «Y si no fuesen encontrados, objeta La Noue, ¿qué harán los hugonotes?»—Yo creo, responde el principe, que se suplarán los dedos, porque hace mucho frío.

Los confederados empuro no se vieron reducidos á tal estremo. Se divulgó que el principe Casimiro se aproximaba; y entonces ya no se oian mas que canciones y chistes, siendo los que mas habian murmurado los que mayor regocijo manifestaban. Pero sobrevienen nuevas dificultades: llegó á saberse que los ginetes alemanes contaban al unirse por lo menos con cien mil escudos, y apenas habria dos mil en caja. La reina Isabel se habia encargado de dar dinero para este abastecimiento. Ligada siempre á los hugonotes, se creia autorizada para ello, tanto mas cuanto que la corte de Francia acababa de rehusarle la restitucion de Gales estipulada en el tratado de Clateau-Cambresis, dando por pretexto sus manejos, así en Francia como en Escocia. Su flinera sin embargo no llegaba, ni habia noticias de que llegase pronto; de manera que fué preciso buerced de la necesidad virtual. El principe de Condé y los demas gefes espusieron su apuro á los oficiales, y estos á los soldados; á los motivos de honor unieron los ministros motivos religiosos, y se despojaron todos de cuantas joyas y demas objetos llevaban á propósito para venderlos; la comun angustia hacia que se escitaran los unos á los otros. La emulacion fué grande; ninguno queria quedarse atrás, y hasta el último galopin echó su bongo, haciendo cuestion de honra el dar lo mas que se pudiera. Ejemplo acaso único de un ejército sin recursos, en el cual cada soldado se priva de lo que tiene para pagar á los otros. Con estas contribuciones voluntarias llegaron á reunirse unos ochenta mil escudos, con los cuales se contentaron los alemanes. Reunidos entraron en Francia en los primeros dias de enero de 1563.

Ya no era una tropa errante,uyendo ante el enemigo victorioso y temible, sino un ejército activo, lleno de confianza y capaz en adelante de afrontar al vencedor. Se resolvió llevar la guerra al rededor de la capital, para que la corte, usando mas de circosus casualidades, se prestase mas facilmente á la paz. En una negociacion entablada despues de la batalla de San Dionisio, mientras el principe perseguia se retiraba á la frontera, habia conocido la desventaja de tratar leyendo. En estado ahora de atacar, contaba con dar á su vez la ley: todo dependia de las operaciones militares. Los confederados resolvieron tentar algun golpe de mano que diese lustre á sus armas: avanzaron francamente por la Francia, y en su camino su ejército con cuerpos considerables que se unieron á su paso por la Borgona y el Orleansado, á pesar de la oposicion de Luis Gonzaga, duque ya entonces de Nevers, por su matrimonio con la celebre Enriqueeta de Cleves. Contando unos veinte mil hombres, pusieron sitio á Chartres con el descao de apurar á París que sacaba sus principales provisiones de la Beauce.

La reina entendiya siempre las negociaciones. Si Catalina, como se dice, cifró toda su felicidad en gobernar sola y en ser árbitra de los negocios, ¿por entonces cuando ocasion pudo desear de satisfacer su anhelo. Con un rey mayor, capaz por consecuencia de dar algun peso á las decisiones, no hubiera dominado en el consejo por medio de ministros enteramente adictos á ella, como sucedia ahora. Con un general nio rodeado de capitanes puestos de su mano, mandaba tambien to mismo que en el consejo, mostrando en todo una actividad infatigable. Despues de la batalla de San Dionisio habia enviado al principe de Condé proposiciones insidiosas con el fin de retardar su marcha y hacerle bair; mas, sea mala voluntad ó negligencia, los generales realistas le habian dejado escapar. Sos-

pediendo la reina alguna connivencia, parte de París el 3 de enero, examina y forma su opinión sobre el campo, remplaceando en seguida con otros los capitanes que crece culpables. Conferencia en Chalons con el cardenal de Chatillon, encargado por los confederados de presentar sus proposiciones de arreglo; no poniéndose de acuerdo, cita Catalina al prelado a Vincennes, vuelve á París y dirige por sí misma la nueva negociación que se frustró también. En fin, viendo que no había otra alternativa entre una pronta paz ó una batalla en el corazón de la Francia, indica ella una nueva conferencia en Lonjumeau. Los plenipotenciarios fueron, de una parte Gontant de Biron, mariscal de campo, y Mesmes, señor de Malaisise; de la otra el cardenal de Chatillon y su consejo: fueron admitidos por mediadores un enviado de Inglaterra y otro de Florencia.

El brillante ejército de los calvinistas continuaba el ataque de Chartres, hábilmente defendida por Lignieres; el dinero del rey, desdramentado distribuido, ocasionaba gran desercion entre los alemanes: los franceses murmuraban al ver que se prolongaba indefinidamente una guerra que ellos creían debía haberse terminado con la sorpresa de Meaux, por lo cual compañías enteras abandonaban el campo, y se volvían á sus hogares. A fin de aumentar el desconcierto, se hizo circular copia de las condiciones que el rey proponía y rechazaba el principio; á saber, la promesa del libre ejercicio de la religion reformada, y el compromiso de pagar á los alemanes. Los gefes hubieron querido mas seguridades; pero en la persuasion de que bien pronto se verían abandonados, firmaron la paz que fué publicada el 25 de marzo. Fueron las condiciones que los hugonotes entregaron las plazas de que se habían apoderado; que se licenciaran las tropas extranjeras, por una y otra parte alistadas; que el rey anticipara en calidad de reembolso el sueldo de los confederados; y que había de perdonar á todos, volviéndolos á su gracia; renovaba, autorizaba y prometía ejecutar según su forma y tenor el edicto de pacificación de 1565 sin ninguna de las restricciones del edicto de Roussillon. Aludiendo á Armando de Gontaut, baron de Biron, que era cojo, y al señor de Malaisise, plenipotenciarios los dos de la corte, fué llamada «la paz coja y mal asentada y la paz chica.» Los desconfiados, dice Laboureur, fueron los dos calvinistas.

Publicada la paz se licenciaron los ejércitos. Habíase estipulado que á medida que los alemanes salían de Francia, las tropas españolas, papales y suizas llamadas por el rey, saldrían también; pero no había medio de deshacerse de la caballería alemana. Se la debían gruesas sumas, y la corte no podía pagarles según se había ofrecido. Creyese que se satisfaría con promesas aplazando el pago; pero á esta sola proposicion se enfurece aquella soldadesca interesada y á banderas desplegadas toma el camino de París amenazando con llevar á sangre y fuego los alrededores; el embarzo de la corte entonces fué grande. Algunos del consejo propusieron enviar contra ellos á los otros alemanes, que debían venir en socorro del rey al mando de Juan Guillermo, duque de Sajonia, hijo del elector despojado por Carlos V, y conuado de Casimiro, para que así se destruyesen recíprocamente; mas aun prescindiendo de lo lejano que estaba este remedio ¿quién podía asegurar que una vez encontrados no se unirían para poner á la corte en mayor conflicto? Creyese pues mas prudente apaciguarlos, y Catalina, acostumbrado ya á tratar con ellos, recibió tal comision.

Los dió algun dinero, haciéndoles esperar otra cantidad en el camino; pusieronse en marcha fiados en tal promesa, pero la intencion de su cumplimiento fué disminuyéndose á proporcion que se alejaban de la corte. Enfurecieronse los engañados alemanes y hubo de correr graves riesgos la vida de Castelnau que entre ellos se encontraba: le aseguraron como prenda de lo que se les debía; hicieron un estrago horroroso en los pueblos del tránsito; y se apaciguaron por fin, mediante un regalo hecho á su gefe, que los entró de nuevo en su país cargados de botin y dejando en libertad á Castelnau.

El principe de Condé, el almirante y los otros, de gefes poderosos, quedaron reducidos á simples particulares y se retiraron á sus castillos. No contaban sin duda con esta paz, aunque las personas desinteresadas prevían un desenlace poco favorable. Cuando se separaron escribía Pasquier á sus amigos: «Si se arria alguna emboscada, no tienen salvacion los hugonotes, porque el principe de Condé está en Noyers en la Borgona, Anetot en Bretaña, La Rochefoucauld en Angoumois, Acier en Borgona, el vizconde de Montausy y Berniquet la Gaseuña, los señores de Genlis y de Montay en Picardía, y Montmorency en Normandía; si son perseguidos no se podrán escapar.» Laboureur, por el contrario, dice que esta dispersion los salvó, porque para prenderlos «hubiera sido precisa una red tan grande como todo el reino; empresa loca y temeraria en que sin embargo se pensó.

El corto intervalo que medió entre la paz y la guerra, no se pareció esta vez al reposo que hasta entonces había servido como de separacion entre los periodos borrascosos. El sistema de la corte fué enteramente diferente. En lugar del tacto con que antes se quería evitar llegase á los calvinistas noticia alguna que pudiese

ralarmarlos, dábase á conocer que se adoptaban francamente todos los medios para sublevar al pueblo. El púlpito principalmente soltaba invectivas contra los sectarios y ofrecia relexiones sediciosas sobre la paz, exhortando á romperla: se fué avanzando poco á poco en estas máximas abominables, propalando que no era obligatoria la fé prometida á los hereses, y que era una accion útil, piadosa, justa y grata á los ojos de Dios, el degollarlos. El fruto de estos discursos eran ó conmociones públicas, ó asesinatos que se quedaban impunes. Penalizaciones en París y desgracias en las provincias habia solo para aquellos que se sabia tenían ó habían tenido relaciones con los gefes; el puñal, el veneno, y el encierro los destruía y con «los las inquietudes que podian causar.

Prendían los calvinistas que en tres meses perecieron por estos medios execrables mas de diez mil personas; cálculo exagerado sin duda, pero que reducido á sus justos limites es aun capaz de escitar el mayor horror contra las guerras religiosas. Testigos de estos excesos los calvinistas que mas se habían inclinado á la paz, decían suspirando: «Nosotros hemos obrado con locura; fuerza es que la apuntes hasta las heces, aunque la bebida sea amarga.» Lo que mas les aligera era no tener una persona al lado del rey para manifestarle lo que pasaba. Habiendo la reina conocido por experiencia que del mal efecto de algunos de sus proyectos era la causa indiscretos ó traidores, ademas del consejo de estado creó otro particular que, dice Davila, ser el origen del consejo privado. El canceller no solo fué escuálido, sino que por sospechoso cayó en desgracia y tuvo que retirarse á sus posesiones, entregando los sellos. Los que como él se inclinaban á la tolerancia, aunque católicos, fueron llamados *politicos*; denominacion que se tomó en una acepcion odiosa, como si se les acriminase el sacrificar su conciencia á intereses humanos.

Teniendo que este partido moderado llegase á tomar incremento, hizo la reina firmar á la corte, y envió con igual objeto á los gobernadores de las provincias, una fórmula de juramento, por la cual los firmantes se obligaban á no reconocer ni cumplir otras órdenes que las del rey, á no tomar las armas sino por su mandato, á no firmar ni toda secreta empresa que no tuviera su formal aprobacion, y á darle conocimiento de las que descubriesen; en una palabra, á estar para siempre unidos de alma y corazon con los católicos en la defensa de la patria. Esta última cláusula dió ocasion sobre todo, en las provincias afectas á los Guisais, á añadir otra fórmula en términos mas fuertes todavía, que revelaban los perniciosos principios en que la liga estabaha.

No fué permitido ser decidido á medias. En la corte como fuera, se hizo alarde de un fanatismo, que al decir de las gentes atizaba el cardenal de Lorena, a quien se atribuían tambien los consejos porque se dejaba guiar la reina. Contra él amontonaban injurias los reformados en todos sus escritos y aun en aquellos que dirigian al rey y á la reina: su odio no les permitía guardar consideraciones ni respetos. Los manifiestos, lamentos, escritos apologeticos se sucedían con una rapidez maravillosa. Todos tendían á probar que el partido opuesto habia faltado primero á los compromisos del tratado; pero en el fondo nada tenían que echarse en cara respecto á buena fé. La corte no licenció las tropas extranjeras; y los confederados redujeron sobre las armas las que guardaban en aquellas provincias que pudieron dejar de entregar: tales fueron, entre otras, Castres, Montauban, Alby, Sancerre, y sobre todo La Rochela que les fué muy útil en su sucesivo.

Como el dinero es el alma de la guerra, se apresuró la reina á quitar al principe de Condé toda esperanza de rehabilitar sus negocios, pidiéndole el reembolso de los cien mil escudos de oro adelantados á los alemanes para conseguir su salida del reino; y teniendo que la necesidad de buscar esta suma le proporcionase ocasion de hacerse con mas, declaró el rey que no permitiría que la prontatase entre los calvinistas indistintamente, sino aquellos de sus gefes que á ello se comprometioren con los estrangeros. No hubo quien desconociese el verdadero objeto de esta demanda. Los confederados, para desviar el golpe, enviaron á la corte á un tal Talley, noble de escasa fortuna, á quien su mérito elevó despues á la alianza del almirante, casándose con su hija; escribieron tambien á la duquesa de Saboya que tenia influjo con la reina madre, para que suplicase á Catalina que no los sumiese en la desesperacion.

Mas estubo tomado el partido y no cabia retractacion. El principe vivía en su castillo de Nogent ó Noyers en Borgona, á donde fué á verle el almirante apremiado por su inquietud. Mientras los dos deliberaban sobre su estado, la provincia se llenaba de tropas, los puentes, los caminos, los vados eran custodiados, numerosos soldados rodeaban su castillo, y Tavannes recibió al fin orden de prenderle. Este astuto politico no quiso ni tomar sobre sí tan odiosa comision, ni dar lugar á que le privasen del mando de la Borgona. Hizo pues que llegasen á Noyers correos con cartas en que escribía á la corte: «el cielo está en las redes y la caza preparada.» Envío tambien hombres á reconocer los fosos del castillo.

Los emisarios de Tavannes fueron cogidos, según su designio:

se los interrogó, y lo que se supo de ellos bastó para no dar lugar á dilaciones. A fines de agosto el príncipe de Condé y el almirante salieron de Noyers tan secretamente como les fué posible, para burlar la vigilancia que con ellos se tenía, llevándose á la princesa, su hija mayor, otros niños de menor edad, algunas sirvientas y unos cincuenta hombres de escolta. Esta débil tropa caminando de día y de noche, franqueó los desfiladeros de las montañas, pasó el Loira cerca de Sancerre por un vado desconocido hasta entonces, y á pesar de las partidas destacadas á todos lados, y de los cuerpos de caballería emboscados en todos los caminos, arribó sin accidente á La Rochela el 4 de setiembre.

La conivencia de Tavannes es manifiesta, mas no parece tan probada la de Vieilleville que mandaba en Poitou; hay solamente grandes apariencias que obligan á creer que no queriendo arrestar al príncipe, se valió de medios parecidos á los de Tavannes. Cuando Condé llegó á La Rochela escribió chanceándose al mariscal: «He huido cuanto me ha sido posible hasta llegar á La Rochela donde me he encontrado con el mar; y como no sé nadar, he tenido que volver atrás y abrimre paso, no con los pies sino con las manos, defendiéndome de mis enemigos.» Las medidas tomadas contra los otros gefes del partido, fueron igualmente burladas. El cardenal de Chatillon que estaba en su obispado de Beauvais, casi á la vista de la corte, se salvó en Normandía; disfrazándose de marinero se metió en una barquilla y pasó á Inglaterra donde llegó á ser utilísimo á los confederados por sus negociaciones. La reina de Navarra, que Montuc estaba encargado de arrestar y llevar á la corte de Bearne, á donde se había retirado antes de la última guerra, llegó también á La Rochela con sus hijos, dinero y tropas. Soubise, Montgommery, el vidame de Chartres, Ancelet, La Noue, Genlis, Mouy, Acier y Morvilliers levantaron tropas en las provincias donde de cada uno se encontraba, dando así principio á la guerra en todas partes al mismo tiempo. Ya vencedores ya vencidos, avanzaron á reunirse con el príncipe los unos; los otros mantuvieron divididas numerosas fuerzas que unidas hubieran destruido en una sola campaña las que se juntaban en la Rochela, y otros en fin dirigiéndose á la frontera franquearon el paso á los alemanes que de nuevo fueron llamados.

Jamás se patentizó mejor el genio de Catalina: pronta para concebir, activa en ejecutar, pero sin recurso alguno si faltaban sus planes, pero no había lugar en esta ocasión á ninguna conferencia de paz. La ruptura iba acompañada de todos los caracteres de la mas refriada mala fé. El despecho ocupó el lugar de la prudencia, y resolvió las dificultades. Viéronse aparecer edictos sobre edictos contra los religiosos; les fué prohibido el reunirse bajo penas rigorosas; revocó el rey completamente el edicto de pacificación de 1563 confirmado por la última paz; proscribió bajo pena de muerte el ejercicio de toda otra religion que la católica; y el parlamento declaró que no sería los que profesaban la nueva; y el parlamento declaró que no sería en lo sucesivo admitida en la magistratura la persona que no prometiese por juramento vivir en la religion católica. Para poner en ejecución estos edictos, fué nombrado generalísimo el duque de Anjou, quien levantó un ejército que hubiera sin duda esterminado á los confederados, á haber estado pronto en el primer momento de su sorpresa.

Mas como si la corte hubiera estado de acuerdo con ellos, les dejó todo el tiempo necesario para entablar negociaciones en Inglaterra, en Alemania y en todos los puntos de donde podian esperar socorros. Redactaron manifiestos y apologias en las cuales todo el peso de las recriminaciones caía sobre el cardenal de Lorena; en fin, hicieron provisiones de viveres, armas y municiones de toda especie. El almirante equipó una pequeña flota y destruyó bagales en corso, que cargados de botín arrastrado á los flamencos súbditos de España, vinieron á engrosar el tesoro calvinista.

No hubo necesidad como en las últimas guerras de echar mano de la elocuencia de los ministros para obligar á los reformados á tomar las armas. La súbita revocacion de los edictos hacia conocer á los menos perspicaces, que estaban ya en plena guerra de religion, y en tropel corrían á agruparse en torno de las banderas del príncipe de Condé. Ejércitos enteros volaban á unirse desde los puntos del reino mas distantes; el terror les precedía; el pillage, el incendio y el degüello convertían en desiertos los pueblos de su tránsito: se enseñaban principalmente con el clero católico. Santiago de Crussol, baron de Acier, hermano de Antonio de Crussol, primer duque de Uzès, y digno émulo del baron de Adrets; por la crueldad, alistó en el Languedoc y el Delphinado hasta veinte y cinco mil hombres. Tenia por enseña un estandarte de tafetan verde en el cual se veía una huira cuyas cabezas estaban cubiertas con sombreros de cardenales, obispos y frailes que esterminaba bajo la figura de un héracles.

Esta bandera desplegada al frente de una tropa reunida por el mas fanático entusiasmo, era para cada soldado una órden de señalarse en hechos parecidos á los que marcaba. Así, todo aquello que podia tener algo de comun con el culto de la religion romana, era

victima de su furor convertido en rabia y ferocidad: demolieron iglesias, arrasaron monasterios, pasaron á cuchillo á los curas, los frailes y hasta las religiosas que habian sobrevivido á los últimos ultrajes. Thou cuenta que Briquemaut, uno de sus gefes, tomabap diversion mutilar á los curas que degollaba; y que con sus orejas hizo un collar que llevaba como una condecoracion.

La soldadesca católica se portó con igual crueldad en esta guerra, donde se le vio renovar todos los horrores de las primeras en mengua de la razon, siempre floca contra los transportes del fanatismo; hasta algunos gefes cometieron excesos que los hombres mas degradados habrian tenido vergüenza de cometer. Luis de Borbon, duque de Montpensier, se distinguió entre los mas furiosos. No hablaba mas que de ahorcar, dice Brantome, y á haberse creído, no se hubiera escapado uno solo. Cuando le llevaban algun prisionero le decia al momento: «vos, este hugonote, amigo mio, y yo os recomiendo á Babelot.» Era este un franciscano tenido por hombre de ciencia, ante el cual se conducia al prisionero que por el mismo era interrogada, condenado á muerte y luego ejecutado. Si se le presentaba una mujer, la decia: «os recomiendo á mi señor alfez:» Este era un tal Montoiran, de la antigua casa del arzobispo Turpin, noble de elevada talla y buena presencia. La dignidad de la historia no puede detallar los suplicios que solo el genio del mal ha podido inventar, y que se hacian sufrir á la humanidad y al pudor, pero en consulta del relato de Brantome, que las guerras civiles acababan con todos los sentimientos de humanidad y delicadeza, hasta en aquellas personas á quienes un rango distinguido parecia deber inspirar otros no vulgares.

Los dos grandes ejércitos se pusieron en movimiento á fines del año. El príncipe de Condé y el almirante que tres meses antes huían sin contar con un asilo, llevando consigo sus desoladas familias, salieron de los pantanos del Poitou con fuerzas capaces de hacer frente á cuantas el rey habia podido reunir: avanzaron hasta Loudun, donde encontraron al duque de Anjou que parecia como ellos no desear otra cosa que trabar batalla, y medirse con el príncipe de Condé; pero el fío era tan intenso, que entumecía lo mismo el valor que los cuerpos, habiéndose estado á la vista los dos ejércitos cuatro dias sin fijos, yallas miras que los separaban, sin que á pesar de todo ocurriese ninguna escaramuza. El ejército del duque de Anjou sufrió mas que el del príncipe, porque el de este se hallaba alojado en los arrabales de Loudun, mientras que los realistas acampaban espuestos á todos los rigores de la estación; al fin se retiraron estos hácia Chinon, poniendo la Viena entre los dos ejércitos. Los confederados no tardaron en seguir su ejemplo: para ellos fueron las ventajas de la campaña, puesto que consecutivamente sus conquistas en el Poitou, el Angoumois y Saintonge daban con las tropas encontraron buenos cuarteles de invierno.

Hállabase así la empresa del príncipe de Condé en un estado mas brillante que el que sus principios habian dejado esperar. Muchas poblaciones, ó sometidas ó no se esperaban mas que ocasion para someterse; provincias enteras subyugadas, una nobleza numerosa y aguerrida, unida por los mismos sentimientos y dándose la mano de un estremo á otro del reino; en fin, un poderoso ejército mandado por diestros generales, todo prometia al príncipe el porvenir mas honroso. Se ignora si en este tiempo fué cuando fascinado por sus esperanzas hizo acuñar una moneda que llevaba su retrato y por leyenda estas palabras: *Luis XIII, primer rey cristiano de Francia*. Pretendían algunos que esta moneda, ó no ha existido ó ha sido supuesta por sus enemigos para hacerle odioso. Como quiera que sea, síno se daba el título de rey egencia todas sus funciones, venta de bienes del clero, embajadas en el extranjero, tratados y convenios públicos con los príncipes vecinos, pensiones, gratificaciones; todo en fin, lo que caracteriza el poder supremo, se permitió Condé, y su osadía fué coronada con el mejor éxito.

Los príncipes de Italia enviaron tropas al rey; algunos de los de Alemania, hicieron otro tanto al mando del marqués de Baden; pero el príncipe de Condé logró la neutralidad del emperador y del duque de Sajonia, mientras le llegaban de Inglaterra cañones y refuerzos en hombres y dinero, y pasaba la frontera un nuevo ejército que venia en su favor desde las orillas del Rhin acampañeado por un príncipe de la casa palatina de Baviera Wolfgang-duc, duque de Deux-Ponts. La union de todas estas fuerzas llamaba la atención de ambos partidos. Condé queria avanzar al centro de la Francia, para recibir á los alemanes como segundo al lado de Anjou, por mas que mandara en realidad, se daba prisa en encerrar á los confederados en las provincias que ocupaban, impidiéndoles estenderse, y evitando al mismo tiempo arriesgar una batalla. Con estas disposiciones se observaban de ambos lados la decidida intencion de sorprenderse. Apenas daba un paso el príncipe, se encontraba con las tropas de Anjou: muchas veces se creyó la acción inevitable; pero vivas escaramuzas en que combatieron cuerpos enteros. En fin, la querrela se decidió el 15 de marzo á orillas del

Charente cerca de Jarnac, pequeña población fronteriza del Limosín y del Angoumois.

Desde muchos días antes se observaban ambos ejércitos separados por el Charente. El ejército real impedía que llegaran al principio los socorros de las provincias meridionales; mas por su posición le dejaba libre el paso del Norte para avanzar hasta Berry y de aquí al Loira donde debía reunirse con los alemanes; ya una división había tomado esta ruta y se disponía Condé á seguir con las demás fuerzas el mismo camino, calculando que el tiempo preciso al ejército real para echar un puente sobre el río, le permitía ganar algunas jornadas. Este cálculo le salió errado: Tabannes hizo echar no solo uno sino dos puentes; el paso se ejecutó en medio de la noche con tal silencio que los cuerpos de guardia enemigos no se apercebieron de ello: verdad es, que por una negligencia imperdonable, hija de su seguridad, se habían alejado de la orilla desobediendo las órdenes de sus gefes. No tuvieron entonces bastante tiempo para reunir la infantería, cuyos cantones estaban muy separados, y el príncipe de Condé escoltado por una pequeña parte de su caballería y perseguido muy de cerca por los realistas, se vió reducido á la triste alternativa de huir ó pelear á la desesperada.

Al condenar la multitud de un príncipe de la sangre que hace armas contra su rey, no puede impedirse el que se interese uno por el infatigable Luis de Condé, príncipe bondaloso envuelto en los azares de las guerras civiles por una fatalidad irresistible. Se retiró con precipitación para ver de reunir los restos de su ejército; pero no pudo lograrlo por la activa persecución que sufrió, viéndose obligado á hacer cara á los escuadrones realistas. En el momento en que se ponía su casco para cargar, el caballo del duque de la Rochefoucauld que estaba á su lado le rompió de una coz una pierna. Condé sin inmutarse por el dolor, arengó á los soldados todavía algunos minutos con una roñilla en tierra, no rindiéndose hasta que la fatiga y debilidad que le causaban sus heridas no le permitieron defenderse. Habíale prometido la vida; pero llegó en los mismos instantes Montesquiou, capitán de los guardias de corps del duque de Anjou, quien le disparó á la cabeza por detras un pistoletazo. No tenía mas que treinta y nueve años.

«Había sido recomendado, dice Brantome, á muchos favoritos de Anjou.» Se cree que había orden de no perdonar á ningún calvinista de los mas distinguidos. El famoso Stuart, asesino del condestable, fué hecho prisionero en esta misma acción y muerto después de la batalla á puntaladas; otros muchos como él perecieron tambien á sangre fría. Ya el severo Montpensier habia pronunciado contra el bravo La Noue su sentencia de muerte. Amigo mio, le dijo con aspereza, vuestro proceso y el de todos vuestros compañeros está hecho; preparad vuestra conciencia. «Martignes capitán del ejército real á quien llamaban el soldado sin miedo, antiguo camarada de La Noue, le salvó, siendo cangaeado después.

«La nueva de esta victoria se esparció bien pronto por toda la Francia; recibióla el rey en Metz á donde se habia trasladado para apoyar con su presencia al duque de Anualte que mandaba su ejército destinado á impedir que el duque de Deux-Ponts pudiese entrar en el reino. La corte no dejó de honzarse, y de que después de la muerte del gefe acabaría Anjou con los restos de la facción; y mas contra todos los cálculos, una pérdida de tanta monta para los reformados, apenas cambió el aspecto de los negocios. Los condeñados fueron dueños de su salvación á la firmeza y severidad de Juana de Albré reina de Navarra, Entrada de la derrota, parte de La Rochela con toda diligencia á Cognac, población del Angoumois, donde estaban reunidos el almirante Anselot, otros capitanes y los restos del ejército, llevándose consigo á Enrique su hijo, príncipe de Bearne, de edad de diez y seis años, y á Enrique hijo mayor del príncipe de Condé, de diez y siete. Juana se presentaba dando sus mamas á estos dos jóvenes y dice á los soldados: «Amigos, lloramos la pérdida de un príncipe que ha sostenido hasta la muerte con tanto valor como lealtad al partido cuya defensa tomara á su cargo; pero nuestras lágrimas serian indignas de él, si á su ejemplo no adoptamos la firme resolución de sacrificarnos por nuestra fé. La buena causa no ha perecido con Condé, y su desgracia no debe sumir en la desesperación á hombres alicetos de su religion. Dios vive por los suyos: él habia dado al príncipe compañeros capaces de secundarle durante su vida, y á nosotros ahora bravos capitanes que pueden reparar la pérdida que hemos experimentado con su muerte. Os ofrezco al jóven príncipe de Bearne, mi hijo, y el conde á Enrique, hijo del príncipe que lloramos, lízga el cielo que uno y otro sean dignos herederos del valor de sus padres, y que la vida de estas prendas os sea siempre á conservarlas unidos en la defensa de la causa que defendeis!»

«Gritos de entusiasmo se hicieron or en todo el ejército, mas fueron luego interrumpidos por el príncipe de Bearne que adelantándose con marcial continente dijo: «Juro defender la religion y perseverar en la causa contra hasta que la muerte ó la victoria nos haya

dado á todos la libertad por qué peleamos.» El jóven Condé hizo conocer con su gesto que era la misma su resolución, é inmediatamente el príncipe de Bearne fué proclamado generalísimo. Entonces se vió lo que el mérito puede contra la precupación. Muchos señores de ilustre cuna, mirándose como iguales del almirante, deseaban servir á sus órdenes; mas así que su orgullo fué, digámoslo así, salvado con el nombre del príncipe, no vacilaron en obedecer á Coligny. Su primer cuidado fué trazar un plan de operaciones para retardar la marcha de los vencedores. Con tal mira fortificó con buena guarnición á Cognac y otras plazas amenazadas: se retiró con los príncipes y el resto del ejército, cuya infantería se conservaba casi toda á Saintes, y de allí á San Juan de Angly. Desde esta posición intentaba recorrer las plazas cuyo sitio se proyectaba, ó facilitar el paso á los alemanes que avanzaban al mando del duque de Deux-Ponts; esperanzas bien azarosas á juzgar de los acontecimientos futuros por las circunstancias actuales.

Por un lado, para unirse al almirante el duque de Deux-Ponts tenia que atravesar gran parte de la Francia, sin punto alguno de retirada, seguido siempre de cerca por el ejército del duque de Anmale, casi tan numeroso como el suyo, y por otro mas fuerte todavía, á las órdenes del duque de Nemours. Difícil era que algùn accidente no se opusiera á una marcha tan larga y embarazosa. Por otra parte ¿quién aseguraba que los realistas victoriosos no perseguirían al almirante para batir su ejército y disolverlo nuevamente. Y sin embargo no sobrevino ninguno de estos contratiempos, que podía destruir las esperanzas del partido.

El duque de Anjou, de edad de diez y siete años, patentizó en la batalla de Jarnac el mas grande valor: cargó muchas veces al frente de sus escuadrones, se metió temerariamente en las lucas enemigas y le mataron el caballo que montaba; pero después de la victoria pareció apagarse este fuego, y desde entonces hubo ocasión de notar en él las alternativas que hicieron tan borrascoso su reinado. Tuvo en esta ocasion por testigo y émulo de su gloria al jóven duque de Guisa, Enrique, casi de su edad, pero activo, constante en sus empresas y que no creia haber hecho nada interín le quedaba algo por hacer: así reunió la Prévostencia en el aprendizaje de las armas y revoluciones los rivales que debían después realizar uno contra otro funestos ensayos de su esperiencia.

Aunque el duque de Anjou no daba mas que su nombre para el mando, era imposible que su carácter no influyese algo en las operaciones. Ora sea condescendencia de Tavannes y los otros gefes, era como algunos historiadores suponen, se intentara prolongar la guerra, hubo grandes dilaciones fundadas ó pretestadas. Se emplearon algunos días después de la victoria en aguardar á que llegase el cañon de batir, y en ellos tuvieron los vencidos harto tiempo para fortificar en Cognac. Acieró defensa la plaza. El ataque fué tan vivo como la defensa. El ejército católico tuvo que levantar el sitio, y sus trabajos hasta mediados del estío quedaron reducidos á la toma de algunas plazas poco importantes.

Bajo los muros de Muelhan, castillo pequeño en el Perizord, pereció de edad de veinte y seis años Timoleon de Brissac, hijo mayor del mariscal y coronel de la infantería francesa. Brantome, tan inclinado á la indulgencia, dice respecto de este jóven militar: «Era tan cruel en el combate y después de él, que tenia complacencia en dar con su puñal la muerte á los enemigos que caian en sus manos, con una ferocidad tal, que parecia no gozar hasta que su cara se salpicara con sangre. Ejemplo repugnante de crueldad que nos enseña hasta donde endurecen las guerras civiles los corazones. Las fuerzas del rey, aunque infinitamente superiores y capitaneadas por los duques de Nemours y de Anmale, no prosperaron mucho contra el duque de Deux-Ponts. Evidé este todas las celadas que le armaron, los batió y llegó sin haber sido detenido á las orillas del Loira. Cuando creía tener que emprender el sitio de Chartre, cuyo puente era el único recurso para continuar su marcha, el gobernador abandonó la plaza que le abrió sus puertas. Atravesó el duque este río y avanzó tranquilamente hasta las márgenes del Vienne, donde debia juntarse con sus aliados. Cuando estaba á punto de coger el fruto de tanta fatiga, vino la muerte á cortar el hilo de su vida á cuatro leguas de Limoges á impulsos de una fiebre que desde algun tiempo atrás le devoraba.»

«Una enfermedad parecida, ó según algunos el veneno, acababa de arrebatár á Anselot, precisamente cuando encargado solo el almirante del peso de los negocios, necesitaba mas de un hermano tan capaz de secundarle. Anselot era franco y sincero, y entre los gefes de los calvinistas uno de los mas apogados á su religion. Naturalmente sencillo, leal y generoso se capitaba la amistad, mientras su hermano mas severo y reservado, infundia respeto. Coligny sintió mucho esta pérdida, mas sin dejarse abatir; en lugar de pasar el tiempo en el triste y estéril desahogo de verter lágrimas sobre la tumba de hermano tan querido, corrió á unirse á los alemanes.

«El duque de Deux-Ponts le habia recomendado al morir, que eligiesen por general á Volrath de Mansfeld su teniente, que tenia un

hermano, Pedro Ernesto, en el ejército católico y que era hijo de Albrecht de Munsfeld, uno de los gefes principales del partido luterano de Alemania en tiempo de Carlos V. El duque fué obedecido; el ejército juró a Valrath, y bajo su mando se unió al almirante en las fronteras de la Guena, y después de haber partido de las orillas del Rin. En memoria de este célebre acontecimiento, se fundió una medalla que tenia en una de sus caras los retratos de la reina de Navarra y de su hijo, y en la otra esta leyenda: «Paz asegurada, completa victoria ó muerte gloriosa».

La Nueve manifiesta asombro de que los duques de Nemours y de Aunale y tantos gefes experimentados que habia en el ejército real, dejaran al enemigo atravesar la Francia sin ponerle obstáculo alguno. «Mas, añade, algunos católicos dicen que la discordia que sobrevino entre ellos fracasó algunas hermosas empresas. Yo no lo comprendo, pero me consta que sus enemigos apenas tuvieron noticia de sus rencillas. Este misterio de corte que los mismos interesados no pudieron descubrir, se nos revela en las negociaciones de Tavannes, por las cuales sabemos que habia gran divergencia en la corte. La reina, que despues de la muerte del condestable habia estado dado el mando de las tropas al duque de Anjou, apenas salió de la infancia, por disposición esclusivamente del gobierno, principiaba á ser otra vez contrariada por los Guisais. El cardenal de Lorena, cortesano diestro, adúlaba á Carlos IX; contemporizaba con sus caprichos y se insinuaba en su confianza. El objeto del prelado era obtener cargos para sus hermanos, su sobrino y protegidos. No se oponia abiertamente á las disposiciones de la reina; pero daba á entender al rey, que la preferencia del duque de Anjou era perjudicial á S. M.; que su hermano se cubria de laureles, mientras que él de mas edad languidecia en la inacción; que valdria mucho mas deber las ventajas á algun capitán extranjero como el duque de Alba, ó á cualesquiera señores franceses, cuya gloria rellejaría sobre el rey, que al duque de Anjou de quien se hablaba tanto».

De esta manera el prelado vertía en aquel joven corazón el veneno de la envidia. Advertiendo la reina que perdía la confianza de su hijo, creyó deber hacer alguna concesion al cardenal á fin de prevenir mayores males. Dió á los duques de Nemours y Aunale el mando de los ejércitos destinados á oponerse á los alemanes; pero dir que el triunfo de los parientes del cardenal dió á este nuevo crédito. Reservando para toda la gloria de los sucesos para el duque de Anjou, marchó Catalina á su campo, haciéndose acompañar el mismo cardenal, no tanto sin duda por valerse de sus consejos como por alejarle del rey, á cuyo lado era su presencia peligrosa. El cardenal sufrió una mortificación. Como ambos ejércitos, realista y calvinista se aproximaban, haciendo el alarde de una habilidad estraña á su estado, aconsejó cargar á los confederados. Tavannes se opuso sospechando una emboscada que salió cierta. «A cada uno su oficio, le dijo Tavannes, bruscamente; es imposible ser buen cura y buen gendarme.»

Las fuerzas de los confederados llegaban reunidas á mas de veinte y cinco mil hombres, pasando de este número las de los católicos. No mediaba mas que un cuarto de legua entre ellas, y el ardor del combate inflamaba igualmente á unos y á otros; sin embargo, no hubo mas que una escaramuza aunque bastante viva. Los calvinistas la prepararon en Limosin en un paso llamado Roche-Abeille, donde alcanzaron ventajas. Apenas dieron cartel á nadie; encarnizamiento que pagaron despues muy caro. Strozzi, de nuevo coronel de la infantería francesa, obligado á rendirse despues de prodigios de valor en esta jornada, corrió gran riesgo de ser degollado como los otros prisioneros; pero prestó tener que decir algo en particular al almirante, y este le salvó. Era muy hombre de bien, dice Brantome. No tenia á decir verdad nada de hipócrita, ni oia muchas misas y sermones; pero tenia mucha fé en aquello que decia batiendo el pecho, y vivió retirado de la mayor parte de los capitanes que se batian por la religión sin tener nada de devotos.

No habiendo sido decisiva la jornada de Roche-Abeille, el duque de Anjou disolvió su ejército á fines de junio, enviando los nobles á sus casas y licenciando los soldados, á quienes mandó reunirse á las banderas á primeros de octubre. Esto sirvió de pretexto para evitar una batalla. «Aunque un miembro esté podrido, decia la reina, no se le corta sin pena: frase que hace honor á su humanidad, por mas que esta no fuese lo que la determinó á licenciar las tropas, y sí la esperanza de obligar al enemigo á emprender algun sitio, durante el cual le causarían los grandes calores mas daño que un combate».

Se obró bien en adoptar este género de guerra, porque en el campo no se hacia entonces adelanto alguno. Despues de haber recorrido el pais y tomado gran número de poblaciones de que sacó contribuciones para pagar á los alemanes, el almirante se presentó delante de Poitiers con todas sus fuerzas. No era este su primer designio. Hubiera querido asegurar el Bajo Poitou que los calvinistas Hamaban su vacía de leche, y marchar en seguida á Saumur, población poco fuerte con puente sobre el Loira, estableciéndose de ma-

nera que siempre tuviese á su disposición este paso, para llevar en el otoño la guerra á los contornos de la capital, que ellos creían no estar dispuesta nunca á la paz, sino cuando sentia el azote á sus puertas. Pero muchos nobles que tenían sus bienes en las cercanías de Poitiers, insistieron tan vivamente por el sitio de esta plaza donde por otro lado se encontraba el depósito de las riquezas de las provincias vecinas, y sobre todo de las iglesias, que el almirante accedió á tal exigencia.

Habia antes sondeado al rey, á quien hizo presentar proposiciones de paz; pero la corte respondió que S. M. no escucharia nunca á sus súbditos rebeldes, mientras no depusieran las armas. Poco tiempo despues fué apoyada esta severa respuesta por una sentencia del parlamento de Paris, que condenaba á muerte á Coligny, ponía á precio su cabeza, y ordenaba la confiscacion de sus bienes y la demolicion de sus castillos. Dióse igual sentencia contra Juan de Bernieries, vidame de Chartres, y contra Montgomery, á quienes se ejecutó en effigie. El almirante temió ser víctima de muchos malvados, á quienes la impunidad y la recompensa prometida hiciesen concebir el designio de atentar á sus dias. Los proyectos de algunos fueron descubiertos, y los castigó Coligny. En este tiempo, Montgomery hacia la guerra con ventajas en Berne, de donde sacaba recursos que fueron despues muy útiles á los confederados.

Al rumor de un sitio, los duques de Guisa y Mayena, hermanos, se metieron en Poitiers con una tropa de nobles: la plaza estaba perfectamente guarnecida y provista de víveres y municiones de toda especie. «Estas grandes ciudades, decia el almirante, son las sepulturas de los ejércitos.» Poco faltó para que la ruina del suyo fuese nueva prueba de la verdad de esta observacion. En este asedio funesto no se escasearon víctimas de una y otra parte. Los sitiados ejecutaban frecuentes salidas sin cuidarse de los soldados que perdían, con tal que hiciesen daño al enemigo. El almirante multiplicaba los asaltos al través de las inundaciones, el fuego, y el aceite hirviendo y las brechas escarpadas. menos defendidas todavia por su aspeza que por la bravura de sus defensores; así se consumía el tiempo, y el sitio se prolongaba mucho mas de lo que Coligny habia calculado.

Para como de desgracias, las enfermedades se habian apoderado de la division alemana, cuyos soldados, tanto por no estar acostumbrados al calor del clima francés, cuanto por comer demasiada fruta, sucumbian en bastante número. De los extranjeros pasó á los franceses la epidemia; requietos enteros eran forzados á abandonar el servicio, lo que recargaba á los demas: las personas distinguidas se retiraban á Chatellerault, que vino á ser la enfermería del ejército. Hizose alejar del campo á los principes de Bearne y de Condé por temor del contagio; y al fin, el almirante se encontró casi solo de oficial general, atacado de una cruel disenteria, pero superior á todos los sucesos por su valor y firmeza.

Sin embargo, estaba en vísperas de retirarse vergonzosamente; pero el duque de Anjou le proporcionó un honroso pretexto para levantarlo. Habiendo reunido este principe una parte de su ejército mas pronto de lo que se pensaba, fué á principios de setiembre á sitiar á Chatellerault. Coligny aprovechó esta ocasion de abandonar una empresa ya imposible; dejó pues á Poitiers y volvió al socorro de sus enfermos, encerrados en la plaza atacada. Satisfecho Anjou de haber libertado á Poitiers despues de un asalto sangriento, se alejó por no verse obligado á aceptar una batalla que pesaba al almirante, por ser mucho mas fuerte que él. Pero bien presto se cambió la faz de los negocios, habiendo llegado de todas partes refuerzos al duque de Anjou, con los cuales emprendió la persecucion de Coligny que se retiró á su vez.

Hubo á fines de setiembre marchas, contramarchas y escaramuzas; y una vez entre otras, los dos ejércitos se encontraron á tiro de mosquete, formados en batalla, cerca de Montcontour, pequeña poblacion del Poitou: un simple desfiladero los separaba: los católicos no osaron pasarle, y la noche salvó á los confederados, que no agradecieron tal ventura. El mayor número deseaba la batalla con ardor; por otro lado los alemanes se lamentaban de que no se les pagaba, é insistían sobre la necesidad de atacar á fin de procurarse cuarteles mas ventajosos, y un botín que compensase la falta de sueldo. Los nobles franceses murmuraban de que despues de estar un año separados de sus casas, sufriendo el rigor del invierno y los calores del estío, se hablase de retenerles aun sin esperanza de un encuentro decisivo. Delas quejas pasaron muchos á los hechos, abandonando sus banderas y retirándose á sus paisas.

El mismo disgusto reinaba en el ejército real, al tenor de lo que cuenta La Noue, instruido por nobles que en la noche anterior á la batalla tuvieron conversacion sobre el particular con otros de la religión á quienes encontraron. «Señores, nosotros tenemos al frente enemigos, pero por lo visto no sucederá nada. Advertid al almirante que no emprenda la acción; nuestro ejército es muy poderoso con los refuerzos que ha recibido; que gane un mes de tiempo solamente; porque toda la nobleza ha jurado que si durante este plazo no se le emplea, se retirará á sus casas.» El consejo era excelente; pero



como venia de los enemigos, pareció sospechoso, y Coligny, aunque lo quería, no se decidió á seguirle. Se convino sin embargo en no precipitar nada, y en buscar una posicion mejor que la de los alrededores de Montcontour donde se encontraba por segunda vez; pero cuando el 5 de octubre quiso el almirante decampar, los alemanes se amotinaron; perdióse tiempo en apaciguarlos, el ejército real se dejó ver y fué preciso combati.

En media hora se decidió la suerte de los calvinistas; sostuvieron el primer choque con fogosidad; á la segunda carga se desbandaron, y no hubo entónces combate sino degüello. Los católicos se escabalaron á no dar cuartel con el grito de *La Roche-Abeille*, nombre del parage en que los calvinistas habian degollado antes todos los prisioneros de una manera tan inhumana. El almirante, á un tiempo capitán y soldado, recibió en la barba un pistolazo. Cubierto de sangre de los enemigos, y debilitado con la pérdida de la que salia de su herida, sin poder apenas hacerse entender, daba órdenes, combatia siempre, corria á detener los fugitivos y los volvia al combate, siendo al fin envuelto por el mayor número. Campo de batalla, banderas, cañones, bagajes, todo cayó en poder de los católicos; cuerpos enteros fueron pasados á cuchillo á sangre fría, aunque arrojaron las armas y pidieron cuartel; los otros se dispersaron; y de un ejército de veinte y cinco mil hombres, apenas quedaron cinco ó seis mil reducidos, que acompañaron á los principes y al almirante á San Juan de Angely.

La consternación y el abatimiento de los vencidos llegaron á su colmo: representábanse la cólera del rey sobre ellos en todas las provincias, ya proscribiéndolos, ya confiscando sus bienes. No veian otro recurso que embarcarse á buscar seguro asilo en Inglaterra, Dinamarca, Suecia ó algun otro país de su comunión religiosa. «¿Cómo! les dijo el almirante, ¿cometeréis la infamia de abandonar vuestras familias al furor del enemigo, como sino quedase ya esperanza alguna? ¿No tenéis la alianza de la Alemania, inagotable mina de hombres que no os dejará sin soldados, y la amistad de Inglaterra donde mi hermano solicita socorros que no podrán tardar? ¿No tenemos en fin el ejército de Montgomery, vencedor del Bearne, compuesto de valientes dispuestos á unirse á nosotros así que los llamemos? No hay que desesperar; mientras los enemigos pasan el invierno tomando plazas, podremos nosotros reponernos lo bastante para salir á campaña en la primavera y alcanzar una paz ventajosa.»

Estas esperanzas presentadas por un hombre cuya prudencia era conocida, surtieron su efecto. Se escribió á Inglaterra, Dinamarca, Suecia y los Países Bajos, y se dió impulso á las levas comenzadas en Alemania. Los principes enviaron á Montgomery órdenes precisas para que se les reuniese en el alto Languedoc; y surtieron bien seguros, á lo que se puede conjeturar, de no ser incomodados en su marcha por Damville, hijo segundo del difunto condestable, gobernador de esta provincia, con quien los confederados tenían secretas inteligencias. Una falta de miramiento por parte de la corte habia agraviado á Damville, tan contrario antes á los hugonotes. Después de la muerte de su padre, el condestable, viendo á un niño al frente del ejército y arriñonada su familia, quiso dar á conocer que el podía llegar á ser necesario. De ahí la tolerancia que el almirante y los principes encontraron despues en su gobierno, á pesar de las órdenes apremiantes y reiteradas del rey.

No debe sorprender que la corte no estuviera de acuerdo consigo misma. La victoria de Montcontour, tan célebre en los fastos de las guerras de religion, despertó los celos del rey; salió para el ejército y patentizó que no tanto marchó á apoyar los triunfos del duque de Anjou, como á arrebatarle su gloria. No era solo el joven monarca el que atormentaba la envidia. Los antiguos generales, como el mariscal de Cossé-Gonour, hermano político del mariscal de Brissac, el duque de Montpensier y muchos otros, viendo el mando en manos de nuevos capitanes, á quienes sonaba el nombre de un jóven, no tomaban grande interés por terminar una guerra cuyos laureles no eran para ellos. Los Montmorencys, ademas de los motivos comunes á los otros generales, conservaban cierta secreta inclinacion al almirante su pariente, y así adolecían de la misma negligencia. En fin, el cardenal de Lorena y los Guisas obraban con fogosidad. Poco les importaba que los hugonotes fueran degollados no siendo por sus manos, y leman al contrario que por algun hecho señalado alcanzaran los capitanes el favor de los católicos.

Todos llevaron su secretas intenciones á un consejo que se celebró para deliberar de qué manera debía obrarse para sacar mayor partido de la victoria. Tavannes insistió con ahínco en la preservacion de los vencidos. Conviene, decia, amedrentar con una parte del ejército las poblaciones sublevadas, que se entregarán espontáneamente; y con la otra que se compondrá de mayor fuerza se debe perseguir á los fugitivos sin tregua ni descanso y sin dejarlos reñacerse hasta conseguir que abandonen el reino ó que se encierren en alguna mala plaza que se convertirá en su tumba. Muchas razones militaban en favor de esta opinion, á las cuales no pudo oponerse una sola; sin embargo, se resolvió que se procediera á los sitios.

Representó é insistió Tavannes diciendo que preferia retirarse á sacrificar así los intereses del Estado. Esto era lo que se queria: el rey le dió su licencia, y se retiró á su gobierno de Boulogne. Montpensier y los demás generales pidieron que el mando de las tropas estuviese á nombre del rey sin preferencia alguna para el duque de Anjou. Por entónces ocultó la reina su resentimiento: fue alejada sus hechuras y mortificado al duque de Anjou, cuyas hazañas las consideraba como obra suya. Amaba á este principe porque era dócil á sus caprichos, y así sufrió su corazon; pero no creyó prudente demostrar el disgusto, por evitar á este hijo querido los efectos de la celosa ira del rey su hermano. Limitóse á patentizar muy poco interés por el resultado de una campaña, cuyos honores le arrebataban sus rivales, siendo de este modo en provecho de los confederados las intrigas de la corte.

Adoptó el rey con placer el partido de atacar las plazas de los religionarios, seis de las cuales se rindieron casi sin defenderse. Se creia que con las demas secederia lo propio, y muy pronto la Rochela, considerada como la capital, al verse sin el apoyo de las otras, caería en manos de los vencedores. Fué muy otra sin embargo la opinion, cuando se tocó el desengano de San Juan de Angely que defendía por el señor de Piles, no se rindió sino en el último estremo y despues de dos meses de asedio. Llegó el invierno y fué preciso retirar las tropas á cuarteles, quedando reducidos todo el fruto de tan completa victoria y los esfuercos de un ejército real tan formidable, á la toma de unas cuantas plazas de poca importancia, mientras que La Rochela, la mas interesante de todas, estaba aun en poder de los vencidos. Los principes mejoraban sus intereses á beneficio de una tregua que no se habian atrevido á esperar.

Es preciso oír á La Noue razonar acerca de estos acontecimientos: «Cuando se dá á un gefe en campaña tiempo bastante para desarrollar sus planes, no solo consigue cicatrizar antiguas heridas, sino que fortalece los miembros que habian languidecido: por todo lo cual se le debe distraer y embarazar siempre cuanto se pueda, para trastornar sus designios.» Sabia el almirante que si se le hubiese hecho una persecucion viva, le habria sido difícil salvar su menguado ejército en la retirada al Languedoc, porque apenas llevaba mas que caballeria «no menos cansada que estenuada, y que los paisanos y las pequeñas guarniciones de los pueblos del tránsito bastaban para poner con frecuencia en el mayor desorden. Todo el grueso de su ejército estaba reducido á algunos centenares de hombres, pero como quiera que se dejó notar sin obstáculo esta pelota de nieve, un poco de tiempo llegó á hacerse tan grande como una casa.» La afabilidad de los jóvenes principes atraía á toda la nobleza de los pueblos por donde pasaban. En el Languedoc y el Belfinado se hicieron considerables alistamientos de infanteria, y á este cuerpo, ya respetable, se unieron las tropas de Montgomery victoriosas en Bearne. La abundancia que los soldados encontraron en los cuarteles establecidos en los alrededores de Montauban, ciudad de Quercy, repuso en poco tiempo á estas tropas destruidas, y pareció que se transformaban hasta los cuerpos de los hombres.»

Pero este ejército tan dotado de salud y valor carecia de dinero y municiones, y en esto se conió cuán útil era la posesion de La Rochela. «Las ciudades que son como los apoyos, no solo de los ejércitos sino de las guerras, deben ser fuertes y ricas, á fin de que á la manera de fecundos manantiales en que tienen origen arroyos crecidos, puedan proporcionar los auxilios que en otra parte no se encuentran.» Esto ha hecho decir á algunos católicos, que no tenían por lerdos á los hugonotes, puesto que siempre se distinguieron con un tino especial en proporcionarse muy buenas retiradas. Los socorros que los principes sacaron de Montauban dieron á conocer que era «un almacén bien abastecido.» Allí se aprestó gran número de bajeles que hicieron riquísimas presas: los armadores se multiplicaron aun á pesar de los terribles arañazos que á lo cogido por sus garras daban las uñas de los mercedarios terrestres.» El almirante tomaba la décima parte del botín, destinándose el dinero que producía este derecho á las necesidades del ejército.

A la entrada de la primavera descendieron los calvinistas de las montañas del alto Languedoc, y se desbordaron por las llanuras de Tolosa. Llevaron todo á sangre y fuego, con especialidad en las casas de los consejeros y presidentes del Parlamento, en venganza de la muerte de Filiberto Rapin, bisabuelo del historiador de este nombre, y gentil hombre del principe de Condé, que envió á Tolosa para que se registrara el edicto de la última paz, habia sido preso y condenado por ellos á pretexto de delitos anteriores; y ademas, «porque dichos consejeros habian siempre estado muy dispuestos á quemar los literatos y hugonotes. Parcióles, de la parte de Noue, algo duras las represalias; pero se asegura que les sirvió de leccion saludable para ser mas moderados en lo sucesivo.» De allí avanzaron hacia el Loira saqueando, arrasando y poniendo á contribucion cuanto encontraban, único medio que tenían para poder subsistir; y á banderas desplegadas se dirigieron al corazon del reino, persuadidos siempre de que no obtendrian una paz ventajosa

hasta que deseargasen sobre la capital las calamidades de la guerra.

En medio de estos afanes fué Coligny atacado de una enfermedad que le puso al borde del sepulcro, contribuyendo la proximidad que le puso a que se conociese mejor su mérito. ¿Cuál en efecto, sería el porvenir del ejército en manos de los príncipes de Berne y Condé, jóvenes en verdad de valor é intrepidez, pero incapaces de ningún plan ni de elevadas miras? La violencia de la en-



El duque de Guisa muerto por Juan Poltrot.

fermedad calmó un tanto cuando ya hablaban de separarse; la esperanza volvió con el restablecimiento del general, y el ejército penetró en Borgoña, donde tropezó con el del mariscal de Cosé-Gonnor, fuerte de diez y seis mil hombres. Este general había salido con toda precipitación de Orleans, acababa de pasar el Loira por Beeze, y tenía órden terminante de arriesgar una batalla, antes que permitir la aproximación de los calvinistas á Paris. Estos en número de seis mil hombres á lo mas, pero con la ventaja de una excelente posición, fueron atacados el 25 de junio cerca de Arnay-le-Duc, quedando la victoria indecisa. Puede decirse mas bien que ganaron la batalla, puesto que no se logró separarlos de su camino. Desprovistos de artillería hacían marañas tan rápidas que no le era posible al mariscal escapar. Se echaron sobre el país comprendido entre el Yonne y el Loira, y se prepararon á penetrar hasta el Orleansés y la Isla de Francia, a teatros de sus primeros combates, habiendo llegado hasta Montargis. Puso entonces el mariscal todo su cuidado en cubrir la capital, donde se principiaba ya á concebir alguna inquietud.

No cabía vacilación: era preciso hacer la paz ó exterminar hasta el último de estos hombres decididos á sostener los nuevos altares, ó á sepultarse en sus ruinas. Se habló de pacificación poco después de la batalla de Montcontour; pero habían parecido tan duras las condiciones á los reformados, que no quisieron dar oídos. La reina de Navarra con especialidad, se expresó con tanta acritud respecto del cardenal de Lorena, que la corte llegó á considerar int-

til toda negociación, interin este tuviese intervencion en los negocios. Los confederados consiguieron permiso para enviar al rey diputados que fueron bien recibidos, y á los cuales hizo Carlos IX proposiciones que parecieron mas tolerables. Ambas partes habian quedado reducidas al extremo de que considerasen preferible la peor paz á la mas ventajosa guerra.

Después de la victoria de Montcontour, creyendo que ya estaba todo concluido, el Papa, los príncipes italianos y el rey de España habian retirado sus respectivas tropas. Los alemanes se habian marchado por falta de paga; de suerte que el rey, aparte de algunas compañías mandadas por nobles voluntarios, no tenía de tropas fijas mas que cuatro ó cinco mil suizos, sin un solo maravidi en las cajas para pagarles. Sea conveñencia por parte de los gobernadores, ó mayor bravura en las tropas confederadas, la guerra se hacia con grandes ventajas para estos en todas las provincias. Habian fallado completamente varias empresas por mar y tierra contra La Rochela; y después de las grandes victorias conseguidas por el rey, se encontraban aun los enemigos en el centro de Francia.

No se veían menos apurados los calvinistas. Es verdad que tenían *tropa bizarra*, pero á esto se reducía todo: en cuanto á dinero, estaban peor aun que el rey. En proporción que se aproximaban á la corte, alfaban de su país á los alemanes, que habian dicho y ofrecido que en la primera ocasion favorable los abandonarían y regresarían á sus casas. En fin, á pesar de sus triunfos y victorias, estaban desnudos, sin municiones ni bagajes, mal armados y rendidos, como hombres que llevaban andadas en seis meses mas de ochocientas leguas; viéndose á cada momento todavía incomodados por muchas partidas enemigas, por entre las cuales era forzoso abrir paso si habian de poner en práctica su primitivo plan de llevar la guerra á las cereanias de Paris.

Los charlatanes de ambos partidos, que siempre abundan, criticaban el que se hablase de transacción. «Seria, decían los católicos; indigno por demas haer la paz con estos rebeldes hereges que merecen ser duramente castigados.» Esto lo decían, añade La Noue, interin si eran personas capaces de manejar una espada, no los mandaban al asalto, á la carga, á matar á los infames lugonotes, y si eran de sotana, mientras no les pedían la mitad de sus rentas para pagar las tropas, porque entonces unos y otros desaban y pedían la paz. También entre los religionarios reahaban muchos la paz, calificándola de traición. «Pero aun cuando las proposiciones hubiesen sido muy buenas, añale el mismo sensato autor, hubieran dicho ellos lo mismo, porque era la guerra su madre y su elemento. Un medio acertado para traerlos á razon era pedirles para sostenerla una parte de sus gajes, sueldos y rentas, pues entonces ileseaban acomodamiento. Tocad los provechos y honores de muchas personas, y las vereis mirar las cosas por un prisma muy diferente.»

Los gefes, que veían de cerca la miseria y sobre todo los punibles escesos á que se dejaban llevar los combatientes, pensaban de muy diferente manera. La Noue asegura que el almirante, después de la paz, se dejó deir varias veces, que preferiria el morir á ser de nuevo testigo de semejantes desmanes. No hay necesidad, añade La Noue, de haer mención de otra clase de gentes, que indierentemente encontraban buenas todas las paces y malas todas las guerras; como se les dejase comer con tranquilidad los frutos del huerto que cultivaban, les era igual uno y otro tiempo, aun cuando hubiesen de recibir en las cuatro fiestas anuales media docena de palos. Estos tenían, á mi modo de ver, empaquetados y perfectamente guardados su honor y conciencia en el fondo de sus cofres. El buen ciudadano debe tener celo por la cosa pública, y aspirar á algo mas que á vegetar en humillante servidumbre. Por consiguiente, débemos servir de guia en estos asuntos la sana razon, que aconseja no apelar nunca á las armas si una causa muy justa y la estrema necesidad no obligan á ello; porque es la guerra un remedio muy violento, que curando una herida abre otras; por lo cual no debe aplearse á ella sino en casos extraordinarios, deseando siempre la paz.»

Hacemos mérito con satisfaccion de estos sentimientos generosos de un bravo caballero, amigo de su patria, tan alejado de la rastroera complacencia que lo tolera todo, como de la arrogancia que nada quiere sufrir. Las reflexiones que emite sobre la manera como debe haerse uso del terrible azote de la guerra merecen ser transcritas. Son cortas, y es la última ocasion que se nos presenta de estar los *Discursos políticos y militares* de La Noue. «Ciertamente deben todos, al ver el reino envuelto en turbulencias, considerar en estas la ira de Dios mas bien dirigida contra ellos mismos que contra sus enemigos. Dicen los unos: son los lugonotes los que la atraen con sus heregias; y rellenan los otros: son los católicos los que la proveocen con su idolatría; y con reprimendas tales se acusan todos á la vez. Sin embargo, lo primero que debe haerse es reconocer en estas calamidades las propias imperfecciones, enmendándolas antes de echar la culpa á otros; y cuando tengamos una paz efimera y corta, debemos figurarnos que no la me-

recemos mas larga, por aquello de que (como dice el proverbio), cuando se ha pasado el puente, todos se burlan del santo, y la mayor parte vuelve á sus vanidades é ingratiudes acostumbradas.

Pocas ann entre los católicos pensaban tan cristianamente; pero consigue muchas veces la necesidad lo que se ha negado mil á la razon y á la religion. Hacia-se ya indispensable la paz, y se logró. Fué firmada el 2 de agosto en San German del Laye, donde estaba

se grangeó la confianza y estimacion de su esposo; pero no osó hacer uso de este ascendiente, que hubiera acaso redundado en provecho del reino. El jóven monarca partió al en tontro de su esposa en noviembre habiendo llegado hasta Mezieres; y á fines de diciembre, recibió una solemne embajada que le enviaron los principes alemanes de la confesion de Augsburgo, para felicitarle por su matrimonio y exhortarle á que continuase sosteniendo la paz y tratandolo con benevolencia á los religionarios franceses: el rey les dió una respuesta vaga colmándolos de honores y presentes.

Mientras que por toda Europa no se oia mas que el estruendo de las armas, y los principes cristianos escitados por Pio V cubrian el mar de banderas oponiendo en Lepanto los esfuerzos gloriosos de Don Juan de Austria á la conquista de la isla de Chipre por el cruel Selim II, emperador de los turcos; mientras que Alemania, donde tantas sectas pululaban, se agitaba aun para restablecer el equilibrio entre ellas; al paso que la discordia reinaba en Escocia; á la Inglaterra trabajaban las facciones, y los flamencos sosteniendo contra las poderosas fuerzas de España, su libertad y el derecho á professar la nueva religion, apuraban todos los horiores de una lucha intestina; aconteció en Francia una revolucion bien sorprendente: la paz, la union, y la concordia entre todas las clases del Estado. Se vió á los confederados tan descuñados y dispuestos siempre, como gente prevenida, á deseargar los primeros golpes, deponer sus temores y vivir tranquilamente bajo la salvaguardia de la palabra real. Se vió á Carlos olvidando pasados delitos, dedicarse con afan



El laron de Adrets.

el rey. Ademas de las ventajas precedentes, á saber, amnistia general, libre ejercicio de la religion reformada en los arrabales de dos poblaciones de cada provincia, escusando á Paris, y la en que estuviere la corte; reconocimiento y aprobacion de los hechos consumados; devolucion de los bienes confiscados y derecho á todos los cargos del Estado, obtuvieron los calvinistas dos bien importantes: 1.º la facultad de recusar seis jueces, presidentes ó consejeros en los parlamentos, lo que dió origen á las *camaras mistas*; 2.º cuatro plazas fuertes, que los confederados tuviesen derecho á guarnecer con gentes y gobernadores de su confianza. Escogieron la Rochela, Montauban, Cognac y Charité, que les fueron entregadas luego que los principes de Bearne y Condé y veinte de los principales de su partido hicieron juramento de restituirlas á los dos años.

Tan grandes ventajas eran para hacer sospechar á los calvinistas que esta paz no era otra cosa que un lazo, y que si la corte la habia firmado procedia con doblez, y para romperla, como despues sucedió, de la manera mas trágica. Sin embargo, los calvinistas cobraron entera confianza. Los principes, el almirante y los otros gefes llevaron hasta Langres á los alemanes despidiéndolos politicamente, y como dice Thon, mas cargados de promesas que de dinero. Volvieron en seguida á La Rochela, donde fijaron su residencia al lado de la reina de Navarra. Carlos IX se casó por poderes el 25 de octubre con Isabel de Austria, hija segunda del emperador Maximiliano II, princesa prudente, dotada de carácter apacible y reservado. Ana, la mayor, se habia enlazado con Felipe II. Isabel



Nacimiento de Enrique IV.

á la felicidad de sus subditos, solícitos en agradarle, proponerles casamientos, discutir las reclamaciones con pacíficos enviales, castigar á los revoltosos y autores de nuevos disturbios, acoger de los calvinistas consejos útiles para el Estado concertando con ellos la ejecucion, y ganar su confianza hasta el punto de obtener, antes del plazo prefijado, la restitution de varias plazas de las que retenian para su seguridad. ¿Qué pensar de Carlos IX, de ese rey de



secuencias, se casó precipitadamente con Catalina de Cleves; pero como los reyes no mandan en los corazones, el duque de Guisa conservaba sus derechos secretos sobre el de Margarita, y Carlos recibía que si la reina de Navarra llegaba á saber estos sentimientos de su hermana, se enfriaría en el plan de la alianza proyectada. El duque de Anjou veía con ojeriza también este enlace, porque suponía que con él ganaría grande influjo el príncipe de Bearne. En fin, el papa Gregorio XIII era mas exigente que todos los demas, y amenazaba con no dar jamas la dispensa. Al efecto envió á Francia al cardenal Alejandro sobrino suyo, con encargo de renovar las instancias del rey de Portugal y de amonestar al de Francia sobre sus relaciones con los hugonotes.

El legado cumplió exactamente con su comision, y llegó á apremiar al rey en términos que no supo este que responderle. «Señor Cardenal, le digo confuso, plúgueme á Dios que yo pudiera decirlo todo! Vos conocereis bien pronto, así como el soberano pontífice, que nada conviene mas que este matrimonio para asegurar la religion en Francia y exterminar sus enemigos. Si, anadió estrechándole afectuosamente la mano, fiad de mi palabra; aguardad, y el mismo santo padre se hará lenguas de mi piedad y mi ardor por la religion. Quiso confirmar sus promesas, entregando un anillo al cardenal, quien se negó á admitirlo diciéndole que le bastaba la palabra real.

Si es exacto que estas palabras pertenecen á Carlos IX, no cabe duda que ya entonces meditaba el degüello de San Bartelemy; pero Thou nos advierte juiciosamente que hay razones para desconfiar de los historiadores italianos: que son los que mencionan este hecho inspirados en su mayor parte por los Guisais, que tanto interés tenían en no pasar por únicos autores de una accion tan atroz, ó engañados por los católicos fanaticos, fieles ecos de ellos, análogos en el plan á toda la corte, y sobre todo al rey á quien siempre atribuyeron su direccion. Por el contrario, las memorias de aquel tiempo escritas por las personas mejor instruidas, por ejemplo, las de Brantome, de la reina Margarita, de Chevigny, Villeroy, Gastelnan, y en especial las de Tavannes, á cuyo lado se ponen Duplex, Laboureur, el autor de los comentarios y los mejores historiadores, se deciden espresamente por los extremos: el primero que Carlos IX no se resolvió al degüello hasta despues de la herida del almirante; el segundo que su único destino fué comprender solo á los gefes, sin hacerlo estensivo á la multitud.

He aquí pues, en tanto que no se aclara mas este caos, la idea que se puede formar de la marcha de la intriga. No hay dificultad en creer que desde el momento en que se firmó la paz, concibió Carlos IX el proyecto de asegurar al almirante y á los demas gefes, y que los buenos modos empleados para traerlos á la corte, tendian á tenerlos más á mano si volvian á moverse, para trasformar sus planes por medio de la prision y un castigo juridico. También se puede presumir que el desigmo de reprimir por la fuerza á los calvinistas, tomó el giro de manejos tendrosos cuando vio Carlos que estaban completamente tranquilos y tenían confianza en él. Esta disposicion pacífica del rey, más ó menos alterada por motivos de temor y recelo, pudo durar hasta la herida del almirante. En cuanto á esta desgracia que tuvo consecuencias tan funestas, fué obra de una política maquiavélica que arrastró al rey á extremos que no habia previsto. Espandremos todos los resortes de dicha política.

Este príncipe habia estado harto mal servido en la guerra, para no desear sinceramente la paz. Viendo que el alcanzarla solo era cuestion de algunas condescendencias con los calvinistas, les guardó consideraciones; y aun habia derecho á pensar que, á parte de las opiniones religiosas apreciaba á los gefes personalmente. La reina madre, sea por razon de estado, sea adhesión á la religion romana, llegó á alarmarse por semejantes relaciones: unióse secretamente con los Guisais para rodear de nuevo á su hijo con los antiguos hombres, y forzarle por un golpe ruidoso si era necesario, á romper todo compromiso que tuviese con los sectarios.

Se ensayó desde luego si causaria sensacion al rey el verse abandonado de los católicos sus antiguos amigos; los reclusos, los Montpensiers y sus allegados dejaron en consecuencia la corte bruscamente. Era, decian, cosa odiosa que una familia que habia prestado tan grandes servicios, estuviese tan poco atendida, y que lejos de vengar la muerte de un hombre que se habia sacrificado por la religion y el rey, se esolmas de beneficios á sus enemigos y asesinos. No se dejó de hacer llegar estas murmuraciones al rey, que aparentó no aceptarlas; al contrario, pareció contento en medio de los calvinistas que la próxima boda del príncipe de Bearne traía á la corte; sin embargo, no eran todos tan confiados. «Si esta boda se hace en Paris, decia el padre de Souilly, serán rojas las libreas.»

La reina de Navarra llegó á la corte á mediados del mes de mayo, y el 9 de junio ya habia muerto. Estendióse por toda Francia el humor de que habia sido envenenada; no obstante, á pesar de las mas minuciosas pesquisas no se encontró vestigio de este hecho. Mas ¿qué no podria presumirse despues de tantos ejemplos

de muertes, tambien necesarias, conseguidas por diferentes medios? La de Lignerolles, favorito y confidente del duque de Anjou muerto cazando por Villequier y por orden de Carlos, porque según unos habia tenido la desgracia de saber por su amo los secretos del rey, y según otros porque tenía una intriga con la reina madre; la del cardenal de Châtillon, envenenado por su ayuda de cámara cuando iba á volver á Francia; la del señor de Moulv asesinado en Niort por Mauvevel, á quien públicamente llamaban el real asesino; y de tantos otros cuyo fin trájico convertia en pruebas las menores sospechas.

Juana de Albret despues de haber sido amiga de los pláceres, los proscribió cuando aun podian alucinarla sus atractivos; reformó su Injido y mostró una austeridad de devocion que la hizo cara á su partido: tuvo todas las virtudes y defectos ordinarios en este género de vida: severa en sus costumbres, fuerte contra los reveses, celosa, liberal, pero imperiosa y aficionada á no hablar mas que de teología, estando casi de continuo acompañada por los ministros, para quienes era su casa un asilo. En los manifestos en que Juana tuvo parte, se notan siempre contra el clero y sobre todo contra el cardenal de Lorena, dichos mordaces, propios de una mujer ofendida. Mientras su hijo estaba en la corte, antes del viaje de Bayona, le escribió ella una carta que se juzgará ménos á propósito para recordar sus deberes á un niño de nueve á diez años, que para dar rienda á su dureza, censurando vicios que no tenía. No era ménos dura en sus represiones á aquellos de la religion que se separaban de su deber; pero nada se reservaba para si misma, y todas sus riquezas las abandonaba al partido. Hasta los católicos reconocieron su valor, su constancia y firmeza, y no acusan mas que su tenacidad que era su gloria, según los calvinistas. Su muerte retardó el matrimonio del príncipe de Bearne, que en seguida tomó el título de rey de Navarra. El almirante en este intervalo, se retiró á su castillo de Châtillon del Loing, donde diariamente recibia cartas de sus amigos que le advertian no volviese á la corte. Sus tenores se fundaban en multitud de conjeturas que tomadas aisladamente podrian á lo mas, dar materia á ligeras sospechas; pero que unidas formaban un cuerpo de presunciones espantosas.

Coligny, seguro de la buena fé del rey, miraba á los que tales noticias le daban, como hombres obcecados por un celo impuro: á aquellos con quienes queria tener algunas esplicaciones, les escribía que con Carlos habia ya tomado sus medidas, y que estaba arreglada una liga contra España entre Francia, Inglaterra y los príncipes protestantes de Alemania, que traería muy pronto la declaracion de la guerra. Cuando le hacian notar que la corte reunia tropas en los confines del Poitou, respondia que no eran destinadas contra la Rochela, y si contra los Países Bajos, donde debian ser trasportadas por mar; que esto mismo habia sido su consjio, adoptándose tal expediente, tanto para ahorrar á los soldados la fatiga de la marcha, como para enganar á los enemigos. Si se le hablaba de los empréstitos que el rey levantaba en todas partes, decia que tenian por destino los gastos de esta guerra, y que se habian con preferencia con los príncipes católicos para privarlos del recurso de su dinero. En fin, pretendia que nada habia que temer de los Guisais, porque el rey los habia reconciliado con él, y que por otra parte el cardenal de Lorena, el mas temible de ellos, estaba en Roma ocupado en el cónclave y muy lejos de poder causarle daño. Por último, pedía con instancia á sus amigos que no le fatigasen mas con parecidos recelos.

Estas razones no satisfacian á ninguno. Un noble llamado Langouiran, habiéndolas examinado minuciosamente, se fué á casa del almirante á despedirse. Dícele Coligny sorprendido: ¿por qué os marcháis?—Porque veo que os hacen muchas preguntas, respondió Langouiran, y yo prefiero salvarme con los tontos, á permanecer con los sábios. El almirante persistió sin embargo en su seguridad. Los desposorios de Enrique rey de Navarra y de Margarita hermana del rey, fueron celebrados el 13 de agosto con una pompa verdaderamente régia, habiéndoles precedido los del príncipe de Condé y Maria de Cleves. La nobleza calvinista, numerosa, galante y magnífica, hizo los honores de los unos y de los otros. En cuanto al almirante, en medio de los festejos, no se ocupaba mas que de su querida, la guerra de Flandes todo parecia inspirarle este deseo. Viendo el dia en que se celebró el matrimonio en las bóvedas de la catedral las banderas que le cogieron en Jarnac y Montcontour, «muy luego, dijo enseñándolas al mariscal de Damville, serán reemplazadas por otras mas gratas á los ojos franceses.» Teigny, La Rochefoucauld, Rohan y todos los gefes del partido pensaban como Coligny sobre la certeza de esta guerra, esperando que Carlos se resolviese para ir cada uno á ocupar su puesto.

A fuerza de conferenciar sobre este proyecto, habianse llegado á conocer sus ventajas. Arreglado el plan de operaciones el diestro Coligny, indicaba al jóven monarca que era preciso que en esta guerra se condujese de una manera diferente de las otras; esto es, que debia él mismo ponerse al frente de las tropas en lugar de

confiarlas á su hermano el duque de Anjou, para quien habia sido todo el honor de la victoria. «La reina vuestra madre, añadia, no piensa mas que en conservaros en eterna tutela para gobernar sobre; por esto os la decidio á nombrar un largamente general; pero es tiempo ya de sacudir el yugo, y de que os mostréis á vuestros pueblos como digno de mandarlos.»

Estos discursos hacian viva impresion en el ánimo de un rey susceptible y envidioso. Catalina estaba informada de todo; mas segura de su ascendente se limitó á tomar algunas medidas generales, como contar para cuando fuese necesaria con la cooperacion de los Guisays y sus partidarios; pero el peligro se aumentaba. Fué avisada la reina por Villequier, Sauve y Retz, cortesanos astutos y perspicaces, en quienes hasta el mismo rey tenia gran confianza, que su hijo iba á emanciparse, que estaba enteramente ganado por los religionarios, y que sin algun remedio violento, seria difícil refrenarle.

A un mal tan apremiante trató Catalina de aplicar remedios extremos; eligió la ocasion de una cacería, en la cual su hijo se encontraba lejos de los consuecos que ordinariamente le rodeaban, arrojóse á un castillo y encerrándose con él, prorumpió en amargas quejas. Uniendo la ternura á la dureza, le representó cuanto habia hecho por él desde su infancia, las injurias que habia recibido y los peligros que habia arrojado por parte de esos mismos hombres con quienes tenia él la imprudencia de ligarse tan estrechamente. «Si se hacen árbitros de los negocios, ¿qué será de mí? dijo ella sollozando. ¿Qué será del duque de Anjou, pérfido objeto de su odio? ¿Cómo escaparemos á su furor? Dame, añadio, permiso para volver á Florencia; dad á vuestro hermano tiempo para salvarse.»

Temiendo el rey, «no tanto, dice Tavaunes, á los hugonotes, como á su madre y hermano, cuya astucia, ambicion y poder en el reino le constaban, y creyendo infalible una revolucion si continuaba prestando apoyo á los calvinistas, dió mil excusas y satisfacciones á su madre. Afectando Catalina un resentimiento implacable, se retiró á una casa vecina; siguió el rey, y la encuentra con el duque de Anjou y los señores de Retz, de Tavannes y de Sauve en consejo: nuevo motivo de inquietud para el jóven Carlos, que teme alguna maquinacion contra él. Entra en explicaciones, y pide que se le den á conocer los nuevos crímenes de los calvinistas: todos se apresuran á satisfacerle, trayendo á cuento cuanto se sabia acerca de sus verdaderas ó supuestas intenciones. Dice uno que no satisfechos con el libre ejercicio de su religion aspiran á abolir la católica; añade otro que se jactaban de dominar al rey y de que harian cuanto quisieran; que el almirante particularmente no cesaba de enaltecer sus hechos y prometia llegar á vengarse algun dia de los decretos de proscripcion dados contra ellos.

Es preciso confesar que Coligny y los otros no fueron siempre prudentes y moderados en sus conversaciones. La Noüe desaprobaba estas bravatas y llama á sus autores «verdaderos, locos é imbéciles en la situacion actual.» Se explotaron estos temas de todas las maneras capaces de ofender al rey. Atacado con tanta fuerza se dejó vencer y prometió ser mas cauto en lo sucesivo, para que el almirante y los suyos no abusasen de su bondad; mas como el monarca no parecia aun bien decidido, se resolvió hacerle romper con los calvinistas de un modo que no permitiese ya reconciliacion. En su consecuencia, se espidió un correo al duque de Guisa que acudió con su tío el duque de Anjou, el de Nemours su cuñado, el de Elbeuf su primo hermano, los de Nevers y de Montpensier sus cuñados y con numerosa comitiva de caballeros. Todo esto pasaba antes del matrimonio del rey de Navarra, y no se juzgó prudente hacer á mas de cuatro dias despues del casamiento el librarse de los temores que inspiraba Coligny.

No tardó en encontrarse asesino. Se eligió para ello al famoso Maurevel, quien se ocultó en una casa por cuyas inmediaciones pasaba todos los dias el almirante á su vuelta del Louvre. El 22 de agosto le disparó desde una ventana cubierta por una cortina, un tiro de arcabuz, cuyas balas le hicieron una grande herida en el brazo izquierdo y le llevaron el indice de la mano derecha. Sin la menor atencion enseñó el almirante la casa de donde habia salido el tiro. Derribó la puerta, pero el asesino se habia salvado, y Coligny todo ensangrentado se retiró apoyado en sus criados á su morada.

Jugaba el rey á la pelota cuando le enteraron de tal accidente. «¿No tendré jamás un momento de reposo? exclamó arrojando con furor la pelota. Estaré contenido á presentarle todos los dias nuevos descubrimientos? En el único momento todo fue tumulto y confusion. Hija, venia, hablaba y se perdia la gente en conjeturas. De los partidarios del almirante amenazaban los unos, y los otros estaban sumidos y guardaban silencio. Todos daban consejos, y la perplexidad daba eleccion hacia que no se siguiese ninguno. Repuestos de la sorpresa, resolvieron ir á demandar justicia al rey contra tal atentado. El rey de Navarra y el principe de Condé se encargaron de la comision. Carlos respondió que «nadie, tanto como á él habia

allegado aquel suceso, y que tomaria una venganza ruidosa. La reina madre añadio, que este crimen atacaba al mismo rey, y que si lo dejaba impune ni aun él estaria seguro en el Louvre. Los principes se retiraron tanto mas satisfechos de las disposiciones de la corte, cuanto que al parecer se habian adoptado todas las medidas para hallar al asesino. Las puertas de Paris fueron cerradas, y se nombraron comisarios para investigar y reconocer todas las casas sospechosas. Ademas, el rey encargó á los embajadores que manifestaran á sus amos cuánto le habia apesadumbrado este hecho, y hace escribir á los gobernadores de las provincias que obraran de manera que los culpables llegasen á ser descubiertos y castigados.

Coligny, á pocas horas de recibida la herida quiso ver al rey, y Carlos se trasladó á la vivienda de enfermo con compañía de su madre, del duque de Anjou, los mariscales de Francia y un brillante cortejo. Acercándose al almirante, le consoló y juró por el nombre de Dios, cuya mala costumbre tenia, que tomaria de aquella maldad una venganza tan terrible, que jamás se borrara de la memoria de los hombres. Coligny se lo agradeció, y despues de una corta protesta de su lealtad, cortó la conversacion sobre su tema ordinario, la guerra de Flandes. Manifestó al rey que tardaba mucho en declararla; que durante este tiempo algunos veteranos que al mando de Genlis habian pasado á los Países-Bajos para servir á su majestad, fueron batidos por falta de socorro, y tratados despues de la derrota como bandoleros por el duque de Alba; que era ya ridiculo por su publicidad en la corte el proyecto de esta guerra, y que el consejo de España estaba enterado de esta guerra, y que el consejo de Francia se queria tambien de que estando en favor de los calvinistas no fuesen observados al pie de la letra.

«Amigo mio, le respondió el rey, contad con que os miro siempre como un súbdito muy leal y como uno de los mas valientes generales de mi reino. Dejame el cuidado de hacer que sean observados los edictos, y de vengaros así que sean descubiertos los delincuentes.—No es difícil encontrarlos, replicó Coligny; los indicios son asaz claros.—Tranquilizaos, repuso el rey; una enoncion mayor podria perjudicar á vuestro estado. Dichas estas palabras pasó á examinar la bala que se habia extraido de la herida; hizo que le contasen las circunstancias de la cura, y se asentó despues de algunas muestras de interés por la salud del enfermo.

Durante esta visita que fué próximamente de una hora, advirtiése que la reina madre no se separó un solo momento del rey, y que puso sumo cuidado en no perder ni una palabra de cuanto decía el almirante á su hijo: precaucion inútil si se cree la relacion de Miron, médico del duque de Anjou, escrita en Polonia y dada por este principe. Dice el duque que Coligny acordó medio de dirigir algunas palabras al rey, que no fueron oídas; y que no habiendo entonces que estaban él y la reina madre en la cámara del almirante rodeados de calvinistas, se estremeron y se situaron embargados de un súbito temer.

Bastaba en efecto una sola palabra para perderlos, si el jóven Carlos, cuyas primeras impresiones eran terribles, se hubiese apercibido que le engañaban y que el crimen que tanto le afligia, era obra de su familia. En las conversaciones que siguieron al asesinato, la reina le habia dado á entender que ella sospechaba del duque de Guisa, quien quizá lo habria ejecutado para vengar la pérdida de su padre, muerto ante los muros de Orleans, de cuyo delito no se habia purificado bien Coligny. «Pero estas razones, dice la reina Margarita, no satisfacen al rey que no podia moderar ni cambiar el apasionado deseo de hacer justicia, mandando que se buscase y presentase á Guisa, pues no queria por ningun concepto de arriesgar ni al almirante, ni al estado.»

Este temor del rey del que no se esperaban buenos resultados, hizo furor al fin el partido de revelar todo el misterio, de lo cual se encargó Alberto de Goudy, baron de Retz, que poseedor de la confianza de Carlos, sabia atender á sus miras. Dirigió á su gabinete, y despues de tomarle lo suficiente para descubrirle sin peligro una confianza de este genero, le participó que la herida del almirante no es obra de Guisa solo, sino tambien de su madre y del duque de Anjou, que habian sido forzados á ello por las cosas maquinadas de este rebelde que los queria perder; que ya una vez sucedido, nada habia mas cómodo; y que era indispensable unirse á los católicos para acabar lo comenzado, ó prepararse á otra guerra civil. Aventuradas estas primeras ideas llegó la reina segun anteriormente habian convenido, acompañada del duque de Anjou, del conde de Nevers, de Birague, guardaesellos, y del mariscal de Tavannes. Confinara ella á su hijo cuando el duque de Retz acababa de decirle, y añade que desde la herida del almirante es no solo contra el almirante tan desesperados, que era de temer atentases, sino tambien contra el duque de Guisa, sino contra el mismo monarca.

En efecto, los imprudentes discursos de algunos calvinistas, daban bastante lugar á estas imputaciones. Decian abiertamente, que si el rey no les hacia justicia, se la tomarian ellos. Pandallan, el señor de Piles y otros osaron preferir las mayores amonazas; y «las palabras indiscretas, el gesto insolente y la altanería de Piles;

estremecieron al rey y á todos los católicos de la corte. Catalina al recordarle en el Consejo estas amenazas, añadió todavía que el almirante después de su herida había hecho prontos correos á Alemania y á la Suiza, de donde esperaba sacar veinte mil hombres; que si estas tropas se unían á los descontentos de Francia, escaso como estaba el rey de dinero y hombres, no veía más que desgracias; que además se apresuraba á advertirle que á la menor aprehensión de unión de él con los religiosos, estaban los católicos y decididos á una liga ofensiva y defensiva contra los hugonotes; y que el resultado sería encontrarse entre ambos partidos sin fuerza ni autoridad en su reino.

Estas consideraciones consiguieron, dice el duque de Anjou en la relación de Miron, una maravillosa transformación en el rey; porque si había vacilado antes, nosotros conseguimos decidirlo. Levantábase y nos dice con reconcentrado furor, que puesto que habíamos creído útil lo ejecutado con el almirante, juraba que era también de su agrado, así como le agradaría la muerte de todos los hugonotes de Francia, si sin dejar ni uno solo que pudiera quejarse después, y que así diésemos la orden cuanto antes. Pronunciada esta terrible sentencia, no se pensó más que en la ejecución; y Carlos desde este momento se prestó á cuanto de él se quiso exigir para realizarla. Se trataba de reunir en un mismo punto de la población á todos los nobles calvinistas, á fin de cogelos juntos; pero ellos mismos proporcionaron mejores medios. Alarmado el almirante de algun movimiento que observaba en el pueblo, envió á pedir al rey una guardia para su custodia. Pocos días antes había entrado en París con otro pretexto el regimiento de guardias. El rey no solo mandó colocar una compañía en la puerta de Coligny, sino que dió orden á los católicos para que cediesen sus alojamientos á los religiosos. Los oficiales de la municipalidad formaron una lista de estos, á quienes exhortaron á retirarse al lado del almirante. Como complemento de estas mismas atenciones, se mandaron á casa del almirante suizos de la guardia del rey de Navarra; y este príncipe fué avisado por el rey para que enviara al Louvre toda la gente de que pudiese disponer para defender la corte contra los Guisais en el caso de que intentasen algun motín.

Tantas precauciones tomadas al parecer en defensa de los calvinistas, dieron confianza al mayor número de los amigos del almirante: algunos insistían sin embargo, en el partido más prudente, que era sacar al herido de París y presenciar de lejos la tormenta; pero Coligny se opuso constantemente diciendo que sería irrogar una injuria al rey y que él quería fiarse de su palacio, aun cuando por ello hubiese de ser víctima. Telyny y La Rochefoucauld pensaban de la misma manera. Esta igualdad de sentimientos no impidió á los más desconfiados hacer nuevos esfuerzos, asegurando que se habían introducido muchas armas en el Louvre, como si se quisiese formar un arsenal para armar las turbas destinadas contra ellos; pero el enfermo respondía que se destinaban para un torneo que preparaba el rey, quien había tenido la bondad de participárselo. Replicaban los otros que quizá no sería esto más que una astucia, y que en caso semejante no había que perder tiempo: inútiles fueron todas estas observaciones.

La reina madre que tenía espías entre ellos mismos, llegó á saber estas deliberaciones, lo que la hizo apresurar la ejecución, que fijó para el día de San Bartolomé, 24 de agosto. Tomó esta resolución en el palacio de las Fullerías entre la reina, el duque de Anjou, el de Nevers, Enrique de Angulema, gran-príncipe de Francia, hermano bastardo del rey, Renato de Birague, guardaeselos, el mariscal de Tavannes y Alberto de Gondi, baron de Retz, originario de Florencia. Autores bien enterados dicen que se vació si se comprendía en la proscripción al rey de Navarra, al príncipe de Condé y los Montmorencys, y que no debieron estar la villa más que á las defensas de Tavannes. Pretendieron otros que era la intención de Catalina procurar que viniesen á las manos los gefes de los calvinistas y de los católicos, y cuando unos y otros se hubiesen destruido, hacer salir del Louvre al rey al frente de sus guardias, con el objeto de que se arrojará sobre unos y otros para acabarlos por completo. En fin, dádase así si era el plan hacer el degüello tan general como fué. «Por mi parte, decía Catalina después de la ejecución, yo no soy responsable más que de la muerte de scis.» ¡Qué espantosa seguridad!

Como quiera que sea, se resolvió confiar la muerte del almirante, como primera escena de la tragedia, al duque de Guisa. A fin de prevenir hasta la sombra de recelo, los príncipes de la casa de Lorena fingieron temer alguna violencia de parte de sus enemigos; y con este pretexto pidieron permiso al rey para marcharse. «Id en buena hora, les dijo el monarca con tono irritado, que si sois culpables, yo os sabré encontrar.» Despedidos ya y dueños de ocultas maquinaciones, bajo la apariencia de las ocupaciones indispensables antes de un viaje, les fué más fácil reunir su gente sin dar sospecha.

Tavannes hizo ir á presencia del rey al preboste de los mercados, Juan Charron, y á Marcelo, su predecesor, que gozaban de mu-

cha popularidad; dióseles orden de armar las compañías urbanas y tenerlas prontas para media noche en el ayuntamiento. Prometieron obedecer; pero cuando se les dijo el objeto del armariento, temblaron y quisieron excusarse con su conciencia. Tavannes les amenazó con la indignación del rey, y aun trataba de excitar contra ellos al monarca, harta indiferente á su pesar. «Los pobres diablos no pudiendo hacer otra cosa, respondieron entonces: dadlo por hecho, señor; os juramos que llegareis á ver lo que meaneamos las manos, dejando memoria para siempre. He aquí, añade Brantome, como una resolución tomada por fuerza, y llevada á cabo por la violencia, llega á encarnizar al pueblo cual nunca se ha visto.» Recibieron en seguida las instrucciones, á saber: que la señal sería dada por la campana del reloj de palacio, en cuyas ventanas se pondrían liachones; que se establecerían cuerpas de guardia en todas las plazas y encrucijadas, y que para distinguirse llevarían los católicos un lienzo en el brazo izquierdo, y una cruz blanca en el hombro.

Todo se dispone según estas instrucciones empujando el silencio más espantoso. El rey, temiendo que llegase á fallar la empresa por sobrada compasión, no se atrevió á salvar al conde de La Rochefoucauld, á quien amaba. Viéndole por la noche dispuesto á salir del Louvre, le invita Carlos, y aun le hostiga á que se quede; el conde rehusa, y Carlos no pudiendo retenerle sin exponerse á ser descubierto, le abandona á su suerte, guiándolo en el fondo de su corazón por verse obligado á sacrificarle por conservar el secreto. «Bien veo, dijo, que Dios ha resuelto su muerte!» Triste y taciturno esperaba el rey con mucho espanto la hora acordada para el degüello que todavía estaba en sus manos evitar. Testigo de su agitación y creyendo que vacilaba, su madre le anima y le arranca al fin la orden para la señal. Debía ser dada al rayar el día por la campana de palacio; mas impaciente Catalina por poner en movimiento á los ejecutores de la sangrienta tragedia, le parece que se perderá tiempo por la distancia del Louvre, y así se precipita á tocar por sus órdenes á rebato en San German de Auxerre. Salíó entonces el rey de su aposento, entró en un gabinete que daba á la puerta del Louvre, y miró con inquietud hacia fuera. Su madre y hermano no le abandonaban un momento. Suena un pistolazo. «No podrá decir, relate el duque de Anjou, dónde ni á quién fué dirigido; lo que si puedo asegurar es que el sonido nos hirió á los tres conmovidos por el terror que naturalmente inspiraban los grandes desórdenes que en aquel momento daban principio.» A consecuencia del súbito horror que se apoderó de ellos, envió á toda prisa un caballero á decir al duque de Guisa que nada entendiese contra el almirante, lo que hubiera suspendido todo lo demás; pero era ya tarde.

Con impaciente afán había estado esperando el venaguisa la señal para ir á casa del almirante. Al nombre del rey se abren inmediatamente las puertas, siendo desde luego asesinado el que las había franqueado. Los suizos de la guardia navarra huyen y se esconden empujados de la sorpresa. Tres coroneles franceses acompañados de Petrucci, Sienes, y Beme, alemán, y seguidos de soldados suben precipitadamente la escalera, y forzando la puerta de Coligny gritan todos á la vez con voz terrible: «muera, muera.» Por el ruido conoció el almirante muy pronto que se trataba de atentár á su vida; habíase levantado y apoyado contra la pared, y de esta manera oraba. Beme le vió el primero: «¿Es tú Coligny? le dijo presentándole la punta de su espada.—Sí, yo soy, respondió este con calma. Joven, añade, deberías respetar mis canas. Por toda respuesta hunde Beme su espada en el cuerpo, retirándola humeante para herirle de nuevo en el rostro; mil golpes siguen al primero y cae el almirante herido en su sangre.—Ya está!—grita Beme desde la ventana.—Monseñor Angulema no lo quiere creer, responde Guisa, mientras no le vea á sus pies.» Arrojan el cadáver por la ventana. El duque de Angulema le limpia por sí mismo el rostro para conocerle, y aun se dice que se rebajó hasta el punto de pisotearle.

A los gritos y alaridos que por todas partes se oyeron así que sonó la fatal campana, salen los calvinistas de sus casas desnudos, casi dormidos y sin armas. Los que quieren ir á la morada del almirante son degollados por las compañías de guardias apostadas cerca de ella. Si intentan refugiarse en el Louvre, son recibidos á tiros y lanzados: si huyen, caen en manos de las tropas del duque de Guisa y de las patullas urbanas que hacen una horrible carnicería. De las calles se pasa á las habitaciones, cuyas puertas son hechas pedruzcos: cuantos en ellas se hallan sin distinción de edad ni de sexo son degollados: en todas partes se oían los gritos salvajes de los asesinos, y los dolorosos gemidos de los moribundos. El día viene á alumbrar la sangrienta obra de esta noche de espanto. «Cuerpos mutilados se arrojaban por las ventanas; las calles y plazas aparecían cubiertas de cadáveres.»

Lo que pasaba en el Louvre no desmentía los excesos de la población. Estos acontecimientos sobreveniendo á los ocho días de haberse casado Margarita de Valois con el joven Enrique, rey de Navarra, sustituyeron con sombría tristezza los placeres que ordinariamente

promete un nuevo himeneo. Notábase la violencia al través de las diversiones ordenadas por la corte. No había confianza ni expansión en esta alegría: la esposa, sospechosa para los calvinistas por su religión y para los católicos por su matrimonio, ni aun osaba preguntarle la causa de los movimientos que advertía. Viendo la reina acudir a su hijo más tarde de lo que acostumbraba en la víspera de San Bartolomé, la mandó retirarse. Cuando yo me preparaba á hacerlo, dice Margarita, mi hermana de Lorena me cogió del brazo, y echándose á llorar me dijo:—Por Dios, hermana mía, no os marcheis. Catalina irritada repudió agratamente á su hija mayor por tal imprudencia. «Yo veis», replica esta que enviara así es sacrificarla, porque si llegó á descubrirse algo se vengarán en ella? «A este altercado siguieron nuevas órdenes á Margarita para que se retirase, pero su hermana, anegada en lágrimas, la abrazó nuevamente. «Pues qué, ¿he de marcharme», dice Margarita toda angustiada, sin saber qué hay que meter? »

Llamada por su marido, «he encontrado», dice ella, «su lecho rodeado de hugonotes, á quienes yo no conocía, y que en toda la noche no se ocuparon de otra cosa que de lo sucedido al almirante. Yo tenía siempre en la memoria las lágrimas de mi hermana, y me era imposible dormir por la ansiedad en que me habían dejado sin saber por qué. Pasé la noche de esta manera sin cerrar los ojos. Al amanecer», se levanta Enrique, «sale de su cámara, y con él todos los caballeros que le habían acompañado. La joven reina, postrada por el sueño, hace cerrar las puertas y se queda dormida. Una hora después despierta sobresaltada al ruido causado por un hombre, que golpeando furiosamente las puertas, gritaba con todas sus fuerzas: «¡Navarra, Navarra!» Creyendo su nodriza que era el rey, abre un hombre ensangrentado se lanza á la habitación perseguido por cuatro arqueros que entran atropelladamente tras él. Tenía dos heridas en un brazo. «Queriendo librarse de sus asesinos», continúa Margarita, «salta sobre mi cama; y yo, viendo á este hombre que me cogía á manera de escudo para evitar los golpes de sus perseguidores, no sabía si él me venía á ofender, y si los arqueros se dirigían contra él ó contra mí. No le conocía; ambos gritábamos, é igual era nuestro espanto. Por último llegó el capitán de los guardias, quien hace retirar á los arqueros, y concede la vida á aquel hombre á instancias de la reina. El mismo la llevó en seguida á la cámara de su hermana, la duquesa de Lorena. Al entrar en la antecámara, un noble fué hirido con una alabarda; tres pasos de ella, quien cayó desvanecida, y volvió en sí en los brazos de la duquesa.»

Su primera inquietud fué por el rey su esposo, que estaba, como el príncipe de Condé, en la habitación de Carlos, que los había mandado llamar. Recibidos con semblante feroz, y les dijo que por órden habían sido muertos el almirante y los demás gefes de los rebeldes; que respecto á ellos, persuadido como estaba de que habían sido arrastrados á la nueva religión menos por voluntad propia que por malos consejos, no vacilaba en perdonarles, con tal que abjurasen su secta y volvieran al seno de la Iglesia católica. En vista de su respuesta ambigua, Carlos les dió tres días para decidirse. Desde el lugar donde pasaba esta escena, podían oírse los últimos ayes de sus amigos asesinados en el Louvre. Los guardias, formando dos hileras, mataban con sus alabardas á los que llevaban desarmados, espirando los unos sobre los otros. La mayor parte dejaba se herir sin quejarse; otros invocaban la fé pública y la palabra del rey. «¡Gran Dios, gritaban, tomad la defensa de los oprímidos! ¡Justo juez, vengad tanta perfidia!»

La matanza duró tres días, y apenas hubo familia distinguida que no leyese en la lista de los proscritos algun infortunado de su nombre. La Rochefoucauld, Juan de Grussol, hermano de Antonio y de Santiago, Teligny, Pluviant, Berny, Clermont, Lavardin, Caumont de La Lorce, Pardaillan, Lewis y mil otros bravos capitanes perecieron al filo de la espada. Algunos se salvaron, contando entre ellos Rohan, el vidame de Chartres y Montgomery. Gramont, Durás, Gamaches y Bouchavaunes obtuvieron perdón del rey. Los Guisas libraron tambien algunos; pero estos ejemplos de humanidad fueron muy raros: «Sangrad, sangrad, gritaba el implacable Tavannes, que los médicos dicen que la sangría es tan buena en este mes de agosto como en mayo.» El duque de Guisa, el de Montpensier y el bastardo de Angulema decían, paseándose por las calles, que era preciso matar hasta el último y exterminar esta raza de serpientes, pues que tal era la voluntad del rey. Escitadas por estas exhortaciones las compañías urbanas, se cebaron en la matanza de sus convecinados con el encarnizamiento que habían prometido. Vióse á un tal Crucé, platero, enseñando su brazo desnudo y ensangrentado, jactarse de que con él había degollado en un día mas de cuatrocientos.

No se crea que solo la religión aguzaba los puñales. Muchos católicos parecieron en el tumulto; los herederos mataron á sus parientes; los hombres de letras á sus émulos de gloria; los ancianos á sus rivales, y los litigantes á sus contrarios. La riqueza llegó á ser un crimen; la enemistad un motivo legitimo de crueldad, y el

torrente del ejemplo arrastraba á los mas increíbles excesos á hombres nacidos para dar á sus semejantes lecciones de honor y de virtud. Cuenta Bretonne que muchos de sus camaradas, nobles como él, llegaron á sacar del pillage hasta diez mil escudos. Los que robaban no tenían cupacho en ir á ofrecer al rey y á la reina alhajas y objetos preciosos que habían hurtado, y eran aceptados.

Las violencias cometidas á la vista de la reina Margarita prueban que los asesinos no guardaban consideración á nadie. El octogenario Brión, ayo del príncipe de Conti, hermano del de Condé, viéndose acosado por los asesinos, cogió entre sus brazos á su discípulo como una salvaguardia; pero fué tambien asesiado á pesar de los esfuerzos del príncipe, que paraba los golpes con sus manecitas. No hubo, en fin, género alguno de crueldad que no se consumase. hasta los niños de diez años mataban á los que estaban en pañales, y se vieron tambien señoras de la corte contemplando sin pudor los cadáveres de sus conocidos; lo que les daba materia á observaciones indecentes que excitaban su risa.

El impetuoso Carlos, una vez entregado á la fúgosa de su carácter, no conoció límites; se le acusa de haber disparado él mismo sobre los desdichados calvinistas que huían y atravesaban el río á nado para ganar el arrabal de Sau Gorman. No estuvo encerrado en su palacio durante los tres días de saque; se pasó por las calles de la capital acompañado de un séquito brillante, que hacía un contraste indigno con los rastros de sangre impresos en todas las paredes. Marcó á Montfaucon, sitio destinado á las escenas patibularias, á ver el cuerpo del almirante. Cuanto puede imaginar la rabia del mas desenfrenado populacho se ejecutó en su cadáver: fué arrastrado por las calles, mutilado de la manera mas indigna, metido en el río, y arrojado despues á una loguera, de donde lo sacaron medio consumido para llevarlo á Montfaucon, donde fué colgado por las piernas. Entre tantos rasgos de barbarie, los historiadores no hacen mención mas que de uno de generosidad, que lleva sin embargo, impresa la marca de la ferocidad del siglo. Vezins, noble de Quercy, estaba de mucho tiempo antes enemistado con uno de sus vecinos, llamado Regnier, calvinista, cuya muerte había jurado mas de una vez: ambos vivían en París, y tanta Regnier que aprovechándose vez á vez de las circunstancias, satisficiera á costa de su vida el odio que le tenía. Enmedio de esta alarma siente echar abajó la puerta de su habitación, y ve entrar á Vezins espala en mano acompañado de dos soldados. Dicele Carlos é imperiosamente: «Soy yo.» Regnier se coloca consternado entre los dos satélites en la casi seguridad de que le llevaban á morir. Vezins le hace montar á caballo; sale apresuradamente de la ciudad, y sin detenerse ni decir una sola palabra, le lleva hasta Quercy, donde le metió en su castillo. «Ya estais seguro», le dijo; hubiera podido aprovecharme de la ocasión para tomar venganza; pero entre valientes se debe compartir el peligro, y por esto os he salvado. Cuando os dé la gana, me encontrareis dispuesto á ventilar nuestra contienda, como conviene á caballeros. Regnier no le respondió mas que con protestas de reconocimiento y pidiéndole su amistad. «Yo os dejo libertad para que me acéis ó me sigais odiando; no os he traído aquí mas que para que podáis escoger como queráis. Sin esperar respuesta, dió un espolazo y partió.

La incertidumbre, la irresolución, las manifestaciones hechas y desiguales, las contrarias medidas, todo patentiza cuán agitados estaban los animos de los autores de la matanza de San Bartolomé durante y despues de ella. El rey escribió el primer día á los gobernadores de las provincias, que él no había tomado parte alguna en el desorden que se había originado de la animosidad de las dos casas de Guisa y Chatillou; que tuviesen el mayor cuidado en persuadir á todos que lo sucedido no produciría cambio alguno en los edictos de pacificación, y que mandaba que no se alterase la tranquilidad; pero desde por la mañana se despacharon á todas las poblaciones de consideración católicas notables encargados de ordenes verbales enteramente contrarias.

En fin, al tercer día se fué el rey al Parlamento, donde se celebró una sesion regia. Declaró que despues «una no interrumpida serie de revueltas y atentados contra su soberano, Coligny había puesto como á sus crimenes con la resolucion de exterminar al rey, á la reina, á los duques de Anjou y de Alençon, y al rey de Navarra, aunque corregionario suyo; que despues de estos asesinatos era el desiguil del almirante poner en el trono al príncipe de Condé, á quien se descartaría á su vez para coronarse el mismo, así que estuviese vacante el trono por la extincion total de la real familia. A tuviese vacante el trono por esta declaración pruebas solidas, debió ser hecha desde el primer día, y nada hubiera sido mas apropiado para justificar los excesos cometidos. Esta fué la reflexion del presidente Thou, cuya probidad y buen corazon sufrieron mucho al tener que probar, como primer presidente del Parlamento, los motivos alegados por el rey.

Al dar Carlos su consentimiento á la matanza de San Bartolomé, creyó que toda la odiosidad caería sobre los Guisas, y este fué el objeto de su primera declaración; pero no le dejó mucho tiempo



en esta esperanza la reina madre, que sabía manejar á su hijo, á quien colocó hábilmente entre su gloria y su autoridad. A parte de los inconvenientes de una guerra mas encarnizada que las otras entre los Guisus y los Montmorencys, en que estos querrian vengar la muerte de Chatillon, interin continúanse imputándole á los principes de Lorena, persuadido á su hijo que arrojara la acusacion de dicha matanza sobre otros seria acreditar su debilidad é impotencia; que era preciso que nada apareciese hecho en el reino sin el consentimiento de su soberano, pues de lo contrario podia verse espuesto á las mas peligrosas consecuencias.

Segun acontece con los caracteres estremados, una vez imbuido el jóven Carlos en estas máximas, ya no conoció moderacion, y autorizó con su nombre el degüello en las provincias. Fué horrible en Meaux, Angers, Bourges, Orleans, Lion, Tolosa y Rouen, sin contar las ciudades de menos importancia, las aldeas y los castillos particulares, donde los señores no estuvieron siempre á cubierto del furor de los pueblos amotinados. Los cadáveres se podian insepuir, y muchos rios llegaron á estar tan infectados por los cuerpos arrojados en ellos, que los habitantes comarcanos no quisieron por mucho tiempo beber de sus aguas ni comer de sus pescos.

Añadamos para satisfaccion del lector afligido con tantos horrores, que algunos comandantes de las provincias rehusaron prestarles á la ejecución de las órdenes sanguinarias, siendo aquellos el conde de Tendes en Provenza, Gorde en el Delfinado, Chabot-Charny en Borgona, Saint-Iheran en Auvernia, Mandelot en Lion, La Guiche en Macon, y Tavernny Matignon y Villeneuve en otros puntos. Semjantes nombres deben pasar á la posteridad, Juan Fleuryer, Jacobino, obispo de Liseux, obtuvo que aquel á quien se dirigian las órdenes, aplazase el degüello, y con esta discreta dilacion salvó á los calvinistas de su diocesis. El vizconde de Orthez, gobernador de Bayona, escribió al rey: «Señor, he comunicado las órdenes de V. M. á los leales habitantes y soldados de la guarnicion. Los he encontrado buenos ciudadanos y valientes soldados; pero no he hallado ni un solo verdugo, por lo cual ellos y yo suplicamos humildemente á V. M. que emplee nuestros brazos y vidas en otras cosas por mas peligros que haya que arrostrar; y os aseguramos, señor, que sabremos verter en vuestro servicio hasta la última gota de nuestra sangre.» Saint-Iheran se espresaba en estos términos: «Señor, he recibido una orden con el sello de V. M. para estar atento á todos los protestantes que viven en mi provincia; respeto demasiado á V. M. para no figurarme que estas órdenes son su objeto; y si, si, lo que Dios no quiera, han emanado efectivamente de V. M., os respeto aun bastante para ser yo existian corazones generosos; mas la repentina muerte del vizconde de Orthez y del conde de Tendes ha hecho creer que fué premiada su nobleza de alma con veneno. Este último, Honorato II de Saboya, era nieto de Renato de Saboya, marqués de Villars, hermano legitimado de la famosa Luisa, madre de Francisco I.

De estrair es que entre tantos valientes capitanes dos hombres solos se hubiesen defendido: Guercly, que envuelto el brazo izquierdo en su capa, combatió desesperadamente en la casa del almirante, y no succumbió sino al número; y Tavernny, teniente de la santa hermandad, *hombre de toga*, que con un solo cirio sostuvo en su casa un sitio de nueve horas. Una resistencia parecida de otros hubiera dado tiempo al mayor número para adoptar algunas medidas de defensa; pero como si la sorpresa les hubiera embargado el uso de los sentidos, apenas pensaban en la fuga, y á manera de víctimas resignadas á morir, presentaban su cuello á los verdugos. El pánico logró conversiones, cuya mayor parte duró tanto como el temor que las habia aconsejado. aunque este motivo no fué general. Enrique de La Tour de Auvergne, vizconde de Montfaucon, dijo que el horror de la San Bartolomé le arrastró al calvinismo. Faltábale aun el último triunfo á la corte, pues tantas violencias venian á ser inútiles si los que estaban mas cerca del trono persistian en su obstinacion. Diariamente los teólogos de mas fama predicaban al rey de Navarra, y al principe de Condé, á quienes tambien exhortaban, rogaban y hasta amenazaban sus amigos. Llegó á lograrse, si ha de creerse á los historiadores calvinistas, la abjuracion de un famoso ministro llamado Durosier con la esperanza de que este ejemplo los decidiera; pero ellos difirieron siempre el acceder bajo pretexto de serles precisa mas amplia instruccion.

Irritado Carlos IX de estas dilaciones, en un ímpetu de su cólera pide sus armas, manda formar al regimiento de guardias, y que ante él se presenten los principes. La jóven reina, su esposa, princesa llena de dulzura y humanidad, y harto afectada ya por lo que habia pasado, se arroja á sus plantas, y logra deshacer tan amenazado aparato. Aunque se calzó, lo no obstante terrible para los principes la exigencia de Carlos. «Muerte, misa ó Bastilla,» les dijo en tono fulminante. El rey de Navarra y su hermana Catalina de Borbon cedieron. El principe de Condé demostró al pronto alguna firmeza; pero cedió en seguida, así como Maria de Cleves, su esposa y Francisca de Orleans, su suegra. Todos escribieron al Papa, y

recibieron la absolucion por medio del cardenal de Borbon, su tio. El rey de Navarra hizo mas aun: llegó á mandar en sus estados el restablecimiento de la religion católica, proscribiendo la reformada.

El consejo con estas conversiones á las cuales dió la mayor publicidad, creyó demostrar la utilidad de la San Bartolomé, y resolvió ademas motivar otro acto no menos ruidoso. Briquemaut y Cavagne, el primero, excelente capitan, y hábil diplomático el segundo, ambos perfectamente instruidos en los secretos de su partido, despues de haber escapado de la primera furia de la matanza, fueron descubiertos, arrancados de sus asilo y encarcelados. Imagínese la corte que el procesar formalmente á estos dos gefes, de modo que apareciera que los calvinistas habian meditado la destruccion de los católicos dando principio por el rey, seria el mejor medio de justificar á los ojos del universo las medidas adoptadas contra los reformados á título de precaucion y represalias. Ya se estaba practicando igual diligenca contra la memoria del almirante. Dos meses despues de la San Bartolomé, Briquemaut y Cavagne, fueron condenados á horca como reos de todos los crímenes de que eran acusados los calvinistas. Briquemaut tan intrépido al frente de sus soldados, yo mostré mas que debilidad ante sus jueces. ¡Tanta es la diferencia entre esperarse voluntariamente á una muerte pronta y reputada por gloriosa, y el verla venir precedida de tormentos y seguida de la infamia! Para salvar su vida, propuso desde luego servir contra La Rochela, cuyas fortificaciones habia él dirigido, indicando los puntos por donde era mas accesible. Rechazada esta oferta prometió declarar que Coligny y los otros hubian en efecto conspirado contra el rey, y hacer así una retractacion pública.

Cavagne testigo de la turbacion de su amigo, sujeto á la misma cadena, y como él, rodeado de los ministros de la muerte, le miró con lástima: le habló avergonzose Briquemaut de su cobardía y recobró su antigua intrepidez para ir al suplicio. El pueblo siempre dispuesto á dejarse llevar de las pasiones que se le quieren inspirar, los colmó de injurias y dicerios como á malhechores: los cubrió de lodo y mutiló cruelmente sus cadáveres. Al paso que indignan tantos horrores, no se puede menos de ver en Briquemaut la mano de la Providencia castigando mil atrocidades parecidas que habia perpetrado. Acompañóle la efije del almirante, hecha de paja todo cuanto se puede imaginar para infamar á un hombre eternamente, fué acumulado en la sentencia dada contra su memoria: se consignaba en aquella, que su efije llevada desde la Greve á Montfaucon, se colocara en el punto mas elevado; que el ejecutor de justicia arrojase por las principales poblaciones del reino, sus armas atadas á las colas de caballos; que se despedazaran sus estatuas y retratos donde quiera que fuesen encontrados; que se arrasara su castillo de Chatillon del Loing, si que pudiese volver á ser redificado; que se cortaran los árboles, se sembrara de sal la tierra, y se elevara en medio de las ruinas una columna en que estuviese grabada la sentencia. En fin, todos sus bienes fueron confiscados, declarados plebeyos sus hijos, é inhabilitados para ejercer jamas cargo alguno. Se mandaba por la misma sentencia, que todos los años el día de S. Bartolomé, tuviese lugar una procesion solemne, en accion de gracias á Dios, por haber en tal día preservado al reino de los malvados designios de los herejes.

Este fué el último golpe sufrido por Coligny, y como la última escena de la sangrienta tragedia. Con menos confianza, este hombre tan precavido en las demas acciones de su vida, se hubiera ahorrado á sí mismo la mas terrible de las desgracias, y á la Francia una herida cuyas profundas cicatrices por tanto tiempo la han desfigurado. Pero se puede notar en la historia de nuestras cononciones, que el brazo vengador de la divinidad se estendia sobre todos aquellos que inspirando á los pueblos sus antipatias y animosidades, los sumian en guerras, manantial de tantos crímenes. El primero de los Guisus fué muerto por un asesino; el mariscal de San Andrés, uno de los triunviros, pereció en el campo del honor, pero igualmente asesinado. El primer principe de Condé sufrió la misma suerte; Antonio de Borbon rey de Navarra, y el condestable de Montmorency murieron de sus heridas: en fin, el almirante, el cardenal de Chatillon su hermano y multitud de caballeros, los mas distinguidos de las dos religiones, perecieron en el espacio de doce años con todos los géneros de muerte que el furor y la venganza son capaces de inventar.

Al través de los lazos que le tendieron sus enemigos y de los peligros que amenazaron su cabeza, marchó siempre Coligny con serenidad á la consecucion del fin propuesto. Tenia las cualidades mas preciosas para un gefe de partido, firmeza de carácter y don de persuadir. General no despreciado, casi no tomó parte en empresa alguna que no saliera vencedor; pero despues de la derrota, le encontraba el desaliento se apoderaba de sus tropas batidas y dispersas, que huian desdusadas, sin pan ni asilo, estimuladas á la desercion por la perspectiva de una situacion menos azarosa, su aspecto tranquilo y sereno las contenia: no habia soldado que al ver la osadia de los

proyectos que formaba despues de los mas desgraciados reveses, no le considerase con recursos secretos capaces de repararlo todo, y no se le aficionase cada vez mas; ni caballero que al oírle explicar sus operaciones y planes sucesivos no le mirase como un héroe que se sacrificaba al interés único de aquellos que le escuchaban. Su dición era noble, pura y enérgica. Nos queda de ella una muestra en la *relacion del sitio de S. Quintin*, obra de su juventud. En ella



Muerte del condestable.

se notan mucha elegancia, locuciones y frases que han enriquecido el idioma. Coligny ademas de estas cualidades tenia costumbres irreprehensibles, severas si se quiere, virtud esencial en una guerra de religion. Era buen esposo, buen padre, pero *enemigo sombrío*, el mas laborioso de los hombres, impenetrable en sus secretos, gozaba de un crédito sin igual entre los suyos, y de la mas grande reputacion en el extranjero. La noticia de su muerte y de la matanza fué recibida en Roma con los transportes de la mas viva alegría. Sonó el cañon, y hubo iluminaciones en la ciudad eterna, como por el acontecimiento mas importante, habiéndose celebrado una misa solemne, á la cual el Papa Gregorio XIII asistió con toda la magnificencia de que esta corte hace alarde en sus célebres ceremonias. El cardenal de Lorena recompensó con largueza al correo. Brantome cuenta que el soberano pontífice vertió lágrimas sobre la suerte de tantos infortunados. «Lloro, dijo, por tantos inocentes como habrán sido confundidos con los culpables, y deseo que á muchos de estos Dios haya dispensado la gracia del arrepentimiento. Tal sentimiento de compasion no es incompatible con las demostraciones contrarias que la política exige, mientras que la piedad reclamaba en lo íntimo de los corazones los derechos de la humanidad tan cruelmente violados.

No se oyó mas que un grito en Alemania contra la barbarie ejercida con los supuestos reformados de Francia. Calificábanla de accion execrable, que reunia á la maldad la mas refinada perfidia, cual no se habia visto en la dominacion de los mas crueles tiranos. Salíó

luego á luz multitud de escritos llenos de recriminaciones de este género. La corte de Francia fué tanto mas sensible á estas demostaciones, cuanto que estaba negociando entonces la corona de Polonia para el duque de Anjou, pues que esta grande prevencion de los alemanes nada bueno hacia augurar en favor de la empresa. Se les enviaron diputados encargados de disipar el mal efecto de las anteriores noticias; salieron á luz tambien y se hizo circular por toda Europa, apologias, algunas de las cuales defendian todo el hecho, y otras sólo una parte, conformándose todas en la necesidad del de quélo motivado por la conjuracion del almirante, sobre la cual no dejaba duda una sentencia del parlamento. Mas á pesar de estos pativatos, quedó siempre impresa en los alemanes la conviccion mas desventajosa contra los autores de semejante atrocidad. En España se miraron las cosas bajo muy diferente punto de vista. Felipe II despues de haber leído la relacion de lo que el hecho le dirigia la corte de Francia, la envió al almirante de Castilla. Leíla por este en la mesa donde le acompañaba el duque del Infantado dijo este: ¿el almirante y sus partidarios eran cristianos? Sin duda alguna, respondió el almirante de Castilla. ¿Pues cómo es posible repuso el duque, que siendo franceses y cristianos los asesinen como bestias? Poco á poco, Señor duque, dice el almirante. ¿No sabeis que la guerra de Francia es la paz de España?»

En efecto, á haber sido creído Coligny, si Carlos IX hubiese enviado á los calvinistas á Flandes contra el duque de Alba, y el rey de España se hubiera encontrado harto perplejo; en lugar de que, á beneficio de las conmociones, consecuencia precisa de la San Bartelemy, véiase por largo tiempo libre de los franceses, asaz ocupados con sus propias querellas. No era esto lo que la Francia se habia prometido, pues se habia lisonjeado que despues del horrible escarmiento, los religionarios no harian mas que languidecer como un cuerpo desangrado, y se aniquilarian por sí mismos. Para apresurar su ruina privándolos de toda especie de autoridad, un edicto del rey los despoja de cuantos cargos ejercian así en el ejército como en la toga, sin exceptuar ni aun á los que habian abjurado: mas bien pronto nuevos acontecimientos exigieron otras medidas.

Los reformados que escaparon del primer furor, se salvaron en las casas de sus mas fieles amigos y en el extranjero. La viuda y los hijos de Coligny se refugiaron en Génova, muchos otros en Inglaterra, Suiza, Alemania y los Países Bajos, y el mayor número en las plazas de seguridad vecinas á sus pueblos, en Montauban, Nimes, Sancerre, y en los países quebrados á propósito para la defensa, como el Vivarés, Rouergue y los Cevennes. Desde luego no les permitió su espanto creer que les fuese posible sostenerse en tales puntos, y se prometian á lo mas poder estar allí algun tiempo, hasta que pudiesen proporcionarse mas seguros asilos, tratando de temerarios á aquellos de sus compañeros que hablaban de resistencia.

Pero cambiaron de lenguaje cuando vieron que contra sus temores no se les hostigaba en el campo: que el rey no tenia ejército en pie; que podian contar con la proteccion secreta de algunos señores católicos, condolidos de su desgracia, entre otros á los mismos Montmorency que habian corrido grandes riesgos en la San Bartelemy; que en fin, la corte en lugar de medidas vigorosas empleaba con ellos promesas y exhortaciones; que hasta se tenia su espatriacion, puesto que el rey para impedir que emigrasen publicó que el suceso de la San Bartelemy, no habia tenido la religion por causa, dando el 23 de octubre un edicto para que no se les inquietase, se les devolviesen sus bienes, y se les prestara proteccion. La esperanza sucedió al abatimiento.

La corte no dejaba de tener intenciones hostiles, y principalmente la de apoderarse de las plazas de seguridad que habian sido señaladas á los protestantes; pero por la lentitud de sus preparativos y la flojedad de sus disposiciones, dió tiempo á sus enemigos para relajarse y conocer las miras de ella. Algunas pequeñas ventajitas en los pantanos del Poitou, en la Guiena y el Languedoc, aumentaron el valor de los reformados: escribieron á todas partes y reclamaron la ayuda de sus antiguos amigos los ingleses, para La Rochela especialmente, que parecia ser la primera amenazada. Esta plaza y la de Sancerre, fueron atacadas por medio de las armas. Nimes y Montauban por medio de exhortaciones y ofrecimientos: eran miradas estas poblaciones como los últimos asilos, el postrer recurso de los religionarios, y se lisonjaba la corte de que una vez tomadas, tendrian que abandonarse á merced de su antojo. La Rochela habia llamado especialmente la atencion, porque era la mas fuerte, y se creia que su pérdida arrastraría en pos de sí la de las otras; mas por una inconsecuencia haria frecuente en este reinado se le dejó tiempo para abastecerse, reparar sus fortificaciones, traer recursos de Inglaterra, y despues de todos estos preparativos fué cuando Biron al frente de un fuerte ejército dió principio á las operaciones del sitio.

Una circunstancia no menos singular es que el gobernador que defendía desde mucho tiempo antes esta poblacion, habia sido nombrado por el mismo Carlos II. Era aquel el bravo La Noue. Mientras la matanza de San Bartelemy se encontraba felizmente en el Hai-

nant, á donde habia sido enviado para facilitar el camino al almirante, y principiar la guerra de los Países Bajos. No creyéndose bastante fuerte para sostenerse contra el duque de Alba con las escasas fuerzas que le habian sido confiadas, ni teniendo por parte de la corte mas que motivos de desconfianza despues de la jornada de San Bartolomé, no sabia á donde retirarse. En esta perplejidad se dirigió á su antiguo amigo el duque de Lougueville, gobernador de la Picardia, y este escribió á la corte. La Noue gozaba de una reputacion en la probidad igual á su bravura; se sabia que intrévido soldado en el combate, era siempre del partido mas moderado en el consejo. Recto, incapaz de doblez, amante de su patria, y sinceramente adicto á la paz, habia tomado las armas sin ambicion ni interés, pero que si todos los calvinistas se le hubieran asemejado, la tranquilidad se hubiese restablecido muy pronto en toda la Francia.

Recibióle el rey con los brazos abiertos, comándole de atenciones y concediéndole los bienes confiscados á Teligny su cuñado: en seguida le propuso que se dedicara á inspirar á los rocheleses sentimientos de sumision y de paz. La Noue se evadió largo tiempo; pero vencido al fin por las instancias del rey que le exhortaba á que le prestase tal servicio, y movido tambien por el deseo de salvar á sus hermanos, aceptó esta comision espionosa, á condición de que no se echaria mano de su nombre para engañarlos. La corte le dió por compañero en ella al abate Guadagni, oriundo de Florencia, con secreto encargo de vigilar su conducta. Los diputados de La Rochela, que fueron á encontrarle en una aldea vecina para oír sus proposiciones, le trataron con una indiferencia sospechosa, y harto mortificada para un hombre celoso de la estimacion de sus amigos. «Nosotros hemos sido llamados», decian ellos, para conferenciar con la Noue; pero ¿dónde está? no lo reconocemos aquí.» Lastimado La Noue por esta injuria, disimuló sin embargo su disgusto, y pidió la entrada en la ciudad. La acogida del pueblo no fué mas satisfactoria. No quiso deliberarse sobre las proposiciones de paz de que era portador, y por toda respuesta le dijeron que él no tenia mas que uno de tres partidos que escoger: retirarse á Inglaterra, quequese como simple particular, ó ser su general. Despues de haber conferenciado con Guadagni, se determinó á tomar el mando. Vióse entonces á un enviado del rey mercor la confianza del rey, ponerse al frente de los que hacían la guerra á su principe, La Noue sostuvo el doble carácter de defensor de La Rochela y ministro de la corte, con una integridad que fué la admiracion de todo el mundo. Guerrero infatigable, no se permitia reposo, empleando toda la habilidad

que le daba su larga esperiencia en mantener segura la plaza encomendada á sus desvelos. Despues de vencer en una salida á rechazar un asalto, amonestaba á los ciudadanos á que desistiesen de su terquedad, y aceptasen las ventajosas ofertas que el rey les hacia. Muchas veces fué afrentado por los ministros de su religion, muy prevenidos contra la paz á causa de los desenganos anteriores, y por un populacho seducido y brutal, pero nunca se vió espuesto á menor sospecha. Hubiera querido él en algunas ocasiones, morir por no contemplar á un pueblo que le era tan querido, caminando á su perdicion: sin embargo, continuaba sus buenos oficios esperando todo del tiempo y de la paciencia: ejemplo raro de una probidad respetada hasta el punto de ser reclamada por ambos partidos en el momento critico de la mas grande animosidad.

No se contaban en La Rochela arriba de mil quinientos hombres

de tropas regulares, y dos mil habitantes aguerridos; pero habia excelentes fortificaciones, municiones de guerra y boca en abundancia, un valor á prueba hasta en las mujeres, y esperanzas seguras de prontos socorros de Inglaterra. De todas estas fuerzas mandadas por cinco ó seis intrepidos capitanes, era jefe La Noue bajo la inspeccion de un consejo municipal presidido por Enrique Marchand, alcalde en ejercicio, y Salvart, vecino de mucho credito en esta poblacion, que se dió el titulo de república, mientras era embestida por un fuerte ejército al mando del duque de Anjou. Temia este á su lado al duque de Alençon su hermano, los demas principes de la sangre, la flor de la nobleza del reino, así como al rey de Navarra, al principe de Condé, Luis, principe de Conti, y Carlos, conde de Soissons, sus dos hermanos, y muchos calvinistas solapados ó partidarios suyos, á quienes se forzó á combatir contra sus antiguos amigos.

Formalizóse el sitio en los primeros dias de febrero, y mientras duró alternaron los asaltos, las salidas y las conferencias. Estas no impedían el que cuantioso de uno y otros llegaban á las manos se batiesen con el mayor encarnizamiento. Defendianse los rocheleses con desesperacion; á haber sido tema en el ataque, pero todo se hacia al azar entre los sitiadores. Se embestia hoy por un lado, y por otro al dia siguiente: el oficial como el soldado no conocian orden ni disciplina; no habia secreto en las deliberaciones: cuando se decidia un asalto corrían todos en tropel antes de la hora señalada, sin jefe, ni atender á las instrucciones del general, lo que originaba grandes pérdidas de gente sin adelantarse nada. El duque de Anjou que estaba encargado de las operaciones del sitio, fué muerto en los primeros dias y reemplazado por el de Nevers. Los rocheleses tuvieron tambien el placer de ver caer á Coesno, uno de los asesinos del almirante, y á otros



Matanza del dia de San Bartolomé.

de uno y otros llegaban á las manos se batiesen con el mayor encarnizamiento. Defendianse los rocheleses con desesperacion; á haber sido tema en el ataque, pero todo se hacia al azar entre los sitiadores. Se embestia hoy por un lado, y por otro al dia siguiente: el oficial como el soldado no conocian orden ni disciplina; no habia secreto en las deliberaciones: cuando se decidia un asalto corrían todos en tropel antes de la hora señalada, sin jefe, ni atender á las instrucciones del general, lo que originaba grandes pérdidas de gente sin adelantarse nada. El duque de Anjou que estaba encargado de las operaciones del sitio, fué muerto en los primeros dias y reemplazado por el de Nevers. Los rocheleses tuvieron tambien el placer de ver caer á Coesno, uno de los asesinos del almirante, y á otros

muchos que se habían señalado en la San Bartelemey. La alegría de estas ventajas fué acabárala por la retirada de La Noue. Viendo el duque de Anjou que eran inútiles sus esfuerzos por la paz, le intimó que abandonase la plaza: regresó al ejército real donde su prudencia contuvo los efectos de una trama, que aunque mal dirigida, podía tener consecuencias.

Hemos visto que el duque de Alençon profesaba un afecto particular á Coligny, afecto que no ocultó ni aun después de su trágica muerte; tales sentimientos le grangeraron la amistad de muchos de los antiguos partidarios del almirante, especialmente entre la juventud que miraba en Coligny al mejor capitán de su siglo. Uno de sus más ocultos admiradores era Enrique de La Tour de Auvergne, vizconde de Turenna, nieto por su madre del condestable de Montmorency; apenas tenía diez y siete años, y en edad tan tierna manejaba lo mismo las armas que la intriga. Turenna era del partido del duque de Alençon y poco más ó menos de su misma edad: uno y otro estaban inflamados del deseo de señalarse con algún hecho extraordinario.

No puede, en efecto, atribuirse á otros motivos que á la efervescencia de la juventud el quimérico proyecto que concibieron. Parecidos á dos niños descontentos que se imaginan que manifestando enojo y amenazando con abandonar la casa paterna, obtendrán lo que desean, creyeron que no tenían mas que lanzarse á una plaza fuerte como Angulema ó San Juan de Angely, tremolar su bandera y tocar el clarín; que al momento todos los religiosos correrían á ponerse á sus órdenes; que en caso adverso se retirarían á Inglaterra, y que un golpe tan ruidoso comovería todo el reino. Tenían todavía muchos otros proyectos, como apoderarse de la flota real, unirse á los sitiados, formar un cuerpo de los partidarios secretos de los calvinistas en el campo mismo, y con unos y otros echarse sobre el resto del ejército. El rey de Navarra y el príncipe de Condé no apoyaban sino muy débilmente estos proyectos, tanto por su poca solidez como por el temor de ser descubiertos por las personas algo sospechosas, á quienes el joven príncipe dispensaba su confianza. Sin embargo no los desechaban absolutamente, por temor de que se apagase un fuego que podía ser con utilidad empleado en lo sucesivo. No pudiendo ponerse de acuerdo estos confederados, convinieron en pedir su parecer á La Noue, Escailles este, pesa sus razones, y después de darles á conocer los inconvenientes y peligros de la empresa, obtiene que desistan de ella.

A mediados de abril llegó el socorro de Inglaterra esperado por los rocheleses. Montgomery mandaba la flota, que era menos fuerte que la del rey, y no se atrevió á entrar en combate. De todo el convoy entró únicamente en la plaza un cargamento de pólvora que tenían gran necesidad los sitiados. Carlos, que acababa de firmar una alianza con Isabel, se quejó amargamente de esta infracción; mas ella le respondió que no tenía parte alguna en aquel armamento; que era una tropa de bandidos y piratas que se embarcaban sin su conocimiento, y que no sólo no tomaba interés alguno en el asunto, sino que si se les podía coger sería de su gusto que fuesen severamente castigados. Pero ellos se echaron mar adentro, y después de algunas correrías por las costas de Bretaña, hizo saber Montgomery á los cercados que regresaba á Inglaterra, y que de allí les traería incesantemente mas cuantiosos socorros.

Pero no hubo necesidad de ellos merced á la postración del ejército real; por falta de jefe, ni oficiales ni soldados patentizaban ardor ni emulación. El duque de Anjou dió á conocer en este sitio el carácter que le fué tan funesto después; esto es: una negligencia absoluta para cuanto le desagradaba aun cuando fuera esencial; una precipitación que rayaba en apasionada para lo que era de su gusto aun cuando fuese inútil. Había emprendido el sitio de La Rochela, y su honor por consiguiente estaba interesado en llevar á cabo tan brillante empresa; pero así que llegó á comprender que las negociaciones entabladas para darle la corona de Polonia tomaban un aspecto lisonjero, miró con desvío cuanto pertenecía á la Francia. No se hablaba de otra cosa en su corte que de las ventajas de su nuevo reino, de sus riquezas, de la munificencia de los grandes y de la docilidad del pueblo. Cuanto no tenía conexión con estos objetos, era indiferente; por consecuencia no había plan regular de ataque ni se trataba del abastecimiento de las tropas. El hambre, efecto de esta inacción, acometió luego al soldado; y para colmo de desgracia, se apoderó del ejército una enfermedad epidémica, que hizo un estrago espantoso.

Los rocheleses sabían utilizarse bien de todas estas circunstancias; cuanta mas flojedad advertían en sus enemigos, mayor era la actividad que ellos desplegaban. Tenían fija la vista en cuanto pasaba. Repetidas veces emisarios procedentes del campo contrario intentaron formar bandos en la plaza; pero estas inteligencias clandestinas fueron siempre descubiertas por los magistrados, y castigadas con igual rigor en el ciudadano que en el extranjero. Desde el principio de las operaciones se había ofrecido á los rocheleses libertad de conciencia y seguridad para ellos solos. Mil veces en el espacio de cinco meses renovaron los negociadores las mismas propo-

siciones; mas los sitiados se negaron obstinadamente á tratar sino á nombre de todo el partido. En fin, se determinó á acelerar á tal exigencia, y el duque de Anjou llamó á su campo á los diputados de Nimes y de Montauban, que se avistaron con los de La Rochela.

Esta conciliencia era efecto de las reiteradas órdenes del rey, que viendo exhausto su tesoro, perecer al ejército, y todas las fuerzas de su reino detenidas ante una sola plaza, enviaba correo sobre correo, con ánimo de hacer la paz á todo trance. Los rocheleses obtuvieron el libre ejercicio de su religión para sí mismos y los habitantes de Nimes y Montauban, y para los señores de horca y cuchillo que no hubiesen aljurado. Se les concedió también que por motivos de religión no se inquietaría á nadie en el reino; y que cuantos habían tomado las armas por esta causa, especialmente los habitantes de las tres poblaciones mencionadas, entrarían de nuevo en la posesión de sus bienes y honores, y que serían considerados como fieles súbditos del rey. Se pretendió salvar lo vergonzoso de estas condiciones con cláusulas de estorioidades y apariencias, á que los rocheleses se prestaron sin oposición: fueron éstas que ciudadanos elegidos entre los sitiados irían á suplicar al duque de Anjou como representante del rey, que les perdonase todo lo pasado; que recibirían un gobernador nombrado por este; y que enviarían las tres ciudades á la corte por dos años, cuatro diputados en rehenes de la fidelidad de sus comitentes. Estampáronse estas condiciones en el edicto de pacificación. Los rocheleses hicieron poco caso de las especies propaladas entonces sobre que el rey no les había concedido tan grandes ventajas sino en consideración á su hermano el duque de Anjou, nombrado ya rey de Polonia, cuya partida era urgente. La paz fué ratificada el 6 de julio; Biron, nombrado gobernador, entró en la plaza para hacerla publicar, y fué obsequiado con un espléndido banquete, volviéndose por la tarde al campo.

Este sitio costó, al decir de algunos, cuarenta mil hombres á la Francia y tesoros infinitos; de suerte que quedó el reino mas aniquilado por esta guerra de ocho meses que lo había sido por todas las otras. Los disgraciados habitantes de Sancerre no fueron comprendidos en el tratado mas que para la concesion de la libertad de conciencia, y no para el privilegio de disfrutar en su villa del ejercicio público de su religión. Habían esperado que los rocheleses no tratarían sin ellos como les habían prometido; pero al verse abandonados, no se desalentaron y se sostuvieron dos meses todavía, luchando menos con las tropas que los cercaban que con el hambre. Escitados por sus ministros, que como los de La Rochela, fueron la causa principal de la obstinacion del pueblo, sufrieron antes que rendirse todas las angustias del hambre mas terrible. Después de la carne de los mas inmundos animales, se comieron sus pieles, los viejos pergaminos ablandados en agua, los granos de toda especie, paja amasada, sebo, grasa rancia y corrompida y hasta carne humana. Un padre y una madre desenterraron una hija suya y la comieron: accion que estremeció de horror á los habitantes aun en el estado de penuria en que se encontraban, y que castigaron con la muerte de los culpables. En suma, viéndose ya sin recursos, se rindieron. Se obligó á esta ciudad á pagar su rescate; fué privada de todos los honores municipales y desmantelada. Carlos IX perdonó al pueblo. La intencion de la corte era, segun se dice, que apareciese tranquilo el reino á los embajadores de Polonia, encargados de venir á buscar á su rey, á fin de que no llevasen á su país una impresion desagradable. Montluc, obispo de Valence, principal instrumento de esta eleccion, no habia tenido poco que trabajar para lograrla á causa de la prevencion con que dió en mirarse al duque de Anjou en aquel pais por el degüello de San Bartelemey. Los demás pretendientes, ayudados de los protestantes de Alemania, apoyaron cuanto les fué posible semejante prevencion: pero la reina madre, que tenía un empeño extraordinario en el buen éxito de esta empresa, logró á fuerza de dinero y de promesas terminarla satisfactoriamente.

Se dice que el afán de Catalina tenía por causa la predicción de los astrólogos, que en el horóscopo de sus hijos le pronosticaron que los dos serian reyes. No contando para el duque de Anjou con la corona de Francia que llevaba un joven príncipe, cuya esposa daba ya señales de fecundidad, quiso darle una extranjera. Otros pretenden que viendo la mala inteligencia que habia entre Carlos IX y su hermano, eligió ella este medio glorioso de evitar disgustos á su hijo Enrique, á quien amaba con preferencia. Sin que nos detengamos en tales motivos, parece bien natural que Catalina, movida por el solo afecto de madre, tratara de adquirir para él una corona; mas como Carlos IX, cuando se disponia á partir su hermano, cuyo nostrado de una enfermedad repentina, cuyos primeros síntomas anunciaban una próxima muerte, cambió la madre de opinion y de sistema, ensayando algunas dilaciones para retener en Francia á aquel que ella creía llevaria muy pronto á ocupar el trono; pero fué forzoso partir. Carlos trató espléndidamente á los embajadores; hubo fiestas suntuosas, en las cuales los dos reyes se aparecieron con una gracia y magestad que encantaron á aquellos extranjeros: nada olvidó el rey de Francia de cuanto podia dar lus-

tre á la partida de su hermano, y puso todo su cuidado en allanar cuanto ántes las dificultades que ocasionaban algunas condiciones no arregladas en Polonia, hallándose notado por su parte una precipitación que hizo sospechar impaciencia, especialmente tan pronto como sintió los primeros ataques de su enfermedad.

Por una debilidad demasiado comun, pareció que el monarca deseaba el momento de ver alejarse á aquel que la ley del Estado señalaba por su sucesor. Le acompañó hasta Vitry en Champaña, y la reina con un brillante séquito hasta Lorena. Todos repararon cuánto costó á la madre el separarse de su hijo: estrechábale en sus brazos, y apenas lo dejaba lo volvía á estrechar de nuevo, y bataba con sus lágrimas el rostro de aquel hijo tan querido. Algunos cortesanos de los que estaban mas próximos oyeron que por último adios le dijo: «Partid, hijo mio, que vuestra vuelta será en breve.» Pronóstico que, según costumbre, dió motivo á muchos comentarios despues del suceso.

Pocos ejemplos hay de suerte tan ingrata como la de Carlos IX. Desde el instante en que principió á manejarse, corrió su vida entre alarmas y peligros: fué objeto de cuatro conspiraciones verdaderas ó ho bastante veniales para reducirle á un estado angustioso, más terrible que el atentado mismo. Atacado de una enfermedad mortal en la flor de su edad, en vez de los consuelos que no faltan nunca á los mas desgraciados, no vió mas que indiferencia por parte de sus parientes, maquinaciones de la corte, rebeliones en sus pueblos, y pesar de todo género. Pareciale ver espectros; pesadillas espantosas le desvelaban sobresaltado; su imaginación estroviada le presentaba rios de sangre y montones de cadáveres, y le hacía oír lígubres sonidos y acentos lastimeros que poblaban los aires. Su carácter cambió por completo despues de la matanza de San Bartelemey; de *gracioso y benigno* se convirtió en sombrío y feroz: los accesos de ira á que siempre habia estado sujeto, se aumentaron: suspiraba á solas; alzaba los ojos al cielo, y demostraba llevar en su corazón un gérmen continuo de melancolía que le tornaba insostenible. Sin acusar á la madre de Carlos, bien puede asegurarse que los remordimientos y el pesar fueron el único veneno que abrevió sus dias: por lo cual es digno de compasion y mas estimable que los verdaderos autores del degüello, que no demostraron jamas el menor arrepentimiento.

Todos invocaban en Francia el dulce nombre de la paz, y todo anunciaba comunicaciones y disturbios. Habia desunion entre la madre y los hijos, espíritu de faccion en la nobleza, descontento en el pueblo, sordas murmuraciones, nada de seguridad en los caminos, ninguna policia en las poblaciones, interrupcion en el comercio; en fin, todos los desórdenes de la anarquía con un rey cansado de la vida, y que sin saber de quién farse, dejaba los negocios en manos á pro génio para embrollarlos. Su hermano, el duque de Alençon, era de génio ardiente, inconstante y ansioso de gloria, pero de una gloria mal entendida, que hacia consistir en la fama de las empresas sin consultar la justicia. Era tambien vano y envidioso; habia visto al duque de Anjou, su hermano, al frente de los ejércitos, y él los queria mandar tambien. El de Anjou habia sido luzgadamente general del reino, y esto era bastante para que el de Alençon pretendiera serlo. Le sugerian estas ideas personas muy hábiles, los calvinistas por una parte, y de la otra los Montmorency's y sus partidarios; es decir, todos los descontentos de la San Bartelemey, que se escuchaban con gusto tras el nombre de un hermano del rey. Servianse para incitar á este joven príncipe, de suyo hábil inquieto, del crédito que sobre él tenian José de Boniface, señor de La Mole, su favorito, tan imprudente como el arto, y el conde de Coconnas, uno de los italianos que venian á buscar fortuna á Francia á la sombra del favor con que eran mirados los de su nacion bajo el gobierno de Catalina de Médicis. Hallaban cabida en esta sociedad personas de todas clases, un enjambre de jóvenes, mujeres y hasta un astrólogo, promotor magnífico, que debia convertir todo metal en oro, y proporcionar cuanto preciso fuese para el gasto de las empresas que se proyectasen. Esta cabala llegó á darse el nombre importante de *políticos ó matoncillos*. El rey de Navarra y el príncipe de Condé encontrábase tambien en ella.

Como su forzada mansion en la corte les parecia una verdadera esclavitud, consideraban bueno cuanto podia tender á separarlos de ella. Las conferencias se verificaban ya en casa de la reina de Navarra, ya en la de madama de Sauve, diestra coqueta que cautivaba los corazones. Pero no siempre se trataba en estas reuniones de los intereses del partido; las citas para los negocios eran frecuentemente impulsadas por motivos que no eran un misterio bastante reservado. Se dice que Carlos IX, enterado de las relaciones poco decentes que Margarita su hermana tenia en el Louvre y casi á su vista con La Mole, quiso hacer justicia por sí mismo, á cuyo efecto el duque de Guisa y otros confidentes esperaron largo rato al audaz, dispuestos á ahogarle con unas cuerdas que les dió el monarca, pero que solo la casualidad malogró la emboscada. Coconnas era tambien amado de la duquesa de Nevers, Enriqueeta de Cleves, la mayor de las tres gracias. El duque de Alençon y el rey

de Navarra se disputaban, en fin, la conquista de madama de Sauve, sin que esta competencia alterase su amistad; mas si daba lugar á alguna frialdad, Margarita, esposa y hermana, complacientemente se apresuraba á reconciliarlos.

Tan poco fija ésta en sus sistemas como su hermano, el duque de Alençon, guardaba hoy un secreto inviolable y espantada corría mañana á noticiar á su madre que su esposo, el rey de Navarra, su primo, el príncipe de Condé, y su hermano, el duque de Alençon, debian dejar la corte, pasarse á los calvinistas y volver á encender la guerra. Con estas indicaciones no se les perdia de vista, y se deshacian todas sus maquinaciones; pero cuando la reina madre se prometia mucho de las revelaciones de su hija ésta no volvía á decir una palabra, y dejaba madurar los planes, que no se descubria frecuentemente sino por su mal éxito. Asi aconteció con la famosa empresa llamada *del carnaval*, que trae á la memoria la que La Noue impidió con sus prudentes consejos bajo los muros de La Rochela. Prestóse á dicha empresa con otros personajes, pero con la precaucion de mantenerse distantes, dejando correr los peligros á aquellos que no preveian bien las consecuencias. Tratóbase de sacar á los príncipes de la corte que estaba en San Germain, y conducirlos á cualquiera de las provincias donde los calvinistas tenian plazas fuertes ó tropas organizadas. Para ello no se necesitaba mas que una escolta, y sobre todo, obrar de modo que comenzado la evasión de los príncipes con el arrio de aquella, se pudiese hacer frente á la posible persecucion, á lo que el rey se dedicara contra ellos. Era tambien una sabia precaucion apoderarse de algunas poblaciones cercanas, que pudiesen servir de resguardo contra un golpe de mano, para tomar aliento y continuar despues el camino con menos precipitación y alarma.

Con arreglo á estas bases se habia preparado todo, pero nada se ejecutó. Por el temor de que fracasase el proyecto si se diferia mucho su realizacion, ó de que los príncipes cambiasen en el interin de consejo, la escolta se dejó ver el martes de carnaval, quince dias antes del tiempo convenido. La vista de estos hombres armados causó alarma en la corte. Como se presentaron por el lado de San Germain y el opuesto para que se les incorporaran mejor los que los aguardaban, se creyó que iban á dar una embestida, y el espanto multiplicaba su número. En vez de aprovecharse de este momento de confusion para sustrarse, el duque de Alençon perdió el tiempo en consultas: la reina sorprendida se sirvió de los primeros que se ofrecieron á ir á la descubierta; Turena demostró el mayor ardor, aunque tambien estaba en el plan; y á pretexto de cumplir las órdenes de la reina, llevaba á la escolta las del duque de Alençon. La última determinacion del príncipe fué que no adoptaria una resolucion tan aventurada, mientras no pudiese contar con la ciudad de Mantes para suarearse en ella. En vano Dulesse-Arnai representó que la toma de esta plaza, casi imposible sin el mismo duque, seria lo mas fácil tan pronto como este se presentara al frente de las tropas. El príncipe no quiso desistir.

Mornay y Beuhi, su hermano, se fueron entonces á Mantes, apoderándose cada uno de una puerta, y esperaron á Guiti, jefe de la escolta, que les debia ayudar á hacerse dueños de toda la poblacion; mas por uno de los contratiempos inevitables llegó muy tarde y con pocas fuerzas. Mornay se evadió diestramente del peligro; aparentó salir contra Guiti, y se retiró con él. Su estratagemá fué llevada tan bien á cabo, que recibió del rey las gracias, como si hubiese salvado la poblacion; mas no por eso se fió, y procuró ponerse en seguridad antes de que fuese descubierta la trama. No fueron otros tan prudentes. Durante las dilaciones del duque de Alençon, La Mole que veia el mal aspecto que tomaba el negocio, quiso conciliar con la reina, y corrió á declararla toda la intriga. Aunque aseguró que se trataba únicamente de sacar á los príncipes de la corte, y que nada tenia el rey que temer, Catalina no creyó deber fiarse de su palabra, y se dieron órdenes para retirarse inmediatamente á Paris. Aubigné nos hace una pintura asaz graciosa del desórden que hubo en esta marcha precipitada. «Los cardenales de Borbon, de Lorena y de Guisa, Birague, Canciller, Mornay y Bellievre iban todos montados en corceles de Italia, y agarrados al arzon con ambas manos, con mas miedo á sus caballos que á los enemigos.» Mas si el terror pánico de los prelados y de la gente de corte ofrecia un espectáculo divertido, la situacion de Carlos IX inspiraba compasion. Metiéronle en una litera á las dos de la madrugada; atormentado por su enfermedad y por tener que huir á aquella hora, gemia diciendo: «Si al menos hubiesen espertado á mi muerto!»

La reina conoció luego que habia sido burlada, resolviendo asi que se vio en seguridad, no contentarse con las escasas indicaciones de La Mole, sino profundizar el misterio. Para lograrlo, hizo arrestar al mismo La Mole y á su amigo Coconnas; puso guardia al rey de Navarra y al duque de Alençon; pero el príncipe de Condé habia pasado con Turena y Montmorency-Thore á su gobierno de Picardía, de donde se trasladó á Alemania. Púsose tambien en prision á Grandry, el alquimista, y á consecuencia de los datos que fué arro-

jando el proceso, fueron enviados á la Bastilla los mariscales de Cossé y Montmorency.

La instrucción no fué difícil. El duque de Alençon, hostigado por su madre, declaró cuanto se quiso con la timidez de un niño, sin pedir anticipadamente ni después gracia para aquellos que habían obrado en su nombre y con el designio de complacerle. El rey de Navarra, que conocía su carácter, no se engañó: víndole encerrado con Catalina dijo al duque de Bouillon: «Nuestro hombre canta todo.» En cuanto á Enrique, rechazó como un deshonrante las humillantes declaraciones sobre todo, de la especie de cautividad en que le retenían añadiendo que no había que estrañar aun cuando hubiera intentado evadirse, y que estaba dispuesto á abandonar la corte cuantas veces le fuese propicia la ocasión. Esta firmeza de carácter le hizo honrar; pero no fué bastante para salvar á aquellos á quienes se decidió sacrificar para escarmiento.

Era necesario encontrar un crimen, porque el solo designio de sacar á los príncipes de la corte, no era un dedito bastante á los ojos del público, mas dispuesto á padecer que á condenar los errores de la juventud. Se buscaron en el plan los indicios de un atentado directo contra la persona del rey, y los presuntos reos no pudieron ser acusados mas que de haberlo querido hacer. «Pobre La Mole, gritaba este noble en los sufrimientos de la tortura, y no habrá medio de que me perdonen? El duque, mi amo, me comprometió tras varias instancias, encargándome estrechamente el secreto. Yo se lo prometí, con tal que nada se ejecutara contra el rey.» A esto se atieron siempre los conjurados. Hay gran apariencia de que el fin secreto de la intriga era impedir la vuelta del rey de Polonia y poner en el trono al duque de Alençon así que muriese Carlos IX. Sin duda no quiso presentarse esta misterio á los ojos del moribundo rey, ya tanto abigüallado para que se tuviese aun la crueldad de enseñarle el sepulcro dispuesto á tragarse. La Mole y Coconnas fueron condenados á muerte, y otros á diferentes castigos. Yendo al suplicio Coconnas, parecía querer dejar á la posteridad, la única lección sólida que se puede sacar de este hecho. «Señores, decía á los cortesanos testigos de su catástrofe, veis que los pequeños caen, mientras los grandes que son los criminales, se libran.»

Si los calvinistas y los políticos, sostenidos por otros descontentos tuvieron el designio de cerrar al rey de Polonia el camino del trono de Francia, debieron admirar los secretos resortes de la Providencia que tornó en favor de aquel las medidas adoptadas para su eliminación. Sin este plan tan mal concertado, el duque de Alençon y sus partidarios se encontrarían á la muerte de Carlos IX libres y en estado de aprovechar la oportunidad para sus maquinaciones; en vez de que está empresa dió á la reina madre una razón plausible para hacer fusen mas severamente vigilados el rey de Navarra y el mismo duque de Alençon, sirviendo tambien de pretexto para reñer en la Bastilla á los mariscales de Montmorency y Cossé, como en rehenes contra los proyectos que pudiesen maquinarse tanto dentro como fuera del reino los calvinistas y descontentos que lograron acaudillar el príncipe de Condé y Damville, gobernador de Languedoc. El éxito de este negocio favorable á la buena causa que la reina sostenía, ha hecho creer que Catalina cogió en un plan que ella dirigía en secreto, á cuantos no le merecían confianza. Esto es suponer una astucia sobrado refinada: la reina madre tuvo únicamente la habilidad de aprovecharse de las circunstancias: mérito grande, aun entre los mas famosos políticos.

Algunos autores y Thou entre ellos, aventuran aun otra acusación, el haber exajerado el peligro, y llenado de terror el espíritu de su hijo, para recobrar todo el ascendente y autoridad que iba perdiendo por la desconfianza que inspiraba al joven rey. El hecho es, que él la dejó dueña de gobernar á su voluntad. Depositaria de la soberanía, dirigió Catalina según sus miras las operaciones del ejército que Carlos había conservado y aun aumentado después de la paz. Envio á Normandía al mando del mariscal de Matignon, un cuerpo de ejército contra Montgommery que fué hecho prisionero; otros dos mandados por el duque de Montpensier y por su hijo Francisco, del fin de Auvernia, llamado por esta razón el *príncipe Delfín*, ambos estrechamente unidos á la reina madre, llenaron igualmente su objeto. El delfín inquietó en Languedoc á Damville, jefe de los descontentos; y el padre acorraló en Saintonge á los calvinistas, que al mando de La Noue amenazaban todas las provincias vecinas. Así Catalina, como un hábil piloto, preparaba durante la calma las maniobras necesarias para salvar el bajel de la tempestad que calculaba llegaría á estallar á la muerte de Carlos IX.

Este joven príncipe luchando con la violencia de la enfermedad, veía estinguirse insensiblemente su existencia en la amargura: ni en sus últimos momentos pudo disfrutar de tranquilidad, combatido por opuestas ideas sobre la manera de proveer al gobierno de su reino en ausencia del legítimo sucesor. No puede dudarse que por parte de aquellos que le rodeaban le fueran hechas varias insi-

nuaciones á fin de decirle á que se dejase dividido el poder; pero la reina madre lo obtuvo por entero. Espiósele el título de regenta el 30 de mayo, y en este mismo día murió Carlos IX cuando aun no había cumplido los 25 años.

Esta edad predispone para que no se le juzgue con rigor. Debe excusarse su excesiva vivacidad, afición á los trabajos violentos, tales como los de fragua, á que se entregaba con pasión en daño de su salud, hasta llegar él mismo á forjar cascos y corazas. Era tambien muy dado á la caza; tenemos de él un tratado sobre esta materia, muy estimado de los inteligentes. Carlos fué muy mal educado. Desde su infancia le dejaron contraer el hábito de jurar, que su ejemplo hizo tan comun entre los jóvenes de la corte. Se veió muy poco sobre sus costumbres, y sus desórdenes fueron públicos. Tuvo de Maria Touchet, hija de un juez de Orleans, á Carlos de Valvis, conde de Auvernia y duque de Angulema; pero la ternura que le inspiraron las gracias y virtudes de Isabel de Austria su esposa, pusieron freno á estos delirios de una juventud descarriada. No tuvo de ella mas que una hija que le sobrevivió muy poco. Carlos al morir, se felicitaba de carcer de hijos, por no dejar en el trono á un niño espuesto á las mismas vicisitudes que él: este pensamiento revela cuan pesada era la corona para este joven monarca, príncipe desgraciado, rodeado siempre de azares y peligros. Las traiciones que experimentó cambiaron su carácter, naturalmente inclinado á la jovialidad y franqueza. Amaba la poesía y la música, y estimaba á los que sobresalían en ellas. Amyot, el traductor de Plutarco, Juan Dorat, Baif, y Ronsard, merecieron su benevolencia, y nos quedan de él algunos versos bien superiores á los de estos poetas. Espresábanse con nobleza y energía, y tenía imaginación viva, concepción fácil y recto juicio. Patentizó estas cualidades en su opinion respecto al rey de Polonia su hermano; se creyó al principio que era la envidia la causa de su antipatía, pero hubo lugar después de advertir lo bien que él le había conocido. En fin, cualquiera que estudie á Carlos IX, teniendo presente su edad, se persuadirá sin duda que la experiencia y el valor secundados por sus buenas intenciones, habrían preservado la Francia de los males que la abrumaron bajo Enrique III.

### ENRIQUE III.

De edad de 25 años.

Creemos útil abarcar con una mirada este reinado agitado por tantos disturbios, á fin de que viendo la disposición de los ánimos y el concurso de las circunstancias, puedan encontrarse mejor el origen y progreso de las facciones que conmovieron el trono y casi colocaron en él á un extraño que había llegado á ser idolo de los pueblos. Estas grandes revoluciones en los cuerpos políticos son anunciadas siempre con síntomas precursores de una terrible crisis. Las que se notan principalmente bajo Enrique III son, de parte del rey, un comportamiento caprichoso que le enajenó la confianza de la nación, y que pasó gradualmente de la censura de su conducta particular al desprecio de su persona; de parte de los pueblos un espíritu de fanatismo y de entusiasmo mucho mas general desde que las crueldades de San Bartolomé, hubieron persuadido que estaba reservada al puñal la decision de las discordias; de parte de la corte en fin, una afición general á la intriga. Los grandes como los príncipes de la sangre, los Guisays y los Montmorencys, tomaron la costumbre de no separar su causa de la de la patria, y de adquirirse prosélitos afectos personalmente á ellos. Los nobles de la corte hacían gala de una adhesión completa á aquellos que llamaban sus *amos*; y esto daba motivo entre protegidos y protectores á una rivalidad que degeneraba frecuentemente en querrelas personales. Se insultaba y desafiaba, mezclábanse las mujeres, y las intrigas de amor y chismes de familia llegaban á ser negocios de Estado. Las memorias que nos quedan de esta época, escritas por personas de la corte, atestiguan estos hechos y una porción de particularidades que es útil conocer, porque están ligadas á los grandes acontecimientos. El Louvre era como una escuela para la nobleza joven del reino, que pasaba días enteros en las salas bajas, ocupada en esgrimir las armas; era un honor singular el aventajar en correr, saltar zanjas, tirar pistoletazos y manejar el puñal. No se hablaba mas que de galantería y asesinatos, de incendio y carnicería: se comentaban los famosos hechos de armas; estos relatos acaloraban las imaginaciones, y de aquí resultaban provocaciones frecuentes, proyectos insensatos y empresas locas y temerarias. Las ideas mas exaltadas, aun sobre las cosas triviales, eran del gusto de esta juventud ardiente. Los jóvenes se ligaban con juramento á no abandonarse nunca, á seguir siempre un mismo partido, y á hacer comunes los bienes y los males. El accidente del uno era una sensible desgracia para el otro, y la ausencia del amigo, motivo de luto. Vióse por esta sola causa vestirse de una manera lúgubremente extraña, dejarse crear la barba, huir de todos los placeres, y vivir como hombres smidos en la mas profunda melancolía; y la corte aplaudía estas manías pueriles.

Les quedaban sin embargo de esta educacion un valor intrépido

y relaciones seguras, no solo con sus iguales sino aun con los principales señores. Todos, principiando desde el rey, tenían por gala el contar á su devoción con mayor número de estos *bravos*, á quienes alababan, acariciaban y á veces recompensaban hasta con matrimonios ventajosos. Se encontraban aun vestigios de la antigua galantería, pero degenerada en los dos sexos. Las mujeres en lugar de los sentimientos que en otro tiempo inspiraban heroísmo, exigían pruebas de afecto que solo podía sugerir el frenesi de la pasión ó la locura de imaginaciones estraviadas. Era plausible á la primer señal de su querida, el precipitarse á un río sin saber nadar, á luchar con las fieras y hacer correr su sangre con la punta del puñal, para demostrar que se amaba á su dama hasta la muerte. Según las ideas de la época, Enrique III, escribiendo desde Polonia á la bella Renata de Rieux-Chateaufneuf y á la princesa de Condé que el amaba, «sacaba sangre de su dolo, abriendo y cerrando la picadura á medida que la necesitaba para su plama.» Los hombres en recompensa del sacrificio de su razon al capricho de las mujeres, pedían mas de lo que el decoro permitía, obteniendo cuanto puede suponerse de una corte licenciosa. De aquí resultaban los celos, el espionaje, las confidencias, las enemistades y mil escándalos, que deshonraban al monarca y su familia á la faz del reino; pero ó los grandes se cuidaban muy poco entonces de la estimacion pública, ó no tenían las mismas ideas que nosotros respecto á lo que se deben á sí mismos. Nada era mas comun que las correrías tumultuosas del rey con toda su corte, ya por las ferias bailando, cantando é insultando á mercaderes y curiosos, acogido muchas veces por la gritoria de un pulachito insolente; ya dirigiéndose á las casas de los vecinos con ocupacion de una boda, un bautizo ó cualquier otro regocijo, en cuyas casas se cometían desórdenes que daban pábulo á burlas y chanzonetas. Semejantes estravios alternaban con actos de religion brillantes, como misas solemnes, y augustas y pomposas procesiones; pero por un contraste profano, los mismos que acababan de asistir á tales devociones con todo el exterior del recogimiento, se trasladaban al lado del astrólogo y del adivino, que eran de moda merced á la credulidad de Catalina de Médicis. Hombres y mujeres tenían con ellos citas clandestinas: se confeccionaban filtros para hacerse amar, y encantos para vengarse. Deben contarse en el número de estos sortilegios unas figuritas de cera encontradas en la habitacion del infortunado La Mole, cuando fué arrestado: una estaba á medio derretir, y la otra tenía un afilero clavado en el corazón. Le preguntaron en la tortura si acaso representaban al rey, y si con estas manobras oscuras del arte mágica había sido su intencion alterar la salud del jóven monarca, suponiendo que se debilitaría á medida que se derretiese la cera y entrara el afilero en el corazón. La Mole confesó estos procedimientos supersticiosos, comunes entonces á toda la corte, y prueba de la mas grosera ignorancia; pero sostuvo que no los había empleado mas que para hacerse amar de una jóven provenzal de quien estaba enamorado.

El mas célebre de estos astrólogos era uno llamado Cosme Ruggiere, florentino que pasaba tambien por hábil venenador. La reina madre y muchos señores le protegían abiertamente, y de ahí sin duda tuvieron origen las sospechas tan multiplicadas de veneno, siempre que alguna persona de rango llegaba á morir. A los enemigos de menos categoria se hacia desaparecer con el asesinato, sin que se respetase tiempo ni lugar. El duque de Guisa persiguió espada en mano hasta la antecámara del rey, á un noble de quien pretendía tener motivos de queja, y Villiquier, favorito de Enrique III, dió de punaladas en el Louvre por celos á su mujer embarazada de dos hijos. Impelida por igual despho se vió á la reina de Chateaufneuf, en un caso representaban al rey, y si con estas manobras oscuras del arte mágica había sido su intencion alterar la salud del jóven monarca, suponiendo que se debilitaría á medida que se derretiese la cera y entrara el afilero en el corazón. La Mole confesó estos procedimientos supersticiosos, comunes entonces á toda la corte, y prueba de la mas grosera ignorancia; pero sostuvo que no los había empleado mas que para hacerse amar de una jóven provenzal de quien estaba enamorado.

El mas célebre de estos astrólogos era uno llamado Cosme Ruggiere, florentino que pasaba tambien por hábil venenador. La reina madre y muchos señores le protegían abiertamente, y de ahí sin duda tuvieron origen las sospechas tan multiplicadas de veneno, siempre que alguna persona de rango llegaba á morir. A los enemigos de menos categoria se hacia desaparecer con el asesinato, sin que se respetase tiempo ni lugar. El duque de Guisa persiguió espada en mano hasta la antecámara del rey, á un noble de quien pretendía tener motivos de queja, y Villiquier, favorito de Enrique III, dió de punaladas en el Louvre por celos á su mujer embarazada de dos hijos. Impelida por igual despho se vió á la reina de Chateaufneuf, en un caso representaban al rey, y si con estas manobras oscuras del arte mágica había sido su intencion alterar la salud del jóven monarca, suponiendo que se debilitaría á medida que se derretiese la cera y entrara el afilero en el corazón. La Mole confesó estos procedimientos supersticiosos, comunes entonces á toda la corte, y prueba de la mas grosera ignorancia; pero sostuvo que no los había empleado mas que para hacerse amar de una jóven provenzal de quien estaba enamorado.

Al irse el príncipe á Polonia, dejó la Francia devorada por las facciones. Los calvinistas vieron con placer partir al vencedor de

Jarnac y de Montcontour. Los Montmorencys y los otros católicos descontentos miraron como una ventaja el alejamiento de un príncipe, demasiado adicto á la reina su madre y á quien veían cuantitativo á su partida, fué porque habian conocido ya su debilidad, y previan que podría serles útil. Enrique se puso en camino para su nuevo reino atravesando la Alemania. En los estados protestantes encontró gran número de franceses emigrados que habian podido escapar de San Bartelemy. El monarca estuvo como situado de ellos en el palacio del conde Palatino; contemplábanle unos con aire sombrío, y le echaban otras miradas siniestras hablando en voz alta contra el autor de su infortunio. Despues de una recepcion fria, el conde le llevó á una galería de pinturas donde el primer cuadro que tropezó su vista fué el retrato del almirante. «Conocéis muy bien á este hombre, le dijo su huésped; habeis hecho morir en él al mas grande capitán de la cristianidad, y no debíais haber obrado así, porque á vos y al rey os ha prestado grandes servicios.» Quiso escusarse Enrique con la pretendida conjuración del almirante. «Señor, respondió con sequedad el conde, vos sabéis toda la historia.» El rey de Polonia tuvo aun mas de una mortificación que devorar en su camino.

Alguna compensacion encontró en las fiestas que le esperaban en su reino. Enrique uno de los hombres acaso mas propios para aparentar, pareció satisfacer al pronto á sus nuevos súbditos; pero pasados los momentos de pompa y magnificencia, se encerró en su palacio con los favoritos que habia llevado que como él en su mayor parte apenas pasaban de los veinte años. No se ocupaban de otra cosa que de la Francia y en escribir y alimentar intrigas amorosas, y algunas veces en juegos brillantes y placeres tumultuosos, que no se acomodaban con la gravedad de los senadores polacos. La noticia de la muerte de su hermano le fué llevada en catorce dias. Su primer cuidado fué confirmar la regencia de su madre, á cuyo efecto le envió los poderes: se deliberó en seguida en aquel consejo de jóvenes si el rey arreglaría los negocios de Polonia, lo que tenia que retardar necesariamente su partida, ó si tomaría inmediatamente el camino de Francia. Como la mayoría opinó por la mas pronta vuelta, Enrique en una noche oscura desapareció de su palacio como un fugitivo, poniéndose en menos de dos dias en las fronteras del imperio, de las que pasó á Viena, dejando espuestos al primer furor de los polacos á Bibrac su canciller y aquellos que no se dieron prisa en seguirle.

Este precipitado viage podia tener escusa en la necesidad de calmar la Francia presentándose su rey; pero no fué difícil censurarlo cuando se vió que lejos de apresurar la marcha se detenía el monarca con gusto en Viena, Venecia, Turin y todos los puntos del tránsito que podían ofrecerle placeres. Venecia se distinguió entre los demas estados, pues su república le hizo los mas grandes honores. Iguales motivos de retardo encontraron en todas las poblaciones de Italia, y no llegó á su reino hasta setiembre, despues de haber permanecido algún tiempo en Turin donde tuvieron lugar los consejos que decidieron la suerte de Francia. Pagó generosamente la recepcion brillante aunque politica que le dispensó el duque Manuel Filiberto, y las caricias de la duquesa su tía, con la restitucion de Pignerol, Saviglian y Perusa, á sus mismas posesiones, excepto el marquesado de Saluces, que tenía la Francia mas allá de los Alpes.

Este reino se encontraba entonces en uno de los momentos críticos en que la eleccion de una marcha desacertada podia reducirle á una situacion angustiosa, de que la prudencia humana no sería capaz de salvarle. El huracan se formaba dentro y fuera. El príncipe de Condé refugiado entre los de Alemania, desplegando una inteligencia superior á su edad, atraía su benevolencia á favor de los calvinistas de Francia, con quienes mantenía intimas relaciones. Hallábanse estos sobre las armas en casi todas las provincias, sostenidos por los *politicos*, cuya feccion tomó el nombre de *tercer partido*.

Se componía esta de católicos descontentos que alegraban por causa de su disgusto la prision de los mariscales de Montmorency y Cossé, la cautividad del rey de Navarra y del duque de Alençon, y las medidas que decían haber sido tomadas por la regente, para acabar con el poder de las grandes familias que la eran sospechosas. A la sombra de estas quejas se creían autorizados á fortificarse en las ciudades en que dominaban. No se veían mas que sorpresas, composiciones, convenios particulares, algunos intervalos de paz en las provincias habitualmente devoradas por el fuego de la guerra, y los horrores de está transportados á aquellas que contaban con las dulzuras de la paz.

Todo el afán de la regente se cifraba en conservar el equilibrio de los dos partidos, hasta la llegada del rey, consiguiéndolo con una marcha de firmeza y condescendencia: con una mano ofrecía la guerra, aumentaba las tropas y mandaba obrar; y con la otra firmaba treguas. Siempre que se quería negociar se la encontraba pronta, y ella misma se anticipaba á veces sin demostrar temor ni apresuramiento. Desde los primeros dias de su regencia adoptó Catalina un

acto de vigor que conmovió á los reformados y á los grandes del reino. Montgommery, uno de los gefes mas acreditados del partido calvinista y asesino involuntario de Enrique II, habia hasta entonces hecho la guerra con ventaja en algunas provincias. A sus victorias en el Bearne debieron los confederados el mejoramiento de su causa despues de la batalla de Montcontour; él fué quien determinó á la reina Isabel á proteger á los rocheleses, y quien mandaba la flota que intentó socorrerlos, pero habiendo sido rechazado fué á desgraciarse en Normandía, donde le abandonó su buena ventura. El mariscal de Matignon le cercó en Dronfont y obligó á rendirse. Montgommery fué llevado á Paris donde el Parlamento instruyó su proceso. Este hombre que habia arrojado tantos peligros en el discurso de su vida, no pudo librarse de un estrechamiento de horror al aspecto de sus jueces. Le condenaron como rebelde y cómplice de la conspiración del almirante. Montgommery era mas culpable que otro alguno. Habiendo tenido la desgracia de matar á su rey, debió haber consagrado todas sus fuerzas y talento al servicio de la viuda y de sus hijos, en lugar de meterse en las facciones e intrigas. La sentencia pronunciada contra él fué ejemplar: «ejemplo que nos enseña, dice Thou, que en los golpes que hieren á las cabezas coronadas, el azar es imputado á crimen, aun cuando la voluntad sea inocente.»

Acusóse á la reina de haberle sacrificado á los manes de su esposo. Sea venganza ó justicia, Catalina se mostró inflexible. ¡Tan poderoso es el lenguaje de la ley sobre los pueblos! Cuando se vió condenado á Montgommery segun las formas ordinarias por una sentencia del Parlamento, nadie reclamó: no hubo mas que ligeras murmuraciones débilmente insinuadas en los escritos publicados entonces. La reina los despreció ocupada como estaba en prevenir las empresas de los descontentos, trastornando sus planes y la union que proyectaban. Hubo entre ellos con este motivo muchas confed. de los Rongueus, en los meses de julio y agosto. El principe de Condé aunque ausente, ejercía en ellas su preponderancia. Podía que las iglesias reformadas se hiciesen entre sí mismas un reparo; y con el dinero que le enviaban ofrecía levantar un ejército en Alemania, que él mismo conduciría á Francia. Condé debia ser su gefe hasta que pudiese entregar el mando al duque de Alençon y al rey de Navarra, tan pronto como se libertasen de la cautividad en que los tenia la corte desde el suplicio de La Mole. Los confederados se comprometieron recíprocamente: á conceder los políticos á los calvinistas el libre ejercicio de su religion; y estos á no dejar las armas mientras no se lograra la libertad de los mariscales de Cossé y de Montmorency; y unos y otros á hacer una guerra sin tregua hasta que los Estados legítimamente convocados hubiesen provisto sólidamente á la reforma del gobierno, al castigo de los perturbadores del reposo público, á la espulsion de los extranjeros y al alivio de los pueblos.

Añálose la reina por impedir los efectos de estas conferencias. Desde luego suspendió por largo tiempo, valiéndose de proposiciones capciosas, la marcha de los diputados de La Rochela y de otras iglesias que debian concurrir, y envió despues agentes secretos encargados de sembrar la discordia entre sus ministros. Mas si al fin se tropezó con dificultades, esto fué mas bien que por tales astucias, por la irresolucion del mariscal de Damville, Enrique de Montmorency, hijo segundo del difunto condestable, y gobernador de Languedoc.

Damville, de dulce y pacífico carácter, se encontró como á su pesar de gefe de un partido en el Estado. Era un hombre indolente, amigo de los placeres, pero de un discernimiento esquisito, incapaz de engañarse en la apreciación de las cosas, cuando se tomaba el trabajo de examinar los negocios. Siempre que dejaba á un lado su habitual pereza, obraba como el hombre mas activo en llevar á cabo una resolucion que su prudencia le dictaba. Al ver los disturbios del tiempo de Carlos IX, Damville se retiró á su gobierno. No hubiera él deseado otra cosa que sostener la paz á todo trance; pero bien pronto los movimientos de los calvinistas y las órdenes de la corte le sacaron de su tranquilidad. Hacia lo menos que le era posible; conducta de que se quejaban los gobernadores vecinos, y sobre todo Montlic que amaba la guerra, y la hacia por el solo placer de hacerla, y que hubiera querido que todos los demas fuesen tan encarnizados como él.

La comparación de estos gobernadores turbulentos con Damville, hizo que la corte llegase á mirarle como hombre poco seguro. Muchas veces los ministros intentaron hacerle salir de su provincia. Cuando la prision de su hermano, la reina bajo pretexto de conferenciar, le envió dos de sus confidentes, que se pretende llevaban el encargo de apoderarse de él muerto ó vivo. El por su parte á pretexto de atraer á los calvinistas á la paz, sostenia con ellos relaciones. Asi todo se volvía astucias y engaños. A propósito de una enfermedad, cuyos sintomas parecieron extraordinarios, llegó á creer Damville que habia sido envenenado. Sin embargo, á pesar de la persuasión de una mala voluntad tan marcada, el amor al reposo hu-

biera aun prevalecido, y él no se habria unido á los confederados, si hubiera podido prometerse alguna seguridad por parte del rey, á quien fué á visitar en Turin.

Todos los principes á quienes Enrique vió en el camino, el emperador, y sobre todo el Dux de Venecia, hombre de consumada prudencia, le aconsejaron la paz. Margarita de Francia, duquesa de Saboya, deseaba con ardor verle unido con los Montmorencys, persuadida de que de esto dependia la vuelta de muchas personas de consideración alejadas de la corte, y la caída del tercer partido. El rey no parecia apuesto á adoptar este sistema, y fundada en las esperanzas que le daba, indujo la duquesa á Damville á arriesgar el viaje del Piemonte. Allí se encontró con Villeroi y Hurault enviados por la regente. Cuando Enrique seguia los consejos de la duquesa, era Damville escuchado favorablemente: pero asi que prestaba oídos á las insinuaciones de su madre, no mostraba al gobernador de Languedoc mas que frialdad ó indiferencia. Venio al fin este que no habia nada que esperar de aquel carácter tan voluble, volvióse á su gobierno y firmó la confederación de Milhaud.

De esta manera, sin previa declaración, resultó encendida la guerra en todo el reino. Enrique III miró con la mayor indiferencia las turbulencias; pues le tenían mas preocupada la guerra con que le obscuaban en su viaje, que los peligros que presentaba la sublevarcion general que ya se sentía rugir. Con estas disposiciones entró en Francia. La regente salió á recibirle hacia Lion, alonde se hizo acompar por el duque de Alençon y el rey de Navarra, los que no fueron recibidos por Enrique como criminales, sino con los agasajos que en casos iguales se usan entre parientes muy queridos. Principió entonces á conocerse el carácter de Enrique; y aunque hasta mas tarde no se habia de desarrollar, conviene hacer mntar desde ahora sus principales contrastes, pues que fueron la verdadera causa de las conmociones del reino.

Chiverny, uno de sus mas fieles ministros y que le estuvo constantemente adicto, dijo: «Que era bastante malo su criterio; que sería mejor que pensaba; que tenia demasiada buena opinion de su suficiencia: que despreciaba la de los demas, y que su voluptuosidad le tornó menos apreciable. El duque de Nevers que le trataba muy de cerca, ha escrito que cuando tomaba aficion á uno no pensaba sino en obrar mas que por sus consejos, hasta con preferencia á sus propias ideas; que se trasformaba por decirlo asi en sus favoritos y que era pródigo sin limites. El historiador Mathieu que oyó á Enrique IV y á señores contemporáneos varias anécdotas de su vida, dice que Enrique III miraba como justas, útiles y permitidas las crueldades. Nosotros podemos añadir todavía que habia heredado de la reina su madre el gusto de la tergiversacion en los negocios, de suerte que entre varios expedientes escogia siempre los mas tortuosos y complicados. Era valiente en verdad, pero accesible al desaliento, no gustándole en la guerra mas que el momento de la accion. De estos defectos tuvieron origen todos los acontecimientos de su reinado. Dotado de mas penetracion que tiao, debia acoger vivamente un proyecto para malograrle despues completamente en la práctica. Escalvo de la voluntad de sus favoritos, no es extraño que Enrique hubiese sacrificado frecuentemente el Estado á sus intereses. Sus escisivas liberalidades debieron necesariamente acarrearle el odio del pueblo que sufre y paga. En fin, de esta inclinacion á falsas sutilezas, á proyectos azarosos y á un reposo indolente, no podia resultar mas que un caos de intrigas, de desconianzas y de tratados de paz, á propósito para nuevas guerras.

Tal es en resumen el cuadro del reinado de Enrique III. Ya que se decidia por la guerra, parecia natural el creer que este monarca, célebre desde la edad de veintin años por dos victorias, iria á ponerse al frente de sus ejércitos para perseguir sin tregua á los enemigos; mas por una inconsecuencia de que se encontrarán muchas pruebas en el transcurso de su vida, se entretuvo, por decirlo asi, en jugar con sus súbditos, á quienes hacia un dia ofertas que retractaba en el inmediato, y pensaba, no en enseñarles sus deberes, sino en que se destruyeran mutuamente. Estos manejos llegaron á hacer sospechar de su buena fe, y á acarrearle desde luego muestras públicas de menosprecio.

Montrun, noble del Bellinad, el primero del reino que quince años antes habia tomado las armas por la religion reformada, requerido de parte del rey á que diese libertad á algunos prisioneros, tuvo la salucia de responder: «¿Pues qué, el rey me escribe como rey y como si de hecho ya reconociere? Quiero que él sepa que esto estaría bien en tiempo de paz; pero en tiempo de guerra, en que se tiene el brazo armado y rienda en mano, todo el mundo es compañero. Hecho prisionero al año siguiente, Montrun pagó su insolencia con la vida. Los sitiados de Livron, pueblo de Languedoc, tambien culpable, fueron mas afortunados. Habia enviado el rey su ejército á esta plaza; al ver que se pasaba mucho tiempo sin un resultado decisivo, se dirigió él mismo al campo con sus cortesanos. Desde las murallas los insultaban los cercados con las peores injurias. «¡Cobardes! les gritaban, ¡asesinos! ¿qué venis á buscar? ¿creéis poder sorprendernos en nuestros lechos y degollarnos



como al almirante? Presentaos, jóvenes afeminados, venid á experimentar vuestra costa que sois solo capaces de hacer frente á nuestras mujeres.» Se vió durante los ataques á una mujer sentada en la brecha hilar tranquilamente y mofarse de los sitiadores. Como si el rey no hubiese ido más que para recibir este insulto, se retiró y fue levantado el sitio.

Todo iba de mal en peor así en el campo como en el Consejo, porque los ministros de crédito y antiguos generales, viéndose oscurecidos por los jóvenes favoritos, se retiraban. Lejos de ser sensible á esta deserción, Enrique la aplaudía: desembarazado de estos hombres graves, se encontraba más libre en sus placeres, y los títulos que dejaban vacantes le servían para condecorar á sus jóvenes amigos. Estando en Aviñon, asistió el rey á la procesion de los *penitentes*, género de devocion que el ejemplo de la corte generalizó en Francia. Para ella vestían los asistentes una especie de saco que llegaba á los talones, y se cubrían con un capuchon que ocultaba la cabeza, y no tenia mas que dos pequeñas aberturas para la vista. Había penitentes negros, blancos, verdes y azules, así nombrados por el color del saco. En la cintura llevaban un gran rosario de cavaleras y una larga disciplina, de que algunos hacían uso. En los países templados, como Italia, donde estas cofradías tuvieron su origen, celebrábase de noche ó por la tarde tales procesiones. Consistía la devocion en ir de iglesia en iglesia, rezando á dos coros las letanías y cantando salmos en tono lúgubre. Ya se deja conocer que con semejante trage favorecido por las tinieblas, podían tener lugar desórdenes. Su ocasion sirvió de aliciente á los jóvenes de la corte. Todos querían pertenecer á las procesiones por complacer al monarca, incluso el rey de Navarra, quien decía Enrique riéndose ser a propósito para el caso.

Al salir de una de estas procesiones, el cardenal de Lorena fue atacado de una enfermedad que le llevó al sepulcro á fines de diciembre. Este prelado tenia demasiada fama para que no se sospechase que habia sido envenenado. Su muerte preocupó á la corte por algunos días. La reina madre se imaginaba verlo como un pálido fantasma que le acometía; visiones espantosas que rara vez atacan á una alma firme y á una conciencia pura. Un furioso huracán, que asoló casi toda la Francia al día siguiente de su muerte, fue, según los católicos, seguro indicio de la cólera celeste, contenida hasta entonces por las oraciones de este grande hombre. Los religiosos dijeron por el contrario, que aquello era la algazara de los demonios que le venían á buscar. Se hace mencion de estas extravagancias para hacer ver cómo juzga el espíritu de partido.

Carlos, cardenal de Lorena, no fué un malvado profundo, de alma negra, de sentimientos libertinos ni de corazon corrompido. Quizá para formar juicio de él sean precisos otros testimonios que los de sus enemigos. No era tampoco un hombre grande, que sacrificaba todo á la religion, ni superior á las debilidades humanas. «Ya hacia mucho tiempo, dice Laboureur, que tan grandes cosas no daban santos.» Era mas bien un ambicioso dotado de talentos naturales y adquiridos, que acaso llegó á persuadirse eran útiles á la patria. Esta ilusion no es rara, aun en los hombres de Estado. Así habia pensado el célebre canceller Hoptal muerto en el año precedente. Sospechábase que este no habia opinado nunca por la paz sino por afecto á la nueva religion, de que le creian secreto partidario, y él asegura en su testamento que la habia aconsejado siempre por el bien del reino. El cardenal de Lorena, tan declarado por la guerra, al recibir los ultimos sacramentos en presencia del rey, protesta ante las magestades divina y humana, que en toda su vida no ha hecho ni pensado nada que pudiese perjudicar á la Francia. De manera que es de aquellos hombres que, aun á pesar de sus grandes luces, se engañan á sí mismos hasta el último suspiro, ó pretenden engañar á los demas.

La muerte del cardenal de Lorena fué seguida del matrimonio del rey. Había amado á María de Cleves, princesa de Condé; inclinacion que ha servido de argumento á muchas novelas; y tambien se la visto que él le escribía con sangre desde Polonia. Así que supo la muerte de Carlos IX, la espidió un correo para decirle que haría anular su matrimonio con el príncipe, y que sería reina de Francia; mas ella murió de repente. Enrique se acordó entonces de los encantos de Luisa de Vaulenont, prima hermana del duque de Lorena, á la cual habia visto en su viaje á Polonia. Casóse con ella en Reims en el mes de febrero, en el día siguiente de su coronacion. Esta apacible y virtuosa princesa estuvo siempre triste, aun en medio del fausto y grandeza de que estaba rodeada: no podia consolarse del sacrificio á que se habia visto forzada desposándose con el rey de Francia en cambio del hermano del conde de Selm, á quien habia consagrado su afecto desde la infancia. Luisa habia sido tambien pretendida por Francisco de Brienne, de la casa de Luxemburgo. Enrique, que lo sabia, hallándose un día triste, le dijo: «me he casado con vuestra dama, y os quiero dar la mia.» El cambio no era igual, porque se trataba de una jóven desacreitada, de Renata de Kleux, que despues se casó con Antinotti. Brienne se escusó; pero muy apremiado por el monarca, tuvo que dejar la corte. Así ya por

falta de miramientos y otros motivos, se enagenaba Enrique las simpatías de sus mejores servidores, á pesar de que los necesitaba mas que ningun otro monarca. Mientras se entregaba por completo á su consagracion, y pasaba los días enteros en colocar diamantes en su traje y en asistir al tocador de su esposa, los calvinistas y los partidarios del tercer partido ajustaban en Nimes el tratado en que se habian convenido anteriormente.

Fué esta una verdadera liga que formó como una república dentro del Estado. Los conforados se nombraron gefes, establecieron impuestos, decretaron levas, y formaron leyes para la administracion de justicia, para las tropas, para la libertad de comercio, y para el culto de la religion reformada: leyes independientes del soberano, y cuya base era un solemne compromiso de no tratar los unos sin los otros. Todos fueron siempre fieles á esta cláusula, estréllándose en su constancia los esfuerzos de la reina para desunirlos. Al contrario, las intrigas de la corte proporcionaron á los descontentos nuevos partidarios.

La historia de tales intrigas vino á ser necesariamente la del reino, y causas tan mezquinas acarrearón grandes acontecimientos: los primeros personajes de la escena fueron el rey, el duque de Alençon, su hermano, el rey de Navarra, Margarita su esposa y la reina madre; los segundos muchos jóvenes de ambos sexos, entre los cuales se distinguian Luis Berenguer del Gua, gefe de los favoritos, si podemos servirnos de esta calificacion, y la famosa Sauve, sirena peligrosa, segura siempre de retener en sus cadenas aquellos á quienes presentaba la copa envenenada del placer. Enrique, cuando estaba en Polonia, hablaba frecuentemente con sus confidentes de las damas francesas. Aludiólos de aquellas, cuya presencia hubiera podido contenerlos: estos jóvenes, así por vanidad como por pasar el tiempo, se jactaban de sus triunfos, y á falta de aventuras reales las inventaban verosímiles. Viendo el rey que en aquellos cuantos indiscretos se mezclaban mujeres que creía las mas discretas, concibió por todas un menoscabo que demostró despues en Francia, y ellas á su vez le pagaron con un odio proporcionado á sus desdenes, sobre todo su hermana, la reina Margarita.

Esta princesa deja entrever en sus Memorias tales sentimientos, que los imputa á Gua, suponiendo que este fué quien pervertió el ánimo del rey, su hermano. A creerla, llegaría á sospecharse que este favorito tuvo la audacia de levantar sus deseos hasta ella, y que solo el desprecio le arrastró á desacreditar á la hermana de su rey: crimen de que tomó Margarita una cruel venganza. «Gua, dice la misma, contemplaba con recelo la armonia que reinaba entre mi hermano el duque de Alençon y yo, é inspiraba al rey desconfianza, como si tales relaciones pudiesen tener por objeto interes contrarios á la seguridad de la corona. El monarca, en medio de su prelevocion, deprimia continuamente á su hermano, para quitarle todo crédito. El duque de Alençon tenia el defecto de las almas vulgares: era terco, suavaz, y creía que siempre le despreciaban. Le figura poco aventajada, se encontraba desgraciadamente en el caso de tener que sufrir á pesar de su rango comparaciones humillantes. Lejos de hacer el rey por ganarse su voluntad, agriaba mas su carácter, y le repelia tratándole con aspereza ó celebrando las indecentes chocarrerías que respecto de él se permitian sus favoritos; así el humillado buscaba cuantos medios podia para desquitarse; y de aquí que con su corazon se abriese con cierto género de deleite á los proyectos ambiciosos que le presentaban los descontentos. El monarca que siempre encontraba el nombre del jóven duque en todas las maquinaciones, se irritaba mayormente por lo poco que le quería; teniendo origen en esta disposicion de los ánimos la declarada aversion que los hacia dar crédito imprudentemente á todo cuanto sus aduladores les querian inculcar á uno y otro contra sí mismos.

En el viaje á Reims, adonde le llamaba su consagracion, se presentó al rey Hautemer, señor de Fervaques, uno de esos hombres á quienes el atractivo del interés lo mismo atraía al crimen que á la virtud, para avisarle que se trataba contra su persona una conspiracion, de que era gefe el duque de Alençon. Enrique, sin otra prueba, creyó al denunciador bajo su palabra; pero al ver la reina madre que este ponía á precio su servicio, aconsejó que se obrase con tiento en tal denuncia. Aprovechándose de la oferta que le hacia de probar su acusacion por boca de los mismos cómplices, se le agregó un hombre de confianza llamado Barat, quien se habia de enterar de cuanto proyectaban.

Fervaques le encargó que acudiese á un publicello cerca de Langres, y le ocultó en una choza interin se reunian los conjurados. Barat se presentó á ellos con el carácter de enviado del duque de Alençon. Pidieron las credenciales que le autorizaban como tal; mas él respondió que no necesitaba de tal requisito en semejante caso: respuesta á que no objetaron nada los conjurados, atendiendo á que estaba garantizado por Fervaques. Entrando en seguida en conversacion, explicaron su designio. Nada menos se proponian que matar al rey y colocar en el trono al duque de Alençon. A su modo de ver nada habia mas fácil, cuando el monarca despues de su consagracion se trasladase de Reims á San Marcoui; pero se que-

Jaban vivamente del duque de Alençon, porque desde quince días antes que le habían enviado uno de los suyos á tomar órdenes, no tenían noticia alguna. Barat les dió las mejores esperanzas, y los dejó para ir á informar de todo.

Con tales pruebas quiso el rey que desde luego se procesase al duque; pero la madre se opuso á un paso tan trascendental, trabajando por la reconciliación de los dos hermanos. Llamóse á Alen-



Catalina de Médicis arrancando á su hijo la orden para la matanza.

zón, quien contestó que tenía en verdad conocimiento del proyecto; pero que ignoraba sus tendencias, y que nunca había dado su consentimiento, y mucho menos su nombre para él. Catalina persuadió al rey que todo ello no pasaba de estériles maquinaciones de algunos descontentos oscuros que pretendían darse importancia, y echó tierra al negocio; pero quedó al rey un vivo resentimiento contra su hermano, en el cual no llegó ya á tener después confianza.

Una vez á causa de un simple dolor de cabeza, y otra por la picadura de un alfiler, se le puso en la cabeza que su hermano le había envenenado; y cansado este de imputaciones tan injuriosas, quería vengarse de los favoritos á quienes las atribuía. La reina se encontraba harto perpleja entre sus hijos. Madama de Sauve le servía para calmar los ímpetus de Alençon, cosa que no lograba siempre, y sobre todo, cuando los celos andaban por medio, inspirados por las atenciones que se veía obligada á guardar con el rey de Navarra, objeto también de sus caricias.

En cuanto á este príncipe, aterrado por el degüello de San Bartelemy, vivía desde mucho tiempo atrás en la indolencia, sin negarse absolutamente á las ocasiones que pudiesen favorecer su fortuna; pero entregándose con tibiaidad á ellas con suma precaución, porque sabía que estaba rodeado de espías y enemigos. Enrique III le quería bien; mas sea temor ó capricho, Catalina que le había amado también en su infancia, le odiaba desde que era yerno suyo; tuvo algunas intenciones de anular el matrimonio, para hacerle mala obra, dice la reina Margarita en sus Memorias.

Esta mala voluntad de Catalina se manifestó aun en la muerte de Carlos IX. Antes de espirar quiso abrazar el rey á su cuñado. No siendo posible á Catalina privar á su yerno de este favor, lo revisió de circunstancias propósito para amargarle. Para introducir al rey de Navarra al aposento de Carlos, se le hizo pasar por una larga y oscura galería, en la cual se habían apostado hombres armados, de aspecto feroz, y cuyo ademán amenazador pudiese intimidar al mas intrépido. El moribundo trató con la mayor ternura á su cuñado, á quien recomendó su mujer, su hija y hasta su reino. Después propósito de la conspiración de La Mole, le dijo: «Ya sé que nada temáis que ver con estas maquinaciones. Si hubiese creído cuanto me han dicho de vos, de seguro que ya no viviríais. No os fieis de...» La reina le cortó la palabra diciéndole: «Señor, atended á lo que decís.—Debo decirlo, señora, repuso el rey, aunque es la verdad.» Asegura Cayet que la persona nombrada ó simplemente indicada en voz tan baja que apenas se pudo oír, era la misma madre. Siguiendo el consejo de Carlos IX, el yerno desconfió siempre de su suegra, no siendo bastantes á volverle su cariño algunas atenciones con que trató esta nuevamente de cautivar su voluntad.

Los diputados que cerca del rey conservaban los confederados, á pesar del rompimiento de las hostilidades, hacían los mayores esfuerzos para decidir á los príncipes á quebrantar sus cadenas. El primero que dió oídos á sus insinuaciones, fué el duque de Alençon. Entre los valientes que se habían comprometido en su favor, debe hacerse mención de Bussy de Amboise, hombre de fortuna, buca presencia, y cuyo valor igualaba á su arrogancia. Por su orgullo era insuportable á los favoritos del rey, á quienes insultaba siempre que le venía á cuento, y de rebote al mismo rey, que participaba de las mismas preveniciones. A la antipatía se unieron algunas palabras de celos, y tratóse de deshaerse de él; mas aunque los asesinos fuesen muchos y favorecidos por la noche, el golpe fué dado en vano, gracias á la cooperación de algunos amigos de Bussy que constantemente le acompañaban. El duque de Alençon miró como un atentado contra su propia persona la empresa meditada contra su mas querido favorito.

Algun tiempo antes y á causa de la noticia que circuló de haber muerto Damville en Languedoc, dió el rey orden de que fuesen ejecutados en la Bastilla los mariscales de Cosé y Montmorency, quienes solo debieron la vida á los buenos oficios de Gilles de Sourvé, que pudo lograr se suspendiese el cumplimiento de tan bárbara sentencia hasta que recibiesen confirmación aquellos rumores. La nueva salió falsa, y aquella resolución sanguinaria, aunque no ejecutada, exasperó al duque de Alençon y á los Montmorencys, que igualmente ofendidos hicieron causa común. El duque de Alençon abandonó la corte en setiembre y se arrojó abiertamente en brazos de los descontentos.

Su evasión causó mucho ruido en el reino. El rey creía haber ganado á los confederados con proposiciones superiores á cuanto podían haberse prometido. Consentía en darles plazas de seguridad; seis jueces reemplazables en lugar de cuatro en cada departamento, y el libre culto calvinista en los lugares que estaban en posesión de este privilegio, á los señores con jurisdicción, en todo su distrito, y en sus castillos á los demas, siempre que no estuviesen á dos leguas de la corte ó diez de Paris. Aunque estas proposiciones no habían sido aceptadas, el monarca descansaba tranquilo, en la seguridad de que tarde ó temprano las aceptarían los rebeldes.

Los facciosos se aprovechaban de esta indolencia para arreglar mejor los negocios del partido. A la vista de la corte, con su mismo consentimiento y sus pasaportes, sus diputados iban á Alemania y volvían, llevando las correspondencias de los confederados al príncipe de Condé que negociaba con el duque Juan Casimiro, hijo del Elector Palatino. Este príncipe hizo valer sus servicios. A mas de estipulaciones muy razonables, tales como que en todas las operaciones de la guerra y la paz se procediese de acuerdo con él, y que se le dieran seguridades respecto al pago de sus tropas, exigió aun que la primera condición del tratado de paz que se efectinase fuera que el rey le cediera indefinidamente el gobierno de Metz, Toul y Verdun. Temiendo quedarse sin socorros, pasaron los confederados por esta élanula odiosa. Así que se supo que el duque de Alençon había dejado la corte, se resolvió á fin de dar mas peso al partido, que el príncipe de Condé y Casimiro no tuvieran mas consideración que la de lugar-tenientes suyos.

De Paris marchó con toda celeridad el duque de Alençon á Dreux, población de su bandería donde encontró una fuerte escolta: publicó un manifiesto lleno de protestas de fidelidad al rey, de recriminaciones contra los favoritos, y de promesas á la nobleza y al pueblo, estilo ordinario de esta clase de documentos. De Dreux se trasladó á Poitou donde se le unieron La Noue, Leuy de Ventadour, cuñado de Damville, y Enrique de la Tour de Auvergne su sobrino, acompañados de una nobleza numerosa. Tan pronto como fué sabida la fuga del duque, todo se volvió confusión en la corte. El rey iba, venía, bramaba [de cólera y fulminaba venganzas: es-

cribió á todas partes y mandó á los príncipes, señores y cuantos le rodeaban que le llevasen su hermano muerto ó vivo. Algunos tomaron al pie de la letra tales órdenes y se pusieron en camino; mas otros no creyeron oportuno hacer caso de estos ímpetus, respondiendo: «¿qué no tenían inconveniente en jugar sus vidas en servicio del rey; pero que sabían que algún día dejaría este mismo de agradecerse si se lanzaban en persecucion del duque su hermano.»

duque de Alençon. Guisa en aquel encuentro recibió una herida en un carrillo, cuya cicatriz muy señalada dió lugar al apodo del Acuchillado, con que despues fué conocido. El vivo interés que en esta ocasion tomaron por él los católicos, demostró cuan preciosa les era su vida. Ya no pudo seguir haciendo frente por la carencia de socorros en que le dejó la corte. Dijo que el rey desconfiaba del resultado, y que por eso no se había tomado gran interés en auxiliar á Guisa, lo que dió márgen á murmuraciones por parte de los católicos celosos.

Las cosas quedaron casi indecisas, y los rebeldes miraron como de poca importancia el pequeño descalabro sufrido por Thoré, de manera que se sostuvieron, y la reina con todos sus manejos no pudo conseguir mas que una tregua de siete meses, desde el 22 de noviembre hasta el 25 de junio, en notoria ventaja de los confederados. El rey se obligó á satisfacer una cantidad considerable; así para pagar al ejército de Casimiro, como para impedir su entrada en Francia; á entregar á los religionarios y católicos unidos seis plazas, á saber: Angulema, Niort, Charité, Bourges, Saumur y Mezières; á pagar las guarniciones de ellas que mandarian el príncipe de Condé y el duque de Alençon, y á mantener á este último una guardia de suizos, arcabuceros y gendarmes. Verdad es que se estipuló que al finalizar la tregua quedarian estas plazas en poder del rey, fuese paz ó guerra lo que la siguiese; pero demasiado se dejaba conocer que era esta una condicion ilusoria, conseguida únicamente para salvar el honor del rey; porque era evidente que si



Asesinato del almirante Coligny.

«Es peligroso, decía el duque de Montpensier, meterse entre la una y la carne.» Llegó á sorprender á la corte hasta tal punto la salida del duque, que ignorando completamente sus designios, se hizo fortificar á San Dionisio, como si el fugado tuviera ya dispuesto un ejército para el sitio de Paris.

El miedo predisponc á la crueldad. Al saber la reina madre que Thoré hermano del duque de Montmorency iba á entrar en Francia con una fuerte division como vanguardia del príncipe Casimiro, le hizo saber que si avanzaba, le saldrían al encuentro las cabezas de su hermano y su aliado (Carlos de Montmorency-Meru, hermano de Thoré, é hijo tercero del Condestable se había casado con una hija del mariscal de Gossé). Respondió él: «Si la reina llega á cometer tal iniquidad, nada habrá en Francia en que yo no deje huellas de la venganza mas terrible,» y continuó avanzando. Tal seguridad hizo adoptar un extremo opuesto, que fué dar libertad á los mariscales y servirse de su mediacion para negociar con el duque de Alençon.

Catalina hizo los esfuerzos imaginables para persuadir á los prisioneros que eran deudores de su libertad á sola su benevolencia, y despues de haberles dado las mayores muestras de aprecio, los llevó á Turenna, donde se avistó con el duque de Alençon. El éxito del tratado dependia del de las armas. Thoré había entrado en Francia á la cabeza de un cuerpo de caballería alemana con el designio de unirse á los confederados mas allá del Loira. Guisa, gobernador de Champana, salió á encontrarle y le atacó cerca de Langrey; lo que no le impidió continuar su ruta y llegar á donde se hallaba el



La reina de Navarra en el Louvre.

los confederados se inclinaban á la paz, nada era mas natural que exigiesen por garantia la conservacion de las plazas como base de la negociacion, y que en caso de guerra se guardarian muy bien de entregarlas.

Así en menos de catorce meses se vió Enrique III forzado á ajustar una tregua vergonzosa con sus súbditos; á permitir los estandartes revolucionarios en las almenas de sus fortalezas, á per-

der la corona de Polonia, de que esta nacion congregada le despojó de una manera hasta humillante para darla á Esteban Batori, principe de Transilvania; á sacrificar al duque de Saboya y de Lorena, sin compensacion alguna, ni aun la amistad del favorecido, plazas y territorios que bajo sus predecesores habian costado mucha sangre francesa; y en fin, á recibir en su propia corte una afrenta que debió herir su amor propio.

Gua, favorito imperioso que fiado en la proteccion de su amo se creia al abrigo de los reveses de la suerte, esperó en este tiempo lo que puele una mujer irritada. Margarita, reina de Navarra, se quejaba desde mucho atrás, de ser el blanco de su malevolencia. En sus Memorias le acusa de haber querido malquistarla con su marido, inspirándole sospechas injuriosas de haberle enagenado el cariño del rey su hermano, y de haber sido instigador de las medidas estremas que este tomó contra ella. Pero no debe juzgársele por la sola acusacion de su apasionada enemiga. Gua tenia cualidades estimables, entre otras, la de no adular á su protector, virtud rara en favoritos. «Yo le he visto, dice Brantome, reprehender al rey, cuando obraba de una manera poco cuerda, oyéndole Enrique con deferencia y corrigiéndole algunas veces.» Pero Margarita le detestaba. Esta princesa desacreditada, indiferente á su madre, despreciada de su marido y aborrecida del rey, se decidió á esterminar al favorito. Busca un asesino, destraneos sus tenores y escrupulos en una entrevista que con él tuvo de noche la agravada á costa de su reputacion, y así consigue natar á Gua casi á la vista del rey, que se limita á lastimarse de su pérdida y no osa vengarle.

Estos acontecimientos apenas alteraban la tranquilidad de Enrique III., el hombre mas fácil de consolarse en sus desgracias. Háse creído que por distraerse de sus pesares era por lo que se entregaba á pasatiempos locos, que le ocupaban cual si hubiesen sido sus únicos quehaceres importantes. El diario de su vida nos ofrece una infinidad de hechos suyos, á veces buenos en si mismos, otras pueriles, pero casi siempre inoportunos. «A pesar de todas las ocupaciones religiosas y militares que debian abrumarle, iba ordinariamente en carruaje con su esposa, por las calles de Paris, en busca de perritos que le gustasen; pesquisas iguales hacia por los conventos de monjas de los alrededores de la capital, á las que les arrebatava estos animales con grande pesar de ellas. Se hacia leer otras veces la gramática y aprendia á declinar.» El mismo principe en octubre y noviembre, mientras á la sombra de la tregua se fortificaban los revoltosos, «disponia sermones y rogativas á que asistia con gran devocion, y haciendo ridiculos extremos de penitencia en todas las iglesias de Paris. Ordenó una solemne procesion á la cual hizo fuesen llevadas todas las reliquias de la Santa Capilla, asistiendo él, cantando con devocion el rosario que pendia de su mano. Por su orden asistió toda la corte, á escepcion de las damas que no queria el rey se encontrasen en la funcion, porque decia no podia haber devocion donde ellas estuvieran.»

Es todavia un problema si Enrique se entregaba á estos ejercicios de religion por hipocresía, por aficion á los espectáculos ó por verdadera devocion. Duro seria culpar de hipocresía á un hombre que nunca pudo ocultar sus vicios; pero bien puede atribuírsele á ostentacion el aire de pompa y vana complacencia con que asistia á estas ceremonias: tambien puede culpársele de ligereza, puesto que era el primero á reirse de las bufonadas que se escapaban á sus favoritos bajo la túnica de penitentes; en fin, puede tachársele de inconsecuencia, cuando no contento con rezar su rosario de *calaveras* por las calles, lo mostraba tambien en los bailes y otras reuniones profanas, donde á estos asuntos místicos los hacia objeto de chocarías de muy mal género. Puede ser que su pésima educacion le persuadiese que la religion consistia únicamente en las exterioridades, que nunca deben ser mas que lo accesorio.

Mientras se publicaba por un lado, se rompía por otro la tregua. Si los gefes suspendian las hostilidades, se creian los subalternos permitida una guerra de escaramuzas, que no disgustaba á los principes porque tenia siempre á las tropas en alarma. Los gobernadores de Bourges y Angulema, plazas que debian entregarse, segun el convenio, á los confederados, se negaron á hacerlo. La corte aparentó sentirlo, y les cedió Cognac y San Juan de Angely en cambio. Nada se habló de entregar Mezières á los alemanes, como se habia convenido. Hubiera sido en efecto gran desacierto abandonarles una plaza fronteriza que para lo sucesivo les abria las puertas de Francia. El rey alistaba tropas en el extranjero, lo que fué calificado de traicion por los confederados sin razon alguna, porque ellos no obraban tampoco con buena fé.

El duque de Navarra participó al Parlamento que iba á entrar en el reino un ejército extranjero en su ayuda; pero que no pensaba valerse de él sino contra los enemigos del Estado. Pedia en consecuencia á los magistrados que interpusiesen sus buenos oficios, para evinciar á su hermano la justicia de su causa. Oja al propio tiempo el duque las proposiciones aventuradas por la reina para una paz general; y enviaba, de acuerdo con ella, correos encargados de

retardar la marcha de Casimiro, al paso que por bajo cuerda le apuraba á que avanzase á toda prisas.

Estas secretas instancias lograron su objeto. Casimiro y Condé invadieron la Champaña en febrero, atravesaron la Borgoña, pasaron el Loira y el Alier, y en el primer día de marzo se unieron en el Borboneal con el duque de Alençon, que fué nombrado generalísimo. Estas fueras reuniones álzaron á treinta mil hombres, entre alemanes, suizos y franceses. Habian sido seguidos muy de cerca por un ejército real al mando del duque de Mayena, á otros menor del de Guisa; pero no creyó oportuno atacarlos, ora por no encontrarse bastante fuerte para ello, ora por no estar acaso autorizado con órdenes precisas de la corte, cuyas deliberaciones eran siempre contrariadas por acontecimientos nuevos.

Enrique, rey de Navarra, parecia indiferente á todas estas turbulencias. Aubigné pretende que parodiaba á Bruto en la corte de Tarquino, cubriendo con capa de indolencia política, la actividad, energía y demas virtudes heroicas que le hicieron mas tarde las deicias de la Francia y el terror de sus enemigos; pero es lo mas verosímil que Enrique, de edad entonces de veinte e dos años únicamente, estuviese adormecido por los placeres. Lejos de envidiar la fama que iba á conquistarse el duque de Alençon al dejar la corte, no vió él en tan trascendental acontecimiento, sino un rival menos al lado de la dama de Sauve, de quien se valia la reina para retenerle.

Pero el remedio llegó al fin de donde procedia la enfermedad. Esta mujer que le tenia dominado, le dió á entender que se le desdénaba; que no se le habia empleado en ninguna ocasion, á pesar de sus instancias; que el mando de los ejércitos habia sido dado á otros que no podian compararse con él; y mientras él se enervaba en la molieze y ociosidad, se cubria de laureles el duque de Alençon, quien si queria inclinarse á la paz, obtendria la lugar-tenencia del reino. Estas instigaciones hicieron impresion en el rey de Navarra y reanimaron su valor, sirviéndole de guia la prudencia. Tenia acostumbrados á sus vigilantes á cortas ausencias á pretexto de cacerías, y aprovechando una de estas ocasiones abandonó la corte en febrero.

Hasta este momento puede decirse que no dá principio la vida del gran Enrique. Anduvo sin detenerse hasta un pueblecillo á veinte leguas de Paris, donde se juntó con algunos amigos, de antemano avisados, y se retiró con ellos á marchas forzadas á su gobierno de Guéna. El no querer ocupar un puesto secundario, fué sin duda la causa porque desde luego no se unió al duque de Alençon: sin embargo, envió diputados á una especie de dieta que se celebró en Moulins, cuyo resultado fué una larga representacion al rey con todas las exigencias de los interesados.

Si el monarca hubiese accedido á ellas, mucho hubieran negado su poder y la religion católica. A mas de las antiguas concesiones tales como libertad de conciencia y plazas de seguridad, pedian los reformados que las iglesias fuesen comunes para ambos cultos, y que el diezmo se dividiera entre los ministros de los dos; que se aumentase la preponderancia del duque de Alençon, con ciertas condiciones que hubieran creado una nueva soberanía en el reino; entre otras, que se le concediese una guardia perpétua á expensas del rey, de seiscientos hombres de caballería y tres mil de infantería. Todos presentaron ademas en particular sus proposiciones. El principe de Condé exigia la posesion del gobierno de Picardía, del cual hasta entonces solo disfrutaba el título, así como la absoluta disposicion de Boulogne. El rey de Navarra pedia una autoridad casi independiente en su gobierno de Guéna, la soberanía en sus dominios de Francia, el pago de las antiguas pensiones señaladas á su familia, la dote de su esposa y los atrasos. Aquellos que no pudieron ingerir sus pretensiones en la representacion general, nombraron diputados que las espusiesen en la corte. Claro está que á haberse accedido á todos estos artículos, hubieran brotado en Francia infinidad de pequeñas repúblicas que unidas por un interés común, se habrian vuelto á la primera señal contra la autoridad legítima.

La reina madre detuvo hábilmente este golpe. Como el duque de Alençon mostraba grande interés por su hermana la reina de Navarra, á quien el rey despues de la fuga de su esposo habia puesto guardia, la reina madre la sacó de su prision, y acompañada de muchas damas de la corte á quienes llamaba *su escudaron volante*, la llevó al campo de su hijo. Advirtiéndose que la vista de esta tropa hizo vacilar al duque. Nada pareció duro á Catalina para conseguir separar á su hijo de los descontentos; aumentó sus estados con tres provincias, Turenna, Berry y Anjou; se le ofrecieron todos los derechos honoríficos, árbitra disposicion en lo civil y en lo militar, el nombramiento para los beneficios consistoriales y una pension de cien mil escudos. Desde este momento el duque de Alençon tomó el título de duque de Anjou.

Así que el principe se vió satisfecho, imaginó segun costumbre de los grandes, que todos los demas debian estarlo; de manera que tuvo cada cual que abandonar sus pretensiones; el principe de Condé sus esperanzas al gobierno de Picardía; Casimiro la perspectiva

de una hermosa posesion en Francia y el sueldo de las tropas, que tuvieron que contentarse con una cantidad muy módica comparada con la deuda total. Los otros quedaron, poco más ó menos, como antes; díse únicamente un edicto que estendia algo los privilegios de los reformados, y que rehabilitaba la memoria del almirante, de La Mole, Cocornas, Briquemaut; Cavagny, Montgomery y Montbrun; lo demas fué aplazado para la asamblea de los estados que el rey convocó para Blois á mediados de noviembre. Mientras tanto marchó el duque de Anjou á tomar posesion de sus nuevos dominios; el rey de Navarra se acantonó en Guiena, el príncipe de Condé en las cercanías de La Rochela y Juan Casimiro regresó á la frontera de Champana á esperar los millones que se le habian prometido.

Mas como las arcas estaban exhaustas, quiso el rey registrar los bolsillos de los ciudadanos de París. El momento no podia ser menos oportuno. Ya en el año precedente habia cogido gran cosecha de quejas al querer levantar un empréstito; en este año hubo además pasquines. Se murmuraba públicamente de ver al rey rodeado de jóvenes á quienes distribuía el dinero del pueblo. Los principales favoritos eran Caylo, Maugiron, Livarot, San Mesgrin, Joyeuse y Nogaret de La Valette, los que en su mayor parte habian sido introducidos en la corte por Renau de Villequier, que hacia el desprecio de aquel papel de alcahuete. La mano que los presentaba era suficiente para que se sospechara de sus costumbres; entonces fué cuando principian á ser llamados monos. Su aire afeminado daba lugar á imputaciones odiosas que la conducta del rey no desmentaba. Todo esto acarreó á la persona del monarca un desprecio general, que mas que nada dió importancia á la célebre faccion conocida con el nombre de la liga.

Lo que esta presenta de mas singular es desde luego una sublevacion casi general de los católicos contra un rey eminentemente católico y reconocido por tal, á pesar de las sugerencias empleadas para hacer sospechosa su fe; las osadas pretensiones de esta liga, aun en su débil principio; su marcha siempre firme y uniforme, aun á pesar de la publicidad que alcanzaron sus secretos y de las medidas adoptadas para contenerla; el fin de la conspiracion que era colocar en el trono á un extranjero sin título plausible para ello; las ventajas siempre crecientes que obtuvo sin embargo de la sangre derramada de su gefe, que hizo levantar nuevos adeptos; el fanatismo que esgrimió el puñal contra los reyes; la anarquía que desoló la Francia; la tiranía brutal é insolente del pueblo mucho mas temible que la de los grandes; en suma, los mayores azotes que Dios en su cólera puede enviar á los hombres. Estas calamidades trabajaron la Francia; hasta que apiadado el Todopoderoso de tantos males, coronó los esfuerzos de Enrique vencedor y pacificador del reino.

No hay que figurarse que los Guisas concibieron al momento el proyecto de sentarse en el trono; su ambicion pasó por grados diferentes. Pretenden algunos que el cardenal de Lorena concertó la liga en el concilio de Trento, despues de la batalla de Dreux; mas si entonces pensó alguna cosa parecida, quedó á lo mas reducida al designio de formar causa comun con la de la religion católica y la de su familia, por cuanto los celosos católicos vician en su hermano el sosten del culto de sus padres. Quizá habrian avanzado tambien estas ideas hasta el proyecto de apoyarse en algunas otras potencias católicas, como el papa ó el rey de España. Formáronse en efecto en 1565 en las provincias y hasta en la corte, ligas particulares que el gobierno se apresuró á reprimir: eran estas producto de la inquietud de los católicos, que viendo á los calvinistas reunidos alarmar al consejo del rey, y arrojarse gracias y privilegios trascendentales, se juntaron para contrabalancear aquel influjo; pero estas ligas desparramadas y aisladas, no tenian centro comun. Hasta 1576 no se principió á tratar de la eleccion de un gefe capaz de sostener la antigua religion, independientemente del rey cuya debilidad era conocida. Posible es que desde entonces la idea de la corona se apoderase de Enrique de Lorena, duque de Guisa. Es sin embargo algo aventurado suponer que sus pretensiones le hubiesen dominado antes de la muerte del duque de Anjou.

Guisa, hijo del duque asesinado en Orleans, apenas tenia diez y nueve años cuando ya llamó sobre sí la atencion de toda la Francia, con la brillante defensa de Poitiers que sitiaba el almirante. No perdiendo ocasion alguna de hacer daño á los religionarios, manchado con su sangre en la San Bartelemey, y prólogo de la suya mandando el ejército que batió á los alemanes en Langres, era el alma de cuanto se maquinaba en la corte contra aquellos, por todo lo cual era el hombre de confianza de los católicos. Las murmuraciones de los mas exaltados á la noticia de la última paz, le marcaron por decirlo así su linea de conducta. Habia aspirado á la mano de Margarita de Valois, despues reina de Navarra, á la que habia tenido que renunciar por la oposicion de Carlos IX, como ya queda referido. Enrique III por aquel tiempo le queria bien: «¡Plegue á Dios que seas mi hermano! Mas á la vuelta de Polonia no mereció del mismo príncipe mas que indiferencia. Guisa esperimentó la misma frialdad por parte del du-

que de Anjou y del rey de Navarra, cuya amistad trató en vano de captarse. Convencido pues de que nada sino mortificaciones para su orgullo y su valía tenía que esperar, se entregó por completo al favor popular que hacia por aumentar todo lo posible.

Encuéntranse siempre en las facciones fanáticas que hacen causa comun con sus gefes, facilidades mucho mas de lo que estos se habian prometido, el éxito de sus planes. Los ciudadanos de París, mercaderes, paleajeros y otros, no bastándoles el ocuparse como por incidencia, según lo hacian antes, de los negocios del Estado y de la religion, llegaron á tener sus asociaciones clandestinas, en las que se ocupaban exclusivamente de las cosas públicas. Como ya habian visto á los calvinistas comprometerse con juramentos y fórmulas á la defensa de su causa, nada creyeron mejor que imitar su ejemplo en estas circunstancias. No puede asegurarse si este prurito de asociacion tuvo principio en París ó en las provincias. El hecho mas antiguo de este género que conocemos es de Picardía. El señor de Humieres que allí mandaba, tenía una quereña personal con el príncipe de Condé. Creyendo que se hundiría su poder, si el príncipe, con arreglo á una cláusula espresa de la última paz se ponía al frente de su gobierno, trató Humieres de suscitarle obstáculos, y para ello nada encontró mejor que obligar á la nobleza con un compromiso solemne, á no tolerar en aquel pais lo que pudiese redundar en daño de la religion católica romana, redactando una fórmula de juramento que presentó á los nobles de la provincia, tan católicos como personalmente adictos á su gobernador. Firmaron esta confederacion, y el resultado fué que en poco tiempo la Picardía entera, ciudades y aldeas se encontraron empuñadas en esta liga.

El preámbulo del formulario y objeto que se proponia, nada ofrecen que no sea laudable al primer golpe de vista; se obligaba el que lo suscribia, por la santidad del juramento á perseverar hasta la muerte en la union formada á nombre de la Trinidad, á la defensa de la religion católica, del rey Enrique III y de los fueros de lo que gozaba el reino bajo Godovoso: primer subterfugio que dejaba á los de la liga dueños de hacer estensivas sus miras á fines enteramente extraños á la religion; pero el veneno mas sutil estaba escondido en las leyes mismas de la asociacion, comenzaba en estos términos: «Nos obligamos á emplear vidas y hacienda en el provecho de la santa union, y á perseguir de muerte á cuantos susciten obstáculos á tan piadoso fin. Todos los que firmaren estarán bajo la salvaguardia de la union; y caso que sean atacados ó molestados, tomaremos todos su defensa, hasta valiéndonos de las armas si preciso fuese contra cualquiera que sea el ofensor. Los que despues de firmado este juramento se separaren, serán tratados como rebeldes y refractarios de la voluntad de Dios, sin los que coalyuven á tomar venganza puedan nunca ser inquietados. Se elegirá inmediatamente un gefe al que obedecerán ciegamente los confederados, siendo castigados á su voluntad los que á sus mandatos no se sometieren. Haremos cuanto este en nuestra mano para traer á la santa union partidarios, armas y todos los auxilios necesarios, cada uno según sus fuerzas. Los que se negaren á unirse, serán tratados como enemigos y perseguidos por medio de las armas. Al gefe queda exclusivamente reservada la facultad de dimitir las contiendas que puedan surgir entre los confederados que sin su consentimiento no podrán acudir á los tribunales ordinarios.» Transmitian de esta manera todo el poder real al gefe futuro, que bien se conocia debia ser otro que el rey.

No tuvo noticia Enrique de esta empresa contra su autoridad, hasta que muchos nobles, eclesiásticos honrados ciudadanos, individuos de justicia, poblaciones considerables y aun provincias enteras estaban afiliados en ella. En cuanto al plan secreto y á los resortes que debian jugar en su ejecucion, lo supo bastante á tiempo para tomar y seguir una resolusion. Estos pormenores llegaron á su noticia por el embajador de España, donde los confederados tenian agentes secretos; averiguólos tambien por los calvinistas, que sorprendieron é hicieron pasar al rey los papeles de un abogado llamado David, diputado en Roma por el partido, é instruido de todos los misterios. Pretenden algunos autores que estos papeles fueron supuestos por los enemigos del duque de Guisa; pero seria sorprendente que hubiesen logrado adivinar y esponer con anticipacion lo que poco mas ó menos llegó á ser tramado por los de la liga. Por lo demas, reales ó supuestas estas memorias, como esplican perfectamente el plan de la intriga, daremos una idea de ellas á los lectores.

Daban principio por el elogio de los Guisas, á quienes suponian descendientes de Carlomagno, y continuaban así: «Desde que en perjuicio de los descendientes de este emperador, los hijos de Hugo Capeto han invadido el trono, ha caido la maldicion sobre estos usurpadores: los unos fueron privados de juicio, los otros de la libertad ó heridos con los rayos de la Iglesia. La mayor parte sin salud ni vigor, murió en la flor de su edad sin descendencia. Bajo el mando de estos hombres fué presa el reino de los hereges, como los albigenses y los pobres de Lion. La última paz tan ven-

tajosa a los calvinistas, va á restablecerlos sólidamente en Francia, si no se cedia mano a esta ocasion para restituir el cetro de Carlomagno á su posteridad.

«Los católicos unidos para el santo fin de sostener la fé, se han convenido en lo siguiente: que ya en el pulpito, ya en el confesionario clamán los sacerdotes contra los privilegios concedidos á los sectarios, y esciten al pueblo á impedir que los disfruten. Si el rey teme que la infraccion de la paz en tan esencial artículo, suscite de nuevo las pasadas turbulencias, se le decidirá á que descargue toda la odiosidad de esta medida sobre el duque de Guisa. El peligro á que se espóndrá este príncipe arrojando así todo el odio de los religionarios, será compensado con la mayor adhesión á su persona por parte de los católicos. Su audacia animará á los tímidos á firmar la liga y se engrosarán sus filas. Todos los confederados jurarán reconocerlo por gefe: los párrocos llevarán un registro en que estén consignados los nombres de cuantos puedan llevar armas. Les dirán en la confesion lo que deben hacer, así como ellos recibirán las instrucciones de sus superiores eclesiásticos, y estos del duque de Guisa, quien elegirá en secreto los oficiales que deben mandar á los nuevos alistados.

«Los mismos religionarios han solicitado la reunion de los Estados que serán convocados para Blois, poblacion abierta. El gefe del partido pondrá toda su atencion en que sean elegidos por las diferentes provincias diputados adictos á la antigua religion y al soberano pontífice. Al propio tiempo, capitanes diseminados por todo el reino engancharán cierto número de soldados que se comprometerán por juramento á hacer cuanto se les ordena. Deberá tambien echarse mano de insinuaciones amistosas, para que asistan con el rey á los estados el duque de Anjou, el rey de Navarra, el príncipe de Condé y todos los grandes sospechosos. En cuanto al duque de Guisa, no debe asistir á fin de alejar recelos y estar para dar mejor sus órdenes, lejos de la corte que le vigilaria.

«Cualquiera que se opusiese á las resoluciones que se adopten en los Estados, si fuese príncipe de la sangre se le declaró inhabil para suceder en el trono; si otro, será castigado de muerte, y puesta á precio su cabeza como no se puea haberla á la mano. En estas disposiciones harán los Estados una profesion pública de fe, dispondrán la publicacion del concilio de Trento, confirmarán las ordenanzas hechas para estirpar la herejía, y revocarán todos los edictos contrarios: así el rey se encontrará dispensado del cumplimiento de las palabras dadas á los calvinistas, á quienes se asignará un plazo para reconciliarse con la Iglesia. Como durante este intervalo será preciso acudir á las armas para prepararse á reducir á los obstinados, representarán los estados al rey que solo hay un hombre capaz de ponerse al frente del ejército, el duque de Guisa, único general de nota que jamás ha transigido con los hereges.

«Para apoyar esta proposicion, los soldados alistados en secreto en las provincias se reunirán en el dia señalado en las inmediaciones de Blois, sostenidos por algunas tropas extranjeras. Se apoderarán del duque de Anjou, á quien se procesará como reo de lesa magestad divina y humana, por haber arrancado á su hermano, el rey, condiciones favorables á los rebeldes hereges. El duque de Guisa, ducho del ejército, perseguirá á los revoltosos, asegurará las principales poblaciones, procurará prender todos los complices del de Anjou, cuyo proceso activará, y en fin, con auenzencia del Papa, como en otro tiempo hizo Pepino con Childerico, encerrará al rey en un monasterio por el resto de sus dias.

Tal era el proyecto del abogado David, cuyo extracto acabamos de dar. Entonces leí mirado como una quimera; y en efecto, ¿quién supondria que podría llegar el dia de su realizacion? El papa Gregorio XIII, sin confiar mucho en él, lo toleró como susceptible al menos de contener en Francia los progresos del calvinismo. Felipe II, rey de España, que temia que los franceses en paz llegasen á dar auxilio á los rebeldes de los Países Bajos, utilizó esta ocasion de sembrar la discordia, prometió su ayuda á la liga con hombres y dinero: compromiso que cumplió demasiado para la tranquilidad del reino.

Enrique III estaba enterado de parte de estos planes, cuando á principios de diciembre verificó la apertura de los Estados en Blois. Se presentó en ellos rodeado de su corte con una magestad que sus debilidades de hombre y rey no le impedían desplegar en estos actos de ostentacion. El duque de Guisa faltó á las principales sesiones de los Estados, compuestos en casi su totalidad de individuos de la liga, que estaban dispuestos á seguir las inspiraciones de su gefe, aunque ausente. Desde el principio se trabó una especie de coabite, no como debiera haber sido entre monarca y súbditos, igualmente interesados en no demostrar oposicion mas que para la investigación de lo mas conveniente al bien público, sino como entre enemigos capitales que tratan de sorprenderse y engañarse mutuamente con los mas reprobados medios.

Pidieron los Estados que todo aquello que fuese resuelto en la asamblea general tuviese fuerza de ley, ó bien que para la mas pron-

ta expedicion de los negocios nombrase el rey cierto número de jueces que se uniesen con otros tantos designados por los estados, quedando irrevocables las decisiones de esta junta soberana. Eludió Enrique estas proposiciones, que tendian evidentemente á la creación de un poder rival del régio. Fueron pedidas tambien la publicacion del concilio de Trento, la revocacion de las gracias concedidas á los hereges y la guerra sin tregua contra ellos. Todas estas pretensiones no se hicieron á la vez sino gradualmente, con dulzura unas veces, y otras con amenazas; pero el rey, prevenido ya contra las sorpresas, á falta del vigor que debiera haber mostrado, contaba siempre con subterfugios, y paliaba á lo menos el mal, que no tenia bastante resolucion para combatir.

Vació por algun tiempo sobre el partido que debía tomar propósito de la liga. El desentenderse era darle ocasion de fortificarse á la sombra de un silencio que los mal intencionados tomarian por impotencia: descargar el golpe declararanda estrealge é ilícita, era arriesgar algun sério compromiso, pues podría suceder que se encontrase en sus partidarios una oposicion indomable; dejarla, en fin, elegir un gefe, equivaldria á abdicar su soberania. Todo bien mirado, Enrique, amigo del reposo por carácter, se incluyó al medio que le sacaba del apuro del momento, declarándose él mismo gefe de la liga. Estendióse un formulario que salvaba todas las ambigüedades peligrosas para la autoridad real: juró el monarca, é hizo jurarlo en París y en toda la Francia.

Este expediente, que fué tan censurado por cuantos veian en él un gefe que en la nacion se ponía á la cabeza de un partido, desconcertó por algun tiempo los planes de Guisa y sus paniaguados. Estos concurren á los Estados en Blois, y visto que de otra manera no les era posible suscitar al rey dificultades, principiaron á apremiar sobre la declaracion de guerra á los hereges. Respondió Enrique que era preciso antes saber la intencion de los príncipes y grandes ausentes, que estarían acaso dispuestos á reconciliarse con la Iglesia, porque su rango los hacia acreedores á esta consulta. No fué posible desatender estas razones; y los estados eligieron una comision de individuos de su seno, para que se avisara con el rey de Navarra, el príncipe de Condé y el mariscal de Damville.

Estaban estos acantonados, Damville al frente de los políticos en Languedoc, y el rey de Navarra y el príncipe de Condé, gefes de los calvinistas, en la Guisena, el Poitou y las provincias alyacentes, tomando medidas para conjurar la tormenta que sentian rugir en Blois. Apenas habian pedido la revocacion de los Estados, conocieron por las maniobras puestas en juego para causar la eleccion de los diputados, que sus resoluciones no podian serlas favorables; y resolvieron no tomar parte alguna en dichos Estados, ni reconocerlos siquiera, y evitar así el tener que asistir á ellos.

A pesar del poco tiempo que hacia que el rey de Navarra tomaba parte activa en los negocios, estaba ya muy acreditado en su partido. Despues de su fuga de la corte, hizo este príncipe una pública retractacion de la fé católica, que se habia visto forzado á profesar cuando la San Bartelemy. Los reformados acogieron tal retractacion con entusiasmo. Hízose amar de ellos por su carácter franco y jovial, su elevacion de miras, desinterés y noble proceder con cuantos á él se acercaban. Estaba entre los religionarios como en una republica, sin mostrar grande interés en aumentar su autoridad, cariñoso, accesible, complaciente y como olvidado de sí mismo, en medio de aquellos hombres turbulentos y altivos: conducto que le puso al abrigo de mortificaciones que tuvo que sufrir el príncipe de Condé, menos flexible, mas apagado á sus intereses, y por lo mismo espuesto á recelos que ponian tasa, digámoslo así, á la obediencia de los que acudialaban.

Ambos eran valientes, activos y emprendedores. Viendo venir la guerra, no habian vacilado, á fuer de prudentes capitanes, en apoderarse de plazas que pudiesen cubrir sus retiradas. Damville por su parte no se descuidaba. Trataron unos y otros de hacerse tambien respetables en el mar, y negociaron una contraliga con la Suecia, Dinamarca, Inglaterra y sus ordinarios protectores, los protestantes alemanes. Tales cuidados traian ocupados á los príncipes, cuando la comision de los Estados pasó á desempeñar un encargo cerca de ellos. No debia ya estar prometerte gran resultado, en atencion á que los descontentos habian protestado contra la asamblea como contra una cámba compuesta de enemigos suyos. La respuesta de ellos fué mas ó menos conforme con la protesta que, el rey de Navarra modificó sin separarse del fondo. La pintura que el arzobispo de Viena, uno de los diputados, le hizo de los horrores de la guerra, araucó ligrimas á este príncipe sensible, aunque nacido para los combates y las vicisitudes de las armas. Dijo que conocia y apreciaba las dulzuras de la paz; que le causaban sobrada impresion tales consideraciones; pero que jamás trataria de distraerla á costa de su honor y su conciencia. «Infirmos á la asamblea, añadió, que constantemente he pedido al Señor, y pido todavia con toda mi alma que me dé á conocer la verdad. Si estoy en el buen camino, que Dios sostenga mi fé; si no, que me abra los ojos, y

estoy presto no solo á abjurar el error, dejando á un lado todo humano respeto, sino también á emplear mis bienes y mi vida en esparcir la heresia en el reino y en todo el universo, á ser posible. Esta especie de compromiso pareció algo duro á los calvinistas, que hubieran querido borrarlo de la carta que el rey escribió á los Estados; pero Bourbon, cuya alma era recta y franca, no tenía que se hiciesen públicas estas disposiciones.

Esto fué cuanto la diputación pudo recabar del rey de Navarra. Menos todavía obtuvo de Dauville y del príncipe de Condé, los que á las instancias de los diputados respondieron constantemente: «Nosotros no queremos mas que la paz; que nos cumplian la palabra dada, y todo se quedará tranquilo. Además, no reconocemos vuestros Estados, y protestamos contra las resoluciones que de ellos puedan emanar en perjuicio nuestro.» A escuchar á los católicos fanáticos, debían tomarse prontas y enérgicas medidas; pero los aminoró un poco el rey con estas solas palabras: «Accedo á la guerra; mas para realizarla ventajosamente, me hace falta dinero.» Esta consideración tan oportuna calmó á los mas ardientes del tercer Estado sobre todo, pues se persuadían que la carga de los impuestos recaería casi exclusivamente sobre ellos. Llegaron hasta á decir que encontraban sano y bueno que se impidiese á los hereges profesar su religion; pero mejor si para ello no había que tomar las armas. Paso de este momento el tiempo en contestaciones y debates sin ningun resultado, y parecia que la liga, despues de haber revistado sus fuerzas, no se reputaba asaz fuerte para descargar el golpe. No fué bastante audaz para obligar al rey á declarar la guerra, ni este bastante resuelto para disipar la niebla que se formaba y declarar la paz. Cerró los Estados sin dar á conocer el partido que adoptaria.

Su consejo estaba dividido. En general se creia demasiado suave la ley en virtud de la cual los hereges practicaban su culto, y estaban autorizados para tomar las armas en su defensa; pero creían algunos preferible tal tolerancia á la guerra, y otros que era preferible esta. Entre los últimos, Gonzalve, duque de Nevers, ofrecia con grande entusiasmo todos sus bienes para reducir á los hereges. Era este un verdadero católico, que extraño á los planes de la liga, no veía mas que el interés de la religion. Decían de él los calvinistas: «Debemos temer al duque de Nevers con sus pasos de mono y su comansa en la mano.»

El duque de Montpensier, príncipe de la sangre y católico fanático, estaba por la paz. Hacía esperar que el rey de Navarra, con quien se habia abocado, se prestaria á algun espeditivo, que sin agriar mucho á los católicos, proporcionara seguridad á los calvinistas. Siguióse esta opinion. Enrique III envió al rey de Navarra con promesas á Biron y Villeroi, acompañados de Cataluña de Navarra, hermana del príncipe, á quien se halagó con la esperanza de casarse con el duque de Anjou, si conseguia ganar al príncipe. Otros agentes se mandaron á Dauville. Sabíase que este no estaba en la mejor armonia con los reformados, quienes á pretexto de sus negociaciones con la corte, se habian sublevado en Languedoc, apoderándose de algunas plazas. Se pensaba cejar mano de estas mutuas desconfianzas para separarle de ellos. A fin de apoyar la negociacion, puso el rey en campaña dos ejércitos; el uno á las órdenes del duque de Anjou, y el otro á las del duque de Mayena, teniendo por menos peligroso que su hermano mayor, el de Guisa, que hubiera podido valerse del mando para poner en movimiento las fuerzas desparpamadas de la liga. El duque de Anjou se apoderó de Charité y despues de Issoure, cuyos habitantes hizo pasar á cuchillo por su tenaz resistencia. Muy pronto por su lado tomó posesion de todas las plazas de mas ó menor importancia que están próximas á La Rochela, y estas ventajas prepararon el terreno para el acomodamiento deseado.

Dauville con sus partidarios se rindió el primero á las proposiciones de la corte; y no solo abandonó á sus aliados, sino que volvió sus armas contra ellos; enuncio que era mas ventajoso obedecer á un rey que á una multitud incapaz de miras, y que con harta frecuencia se hacia pagar bien caros sus servicios. El rey de Navarra no se presentó tan fácil: las pequeñas ventajas conseguidas contra su partido no le desanimaron: sabia que el duque de Anjou no obraria con toda la actividad que desearan los católicos, porque las antiguas disensiones entre él y su hermano podian reproducirse, y no le convenia que desapareciese el poder de los calvinistas.

Biron y Villeroi, encargados del tratado, tuvieron que dar muchos pasos antes de lograr atraer á los interesados á un acuerdo; mas como unos y otros sentian la penuria de dinero para continuar la guerra, se convinieron al fin, y de esta negociacion salió el famoso edicto de pacificacion, dado en Poitiers en el mes de setiembre, con artículos secretos convenidos en el mismo mes con el rey de Navarra en Bergerac, ciudad del Perigord. Estos dos documentos, el edicto compuesto de sesenta y cuatro artículos, y los secretos en número de cuarenta y ocho, son como un código, en el cual Enrique III se arroga el carácter de legislador absoluto y dispensador de gracias; sin embargo, á través de los esfuerzos em-

pleados para salvar el honor del trono, se advierte la necesidad de plegarse á la dura ley de las circunstancias.

Segun los términos del edicto, queda reconocida la religion romana como la dominante, pero de modo que la supuesta reformada no pierda ninguna de las ventajas conquistadas, aunque se le pone en segundo lugar: se le asegura el culto público con una libertad mas estensa, mas clara y menos espuesta á las contrariedades de las antiguas restricciones. Los reformados podian tener un templo en la cabeza de cada distrito ó bailla y de cada jurisdiccion real á escepcion de Paris y diez lugares en contorno. Restablecieron el rey en el pleno goce de todos sus derechos de ciudadanos con opcion á cargos públicos hasta de la magistratura: se aprueba y corrobora todo lo hecho por medio de las armas como útil al Estado; se les conceden jueces especiales en cada parlamento, nueve plazas de seguridad y tropas, á condicion de que ellos paguen el diezmo, restituyan á la Iglesia los bienes usurpados, celebren esteriormente las fiestas y no inquietarán á los católicos en el ejercicio de su culto.

Es de notar que Enrique llama á la matanza de San Bartolomé «los desórdenes y excesos del 24 de agosto y dias siguientes, acaecidos con grande pesar y disgusto nuestro;» y que al privar á los calvinistas «todo procedimiento, liga ó inteligencia fuera del reino, aprovecha la ocasion de estrallarse con la liga de los católicos por estas palabras: «Y searán nulas y disueltas todas las ligas, asociaciones y cofradías hechas ó por hacer, bajo cualquier pretexto, en perjuicio de este nuestro presente edicto, como desle luego las disolvemos y anulamos, prohibiendo espresamente á todos nuestros súbditos hacer en adelante ninguna csteacion, reparto ó suscripcion de dinero, fortificaciones, alistamientos, congregaciones y asambleas, bajo la pena de ser severamente castigados como infractores de nuestras ordenanzas.»

En fin, con grande satisfacion de los ministros de la religion reformada, hubo en los artículos secretos un reglamento claro y preciso sobre los matrimonios de los eclesiásticos y religiosos que abandonaron sus votos. Manda por él el rey que no se les inquiete de manera alguna; pero que no podrán reclamar ninguna sucesion directa ni colateral, y que sus hijos no heredarán mas que los bienes muebles ó inmuebles adquiridos por sus padres ó madres. He aqui lo que llamaba orgullosamente Enrique III *mi edicto*. Para conocer su necesidad, conviene saber el estado del reino en estas circunstancias. Estaba exhausto de dinero en términos que habia que dar á Casimir las alhajas de la corona en pago de las sumas que se le debian. Este general amenaza con volver á unirse á los calvinistas que le llamaban, si no se le satisficían las cantidades de que estaba en descubierto; el rey no podia disponer mas que de tropas supeditadas por la liga; y para evitar una guerra cuya expectativa no podia ser mas desastrosa, se vió forzado á apelar á aquella medida estreña.

La subordinacion era desconocida en todas las clases. La certidumbre de obtener el perdón de los crímenes mas atroces, pasando del uno al otro partido, abria la puerta á todos los desórdenes; llegando hasta á ponerse en irrision la justicia é á hacer servir su nombre respetable para la venganza de ofensas personales. Asi se condujo un tal Balaens, gobernador por el rey de Navarra, del castillo de Lectoure. Tenia este hombre una hermana que se habia dejado seducir por un oficial de la guarnicion: ella contaba con casarse con su seductor, pero este lo hizo con otra. A tal noticia la hermana desolada prorumpie en amargas quejas y pide justicia á Balaens, quien la impone silencio y contrae con ella las mismas estorridades de amistad que usaba antes con el oficial. Un dia le convida á comer en el castillo; eran numerosos los convidados; durante la comida nada anunciaba un fin siniestro. Retirados ya aquellos, detuvo Balaens con cualquier pretexto al antiguo amante de su hermana, á quien hizo cargar de cadenas; aparecieron inmediatamente un escribano, testigos y la jóven dispuesta á deponer contra su infiel. Balaens toma asiento en un sillón á manera de juez é interroga al desdichado. En vano alega este al comandante que no habia dado á su hermana promesa de matrimonio; el inexorable Balaens le condena á muerte, hace escribir su sentencia, y él mismo lo atraviesa con su puñal. Vase en seguida á pedir perdón al rey de Navarra, quien se le concedió temiendo que Balaens se pasase al partido contrario haciendo entrega del castillo.

Lo que sucedia en un partido, pasaba poco mas ó menos en el otro: habia el mismo espíritu de independencia, la misma ferocidad. A los excesos particulares se unian los males de todo género inseparables de los movimientos de los ejércitos. Erán estos numerosos, siendo forzoso el derramamiento de sangre aun cuando no hubiese grandes hechos militares. La Noue tuvo la dicha de salvar dos ejércitos dispuestos á destruirse. Encargado de llevar á Languedoc la noticia de la paz, se encontró en Dauville por el rey, y á Charillon hijo del almirante por los religionarios, frente á frente bajo los muros de Montpellier. Las órdenes estaban ya dadas é iban á embestirse los infantes. Con grave riesgo de su vida se coloca

La Nueve entre ambos ejércitos, grita, hace señales y logra al fin desplegar el tratado á vista de ellos: se enteran los gefes, se conforman con las condiciones y se retiran.

El edicto de Poitiers ejecutado al pié de la letra, hubiera podido desarmar á todo el reino; pero no habia estima ni confianza para el rey. Cubriéndose de ridículo al entregarse á sus diversiones indecentes mientras debiera ocuparse en los negocios del Estado, se acaraba el desprecio público. Ya corría públicamente cañas y sortijas en traje de amazona con pendientes en las orejas; ya se entretenía en fiestas, torneos, entremeses y mascaradas, vestido ordinariamente de mujer con la ropilla abierta y descubriendo su garganta en que lucía un collar de perlas y otros adornos al estilo de las señoras de la corte. Verdad es que todo esto pasaba en el Carnaval, tiempo que parece permitir ciertos desahogos.

Mas no fué en estos dias de licencia y desenfreno cuando dió el rey un público festin, en el cual las damas sirvieron con traje de hombres; y otro á su vez que dió la reina madre, «donde las mas hermosas y honestas de la corte desampararon el servicio medio desnudas y suelto el cabello. Ann descartando de estos relatos lo que el espíritu de partido hubiese podido aumentar, queda siempre en evidencia que pasaban en aquella corte cosas bien indecentes. Lo que costaban estas fiestas era enorme: los pueblos murmuraban de tales profusiones en tiempo de penuria y de desgracia, y se disponían cada vez mas á entrar en la liga, cuyos gefes hacían lo posible por engañar al rey la voluntad de los católicos. Por otra parte los reformados temiendo que el edicto no alcanzase cumplida ejecución, no parecían muy dispuestos á entrar en la reconciliación franca y tal como la consignaba aquel documento. En fin, el rey como si le faltaran dificultades, fomentaba él mismo la division en su corte y en su propia familia.

Enrique III, dice Labourer, se complacia en tener muchos favoritos á un tiempo: queriales valientes aun cuando rayasen en temerarios; alegres, aunque fuesen viciosos; y nada les rehusaba con tal que fueran magníficos y pródigos, para dar en cara á aquellos que creían merecerse algo por su mérito ó nacimiento. No es preciso preguntar si estos jóvenes prevalidos del favor de su amo, observarian exactamente sus intenciones tan conformes con su gusto. No faltaban, sin embargo, á veces rivales tan orgullosos como ellos, que no sufrían sus burlas y que llegaban hasta á prevenir las. Un dia en que el rey, vestido y compuesto con el mayor esmero, asistía á una ceremonia acompañado de sus jóvenes favoritos no menos adornados que él, Bussy de Amboise, favorito del duque de Anjou, se presentó vestido con la mayor sencillez, pero seguido de seis pajes magníficamente engalanados, diciendo que habia llegado la época en que los beltrines serian los mejor portados. Picóse el rey de la insolencia, y el duque de Anjou no pudo rehusar á su hermano la satisfacción de alejar á Bussy de su lado por algunos dias.

El duque de Anjou trataba de contemporizar con todos. Los flamencos despues de haber acudido á las armas para reclamar sus fueros contra la tiranía de Felipe II rey de España, habian decidido sacudir enteramente su yugo. Pero por mas vigorosa que hubiese sido su resistencia contra el sanguinario duque de Alba; contra Repuense de un carácter no tan fuerte, que le habia reemplazado en 1575; contra el vencedor de Lepanto D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, nonbrado gobernador de estas provincias en 1576, y á quien una muerte sospechosa acababa de llevar al cielo á tiempo en que sus grandes cualidades hacían esperar una reconciliación; y últimamente contra Alejandro Farnesio, hijo de Octavio, duque de Parma, uno de los primeros capitanes de su siglo, se habian llegado á convencer de la inutilidad de sus esfuerzos sin el apoyo de alguna potencia estrana. Vacilaban entre dos partidos, el de ponerse simplemente bajo la proteccion de alguna nacion vecina capaz de defenderlos, y de darse un nuevo soberano. Pareciales mejor el primero; pero creían y con razon, que el solo título de protector no seria bastante aficiente para que el príncipe á quien eligiesen por tal, se determinase á arrostrar todo el poder de España que les abrumaba. Es muy raro que la proteccion de los principes sea desinteresada. Demasiado habian experimentado todo esto en la insuficiencia de los socorros recibidos hasta entonces de Francia é Inglaterra, menos con el objeto de ayudarles eficazmente que con el de suscitar algunas dificultades al rey de España.

El almirante Coligay tenia el proyecto cuando fué asesinado en la San Bartelemy, de dar mayores proporciones á esta guerra, oponiendo los reformados de Alemania y Francia reunidos, á las fuerzas de Felipe II. Tal empresa, distrayendo á los franceses, hubiera evitado las turbulencias que trajeron el 24 de agosto. Con las mismas miras apoyó este monarca en los amigos de la liga y las sordas intrigas que fomentaron al duque de Anjou, heredero de los proyectos, aunque no de la capacidad del almirante.

Este joven príncipe abrigaba entonces las esperanzas mas lison-

jeras. Todo parecia salirle á medida de sus deseos. Isabel reina de Inglaterra favorecia sus designios, y le dejaba entrever que llegaría á darle su codiciada mano. Los calvinistas de Francia, los descontentos y toda la nobleza jóven acostumbrada á la guerra, prometian seguir sus estandartes así que se pusiese en campaña. Muchos le habian hablado ya en este sentido por boca de La Nueve. Multitud de señores flamencos y poblaciones importantes de este pais se habian comprometido secretamente á recibirle y aclamarle soberano yugo, siempre que se presentase asaz fuerte para defender su título.

Enrique III no podia menos de ganar en esta empresa. Ella le proporcionaba ocasion de distraer á Felipe II, vecino incómodo, cuyas sordas maquinaciones habian mas de una vez alterado el reposo del pais; desenbarazabase con honor de un hermano turbulento; conseguia para la Francia un aumento de poder y de influencia, y disminuía por lo tanto la de España. Por último, hubiera debido determinarle la consideracion de que ahogaba, por decirlo así, el gérmen de la rebelion en sus estados, empleando á aquellos que lo sostenian. Nada pues mas que ventajas podia prometerse; y sin embargo él solo impidió la ejecución del plan, aunque por esta vez no hubo ni que dilaciones ocasionadas por una borrascosa de corte.

Se atribuye ordinariamente dicha borrascosa á la envidia que concibió el rey por la gloria de que iba á cubrirse su hermano; pero sin desecharse esta opinion, parece que fué mas bien efecto de la inaptitud de los favoritos. Rara vez el duque de Anjou tomaba parte en las distracciones del rey, sin que se viese rodeado de los favoritos que usurpaban todas las distinciones y favores. Se censaba por lo mismo siempre que le era posible, y si se veia forzado á asistir á las fiestas en que estaba el rey, no podia menos de aparentar un aire desdén que heria á los favoritos y ofendía á Enrique, quien en ello se figuraba una censura indirecta de sus placeres.

Por este tiempo tuvo lugar el casamiento de San Luc, uno de los principales favoritos, casamiento que fué notable por las escandalosas profusiones y enormes gastos con que se celebró. El duque de Anjou se negó á asistir á la ceremonia; sin embargo, por complacer á su madre, se presentó de noche en el baile, de lo cual tuvo luego que arrepentirse. Como habia causado disgusto por haber parecido que menospreció los regocijos de durante el día, llegaron á insultarle. Se le señalaba con el dedo; se hablaba de él al oído, aunque de una manera bastante clara para que él se enterase de las bufonadas á que daban lugar su exigua estatura, su aire y modo de andar. El duque se contuvo por el temor de chocar con su hermano, y se salió de la reunion con el corazón rebosando despecho. Corrió á desahogar la pena con su madre, y desde entonces ella dejó por algunos dias la corte para calmarse; encargóse la misma de impedir al rey la aprobacion de su alejamiento, que consiguió en el acto.

Mas los jóvenes que rodeaban al monarca infundieron tales tadores, que le llegaron á persuadir que el duque no dejaba la corte sino para unirse á los descontentos y volver á encender la guerra. Dominado por tal idea; ya en busca de su madre aunque harlo avanzada la noche; ¿Cómo, señora, le dice, me habeis pedido que deje marchar á mi hermano? ¿No considerais el peligro en que pongo el Estado si tal permito? Sin duda alguna trae él cutre manos alguna empresa. Me voy á apoderar de todos sus favoritos y á reconocer sus papeles que probablemente descubrirán grandes cosas. En vano suplica á su hijo la reina que no se precipite, pues no es escuchada. Cuanto puede alcanzar es acompañarle, para evitar alguna escena escandalosa entre los dos hermanos.

Entra bruscamente el rey en el aposento del duque, le obliga á levantarse, acerca su conducta antes de saber si era culpable, y dispone el registro de sus cofres, reconociendo él mismo el lechó donde creían encontrar papeles. El duque de Anjou en su primera sorpresa quiso ocultar una carta, que el rey se esfuerza en arrancarle. Pídele el que le ademan suplicante que no la lea; pero la obstinacion del rey crece á medida de la oposicion de su hermano. La enseña este al fin: era una carta de su querida. Queda Enrique confuso; sin embargo dispone el arresto de aquel, y hace llevar á la Bastilla á Bussy y algunos cortesanos del duque de Anjou, que fueron encontrados en el Louvre.

Enterados de todo los ministros por la reina madre, representaron al rey las consecuencias de semejante paso. Abrió los ojos, y encontró acertado volver á su gracia al duque, como se lo aconsejaba el consejo. En consecuencia el duque de Anjou se presentó al rey, á quien protestó de su lealtad, suplicándole que alcese infundidos recelos: así lo prometió Enrique. Bussy se presentó á su vez. Mandó el rey olvidar antiguas querrelas y abrazar á Caylo. Bussy le respondió: «Si gustais que le bese tambien, á todo esto dispuesto; y uniendo la acción á la palabra, abrazó de una manera burlesca á Caylo; lo que dió motivo á que toda la concurrencia, á pesar de estar aun sorprendida y afectada de cuanto habia pasado, soltase la carcajada.» De tal manera se hacia respetar Enrique III.

Se traen á cuento estas particularidades, tanto porque pintan al



vivo las costumbres de la época, como por que con la clave de acontecimientos mas considerables. Estos chismes llegaron a obligar al duque de Anjou a abandonar realmente la corte. Se refugió en Alençon, desde donde escribió al rey que no se habia retirado allí sino para dar mayor impulso á los preparativos de la guerra de Flandes, y que nada haria que pudiese desagradarle en contra de la palabra que le habia dado. Marchóse en efecto á Mons, y entró en negociaciones con los confederados alemanes. Se apoderó desde luego de Bins y Maubeuge; mas la indisciplina de sus tropas hizo le fuesen cerradas las puertas de Quesnoy y de Landrecies. Picado de esta afrenta regresó á Francia.

La reina madre sufría como los demas el efecto de los desórdenes y petulancia de los favoritos; pero miraba la consideracion de su hijo para con ellos como un capricho pasajero, persuadida por otro lado de que su misma insolencia le acarrearía el castigo algun dia. Poco tardó en tener esta satisfacción. Ignórase el motivo de la contienda entre Caylo, favorito del rey, y Balzac de Entraques, unido á los Guisais. Se achacó alguna causa á la reina Margarita. Se batieron en desafío, cada cual acompañado de dos mas de su partido; por Caylo, Maugiron y Libarot, tambien favoritos del rey; Schomberg y Riverac por Entraques.

Solamente Entraques salió ileso, Maugiron y Schomberg quedaron en el campo: Riverac murió al siguiente dia: Libarot pudo restablecerse de una grande herida, y Caylo con diez y nueve estocadas estuvo sufriendo treinta y tres dias, siendo objeto de la tierna solicitud del rey, que no dejó la cabecera de su lecho. «Habia prometido á los cirujanos que le asistian cien mil francos si le curaban, y cien mil escudos al herido favorito para animarle; sin embargo de cuyas promesas pasó de este mundo al otro. No amaba menos Enrique á Maugiron, pues besó á los dos después de muertos, y guardó sus cabellos como preciosas reliquias: quitó á Caylo de las orejas los pendientes que él mismo le habia dado y colocado con su propia mano. Alivió su dolor mandándole hacer en la iglesia de San Pablo exequias de una magnificencia régia, y elevando estatuas sobre sus sepulcros.

Siguió poco despues el mismo camino que aquellos, Causade de Saint-Mégrin, tambien favorito del rey, á quien la suerte de sus compañeros no hizo mas precavido. Desató á los mismos Guisais á quienes aparentaba despreciar. Un dia en la cámara del rey y delante de varios sacó su espada y soltando algunas bravatas dividió su guante por la mitad, diciendo que lo mismo habia de hacer con aquellos principes de tan poca valia. Bastaba esta imprudencia para perderle; pero se da por causa de su desgracia una todavia mas verosimil.

Aunque adicto al rey y enemigo del duque de Guisa, Saint-Mégrin amaba á la duquesa Catalina de Cleves, y aun se dice que era correspondido por ella. El autor de esta anecdota nos representa al esposo indiferente á la infidelidad real ó supuesta de su mujer. Resistió á las instigaciones de sus parientes para que tomase venganza, y no quiso castigar la indiscrecion ó el crimen de la duquesa sino por medio de una burla. Entró una mañana temprano en el aposento de ella con una poción en una mano y un puñal en la otra. Despues de despertarla bruscamente y acriminar su conducta, «preparos, señora, le dijo con acento de furor, á morir por el puñal ó el veneno.» En vano demandó por don: él la obligó á elegir; bebió ella el breyaje, y se pone de rodillas encomendándose á Dios y no esperando mas que la muerte. Una hora pasa en esta angustia. El duque entra entonces otra vez en el aposento de ella con frente serena, y la dice que lo que ha bebido es un tónico excelente. Esta leccion la hizo sin duda mas circunspecta para lo sucesivo.

Se encuentra este hecho relatado de otra manera por el hijo de uno de los actores (Bassompierre), que lo sabia por su padre. «Noticiosos el cardenal de Guisa y el duque de Mayena de la intriga de la duquesa con Saint-Mégrin, creyeron que el duque, su hermano, debía ser entrado de lo que se decía. Como no tenia este amigo mas íntimo que Bassompierre, á él le encargaron tal comision. Bassompierre conocia demasiado el genio del duque, y asi solo muy á su pesar se encargó de hablarle. Pidió aun tres dias para pensar la mejor manera de participar á aquel cosas tan desagradables. Dirigióse por fin al duque con semblante triste y pensativo, y preguntándole el duque la causa de su pesar, hace algunos dias, le respondió Bassompierre, que me ha consultado una persona acerca del mejor modo de instruir á un amigo suyo sobre los desórdenes de su esposa, de la cual no sospecha nada. La cuestion me embaraza bastante, y todavia no le he contestado nada. He aquí la causa del disgusto que no he podido ocultaros. Inquieto sobre la respuesta que debo dar, trabajo inútilmente por encontrarla; mas ya que la ocasion se presta á ello y que sabeis parte del secreto, apreciaria saber de vos mismo cual consejo os parece debo dar á mi amigo en cuestion tan delicada.»

Al oír estas palabras, comprendió perfectamente el duque de lo que se trataba; mas sin afectar vacilacion, dijo á Bassompierre: «Quien quiera que sea ese de quien me habeis, si es un amigo ó si quiere parecerlo, que se encargue él mismo de vengar la afrenta

hecha á su amigo; mas le contar en caso semejante á uno lo que ignora, es, en mi opinion, darse inútilmente un mal rato, y hasta añadir un ultraje al primero. A mi me ha dado Dios una esposa tan prudente como yo pudiera desear, y gracias al cielo, no se me ha ocurrido aun desconfiar de su virtud. Si, no obstante, tuviese ella la desgracia de faltar á sus deberes, y hubiese un hombre tan osado para decirme lo, ¿veis este caso? (añadió poniéndolo su mano sobre la empunadura de su espada) la vida del imprudente amigo me pagaria en el acto su loca temeridad.» Bassompierre le agradeció el consejo, y corrió á entorar al duque de Mayena y al cardenal, quienes tomaron el partido de obrar por sí mismos.

Prepararon una emboscada á la entrada del Louvre. Al salir Saint-Mégrin de este palacio por la noche, los asesinos apostados se arrojaron sobre él, y le tendieron herido con treinta y cinco estocadas. Vivió sin embargo hasta el dia siguiente. El rey hizo por él los iguales estrechos que por Caylo y Maugiron; como ellos fué enterrado con toda pompa en la iglesia de San Pablo, y colocada una estatua de mármol sobre su sepulcro; de manera que cuando se queria mucho á un favorito era el proverbio: «le haré tallar en mármol como á los otros.»

Cuanto mayores eran las muestras de dolor de Enrique por la suerte de sus favoritos, mas ponía en evidencia su debilidad, puesto que no podia vengarlos. Lejos de echar mano de la justicia para castigar tales atentados, valiase tambien el monarca algunas veces del asesinato para deshacerse de los que le incomodaban. El famoso Bussy de Amboise, favorito de su hermano, y espadachin brutal, que cifraba su orgullo en tener cada dia una pelea, y que se habia dejado decir algunas palabras ofensivas al rey, logró por último la suerte de los valientes, que creyéndose autorizados para insultar impunemente á los demas, suelen ser victimas de su arrogancia, perdiendo con frecuencia á manos de los que desdanan.

Estaba en relaciones amorosas con la dama de Montsoreau. Enrique III halló medio de hacerse con algunas de sus cartas que en senó al espino. Estas evidenciaban la intriga, y estaban concebidas en términos insultantes para el marido y la esposa. El rey hizo en ira llevar á su esposa á un castillo apartado y la obligó á dar una cita á Bussy. Llegó este con su confianza ordinaria; pero en lugar del tierno recibimiento que esperaba, se encuentra asaltado por asesinos. Defendióse con valor, mas hubo de sucumbir al número y fué muerto. No fué sentido de nadie ni aun del mismo duque de Anjou su amo, que principiaba á cansarse de sus maneras altivas. Ademas, el duque de Anjou estaba entonces en la mejor armonia con el rey. Habiendo sido muertos unos y corregidos los otros de los favoritos que le hacian sombra, no fue difícil conciliar los dos hermanos. El duque no instó mucho acerca de las condiciones de su vuelta á la corte, confiando en el rey; y el monarca prendado de esta franqueza se prestó tanto como su natural indolencia se lo permitia, á secundar los proyectos de su hermano sobre Flandes.

Esta reunión fué obra de la reina madre que llevaba seis meses recorriendo el pais para restablecer la paz. El motivo aparente de sus viajes fué llevar su hija Margarita al rey de Navarra su esposo, lo que la volvia á llamar. Con tal ocasion pasó Catalina por aquellas provincias en que mas precisa era su presencia: la Guiena, el Languloce, el Bellinac, y sus fronteras. Todos estos paises estaban trabajados por la mas espantosa anarquía. Sus gobernadores recibían ó rechazaban segun sus intereses las órdenes de la corte, y á su vez eran aquellos obedecidos con igual independencia por los comandantes ó gefes de las ciudades, los cuales tenían frecuentes contiendas con sus habitantes. Al menor protesto se acudia á las armas: nada era mas comun que la dilapidacion de los impuestos y el fraude de los recaudadores, sostenidos por la culpable connivencia de los gefes que con ellos entraba á partir los productos del robo.

Por la queja mas insignificante amenazaba el calvinista con entregarse al rey, y el realista con pasarse á los descontentos. El mariscal de Bellegarde, antiguo favorito del rey, pero favorito indolente, no viendo para sí fortuna en la corte, se habia acantonado en el marquesado de Saluces, casi enteramente, rodeado de estados del duque de Saboya. Se conducia allí como soberano, y contaba con la proteccion del duque que tenia tambien sus miras: eran estas apropiarse alguna parte del marquesado á título de recompensa por los servicios prestados al mariscal ó al rey segun las circunstancias. Asi tanto el francés como el extranjero habian proyectado desmembrar el ducado.

La reina aplicó á todos estos males, mas bien paliativos que verdaderos remedios: puso toda su atencion sobre la manera de egeantar el edicto de Poitiers. Este fué el objeto principal de las conferencias habidas en Nerac, capital del ducado de Albret, residencia del rey de Navarra. Los artículos en que se convino son mas bien aclaraciones de los de Poitiers y Bergerac, si bien alcanzaron los reformados el derecho de construir templos, repartir impuestos para el sostenimiento de sus ministros y catorce plazas de seguridad en lugar de nueve. Enmedio de tantas concesiones hechas

á los descontentos, el rey se vanagloriaba de que se disfrutaba de paz. Ignoraba que ya antes del tratado se habían adoptado medidas para romperle si no convenía. El rey de Navarra, en guardia siempre contra las celadas de la reina madre, al mismo tiempo que daba oídos á las proposiciones de paz, se ponía en estado de defensa. Dividió algunas piezas de oro, y guardándose la mitad de cada una, envió la otra mitad á sus capitanes con encargo de que en el



Cárlos IX disparando sobre el pueblo.

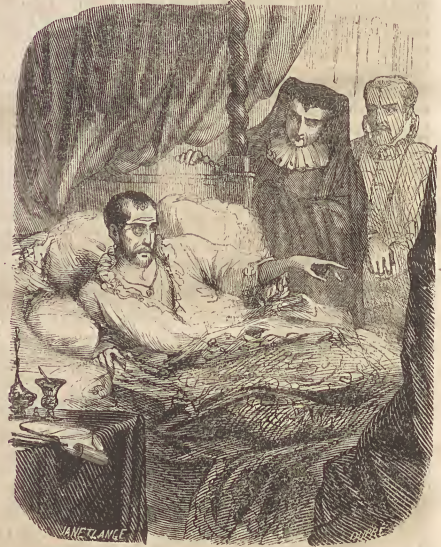
momento que recibiesen las que él se había reservado, salieran á campaña y se le reunieran. La ruptura no se hizo esperar por motivos que toda la sagacidad de la reina madre no hubiera podido prever.

El sábio Mornay hace, propósito de esta guerra que ha dado en llamarse la guerra de los amantes, una reflexión aplicable á otros casos de esta historia: «No se hallará poco perplejo el historiador al describirla, si quiere revestirla de alguna dignidad. Preciso será señalar por causa la que no ha sido, es decir, un motivo generoso en lugar del amor de una mujer.» Tal fué lo sucedido en esta ocasion. La política y los instintos del corazón se confundieron, si es que estos últimos no prevalecieron. Una pasión y los celos: hé aquí el motivo que puso en movimiento á la pequeña corte del rey de Navarra. Margarita, su esposa, consigna con una especie de satisfacción en sus Memorias los placeres que allí la habían rodeado. «Los hombres, dice, encontraban mujeres amables, y estas galantes caballeros. Nada había que censurar en ellos sino el ser hugonotes; pero no se oía hablar de esta diversidad de religión.» A creer á Margarita, todo eran pasatiempos inocentes: conversacion por la mañana, pascos despues de comer, baile por la noche; nada de celos ni envidias; libertad completa. Ella misma hace mencion que las inclinaciones de su esposo á algunas de sus damas estaban reguladas por la virtud, y no habla de las suyas.

Sea razon de Estado ó pura maldad, Enrique III puso en combustion esta sociedad pacífica. No amaba á su hermana, y esta dis-

tinguia con una marcada predileccion al duque de Anjou; eríneu que aquel no podia perdonarla. Confidante de los pesares de su joven hermano, compartiéndolos á veces, parece que todos los esfuerzos empleados por el rey para desumirlos los aficionaban mas. Desde Pau y Nerac, poblaciones en que alternaba la corte, sostenia ella con su hermano una estrecha correspondencia. Tan grande intimidad llegó á inspirar recelos á Enrique III; temia que su hermana, bella é insinuante, tornase partidarios del duque á cuantos calvinistas la rodeaban. Resolvió pues privarla de la confianza de estos, malquistándola con su esposo, que era el centro y base de las aspiraciones de cuantos los acompañaban.

Con esta intencion escribió Enrique al rey de Navarra que su esposa tenia relaciones escandalosas con el joven vizconde de Turenna. A la lectura de esta carta Borbon se persuade que al escribir el rey tal noticia, llevaba otra mira que el interés del honor de su casado. Manifiesta está á su esposa el contenido de dicha carta, y es tambien enterado de todo el vizconde. Los acusados se defienden, protestan su inocencia, y rechazan la calumnia sobre la mala intencion del rey. «Es clara su intencion, dicen al rey de Navarra, de ponerlos en pugna con vuestros amigos, si prestais oídos á instigaciones de este género. Perdida vuestra gracia por uno de vuestros mas adietos servidores á pretexto de galanerias, conocerá que no es difícil separaros de los demas. ¿Quién sabe si no habrá aventurado esta acusacion para encontrar un pretexto especioso de retener á Cahors y las otras plazas prometidas en dote á su hermana?»



Muerte de Cárlos IX.

Es fuerza no vacilar y apoderarse de ellas de grado ó por fuerza, frustrando sus maquinaciones.»

Desde este momento no se habló de otra cosa en esta corte que de sitios, batallas y empresas militares. Queriendo la diestra Margarita ganar la confianza de su esposo, cuyo lado vulnerable conocia, varió completamente su conducta. Sus damas siguieron su ejemplo; y las demas de la corte, á instigaciones suyas, escitaron el ardor

guerrero de aquella juventud, adormecida hasta entonces en el seno de la voluptuosidad. Al mismo tiempo escribió el duque de Anjou que salieran á campaña, y que él respondía del buen éxito ó de una paz ventajosa. El ruido de las empresas militares era necesario á sus designios. Desde su vuelta á la corte apremiaba al rey á que se dase á hacerse dueño de Flandes, cuyos pueblos le ofrecían la soberanía á poco que fuese apoyado por su hermano; pero el indolente monarca, viéndose en paz, y temiendo atraerse contra sí las iras de España, y ver turbada su tranquilidad, sin cuando se limitara á cerrar los ojos á las maquinaciones de su hermano. El duque de Anjou esperaba que volviéndose á encender la guerra en Francia, se prestaría á todo Enrique por lograr la paz. Por esto instigaba al rey de Navarra, tomando sobre sí las consecuencias.

Segun lo convenido, las piezas de oro que debían ser la señal de la ruptura fueron enviadas. Casi en un mismo día, y á pretexto de infracción del tratado de Nerac, se rompieron las hostilidades en toda la Francia. El rey de Navarra se lanza sobre Cahors y combate sin reposo por espacio de cinco dias con sus noches, sin encontrarse ileso un solo pelo de su traje, cuando hubo asegurado su conquista. Condé, nacido para peligrosas aventuras, desde La Fere, plaza de su gobierno de Picardía, en la cual se liaba fortificado á pesar del rey, pasa á los Países Bajos, vuela á Inglaterra, corre á Alemania y cuando iba á entrar de nuevo en Francia, es detenido en la frontera de Saboya, robado y despojado sin ser conocido: escapa al fin, y logra ponerse al frente de los calvinistas de Languedoc.

Sorprendido el rey de todos estos movimientos, cuya simultaneidad le maravillaba, pregunta la causa de ellos, envía correos sobre correos, ruega á su hermana que apacigüe á su marido y lo predisponga á una avenencia. Margarita lo promete, y entretiene á su hermano; pero en el interin los descontentos hacen grandes progresos: llega á conocer Enrique que se le encana,

y organiza de improviso tres ejércitos. Como por parte de aquella nobleza builfiosa en todo se habia procedido sin sistema, la superioridad de fuerzas cambió la faz del negocio, convirtiendo á los agresores en perseguidos. Entonces el duque de Anjou, haciéndose el oficioso, ofreció á su hermano negociar la paz, con tal que conseguia se presté él á ayudarle en su empresa de Flandes: el rey consiente en ello. En esta seguridad, el duque de Anjou trata en septiembre con los diputados de los Países Bajos y parte para Fleix, castillo del Perigord sobre el Dordona, entre Bergerac y Sainte-Foi, donde se reunieron las partes interesadas.

Al instante se pusieron de acuerdo: por pura fórmula se añadieron algunos artículos poco importantes al tratado de Nerac en favor de los reformados. Todos los demas fueron en provecho del rey de

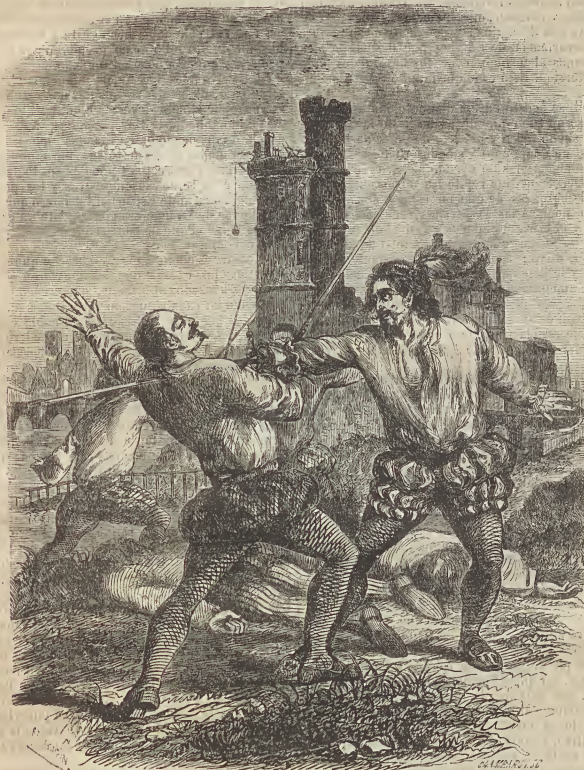
Navarra, el cual recibió por seis años las plazas de seguridad de que era dueño, y entró en posesion de la dote de su esposa. Se dispusieron las armas, y fué publicado un edicto confirmando la convencion. El duque de Anjou aseguró para su guerra á los principales gefes calvinistas, y regresó á Paris en diciembre á activar los preparativos de una nueva expedición á Flandes.

El momento parecia oportuno para la ejecucion. Las principales fuerzas de España estaban empleadas al mando del duque de Alba en la conquista de Portugal, que por muerte del rey D. Sebastian era objeto de la ambicion de varios pretendientes. Fatigados los flamencos de tan prolongada anarquía deseaban un príncipe, y ninguno podia tomar este título con mas ventaja para ellos que el duque de Anjou, quien estaba seguro de los socorros de Inglaterra y hasta de todas sus fuerzas, si su proyectado matrimonio con la reina

Isabel llegaba á realizarse. Por parte de la Francia podia contar con los calvinistas, interin durase la paz. Estas circunstancias le permitieron reunir un ejército de diez mil infantes y cuatro mil caballos, con el cual hizo levantar á Alejandro Farnesio el sitio de Cambrai, y se apoderó de Ecluse y Cateau-Cambresis. Solo del rey, su hermano; no podia prometerse ayuda; tanto á causa de la falsa política que le hacia temer constantemente á la corte de España, como porque sus enormes prodigalidades no le permitian cooperar á tan hermosa empresa.

Acostumbrado á estar siempre gobernado este débil monarca, despues de la pérdida de sus favoritos no tardó en adquirirse nuevos. Las profesiones que habia atraído sobre los otros la pública indignación, escitaron las mismas murmuraciones contra los nuevos. Enrique casó á Joyeuse con la hermana de la reina, y tal boda le causó gastos inculcables por su ostentacion. Compró á La Vallée las tierras de Epernon, y le dió desde luego en dinero la dote de la mujer que le destinaba. El peor librado fué Francisco de Epinay, señor de Saint-Luc, á quien desposó el rey con gran pompa con Juana de Cossé, hija del mariscal de Brissac. De esta boda resultó un suceso no aguardado por Enrique, y que acaeró la pérdida de su favorito.

La historia se abstiene de hablar sobre el género de afición que unia con Enrique á sus favoritos; pero no puede dispensarse de decir que el afecto desordenado que en público les demostraba, habia llamado la atencion de la multitud, y dado origen á sospechas injuriosas para él y sus amigos. La esposa de Saint-Luc vió con disgusto á su marido metido en una sociedad que le deshonraba á los ojos del público por mas que Enrique fuera su gefe; pero las relaciones contraidas con un rey no se rompen sin riesgo; así lo demostró Saint-Luc á su mujer, quien concibió el proyecto de separar al monarca de su mala conducta.



Duelo de los monos ó favoritos del rey.

Se debe á Enrique III la justicia de que sus excesos jamás estaban exentos de remordimientos, que indican respeto á la religion y predisposicion á la enmienda. Voluptuoso por temperamento, se entregaba sin reserva á los placeres; mas bien pronto la santidad le originaba arrepentimiento, y por una consecuencia natural resoluciones discretas para el porvenir. Estos momentos lubierá debido aprovechar un director ilustrado para hacerle conocer y grabar en su corazon las grandes verdades de la religion, en que nunca habia sido bien instruido; pero en tales momentos de una reaccion que pudiera ser tan saludable, no encontraba mas que guias complacientes é interesados, que temian ofenderle si ponian á sus ojos el cuadro terrible de la justicia de Dios, dejándole creer que simples actos exteriores de penitencia sin conversion del corazon bastaban para aplacar la cólera divina.

De aquí aquella mezcla estrana de procesiones y cabalgatas, de correrías nocturnas y encierros en los conventos, de conversaciones licenciosas y trato con austeros religiosos. En seguida de haber dejado los arreos femeniles y distracciones inmodestas, llevaba sobre la túnica de penitente una disciplina, y pendiente de su cintura el rosario de calaveras, apariencia de religion que desmentia bien pronto, y que á lo menos al principio de los desórdenes pudo atraerle á una seria conversion. Esto es lo que intentó Saint-Luc por instigacion de su esposa.

Una noche en que él se acostó en un aposento inmediato á la cámara del principe, puso un tubo que alcanzaba hasta la cama régia, y durante el primer sueño del rey profloró de parte de Dios las mas terribles amenazas si no ponía coto á sus desórdenes. Despiértase Enrique azorado, escucha; mas no oyendo nada, cree que soñaba, y vuelve á dormirse. Saint-Luc repite las mismas amenazas. Enrique, bien convencido entonces de que no estaba soñando, se entrega en el resto de la noche á las mas tristes reflexiones, y se levanta con la inquietud y el espanto pintados en su semblante. Notando los cortesanos, y no saben qué pensar. Saint-Luc afecta la misma perplejidad que los otros: aparentando no obstante cobrar ánimo, se acerca al rey, y le dice que en la misma noche habia visto un ángel de faz severa amenazándole con una ruina inevitable y pronta, si no renunciaba á sus distracciones é inclinaba al rey á mudar de vida. Animado con estas indicaciones, Enrique le cuenta á su vez lo que ha oido: le manda guardar secreto, promete aprovecharse de estos avisos del cielo, y principia á efectuar su promesa.

Los favoritos se maravillaron de cambio tan repentino, y quisieron penetrar la causa. Villequier, instrumento de los placeres del rey, se empeñó en ello mas que los otros, por la razon de que su crédito iba á tierra si el rey cambiaba de conducta. Llegó al fin á arrancar el secreto á Saint-Luc, y en seguida se lo dijo al monarca. Irritado éste de que así se hubiera abusado de su credulidad, habria tomado venganza, si Saint-Luc, advertido á tiempo, no se encaminara á Brouse, de donde era gobernador, no llegando sino una hora antes del enviado por el rey para apoderarse de la plaza. Su salvacion la debió al duque de Guisa, que por sus confidentes estaba noticioso de cuanto pasaba, y avisó á Saint-Luc, en la creencia de que una advertencion tan importante le conquistaria un amigo, del cual podria valerse despues en caso necesario. Tal era entonces la política de este duque: espíar las faltas del rey para aprovecharse de ellas; comprometer á todos, y en especial á los desgraciados, y no aparecer en nada aunque estuviera mezclado en todo. Empeño examinando de cerca su conducta, se descubria fácilmente que él era el móvil secreto de casi todas las intrigas. Por tal motivo era mirado con prevencion por el monarca.

Obligado á sostener en pie de guerra un ejército para hacer ejecutar sus diferentes edictos, no quiso Enrique echar mano del duque de Guisa para mandarlo, por mas que le importunaron al efecto; pero por miramiento al partido católico, del cual eran los Lorenas singularmente queridos, dió el mando al duque de Mayena como mas moderado y menos altivo. Cuanto el monarca ganó con este proceder fué conservar en la corte un hombre astuto, decidido á aprovecharse de todas las ventajas, con quien sus maneras insinuantes y una conducta siempre regular, bien diferente de la del rey, engrababa á éste el aprecio y estima de sus pueblos, y sobre todo la confianza del clero, muy descontento de los privilegios concedidos á los calvinistas en los últimos edictos.

Era esta una especie de lucha entre los partidos opuestos. Cada uno pedía mucho mas que lo permitido por las circunstancias y el deseo de mantener la paz. Los católicos deseaban con ardor la publicacion del concilio de Trento, esperando que sus decisiones pondrian una barrera á las innovaciones. El rey temia por el contrario que este diése pretexto para una nueva sublevacion por parte de los calvinistas. En tal alternativa dirigia suaves amonestaciones al clero unas veces, y otras le reprendia con dureza. Faltábale la paciencia cuando se pretendia arrancarle concesiones estraordinarias, valiéndose de la oportunidad de los apuros de su erario. Entonces no podia ocultar su indignacion. Se le pagaba por temor de escitar su cóle-

ra; mas quedaba siempre un fondo de descontento que prorumpia en murmuraciones. El duque de Guisa atento siempre á cuanto podia favorecer sus designios, tomaba parte nor manifesta sensibilidad y todas las exterioridades de celo religioso en los disgustos del clero, atrayendo así su confianza: conducta hábil que le ligaba con Roma y España, y le convertia en centro necesario de los proyectos de ambas cortes.

Roma no aspiraba á mas que á sostener la religion católica en Francia. Felipe II afectaba la misma pureza de intencion; pero se cuidaba menos de contener los progresos del calvinismo que de suscitar turbulencias en el reino, para reducir al rey á la imposibilidad de dar auxilios á los flamencos y al de Anjou, que acababa de ser coronado duque de Brabante y conde de Flandes. La empresa del duque dió al pronto las mas lisongeras esperanzas, pues magnates y pueblo unidos le juraron una fidelidad tanto mas sospechosa, cuanto que la creian necesaria para su bienestar. Isabel, reina de Inglaterra, por gusto ó política dió pábulo á las negociaciones de su matrimonio con el duque. En una excursion que á fines del año anterior habia hecho esta á Londres, llegó ella á darle públicamente un anillo como prenda de su fé, y á recibir otro del principe, que ella puso en un dedo.

Los calvinistas de Francia y muchos alemanes corrieron é alistarse bajo sus banderas. Los mismos católicos tomaban parte en su ejército por el solo placer de humillar á los españoles, cuyas exigencias inquietaban á la Europa entera. Nada prueba mejor el triste estado de sus negocios en Flandes, que las intrigas de que echaban mano en medio de su desesperacion é impotencia. Nadie dudó que los diferentes proyectos tramados en Inglaterra para envenenar y asesinar á los reyes, y á los ministros y los principales señores, eran obra del consejo de España. El primero que hirió de un pistolazo al principe de Orange era ciertamente un emisario de esta corte; y Felipe II fué el que de concierto con el duque de Guisa, imaginó la famosa conjuracion de Salsede.

Monstruos como estos no merecen que se tome un trabajo de investigar las causas que les movieron á obrar. Casi todos son hombres avezados al crimen, que creyendo haer un gran papel, no tienen en cuenta que son sacrificados por hombres mas hábiles y malvados que ellos. Salsede era un noble corrompido, abrumado de deudas, condenado á muerte por monedero falso, y cuyo perdón habia obtenido el duque de Guisa. Sorprenderá sin duda que fraternizarán Salsede y Guisa, siendo el primero hijo de un gobernador de Vic, que aunque buen católico fué sacrificado en la San Bartelme por los Guisais como enemigo de su casa, y siendo el segundo jefe de esta casa orgullosa, que jamás olvidaba una afrenta, sobre todo si lastimaba su reputacion. Pero es sabido que el afán de satisfacer una pasion bastarda allana todas las dificultades. El duque de Guisa era ambicioso: encontró en Salsede un hombre intrépido y sin conciencia, capaz de todo, y le ganó con atenciones y la expectativa de honras y riquezas. Nada mas se necesitó para que cerrara entre los ojos á los peligros de la empresa.

Si ha de creerse á su declaracion, escrita y firmada de su mano, retractada en seguida, ratificada de nuevo y negada en el último suplicio, se trataba de encender al mismo tiempo la guerra en todo el reino, para distraer á Enrique III é impedirle el envio de socorros á su hermano de Flandes. Se contaba ya, decia Salsede, con las provincias de Picardia, Champana, Borgoña, Gotentin y Bretaña. Las tropas del Papa unidas á las del duque de Saboya debían entrar en Francia por el Lionesado, y las de España por dos puntos de los Pirineos. Salsede fué cogido al desempeñar su papel, que era ir al lado del duque de Anjou con un regimiento de soldados de su eleccion, ofrecerle sus servicios, captarse su confianza y obtener de él el mando de alguna plaza fronteriza como Dunkerque, para entregarla despues á los Guisais. Estos contaban con obligar al rey, espantado por la sublevacion general, á ponerles al frente del ejército, dar así la ley é impedir al duque de Anjou la entrada en Francia, á fin de que succumbiera en Flandes sin socorros, acosado por las fuerzas españolas.

Por lo demas Salsede, negó constantemente el haber tenido nunca el designio de atender á la vida ó libertad del duque de Anjou; pero confesó otras traiciones, como haber servido varias veces de espía, sosteniendo correspondencia con el consejo de España, y habiéndose enterado por sí mismo de los preparativos de la Francia, para dar despues aviso de todo á los generales enemigos. Nombra entre los conjurados á los ministros y cortesanos mas distinguidos de Francia, casi á todos los gobernadores de las provincias y poblaciones considerables, y hasta á favoritos del rey. Atribuya á todos estos el odioso proyecto de poner á Enrique III en prision, de desahacerse del duque de Anjou y de esterminar la familia real. El cardenal de Pellévé era, segun Salsede, el agente de esta liga cerca del Papa.

Resaltaban en esta deposicion muchas contradicciones; pero aun así se desprendia el evidente indicio de una trama espantosa. El duque de Anjou que habia hecho arrestar á Salsede en Flandes, ade-

morizado de tantos horrores creyó que el rey no debía ignorarlos. Aquí se doió á conocer nuevamente la falsa política de Enrique III; rió desde luego este aviso como una superchería de su hermano, para sacarle socorros mas eficaces á pretexto del peligro que corrían ambos. A fin de no turbar su tranquilidad y placeres, estaba decidido á no creer nada, ni hacer indagaciones de ningún género; pero el duque le remitió el reo, á quien interrogó el mismo Enrique; Salsele negó cuanto habia escrito de su puño y ratificado ante dos comisionados del rey en su prision. En el tormento confesó de nuevo; pero se retractó en seguida persistiendo en la negativa hasta su muerte, que fué la de los criminales de lesa-majestad.

Durante y despues del proceso no se practicaron informaciones, pesquisas ni procedimiento alguno contra los acusados, ni aun los mas sospechosos. El presidente Thou aconsejaba conservar al criminal para hacerle hablar á medida que se fu-eran descubriendo pormenores de la conjuración; pero muchas personas (entre otras Villero) estaban interesadas en su silencio. Aconsejaron al rey que se justificase cuanto antes á un malvado, cuya vida no hacia mas que turbar su tranquilidad é inquietar á muchas personas á quienes el temor provocaba á la desesperación; mientras que la indulgencia soberana y la diligencia de sustraer las pruebas de su crimen, serian sin duda bastante para que dichas personas volvieran al buen camino si de él se habian separado. Se verá mas tarde por los furores de la liga, espantosa tragedia de la que la conjuración de Salsele es como el primer acto, cuán pernicioso fué tal consejo al desdichado Enrique, quien lo adoptó porque estaba en armonía con su alicion á los placeres y aversion á los negocios. Salsele fué en consecuencia condenado al suplicio.

Por lo demas, si Felipe inquietaba al rey con sus encubiertos manejos, no hacia mas que desquitarle de cuanto la Francia le entregaba en Flandes y Portugal. Catalina que tambien habia formado pretensiones insostenibles sobre este último reino, se redujo por entonces á ayudar á Antonio, prior de Crato, hijo natural de Luis de Beja, hermano del cardenal Enrique, último rey de este país. Obligado el prior á huir, se habia refugiado en Francia, donde se le dieron sesenta bagales y seis mil hombres, con los cuales tomó posesion de las islas Azores. Pero faltaba la disciplina en este ejército compuesto en su mayor parte de voluntarios. Atacada la flota por el marques de Santa Cruz, solo una parte de ella entró en combate. Felipe Strozi, hijo del mariscal de este nombre y jefe de la misma, cayó herido en poder del marques, así como gran número de los suyos. Sordo está á las súplicas de sus mismos oficiales, ahorcó todos los prisioneros y hasta al cura francés que los exhortaba, como piratas y autores de rebeldes que hacian la guerra á Felipe sin autorizacion de su príncipe. Strozi, su jefe, fué muerto á lanzadas por orden del español, y su cuerpo arrojado al mar. El resto de la flota pudo regresar á las costas francesas.

El rey continuaba viviendo enmedio de sus enemigos, como si nada tuviese que temer, sin medidas ni precauciones, dándole lugar para completar la trama, así con la impunidad como con las faltas continuas en que incurria. Enojoso seria poner detalladamente á los ojos del lector las estranas devociones de Enrique III. Las procesiones á que con él habia asistido á principios, ministros y cardenales cubiertos con el saco de penitentes, sus peregrinaciones á Chaires y otros puntos para alcanzar sucesion, sus reclusiones en los Mimims y Fuldenses, á quienes predicaba él mismo en capitulo. Quanto puede añadirse á lo que ya dejamos dicho, es que á mas del placer del espectáculo que ordinariamente dominaba al rey, principio en este año y continuó hasta el fin de su vida, manifestando el deseo de inculcar á los pueblos su adhesion á la religion católica. Pero los facciosos le privaron bien pronto de este recurso, haciendo que los predicadores ya con invectivas, ya con chistes indignos del pulpito, le arrebataran todo el fruto de semejante empeño.

El rey no opuso á tales insultos mas que algunas reprensiones ó castigos ligeros, poco a propósito para contener el entusiasmo, que dirigido en secreto por los Guisus progresaba en todas partes. No demostró mas energia con Francisco de Rosieres, arcediado de Toul, autor de un libro atestado de calumnias contra los descendientes de Hugo Capet y contra el mismo rey. No solo perdonó Enrique á su autor, sino que permitió que se escribiese la condenacion del libro por deferencia á los Guisus, que trabajaron mucho para obtener esta gracia, de modo que la infamia de la sentencia recayese sobre la casa de Lorena, que en tal escrito revelaba pretensiones al trono; debilidad bien castigada en unos momentos en que á no ignorar el delito debia ser castigado severamente.

Peró el rey mi hermano, dice con amargura en sus Memorias la reina Margarita, no tenia valor mas que contra las mujeres; de lo cual fué triste ejemplo la misma Margarita. Despues de la guerra de los Amantes se volvió esta princesa á la corte de Francia. Muy estimada del duque de Guisa y ligada estrechamente á su hermano el duque de Anjou, á quien tenia el rey antipatia, Margarita llegó á hacersele sospechosa. Fiscalizó su conducta, y creyó descubrir lunares deshonrosos para el esposo y la real familia. En lugar de des-

terrarla simplemente de la corte, teatro demasiado tentador para la juventud, adoptó Enrique un medio ruidoso que únicamente podia servir para satisfacer alguna venganza particular.

Su esposo la llamaba desde algun tiempo antes: el rey fingió acceder á las instancias de su cuñado; mas apenas se puso Margarita en camino, mandó en su seguimiento á los arqueros de su guardia; detuvieronla, registraron su litera, destaparon á sus damas á pretexto de ver si entre ellas iba algun hombre, se llevaron á dos presas y trataron muy mal á las demas. Quejose altamente Margarita de tal afrenta, el rey su esposo envió comisionados á pedir justicia. Enrique no quiso condenarla ni justificarla, y rehusó constantemente dar esplicaciones, pretendiendo que esta aventura debia mirarse como una divergencia entre hermanos. Asuntos mas importantes impidieron al rey de Navarra hacer otras reclamaciones, y Margarita deshonrada, no osando volver al lado de su esposo, marchó á ocultar su vergüenza y abandonarse por entero á sus inclinaciones en castillos aislados. Desde esta época nada mejor para ella puede hacer el historiador que olvidarla completamente.

Todo en política está enlazado. Con frecuencia las revoluciones mas sorprendentes llegan por un encadenamiento sucesivo de causas bien remotas de sus efectos. Nadie sin duda probaba los desórdenes de Margarita; mas gran número de personas, aun de las mas severas, encontraron duro que una reina, heredera del monarca y casi el último vástago de la familia real, hubiera sido tratada tan ignominiosamente. Las mujeres sobre todo, enemigas ya de Enrique, le detestaron mas cuando vieron que prolongando á sus favoritos los adornos de su sexo, las despojaba de ellos por medio de edictos contra el lujo, los que fueron ejecutados con la mayor severidad hasta el punto de prender públicamente en calles y paseos á señoras de la nobleza por llevar las telas ó alhajas prohibidas.

Véase con indignacion que el rey al paso que prescribía á sus súbditos esta forzada economia, aumentaba sus gastos y su guardia, introducía en su corte un fasto hasta entonces desconocido y se ocupaba seriamente en adoptar el ceremonial de la corte de Inglaterra, á la sazón mucho mas pomposo que el de Francia. Diariamente aparecian nuevos edictos exigiendo á los pueblos contribuciones que hacia recibir por fuerza á los parlamentos. Creaba asimismo multitud de inútiles empleos, que confería á sus favoritos, y estos á sus sastres, perfumistas y cocineros. En suma, era difícil mirar con sangre fria á un rey de Francia enlucirse hasta el punto de hacer galar públicamente de gustos pueriles y de pasatiempos ridiculos, mientras que trabajaba al Estado una fermentacion que presagiaba los mas funestos acontecimientos.

Todos los partidos negociaban, na por prevenir los disturbios prontos á estallar, sino por sacar la mayor ventaja de ellos. El duque de Joyeuse, jóven favorito, se empeñó en ser reconocido por el Papa como jefe del partido católico en dano del duque de Guisa. Con aprobacion del rey que se prestó á este proyecto con la esperanza de sustituir su favorito al duque de Guisa, Joyeuse partió para Roma con un tren magnífico, y allí hizo proposiciones y ofertas que fueron recibidas con marcada frialdad. Quiso tambien desacreditar á Damville, gobernador de Languedoc, conocido en esta época por el mariscal de Montmorency, á causa de la muerte de Francisco su hermano mayor, acaecida en 1579. Pintóle como fautor de hereges, y pidió al Papa tropas para derribarle, pero estas calumnias no hicieron mas que indiferencia.

Montmorency viéndose atacado, se puso de acuerdo con el rey de Navarra para sostenerse. Este envió á Inglaterra y Alemania emisarios en demanda de socorros contra los proyectos de los príncipes de la casa de Lorena. Guisa por su lado estrechaba los lazos que desde mucho tiempo atrás le unian con España, y daba por pretexto de sus compromisos con una potencia extranjera, la necesidad de defender la religion católica. Mas atento solo á sus intereses, al paso que prestaba celo por la religion, Felipe ofrecía al rey de Navarra y á los calvinistas dinero y tropas para renovar la guerra en Francia é impedir á Enrique el socorrer á los flamencos. Aprovechóse para sus ofertas del momento en que se puso irritado Borbon por la afrenta hecha á su esposa. El español proponía á Enrique de Navarra la anulacion de su matrimonio con una esposa deshonrada, la mano de la infanta su hija, y el casamiento de él mismo con la princesa de Navarra. «¿Qué! ¿no lo queréis? dijeron los embajadores españoles á Mornay encargado de escuchar sus proposiciones. Mirad que no sabeis lo que rehusais: nuestros arbitrios están prontos.» Semjante frase no deja género de duda sobre los ocultos resortes y objeto de la liga.

Verificábase al mismo tiempo otras negociaciones particulares, á saber: de la reina madre con el duque de Lorena, á quien ella hubiera querido elevar á costa de la rama de Guisa; del mismo duque de Lorena con el rey de Navarra, de quien deseaba obtener la hermana para uno de sus hijos; del duque de Saboya con el mismo príncipe para igual objeto; de los flamencos con la corte de Francia; en fin, de los Guisus con el cardenal de Borbon, tío del rey de Navarra, que creía ó afectaba creer que ocurriendo la muerte del duque de

Anjou, debía ser reconocido por heredero presunto de la corona de Francia con preferencia á su sobrino.

El rey veía á todos moverse y prevenirse á su alrededor, y él solo no se inquietaba por nada. La muerte del duque de Anjou su hermano, que apenas había llegado á los treinta años, le sorprendió en esta inacción. Este príncipe, entregado á consejos temerarios, había visto en el año anterior desvanecerse sus sueños después de los mejores principios, por haberlos querido realizar con demasiada precipitación. Sus aduladores le persuadieron de que se abusaba de su bondad, y que interin le daban el título de soberano, era el príncipe de Orange el depositario del poder. El duque resolvió evadirse de esta especie de tutela. Atacó de improvviso algunas plazas: muchas se defendieron, y rechazado de Amberes se vió obligado á retirarse.

Esta mal concertada empresa le hizo perder la confianza de los flamencos. En vano trató de recobrarla por medio de las promesas más galanas: estas ó no se realizaron, ó lo fueron solo en parte y tarde. Sumido en la mayor melancolía por ver que sus faltas se habían atravesado en el camino de su fortuna, se encerró en Chateau-Thierry, y plaza que le pertenecía, donde arrastró algunos meses una existencia penosa. Unos dicen que murió de pesar, y otros del veneno que le administraron los españoles, para los cuales aun en su descrédito era temible.

Francisco duque de Anjou era vivo, emprendedor y turbulento; pero no le sobraban los medios. Por otra parte era cándido y lleno de generosidad y buena fe. La fuerza de las circunstancias le obligó algunas veces á trastornar sus planes primitivos, pero nunca fué capaz de llevar á cabo uno que exigiese mucho disimulo. Amaba la gloria, y esta pasión le alejó frecuentemente de su deber. Arrepentido en su lecho de muerte, y pidió perdón al rey su hermano. Nunca fué sinceramente amado ni de este ni aun de la reina su madre. Acostumbrados á mirarle como á un niño, ni el uno ni la otra tuvieron para él, á medida que avanzaba en edad, los miramientos que convenían á su rango. El desprecio que le consumía le puso muchas veces enemigo de las facciones que dividieron el reino, para conquistarse una consideración que le rehusaban. Había últimamente encontrado en Flaundes un teatro digno de su genio batallador, cuando los celos del príncipe de Orange, ó más bien su propia imprudencia, le hicieron perder en un instante el fruto de muchos años de trabajo. Su muerte acaeció precisamente un mes antes de aquel en que el príncipe de Orange fué asesinado en Dala por Baltasar Gérard, y no tuvo influencia alguna en los negocios de Holanda; pero abrió en Francia un vasto campo á aquellos que proyectaban revoluciones y que se preparaban ya á su ejecución.

Desde la paz de Flex, el carácter sombrío y turbulento de los calvinistas se había cambiado prodigiosamente. El rey era para ellos poco accesible; pero cumplía exactamente sus promesas y les administraba justicia. Este modo de proceder á que no estaban acostumbrados, había disipado la prevención de muchos y causado en cuatro años más conversiones que las conseguidas en cuarenta por las armas y los verdugos. Debe creerse que la ambición del duque de Guisa alarmando de nuevo á los católicos sobre la existencia futura de la religión en Francia, fué lo que les volvió á su funesta actividad. Ya hemos visto que en los Estados de Blois, en 1577, el rey en lugar de destruir la liga se había declarado su jefe: expediente hábil si empleánde Enrique, hubiese tenido la idea de mirarlo sordamente á la sombra de este título, una cábalá peligrosa; pero solo se cuidó de los inconvenientes del momento. Pasado el peligro se condujo como si la misma crisis no pudiese volver, y dejó robustecerse bajo su nombre á una facción que había de trastornar el reino.

Un solo rasgo de diferencia caracteriza á los dos concurrentes, Enrique, rey de Francia, y Enrique, duque de Guisa. El primero apareció al frente de los negocios por solo su rango, sin dárles impulso ni dirección: el segundo sin otro título que su mérito, estaba realmente mezclado en todo y hacia mover todos los resortes. Si no había sido pensamiento suyo el plan de la liga, no puede dudarse que á él se debe la ejecución, y que ponía, por decirlo así, las armas en manos de los facciosos; y sin embargo se hacia rogar para tomarlas él. Fueron, escribe un autor contemporáneo, muchas veces á esparcir al duque de Guisa, quien decía: si llego á desvanecer la esperanza contra mí rey, es forzoso arrojar la vaina en el río.

Tratábase de buscar un pretexto para levantar tropas en plena paz contra un rey legítimo bien seguro en su trono. Nada menos plausible que la razón que se imaginó, y sin embargo surtió efecto: ¡tan cierto es que el pueblo prevenido puede ser lanzado á los mayores excesos por los medios más débiles! En diez años de matrimonio el rey no había tenido hijos, pero no por eso podía suponerse que los reyes consortes se hallarían en la flor de su edad, desconocíanse de tener sucesión. Sin embargo circularon escritos que tachaban á Enrique de impotente y que alarmaban á sus súbditos sobre la sucesión del trono, como si estuviera próximo á quedar desocupado.

Nadie dudaba que á falta de la rama de los Valois, la corona debía pasar á la casa de Borbon, descendiente de San Luis por Roberto, conde de Clermont su hijo menor. Era también evidente que el heredero en este caso era Enrique, rey de Navarra; pero la religión reformada que profesaba, le enagenaba los corazones de los católicos. Esto bastó para moverlos á oponerle un rival. Se decidieron por su lado el anciano cardenal de Borbon, arzobispo de Rouen, último de los hermanos de Antonio de Borbon, padre del rey de Navarra, y según ellos el más inmediato heredero de la corona.

No se sabe si el mismo prelado estaba persuadido de su pretendido derecho. Gayet cuenta que uno de sus más fieles servidores escitándole á abandonar el partido de los Guisas, cuyo objeto era acabar con su casa, recibió del cardenal esta respuesta: «No estoy sin razon unido á estas gentes. ¿Piensas tú que ignoro sus sentimientos hácia la casa de Borbon? A lo menos mientras me encuentro entre ellos será siempre un Borbon al que reconozcan. El rey de Navarra mi sobrino hará sin embargo su fortuna. El rey y la reina saben bien mi intencion.»

Gárlos de Borbon sostuvo desde luego todas sus pretensiones cual hombre convencido; mas como era inconstante, nada tiene de extraño que seducido en un tiempo se hubiese desengañado en otro, sobre todo cuando siendo menos necesario y su nombre para el sosten de la liga, incensaban menos los aduladores el ídolo de su cetro. Al principio llegaron á desvanecer los escrúpulos del prelado hácia de poner á su vista la fascinadora perspectiva del mando. Hubósele de dispensa para casarse con la viuda del duque de Montpensier, Catalina de Lorena, princesa que manifestó despues tanto encono contra Enrique III, y el anciano cardenal prestó oídos á tales insinuaciones.

De esta manera tenía el duque de Guisa un cebo para cada uno de aquellos que queria enganar. Persuadía á la reina madre que su objeto al alejar del trono al jefe de los Borbones era colocar en él á su nieto, hijo del duque de Lorena y de Claudia de Francia, su hija. A los cortesanos los halagaba con la esperanza de hacerlos necesarios por la guerra y de obligar á Enrique á dividir con ellos los favores que monopolizaban sus favoritos. Prometía á la nobleza mayor consideración y preferencias á aquellos que hicieran los primeros servicios, al pueblo la disminución de los impuestos, y al clero la destrucción de todas las sectas.

Procuradores ganados ó seducidos recomendaban desde el púlpito estas promesas. A las puertas de las iglesias y en las esquinas de las calles se esponían cuadros que representaban los suplicios con que eran castigados los católicos en Inglaterra y en los Países Bajos. «Asi llegareis á ser tratados, decían al pueblo los emisarios apostados, cuando el rey de Navarra con sus hereses ocupe el trono. Estas maniobras ganaron para la liga una porción de partidarios, á quienes se hacia firmar formularios bajo el nombre de *Santa Union*. Sin embargo, no parecieron aun bastante numerosos los aliados al duque de Guisa para tirar la máscara y tomar las armas; quiso temporizar, pero no se lo permitió el rey de España.

Felipe tenía necesidad de revolucion en Francia para impedir al rey el socorrer á los flamencos. Estos pueblos, despues de la muerte del príncipe de Orange, cuyos hijos eran todavía muy jóvenes, habían enviado á pedir socorros á Enrique por medio de una célebre embajada: proponían hasta ser súbditos suyos. Los partidarios de España creyeron entrever en Enrique alguna inclinación á aprovecharse de tales ofrecimientos y dieron á Felipe parte de sus recelos. Este no encontró mejor expediente para salir de temores que entretener á Enrique en su mismo reino. Al efecto se unió á principios de año con el duque de Guisa y el cardenal de Borbon por medio de un tratado formal que escluíó del trono á los príncipes protestantes. El cardenal prometía al llegar la muerte de Enrique III hacer la guerra á los hereges, publicar los decretos del concilio de Trento, ayudar á Felipe en la reconquista de los Países Bajos y ceder en fin Cambray al rey de España, que por su parte se obligaba á un subsidio de ciento cincuenta mil francos por mes y á suministrar el número de tropas necesario para sostener los esfuerzos de la liga. La conclusion del tratado y su ejecución casi fueron simultáneas. Exigió Felipe al duque de Guisa un golpe ruidoso, y llegó á imponerle la necesidad amenazándole, dice algunos historiadores, con enseñar al rey de Francia los originales de sus tratados con la España, y con abandonarle á su propia suerte.

El primer crimen, como de ordinario acontece, obligó al duque al segundo. Arrastrado por las circunstancias no tuvo mas que el tiempo preciso de hacer preceder algunas formalidades al golpe que preparaba. A instancias suyas, el cardenal de Borbon se refugió á su diócesis de Rouen. Una diputación solemne de la nobleza de Picardía, diputacion concertada de antemano, le invitó á pasar á esta provincia y le llevó á marchas forzadas á Perona. Suizos y alemanes pagados en parte por el rey de España y los demas por el jefe de la Union, avanzaron sobre las fronteras, habiendo acudido ca-

pitanes experimentados á ponerse á su frente. Guisa y sus hermanos juntan á su alrededor la nobleza de Champaña y de Borgoña. Sublevase muchas poblaciones, seducidas las unas y forzadas las otras. Llen abre sus puertas á los socorros que los sublevados habian obtenido del duque de Saboya, y Toul y Verdun á los que la Alemania enviaba á la Lorena. Fáltales á los liguistas Marsella y Burdeos, pero se apoderan en el rigor del reino de Bourges, Orleans y Angers: en fin, la liga se establece sólidamente en Paris.

Desde mucho tiempo atrás se celebraban reuniones clandestinas en que era criticada la conducta del rey y del ministerio. Las primeras tuvieron lugar en el colegio de Fortet, y después en los palacios de la calle de San Honorato, componentes de clérigos y togados y luego de simples ciudadanos. De la censura del gobierno al deseo de tener la gloria de reformarlo no hay mas que un paso: decidase desde luego lo que convenia hacer, y se buscaba el medio de ejecutarlo. Asi los principales de este consejo secreto, que fueron despues gefes de la formidable faccion de los diez y seis, pasaron de las murmuraciones á los proyectos y de estos á maquinaciones menos vagas y mas determinadas.

Escribieron á las principales poblaciones, y mandaron emisarios para formar iguales asambleas y establecer una correspondencia general de que Paris seria el centro. En fin, reunieron dinero y buscaron armas. No está aclarado que ya entonces hubiesen concedido el proyecto de prender al rey; pero este lo temió, y creó una guardia compuesta de cuarenta y cinco nobles, bien recompensados y con mesa en palacio, los que tenían orden de no abandonarle nunca. Esta precaucion, buena para la seguridad de su persona, nada influia en la salvacion del Estado. Creyó Enrique detener los transportes fanáticos con un simple edicto que prohibia alistamientos y reuniones, mas no fué obedecido. En Paris, á su misma vista, tenia que contemplar al pueblo ocupándose en preparativos militares; tolerancia siempre peligrosa, y sobre todo cuando se han enconado las pasiones. Pasquier escribía á uno de sus amigos: todos nos hemos convertido en guerreros desesperados. De dia guardamos las puertas y de noche nos empleamos en rondas, patrullas y centinelas, lo cual no deja de agradar á los que están acostumbrados á tal oficio.

A fines de marzo se publicó el manifiesto de la liga, dado en Perona á nombre solo del cardenal de Borbon. Su principal objeto era exagerar el peligro que corria la religion católica, si la rama herege de los Borbones subia al trono. El rey respondió con flojedad. Los escritos se multiplicaron bajo toda suerte de títulos, apolojias, declaraciones, quejas, protestas y otros parecidos: todos en diferentes términos no hacian mas que repetir lo mismo. Los liguistas aparentan no temer mas que por la religion, gritan contra los favoritos, piden el alivio de los pueblos y afectan el mayor desinterés. Los realistas tratan de justificar al príncipe y á sus cortesanos y de tranquilizar á los católicos, y echan la culpa de todas las desgracias á los facciosos que desecaban la guerra. El lector nos dispensará de extractar estos documentos forjados únicamente para fascinar á la multitud, y en los cuales casi nunca se encuentra el motivo ú objeto que impulsa á los gefes. Donde debe buscarse es en las memorias secretas, y sobre todo en las cartas y revelaciones escapadas á los agentes particulares.

Uno de los mas activos era el padre Mathieu, jesuita. Toda su órden estaba en la liga, hasta el punto de que el historiador de la Sociedad la llama *vinculo sagrado para defender la religion*, y que asegura que el padre Edmundo Auger, confesor de Enrique III, fué alejado de la corte por sus superiores por enemigo de la liga. Que tal conducta procediese de envidia por los favores que Enrique hacia á los Fuldenses y otras religiones, ó de puro celo religioso, es cosa que no le importaba al duque de Guisa; lo cierto es que nunca tuvo mas firmes partidarios, predicadores mas osados ni mas infatigables cooperadores, entre otros el mismo padre Mathieu, que fue llamado el *correo de la liga*. El viaje de Roma no era para él mas que un juego: por un simple aviso que llevar ó traer, pasaba los Alpes, volvía á Francia, tornaba á Italia, y siempre dispuesto á partir, se multiplicaba, digámoslo asi, con su actividad.

El negocio que mas le dió que hacer fué la incorporacion del duque de Nevers á la liga. El duque no se negaba á ella, á condicion de que el Papa la aprobase por medio de una bula, como si en la tierra hubiese autoridad que pudiera legitimar la rebelion de los súbditos contra su soberano. Tal era sin embargo el error de aquel tiempo. Enterado Mathieu de estos escrúpulos, parte para Roma, y no vuelve con otra cosa que promesas generales de autorizar la liga con una bula cuando la ocasion fuera mas favorable. El duque pide que á lo menos para calmar su conciencia, le envíe el soberano Pontífice un breve que no enseñará á nada. Oida esta nueva proposicion, toma de nuevo Mathieu el camino de Italia y no trae todavía mas que algunas cartas credenciales y distacursos vagos. En uno de estos viajes fué cuando escribiendo al du-

que el jesuita le proponia con la mayor sencillez como expediente acertado, un proyecto criminal que la liga queria realizar. «El Papa, dijo, no encuentra regular que se atente á la vida del rey, porque esto no puede hacerse en buena conciencia; mas si fuera posible apoderarse de su persona y darle genes que le tuviesen á raya, y le hiciesen seguir y ejecutar sus consejos, esto se consideraria justo y razonable.» Por último, fatigado el duque de estas tergiversaciones, marchó él mismo á Roma á avocarse con Sixto V, que acababa de suceder á Gregorio XIII; pero no encontrando la seguridad que su conciencia le exigia, renunció á la liga. La corte atrajo tambien á su partido algunos otros señores, y quizá con alguna energia hubiera podido disipar todo el plan; pero esto era pedir mucho á Enrique III, á quien la vista del peligro ocultó los recursos.

En realidad las fuerzas de los confederados eran mas aparentes que efectivas. Hablaban y escribian con altivez, y sin examinar, la corte tenia la debilidad de atribuir á vigor tal arrogancia. Sus tropas se reducian á unos mil hombres próximamente de caballeria, casi todos nobles de las provincias vecinas, que tomarian el camino de sus casas tan pronto como les faltara dinero. La infanteria era muy poca, y sus fondos estaban reducidos á unos trescientos mil escudos tomados de las cajas reales y que una vez gastados seria difícil reemplazarlos. Las tropas extranjeras no habian llegado, y mil inconvenientes podian impedir su entrada en Francia. Contaban, es verdad, con muchas poblaciones importantes; pero aun en estas habia gran número de personas sensatas, enemigas de disturbios, que solo necesitaban apoyo para obligar á los demas á volver al deber. En fin, á mal andar podia el monarca oponer partido á partido, al duque de Guisa gefe de los liguistas, el rey de Navarra gefe de los calvinistas; pero vaciló y consultó. Sus mejores consejeros opinaron por la resistencia; mas él temió sublevar contra sí con tal conducta á todos los católicos, y el miedo á un peligro incierto que aun conciliándolo podia tener remedio, le hizo escoger el último partido que debe tomar un soberano, el de tratar con sus súbditos cuando se hallan con las armas en la mano.

Rogó á su madre que se encargase de la negociacion, y esto era precisamente lo que ella deseaba. Se dice tambien que no vió con disgusto formarse la tempestad, porque se creia harlo desastrosamente en la calma. Para no malquistarse con el rey de España, rechazó Enrique á los flamencos que le ofrecian la soberania de sus provincias, complacencia que no le sirvió de nada. Felipe perseveró en sus malas disposiciones contra la Francia, y orgulosos con su proteccion eran cada vez mas audaces los liguistas, á quienes alentaba tambien la debilidad del rey. La reina madre se avistó con los principales en Epernay de Champaña. Sea que la hubiesen fascinado con la ostentacion de sus fuerzas ó que ella estuviera secretamente inclinada á su causa, no encontraron en la negociacion dificultades á sus deseos. Por otra parte, ¿qué debería hacer ella? El rey abandonaba ó aparentaba abandonarlo todo: no levantaba tropas ni tomaba medida alguna para el caso que la negociacion fracasase. Era pues una necesidad conceder todo para impedir á lo menos á los confederados avanzar hasta Paris, de donde no estaban lejos.

Parce en efecto que no hubo gran divergencia. Por un tratado concluido el 7 de julio en Nemours, adonde se habian trasladado las conferencias, el rey se comprometió á proscribir en toda la estension de su reino el culto de cualquiera otra religion ó secta que no fuese la romana, bajo pena de muerte á los contraventores; á mandar salir del reino en el término de un mes á los ministros y en seis á los demas de la religion reformada que no quisieran abjurar; á declarar á los herejes inhábiles para ejercer cargos públicos y á cerrar las cámaras mistas establecidas á favor suyo. Prometió tambien exigirles la entrega de las plazas de seguridad de que estaban en posesion, haciendo uso de las armas en caso de negativa.

Ademas de estos artículos publicados por un edicto registrado en el Parlamento en sesion regia celebrada el 18 de julio, hubo otros dos bien humillantes para la soberania. Por el primero se obligó Enrique á pagar las tropas extranjeras del duque de Guisa; por el segundo á dar á la liga, como otras veces á los calvinistas, plazas de seguridad cuyas guarniciones debian ser mantenidas por el rey. Estas plazas eran Chalons, Reims y San Dizier en Champaña; Soissons y Rue en Picardia; Dinan y Concarneau en Bretaña; la poblacion y ciudadela de Dijon, el castillo de Beaune, Toul y Verdun.

Lo que se habia publicado como principal causa de la guerra, á saber, las pretensiones del cardenal de Borbon, no tuvo lugar en el tratado. Los liguistas se limitaron á que el rey le reconociese, si no como primer príncipe de la sangre, como muy próximo, tal cual en realidad era en el concepto de tío del rey de Navarra. Asi no se consignó nada contra el derecho de representacion (ventaja que llevaba al tío el sobrino si el trono llegaba á vacar). El

Jóven Borbon no dejó de prever los disgustos y peligros que le preparaba este fatal tratado de Nemours. El rey de Navarra, dice el historiador Mathieu, hablando un día con el marqués de La Force y conmiigo del extremo pesar que causó á su alma esta paz, dijo, que pensando en ello profundamente con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano, el terror de las desgracias que preveía contra su parte no fué tal que le encaneció la mitad del bigote. No se creían mas seguros sus enemigos. El duque de Guisa confesó que habiendo ido á San Mauro á saludar al rey despues del tratado de Nemours, cuando se vió rodeado de guardias y á discrecion de su soberano, á quien habia ofendido tanto, se creyó muerto y se le erizaron los cabellos. Así tiene el ambicioso en su vida momentos de angustia, de que el buen resultado de sus planes no basta á librarle.

El duque de Guisa habia conseguido cuanto podia desear. Los que pretenden que no debió haber hecho la paz y si seguir avanzando, se equivocan. Aparte de las escasas tropas con que contaba, de lo pasagero del aura popular y de lo incierta que es la suerte de las armas durante la guerra, hubiérase sido preciso combatir á nombre del cardenal de Borbon, por intereses estranos y sin mas que su prestigio, en tanto que ajustando la paz que se celebró, se aseguró plazas, tropas á su devocion, dinero para pagarlas, un motivo de ruptura siempre que quisiese hacerlo valer, que era la seguridad de la religion.

Enrique de Navarra habia previsto estos inconvenientes. Durante el curso de la negociacion no habia dejado de advertir á Enrique III que era mil veces preferible la guerra mas desgraciada á una paz tan funesta. Era esto tambien efecto del disgusto que le causaba la forzada inaccion en que le tenian las promesas del rey. Cuando la muerte del duque de Anjou, el rey de Francia dirigió á su cuñado una célebre diputacion para pedirle se liciese católico: muchas veces despues fueron renovadas estas tentativas. Tal conversion habria en efecto destruido de un golpe todos los planes de la liga, pero el rey de Navarra se resistió constantemente. Enrique exigió por lo menos de lo que estuviera tranquilo; y cuando Borbon desde Nerac, donde tenia su corte, escribia á Valois que la inercia en que estaba era fatal para uno y otro, y que le ofrecia sus servicios personales y tropas, dejó á los Guisas descargar los primeros golpes, le respondió el débil Enrique, para que no se nos acuse de turbar la paz del reino, y por el contrario se vea que son ellos los que quieren la guerra. Siguiendo este sistema contemporizó tan bien, que fué inducido á la triste paz de Nemours.

El rey de Navarra hizo por su parte cuanto le era permitido. Esparcíó manifiestos por todo el reino, y retó á singular combate á Guisa para economizar la sangre francesa. El duque de Montmorency, gobernador de Languedoc, católico probado, fluctuaba entre los dos partidos: el principe llegó á abrirle los ojos sobre las terribles consecuencias de la liga, y formó con él una alianza ofensiva y defensiva. La misma enormidad del peligro fué ventajosa al rey. Amigos é indiferentes al verle á punto de ser envuelto por una faccion formidable, escuchada ademas con la autoridad real, le tendieron la mano. De países estrangeros recibió algunos cortos refuerzos de tropas con esperanza de otros mayores, y el hombre que poco antes se habia creído reducido á huir y abandonar el campo, se vió en estado de atacar.

Los negocios de la liga no tenian tan buen aspecto. Fuera de que el rey no estaba muy propicio á sus deseos, aun cuando hubiera querido comenzar la guerra segun lo convenido en el tratado de Nemours, para disponer á los protestantes de las plazas de seguridad faltábale lo mas preciso, que era dinero. Despues del registro del edicto que proscribía á los calvinistas, llamó al Louvre al primer presidente del Parlamento de Paris, al preboste de los mercaderes, al dean de la catedral y al cardenal de Guisa. «Estoy muy contento, les dijo con marcado acento de ironia, por haber seguido los buenos consejos que se me han dado, y por haberme determinado á solicitud vuestra, á revocar el último edicto que habia dado en favor de los protestantes. Confieso que algo me ha costado resolverme á ello, no porque tenga yo menos celo que cualquiera otro por los intereses de la religion, sino porque la esperiencia de lo pasado me ponía á la vista obstáculos que yo creia insuperables; mas toda vez que ya está echada la suerte, espero que con la cooperacion de personas tan decididas podré llevar á cabo felizmente una guerra tan imponente.

Para principiarla y terminarla con honor me son indispensables tres ejércitos: uno estará á mil alrededor, enviaré otro á la Guiena, y destino el tercero á marchar sobre la frontera para impedir la entrada á los alemanes, porque digase lo que se quiera, es indudable que se disponen á invadir nuestro territorio. Siempre he temido por muy peligroso el revocar el último edicto, y veo todavía mas dificultades desde que se ha declarado la guerra: he aqui lo que es preciso prevenir con tiempo, adoptando medidas enérgicas, porque no será la mejor ocasion para pensar cuando el enemigo está

á vuestras puertas y veáis quemar desde vuestras ventanas los cáseros y molinos, como ya ha sucedido otras veces. Contra todo mi torrente he resuelto esta guerra, mas no importa; estoy reuelto á no perdonar gasto ni fatiga hasta conseguir lo que deseamos; y ya que no me habeis querido creer cuando os ponía á la vista los azares de romper la paz, es á lo menos justo que me ayudeis á hacer la guerra. Como á ella me habeis arrastrado, no quiero ser solo en llevar toda la carga.»

Volviéndose en seguida hácia Aquiles de Harlay, que habia sucedido á su sugro, Cristobal de Thou: «señor primer presidente, le digo, no puedo menos de elogiar vuestro celo y el de vuestros colegas, que tanto interés demostraron por la revocacion del edicto, exhortándome vivamente á tomar la defensa de la religion; pero es necesario tambien que sepan que la guerra no se hace sin dinero, y que por consiguiente es inútil que interin dure, me vengan á importunar sobre el abono de sus sueldos. En cuanto á vos, añadio, señor preboste de los mercaderes, debéis estar persuadido de que estoy decidido á echar mano de los arbitrios de la municipalidad. Así, reunid á los habitantes de mi buena ciudad de Paris, y declaradles que puesto que la revocacion del edicto ha sido tan de su agrado, espero que no tomarán á mal el darme doscientos mil escudos de oro que me hacen mucha falta para el caso, porque ajustadas cuentas, calculo que el gasto mensual llegará á cuatrocientos mil escudos.»

Dirigiéndose en seguida al cardenal de Guisa: «bien veis, monseñor, le dijo con tono irritado, que no pierdo el tiempo, y que con mis recursos, unidos á los que sacaré de los particulares, en el primer mes espero cubrir todos los gastos de la empresa: á vos os toca cuidar de que el clero haga el resto, porque estoy muy lejos de resignarme á ser solo en la carga, y si á ruinarme por esta guerra. Y no voyais á pensar que esperaré el consentimiento del Papa, porque como se trata de una guerra de religion estoy sobrado convencido de que puedo en conciencia, y aun debo utilizarme de las riquezas de la Iglesia sin escrupulo alguno. Por instigaciones del clero, sobre todo, entré en esta empresa; es una guerra santa, y así el clero la tiene que sostener.»

Todos querian replicar y hacer observaciones; mas el rey les interrumpió bruscamente: «era preciso creerme, les dijo ya alterado, y conservar la paz antes que meterse á decidir la guerra en vuestras tiendas y sacristías: recelo muchísimo que pensando defender el *sermon*, ponemos la *nisa* en grave riesgo. Por lo demas no se trata ya de palabras sino de obras. Dichas estas expresiones, se retiró, dejando atónitos y confusos á todos aquellos, dice Davila, á cuyos bolsillos acababa de declarar guerra. Este discurso, segun nota Thou, no alcanzó mas que á poner en claro los sentimientos de Enrique, que se hizo cada vez mas odioso á los católicos exaltados y á los principes Lorenas, que eran el alma de la empresa. Una vez convencidos de que este rey era asaz débil para poner coto á sus exigencias, nada hubo que que despues no se atrevieran.

Parecia que el mismo rey hacia por inspirarles audacia con deferencias que dejaban mas bien entrever debilidad que miramientos y atenciones. Antes de poner en campaña los diferentes cuerpos que destinaba contra los hugonotes, consultó á Guisa sobre los gefes que colocaría á su frente, y le dió facultad para elegirlos. Guisa tomó el mando del que debía ir á rechazar á los alemanes, porque esta comision le alejaba mas de la corte y le ofrecia resultados de mas brillo. A indicacion suya confió el rey al duque de Mayena el ejército que destinaba á la Guiena contra los Borbones. Este fué el primero que se puso en marcha, habiéndole precedido por disposicion de Enrique una singular diputacion de teólogos, juriscónsultos y diplomáticos, á fin de hacer el último esfuerzo sobre el rey de Navarra: lo que dió lugar al dicho agudo de Francisca de Clermont, viuda de Antonio Crussol, duque de Uzés: «es fuerza que se convierta, si no quiere morir sin contricion, porque tras de los confesores vienen los verdings.»

A pesar de la eficacia que se concedía á esta mision, los doctores no lograron convencer al rey de Navarra, ni doblegar un alma generosa, a que no queria ser arrastrada por fuerza á la religion: los juriscónsultos no fueron mas afortunados, tomando la cuestion bajo el punto de vista de los intereses terrenales; y en vano los diplomáticos trataron de atraerle á una conferencia con la reina madre, y á que suspendiese las hostilidades hasta entonces y detuviese sin su marcha á los alemanes que avanzaban en su ayuda: fué inflexible y se puso en campaña. Así dió principio la guerra llamada de *los tres Enriquez*, á saber: Enrique III al frente de los realistas, Enrique de Guisa, gefe de los liguistas, y Enrique de Navarra, que mandaba los calvinistas.

Aquello fué un torbellino asolador, un torrente que arrastra. En menos de dos meses Borbon por sí mismo y sus generales agregó á Languedoc, sometido ya por un tratado, la mayor parte de la Guiena, de Delinado, de Saintonge, del Poitou, y sus armas penetraron hasta Anjou, llevadas por el principe de Condé. A la verdad



no fueron allí muy afortunadas por la imprudencia de su jefe, quien sin plazas de retirada ni puente sobre el Loira, atrevióse á pasar este río caudaloso, metiéndose en país enemigo: los pueblos, levantados al sonido de la campana de alarma, casi bastaron para destruir un ejército poderoso, que se vió en la necesidad de dispersarse. Góndé se refugió á Inglaterra: pero sacando siempre ventajas de sus reverses, púsose al poco tiempo al frente de una pequeña flota; desembarcó en la Rochela con tropas y dinero que le facilitó Isabel, y proporcionó á su partido ventajas que hicieron olvidar su derrota.

Tan rápidas conquistas espantaron á la liga, la cual acusaba al rey, diciendo que su culpable conivencia era causa de que los secretarios triunfasen, al paso que el ejército del duque de Mayena y los otros cuerpos católicos, desprovistos de todo y divididos, no podían hacer frente al enemigo. Se decidió privar á Enrique del recurso de secretos sus subterfugios ruinosos para el partido, obligándole á una marcha mas franca. Nada mas apropiado le pareció que un golpe escamotado, atara las manos á sus partidarios mas ardientes y al rey mismo, haciéndole temer los rayos de la Iglesia. No se trató pues de otra cosa que de obtener de Roma la bula, y el infatigable Jesuita Mathieu se puso en camino á solicitarla.

La Santa Sede no estaba ya ocupada por Gregorio XIII, piadoso y sabio pontífice, pero mas teólogo que político, el cual no viendo en la liga mas lo que le querían hacerle ver, la creía necesaria al sosten de la religion católica en Francia. Su sucesor Sisto V. subiendo al trono con prevenciones contra la ambicion española, llegó á enterarse perfectamente de los verdaderos motivos de la liga. El duque de Nevers, que habia ido á consultarle para decidir el partido que habia de tomar, dice que encontró á este Papa muy enterado de los asuntos de Francia, que le oía frecuentemente padecer al rey, condenar á los facciosos y lastimarse de la suerte del reino.

Pero es necesario distinguir en Sisto V. el particular que juzga de las cosas sin intereses, del hombre público obligado á sacrificar sus propias ideas á la imperiosa ley de las circunstancias; porque, sin embargo de su aficion al rey, no solo dió el Papa la bula, cuyas funestas consecuencias preveía, sino que llegó á sostenerla con una arrogancia y terquedad que solo el débil Enrique III. era capaz de tolerar. Despues de un difuso prólogo, en el cual Sisto V. enumeraba en términos enfáticos las prerogativas de su sede, hacia la historia de las peripicias de los Borbones, que educados en la heresia de Calvino, la habian ahijado bajo Carlos IX., y por malicia ó ligereza habian vuelto á sus errores. En consecuencia los mataba de herejes relapsos, de enemigos de Dios y la religion; como tales anulaba todos sus derechos y prerogativas de príncipes de la sangre, y los declaraba indignos de suceder jamás en la corona y de poseer principado ni mando alguno. Declaraba tambien absueltos del juramento de fidelidad á los súbditos del rey de Navarra, exhortaba al rey cristianísimo á tener del juramento hecho en su consagración, á llevar á ejecución esta sentencia, y mandaba que todos los prelados la publicasen en sus diócesis.

Españóse la bula por toda Francia con la mayor rapidez, siendo elegida por los liguistas; y alabada en el pulpito por alusiones claras, aunque indirectas; mas no fué revestida de las formalidades que dan en la nacion autoridad á esta clase de decretos. Enrique, que debia haberla prohibido, hizo como que la ignoraba. Se limitó á algunas representaciones al Papa, y á retardar la llegada del nuncio, cuyas secretas intenciones le eran sospechosas. Sisto sostuvo lo hecho, y llegó el nuncio; mas ya sea porque su carácter fuese naturalmente dulce, ya porque las instrucciones le prescribieron mucho tino, mostró en su conducta mas moderacion que la que se esperaba.

Los Borbones no tuvieron tanta paciencia. Arrostrando las iras del Papa hasta en su mismo trono, hicieron fijar en las puertas del Vaticano una protesta contra su sentencia. Decían que al tratarlos de herejes Sisto, llamándose papa habia mentido; que á él era al que se debia mirar como herege, como se lo demostrarían en un concilio; que mientras este no se remitiese, le tenían por escamotado y anticristo, y como tal le declaraban guerra á muerte, resguardándose castigar en él ó sus sucesores la afrenta que habia querido arrojar sobre la magestad real. Apelan de su sentencia al tribunal de los pares, de que eran miembros, é invocaban á todos los reyes, príncipes y repúblicas de la cristiandad á unirse á ellos, para escarmentar la temeridad de Sisto y cuantos apoyasen su atentado.

Sin duda no estaban en Roma acostumbrados á contradicciones de este género, puesto que la osadía de los príncipes causó el mayor asombro. Algunas personas sensatas, Sisto entre ellas, según dicen, sacaron de esta audacia buenos augurios para el rey de Navarra y le estimaron en mas. Este principio cerró aquel año con un golpe vigoroso de no menos ruido. A fuerza de importunidades, los liguistas irritados de las ventajas de los calvinistas, habian arrancado á Enrique III un edicto, limitando á quince dias los dos meses

que tenían aun de los seis acordados por el edicto de julio á los religionarios para salir del reino. No solo se negó Borbon á obedecerlo en las provincias conquistadas, sino que confiscó los bienes de los católicos y los vendió para subvenir los gastos de la guerra.

Dió principio el año enviando el rey de Navarra cartas á todas las clases del reino. Atribuyese su redaccion á Moruay, que tenia talento para que se espresara su amo de una manera conforme con su carácter heroico. En sus cartas Enrique ni se humilla ni suplica; muestra al clero seducido las supercherias de los príncipes Lorenas, que hacen servir en pro de su ambicion el celo y dinero de los católicos. «Yo no temo, decia, y Dios lo sabe, el daño que me pueden causar ni vuestro dinero ni sus ejércitos; mas deploro la suerte de un millon de inocentes que la guerra civil va á hacer perecer.» Exhorta al pueblo á la paz, y le hace ver que sobre él solo caerá todo el peso de los impuestos. Trata en fin de escitar en la nobleza los sentimientos que á él le animaban. «Los príncipes Franceses, la dice, son los gefes de la nobleza. Yo os amo á todos.... Y me siento desfallecer cuando vuestra sangre se derrama. El extranjero no puede tener estos sentimientos. Lleno de un ardor guerrero templado por el amor á la paz, propongo por último á sus enemigos la asamblea de los estados, un concilio ó un duelo.

Con gefes como este, simples pelotones valen por ejércitos enteros. Con pocas tropas, pero animadas con todas por su genio, tomó plazas fuertes, subyugó provincias, inutilizó el ejercicio del duque de Mayena, y llevó á cabo hechos de tal monta, que las sospechas de conivencia entre él y el rey se renovaron con mas fuerza que nunca. A principio III. contrariado por esta imputacion, que tendia á descreditarle ante su pueblo, creyó rehabilitarse dando en abril un edicto mas severo todavía contra los calvinistas. Puso al mismo tiempo en pie dos ejércitos, cuyo mando confió á sus favoritos, para que los liguistas no fuesen dueños esclusivamente de sus fuerzas. Creyó con estos preliminares haber ganado la confianza de los católicos, hasta el punto de obtener inmediatamente el dinero que necesitaba; mas el Parlamento se negó á registrar sus edictos sobre contribuciones. Según la mala costumbre que principiaba á introducirse, dice Thou, el monarca asistió á la sesion del Parlamento, é hizo registrarlos por sí mismo.

Sabiase desgraciadamente el uso que hacia el príncipe de estas sumas arrancadas á la miseria del pueblo y prodigadas sin discrecion entre Joyeuse y Epernon, favoritos cuya avididad era menos escitada por la necesidad que por el deseo de procurarse mas alta reputacion de favor, acumulando mayor número de gracias. Disputábanse los empleos y los gobiernos; y aquel que salia perjudicado en esta lucha recibia una compensacion en dinero; así el rey estaba siempre pobre, mientras que los que le rodeaban rebosaban riquezas.

Los liguistas se aprovechaban de la indignacion general contra el hijo de los favoritos, para fortificar el odio de los pueblos contra el rey. Borbon, mas prudente, lejos de divulgar en sus escritos las debilidades del príncipe, las cubria con el velo del respeto á la corona. Estos miramientos le grangeaban la estimacion de los cortesanos, de quienes estaba quejoso, y los cuales iban sin embargo á engrosar las filas de sus contrarios. Conociendo que el nombre del rey y el apego á la religion de sus padres impedían á muchos unirsele, llamó á sus handeras cuantos extranjeros pudo. El éxito sobrepasó sus esperanzas, puesto que naciones enteras, no contentas con enviarse socorros en secreto, hicieron en su favor publicos alistamientos.

Los calvinistas, tan amenazados en Francia, lanzaron gritos que encontraron eco en todas las imaginaciones imbuidas en las mismas ideas. Los primeros que parecieron tomar parte en los temores de los reformados fueron los suizos; mas obraron de una manera que no demostró ni deseo de disturbios ni prevención contra el rey. Los embajadores presentaron á Enrique III cartas de Francisco I., su abuelo, por las cuales este príncipe, su aliado, les exhortaba á no alterar nunca por motivos religiosos la paz que siempre habia reinado entre ellos. Este modo indirecto de hacer reclamaciones no desagradó al rey; les agradeció la atencion, y dió seguridades de que á toda costa sostendria la amistad con sus aliados y la tranquilidad en su reino.

Los alemanes no obraron de la misma manera. Las instigaciones del rey de Navarra no habian causado el efecto esperado, porque escarmientos de los pasados disturbios, en que siempre sus tropas y generales habian sido sacrificados al interés de los gefes franceses, obraban con la lentitud tan genial en ellos: de suerte que los agentes de Borbon encontraron mucha indiferencia en los grandes é indolencia en los demas. Los príncipes no se opusieron á que se hiciesen levas; pero por falta de dinero no se activaban. El celo, sea cual fuere su origen, suple á todo. Beza, el famoso ministro, cuya elocuencia habia brillado en el coloquio de Poissy, parte de Ginebra, aunque ya de edad muy avanzada, recorre la Alemania, arrega á los pueblos, exhorta á los príncipes, y enciende en los corazones el fuego de su entusiasmo. Los mas perezosos levántanse á

su voz, y se animan las masas que la indiferencia tenia inertes. Fórmase una especie de cruzada, y todo el mundo acude á las armas.

Sin embargo, como estaban en paz con el rey de Francia, creyeron los principes alemanes poco conveniente emprender la guerra sin observar antes los miramientos convenientes. Dispusieron pues una magnífica embajada. A su frente iban Federico de Wurtemberg,

algunas cosas al nivel ó superior á su rango y dignidad, y mas que pueril en otras.

Por mas distraído que le tuviesen tales pasatiempos, llegó tambien el tiempo de dejarlos, agotados ya todos los prestos para prolongarlos. Regresó á París, y dió audiencia á los pleameans. Los dos principes, gefes de la embajada, se habian vuelto á su pais, creyendo comprometida su dignidad si esperaban por mas tiempo: los otros embajadores le presentaron sus credenciales. Segun sus instrucciones, se esmeraron en justificar á los calvinistas de Francia, que ellos llamaban sus hermanos, pretendiendo que sin razon los habia declarado el rey autores de la guerra, cuando ésta era obra de la corte de Roma y sus partidarios. Concluyeron ofreciéndole socorros no con la intención de mezclarse en sus asuntos, sino para librarle de sus enemigos.

La parte del discurso que mas chocó al rey, fué aquella en que le echaron en cara asaz claramente y casi con ofensa del respeto que le era debido, de haber faltado á su palabra y violado la fe prometida revocando los edictos de pacificación. Respondióles con arrogancia que proveyera á todo segun su prudencia, que á él solo correspondia el derecho de hacer y cambiar las leyes, y que nadie estaba autorizado para pedirle cuenta de su conducta. Durante toda la audiencia sostuvo dignamente el rey la independencia de su corona. Creyendo no haber dicho bastante todavía de viva voz, envió por la tarde á los embajadores un escrito, todo de su mano, en forma de cartel. «Cualquiera, decía, que asegure que revocando los edictos de pacificación he faltado á mi fe y mancillado mi honor, miente. Mas mezclando, como siempre, la debilidad y la firmeza, no quise que les dejasen el cartel, ni aun que les diesen copia. Partieron pues asaz disgustados, creyéndose insultados y dispuestos á socorrer sin mas dilaciones al rey de Navarra.

Esta era la mala estrella de Enrique: malquistábase con un partido, sin alcanzar nada con el otro: habia tambien personas interesadas en quitarle el honor de todas las operaciones que redundaban en beneficio de la causa católica; pero ¿hubieran conseguido su objeto á no haber sido secundadas en su malicia por esta conducta llena de ambigüedad? Apremiado por las repetidas instancias de los católicos exaltados, habia dado edictos violentos contra ellos, y trabados. Tenia á la sazón en pie muchos ejércitos contra ellos, y trabajaba para que se realizase una conferencia entre su madre y el rey de Navarra; y sin embargo los católicos no podian persuadirse que el fin de esta entrevista fuese atraer á Borbon á la religion romana, cosa hasta entonces con tanta frecuencia y tan inútilmente emprendida. No tiene otro objeto, aseguraban los liguistas, que ajustar una suspension de armas ó algun nuevo tratado en que los seclarios lograrán todavía todo lo que quieran; cuya desgracia era en su concepto la mas terrible que podia sobrevenir, y creian por lo mismo que solo su temor era bastante para legitimar cualesquiera medios que se adoptaran á trueque de evitarla.

Segun las bases establecidas en una asamblea celebrada en Orcamp, abadía del cardenal de Guisa, los liguistas resolvieron tomar las armas y no abandonarlas interin no hubiesen destruido ó arrojado de Francia hasta el último de los hereges, cualesquiera que fuesen las órdenes que en contrario se les comunicasen. En consecuencia, el duque de Guisa que durante todo el año se habia aburrido en la frontera esperando á los alemanes que no aparecieron, aprovechó los restos del buen tiempo para caer sobre los estados del duque de Bouillon, á quien creyó licito despojar como calvinista, y mas especialmente aun como herege de la Lorena que medraba con sus pérdidas. Tambien el duque de Mayena se reanimó y alcanzó algunas ventajas anunciadas en pomposas relaciones. Al mismo tiempo por medio de otros escritos se aumentaban los recelos concebidos por los católicos sobre la conferencia habida en el mes de diciembre entre la reina madre y el rey de Navarra en Saint-Bris, castillo del Angoumois, cerca de Gognac. Los que conocian las disposiciones secretas de los actores de la conferencia, debieron prever su desenlace. La reina madre no amaba á su yerno, y este habia sido amonestado que desconfiase de ella. Los historiadores no marcan las causas de esta desunion. Si se quisiese darla una causa política, se la encontraría en una palabra pronunciada por Catalina. «Hubiérase ella alegrado mucho, dice Brantome, de la abolicion de la ley sálica para que reinase su hija, la esposa del duque de Lorena; y a propósito, contaba ella con cierto placer que en las conferencias celebradas en Orcamp en favor de la paz, el cardenal de Granvela sostuvo un fuerte altercado con el de Lorena, diciéndole que nuestra ley sálica era el mayor abuso.» Viendo al rey su hijo sin sucesion y próxima á extinguirse la rama masculina de los Valois, Catalina se sentia con anticipación afectada Borbon, llamado por la ley sálica al trono con perjuicio de la línea femenina. Han aqui, en cuanto la conjetura permite ver, su sistema respecto á la liga; no hubiera querido que esta faccion hubiese triunfado en vida de su hijo; pero con el mayor placer la hubiera visto adquirir la suficiente fuerza para alejar á Borbon cuando Valois viniese á morir, á fin de poder transmitir la corona á los hijos de su hija.



Enrique III al frente de la procesion de los penitentes.

conde de Montbelliard, y Wolfgang, conde de Isenburgo; los otros diputados eran personas de mucha consideracion y rango. Llegaron á París en el mes de agosto; y aunque se habian hecho anunciar, no encontraron al rey en la capital. Habia salido para el Borbonesado con la reina, su esposa, prestando dos motivos: el primero tomar baños para lograr sucesion; el segundo acercarse á las tropas que se reunian en dos divisiones á las órdenes de Joyeuse y de Epernon, sus dos favoritos, á fin de dar mayor impulso á las operaciones. Tales fueron las causas de su ausencia, que alegaron á los embajadores los oficiales encargados de recibirlos. Aseguraron que Enrique volveria en octubre, y que entonces les daria audiencia; pero los historiadores convienen generalmente en que el rey se decidió á este viaje por no recibir la embajada ni verse obligado á darle una respuesta antes de saber el efecto de la conferencia que se trataba entre su madre y el rey de Navarra.

Fijó su residencia en Lion durante esta expectativa. Al verle en esta ciudad olvidarse completamente de los negocios y entregarse á distracciones pueriles, hubiérase creído que estaba disgustado del mando y que trataba de oliviar el peligro de su situacion. Tomó alli no áficion, sino una pasión decidida á los perros pequeños, los monos y los loros, que pagaba con inusitada generosidad, aparte de lo que le costaban las muchas personas que tenia empleadas en cuidarlos. Otra manía le ocupaba aun; buscaba con afán las miniaturas que se encontraban en los antiguos manuscritos de devocion, las compraba á cualquier precio, y él mismo las colocaba en las paredes de su oratorio. «¡Carácter incomprendible! dice Thou, en

El rey de Navarra, por el contrario, deseaba que la liga estallase bajo la dominación de un rey de catolicismo inequívoco, á fin de que resultara mejor el objeto del complot; por consiguiente se guardaba muy bien de dejar enfriar con contemplaciones el celo de sus aliados, temiendo no volverle á encontrar en el momento necesario: de este modo los intereses de los agentes eran directamente opuestos. Borbon solo podia escoger entre la guerra actual y una

ciones, todos fueron desechados. Mutuamente se estudiaban y observaban unos á otros, suponiendo intencion taimada en el fondo de las cosas mas sencillas; las mas simples venian á ser objeto de sospecha y no sin razon, puesto que habia gentes que acechaban cuidadosamente todos los medios de sembrar la desconfianza. El rey de Navarra se veia obligado á obrar con la mayor circunspeccion, hasta el punto de no atreverse á consentir en una tregua durante las conferencias.

La reina sin embargo habia hecho publicar una. Borbon se quejó de este paso como de una maña imaginada para entibiar el ardor de los alemanes, y se negó á seguir conferenciando, si antes no se revocaba la tal tregua. «En verdad, dijo la reina á su consejo embarazado por este incidente, que os ahogais en poca agua buscando el remedio; tenéis en Maillezaís el regimiento de Neuss y de Sarlu, hugonotes; haced salir de Mort todos los arcabuceros posibles ó id á derrotarlos; y he aquí la tregua hecha pedazos de la manera mas fácil.» Aunque sorprendidos, se defendieron con el mayor valor; casi todos los oficiales fueron muertos, y hubo gran carnicería en los soldados. ¡Horrorosa politica la que dispone con tanta frialdad de la vida de los hombres!

De nada sirvió esta inhumanidad. Borbon se negó á ir á la corte, y mas aun á suspender la marcha de los alemanes; únicamente ofreció hacer entrar en Francia el ejército auxiliar á nombre del rey y emplearlo de acuerdo con él contra los perturbadores del orden público. Desechose tal proposicion, y todos se separaron. Enrique III,



El duque de Anjou haciendo pasar á cuchillo los habitantes de Isoire.

seguridad que le pudiese al abrigo de todo accidente, tal como un tratado entre los dos reyes, por el cual se obligasen mutuamente á no deponer las armas sino despues de destruida la liga. La reina no queria mas que medidas de precaucion, como treguas, promesas, proyectos, conferencias, entrevistas, en fin, todo lo que pudiese diferir la última decision; pero encontró siempre á su yerno en guardia contra sus intrigas, y mas firme que lo que ella habia pensado contra un cebo al cual el príncipe era de ordinario demasiado sensible.

Catalina habia traído consigo sus damas de honor, brillante séquito de que esperaba obtener ventajas para la realizacion de sus designios. Borbon conoció el lazo y dió muestras de que no caeria en él. Picada un dia de ver desechadas todas sus proposiciones, le dijo en tono de despecho: «¿Qué queréis pues?—Nada hay aqui que me acomode, señora;» respondió él recorriendo con la vista el brillante concurso que le rodeaba. Entre estas damas se encontraba Cristina, cuya madre era Claudia de Francia, mujer del duque de Lorena, hija mayor de la reina, princesa amable, educada con cuidado en la corte de Francia por su abuela, y que á sus gracias personales reunia todas las virtudes dignas de su rango. Catalina propuso á Borbon la anulacion de su matrimonio con la despreciable Margarita, dándole en cambio la jóven Cristina; nueva prueba del estremado deseo que abrigaba la reina madre de asegurar el trono de Francia á su posteridad.

Como este expediente y otros muchos proyectados exigian dila-



Asesinato de Saint Megrin.

hombre dispuesto á conformarse con toda especie de expedientes, siempre que le diesen tiempo de respirar, se vió sumamente embarazado entre la necesidad de unirse á los liguistas para destruir á los hugonotes, á estos para derrotar á aquellos, ó finalmente, sostener solo la guerra contra ambos partidos. Hizo sondear al duque de Guisa y procuró fascinarle con promesas de honores, riquezas y dignidades de todo género, si queria renunciar á la liga; pero él

monarca no tenía habilidad para inspirar confianza. Lo que Guisa hubiera quizá aceptado de otra mano antes que exponerse á las peligrosas consecuencias de una empresa tan temeraria como la suya, hablo de megárselo al rey, quien segun la fama no solia cumplir su palabra.

Los calvinistas por su parte le tendieron un lazo. La Noue, á nombre de su partido, le propuso que se uniese á ellos contra Enrique III para obtener todo lo que se quisiese. Proponian que no se hablase de religion en sus manifiestos, y que se tomase por pretexto comun el bien público y la reforma del Estado contra los menos ó favoritos. Guisa rechazó una asociacion que solo le daba esperanzas, mientras que con la palanca de la religion comovia á todo el reino y ponía de su parte al Papa y los doblones de España; así no se cree que fuese formal semejante proposicion de los reformados. Se hace de ella mencion únicamente para demostrar que en tiempos de guerras civiles pueden verse con frecuencia entre los enemigos mas encarnizados inteligencias secretas que cambian la faz de los negocios. Con razon desconfiaba el rey de estas correspondencias clandestinas. En la corte como en el Consejo habia diversas opiniones é inclinaciones. Joyeuse, uno de los monos, Villeroi uno de los principales ministros, la reina madre y otros muchos señores se inclinaban á la liga; Epemon, otro favorito, y todos aquellos á quienes irritaban las osadas pretensiones del duque de Guisa, favorecian á los Borbones.

Imposible seria determinar los motivos que obligaban á cada cual á abrazar un partido mas bien que otro. Intereses de familia, lzos de amistad y de ambicion, sed de riquezas, deseo de distinguirse, odios personales, movimientos de venganza, en fin, todo lo que puede agitar los corazones y subyugar las almas, era por lo regular mas bien que el amor de la patria y de la religion, la verdadera causa de todas estas afecciones; de suerte que no era raro ver á un calvinista de partidario de la liga, y á un católico de enemigo de ella; el primero unido á la faccion sin ser amigo de los Guisais; el segundo contrario á la santa union sin inclinaciones al rey de Navarra; el uno siguiendo la generalidad de su carácter amaba á los Borbones que eran valientes y desgraciados; el otro aficionado á la intriga se apasionaba del duque de Guisa, cuyos raros talentos prometian una revolucion: muy pocos en suma eran sinceramente adictos al rey.

Si se le presentaba un negocio en el Consejo, antes de tomar un partido se veia frecuentemente obligado á penetrar el motivo y á averiguar, si la diferencia de sentimientos no nacia de rivalidad mas bien que de celo laudable. Mas de una vez se vio reducido á interponer su autoridad para hacer cesar escandalosas querrelas entre ministros y cortesanos, suscitadas en su presencia con desprecio de su dignidad, y que degeneraban en amargas invectivas. Seemante desconfianza le impedia tratar en secreto con los que él ponía á la cabeza de sus ejércitos: desdichado principe que á pesar de su religion no pudo hacerse amar de los católicos; que bueno en el fondo, fué aborrecido de sus pueblos; que valiente, fué despreciado de la nobleza; que generoso, fué vendido por sus mas caros cortesanos: todo porque jamás supo imponer á los demas manifestándose decidido, y atraerles por la firmeza al deber y á la fidelidad.

Lo que hasta ahora hemos visto de su grande bondad nos prepara á ver pruebas de paciencia bien extraordinarias en un soberano, pero menos admirables que las que nos quedan aun que contar. Solo Enrique era capaz de observar con sangre fria los atentados de sus rebeldes súbditos, de oponer la astucia á la astucia, y de no desconocerlos sino haciéndoles ver que conocia sus maquinaciones sin jamás castigarlos; de alimentar su vanidad personal con la sorpresa y la confusion que las medidas secretas tomadas contra el crimen causaban á los culpables, como si solo hubiera querido lucrar con ellos en cuanto á derecha, ignorando aparentemente la pérdida mas ó menos próxima de su corona y quizá de su vida.

Es cierto que el duque de Guisa se comprometió mas rápidamente de lo que quiso en un principio. El era en verdad quien habia enardecido la imaginacion de los pueblos por la boca de los predicadores, por la pluma de los escritores, por el pincel de los pintores, por el ascendiente de las cofradías y el espectáculo de las procesiones y otras asambleas piadosas; pero examine atentamente la marcha del complot, y se verá que las resoluciones extremas nacieron siempre en el consejo de la liga. Era este una especie de junta formada casi al acaso de gentes sacadas de todas las clases sociales, mas apasionada que ilustrada: habia en ella abogados, escribanos, procuradores, secretarios, magistrados, curas muy exaltados, un apóstata del calvinismo, comerciantes quebrados, predicadores sediciosos, un Bussy, antiguo maestro de escrima, mercaderes, Crucé, Louchard, Chapellegue-Marteau y otros de diferentes profesiones. Entre todos estos, solo uno era depositario del secreto de Guisa, á saber: Francisco de Rocheherolles de Meunneville, gentil hombre amable, atrevido, elocuente, propio para inspirar entusiasmo, pero que no siempre fué dueño de calmar el ardor que

habia excitado: una mujer furiosa venia tambien á inspirar á estos frenéticos su odio y sus deseos de venganza.

No se sabe en qué habia podido ofender Enrique III á Catalina Maria de Lorena, hermana del duque de Guisa y viuda del de Montpensier. La vehemencia de sus resentimientos hacia creer que deseaba vengar su belleza despreciada, sus insinuaciones amorosas deseadas ó sus intrigas galantes reveladas, crimen que una mujer no perdona nunca. Sea cualquiera el motivo, la duquesa de Montpensier juró á Enrique un odio irreconciliable que le siguió hasta la tumba. En todas las conjuraciones tramadas contra el Estado y contra la persona del rey se encuentra la mano de la duquesa; y en este año se hizo sentir de ambas maneras.

Los intereses de la España venia á ser para los liguistas mas caros que los de la Francia, persuadidos como estaban de que de aquel reino debian venirles el triunfo y la realizacion de sus proyectos. Preparaba Felipe á la sazón contra Inglaterra una escuadra que denominó la invencible y que las olas engulleron despues. Como si él hubiera previsto este siniestro accidente, deseaba tener en las costas de Francia un puesto donde poder abrigar sus navios en caso necesario. Los liguistas no solo le ayudaron para que se apoderara de Boulogne, sino que se encargaron de su ejecucion por medio de sus emisarios. Bastóle al rey conocer este intento para hacerle abortar; pero no castigó á sus autores.

Estos miramientos atribuidos á su debilidad, envalentnaron á los conjurados hasta el punto de conspirar contra la persona misma del rey. Un dia pensaron apoderarse de él al volver de Vincennes, adonde iba generalmente seguido de una pequeña comitiva; otra vez quisieron aprovecharse para verificar el raptó, del tumulto de la feria de San German, adonde el rey iba de cuando en cuando á divertirse con escaso acompañamiento. Tuvo noticia de estos proyectos por Nicolás Poulain, teniente del preboste de Paris, que habia logrado la confianza de los conjurados hasta el punto de encargarse él mismo de comprar armas y ocultarlas.

Para enterar al rey de otra conjuracion mucho mas peligrosa, se valió Poulain de una estratagema bastante curiosa. Avisó al canceller que le prendiera por sospechoso. Este magistrado le hizo comparecer en su presencia, y Poulain le explicó toda la intriga. Supo-se por él que los liguistas á pesar de su aparente seguridad temian que el rey tomase por fin una resolucion vigorosa y castigase de una sola vez todos sus atentados. Algunos en efecto habian sido amenazados secretamente, y la coacción habia hecho tentativas para apoderarse de otros. La tempestad rugia sobre la cabeza de los culpables, ó al menos así se lo figuraban ellos; y en esta inteligencia el medio que creyeron mas oportuno para ponerse al abrigo, fué el de burlar al rey.

Habian escrito al duque de Guisa haciéndole vivas instancias de que viniese á ponerse al frente de ellos. Como le encontrasen bastante frio por cuanto no creia todavía el negocio bien preparado, dirigiéronse á su hermano el duque de Mayena. Acababa este de separarse de su ejército so pretexto de enfermedad verdadera ó fingida; pero en realidad despedido del papel que se le habia hecho representar, poniéndole al frente de un ejército desorganizado, con otros gefes que por orden del rey le embarazaban en todos sus proyectos. Así, viendo ocasion de vengarse, aunque enemigo naturalmente de todo desajuste temerario ó turbulento, Mayena prometió apoyar á los conjurados.

Comenzaron pues los preparativos necesarios á la ejecucion del plan, largo tiempo habia combinado. Consistía este en apoderarse de la Bastilla, del Arsenal, del Temple, del grande y del pequeño Chatelet, y por la fuerza, ya por medio de inteligencias secretas; en desollar al primer presidente Harlay, á Espesses abogado general, al canceller y todas las personas de la corte, en fortificar la casa de la ciudad y en atacar al Louvre. Temiendo que la nobleza ó algunas tropas ocultas viniesen al socorro del rey, se debian tender las cadenas que estaban enclavadas en las esquinas de las calles y sostenerlas con toneles llenos de tierra, con tablas y con vigas; lo que á la entrada de cada calle vendria á ser otros tantos pequeños fuertes, tras los cuales podria defenderse el pueblo como tras un parapeto. Tomadas así las medidas, los liguistas no ponian coto á sus esperanzas. Arrestaban al rey, le encerraban en una prision, le prohibian mezclarse en las cosas del gobierno, creaban un parlamento para administrar justicia y un consejo para gobernar el Estado, y enviaban á los españoles para que conforme á lo especie de medio embistieran y vencieran al rey de Navarra.

Las revelaciones de Poulain echaron por tierra todos estos proyectos. El rey bien instruido de todos los detalles, reune tropas y se apodera de las puertas y de todos los puntos amenazados. Los conspiradores al ver su trama descubierta quedan confusos. Retirase Mayena, y Enrique tiene la bondad de permitir que se despidan de él contentándose con decirle en tono burlon: «¿pues qué, primo, así abandonas á vuestros amigos de la liga?—No sé lo que v. M. quiere decirme.» respondió el duque desconcertado. Mas al irse prometió á los facciosos no abandonarlos, y correr con sus her-



dose hacía los príncipes de Condé y de Conti y hacía el conde de Soissons, sus primos, les dirigió estas palabras: «A vosotros nada tengo que decir sino que sois de sangre Borbona, y vive Dios! yo os demostraré que soy el mayor de la familia.—Y nosotros, respondieron los príncipes, que somos buenos segundos os observan».

En este instante se presenta el severo Moray haciendo observar al joven guerrero, que arrastrado por el fuego de sus pasiones se había permitido un trato criminal cuyo escándalo había aligido á una familia honrada; que se quitó liba á comparecer delante de Dios, y que debía ofrecer á su ejército una reparación de este escándalo público. No duda un momento Enrique y se apresura á reconocer humildemente su falta ante el ministro Chandieu. Algunos señores poco escrupulosos quieren persuadirle de que esto es demasiado exigir de un rey. Jamás, respondió él, podemos humillarnos demasiado delante de Dios, ni ser demasiado bravos delante de los hombres.» Acto continuo se pone de rodillas; todo el ejército le imita y da principio la oración. A este espectáculo exclama Joyeuse: «El rey de Navarra tiene miedo.—No creo tal, dice Lahardin, su teniente; jamás oran sin que estén resueltos á vencer ó morir.»

Bien á su costa experimentó Joyeuse la verdad de esta observación: sus numerosos escuadrones no pudieron sostener el choque de la caballería calvinista; y después de una ligera resistencia, mas bien que combate, fué aquello una derrota. El desgraciado Joyeuse desesperado al ver por tierra sus proyectos, no procura salvarse: «¿Qué hacemos? Le pregunta uno de sus segundos.—Morir! responde Joyeuse: y al hablar así se mete entre los batallones enemigos con su hermano Claudio de San Salvador, y ambos perecen. Después de la victoria recorre Borbon el campo de batalla, hace enterar los muertos, manda que se cuide de los heridos y recibe con afabilidad á una muchedumbre de prisioneros, devuelve á algunos de estos sus banderas y se entenece sobre la suerte del malogrado Joyeuse, cuyo cuerpo envía á sus parientes. Modesto en el triunfo, vuelve sofocando toda emoción á la sala donde antes de la batalla había tomado un ligero alimento, y la encuentra tapizada de banderetes cogidos al enemigo, y rodeada la mesa de vencidos que llenos de admiración se agrupan en torno suyo.

La nueva de esta victoria llegó al ejército de los alemanes cuando se encontraban en la situación mas triste. Desde su entrada en Francia el duque de Guisa con su pequeño ejército no había cesado de Banquearles, ni perdido ninguna ocasión de molestar y embargar su marcha. Sin embargo, aquel ejército formidable avanzaba á pesar de sus pérdidas; pero mal conducido, no teniendo á su cabeza un príncipe cuyo nombre contuviese al soldado, sin consejo ni objeto fijo, entregado á lo que se pretende, á las insinuaciones pérdidas de un traidor dado á estos extranjeros por los calvinistas mismos como un guía seguro, siendo en realidad un espía secreto de la liga, el ejército alemán se veía todos los días amenazado de nuevos contratiempos.

El baron de Dohna, nombrado por los príncipes protestantes del imperio, general de este ejército, era un hombre indeciso, buen comandante para un golpe de mano, pero desconocía las localidades y los intereses de los partidos. Se propuso desde luego establecer el teatro de la guerra en la Lorena, país abundante, enriquecido con las desgracias de la Francia, y desde donde, caso de un revés, se podía regresar fácilmente á Alemania. Tal era el medio de arrancar á la liga sus gefes y de obligarlos á la paz, por el temor que hubieran tenido los príncipes de Lorena de ver devuelto el patrimonio de sus mayores en cambio de esperanzas muy inciertas. Este prudente consejo fué combatido por un razonamiento espicioso: «hemos venido, decían los mas ardientes, á ayudar al rey de Navarra, y así es preciso reunirnos á él.»

En consecuencia el ejército marcha hacía el Loira sin provisiones, sin camino determinado ni punto de apoyo en caso de un accidente. Al paso por las pequeñas poblaciones, la tropa las saquea, y dejanlo sin dificultad las que se preparan á la defensa, llega por fin muerta de fatiga delante de la Charité. Sus predecesores bajo el mando del duque de Deux-Ponts habían tenido en otro tiempo la fortuna de encontrar libre este paso, pero en esta ocasión se hallaba en poder de los católicos. Era por lo tanto indispensable retroceder, y se trata de pasar á la Beauce con la esperanza de poder allí mantener el ejército; pero se carece de pan: el soldado murmuraba y se queja de las marchas forzadas, de las guardias continuas y de la falta de ropa y bagaje. De cuando en cuando los alemanes son reforzados por algunos grupos de franceses que vienen á reunirse á ellos al través de mil emboscadas; pero la narración de los peloteros que han corrido allora casi del todo la alegría de verlos: el desaliento en fin se hace general, cuando se observa que los gefes avanzan, retroceden y pierden la cabeza hasta el punto de venir á colocarse entre las tropas del duque de Guisa y un fuerte ejército mandado por el rey en persona.

Habia sido preciso no solo el rumor de los parisienses, sino una sedición completa llevada hasta los últimos excesos, para sacar á

Enrique de su natural indolencia. Se decía que abandonaba la causa de Dios, y que debía al duque de Guisa á merced de aquel grande ejército, á fin de hacerle percer y de que sucumbiera la religion con él. Los predicadores lanzaban estas calumnias desde los pulpitos, y aun hubo audacia para titular en un sermón al rey tirano y á sus ministros autores de heregias. Tuvo Enrique intencion de castigar al osado, pero hubo de contentarse ante la actitud del pueblo decidido á defender al culpable. Tomó en seguida el partido de aparentar olvidarlo todo, y salió de Paris para ponerse á la cabeza de su ejército, conduciéndose sin embargo como quien solo desea ser testigo de las hazanas del gefe de la liga.

Indudablemente hubiera sido mas prudente debilitar el ejército alemán por medio de la desercion, que por el filo de la espada, y dejarlo derretirse, digámoslo así, puesto que por sí mismo empezaba á disolverse; pero siguiendo este sistema no hubiera sido conveniente dejar al duque de Guisa el honor que se despendía de unas victorias que aunque inútiles, le ensalzaban grandemente á los ojos de los liguistas. Viéronse estos fascinados por el brillo de sus hazanas hasta el punto de que los de Paris le excitaron seriamente á apoderarse del rey en medio de su ejército, y á arrestar sus ministros y á los del Parlamento; á que se hiciese dueño de la capital, y á efectuar así una revolucion ventajosa á la buena causa. Sin desahacer absolutamente estas proposiciones, el duque de Guisa las aplazó para momentos mas propicios.

El actual en efecto no era el mas favorable. Resonaba en toda la Francia el eco de la victoria alcanzada en Contrás, y el rey estrochado por los facciosos hubiera podido llamar en su socorro á los vencedores de Joyeuse, tomar á sueldo á los suizos, hacer ingresar en sus escuadrones á la caballería alemana, y caer con estas tropas sobre los liguistas, incapaces de resistir á tantas fuerzas reunidas. Las circunstancias pues exigian muchos miramientos y reclamaban una política diestra para no desembarazar al rey, ni arrojarse á un peligro que le hubiera abierto los ojos sobre sus verdaderos intereses.

Un acontecimiento imprevisto vino á facilitar los proyectos del duque. Al rumor de la batalla de Contrás sucedió una sorprendente incertidumbre sobre la suerte del ejército victorioso. Pronto se supo que se había dispersado completamente. Los unos decían que le había sido imposible al rey de Navarra retener bajo sus banderas un cuerpo voluntario de nobleza, que solo se había reunido para un golpe de mano: afirmaban otros que nada le importaba todo esto, y que en medio del entusiasmo de su triunfo, no le disgustó tener un pretexto en la defección de su ejército, para ir á poner las banderas cogidas al enemigo á los pies de Carisanta de Anoulins, condesa de Guiche. No faltan historiadores serios que le justifiquen de esta inoportuna galantería; pero no le escusan de no haber al menos intentado abrirse paso hasta los alemanes con las tropas bastante numerosas que le quedaban todavía.

Sea cualquiera el motivo de tal conducta, fué esta muy funesta para el ejército alemán. El príncipe de Conti, hermano del de Condé, que el rey de Navarra había enviado para reemplazarlo, no pudo reanudar aquella gente abatida. El temor que debía inspirar precauciones, los cegó: descuidábase las guardias por el silencio, y esta negligencia dio lugar á sorpresas, semejantes á derrotas completas. Tales fueron los ataques de Vimori y de Anceau, pueblos del Gatinado y de la Beauce, ocupados por las tropas alemanas; ataques que mas bien pueden llamarse escaramuzas que combates. Guisa desplegó en ellas mucha inteligencia y mucho valor, pero con otras tropas menos desmoralizadas ninguna consecuencia se hubiera desprendido de estos encuentros.

En esta situación gefes y soldados no hablaban de otra cosa que de capitular. El duque de Epernon se constituyó mediador. La lentitud con que el tratado se arreglaba, ocasionó nuevas pérdidas que empeoraron mas y mas la condicion de los alemanes. Tan grande llegó á ser el terror de estos, que sucedió que 25 soldados del duque de Epernon desarmaron á 1200; de suerte que se creyeron muy felices con el permiso de volverse á sus casas por pequeños grupos con sus banderas plegadas y después de haber prestado juramento de no hacer armas contra el rey. Dieronles tambien salvos-conductos que no fueron respetados.

Los paisanos maltrataron á muchos en la marcha; se les daba caza como á fieras; los rezagados y los enfermos eran degollados sin piedad. El duque de Guisa que se quejaba del tratado, como hecho por el de Epernon su enemigo, persiguió hasta la frontera el grupo mas numeroso, é hizo en él una horrosa carnicería. De los treinta mil que entraron, apenas seis ó siete mil volvieron á su país. Tal fué el desenlace de esta invasion: tal será siempre el término de toda expedicion lejana, dirigida mas bien por la bravura que por la prudencia.

El rey regresó dos dias antes de Navidad á Paris, donde hizo una entrada solemne revestido de su cota y con el casco en la cabeza, como si hubiera triunfado de todos sus enemigos. El pueblo,

que se burlaba de esto, no atreviéndose por un resto de respeto á atacar á su persona, dirigió sus vivos sarcasmos contra el duque de Epernon. Los vendedores gritaban por las calles de París: «Hechos de armas del duque de Epernon contra los herejes». Abríase el libro, y se veía en cada página en gruesos caracteres esta sola palabra: *Nada*. Enrique, condescendió á su favorito con los despojos de Joyeuse, y á obrando así, dice Pasquier, sin descargar un solo golpe, perdimos las gentiles-hombres que era la batalla de Coutras.

A la vuelta de la persecución contra los alemanes, el duque de Guisa se fué á Nancy, donde estaban reunidos los principales de su familia y de la liga, y donde se celebró un gran consejo. Diferentes fueron los pareceres como las intenciones; pero idéntico fué el resultado, puesto que para llegar á su objeto particular, todos tenían necesidad del mismo medio, á saber, los disturbios del Estado. Por eso el duque de Lorena, Carlos III, se gloria de obligar al rey á cerrar los ojos á las invasiones que meditaba, y aun á que le ofreciera un aumento de posesiones. Los segundos de esta casa, llamados la *facción carolina*, porque todos llevaban el nombre de Guisa; Carlos, á saber: Carlos, duque de Mayena, hermano del duque de Guisa; Carlos Manuel de Saboya, su hermano uterino, duque de Nemours; los de Anualé y de Elbeuf, sus primos hermanos, esperaban por este medio considerables ventajas. Querían pues que se continuase suscitando embargos al rey, pero no que se le apurara, de miedo de que acozado por la falta de recursos tomase una resolución vigorosa que arruinara sus esperanzas. En cuanto al duque de Guisa, es indudable que abrigaba las pretensiones mas estensas; pero á nadie las confió jamás, excepto tal vez á su hermano el cardenal de Guisa, cuyas acciones dirigidas al mismo objeto y seguidas de la misma catástrofe que las del duque, han indicado siempre la perfecta armonía en que se encontraban ambos hermanos.

Animados por estos diversos motivos, y sin tomar en cuenta los de la liga, que consistían en un eager furor contra un rey demasiado prudente para con ellos, los conjurados de Nancy tomaron una resolución unánime, y fué la de aparecer siempre unidos bajo el nombre del cardenal de Borbon, primer príncipe de la sangre, y de presentar á Enrique sus pretensiones en forma de demanda. En ella suplicaban al rey que se declarase de una manera tan auténtica en favor de la santa unión, y que separase de los empleos públicos, y del lado de su persona á los cortesanos tildados de favorecer la herejía, de los que se le daría una lista; que hiciese publicar el concilio de Trento; que estableciese al menos en cada capital un tribunal de la inquisición; que concediese á los gefes de la unión así en el interior como en las fronteras del reino algunas ciudades en que el rey mantendría guarnición, pagándose ademas cierto número de tropas; que satisficiera sus deudas, y que declarase guerra sin tregua á los herejes, sin dar cuartel á ningún prisionero, á menos que prometiese vivir en la religion católica, empleando en adelante su vida y sus bienes en el servicio de la santa unión.

Mientras que en Nancy se disponía esta insolente demanda, el rey empezaba á abrir los ojos sobre los intentos de los liguistas, sin que todavía pudiese convencerse de los excesos que sus fieles servidores querían hacerle temer. Aun pasó mucho tiempo pensando que había exageración en sus relaciones. Creía ciertamente que los facciosos en el calor de sus asambleas era gente capaz de meditar tal cual proyecto de revuelta; pero imaginaba que cuando fuese menester venir á la ejecución, ó les faltaria valor para ello, ó volverían á la senda de su deber á la menor precaución visible de parte del príncipe.

Pensaba tambien algunas veces que estas delaciones podrian dársele de los sectarios, con el objeto de agrairle contra los católicos y hacerles tomar un partido estremo, comprometiéndole definitivamente con los liguistas. Estas sospechas de Enrique fueron casi hasta el fin la recompensa de los prudentes avisos del fiel Poulain, quien desgraciadamente no gozaba de la mejor reputacion en cuanto á sus estombres. Se sabia que estaba casi arruinado, y que buscaba por todos los medios el de reponer su fortuna; bastaba esto para dar á sus deposiciones un carácter de sórdido interés, suficiente para quitarle todo crédito. El rey desconfiaba, y se afirmaba en sus sospechas por los avisos contrarios de los cortesanos y de los ministros, que engañados ó vendidos le inducian á error.

La reina madre, por ejemplo, no queria que se ilustrase demasiado al rey sobre el estado de las cosas, porque se proponia disgustarle á fuerza de obstáculos hasta el punto de apoderarse de su confianza, que ella hubiera aprovechado emplazándolo en establecer sólidamente en la corte al marqués de Pont, hijo de su hija la duquesa de Lorena, á fin de procurarle la corona si el rey venia á morir sin sucesion. De O, superintendente de hacienda, fué favorito del rey, y les demas cortesanos que solo buscaban el placer, le ocultaban eudadosamente su situacion, temiendo que disminuyese su favor si el rey, conociendo á fondo sus negocios, se veia obligado á aplicarlos á ellos.

Villeroy y los otros ministros detestaban al duque de Epernon que los maltrataba en el Consejo, y que en toda ocasion los abru-

maba con el peso de su valimiento, habiendo tenido la osadía de desmenetr abiertamente á Villeroy delante del rey, apellidándole intrigante y bribon. No habia tenido reparo en acusar de comercio incestuoso á Pedro de Espinac, arzobispo de Lion, hombre importante por su sede y por su espíritu violento, arrojándole á la cara esta ausacion. El rey conocia todas estas imprudencias, que su carácter dulce no le permitia aprobar; pero no tenia fuerza para castigarlas en un hombre que amaba. Conservaba únicamente cierto aire sombrio; de suerte que cuando Epernon venia á alarmarle con los planes de los facciosos, se persuadía fácilmente de lo que de continuo le decían los ministros, á saber, que todo aquello no sucedia sino por odio á Epernon; y esta pretension se grababa tanto mas hondamente en su espíritu, cuanto que los libelos que aparecían se describían en ellos con tanta claridad el furor del populacho. Asi este príncipe, juguete de las pasiones ajenas, veía á sus íntimos confidentes reunidos en favor de sus enemigos; pero no se puse á defender que ninguno de ellos le hiciese formalmente traicion.

Empero si no habia en la corte un absoluto mal querer contra el monarca, existía en favor del gefe de la liga una propension secreta que arrastraba todos los corazones. Un cortesano dice que los hugonotes eran de la liga cuando miraban al duque de Guisa. Las mujeres, cuyo sufragio ella en Francia siempre un gran peso en la balanza de los negocios públicos, no ocultaban su admiracion. Se conserva aun una espresion de la mariscal de Retz, que pinta muy bien este sentimiento. «Tenian tan buena cara, dice ella, los príncipes de Lorena, que á su lado los otros príncipes parecían bueyos.»

Las ventajas que aun separadas hacían estimables á cada uno de estos príncipes, se encontraban reunidas en el duque de Guisa: aire de dignidad, buena estatura, facciones regulares, un continente magistoso, mirada dulce aunque penetrante, maneras delicadas y espresivas; en fin, todo lo que podia hacer de un Grande el ídolo de la nacion, aunque no tuviese mas que estas cualidades esteriotes; pero Guisa reunia á ellas una bizarría á toda prueba, el raro talento de ensalzar sus hazanas sin fanfarfaronadas, el espíritu de mando, la discrecion encubierta con el manto de la franqueza, el arte de que se le creyera prudente aun cuando obraba sin miramiento alguno, y de que se pensara que únicamente le escitaba el celo religioso, cuando so.o servia á sus intereses personales; en fin, sirviéndome de las palabras de un escritor de valía, «la Francia estaba loca por este hombre, porque es poco decir que estaba enamorada.»

Guisa poseía verdaderas virtudes; grandeza de alma, mucha paciencia, prudencia jamas desoconcertada por los acontecimientos, gran golpe de vista en los negocios, y mucha facilidad en tomar una determinacion, por mas que la capacidad de su genio le hiciese ver todas las dificultades. Enemigo de la lentitud, su accion era rápida como su pensamiento. Exhortábase un dia su hermano el duque de Mayena, á pensar sobre ciertos inconvenientes antes de tomar un partido: «Lo que yo no resolvía en un cuarto de hora, respondió él, no lo resolviera en toda mi vida. He aquí el hombre contra quien luchó el débil Enrique III, demasiado bien descrito ya, y de quien se sabe que nada se podia esperar sino inconsecuencias. A la vista de los parisenses tan rabiosos contra él, se entreto al principio del año en disponer las exequias de Joyeuse, que costaron sumas inmensas, al paso que no pareció prestar la mas ligera atencion á la muerte de uno de los príncipes de su sangre, Enrique III, príncipe de Condé, que murió envenenado en la ciudad de San Juan de Angely.»

Este príncipe se habia casado con Carlota de La Tremouille, al regresar de Inglaterra despues de su desgraciada expedicion de Anjou, dejándola en cinta de un hijo que sucedió á su padre. No fué respetada la reputacion de esta jóven princesa. Hicieron correr sobre su conducta los rumores mas deshonorosos; de suerte que habiendo muerto el príncipe su esposo de una manera tan trágica, se sospechó á la esposa capaz de haber contribuido á ella para pensarse el abrigo de su resentimiento. Tal consistencia tomó esta opinion, que hasta el rey de Navarra se dejó prevenir contra ella. En consecuencia salió del Bearne con el objeto de vengarse á su primo, y solo al estado de prófeta debió la princesa de vengarse al no ser víctima del primer movimiento de cólera del navarro, quien la dejó bajo la vigilancia de una guardia segura; y solo despues de ocho años de cautividad declaró el parlamento de Paris inocente á esta princesa.

El príncipe de Condé era recomendable por su gran probidad, su actividad infatigable y una intrepidez que no siempre se conformó con las reglas de la prudencia. Conocidas sus las aventuras y los azares de su vida; precisado á huir de Noyers con su padre, viole perecer en Jarnac. Combatió en Montcontour, y solo con mucha dificultad pudo escapar de la matanza de San Bartelemy. Condé atravesó mas de una vez la Francia como fugitivo; fué despojado en la frontera; prisionero dos veces sin ser conocido, desmon-

tado en Contrás de una lanzada, vino al fin á morir envenenado en el seno de su familia á la edad de treinta y cinco años. El rey de Navarra al saber esta muerte exclamó: «He perdido mi brazo derecho.» Hasta sus enemigos lo sintieron. El duque de Guisa, constante admirador de sus virtudes, como rival generoso derramó lágrimas á su memoria; quizá, dicen algunos historiadores, porque la muerte violenta de un hombre de tal categoría, le forzaba á temer otro tanto en sí mismo.

Guisa en efecto corría entonces por un camino fértil en catástrofes parecidas. ¡Había él preparado el último acontecimiento ó dejádose solamente arrastrar! Hé aquí lo que se ha ignorado siempre. Bien examinadas todas las circunstancias, parece que los excesos de que vamos á hablar no fueron sino el complemento de un ciego furor que Guisa había excitado en el pueblo, sin prever hasta donde podría llegar, y del cual se aprovechó para subir al puesto que la fortuna le había indicado. Los que no conocen á París sino por la policía exacta que en él se ha ejercido despues, se admiran con razon de que en el seno de una ciudad habitada por el rey, ante sus mismos ojos y los de sus ministros, hubiera podido formarse una faccion bastante fuerte para arrojarse de su capital; pero París no era gobernada entonces como lo ha sido despues. La administracion de esta ciudad no recibia su primer impulso del poder real; y el cuerpo municipal, único árbitro de las resoluciones, era tambien el solo depositario de las fuerzas. Esta capital estaba rodeada de murallas flanqueadas de gruesas torres, con puertas que se cerraban puntualmente y cuyas llaves quedaban en poder de los regidores. El vecindario estaba regimientado, elegia sus capitanes y se ejercitaba frecuentemente en el manejo de las armas. Habia en las esquinas de las calles gruesas cadenas enrolladas, con las cuales se cerraban los barrios á la primera alarma. Se construian en todas las casas parapetos salientes que las hacian muy apropósito para atacar y la defensa; en fin, el pueblo tenia sus banderas, sus asambleas fijas en puntos dados, sus contraseñas, y bastaba un solo redoble de tambor para poner sobre las armas multitud de soldados, poco agueridos en verdad, pero muy temibles por su número.

La ciudad estaba distribuida en diez y seis cuarteles. Como en aquel tiempo de fermentacion cada cual se creia encargado de los negocios del Estado, se habia establecido en cada cuartel un consejo en que se ventilaban los intereses de la Santa Union; en seguida el jefe de esta asamblea iba al consejo general de la liga á dar cuenta del resultado de la deliberacion, del estado de las fuerzas, de las miras, proyectos y disposiciones de los espiritus, y recibia las órdenes necesarias al sosten de la causa comun. Facilmente se comprende que este jefe seria uno de los mas ardientes del consejo.

Las proposiciones que cada uno de los diez y seis jefes llevaba al consejo general como parto de imaginaciones enardecidas, eran alguna vez tan disparatadas y tan temerarias que solian ser desechadas. Segun costumbre de los caracteres arribados y dominantes, esta conducta del consejo era ordinariamente desaprobada; murmuraban todos, comunicábanse sus resentimientos, y como tenian las mismas pretensiones, se acostumbraron á reunirse. Así se formó el famoso consejo de los Diez y Seis.

Eran estos otros tantos furiosos que una vez poseidos de una idea desconocian toda autoridad y toda razon, equivocándose algunos de buena fe. Menos culpables pero tambien peligrosos, creian firmemente que Enrique III era desafecto á la religion católica; este era el punto de partida en todas sus deliberaciones, y se obstinaban en la incertidumbre de un supuesto desigüo del rey contra la religion y se esforzaban en inocular su conviccion en los consejos de cuartel, añadiendo á la acusacion el principio de que todo era permitido para defender la religion amenazada. Los Diez y Seis encontraban en estas y en otras asambleas de cuarteles otros fanáticos tan animados como ellos y que trzaban tambien proyectos: cada cual los comunicaba á su jefe, éste daba cuenta á los Diez y Seis, y así se reproducia el entusiasmo que ellos mismos habian inspirado. Solo puede atribuirse á semejante efervescencia mas y mas arivada por el temor del castigo de los antiguos atentados, al dño encarnizamiento de la duquesa de Montpensier, la causa de la famosa escision de las barrieadas.

En tanto que todo estaba en la mayor calma y que el rey lejos de disponerse á deshechar la peticion de Nancy hacia esperar una respuesta favorable, sin pretexto en fin de ninguna especie, proyectan los liguistas apoderarse de la real persona. Meditan desde luego llevar á cabo este plan durante los regocijos de Carnaval; pero abortado el golpe merced á los prudentes avisos de Poulain, los Diez y Seis hacen el recuento de su fuerza y resultan veinte mil hombres capaces para las armas. Con estas tropas toman la resolucion de atacar al Louvre, arrollar la guardia, arrestar á Enrique y degollar á todos los personas sospechosas, cortosanos ó ministros: avisado tambien el rey por Poulain, manda traer armas en medio del dia al Louvre, y pide cuatro mil suizos para reforzar la guar-

dia. Con tal noticia, el duque de Guisa que se habia adelantado hasta cuatro leguas á París, se vuelve á Soissons.

Abandonados así los Diez y seis, se estremecen á la vista de los suplicios que la venganza del rey les prepara: envian al duque de Guisa varias diputaciones una tras otra: le escriben que van á abandonarlo todo sino acude á su occorror. En este momento hubiérase bastado á Enrique un golpe de autoridad para disipar toda la faccion; pero convencido al parecer de que esta seria poco temible estando ausente su jefe, envia á Bellièvre, uno de sus ministros, á intimarle que no venga á París. Mientras Bellièvre se dirigia á llenar su comision, la duquesa de Montpensier se presenta al rey, se arroja á sus pies y le pide con lágrimas en los ojos que permita á su hermano venir á justificarse de los crímenes que se le imputan; y al mismo tiempo que tranquiliza á Enrique con su conducta sumisa, le prepara una emboscada y apuesta en el arrabal de San Antonio tropas que debian apoderarse de él al regresar de Vincennes acompañado de poca gente. Sin disputa hubiera ella logrado su objeto, si el fel Poulain no hubiese descubierto nuevamente la trama. El rey se hizo escollar por una guardia numerosa, cuya sola aparicion bastó para desbaratar el pensamiento de arrestarle.

Muy divididas estaban en la corte las opiniones sobre la necesidad del viaje del duque de Guisa: algunos presuman que su presencia podria orillar las diferencias, obligando á Enrique á suspender por miedo ó miramiento los actos de venganza que meditaba. Tal era quizá la idea de la reina madre cuando dijo á Bellièvre al partir: «Si no viene, el rey está tan encolorizado que una porcion de personas de importancia están perdidas. Esta diversidad de opiniones entre gentes que no hubieran debido pensar sino como el rey, entubia á los encargados de ejecutar sus órdenes. Así parece que Bellièvre no se atrevió á significar expresamente al duque la prohibicion de venir á París, por temor de ser en seguida sacrificado. En lugar de hacerse sordo á toda especie de observaciones segun se lo prevenia su comision, escuchó las razones del duque y aun se encargó de apoyarlas. Este contestó mientras tanto de una manera ambigua; pero Bellièvre á su vuelta recibió el órden terminante de prohibir al duque que se acercase. El correo encargado de llevar esta prohibicion no pudo partir por falta de veinte y cinco escudos que no se encontraron en el Tesoro, y así una carta tan importante fué puesta en el correo ordinario. Guisa fingió no haberla recibido, y emprendió su marcha hacia París por caminos estraviados, de suerte que ninguno de los que fueron enviados para hacerle retroceder, logró encontrarle. Entró en París por la puerta de San Dionisio el lunes 9 de mayo al mediodia, acompañado solamente de siete personas entre amos y criados; pero dice Dávila que cuenta todas las circunstancias de este suceso con referéncia á su hermano: «como la bola de nieve se aumenta creciendo y viene á ser bien pronto tan gruesa como la montaña de que se ha desprendido, de la misma manera al primer rumor de su llegada dejaron los parisienses sus casas para seguirle, y en un momento la multitud se aumentó de tal modo que antes de llegar al centro de la ciudad se veia el duque rodeado de mas de treinta mil personas.»

El pueblo parecia óbrio de alegría. Jamás habia gritado con tanta fuerza. *Viva el rey*, como ahora gritaba *Viva Guisa*. Las demostraciones de contento y de gozo publico no podian ser mayores: los unos le saludaban y le colmaban de benedicciones, apellidándole libertador y salvador de la patria; los otros, no pudiendo acercarse, estendian hacia él las manos en actitud humilde, como si fuera una divinidad. Quién hincaba las rodillas y besaba el borde de sus vestidos; quién arrojaba á su persona los rosarios, frotándose despues los ojos con ellos. De todas las ventanas las señoras le arrojaban ramos y le cubrian de flores. En cuanto á él, tranquilo y sereno, dirigia graciosamente la palabra á los que estaban cerca, hacia señales con la mano á los que estaban lejos, saludaba sonriendo á las ventanas, y marchaba con la cabeza desnuda á paso corto en medio de la multitud.

Con este corteo mas lisonjero que el brillo de un triunfo prepatado, el duque fué á apearse al palacio de Soissons, cerca de San. Estaquio, donde vivia la reina madre. Cambió esta de color al verle, y se vio acometida de un temblor notable; algo repuesta en fin, le dijo que hubiera deseado no verle en París en tales circunstancias. El respondió sin desconcomponerse que el deseno de justificarse delante del rey no le habia permitido diferir su venida; y mudando repentinamente de proposito, le dirigió á las damas de la corte, las hizo mil cumplimientos, y trabó conversacion con ellas. En el interior la reina envió á Dávila á decir al rey que el duque de Guisa habia llegado y que ella iba á presentárselo.

Pusiérase efectivamente en camino: iba la reina en su silla de manos, y el duque á pie conversando con ella, hablando al uno, acariciando al otro, y saludando á todo el mundo hasta á los guardias. La del Louvre estaba doblada; una fila de suizos ocupaba la planta baja; las salas estaban llenas de arqueros, y multitud de



gentiles-hombres cuajaba todas las habitaciones que era preciso atravesar. Clocóse la frialdad con que eran recibidos sus cumplimientos: un terror súbito corrió por sus venas, y no sin razón: en aquel momento se estaba deliberando en el gabinete del rey sobre la vida ó la muerte del duque.

«Matad el pastor, decía uno de los consejeros, y se dispersará el rebaño.» En este momento entraba el duque. Enrique, mirándole con severidad, le dijo: «Os he advertido que no viésemos.—Sabiendo, repuso el duque, las calumnias con que me degradaban á los ojos de V. M., vengo á traer mi cabeza, si me juzga culpable. Sin embargo, no hubiera venido, si V. M. me hubiera querido comunicar su expresa prohibición.» Estas últimas palabras dieron lugar á esplicaciones entre Belliviere y el duque, á quien el rey quería tachar de desobediencia. Durante estas contestaciones, la reina madre, atrayendo á su hijo aparte, le hizo notar que si se ocasionaba la menor violencia al duque, todo se podía temer del furor del pueblo reunido en masa delante del palacio. Guisa, que nada perdía de vista, se aprovecha de este momento de irresolución, y prestando cansancio del viaje, saluda al rey y sale. Volvió al día siguiente, pero tan bien acompañado, que podía dar la ley mas bien que recibirla.

Se había invertido la noche entera en el Louvre en razonar sobre lo que se debía practicar, y en adoptar para lo sucesivo medidas. En el palacio de Guisa, situado en el barrio de San Antonio, se trató de combinar los medios y de prevenir los inconvenientes. Hizose de ambas partes gran provision de armas, y se colocaron centinelas como si se estuviese á la vista del campo enemigo. Después de su visita al Louvre, el duque fue por la tarde al palacio de Soissons, á casa de la reina madre, á donde él rey acudió tambien. Allí tuvieron una larga conferencia pasándose en el jardín. Guisa, que desde allí oía el rumor del pueblo, se envalentónó á poco rato; y después de algunas escusas ligeras sobre su venida, que continuaba en presentar inocente, declaró sus intenciones en términos decorosos, pero firmes, á saber: que el rey se determinase abiertamente á hacer á los hugonotes una guerra sin tregua, y que para que los católicos pudieran fiarse de él, dispudiese de la corte á Epernon, Ló Vallete, su hermano, y en una palabra, á todos los sospechosos.

El débil monarca, en lugar de indignarse contra un súbdito insolente que venia á desafiarle en su propia capital, se entretuvo en hacer apologías, que no quedaron sin respuesta. Todas las réplicas vinieron á concluir en que el monarca prometió acceder á las proposiciones, si quería el duque interponer su valimiento y su crédito para hacer salir de la ciudad los extranjeros, tanto soldados como gentes perdidas que la infectaban. Guisa consintió en ello, sabiendo de antemano que no sucedería mas que lo que él quisiese; y en el momento mismo se publicó un bando intimando la salida inmediata de París á todos los que no tuviesen razones válidas para permanecer en esta ciudad, y nombrándose comisarios para practicar pesquisas.

En este trabajo se ocuparon con ardor, aunque sin resultado, todo el día del miércoles. Los vecinos ocultaron los extranjeros, y murmuraban al ver registrar sus casas, llenando de injurias á los comisarios. Estos informaron al rey de cuanto pasaba, y Enrique, conociendo de dónde venia el tiro, se resolvió á tomar un partido decisivo. Los diez y seis concibieron sospechas de los movimientos que vieron en el Louvre. El rey reunia en él su nobleza, y se sabía que había pedido tropas; se ponian sobre las armas las compañías de vecinos ricos, enemigos del desorden, que solo podía ocasionarles pérdidas, y se les marcaron puestos. En vista de estos preparativos Guisa tembló; pero no perdió la esperanza. Envio emisarios á los cuarteles mas poblados del populacho, tales como el de la Universidad, el de la plaza Maubert, el de la Greve y el de los Mercados. Previno á sus adeptos que se pusiesen en guardia y que estuviesen prontos á reunirse á la primera señal, pues que se estaba tramando un complot, y el rey había resuelto la muerte de ciento veinte católicos. Al mismo tiempo se hizo circular la lista de los supuestos proscripios, á cuya cabeza estaban el duque de Guisa, los curas, los predicadores y todos los que el pueblo estimaba.

El jueves 12 de mayo á las tres de la mañana entró por la puerta de San Honorato un cuerpo de cuatro mil suizos, que estaba en Lagny. El rey salió en persona á recibirlos, les recomendó la moderación, y marcharon á tambor batiente á los puntos que les señaló. Veíalos pasar el pueblo silencioso, inquieto y admirado, pero sin sintoma alguno de rebelion. Ellos se apoderaron de las plazas principales, donde se pusieron cuerpos de guardia. Todo parecia salir segun se deseaba, cuando á las diez de la mañana un *façarrón de corte*, como le llama Pasquier, envalentonado con este primer triunfo, tuvo la humareda de decir: «que no quedaría mujer honrada sin pasar á la discrecion de un suizo.»

Profirióse esta frase en el puente de San Miguel, próximo á la plaza de Mauvert, y que las tropas del rey habian descuidado ocupar, porque viéndola llena de multitud de obreros, artesanos,

carniceros y marineros, hubiera podido creerse que se hacia uso de la violencia, lo cual era preciso evitar ante todo. En un instante corrió de boca en boca y se repitió en toda la plaza dicha frase indiscreta, y en un instante tambien toda aquella muchedumbre sorprendida empezó á ponerse en movimiento. Corren unos por las armas, levantan otros el empedrado de las calles, guarnecen con piedras las ventanas, estienen las cadenas, y por consejo de Carlos de Cosse de Brissac, hijo del mariscal, las sostienen con toneles que llenan de tierra y que apoyan con tablas, vigas, muelas y cuanto les viene á mano. Se toca á rebato, se adelanta en las barricadas, y mientras tanto las tropas que no reciben orden ninguna permanecen inactivas, se dejan acometer y en menos de cuatro horas la ciudad es cruzada de mill atrinchera mientas sólidos, tras de los cuales se abrigan los amotinados, que llevan su insolencia hasta el estremo de levantar su última barricada frente al Louvre.

Al primer ruido, el duque de Guisa se mantuvo en su morada cerrada y cubierta, dueño de la parte trasera de ella, ocupada por gentes determinadas y propósito para favorecer su fuga en caso necesario: á la noticia de que las barricadas iban adelante, sale y se pasea por la calle dando sus órdenes á los espresos que los facciosos le despachaban á cada momento. El rey le envia diferentes veces la orden y aun la súplica de hacer cesar los desórdenes. «Son toros escapalos», respondió con frialdad, y no puedo contenerlos.»

Alzase por fin un grito general de tumulto y horror: entre las voces confusas se distinguen tiros y ayes como de gente que es degollada, y en efecto, el populacho asesinaba cruelmente los suizos del rey en el Mercado Nuevo. Estos infelices soldados siempre valientes, viéndose envueltos por la multitud, perdian todo su ánimo y estendian las manos suplicantes, arrojándose á las casas para librarse de las piedras y aun los balazos que llovian de los tejados y de las ventanas. Enseñaban sus rosarios y se esforzaban en gritar: *Buenos católicos*. Pero á pesar de esto hubo unos treinta entre muertos y heridos.

Así terminó toda la degollacion de este día, que fue para Guisa un triunfo de nueva especie. Vencido por las instancias del rey, sale por fin de su palacio con un bastoncito en la mano. Desaparecen las barricadas á su presencia, y sin perder nada de su dignidad da las gracias al pueblo y se familiariza con esta soldadesca singular, cuyas fanfarronadas parecen divertirle. A medida que se acerca á los puestos de las tropas del rey, las saluda, las habla con afabilidad y las hace dejar espedito el camino del Louvre. Pónense ellas en marcha sin tambor, con las cabezas desnudas, las armas hajas y estepeadas, considerándose muy felices de escapar por medio de estas humillaciones al furor del pueblo. Detras de ellos vuelven á cerrarse las barricadas: Guisa visita algunas de ellas, y envia oficiales á examinar y reforzar otras. Se dispone que durante la noche se liaga la guardia mas exacta; el preboste de los mercaderes quiere como de ordinario dar el santo y seña en nombre del rey; rehúsa el pueblo, y se lo piden al duque. Tambien en el Louvre se están fortificando, pero las mas grandes esperanzas estriban en la negociacion. La reina madre entaba una con el duque de Guisa, quien aguarda con orgullo á que hable la corte.

Si las proposiciones que Dávila nos ha trasmitido como hechas por el duque son ciertas, se puede efectivamente decir que en esta conferencia arrojó Guisa la máscara. Pedia que se le declarase auger-teniente general del rey con la mas lata autoridad sobre las tropas y sobre todo lo que respecta á la guerra, autoridad que seria confirmada por los Estados generales que Enrique se obligaría á convocar inmediatamente en Paris: que se le diesen ademas diez plazas de seguridad en el reino, con dinero para mantener las tropas que él pondria en ellas. Insistia tambien vivamente sobre que se diese un edicto declarando á todos los principes de la casa de Borbon desposeidos por hereges de sus derechos á la corona. Reclamaba ademas el gobierno de Paris para el conde de Brissac, hombre de quien estaba seguro, y los de Picardía, Normandía, Lion y otras principales provincias, con empleos militares y los cargos de la corona, para sus parientes y amigos. Exigia el destierro de Epernon y de varias personas importantes, no solo de la corte sino aun del reino. En fin, quería que el rey se contentase con su guardia ordinaria, y dispudiese á los cuarenta y cinco gentiles-hombres de que se había rodeado poco antes, como un baluarte contra las empresas de los ligustas.

La reina se irritó contra estas exigencias exorbitantes: sin embargo, el suizo quitó al duque todas las esperanzas, y se volvió al Louvre, donde los ministros pasaron la noche en deliberaciones inútiles con el rey. Al día siguiente Catalina se puso en marcha hácia la morada del duque de Guisa: á su edad, el tránsito solo de una calle á otra era una verdadera fatiga, pues los rebeldes no quisieron abrir las barricadas con el carruaje, y por consiguiente era menester pasarla en la silla por encima de ellas

á fuerza de brazos. Mientras se la hacia escalar una por este medio, un vecino se acercó so pretexto de ayudarla, y la dijo al oido que quince mil hombres estaban prontos á embestir el Louvre por el lado del campo. Envia ella uno de sus caballeros á comunicar al rey estas noticias y continúa su camino.

Avistándose por fin con el duque, se empieza á tratar sobre las proposiciones anteriores. No parecia él dispuesto á ceder en nada:



La dama de Montsorratt y Bussy de Amboise.

pero la reina insistia cada vez mas, á lo que se pretende con el objeto de prolongar la conversacion. En lo mas fuerte del altercado llega el señor de Menneville y anuncia al duque que el rey acaba de salir de Paris. A esta imprevista nueva, el secreto se escapa de los labios de Guisa. «Soy muerto, señora, esclama: en tanto que V. M. me entretiene aqui, el rey se va para perderme.—Ignoraba esta resolucion,» responde tranquilamente la reina, quien acto continuo vuelve á su silla de mano y se encamina al Louvre.

Las guardias francesas y suizas habian partido ya; los cortesanos y la nobleza iban unos tras otros en el mas completo desórden. La reina envia órdenes á las tropas de que apresuren la marcha, á fin de que se reunan al rey que á la sazón no tenia treinta personas á su lado. Se pasó la noche en una aldea, y al dia siguiente llegó Enrique á Chartres, donde su obispo Nicolás de Thou, hermano del primer presidente Cristóbal, le dispuso una honrosa recepcion contra la voluntad de los liguistas. «Oh imprudente! ¡oh temerario! esclamó Sisto V al saber que el duque de Guisa habia venido á Paris, á ponerse en manos del rey á quien tan vivamente habia ofendido. «Oh débil príncipe!» esclamó aun con mas fuerza, cuando le dijeron que Enrique habia malogrado tan bella ocasion de deshaerarse de un hombre que parecia haber nacido para perderle. Sin duda continuó Sisto V sus exclamaciones, al saber que el duque á su vez habia dejado escapar al rey.

«Puesto que el duque, dice Pasquier discurrendo sobre este negocio, habia tenido la imprudencia de venir con siete personas, el

rey hubiera debido hacerle arrestar. Muy fácil le hubiera sido tal diligencia el martes y el miércoles, porque entonces podia contar con todos los capitanes de cuartel, todos los supremos tribunales, el vecindario honrado y cuatro mil suizos ademas de su guardia: el pueblo bajo no se hubiera atrevido á moverse. El jueves por la mañana todavia hubiera podido prenderle, si con una política descaerada no hubiera, por decirlo así, atado las manos á sus soldados, prohibiéndoles acometer al pueblo cuando este empezó las barricadas. Mas ya que Guisa habia evitado todos estos peligros, no hubiera debido dejar escapar al rey. A todo trance debió colocarse cerca de la persona del rey aun contra su voluntad, y entonces se hubiera logrado cuanto se hubiese querido.

Tal parece que era la intencion del duque, y que no se dejó burlar por el rey, sino por confiar demasiado en su indecision. El terror de Enrique no era quimérico, y urgia mucho que se pudiese en salvo, pues una columna se disponia á atacar el Louvre por el lado del campo, como ya lo estaba por el lado de la ciudad, tanto que al salir de palacio; algunos cuerpos de guardia avanzados dispararon sobre él y sobre su séquito: el pueblo á falta de otras armas le colmó de injurias. Por otra parte los parlamentarios del duque hacian en las provincias levas destinadas sin duda á reforzar á los parisienses en el bloqueo del Louvre. No era por cierto el desigmo del duque de Guisa sacar al rey de Paris: muy al contrario, obraba solo con objeto de retenerle. «He derrotado á los suizos (escribia al gobernador de Orleans al dia siguiente de las barricadas y en tono de triun-



Detencion de la reinade Navarra.

fo), he hecho pedazos una parte de la guarnición del rey, y tengo al Louvre tan estrechamente circunvalado, que puedo dar cuenta perfectamente de lo que pasa dentro. No hay que culpar al duque de Guisa de esta fanfarronada: un gefe de partido debe de abultar sus ventajas si quiere triunfar.

Cuando el rey se hubo escapado, este mismo gobernador de Orleans escribia á los que reunian tropas en la provincia por órden

suya y en consecuencia de los pedidos del duque: «Nuestro grande no ha sabido ejecutar su plan, habiendo huído el rey á Chartres. Tengo para mí que lo mejor que podeis hacer es retiraros á vuestras casas con el mayor disimulo posible, como si nada hubierais visto. Yo estoy tan aturdido que no sé lo que me pasa.» Desaliendo de un conspirador subalterno! El alma enérgica del duque de Guisa no se abata por un revés. Si el rey se le escapa de entre las manos, á lo menos él asegura su conquista: reúne al pueblo, hace nombrar nuevos concejales y capitanes mas afectos á su persona que los antiguos: en seguida va á ver al primer presidente, y le ruega que reúna el Parlamento para adoptar las medidas análogas á las circunstancias. Apenas le vió el magistrado, «gran lastima es, le dijo, que el cielo haya arrojado de casa al amo. Por lo demas mi alma es de Dios,

y mi cuerpo de los malos. Despues respondiendo directamente á las proposiciones del duque, «cuando la magestad del principe está violada», dijo Harlay en tono severo, el magistrado no tiene ya autoridad. Toda- via no desiste Guisa; se dirige al presidente Brisson, quien le recibe mas complacientemente: visita tambien á los ministros estranjeros, le cuenta el acontecimiento desfigurándolo en su favor, y les ruega que envíen á sus respectivas cortes relaciones conformes con los manifiestos que espere por todas partes. Los euilados políticos no le hacen perder de vista los militares: se apodera del arsenal y de la Bastilla, manda retirar las barricadas, restablece el orden y la policia, de manera que al dia siguiente de la salida del rey todo estaba tan tranquilo como si no hubiera habido motin: pone guarnicion en las ciudades adyacentes, especialmente en aquellas que por su posición sobre los rios podian influir en la alimentación de la capital; y al mismo tiempo que se entrega á estas ocupaciones, continúa prestando oidos á las proposiciones de la reina madre que habia quedado espresamente en Paris para negociar.

Nadie espera sin duda vernos analizar los escritos que entonces aparecieron. No nos fijaremos mas que en uno solo que pinta el carácter de los personajes, y termina con reflexiones muy juiciosas: se atribuye este escrito á un nieto del famoso canciller Hospital. «Existe, dice, una declaración del rey sobre lo que sucedió en Paris contra él mismo, pero tan fria y tímida, que indica á las claras ser obra de un hombre que se queja y no se atreve á nombrar al que le ha pegado; es como de uno que tiene miedo de que su enemigo esté todavia encolerizado y no quiera contentarse con el mal que le ha hecho. No osa decir que se vió obligado á huir, que se le habia arrojado; no se atreve á llamar injusticia á tal proceder: apenas declara que se le castigará; ya no manda á su pueblo, le supplica;

IMPR. DE D. JOSÉ MARIA ALONSO, CALLE DE CAPELLANES, NÚM. 10.

pide que se hagan rogativas en las iglesias, á fin de que se aplaque el encono, y como si temiera que Guisa se ofendiese de que él hubierá huído en lugar de permanecer en el Louvre. El otro, muy al contrario, escribe dos cartas, una al rey y la otra pública, cartas ambas de soldado, andaces y altaneras, en que se jacta de sus acciones: dice que en aquel día Dios ha puesto en sus manos el medio de hacer un señalado servicio; le cuenta en pocas palabras, pero atrevidas, la menor muestra de temor ni debilidad, y concluye con esta resultante amenaza: Que contra todo el mundo defenderá al partido católico; que arrojará del lado del rey á los hereges, y principalmente al duque de Epernon.» Este escritor, muy partidario de los reformados, incita al rey á hacer la paz con ellos y á servirse de su ayuda.

A la objecion de que á la sola expresion de paz con los hereges

*toda la cristiandad*

*católica se levantará*

contra el rey y lo

destronará, el autor

responde apostrofando

al monarca. «Si,

si pronuncias la palabra

paz como quien

huye por fin de Paris

ante el duque de

Guisa. Pronúnciala

como quien ganó la

batalla de Jarnac y

de Montcontour pues

solo él aterraba mas

que todo su ejército,

y todo temblará. No

debes tí ir al encuentro

de los partidos

para que ellos te reciban;

al contrario,

que vengan ellos y

recíbelos tú: tu partido

es ser rey.»

El triste estado en

que se encontraba

Enrique, espulsado

de su capital por un

súbdito rebelde, y

detestado de su pueblo,

aunque lleno de

bondad, escitaba la

compasion de sus flees

servidores; esta-

ban estos pesarosos

de verle continuamente

separarse de

los principios que lu-

bieran debido regir

su conducta en aque-

llas circunstancias.

Natural era que el

rey buscase dihero.

«Pero decia Pasquier,

el verdadero subsi-

dio de que el príncipe

necesitaba es el

amor de sus súbditos.

De él depende el

reformular á todo el

mundo reformándose

á sí mismo: que res-

pete las leyes y será

respetado. Honrar

á la nobleza, recom-

pensarla segun sus

grados, tratar con

consideracion al pue-

blo, sostener al clero, no

perder sus bienes, emplear

bien el tiempo, consular la

justicia y no imponerla,

hé aqui su deber. Si no

lo hace, publico desde luego

á son de trompeta por todos

los cantones de la Francia la

ruina del rey y de su

Estado. Tales eran

las tristes reflexiones que

el celo arrancaba á los

católicos ilustrados, bien

opuestas á la *ridícula retractacion*

*pública* que una devocion

mal entendida hacia

imaginar á los liguistas.

Segun parece, al ver el duque de Guisa frustrados sus intentos, á saber, apoderarse de la p-rsona del rey para mandar en nombre suyo, pensó en destruir las imputaciones de violencia que pudieran hacersele, y en adoptar ciertas medidas de seguridad personal para el caso de que no pudiera justificarse; mas la primera de estas dos



Enrique III asesinado por Jacobo Clement.

intenciones que él dejó ver á las claras, dió á la reina madre una gran ventaja en la negociacion que seguia para reconciliar á su hijo con el duque; y de las seguridades que este le daba tomó ella asa para arrancarle cada dia nuevas protestas de sumision y respeto al rey. Estas demostraciones exteriores impusieron de tal manera á los subalternos extraños de las confederaciones de Guisa, que los mismos Diez y Seis acordaron ir á pedir perdon al rey y suplicarle que volviese. Se figuraron que una sumision revestida de cierto aparato religioso, haria olvidar al monarca lo que habia pasado, y le atraeria de nuevo á Paris; y el duque creyó poder dar sin dificultad su consentimiento á este paso, que volvía al rey á sus redes y le proporcionaba otra vez la ocasion que acababa de perder.

En esta persuasíon conata, la famosa compañía de los penitentes, tan querida en otro tiempo de Enrique, sale á pie de la capital y va á encontrarse en Chartres. Todo ofrecia un aspecto chocante en esta procesion: tomaremos su descripcion del historiador Thion, que habla como testigo ocular: «Marchaba á la cabeza un hombre de barba sucia y grisenta, cubierto de un cilicio, llevando encima un anecho tabali de donde pendia un gran sable corvo; y de cuando en cuando arrancaba sonidos agudos y disonantes de una vieja trompeta emulohélica. Tras él iban orgullosos otros tres hombres igualmente sucios, llevando en la cabeza una marmita sebosa en lugar de casco, y sobre sus cilicios cotas de malla con brazalete y manopla: sus armas eran unas viejas albardas: estos tres fanfarrones lanzaban miradas torvas y furibundas, y se movian en todas direcciones para separar la muchedumbre.

«En seguida venia fray Angel de Joyeuse, el cortesano que se habia hecho capuchino el año anterior. Habíale perseguido á fin de entencerse á Enrique, de que representase en esta procesion al Salvador subiendo al calvario; se habia pues dejado atar y pintar sobre el rostro gotas de sangre, que parecian correr de su cabeza coronada de espinas: hacia como que arrastraba con el mayor trabajo una gran cruz de carton pintado, y caia en tierra de cuando en cuando lanzando gemidos trisísimos. A sus lados marchaban dos jóvenes capuchinos revestidos de albas, representando el uno á la Virgen y el otro á la Magdalena. Elevaban los ojos al cielo dejando correr algunas falsas lágrimas; y siempre que fray Angel se dejaba caer, postrábanse en su presencia. Cuatro satélites muy semejantes á los tres primeros, llevaban la cuerda que agarrataban á fray Angel, y le sacaban latigazos que se oian de lejos. Una larga fila de penitentes cerraba esta marcha cómica.» Al ver desfilr por delante de la corte en la catedral de Chartres esta piadosa mascarada, Crillon, bravo guerrero, antiguo amigo de Joyeuse, comenzó á gritar: «¡Dadle de firme y no zureis de bromas! es un gran cobarde que tomó el hábito por no llevar las armas.» El rey en lugar de aprobar este espectáculo indecente, echó una grave reprimenda á su antiguo favorito, quien por un celo imprudente convertia en farsa el sagrado misterio de nuestra redencion. Hizole tambien ver que se habian burlado de su credulidad, obligándole so pretexto de religion á ponerse á la cabeza de los rebeldes, «que yo sé, añadió Enrique levantando la voz, que son numerosos en esta procesion.

Enrique lo sabia en efecto: estaba noticioso de que entre la muchacha gente que de buena fé se habia puesto la túnica de penitente, venian muchos de los mas ardientes liguistas á reanimar imprudentemente el celo de los de Chartres, y á obligarles á prestar juramento de fidelidad al duque de Guisa. Teníalos á todos bajo su mano, poco castigarlos y los dejó llenar su misíon. Tolerados de este modo arrojaron en la ciudad las semillas de la rebelion, que no permitieron al rey continuar allí. Retiróse pues á Vernon, y de allí á Rouen, donde fijó su residencia durante las negociaciones entabladas por la reina madre.

A la burlesca embajada de los liguistas siguió una diputacion del parlamento de Paris, á quien el rey dió las gracias exhortando á los magistrados á que continuasen sirviéndole bien. Visto despues otra diputacion de concejales á nombre de la ciudad misma. Enrique los recibió favorablemente, por mas que no aprobase los cambios hechos en el ayuntamiento por el duque de Guisa. A las claras se conocia que le hubiera bastado al rey para perdonar, una reparacion poco costosa. Estas diputaciones daban ordinariamente origen á proposiciones; Enrique se dirigia á todos en general, ó bien se entretenia con algunos particularmente. Hubo tambien peticiones de la liga, y respuestas del rey que se publicaban; pero aunque se hubiera satisfecho completamente á las mas exageradas exigencias de los mismos Diez y Seis, nada hubiese valido todo esto, si no se obtenia el consentimiento del duque de Guisa. Era pues necesario determinarse á tratar directamente con éste. Se le preguntó cuales eran sus pretensiones, y él las explicó con igual altanería que en la vispera de las barricadas, sin que el rey pareciese extrañarlas.

Causa admiracion la tranquilidad y sangre fria con que Enrique trataba unos negocios cuya idea sola debiera enfurecerle: retirado en Rouen, pasaba el tiempo en dar fiestas sobre el agua, en juegos y espectáculos, como si el reino todo no estuviese hecho un volcan. Durante este tiempo, correos y ministros iban y venian, de los re-

beldes á él, de la reina madre al Consejo. El rey asistia á este con la mayor asiduidad. Escuchaba impasible las proposiciones mas humillantes para un soberano, tomaba la pluma, anadia, cambiaba, borraba, calculaba, por decirlo asi, su deshonra. De estas deliberaciones salió por fin el famoso edicto de julio, llamado *edicto de union*, calificacion que marca su principal objeto.

En un largo próambulo, el rey da cuenta de los esfuerzos practicados para abolir la heregia: dice que viendo que todos eran inútiles por la obstinacion de los sectarios, está resuelto á hacerles la guerra sin tregua y á no deponer las armas hasta que todos sean destruidos, sin que quede uno solo; que así lo juró solemnemente, y ordena á todos sus súbditos de cualquiera clase, condicion, que lo juren y firmen como él, prometiendo tambien por el mismo acto solemne, no reconocer como rey de Francia á ningún príncipe que no profese la religion católica, apostólica, romana. Este edicto fué jurado por la corte, y registrado por los Parlamientos. El duque de Nevers rehusó varias veces suscribirlo; pero al cabo cedió á las órdenes terminantes del rey, su pena de ser tachado de desobediente.

Desde aquel momento empezó la ejecucion de los artículos concertados de antemano. El duque de Guisa fué declarado generalísimo con absoluta autoridad sobre los ejércitos. Los liguistas hicieron entrar tropas suyas en las plazas fuertes que les habian sido abandonadas por algunos años. El rey retiró de varias ciudades y provincias sus gobernadores y fieles comandantes, para sustituirlos con los que la santa union habia designado. El duque de Mayena se dispuso á partir á la cabeza del ejército destinado á operar en Laugues contra Montmorency y sus partidarios; pero el duque de Guisa no se apresuró en manera alguna á reunir el que debia guiar contra el rey de Navarra; porque le importaba mucho velar sobre los Estados generales que el rey habia convocado á Blois, para los primeros dias de octubre, y en los que se debia confirmar con el edicto de union toda la autoridad concedida al duque de Guisa.

Los favoritos del rey, entre ellos Epernon, no habian esperado para salir de la corte á verle á discrecion de sus enemigos. Se fueron llevos de despecho por la debilidad de su amo, y Epernon especialmente, hombre de valor y teson, desafió hasta en su desgracia al partido opuesto: poco faltó para que fuese victima del odio de Villeroy. Este ministro, sea abusando de su propia autoridad, sea porque la obtuvo del rey en un momento de mal humor contra su favorito, dió orden á los habitantes de Angulema para que le arrojasen de su ciudad. Epernon, no teniendo consigo mas que veinte hombres desprovistos de todo, se retiró al castillo, que estaba abierto por todas partes; y despues de haber resistido treinta horas los ataques de toda la ciudad, salió por fin de este peligr con gloria, y no sin escribir al rey quejándose amargamente. Este príncipe lo contestó que habia ordenado á los habitantes de Angulema la cogición, á fin de que lo trajeran á su presencia, y él pudiese tratarlo como á su propio hijo. Si no conociésemos bastante á los grandes que opinan que cualquiera excusa de su parte es demasiado buena para sus inferiores, se creeria que Enrique habia querido añadir el escarnio á la injuria.

No tardó mucho tiempo Epernon en ser vengado. Despues de publicado el edicto de union, el rey á ruegos de la reina madre, tuvo una conferencia con el duque de Guisa. Nada se trató en ella de negocios, como si el reino estuviese en la mayor tranquilidad: en seguida sin ninguna razon aparente despidió Enrique los cinco ministros que componian su consejo principal, y eran: Villeroy, el conde de Epernon, el conde de Choisy, el conde de Brulart y Belliévre; pues en su lugar, mandó llamar Rusé y Revol, hombre nuevo en los negocios, pero muy afecto á su persona y modelo de probidad: tampoco conservó de sus cortesanos mas que aquellos cuya fidelidad le era conocida, y que eran diestros para un golpe de mano. La reina madre continuó asistiendo al Consejo; mas no se volvieron á tratar delante de ella sino los asuntos de poca consecuencia.

Estos cambios nada dieron que pensar á los liguistas, quienes los consideraron efectos de la natural volubilidad del rey. Guisa se alarmó tanto menos, cuanto que el tiempo que Enrique empleaba aparentemente en renovar su corte y su Consejo, lo empleaba él en hacer nombrar en las provincias para diputados á los Estados generales personas que le fuesen perfectamente afectas. De esta última tentativa dependian su fortuna y su vida, pues habia llegado al término fatal de donde no se puede retroceder, y donde es preciso vengarse ó morir; pero si la audacia de la empresa le inspiraba necesariamente algunos temores, un conurso de circunstancias favorables que rara vez se ven en las revoluciones, venian á tranquilizarle. Jamás gefe alguno de partido tuvo mas bellas esperanzas. Viniendo Guisa á Blois á combatir á su rey y destruir su poder, ó bien á participar de éste para reducir despues á aquel á la nada, contaba con casi tantos partidarios celosos como diputados habia en los Estados: cómplices en la mayor parte de su rebelion, temblaban por sí mismos si el duque sucumbia, y estaban por consiguiente interesados como él en el buen éxito. ¿Qué podian contra un número tan

grande algunos súbditos fieles, demasiado convencidos de la impotencia del monarca, cuya conducta llevaba siempre el sello de la timidez que inspira la desconianza de sus propias fuerzas? Tampoco habia que contar con los príncipes de la sangre. Los que entre ellos eran católicos, como el cardenal de Borbon, Carlos, su sobrino, cardenal de Vendome, hijo del príncipe de Condé, y sus dos hermanos el príncipe de Conti y el conde de Soissons, que entonces sollicitaban la absolución del Papa, el duque de Montpensier y el príncipe de Dombes, su hijo, eclipsados todos por el duque de Guisa, no tenían crédito alguno entre los ligustas; en fin, el rey de Navarra, heredero presunto de la corona, pero tildado de herejía, no osaba comparecer en una asamblea compuesta de sus enemigos; asamblea, sin embargo, convocada en toda regla, á cuya cabeza estaba el rey, y depositario del poder del Estado, y cuyos decretos soberanos iban á decidir de la suerte del trono.

Guisa no habia omitido ninguna de las precauciones que debían hacerle favorables las deliberaciones. Con una sola palabra podia sublevar á Paris, la Brie, la Picardía, la Normandía, el Soissonado, la Borgoña y el Orleansano, provincias que rodean la capital: en las demas tenia á su devoción las principales ciudades, un número grande de partidarios en la primera nobleza, magistrados en todos los tribunales, los obispos y arzobispos, multitud de doctores, curas y religiosos de diferentes órdenes, toda la sociedad de los jesuitas y un pueblo innumerable, que el fanatismo podia convertir en un momento en soldados.

La apertura de los Estados se hizo el 16 de octubre en el salon del castillo de Blois. El ceno lenia allí ciento treinta y cuatro diputados, la nobleza ciento ochenta y el tercer estado ciento ochenta y uno. Como mayorlomo mayor del rey, el duque de Guisa cumplimentó en la primera sesión: el historiador Mathieu nos pinta de la manera siguiente el brillo de esta escena. «Habíendole entrado los diputados, y cerrado después la puerta, el duque de Guisa sentado en un sillón, vestido con un traje de raso blanco, la capilla echada atrás, paseando sus miradas por toda la asamblea, para reconocer y distinguir sus servidores, fortificarlos con ellas en la esperanza del adelantamiento de sus designios, de su fortuna y grandeza, y decirles, en fin, sin hablar, bien os veo, se levantó, y después de una reverencia, seguido de doscientos gentiles-hombres y capitanes de la guardia, salió á buscar al rey, que entró lleno de magestad con sus insignias al cuello.»

Enrique, que representaba maravillosamente en estas ocasiones, pronunció un elocuente discurso sobre el mantenimiento de la religión, el alivio de los pueblos, la reforma de los abusos, la fidelidad debida al soberano, y el alejamiento de toda liga y cabala, objetos todos que debían ocupar á la asamblea; en fin, habló como monarca y como padre. Si algo se le pudiera reprochar, sería sin duda demasiada indulgencia para con los ligustas; estos, sin embargo, se creyeron insultados por algunas de sus expresiones; y como se supiese que el rey haría imprimir su discurso, el arzobispo de Lion amigo íntimo de Guisa, llevó la audacia hasta el punto de pedir al monarca la supresion de aquellas palabras, amenazándole en caso contrario con el resentimiento de todo el partido: primera insolencia que hizo compenetrar á Enrique lo que debía esperar en adelante.

Por célebres que parezcan estos segundos Estados de Blois, solo la catástrofe es interesante en ellos. Thou hace notar que todas las asambleas se asemejan en el fondo; que con las intenciones mas opuestas los miembros de ellas hablan siempre el mismo lenguaje, y que se pone pur prestado el bien público, por mas que el partícular sea el único punto de mira. Este congreso tuvo además con los anteriores la semejanza de que se hicieron muchas proposiciones, sin resolverse otra cosa que declarar el *edicto de union*, ley fundamental del reino: el rey juró públicamente observarla, é hizo á todos los diputados prestar el mismo juramento. A fin de conciliarlos mas y mas la benevolencia del Papa, el duque, á pesar de que importaba muy poco, propuso la aceptación del concilio de Trento; mas en el seno mismo de los Estados se suscitó una oposicion, que salvó al rey del embarazo de rehusar la medida indicada: no fué tan feliz en el asunto del rey de Navarra y del duque de Saboya.

Los Estados habian formulado una petición para que el navarro fuera esplicitamente excluido de la corona, aunque ya lo estaba implícitamente por el *edicto de union*. En respuesta á esta demanda, el rey transitó á los Estados una protesta del príncipe, en queja sobre todo de no haber sido oido; pero estos rehusaron tomarla en consideración, fundándose en que ademas de la necesidad de tal medida para el mantenimiento de la religion, el rey de Navarra habia sido requerido varias veces por el Papa inútilmente, y declarado hereje relapso. Obligado á ceder á estas razones, el rey prometió el *edicto pedido*, no esperarlo ya su sustracción á esta asistencia, sino por medio de dilaciones pretestadas. Por lo que hace al duque de Saboya, aprovechándose este príncipe de la situacion de impotencia, á que la Francia estaba reducida, acababa de apoderarse del marquesado de Saluces. Aliado secreto del duque de Guisa, quien

por confesion propia creyó deber comprar su apoyo con tal condescendencia, concibió y llevó á cabo esta atrevida empresa. Con semejante novedad, el honor patriótico pareció despertarse en el corazón de los franceses de todos los partidos; y así indistintamente se demandó venganza. El rey creyó ver una ocasion natural de distraer los ánimos, y pidió dinero para hacer la guerra al usurpador. El duque de Guisa, á pesar de sus estrechas relaciones con el de Saboya, se guardó bien de oponerse directamente á la indignacion que estallaba contra él, pues hubiera podido arrancársele la máscara; pero supo utilizar hábilmente de las circunstancias. Si no pudo impedir los aprestos hostiles contra la Saboya, obtuvo al menos que la guerra contra los hugonotes no fuese menos viva, y al mismo tiempo se obligó al rey á una reduccion considerable de los gastos públicos. Enrique conoció que se le queria limitar á lo imposible, y llevado así á la estremidad resolvió acabar de una vez con las contemplaciones. Supo por los parientes cercanos del duque que éste andaba en maquinaciones importantes. Sea por indiscrecion, sea por celos, escapáronse algunas indicaciones de los lábios del de Mayena, su hermano. Se sabia además que no perdonaba medio para hacerse partidarios, ofreciendo empleos, puestos y gobiernos á los que queria atraerse, como si efectivamente fuese él el dueño. El mariscal Amont contó al rey una conversacion que habia tenido con el duque, quien no habia ocultado ni su descontento ni sus proyectos.

Quejábase de que al mismo tiempo que se acumulaban sobre él los títulos de generalísimo de los ejércitos y de mayorlomo mayor del rey, la corte los hacia ilusorios, dando á otros el mando de las tropas. Era preiso pues, decia él, que los Estados mismos le nombrasen condestable, á fin de que revestido de esta autoridad independiente, pudiese procurar el bien de la religion hasta contra la voluntad del rey, si era menester. Conjuró al mariscal que le secundase en este intento, prometiéndole en recompensa el gobierno de Normandía. Viendo que Amont oía con frialdad esta proposicion, Guisa saca un puñal, y desnudándose el brazo hasta el codo, quiere abrise una vena y firmar con su sangre la promesa que acaba de hacer. El mariscal le oye, y termina la conversacion guardándose tras ciertas frases generales de urbanidad.

Guisa, en su calidad de generalísimo, pedía quejando como la que habia tenido el rey, cuando siendo duque de Anjou, fué nombrado bajo Carlos IX lugarteniente general del reino. Negada tal demanda, se quejó y aun llegó á amenazar el demandante. El rey no queria conservar Orleans á la *Santa Union* para plaza de seguridad. «Yo sabré conservarla bien á pesar suyo,» dijo el duque con insolencia. La duquesa de Montpensier, su hermana, profierá las frases mas inconsideradas por igual causa. De ordinario llevaba pendiente de su cintura un par de tigas de oro. «Servirán, decia ella, para hacer la corona monacal á Enrique, cuando se le confine á un monasterio.»

Sin embargo, algunos amigos del duque no podian ver sin estreñerse su excesiva audacia y la no menor paciencia del rey. Exhortábale por lo tanto á no abusar de su fortuna, y le representaban el gran peligro á que sus empresas temerarias iban á esponer á su mujer y á sus hijos, que eran de tierna edad. «Privado, respondió él, en edad aun mas tierna de un padre que me acababa de robar con mi hermano á todos los tiros de los enemigos de mi casa, y he dejado por eso de elevarme, de reunir los restos de la fortuna de un padre tan grande y aun de vengarle! Pongo en manos de Dios, que me ha protegido hasta ahora, el cuidado de conservarlos; pues no los he engendrado para que turben mis proyectos. Si la muerte viene á arrebatarme antes de que lleguen á edad madura, que se labren ellos mismos su fortuna como yo me he labrado la mia, y que se muestren con su conducta dignos herederos de los que les han dado el ser.»

Por otra parte Guisa, después de haber escapado con bien de las empresas de San Mauro y de Paris, que debían serle tan fatales, no podia persuadirse de que Enrique fuese capaz de ninguna resolusion; de suerte que habiendo encontrado dentro de su servilleta un billete, en que un desconocido le daba parte de los designios del rey, el duque escribió con la mayor seguridad al pie: «No se atrevera,» y arrojó el papel debajo de la mesa. Contaba tambien con el numeroso séquito de amigos fieles que jamás le abandonaron, ni aun cerca del rey, quien en medio de esta tropa se hubiera encontrado prisionero, mas bien que el mismo á quien él quisiera prender.

Alas precisamente de la debilidad vestida con el manto de la autoridad es de quien debemos desconfiar. ¿Qué no puede el que tiene el derecho de mandar cuando lo quiere eficazmente? Su impotencia aparente es para él una nueva arma por la presuntuosa confianza que inspira á su enemigo; y cuanto mas tiene que temer, menos consideraciones guarda con la victima de sus resentimientos. Si el duque de Guisa hubier sido menos temible, sin duda Enrique, que no era sanguinario, se hubiera contentado con hacerle prender. ¿Y qué no hubiera podido esperar el preso de la lentitud de un pro-

ceso? Y adorado como era de sus partidarios, que componían la mayoría de los habitantes del reino, ¿quién no hubiera podido ejecutar una vez rotas sus cadenas? Húbose pues de jurar su muerte, y á ella sirvió de estímulo su mismo prestigio.

Inútil es entrar en la relación de las precauciones tomadas para instruir á los asesinos, animarlos, colocarlos y disfrazar todos los pasos que pudieran infundir sospechas. El rey avisó al duque de que deseando tener todo el día libre, celebraría consejo por la mañana muy temprana el 23 de diciembre. Teniendo que no asistiese, se le ofreció que en este consejo se decidirían dos asuntos muy interesantes, no para él personalmente, sino para dos amigos suyos, á quienes deseaba servir, á fin de adquirir otros con la ostentación de su preponderancia.

A su llegada rodándole los guardias del rey, que le acompañan, sombrero en mano, hasta lo alto de la escalera, suplicándole que como mayormente mayor les haga pagar sus sucultos atarados. A vista de esta tropa sumisa, la escolta del duque se para y dispersa. Ciérrase la puerta de la sala del Consejo así que Guisa entra en ella, y los guardias vuelven á sus puestos, impidiendo cuidadosamente que le lleguen los avisos que con frecuencia le son dirigidos. Apenas se vió el duque dentro, sea por indisposición natural, sea por temor, hijo de la reflexión, se puso pálido, y le dió una congoja, habiéndose repuesto con algunos confortativos. En el instante de recuperar sus fuerzas, se le manifiesta que el rey desea hablarle en su gabinete: entonces salta con la mayor amabilidad á la asamblea, sale de la sala, entra en la cámara del rey que estaba con ella, y desde allí se dirige al gabinete; pero al abrir su mampara, un asesino agarra con una mano la garnición de su espada, y con la otra le hunde en el pecho un ahuco pual, y otros satélites le hieren en la cabeza y en el vientre, teniendo que llevar coraza. El duque lanza un gran suspiro, y haciendo un esfuerzo se desembaraça de sus manos. Entonces con los brazos estendidos, la boca abierta y los ojos casi apagados corre hasta el otro extremo de la cámara; pero apenas le toca uno de los cómplices, cae y espira. El cardenal de Guisa, su hermano, y Pedro de Espinac, arzobispo de Lion, que se encontraban en el Consejo, oyen el ruido y quieren ir á su socorro; pero ya no era tiempo. Se les arresta de parte del rey, así como á la madre del difunto, á sus hijos, á sus parientes cercanos, al viejo cardenal de Bourbon y á los principales partidarios del duque, que estaban en el palacio y en la ciudad. Enrique huyó acto continuo á la habitación de su madre, que se hallaba en la cámara, fingiendo la enfermedad que le condujo poco á poco á la tumba. Ya no existió el rey de Francia, la diadema y de hoy mas yo soy el verdadero rey.—¿Habeis hecho morir al duque de Guisa? repuso ella suspirando. ¡Dios quiera que esta muerte no os haga rey de nada! Está bien acordado, hijo mío; ahora es preciso coser. ¿Habeis tomado bien vuestras medidas? El rey la suplicó que se tranquilizase, y marchó á presentarse al pueblo.

Enrique tuvo una larga conferencia con Morosini, legado del Papa, hombre de carácter dulce y prudente, que, encerrándose en los deberes de su empleo, se limitó á exhortar al rey á sostener la religión, sin vituperar ni alabar la muerte de Guisa. Esta moderación por parte del legado hizo creer al rey que la muerte del cardenal de Guisa sería indiferente á la corte de Roma. Era el cardenal mirado por un hombre tan pernicioso como su hermano, y por turbulento, irracundo y capaz de inspirar á todos los corazones el deseo de venganza que animaba al suyo. Su muerte pues fué también decidida.

Encerrado en una habitación alta con el arzobispo de Lion, ambos habían pasado en oración el día y la noche que siguieron á la sangrienta catástrofe. En la mañana del 25 fueron separados, creyéndose ambos condenados á sufrir. No fué de larga duración la duda del cardenal; bien pronto supo que no le quedaba mas que un instante de vida. Entonces hincóse de rodillas, encomendó su alma á Dios, y cubriéndose la cabeza exclamó: «Despenad vuestra comisión.» En el mismo instante los soldados le mataron con alabardas. Los cadáveres de ambos hermanos fueron envueltos en cal viva con los vestidos que llevaban para que se consumiesen, teniendo que los liguistas los convirtieran en reliquias.

Estos homicidios hubieran sido decisivos, si el rey hubiera sabido armarse de rigor y anodiar el fanatismo por medio de la autoridad en vez de arrancarle algunas ciudades; pero como si el esfuerzo que acababa de hacer derribando la cabeza del gefe, hubiese agotado sus fuerzas, no tardó en recaer en su languidez ordinaria. Las disposiciones dadas sin energía fueron blandamente ejecutadas. La mayor parte de los prendidos en el momento de la matanza se escaparon. Y otros fueron puestos en libertad por órdenes emanadas de una bondad escesiva. Ya no quedaban mas que el jóven príncipe de Joinville que tomó el nombre de duque de Guisa, y el viejo cardenal de Bourbon, cuyo nombre era mas temible que su persona. El rey se vió obligado á rescatar estos dos prisioneros de manos de aquellos á quienes había confiado su custodia, y que seducidos por el dinero de los liguistas pusieron á precio su fidelidad á

su soberano. Por una sola hora se escapó el duque de Mayena, para cuya prision se mandaron emisarios á Lion. Púsose á salvo en su gobierno de Borgona, indeciso por el momento sobre el partido que debía tomar; pero tranquilizábase cuando averiguó lo que pasaba en Paris.

Sipose en esta ciudad el 23 por la tarde la muerte del duque de Guisa. Es imposible describir el efecto que produjo tal noticia. Lágrimas, sollozos, gemidos, dolor siniestro y silencio, todo lo que caracteriza á un pueblo consternado se contemplaba en las acciones y en los semblantes de los parisienses. Acercábanse unos á otros con aire lígubre; abrazábanse sin decir nada, arrastrados los ojos de lágrimas y oprímido el corazón como si se diesen el último adiós. Las iglesias estaban llenas de mujeres que se lamentaban. Los predicadores emulaban al pronto, ó se limitaron á deplorar la desgracia sin hablar de venganza. Los mas celosos liguistas inciertos y temblando se encerraron en sus casas. Un hombre de autoridad que hubiera aparecido de parte del rey en estos momentos aterrores, secundado por algunas tropas y apoyado por los fieles servidores que había en el Parlamento, en los otros tribunales y entre los principales vecinos, hubiera obligado á los gefes de la facción á desterrarse de su propia voluntad, y el populacho privado de sus consejos hubiera vuelto con facilidad á la senda del deber.

Todo lo echó á perder la indecisión del rey, quien no envió sino un solo negociador. El 25, día de Navidad, repuestos despues de visperas los facciosos de su primer aturdimiento se reunieron en la casa consistorial. Viéndose allí quizá contra lo que ellos mismos esperaban, pronunciaron no ya en gemidos dolorosos por la pérdida de su gefe, sino en invectivas contra el monarca. Los Diez y Seis tanto mas temibles cuanto mas cercanos habían estado al peligro, empaparon á esta asamblea rodeados de satélites, á quienes inspiraban todo su furor. Sedientos de venganza parecían no buscar sino victimas. Harlay, primer presidente y otros magistrados corrieron á la reunion, impulsados por el deseo de la paz. Los rebeldes les miraban con ojos feroces, y estaban dispuestos á hacerlos pedazos á la primera palabra de conciliación que pronunciasen. Fúides, pues, forzoso acceder á las aclamaciones del populacho, que nombró gobernador de Paris á Carlos, duque de Aumale, primo carnal del de Guisa. En el momento mismo el nuevo gobernador levantó un ejército para socorrer á Orleans, que se había sublevado como Paris y que el rey estrechaba con vigor. Hé aquí la rebelion consumada.

En el interin Enrique cerraba tranquilamente los Estados en Blois, y tributaba á su madre los honores fúnebres. Catalina de Médicis que tanto ruido había hecho con el discurso de su vida, murió casi sin que nadie se aperchiese de ella: todo el mundo estaba bastante ocupado en sus propios negocios. Sobrevivió á tres de sus hijos, y vió el cetro próximo á escaparse de las manos del cuarto. Catalina tuvo la suerte de todos los que quisieron observar exacta neutralidad entre los ánimos acalorados por opiniones contrarias: es decir, que desagrado á los unos y á los otros. Todos se pusieron de acuerdo para acusarla de irreligion; los católicos, porque no mostraba tanto celo como ellos hubieran deseado; los calvinistas porque no los dejaba extenderse. Los liguistas la encontraban demasiado propicia á las pretensiones de su hijo en favor de los Borbones, y á su vez estos la creían demasiado entregada á los príncipes de Lorena.

Efectivamente hubo en ella esta vacilación de deseos segun las circunstancias. Menos política que intrigante, no tenía sistema de gobierno fijo y determinado: de aquí sus variaciones perpétuas atribuidas á malicia del corazón. Tuvo un defecto mucho mas pernicioso en las personas que gobernaban, propio de las débiles, el de enzanar y faltar á su palabra. Decían que al morir ilustrada sin duda por una experiencia tardía, aconsejó á su hijo que se atragese los príncipes de la sangre escencialmente al rey de Navarra, como el mas interesado en serle fiel. Enrique pareció pensoso de la muerte de su madre, y dispuso que se le hiciesen funerales bien pomposos en verdad, atendidas las circunstancias en que él se encontraba.

Los Estados concluyeron el 16 de enero con discursos llenos de todas las galas de la elocuencia. Jamás, segun Thou, se oyeron discursos mas estudiados; jamás se avanzaron mas grandes máximas; jamás se discurió con mas solidez; jamás se hizo uso de estilo mas lisongero; jamás en fin, en medio de la paz mas profunda asistió Enrique á un acto con mas tranquilidad. Había tenido cuidado de que se confirmase el *edicto de union* como ley del Estado, y de que lo jurasen nuevamente los diputados: les exhortó á cada uno en particular á que llevasen á sus provincias sentimientos de paz y que los inspirasen á los demas. Todos lo prometieron y se separaron muy contentos de libertarse de una asamblea tumultuosa, á la cual los últimos sucesos habían privado de toda coherencia. Los liguistas estaban impacientes por pasar á Paris, á donde les había ido á esperar Mendoza, embajador de España. Este minis-

tro, viendo al rey perderse por sí mismo, y conceptuándose ya inútil cerca de un hombre á quien su propia debilidad era mas dañosa que todos los lazos que se le tendieran, abandonó la corte sin despedirse y volvió á Paris, de donde debían salir las llamas que abrasasen el reino entero. Pronto le siguió el duque de Mayena, y ambos al llegar encontraron esta ciudad mas afectá á su partido que lo que esperaban.

Si se quiere saber á qué genero de sucesos puede entregarse un populacho desenfadado, es preciso leer en los autores contemporáneos: en él encontraremos una mezcla de furor y de ridiculo que inspira indignación y lástima. La muerte del cardenal de Guisa abrió un vasto campo á las declamaciones de los predicadores. El asesinato del duque merecía bien en su opinion el poco afecto del rey á la Santa Union, pero el asesinato del obispo era un atentado manifiesto contra la religion. Ya no habia pues que dudar; Enrique de Valois, nombre que ellos dieron al rey en lo sucesivo, era herege. Los católicos debían unirse para tomar venganza de su crimen, y emplear en ello si era menester hasta el último maravedí de su bolsá y la última gota de su sangre. Jurado todos, exclamó el fogoso Lincestre desde el púlpito de San Bartolomé: jurado todos conmigo y levantad la mano en señal de vuestro juramento. Y como viese al primer presidente Harlay sentado y con los ojos bajos en actitud tranquila, sin que pareciese tomar parte en su arranque, tuvo la audacia de apotrofiarle en estos términos, obligando asi al magistrado á seguir el ejemplo de las demas: Levantad tambien la mano, señor presidente, y levantad vuestro martir! gritaba en su entusiasmo un religioso que predica en presencia de la madre de Guisa: — Oh santo y glorioso martir! bienaventurado el vientre que le condujo y los pechos que le alimentaron. •

No habia iglesia en que no se celebrasen exequias en su honor; no habia cuerpo, asociación, comunidad ni cofradía que no procurase señalarse en el lujo de estos deberes lúgubres por medio de cualquiera rasgo de singularidad en obsequio de los dos hermanos: se pronunciaba su oración fúnebre y se esponía á las puertas de las iglesias el cuadro de su pretendido martirio. Sobre los mismos altares en que se celebraba el santo sacrificio por los Guisas, tenían algunos la impiedad de colocar imágenes de cera que representaban al rey: durante la misa las pinchaban en diferentes partes del cuerpo y por último en el corazon, á fin de que succumbiera este principe por consunción mediante estas conjunciones mágicas.

Recorrian las calles procesiones de niños, y se celebró una general compuesta de cien mil que salieron del cementerio de los inocentes y se dirigieron á Santa Gertruda, llevando cada uno un cirio amarillo que apagaban al entrar en la iglesia, pisándolo y gritando con todas sus fuerzas: Dios extinga la raza de Valois! Luego hubo otras procesiones compuestas de personas de ambos sexos, «de mas edad», dice el buen autor del diario de Paris, de hombres y mujeres, todos en camisa, de manera que jamás se vió una cosa tan bella. •

Ocurrían en estas procesiones desórdenes que obligaron á los curas á prohibirlas. El duque de Aumale, gobernador de Paris, y otros jóvenes á ejemplo de este gefe, daban el brazo á casadas y solteras indecentemente vestidas, con las cuales se divertían riendo y jugueteando. Aumale arrojaba en las iglesias por medio de una cervatana confites aromáticos á las señoritas que conocia, y las daba dulces durante las procesiones. Los confesores trabajaban con ardor en el tribunal de la penitencia por extinguir en el corazon de los fieles toda fidelidad al rey, y como encontrasen con frecuencia curas obstinados que desearan ver garantida su desobediencia con la otra autoridad que la del confesor, imaginaron en favor de su intento la Facultad de Teología haciéndola hablar en favor de su intento.

Esta respetable corporación que fué tantas veces el baluarte de la fe, no estaba ya al abrigo de las intrigas que se formaban por dominarla como á las demas corporaciones. Los sabios poco habituados al tumulto tan contrario á los hombres de letras, se retiraron viendo que sus esfuerzos eran inútiles, y entonces no es sorprendente que de un tribunal tan indistinto emanaran decisiones que avergonzarían á una asamblea mucho menos discreta. Tal fué el famoso decreto de la Sorbona, dado á consecuencia de una petición presentada en nombre de todos los católicos. La Facultad, respondiendo á cada uno de los artículos de la petición decide: 1.º Que todos los franceses están relevados del juramento de fidelidad que han prestado á Enrique: 2.º Que se puede en conciencia tomar las armas, formar una liga, juntar dinero y recurrir á todos los medios necesarios á la conservación de la religion católica contra los designios de dicho rey, declarando legitimos todos los medios de defensa, desde que Enrique con perjuicio de la religion católica y del objeto de union, ha violado las leyes de la libertad natural con los asesinatos que ha cometido en Blois. La Facultad añade que el presente decreto será enviado á Roma para ser confirmado por el Papa, y suplica á su santidad socorra á la Iglesia de Francia que so

halla en un gran peligro. Apenas se publicó este decreto, el pueblo enfurecido derribó las armas del rey, holló sus blasones, desfiguró sus retratos, mutiló sus estatuas y se permitió contra él las mas groseras injurias.

A la decision debia seguirse la ejecución, y por esto trabajaron los facciosos procurando empujar al Parlamento en la guerra contra el rey; pero lejos de prestar oido á sus pérfidas insinuaciones, esta corporación no se ocupaba sino de procurar medios para restablecer la paz. Viendo que no podían ganarla, los Diez y Seis resolvieron avasallarla. En la mañana del lunes 16 de enero, en tanto que el rey cerraba en Blois los Estados, y que el Parlamento de Paris nombraba diputados que pasaran á la presencia del soberano, el palacio se fue de repente invadido por una multitud armada. Bussy, que de proeudador habia venido á ser gobernador de la Bastilla por nombramiento de la liga, entró en la sala con coraza y pistola en mano. Saca de su bolsillo una lista é íntima á los que vá á nombrar, la órden de seguirle á la casa consistorial, adonde les llama el pueblo. A la cabeza estaba el primer presidente Agulle de Harley y el presidente Thou su cuñado. •Es inútil, interrumpió este, hablar mas: nadie hay que no esté dispuesto á seguir á su gefe. • Todos se levantan al mismo tiempo y gritan con una inmensa multitud de populacho como en triunfo al través de una inmensa multitud de populacho que los vilipendia con gritos insolentes. Al llegar á la casa consistorial, querón ellos detenerse, pero se les hizo pasar adelante hasta llegar á la Bastilla donde se les encerró. Por la noche se dio suelta á los que no estaban en la lista de Bussy, y á otros bajo fianza de sus amigos. Los rebeldes prendieron tambien otras muchas personas distinguidas, sospechosas por su afecto al rey, entre las cuales Thou cita con elogio á Carlos de Choiseul de Praslin.

Tal era la situacion de los negocios en Paris cuando llegó el duque de Mayna. La duquesa de Montpensier que habia salido de Blois algunos dias antes del asesinato de los dos hermanos, habia ido en posta á verle á Borgona para exhortarle á no celebrar con el rey ningun tratado de paz ni de guerra. Asi mostróse el duque inflexible á los ofrecimientos ventajosos del principe. Su primer acto al entrar en la capital, fué crear un Consejo general de la union; y el primero de este consejo fué crear al duque lugar-teniente general del Estado y de la corona de Francia, interin se reunian los Estados generales llamados por la autoridad de los Diez y Seis, que eran por decreto así el consejo particular de Paris. Tan pronto como lograron el decreto de la Sorbona, se apresuraron á enviarlo á Roma, y los agentes del populacho liguista, el duque de Mayena agregó otros mas capaces, para contrarrestar á los que Enrique enviaba por su parte al soberano Pontífice. Era este Sisto V, papa inflexible sobre las inmunidades eclesiásticas y sobre todo lo que él era derechos de la Santa Sede. El Papa oyo sin emocioin aparente la muerte del duque de Guisa, pero la noticia de la del cardenal hizo estallar todo su furor.

Autores hay que atribuyen á la cólera de Sisto V otra causa que su afecto á las maximas de su corte. Dicen que habia convenido con el duque de Guisa en dar al principe de Joinville la mano de una de sus sobrinas; que se pretesto de su inclinación á los hereges, el Papa habria declarado á Enrique despojado del trono; que se le hubiera nombrado á un monasterio; que el duque de Guisa se hubiera hecho monasterio por los Estados generales lugar-teniente general del reino, y que hubiera en seguida colocado la corona en las sienas de su hijo el principe de Joinville. Tal fué poco mas ó menos el proceder de Carlos Martel, quien por su dignidad de mayordomo de palacio facilitó á su hijo Pepino el Brebe el camino del trono, que el padre no se atrevió á ocupar por sí mismo.

Que realmente se concibiera este proyecto, ó que haya sido inventado solo porque era posible, lo cierto es que el Papa nunca dejó traslucir nada acerca de él. Para justificar su encono contra el rey de Francia, alegaba siempre como pretesto la obligacion que le imponian su puesto y su conciencia de castigar un pecado tan grave, un crimen tan escandaloso como la muerte de un cardenal. Empero no era esta la verdadera causa. Si se hubiese guiado por estos principios hubiera ascedado la justificacion del rey, y si las razones del monarca no le hubiesen satisfecho, no se hubiera resistido á sus instancias, viendo á los embajadores proterrnados á sus pies pidiéndole perdon y absolucion.

Pero en primer lugar, Sisto queria aparecer como extremadamente enfadado, á fin de obtener mas ventajas al dejarse apacar; en segundo lugar no queria tampoco ni apresurar la absolucion ni rebuasarla del todo, á fin de poder determinar segun las circunstancias, de una manera favorable al rey si este llevaba la mejor parte de la contienda, ó de una manera contraria si el triunfo era de la liga. Asi el rey de Navarra que habia penetrado esta politica, decia á Enrique cuando se reunieron: •Contra los rayos de Roma no hay otro remedio que vencer: entonces seréis absuelto incontinent-

ti, no tengais la menor duda; pero si sois vencido quedaréis escomulgado y se os agravará la pena.

La acción era el único medio que convenia á Enrique, no solo por lo que respecta á la corte de Roma, sino para con sus súbditos rebeldes. En lugar de obrar, el rey se contentaba con escribir y enbarrer. Respondía con apologías á los libelos de la liga; especie de escudado por las armas. Durante este tiempo las principales ciudades del reino se sublevaban; de las segundas orden seguían el ejemplo de las capitales; hasta las villas y las aldeas tomaban el mismo partido, y el estandarte de la rebelión tremolaba por toda la Francia.

Ya no quedaban plazas ni provincias que no estuviesen ó subyugadas por los liguistas ó en manos de los calvinistas. La tempestad además rugía hácia París. El duque de Anumale queriendo llevar socorro á Orleans estrechado por el rey, habia sido batido; pero á pesar de este primer triunfo, Enrique perdió esta ciudad y el duque de Mayena estaba pronto á presentarse con un ejército mas temerario. El resto del Parlamento que tenia á su cabeza al presidente registró durante la prisión de sus principales miembros, acababa de registrar y robustecer con el sello de la autoridad pública, el título de lugar teniente general dudo á Mayena por el Consejo general de la union. Es verdad que Harlay de Sancy, primo carnal del primer presidente, traía en socorro del rey un ejército de suizos levantado á su costa; pero no debían llegar tan pronto estas tropas, y era posible haber retirado casi sin fuerzas con los fugitivos del Parlamento de París, del tribunal de Cuentas y de otros tribunales superiores, que el rey declaró ser los solos legítimos, anulando todo lo que en adelante se hiciera por los que quedaron en París. Esta crítica posición dio lugar á la negociacion entablada con el rey de Navarra.

Mientras tenían lugar los Estados generales en Blois, celebraba en La Rochela este príncipe una asamblea de iglesias protestantes, en que se acordó continuar la guerra. Borbon sin embargo habia escrito á los Estados proponiéndoles ciertos expedientes que podían conducir á la paz, pero ni aun se habia leído su carta. Púsose pues Saintonge, siempre embarazado por el duque de Nevers que el rey por parte de liguistas, que diariamente le abandonaban, no podia impedir que el navarro alcanzase sin cesar algunas ventajas que le permitian ir ganando terreno.

Una peligrosa enfermedad interrumpió sus hazañas. Viéndose reducido al último extremo y próximo á bajar á la tumba, este magnánimo príncipe no tenía otro pesar que el de no poder librar de la opresión á todos los franceses que gemían bajo el yugo de la liga; pero Dios lo conservó á la Francia. Pocos dias antes de caer maló era demasiado grande para hacer un triunfo de la desgracia de un enemigo tan estimable por muchos conceptos, y demasiado sincero, para no confesar cuanto le aliviaba la desaparición de un adversario tan temible.

Tratóse entonces de trazar un plan de operaciones análogo á las circunstancias. El duque de Nevers habia sido llamado al socorro del rey, y Borbon viéndose libre del ejército que le hostigaba, concibió el proyecto de poner sitio á Sautes y á Brouage. «No es malo eso, le dijo el fiel Moray, si es cosa de que nos volvamos viejos en estos pantanos; pero si se trata de que seáis un dia rey de Francia, es preciso que llevéis vuestras miras á otra parte. El mas corto de los dos sitios os ocupará dos meses, durante los cuales la Francia es perdida. Pero poned en campaña con todas vuestras tropas y cañones, acometed empresas, volvedos hácia el Loira, atacad plazas como Saumur y otras; el rey estrechado por ambas partes no podrá determinarse á tratar con Mayena, teniendo aun las manos tintas de la sangre de sus hermanos, y se verá obligado á arrojarse en vuestros brazos.» Así sucedió.

Era en verdad menester haber llegado á un apuro tan crítico como el á que se veía reducido Enrique III para determinarle á acordar siquiera una tregua con los herejes, cuando acababa de prometer por el efecto de union no entrar jamás en composiciones con ellos. Con el intento de acelerar esta union, el rey de Navarra publicó disposiciones. Después de las mas sinceras protestas de cariño al rey y á la Francia, deploraba en términos enérgicos su desgracia y decía, que jamás hubiese yo sido capitán, puesto que mi aprendizaje me enseñó la paz y el reposo de su reino y el mio... Se me ha roto en la garganta... Si deseáis simplemente mi salvacion, os doy las gracias; si deseáis mi conversión, por el temor que tengo de que un dia os obligu; yo á mi vez, estais muy equivocados. En seguida or-

donó á los católicos que hablen y depongan contra él, si jamás les ha maltratado; después protesta continuar teniendo en lo sucesivo los mismos miramientos.

Las promesas del rey de Navarra, cuya sinceridad no era sospechosa, hacían inclinár en la corte todos los ánimos á favor de la reunion, excepto el de Enrique III, quien no podía persuadirse de que una fuerza de dinero, dignidades y ofrecimientos de toda especie, no pudiese desarmar al duque de Mayena. Echó mano para esto hasta del legado mismo, Morosini, prelado lleno de fe y buenas intenciones; pero que fracasó en sus tentativas. Enrique dejaba al duque dueño de las condiciones: se ligaba, se contentaba, se sometía á todo, con tal de que se despusiesen las armas. Sus proposiciones fueron duramente rechazadas. Se acusó á Mayena de haber respondido: «Jamás perdonaré á ese miserable.» Los buenos franceses recibían desprecio á vista de la debilidad del rey. Por fin se logró decirle á que no se humillase mas ante enemigos insolentes, y á que llamase al rey de Navarra.

El duque de Epernon que se habia hecho amigo de Borbon durante su desgracia, y que acababa de volver á la corte con todas las muestras del antiguo favor, contribuyó en gran manera á esta reunion; pero quien mas eficazmente trabajó por ella, fué Diana, hija legítima de Francia, duquesa de Angulema, hermana natural de Enrique III, y viuda de Horacio Farnesio y de Francisco de Montmorency. Esta princesa que habia distinguido siempre al rey de Navarra con un afecto particular, hasta le habia advertido varias veces de los lazos que le tendían. En esta ocasion se sirvió útilmente del crédito quele daban sus servicios á Borbon y el ascendiente sobre su hermano, para establecer la confianza y el asentimiento sobre sus condiciones. Las condiciones fueron obra de los ministros de ambas partes.

Reducianse dichas condiciones á tres: que habría tregua entre los dos reyes por término de un año desde el 5 de abril; que harían juntos la guerra al duque de Mayena; que el rey de Navarra tendría para su seguridad la ciudad de Saumur, paso importante sobre el Loira. Este último artículo encontraba algunas dificultades: el rey de Francia no queria desprenderse de una plaza tan considerable y propia en cambio el Pont de Ce, cerca de Angers; pero el desorden que reinaba entonces contribuyó á terminar este debate. Pese á que los gobernadores de sus plazas, las miraban como de propiedad suya, de suerte que cuando el rey queria recuperarlas, costumbre sirvió de no haberse á buen precio. El conocimiento de esta quiebra avisaron al gobernador de Pont de Ce que el rey tenia necesidad de su castillo. Fácil es de comprender que el gobernador puso á su dimisión un precio exorbitante. Al mismo tiempo se hizo pasar dinero á manos del de Saumur. A condición de que se mostraria dócil cuando el rey viniese á tratar con él; y en efecto, viendo Enrique que este gobernador era menos exigente, cerró su trato con él.

Estando todo acordado y firmado, el rey pidió aun quince dias para publicar su conformidad, esperando obtener durante este plazo algunas condiciones aceptables del duque de Mayena, cerca del cual trabajaba el legado con mucho ardor; pero este desgraciado príncipe no se desengañó sino cuando se vió á punto de ser acordado por los liguistas en su retiro mismo de Tours. Ya no habia que esperar; al contrario, urgía llamar al rey de Navarra: la entrevista se celebró en el castillo de Plessis les-Tours el último dia de abril.

Si Borbon hubiese escuchado alguno de sus amigos y aun su propia repugnancia, no hubiera puesto su vida en manos de un rey que tantos motivos de desconfianza le habia dado, y por esta timida prudencia quizás se hubiera cerrado á si mismo el camino del trono; mas se arrojó con abandono en brazos de su fortuna, no teniendo en verdad por qué arrepentirse de ello. El mariscal Aumont, guerrero viejo, lleno de probidad y franqueza, servía de mediador en la entrevista y como de garantía le buena fé de parte del rey. Mucho trabajó le costó tranquilizar los recelos de los señores que acompañaban á Borbon, y que nunca creían haber tomado bastantes precauciones. Ya Enrique III empezaba á picarse de tanta desconfianza, cuando el rey de Navarra llegó al parque del castillo, donde Enrique le esperaba pasándose.

De toda su tropa él únicamente traía capa y penacho. Todos tenían banda blanca, y solo él estaba vestido de púrpura con el jubón de terciopelo color de hoja seca, capa escarlata, sombrero gris y gran poncho blanco con una bonita medalla enmedio. Los dos reyes estuvieron mirándose largo rato, sin poderse acercar á causa de anunciando algunas palabras de sumision y respeto, cuyo desorden levantó, abrazó y lloró hermano suyo; en seguida conversaron familiarmente á vista de todo el mundo, y al sobrevenir la noche, Borbon se retiró á su cuartel; mas á la mañana siguiente se presentó en la cámara del rey antes que este se levantase; confianza que



lisongó en estremo á Enrique, y dispó para siempre hasta la última sombra de sus sospechas.

Arrebatado de alegría, el rey de Navarra escribió acto continuo á su fiel Mornay: «Se ha roto la valla, no sin que abundasen las advertencias de que si iba era muerto; pero he pasado el agua encomendándome á Dios.» Mornay le respondió: «Señor, habeis hecho lo que debíais, y lo que nadie debía aconsejaros. En este momento calvinistas y realistas quedaron unidos como hermanos. Veiaese abrazarse, detestar lo pasado, jurarse amistad para el porvenir, y exhortarse mutuamente á emplear contra sus enemigos todas las fuerzas y recursos que les quedaban. En esta cordialidad no se reconocía sino franceses dispuestos á trabajar de comun acuerdo para apagar el incendio que consumía á la patria, su comun madre.»

Estos sentimientos patrióticos empezaban á desportarse hasta en el corazón de los cortesanos. Es de advertir que los primeros que trajeron socorro al rey fueron tres favoritos desgraciados, Souvres, de O y Epernon. Este último había tenido vivas disputas con el mariscal Amont, y Enrique tenia que se renovasen á su vuelta. Advertiendo el mariscal este reparo del rey, fué á encontrarlo y á aconsejarle recibiera al duque. «Olvido, dijo, todo resentimiento hasta que V. M. haya triunfado de sus enemigos; despues, si el duque gusta, ventileremos nuestro punto.» Instruido Epernon de este paso por el rey mismo, fué á casa del mariscal, se escusó de lo pasado, solieció su amistad y ofreció la suya. «Id con Dios, le dijo el viejo guerrero con su acostumbrada franqueza; no deseo otras satisfacciones de vos que las que me dais en este momento viéndots tan sumiso á las órdenes de nuestro amo. Me ofrecis vuestros servicios, que yo acepto, y os ofrezco los míos. Ea, pues, continú, dándole un abrazo, ánimo: embatamos con todas vuestras fuerzas por la gloria del mejor de los amos y por la salud de la patria, cuya ruina han jurado los malvados. Cuando hayamos dado la paz á la Francia, nos disputaremos sobre quién será mas generoso.»

Generales de este temple y soldados animados de los mismos sentimientos con sus gefes, debían ser invencibles. Así lo experimentó Enrique, cuando Mayena, á la cabeza de su ejército y orgulloso con algunos triunfos obtenidos en Vendome y cerca de Amboise, vino el 8 de mayo á desafiarle en su asilo y á atacar los arribales de Tours. Indignado el rey, despiértase de su letargo: da sus órdenes y carga él mismo. En sus actos y palabras se reconoció al momento el venedor de Jarnac y de Montcontour. El navarro no se encontró en esta escaramuzá, porque había ido á acelerar la marcha de su ejército, que había dejado en Chignon cuando pasó á saludar al rey. Sabiendo Mayena que se acercaban los calvinistas, se retiró sin ser perseguido, contento con esta fanfarronada, y se retiró sin recoger otra gloria que la de saquear un arribal, donde sus soldados católicos cometieron toda especie de excesos contra los católicos, sus hermanos. Publicó, sin embargo, relaciones exageradas de esta espedicion para dar ánimo á su partido, cuya fortuna empezaba á vacilar.

No por eso se desengañaban los ilusos ni se estibaba el furor de los sediciosos: al contrario, no había injuria ni calumnia de ningún género que no inventasen contra el rey. Propalaron que Enrique adoraba los *faunos*, cuyas figuras estaban esculpidas en los cauderos de su capilla. En todos los escritos que salían de su pluma se le llamaba tirano y se hacían mil anagramas insultantes de su nombre: se decían en la misa por las tropas enviadas contra él, oraciones que podían pasar por verdaderas imprecaciones contra su persona.

Pero estos escusos no eran ya sino la espresion de una rabia impotente. Los asuntos del rey tomaban un sesgo muy ventajoso. Por algún tiempo se había visto embarazado y dispuesto á huir lejos de París. El triunfo de sus armas en diferentes puntos reanimo su valor. El duque de Montpensier derrotó en Normandía los Gaultiers, nasaron hechos soldados por las vejaciones de la guerra, y de cuya natural ferocidad supo aprovecharse la liga. Los parisienses fueron batidos cerca de Scalis. Montmorency-Thoré se había apoderado hábilmente de esta plaza, cuya posicion interrumpia las comunicaciones entre la capital y la Picardía. El duque de Anmale la sitiaba con tropas muy superiores en número á las que venían á socorrerla. Estas estaban mandadas por Enrique, duque de Longueville. Viéndose en presencia de los enemigos, con una moeística casi sin ejemplo, este jóven gefe llama al valiente La Noue á la cabeza de sus batallones, le aclama general, y escita á los oficiales á que le reconozcan. «Por lo que á mi toca, añadió, le obedeceré como simple soldado.» Todo cedió á los esfuerzos del valor dirigidos por la prudencia.

Los liguistas, á quienes La Noue había hecho creer que no tenia artillería, formaron en la llanura sin valerse de la suya, circunstancia que en gran parte fué la causa de su derrota. Herido el duque de Anmale, se vió forzado á levantar el sitio, y el pequeño ejército realista cubierto de laureles, salió á recibir á los suizos y alemanes que el fiel Sancy había reclutado á sus espensas. Reuniéronse con el rey en Saint-Cloud en los últimos dias de julio. Con esta reunion,

con la de las tropas calvinistas y de la nobleza, que corría en grandes grupos de todos los estremos del reino, Enrique se vió á la cabeza de un ejército de mas de cuarenta mil hombres, intrépidos soldados, gefes aguerridos provistos de armas y municiones suficientes. Cuenta-se que en un arrebatado de gozo por el repentino cambio de su fortuna, pronunció el rey estas palabras, mirando á Paris desde las alturas de Saint-Cloud donde estaba acampado: «Paris, capital de la Francia, pero demasiado robusta y caprichosa, tienes necesidad de una saugría para curarte á ti y á toda la Francia del frenesi que la comunicas. Dentro de pocos dias no verá nadie ni tus casas ni tus murallas, sino solamente el sitio donde hayas estado.» Encontrábase ya embarazado por la primera admonicion que el Papa acababa de lanzar contra él, en la que le amenazaba con excomunion si en el término de sesenta dias no ponía en libertad los prelados presos, y si no hacia penitencia de la muerte del cardenal de Guisa; pero el infortunado monarca no vió el fin de tal plazo.

Paris estaba reducida á la última estremidad: solo un milagro ó un crimen podia salvarla. El duque de Mayena que se había encerrado en esta ciudad, daba, en cuanto se le permitía la sorpresa, todas las disposiciones para realizar una buena defensa: había levantado bastiones, abierto fosos y tirado líneas, tras las cuales contaba al menos con vender cara su vida, porque el pequeño número de sus tropas, incapaces de guarnecer tan extenso recinto, no le dejaba esperanza de rechazar á los sitiadores.

Peró las murallas mal defendidas encerraban predicadores entusiastas, dotados del singular talento de dominar las imaginaciones, y directores hábiles muy a propósito para grabar en los ánimos impresiones útiles á sus proyectos. Veianse tambien la madre y la viuda de Guisa y la duquesa de Montpensier su hermana: las dos primeras interesantes por el aparato del gran luto que las cubria, y por las lágrimas que derramaban; la última, violenta y arrebatada, capaz de sacrificarlo todo á su deseo de venganza. Si el azar presenta en estas circunstancias, un gefe sombrío y melancólico, uno de esos hombres devorados de un fuego secreto que los hace ardientes é inquietos, que tonan á pecho los negocios públicos como si fuesen los suyos propios; que se irritan con el mal éxito, que se complacen en las resoluciones estremas y desesperadas; ¿á qué no podrán arrastrarle las alabanzas, las caricias, las felicitaciones de las personas que estima, cuyo rango respecta y cuya familiaridad le honra? ¿Qué no obtendrán en fin de él las instancias de una mujer amable aun y poco escrupulosa?

Tal nos pintan los autores contemporáneos al dominico Jacobo Clement; tales nos describen las manías y los arduos empleados para impedir que se asesinase lo que cometió. No tenia mas que veinte y dos años, era ignorante, grosero, libertino, y andaba siempre mezclado entre el mas vil populacho, en cuyo seno se jactaba de valiente, repitiendo sin cesar que era preciso hacer la guerra á los herejes, esterminarlos, anonadarlos: de donde sus jóvenes hermanos de religión sacaron motivo para llamarle irónicamente el *capitan Clement*.

Peró no todos despreciaban del mismo modo su frenesi: apoyándose en el abominable principio de que es permitido matar á un tirano, principio predicado entonces en todos los pulpitos y mirado como incontestable, concibió Clement el proyecto de matar al rey. Comunicóselo á su prior y á un veyte religioso, quienes le aplaudieron. Algunos de los Diez y Seis tuvieron noticia del proyecto y hablaron de él á los duques de Mayena y Anmale, que no lo desaprobaban. El designio de Clement llegó á oídos de la duquesa de Montpensier, y esta, segun se dice, quiso verle; le hizo venir á su casa, le animó y fortificó mas y mas en su funesto plan. Para darle mas seguridad, antes que él saliese de Paris, prendió el duque de Anmale mas de cien vecinos de los principales, cuya vida debia responder de la de Clement, caso de que este fuese castigado.

A fin de procurarle un acceso mas fácil al rey, se le proporcionó una carta credencial del primer presidente que estaba encerrado en la Bastilla. Este magistrado se la dió, fiado en lo que le decían personas que creia muy afeltas á Enrique y le aseguraron que el portador tenia cosas muy interesantes que comunicar al rey. El conde de Brienne, prisionero tambien de la liga, engañado por estas imposturas, le dió un pasaporte. Provisito de estos documentos Jacobo Clement salió de Paris el último dia de julio, y no tardó en tropezar con las avanzadas del campo real. Cuando se le detuvo, dijo que tenia cartas que entregar al rey, y en consecuencia fué conducido ante el procurador general Guesle. Pero respondiendo él que no le era permitido franquearse sino al rey mismo, se aplazó la presentacion para el dia siguiente, puesto que ya era demasiado tarde. El malvado cenó perfectamente, respondió con la mayor candidez á las preguntas que se le hicieron, y durmió muy tranquilamente.

En el dia siguiente, primero de agosto, enterado Enrique III al levantarse, de que un religioso le traia pliegos de los prisioneros de Paris y solicitaba hablarle, manda que se le haga entrar, se

adelanta hacía él, toma las cartas, y en el momento en que las estaba leyendo con atención, el asesino saca de la manga un cuchillo que clava en el vientre del rey. Enrique herido lanza un grito, saca con su propia mano el cuchillo, y pega con él al asesino en la cara. En el mismo instante, los gentiles hombres que estaban presentes, arrastrados por un celo inconsiderado, hacen pedazos al asesino, privándose con su muerte del medio de averiguar sus cómplices.

Algunos síntomas favorables hicieron creer desde luego que la



Entrada del duque de Guisa en París.

herida no sería peligrosa, y aun se escribió así de orden del rey á los gobernadores de las provincias; pero ya por la noche fué declarada mortal. Enrique mostró en su última hora todas las disposiciones de un buen cristiano; se confesó, pidió la absolución de las censuras que marcaba la amonestación del Papa y recibió la sagrada comunión. Así que arregló los negocios de su conciencia hizo abrir las puertas de su cámara. Los principales señores del reino rodeaban el lecho del monarca. Este les dijo que su última pena al morir era dejar la Francia en un estado tan triste, y que él amestrado desde la infancia en la escuela de Jesucristo en que había aprendido á perdonar, no deseaba que se vengase su muerte. Exhortó en seguida á todos los asistentes á reconocer despues de él al rey de Navarra, diciendo que solo este tenía derecho al trono, y que no había de reparar en la diferencia de religion, porque este príncipe franco y sincero entraria en el gremio de la Iglesia mas tarde ó mas temprano. Despues haciéndole acercarse, le echó los brazos al cuello y le tuvo largo rato estrechado contra su corazón, levantando los ojos al cielo como en actitud de rogar por él y diciéndole en seguida estas palabras: «Estad cierto, mi querido estado, de que jamás seréis rey de Francia si no os hacéis católico.»

A esta escena tan triste como interesante, toda la asamblea prorumpió en llanto, y solo se oían suspiros y sollozos. Enrique, rey débil sin duda, pero buen amigo y excelente amo, era querido

como un padre de cuantos se acercaban á él. Fué menester una malicia tan profunda como la que abrigaban los gefes de la liga, para hacerle detestable á sus pueblos. Se ha visto en el curso de la historia, como los defectos que no hubieran tenido consecuencia alguna en un particular, arrastraron todo el odio público sobre la cabeza de un monarca hecho para ser adorado de su pueblo. Todas sus acciones tomaron á los ojos del mayor número de sus súbditos el color que querian darlas sus enemigos. En sus devociones solo se vió una ridiculez, en sus liberalidades una profusion, en su paciencia un exceso de timidez, en su política demasiado circunspecta, fraude y mala fe. Se empezó por despreciarle, y se acabó por aborrecerle. Pero en el momento de una muerte tan trágica, la compasion vino á borrar el recuerdo de sus defectos, y nadie tuvo presente sino sus virtudes. Su bondad sobre todo, su afabilidad, aquella dulzura de carácter que abria tan fácilmente su alma á las expansiones de la confianza y de la amistad, su beneficencia natural y otras cualidades estimables contribuyeron á que fuese llorado sinceramente. Enrique tuvo el consuelo de contemplar las lágrimas derramadas por él, y espiró el 2 de agosto en los brazos de sus servidores, cuya afliccion pudo convencerle que sus faltas no le habían enagenado todos los corazones.

## RAMA DE LOS BORBONES.

ENRIQUE IV.

De edad de 55 años y medio.

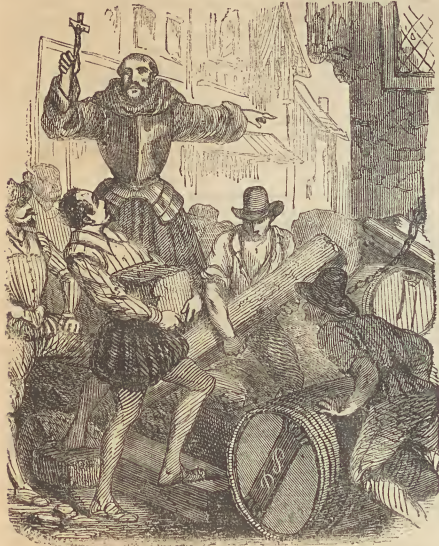
Enrique de Borbon, rey de Navarra, entró en el cuarto de Enrique III en el momento en que este príncipe acababa de espirar. Arrojóse sobre el ensangrentado cadáver y le abrazó con frenesí. Despues levantándose dijo con nuestras de intimo dolor: «Las lágrimas no le resucitarán. Las verdaderas pruebas de afecto y fidelidad consisten en vengarle; por lo que á mi loca sacrificaré mi vida á esta venganza; todos somos franceses, y nada nos distingue en cuanto al deber que todos tenemos que llenar en memoria de nuestro rey y en servicio de nuestra patria.» Varios señores y capitanes se hincaron de rodillas y le besaron la mano para indicar que se comprometian á secundarle. Se propuso levantar un catafalco sobre el puente de Saint-Cloud, hacer desfilar el ejército por delante de él, y que cada soldado jurase sobre el cuerpo del monarca la venganza mas completa; caer en seguida sobre Paris con sus tropas decididas á morir, llevarlo todo á sangre y fuego, degollar los del consejo de la union, los Diez y Seis, y todos los de liguistas, que no menos que el asesino habian hundido el puñal en el seno del rey.

Bien merecido hubieran tenido este tratamiento, todavía demasiado blando por los excesos á que se entregaron cuando supieron la muerte de Enrique III. La duquesa de Montpensier se arrojó al cuello del que le trajo la primera noticia, y exclamó en un transporte de alegría: «¡Ah, amigo mio, seais bien venido! ¿De veras, es cierto? ¿Ha muerto ese malvado, ese pérfido, ese tirano? ¡Dios mio, qué placer! Solo me desazona una cosa, y es que no haya sabido antes de morir, que soy yo quien dirigió el negocio.» En seguida subió á un carruaje con Ana de Este su madre, y se pasó por las calles de Paris gritando, *buenas noticias*, y escitando al pueblo al regocijo. Se encendieron hogueras, y los predicadores hicieron el panegirico de Jacobo Clement que llamaron *Santo mártir*. El populacho acudia presuroso á ver á la madre de este, pobre aldeana que la duquesa de Montpensier habia recibido en su casa. El consejo de la Union la señaló una pension, y los sediciosos oradores de los Diez y Seis tuvieron el descaro de aplicarla como á la madre de los Guisais las siguientes palabras de la Escritura: «Bien aventurado el vientre que te conlujó y los pechos que te alimentaron.» Sisto V cubrió de elogios en pleno consistorio el horroroso crimen del parricidio. Llegó hasta el punto de compararle por la utilidad á la encarnación y á la resurreccion del Salvador, y por el heroismo á las acciones de Judith y Eleazar. Esta escandalosa declamacion fué fuertemente refutada en escritos que mezclaron mucha acrimonia con los razonamientos.

Mientras esto iba sucesivamente ocurriendo, se agolpaban los acontecimientos en el ejército que estaba sitiando á Paris. Representámonos á Enrique IV en medio de un cuerpo compuesto de los mejores soldados y de la principal nobleza del reino, tan divididos en intereses como en religion. Los unos adictos personalmente al nuevo monarca, le juraban fidelidad inviolable: «Señor, le decia Givris, sois el rey de los valientes, y solo los cobardes podrán abandonarlos. Los otros, incapaces de miramientos, como perso-

nas enfurecidas se encaquetaban los sombreros delante del rey mismo, ó bien los arrojaban al suelo, vocaban, gritaban, cerraban los puños, combinaban planes, se daban la mano, y hacían votos y promesas que concluían con estas palabras: «Antes morir que tener un rey hugonote.» Pero los arrebatos de estos exaltados eran mucho menos temibles que el silencio sombrío de los grandes, que tan pronto juntos como separados parecían meditar algún proyecto importante.

La verdadera causa de embarazo que se notaba en su talante,



Barricadas de la liga.

era que cada cual quería aprovechar la ocasión de hacer comprar al nuevo monarca su sumisión con gracias. Algunos tuvieron la imprudencia de poner en voz alta precio á su fidelidad; otros menos descarados presentaban dificultades, á fin de entablar una negociación ó hacerse ofrecer lo que no se atrevían á pedir. El rey y devorado de recelos consultaba con La Force y Aubigné, no sabiendo si debía confiar su fortuna y su vida á un ejército cuyos principales gefes le eran sospechosos por tantos títulos, ó si debía retirarse con sus mejores tropas á las provincias del otro lado del Loira. Aubigné se decidió en favor de la opinión más honrosa si bien más peligrosa; le hizo conocer que si se iba al otro lado del gran río que divide el reino, los liguistas harían creer fácilmente que desesperaba de su causa; y estos rumores hábilmente esparcidos darían un golpe de muerte á su partido: «¿y quién os creería rey de Francia, anadío, viendo vuestras cartas fechadas en Limoges?» Esta última reflexión determinó al rey á estarse firme.

Sus cortesanos se emplearon activamente en ganar las tropas y los gefes. El mariscal de Biron y Harlay de Sancy trageron los suizos á los pies del monarca, ejemplo que produjo la sumisión del cuerpo del ejército. Muchos príncipes y señores, avergonzados de haber vacilado un instante, vinieron por sí mismos y celebraron una asamblea en la cual algunos todavía inciertos propusieron someter la elección del monarca á los Estados que debían ser con-

vocados inmediatamente, y que mientras tanto se nombrase al rey de Navarra generalísimo; pero el mayor número se decidió á reconocer á Enrique de Borbon por heredero legítimo de la corona, y á prestarle juramento de fidelidad bajo ciertas condiciones.

En consecuencia de esta decisión se hizo jurar al rey que mantendría y conservaría la religión católica en el reino, que se instruiría en sus dogmas en el término de seis meses, que devolvería á la Iglesia los bienes que la habían sido quitados por los reformados, que no permitiría el ejercicio público del nuevo culto sino en los puntos donde entonces se gozaba de esta libertad hasta tanto que se decidiese otra cosa por los Estados generales que serían convocados para Tours para dentro de seis meses, y que perseguiría sin tregua á los asesinos del difunto rey hasta vengar su muerte. Después de obligarse solemnemente Enrique á estas condiciones, los príncipes y gefes de la corona, los señores y los gentiles-hombres que se encontraban á la sazón en el ejército, le rindieron homenaje como á su legítimo soberano, y juraron sacrificar en servicio suyo sus vidas y haciendas.

No todos cumplieron con el mismo afecto esta promesa. El duque de Epernon, favorito de Enrique III, se retiró con sus tropas á su gobierno de Angulema so pretexto de un asunto de familia, para lo cual había obtenido ya licencia del difunto monarca. Se le supusieron miras secretas de ambición, y aun esperanza de hacerse independiente merced á los desórdenes que iban á agitar



El duque de Guisa muerto de orden del rey.

el reino. Otros atribuyeron la retirada á vanidad y al despecho que en él produjera el no representar sino un papel inferior en la nueva corte, después de haber representado el primero tan impurosamente en la antigua. Varios señores le imitaron y abandonaron el ejército bajo pretextos frívolos, pero casi ninguno se pasó al bando opuesto. El rey, á quien esta defección quitaba la esperanza de reducir la capital, conservó velen semblante y apareció indiferente á tal deserción, diciendo públicamente que permitía á

todos los descuentos que se retrasasen; que prefería cien franceses bien intencionados á doscientos cuya adhesión le fuese sospechosa.

En seguida empezó á poner órden en los asuntos públicos. Los gobernadores de las provincias, los comandantes de las ciudades, los magistrados, y en fin, todos los que tenían necesidad de unirse al nuevo rey para conservarse en sus destinos, fueron confirmados. Escribió circulares á los parlamentos y á los otros tribunales; convocó los Estados generales para el mes de octubre en Tours y al mismo tiempo dividió las tropas que le quedaban en tres cuartas. El primero fué entregado al duque de Longueville, gobernador de Picardía, para oponerse á los españoles que amenazaban esta provincia; el segundo al duque de Almont para contener la Champaña, y con el tercero, el rey acompañado del duque de Montpensier, y del mariscal de Biron ganó la Normandía, donde debían reunirse las tropas auxiliares de Inglaterra.

Sin embargo, los Diez y Seis y el pueblo de los liguistas continuaban destandándose contra la memoria de Enrique III y contra Enrique IV, que ellos llamaban por burla el *Navarro*, el *Bearnés*, y los gefes se aprovechaban eficazmente de este furor. De la formidable casa de los Guisais solo quedaba en estado de figurar el duque de Mayena, hermano de los dos que habían sido muertos en Blois. El de Guisa, hijo mayor del héroe de la liga, había sido preso en el momento de la muerte de su padre, y aunque todavía muy joven, era cuidadosamente guardado en el castillo de Tours: sus hermanos empezaban apenas á salir de la infancia. Mayena, naturalmente no lerado en sus miras, modesto en sus deseos, y apropiado para ser buen ciudadano, súbdito fiel, vino á ser por el concurso de las circunstancias rebelde y gefe de partido. Todos los que le rodeaban le inspiraban el espíritu de turbulencia y rebeldía. Su madre le pedía sus hijos degollados en Blois: la viuda del duque le hacía responsable de la sangre de su esposo si no sostenía la guerra. La furiosa Montpensier, su hermana, clamaba aun venganza, y no contenta con el asesinato del rey, hubiera aun querido hacer sentir á todos los realistas los arregatos de odio que la animaban contra su gefe. Los liguistas por su parte conjuraban al duque á que no les abandonase á merced de un rey herege, y los menos belicosos parecían animados del mayor valor en esta ocasión. Toda París estaba sobre las armas, y las levas se llevaban á cabo con el mejor éxito en las provincias. Don Bertrando de Mendoza, enviado de España, mostraba á Mayena los tesoros de su amo abiertos y sus batallones prontos á marchar en socorro de la religión.

Tantos motivos y esperanzas impidieron al duque de Mayena el prestar oído á las proposiciones de paz que Enrique IV le hizo presentar secretamente en el momento mismo de la muerte de Enrique III. Jeannin, presidente del Parlamento, hombre de excelente juicio é inviolablemente adicto á la casa de Guisa, dió entonces á Mayena un consejo, cuya ejecución hubiera embarazado en gran manera al nuevo rey; era aquel llamar á los príncipes, pares y gefes de la corona á la cabeza de los dos ejércitos, intimar á Enrique que se hiciese católico, y en caso de que resistiese, declararle despojado de sus derechos al trono. Mayena aprobó este consejo, temiendo que los realistas á su vez ganasen á los otros y se viese él mismo abandonado. Algunos le propusieron que se hiciese proclamar rey y tampoco quiso, pero el 7 de agosto proclamó bajo el nombre de Carlos X al viejo cardenal de Borbon, que estaba entonces prisionero en manos de Enrique IV, su sobrino, y él tomó para sí mismo el título de lugarteniente general del reino; en seguida, y mientras se formaba el ejército, fué á concertar su plan de guerra con el duque de Parma, el célebre Alejandro Farnesio que mandaba en Flandes por los españoles, y regresó después á París, de donde salió á fines de agosto á la cabeza de mas de veinte y cinco mil hombres, publicando que iba á coger al Bearnés.

Enrique IV al dividir su ejército apenas se quedó mas que con unos siete mil hombres, y con esta débil division se vió rodeado cerca de Dieppe, en el extremo del país de Caux, por todas las fuerzas de Mayena. No era de presumir que aquel puñado de gente pudiese hacer frente al ejército de la liga: Mayena estaba persuadido de ello, y así escribía á España que tenía al Bearnés encerrado en un lugar de donde no podía escaparse, á menos que se arrojase al mar. Tal era también la opinión de la mayoría del consejo de Enrique, donde se deliberaba si sería conveniente que el rey pasase á Inglaterra para acelerar la llegada de los socorros; pero el mariscal de Biron se levantó, y reclamando vivamente contra este parecer, lo hizo desechar. Señor, dijo al rey, según Mezeray: se propone á V. M. que abandone su reino, y yo sostengo que si no estuviésetis en Francia sería preciso pasar al través de todos los azares y obstáculos para presentarlos en ella; y ahora que estais aquí, ¡ saldréis y hareis de grado lo que todos los esfuerzos de los enemigos no podrían obligaros á obrar! En el estado en que os encontráis, señor, salir de Francia por veinte y cuatro horas

solamente, sería desterrarlos á vos mismo para siempre. Por otra parte, el peligro no es tan grande como lo piñan; y los que presumen envolvernos, son los mismos á quienes hemos tenido encerrados tan cobardemente en París, á otros que no valen mas que ellos. En fin, señor, estamos en Francia y es preciso entrar en ella. Si se trata de un reino; hay que ganarlo ó perderlo por la vida. Aun cuando no hubiese para vuestra sagrada persona otro medio que la fuga, vale mas mil veces morir á pie firme que salvarse por tal medio. V. M. no debe jamás sufrir que se diga que un escudero de Lorena le ha hecho perder terreno, y mucho menos que se le vea mendigar á las puertas de un príncipe extranjero. No, señor, no; no hay corona ni honor para vos allende los mares. Si vais á buscar los socorros de la Inglaterra, estos retrocederán: si os presentais en el puerto de la Rochela como un hombre que huye, no encontrareis allí mas que reconvenções y desprecios. No puedo creer que debais confiar vuestra persona á la inconstancia de las olas y á merced del extranjero, antes que á tantos valientes gentiles-hombres, á tantos veteranos como están dispuestos á servirlos de baluarte y escudo: yo soy demasiado leal á V. M. para no declararos que si buscásetis vuestra seguridad en otra parte que en su virtud, ellos se verían obligados á buscar la suya en otro partido que el vuestro. Escitadlo por este discurso que tan en armonía estaba con sus sentimientos, el monarca no desesperó de su fortuna, y en tanto que podían reunirse los ingleses con las tropas de Picardía y Champaña que había llamado, se fortificó en los muros de Dieppe resuelto á afrontar los primeros esfuerzos del enemigo.

Mayena, que se había presentado á la vista del campo real á mediados de setiembre, permaneció en su posicion hasta el 6 de octubre, dando en este intervalo varios asaltos, entre los cuales el mas sangriento tuvo lugar el 21 de setiembre por el lado de la aldea de Arques, de donde tomó su nombre el combate. El duque empleó en esta ocasion cuantos arbitrios sugiere la ciencia militar en un ataque peligroso, y el rey cuanto la intrepidez pueda dar de sí en una difícil defensa. Apremiado por todos lados acudía á todo y en todas partes se encontraba, ora contenido á sus tropas en la línea, ora lanzándose á la cabeza de su caballería en persecucion de los fugitivos.

Los enemigos solo una vez penetraron en los atrincherramientos por sorpresa. En ambos ejércitos habia lasquetines: estando los de la liga, por casualidad ó expresamente, encargados del ataque de una posicion defendida por sus compatriotas, se aproximan con las armas bajas, como si se quisieran rendir. Los realistas engañados les tienden la mano para ayudarles á subir el parapeto; mas una vez arriba, los traidores, lanzándose de improviso é impetuosamente sobre los sorprendidos, les arrojan de su puesto y les cogen tres banderas. Tropas de refresco acudieron afortunadamente en socorro de los que huían, y los lasquetines de Mayena fueron espulsados de la posicion; pero no fué posible recobrar las banderas, y de cuya presa hicieron alarde como de un legítimo triunfo.

En esta misma accion que fué muy sangrienta, el rey llegó á encontrarse en muy grave peligro. Llevado por el calor de la refriega se metió entre dos cuerpos de caballería, y al verse casi en poder de los enemigos esclamó con tono de desesperacion: «¡no habrá en toda la Francia cincuenta caballeros con resolucion bastante para morir con su rey!»—Animo, señor, le gritó Chatillon, el mayor de los hijos del almirante Coligny, valor: héos aquí prontos á morir con vos. En diciendo estas palabras carga con furor á los opuestos escuadrones y saca al rey del peligro. Despues de este combate de Arques fué cuando Enrique escribía á Crillon esta célebre carta: «Desespérate, bravo Crillon, porque hemos combatido en Arques y tú no estabas allí.—Adios, valiente Crillon: te quiero de todas maneras.» Hubo en los siguientes dias otras escaramuzas de mal resultado tambien para el duque de Mayena, lo que le obligó á decampar. Pasó á la Picardía, desde donde debia trasladarse á Flandes para adoptar nuevas medidas de acuerdo con los españoles.

En tanto que duraron los ataques de Arques, los emisarios de los liguistas esparran en París las noticias mas halagüeñas para su partido. Hacíanse llegar de Dieppe correos que publicaban que el campo del rey habia sido atacado; que no le sería fácil escapar, y que el duque de Mayena entraría triunfante en la capital trayéndole atado. Esta noticia llegó á acreditarse hasta el punto de ser alquiladas con anticipacion las ventanas para verle pasar. Las tres banderas quitadas á los lasquetines de una manera tan poco honrosa, sirvieron para sostener el error, porque la duquesa de Montpensier hizo muchas otras iguales, que fueron espuestas al público como seguras pruebas de la victoria del duque.

Mas este pueblo fascinado no gozó mucho tiempo de tan agradable ilusion. Mientras se dejaba enganar por falsas relaciones y cantaba canciones insolentes, Enrique IV con cinco mil ingleses, las tropas de Picardía y de Champaña y una nobleza aguerriada y nume-

rosa se presentó delante de París y atacó los arrabales penetrando en ellos el primero de noviembre, fiesta de Todos los Santos. Los parisenses tomaron las armas, pero fueron rechazados con gran pérdida hasta el interior de la población, donde ya en diecho día hubieran podido entrar los realistas, á no haber tenido alguna emboscada.

Enrique permitió á sus soldados el saqueo de los arrabales, sirviendo el botín por la paga que le era imposible darles. Tomó precauciones para impedir los asesinatos, el incendio y la licencia ordinaria en estas ocasiones. Las iglesias y los monasterios fueron respetados, celebrándose los oficios divinos como en plena paz, y á ellos asistieron el mismo día del combate muchos oficiales católicos que servían en el ejército del rey. Enrique permaneció allí cuatro días, y saliendo el 5 de noviembre desplegó las tropas en batalla, como desafiando al duque de Mayena que había llegado con gran diligencia al socorro de la capital. Nadie salió fuera de las murallas, y el rey tomó tranquilamente el camino de Tours para cumplir la promesa que había hecho á su proclamación de congregar en esta ciudad los Estados del reino; pero como era imposible esta medida merced á las eventualidades de la guerra, se presentó al Parlamento á esponerlo, protestando que con la mas generosa intención había contraído el compromiso, cuya ejecución quedaba aplazada para el mes de marzo del año siguiente. Despues se puso en camino para la baja Normandía, que redujo por completo á su obediencia. Antes de su partida, el embajador de la república de Venecia le había presentado sus credenciales, y proporcionado la satisfaccion de verse reconocido por una potencia católica.

Mayena realizó tambien algunas expediciones, aunque le ocupaban mas los negocios de gabinete que los de la guerra. De un lado tenia que estar en guardia contra las exigencias del consejo de la Union que hubiera querido arrastrarle siempre á partidos extremos; pero el duque no podia seguir estos consejos, hijos del fanatismo que los inspiraba, sin entregarse por completo á los españoles. Su aplaudido celo por la religion católica no le parecia puro ni desinteresado. Por otro lado, Enrique IV le dirigia constantemente nuevas proposiciones de convenio, ¿eran estas sinceras ó aventuradas únicamente para hacerle sospechoso á los exaltados de la liga? Mayena no podia penetrarlo, y tal incertidumbre le obligaba á obrar con la mayor cautela.

Jeanmín, muy partidario de los españoles, al ver que como prenda de sus servicios exigian las mejores plazas de Francia, aconsejaba al duque que entrase en tratos con el rey. Villeno, antiguo ministro de Enrique III, aunque se llamaba atíctico por conveniencia á la liga, era de la misma opinion; pero la duquesa de Montpensier por el contrario, exhortaba á su hermano á arriesgar el todo por el todo y hacerse rey él mismo. «Vos tenéis ya la autoridad de tal, le decía, y no debeis dudar que los señores católicos combatirán con mas ahínco por un rey que por un lugar-teniente general. Dar la corona al cardenal de Borbon es reconocer que pertenece á su familia; y si este rey acuciano y achacoso nos llega á faltar, ¿á quién nombraremos? A pesar de estas razones Mayena persistió en su primera resolucion de llenar el vacio del trono con un rey sometido enteramente á su voluntad.

En consecuencia se publicó el 21 de noviembre un decreto del Parlamento de París, presidido por Brisson, que mandaba reconocer por rey á Carlos X, y al duque de Mayena por su lugar-teniente. Por otro lado, algunos días despues, se hacía saber á los príncipes y grandes dignatarios de la corona, que asistiesen á los Estados generales convocados para Malan en el mes de febrero. El decreto que disponia el reconocimiento de Carlos X fué declarado nulo y de ninguna valor por otro del Parlamento de Tours, compuesto de los conserjeros huidos de París y presidido por Aquiles de Harlay, que mediante un crecido rescate había salido de la Bastilla donde le encerrara Bussy despues de las barricadas. Otros Parlamentos publicaron tambien decretos mas ó menos análogos al de París, que sufrieron la misma declaracion por parte del de Tours. En fin, buscando el mismo apoyo los liguistas y los señores católicos, enviaron embajadores al Papa.

Los de la liga llegaron los primeros. Digeron á Sisto V que todo el reino, las poblaciones, las aldeas, la magistratura, el clero y la mayor parte de la nobleza habían reconocido por rey al cardenal de Borbon; que el navarro estaba casi abandonado, y que no podría resistir á las fuerzas que se le oponian. Oido este informe, creyó el Papa que solo faltaba dar el su sancion á la eleccion hecha de un cardenal, y proveer á su sucesion. Eligió para estas operaciones al cardenal Enrique Gayetano, á quien dió el título de legado y el acompañamiento de muchos personajes distinguidos por su prudencia y capacidad. De este número eran el jesuita Belarmino, célebre controversista, muchos y muy sabios presaltes y famosos predicadores. Añadió á este cortejo una suma de trescientos mil escudos.

Mas antes que partiese el legado, habían ya cambiado las dispo-

siciones del Papa. Francisco de Luxemburgo, duque de Piney, enviado de los católicos realistas, no pudiendo trasladarse á Roma con igual diligencia que los de la liga, había escrito á Sisto para hacerle saber el verdadero estado de las cosas, desengañarle de las importunas de los liguistas y suplicarle suspendiese el envío del legado hasta que pudiese esplicarse con él de viva voz. Esta carta y la noticia de las ventajas alcanzadas por el rey, dieron margen á serias reflexiones en el ánimo del soberano pontífice; importunado al mismo tiempo por los agentes de la liga, dejó partir al legado; mas en lugar de prescribirle como al principio que emplease todos sus esfuerzos en afirmar en el trono al cardenal de Borbon, decía en el Breve que la mision del legado era única y esclusivamente el atraer á todos los franceses á la religion romana y contribuir á la eleccion de un rey católico, sin hacer mención del cardenal. Recomendó á Gayetano que no se declarase enemigo del rey de Navarra, en tanto á lo menos que hubiese alguna esperanza de atraerle á la fe; que fuera neutral en las pretensiones temporales de los príncipes; que no atendiera mas que á los intereses de la religion, ni se inclinara á ninguno de los pretendientes, y que aprobara todo, siempre que el rey que se eligiese fuese frances, obediente á la Iglesia y del agrado de la nacion.

Estas órdenes bien ejecutadas hubieran podido restablecer la paz en el reino, en lugar de que su traslacion por el legado aumentó y perpetuó las disensiones. Gayetano, en vez de ser neutral como el Papa le había recomendado, mostró desde el principio una declarada parcialidad por la liga y los españoles. Morosini, el nuncio papalico que se había visto obligado á cesar en sus funciones despues de la catástrofe de Blois, aconsejaba al legado que no marchase á París, tan declarada contra Enrique, sino á cualquiera otra poblacion de Francia, donde estuviesen equilibrados los dos partidos; que examinase desde cita el curso de los negocios, que no se determinase sino con arreglo á las circunstancias, y que convirtiese su asilo en santuario de la paz. Igual consejo le había sido dado por el duque de Nevers, que retirado en sus posesiones guardaba con el rey todas las consideraciones compatibles con la mas estricta neutralidad. Pero Gayetano creyó que Morosini solo le hablaba en dichos términos para hacerle caer en los mismos descuiertos que en Roma se habían reprehendido á este nuncio; y teniendo tambien al duque de Nevers por partidario del rey y sospechoso, no quiso escuchar ni al uno ni al otro.

Empapado en las ideas ultramontanas, creía que todo debía plejarse en Francia á su autoridad, y que su voluntad sola nombraría un rey; pero recibió un amargo desengaño ya desde el principio de su viaje. Su altivez y arrogancia dieron margen á réplicas duras, á bravatas y hasta á desaires por parte de los mismos católicos, á quienes pretendia mandar despóticamente. El rey hizo publicar que si el legado iba á su corte, se le recibiria con honor y distincion; mas que si por el contrario iba á tratar con los rebeldes, no sería mirado como legado sino como enemigo. Las órdenes dadas en consecuencia de esta declaracion fueron ejecutadas al pie de la letra. Enrique envió algunas partidas al camino, las cuales dispersaron la escolta destinada á acompañar hasta París al legado, y éste se vió reducido á entrar en la capital como fugitivo, cuando había pensado atravesar como conquistador la Francia.

Los parisenses le indemnizaron de este primer disgusto. Decoraron para él con los muebles de la corona el palacio del arzobispo, y le hicieron un brillante recibimiento. Los habitantes estaban sobre las armas; pero las salvas demasiado frecuentes de esta milicia, no agrataban al legado. Tenia mucho miedo de que algunos mal intencionados cargasen con bala y disparasen con malicia; por lo cual haciales señal para que cesasen; pero ellos, tomándose por bendiciones, se daban mas prisa en sus descargas. Dirigióse en seguida al Parlamento, donde sus poderes fueron leídos, registrados y aplaudidos. Experimentó sin embargo una mortificacion que snpo disimular prudentemente. Habiendo sido recibido en la sala de sesiones, iba con paso deliberado al sitio destinado al rey; mas el presidente Brisson, á pretexto de obséquiarle, le cogió por la mano, y le puso un asiento mas bajo que el suyo segun costumbre.

Cumplidos ya estos deberes de ceremonia, quiso penetrar en el fondo de los negocios, y aquí fué donde conoció el legado todo lo difícil de su comision. Se encontró confundido en un caos inmenso. Nada tan complicado como los intereses de los que hacian la guerra, y nada por consiguiente mas embarazoso que adoptar un partido. Todos parecian de acuerdo en un punto, á saber: no mirar en el viejo Carlos X mas que un fantasma, una decoracion de teatro, que debía ocupar la escena hasta que el verdadero personaje fuese introducido. Tratábase pues de saber quién sería este personaje. El duque de Mayena, cargado hasta entonces con todo el peso de la guerra, quería disponer de la corona para sí ó para algun otro príncipe de su devocion. El rey de España pretendia que correspondia á la infanta Isabel Clara Eugenia, su hija, habida de Isabel, hermana de Enrique III, y pedía que coronándola se le declarase á él protector de la Francia, dejándole la disposicion de todos los cargos

y beneficios. Además de estos pretendidos derechos, hacía valer Felipe los socorros en hombres y dinero que había dado y los que ofrecía dar. El populacho de París estaba por él, así como los *Diez y Seis* y los más exaltados del consejo de la Unión, ganados por los doblones de España. El ascendiente que tenía Felipe en este consejo, en que dominaban hombres poco a propósito por sus costumbres para dirigir los destinos de una nación y que siempre adoptaba opiniones extremas, determinó á Mayena á disolverlo, su pretexto de que por la muchedumbre de sus miembros se parecía más bien al senado de una república que al consejo de un rey. Fué secundado en tan osada determinación por los individuos que había tenido la hábil prevision de introducir en el mismo consejo o tan pronto como fué declarado lugarteniente general del reino despues de la muerte de sus hermanos. Formó desde luego uno nuevo, en el que hizo entrar á Jeannin, Villeroy, Espinac, arzobispo de Lion, libertado por rescate de la prision en que había sido retenido despues del degüello de Blois, y á magistrados generales y otras personas de peso y crédito, capaces de contrabalancear las resoluciones temerarias de la cámbala de los *Diez y Seis*, que subsistía aun.

La nobleza del partido de la liga quería un rey francés. Acostumbrada á servir á los órdenes del duque de Mayena y los príncipes de su casa, se inclinaba á ellos; pero la gente de toga, más instruida del derecho de cada uno, estaba por el rey de Navarra, á condición de que se hiciera católico. El duque de Lorena creía que la corona era debida al marqués de Pont, hijo suyo y de Clauvia, hermana de Enrique III, y no esperaba que se le recusasen, aunque no fuese más que por sus sacrificios en favor de la liga. Hallaba pues muy injusto que el duque de Mayena ó los jóvenes Guisus, sus sobrinos, de la rama segunda, se presentasen en concurrencia con la primera, y contaba con que por lo menos no podrían evadirse de cederle á Metz, Toul, Verdun y Sedau en pago de sus alcances. A oír al duque de Saboya, sus derechos á la corona de Francia eran de mejor ley que los de Felipe y del duque de Lorena, puesto que procedían de más atrás por su madre Margarita, hermana de Enrique II. Ofrecía sin embargo abandonarlos á cambio del marquesado de Saluces, de donde podía extenderse á la Provenza, en cuya provincia poseía ya el condado de Niza.

A ejemplo de los príncipes extranjeros, muchos grandes desechaban también que se desmembrase la monarquía. Contaban con hacerse insensiblemente soberanos de las provincias en que estaban acantonados, y apenas había gobernador alguno de ciudad ó fortaleza, que no esperaba perpetuarse en su gobierno á la sombra de la revolución. Conciliar tan opuestos intereses era imposible; así, sin pretender menoscabar las miras de cada uno, se trató de conciliar solemnemente á todas las personas opuestas al rey de Navarra. Tal fué el objeto del famoso decreto de Sorbona, visiblemente dictado por los españoles y los *Diez y Seis*. Declaraba en sustancia reos de pecado mortal, escumulgados y en estado de condenación, no solo á cuantos reconociesen por rey á Enrique de Borbon, sino á cualquiera que no detestara la doctrina sostenida en las proposiciones siguientes: «1.º Se puede y debe reconocer por rey á Enrique de Borbon; 2.º es permitido en conciencia ser de su parcialidad y pagarle impuestos; 3.º en nada se ataca á la religion, reconociéndole por rey á condición de que se haga católico; 4.º la corona de Francia puede darse á un herege papayo y escumulgado si le corresponde legítimamente; 5.º los papas no tienen derecho para escumular á nuestros reyes; 6.º es licito y hasta necesario entrar en negociaciones con el Bernés y los hereges.» Todas estas proposiciones fueron condenadas por un decreto que se hizo firmar al clero de París, y fué dirigido á todas las poblaciones de la Unión. El Parlamento publicó en seguida un acuerdo en favor del pretendido rey Carlos X, mandando á todos los franceses reconocerle y tomar por él las armas hasta sacarle de la prision en que le tenía su sobrino; pero el cardenal, lejos de prestarse á los deseos de los rebeldes, envió desde ella al rey el homenaje de súbdito su mismo. Los liguistas creyeron tambien oportuno hacer renovar solemnemente á todos el juramento de union, el cual dió principio por el vecindario, llevando á la cabeza al preboste de los mercaderes y á sus capitanes, y siguió por el Parlamento, el tribunal de cenetas y los demás tribunales supremos y las corporaciones. Esta ceremonia se celebraba en publico despues de misa, y con las esterioridades mayores de pompa y devocion. Como se llegó á indicar que el rey había llamado á los obispos y arzobispos más dispuestos á transigir con él, dirigió el legado una circular á todos los prelados del reino, impidiéndoles ir á Tours. El rey á su vez publicó una declaracion en que mandaba tratar como criminales de lesa magestad á cuantos tuvieran directa ó indirectamente relaciones con el legado; y muy al revés de Enrique III, su precesor, al mismo tiempo que Enrique IV defendía con sus edictos la magestad del trono, se preparaba á hacerlos respetar con las armas.

El invierno no había suspendido las operaciones militares que continuaban con aror en todas las provincias. El rey no descansaba

mas que sus tentenies. Despues de haber subyugado el Maine y la Normandía casi por entero, tomó la direccion de Paris en los primeros dias de marzo. Mayena, interesado en alejarlo de la capital, corrió á su encuentro. Ambos ejércitos se ariscaron en la llanura de Ivry, cerca de Dreux. El de Mayena, como el de Joyeuse en Contrás, muy superior en número, lo era tambien en ricas armaduras, preciosos arneses y lujosos trages de oro y plata. El éxito fué tambien parecido. Las acertadas disposiciones y un valor ejercitado pudieron mas que el lujo y la inespencia, siquiera no estuviere desprovista de resolucion. Acercóronse el 13 de marzo por la tarde; más sobreviniendo la noche, aplazaron como de concierto el combate para el día siguiente.

No deben echarse en olvido las circunstancias personales de Enrique IV en esta batalla, cuyo éxito aseguró definitivamente la corona en su cabeza. Despues de una noche de accion é inquietud, mientras el soldado comodamente alojado en los pueblos dormía bajo la salvaguardia de su jefe, el rey aó desde el amanecer sus órdenes para el combate. Le hicieron notar que entre sus disposiciones no había ninguna para la retirada en caso de un desastre: «No más retirada», respondió, «que el campo de batalla.» Los calvinistas oraron devotamente, así como los católicos, cuyos gefes principales oyeron misa y comulgaron.

Enrique señaló el principio de esta jornada, con un acto de justicia digno de su generosidad y excelente corazon. Teodoro de Schomberg, general de los alemanes, le había pedido días antes dinero para sus tropas; el monarca que se encontraba entonces exhausto de recursos, le respondió bruscamente: Jamás un hombre de valor ha pedido dinero en vísperas de una batalla. Este dicho tan incisivo vino á la memoria al rey en el momento de entrar en combate, y aproximándose al general alemán le dijo: «Señor de Schomberg, yo os he ofendido. Este día puede ser el último de mi vida; y no quiero dejar manchado el honor de un caballero; demasiado conozco vuestro valor y mérito: os ruego pues que me perdoneis: abridme.» Es cierto, señor, respondió Schomberg, que V. M. me hizo el otro día y que me mata hoy; porque el honor que me dispensa ahora me obliga á sacrificarme en su servicio.» En efecto, fué muerto combatiendo bizarramente al lado del rey. Ya sonaban los clarines y se movian las masas de combatientes dispuestas á embestirse: Enrique montado en su caballo de batalla, armado completamente, pero sin casco para dar mejor á conocer al enemigo, se puso al frente de sus tropas y juntando las manos exclamó elevando los ojos al cielo: «Señor, vos sabéis cuales son mis intenciones y penetráis hasta el fondo de mi corazon. Si conviene á mi pueblo que yo me cina la corona, favoreced mi causa y proteged mis armas; mas si vuestra santa voluntad ha dispuesto lo contrario, quitadme la vida; yo Dios mio! al mismo tiempo que me quiteis el reino: pueda yo al menos morir á vista de tantos valientes que se esponen por mi servicio.» Este tierno apostrofe, dicho con vehemencia por Enrique, fué oido por cuantos le rodeaban. Resonó al momento en todo el ejército un grito entusiasta de ¡viva el rey! Á esta exclamacion recobra Enrique su aspecto alegre y sereno, y dice dirigiéndose á sus tropas: «Amigos míos, sois franceses y yo vuestro rey, hé allí al enemigo; si os llegan á faltar los estandartes, seguid mi penacho y él os indicará el camino del honor y del deber.» Dichas estas palabras toma el casco adornado de plumas blancas y dá la señal de atacar.

El choque más terrible fué de caballería con caballería. Como de una á otra parte era en su totalidad se componía de nobles, estuvo largo tiempo mezclada, sin poderse aliviar á cual se favorecía la victoria. Creyese por un momento al rey prisionero ó muerto, y deshecho su escudaron, porque el que llevaba la corneta real, herido de un tiro, no daba señal alguna, al mismo tiempo que un oficial cuyo penacho era como el del rey, había sido visto caer de su caballo. Ya los enemigos gritaban victoria, y los realistas vacilaban entre la fuga y la defensa. Enrique corre á detener á la gente acorballada: «¡volved caras, les dice, para que si no quereis pelcar me veais al menos morir.» Seguido entonces de los mas osados se lanza en lo mas espeso de los escuadrones enemigos. El humo y el polvo le ocultan luego á los suyos. A la cabeza de la reserva acude el mariscal Biron á donde más ruido es el combate y más precisa su ayuda, y con su sola presencia vuelve á los suyos la superioridad que hubieran podido perder. Acóbrdándose á su vez los liguistas, retroceden, se desbandan, y bien pronto se declaran en derrota. En medio de la carnicería se oyó el grito de: «¡Cuartel á los franceses!» órden bien digno de Enrique IV á quien se atribuye.

La victoria se había ganado: los escuadrones enemigos huían por la llanura, mas el rey no parecía. Comenzaba á apoderarse la inquietud de las tropas; cuando se le vio llegar con la espalda desnuda, cubierto de polvo y de sangre. Los liguistas ¡viva el rey! resonaron en todo el ejército. Quedaba aun en el campo de batalla un cuerpo de suizos que no se quería rendir. Aproximose un cañon y cesieron entonces, exigiendo antes un escrito que certificase serles ya imposible la defensa. El rey se puso á perseguir á los vencidos, á quienes el ejército victorioso siguió muchas leguas, tomándose las

banderas y haciendo multitud de prisionero. Fue notable el cuidado con que Enrique en toda esta derrota procuraba librar del primer furor del soldado al mayor número de víctimas que le fué posible, y la atención con que recibía á los oficiales vencidos que se le presentaban. La noche le obligó á detenerse en Rosny, castillo perteneciente á Sully, y á una legua de Mantes. A medida que iban llegando los capitanes, los abrazaba y hacía sentar á su mesa. Como se le preguntase qué nombre daría á esta batalla, respondió: «Esta es la jornada del Todo poderoso, á quien únicamente pertenece su gloria.» En fin, cuando le presentaron su espada de combate, mullada y tendida con sangre de los que cayeron á sus golpes, apartó la vista con horror; y deploró los excesos á que arrastra la guerra aun á los mas humanos, y envió desde el siguiente día proposiciones de paz á sus enemigos.

Muy á su pesar el duque de Mayena hartó convencido de los recursos de Enrique por la batalla de Arques, había arriesgado la de Ivry; pero no había podido contenerse en vista de las murmuraciones de los *Dies y Seis* que le acusaban de cobardía y de las instancias del legado y los españoles. Estos perdieron un cuerpo de caballería con su jefe el conde de Egmont, jóven presuntuoso que se había dejado caer antes de la acción, que si los franceses tenían miedo de la batalla, le dejasen obrar á él, pues con sus tropas se comprometía á domar al navarro. Pero una falta inexcusable en el duque de Mayena es el haber impedido la retirada á la mayor parte de los suyos, cortando precipitadamente los puentes de Ivry, para que el enemigo no le alcanzase. Así su ejército fué casi por completo destruido. Se retiró abandonado á Mantes donde pasó la noche en la mayor alarma, á causa de la proximidad de las tropas victoriosas; mas al día siguiente se dirigió á Pontoise y de allí á San Dionisio, no decidiéndose á hacer pantoise su vergüenza á sus rivales de París.

El legado, el embajador de España, el arzobispo de Lion y madama de Montpensier fueron á consolarle y á conferenciar sobre los negocios del partido. Todas las noticias que recibían no hacían mas que aumentar su pesar. La liga era batida en todas partes, y los tenientes de Enrique dominaban donde quiera que dirigían sus pasos. Después de la victoria sometió rápidamente las poblaciones vecinas, aseguró los caminos y rió y pareció amagar á París con un sitio ó un bloqueo. En tal conflicto escribió Mayena las cartas mas apremiantes al rey de España. Este principe habia publicado por entonces un famoso manifiesto en el cual se declaraba decidido á no dejar las armas hasta no haber esterminado la herejía y reunido á los principes cristianos para arrojar á los infieles de la Tierra Santa. Después de estas magníficas promesas no podía honrosamente abandonar la liga casi á su primer descalabro: así se comprometieron en su nombre sus agentes á un pronto y poderoso refuerzo. Se hicieron las mas vivas instancias al Soberano pontífice; pero Sixto comenzaba á obrar como hombre desengañado. El duque de Luxemburgo habia tenido ya con él muchas conferencias, cuyos efectos no tardaron en conocer españoles y liguistas. La política no le permitió al Papa cambiar desde luego sus disposiciones; pero aplazó el socorro que iba á remitir, con el objeto de ganar tiempo.

Lejos de dejar entrever sus temores, entretenía al público la liga con las mas galanas esperanzas; pero el aspecto de los negocios venia á disipar promesas tan halagüeñas, pues dábanse prisa los gefes á entablar negociaciones, ordinario recurso de los débiles. Las conferencias que llegaron á ser tan frecuentes desde este momento hasta el fin de la guerra, nacían en cuanto á los liguistas, de la necesidad, del deseo de ganar tiempo, de la intención de penetrar los planes de los capitanes católicos adictos al rey, ó de seducirlos, y casi nunca de un sincero deseo de llegar á una solución.

Decían los enviados de España que el Bernés no se convertiría y que aun cuando se convirtiese, no se le debería reconocer, porque su primera apostasía le hacia indigno del trono. Así, ni ellos ni los liguistas querían tratar con él, sino con los señores católicos de su partido, de quienes decían confiarse porque corrían á su perdición. Tales eran los motivos que prestaba el legado, al proponer una entrevista con el mariscal de Biron, poco después de la batalla de Ivry. Mas su fingida piedad los engañó á nadie, y á través de estos manejos se traslució el objeto, que era retardar los progresos del rey obteniendo una tregua ó una suspensión de armas.

En esta ocasion como en todas las demas, Biron y los señores católicos que á él se unieron, pidieron permiso al rey. Hicieronlo por deber y por mortificar á Cayetano y á los españoles, demostrándoles en cuanta estima tenían una autoridad que ellos no querían reconocer. Nada mas hubo de notable en la entrevista de Noisy que una chistosa ocurrencia de Anglure, mas conocido por Givry. Como era un excelente oficial, puso en juego el legado todos sus recursos para lograr separarle del partido real. Viendo que eran inútiles sus esfuerzos le exhortó á que por lo menos pidiese perdón al Papa, en la persona de su representante, por todo lo pasado. Se prosterna Givry con ademan contrito á los pies del prelado, y le pide perdón y absolución general del dano hecho á los parisienes por él. El lega-

do, muy satisfecho, se lo concede. Givry, todavía de rodillas, añade: «Dadme tambien la absolución por lo que haga en adelante, porque estoy dispuesto á no enmendarme interin dure la guerra.» Dicho esto se levanta y desaparece. Sin embargo de que esta salida divirtió mucho á los espectadores, los católicos realistas la sintieron por el legado. Escusáronse con él, y concluyó la entrevista con la política que habia comenzado.

Hubo despues públicas y secretas negociaciones entre Enrique y Villeroy. Este ministro trataba siempre y no cesaba de poner á la cabeza de las proposiciones, la vuelta del rey al seno de la Iglesia romana, como cuestion que dirimía todas las demas. Enrique no queria comprometerse entonces mas que á hacerse instruir. El ministro no se satisfacía con esto, y exigía por lo menos una tregua. Todo el afán de los liguistas era emprender una pesada negociacion que impidiera al rey sacar resultado de sus últimas ventajas. Se juzga por el interés de Villeroy en justificar su buena fe en sus memorias, que varias veces llegó á ser sospechosa; resultado muy comun en todos aquellos que impelidos por un celo exagerado suelen separarse de la senda de una sana política.

El cardeal de Borbon reconocido por la liga, murió en el mes de mayo. Este principe confesaba públicamente el derecho de su sobrino; mas para que los rebeldes no abusaran de su debilidad, se vió precisado el rey á retenerle en un castillo, donde acabó sus dias. Este acontecimiento llegó á trastornar los planes de la liga. Hasta entonces las órdenes del poder y los acuerdos de los parlamentos se habian dado á nombre de Carlos X y hasta se habia acuñado en varios puntos moneda con su busto y nombre; pero ahora era preciso decir bajo qué enseña pelearian. La ausencia del duque de Mayena que habia marchado á Flandes para conferenciar con el duque de Parma, y el inconveniente del cerco de París hicieron aplazar la cuestion para tiempo mas propicio. No se trataba por de pronto mas que de impedir á toda costa á Enrique la conquista de la capital.

Se dice que si hubiera ido á camparse delante de París inmediatamente despues de la batalla de Ivry, esta ciudad le habria abierto sus puertas. Tambien se cree que si despues de este retardado, hubiera querido formalizar el ataque, el resultado habria sido el mismo, porque era imposible que un recinto tan estenso como el de París, no ofreciese una porcion de lados débiles. No habia por otra parte mas que una escasa guarnicion de tropas españolas, sostenida por alguna nobleza francesa y la milicia civica poco capaz de resistir á tropas aguerridas; pero queria el rey evitar á París las consecuencias de un asalto que podia arruinar á esta ciudad opulenta, gloria y recurso de la nacion. Prefirió el bloqueo, persuadido de que bastarian algunos dias para que el hambre obligase á la inmensa poblacion encerrada dentro de sus murallas, á pedir capitulacion.

Mas conocido este deseo, los emisarios de España adoptaron medidas para que fuera invencible la resistencia. Apercebidos que habia poco que temer de un asalto, sin descuidar las precauciones ordinarias en una plaza sitiada, se aplicaron con preferencia á prevenir los males que podian surgir de entre los mismos sitiados á causa de los inconvenientes de un bloqueo. El celo religioso pareció lo mas apropiado; y en efecto surtieron resultados superiores á cuanto se habia esperado. Mujeres delicadas, hombres acostumbrados á las comodidades de la vida, sufrieron sin murmurar, no privaciones pasageras, sino un hambre cruel, una especie de muerte lenta que se les hacia agradable persuadidos de que perecían mártires de la buena causa. Parecerá esto muy admirable cuando se sepa que los interesados en la defensa á toda costa tuvieron que variar los resortes, segun los caracteres y disposiciones, para poder sostener tenacidad tan inflexible y general.

Habia que engañar á hombres sencillos y á espertos, á personas sensatas y á un grosero populacho. Mas que todo, era preciso contener á aquellos que con sus luces podian influir en los otros. La política española proveyó á todo. A unos se les engañó con exterioridades religiosas imponentes, y á otros con razones escepticas. A aquellos que podían desengañar á los otros se les cerró la boca con el terror que inspiraban los *Dies y Seis*, y no osaron por grande que fuese su número, arriesgar el menor paso cuyo éxito era incierto y evidente el peligro. Pero el medio principal de que se echó mano para encadenar las voluntades, fué el renovar el famoso decreto de la Sorbona, que declaraba á Enrique herege relapso incapaz de subir al trono, publicándolo desde el pulpito y haciéndolo valer en el confesionario. Se exigía á los penitentes que le mirasen como un oráculo del Espíritu Santo, y que prometiesen conformarse y sostenerle aun á riesgo de sus vidas y fortunas.

Para dar mas valor con el ejemplo de esta especie de abnegacion, dispusieron los exaltados una procesion militar que tuvo efecto el 5 de junio. Asistieron á ella colegiales, curas y frailes de todas las religiones á excepcion de los canónigos regulares de Santa Geneoveva y de San Victor, los benedictinos y los celestinos. A la ca-

beza marchaban Guillermo Rose, obispo de Sens y el prior de Chartreux, llevando el Crucifijo en una mano y en la otra una alabarda; seguíanlos los frailes que marchaban en dos hileras, con los hábitos de sus religiones, y encima cascos, corazas y las prendas militares que cada cual había podido proporcionarse. Sus armas ofensivas consistían en picas, espadas y sobre todo arcabuces que manejaban con la destreza propia de su estado. Se cantaban en la carrera himnos y salmos alternados con frecuentes descargas.

El legado creyó deber autorizar esta ceremonia con su presencia. Uno de sus criados fué muerto casi á su lado en la salva que hicieron estos nuevos arcabuceros. Tal incidente dió lugar á un tumulto que se apacigó bien pronto, porque se propaló que el alma de este hombre que había sido muerto en tan santa ceremonia, había volado al cielo, y que era preciso creerlo porque monseñor el legado que tenía obligación de entenderlo, así lo aseguraba. Esta procesion pasó por las mas frecuentadas calles de la capital, siendo grave motivo de alborozo para el populacho, y de disgusto para la gente sensata.

Hicose algunos dias despues otra mas grave y mas decente, acaso en reparacion de la anterior mascarada. Casi todo el clero de Paris asistió con gran devocion á llevar las reliquias de los santos y concluyó con una misa solemne en la catedral. El duque de Nemours hermano uterino del de Mayena, y gobernador por la liga de la isla de Francia, los gefes de la milicia civil y las tropas extranjeras llamadas para sostener el sitio, el parlamento y los otros tribunales, juraron defender la ciudad y la religion hasta la muerte. Mas no habia que temer tanto á la espada del vencedor como á las traiciones interiores y al hambre sobre todo. Se trató de prevenir estos inconvenientes estableciendo buenos cuerpos de guardia, exactas patrullas y economizando los víveres. Se ocupaba tambien al pueblo en sermones, procesiones, votos y otras fiestas á que asistian todos los grandes. El parlamento publicó un acuerdo que prohibia bajo pena de la vida hallar de paz, y se hizo correr que serian arrojados inmediatamente al rio aquellos que se quejasen.

A pesar de todas estas precauciones, así que el rey estrechó el bloqueo por todos lados y destruyó los molinos de las afueras, se hizo sentir el hambre. Los magistrados registraron las casas que creyeron mejor abastecidas; de los conventos jesuitas y capuchinos se sacó lo bastante para remediar algunos dias la miseria pública; pero bien pronto resonaron en la ciudad los mismos clamores. El pan habia llegado ya á ser raro, y se le sustituyó con hogazas de diferentes harinas, que el legado y el embajador de España hacian distribuir á los mas necesitados. Repartieron tambien dinero á manos llenas, el que fué bien recibido interin se encontró que comprar; mas agotados los almacenes, decayó dolorosamente el pueblo rechazando el inútil metal: «No dinero, sino pan!» Pronto fueron comidos los caballos, perros, gatos, ratones y cuantos animales encontraban. Sus pieles y otros restos sirvieron tambien para que los desdichados sostuviesen algunos dias su lánguida existencia. Otras veces salian en pelotones á las afueras á aprovechar los forrajes, pero eran rechazados por el canon de los realistas. Movidos estos á compasion dejábanlos con frecuencia; pero tan débil recurso les faltó tambien, porque el rey aproximó sus puestos y estrechó el sitio, de suerte que los cercados quedaron reducidos á comer la yerba de las calles poco frementadas.

Alimentos tan mal sanos causaron muchas enfermedades. La medicina que les aplicaban era la paciencia, y dice un testigo ocular, persuadido del mérito de esta constancia, «yo no dejaba de hacerse infinitas procesiones con perlonés e indulgencias que señalaba el legado en la mayor parte de las iglesias, y los sermones que se predicaban les infundían tal valor que les servian de alimento; cuando un proclizador les decía que serian socorridos dentro de ocho dias, se volvian muy esperanzados á sus casas aun cuando tales dilaciones se hubiesen multiplicado bastante y no llegase el momento que aguardaban.»

Se llegó hasta á ensayar el pan de salvado mezclado con polvo de pizarra, de heno y paja picalos. Se hizo tambien harina de los huesos de los animales y aun de las osamentas amontonadas en los cementerios. Esta invencion salió del legado y los españoles que encontraban buenos todos los medios para llegar al fin que se habian propuesto: fué llama la tal vianda el *pan de miamme Montpensier*, porque ella fué la primera á probarlo públicamente; pero la mayor parte de los que comieron de él murieron.

El dia era insufrible por la vista de los moribundos que cubrian las calles, y espantaban de noche los ahogados sollozos de los que tenian ser objeto de la sententia que condenaba como refractarios á los que demandaban paz. Pudriáanse los cañaveres en las casas. Una madre renovó los horrores del sitio de Jerusalen, comiéndose los restos de su hijo muerto, esperando despues de tan espantosa comida. «Murieron, dice él ya citado testigo, mas de trece mil personas, solo de hambre, lo que nos demuestra hasta qué grado de heroismo puede llevar á los hombres el espíritu religioso.»

Tan deplorable presura impelió á los mas atrevidos del pueblo á ensayar un golpe cualquiera para obligar á los liguistas á firmar la paz ó entregar la ciudad, pero sus tentativas fueron siempre descubiertas y desbaratadas. Solo una habia importante en los dos meses que duró el bloqueo, siendo bastante bien concertado el plan para llevarla á cabo. El consejo de la Union, compuesto del gobernador, el legado, el embajador de España, los gefes de las tropas y otros personages con mando, se juntaba ordinariamente en palacio. Los descontentos, gente notable, concibieron un dia llevar hombres resueltos á estrechar el palacio cuando el Consejo se hallase reunido. Hecha esta diligencia, los autores de la empresa debian presentarse al pueblo, publicar que se habia concluido la paz, hacer á las tropas deponer las armas como por mandato del Consejo y abrir las puertas á las del rey. Los que estaban designados para bloquear el palacio ocurrieron en gran número; pero cometieron la imprudencia de alarmar antes de tiempo, gritando *pan ó paz*. Semejantes voces hicieron recelar á la guardia estrangera del consejo, que se puso en defensa. Los mal dirigidos conjurados huyeron disparando algunos pistolazos, lo que dió lugar á que la guardia hiciera uso de las armas, matando algunos y prendiendo á los mas comprometidos que fueron ahorcados para escarmiento de los demas.

Sin embargo, se logró con esta tentativa una apariencia de satisfaccion al pueblo, pues el consejo entabló negociaciones con el rey. Sabiose que estaba dispuesto á acoger todas las proposiciones que tendiesen á ajustar la paz. Ademas de las razones políticas que le movian á prestar la reduccion antes de que habia pasado ya la frontera, encontraba Enrique en el fondo de su bondadoso corazón hartos motivos para prestarse á cuanto se encaminara á un arreglo, por mas que sus súbditos se empeñasen en perder. Habia procurado introducir en la ciudad cartas en que ofrecía paz y completo olvido de todo si se rendian. Todos los realistas que tenían ocasion de hablar á los parisienses, ya en las salidas que estos hacian, ya entrando aquellos en la poblacion con salvos-conductos, les exhortaban á librarse con una pronta sumision de la miseria que los devoraba. Hacianse todos lenguas de la bondad del rey, de su generosidad y su facilidad en perdonar. Este principio, así en público como particularmente, deploraba la suerte de tan mal aconsejado pueblo, y al rechazar á la ciudad los hambrientos que salian, súbditos, clamaba de la necesidad de hacerse sordo al clamoreo de sus traban afeble y mas bien tierno padre que fué irritado.

Esto es cuanto amigos y enemigos acordaron en la conferencia celebrada el 5 de agosto en la abadía de San Antonio-des-Champs. Ya antes habia habido algunas otras desde el principio del bloqueo entre señores influyentes de ambos partidos. El mismo rey se presentó á esta rodeado de la principal nobleza del reino. Habiéndose presentado la observacion de que tanta gente podia incomodarse, respondió: «muy de otra manera me hostigan en un dia de batalla.» Los representantes de la liga eran sacados del clero é iban á su frente Pedro, cardenal de Gony, obispo de Paris y hermano del mariscal de Retz, y Pedro de Espinac, arzobispo de Lion. Estos diputados, en vez de tomar el tono de suplicantes se revistieron del carácter de mediadores. Dijeron al rey que el Parlamento y el pueblo de Paris, movidos por los males que trabajaba la Francia en tan obstinadas guerras civiles, les enviaban ante él y el duque de Mayena para escogitar algun arbitrio que facilitase la paz.

Enrique dió á conocer cuán irregular era tal arbitraje por parte de habitantes de una ciudad reducida al último estremo. En seguida, aunque no estuviesen en forma sus poderes, quiso entrar en esplicaciones con ellos, y les propuso el tratar de la rendicion de la ciudad, de darle rehenes para el cumplimiento de las condiciones y de ir despues á verse con el duque de Mayena. Si este lograba levantar el sitio dentro de ocho dias, se obligaba el rey á volver los rehenes; y si en este intervalo los diputados podian atraer á Mayena á una paz general en que fuese comprendida Paris, prometia el rey renunciar á la primera capitulacion por mas ventajosa que fuese para él; todo esto á condicion de que si el duque no ajustaba dentro de los ocho dias la paz ni seorria la plaza, habia de abrirle esta sus puertas. Los diputados rechazaron tales proposiciones y se negaron á entrar en convenio alguno sin espreso consentimiento del duque de Mayena. Pidieron permiso y salvo-conducto para ir á encontrarle; mas el rey los nego convencido de que su intencion era activar la llegada de socorros y alimientar al pueblo con esperanzas que cada vez le hiciesen mas tenaz.

Enrique en esta conferencia demostró sobre su paternal corazón, ternocidose hasta derramar lágrimas sobre los males de la Francia, y deploró con vehemencia los horrores de la anarquía; que las ciudades estuviesen sin comercio, sin cultivadores los campos, los tribunales sin jueces y la capital, antes tan floreciente, devastada por estrangeros y presa del hambre mas espantosa. Conjuró á los



diputados á que se dexásen guiar por sentimientos mas franceses y á que no fueran instrumentos de la ambicion de España; mas viéndolos inflexibles, los despidió cariñosamente. El monarca les envió por escrito sus proposiciones, á fin de que fuesen leídas públicamente; los *Diez y Seis* sin embargo propalaron que el rey queria la sumision de la ciudad sin condiciones, lo que confirmó al pueblo en su tenaz temeridad decidiéndole á esperar los socorros prometidos.

Después de muy importunas instancias y reclamaciones habia la liga obtenido al fin de España un fuerte ejército, á pesar de la resolución de Felipe de no sostener la guerra en Francia sino con los recursos de la misma nacion, y cuando mas con algunas tropas auxiliares que bastasen para inclinar la balanza á aquel partido, pero que no tragesen un resultado decisivo. Mas los negocios de la liga habian llegado á un estado que no daba lugar á estos juegos de politica. Todo el poder del partido estaba reconcentrado en la capital, cuya suerte iba á decidirse del resultado de una intriga tramada á costa de tantos sacrificios y la sangre mas pura del reino. Tomada Paris, caería por sí misma la faccion, y abandonada la ciudad á sí misma no podia sostenerse. El duque de Parma en consecuencia recibió las órdenes mas apremiantes para volar al socorro de los sitiados.

Algo duro se hizo á este principio abandonar la Flandes, teatro de sus victorias. En la expedicion en que iba á comprometerse habia que contar muy poco con los amigos y mucho que temer de un enemigo aguerrido y poderoso apoyado por una nobleza casi invencible, y tanto mas fuerte quanto habia que atacarla en su propia casa y en el foco de su poder. Así obligado por el consejo de España á tentar fortuna, no hubo precauciones que desconfiase el prudente general. Reunió un ejército numeroso y lo abasteció de pontones, artillería, municiones de toda especie y cuando podia necesitar para sostenerse con sus solos recursos, y estableció la mas rigurosa disciplina. No se emprendian las marchas sino despues de bien amanecido, cubriendo al ejército sus carnos y bagages que á la noche servian de atrinchamiento en el campo. Un cuerpo de caballeria ligera le precedia para forragear, recoger lo preciso para el ejército y asegurar el campamento. Para quitar á los soldados todo pretexto de separacion, se llevaban viveres en abundancia, y los descansos eran tan frecuentes como la urgencia de los negocios lo permitia. Como una marcha tan bien combinada exigia bastante tiempo, el duque de Mayena tomó la delantera con una division de diez mil hombres próximamente, no tanto para hacer levantar el bloqueo, quanto por inspirar valor á los parisenses cuando supiesen que le tenían tan cerca. Llegó á Meaux poco antes que el duque de Parma, reuniéndose ambos ejércitos el 2 de agosto.

El rey se encontró perplejo; no se sentia bastante fuerte para hacer frente al ejército del duque y conservar á la vez sus puestos; pero conocia tambien que abandonar el bloqueo era perder en un instante el fruto de muchos meses de afanes y sacrificios. Fue preciso sin embargo resolverse á este ultimo partido por el temor de perderlo todo queriendo abarcar mucho. El monarca replegó su ejército el último dia de agosto, y tomó cerca de Chelles y de Lagny una posicion que creyó oportuno para obligar al duque á aceptar la batalla ó renunciar al socorro de la capital. Envió hasta á ofrecerle el combate, pero el viejo general respondió al parlamentario: «Decid á vuestro rey que no he venido de tan lejos á tomar consejo de mi enemigo; que ya sé que mis manobras no son de su agrado; mas si él es tan buen general como se dice, puede muy bien obligarme al combate, pues no será tan imprudente que vaya á arriesgar á los azares de una batalla, lo que tengo ya en mi mano.»

Entrado de estas disposiciones del duque, aplicó Enrique todo su cuidado á cortar á los españoles el camino de la capital, para que no pudiesen llegar sin combatir la acción. Pero los parisenses miraban ya desesperadamente y amenazaban con retirarse si no eran libertados pronto; las pocas provisiones introducidas en las salidas ejecutadas, lejos de calmar habian aguzado el apetito. No pudiendo ya resistir á estos clamores, el duque de Parma deja su campo el 5 de setiembre, publicando que iba á tomar la suerte de las armas. A esta noticia el rey, oficiales y soldados se alborozan é inflamados por el mismo ardor guerrero desean el momento de venir á las manos. Avanzan los dos ejércitos: el del duque con marcada lentitud y retardado por frecuentes paradas. El francés impelido por su impaciencia natural se va derecho á los enemigos; pero por un movimiento rápido se repliegan estos y se deslizan por un valle á presencia de los realistas, á tomar una posición ventajosa que inmediatamente fortifican con fosos y redutos, y dirigen toda su artillería contra Lagny. Esta ciudad situada sobre el Marne, era una posición muy importante en aquellas circunstancias, porque á sus espaldas habian almacenado los liguistas viveres de todo género para abastecer á Paris, así que estuviese franco el paso del río. Por esta misma razon se empeñaba el rey en conservarla. Así que la vio sitiada, envió un refuerzo; delibera en seguida si atacará al duque en sus mismas po-

siciones, ó pasará el Marne para socorrer á Lagny. El primer partido era algo azaroso, y el segundo dejaba libre la llanura para el paso del conroy de los enemigos que solo esperaban ocasion al efecto. En estas dilaciones, los repetidos asaltos contra la plaza logran al duque el éxito que esperaba; es tomada á la vista del rey, y el río se encuentra instantáneamente cubierto de barcos cargados de granos y viveres que á las pocas horas abastecen abundantemente á Paris.

Este inesperado acontecimiento desconcertaba al rey, quien sin embargo, no renuncia á sus planes. Antes de perder de vista la capital, quiso ejecutar contra ella otra tentativa. En la noche del 9 al 10 de setiembre hace escalar los muros por tres puntos diferentes. Como los parisenses tenían alguna sospecha de tal intencion, estaban prevenidos. Los realistas rechazados huyeron; pero en la persuasión de que pasaba la primera alarma abandonarían los defensores sus puestos para ir á descansar, el mismo rey á la madrugada se dirige con nuevas tropas á dar otro asalto.

Ya algunos soldados habian franqueado los muros, cuando un jesuita y un comerciante de libros del cuartel de Santiago, sintiendo el ruido, dieron el grito de alarma. Logran arrojar al foso una escalera cargada de hombres, algunos de los cuales iban ya á saltar sobre el parapeto. En un momento los tambores llaman á las armas, acuden los cuerpos de guardia, las tropas de los cuarteles y la milicia civil; la guarnicion entera cubre los muros, y Enrique se retira segunda vez con el pesar de no haber dado antes las malogradas embestidas de ahora.

Se pretendió entonces que el ejército real acostumbrado á la molición del campo, cambiaba mas de placeres que de funciones militares. Habia muchos oficiales jóvenes que tenían conocimientos en la ciudad y lo mismo sucedia á los soldados; como desde los puestos avanzados se podia hasta hablar con los sitiados, las instancias y lágrimas de estos alcanzaban algunas condescendencias de ellos; así pasaron á la plaza muchos viveres, á pesar de las severas prohibiciones del rey. Por otra parte, esta facilidad de verse y hablarse conseguia formar vínculos y amistades funestas para la actividad militar. Del mismo rey se decía que iba con su esposa frecuentemente á ver á la hermosa María de Beauvilliers, que fué despues abadesa de Montmartre. Si su valor habia estado adormecido, la llegada del duque de Parma lo despertó. Cuanto podia emprender un general valiente fué puesto en práctica en esta ocasion por Enrique: viendo ya inútiles sus esfuerzos, dividió el ejército en varios cuerpos que al mando de sus mejores oficiales envió á las provincias, puso buenas guarniciones en las plazas, y reservó el mando de una columna volante para observar é incomodar constantemente al general español.

Obligado por el corte de España á una expedicion que no era de su gusto, parece que el duque de Parma no se cuidó mas que de desempeñar lo mejor y mas pronto posible su mision de librar á Paris y retirarse en seguida. Este principio, tan hábil general como consumado diplomático, durante su residencia en Paris sondeó la faccion de la liga; puso en claro, por decirlo así, sus resortes, y no vió lo que se habia hecho concebir á Felipe. Los agentes de este monarca, ora por conviccion ora por jarse importancia, no cesaban de representarle que el Parlamento, la grandezza y la nacion en masa nunca llegarían á reconciliarse con Enrique IV, que preferian obedecer á la España y que no habia mas que aprovechar las circunstancias para someter la Francia.

Sucedia todo lo contrario. Muchos católicos celosos se creian en verdad obligados en conciencia á no reconocer á Enrique, interin no volviese al seno de la religion de sus padres; pero lejos de optar por una potencia extranjera, deseaban ardientemente su conversion para entrar en una dominacion legitima. No habia, hablando con propiedad, otros adictos sinceramente á Felipe, que los *Diez y Seis* de Paris, culpables ya de demasiados excesos contra el rey para esperar perdón, y el populocho ganado por el dinero de España. Los principales liguistas sin exceptuar al duque de Mayena, tenían sus miras y ambiciones particulares, bien distintos de las que dictaban los planes del consejo de Felipe.

El duque de Parma penetró y llegó á tocar los efectos de esta disposicion de los ánimos en el momento, como puede decirse, de su victoria. Habiéndose apoderado de Corbeil, plaza situada sobre el Sena, á siete leguas de Paris, propone guarnecerla con tropas numerosas para asegurar en todo evento la navegacion del río; pero el consejo de la Union creyó adivinar que el designio del general español era hacer de esta poblacion como una plaza de armas, para utilizarla en caso de necesidad hasta contra Paris misma. En esta persuasion le presentaron tantos inconvenientes, que disgustado ademas de una empresa en que no veia mas que riesgos y ningun provecho, tomó á principios de noviembre el camino de Flandes.

Apenas se alejó, entraron los realistas en Corbeil. El rey que habia empleado la mitad de setiembre y todo el mes de octubre en la toma de muchas plazas, reforzó su campo volante y se puso en seguimiento del duque. Le incomodó constantemente por vanguardia y retaguardia: cubrió las plazas que podian ser objeto de alguna tentativa por parte de Farnesio, y no le dejó hasta que le vio lejos

de las fronteras. Aunque el duque de Parma estuvo poco tiempo en París, y sus hechos se limitaron á levantar el sitio, la vista de su ejército, las atenciones del general, y sobre todo la promesa de una pronta vuelta con que halagó á los *Diez y Seis*, reanimaron maravillosamente su valor. Concibieron también grandes esperanzas por



El cardenal de Lorena muerto por los alborotados de Enrique III.

parte de Roma, á causa de la muerte de Sixto V. Este pontifice habia llegado á ser sospechoso á la liga, despues que habiendo penetrado sus motivos secretos, tan agenos á un interés verdaderamente religioso, se negó á mandarla socorros. A la noticia de su muerte, Aubri, cura de San Andrés de las Artes, se atrevió á decir desde el púlpito: «Dios nos ha librado de un Papa malo y político.» El conde de Cayetano á quien se refirió á París; mas el partido no perdió nada con su ausencia, puesto que le sustituyó Felipe Segal, obispo de Plasencia, uno de sus íntimos consejeros, imbuido en las mismas ideas y adicto también á los españoles.

No desperdiciaban estos ninguna ocasion de suscitar dificultades al rey. Ellos y los demas vecinos miraban entonces á la Francia como un bagel destinado á naufragar en la tempestad, cuya carga debia ser el premio de los mas hábiles. En consecuencia, á pretexto de favorecer á unos ú otros, repartianse las provincias como un patrimonio. Mientras pues los franceses ensangrentaban su suelo en lucha fratricida, se veia á los españoles, así como á los ingleses, auxiliares no menos peligrosos, fomentar con su presencia un furor que sin sus interesados socorros se hubiera calmado por sí solo.

La Bretaña fué por mucho tiempo víctima de esta política desastrosa. Enrique III habia nombrado gobernador á Felipe Manuel de Vaudemont, duque de Mercœur, hermano de la reina. Pensando este á la muerte del monarca segura la desmembracion del reino,

conció el proyecto de hacerse soberano en su gobierno, apoyándose en las pretensiones de Maria de Luxemburgo Martigues, su esposa, heredera de la casa de Penthièvre. Encontró muchos nobles dispuestos á secundarle, con la esperanza de tener un príncipe particular, pero no teniendo fuerzas bastantes para hacer frente á las de Enrique IV, llamó en su ayuda á los españoles. Enrique buscó también apoyo en los ingleses. Las dos naciones solicitadas enviaron casi iguales fuerzas á esta provincia, perpetuando así la guerra.

Encontrando también el duque de Saboya en la Provenza alguna disposición á su favor, puso tropas en movimiento y condujo tan bien la intriga, que fué recibido en Aix con todos los honores de la soberanía, declarándole el Parlamento protector y gobernador de la provincia. Otros gobernadores procedieron lo mismo en sus respectivas provincias, y así veíase el reino espuesto á ser fraccionado. Estas empresas disgustaban al duque de Mayena, que hacia los mayores esfuerzos para frustrarlas; pero no osaba chocar con los culpables en atencion á la poca legitimidad de su poder, y á los miramientos que con él tenian. Vióse pues forzado á cerrar los ojos sobre la conducta del duque de Mercœur, y á darse por satisfecho con las excusas y ofertas de socorros del de Saboya. Enrique IV tomaba medidas mas eficaces: protestaba contra la usurpacion con la guerra que hacia sin tregua á los usurpadores. Sin embargo, como le era imposible dar tropas considerables á sus t-



La duquesa de Montpensier recibiendo en su oratorio á Jacobo Clément.

nientes, y por ser pequeños los destacamentos que mandaban, ni podian nunca ser decisivos los resultados, tomó la resolucion d organizar un ejército poderoso capaz de someter sucesivamente todos los rebeldes, y de afrontar al duque de Parma si volvía á ir vadir la Francia.

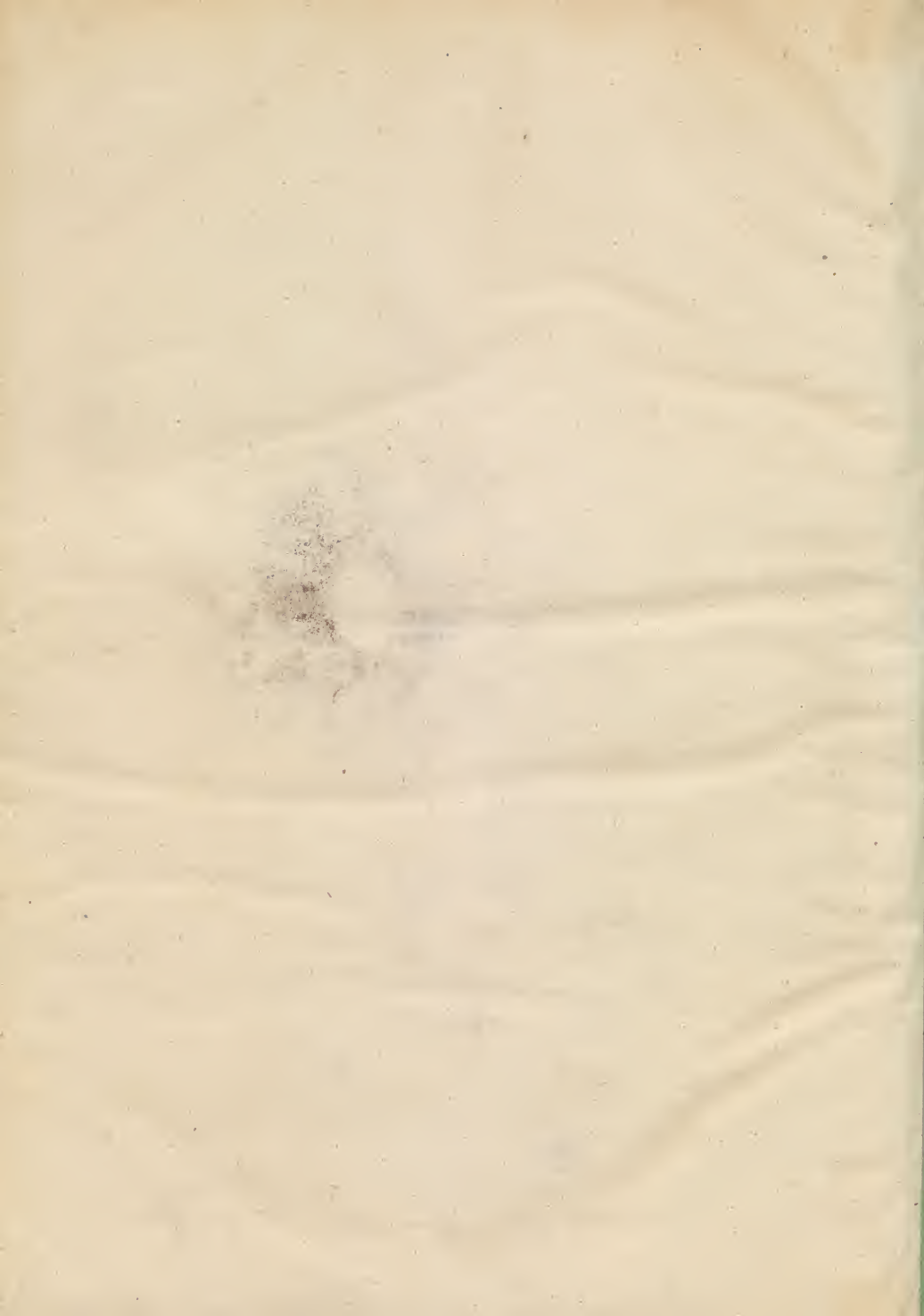
**FIN DEL TOMO PRIMERO.**



















100751722

BGU A 372/1/27-29

AU/411

ROYAUME

HISTORIA

FRANCIA

II

U  
411